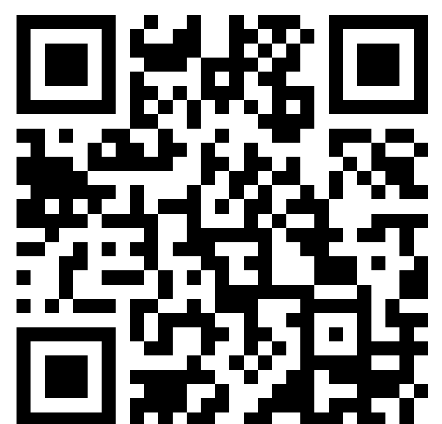
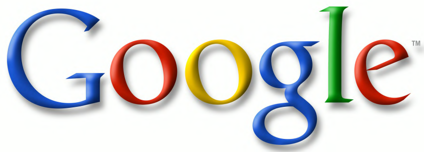
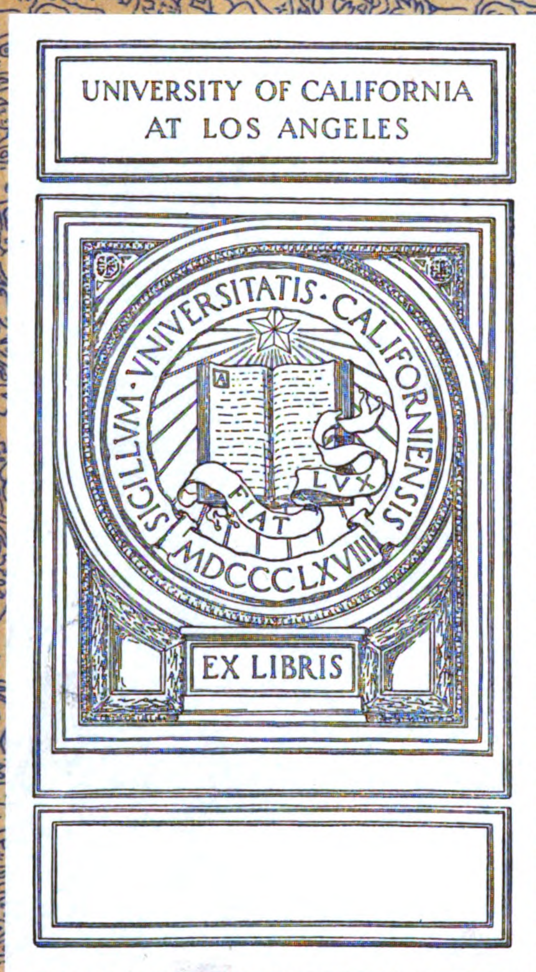





UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES
SIGILLVM·VNIVERSITATIS·CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS




LA ILUSTRACION
ESPAÑOLA
Y
AMERICANA.
1895-1º
E. Rosales

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

REVISTA DE BELLAS ARTES Y ACTUALIDADES

FUNDADA

POR EL EXCMO. SR. D. ABELARDO DE CARLOS.

AÑO XXXIX.

ÍNDICE DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO LIX.

(PRIMER SEMESTRE DE 1895.)

BELLAS ARTES.

Cuadros, estatuas, monumentos, etc.

RETRATOS.

LA GUERRA EN CUBA.

ACTUALIDADES, ALEGORÍAS,

TIPOS, VISTAS, ETC.

REVISTA EXTRANJERA ILUSTRADA.

ÍNDICE DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. I.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.
Madrid, 8 de Enero de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

BELLAS ARTES.



TIPOS DE ANTAÑO.
CUADRO DE LUIS ÁLVAREZ.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

La muerte repentina del capitán general de ejército D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, precisamente en el 21.º aniversario de su célebre golpe de Estado, ó sea la disolución á mano armada de la Asamblea republicana, siendo capitán general de Castilla la Nueva, produjo en Madrid gran sorpresa y sensación. En efecto, en la mañana del 4 de Enero de 1874, los madrileños se encontraron ocupadas las bocacalles de la Carrera de San Jerónimo y otras arterias importantes con piezas de artillería y fuerzas de todas armas; y cuantos sabían que en la sesión nocturna del Congreso debía haber sido derribado el Gobierno y la situación Castelar por una votación, se encontraron con un cambio completo de poderes, verificado militarmente por el capitán general de Madrid, Sr. Pavía, que había desalojado el local del Congreso aquella noche, entregando el gobierno á una Junta de hombres notables de diversas procedencias, presidida por el Duque de la Torre. El hecho fué demasiado ruidoso y trascendental para que estuviera olvidado: de los republicanos, porque, si no de golpe, dió al traste con su república antes de que cumpliese el año; por los carlistas, que empezaron á desmayar, perdiendo fuerzas que iban á reforzar la bandera de la restauración; y por los partidarios de ésta, que tuvieron el terreno preparado para un próximo triunfo. En efecto, el general Pavía fué el precursor del general Martínez Campos, si bien aquél cometió un acto más violento y menos definido, y justificó por la ilegitimidad del Gobierno interino, que sólo tenía por base la punta de la espada de Pavía, la proclamación de D. Alfonso XII, que, al fin y al cabo, tenía una representación legal en aquel pleito político, y cuyo triunfo no fué llamado por sus enemigos revolución ni usurpación, sino restauración. Ha sido, por lo tanto, coincidencia extraordinaria que otro 4 de Enero recibiesen los madrileños, al despertar, la triste noticia de haber muerto aquella noche el general Pavía, á las horas mismas, probablemente, en que dió fin á la revolución de Septiembre: sucumbió en el aniversario de su nacimiento á la vida de la historia.

Elogien otros en público con hipócritas lamentos á los muertos que desuellan en privado; hagan de todos los difuntos un tipo de epitafio falso y monótono, borrando su fisonomía: se puede guardar, y sabemos hacerlo, los respetos á la muerte sin falsificar la historia. A nuestro juicio, don Manuel Pavía fué un militar valiente y afortunado, de la escuela de D. Juan Prim, aunque sin su capacidad y su talento político: siendo simpático, no tuvo como aquél el don superior de hacerse idolatrar por un partido, habiendo tenido tan gran maestro, mientras que Prim se hizo á sí propio; y si éste tuvo mayor ambición, es porque sentía en sí fuerza de sobra para gobernar y dirigir. Antes del 3 de Enero era el general Pavía uno de tantos jefes bizarros de que hay abundancia en nuestro ejército: un acto de decisión, no aislado y espontáneo, sino preparado con calma y ejecutado con energía, le colocó de repente en primera línea. En cierto modo, aquel golpe de Estado contradijo la primera parte de su vida, que puede dividirse en dos: en la primera coadyuvó á la obra revolucionaria de Prim, y en la segunda la destruye. Y es que D. Manuel Pavía era soldado ante todo y sobre todo, y realmente el año 73 había sido fatal para el espíritu militar. Los que trabajaron en la preparación del golpe del 3 de Enero han recogido su herencia. No le tratamos personalmente para dar con exactitud su retrato íntimo: pero los que lo hicieron nos aseguran que, aparte algunos defectos, predominaban en su carácter excelentes condiciones personales. Era su aspecto agradable, y más militar su tipo y figura que su cara, á que los lentes daban una apariencia muy característica. Aun después del 3 de Enero, que le hizo popular en toda Europa, más todavía que en España, entraba modesta y sencillamente en los cafés sin hacer vida aparte. Los que no estaban conformes con su acción, respetaban en él una cosa grande: el no haberse aprovechado de ella, porque, aun no ambicionando el gobernar, pudo colmarse de honores y de títulos.

No hemos de culparle de falta de condiciones que no estaban en su naturaleza, ni de vicisitudes de su vida militar en tiempos agitados en que la corriente arrastraba á grandes y pequeños. Ni podemos ser tan justos é impecables que prescindamos, aun involuntariamente, de pasión, tratándose de sucesos y épocas en que nos vimos envueltos, con nuestras preocupaciones y simpatías y antipatías que siempre dejan huella. El tiempo y los desengaños han acercado á nosotros á los que combatimos; han alejado á aquellos que creíamos los nuestros: la distancia nos hace distinguir de cuerpo entero á los que sólo conocíamos á medias. Y al despedir á uno de los personajes históricos de que habrán de ocuparse las crónicas el día de mañana, no será por voluntad nuestra, ni por odio ni amistad, ni por interés ninguno, si el retrato que hemos hecho no resulta exacto.

°°°

La degradación del capitán Dreyfus parece un terrible final de prólogo en un drama. No necesitamos añadir nada para que resulte en forma escénica la relación de la prensa parisiense.

La acción en París. Las tropas forman cuadro en la plaza de armas del Colegio Superior Militar; una fila negra de periodistas sombrea aquel cuadro de colores brillantes. En el fondo, tras la verja, una hilera de Guardias de la Paz y un escuadrón de la Guardia Republicana contienen á la muchedumbre; en la azotea de la Escuela grupos de cadetes.

Personajes:

General Barrás; un Ayudante; un Oficial, que actúa de escribano; un Ayudante; un Sargento; periodistas, guardias, cadetes y pueblo. Alfredo Dreyfus.

ESCENA ÚLTIMA.

General.—¡Tercien, armas!

Un Periodista (*A otro*).—¿Dónde está el sentenciado?

Periodista 2.º—El traidor, querrás decir: allí, rodeado por cuatro artilleros con sable desnudo y vigilado por un teniente de la Guardia Republicana.

Periodista 1.º—¡Cómo brillan sus galones de oro en el kepis y en las mangas! Van á lucir por última vez, porque ¿quién ha de usar ya esas insignias enlodadas? ¡Pobre hombre!

Periodista 2.º—No le compadezcas.

(Se oye un redoble y calla hasta la prensa: el sentenciado se adelanta entre los cuatro soldados, pálido, pero sin conmoverse.)

(El Escribano lee la sentencia que le condena á ser degradado y á reclusión perpetua en un castillo.)

General (*Con voz temblona*).—Dreyfus, sois indigno de llevar esas armas, y en nombre del Presidente de la República os degradamos.

Dreyfus (*Con voz clara y entera*).—Soy inocente. Lo juro. ¡Viva Francia!

Pueblo.—¡Muera el traidor!

(El Sargento le arranca del kepis y de las mangas los galones y los tira al suelo: después las franjas encarnadas del pantalón. El Ayudante tira del sable, rompe la hoja en su rodilla y arroja los pedazos. Por último, el Sargento le desabrocha el cinturón y caen los últimos arreos militares.)

Periodista 1.º—Esto es atroz.

Periodista 2.º—Pero consuela.

Periodista 1.º—¿Ha acabado la ignominia?

Periodista 2.º—Falta lo peor: su último paseo ante las tropas. Mira qué recto va.

Periodista 1.º—No me lo explico.

Dreyfus (*Al pueblo*).—¡Viva Francia! Soy inocente: lo juro.

Pueblo (*Con gritería formidable*).—¡Muera!

Dreyfus (*Al pasar ante los periodistas*).—Decid á Francia que soy inocente.

Periodista 1.º—Cállate. ¡Judas!

Pueblo.—¡Muera! ¡Muera!

Dreyfus.—Soy inocente: si he entregado documentos al extranjero, ha sido para adquirir otros más importantes. Dentro de tres años revisará mi causa el mismo Ministro de la Guerra.

Pueblo.—¡Muera! ¡Muera!

°°°

Nuestro querido amigo D. Gonzalo Reparaz ha sufrido en estos días la más dolorosa de las pérdidas: la de su señora madre D.ª Rosario Rodríguez-Baez é Imaz, viuda del reputado compositor D. Antonio Reparaz. Sin conocerla sabíamos que era señora de altas prendas y virtudes: comprendemos y lamentamos el dolor de nuestro querido compañero.

°°°

Hermosa es la edición que han hecho de los cuentos de nuestro amigo D. Nilo Fabra los editores Henrich y Compañía, de Barcelona, ilustrada por Masriera, Pellicer, Lucas Villamil, Querol, Marqués, Eriz, Cabrinety, Fúster, Álvarez Masó, y Jorge Fabra, con hermosos tipos y papel y rica cubierta de tela azul con letras y adornos de aluminio. Algunos de los cuentos los conocen nuestros lectores; otros estaban publicados, pero dispersos, y uno inédito. En casi todos ellos el escritor persigue una finalidad digna de elogio, y demuestra su varia ilustración; la crítica es ingeniosa y el interés no decae, por la ligereza de la expresión y lo sorprendente de la idea. ¿Quién no conoce el hallazgo extraordinario de *El dragón de Montesa*, helado con su caballo en una garita de la plaza de Oriente, y convertido por los sabios del porvenir en un sacerdote que va dispuesto á sacrificar á su sagladura? ¿Quién no ha leído *El triunfo de la igualdad*, ó sea el de los comunistas, y las consecuencias disparatadas de su triunfo? ¿Quién no espera con ansia la conclusión del titulado *El fin de Barcelona!* El doctor Puff, sabio ilustre que pronostica con seguridad toda clase de trastornos de la Naturaleza, ha predicho el día y hora en que el mar, en forma de ola de 27 metros, anegará y arrastrará á la capital de Cataluña: en efecto, llega el día, no bastan trenes ni coches para salvar á los fugitivos, lloran los que no pueden salvarse, la hora va á sonar, y.....

Pero el cuento es inédito, y no debemos revelar el secreto del autor.

°°°

—¡Blasa! ¡Petra!

—¡Señor!

—¡Hagan acopio de comestibles! Pero, señor, ¿qué culpa tenemos los vecinos de que los aforos de consumos se hagan por declaración de los introductores, por conformidad de éstos con el aforo, ó de cualquier modo, como antes? Supongamos que está equivocado el Conde de Romanones en la reforma del método de adeudo; ¿por qué me han de castigar dejándome sin comer? Y si está en lo firme y ha acertado....., ¿por qué han de castigar á nadie? ¿No han oído ustedes decir nada?

—Hemos oído decir que se iban á declarar en huelga algunos vendedores.

—Los que tenemos que holgar son los consumidores, y largarnos de Madrid: hay un libro que se titula *Historia de un bocado de pan*, y llena muchas páginas para describir la marcha del mendrugo desde que entra por la boca hasta su última peregrinación en nuestro cuerpo. ¡Qué libro se podría escribir tan instructivo para referir la historia de ese mismo zoquete, desde que siembra sus granos el labrador hasta que llega á la boca de los que residimos en Madrid! Es un cuento que recomendamos á nuestro amigo Fabra..... ¿De modo que hay disgusto por ahí?

—Los más disgustados son los aguadores, porque no les dejan esperar los Reyes con hachas y música.....

—¿Pero llaman música á arrastrar canalones por las calles?

—Dicen que no se permite á naide divertirse si no se hacen señoritos.

—Pero eso no es cosa nueva; desde los tiempos de Abascal estaba prohibido, porque imponía un tributo á los que quisieran esperar á los Reyes con luces: todos prefirieron beberse la contribución.

—Pero salían sin luces.

—No; iban alumbrados por dentro.

(*Víspera de Reyes.*)

—¿Usted á estas horas en el balcón? No hay que hacer locuras á los setenta: es la media noche dada. A menos que saque usted la bota al balcón.

—Pues bien; sí, señor, la saco. Mis nietos dicen que no hay Reyes; y no veo otro medio de conservar las tradiciones.

Poco después se asoman dos niños al mismo balcón.

—¿Oíste al abuelo?

—¡Ya lo creo! y voy á hacer de Rey Mago poniendo en su bota un regalito. Es una carta para que me pague mis deudas sin que lo sepa mi papá.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Tipos de antaño, cuadro de Alvarez.—*De caza*, dibujo de Alcázar.—*¡Quién soy?*, dibujo de Picolo.—*Cigarreras españolas*, cuadro de Gay.—Fragmento de *Las Hilanderas*, de Velázquez.—*Retrato de mujer*, por el Tiziano.—*Músicos árabes*, cuadro de Sorolla.—*¡Feliz año!*, de fotografía de Chancellor.—*El triunfo del arte*, fresco del techo de uno de los salones del *Hôtel de Ville* de París, por Bonnat.—*¡Baño de placer!*, cuadro de Vautier.—*Gladiadores modernos*, cuadro de M. Faivre.

Escenas semejantes á la pintada por el Sr. Álvarez en el cuadro que reproducimos en la página primera de este número, puede verlas el lector en todos los paseos, y seguramente han de seguir viéndose, sin otra diferencia que la del traje y composición de la fisonomía, que es una de las más principales mudanzas que de un siglo á otro hacen los hombres, aunque ellos, en su vanidad, crean siempre haberse aventajado mucho á sus antepasados. Pero dichas dos circunstancias ha sabido representarlas muy bien el señor Álvarez, maestro en pintar á la sociedad del siglo xviii, según en otras notables obras lo ha probado. El currutaco aquél es una figura muy notable, por la expresión del rostro y la actitud, así como también por la propiedad con que está vestido.

La caza, que sin duda fué la primera necesidad del hombre, es hoy uno de sus principales pasatiempos, y quiera Dios conservarle mucho tiempo este gusto, pues es de los pocos verdaderamente sanos que le quedan. Gracias á él, hallan muchos en el campo las fuerzas y la salud que en la ciudad perdieron y que de ningún otro modo buscarían, pues los que gozan de las bellezas de la Naturaleza por amor á ella son muy pocos.

No debe ser de éstos el cazador del dibujo de Alcázar que publicamos en la pág. 5, sino de los que viajan con toda comodidad, prefiriendo el blando asiento del coche de primera á las asperezas de la carretera ó de la senda por donde, sin otro auxilio que el de las propias piernas, podría llegar al coto de caza.

Nada se le da de que la comarca que recorre sea desierta, árida y fea como la Mancha, ó bella como Guipúzcoa ó Galicia, interesándole mucho más que el panorama la lectura del periódico, á la que presta toda su atención, sin advertir lo mucho que el leal perro acerca el hocico á la tajada que se dispone á llevar á la boca.

Sin otro asunto que la tan frecuente broma representada en la pág. 8, ha dibujado el Sr. Picolo una agradable escena, cuyo teatro es aquel hermoso jardín tan inesperadamente invadido. La interrupción de la lectura no desagradará seguramente á la dueña de la casa, quien quizás encuentre mejor distracción en la amiga que en el libro.

No es cosa frecuente hallar bien interpretados por extranjeros tipos y escenas españolas, y por lo mismo nos ha parecido digno de la atención de los lectores el cuadro de Hay (véase la pág. 9), que tanto agradó en la Exposición de los Campos Elíseos de París del año pasado. Los rostros, los trajes y el ambiente son del todo españoles, sin exageración ni amaneramiento, viéndose perfectamente retratada esta interesante y pintoresca clase social, tan propia de nuestra España, que en ninguna otra nación de Europa tiene semejante.

Las Hilanderas es uno de los mejores y más famosos cuadros de Velázquez, y digno también de estudio, no sólo por su gran mérito, sino además por ser de los principales ó el principal de todos los que pintó aquel insigne artista en el último período de su vida. Había estado por segunda vez en Italia, donde retrató al pontífice Inocencio X, y hallábase en la plenitud de su gran talento, sin un momento de descanso, por la muchedumbre de cuadros que Felipe IV le encargaba, deseoso quizás de ganar como protector de las artes la reputación que como rey y como político había perdido ya por entonces. Apremiado sin duda de la necesidad, inventó Velázquez aquella singular y atrevida manera de pintar á que se llamó *abreviada*, y que usada hoy por pintores de talento infinitamente menor que el suyo, se conoce con el nombre de *impresionismo*.

Del bellísimo impresionismo de Velázquez hay en el Museo del Prado dos admirables ejemplares: *Las Meninas* y *Las Hilanderas*.

Este último representa el interior de la fábrica de tapices de Santa Isabel. Hila al torno una anciana, que vuelve el rostro para hablar á una joven que está en pie sujetando una cortina roja. Al lado opuesto hay otra, sentada de espaldas, devanando lo hilado por la primera y entregando los ovillos á una muchacha que asoma por la derecha con un canasto en la mano. Este hermosísimo detalle del cuadro es el que publicamos en la pág. 12 de este número. Hay otra obrera cardando la lana en copo, y en el fondo aparecen tres que están comprando tapices. Las figuras son de cuerpo entero y de tamaño natural.

Aunque el talento de Tiziano Vecellio era de tal naturaleza que en ningún género de pintura dejó de merecer la grandísima fama que tuvo, bien puede decirse que fué singular en hacer retratos, en lo que pocos le igualaron y ninguno le excedió.

Era veneciano, y tan amigo de Giorgione, pintor también famoso, que se complacía en pintar en su compañía y le imitaba en muchas cosas. Había encargado el Gobierno de Venecia á Giorgione un gran cuadro para la sala del Gran Consejo, en el palacio de los Dux, representando á Federico Barbarroja á los pies del papa Alejandro III. Murió el pintor, y acabó la obra el Ticiano tan á gusto del Senado, que le señaló una renta y le encargó retratos de los Dux. Retrató á Lando (1531), á Donato (1535) y al Trevisano (1553). En 1514 pasó á la corte de Ferrara, donde estuvo algún tiempo retratando desnuda á la amante del duque Alfonso de Este, hermosa mujer llamada Laura de Dianti. También pintó el retrato del gran poeta Ariosto; el del Aretino; el de Carlos V (1529); el de Federico II, duque de Mantua; el del almirante Mauro; el de Francisco María, duque de Urbino; el del papa Pablo III; el del Marqués del Vasto; el de Francisco I (según medalla que éste le envió); el de Felipe II, y los de otros muchos príncipes y personas nobles, en tanto número, que sus nombres llenarían el espacio necesario para esta sección; lo que, ciertamente, no admirará á ninguno de los que sepan que pintó sin descanso hasta los noventa y siete años y sin que se advirtiese decadencia alguna en su admirable pincel.

De sus mejores obras del género de que hablamos es la que hallarán los lectores en la pág. 16 de este número.

En los *Músicos árabes*, de Sorolla (véase la pág. 16), se admira una vez más la facilidad de asimilación de este notable artista, uno de los que mejor entienden el difícil arte de la pintura entre los muchos y buenos que hay en España. Al trasladar al lienzo lo que observa en la Naturaleza, copia y crea al mismo tiempo, con rara intuición de lo verdaderamente bello Los *Músicos árabes* son buen ejemplo de este sano naturalismo, que tiene además el excelente mérito de ser muy español.

¡Feliz año! titúlase la fotografía de Chancellor que publicamos en la pág. 17.

¿Qué años no serán felices para quien cuenta tan pocos? ¿Qué gran pesar los amargará? ¿Qué desengaño dejará el alma fría y estéril para nuevas ilusiones? Otra cosa muy diferente será cuando, por el trascurso del tiempo, se vayan juntando muchos, pues con ellos aumentarán las penas, y pocos pasarán sin dejar algún triste recuerdo. Entonces mirará á cada nuevo año con más temor que alegría, porque la experiencia le habrá enseñado que siempre son más y mayores los sucesos dolorosos que los alegres.

Pero ¿á qué pensar en ellos antes de que lleguen? Ría y goce mientras es niño, que espacio sobrado tendrá para llorar siendo hombre, cuando le confiera la Naturaleza la funesta facultad de discurrir y darse cuenta de las cosas.

El fresco pintado por Bonnat en el techo de uno de los salones del *Hôtel de Ville*, de París, es una de las obras de este ilustre artista que mayores alabanzas ha merecido á la crítica, por la gallardía y atrevimiento de las figuras y el hermoso efecto que produce toda la composición. Damos copia de él en la pág. 20.

En el baño del cuadro de Vautier el placer está en la salida, según lo deja ver el desesperado gesto del rapazuelo, quien reniega á gritos de la limpieza y de la higiene, pidiendo que le saquen de aquel tormento en que manos más poderosas que las suyas le han puesto. De su impotente cólera no hay más testigo que la barbuda cabra, admirada sin duda del poco decoro y ninguna belleza del rey de la creación puesto en tal estado.

Y peor puede verle si, como es de suponer, castigan los padres aquella especie de hidrofobia con algunos azotes que amarguen al muchacho el deseo de volver á su elemento. (Véase la pág. 21.)

En España diviértennos las corridas de toros, espectáculo al que los extranjeros llaman bárbaro. Ellos, en cambio, hallan singularmente agradables las peleas de perros y de otros animales, llegando los ingleses, que son los más humanitarios de los hombres, á gustar, sobre todas las cosas, de ver cómo dos semejantes suyos se rompen las quijadas á puñetazos. Para ellos y para sus dignos parientes los *yankees* no hay juego como el *foot-ball*, en el que personas de buen tono se reparten coscorrones, puñadas y coces con gran coraje.

En esto de la mayor ó menor barbarie de tales espectáculos nada quitamos ni ponemos: nos parece que se llevan poco. Pero con objeto de que nuestros lectores puedan formar juicio, les mostramos en la pág. 24 una lucha de atletas en Londres. La entrada suele costar hasta cincuenta y más duros, según la importancia de los campeones, y las apuestas llegan á una cantidad importante. Y bueno será advertir que de tales luchas de atletas á las de boxeadores va gran diferencia, pues en éstas suele haber algún muerto, ó, por lo menos, estropeado, mientras que en aquéllas no suele pasar la cosa de romperse algún miembro, que luego se compone.

°°°

INGLATERRA.

Grandes bocinas mecánicas montadas en el faro Dungeness.

El mar de la Mancha es uno de los más peligrosos del mundo, porque se altera con frecuencia, y también por las muchas y espesas nieblas que en él hay, por culpa de las cuales se pierden muchos barcos. Unos chocan con otros, sin que basten á remediarlo el cuidado que ponen los navegantes; y otros, no teniendo faros que los guíen á la entrada de los puertos, por envolverlos aquella niebla completamente, dan en las peñas de la costa, donde se pierden. Para evitar hasta donde sea posible tales desgracias, se han puesto en algunos parajes grandes bocinas, que se oyen desde mucha distancia y por cuyo sonido pueden guiarse los navegantes. Una de las mayores es la establecida hace poco en Dungeness, importante puerto británico. De este aparato da idea nuestro primer grabado de la pág. 4.

°°°

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Llegada del hijo del Rey de Corea á Chemulpo.

Los que se admiran del camino que han llevado las hostilidades entre chinos y japoneses, y tanto asombro muestran por las continuadas victorias de éstos, prueban diariamente la ignorancia en que se hallaban de cosas que todo el mundo sabía, pues el aumento del poder militar de los japoneses hace más de veinte años que venía dando que escribir á los autores de mayor nota en Europa, particularmente ingleses. De suerte que sólo aquellos que no leen le desconocían, sobre todo desde la campaña de Formosa, en 1873.

Hace mucho tiempo que los actuales sucesos se venían preparando, en términos de hacer nada menos de diez años (desde 1885) que la guerra era inevitable, siendo sabido en toda Europa que en la corte de Corea había, entre otros partidos, el del padre del Rey, amigo de los japoneses, y el del hijo, ó Príncipe heredero, partidario de los chinos.

Conocía el Gobierno del Japón que mucha parte de la población de Corea le era hostil, particularmente el partido nacional (al que en nuestro lenguaje político llamaríamos reaccionario ó tradicionalista) y el chino, por lo cual nunca ha dejado de tener en Corea de 30 á 40.000 hombres de buenas tropas, desde que comenzó la campaña. Como Corea es país quebrado y pobre, y, en esta estación, extremadamente frío, los enemigos del invasor han comenzado hace tiempo á salir al campo formando partidas, que aprovechan el terreno y el clima para pelear según la estrategia propia de estos casos y que tan conocida no es á los españoles. La rebelión ha llegado á tener más que regular importancia, y sin duda para desanimar á los patriotas coreanos se llevaron los japoneses al Príncipe, á quien siempre han considerado cabeza principal de aquéllos.

Embarcáronle en Chemulpo en Octubre pasado, bien escoltado por soldados coreanos y con todas las apariencias de ir á visitar al Mikado, pero en rigor para tenerle más seguro. Delante de la escolta marchaban varios trompeteros, siguiendo á la comitiva muchos curiosos, según se ve en nuestro grabado de la pág. 4.

°°°

VALENCIA: LA PLAZA DE LA CATEDRAL.—(Véase el artículo de D. Enrique Serrano Fatigati en la pág. 6.)

°°°

GRUPO DE ESQUIMALES DE LA PENÍNSULA DEL LABRADOR.

Los únicos hombres para los que no hay mundo antiguo y mundo nuevo, son los esquimales, pues siempre han vivido en ambos. Llámanse á sí mismos *inuits*, y se les encuentra en las orillas del Océano Glacial Ártico, desde Groenlandia hasta Siberia, viéndose en ellos la particularidad de que por la lengua que hablan parecen parientes muy cercanos de los indios de la América del Norte, y por la contextura física y el rostro, hermanos de los tártaros. El nombre de esquimales débenle á aquellos indios, los cuales les llaman *eskimantsik*, ó comedores de carne cruda, porque efectivamente no la comen de otro modo, costumbre autorizada por el clima, según aseguran los viajeros.

Nunca acabaríamos de contar de estos pueblos cosas extrañísimas, si pudiéramos referir en esta sección al lector cuanto de ellos se sabe; pero como no tenemos el necesario espacio, diremos únicamente lo preciso para que pueda conocerlos.

Toda la tierra en que viven es friísima sobre toda ponderación.

Así como nosotros vemos el mar y los ríos siempre líquidos, y si alguna vez se hielan es, con gran admiración de todos y por poco tiempo, en casi todos los países donde hay esquimales lo corriente es que el mar y los ríos y lagos estén helados, no deshelándose sino tres ó cuatro meses del año, y en ciertos parajes sólo algunas semanas. Para resistir á los rigores de tal clima necesitan comer muchísimo y abrigarse con ropas gruesísimas, que en España nadie podría usar ni aun en el invierno más desapacible.

La grasa es el alimento de que más gustan, y engullen tal cantidad de ella, que sería increíble si muchos y muy graves viajeros no lo asegurasen, por haberlo visto. Crantz nos ha dejado en su *Historia de Groenlandia* la lista de los manjares servidos en un banquete de esquimales civilizados, es decir, gente sensata y nada intemperante, entre la cual no había una sola persona que no supiese leer y escribir. Seguros de que los lectores gustarán de conocer esa lista, damos traslado de ella á continuación:

1.º Arenques ahumados.
2.º Carne de foca seca, ó en cecina.
3.º Idem cocida.
4.º Idem medio cruda y podrida, que es entre ellos bocado exquisito, á que llaman *mikiak*.
5.º Aves acuáticas cocidas.
6.º Cola de ballena medio podrida, plato principal del banquete, equivalente al faisán, ó cualquiera otro en una gran comida europea.
7.º Salmón seco.
8.º Rengífero seco.
9.º Postre compuesto de ciertos pescadillos mezclados con *quilo* sacado de los intestinos de un rengífero.
10.º Aceite de ballena.

Los esquimales bárbaros, que no viven en poblado, ni están sujetos á ninguna policía, pasan muchas veces grandes hambres, admirando con su apetito á cuantos los han visto comer. También gustan mucho del tuétano de los huesos, de salmón y otros pescados. Rara vez comen vegetales, sacándolos casi siempre del estómago de los rengíferos que cogen. Padecen mucha sed en medio del hielo, porque necesitan tal cantidad de lumbre para derretirlo, que nunca tienen la suficiente, y por eso lo primero que piden á los viajeros á quienes encuentran es agua.

Del aseo tienen muy diversa idea que nosotros. La frialdad del clima les permite vivir entre despojos de animales y otras peores suciedades, que nunca se corrompen con tales temperaturas. Tienen dos clases de casas, según las estaciones. Las de verano son: unas de piedra, y otras de madera y pieles; es decir, verdaderas barracas. En invierno las hacen de nieve, porque son de mucho más abrigo. Para calentarlas interiormente usan grandes lámparas de aceite de foca ó de ballena, que también sirven de hogar.

La vajilla es de madera, piedra ó hueso, aprovechando para esto último los mayores trozos del esqueleto de la ballena.

Pero, sea de lo que sea, no la lavan nunca, confiando su limpieza á la lengua de los infinitos perros que tienen, siendo esto lo menos malo que puede sucederle al curioso que, por estudiar sus costumbres, les visita, pues si reciben hospitalidad de algún bárbaro á quien el trato con blancos haya dado alguna noción de limpieza, suele suceder (y así lo cuentan el ya citado Crantz y el famoso explorador Parry) que antes de colocar el manjar en el plato lo lame él mismo ó lo limpia con saliva: aventura que ocurrió también á Emilio Petitot, quien hubo de comer lo que de tan desagradable manera le ofrecían para no despertar la cólera del huésped, hombre de mala reputación entre ellos.

De los de Groenlandia dicen cuantos les han conocido que son muy buena gente, aunque tan glotones como los demás; pero el misionero francés Petitot, que vivió muchos años con los del Mackenzie y el Yukón (América inglesa y de los Estados Unidos), asegura que en aquella parte son desconfiados, muy borrachos y pendencieros, acometiéndose á puñaladas á la menor disputa.

También son de la América inglesa los que se ven en nuestro grabado de la pág. 21, pero de otro extremo de ella que el lector curioso debe buscar en el mapa al Norte de la desembocadura del gran río de San Lorenzo, frente á Terranova, en aquel trozo de costa que corre hasta el estrecho de Hudson, y que se denomina del Labrador. Son unos 30.000, que los ingleses han civilizado y vestido á su modo, gracias á la abnegación de los Hermanos Moravos, orden religiosa que tiene misiones en aquellos parajes.

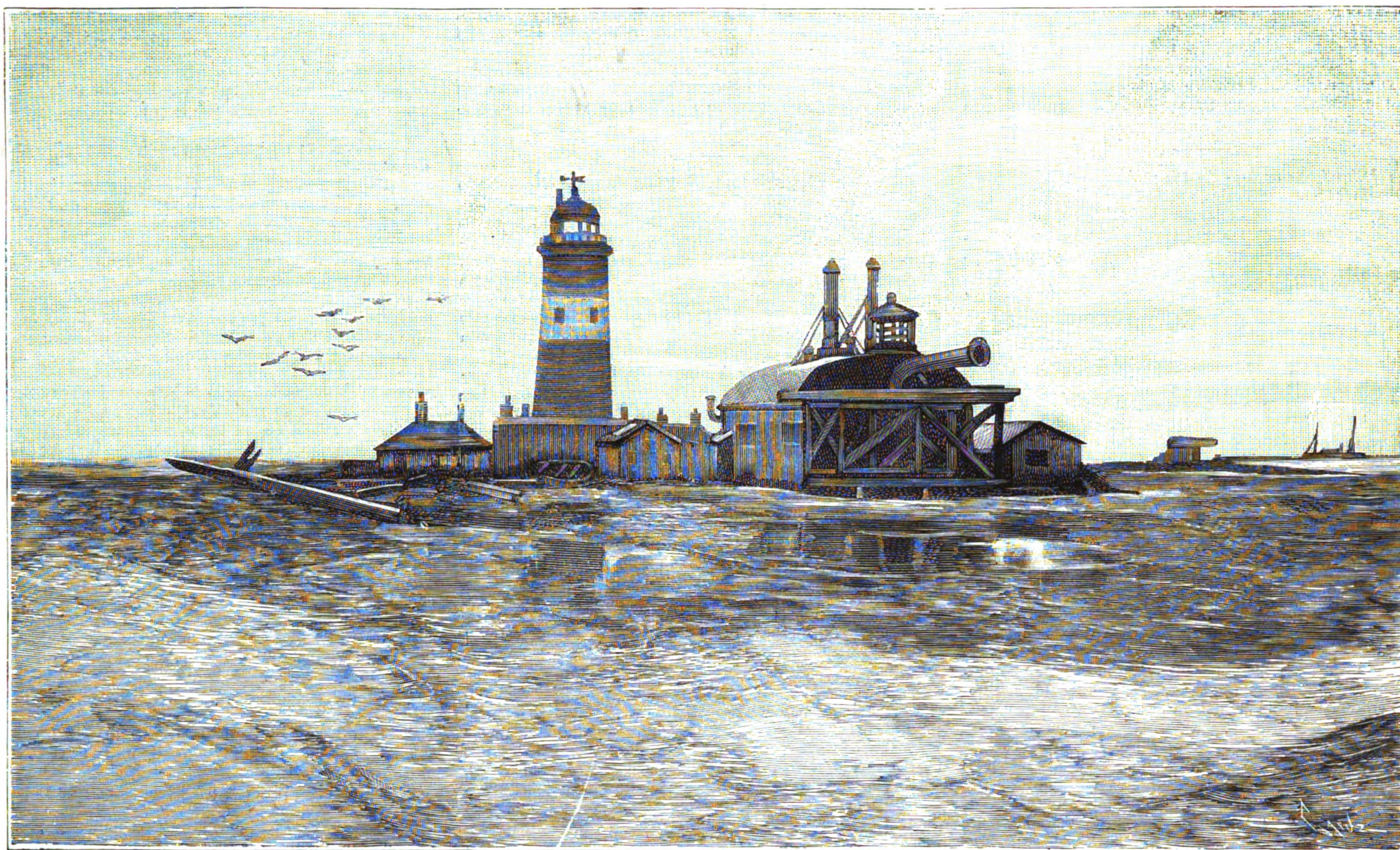
°°°

NUESTRO SUPLEMENTO EN COLORES.

El *Titiritero*, de Marquet, es una bonita escena de pueblo, en la que se destaca la figura del gimnasta nómada, cuya astuta fisonomía se aparta tanto de la sencillez reflejada en los semblantes de los espectadores: sencillez que es la única finca que posee el buen hombre, pues de ella vive.

El *Plato del día*, de Bail, es un capricho muy original y gracioso, que hace pensar en lo hábil que debe ser aquel cocinero para haber podido formar un solo plato de elementos tan discordes como perros y gatos. Aunque, á decir verdad, es de temer que dure poco la armonía y se acabe el plato.

G. Reparaz.



INGLATERRA.—GRANDES BOCINAS MECÁNICAS MONTADAS EN EL FARO DE DUNGENESS, PARA LOS DÍAS DE DENSAS NIEBLAS.

(De fotografía.)



LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—LLEGADA DEL PRÍNCIPE DE COREA Á CHEMULPO.

(De fotografía.)

rendido, tan tronera, tan elegante, que me volvió loca. ¡Qué mudanza en tan corto tiempo! ¡Y cuando nos casamos todas me envidiaban!..... Mire usted, estoy deseando echar la vista encima al Ministro de la Guerra para decirle si habría medio de que mi marido volviera á ser coronel con sus cuatro escuadrones que mandar, para que estuviera todos los días galopando por esas calles, y viviéramos en el cuartel oyendo todo el día los toques de trompeta..... Aunque yo no sé, en verdad, cuál de los dos ascensos, si el de coronel á general ó el de soltero á casado es el que ha obrado en él tal mudanza, y me temo que haya sido el segundo. Amigo Vélez, los hombres son ustedes una calamidad, una calamidad necesaria, pero terrible.

—¿Yo también?.....

—Usted lo ha sido; ya no me atrevo á pensar que lo sea usted. ¿Y la niña?..... No le he preguntado á usted por ella.

—Preciosa. Ha heredado la belleza material de su madre, y quiero que sea igual también en la virtud. La tengo encomendada á las excelentes Madres del Sagrado Corazón.

—No lo sabía. Pues cuando vaya á ver á las Madres, que voy frecuentemente, he de verla, y le diré cuánto quise á su mamá, y á.....

—¿Va usted á aquella casa?.....

—Sí, señor; como mi marido está de tan mal humor, y no va á visitas, ni me lleva á paseo ni á tiendas, ni quiere ir al teatro más que á ver, si acaso, una pieza de esas de subido color, no tengo otro recurso que mis amigas las del Sagrado Corazón ó las Góngoras.

—Buenas amistades son ciertamente.

—¡Ya lo creo que son buenas! pero también mi marido murmura porque frecuento esas casas santas. Mire usted, amigo mío, los hombres son ustedes incomprensibles. No soy yo sola quien ha sufrido un amargo desengaño casándose con un hombre enamoradísimo..... Ahí tiene usted la de Aguafría, que se casó hace dos años con ese médico hidrópata, enamorados los dos como Romeo y Julieta, y ya los tiene usted separados.....

—¡Qué lástima!.....

—Porque él es un pillo; como que á poco de casarse averiguó la pobre Lolita que el muy tuno.....

—Señora, por Dios; murmurar del prójimo es cosa grave.

—¡Ah! sí, olvidaba con quién hablo; pero decir que los hombres son en general malos de remate, me parece que no tiene nada de particular. Yo conozco tantos ejemplos..... Ahí tiene usted el marido de mi cuñada Rosa, un hombre que en todas partes se hacen lenguas de su talento, de su elocuencia, hasta de su finura y su buena educación..... Amable con todo el mundo, galante y cortés con las damas, siempre complaciente y risueño..... fuera de su casa, porque en su casa..... La pobre mujer va á verme y me cuenta sus cuitas, como yo le cuento las mías. Su hermano, mi marido, es un ángel, comparado con el de Rosa. Todas esas cualidades tan sobresalientes con que ha adquirido la reputación que tiene.....

—Una reputación muy sólida.....

—Sí, señor, mucho, muy sólida; pero en su casa es un déspota, y trata á su mujer con un despego y un desabrimiento irritantes: para los demás es meloso y dulzón, y para su mujer agrio y áspero, descortés y grosero.....

—Generala, por Dios, más caridad.....

—Todas sus bellezas las guarda para lucirlas en la sociedad..... ¡En fin, que es un hombre de talento no se puede negar!.....

—¡Oh! no se le puede negar sin notoria injusticia.

—Pues en su casa se conduce como si no tuviera talento. ¿Ha visto usted cosa más rara?

—Señora, yo no he visto nada, ni quiero saber nada en disfavor del prójimo.....

—¡Hombre! iba á decir á usted..... pero no, no se lo digo. A usted, por lo visto, le parecen todos los hombres unos santos.....

—¡Oh! no, señora; en la tierra no hay santos.

—Pues mire usted, yo no puedo menos de pensar de los hombres todo lo mal que ellos merecen..... Sí, señor, sí; no me quiera usted hacer comulgar con ruedas de molino.....

—¡Señora, por María Santísima! esa frase.....

—Nada, no me callo. Nos casamos inocentes, enamoradas como unas tontas de nuestros maridos, y luego, ¡qué pocas son las que no tienen que llorar el desengaño! Yo he tenido muchas amigas, y entre ellas no he sabido que hayan sido felices más que dos, y las dos, por desgracia, murieron: una, la de Rojo, que era sordo-mudo, y otra, Dolorcitas, la esposa de usted; porque, eso sí, usted, antes de casarse, fué más malo que la quina, ya sabe usted que lo sé bien; mas después ¡caso raro! no se supo de usted ningún horror. Pero mire usted, D. Sandalio Millones, el marido de mi compañera de colegio Gertruditas, es un jugador que se ha jugado ya tres fortunas y las ha perdido, y tiene á su mujer que ni salir de casa puede de día; Gómez, el bolsista, mientras él se divierte en grande en Madrid, tiene á su mujer desterrada en Villacañas, cuidando de la labor, y sin dejarla venir á la corte para que no se entere de sus trapisondas; el Marqués de los Claveles, con quien mi prima Susana creyó hacer una gran boda, ha salido ahora con una gracia muy bonita. En la calle de Atocha tiene un cuartito de soltero, donde él y sus amigotes se reunen todos los días, y allí parece que hay unas francachelas tremendas, y ya ha vuelto al domicilio conyugal el Marquesito indispuesto tres ó cuatro veces, oliendo á champagne y á ron, con la pechera de la camisa manchada de vinazo, y á los treinta años escasos está el grandísimo botarate más viejo que si tuviera sesenta, y todo temblón y corcovado..... Y su pobrecita mujer, una Ofelia propiamente, que se hubiera muerto de amor si no la casan con el Marqués, se encuentra la infeliz como alelada, bajo la impresión de asombro que le ha producido un desengaño tan terrible y tan inesperado. No es flojo tampoco el de aquella Olimpia Martínez, que era hace cuatro años el encanto de los salones de Madrid. Se casó con Guevara, el sabio Guevara, creyendo sin duda que un sabio había de ser un hombre perfecto. Pues, ande usted, que el sabio le ha salido una alhaja que no tiene precio. Enamora á cuantas ve, y el mismo portero de su casa le armó un escándalo el otro día, porque le perseguía el sabio á la hija, una chiquilla que estudia solfeo..... En casa han dicho que el portero llegó á pegar al sabio inquilino. Olimpia ha querido volverse á casa de su madre, porque, naturalmente, no es agradable la vida con semejante marido, aunque sea más sabio que D. Alfonso *el Sabio*. ¿Y qué me dice usted de la pobre Sofía Capotillo, que llevó dos millones de dote, y el marido ha dado ya fin de tan bonita suma....., y ella, ella misma, ha tenido que recurrir á los amigos de su difunto padre, á fin de obtener para el marido un destino de 3.000 pesetas?.....

—Pero, señora mía, ¿para qué me cuenta usted todo eso?

—¡Hombre! para convencer á usted de que los hombres son perversos, y las mujeres sus víctimas, bien dignas de compasión. Si yo le dijera á usted.....

—No me lo diga usted, generala. Los pecados ajenos no me los diga usted. Si quiere usted decirme los propios, todos los días, de siete á nueve, estoy en el confesonario de la parroquia de que son feligreses usted y su marido.....

—¡Jesús! Ya había olvidado otra vez que se ha hecho usted clérigo..... Es que no puedo acostumbrarme á ver un señor cura en el mismo que conocí mozo, tan alegre y tan travieso, y casado después con mi mejor amiga. ¡Tanto como hemos bailado los dos! Perdone usted, padre, si le mortifica el recuerdo.

—¡Oh! de ninguna manera. Entonces como entonces, y ahora como ahora.

—Ya supongo que ahora es usted un sacerdote ejemplar.

—Lo que siento es no ser ejemplar; pero procuro cumplir los sagrados deberes que voluntariamente me he impuesto.

—¡Ya lo creo que los cumplirá usted! Pero vuelvo á mi tema..... Los hombres.....

—¡Señora!..... ¿Todavía más?.....

—Mire usted, Panadizo, el marido de Angustias Trigo, ha dado en la gracia de correr en velocípedo, y todo el año está de viaje á Alcalá, á Toledo, á Segovia, á Burgos, á París, á los infiernos. Está enamorado de la bicicleta, y su mujer para retener á su lado al marido no tiene otra esperanza que la triste de que le traigan un día perniquebrado..... Los pocos días que pasa en Madrid, en vez de salir con su mujercita, que es bien guapa, llevándola del brazo, prefiere ir por esas calles muy orondo, tirando de su amada bicicleta, y en llegando al Prado, ó al Retiro, ó á la Castellana, monta en la horrible máquina, y allá va, atropellando á los niños y asustando á las niñeras..... ¿Y el marido de la viuda de Castañuela?..... Bien arrepentida está de haber vuelto á casarse, porque.....

—Señora, tengo el honor de saludar á usted..... Mis recuerdos afectuosos al General ..... que ya sabe lo que le estimo.

—Amigo Vélez, digo, padre Vélez, beso á usted la mano..... ¡Padre Vélez! ¡parece imposible! ¡el muchacho más elegante y más tronera de mi tiempo!..... ¡Era usted el que mejor llevaba el frac encarnado y la media negra!.....

—Señora, repito, quede usted con Dios que la conserve muchos años.

—Gracias, padre.....

CARLOS FRONTAURA.

LA CIRCULACIÓN ATMOSFÉRICA.



Los antiguos conocían los vientos periódicos de la India ó monzones, y utilizaban su constante regularidad en los viajes que efectuaban por los mares de Arabia. Según afirma Benedict en su obra *Schiffart und Handel der Alten*, salían más de cien buques todos los años, que desde el estrecho de Bab-el-Mandeb se dirigían por alta mar de Oeste á Este, sin ver la costa, de la que se alejaban muchas leguas, á Muziris, Calicut y Mangalor. Cuando cambiaba la dirección del viento, en los meses de Diciembre y Enero, regresaban á su país, cargados con los ricos productos de la India. Hipalo, mercader árabe, posterior á Alejandro Magno, fué el primero que se atrevió á lanzarse por ese camino, y en su honor se llamaron las monzones, durante algún tiempo, vientos de Hipalo.

Muchos siglos después, debido á los viajes de los portugueses por Africa y Asia y de los españoles por América, se descubrieron otras corrientes aéreas ó vientos de dirección regular, periódica ó constante, y conocida es la historia de los compañeros de Colón, cuando murmuraban y se resistían á proseguir el viaje, fundándose en que siendo el viento favorable para la ida y soplando siempre en la misma dirección, les había de ser contrario á la vuelta, y, por consiguiente, el regreso á España, imposible.

Poco á poco fueron los navegantes adquiriendo mayor conocimiento de las corrientes aéreas y marinas, principiando entonces la náutica á contar con reglas de carácter algo más científico que las usadas hasta allí. En el siglo XV descubrió Vasco de Gama, al efectuar su primer viaje, la corriente de Mozambique, entre la isla de Madagascar y el continente, y dió al cabo que la limita por una parte, el nombre de Cabo Corrientes. Para volver de la India, utilizaban los portugueses las monzones, buscando la del Sudoeste á los 28° de latitud Norte, y dejándose llevar por ella hacia el Este, hasta encontrar vientos favorables para acercarse al ecuador.

Alaminos, piloto español del siglo XVI, efectuó un viaje de regreso á España dentro de los límites de la corriente del Golfo (Gulf Stream), del mismo modo que se hace en la actualidad por los buques de vela y aun por los de vapor. Un fraile agustino, Andrés de Urdaneta, hombre muy entendido y observador, y gran marino, supuso que el mismo sistema de vientos había de regir en el Océano Pacífico que en el Atlántico, y fundado en esta creencia, salió de Filipinas en 1565 con rumbo á las islas de los Ladrones y siguió á Acapulco, invirtiendo en el viaje ciento veinticinco días. Se guió, pues, por la sentencia que dice: «No se debe forzar el rumbo, sino amoldarlo á los vientos dominantes.»

Á principios del siglo XVI, Leonardo de Vinci, genio colosal, gran artista y profundo hombre de ciencia, para el que era familiar todo el saber de su época, atribuía á las diferencias de temperatura del agua del mar el origen de las corrientes regulares que del ecuador se dirigen á los polos. En la línea equinoccial, calentada el agua por la intensa radiación solar, se dilata y extiende hacia el Sur y el Norte; pero, al mismo tiempo, la evaporación producida entre trópicos tiene que ser compensada por agua fría, procedente de las comarcas polares. Esta teoría la hizo, en parte, extensiva al viento.

En 1573 explicaba Pedro Davity los terrales y virazones por el desigual caldeamiento de la tierra y el mar. Dos años después apareció la obra náutica de Juan Escalante de Mendoza, titulada: *Itinerario de Navegación á los mares y tierras occidentales*, en la que, además de describir los mares y sus corrientes, y los vientos, trata de los mejores rumbos para ir á determinados lugares de América.

Halley, famoso astrónomo inglés, fué enviado por su Gobierno á la isla de Santa Elena, en 1676, para determinar la posición de ciertas estrellas; después navegó por diversos mares, adquiriendo de los fenómenos y mudanzas del aire gran práctica y experiencia, que, en unión de su lectura y de su talento, le permitieron publicar el primer mapa, ó la primera carta de corrientes atmosféricas para uso del navegante. Intentó explicar por principios mecánicos la dirección y constancia de los alisios del Nordeste, y esbozó una teoría de la circulación atmosférica, ampliada en 1735 por Hadley, también astrónomo inglés y de no menor reputación, aunque en la grandiosa *Enciclopedia Británica* no se menciona siquiera su nombre.

Esta teoría, de verdadero fundamento científico, ha llegado hasta nosotros, y es como sigue:

El calor del Sol dilata el aire en el ecuador y lo hace dirigirse hacia las regiones más frías, que son los polos; esta corriente de aire va por la parte alta de la atmósfera, y se llama corriente ecuatorial. Para llenar el vacío producido en el ecuador, se establece una contracorriente en la superficie de la Tierra, que arranca de los polos y se llama corriente polar. Si el globo terrestre estuviese fijo, ambas corrientes caminarían á lo largo de los meridianos, y su dirección sería exactamente Norte Sur. Pero el movimiento de rotación de la Tierra hace que las corrientes se desvíen hacia la derecha en el hemisferio boreal, y hacia la izquierda en el austral. En efecto: la rotación del globo terrestre no se efectúa con igual velocidad para todos los puntos, sino que es máxima en el ecuador, y va disminuyendo, gradualmente, hasta ser nula en los polos. Una masa de aire, pues, que parte del ecuador á lo largo del meridiano, en nuestro hemisferio, está animada de una velocidad lateral hacia la derecha, mayor que la de cualquier lugar adonde llegue, y parecerá, por consiguiente, que procede del Sudoeste. Por el contrario, una masa de aire que parte de las latitudes elevadas en dirección al ecuador, va encontrando lugares que se mueven hacia la izquierda con velocidad creciente, y parecerá, por lo tanto, que no proviene del Norte, sino del Nordeste. En el hemisferio austral la desviación se efectúa hacia la izquierda.

De este modo explicaba Hadley la constante dirección de



¿QUIÉN SOY?

DIBUJO DE M. PICOLO.

PARIS.—«SALÓN» DE LOS CAMPOS ELISEOS DE 1894.



CIGARRERAS ESPAÑOLAS.

CUADRO DE GAY

los vientos alisios y la circulación general de la atmósfera.

En tiempos muy posteriores, y con el progreso realizado en las ciencias matemáticas, se ha demostrado que la desviación, no sólo del viento, sino de todo cuerpo que se mueve libremente en la superficie de la Tierra, es siempre hacia la derecha en el hemisferio boreal, cualquiera que sea su primitiva dirección, á lo largo de un meridiano, ó perpendicular á él. Este descubrimiento se debe á Poisson, que en 1839 lo dió á conocer en una Memoria sobre el movimiento de los proyectiles. En este caso la desviación es muy pequeña, por la escasa duración del fenómeno y lo reducido de su trayectoria; además, no es perceptible por muchas causas de error.

En fenómenos más constantes, como el curso de los ríos, ó la circulación de los trenes en las vías férreas, tampoco es perceptible la desviación, porque las causas de error son igualmente infinitas; pero teóricamente se demuestra que las riberas derechas de los ríos, y las barras carriles de la derecha de nuestras líneas, sufren mayor presión de las aguas en un caso, y de las ruedas en otro, que las riberas ó rieles de la izquierda.

Un siglo después de Hadley, un eminente meteorologista alemán, cuyo nombre hay que pronunciar con el mayor respeto, Dove, amplió y generalizó la teoría, dándole tan buen aspecto de verdad casi demostrada, que fué aceptada universalmente, echando tan hondas raíces, que aun hoy día muchos hombres científicos no conocen otra, ni creen que la haya, hasta el punto de ser la única que se presenta en los tratados de Física y de Navegación, no sólo en España, sino en naciones que presumen, con razón, de adelantadas.

Omitiendo algunos esclarecimientos de Dove sobre lo esencial de la teoría de Hadley, y que no importan á nuestro objeto, la principal diferencia que introdujo el meteorologista alemán fué la de afirmar que parte de la corriente ecuatorial desciende hacia el suelo antes de llegar á las zonas frías, y se une á la corriente polar. Siendo esto así, suponía Dove que entre ambos vientos se entablaba una lucha, hasta que predominaba el polar ó el ecuatorial, ó bien un viento intermedio, formando todos ellos los llamados vientos irregulares ó variables de las zonas templadas. El cuadro trazado por Dove de este conflicto es admirable, y está hecho con gran talento: parece que se halla uno realmente en la caverna de Eolo, asistiendo á la escena de encadenar y desencadenar los odres. Agregó Dove, á la teoría de la circulación general atmosférica, su conocida ley de la giración del viento, según la cual, éste sigue el curso del Sol, en el sentido de que si el viento sopla, v. gr., del Norte, pasará al Este, al Sur y al Oeste para llegar otra vez al Norte, las más veces, siendo muy poco frecuente que la giración se haga en orden inverso, y pase el viento del Norte al Sur por el Oeste. Como esto es cierto, sobre todo desde la Europa Central hacia el Mediodía, no hubo vacilación en los meteorologistas, y se aceptó la teoría tal como la presentaba su ilustre autor; teoría que prevaleció durante muchos años, y á la que aun están aferrados, como antes indicamos, muchos individuos para los cuales no pasa el tiempo, y que creen que el progreso se detuvo cuando ellos acabaron sus estudios.

Pero vino al fin la meteorología llamada sinóptica, en la que se representan en un mapa casi todos los elementos que constituyen el tiempo, con los datos transmitidos telegráficamente á una misma hora, desde muchos puntos, y se vió que el viento no giraba como decía Dove, ni existían las famosas corrientes ecuatorial y polar. Se demostró con toda evidencia que siempre había unas zonas en la superficie del globo en las que el barómetro estaba más bajo que en otras: á las primeras se les llamó ciclones, depresiones ó mínimos, y á las segundas anticiclones ó máximos. Alrededor de los mínimos circulaba el viento en sentido contrario á las agujas de un reloj puesto horizontal, y alrededor de un máximo circulaba en el mismo sentido de las agujas. Esta es la llamada ley bárica del viento, ó de Buys-Ballot, del nombre del eminente meteorologista flamenco que la descubrió. Con su auxilio se reconoció que la concordancia que muchas veces existía entre la giración del viento según Dove, dependía de que la mayor parte de las depresiones que se experimentan en el continente europeo pasan por el Noroeste, y por lo tanto, en Alemania, v. gr., cuando el mínimo viene por el Atlántico, empieza el viento á soplar del Nordeste, y rolando con el curso del Sol á medida que la depresión avanza, pasa al Este, al Sudeste, al Sur, etc., siendo el último viento del rumbo del Noroeste, cuando aquélla se encuentra en los parajes boreales.

Aunque en la zona templada, región de los vientos variables, no era sostenible la teoría de Hadley-Dove, convenían todos los meteorologistas en que era perfectamente aplicable á la zona de los vientos alisios, que se extiende cosa de 30º de una y otra parte del ecuador. Durante largo tiempo casi nadie se ocupó de las corrientes polar y ecuatorial, afanándose todos los meteorologistas en investigar y descubrir los detalles y particularidades que ofrecían los ciclones y anticiclones.

Mientras tanto, el americano Ferrel, que puede considerarse como uno de los fundadores de la meteorología moderna, leía y meditaba la famosa obra de Maury, *Geografía física del mar* (en inglés), en la que se explicaban, erróneamente, á su parecer, las causas de los movimientos atmosféricos. Sus primeras objeciones se publicaron en el *Diario de Cirugía de Nashville*, población de los Estados Unidos, donde residía Ferrel en 1856, como maestro de escuela. A este trabajo, que era sencillo y de estilo popular, siguieron otros más importantes y de carácter matemático, en los que entraba el análisis, y en uno de ellos demostró por qué obedece el viento á la ley de Buys Ballot.

Transcurrieron casi veinte años sin que los trabajos de Ferrel llamaran la atención en Europa, y se consideraban puramente como estudios especulativos, hasta que la publicación del *Tratado de Meteorología*, de Sprung (en alemán), donde se presentaban teorías basadas en análogos principios que las del meteorologista americano, contribuyó á que se hiciera mayor aprecio de la importante obra que éste había llevado á cabo. Es muy difícil compendiar estos trabajos, que son principalmente matemáticos, pero su esencia viene á ser así.

Todo alrededor de la Tierra existen tres grandes zonas de calmas: en el ecuador, ó muy cerca de él, la primera, y las otras dos, una por el paralelo de 35º Norte, paraje que los marinos suelen llamar el Golfo de las Yeguas, y su semejante en el hemisferio Sur. Entre el anillo ó zona de las calmas ecuatoriales y estos paralelos, predominan los alisios del Nordeste y del Sudeste en la superficie, y los contraalisios del Sudoeste y del Noroeste en las regiones superiores. En la zona de calmas no tiene el aire más movimiento que ascendente, y en las latitudes de 35º descendente; al Norte, en nuestro hemisferio, y al Sur en el opuesto, de estos paralelos, los vientos predominantes provienen del Sudoeste y del Oeste, no sólo cerca del suelo, sino á grandes alturas también; pero á una altura media hay una corriente que va de los polos hacia el ecuador; la diferencia de temperatura entre estas dos regiones es la causa de la circulación general, produciendo las desviaciones la rotación de la Tierra.

Esta teoría difiere considerablemente de la formulada por Dove, aunque el principio ó fundamento de ambas es idéntico.

En 1886 Werner Siemens, el famoso electricista, presentó un trabajo á la Academia de Ciencias de Berlín, en el cual se ocupaba del movimiento de la atmósfera considerado en conjunto; posteriormente presentó nuevos estudios sobre la misma materia, en los que demostraba, por otros métodos, la exactitud de los principios afirmados por Ferrel.

Según Siemens, la atmósfera estaría en equilibrio indiferente si el excesivo calor del Sol en la superficie del suelo, caldean lo el aire, por una parte, y la radiación desigual hacia los espacios en las regiones superiores, por otra, no la perturbasen, produciendo corrientes horizontales y verticales dotadas de velocidades distintas, unas veces aceleradas y otras retardadas: así se originan movimientos giratorios ó vorticosos de toda la masa de aire, de los que resulta que en la zona comprendida entre los 35º Norte y los 35º Sur, la circulación general de la atmósfera se manifiesta por los vientos del Este, desde el suelo hasta los límites superiores.

La calma ecuatorial la explica por la interferencia de los dos alisios del Nordeste y del Sudeste, calma que tampoco llega á ninguna altura considerable. Pasados los paralelos indicados, los vientos del Oeste demuestran que éste es también el movimiento general de la masa atmosférica.

Siemens, como Ferrel, admite, según vemos, que sobre las calmas ecuatoriales sople constantemente un viento del Este de gran velocidad. Si esto fuese cierto, y nada científicamente se opone á ello, se explicaría en parte la aparición sucesiva de Este á Oeste de los famosos resplandores crepusculares de 1883, que aun persisten, aunque muy debilitados. Después de la gran erupción de Krakatoa en el verano de ese año, se percibieron entre trópicos los crepúsculos rosados de larga duración, propagándose el fenómeno con gran regularidad, como si la masa incalculable de cenizas y vapores arrojados por el volcán hubiese caminado de Oriente á Occidente, á altura elevadísima, dando la vuelta completa á la Tierra en el espacio de doce días, lo cual es perfectamente verosímil.

A la teoría de Siemens le faltaba tratarla matemáticamente, lo cual efectuó hace cosa de tres años un meteorologista alemán, llamado Oberbeck, autor, asimismo, de otra teoría de la circulación atmosférica: ambas concuerdan en todo, menos en la extensión vertical de los vientos superiores de las latitudes elevadas y de los inferiores de las latitudes bajas.

El gran físico Helmholtz (que la ciencia acaba de perder) presentó hace pocos años á la Academia de Ciencias de Berlín una explicación de los vientos, basada, hasta cierto punto, en experimentos de laboratorio. Demostró Helmholtz que en la circulación del aire había que tener muy en cuenta ciertas causas perturbadoras, y que no bastaba considerar el movimiento del fluido tan sólo con arreglo á los principios de la hidrodinámica. Por ejemplo, de no existir esas causas, un viento que soplase con velocidad de 14 metros en el paralelo de 10º, alcanzaría la enorme de 134 metros á la latitud de 30º, lo cual sabemos que no sucede. Demostró también, que un anillo ó faja de aire dotado de movimiento de rotación, cuyo eje sea el de la Tierra, contiene un plano en el que reina calma, decreciendo la presión desde ese plano, tanto hacia los polos como hacia el ecuador. Este razonamiento viene á probar de un modo independiente, la existencia de la zona de altas presiones y de calmas de las latitudes medias.

Estima Helmholtz, como causas importantísimas de la distribución de las presiones y del equilibrio atmosférico, la capacidad calorífica de los diversos estratos de aire, combinada con su variable velocidad angular, llegando á formular el siguiente teorema: «Cuando el estrato de aire dotado de mayor capacidad calorífica está situado en la dirección del polo celeste, esto es, paralelo al eje de rotación de la Tierra, su equilibrio es estable.»

De este teorema deduce Helmholtz, por medio del análisis matemático, diversas fórmulas, aplicables á todos los casos que pueden ocurrir, explicando la dirección y fuerza del viento cerca de la superficie del suelo, á la altura media de la atmósfera y en las regiones superiores. A más de la capacidad calorífica del aire y de la orientación de los estratos, tiene también en cuenta los cambios de equilibrio producidos por el rozamiento, por el caldeo del suelo y por las mezclas de aire de diferentes temperaturas.

Uno de los puntos más curiosos que trata, también matemáticamente, es el de las olas atmosféricas, que vienen á ser 2630,3 veces mayores que las del mar. Cuando el viento sopla con velocidad media de 10 metros por segundo, levanta olas en el agua, cuya longitud es de 21 centímetros; con el mismo viento la longitud de onda en el aire es de 549,6 metros. En el mar son frecuentes las olas de un metro, con vientos de fuerza moderada, el cual produciría olas de 2 á 3 kilómetros en las capas de aire cuya temperatura se diferenciase en 10º. Las grandes olas de los temporales, que miden hasta 10 metros, estarían representadas en la atmósfera por olas de 15 á 30 kilómetros, que llegarían desde las capas superiores hasta el suelo, como ocurre en el mar cuando se descubren los bajos, porque en esos casos la longitud de onda es mayor que la distancia que hay del escollo á la superficie del agua.

Presentar un resumen de las teorías existentes sobre la circulación atmosférica, es tarea casi imposible, según puede juzgarse por los ligeros extractos que anteceden, y esta dificultad parece que tiende á aumentarse, pues no hay día que no aparezca una nueva explicación; muchas pretenden apoyarse en el análisis matemático; pero se apartan tanto del buen sentido y de la observación de los fenómenos, que, más que hipótesis, son puras especulaciones. Sin embargo, se admite actualmente de un modo casi universal, y puede considerarse como doctrina científica del momento lo siguiente:

Todas las corrientes aéreas del globo están producidas por el desigual caldeamiento de su superficie, que depende de la oblicuidad con que reciben los rayos solares.

El movimiento de rotación de la Tierra alrededor de su eje, causa perturbaciones que modifican la dirección de las corrientes.

En el ecuador, ó próximo á él, hay en la superficie una zona de calmas, donde ascienden las componentes meridionales de los vientos alisios del Nordeste y del Sudeste. Esta zona de calmas tiene poca altura, y encima de ella sopla constantemente viento del Este, tanto más violento, cuanto mayor sea el nivel de las calmas.

Al llegar á cierta elevación, el aire que asciende en el ecuador se dirige hacia los polos; pero la rotación terrestre lo hace desviar hacia el Este y forma los vientos contraalisios superiores, del Oes-Sudoeste en el hemisferio boreal y del Oes-Noroeste en el austral.

A los 35º de latitud, en ambos hemisferios, también hay calmas en la superficie del suelo, producidas por el descenso de una parte de las masas de aire que ascendieron en el ecuador. Otra parte continúa su camino en dirección á los polos.

El aire que desciende en las zonas de calmas de los 35º se encamina por la superficie hacia el ecuador; pero la rotación terrestre lo desvía hacia el Oeste y forma los alisios del Nordeste en el hemisferio boreal y del Sudeste en el austral.

Desde los 35º de latitud hacia los polos soplan vientos del Sudoeste en nuestro hemisferio, y del Noroeste en el opuesto, en la superficie del suelo.

Encima de éstos hay una corriente que procede de los polos y va á la latitud de 35º, y sobre esta corriente y en las capas superiores continúa soplando como Oeste la masa de aire procedente del ecuador, que no descendió en la latitud de 35º y que va á descender en las regiones polares, produciendo un casquete de calmas.

Augusto Arcimis.

1895..... Y PICO.

(FANTASÍA Ó FANTESÍA.)

Hipnotismo, sonambulismo, atavismo, sugestión por el correo, ó por telégrafo, de ida y vuelta, clarividencia, mediums videntes, mediums escribientes, mediums auxiliares, mediums jefes de negociado y de sección; Allan Kardec, Onofroff, Kamelofff.

¡Qué noche tan horrible pasó Fausto, agitado su espíritu con tantos disparates! esto sea dicho sin ánimo de molestar á «la afición».

Como habrán notado ustedes, el de «Fausto» es nombre propio para fantasías y maravillosidades, aunque también sirve para el uso de hombre de buen vivir y costumbres morigeradas.

Fausto cenó solo en la noche del 31 de Diciembre de 1894.

Y cenó solo, como *Marcial Mochila*, el de *Los Sobrinos del Capitán Grant*, por idéntico motivo que aquél:

Por no hallar compañía
para su cena.

Invitó á dos ó á tres compañeros de oficina, y se excusaron pretextando el compromiso de tener familia.

Ya no hay compañerismo ni amistad.

Ellos pensarían sin duda:

—¡Valiente cena nos daría este pobre! De seguro que no merece la pena de sacrificarle un par de horas para que nos lea algunas coplas de su invención, y de subir hasta doscientos escalones sobre el nivel del mar ó del depósito de las aguas del Lozoya.

«El solitario de la guardilla», según le conocían en la casa los porteros y varias criadas, ofreció asiento y cubierto en su mesa á tal cual dama de mayor circulación.

Y todas le respondían, al poco más ó menos:

—De salud sirva, y que no se ahogue usted con alguna raspa del pavo: porque será de Escocia, ¿eh?

Pavo no le tenía; por más de que no le hubiera rechazado, en caso de ofrecérsele espontáneamente.

¡Y pavo con *trusas!* de la época que más le entusiasma á Fausto, que es un aficionado al arte dramático, y particularmente á las comedias de capa y espada, muy conocido, aunque no sea ventajosamente, en varias sociedades del ramo de Talmas caseros *ú* domésticos.

No había pavo.

Porque de no encontrar uno á la medida, para una persona sola, habría sido despilfarro ruinoso.

¿Adónde iba Fausto con un ave «de aumento», como le ofrecía un vendedor de «criaturas de la especie»?

Fausto no es un mendigo, pero tampoco es un Rothschild.

Disfruta una posición suficientemente cómoda durante la noche.

Como que posee un catre de hierro dulce—según el dueño;—jergón relleno con paja de maíz—dulce también según el dueño—y colchón de lana dulce.

¿Qué más dulzuras puede pedir un hombre solo?

Rentas no tiene sino las suficientes para el ingreso en cualquier asilo, el día en que un ministro de Hacienda, atacado de economía, diera en suprimir unas cuantas docenas de pupitres leales y laboriosos, en el cuerpo de escribientes del Estado..... de canuto.

Á las nueve de la noche, después de devorar la cena preparada y servida por las blancas manos de la portera, quien por un tanto, no muy alzado, prestaba su asistencia ó existencia—que decía ella—á Fausto, éste se acostó triste y un tanto perturbado por los vapores de un cariñena químico con que se obsequió por extraordinario.

Y aquí empezó el drama.

Fausto durmió intranquilo.

No hay pluma ni colores que puedan pintar el sueño de un loco.

Pero la pesadilla de un tonto complicado con la bebida, aun mucho menos.

¡Cuántas imaginaciones pecaminosas!

La portera, en traje de *endina*, le servía el pavo de capa y espada, ó sea con trusa.

Una chica peinadora colindante, esto es, vecina de Fausto, pared por medio, le escanciaba el licor de «anís escabechado», y ella misma llegaba la copa á sus purpurinos labios.

El Ministro del ramo entraba con el café y los tabacos.

El Director general servía el champagne, y las señoras respectivas «hacían los honores» del sotabanco.

Después leía Fausto unas quintillas espiritistas, traducidas de Calderón por Trigo; este último medium picante, como aquél.

Y después, rugía una orquesta compuesta de seis mil profesores en sexteto, como anuncia el dueño de un café en esta corte:

«Música á sexteto, por cuatro profesores, todas las noches de ocho á doce.»

Después empezaba la sesión de espiritismo y adivinación.

Fausto, temeroso de que se enterase el país del estado de sus calzoncillos y de su elástica, se prestaba á ser víctima, después de esconderse inútilmente.

Por fin, todo se descubría.

¡Horror!

Luego la sugestión de un Onofroff del reino.

Después la indigestión.....

Cuando Fausto volvió en sí, no era aún cadáver.

Pero le sobraba poco.

—¿Dónde estoy?—preguntaba, volviendo en la portera, que le sostenía la cabeza, mientras el portero le daba friegas ó fricciones ó «ficciones», que decía la planchadora, con una bruza natural.

—¡Toma, toma!—respondió el portero—está usted ya....

—¿En otro mundo?

—No, hombre, no: en otro año: en 1895 y pico.

Eduardo de Palacio.

EL VI CENTENARIO DE LA CASA SANTA DE LORETO.

SUMARIO.

Tradición legendaria de las cuatro traslaciones de la casa de la Virgen en Nazareth.—Las fiestas de la Dalmacia.—El aniversario de la aparición de la Casa Santa en Loreto.—Las restauraciones recientes de la gran Basílica.—El concurso de pontífices, emperadores, reinas y peregrinos.

Kalil, sultán de Egipto, que se había propuesto destruir la Casa de la Virgen en Nazareth, salvada, como el Santo Sepulcro del Redentor, de manera verdaderamente prodigiosa, cuando la conquista de Tierra Santa por los romanos, al caer Jerusalén en poder del kalifa Omar, y la Galilea en el de Saladino, se apoderó de Palestina en 1291. Pues bien; el 10 de Mayo de dicho año vieron unos leñadores aparecer á orillas del Adriático, entre Terzatto y Fiume, en el valle Dolaz, y en un campo propiedad de una piadosa viuda llamada Agata, un edificio, donde sólo había el día antes matorrales y árboles. Componía esta casa un solo piso, con techumbre de madera pintada de azul, y formados los ligeros muros de antiquísima estructura, con una piedra de constitución desconocida en la región dálmata. Más detenidamente examinado aquel edificio, se vió en el fondo de la única estancia á que se habían reducido las dos de Nazareth una pequeña chimenea, sobre la cual existía como un nicho, donde se hallaba una estatua de cedro del Líbano figurando la Virgen con el niño Jesús. Algo distante de este muro estaba un altar de la misma piedra, con un crucifijo. Frente á la ventana había otra cruz, y en otra suerte de alacena una escudilla y dos tazas, piezas todas muy humildes. La piedra de la casa era de una especie que sólo se encuentra en Nazareth, y todo el edificio tan pequeño que sólo tenía 9 metros 52 centímetros de largo, 4 metros 10 centímetros de ancho y 4 metros 20 centímetros de alto. Díjose ser aquella la casa de la Virgen en Nazareth, y nombráronse comisiones para averiguarlo.

Constituyeron la primera personajes autorizadísimos de la Dalmacia, designados por el Conde Frangipani, señor de las tierras en que por vez primera apareció la Casa Santa; un representante del pontífice Nicolás IV, y un virtuosísimo sacerdote, párroco de la iglesia de San Jorge en Terzatto, que, muy gravemente enfermo en aquellos días, tuvo en sueños una visión de la Virgen, la cual, al propio tiempo que le devolvía la salud, le anunciaba ser aquélla su morada de Nazareth, transportada por los ángeles para salvarla de la destrucción con que la amenazaba el sultán Kalil. Llegado á Galilea, comprobaron corresponder las medidas de la casa de la Virgen con las del sitio que sus cimientos ocupaban en Nazareth, en la cripta de la gran basílica que le elevó la emperatriz Santa Elena, y que había desaparecido de Palestina, coincidiendo con su aparición en Dalmacia.

Investigaciones posteriores y leyendas piadosas, pues nadie podía tener tales noticias sino por intuición, trazan el viaje de la Casa Santa desde Nazareth al mar, la isla de Chipre, Lepanto en Grecia, Durazzo en el Adriático, Terzatto. Al cabo de tres años y siete meses de su permanencia en Dalmacia, fué nuevamente trasladada á las playas Picenas en las Marcas de Ancona, á algunos centenares de millas distantes de la Iliria, y que atravesó surcando el Adriático y Mediterráneo el precioso depósito, confiado, según la tradición, á los serafines, en la noche del 9 al 10 de Diciembre de 1294.

Sintiéronlo los dálmatas y los habitantes de las regiones vecinas tanto como se alegraron los de Loreto y Recanati al ver que llegaba á ellos el precioso depósito que los ángeles dejaron en el bosque del laurel. Acudieron luego, traídos por la fama del milagro, infinitos peregrinos de toda Italia, con tantos presentes, que pronto despertaron la codicia de los bandidos y *masnadieri*, lo que sin duda determinó á la Virgen á cambiar de morada, trasladándose á una colina inmediata, propiedad que era de dos hermanos nobles de Recanati, los condes Esteban y Simón Reinaldi. Pero también la avaricia y el afán de las riquezas se apoderaron de estos jóvenes aristócratas, dando lugar á luchas fratricidas para apoderarse de lo que empezaba á ser un verdadero tesoro en la entonces modesta capilla Lauretana, la cual, de la misma manera misteriosa que antes, mudóse á donde hoy está.

Mandaron los Pontífices comisiones de personas respetables á Terzatto primero y á Nazareth después para comprobar el milagro presentido también por San Nicolás Tolentino en sus momentos de éxtasis. Con estas y otras noticias se escribió una Memoria, que se guarda en el palacio de Nápoles, y en la que se refiere toda esta historia, la Natividad del Señor y la Anunciación del ángel Gabriel.

A principios del siglo XIV, para evitar nuevas injurias á la Casa Santa, los habitantes de Loreto comenzaron á erigir en su derredor murallas y pórticos, y vino entonces á saberse que la morada de Nazareth no tenía cimientos. Benito XII construyó el primer templo, dándole la forma de cruz griega, y Nicolás V y Pío II, atemorizados por la toma de Bizancio por los turcos, la rodearon de más importantes baluartes. Murió en Ancona este Pontífice, y acompañando el cadáver á Roma el cardenal Barbo, sintióse tan enfermo que se detuvo en Loreto. Allí curó, y en agradecimiento mandó levantar, siendo Papa con el nombre de Pablo II, una suntuosa fábrica en vez de la iglesia que existía, y siguiéndole en esta devoción otros Pontífices, enriquecieron notablemente el nuevo templo.

Entrando en la Santa Casa, se ve dentro del altar moderno el antiguo, edificado por San Pedro, y donde celebró el santo sacrificio el Príncipe de los Apóstoles. Cosimo II, gran Duque de Toscana, había hecho adornar el *Iconostasis*, á usanza griega, de toda clase de piedras preciosas. Como la imagen de la Virgen, tenía sobre sí un verdadero tesoro, presentándose forrado en oro y piedras preciosas el nicho en que se encerraba un día. Riquezas todas que, como las del tesoro de la Basílica, que se hacía ascender á muchos millones, desaparecieron cuando la invasión francesa, en la que con tanto afán robaron los soldados de la República, que hasta la estatua de la Virgen llevaron en un furgón, dando con ella en la Biblioteca Nacional de París, donde los anticuarios la calificaron de escultura oriental. De allí pasó á Notre Dame; y, por último, fué devuelta al pontífice Pío VII, quien con gran solemnidad la hizo llevar á Loreto.

Trátase de celebrar ahora, juntamente con el centenario de la aparición de la Santa Casa, el de aquellas fiestas, y tal es el programa, que durará desde ahora hasta fines de 1895, coincidiendo su parte más brillante con la Concepción, en los primeros días de la primavera, en el mes de María, en el nacimiento de la Virgen, en Septiembre, fecha de su última traslación, en Agosto y en Pascuas, un programa verdaderamente fascinador.

Los que durante el centenario de la Virgen concurran en el próximo año á Loreto, además de admirar las grandiosidades del templo y las preciosidades del tesoro, disfrutando las indulgencias que la epístola pontificia de León XIII concede á cristianos y romeros, podrán deleitarse en la contemplación de las restauraciones realizadas en la basílica Lauretana, y á las cuales, como á las solemnidades de este jubileo, ha presidido una comisión presidida por el príncipe Juan de Sajonia. Principal de estas obras es la de la cúpula restaurada por el pintor Maccari, cuyo pincel ha evocado con la inolvidable escena del saludo del ángel Gabriel, anunciando á María la encarnación del Verbo, y las palabras que se leen en la fachada de la catedral, todos los títulos que se dan á la Virgen en la letanía Lauretana. Con Maccari ha rivalizado el pintor Seitz, restaurador de la morada de los Borgias en el palacio Vaticano.

Junto á la vida y las glorias de María, ha dibujado en el ábside de la basílica el sepulcro de la Madre de Dios, cubierto de flores, cuando lo contemplan los apóstoles después de la Asunción de la Virgen. La estatua de ésta, con los cabellos peinados á la Nazarena; su presencia en unión de las jóvenes sus compañeras de la infancia, al ir á llenar las ánforas en la fuente de Nazareth; la gruta de la Virgen, que aunque encerrada en la cripta de la iglesia de Santa Elena también, no hay que confundir con la cámara de la Virgen donde, mientras tejía una tela de púrpura, fué saludada por el Angel; el sepulcro de San José, donde el Salvador con sus propias manos colocó la salma del esposo de la Virgen; la patética entrevista de ésta y de Santa Ana, todas son joyas del arte. Y junto á la religión cristiana, todas aquellas leyendas de otras religiones, demostrando cuán arraigada ha estado en todas las almas, en todos los siglos y en todas las religiones la idea de una Virgen Madre del Ser Supremo. Así el pincel ha evocado el misterio de los griegos, haciendo nacer el Dios reparador de una Virgen; á los sacerdotes druidas de las antiguas Galias, adorando también á una Virgen madre, y á los indios haciendo nacer la Reina del cielo de una rosa purísima. Simultáneamente con este ábside de la basílica se ha embellecido la capilla llamada Germánica, que, como la Slava, representa los santos más ilustres de aquellas regiones, sus ciudades más famosas y las escenas eternamente caras á los dálmatas de la aparición de la Casa Santa en sus tierras.

Bajo la alta dirección del cardenal Richard se ha terminado la nueva ornamentación de la capilla de San Luis de Francia. Su magnífica estatua surge sobre altar de bronce dorado, teniendo á su lado las de San Francisco y Santo Domingo. En sus muros, el mosaico ha logrado representar de manera deliciosa todas las escenas que se relacionan con la parte tomada por San Luis en los honores y veneración por él dispensada á la Casa de María, en Nazareth, que fué de las últimas en visitar en 1252, cuarenta años antes de que el precioso santuario abandonase la Palestina. En estos lienzos admirables se ve al Santo Rey al frente de su cruzada. Después, enfermo de la peste que diezmó sus huestes, y prisionero de Melic Saleh, sultán de Egipto. Más tarde, y antes de volver á Francia, peregrino, vestido del cilicio y descalzo, viniendo desde el Tabor á pie, para oir en la Casa Santa y en la basílica de Santa Elena, comulgando, la misa celebrada por el cardenal Odone, legado apostólico y obispo de nuestro Tuscolo, la patria de Cicerón. Ya en la misma Casa de Nazareth existía, y se conserva dibujada por pincel griego, la memoria de esta misa oída por el Santo Rey de Francia, y celebrada en el primitivo altar de San Pedro, el día de la Anunciación. La otra nueva capilla, llamada de San José, donde estaba el antiguo coro, y conteniendo el Santísimo Sacramento, es obra magistral del artista Conde Sacconi, el mismo que preside en Roma al grandioso monumento de Víctor Manuel, en el Capitolio. El cual, encargado en nuestros días de la restauración de la basílica Lauretana, ha sido el iniciador del nuevo *Iconostasis*, de estilo del Renacimiento, fabricado de cristal de Murano de Venecia, enlazándose con esmaltes y oro, y que antes de que termine el VI Centenario, sustituirá el de madera dorada con que durante el siglo actual se adornó, á manera de las iglesias griegas, el altar de la Virgen, para cubrir el vacío que á fines del pasado siglo dejó el *Iconostasis* de oro y riquísimas piedras preciosas, regalo, como antes he dicho, de un gran duque de Toscana, enriquecido por dones sucesivos de pontífices, emperadores, reinas y damas piadosísimas, y presa de los ejércitos republicanos de la Francia. También en este año del Jubileo se sustituirán con puertas de dorado bronce, adornadas de escenas recordando sus indelebles fastos, las que ahora existen de madera en la Casa Santa, como lustros atrás fué necesario cambiar con mármol el pavimento de la morada de Nazareth, respetando la tierra de su primitivo suelo.

Otra de las visitas que hacen interesantísima la peregrinación á Loreto, es la del tesoro y biblioteca de la magnífica basílica. Sin ser hoy el primero lo que era á últimos del siglo pasado, antes del despojo realizado por las tropas invasoras que se apoderaron de riquezas por algunos estimadas en 25 millones de francos, todavía encierra, como lo dice su nombre, tesoros de riqueza y de arte. Con orgullo puede decir España que sus Reinas figuran en primera línea respecto á las ofrendas ofrecidas á la Casa Santa de Nazareth.

Ya nuestro emperador Carlos V, que visitó á Loreto, había hecho á la Virgen don preciosísimo de una túnica bordada de miles de brillantes. Le sucedió, como á otros monarcas é ilustres personajes de nuestra patria, la reina María Luisa, quien, visitando con Carlos IV el santuario Piceno, la ofreció preciosísima diadema, como María Cristina, augusta madre de Isabel de España, collar de asombrosos zafiros y brillantes. Asombroso igualmente es el collar de María Pía de Cerdeña, emperatriz de Austria, con otras joyas venidas hasta de las mismas catedrales de Moscou en el Kremlin. Y junto á este nuevo tesoro reconstituído, producen admiración la *Sacra Familia*, de Correggio; el *Enterramiento de Cristo*, de Zuccari; el *Salvador*, de Veronese, y otros cuadros de Rafael, de Guido Reni y del Tiziano.



FRAGMENTO DEL CUADRO LLAMADO DE «LAS HILANDERAS»,

POR VELÁZQUEZ.

EXISTENTE EN EL MUSEO DEL PRADO, DE MADRID.

(De fotografía del Sucesor de Laurent.)



VALENCIA.—LA PLAZA DE LA CATEDRAL.

REPRODUCIDA DE UNA FOTOGRAFÍA DEL SR. CIFUENTES, PERTENECIENTE Á LA COLECCIÓN DE D. ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

En la biblioteca fijan las miradas los lienzos evocando las grandes peregrinaciones á la Casa Santa. Una de las más notables y de las primeras, después de la del año jubilar de 1300, fué la de 1339, no pasado todavía medio siglo desde su traslación de Palestina á las costas Picenas.

Dos siglos después, y presididos por Pío V, se presentaron en romería hasta 10.000 guerreros españoles é italianos, procedentes de Lepanto, y seguidos de otros tantos esclavos cristianos, por la protección de la Virgen rescatados de los turcos, y que iban á rendir gracias á la Madre de Dios de aquella victoria y salvación inmortales. Hasta catorce Pontífices han ido en peregrinación á Loreto, empezando por Urbano V, Clemente VII, Benito IV, Julio II, León X, Adriano VI, Pablo III, Pío IV, Sixto V, Clemente X y Clemente XI, Alejandro VIII, Inocencio XII, Clemente XII, Pío IX, que ya desde niño tenía profundísima devoción á la Casa de Nazareth, León XII y el actual Pontífice cuando era cardenal Pecci, y para quien uno de los más grandes dolores del alma es que la situación creada por los acontecimientos, teniéndolo en Roma, le impidan realizar como Pontífice su visita á la morada de la Santísima Virgen. Hasta cuarenta y siete Papas han asociado su memoria á las tradiciones más caras y á la santidad del sitio, objeto hoy de gloriosísimo centenar. El cardenal Capecelatro, uno de los miembros del Sacro Colegio que más probabilidades tiene de ceñir un día la tiara, en una magnífica epístola que ha dado á los pueblos de su archidiócesis metropolitana, evoca las más gloriosas tradiciones de la Casa Santa, y pide que Italia y el mundo católico realicen con ocasión del presente centenar el voto que acarició León XIII, de edificar otro santuario inmediato á la actual Basílica Lauretana, en los parajes del antiguo bosque donde primero pasó la morada de Nazareth al abordar á las costas Picenas.

***

La Ilustración Española y Americana no es lugar á propósito para una controversia entre los que, como el sacerdote apóstata que aconsejaba á Napoleón I el manchar su memoria con la destrucción de la Casa Santa, negando su procedencia, y aquellos que, aun sin establecer como artículo de dogma su traslación, cosa que reconoce el mismo cardenal Capecelatro en el documento á que he aludido, aducen las innumerables pruebas que testifican esta piadosísima tradición en Dalmacia, en Italia y en el universo católico. No hablamos ciertamente, pues lo contrario sería impío, de las afirmaciones históricas respecto á la morada de la Virgen en Nazareth, sobre la que construyó la gran Basílica la emperatriz Santa Elena. El Obispo de Capadocia la visitó cuando era todavía modesta capilla, y San Dionisio Areopagita en los primeros siglos, el año 230; la madre de Constantino, en 326; Santa Paula, en 396; en el siglo v, Tirmiliano de Cesarea; Nicolás de Mira y otros santos varones, en el VI; San Anastasio, en el VII, á la par que muchos santos; San Juan Damasceno, en el VIII; San Neofano, en el IX; cincuenta peregrinos normandos se arrodillaron ante el altar de la Virgen, en el siglo X, y el Duque de Aquitania, viniendo al frente de cruzados y de romeros, en el XI; el Patriarca de Jerusalén y el ermitaño Rodrigo, en el siglo XII, mientras toca al patriarca San Francisco de Asís y á San Luis, rey de Francia, ser de los últimos en besar, arrodillados, la morada de Nazareth, pocos años antes de su traslación á la Dalmacia y á las costas Picenas. Todas estas memorias son históricas, irrefutables y sagradas. Viniendo á la traslación de la Casa Santa, sería bien difícil atribuir á supersticiones y fanatismos los testimonios de devoción ardentísima y de fe cristiana en que rivalizan lo mismo los pueblos de la Dalmacia que las costas Picenas de la Italia.

Nada podrá arrancarles la piadosa creencia de que si Mahomet II y su nieto Solimán, decididos á la conquista de Loreto, cuando desembarcaran en las playas itálicas no pudieron realizar su intento, viéndose el primero acometido de mortal enfermedad al divisar desde lejos el santuario, y apoderándose del segundo una tristeza que le hace reembarcarse para Stambul, donde murió al cabo de breves días, se debe á la acción de la Madre del Salvador, que en contrario sentido se hace tan poderosa en la inmortal batalla de Lepanto. Como síntoma milagroso lo es que en los siglos medios se salvase la Casa Santa de los piratas que tantas veces la amenazaron, y que á principios del nuestro volviesen á la morada de la Virgen la mayor parte de las reliquias y la estatua de Nuestra Señora de Loreto, formando parte del botín de los ejércitos de Napoleón Bonaparte.

La Basílica Lauretana, donde tienen su asiento veinticuatro canónigos y otros tantos beneficiados, asistidos por las órdenes religiosas y por penitenciarios representantes de todas las naciones católicas, donde las misas que se celebran en sus doce capillas, cada cual al cuidado de una potencia católica, exceden de algunos miles al año, es considerada aún más sagrada á los ojos de los católicos que las mismas de San Pedro y de San Juan de Letrán, la iglesia ésta madre de la cristiandad; porque en aquella casa el Verbo se hizo carne naciendo de la Virgen María, como lo proclama á la faz del mundo la inscripción en letras doradas que puso Pío V en la fachada del portentoso templo. A las dudas de los incrédulos, prefiero esa fe que al través de los últimos seis siglos ha conducido en peregrinación á Loreto á nuestro Carlos V, á Juan Paleólogo, á Carlota reina de Chipre, á Cristina de Suecia, á los monarcas de Inglaterra, de Baviera, de las Dos Sicilias; á Juan Sovieski, el libertador de Viena, depositando las banderas musulmanas; á numerosos Pontífices, algunos de ellos colocados en los altares; á San Nicolás de Tolentino, á los Franciscos de Paula y de Sales, á San Carlos Borromeo, á nuestros San Francisco de Borja y San Ignacio de Loyola, á San Luis de Gonzaga, á San Felipe Neri, y que ahora guía los pasos de muchedumbres religiosas, viniendo de todas las regiones del universo para orar en la morada de la Virgen de Nazareth.

Conde de Coello.

ESCARMIENTO.



Media noche era por filo, como decían nuestros antepasados, y en el pueblo de Gallur, situado en Aragón á orillas del Ebro, dormían todos con el sueño más profundo. El tiempo brindábase mucho para ello, pues apretaba el frío, caía sin cesar una lluvia persistente y acompasada, y la obscuridad desplegaba tan espeso velo, que á cien pasos de sus últimas casas, la vista más perspicaz no hubiera sospechado la existencia de semejante población. Después de manifestar que entonces corría, volaba ó andaba el año 11 del presente siglo, excusado es añadir que no había faroles, ni serenos, ni tampoco los hubo mucho después, suponiendo que los haya hoy. Verdad es que existían muy pocos aficionados á los paseos nocturnos; pues sobre el peligro de romperse algún hueso rodando en las tinieblas por aquellas desastradas calles, había el de recibir un trabucazo anónimo y hacerse por ende inquilino perpetuo del camposanto. De modo que, al obscurecer, cada vecino pensaba ya en recogerse, y al toque de ánimas sólo quedaba en la calle algún enamorado pelando la pava, ó algún perro vagabundo y sin dueño.

Ardía por entonces furiosamente desde los Pirineos hasta Cádiz la épica lucha de la Independencia, y sin contar las batallas campales reñidas por numerosas huestes de uno y otro bando, con generales, uniformes, banderas, cañones, tropas regulares y cuanto el arte militar prescribe, había otros combates mucho más terribles y frecuentes, y también más funestos para los invasores; los que sostenían á cada paso y á cada hora contra los guerrilleros. No existía monte, colina, desfiladero, valle, bosque ó barranco que no fuese ó hubiera sido teatro de audaces y bruscas acometidas y desesperadas peleas de diez contra ciento, de ciento contra mil; del garrote, el trabuco y la navaja contra el fusil, la espada y el cañón. Por lo común, salían dispersados y deshechos los acometedores, abrumados por el número y disciplina de sus enemigos: si alguno caía prisionero, era fusilado en el acto; pero los que lograban salvarse dejaban entre los franceses grandes claros en las filas y profundo terror en los corazones. División francesa hubo, mandada por expertos jefes, que de una ciudad á otra, sin batalla formal, ni otras pérdidas que las ocasionadas por estos rudos ataques, tan súbitos como furiosos, quedó en algunas leguas reducida de ocho mil hombres á mil doscientos. Por esto, al ver llegar una de sus columnas deshecha, preguntaba con asombro el mariscal Soult al jefe expedicionario:

—¿Qué es esto? ¿Y la demás fuerza?

—Ya no existe.

—¡Cómo! ¡Si en toda la comarca no hay tropas enemigas!

—Pero hay guerrilleros. No nos han dejado comer, dormir, ni reposar un solo instante. Siempre bajo el fuego de esos demonios: después de larga jornada, en una misma noche nos dieron cuatro embestidas: vuelta á caminar sin descanso, y á la noche siguiente, disparos, gritos, alarmas, nuevos ataques, los centinelas arrollados, trabucazos por todas partes, los tambores tocando á llamada y de pie todo el mundo..... Al tercer día, muchos pelotones de nuestros soldados, sin aliento y rendidos, tiraban las armas y se arrojaban á tierra, prefiriendo la muerte á seguir marchando. Detrás venían como lobos los guerrilleros, y.....

—Entiendo. Para luchar aquí se necesitan hombres de hierro, infatigables, como no los hay..... sino entre esa gente. Pero ¿no temen, no duermen, no se cansan?

—Nunca. Son guerrilleros.

Y tenía razón quien así hablaba.

***

Con vecinos de los lugares ribereños acababa de levantarse una nueva partida, compuesta de ochenta peones y diez y seis ó diez y ocho jinetes: total, escasamente cien hombres. Como Filipo de Macedonia y el grande Anníbal, su jefe era tuerto; pero más ignorante y también más valeroso que todos los macedonios y cartagineses del mundo. No sabía leer ni escribir, lo cual no le estorbaba para conocer su país á palmos, como antiguo contrabandista; y con su ojo único veía mejor que otros con un par de ellos, ayudados de poderosos cristales. El tal tuerto se propuso estrenarse y estrenar su gente con un golpe que metiera ruido, y lo consiguió. Tuvo noticia del movimiento de una columna francesa compuesta de dos mil quinientos hombres, que había de pasar por las vertientes y estribaciones del Moncayo. Escaló con su hueste las alturas que dominaban valles y desfiladeros, eligió lugar adecuado para su propósito, mandó cortar fuertes palancas de madera, hizo rodar enormes peñascos hasta los bordes mismos de aquellas empinadas cumbres, colocó vigías agazapados entre los riscos y malezas, preparó retirada segura, señaló punto de reunión en caso de tener que dispersarse por el pronto, y cuando todo estuvo listo y los centinelas avisaron la aproximación de la columna enemiga, se echó un trago de aguardiente y exclamó frotándose de gusto las manazas:

—Los vamos á reventar, caballeros.

En tanto, la columna seguía su camino, siempre avanzando y muy ajena del chaparrón que la esperaba. Más bien por antigua costumbre militar que por temor, pues no había por allí cerca tropas españolas, marchaban los franceses en correcta formación, los exploradores delante desplegados en guerrilla, los flanqueadores á los costados, la masa en el centro y la caballería y cuatro piezas de artillería dispuestas á funcionar en los sitios convenientes, todo según lo permitían las asperezas del terreno. Pasaron las avanzadas; pero cuando el centro de la columna se halló bajo las alturas ocupadas por los guerrilleros, levantaron éstos un disforme alarido, y al mismo tiempo, empujados con las palancas manejadas por vigorosos brazos, comenzaron á bajar desde las altas cumbres enormes peñascos de cincuenta y sesenta arrobas, tronchando arbustos, rebotando con horrible estrépito y aplastando infantes y jinetes, carros y cañones. Y á unos peñascos seguían otros y otros, como si todo el monte hecho pedazos se desplomara sobre los enemigos. Verificábase la segunda edición de Covadonga, en que Pelayo y los fieles godos puestos á sus órdenes derrotaron, machacaron y convirtieron en añicos á los musulmanes que los acometían en las montañas cantábricas, dejando caer grandes trozos de granito sobre sus apretadas falanges. La confusión, el espanto, el terror de las huestes francesas no cabe en palabras, ni puede ponderarse. Gritos, lamentos, alaridos, maldiciones, relinchos de caballos, desatentado correr de una parte á otra..... Si los guerrilleros españoles hubieran sido más cautos ó menos atrevidos, hubiesen exterminado impunemente toda ó casi toda la columna expedicionaria sólo con seguir el comenzado procedimiento de aplastar al enemigo sin riesgo, lanzándole peñascos desde aquellas escarpadas cumbres. Pero no lo consintió la caliente sangre aragonesa. Porque el Tuerto, casi avergonzado de causar tanto desastre sin peligro propio, clamó con desaforadas voces:

—¿Qué es esto, muchachos? ¿No les damos un *pechugón* á esos tunantes? ¡Viva España! ¡Viva la Virgen del Pilar! ¡Vamos á ellos!

Y tirando del sable, lanzó su caballo por áspera pendiente hacia el enemigo. Los jinetes le siguieron al galope, los peones á la carrera. Entraron como un huracán por medio de los franceses diseminados en el valle, atropellando, hiriendo y matando á diestro y siniestro con verdadera rabia, hasta encontrarse en medio de la desordenada columna. Mas viendo los franceses el corto número de sus contrarios, cargaron con furor sobre ellos, y aunque se defendían como leones, no hubiera quedado uno solo para contarlo, á no echarse encima la noche, merced á cuyas sombras pudieron escaparse unos veinte ó veinticinco, quedando allí hecho pedazos, con otros muchos, el Tuerto, que pagó con la piel su temeraria osadía.

Pocas horas después y en la mencionada noche lluviosa y obscura, ya en la madrugada, penetraron en el callado pueblo de Gallur tres ó cuatro jinetes destrozados y llenos de lodo, y un puñado de hombres á pie, fatigosos y ensangrentados. Cruzaron la calle Mayor, llegaron á la ribera, y al ver las aguas del Ebro, imposibles de vadear por lo impetuosas y crecidas, volviéronse á la población, clamando todos con desaforadas voces: ¡Cuairán! ¡Cuairán!

***

Apoyándose sobre un gran bastón con una mano, y llevando una linterna en la otra, se presentó Joaquín Cuairán, alcalde del pueblo. Era hombre fornido, de mediana edad y buen patriota: con harto sentimiento suyo, por tener una pierna inútil y estropeada, no andaba acá y allá participando de las privaciones, fatigas y peligrosas aventuras de los guerrilleros; mas los favorecía con todas sus fuerzas y en todas las ocasiones, y entre ellos tenía dos hermanos suyos, jóvenes y solteros. Hizo Cuairán venir al barquero, que llegó refunfuñando, y en pocos minutos se hallaron los fugitivos libres y seguros en la opuesta margen del Ebro, y muy deseosos de dar á los franceses otro nuevo *pechugón*, como llamaba á sus terribles embestidas el heroico y malogrado Tuerto.

Mas si el alcalde era excelente español y patriota, no puede asegurarse otro tanto del barquero.

Dejando á su hijo encargado el servicio del pasaje, caminaba al día siguiente por atajos y veredas con sombrío rostro y precipitado andar, más propio de quien huye y se esconde, que de tranquilo caminante. Algo, y aun mucho de Judas, había en su receloso ademán y en la siniestra luz de sus miradas. ¿Adónde, pues, dirigía sus pasos? Iba al próximo castillo de Mallén, donde los franceses tenían un puesto militar bien guarnecido, cuyo comandante, apellidado el *Gato Rojo*, por sus ojos verdosos y pelo colorado, se había hecho temible en toda la comarca á causa de sus instintos sanguinarios y de rapiña. Degollaba, violaba, incendiaba, no perdonando ni aun á los niños en sus cunas, y apropiándose cuanto veía bajo el alcance de sus garras. Por este amable señor preguntó el barquero, y, llevado á su presencia, le contó la llegada de los guerrilleros fugitivos á Gallur en la noche anterior, el paso á la orilla opuesta del Ebro, la conducta del alcalde Joaquín Cuairán, añadiendo que tenía éste dos hermanos en las guerrillas y que favorecía la insurrección con todas sus fuerzas. No era menester tanto para que montase en cólera el *Gato Rojo;* despidió en seguida al traidor, ofreciéndole protección y grandes recompensas; púsose á la cabeza de un fuerte destacamento, y poco después caía como una tromba sobre el mísero pueblo de Gallur, donde apenas habían quedado más que ancianos, mujeres y niños, pues muchos huyeron á refugiarse en los bosques y montes cercanos al divisar desde lejos á los franceses.

El *Gato Rojo* fusiló inmediatamente al desdichado alcalde Cuairán, á su mujer y á su suegra; bebió con sus soldados cuanto pudo, rompió y vertió los cántaros y tinajas del vino y del aceite, pegó fuego á la casa después de saquearla, como también otras de las principales, y hubiese hecho todavía mayor estrago si de súbito no llegaran á rienda suelta varios de sus jinetes con la noticia de que por allí andaban guerrilleros. Aunque fuesen pocos, ya se acercaba la noche, y era de temer un descalabro. Por lo cual, á toda prisa recogió y ordenó su vandálica hueste el *Gato Rojo*, volviéndose al amparo del castillo de Mallén con el estómago repleto de vino, las manos teñidas en sangre y los despojos de lo robado.

***

A los dos días, en una de sus salidas del castillo, y disparado por tan certera como invisible mano, recibió el *Gato Rojo* un balazo que le atravesó de sien á sien. Cayó volteado como un conejo, y ni aun tuvo tiempo de decir: *Dios me valga*. ¿Quién disparó el tiro? Imposible fué averiguarlo. Sólo vieron los franceses á doscientos pasos, entre arbustos y rocas, alzarse como blanco vellón una ligerísima columna de humo. Aunque hacia ella se lanzaron al escape de sus caballos y registraron en seguida el terreno como quien busca alfileres, nada encontraron, y volviéronse á la fortaleza con el cadáver de su jefe, silenciosos y aterrados. En su interior comprendían que no todo ha de ser en el mundo saquear, violar, incendiar y emborracharse, y que las monedas tienen dos caras diferentes.

En el mismo día y próximamente á la misma hora, dos hombres morenos y fornidos entraban en Gallur por la parte de la sierra. No eran del pueblo, ni en el pueblo los conocía nadie. Llevaban trabuco al brazo, largo cuchillo atravesado en la ancha faja, pañuelo ceñido á la cabeza, y por sus rostros, armas y trajes iban mostrando sin duda alguna que eran guerrilleros y aragoneses. Aunque de igual manera armados y vestidos ambos, descubríase que uno de ellos era ordinario campesino; mientras, por su ademán y mirada luminosa y firme, parecía hombre muy superior el otro. Al llegar al río, preguntaron por la barca para pasar á la orilla opuesta: presentóse á poco el barquero traidor, y sea que viese algo amenazador y sombrío en los desconocidos guerrilleros, ó que la memoria de su crimen le tuviera espantado y receloso, lo cierto es que retrocedió algunos pasos, acercándose á su choza y llamando á su hijo, robusto mocetón, que acudió en seguida á la voz de su padre. Este era como de cincuenta años, de vigorosa contextura: y el hijo, de veinticinco, aparentaba ser todavía más vigoroso y fuerte.

Sentados los cuatro en la barca, y cuando iban ya á desviarla de la orilla, uno de los pasajeros tomó la palabra, y se entabló este diálogo:

—¿Sois padre é hijo?

—Sí, señor.

—¿Además de este hijo tienes otros?

—No, señor; mi mujer y una hija murieron hace muchos años; no tengo más parientes: mi hijo y yo quedamos solos en el mundo.

—Más vale así.

—¿Por qué más vale así?

—Por nada.

Y entonces la barca, impelida por la maroma, fué apartándose poco á poco de la ribera. Cuando estuvieron en la mitad de la corriente, el desconocido que antes habló dijo al barquero:

—¿Sabes tú lo que hay? ¿Sabes que la Patrona de Aragón, la Santa Virgen del Pilar, ha llorado?

—¡Que ha llorado la Pilarica! ¿Quién dice eso?

—Me lo ha dicho un clérigo anciano, que vive en Zaragoza.

Palideció el barquero, soltó la maroma, como si de repente le hubiesen faltado las fuerzas, y preguntó balbuceando:

—¿Y..... por qué..... lloraba?

—¿No te lo figuras?

—No, señor.

—Es muy extraño, porque en la hora de la muerte suele despejarse el entendimiento, y se adivinan muchas cosas. Pero, pues no lo aciertas, voy á decírtelo. La Santa Virgen del Pilar ha llorado, no por los incendios, saqueos y estragos de esta sangrienta guerra, la más dura que han visto los hombres: ha llorado por ti, miserable; por tu alma, que pronto irá á los infiernos; ha llorado al ver que en esta noble tierra de Aragón hay traidores, y quiere que desaparezcan.

Dicha la última palabra, los guerrilleros se tiraron como fieras sobre el barquero y su hijo, y los cosieron á puñaladas. Poco después, ambos cadáveres iban flotando sobre las rápidas aguas del Ebro, que los arrastraba á los abismos del mar. ¡La noble tierra de Aragón no sufre traidores!

NARCISO CAMPILLO.

LA FIESTA DE LOS ZAPATOS.

A LOS chiquillos no les basta con la venida del Mesías, con sus turrones y jaleas.

Necesitan que vengan los Reyes Magos cargados de golosinas.

Es el último aguinaldo que reciben.

La última indigestión de peladillas y caramelos.

Hay hombres hechos, aun que no derechos, que van con la escalera al hombro á esperar la llegada de los ilusorios monarcas.

Los niños son más demócratas y más prácticos.

Los aguardan en su casa, y dejan los zapatos en el balcón para no tomarse la molestia de recibirlos de madrugada.

Los hijos de los pobres no pueden esperar nada de los Reyes, porque no tienen ni balcones ni zapatos. Esos desheredados de la fortuna sólo esperan de arriba la blanca nieve que ha de entumecerles los pies que arrastran descalcitos por el suelo.

Esta fiesta casera es para los niños acomodados; y la verdad es que tres Reyes que se dan juntos todos los años bien merecen una postura, aunque sea de zapatos.

Postura que los padres cariñosos pagamos religiosamente, *sin puertas* ni nada.

Yo necesito una Dulce Alianza y una Mahonesa para el relleno del calzado.

¡Diez y ocho zapatos, de todos tamaños y de todas clases!

De cinco años para arriba, los chiquillos saben que los Reyes no vienen; pero se hacen los tontos y van chupando, como muchos políticos de guardarropía.

Yo recuerdo perfectamente que cuando era chico fingía dormir para sorprender á mi pobre padre que hacía de *Rey confitero* á las altas horas de la noche.

Él se acostaba satisfecho, después de besarme en la frente muy despacito para no interrumpir mi fingido sueño, y yo, cuando le veía dormido de veras, me levantaba de puntillas para darme *una ración de vista* á través de los cristales, y dormirme después con la dulce esperanza de relamerme al día siguiente con aquellos dulces *llovidos del cielo*.

Al levantarme muy temprano y abrir el balcón, ¡qué pequeños me parecían mis zapatos, y con qué envidia miraba las botas de mi padre!

Con un calzado así me hubiera yo puesto las botas.

Cuando los niños son creciditos, ya no se conforman con dulces, quieren juguetes, y en llegando á los doce años prefieren el donativo en metálico.

Arturo, Beatriz y Pepe, que son mis hijos mayores, ya no ponen los zapatos en el balcón.

¡Ponen los portamonedas.....!

Hace mucho tiempo que saben que no hay más rey mago que el tonto de su padre.

Angelita y Pepita, que son dos ratas sabias, desde el día 1.º de Enero me están hablando de las muñecas que han visto en el Bazar X, por si yo tengo ocasión de contárselo á los Reyes y recomendarles el variado surtido que en tales días expone al público mi excelente amigo D. Federico Ortiz, proveedor de juguetes de mi *hospicio particular*.

Luis y Enrique, que son dos santos varones en miniatura, creen todavía en los Reyes Magos, y se conforman con su media libra de caramelos, que es todo lo que cabe en sus cuatro zapatos.

Amalia, mi querida esposa, que es *la niña mayor* de la casa, tiene su envidia correspondiente, y este año me anuncia que va á poner al balcón las zapatillas.

¡Es lo único que me faltaba.....!

Y como ésta no quiere dulces ni juguetes, me va á poner en un compromiso muy grande.

Mejor dicho, en dos; porque cada zapatilla necesita su regalo correspondiente.

Meteré un retrato mío en cada una, y así la declaro cortésmente que estoy siempre *á sus pies*.

Porque conozco á mi mujer, y no quiero ofenderla regalándola dos alhajas de valor.

Si este año la ofrecía unos pendientes, el que viene sería capaz de poner al balcón unas botas imperiales para que cupiesen dentro dos aderezos completos.

La fiesta de los zapatos, que así puede llamarse, me sale á mí por una friolera.

Si supiera que habían de llenármelas, pondría á la puerta del Banco de España un par de botas de montar que tengo; pero me da el corazón que me quedaba sin botas.

Pasa por allí gente muy sospechosa á las altas horas de la noche, y tengo poca confianza en la vigilancia nocturna, y me ofrecen poca seguridad *los agentes de la ídem*.

Al 6 de Enero no hay quien llegue con dos pesetas.

Los pavos, los turrones, los besugos, los nacimientos.....

Sobre todo, los *nacimientos* me salen á mí muy caros.

De los aguinaldos no hablemos.

El peluquero, el barrendero, el portero, el cartero, y todos los *eros* agotados por el ilustre *sainetero* en su *Verbena de la Paloma*, nos asedian con felicitaciones.

Y si fuesen en prosa, menos mal; pero felicitar en malos versos á un poeta que los escribe peores, es el colmo del sarcasmo.

Me han asegurado una cosa atroz, pero que está dentro de lo posible.

Que el Ministro de Hacienda piensa felicitar este año á todos los contribuyentes que tengan camisa, que serán muy pocos, á ver si con los aguinaldos consigue enjugar el déficit y hacer que bajen los cambios.

Esto de la felicitación me parece muy duro; pero lo de que el Ministro, y aun el Presidente del Consejo, pondrán los zapatos en el balcón, está fuera de duda.

Hay gobernantes tan desconfiados del pobre país, que todo lo esperan de los Reyes..... Magos.

¿Qué extraño que los chicos sueñen un año entero con sus dulces y sus juguetes, cuando los grandes nos alimentamos toda la vida de ilusiones, y vamos con la escalera al hombro á esperar seres fantásticos que nunca vienen y placeres mentidos que jamás llegan?

La festividad de los Reyes es eterna en el corazón humano; pero los perezosos viajeros de las sombras huyen de la luz del día, como el engaño huye cobarde ante los resplandores de la verdad.

Desear lo que no se tiene; esperar lo que no llega: esa es nuestra triste misión sobre la tierra.

¡La felicidad es el *rey mago* á quien aguardamos siempre, con los zapatos puestos en el balcón de la esperanza!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

BALANCE LITERARIO.

1894.

TRISTE año el de 1894, que acaba de extinguirse! Terremotos que han destruído regiones enteras y hecho desaparecer poblados importantes; tormentas é inundaciones que han ocasionado infinitas víctimas; epidemias y discusiones parlamentarias; motines é irregularidades; huelgas de carácter casi permanente; lucha á muerte entre el anarquismo y la actual constitución social; la filoxera destruyendo los viñedos y el hambre diezmando á los humanos; Carnot cayendo al golpe de un asesino, y Lesseps muriendo en la obscuridad; Alejandro de Rusia expirando en todo el esplendor de su grandeza, y Francisco de Nápoles, hijo de un héroe, y olvidado monarca durante treinta años, acabando su existencia lejos de la tierra que fué su cuna; en el Bra-

sil una insurrección de carácter épico y duración casi española; en Oriente la enconada campaña entre China y el Japón, en la que el Celeste Imperio ha perdido diez ó doce mil hombres diariamente durante cinco meses, si no mintieron—que sí habrán mentido—las noticias telegráficas.

La historia completa del año transcurrido exigiría numerosos volúmenes, y el índice sólo de sus más importantes sucesos pone temor al ánimo más fuerte.

Reduciéndome yo en estos párrafos á la historia literaria del año, con relación á España, habré de consignar, en contra de los habituales pesimismos de los descontentadizos, que en él hemos consagrado justo tributo de admiración al insigne autor de los *Gritos del Combate*, y que hemos podido aplaudir en el teatro *La de San Quintín*, de Pérez Galdós; *Nieves*, de Palencia; *Zaragüeta*, de la razón social Aza-Ramos, y ¿por qué no decirlo? *La Verbena de la Paloma*, de Ricardo de la Vega y Bretón. La librería ha señalado también algunos grandes éxitos, como el libro *Dolores*, de Balart; *Chispas*, de Palacio; *Ideales*, que consagra la fama de Grilo y asegura el porvenir de su bella é inocente hija, mediante la generosa iniciativa de una reina ilustre; *Añoranzas*, de Víctor Balaguer; *Entre vivos y muertos*, de Sánchez Pérez; *Los barrios bajos*, que prestan personalidad saliente y original á su autor López Silva; *Torquemada en el Purgatorio*, que perpetúa el buen nombre de Galdós como novelista, y..... *El Practicón*, libro de cocina de Muro, que, acaso, acaso, tratándose de éxitos, debiera haber mencionado delante de todos los citados.

Pero si con ellos y otros muchos, que por la brevedad omito, hemos tenido motivos de justa satisfacción, el cuadro necrológico de los amigos y compañeros perdidos motiva natural y profunda tristeza.

De escritores hemos lamentado la desaparición de la ilustre, bella y piadosa Baronesa de Cortes, que hizo de gran notoriedad en el género literario-religioso el seudónimo de «María de la Peña»; á D.ª María Mendoza de Vives, novelista y poetisa; el fecundo é intencionado poeta festivo, que tantos recuerdos ha dejado en la sátira política, don Juan Martínez Villergas; al ilustrador de Quevedo, hablista incomparable y eminente arqueólogo, D. Aureliano Fernández-Guerra; á D. Ignacio Martín Esperanza; D. Eugenio Sánchez de Fuentes; D. José Sánchez Bazán; D. José González de Tejada, magistrado y poeta festivo; D. Fidel de Sagarminaga; D. Francisco Sepúlveda, publicista en su juventud y celoso administrador más tarde; D. Juan Tejón y Rodríguez; D. Juan Valero y Martín, que era una gran esperanza de las letras; D. Emilio Val; D. Manuel Jenaro Rentero, que cultivó con éxito la literatura infantil; D. Ramón Rodríguez Correa, gacetillero inimitable, funcionario inteligente y celebrado autor de la novela *Rosas y perros;* D. José Almirante, autor de un *Diccionario militar* de muy subido mérito y más apreciado en el extranjero que en su patria; el poeta D. José Luis Pons y Gallarza; D. José Núñez de Prado; don Joaquín Ardila; D. Juan Quirós de los Ríos, clásico latinista y versificador de suma corrección; D. Antonio Alcalde Valladares, el poeta que mayor número de premios ha logrado en concursos y juegos florales; María Francisca, la anciana y popular improvisadora, más conocida por *la Ciega de Manzanares;* los historiadores D. Víctor Gebhardt, D. Andrés Gómez de Somorrostro, D. Álvaro Campaner, don Enrique Taviel de Andrade, y otros, cuyas obras, bien conocidas, hacen innecesarios cuantos elogios de las mismas pudieran intentarse.

El periodismo registra la muerte del insigne D. Manuel María de Santa Ana, primer Marqués de este título, el iniciador del periodismo á la moderna, el arriesgado innovador que supo lograr una fortuna para consagrarla á empresas de caridad humana y progreso industrial; y juntamente con él, la de D. Pedro Bofill, amenísimo crítico de teatros; D. Pedro Vargas Machuca, que comenzaba brillantemente su carrera; D. Juan Romero Vargas, taquígrafo y redactor del *Diario de Sesiones del Senado;* D. Liborio Ramery; D. Domingo Rivera Jiménez; D. Francisco Javier Cruz; D. Vicente Grau; D. Ramón Felip; D. José Gonzalo de las Casas, que tanto enalteció á la profesión notarial y tan íntimamente ligado vivió con escritores y artistas; D. Arsenio Pozo Cadórniga; D. Nicolás Azcárate, fundador de uno de los diarios más importantes que se



RETRATO DE MUJER,
POR EL TIZIANO.
PERTENECIENTE Á LA «GALERÍA SCIARRA».
(De fotografía de los Sres. Braun, Clément y C.ª)



MÚSICOS ÁRABES.
CUADRO DE JOAQUÍN SOROLLA



¡FELIZ AÑO!

(De fotografía de Chancellor, de Dublin.)

han publicado en Madrid; D. Ambrosio Jimeno; D. Victoriano Goy; D. J. Neira y Barragán; D. Federico de la Peña; D. Enrique Ferrer; D. Leopoldo Calzado, tan inteligente en las cuestiones de Hacienda; D. Juan Castillo y Rabel; D. José María Carbonero y Sol y Merás; D. Carlos Granell; D. Enrique Godínez Esteban; D. Eduardo María Barrero; D. José Mínguez Iñíguez; D. Juan Martínez Pérez, y algunos más de los que compartieron con nosotros las ingratas tareas del periodismo, ya político, ya profesional, ya meramente literario.

En el profesorado universitario, de institutos y escuelas especiales se han señalado bajas muy sensibles, como las de D. Magín Bonet, D. Pedro Sáinz Gutiérrez, D. Antonio Pombo, D. Eduardo Pérez Pujol, D. José Nieto y Alvarez, D. Francisco Quiroga y Rodríguez, D. Juan Gelabert, don Laureano Pérez Arcas, D. Pedro Julián Muñoz y Rubio, D. Laureano Calderón, D. Manuel Colmeiro, D. Bernardo Monreal y Ascaso, D. José Magaz y Jaime, D. Julián Arribas y D. Guillermo Estrada y Villaverde. Todos han dejado indelebles recuerdos de su paso por la cátedra, formando notables discípulos y enalteciendo con sus escritos la literatura didáctica.

Las Bellas Artes han perdido á los pintores D. Federico de Madrazo, el retratista de todas las mujeres hermosas de su tiempo y el representante más glorioso de la dinastía artística que lleva su apellido; D. Germán Hernández Amores, clásico dibujante y afortunado intérprete de los asuntos religiosos; D. Joaquín Vayreda, paisista justamente reputado; D. Joaquín Araújo, que en sus lienzos de género y dibujos para publicaciones periódicas había conquistado justa notoriedad; D. León Abadías, más conocido por sus obras didácticas que por sus lienzos; D. Dionisio Fierros, el laureado autor de cuadros de costumbres gallegas; don Luis Rigalt, el paisista barcelonés bien conocido y apreciado; D. Ramón Martí y Alsina, docto profesor; D. Obdulio de Miralles, que en la flor de su juventud y con halagüeño porvenir por delante, se declaró vencido antes de arrostrar los embates de la vida; el escultor D. Maximino Sala; el caricaturista D. Mariano Urrutia, que, después de una corta época de notoriedad, murió en el lecho de un piadoso hospital, y D. Bernardo Rico, notable grabador en madera, naturaleza abierta á todos los entusiasmos del arte y á todas las expansiones de la amistad, y director artístico de La Ilustración Española y Americana, donde su firma aparece en cuarenta volúmenes interesantísimos.

La música española acusa la pérdida del ilustre maestro D. Francisco Asenjo Barbieri, uno de los creadores de la gran zarzuela española, y el más popular, conocido y madrileño de todos los compositores; de D. Emilio Arrieta, el insigne autor de *Marina*, y director de la Escuela Nacional de Música y Declamación; de D. Mariano Vázquez, inteli-

gentísimo director de orquesta y autor á ratos, y de D. Dámaso Zabalza, el pianista de delicadísimo gusto, profesor de varias generaciones, y que habiendo dejado millares de discípulas, no ha logrado dejar ninguna continuadora de su buena escuela.

Y, dentro también del orden intelectual, merecen ser aquí recordados, por no figurar en ninguna de las secciones anteriores, el insigne filósofo y cardenal Fray Ceferino González Tuñón; el escolapio y escritor D. Manuel Pérez de la Madre de Dios; el fecundo publicista administrativo D. Eusebio Freixa y Rabassó; el químico y autor dramático D. José María Cagigal; el economista D. Pedro Bosch y Labrús; el publicista administrativo D. Mariano Cancio Villamil; el sociólogo D. Fernando Antón; el ingenioso industrial y periodista del ramo D. José Alcover; el general, literato y autor científico D. Angel Alvarez Araújo; el escolapio y autor de obras didácticas D. Tomás Sáez del Castro; el cultivador de los estudios heráldicos D. Juan José Vilar y Psayla, y el ingeniero militar D. José Aparici y Biedma, á quien se deben las notabilísimas reformas del edificio que ocupa el Ministerio de la Guerra, y numerosos escritos profesionales.

¡Y pensar que, á pesar de los muchos nombres que quedan citados, aun podrían señalarse numerosas deficiencias á mi humilde trabajo! ¡Qué triste—como decía al comienzo del mismo—qué triste ha sido el año de 1894, que acaba de extinguirse!.....

M. Ossorio y Bernard.

1.º Enero 1895.

RECUERDOS DE MINDANAO.

EL FUSIL DE VÁZQUEZ.

I.

Á los montes.—Un entierro.—Del *Masa-li-campo*.—*Los tirurayes*.

Era preciso, para dar con aquella gente, saber ante todo su paradero, ó siquiera los sitios del monte que frecuentaba; y hasta entonces nada se había hecho en tal sentido.

No podía yo disponer para capturar al famoso Vázquez y su partida, sino de unos diez ó doce hombres. Con dos hubiera bastante de seguro, caso de encontrar reunidos á todos los *remontados* (1), para concluir con ellos; pero en esto precisamente consistía el *quid* de la operación: en hallarlos dentro de aquel bosque espesísimo, y teniendo, como tenían, por suyo todo el terreno comprendido entre el brazo Sur del Río Grande y la costa. En cuanto á conseguir que los *tirurayes* nos ayudaran, era punto menos que imposible, pues sólo el nombre de Vázquez y el pensar en que éste poseía *un fusil*, como Barba Azul un cañón, bastaba para amedrentarlos.

Aunque bien sabían acudir á cada momento á los Padres Jesuítas con sus quejas y lamentaciones; pero en cuanto á valor para defenderse de la partida de *tulisanes* (2), inútil pedirles ni la más leve muestra. Y por si eso no fuera suficiente, recordaban bien el *fiasco* de la primera expedición que se hizo contra Vázquez y su gente, con fuerza venida de Cottabato, en un día de *tiangui* (3) y con tal aparato que al llegar la tropa al monte no encontró ni el rastro de aquellos prójimos puestos desde el primer instante sobre aviso.

Y lo peor fué que el oficial comandante del destacamento, quien tomó el mando de los veinte hombres empleados en la batida, quiso hacer pagar su enojo al guía tiruray, amenazándole (por asustarlo sin duda) con que lo iba á fusilar. Así es que ya se había hecho dificilísimo disponer ni de uno solo de aquellos monteses que se prestase á servir en tal y tan necesario oficio. Ni de confidente siquiera.

Sin embargo, como yo contaba con el auxilio de los Padres Jesuítas de la Misión, hízoseme mucho más fácil vencer todos esos obstáculos.

Pero antes de emprender operación alguna me era indispensable tomar lenguas, ó sea adquirir noticias, más ó menos aproximadas á la verdad, sobre los lugares que los remontados solían recorrer, y, á ser posible, acerca de aquellos en que se guarecían por la noche; así como practicar una especie de reconocimiento de aquella parte de los montes vecinos. Nadie podía hacer esto sino yo mismo, y aun para todo habría de conducirme con mucha cautela, á fin de que ellos no se alarmasen al saber que me encontraba por allí, y se pusiesen en franquía. Por lo cual, nada mejor que ir, como quien por curiosidad ó esparcimiento se propusiese tan sólo penetrar en el bosque, visitando á los tirurayes que en él habitan.

Así, pues, acordamos los Padres y yo salir un día á las nueve de la mañana y permanecer en los montes hasta por la tarde. Se me olvidaba decir que antes de efectuar la expedición había dado cuenta de mis proyectos al Gobernador del distrito, pidiéndole fuerzas—veinte ó treinta hombres—para realizarla sin desguarnecer el fuerte de Tamontaca y el fortín avanzado del Estero; y que dicha autoridad, aprobándolo todo y concediéndome autorización amplia, venía ofreciéndome á diario el refuerzo pedido, pero sin que hasta la fecha hubiese llegado ni un hombre más al destacamento; por lo que, en vista de lo apremiantes que eran las circunstancias, me decidí á realizar mi plan con la gente disponible, repartiéndola bien para que no quedaran sin defensa la Misión ni el pueblo.

°°°

Los Jesuítas fueron, según su costumbre, puntuales. A la hora convenida, en una de sus *bancas* (1) llegaron por el río, desde el *Convento Nuevo*, los PP. Juanmartí y Bennasar: Cataluña y Mallorca, vistas á través del valle de Azpeitia, como quien dice. Con sus ligeras sotanas, propias para el país, sombrero de paja negra y de forma algo semejante á los de teja, y sendos *payos* (2), no dejaban de parecer, á pesar de todo, individuos de la poderosa Compañía. El carácter sacerdotal revelábase en su aspecto é indumentaria. También iba yo vestido á..... á la *negligé*..... filipina. Pantalón de lienzo azul (*guingón*) sin la engorrosa franja postiza reglamentaria de paño grancé; americana de rayadillo, con cuello alto y sin divisas, prenda civil por el corte y militar por la tela; mi gorra blanca de uniforme (de las de plato que entonces se usaban), y un buen *palasán* en la diestra, regalo del sultancillo Aniec; he aquí mi equipo: armas, ninguna á la vista; el revólver Smith en el cinturón debajo de la americana.

Acompañábame un soldado, Trifino de la Cruz Narváez, mocetón de tipo algo diferente del malayo puro: de nariz ancha y curva, pómulos salientes, color claro y ojos vivos; y, cosa singular en aquella gente, rudimentos de barba á lo yankee. Venía de paisano, es decir, con calzones de lienzo y la camisa de chino por fuera, y sombrero de palma. No quise que trajera fusil, sino un kris moro oculto bajo el ancho pantalón. Cargado el mozo aquel con algunos víveres y un *payo* que me había de servir para cruzar los descubiertos cogonales, formaba mi servidumbre y escolta en una pieza.

Me embarqué con los Padres en la *banca*, que á impulsos de los *zaguales*, ágilmente manejados por cinco remeros, todos muchachos de la Misión, cortó al sesgo la impetuosa corriente, trasportándonos á la otra orilla. Y una vez allí, por el sendero que se desliza entre el *cogón*, comenzamos á trepar las ásperas laderas descampadas hacia el inmediato bosque. El suelo estaba pegajoso ó resbaladizo según la calidad de las tierras, y por eso se nos hacía algo difícil la marcha. No obstante, en menos de quince minutos subimos hasta el cementerio, lugar rodeado de plantas espinosas exuberantes de vida como toda la vegetación de aquellas regiones. Parecía un canastillo de verdura, entre la que algunos montículos cubiertos de hierba revelaban el sitio en que yacía un soldado, ó un liberto de la Misión ó algún *montés* convertido. Esperábanos allí un cuadro siempre doloroso; el entierro de un niño, de un pobre niño tiruray. Sus padres lo habían traído, tranquilos y hasta indiferentes en la apariencia, pues el malayo no es pródigo en manifestaciones externas de dolor. Envuelto el cadáver en un petate ordinario de palma, reposaba sobre la hierba, y junto á él vi dos *bilaos* (3) que contenían arroz cocido (morisqueta), plátanos y otras provisiones destinadas «al sustento del difunto en el largo viaje». La fosa, ya abierta, aparecía cual nota negruzca entre el verdor del conjunto.

Recibió sepultura aquel envoltorio, en el cual nadie dijera que se encerraba cosa que pudo tener vida, y con él la morisqueta y los plátanos; rezaron los Padres Jesuítas á la ligera unas oraciones, y terminó con eso todo. Las espléndidas parasitarias y singulares orquídeas que, festoneando los troncos y las ramas de los arbustos, tejían grecas fantásticas de unos en otros; el alto y espeso cogón y los amarillentos carrizos, toda aquella masa enorme de follaje se cerró sobre la fosa ya cegada, y de fijo que ocho días después nada más difícil que hallar entre aquel lujurioso derroche de vegetación la tumba del angelito tiruray.

Su padre, muchacho joven, débil y de aire apático, y su madre, joven también, pero muy ajada, ambos vestidos pobremente con el traje de la tribu, habían seguido inmóviles la fúnebre ceremonia. Ella llevaba otro chiquitín sujeto con un trozo de tela á la espalda.

Con mano cuidadosa puso sobre el *petate* que envolvía el cuerpecito de su hijo muerto los *bilaos* con los víveres para «el gran viaje», y además un *kris* de madera, toscamente hecho, único juguete, tal vez, del pobre niño. En aquellos detalles, inspiración delicadísima y tierna del cariño, mostróse la madre; la madre que lo es siempre en todos los pueblos y razas..... menos alguna que otra vez en las que de civilizadas presumen.

Al separarnos de allí, pregunté al Padre Juanmartí sobre algo de lo que había podido observar. Me contestó que se consentía tal mezcla de prácticas de las creencias que antes de su conversión profesaran los monteses, con las del cristianismo, siempre que no contradijesen á lo esencial del dogma ó de la liturgia, para no hacer tan violento á aquellos infelices su reciente cambio de religión y de costumbres. Siempre fueron prácticos, sabios y prudentes los hijos de Loyola.

Pocos momentos después llegábamos á la casa que tienen allí los Padres para refugio ó descanso en sus excursiones á las montañas.

En ella reposamos unos instantes, y seguimos después hacia lo más enmarañado del bosque, teniendo que cruzar unas cuantas colinas cubiertas de verde-amarillento *cogonal* y sin que el sol nos derritiese los sesos, gracias á la protección que nos proporcionaban nuestros respectivos *payos* y á la brisa frescachona que venía del mar. «Magnífico punto para establecer una población—me dijo el Padre Juanmartí;—aquí se podría cultivar hasta el tabaco, por la clase y orientación del terreno.»

Al cabo de una hora, ó cosa así, vimos entre la espesura el *bahay* (4) del *Masa-li-campo*, objetivo de nuestra excursión.

¿El *Masa-li-campo*? ¿Quién era ese extraño sujeto? preguntarán los lectores. Pues es, si no se ha muerto desde entonces, ó lo será hoy su heredero, el jefe militar, el caudillo, ó cosa así, de los tirurayes; su *maestre de campo*, que este castizo nombre español, corrompido por aquellos indígenas al mascullarlo en su lenguaje, es el que dió origen á este otro de *Masa-li-campo*, incomprensible en un principio.

Y he aquí cómo y de dónde viene todo. Mortal rencor existe y existió siempre entre los tirurayes y los moros, pues aquéllos, lo mismo que los manobos y demás tribus pobladoras de Mindanao al ocurrir la invasión de malayos musulmanes, ven en éstos á sus opresores, que, tras de apoderarse de sus tierras, les obligaron á refugiarse en las montañas, abandonando las fértiles orillas del Río Grande y las playas de la isla.

Pero el moro es fuerte y cruel, y posee buenas armas y organización guerrera; y el tiruray, tímido y débil, y vive disperso, sin espíritu de raza ni casi de tribu, siempre mudando de habitación en los bosques y temeroso de la esclavitud ó la muerte con que sus enemigos le amenazan.

Por eso los españoles, que allá en el siglo XVII se instalaron por primera vez en aquellas comarcas pudieron contar desde luego con la amistad de los tirurayes, que si los recibieron al principio con algún temor y desconfianza, llegaron después á considerarlos como á sus libertadores de la tiranía mora.

Entonces fué cuando, para honrar á su jefe ó caudillo guerrero, diéronle, no sé si ellos mismos ó sus amigos los *castilas* (ó *cachilas*, según allí dicen), la denominación que tan alta jerarquía militar significaba entre éstos: la de *Maestre de campo*, que mal pronunciada y corrompiéndose en el dialecto tiruray, vino á convertirse en el *Masa-li-campo*, aun persistente en la tribu.

Y habiéndose retirado los españoles del Sur de Mindanao en época posterior, sin volver hasta mediados de este siglo, al ocupar el Río Grande y construir, entre otros fuertes, el de Tamontaca, sucedió que, oyendo los tirurayes desde sus montañas el sonido de los tambores y cornetas de las guarniciones, como entre ellos manteníase viva por tradición la memoria de los soldados de Corcuera y Almonte (siglo XVII), comenzaron á acercarse, y pronto hubieron de entablar con los del siglo XIX relaciones de amistad y comercio que aun existen y adquieren cada vez incremento mayor, merced á los misioneros Jesuítas, los cuales tenían ya en 1882, entre aquellos pacíficos monteses, algunos millares de catecúmenos.

Pero esto resulta largo y hay que dejar para otro artículo la descripción del *Masa-li-campo*, de su casa y familia; de la captura de los *remontados* y hasta del famosísimo fusil de Pedro Vázquez.

Juan Lapoulide.

(1) Indígenas, que se van al monte á vivir del merodeo.
(2) Bandoleros-salteadores.
(3) Mercado ó feria.

(1) Piraguas.
(2) Quitasoles.
(3) Platos ó bandejas de palma y bejuco.
(4) Casa indígena.

LA MEJOR BELLEZA EN LA MUJER.

SONETO.

Magia hay sin duda en la hermosura externa
de la que con sus gracias se envanece,
cual diosa en los festines resplandece,
y ante la cual el hombre se prosterna.
Pero hay otra beldad que, dulce y tierna,
su puro hogar anima y ennoblece,
y en su sér celestial símbolo ofrece
de la belleza inmaterial y eterna.
Ante el humano orgullo menos brilla:
modesta en el hogar, santa en el templo,
cautiva más con su virtud sencilla:
serena, afable, honrada y hacendosa,
á todas sirve de glorioso ejemplo,
y esa noble mujer es siempre hermosa.

El Marqués de Valmar.

TU MUSA.

Á RAFAEL OCHOA.

En los celestes ojos soñadores
La abrasadora luz del Mediodía;
Su voz es un raudal de melodía;
Su frente una mañana de esplendores.
Dibuja de su cuerpo los primores
Blanca veste de raso y pedrería;
Guarda su labio mieles y ambrosía,
Y arde su tierno corazón de amores.
Canta, y en el azul vuelan triunfantes
Despidiendo magníficas centellas
Sus doradas estrofas palpitantes.
Lágrimas vierten sus pupilas bellas,
Y en copa de zafiros y diamantes
Bebe el fuego inmortal de las estrellas.

Manuel Reina.

LOS DOS FOYERS.

Á MI HIJA MARÍA ROSA.

CANTO PRIMERO.

I.

Que algunos tienen mucho y otros nada,
Cosa es por lo sabida ya olvidada.
Pero nadie dirá que soy un loco,
Si digo que es muy triste tener poco.

II.

La nieve cae pausada y silenciosa:
Las calles de la corte, tapizadas
Por capa blanquecina
Que apaga hasta el rumor de las pisadas,

Por la que el transeunte
Parece negra sombra que se inclina
En marcha cautelosa
Y de ser advertida temerosa.

III.

Parejas de faroles
De coches que, en fantástica carrera,
Hacia el Real avanzaban,
Como si fueran ojos encendidos
De millares de buhos, impelidos
A su caza rastrera.....
Diabólica jauría
Que duerme en sus cocheras por el día
Y, en fantástico vuelo,
Pasa rasando el suelo
Cuando empieza el preludio de *Lucía*.

IV.

En el *foyer*—palabra advenediza
Que aun en lengua francesa no es castiza
Expresión de la idea formulada—
Está la aristocracia congregada.
Mujeres ideales:
Pieles, raso y encajes, envolviendo
Sus formas hechiceras:
Brillantes y gardenias, compitiendo
Con tesoros de encantos naturales:
Focos de luz eléctrica en fanales,
En los que alumbra el rayo y no ventila;
Mientras los ojos negros parpadean
Para que no se escape la pupila
Dentro de aquellos globos agitada
Por amores ó celos,
Que son la tempestad de una mirada.
Pies menudos que pisan en la alfombra
Como si fueran vagas proyecciones,
En fondo iluminado, de una sombra
Que ni rumor produce ni presiones.
Cada mujer que asoma por la puerta
Un jardín de perfumes desparrama:
Y al sacudir los pliegues de su traje
—Laberinto de sedas y de encaje
Que es obra de modista de gran fama—
Parece que á las brisas excitantes
De eterna primavera
Las agita una mano prisionera
En la cárcel estrecha de unos guantes.
Los hombres fascinados
Contemplan embobados
Aquellas perfecciones codiciosas
En fraques y almidón empaquetados
Pensando muchas cosas.....
Y jóvenes y viejos
Lanzan en sus miradas mil reflejos
Que son un regimiento de pecados.

V.

La sala un ascua de oro parecía.
Abanicos moviendo su plumaje:
Cabezas inclinándose al saludo:
El enorme telón que se escondía
Tras amplia bambalina de ropaje,
Mientras el chal de encaje
En un palco proscenio se ceñía
Al busto—si vestido, si desnudo—
Una dama radiante de hermosura
Que siente cambio rudo
En la temperatura
Al correrse el telón de embocadura.

VI.

La noche fué un deleite continuado.
La orquesta, ¡prodigiosa!
La tiple, que es hermosa,
Y elegante y esbelta, y que ha cantado
Como un ángel del cielo descendido.
El tenor, ¡admirable!
En resumen: un plácido nocturno
En que todo es hermoso y agradable
Para la concurrencia al primer turno.

CANTO SEGUNDO.

I.

Al jardinillo de Isabel Segunda,
Mientras la nieve baja lentamente,
Una niña, mendiga vagabunda,
Que cumplió trece años en el día
De aquella fría noche
En que no se oye ni el rodar de un coche,
Con paso lento á su *foyer* venía
Cuando empieza el preludio de *Lucía*.

II.

La ventisca, alterando
De los copos de nieve la pausada,
Monótona caída,
Los va arremolinando
En torno de la esfera suspendida
De una voltaica lámpara encendida.
Parecen las facetas luminosas
De copos y destellos confundidos
Pequeñas mariposas
De los rayos calóricos fingidos
Apenas temerosas,
Que al ver emanaciones luminosas
Ya saben que el calor no las abrasa,
Pues la luz que del rayo se alimenta,
Si en resplandor y brillo no es escasa,
Presienten que si alumbra, no calienta.

III.

Pero á cambio del frío de esas luces,
Sale un vapor caliente
De aquellos tragaluces
Del sótano del Real, que el indigente,
Falto de campesina chimenea
En que, con la retama que flamea,
La vista se recrea;
Y falto de camilla y de brasero,
Y del *Choubersky*, en torno acorazado
Que calienta el despacho del banquero.....
Sale un vapor, decía,
Cuando empieza el preludio de *Lucía*,
Que al humilde *foyer* del indigente
Mantiene confortable,
Repartiendo calor á mucha gente
Abonada á ese turno miserable.
Parece, si es un monstruo esa dinamo,
Por el bien que produce, un monstruo... *humano!*

IV.

Mujeres ideales:
Percales harapientos, envolviendo
Sus formas hechiceras.
Desgarrones, en parte, descubriendo
Restos de sus encantos naturales.
Focos de luz eléctrica en fanales
En los que alumbra el rayo y no rutila,
Mientras los ojos negros parpadean
Para que no se escape la pupila,
Dentro de aquellos globos agitada
Por el hambre atrasada
Que el brillo de los ojos aniquila
Trocando en elegía la mirada.
Pies descalzos que se hunden en el suelo,
Igual que incrustaciones
De tierna carne en un cristal de hielo,
Que producen crujidos é impresiones
Al grabarse en la nieve los talones.
Muchachos descarnados,
De sus pobres amantes
Contemplan asustados
—En sus viejas chaquetas rebujados—
Las juveniles formas..... angulosas.....
Grupos de lacias rosas
Por el frío tenaz allí formados,
Sobre las rejas y las frías losas.
Y jóvenes y viejos
Lanzan en sus miradas mil reflejos
Que yo no sé decir si son pecados.....
....

V.

El enorme telón ya descendía
Tras la amplia bambalina de ropaje.
Los últimos acentos de *Lucía*
Inspirada expresión de la locura,
La dama repetía,
Despojándose el chal de fino encaje
Mientras en negras pieles envolvía
Su busto de escultura
Que recostar desea en el carruaje.

VI.

La niña, que cumplía trece años
Aquella misma noche,
Está, sobre las losas desmayada,
De un grupo de curiosos rodeada.
Se oye pasar un coche.
En él viene la dama recostada
Y entre soberbias pieles rebujada.
«¿Qué sucede? pregunta.—¡Pobrecita!
Contestan dos ó tres voces—¡Se muere!
¡Alimento! ¡alimento necesita!
¡Tiene calor, pero su cuerpo quiere
Sustancia! ¡Una limosna, señorita!.....»
Y soltándose el broche
Que las pieles al busto sujetaba,
Se apea la señora de su coche.
La nieve por su espalda resbalaba,
El lacayo en los brazos levantaba
El cuerpo de la niña, casi inerte,
Que el magnífico abrigo resguardaba.
«¡Al coche! ¡Y al galope!» con voz fuerte
Dijo la dama.—Obedeció el cochero.
Partió el coche ligero;
Paró ante la fachada de un palacio;
Se presentó un portero.
En la regia escalera, la señora,
«¡Subidla, les decía, muy despacio!
Y que abran esa puerta.....»
Y el lacayo subía.....
Y cuando la mampara ya se abría.....
La pobrecita niña..... ¡estaba muerta!!.....

VII.

Que algunos tienen mucho.....
Cosa es por lo sabida ya olvidada.
Pero nadie dirá que soy un loco
Si digo que es muy triste tener poco,
Y horroroso decir: «¡No tengo nada!!»

José María Ovejero.

REVISTA MUSICAL.



Música para todos los paladares y para todos los gustos, mejor ó peor cantada, pero nunca de modo que arrebatara á las gentes: toda ella conocida, y alguna de sobra, por más que fuera de reciente fecha; y las óperas puestas, por punto general, con aquella excesiva modestia y aquella verdad histórica que son tradicionales en el regio coliseo, y le han puesto, bajo este aspecto, al nivel de un teatro de provincia, y no de las de primer orden, he aquí, en pocas palabras, á lo que puede reducirse cuanto ha pasado en el teatro Real desde que abrió por primera vez sus puertas en la presente temporada hasta el momento histórico en que trazo estos renglones.

No han de extrañar, por tanto, mis lectores la poca prisa que me he dado en comunicarles mis impresiones, ni creo haya de chocarles tampoco la manera como he de hacerlo ahora, dada la escasa ó ninguna novedad de los asuntos que, como se ve, han de servir de materia al presente artículo.

El Barbero de Sevilla, *La Sonámbula*, *El Elixir de amor*, *El Profeta*, *Tannhaüser*, *Lohengrin*, *Aida*, *Otello*, *La Gioconda*, la *Carmen*, de Bizet, y *Manon Lescaut*, de Puccini, todas estas óperas han pasado ya por el escenario del regio teatro, y no es aventurado el decir que si las unas no han impreso honda huella, que digamos, en el ánimo de los espectadores, las otras han dado motivos más que sobrados para que la crítica lance sus censuras, dados el modo y manera con que unas y otras han sido interpretadas, siendo lo más particular del caso, que aquellas en que más deficiencias ó mas errores de bulto se han notado, fueran las más distantes entre sí, es decir, las más genuinamente italianas y las del reformador alemán.

No de ahora, sino de tiempos antiguos, y merced á un mal gusto reconocido, á un olvido completo de la buena tradición y á una falta indisculpable de inteligencia literaria, viene, en mi sentir, desnaturalizándose cada vez más, por muchos, no todos, de los intérpretes de *El Barbero de Sevilla*, el carácter de los principales personajes de esta joya del arte, convirtiéndolos en tipos más ó menos grotescos, y dicho se está que harto diferentes de como el poeta los ideó y el músico puso de relieve con sin igual maestría. De aquí que la obra esencialmente cómica de Rossini haya venido, por obra y gracia de los encargados de su ejecución, á ser las más de las veces una bufonada de dudoso gusto, en la que todo el mundo tiene derecho á hacer mangas y capirotes en la partitura, mutilándola á su placer, enmendando la plana al cisne de Pésaro, desnaturalizando su bellísima creación y cometiendo un verdadero sacrilegio artístico, digno y merecedor de severa censura.

Bien comprenderán mis lectores que no es probable que lo que acabo de decir me viniese á las mientes, y menos que lo consignara aquí, si la reciente interpretación del *Barbero* se hubiera visto libre de los pecados que acabo de apuntar. Desgraciadamente no ha sido así, y el fracaso que tuvieron casi todos los cantantes que en ella tomaron parte fué merecido, y ojalá les sirva de saludable enseñanza para lo venidero.

De ese mismo desconocimiento de lo que traian entre manos ha adolecido la interpretación de las obras wagnerianas, á pesar de la inteligencia y de los esfuerzos del maestro Mugnone, que con gran acierto está al frente de la falange artística del teatro Real. Ya lo ha hecho notar un ilustrado colega mío, y de buena gana copiaría lo más sustancial del artículo que ha escrito sobre el asunto, si hubiera sido publicado en periódico de menos circulación que aquel en que ha sentado sus reales el Conde de Morphy. Pero ya que no lo haga, permítaseme en cambio que transcriba aquí algo de lo que el propio Wagner escribió sobre la materia, que viene como anillo al dedo, y puede servir de sano, aunque algo tardío, consejo á más de un artista, y de los de más campanillas, que andan, de telón adentro, por el regio coliseo.

Contestando el autor de *Lohengrin* á la carta en que Listz le dió cuenta detallada del estreno de esta ópera en Weimar, y doliéndose de la larga duración que habían tenido los actos, atribuía ésta á que «los recitados no habían sido comprendidos por los cantantes de la manera que él los había dicho al piano á sus amigos», y añadía: «Aquéllos (los cantantes) están acostumbrados á no ver otra cosa en el recitado sino una sucesión de notas, las cuales pueden acortar ó alargar á su voluntad. Cuando en una ópera comienza el recitado, vale tanto para ellos como decir: Gracias á Dios que nos vemos libres de ese maldito compás que nos obliga á cantar con más ó menos cadencia. Ahora podemos nadar á lo largo y á lo ancho; podemos detenernos en la primera nota que venga á mano, hasta que el apuntador nos recuerde la que sigue, sin que el director de orquesta pueda decirnos nada: ha llegado el momento de que nos venguemos de sus pretensiones, y por más que intente marcar el compás, nosotros seremos los que mandemos!..... En parte alguna del *Lohengrin* veréis escrita la palabra *recitado*. Los cantantes deben saber que no los hay, y tanto es así, que, por el contrario, me he esforzado en medir y marcar la expresión hablada del lenguaje con tal fijeza y tal precisión, que el cantante no tenga que hacer sino cantar las notas en el movimiento que he indicado, para encontrar el tono justo del lenguaje. Ruego, pues, con gran encarecimiento á los tales cantantes, que digan los pasajes hablados de mi ópera á compás, pero á compás justo, tal como están escritos, y que los digan con viveza y articulando claramente. Si así lo hacen, todos ganaremos con ello.»

Con estos antecedentes no es difícil adivinar qué gesto habría puesto Wagner al ver cómo trataban aquí el *Tannhaüser*, y sobre todo el *Lohengrin*, donde no ya en los recitados, sino en otros momentos de la ópera que ni asomos tenían de tales, el compás era mirado por más de un cantante como cosa baladí, de la cual podía prescindirse, y de hecho se prescindía, poniendo en grave aprieto á la



EL TRIUNFO DEL ARTE.

FRESCO DEL TECHO DE UNO DE LOS SALONES DEL «HOTEL DE VILLE», DE PARÍS,

PINTADO POR L. BONNAT.

orquesta y haciendo pasar las de Caín á su inteligente director Mugnone, obligado, á no dudar, á transigir con sus convicciones artísticas, ante el temor de que si cortaba por lo sano, y, *viribus et armis*, obligaba á los artistas á decir lo escrito en el papel, y de la manera que lo estaba, se produjera un conflicto de telón adentro de no fácil remedio.

Las representaciones del *Otello*, de Verdi, no han hecho más que confirmar una vez más el juicio que á raíz del estreno de esta obra en nuestro teatro consigné en La Ilustración, y que, en suma, ha sido el mismo que en este invierno se ha formado en París, donde la penúltima producción del anciano maestro no ha alcanzado sino lo que nuestros vecinos llaman un *succès d'estime*. En cambio, si la historia y los relatos de aquella época no nos lo hubieran dicho ya, en un libro recientemente publicado, y entre otras curiosidades musicales que en él se consignan, se señala el éxito que desde luego alcanzó Rossini en la obra altamente dramática que con el mismo título escribió, y cuyo último acto es y será una de las joyas más preciadas de su corona de artista.

Como prueba de ello, cítanse en el dicho libro las opiniones de varios artistas y literatos de aquel tiempo, algunas de las cuales copiaré en parte, para conocimiento de aquellos de mis lectores que tengan curiosidad por estas historias del tiempo viejo.

Cantado el *Otello* rossiniano por primera vez en París en 1821, Boieldieu consignó en *Le Moniteur* su opinión en los siguientes términos: «*Otello* continúa llevando al teatro una muchedumbre entusiasta..... Y aun admitiendo, lo que no es cierto, que el estilo del compositor no sea de una pureza académica, no por eso deja de resultar que las particiones de Rossini sean más expresivas y más dramáticas que las de los maestros de más renombre»; llevando sus elogios hasta el extremo, en mi sentir de todo punto exagerado é inexacto, de afirmar, en conclusión, que «Mozart en su *Don Juan* era más magnífico, pero Rossini en su *Otello* más dramático.» Alfredo de Musset, por su parte, después de decir que en la tragedia de Shakespeare la pasión es el alma de toda ella, al paso que en la ópera lo que domina es una fatalidad terrible é inexorable, escribe estas palabras: «La música respira constantemente la más sombría melancolía; á despecho de los adornos y de los *concetti* cantados que en ella se encuentran, todos los motivos son tristemente hermanos, todos se llaman y se encadenan los unos á los otros, y son cada vez más lúgubres conforme se acerca el último; y el que anuncia la llegada de la muerte á la cámara nupcial, se asemeja á un coro invisible de demonios que empujan á aquélla.» Por último, y para no multiplicar las citas, Lamartine cierra el coro de elogios prodigados al cisne de Pésaro con tal motivo, diciendo: «He oído en Italia el *Otello* de Rossini, el hombre sin igual entre los vivientes y que tiene más poesía y más literatura inarticulada en sus notas que el siglo entero en todas sus obras.»

Ahora bien, y aun descartando lo que haya de exageradamente encomiástico en alguno de esos juicios, como ya he hecho notar, compárese la impresión que desde su aparición en la escena produjo el *Otello* rossiniano y el efecto causado por la partición de Verdi, y se deducirá que, usando de una frase harto conocida, ésta no ha matado á aquélla, ni los críticos del porvenir, por mucho que rebusquen, han de encontrar opiniones tan entusiastas sobre la nueva ópera como las que emitieron el autor de la *Dame blanche* y escritores de la talla de Musset y Lamartine.

Confieso mi pecado, sí, como creo, para muchos lo es, y hasta de difícil absolución. Saturado de música wagneriana, y harto de la de sus imitadores, más ó menos desdichados, en el drama lírico, siento indecible placer al oir obras cual la *Sonámbula*, por deficiente que sea, como ahora lo ha sido, su interpretación. Milagro de candor, de belleza y de gracia, como la ha llamado uno de sus admiradores más entusiastas; criatura inmortal, que el arte creó y dió por hermana á la *Francesca* del Dante, á *Ofelia* y *Julieta* de Shakespeare, á la *Fornarina* de Rafael, y á las *Gracias* de Canova, según ha escrito otro de sus apologistas; obra, en fin, tan inspirada y de tan poética como su-

UNA LECCION PARA TODOS.

Si no fuera por el viento, el mar estaría siempre tranquilo; mas durante el tiempo que sopla, las inmensas olas chicotean las orillas y sacuden los buques. Cuando el viento calma, las agitadas olas se tranquilizan.

«Hasta los niños pueden aprender lecciones más difíciles que ésta—diría usted.—¿Quién puede ser tan ignorante ó tan torpe que no entienda cosa tan clara?»

Muchos de nosotros, amigo mío, muchos de nosotros. Hablando de las asombrosas invenciones y descubrimientos que distinguen este siglo, nos dice un poeta meditabundo: «La erudición llega, pero la sabiduría tarda.» ¿Qué quiere él decir con esto?

Tengamos una simple elucidación, que con el debido permiso citamos, tomada de una carta que hemos recibido últimamente.

El que la escribe nos dice: «Cuando vivía en Altarejos, en el año de 1871, sufría horriblemente de dolores de cabeza. En el año de 1873 me vine á este lugar (Tribaldos, provincia de Cuenca), donde contraje la dispepsia. *Estos dos padecimientos eran de los más persistentes.*»

El lector tal vez no ve todavía de qué modo se indica la relación de estos tres párrafos con los vientos y las olas, pero pronto lo verá.

«Entonces, continúa la carta, principié á sentirme mal, con fatiga, mal gusto en la boca, muy poco apetito, y después que tomaba siquiera un poco de alimento sufría de grandes dolores de estómago. Los doctores creyeron que no podía digerir el alimento y me dieron medicinas que fueron del todo inútiles; cada día aumentaban más los dolores en el pecho, en los costados y en la espalda entre las paletillas.

»También sufría de ataques nerviosos, que concluían en ratos de desmayo, y hace cosa de tres años arrojé sangre al momento de vomitar, y el 2 de Junio de 1893 volví á echar sangre otra vez, en mayor cantidad. Todos los doctores que me vieron fueron de opinión que estaba sufriendo de dispepsia, pero no pudieron encontrar un remedio que me curase.

»Después de haber padecido por veintitrés años y de haber perdido toda esperanza de nunca más recuperar mi salud, el Sr. D. Jorge Morillas me aconsejó que tomase el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Principié este tratamiento hace dos meses, y á fines del primer mes noté que los dolores de estómago, costados y hombros iban desapareciendo. Continué digiriendo el alimento mucho mejor, y mis fuerzas aumentaban. Continuaré tomando este Jarabe hasta que experimente completamente sus benéficos resultados. Por el momento sólo les escribo para que se impongan de los beneficios que he obtenido con el uso del Jarabe en tan corto tiempo. Les doy á ustedes poder amplio para que hagan uso de esta carta de la manera que más hallen por conveniente. Suyo, etc. (Firmado):—Acacio Martínez López.—Tribaldos (provincia de Cuenca), 10 de Julio de 1894.»

Debe tenerse en consideración que el Sr. López es profesor del mejor colegio de Tribaldos. En cuanto á la opinión de los médicos respecto á la enfermedad de este caballero, fué justa. Fué, como ellos lo acertaron, indigestión ó dispepsia. Los fuertes dolores de cabeza que experimentó el profesor López en Altarejos, en el año 1871, fueron los primeros síntomas de la proximidad de su enfermedad, ó más bien de la presencia de la misma. La enfermedad fué el viento, y los dolores de cabeza fueron las olas: causa y efecto; ¿no ven ustedes?

Otros síntomas se siguieron, que están descritos tan claramente por el profesor López, que es innecesario repetirlos. Nos permitimos, sin embargo, sugerirle que todas las diversas formas de padecimiento que le afligían fueron el resultado de uno solo:—indigestión y dispepsia, entorpecimiento crónico é inflamación del estómago. Su sangre, y de consiguiente cada órgano de su cuerpo, estaban descompuestos con los venenosos ácidos que se engendraron en el estómago por motivo de la fermentación del alimento. Los nervios también participaron de la postración y debilidad general, y de esto provinieron los desmayos á que alude él. Causa y efecto otra vez.

Ninguna otra enfermedad es tan insidiosa y engañadora como ésta. La mayor parte de los dolores orgánicos locales—muchos de ellos fatales—como de los riñones, corazón y cerebro, provienen de ella y son realmente puros síntomas de la misma. El hecho de que se les trata tan á menudo á los mismos síntomas como enfermedades conduce á sufrimientos incalculables y sumamente supérfluos. Todo presentimiento de enfermedad que de otra manera no pueda claramente conocérsele otra causa, debe cansiderársele como señales de dispepsia y tratársele bajo este concepto, por medio del Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Abrigamos la esperanza de que nuestros lectores tomarán nota de esta lección y de que no permitirán que se les descarríe.

Felicitamos al profesor López por los resultados que ha obtenido del empleo de este remedio en su propia enfermedad, y le damos las gracias por haber consentido en la publicación de su carta instructiva.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumeria Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3,* y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer.*

ROYAL WINDSOR

EL CELEBRE RESTAURADOR DEL CABELLO

¿Teneis Canas?
¿Teneis Caspa?
¿Son vuestros Cabellos debiles ó caen?

En el caso afirmativo

Emplead el **ROYAL WINDSOR**, este excelentisimo producto, devuelve a los cabellos blancos su color primitivo y la hermosura natural de la juventud. Detiene la caida del cabello y hace desaparecer la caspa. **Es el SOLO Restaurador del cabello premiado. Resultados inesperados. — Venta siempre creciente.** — Exijase sobre los frascos las palabras **ROYAL WINDSOR.** — Vendese en las Peluquerias y Perfumerias en frascos y medios frascos.

DEPOSITO PRINCIPAL: 22, rue de l'Echiquier, Paris

Se envia *franco*, a toda persona que lo pida el Prospecto conteniendo pormenores y atestaciones.

JUEGOS DE PRECISIÓN, RULETAS, JUEGOS MECÁNICOS, MESAS DE JUEGOS, BILLARES, UTENSILIOS DE CASINOS, ETC.—Se remite *Catálogo*, franco.
J. A. JOST.—120, rue Oberkampf, París.

SUPRIMIENDO LAS

ARRUGAS y MANCHAS ROJIZAS

la **Brisa Exótica** (agua ó pomada), no se limita á devolver al que la usa la juventud y la belleza, sino que conserva estos dones hasta los más extremos límites de la edad. *Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre*, *París*.—Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; Pascual, Arenal, 2; Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.

EPILEPSIA y toda **afección nerviosa** se cura con la **Poción del Dr. Sanmiguel.** Pídanse prospectos. Botica de *La Corona*, Gignás, 5, Barcelona.

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.
De venta en las oficinas de La Ilustración Española y Americana, Alcalá, 23, Madrid.

FRIO Y HIELO

COMPAÑÍA INDUSTRIAL
DE LOS PROCEDIMIENTOS PRIVILEGIADOS
RAOUL PICTET
Capital: **1.500.000** de francos
MÁQUINAS para la **PRODUCCIÓN** del **FRIO y del HIELO**
Baratas
ENVÍO FRANCO DEL PROSPECTO
16, rue de Grammont, PARÍS

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA
de
E. COUDRAY

Perfumeria especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ,
ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

BOMBAS

Riego, Agotamientos, Tenerías, Trasiegos, etc.
PRUDON & DUBOST
Paris — 210, Boul. Voltaire — Paris
Pídase el Catálogo N.º 47.

---

3 años de éxito. **ANTI-DIABETES SURROCA** Marca registrada.

Remedio cierto para la Diabetes. No puede perjudicar, y pronto el diabético conoce su mejoría, que sigue hasta la completa curación. Atenerse al prospecto. 15 pesetas caja. J. Surroca, farmacéutico, Badalona, remite por correo, previo pago. Véndese en Droguerías y Farmacias.

OBRAS POÉTICAS
DE
D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.—Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

ACEITE MORENO-CLARO DE HÍGADO DE BACALAO DEL Dr. DE JONGH

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LEOPOLDO DE BÉLGICA,
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA,
COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III. DE ESPAÑA.

PURO Y NATURAL. FACIL DE TOMAR Y DE DIGERIR.
La sola especie que contenga todos los principios curativos.
Infinitamente superior á los aceites pálidos ó compuestos.
Universalmente recomendado por los Médicos mas eminentes.
DE UNA EFICACIDAD SIN IGUAL
contra la TÍSIS, las ENFERMEDADES del PECHO y de la GARGANTA, la DEBILIDAD GENERAL, el DESFALLECIMIENTO de los NIÑOS, la RAQUÍTIS, y todos los AFECTOS ESCROFULOSOS.

Se vende SOLAMENTE en botellas que llevan sobre la cápsula y el rótulo interior el sello y la firma del Dr. DE JONGH y la firma de ANSAR, HARFORD & Co.—*Cuidado con las imitaciones.*
Unicos Consignatorios, Ansar, Harford & Co. Ltd., 210, High Holborn, Londres.
Se vende en todas las principales Farmacias del Mundo.

PAPEL
FAYARD Y BLAYN

EL MÁS EFICAZ PARA CURAR IRRITACIONES *del* PECHO, RESFRIADOS, REUMATISMOS, DOLORES, LUMBAGO, HERIDAS, LLAGAS.—***Topico excelente contra Callos, Ojos-de-Gallo.—En las Farmacias.***

SUEÑOS Y REALIDADES
POR
D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre.*

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

LUSTRE *Liquido Impermeable* **NUBIAN**

Produce sin cepillar un brillo igual al del charol, bastando una sola aplicación cada semana.—Conserva la piel siempre flexible.—Es conveniente tanto para el calzado de caballeros como para el de Señoras y niños.—Excelente restaurador de toda clase de articulos de piel negra.—***Evitense las falsificaciones.***
Perfection Gloss. Lustre mate para el calzado de Señoras.
LUSTRE MOSCOVITA, CREMAS de YOUNG, BETUN STERLING
PARA EL CALZADO DE COLOR
De Venta en todos los establecimientos de Curtidos, Zapaterias y Droguerias.
Unicos Agentes: **ESCUBÓS y OLIVERAS**, Notariado, 8, BARCELONA.



Marca Registrada

COMPIA LIEBIG VERDRO EXTRACTO de CARNE LIEBIG

Las mas altas distinciones en todas las Grandes Exposiciones Internacionales desde 1867.

FUERA DE CONCURSO DESDE 1885

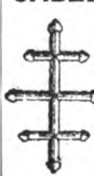
Caldo concentrado de carne de vaca utilísimo y nutritivo para las familias y enfermos.
Exigir la firma del inventor Baron LIEBIG de tinta azul en la etiqueta.
Se vende en las principales Droguerias, Farmacias y Casas de Comestibles de España.

COMPAÑIA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al dia.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES



Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait Capilaire** *des Benedictins du Mont Majella*, que detiene también su caida y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.*

SIROP FLON

LENITIVO PECTORAL, cura **IRRITACIONES** de los **BRONQUIOS, TOS, CONSTIPADOS, CATARROS.**
En todas las Farmacias y en Paris, 2, rue de la Tacherie.

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO,** gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.
E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

LIBROS PRESENTADOS
Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Calendarios americanos, publicados por la casa *Bailly-Baillière é hijos*, de Madrid. Sin duda son estos calendarios los más curiosos y útiles que se publican, por lo que luego que salen á la venta se agota la edición. La casa introdujo hace tres años un nuevo bloc ó taco, llamado *Mediano*, que vino á completar su variado surtido de blocs y á enriquecer su colección de cromos, y el presente año introduce con gran éxito dos tacos nuevos, llamados *Infantil* y *Colibri*, que por su tamaño diminuto y sus magníficos cromos son una preciosidad. Los hay con ó sin termómetro.

Agenda de bufete ó Libro de memoria diario para 1895. Edición económica.

Contiene este útil librito: Una tabla para la reducción de monedas. — Sistema decimal. — Cambio con el extranjero. — Modelos de recibos, de Letras, de Pagarés. — Indicador de ferrocarriles. — Tarifas de Correos, de Paquetes postales, de Telégrafos, de Arbitrios, de Consumos, de Carruajes, de Cédulas personales, Teatros, Tranvías, etc. — Guía de Madrid, con todas las curiosidades que encierra, y hora de visitar los Ministerios, Museos, oficinas, etc., etc. — Calles de Madrid. — Diario en blanco, para apuntes de todos los días.

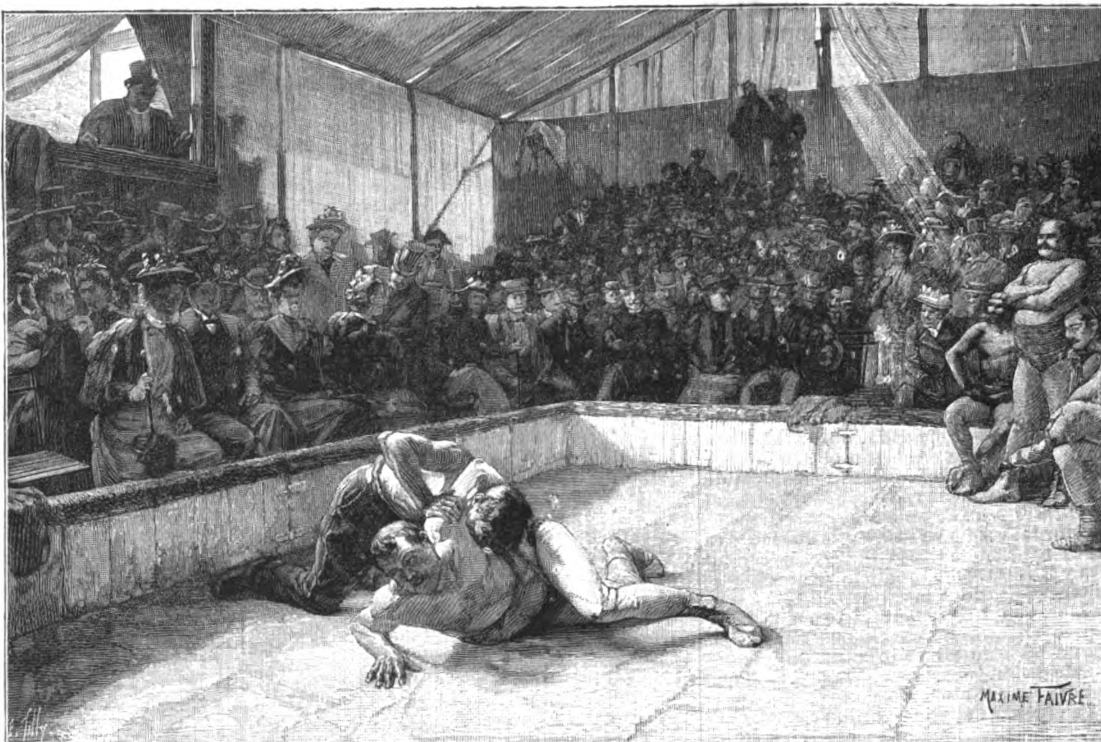
Es libro demasiado conocido para encarecer su necesidad absoluta para todos. Nos limitaremos, por lo tanto, á decir que se han hecho ocho ediciones de él, cuyos precios son: de una á 3 pesetas la edición económica, y de 2 á 4 la completa: para provincias, 50 céntimos más. Hállase al alcance de todas las fortunas.

Se vende en la Librería Editorial de Bailly-Baillière é Hijos, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en todas las librerías del Reino.

Boletín de la Cámara de Comercio española en *Buenos Aires.*

Hemos recibido los núms. 89 y 90 de esta importante publicación, en los que se contienen trabajos de suma utilidad para el comercio español.

G. R.



GLADIADORES MODERNOS.
CUADRO DE M. FAIVRE.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. II.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Enero de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



EXCMO. SR. D. MANUEL PAVÍA Y RODRÍGUEZ DE ALBURQUERQUE,

CAPITÁN GENERAL DE EJÉRCITO.

Nació en Cádiz, el 2 de Agosto de 1827; † en Madrid, el 4 de Enero del corriente año.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

ASEGURAN los sabios que han descubierto otro gas en la atmósfera que respiramos, si bien ignoran todavía la naturaleza y propiedades del nuevo cuerpo simple. La prensa de Madrid ha descubierto también en la composición de la mayoría gubernamental otro cuerpo que llama diputados trigueros, como á cierta clase de espárragos, y es posible que pronto tengamos diputados de Aranjuez. No sé quién fué el primero que halló, entre los elementos que constituyen el complicado periodismo del día, uno que no estaba clasificado, y al cual llaman, provisionalmente, *los chicos de la prensa*, aunque algunos sean talluditos. A pesar de todo, es de suponer que ni el aire, ni la mayoría, ni la prensa sean distintos hoy de lo que fueron antes; y en lo que á la última se refiere, desde que la conocemos ha variado poco ó nada su composición en lo que á los redactores se refiere. Lo que sucede es, á nuestro juicio, que ha aumentado extraordinariamente el número de lectores, y se han convertido en empresas las que eran publicaciones de escasos recursos; y al pasar el periódico de literario y científico á político, y por último á industrial, tiene, por la diversa índole de sus condiciones económicas, que obedecer á otras influencias y necesidades de su vida; pero en cuanto á los periodistas de hoy, ¿qué hacen ni pueden hacer sino acomodarse á sus tiempos, sufrir las sugestiones del medio ambiente en que se mueven y respiran, ni más ni menos que en el período en que empezábamos á escribir?

Y decimos esto, aunque podríamos prescindir de mezclarnos en el asunto, puesto que no nos creemos aludidos ni aun remotamente en el famoso prólogo del Sr. Pérez Galdós á su última producción dramática *Los condenados*, en lo que tiene de protesta contra la crítica actual; pero parecería desdén hacia un escritor que tanto consideramos no dedicar algunas líneas á escrito que ha molestado tanto á los periodistas hoy en ejercicio de críticos, y que ha sido en estos días la salsa de las murmuraciones literarias. De lo que afirma Galdós y de lo que contestan los aludidos, deducimos que nuestro amigo debió haber guardado silencio y resarcirse escribiendo otra comedia que agradase á los morenos y á los rubios; y si creía que había sido tratado injustamente, perdonarlo en gracia de los méritos de esa misma prensa y en gratitud á su pasado. Si nos hubiera consultado la publicación de su prólogo, le hubiéramos dicho lo siguiente:

Todo autor tiene derecho á protestar contra las injusticias, no ya de la crítica, sino de todo el mundo; pero desconfíe usted de las seducciones que el amor paternal ejerce en el autor hasta pasado algún tiempo de la fiebre de la producción: una obra dramática malograda es un hijo muerto, y aun en los hijos humanos hay que pagar al que quizás le envió al otro mundo por una equivocación, cuanto más al que de buena fe y en conciencia le asistió: imprima usted su obra, que, siendo de usted, si no tiene condiciones teatrales, las tendrá literarias, y de todos modos, aun siendo un error en todos conceptos, será digno de estudio no menos que el acierto, la ofuscación de un entendimiento claro. Algunas verdades dice usted en su prólogo; pero no son para dichas por usted, que confiesa haber cometido en su juventud los desaciertos de que culpa á los que hoy le hieren por los mismos filos, y de los cuales pocos se han librado en el ejercicio del periodismo; y se lo digo así por haber sido tan culpable como usted. No hay más represalia para un fracaso teatral que procurar un triunfo.

Pero en mi calidad de periodista debo decir, como disculpa de la prensa actual, que, hoy como siempre, no es sino reflejo de su tiempo: si no se ocupa con profundidad del movimiento literario, es que solicitan su atención muchas urgencias, y es condición esencial de la hoja diaria pasar con ligereza de novedad en novedad y volar de un asunto á otro, sin que pueda en esa tarea fatigosa detenerse. Está en contacto continuo con todos los países del globo; la producción literaria es enorme y no hay quien pueda abarcarla ya; y en competencia con ese ramo de la actividad intelectual, reclaman con derecho legítimo su concurso al periodismo todos los problemas de la vida en un período de transición, todos los intereses en lucha, los inventos, las reformas, las ciencias nuevas que aparecen, la legislación, las obras públicas y todos los fenómenos de la vida moderna. Sólo el conseguir que la prensa sea el índice imperfecto de un movimiento tan enorme y de una vida tan agitada y compleja, es una gran victoria: el tren marcha á toda máquina y no se detiene por nada ni por nadie: no puede exigírsele los mismos procedimientos de cuando hacía sus viajes en galera. No son los periodistas, son los tiempos los que varían: bastante hace cada cual en no perder la cabeza en este *mare magnum*. Los hábiles no se quejan: han estudiado su tiempo y procuran hacer ruido y bulto para que se note su presencia: el periodista no tiene tiempo para buscar, y sólo puede exigírsele que examine y consigne lo que encuentra en su camino. En cambio, confesemos que el periódico diario jamás buscó con tanto afán la literatura amena, siquiera en las condiciones de brevedad y ligereza indispensables en la naturaleza de periódico moderno. Y harto lo sabe el Sr. Galdós, cuya brillante pluma ha sido y es tan solicitada por la prensa. Y estamos seguros de que no verá en estos párrafos intención hostil, antes al contrario, una deferencia al dar importancia á sus quejas en lugar de apartar los ojos con desdén.

°°°

El último domingo asistimos á la recepción en la Academia de la Historia del Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle. Con enunciar el tema de su discurso comprenderán nuestros lectores que no podemos dar idea de trabajo tan difícil é interesante: *El progreso de las ciencias históricas en virtud de los descubrimientos de este siglo*. Compendio de los conocimientos de un investigador inteligente, en una vida aprovechada, no tiene extracto posible; antes bien, cada una de las páginas nos daría asunto para llenar toda la Crónica. Nos limitamos á manifestar el título y decir que está desarrollado con gran conocimiento de la materia y en forma clara y elegante. El Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle era conocido entre las gentes estudiosas por sus notables monografías y artículos sobre puntos históricos difíciles y por su gran erudición, y la ciencia le debe la continuación de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, empresa de gran aliento y meritoria por sí sola de recompensa. Para emprender este trabajo el señor Ramírez de Arellano ha necesitado una vida de las más laboriosas, sobre todo teniendo en cuenta su larga carrera en la administración de justicia, y poseer, no sólo una gran erudición, sino una gran biblioteca, que asciende á diez y seis mil volúmenes, llenos de libros y códices raros y curiosos, según afirma el Marqués de la Vega de Armijo en su contestación oportuna y bien escrita.

El salón de la Academia estuvo muy concurrido, no obstante lo desapacible del día; y el nuevo académico recibió muchos y buenos abrazos. Lástima grande que el salón académico tenga el techo agrietado, y caigan alguna vez sobre los concurrentes gotas de agua, recordando aquellos suplicios imaginarios atribuídos á la Inquisición injustamente. Triste es decirlo, pero exacto. La Academia de la Historia tiene goteras, y á menos de permitirse en días de lluvia asistir á las juntas con paraguas, deben tener las papeletas de invitación esta cláusula final: *(Si el tiempo lo permite.)*

°°°

¿Es cierto que los ferrocarriles del Norte elevan sus tarifas? ¿Se llegará á un acuerdo con los diputados trigueros, que se agitan en sentido proteccionista? Estos problemas, con el de las reformas en Cuba; las conferencias del Ateneo, empezadas con brillantez por el Sr. Labra; la del señor Cánovas del Castillo, que constituye un programa económico, y la reapertura de los trabajos parlamentarios, son los asuntos de mayor categoría y trascendencia que discuten las gentes serias en estos días. Los que nos inclinamos por afición á lo pintoresco, reconocemos el interés social de esas cuestiones, pero pasamos de largo, seguros de que nuestros lectores no acudirán á nuestra Crónica para estudiarlas ni resolverlas. Por nuestra parte, admiramos y respetamos á los que se toman esos trabajos tan pesados por el bien público.

°°°

El Círculo de Bellas Artes ha tenido en pocos días una transformación, y se ha cuadruplicado el número de socios al instalarse en el hermoso edificio de la calle del Barquillo, núm. 11. La reunión celebrada ayer para elegir la Junta Directiva se efectuó en el salón principal, debajo del andamiaje colocado para que los socios artistas decoren las paredes al estilo del Renacimiento: tienen casi terminada la sala japonesa, y el café árabe se halla muy adelantado; funcionan la clase nocturna de acuarela y las dependencias y servicios; y aunque el frío no permite utilizar por ahora el hermoso jardín, será un gran desahogo más adelante. Después de diez y siete años de vida, el Círculo de Bellas Artes vuelve á la calle en que nació, y de la cual hubo de mudarse por derribo del edificio y apertura de la calle que conduce al teatro de la Alhambra. Hemos seguido desde su fundación todas las vicisitudes de ese Círculo, que tiene para nosotros carácter familiar, sus exposiciones y sus clases; hemos visto convertidos en maestros los discípulos, y como á más de lugar agradable que nunca rindió culto á los vicios, pues no lo es el clásico tresillo, es ante todo una reunión artística de importancia, aunque no sea necesario ser artista para ingresar en la sociedad, nos congratulamos de su estado próspero. La Junta Directiva elegida anoche es la siguiente:

SECCIÓN PRIMERA.—*Presidencia.*—Presidente, D. Luis Alvarez; secretario general, D. Antonio Garrido; tesorero, D. José Suárez; vocales, D. Jerónimo Suñol, D. Alejandro Ferrant, D. Tomás Bretón, D. Antonio Cordero.

SECCIÓN SEGUNDA.—*Exposiciones.*—Presidente, D. Juan Espina; secretario, D. Silverio de la Torre; vocales, don José Garnelo, D. Cecilio Plá, D. Aniceto Marinas, D. Agustín Lhardy, D. Marcelino Santa María.

SECCIÓN TERCERA.—*Clases.*—Presidente, D. Joaquín Sorolla; secretario, D. Ramón Pulido; vocales, D. Angel Andrade, D. Manuel Villegas, D. Ignacio Ugarte, D. Antonio Parera, D. Miguel Angel Trilles.

SECCIÓN CUARTA.—*Gobierno interior.*—Presidente, don Manuel Ducasi; secretario, D. Felipe Barrantes; vocales, don José López Silva, D. Manuel Heredia, D. Ricardo Magariño, D. Alfredo Rodríguez Biforcos, D. Antonio Córdoba.

°°°

Un mono sabio, que así se firma el articulista, saca á relucir en mala ocasión una frase del eminente crítico Menéndez Pelayo contra los periodistas; pero como el que la lanza es del oficio, pues ha escrito y escribe magníficas bibliografías en *La España Moderna*, no hay ni puede haber ofensa para nadie.

—Pero la intención del mono sabio estaba conocida.

—¿Por qué ha hecho esa cita?

—Para que despellejen á su autor, lo cual es grave en este tiempo en que está de moda llevar gabán de pieles.

Un ladrón deteniendo á un transeunte:

—¡Alto! Entregue usted la piel.

—Mi gabán no está forrado.

—¿No? Pues entregue usted la suya.

—¿Sabes de algún específico que haga crecer el pelo?

—¡Cómo! ¿Empiezas á estar calvo?

—No; pero comienza á estarlo mi gabán.

—¿Qué dices de esta moda?

—Me conformo y doy gracias de que á esa deidad imperiosa no se le ocurra cubrirnos de plumas ó de escamas.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. MANUEL PAVÍA Y RODRÍGUEZ DE ALBURQUERQUE, capitán general de ejército.

El general Pavía era de los que mayores y más desinteresados servicios habían prestado á España en los últimos treinta años: mayores, porque acabó con la anarquía que deshonraba á la nación y la tenía á dos dedos de su pérdida; desinteresados, porque habiendo podido mandar desde aquel día como amo quizás mucho tiempo, dejó á otros el cuidado de gobernar y él volvióse á las cosas de la milicia, á las que tenía grandísimo afecto. Muchos honradísimos varones que se creen modelos de virtud, no hubieran tenido la que entonces tuvo el general Pavía.

Los primeros años de la vida de éste fueron como los de tantos otros militares de aquellos calamitosísimos tiempos de guerras civiles y pronunciamientos. Salió de la Academia de Artillería en 1841, y fué de los que se pronunciaron en Madrid el 26 de Marzo y el 7 de Mayo de 1848 y en Julio de 1854. Acompañó á Prim en el alzamiento de 1866 y en el destierro que siguió á aquel desgraciado intento, volviendo á España en 1868. Sus ascensos en este tiempo fueron: á capitán, por antigüedad, en 1855, y á comandante en 1863. En dicho año de 1868 se le concedieron los empleos de teniente coronel de Artillería y coronel de Infantería.

El alzamiento republicano de aquel año le valió el ascenso á brigadier, pues dió muestras de no escasa pericia y de saludable energía, principalmente en la toma de Málaga. Siendo ya mariscal de campo (desde 1871) y segundo cabo de la Capitanía General de Castilla la Nueva, escarmentó á la gente sediciosa que el 11 de Diciembre de 1873 levantó barricadas en la plaza de Antón Martín y calles vecinas, bastándole para ello el batallón de cazadores de Barbastro.

Nombrado el 13 de Febrero siguiente general en jefe del ejército del Norte, pasó el 24 al cargo de capitán general de Castilla la Nueva, y de aquí marchó á Andalucía, donde castigó ásperamente á los cantonales, tomándoles en pocos días á Córdoba, Sevilla, Cádiz, Algeciras y otras poblaciones, hasta restablecer del todo el orden, por cuya meritoria campaña le concedió el Gobierno el empleo de teniente general y la gran cruz de San Fernando, pensionada con 10.000 pesetas anuales.

Volvió poco después á ser capitán general de Castilla la Nueva, y desde tan alto puesto vió á la nación á punto de perecer desgarrada por la guerra civil cantonal y carlista, los negocios públicos sin dirección ni manos que se la diesen, y tan inminente el peligro de que pasasen á otras peores, que determinó evitarlo con todo el poder que en las suyas tenía, el cual, con ser tan pequeño, pues se reducía á un batallón de Marina, á algunos centenares de quintos y poca Guardia civil, parecíale bastante para vencer á los enemigos que podían oponérsele, de los que como militar aun tenía peor opinión que como político.

Salió con su propósito según pensaba. La Asamblea acababa de derrotar al Gobierno porque no había sabido conducirse como buen y verdadero republicano, y disponíase á elegir otro conforme al espíritu que en ella dominaba, cuando recibió el Presidente una comunicación del general Pavía, intimándole á que se retirase del salón de Sesiones con cuantos allí estaban; y aun cuando fué grande la indignación y mayores las frases que arrancó á muchos, todos salieron momentos después sin que se perdiese ninguna vida.

Luego formóse un ministerio en el que los pocos republicanos unitarios que había en España estuvieron representados por el Sr. García Ruiz, siendo radicales y constitucionales los demás ministros. El general Pavía no tomó para sí cargo alguno en aquel Gobierno, ni admitió ninguno de los que le ofrecieron, y sólo estuvo á punto de tomar sobre sí el restablecimiento del orden, haciéndose dictador, cuando vió que las pasiones y miserias políticas llevaban camino de impedir la formación de un gobierno fuerte. Por fin se contentó con el que salió de aquella crisis

(aunque no fué tal como lo deseaba), y sin dificultad, antes con verdadero gusto, se retiró de la escena política.

Hasta el 29 de Julio de 1892 no ascendió á capitán general, ocupando la vacante que dejó D. Joaquín Jovellar. Era presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, y senador por derecho propio.

Tenía el genio fuerte y pronto, el espíritu militar, el carácter llano y los gustos sencillos, siendo su mayor distracción, si no la única, las cosas de la milicia. Ha muerto de la ruptura de un aneurisma, cuando aun parecía joven, pues se conservaba bastante ágil y robusto, á pesar de sus sesenta y seis años.

Publicamos su retrato en la primera página de este número.

FRANCISCO II DE BORBÓN,

último rey de Nápoles.

Los lectores hallarán en la pág. 28 el retrato del rey de Nápoles Francisco II, destronado en 1861. Fué una de las víctimas de las revoluciones de este siglo sacrificada en aras de la unidad italiana y por la serenidad y nobleza con que ha sabido sobrellevar su desgracia; merece la consideración de cuantos saben lo difíciles que son tales virtudes.

Comenzó á reinar en Mayo de 1859 por muerte de su padre Fernando II, quien le dejó los negocios del reino bastante enredados, estando ya muy adelantada la conspiración de los liberales, los cuales deseaban la unidad italiana, y querían proclamar rey á Víctor Manuel. En favor de esta idea trabajaban principalmente las sociedades secretas, dirigidas por Mazzini y Crispi, de suerte que, cuando Garibaldi desembarcó en Marsala (Sicilia) con mil aventureros, halló el terreno muy bien preparado, y sin dificultad alguna pudo vencer á las escasas tropas que se le opusieron y señorearse de toda la isla.

Acababa el Rey de entrar por la senda constitucional, quizás de tan mala gana como nuestro Fernando VII, pero con tal deseo de andarla, que sin detenerse un momento dió una Constitución. De nada le aprovechó su repentino liberalismo, pues Garibaldi y su gente desembarcaron en la península y nuevamente vencieron á las tropas Reales. Aconsejaron á Francisco II sus ministros que saliera de la capital, y él, creyéndose bien aconsejado, lo hizo, dejándola á los garibaldinos. A pesar de tales descalabros, hallábase muy dudosa la victoria en esta campaña, cuando vino á decidirla parte del ejército piamontés, que acudió á ayudar á los invasores. Encerróse Francisco II en Gaeta con doce mil hombres, tropa bisoña la mayor parte, y no muy bien dispuesta en su favor; pero contra todas estas dificultades y contra el tifus, que hacía grandes estragos en la guarnición, peleó con esfuerzo aquel Príncipe, á quien puede decirse que faltó cuanto podía faltar menos valor, pues apenas tenía la plaza cañones con que defenderse.

Rindióse Gaeta el 13 de Febrero de 1861, hallando refugio el Rey en la escuadra francesa. Hasta 1870 vivió en Roma; pero cuando los soldados de Víctor Manuel entraron en esta ciudad, el último soberano de Nápoles pasó á París, donde casi siempre ha vivido hasta su muerte, en el piso cuarto de un hotel de la calle de Boissy d'Anglas. Pudo vivir mejor abdicando sus derechos á cambio de que el nuevo rey de Italia le levantase la confiscación de los bienes, pero prefirió la pobreza á la riqueza sin dignidad.

No tenía otros bienes que el palacio Farnesio de Roma, y con la renta que éste le producía (que el Gobierno francés le pagaba por tenerle alquilado para su embajador), atendía á sus cortas necesidades y á las de algunos leales servidores que nunca quisieron abandonarle.

VALENCIA.

Instituto Ginecológico del Dr. Candela.

El edificio que por nuestro grabado de la pág. 28 y por esta breve noticia conocerán los lectores, es, por varios conceptos, notable. Antigua era en su fundador la idea de crear un establecimiento en que cierto género de dolencias pudiesen ser atendidas con aquellos cuidados que la ciencia ahora más particularmente recomienda, y al cabo de grandes trabajos la ha llevado á feliz término, sin que bastara á estorbárselo ningún género de contrariedades, á lo que se añade haber realizado tan bien su propósito que, sin exageración, puede considerarse modelo su *Instituto Ginecológico*.

Levántase éste entre el camino del Grao y el de Algirós, en una de las más frondosas y bellas partes de la huerta de Valencia, rodeado de naranjos, álamos y eucaliptus mecidos por las templadas y puras brisas del Mediterráneo, en medio de un pequeño *parterre*, y tiene la entrada principal por el camino de Algirós.

La fachada es de dos cuerpos sobrepuestos, de estilo griego y Renacimiento, terminando el pabellón central en un frontón triangular, en cuyo tímpano hay un hermoso relieve con los emblemas de las ciencias médicas. El segundo cuerpo está limitado por dos columnas de orden jónico con otras dos centrales, y en el friso del cornisamento léese esta máxima, base de la verdadera medicina: *Aseptia Chirurgiæ Decus*.

La escalinata por donde se sube al vestíbulo es bastante espaciosa. A derecha é izquierda está la Conserjería y la Dirección.

Cruza la planta baja un espacioso corredor, á ambos lados del cual, y unas frente á otras están: la habitación destinada á las prácticas hidroterápicas, con espacio suficiente para todos los aparatos necesarios; la habitación del médico de guardia, con mobiliario adecuado y cuanto en ella pudiera hacer falta; junto á ésta la enfermería, salón en que hay seis camas y mucha ventilación y luz; enfrente una suave escalera de mármol, y al lado de ella la habitación de las Siervas de María. Termina el corredor en un buen comedor, con sitio holgado para diez y seis personas, y del que se puede salir á una terraza con escalera que conduce al *parterre*.

El segundo piso tiene igual disposición que el primero. En él están las habitaciones de primera y segunda clase, y sobre el comedor un salón que fácilmente se cambia en capilla.

La parte del edificio que pudiéramos llamar técnica, ó sea las salas donde se hacen las operaciones, requiere descripción más circunstanciada de la que podríamos hacer aquí, y pluma que con más autoridad y conocimiento pueda tratar tan espinosa materia. Baste decir que es completa y perfecta.

Comenzóse á edificar este Instituto en Julio del 91, y se inauguró solemnemente en Julio del 92. Pero no contento el Sr. Candela con lo hecho, prepara la inauguración de otro edificio destinado á conferencias, museo, biblioteca y laboratorio, con lo que podrá contarse su establecimiento entre los mejores de Europa.

BELLAS ARTES.

El paso del puerto. Un tren detenido por la nieve, dibujo de D. Angel Andrade.— *El primer desencanto*, cuadro de T. B. Kennington.— *Trafalgar*, cuadro de Justo Ruiz Luna.

Del gran cariño que nuestros abuelos tuvieron al suelo patrio no hay que hacer otra ponderación si no es recordar que para el P. Mariana y otros muchos y muy graves autores anteriores y posteriores á él, el clima de España era de los más suaves, ó el más suave de Europa: ponderación excesiva que todos los años sufre infinitos mentís, salvo en las costas, donde en verdad no es nada riguroso.

En cambio, la meseta castellana y los montes que la cruzan desde el Pirineo peninsular hasta Sierra Morena inclusive, con más todo Aragón, es de lo más áspero y destemplado de Europa. No hay en esta dilatada comarca invierno sin grandes nevadas y extremados fríos en que el termómetro baja á muchos grados bajo cero, y quedan envueltas en hielo las principales sierras, señaladamente el Guadarrama y los Pirineos Asturianos, por cuyos puertos de las Pilas y de Pajares cruzan vías férreas muy importantes.

Un tren aprisionado por la nieve en las soledades de cualesquiera de estos puertos es asunto hermoso, nuevo y propio para lucir el talento de observación de un buen pintor, como el Sr. Andrade, autor del dibujo que reproducimos en la pág. 29. El aspecto del aprisionado tren, la prisa que los empleados se dan á limpiar alguna parte de la vía, por ver si pueden lograr que marche hasta la estación próxima, la variedad de tipos, actitudes y trajes de los viajeros, son elementos preciosos que el autor ha sabido aprovechar con rara habilidad.

Las más de las veces provienen las alegrías de los humanos de las imágenes que su fantasía forja; y así, ella es la que les hace felices y desgraciados, según su antojo. En los primeros años de la existencia esa caprichosa señora, tirana del alma, finge mil risueños encantos, cubriendo de flores el camino de la vida, cambiándole de agrio sendero en ameno jardín, y cuando más confiados y con mayor contento por él marchamos, un repentino golpe nos vuelve á nuestro juicio y al conocimiento de las cosas. ¿Qué hace entonces aquella misma fantasía que antes nos engañara? Seguir engañándonos, sólo que al contrario. Donde antes puso flores, pone espinas; donde alegrías, tristezas; donde luz, tinieblas, y el ameno jardín truécase de pronto en yermo y lúgubre páramo.

Tal suele ser el efecto del primer desencanto, y bien se refleja en el rostro de la hermosa dama del cuadro de Kennington (véase la pág. 32) la amargura del cambio, en el que ha debido tomar mucha parte el amor, hijo primogénito de la fantasía y su principal y más dañino ayudante, pues con su poderoso auxilio construye los mayores y más deleznables castillos de ilusiones. Gracias á que la mano del tiempo acabará hasta con el recuerdo del primer desencanto.

El cuadro del Sr. Ruiz Luna (página 33) es tan triste como el recuerdo de la funesta rota de nuestra Armada en Trafalgar, en que se ha inspirado. Aquellos desmantelados buques que aun pelean por la honra de la bandera, ya que la esperanza de la victoria se perdió desde el principio de la batalla, y aquel malparado casco que en primer término aparece á la izquierda, sosteniéndose por milagro á flote, traen á la memoria con amarga fidelidad la jornada más llena de crueles enseñanzas que registran los anales de nuestra historia, de tal suerte, que por poco que se sepa de cosas militares, todo buen español no puede dejar de pensar mirando esta obra: «Aquí venció la superioridad del mando, la mejor preparación para el combate y la marina veterana á la bisoña é improvisada, y así sucederá siempre.»

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Hospital militar en Tokio.—La batalla de Pin-Yang.—Vistas y paisajes del Japón: Yokohama, Kobe, Nagasaki.

Continuamos nuestra crónica ilustrada de la guerra entre China y el Japón con dos nuevos grabados. El primero representa el movimiento de avance decisivo de los japoneses en la sangrienta batalla de Pin-Yang, en la que deshicieron completamente á los chinos, quienes desde entonces no han podido darles de nuevo la cara sino en combates parciales, abriendo á los vencedores el camino de Mukden.

Pin-Yang es un lugar que está á orillas del río Ta-Tong, y en el que los chinos tenían el grueso de sus fuerzas con el cuartel general, y un buen campo atrincherado en el cual se creían invencibles. En él les atacó el 15 de Septiembre el general Yamagata con 40.000 hombres, tomando en poco tiempo todos los fuertes, rindiendo á muchos regimientos y poniendo en huída á los restantes.

En la misma pág. 36 damos una vista del hospital de Sanidad Militar, recientemente edificado en Tokio, capital del Japón, conforme á los preceptos más modernos de la higiene, estando en él rigurosamente observada la asepsia, base de toda buena operación quirúrgica.

En esto, como en lo demás, la nación japonesa ha llegado á parecerse tanto á Europa, que en muchas cosas apenas se advierte diferencia. Véase, en prueba de ello, los dos casinos de Kobe ó Hiogo (que de las dos maneras se dice) y de Yokohama, de que damos vistas en la pág. 37. Yokohama es población de 160.000 almas, situada en la misma bahía de Yedo, unida á esta ciudad por ferrocarril, y en la que vive gente de todas las naciones del mundo, predominando la inglesa, que, como las demás, tiene allí su casino, que es el llamado «United Club».

También publicamos una vista del puerto y ciudad de Nagasaki, una de las de mayor comercio de la nación y punto de escala de los buques que van de China á América

G. Reparaz.

LA HERENCIA DE ESPRONCEDA.

Por los años 1859 y 1860 nos reuníamos en el café del Iris, ahora de Madrid, varios jóvenes en agradable tertulia para pasar las primeras horas de la noche. Figuraba en la compañía un amigo, bueno como el pan candeal, y tanto como bueno, refractario á cuanto se relacionara con asuntos de literatura. Contra la costumbre de retirarnos todos á un tiempo, anunció cierta noche que habría de dejarnos pronto, pues tenía que ocuparse en preparar libros y papeles que, procedentes de una testamentaría, conservaba de largo tiempo en depósito, para entregarlos en la mañana siguiente.

Interrogado por mí acerca de la procedencia de aquellos papeles y libros, me dijo que habían sido «de un poeta que hubo aquí en Madrid»; «de uno —añadió con la mayor indiferencia— que se llamaba Espronceda». Imagínese cuál sería el efecto que me causara tan inesperada revelación, cuando hacía más de dos años que acudía con frecuencia á nuestra tertulia y aquella era su primera indicación acerca del asunto. Díjome que había de entregar los efectos del depósito á la familia del Conde de las Navas, y que al día siguiente, á las diez, irían á hacerse cargo de ellos; oído lo cual, le anuncié que á las ocho estaría en su casa, pues deseaba inspeccionar los papeles, por si entre ellos encontraba alguno de interés literario, aunque fuese en ligeros apuntes ó borradores.

A la hora convenida llegué á la casa núm. 45 de la Corredera Baja de San Pablo, donde vivía mi amigo y se hallaba el depósito, por mí muy apreciado, de los libros y papeles que habían pertenecido al renombrado poeta. Grandes eran mis dudas de que pudiese encontrar algo utilizable después de más de diez y ocho años transcurridos desde el fallecimiento del cantor del *Diablo Mundo*, de las vicisitudes por que habría pasado su herencia literaria hasta llegar á tan extraño y singular depósito, y de la noticia que tenía de haberse hecho un expurgo en los papeles en el mismo día de la muerte del célebre escritor.

Por otra parte, las peripecias de la vida de Espronceda en los dos años desde que suspendió la publicación del poema hasta su último momento, vida ocupada en su cargo de secretario de Legación en el Haya, después en su diputación á Cortes, y amargada por la melancolía que le causaba el convencimiento de ser incurable la enfermedad contraída en Holanda, me hacían temer que hubiese dado de mano á toda ocupación literaria y poco ó nada de provecho pudiera encontrar en sus papeles.

Entré en la habitación donde me esperaba mi amigo; sobre una ancha mesa, colocada en medio de la sala, se hallaban los legajos que iba á entregar: los seis Códigos franceses, en un tomo; *La Iliada*, en griego, texto puro; un tratadito de Geografía, en francés, y otro *De Diis et heroibus poeticis*, indicio de que había habido algunos otros tomos sueltos; á la derecha un enorme baúl de forma antigua, forrado con peludo cuero rojo, de tapa arqueada y bien claveteados listones de madera; ¡singularidades de la vida humana! aquella era la biblioteca póstuma de Espronceda.

Comencé por los papeles, desatando un paquete, no sin haber fijado antes mi atención en el esmero con que había sido encintado, y después, separada la cubierta de papel, en la corrección de su ajuste, que se asemejaba á un tomo recién cosido y recortado en el taller del encuadernador. Me encontré con una decepción: aquel paquete, tenido al parecer como en cabeza de mayorazgo y tan cariñosamente cuidado, sólo se componía de..... papeletas de citación para guardias, formaciones, juntas y otros actos de servicio de Milicia Nacional, en cuyo tercer batallón era teniente-capitán el insigne poeta. Aquellas papeletas, todas del tamaño de

cuartilla, impresas y con los claros para la designación del día, hora y acto de servicio, se hallaban colocadas por orden riguroso de fechas, con tal pulcritud, que pudieran haber figurado en el tocador de una dama. ¿Fué posible, me dije, que el clarísimo talento y buen juicio del escritor hubieran cedido ante el fanatismo patriotero del miliciano, hasta el punto de dar tal importancia á semejante bagatela, pues ninguna de estas papeletas servía para nada, desde que se había cumplido el encargo de la citación?

Encinté el paquete, dejándole como le había encontrado, y tomé otro, arreglado no menos cuidadosa y pulcramente que el que acababa de dejar. Era una numerosa colección de cartas de eminencias en la literatura, sobre todo en la dramática y lírica, escritas en momentos de expansión y con el mayor abandono, nada dignas de ser conservadas, como, al parecer, se hallaban aquéllas, con alta estimación. Fatigado de tal lectura, hice con el paquete lo mismo que con el anterior, y desaté el tercero.

Antes de examinarle, fijando de nuevo la vista en los dos que había dejado, y reflexionando sobre la precisión y regularidad escrupulosa de fechas y colocación artística de papeles impresos ó manuscritos, no pude menos de exclamar: He aquí el hombre á quien, sin duda irreflexivamente, han presentado algunos como arquetipo del desorden; hele aquí metódico, correcto hasta la nimiedad, y aun casi femenilmente atildado: evidentemente en esos dos paquetes nadie habia puesto la mano después de la suya; quien así procedía en lo que habría de calificarse de pequeño y aun fútil, no podía proceder como se ha pretendido en lo concerniente á asuntos de importancia.

Con el nuevo paquete fuí más afortunado: á poco de dar principio á la revisión de papeles, encontré uno cuyo hallazgo me causó verdadero asombro: era el testamento de Espronceda.

¿Cómo y por qué estaba allí tan importante documento? ¿Qué había sucedido; cuál y cuán grande había sido la confusión ocasionada por la muerte en la casa del joven poeta? ¿Cómo aquel testamento, que no era válido por falta de un requisito esencial, pues le autorizaban sólo tres testigos y faltaba el escribano, cuya intervención era indispensable si no concurrían más testigos, según la legislación de aquel tiempo, no se convalidó judicialmente, convalidación entonces facilísima y después absolutamente imposible? ¿Quién le dejó á manera de papel sin importancia y no le entregó en copia legal, después de convalidado y protocolizado, á la única persona directamente interesada, ó á quien legítimamente la representara? ¿Qué habían hecho los testigos? ¿qué los amigos íntimos del testador?

Sobre todas las dudas y suposiciones, aun las más racionales, dominaban el hecho rudo y la realidad implacable: la existencia del testamento; y allí estaba, y yo le tenía en mi mano, pudiendo apenas dar crédito á lo que veía y me hallaba palpando en aquellos momentos.

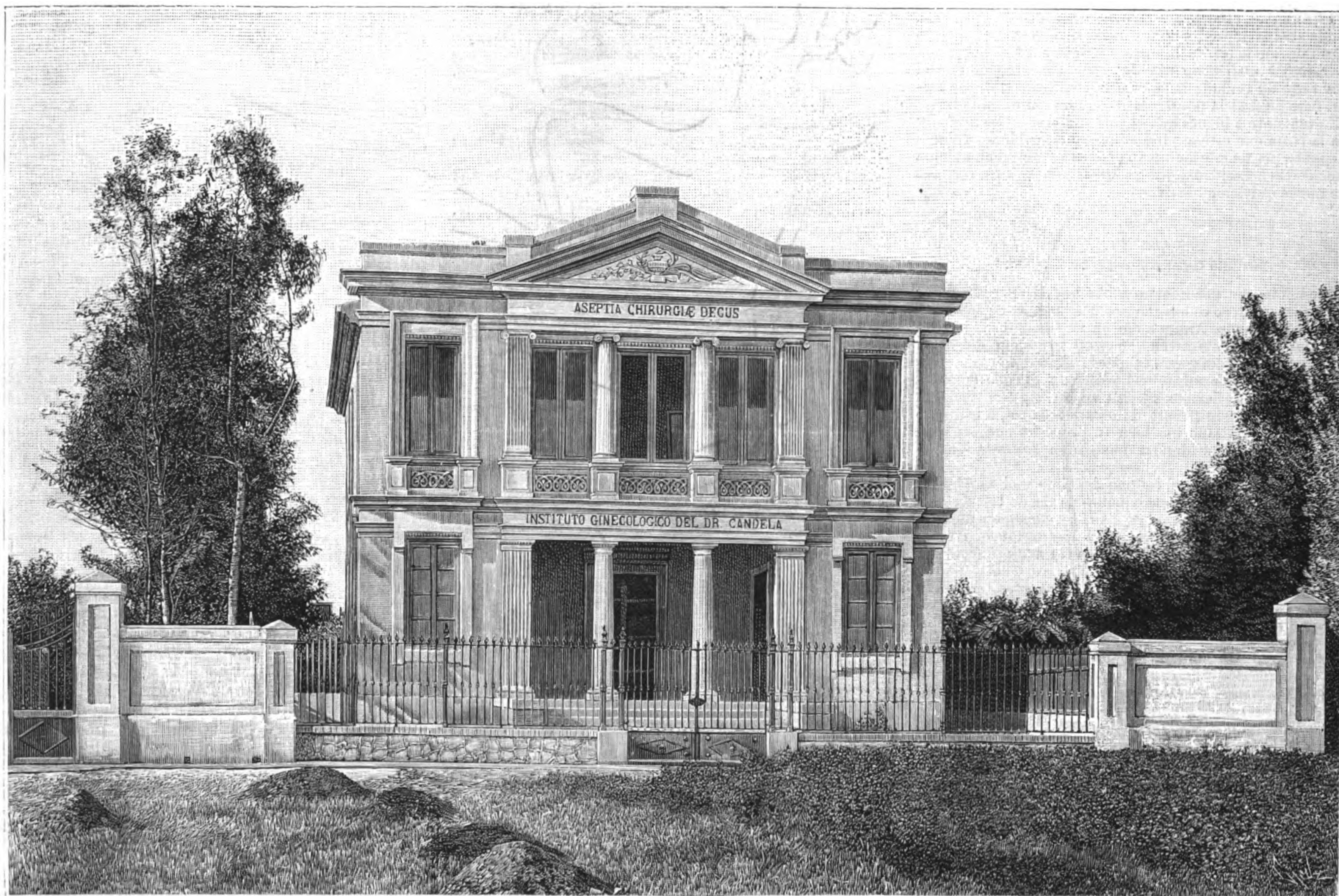
Aparecía escrito en medio pliego de papel sellado: constaba de ocho líneas, y contenía, sin fórmula alguna de las usuales, una declaración de carácter íntimo y respetable; el nombramiento de heredero; la fecha de 23 de Mayo de 1842, día de la muerte del testador, y las firmas de tres testigos, personas muy ca-



FRANCISCO II DE BORBÓN,

ÚLTIMO REY DE NÁPOLES.

Nació en Nápoles, el 16 de Enero de 1836; † el 27 de Diciembre último.



VALENCIA.—INSTITUTO GINECOLÓGICO DEL DR. CANDELA.—FACHADA PRINCIPAL Y JARDINES.

(De fotografía.)



EL PASO DEL PUERTO.—UN TREN DETENIDO POR LA NIEVE.

DIBUJO DE ÁNGEL ANDRADE.

racterizadas, de ellas una el entonces Patriarca de las Indias, poco después Arzobispo de Toledo y Cardenal Bonel y Orbe.

No había nombramiento de testamentarios, lo cual revela el aturdimiento y confusión en los instantes supremos, y explica lo que sucedió después.

Sin poder contenerme, le doblé y le metí en un bolsillo, con el propósito de hacer que llegara á poder de la persona en él interesada, y continué en la revisión de manuscritos. Parecía que me escaldaba el que había recogido: puesto que iría á manos del Conde de las Navas, él le daría el destino que estimara conveniente; al paso que mi ingerencia en tal asunto aparecería como indisculpable y abusiva oficiosidad. Con la prontitud con que le había guardado en mi bolsillo, le saqué de él y le puse en el mismo sitio que ocupaba en el legajo. ¡Necio de mí! Por aquel escrúpulo que no debiera haberme asaltado, iba á ser causa de que desapareciese tan preciado documento: ya haré luego alguna indicación sobre el caso.

En otro paquete encontré dos de interés, de ellos el segundo, en el orden de colocación, autógrafo de Espronceda: ¡por fin había dado con su letra! Era el primero una certificación expedida por D. Alberto Lista, toda de puño y letra del sabio y altamente reputado maestro de Humanidades, comprensiva de los estudios que en su colegio de San Mateo había hecho el alumno D. José de Espronceda: su fecha, si mal no recuerdo, del año 1828.

El segundo, el autógrafo de Espronceda, no tenía más que cuatro líneas, pero retrataba de frente y de cuerpo entero al personaje. Era diputado por Almería, y se hallaba presente en la sesión de 4 de Mayo de 1842, diez y nueve días antes de su muerte. Don Patricio Olavarría, ardoroso revolucionario, había sido elegido diputado por la Coruña, y no queriendo asociarse en modo alguno á la situación dominante, renunció el cargo, dirigiendo una comunicación al Jefe político de aquella provincia, que le había enviado el acta. Dicha autoridad transmitió el documento al Ministro de la Gobernación, quien en vista de su contenido le envió al Congreso, pidiendo autorización para proceder contra el diputado electo Olavarría.

En la sesión de aquella tarde, á primera hora, se discutía el dictamen de la comisión, habiendo comenzado por el voto particular del diputado Zaldívar, quien, disintiendo del parecer de sus compañeros, proponía que se negase la autorización. El debate iba animándose, y como había opuestas afirmaciones, pidió un diputado que se leyese la comunicación dirigida por Olavarría al Jefe político, base de la petición formulada por el Gobierno.

Se leyó: había en ella razonables insolencias políticas contra el Gobierno, contra el Congreso y contra algunos diputados, á quienes ponía verdes como hoja de perejil. Espronceda, exasperado al oir tantos ultrajes, subió á la mesa de la presidencia, y tomando una cuartilla de papel escribió en su forma apaisada lo siguiente:

«PROPOSICIÓN INCIDENTAL.

»Pido al Congreso se sirva declarar que considera el acto del Sr. Olavarría más como un rapto de locura que como un insulto al Congreso.

»Palacio del Congreso, 4 de Mayo de 1842.

»*José de Espronceda.*»

Ya fuese porque la discusión se suspendió á poco rato para pasar á otro asunto, ó ya, como es más de suponer, porque en la misma mesa de la presidencia le convenciesen de que la proposición era inadmisible, pues no se trataba de la honra del Congreso, sino de la petición del Gobierno, dobló la cuartilla, la metió en el bolsillo, y al llegar á su casa la puso entre los demás papeles.

Guardé este documento, que conserva bien señalados sus cuatro primitivos dobleces, y la certificación de Lista; y siendo ya las diez, para no comprometer á mi amigo, si llegaba el encargado de recoger aquellos efectos, tanto más, cuanto acababa de sonar la campanilla de la puerta de entrada, renuncié á examinar otros dos legajos que aun quedaban sobre la mesa.

Observando que nadie entraba y que el toque de la campanilla había sido para servicio interior de la casa, abrió mi amigo el baúl que he calificado de «Biblioteca póstuma de Espronceda». Contenía en su amplia cavidad la obra titulada *Dictionnaire de la conversation et de la lecture*, obra entonces de consulta, como ahora es el *Diccionario* de Pierre Lerousse para los periodistas. Eran ciento diez y seis tomos en rústica, en 8.º francés prolongado. La curiosidad me impulsó á remover aquella masa de libros para cerciorarme de si existía señal de haber utilizado algunos su propietario: el cuchillo de marfil ó de madera no había rasgado una sola hoja; todos estaban como al salir de los estantes ó pilas del librero.

Trece años tuve en mi poder, guardados, según la frase vulgar, como oro en paño, los dos autógrafos á que me he referido, hasta que en 1873, queriendo darles para lo sucesivo noble colocación y buena custodia, fuí á ver á D. Juan Eugenio Hartzenbusch y anunciarle mi propósito de regalarlos á la Biblioteca Nacional, cuya dirección tenía á su cargo. Agradeció sobremanera mi oferta, con tanto mayor motivo, cuanto que allí, según me dijo, no había absolutamente nada de Espronceda. Al referirle lo ocurrido con el testamento y que había vuelto á dejarle entre los papeles, exclamó, llevando la mano á la frente: «¿Qué hizo usted, Dios mío, qué hizo usted? ¡Si ha andado y anda desolada la familia buscando ese documento!»

Entonces sentí doblemente la torpeza que había cometido por escrúpulos que debiera haber rechazado, y lo sentí mucho más años adelante, cuando al hablar del asunto de Espronceda con el actual noble Conde de las Navas, me dijo que no tenía efecto alguno de tal procedencia ni noticia de que hubiese llegado á poder de su familiá ni un solo papel ni libro del afamado poeta.

¿Qué había sido de aquel depósito? El encargado de recogerlo ¿no cumplió su cometido, ó, no dando á los papeles y libros más importancia que la que les había dado mi nada literato amigo, utilizó los primeros para envoltorios y los segundos en alguna tienda de las llamadas librerías de viejo?

No lo sé; perseguía á Espronceda mala suerte; al desorden introducido en su casa por la muerte, siguió el abandono en lo que había salido de su vivienda: debió ir á las manos del que fué su grande amigo, el Conde de las Navas, y no llegó á ellas.

De cuanto constituía aquel depósito, sólo se salvaron los dos autógrafos recogidos por mí, que desde hace más de veintiún años, desde el 4 de Marzo de 1873, se hallan en la sección de *Varios* de la Biblioteca Nacional.

¿Y el testamento? Existe, íntegro y hondamente grabado, sólo en mi memoria; ni tuvo ni tiene hoy otro protocolo.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.

LOS TEATROS.

Hablemos del famoso prólogo.—*Miel de la Alcarria*, en el teatro de la Comedia.—El teatro Español rejuvenecido, y Cervantes y Moreto en su escenario.



Anuncióse largamente entre la familia literaria la aparición de un prólogo del autor de *Los condenados* al frente de su obra impresa, cuando aquellos personajes dramáticos habían perdido el pleito en *todas las instancias*, condenados por sí mismos, antes que por los jueces, á *perpetuo silencio*.

He aquí—me decía yo—la ocasión triste, pero solemne, que va á aprovechar el autor derrotado para ofrecernos con sinceridad y nobleza su conciencia literaria, arrancada *de cuajo*, como Pepe León se permite decir en la situación culminante.

Pero ¡oh desencanto! Leí el tan cacareado prólogo, y..... nada de confesión, nada del *pequé*, nada de autor contrito, ya que no podía ser por la salvación de los apetecidos *derechos*, por la más importante salvación de un alma literaria, para la cual tampoco habían de ser precisos juramentos falsos de santos aragoneses.

Nada de profesión de fe dramática, ni de revelación de nuevas ideas estéticas, ni de atrevimientos de arrogante *credo* artístico. Absolutamente nada más que *cosas* de un Galdós inesperado; desesperación de una soberbia desordenada; coraje endiablado de una ira que se desata en denuestos y se revuelve estérilmente contra los mismos que lamentaron la caída irremediable.

El Sr. Galdós no es allí más que el ídolo que desciende á confirmar, con vulgarísimos enojos, la idea que tienen muchos españoles de que en la altura del pedestal ha trabajado de sobra la fuerza del patriotismo.

Y no hay que decir que al autor de *Los condenados* no se ha ofrecido ancho espacio donde poder lucir serenamente, ya que no con aquel vigor y aquella abundancia de doctrina literaria de Víctor Hugo en su prólogo de *Cromwell*—como pretende algún piadoso diario—siquiera con la brillantez y la fina sagacidad de Alejandro Dumas (hijo) en sus tan discutidos prólogos de artista verdadero.

En el larguísimo é inadmisible alegato, sólo una cosa me ha conmovido. Aquella actitud candorosa, verdaderamente infantil, en el momento en que inquiere el Sr. Galdós las razones del enojo del público. Me parece estar viendo á un niño mimado cuanto revoltoso, sin conciencia y algo desmemoriado de las diabluras que ha hecho, y que, ante la cara fosca y amenazante del papá, duda si el castigo le viene por la rotura del pantalón, por la pérdida del catecismo, ó por la irreverente caricatura que ha hecho del maestro entre los torcidos palotes de la plana.

Pero antes y después de esa actitud de humilde, el niño arriscado cuanto blando al castigo se atreve á llamar *prestidigitación* á la habilidad de ingenio que sabe presentar y contrastar los caracteres y manejar los legítimos resortes del teatro; y en seguida defiende y ampara y abriga con la capa *rota* del *hipnotismo* la extravagante autoridad del santo Paternoy, muy bueno para colocado en una rinconera del hotelito que ha levantado el novelista en la capital de la Montaña, pero nunca para ser ofrecido á la adoración de los fieles del arte en el altar mayor del templo de la musa española.

***

Esa defensa de sus santos grotescos, y otras defensas de la soberbia contumaz, y otros ataques *sin ton ni son* del apedreador de su propio tejado, están perfectamente en el que, dando tumbos en su desconcertado prólogo, se imagina en el final—*pro gloria sua*—un ejército de *tontos* y *majaderos* que tratan de ahogar envidiosamente sus alientos de dramaturgo.

Esas sí que son grandes tonterías. Y es que, cuando descienden á hacerlas y decirlas estos hombres de talento, son unos tontos que, caritativamente, podemos llamar *sublimes*, porque se dejan atrás á los tontos más vulgares.

Y empeñado el Sr. Galdós en que se le reconozca una inmunidad de que no han gozado los más grandes autores. Porque dice él que algunos han tratado á su obra como si fuera una de esas de que el público «hace la crítica con las extremidades inferiores»; las mismas extremidades con que hubiera hecho la crítica de *Los condenados*, á no recordar respetuosamente aquel pedestal, extremado por el patriotismo, de que queda hecho mérito.

Porque lo que más saca de sus casillas á nuestro antiguo ídolo de los *Episodios* es lo que él llama «pérfido humorismo», que, *sin perfidia*, no es más ni menos que el arma fina y punzante que han empleado los grandes maestros de la crítica ante las obras que les han parecido fuera de la ley del arte, sobre todo cuando eran de autores más obligados por su fama á no herir la ley con un atropello. Vea el Sr. Galdós, entre otras muchas, la retozona burla con que trata Paul de Saint-Victor al santo que Alejandro Dumas le ofrece, con patriotismo y todo, en *La mujer de Claudio:* vea después al gran Sarcey con un humor, *pérfido* quizás, pero certero, ante las flaquezas de alguna de las trasplantadas obras de Ibsen. ¿Se juzga el Sr. Galdós más invulnerable que esos dos dramaturgos?

Y llegamos—para concluir—á esos pícaros *petulantes* que, según el prologuista, «quieren llevar *el padrón de autores*».

Nadie quiere ni puede llevar el tal *padrón*. En él logran incluirse todos los españoles que desean avecindarse en el cada vez más populoso barrio de Talía. Y pueden hacerlo sin *larga vida* de tentativas; en mucho menos tiempo del necesario para dar á luz una Santamona.

Pero, es claro, luego hay que pagar *el título*, la cédula personal, como quien dice; y con tanto mayor recargo del tanto por ciento á favor del Municipio—ó sea del público—cuanto mayores son en el autor las pretensiones de arte y hasta de industria. Y no se le exige al *empadronado* el pago en dinero, sino en buenas obras teatrales, por aquello de «que obras son amores..... y no prólogos largos.»

Y vea el Sr. Galdós lo que son las cosas: alguno de esos *petulantes* que se le vienen con la *perfidia* de querer llevar el *padrón*, imitó aquí el sano ejemplo que le había dado en otra parte un meritísimo compañero del novelista—verdadero gran maestro en el arte de escribir, de narrar y de pintar caracteres y costumbres—y halló suficientes dos ligeros ensayos dramáticos para excluirse del *padrón*, convencido de que es más fácil comprender las dificultades del arte que llegar á vencerlas.

Y mi buen D. Benito, por lo mismo que se había conquistado en la prensa y en el público amigos tan diferentes de aquellos del Benito del adagio, no hará nada que no sea justo con no tomar por serio y legítimo—á pesar de los *derechos* devengados—aquel escandaloso triunfo de la señora *Duquesa*, que supongo será el mismo que él se apunta.

Con tan recta y serena justicia, y echando mo-

destamente una mirada hacia el largo y penoso camino recorrido hasta el lamentable fin de *Los condenados*, comprenderá el Sr. Galdós que no son los que tan pronto y tan discretamente se excluyeron del *padrón* consabido, los que pueden ser contados ahora ni después entre las *almas grandes* de que habla el D. Hermógenes de *La Comedia nueva*.

Y aquí se nos presenta un *empadronado* que paga en toda regla los títulos que se le concedieron en su legítimo triunfo de aquella genuinamente española que se llama *La Dolores*.

Por él nos encontramos en el escenario de la Comedia con personajes de carne y hueso; con criaturas verdaderamente humanas, en las que circula la sangre, los nervios se estremecen, se revela el sentimiento y las pasiones se agitan.

Feliu y Codina es, antes de todo, un artista completo y espontáneo; porque así ha nacido, porque no necesita martirizarse con esfuerzos desesperados en su estudio, para hallar el fondo y la forma del cuadro; la vida del carácter que convence; los rasgos de fisonomía moral que la verdad reflejan; la frase sobria y limpia de afeites que llega al alma; el mismo ambiente, en fin, que ha de formarse natural y propio entre el aire que se respira en el lugar de la acción dramática y la fuerza genital de los afectos que mueven á los personajes.

Todo eso se ve, se oye, se siente desde que se inicia la fábula interesante de *Miel de la Alcarria*; miel dulcísima en su alegre entrada de idilio, que va después teniendo un dejo amargo cuando la afanosa abeja del amor puro, aquella pobre Angelita que lleva en su corazón el arca santa de su religiosa piedad filial, vuela hacia el ara dura del sacrificio desde el riquísimo panal que se había labrado para una vida de alegría y ventura inefables.

Desde que se levanta el telón se respira ya el penetrante aroma de la mejorana, de la flor del romero, de los silvestres tomillares donde laboran los insectos industriosos con que se ha familiarizado desde su infancia la protagonista. Pero entre las dulces caricias del aire tibio y perfumado, se presiente ya la ráfaga de aire frío y seco que ha de trocar los alegres y vivos colores de la rosa del amor y la dicha en los tristes, macilentos, emblemáticos del martirio, de la pobre pasionaria.

La ráfaga viene de la maledicencia y la calumnia, fomentadas por la actitud reservada y fría, por el alejamiento imprudente de su hogar de aquel hombre sombrío que sólo vuelve á él para firmar el contrato de la boda de su hija enamorada, para alejarse otra vez de los lugares en que se juzgó vilmente engañado y deshonrado por la santa mujer que murió quizás herida por los injustos rigores del esposo.

La fiesta popular de *los dichos* de los prometidos esposos se interrumpe violentamente. La *Miel de la Alcarria* se aparta de los labios del noble y enamorado Santiago, porque el alma de Angelita ha sentido el hiriente frío sutil del arma de la calumnia, entre las reticencias feroces de las comadres que al calor del hogar preside la perversa Engracia, y aquellas dos palabras que se les escapan á los campesinos criados que, á su espalda, preparan la mesa para el alegre banquete.

Aquello es vencer con rapidez, con tino, con arte, uno de los mayores peligros que puede encontrar un autor en situación escénica; situación expositiva, pero fuente amarga de todas las otras; natural y valiente impulso de la transformación de la dulce abeja, de la inocente niña enamorada, en fiera nobilísima y fuerte que vuelve los ojos y el corazón todo entero hacia la santa memoria de la madre ofendida, que va á rehabilitar antes para su padre que para el mundo, pues para ella siempre permanece viva, siempre honrada la que le enseñó á rezar, á creer y amar entre sus brazos.

⁂

En todo cuanto la rodea, Angelita no ve ya más que elementos que deben servirla, que quiere que la sirvan para realizar su filial obra piadosa. Pero el padre está aferrado á su negra idea; el abuelo, aquella patriarcal y hermosa figura que ríe y llora, y aquí alegra y allá conmueve el alma de los espectadores, apenas si tiene fuerzas más que para ahuyentar débilmente á ratos, con sus niñerías de caduco, las terribles sombras de infortunio que abruman el hogar; y el prometido esposo, cuya fe no se deja vencer por los dañosos prejuicios que hieren á su adorada, sólo atiende á la herida con arranques estériles de su pasión ardiente y persuasiva.

Angelita lucha sola; pero al fin ve una luz, algo insegura, y acude al inesperado auxiliar que se le ofrece en Lorenzo; un criado, un mozo rudo que la ama en silencio, reconcentrado, respetuoso, pero egoísta, y que, á pesar suyo, ha descubierto su honda pasión en los bruscos movimientos de su envidia del bien de Santiago, del bien que codicia, «abandonada ya toda esperanza á la puerta de su infierno».

Lorenzo, para quien las miradas y palabras de la dulce abeja á su prometido son aguijonazos en el fondo del alma inculta, posee desde su infancia algo del secreto que envuelve en injustas y terribles sombras la honra inmaculada de la madre de Angelita. Y allí, en aquella escena, tan nueva y tan interesante, entre la protagonista y Lorenzo, parece como que se complace el autor en crearse otro gran peligro escénico para buscar y encontrar la gloria de vencerle. Porque en aquella situación, un movimiento de ánimo mal contenido, una sola palabra que extremase la impaciencia de la hija piadosa, ó que afectase al respeto y á la sumisión del humilde servidor enamorado, destruiría la ilusión, y el vivo interés despertado en los espectadores caería al suelo con la hermosa fábrica con tanto amor cimentada por el artista.

Todo está salvado por el ingenio. Hay allí dos frases, por decirlo así, gemelas, que brotan franca y espontáneamente del carácter rudo de Lorenzo, de esas muchas que acreditan la fuerza del autor dramático tanto como la misma situación valientemente presentada.

El pacto está hecho. A cambio de la clave del misterio que tanto importa á la hija atribulada, ésta, desprendiéndose de todo lo más hermoso que la liga á la tierra, con el pensamiento fijo en el cielo, ha jurado á Lorenzo no pertenecer á hombre alguno, aplacando los horrores de la envidia en que se revolvía la pasión ruda y desesperada.

Para cerrar ese pacto es preciso heroísmo de abnegación, es verdad. Pero eso es lo que el autor quiere que sea la heroína de su drama: la abnegación misma.

Lorenzo lleva á Angela hasta el locutorio del convento de religiosas de que es superiora la hermana de su padre, la verdadera pecadora en aquella noche de deshonor y de sangre, en que las apariencias condenaron á la inocente esposa del ciego matador de un hombre.

Allá dentro, la que debía ser la más santa de las que guarda el religioso asilo, se encierra egoístamente en su secreto, cubriendo con tocas la mancha del propio honor en daño de honor ajeno; con el remordimiento vivo y mortificante del doble pecado, que confiesa al fin, primero á su desolada sobrina, luego al hermano, que cuenta siete años de íntimo martirio.

⁂

El sacrificio que al fin realiza la heroína, entre el dolor de abandonar al mundo todos sus amores, y la santa alegría de ver rehabilitada la memoria de su madre, no es ya sólo el jurado á Lorenzo, sino más grande, el ofrecido noble y angélicamente á la confesada abadesa del convento, en el que ella va á profesar como religiosa. El sacrificio parecerá innecesario; pero es tan natural como sublime en el alma aquella, que se entrega toda entera á su Dios, porque cerca de él está más cerca de su madre, cuyo amor, cuya honra, cuya gloria colocó ella sobre todo lo que va á dejar con tristeza detrás de su velo de santa desposada.

Ese es el drama de Feliu y Codina, cuyo único pecado, para mí, consiste en haber apelado alguna vez á lo fríamente artificioso entre sus grandes recursos de legítimo arte dramático. Pero de ese pecado rara vez he visto libres, dentro de las convenciones teatrales, á los más famosos autores que á nuestro autor han podido servir de maestros.

Sólo el afrontar y vencer los temerosos peligros que el asunto le ofrecía, basta para acreditar al valeroso ingenio y para justificar la ovación alcanzada ante el público por el autor de *Miel de la Alcarria*, para mí de fuerza teatral muy superior á la misma de *La Dolores*.

La ejecución, como hija del amor de artistas de los del teatro de la Comedia. Mario, inimitable en el abuelo; Thuillier, Cepillo, las Sras. Tovar y Alverá, todos merecieron saborear con el autor las ricas mieles del aplauso público. García Ortega merece especial mención por el talento y la habilísima fidelidad con que, en el difícil Lorenzo, obedeció al poeta en decisivos momentos de lucha. La Srta. Cobeña siente de verdad la protagonista, se identifica con su ideal piadoso; pero, en la dicción, no acaba de curarse de vicios imitados de sus modelos, que debe olvidar del todo en pro de su fama y del arte que con cariño cultiva, por lo mismo que tan simpática actriz es una de las pocas esperanzas que acariciamos hoy en la escena española.

Pocas palabras necesito para expresar todas las impresiones sentidas en la solemne apertura del teatro Español, rejuvenecido por hábiles arquitectos, artistas y decoradores.

Mi humilde voto es el mismo de los que reconocen y aplauden los generosos esfuerzos de don Ramón Guerrero y su hija por corresponder á la confianza que en ellos ha depositado el Ayuntamiento de Madrid.

Arranques de desprendido; delicadezas del buen gusto; prodigalidades del amor propio de verdadera empresa artística: de todo eso hay en aquel escenario y en aquella sala, donde han resonado los acentos de tantas glorias de la musa española. Quizás los pobres viejos—¿qué hemos de hacer?—quisiéramos, sin perjuicio de las galas novísimas que el progreso del buen gusto exige, un poco de respeto á la tradicional memoria, antes grabada en el recogido marco de aquella embocadura, la cual ha ganado en amplitud y gallardía á costa de cierta severidad clásica que aun nos hablaba en silencio de la fecunda inventiva de Lope y de las arrogancias del genio de Calderón en el antiguo Corral de la Pacheca.

Pero, visto y celebrado con vítores el templo nuevo, concentremos la atención y fundemos todas nuestras esperanzas en los que han de oficiar como poetas y actores en aquel precioso altar del arte.

Cervantes, dando la herida y gloriosa mano á Moreto, abre el palenque á poetas y artistas. El principio de la campaña no puede ser, pues, de mejores augurios. Aquel D. Agustín famoso, á quien hizo decir un satírico de su tiempo:

«Entre estas comedias viejas
He hallado una brava mina»,

nos presentaba las galas de su obra maestra, *El desdén con el desdén*, en que había imitado, mejorando su modelo con ingeniosa bizarría, *Los milagros del desprecio*, de Tirso. ¿A qué hablar aquí de obra tan conocida como estimada, piedra de toque de las facultades artísticas de todas las primeras actrices en la difícil labor que ofrece nuestro clásico teatro?

María Guerrero, de sobra preocupada y conmovida con la solemnidad de la noche inolvidable, dió el ejemplo—que todos sus compañeros imitaron—de respeto y amor á los grandes inmortales que les abrían el camino, y de afanoso interés por que el teatro rejuvenecido sea muy pronto el de las esperanzas realizadas.

El precioso cuadro de Cervantes, *El retablo de las maravillas*, tan grande y serio en el fondo como alegre y brillante en la forma, necesitaba, para mejor conjunto y más propio movimiento de las múltiples figuras, esfuerzos superiores á los de algunos de aquellos apreciables actores.

Pero la arrogante empresa artística de nuestra María Guerrero está ya empezada con estimación y aplauso del público, y con grande estímulo para nuestros buenos autores, que son los que, con artistas escogidos, han de dar la indispensable fuerza moral á aquel teatro.

Confiemos todos, y yo el primero, en el porvenir de la obra y de los planes meritorios de la joven y animosa artista, nuevo ídolo que ahora levanta la opinión sobre los viejos cimientos de tantas glorias.

Eduardo Bustillo.

14 de Enero de 1895.

BAJO LOS AUSTRIAS.

RECREOS LITERARIOS DE LAS DAMAS DE PALACIO.

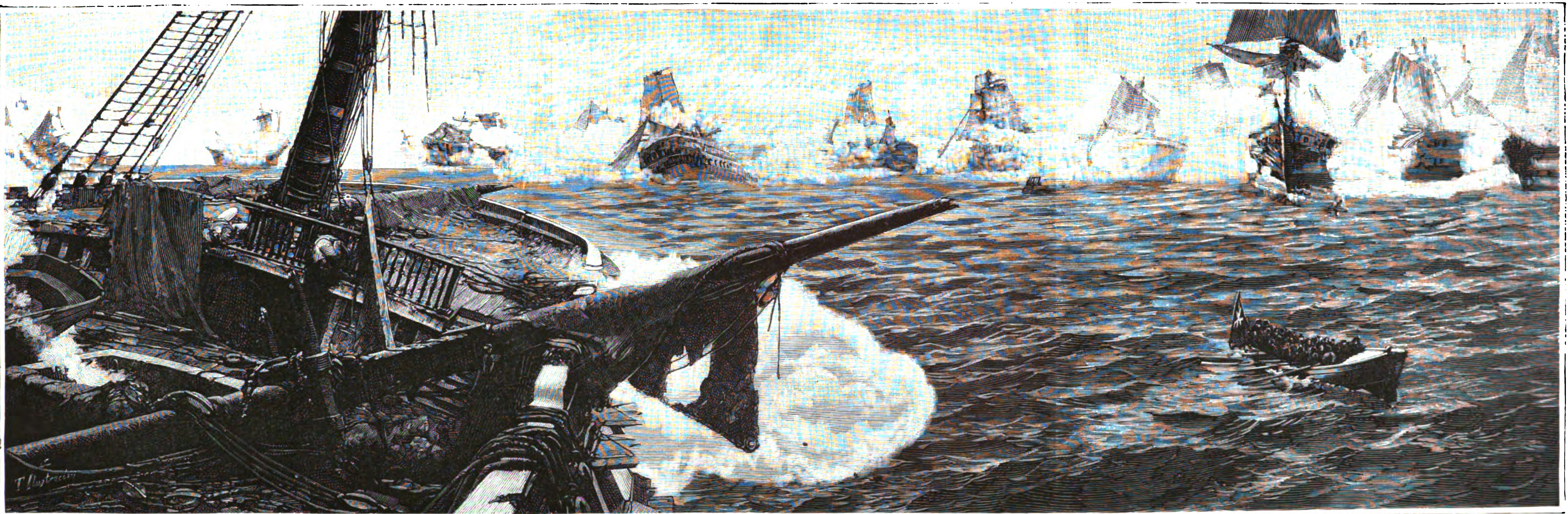


La suma cultura literaria que era común en aquel siglo á las clases directivas de la sociedad, hicieron partícipes de aquel movimiento á las damas de más elevada alcurnia, renovando la remota tradición de las *fembras discretas de Castiella*, de la reina D.ª Yolant, la ejemplar esposa de D. Alfonso *el Sabio*. Pero á pesar de los elogios que Lucio Marineo Sículo había prodigado á algunas damas de la corte de los Reyes Católicos y á algunas mujeres sabias de Castilla, Aragón y Valencia, por una parte las ideas de recato propias del sexo en quien la timidez y el pudor comparten el cetro de la virtud con el de la hermosura, por otra las ideas de suma dignidad que estaban encarnadas en toda la nobleza que componía como la familia del trono y la dirección política de las demás clases, constituían aquellos recreos, á pesar de los nombres aristocráticos que decoran los antiguos *Cancioneros*, en puramente íntimos y privados, sin que ningún noble, y mucho menos sus mu-



EL PRIMER DESENCANTO.

CUADRO DE T. B. KENNINGTON.



TRAFALGAR.

CUADRO DE JUSTO RUIZ LUNA.

jeres, se atreviese á dar á la estampa ninguna producción del entendimiento que pudiera disminuir el crédito de la espada ó la perfección de las costumbres del hogar. En el mismo *Cancionero* de Castilla se leen muchas composiciones anónimas que, indudablemente, salieron del ingenio de los poetas y las poetisas de esta clase, condenadas á la total renuncia de los honores de la publicidad. Una nota hay en este mismo libro que así lo corrobora. «Síguense—dice—ciertos sonetos, coplas y canciones nuevas, hechos en la ciudad de Londres en Inglaterra, año 1555, por dos caballeros cuyos nombres *se dejan para mayores cosas:* con ciertas obras de otro autor *cuyo nombre también se reserva.*» Si esto hacían los hombres nobles de España, que en Londres á la sazón negociaban el matrimonio de Felipe II con la reina María Túdor, ¿cuál sería el recato de sus mujeres? ¡Y cuenta con que ya se llevaban más de treinta años en la renovación total de ideas que trajo á la península la sucesión de Carlos V en la corona de su madre *la Reina Loca*, y que solamente los libros de caballería, sin mentar el influjo poético de Garcilaso, habían enajenado hasta el delirio aquella culta sociedad, embriagada en el placer de la lectura de aquellas historias imaginarias eróticas y hazañosas, á pesar de los anatemas de la Iglesia, que no cesaba de condenarlas!

¿Y de qué servía esta condenación? La cámara del Emperador daba el ejemplo de la afición é idolatría que se profesaba á aquellas lecturas, y en la *Miscelánea* del señor de Cebel D. Luis Zapata se refiere á este punto una anécdota tan curiosa como simpática. «Doña María Manuel, dice, era dama de la Emperatriz, y leyendo ante ésta en una siesta un libro de Caballerías al Emperador, dijo: «Capítulo tantos. De cómo D. Cristóbal Osorio, hijo del Marqués de Villanueva, casaría con D.ª María Manuel, dama de la Emperatriz, Reina de España, si el Emperador, para después de los días de su padre, le hiciese merced de la encomienda de Estepa.» El Emperador, oyéndola, dijo: «Tornad á leer ese capítulo D.ª María.» Ella tornó á lo mismo, de la misma manera, y la Emperatriz acudió diciendo: «Señor, muy buen capítulo y muy justo aquello.» A lo que el Emperador respondió: «Leed más adelante; que no sabéis bien leer, y dice: *sea mucho en hora buena.*» Entonces D.ª María besó, llorando agradecida, las manos al Emperador y á la Emperatriz por la merced.» Hasta 1586, á pesar de todo, no hubo en España ingenio de mujer que osara dar públicamente su nombre á uno de estos libros, la *Historia de D. Cristalián de España, príncipe de la Trapizonda, y del infante Lucescanio, su hermano*, que «corrigió y enmendó de los antiguos originales», en las prensas de Juan Iñiguez de Lequerica, de Alcalá de Henares, D.ª Beatriz Bernal, natural de Valladolid. Después de ésta, ya se atrevió, en 1588, la celebrada D.ª Oliva Sabuco de Nantes á publicar en Madrid sus *Diálogos sobre la medicina oculta*, mientras que la baronesa de Rafals D.ª Isabel de Isig y la condesa de Altamira D.ª Isabel de Castro y Andrade daban en metros sus panegíricos á D. Alonso de Ercilla por su *Araucana*, y D.ª Ana de la Cerda, marquesa de Cañete é hija del Duque de Medinaceli D. Juan, iba al Perú con el Virrey, su marido, á fundar y presidir en Lima la *Academia Antártica*, y abrieron de este modo las antes cerradas puertas de la celebridad literaria á las hermosas deidades de su sexo, que ya más ampliamente completaron el espléndido conjunto de la cultura española desde la muerte de Felipe III.

Luis Ramírez Payán había celebrado en 1560 las nobles damas de Valencia y de Zaragoza, que al contacto y al impulso de las nobles hijas del duque de Calabria, D. Hernando, habían profesado, aunque sólo en la intimidad de sus recreos, las aficiones de las musas, y aun se ofreció á publicar entre los suyos algunos sonetos de D.ª Isabel de la Vega, de quien anduvo mucho tiempo enamorado; pero hasta veinte años después, cuando las admirables hijas de Felipe II, las infantas D.ª Catalina y D.ª Isabel Clara Eugenia, nos revelaron así sus aficiones literarias como su predilección á esta cultura intelectual, que así eleva á las clases sociales como á las naciones, no se atrevió el gentilhombre del rey Ioan de Spinosa á publicar en Milán *Ginæcepænos* (Loor de las mujeres), ó *Diálogos entre Philaretes* (el amigo de la verdad) *y Philodoxo* (el amigo de la opinión), para vindicar los derechos de la mujer á tomar parte en los honores concedidos al ingenio en el palenque de las letras por medio de la publicación de sus creaciones, citando á este objeto el gran número de damas de las primeras estirpes nobiliarias que en España, en toda Italia y en los dominios que allí teníamos sobre todo, eran dignas de que sobre sus frentes descansara el inmortal laurel apolíneo. El africano Christóbal Acosta quiso proseguir los pasos de Spinosa, ofreciendo á la infanta D.ª Catalina, que fué duquesa de Saboya, otro *Tratado en loor de las mujeres*, impreso en 1592; pero ya en la península se le había adelantado, desde 1589, el gentilhombre cortesano Luis Gálvez de Montalvo, el cual, en la sexta parte de su *Pastor de Philida*, introdujo aquel supremo canto de alabanza á todas las damas españolas que formaban las grandes recreaciones íntimas del palacio de Felipe II, y á cuyo frente estaban

Las dos Infantas que en el ancho suelo
Con sus rayos clarísimos deslumbran,
Como dos nortes en que estriba el cielo,
Como dos soles que la tierra alumbran.

La prematura muerte de la infanta D.ª Catalina, casada con un príncipe poeta, Carlos Manuel de Saboya, en Turín; el casamiento con el archiduque Alberto de la otra infanta, Doña Isabel, y su traslación de la corte de Madrid al Gobierno de los Países Bajos, y el austero reinado de Felipe III, que no tenía el mismo entusiasmo por las letras, á pesar de haber gozado el siglo áureo de los ingenios de España que sus angustas hermanas, modificaron en el recinto del Real alcázar aquellas costumbres domésticas y ya tradicionales en que las letras, y sobre todo la poesía, entraba por parte principal y objeto de la interesante comunicación entre la juventud de los dos sexos que alternaba en la servidumbre de los reyes. Felipe IV las restauró, y de su tiempo son aquellas justas, aquellas comedias, aquellos certámenes y aquellos recreos de que la historia literaria investiga el embriagador perfume, descubriendo cada día nuevos datos de amena curiosidad.

Refiramos uno solo de ellos. La noche de San Pedro echaban las damas, en presencia de los Reyes, unos barcos de cera con sus nombres, y otros con los de los galanes del mismo Palacio. Moviendo el agua, aquellos barcos de una dama y un galán que se juntaban, los constituían por un año en honores de matrimonio: con este motivo se entretenían en verso discreteos de amor, después se festejaban y regalaban con dádivas exquisitas, y de estas conjunciones fortuitas salían no pocos matrimonios efectivos. Ordinariamente se proponía un tema, como todas las manifestaciones del ingenio por aquel tiempo, intrincado y conceptuoso, y sobre este tema habían de girar las invitaciones de los galanes y las contestaciones de las damas. En estos discreteos el ingenio y la gracia se solían poner en viva rivalidad; aunque también estos diálogos eran precisos y fortuitos, pues se escribían con antelación, y las contestaciones resultaban atrozmente disconformes, en lo que consistía la gracia. No se acudía para estos menesteres á los poetas formales, que eran áulicos del regio alcázar. La alta servidumbre tenía los suyos en los dos sexos; y si entre los hombres había un Príncipe de Squilache, un D. Antonio Hurtado de Mendoza y tres marqueses como los de San Felices, Velada y Palacios, que fuera del augusto recinto podían alternar, y alternaban, con Lope y Quevedo, Góngora y Calderón, entre las damas no faltaba una D.ª Antonia de Mendoza, que fué después Condesa de Benavente á consecuencia de una de estas fiestas Reales, y una D.ª Luisa Enríquez, que en ingenio y sal se las tenían con cualquiera. Estas eran las poetisas obligadas á escribir la parte de las damas en esos elegantes discreteos. La segunda fué menos conocida entre los poetas de su tiempo, pero la primera gozó fama de primer orden. Era hija del Conde de Castro, se la conocía con el nombre poético de *la divina Autandra*, y Quevedo le consagró aquel soneto cuyas palabras empiezan todas por la inicial de su nombre.

El poeta obligado de Palacio en la noche de San Pedro no era tampoco ninguno de los Grandes que asistían á la cámara Real. Las damas se ajustaban mejor con D. Jaime Manuel de Villena, que era el vate de su predilección. En el número de los asistentes se contaba siempre en primer lugar el Conde-Duque de Olivares, que entraba en la danza como cualquier otro, y la Condesa su mujer, y en las listas de los concurrentes se hallaban los nombres de toda la grandeza, aunque alternando de año en año, pues como recreación íntima y de costumbre no se hacían invitaciones particulares. Cuando el recreo literario cesaba, D.ª Antonia de Mendoza danzaba por invitación del Rey *La gallarda*, en que era consumada y graciosa, y otra de las damas, D.ª Ana María de Velasco, de la casa de Frías, *El torneo;* entonces se repartían las joyas de la dádiva Real y se concluía la fiesta.

Como muestra de la vis poética de D. Jaime Manuel de Villena, y porque en él se enumeran las damas de la servidumbre el año de 1637, he aquí uno de sus romances, dirigido á estas mismas damas, hallándose algunas de jornada y él con otras en Madrid:

CARTA DE UN PASTOR DE MANZANARES,

QUE LAMENTANDO LA AUSENCIA DE SUS BELLAS ZAGALAS, HABLA CON DOS DE LAS QUE SE QUEDARON EN EL VALLE.

ROMANCE.

Un pastor de Manzanares,
Ciego de ver que no vía,
Pues á costa de su llanto
De su corriente hizo riza,
Pobre y rico al mismo tiempo,
Aun con fortunas distintas
Por tener más ha trocado
Las ovejas por desdichas,
Dijo con sentidas ansias
A las aguas cristalinas:
«Desde que tengo esta pena
Sé que es tener cosa mía!»
Los ojos alzó á un alcázar,
Viendo que no el agua herían
Desde un balcón dos planetas,
El de ANARDA y de BELISA.
Por la tarde amanecieron,
No sin falsedad de lindas,
Que no empieza de las horas,
Sino de la luz, el día.
Es ANARDA (1) una zagala,
Del cielo primer enigma;
Para deidad, muy hermosa,
Para mortal, muy divina.
En la corte de las feas
Su ingenio y su valentía
De su beldad, fuera grande,
Aun cuando fuera mentira.
Es BELISA (2) un ascua rubia
De quien todo el sol es chispa,
Reina de amor que corona
En dos guedejas dos Indias.
Viendo el Pastor que lloraban
Las dos viudas tortolillas
Ausencias de otras, y que era
Todo el silencio su lira,
«Rompan, dijo, vuestras voces
Los aires, que una desdicha
Callada, es desdicha hidalga,
Pero hidalga deslucida.
Escribe, Anarda, las quejas
De esta amenidad marchita,
Aunque desmientas de muchas
Quejas que se dan escritas.
Pregunta á tu dulce hermana,
Pues tus afectos descifra,
Cómo, siendo un alma sola,
Podéis ser dos, dos amigas.
Que en su impresora belleza,
En su ingenio y cortesía,
Viviera el favor sobrado,
Pues siempre el desdén hechiza.
Y dila que sois tan una
Que el pájaro de Fenicia
Ya es verdad en dos beldades
Cada cual otra y la misma.
Dile á BAZÁN (3) soberana
Que ¿en quién ejerce sus iras
Aquel alma de dos rayos
Que Mata y después avisa?
Dirás á la mi MONCADA (4)
Que la hermosa artillería
De sus ojos no malogre
Entre peñascos y encinas.
A la CARRETO (5) el milagro
Pregunta de sus mejillas,
Si el mezclar ascuas con nieve
Es hermosura ó porfía.
De la dulce MASCARENHAS (6)
Dile al desdén y á la risa
Que no falta hacer veneno
Al que es veneno en almíbar.
A las VERAS del amor (7),
Dulce rencor de las vidas,
Di si apellidarse VERAS
Es nombre ó es ojeriza.
Saluda á HENRÍQUEZ la bella (8)
Por quien la nieve engreída
Queda al verla en Guadarrama
Corrida como una tinta.
A aquella GUIOMAR, aquella
Fénix, cuya Arabia es SILVA (9),
Dila que el formarla el cielo
Fué hazaña y parece envidia
Al sol de PORTOCARRERO (10)
Que su pólvora podía
Darnos hoy á Barcelona,
Amanecerla en cenizas.
A LUISA, ó lis, ó corona (11)
De lises y de MARÍA (12)
Dile que el sol cuando nace
Con más pretensión la pinta.
Y di á la luna de AUTANDRA (13),
Luna que al sol desafía,
Que ¿cómo sabe en sus rayos
El regalar con heridas?
Las mesuras de la BORJA (1)
Son mar que á riesgos convida:
En las tormentas que esconden
El más bajel es barquilla.»
Suspendióse aquí el pastor,
Que ignoró en la letanía
De sus recados, si estaba
Su musa en la portería
Volvió á tomar nuevo aliento,
Y creyendo que dormía,
Dijo: «¿Quién duda que es sueño
Lo que sabe ser tal dicha?»
Prosiguió diciendo: «ANARDA,
Perdona la grosería
De nombrarte, pues te invoca
Mal el que no te suspira.
Hoy tu imperioso agasajo
Resuena en las cumbres rizas
De Guadarrama muy necias,
Si oyéndote quedan frías.
Di á tus zagalas que vuelvan,
Que en su ausencia se malquista
Vida que todo es costumbre
Y nada cortesanía:
Que los galanes preguntan
Con duelo á sus señorías
Que al cuidado les penetra
Cuanto á la duda les pica.
En ley de finos amantes,
Que atención es más precisa,
Ó que mueran de tu ausencia,
Ó de tu esperanza vivan.
A VELASCO (2), aquella abeja
Del colmenar, di que rinda
Las osadías de amarla
Con sus néctares de acíbar.
Di á la MANRIQUE (3) que vuelva
A que en sus estrellas limpias
De lealtades muy dispiertas
Triunfen traiciones dormidas.
Que vuelva á ostentar FAJARDO
La celeste CATALINA (4),
Que en ella inventó la muerte
Disimularse en caricias.
A la CUEVA (5) misteriosa
Dirás de DOÑA MENCÍA,
Que hasta en esto es singular,
Que es mejor, porque no enfría.
Di á la CASTRO (6) que el jazmín,
Si le roba cuanto brilla,
¿Cómo su rostro no es blanco
De esperanzas que le tiran?
En fin, LEONOR, si quieres (7)
Acabar tu legacía
Nevando, si no cantando,
Mejor con la voz que expira.
Dile á GLORIA DE LA CUEVA (8)
Que á sus rendidos les diga
Cuando les manda que mueran,
Si saben quiere que vivan.
A OSORIO, que donde imperan (9)
Sus rayos y bizarrías
No se librará de necia
Si alguna atención se libra.»
Calmó el aire los acentos
Porque la noche venía,
Borrando con pies de sombras
Del sol las últimas líneas.
Bien que las estrellas viendo
Las dos del balcón más finas
Aquello sólo salieron
Que á la vergüenza salían.
Y el pastor, que de sus yerros
Vió más clara la osadía,
Pidió perdón, y pidió
ANARDA la escribanía (10).

IOB.

(1) D.ª Ana María de Velasco.
(2) D.ª Isabel de Velasco.
(3) D.ª María de Bazán.
(4) D.ª Catalina de Moncada, catalana, casó con el Príncipe de Paternó.
(5) D.ª Leonor Carreto, italiana.
(6) D.ª Francisca Mascareñas, portuguesa.
(7) D.ª Antonia y D.ª Mariana de Vera, valencianas.
(8) D.ª Francisca Henríquez, aragonesa.
(9) D.ª Guiomar de Silva, aragonesa.
(10) D.ª Catalina Portocarrero.
(11) D.ª Luisa Osorio.
(12) D.ª María Agustina de Fasi.
(13) D.ª Antonia de Luna.

(1) D.ª Francisca Henríquez de Borja, valenciana.
(2) D.ª Andrea de Velasco.
(3) D.ª Francisca Manrique.
(4) D.ª Catalina Fajardo, murciana.
(5) D.ª Mencía de la Cueva, extremeña.
(6) D.ª Inés de Castro.
(7) D.ª Leonor Carreto, de Génova.
(8) D.ª Gloria de la Cueva, extremeña.
(9) D.ª Luisa Osorio.
(10) Premio del Certamen en que se leyeron estos versos en Palacio.

EL REDENTOR DE LA ALDEA.

En uno de los más agrestes pueblos de la Alpujarra nació Bernardo Altolaguirre, cuyo padre no quiso que su hijo se embruteciera pasando la vida ignorado en los riscos de la aldea, le condujo á París, y le matriculó en la Escuela Politécnica, donde el muchacho adquirió, con el estudio y por manera oficial, si no patente de sabio, á lo menos de persona erudita en muchas ciencias; pero fué el caso que cada año que pasaba sentía Bernardo crecer con mayores estímulos la hermosa tentación de volver á su tierra, y de trocar París, con sus mujeres alegres y su cielo triste, por los pintorescos valles que ocultan en sus pliegues las montañas de Sierra Nevada; porque el sol del Mediodía y los feraces campos que á su templado calor nacen y viven, podrán ofrecer á quien nunca los ha visto el frío acicate de la curiosidad vulgar, pero al que ha nacido al amor de su belleza, le encadenan el espíritu con tan vivos y poderosos recuerdos, que ya en él no muere nunca el deseo de volver á embriagarse en la contemplación y compañía de tan espléndida hermosura.

Por otra parte, no quería renunciar Bernardo á sus ambiciones científicas, ni á la satisfacción de la sed de gloria despertada por un concepto exagerado de la propia estimación, y juntándosele en el deseo las diversas aspiraciones de vivir en su pueblo, y de conseguir á la par renombre, popularidad y alabanzas, vino á dar en la nobilísima idea de ser el civilizador y dignificador de su pueblo natal, llevando á las fragosidades de la sierra y á sus extensos valles todos los progresos de la civilización moderna, haciendo á aquellos campesinos más amable la vida, más dulce el trabajo, más delicados sus sentimientos y más amplias sus aspiraciones.

Llenándosele, pues, el corazón con tan nobles impulsos, pasaba febrilmente las noches en claro disponiendo y ordenando el variado plan de sus complicadas reformas; y manejando al pueblo como si fuera de flexible masa, lo transformaba y revolvía á gusto de su imaginación, yendo, de grado en grado, á convertirlo, de rústico, ignorante y pobre que era, en el centro más poderoso de civilización y de riqueza de toda la Península ibérica.

Cuando hubo cumplido treinta años, aumentada la riqueza de sus arcas y la de su experiencia, después de haber llorado la muerte de su padre y de haber recorrido dilatadas regiones, creyó llegada la ocasión propicia de ejecutar su proyecto.

Una vez que estuvo en el pueblo, el propósito que realizó primero consistió en la fundación de un Banco Agrícola, por medio del cual adelantaba dinero á los labradores, con el módico interés del 2 por 100 al año, y con la garantía de las mismas

cosechas, con objeto de que pudieran atender á todas las necesidades del cultivo sin verse constreñidos á vender apresuradamente sus productos á cualquier precio.

Al olor de los préstamos todos acudieron golosos, como moscas á la miel, y no hubo labrador que no sacara su tajada, por aquello de que «en el tomar no hay engaño»: pero á la hora de devolver las cantidades recibidas, todos se hacían los remolones, diciendo que los años eran tan malos, que ellos no podían hacer cosa que fuera buena.

Estableció después una Escuela de Artes y Oficios, con profesores de Madrid y de Granada, los cuales habían de enseñar gratuitamente todos los conocimientos teóricos y prácticos propios de aquel instituto. Hubo grandes dificultades para aprobar el proyecto, porque el Alcalde del pueblo quería ser nombrado presidente honorario de la Escuela, y que su hijo Antolín, que era un bodoque, se encargara de enseñar Agricultura, tanto porque habría pocos que le aventajasen á sembrar dos fanegas de patatas, cuanto porque era mucho más patriótico y alpujarreño que consiguiera un hijo suyo, é hijo del pueblo, los haberes que tenía que percibir un advenedizo nacido *allá*, á la sombra de la Alhambra ó en las *incógnitas* márgenes del Manzanares.

Fuera cosa de no acabar nunca referir aquí las discusiones, disputas, peloteras y amenazas que tuvo el pobre Bernardo que aguantar de los cerriles más conspicuos del pueblo hasta que fué llegada la hora de la inauguración de la Escuela, en cuyo día hubo una gran comilona, á la que asistió medio pueblo, y de la que resultó muy disgustado el otro medio, porque no le llamaban á la hora de comer, que era lo importante.

Durante los primeros meses acudieron muchos mozos á la Escuela, guiados por la novedad y el buen propósito; después lentamente fueron desertando, hasta que no asistieron á las aulas más que dos ó tres, y últimamente uno, llamado *el Tuerto*, porque lo era, raquítico, enclenque, siempre envuelto en su manta, y mirando á los profesores con cara estúpida y avinagrada.

Muy satisfecho del *Tuerto* estaba Bernardo, y se acercó á él un día para premiar su celo y alabarle su ejemplar vocación al estudio, á lo cual el muchacho respondió con cerril ingenuidad:

—A mi las *liciones ma burren*; pero, ya ve *usté*, entre ir por leña ó sentarme al *lao* de aquel cañón que se pone rojo, es mejor eso.

De manera que el *Tuerto* no iba tras el calor de la ciencia, sino tras el de la estufa. Y aquí llegaron y de aquí no pasaron los adelantos intelectuales de aquellos nobles alpujarreños.

Era tan firme el propósito de Bernardo de ser el redentor de aquellos campesinos, y tan seguro su convencimiento de que algún día sabrían agradecerle tamaños sacrificios, que no se desanimó por estos desencantos ni por otros mil que presenciara; antes bien, dispuesto á tentar nuevos caminos, puso manos en el punto más difícil, como era la variación de cultivos y faenas agrícolas.

Así, pues, mandó traer multitud de máquinas para sembrar, segar, trillar y labrar, todas ellas movidas á vapor, y producto de los últimos progresos de los Estados Unidos. Estas habían de funcionar en los valles, mediante la asociación de todos los labradores, que darían un tanto por el aprovechamiento de ellas y para los gastos de la fuerza motriz.

Como el empleo de estos mecanismos habría de dejar forzosamente muchos brazos en la ociosidad, pensó Bernardo fundar en el pueblo una fábrica de estearina, con todas las fabricaciones derivadas y propias de esta sustancia grasa, con lo cual conseguiría el pueblo extraordinarios rendimientos.

Resultó de aquí que, un día, aquellos sencillos habitantes vieron subir al pueblo multitud de carretas conduciendo pesados armatostes de hierro, que fueron descargados en medio de la plaza, mientras varios hombres *que no hablaban en cristiano*, rubios como el oro y más colorados que la grana, comenzaban á armar y á combinar todos aquellos mecanismos.

Al siguiente día aparecieron montadas y en correcta formación las poderosas máquinas, haciendo singular contraste con las humildes casas de la aldea: el sol hería con vivísimos rayos las ruedas dentadas, los tirantes de acero, las chapas de metal, los variados engranajes, las palancas, las cadenas, las cuchillas, todo aquel tren formidable de batir terruños y de cortar las mieses.

Ocho máquinas segadoras aparecían en primer término, ostentando cubiertas sus altas y delgadas chimeneas, mostrando el grueso vientre acerado que había de resistir las tremendas palpitaciones del vapor, las ruedas delanteras, ágiles y robustas, que ostentaban sus radios de hierro dispuestos á lanzarse sobre los campos, y en la parte posterior las tremendas guadañas, articuladas por formidables ejes y que parecían ansiosas de segar el rubio cabello de la tierra. Todo era allí gigante, reluciente, hermoso, fuerte, temible, nuevo, novísimo en aquellas calles pedregosas y cóncavas, con un arroyo de inmundicias por el centro; extraño, extrañísimo junto á aquellas casas cubiertas de barro blanqueado, con rejas de madera y chimeneas construidas con seis ladrillos, cuatro formando caja y dos encima á manera de dosel.

Los campesinos vagaban á su alrededor á respetuosa distancia, contemplando con miradas siniestras y recelosas todos aquellos mecanismos que les parecían infernales; y en tanto que el sol, riendo en ellos y quebrando sus rayos en sus lustrosas curvas, les inundaba con una lluvia de luz que parecía la palpitante bendición del cielo, la campana de la ermita doblaba con trémulo y débil acento, asustada de que el demonio de la civilización hubiera osado penetrar hasta allí con tanto fragor y estruendo, turbando la paz y el sosiego rústico de aquel nido de palomas torcaces.

Las miradas de los paletos se fueron trasformando en hostiles y en agresivas; y como los colonos de Bernardo sospecharan que su dueño había de imponerles el uso de aquellos instrumentos, avivaron el odio popular hacia ellos. Primero se fueron acercando hacia las segadoras con cautela y cuidado, temerosos de que alargasen airadas algunas de sus palancas de hierro; pero al verlas impasibles y mudas, se fueron atreviendo á tocarlas con los extremos de sus garrotes, á oprimirlas luego con sus manos, y á golpearlas, al fin, con desprecio y con rabia.

El murmullo de las masas iba creciendo como los roncos acentos de un mar que se agita y ensoberbece. Varios mozos rodeando una segadora la empujaron hacia adelante, y al ver que á sus esfuerzos el armatoste cedía, alentados con este pequeño triunfo, gritaron:—«¡Abajo las máquinas!»; y otro, resumiendo en una sola frase la animosidad y el pensamiento de la multitud, gritó con voz estentórea:—«¡Al despeñadero con ellas!»

Entonces presenció el pueblo el atentado más salvaje y feroz que se haya visto contra los adelantos de la industria moderna.

Las máquinas fueron arrastradas una tras otra por los paletos, que, ebrios de rabia, las golpeaban y magullaban sin piedad con piedras y con palos, mientras ellas parecían protestar desesperadas rebotando y rechinando al rodar sobre las duras piedras de la calle.

Cuando llegó el primer grupo arrastrando la segadora al borde del despeñadero, la máquina fué empujada brutalmente, cedió á la doble fuerza del impulso y de la gravedad, sus ruedas giraron un segundo en el vacío, dió sobre sí misma una vuelta terrible, cayó describiendo un arco, y al chocar contra una de las rocas del abismo, se quebraron sus costillas de hierro, saltaron, hechos pedazos, tornillos y palancas, y volteando entre feroces golpes, llegó abollada y maltrecha al fondo del precipicio.

El pueblo invadía todas las alturas cercanas, y cada vez que una máquina rodaba hacia el abismo, á medida que era mayor el estruendo de su destrucción, eran mayores también el grito de alegría, el alarido salvaje, el palmotear frenético de aquellos desalmados.

La hecatombe se transformó en fiesta; la venganza en diversión. La gula de la barbarie se satisfacía y se regodeaba con aquel suculento manjar de hierro que caía gimiendo entre las duras fauces del abismo abierto.

Pronto supo Bernardo la salvaje venganza de sus paisanos, y afanoso de atajar el daño, corrió con anhelo hacia el lugar donde estaban despeñando las máquinas. No pudiendo represar su enojo, apostrofó á los paletos, les insultó, les injurió con brío, les echó en cara su brutal conducta; pero cuando quiso repeler con la fuerza la agresión que aun amenazaba á su propiedad y obligar á los campesinos á que llevaran las máquinas restantes á la plaza, le silbaron y le insultaron á su vez, y, finalmente, cayó sobre él una doble granizada de piedras y de palos, y hubiera seguido igual suerte que sus máquinas si no se hubieran puesto de su parte algunos que temían que tal exceso pudiera también acarrearles daños.

Después de satisfecho el odio, y harta y refocilada la brutalidad del pueblo, se retiraron los campesinos, dejando al infeliz Bernardo solo y magullado en tierra, con el cuerpo lleno de contusiones y los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Infames!—gritaba;—yo pensé hallar en la aldea la bondad, la candidez, la noble aspiración de elevarse y dignificarse, todas las virtudes propias de las almas sencillas; pero veo que en estas gentes no alienta otra pasión que el egoísmo más grosero, más burdo, más vil y más imbécil de la tierra. Son malos, rutinarios, mezquinos, cerriles, torpes. Son peores que las fieras, porque ni siquiera conocen la carne que el domador les arroja, y destrozan la mano que les acaricia!!

Estas y otras cosas decía entre sollozos y bramidos de rabia el infeliz Bernardo, cuando se acercó compasivo hacia él un anciano que, después de procurar calmarle y consolarle, con la autoridad que dan los años y la experiencia, le dijo:

—Tú eres más tonto que el tío Calvicio, que se empeñó en dar á un hijo suyo de dos meses carne cruda para que engordara, con lo cual perdió el hijo y la carne. Los pueblos son niños; en un día no se les transforma en hombres.

Bernardo, comprendiendo la amarga verdad de aquellas palabras, sintió que caía por el abismo algo más estruendoso que sus máquinas, porque sintió caer de un golpe todas sus ilusiones.

Rafael Torromé.

RECUERDOS DE MINDANAO (1).

EL FUSIL DE VÁZQUEZ.

II.

La casa del *Masali*.—Caña de azúcar.—¡Qué escaleras!—El interior. Familia y esclavos.—*Aqua fontis*.—«¡Oh María!»



En medio del bosque, que no describiré, porque no hay pluma capaz de pintar vegetación tan..... tan monstruosa, apareció de pronto á nuestra vista regular extensión de terreno, roturado de un modo bastante primitivo; cortados los troncos á flor de tierra con el fuego y el hierro, y á medio labrar el claro negruzco que al descubierto así quedara. Era aquella una plantación reciente de caña de azúcar. Explicáronme los Jesuitas cómo se las iban ingeniando para introducir entre los tirurayes este cultivo.

Dábanles ellos las puntas de caña; terreno, de sobra hay en el monte; y para roturarlo, bastan los procedimientos indígenas y los brazos de los hijos y los esclavos de los tirurayes. La cosecha entera va al *trapiche* que tienen allí los Padres, y del producto recibe la mitad el cultivador, que puede venderlo en los *tianguis*, ó á los chinos de Cottabato. No juzgo aquí el sistema; sólo diré que cuando estuve allí daba excelentes resultados.

En el centro del campo aquél elevábase la casa del *Masali*, grande, alta, sobre *harigues* (pies derechos) que daban al piso la elevación de unos tres metros. Como la caña bambú escasea en los montes, y venden los moros la nipa muy cara (relativamente), en sus construcciones prefieren usar los naturales el *cogon* y la *vararara* (2). Esta última, con ramaje más fino, sírveles para formar zarzos ó *tapancos*, que son los que cubren las paredes. *Cogon* en las techumbres; *carrizo* para sujetarlo; *bejuco* y clavijas de madera en toda clase de ligaduras; algún trozo de *tabla de moro*, cuando se dispone de ella, y *narra*, si la hay, en el piso, y si no, un entramado de *vararara*: he aquí lo que constituye la casa *tiruray*, de la que podrán formarse idea aquellos que vieron alguna de las viviendas filipinas levantadas en la Exposición del Retiro.

Cuando llegamos al *bahay*, entonces sí que fueron mis apuros; porque lo más notable de ese sistema primitivo de construcción es la escalera. ¡La escalera! un tronco, con inclinación de 45 grados, no muy grueso, y en el que se ven varias escotaduras, para que en ellas apoyen el dedo grueso del pie, desnudo siempre, los moradores. ¡Facilillo era que por allí subiésemos los dos corpulentos Padres, y yo, que no soy nada ligero!.....

Pero, en fin, pusieron una rama á guisa de pasamanos, á poca altura del madero, y así pude subir calzado y todo, y así subieron también los Jesuitas. ¿Cómo realicé tal prodigio acrobático? No lo sé; la negra honrilla, despertada ante aquellas gentes, me convirtió en un Blondin.

Los Padres estaban más acostumbrados que yo á tal gimnasia. Á los dos minutos descansábamos todos entre las mujeres y la prole del gran *Maestre de campo* tiruray.

°°°

Es de buenas dimensiones (la casa, no el Masalí); aireada quizás en demasía, que cuando soplen los Nortes, algo frescos á pesar de la baja latitud, ó cuando llueva, no debe de ser muy agradable la estancia en el interior de aquella especie de choza ó jaula.

La familia se ve que es numerosa: tres ó cuatro mocetones, cinco ó seis mujeres (viejas dos, otras tantas jóvenes y una adolescente), amén de hasta una docena de chiquillos, desde los ya casi púberes, que nos saludan cadenciosamente en castellano con el «Buenos días, Padre» (á los Jesuítas), ó «Buenos días, señor» (á mí), hasta el mamoncillo que sobre una hamaca de bejuco suspendida del techo, adormécese, mecido por una de las mujeres, su madre sin duda.

La casa puede considerarse dividida en dos secciones. La del fondo, cuyo piso de *caña bonga* da á entender que es el estrado, más alta que lo demás, es donde están las mujeres y los niños. Aquello sirve también de cama para todos, y de sofá y de sillería completa. El traje pintoresco de las *tirurayes* es reemplazado con más modesta *toilette*, propia de *casa*, digámoslo así: un *negligé*, según francesearía cualquier revistero de salones, tan ligero como pri-

(1) Véase el número anterior.

(2) Ramas rectas sin labrar, de 2 á 5 centímetros de diámetro.



EL SERVICIO DE SANIDAD EN EL EJÉRCITO JAPONÉS. — HOSPITAL MILITAR DE TOKIO.

(De fotografía.)

mitivo. La pieza de tela de colores vivos *(patadión ó patalión malayo)*, que en todo el Sur de Filipinas sustituye á la saya y *tapis* usados en el Norte, cíñensela cuando están solas, no á la cintura, sino bajo los sobacos, dejando desnudos los brazos, los hombros y algo más.

Y aun parecióme que una de ellas practicó esta operación á nuestra entrada. ¡Hace tanto calor en aquel país!..... ¡y si además se está en familia!.....

Los otros chiquillos y la servidumbre podían disponer del resto de la vivienda. Y de la última formaban parte los esclavos, una familia de *bagobos*, marido, mujer y dos ó tres criaturas; compra, según nos dijeron, hecha á un *datto* moro que los cautivó en su ranchería. No se diferenciaban en el vestir, ni en nada, de sus dueños; sólo como muestra de sumisión permanecían algo apartados.

Y es que los *tirurayes* son de carácter dulce y hábitos patriarcales.

El *Masali* puede decirse que era un verdadero patriarca, el jefe de la familia, primera entidad social en muchos pueblos, y la única entre aquellos pacíficos y civilizables monteses.

No me fué fácil saber quiénes eran los hijos y quiénes los nietos de nuestro huésped, pues como mujer suya nos presentaron una de las más jóvenes, y como hijo de él, un hombrón de treinta años.

Sería aquélla, de seguro, esposa en séptimas ó en octavas temporales nupcias, y el mozo hijo de una de las primeras ídem.

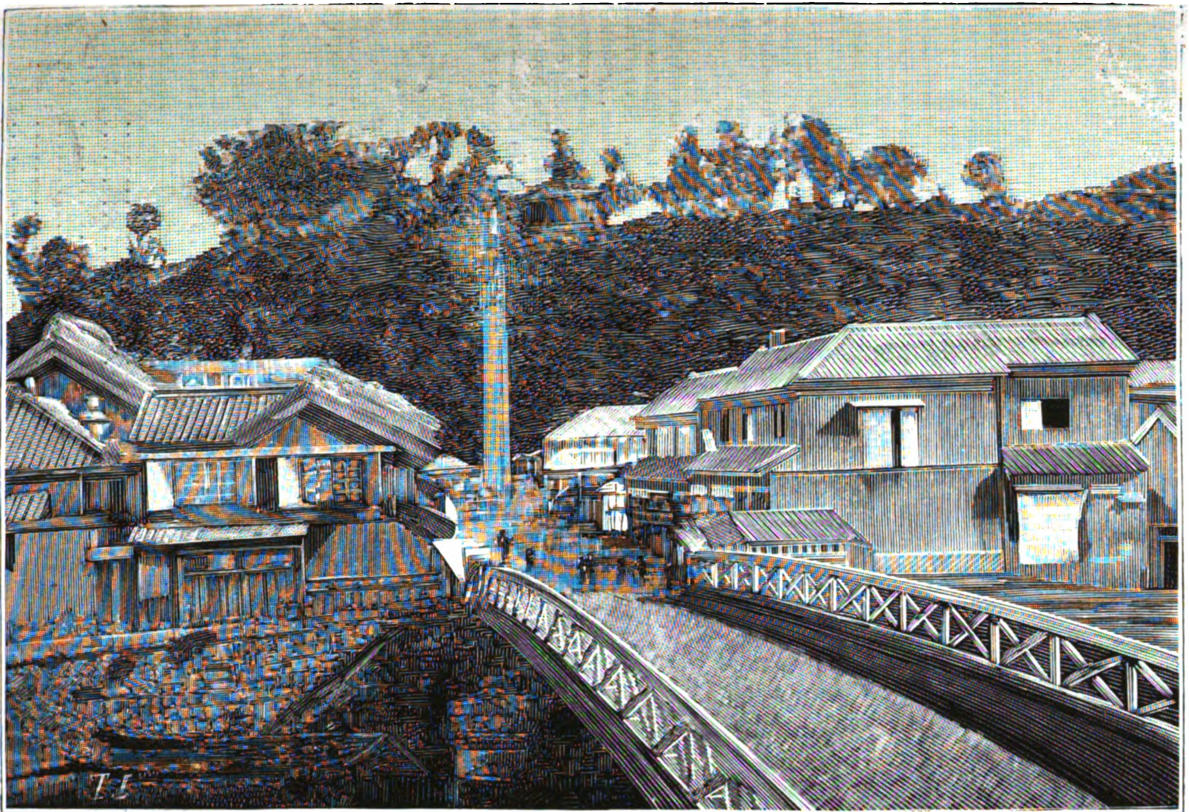
No hace falta seguramente la pluma de Emilio Zola para describir el mobiliario y adorno de la casa. Algunas armas, varias arquillas ó *cabanes* para guardar efectos, cinco ó seis taburetes de bejuco, y en la pared, sujetos con cañas, unos cuantos platos de loza ordinaria, de fabricación china.

Además, gran número de botijos, ó alcarrazas, ó jarros, ó vasijas, ó botellas, ó como quiera llamárseles, de *bambú*, llenos de agua. Sí, que eso es lo que emplean para transportar y contener el *líquido elemento*. Su fabricación no puede ser más fácil: se corta una caña bambú gruesa (de unos ocho ó diez centímetros de diámetro) en tantos trozos como nudos tiene, de manera que se obtendrán otros tantos vasos cilíndricos, cuyo fondo esté formado por un nudo; ensártanse seis ú ocho de esos recipientes por medio de unas anillas de bejuco, y cargadas las mujeres con sendas ristras de esta clase de *cántaras*, van á llenarlas del turbio licor en que se bañan, entre flotantes *quiapos*, las ondinas moras, allá en las



BATALLA DE PIN-YANG. — LOS JAPONESES TOMANDO Á LA BAYONETA LAS POSICIONES DE LOS CHINOS.

VISTAS Y PAISAJES DEL JAPÓN.



YOKOHAMA.—EL PUENTE DE LOS «CIEN PASOS».



KOBE.—EL «BUND», Ó CLUB DE LOS EXTRANJEROS.



YOKOHAMA.—EL «UNITED CLUB» Y EL «GLUB HOTEL».



NAGASAKI.—VISTA GENERAL DE LA CIUDAD Y DEL PUERTO.

(De fotografías.)

lagunas ó en los esteros, ó del más transparente que brota de los limpios manantiales en la intrincada selva virgen. Tapan después aquellas vasijas naturales con frescas hojas de plátano, y vuelven al *bahay*, recorriendo con aquel precioso bagaje una ó dos leguas, cuando menos.

De ese agua bebimos: estaba fresquísima; pero como en aquel clima es malsano usarla sola, quitámosle la crudeza con el ron que en su cantimplora llevaba el buen padre Juanmartí.

Después éste y su compañero Bennasar quisieron darme una muestra de los adelantos que obtenían entre aquellas gentes. Reuniéronlas en corro á su alrededor (nos habíamos sentado en los taburetes de que hablé), y allí todos, grandes y chicos, hijos y mujeres, entonaron á coro, en lengua *tiruray* (dialecto malayo), el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo, la Salve y otras oraciones, con ese acento nasal y monótona cadencia de las escuelas de párvulos. A las oraciones siguieron los cánticos religiosos, en su lengua y en castellano, y entre ellos, aquel tan poético que entonan en España las niñas en las flores de Mayo, y que empieza:

¡Oh María!.....
Madre mía.....
....

y otros varios, si no prodigio musical, impregnados de encantadora y melódica sencillez

Yo no puedo decir más sino que sentí emoción singular al ver aquel grupo de niños, pues niños venían á ser todos, incluso el *Masali*, repitiendo, aunque fuera sin entender su sentido, las oraciones que nos enseñan nuestras madres; se me saltaron las lágrimas.

Terminada la parte que pudiera llamarse religioso-oficial de la visita, comenzó la que allí nos llevaba, es decir, lo referente á los *tulisanes* ó *remontados* que, con el «fusil de Vázquez», tanto miedo ponían en el corazón y tanta ligereza en los pies de los tímidos *tirurayes*.

Y, perdónenme los lectores, bien quisiera decirlo ahora; pero, aunque no es muy larga la relación, requiere dejarlo para otro día.

Juan Lapoulide.

Á ANTONIO F. GRILO

DEVOLVIÉNDOLE UN LIBRO DE POESÍAS DE LAMARTINE, TRADUCIDAS, QUE ME DIÓ HACE MÁS DE TREINTA AÑOS.

Querido Antonio: En las felices horas
De edad primaveral—ya en lontananza
Vislumbradas apenas—soñadoras
Tu alma y la mía, en el fulgor que lanza
La luz del Arte dibujando auroras
En mundos de ilusión y de esperanza,
Con hermoso delirio se engolfaron;
Juntas por los verjeles estuvieron;
En el altar de Apolo se abrazaron;
Y ¡ay! esas horas para ti siguieron,
Tu numen portentoso acariciaron,
Y en mí nada quedó..... ¡tiempos que fueron!

Juventud y placer, anhelo y vida
Daban al corazon rizada espuma,
Que aun mi pluma esparció casi de huída.
Ya, seco el manantial, muda mi pluma,
Aquel iris risueño en mí no anida,
Y mi espíritu yace envuelto en bruma.
¿Qué importan del poder los galardones,
Ni las de tanto dios débiles aras
Ungidas con lisonjas y pasiones,
Si en este mundo insano, si reparas,
Las más altas fungibles posiciones
Al que honrado nació salen tan caras?

Hubo un instante en que miré á la tierra,
Dejé mis sueños de color de rosa,
Y me aparté de ti. La vida es guerra,
Y en existencia obscura y azarosa
Cambié por oro cuanto el arte encierra,
Las flores por la mies: me harté de prosa.
¡Si hubieras visto, en día ya lejano,
Cuando en mi lucha conquistaba el foro,
Qué desdén me inspiraba Justiniano!
¡Qué desprecio yo mismo, al verme en coro,
De mugrientos disfraces mano á mano,
Con historias ajenas tras del oro!

Pero es el vil metal dueño del mundo,
Y forzoso es sufrir su tiranía
Si no has de sucumbir en lo profundo
De este valle habitado, que no fía,
No, su pan y su abrigo ni un segundo,
Por los frutos que da la fantasía.
¿Dije mal? ¿Olvidé lo que acontece
Á cien autores en la patria escena
Donde el lucro á la gloria al fin acrece?
¿Olvidé que tu libro ya resuena,
Y que una augusta dama en él ofrece
Preciada propiedad á Magdalena?

No lo olvidé; mas si camino incierto
El genio sigue, á su pesar acaso,
No es tenerse por genio de hombre experto;
Ni se sabe qué fuerza impulsa el paso,
Ya ofreciendo á la vista faro y puerto,
Ya llevándonos locos á un fracaso.

Por eso busqué al vulgo, y en él vivo;
Y si cuido de faunas y de floras
Es porque el campo por el pan cultivo.
Ya no sé si las aves son canoras,
Y sólo alguna vez versos escribo
Por nostalgia y resabios de otras horas.
De aquella mi ilusión la grata esencia
Disipóse cual humo en lontananza,
Dejándome el hastío por herencia.
Indiferente al ser, mi cuerpo avanza
Paso á paso hasta el fin, y es la existencia
Perpetuo funeral de mi esperanza.

Aquí también hay goces, ¿quién lo duda?
No son del ideal vagos albores:
Son, en la realidad amarga y ruda,
Oasis del desierto encantadores:
Dos ángeles, su madre los escuda
En nuestro hogar de paz, nido de amores.
Tu nombre en él se escucha, ya lo sabes,
Con rumor de emoción, ansia y encanto:
Como escuchan los bosques á las aves.
Y oyen mis hijas de tus versos tanto,
Que temo te calumnien y que acabes
Pareciendo á sus ojos casi un santo.

Entre viejos papeles de esta casa
Un libro hallé que devolverte quiero
Cual rica joya de valor sin tasa.
Fué en tu infancia sagrado mensajero:
Mira otra vez sus páginas, y abrasa
Con llanto de placer tu amor primero.
Allá en la hermosa Córdoba vivías....
Lo cogiste en tus manos inocente,
Y en medio de infantiles alegrías
Devoraste sus versos: fué la fuente
Donde bebió tu numen.... sonreías,
Lo soñabas dormido, y por Oriente.
Al despertar, tu genio vió la estela
Que el ángel bueno que meció tu cuna
Dejó en rastro de luz—un ángel vela
Desde que el genio nace.—¡Tu fortuna!
So *el polvo leve que en los aires vuela*
Y *en el rayo de nácar de la luna*,
Ya siempre vino Dios á tu morada
Á abrillantar del astro los fulgores
Para que al ver la aurora nacarada,
Ó el sueño misterioso de las flores,
Cantaras con lira enamorada
Del cielo y de la tierra las amores.

En una tarde del pasado estío
Arrojábamos juntos nuestras penas
Á la corriente del modesto río
Que en la ciudad de Easo puede apenas
La furia detener del mar bravío
Y penetrar al fin en sus arenas.
Allí los dos, en soledad sabrosa,
Con fraternal cariño que no acaba,
Éramos eco de la edad dichosa:
Yo el nombre de tus cantos recordaba,
Y tú con tu palabra rumorosa,
Los hacías brotar: yo te escuchaba.
El mar que brama y con su empuje arredra,
Ó ya en calma susurra: en otra parte
Un arco derrüído entre la hiedra....
Quien no tuvo la suerte de escucharte
Mirando al mar ó al torreón de piedra,
¡Ah! no ha sentido la emoción del arte.

Allí te reveló mi labio ufano
Que estaba en mi poder un libro de oro
Que el autor de tu ser puso en tu mano.
Codiciaste tenerle: yo le adoro,
Y aunque tú me lo diste como hermano,
Te ofrecí devolverte tu tesoro.

Adiós, tuyo es el libro y te lo envío.
Lo guardé muchos años, y honda pena
Me causa devolvértelo, que es mío
Lo que tengo de ti; pero se llena
De júbilo mi alma, porque ansío
Mandarte ese eslabón de una cadena
Fundida en las caricias paternales,
Recamada por ti de pedrería
Y cuajada de nítidos cristales
Que del Guadalquivir fueron un día
Á engarzarse en sus broches ideales
Y á ostentar ante el mundo tu poesía.

Adiós, Antonio; sin cesar te sigo
Desde mi vida triste y azarosa,
Y aunque tú no me ves, estoy contigo.
Avanza en tu carrera victoriosa,
Y ya sabes te quiere este tu amigo
Que cumpliendo el deber vuelve á la prosa.

R. Serrano Alcázar.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

La fiebre del oro: el Mashonaland y los ingleses.—El coronel North, rey de los nitratos y de Babalolo.—*París:* 5.144 estudiantes de Medicina: porvenir de la clase.—Las mujeres médicas.—Una señorita aspirante á verdugo.—La poetisa miss Christina Rossetti en Londres.—Un libro de Mr. Gladstone: la armonía desarmónica de Rubinstein y la gloria del *Great Oldman*.

La fiebre de los negocios, creciente cada día, convierte á los hombres listos en agiotistas y á los vulgares en monomaniacos, á muchos de los primeros en explotadores y á la mayor parte de los segundos en tontos. Sólo así se comprende que la justicia tenga que encargarse á menudo de ajustar las cuentas á aquéllos y la miseria de concluir con éstos. Y por muchas víctimas ejemplares que haya á menudo, no se arrepienten los listos ni los majaderos, que á cada momento brotan de nuevo de entre el montón de las muchedumbres. No es el pueblo inglés el que menos sufre esta fiebre, ni Inglaterra el país donde menos petardos revienten. Ahora se anuncian allí piramidales negocios respecto á la explotación de las riquezas de ciertos territorios africanos. Los que podían explotarlas para sí propios son tan generosos, que desde luego invitan á los demás á disfrutar de ellas, mediante pequeños anticipos para constituir grandes asociaciones.

Véase la clase. Dos compañías, denominadas, la una *Willoughby's Mashonaland syndicate*, y la otra *Mashonaland Development company*, se han fundido para realizar el grandísimo negocio de beneficiar las minas del país de los Matabelés, allá en las faldas de las cordilleras que envían sus afluentes al Zambece. Según los directores y propagandistas de la explotación, las compañías tienen en su poder 1.300 concesiones mineras de criaderos de oro, de las cuales 405 están llamadas á producir, por lo menos, 7.500.000 pesetas cada una, y las restantes, una con otra, 5 millones. De modo que las primeras darán una suma de 3.037.500.000 pesetas, y las otras 4.960.000, ó sea en conjunto 7.997.500.000 pesetas, esto es, cerca de 8.000 millones. La verdad es que los tesoros antiguos del Perú y de Méjico quedan tamañitos, no sólo al lado de estas cifras, sino de las más asombrosas que se podrán ir sumando, en cuanto las compañías vayan haciendo nuevas calicatas y adquiriendo pertenencias en aquellos inmensos territorios de Banyai, Mashona y Barotsé, que apenas tienen dueño. Dice el famoso periodista y diputado inglés Mr. Labouchere, en su periódico el *Truth*, que si esto es exacto, bien recompensados van á ser los invasores europeos que disolvieron á cañonazos el reino de Lobengula con todos sus matabelés, y que todo el valor de la trata de negros de Africa que se ha hecho de uno á otro mundo no habrá llegado, de seguro, á valer tanto. La fiebre del oro, agotada en California y sostenida después regularmente en el Oeste norteamericano interior, y en el Transvaal y en Australia, va á llevar á los explotadores y agiotistas blancos á las orillas del Zambece, y allí se renovarán las novelescas campañas y aventuras de la tradición minera más maravillosa, y el valor del oro bajará en los grandes mercados de Europa y de América, y el de la plata bajará más y más, y en la revolución subsiguiente habrá que fabricar moneda con los metales más raros que la química conoce, para que el valor tenga una representación decente y no ruede por el suelo, como van á andar, si Dios no lo remedia—¡que ya lo remediará!—los centenes y los duros. ¿Quién no se entusiasma con la perspectiva de tantas riquezas y no toma una acción de la *Mashonaland*? Pero mejor que ser accionista y copartícipe de los tesoros de aquellos territorios, es hacerse dueño y señor único de algunos de ellos, y de esto, nada menos, trata un inglés rumboso, el célebre coronel North, que acaba de proponer al Rey de Bélgica que le venda una parte del Estado del Congo, y por la cual le ofrece, al contado, 10 millones de pesetas. Este coronel ha hecho una fortuna inmensa en la explotación de los criaderos de caliche, ó nitrato de sosa, de Chile, y sus compatriotas le conocen por el mote de: *el rey de los nitratos*. El hombre, sin duda, quiere ser rey de veras, para que no le llamen soberano de cosa tan rastrera, húmeda y picante como el nitro cúbico, y si los belgas no ponen inconveniente se llamará muy pronto *rey de Babalolo*, de Pamballa ó de Bachillange. Veremos si con el dinero todo se puede.

⁂

Más modestos la mayor parte de los prójimos que no quieren exponerse á correr aventuras para hacer dinero en el Mashonaland ó en Tarapaca, buscan en Europa el pedacillo de pan que produce una carrera. Y tantos y con tanto empeño lo buscan, que se estorban malamente unos á otros. El decano de la Facultad de Medicina de París, Mr. Brouardel, se queja con visible amargura de que en aquellas aulas haya matriculados en el curso actual 5.144 aspirantes á médicos. No hay clínicas, ni mesas de trabajo, ni laboratorios para tanta gente; ni bastan tampoco para darles la enseñanza debida todo el personal, todo el material y todos los recursos de que se dispone. ¿Qué va á ser mañana de tanto doctor? ¿Adónde van á ir á trabajar y á comer? Algunos brillarán y figurarán en primera línea; pero ¿y los demás? Se desparramarán por el país, inundándolo, para colocarse, si es que hay sitio. ¡Triste porvenir! En muchísimos pueblos no hay médico porque no pueden pagarlo. Si el servicio se abarata tanto que se pueden ajustar en ellos, ¿cuánto va á ganar un doctor? Lo mismo que el sacristán y campanero, poco más ó menos. ¿Se quedarán en las grandes capitales? No habrá otro remedio. Y ¿para qué? Para hacerse una competencia ruinosa y para morirse al fin de hambre, si no encuentran ocupación como empleados, ó como profesores, ó como periodistas, viviendo siempre ahogados y fuera de su centro. El sabio decano propone como remedio que las aldeas se asocien y paguen bien á los médicos. Este es un lenitivo ya muy viejo. En muchas comarcas están asociados los pueblos y atienden modestamente á su médico; pero la plétora es tan grande, que además del médico de la asociación, raro es el pueblo en que no hay dos ó tres, que se hacen crudísima guerra de competencia. Sobra gente, falta pan, y por si no había bastantes médicos, surgen las médicas, cuyo número aumenta de día en día.

El número de doctoras ha crecido en Francia de este modo: en 1868 á 69 salieron de la Facultad de París 4; en 1872 á 73 fueron 8; en 1874 á 75 llegaron á 18. Después la cifra ha ido siendo esta:

En 1875	28
— 1878	32
— 1881	41
— 1883	78
— 1885	108
— 1888	144

En suma: en veinte años recibieron el título de médicas

177 señoritas, de las cuales eran francesas 12, polacas 20, rusas 70, inglesas 8, y el resto de otras naciones. Y respectivamente las doctoras que salen de las Facultades de Alemania, y sobre todo de América, es mucho más considerable. Confiesan los franceses que la opinión no se acostumbra todavía á llamar á las médicas cuando hay enfermos en las familias. «C'est absurde; cela est.» ¿Qué recurso las queda á las pobres doctoras que no logran hacerse con una clientela para las enfermedades de mujeres y niños? ¿Hay que discurrir algo extraordinario para contestar, y se ha contestado: que vayan á las colonias. Allí penetrarán en los hogares donde no se permite entrar á los hombres, ejercerán gran influencia entre las familias de los indígenas, y afirmarán más y más la obra de la conquista y de la colonización. ¿Y si los indígenas piensan como los europeos y no las llaman? «¡Cela n'est pas absurde; cela sera!» digo yo.

Animo no les falta á las médicas; lo que necesitan es que la opinión, el mundo, se dejen de rutinas y se entreguen, en el caso de muchas dolencias especiales, á la finura, sensibilidad exquisita, amabilidad, clarividencia, paciencia y ciencia del espíritu y de las manos de la mujer. Que disputen al hombre la manera de ganar el pan en el terreno del estudio y de sus aplicaciones, nada tiene de particular; lo estupendo es que se le atrevan en otros terrenos. ¡Y vaya si se atreven! Ha muerto no hace muchos días en Viena el verdugo W. Seyffert, y como ocurre en casos análogos, son muchos los pretendientes á dicha plaza. Pero lo que no ha ocurrido hasta ahora es que lo solicite ninguna mujer. Pues bien; entre las solicitudes recibidas por la primera autoridad judicial, hay una que va acompañada de la fotografía de una joven muy bonita, y de una carta que dice así:

«Tengo veintiocho años y soy muy forzuda. Mi sexo y sobre todo mi belleza me hacen á propósito para ese empleo que solicito. En efecto, la última persona con quien el reo condenado se encuentra y trata, la última á quien ve es al verdugo, que generalmente es un tipo feo y repulsivo. ¡Qué consolador no deberá ser para un criminal, antes de irse al otro mundo, el ver que es amarrado por las suaves y hermosas manos de una mujer, cuya encantadora mirada le hará olvidar en un momento las penas de una agonía moral, mucho peor que la misma muerte!» La idea es original y digna de tenerse en cuenta. ¿Qué harán los magistrados de Viena? Si la señorita obtiene la plaza, inmediatamente asegurará su matrimonio, porque ¿qué cosa más atractiva ni más seductora para tantos y tantos hombres extravagantes como hay en el mundo, sean ó no sean ingleses, que el casarse con *la verduga?*

°°°

Lejos del mundo de las Facultades universitarias, de las clínicas, de las inspiraciones autonómicas femeninas y de las extravagancias patibularias, ha muerto en Londres, como verdadera mujer, muy admirada y querida por su talento y por sus virtudes, la ilustre publicista miss Christina Georgiano Rossetti, hija del famoso comentador de Dante, y hermana del ilustre pintor y poeta Dante-Gabriel. En aquella casa de los Rossetti, donde siempre se rindió ferviente culto á la poesía y á las artes, la Srta. Christina, con sus sesenta y cuatro años, era desde hace muchísimo tiempo la sostenedora entusiasta de tan hermosas y nobles aficiones. Tipo de la mujer de gran cultura, mujer siempre en todas sus tendencias y tareas, fué el encanto de la distinguida sociedad, que buscaba su trato y que se embelesaba con la lectura de sus obras. Publicó en 1862 sus primeras poesías, sencillas en el fondo, exquisitas y delicadas en el estilo; y más adelante sus poemas *Goblin Market*, *The Prince's Progress*, y otros, y un tomo de cuentos en prosa. En 1872 dió á conocer su trabajo magistral *Sing-Song*, «colección de rimas de madre», que logró entusiasta acogida en las familias. Después, al avanzar en la vida, se dedicó á escribir obras de inspiración cristiana, con el sentimiento poético más puro y profundo, y publicó las que llevan los títulos de *Annus Domini*, que es un diario del cristiano; *La Letra y el Espíritu; Buscad y encontraréis; Los llamados á ser santos*, y otras dos colecciones de poemas. Fuera de Inglaterra y del público culto que se forma y educa en las familias de educación esmerada, miss Christina Rossetti era poco conocida; pero entre la aristocracia de los espíritus finos y amantes de lo bueno, teníasela en gran concepto y estima, y se la ha llorado y elogiado de veras.

°°°

De otro espíritu eminentemente religioso, de un hombre que siendo radicalmente demócrata acude todos los domingos á los Oficios de su parroquia, y lee en voz alta las oraciones cuando le toca el turno, como el vecino más humilde, aunque esto produzca tremendo escándalo entre los modregos rojos de mi barrio, del gran hombre de Estado Mr. Gladstone, se acaba de publicar en el *Evangelical Magazine* un estudio muy interesante acerca de: «El movimiento evangélico, sus orígenes, sus progresos y su fin.» El ilustre viejo, el incomparable trabajador, á pesar de sus años y á pesar de haberle extraído recientemente una catarata, continúa dedicado á sus tareas como en los mejores tiempos, y trabaja siete horas diarias por término medio. Retirado del gobierno, pero no de la política, sigue firme en la defensa de los ideales de la mayor parte de su vida, y es para los políticos el oráculo respetable de siempre, y para los desgraciados y perseguidos de todos los países el dispensador del consuelo y de la esperanza, y para su familia el patriarca más amoroso, y para sus conciudadanos el hombre modesto, sobrio, sencillo, ejemplar, jamás maldiciente, siempre indulgente y considerado con las flaquezas del prójimo. Parece que para el gran trabajador se han armonizado por completo los cariños y asperezas de amigos y adversarios y las ideas más opuestas, y que ante él todos los corazones vibran al unísono. No puede decir, por cierto, lo que á menudo decía el gran artista Rubinstein, que, dedicado sin cesar á los trabajos de la armonía, jamás pudo encontrarla ni dentro ni fuera de él, y sí sólo en el pentágrama y en el teclado, por lo cual exclamaba:

—Nadie me comprende ni me ha comprendido. Los judíos me miran como á un cristiano, y los cristianos como á un judío; los clásicos como á un wagneriano, y los wagnerianos como á un clásico; los rusos como á un alemán, y los alemanes como á un ruso, y los pianistas como á un compositor, y los compositores como á un pianista.

Así le trató la injusticia de los hombres, y él, que á todos los ponía acordes cuando dejaba correr sus dedos de hierro sobre el teclado, que en todos despertaba el mismo entusiasmo, vióse condenado, por la mísera suerte propia, de su carácter voluble y de su genio rudo, á que no opinaran jamás lo mismo dos interlocutores, acerca de su personalidad y de su mérito. ¡Insufrible martirio moral! El *gran viejo* inglés, en cambio, ha logrado la incomparable dicha de que el afecto y el respeto que se le profesan en el mundo sean unánimes, y unánime también el reconocimiento de su colosal valía y la admiración que por ella se siente. Aquella educación familiar religiosa, que recibió en su juventud, brota de nuevo potente al llegar al crepúsculo vespertino de su existencia, y el que fué señalado con el dedo por sus convecinos como buen hijo, como gran estudiante, como sabio creyente, aparece hoy señalado también por la opinión pública como ciudadano modelo, invariable, integérrimo en la familia, en el estudio, en el templo. Y así aquilatado y apreciado, ¡qué importa que vaya un poco más ó menos adelante en el camino de la libertad, si es un hombre de bien y un genio el que se encarga de enseñarla y de plantearla!

R. BECERRO DE BENGOA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES O EDITORES.

Concepto y tratamiento modernos de las diarreas *infantiles.* Discurso leído ante la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, en la recepción pública del Dr. D. Andrés Martínez Vargas.—Discurso de contestación por D. Rafael Rodríguez Méndez.

Son de mucha importancia estos dos trabajos, y si en cualquier país merecerían ser leídos, mucho más en España donde la mortalidad de niños de uno á cinco años es tan grande que asusta y está pidiendo enérgicos remedios.

Album para sellos de Correo, por F. Hugo. Conteniendo todos los sellos de Correo, las tarjetas, los sobres y fajas con sello impreso oficialmente.

Este gran álbum, que acaba de poner á la venta en España la *Librería Internacional* de los Sres. Romo y Füssel, es traducción exacta del de Schaubeck, reputado como el mas completo y ordenado de los publicados hasta el día, por lo que seguramente será muy bien recibido de los amantes que en España tiene la filatelia ó ciencia de los sellos.

La edición es de mucho lujo, sumamente clara y por todos conceptos muy útil para consulta. Divídese el libro en dos partes. La primera contiene todos los sellos usados en el mundo de 1840 á 1890, y la segunda los de fecha posterior hasta hoy. Véndese en casa de los editores, Alcalá, 5, y en las pricipales librerías.

Madrid y sus alrededores.

Hemos recibido este mapa que acaba de publicar la *Librería Internacional.* Está hecho en la escala de 1 por 60 000, é impreso en varias tintas con suma claridad, de modo que cualquier persona pueda servirse de él. Contiene, no sólo los pueblos de los alrededores de Madrid, en un espacio cuyos extremos son San Sebastián de los Reyes por el Norte, y Getafe por el Sur, sino los caminos que á ellos conducen, los límites entre los diferentes términos, los ríos y arroyos, las tierras sembradas, etc., etc.

Exposición regional filipina.

Hemos recibido el programa de la Exposición regional que ha de inaugurarse en Manila el 23 del corriente, y de cuyo objeto y plan da suficiente idea la parte de la disposición del General gobernador del archipiélago que á continuación publicamos:

«Para solemnizar en lo posible en este año la festividad de San Andrés, patrón de esta M. N. y S. L. ciudad y la conmemoración de la victoria obtenida por las armas españolas sobre la escuadra del pirata Li-Ma-Hong en el año de 1574, se inaugurará el día 30 de Noviembre próximo venidero una Exposición regional de Filipinas, á la que podrán concurrir las empresas, sociedades, propietarios, industriales y artistas nacionales y extranjeros que deseen tomar parte en el certamen.

»Para organizar y dirigir la Exposición de que se trata, se crea, bajo mi presidencia, una Junta general en la que tendrán representación las Ordenes religiosas, el Ejército, la Armada, la Administración pública, los establecimientos de enseñanza, la agricultura, la industria y las artes. Los vocales de dicha Junta serán nombrados por este Gobierno general.

»Será vicepresidente de la misma Junta el Director general de Administración civil, y secretario general el jefe del servicio agronómico, director de la Escuela de Agricultura de Manila.

»Habrá una comisión, cuyos vocales serán también nombrados por este gobierno general, encargada de dirigir inmediamente los trabajos de instalación necesarios para el certamen á que este decreto se refiere.

»Dicha Exposición tendrá lugar en los terrenos que el Estado posee en el arrabal de la Ermita, donde se halla establecida la Escuela de Agricultura, cuyo edificio, convenientemente dispuesto, servirá de pabellón central.»

Curación de la difteria. *Fundamentos de la seroterapia y guía práctico para su aplicación*, por D. Francisco Murillo.

Aunque de cortas dimensiones, pues no llega á 100 páginas, tiene esta obra mérito científico nada vulgar, bastando para acreditar esta opinión la claridad y ciencia con que expone en el primer capítulo el autor la doctrina bacteriológica. En el capítulo segundo refiere las ideas de Behring acerca de la terapéutica de las infecciones, y en el tercero, las formas y diagnóstico de la difteria, todo con claridad grandísima, que hace perceptible la doctrina á los profanos. Después refiere el descubrimiento de Behring y la preparación del suero según el método de Roux.

Véndese la obra, al precio de 2 pesetas, en la librería Gutenberg, en casa del editor, Infantas, 29, y en las principales librerías.

La fetidez de aliento de origen nasal. Ozena verdadero, por el Dr. Avelino Martín.

Contiene un detenido estudio del concepto general de esta enfermedad: la anatomía y fisiología patológicas; la sintomatología: el diagnóstico, el pronóstico y el tratamiento.

Cuesta esta obrita 2,50 pesetas.

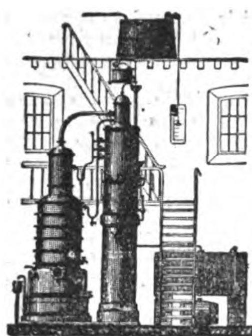
Cuentos ilustrados, por D. Nilo María Fabra.

Este libro confirma la envidiable reputación de literato y publicista que tiene el Sr. Fabra. La edición es de mucho lujo, y de gran mérito las ilustraciones de Masriera (José, Francisco y Luis), Pellicer, Lucas Villamil, Querol, Marqués, Eriz, Cabrinety, Fuster, Alvarez Masó y Fabra, con que está adornada. De venta en las principales librerías.

Fabricación de las cervezas y gaseosas, *consideradas como industria lucrativa.* Su historia y su porvenir, según datos estadísticos recientes. Elaboración en grande y pequeña escala de cervezas españolas, alemanas, inglesas y francesas, por Javier Balius, ingeniero.

La utilidad de esta obra corre parejas con la de otras de parecida índole que lleva publicadas la reputada casa editorial de los Sres. Sauri y Sabater (Plaza Nueva, 5, Barcelona). Forma un tomo en 4.º con grabados, y su precio es de 3 pesetas. Véndese en Madrid en casa de D. Federico Real y Prado, San Bernardo, 58.

G. R.



ALAMBIQUES
Espíritus á 40° Cartier SIN REPASAR
EGROT
Cab.º de la Legión de Honor
EXPOSICIÓN UNIVERSAL
PARÍS 1889
Fuera de Concurso
Miembro del Jurado
Catálogo, FRANCO, informes
19, 21 y 23, rue Mathis
PARIS

EL FONÓGRAFO PARA TODOS

35 pesetas en toda España

Habla, Canta, Ríe, Llora, Silba, Toca, Estornuda, etc., etc.

SE OYE CON CLARIDAD Á QUINCE PASOS DE DISTANCIA

SORPRENDENTE NOVEDAD.—INSTRUCCIÓN Y DIVERSIÓN

EL MEJOR REGALO QUE SE PUEDE HACER

Para recibirlo cuidadosamente embalado, franco, en cualquier estación de España ó en los puertos de embarque para fuera de la Península, mandad **35 pesetas** á

L. E. DOTÉSIO
EDITOR DE MÚSICA
8, Doña María Muñoz, BILBAO

Casa la más barata de España. — Pedid Catálogos para convencerse

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES

Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait Capillaire** *des Bénédictins du Mont Majella*, que detiene también su caída y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador*, 35, *rue du 4 Septembre, París.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen*, 2; *Aguirre y Molino, Preciados*, 1; *Urquiola, Mayor*, 1, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.*

GOTA — **Reumatismos, Dolores.** Curación asegurada con el **Bálsamo y el Elixir Dubourg. Franco: 5 fr.** Venta: Farmacia 6, R. Crosatier, París. Depósito: Gayoso y Moreno, 2, Arenal, Madrid.

L'ANTI BOLBOS

no tiene rival para quitar las manchas ó puntos negros de la nariz, sin alterar la epidermis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre, París.* Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.—Evítense cuidadosamente las falsificaciones.

40 Médicos de los Hospitales DE PARIS han comprobado LA PODEROSA eficacia de los PECTORALES de Nafé

Pasta y Jarabe de Nafé de DELANGRENIER
PARIS
53, Rue Vivienne
Venta en todas las FARMACIAS.

CONTRA: Resfriados Gripe, Influenza Bronquitis Coqueluche Irritaciones del Pecho y de la Garganta



SIROP FLON — LENITIVO PECTORAL, cura **IRRITACIONES** de los **BRONQUIOS, TOS, CONSTIPADOS, CATARROS.** En todas las Farmacias y en París, 2, rue de la Tacherie.

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO,** gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.
E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

EAU DES BLUETS progresiva, vegetal. Medallas: París, Lyon, Túnez. No es pegajosa ni quema; devuelve **al cabello gris su color natural**, castaño ó negro, y no mancha la ropa ni la piel. Franco, 6,35. *Faubourg Saint Denis*, 62, París.—Depósitos: Gayoso, Arenal, 2, Madrid.—Viuda Lafont, Barcelona.

EPILEPSIA y toda **afección nerviosa** se cura con la **Poción del Dr. Sanmiguel.** Pídanse prospectos. Botica de *La Corona*, Gignás, 5, Barcelona.

Contra las **Toses Rebeldes** BRONQUITIS CATARROS los Médicos ordenan las **CÁPSULAS COGNET** el remedio más poderoso contra las ENFERMEDADES del PECHO. En todas las Farmacias.
POR MAYOR: 43, Rue de Saintonge, PARIS.

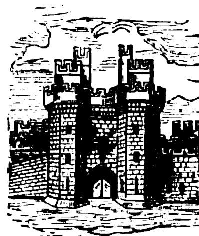
EL SOL DE INVIERNO
POR
DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

GASEOSAS Aparatos para la fabricación de las bebidas gaseosas **PRUDON & DUBOST** *París — 210, Boul. Voltaire — París* Pídase el Catálogo N° 47.





LA PALATINE
COMPAÑÍA INGLESA DE
SEGUROS A PRIMA FIJA
Capital suscrito: 34 millones de Pesetas
DIRECCIÓN DE LA SUCURSAL DE ESPAÑA:
Calle de Alcalá, 23 dupl.—MADRID
Seguros contra incendios, explosiones y accidentes personales á primas moderadas.

NOTA.— *Condiciones favorables á los Agentes activos que trabajen con éxito.*



VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.r FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs
En todas las Farmacias.

PARFUMS à la MODE
SELECT PARFUM
BOUQUET FIN DE SIÈCLE
ESSENCE MYSTÉRIEUSE
QUADRUPLE ESSENCE VIOLETTE DE PARME
CORYLOPSIS DU JAPON
CHRYSANTHÈME DE TOKIO
BATAILLE DE FLEURS
10, Boul. de Strasbourg
PARIS
L. T. PIVER

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.



ACEITE MORENO-CLARO DE HÍGADO DE BACALAO DEL D.R DE JONGH

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LEOPOLDO DE BÉLGICA, CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA, COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III. DE ESPAÑA.

PURO Y NATURAL. FACIL DE TOMAR Y DE DIGERIR.
La sola especie que contenga todos los principios curativos.
Infinitamente superior á los aceites pálidos ó compuestos.
Universalmente recomendado por los Médicos mas eminentes.
DE UNA EFICACIDAD SIN IGUAL
contra la TISIS, las ENFERMEDADES del PECHO y de la GARGANTA, la DEBILIDAD GENERAL, el DESFALLECIMIENTO de los NIÑOS, la RAQUITIS, y todos los AFECTOS ESCROFULOSOS.

Se vende SOLAMENTE en botellas que llevan sobre la cápsula y el rótulo interior el sello y la firma del Dr. DE JONGH y la firma de ANSAR, HARFORD & Co.—*Cuidado con las imitaciones.*
Unicos Consignatorios, Ansar, Harford & Co. Ltd., 210, High Holborn, Londres.
Se vende en todas las principales Farmacias del Mundo.

TOS
POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

DIAMANTES LERE-CATHELAIN

IMITACION PERFECTA é INALTERABLE del VERDADERO DIAMANTE.—Espléndidas joyas, pendientes, sortijas etc. montados oro desde **20 francos.** No teniendo la casa sucursales, depósitos ni tampoco agentes fuera de París, desconfiar de los artículos vendidos con su nombre. Las únicas Casas de Venta son: **97, boul. Sébastopol y 21, boul. Montmartre, PARIS.** *Catálogos ilustrados franco.* Expediciones franco contra vale ó cheque.

COMPAÑÍA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS
La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro y** altas recompensas industriales.
DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.**

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. III.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.
Madrid, 22 de Enero de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

BELLAS ARTES.



LA PERLA DEL ALBAICÍN.

CUADRO DE CECILIO PLA.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

En el breve intermedio de nuestra última Crónica á la presente, se ha verificado en Francia nada menos que un cambio presidencial; y siendo tan reciente este hecho grave, parece antiguo ya: tan comentado, discutido y juzgado ha sido por la prensa de toda Europa, que ya nada queda por decir. Cuando escribimos hace siete días, era Mr. Casimir Perier el presidente de la República francesa: su nombre parece ya una antigualla que no inspira interés; de tal modo se ha anulado con su dimisión intempestiva y caprichosa, indigna de un hombre de valor cívico y de un jefe de Estado. No hay una sola razón en su carta dimisoria que disculpe su retirada, porque todos los inconvenientes que expone existían cuando aceptó la sucesión peligrosa de Mr. Carnot. Monárquicos y republicanos, moderados, radicales, socialistas y anarquistas, en Francia y en Europa, todos, con unanimidad rara en estos tiempos, han vituperado su conducta. Sólo al egoísmo refinado y en conversaciones privadas hemos oído decir en su defensa: «¿Qué podía esperar Casimir Perier, sino peligros y disgustos, en su alta posición? Había alcanzado la mayor categoría social en su país: nadie le quita haber sido presidente de la República francesa, y si, satisfecha su vanidad, se retira á comerse tranquilamente y en familia sus millones, ha hecho la jugada.» No estamos conformes con esta cuenta galana: Mr. Casimir Perier ha descendido en el concepto público á mayor profundidad que la altura á que le habían encumbrado: no se abandona un puesto de honor y confianza, exponiendo á un pueblo á las contingencias de lo desconocido, sin arrostrar responsabilidades que podrán perturbar su sosiego el día de mañana: acaso ya, en vista de la reprobación universal con que se recibió su dimisión, siente la necesidad de rehabilitarse y la obligación moral de un sacrificio y de un acto de energía para compensar su egoísmo y timidez. Es un jefe que se ha rendido al enemigo sin luchar, abandonando la bandera que le habían entregado y que han tenido que recoger del suelo sus amigos, salvándola por casualidad y acaso por la gravedad del peligro, pero proporcionando una ventaja moral al adversario. Hoy todos se preguntan con asombro: ¿Creía Mr. Casimir Perier que Francia le elevaba al sillón presidencial sólo por el placer de contemplar sus bigotes y aclamarle? Pues qué, en las agitaciones de la vida moderna, ¿hay quien se eleve un solo palmo sobre los demás, en cualquiera de las esferas de la vida pública, sin sufrir los ataques de la rivalidad y ser discutido y calumniado? Pues qué, ¿hay nada más glorioso, en la lucha de ambiciones, intereses, odios y envidias en lo político, artístico, industrial, científico y literario, que las cicatrices que dejan en la frente las uñas y colmillos de la enemistad? Quien no tiene cicatrices vale poco. Mr. Casimir Perier ha caído de la peor manera posible: puerilmente.

Tenía razón al estar quejoso y dolorido de los ataques de la demagogia; de la elección por un distrito de París de uno de los que más le habían injuriado; de la acusación parlamentaria de uno de sus mejores amigos. Pero ¿acaso deshonran esos ataques interesados al que tiene honor? ¿No era bastante compensación y respuesta más que suficiente el respeto que le profesaba todo su país al colocarle en la primer magistratura del Estado? El que insulta á los que ocupan las altas posiciones de una nación no injuria y agravia á las personas, sino al pueblo que las eleva y mantiene en categorías eminentes.

En cuanto á la queja de desconfianza, por sus antecedentes orleanistas, de que pudiera entregar la República al descendiente de Luis Felipe, ¿se disiparía con su retirada, que pudo colocar á Francia en la disyuntiva de caer en manos del socialismo ó de la casa de Orleans? Dígalo la ansiedad con que el hijo del Conde de París acechaba en Douvres los acontecimientos, al tener noticia de la dimisión presidencial; y el manifiesto del Pretendiente, á quien pierden, como á toda la raza de Orleans, sus impaciencias, jamás disimuladas.

Á la fuerza del peligro atribuímos la prontitud y, si las previsiones racionales no engañan, el acierto con que la Asamblea de Versalles resolvió el conflicto francés, y aun europeo, de la vacante inesperada, eligiendo al candidato Mr. Félix Faure para suceder al Presidente de la República. Ministro de Marina del Gabinete derribado por la Cámara popular, su elección, no sólo arguye la derrota del candidato radical, sino la rehabilitación parlamentaria del Ministerio derrotado. Las injurias y protestas con que fué acogida su elección por la extrema izquierda, definirían su significación, *ipso facto*, si no se la dieran tan evidente el haber formado parte del Ministerio Dupuy y sus antecedentes. Pero el hecho anómalo de ser elegido presidente de la República un ministro recién derribado por una votación parlamentaria, hubiera hasta justificado la continuación en el poder del nuevo Ministerio, si el nuevo Presidente se hallara en situación de tentar á la fortuna antes de robustecer su autoridad. No haremos augurios; pero todo hace presumir que la irritada y al mismo tiempo envalentonada demagogia francesa, tan agresiva y violenta en sus procedimientos, y que ha voceado en la Asamblea Nacional que no durará tres meses el nuevo Presidente, ha de combatirle con dureza. Y como Mr. Casimir Perier le ha entregado el poder más debilitado de lo que le había recibido, Mr. Faure necesita mayor habilidad, constancia y fuerza que hubiera necesitado su antecesor para hacer frente á las dificultades del gobierno. Y como, al fin y al cabo, Francia, por su poder y situación, es el eje de la política europea, empieza para Mr. Casimir Perier otra responsabilidad moral ante el mundo civilizado: la de las consecuencias de su obra.

⁂

En España, lluvias, nevadas, avalanchas é inundaciones; librecambistas y proteccionistas alzando sus banderas; y multitud de asuntos y reformas, ligados con los presupuestos, y muy interesantes, pero de poca amenidad, y que todos han sido ya apuntados por nosotros en Crónicas anteriores.

Un asunto ha iniciado el Sr. Conde de Xiquena en el Congreso, relativo á la provisión de algunos ducados, para lo cual ha dimitido la presidencia del Consejo de Estado: y como sólo conocemos los cargos hechos por el digno orador y ex ministro de Fomento, y esos de referencia, por haber sido dirigidos en la sesión de ayer, y no sabemos las razones que se alegarán en contra, no podemos formar idea completa de ese pleito nobiliario y político, en que terciarán personas de la más alta posición y competencia.

Otra novedad de género muy distinto hemos hallado en el Lunes último de *El Imparcial*. La explicación que hace el Sr. Feliu y Codina, autor del drama *Miel de la Alcarria*, que continúa representándose con muy buen éxito en la Comedia, acerca de las razones que tuvo para dar á su obra una conclusión triste en vez de otra más agradable. A nuestro juicio, no necesitaba el autor dar explicaciones, por ser dueño absoluto de dirigir la acción por donde le condujesen la voluntad y el sentimiento; pero, descartado este punto de derecho, no negaremos que tiene interés esta clase de estudios psicológicos, y corresponde á la curiosidad que sentimos de analizarlo todo y penetrar hasta los misterios de la gestación de las obras literarias. Creemos, con el señor Feliu y Codina, que el tipo de Lorenzo, acaso el más nuevo y real de la obra, que García Ortega destacó con tanto arte, se hubiera desnaturalizado con otra solución. Pero ¿puede el autor confesarse en público de todos los secretos de su pensamiento? ¿No tenemos derecho los demás para suponer que disimuló algo? Dos procesos distintos habría que hacer para penetrar en su alma de poeta: uno de ellos es las evoluciones del pensamiento desde que la obra se concibe; pero el primero la situación de su espíritu con las vicisitudes de su última producción *La Dolores*, de un realismo franco, pospuesta á otra producción más idealista por el fallo de la Academia. ¿Pudo el Sr. Feliu y Codina dejar de sentir como autor el deseo de demostrar que no le faltaban alas para remontarse á otra región? Sea de ello lo que quiera, sería curioso que cada autor dejase escrita la historia de sus obras teatrales: los tropiezos que hallaron; sus peregrinaciones de empresa en empresa: las correcciones y consejos, y todos los episodios de la vida íntima del teatro y los estrenos. Y hacemos estas reflexiones cuidando no invadir la sección de la crítica teatral, pues ésta tiene que limitarse á lo que se representa, y nosotros hacemos suposiciones puramente imaginarias.

Trescientos admiradores de Chapí le han dado un banquete en el Hotel Inglés, por el éxito de su última zarzuela. Y pregunto con Urrecha: ¿Es posible separar al músico del autor del libreto, que le dió, y no es poco, la letra, ó sea el espíritu de su composición, las situaciones musicales, los tipos y la fábula en que aquéllas encajan y producen el efecto? Por lo mismo que reconocemos y estimamos el talento de Chapí, creemos que sus admiradores debieron asociar al Sr. Pina á su agasajo, como arreglador y representante del autor francés, ya viva ó haya muerto. Si el músico domina en las óperas, en las zarzuelas el compositor y el autor tienen igual parte.

⁂

Toda la prensa ha reproducido con indignación la noticia de haber muerto de miseria un maestro en Vélez-Málaga, debiéndosele cantidades considerables por sueldos atrasados. Y todos nos hemos preguntado: ¿Cómo pueden suceder casos de este género? ¿Quién es el responsable de tal barbarie? ¿Será cierto, ó una de esas noticias falsas que envían á la prensa? Por desgracia, no es el primer maestro reducido á la mendicidad. Creemos estar á fines del siglo XIX en las capitales; pero á medida que nos alejamos de ellas, podemos convencernos de que no llegan á todas partes los adelantos de que estamos tan orgullosos. Hay comarcas donde se vive en el año 15 todavía, y otras en plena Edad Media.

⁂

Cuando se repartía nuestro último número y se leía con interés el artículo de nuestro querido amigo D. Julián Manuel Sabando, que atestigua haber visto el testamento de Espronceda, moría en Madrid la hija del poeta, D.ª Blanca Espronceda y Escosura, esposa que fué de D. Narciso Escosura, y madre política de D. Cristino Martos, hijo, y del célebre ministro D. Patricio de la Escosura, orador notable, autor dramático, novelista y uno de los hombres que más figuraron en nuestra historia política y literaria. Pero no se crea que D. Patricio en su calidad de yerno era menor que D.ª Blanca Espronceda, sino todo lo contrario; era mayor que D. Narciso, y éste al casarse llevaba bastante edad á su señora. Como el autor de *El Diablo Mundo* no ha dejado otra descendencia que la de aquella Teresa inmortalizada en su canto apasionado, y aunque las corrientes del gusto se han desviado tanto del cauce romántico, el fallecimiento de la hija de Espronceda y de Teresa tiene el melancólico interés, con el reciente aún del gran Zorrilla y del inolvidable D. Miguel de los Santos Alvarez, de ir desatando los lazos personales que nos unen con una generación literaria que tanto influyó sobre el espíritu.

⁂

La Dolores, de Feliu y Codina, ha pasado del drama á la ópera, y pronto la veremos estrenarse en el teatro de la Zarzuela. El maestro Bretón ha creído ver en el asunto un libro á propósito para una ópera española, y nos parece que tiene razón el autor de *Los Amantes de Teruel*. ¿Habrá acertado? Mucho nos alegraremos, así como de que reuna en aquel teatro los elementos necesarios para salir airoso en obra de índole tan española y popular. Quizás nos engañemos; pero el éxito que consiguen las piezas cómico-líricas en un acto, acaso está indicando una variación del gusto hacia un género basado en nuestras costumbres, y la saciedad del público respecto de una literatura exótica en que los autores sienten, piensan y hablan á la francesa, tomando de París las modas literarias, lo mismo que los trajes.

⁂

Un propietario recibe el siguiente telegrama de su arrendador:

«Guadalquivir salió de madre: todas sus tierras inundadas. Yo arrendé una tierra, y se ha convertido en un brazo de mar. ¿Qué hacemos?»

El propietario contesta acto continuo:

«¿Qué hemos de hacer? Variar de oficio y dedicarnos á la pesca. Y si no puede usted pagar en trigo, pague usted en escabeche.»

—¿Me permite usted pasar la noche en el portal, porque con esta lluvia está mi casa llena de goteras?

—¿Pues dónde vive usted?

—En medio de la calle.

El Alcalde ha creado un cuerpo de guardias á caballo.

—No me parece mal; pero si sigue el aguacero, serán necesarios guardias submarinos.

En el resguardo.

—Que vigile quien quiera; estoy calado hasta los huesos.

—No es lo peor mojarse, sino que te deje seco un matutero.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

La perla del Albaicín, cuadro de Cecilio Pla.—*Las primeras letras*, cuadro de Mme. Colin-Sibour.—*Amigo sospechoso*, cuadro de H. N. Gadsby.

Aunque lo morisco y gitanesco no es más genuinamente español que lo euskaro ó lo gallego, sin duda aventaja á todos los otros tipos nacionales en el favor que ha merecido siempre á los artistas, el cual, á nuestro parecer, es hijo de la afición que le tienen los compradores, así de España como del extranjero (sobre todo éstos), y á ser más poderoso y atractivo el ambiente artístico del Mediodía que el del Norte. Pero sean estas ú otras las causas, lo cierto es que en estos asuntos se ha ejercitado muchas veces la inspiración de nuestros pintores, á menudo con gran fortuna, de lo que es buen ejemplo el cuadro de Pla, que reproducimos en la primera página de este número.

El notable artista ha hecho allí alarde de la facilidad, elegancia y gallardía de su pincel, á la par que de la maestría con que sabe posesionarse del asunto, dando á la realidad esa superior belleza que es el verdadero objeto del arte. *La perla del Albaicín* tiene una arrogancia y una gracia especiales que desde el primer momento despiertan en la imaginación recuerdos de tipos populares granadinos.

Pla, que ha estado larga temporada en Granada, ha vuelto de aquella ciudad con gran cosecha artística, de la que nuestro grabado es sólo una muestra.

Las primeras letras (véase la pág. 49) es un cuadro sencillo y delicado, en el que sin duda tiene la madre el principal papel. En su rostro apacible y sereno refléjase el amor infinito que la mueve á completar su obra, guiando los primeros pasos que da en el camino de la instrucción la tierna niña que le debe la existencia. La autora ha interpretado muy bien esta escena, en que tanto resplandece el amor maternal, nunca bastante recompensado en vida, ni aun por el más amante de los hijos.

Con razón sospecha la niña del cuadro de Gadsby, que publicamos en la pág. 56, del interés con que el gato observa sus juegos, porque bien podría suceder que si le consiente tomar en ellos alguna parte, saliese descabezada más de una figurilla, ó con cualquier otro percance. Pero aun suponiendo al minino bastante manso y complaciente para no atreverse á tanto, siempre sería probable que no dejaría orden ni concierto alguno en el juego.

⁂

EL DOCTOR D. CAMILO CALLEJA Y GARCÍA,

reputado médico de Valladolid.

El Dr. Calleja, no sólo es de los mejores médicos de Valladolid y de los que más enfermos visitan, sino que también ha sabido adquirir en el extranjero merecida fama; razones que nos parecen suficientes para creer que la publi-

cación de su retrato (véase la pág. 44) será agradable á nuestros lectores.

Nació en Santiago de Galicia, el 16 de Julio de 1854. En el Instituto de Zamora cursó la segunda enseñanza, no con tanta aplicación como él posteriormente hubiera deseado y con sobra de amor á las distracciones propias de su edad. Matriculóse en la Facultad de Medicina, y desde esta época comenzó á ser un hombre formal, de mucho seso y singular amor al trabajo. Cuando estudiaba el segundo año marchó á Madrid, donde en unas oposiciones al cuerpo de Telégrafos ganó el primer puesto. Destinado á Valladolid, alternaba sus estudios de Medicina con las ocupaciones, harto penosas, de su cargo de telegrafista, hasta que abandonó los aparatos de Morse para dedicarse completamente á la ciencia. Ganó poco después una plaza de alumno interno, y también la renunció pasado algún tiempo para seguir estudiando. Terminó su brillante carrera el año 1874 con el *premio extraordinario* en la Licenciatura, y en el siguiente mereció la calificación de *sobresaliente* en el Doctorado.

Desde este momento fué su ocupacion única el visitar enfermos, asistir á su consulta y estudiar los libros más modernos que se publican en España y en el extranjero. Marchó á los Estados Unidos buscando nuevos descubrimientos patológicos, y con este objeto también recorrió las principales ciudades de Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, Austria y Alemania.

Es médico por vocación, como Núñez de Arce poeta, ó Pradilla pintor, y vive abstraído en su ciencia, sin otra distracción que los libros. Conoce el sanscrito, traduce el griego, habla el francés, inglés y alemán. Ha querido formar una *terminología científica y general*, y ha escrito en inglés y español un extenso volumen titulado *Introducción á la Fisiología*, que le ha dado gran crédito.

Es además el Sr. Calleja persona de agradable trato y excelente carácter, cualidades que le han dado tantos amigos como enfermos su talento de médico.

°°°

MADAGASCAR.

Preparativos de los hovas para defenderse de la invasión francesa. La batería de Ambodinandohalo.

En uno de los pasados números, y en esta misma sección de nuestro periódico, referimos la rivalidad que en otro tiempo hubo entre Francia é Inglaterra sobre quién había de poseer la isla de Madagascar, y cómo concertaron sus opuestas ambiciones reconociendo la segunda á la primera el dominio de la isla á cambio de que la primera no estorbase á la segunda el de Zanzíbar. Mientras duró el pleito estuvo al frente del ejército hova, armándole y ejercitándole á la europea, el inglés Willoughby; pero en Noviembre último ocupó su puesto el teniente coronel inglés, ahora general, Shervington.

Contra lo que aseguran los periódicos franceses, dicen los ingleses que la infantería hova es bastante buena y que está bien armada, habiendo quien cree que puede dar á los europeos alguna sorpresa.

El estado de la artillería no debe ser tan bueno, á juzgar por la muestra que nos da la batería de Ambodinandohalo (pág. 44), á pesar de ser esta población de las más importantes.

°°°

MINDANAO.

Operaciones militares contra los moros. — Posiciones avanzadas en territorio enemigo. — Puente sobre el río Agus.

Podría ser la isla de Mindanao grande y floreciente colonia si estuviese tan atendida como por su mucha extensión y riqueza merece. Ocupa tanto espacio como toda Andalucía, ó lo que es lo mismo, algo más que todo el antiguo reino de Aragón, comprendidas en él Cataluña y Valencia, pues según el Instituto Geográfico y Estadístico, tiene 100.000 kilómetros cuadrados. Hay en ella montañas tan grandes como el Guadarrama y Gredos, y ríos que llevan tanta agua como el que más de nuestra Península, sin descontar el Tajo, el Ebro ni el Duero; lagunas muchas y grandes como pequeños mares, de las cuales le viene el nombre (de *min*, país, y *danao*, laguna, en lengua de aquella gente); infinitos puertos y bahías, y tal variedad de frutos, animales raros y minerales preciosos, que no es posible nombrar aquí sino una muy mínima parte de ellos, á pesar de que aun falta mucho para conocerlos todos.

En Misamis hay criaderos de oro, de los que por primera vez dió noticia, en Memoria que escribió después de haber visitado la isla en 1844, el ingeniero Sr. Sainz de Baranda. El Sr. Abella y Casariego los describió más circunstanciadamente en 1877, resultando averiguado de sus estudios que hay placeres en las cuencas hidrogeológicas de los ríos Bucalalán, Iponán, Cagayán, Bigaón y Bugsug, y vetas en el cerro de Pigholugan. Entrando más en la isla, son más ricos los criaderos, según lo da á entender el oro que traen los naturales para su venta.

La tierra es de fertilidad extraordinaria, igualando y hasta aventajando en algunos parajes á las mejores del mundo. Produce abacá, azúcar, arroz, algodón, tabaco, cacao, y en general todas las plantas propias de los climas tropicales. Cúbrenla en mucha parte grandísimas y casi impenetrables selvas de corpulentos árboles, de que se pueden sacar preciosas maderas, algunas excelentes para la construcción; pero estos y otros tesoros están casi del todo abandonados, viéndose las costas desiertas en la mayor parte de su extensión.

Los habitantes son de dos razas: aetas y negritos, gente pacífica y reducida casi toda, y malayos mahometanos, soberbios, traidores, fanáticos y muy enemigos de los españoles. Con ellos hemos tenido continuas guerras, desde que Esteban Rodríguez de Figueroa fué á conquistar la isla con 400 españoles, en cuya empresa perdió la vida de una cuchillada que le dió un juramentado, hasta este mismo año de 1895 en que el general Blanco les persigue hasta sus guaridas de lo más interior del país en que viven.

Dirige las operaciones con buen método y pericia el general González Parrado, quien secundando hábilmente los propósitos del general Blanco, se propone no sólo castigar al enemigo, sino ir ocupando todos los puntos de su territorio necesarios para someterle. En la pág. 45 de este número publicamos un grupo de vistas de nuestras posiciones avanzadas en el campo enemigo y de los trabajos para la construcción de un puente sobre el Agus tomadas de apuntes del natural, cuyas fotografías ha tenido la amabilidad de remitirnos el distinguido oficial de Estado Mayor de aquel ejército D. Luis Roig de Lluis.

°°°

SIGÜENZA. — UNA CASA ANTIGUA EN LOS BARRIOS ALTOS. — (Véase el artículo del Sr. Fatigati en la pág. 50.)

°°°

INGLATERRA.

Cruz de plata regalada recientemente por los católicos ingleses á Sir Stuart Knill, primer alcalde católico de Londres.

Lord Rosebery ha dicho en un reciente discurso que mejor les estaría á los protestantes ingleses atender á lo que en su casa sucede que andar por las de los vecinos metidos á propagandistas, pues por las señas no les salen sus empresas tan bien como pensaban, y en cambio el catolicismo va prosperando en Inglaterra más de lo que ellos quisieran. Aunque, á decir verdad, si no á la religión, á la política británica puede convenir mucho el cambio de creencias de ciertos españoles indignos de haberlo sido, que á la par que protestantes, se hacen súbditos de su Graciosa Majestad, porque algunas personas han podido advertir que estas mudanzas ocurren con singular frecuencia en sitios de no pequeña importancia estratégica, según sucede en la península del Morrazo, junto á la bahía de Vigo, y en la isla de Lanzarote, la más cercana de las Canarias á la costa, en cuyos parajes hay ya una regular colonia de ingleses recién hechos. No sin motivo se ha alarmado de tales conversiones la Sociedad Geográfica de Madrid, y reservadamente ha representado acerca de ellas al Gobierno, añadiendo noticias que aquí se callan por excusadas, pero que tal vez convenga publicar algún día.

Hoy nuestro propósito es muy otro, pues redúcese á mostrar cuán fundadas son las advertencias de lord Rosebery, según lo prueba entre otros hechos el de ser alcalde de Londres un católico, cosa nunca vista en aquella nación desde el triunfo definitivo de la Reforma. Para tratar de esta agradable novedad, reunióse hace pocos días la Junta ó Consejo de los católicos ingleses, y determinó celebrarla enviando al nuevo alcalde, Sir Stuart Knill una calurosa felicitación, que firmaron el Cardenal-Arzobispo de Westminster, el Duque de Norfolk y muchas otras personas de gran consideración en el Reino Unido. Esta comunicación fué ofrecida á Sir Stuart Knill en una caja de plata inscrita en una preciosa cruz del mismo metal, hermosa joya, de cuyo dibujo es autor el Sr. Bentley. Adórnanla imágenes de Nuestra Señora de la Asunción, San Pedro, San Pablo, San Esteban, San Lorenzo, San Dunstan, Santo Tomás de Canterbury y Santa Catalina.

En nuestro grabado de la pág. 52 hallarán los lectores reproducida esta bellísima cruz.

°°°

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

La escuadra inglesa saliendo del puerto de Che-fu. — El Emperador de la China paseando en los jardines del palacio de Invierno.

Dueños de Puerto Arturo los japoneses, dispónense á apoderarse del de Wei-Hai-Wei, que viene á ser la segunda puerta del golfo de Pe-chi-li, ciudad con buena bahía y bien defendida del lado del mar, á la que se acogió después de la derrota del Yalú la armada china.

Ahora bien: junto á Wei-Hai Wei está la importante ciudad de Che-fu, por otro nombre Yentei, de la que en otra ocasión hemos hablado, que, luego de tomada aquella plaza, caerá sin resistencia alguna en manos de los invasores. En Che-fu ha permanecido la armada inglesa á la expectativa de las operaciones; es decir, asistiendo á la aparición en aquellos mares de una nueva marina, cuyo poder quizás comience ya á causarla recelos mal disimulados.

En nuestro grabado de la pág. 53 damos una vista de la escuadra inglesa de Oriente saliendo de Che fu.

En la misma página hallarán los lectores un curioso cuadro de costumbres de la corte imperial china. Como en Pekín es rigurosísimo el frío, en términos de helarse ríos y lagos, y permanecer de esta suerte tres ó cuatro meses, está allí muy extendida la costumbre de patinar y de andar en trineo; diversión esta última de que gusta mucho el Emperador, á quien pascan por el hielo de los estanques del palacio de Invierno varios fieles servidores, gente práctica en este ejercicio.

G. Reparaz.

LEOCADIA Y FERNANDO.

La hermosa Dorotea haciendo su campestre *toilette* entre las breñas de Sierra Morena, con los pies alabastrinos metidos en el arroyo, y peinando la suelta madeja de oro de sus cabellos con manos semejantes á «pedazos de apretada nieve», como se refiere en la inmortal novela del Ingenioso Hidalgo, no fué á los ojos del cura y del barbero aparición tan estupenda como la linda y honesta Leocadia de mi cuento á los ojos del colegial Fernando, el día memorable en que, burlando la vigilancia del guardián de Santa Catalina, y seducido por la alegre perspectiva de la vega del Tajo, en una perfumada mañana de primavera, se largó con inocente júbilo á gozar á sus anchas de su suspirada libertad, encaminando los pasos hacia el molino de Pedro Ayuso, que bajo copudos álamos, á la orilla del río, le brindaba con el entretenido cuadro de la rueda movida por la impetuosa corriente del cañal.

Era Leocadia, la hija del molinero, encantadora criatura de diez y seis frescos abriles, entre niña y mujer, más bien mujer que niña por el armónico desarrollo de sus elegantes formas. Blanca, sonrosada y rubia como una hija de Albión, pero con una gracia que no suelen tener aquéllas: de estatura más que mediana, de no poca distinción natural en sus movimientos, con expresión de virginal candor en el risueño semblante, no parecía nacida de sus padres, los cuales entre sí rivalizaban en física vulgaridad. A la cuenta, en tan gentil doncella, si era fruto legítimo de la casa, como debe suponerse no diciéndose nada en contrario, se verificaba un curioso fenómeno de atavismo que hacía sospechar que entre los progenitores del padre ó de la madre los hubiera habido de privilegiada sangre anglo-sajona.

Al acercarse Fernando á la aceña por el camino que va de la imperial ciudad á la famosa Fábrica de espadas, vió desde el bardal que le separaba del patio á la bella Leocadia, que terminada la matinal faena del arreglo doméstico, y después de pulcramente lavada, peinada y con el blanco delantal ceñido al esbelto talle, se sentaba bajo el emparrado que daba sombra á la puerta de la enjalbegada vivienda, á remendar una camisa de gruesa coruña. Porque ella era el genio benéfico de la casa; ella la que cuidaba de las macetas, y las flores se pavoneaban orgullosas de verse limpias por sus hermosas manos: ella la que daba de comer á las gallinas y á las palomas, y los animalitos la rodeaban, cacareando aquéllas y arrullándola éstas, y luciendo el tornasolado plumaje, sano y lucio por el esmero con que se lo atusaba y acariciaba: ella la que barría el empedrado del patio, cuyas guijas de pedernal brillaban como ágatas y ópalos. El colegial, al divisarla, se detuvo sin saber por qué, y al observar que ella había advertido su presencia en aquel sitio, de ordinario desierto á aquella hora, ó sólo transitado por los muleteros que traían ó llevaban costales de trigo ó de harina, por los obreros de la Fábrica de espadas, ó por militares, de cuyos requiebros volanderos no hacía el menor caso, experimentó, sin darse cuenta tampoco del porqué, una sensación de placentera sorpresa y de embarazo al mismo tiempo. La mirada de Leocadia le penetró más adentro de lo que suele cualquier mirada no indiferente: y ella á su vez, al percatarse, con la presteza propia del instinto femenil, de que era objeto no desagradable al curioso desconocido, sintió un pudoroso rubor teñir sus virginales mejillas, y bajando los ojos, prosiguió su costura sin volver á mirarle.

No era Fernando un joven vulgar: menos aún un muchacho atrevido y vicioso. De hermosa presencia, rostro trigueño, ojos y cabellos negros como el azabache: hijo de un acaudalado título de Andalucía viudo y timorato que al morir, mucho antes de llegar á la vejez, le había dejado encomendado á un hermano canónigo en la catedral primada de las Españas, habíase criado cristianamente en el santo temor de Dios, al lado del tío canónigo; y éste, para no entregarle demasiado pronto al peligroso torbellino del mundo, había procurado con grande esmero separarle del trato de los jóvenes disipados, y hacerle aborrecer las costumbres libres de las grandes poblaciones. No quiso que cursase en la Universidad de Sevilla, y menos aún en la de Madrid, y eligió el Colegio de hidalgos de Santa Catalina, de Toledo, como casa de educación más cristiana, para inclinarle á la carrera eclesiástica, pues cifraba su principal conato en salvar del naufragio de las pasiones, en el puerto tranquilo del celibato si posible fuese, la preciosa alma puesta á su cuidado, sin que á ello le indujese el menor deseo de que, ocurriendo algún trance impensado, funesto á su pupilo, no viniera á disfrutar una familia extraña el ingente caudal paterno:—aunque malas lenguas susurraban lo contrario.—Mas no quiso el destino favorecer los santos propósitos del canónigo: Dios se lo llevó á su gloria cuando menos lo esperaba, y el muchacho quedó frente á frente con su supuesta vocación eclesiástica, de la que su natural instinto comenzaba á protestar. Considerándola atentamente, reconoció que no la tenía por elección espontánea suya, sino por docilidad á las continuas amonestaciones de su tío, y resueltamente la abandonó. No porque fuese Fernando un joven inclinado á la vida mundana; todo lo contrario: era juicioso y de carácter tímido, humilde, y pudibundo como una doncella; pero la vida religiosa le parecía superior á sus fuerzas. Había, pues, anunciado ya su propósito de col-

gar los hábitos, cuando la suerte le deparó la aparición fascinadora de la hermosa hada del molino de Pedro Ayuso.

¿Cuál fué el resultado de este inesperado encuentro? El que puede colegir el lector del carácter meticuloso y encogido del colegial: que al sentir en su corazón germinar, crecer y tomar cuerpo de repente un afecto extraño y avasallador nunca antes experimentado, quedó entre confuso y embelesado, inmóvil como una estatua, pegado al bardal, sin poder proferir una sola palabra.

Por la noche, en el colegio, á solas con la bella imagen y con su dulcísimo recuerdo, formuló repetidas veces esta reflexión, verdadera como un Evangelio:—La Naturaleza y la Fortuna andan casi siempre reñidas: la Fortuna, ciega y loca, envidiosa de la próvida y sabia Naturaleza, muy á menudo se complace en trastornar sus obras: y así no es raro ver que al que nace rústico, feo y bruto, le colma de bienes, y deja en la obscuridad criaturas que la Naturaleza hizo nobles, hermosas é inteligentes. Esa peregrina mujer nació para princesa, y por una vil treta de la suerte, se ha quedado en hija de un molinero!

***

Al día siguiente se acentuó algo más la magnética comunicación entre aquellas dos almas, y más todavía en las mañanas consecutivas. Durante la primera entrevista dentro del patio, y ya el uno enfrente del otro, los violentos latidos de ambos corazones eran tales, que no acertaban sino á articular palabras insulsas é inconexas; mas desde el tercero ó cuarto día, su diálogo empezó á ser más íntimo y familiar. Pero Leocadia y Fernando, él á los diez y nueve años y ella á los diez y seis, se amaban sin que la palabra *amor* hubiese una sola vez salido de sus labios en sus ya largos y siempre honestos coloquios. Leocadia no había oído nunca definir y nombrar el afecto que sentía; Fernando, aunque sabía lo que era, se imaginaba que con llamarlo por su nombre, lo degradaba: tan pura, delicada y sublime era la pasión que su amada le inspiraba, y tan baja la idea que, mediante su severa educación religiosa, se había formado del amor natural y humano. Creía firmemente que no podía, sin pecado contra el primer mandamiento de la Ley de Dios, decir un hombre á una mujer: *Te adoro, te idolatro, te amo más que á mi vida;* y se había prometido formalmente á sí mismo no proferir jamás tan idolátricos conceptos.

Pedro Ayuso y su mujer, que advirtieron desde los primeros días la mutua afición de los muchachos, nada dijeron á su hija, porque veían que las visitas del colegial no cambiaban nunca de escena; que la honestidad de Leocadia no corría el menor peligro en contacto con aquel singular amante, para ellos tan único en su especie; y porque en sus adentros no les desagradaba el pensar que la constancia del galán pudiera conducir á un noviazgo formal, y muy ventajoso para ellos, pobres molineros, atendidas la distinción de sus maneras y la holgura de medios con que parecía haberle favorecido la fortuna, á juzgar por su porte y por todo su exterior.

La curiosidad natural de la molinera vino inesperadamente á poner fin á aquel hermoso idilio. Quiso saber quién era Fernando—lo cual era muy justo después de tantas entrevistas consentidas—y él, sin sospechar el efecto que su declaración

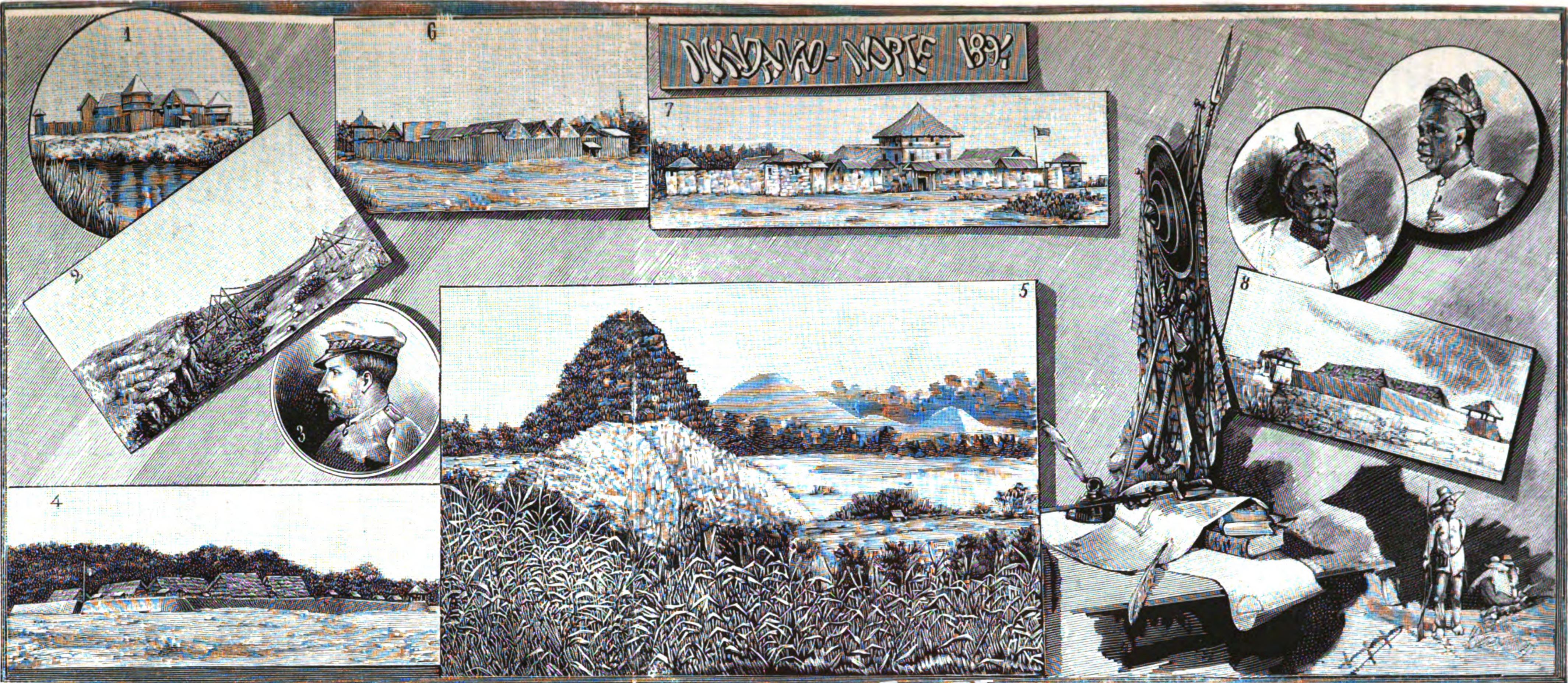


EL DR. D. CAMILO CALLEJA Y GARCÍA,
EMINENTE MÉDICO DE VALLADOLID.



MADAGASCAR.—PREPARATIVOS DE LOS HOVAS PARA DEFENDERSE DE LOS FRANCESES.—LA BATERÍA DE AMBODINANDOHALO.

(De fotografía.)



FILIPINAS.—OPERACIONES MILITARES CONTRA LOS MOROS DE MINDANAO.—POSICIONES AVANZADAS DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN EL TERRITORIO ENEMIGO.

1. Fuerte.—2. Puente sobre el Agus.—3. General González Parrado.—4. Campamento de Illana.—5. Nomungan.—6. Reducto de Nanapán Grande.—7. Cota de Higán.—8. Fuerte Salazar.



CONSTRUCCIÓN DE UN PUENTE SOBRE EL RÍO AGUS.



LAS TROPAS DISPONIÉNDOSE Á PASAR EL RÍO.

pudiera producir, porque nunca el noble se figura que mortifica al plebeyo cuando con él se iguala, manifestó con toda ingenuidad y llaneza su origen, su familia, el título nobiliario heredado de su padre, y la ventajosa posición en que le colocaban grandes bienes de fortuna, que, aunque disputados por un pariente poderoso en la corte, le estaban por el presente asegurados en un juicio posesorio fallado á su favor. Á esto agregó la franca revelación de una entrevista recientemente celebrada con su curador: éste le había propuesto, autorizado por su adversario en el pleito, que para terminar la larga contienda que ambas casas venían sosteniendo con grandes disgustos y dispendios, y con pocas probabilidades para Fernando de vencer en la alzada pendiente, dados los irresistibles empeños que había puesto en juego su contrario, aceptase como medio de transacción la mano que éste le ofrecía de su hija única, joven hermosa de diez y ocho años, con lo cual todas las diferencias y enemistades se darían al olvido, y los intereses rivales se fundirían en uno con un venturoso enlace. Pero él, Fernando, había repelido semejante proposición, terminando con esto su plática con el curador: y ahora añadía, medio ruborizado, que sólo se estimaría venturoso si Leocadia aceptaba llamarse su esposa.

La franca revelación del colegial, que hacía á la molinera en su vulgar codicia saltar de gozo, fué la sentencia de muerte para las vagas y lisonjeras esperanzas que indeliberadamente había ido nutriendo la sencilla y honesta doncella, á cuyo buen juicio no podía ocultarse el abismo que abría entre ella y Fernando tan gran desigualdad de condiciones, por más que él en su generoso arrebato se creyera con fuerzas para renunciar por ella bienes, posición, honores y todo en el mundo. Había escuchado Leocadia el relato de Fernando con aparente impasibilidad, y cuando él se levantó del poyo donde había tomado asiento, bajo la parra, para despedirse, palideció, y clavando en los ojos de su amado una tristísima mirada que le heló el corazón, se retiró á su aposento seguida de la madre, atortolada y confusa, en cuyos brazos rompió en copioso llanto. Al separarse de Fernando, le dijo estas solas palabras: «Cásese usted con *ella:* asegure usted su porvenir, y sea feliz.» — Cruzó como un relámpago por la mente del joven la causa heroica de tan repentina transformación: titubeó un momento entre si penetraría en la casa para confirmar su noble resolución, ó aguardaría fuera la ocasión que para hacerlo más solemnemente le deparase la Providencia. Venció su natural discreción, y se retiró abrumado de pena y cabizbajo, pensando sólo en el modo de convencer á su amada de la firmeza de su cariño, y de que ni aun el peligro de perder por una sentencia inicua título, bienes y honores, sería parte para hacerle cambiar de propósito, pues prefería mil veces ser con su Leocadia mozo de aceña, á vivir sin ella en el regazo de la Fortuna.

***

No consiguió Fernando ver más á Leocadia: la entrada al molino fué para él puerta sellada. El patio estaba mal barrido; las plantas de las macetas, sin riego y lacias; las gallinas y las palomas, privadas del cariñoso cuidado de su dueña, con el plumaje deslustrado y sucio, buscaban por entre las guijas los granos de trigo caídos de los costales que allí conducían los mulos para la molienda; el mastín, antes sujeto en su perrera, gruñía suelto amenazando abalanzarse á todo el que osara penetrar en el vedado recinto. Y era que la hermosa hada del molino, presa de una repentina veleidad infantil, más estudiada que espontánea, se había ido, en la tarde misma de aquel día de tan amarga despedida, á pasar con anuencia de sus padres el resto de la primavera en compañía de una amiga de la infancia, hija de los dueños de un cigarral lejano, con encargo expreso de que á nadie descubrieran su paradero.

***

Por aquellos días murió el abogado que defendía en la Audiencia de Madrid el pleito de D. Fernando de Mendoza, marqués de los Gameros, con el Conde de las Atalayas, sobre mejor derecho al ducado y bienes de la Nava-Hermosa, y fué menester que el joven colegial, que ya por su edad y sus estudios debía intervenir directamente en la administración de su hacienda, pasase con su curador á la corte para nombrar otro letrado que se encargase de su asunto.—Y también por entonces, muerto el rey Fernando VII, estalló la guerra civil en el Norte.

Fernando de Mendoza ganó su pleito; pero desesperanzado de poder averiguar el paradero de Leocadia, á quien sin descanso había hecho buscar por todas partes, corriendo en Toledo el rumor de que vivía, muerta para el mundo, en algún convento de religiosas, no le fué posible volar á ofrecerse de nuevo á ella con el pingüe fruto de su victoria.

Educado en el núcleo del elemento ultramontano que fermentaba entre el Cabildo de Toledo, se afilió al partido carlista, como buscando distracción á su pena en el rudo batallar de los bandos políticos, y las luchas de los periódicos, de los corros y tertulias, absorbieron por algunos años su existencia. Llegó el día en que juzgó, con otros jóvenes fanáticos de su partido, ser necesario hacer un supremo esfuerzo en favor de la causa del Pretendiente, cuyas tropas, ya hábilmente organizadas por Zumalacárregui, sólo esperaban un nuevo incremento — así al menos lo entendía él — para plantarse triunfantes en Madrid; y haciendo á don Carlos el sacrificio de su fortuna y de su bienestar, se lanzó con aquellos amigos suyos en busca de marciales aventuras, alistándose bajo las banderas del afamado caudillo.

La guerra era á la sazón enconada y cruel: había de una y otra parte jefes que no daban cuartel á los vencidos; sólo esas heroicas criaturas que llamamos *Hermanas de la Caridad* aparecían en los campos de batalla como ángeles de paz enviados por el cielo á la tierra para recordar á los hombres, trocados en feroces demonios, ebrios de sangre y sedientos de exterminio, que el amor santo no se extingue en el mundo redimido por la Cruz, ni aun en la horrible desolación que sigue á la matanza. Con las Hermanas del contingente de Toledo, que habían solicitado por singular merced ir á la guerra de Navarra á ejercer su dulce y consolador oficio, fué la hermosa y pura Leocadia, de quien falsamente se supuso que había abrazado vida claustral.

Mediaba el año 1834: el general Carondelet ocupaba á Viana con unos mil infantes y dos escuadrones de Guardia Real de las tropas leales. Avanzó sobre la ciudad la división carlista mandada por Zumalacárregui, y al primer choque, que fué tremendo, los *cristinos* tuvieron que replegarse y hacerse fuertes en un convento, mientras llegaba otra división de tropas de la Reina. Á la aproximación de ésta, retrocedió el enemigo; pero el campo apareció manchado con el nefando tributo que la guerra paga á la muerte. Cayó en la primera refriega, atravesado el pecho de un balazo, un valiente chapelgorri, á quien abandonaron los carlistas en su retirada, dejándole como muerto. Una Hermana de la Caridad fué el único ser viviente que, por entre hacinados cadáveres, condujo la Providencia en su socorro. Por su amoroso desvelo no fué mortal la herida de aquel valiente.

Convaleció Fernando: Leocadia cumplió el tiempo de sus votos.... El *amor* iguala las condiciones. Por primera vez pronunciaron uno y otro esta dulce palabra.

Nunca vió la vega de Toledo fiesta semejante á la que se celebró pocos meses después en la humilde aceña de Pedro Ayuso. Dícese que las bodas de Camacho le sirvieron de modelo.

Pedro de Madrazo.

UNA COMEDIA INÉDITA
DE LA VIRGEN DE GUADALUPE.



NTRE los peregrinos documentos que allegaba nuestro difunto amigo D. Manuel Cañete para sus estudios sobre el *Teatro español anterior á Lope de Vega*, cuéntase un manuscrito, peregrino también y de circunstancias singulares, como que dice su portada así:

COMEDIA

DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE Y SUS MILAGROS, ESCRITA POR FRAY DIEGO DE PRADES, DE LA ORDEN DE SAN JERÓNIMO.

Representada en la ciudad de la Plata (Chuquisaca) en Enero de 1602.

Según el Sr. Cañete, hállase este manuscrito al final de un grueso volumen que de sus viajes por América escribió el jeronimiano fray Diego de Prades, cuyo manuscrito paraba en poder del erudito astur Sr. Soto Posada, que se lo facilitó por tan brevísimo tiempo en uno de sus viajes á Madrid, que no lo tuvo Cañete para copiar la comedia con esmero, ni menos, por consiguiente, para cotejarla y corregirla. El códice, además, está muy deteriorado y es la letra por extremo revesada; pero las lagunas y defectos de la copia de Cañete no son tantos que yo no pudiera, en 1880, corregir la que saqué para mi uso, por lo menos medianamente y con arreglo á los dictados del buen sentido.

La singularidad de su representación en América tan al comienzo del siglo XVII, acaso es la menor que avalora esta obra dramática, pues también puede, por su asunto, disputar en el teatro español la primacía á los autos y comedias que inspiró Nuestra Señora de Guadalupe, mientras no nos depare la fortuna el códice que, según dicen algunos viejos extremeños, iban formando los frailes de aquel monasterio con las loas y representaciones teatrales que se hacían en las grandes fiestas, teniendo por público la flor de Extremadura; códice donde no es dudoso que se hallarán piezas del siglo XVI, y aun quizás muy anteriores, con la historia de la divina imagen relacionadas. Ello es que por primera comedia de la invención y milagros de Nuestra Señora de Guadalupe se contaba hasta hoy la atribuída á Cervantes con este mismo título, que se imprimió en Sevilla repetidamente, primero por Clemente Hidalgo, en 1605, y después por Bartolomé Gómez de Pastrana, en 1615 y 1617. Por copia de un raro ejemplar de esta última, que facilitó el bibliógrafo del Teatro Español, Sr. La Barrera, á nuestro amigo D. José María Asensio, hizo en 1868 linda y correcta reimpresión la Sociedad de Bibliófilos Andaluces.

Entre otras circunstancias que adjudican al autor de *El Ingenioso Hidalgo* la paternidad de la *Comedia de la soberana Virgen de Guadalupe y sus milagros y grandezas de España*, es de las más dignas de tomarse en cuenta la fecha de la licencia para la impresión (22 de Agosto de 1598), dato justificante de que el glorioso cautivo de Argel la tenía escrita con algunos años de anterioridad á su publicación en Sevilla, quizás desde el mismo año 1580, en que, rescatado por los frailes de la Merced, hizo la peregrinación á Guadalupe, como casi todos los esclavos de aquel tiempo, para depositar sus rotas cadenas á los pies de aquella célebre imagen; pero siendo éstas meras conjeturas, hay que atenerse por ahora al dato oficial de la licencia para la composición, y al de 1605 para la publicación.

Ahora bien; nuestro amigo y paisano D. José Sánchez Arjona, en su excelente monografía *El teatro en Sevilla en los siglos XVI y XVII*, ha probado, con datos de aquel archivo municipal, que estando Cervantes en la ciudad bética en 1594, acordó el Ayuntamiento, para las fiestas del Corpus, dar premios *á los que mejor letra hiciesen para los autos*, premios que obtuvieron *El grado de Cristo* y *Santa María Egipciaca*, siendo desairados los que llevaban por título *La Ciudad de Dios* y *Nuestra Señora de Guadalupe.* De aquí el anónimo en que quedó el autor de este último auto, á pesar de haberse representado el día del Corpus, y la displicencia con que lo imprimió tres veces de la misma manera, es decir, sin dar su nombre. Como en la edición de Clemente Hidalgo, que es la príncipe, se llama auto lo que en las posteriores comedia, y como el estilo y la versificación, por lo rotundos y castizos, revelan pluma de primer orden, los que lo atribuyen á Cervantes aparecen hoy más justificados, máxime habiendo sido el primero investigador de las antigüedades sevillanas tan diligente y juicioso como D. Justino Matute y Gaviria, que pudo recoger tradiciones locales del poeta incógnito.

Aunque la misma condición tenga para nosotros el códice de fray Diego de Prades, no nos parece inverosímil la remota fecha de la representación de su comedia en América, por tratarse de una ciudad como la Plata, ó Charcas, emporio del Perú, con silla episcopal, á la sazón ocupada por un extremeño, y en tan floreciente estado religioso, que pocos años después, en 1608, iba á ascender á Metropolitana. En efecto, D. Alonso Ramírez de Vergara, noveno obispo de las Charcas, era natural de Segura de León, y gobernó aquella diócesis desde 1594 hasta su muerte, en 1603, año siguiente á la representación de la comedia, que pudo ser inspirada por su devoción á la patrona de su tierra extremeña, coincidiendo con la del autor, fraile jerónimo, como los que regían en España el monasterio de Guadalupe y en la ciudad peruana un convento de los más famosos. Tampoco será aventurado creer que se representó la comedia en la catedral, que era de las más suntuosas que á la sazón en América existían, con tres naves, y de alhajas y pinturas sumamente acaudalada, según la describe el coronel don Antonio de Alcedo, y que la representación se daría como arbitrio y recurso de los religiosos extremeños para apaciguar la guerra civil de los Vicuñas, en que estaban siendo sus paisanos tanta parte.

Porque no huelga, antes importa recordar aquí, que la indígena Chuquisaca, á quien llamaron los españoles La Plata, por la abundancia de este metal en sus contornos, malcontenta con sus riquezas y su progreso, rival de la corte de los Pizarros, había descubierto en 1544 las más ricas minas que hasta entonces hubieran existido en el Perú ni en parte alguna del mundo, las del cerro de Potosí, donde en un año se improvisó la villa imperial de este nombre con el tropel de aventureros que de todas las naciones acudían al cebo de la ganancia. Al terminarse las rebeliones de Gonzalo Pizarro y Hernández Girón, predominaron allí extremeños, andaluces y castellanos, llamados los Vicuñas porque usaban sombreros hechos con la piel de este animal, mientras que no seguían moda semejante los vascongados, vizcaínos, catalanes y demás gente del Norte de España, siempre algo opuestas á las meridionales por su mayor espíritu regionalista y banderizo, que en la villa imperial estalló como volcán furibundo. Enriquecidos y ociosos, porque los indios les labraban las minas, cuando en los campos no había guerra civil en grande escala, por las calles se la hacían entre sí, degollándose con el menor pretexto, y obligando á salir de la iglesia á cada hora procesiones y frailadas, que no siempre conseguían su propósito de evitar muertes y escándalos. Autoridades y jueces severos que repetidamente se enviaron á la villa imperial, ó se hacían juguete de los bandos, ó caían á sus golpes, ya muertos, ya vencidos.

Cuatro años antes de representarse la comedia, y por eso pudo ser su representación, como hemos dicho, arbitrio del Obispo ó de los frailes jerónimos, para ablandar los corazones con la devoción más popular de España, había ocurrido el increíble caso de la criolla Floriana, la mujer más hermosa y brava de Potosí, cuya galante aventura costó la vida á tres caballeros principales. Era hija del matrimonio extremeño D. Alvaro Rosales Montero y D.ª Ana Quintanal. Donde semejante doncella, que pocos años después moría en olor de santidad, pudo, á la luz del sol, con una navaja

defenderse y aun malherir al oidor Lupidana, que sobre juez riguroso era gobernador interino de la imperial villa, bien se comprende que las costumbres y el estado social anduvieran tan desbaratados, que la clerecía, no pudiendo poner paz y remedio con el Hijo de Dios, en la Hostia consagrada, apelase á la Madre, en la más adorable y popular de sus efigies. Que la de Guadalupe fué escuchada por los Vicuñas del Perú en 1602, quizás por ministerio de la comedia del P. Prades, lo dan á entender las historias de Potosí, señalando por esa fecha una como pausa de tranquilidad relativa. Pero ¿no pudo escribirse mucho antes, como la que al autor de *Don Quijote* se atribuye? He aquí una cuestión que solamente leyendo entero el códice asturiano podría ponerse en estudio.

El buen fraile jerónimo hizo en puridad una leyenda dramática de la Virgen extremeña, por estilo de las que hacían de los santos y los mártires los trovadores provenzales, que nos han dejado, v. gr., la de Santa Inés, por modelo á la literatura y por cuna á la ópera. Coge el hilo del asunto nada menos que en el papa San Gregorio (siglo VII), que, afligido por una peste de Roma, encomienda la ciudad á una imagen de la Virgen que poseía, y al ver milagrosamente desaparecido el azote, perpetúa el recuerdo exclamando:

Castillo do estuvo el ángel,
Tú, Sulpicio, mandarás
Que le llamen desde hoy más
El castillo de Santangel;

y regala la imagen á San Isidoro, que está presente, para que se la lleve de su parte y en prueba de su alta estimación á su hermano San Leandro, arzobispo de Sevilla.

De aquí pasamos á la corte del rey D. Rodrigo, no mal pintada, ciertamente, en breves rasgos, pues la forman aduladores, locos y mentecatos, que en permanente orgía excitan al Rey á atropellar el honor de Florinda, encerrándolos juntos en un jardín, sin más protesta que la del bufón de la corte. Peca de inocente aquí la aplicación de la filosofía de la historia por los mismos que la sacrificaban á su devaneo.

RODRIGO. ¡Dejarte tu padre adonde
Por mi daño te dejó!
FLORINDA. Eso en mi favor responde;
No tienes la culpa, no:
Tiénela mi padre el Conde.

La versificación, como se ve, no deja de ser correcta y fluida; hay calor y movimiento en la acción, y caracteres y pasiones para aquel tiempo no mal delineados. En la escena siguiente, que pasa ya en la capilla que tiene la Virgen en la metrópoli andaluza, donde hace los primeros milagros, abundan pasos de mucho color y propiedad para quien los haya visto análogos en la moderna Lourdes; y aquella conmoción de los devotos al resonar el grito de *¡Milagro! ¡milagro!;* aquellas marrullerías del sacristán, que hace papel de gracioso, como todos los personajes bajos de la comedia; aquella vieja vendedora de candelas, recuerdan vivamente el espectáculo de la gran calle de la Gruta, hormiguero de alsacianas y vasco-francesas, que para vender su cera persiguen al peregrino hasta la misma orilla del Gave, gritando: *¡La chandelle! ¡la chandelle! Monsieur le pelerin, de la lumière pour la Vierge! ¡Pour la procession aux flambeaux!*, juntamente con el ir y venir de los capellanes, el recogimiento de unos devotos, la ñoñería de otros, el desenfado de los aventureros, y toda la mescolanza, en fin, sacro-profana que las devociones populares presentan por su misma sencillez y espontaneidad.

Ya caído el imperio godo, en la escena siguiente huyen los cristianos ante Tárif y el conde D. Julián, que por cierto, con una carta de Florinda, explica su traición de una manera extravagante, pero brevísima:

Esta es la carta, Tarife,
Que me ha obligado á que rife
Con el rey Rodrigo godo,
Y que contra el mundo todo
Cual león la cola engrife;

y detrás de los fugitivos cristianos salen unos canónigos de Sevilla, cargados de reliquias, que van á esconder en las montañas. Entre ellas está la Virgen, regalo de San Gregorio, como ya se supone. La descripción de las Villuercas revela que el fraile jerónimo del Perú había visitado el monasterio de Guadalupe.

Por el ciprés empinado
Que al cielo quiere llegar,
¿No ves la yedra trepar
Y al álamo plateado?
Mira la robusta encina,
El roble, el sauce, el nogal,
Y entre el amargo jaral
El jazmín, la clavellina.

Y aun parece metafísica más propia del actual materialismo, que de aquellos tiempos, cierta observación que, si no es juego vacío de palabras, se refiere al influjo de la naturaleza lujuriosa en los movimientos eróticos del sér:

¡Qué verdes plantas floridas,
Cuyas ramas en el viento
Tremolando aquel *contento*
Causan que causan las vidas!

Aquí, pues, esconden los canónigos la imagen, diciendo:

En aquesta cueva oculta,
Frescos montes, sierra de oro,
El más supremo tesoro
Hoy del mundo se sepulta.

Según acota el autor, aquí acaba la mitad de la comedia, habiendo entremés, tras el cual salen á hacer la otra mitad un Alcalde villano y el vaquero Gil, tan famoso en la historia del Monasterio por haber descubierto la Virgen al buscar una vaca extraviada. No faltan lances y escenas concejiles de rústica marrullería á que fué siempre nuestro pueblo tan aficionado, hasta el momento de la aparición, que es monólogo sencillo, tierno y natural; aparición que se verifica al hacer una cruz en el pecho á la vaca muerta, como es uso para arrancar el pellejo á los animales, por quien dice Gil:

Que llevándolo en la mano
Dirán que la busqué ya,
Y así no me reñirá
Mi compadre Bertolano.

Este Bertolano es el alcalde, que en una sesión concejil acaba de retratar al vaquero de este modo:

..... es home de pro Gil,
Sin dobleces, placentero,
No villano ni grosero,
Tien bondades más de mil.
No hablará una palabra
En mengua de honor ajeno;
Sus tierras cultiva y labra,
Un poquillo de ganado
Apacienta en la dehesa;
Oye misa, ayuna, resa,
Y es del pueblo todo amado.

Al llegar el vaquero á su casa y al pueblo anunciando gozoso la aparición, sin esperanza de ser creído, porque él mismo duda de lo que acaba de ver, encuentra de cuerpo presente á su único hijo, que era toda la esperanza suya y la alegría de la vecindad, contraste que le arranca estas cristianas exclamaciones:

Regalos de vuestra mano
Son estos que me enviáis,
Mi Dios, y que os acordáis
De mí, es negocio muy llano.
Virgen, en el monte os vi,
Hablásteme en el, y es cierto
Que hallar mi hijo muerto
Tiene gran misterio aquí.
....
La que dió á la vaca vida
Con su mano poderosa,
La dará á tu hijo, esposa,
Si dello fuere servida.

Y, en efecto, pónese de rodillas é invoca á la Virgen en una tierna plegaria, que sentimos no poder copiar íntegra, por su elevada y cristiana sencillez.

Para que el caso siniestro
Por vos, Virgen, reparado,
Que soy vuestro fiel legado
Conozca este pueblo vuestro.
Que conozcan ser verdad
Que os escuche y me hablastes,
Que os mire y no me cegastes,
Aunque vi vuestra beldad.
Y en justo agradecimiento
De la merced recibida
Os juro, si le dais vida,
Cumplir vuestro mandamiento,
Y á vuestro culto y servicio
El muchacho dedicaros.....

Cuando éste resucita, nadie, naturalmente, pone ya en duda lo que cuenta el vaquero de la aparición de la Virgen, ni del deseo manifestado por ésta de que la villa de Cáceres la edificase un santuario en el mismo lugar donde había estado tantos siglos oculta. Y, en efecto, allá acuden todos con solemne pompa, y al cavar en el sitio indicado por Gil y encontrarse la Imagen, éste prorrumpe en el siguiente soneto, digno de tal ocasión y de un buen poeta:

Tengo tan llena el alma de contento
Con la presente nueva de alegría,
Que quisiera hablar la lengua mía,
Mas no le da lugar el pensamiento.
De alegre confusión mi entendimiento
En éxtasis se ve: la fantasía
Me representa al vivo aqueste día,
Y al fin no sé decir lo que acá siento.
Confuso de mirar, suspenso, absorto,
Mi humilde nacimiento y mi bajeza
Y el presente suceso, estoy sin calma.
Cuando dijera mas quedara corto.
Vos, que habitáis junto á la Suma Alteza,
Virgen, pues lo sabéis, decidlo al alma.

Siguiendo fiel á las crónicas que ponen la invención de Nuestra Señora de Guadalupe en el reinado de Alfonso XI, preséntanos ya el autor á este rey apretado en Sevilla por Albohacén, donde recibe un mensaje de Cáceres con la nueva de la aparición, en el crítico momento que un rebato de los moros le obliga á correr al frente de sus tropas; pero ya gritando:

Ningún temor nos ocupe:
Vamos, y en el fiero estrago
Digan todos: *¡Santiago*
Y Virgen de Guadalupe!

Ahora nos transporta el autor nada menos que al África, y á una de aquellas mazmorras tan bien descritas por Cervantes en sus *Tratos de Argel*. Un cautivo aparece lamentándose de que hasta el agua le niegan cuando la sed le devora, y al verse morir, saca un crucifijo que lleva oculto y besa sus llagas, que le llenan de agua la boca. Su humildad atribuye este milagro á la intercesión de la Virgen que ha aparecido en tierra de Cáceres, y enciéndese en deseos de visitar su casa y ver su rostro divino. Cáensele al punto las cadenas hechas pedazos, y lleno de emoción exclama:

En dos confusos recelos
El alma triste se ve.
Decidme vos: ¿qué haré
Reina de los altos cielos?
¿Saldré de la prisión?
(Oyese una voz que dice:) Sal.
CAUTIVO. *Sal*, escuche. ¡Oh voz dichosa!
Aunque el alma temerosa
Recela algun duro mal.
Fuera temor, no me inquiete,
Que Dios de mi parte es
Y su Madre. Tardos pies,
¿Qué os detiene? Voyme.
LA VOZ. Vete.
CAUTIVO. *Vete*, escuché. No me ocupe
Miedo en aquesta alegría.
Mas ¿dónde voy? ¿quién me guía?
LA VOZ. *La Virgen de Guadalupe.*

¡Qué sencilla y qué lindamente está manejado aquí lo sobrenatural! Es de las mejores escenas, y también de las que ofrecían mayores dificultades. Pocos la leerán sin emoción, aun en estos tiempos de tan escasa fe. Parece que vemos la mazmorra iluminada por resplandores celestiales.

Menos airoso queda nuestro Fr. Diego, al elegir seguidamente otro milagro; pero tiene la disculpa de que aquí le era preciso materializar de una manera menos estética la intervención de la Virgen en la batalla del Salado. La versificación de esta escena es, sin embargo, robusta y propia, como casi siempre.

Albohacén pugna por detener á sus soldados fugitivos, y uno de ellos le dice:

Si al vano temor me entrego,
Es, Albohacén, que estoy ciego.
ALB. ¿De qué pudiste cegar?
MORO. Una mujer me cegó,
Hermosa más que la luna.....

(Aparécese Nuestra Señora en lo alto con una fuente de arena en la mano.)

No soy yo solo, que todos
Tus moros ciegos están.
ALB. Reniego de mi Alcorán.
¡Esa mujer traen los godos!
¿Dónde está? ¿Dó la hallaré?
MORO. Apenas la tierra pisa
ALB. Dime tú el traje ó divisa,
Que yo te la mataré.

(Arroja la Virgen un puñado de arena y ciega al Rey moro.)

Mas ¿qué es esto? ¡muerto soy!
¡Mahoma, de ti reniego!
Ayuda, Alá, que estoy ciego,
Ciego con arena estoy.
La mujer sin duda es ésta.
Aquí está. Quiero vengarme. *(La acomete.)*
¡Otra vez volvió á cegarme!
Caro el mirarla me cuesta.

Naturalmente, sobre este mismo campo de batalla se verifica el voto de Alfonso XI á la Virgen, que, según algunos cronistas, fué de todos los despojos del enemigo. En la comedia se reduce á la mitad. He aquí lo que dice el Rey:

Porque con piadosos ojos
Intercedisteis con Dios,
Quiero repartir con vos
La mitad de los despojos,
Y cuando me desocupe
Y tenga, Virgen, lugar,
Os prometo visitar
La casa de Guadalupe.

Que sería por cierto mejor conclusión para la escena que lo que sigue, prosaico añadido con aires de explicación histórica:

¡Milagro raro y sutil!
Sólo veinte míos han muerto,
Y los contrarios por cierto
Más de cuatrocientos mil.

Quizás por la misma razón se precipita la entrega de estos despojos en el monasterio, que se enumeran impropia y pesadamente, y ya aparecen para concluir los frailes de San Jerónimo (igual impropiedad), los serranos de Guadalupe, que traen ofrendas á la Virgen, y el cautivo de Africa que le trae sus rotas cadenas, formando el cuadro final en que lleva la palabra un fraile, para decir, entre otras cosas (1):

.....á ti nación extremeña,
Mucho la Virgen te honró,
Pues en tu tierra gustó
Ocultarse entre una breña.
....
Tened siempre en la memoria
Sin que otra cosa la ocupe,
La Virgen de Guadalupe,
Y aquí se acaba la historia.

No es, en efecto, otra cosa, ó más bien crónica rimada con todos los caracteres primitivos del teatro juglaresco, desordenado, rústico, de una sencillez infantil; pero bello, natural y con relámpagos de poesía que ya iniciaban nuestro siglo de oro dramático. Mejor versificada la comedia que se atribuye á Cervantes, queda muy por debajo de la del P. Prades en movimiento, en viveza afectiva, en naturalidad, y sobre todo, en sabor local y de época; y en cuanto á las otras dos obras teatrales que de la Virgen de Guadalupe conocemos, la de Felipe Godínez y la de Bances Candamo, sobre ser en realidad una misma, pues Bances plagió á Godínez descaradamente, obras ya de la decadencia del teatro y de nuestro pueblo, su milagrería, su afectada sencillez, antes que devoción sincera y cándida, revelan el misticismo gongórico y convencional de tiempos en que la fe religiosa iba perdiendo su carácter de sentimiento para convertirse en rutina..... cuando no en *modus virendi*.

V. BARRANTES.

ÁVILA.

Si alguna vez me pierdo, que me busquen en Avila; allí me encontrarán admirando bellezas y renegando de nuestro natural abandono. Á cada elogio que en España produce algo de lo mucho bueno que hay en ella, tiene que seguir una censura; y en Ávila, por tanto, encuentran ocasión para censurar muchas veces los aficionados á la hermosura de lo antiguo. Los amantes del gusto moderno no la hallarán para elogios ni para críticas. El progreso en la añeja mansión de los vetones, de los cuales aun conserva recuerdos, detúvose en el siglo XVI, y á pesar de sus jardines de San Antonio, Recreo y Rastro, nombre que mal se aviene con el sitio, no pierde, por fortuna, su atractivo carácter de antigüedad.

(1) Este parlamento del fraile empieza con una alusión á Potosí, que por lo viciado del texto no se comprende bien.

Y tú, *villa imperial*
Depósito con razón *(sic)*
Puedes en esta ocasión
Juzgar tu ventura igual
Á España, pues también tienes
El tesoro que la (ella?) alcanza,
De quien ten cierta esperanza
Que te vendrán grandes bienes.

¿Habría regalado el Obispo á la villa imperial alguna copia de la Virgen, su paisana?



SIGÜENZA.—UNA CASA ANTIGUA DE LOS BARRIOS ALTOS.

DE UNA FOTOGRAFÍA DEL SR. CIFUENTES, PERTENECIENTE Á LA COLECCIÓN DE D. ENRIQUE SERRANO FATIGATI.



LAS PRIMERAS LETRAS.

CUADRO DE MME. COLIN-SIBOUR.

Muy semejantes á los toros de Guisando, ídolos de Serapis, tiene también los suyos vetustos y de piedra, figúrome que en conmemoración de alguna victoria. Los avileses coevos llaman, con perdón, á estos emblemas de triunfos prehistóricos los *marranos*, y es la verdad que más á éstos que á toros se parecen.

Como en todas partes ocurre, los naturales de Ávila son los que menos aprecian las maravillas que poseen; de algunas ni se han dado cuenta de que existen. Desde las alturas del paseo del Rastro descienden hasta cerca del río, formando curvas caprichosas, las callejuelas que componen el barrio de Santiago. Este barrio casi no lo conocen sino sus vecinos; los del resto de la ciudad lo contemplan generalmente desde lejos. Un día de los más calurosos del mes de Julio lancéme á visitarlo, y aunque estuve á punto de perniquebrarme varias veces, y de rodar otras tantas, di por bien empleada mi visita á tales encrucijadas y revueltas. El barrio es, en verdad, muy pintoresco. Cuando aquella noche referí entusiasmado á mis amigos los detalles de la excursión, todos los asistentes soltaron sin escrúpulo la carcajada, mofándose de mis aficiones. ¡Cuestas, vericuetos, calles que parecen escaleras, plazas en forma de espirales! Ellos ven sólo en esto la molestia para subir y el peligro para bajar. El único que elogió mi capricho fué el dueño de un almacén de calzado: andando por allí, los zapatos se rompen fácilmente.

No existen muchas ciudades que guarden recuerdos tan añejos, como no existe, si no me engaño, población alguna en España que conserve, completos, muros de fecha tan remota como los que en ella circundan el antiguo recinto. Miraba yo y remiraba un día la airosa puerta de San Vicente, con sus dos elevados castillotes y su elegante arco de unión, sin encontrar en ella falta arquitectónica, cuando, acercándose por mi espalda un avilés, que reside de ordinario en Madrid, murmuró en mi oído estas palabras que me sonaron á sacrilegio:

—Me gusta más la casa de la Equitativa.

Muy bella es, con efecto, esta finca lujosa; yo así lo reconozco; pero de la comparación no me resulta. Ocupa la célebre muralla una línea de 2.250 metros, con 2.500 almenas, 9 puertas y 88 cubos; el grosero material de que se compone revela la época de su construcción, que fué, sin duda, la época goda, aunque alguien suponga que la reconstruyeron los árabes, y realiza una maravilla contraria á todas las leyes del equilibrio: asiéntanse los pedruscos que la forman, no sobre su base más ancha, sino sobre su lado más picudo; de este modo impropio se sostienen siglos y siglos, y así dan consistencia inquebrantable á aquella enorme masa.

No hay punto de vista que no la favorezca; pero el que quiera apreciarla en su conjunto, visite la linda posesión que, pasado el puente, viniendo de la ciudad, disfruta mi buen amigo el Sr. Cardero, teniente coronel de aquella reserva, y trepe á lo más elevado del monte, comiendo antes un poco fuerte; no hay que olvidar este consejo. Abárcase desde aquellas alturas todo el terreno amurallado; corre en lo profundo del abismo el río Adaja, formando vertientes caprichosas, y elévanse desde la opuesta orilla las últimas estribaciones de la sierra del Guadarrama, sobre las cuales se asienta el viejo muro, todavía inexpugnable en este sitio.

¡Manes heroicos de Ximena Blázquez, perdonad á los pasados ediles avileses é inspirad á los presentes y venideros! Las soberbias murallas desde las cuales hizo aquella mujer animosa declararse en fuga á los infieles, sirven hoy de apoyo, por la calle de San Segundo, á menguadas viviendas, que ocultan acaso el sitio por donde entonces se rechazó el asalto.

Como si los antiguos hubieran encomendado á la ayuda de Dios la defensa de la parte más flaca de la ciudad, enclávase en el muro del Este, punto en el que no existen defensas naturales, la catedral espléndida, reedificada en el siglo XI por el arquitecto Benito Sánchez, pero edificada sin duda en la época goda, á la par ó anteriormente que la muralla: no se comprende de otro modo que forme parte de ella. Pertenece al período de transición entre el bizantino y el gótico, y hay que apreciar, por tanto, su belleza en la majestad y esbeltez de su estructura, más bien que en el adorno, del que carece casi por completo en su interior, y que en el exterior es escaso. La nave central, afeada en parte por dos pegotes de construcción moderna que sirven de sostén á magníficos órganos, elévase en elegante ojiva, aspirando á los cielos; y aunque desprovista de sus antiguas vidrieras de colores, que, según dicen, se encuentran en la cripta, aguardando sin duda mejor ocasión, no recibe abundancia de luz, que destruyera en ella la tenue opacidad, auxiliar poderoso del recogimiento. Si el espectador se coloca de espaldas al grandioso retablo, obra de Berruguete, padre, sobre las gradas del altar mayor, cubiertas con alfombra del siglo XV, que, á pesar de los años y del uso, sirviera todavía de modelo en la moderna fabricación, podrá apreciar en su conjunto el gigantesco coro de gusto irreprochable, su elegante sillería, una de las más artísticas de España; las naves laterales sirviendo á la central de botareles, sin cuyo auxilio se desplomara, á juzgar por el exagerado movimiento que hicieron en lo antiguo sus columnas; el airoso crucero en cuyas ventanas ojivales se conservan intactas las vidrieras antiguas de maravillosa labor, y allá en lo alto del marmóreo trascoro, obra de mucho efecto, debida á Juan del Rea, el Hijo misterioso del Eterno ofreciendo su amparo al afligido mortal, en avidez constante de su misericordia.

Necesitárase grande espacio para describir á conciencia las urnas sepulcrales adosadas al muro, bajo elegantes hornacinas; el ábside majestuoso; la mesa de altar, debida á Juan Grisaldo; la sacristía con su puerta de entrada, que despierta la codicia de los extranjeros; el cuadro existente en la segunda capilla, atribuído por su mérito al célebre Murillo; ropas, joyas, adornos, enseres y reliquias.

La ciudad arqueológica es un espléndido museo de santuarios famosos, entre los cuales descuellan el convento de Santo Tomás, que fué Universidad hasta 1824, y es sepulcro del infante D. Juan, hijo de los Reyes Católicos; la iglesia de San Pedro, en cuyo atrio se verificó el primer auto de fe dispuesto por la inquisición de Avila el año 1441; la parroquia de Santiago, con sus extrañas arcadas desiguales; el templo de San Juan en la plaza de la Constitución, y la renombrada basílica de San Vicente, que debe su nombre al martirio de los santos hermanos Vicente, Sabino y Cristeta.

Este templo majestuoso tiene una historia singular, que, para concluir, aquí incluyo, por si á alguien interesa.

La basílica de hoy elévase en parte sobre otro santuario al que llaman *la subterránea*, y en el que, según dicen, sufrieron el martirio los tres santos hermanos. Algún tiempo después un hebreo, maligno de suyo, bajó á la sagrada cueva con intento de profanarla; pero aún no había comenzado la sacrílega operación, cuando una enorme serpiente, que se enroscó á su cuello, le oprimió con tal furia que casi le dejó sin habla. Dejóle, sin embargo, la bastante para encomendarse al Dios de los cristianos y ofrecerle su ingreso en la comunión de los fieles, elevando á su costa un templo á aquellos mártires, si le libraba de su mal paso. Así fué, con efecto, y aun se enseña en la célebre basílica el anchuroso boquete por donde desapareció el reptil, causa de la conversión y de la gran obra. Hay que suponer que el judío converso construiría no más, en todo caso, los altares que existen en *la subterránea*, y que posteriormente, pareciendo sin duda poco el santuario oculto, elevaron los reyes el templo suntuoso en cuyo crucero se destaca uno de los más extraños y admirables sepulcros que dedicó á sus mártires la religión de Jesucristo.

°°°

Buscando modo de cerrar este trabajo, que á decir lo que debiera sería interminable, acude á mi memoria un dicho muy añejo. Hay una frase vulgar que dice: *Avila, santos y cantos*; figúrome que viene como de molde para retratar, con cuatro palabras, á la ciudad y á sus habitantes; porque santos, allá casi todos lo parecen, y cantos, los hay muchos y muy primorosamente labrados.

Luis Calvo Revilla.

SIGÜENZA.

PRIMERAS LÍNEAS DE UN BOCETO.



A la derecha de la vía férrea, según se va desde Madrid á Zaragoza, se extiende la población de Sigüenza, alejándose del río y trepando hacia el alcázar, como ascienden las sociedades humanas al dejar el estado de naturaleza y subir á las más modernas instituciones.

Al llegar á la estación se despliega en anfiteatro lo lucido de su caserío, y sólo se ocultan á la vista del viajero las viviendas modestas. Á diferentes distancias se señalan los términos, ya por la antigua *albergueria de Nuestra Señora de los Huertos*, en la parte inferior; ya por los robustos y almenados muros de la catedral, en la media; ya, últimamente, por el castillo-palacio de los Obispos, en lo alto.

Mirada desde fuera, parece importante villa señorial, alejada en nuestros mismos tiempos de todo rumor de vida humana; y es por dentro una noble ciudad antigua, con algunos retoques á la moderna, que devuelve en extraños ecos, arrancados á los amplios paredones de sus monumentos, el golpeteo de los trenes sobre las plataformas y los silbidos chillones de la locomotora, como incomodada de que vengan á despertarla de sus ensueños aquellos inoportunos alborotadores.

Cuando la visité por primera vez hace años, completaban los hospedajes y costumbres patriarcales esta impresión que la ciudad produce. Pusiéronme en la mesa la sopera de abultado vientre, cual las usadas por nuestros abuelos, llena de los amarillos y espesos fideos; sustituyóla luego la fuente en que se había volcado la clásica *puchera*, con todos sus accesorios de embutidos *sinceros* y otras menudencias; apareció como complemento el *gallo muerto*, tan característico de nuestras fiestas caseras, y cerró la lista de los manjares un no pequeño cuenco de arroz con leche, espolvoreado espléndidamente de canela, que recreaba el olfato y producía vivo cosquilleo en la garganta. La cena se compuso de huevos, sabrosas fritangas y un estofadillo hecho con sal y pimienta, según la frase castellana, y ornado de más laureles que cabeza de triunfador romano.

Al acostarme, lo hice en cama muy rica de colchones, bien cubierta de mantas, emperejilada con colcha de mil colores y defendida junto á los almohadones por un saliente embozo guarnecido de complicada puntilla. Servía de pedestal á este monumento un tablado de madera, y lo rodeaban, unidos á las paredes, un sencillo crucifijo, estampas de Santa María la Mayor y la Virgen de Guadalupe, y cuatro cuadros de la historia de Santa Genoveva, con la desgraciada Princesa, el alucinado esposo, el tierno niño, causa á la vez y víctima inocente de todo aquel embrollo, los crueles sayones y la caritativa cierva, que tan importante papel juega en la piadosa tradición.

No faltaban tampoco, lado por lado del *tálamo*, que no era nupcial, ni mucho menos, los elementos de aseo indispensables que ha recomendado á los que podían usarlos la higiene de todos los tiempos. Una jofaina pintarrajeada de azul, muy moderada en su tamaño, descansaba sobre un palancanero de hierro de tres pies y cazoleta colocada á media altura para guardar el jabón, y pendiente de un clavo lucía sus flecos la toalla, que aplicada al rostro sacaba los colores á las mejillas, y desprendida abandonaba hilachos por recuerdo de su uso.

Hoy han cambiado bastante las cosas. Dispónense en las fondas almuerzos con *tortilla á las finas hierbas*, que han venido muy á menos reduciéndose todas al perejil; presentan al viajero *bisteck con patatas*, y sustituye, no sin ventaja, á la merluza dudosa de nuestros cubiertos de café modesto, un jamón de la tierra, tan rojo como los mofletes de las recias serranas que lo sirven. Al tenor de las subsistencias se ha modificado el mobiliario, porque las camas son de hierro y las palancanas han crecido con los años.

Una noticia conviene añadir para gloria de Sigüenza, satisfacción de sus amables vecinos y estímulo del viajero. Las carnes del familiar pucherete y gallo de antaño eran buenas, y de buen sabor y frescos siguen siendo los alimentos que allí se consumen. Esto demuestra, como afirmaría cualquier metafísico, que las formas exteriores mudan, pero no las esencias de las cosas.

Recorriendo la población, se encuentra abajo un lindo caserío, con calles y viviendas regulares, que se construyó á fines del siglo pasado; y trepando luego—esta es la frase—á los barrios altos, se observa por todas partes esa extraña mezcla en unas mismas construcciones de lo antiguo y lo moderno: conservado, quizás, lo primero por pereza y falta de recursos para destruirlo, y dispuesto lo segundo atendiendo á las más apremiantes necesidades de los tiempos.

La casa blasonada que reproduce hoy LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA en su pág. 48 presenta crestería sencilla, tres gárgolas y sartas de perlas que tienen todavía un acento de los últimos años del siglo XV; portalón con amplio dovelaje y arco de medio punto, revelador de los comienzos del XVI, aunque no mal armonizado con los detalles anteriores, y líneas generales que traen á nuestra memoria los Reyes Católicos y los tiempos del cardenal Mendoza.

Mas el respeto que acusa la conservación de tantos elementos de otras épocas y la permanencia de los escudos, concuerda mal con el amplio hueco abierto en el centro para balcón, cediendo á las conveniencias de la vida moderna, la barandilla de hierro colado, producto de la industria práctica y baratita, y la persiana no muy deslucida, que no muestran el edificio al viajero como morada de altivos hidalgos y sí de gentes á quienes preocupa el aire y el sol más que la belleza arquitectónica ó los novelescos recuerdos.

Abundan en Sigüenza los monumentos hermosos para encanto del artista, y no faltan tradiciones de esas que huelen más á conseja que á recuerdo de datos positivos. La realidad y el ensueño andan juntos de viaje por el mundo, y no es mucho que dominen inseparables en la fantasía de los pueblos, cuando los sabios tienen que rectificar en cada época la obra histórica que se había creído perfecta en siglos anteriores.

El castillo produce ilusión, mirado desde lejos; pero el desencanto es grande al penetrar en el interior y recorrer aquella interminable serie de estancias con paredes lisas, bien jalbegadas, blancas y relucientes, que piden el aplauso al aseo de sus moradores, y no recuerdan el genio de artista alguno, ni famoso, ni mediano. Un reducido camarín tiene el interés dramático de haber servido de prisión, según parece, á la desgraciada esposa de D. Pedro *el Cruel*, y los adornos del Renacimiento con que luego se le embelleció, atenúan la emoción que debiera producir la triste y sentida leyenda.

Más excitan la fantasía algunos trozos de vetustos recintos: plazas reducidas y solitarias con edificios ennegrecidos; un callejón sombrío, terminado por estrecha puerta, que da paso á otros barrios, y tiene por dentro, en lo alto, imagen alumbrada por pobrísima lámpara; las dos portadas románicas de Santiago y San Vicente, y cien restos que se encuentran al bajar desde la antigua á la moderna morada de los *Prelados*.

El escritor inglés *Street* cita la catedral, joya de Sigüenza, como una de las dos que posee España de carácter más propio y original. Sus torreones y

almenados muros la dan aspecto de fortaleza y no de templo, y las renovaciones que ha sufrido en diferentes fechas permiten juzgar en ella de las transiciones arquitectónicas, si bien tienen el inconveniente de haber alterado una y cien veces su unidad.

Léese, sí, en los cambios una historia nada consoladora de intransigencias artísticas en los pasados siglos, de absoluta falta de respeto á lo que habían labrado sus antepasados y de excesiva imprevisión. A fines del siglo XVI se destruyeron capillas y ábsides para abrir la nave del trasaltar; antes se habían alterado las líneas del crucero, con motivo de nuevas construcciones, y como resultado de los trabajos falló uno de los haces de columnas, y se abrieron las bóvedas, denunciando hoy todavía los lamentables hechos los grapones de hierro que sujetan á éstas y la envoltura de fábrica con que hubo de revestirse aquél.

No es tan rica en esculturas humanas la catedral de Sigüenza como otros grandes templos castellanos: pero no faltan en ella los bultos yacentes de prelados, de caballeros que lucieron su hidalguía en aquellos territorios y de las damas sus consortes. Una de las más bellas es la que representa á D. Martín de Arce, con roja cruz de Santiago sobre su blanco peto de mármol, apoyado su brazo en una gavilla de trigo y con un libro de rezo en las manos, tal cual debió pasar sus últimos momentos al ser herido frente á Granada.

Preséntase en él un ejemplo más del ardoroso entusiasmo que despertó D.ª Isabel la Católica en nuestra juventud del siglo XV y del valor con que supieron dar su vida los aristócratas en la última etapa de la reconquista española. Nuestras iglesias artísticas están llenas de efigies de nobles que murieron del mismo modo, y la estatua orante de don Juan de Padilla, y las yacentes de Alonso de Carrillo, en Toledo; de Valderrábano, en Avila; de un Cartagena, en Burgos, y cien más, revelan en sus líneas cuántos adolescentes sacrificaron al bien común un porvenir risueño.

Las leyendas de Sigüenza comienzan en alejadas fechas, y, aun prescindiendo de las que se refieren á su fundación, quedan todavía consejas y realidades históricas en suficiente número para entretener al que las escucha y despertar su interés.

Por los tiempos de la dominación sarracena gobernaba en ella el valí *Samail*, y comprendiendo éste los deberes de la hospitalidad de un modo muy distinto de como se supone que los entendían los de su raza, hubo de brindar con ella á su enemigo *Amer-ben-Amrú*, resuelto á desembarazarse de su presencia en los instantes más oportunos. Cuando el huésped cenaba descansadamente, llegaron á sus oídos los gritos de angustia que daban sus criados, degollados en un patio cercano, y empuñando con rapidez las armas, se abrió paso al través de los que deseaban obsequiarle de igual modo, debiendo al valor la salvación de la existencia.

Transcurrieron luego algunos siglos, y una noche del año de gracia de 1297, varios hidalgos partidarios de los Infantes de Lacerda sorprendieron á traición el castillo y quisieron apoderarse del obispo D. García. Huyó éste á la catedral, é invocando desde ella el favor de los vecinos, los hizo acudir á la parte alta de la ciudad y desde allí, con fuego y piedras, desalojaron á los invasores, mereciendo por el hecho las grandes mercedes que les otorgó D. Fernando *el Emplazado* en su privilegio de Valladolid que lleva la fecha del 18 de Mayo.

A los datos de episodios dramáticos, de sorpresas rechazadas ó de lágrimas vertidas por la infortunada reina D.ª Blanca, se unen aquí los de carácter más plácido referentes á la fundación de albergues para peregrinos, leproserías destinadas al alivio de los que padecían tan cruel dolencia, hospitales de diferentes fechas, la célebre Universidad y las esplendideces del cardenal Mendoza, que reunió la rica mitra de esta población á la metropolitana de Toledo por uno de aquellos actos de favor de que todavía no se ha aliviado mucho la sociedad española.

Las grandezas crecieron en ella desde el día en que se la supone ganada á los sarracenos, hoy hace años, el 22 de Enero de 1123, hasta el siglo XVI; y menguaron luego durante los XVII, XVIII y primera mitad del actual, como menguaron en toda España.

Ahora han perdido su valor muchas de las magnificencias antiguas, y la ciudad sale poco á poco de su sueño, propulsada por sus cultos vecinos, olvidando más de prisa de lo que debiera las glorias pasadas y luchando para vencer las inmensas dificultades con que en estos pueblos se tropieza para entrar de lleno en la vida nerviosa del presente.

Enrique Serrano Fatigati.

GOLFO DE MADRID.



Y QUE es uno de los más peligrosos; donde zozobran á diario la dignidad de uno y las virtudes de otro, y naufragan la salud y las bolsas, aunque éstas hallen siempre personas caritativas que las tiendan las manos.

Golfo aparentemente tranquilo, pero en realidad erizado de escollos, y en cuyas aguas se agitan y viven peces de todas clases y colores, esperando al náufrago para devorarle.

Buen golfo es el de León; pero donde está el de Madrid, academia de «peces de rapiña», que puede haberlos como hay aves de lo mismo, y refugio de tiburones, no hay golfo que valga dos pesetas.

Tal es la cría que anualmente registran en sus libros juzgados de guardia, casas de socorro, cárceles y hospitales.

Pero no crean ustedes que cualquiera puede servir para «golfo», título honorífico para distinguir á los muchachos sueltos é ingeniosos para el «timo y el tomo», que lo mismo duermen en cama, es un suponer, que de estatuas yacentes en los bancos de los paseos públicos, en verano; así en algún solar, con ó sin asistencia del guarda, si le hay, como en salón de buñolería, si lo permite el numerario, en invierno.

Y así comen en frío como á fuego, y visten blusa que cazadora, por transferencia ó donativo extraoficial.

No tiene familia, y si la tiene, no la usa el «golfo» legítimo, siempre superior á tales debilidades.

Como para el ingreso en varias academias y carreras del Estado, se exige para la entrada en la cofradía de los «golfos» ciertas condiciones físicas é intelectuales.

De condiciones morales nada dice el programa, por consideraciones que se hallan al alcance de todas las personas de buen juicio.

¿Qué es la moral?

Para el «golfo» más ilustrado, una *hiproquesía*; para los otros, un mote, como *la Parrala* ó *la Churrona*.

El «golfo» nace y se hace, por lo que tiene de poeta y de orador.

Entre ellos los hay soñadores á lo Espronceda, y otros de *Terre* de Zola, y aun alguno de tierra de Segovia, á juzgar por el color de su «cutis».

Algunos se instruyen mucho con la venta diaria de periódicos.

Generalmente el «golfo» es reservado, serio.

Se le puede confiar..... cualquier secreto..... insignificante, y se le guarda.

Como se guardaría un duro..... si se le dieran, se entiende.

Pero no caen de esas brevas en estos tiempos.

Hay duros, y hay caballeros que los dan; pero Dios sabe por qué; y la mayoría de los corazones son mucho más duros aún que los de cinco pesetas.

El «golfo» vive bien; es decir, vive independiente y libre, salvo en algunos períodos de su vida «reservada», por cuanto deja de ser pública la vida en ocupaciones judiciales, ó sea en *Abanico House*.

¿Quién puede librarse de la calumnia?

Y muy particularmente el hombre público, cuya casa es de cristal, y aun más transparente tratándose de la del «golfo».

Luego, que un muchacho sin freno, inocente, cae á las veces en la red que le tiende el tunante necesitado de cómplices y auxiliares.

Pero restaurada la normalidad de su vida, vuelve el «golfo» á presentarse en su establecimiento, digámoslo así, ó en los círculos escogidos y en los *clases*, donde cuenta con amigos y relaciones importantes.

Alguno de ellos es aficionado á la tauromaquia, como ejercicio caballeresco.

El «golfo» es sobrio.

Ve impasible las instalaciones del escaparate de Lhardy; y no por el cristal, que separa aquellos excitantes regalos, del mundo exterior, sino que también por respeto á las leyes del país y representantes de ellas.

Y por natural superioridad.

Es comerciante, cuando se lo permite el capital ó le dan en comisión el género.

—Lapiceros borradores y guardapuntas, que en la tienda marcan dos reales, á diez céntimos.

—Libros á escoger: novelas de D. Alejandro Dumas y Benito Pérez Galdós, á real.

—El almanaque del Zaragozano, para el año que viene; rige para todas las provincias de España.

«Y aun para las naciones amigas», deberían añadir los vendedores.

En otras ocasiones pregona el «golfo»:

—El ratón mecánico; el mejor juguete para los niños.

Y ofrece su mercancía en ejercicio, imprimiendo movimiento al ratón por medio de un cordelito.

Los «golfos» no mercantiles ni industriales, acuden indefectiblemente á la parada para oir la música, y les sale por una friolera el divertimiento.

En la Plaza de Toros al fin de la corrida formal, ó en la novillada, desde sus comienzos, cuando los precios son populares; en el Hipódromo ó en sus alrededores, en días de carrera; en Jai-Alai y en Euskal-Jai, y en cualquier otro «¡Ay, ay, ay!» de esos ó en las cercanías lo mismo que en las puertas, á la hora de salida del público de los teatros, allí hay golfos seguramente.

Y si no fuera porque le descubren y denuncian su cara morena y los caprichos de su indumentaria, el «golfo» burlaría la vigilancia de los dependientes de las respectivas empresas y no faltaría en espectáculo alguno.

—Pero—como decía un «golfo» de los más eminentes entre ellos—que le sorprenden á uno y le sacan del establecimiento con tenazas, como á un ratón *infregatti*.

Puede decirse que vive en el centro de Madrid, y que no falta á los sitios más públicos.

Está como familiarizado con la «buena sociedad», que decimos, y no la pierde de vista sino en las noches de invierno, cuando acude á refugiarse en alguno de los casinos de Toledo, Fuentecilla y otros.

Allí se reune la *crème* de la clase.

Pues, ¿y las «golfas»?

Porque también las hay.

Unas tienen familia, pero «se han redimido»—como oí decir á una de esas jóvenes errantes.

Otras son huérfanas de nacimiento.

También son mercantiles é «industrialas».

Y aun padecen persecuciones por la justicia algunas de ellas, como algunos de ellos.

La calumnia no respeta sexo ni edad.

Gracias á que no se hallan solas en el mundo.

Allí están sus amantes; ellos, esos chicos de enseñanza, no libre, licenciosa, que les tienden sus brazos.

¡Cuántas delicadezas en sus amores! ¡Cuántas ternuras!

Días pasados oí, en plena Puerta del Sol, un diálogo amoroso entre «golfo» y «golfa», cabe uno de esos acordeones para la publicidad, donde fijan sus carteles las empresas teatrales.

—Adios, *Chepa*—le dijo ella, cariñosa.

Efectivamente, él era un tanto abultado de albardilla.

—Dios te guarde, *Meteria*.

En lenguaje popular se declara muda la primera *e*.

—¿Ande vas?

—Pues ya lo sabes, cara e torta; á buscarte; que ando por ahí hace más de una hora, y yo no sé ande te metes tú.

—¡Una hora! chico, á ti te se dispara el reló.

—Lo que te voy á disparar yo á ti va á ser otra cosa.

—Hombre, que tiés familia; ráscatela, *Chepa*.

—No más de por eso, ahora te quito este pañuelo de seda.

—Que te estés quieto, te digo.

Pero el *Chepa*, diciendo y haciendo, la quitó el pañuelo que llevaba á la cabeza, y salió á la carrera en dirección de la calle Mayor, sin atender á las voces de su amada.

Esta gritaba:

—¡*Chepa*! ¡Granuja! ¡Á ese «golfo»!

Y, por fin, se echó á correr detrás del «trovador».

Este la esperaba en la entrada de la calle de San Cristóbal.

—Dame el pañuelo—le decía conforme se aproximaba.

—Pues convídame á churros—respondió él.

—¡Dame ese pañuelo! te digo, *Chepa*.

—Ven aquí, ven á buscarle: toma.

Con que salió otra vez á la carrera por la calle arriba.

Y *Meteria* le siguió.

Y, al fin, se encontraron y..... yo no quise ver más.

Pero estoy seguro de que harían las paces en seguida.

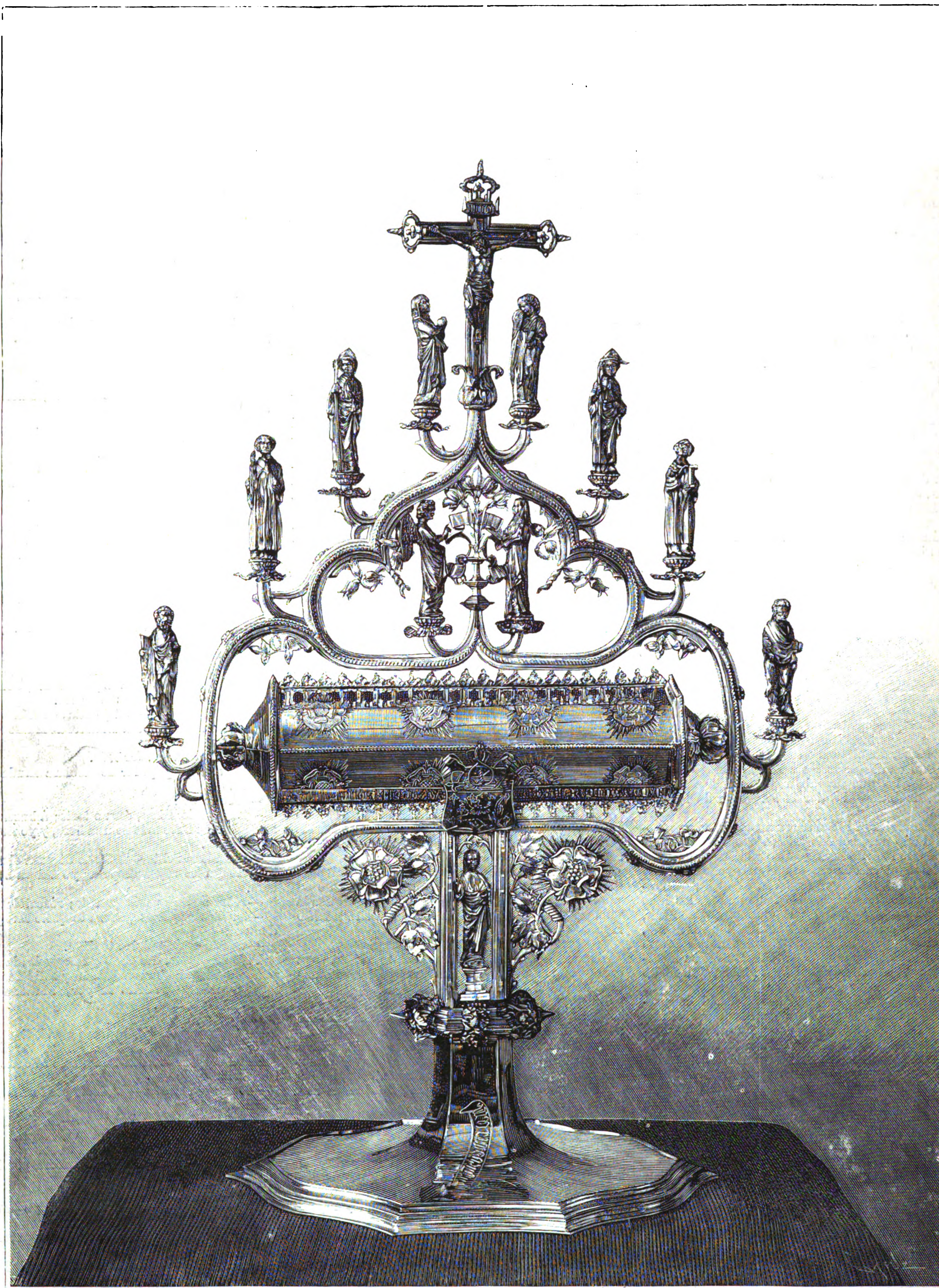
Tienen la academia en la Puerta del Sol y en otros sitios céntricos.

Se educan y crecen y se desarrollan en libertad.

La novia del *Chepa* me ofrecía ayer, en la carrera de San Jerónimo:

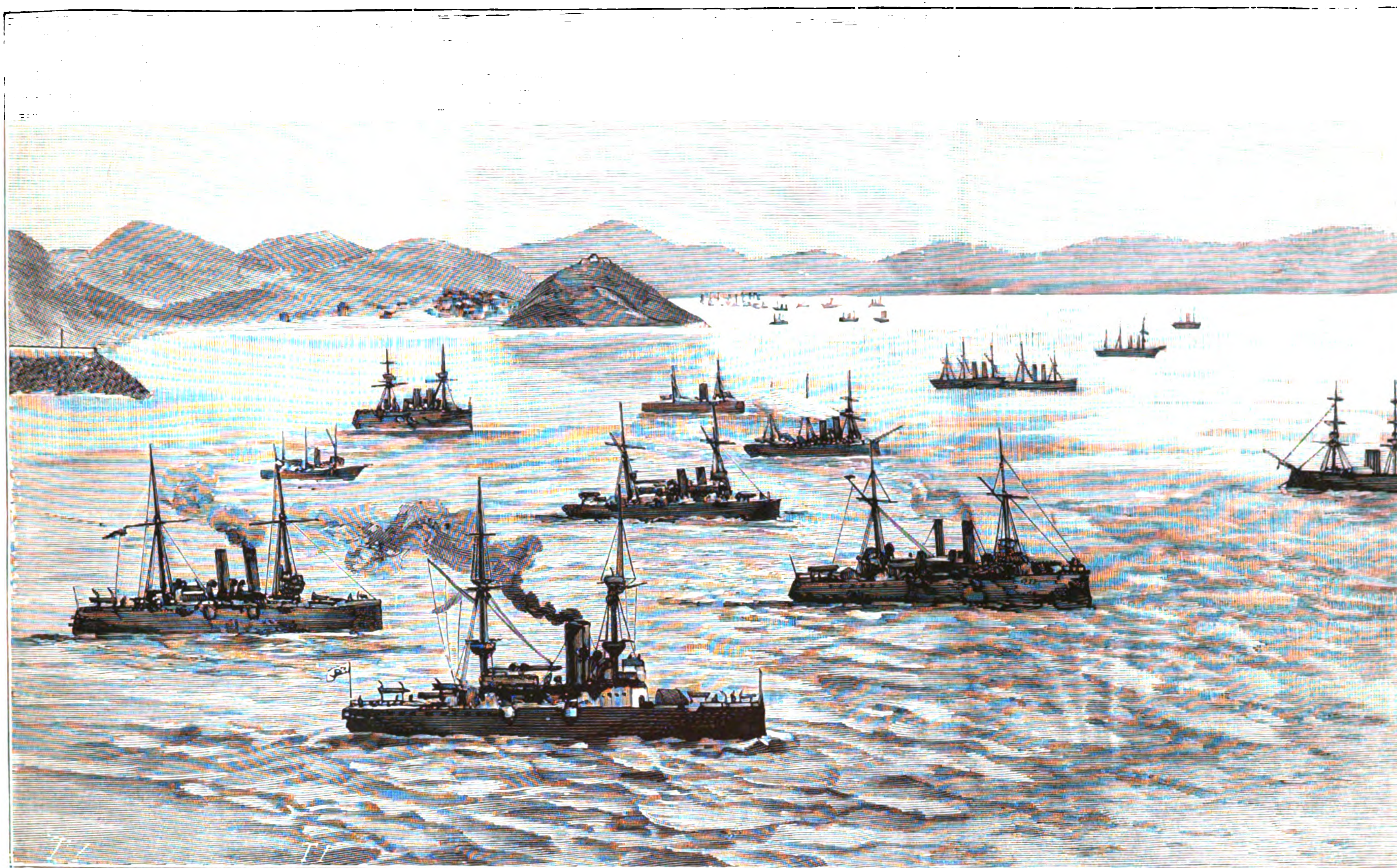
—Señorito, ¿quiere usted un décimo? ¿Quiere usted venir á la lotería?

Eduardo de Palacio.



INGLATERRA. — CRUZ DE PLATA REGALADA RECIENTEMENTE POR LOS CATÓLICOS INGLESES Á SIR STUART KNILL, PRIMER ALCALDE CATÓLICO DE LONDRES.

(De fotografía.)



LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—LA ESCUADRA INGLESA SALIENDO DE CHE-FU, BLOQUEADO POR LOS JAPONESES.



PEKÍN.—COSTUMBRES IMPERIALES CHINAS.—EL EMPERADOR PASEANDO EN TRINEO, EN EL JARDÍN DE SU PALACIO DE INVIERNO.

(De fotografías.)

EN LOS DÍAS DE S. M. ALFONSO XIII.

SONETOS.

I.

POR EL REY.

¡Protege al Rey, Señor! ¡Que espina alguna
No enlace en su corona inicua saña!
¡Haz, bondadoso, en su infantil entraña
Germinar las virtudes una á una!

Y pues junto á un sepulcro vió su cuna,
Piense en lo eterno cuando rija á España,
Y sea á todo mal su mente extraña
Y esclava de su cetro la fortuna.

Herede de su madre augusto celo
Por el bien de la patria: su memoria
Bendiga el mundo cuando deje el suelo;

Y esculpa en letras de oro nuestra historia
Que si el amor de Dios lo elevó al cielo,
De su pueblo el amor le dió la gloria.

II.

Á SU AUGUSTA MADRE.

Al descargar la muerte el golpe horrendo
En la regia mansión, terror profundo
Surgió en España, recelando el mundo
De cruel discordia el pavoroso estruendo.

Mas vos, Señora, la nación rigiendo,
Vencisteis el rencor, en mal fecundo,
Y, aborto del abismo, huyó iracundo,
Augusto niño á vuestro lado viendo.

La Patria, que en los dos su bien augura,
No teme, no, que la infernal licencia
Alce triunfante su cabeza impura.

¿Qué monstruo no se aplaca en la presencia
Del amor maternal, todo ternura,
Del candor infantil, todo inocencia?

Pablo Ordás Sabau.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Germania triumphans: descubrimientos de los alemanes en África: un lago, una cordillera y un volcán nuevos. — Del Índico al Atlántico. — Lo que será de Europa y del mundo desde 1903 á 1915: el triunfo absoluto de Alemania. — Lo que fué del gran Napoleón desde la campaña de Rusia hasta la conquista total del planeta en 1832.

Los alemanes, cumpliendo al pie de la letra el propósito que se consigna en el arrogante lema «*Germania triumphans*», dan á diario elocuentes pruebas de su audacia y de su energía, como asimismo de su sentido práctico y de su valer. Ahora mismo, el día 16, aparecieron en París, como si volvieran de dar un paseo, el Conde de Gœtzen y los doctores Prittwitz y Kersting, que acaban de atravesar el África de Este á Oeste, desde Pangani, frente á Zanzíbar, en el Océano Índico, hasta Banana, en la desembocadura del Congo en el Atlántico. Con su llegada vienen á dar á Europa una lección de geografía africana, corregida, y algunas positivas enseñanzas de higiene de viajes. Tan guapos, mofletudos y fuertes se han presentado, que nadie, al verlos, ha podido imaginar que concluyeran de atravesar el África tórrida, en cuya arriesgada caminata han tardado un año menos quince días.

Los excursionistas, bien preparados para tan admirable viaje, lo han realizado escoltados por quinientos negros, de los cuales cuarenta iban armados de fusiles de tiro rápido, cuyo manejo conocen perfectamente. Dirigiéronse desde Pangani, río arriba, hasta el lago Manyara, en plena tierra alemana, y desde éste á los territorios ribereños del gran lago Victoria. Pasando la frontera de su colonia oriental africana y recorriendo las orillas del lago Alberto-Eduardo, recorrieron el territorio desconocido de Ruanda en lo más oriental del Congo, y allí descubrieron el lago Kivú, que está situado entre el Alberto-Eduardo y el Tanganyika. Desde este lago, que aun no figura en los mapas, sale un río que los indígenas denominan Rusiri, que va en gran pendiente á desembocar en el Tanganyika. El nuevo lago está á 1.500 metros de altitud sobre el nivel del mar, y el Tanganyika á 850.

Nueve son, pues, con éste, los lagos que existen entre el Congo y el Océano Índico, á saber: el Rodolfo, el Victoria, el Alberto, el Alberto-Eduardo, el Kivú, el Tanganyika, el Mocro, el Bemba y el Nyassa, hasta que otros viajeros descubran algunos más en los inmensos territorios inexplorados de centro del Congo y de Sudán. El lago Kivú es en extensión como el Alberto-Eduardo, y mucho mayor, por consiguiente, que el Ozo, señalado en las cartas como perteneciente también al territorio de Ruanda. No es de extrañar que los viajeros aseguren que aquel país, en un espacio enorme entre los 5 grados Norte y los 15 grados Sur, con cadenas de montañas múltiples y elevadísimas y con tantos lagos, constituye una Suiza colosal, con todas las maravillosas perspectivas de la europea, pero inmensamente más rica y pródiga en riquezas naturales. Que el país apenas había sido visitado por nadie, lo demuestra la tenaz resistencia que los indígenas opusieron al paso de la expedición, y que hubo de vencerse en prolongados combates, los únicos que han tenido que sostener los viajeros en toda la travesía.

Con el lago han descubierto una cordillera que corta á las casi paralelas que forman la cuenca de los otros lagos, núcleo de montañas situado al Norte del Kivú, y que constituye la divisoria entre las aguas del Nilo y del Congo. En los mapas sólo figura el pico de Alfumbiro, de 4.000 metros de altura, y lo que parece ser el extremo oriental de esta sierra, en la que se destacan, según los expedicionarios, seis cimas, una de las cuales, denominada Kirunga, de 3.250 metros de altura, es un volcán en plena actividad. Desde aquella cordillera pudieron distinguir al Septentrión, y entre los tres lagos, la soberbia cumbre nevada del Rouenzuri, que se alza á 5.500 metros.

A la geografía modernísima han obsequiado, pues, los viajeros alemanes con un lago, una cordillera y un volcán desconocidos hasta ahora. La higiene les deberá también algo curioso, porque, según su relato, no han sentido en la titánica travesía ninguna de las contrariedades naturales, ni afecciones morbosas, ni ataques, ni alteraciones fisiológicas que otros exploradores, y Stanley especialmente, dejaron descritas en sus famosas relaciones. Los alemanes han avanzado despacio, bien nutridos, bien guardados, marchando siempre sobre seguro, sin abusar jamás de la quinina y no usándola sino al atravesar comarcas pantanosas, y tomando sin cesar la precaución de hervir bien el agua que había de servirles para la bebida. De este modo, en una colosal caminata llevada á cabo entre el ecuador y la latitud 5 grados Sur, han conservado inalterable su salud, volviendo á Berlín como si no hubieran salido de Alemania.

⁂

Claro es que en Alemania, como en la mayor parte de las naciones, hay hombres emprendedores prácticos, y no faltan emprendedores teóricos, ó soñadores, que recorren y revuelven el mundo sin salir de su gabinete. Casi tanto como excita hoy la curiosidad en aquel Imperio el relato del gran viaje del Conde de Gœtzen, y de los doctores Prittwitz y Kersting, que queda rápidamente bosquejado, mueve también á curiosidad y á risa la publicación de un librillo anónimo, que con su mapa y todo acaba de salir de casa del editor Hayn, de Berlín, con el título de *Germania triumphans* (Ojeada retrospectiva acerca de los sucesos históricos ocurridos en los años de 1900 á 1905). Según su autor, dos guerras tremendas universales resuelven en ese tiempo todos los problemas de la vida política, económica y social del orbe. Nada queda sin arreglar: el futuro Estado ideal de los socialistas, la reconciliación entre el capital y el trabajo, las cuestiones aduaneras y agrícolas, las coloniales, las de la política exterior é interior, ¡y la polaca inclusive! «En este trabajo, dice el editor, encuéntrase un maravilloso tesoro de ideas originales y profundas, que demuestran que su autor es un hombre de consumada experiencia, y de un golpe de vista propio de un genio!!»

¿A qué se reduce la receta para conseguir tan asombrosos resultados? Pues á aniquilar todos los poderes y razas que existen en el mundo, y reemplazarlos por el poder y la raza de los alemanes. No se puede negar que el autor es el discípulo más aventajado que ha tenido en la Universidad de Leipzig el inmortal Manolito Gázquez. Veamos lo que cuenta, que dice que ocurrirá, como si hubiera ocurrido.

En el próximo año de 1903 estalla la guerra entre la triple alianza y los franceses y los rusos. Como el león es el pintor, Francia no sólo es derrotada, sino que se queda después «tan conforme y contenta!» *(sic)*. Y cayendo del burro, se desengaña, renuncia para siempre al dominio de Alsacia y de Lorena, y queda con Alemania á partir un piñón, á pesar de los nuevos Sedanes y zurribandas. Como Rusia se queda sola, Alemania se la traga viva, y entra vencedora en Moscú y en San Petersburgo, donde impone un tratado á los vencidos por el cual queda dueña de las provincias del Báltico, de Polonia, Volhinia, Polodia y de la Rusia Meridional, la Crimea inclusive. Austria, por su parte, arrambla con la Besarabia y con toda la península de los Balkanes; y en cambio Turquía, traspasando sus títeres al otro lado de los Dardanelos, obtiene el dominio de las provincias limítrofes de los mares Negro y Caspio. Queda, pues, destruído *el ruso*, como decían nuestros abuelos, y ya no falta más que destruir *al inglés*.

Para ello se arma muy pronto otra más gorda que la anterior. Alemania, Francia é Italia, unidas, aniquilan á Inglaterra, y entre las tres se reparten sus colonias, anexionándose además los alemanes la América del Sur. Realmente, hasta la Francia misma, con el nuevo botín que la toca, no viene á ser más que una colonia ó sucursal alemana. Concluído el zafarrancho universal y declarada Alemania «potencia única», el Emperador recibe el título de «Dictador del mundo», y en seguida viene el arreglo de la cuestión social, mediante el restablecimiento de la esclavitud. Distribuídas las riquezas de todos los países conquistados entre el pueblo alemán, todos los alemanes se convierten en capitalistas, y ya no hay entre ellos lucha social posible. Los vencidos se ven obligados á trabajar, como esclavos, para los vencedores. El autor de este Belén, que debe ser antipolaco furibundo, expulsa á todos los polacos de Europa, prohibe el uso de su lengua y de su religión, ordena que ni los pueblos, ni las calles, ni la correspondencia lleven nombres polacos, y declara crimen de alta traición el que ningún hijo ni descendiente de Polonia solicite un empleo.

Como se ve, este trabajo no es otra cosa que una aplicación inmediata de la filosofía «de los más fuertes» del demente Nietzche. En el fondo de tales aberraciones hay algo que sin duda alienta y vibra en el cerebro de muchos alemanes extraviados ante la contemplación del extraordinario poderío de su tierra y ante el odio que en sus ánimos despierta la existencia de las otras grandes potencias de Europa, eternas rivales que en cualquiera conjunción de fuerzas inesperada pudieran de la noche á la mañana dar al traste con la suprema y soñada hegemonía del Imperio. Muchos locos, como el autor de la *Ojeada retrospectiva*, se atreven á manifestar en público sus ilusiones; pero otros, muchísimos más, las sienten también y las acarician, si no en secreto, en sus expansiones amistosas de pipa y jarro. Estos virus espirituales archipatrióticos son como las mentiras, que al fin se llegan á imponer como si fueran verdades á los que las inventan y repiten. Al fin y al cabo también, estos ensueños ideales de guerras y conquistas y de dominación universal, repetidos en boca de todos, vienen á considerarse así como á modo de profecías y de inspiraciones nacionales, y luego llegan á la categoría de *vox populi*, y se toman como programa de la conciencia de una generación, y en cuanto han caldeado bien los cascos, nada más natural ni fácil sino que brote el hecho material, la guerra producida por la explosión de los odios comprimidos que estas quimeras y fantasías engendran. Y viene la lucha, que nunca deja de ser una catástrofe, y cuando venga, en el caso que estoy glosando, tal vez el Imperio de hierro explote y se deshaga en más pedazos que los que contribuyeron á formarlo, no sólo por la desgracia en la guerra, que bien puede ocurrir, sino por la ocasión propicia que con ella se ofrecería para sacudir el yugo á todos los alemanes que no son prusianos, y que ya parece que están cansados de sufrir las tiránicas imposiciones de la política de Berlín. De todas maneras, quede la Germania triunfante, ó quede reducida, ó quede por muchos años conforme está, que es lo más seguro, lo cierto es que estas aspiraciones al poderío de unos pueblos sobre otros harán que nuestro siglo legue al que viene la herencia que legó el primer siglo de la historia al siguiente, esto es, el hombre odiando al hombre, el hombre armado contra el hombre, la humanidad dispuesta cada día con más entusiasmo á su propio exterminio, como si no fuéramos mejores que los primeros hombres lo fueron, como si no hubiéramos aprendido algo, como si no hubiéramos adelantado nada.

⁂

El referido trabajo profético editado por Hayn, de Berlín, trae á la memoria otro, retrospectivo también, que metió mucho ruido en el mundo hace cincuenta años, y que su autor, un tal Luis Geoffroy, publicó con el título de *Napoleón apócrifo*. Ocurrióle á este escritor lo que á todos los jóvenes, que al leer las campañas del gran genio militar de nuestro siglo, se enamoran de su figura histórica y sienten profunda amargura y disgusto al verle derrotado y caído para siempre en Waterloo. ¿Quién no ha sentido esta impresión en sus primeras lecturas? ¿Quién no ha idolatrado á Napoleón *el Grande* y no ha protestado contra la llegada de Blucher en la tarde siniestra de su última batalla? ¿Por qué no darse el gusto de romper con la verdad histórica, de negarla y de llevar á aquel gran capitán á nuevas campañas y victorias al través de Europa? Esto lo sintió Geoffroy como todos, y esto lo realizó como ninguno.

¡Qué hermosa y fácil su epopeya napoleónica de 1812 á 1832! Napoleón, al frente de 240.000 aliados, derrotó en Novgorod el 4 de Noviembre de 1812 al ejército ruso de 300.000 hombres, haciendo prisionero al Emperador y á sus generales Kutuzoff y Barclay de Tolly. Entró en seguida triunfante en San Petersburgo; hizo pagar á Rusia una indemnización de ciento veinte millones de rublos, y reconstituyó el reino de Polonia entronizando á Poniatowski. En tanto ocurrió en España el desastre francés de los Arapiles y la salida del rey José de Madrid, pero en Mayo de 1813 pasó Napoleón los Pirineos con los ejércitos de Ney, Soult, Suchet y Grouchy, y alcanzando al ejército anglo-hispano que mandaban Wellington, Palafox y lord Hill, el 26 de Julio, entre Alcañiz y Calatayud, lo destrozó por completo, encontrándose entre los cadáveres del campo de batalla el de Wellington, que al contemplar el desastre se había suicidado. En la batalla de Calatayud murieron los generales franceses Bessières, Duroc, Letort, Duhesme, Girard y Michel, y el Emperador nombró mariscales á Drouot, Clausel, Friant y Grouchy, dando á este último el título de Duque de la Victoria. Poco tiempo después devolvió Napoleón al papa Pío VII la soberanía de sus Estados, y celebró con él nuevo Concordato. Agradecido el Pontífice, levantó la excomunión, y antes de volver á Roma desde Fontainebleau, vino á España á consagrar al rey José, rodeado de la mayor parte del clero secular y órdenes religiosas de España, cuya solemnidad se celebró el 10 de Septiembre de 1813 en la *catedral* de Madrid, y con la cual el pueblo español quedó sumiso á Napoleón y á su hermano, á quienes había considerado hasta entonces como engendrados por el demonio.

No conformes los ingleses con su derrota, declaran la guerra en el mar á Francia; y entonces Napoleón desembarcó con 70.000 hombres entre Hyte y Hastings, en Inglaterra, que no disponía más que de unos 40.000. El Duque de York logró reunir hasta 100.000, en su mayor parte voluntarios, y presentó la batalla á los franceses en Woolwich (15 de Junio de 1814). Como es de cajón, la derrota de los ingleses fué horrible: murió el Duque de York, fué gravemente herido el de Cambridge, y aquel mismo día entró Napoleón triunfante en Londres. Firmóse en seguida un tratado reconociendo la independencia de Escocia y de Irlanda, y en el cual Inglaterra cedía á Francia sus Indias, el Canadá, el Cabo, Jamaica, Malta, Gibraltar devuelto á España y el puerto de Portsmouth con dos leguas á la redonda. Además se comprometió á pagar una indemnización de mil setecientos millones de francos. Luciano Bonaparte fué hecho rey de Irlanda; el mariscal Davout, rey de Escocia; el almirante Duperré, prefecto de Portsmouth, y el mariscal Vandome, jefe del ejército de ocupación.

Vivió en paz el Emperador desde 1815 á 1818, *los tres años de oro*. Convenidos después Alejandro I de Rusia y Federico Guillermo de Prusia, se disponían á armar 600.000 hombres para lanzarlos contra Francia; pero Napoleón lo supo á tiempo, envió, en Mayo de 1818, á Alemania 300.000 aliados, y en 15 de Agosto deshizo por completo á los prusianos entre Potsdam y Berlín. Prusia dejó de existir como nación; su rey fué convertido en gran duque; el Emperador de Rusia pidió la paz, cediendo la Finlandia á Suecia, y Dantzig se convirtió en puerto francés.

Una vez el escritor Geoffroy en esta pendiente, dejó correr sin límite alguno su fantasía, y en los últimos capítu-

los del libro convirtió lo aparentemente serio en positivamente bufo, diciendo nada menos que Napoleón conquistó después el África, el Asia y los Estados Unidos. De vuelta de este viaje, cansado de tanta carnicería, murió en París en 21 de Febrero de 1832.

Véase, pues, cómo el libro de la *Germania triumphans*, que ha aparecido en Berlín, tuvo un predecesor escrito en sentido opuesto en París, hace medio siglo; y seguramente, así como en éste se reunieron todas las aspiraciones malogradas de una nación, en aquél se han dibujado todas las esperanzas de otra, que han de malograrse también.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Odas de Horacio, publicadas según los mejores textos con las principales variantes. Traducción en verso. Notas y observaciones críticas del P. Hermenegildo Torres, de las Escuelas Pías.

Es trabajo notable el del P. Torres, sintiendo nosotros no poder dedicarle más espacio que el de esta breve nota. Acreditase en él de insigne latinista, así como de buen hablista en castellano, sorprendiendo en las 668 páginas del tomo que tenemos á la vista la copiosa erudición y buen gusto del autor y el acierto con que casi siempre corrige versiones hechas

VUELVE Á ENCENDER LA PIPA.

Hace cosa de cincuenta años que el buque inglés *Argos* se perdió en un banco de arena del grupo de Bahama. Solamente un marinero fué echado á tierra por las olas. Llevaba en el bolsillo una lata con tabaco, una pipa, yesca y eslabón. Exprimida el agua de la ropa, se sentó, encendió su pipa, y, con la flema característica de los ingleses, se puso á considerar la situación. De aquí se deduce que si un inglés no fuma, teniendo qué, debe encontrarse en muy mal estado.

Por ejemplo, he aquí un hombre que dice: «Siempre me ha gustado la pipa, y ahora no puedo aproximarla á la boca» No hay duda de que esto obedece á una razón, que él explica de este modo: «Hasta fin de Octubre de 1887 yo era fuerte y saludable, y entonces empecé á sentirme mal del estómago, desagradándome el alimento. Tenía mal gusto de boca, y después de comer me daban fatigas y vomitaba hasta que se me saltaban las lágrimas, de tal suerte, que mi mujer tenía que sujetarme la cabeza Se me pusieron los ojos amarillos y me sentí desanimado, débil y nervioso. Algunas veces podía sudar y luego me daba frío.

»No podía tocar el alimento sólido, y durante algunos meses me subían á la boca aguas agrias. Lo que comía se me quedaba en el estómago parado y como sin vida. Sintiéndome tan desanimado, no hallaba placer entre mis amigos

»*Hasta entonces siempre había estado alegre y me había gustado la pipa, pero ahora no podía llevarla á la boca.*

»Tenía un dolor en el estómago, que en mucho tiempo no había nada que aliviara. Me ponían cataplasmas y tomaba varias clases de medicinas, pero ninguna llegaba á su sitio, nada me aliviaba Al fin tuve que abandonar el trabajo, pues me puse tan nervioso y tan débil, *que no podía dar un martillazo y se me caían las herramientas de la mano.*

»Durante más de cuatro meses no pude dormir bien una sola noche. Me volvía y revolvía en la cama sin cesar, y muchas veces mi mujer y yo preferíamos quedarnos levantados la mayor parte de la noche Me puse tan delgado, que toda la ropa se me quedó ancha. Los amigos que venían á verme decían que era imposible que mejorase, y hasta mi mujer creía que no volvería á trabajar en este mundo.

»Más de un año estuve en manos de un hábil médico, sin que sus medicinas dieran resultado. Luego fuí á ver á otro en Sudbury y sucedió lo mismo. Los médicos me reconocían el pecho y decían que no había daño, que toda la enfermedad procedía de malas digestiones.

»Me iba poniendo cada vez más débil y había perdido las esperanzas, cuando en la primavera de 1889 una señora de Londres que estaba en la vicaría de Otten Belchamp, supo cómo me encontraba. Fué á casa del Sr. Goody, el que vende las medicinas, y le dijo que me mandase un poco de Jarabe curativo de la Madre Seigel, que ella lo pagaría. Como había tomado muchas cosas sin obtener resultado, me oponía mucho á tomar una nueva; pero mi mujer se empeñó tanto, que al fin empecé á tomar el Jarabe. Después de unas cuantas tomas, le dije á mi mujer: *Me parece que esta medicina me ha puesto mejor;* y desde entonces me empecé á aliviar A la tercera botella había vuelto á mi trabajo más fuerte y mejor que nunca, lo que sorprendió á todo el mundo.

»*Todo el mundo decía que no me pondría bueno; pero no ha sido así, gracias á Dios.*

»Ahora digo á todo el mundo que el Jarabe de la Madre Seigel me ha salvado la vida. Como de todo, y estoy tan animado, que podría saltar por encima de una puerta ardiendo. Los vecinos dicen que estoy diez años más joven.

»Elías Bland, zapatero.

»Belchamp St. Paul, Clare, Suffolk, Inglaterra.»

Los médicos que atribuyeron la enfermedad de Mr. Bland á indigestiones, tenían razón. Lo que les faltaba era la medicina conveniente. Ésta se presentó con el Jarabe de la Madre Seigel, y nuestro amigo fuma ahora su pipa con el gusto que en otros años. Si otra vez se encuentra en el mismo caso, apostamos á que no se le olvidará lo que tiene que hacer.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

OBRAS POETICAS
DE
D. JOSÉ VELARDE

DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.— Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

SUEÑOS Y REALIDADES
POR
D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre.*

Elegante volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

por escritores de tanta autoridad como Burgos, Villegas, Lista, Moratín y otros.

La obra está impresa en Gandía, de cuyo Real Colegio de Escuelas Pías es profesor el autor.

Marinucas, por Fernando P. de Camino.

La *Biblioteca Ilustrada de Autores Contemporáneos* compónese hasta ahora de unos cuantos, no muchos, tomos de muy amena lectura, firmados por literatos de fama y editados con lujo y buen gusto poco vulgar. Pero con ser todos, por las razones expuestas, dignos de figurar en las librerías de los estudiosos y aficionados á las letras, ninguno ha llamado tanto nuestra atención como *Marinucas*.

Sabíamos que el Sr. Camino era artista de mérito: pero que fuese escritor, y de los buenos, lo ignorábamos completamente. *Marinucas* nos ha sacado de nuestra ignorancia, descubriéndonos un verdadero *colorista* (como ahora se dice); pero no á la manera pesada, monótona y deslavazada de los modernos galiparlistas, sino á la española, esto es, según el buen gusto y el sentido común mandan á los que escriben en castellano. En vez de darnos el inventario de la cosa descrita, nos da de ella acabada idea en dos ó tres rasgos magistrales. Véase un ejemplo:

«Corto de talla, cuatro pies ingleses de quilla á perilla, tres de manga, recias amuras y bien cosido. Usaba en verano pajero de ala desmayada y vencida á fuerza de saludar al consignatario, chaqueta de mahón azul, con su pantalón de lo mismo, cuya cruz se avecinaba con las rodillas, sin que por esto resultara largo, con que á más de las rapaduras y podas con que su dueño tenía á raya las demasías de los flecos y caireles de la boca de las perneras, contribuían no poco á disminuir su escasa longitud sendas rodilleras profundamente repujadas y casi blancas por su cara externa.» Tal nos presenta el Sr. Camino al Sr. de Rubiera, natural de Santa Marta de Ortigueira, provincia de Lugo, patrón del patache *Corzo;* y cuantos conocen la costa cantábrica y su gente jurarían haberle visto y tratado años ha en el muelle de Santander.

En suma, el libro es una marina en prosa (y en buena prosa), escrita por persona hasta hoy desconocida en la república de las letras, pero que, sin género de duda, merece ocupar en ella aventajado lugar, y que sin duda le adquirirá en propiedad á poco que para conseguirlo haga.

Marinucas cuesta 2 pesetas en las principales librerías, y está ilustrado con hermosos dibujos del propio autor del texto.—G. R.



AMIGO SOSPECHOSO.

CUADRO DE H. N. GADSBY.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. IV.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Enero de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos



EXCMO. SR. D. VICENTE PALMAROLLI,

DIRECTOR DEL MUSEO DEL PRADO DE MADRID.

(Dibujo de A. Perea.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

LA gran extensión que se ha dado en el Parlamento á la cuestión iniciada por el Sr. Conde de Xiquena sobre provisión de los ducados de Terranova y Monteleón y al expediente para proveer el de Montalto, ha convertido en asunto del día el vetusto y confuso de las sucesiones nobiliarias. Dios nos libre de ahondar en este pleito y aparentar siquiera la menor erudición, estando tan frescos los zurriagazos del amigo Bonafoux en *El Heraldo* contra los eruditos, cuyo exterminio profetiza; pero hay en el asunto dos cuestiones: una personal, producida por el choque de opiniones contrarias entre personajes todos dignos para nosotros de estimación y respeto, cuestión que se dilucida á la vez en dos jurisdicciones y que el carácter de nuestro periódico nos aconseja rehuir; otra esencial y puramente especulativa, que es demasiado larga y complicada. Desde luego hay en la nobleza española dos grandes divisiones, á nuestro entender: una, indeterminada y vaga, que se pierde en la catástrofe de los godos y retoña y se forma en los tiempos heroicos de la Reconquista: allí aparecen ricos-hombres sin apellido ó con uno patronímico que varía de padres á hijos, y condes y duques sin titulación, como si fuera un cargo del Estado, sinónimo de caudillos, y que no se heredaba: esa nobleza, casi anónima, quizás no tuvo nunca pergaminos ó se pudrieron con la antigüedad; es la que reconquistó á la mayor parte de España. La segunda división, de que hoy se trata, la nobleza titular hereditaria, data de seis siglos, y aunque haya algún caso anterior, se puede decir fundada por D. Enrique de Trastamara. De los ducados, se sabe que los primeros fueron el de Molina y Benavente, aquél concedido á Beltrán Claquín, y éste á D. Fadrique de Castilla, bastardo del nuevo Rey, según se puede leer en el *Origen de las dignidades seglares de Castilla y León*, por el Dr. Salazar de Mendoza, que escribía en tiempo de Felipe III. Aquellos ducados se extinguieron: Beltrán Claquín vendió el suyo á la Corona, y D. Fadrique, el primer Duque titular español, fué un rebelde agitador que murió preso. Para enlazar los árboles genealógicos de esta nobleza con la antigua, se acude en las ejecutorias á grandes artificios, y es tan confusa la designación de ascendientes, como que los libros bautismales empiezan en los Reyes Católicos, y la formalidad de suceder en los apellidos los hijos á los padres apenas era practicada hace dos siglos.

Hay, pues, grandes dificultades, grandes lagunas y grandes confusiones para entrar en el asunto, y ha habido siempre necesidad de entregarse algo en brazos de la fe respecto de los abolengos, por lo cual preferimos no ahondar en el mismo. Y sabiendo positivamente que la verdadera nobleza consiste en el heroísmo, las grandes virtudes y servicios á la patria en todas las esferas de lo grande, ¿qué español no tendrá en sus venas sangre de algún caudillo, de algún soldado bravo de los que pelearon desde el Guadalete hasta las orillas del Genil? Y si hay tanta nobleza anónima que repartir entre todos, nos inclinamos á seguir en estos asuntos una línea de conducta: tener por más noble á aquel que mejor lo demuestre con sus actos. Dirán que es una cuestión de derecho..... Pues por eso nos callamos, para que informen los letrados..... que están en completo desacuerdo. Y no es extraño: los Reyes de España lo han sido de Nápoles y Sicilia y otros Estados; ¿qué legislación corresponde á los títulos que dieron como tales? Y esto sólo nos hace retroceder con respeto ante los infolios de la legislación completa de Castilla y León, de Vizcaya, de Aragón y Cataluña, y la que aplicaban los Consejos de Italia, de Indias, el de las Ordenes, el de Flandes, el de la Suprema Inquisición, y todo el derecho canónico. ¡Qué abismo de ciencia! Lo sensible en estas discusiones es la tergiversación que hace de ellas la malicia.

°°°

El decano de los periódicos profesionales de España y de los de su Arma que se publican en Europa es el *Memorial de Artillería*. Fundado en 1844, salió á luz su primer cuaderno en 8.° el 30 de Junio de dicho año; ha celebrado ya sus bodas de oro, y merece que le consagremos algún párrafo, para que alguna vez la prensa consigne los merecimientos de la prensa. En su larga existencia se ha dividido en cuatro series: la primera, que concluyó en 1861, forma 17 tomos; la segunda, otros tantos, terminando en 1879; la tercera, 28 tomos, hasta 1893, y la cuarta se halla en el tomo 3.° de su publicación. Las dos primeras series no se diferencian entre sí: la tercera contiene grandes innovaciones y aumento de lectura, así como la cuarta, que además ha mejorado su papel y tipografía. Ha repartido también el *Memorial* desde 1848 las disposiciones oficiales del Arma, y prohibido esto, un índice para buscarlas y una *escalilla* del cuerpo; láminas del material del Arma, muchas en colores, que unido á 65 tomos de lectura facultativa, constituye un enorme trabajo siempre progresivo. Ha tenido los siguientes directores: D. Juan Domínguez, capitán de Artillería; de 1849 al 56, el capitán D. Luis Agar; de 1856 al 62, D. Joaquín Enrile, capitán; del 62 al 79, el teniente coronel D. Pedro de la Llave, que era mariscal de campo al dejar la dirección; del 80 al 82, el comandante D. Julio Fuentes; del 82 al 86, el coronel D. Patricio Alvarez, el teniente coronel D. Luis Alix y el coronel D. Joaquín Bennaser sucesivamente; desde Enero de 1886, el entonces coronel y hoy general D. Adolfo Carrasco y Saiz, que continúa al frente del periódico. La tercera serie fué inaugurada por el Sr. Fuentes y perfeccionada por el actual Director. El *Memorial* ha obtenido en su brillante historia varios premios de oro en las Exposiciones, dos de ellos bajo la dirección del Sr. Carrasco. Merece, pues, un saludo ese decano de la prensa profesional militar en el año 51.° de su existencia, cada vez más útil, interesante y autorizada.

También es justo que consignemos lacónicamente algunos de los merecimientos literarios y científicos de su laborioso Director. Siendo profesor de la Academia de Artillería, donde enseñó física, química, matalurgia é industria militar, escribió: «Los ingredientes de la pólvora y los combustibles», que aun es libro de texto; «Tratado de la fabricación de piezas de artillería», que lo fué hasta el año 73; Primera parte de una «Filosofía de la Química»; «Historia del Colegio y Academia», hasta el citado año: lecciones de Química, y una de pararrayos: un Almanaque de Segovia, religioso, histórico y estadístico, de 500 páginas, hoy muy buscado: *Memoria* de un viaje facultativo á todos los establecimientos fabriles del Cuerpo, además de colaborar en varias publicaciones. Siendo subdirector del Museo de Artillería escribió, en 1874, la Reseña histórica y descriptiva de dicho establecimiento. Perteneció á la Junta de Torpedos, en el Ministerio de Marina; á la Superior facultativa de Artillería; á la Superior Consultiva de Guerra, y á la Comisión de defensa del reino. Y á más de las Memorias que ha escrito en todos sus destinos, tiene inédita, aunque muy recomendada, una obra de tres tomos en folio, titulada: *La Artillería y los artilleros en la prensa militar española*. Tenemos á la vista cerca de treinta folletos científicos é históricos del Sr. Carrasco y Saiz, y ni aun podemos citar sus títulos: se puede calcular en una cuarta parte su trabajo en el *Memorial de Artillería*, desde que es director: aquel periódico se ha asociado á todos los Centenarios españoles, y el general Carrasco ha obtenido por sus obras premios de la primer importancia en las Exposiciones principales, y ha dado conferencias en el Ateneo y Centro Militar. La erudición y laboriosidad que supone tan dilatadas é importantes tareas, que hubieran bastado para hacer media docena de sabios de los que figuran en todas partes, no le han valido ni recompensas oficiales ni popularidad: es verdad que, dedicado al trabajo, no ha podido hacerse valer por medios ajenos á su carácter, pero indispensables en esta sociedad. ¡Qué importa! Dejará en sus obras un caudal de noticias y estudios que colocarán algún día el nombre del general Carrasco Saiz entre las ilustraciones positivas del ejército y la prensa. Y pregunto: ¿Utilizará algún día la Academia de la Historia su utilidad y su saber, llamándole á su seno? Y no se crea que recomendamos á un antiguo amigo, pues no tenemos la honra de conocerle ni aun de vista.

°°°

Lord Churchill y el general francés Canrobert han muerto en estos días: el primero era una esperanza para la política inglesa; el segundo, un recuerdo glorioso para los franceses: la esperanza, por su naturaleza eventual, se ha desvanecido, convirtiéndose en recuerdo también. Continúa el desfile hacia el pasado de los hombres del presente: es una simple conjugación la que hacemos los vivos y los muertos. Rusia ha perdido también un hombre ilustre en Mr. Giers, ministro de Relaciones Exteriores.

°°°

La Embajada marroquí ha llegado, trayendo regalos soberbios á S. M. Lo pintoresco de sus trajes nos hace recordar con cierta complacencia la expulsión de los moriscos, pues tal vez si hubieran continuado entre nosotros los descendientes de aquellos que despidieron nuestros mayores, vestirían de levita, como hoy los japoneses. Podremos disentir en religión y costumbres; pero tienen los moros algo que nos recuerda lejano parentesco.

—¿Cuántos son?—nos preguntaba una mujer.

—Hemos contado quince.

—¿Y cuántas mujeres tendrán entre todos?

—¡Alá es grande, y sólo él puede saberlo! Pero lo natural es multiplicar por cuatro á cada moro.

°°°

Anatomía pictórica, ensayo de antropología artística, titula al libro que tenemos á la vista D. José Parada y Santín, catedrático de dicha asignatura en la Escuela de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid. Sale á luz autorizada por un preámbulo del Dr. Calleja, catedrático de Anatomía en San Carlos, y un informe del claustro de profesores de la Escuela Superior de Bellas Artes. Ilústranla 162 fotograbados, reproducciones del antiguo, del natural y de dibujos de grandes artistas de otros siglos y contemporáneos. Y tiene en su apoyo la competencia de su autor, pintor, médico y escritor á la vez, con la práctica de explicar hace años con mucho fruto su difícil é importante asignatura. Con sólo abrir el libro se ve en su autor al artista y al hombre de ciencia: repasándolo, se observa que es una obra basada en gran estudio de los autores que le precedieron, y que cita juzgándoles, pero con ideas y soluciones originales, pues el Sr. Parada y Santín siempre tuvo puntos de vista propios, jamás vulgares, todos muy justificados. Es, pues, la obra uno de los libros de texto que honran á nuestro profesorado, y que leerán con provecho cuantos tengan aficiones artísticas.

°°°

Las revoluciones que cambian la fisonomía de un pueblo no son las políticas, sino las que realiza el tiempo, ó ciertas disposiciones de la autoridad en las costumbres. El Presidente del Ayuntamiento de Madrid, Conde de Romanones, ha dado un golpe de Estado trasladando el Carnaval al Retiro, é imponiendo un gravamen á los carruajes que no vayan adornados de flores ó con máscaras, y una pequeña cuota de entrada á todo el que quiera disfrutar de aquella fiesta. La innovación, que en principio no nos desagrada, por alejar del centro esa perturbación anual que incomunica á medio Madrid con el otro durante tres días, aisla la Bolsa y perturba el movimiento de algunas estaciones de ferrocarril, tiene un inconveniente: ¿se ha calculado si el camino de carruajes del Retiro tiene la extensión suficiente para celebrar con desahogo aquella fiesta? Esta es nuestra duda y la de muchas personas. Por otra parte, ¿no puede ocurrir que los carruajes y la gente den en seguir la costumbre antigua y aglomerarse, no en el Retiro, sino en la carrera, para ver los que entran y salen? Pronto se verá, y aplaudiremos ó no al Sr. Alcalde según los resultados que produzca su reforma.

°°°

—El Ayuntamiento impone un canon por la entrada de los curiosos en el Retiro los días de Carnaval. Pero ¿qué da el Ayuntamiento á los curiosos?

—Lo menos que puede hacer es disfrazar á los árboles, ó por lo menos á los guardas.

—¿Irá usted?

—No lo sé; figúrese usted que se escapa el oso de la Casa de fieras, ¿quién le conoce si viene á darnos una broma?

—¿Es cierto que hay médicos que aconsejan abrir el vientre á la menor sospecha de que esté malo?

—Es un modo delicado de hacer la vivisección al prójimo: esos médicos se parecen al de una pieza que se representa en la Comedia, que había ideado la extirpación del cerebro para la curación de la jaqueca. Día llegará en que preguntemos á un doctor si quiere reconocer á un enfermo, y nos conteste: «Bueno, que me traigan á casa su cadáver.»

—¿Es usted el médico de D. Timoteo?

—Sí, señor; le asisto y le descuartizo todas las semanas.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. VICENTE PALMAROLLI,
director del Museo del Prado de Madrid.

El Sr. Palmarolli, cuyo retrato publicamos en la primera página de este número, es uno de los más ilustres artistas de aquella generación de pintores que vinieron al mundo del arte mediado el siglo que va muriendo, y al frente de los cuales figuró Rosales.

Es D. Vicente hijo de D. Cayetano Palmarolli, también pintor de mérito, y á la sazón de hallarse su familia en el pueblo de Zarzalejo, buscando en aquellas sanas alturas refugio contra el cólera.

Comenzó los estudios con su padre, y los siguió con don Federico de Madrazo, adelantando mucho en ellos, merced no sólo á tan buenos maestros, sino á su natural vocación. S. M. el rey D. Francisco de Asís le protegió decididamente, señalándole una pensión, con la que marchó á Roma el año 57. En la Exposición del 62 presentó por primera vez obras suyas, y supo confirmar las esperanzas dadas desde la niñez, pues ganó dos medallas: una primera por su cuadro *La Pascucia*, y una segunda por el titulado *Los cinco santos*.

Volvió á exponer el 65, habiendo traído de Roma su famoso cuadro *La Capilla Sixtina*, premiado en Madrid con primera medalla, y al año siguiente en la Exposición Universal de París con segunda. El 68 fué elegido académico de San Fernando, tomando posesión el 70.

Pasó á París en 1875, y en 1883 fué nombrado director de pensionados en Roma, donde estuvo hasta Marzo del 93, es decir, todo el tiempo determinado por la ley. A poco de su regreso, ó sea, en Junio del año último, entró á ejercer el cargo de director del Museo del Prado, antes desempeñado por D. Federico de Madrazo.

En tres períodos puede dividirse la vida artística del señor Palmarolli.

En el primero cultivó principalmente la pintura histórica y los retratos. En el segundo, que comprende el tiempo de su residencia en París, la pintura de género. Y en el tercero, es decir, el de su estancia en Roma, la religiosa y decorativa. De este último es la hermosa sobrepuerta existente en el Ateneo de Madrid, representando las Bellas Artes.

En Roma fué presidente del Círculo Artístico Internacional y elegido individuo de la Academia de San Lucas.

°°°

MR. FÉLIX FAURE,
nuevo presidente de la República francesa.

El Sr. Faure, nuevo presidente de la República francesa, es parisiense, pues nació en la capital de la República el 30 de Enero de 1841, y en los primeros años de su vida estuvo empleado en la ciudad del Havre, llegando á ser uno de los principales y más ricos armadores de aquel importante puerto. También fué presidente de la Cámara de Comercio del mismo.

En la guerra de 1870 mandó un batallón de Guardias móviles, con el que peleó más tarde contra la *Commune*, después de lo cual, y viendo restablecida la paz, volvió al Havre, donde vivió otros diez años, hasta que en 1881 salió diputado por el tercer distrito de aquella ciudad. Gambetta le nombró subsecretario de Estado, cuyo puesto ocupó hasta la caída de Ferry, en 1885. Después fué ministro de

Marina con Dupuy, mejorando mucho la organización de este Ministerio.

Debe la importancia política que hoy tiene á su buen juicio, conocimiento de las materias de que ha tratado, y á una bien ganada reputación de rectitud y firmeza.

Publicamos su retrato en el primer grabado de la pág. 60.

MÉJICO.

El teatro de la Paz en San Luis de Potosí.

La antigua ciudad de San Luis de Potosí tenía un teatro, llamado de Alarcón, ya medio abandonado por insuficiente y ruinoso, y por tanto no muy en armonía con la creciente prosperidad de ella y de su Estado. Proyectóse, por iniciativa del bizarro general gobernador D. Carlos Díez Gutiérrez, otro más espacioso y cómodo, y el 16 de Septiembre de 1889 fué colocada la primera piedra del edificio en el solar donde antes estuvo el convento del Carmen y después la Penitenciaría. Se han invertido en estas obras 400.000 pesos, suma de gran consideración sin duda, pero á la cual debe Potosí el honor de poseer el mejor teatro de Méjico y uno de los mejores de la América Española.

Levántase en el centro de la ciudad, al Oriente de la plaza de Hidalgo, y ocupa 4.500 metros cuadrados. El pórtico consta de cuatro columnas de orden corintio, y los capiteles, labrados por obreros de aquella población, están primorosamente hechos. No menos bello es el atrio que estas columnas sustentan. (Véase el grabado de la pág. 60).

Por cinco puertas se entra al vestíbulo, cubierto por una hermosa cúpula de hierro que descansa sobre diez y seis columnas, siendo ocho en el primer piso é igual número en el segundo. A la derecha é izquierda del referido vestíbulo arrancan dos hermosas escaleras que conducen á espaciosos y elegantes corredores, y de éstos á los palcos primeros. Pasando los ambulatorios de la planta baja, el *foyer*, los gabinetes y pasillos, se llega, subiendo por una cómoda gradería, al salón, que es de estilo francés. Las columnas que sostienen y dividen las localidades son de hierro, de 4 centímetros de radio. Tiene el teatro las siguientes localidades: 340 lunetas, 150 balcones y 12 plateas; 23 palcos primeros, 24 segundos, 24 terceros y amplia galería, pudiendo contener cómodamente más de 3.000 personas.

El techo del teatro es hermosísimo, habiendo pintado en él el Sr. D. Jesús L. Sánchez doce composiciones alegóricas que representan la Música, la Pintura, la Comedia, la Ciencia, el Decorado escenográfico, la Poesía, la Historia, la Egloga, el Baile, la Escultura, la Tragedia y la Arquitectura. Estas alegorías están encerradas en un enorme escudo, en cuyo centro hay un mascarón imitando bronce florentino. De bronce florentino son también los lazos que unen los festones en cada arista, y éstos están dorados y bruñidos.

Todo es riquísimo en detalles y ornamentación, todo es lujoso y elegante.

El arco, que es lo más notable de todo el decorado, pertenece por su estilo al Renacimiento.

Cinco son los principales elementos del decorado *entradós* del referido arco, encerrados en dos grecas de una feliz composición que recorren las aristas interior y exterior.

Todo el edificio, interior y exteriormente, está alumbrado por luz eléctrica de arco é incandescente. En el centro del *plafond* hay una araña con ochenta lámparas incandescentes.

Todo en este teatro es del mejor gusto, y honra al autor del trazado, D. José Noriega, notable arquitecto mejicano.

Debemos estas noticias, que sentimos no poder ampliar como la importancia del edificio merece, á la amabilidad de nuestro buen amigo Sr. D. Rafael L. de la Cerda.

MADRID.

Velada en el Casino Militar.

La velada con que el Casino Militar celebró los cumpleaños de S. M. el Rey fué una de las más agradables y solemnes fiestas que en el presente invierno se han celebrado en Madrid. En el hermoso salón de sesiones de aquella institución vimos á muchos de los más nombrados generales del ejército español, entre ellos, á los Sres. Martínez Campos, Polavieja, Bermúdez Reina y Azcárraga. También estaban allí los Sres. Cánovas del Castillo, Gamazo, Pidal, Silvela, Cos Gayón y muchísimos literatos, jefes y oficiales distinguidos y numerosas damas.

Inauguró la velada un ingenioso y elocuente discurso de D. Federico de Madariaga, que fué muy aplaudido y celebrado. Después hubo quince asaltos de florete, sable y espada entre los primeros maestros y más aventajados discípulos que hay en Madrid. De los primeros mencionaremos á Sanz y Carbonell, y de los segundos á Urbina, Heredia, Valdés, Cembrano, Lorio, Zapico, Ordax, Serrano, Altamira, Alba, Castellano, Amador de los Ríos, Riquelme, etc.

Digno remate de tal fiesta fué la lectura de un cuento del general Reina por el oficial de ingenieros Sr. Tors, á la que siguió la de algunas poesías por sus autores.

En la pág. 61 publicamos varias vistas del Casino Militar en la noche del 22 en que se verificó la velada.

MADRID.

Vista general del gran comedor de Palacio.

El gran comedor de Palacio, donde se celebró el banquete el día de los cumpleaños de S. M. el Rey, hízose recientemente de la unión de los tres salones del centro de la fachada Occidental, derribando las traviesas del llamado de Isabel la Católica. Tiene 38 metros de largo por 10 de ancho y 9,12 de alto hasta la bóveda. Holgadamente pueden comer en él 140 personas.

El decorado es bellísimo y notable por la severidad y majestad del conjunto. El friso es de mármol almendrado. Las paredes tienen tapices en cuadrado con preciosas molduras y mármol blanco en cuadrado con molduras de bronce dorado, formando las sobrepuertas tableros de serpentina.

La obra principal y de más importancia se hizo en las traviesas derribadas, en las cuales no se pudo llevar la demolición más allá de la cornisa, siendo necesario formar dos grandes arcos de tres centros, que descansan sobre las pilastras contra los muros, apoyando además en dos pares de columnas con capiteles de bronce dorado inspirados en los de la fachada de Palacio.

Sobre los lienzos de pared, que van forrados de mármol blanco, hay aplicados grandes candelabros de bronce, que forman parte de la decoración general. Hay además candelabros de pie en los siete huecos de fachada y en los testeros del salón, completándose la iluminación de éste con quince grandes arañas.

Las puertas que dan acceso al salón, desde la crujía del trascuarto, tienen cortinas de tapiz, de las llamadas «reposteros», de extraordinario valor histórico y artístico.

Todo el decorado de las bóvedas se ha conservado como estaba, y consiste en los famosos techos, al fresco, tan conocidos de todos y tan frecuentemente descritos, con una elegante bordura sobre fondos blancos y grises.

Por las dimensiones, la grandiosidad y riqueza de la ornamentación, el mérito artístico de las arañas y profusión de luces, puede considerarse el gran comedor de Palacio uno de los primeros de Europa. Del alumbrado daremos una idea con decir que los días de gran comida se encienden en él tres mil luces, y que está hecha con tal cuidado la instalación, que en todo el salón se ve un solo hilo.

Por cierto que entre las muchas obras que la inteligente iniciativa de S. M. la Reina está llevando á cabo en Palacio, merece particular mención la del alumbrado eléctrico, del que así en la Real Casa, como en las dependencias, se han colocado tantas luces, que exceden en número á las de la mayor parte de las capitales de España en que se han hecho instalaciones.

El lector podrá juzgar de la magnificencia del gran comedor, más que por la breve noticia que de él acabamos de dar, por el bello dibujo de nuestro colaborador artístico D. Juan Comba, que publicamos en las páginas 64 y 65.

Hasta hace poco ha estado gravemente enfermo el señor Comba, y hallándose ya, á Dios gracias, en vías de completa curación, nos encarga agradezcamos en su nombre á las muchas personas y á aquellos periódicos que se interesaron por su salud las cariñosas muestras de simpatía que le han dado. Nosotros también nos felicitamos del restablecimiento de nuestro querido compañero y le enviamos por él la más sincera enhorabuena.

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

La guerra ilustrada por los vencedores. El Mikado saliendo de Hiroshima.—Europeos hechos prisioneros en Puerto Arturo por los japoneses.

Los intensos fríos del invierno en los mares y tierras orientales han obligado á los japoneses á detener la marcha sobre Pekín, contentándose con cantar y pintar sus victorias, tan gozosos de ellas como es natural. En la pág. 68 damos copia de un dibujo japonés representando al Emperador saliendo de Hiroshima, cuartel general del ejército, seguido de su escolta.

En la misma hallarán los lectores una curiosa escena de esta misma guerra: la prisión de dos corresponsales ingleses por las tropas vencedoras. Estas, después de saciado en los chinos el deseo de venganza que les inspiró la vista de tanto prisionero decapitado, á nadie maltrataron, y gracias á la disciplina y buen espíritu de que dieron muestra, pudieron los dos europeos de quienes hablamos salir del paso sin más molestias que algunas horas de detención.

SEÑORITA MARÍA LUISA GUERRA,

insigne pianista.

Nada nuevo podemos decir aquí del prodigioso talento artístico de esta señorita, porque bastante han escrito sobre el particular en varias ocasiones personas doctísimas en la materia; de suerte que por nuestra cuenta sólo nos atrevemos á añadir, después de haberla oído varias veces, que todo encarecimiento es poco, dado su mérito.

Por eso, cuando la señorita Guerra toca en el Ateneo padecen los secretarios de aquella casa bajo el peso de innumerables peticiones de billetes, que si todas hubiesen de ser atendidas, no podría celebrarse el concierto ni en el más espacioso teatro de Madrid. Con no ser pequeño el salón, llénase mucho antes de comenzar la fiesta, invadiendo la planta baja y las tribunas innumerables damas de las más elegantes y distinguidas.

El último concierto fué, como los anteriores, una continuada ovación. No sólo aplaudió el público todas las piezas ejecutadas por la admirable pianista, sino que algunas las hizo repetir.

El Ateneo se ha honrado á sí mismo honrando á la señorita Guerra con el título de socio de honor, distinción que compartirá con otra señora, también gran artista, Mme. Delacroix, autora de las magníficas pinturas que decoran el techo del Salón de Tertulia de la casa.

Publicamos el retrato de la Srta. Guerra en la pág. 69.

PEREGRINACIÓN Á LA MECA.

Vista del patio de la gran Mezquita.—La Caaba.

Todo musulmán debe ir á la Meca una vez en la vida por lo menos, y el que hace este viaje gana el título de *hagib* ó *peregrino*, que es gran distinción entre ellos. De todas partes, y de las más remotas tierras, acuden á postrarse ante la *Caaba*, gran piedra negra que está en el centro del patio de la mezquita, el cual, aunque grande, vese lleno de mahometanos fervorosos en la época de la peregrinación, de lo que es buena muestra nuestro grabado de la pág. 69.

D. GUILLERMO ESTRADA Y VILLAVERDE.—(Véase el artículo correspondiente, en la pág. 67.)

G. Reparaz.

LA CRISIS AGRÍCOLA.

Quéjanse, y con razón sobrada, nuestros agricultores de su precaria situación. La viticultura, por causas que oportunamente expuse en las columnas de La Ilustración Española y Americana, continúa sufriendo los efectos de tremenda crisis, que toma cada día mayores proporciones, y la producción de cereales, particularmente el trigo, principal ramo de riqueza de las provincias centrales de la Península, está seriamente amenazada si los poderes públicos no acuden al remedio con la urgencia que el caso requiere.

«Mientras el trigo—dicen los diputados castellanos—se venda á un precio materialmente menor del coste de su producción, no hay esperanzas de vida.»

Un suelo esquilmado, tierras que necesitan reposo, la sequedad del clima, falta de canales de riego, procedimientos primitivos, carencia de capitales, comunicaciones deficientes, transportes caros, y, sobre todo, los enormes tributos que directa ó indirectamente pesan sobre la propiedad rural, son la causa de que los trigos españoles, á pesar de los actuales derechos arancelarios, no puedan competir con los extranjeros.

Cuando en los puertos de los Estados Unidos se consigue vender por cinco pesetas una fanega de trigo, aquí sería preciso pagarla doble, no en el litoral, sino en los mercados interiores, para obtener el precio remunerador: tal es la verdad, la triste verdad, de nuestro atraso, de nuestra defectuosa organización económica, de nuestra miseria.

Una fanega de trigo comprada á 20 reales y 15 céntimos de real en un puerto americano (comprendidos 3 reales de porte, 10 céntimos de seguro, 40 de comisión, 2 reales 3 céntimos de quebranto de giro y 13 reales 48 céntimos de derecho arancelario) se puede vender en cualquier puerto de nuestras costas á 39 reales y 52 céntimos; mientras que igual medida de dicho artículo adquirido en Castilla tiene que satisfacer de transporte, por término medio, 7 reales, desde el centro productor á la circunferencia. De modo que para que el trigo de Castilla compita con el extranjero en los puertos es necesario adquirirlo en los mercados interiores á un precio inferior de 33 reales; es decir, siete reales menos del que los agricultores consideran como remunerador.

¿Cuál es el remedio que proponen algunos diputados castellanos? Un aumento arancelario de 4 pesetas por cada 100 kilogramos de trigo (6 reales y 92 céntimos por fanega). Así el trigo extranjero resultaría en los puertos á 46 reales 44 céntimos, y los nacionales podrían tener salida en los centros de producción alrededor de 40 la fanega.

«Pero vamos á comer el pan más caro», objetará la inmensa mayoría de los españoles. «Tomará mayores proporciones el contrabando», dirán cuantos conozcan las mayores facilidades que encuentran en nuestro país los defraudadores del Erario público, á medida que son más pingües sus beneficios.

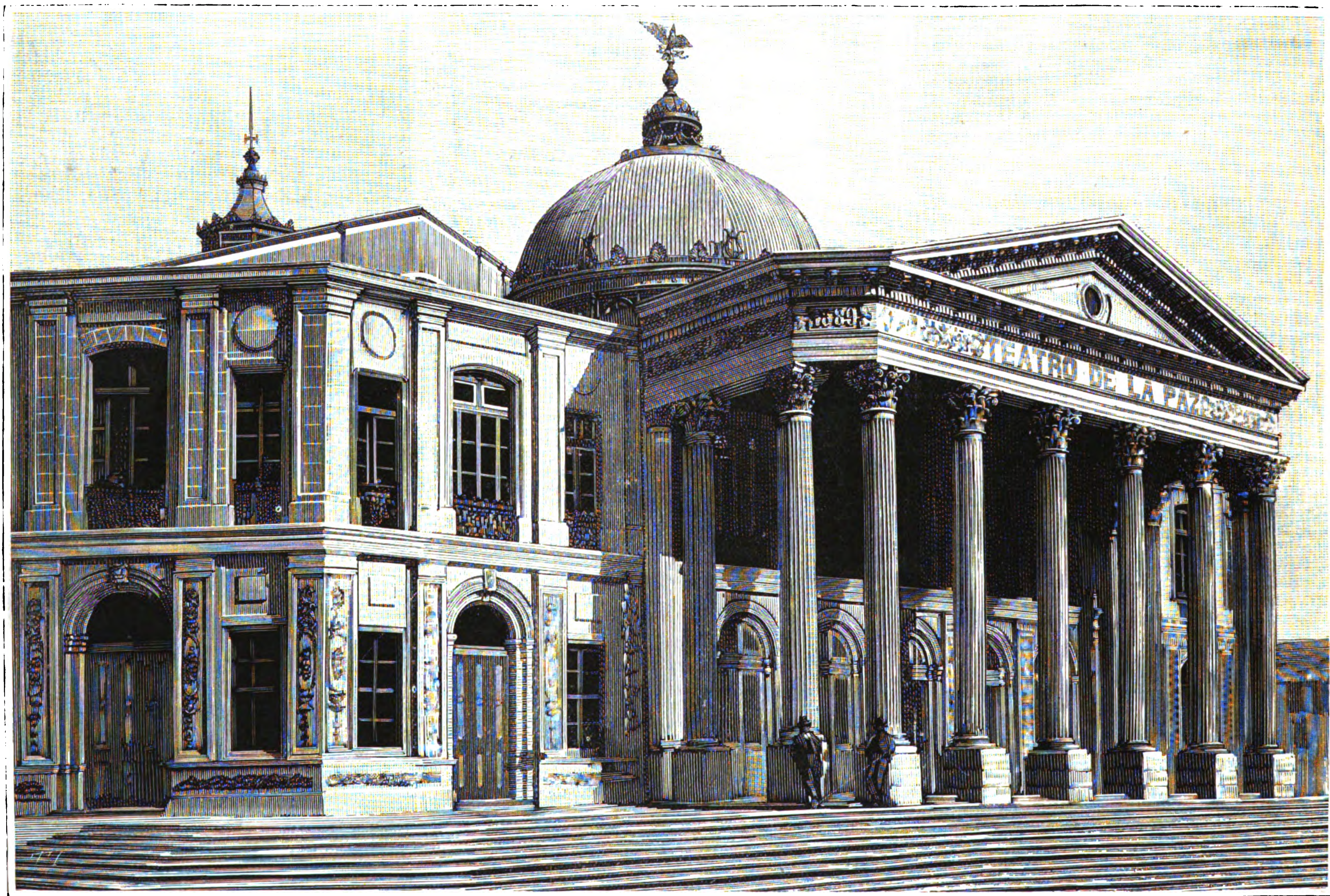
Razón tendrán cuantos arguyan así; pero tampoco dejarán de tenerla los productores de cereales, no sólo de Castilla, sino de toda España.

De su aflictivo estado dan elocuente testimonio los centenares de miles de fincas rústicas embargadas por deudas y falta de pago de las contribuciones; la existencia en la Península, según datos oficiales de 18.961 prestamistas de los llamados de tercera clase, que prestan en pequeñas cantidades, en granos, semillas y dinero, al interés mínimo del 70 por 100; la creciente despoblación rural; los dolorosos hechos registrados recientemente en la provincia de Cádiz, donde la Guardia Civil ha tenido que proteger las conducciones de pan para librarlas de las turbas hambrientas, y el incremento que adquiere la emigración al Nuevo Mundo, al cual ya no sólo se dirigen, como antes, los jóvenes ansiosos de fortuna, sino familias enteras, á las que el hambre, la miseria y la desesperación arroja en pos de lo desconocido.

Y esta crisis agraria toma al mismo tiempo considerable desarrollo en las demás naciones europeas. Así lo prueban los frecuentes disturbios que surgen en las regiones agrícolas de Italia, donde es preciso emplear la fuerza pública para reducir á masas de harapientos que carecen de medios de subsistencia; el clamoreo de los labradores franceses, que no cesan de pedir medidas de protección á sus representantes en el Parlamento; la emigración extraordinaria que se observa en Alemania, cuyas aldeas abandonan anualmente millares de familias, y la triste pintura que, acerca de la miseria que reina en varias comarcas de Austria, especialmente en la Galitzia, hacen algunos escritores de aquel Imperio.



Mr. FELIX FAURE,
NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA.



MEJICO.—FACHADA DEL TEATRO DE LA PAZ, RECIENTEMENTE CONSTRUÍDO EN SAN LUIS DE POTOSÍ.

(De fotografía remitida por D. N. de la Fuente.)



MADRID.—SOLEMNE VELADA CELEBRADA EL 22 DEL CORRIENTE EN EL CASINO MILITAR CON OCASIÓN DE LOS CUMPLEAÑOS DE S. M. EL REY. APUNTES DEL SALÓN DE SESIONES.—EL SALÓN ÁRABE.—ASPECTO DE LA ESCALERA PRINCIPAL.

(Dibujo de E. Banda.)

El labrador-propietario, dicen, ya no se considera como el dueño de la tierra que cultiva: no tiene más vínculo con ella que sus deudas á los particulares y al Estado, por la imposibilidad de satisfacer las contribuciones. Un predio de una hectárea y media produce de renta al año 21 francos por término medio: el fisco se lleva el 50 por 100, y el resto apenas basta para pagar el seguro, el maestro de escuela y los impuestos municipales. Los usureros completan la ruina de los labradores, prestando sobre las cosechas, el ganado, los muebles y hasta sobre los aperos de labranza. El tipo del interés varía entre 50 á 150 por 100 al año, y á veces llega al 450 y hasta al 550. Un diputado citó en el Parlamento casos de mil por ciento. En 191 ayuntamientos, durante el año pasado, el fisco se apoderó del total de la renta. La suerte de aquellos infelices campesinos inspira horror. Viven en chozas, sin otra ventilación que la puerta de entrada, ni chimenea siquiera, y bajo un techo de paja. No suelen tener más que un par de botas para toda la familia: en invierno, que es allí muy crudo, cuando alguno de los individuos de aquélla tiene que salir de la mísera vivienda, los demás no pueden abandonarla por falta de calzado, so pena de perecer de frío á causa del hielo y de la nieve. Ni una mala cama donde descansar: á lo sumo un montón de paja. En el dialecto ruthenio no existe el vocablo *colchón*. Las mejores patatas se destinan al cerdo, que á veces constituye el único patrimonio de la familia, y ésta sólo come carne una vez al año: el día de Pascua.

En Inglaterra adquiere también grandes proporciones la crisis agraria. A propietarios de aquel país les he oído decir que arrendarían de buen grado gratuitamente sus haciendas si hallasen colonos que se comprometiesen á cuidar y conservar los caseríos y los cercados. Mr. Everet, ilustre economista, individuo del Parlamento británico, afirma que una parte de la propiedad rural no está ya arrendada como en otro tiempo: los labradores no consiguen sacar el dinero suficiente para el pago de los salarios. En muchas regiones, la hierba invade las tierras de labor: los jornaleros y sus familias abandonan las aldeas y las granjas, refugiándose en los grandes centros de población, donde aumentan la competencia del trabajo y el pauperismo. Existen condados, como los de Essex, Hampshire y Wiltshire, en los cuales se ven numerosas granjas y hasta aldeas en completo abandono y ruina. Se cuentan por millones de libras esterlinas las pérdidas sufridas por los colonos, y en cientos de millones las de los propietarios: muchos de éstos hanse visto obligados á abandonar la casa solariega, viviendo con grande estrechez familias que antes se consideraban ricas.

Estos hechos demuestran de modo claro y evidente que la condición de los pequeños propietarios, colonos y jornaleros agrícolas es, en la mayor parte de Europa, más precaria que la de los trabajadores de las demás industrias.

¿A quién incumbe en primer término la responsabilidad? Al Estado y sólo al Estado, á ese eterno menor de edad que se deja explotar por sus tutores, y se entrega á la disipación y al despilfarro, contrayendo deudas y más deudas, gastando el propio y ajeno peculio, sin que el temor de la total ruina le amedrente, ni le amilanen los peligros que corre la organización de la sociedad contemporánea.

Durante los diez últimos años la riqueza mobiliaria de Europa ha crecido, por efecto del alza de los valores públicos y de las emisiones de nuevas deudas, en la misma proporción que han bajado generalmente de valor los productos agrícolas y manufacturados. En el mismo espacio de tiempo la población europea ha aumentado sólo un 10 por 100, y en cambio los gastos públicos han crecido en un 22 por 100. El aumento de los presupuestos de Guerra y Marina ha sido de 23 por 100, y de 63 por 100 el número de hombres incluídos en la movilización general.

¡Las deudas públicas de las diferentes naciones de Europa, que en el año 1888 ascendían á 88.502 millones de francos, pasan ya de 117.000 millones!

¡Cifras aterradoras que demuestran la verdadera causa del empobrecimiento de la agricultura y de las demás industrias, agobiadas bajo el peso de enorme tributación, cuando tienen que luchar con la competencia de artículos de otras naciones extraeuropeas, donde las cargas públicas no afectan de tal manera sobre la producción, y donde la naturaleza y la facilidad y baratura de las comunicaciones favorecen en mayor grado el desarrollo de la riqueza!

Añádase á esto la depreciación sufrida por la moneda de plata que circula en Europa, cuyo valor intrínseco ha tenido una pérdida de 2.300 millones de francos en la última década, según cálculos recientemente publicados.

Semejante estado de cosas reclama pronto y enérgico remedio. Los procedimientos proteccionistas no son más que paliativos: mitigarán el mal sin curarlo. Merced á ellos, mejorará por el momento la situación de la agricultura; pero fatalmente se verá ésta arrastrada más tarde por la general ruina.

Prepáranla con insensato empeño los Estados europeos al sostener la paz armada, sin duda más costosa que la guerra misma, porque ésta tiene un término y aquélla se prolonga años y años, cada vez con mayores sacrificios para las clases contribuyentes, condenando á la miseria á millones de ciudadanos, á quienes convierten en encarnizados enemigos del orden social la falta de trabajo, la carestía de los medios de subsistencia, el hambre, la desesperación y la codicia del bien ajeno, fomentada por la activa propaganda de los apóstoles de la utopía en sus diversas manifestaciones.

Hasta ahora apenas han conseguido éstos sacar de su letargo á los míseros labriegos, que, firmes en sus creencias religiosas, viven resignados, con el respeto á la propiedad, á la ley y á los poderes públicos, apegados al terruño y á las tradiciones seculares; pero ¡ay del día en que presten oído á las predicaciones disolventes del socialismo, triunfante ya en los comicios de los grandes centros de población, que ofrece á manos llenas la reforma rural, hablando de la nacionalización del suelo y del gran cultivo hecho por el Estado y dirigido por grupos de trabajadores!

Si falta el apoyo de las honradas masas del campo, el edificio del orden social se convertirá en un montón de escombros, sobre los cuales, después del triunfo de la barbarie, será forzoso reconstituir la obra de tantos siglos: pero con idénticos planos, idénticos procedimientos é idénticas imperfecciones, porque, á despecho de los utopistas, la naturaleza humana ha de ser siempre la misma.

Sólo hay un medio de resolver eficaz y definitivamente la crisis agrícola é industrial, y de salvar á Europa de la más espantosa de las catástrofes.

Antes que la revolución social: la revolución en la Hacienda. Antes que ver en inminente peligro la organización de la sociedad contemporánea: reducir los gastos públicos á la mitad: retroceder á los presupuestos europeos de hace cuarenta años; proclamar el desarme general.

Y esto parece un sueño, porque á medida que resplandece la verdad, gracias á la investigación y á la crítica, cuyos progresos son legítima gloria de nuestro siglo; á medida que la diplomacia estrecha y fomenta las relaciones entre los pueblos civilizados, conjurando los conflictos del momento y alejando los del porvenir; á medida que el principio del arbitraje internacional encuentra por todas partes generosos campeones, los gobiernos, por motivos de orden sentimental unos; obedeciendo al móvil de la natural defensa otros, y poseídos todos del temor de lo desconocido, del vértigo del pánico, se muestran cada vez más sordos á las imperiosas voces de la realidad, que llama á las puertas de la persuasión y del convencimiento.

Nilo María Fabra.

LA GUARDABARRERA.

¡Qué rica de perfumes y de colores, qué exuberante de vida comenzaba aquella primavera, anunciada dos meses antes por la temprana flor de los almendros! ¡Con qué vigor subía la savia, la sangre nueva, por los troncos y las ramas de aquellos árboles y de aquellos arbustos que poblaban el jardinillo contiguo á la alegre caseta del guardavía! Cuatro acacias, ya cubiertas de hojas y empezando á abrir sus blancos y olorosos ramos de flores; una parra joven que había trepado por el tronco de un cinamomo, como enamorada de sus plateadas hojas, ciñéndolo y rodeándolo lascivamente con apretado abrazo, y que empezaba á extender sus nuevos sarmientos, asiéndose con los tiernos alifes á los alambres del rústico toldillo; media docena de rosales lunarios cuajados de rosas; unas cuantas matas de alhelíes, desperdigadas aquí y allá, y, junto al muro de la casita, en el rinconcillo menos visitado por el sol, un prado de fragantes violetas: esto era el jardín. Un enrejado de cañas, que lo cercaba por los tres lados libres, defendíalo de los picotazos de un corpulento gallo cochinchino y de las cuatro ó seis gallinas que se disputaban las caricias de aquel sultán.

¡Qué hermosa mañana de Abril! ¡Qué sol tan esplendoroso! ¡Qué cielo tan alegre, tan claro..... tan andaluz! A pocos pasos de la casita deslizábase blandamente por su pedregoso cauce la cristalina agua de un arroyuelo, con su eterno murmullo, cantando su cancioncilla juguetona; y, como emulando al agua, otro gran músico, el viento, entonaba dos himnos: uno, de notas varias y de pausas frecuentes, al quebrarse en las altas copas de los álamos temblones que crecían en las orillas, y otro, monótono, sostenido, pertinaz, al hacer vibrar los tirantes alambres del telégrafo. Y allá, pajarillos que cantan; y acá, insectos que zumban, también convidados á la gran fiesta de la vida; y lejos, manadas de ovejas balando y comiendo la fresca hierba do los campos; y más lejos, donde cerraban el horizonte, altas sierras grises, nubecillas vaporosas y blanquecinas que se esfumaban y desleían al tocar sus crestas; y en todas partes luz viva, colores brillantes, rumores alegres, santo regocijo, vigorosa juventud..... La Naturaleza toda, que se desperezaba, al salir del largo sueño invernal. Todo sentía, todo respiraba, como un ambiente del cielo, la hermosa alegría de vivir.

¡Que lo dijera, si no, aquel mocetón, el guardavía, que allí se estaba, hacía valiente rato, desbrozando con una corvilla los rosales, y cantando, con fresca y bien timbrada voz, coplas amorosas! ¡Que lo dijeran aquella mujer de veinte años, de sano color trigueño, de pelo y ojos negros como la endrina, de recta nariz griega, de boca pequeña y sonrosada y de torso abundante en turgideces, y aquel diablillo ó angelillo como de tres años, descalzo y medio desnudo, que entre sus rodillas y á regañadientes se dejaba alisar la ensortijada melena! ¡Que dijeran los tres si no eran felices, si no estaban contentos de la vida! Y bien que lo decían.

El guardavía cantaba:

Yo te estoy queriendo á ti
Con la misma violencia
Que lleva el ferrocarril.

Y díjole la mujer, sonriendo:

—Eso sería antes, Pepe. Ya hace cuatro años que nos casamos, y ese ferrocarril no llevará tanta violencia como al principio.

—La mismita, María — repuso el marido.— Cuando se quiere bien y tropieza uno con una mujer buena como tú, ¿por qué se ha de enfriar el cariño? Y luego, por si te escapas, suelas y tapas: vino ese mocosillo á echarle otra vuelta á la llave del corazón.

Y diciendo esto salió del jardín, se aproximó al grupo, y cerrando la corvilla, la echó sobre la falda de la mujer. Guardóla ella, y se incorporó, teniendo entre los brazos al niño, que dijo con voz tan gachona como argentina:

—Papaíto, ¿me quieres?

—¡A ti y á tu madre!—respondió Pepe con ternura.

Y los tres se confundieron en un abrazo, y sonaron besos, muchos besos, y una bocanada de viento hizo oir más distinta y clara la cantata sin notas de los álamos vecinos, y vibrar más intensamente, con vibración monorrítmica, los alambres del telégrafo.

Trazas llevaban aquel triple abrazo y aquellos besos de no acabar pronto; pero sonó á lo lejos el silbato de una locomotora, y Pepe, echando á andar á buen paso, dijo:

—Ya llega el mercancías á la estación. Me voy á la aguja, y tú, de aquí á un momento, á la barrera. Echa las cadenas. La vía está franca.

Alejóse y desapareció Pepe. María dejó al niño junto á la puerta de la casilla y enganchó las cadenas á un lado y otro de la vía, en el paso á nivel. Esto hecho, entró en la casa, añadió un ceporro á la lumbre en que hervía la andaluza olla, y cogiendo el banderín verde se dirigió de nuevo á la barrera, llevándose de la mano al rapazuelo.

El tren había salido de la estación y asomaba sereno, majestuoso, magnífico, con su penacho de blanco humo. Dejaba atrás las agujas. Ya no resoplaba la locomotora; pero diríase que había escuchado las canciones del agua en el arroyo y del viento en los alambres y en los álamos, y que, tomando parte, á nombre de la ciencia, en el rumoroso y general concierto de la Naturaleza, decía: «¡Yo también! ¡Yo también! ¡Yo también!»

Acercábase el tren velozmente, y..... ¿Cómo había sucedido aquello? El niño, apartándose de su madre, había metido un pie entre los rails dobles de la vía. Oyéronse dos gritos simultáneos: el del niño y el de la guardabarrera. Corre ella desalada hacia el muchacho; tira de él con hercúlea fuerza, hasta dislocarle el pie..... ¡como madre demente! Y sigue preso y llorando el niño. La pobre mujer, con las manos crispadas, intenta ¡loca! separar los dos rails, como si el frío hierro entendiera de ternuras y de espantos; ve con los ojos desmesuradamente abiertos que el tren avanza como un rayo, y grita con voz de furia, elevando los brazos:

—¡Para! ¡Para!..... ¡¡Mi hijo!!

El maquinista y el fogonero, ensordecidos por el doble ruido de la máquina y de las ruedas sobre la vía, no se daban cuenta del peligro; tampoco el jefe de tren. Dió la mujer dos pasos hacia la casilla. «¡El banderín encarnado!», balbució. Pero no quedaba tiempo. Y frenética, delirante, corrió hacia el tren, hasta la barrera y más allá, más allá..... ¡lo más allá posible! Colócase, hermosamente trágica, en medio de la vía, á pocos pasos de la máquina, que avanzaba, avanzaba como un alud, y levantando los brazos convulsos, concentra todas sus energías, para gritar al maquinista, que la miraba con espanto:

—¡Mi hijo! ¡¡¡Mi hijo!!!

Y quedó muerta, pero salvóse el niño.

....

Continuaba el alegre concierto de la Naturaleza.

¡El heroico sacrificio de una madre es un fenómeno tan natural como el murmullo de las aguas corrientes, como el rumor del viento en los alambres del telégrafo y en las copas de los árboles, y como el cantar de las aves y el zumbar de los insectos!

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

LOS TEATROS.

Mujer y Reina en el teatro de la Zarzuela. — La Moda en el Español. Alguna novedad en los teatros por horas.—Lo que se espera.

TRIUNFÓ *Mujer y Reina* en el teatro de la calle de Jovellanos, y la razón fundamental del triunfo viene á confirmar las razones con que aquí mismo, y hace pocos días, quise yo persuadir á aquella espléndida empresa de que los grandes éxitos no se alcanzan nunca con los solos esplendores del aparato escénico, ni siquiera acompañados de la gracia ó la delicadeza de algún número musical que, si halaga un instante al oído, no basta á mantener la atención del público y á despertar en él ese interés que lleva á las grandes y definitivas victorias teatrales.

El triunfo del compositor de música de zarzuela puede ir á otro terreno fuera del cuadro escénico, pero no puede subsistir en éste sino por la fuerza legítima y duradera del libro. En la ópera, la música es todo, y vemos con frecuencia que los encantos del lenguaje universal del arte lírico hacen olvidar las deficiencias de libretos mal arrancados del drama, ó descosidos, sin interés, sin relieve ni verdad histórica en los personajes: sin otra cosa que dos ó tres situaciones dislocadas de acuerdo con el maestro, para que éste luzca su inspiración componiendo y su arte instrumentando.

Pero, en la zarzuela, la música alterna con la declamación, la nota con la palabra; se habla mucho más que se canta, y por eso la fábula, los caracteres, los tipos, el interés dramático, han de ir llegando al espectador sin el amparo del ropaje lírico, que puede y debe ser brillantísimo y seductor adorno, pero siempre contando con la firme base y el sólido y airoso cuerpo de la obra dramática.

La música, en fin, puede ser y conviene que sea rica *miel;* pero siempre *sobre hojuelas* bien aderezadas y sabrosas del libro. Sin esta condición, el plato que se sirva al público podrá no ser del todo desabrido, pero de seguro no será largamente paladeado. Así nos lo dice con elocuencia la historia de la zarzuela española, desde *El duende* y *El valle de Andorra*, hasta *Mujer y Reina*.

En este último caso, en este legítimo triunfo, que celebramos todos y que todas las noches llena el popular teatro, el libretista y el músico marchan perfectamente unidos, y de ahí la mayor fuerza de atracción para los espectadores. En las escenas habladas, la fábula nace y se desarrolla clara, limpia, interesante, bien definidos los caracteres, con rasgos propios y naturales los más salientes tipos que nos ofrecen la nota cómica entre las sombras melodramáticas; y cuando llega el concurso del músico, es siempre para dar verdadera fuerza de expresión lírica á las situaciones culminantes, y contribuir, ya con pureza de sentimiento, ya con delicado donaire, al hermoso efecto del claroobscuro que obras de tal naturaleza necesitan para su consistencia y arraigo en el gusto público.

***

Mujer y Reina ha nacido en la escena después de envejecer en la cartera del hábil libretista, señor Pina Domínguez; y si éste no nos hubiera dicho nada de la historia de la obra, nadie hubiera sospechado que su primera cuna quedaba allá, entre el polvo de la tumba de los dioses desaforados y los reyes chillones y descompuestos de los tiempos bufos del arte.

El guapo Francisco Esteban, que supongo sería entonces el Artabán de ahora, ha conservado su juvenil bizarría, silencioso y resignado, entre las ruinas de coronas grotescas y de desmandadas desnudeces olímpicas, para surgir hoy con todos los encantos que seducen y enamoran á los innumerables partidarios del género puro, cuyo prístino esplendor triunfa todavía en todo cuanto tiene de él un castizo y popular reflejo.

Porque—fuerza es decirlo—en esta obra, como en *Los Magyares*, nunca viejos, no es el interés dramático que entrañan las tribulaciones y azares de la vida de la reina el que más suspenso tiene el ánimo de los espectadores. El mayor interés despiértanlo aquí los arranques y osadías del gascón aventurero, generoso y noble en sus propósitos, pintoresco y alegre en sus palabras.

Ni esta reina de Escocia ni aquella reina de Hungría son para el público más protagonistas que aquel lego socarrón y gracioso, burlador taimado de rebeldes y conspiradores, y este gascón valiente, aparecido en un carro de comediantes para llevar á término la arriesgada tramoya que le ha de conquistar al fin la simpatía y la gratitud de la perseguida reina.

La hermosa viuda María Stuard; su ambicioso, más que enamorado, primo Enrique Darnley; el respetuoso apasionado de la reina, Conde de Chatelard; el intrigante y soberbio Maswnell; todos ceden en interés para el público de la Zarzuela, ante la figura alegre, movida, abandonada á los azares de la fortuna y á los cuidados imperiosos del momento, de aquel Artabán bizarro, que, con sus cómicos alardes de esplendor y magnificencia, en medio de sus positivos apuros, hace su escudero al que ha hecho antes su acreedor, á aquel usurero industrial Galopín, que sigue y acompaña como un perro al aventurero idealista, con la codicia grosera con que sigue Sancho al ingenioso Hidalgo de la Mancha.

Como Don Quijote, Artabán es todo promesas y arrogancia; Galopín, como Sancho, no ve en el de Artabán más que el camino de su propio engrandecimiento; la realización de sus créditos, con los intereses usurarios que le han de hacer poderoso, y que al fin ve un tanto fantásticos cuando penetra á medias en la filosofía del cuento del ganso y el pavo, que con mucha gracia le suelta el gascón, y que, á la letra, dice así:

«Un ganso—noble animal
Que en ancho canal se hallaba—
Á un pavo vil contemplaba
Parado junto al canal.
El sol, dando en su plumaje,
De mil tintas lo teñía,
Y así el pavo parecía
Un soberbio personaje.
Lleno el ganso de ambición,
Dejó el agua transparente,
Y fuése al pavo, inocente,
Demandando protección.
—Contigo quiero vivir
Y tu brillo me has de dar,
Le dijo sin vacilar:
Donde vayas he de ir:
Por esa espléndida toca
Doy mi vestido de seda.—
Y el pavo, haciendo la rueda,
Al ganso le dijo:—¡Choca!—
Mas luego la luz huyó
Con sus vivos resplandores,
Llevándose los colores
Que en aquel traje pintó.
—¡Qué arcano es éste, Dios mío!
El ganso se preguntaba;
¡Antes bello te admiraba
Y ahora estás negro y sombrío!
Tus galas me has de prestar,
Pues sólo por ellas vengo.
—¡Si yo, ganso, no las tengo,
Cómo te las voy á dar!—

Me he fijado particularmente en esos dos personajes de *Mujer y Reina*, porque insisto en que ellos son los más vigorosamente caracterizados, los que representan algo hermosamente tradicional de nuestro antiguo y glorioso teatro, y los que mantienen y han de mantener largo tiempo la atención de nuestro público hacia obra tan interesante.

Por lo demás, ya he dicho que la preciosa labor del músico está íntima y gallardamente ligada con la del libretista, siendo la mayoría de los números de la obra de Chapí de ese corte elegante que distingue al inspirado autor de tantas bellas y celebradas composiciones. Y así pudiera yo hablar más que por impresión, como algo entendido siquiera en el divino arte, para poder aquilatar los méritos, principalmente de aquellas características y animadas canción y danza zíngaras del final del primer acto, del concertante de *la recepción*, del segundo, del *raconto* delicioso, del bellísimo dúo del tercero, y de la admirablemente sentida *serenata* que sigue al cauteloso paso de la ronda.

Los artistas todos contribuyen á dar fuerza al éxito creciente y legítimo de *Mujer y Reina*, distinguiéndose la Martínez en la protagonista, la Montilla, como cantante sobre todo, en la figura de Enrique, y, en fin, Carbonell, que, maestro en el canto, ha lucido esta vez además como actor, dando al gascón Artabán todo el relieve de gracia y bizarría que está pidiendo, por su naturaleza, tan arrogante personaje.

La empresa, espléndida y derrochadora en el aparato escénico que la obra le pedía; y esta vez es bien seguro que poeta y músico hacen bueno y oportuno el derroche y harán realidades las más acariciadas esperanzas.

***

Fuera de esa larga cuanto merecida mención á que obliga la gran novedad del teatro de la Zarzuela, muy poco han ofrecido los teatros de Madrid en la última quincena al especial recuerdo del cronista.

El teatro Español ha estado entregado al viejo repertorio entre las nuevas galas con que le ha vestido la empresa artística de María Guerrero. Y mientras esta joven y simpática actriz ha fingido *gallega* la que fingió *aragonesa* el autor de *La segunda dama duende*, y ha tocado y cantado como Diana en *El desdén con el desdén*, cuando Moreto quiso que la música fuese cosa de una de las damas de la encantadora princesa, el teatro ha estado asistido sólo por la imperante Moda, que ha resuelto que los viernes—y más especialmente los lunes—pase á la sala del antiguo Corral del Príncipe todo el lujo y todo el esplendor aristocrático que luce en el turno segundo del teatro Real.

Pero no se reducen á eso las aspiraciones legítimas de María Guerrero; y para que se cumplan del todo, preciso es que active los ensayos de obras nuevas, como la que se prepara del insigne Echegaray, ya templado el teatro con caloríferos: pues sólo así, con trabajo artístico nuevo, es como se puede despertar el interés del gran público, al calor del ingenio, confortante del espíritu.

Obras nuevas y buenas, y ejecución esmerada en el conjunto. Así se hacen días de moda todos los días de la semana.

***

Bien poco nuevo, y no todo bueno, ha aparecido en los teatros por horas. Aunque de escasa importancia literaria, citaré el monólogo *Estoy comprometida*, en que el autor, Sr. Lasheras, ha dado una nueva ocasión á Loreto Prado para lucir sus cualidades de donosísima actriz cómica.

En el siempre afortunado teatro de Lara, después del sencillo *quid pro quo* del juguete *¡Sarasate!*—en cuyo ligero y chispeante diálogo lució el ingenio de Matoses, graciosísimo autor de *A primera sangre*—ha venido el completo éxito de *Los... de Ubeda*, juguete cómico de Fiacro Yrayzoz.

Asunto sencillísimo, acción interesante, viveza y facilidad en el diálogo, limpieza en los chistes, naturalidad en los tipos presentados, y, para complemento de todo eso, un conjunto, á pedir de autor, en la ejecución, encomendada á las Sras. Rodríguez y Pino y á los Sres. Romea y Rubio. Por *Los... de Ubeda* va el teatro de Lara como por el más seguro camino de las provechosas campañas.

***

Y ahora se nos viene encima otra rachita de estrenos, que empieza hoy mismo en Novedades con *La procesión*, y seguirá en la Comedia con *La fierecilla domada*, y en Apolo con *El Domingo de Ramos*, en el que la fiesta verdadera es esperada del gran arte del maestro Bretón, ilustre autor de *La verbena de la Paloma*. Celebraré que en *El Domingo de Ramos* le reciba el público *con palmas*.

EDUARDO BUSTILLO.

20 Enero de 1895.

LA PINTURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX.

I.

RECIÉN concluída estaba al comenzar el presente siglo aquella admirable joya que el pintor de los majos y manolas había prendido en los techos de la poética capillita de San Antonio de la Florida, situada al ingreso del muy bello campo y alamedas del Manzanares, escenario de donde el artista tomaba sus más felices inspiraciones; prodigio del pincel, maravilla del color y compendio de todo lo más tierno, seductor y galano que palpita en la raza española, concentrado en el rostro de sus mujeres, nunca más encantadoras que cuando, como allí, se envuelven entre velos y encajes, que prestan mayor misterio á sus miradas destellantes.

Angeles del cielo quiso representar en aquellas figuras



MADRID.—EL GRAN COME

(DEL NATURAL



DOR DEL REAL PALACIO.

(POR COMBA.)

femeninas destacándose sobre aéreos cortinajes, semejantes á jirones de nubes, y ángeles en la tierra debieron ser los modelos, que para tal obra sirvieron al insigne artista.

Hasta que no se ven y se contemplan con éxtasis, no puede decirse se ha conocido la creación más encantadora y atractivamente humana del arte español.

A tanto llegó Goya, á fuerza de espontaneidad y desdén por todo convencionalismo estorboso, extrayendo con supremo arte de la realidad, salvación perpetua de todo sistema, aquello que sólo su genio sabía elegir, para componer la última página más original de nuestro arte antiguo y primera del modernísimo en que nos encontramos.

Tacharánlo algunos secos críticos de ciertas sublimes incorrecciones, á él, que nadie superó como dibujante en sus grabados y retratos: podrán decirnos que en lo religioso é histórico no llegó á infundir aquel respeto y elevación á que es llamado el arte por estas representaciones; pero culpa suya no fué al vivir en unos tiempos en que más superstición que religión había, y en que la política no tuvo más que desastrosas representaciones, ni la historia más guión que el heroísmo popular.

Y, sin embargo, el gran artista, si bien seducía y encantaba, no por esto influía en la marcha artística de su patria, ni fundaba entonces la escuela á que era acreedor: llevó consigo su arte al sepulcro, y quedó aquella luz sin herir los ojos de sus contemporáneos, cegados por otros ideales que en aquellos días tenían numerosos sostenedores.

Porque, desde casi un siglo antes, una institución de origen puramente exótico, sin antecedentes patrios, pues aquí el arte habíase dado como flor espontánea, era la que dictaba y promulgaba las leyes del gusto y mérito artístico, y en la que, encastillados los que por maestros se tenían, educaban á los pocos que, en medio de los grandes trastornos y guerras contra los franceses, creíanse inclinados al cultivo de las bellas artes.

La Academia de San Fernando estaba constituída entonces por un número de miembros en los que el buen deseo y la afición eran mayores que sus dotes artísticas. Sólo Goya, su individuo y vicedirector que llegó á ser, luce como única estrella entre tantos obscuros nombres, sin que por eso no apareciera como el más eminente su director, el valenciano Maella, que lo fué hasta 1819, fecha de su muerte.

Aventajado discípulo de la casa en su niñez; pasado á Roma para perfeccionarse, como los antiguos maestros; vuelto á España y sometido á la férula pedagógica del célebre Mengs, bajo cuya dirección servía al Monarca; nombrado pintor de cámara por premio á su sumisión; introducido en la Academia y llegando á ser su director general; primer pintor del Rey en el último año del siglo; todo lo que podía ser entonces un gran artista, no daba, sin embargo, este sol del arte en aquellos días más resplandores que los débiles que podían esperarse de un sumiso discípulo de aquel rígido y oprimido Mengs, hechura de Winckelmann, uniendo y conservando además el residuo de las escuelas de Jordán y Cortona, dominantes en todo el siglo pasado: un compendio de las mayores decadencias, iluminado apenas por la primera ráfaga de luz de la aurora del naciente neoclasicismo.

Su labor en los palacios y sitios Reales, catedrales y monasterios, más abundante que conviniera, sustituyendo muchas veces con desventaja á otras de mejores estilos, nos manifiestan perfectamente el débil estado á que habíamos venido, en el arte tan vigorosamente antes por nosotros cultivado.

Y era que, á pesar del fenómeno cada día más incomprensible por su aislamiento del insigne aragonés, debilitado nuestro espíritu, cansado el genio español, gastado quizás para siempre nuestro antiguo y genuino carácter, tenía que acudirse en todo, lo mismo en política que en filosofía, en literatura que en artes, á aquellas grandes ideas que en otras naciones conmovían desde los tronos hasta las conciencias, que cambiaban las cosas antiguas por otras flamantes, y que tenían por su novedad y atrevimiento el privilegio de arrastrar y seducir hasta á los que desde lejos contemplaban aquel espectáculo.

Francia era el foco de revolución tan grande: de allí había de venir la regeneración total, y ésta la proclamaba en la pintura David, el artista y político exaltado, á quien no es seguro alcanzara á conocer Goya en Roma antes de volver á España. Vuelto aquél también á su patria en plena revolución, tomó parte muy activa en los sucesos políticos, apareciendo siempre como de los más avanzados; llegó á ser hasta convencional, y de los que votaron la muerte del Rey; pero pasado el Consulado y llegado el Imperio, era el gran artista y amigo de Napoleón I.

El primer pintor de Francia conquistaba y dominaba tanto con sus pinceles como el Emperador con su espada, y apoyábase para ello en el arte griego, en ese supremo arte tantas veces venerado por los que lo profesan en todos los tiempos.

Se ha pretendido comparar y hasta equiparar á los contemporáneos Goya y David; pero resulta extravagante y hasta antitética tal comparación.

Goya, todo genio, todo originalidad, todo vida y palpitación sanguínea de la naturaleza humana; David, todo imitación, todo imposición por su parte de lo que consideraba como superior á la creación misma, plagada de defectos, que el arte había logrado depurar sólo en las marmóreas formas del antiguo.

El nuestro, colorista jugosísimo, intencionado y satírico, vivísimo en la fantasía y atrevido cual ninguno en la ejecución, fiando el acierto á sus propias fuerzas; el otro, rígido y seco dibujante, midiendo á cada paso, sometido á un ideal abstracto y filosófico, persiguiendo lo heroico en las páginas de Tito Livio y vistiéndolas con la forma creída la más alta concepción del clasicismo. Y si en mérito absoluto pretendiéramos la comparación, como pintores, Goya todo, á la altura de los mayores habidos; David nada, apenas un iluminador sin gusto; y como dibujantes, el uno el *summum* de la gracia, movimiento y expresión; el otro la más genuina encarnación del modo de trazar y componer académicos.

Lo que aconteció fué, que Francia aun no había hecho su revolución y renacimiento artísticos; aun no había gustado ni saboreado por sí propia de las aguas del arte helénico, fuente perpetua de belleza vivificadora, de toda estética para todos los tiempos y naciones.

Lo que Italia había ejecutado tres siglos antes al impulso del gigante florentino y el angelical Rafael Sanzio; lo que entre nosotros, así como en Flandes y Alemania, se había realizado ya por el reflejo del renacimiento italiano; lo que Inglaterra comenzaba á hacer por la iniciativa de Flaxman, por cierto con bien dirigido sentido, aun no había acontecido en Francia, aun no había encarnado en un hombre de su raza, aun no había comenzado la pintura genuinamente francesa.

Pero es muy notable lo que sucede con el renacimiento clásico, con la belleza helénica, que de tal modo va despertando é impulsando á las naciones al arte moderno, y esto demuestra su gran fuerza estética y virtud excitadora. Porque el gran renacimiento italiano fué producido por la contemplación de los mármoles más ampulosos, exagerados y antihumanos que produjo aquella primera edad de las artes europeas. Al nacer después la ciencia estética, vuélvese á fijar la vista y fundar deducciones sobre nuevas obras, unas decadentes y otras de tiempos en que aun no había alcanzado el arte antiguo toda su madurez, concluyendo por formarse un falso concepto de aquél, seco y rígido, ó demasiado movido, pero siempre convencional y frío, que hasta nuestros días ha llegado, distinguiéndose con el nombre especial de estilo académico.

Winckelmann consideraba al *Apolo* de Belvedere como la más grande maravilla, la más divina obra que había salido de las manos del hombre; y Lessing fundaba todo su tratado de sublime estética sobre el *Grupo de Laoconte*, la producción más amanerada y defectuosa que nos legó la antigüedad. Bien es verdad que á todo esto nadie había visto aún á Fidias.

Fué preciso que la tierra nos devolviera, casi en nuestros días, los tesoros helénicos que encerraba, para que viniéramos á comprender todo lo que había llegado á ser aquel arte y aquellos soberanos artistas: fué preciso que apareciera la *Venus* de Milo, y aun mejor, el *Hermes* de Praxiteles, la *Victoria de Samotracia*, y que Inglaterra transportara á sus museos los inmortales mármoles del Partenón, para que comprendiéramos que cuanto habíamos admirado antes era sólo un reflejo de superiorísimos modelos, sin realidad ni verdadera belleza, conseguida sólo por los grandes maestros del mejor período, principalmente por el incomparable Fidias, el Velázquez escultórico de los griegos.

Ha sido, pues, un proceso inverso, una obra leída á trozos, pero de fecundísima influencia é indispensable impulso para el arte moderno. David era hijo directo de Winckelmann y Lessing, y por eso fué el clásico tirante y seco, conocedor á medias del arte que le seduce y trata de emular, pero impulsador al fin, aunque sin los grandes vuelos de los maestros italianos, del arte nacional en su patria: éste es su valor: ésta su representación verdadera.

Tal concordancia entre las ideas estéticas y las aspiraciones generales revolucionarias que entonces se extendían por todas partes, á título de superior cultura, de una alteza de pensamiento no á todos concedida, hacían que con el lema de regeneración del arte, entonces tan necesaria á la verdad, fueran apadrinadas y hasta recibidas con entusiasmo, y se aceptasen como salvadoras de la ruina en que, por los más expertos, se veía á aquél caer para siempre.

Por esto que la nueva escuela francesa tuviera tanta resonancia y hasta aceptación, siendo entre nosotros sus sostenedores más principales y renombrados D. Juan Antonio Ribera, D. José Madrazo y D. José Aparicio.

El primero á los once años era ya discípulo de Bayeu, y alcanzaba, en 1802, un según lo premio y una pensión, aunque mezquina, para pasar á París. Llegado á la gran ciudad, penetra en el estudio de David, el que pronto lo considera como su mejor discípulo. Cuando terminó su lienzo de *Cincinato en el momento de ser separado de la labranza para que dictase leyes á Roma*, el entusiasmo del maestro llegó á tanto, que le abrazó con efusión en medio de todos sus condiscípulos: que nada despierta más entrañable cariño en los maestros de todos los tiempos, que ver cómo sus discípulos aceptan y propagan la parte más errónea de sus doctrinas.

El cuadro luce hoy en la primera sala de nuestro gran Museo; pero no causa tales entusiasmos en nadie, apareciendo sólo como una acabada muestra de la pintura *estilo Imperio*.

Despreciando las proposiciones del príncipe ruso Issupoff, marchó á Roma al lado de Carlos IV y María Luisa, entonces allí confinados, y del Rey recibió el nombramiento de pintor de Cámara, siendo también acogido por la Academia pontificia de San Lucas.

Fernando VII ratificó en España el nombramiento de su padre; y aunque privado en el año 1835 de aquel destino palaciego, no dejó de seguir cosechando honores, pues encargáronle de la enseñanza del dibujo del natural en la Academia, y posteriormente confirióselc la vicedirección del Museo del Prado. Su pincel fué fecundo, y siempre fiel al estilo en que se había formado, como puede observarse por sus conocidos cuadros del Museo, á más del citado, *Wamba rehusando la corona*, *Los crepúsculos* y dos *Estaciones*, y otras obras al temple en iglesias y palacios.

El primero de los Madrazos lo fué D. José, santanderino nacido en el último tercio del siglo XVIII, y tronco de esa familia que tanto había de figurar en el presente. Discípulo de la Academia de San Fernando, favorecido por el ministro Cevallos y D. Fernando de la Serna, cónsul general en París, que lo llevó consigo, púsose, como Ribera, bajo la enseñanza de David, que entonces estaba en todo el esplendor de su gloria: como su compatriota, obtuvo también su mayor afecto, asimilándose de tal modo el estilo del maestro, que pasando luego á Roma y lanzado á componer y ejecutar por su cuenta cuadros originales de historia, llevó á cabo primeramente *La muerte de Lucrecia*, hoy en el Pardo, y después ese gran lienzo de todos tan conocido de *La muerte de Viriato*, más otros de asuntos homéricos, religiosos, y retratos, pero siempre, hasta estos últimos, con el mismo acento neoclásico.

También buscó Madrazo á su rey en Roma: también fué nombrado pintor de Cámara y académico de la de San Lucas; pero si como artista no demostró originalidad y pretendió implantar un estilo para nosotros completamente exótico, no debemos olvidar jamás, en justicia, sus trabajos, pues él fué el instaurador de la enseñanza del colorido y composición por el natural en la Academia, y á su iniciativa débese en mucho la creación de ese monumento, de ese inapreciable tesoro, llamado Museo del Prado, del que fué su primer director, así como la introducción de la litografía en España, y otros trabajos no menos beneméritos ni de menores resultados.

Todavía debemos añadir un nombre, el de D. José Aparicio, conocido especialmente como autor del *Cuadro del hambre*, episodio nacional, con tan patriótico deseo concebido como poca fortuna ejecutado, aunque no muy distante, por su mérito, de otros cuadros debidos á sus émulos.

Nadie cual él en la niñez para despertar halagüeñas esperanzas, que quizás no se hubieran malogrado á no marchar á París y formar en las filas de los adictos de David: aun así, obras tiene, como el *Desembarque de Fernando VII en el Puerto de Santa María*, hoy en el Tribunal Supremo, que obtiene sobre otros del mismo tiempo la ventaja de un marcado españolismo y galanura de color y composición poco usada entonces, y otras que le valieron con justicia honores semejantes á los otorgados á Ribera y Madrazo: tales fueron los corifeos de un estilo que, aun pasado, no ha dejado de tener hasta nosotros sus secuaces y cultivadores.

Pero al dictador francés había que destronarlo; había que contrastar por completo sus doctrinas y principios. Á las bellezas fríamente marmóreas, había que oponer las de la fantasía ardiente, conmovedora; al clasicismo externo y correcto, el espiritualismo interno; á la serenidad olímpica, la expresión sentimental anímica.

El malogrado Gericault, con su *Coracero herido* iniciaba ya en 1814 cierto desvío de las máximas del maestro, y por el *Naufragio de la Medusa*, con su impresión trágica, descubría, aunque con timidez, la emancipación que se preparaba. Eugenio Delacroix, con su *Dante y Virgilio en los infiernos*, fué el que descorrió ya atrevidamente el velo del nuevo arte, siguiendo luego con otras numerosas obras aquel camino, cuya aparición promovía reñidísimas batallas críticas, que llegaron á su apogeo con la célebre *Matanza de Chios*.

Interesantes episodios pudiéramos apuntar de las luchas entre los clásicos y los románticos que entonces comenzaban á quererse imponer: y no podía ser por menos, cuando á la corrección pasada oponíase la incorrección sistemática, á la composición perfectamente regulada, equilibrada y hasta geométrica, la soltura, el desorden, la descomposición, si convenía á la inspirada idea del artista; principios sostenidos por Delacroix con la pluma y los pinceles, más aún, cuando después de su viaje á Marruecos, después de ser deslumbrado por los cambiantes del orientalismo, se creía un colorista brillantísimo, un descubridor de los secretos de la paleta, con sus audaces procedimientos.

Gran apoyo para la nueva tendencia expresiva fué Paul Delaroche, al que, aunque algo ecléctico, su *inspiración* lo arrastraba al bando de los románticos, siendo sin duda más psíquico y medioeval que muchos, el autor de *Los hijos de Eduardo*, *Juana Gray* y tantos más asuntos dramáticos.

Para que la lucha fuera más sostenida aún, hubo otro artista famoso, el dibujante Ingres, que, enamorado de Rafael, sostuvo él solo, contra tantos encolerizados enemigos, la bandera del arte idealista clásico.

Pero la victoria quedó por fin de parte del romanticismo, que contaba con el apoyo del literario, representado por figuras tan importantes como Lamartine, Vigny y el autor de *Notre Dame de Paris*, y en la arquitectura por la restauración y aceptación de las bellezas de la gótica ú ojival, tan maltratada y calumniada por los clásicos renacientes, y tan de moda puesta por los soñadores poetas de la luna y las tristezas líricas.

Aun hubo quien quiso armonizar tales opuestas tendencias, abarcando en un idealismo de forma y fondo puramente cristiano tan antitéticas direcciones: con esta exaltación mística, con este deseo piadoso, llegó á conquistar un renombre famosísimo, el epíteto de *grande hombre*, de *artista inimitable*, el germano Overbeck, establecido definitivamente en Roma, centro del arte, haciendo de éste un culto, congregando á sus discípulos á la oración y no emprendiendo obra alguna si no se sentía inspirado como por gracia á su piedad; tal cual acontecía á Fra-Angélico en plenos albores del renacimiento italiano.

De todas estas pulsaciones estéticas, de todos estos matices tuvimos entre nosotros representantes.

El primero en modificar en España la escuela de David, aunque no oponiéndose por completo á ella como los románticos puros, fué sin duda D. Carlos Ribera, hijo de D. José y nacido en Roma cuando la estancia de éste allí. Pensionado muy joven y permaneciendo varios años en Roma y París, llevóle su temperamento á aprovechar preferentemente las enseñanzas de Ingres y Delaroche, notándose por lo tanto en él una especial tendencia á la perfección del dibujo según el ideal rafaelesco, con bastante romanticismo en sus asuntos y expresión en sus personajes; tales el *Origen del apellido de los Girones, en la batalla de la Sagra; D. Rodrigo Calderón conducido al suplicio; María Magdalena ante el Sepulcro*, y tantas otras obras como nos dejó en su larga vida.

La más importante de todas sin duda, y que corresponde al mejor período de su pincel, es la decoración del techo y lunetos del salón de sesiones del Congreso, ejemplo acabado de la pintura mural en su tiempo y timbre de gloria para su autor. Tan firme y solemne en el trazado de sus figuras, como serio y maestro en la composición alegórica de los asuntos, bien se nota en él la disciplinada enseñanza

del gran refrenador de todas las audacias y desbordamientos de los románticos franceses, de Ingres, siempre clásico, á pesar de los durísimos ataques de que era objeto.

Como director que fué por muchos años de la Escuela Superior de Pintura y Escultura, y su profesor del antiguo, tomó parte muy principal en los trabajos oficiales, entre ellos la decoración pictórica de San Francisco el Grande, en la que bien se ve hoy claramente, tanto por la dirección, como por sus obras en ella, la caducidad de su ingenio: que es el arte flor de juventud, para cuya lozanía apenas bastan todos los frescores de la vida, en su período de mayor poderío.

Lugar oportuno es este para tratar del segundo de los Madrazos, de D. Federico, hijo de D. José, y sostenedor por largo tiempo de los timbres gloriosos de la familia. Nacido en Roma el mismo año que D. Carlos Ribera, y apadrinado desde la pila bautismal por egregios personajes, hubo de ser luego el artista aristocrático, de gustos y maneras conformes en todo con la alta sociedad que había de prestarle todos sus favores. Desde muy niño entró en sus deseos el ser un afamado artista, y gozó de la recompensa del asiduo trabajo y buena preparación para el ejercicio de su arte.

Sin gran carácter determinado, sin lograr experimentar tampoco la fuerte sacudida de la inspiración, de cierto por él muchas veces evocada, representó bien entre nosotros, no obstante, una de las tendencias que entonces se disputaban la victoria en el palenque del arte: el romanticismo. Al principio, siguiendo las corrientes clásicas, dedicó los impulsos juveniles á los héroes homéricos, siendo *Aquiles en la tienda, cuando Iris le anuncia que acuda á libertar el cuerpo de Patroclo*, el tratado en su primer lienzo de gran empeño.

Corriendo después los centros extranjeros, afirmó en París el dibujo con el ejemplo de Ingres, ensanchó su manera con el estudio de Delacroix, y comenzó allí á adquirir su crédito en aquel género para el que tenía especial aplicación el mecanismo adquirido por tan constante ejercicio y asiduo trabajo: el retrato, que fué su especialidad. Aun, sin embargo, llevó á cabo algunos intentos de cuadros de historia, género entonces tenido como el de mayor nobleza, perteneciendo á aquel tiempo su *Gran Capitán en Ceriñola* y el *Godofredo de Bouillón;* obras superadas sin duda por la de *Las santas mujeres en el sepulcro de Cristo*, realizada en Roma, donde, decidido por Overbeck, jefe del bando de los puristas, «fijó definitivamente su gusto y su escuela», según frase de su entusiasta biógrafo en el Diccionario Enciclopédico, valiéndole esta obra, cuyo satinado empaste nos produce hoy tan extraño efecto, expresiones de entusiasmo por parte del maestro, semejantes á las que recibiera en otros tiempos Ribera por parte de David.

De regreso á España en 1841, dedicóse entonces especialmente al retrato. En este género fué dondo alcanzó sus mayores triunfos. Un retrato de Madrazo era para aquella generación el colmo de la apoteosis personal, y apenas hubo celebridad nacional ni mujer hermosa que no se prestara con gusto al quietismo del modelo, por tal de encontrarse después mejorada, en imagen, en tercio y quinto, por obra y gracia del artista.

Los retratos de Madrazo fueron pomposamente celebrados; comparósele con Velázquez, Van-Dick y los más egregios cultivadores del género; pero no llegó á tanto don Federico, como todos le llamaban, por más que convengamos en que su habilidad fué suma, y más su discreción y tacto para salvar los muchos escollos antiartísticos que tan frecuentemente se le presentaban.

Si como artista nunca lo llegó á ser, en el más elevado sentido de la palabra; si como maestro careció de aquella vista perspicaz para descubrir incipientes disposiciones, proporcionando por esto agudísimos dolores á los más expertos, por lo mismo más rebeldes, débele, sin embargo, el arte español grandes prestigios y ennoblecimiento, por el empleo de cierta autoridad personal por él adquirida, bastante eficaz para el difícil trato de los asuntos entre artistas.

La última personalidad conspicua en el gusto de raíz ultrapirenaica, y la que nos proporcionó la nota más vibrante del romanticismo, es la de D. Eduardo Cano, despertador de los mayores entusiasmos en la Exposición de 1858 con su cuadro *El entierro de D. Alvaro de Luna*, escena de por sí tan interesante, como felizmente tratada por el autor. Como cuadro *inspirado*, sin duda fue uno de los mejores de su tiempo, en todas sus figuras y detalles, y siempre permanecerá como página característica de aquellos días. Otros tan notables deberíanse sin duda á su pincel, si, marchando á Sevilla, no se hubiera aislado demasiado de la marcha y escena del arte.

Muy lejos nos han llevado estas consideraciones sobre los cultivadores del importado á nuestra patria en este siglo, por lo que tendremos que volver bastante atrás para encontrar el comienzo de aquellas otras tendencias que habían de proporcionarnos más legítimos y originales triunfos.

N. Sentenach.

Continuará.

D. GUILLERMO ESTRADA.

Doblaron tristemente las campanas de la Universidad de Oviedo en la mañana del 27 de Diciembre de 1894.

Numeroso cortejo de duelo, cual pocas veces visto, llegaba con la cruz y clero de la iglesia de San Juan á recoger en la capilla de la insigne escuela el cadáver de un hombre ilustre, que velaban compañeros, discípulos y muchos amigos. En la mañana de aquel luctuoso día presenció la capital de Asturias imponente manifestación de dolor, que llevaba hasta la mansión de descanso los mortales despojos de un asturiano notable, de D. Guillermo Estrada Villaverde. Profesor doctísimo de la Universidad, orador y escritor de condiciones sobresalientes, conspicuo político y, sobre todo, varón virtuoso, modesto y humilde, de sano corazón y bondadoso temple, que pasó por la vida con el respeto y la simpatía no ya de amigos, sino de adversarios, fué aquel que bajaba al sepulcro con aureola de grandes merecimientos.

La prensa de todos los matices fué unánime, en Asturias, en Madrid y en toda la Península, arrojando flores sobre la tumba de mi maestro y amigo del alma; y apenas cubierta de tierra aquella sepultura, presenció la nación el espectáculo consolador en que, figurando como primera la augusta Señora que regenta á España por el Rey niño, se congregaron en rara aspiración por lo unánime representantes de todas las fracciones políticas, las notabilidades del Parlamento y de la cátedra, para rendir noble y merecido homenaje á la gratísima memoria del profesor ovetense, amparando á una viuda y siete hijos.

En labor penosa, en lucha incesante y en agitados períodos políticos, había consumido Estrada, con sus fuerzas físicas y morales, el heredado patrimonio de sus mayores, y cual otros obreros de la ciencia moría dejando á la familia en apretadas circunstancias, falta, con su apoyo, de la tasada retribución del cargo profesional. Contingencias de la política arrancaron al Sr. Estrada de las aulas, y cuando tornó á ellas, después de varios años pasados en áulico servicio del Duque de Madrid y de su esposa D.ª Margarita, ángel de caridad, tornó como rendido de la vida pública á su querida Universidad, *alma mater*, objeto siempre, hasta en encumbrada posición, de sus más firmes amores.

Volvió D. Guillermo á Oviedo, su patria idolatrada, y todos, absolutamente todos, se complacieron en el regreso de aquel á quien tenían como hijo ilustre entre los más del pueblo de Fruela. Reverdecían así los recuerdos del estudiante, primero entre los primeros, del orador correcto y ático, y del catedrático tan querido por su bondad como admirado y respetado por su ciencia vastísima en todas las ramas del Derecho, que había explicado, cautivando desde las famosas y brillantes oposiciones en que contendió con Montero Ríos, honra también de la toga y de la cátedra española.

Los tradicionalistas de Asturias le dieron un día su representación en las Constituyentes de 1869, como en otras elecciones, y desde las pocas veces que habló en la Cámara popular, resultó lo de siempre: Estrada, mi inolvidable Estrada, se colocó en primera línea. Otro tanto pasó en Francia y en Italia durante el tiempo en que fué secretario de D. Carlos, y principalmente de la Princesa de Parma, su primera esposa; y fueron entonces personajes más notorios del extranjero, como los órganos de la prensa más conocida, los que de nuevo repitieron las dotes brillantísimas del antiguo catedrático asturiano.

Pasó la vida estudiando; devoraba los libros de todas clases, principalmente los de ciencias políticas y morales, y de historia y literatura de todos los países, sobre todo en la época moderna que le fueron familiares, auxiliado por aquella memoria *pelagina*, bien así calificada por mi colega *Clarín*.

La comunión católico-monárquica del Principado le tenía por su jefe; D. Jaime, de quien también había sido preceptor, le visitó con entrañable afecto á su rápido y desconocido paso por Oviedo; los correligionarios, en fin, le veneraban por su ciencia, por su conocimiento práctico de la política, en que fué firmísimo, y además por el prestigio irresistible de las prendas que le adornaban.

Mas con ser mucho todo esto, D. Guillermo Estrada tenía además las condiciones indicadas del varón sabio y de honradez intachable y la brillantez de aquella poderosa inteligencia con la que pudo ponerse al lado de los españoles más altos, si no le hubieran atajado, con la modestia ingénita, el amor de los ovetenses á su *pueblíquin* y el temor constante á perder de vista la gótica torre, la fronda de San Francisco y su «Puerta del Sol» en Cimadevilla.

Hombre que tanto sabía escribió muy poco. No quedan impresos muchos de sus discursos magníficos en Sociedades de Oviedo y de Madrid, pues son contados aquellos trabajos que con los universitarios llevó el autor casi forzosamente á la prensa. Sin su firma aparecieron también numerosos artículos en diarios provinciales.

No escribo una biografía, que la pena me estorba para semejante tarea; si tal pretendiera, pondría aquí años y títulos desde que en 1860 tuvo el Sr. Estrada su primera cátedra de Disciplina eclesiástica, cual después otras á tenor de los diferentes planes de enseñanza. Como fuí su discípulo, mucho podría decir de esto, y también porque llegué hasta ser su compañero. Fué académico de la Historia y Amigo del País; presidió aquí la Comisión de Monumentos; formó en el Consejo provincial, y fué de los fundadores de la Conferencia de San Vicente de Paúl, institución que le debió en su primera época inapreciables servicios. Pero una breve nota, al lado de su retrato, no tiene espacio para más datos de cargos y de fechas, ni siquiera para una relación de escritos periodísticos, conferencias y discursos parlamentarios y académicos. Si quisiera proponer desde estas columnas tan leídas en mi tierra como en toda España la necesidad de coleccionar aquellas obras notabilísimas, ya que mi amadísimo maestro no pudo hacerlo, preocupado con empresa magna á fin de escribir la *Historia del siglo XIX*, para la que dejó abundantísimos materiales.

Tristes y doloridos fueron los últimos años de D. Guillermo Estrada. Fatigado de alma y cuerpo por desengaños y contrariedades, falto de salud, no sobrado de medios y cercado por los cuidados de familia numerosa, aun pudo vivir penosamente. Pero de súbito le hiere en mitad del corazón la muerte prematura de su hijo primogénito, el angelical Borja, llamado á venturoso porvenir, heredando su nombre y sus prestigios, y entonces ya fué impotente en su lucha con el dolor, viviendo pocos días, hasta morir cristianamente resignado tras de tanta amargura.

Me dió entonces prueba de cariñosa correspondencia al amor y veneración que yo le tenía; me llamó á su lecho de muerte, y durante varias horas, hasta el postrer suspiro, tuvo para el antiguo discípulo manifestación de un afecto cuyo recuerdo me acompañará siempre.

¡Cómo le lloramos los que hoy constituímos el Claustro de la Universidad de Oviedo! ¡Todos le habíamos tenido por maestro! ¡Cuál fué nuestra pena cuando dispusimos sus exequias!

Condensando el valer y significación de mi compañero el Sr. Estrada, fué la exclamación tan espontánea como profunda del sabio y virtuoso Obispo de Oviedo, que—recién venido de Madrid, donde vió morir á su hermano el P. Ceferino—confesó y bendijo á D. Guillermo en las primeras horas de la noche del jueves 27 de Diciembre. Yo oí al Rmo. Sr. Martínez Vigil cuando dijo:

—*¡Qué desgracia para España! ¡Ayer el cardenal González, hoy Estrada Villaverde!*

F. Canella Secades,
de la Universidad de Oviedo.

GRANDE Y CHICO.

Hay, á mi juicio, lector,
Injusticia manifiesta
En que haya mayor protesta
Para el más pequeño autor.
Si son obras inferiores,
El furor no me lo explico.
¡Con nuestro *género chico*
Gozan los reventadores!
Contra lo grande no atentan;
No hay uno que se desmande.
¡Los grandes están en grande,
Y á los chicos nos revientan!
Con prudencia inusitada
Oyen un acto primero,
Y un segundo y un tercero
En los que no pasa nada.
Y si hay un chiste trivial
Ó una sola situación,
Ya se sabe: una *oración*
Y *salidas* al final.
Sin respirar ni toser
Resisten cada comedia
Y aguantan cada tragedia,
Que no hay quien las pueda ver.
Y á la pobre zarzuelilla,
Que no tiene pretensiones,
La rechazan los tacones
En la primer redondilla.
Con *el grande*, buen deseo:
Aplauso, ó silencio culto.
Con *el pequeño*, el insulto,
Y la grita y *el pateo*.
O el público no lo entiende
Ó mal sus premios reparte.
En la *tabla* cabe el Arte,
Y la tablita se vende.
Si la pintura que es buena
Medida no ha de tener,
¿Por qué el autor no ha de hacer
Sus cuadritos en la escena?
Aquel que en un acto trace
Toda su composición,
Y meta la *exposición*
Y el *nudo* y el *desenlace*,
Viene un mérito á probar
Que no prueba el que á la altura
Sube porque tiene anchura
Para poderse elevar.
¡Y apenas se *da charol*
Y por *genio* se proclama
El que estrena un *memo drama*
En el teatro Español!
Un éxito en Jovellanos,
Novedades, la Princesa,
Eso el más tonto confiesa
Que no es *obra de romanos*.
Allí aguardan hasta el fin
Y toman lo que les dan.
A Eslava y Apolo van
Con todas las de Caín.
Y habiendo condescendencia
Con *lo grande*, no me explico
Cómo tienen con *lo chico*
Tan poquísima paciencia.
Por eso, caro lector,
Al mirar mi *pequeñez*,
Exclamo más de una vez:
«¡Quién fuera *grande*, Señor!»

José Jackson Veyán.

SU PROFECÍA.

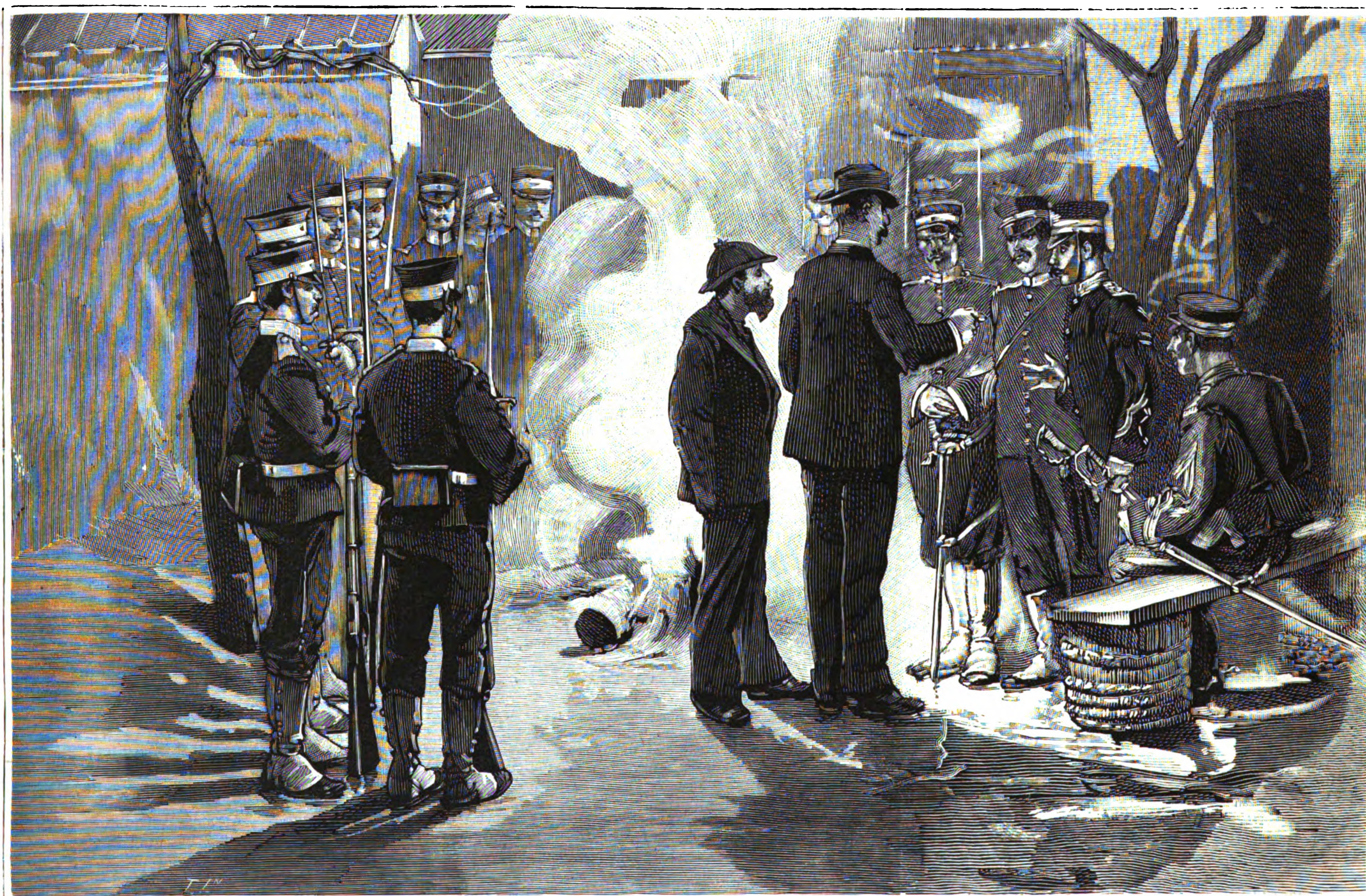
—Te vivo poco—triste me decía
Cuando era más solícito mi acento.
—Esas son nubes que disipa el viento—
Falaz yo, de piadoso, respondía.
Pero aquella terrible profecía
Que entrecortaba el curso de mi aliento,
Cual duro golpe de puñal violento
El corazón y el pecho me partía.
Y al cabo se cumplió: que el cielo santo
Permitió tan horrible desventura
Desdeñando mis preces y mi llanto;
Volvió su cuerpo á la materia impura,
Su alma á la Gloria se elevó entretanto.....
(¡Qué le importa ya á nadie mi amargura!)

Miguel Carrasco Labadía.



LA GUERRA ILUSTRADA POR LOS VENCEDORES.—EL MIKADO SALIENDO DE HIROSHIMA, CUARTEL GENERAL DE LAS TROPAS JAPONESAS.

(De un dibujo japonés.)



EUROPEOS PRISIONEROS DE LOS JAPONESES EN LA TOMA DE PUERTO ARTURO.

(De un apunte del natural.)

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

La crisis llamada de la abundancia: las invasiones antes y hoy.—Nuestra producción y consumo de trigos: la crisis agrícola en los siglos XVI y XVII: el déficit actual y su relación con las importaciones.—Los pueblos productores é importadores.—Los precios actuales y la gravedad de la crisis: conveniencia del alza arancelaria: sus efectos pasajeros.—La crisis de la escasez: remedio, el aumento de nuestra producción.

Todo se podía esperar que ocurriera en este mundo con los extraordinarios cambios y revoluciones que traen los tiempos, menos el que la abundancia del bien se considerase como un mal. Vienen repitiendo las generaciones que «lo que abunda no daña», y que «por mucho pan, nunca mal año», y ahora, con unánime asentimiento, dicen y repiten las gentes lo contrario; esto es, que la abundancia nos pierde, y que cuanto más pan traiga el año, tanto peor año es. Lo que no pudo pensarse ni esperarse nunca, pasa hoy, casi, casi, como artículo de fe. Del pan nuestro de cada día nos acordamos platónicamente á menudo, al pedírselo á Dios; y prácticamente, del pan que comemos, casi no nos ocupamos, porque por medio del trabajo ó de la caridad, ricos y pobres lo tenemos seguro, y de lo que está seguro, y como tal se nos viene á la mano, nadie se ocupa ni se preocupa. Cuando en otros tiempos se anunciaban el hambre y la carestía, los que tomaban el pan en sus manos lo consideraban como un tesoro, y entonces, y siempre, los pobres lo besaban con amor y respeto al recibirlo, y las madres de familia hacían con el cuchillo la señal de la cruz sobre la hogaza antes de partirlo en la mesa. Hoy ¡cosa inaudita! al mirar un pan, casi nos sentimos inclinados á decir, no por lo que cuesta, sino por lo que asegura que abunda: «¡Pan! ¡valiente cosa!»

La cruzada que nuestra agricultura ha levantado contra el trigo extranjero por la baratura á que vale el propio, reconoce por origen esa desdicha que en otros tiempos fué el colmo de la felicidad: la abundancia. Parece que la Providencia, en vez de castigarnos con el hambre, derrama trigo á manos llenas por todo el globo y quiere imponernos la pena de la hartura. No sería malo que hiciera lo mismo con las otras plagas, suprimiendo de raíz las pestes y epidemias, y las guerras y los odios internacionales. Entonces habría sobra de salud por todas partes, y ante ese nuevo bien, se levantarían en son de protesta, considerándolo como un mal, los médicos, boticarios, enterradores y funerarios en general; y habría también exceso de paz perpetua y maldecirían contra ella los militares de mar y tierra.

En los tiempos históricos las invasiones guerreras venían á renovar nuestra sangre, nuestras ideas y nuestras costumbres: ahora la invasión viene en sacos llenos de trigo y de harina á sostener nuestros estómagos, y con ellos la vida. Entonces y ahora, los pueblos invadidos rechazaban y rechazan tales intrusiones, gritando: «¡Atrás el extranjero!» Entonces y ahora, se trataba de verdaderas guerras internacionales, para ejercer el dominio ayer, y para explotar el dinero hoy, de los pueblos invadidos. Por esto, como á modo de análisis de una campaña militar, examinaba yo noches pasadas en el Círculo Mercantil la naturaleza y poder de los combatientes, á fin de deducir las reglas de estrategia que nos conviene seguir, como lo hizo Francia en Febrero de 1894 é Italia en Diciembre último y los Estados Unidos hoy mismo.

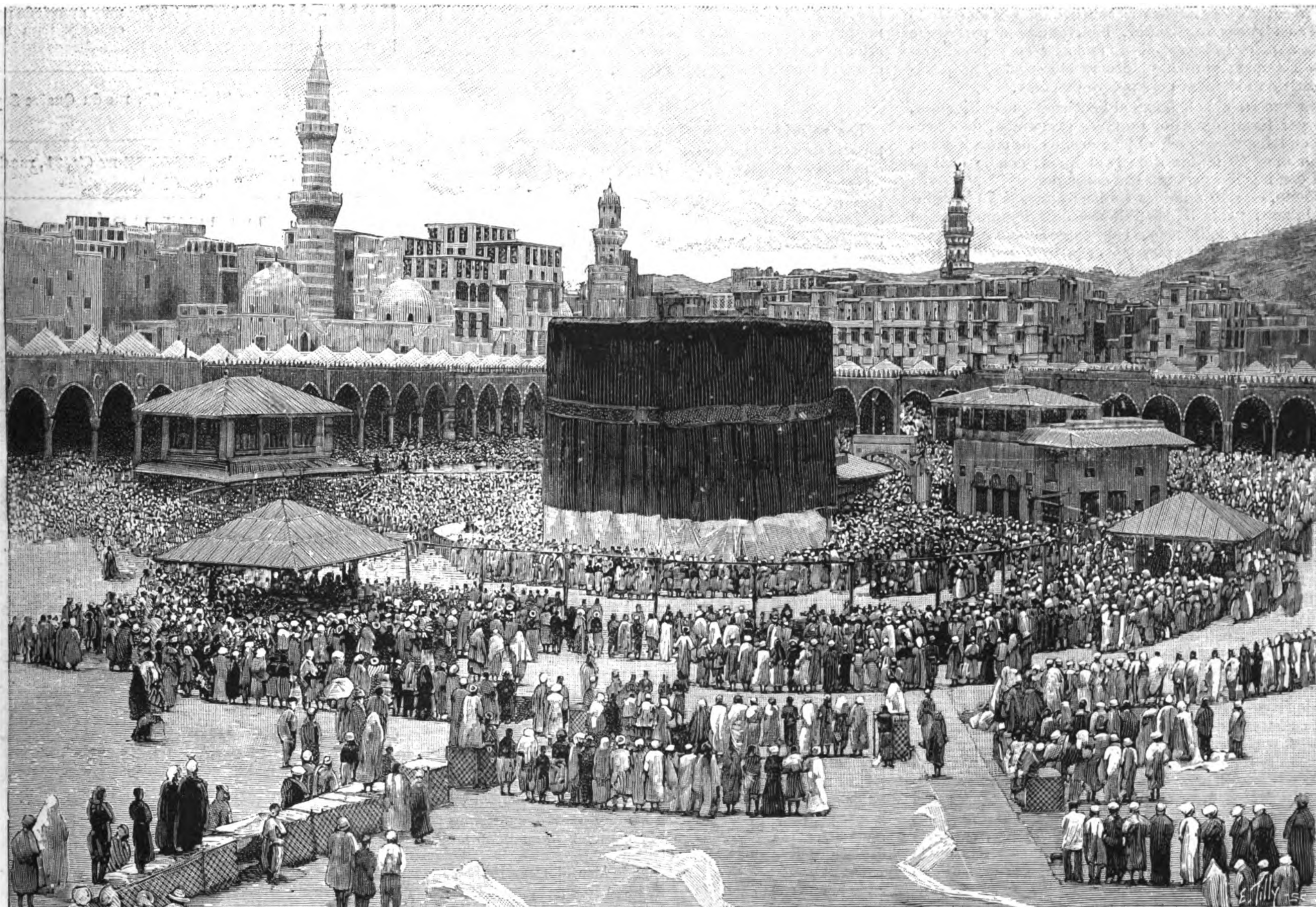
Y en breves párrafos se puede resumir, sin retóricas ni apasionamientos de escuela alguna, cuestión hoy tan importante para «ambos mundos».

⁂

¿Quiénes somos nosotros? Pues unos combatientes por fuerza, que no estamos, ni estaremos en muchos años, preparados para la pelea. Trabajamos y beneficiamos la tierra como hace muchos siglos, y producimos lo mismo ó tal vez menos que en los tiempos en que España tenía mayor población que hoy, aunque no tanta como la que Alvarez Osorio, Arriquívar y Cadahalso supusieron al admitir que era de 50 á 78 millones de habitantes. Ni en los instrumentos con que se labra la tierra, ni con que se recogen y utilizan sus



SEÑORITA MARÍA LUISA GUERRA,
INSIGNE PIANISTA.
(De fotografía de Compañy.)



PEREGRINACIÓN Á LA MECA.—VISTA DEL PATIO DE LA GRAN MEZQUITA.—LA CAABA.

productos, ni en la mejora y fertilización de ella hemos progresado gran cosa. Es verdad que, en cambio, los tributos siguen ahogando al país como en los peores tiempos. En la *Edad de oro* de nuestra historia, el Consejo de Castilla, dirigiéndose al Rey al tratar de los remedios que convenía aplicar para impedir la ruina de la nación, «atento á que la despoblación y falta de gente es la mayor que se ha visto ni oído en estos reinos, porque totalmente se va acabando y arruinando esta Corona», decía: «Ha parecido remedio eficacísimo, como es la causa tan conocida el grave yugo de los tributos Reales y personales, disponer V. M. con su Real y paternal piedad y clemencia á moderar, reformar y aliviar la *intolerable carga* de ellos, que tiene á los vasallos de V. M. oprimidos, porque con eso se levantarían y repararían, y andando el tiempo se reducirían á su antiguo ser.» Y entre otros remedios urgentes, proponía también estos: «Que á los labradores, cuyo estado es el más importante de la república, porque ellos la sustentan, conservan y cultivan la tierra, y de ellos pende la abundancia de los frutos, y aun la contribución de las cargas Reales y personales, *que son terribles las que tienen sobre sí*, á cuya causa van acabando muy apriesa, para que no vengan en tanta disminución, conviene animarlos y alentarlos, dándoles privilegios, y tales que les estén bien y que les puedan ser guardados.....» (1.º de Febrero 1619.) En aquella *Edad de oro* vivía la agricultura tal cual la pintaron Alonso Herrera, y después el mismo rey Felipe II. Dijo aquél en 1520: «Como agora anda tratada la tierra de obreros alquilados y no se curan de más de su jornal, ó de criados sin cuidado, ó de viles esclavos enemigos de su señor, lo uno *en no ser bien obrada*, y lo otro en ver que, siendo nuestra madre, es tenida en poco, parece que de corrida nos niega la mayor parte de nuestro mantenimiento.» Y dijo el Monarca en su pragmática de 9 de Mayo de 1594: «Sabed que habiendo entendido cómo los labradores que cultivan la tierra han venido á necesidad, de manera que toman fiado lo que siembran y los ganados con que labran, y así las tierras *por ser mal cultivadas* no conceden el fruto que solían, y con lo que de ellas cogen no pueden pagar lo que deben y vienen á ser presos y fatigados; y que las otras personas que tienen cortijos y heredades de pan llevar las dejan sin cultivar, ni aprovecharse de ellas, para su conservación y aumento fué acordado.....», etc.

Esto ocurría hace cuatro y cinco siglos, cuando nuestra patria, con 9.680.000 habitantes hacia fines del siglo XV, y con 8.200.000 á fines del XVI, y con 6 millones (según Sancho Moncada) durante el siglo XVII, no producía lo bastante para sostener su población, «*por no ser bien obrada la tierra*», «*por ser mal cultivada*», y porque «*la intolerable, la terrible carga de los tributos*» iba acabando con los labradores, cuya situación y lamentos parecen reflejarse hoy mismo en la contemplación de nuestro suelo y en los labios de los que lo cultivan, tratándose de sustentar no á 8 ó 9 millones de habitantes, sino á 17.

Poco, muy poco producía entonces la tierra, y, sin duda, ahora no produce más, porque aunque hay muy contadas y reducidas comarcas en que en cada hectárea se cogen diez y doce hectolitros de trigo, en algunas otras sólo se obtienen ocho, y en muchas de cinco á seis. Antaño, cuando en el resto de las naciones conocidas se cultivaban pocos campos de trigo, y de la nuestra se sacaban de vez en cuando para ellas algunas cantidades, bien pudieron permitirse nuestros abuelos la hipérbole de llamar á su país «el granero de Europa»; pero hoy, desgraciadamente, no podemos llamarle ni siquiera «el granero de casa».

Conste que en unas 5.500.000 hectáreas que cultivamos, á razón por término medio, un tanto exagerado, de 8 hectolitros de trigo recogidos, obtenemos, en los años buenos, así como unos 40 millones de hectolitros, con lo cual no hay, ni con mucho, para nuestro consumo.

En efecto, esos 40 millones de hectolitros, á 76 kilogramos cada uno, pesan 3.388 millones de kilogramos. Si se admite que los 17 millones de habitantes comen á 600 gramos de pan diarios, el consumo anual sólo por este concepto es de 3.713 millones de kilogramos. Pero supongamos, rebajando esos datos, que hay un millón de españoles que no comen pan de trigo, y que el consumo diario por individuo es de 548 gramos (una libra y tres onzas), que es el calculado para Francia, por más que aquí se consume individualmente por la mayoría mucha más cantidad que allí, porque no abundan y son más caros los otros alimentos, y el pan sustituye á todos en las clases labradoras, obreras y pobres. Pues bien; esos 548 gramos suman, para 16 millones de habitantes, 3.200.320.000 kilogramos, á los cuales añadidos 4.500.000 hectolitros para la siembra, que son 342.000.000 de kilogramos, y un millón de hectolitros para las industrias de pastelería y otras derivadas de la harina, que son otros 76.000.000, resulta que el consumo es de 3.618.320.000, y la producción 3.040.000.000, de modo que el deficit es de 578.320.000 kilogramos.

Si esta cifra de nuestra deficiencia asusta, y queremos reducirla hasta suponer que no haya déficit, es necesario, puesto que no cabe rebajar la del consumo personal, rebajar la del número de consumidores nada menos que en 2.891.600, que, con el millón ya rebajado antes, suma 3.891.600; de modo que sería preciso admitir para ello que sólo coman pan unos 13.109.000 españoles, lo cual, dado el aumento que ha tomado el consumo del pan con el desarrollo de las comunicaciones, no es lógico ni posible.

En un año de cosecha normal, pues, de 40 millones de hectolitros, con un consumo diario individual de una libra y tres onzas, para 16 millones de habitantes, faltan 578.320.000 kilogramos de trigo. Si la cosecha es deficiente y produce 2, 4, 6, 8 ó 10 millones menos, nos harán falta respectivamente 152 ó 304 ó 486 ó 608 ó 760 millones de kilogramos, y viceversa, si la cosecha es mayor en aquellas cantidades. Dedúcese, pues, de estas cifras que en la cosecha de 1894 han faltado más de 5 millones y medio de hectolitros, puesto que se han importado más de 433 millones de kilogramos en trigo y harina; en la de 1893 faltaron menos de 5 millones y medio; en la de 1892 algo menos de 2 millones; en la de 1891 más de 2 millones; en la de 1890 dos millones y medio, y en la de 1889, algo menos de esta última cantidad. No hay para qué hablar de nuestra exportación en esos años, porque no mereció la pena.

Así estamos nosotros. Veamos ahora como está el enemigo, es decir, el invasor.

⁂

Envían trigo á nuestros puertos, y á todos los de la Europa central, meridional y occidental, Rusia, Rumanía, Bulgaria, Turquía, los Estados Unidos, la Argentina, la India y Australia. Ha conseguido Rusia ocupar el primer lugar entre los países exportadores. Siembra una superficie de 13 millones de hectáreas, que dan á razón de 9,94 hectolitros cada una, y ha cosechado en el último año 139.244.420 hectolitros, habiendo exportado en el mismo 45 millones de hectolitros, es decir, 3.420 millones de kilogramos. En 1893 sólo exportó 34 millones de hectolitros, y en 1892 sólo 16, y en 1888 llegó á 46. Según los informes del coronel Waghorn, de Taganrog, y los del cónsul general Woodhouse, vienen vendiendo sus trigos los rusos al precio mínimo del coste de producción, y en la mayor parte de las provincias del Imperio se sostienen gracias á las cosechas de patatas y de remolacha. En el cultivo del trigo han introducido la mayor parte de los progresos norteamericanos.

Los Estados Unidos atraviesan una grave crisis en esta producción. Siembran una superficie de 14 millones de hectáreas, con rendimiento medio de 9,9 hectolitros, y han cosechado en 1894 unos 139.200.0000. De los cuarenta y tres Estados y demás territorios que componen la federación, sólo 10 pueden llamarse productores de trigo, otros 20 no producen entre todos tanto como el de Kansas, y el resto muy poco. El consumo es de 120 millones de hectolitros. El cultivo se ha reducido en más de 800.000 hectáreas. Aquello de las «tierras vírgenes» y lo de la falta de tributos grandes, dista mucho de ser verdad: los labradores pagan allí de 36 á 40 pesetas de renta por hectárea de tierra; los abonos cuestan de 24 á 28 y la mano de obra 62. Positivamente el coste de producción del hectolitro de trigo es allí por término medio, según los cálculos americanos, de 12 á 13 pesetas, y hoy vale el trigo en New York á 9,50 y en Chicago á 8,80!! Nada tiene de particular que muchos agricultores entendidos declaren allí que el cultivo del trigo se ha hecho imposible. Corresponsales bien informados indican que hay, sin embargo, grandes existencias reservadas, y que sólo aguardan una alza regular en los precios para lanzarlos sobre Europa.

Ni la India ni la Australasia influyen gran cosa hoy con sus envíos en los mercados. Las exportaciones de la primera van disminuyendo mucho, en términos, que en los tres últimos años han bajado desde 13 millones de hectolitros á 6 y 5, respectivamente. La Australasia ha exportado en 1894 poco más de 4 millones.

El país de cuidado que se presenta en combate con inusitado empuje, y eso que no ha hecho más que empezar á producir, es la Argentina. En 1890 llegaron á exportar 327.894 quintales de trigo, y en 1894 han exportado 1.309.000! A seguir en esta proporción, ¿quién competirá con la tierra del Plata? Tampoco se descuidan los americanos del Sur en estos cultivos al otro lado de los Andes, porque Chile ya ha exportado á Europa el año pasado 1.740.000 hectolitros. Cuando aquellas repúblicas se pueblen de un modo regular, inundarán los mercados europeos con mayor intensidad y violencia con que lo hicieron los Estados Unidos en los años más prósperos.

⁂

Las referidas naciones productoras ponen sus trigos en puertos de Europa, gracias á lo económico de su producción, á la baratura de los fletes, á la depreciación de la plata y á las jugadas de los especuladores en la corriente comercial, á muy bajos precios. En New York vale el quintal á 12 francos, y en Buenos Aires á 10, vendiéndose en París, respectivamente, á 21 y á 15,50. Los trigos rusos, danubianos, norteamericanos y argentinos valen en Barcelona á 23,50, y en cambio los candeales de Castilla á 25,20. El trigo nacional vale en París á 19,50, y en los departamentos á 17,50.

En Castilla cuesta el producir cada fanega 9,16, ó sea 16,50 el hectolitro y 21,70 el quintal. Pues bien; hoy se vende el trigo en Valladolid y Medina á 8,25 la fanega, ó sea 14,74 el hectolitro, ó 19,54 el quintal, precios más altos que los de Francia, pero imposibles para continuar la producción y jamás conocidos en España, á lo menos desde hace medio siglo. En las épocas en que más bajos valieron fué en 1849 á 1851, en que el hectolitro valió á 14,86, pero no á 14,74 como hoy; en 1865, 1873 y 1889, años de gran depreciación, valió, respectivamente, á 18,60, 18,27 y 18,72.

Ante esta baja extraordinaria é inaudita; ante la pérdida casi completa para Castilla de los mercados de las Antillas y de Filipinas; ante semejante estado crítico, como satisfacción á los clamores de la agricultura, procede atenderla y poner un dique pasajero á la invasión de la abundancia exterior, elevando el derecho arancelario. El efecto mecánico de ese dique es pasajero, como lo ha sido siempre, porque en un principio la corriente comercial se detiene y los precios mejoran un poco; pero la necesidad del consumo se impone después, la importación rebasa la línea de contención y se restablece con la misma fuerza que antes, siempre que las cosechas sean deficientes. En esto no se hace más que cumplir una ley física de equilibrio. Cuando la cosecha sea buena y no necesitemos importar más que uno ó dos millones de hectolitros, la crisis desaparecerá, sin necesidad de que para ello intervengan la voluntad humana, ni el Gobierno, ni el arancel, ni el país, y volverán á valer nuestros trigos á 10, á 11 y á 12 pesetas, como valieron ayer, en 1891 y 92, cuando importamos dos millones de hectolitros tan sólo, porque la cosecha fué mucho mejor que las de 1893 y 1894.

La Naturaleza, pues, nos puede dar el remedio con los años buenos, y el hombre puede procurarlo también haciendo producir más á la tierra, por el empleo de la inteligencia, del capital y de la laboriosidad. Producimos 8 hectolitros ó menos por hectárea; ¿podríamos producir más sin aumentar mucho el coste? Este es el problema. En Francia desde 1830, en que producían 11,5 por hectárea, han llegado á producir 16, y así obtienen cosechas de 100 á 135 millones de hectolitros, como la de este año pasado. Allí se ha estudiado y se ha aprendido mucho, se ha gastado mucho y se ha trabajado mucho por la gente poderosa y entendida en el cultivo de la tierra. En el departamento de los Pirineos Orientales han recolectado á razón de 29 hectolitros por hectárea; nosotros, á este lado del Pirineo, en la región opuesta, colectamos 7.

Volvamos, pues, á lo que decíamos al principio. La opinión secular tiene razón cuando dice que «lo que abunda no daña» y que «por mucho trigo, nunca mal año». No es nuestra abundancia lo que nos ha traído á este malestar, sino NUESTRA ESCASEZ, como queda demostrado. Con años buenos, ó con mayor producción científica y económicamente lograda, produciríamos bastante, y sólo tendríamos que importar algunos trigos ricos en gluten. En ese camino está el remedio; en producir más, ayudándonos Dios desde lo alto de cuando en cuando, y trabajando mucho nosotros siempre, aquí abajo. *Intelligenti pauca.* Con elevar la producción media de nuestros campos á 10 hectolitros, es decir, haciendo en algunos años la mitad de lo que ha hecho Francia, los consumidores tendrían bastante pan dentro de España. Cómo se consigue esto, cuestión es muy tratada ya muchas veces y muy sabida de todo el mundo. Lo que hace falta es inteligencia y voluntad en el pueblo, en los propietarios y en los poderes para realizarlo.

R. BECERRO DE BENGOA.

EL «DIARIO DE MANILA».

Nuestro compañero y amigo D. Domingo Gascón ha tenido la bondad de enviarnos un ejemplar del número extraordinario publicado por el *Diario de Manila* para conmemorar el aniversario de la defensa de Manila contra los piratas chinos.

Es verdaderamente notable este número extraordinario, y sin lisonja alguna se le puede calificar de alarde periodístico y editorial. Como lo primero, bástame decir que lleva artículos de los Sres. Francia, Rueda, Perojo, Gascón, Martínez Vigil, Retana, Peñaranda, Alonso García, Alvarez Ossorio, Ayuso, Avilés, Escalera y otros; pensamientos de los Sres. Barrantes, González (P. Ceferino), Balaguer, Echaluce, Azcárraga, Vidal, Fernández Victorio, Elizalde, y autógrafos de Núñez de Arce, Maura y León y Castillo.

La impresión es excelente, las ilustraciones muchas y muy buenas, y todo ello, menos la portada, que es hermosa, está tirado en la imprenta del *Diario de Manila*, al que damos la enhorabuena por tan notable extraordinario.—X.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Vibraciones psíquicas, por Edilberto Zegarra Ballón.

De Arequipa ha venido á nuestras manos este folleto, en apariencia humilde, pero en realidad importante, porque nos ha revelado un buen poeta, hasta ahora desconocido en

Continúan en la pág. 72.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoista no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre 31 París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Veritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3,* y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos,* y *Vicente Ferrer.*



COMPAÑIA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS
La casa que paga mayor contribucion industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al dia.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.
DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID



EL MAL GUSTO
del
ACEITE de HIGADO de BACALAO

EMULSIÓN de SCOTT

DESAPARECE POR COMPLETO EN LA EMULSIÓN DE SCOTT
AL MISMO TIEMPO QUE
EL ACEITE SE HACE MAS EFICAZ
PUESTO QUE ESTÁ PARCIALMENTE DIGERIDO Y ES FÁCIL DE ASIMILAR.

La EMULSION de SCOTT

CURA LA TOS Y CATARROS, TÍSIS, DEBILIDAD PULMONAR, ENFERMEDADES EXTENUANTES Y LAS DE LA SANGRE.

ESTO NO PUEDE HACERLO EL ACEITE SIMPLE.

La EMULSION de SCOTT Cura la Escrófula.

CUIDADO CON LAS IMITACIONES.
Los frascos de la legítima Emulsión de Scott llevan adherida á la cubierta la etiqueta que representa á un hombre con un bacalao á cuestas.
Preparada por Scott y Bowne, NuevaYork.
De venta en todas las farmácias y droguerías.
El Parche Poroso Excelsior es el mejor.

La EMULSION de SCOTT Enriquece La Sangre.

NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

EAU DES BLUETS progresiva, vegetal. Medallas: París, Lyón Túnez. No es pegajosa ni quema; devuelve **al cabello gris su color natural**, castaño ó negro, y no mancha la ropa ni la piel. Frasco, 6,35. *Faubourg* Saint Denis, 82, París.—Depósitos: Gayoso, Arenal, 2, Madrid.—Viuda Lafont, Barcelona.

TOS
POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

ACEITE MORENO-CLARO DE HÍGADO DE BACALAO DEL DR. DE JONGH

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LEOPOLDO DE BÉLGICA,
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA,
COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III, DE ESPAÑA.

PURO Y NATURAL. FACIL DE TOMAR Y DE DIGERIR.
La sola especie que contenga todos los principios curativos.
Infinitamente superior á los aceites pálidos ó compuestos.
Universalmente recomendado por los Médicos mas eminentes.
DE UNA EFICACIDAD SIN IGUAL
contra la TÍSIS, las ENFERMEDADES del PECHO y de la GARGANTA, la DEBILIDAD GENERAL, el DESFALLECIMIENTO de los NIÑOS, la RAQUÍTIS, y todos los AFECTOS ESCROFULOSOS.
Se vende SOLAMENTE en botellas que llevan sobre la cápsula y el rótulo interior el sello y la firma del Dr. DE JONGH y la firma de ANSAR, HARFORD & Co.—*Cuidado con las imitaciones.*
Unicos Consignatorios, Ansar, Harford & Co. Ltd., 210, High Holborn, Londres.
Se vende en todas las principales Farmacias del Mundo.

JUEGOS DE PRECISIÓN, RULETAS, JUEGOS MECÁNICOS, MESAS DE JUEGOS, BILLARES, UTENSILIOS DE CASINOS, ETC.—Se remite *Catálogo*, franco.
J. A. JOST.—120, rue Oberkampf, París.

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO,** gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.
E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

GOTA **Reumatismos, Dolores.** Curación asegurada con el **Bálsamo y el Elixir Dubourg.** Frasco: 5 fr. Venta: Farmacia 6, R. Crozatier, París.
Depósito: Gayoso y Moreno, 2, Arenal, Madrid.

Los Polvos de Arroz PEAU D'ESPAGNE NUEVA CREACION DE
E. COUDRAY
Perfumista, 13, Rue d'Enghien, Paris
SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERÍAS.

GASEOSAS Aparatos para la fabricación de las bebidas gaseosas
PRUDON & DUBOST
París — 210, Boul. Voltaire — París
Pídase el Catálogo N.º 47.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs
En todas las Farmacias.

EPILEPSIA y toda **afección nerviosa** se cura con la **Poción del Dr. Sanmiguel.** Pídanse prospectos. Botica de *La Corona*, Gignás, 5, Barcelona.

La **Harina lacteada Nestlé** está **recomendada** desde hace mas de 25 años por las PRIMERAS AUTORIDADES MÉDICAS de TODOS LOS PAISES. **Es el alimento mas generalizado y mas apreciado para los niños y los enfermos.**

15 diplomas de honor **HARINA LACTEADA NESTLÉ** 18 medallas de ORO



La Harina lacteada Nestlé contiene la mejor leche de los Alpes Suizos.
La Harina lacteada Nestlé es de muy facil digestión.
La Harina lacteada Nestlé evita los vómitos y diarrea.
La Harina lacteada Nestlé facilita el destete y la dentición.
La Harina lacteada Nestlé la toman con gusto los niños.
La Harina lacteada Nestlé es de una preparación facil y rápida.
La Harina lacteada Nestlé reemplaza ventajosamente la leche materna cuando esta es deficiente.

La **Harina lacteada Nestlé** es sobre todo de un gran valor durante los calores del verano cuando los niños son acometidos de enfermedades intestinales.
De venta en las Farmacias, Droguerias y Ultramarinos

Para pedidos dirigirse á la Sra. Viuda de Rafael Romero, de Jerez de la Frontera, único agente en toda España.

NUEVO PERFUME
DATURA INDIEN
Nueva CREACION
POLVO DE ARROZ JABON ESENCIA PARA el PAÑUELO
Perfumeria Oriza **L. LEGRAND** 11, Place de la Madeleine, Paris

En Casa de todos los Perfumistas y Peluqueros de Francia y del Estranjero
La VELOUTINE
Polvo de Arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por **CH.les FAY,** Perfumista
PARIS, 9, rue de la Paix, 9, PARIS

SIROP FLON LENITIVO PECTORAL, cura **IRRITACIONES** de los **BRONQUIOS, TOS, CONSTIPADOS, CATARROS.** En todas las Farmacias y en París, 2, rue de la Tacherie.

FÁBRICA DE ABANICOS
Y PANTALLAS
para **Canastillas de Boda**
Y REGALOS
PIEL, SEDA, GASA, CREPÉ
preparados para ser pintados
COMPOSTURAS
SE ENVÍA FRANCO CATÁLOGO ILUSTRADO
H. TEMPLIER, 9, Boulev. St-Denis, PARÍS

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES
Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait Capilaire** *des Benedictins du Mont Majella*, que detiene también su caida y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador*, 35, *rue du 4 Septembre, París.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen*, 2; *Aguirre y Molino, Preciados*, 1; *Urquiola, Mayor*, 1, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer y Compañía, perfumistas.*

España, y que bien merece figurar entre los que honran el habla castellana.

Adviértese en los versos del Sr. Zegarra, no sólo la inspiración poética de buena ley, sino también elegancia y corrección nada vulgares.

El Arte monumental.—II. En la Edad *Media.*

En este tomo (el IX de la Biblioteca Popular de Arte, y tan interesante como todos los anteriores) continúase de manera sumaria, pero completa, el estudio de la historia de la arquitectura y el desenvolvimiento de los varios estilos á través de las edades y de los pueblos.

Con ayuda de excelentes y bien elegidos grabados, que representan los monumentos más célebres y más típicos, se puede adquirir en este libro idea de lo que son y de lo que significan la arquitectura bizantina, la románica, la árabe, la gótica y aquella italiana que produjo las más bellas obras precursoras del Renacimiento.

Forma esta obrita un tomo de 80 páginas con 27 grabados, y cuesta una peseta en rústica y 1,50 en tela. Véndese en las principales librerías y en las oficinas de *La España Editorial*, Cruzada, 4, bajo.

Cousas das Mulleres. Poema, por Xesús Rodríguez López; prólogo de León Pedreira.

Este tomo de poesías gallegas explica la popularidad de su autor entre sus paisanos. Tan bien las pinta á ellas, y á ellos, que todos se miran fielmente retratados en sus versos.

Cuesta el libro 3 pesetas, y hállase de venta en las principales librerías.

Los cantos de la Tuna, por Luis Zapatero y González, con un prólogo de Salvador Rueda.

Contiene una colección completa de cantares, los más de ellos bonitos é inspirados. El prólogo escrito por el Sr. Rueda es muy interesante.

Cuesta el libro 2 pesetas, y véndese en las principales librerías.

Escultores griegos. *(Los grandes artistas.)*

Si son interesantes los tomos anteriores de la utilísima Biblioteca Popular de Arte que publica *La España Editorial*, el que tenemos presente es interesantísimo. El tema no puede ser más simpático ni más atractivo, ni su desarrollo más inteligente ni más á conciencia hecho para los propósitos de vulgarización que persiguen sus editores.

En este tomo se estudia á las catorce primeras figuras de la gran estatuaria griega, entre ellas á Mirón, á Fidias, á Policleto, á Scopas, á Praxiteles y á Sisipo, y se da muestra, por medio de excelentes reproducciones, de sus obras más bellas y más célebres.

Consta de 80 páginas en 8.º, con 32 grabados, y cuesta una peseta en rústica y 1,50 en tela.

Los anarquistas, por César Lombroso. Traducción y notas por Julio Campo y Ricardo España.

Quisiéramos tener en esta sección el suficiente espacio para escribir algo más que una sencilla y breve nota bibliográfica tratando de este libro, que bien lo merece, así por ser tan de actualidad su tema y de tan notoria competencia el autor, como por las doctrinas que en él expone.

Explica en el primer capítulo la aparición del anarquismo como una tendencia de la sociedad moderna á volver á lo pasado, sentando la teoría, en nuestra opinión acertada, de no ser el progreso humano tan continuo como este orgulloso siglo XIX ha supuesto.

En este mismo capítulo expone con gran lucidez las causas del malestar que se nota en las naciones civilizadas. Sólo esta parte de la obra constituye un notable libro. Después entra en el terreno de los hechos, estudiando á los principales anarquistas contemporáneos.

La versión española está muy bien hecha, y va acompañada de notas juiciosas y bien pensadas, que prueban el conocimiento que de las modernas teorías criminalistas tienen los traductores.

El libro cuesta 3 pesetas en toda España, y véndese en las principales librerías.

Arte de hacer fortuna. Manual de Economía privada y de moral práctica, para uso del aspirante á millonario honrado, por Jonathán Levy, judío cristiano y español.

Es este un libro á la par ingenioso y profundo, práctico y entretenido, y además de todo esto sumamente original. En las 158 páginas que comprende hay materia para mucha meditación, y multitud de sabios consejos.

Lo publica la *España Editorial*, y véndese en las principales librerías.

G. R.



D. GUILLERMO ESTRADA Y VILLAVERDE,
SABIO CATEDRÁTICO Y EX DIPUTADO ASTURIANO.
Nació en Oviedo, el 23 de Mayo de 1834; † en la misma ciudad, el 27 de Diciembre último.

MADRID.— Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. V.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Febrero de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de America y Asia	60 francos.	35 francos



MARÍA GUERRERO,

INSIGNE ACTRIZ ESPAÑOLA.

(De fotografía de Fernando Debas.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Parece que sucedió hace un año, y cuando ocurrió nos parecía imposible que hubiera sucedido. Nos referimos al insensato atropello del embajador marroquí Sidi Brisha en el momento de ir á trasladarse ceremonialmente á Palacio en los coches de la casa Real, desde el hotel de Rusia, donde está alojado. Cuando supimos que un general de brigada, D. Miguel Fuentes y Sanchiz, de excelente hoja de servicios, había alzado la mano contra el representante de un pueblo amigo, portador de regalos para la Reina, ni un solo momento dudamos de que aquello, y en tal ocasión, no era ni podía ser sino un acto de locura declarada. La misma respetabilidad del agresor; la responsabilidad tremenda en que incurría; la falta de provocación ó del menor motivo personal y racional para explicar su acometida, y, por último, sus antecedentes, no nos permiten dudar del extravío. Pero hubo un momento en que todos se encontraron con la desagradable sorpresa de aquel hecho increíble, y en que todos, desde los representantes de los partidos más distantes entre sí, en ambas Cámaras, hasta el sér más despreciable, se pusieron de pa te del agredido, sintiéndose agraviados, y tomando como suya la injuria inferida á la persona para nosotros sagrada é inviolable del viejo Embajador. Y los unos lamentaban que no le hubieran atravesado el corazón en el acto de la ofensa, y otros pidieron castigo rápido y terrible en el mismo Parlamento, y los demás se miraban tristemente como humillados en su orgullo patrio. Nadie, que sepamos, temió un solo momento las complicaciones que pudiera aquella acción producir en nuestras amistades, ni el conflicto diplomático: sentíamos vergüenza y nada más, y nos dolía como propia la injuria recibida por aquel honrado moro confiado á nuestra custodia y bajo el amparo de esa obligación universal que se llama el derecho de gentes. ¿Qué hacer en ese caso tan anómalo? No había otro recurso que entregar el agresor á sus jueces naturales, y significar por todos los medios posibles al agraviado que aquel insulto le hacían suyo el Gobierno, la clase á que pertenecía el ofensor, el ejército todo, y cuantos tenían fortuna y posición para demostrar al Embajador su simpatía. Y así se hizo: el Gobierno le confirió la gran cruz blanca del Mérito Militar, para ceñir con su banda honrosa aquel nombre ultrajado, y hacer patente que era y continuaba siendo un buen caballero. Las dulces y bondadosas palabras de S. M. le consolaron, y la conducta hidalga de las clases elevadas abriéndole sus salones y festejándole á porfía, y de los generales y multitud de personajes y particulares dejando tarjetas en el hotel de la embajada, constituyeron, en apoyo de la satisfacción dada por las Cámaras, un desagravio público y solemne que necesitábamos dar por él y por nosotros.

No son, afortunadamente, como sostuvo el Sr. Cánovas, frecuentes los atentados de ese género. Más grave aún, porque pudo costarle la vida, fué la agresión al Czarevicht de un policía japonés, que estuvo á punto de inmolarle cuando viajaba por los dominios del Mikado, bajo la salvaguardia de la amistad. Más grave, por lo colectiva, la indigna recepción que hizo al malogrado D. Alfonso XII la canalla parisiense, con la alevosía que tiene en sí todo insulto anónimo, que á nadie compromete y daña á todos. ¿Qué podía hacer el bueno de Mr. Grevy? Condolerse y manifestar su pena al ofendido, y desagraviarle con su conducta y sus excusas.

El caso actual era aún de naturaleza menos repugnante: el ofensor no había rehuido su responsabilidad; entregóse sin resistencia; manifestó su nombre y posición; y, serenados los ánimos, y juzgando con calma, visto quién es, conocida su historia brillante como militar, la honrada familia á que pertenece, el desamparo y dolor en que sume á su madre anciana y á sus hijos inocentes, la sinrazón de la ofensa, la temeridad y locura de su acción, el conocimiento pleno que en sano juicio hubiera tenido por su estado é instrucción de la responsabilidad que contraía; todas las reglas sanas del criterio hacen deducir lógicamente, salva la respetable resolución del alto tribunal que ha de juzgarle, y ante cuyo fallo doblaremos la cabeza, que el general Fuentes es un monomaniaco, que obró sin saber lo que se hacía, y no hay ofensa en el acto irreflexivo de un hombre privado de razón. Y esta deducción no es caprichosa, sino una convicción plena y meditada que nos consuela, porque nos dolería ver emborronada una hoja de servicios tan honrosa como la suya en un momento de obcecación y de arrebato; y sobre todo, porque los militares españoles han demostrado en once siglos, escasos en treguas, que han sabido pelear con los moros por mar y tierra, con espadas y lanzas, cañones y arcabuces y toda clase de armas, y no necesitaban para desahogarse alzar la mano á embajadores indefensos. No: no ha habido insulto en la deplorable pero inconsciente acometida de un general loco, que á tener conciencia de su acción, hubiera defendido al Embajador marroquí contra sí propio.

°°°

Para todos los gustos podríamos dar satisfacción en los hechos que encontramos en la prensa extranjera y nacional. A los aficionados á catástrofes y emociones les podríamos dar á elegir entre el choque naufragio del *Elba*, donde perecieron tres centenares y medio de personas, ó la explosión é incendio en los subterráneos de Monceaux, con muerte de muchos mineros; pero pesaduras por ojo y explosiones de *grisú* van siendo tan frecuentes, que no tendríamos otro asunto si nos dedicásemos á referirlas: por algo ha sido un castigo el trabajar en las minas, que es profesión para muchos desgraciados.

Si quisieran que nos ocupásemos de economía política, precisamente para imponer un recargo sobre los trigos extranjeros se han dilucidado en estos días las teorías más importantes, por ser ese grano algo más que una mercancía y que una moneda; es como un reparto de vida y de salud entre los individuos de una nación, hasta tal punto, que no hay usura más odiosa que el acaparamiento de los trigos, y echamos de menos en la organización social una magistratura que presida y vele por la buena distribución de ciertas subsistencias y sus precios. Pero en esta cuestión las opiniones han estado tan divididas, que se ha visto próximo el conflicto. Y si en vez de trigos quisiéramos hablar de la moneda, precisamente en estos días se ha discutido mucho en el extranjero acerca de si ha de ser el oro el único tipo fijo, como el adoptado en Francia, Inglaterra y Alemania, ó volver á la tradicional combinación del oro y de la plata, pues muchos prácticos achacan la principal crisis europea á la depreciación de la plata, que sólo favorece á las grandes explotaciones de oro. Nos limitamos á extractar ideas ajenas en este curioso y trascendental asunto.

Si fuéramos aficionados á la química, nos ocuparíamos del nuevo gas del aire, aislado, y descrito por un sabio inglés; ó de la descomposición y análisis del azufre, por un sueco ó noruego.

Si críticos literarios, analizaríamos dos producciones: una que acaban de leer los amantes de la novela española contemporánea, titulada *Peñas arriba*, de Pereda; ó nos prepararíamos á estudiar la que está próxima á publicarse del Sr. D. Juan Valera; ó haríamos la bibliografía teatral del *Quijote*, á propósito de la comedia ó espectáculo que sacó Victoriano Sardou de la célebre novela de Cervantes, y creemos que modificada se habrá puesto en escena en París cuando estas líneas circulen, desde 1615, fecha en que apareció en Madrid la segunda parte del *Quijote*, hasta nuestros días.

Lo que sentimos haber perdido es un periódico que contaba la hazaña de una mujer gallega que se lanzó al agua para salvar, y salvó heroicamente con gran riesgo, á otra mujer que se ahogaba en un río é iba á caer en la presa de un molino. No sabemos si esta acción cae bajo la jurisdicción de la Sociedad de Salvamento de Náufragos, pero sí que merece una cruz de Beneficencia, y que publiquen los periódicos el retrato de la heroína.

°°°

Joven aún, á los cuarenta y dos años escasos, ha muerto en Madrid un autor dramático, lleno de ingenio é inteligencia, y, según leemos en la necrología de *El Imparcial*, agobiado por penas íntimas, que si minaron su salud y le impidieron dar algunos frutos de su entendimiento, no se revelaron al público en sus versos regocijados, que nos hacían creer que era feliz. Don José Estremera, de noble y simpática figura, de fresco y lozano ingenio, había logrado envidiable y merecida popularidad; había arrancado la risa al auditorio, y sólo había querido presentarle, para su recreo, la parte no dolorida de su alma. Agradezcámosle el sacrificio al que se reservaba sus dolores, comunicándonos sólo su alegría intelectual. Asturias ha perdido en Teodoro Cuesta su gran poeta popular, del que sentimos no poder hacer juicio, pues sólo le conocemos de referencia, no siendo suficientes para dar idea de su carácter poético las pocas composiciones suyas que hemos leído.

En Madrid ha fallecido la Sra. D.ª Isabel Serrano, esposa de nuestro amigo el catedrático é historiador D. Miguel Morayta, á quien acompañamos en su pena. También ha muerto en estos días el marqués de Muros, título que se concedió al Sr. Vallín, hermano del que fusiló el coronel Ceballos Escalera, cuando le quiso sublevar el regimiento antes de la batalla de Alcolea.

°°°

Con ocasión de entregar anteanoche á D. Gaspar Núñez de Arce algunos admiradores, entre los cuales se cuentan nombres ilustres en las letras, las insignias de la gran cruz de Carlos III, el título en un marco tallado, imitando hierro, obra de Hernández, y una plancha conmemorativa con las firmas de los que rendían el tributo, se improvisó en su casa una velada familiar muy agradable, presidida, con mucho acierto y bondad, por la señora del poeta. Manuel del Palacio, con su gracia solemne y su hermosa voz de bajo, hizo reir con sus composiciones más graciosas; Ferrari, otro excelente cantor de versos buenos, y Cuenca, actor cómico consumado, con sus composiciones festivas, y don Melchor de Palau, que recitó una oda científica, merecieron justos aplausos, y nos hicieron pasar una noche gratísima. Había empezado la velada con una lectura, en parte inédita, de D. Gaspar Núñez de Arce, que, con algunas composiciones diseminadas, constituirán un pequeño volumen, compuesto de magníficos sonetos y una poesía en verso libre inspirada en el célebre monólogo del *Hamlet* y en filosofía más consoladora, escrita en versos enérgicos y vibrantes: ésta, los hermosos sonetos al dolor, y la leyenda, en el mismo metro, *El único día del paraíso*, fueron el estreno de la noche. El éxito fué de primer orden, y como era el auditorio inteligente, creemos que el libro próximo á publicarse tendrá el mismo.

°°°

El alcalde de Madrid, Sr. Conde de Romanones, reunió hace pocos días en el Ayuntamiento á los representantes de la prensa, círculos y teatros, para oir su consejo acerca de la traslación del Carnaval al Retiro, y establecer un precio módico de entrada para entregar su importe á la Beneficencia. Manifestó que la antigua costumbre de establecer el paseo carnavalesco en el Prado estaba justificada cuando aquél era el límite oriental de Madrid, y hoy es perjudicial, en cuanto interrumpe la circulación por el centro. Expuso el deseo de que, no siendo posible suprimir la fiesta, siquiera se mejore, para que tenga apariencia más estética; y después de oirse atinadas reflexiones de varios señores presentes, entre los cuales recordamos á los Sres. Duque de Tamames, Núñez de Arce, Marqués de Altavilla, Rancés y Conde de Gomar, se disolvió la Junta, no sin aprobar antes y dar por bueno el pensamiento del Alcalde. Como el propósito es conveniente, y los obstáculos que ha de oponer la costumbre á esa traslación del Carnaval no han de ser pocos, lo que procede ahora es que la prensa ayude á la reforma según se comprometió, aunque por de pronto no resulte realizada del todo la intención reformadora del Alcalde.

°°°

—¿Ha visto usted ese italiano que canta á cuatro voces?

—¿Para qué? Eso lo hacemos todos: cuando pedimos algo, piamos como jilgueros; si se nos habla en razón, respondemos como hombres; si nos piden, ladramos, ó ponemos cara de perro, y cuando se nos agravia rugimos como fieras. Todos tenemos cuatro voces.

—Señora, esa vida de fiestas continuas será muy elegante, pero es poco cristiana—decía el confesor á doña Rosa.

—¡Si todas hacen lo mismo!

—Pues me temo que se reuna la mejor sociedad en el infierno. Ustedes quieren un imposible: hacer una vida alegre; hacer de la luz eléctrica su sol; viajes de placer en un coche-salón, y subir al cielo cómodamente en ascensor.

—¿En qué se ocupa usted?

—En hacer pronósticos atmosféricos.

—Comprendo: vive usted del aire.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

MARÍA GUERRERO.

La reforma del teatro Español.

La insigne actriz, cuyo retrato hallarán los lectores en la página primera de este número, ha ganado por sí misma y en poco tiempo muy alto puesto en la escena española.

Nació en Madrid en 1868, y vino al mundo del arte en el teatro de la Princesa el año 86 con vocación poco vulgar y facultades cuidadosamente cultivadas, con cuyos elementos, que rara vez suelen encontrarse juntos, dió desde el primer instante fundadas esperanzas de venir á ser lo que hoy es.

Poco después de aquella fecha separóse de la compañía de Mario, queriendo más libertad de la que tenía para continuar su carrera; fué á París, donde residió larga temporada, completando su educación con lo mucho que por sí misma aprendió y lo no menos que los consejos de Coquelin la enseñaron. Por cierto que este actor francés, muy admirador de su talento, la animó á quedarse en Francia, á lo que no se determinó por razones que la honran, y una de las cuales es lo poco que le agradó la vida teatral de allende el Pirineo, demasiado desenvuelta y alegre.

De regreso en Madrid, volvió á nuestro teatro, haciendo en el Español una hermosa campaña artística el invierno del 90 al 91. Después volvió á la compañía de Mario, de la cual se separó nuevamente este año para poner manos, sin más recursos que los propios, á la obra gigantesca de la regeneración de la literatura dramática contemporánea. Notorios son sus esfuerzos por resucitar los buenos modelos, dando á conocer al público actual, tan olvidado de ellos, *El desdén con el desdén*, *El vergonzoso en Palacio*, etc., etc., é imposible parece que no sean coronados del mejor éxito.

Del olvido en que el público tenía al Español culpábase á lo frío y feo del teatro. Para quitar esta disculpa, se han hecho en él reformas de grandísima importancia, como son la del vestíbulo, antes obscura cueva, muy baja de techo, y ahora ancho y despejado salón; la de la cantina, y la de la embocadura del escenario, notablemente embellecida. De estas tres capitales reformas, en que ha empleado el señor Guerrero, padre de la Srta. Guerrero, cerca de 20.000 duros (sin contar otros gastos), dan perfecta idea á los lectores nuestros grabados de la pág. 76.

°°°

LA EMBAJADA MARROQUÍ EN MADRID.—(Véase el artículo correspondiente en la pág. 87.)

°°°

FRANCISCO CANROBERT,

último mariscal de Francia.

El mariscal Canrobert nació en Saint Céré (Lot), el 27 de Junio de 1809, entró en 1825 en la Escuela de Saint Cyr, salió de ella en 1828, y en 1835 partió para Argelia, hallándose en la toma de Tlemecén, en el sitio de Constantina,

donde fué herido, y en muchas batallas, volviendo á Francia en 1835 condecorado con la cruz de la Legión de Honor. Con los restos de las partidas carlistas que cruzaron la frontera al acabar la primera guerra civil formó la legión extranjera, y pasando de nuevo á Argel en 1841 se distinguió mucho en todas las campañas que siguieron hasta la toma de Zaacha.

Napoleón le hizo general de brigada en 1850, y general de división en 1853. Fué uno de los generales más fieles á aquel príncipe, el cual, además de hacerle ayudante suyo, le dió mandos importantes. Por muerte de Saint Arnaud, fué jefe del ejército de Crimea hasta Mayo de 1855, en que le sustituyó Pelissier. En la campaña de Italia tuvo muy importante papel, y al comenzar la guerra con Prusia le dió el Emperador el mando de las tropas del ejército y de la guardia móvil de Chalons, el cual tuvo que dejar porque aquella gente indisciplinada no le obedecía. De allí fué á Metz á servir á las órdenes de Bazaine, peleando con mucho valor en Borny, Gravelotte y Saint Privat. Los alemanes le llevaron prisionero á Alemania, y desde entonces puede decirse que acabó su carrera militar.

Nuestros lectores hallarán el retrato de este veterano general en la pág. 79.

NICOLAS CARLOVICH DE GIERS,

gran canciller de Rusia.

Nació Giers en 1820, de familia humilde, pues su padre no era más que director de gimnasio (colegio), debiendo al favor de Alejandro I el privilegio de haber estudiado en el Instituto Imperial de Alejandro, en el que sólo pueden entrar hijos de nobles. Salió del colegio á los diez y ocho años, y comenzó la carrera con un modesto cargo en el consulado de Yassi en 1841.

Pronto mostró gran afición á los negocios orientales, llegando á conocerlos perfectamente. En 1850 fué secretario de la embajada de Constantinopla, en 1856 cónsul general de Rusia en el Cairo, y de 1863 á 1869 ministro de Rusia en Teherán (Persia). Poco antes de la guerra de Crimea, hallándose en Valaquia, casó con una princesa de la familia Contacuceno, viniendo á ser, gracias á este enlace, sobrino del poderoso canciller Gortchacoff.

De Teherán, donde consiguió que la influencia rusa se sobrepusiese á la de Francia é Inglaterra, pasó á Berna, donde estuvo tres años, y de allí á Stockolmo. En 1875 volvió á San Petersburgo, y al poco tiempo comenzó á ayudar á su tío en el despacho de los negocios, harto pesado para éste, que comenzaba á sentirse cansado y achacoso. Muerto Gortchacoff en 1882, sucedióle en el cargo su sobrino, ya probado en negocios tan graves como la guerra ruso-turca y el Congreso de Berlín, y en los trece años transcurridos desde aquella fecha hasta la de su muerte, ha dado pruebas de mucha sagacidad y tacto. Su empresa magna ha sido apartar á Rusia de la amistad tradicional de Alemania y acercarla á Francia, practicando sin saberlo aquella sabia política que nuestro gran Quevedo encerraba en esta máxima: «Ten al francés por amigo; no le tengas por vecino.»

Giers era muy trabajador y metódico. Publicamos su retrato en la pág. 79.

DON SANTIAGO RODRÍGUEZ LAGUNILLA.—(Véase el artículo correspondiente en la pág. 84.)

BELLAS ARTES.

Las primeras violetas, cuadro de Ramón Pulido.—*Visita inesperada*, cuadro de Barbudo.—*Aficiones clásicas*, cuadro de Methon Fisher.—*Parisiense*, cuadro de Montzaigle.—*Dilettanti*, cuadro de Minna Stocks.

La violeta es la más poética de las flores, sobre todo en opinión de aquellos contados amantes de la Naturaleza que alguna vez han tenido el delicado gusto de ir á coger las que crecen silvestres entre la fresca hierba de los prados.

De las varias clases de violetas que se conocen, hay una que florece en otoño y primavera, y también parte del invierno si se la cuida debidamente; pero lo común es que esta hermosa flor sirva de vanguardia á las demás de la primavera, apareciendo en Febrero en las comarcas meridionales. El dibujo del Sr. Pulido que publicamos en la página 82 de este número, está inspirado en el aparecimiento de las violetas, y se hace particularmente agradable por cierto ambiente perfumado y primaveral que en él se nota.

Pasaron los tiempos en que no había familia sin algún fraile amigo, visita diaria de la casa, consejero en los negocios difíciles, paño de lágrimas en las aflicciones, juez en los casos de conciencia y contertulio indispensable á la hora del chocolate. Pero, esto no obstante, aun tienen los frailes muchas puertas abiertas, sin que los odios de secta hayan logrado cerrarles sino las menos, y no las mejores, de ellas. Por eso el cuadro de Barbudo, que reproducimos en la pág. 83 de este número, es de la más rigorosa actualidad y verdadero en todos sus detalles. Sobresale por la variedad y riqueza de éstos y por la gracia intencionada de los personajes.

El cuadro de Methon Fisher titulado *Aficiones clásicas*, que publicamos en la pág. 85, nos da idea de una de esas fiestas íntimas de que tanto gustan los pueblos del Norte y en la que tan principal parte tiene la música. Es una bonita composición, sencilla y correcta, que mereció muchas alabanzas en la Academia de Londres.

La *Parisiense*, de Montzaigle (pág. 86), es sin duda una hermosa mujer, lujosamente vestida, de insinuante mirada y gracioso porte; pero estas cualidades, primeras á que atiende la juventud, sin mirar á otras ni saber si las hay, no bastan al observador frío, que busca en la mujer algo muy superior á todas esas bellezas: alma dispuesta al sacrificio por la felicidad ajena.

Montzaigle ha pintado un tipo de mujer que con tener esta última cualidad sería perfecto, y como no hay nada perfecto en la tierra, quizás por eso mismo no la tiene.

El gato es uno de los animales más curiosos que se conocen, pues de cuanto ve procura darse cuenta, como si padeciese la misma infelicísima manía investigadora que el hombre. Ahí tenemos á los de nuestro segundo grabado de la pág. 89, procurando averiguar qué cosa será aquel extraño aparato caído en el suelo, hasta que la casualidad, madre de todos los descubrimientos importantes, descubre á uno de ellos el secreto de la música. A tener cronistas los gatos, ¡quién sabe lo que dirían de aquel ilustre felino y de su talento musical! Pues como esta historia hay muchas entre los hombres.

BICICLETA CON MOTOR DE BENCINA.

En la Exposición del Velocípedo, que no hace mucho hubo en París, llamó grandemente la atención la bicicleta movida con bencina, inventada por los Sres. Hildebund y Wolfmuller. Con este aparato (véase el grabado adjunto) se



puede caminar al paso de un hombre, ó con tanta prisa como un tren expreso, según quiera el que le monte. Para parar tiene dos frenos especiales.

La fuerza de la máquina puede llegar hasta dos caballos y medio. Sube pendientes del 10 por 100; el gasto de combustible es de un céntimo por kilómetro, y la cantidad de éste que cabe en el depósito basta para 300 kilómetros.

D. JOSÉ FELIU Y CODINA,

ilustre autor dramático.

El Sr. Feliu y Codina ha llegado paso á paso y por su propio esfuerzo al lugar eminente que ocupa en la literatura nacional, siendo circunstancia de su carrera muy digna de notarse que la reputación de que goza está hecha en firme y será por tanto sólida, no expuesta á venirse al suelo cualquier día como otras que hay construidas con elogios de amigos, que son frágiles materiales para tales edificios.

El Sr. Feliu es natural de Barcelona, en cuya ciudad estudió, ganando el título de licenciado en Derecho en 1867. Desde el 64 comenzó á dedicarse á las letras, escribiendo en periódicos, y al año siguiente estrenó su primera obra teatral. En esta época de su vida colaboró con Federico Soler (*Pitarra*) en varias piezas dramáticas, y escribió otras que aun se representan en Cataluña.

Del 69 al 84 fué principalmente periodista, unas veces en Barcelona y otras en Madrid, estrenando en la Comedia el año 89 *El buen callar*, que no satisfizo al público, por lo que el autor la retiró en la misma noche del estreno. Al año siguiente logró el desquite con *Un libro viejo*, y en 1892 consiguió con *La Dolores* el mayor triunfo de su vida.

Había presentado esta obra á la empresa del teatro Español, la cual no la dió al público. Llevóla entonces á Barcelona el Sr. Feliu, y en el teatro de Novedades se representó aquel verano con el éxito de todos sabido. Al siguiente invierno la estrenó Mario en la Comedia, confirmándose y aumentándose en Madrid el triunfo de Barcelona, y desde entonces se ha hecho en todos los teatros de la Península y muchísimos de América, sin que por ningún indicio pueda sospecharse cuándo se cansará el público de gustar sus muchas bellezas.

Miel de la Alcarria, la última obra del Sr. Feliu, es digna sucesora de *La Dolores*; y con decir esto creemos encerrar su elogio en una frase, ya que nos falta espacio para expresarlo más extensamente.

En la pág. 88 publicamos el retrato del Sr. Feliu.

PARÍS.

La nueva Facultad de Ciencias.—Una de las salas del laboratorio de Física.

Derribada la antigua Sorbona, álzase sobre ella un nuevo edificio, en el que se contiene la Facultad de Letras, la de Ciencias y la Academia de París, extendiéndose para cobijarlos con todo desahogo por un espacio mucho mayor que el primitivo.

La sala del laboratorio de la Facultad de Ciencias de que damos una vista en la pág. 88, permitirá al lector formar idea de la comodidad y lujo de los locales recién construidos. El techo es alto, los aparatos cuantos exigen los más complicados experimentos científicos, y la amplitud de la estancia la suficiente para que en ella puedan trabajar muchas personas sin molestarse.

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ATLANTA.

Los Estados del Sur de la Confederación Norteamericana no concurrieron á la Exposición de Chicago, y han hecho una Exposición de su propia iniciativa en la ciudad de Atlanta, desde el 18 de Septiembre hasta fines de Diciembre del pasado año.

Este certamen, menos ruidoso que aquél, ha tenido mayor importancia, sobre todo para los españoles, por hallarse Atlanta cerca del golfo de Méjico y en región tan relacionada con Cuba.

Los edificios de la Exposición cubrían un espacio de 190 acres, formando hermosísimo conjunto. (Véase nuestro grabado de la pág. 89.) Al Palacio de la Mujer opusieron los *yankees* del Sur otro de no menor interés, el *Palacio de la raza negra*, construido por negros, y en el que sólo estuvieron expuestas obras de los negros de los Estados meridionales.

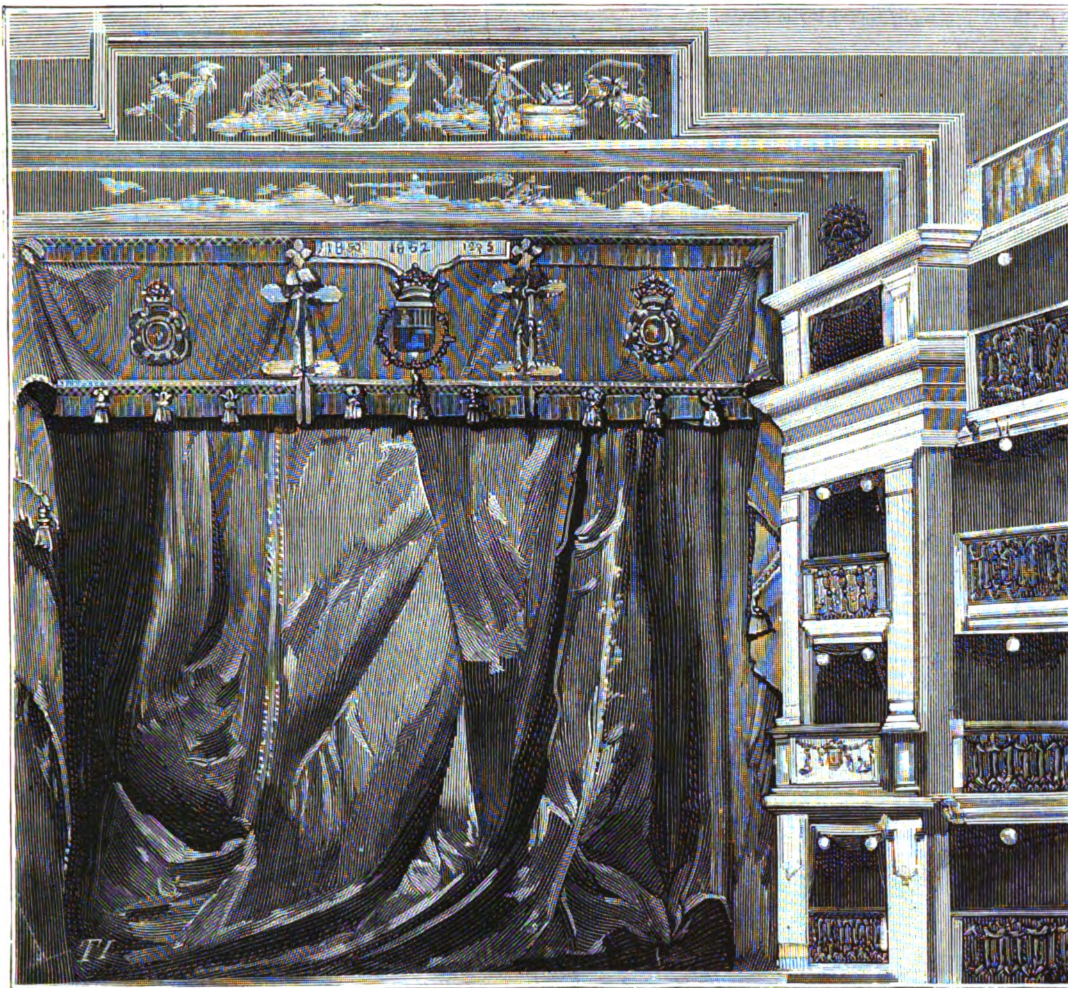
G. Reparaz.

MÁS EXÁMENES.

Aunque varias veces he leído en diferentes periódicos muchos sueltos y artículos sin sentido común, pidiendo la supresión de los exámenes, no he tomado la pluma para contestar á sus anónimos autores, por considerarlos ajenos á la materia de que tratan y muy poco versados en cuanto á la enseñanza se refiere. Pero hoy, cuando una persona discreta y no extraña en asuntos de instrucción pública, como lo es mi antiguo amigo D. Antonio Sánchez Pérez, sostiene la citada opinión, á mi parecer equivocada, no creo conveniente guardar silencio; antes bien manifestaré las consideraciones que acerca de tal asunto me ocurren, ya porque las juzgo sólidamente fundadas, ya porque para fallar un pleito ó resolver una cuestión conviene escuchar á entrambos litigantes y pesar detenidamente el pro y el contra antes de emitir juicio, si este juicio no ha de ser precipitado y arbitrario, sino meditado y maduro y con los requisitos necesarios para el acierto.

Comenzaré por manifestar, pues ya voy siendo viejo, que he conocido tiempos muy distintos, y que en nuestro país rarísima vez adoptamos un término medio prudente, pasando de continuo, como péndola de reloj, de un extremo al extremo opuesto, dejando en medio lo razonable, que por lo común no suele ser extremado. En mi niñez los maestros de instrucción primaria eran verdaderos cómitres ó verdugos de sus discípulos, siempre con las disciplinas al hombro, y muy cerca de la mano las temidas palmetas de cinco agujeros. Por la cosa más leve castigaban cruelmente á infelices niños, que entre golpes y lágrimas aprendían á leer y escribir, cumpliendo el antiguo refrán de «la letra con sangre entra». Los mismos padres, al llevar por primera vez á la escuela un parvulito, decían al maestro estas ó parecidas frases: «¡Cuidado! que no le deje usted pasar ninguna; siéntele usted bien la mano á este perillán, pues ya sabemos que la letra con sangre entra; que no caen las manzanas sin sacudir bien el árbol», etc., etc.

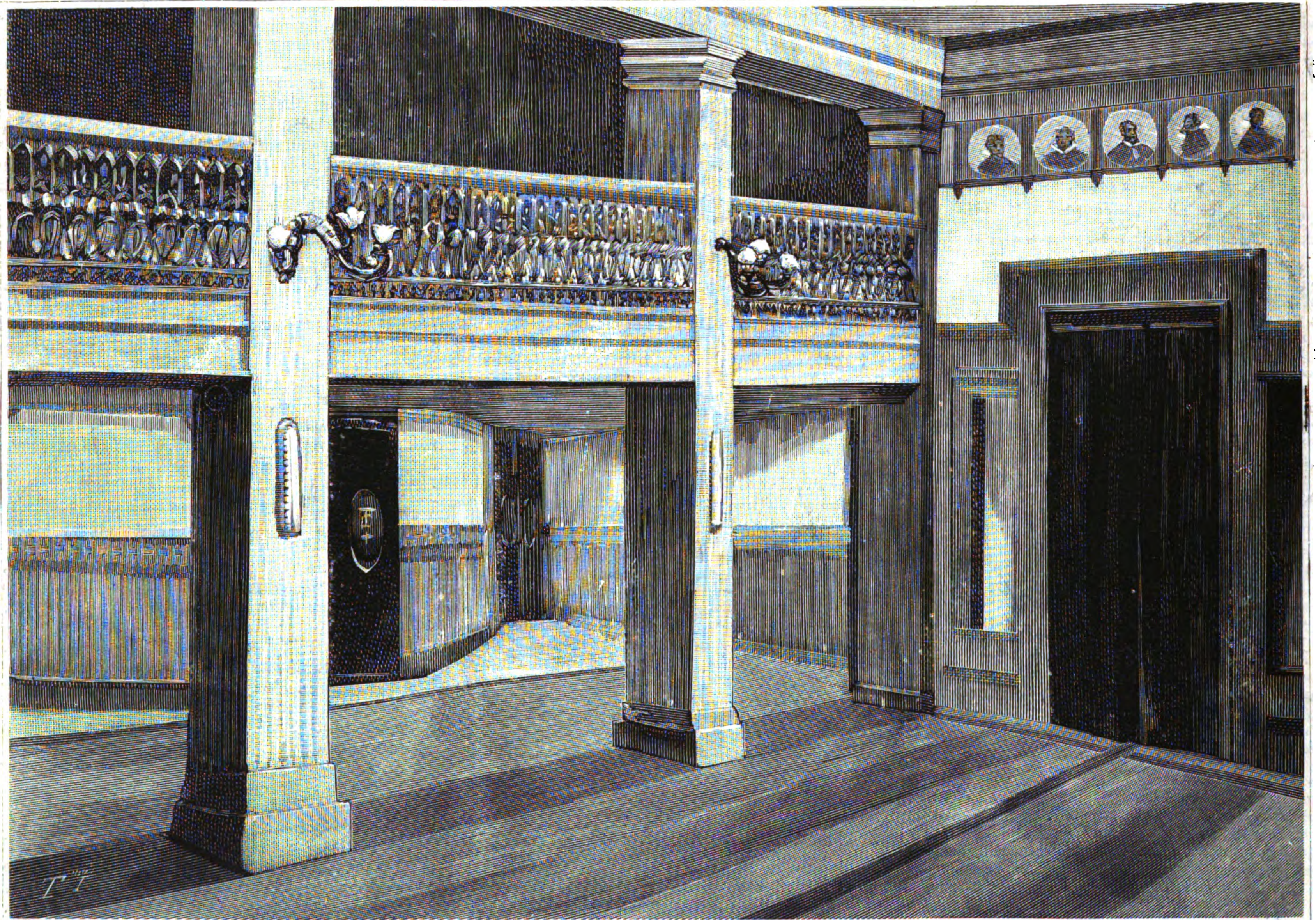
A poco mudó el viento, y se dijo con asombro: «¡Castigar á un niño! ¡pegarle! ¡Qué barbaridad! ¡qué herejía!» Y los padres ya no recomendaron severidad á los maestros; al contrario, algunos papás exclamaban, dándola de matones: «Si á mi niño le pone un dedo encima el maestro, voy allá y le rompo el alma.» Con lo cual el angelito, si no tiene vergüenza y no atiende á razones, como suele suceder, se burla diariamente de su maestro, como suele suceder también, á no ser que el maestro tenga los calzones bien colocados y esté dispuesto á escarmentar al niño y, si es necesario, al padre y al abuelo. De que los vientos van por aquí, no cabe la menor duda. Poco, muy poco hace, fué encausado un profesor por darle una bofetada á un alumno, que probablemente merecía cuatro. Hoy, en todos los Institutos de España, si los estudiantes no se ríen de los profesores y los silban á cada paso, es porque no se atreven ó no quieren. ¿Castigos? No los hay. A ninguno se borra por faltas. ¿Encierro? ¿Privación de comida ó paseo? En los Institutos no se conocen tales cosas. ¿Relegar al malo para los exámenes de Septiembre y calificarle entonces con mala nota? En primer lugar, suele importales muy poco, y además salen diciendo que es una ruin venganza. De suerte que al profesor no se le respeta como á profesor, sino como á hombre capaz de imponerse como hombre. Esta es la



ASPECTO DE LA EMBOCADURA DESPUÉS DE LA REFORMA.

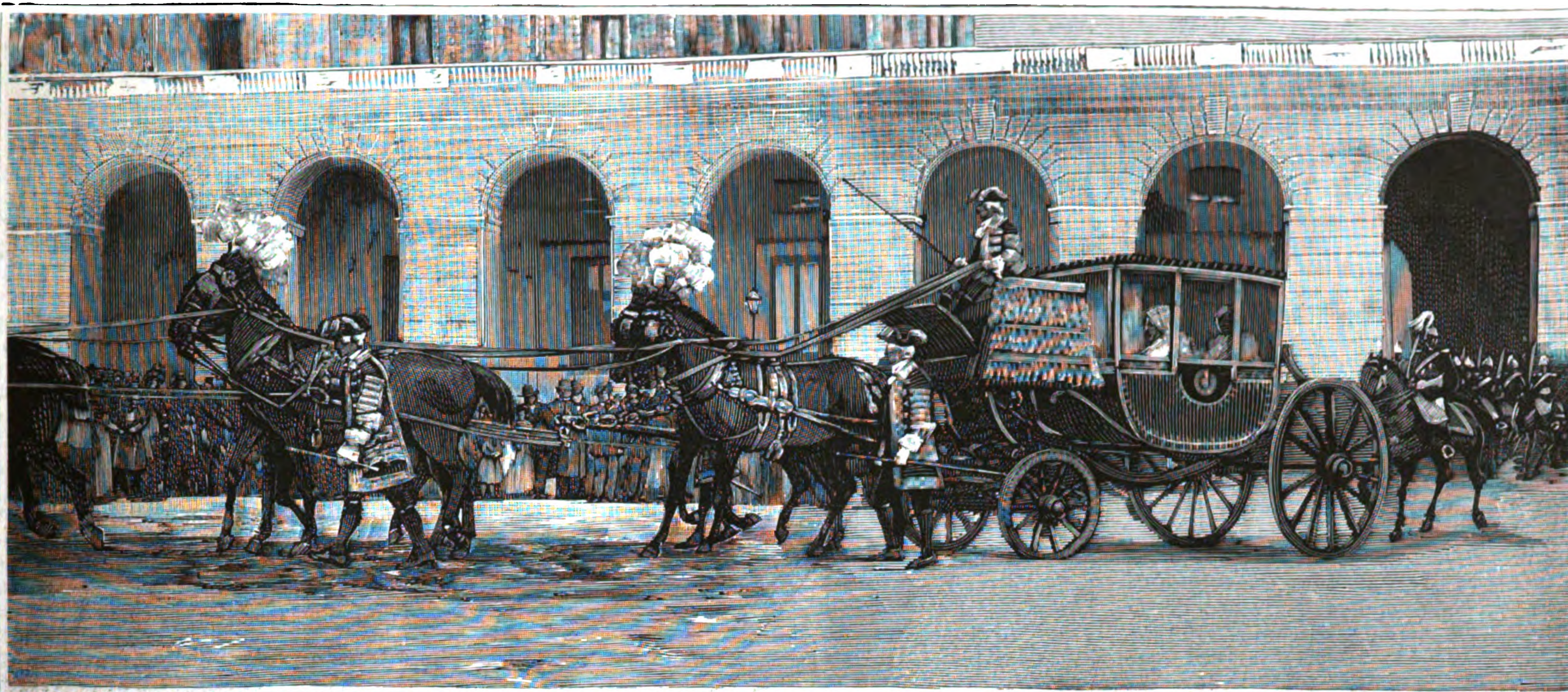


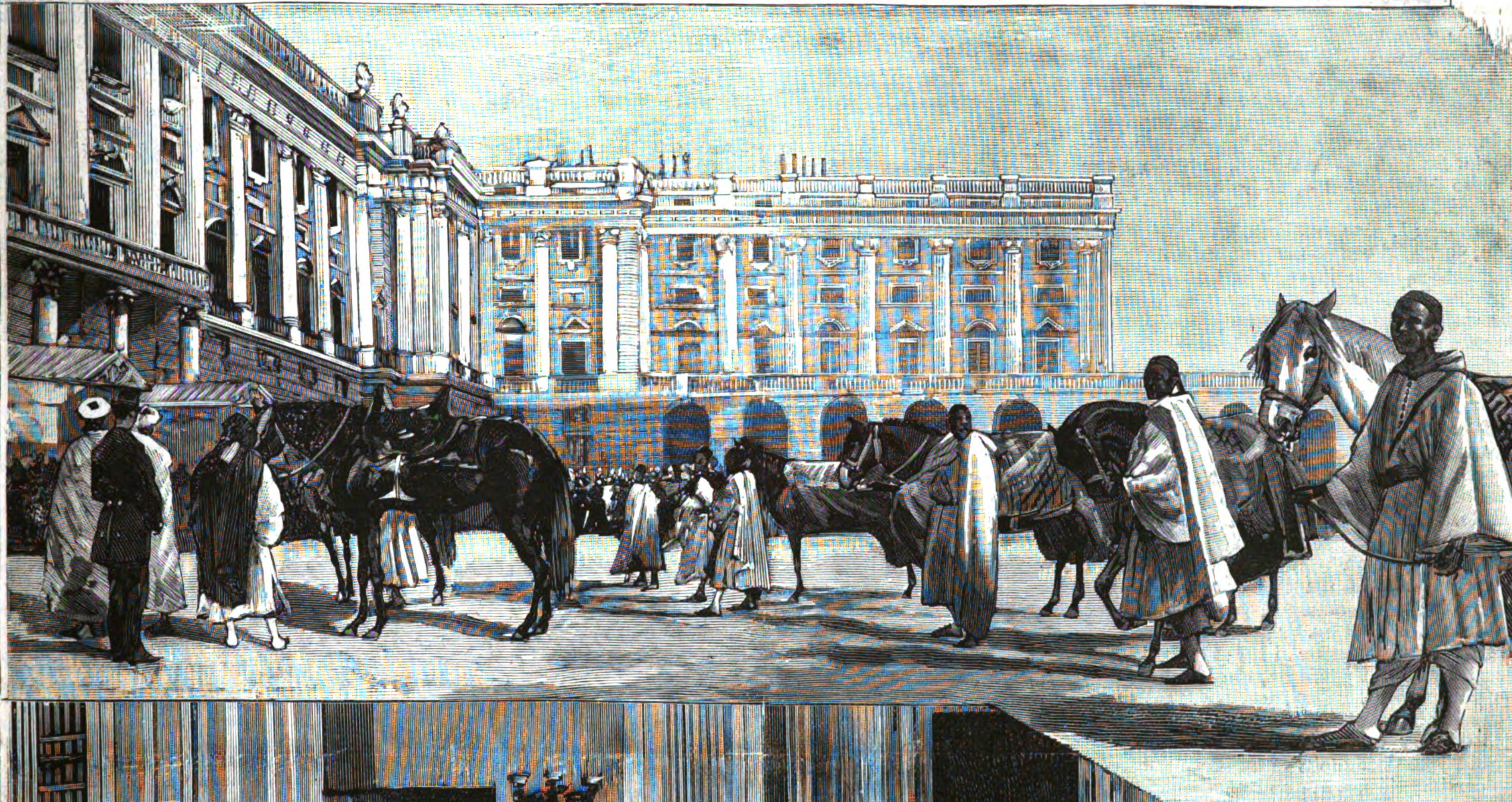
LA CANTINA.

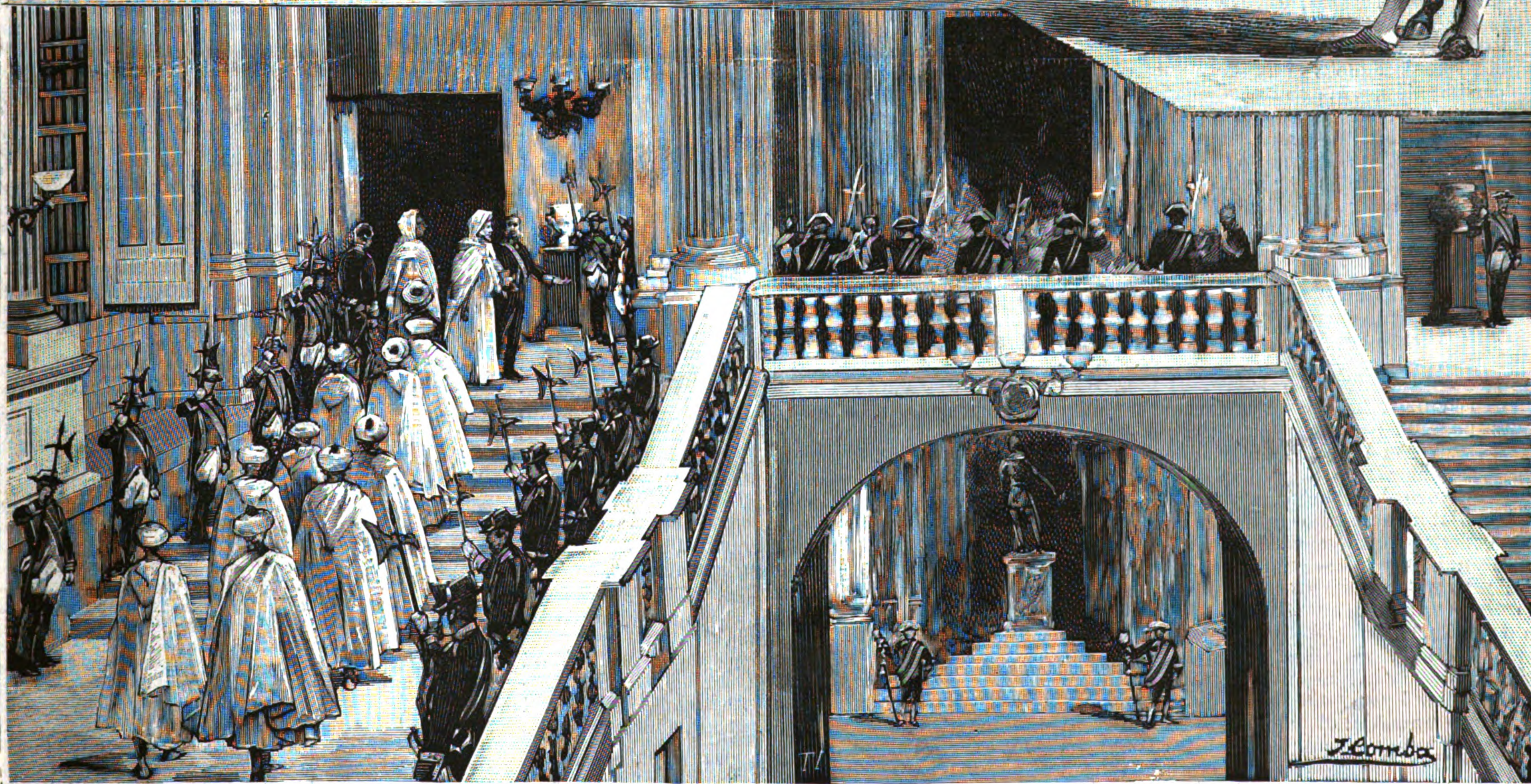


EL NUEVO VESTÍBULO.

(Dibujos de Antonio Gomar.)







LLEGADA DEL EMBAJADOR AL REAL PALACIO.—LOS CABALLOS REGALADOS Á SS. MM., EN LA PLAZA DE ARMAS.
LA EMBAJADA MARROQUÍ SUBIENDO LA ESCALERA PRINCIPAL DE PALACIO.

verdad. Cuando el profesor es muy viejo, ó medio ciego, ó de carácter débil, ya le cayó quehacer, y está divertido.

Respecto de las oposiciones y los exámenes, hemos saltado también, por no perder la costumbre, desde un extremo al extremo contrario. Se vió que los catedráticos nombrados arbitrariamente eran ineptos en su mayor parte: se pidió y obtuvo que la puerta de ingreso para el profesorado fuese la oposición, lo que me parece justo y decoroso. Pero tanto se extremó el sistema de las oposiciones, que las hubo para escribientes, empleados de corto sueldo, y á poco las establecen también para bedeles, porteros y mozos de limpieza. Hoy ya desean algunos que las oposiciones queden completamente suprimidas, siendo sus mayores enemigos..... los que por tal medio aspiraron á obtener cátedra, sin conseguirla. Y advierto, en honor de la verdad, que á veces la merecieron. ¿Por qué, pues, se quedaron sin ella? Por una razón muy clara, y sin que hubiera en el asunto ni sombra de injusticia. Yo formé parte de un tribunal para la provisión de dos cátedras, y se presentaron no recuerdo si 30 ó 32 opositores. De éstos, por su propia voluntad, se retiraron seis mucho antes de terminarse los ejercicios; de los restantes, hubo algunos *medianos*, algunos *buenos*, y ocho *muy buenos*. ¿Qué debió hacer el tribunal? Lo que hizo. Siendo las vacantes dos, y ocho los beneméritos, de entre estos ocho eligió dos y los nombró profesores. Naturalmente, los otros seis, que habían dado tantas muestras de capacidad y saber como los elegidos, se quejaron con amargura, diciendo que habían merecido cátedra, como era verdad; pero también era verdad que dos vacantes no podían repartirse entre ocho; de lo que el tribunal calificador no tenía la menor culpa, ni, por consiguiente, hubo injusticia. La hubiese habido si, dejando á un lado los ocho sobresalientes, se hubiera elegido entre los demás.

Resumen: 1.º Que mediante los ejercicios de oposición, podrá tal vez no ser preferido el mejor; pero se prefiere á los mejores, y de entre ellos sale la propuesta. 2.º Que en ningún caso, ningún tribunal escoge lo peor, ni propone la ineptitud postergando al saber y á la inteligencia. Por lo menos, puedo asegurar que he sido seis ó siete veces juez de oposiciones, y he presenciado muchas otras y jamás lo he visto. Compárese tal resultado con el de los nombramientos de Real orden, y aparecerá la ENORME diferencia.

Y vamos á los exámenes, en que también ocurren cosas análogas, y también, como en el ejemplo del péndulo, se va de un extremo á otro sin detenerse en lo justo.

Antes de que un ministro de Instrucción Pública, según entonces se llamaban, estableciese con grande acierto los exámenes, que tan malos parecen á mi buen amigo el Sr. Sánchez Pérez, la *prueba* para ganar curso y pasar al inmediato consistía en un certificado del profesor, que se daba á todos; á los pobres por lástima, y á los ricos mediante recomendaciones y regalos. Pregúntese á los muy viejos de hoy que estudiaron bajo tal régimen, á ver si recuerdan que á ninguno se negara semejante certificación, á la que llamaban *el pase*, porque, en efecto, con ella *pasaban* á otras asignaturas. Y á puro *pasar* de tan cómoda y fácil manera, llegaban al término, encontrándose licenciados y doctores de los apellidados por burla de *tibi quoque*, entre cuyas esplendorosas lumbreras los más no alcanzaban á escribir una carta medianamente y sin faltas de ortografía. Precisamente de esto surgía la numerosa falange de hombres de carrera, ignorantísimos, rapados á navaja de todo conocimiento, que asaltaron con verdadera furia los cargos públicos hasta los de más ínfima clase, como escribientes, porteros, ordenanzas de oficinas, comisionados de apremios ó lechuzos, etc., etc., iniciando la plaga funesta de la empleomanía, y proporcionando no escaso contingente á toda conspiración, desorden ó alboroto, pues el estómago no aguarda, y el hambre es muy mala consejera.

Como entonces los gobernantes vieron y tocaron los frutos del mencionado sistema, en que sin estudiar ostentaba cualquiera la borla de doctor, procuraron poner vallas al campo y límites al abuso, y para ello mandaron que no pudiera ganarse ninguna asignatura sin examinarse de ella á fin de curso, demostrando así haberla estudiado y conocerla en la medida que la prudencia requiere. Desde entonces creció considerablemente el nivel de la general cultura, pues se hizo mucho más difícil, si no imposible, el ir saliendo adelante sin mirar siquiera un libro; acabáronse los burlescos títulos de *tibi quoque*, y se dió á los estudios cierta importancia y verdad de que antes carecían. El establecimiento de los exámenes fué, pues, un bien grandísimo para los mismos estudiantes, obligándoles al trabajo, para los progresos de la instrucción, y también para los catedráticos, dándoles respetabilidad, evitándoles mil compromisos, á veces ineludibles, y alejando de ellos toda sospecha relativa á la concesión de los certificados ó *pases*.

Lejos de suprimir los exámenes, si en mi mano estuviera, yo mandaría que fuesen más rigurosos; pero suprimiendo antes la mitad ó más de las actuales asignaturas, no dando á los niños sino lectura en alta voz, con análisis y comentarios de lo que leyesen, bella escritura y gimnasia; y esto desde los diez á los catorce años, cuya edad es la conveniente para empezar otros estudios. Así se remediarían muchos males, entre ellos la rápida decadencia física de las generaciones; y así estoy segurísimo de que se hará en su día: que no siempre hemos de estar condenados á que se hagan las cosas de la peor manera.

Mas ¿en qué funda el Sr. Sánchez Pérez su opinión contraria á los exámenes? ¿Qué razones aduce para desear que desaparezcan? A no estar su artículo escrito en serio y sobre asunto serio también, pensaría que bromeaba.

Primero, y como para hacer boca, nos cuenta el deplorable caso de un alumno que se quitó la vida por haber sido calificado con nota de *suspenso*. ¡Angelito! Pues con asistir á clase puntualmente y aprender las lecciones, hubiese ahorrado á su familia tamaño disgusto, y al Sr. Sánchez Pérez la candidez de traer á cuento su desastroso fin para impugnar la institución de los exámenes. Cientos de maritornes se envenenaron con fósforos ó se arrojaron desde un balcón á la calle porque las abandonó el novio soldado; y á nadie todavía por tales desgracias se le ocurrió pedir la supresión del ejército, ni la prohibición de que los soldados tengan novia. Al caso del alumno suicida puede añadir el Sr. Sánchez Pérez el de aquel otro alumno de Puerto Rico, también *suspenso* con justísima razón, que asesinó al catedrático de Matemáticas, disparándole un tiro por la espalda; pero ambos sucesos nada prueban, á no ser la imperfección humana, y las consecuencias, funestísimas á veces, de no cumplir cada cual sus obligaciones.

Otra de las cosas que aduce el Sr. Sánchez Pérez en contra de los exámenes, y que los hace dañosos á su juicio, es la incertidumbre y temor que se apoderan del estudiante al aproximarse la terminación del curso: lo cual, agitando el ánimo, puede perjudicar la salud. Pues precisamente esta incertidumbre y temor demuestran la eficacia del examen. Si tuviesen la seguridad de salir bien, si nada temieran, claro es que serían muy contados los que, en vez de pasearse y holgar, dedicasen tiempo y trabajo al estudio. El deseo de obtener buena nota y la posibilidad de que suceda lo contrario son estímulos poderosos para la aplicación: suprimiéndolos, como algunos quieren, el número de los escolares estudiosos quedará tan reducido como el de las viudas *inconsolables* de que nos hablan las papeletas de muertos.

«Que diez minutos no son bastantes para juzgar de la capacidad y saber del alumno.» Podría contestar que si diez minutos son poco, menos es nada; lo cual no tiene réplica. Pero bien sabe mi amigo Sánchez Pérez, y lo sabe por experiencia propia, como examinador que ha sido, que diez minutos se nombran muy pronto y pasan muy despacio, y en ese tiempo lo hay sobrado para manifestar si se entiende la asignatura y hasta qué punto se entiende. Hace largos años, un señor ministro, con ese desconocimiento de las cosas que suelen tener aquí los que mandan, ordenó que los exámenes de Facultad durasen por lo menos veinte minutos; y á poco llegó á la Dirección la queja de un alumno de Anatomía, manifestando que en dos minutos le habían reprobado. Era verdad, y el profesor contestó que en dichos dos minutos, y aun en el primero, demostró el examinando no conocer la colocación respectiva de los huesos del esqueleto humano. Si desconocía el *a b c* de la ciencia anatómica y no podía pasar sin notoria injusticia, ¿para qué hacerle sufrir diez y ocho minutos más de angustia y reprobarle después? Cuando se legisla sobre tales menudencias, en que ocurren tantos y tan diferentes casos, se malgasta el tiempo, se manifiesta la impericia del legislador, lo mandado queda escrito y muerto en el papel, y no se obedece, no por mala y rebelde intención, sino porque no puede obedecerse.

Mas quiero admitir que para dar gusto á mi amigo Sánchez Pérez y á otros, y para que los estudiantes no vayan á ponerse malitos á causa del temor y la incertidumbre, se supriman de golpe los actuales exámenes.

Bien; pero ¿qué ponemos en su lugar? ¿Se *aprueba* sin *prueba* á todos los matriculados? Entonces el hecho de matricularse presupone el de ganar curso, resultando lógicamente que basta con satisfacer los gastos de matrícula; ó lo que es igual, que las asignaturas no se estudian y aprenden, sino se pagan y se compran.

¿Volveremos á las andadas con los antiguos certificados ó *pases*, abolidos por los clamores de la opinión pública y la sanción de la autoridad como inmorales é insuficientes? Si volvemos á tan desacreditado sistema, surge de golpe nada menos que *un imposible*. ¿Quién dará los certificados? Se responderá: El catedrático de la asignatura. Conformes: podría el catedrático oficial dar certificado á los alumnos oficiales, pues les ha enseñado y los conoce. Pero ¿cómo certificará la aptitud y aprovechamiento de los alumnos de colegios, á quienes ni conoce ni ha visto nunca? Y ¿quién certificará de los alumnos libres, que estudian en sus respectivas casas como y cuando les parece? ¿Acaso los directores de colegios, interesados aún más que sus alumnos pupilos ó externos en la bondad de las calificaciones, serán jueces en causa propia, realizando el adagio de Juan Palomo? Y los estudiantes libres, que no tuvieron maestro, ¿se calificarán y certificarán á sí mismos?

Vea mi buen amigo Sánchez Pérez que si los exámenes tienen algunos inconvenientes, como todo en cuanto ponen mano los hombres, no es posible suprimirlos sin gravísimos daños y hasta resultados absurdos; y que en la enseñanza, como en cualquiera otro organismo, son necesarios mucho conocimiento y mucho pulso antes de suprimir nada ó de cambiar nada; pues la reforma al parecer más insignificante puede y suele traer grandes trastornos y lamentables consecuencias.

NARCISO CAMPILLO.

DON MARTÍN FERNANDEZ DE NAVARRETE.

NUEVOS DATOS PARA SU BIOGRAFÍA.

I.

UNA CARTA QUE PUEDE SERVIR DE PRÓLOGO.

Excmo. Sr. D. Abelardo José de Carlos, director de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.



i distinguido amigo: ha llegado á mis manos y con detención he leído el artículo que ha escrito el Sr. D. Francisco Fernández de Navarrete para demostrar que los descendientes del gran historiógrafo D. Martín Fernández de Navarrete nunca han dejado de cumplir todas las obligaciones que les imponía el renombre de su insigne progenitor. Como usted sabe, ha dado ocasión á este artículo del señor Navarrete la biografía de su ilustre abuelo que se ha publicado en el *Almanaque de* LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, para el año 1895, biografía escrita por el autor de estas líneas y en la cual hay un capítulo que podría titularse: *Las desdichas póstumas de D. Martín Fernández de Navarrete*. Este capítulo, según parece, ha causado algún disgusto á los parientes y deudos del autor de la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* que actualmente viven. Siento en el alma que mis palabras hayan sido interpretadas de un modo muy distinto al propósito con que fueron escritas; porque es lo cierto que, al decir yo que no sabía dónde había ido á para el retrato de D. Martín Fernández de Navarrete, pintado por D. Vicente López, y que debía buscarse para que lo adquiriese el Estado, y se conservase en algún Museo público, no suponía que este retrato hubiese sido abandonado por la persona que lo poseyese por derecho hereditario, pero trataba de impedir que, andando el tiempo, pudiese llegar á manos de quien, desconociendo su valor histórico, lo perdiese ó malbaratase. El Sr. D. Francisco Fernández de Navarrete manifiesta el sitio donde ahora se halla el retrato de su famoso abuelo, y no le parece desacertado mi pensamiento de que sea adquirido por un Museo público, sin duda por la misma razón que anteriormente he indicado.

Un hecho importante rectifica el Sr. Navarrete de los por mí referidos en la biografía del *Almanaque de* LA ILUSTRACIÓN. Encargado por la Real Academia de la Historia mi querido amigo D. Cesáreo Fernández Duro de buscar el enterramiento de los célebres marinos D. Martín Fernández de Navarrete y D. José de Vargas Ponce, dijo en el informe que aparece en el *Boletín* de la ya nombrada Real Academia del mes de Junio de 1894, que en los nichos de los cementerios donde fueron enterrados los Sres. Navarrete y Vargas, había ya otros cadáveres; deduciendo de esto que probablemente las cenizas de ambos escritores habrían ido á parar al hoyo común, y no era posible encontrarlas. Cierto es que el nicho donde fué enterrado el Sr. Navarrete no se adquirió por su familia con el carácter de perpetuo, y parece que en el registro donde el Sr. Fernández Duro vió su número, debiera haber constado la fecha de la exhumación del cadáver que allí se había enterrado; y como no constaba semejante cosa, era legítima la consecuencia deducida; y así lo creí yo, repitiendo lo dicho en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* al escribir la biografía del *Almanaque de* LA ILUSTRACIÓN para el año de 1895. En cuanto llegó á mi noticia el sitio donde se hallan los restos del Sr. Fernández de Navarrete, me apresuré á ponerlo en conocimiento de la Real Academia de la Historia, y así consta en el acta de la Junta académica del viernes 11 de Enero del presente año (1895), y así constará próximamente en

las páginas del *Boletín* de la corporación, según acuerdo tomado en la expresada Junta.

Resulta, pues, que el Sr. Fernández Duro buscó los restos mortales de D. Martín de Navarrete donde debían hallarse, y si no averiguó que habían sido llevados á la iglesia parroquial de Abalos, no fué suya la culpa, porque en el registro del cementerio no constaba la dicha traslación, y esta deficiencia le indujo, no á asegurar, pero sí á suponer que aquellos restos se habían perdido.

La anécdota que me han referido respecto á las palabras pronunciadas con ocasión del entierro de D. Martín de Navarrete, aparece aún con más caracteres de verídica, si la falta notada era la del *elemento oficial;* porque así se explica que el malhablado personaje dijese lo que dijo, quizá en propia, aunque desatentada defensa de su conducta como autoridad por obligación obedecida en el ejército y en la armada

Nada más tengo que añadir á lo dicho por el ilustrado nieto de D. Martín Fernández de Navarrete; pero no dejaré la pluma sin darle las gracias por los elogios que hace de mi bosquejo histórico de la vida de su glorioso abuelo; elogios que, cuanto más apartados se hallan de la severidad crítica, mayormente motivan mi leal agradecimiento.

No ya como ampliación de lo dicho por D. Francisco Fernández de Navarrete en su notable y curioso artículo, sino por vía de Apéndice á lo por mí escrito en la biografía del autor de la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, daré aquí una noticia que, á mi juicio, no carece de relativa importancia. Es el caso, que el ilustrado catedrático del Instituto de Vitoria D. Julián Apraiz encontró á mediados del año próximo pasado (1894) un opúsculo del fabulista Samaniego, que se consideraba perdido; y sube de punto lo curioso del hallazgo, si se tiene en cuenta que de este opúsculo dió alguna noticia D. Martín de Navarrete en su biografía del ya citado Samaniego, pero sin decir nada acerca del título que lleva, *Carta apologética al señor Masson:* esto es. *Carta apologética* dirigida al famoso enciclopedista que había preguntado: «¿Qué ha hecho España por el progreso de la civilización?», y contestado á esta pregunta en la forma negativa que tanta indignación produjo en el ánimo del erudito italiano Denina y en los buenos españoles Cavanilles y Forner. Sin duda Samaniego creía que la patria de Averroes, Lulio y Luis Vives, de Vitoria y Suárez, de Fr. Luis de Granada y de Santa Teresa, de Cervantes, Camoens y Calderón, de Velázquez y Murillo; que la nación que había descubierto las dos terceras partes de la superficie del planeta en que vivimos, mediante las navegaciones, sin ejemplo antes y sin imitación posible después, de Colón, Gama y Magallanes, no había contribuido en nada al progreso de la humanidad, y que hacía bien en consignarlo así en las páginas de la *Enciclopedia Metódica* el francés Mr. Masson, puesto que le dirigía su *Carta apologética* para presentarle burlescamente, como el *único monumento* de la sabiduría de los españoles, la colección de las obras literarias de D. Tomás de Iriarte, suma y compendio de mala poesía y de absoluta falta de buen criterio, en opinión del furibundo crítico que aquella carta escribía.

Triste es que un español, más aún, que un literato español desconociese hasta tal punto las glorias científicas y artísticas de su patria que le pareciese acertado lo dicho por un extranjero, tan falto de ciencia histórica, como sobrado de petulante osadía; pero en el siglo XVIII bajó tanto el nivel intelectual de los españoles, que se aceptó la injuria como enseñanza, y la calumnia como verdad históricamente comprobada. En mi biografía de D. Martín Fernández de Navarrete he dado alguna breve noticia de las guerras literarias, llamémoslas así, de nuestra patria en el siglo próximo pasado, y dato importante para el estudio de estas guerras es el opúsculo encontrado por el Sr. D. Julián Apraiz en sus asiduas investigaciones histórico literarias.

Después de lo dicho, dejo con mucho gusto la palabra al Sr. D. Francisco Fernández de Navarrete, para que ponga en claro todos los hechos en que pudiera aparecer la más leve duda acerca de la veneración que consagran á la memoria del Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete sus descendientes directos, y aun toda su ilustre familia.

Aprovecha esta ocasión para ofrecer á usted el constante testimonio de su consideración distinguida su afectísimo amigo y seguro servidor, q. l. b. l. m.—Luis Vidart.

II.

BREVES RECTIFICACIONES Á LA BIOGRAFÍA DEL EXCELENTÍSIMO SR. D. MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE QUE HA PUBLICADO EN EL «ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN» PARA EL AÑO DE 1895 EL SR. D. LUIS VIDART.

Único nieto del Sr. D. Martín Fernández de Navarrete y Jiménez de Tejada, por haber fallecido mi hermano don Eustaquio á fines del año de 1866, cuando á más de los frutos producidos por su talento y erudición podía haber enriquecido la literatura patria con otros preciadísimos; y depositario y dueño de noticias peregrinas de la vida anecdótica é íntima del escritor ilustre, conocido generalmente por ser autor de la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, libro que puede presentarse por varios conceptos como modelo en el género á que pertenece* (1), á mí me corresponde restablecer la verdad, rectificando las equivocaciones y errores cometidos por los que dedican artículos biográficos á su memoria.

Es el último el que ha publicado en el *Almanaque de La Ilustración* del año 1895 el Sr. D. Luis Vidart, á quien estoy muy reconocido por haber tributado grandes elogios al hombre honrado y al escritor erudito que, después de haber cooperado como marino á las glorias nacionales y de haber sido ornamento de las academias de que fué individuo, estuvo trabajando más de medio siglo en obras literarias, en informes facultativos, que cada día serán más

(1) Palabras del Sr. Vidart en su biografía de D. Martín Fernández de Navarrete.



FRANCISCO CANROBERT, MARISCAL DE FRANCIA.

† en París el 25 del pasado.

apreciados, y en la reunión de materiales para escribir la historia de nuestros descubrimientos marítimos.

Objeto de mi cariñoso culto, por haber dirigido mi educación y haber pasado á su lado los primeros años de mi juventud, nadie extrañará que trate de disipar algunas sombras que, á mi parecer, resultan en el trabajo del señor Vidart, y que procure dejar bien sentada la verdad de las cosas en que ha sido mal informado.

Molestaré poco la atención de mis lectores.

Dice el Sr. D. Luis Vidart: «Las ideas políticas de don Martín Fernández de Navarrete, sin duda, no le inspiraban grandes entusiasmos ni rudas intransigencias»; lo cual es muy cierto, porque absorto en sus estudios literarios y en sus investigaciones históricas, prefería el descubrimiento de una noticia que podía fijar un hecho dudoso á las discusiones empeñadas de las teorías políticas. Y en seguida añade: «Pues le vemos vivir tranquilo durante las revueltas del período liberal iniciado por la revolución de 1820.» ¿Cómo no suceder así siendo compañero y amigo de casi todos los diputados y personajes de aquella época, con cuyas opiniones en parte se hallaba conforme?

La aceptación «durante la *ominosa década*, que decían nuestros mayores», de la dirección del Depósito Hidrográfico merece explicación. Ya á este suceso consagré algunas líneas en la biografía de D. Martín Fernández de Navarrete, que escribí para la *Biblioteca Marítima Española*, en cuyo tomo II, pág. 436, vió la luz pública. El Sr. Vidart, que ha debido leerla, puesto que la menciona entre las varias que se han escrito de dicho Sr. Navarrete, ha de tener conocimiento de lo ocurrido en este asunto; y como no aparece claro en la biografía que trae el *Almanaque de La Ilustración*, creo oportuno recordarlo.



NICOLÁS CARLOVICH DE GIERS, CANCILLER DE RUSIA.

† en San Petersburgo, el 12 del pasado.

La abolición del sistema constitucional en 1823 dejó huérfano al Depósito Hidrográfico, habiendo tenido que emigrar D. Felipe Bausá, su dignísimo director, temeroso de las persecuciones y venganzas de que estaba amenazado por haber sido diputado á Cortes. Queriendo el ministro de Marina, D. Luis de Salazar, dar un jefe idóneo á tan importante y útil establecimiento, se acordó de su amigo y compañero en el Real Seminario de Vergara, D. Martín Fernández de Navarrete, que lo había creado y formado su Reglamento siendo oficial del Ministerio de Marina. Hizo, pues, su propuesta al rey D. Fernando VII, quien al oir el nombre del Sr. Navarrete replicó con viveza: «*Navarrete es liberal.....*»; y después de haber quedado un momento pensativo, añadió: «*Pero es liberal como deberíamos serlo todos*»; é inmediatamente firmó el nombramiento. Repugnó á la delicadeza extremada del Sr. Navarrete admitirlo en vida del Sr. Bausá, y sólo lo aceptó como interino, con intención de conservar la propiedad á este último, esperando que, calmadas las pasiones políticas, el Gobierno llamaría á un sabio que era tan útil á la Marina española. El mismo Sr. Navarrete se lo pidió así, haciéndole presente las inapreciables ventajas que España podía sacar de sus conocimientos hidrográficos; y muerto Bausá en Londres, antes que consiguiese su regreso, rindió homenaje á su instrucción vastísima con la paternal protección que dispensó á su viuda.

No han sido hasta ahora de gran importancia las rectificaciones hechas á la obra del Sr. Vidart. Al ocuparse éste en lo que llama: *Las desdichas póstumas de D. Martín Fernández de Navarrete*, debió tener en cuenta que, si alguna sufrió, las ha aumentado con las varias y graves inexactitudes de que se ha hecho eco, indudablemente por la desgracia de haber sido mal informado en todos aquellos acontecimientos y detalles que, no encontrando antecedentes ni documentos, no ha podido estudiar por sí mismo. Así, pues, las rectificaciones que restan entrañan bastante importancia, y fuerza es hacerlas para que no prevalezcan errores, ofensivos algunos á la familia del Sr. Navarrete.

Heredó su retrato, que no ha podido averiguar el Sr. Vidart dónde se encuentra y que es uno de los más acertados que salieron de las manos expertas de D. Vicente López, su hijo el Sr. D. Antonio Gervasio, y lo colocó en el palacio que poseía en la villa de Abalos (provincia de Logroño) al lado de los de otros gloriosos predecesores que con sus servicios al país han dado gloria y esplendor á la familia. Hoy lo posee con gran estimación mi sobrino D. Antonio Fernández de Navarrete y Hurtado de Mendoza, después de haber sacado muchas copias ó reproducciones, siendo la más acabada y perfecta la que poseo, ejecutada al óleo por D. Benito Sáez. Este modesto y excelente artista, profesor de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, reprodujo también en lápiz de manera prodigiosa el retrato, y esta reproducción sirvió para hacer en París una buena litografía y un grabado al humo á costa de la familia de D. Martín. No es fácil la desaparición de la obra pictórica de D. Vicente López, que hoy se conserva en Abalos en el mismo sitio en que la puso mi padre; y sin embargo no estoy lejos de convenir con el Sr. Vidart en que debería figurar en el Museo, para honrar la memoria de D. Martín Fernández de Navarrete y la de su célebre retratista.

Cuenta el autor de la biografía en que me estoy ocupando, que «el individuo de número de la Real Academia de la Historia D. Cesáreo Fernández Duro, encargado de buscar sus restos mortales (del Sr. D. Martín Fernández de Navarrete) para pedir fueran trasladados al panteón de marinos ilustres, ha descubierto que la familia del sabio marino no compró sepultura perpetua para enterrar su cadáver, y después del medio siglo que ha transcurrido desde el día de su muerte á los que hoy corren, sus huesos se hallan hace tiempo en el hoyo común, sin que haya medio de reconocerlos». Cargo terrible á la familia del Sr. Navarrete, por suponer tenía en muy poco al que tanto la honró, que se ve obligada á rechazar con indignación. ¿Cómo había de encontrar el Sr. Fernández Duro, académico apreciable é instruído, los restos del Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete, si no ha sabido buscarlos?

Muerto éste, y habiendo prohibido su embalsamamiento, se depositó su cadáver en el cementerio de la puerta de Fuencarral, nicho núm. 52, el día 9 de Octubre de 1844, siguiente de su fallecimiento, hasta que se cumpliese el tiempo legalmente necesario para ser trasladado al panteón que en la capilla de San Antonio de Padua de la iglesia parroquial de la villa de Abalos posee mi familia, según lo previene en una de las cláusulas de su testamento, que á la letra dice: «Y respecto de que el cadáver ó restos de mi esposa y señora D.ª Manuela de Paz y Galtero han sido trasladados por mi amor y diligencia al panteón de la familia en la capilla de San Antonio, de Abalos, quisiera yo que mis hijos á tiempo oportuno trasladasen mi cadáver al mismo lugar, para que estando allí unidos participemos de sus oraciones y sufragios, renovándoles con mayor frecuencia nuestro amor y memoria.»

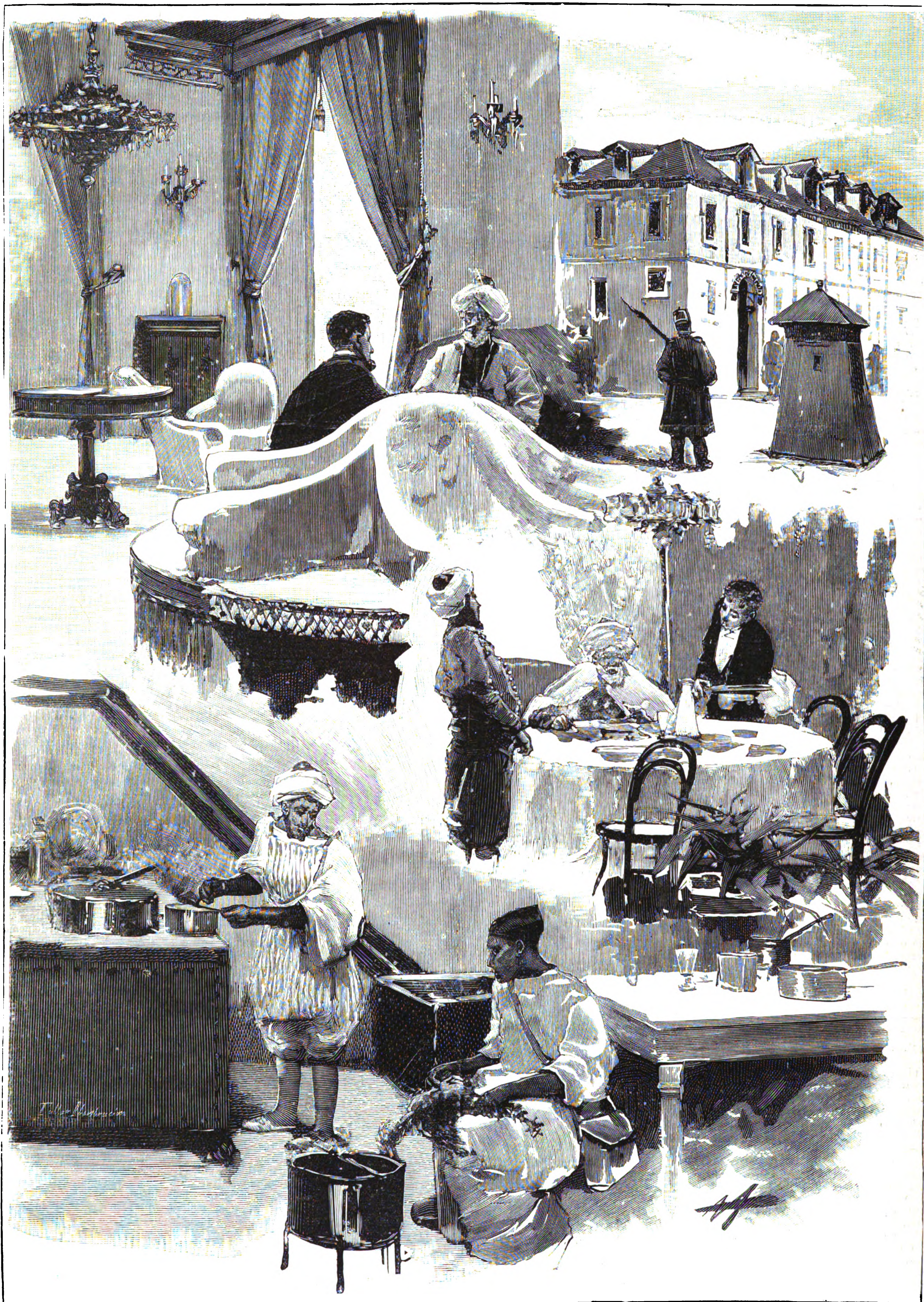
Correspondió á estos deseos tan solemnemente expresados por D. Martín Fernández de Navarrete é hizo trasladar sus restos mortales el 13 de Noviembre de 1852 su hijo don Antonio Gervasio. A las once de la mañana del mismo día *se les dió tierra*, ó se les colocó en dicho panteón, después de haber celebrado en la iglesia parroquial de Abalos *los correspondientes oficios y entierro con la solemnidad posible* y con asistencia de todos los vecinos del pueblo expresado y de muchos de los inmediatos. Así consta por la certificación de la traslación y entierro de los restos mortales del Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete, librada por el cura regente de la parroquia de la villa de Abalos que tengo á la vista.

¿Quién habrá referido al ilustrado biógrafo Sr. Vidart *que* (en Madrid) *fué muy escaso el número de concurrentes* al entierro del Sr. Navarrete? Puedo asegurar que, siendo tan querido de todos por su carácter sencillo y afable, en la calle de Valverde, donde murió en el piso segundo de la Real Academia Española, después de haberlo ocupado muchos años, no se podía dar un paso á causa de la aglomeración de gentes. Lo único que se echó de menos fué el elemento oficial, y esto hizo lanzar amargas quejas á muchos de sus protegidos y admiradores, que no eran pocos, y ocuparse en algún periódico de este desaire cometido por el Gobierno con un sabio que honraba la patria en que había nacido.

Y no se contentaron con esto aquellos gobernantes: por su culpa no ha visto la luz pública, como deseaban los herederos del Sr. Navarrete, la *Colección de Opúsculos* y la *Biblioteca Marítima Española*.

De esta curiosísima obra se publicaron los dos primeros tomos, merced á la solicitud del Excmo. Sr. D. Alejandro

LA EMBAJADA MARROQUI EN MADRID.



UNA VISITA AL EMBAJADOR.—LAS PRISIONES MILITARES DE SAN FRANCISCO.—LA COMIDA DE SIDI-ABD-EL-KRIM BRISHA.
LA COCINA DE LA EMBAJADA.

(Dibujo y composición de A. Andrade.)

Oliván, que dedicó su primera paga mensual de ministro de Marina á sufragar parte de los gastos de su impresión. El tomo III comprende Adiciones y Apéndices escritos por D. Eustaquio Fernández de Navarrete y D. Jorge Pérez Lasso de la Vega, y los Indices generales formados por mí; y no imitando los ministros de Marina que sucedieron al Sr. Oliván su generosa y patriótica conducta, suspendieron su publicación, y sólo á fuerza de instancias se consiguió que se imprimiese con fondos del Depósito Hidrográfico, que dirigía á la sazón el citado Sr. Pérez Lasso de la Vega. Impreso ya, permitieron que la edición arrastrase la mala suerte que refiere el Sr. Vidart, sin cumplir el Ministerio de Marina el compromiso que contrajo con la familia del autor, de entregarle un reducido número de ejemplares. Contrasta el proceder del Gobierno con el del hijo de D. Martín, que desoyendo proposiciones halagadoras de Gobiernos extranjeros para adquirir y publicar las obras inéditas de su padre, las regaló al español, sin más exigencias y condiciones que la de darlas pronto á la estampa por cuenta del Estado, según se desprende de la Real orden, procedente del Ministerio de Marina, de 1.º de Marzo de 1847, firmada por el Excmo. Sr. D. Alejandro Oliván, é inserta en el discurso preliminar que escribió D. Eustaquio Fernández de Navarrete, y se encuentra en el tomo I de la *Biblioteca Marítima Española*. A tristísimas reflexiones se prestan los hechos narrados, que no debo calificar yo, persona demasiado interesada, sino los que se tomen la molestia de leer estos renglones.

Después de lo expuesto por el señor Vidart acerca de los desentonos infundados del doctor D. Constantino Garrán con motivo de la hija de Cervantes D.ª Isabel, y de la lección dura, aunque muy merecida, que le da, quisiera excusarme de hablar de este presuntuoso doctor; pero con sentimiento mío no es posible, si he de seguir desvaneciendo errores. Escritor tan mediocre, como investigador poco laborioso, todo lo fía el Sr. Garrán, no á sus estudios, sino á las noticias que le proporcionan y facilitan; y en la biografía del Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete le trata con tan poca consideración y respeto, que hasta se atreve osadamente sin razón alguna á injuriarle, en la seguridad, sin duda, de que, desconociendo sus méritos históricos y literarios, habían de despreciar sus declamaciones y desplantes los descendientes del que ha tenido la verdadera *desdicha póstuma* de ser por él biografiado. Incurre, además, en errores tan crasos, como el de suponer que el Sr. Navarrete llegó á ser ministro de Marina, según se lo aseguró un sobrino nuestro y muy amigo suyo. Trabajo ha de costar al doctor Garrán decir el nombre de ese *sobrino de los Navarretes*, que tan mal enterado se encuentra de los altos cargos desempeñados por mi respetable abuelo, que para conocimiento de todos están detallados en la biografía que, como he dicho, publiqué en el tomo II de la *Biblioteca Marítima Española*. El escritor concienzudo, antes de decir una cosa, debe averiguar su exactitud, y así no se expone á errores y equivocaciones que ante los hombres sensatos le desconceptúan. Verdaderamente escasa seriedad, y aun menos importancia literaria, tiene el que sin datos ni estudios suficientes comenzó á publicar la *Galería de riojanos ilustres*.

Aquí doy fin al trabajo de rectificación, que me he propuesto escribir tan sólo para que la verdad brille en todo su esplendor y para que la honra de mi familia no sufra menoscabo alguno. Esta, que siempre ha mirado con respeto y veneración el nombre de su preclaro antecesor, reitera su agradecimiento al Sr. Vidart, que, prescindiendo de las noticias inexactas que le han proporcionado, ha sabido con su elegante pluma elevar un monumento de gloria al que hizo *que predomine en sus obras, no el deseo del vulgar aplauso, ni del mezquino lucro, sino el santo amor á la verdad, fundamento de todo progreso humano* (1).

Francisco Fernández de Navarrete.

(1) Palabras del Sr. Vidart en su biografía de D. Martín Fernández de Navarrete.



D. SANTIAGO RODRÍGUEZ LAGUNILLA,

DIPUTADO Á CORTES POR PALENCIA.

(De fotografía de M. Alviach.)

SALDO DE CUENTAS.

No tenía Alberto, el ricacho, mejor amigo que el pobrísimo Andrés. Habían aprendido juntos desde la *a*, y concluído igual carrera al mismo tiempo. Los padres de Alberto fueron ricos, y heredó aquél toda su fortuna; los de Andrés habían sido pobres, y dejaron á su descendiente toda su desgracia. Ayudándose Alberto con el dinero recibido, adquirió más aún; Andrés tuvo sólo por auxiliar su ingenio, y éste le produjo escasamente para vivir.

Como el rico, por caso extraño, estimaba muy de veras al pobre, quiso enriquecerle con parte de lo que le sobraba de caudal; pero el pobre, que, caso más extraño todavía, estimaba también al rico, y tanto como á éste su decoro, no quiso aceptar de aquella hacienda la parte que se le entregaba. Aceptó, sí, algunas veces pequeñas cantidades, que devolvía con exactitud en cuanto para ello se hallaba en condiciones, á pesar de la resistencia del generoso prestador, y dejó de cumplirse en el caso presente el conocido adagio: «Quien presta al amigo, pierde el amigo y el dinero.» Cuanto más Andrés pedía, más satisfecho se encontraba Alberto, y la continuidad de favores de éste para aquél despertó en el favorecido agradecimiento tan profundo, que llegó á querer y á respetar al donante como á persona superior de su familia, y de tal modo, que se constituyó en voluntaria esclavitud. Jamás dejó Andrés de complacer á su protector, no sólo en lo que éste solicitaba, sino en cuanto aquél suponía que pudiera solicitar; nunca hizo cosa que le fuera desagradable, y afirmaba, sin recelo de vacilación, que si su bienhechor le ultrajara, nada le había de contestar, aunque el ultraje se le hiciera en público.

Y así como se dice que nadie conocería hoy el nombre de Mecenas si no hubiera protegido á Virgilio y á Horacio, así puede afirmarse que nadie hubiera tenido noticia de que existía Alberto en el mundo, á no haber protegido de aquel modo á su amigo Andrés; porque en fuerza de las alabanzas que éste de aquél hacía, y de la publicación constante de sus beneficios, llegó á hacerse popular el nombre del favorecedor, á quien todos llamaban Alberto el dadivoso, sin que se le ocurriera á nadie llamar á Andrés, Andrés el agradecido, nombre que le cuadrara en justicia. El que agradece el bien que recibe, cumple sólo, según el vulgo, el más sencillo de los deberes, y el que socorre á quien de él necesita, va más allá de la obligación.

Sólo Alberto conocía el mérito de aquella gratitud; dolíase de ella considerándola excesiva; quería tener en Andrés al amigo de siempre, no un esclavo leal; y llegó á tomar tan en serio lo que él llamaba incomprensible sumisión, que prohibió á su compañero, bajo pena de apartarse de su amistad, la publicación de los beneficios que de él recibiera. Andrés, que obedecía exactamente cuanto su bienhechor ordenaba, cumplió al pie de la letra aquel mandato, pero dejó de solicitar más préstamos.

Fué, pues, el remedio peor que la enfermedad, tanto para uno como para otro, porque Andrés se vió condenado al apuro constante, y Alberto á no poderle remediar. El dadivoso hubo de transigir á la postre, y á cambio de continuar aquella buena obra, permitió que se le elogiara; con lo que Andrés, libre para siempre de su molesto compromiso, prosiguió alabando á su generoso protector, acudiendo á él cuando necesitaba algún dinero, y restituyéndolo, como de costumbre, con escrupulosa exactitud.

He aquí que de repente desaparece la mala sombra del buen Andrés, quien, si no se convirtió en millonario, obtuvo una modesta fortuna, con cuya renta ayudado el producto que de su trabajo obtenía, pudo vivir sin molestar á nadie. Un tío desconocido, uno de esos tíos que parecen hechos para dar vida con su muerte á algún infeliz, dejóle por único heredero.

En cuanto Andrés tomó posesión de su pequeña hacienda pasó á casa de su amigo para saldar su cuenta corriente, cuyo saldo, por cierto, era esta vez de alguna importancia, y poner á disposición de su acreedor el resto de su fortuna. Entristecióse Alberto al enterarse de aquel enriquecimiento súbito, y de tal modo fué su tristeza, que pareciendo más bien enojo, escuchó con mal gesto los pormenores referentes al caso, que Andrés le relataba. Puesto ya en el terreno de la incomodidad, halló causa para ella en cosa bien fútil, y la emprendió contra su amigo con tal saña, que no parecía sino que trataba de provocar un grave disgusto.

Había llegado el instante en que Andrés demostrara si era ó no cierto aquello de dejar sin contestación cualquier ofensa que Alberto le dirigiese, y á punto estuvo de olvidarse de todo, por lo injustificado del ataque; pero venciendo el respeto á toda otra consideración, tragóse como pudo la soberbia, y permaneció sin replicar.

Cuando con esto se apaciguó la cólera y terminó la riña, admiráronse uno y otro de que la única vez que entre ambos se produjera disgusto fuese precisamente al desaparecer la causa que á los demás amigos hace reñir; porque se riñe siempre por haber dado dinero, nunca por no tener que darlo. Preguntaba Andrés á Alberto cuál había sido el fundamento de la reyerta; Alberto se lo preguntaba también á sí mismo, y ni uno ni otro hallaban la contestación; pero cuando el hasta entonces favorecido se obstinó en restituir á su antiguo favorecedor el último saldo que contra él aparecía, al negarse Alberto á aceptar, y con tal decisión que obligó á Andrés á resignarse, expuso, sin darse cuenta, la razón que produjera la pasada discordia, porque así dijo:

—Bien está por tu parte que trates de restituirme esa pequeña suma, puesto que por ella te consideras mi deudor, y el papel de deudor no es nunca agradable; pero estaría mal en mí que la aceptara, privándome del papel de acreedor, porque el ser acreedor significa haber ejecutado un beneficio, y disfruto yo más haciéndote bien que tú recibiéndole; y aunque se afirma que el recuerdo de la buena acción que se hizo produce en el ánimo el mismo placer que cuando se realizó, como el recuerdo del daño trae del pasado al presente aquella misma falta, nunca se siente igual que con la subsistencia del hecho.

Guárdate, por favor, ese resto insignificante, por cuanto te llevo dicho y porque yo no parezca al menos tan inferior á ti como lo soy. Yo no he hecho otra cosa contigo que adelantarte cantidades; si dejo que me las restituyas á más de que me las agradezcas, quedaré deudor de tu agradecimiento.

Muchos hombres generosos se encuentran en el mundo; pocos, y acaso solo tú, son verdaderamente



LAS PRIMERAS VIOLETAS.

CUADRO DE RAMÓN PULIDO.



VISITA INESPERADA.

CUADRO DE BARBUDO.

agradecidos. Debe ser, pues, más difícil, y por tanto más meritorio, el agradecimiento que la dádiva; y aunque no hay riqueza material equivalente á un noble sentimiento, sirva el último dinero que te di como pequeño justificante de tu excesiva gratitud: de este modo quedaré yo menos vencido y no tan abochornado, aunque nunca me perdonaré el haberte aceptado restitución alguna, porque mortificará á cada instante en mi memoria esto que se me ocurre y que parece maxima: «Nada nos debe el que nos agradece el bien que le hicimos.»

Luis Calvo Revilla.

REVISTA MUSICAL.

Uno de los episodios más interesantes y de más trascendencia en la vida del insigne Barbieri fué, á no dudar, el estreno de su afamada obra *Jugar con fuego*. Amenazada de inminente naufragio la Sociedad de que formaba parte, y cultivaba en el viejo teatro del Circo el renacido espectáculo de la *zarzuela*, vió su tabla de salvación en el libro que la había dado el inolvidable Ventura de la Vega, y de cuya música se había encargado el popular compositor. Y como el tiempo apremiaba, y más el ahogo en que se encontraban, necesario fué á aquél forzar la máquina, y sin dar paz á la mano, ni permitirse un punto de reposo, escribir en breves días lo que aún le faltaba de la partitura. Copióse ésta á medida que su autor, fresca aún la tinta, enviaba los números de ella; estudióse la obra con tanta solicitud como priesa, y por fin se puso en escena con el éxito que es sabido, éxito que al par que salvó á la empresa, la cual vió sus antes vacías cajas repletas por largo tiempo de dinero, fué el comienzo de una era de prosperidad y de gloria para aquel espectáculo eminentemente nacional.

Aun cuando no seguramente análogo en todo, parecido caso ha sucedido al presente con la zarzuela *Mujer y Reina*, letra del Sr. Pina y música del Sr. Chapí, á juzgar por el relato que, de lo que pudiéramos llamar prolegómenos de la obra, ha hecho un testigo presencial, á quien debe darse crédito. La empresa del teatro de Jovellanos arrastraba una lánguida existencia, á pesar de sus esfuerzos en atraer al público. *Miss Helyett* y *El Húsar*, con que había comenzado su campaña, eran sobrado conocidas de aquél; *La Telefonista* no había sido del agrado de los señores; lo propio había acontecido con *La Sortija*, á pesar de las buenas nuevas que de ella se habían tenido cuando se estrenó á orillas del Támesis; y *Miss Robinsón*, de letra y música de extranjera gente, y en la cual con harta ligereza se habían fundado grandes esperanzas, había corrido suerte parecida, presentándose, en suma, un porvenir por lo menos tan poco halagüeño como el pasado había sido.

En este estado, la dicha empresa se propuso hacer un esfuerzo supremo para poner desde luego en escena *Mujer y Reina*, como medio de salir á flote, y resarcirse con usura de todos los malos trances anteriores que venían amargando su vida.

Del libro no había por qué preocuparse; escrito por Pina hacía años, después de tenerlo guardado largo tiempo en cartera, había ido á manos de Chapí para que lo adornara con su música; en cuanto á ésta, era ya otro cantar, puesto que, en puridad, no había más que el propósito, una y otra vez demorado, de escribirla: propósito cuya realización le demandaron con gran apremio la empresa y el poeta mismo, deseoso de salvarla. El maestro, comprendiendo lo apurado del caso, convino en ello, y, según el mismo testigo á que he hecho referencia, compuso en siete días é instrumentó en nueve toda la partitura, logrando con ese extraordinario esfuerzo que la zarzuela se estrenara en el plazo prefijado, y, lo que es más y mejor, que con el éxito que desde luego alcanzó, se pusiera en camino de salvación la falange artística de la calle de Jovellanos.

No he de relatar á mis lectores el argumento de *Mujer y Reina*, puesto que la mayor parte de ellos han de saberlo; ni es mi ánimo tampoco detenerme en disquisiciones, ajenas hasta cierto punto de mi cometido, acerca de la mayor ó menor originalidad del libro, dejando á personas más competentes el discurrir acerca de si éste fué inspirado tan sólo por la poética figura de María Stuardo; ó si al escribirlo su autor tuvo más ó menos presente la comedia *Le Gascon*, de T. Barrière y Luis Davyl, que se representó en París, y en el teatro de la Gaite, allá por los años de 1873; ó si el modelo en que más ó menos se fijó, fué la conocidísima novela *Los Tres Mosqueteros*, de Alejandro Dumas, dados el parecido de varios personajes de uno y otro libro: para mi propósito, basta con consignar, y en ello no ha habido discrepancias, que la zarzuela de Pina muestra á la legua que es labor hecha por un hombre ducho en esta clase de lides, tiene interés, y está salpicada de rasgos de feliz ingenio. Los secretos amores de la Reina con el joven Conde de Chatelard; las maquinaciones de los nobles escoceses para convertir á aquélla en dócil instrumento de su ambición y de sus bastardas miras; las gasconadas de Artabán, tan pobre de bolsa como rico de imaginación y de caballeresca hidalguía, y las desventuras del escudero Galopín, atraído por las fanfarronadas de aquél, y á quien su amo dispensa el alto honor de comerle sus ahorros, dejando para tiempos más felices el saldar cuentas, todo ello forma un conjunto agradable, en que, con diestra mano, se hace alternar lo dramático con lo cómico, y se da, con acierto, ocasión al músico para que dé rienda suelta á su inspiración y su saber.

Muestra indudable ha dado de él, á su vez, el maestro Chapí al escribir, como lo ha hecho, la partitura, y conseguir en algunas de las piezas musicales de ella todo el aplauso que se merecían por su bondad y belleza. Analizarlas una por una y aquilatar su mayor ó menor valor, requeriría más tiempo y más espacio del que puedo disponer, á más de la lectura atenta de la partitura, ó, por lo menos, haber oído más de una vez su música; pero ya que nada de esto me haya sido dable, me limitaré á consignar mis impresiones y á señalar aquellos trozos que se destacan entre los diez y nueve números de que consta la obra. Tales son, en mi sentir, el bailable de zíngaros del primer acto, lleno de animación y de vida; el cuarteto entre el diplomático, el general, el escritor y Artabán, convertido, por obra y gracia de su picaresco desenfado, nada menos que en embajador del Rey de Navarra, lleno de *vis cómica*, delicadamente instrumentado, y en el cual las voces dialogan, mientras la orquesta toca un tiempo de mazurka, elegante y agradable; y la sentida despedida de María Stuardo al abandonar las playas francesas para emprender el viaje á Escocia, cuadro impregnado de sentimiento, trozos ambos que se oyen en el acto segundo, creciendo la importancia de la música en el que luego sigue, y con el cual termina la zarzuela. El dúo entre Roberto Darnley y el escocés Maxwell, dramático y tan bien pensado como escrito, sobre todo en su primera parte, es tal vez la página capital de toda la obra, á punto de poder ponerse en parangón con el del tercer acto de *El Duque de Gandía*, acto que, entre paréntesis, es, á mi juicio, la obra más importante que Chapí ha escrito, después de *La Tempestad* y de *La Bruja*, las tres joyas de más valía, sobre todo la última, de cuantas adornan su corona de artista: no desmereciendo, ciertamente, al lado del dúo que acabo de citar, la original ronda de los guardadores del castillo donde se alberga María Stuardo, y la apasionada serenata que al pie de los muros del mismo canta el enamorado Chatelard.

Pretender que lo demás que en *Mujer y Reina* se oye esté á la misma altura, sabiendo cómo se ha hecho, sería sobrada exigencia, y la crítica debe tenerlo en cuenta al emitir sus juicios. De aquí el que sea excusable la menor importancia de otros trozos musicales; la originalidad harto relativa de muchas de las ideas que en ellos aparecen, y hasta más de una reminiscencia y cierto parecido en la estructura y procedimiento de alguna pieza, cosas todas que, si bien aparecen revestidas con una instrumentación sobria y bien entendida, á tener lugar para meditar sobre ellas, seguramente su autor hubiera sido el primero en hacer desaparecer.

Y ahora, al enviarle mis sinceros plácemes al Sr. Chapí, la justicia demanda que no sea á él solo, sino también á los que han coadyuvado al buen éxito de su último trabajo. Recíbanlos, pues, también, las Sras. Montilla y Martínez, y los Sres. Sigler, Carbonell, Visconti, Gamero y *tutti quanti* toman parte en la zarzuela, por el *amore* y acierto con que la interpretan; un caluroso aplauso los Sres. Amalio y Bussato, principalísimos héroes de la jornada, por sus bellas y bien pintadas decoraciones; y la enhorabuena el director Sr. Pérez Cabrero, por el acierto con que dirige la obra, y la empresa por el lujo y propiedad, *rara avis* en nuestros teatros, con que la ha puesto en escena. Y punto y aparte.

Precedida de la fama, y como la *great attraction* de la temporada teatral en el Regio coliseo, vino la *diva* Emma Calvé, y al poco tiempo se ha despedido de nosotros de la manera que era natural y lógico, dado el país que la vió nacer....., á la francesa. Ya antes de su llegada sabíamos, por las gentes que de ello se decían bien informadas, que la susodicha cantante había nacido en el Aveyron, siendo su padre un ingeniero catalán, y su madre francesa; que reveses de la fortuna la habían hecho torcer su vocación religiosa y tomar tan diverso camino del claustro como el que llevaba al escenario de los teatros; y que de diez años, poco más ó menos, á esta parte, llevaba andado medio mundo, cosechando aplausos y algo más práctico y sustancioso que el laurel de las coronas, con lo cual se había hecho dueña de una gran propiedad en la tierra misma que la vió nacer. A dar crédito á esos mismos relatos, cuya veracidad ni garantizo ni niego, Berlín como Roma, Nápoles como Florencia, Buenos Aires como Londres, y Nueva York y dicho se está que París á la cabeza, la habían aclamado como estrella de primera magnitud en el mundo teatral, ya al verla interpretar el *Hamlet*, *Los Pescadores de perlas*, *Carmen* y *Cavalleria rusticana*, ya estrenando la *Flora mirabilis* de Samara, ó cantando la *Medge*, del mismo autor, ó *Le Roi d'Is*, de Lalo. Natural y legítima consecuencia de todo ello era que la expectación por verla y oirla fuese grande, y que después, dado lo sucedido, los pareceres se dividieran, exagerándose, con la impresionabilidad propia de nuestro carácter, por unos y otros el mayor ó menor mérito de la diva, estando tan lejos de lo cierto y de lo justo los que han pretendido ponerla al nivel de las artistas de grande y merecida nombradía, cuyos nombres pertenecen ya á la historia, y algunas de las cuales hemos conocido y admirado, como los que, rebajando su verdadero valer, la han demostrado de modo ostensible, y á la verdad no muy atento, su desagrado.

Emma Calvé, en mi opinión, no es ni una estrella de primer orden en las esferas del arte, ni una cantante vulgar; es una artista apreciable, como hay muchas, con cualidades excelentes y con defectos que á veces las obscurecen y amenguan. Su voz, de bastante extensión, que modula con gran maestría, es de buen timbre, aun cuando no del todo igual, notándose que, al par que cuando ataca con fuerza las notas altas la afinación de ellas está muy lejos de ser perfecta, cuando las emite á menos de media voz produce sonidos dulcísimos y con los cuales causa gran efecto, no siendo, en fin, su escuela de canto la que más agrada á nuestro público. Con estas condiciones y con el recuerdo, no fácil de borrar, de otras intérpretes del *Amleto* y de *Cavalleria rusticana*, únicas en que se la ha oído, no es de extrañar que el éxito en ellas alcanzado no la haya satisfecho del todo; debiendo reconocerse que ni la poética é ideal figura de la tierna doncella enamorada de Hamlet, tan admirablemente caracterizada por la Nilsson y la Fides Devries, ha sido «la ideal Ofelia» que nos decían la había llamado Ambrosio Thomas; ni la apasionada Santuzza de ahora ha podido acercarse á aquella que de una manera incomparable caracterizaba la Bellincioni, verdadera creadora é intérprete sin rival de la mejor, por no decir la única, obra de Mascagni.

Y en espera del *Amico Fritz*, de este autor, y de *Manon Lescaut*, de Massenet, que dicen van á cantarse en el Regio coliseo, hagamos punto.

J. M. Esperanza y Sola.

D. SANTIAGO RODRÍGUEZ LAGUNILLA,

DIPUTADO Á CORTES POR PALENCIA.

El digno diputado representante en el Congreso de los intereses de la agricultura castellana, cuyo nombre ha sonado tanto en estos días con motivo de la proposición que presentó y sostuvo en demanda de la elevación arancelaria, como remedio inmediato para la crisis de los trigos y harinas, es uno de los más brillantes oficiales de nuestra Armada, y uno de los propietarios más acaudalados de la comarca de Campos. Tan bien como se portó en el mar en defensa de la patria, se porta en tierra en pro de la causa de los productores y labradores.

El Sr. D. Santiago Rodríguez Lagunilla nació en 1846, en Palencia, y es oriundo de aquella provincia por la casa de su padre, en Fuentes de Nava, y por la de su madre, en Becerril de Campos. Su padre, D. Bernardo, fué uno de los hombres más importantes de aquella comarca, de cuyo gobierno civil estuvo encargado mucho tiempo, y á la que representó en el Congreso y en el Senado.

Ingresó el Sr. Rodríguez Lagunilla en el Colegio Naval por oposición en 1862, y nombrado guardia marina de segunda clase en 1863, empezó á navegar entonces, habiendo servido á bordo, día por día, salvo cortas licencias, durante veintidós años. En este tiempo asistió en la fragata *Numancia*, á las órdenes de Méndez Núñez, al bloqueo de los puertos de Coquimbo, Caldera y Valparaíso, á la victoria de Abtao, al bombardeo de Valparaíso y al glorioso hecho del Callao. En 1867 á bordo de la *Almansa* sirvió en las costas del Brasil y del Plata, y ascendió en 1868 al empleo de alférez de navío. A principios de 1869 salió para las Antillas para tomar parte en la campaña de Cuba, como lo hizo en las costas de aquella isla y en las aguas inmediatas, á bordo del vapor *Pizarro*, vigilando y persiguiendo á los buques filibusteros *Hornet* y *Virginius*, y prestando sus servicios hasta fines de 1872.

En plena guerra civil del Norte tomó el mando del vapor *Ferrolano* en la ría de Bilbao (1873), asistiendo á todos los hechos del sitio de la invicta villa, y entre ellos á la defensa del fuerte del Desierto; á la ruptura de las cadenas que cortaban la vía, con la explosión de un torpedo ó burlote; al cañoneo de las baterías carlistas desde el *Ferrolano*, hasta el día en que una bomba de cien libras destruyó completamente el cuerpo interior de la proa del buque, y, en fin, á la defensa en tierra de la *Batería de la Marina* en la puerta de San Agustín con la artillería de aquél.

No terminó con la liberación de Bilbao la serie de sus servicios en aquella campaña, sino que, mandando también el *Ferrolano*, formó parte de la escuadra del Norte, y con ella luchó contra los carlistas frente á Fuenterrabía, Irún, Guetaria, Zarauz y río Orio, protegiendo las operaciones del ejército y combatiendo las baterías de Lequeitio, Elanchove, Ondarroa, Bermeo, Mundaca, Deva y Motrico, en Agosto y Septiembre de 1875, siendo ya teniente de navío de segunda clase. En 1886 era teniente de navío de primera, y se encontró en posesión del empleo de teniente coronel de infantería de Marina, por servicios de guerra, luciendo la medalla del Callao, la cruz de segunda clase del Mérito naval roja, la medalla de Bilbao, la de Alfonso XII, la de la Guerra civil y la cruz de San Hermenegildo.

Retirado á su casa de Palencia, en 1886, y dedicado de lleno al cuidado de sus intereses agrícolas, con las aptitudes de un hombre de verdadera cultura, conocedor de los progresos científicos, fué bien pronto designado por sus paisanos para ocupar distinguidos cargos administrativos; y, en efecto, en 1888 fué elegido diputado provincial por Palencia, logrando mayor número de votos que ningún otro representante. La Corporación provincial le eligió presidente de la misma, y el Sr. Lagunilla renunció siempre los gastos de representación. Al cesar en el cargo, en 1892, promovió la constitución del Sindicato Central de Viticultores de la provincia, del que fué nombrado presidente, consiguiendo poco después, por su iniciativa, la creación en Palencia de una estación enológica, para la que se ha construído un edificio especial con todos los aparatos necesarios y más modernos, costeados por la Diputación. En 1893 el distrito de la capital le eligió diputado á Cortes, en cuyo puesto ha trabajado y trabaja constantemente, con toda decisión, en favor de los intereses de aquella provincia, y especialmente de los de las clases agrícolas, como lo ha demostrado en su reciente campaña, gracias á la cual ha conseguido mover á la opinión y al Parlamento de tal modo, que se ha realizado la elevación arancelaria, de la que, al parecer, estábamos tan distantes.

El Sr. Lagunilla no muestra aficiones á la política. Sirvió como marino á la patria y á la libertad, y sirve como hombre civil á la causa del progreso y de la prosperidad del país, á la libertad y al orden. No tiene ambiciones, y se considera satisfecho con que sus representados entiendan que cumple con su deber.

B. de B.



AFICIONES CLÁSICAS.

CUADRO DE METHON FISHER.

«LA COMEDIA NUEVA Ó EL CAFÉ.»

7 DE FEBRERO DE 1792.

Triunfadora en la escena española como ninguna otra obra; traducida al italiano, al alemán, al inglés y al francés; representada en los teatros de París, con mayor éxito, si cabe, que en los de España; formando parte, á los nueve años de su publicación, de un libro consagrado á la enseñanza del idioma español para los extranjeros; incluída después entre los modelos clásicos para la segunda enseñanza española en una colección oficial; discutida antes de nacer, y con partidarios y detractores entonces y siempre, *La Comedia Nueva ó el Café*, de Moratín, es una de esas obras que, rompiendo los viejos moldes, según la frase del momento, abrió nuevas corrientes al gusto del público, y señaló un verdadero renacimiento en el teatro español.

Constituiría pedantesca pretensión hacer de la misma innecesario juicio y analizar sus tendencias y aspiraciones, cuando tan claras y manifiestas se hallan unas y otras en las Notas del propio autor; por eso habré de reducirme á breves párrafos, consignando el aniversario de su estreno, y adicionando el recuerdo con algunas curiosidades que puedan hacer más grata la lectura de este trabajo.

EL ANUNCIO.

En el *Diario de Madrid*, correspondiente al martes 7 de Febrero de 1792, se leía:

«TEATROS. En el de la calle del Príncipe, por la compañía de Ribera, se representará una pieza en prosa, en dos actos, titulada: *La Comedia Nueva*, y en lugar de tonadilla, una piececita á dúo de música, titulada: *El premio de la constancia*, y por fin de fiesta, el sainete titulado: *La tragedia del buñuelo*, todo nuevo.

»A las cuatro y media.»

EL ESTRENO.

La nueva comedia no había llegado sin obstáculo hasta el público.

Escrita por el autor en 1791, en Pastrana, según carta dirigida al mismo por Pedro Napoli Signorelli, y leída al actor Ribera, jefe de *los polacos*, nacieron inmediatamente contra ella los apasionamientos de la otra compañía, y, antes que conocida, fué juzgada y sentenciada por los amigos de Martínez, ó sea *los chorizos*.

El mismo Moratín, en una Advertencia manuscrita que figura entre sus *Obras póstumas*, traza la historia del estreno en los términos que siguen:

«Cómicos, músicos, poetas, todos hicieron causa común, creyendo que de la representación de ella resultaría su total descrédito y la ruina de sus intereses. Dijeron que era un sainete largo, un diálogo insulso, una sátira, un libelo infamatorio; y, bajo este concepto, se hicieron reclamaciones al Gobierno para que no permitiera su publicación. Intervino en su examen la autoridad del Presidente de Castilla, la del Corregidor de Madrid, la del Vicario eclesiástico; sufrió cinco censuras, y resultó de todas ellas que no era un libelo, sino una comedia escrita con arte, capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro; que á nadie podía ofender individualmente, y que los hombres honrados y de buen juicio aplaudirían el celo patriótico del autor, que empleaba sus tareas en ilustrar al público uniendo á la doctrina el ejemplo. La estudiaron los cómicos con esmero particular, y se acercaba el día de hacerla: los que habían dicho antes que era un diálogo insípido, temiendo que tal vez no le pareciese al público tan mal como á ellos, trataron de juntarse en gran número y acabar con ella en la primera representación, que se hizo el día 7 de Febrero de 1792.

»Es difícil que un partido, por muy acalorado y rabioso que esté, consiga atropellar la opinión de todo el concurso que asiste al teatro y va dispuesto á apreciar el mérito de cualquiera obra con la imparcialidad que generalmente le caracteriza. Así fué que, al paso que la representación de esta comedia iba adelantando, la aprobación del auditorio era mayor; los que habían de silbarla no hallaban ocasión de empezar, y su desesperación llegó al extremo cuando creyeron ver su retrato en la pintura que hace D. Serapio de la ignorante plebe, que en aquel tiempo aplaudía ó desacreditaba con frenética licencia el mérito de las piezas y de los actores, y tiranizando el teatro, concedía su protección á quien más se esmeraba en solicitarla por los medios que allí se indican. El patio recibió la lección áspera que se le daba, con toda la indignación que era de temer en quien iba tan mal dispuesto á recibirla; pero lo restante del concurso logró imponer silencio á aquella desenfrenada muchedumbre, y los cómicos siguieron más animados desde entonces, con más seguridad del éxito. Al decir D. Eleuterio en la escena VII del acto segundo: «*¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?*», supo decirlo el actor que desempeñaba este papel con expresión tan oportuna y enérgica, que el auditorio, aplicando aquellas palabras á lo que estaba sucediendo, interrumpió con aplausos la representación: la turba de conjurados perdió la esperanza y el ánimo, y la general estimación que obtuvo en aquel día esta comedia no pudo ser más conforme á los deseos del autor.»



PARISIENSE.

CUADRO DE MONTZAIGLE.

LA EJECUCIÓN.

Hable también de la ejecución el mismo Moratín, ya que á él necesito referirme por causas que habré de detallar más adelante:

«Manuel Torres sobresalió en el papel de D. Pedro, dándole toda la nobleza y expresión que pide. Juana García, reuniendo la juventud, la gracia, la belleza, el amable candor en el de D.ª Mariquita, mereció los elogios del público y dió á las tareas de los artífices asunto digno. Polonia Rochel representó la presunción necia de D.ª Agustina con toda la inteligencia que era de esperar en aquella celebrada actriz. Mariano Querol hizo en D. Hermógenes el pedante más completo que es posible hallarse entre los muchos que pudo imitar. Manuel García Parra llenó los deseos del público en el papel de D. Eleuterio: la voz, el gesto, los ademanes, el traje, todo fué tan propio y acomodado al carácter que representó, que parecía en él naturaleza lo que era estudio.....»

La Comedia Nueva ha sido con posterioridad llevada á escena por todos los grandes actores del teatro español, y no hace todavía muchos años que, por iniciativa de la Asociación de Escritores y Artistas, y en una de sus fiestas, se representó en el teatro Real de Madrid, desempeñando los papeles de las dos mujeres Elisa Mendoza Tenorio y Balbina Valverde; el D. Eleuterio, Valero; el don Antonio, Oltra; el D. Hermógenes, Mariano Fernández; el D. Serapio, Maza; el Pipí, Julianito Romea..... ¡Qué hermosa noche aquella y qué demostración de que cuando los actores abandonan la intransigencia puede formarse una gran compañía!

EL ÉXITO.

El logrado por *La Comedia Nueva* fué tan grande, que se representó seis días seguidos, con muy decentes entradas, hecho no acostumbrado por entonces en nuestros teatros. Verdad es que á la sazón no prestaban calor á las obras dramáticas, como sucede hoy, los sueltos, artículos y reclamos de la prensa periódica; esos sueltos, artículos y reclamos contra los cuales se alzan hoy indignadas algunas personalidades ilustres, cuando no son todo lo entusiastas que aquéllas desean ó á que creen tener derecho.

Faltando, á la vez que el reclamo periodístico, el interés de otras empresas teatrales y la competencia, el éxito de la obra fué más de librería que de candilejas, como lo indica el temor (ignoro si fundado) de Moratín, de que pudiera hacerse alguna tirada subrepticia de su comedia, y el despacho que tuvieron desde el primer instante las ediciones hechas en París, Nápoles, Parma y Dresde. El éxito mayor de este trabajo estriba indudablemente en el resultado á que aspiraba y que consiguió, pues así como el *Quijote* bastó para desterrar desde su aparición los libros de caballería, *El Café* tuvo la virtud de hundir para siempre los dramas que, como el simbólico de *El gran cerco de Viena*, venían tiranizando la escena española.

LA CRÍTICA.

Al tiempo del estreno de la obra de Moratín, sólo se publicaban en la corte de España la *Gaceta*, *El Mercurio* y el *Diario de Madrid*, ocupados exclusivamente los dos primeros en dar noticias de Varsovia, Dublín y Moscou con tres ó cuatro meses de retraso. Sólo el *Diario* habló de la obra nueva, y para eso no se apresuró mucho que digamos, pues lo hizo á los ocho días de haber desaparecido de los carteles (como diríamos hoy) y catorce de su estreno. ¡El bello ideal de muchos autores del día! Y el juicio del *Diario* puede decirse que tampoco arranca de la representación, sino de la impresión del libro. Como documento curioso y muestra del carácter de las críticas de aquella época, le reproducimos á continuación:

«Noticia del drama en dos actos, en prosa, intitulado *La Comedia Nueva*, representado en el coliseo del Príncipe en 7 de Febrero de 1792, que se hallará con la intitulada *El Viejo y la Niña*, del mismo autor, en la librería de Castillo, frente á las Gradas de San Felipe el Real.

»El autor de esta comedia, sujeto muy aprovechado en diferentes ramos de literatura, ya nos había dado á luz estos años pasados otra nueva, intitulada *El Viejo y la Niña*, que mereció la acogida de todos los inteligentes y personas de buen gusto. Nosotros nos valemos ahora de la oportunidad que nos franquea el haber de anunciar *La Comedia Nueva* para tributar nuestros elogios á su autor laborioso y aplicado, considerándonos hoy como el órgano de los hombres de bien é instruídos, en cuyo nombre manifestamos la mayor complacencia al ver el celo ilustrado de un compatriota que ama á la patria, que trabaja por ella y que reprende los vicios, que tanto son de la nación como de la turba de versificadores que pierden tiempo en entretener con producciones monstruosas al público, que sólo espera lo bueno para alabarlo y aprovecharse de ello.

»Esta comedia presenta una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro: los vicios que reprende no son propios determinadamente de este ni del otro sujeto, pues entonces sería una composición odiosa é indecente! La sátira hiere sólo á los abusos generales propios de los malos poetas, y no será de admirar que cada uno de éstos se crea retratado, pues, á la verdad, ó han de ser buenos por fuerza, ó de lo contrario es inevitable que sean ellos el objeto de la irrisión pública, que bien merecen.

»Nada tiene esta comedia que no sea apreciable. El artificio es tan verosímil, como que los sucesos son prácticos en la sustancia; su fin moral excelente, pues se alienta á que el teatro sea lo que debe ser, esto es, la escuela de buenas costumbres y el templo del buen gusto; sus situaciones naturalísimas, sus episodios tan oportunos como unidos á la acción principal, su estilo natural, familiar y propio del carácter de cada personaje: en fin, en ella se observan las tres unidades y demás preceptos, sin que por eso se defraude en nada al ingenio y á las bellezas delicadas que se hallan esparcidas en la pieza.....»

«Es inútil que hagamos una menuda relación de las demás partes de esta pieza, que el público debe juzgar y con-

tinuar dándole el premio que ha comenzado. ¡Ojalá que este impulso tenga toda la eficacia que se necesita para que se enciendan las llamas saludables de la emulación y que, á su exemplo, veamos multiplicarse entre nosotros los buenos poetas dramáticos! ¡Y ojalá que este corto testimonio de nuestra gratitud, unido á los de la ilustración de los verdaderos jueces de esta materia, alienten á su autor á que nos dé otras nuevas producciones de su ingenio, que merecerán elogios menos equívocos de la posteridad!— J. de V.»

EL AUTOR PROLOGUISTA.

Tan deficiente resulta el juicio transcrito, que sólo sirve para originar deseos de profundizar algo más en la materia, y para ello hay necesidad de recurrir al propio autor, el cual, en el Prólogo que acompañó al libro y en las Advertencias que dejó inéditas al tiempo de su muerte y se han publicado largos años después de ocurrida la misma, dió noticia de sus propósitos y rebatió de paso algunas críticas habladas, y que sin duda llegaron á sus oídos, ya que á la sazón los periódicos influían tan poco en la formación del gusto público, y ni siquiera marchaban á la zaga de éste.

He aquí el prólogo de la primera edición:

«Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro; pero ni en los personajes ni en las alusiones se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquiera copia, para que por ella pueda indicarse el original.

»Procuró el autor, así en la formación de la fábula, como en la elección de los caracteres, imitar la naturaleza en lo universal, formando de muchos un solo individuo; porque además de ser este el medio de imitación que practican todas las artes, es el más inocente cuando han de expresar objetos deformes; pues reuniendo en un solo sujeto circunstancias que se hallan esparcidas en muchos, resulta la pintura con toda la expresión característica que es conveniente, y al mismo tiempo carece de aquella semejanza individual (odiosa sin duda) y que es propia sólo de quien retrata y no de quien inventa. De muchos escritores ignorantes que abastecen nuestra escena de comedias desatinadas, sainetes groseros, tonadillas sucias y escandalosas, formé un D. Eleuterio; de muchas mujeres sabidillas y fastidiosas, una D.ª Agustina; de muchos pedantes erizados, locuaces, presumidos de saberlo todo, un D. Hermógenes; de muchas farsas monstruosas, llenas de disertaciones morales, soliloquios furiosos, hambre calagurritana, revistas de ejércitos, batallas, tempestades, bombazos y humo, formé *El gran cerco de Viena;* pero ni aquellos personajes ni esta pieza existen.

»El fin moral de esta comedia es harto manifiesto; y en cuanto al artificio de ella, las situaciones, episodios, estilo y otros requisitos, nada hay que decir, puesto que el público debe juzgarla, y no es conveniente anticipar en tales casos ni las disculpas ni los elogios. Basta sólo advertir que esta obra se publica en circunstancias lo más favorables, para esperar de ella todo el efecto que es capaz de producir.

»Muchas veces las resoluciones más justas dirigidas á corregir los abusos que autorizó la costumbre ó la ignorancia, suelen hallar una resistencia invencible en la opinión pública, y si ésta no se rectifica, aquéllas se inutilizan y se desprecian. Una parte muy numerosa de la nación ve con dolor el abandono de nuestro teatro; desea que una mano poderosa remueva los obstáculos que impiden su adelantamiento; y no en vano se lisonjea de que, abierto el paso á las luces, los buenos ingenios se dedicarán á seguir una carrera tan nueva y tan gloriosa, para honor de la patria y utilidad común.

»Si hay, no obstante, una clase de gentes á quienes la falta de principios, la indolencia, el interés y otras pequeñas pasiones hacen obstinadas en el error, contra ellas se dirige la censura. Y ¿qué otro medio se hallaría más conveniente que el de presentar en el teatro, castigados y expuestos al desprecio general, los vicios del teatro mismo? ¿Qué otra respuesta puede darse á los que atribuyen al mal gusto de toda una nación la decadencia de nuestra poesía dramática, que ridiculizarlos y confundirlos á los ojos de la misma nación ofendida por ellos? Y ¿qué mayor servicio podrá hacer un escritor que el de explorar la opinión pública, rectificarla con sólidas doctrinas, y facilitar al Gobierno por este medio la más pronta ejecución de sus ideas?

»Tales reflexiones animaron al autor de esta obra; y si considera que la corrección del teatro está en manos de quien, uniendo al poder la ilustración y el celo, prepara á las letras nuevo esplendor y prosperidad, ¿cómo no desperezará los clamores vanos de la ignorancia? ¿y cómo no se complacerá con el público español de haber contribuido, en el modo que le fué posible, á que se verifique esta revolución feliz, que ya no puede mirar como distante?»

Renuncio, aunque con pesar, á transcribir las notas que acompañan al Prólogo y á la Advertencia, porque esto daría á mi trabajo inusitadas proporciones; renuncio también á consignar las curiosísimas particularidades que podían extraerse de la correspondencia cambiada con Melón, Signorelli y otros amigos del poeta, acerca de las traducciones de la obra y de la venta de sus ejemplares; esto me apartaría de los estrechos límites que me impuse al tomar como base de este escrito el aniversario del estreno.

Creo, además, que bastan los párrafos transcritos para que se comprenda lo que era el teatro español en 1792 y el paso gigantesco que le hizo dar Moratín en *La Comedia Nueva*, llevando á la escena, en vez de las fantasías de imaginaciones enfermas, una reproducción naturalista del modelo vivo que la sociedad de su época le ofrecía.

M. Ossorio y Bernard.

POLÍTICA HISPANO-MARROQUÍ.

L problema de política hispano-marroquí planteado hace más de un año no tiene solución buena para nosotros. Si no obligamos al Sultán á que cumpla el tratado de Marzo del 94, sufrimos grave daño en nuestra reputación, y sin reputación nada representamos ni nada podremos nunca allende el Estrecho. Si le obligamos, ponemos al Imperio en un aprieto, del cual seremos las primeras víctimas, pues tal como están hoy estas cosas, cuanto daña al Sultán daña á España; de suerte que, cuanto mal le hagamos, ese mismo mal nos hacemos á nosotros. Los moros lo conocen, y llevan en la negociación la ventaja de saber que no podemos apretarles; la mayor parte de los españoles lo ignoran, añadiendo á aquella ventaja la desventaja de esa ignorancia; y alguna de las potencias extranjeras, enemiga de que Marruecos descanse y ansiosa de precipitarle el fin con la falta de sosiego, ve con júbilo la situación, y la enmarañaría, si pudiese, con nuevos inconvenientes.

A favorecer estos intereses tan contrarios al nuestro ha venido la agresión del general Fuentes al Embajador, suceso tan contrario á nuestra conveniencia como á nuestra honra, y que parece ejecutado por el mayor enemigo de España.

Mucho influyeron en él escritos poco menos insensatos que el hecho que originaron; pero de esto que parece disculpa, se origina un grave cargo contra los que idearon la venida de la Embajada, los cuales estaban obligados á conocer el estado de excitación de buena parte de la opinión pública, esa loca en cuyas manos hemos puesto el gobierno de la nación desde hace mucho tiempo.

Llegó el representante del Sultán á Madrid el 28 del pasado, sin otra novedad que algún conato de demostración hostil de varios muchachos y desocupados de Cádiz, gente perdida toda ella.

Componían la embajada: El Hach Abd-el-Krim Brisha, persona de mucha consideración en el Imperio, que prestó buenos servicios al difunto Muley Hasán, y que ha viajado por gran parte de Europa. Es de Tetuán, rico, y habla bastante bien el español, mérito de que no hace ostentación, antes al contrario.

Abd-el-Krim ben Selimán, secretario y consejero, buen literato, poeta inspirado y fecundo, y sobre todo, hombre de no comunes luces en lo que atañe á la política de su país.

Los caids (capitanes) Sid Bu-Chetta, Sid el caid el Mecki, Sid el caid el Arbi ben el Hasain, Sid el caid Azur, Sid el caid ben el Gumi, Sid el caid Mohamed ben el Tayeb, Sid el caid Mohamed Fatoj. Además venían algunos sirvientes, hasta completar el número de diez y ocho personas. Como intérprete les acompañaba desde Tánger el señor D. Manuel Saavedra, de nuestra legación en aquella ciudad.

Hospedáronse en el hotel de Rusia, y al salir de él el 31 del pasado Sid Abd-el Krim Brisha para dirigirse á la audiencia regia, ocurrió el suceso de que ya he hablado y los lectores conocen por los periódicos diarios. El agraviado fué, no obstante, á Palacio, donde S. M. la Reina le expresó su pesar por tan inesperado y nunca visto insulto, siguiendo á estas manifestaciones otras parecidas hechas en nombre del Gobierno por el Sr. Sagasta.

En la pág. 77 de este número publica La Ilustración una página de dibujos del Sr. Comba, en los que representa la llegada de la embajada á Palacio; y en la página 80, otra del Sr. Andrade, con apuntes de la vida que los marroquíes hacen en la fonda, y que en nada esencial difiere de la que hacemos en Madrid, si no es en las comidas, que son á su modo, y preparadas según prescribe su religión.

° ° °

Hablar á Sid Abd-el Krim Brisha de las negociaciones pendientes habría sido indiscreción inútil, y además de inútil indisculpable, porque tal vez no haya en todo Marruecos un solo moro confiado y expansivo. Pero no por eso dejaba de haber tema para una conversación con él, acertando á elegirle entre los muchos que la situación del Imperio proporciona.

Para mí, y para otros de más autoridad que yo, el único peligro que amenaza la vida del Imperio viene de la frontera argelina. Si Francia intenta (como hace tantos años desea) adelantarla hasta el Muluya, estalla el conflicto final con toda la violencia posible; pero aunque, por no atreverse á tanto, pretendiese poner la mano en el Figuig y en el Tuat, también habría conflicto, porque son estos oasis timbres que tocados suenan en Tánger.

Hace años que los franceses quieren comenzar por esta parte la desmembración de los Estados del Jerifo; y para deshacer algunas de sus intrigas fué Hasán á Tafilete en 1893. Pero como en este civilizado siglo XIX los poderosos oprimen á los débiles, ni más ni menos como sucedía hace mil años, Francia, despreciando los derechos del Sultán, ha declarado solemnemente que el Tuat no pertenece á éste. «La cuestión del Tuat—dijo el Sr. Ribot en la Cámara siendo presidente del Consejo—la resolverá Francia como y cuando quiera; es cuestión argelina y no marroquí.»

De la del Figuig piensa lo propio el Gobierno francés; y no están muy lejos los trabajos hechos para convencer á los principales jeques de este oasis de que pidieran la anexión á Francia; pero, aunque para convencerlos se echó mano del jerife de Uazzan (que murió poco después), no se les pudo reducir á que lo hicieran. Ahora se piensa en otros medios, y para emplearlos se acaba á toda prisa el ferrocarril militar de Ain-Sefra, llevándole á Yenian-bu-rezg, á cinco leguas de la frontera y solas diez ó doce del codiciado oasis.

Al Sur, las tropas de la República avanzan hacia el territorio marroquí. Ya no es El-Golea el punto más adelantado en aquella parte, sino los fuertes de Hassi-Inifel, Mac-Mahón, Miribel y Lallemand. De suerte que, á la sordina y como quien no hace nada, se está preparando un atentado contra el *statu quo* marroquí; y como las fuerzas del Sud-Oranés están apercibidas de todo lo necesario, puede ese atentado cometerse de un momento á otro.

Pensando en esto, y en algo más que callo, llamé á la puerta del cuarto que en el mismo hotel de Rusia habita el Sr. Saavedra, el cual ya me esperaba. Anunció á Sidi Abd-el-Krim Brisha mi visita, y volvió á los pocos minutos á decirme que el Embajador me recibiría en seguida.

Al entrar yo en la sala, estaba Brisha sentado en un diván, con rostro más bien grave que risueño. Cambió de expresión luego que me vió, levantóse, dió algunos pasos hacia mí, tomóme la mano, y me llevó al diván, señalándome para asiento el sitio de preferencia. Rehusé, diciéndole que le correspondía á él; sentámonos, sentóse también el señor Saavedra frente á nosotros, y después de los saludos y frases de cortesía propias del caso, discurrimos brevemente sobre cosas sin importancia, sabiendo yo, como antes he dicho, cuán difícil sería tratar de alguna que la tuviera, hasta que llegamos á hablar de la extensión de los dominios del Sultán.

—Si no mienten las noticias que tengo, éstos extiéndense mucho del otro lado del Atlas.

—Así es—me replicó.

—Y los principales oasis que hay en esos dominios son Tafilete, Figuig y Tuat.

—Esos son, efectivamente. El Figuig y el Tuat pertenecen al Sultán—añadió, recargando la frase como quien aprovechaba la ocasión de que constase.

A mí me bastaba con lo dicho por el representante de S. M. Jerifiana en Madrid para dar por bien empleada la conferencia. Me ofrecí á él, me lo agradeció, y me retiré muy complacido de la cortesía con que me recibió, y más todavía de haber encontrado ocasión tan oportuna de que tuviesen autorizada respuesta las palabras del Sr. Ribot antes copiadas.

° ° °

Parecerá á muchos que esta cuestión de los oasis de Sahara no tiene importancia, y que á España nada le va en ella. En pocas palabras probaré el error en que incurren los que así piensan.

Es cosa indudable para el Gobierno del Sultán, á quien no puede negarse conocimiento de la materia, que perdido el Figuig y el Tuat, se pierde Tafilete. Ahora bien; no menos cierto es que luego de estar Tafilete en manos de Francia, llegarán los franceses al Atlántico, que es lo que desean. Tan fundado es este temor, que los ingleses, gente previsora, tienen ya tomadas posiciones en aquella costa para cerrarles el paso al mar.

Otro efecto no menos digno de cuenta tendrá la pérdida de los oasis, y es el de abrir á los franceses la entrada en el Imperio por el Sus, sobre abrir también una gran brecha en el prestigio del Jerife, cuyos ascendientes son todos de Tafilete y en aquella tierra se hallan enterrados, haciéndola sagrada con sus huesos.

Las naciones que, como España, duermen mientras los conflictos germinan y crecen, para despertar sobresaltadas cuando estallan, y querer remediar á voces y con frases retumbantes los males que su indiferencia y su apatía causó, no estiman en dos arditès todos estos antecedentes, y se ríen de los que advierten el peligro y le declaran, porque á los que así obran les tienen por visionarios. Lo mismo que hacen las naciones hacen los gobiernos, que al fin y á la postre son la imagen y semejanza de ellas. Pero aquellas otras que saben que las soluciones á estos conflictos deben estar preparadas muchos años antes (desde el nacimiento de ellos) para aplicarlas luego que se presenta la sazón oportuna, esas no pierden de vista la marcha del negocio que les interesa, y así sucede que parece como que se las viene á las manos y que sin gran dificultad salen vencedoras en él. De éstas es la Gran Bretaña, cuyo gobierno sabe muy bien lo que hace tres años se prepara en el Sud-Oranés y los elementos de resistencia reunidos en el Tuat por los patriotas marroquíes, dispuestos á defender la integridad del Imperio.

Esta es hoy la cuestión, y me parece que vale la pena de que España ponga en ella algún cuidado, para que no suceda lo que tantas otras veces, que nos cogen de sorpresa acontecimientos públicamente preparados desde veinte años atrás.

R.

DOMINGO GORDO.

E equivocan las personas que juzgan de otras á quienes no conocen más que por el nombre y apellidos.

Oyen ustedes hablar, supongamos, de un Canuto Delgado, y se le imaginan como una cerbatana: largo y hueco.

De un D. Silvestre de Tal, nadie cree que pueda ser hombre de maneras aristocráticas.

El nombre de Serafín suele ser una irrisión, aplicado á ciertas caras y á ciertos cuerpos.

De un D. Bárbaro y aun de un D. Bartolo, nada discreto ni razonable se espera.

No se explica que hombres que usan apellidos de Roca ó de Duro se descalabren ó se rompan alguna cosa.

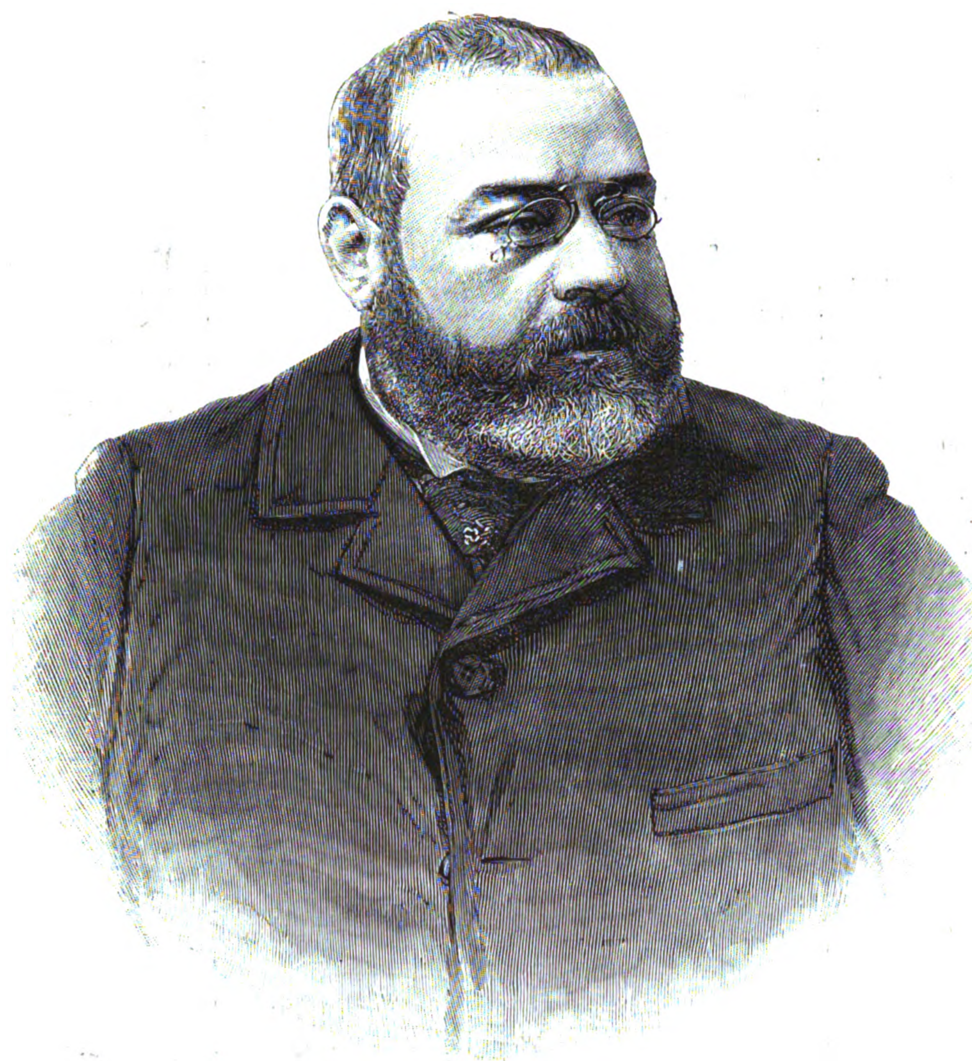
Y, sin embargo, hay Leones pacíficos y domésticos, y Borregos feroces.

Y Modestos inverosímiles y Cándidos penables.

He conocido un ejemplar curioso.

Le llamaban Domingo Gordo.

¿Quién no habría de pensar que Domingo Gordo era un hombre alegre y campechano?



D. J. FELIU Y CODINA,
ILUSTRE AUTOR DRAMÁTICO.
(De fotografía de Compañy.)



PARIS.—LA NUEVA FACULTAD DE CIENCIAS.—UNA DE LAS SALAS DEL LABORATORIO DE FÍSICA.

casas de inteligencia y de juicio. El azufre se le ha sulfurado entre las manos y le ha consumido parte del pellejo; las mujeres se sulfurarán también muy pronto y le arañarán el que le haya quedado sano. Y si después de frito y arañado, los sabios le demuestran que es un tonto, ya puede decir que se ha puesto las botas, y que se han portado con él como si en efecto fuera el *Antibarbarus*. Pero Strindberger parece que es hombre de humor y de fibra, y contra todas esas contrariedades de seguro que continuará firme en sus trece, haciéndose lo que siempre ha sido y será: el sueco.

°°°

Tras de lo escandinavo, lo germano. Á la contemplación del arte de Strindberger en el Théâtre-Libre, va á suceder en París el disfrute de las primicias del arte naturalista alemán de las obras de Hermann Sudermann en el escenario del de la Renaissance, interpretadas por Sarah Bernhardt. La primera que se dará á conocer será la titulada *Die Heimath* (El hogar). ¿Quién es Sudermann? Un literato joven, berlinés, que sin apoyo de nadie, sin *coterie* alguna, ha emprendido rumbos nuevos en la novela y en el drama, y está eclipsando hoy á la mayor parte de los literatos más afamados de su tierra. De repente este escritor ha llegado á figurar tan alto como el reputado autor G. Hauptmann, siempre sostenido por una cohorte de admiradores y amigos, y como el satírico Fulda, el autor de la ruidosa comedia *El Talismán*. En muy poco tiempo ha publicado Sudermann las piezas cómico-dramáticas *Die Ehre* (El honor), *Sodom's Ende* (El fin de Sodoma), la referida *Die Heimath* (El hogar) y *La batalla de los ruiseñores*, verdaderos estudios psicológicos y sociales, cuya representación ha tratado de impedir la policía muchas veces, pero que todo el Berlín pensador, animoso y revolucionario ha aplaudido en el Lessing-Theater. Hasta ahora, durante un período de tiempo muy largo, han sido la base del argumento de la mayor parte de las creaciones dramáticas las relaciones entre el marido y la mujer, el adulterio, el divorcio, el vicio y sus consecuencias; pues bien, dejando ese camino se ha propuesto Sudermann estudiar y presentar en el teatro los problemas que se refieren á la vida y libertad individual de los demás componentes de la familia; la influencia que en ellos ejercen la educación, la herencia, las tradiciones, los cambios de fortuna y de posición, y las desigualdades, rivalidades, odios y luchas que en el seno mismo de la familia germinan y se desarrollan. Este aspecto de las relaciones entre los diversos individuos de una familia, y de las de cada uno de ellos con la sociedad, es un campo poco explorado por los escritores dramáticos, y en el cual hay mucho que utilizar para el genio. Parece que el mismo Sudermann ha padecido mucho en el seno de la familia; ha visto y ha aprendido, y de su propia experiencia saca ahora maestría y motivos bastantes para brillar en este género como gran pintor naturalista.

El pobre sér nacido tal vez por casualidad dentro de un medio que no es el suyo, el individuo que lucha sin cesar contra la fatalidad de la sangre y que para triunfar necesita sacrificarse en absoluto á cuanto le rodea, éste, por ejemplo, es uno de los temas de sus composiciones dramáticas. En la obra *Die Heimath*, que Sarah Bernhardt estudia ahora, trátase de una joven de exuberante naturaleza é ingenio, ávida de independencia, de ventura y de amor, que rompiendo con el glacial formulismo que la rodea en su casa, y en cuyo repulsivo medio se ha criado, se engolfa en la vida alegre del mundo y realiza sus aspiraciones y sus dorados ensueños, hasta un momento en que sus padres, usando de los derechos que la ley les concede, la persiguen, la detienen, la encierran en el hogar triste y aborrecido, y matan la dicha de que disfrutaba. ¡Admirable cuadro para que Sarah Bernhardt desarrolle sus soberbias aptitudes dramáticas!

Calcadas en esas tendencias, en la terrible lucha que imponen las conveniencias sociales, en la invencible pesadumbre de la fuerza del destino, en la más titánica y abrumadora aún de la injusticia humana, en la contemplación de cómo á cada momento la brutal iniquidad de la sociedad vence y reduce á la nada la nobleza individual y sus sublimes aspiraciones de redimirse y levantarse aun á costa de todos los sufrimientos y heroísmos, en este orden de ideas que dominan en el teatro de Sudermann, están también escritas sus famosas novelas tituladas *El sendero de los gatos (der Katzensteg)*, *Las bodas de Yolanta*, y *La mujer triste (Frau Sorge)*. Con esta última y con la comedia *El honor* ha determinado definitivamente el escritor berlinés el rumbo psicológico-social que queda indicado, y que al parecer ha producido honda impresión en el público y positiva revolución en el gusto literario, del Rhin para allá por lo menos. ¿Qué efecto producirá en el público cosmopolita que acude al teatro en París, y que tanto ha discutido recientemente las obras de Ibsen, de Dostoiewsky y de Hauptmann? Pronto lo sabremos. En las aspiraciones espontáneas que hoy se sienten en todas partes, de que lo bueno en literatura y en arte debe ser universalmente conocido y estimado, sin atender á su procedencia, tal cual ocurre por imperiosa ley del cumplimiento de la necesidad en la aceptación de los progresos científicos, en el deseo de conocer y gustar lo que realmente vale, no sirven para nada las trabas nacionales. Cuantas veces se han puesto, otras tantas se han aniquilado. No vale decir: «esa obra es extranjera y revolucionaria en todo y no debemos acogerla, ni mucho menos imitarla», porque, como ha dicho un crítico muy inteligente de la prensa francesa, «Le chauvinisme littéraire fait rage et le cosmopolitisme sévit. *Des portes se ferment violemment, et les intrus passent par la fenêtre!*» Ya son familiares para las personas cultas de la Europa occidental los nombres de los escritores germanos y escandinavos Ibsen, Bjœrnstiern Bjœrson, Jacobsen, Knut Hamsum, Ola Hansson, Ana Garborg, Drachman, Gerardo Hauptmann, Fulda y Wichert, y en adelante lo serán también el del filósofo sulfurado-resinoso-antifemenino Strindberger y el del psicólogo individualista Hermann Sudermann, que tan en moda han puesto las revistas y la prensa diaria de la capital de Francia.

R. Becerro de Bengoa.

TODOS SE ALAN EN LA MISMA DIRECCIÓN.

Siempre que vemos que una veleta señala hacia el Este, inferimos que el viento sopla en aquella dirección. Y, sin embargo, podemos equivocarnos; porque la veleta puede estar oxidada é inmóvil, é indicarnos de este modo lo que no es verdad. Pero cuando vemos que una docena de veletas señalan al mismo tiempo en la misma dirección, estamos seguros de que no puede haber equivocación. Durante los últimos meses, los periódicos han estado publicando muchos incidentes que, todos en sí, dan la misma enseñanza; y el hecho de que todos esos incidentes hayan ocurrido en distintas partes del país y se refieran á personas que se conocen unas á otras, hace irrefutable la conclusión. Hoy vamos á presentar tres más de esos casos.

Miguel Ceresuela vive en Calatayud, y en Junio de 1891 se vió atacado de hidropesía, y se puso tan grueso, que quedó del todo imposibilitado. Consultó entonces á varios doctores, que hicieron todo cuanto pudieron para curarle, pero que sólo lograron combatir la enfermedad por breves intervalos, y aun entonces hasta un reducido límite, pues casi siempre reaparecía inmediatamente y de una manera más alarmante. Evidentemente, las medicinas suministradas por los doctores no eran las propias para contrarrestar el peligroso acrecentamiento de agua en los tejidos de su cuerpo. Continuó en esta situación, imposibilitado y sin remedio, hasta el Septiembre siguiente, en que un amigo recomendó al paciente que probase el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, como un remedio que durante los últimos años había estado logrando notables curas en todas partes de Europa. El resultado se consigna en una carta del Sr. Ceresuela, fechada en 16 de Abril de 1893, en la que dice:

«Siguiendo el consejo de mi amigo, envié por el Jarabe á la droguería de Mariano Alvira, aquí en Calatayud, y empecé á tomarlo según se me instruyó. Al poco tiempo los riñones y los intestinos empezaron á despertar de su inacción, el agua se fué por sus vías naturales, no se formó ya agua nueva, y mi malestar desapareció. Ahora me hallo en robusta salud, y estoy apto para trabajar constantemente en la fonda del Muro.

»(Firmado).—Miguel Ceresuela.»

El Sr. D. Rafael Pineda, carpintero del número 21, Callijones, Málaga, dice: «Sufría de una enfermedad de estómago; me faltaba el apetito, y no hacía más que tomar cualquier pequeña cantidad de alimento, y al momento me veía atacado de dolores en los costados y el pecho. Algunas veces sentía ganas de arrojar lo que había tomado. Me iba debilitando, y hacía el trabajo con pena y dificultad; ninguna de las medicinas que tomaba me producía un buen efecto duradero. En este estado de tristeza y de abatimiento, leí acerca del Jarabe de la Madre Seigel; no podía yo decir si eran ó no realmente ciertas todas las curas que se le atribuían, pero yo no sabía ya lo que hacer conmigo, y me decidí á probar este remedio de que tanto se hablaba. A la primera botella experimenté ya un gran alivio, por lo cual continué su uso; y en la hora presente, gracias al Jarabe de la Madre Seigel, estoy completamente bien. Pero, ante todo, doy gracias á Dios, y le suplico á usted me perdone le moleste expresándole mi más sincera gratitud. De usted afectísimo.

»(Firmado).—Rafael Pineda.»

El Dr. D. Francisco Gálvez Durán, de Padul, provincia de Granada, con fecha 14 de Abril de 1893 escribe á los propietarios del Jarabe de la Madre Seigel lo siguiente: «He tenido ocasión de emplear el Jarabe de la Madre Seigel en un caso desesperado de dispepsia, que se había resistido á todo otro tratamiento; y con sólo dos botellas de él obtuve una cura radical. La medicina de ustedes es fácil de tomar, y produce excelentes resultados en las enfermedades para las cuales se la recomienda. En honor de la verdad, tengo el gusto de hacer pública esta declaración.

»(Firmado).—Francisco Gálvez Durán.»

A pesar del asombroso éxito del Jarabe de la Madre Seigel y de sus manifiestas victorias en casos que por experimentados médicos se creían desesperados, no hay misterio de ninguna clase en cuanto al método por medio del cual las consigue. Está preparado bajo la base de que todas nuestras enfermedades comunes son debidas á la torpeza ó inflamación de los órganos digestivos, por medio del veneno engendrado en el estómago y esparcido en el cuerpo por el curso de la sangre. Y los hechos comprueban lo verdadero de esta teoría. La hidropesía (de que el Jarabe de la Madre Seigel curó al Sr. Ceresuela) no es más que un síntoma de la dispepsia, y desaparece cuando ésta se va. Lo mismo sucede en cincuenta de esas enfermedades que siembran en todas partes el sufrimiento y la muerte. Curad la indigestión, y lo curaréis todo. ¡Cuán fácil de describir es esto, pero cuán difícil de ejecutarlo! Y, sin embargo, este remedio lo consigue, y así lo atestiguan, en todas las lenguas, un sinnúmero de pacientes.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. VI.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Febrero de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de América y Asia......................	60 francos.	35 francos.



VENECIA.—ESTATUA ECUESTRE DE BARTOLOMÉ COLEONI.

DE UNA FOTOGRAFÍA PERTENECIENTE Á LA COLECCIÓN DE D. ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Tras largas informaciones y conferencias, el Congreso español votó las bases de las reformas administrativas de Cuba, que han sido concordia y transacción de todos los partidos militantes: sólo les falta la aprobación, que no se duda, del Senado, y la sanción de la Corona, ó sea, en asunto de esta índole, la alta tramitación de una ley que ha salvado los grandes obstáculos que se oponían á su aprobación. Si no nos hemos ocupado de tan importante asunto, pasando en silencio los discursos de los representantes de las diversas tendencias de la política de Cuba, tanto en el Ateneo como en el Congreso, es porque se trataba de un negocio lento y que no podía llamarse de actualidad hasta que se hubiera realizado. Las bases en que han convenido políticos de las más opuestas tendencias, parecen responder á dos necesidades: la de ensanchar en lo posible las iniciativas y acción administrativas de aquella región española; y la de que no se menoscaben los derechos eminentes de la patria. Si se han equivocado, solidariamente habrá sido, toda vez que han llegado á una avenencia los que estaban tan divididos, coincidiendo en una solución los Sres. Labra y Cánovas del Castillo con la mayoría del partido fusionista. Tuvo, pues, motivos fundados el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Maura, de congratularse por el resultado, no ya como patrocinador oficial de la reforma, que eso sólo podía halagarle en su amor propio, sino porque ese acuerdo era una consagración de su españolismo, puesto en duda por la pasión, pero del cual dijimos hace tiempo que era injusto abrigar el recelo más remoto. Podría haber incurrido en error—¿quién no los comete?—pero no era lícito sospechar de sus honradas intenciones. No menores motivos tiene de satisfacción el actual ministro de Ultramar, Sr. Abarzuza, por haber presidido y encauzado las difíciles negociaciones que han producido la concordia, si de ellas ha de resultar la convicción en Cuba de que el Gobierno central y toda la nación española sólo tienen por objetivo en su política la más estrecha unión de todos los elementos y regiones que constituyen nuestra nacionalidad, carne todos de nuestra carne, cuyos dolores más leves nos hacen padecer.

°°°

D. Manuel Ruiz Zorrilla, el jefe del partido republicano progresista, desterrado voluntario en París durante veinte años para protestar de la restauración, ha regresado á España, vencido por la falta de salud y en busca de reposo, retirándose á una finca del doctor Esquerdo, su amigo fiel, en el clima templado de Villajoyosa. No es ésta ocasión de recordar su historia, que no ha terminado, y que, como adversarios suyos en otro tiempo, podríamos referir sin la suficiente imparcialidad; ni sería decoroso que, por sentimentalismo, ensalzáramos al enfermo, cuando en conciencia no creímos nunca que su vida pública haya sido la más arreglada á las necesidades del país; ni menos es ocasión la actual para hacerle cargos. Su regreso á España nos hubiera satisfecho por completo á traerle, no la falta de salud, sino deseos de concordia; pero ya que una dolencia le ha postrado, reconociendo sus dotes de carácter y su energía, debemos dar por acontecimiento importante su retirada, accidental ó definitiva, de la política, y desear su restablecimiento. Que el haber amado á su patria de distinta manera que nosotros, y querer aplicar para sus males otros remedios de los que, á nuestro juicio, necesita, no ha de ser razón para que dejemos de respetar á los conciudadanos de valer. Pues no es fácil permanecer al frente de un partido en una ausencia tan larga.

°°°

Don Gabriel Rodríguez fué el iniciador en el Ateneo de Madrid de las conferencias musicales teórico-prácticas, que continuó el Conde de Morphy, y que son uno de los atractivos mayores de aquel centro ilustrado. Los aficionados al estudio de la música y los curiosos reflexivos que no se satisfacen con el placer que ese arte les produce en sus portentosos adelantos, sino que se preguntan y desean conocer cómo el hombre y por qué caminos ha llegado á crear esas catedrales formadas de sonidos, que se llaman óperas y oratorios, de instrumentación tan complicada; los que hemos oído hablar de la intervención de la música en el teatro, la lírica y la elocuencia de los griegos; de los cantos de los trovadores y de las transformaciones de la música religiosa, siempre en teoría, no podíamos menos de interesarnos en la serie de lecciones que inauguró el domingo el célebre maestro D. Felipe Pedrell, aun más reputado fuera de España que en su patria como músico y como erudito musical. Y que esas lecciones tienen gran importancia, lo comprendimos al ver entre los oyentes al P. Uriarte, el gran estético musical, que había dejado su celda de San Lorenzo, lo cual rarísima vez sucede, para asistir á la conferencia; así como la presencia en el Ateneo de muchos otros maestros que no cito por no incurrir en graves omisiones. Líbreme Dios de echármela de crítico musical sin saber siquiera leer en el pentágrama; sería caso de notoria desvergüenza, mucho más teniendo La Ilustración un crítico insigne: sólo en mi calidad de uno del público puedo y debo decir que oímos con encanto la explicación clara, sobria y á veces epigramática leída por el Sr. Pedrell y comprobada por medio del profesor de piano Sr. Granados, dos tenores solistas, Sres. Menchaca y Corvino, y una corta pero excelente orquesta y un bien concertado coro. Y gustamos mucho de comprender con ejemplos la evolución de la música, desde la antigua melopea, hasta lo que llama el Sr. Pedrell el elemento expresivo de aquel arte, que afirma ser indisputable conquista del genio español. El público aplaudió todos los ejemplos musicales: hizo repetir dos veces un hermoso coral de *Lutero*, que tanto debió disonar en otro tiempo á los oídos españoles que peleaban en Flandes y Alemania contra los herejes: escuchó con encanto una composición de Juan del Encina, y otra, de un carácter ya verdaderamente nacional, de aquel ilustre ciego, músico de cámara de Felipe II, de quien nosotros sólo teníamos referencia histórica, por haber acompañado á D. Felipe, siendo rey y antes de serlo, en sus grandes viajes, y por la fama y las noticias de su gran habilidad en las antiguas ediciones de sus obras: nos referimos al famoso Antonio Cabezón, padre de otro músico de cámara, y hermano de Juan, también célebre músico. La figura de D. Felipe Pedrell es simpática: pequeño de cuerpo, delgado, de cabeza enteramente blanca, fisonomía viva é inteligente, vocaliza bien al leer, y se apodera del ánimo del oyente, no con relumbrones, gritos y artificios, sino con datos, noticias, razones, argumentos, observaciones interesantes, y dominando como el que sabe más domina noblemente á los que escuchan aprendiendo, y aplauden con verdadera convicción en el Sr. Pedrell á una de las ilustraciones positivas de nuestra patria y nuestro tiempo.

°°°

El éxito del *Don Quijote*, de Sardou, no ha correspondido ni á la importancia literaria del gran libro, ni á los triunfos que suele obtener en el teatro el dramaturgo francés, según los periódicos que hemos repasado. Con este motivo han pretendido algunos que se declaren inviolables las obras maestras, cuando está en su naturaleza y en su misma belleza inmortal la condición de ser solicitadas y profanadas. Si es cierto que hay en el *Quijote* de Sardou un desfile de toreros y majas, nada tendrá de extraño que en vez de cuadrilleros haya allí guardia civil, y que el barbero sea Fígaro. Pero ¿qué mucho que un autor dramático francés no haya entendido la obra de Cervantes, si no la supo apreciar el gran Lope de Vega, con su talento incomparable y con ser el que nos ha dejado más sabor, en sus comedias, de las costumbres y tipos de aquel tiempo? Ese monstruo de la naturaleza, á quien está dando nueva vida otro monstruo de capacidad que se llama Menéndez y Pelayo, fué uno de los que primero profanaron el *Quijote*, escribiendo en una carta la frase, que sacó á luz hace poco el erudito Sr. Pérez de Guzmán, de que no hay poeta tan necio que alabe el *Quijote*. Lástima grande es que se haya perdido la comedia de Calderón con el mismo título estrenada en un carnaval palaciego, si bien esa pérdida nos hace sospechar que no sería de las buenas de su autor. ¿Y qué mucho que falten al respeto en Francia á *Don Quijote*, si durante más de un siglo no comprendió España su importancia, y su autor hubo de buscar para la segunda parte diferente padrino? El *Quijote* fué desgraciado desde su nacimiento, pero ejerció desde luego una atracción para los profanadores, como lo prueba el *Quijote* de Avellaneda; profanación de que no sabemos recibiese Cervantes ningún desagravio en vida. Fué profanado también por Meléndez Valdés en su insípida comedia *Las Bodas de Camacho*: ha sido saqueado en todos tiempos: fué continuado segunda vez en el siglo XVIII en la *Vida de Sancho Panza*, no menos deplorable: se ha hecho el *Quijote* del siglo XIX: se le ha mutilado para ponerle al alcance de todos, y abreviado: se ha fingido *El Buscapié* y se ha alambicado y retorcido su intención, y se han parodiado sus capítulos mejores; que esta es la gloria y no otra cosa, cuando se consigue, y este es el triunfo de la hermosura.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

dijo quien lo dijo; que de tanto repetir cualquier sentencia, concluímos con no saber quién fué su autor ni dónde lo leímos. El *Quijote* está destinado á sufrir el tormento de la admiración, de las notas, de los comentarios; y sería inicua, agobiadora, tiránica la ley que nos prohibiese gozarle, saquearle, imitarle y profanar libremente sus bellezas. Pero cuando llegue su apoteosis natural, en el próximo centenario de su aparición, ó sea en 1905, dentro de diez años, entonces han de ver, los que lo vieren, cosas buenas. Felizmente para los huesos de Cervantes, no han de ser habidos.

°°°

La característica de estos últimos días ha sido una continuación de lluvias tan monótona como insoportable. Han salido de madre todos ó la mayor parte de los ríos, y se han interrumpido las comunicaciones; la patria está en remojo. En un pueblo inundado se ha tenido que nombrar alcalde, por haberse largado el que ejercía el cargo; lo cual se explica: había sido nombrado alcalde en tierra firme, y la desaparición del término municipal bajo las aguas le eximía de sus funciones puramente terrestres: sólo un pez puede tener jurisdicción en el fondo del agua, y el alcalde fugitivo habrá resignado su autoridad en la primera trucha que viera coleando.

El temporal de aguas ha sido tan favorable á los peces, que se ha revelado en estos días al público la existencia de un rincón en el café de Fornos, titulado La Pecera: los contertulios, ó peces, se han constituído en agrupación oficialmente por medio de un festín, donde no faltó el pescado, porque, como es sabido, los peces grandes se comen á los chicos. Tratan de publicar un periódico, y pueden hacerlo; que hay peces de mucha travesura y mucho ingenio.

°°°

—Se ha interpretado la música de los antiguos; pero ¿cuál sería la de los tiempos prehistóricos? ¿Qué cantarían las tiples y tenores antediluvianos?

—Lo natural parece que empezasen por remedar los cantos más fáciles de las aves.

—¿Y cuáles serían?

—Lo más fácil de imitar á los cantantes es el gallo.

—En la Academia de Medicina ha disertado el Dr. González Alvarez muy doctamente acerca de las condiciones que debe reunir una buena inclusa. Sólo hallamos un defecto en su trabajo: el ilustre académico no se acuerda para nada de la segunda infancia.

—¡Cómo! ¿Quiere usted una inclusa para la ancianidad?

—Es indispensable. El ejército tiene ya la suya, que es la escala de reserva; la tiene la administración en las jubilaciones y la literatura en las academias; todas las demás clases carecen de refugios cuando empiezan á chochear. Hace falta una inclusa para viejos. ¿No echan los padres á los hijos á la inclusa? Pues es justo que los hijos echen á los padres en el torno.

—¿Y no tiembla usted?

—Todo lo contrario: creo justo que al fin de mis días la madre patria me entregue á una niñera.

Juan despierta sobresaltado.

—¿Qué tienes?—le dice su mujer.

—¡Ah, con qué soñaba!..... De buena me he librado. Figúrate que el Gobierno me había concedido un monopolio.....

—¿Y eso te hacía sufrir?

—El monopolio de todas las bofetadas que se diesen en España.

—¿Con que este año habrá sólo en el Real cinco bailes de máscaras?

—Pienso ir á todos.

—¡Feliz tú, que tienes pies para tanto!

—¿Y tú?

—Sólo tengo dos.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

Venecia. Estatua ecuestre de Bartolomé Coleoni.—(Véase el artículo del Sr. Serrano Fatigati, en la página siguiente.)

°°°

Retrato del Excmo. Sr. D. Joaquín García Icazbalceta.—(Véase el artículo del Sr. Fernández Duro en la página 99.)

°°°

Nueva York.

El nuevo puente sobre el East River, de 1.700 pies de largo.

Para construir el nuevo puente sobre el East River no había más obstáculos que los puestos por el Ministro de la Guerra, pues en los Estados Unidos se miran los negocios militares con tanto cuidado como en la nación de Europa en que más se les atienda. Por fin, se trazó el plan del nuevo puente de acuerdo con el Ministro, estipulándose que cruzara el río á 135 pies sobre el nivel del agua, en marea alta, elevación que le permitirá enlazar con la línea de ferrocarriles aéreos de la ciudad. Es una obra colosal, pues tiene de longitud 1.700 pies y anchura suficiente para cuatro vías férreas, paseo de coches y dos espaciosas aceras. Descansa hacia la mitad de su extensión en dos gruesos estribos de granito. (Véase nuestro grabado de la pág. 96.)

El ingeniero Mr. Carlos M. Jacobs dice que estará terminado en el verano de 1897. Su coste será de ocho millones de duros.

°°°

Madagascar.

El Sr. Ratsytokana, alcalde de Tamatave.

Los franceses han comenzado la campaña contra Madagascar con la toma de Tamatave, principal puerto de la isla. Los hovas se habían hecho fuertes en un sitio llamado Farafatrana, que domina aquella población, y contra el cual dirigieron luego sus fuegos los buques de guerra franceses. Aunque había en Farafatrana algunas baterías de artillería y tres cañones de 14 centímetros, la artillería de aquéllos quedó dueña del campo sin oposición desde los primeros disparos, calculándose que los proyectiles de melinita por ella arrojados causaron al enemigo 200 muertos.

En la pág. 97 publicamos el retrato del Sr. Ratsytokana, alcalde de Tamatave, personaje muy enemigo de los franceses. La medalla que ostenta en el pecho recibióla de la Reina, por los servicios que contra ellos prestó en la guerra de 1882 á 1885.

°°°

China.

Vista general del puerto de Shangai.

Shangai (ó Xangae, como en castellano debe escribirse) es el primer puerto comercial de China y uno de los primeros del mundo. En Asia sólo el de Bombay le aventaja.

No es puerto marítimo, sino fluvial, formado por el Vusung, río tributario del Yant-se-Kiang, al que rinde el tributo sus aguas cuando ya llega éste muy cerca del mar con el inmenso caudal de las suyas. Precisamente á esta circunstancia

debe Shangai su riqueza y prosperidad, pues el Yant-se-Kiang, además de ser de los mayores ríos de la tierra, corre por la región más poblada de toda ella y una de las más fértiles, viniendo á ser esta ciudad la puerta por donde sale cuanto produce la comarca, y por donde entra lo que compran sus industriosos habitantes.

Extiéndese el caserío de Shangai espacio de más de seis kilómetros por la orilla izquierda del río, sobresaliendo los suntuosos edificios de los barrios inglés, americano y francés, que son como grandes poblaciones cada uno. Hay tranvías en el interior, grandes fábricas de toda especie, magníficas quintas y huertas en los alrededores, casi todas pertenecientes á propietarios europeos y americanos.

El comercio que se hace por el puerto de Shangai es mucho mayor que el de ninguno de los de España, pues pasa de 1.000 millones de pesetas al año. El número de buques que entran y salen es de unos 4.500, con cerca de 3.500.000 toneladas. Damos una vista del puerto en la pág. 97.

°°°

EL NAUFRAGIO DEL «ELBA».

La pérdida del *Elba* ha sido una de las mayores desgracias ocurridas en la mar desde hace muchísimos años.

El vapor era muy grande, aunque de los menores de la *Norddeutscher Lloyd*, que los tiene grandísimos, y había costado en Inglaterra, donde se construyó el año 1881, más de 13 millones de pesetas. Salió de Bremen con 240 pasajeros y 160 hombres de tripulación con rumbo á Nueva York, haciendo en Southampton la escala reglamentaria. Navegaba en la madrugada del 30 de Enero á unas 30 millas de la costa de Holanda con mar gruesa, fuerte brisa del Nordeste y profunda obscuridad, cuando se le echó encima á todo andar otro vapor que marchaba perpendicularmente á él, es decir, de Sur á Norte. El choque fué violentísimo y la confusión á bordo del *Elba* como se deja considerar atendiendo á que á él despertaron más de 300 personas que tranquilamente dormían en sus literas. Casi todas subieron á cubierta, donde fué, vista la situación, el gritar de las mujeres, el llorar de los niños y el jurar y maldecir de los hombres.

El capitán conservó toda la serenidad, y dió las órdenes necesarias para intentar la salvación de tanta gente, aun cuando el irse sumergiendo con gran prisa el vapor, el estado del mar y el haber desaparecido el otro barco dejaba muy poca esperanza de conseguirlo. El frío que hacía era tanto, que las cuerdas que sostenían los botes estaban tiesas como garrotes y cubiertas de hielo. Cortáronlas con hachas y botáronse al agua cinco lanchas, de las que luego deshicieron cuatro las olas. Algunos, viendo como éstas invadían ya la cubierta y la barrían toda, arrojáronse al mar, y á los que se esforzaban en defender la vida asidos con toda la fuerza de sus ateridas manos á hierros, cuerdas ó á cualquier parte del barco, arrastrábalos la marejada con incontrastable fuerza; y para que fuese más terrible aquel espantoso cuadro, dominaba el tumulto desde el puente la figura impasible del capitán dando órdenes, de las cuales la principal, dirigida á los que aun pugnaban por poner á flote los botes que quedaban, era: «Primero las mujeres y los niños; luego los hombres».

Duró aquella escena veinte minutos, al cabo de los cuales se sumergió el barco con cuantos en él había.

Salváronse en uno de los botes 20 personas, de ellas 5 pasajeros y 15 marineros, á las que cinco horas después recogió un barco de pesca de Lowestoff (Inglaterra), medio muertas de frío.

El vapor que causó tal catástrofe desapareció, según queda dicho, en vez de dar auxilio alguno á la gente del *Elba*. Llámase *Grathie*, y la conducta de su capitán ha sido duramente censurada. No falta, sin embargo, quien la defienda, diciendo que su barco quedó después del choque en inminente riesgo de irse también á pique, y que por tanto no pudo hacer otra cosa que lo que hizo, que fué meterse en el puerto más próximo para salvar las vidas de los que á bordo llevaba.

En la pág. 97 publicamos vistas del *Elba* y del *Grathie*, este último fondeado en el puerto de Maasluis (Holanda), y con las terribles averías de su proa bien á la vista.

°°°

BELLAS ARTES.

En camino peligroso, cuadro de Gustavo Igler.—*¡Fatigada!*, cuadro de Masriera.—*¿Cuál de las dos?*, cuadro de J. R. Gordon.

El cuadro de Gustavo Igler, que reproducimos en nuestro grabado de la pág. 100, además de ser bonito y estar muy bien pintado, encierra una no despreciable moraleja. Aquellos chicuelos que distraen sus ocios con la baraja en la mano, corren grave riesgo de seguir teniéndola con no poca frecuencia el resto de la vida, pues están en la edad en que, así como se va formando el cuerpo, se forma el espíritu, y luego las torceduras del uno son tan irremediables como las del otro. Los vicios rara vez nacen con el hombre, pero muchas crecen con él; porque las almas infantiles son como tierra virgen en que todas las semillas germinan fácilmente. ¡Ay de aquellas en que han caído las malas!

Con un solo personaje y sin accesorios que sean de notar ha pintado el Sr. Masriera (D. F.) un cuadro verdaderamente hermoso. La figura de aquella mujer que vuelve del baile más cansada que gozosa, está bellamente sentida y dibujada, mereciendo sin duda los elogios que la crítica barcelonesa la dedicó en la última Exposición de Bellas Artes de la capital del Principado. Damos copia de esta obra en nuestro grabado de la pág. 101.

¿Cuál de las dos? pregunta sin duda la maliciosa dama al caballero que las acompaña (véase el grabado de la página 104), pensando ponerle, y poniéndole efectivamente, en grave aprieto. Pero él, que sin duda recuerda las desgracias que Paris trajo sobre los míseros mortales resolviendo en favor de Venus el famoso pleito de la Mitología griega, procura eludir la respuesta, temiendo, si la da tan terminante cual se la piden, algún suceso desagradable para él, andando el tiempo. Porque, á pesar de cuanto presume la civilización de haber mejorado la naturaleza humana, ahora, como en tiempo de Juno (que fué la principalmente desairada en el tal pleito), ninguna mujer perdona que la pospongan á otra, y si no puede encender una nueva guerra de Troya como hizo aquella diosa, hará lo que pueda, y de seguro no será nada bueno.

°°°

ALEMANIA.

La estación del ferrocarril de Colonia.

La estación del ferrocarril de Colonia, inaugurada hace pocos meses, es la segunda del mundo en magnitud. La *Sala de entrada*, ó del despacho de billetes, representada en nuestro grabado de la pág. 104, tiene 165 metros de largo por 50 de ancho. Detrás están los andenes, que ocupan 255 por 92. Ha costado 42 millones y medio de francos, y habiendo empezado la construcción en la primavera de 1886, se terminó en Mayo de 1894.

Por el estilo de su arquitectura pertenece al Renacimiento. En medio de la estación propiamente dicha, esto es, entre las vías, levántase un edificio llamado *Inselgebäude* (literalmente, *Edificio aislado*), de 52 metros y medio de largo, por 32 y medio de ancho y 7 de alto, en el que están los comedores para todas las clases de viajeros (1.ª, 2.ª, 3.ª, y 4.ª), gabinetes reservados, tocadores, etc.

La estación de Colonia ocupa 22 kilómetros cuadrados; pero aun es mayor la de Franckfort, primera del mundo, que tiene 31.248 metros en cuadro.

°°°

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Reclutamiento de soldados para la guerra.—Templo chino convertido en hospital de sangre.

Damos en la pág. 105 dos curiosas ilustraciones de la guerra entre China y el Japón.

En la primera está retratado uno de los rasgos principales del carácter del pueblo chino, que es el poco ó ningún gusto por la guerra. Aunque voluntarios, lo que sin duda es prueba de que tienen aficiones algo más belicosas que sus compatriotas, no les abona gran cosa la marcialidad del aspecto. Pero también es cierto que más debe verse en ellos gente que busca jornal, que patriotas dispuestos á morir en defensa de la nación. En China está muy arraigada la idea de que todo guerrero es un bárbaro, y que el hombre debe vivir en paz: máxima sapientísima, pero que conduce á desdichas como estas que les suceden á los chinos. A esto se añade haber tantos necesitados, que hasta para morir se encuentran voluntarios si se ofrece regular gratificación. Sucede á veces que hay que castigar algún malvado y no se le puede coger. Como el mandarín encargado de que se cumpla la sentencia tiene que hacer el escarmiento según se le manda, necesita una víctima, y para hallarla no tiene sino anunciar la vacante de reo, la cual luego es solicitada por infinitos pretendientes, que de este modo sacan de la miseria á sus familias. Parece increíble, pero lo aseguran muchos y muy respetables autores.

El segundo grabado muestra el aspecto de un templo chino de Kinchu convertido en hospital de sangre. Buda ha sido respetado por los vencedores; pero los santos que le acompañan han sufrido algunas burlas é injurias, á pesar de que en punto á religión no va mucha distancia de chinos á japoneses.

Ni en descreimiento tampoco.

Por último, en la pág. 108 reproducimos una curiosa fantasía japonesa, tomada de un libro que se ha publicado hace pocas semanas en Tokio. En él se ve que, no contentos los vencedores con los triunfos obtenidos en la realidad, se van por el mundo de la fantasía en busca de adelantos y hazañas que atribuirse.

G. REPARAZ.

CAPITANES VENECIANOS DEL SIGLO XV.

BARTOLOMÉ COLEONI.



OS que visitan la célebre iglesia veneciana de San Juan y San Pablo encuentran, antes de entrar, la estatua ecuestre de *Bartolomé Coleoni*, que hoy reproduce LA ILUSTRACIÓN en su primera plana. El jinete y el caballo son de bronce, y con mármoles variados se ha construído el tan sencillo cuanto elegante pedestal que los sustenta.

Le dedicó esta memoria, poco después de su muerte, la *Señoría* de la ciudad adriática, por encargo expreso del mismo interesado, y con los fondos que legó para el objeto; y si no puede aplaudirse la modestia en los propósitos del famoso *condotiero*, debe sí encomiarse el buen gusto del que quiso dejar unido su nombre á una hermosa obra de arte.

Penetrando luego en el templo, se ven más estatuas ecuestres, erguidas sobre las mismas tumbas de los capitanes á quienes representan, formando monumentos funerarios que contrastan de un modo extraño con los espléndidos de los dux *Loredano*, *Vendramino*, *Pedro Mocenigo* y la familia *Valier*. Dos recuerdan á personajes que vivieron poco después de Coleoni: *Nicolás Orsini*, más nombrado por su apellido que por sus hechos, y *León de Prato*. Otros tantos guardan los restos de generales que acabaron sus días en el siglo XVII: *Pompeyo Giustiniani*, que se batió por España en los Países Bajos, y dejó escrita una historia de la guerra, y *Horacio Baglione*, de quien tan poco se cuenta en las memorias de la época.

Mas así como estas figuras son menos brillantes que las de los *Carmagnola*, los *Erasmo de Narni* y nuestro personaje, las creaciones artísticas á ellos dedicadas valen menos también que las hermosas estatuas del segundo, levantada por *Donatelo* en Padua, y del último, debida en su concepción al *Verrocchio* y en su terminación á *Leopardi* y algún otro autor desconocido. No se cumple aquí la pretendida inarmonía entre las decadencias de los vigores generales y de las inspiraciones: los artistas educados en los años de ardiente movimiento tuvieron alientos para realizar grandes obras, siquiera su conducta no fuera siempre de lo más digna y ejemplar.

La escultura nos ha transmitido las líneas idealizadas de Coleoni, y varios biógrafos sus hechos no menos idealizados. *Cornazzano* recogió los datos que consigna en su trabajo de los mismos labios del héroe, y el curioso libro latino escrito por éste y publicado en la colección de *Groevius* contiene, como es natural, muchos párrafos llenos de carácter y algunas adiciones de *milites gloriosus*. *Spino*, que le dedicó un tomo entero en 1569 con el título de *Historia della vita e fatti dell'Excellentissimo Capitano di Guerra Bartolomeo Coglioni*, estampa al principio de su obra un interesante grabado con el busto del general veneciano. *José María Bonomi* ha reunido los documentos proporcionados por el único descendiente del *condotiero* á otros muchos recogidos de los archivos de Turín, Milán y Venecia, y ha dado á luz hace diez años una historia del *Castillo de Cavernago*, en que habla por extenso de las obras de caridad y hechos del mismo personaje.

Sintetizando lo contenido en estas publicaciones y algunas noticias más que corren en el Véneto entre los eruditos y conocedores, resulta la siguiente narración.

Su padre, Pablo Coleoni, fundó una dinastía de esos que se llamaron capitanes aventureros y hombres sin ley, quizás porque no andaban con ambages para declarar sus propósitos, y acometían con valor las empresas, desdeñando las habilidades mezquinas que han sido y son norma de conducta para los Maquiavelos puros y rebajados de todas las épocas, cuando quieren subordinar á su interés personal la razón y la justicia.

Un día pensó dar un golpe de mano sobre la fortaleza de Tresso en la Lombardía, y tan audaz como afortunado, la arrebató á la autoridad del célebre Juan Galeas Visconti, creando allí un señorío del momento y un imperio de reducido número de millas. Dice un refrán castellano que *el que á hierro mata á hierro muere*, y este proverbio de aquende los Pirineos se cumplió en aquella ocasión dentro del territorio italiano, muriendo en el momento más inesperado á manos de asesinos el que por sorpresa había triunfado.

A la muerte del caudillo siguió el encarcelamiento de la esposa y el por entonces tierno niño. Salvóles de la dura prisión un motín popular en que se vertió la sangre de los verdugos, y ya en libertad anduvieron madre é hijo errantes, desamparados, buscando mermado el pan que antes habían concedido con esplendidez á sus soldados, queriendo pasar desapercibidos, y logrando obscuros albergues, formándose en la desgracia aquel temple de alma y tal vez dureza de carácter de que luego dió repetidas pruebas el que hoy todavía vive en escultura de bronce, cual si de duro metal se hubiera hecho su corazón.

Cuando Bartolomé pudo empuñar las armas sirvió, al azar, á diferentes dueños, y esgrimió su espada en defensa de las más opuestas causas. Tuviéronle á sueldo la Reina de Nápoles, las bandas de Braccio di Montone y el ejército formado por *Sforza* en contra de los invasores franceses. Parecía ser su perseguidora la sangre, y las escenas dramáticas su elemento, y sirvió luego en Venecia á las órdenes de aquel Carmagnola que, más culpable ó más desgraciado que otros aventureros, tuvo como último premio de sus méritos y campañas el suplicio sufrido entre las columnas de la famosa *piazzeta*.

¿Le hicieron estos ejemplos receloso y cauto? ¿Supo sacar de sus victorias en Cremona, Brescia y Molinella el prestigio bastante para imponer temor á los que envidiasen sus glorias ó desconfiaran de su poder? Debe suponerse en él mayor acierto que en los demás, cuando después de encerrado, por suspicacias de Felipe María Visconti, en obscuro calabozo, pudo salvar su vida hasta la muerte violenta de este príncipe, y sirvió largos

años á la difícil Señoría veneciana, acabando tranquilo los días en su magnífica hacienda de *Malpaga*, enriquecida con el hierro de su espada más que por el arado de los gañanes, y siendo allí el astro de una corte de artistas y escritores encargados de contar á las generaciones sucesivas sus virtudes y conquistas.

Su hija Orsina casó con Jenaro Martinengo, de la familia que ejercía desde largos años autoridad señorial en el *Castillo de Cavernago*, que alza todavía orgulloso sus muros á la mitad del camino de Brescia á Bérgamo y entre los ríos *Serio* y *Oglio*. De esta raza se han sucedido generaciones á generaciones desde el siglo XV hasta nuestros días, en que el último vástago, *Wenceslao de Martinengo Coleoni*, ha proporcionado al abate Bonomi los datos de que antes hemos hablado para publicar una encomiástica historia de la fortaleza-palacio y de los potentados que la han poseído, en la cual dedica muchas páginas á contar las grandes obras guerreras, piadosas, benéficas y hasta artísticas é hidráulicas de Bartolomé Coleoni, que sigue siendo todavía la figura más brillante entre los suyos.

Dentro de Bérgamo nació en 1400 el tantas veces nombrado capitán, y en Bérgamo fué enterrado en un sepulcro con otra estatua ecuestre dorada, fundándose para guardarle una capilla, que se distingue entre las demás por su apellido, donde le acompañan deudos y embellecen obras de arte su memoria. Vivió en los momentos de mayor actividad para las guerras italianas, y acabó su existencia en los años en que ya aparecían signos de cansancio é indicios de decaimiento, bajo brillantes y geniales exterioridades que habían de ocultarlos más de un siglo á las miradas de las gentes.



Excmo. Sr. D. JOAQUÍN GARCIA ICAZBALCETA,
INSIGNE BIBLIÓFILO É HISTORIADOR MEJICANO.
Nació en Méjico; † en la misma ciudad, el 26 de Noviembre de 1894.

¡Cosa extraña! Con luchas de estado á estado, de ciudad á ciudad, entre familias poderosas é individuos influyentes, se habían templado los caracteres, desarrollado el espléndido comercio genovés y veneciano, difundido ideas y creencias, enaltecido las artes y triunfado el genio durante los siglos XIII, XIV y XV. Con oposiciones y combates entre las mismas gentes se iniciaba y crecía la decadencia á fines del XVI y todo el XVII.

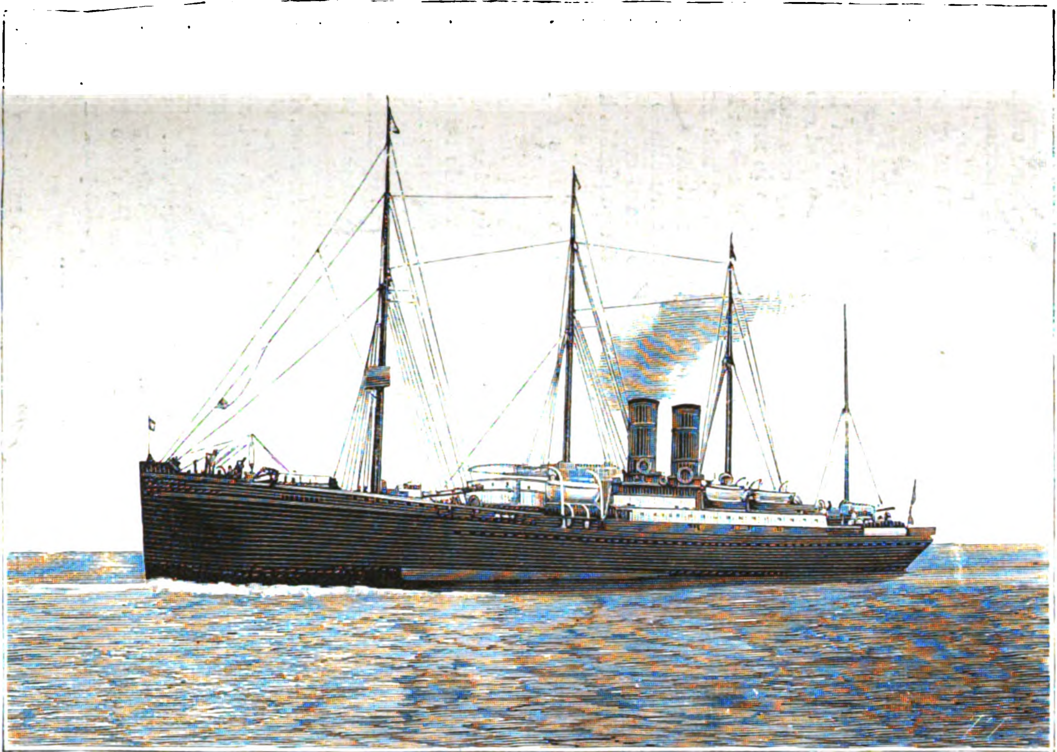
En el terreno de las armas desaparecían los Carmagnola, los Gattamelata y los Coleoni, y les sustituían aquellos otros capitanes cuyos hechos apenas ocupan dos páginas en las minuciosas historias particulares y cuyos pesadotes caballos galopan sobre sus mismos sarcófagos, dentro de las iglesias de San Juan y San Pablo, ó de Santa María Gloriosa de los Frailes, descubriendo las esculturas á la posteridad tanto orgullo en los poco notables personajes, cuanto mal gusto en los autores. Dentro de los dominios del arte es bien conocida la desgraciada evolución en el mismo período.

La estatua ecuestre de Coleoni tiene también su historia, algo comparable en vicisitudes, glorias, contrariedades y puntos obscuros á la del personaje, si se ha de creer lo que contó hace ya largos años *Vasari* y han repetido en parecidos términos, ó con ligeras glosas, otros muchos escritores de asuntos artísticos.

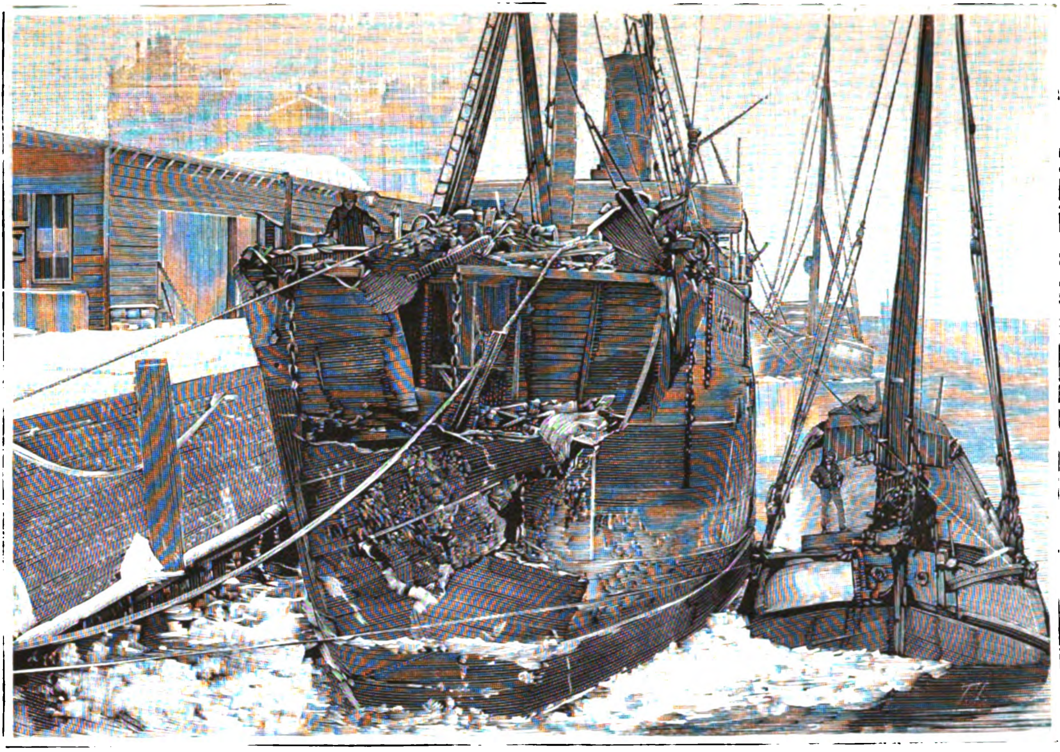
Andrés Verrochio fué el primero que recibió el encargo de cumplir



NUEVA YORK. — EL NUEVO PUENTE SOBRE EL «EAST RIVER», DE 1.700 PIES DE LONGITUD.
(De fotografía.)



EL VAPOR «ELBA» ECHADO Á PIQUE EN EL MAR DEL NORTE POR EL «GRATHIE» EL 30 DEL PASADO.



LA PROA DEL «GRATHIE» DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE.



EL SR. RATSYTOKANA,
ALCALDE DE TAMATAVE (MADAGASCAR).



CHINA.—VISTA GENERAL DEL PUERTO DE SHANGAI.

la voluntad postrera del capitán que no quería en modo alguno fueran olvidados sus hechos y nombre por los que debieran tomarle por ejemplo, ni poner á los sabios en el grave aprieto de andar descifrando un epitafio medio borrado ó algún pergamino mal escrito, para demostrar ante las academias su existencia.

Añade la leyenda que cuando el artista tenía casi modelado el caballo, hubo de saber que la señoría de Venecia proyectaba dividir en dos partes la ejecución de la obra, dejándole la conclusión de lo que ya estaba haciendo y encargando á Vellano de Padua el trabajo del jinete. Dominó entonces la soberbia su ánimo, y movido por esa apasionada, aunque noble altivez del genio, hizo pedazos el modelo medio acabado y huyó á Florencia, su país, para no ser víctima de una de aquellas decisiones, nada suaves, que tomaba de cuando en cuando, contra grandes y pequeños, el Consejo director de la República adriática.

Siguiéronle á la ciudad de su refugio las reclamaciones del contrariado Gobierno, y aun se dice que las amenazas. Contestó *Verrocchio* que tenía sus fundados temores de que hiciera la *Señoría* con él lo que él había ejecutado con su incompleta escultura, y, una vez garantizado el olvido y perdón de su falta, volvió á comenzar una obra que le impidió la muerte concluir.

Una carta dirigida por el malogrado escultor en 1488 á la *Señoría*, que se ha encontrado al mismo tiempo que su testamento, expresa el deseo de que *se encomiende la terminación del trabajo á su discípulo Lorenzo de Credi*; pero no consta que el Gobierno veneciano hiciera caso alguno de esta súplica.

Estaba entonces en los momentos más brillantes de su inspiración *Alejandro Leopardi*, cuya conducta particular contrastaba tanto con su mérito. Del hombre se recuerda una sentencia de destierro contra él dictada por delito de falsedad, y el perdón otorgado *para que pudiera fundir el caballo de Coleoni*, que insertó *Cicogna* en sus *Inscripciones venecianas*. Como artista proclaman su genio, entre cien obras más, los primorosos soportes metálicos de la plaza de San Marcos, destinados á sostener las banderas que enaltecían las conquistas de la República, y el magnífico sepulcro del dux Andrés Vendramino, calificado por muchos del más bello monumento funerario que encierra aquella poética y espléndida ciudad.

Leopardi acabó el caballo, le fundió, no quiso recordar el nombre de su predecesor en el trabajo y puso en cambio el suyo, acompañado de las letras V. F., que unos han traducido *Venetus fecit*, y otros *Venetus fundit*, y dirigió luego la traza y construcción del pedestal, ¡tan bello y tan sencillo! ¿Salió también de sus manos el jinete? ¿Le había modelado ya Verrocchio? ¿Se encargó al fin á un tercer escultor de la parte más importante de la estatua? Nada se puede contestar con seguridad á las preguntas anteriores, y esta es la hora en que no se sabe quién hizo el bulto de Coleoni.

He aquí un olvido de la historia y una confusión lastimosa que no pudo prever el famoso general veneciano cuando acudía á los artistas y á los biógrafos con el noble deseo de que todo lo referente á su vida quedase muy en claro.

Enrique Serrano Fatigati.

TIPOS MADRILEÑOS.

EL MARIDO DE LA VIUDA DE CIGARRÓN.

Pero, Serapio, amigo mío, ¿dónde te metes? ¿qué es de tu vida, que no te veo en ninguna parte? Lo menos hace ocho años que no nos vemos.

—Es verdad, no voy á ninguna parte..... Me he cortado la cabeza.

—¿Qué dices?.....

—Lo que oyes.

Creí que mi amigo estaba un poco tocado.

—Cuéntame, hombre, lo que te pasa. Supongo que tendrás confianza en mí, que no habrás olvidado nuestra antigua amistad. Entremos en Fornos, ya que estamos á la puerta, y tomando un vaso de cerveza, ó lo que quieras, me contarás.

Entramos, y Serapio, suspirando y sentándose en el diván, exclamó:

—¡Soy muy desgraciado! Ya te digo que me he cortado la cabeza.

—Pero ¿cómo ha sido eso?.....

—Hijo, ya sabes que enviudé.

—Sí, fuí al entierro de tu pobre mujer.

—Sí, ¡pobrecilla! no era muy guapa; pero me quería mucho, y no me dió ningún disgusto en los ocho años que estuvimos casados.

—Vamos á ver, ¿por qué dices que te has cortado la cabeza?

—Te lo explicaré. ¿Te acuerdas de Isidora?.....

—¡Ya lo creo! la gallarda Isidora, la más bizarra de las tres hermanas más conocidas en Madrid en los tiempos de la República. No he olvidado la mala partida que le hiciste. Cuando todo estaba dispuesto para tu casamiento con ella, hechas todas las diligencias, corridas las amonestaciones, reunidos padrinos, testigos, parientes y amigos para ir á la iglesia.....

—Sí, tuve miedo. Era Isidora una mujer demasiado mujer, tan grande, tan fuerte, tan enérgica, tan vehemente, que tuve miedo..... ¿Y sus dos hermanas?..... Ya te acuerdas. ¡Qué habladoras! ¡qué curiosas! ¡qué chismosas! ¡qué maldicientes! y ¡qué feotonas!.....

—En efecto, estaban adornadas de todas esas cualidades. La Naturaleza caprichosa concedió solamente á Isidora los encantos que hubiera sido más equitativo repartir entre las tres. Así, la favorecida disfrutaba de un exceso de gracias, y las otras tenían todos los defectos más apropiados para hacerlas enfadosas y antipáticas.

—Por eso, amigo mío, por eso tuve miedo á Isidora y á las dos hermanas.

—Isidora no te perdonó que la dejases con la ropa hecha, bien que pronto pudo utilizarla. Varias veces la vi con sus hermanas, y como suponían que yo fuí tu cómplice, dejaron de saludarme; pero sus ojos me disparaban rayos de ira y de odio. Luego supe que se casó con un empleado en la Vicaría.

—Sí, se enamoró de ella aquel sujeto, precisamente el día que fuimos á firmar en el expediente de nuestro proyectado casamiento..... En el modo de mirarla conocí que el hombre estaba impresionadísimo admirando tan singular hermosura. No puedes figurarte lo que siento ahora la muerte de aquel hombre, que en cuanto supo que yo me había llamado *andana* se apresuró á reparar mi falta generosamente. Sólo en una oficina como la Vicaría se adquieren estos sentimientos de abnegación y de amor al prójimo..... y á la prójima. Todos los días me acuerdo de aquel individuo, y me acordaría, aunque no quisiera, porque has de saber que tengo en casa tres personas, al parecer, que me lo recuerdan constantemente.

—¡Hombre! explícame eso.

—Pues es muy sencilla la explicación. La viuda de aquel benemérito dependiente de la Vicaría es, hace cinco meses, mi mujer.

—¡Ave María Purísima! ¿Te has casado con Isidora? ¿Con la misma de quien huiste hace veintiún años?

—Sí, hijo mío, con la misma Isidora. ¿Qué quieres? El hombre es débil. La vi una tarde, hace cosa de medio año, cuando aun, á pesar del tiempo transcurrido, estaba yo afligidísimo por la muerte de mi mujer.....

—Y no sabías lo que te hacías.....

—Eso es. La vi en la Carrera de San Jerónimo, delante del escaparate de Lhardy, contemplando una soberbia cabeza de jabalí primorosamente adornada, y al pronto no la conocí; pero me impresionó por su buen aire, sus anchos hombros, su talle esbelto, y la gallardía y elegancia de su figura toda..... Acerquéme al escaparate, y exclamé: «¡Benditas sean las buenas mozas en el mundo!» Volvió ella un poquito la cara, nada más que un poquito, lo suficiente para verme y reconocerme, y exclamar, poniéndose como la grana: «Caballero..... ¡Jesús!..... ¡Serapio!» Y tuve que abrir los brazos, gracias que era verano y no llevaba capa, porque Isidora sufrió un desvanecimiento, y hubiera caído en el santo suelo de no haberla sostenido yo. El amigo Agustín, que estaba en la puerta, me ayudó, y entre los dos.....

—La llevaríais adentro..... y le aplicaríais á la nariz un frasquito de éter.....

—No hubo necesidad. Volvió en sí en cuanto la sentamos en una silla delante del mostrador.....

—Vamos, la hizo volver de su desmayo aquel tibio ambiente saturado de pavo en galantina, de jamón dulce, de lengua trufada, de pastelitos á la *vainille*, de capones de Bayona y *foie-gras* de Perigord.

—La hice tomar una copita de Jerez, y cobró ánimo para ir hasta un coche de punto que estaba precisamente delante de la puerta..... Amigo mío, no puedes figurarte cuánto me interesó Isidora en aquellos momentos. ¡Con qué profunda amargura me recriminó por mi inicuo proceder, y con qué sincero arrepentimiento la pedí perdón. Vivía muy lejos, al final de la calle del Pacífico, cerca del puente de Vallecas, y tuvimos largo espacio para evocar la historia de nuestros amores y de mi escapatoria, y su boda con el de la Vicaría, y la mía con mi difunta, que esté en gloria; y no te digo más sino que al llegar á la puerta de su casa el carruaje ya éramos amigos..... más que amigos, ya éramos novios como hace veintiún años.....

—¡Ah! ¡desgraciado!

—Sí, amigo mío, ¿qué quieres?..... Ya te he dicho que el hombre es débil, y más débil cuando por el mucho camino andado en la vida parece que debiera de ser más fuerte. El día siguiente al de nuestro encuentro volví al Pacífico; allí estaba Isidora al balcón, no sé si esperándome ó entretenida en oir la música del regimiento de Zaragoza, que ensayaba en el cuartel próximo. Me invitó á subir. Las hermanas—¿lo querrás creer?—con la edad habían mejorado de aspecto, y me pareció que también de condición. Me recibieron afectuosamente; una me llamó *pícaro*, y la otra, apretándome la mano, me dijo en tono algo bíblico: «De los arrepentidos es el reino de los cielos.» Yo, te lo confieso, aunque me consideres el más infeliz de los mortales, me sentí rejuvenecido, como si no hubieran pasado veintiún años..... Y cuando aquel día me despedí de Isidora, acordándome de Fray Luis de León, le dije: «Decíamos ayer, Isidora, que habíamos nacido para amarnos..... y para ser felices.» Suspiró Isidora, sonrieron sus hermanas, y.....

—Y te cortaste la cabeza.

—Sí, hijo, me casé con Isidora, con lo que ha quedado tranquila mi conciencia, habiendo reparado la falta que cometí cuando la dejé con la ropa hecha.

—No te doy la enhorabuena; pero si estás tranquilo como dices, ¿de qué te quejas?.....

—Sí, estoy tranquilo por haber reparado mi falta; pero esta tranquilidad de conciencia me cuesta sumamente cara, porque soy muy desgraciado y vivo arrastradamente. Desde el día en que hice mi mujer á Isidora, en mi casa no se habla de otra cosa que de lo pasado, de mis locuras, de mis desafueros, de mis engaños, de mis calaveradas, de mi poca aprensión y de aquella fuga con que comprometí el honor y la vida de una doncella y la tranquilidad de una familia. Isidora se ha casado conmigo por venganza, y en esta venganza la ayudan sus dos hermanas. De todos los males que les aquejan yo tengo la culpa. Isidora, que hace veintiún años tenía espléndida cabellera, ha perdido una buena porción de este adorno de su persona..... ¿Sabes por qué?..... Porque mi mala acción le produjo una enfermedad nerviosa, y uno de los efectos de esta dolencia ha sido que se le caiga el pelo. Yo lo atribuyo á que se lo ha teñido, pero ella jura y perjura que yo soy el culpable. La misma enfermedad le ha privado de la dentadura, y la tiene postiza, naturalmente, por culpa mía. Desde entonces también padece frecuentes desvanecimientos, y otras veces accesos de cólera, con lo que le dan ganas de llorar ó de morder, y no hay que contrariarla, porque se pone fuera de sí. El histerismo se ha apoderado de ella por mi culpa. El hijo que tuvo, sietemesino, dicen que nació enclenque y algo contrahecho, con un hombro más alto que otro, el cuello torcido y el ojo derecho más grande que el izquierdo, y con dos orejas que parecían dos aventadores, y se le murió á los cuatro años. Pues estas imperfecciones en la criatura las atribuyeron las hermanas, mis cuñadas hoy, á que la triste Isidora se hallaba desde que le jugué aquella mala partida en un estado deprimente y anómalo, y sufriendo una alteración completa en su organismo, pues aunque había hallado un hombre superior con quien casarse, se casó por despecho, y no pudo reponerse jamás del daño que yo la había causado. La muerte del chico también me la cargan en cuenta. Todos los días en mi casa se recuerda con los más minuciosos detalles la impresión que produjo la noticia de mi desaparición el día en que íbamos á casarnos Isidora y yo hace veintiún años. Isidora con su vestido blanco de paño de Lyón y su ramo de azahar y su velo de encaje; sus hermanas con sus vestidos nuevos de raso, de larga cola; el padrino, tío de las tres, coronel retirado de carabineros, vestido de uniforme con todas sus cruces y veneras; la madrina, una señora catalana amiga del coronel, llevando encima un dineral en joyas y estrenando un vestido de terciopelo que valía un caudal..... Los testigos, los amigos y las amigas..... todos esperando al novio..... Y dieron las ocho, y las nueve, y las diez, y las once, y á las doce llegó el cartero con mi carta en que pedía perdón y me despedía para el extranjero.....

—Me figuro la escena.

—Isidora sufrió un accidente nervioso que le repitió quince ó veinte veces en el día..... Hubo que meterla á puñados en la cama. Las hermanas perdían el juicio. El coronel retirado, paseándose con el sable arrastrando, juraba que cortaría las orejas al fugitivo. La catalana se desataba en imprecaciones contra los hombres, sin exceptuar al coronel, y solamente el empleado en la Vicaría, que era



¡FATIGADA!

CUADRO DE F. MASRIERA.

trabajo que me ha costado la reunión, copia, confrontación, anotación é impresión de tantas piezas, ejecutado por mí solo, sin ayuda siquiera de un escribiente: aun la parte mayor de la composición es obra de mis manos.»

«Parece haberme tocado en suerte (decía en otro tomo) ser editor de los escritos de Fray Jerónimo de Mendieta. Había yo recibido aviso de que existía un manuscrito de la obra capital, su *Historia eclesiástica indiana*, de que tanto se había hablado y que ningún moderno había visto, por lo cual se consideraba perdida. Aquellos terribles tiempos (1862) en que nuestra tierra ardía de un extremo al otro, y yo sufría el incomportable peso de gravísimos pesares domésticos, no eran nada á propósito para pensar en tareas literarias. Sin embargo, era tal la importancia de la obra, que pedía un esfuerzo para salvarla de una pérdida acaso definitiva; y gracias á la benévola y activa intervención de mi inolvidable amigo Andrade, que por indicación mía adquirió á su costa en Madrid el manuscrito y le puso liberalmente en mis manos, pude dar (en 1870) la edición príncipe.»

Dióla, en efecto, precedida de *Noticias del autor y de la obra*, y acompañada de comparación con la *Monarquía indiana* de Fray Juan de Torquemada, probando que este último se aprovechó del trabajo obscurecido del primero.

En los días de profundo dolor á que el rebuscador hace alusión arriba, cambiado el curso de las ideas, escribió un devocionario titulado *El Alma en el templo*, de gran aceptación, juzgando por las ediciones que con provecho de los pobres se han sucedido, pues al alivio de necesidades dedicó los productos (1); después, ampliando por medicación al espíritu atribulado mayor trabajo del usual, multiplicó los escritos y las publicaciones, dando contingente valioso á las *Memorias de la Academia Mexicana*, al *Boletín de la Sociedad Geográfica*, á los periódicos literarios, sin perjuicio de seguir exhumando del panteón del olvido, por empeño preferente, trabajos ajenos engarzados en el de su erudición, que les presta realce, conocedor cual era, como nadie, de la historia y de la literatura colonial.

Dejó para el final de la carrera las obras de mayor aliento: una, que apareció en 1881, rezando la portada: *Don Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México. Estudio biográfico y bibliográfico*, es, en realidad, historia magistral de la primera época de la dominación, en que se dibujaban las competencias, las rivalidades, el modo de ser de la sociedad que allí iba formando asiento, destruyendo con crítica irrebatible las falsedades inventadas, andando el tiempo, por la malignidad, con la idea de envenenar memorias y de manchar reputaciones. Dos puntos encierran superior interés sobre el que tienen todos los tratados: el relativo á la cuestión ardua de repartimientos y encomiendas, y el de la supuesta destrucción inquisitorial de códices y pinturas representativas de la cultura de los indios. El juicio que mereció el estudio fué unánime en Europa; en la capital americana en que se realizó túvolo un crítico por «precioso ornamento de la literatura castellana; tributo de extrema gratitud á los insignes fundadores de la sociedad en Méjico; de los que le dieron fe, civilización y ventura».

En concepto distinto se recibió con pláceme mayor, si cabe, la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*; la labor paciente de tantos años; el jugo de la vida: un monumento. El Sr. Menéndez y Pelayo estima que, «en su línea, es obra de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna», habiendo consignado la opinión sin propósito de emitir juicio sobre las de García Icazbalceta, al formar la Antología de poetas hispano-americanos (2); pero era natural que, enalteciendo á los que lo merecen, recordara al traductor de los Diálogos latinos de Francisco Cervantes Salazar, teniendo delante «uno de los trabajos más interesantes y amenos del sabio y profundo historiógrafo mexicano»; que citara los Coloquios y poesías sagradas del P. Fernán González Eslava, así como la disertación acerca de aquel género de espectáculos populares, y no hiciera caso omiso del prólogo á la reimpresión de *El Peregrino Indiano*, ni de los fragmentos de la composición debida á Francisco de Terrazas, *Nuevo Mundo y Conquista*, descubiertos juntamente con decires de otros poetas del siglo XVI, por el que nuestro académico competente califica de «gran maestro de toda la erudición mexicana».

No es mucho que á un admirador cercano (3) ocurriera decir en conjunto de los libros de Icazbalceta: «¡Cuánto merecen celebrarse las bellezas de todo género que los adornan! Cada escrito es un venero riquísimo é inagotable de noticias curiosas, de datos interesantes, de oportunos conceptos; en cada una de sus frases, ¡cuánto hay que aplaudir y celebrar! ¡Qué claridad, qué método, qué sobriedad de inútiles adornos! La dicción es selecta y verdaderamente clásica, tersa y limpia, sin ahuecamiento: el estilo es natural y fácil, sencillo y elegante, sembrado de todos los primores del idioma castellano, y en sus palabras se revela el consumado hablista, el literato entendido, el conocedor profundo de los secretos del lenguaje. Y luego, ¡qué vasta erudición tan bien empleada y tan oportunamente traída; qué asiento en los juicios; qué concienzudo criterio; qué sagacidad y discreción; qué galanura y gallardía en el decir! Las obras de nuestro autor deleitan y admiran al mismo tiempo á cuantos recorren sus páginas. Todos los escritos revelan el conocimiento excepcional de la historia y de la literatura, y pasman, verdaderamente, la facilidad, exactitud y madurez con que diserta sobre cualquier punto relativo á ambas materias. Tiempos, autores y libros; episodios, incidentes y contradicciones; fechas, fundaciones y personajes, todo le es familiar, todo lo sabe y conoce como si se tratara de cosas de nuestros días, ó mejor, tal vez, que tratándose de sucesos contemporáneos.»

Estas opiniones no eran, ni mucho menos, las sustentadas en las cartas del autor. Al saber que la Academia de la Historia, de que era antiguo correspondiente, le había elegido miembro honorario en significación del aprecio de su biografía de Zumárraga, escribía: «Estoy asombrado de ver el favor con que ha sido acogido mi estudio: no me lo esperaba ciertamente, pues no se me ocultan los defectos: así es que sólo veo en ello un efecto de la bondad é indulgencia propia de los hombres de saber, que conocen por experiencia la dificultad de tales trabajos..... El hallazgo de nuevos documentos, como lo dije en el prólogo, inutilizará pronto mi libro: pero me doy por muy contento, porque mi principal objeto fué llamar la atención hacia el asunto y provocar otros trabajos. Aquí hay gran escasez de documentos antiguos, y siempre creí que no podría tener todos los necesarios.....

»Pronto comenzaré *(volente Deo)* la impresión de una «Bibliografía Mexicana» ó Catálogo y noticia de las ediciones mexicanas del siglo XVI que he visto (unas ciento), con descripciones de los libros, biografías, disertaciones, etc., y de fotolitografías de portadas ó páginas notables. Tengo el sentimiento de que, habiendo pedido á esa, tiempo há y varias veces, á personas que pudieran bien dármelas, noticias de sumo interés para mí, no me han contestado. Es sensible trabajar sabiendo que existen documentos necesarios y tener que pasarse sin ellos, exponiéndose á perder el tiempo en conjeturas y disertaciones para caer en errores que con tres líneas de un documento pudieran excusarse..... Trabajo en ello por acabar lo que ya empecé, y me entristece pensar que después de tanto trabajo resultara una cosa imperfectísima. Si logro verle el fin, allí fué también el mío. En Agosto próximo (de 1885) cumpliré los sesenta, que es buen pico, y no hay que pensar ya en escribir, sino en preparar el viaje grande.....»

Mas habiendo cumplido esa edad, é *ainda*, sin darse cuenta de la contradicción, dichosamente, volvía á decir con la mayor naturalidad:

«Para no perder el tiempo, he impreso un volumen de «Cartas de Religiosos», que será el primero de una «Nueva Colección de Documentos» que me propongo publicar en tomos pequeños para que, si me coge la última hora, lo ya publicado sirva y sólo quede incompleto un volumen. Tengo materiales como para diez, pero no espero llegar á ellos.

»Allá va el tomito de Documentos con un *tomazo* de indigesta Bibliografía. Se acabó. No es propósito al aire el de colgar la péñola, sino resolución meditada. Ha llegado ya la hora de retirarme, y si me obstinara en traspasar los límites señalados por la naturaleza y la razón, merecería una buena silba, de que hasta ahora he escapado por milagro. En todo caso, aunque me empeñara en seguir escribiendo, no podría. Ni el espíritu ni el cuerpo me ayudan. Hablando sinceramente, no creo haber hecho nada que valga la pena. Si me metí á escritor, fué en parte por darme gusto, y en parte por ver que aquí nadie quería trabajar en ese terreno. Escribí el triste *Zumárraga* porque no hubo quien quisiera aprovechar los materiales que anduve ofreciendo; y la *Bibliografía*, que es una compilación laboriosa, y nada más, por no perder las estampas. La benevolencia de los buenos amigos es lo que me ha sostenido; pero nunca debió aspirar á ser escritor quien carece por completo de estudios literarios. Los «aficionados» son una plaga en todas materias. Me he convencido además, aunque tarde, de que para escribir algo de historia de América es preciso estar en España, donde hay tesoros inagotables, del todo desconocidos para nosotros. Aquí no podemos hacer sino *papasales* sin sustancia. Bastante papel he ensuciado ya. Si algo publico todavía para entretener algunas horas sobrantes (que lo dudo), será ajeno, que en todo caso valdrá más que lo mío.»

Publicar cosas ajenas por el Sr. Icazbalceta equivalía (aquí tenemos alguien que en el particular mucho se le parece), equivalía, digo, al aderezo del plato proverbial en que por la salsa se perdonan los caracoles. Y de este modo siguió dando á luz varias «por no estar ocioso», según la explicación; venciendo los impulsos contrarios que ya sentía, con decir: «Deseo prestar algún servicio á mi país trayéndole aunque sea una mínima parte de las riquezas que hay fuera, ya que no puedo ni tengo vida para más.»

En los últimos años señala cada una de las cartas la lucha perturbadora de su espíritu: «Hace tiempo que sin causa aparente he caído en un abatimiento moral de que no puedo salir y que no me permite escribir nada..... No mejoro de ánimo; tengo frecuentes recaídas: trabajo sólo para terminar lo empezado. Por fortuna (á Dios mil gracias) tengo salud perfecta, y en mi vida he padecido enfermedad que me haya obligado á guardar cama.»

Las nieblas del alma sentía espesar con las heridas en el afecto entrañable de la familia, al perder una tras otra las personas que la constituían. «No me quedan fuerzas para nada—dejaba escribir á la pluma en una de las ocasiones dolorosas.—Han pasado ya tres meses, y apenas comienzo á levantarme, pero no me recobro. Ha sido para mí un golpe verdaderamente cruel, que me ha hecho abandonar toda ocupación. Pero es preciso ir volviendo á las realidades de la vida: hablemos un poco de esas queridas letras que son el refugio (después de la religión) en las adversidades.....»

Durante los meses de Enero y Febrero, pasados en el campo en compañía de hijos y nietos, cobraba alientos. Nunca abría con más gusto que allí la caja mensual enviada por el librero de Madrid D. Gabriel Sánchez y los paquetes de copias, compulsas y notas de los amigos. Poseía en el Estado de Morelo una hacienda nombrada *Santa Clara*, que así pintaba complacido: «Bajo un cielo azul obscuro, limpio hasta de la más pequeña nube, en un extenso valle terminado por lejanos cerros, entre los cuales se levanta el colosal Popocatepetl con sus nieves eternas, la bellísima perspectiva, el sol radiante, el cielo incomparable, el clima del paraíso, los cañaverales, los plátanos, las palmas me hacen más tristes las quejas contra esos detestables climas (de Londres y París), enemigos mentales que amargan y borran los goces y las grandezas de esas famosas ciudades. Yo no puedo vivir sin sol: un día nublado me abate; el frío me entristece, y con no ser el de México intenso, me echa de allí á refugiarme en estas tierras que llaman calientes y no lo son. Esta hacienda, á unos 1.200 metros sobre el mar, es el último límite de la caña dulce, y se da muy bien. Raro es que el termómetro llegue á 30° centígrados en el peso de la tarde, en los meses de calor..... El «dulce jugo» alimenta á mi familia hace más de siglo y medio, por lo cual hay que verle con respeto y atención..... es mi *modus vivendi*..... y el que da para calaveradas literarias como la de la *Bibliografía del siglo XVI*.»

Llegaron también á fatigarle las excursiones *hiberniegas*, aunque reconociera el beneficioso sacudimiento anual que le producían. «No me gusta ya moverme de mi casa.....» declaraba; mas sin tardar mucho, á vuelta de protestas repetidas de haber abandonado de una vez el estudio, de no sentirse con aptitud para nada, de haber cobrado aversión al papel, incurriendo en alguna de sus contradicciones adorables, enviaba un tomo nuevo de Documentos, algún opúsculo inesperado, ó meditación de tanto precio como el plan para escribir la historia de México, que nuestra Academia de la Historia publicó, por modelo, en su *Boletín* (1), sin que él lo supiera.

Engañándose, sin convencer á los demás, expresaba: «Mato ahora el tiempo en ordenar materiales para un vocabulario hispano-mexicano: es trabajo que puede llamarse mecánico, y como primer ensayo resultará imperfectísimo; pero por algo se ha de empezar. México carece de una obra de esta clase, que ya tienen casi todas las naciones hermanas. He empezado á imprimir las letras A-D, unos mil quinientos artículos que están concluídos. Casi todos llevan una ó más autoridades, y

(1) La séptima edición corría en 1878.
(2) Tomo I. Madrid, 1893.
(3) El repetidamente citado Sr. Agüeros.

(1) Tomo XXV, págs. 5-39.

cuando es posible me refiero á los vocabularios americanos de la especie; es decir, cuando encuentro en ellos palabras nuestras, porque la existencia de ellas, simultáneamente, en lugares tan apartados, induce á creer que vienen de un tronco común. Si puedo, seguiré con las demás letras, que lo dudo. Pocas esperanzas tengo de llegar al fin del alfabeto.»

Esta vez acertó, por desdicha; pero cuatro horas antes de morir, el 26 de Noviembre, recibió pruebas de la imprenta alcanzando á la letra F.

Solía juzgar á los demás con más benevolencia que á sí mismo: siempre veía algo que elogiar en el trabajo de otros; siempre hallaba términos de consideración para los otros. Copio todavía de sus cartas, por curiosidad, algunas frases que afectan á nuestros allegados:

«Mala nueva es la del fallecimiento del Sr. Rosell; no se llevará ya á cabo el pensamiento de publicar la *Historia* del P. Sahagún, y nos hace mucha falta una buena edición de esa grande obra, pues las dos que hay corren parejas en lo malo. La empresa es grave; imposible aquí.

»Me sorprendió desagradablemente la noticia de la muerte del Sr. D. Vicente de la Fuente: aunque nunca tuve la honra de que me conociese, yo sí le conocía por sus obras y fama. Es pérdida muy sensible. He visto que era un buen socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Yo también lo soy (aunque no bueno) hace treinta y cinco años, y ahora, por negras culpas, presido el Consejo superior de esta República.

»Me agrada sobremanera la resolución del señor Fabié: el buen Obispo de México está pidiendo un monumento, y tengo barruntos de que la noticia producirá también aquí algo, aunque pobre, en ese sentido.

»El Sr. Menéndez y Pelayo ha estado injusto conmigo en su admirable introducción á la «Antología». Y digo así, porque la justicia consiste en dar á cada uno lo que es suyo, y tanto puede pecarse por defecto como por exceso. El Sr. Menéndez ha pecado por exceso, dándome muchísimo más de lo qne me pertenecía, y por ello le estoy muy reconocido, aunque me ha avergonzado.

»Al Sr. Jiménez de la Espada debo noticias abundantes curiosísimas..... Con ellas podré sacar adelante al *Zurita*; en cambio, nada he podido informarle de la estancia del P. Cobo por acá, y tengo la pena de no decirle cosa que él no sepa; pero ¡quién ha de pretender saber más que el Sr. Espada!

»El discurso del Sr. Vidart me ha complacido mucho, porque coincide con mis ideas, si bien él sabe expresarlas y yo no. Tengo igual concepto de la historia, y creo que aunque no consiste en la relación seca de los sucesos, es preciso estudiar muy bien éstos por medio de monografías.

»Bueno y muy bueno (pensaba desde un principio) es ir purgando de fábulas nuestra historia, pues desgraciadamente hay bastantes..... es muy debido que la verdad triunfe, aunque se pierdan ilusiones; pero eso no quita que duela perderlas..... la crítica moderna es inexorable; restablece á menudo lo justo, mas nos hace ver con desconfianza todo lo que parece grande, temiendo que el día menos pensado venga al suelo.»

Ciertísimo; él mismo desilusionó á sus conciudadanos en ocasión en que proyectaban conmemorar proezas realizadas en la «Noche triste», al desaparecer la cortadura y puente que tenían el nombre del caudillo de la retaguardia. «Me encargaron la inscripción (contaba), y propuse ésta: AQUÍ NO SALTÓ ALVARADO, añadiendo que la piedra podría colocarse en cualquier punto, pues en todos diría la verdad.»

Pienso que estas pocas líneas de autobiografía reservada dicen, en elogio de D. Joaquín García Icazbalceta, mucho más que los conceptos rebuscados con que la admiración y el cariño pretendieran repetir lo notorio; que alejado de la política, sin ejercer cargo alguno de gobierno ni de administración pública, se deslizó su existencia tranquila, exenta de ambiciones, dichosa, distribuyendo los afectos del alma, en lo terrenal, entre la familia, la naturaleza y la literatura, con reserva de la liberalidad para los necesitados, y del agrado y de la tolerancia para todos.

Sus compatriotas le honraron en vida con las distinciones que más podían satisfacerle: fué muchos años secretario perpetuo, y director después de la Academia, por elección unánime: el Gobierno español acordó justísimamente á sus méritos la gran cruz de la orden americana de Isabel la Católica.

¿Quién no entenderá que el duelo de los mejicanos por su pérdida alcanza á cuantos hablan nuestra lengua?

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

LOS TEATROS.

Shakespeare en la COMEDIA: *La fierecilla domada*.—Echegaray en el ESPAÑOL: *Mancha que limpia*.



CUANDO el gran Novelli nos deleitó con su extenso y variado repertorio, durante la pasada primavera, fué *La Bisbetica domata* la obra que más fijó la atención de nuestro público, y acaso la que más contribuyó á que los tenaces retraídos acudiesen, al fin, una noche y otra á maravillarse ante las múltiples aptitudes escénicas del artista italiano.

La obra del gran dramaturgo inglés es una genialidad—honda, como suya—de tonos fuertes y ásperos, extremadamente cómicos, pero de cuyo fondo se exhala no sé qué suave y delicado perfume, que en el final convida al alma á penetrar dulcemente en la intención moral de aquella especie de regocijado y bien urdido cuento escénico.

Si se pudiera prescindir de ese fondo y de esa intención, bastarían los salientes rasgos cómicos del protagonista para que encontráramos la filiación de la interesante humorada de Shakespeare en aquellas comedias *de figurón* de nuestros clásicos que, como *Don Lucas del Cigarral* y *Don Gil de las calzas verdes*, cumplieron, y cumplen todavía, su fin exclusivo de divertir grandemente á los espectadores.

No nos acordemos ahora de Novelli más que para consignar que la traducción italiana que él mismo hizo de la famosa comedia está casi calcada, como la española, en la traducción francesa que Delair había hecho para el gran actor Coquelin, que la representó en París á maravilla, según opinión de autorizados críticos. Las ligeras modificaciones que Novelli introdujo en ciertas escenas, en el final de algún acto sobre todo, no tuvieron más objeto que el de ayudar á la hermosa labor del artista con detalles que habían de dar más vida y relieve á su interesante figura de Petruchio.

Nuestro aplaudido autor cómico Manuel Matoses ha hecho con su traducción un trabajo estimabilísimo, en limpio y correcto castellano, y con toda la gracia y viveza de intención que el propósito del autor inglés requería, para que al mismo tiempo el estudio de nuestros actores no quedase obscurecido por el reciente recuerdo del gracioso cuadro que formaron los artistas italianos.

El éxito de *La fierecilla domada* fué completo, y más meritorio en la noche de la primera representación, por lo mismo que á ella asistió esa parte más ilustrada de nuestro público que llevaba dentro de sí la obra de la temporada primaveral, y que acudía tan prevenida como curiosa y—¿por qué no decirlo?—desconfiada de llegar á ver en aquel escenario ni el más débil reflejo de las hermosuras que en él había visto.

Con apremio para el estudio del actor, y con precipitación, poco frecuente allí, en los ensayos, parecía como que la dirección artística de la Comedia se agarraba á las graciosas rebeldías de la *Fierecilla* como á una de las obras que llaman *de remedión* en la jerga corriente de bastidores.

⁂

Aunque con tan poco favorables circunstancias, si el concienzudo trabajo de Matoses no fuera desde luego plausible, bastaría para su mayor aprecio el haber dado ocasión á uno de los triunfos más legítimos que en el teatro de la Comedia han conseguido artistas tan estudiosos como Thuillier y Carmen Cobeña.

El simpático galán, enamorado de su arte, se veía metido en uno de esos grandes empeños en que sólo puede vencer el artista con el estudio, con el talento y con ese legítimo amor propio que estimula á llegar á la victoria, afrontando los peligros sin que los prejuicios acobarden. Estos acometían á nuestro animoso actor hasta en las bromas de sus mejores amigos, que le llamaban Ermete en són de cómica amenaza.

Y llegó la noche del estreno de *La fierecilla domada*, y el domador no fué Ermete; pero fué Emilio Thuillier, haciendo un Petruchio exclusivamente *suyo*, sin imitación de ningún modelo, sin maneras ni retoques de arte extraño. Conteniendo cuanto pudo los rasgos fingidamente grotescos del personaje en los límites de lo puramente cómico, sirvió hábilmente con el gesto y con la dicción á los efectos de aquellas bruscas transiciones en que, ya el asomo del afecto dulce, ya el arranque enérgico y duro de la voluntad varonil, han de ejercer fuerza de sugestión en el ánimo de aquella mujer que parece verdaderamente fiera indomable.

La fiera que Carmen Cobeña representó acusaba un estudio hecho en condiciones parecidas á las de su digno compañero, y desde su aparición ruidosa ante Bautista, el alarmado padre, vió ya el público que la verdad, bien sentida por la actriz, era el camino de ésta para llegar al convencimiento.

Y convenció en sus arranques fieros y en sus resistencias al influjo dominador del marido, que tan bizarra y arrogantemente se le imponía, y convenció aún más en lo más difícil de su labor escénica; en aquella admirable y bien graduada transición de afectos, que poco á poco transforma á Catalina y la lleva á la sumisión más dulce desde la rebeldía más desenfrenada.

Los dos jóvenes artistas se completaron en su trabajo peligroso, como asistidos de un mutuo interés y del mismo poderoso estímulo, y, á fuerza de arte, despojaron al público de prevenciones y lograron de él una ovación merecidísima.

Los demás actores que les acompañaban, puede decirse que como coristas, poco tenían que hacer en la formación del cuadro, y sólo Balaguer pudo distinguirse en su bien entendido papel de Grumio, algo así como el criado y confidente *gracioso* del galán de nuestro antiguo teatro.

La fierecilla domada trae obligados los plácemes al escritor y á los artistas que en los escenarios españoles han venido á dar carta de naturaleza á tan hermosa hija del más portentoso ingenio de Inglaterra.

Si, por llegar el último á hablar de *Mancha que limpia*, tuviera yo el capricho de tomar de aquí y de allí las muchas cosas, juiciosas ó sin juicio, que imparciales, severos, benévolos y entusiastas han dicho del último drama de Echegaray, aquí verían ustedes el pandemonium más gracioso y á la vez más increíble que pueda ofrecer en estos tiempos la crítica dramática.

Lo más feo que puede ofrecer una obra de arte es la mentira. Y que esta es *mancha* que se corre mucho en el drama glorificado ahora, es opinión no menos justa que generalizada. Pues bien: un admirador de Echegaray—que, á pesar de todo su celo, no lo será más que yo—llega á decir en letras de molde que «sólo en la mentira y por la mentira podía haber drama». Y ¿por qué? ¿Porque Echegaray vió antes que nosotros las falsedades, y no quiso evitarlas?

Ahí verá D. José cómo—á pesar de sus teorías—le sale un admirador presentándole como padre que, con premeditación y alevosía, nos ofrece un hijo *feo* de tan hermoso y soberano entendimiento.

Es, en verdad, curiosísimo ver á un matemático sublime, que con su glorioso nombre ha penetrado triunfante en la sabia Alemania, buscando la apetecida verdad entre números, letras y líneas, y que luego, en el terreno del arte, se olvida de las devociones de la ciencia, huye de la verdad, fórjase un punto en los espacios de su fantasía, y para llegar á él, en vez del camino que le ofrece la línea recta—que también en el arte hay líneas—se complace en buscar el camino tortuoso y lleno de peligros con que le seducen las espantables curvas de la mentira.

Todavía los leemos. Matemáticos nuestros de menos ciencia y autoridad que Echegaray—pero avezados como él á la tiranía del cálculo—cuando han sido poetas, se han encerrado en el terreno más estrecho y frío del arte, y han sido clásicos. Pero la naturaleza poética de este hombre verdaderamente extraordinario se divorcia del sabio reflexivo, porque necesita espaciarse y respirar en las esferas más libres del romanticismo, y así resulta á veces romántico hasta cuando el empeño de un capricho lleva su pluma á la sencilla comedia.

Pero estas observaciones merecerían ampliación larga, con otras muchas, en un estudio detenido, digno de tan grande ingenio. A tanto no alcanzan mis facultades, ni tanto exige mi misión en estas columnas, ni el espacio que se ofrece á estas crónicas me permite tampoco traer al juicio de *Mancha que limpia* consideraciones críticas del autor mismo, leídas por él muchas de ellas en la solemnidad de su ingreso en la Academia Española, cuando aún no había imaginado arrogancias como las de su Matilde para desarrollo de las excelentes cualidades de artista de María Guerrero.

⁂

Porque yo sigo diciendo lo que decía ya antes del triunfo de *Mariana*. Desde aquella campesina Pacorra del *Sic vos non vobis*—que tanto se pegó al paladar y á la dicción escénica de nuestra celebrada María—bien puede asegurarse que el excepcional talento de Echegaray ha estado incondicionalmente al servicio de la gloria de la actriz, aun



¿CUÁL DE LAS DOS?

CUADRO DE J. R. GORDON.



ALEMANIA.—LA NUEVA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL, EN COLONIA.—UNA DE LAS SALAS PARA EL DESPACHO DE BILLETES.

(De fotografía.)



PEKÍN—RECLUTAMIENTO DE SOLDADOS PARA LA GUERRA.—UNA REVISTA DE VOLUNTARIOS.

con peligros evidentes para la suya propia, con todo un maravilloso teatro conquistada.

Esa es la razón fundamental de sus últimas mentiras de autor dramático. No: no creamos en la inconsciencia de un gran poeta. Don José sabe lo que hace, cómo lo hace y por qué lo hace todo. Á ingenio tan noble y dueño de sí no le sale un drama falso, como le sale un hijo perverso á un padre honrado.

El punto luminoso que acarició el autor de *Mancha que limpia* desde el primer momento genésico de su obra, fué sin duda alguna Matilde. Y á los vivos esplendores y al exclusivo triunfo de ese personaje, imaginado para la actriz predilecta, era preciso sacrificarlo todo, la verdad misma, llegando al iuminoso punto por curvas muy parecidas á las que nos llevaron á la trágica apoteosis de *Mariana*.

Aquella Mariana y esta Matilde son, para los efectos teatrales, dos hermanas gemelas, con las cuales el padre marcha amorosamente á los propios fines gloriosos, salvando abismos, combinando falsedades y arrastrando con la fuerza de su genio á los mismos que quisieran muchas veces detenerle con una reflexión sencilla ante un espectáculo que paraliza la razón de aquel á quien apasiona.

Allí hay un general que va ciega y fatalmente á librar su segunda batalla conyugal, para ganarla al fin como asesino, como había ganado la primera. Aquí hay un Fernando que, ante la calumnia que mancha á su adorada, no sabe hallar en su pasión, cuando tan cerca los tiene, ni recurso ni



KINCHU (CHINA).—TEMPLO CONVERTIDO EN HOSPITAL DE SANGRE POR LOS JAPONESES.

consejo que disipe las sombras mal acumuladas; deja indefensa á la pobre víctima, y corre á unirse ante el altar con el verdugo que le deshonra antes ya de que la llame esposa.

Para llegar al asesinato de Enriqueta aquí, como allí para llegar al asesinato de Mariana, hemos necesitado varios agentes de la falsedad dramática, tiralíneas poco escrupulosos que trazasen las curvas que nos habían de llevar penosamente al punto luminoso, al posible triunfo de la figura de la protagonista.

Sería interminable este artículo si en él hubiera de ir señalando con todos sus detalles los citados agentes de las grandes mentiras dramáticas, que el espectador de más buena fe de *Mancha que limpia* percibirá claramente, antes de que se rompa la cadena de sugestión con que le ha tenido preso y fascinado el genio mágico de nuestro gran poeta.

Recordemos dos hermosas verdades. El carácter de Matilde, más grande y bello por el contraste con la monstruosidad imposible de Enriqueta: el arranque final de Fernando cuando se denuncia como asesino después de leer la reveladora carta de Julio, detenida tan largamente en el buzón de aquel D. Justo tan injusto y tan inconsecuente y despiadado con la que le hizo depositario de sus tristes recuerdos de niña y de sus sentimientos de mujer generosa y honrada.

Ahora bien: yo acompaño sinceramente al ilustre creador de Matilde—á la que ha hecho decir cosas tan bellas en medio de tan fieros y generosos arranques;—yo le acompaño, digo, en sus dos grandes satisfacciones: en la de su triunfo ante el público subyugado, y en la del triunfo de la actriz que le debe su creciente desarrollo en el estudio y todas las glorias de la entrada del camino de su carrera artística.

En esta ocasión excepcional, me atrevo á decir, hasta algún vicio de dicción que me he permitido señalarle, ha servido á la gentil María de virtud para el triunfo en decisivos instantes, como aquellos de la escena con Enriqueta, en que la leona debe rugir con ásperos acentos, amenazando devorar al reptil que la hiere á traición con su diente venenoso.

El arte ofrece camino muy largo, y la actriz no debe perder un momento de su corta vida en soñar que son todo verdad y pureza el ruido con que la aturden y el incienso con que la marean sus admiradores. Hay todavía mucha labor por delante para llegar á merecer el título noblemente codiciado. Si María no se desvanece, seguro estoy de que ella llegará legítimamente á merecerlo.

Eduardo Bustillo.

14 de Febrero de 1895.

LUCES Y SOMBRAS.

Hay música en la fuente rumorosa,
Y estrépito en el mar que ronco suena;
Hay amor en la pálida azucena,
Y espinas hay en la inocente rosa;

Hay perlas en el alba esplendorosa;
Hay en la tumba lágrimas de pena;
Hay una vida de ilusiones llena
Al lado de una cruz y de una losa;

Dora el sol la mañana sin enojos,
Y del ocaso en la apacible calma
Sombras habrán de ser sus rayos rojos.

Así de nuestro amor bajo la palma
Hay luces en la tarde de tus ojos
Y sombras en la noche de mi alma.

Antonio Grilo.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Una rectificación.—Johannesburgo: la *golden city*: explotación de las minas de oro del Transvaal: historia y producción.

Una rectificación: Al escribir para el número anterior el resumen biográfico del diputado á Cortes por Palencia, Sr. Rodríguez Lagunilla, confundí su nombre con el de su hermano, el distinguido jefe de artillería de la Armada D. Santiago. De veras lamento esta obcecación que padecí, y me apresuro á rectificar ese error, declarando que el digno defensor de la agricultura castellana se llama D. Narciso.

°°°

Ante el gravísimo problema de la detestable situación económica en que se encuentran muchas naciones de Europa y de América, surge como un contraste burlesco la súbita aparición en África de la *golden city*, de la metrópoli del oro, que así se puede denominar con toda verdad á la ciudad de Johannesburgo, capital de Transvaal nuevo, y cuyo nombre y situación no figuran sino en los mapas trazados ó publicados en estos últimos cinco años. Escasea el oro en todas partes. Hay Estados que nunca lo ven, y hay otros en los que imaginariamente se emplea y rige, pagándose á inverosímiles y ruinosos cambios. Una moneda de oro se contempla con curiosidad entre nosotros, con cierta admiración, como si fuera de los tiempos de Caracala ó de Tito, y con verdadera envidia, como si el poseerla supusiera una positiva suerte ó una superioridad social difícilmente accesible; y, sin embargo, en Johannesburgo se han extraído de las capas de arenas y conglomerados de las minas, en 1894, nada menos que 2.024.159 onzas de oro!

Las tradiciones famosas de California y de la Australia han quedado tamañitas, no ante lo que se cuenta, sino ante lo que se ve en el Transvaal; y lo que se ve no es nada al lado de lo que se verá en materia de producción de oro, según los cálculos de los ingenieros que allí trabajan.

¿Qué tiene, pues, de extraño el que á estas horas concurra de todos los pueblos civilizados al interior del Africa austral una nutrida corriente de inmigrantes, ávidos de probar fortuna y atraídos por la maravillosa fama de aquellos criaderos, que á dos pasos, puede decirse, de los de diamantes de Kimberley han eclipsado en seis años el colosal renombre de éstos? ¿Qué tiene de particular el que tanta gente como allí ha acudido haya creado una ciudad, que en 1886 no se componía más que de una choza, y que hoy cuenta con 70.000 habitantes? ¿Qué llegará á ser Johannesburgo en cuanto esté unida por el ferrocarril á Kimberley y á El Cabo por el Sur, y á Port-Natal y á Delagoa por el Oriente? Johannesburgo es, en materia de maravillas de la actividad humana, la verdadera maravilla del fin de nuestro siglo. Así como Pretoria, su ciudad hermana, la capital de los valerosos boers, vencedores de los ingleses, representa la paz y el sosiego, con sus parques, jardines y dilatados barrios de los indígenas descendientes de los matabeles, la ciudad del oro se parece á Pittsburgo ó á Liverpool por los centenares de chimeneas humeantes de sus fábricas, por sus grandes almacenes y por el extraordinario movimiento de sus calles, en las que circulan en número increíble los coches de punto ó cabs, las primitivas carretas rústicas de bueyes, los camiones industriales y los tranvías en múltiple red. Los corresponsales de los grandes diarios europeos dicen, desde allí, que en las principales vías, en la *Commissioner Street*, por ejemplo, hay tanto movimiento, por lo menos, como en el Broadway de New York, ó como en la *State Street* de Chicago.

Y, sin querer, cuantos contemplan aquella colosal actividad industrial, aquella metrópoli improvisada, cuantos se sienten maravillados por tal espectáculo, evocan el recuerdo, allí á todas horas contado, de que desde 1884 á 1886 los campesinos boers, al recorrer las inmediaciones de sus improvisadas granjas agrícolas, instaladas en las soledades del Transvaal, descubrieron los primeros yacimientos de oro. Cinco años hacía que los boers habían proclamado su independencia, emancipándose de la tutela inglesa, y una vez á sus anchas dueños del territorio, empezaron á conocerlo y á explotarlo.

Uno de tantos labradores, Harry Federico Struben, descubrió en un terreno próximo á su casa el primer yacimiento aurífero, *reef*, para cuya explotación estableció un pequeño centro mecánico. Poco después, en la misma comarca, denominada *Witwatersrand*, es decir, «Corriente del agua blanca», se descubrieron otros cuantos yacimientos, y entonces el Gobierno del Transvaal declaró «Campos auríferos» los comprendidos en aquel valle, cuyo nombre, por contracción ó por simplificación, quedó reducido á *Rand*. Había en aquella cuenca una granja miserable, llamada Randjeslaagte, y esa granja es hoy la gran ciudad de Johannesburgo. Dióscle este nombre en recuerdo del ingeniero holandés que trazó su plano, Johannes Rissik, y que dirigió los trabajos de apertura de sus calles y plazas y de construcción de los principales edificios. Todos cuantos materiales se emplearon en las primeras obras se llevaron desde muy lejos en carretas de bueyes, y lo mismo las piezas de maquinaria industrial para el beneficio del oro. No abunda la piedra en aquel país, por lo cual todas las edificaciones son de ladrillo, cuyo polvo rojo satura el aire y tiñe todos los objetos, defecto que desaparecerá en cuanto se adoquine y afirme el piso de las calles, y en cuanto prosperen las grandes plantaciones de eucaliptus dentro de la población. El clima es excelente, porque aunque el país está inmediato al trópico, como se encuentra á 1.700 metros sobre el nivel del mar, resulta extraordinariamente suave y benigno. Tanto ó más que los mineros y negociantes de oro, trabajan allí los canteros, carpinteros, herreros, albañiles, decoradores y los almacenistas de géneros de consumo, porque como aquel pueblo está en plena fase de creación y de desarrollo, da más quehacer á los que han acudido á él á vivir al amparo de las industrias anejas á la explotación minera que á la minería misma. La ciudad surge de la nada, con el cortejo de cuantas pompas, adelantos y refinamientos del *confort* y del buen gusto reclaman las exigencias de la sociedad más culta. Abundan, pues, en ella los hoteles-palacios de los mineros ricos y de las compañías, los bancos y centros de contratación, los círculos y cafés públicos en los grandes bulevares, como en el de Commissioner Street, las escuelas científicas é industriales, y monumentales iglesias de varios cultos. Entre éstas ninguna sobrepuja en fausto arquitectónico á la sinagoga de los judíos, mejor aún que la que construyeron en Kimberley, y cuya existencia y lujo demuestra que allí, como en todos los lugares donde el oro y el negocio abundan, han sabido arraigar mejor que nadie los hijos de Israel.

°°°

En toda el Africa austral no se habla de otra cosa que de Johannesburgo. Bien puede afirmarse que hoy su fuerza de atracción es tanta, que ningún inmigrante se detiene en El Cabo, ni en los grandes pueblos modernos de Orange, ni en Drubán, ni en Lorenzo Marqués, sino que la masa de gentes errantes que buscan una nueva patria va á recalar, casi entera, al afamado valle de la *Witwatersrand*, entre los ríos Limpopo y Vaal, allí donde el oro abunda entre las cuarcitas y las areniscas, en capas de conglomerados parecidos á una masa de almendras, y á los cuales, por esta circunstancia, han denominado *bankets* los explotadores boers. La flamante metrópoli está asentada, en efecto, sobre un suelo muy rico en oro, como Kimberley se alza sobre yacimientos de diamantes, como muchos pueblos ingleses tienen por asiento inmensas capas de hulla, y como Madrid descansa sobre un desierto de arena. Aquellas tortas cuyas almendras son cantos pelones de arena, contienen, interpuesto en su masa, el oro. Estos depósitos sedimentarios, amontonados unos sobre otros en el fondo de algún gran lago que llenó aquella comarca, fueron removidos, violentamente sin duda, por erupciones ó corrientes interiores, que no sólo hicieron cambiar la posición horizontal de los estratos, disponiéndola en la forma quebrada é irregular que hoy tienen, sino que los impregnaron, en la mayor parte de su masa, con el rico metal.

El *banket*, ó roca, ó banco de oro del Transvaal, representa yacimientos más grandes y más homogéneos que los cuarzos auríferos de California y de Australia, y se explotan con mucha más facilidad y menos gasto. No se parecen, en efecto, estos yacimientos á los demás conocidos. Las capas ó bancos de conglomerados auríferos, cuyos múltiples afloramientos se presentaron con toda regularidad, se desarrollan en una especie de línea semicircular que comprende, en la comarca, la enorme extensión de 75 kilómetros. Las capas, aunque en dichos afloramientos superficiales aparezcan estrechas, crecen en anchura y riqueza á medida que se profundizan. Nunca aparece una capa sola, sino que puede decirse que forman un haz, en cuyo conjunto distinguen los mineros, unas de otras, con los nombres de *Main reef leader* á las que presentan un espesor de 20 á 70 centímetros y que dan seis onzas de oro por tonelada de mineral; *South reef*, el filón más grueso, que llega á producir hasta doce onzas, y *North reef*, á los que se dejan para ser explotados más adelante. Ya está dicho que las capas aparecen inclinadas y muchas de ellas casi verticales en su principio; pero los sondeos llevados á cabo á bastantes distancias y profundidades demuestran que tienden á aproximarse á la horizontal, sin que ninguna de las examinadas hasta ahora presente en realidad esta posición.

Al comienzo de la fiebre de la explotación ocurrió con las minas del *Rand* lo que con todas las explotaciones análogas. Se formaron centenares de compañías con poco dinero, sin aparatos ni herramientas á propósito para el trabajo regular y provechoso, y desde 1887 á 1889 casi todas quebraron. Se habían amontonado allí en año y medio diez mil aventureros, dos bancos, cuatro hoteles-fondas, un teatro, un gran centro artístico de conciertos, algunos centenares de tiendas y 650 millones de pesetas de capital fantástico, y es claro, al faltar la inteligencia, el capital efectivo y los medios mecánicos precisos para las labores y beneficios, todo se lo llevó el demonio. La *goldfever* produjo allí las mismas catástrofes y víctimas que en otras partes, siguiendo en su desarrollo las características fases del *boom* ó alza extraordinaria, después el *run* ó pánico, y al fin el *krach* ó trueno gordo. Pasada esta quiebra colosal se apagó la fiebre, y la explotación entró en el período normal y de asombrosa prosperidad en que ahora se halla.

°°°

¿Cuánto oro encierran los yacimientos hasta hoy reconocidos? Apelo á los datos, que después de estudiar las minas, han consignado los eminentes ingenieros de Inglaterra, de California y de Australia, MM. Hamilton, Smith, Jennigs, Hammond, Perkins, Schultz, y el delegado del Gobierno alemán y consejero de las minas, V. Schemeisser. Según el resumen de todos los trabajos de investigación que éste publicó (2 de Febrero de 1894), la cantidad del precioso metal que se puede extraer de los yacimientos mejores que hasta ahora se explotan es, por lo menos, de *ocho mil millones de francos*. Y conste que aun quedan, en las cuencas inmediatas á la del *Rand*, muchas minas denunciadas que no han entrado en explotación formal.

Practican las labores cuatro mil obreros blancos y treinta y cinco mil indígenas, y las principales compañías explotadoras son, entre las que sólo explotan las capas á poca distancia de la superficie: la Robinsón, la Kleinfontein, la Ferreira, la City and Suburban, la Nigel, la Durban Roodeport, la Worcester, la Heriot, la Modderfontein, la Henry Nourse, la Langlaayte Royal y la Crown-Reef; y entre las que hacen la extracción á grandes profundidades, figuran: la Rand Mines, cuyas acciones se cotizan á 2.000 por 100; la Rose Deep, la Geldenhuis Deep, la Crown Deep, la Henry Nourse Deep, la Roodeport Deep y la Champ-d'or Deep, todas las cuales, como se ve, llevan en su nombre el adjetivo *profunda*.

Las labores mineras á gran profundidad no son allí costosas, porque el país es abundante en minas de carbón que alimentan sin gran dispendio las calderas de vapor de las máquinas perforadoras, elevadoras y ventiladoras, y porque la mano de obra de los indígenas es tan barata, que sólo exigen lo necesario para hacer al día una comida miserable, y para poderse comprar un alto sombrero cónico con borlas y un par de botas, que, una vez puestas, no se las quitan jamás, hasta que se van ellas solas hechas pedazos.

Cuál sea el asombroso crecimiento de la producción de aquellas minas lo indican las siguientes cifras, tomadas de la Memoria oficial del delegado alemán V. Schemeisser:

En 1887..............	34.897 onzas.
1888..............	230.917 —
1889..............	379.773 —
1890..............	494.783 —
1891..............	729.225 —
1892..............	1.210.865 —
1893..............	1.478.573 —
1894..............	2.024.159 —

Ahí tiene el lector ese montón de oro, para que se engolfe platónicamente en su contemplación, ya que entre nosotros parece que se ha perdido hasta el recuerdo de cómo era ó de cómo debe ser el rey de los metales. Triste cosa es el afilar los dientes para el que siente necesidad, pero no por tan inhumano deseo, sino por tratar de un asunto que hoy excita tanto interés en Europa, he creido que podría ser manjar algo sabroso para la curiosidad pública el describir las minas del Transvaal.

R. Becerro de Bengoa.

Hemos comenzado á publicar anuncios de la selecta perfumería de **Crusellas**, de la Habana, que compite con la mejor del extranjero.

No debe haber tocador de mujer elegante y linda en que no se vea particularmente el jabón de *Hiel de Vaca*, que no tiene rival para quitar las pecas y demás manchas del cutis, y refrescarlo y perfumarlo deliciosamente.

Creemos que entre las bellas hijas de España obtendrán esos productos gran demanda.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Las asociaciones obreras y el catolicismo, por Eduardo Sanz y Escartín, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

El Sr. Escartín es uno de los publicistas españoles que con mejor y más sana doctrina estudian las cuestiones sociales. El folleto que acabamos de leer es la última de sus obras, y fué presentado al Congreso católico de Tarragona, mereciendo unánimes elogios de aquella docta asamblea. Las veinte y tantas páginas de que consta son erudita y elocuente defensa de la necesidad de una ley moral que rija la organización de las sociedades, hoy perturbadas hondamente por doctrinas esencialmente utilitarias y antirreligiosas.

Véndese este folleto, al precio de una peseta, en las principales librerías.

Los católicos alemanes, por A. Kannengieser, y *Los católicos españoles*, por G. Villota, canónigo de Burgos.

Dos clases de importancia tiene este libro: la primera, la que en sí encierra el tema, que es, ni más ni menos, que la historia de uno de los principales sucesos de la Europa contemporánea: la lucha de Bismarck con los católicos alemanes; la segunda, la de dar á conocer esa lucha en España, donde tan necesario es el ejemplo de las victorias conseguidas por la Iglesia en aquel Imperio, y donde tan pocos las conocen.

Desearíamos dar á nuestros suscriptores cabal idea de esta obra; pero no podemos, por no permitirlo la estrechez de esta sección, hacer otra cosa que recomendarles su lectura.

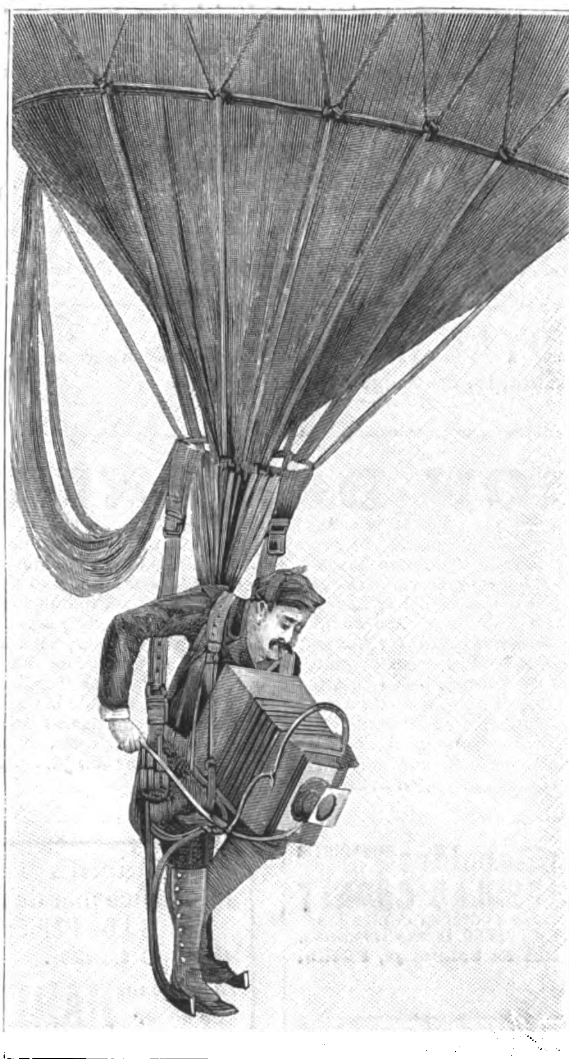
La parte titulada *Los católicos españoles* es del señor Villota. En ella expone la situación de los católicos en nuestra patria, recordando lo que han hecho, exhortándoles á que hagan mucho más, mostrándoles lo que pueden hacer, y añadiendo muy sensatas consideraciones sobre la misión del clero en nuestro tiempo.

Todo el libro, así la parte original como la traducida, está escrito en buen castellano. Véndese, al precio de 2,50 pesetas, en las principales librerías.

Historia del mueble.—I. En la *Antigüedad, en la Edad Media* y *en el Renacimiento.*

Este tomo es el XI de la *Biblioteca Popular de Arte*, que con tanta aceptación viene publicando La España Editorial, y que tan utilísima es para la vulgarización de los conocimientos artísticos.

Con la *Historia del mueble* inauguróse la interesantísima sección referente á las *industrias de arte*, cuyo estudio es tan necesario en las Escuelas de Artes y Oficios y tan conveniente lo mismo á artistas que á artesanos, y en general á todos los que deseen cierta cultura, hombres y mujeres, sin necesidad de estudios profundos y especiales.



LA FOTOGRAFÍA EN LA GUERRA.

(De un libro japonés recientemente publicado.)

En este precioso libro se estudia el *mueble*, no sólo en los pueblos antiguos, sino también en la por tantos conceptos interesante Edad Media y en el hermoso período del Renacimiento.—Un tomo en 8.º de 80 páginas con 33 grabados.—Una peseta en rústica, 1,50 en tela. Madrid, La España Editorial, Cruzada, 4, bajo.

Arquitectura románica en Soria, por Teodoro Ramírez Rojas, académico correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Este folleto fué justamente premiado en el certamen científico-literario celebrado en Soria el 4 de Octubre de 1894. Contiene curiosas é interesantes noticias relativas á algunas de las principales antigüedades de Soria, mucho menos conocidas de lo debido.

Los pueblos orientales. China y Japón.—Breves noticias sobre la historia, geografía, costumbres, artes, industria, comercio, arquitectura, etc., etc., de aquellas naciones de Oriente, por D. J. Bohigas de Argullol.

Viene muy á tiempo este libro para satisfacer la gran curiosidad que en todos despiertan las dos grandes naciones orientales que en tan cruda guerra andan envueltas. El Sr. Argullol hace de ellas una descripción completa, sucinta, pero en la que no falta nada importante.

El libro está muy bien impreso, con buenos grabados, siendo esta edición de las que honran á la importante casa Bastinos, de Barcelona.

Cartilla de Electricidad práctica, para uso del personal de la Compañía Transatlántica, por D. E. Agacino y Martínez, jefe de la Armada.

Con gusto hemos recibido la tercera edición de este utilísimo libro, al que, con ocasión de salir á luz la anterior, dedicamos algunas líneas en estas mismas columnas. En la que tenemos á la vista ha introducido el autor notables é importantes mejoras, completándola en muchos puntos, poniéndola al corriente de la ciencia con noticia de los más recientes inventos, y aumentando el número de tablas que lleva la obra al final.

El mayor elogio que de la *Cartilla de Electricidad práctica* del Sr. Agacino podemos hacer, es consignar que con esta tercera edición se completa el número de 7.000 ejemplares tirados de la misma obra.

El Anarquismo. Estudio acerca de la cuestión social, por Antonio de Serpa Pimentel; versión castellana de Rafael Alvarez Seréix.

Esta obra, aunque pequeña por las dimensiones (87 páginas), merece más atención que otras muy voluminosas, por la razonada y brillante crítica que el distinguido publicista y político portugués hace del anarquismo científico, es decir, de las doctrinas anarquistas expuestas por los sabios de esta escuela (llamémosla así), principalmente por Grave.

Acompañan al trabajo del Sr. Serpa Pimentel eruditas y acertadas notas del traductor Sr. Alvarez Seréix, escritor de conocido talento, y que una vez más ha dado buena muestra de él en este trabajo.—G. R.



MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NUM. VII.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Febrero de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de America y Asia	60 francos.	35 francos.



EXCMO. SR. D. MANUEL RUIZ ZORRILLA,

EX PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS.

(De fotografía de Pirou.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

La cuestión más grave, por su trascendencia, entre las que preocupan actualmente á nuestro Gobierno y á los hombres de negocios, es la variación de las tarifas que regían en líneas importantes de los ferrocarriles españoles. Hemos procurado enterarnos, y de lo que leemos en la prensa, y de lo que nos dicen personas competentes, sacamos en limpio, con acierto ó equivocados, que de eso juzgarán los que lean, lo siguiente. No sólo se trata hoy de la cuestión de auxilios á las Compañías: en realidad, hubo momentos, hace un año, en que la enorme diferencia de los cambios y la necesidad de pagar en el extranjero la mayor parte de las obligaciones constituía un quebranto tan considerable, que no es extraño que las Compañías, en defensa natural de sus intereses, con razón ó sin ella, que no tratamos de eso, solicitaran un auxilio del Estado, no de dinero, que lo creerían imposible, sino de prórroga de la concesión, base de combinaciones financieras: la baja de los cambios convirtió el quebranto insoportable en llevadero, y quitó parte de su oportunidad y fundamento á las reclamaciones. ¿Es natural creer que la variación de las tarifas en la actualidad sea una manera de obtener concesiones del Gobierno haciéndole la guerra? Es tan extraño esto en los que han marchado siempre en prudente acuerdo con el Estado, que no tenemos inconveniente en creer lo que se nos dice, y es, que existe en la actualidad una grave competencia de intereses de difícil y larga explicación entre dos Compañías poderosas, que no tratan de perjudicar á las industrias ni á los Gobiernos, sino de combatirse mutuamente en defensa natural de sus respectivos intereses.

Pero este fenómeno industrial, estas pugnas que, cuando se entablan entre empresas de carácter privado, sólo redundan en perjuicio particular, tienen en las grandes líneas de ferrocarriles mucha trascendencia para la vida industrial de una nación, perturbándola de tal modo, que son infinitos y complicadísimos los conflictos que producen en todos los negocios. Y cuanto más ajustados estén al uso legítimo de facultades ciertas de esas Compañías, más dignos son de meditarse y remediarse; porque un abuso se corta con la fuerza de la ley, pero no hay armas lícitas contra el uso de un derecho, como es dejar de aplicar en tal ó cual línea rebajas que no son obligatorias, pero que, una vez establecidas, han servido de base á cálculos mercantiles, contratos, planteamiento de industrias y toda clase de operaciones y compromisos. Y siendo tales las consecuencias, el buen sentido y el instinto del interés general tienen que formular esta pregunta: ¿Es conveniente que todos los factores de la riqueza pública de un país estén á merced de unas empresas, por respetables que sean, y lo son en alto grado, y de sus contratiempos y contiendas, y mucho más, que tuvieran fuerza y atrevimiento para atacar á los gobiernos y al país, de cuya inculpación ya las hemos defendido? ¿Es conveniente, justo y lógico prolongar el lapso de la concesión, una vez patentes los males y conflictos del abandono hecho por el Estado de sus funciones naturales, la de velar por la propiedad pública, inspirándose en las necesidades del tráfico y resolviendo, en interés de todos, lo que á todos los ciudadanos afecta?

Pocos contestarán, en principio, afirmativamente á estas preguntas; algunos se fijarán en que otros Estados han rescatado sus líneas principales, y no pocos creerán imposible para la Hacienda de España el sacrificio de esa gran expropiación de utilidad pública, pues nadie ha de pensar en el despojo de quien ha prestado al país un servicio incalculable y tiene una propiedad sagrada. Expondremos muy en globo lo que hemos oído á persona que conoce estos asuntos, por si es útil y hacedero.

Compónense las grandes Compañías de varios elementos: accionistas ó propietarios; Consejo de administración, y personal, todos con derechos legítimos, y obligacionistas ó acreedores hipotecarios. Los accionistas son los que menos utilidades reportan, si reportan alguna: están sus acciones á bajo precio, y todos ganarían si se convirtiesen en papel del Estado á un tipo superior á las cotizaciones: los obligacionistas ganarían en cobrar del Estado su interés si al propio tiempo aumentaran su garantía hipotecaria con la de la Nación; y como el pensamiento consiste en no lastimar á nadie ni producir perturbación alguna, y el personal superior y subalterno constituye una colectividad importante y llena de aptitud, está en el interés público, no sólo que sea respetado, sino que constituya una carrera cerrada del Estado, tal como se halla establecido, sin exclusión de sexos y con sus ramos diferentes, haciéndose el cambio sin más variación que pasar repentinamente los empleados de ferrocarriles á funcionarios públicos. Se respetarían los Consejos por la índole especial de estas explotaciones, y nadie al aceptar esos cargos tendría el escrúpulo siquiera de que la malicia le tachara injustamente de tener que optar nunca entre los intereses de la nación ó de una empresa, aunque no suceda tal; sino que serían unos funcionarios públicos destinados á prestar á la patria el concurso de sus consejos en un puesto de honor y confianza, compatible con otros derechos y funciones. Todo lo cual se haría sin alteración ni queja alguna, sin lastimar ningún derecho visible y evidente, ni intervención de la política, y considerando su organismo actual un cuerpo vivo.

Esta es á grandes rasgos la idea que me ha comunicado quien, como el que la da forma, no tiene el más pequeño interés en esas Compañías, ni otro que la creencia de que las grandes líneas de ferrocarriles son estratégicamente parte de la defensa de la patria, y mercantilmente las arterias de la riqueza nacional, y un verdadero servicio público, hoy de los más interesantes, delicados y de gobierno: seguirían rigiéndose por las reglas que el interés privado ha establecido con tanto acierto; no por la rutina de la administración oficial. Y como el estado ha cumplido fielmente sus compromisos y continuaría cumpliéndolos, y en esta trasformación nadie perdería, y muchos recibirían beneficio, no se trata en rigor de nada que perjudique al crédito, ni quite iniciativa á los que construyan nuevas líneas, pues sólo los particulares y empresas las hacen pronto y bien, nos parece que nada se pierde en estudiar y mejorar el pensamiento si fuere utilizable. Y téngase en cuenta que á la objeción de que al Estado no le conviene hacerse cargo de negocios poco prósperos, se satisface con varios argumentos. Es de vida y muerte para la vida económica de un pueblo el que las grandes líneas de ferrocarriles sirvan sólo á las conveniencias del país y sean para éste ante todo elementos de prosperidad. No es prudente que por no alcanzar á impedirlo la acción gubernamental, puedan producir crisis económicas. Pueden ser acaso fuente de ingresos inesperados con una baratura revolucionaria que multiplique todos los negocios y movilice una gran parte del país que hoy está quieto. Cada día han de ser más necesarios en los conflictos del trabajo, para trasportar rápidamente los obreros sin ocupación á donde están haciendo falta, y para conjurar las cuestiones económicas del porvenir.

Y en último caso, si nada de lo dicho es cierto y aceptable, sólo habremos perdido un poco de tiempo y unas cuartillas de papel.

°°°

El archiduque Alberto, hijo del guerrero que midió sus armas con el gran Napoleón, era tambien otro general ilustre, que con el mariscal Radetzky, formaba el triunvirato superior de la milicia austriaca en el transcurso de un siglo. Sus servicios militares al país tenían la más alta categoría, y su página más brillante la victoria de Custozza, ganada á Victor Manuel, tanto más grata para el Austria, cuanto que alentaba el orgullo nacional en época de desgracia. Lo mismo que su padre el archiduque Carlos, había profesado el que acaba de morir, como un deber sagrado, la religión de la milicia, y á la reputación de sus talentos en la carrera de las armas, unía otra aureola: la de haber pasado toda su vida cumpliendo con estrechez los deberes de su nacimiento y su carrera. Se extinguió dulcemente, con el consuelo de la bendición apostólica, y creyendo que era crisis de salud la fatal mejoría de la muerte, que no sólo ha sido sentida en Austria, sino que ha sido llorada en el palacio de Madrid, por la Reina Regente su sobrina, á la cual dirigimos nuestro pésame respetuoso.

Las exequias serán dignas de la memoria del difunto, y presididas en persona por el Emperador de Austria, con la asistencia el Rey de Sajonia y representaciones de las cortes europeas.

°°°

La prontitud con que el ministro de Hacienda, Sr. Canalejas, acudió á las Cortes pidiendo un crédito de un millón de pesetas para ir en auxilio de las infinitas y extendidas desgracias que ha producido el último temporal, merece alabanza. Si ahora las exigencias y pugnas para percibir los socorros impiden que esa suma se distribuya con equidad, culpa será de nuestro estado social, no del legislador. En realidad, no hay medio de indemnizar las pérdidas materiales en esas catástrofes que padecen tantas comarcas á la vez, y sólo pueden servir de alivio para los daños que exigen remedio más inmediato y la miseria evidente. Un millón de pesetas es un buen capital para una sola persona; pero repartido, si las exigencias fuesen muchas, le desmenuzarían de tal modo, que se podría convertir en suma insignificante para ningún remedio. Por ejemplo: tantas comisiónes podrían enviar todos los pueblos en demanda de algún socorro, que no bastara el millón para gastos de viajes.

°°°

La cuestión de las reformas cubanas ha terminado en el Ateneo de Madrid con un hermosísimo discurso del Sr. Moret, que ha ensalzado la civilización y el genio de aquella región española, caracterizándola en su poesía. Por desgracia, los discursos del Sr. Moret, improvisados, no pueden recogerse: ni lo permite con exactitud la rapidez de su palabra, ni la espontaneidad de esas oraciones, rara vez producto de la reflexión y del estudio, siempre lozanas y frescas. Hay en la tribuna española todos los tipos del bien hablar: los grandes oradores tienen individualidad muy determinada y muy diferente. Podremos tener poco dinero, poco orden, mala administración y grande escasez de otros artículos morales; pero debemos estar satisfechos de la elocuencia de nuestra tribuna. Si las reformas de Cuba no resultasen útiles, no sería por no haber sido expuestas con maestría por los oradores que han informado en el Ateneo de Madrid.

°°°

Cada semana tiene su asunto de moda. Hoy le toca á la responsabilidad judicial. Con decir que de todo cuanto pueda ocurrir en los tribunales los que menos tienen la culpa son los jueces y magistrados, hemos entrado en el fondo del asunto. Exíjase responsabilidad á la política, á la prensa, á los partidos, á la influencia de todo género, á la perturbación moral en que vivimos, y á esta sociedad donde se prospera y se llega á lo más alto á fuerza de malas acciones, y donde los que representan la moralidad suelen ser los más viciosos y corrompidos. Y conste que no nos referimos á nada concreto ni á nadie, sino al estado general de las costumbres. Cada reforma que se quiere hacer en los tribunales es una pedrada que se arroja á la justicia.

°°°

El doctor Esquerdo ha sido muy censurado por sus correligionarios. Su crimen consiste en haber velado por la salud de un enfermo, su amigo, su jefe y su cliente. Con decir que hubo quien le había preparado un baile para descansar de las fatigas del viaje....., está visto lo que hubiera sido del Sr. Ruiz Zorrilla sin la vigilancia del Doctor.

°°°

—Niño, dígame usted las batallas más famosas de que haya oido hablar.

—La de Clavijo, la de las Navas, la del Salado, la de Otumba, la de Pavía y la batalla de las flores en Málaga.

—Es inútil; he guardado las pistolas.
—Me tiraré por el balcón.
—No te pierdo de vista y lo impediré.
—Enfermaré de pena.
—Soy médico y te curaré.
—¿De veras? ¿Tú me asistirás? Gracias.
—¿Qué escribes?
—Al juez de guardia. «Me he entregado voluntariamente en poder de mi médico; á nadie se culpe de mi muerte.»

—Quisiera ser millonario.
—Yo más.
—¿Qué?
—Tu administrador.

En un juego de prendas pregunta una señorita al sentenciado:
—Si yo fuera estatua, ¿qué querría usted ser?
—Su pedestal.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. MANUEL RUIZ ZORRILLA, ex presidente del Consejo de Ministros.

Muchas razones nos vedan escribir una verdadera biografía del jefe de los republicanos españoles, vuelto ahora á España, al cabo de veinte años de ausencia. La primera y principal, la neutralidad de estas columnas; la segunda, el hallarse tan enfermo; la tercera, la falta del necesario espacio, y la cuarta, el temor de no acertar á juzgar sin pasión á quien sólo de remover el rescoldo de nuestras pasiones políticas atrasadas ha vivido desde 1875 hasta la fecha. Aunque quizás fuese esto último justo retorno de lo hecho, no gustamos de tales justicias con los vencidos.

Es el Sr. Ruiz Zorrilla de aquellos progresistas antiborbónicos y anticlericales que conspiraron con Prim y le siguieron en la intentona de 1866 y después en la revolución de 1868. De esta primera época de su vida es aquel folleto que le dió no poca fama, titulado *Tres negaciones y una afirmación*. Fué diputado por primera vez en 1859, contando sólo veinticinco años (había nacido en Burgo de Osma en 1834), y se mostró en todo aquel período muy enemigo de los varios Ministerios que gobernaron la nación. De 1866 á 1868 vivió en París reavivando su fe progresista en la fuente de donde venía, es decir, en el liberalismo francés, ya por entonces muy enemigo de Napoleón.

Vencedora la revolución de Septiembre, entró Ruiz Zorrilla en el Gobierno Provisional, del que sólo viven tres personas: D. Laureano Figuerola, D. Práxedes Mato Sagasta y el Sr. Ruiz Zorrilla. Presidió las Cortes después de Rivero, y fué á Italia al frente de la Comisión que ofreció á D. Amadeo la Corona de España. Presidió el segundo Ministerio de éste, y cayó del Gobierno por haberle derrotado Sagasta en las Cortes. Madrid le eligió diputado poco después; pero renunció á este cargo el 31 de Mayo siguiente y se retiró á Tablada, anunciando que se apartaba de la política. Esto no obtante, volvió á formar Ministerio el 13 de Junio, convocó á elecciones, trajo mayoría á las Cortes, declaró solemnemente que estaba dispuesto á morir á las puertas del Palacio Real en defensa de la monarquía de D. Amadeo; pero poco después le entregó éste la Corona, saliendo de España para no volver. La disolución del Cuerpo de Artillería acabó con la poca vida que la dinastía de Saboya tenía en nuestro país.

Aquella noche ratificó Zorrilla su fe monárquica ante la Cámara con frases de no dudoso sentido, y hasta derramando lágrimas por la marcha del Rey. El triunfo de los Borbones le arrojó al campo republicano, desde el que por espacio de veinte años ha trabajado con tanta obstinación como mala suerte para derribarlos por el antiguo sistema de los pronunciamientos. Muchos políticos de los que se habían formado en el período revolucionario y casi todos los republicanos se pusieron á sus órdenes. El Sr. Salmerón se estableció en París, ayudándole en sus trabajos. Faltó á éstos la única base que podían tener, porque el espíritu público, más deseoso de paz que de novedades políticas, de que estaba harto desengañado, volvió de tal suerte la espalda á los conspiradores, que cuantas veces intentaron alzarse contra el Gobierno, fueron vencidos sin gran esfuerzo, derramándose inútilmente alguna sangre. Los sucesos de Badajoz, la Seo de Urgel, Santo Domingo de la Calzada y Madrid, sin contar

algunos otros de menos importancia, mostraron la impotencia del Sr. Ruiz Zorrilla, el cual, como al mismo tiempo iba quedándose sin aquel estado mayor de políticos que en 1876 le rodeaba, lejos de ganar fuerzas las perdía, á cuya importante circunstancia vino á añadirse otra que tal vez nunca conoció, y es, que en el transcurso de los años que van del ya citado de 1876 al de 1894 que acaba de terminar, ningún otro organismo nacional ha sufrido tan completa mudanza como el ejército, hoy en gran parte saneado de los nocivos elementos que en él introdujeron las pasadas revueltas. A éstos va sustituyendo la gente joven que sale de las Academias, inspirada en otras ideas más altas, educada en sentimientos muy diversos, á la que ningún agente revolucionario puede acercarse con esperanza fundada de ser atendido. Apartado de España y desconocedor de su transformación, perseveró el Sr. Ruiz Zorrilla, y el resultado de esta rara terquedad ha sido acabar el conspirador de París en enfermo del famoso alienista Sr. Esquerdo en Villajoyosa y *La Pileta*.

Del viaje de aquella capital á España tendrán minuciosa noticia los lectores de La Ilustración Española y Americana por la prensa diaria, que con toda puntualidad lo ha referido para satisfacer la curiosidad pública, tanto mayor, cuanto menos sabido era que la salud del Sr. Ruiz Zorrilla había llegado á tan extremado quebrantamiento, pues nunca enfermedad de rey ha permanecido tan bien escondida y tanto tiempo como la del jefe de los revolucionarios españoles.

No es, sin embargo, reciente. Hace más de dos años, en Noviembre del 92, hablaba en el Ateneo de Madrid el que esto escribe con un joven periodista portugués, que hace años reside en París y que con mucha frecuencia veía al jefe de los republicanos progresistas. Como se tratase de política española, aquél dijo:

—No creo que Ruiz Zorrilla pueda continuar desempeñando mucho tiempo el papel que hoy tiene.

—¿Qué?..... ¿Supones que se retirará pronto de la política?

—No tendrá más remedio. Ruiz Zorrilla está muy enfermo. Padece una afección cardíaca que se halla bastante adelantada.

Esta fué la primera noticia que tuve de que aquel señor sufriese una dolencia grave, y no acierto á explicarme cómo ha cogido á tanta gente de sorpresa al cabo de los años que han pasado desde entonces.

En la página primera de este número hallarán los lectores un retrato del Sr. Ruiz Zorrilla hecho recientemente.

°°°

NUEVAS MINAS DE ORO EN CALIFORNIA.

Aunque algo se ha apagado la sed de oro que poco después de mediado el siglo llevó á California tantos miles de aventureros, todavía se explotan en aquella comarca muchos criaderos y se descubren otros. Entre los recientes son de mayor importancia y riqueza los de la cuenca del río Feather, en la Sierra Nevada, algunas millas al Norte de Oroville.

Lleva este río muchas pepitas de oro mezcladas con sus arenas, y para separar aquéllas de éstas y cogerlas lo más pronto posible, idearon unos ingleses desviar la corriente abriendo otro cauce. Formóse una compañía con buen capital, y sin dilación comenzaron las obras, cuya magnitud juzgará el lector por los siguientes datos. El nuevo cauce va á muchos pies de altura sobre el antiguo (véase el primer grabado de la pág. 112): tiene 6.000 pies de largo, y para abrirle ha sido preciso remover 50.000 yardas cúbicas de tierra. En las obras de contención se han empleado 6.000 barriles de cemento.

En la explotación de los criaderos trabajan de 150 á 300 hombres, que van extrayendo del fondo del cauce seco las codiciadas pepitas (véase el segundo grabado de la misma página).

°°°

BELLAS ARTES.

Pierrette, cuadro de Chantron.—*Contrastes del Carnaval: Fin de fiesta: En el ambigu, En el café económico*, dibujos de Méndez Bringa.—*¿Me conoces?*, cuadro de Max Ehrler.—*En la Pradera del Canal*, por Santa María.

Llegará este número á manos de los lectores al mismo tiempo que á sus oídos los primeros rumores de las alegrías del Carnaval, y justo es, por tanto, que también en él se refleje la fisonomía de estos días del año. Esto hemos procurado hacer en nuestros grabados de las págs. 113, 116, 117, 120 y 121.

Pierrette es un bonito cuadro, muchas veces presenciado y siempre nuevo y alegre. La mujer hermosa, y sobre hermosa, hermoseada por el misterio del disfraz, que por espacio de horas enteras ha consagrado toda su gracia y su buen humor á atormentar á algún amigo, cuya vida y milagros conoce, y á quien desea dar un mal rato, ¡con qué placer se descubre luego de logrado el propósito! ¡Cómo goza en la sorpresa! El semblante de la del cuadro de Chantron expresa admirablemente esta satisfacción. Sin duda aquella picaresca sonrisa es para el embromado. Puede que no esté él tan satisfecho de la broma.

En nada son tan desiguales los hombres como en el divertirse. Un tonto siempre se divertirá con tonterías, y un rústico rústicamente. Además de las diferencias que establece el talento, hay las de la educación y las del dinero, que no siempre van juntos, de lo cual se ven á diario muchos ejemplos.

Los dos bonitos dibujos del Sr. Méndez Bringa titulados *Contrastes del Carnaval*, admirablemente retratan la diferencia que hay entre el del rico y el del pobre. Aquél ha pasado la noche en el Real ó en cualquier otro sitio de gente elegante, y entrada la madrugada cena opíparamente en templado gabinete, rodeado de comodidades y tan bien acompañado como en el grabado se ve. En cambio, la pareja pobre sale de madrugada, con más miedo á la cuenta del *restaurant* que á las frías brisas matutinas del Guadarrama, y sin otra comodidad que la que puede dar la calle á tales horas, toma muy á gusto los clásicos buñuelos y la copa de aguardiente no menos clásica. Habrá quien compadezca á éstos y envidie á aquéllos; pero bien pudiera suceder que no lo acierte, porque ¿quién dirá con fundamento cuál de las dos parejas se ha divertido más?

La mujer de *¿Me conoces?* es, sin duda alguna, parisiense. Lo declara la parte visible del rostro y lo confirman el traje y el ademán. Max Ehrler ha pintado un bellísimo tipo de mujer elegante y graciosa.

En cambio, la escena dibujada por el Sr. Santa María es lo más propiamente madrileña que cabe imaginar. El Carnaval muere en la Pradera del Canal de tan mala manera como ha vivido; es decir, sin arrepentirse de sus locuras, borracheras y pendencias. Pero tiene una cosa buena, y es, que, aunque se disfrazan los que allí van, el pueblo muéstrase tal cual es en estos casos, y abundan escenas y personajes originales y curiosísimos, como los que se ven en el citado dibujo, reproducidos con tanta realidad y gracia. Allí no falta el indispensable payaso bien harto de vino, ni el soldado calavera triunfador y feliz en tales días, ni la moza de rumbo, ni otra porción de parroquianos asiduos de la Pradera que suelen comenzar en ella la tarde y acabarla en la Prevención. Espectáculo no para visto por todos, porque á alguno puede causar más tristeza que alegría.

°°°

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

El fuerte del Centro, del que damos una vista en la página 124, es el principal de la importante plaza de Ta-lien-uan, tomada por los japoneses pocos días antes que Puerto Arturo. Está en lo más angosto del istmo que une á ésta con el continente, y lo defendían tres mil soldados, los cuales lo desampararon luego que tuvieron unas cincuenta bajas. Los vencedores sólo perdieron dos hombres. Los medios de resistencia de los sitiados eran, sin embargo, grandes, pues las obras defensivas podían considerarse muy fuertes y contaban con artillería de los mejores sistemas.

G. Reparaz.

NUESTRA ESCUELA DE BELLAS ARTES EN ROMA.

ARTÍCULO PRIMERO.

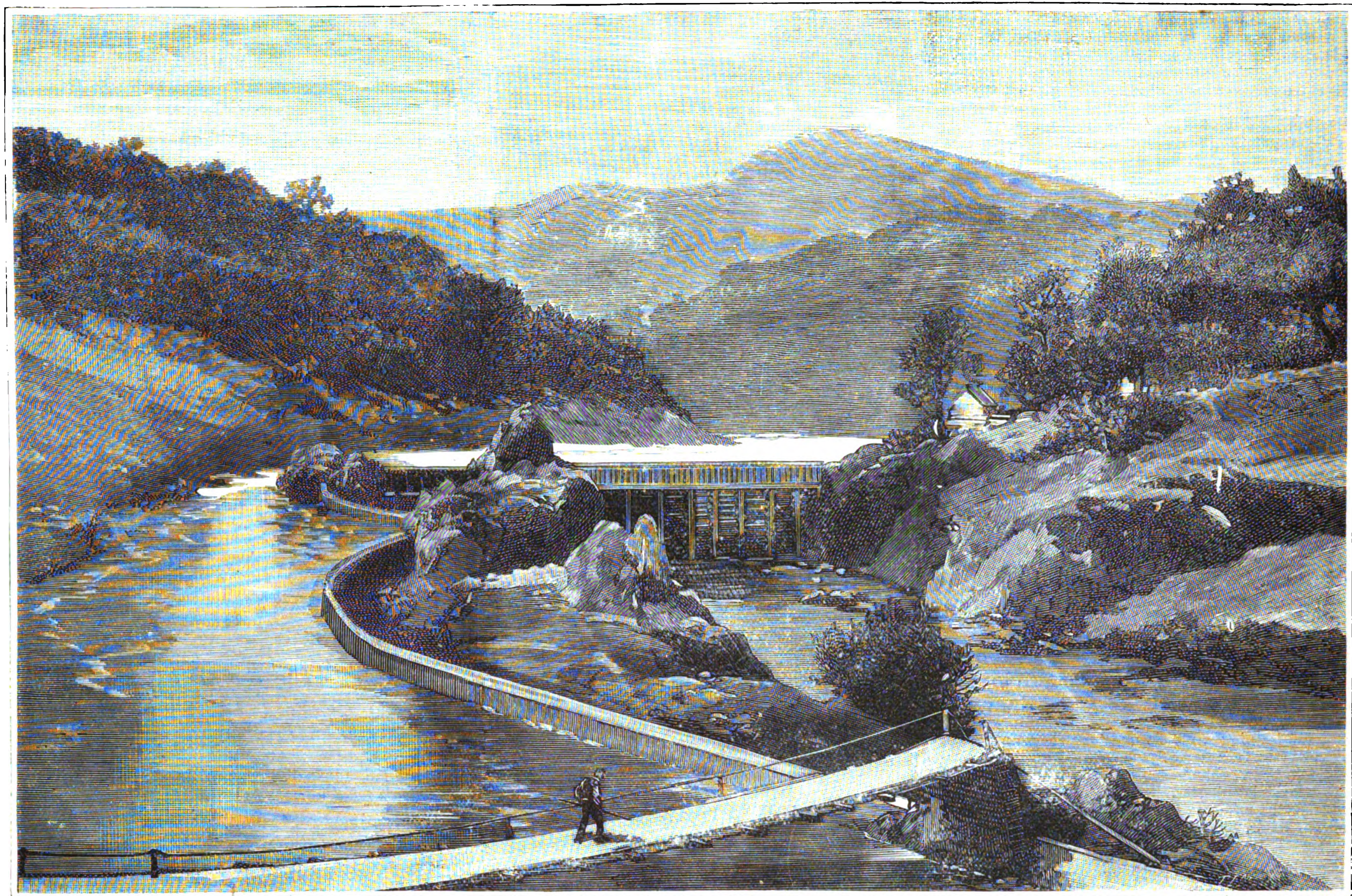
I.

Período perturbado ciertamente aquel en que desempeñé, por voto de las Cortes, el cargo de Ministro de Estado en el primer Ministerio elegido después de la voluntaria abdicación de Don Amadeo de Saboya. Guerra civil en Cuba, guerra civil en Cataluña, guerra civil en el Centro y en el Norte; perturbaciones varias en Málaga, en Barcelona, en Valencia, en Granada; dificultades invencibles en el interior, dificultades más invencibles todavía en el exterior: frutos naturales en aquellas razas que, teniendo las virtudes múltiples de los tiempos épicos, la audacia, el heroísmo, la fe exaltada, los afanes del combate, carecen de las cualidades menos espléndidas, pero más fecundas en los modernos tiempos, la mesura política, la paciencia incontrastable, el amor á la legalidad, el culto por el trabajo y por el derecho. Muchas, muchísimas eran, repito, las dificultades que nos rodeaban; pero tuvimos tiempo sobrado para convertir los ojos á las ciencias y á las artes. Una Exposición Universal se verificó entonces, la Exposición de Viena. En ninguno de los certámenes internacionales ha brillado tanto nuestra patria. Nosotros no preguntamos á las personas que debían representarnos en aquella solemnísima ocasión sus ideas ni su partido: atendimos al lustre de España y á su dignidad y á su nombre. Así elegimos personas tan ajenas á nuestras ideas como el Marqués del Duero, el Duque de Osuna; y la patria brilló con grande brillo, merced á la severa imparcialidad del Gobierno. Pues hicimos más: fundamos en Roma una grande Academia de Bellas Artes. Por esa fundación, pintores, escultores, músicos, arquitectos, grabadores, todos jóvenes, todos estudiosos, todos exaltados por sus respectivas vocaciones, trabajan hoy en la Ciudad Eterna, y demuestran con el esplendor de sus obras la soberbia originalidad de nuestro genio. Siempre recordaré los trabajos preparatorios para aquel instituto. Siempre recordaré la primera asamblea, en que se reunieron cuantas personas competentes encerraba Madrid, y se trataron los asuntos estéticos y artísticos en familia, con esa elocuencia, cuyo secreto sólo posee nuestra divina lengua. Temíase la fundación de una Academia en Roma; temíase, por recelo de que los jóvenes cayeran en la rutina de amanerada imitación y en el vicio de falso clasicismo. Pero la gran Ciudad se parece al mar y á la vida y al arte y á todo lo grande en que, bajo su inconmovible unidad de carácter y espíritu, encierra una infinita variedad, como todo lo verdaderamente humano y hermoso. Aquí las piedras ciclópeas sobre las cuales alzaran sus brazos al cielo aquellos que establecieron la primera tribu, de donde debían surgir la autoridad y el derecho; allá el Panteón y su vestíbulo, cuyas bóvedas tienen algo de los horizontes infinitos y cuyas columnas algo de las selvas gigantescas: en este lado el Coliseo, con la elevación de las montañas y con la gracia y con la ligereza de los joyeles, entre las Termas de Diocleciano y de Caracalla, parecidas por su grandeza, más que á obras humanas, á obras del fuego creador, y las Termas de Tito pintadas de arabescos encantadores, como cualquier camarín del Renacimiento; por otro lado, el Foro, donde podéis ver aún la Vía Sacra hollada por las ruedas de los carros del vencedor: junto al Teatro de Marcelo, la colosal Columna de Trajano, y junto al Obelisco de Cleopatra, el Monumento de Antonino: en la Montaña Palatina, tendidos como los restos de un gran combate, los huesos de la Roma antigua, y en la Colina Vaticana, levantándose como una oración universal de las generaciones cristianas, la Basílica de la Roma moderna: en las quintas de los alrededores, legiones de estatuas griegas que revelan todavía los encantos de la belleza clásica: en el Capitolio, la Venus que servirá de eterno modelo á cuantos amen las artes plásticas: en el santuario de los Papas, desde el gimnasta ateniense que se limpia el sudor de su desnudo cuerpo, agitado por las carreras y los juegos, hasta el Apolo del Belvedere, que resplandece en la serenidad inmortal de los antiguos dioses, y las tranquilas figuras de Rafael, llenas de vida, tan semejante á la vida helénica, y sin embargo, absortas en la contemplación de un armonioso ideal, cuyas melodías recogéis de aquellos rosados labios y adivináis en aquellos extáticos ojos, hasta las trágicas figuras de Miguel Angel, sacudidas por el huracán de todas las pasiones y atravesadas por los fulminantes rayos de todos los dolores: en todas partes las iglesias marmóreas, los palacios espléndidos, las basílicas cubiertas de jaspes, de mosaicos, de frescos: las catacumbas, envueltas en las tinieblas y empapadas en mares de lágrimas y de sangre; las ruinas coronadas de zarzas, jaramagos, ortigas; y las dos hileras de sepulcros que se extienden por la Vía Apia hasta los montes Sabinos y hasta las playas marinas, con sus columnas destrozadas, sus estatuas caídas, sus inscripciones borrosas, sus piedras desgajadas, sus bajos relieves esparcidos y diseminados, sus montones de huesos y de cenizas, como los restos apocalípticos de un planeta destruído en los espacios y definitivamente juzgado por la justicia del Eterno.

II.

Ciudad de estos contrastes, de estas transiciones, de esta infinita variedad, ofrece al talento y al estudio tal número de ideas, que no cabe en quien la contemple con elevación y perseverancia esa manera artificiosa mal llamada académica, cuya aparente corrección oculta bajo las formas del arte la realidad de irremediable decadencia. Luego, entre los pueblos latinos, se distinguirá el pueblo español por su individualismo, que muchas veces le lleva á la anarquía; y entre los artistas se distinguirá el artista español por su originalidad, que muchas veces le lleva á la extravagancia. No debemos temer, pues, que nuestro genio se rinda fácilmente al yugo académico, ni se entregue á la servil imitación. Rivera pasó casi toda la vida en Italia entre los pintores de la decadencia, cuando á las severas escuelas de Umbría y de Toscana sucedieron las escuelas eclécticas de Nápoles y de Bolonia; pero el genio español, férvido y audaz y temerario, nuestro inquieto carácter y nuestro hiperbólico valor han dado á sus cuadros las tintas y los arreboles del espíritu nacional: y sus personajes y sus asuntos pecarán muchas veces de hipérbole y exageración, pero jamás de esa poquedad y de esa estrechez mezquinas en que se muestran los asomos de la muerte. Cuando Velázquez fué á Italia, la escuela rafaélica se había dispersado: el titán florentino había esculpido su noche sobre el sepulcro de la República, y vengádose de los tiranos dejándoles una posteridad decadente y enfermiza; Ticiano y Pablo Veronés habían pasado con el grande siglo de las ideas y de las inspiraciones: al arte de las ciudades libres sucedía el arte de las cortes mezquinas: y el grande artista pudo perfeccionar su dibujo en la contemplación de los eternos modelos, sin perder su natural originalidad y su propio genio. Y lo mismo sucedió á Goya. Era contemporáneo de David, quien comenzó queriendo ser nacional ó francés, y concluyó, al entrar en las iglesias de Parma y ver los frescos del Correggio, exclamando que prefería ser italiano. Estudió el pintor nuestro en Roma; vivió

NUEVAS MINAS DE ORO EN CALIFORNIA.



DESVIACIÓN DEL RÍO FEATHER PARA LA EXPLOTACIÓN DE LOS CRIADEROS.—LOS DOS CAUCES.

BUSCADORES DE ORO TRABAJANDO EN EL CAUCE SECO DEL FEATHER.

La reforma, ó si ustedes lo prefieren, la mejora (si bien no está probado que sea mejora) á que me refiero, se halla formulada, con sencillez sublime, en estos términos:

«*Las funciones empezarán á las siete y media.*»

Así; ni un minuto más, ni un segundo menos: á las siete y media en punto. Por supuesto que, aunque el reformador nada dice sobre el particular, hemos de suponer que son las siete y media de la tarde, ó de la noche, según la estación. Y véase cuán apacible, cuán tranquilamente, y con apariencias de hombre pacífico, se nos entra por las puertas un revolucionario de tomo y lomo.

Porque, á mí no me digan, el que pretende que las funciones del *teatro Español* principien á las siete y media, ó se propone arruinar á las empresas y hacer imposible la vida de ese teatro, ó quiere, y esto sería aún más grave, perturbar horriblemente nuestras costumbres.

¡Comenzar las funciones á las siete y media! ¿Qué más querrían empresarios, actores, músicos, tramoyistas y demás ciudadanos que van al teatro, no para divertirse, sino en cumplimiento de obligación muchas veces desagradable y penosa?

¿Si pensará ese caballero reformista, cuyo nombre desconozco, pero á quien tengo, desde ahora, por egoísta de primer orden, que las funciones teatrales comienzan ya muy entrada la noche porque así conviene á las empresas, ó porque á los artistas les agrada acostarse al amanecer, como le gustaba al personaje de *Una casa de fieras* que le dieran con la badila en los nudillos?

Pues, por mi nombre, que si tal cree, está equivocado de medio á medio. Y para convencerse de que lo está, no tiene más que asistir á un teatro de la villa y corte, á cualquiera, antes de las nueve. Aprenderá entonces, como tienen ya aprendido, por triste y dolorosa experiencia, los autores y los empresarios, que es inútil cuanto se haga para llamar al público antes de las nueve y media de la noche.

En los teatros de funciones por horas, ó como se dice vulgarmente, *del género chico*, la dirección artística pone á primera hora (de ocho y media á nueve y media, según el cartel, aunque casi siempre es de nueve menos cuarto á diez menos minutos) aquellas obras que van á ser retiradas ya de los carteles. Y sean esas obras de quien sean, hayan gustado mucho ó hayan gustado poco, publíquense ó no se publiquen reclamos conmovedores y expresivos por los más populares diarios, nadie va á verlas, y los actores representan para sus familias, para los empleados de la casa, para la pareja de bomberos, para algún guardia de orden público y para parte muy exigua de la *claque*, pues ni aun los individuos de esa benemérita institución se consideran obligados á ejercer sus funciones tan temprano.

De los teatros en que se cultiva el GÉNERO GRANDE no hablemos. Ha sido necesario que los directores, invirtiendo los términos de las funciones, sustituyan nuestro *divertido fin de fiesta* con el exótico *lever du rideau* de nuestros vecinos los franceses. Lo que antes se ponía para concluir, se hace ahora para principiar; y si de otro modo se hiciera, las tres cuartas partes de los espectadores se quedarían sin ver el primer acto del drama ó de la comedia; con lo que está dicho que dejarían de ir al teatro los que sólo á eso fuesen. Y no necesitan, ciertamente, aclaración estas salvedades: todos sabemos que el público de los *días de moda*, por ejemplo; el público de las funciones que, dedicadas á fines benéficos, organizan á menudo ilustres damas de la aristocracia; y aun una parte de ese público llamado *público de los estrenos*, no va para ver lo que en el escenario representan, cosa que no le importa, ni mucho, ni poco, ni nada. Va á otra cosa: ¿á qué? A lo que sea: lo sabemos todos y es ocioso decirlo: el hecho es que no desea conocer el drama, ni le interesa en lo más mínimo enterarse de la comedia.

Hay, no obstante, otro espectador: el que forma parte del público de diario, si así puede decirse, que desea conocer el drama últimamente estrenado; reír con los chistes de la comedia cuyos elogios ha leído en *su* periódico; y para cumplir este deseo, después de pensar en ello maduramente y aun discutirlo, si viene á mano, en consejillo de familia, ha realizado un gasto de bastante consideración para como están los tiempos, y allá se va, así que los quehaceres del día se lo permiten, á ocupar con su esposa, é hijos, é hijas, é sobrinos, los asientos que *rezan* los respectivos billetes. Y si las esperanzas de ese espectador quedan defraudadas porque la función ha comenzado antes de lo que él presumía, de seguro que ni vuelven á cogerle en otra, ni piensa más en comprar localidades que, á más de ser muy caras, no dan derecho á ver la función completa.

Pues bien; para que ese espectador de buena fe que quiere de veras ver la función acudiese al teatro á las *siete y media*, sería necesario, absolutamente necesario, que variase por completo el modo de vivir de la sociedad madrileña. Porque—en esto no ha pensado el reformador que tan á raja tabla dispone del tiempo de sus conciudadanos—la sociedad no ajusta su manera de vivir á lo que las empresas de teatro disponen; es precisamente al revés: las empresas de teatros necesitan acomodarse, aunque este acomodamiento las disguste y las perjudique, al modo de ser de la sociedad.

Y en el modo de ser de nuestra sociedad actual, puede apostarse ciento contra uno, en la seguridad de ganar el uno, que las cuatro quintas partes de los madrileños que van al teatro no han comenzado á comer á las siete y media.

¿Es un mal esto? No lo sé; no trato de averiguarlo ahora. Si lo es, no son las empresas de espectáculos públicos las que han de remediarlo.

El senador y el diputado terminan muy tarde las sesiones, porque las principian tarde también; el empleado público sale muy tarde de su oficina; el que trabaja en un escritorio, también termina tarde su trabajo; y el comerciante, y el bolsista, y el banquero, y el agente de negocios, y todos los que en la sociedad viven, no tienen más remedio que ajustar sus quehaceres á la marcha generalmente adoptada. Y esa marcha impone—por ahora al menos—á la generalidad: el almuerzo á la una, la comida á las ocho..... Y después de comer, *si acaso*, el teatro.

El reformador incógnito pretende que, en obediencia á su mandato, el público acuda al *teatro Español* á las siete y media: pues yo le aseguro que no acudirá. Resultará, por consiguiente, que con esa reforma hallará el teatro desastroso acabamiento y triste muerte.

Digo, si no es que el susodicho reformador tiene en su mano poder bastante para trastornar de abajo arriba la sociedad madrileña, y cambiar en esta parte nuestra manera de vivir; que entonces eso de la reforma del *teatro Español* traería cola, ó, mejor dicho, no traería nada, porque admitido el caso, la reforma del teatro sería lo accesorio, la cola; lo esencial y lo grave sería la reforma de las costumbres.

Por eso decía yo al comenzar, y por eso repito al concluir: ó ese señor reformista trata de que el *teatro Español* se hunda, ó es un revolucionario terrible que trata de transformar por completo la vida de Madrid.

Si ya no es un caballero particular que no ha pensado lo que proponía, ó no sabe del todo lo que se dice.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

RECUERDOS DE MINDANAO (1).

EL FUSIL DE VÁZQUEZ.

III.

Conclusión.

El reconocimiento. — De vuelta. — A almorzar. — Truenos filipinos. — Precauciones. — La expedición. — ¡A buena hora ya! — Tres y dos..... cinco. — Se evaporó. — Mi kris. — ¿Y el fusil de Vázquez?

Después de aquella especie de presentación del *Masa-li-campo* y su familia, abordaron los Padres el asunto que allí nos llevaba, y en pocas frases estuvo explicado todo.

Un cuarto de hora más tarde salíamos del *bahay*, y tras de nuevos ejercicios funámbulos para llegar á tierra, emprendíamos, conducidos por el *Masali* y algunos de sus hijos, á través del bosque, á fin de reconocer el terreno en que los remontados tenían su cuartel general. No era muy lejos; á cosa de un par de kilómetros asomamos á un valle más descubierto, y allá, en el fondo de él, vimos la masa parduzca de una techumbre de cogón. Aquella era la casa donde en los últimos días habíanse recogido por las noches Vázquez y su gente.

Sin salir nosotros de la espesura para no ser vistos, en un momento nos hicimos cargo de la situación de las cosas, y ya de vuelta, discurrí el único plan que podía darme por resultado la captura de aquellos prójimos.

Por lo pronto, encargué al *Masali* que desplegara por trochas y barrancos á sus hijos y nietos, á fin de que espiasen lo que hacían los remontados, y sobre todo el lugar en que se recogieran por la noche, bien fuese el *bahay* aquel que de lejos se ofreció á nuestra vista, bien cualquier otro. Los Jesuitas, conocedores de las costumbres indígenas, me aseguraron que á la puesta del sol estarían los *tulisanes* ya bajo techado.

A todo esto comenzaban nuestros estómagos á dar aviso de que era hora de acordarse cada cual de atender al suyo respectivo. Y en el fondo de una barranca, junto al cauce de un arroyo clarísimo y bajo inmensa cúpula de follaje, nos sentamos sobre la hierba. Las viandas salieron de las cestas que traía Trifino de la Cruz, y en breve no quedaron de ellas más que algunos huesos de pollo y cortezas de queso entre las piedrecillas de la margen. Y aquí sí que tengo ocasión de hacer una de esas descripciones bucólico-tropicales de que tal vez abusé en otro sitio. Pero por esta misma razón debo suprimirla, y recordar tan sólo unos insectos muy brillantes, rojos, verdes y azules, que revoloteaban á nuestro alrededor, y que de vez en cuando deslizábanse sobre las ondas ligeramente con giros caprichosos, trazando en ellas á modo de líneas de luz ó de cristalinos surcos.

Tras del refrigerio, que fué breve, continuamos la marcha, dirigiéndonos á la casa-capilla que la Misión posee en aquella parte del río. Teníamos prisa por llegar, pues acercábase la hora de la turbonada, que cada día, la mayor parte del año, remoja á los infelices que se descuidan en guarecerse.

Y tan justo medimos el tiempo, que en el momento mismo de trasponer el umbral, tras de la racha de viento bajo, calentón y veloz que precede á la tormenta, estallaba el primer relámpago con su trueno correspondiente, y caían los goterones vanguardia del aguacero.

¿Y en que creerán ustedes que pasamos el tiempo que duró la sinfonía? Pues en dormir la más agradable de las siestas. A todo se acostumbra uno. Hasta á los despampanantes truenos filipinos. Y á dormir al son de ellos en un *lancape* de bejuco.

°°°

Una hora más tarde despertamos, y en marcha otra vez; pero el descenso por las colinas hacia el río es fácil, y pronto, luego de dar un vistazo al tejar y alfarería de la Misión, por aquella parte instalados, vímonos en la orilla, y desde ella en la banca que nos había traído. Pocos minutos después, los Padres en el convento y yo en el fuerte.

Una vez allí, lo primero que hice fué mandar una orden á la avanzada del Estero (á un kilómetro), para que de los diez soldados que había en ella vinieran tres con su armamento y equipo; quedando allí el sargento, el cabo y siete hombres más, á quienes comuniqué la prevención de suplir con exceso de vigilancia la falta de personal.

Llegaron á eso de las cinco, y en el acto dispuse que se preparasen otros siete de la guarnición del fuerte; y al sargento peninsular Mengod previnele que con un cabo indígena y aquellos diez soldados había de ejecutar durante la noche la operación, según el plan que tracé de antemano.

Todo esto lo tuve que hacer así por la gravedad que encerraba disminuir, aunque fuese por pocas horas, y más aún de noche, la fuerza del destacamento. No me quedarían más que nueve hombres en el Estero y veintitrés en el fuerte principal. Y bien podían saberlo los moros y darme algún disgusto, que fuera tanto mayor, cuanto que casi me excedía de mis atribuciones al meterme en aquella aventura sin órdenes terminantes, aunque tuviese autorización hasta cierto punto otorgada por el Gobernador de Cottabato.

Para evitar que ningún vecino de la Misión ni ningún soldado franco de servicio pudiesen irse de la lengua y propalar algo que por unos ú otros conductos llegase á los moros ó á los remontados, recibieron la consigna los centinelas avanzados del fuerte de no permitir ni el paso á los primeros ni la salida de los segundos. Además, sólo el sargento Mengod (ni siquiera los cabos europeos) sabía de lo que se trataba; antes bien, procuré que creyeran en el temor de un próximo ataque de la morisma.

Hecho esto, y equipada la gente de la expedición, y ya al obscurecer, tras el breve crepúsculo de aquellas latitudes, en la otra orilla del río brilló una luz por tres veces. Era la señal convenida; sin duda estaba allí alguno de los *tirurayes* espías (1). En el acto, una de las bancas, ya dispuesta á prevención, con dos remeros, cruzó el río en busca del montés. En ella iba también el sargento con orden de impedir que éste hablara con los soldados.

El tiruray (uno de los nietos del *Masa-li-campo*, educado en la Misión y que chapurreaba el castellano) me dijo que sabía dónde pernoctaban los *tulisanes*. Podía, pues, partir la expedición. Yo hubiera ido con ella; pero me estaba prohibido en absoluto separarme de noche del destacamento, bajo la más estrecha responsabilidad. Ya al hacer lo que hacía, y como he dicho, excedíame tal vez no poco de mis atribuciones.

El confidente aquel fué á descansar un rato á mi cocina, donde los asistentes se cuidaron de darle de comer, pero sin permitirle salir ni comunicar con nadie, y media hora después, cerrada ya bien la noche, que era obscura si las hay, embarcábanse en las dos bancas los doce hombres de la partida. El sargento Mengod, que los mandaba, había recibido instrucciones precisas las cuales sería prolijo y aun cansado para el lector repetir aquí. Con ellos iba el *tiruray*, quien se empeñó en vestirse con un capacete y capote de tropa, llevando además una estaca de las dimensiones de un fusil. Su objeto era que los *tulisanes* lo confundiesen con los soldados, y poder sustraerse así, caso de que aquéllos lograran escapar, á su venganza.

Olvidaba decir que la tropa vestía el capote obscuro, fino y largo que allí es de reglamento (ó era entonces), para abrigarse contra el relente mortífero de aquellas noches tropicales, y el capacete con la funda de hule negro, todo á fin de ocultarse mejor en el bosque y descampados cegonales.

¡Y lo que son las cosas de este bendito país, y de aquél, que es su secuela! Al Gobernador, que hasta entonces no había querido ó podido enviarme el refuerzo reclamado por mí para poder realizar la expedición, ocurrióselo mandármelo aquel mismo día, con tanta oportunidad, que llegó tres cuartos de hora después de haber salido mi gente.

Veinte hombres venían con un sargento.

No lo sentí, sin embargo, pues de ese modo quedaba más seguro el fuerte y también la avanzada, á la que mandé igual número de los que había retirado.

Debí aguardar ese refuerzo; pero tal vez se me escapara

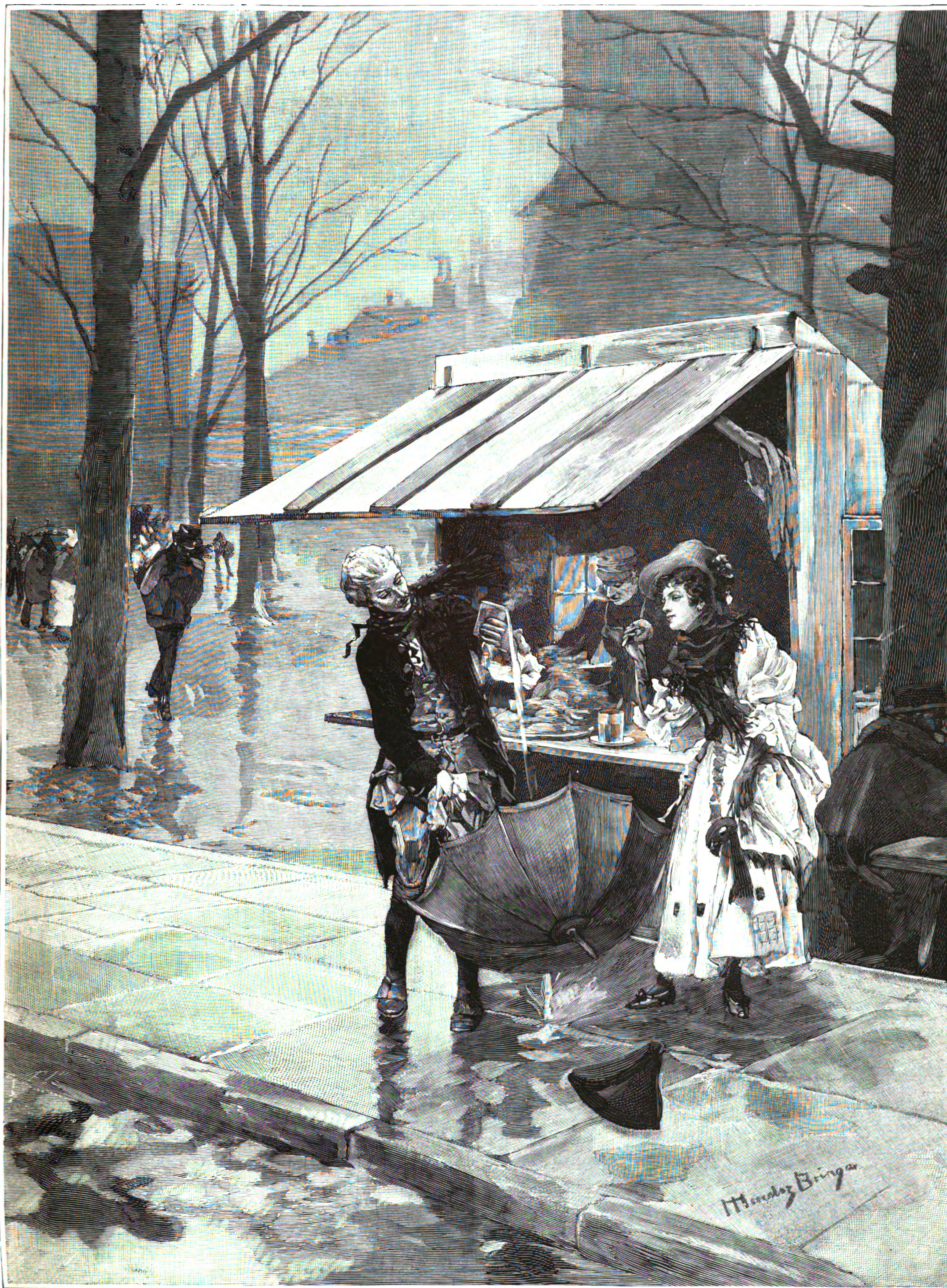
(1) Véanse los números I y II.

(1) La señal debía hacerla encendiendo un fósforo—*sacafuego*, como dicen los indios en su español *de tienda*.—Los que allí se venden son amorfos, de madera, en cajitas de lo mismo, y todo producto de la industria noruega, traídos por el comercio inglés. Los moros y monteses los usan ya.



FIN DE FIESTA.—EN EL AMBIGÚ.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA.



FIN DE FIESTA.—EN EL CAFÉ ECONÓMICO.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA.

entonces la ocasión ofrecida el día aquel por mi visita á los montes de los *tirurayes*.

Y, en fin, la cosa estaba ya hecha; restábame sólo esperar el resultado.

°°°

A las dos de la madrugada brillaron luces en la opuesta margen del río. Al aviso de los centinelas, toda la fuerza, que no se había acostado, tomó las armas. Adopté algunas precauciones, por si era una sorpresa de los moros, y dispuse que las bancas, con sus remeros armados, cruzaran la corriente: Oí, aunque de lejos, las voces de *¿Quién vive?*—*¡España!*—*¿Qué gente?* etc., y el cambio del santo y seña: después, silencio: y luego, el chapotear de los *zaguales* (1) que azotan el agua, y, por último, de entre la obscuridad, destacándose sobre las sombrías aguas del Pulangui, surgieron dos bultos informes, que en breve atracaron al *pantalang*, ó desembarcadero, no sin que antes se cumpliesen las formalidades de ordenanza para dejarlos acercarse.

—¿Qué hay?—pregunté á Mengod, que vino á darme cuenta del resultado.

—Tres presos y dos *babaes* (2). Aquí están.

—¿Han hecho resistencia?

—Quisieron hacerla, pero no se les dió tiempo.

Y en pocas palabras, pues era muy económico de ellas el buen sargento, me refirió cómo después de tres horas de marcha á través del bosque inextricable, cruzando barrancadas y ríos, unas veces por medio de troncos atravesados, otras con agua hasta la cintura, habían llegado á la casa donde, según el *tiruray* dijera, albergábanse los remontados. Rodeáronla para que éstos no pudiesen escapar, y avanzaban ya él y dos soldados, cuando, despertándose aquéllos, quisieron resistir. Pero antes de que pudieran usar sus armas quedaron sujetos con fuertes ligaduras de bejuco. Y allí venían, con las dos *babaes* robadas á los *tirurayes*, y que, sin embargo, parecían hacer muy buenas migas con sus raptores.

—¿Y los demás? Porque son ocho ó diez, según dicen.

—Pues más no había en la casa. Sólo esos tres.

—¿Cuál es Vázquez?

—No está entre los presos.

—¡Cómo! ¿Se ha escapado?

—Ninguno pudo escaparse. No encontramos á nadie más.

°°°

En resumen; que á la mañana siguiente, la fuerza que vino de Cottabato, innecesaria ya, emprendía el regreso, y con ella iba el oficio dando cuenta al Gobernador de lo sucedido, más los tres prisioneros y las dos mujeres.—¡Ah! y las armas que se les apresaron.

A aquéllos los sometí antes á un interrogatorio; pero nada les pude sacar sobre el paradero de Vázquez.

—*No sabe-po* (3), no *sabe;*—he aquí su respuesta, y de ahí no salían ni á tiros.

Pero poco después vinieron más *tirurayes*, y los Jesuitas ampliaron sus medios de investigación, y todo se supo.

En primer lugar, los remontados no eran diez y Vázquez, sino sólo éste y cinco más. A los monteses, el miedo hizoselos ver duplicados.

Tres estaban ya cautivos, y los dos restantes..... los dos restantes avisaban que se presentarían á indulto si se prometía no hacerles nada, condonándoles además unos débitos que tenían con la Administración por no sé qué suministros. Una socaliña de la Hacienda á aquellos infelices.

Así se les ofreció, y pocos días después se presentaron en el Convento.

En cuanto á las dos *tirurayes*, fueron devueltas á sus familias, que las recibieron..... sin reclamar nada por daños y perjuicios.

°°°

Pero ¿y Vázquez? ¿y el célebre Vázquez, ocasión de todo? Sus armas habían parecido, como la camisa de la Lola, pero él no. Aquéllas vinieron entre las demás recogidas. Por cierto que el Gobernador hubo de dejar que conservara yo el kris malayo de aquel famoso individuo: aun lo tengo en mi poder: es de fea empuñadura y vaina estropeada, pero excelente su hoja.

En cuanto al dueño.... díjose que había sido asesinado días antes por sus mismos compañeros: hasta sucedió que al reconocer mi gente aquellos sitios en días posteriores, trajo una tabla manchada de sangre, hallada en cierto *bahay* quemado, donde, según decían, se cometió el delito.....

El caso es que desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra.....

No faltó quien supusiese que le habían avisado.—¿Cómo? ¿por dónde? ¿qué personas?—No quiero repetir las suposiciones que se hicieron.

°°°

¿Y su fusil?..... ¿Y el fusil celebérrimo? Ya he dicho que los remontados presos tenían las armas de Vázquez, y entre ellas....., entre ellas aquel fusilón, de chispa, sin baqueta, piedra ni cartuchos, salido de Dios sabe dónde, y que, no obstante, bastaba para imponer terror y espanto en los pusilánimes corazones de la gente *tiruray*.

Debe de existir aún como reliquia en el gobierno político-militar de Cottabato.

JUAN LAPOULIDE.

(1) Remos cortos.
(2) Mujeres.
(3) *Po*, señor

LA LIRA MERCANTIL.

Son todos ellos chicos del comercio, según se denominan á sí mismos.

Uno es el dependiente del pescadero de la plaza de San Miguel, Toribio; otro, también «marisco», el dueño del puesto colindante; otro el cortador de carne del puesto de la calle de...; otro el dependiente mayor de un almacén de ropas hechas, de la calle de Toledo, y un cobrador y dos funcionarios de la tahona.....

Y uno toca la guitarra hasta hacerla gemir, como hacen algunos escritores con las prensas.

Otro ejecuta en la flauta cualquier partitura de ópera, no siendo italiana ni extranjera.

Y entre ellos uno es profesor en bandurria, y otro en acordeón, y otro en hierros, y otro es un panderetólogo por convicción, aunque sin principios.

Con que organizaron una estudiantina para Carnaval.

Se reunieron para elegir la junta directiva, compuesta de presidente, director facultativo, vicepresidentes, secretario, contador, tesorero y vocales.

Después se pasó á la elección de título para la estudiantina.

—*La Unión Mercantil*—propuso uno.

—¡Qué barbaridad!—protestó otro.

—¿Por qué es barbaridad?—preguntó el autor del título.

—Porque se quejaría el Círculo.

—Es verdad—afirmaron otros.

—*Los Mosqueteros grises.*

—*Los Sobrinos del Capitán Grant.*

—Señores—interrumpió el presidente—nosotros no somos sobrinos de nadie, más que de nuestras obras.

(Bien, muy bien.)

—¿Qué es un título? Nada, si se quiere; ya lo sabéis; vanidad, tal vez, pero muy necesaria para figurar en sociedad.

(Bien, muy bien.)

—¡Olé, por los presidentes de riñones!

—*¡La Unión!*—grita uno.

—¡Qué unión, ni que.....!—replica otro.

—Lo digo porque aquí nos reunimos del ramo de pescaderos, del de carnes, del de ropas y de otros varios del saber humano.

—Pero no basta—objeta el presidente;—es necesario un título alegre, al par que expresivo y poético: por ejemplo: *La Lira Mercantil.*

—¡Bravo, bravo!—rugen los circunstantes.

Y queda acordado el título de *La Lira Mercantil.*

—¿Y trajes? es preciso adoptar trajes llamativos.

—De doctores de *El Rey que rabió.*

—No, no; de *Mujeres y Reinas.*

—De besugo.

—¡Señores, señores!.....

Queda aprobado el traje de «indio algo civilizado», vamos, con pantalones, en lugar de taparrabos.....

Empiezan los ensayos inmediatamente.

Primero en casa de alguno de los socios; después al aire libre, andando calles.

Para mayor esplendor de la orquesta, alquilan un violín con profesor y todo.

Dos pesetas y comido, cada día de Carnaval, y los ensayos gratis.

Y aun se permite alguno de los *estudiantes* decirle:

—¡Cómo desafina usted, maestro!

A lo que responde el infeliz:

—Haberse traído uno del cuerpo de alabarderos, que sería mejor que yo.

¡Qué días y qué noches para el pobre hombre, entre aquellos *chicos!*

Un mes antes de Carnaval empiezan las serenatas á las novias y á las personas conocidas, y á la prensa, para que ésta publique los nombres y naturaleza de los profesores.

«Anoche tuvimos el gusto de vernos atolondrados y aburridos con la presencia y el instrumental de la comparsa *La Lira Mercantil.*

»¡Qué manera de tocar! ¡Qué magistralmente ejecutaron el andante 20, los tiempos 405, 9.432, y otros tiempos difíciles, de Beethoven, y la jota de *El dúo de la Africana!*

»El presidente señor Moñino, el director señor Canuto, el cabo de panderas señor....., son profesores en los ramos de pescadería, carnicería.....

»Nos dieron un buen rato, que no deseamos á ustedes.»

¡Qué diferencia entre estos y aquellos tiempos de las estudiantinas auténticas, donde «toda locura tenía asiento y todo ingenio parecía poco»! ¡Hoy las estudiantinas son de besugos y solomillos, y obra prima y carbonería que se lanzan al ruedo!

Todo viene á menos.

—«Menos la afición á la bebida»—que decía un beodo.

Entonces había entre los postulantes de las estudiantinas cierto pugilato para ver quién recogía mayor cantidad.

Se disputaban el campeonato los estudiantes de más ingenio y facilidad de palabra y atrevimiento.

Los panderetólogos se hacían pedazos en esas calles y en algunos salones de baile, disputándose el primer puesto.

Y las gentes miraban á los de la tuna con cariño y en la seguridad de que no eran falsificados.

Empezaron las comparsas de alumnos de papelista, y los «morfeones» de jóvenes chulos, y las charangas de tropa, y los cuartetos ó cuarterones de pobres lisiados y relisiados, y las agrupaciones de profesores errantes, y acabaron las estudiantinas.

Ahora andan á golpes con los postulantes los figles de la reserva y los clarinetes Krupp, por si «disimulan» ó no alguna cantidad de la recaudada en la «vindicta pública», que decía el presidente de una de esas «estudiantinas de viento».

¡Y qué maneras de postular!

Así se lamentaba un caballero á quien acometieron dos postulantes de *La Lira Mercantil*, poco menos que con navaja, zarandeándole y atajándole el paso:

—Señores, esto no es pedir en broma: esto es un atraco.

EDUARDO DE PALACIO.

DOLORA.

LA ESCALA DE LA VIDA.

Á MI CONSTANTE AMIGO EL SR. D. PÍO GULLÓN.

Llenos de gozo ó de duelo,
Van: tras del hijo, la madre;
Detrás de la madre, el padre;
Y en pos del padre, el abuelo.

Mientras el niño impaciente
Marcha sobre un pie saltando,
La madre en dos pies va andando
Más bella que un sol naciente.

No en dos pies, va el padre en tres,
En su bastón apoyado;
Y en sus muletas clavado,
Va el abuelo en cuatro pies.

CAMPOAMOR.

PUES SEÑOR.....

Era la noche de un día
de Carnaval; no recuerdo
si era el lunes, ó era el martes,
ó si era domingo *grueso*.
Pura Ruiz, quieta en su casa
(Candil, veintidós, tercero),
se hallaba fuera de cuenta
desde el miércoles lo menos;
y su hermana, que vivía
debajo, en el entresuelo,
daba un magnífico baile
de trajes al mismo tiempo.
Allí estaban las de Gómez
disfrazadas de cangrejos;
las de Ortiz, de berengenas;
de demonios, las de Crespo;
de payaso, don Melquiades;
de ostras frescas, las de Prieto;
de coliflor incipiente,
la Baronesa del Freno;
de jirafas, las de Robles;
don Lucas, de mosquetero;
de monja, Pepito Bringas,
y de toro don Cornelio.
A las doce, cuando el baile
se hallaba ya en su apogeo,
sonó un gran campanillazo
y entró un criado diciendo:
—La señorita de arriba
se encuentra en un grave aprieto,
y quiere que la señora
vaya en su auxilio corriendo.—
La señora de la casa,
disfrazada de mochuelo,
y el señor, de sacacorchos,
y las hijas, de luceros,
sin detenerse un instante,
á asistir se dirigieron
á la paciente, que estaba
revolcándose en el lecho.
Minutos después, al cuarto
de arriba fueron subiendo
los íntimos de la casa
que se enteraron de aquello.
Y ya por ver qué ocurría,
ya con galantes deseos,
fueron llegando á la alcoba
y alargando allí el pescuezo
la coliflor, las jirafas,
los diablos, el mosquetero,
la monja, el toro, las ostras,
el payaso y los cangrejos.

Ello fué que aun sin llamarlos
y sin poder contenerlos,
cercaron la cama todos,
más curiosos que discretos.
Al poco rato y con prisa
venía al mundo un sër nuevo.
Dirigió á los circunstantes
sus ojillos entreabiertos,
y el pobre exclamó asustado:
—¡Señores! ¿Pero qué es esto?
¿El mundo es como la muestra?
Pues más me vale no verlo.—
Y con asombro de todos
los mamarrachos aquellos,
haciendo una reverencia
volvióse al claustro materno.

Juan Pérez Zúñiga.

MI MÁSCARA.....

SONETO.

AL EX MINISTRO PLENIPOTENCIARIO

MANUEL LLORENTE,

AMIGO ENTRAÑABLE, CORRECTO DIPLOMÁTICO Y ELEGANTE ESCRITOR.

En la luz del espejo veneciano
Que retrata el salón resplandeciente,
Miro girar espléndido y riente
Todo un alegre mundo cortesano.

Juntos como los dedos de una mano
Pasan en derredor confusamente,
De los amores la esperanza ardiente,
De las perfidias el dolor insano.

Gallarda, fascinante, majestuosa,
Viene hacia mí la máscara hechicera,
Raro conjunto de mujer y diosa.

Es la deidad de rubia cabellera,
La tapada gentil y misteriosa
Que dice al corazón: ¡Ama y espera!

Rafael Ochoa.

Segovia, Febrero de 1895.

«¿ME CONOCES?»

I.

«¿Me conoces, inocente?
Pues soy risible moneda.
Trozo de metal que rueda
Con un valor aparente.
El cambio me hizo poner
Esta careta de cobre;
Pero yo no soy tan pobre
Como me quieren hacer.
¿De modesto *perro chico*
Ves que disfrazado voy?.....
Pues no soy tal perro. ¡Soy
Un duro de Puerto Rico!»

II.

«¿Ves cómo me *pongo moños*
Y presumo de *manola*
Con mi mantilla española
Y mi falda de madroños?
¿Como éxito colosal
Ves que me anuncia la fama
Y que el público me aclama
Por mi *gracia original?*
Pues no tengo de *manola*
Más que la forma exterior;
¡Soy *francesa*, y un autor
Me disfrazó de *española!*»

III.

«¿Conoces por el disfraz
A este pobre jornalero?
Pues que me conozcas quiero
Sin quitarme el antifaz.
¿Todo el que el poder escala
Ves que mi amistad rehusa?
Pues esta manchada blusa
Es mi uniforme de gala.
¿Ves que insultan mi pobreza?
Pues va el capital debajo.
¡Soy la fuerza y el trabajo,
Y la vida y la riqueza!»

IV.

«¿Me conoces? De dinero
Llevo la bolsa repleta.
¿Conoces por la careta
Al opulento banquero?
¿En los dorados salones
Ves que, entre fiestas y luces,
Ostento bandas y cruces
Y títulos y blasones?
Pues escucha la verdad:
¡Es que disfrazado voy:
Pero yo, por dentro, soy
Pobre de solemnidad!»

V.

«¿Me conoces? ¿Ves que lloro
Con las desdichas ajenas
Y reparto á manos llenas,
Siempre que me ven, el oro?
¿Ves cómo anuncio mis dones
Y publico mis piedades,
Y entre las calamidades
Alzo mis ricos pendones?
¿Ves cómo la sociedad
Me bendice entusiasmada?.....
Pues también voy disfrazada,
¡Yo no soy la caridad!»

VI.

«¿Me ves doctor eminente,
Que en cuanto despego el labio,
Con la careta de sabio
Me llevo detrás la gente?
¿Ves que el dinero me dan
Porque receto en francés,
Y hago curas en inglés
Con citas del alemán?
¿Ves en la prensa importante
Los bombos que yo me doy?
¡Pues no soy doctor, que soy
Sacamuelas ambulante!»

VII.

«¿Ves que leyéndome estás,
Y con descaro imprudente
Te señalo francamente
Disfraces en los demás?
Pues del triunfo no te goces,
Si conocerme has creído.
¡*Disfrazado* me he venido,
Y tampoco me conoces!
Aunque estos versos ensarto
Y tono de autor me doy,
Yo no soy poeta..... ¡Soy
Coplero de tres al cuarto!»

José Jackson Veyán.

EN EL SAHARA.—EL MADHI.

PÁGINAS DEL DIARIO DEL CORONEL FLATTERS.

ACE años circuló la noticia de que todo el personal que formaba la expedición del intrépido coronel Flatters, encargado de hacer los estudios de un ferrocarril transahariano, desde Beskra, en Argelia, hasta Tombontu, pasando por Tuggurt, Uargala y Arníguid, fuera asesinado por los beduinos.

Desde entonces nadie volvió á dar más noticias de aquel desgraciado episodio de las conquistas científicas de nuestro siglo, suponiendo, con fundamento, que el desastre fuera cierto en todas sus partes. Hoy han llegado á nuestro poder fragmentos de un diario que parece referirse á Flatters; y, verdaderos ó apócrifos, los creemos de bastante interés para entregarlos á la publicidad, por constituir un epílogo, cierto ó novelesco, de aquella aventura.

....

Uargala, en el Sahara, á 2 de.....

¡Qué país! ¡Qué desolación! ¡Qué desaliento inspira á estos valerosos franceses que me siguen la empresa acometida! Y el desaliento es contagioso: yo mismo empiezo á perder la fe en el hermoso sueño de hacer una Francia africana que se extienda desde el Atlántico al mar Rojo, desde el Mediterráneo á la línea equinoccial.

Este Sahara, en que ahora verdaderamente entramos; este desierto de 300 leguas de anchura, sin sombras, y con una temperatura de 50 grados centígrados bajo la tienda; océano de arena que separa nuestras colonias, tiene el menor de sus defectos en las distancias y el calor. El obstáculo serio que nos presenta lo constituyen estos hombres enigmáticos, misterios de albornoz, con que empezamos á tropezar, y cuya vida incomprensible parece escaparse á todas las leyes físicas y morales á que se halla sujeto el hombre en nuestra Europa.

Impalpables é insensibles, aparecen y desaparecen como las imágenes que el espejismo presenta á nuestros abrasados ojos. Y los temo verdaderamente; preveo que no será el *simoum* el que sepultará nuestros cuerpos en la arena. Estos Tuaregs, de rostro siempre velado, crueles y constantes, fanáticos de su independencia á fuer de beduinos, cruzaron ante nuestra vista, y no se detuvieron á tomar la sal en nuestra compañía.

¿Dónde estarán ahora? ¡Quién lo sabe! ¿Dónde estarán mañana ó pasado? De seguro, como los chacales, velando nuestra agonía para despojarnos. Les temo, como se teme á lo desconocido que nos sorprende indefensos..... ¡Qué hermoso sería el desierto, si estuviera desierto!

No me abandona el presentimiento de que la última noticia nuestra que se recibirá en Europa será la de los nombres que mis pobres compañeros se entretienen, mientras escribo estas líneas, en trazar en las paredes de este oasis de Uargala.

....

....

¡Pobre corazón mío! ¡Cuán leal has sido! Tú eres el único que hoy late de todos aquellos que palpitaban de emoción al ver perderse en el horizonte, tras las azules aguas del Mediterráneo, las costas de la amada Francia, para estudiar este camino de civilización.

Todos mis compañeros fueron sacrificados, y por un sarcasmo de la suerte, yo que era el blanco del ataque, ni una herida había recibido, al caer exánime por los esfuerzos de la lucha, sobre el informe montón de cadáveres y arena que la contienda produjo.

Los Seidas Tuaregs de Abaghar nos sorprendieron, ó mejor dicho, nos envolvieron. Ni la superioridad del armamento, ni el valor sereno de los héroes que me acompañaban, pudieron contrarrestar la diferencia que el número daba á nuestros enemigos. Saqueada concienzudamente la expedición, como saben hacerlo estos piratas del desierto, me recogieron, haciéndome prisionero y llevándome como un trofeo de su hazaña. Recogieron también sus muertos, que llevan no sé á dónde, dejaron los demás sobre la arena, para que el sol los momifique ó las fieras los devoren, y veloces caminamos hace ya días.

¿Cuál será mi destino? No lo sé. Escribo en un momento de descanso, aprovechándome de la inexplicable libertad que dentro de mi condición de prisionero me conceden estos bárbaros.

En este país, y en mi situación, viene involuntariamente á los labios su frase usual: «¡Sólo Dios es grande!» Hoy ya sólo en Él pongo mi esperanza.

....

Aun vivo, con gran sorpresa mía, y lo más extraño consiste en que la menor de las sorpresas que experimento es la de no haber muerto.

Este Sahara tiene en la Esfinge egipcia su verdadera representación. Lo llaman desierto, y está relativamente muy poblado; suponen sumidas en la barbarie á las tribus que se deslizan á través de sus ardientes arenas, y cuanto más trato á estas gentes, más profundas me parecen las escasas ideas que rigen la dirección de su vida; se las cree desgraciadas, y empiezo á sospechar si la felicidad, como nos cuenta la leyenda, residirá dentro de la choza del lapón ó en la cueva del desnudo fakir indio, donde toda privación y donde toda incomodidad tienen su asiento.

La constante lucha con la Naturaleza distrae aquí el espíritu de las pequeñas bagatelas que forman el ideal de la vida en nuestra Europa, y hacen concentrar el ánimo en las ideas madres. Se siente y se piensa á mi alrededor, bajo la bárbara corteza que los cubre, de tal manera, que la idea de Dios, la de patria y la de gobierno no resultan inferiores á las nuestras. Parecen aquí patrimonio de todos, conceptos que en Francia sólo saldrían de la boca de un sabio.

....

¡El Madhi!..... La leyenda del desierto hecha carne. Hoy le he visto, y hemos hablado.

El Madhi, que en Kharthum devoró á Gordon; que en Saida degolló á los españoles; que en Yerub, al Sur de la Tripolitana, mantiene viva la insurrección; que entre los wahabitas de la Arabia encarna el sentimiento de la emancipación nacional contra los turcos; que en las montañas del Irak, en Persia, vela por la independencia de la patria contra rusos é ingleses; que en los escondidos bosques de la India oculta su odio contra los maharatas y contra Inglaterra. ¡Este Madhi me habló!

—No eres mi cautivo—dijo;—aunque adquirido por la diestra en los caminos del Señor, no caíste en esclavitud; gozas de los fueros de la hospitalidad; fumaste conmigo la pipa de la amistad, y eres mi huésped sagrado; tienes la protección de la Anaya.

En efecto, el trato de estas gentes conmigo es respetuoso. Las enormes privaciones que sufro son iguales á las que soportan cuantos me rodean, y si en nada me agasajan, tampoco en nada me mortifican. El respeto parece una consigna que se cumple ciegamente.

....

¿Quién es el Madhi? Esto me pregunto á cada instante. ¿Es el Targui berberisco? ¿Es el Beiruk árabe? ¿Es Mohamed el Tripolitano? ¿Es Bu-Amema?..... ¿Quién es?

Quiero personalizar la figura, y no puedo fijar las líneas del dibujo. Aquí donde el mundo exterior no alimenta á las sensaciones, la realidad termina donde da fin la lucha por la diaria existencia: todo lo demás tiene tanto de fantástico como de real, imposible de distinguir. ¿Es el Madhi una persona, ó una institución? ¿Es sólo una idea, ó una encarnación viviente? No lo sé todavía.

A veces el árabe presentado como Madhi me parece simplemente el jeque de una de las mil tribus de beduínos que habitan el desierto: su traje y sus costumbres así parecen revelarlo. Otras veces, en cambio, su figura se agiganta á mis ojos, y me parece, no el patriarca bíblico, ocupado únicamente en cuidar de su familia y apacentar sus rebaños, sino el soberano de un Estado de límites y extensión desconocidos, dotado de misterioso poder y dueño de resortes de gobierno poderosos; sus palabras y los conocimientos que revela así me lo hacen sospechar.

En esta duda escribo hoy; lo único de que estoy convencido es de que el asalto de la expedición no fué un hecho casual; conocía su objeto; sabía mi nombre y profesión. En su trato me demuestra la diferencia que separa al vencedor del vencido, y, por qué no decirlo, le admiro hasta en las felicitaciones de que soy objeto porque no perdí la vida, creyéndolas sinceras. Sin poderlo remediar, y ante nuestra situación de representantes de dos civilizaciones puestas frente á frente, me acordé de la entrevista de Escipión y Aníbal, después de Zama.

....

....

He vuelto á hablar con el Madhi. Se va ensanchando el horizonte dentro del cual se mueven mis ideas; pero así



¿ME CONOCES?

CUADRO DE M. EHRLER.

como el perfeccionamiento del telescopio y del microscopio nos revela cada día nuevos horizontes en lo infinitamente grande y en lo infinitamente pequeño, y este aumento de conocimientos en vez de disminuir aumenta las sombras que envuelven los límites de la materia, así el Madhi va siendo para mí de día en día una incógnita mayor, una X más indescifrable, á la cual los datos reunidos no me permiten fijar su verdadero valor. Este signo algebraico no puedo aún sustituirlo por un signo aritmético.

....

....

No quiero formar juicios aventurados. Voy á transcribir lo más fielmente que me sea posible la larga conversación que hoy tuvimos, y así recordaré siempre con fijeza los rasgos extraños de esta personalidad indescifrable.

—Flatters—me dijo—los hombres de valer y de valor deben abundar mucho en tu país, cuando los mandan desamparados á una muerte cierta.

—Son escasos los que dices, Sidi; pero como yo hay muchísimos.

—Aun suponiendo que lograrais estudiar y construir el ferrocarril del Sahara, ¿qué ventajas os daría que compensasen los sacrificios que impone? Si no sois capaces de colonizar la Argelia, ¿por qué soñáis en colonizar el Africa negra, mil veces más refractaria al francés? Si en quince días podéis transportar todas las mercancías de un año desde el centro del Africa á Francia, ¿con qué pensáis dar vida al ferrocarril?

—Esa no era mi misión. Util ó no, quiere Francia una vía de penetración transahariana; un pozo artesiano que haga afluir á Argel todas las riquezas del Africa central, y que en cambio haga refluir á este mundo bárbaro la civilización francesa. A esto vine. Sucumbí en la lucha, pero otro será más afortunado. En Francia la palabra *imposible* es desconocida: Francia es grande.

—Te engañas, sólo Dios es grande. En cuarenta años Él nos sacó de la miseria en que vivíamos, enviando entre nosotros á Mahoma; fuimos entonces los señores del mundo. La soberbia nos cegó, y Él abatió nuevamente á los creyentes, hasta reducirnos al miserable estado en que nos ves. A quienes amamos la libertad, sólo nos queda por palacio una tienda de pelo de camello, y por trono los jaeces de nuestro corcel.

—Perdona que te interrogue, Sidi, siendo prisionero tuyo más que huésped. ¿Eres tan sólo el patriarca de tu tribu, pastor y..... pirata del desierto, apegado á estos arenales como el labriego á su terruño? ¿Eres el rey proscrito que esconde en la soledad su vencimiento, y acecha la ocasión de la revancha? ¿Eres el ambicioso impostor que se dice enviado de Allah para dominar á las gentes de su raza? ¿Qué eres? ¿Quién eres? Perdóname nuevamente las preguntas y las palabras, porque en nuestra respectiva situación todo disfraz del pensamiento es cobardía.

—Dices bien: así hablan los hombres. La mujer oculta por falta de ánimo su corazón, y cuanto más te ama es más pérfida. Pero quien, como tú, tiene en la frente la estrella del saber, y en su pecho hierve la sangre del león, debe hablar siempre como tú hablas, y tiene el derecho de ser contestado. Sabrás no sólo quién soy y de dónde vengo, sino también á dónde pienso ir.

—Gracias, te escucho.

—En las listas que el gran Califa Omar ordenó hacer en Medina para el reparto entre los creyentes del botín de las grandes conquistas, allí aparece el nombre de mi abuelo. Era koreischita como el Profeta, la tribu más noble entre los nobles de la Arabia. Su hija Fátima dió sangre de su sangre á los míos, y soy scheriff. Entre las joyas de mi tribu, que guardo en el saco de cuero que me sirve de almohada, es la más preciosa el pergamino en que están escritos los nombres de todos mis abuelos, desde aquellos gloriosos tiempos hasta mí: es la historia de mi tribu. ¿Puede alguno de vosotros, ya republicano que suspira por un mal cintajo llamado Legión de Honor, ya aristócrata lleno de vanidad con los 64 cuarteles de su escudo, llamarse más noble que yo? ¿Puede alguno de esos reyes que se llaman de derecho divino, enorgullecidos de su origen, enseñar una genealogía tan perfecta, tan antigua y tan gloriosa como la mía? Pues bien, no soy yo sólo en el desierto; somos miles los que tenemos sangre Real en nuestras venas: los descendientes del Profeta, los chorfas, somos innumerables, y puedes tener la seguridad de que el pobre árabe que cuida un par de cabras en los eriales argelinos, tiene por su origen más derecho á llevar una corona en la cabeza que todos los reyes de vuestras dinastías europeas.

—Me llaman la atención conocimientos que chocan tanto con vuestros trajes y vuestro modo de ser.

—No lo extrañes: nuestra vida, exenta de trabajo material, sólo goza de los placeres del espíritu. Todos los de mi raza son poetas. Yo, el peor de todos, dejé de hacer versos porque soy Madhi; porque tengo el deber de velar cuando mis hermanos descansan, esperando que llegue el día en que pueda decirles, como el profeta Jesús dijo á Lázaro: «Levántate y anda.»

—¡Madhi..... Madhi.....! Siempre la palabra; nunca su significación. ¿Por qué eres Madhi?

—¿No conoces la profecía, la leyenda persa, que nos dice que Allah enviará, cuando su voluntad así lo disponga, un nuevo profeta á restablecer el poderío de la ley verdadera sobre la tierra; un profeta que predicará la doctrina de Mahoma, pero aun más sobrenatural y perfecta? ¿No sabes que ese Madhi ha de salir de la sangre del Profeta? Pues bien: cuantos sentimos dentro de nosotros el soplo de Allah, que nos veda entregar el alma á los goces de la poesía, y nos manda marchar por sus caminos para la propagación de la fe, concentramos todas nuestras energías en la ejecución de esta orden sobrenatural. La fe, como el fuego, ni se oculta ni se falsifica, y la fe hace creyentes, y estos creyentes se esparcen por el mundo y nos traecn noticias de todo; y así, en el fondo del Sahara un miserable beduíno conoce tan perfectamente como vosotros el estado de Europa..... Y no soy yo sólo el Madhi: hay muchos. Donde aparezca un creyente poseído de verdadera fe, apto para dirigir á sus hermanos, se le reconoce. El éxito después; el que haya triunfado cuando llegue el día escrito en el gran libro, aquél será el elegido por Allah para el cumplimiento de sus designios.

—Me sorprende tu lenguaje, Sidi; pero tu fe nada dice á mi razón. No creí encontrar en el fondo del desierto, donde suponemos existe tan sólo la ferocidad y la brutalidad, ideas como las tuyas; pero pensando fríamente, la resultante final de tus aspiraciones es y será siempre negativa: tengo ese convencimiento. El islamismo ha perdido su vida, es un mundo muerto que vaga errante en el espacio; está petrificado, y lo más que puede producir es el sacudimiento convulsivo de una erupción volcánica, nunca una expansión vital que produzca frutos duraderos. Y ante esta imposibilidad tus tentativas como Madhi, aparte de la sangre que hagan verter, serán tan ridículamente estériles, como la andante caballería de Don Quijote. Sueños locos sin encarnación real.

—Te equivocas, y os equivocáis todos en esto como en cuanto á nosotros se refiere. Nadie es menos soñador que el árabe beduíno. Pesa y mide las empresas que acomete, con la precisión de vuestras operaciones matemáticas; y nunca verás que acometa el árabe una empresa superior á sus fuerzas: nunca será un Don Quijote. El Madhi es y será la protesta constante del islamismo; la fuerza dispuesta á la lucha, que espera la llegada del día escrito por Allah, para extenderse por toda la tierra. ¡Y el día está próximo, Flatters!

—Sueños, vuelvo á repetirte, espejismos de grandeza, que los rayos del sol de Africa convierte, al abrasar vuestro cerebro, en esperanzas de fácil logro. Sin pararme á discutir vuestra impotencia para invadir la Argelia y Marruecos, doy por supuesta su conquista por los beduínos. Pero ¿y después? Aquel mar que para nosotros es camino y para vosotros abismo infranqueable, detendrá vuestros pasos. Y aunque así no fuera, ¿adónde iríais? ¿Qué fuerzas podríais emplear contra la más débil de las naciones de Europa? La realidad enseña cuán absurda es la pretensión de que el Madhi ha de restablecer la grandeza del Islam. ¡Es un imposible!

—¡Sólo Dios es grande! Créelo así. Os estimáis tan fuertes, tan poderosos los europeos, que ni aun la posibilidad remota queréis admitir, no ya de peligro, sino de simple molestia por nuestra parte. Tan pequeños os parecemos, que tendríais por visionario á quien anunciara que algún día el *simoum* envenenado puede soplar del desierto y destruir las maravillosas ciudades en que vivís. Y sin embargo, tú, que eres hombre de reflexión y no de pasión, que calculas y mides las fuerzas de la Naturaleza, calcula y mide también nuestras fuerzas, y reconocerás conmigo que el día en que hayamos de lanzarnos por los caminos del Señor está cercano. Atiende. ¿Qué fuerzas tenemos nosotros? Supondrás que algunos miles de bandidos, que tienen en la inmensidad del desierto segura madriguera, y que al salir de ella perderán su impulso, como pierde en el agua el caballo su veloz carrera. Te engañas. Esparcidos por Marruecos, Argelia, Túnez, Trípoli y Egipto, viven, no miles, sino millones de hombres que no obedecen al Sultán, ni á Francia, ni á Inglaterra, ni al Jedive, ni á Turquía, sino que me obedecen á mí. Disciplinados rígidamente y en el mayor secreto, *toman la rosa* de Aissa-Kadria, chadeya, derkana, djilani, hamali, tayeb, kobrim, tedjini, senussi y otros muchos; son lo que vosotros llamáis masones, que se extienden desde el Mediterráneo al Africa negra; desde el Senegal hasta Oboch;

Perfumeria exótica SENET, 35, rue du Quatre Septembre, Paris. *(Véanse los anuncios.)*

Perfumeria Ninon. Ve LECONTE ET Cie, 31, rue du Quatre Septembre. *(Véanse los anuncios.)*

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Apuntes sobre la cuestión industrial, por Camps y Fabrés.

No es tan conocido este publicista como merece, y basta leer el libro para comprender que otros con más fama no han sabido tratar con tan copiosa y segura doctrina las graves cuestiones que en él estudia. Siendo dignos de aprecio todos sus capítulos, nosotros hemos leído con particular gusto el IV, en que dice lo que fueron los gremios y el mal que se hizo acabando con ellos en vez de transformarlos; el VI, en que pinta el estado moral de los fabricantes; el VII, en que habla de los obreros; y el XII, en que prueba que no hay solución fuera de la Iglesia.

Es muy de agradecer al Sr. D. Felipe Fabrés la publicación de esta obra de su padre.

El auxiliar del cuerpo pericial de Contabilidad del *Estado.* — Obra ajustada á las preguntas del programa, por Baldomero García Martínez, tenedor de libros de Hacienda por oposición, y Rafael Fernández Esteban, aprobado para el ingreso en el Banco de España.

Trata este libro de las mismas materias que comprende el programa de oposiciones al cuerpo de Contabilidad del Estado, que son: Gramática Castellana, Aritmética, Teneduría de Libros y Legislación de Hacienda.

Es de mucha utilidad para los que se propongan hacer dichas oposiciones. Se halla de venta en las principales librerías al precio de 5 pesetas, y por 5,50 se remite certificado mediante envío de libranza. — G. R.

VUELVE YA Á TENER SALUD Y Á SER FELIZ.

Quitando el cuadrante de un reloj es cuando se ve toda su maquinaria, todas sus ruedas, motores y muelles. Si uno cualquiera de ellos está roto, no queda entonces lugar á duda; y aun cuando no podamos hacer por nosotros la compostura necesaria, cualquiera de nosotros puede comprender que se necesita la compostura.

No sucede así con el cuerpo humano. Verdad es que él es, á su vez, una máquina; pero, sin embargo, no hay una persona entre diez mil que sepa cómo mantenerla funcionando propiamente, ni cómo componerla cuando alguna de sus partes se ha descompuesto. El comprender esto requiere el estudio de cerca y la observación, no ya de una vida, sino de siglos, en manos de hombres que no hagan otra cosa, y que transmitan á sus sucesores lo que ellos hayan aprendido.

¡Y, sin embargo, cuán terribles sufrimientos no se derivan de esta ignorancia fatal! El dolor se entra por las puertas de nuestra casa, y no podemos aliviarlo; la muerte se lleva por fin sus víctimas, y no podemos detenerla. He aquí, pues, por qué cuando algún hombre ó mujer, más sabio que los demás, nos enseña lo que son las enfermedades y la manera de tratarlas, nuestra gratitud es espontánea y real.

Con fecha 11 de Febrero de 1893 un corresponsal de Doñinos de Salamanca nos escribe como sigue «Mi mujer había estado sufriendo durante cinco ó seis años de dolores de cabeza, insomnio, melancolía y depresión de espíritu. Viéndola de día en día mas abatida, y que se le volvía amarilla la piel, y ya apenas podía andar á causa de la debilidad, busqué para ella toda clase de alivio, y consulté varias veces con un doctor, quien me aseguró que el único remedio eran los baños de mar. Pero esto no estaba en mi poder, por falta de medios para llevarla á los baños, y, de no existir otro, yo veía su muerte cada vez más cercana. Tal era nuestra desgraciada situación, cuando vi en un periódico un anuncio de la medicina de usted, el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. No conociendo por experiencia nada acerca de la naturaleza de este preparativo, determiné, sin embargo, comprar una botella, en la esperanza de que, en ausencia de todo otro auxiliar eficaz, podría ser de utilidad.

»Ahora tengo la alegría de anunciar á usted el efecto que le ha producido. Al segundo día de tomar el Jarabe ya tuvo más apetito, y pareció sentir menos el fastidio y el cansancio. Acabó, pues, la primera botella y le llevé dos más, que sucesivamente consumió, y hoy se encuentra ya tan bien como antes de estar enferma, y tiene tan buen color como cuando tenía diez y siete años, á pesar de contar treinta. Hace más de diez años que no se encontraba tan bien como ahora lo está. Doy á usted por ello las gracias, y haré cuanto me sea posible por dar á conocer en mi vecindad esta medicina, que, aunque soy pobre, tendré siempre en mi casa. De usted afectísimo (firmado), CARLOS SÁNCHEZ.»

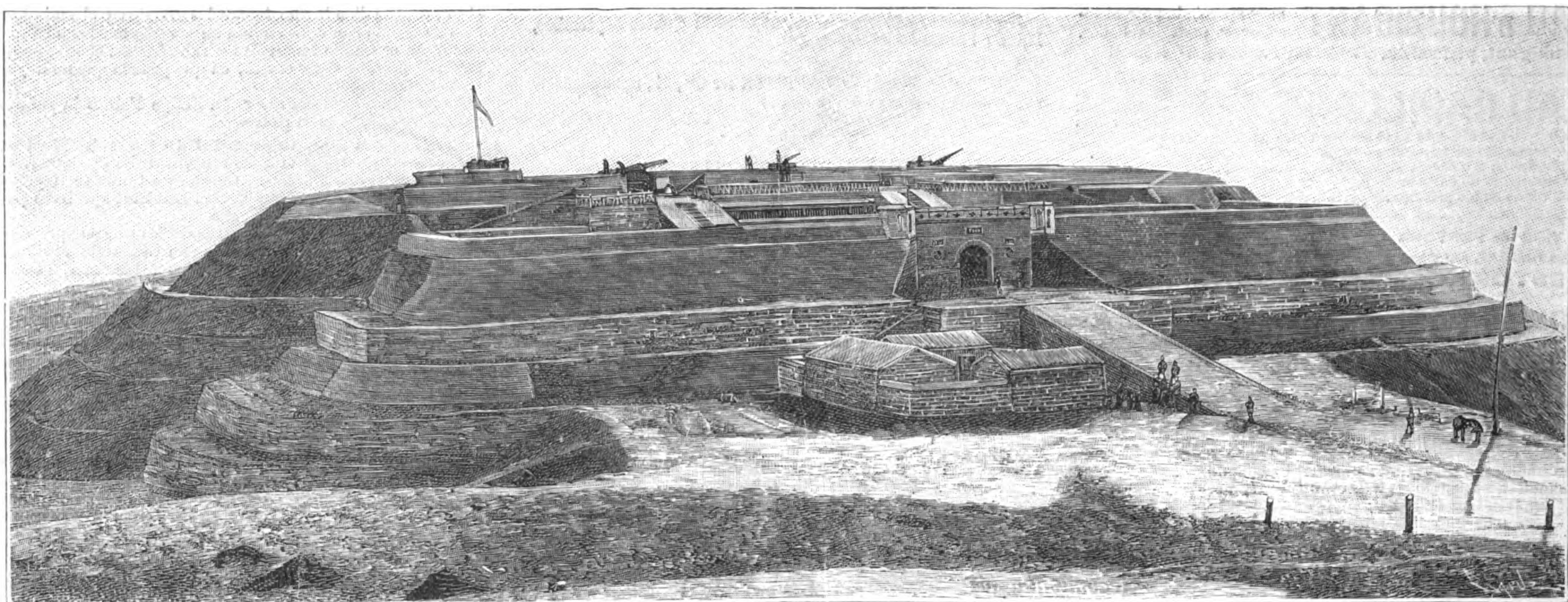
Si el Sr. Sánchez hubiera sabido que la enfermedad de que tanto y por tanto tiempo había padecido su esposa era indigestión y dispepsia, y hubiese tenido unas cuantas botellas de Jarabe Curativo de la Madre Seigel, ambos, marido y mujer, se hubieran ahorrado la dolorosa experiencia por que tuvieron que pasar; ella, por razón de su enfermedad, y él, por razón del cariño y del miedo de perderla.

El color amarillento de que él nos habla era debido á la presencia de la bilis en los tejidos y en la sangre, motivado esto por la falta de funcionamiento de un estómago torpe que la expeliese por la vía de los intestinos. Asimismo la bilis, una vez en la sangre (que está compuesta de ácidos y pigmentos), obra como un veneno violento; y esto fué lo que hacía estremecer de dolor los nervios ya debilitados, y arrojado entonces un manto de melancolía sobre el espíritu. Aun en el caso de que el Sr. Sánchez hubiera podido costear los baños de mar, hubieran resultado inútiles: pues lo que se necesitaba era una medicina que depurase el sistema del veneno, que fortaleciese los torpes órganos digestivos y que nutriese los débiles nervios.

Esto es lo que hizo el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, como lo hace todos los días con miles de pacientes en todas las partes del mundo.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.



LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—EL FUERTE DEL CENTRO, EN LA CIUDAD DE TA-LIEN-UAN RECIENTEMENTE TOMADA POR LOS JAPONESES.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. VIII.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 28 de Febrero de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de America y Asia	60 francos.	35 francos

MADRID.—OBRAS DE LA ALMUDENA.



ASPECTO GENERAL DE LA NAVE EN CONSTRUCCIÓN.

DE FOTOGRAFÍA DEL SR. IÑARRA, PERTENECIENTE Á LA COLECCIÓN DE D. ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

PERO ¿cree usted—me decía la tarde del martes de Carnaval mi amigo D. Jerónimo—que habiendo llovido toda la noche y parte de la mañana, haya quien se gaste un real para entrar á pie en el Retiro, que estará hecho una laguna, por ver cómo se arrojan flores de coche á coche damas y galanes enmascarados y descubiertos? Además, el cielo, encapotado, amenaza descargar otro aguacero: sólo habrá algunos curiosos con impermeables y paraguas.

—Confío en el buen pueblo de Madrid, que nunca se ha negado á las diversiones si están al alcance de su bolsillo, y el precio módico de la entrada le permite ese desahogo. Adoptemos un término medio, y veamos la fiesta por fuera, sin que nos saqueen los cocheros si alquilamos un carruaje, ni nos hundamos en un bache en el terreno blando del Retiro, presenciando el desfile en la parte alta de la calle de Alcalá: así como así, no ha de hacer polvo.

—Doy de barato que el pueblo acuda con esperanza de emociones; pero ¿quién se ha de disfrazar con este día ni ha de sacar trenes, ni exponerse á una pedrada envuelta en un ramito?

—Menos palabras, y al avío.

—Sólo una observación: el Carnaval de Madrid ¿sabe usted por qué está tan decaído? Pues sencillamente, por haberle desamparado las clases elevadas: lo que luce y anima esos espectáculos son las cabalgatas de disfraz y carruajes adornados: ¿qué pueden hacer los de á pie?

—¿A qué cansarnos en hacer suposiciones, cuando podemos resolver la duda callando y marchando hacia la fiesta?

—Pues..... en marcha.

Y caminamos, detenidos aquí y allí por los amigos.

—¿Sabe usted lo que ocurre?—nos dijo uno con misterio.—El general Calleja ha proclamado en Cuba el estado de sitio.

—¿Tan pronto? ¿Habrá acertado en sus pronósticos don Francisco Silvela?

—Es verdad que hizo algunas salvedades al adherirse á las reformas.....

—Adiós—le dijimos, deseando rehuir las cuestiones desagradables en un día de diversión.

Más allá tropezamos con un noticiero.

—¿Hay algo?

—No: que ya está sepultado el archiduque Alberto, y que ha presidido el duelo, con el Emperador de Austria, el de Alemania, y que la comitiva ha sido magnífica.

—¿Y por aquí?

—Que el Manzanares sube y parece un Guadalquivir; luego éste, si aumenta en proporción, debe ser un Plata.....

—¿Y ha causado estragos?

—Los ríos, cuanto más humildes, más daño hacen cuando salen de sus casillas; pero no sé que hayan ocurrido desgracias personales.

—Más vale así; pero de todos modos ha habido pérdidas y destrozos, lo cual es impropio de la mansedumbre del burlado Manzanares.

—Antes al contrario, está justificado con esta continuación de lluvias tan monótona y constante, que ya no hay memoria de haber nadie visto seco el piso. Lo raro es que no sea cada calle un río y cada balcón una cascada, y quiera Dios que esos nubarrones que flotan sobre nosotros no agüen la fiesta de esta tarde.

—Pero ¿qué máscaras son esas?

—Don Quijote y Sancho Panza. ¿Qué le parecen á ustedes?

—Que van bien vestidas y tienen gracia; pero hay en el traje del Quijote impropiedades.

—Debe ser el Quijote de Avellaneda.

—Adiós. Se me olvidaba. ¿Estuvieron ustedes anoche en el baile del Real?

—Yo ya no bailo sino involuntariamente, es decir, en sueños; que hasta las personas más graves por sus cargos y su edad corren aventuras nocturnas tan ajenas á su carácter como las que acaban de contarnos del pobre Manzanares. ¿Qué baile era ése?

—El del Círculo de Bellas Artes, que desde su traslación á la calle del Barquillo ha prosperado tanto en número de socios, que está desconocido. Este año ha publicado un lindo periódico titulado *La Paleta*, y los socios han pintado para el regalo anual pequeñas paletas, en que ha habido muchos aciertos y firmas muy notables. Pues bien; el baile estuvo concurridísimo. ¿Cómo no escribió usted en ese número, pues no veo su firma?

—Le diré á usted: cuando los socios éramos pocos, me parecía indispensable la cooperación de todos: ahora que somos tantos, ya no es necesaria la mía, y ayudo á mi manera, quitando á esa publicación la monotonía de una firma tan repetida en los números y publicaciones anteriores.

—Vea usted aquel coche: va cargado de proyectiles para la batalla.

—En efecto: ¡qué almacén de flores! Podrían las señoras que ocupan el landó resistir un sitio de seis meses. La acción promete ser terrible.

Y pasando por la plaza de la Independencia, entramos en la antigua carretera de Aragón.

—¿Cómo se llama hoy esta calle?—me preguntó D. Jerónimo?

—Es continuación de la calle de Alcalá.

—Pues ¿dónde terminaba la de Alcalá antiguamente?

—En la *Guía* del año 46 sólo se extendía desde la Puerta del Sol hasta el Prado: el trozo pasado el Prado hasta la Puerta de Alcalá se llamaba calle del Pósito, y esto que hoy es una calle tan hermosa era el camino real de Aragón y Cataluña. Si á usted le parece, no pasemos de aquí; dejemos á las gentes aglomerarse á las puertas del Retiro para comprar entradas, y paseemos por aquí y veremos los carruajes que marchan al combate.

—Allí veo uno muy hermoso, en que los disfraces son de flores campesinas, de vistosas amapolas. ¡Qué elegante!

—Más allá viene uno de colores rosados, finos y delicadísimos.....

—También son caprichosos esos girasoles.

—Y va muy bien vestida esa amazona antigua. ¿Sabe usted que no creí hallar estos trenes con tan poca preparación y en este día?

Y desde aquel momento fué casi imposible contar y hacerse cargo de los coches adornados, de las carrozas y de los caprichos con que entraron á competencia en la fiesta del Retiro La Peña, el Veloz, el Círculo Industrial, y otros que no puedo citar por falta de datos.

Pero el cielo había decidido regar aquel jardín, sin duda para que no agostasen tantas flores naturales é imitadas, y el aguacero reventó sobre los concurrentes: en un momento se abrieron millares de paraguas que, vistos en proyección, hicieron de la calle de Alcalá un campamento de tortugas. Felizmente hallamos un portal donde refugiarnos.

De vez en cuando, algunas máscaras alegraban la calle con sus chillidos: la más de la gente volvía con el calzado y la ropa cubiertos de barro y escurriendo el agua llovediza; todos volvían, sin embargo, alegres, como suele acontecer al que padece voluntariamente.

—¡Eh, guardia! ¿Quiere usted decirme si se ha aguado el desfile del Carnaval?

—Nada sabemos, y mucho me lo temo. Ya vuelven algunas carrozas, pero separadas.

—Máscara, ¿se dió ó no la batalla?

—¡Ya lo creo! en medio de la lluvia: era un chaparrón de agua, flores, serpentinas y confites: ha habido rasgos heroicos, y, lo que es más sorprendente, ni un herido. Se han llevado los ascensos principales el Vizconde de Irueste, la Marquesa de la Romana, D. Rodrigo Figueroa y el Fomento de las Artes: un tropel de chiquillos se disputaba los despojos, y no será extraño que en la próxima primavera los árboles del paseo del Retiro broten por sus ramas caramelos y bombones. Las señoras, sobre todo, han demostrado la mayor intrepidez, pues desafiando al trancazo, han aguantado la lluvia como verdaderas heroínas que son, hijas de aquellos que pelearon tantos siglos contra los franceses y los moros.

—¿Y el Gobernador?

—Calado hasta los huesos é impertérrito, como si fuera el agua su elemento natural.

—¿Y el Alcalde?

—Vitoreado y aplaudido por los beligerantes. El pueblo de Madrid, alto y bajo, ha aclamado el Carnaval de Romanones.

—Lástima grande que no acabe aquí, en vez de terminar con el entierro de la sardina: lo de esta tarde ha sido una fiesta culta, fina y divertida: lo de mañana será.....

—Hay que ser tolerantes con todos los gustos y costumbres: no se divierten en las plazuelas como en los palacios; la gente pobre se envuelve en trapos y esteras porque no puede comprar raso y encajes: el mundo se compone de contrastes, y de éstos se forma la variedad universal. Una batalla de flores no podría darse en la Pradera del Canal; pero no tendría de extraño que hicieran su parodia con un combate de tronchos y verduras, que no dejaría de tener su interés y sus chichones.

La muchedumbre se retiraba en orden á sus casas y asaltaba los tranvías: y la fila de carruajes se rompió: brillaron á lo lejos bengalas de colores: era el desfile del Carnaval, que se retiraba para disponerse á la seriedad de la Cuaresma; las damas volvían con la boca llena de golosinas, las manos perfumadas de violetas, y tiritando.

°°°

¡Con qué devoción presentaban hoy sus frentes á la ceniza aquellas cabecitas que ayer loqueaban tanto en el Retiro! El recuerdo de las flores que les habían echado y que habían devuelto en miradas incendiarias, ¿pesaría en su conciencia? La Cuaresma ha empezado, si bien, á decir verdad, no para todos los que se llaman cristianos. Hace años que apenas hacíamos referencia del Carnaval: era una fiesta que se había refugiado en los bailes de máscaras, y vuelve á pasearse por las calles, que es en donde la diversión resulta, y es en realidad más inocente, pues todo se reduce á disfraces, exhibición de trajes raros, carrozas, bromas y bullicio, mientras que en los bailes la locura toma un carácter más peligroso, sobre todo para las jóvenes que viven de su trabajo.

°°°

—¡El Manzanares ha crecido!.....

—¡Bah!

—¡Es que ha hecho destrozos!.....

—No me lo digas, que me vuelvo loco.

—Hombre, ¿por qué?

—¿Has visto el Manzanares?

—No recuerdo.

—¿Has estado en el puente de Toledo alguna vez?

—Muchas.

—¿Has visto pasar por debajo algunas escurriduras de agua? Eso es el Manzanares. Ahora bien; ¿no te asombra la noticia?

—Me trastorna, como si me dijeran que el botijo de mi casa se había salido, arrastrando á diez personas.

En una estación se me acerca un viajero y me dice:

—Pepe, ¡qué!..... ¿no me reconoces?

—Hombre, sí, por la voz; pero estás tan delgado.....

—Y era tan grueso antes..... ¿no es verdad? ¡Qué quieres!..... los disgustos, las desgracias, la mala salud.....

—Y..... ¿adónde trasladas tus restos?

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

MADRID: OBRAS DE LA ALMUDENA.—(Véase el artículo del Sr. Serrano Fatigati en la pág. 134.)

°°°

EL ARCHIDUQUE ALBERTO DE HABSBURGO.

Ha muerto en Arco hace pocos días este veterano general, vencedor en Custozza. Era digno hijo de aquel archiduque Carlos que en la sangrienta jornada de Essling derrotó á Napoleón, poniéndole en gravísimo riesgo de perderse, y desde niño pertenecía á la milicia, pues á los trece años era coronel honorario, y á los veinte comenzó á servir verdaderamente con las armas como segundo coronel del regimiento de infantería de Wimpfen. En 1840 ascendió á mayor general, y en 1843 á general.

En la campaña de 1848-49 contra el Piamonte, estuvo á las órdenes de Radetzky, distinguiéndose mucho en todas las batallas, principalmente en la de Novara, que costó la corona á Carlos Alberto. Reconocida ya su pericia, nombróle el Emperador jefe del tercer cuerpo de ejército austriaco en Bohemia, y en 1863 recibió el grado de feld-mariscal.

Mandaba el ejército del Sur en 1866, y ganó á los italianos la famosa batalla de Custozza, en la que sorprendió al enemigo cuando caminaba en orden de marcha, y le venció. Como al mismo tiempo perdieron los austriacos la famosa batalla de Sadowa, diéronle el mando del ejército vencido, quitándoselo á Benedeck, á quien culpaban todos de las desgracias de la campaña de Bohemia. Pero hízose la paz de allí á poco, y no tuvo ocasión de aumentar ó de perder los laureles ganados en Custozza.

Desde entonces vivió principalmente dedicado á reorganizar el ejército austriaco, del cual fué muchos años inspector general. Era uno de los hombres más ricos de Europa y aun del mundo, calculándose que sólo las tierras que poseía valían 250 millones de pesetas. Así á sus posesiones como á las muchas fábricas de que era dueño, atendía con gran solicitud y acierto, distinguiéndose, no menos que por su talento administrativo, por la llaneza de su carácter y por el bien que hacía á los pobres.

Publicamos su retrato en la pág. 128 de este número.

°°°

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.

Ocupación de Chemulpo por las tropas japonesas.

El puerto de Chemulpo es, según dijimos en otra ocasión, el más importante de todos los de Corea, y, así por el comercio como por la población, más pertenece al Imperio japonés que al gobierno de Seúl.

El caserío está dividido en tres grandes barriadas, una de chinos, otra de europeos, y la tercera de japoneses. Esta última es más poblada que las otras dos juntas.

Desde que comenzó la guerra ha enviado el Japón varios cuerpos de tropas á Chemulpo, y casi todos se han internado, unos para pelear contra los chinos, y otros, los más, para reducir á algunos montañeses levantiscos que andaban alzados contra los invasores. Los desembarcos se han hecho siempre del modo que verá el lector en el tercer grabado de la pág. 129, esto es, en el muelle de la Aduana, no muy espacioso ni cómodo, pero único para el caso. El Estado Mayor del Japón, conocedor de cuánto importa al buen resultado de la guerra la salud de las tropas, estableció el campamento de las que no pudieron alojarse en el barrio japonés en una de las alturas que dominan la ciudad. El desembarque de los soldados se ha hecho con el orden de que dan testimonio nuestros grabados de la página antes citada.

°°°

BELLAS ARTES.

***Diana*, cuadro de L. Perrault.—*Flores para todos*, cuadro de V. Ripari.**

La *Diana* del cuadro de Perrault (pág. 132) lleva dignamente el nombre de aquella diosa de la Mitología griega, de tan alto nacimiento (era hija de Júpiter y Latona) como celebrada hermosura. Tiene las mismas nobles y severas facciones con que los poetas de Grecia y Roma la pintan. ¿Tendrá también el mismo corazón duro y la misma soberbia? Bien podría ser, porque aunque la cara es, según dice una máxima muy sabida, el espejo del alma, este espejo suele equivocarse.

Sin embargo de su dureza, aquella diosa halló un Endimión que rindió su alma y la tuvo tan enamorada. La *Diana* de Perrault quizás le encuentre también, y no hay duda, vista la belleza y gallardía del retrato, de que este segundo Endimión tendrá muchos envidiosos.

En la pág. 133 publicamos copia de un cuadro del pintor italiano V. Ripari, á quien tanta reputación han dado sus estudios *Flores y mujeres*. Es colorista de singular talento.

«Los rostros de las mujeres que pinta—dice un crítico de

su país — son de belleza tan nueva y extraña, que casi hay que acostumbrarse á ella. Tienen ojos negros y grandes, gruesas cejas, bocas de abultados labios sonrientes y frescos.»

De este tipo son las de nuestro grabado. La frescura, gallardía y verdad con que están pintadas las flores no es menos digna de atención. Ninguna se parece á las otras, y en todas hay vida y perfume.

°°°

LA GUERRA CONTRA LOS MOROS DE MINDANAO.

El paso de un río.

El grabado que publicamos en la pág. 136 es copia de una fotografía que ha tenido la bondad de enviarnos el señor Roig de Lluis, oficial de Estado Mayor de aquel ejército, y da perfecta idea del país y del género de guerra que en él sostenemos. Como no hay caminos, la tropa los hace como puede, abriéndose paso por el bosque, y como no hay puentes, cuando se llega á la orilla de algún río, las más de las veces caudaloso, se pasa mediante mil esfuerzos del ingenio.

Uno de ellos es el que representa el grabado. El ímpetu de la corriente no permite el paso de barcas, y para vencer esta dificultad se han tendido cuerdas de uno á otro lado y se hace pasar por ellas un cajón en que cabe un hombre y á veces dos, según las circunstancias. El sistema es económico y cómodo, aunque no rápido, pero á veces no hay otro, y por tanto es preciso conformarse con él.

°°°

EL AVISO TORPEDERO «FILIPINAS».

Este nuevo barco de la marina española de guerra se ha construido con dinero recaudado en el archipiélago filipino por suscripción. Púsose la quilla el 6 de Noviembre de 1891, y botóse el agua el 24 de Julio de 1892.

Sus dimensiones son: eslora entre perpendiculares, 71 metros; manga, 8,25; puntal, 4,20; calado, 2,45; desplazamiento, 747 toneladas. Véase el grabado en la pág. 136.

Sus máquinas desarrollan con tiro natural 2.500 caballos de fuerza, y con tiro forzado 4.600, andando el barco en el primer caso 17,75 millas y en el segundo 20.

Su armamento compónese de dos cañones de 12 centímetros, uno de 4,4 y cuatro tubos lanzatorpedos. Ha sido construido en los astilleros de los Sres. Vea Murguía, de Cádiz.

°°°

D. JOSÉ MARÍA ESQUERDO Y ZARAGOZA,

notable médico alienista.

El Dr. Esquerdo, hijo de padres honrados y de modesta posición, nació en Villajoyosa el 2 de Febrero de 1842. Quedó huérfano desde muy niño, y al cuidado de un buen sacerdote, tío suyo, quien con su santo ejemplo le enseñó y educó, preparándole debidamente para los trabajos de la vida.

Estudió en Valencia la segunda enseñanza, y aunque tenía que emplear no poco tiempo en el escritorio de un notario para ganarse el sustento, alcanzó reputación de buen estudiante. Terminado el bachillerato, vino á Madrid á seguir la carrera de Medicina, la cual acabó con nota de sobresaliente. En esta primera época de su vida publicó un discurso sobre *Causas que provocan la lujuria y medios de combatir su desarrollo*, Memoria que premió y mandó imprimir á propia costa la *Sociedad Amiga del estudio*.

El año 1865 prestó muy buenos servicios socorriendo á los atacados del cólera que entonces tantas víctimas hizo en Madrid. Pidió y consiguió una plaza de médico para asistir á los atacados, siendo el barrio de las Peñuelas principal teatro de sus caritativos hechos.

Hizo poco después oposiciones á una plaza de médico del Hospital Provincial, y fundó un periódico, que se llamó *El Custodio de la salud*, defendiendo en aquel acto y en esta publicación ideas que le produjeron algunos disgustos. De la plaza tomó posesión, pero el periódico sólo pudo vivir seis meses.

Después de la revolución de 1868 entró de lleno Esquerdo en la política, mostrándose demócrata avanzado y partidario entusiasta de las nuevas doctrinas. Abrió una cátedra de Patología general, en la cual predicó las ideas científicas de que era entusiasta defensor, y no quiso aceptar la que en San Carlos le dió el Sr. Ruiz Zorrilla, fundándose en no haberla ganado por oposición.

En 1874 abrió consulta pública en el Hospital del Buen Suceso de Madrid, dedicándola su incansable actividad, la cual, sin embargo, no quiso emplear aquel mismo año en la Dirección de Beneficencia y Sanidad que le ofreció el señor García Ruiz.

Principalmente se ha distinguido el Dr. Esquerdo como médico alienista, siendo grande su crédito, así en España como en el extranjero, y debiéndosele mucha parte de los progresos que esta rama de la Medicina ha hecho entre nosotros en los últimos veinte años. Sus campañas en favor de los enajenados son famosas, bastando citar, para recordarlas, su defensa del *Sacamantecas* y sus conferencias tituladas *Locos que no lo parecen*. Prueba de su amor á la ciencia y de su perseverancia es el manicomio que cerca de Madrid posee, y en el que practica el tratamiento de que fué incansable propagandista.

En política fué siempre radical y revolucionario, y uno de los más fieles y entusiastas amigos del Sr. Ruiz Zorrilla. Es presidente de la Asamblea republicano-progresista, del Casino del partido y del Comité del distrito de Buenavista, y diputado por Madrid, de cuyos cargos ha presentado la dimisión, declarando retirarse de la política, en lo que sigue el ejemplo del jefe del partido, Sr. Ruiz Zorrilla. De la parte que en el viaje de éste á España ha tenido, estarán minuciosamente enterados los lectores por la prensa diaria.

Publicamos en la pág. 137 el retrato del Dr. Esquerdo.

°°°

VILLAJOYOSA (ALICANTE): «EL PARAÍSO» Y «LA PILETA».

Cuando llegó á Villajoyosa el Sr. Ruiz Zorrilla, trabajosamente defendido de la impertinente curiosidad de la gente por el Dr. Esquerdo, alojóle éste en *El Paraíso*, hermosa finca situada en una cañada ó vallecillo circular abierto del lado del Sur ó del mar, y dominado de los lados de Oriente Norte y Poniente por unos cerros llamados Nina, Toral Vaello y Bounou.

Hay en la finca dos edificios, uno tan cerca del mar, que las olas le bañan cuando está agitado, y el otro, algo más distante, construido sobre una roca caliza. Entre ambos corre ancha y corta carretera, formada por un pequeño puente y un terraplén de cuatro metros de altura, y se interpone un delicioso bosque de palmeras, plátanos, árboles frutales y algún viñedo.

El primero de estos edificios levántase junto al camino que conduce á Villajoyosa. Es de tres cuerpos, uno central y dos extremos, coronados por torres almenadas, y le une á dicho camino un andén, defendido del Norte por apiñada barrera de pinos, y del Mediodía por paraninfos y naranjos.

Tiene dos pisos. En la planta baja están el salón de recibir, el despacho, los comedores, la cocina, la despensa; y en la parte que cae á Oriente las habitaciones de las señoras pensionistas. En el principal, residencia de la familia del director en la estación veraniega, hay un salón de recibir, gabinetes y alcobas, sala central con balcones al Mediodía, gabinete y alcoba y otras piezas. En este piso ha vivido unos días el Sr. Ruiz Zorrilla.

El edificio de la playa consta también de dos pisos, y está dividido por ancha galería. La parte central está destinada á comedores y sala de billar; el resto á habitaciones de los señores pensionistas, médico, ayudantes, botiquín y cuarto de los camareros.

La Pileta, actual residencia del Sr. Ruiz Zorrilla, está situada á tres kilómetros de *El Paraíso* y dos escasos de Villajoyosa. Partiendo de uno y otro punto, se va subiendo siempre por camino de herradura hasta llegar á la falda de elevado cerro, en la cumbre del cual, y sobre una pequeña explanada, se levanta el edificio.

Es, como el anterior, de tres cuerpos: ala derecha, que da á la sierra, ó sea el Norte y Noroeste; ala izquierda, al Sur y Sureste, y un torreón que une ambos cuerpos. Ancho patio cubierto de emparrado de hierro, cuya bóveda mide 7 metros de altura, protege en verano de los rayos del sol la planta baja.

Tiene el edificio dos entradas, la una hacia el Oriente, que desde la mitad del cerro por escalera de piedra conduce hasta la plazoleta frontera á esta especie de castillo: la otra, habilitada recientemente para carruaje, que faldea el cerro hasta llegar á la explanada de Poniente, desde donde, por entre pinos, madroñeros, palmeras, romeros y tomillos, se llega hasta la misma puerta trasera del edificio.

En la cañada que precede al cerro crecen almendros, algarrobos, naranjos, limoneros, higueras, perales, manzanos, nísperos, etc., etc., en grandísimo número.

Llegados á lo alto, encontramos primero una plazoleta rodeada de pinos, en cuyo centro está la pila que da nombre al pago, ó partida de tierras denominadas *Pileta*.

Oculta casi esta pila, que, según algunos, es de origen romano, y según otros, árabe, un espeso natural compuesto de geranios, heliotropos, cisnerios, rosales, claveles, jazmines, violetas, etc., etc., y una *eucaria excelsis*.

Por cuatro anchos peldaños se sube al vestíbulo, ó sea planta baja del torreón, que todo él es un salón ovoideo, de unos seis metros de altura por ocho de ancho y doce de largo, cuyas paredes están decoradas por columnas imitación á mármoles de colores y lienzos de mármol blanco; las puertas, de medio punto con cristales de colores.

Las habitaciones del Sr. Ruiz Zorrilla son este salón y la planta baja de todo el cuerpo de edificio que da al Mediodía.

Junto á ellas están las de su ama de llaves, D.ª Inés, y las del Dr. Esquerdo. Las de sus hermanas y sobrinas hállanse también en el mismo piso.

El Sr. Esquerdo compró *El Paraíso* con sus primeros ahorros. *La Pileta* es legado de su tío el P. Juan, y valdría cuando la heredó unos 13.000 reales. Las tierras que ha comprado en los alrededores, los árboles que ha plantado y las obras que ha hecho en el edificio han aumentado notablemente su precio.

En la pág. 137 damos una vista de *El Paraíso*, y en la 140 otra de *La Pileta*.

G. Reparaz.

LAS CANTIGAS DEL REY SABIO.

I.



ENTRE los grandes progresos que harán para siempre memorable el trabajo de la erudición de nuestro siglo en el campo de la historia literaria, pocos habrá tan insignes como el descubrimiento, que bien puede llamarse tal, de la poesía galaico-portuguesa de las centurias décimotercia y décimocuarta. Así la literatura general de los tiempos medios, como la particular de nuestra España, logran con tal hallazgo inesperada luz y solución para muchos problemas intrincadísimos. El estudio de las canciones gallegas es, por una parte, suplemento necesario á la historia de la poesía provenzal, que en ellas revive ó se prolonga; y es, por otro lado, la clave poco menos que única para la determinación de los orígenes de la lírica castellana envueltos hasta ahora en tanta obscuridad y contradicción. No es lícito ya salir del paso con vaguedades cómodas, ó buscar orígenes indirectos y remotos, ya latinos, ya provenzales, ya semíticos. Los documentos existen en tanto número y con tan positiva cronología, que es imposible dejar de conceder á la España occidental, en lo tocante á la lírica, la misma prioridad y magisterio que con pleno derecho incumbe á la España central en la elaboración de las gestas épicas. Nada semejante puede encontrarse en las otras regiones de la Península. Los primitivos poetas catalanes escriben en provenzal y no en catalán, y en rigor no puede decirse que formen grupo ni escuela aparte, aunque en alguno de ellos se noten resabios de dialecto: la lengua catalana se emancipa más tardíamente, y antes en la prosa que en los versos. La más antigua poesía castellana es totalmente épica, ó épico-histórica, con mucho de original y nativo y algo que procede de la Francia del Norte: la primera escuela erudita, el *mester de clerezía*, es narrativa también y derivada de la cultura latino-eclesiástica. Gloria de Castilla fué la creación de las formas épicas, que son la literatura nacional por excelencia: pero el primitivo lirismo peninsular, que en Castilla apenas existe y en Cataluña es mero *dilettantismo*, exótico hasta en la lengua, tiene sus hondas y primitivas raíces en la lengua y en las canciones de Galicia y de Portugal.

Las investigaciones que en nuestro siglo han renovado la historia literaria de la Edad Media han venido á dar plena confirmación á aquellas palabras del Marqués de Santillana, en otro tiempo negadas ó mal entendidas: «E despues fallaron esta arte que mayor se llama é el arte comun, creo en los reynos de Gallicia é Portugal, donde non es de dubdar que el exercicio destas sciencias más que en ningunas otras regiones é provincias de España se acostumbró, en tanto grado que non há mucho tiempo qualesquier decidores é trovadores destas partes, agora fuesen castellanos, andaluces ó de la Extremadura, todas sus obras componían en lengua gallega ó portuguesa. E aun destos es cierto rescevimos los nombres del arte, asy como *maestria mayor é menor, encadenados, lexaprén é mansobre.....*» «Acuérdome (prosigue el Marqués de Santillana), seyendo yo en edat non provecta, mas asaz pequeño mozo, en poder de mi abuela doña Mencía de Cisneros, entre otros libros haber visto un grand volumen de cantigas, serranas é decires portugueses é gallegos, de los cuales la mayor parte eran del rey Don Dionisio de Portugal..... cuyas obras aquellos que las leían, loaban de invenciones sotiles, é de graciosas é dulces palabras» (1).

El buen instinto crítico de D. Tomás Antonio Sánchez, primer editor de la famosa *Carta ó Prohemio al Condestable de Portugal*, flaqueó en la interpretación de estas palabras, cuyo sentido, por otra parte, había exagerado el P. Sarmiento, al citarlas por primera vez en sus *Memorias para la historia de la poesía y de los poetas españoles*, obra en que grandes adivinaciones andan revueltas con notables errores y mucho fárrago incongruente. Ni Sarmiento ni Sánchez conocían los cancioneros portugueses, pero alguna noticia alcanzaban de las *Cantigas* del Rey Sabio, siquiera por las citas que se encuentran en los libros históricos de Ortiz de Zúñiga, Papebrochio y el Marqués de Mondéjar, y con esto les hubiera bastado para ponerse en camino de verdad, si sólo el criterio de la historia hubiese dirigido sus ánimos, en vez de particulares afectos y prevenciones locales, que los llevaron á conclusiones igualmente inadmisibles. Al paso que el benedictino gallego extendía á toda la poesía de los siglos XIII y XIV lo que el Marqués de Santillana dice solamente de la lírica, el bibliotecario montañés, que había sacado del polvo la primera canción de gesta que se imprimió en Europa, y los principales monumentos del arte de *clerezía*, se inclinaba á tener por fabulosa semejante influencia gallega, de la cual no encontraba rastro en los primitivos documentos de la poesía castellana, narrativa toda ella y con evidentes signos de haber nacido en el corazón mismo de Castilla, en el alfoz de Burgos y tierras confinantes.

Acertaban ambos eruditos en lo que afirmaban, y andaban los dos muy fuera de camino en sus contradictorias negaciones, puesto que tan absurdo es poner en litigio el carácter original y propio y la antigüedad muy remota de la canción heroico-popular castellana (aunque de su primitiva forma nos queden tan escasas muestras), como desconocer que el primitivo instrumento de la lírica española no fué la lengua castellana, ni la catalana tampoco (ya que hasta muy entrado el siglo XIV, y cuando Cataluña había producido algunos de sus mayores prosistas, así históricos como didácticos, los versos seguían componiéndose allí en el dialecto clásico de Provenza), sino otra lengua que, indiferentemente para el caso, podemos llamar gallega ó portuguesa (puesto que las variedades dialectales tardaron mucho en acentuarse, y antes se marcan en la prosa que en los versos), y que en

(1) *Prohemio al Condestable de Portugal.*

rigor merece el nombre de *lengua de los trovadores españoles*, muchos de los cuales la usaron como un dialecto poético algo convencional, semejante al italiano deshuesado y pobre de los *librettos* de ópera. Las condiciones musicales de este dialecto contribuyeron sin duda en primer término para que fuese tan universalmente admitido, escribiendo en él, á la par con reyes de Portugal como D. Dionís, y príncipes y grandes señores de aquel reino, como sus bastardos el Conde de Barcellos y Alfonso Sánchez; grandes reyes de Castilla, como Alfonso X y Alfonso XI; abades de Valladolid, como D. Gómez García; burgueses de Santiago, como Juan Ayras, juglares de Sarria, de Cangas y de Lugo, mezclados con otros de León, de Burgos, de Talavera y hasta de Sevilla, como el llamado Pedro Amigo, uno de los poetas más fecundos y notables del *Cancionero de la Vaticana*.

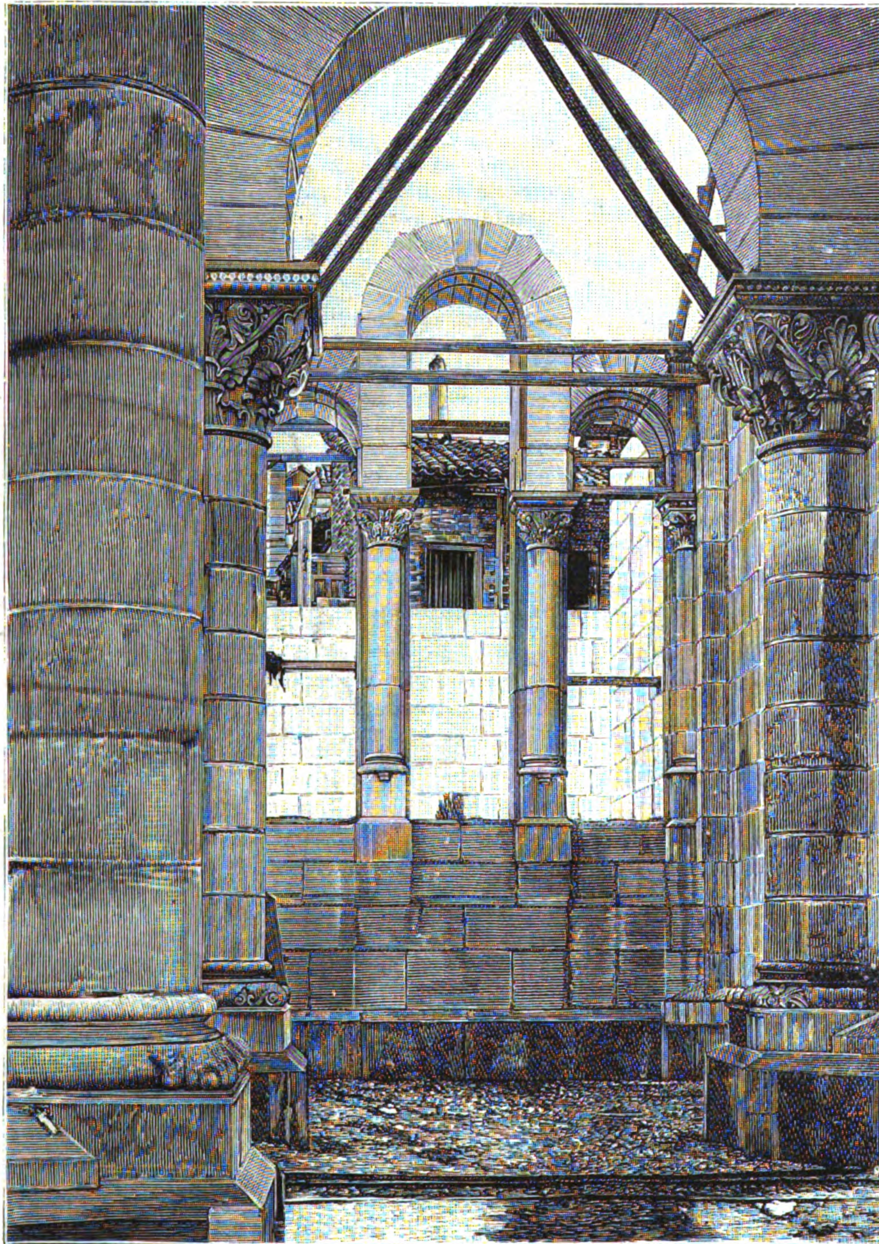
¡Hecho indisputable y curiosísimo! La primitiva poesía lírica de Castilla se escribió en gallego antes de escribirse en castellano, y coexistió por siglo y medio con el empleo del castellano en la poesía épica y en todas las manifestaciones de la prosa. Alfonso *el Sabio*, que hizo hablar en castellano todas las ciencias desde la astronomía hasta la legislación, y todas las artes y oficios desde la montería hasta los juegos de dados y tablas, escribe en gallego todos sus versos auténticos, ya devotos como los de las *Cantigas*, ya profanos y de escarnio como los contenidos en el *Cancionero Colocci-Brancuti*. Si es cierto que *metrificó altamente en lengua latina*, sólo lo sabemos por el Marqués de Santillana, que tampoco lo consigna más que como una tradición vaga. De las respuestas en provenzal á las preguntas ó reqüestas de Nat de Mons sobre astrología, y de Giraldo Riquier sobre el oficio de juglar, es evidente que fueron dadas de palabra y puestas luego en verso por los trovadores mismos. Las poesías castellanas están tenidas generalmente por apócrifas. En cuanto al *Libro del Tesoro ó del Condado*, no hay ya discusión, conviniendo todos, incluso el mismo Amador de los Ríos, en tenerle por falsificación de algún alquimista de fines del siglo XV, probablemente de los que rodeaban al arzobispo Carrillo. Por otra parte, no es obra aislada, sino que se enlaza con una serie bastante numerosa de poesías sobre la piedra filosofal y la *Crisopeya*, de las cuales pueden leerse peregrinas noticias y extractos en el tomo I de la obra eruditísima de D. José Ramón de Luanco sobre *La Alquimia en España*. De las dos famosas estancias del libro de las *Querellas*, ni por su lengua, que es *fabla* artificial, de la que no se fabló nunca más que en las comedias; ni por su forma métrica, que es la octava de versos de doce sílabas, no conocida hasta fines del siglo XIV, ni más antigua que los poetas del *Cancionero de Baena*; ni por el propósito visiblemente interesado y doméstico de enaltecer como grande amigo y servidor del Rey Sabio á un Diego Pérez Sarmiento, poco conocido en la historia, duda casi nadie de que sean una de las innumerables falsificaciones de los genealogistas del siglo XVII, acogida y propalada por D. José Pellicer en su *Memorial de la Casa de los Sarmientos*. En cuanto al romance que principia:

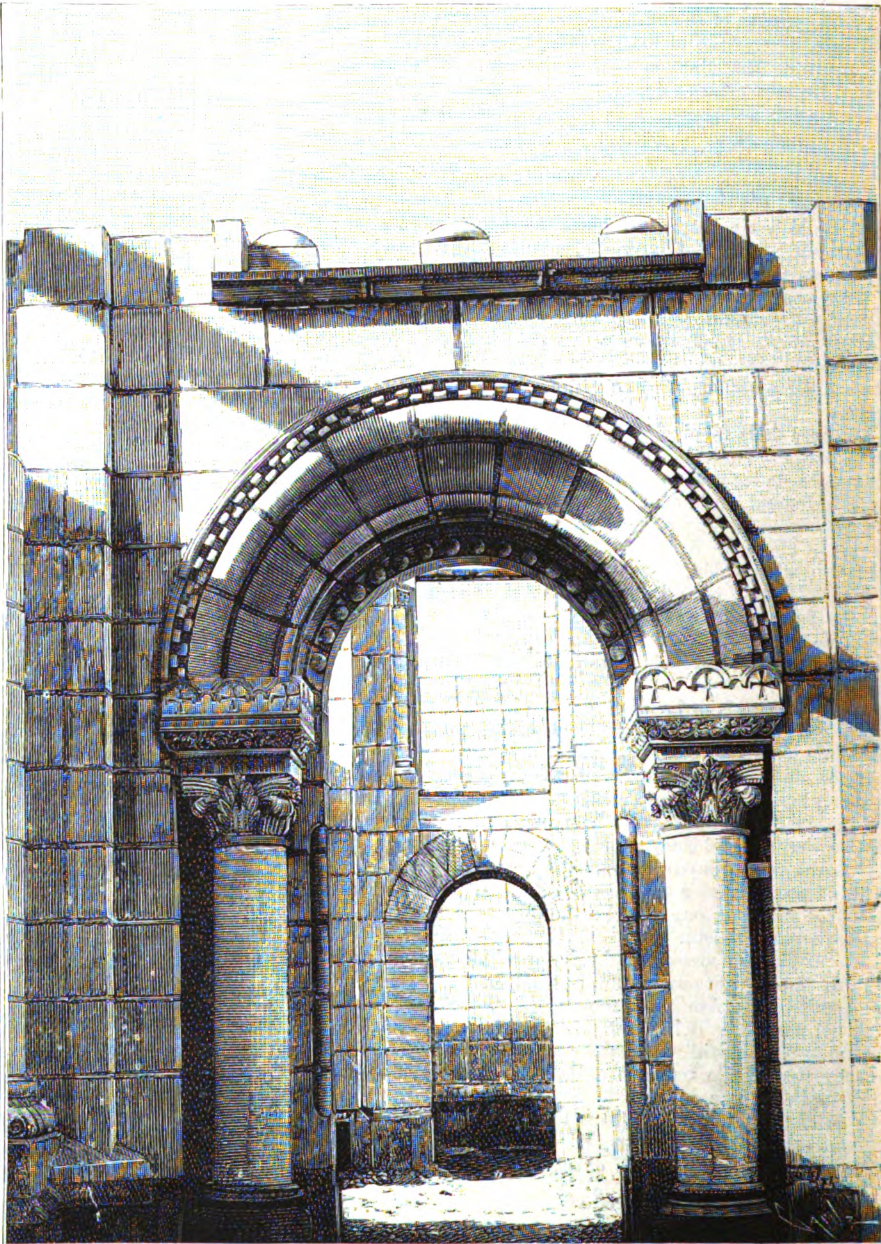
Yo salí de la mi tierra
Para ir á Dios servir.....

inserto por el magnífico caballero Alonso de Fuentes en su *Libro de los Cuarenta Cantos*, le creemos viejo, es decir, del siglo XV; pero ni Alonso de Fuentes (que tampoco fué el primero en publicarle) le da como fragmento del *Libro de las Querellas* (suponiendo que haya existido tal



EL ARCHIDUQUE ALBERTO DE HABSBURGO,
MARISCAL DEL EJÉRCITO AUSTRIACO.
Nació el 3 de Agosto de 1817; † en Arco (Austria-Hungría), el 18 del actual.
(De fotografía de Fernando Debas.)





OBRAS DE LA CATEDRAL DE LA ALMUDENA.—VENTANA DE LA CRIPTA Y PUERTA ROMÁNICA EN EL CRUCERO.
(De fotografías del Sr. Iñarra, pertenecientes á la colección de D. Enrique Serrano Fatigati.)

LA GUERRA ENTRE CHINA Y EL JAPÓN.—OCUPACIÓN DE CHEMULPO POR LOS JAPONESES.



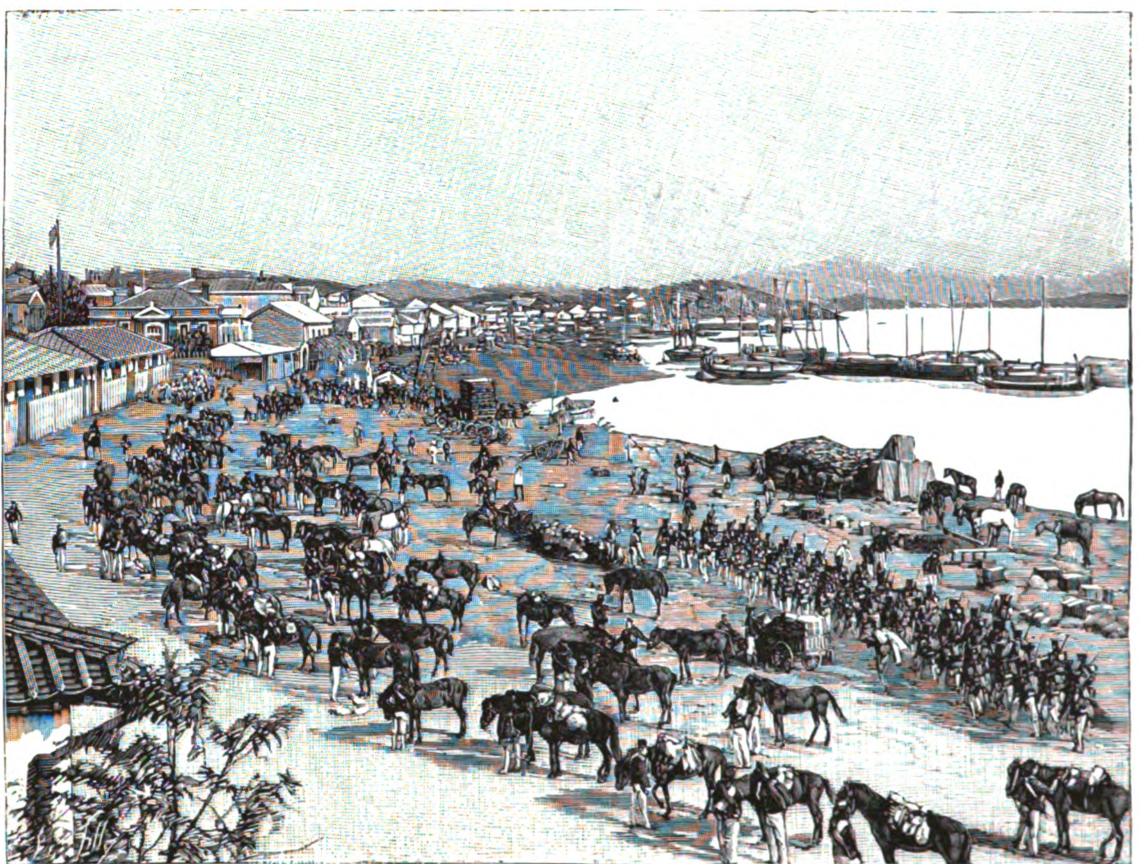
DESEMBARCO DE LAS TROPAS Y DEL TREN DE MUNICIONES.



UN DESCANSO.



DESEMBARCO DE TROPAS EN EL MUELLE DE LA ADUANA.



DESEMBARCO DE LA CABALLERÍA

(De fotografías.)

libro, que ningún escritor de los tiempos medios cita), ni creemos que su autor, quienquiera que fuese, tuvo el propósito de hacerse pasar por Alfonso *el Sabio*, sino que usó el vulgar artificio poético de hacer hablar al propio Rey en todo el romance.

No fué capricho ó voluntariedad en Alfonso *el Sabio* el cultivar exclusivamente la poesía gallega, ni menos puede decirse que él la creara, siquiera sea su libro, tomándolo en conjunto, la más antigua colección poética que tenemos en ese dialecto. Versos más antiguos que los suyos, mezclados con otros mucho más modernos, se leen en el *Cancionero* de la biblioteca de Ajuda, y en los de Roma, donde también se registran composiciones del sabio Rey de Castilla que por lo picarescas y aun lascivas contrastan singularmente con sus leyendas religiosas. La misma perfección relativa de lengua y ritmo que en las *Cantigas* se observa es indicio claro de una elaboración poética anterior y quizá muy larga, cuyos primitivos monumentos han perecido. No es posible aventurar conjeturas de gran fuerza sobre tiempos tan remotos y obscuros como aquellos en que la poesía de las lenguas vulgares comenzó á emanciparse de la latina; pero creemos que el despertar poético de Galicia hubo de coincidir con aquel breve período de esplendor que desde los fines del siglo XI hasta la mitad del XII pareció que iba á dar á la raza habitadora del Noroeste de la Península el predominio y heguemonía sobre las demás gentes de ella. Durante los reinados de Alfonso VI, de D.ª Urraca y del emperador Alfonso VII, el espíritu de la Iglesia feudal, encarnado en la grandiosa aunque no intachable figura del arzobispo compostelano Gelmírez, se levanta en Galicia con incontrastable empuje, y cumple á su modo una obra civilizadora, acelerando la aproximacion de España al general movimiento de Europa, no sin grave mengua y detrimento de algunos caracteres de la cultura indígena. Pero nuestro aislamiento de los primeros tiempos de la Reconquista; nuestra humilde y heroica monarquía asturiana, abrazada á las reliquias de la tradición visigótica, no podía bastar á las necesidades de los tiempos nuevos; y así fué disposición providencial que por Toledo entrase la ciencia semítica, y que nuestros traductores, bajo la égida del inmortal arzobispo D. Raimundo (el más digno y calificado precursor de Alfonso *el Sabio*), la defendiesen y llevasen en triunfo hasta las escuelas de París, de Oxford y de Padua, al mismo tiempo que incesantes oleadas de peregrinos de todas las regiones del Centro y Septentrión de Europa, traían á Santiago, al son del canto de *Ultreya*, los gérmenes de la sabiduría escolástica y jurídica y las semillas de la poesía nueva. El grande hecho de la peregrinación compostelana es lo que da más luz sobre sus orígenes; y no otros indicios relativamente pequeños, que los críticos portugueses tanto suelen encarecer, tales como el viaje de Marcabrús y algún otro trovador á la corte del naciente reino de Alonso Enríquez, ó las frecuentes relaciones de éste con ejércitos cruzados, en los que gratuita, aunque no inverosímilmente, se supone que hubieron de venir algunos cultivadores de la poesía provenzal. Cítanse también enlaces muy antiguos entre la casa de Portugal y las de Provenza y Barcelona: las bodas de D.ª Mafalda, las de D.ª Dulcia; la larga estancia de Alfonso III en Francia con los hidalgos de su bando, designados algunos de ellos en los *nobiliarios* con el calificativo de *trovadores*. Pero sin negar el valor significativo de estos y otros tales hechos por aislados que parezcan, no creemos que la lírica de los trovadores entrase en Portugal por comunicación directa de Francia, de Cataluña, ni menos de Italia, como quiere suponer el erudito Teófilo Braga, sino que de Galicia pasó á Portugal con todos los demás primitivos elementos de la nacionalidad portuguesa, condecorada luego con el pomposo y geográficamente muy inexacto nombre de lusitana, para disimular sus verdaderos orígenes, que en los reinos de Galicia y León han de buscarse, más bien que en el ponderado cruzamiento con los *muzárabes* de Extremadura. De origen gallego son los elementos más puramente líricos que en los *Cancioneros* reconoce hoy el mismo Braga con la lealtad propia de su ciencia y conciencia. Y no sólo eran idénticas en su esencia las lenguas gallega y portuguesa, sino que las formas populares y arcaicas que en los escritores portugueses de las mismas épocas clásicas se observan, han de calificarse casi siempre de notorios *galleguismos*, que resistieron al influjo de la cultura erudita y que todavía viven en labios del pueblo en las provincias del Miño y de la Beira. El movimiento de diferenciación que, desde fines del siglo décimoquinto, va alejando el portugués de sus orígenes y consumando la separación dialectal, es un fenómeno externo y literario, derivado en parte de la disciplina clásica del Renacimiento, y en parte de la autonomía política y de la grandeza histórica á que llegó Portugal en la gloriosa era de los descubrimientos y de las conquistas ultramarinas.

Pero más extraordinario fenómeno que el de esta identidad primitiva y necesaria, es la adopción del gallego como lengua lírica por los castellanos durante más de un siglo. Y este galleguismo no era meramente erudito, sino que descendía á los cantares del vulgo. El mismo pueblo castellano que entonaba en la generosa lengua de Burgos y Toledo sus gestas heroicas, se valía del gallego para las cantigas de *escarnio* y de *maldecir*, como lo prueban unos curiosísimos versos con que los castellanos increpaban al gran rey D. Jaime el Conquistador, según nos refiere D. Juan Manuel en su *Libro de las tres razones*: «Et oí decir á Alfonso García é á otros homes de la casa del infante don Manuel, mío padre, que viniera estonces á Niebla á tener frontera contra don Anrique su hermano, et aun estonces porque el rey de Aragón non tovo el pleito que puso con don Anrique, ficieron un cantar de que me non acuerdo si non del refrán que dice:

Rey vello que Deos confonda
Tres son estas con a de Malonda.»

Si en el Condado de Niebla se cantaban contra el Rey de Aragón versos en gallego, nada tiene de singular que el patriarca de la prosa castellana compusiese todos los suyos en el mismo dialecto, ordenando á mayor abundamiento que se cantasen en las fiestas de Nuestra Señora en la iglesia mayor de Sevilla ó en la de Santa María la Real de Murcia, donde mandó enterrarse.

Un siglo dura próximamente el apogeo de la escuela trovadoresca de Galicia, desde los reinados de Alfonso el Sabio en Castilla y de Alfonso III en Portugal, hasta los de Alfonso XI y Alfonso IV en sus monarquías respectivas. Durante todo este período, el gallego fué la lengua lírica de las cortes peninsulares, exceptuada la de Aragón y Cataluña, donde quedaban rastros de imitación provenzal directa y comenzaba á levantarse una nueva escuela de tendencias doctrinales, alegóricas y algo prosaicas, que más adelante había de recibir su disciplina técnica del pedantesco consistorio de Tolosa, y su verdadera vitalidad de la influencia italiana y de las primeras auras del Renacimiento. En Castilla y en Portugal no se conocía más escuela de trovadores que la gallega. Más de dos mil canciones nos dan testimonio de su vigorosa fecundidad. Pero ya desde la muerte del rey don Diniz comienzan á sentirse síntomas de cansancio y decadencia. Un juglar leonés llamado Juan se queja en un *planh* ó lamentación que compuso (núm. 708 del Cancionero del Vaticano) de que con la muerte de aquel príncipe había comenzado á faltar protección y estímulo á las artes trovadorescas. El hecho mismo de haber escrito Alfonso XI una poesía en castellano, aunque muy agallegado (la que comienza *En un tiempo cogí flores.....*), es ya indicio bastante significativo de que comenzaba á caducar, ó por lo menos á bastardearse, la lengua antigua. La tendencia al abandono del gallego triunfa ya en los poetas del *Cancionero de Baena*, pertenecientes á los últimos años del siglo XIV; algunos de ellos son todavía bilingües (Macías, Villasandino, Garci-Ferrandes de Jerena, el Arcediano de Toro.....); pero se observa que las composiciones gallegas están en insignificante minoría respecto de las castellanas, y que además la lengua es en ellas sobremanera impura y llena de castellanismos. No llegaron á fundirse ambas lenguas porque lo estorbaron sus diferencias fonéticas, á pesar de la identidad casi completa de su vocabulario y de su sintaxis, pero el conflicto se resolvió con el triunfo de la lengua castellana, adoptada al igual de la propia, y muchas veces con preferencia á ella, no solamente por los gallegos, sino por los más insignes trovadores portugueses del siglo XV cuyas producciones forman el *Cancionero de Resende*.

Mostrándonos esta comunidad de tradiciones literarias, que es la verdadera clave para explicar el perpetuo y misterioso sincronismo con que se han movido ambas literaturas (las cuales en rigor constituyen una sola); los inestimables cancioneros galaico-portugueses han venido á disipar un caos de antiguos errores, y á dar base científica y segura al estudio hasta ahora punto menos que inasequible de nuestros orígenes literarios. Así han podido ser reconocidos y deslindados con entera claridad mil casos de misterioso atavismo que, á través de los siglos, perpetúan la tradición de estas formas líricas elementales y primitivas, así en Portugal como en Castilla, aun en los ingenios más clásicos, aun en las escuelas más eruditas. Así se ha explicado satisfactoriamente la génesis de las *cantigas de serrana* y de las *trovas cazurras* del Archipreste de Hita, de las *serranillas* del Marqués de Santillana y de tantos otros poetas del siglo XV, buscándola, no en el origen remoto de Provenza ó de Francia, sino en la fuente inmediata, es decir, en Galicia. Así ha llegado á confirmarse aquella profunda intuición con que Federico Díez adivinó, sin más elementos apenas que algunas *canciones de amigo* del rey D. Diniz, la influencia tan honda del lirismo popular en Gil Vicente, y aun pudiéramos decir en todo nuestro teatro primitivo, en Juan del Enzina y en Lucas Fernández, por obra de los cuales las antiguas villanescas no sólo adquirieron la forma definitiva del *villancico* artístico, sino que sirvieron como de célula para el sucesivo desenvolvimiento de la *égloga* y del *auto*. El paralelismo, la distribución simétrica, los ritornelos, mil rasgos característicos de la lírica popular ó popularizada tienen sus más antiguos paradigmas en aquella parte de los Cancioneros gallegos que con fundamento puede suponerse espontánea é indígena, ó derivada quizá de un fondo lírico primitivo que en remotas edades fué común á los pueblos del Mediodía de Europa. Mil cuestiones extrañas y tentadoras surgen á cada página de estos libros, y abren al estudio del filólogo y del crítico horizontes inexplorados. La generación de los metros y de las estrofas, la formación del vocabulario del amor y de la sátira, el desarrollo complicadísimo de una técnica ya refinada, cuyo doctrinal tenemos en parte y en parte podemos reconstruir, todos los géneros de curiosidad que pueden empeñar la atención de quien indague los misteriosos albores del arte moderno, otros tantos se encuentran reunidos en esta poesía que tan inesperadamente levanta la losa de su sepulcro para enseñarnos el modo de sentir y de pensar de nuestros progenitores cuando comenzaron á balbucir en rimas vulgares. Y para colmo de interés y de sorpresa, no todo es de pura curiosidad histórica en tales Cancioneros; no todo es lánguido, amanerado y fastidioso, como suele acontecer en los del siglo XV, y especialmente en el de Resende; sino que á vueltas de gran número de composiciones de mero artificio, de insulsa galantería palaciega, de mala imitación provenzal, en las cuales no es de reparar otra cosa que la gimnasia de rimas, el duro aprendizaje técnico que convirtió la lengua galaica en el más antiguo tipo de los dialectos líricos de la Península, vienen á recrear de vez en cuando el ánimo (á modo de islas encantadas que en medio de aquella aridez nos brindan con el misterio de sus sombras y con el frescor de sus aguas) los candorosos acentos de la musa popular en las canciones y danzas *de amigo* y de *ledino*, en las de romeros, pescadores, cazadores y aldeanas, restos sin duda de un lirísimo tradicional, cuya música heredaron y cuya letra imitaron los poetas cultos.

La publicación de los Cancioneros portugueses es servicio que debemos exclusivamente á la erudición de nuestros días. Cuatro son los más importantes descubiertos hasta hoy, y los cuatro gozan ya de la luz pública. El primero que llegó á imprimirse fué el más breve de todos, el de la Biblioteca de Ajuda (antes del Colegio de Nobles de Lisboa), fragmento que abarca los folios 41 á 95 de otra colección mayor, no descubierta hasta el presente. Otras 24 hojas sueltas del mismo manuscrito se conservan en la Biblioteca de Évora. El códice de Ajuda quedó manifiestamente incompleto, puesto que no sólo falta la música de las canciones (aunque se ve la pauta para ponerla), sino que tampoco llegaron á escribirse las rúbricas iniciales con los nombres de los poetas. Hay diez imperfectísimas viñetas destinadas á separar los diversos grupos de canciones. Fué publicado este Cancionero por primera vez en edición paleográfica por lord Stuart en 1824, tirándose tan corto número de ejemplares que esta edición ha llegado á ser una exquisita rareza bibliográfica. Sobre la edición de lord Stuart preparó la suya el diplomático brasileño F. A. de Varnhagen, dándola á la estampa en Madrid, 1849, con el título de *Trovas e cantares d'um codice do seculo XIV*. Pero este trabajo carece de todo valor crítico. Como las poesías en el *Cancionero* están anónimas, Varnhagen, que era entonces un mero *dilettante* en estos graves estudios, partió de la idea fantástica de que todas ellas debían de pertenecer á un mismo trovador, el cual, según sus conjeturas, no podía ser otro que el Conde de Barcellos, bastardo del rey D. Diniz y célebre autor de un *Nobiliario*. Quiso, pues, tejer con las que él llamaba *Cantigas del Conde* una romántica biografía de este personaje, para lo cual embrolló y barajó sin discernimiento las poesías del *Cancionero*, cometiendo además numerosos errores de interpretación y aun de lectura. El mismo tuvo que reconocer, años adelante, su yerro, al encontrarse en el códice del Vaticano



FLORES PARA TODOS. .

CUADRO DE V. RIPARI.

Príncipe de la dramática española, no menos romántico en gran parte de su teatro que este otro ingenio que hacía él y como noble intérprete levanta su vuelo arrogante.

Por hoy, he llenado ya el espacio que en estas columnas me corresponde, y concluyo con la promesa de volver un momento la vista hacia los teatros *por horas*, que muy contadas las tienen este año para el acierto y para la fortuna, tan sonriente en inolvidables temporadas, que ya no sé si volverán, como *las alegres golondrinas*.

EDUARDO BUSTILLO.

28 de Febrero de 1895.

LAS OBRAS DE LA CATEDRAL MADRILEÑA.

A los lugares y á los grandes hechos han enlazado siempre los pueblos las ideas de los bienaventurados y las formas de las imágenes, buscando, quizás, una protección más permanente y desinteresada que las protecciones terrenas.

San Isidro, San Antonio, Santiago, los Santos Juan y Pedro, lo mismo que las Vírgenes de la Paloma, de Atocha y de la Almudena, suenan juntos con los nombres de romerías, verbenas, regocijos populares y momentos de descanso de esta vida de estrecheces, de encierro en reducidos cuartuchos, de falta de luz y sobra de mal ambiente que trae nuestro pobre pueblo cortesano en las galerías de nichos, más que habitaciones, que se llaman *casas de vecindad*.

Así como cada personaje de primera línea recuerda un período nacional, cada una de las veneradas imágenes se enlaza á distinta fecha de la historia de Madrid, ó á una época determinada del año, y evoca, ya el recuerdo de glorias para las masas, que ven en ellas algo que no forma parte de su triste existencia cotidiana, ó ya las emociones producidas por el desplegamiento de las galas naturales y las soñadas noches del verano, en que se vive al aire libre, bajo una bóveda altísima y un espacio amplio, que no son el techo y los tabiques de la miserable morada.

Hay también una tradición general en España, reflejada de igual modo en nuestra ciudad, de largo eclipse del culto cristiano durante la invasión agarena; de fe en la patria y en el Crucificado al través de los años de cautiverio; de renovación de los esplendores pasados para las creencias de otros tiempos en las comarcas á que llegaban las armas libertadoras; de apariciones de celestes signos, anuncios de la buena nueva; de vuelta amorosa de las imágenes de María al seno de sus devotos, y de milagrosos hallazgos de sus efigies en cuevas, subterráneos, obscuras criptas, escarpadas breñas ó duros murallones á donde las luces estelares, los reflejos de rayos misteriosos, blancas palomas mensajeras ó providenciales hundimientos llevaban á los conquistadores para alcanzar allí la glorificación de su santa empresa.

En Navarra, en Aragón, en Cataluña, en Castilla, en todas las regiones españolas, narran las buenas gentes variadas historias de ese género; y lo mismo en las cumbres de Valbanera ó Aranzazu, que en las de Monserrat ó en las llanuras del Ebro, ó en escondidos recintos de Avila, se adoran representaciones de la Madre de Dios, llenas de poesía, y despertadoras de tantos movimientos del corazón, de tantas ternuras y de tantas obras meritorias. Lo que son para tan diversos pueblos sus veneradas patronas, lo es para el nuestro la *Virgen de la Almudena*, que infundía ánimos con su aspecto amoroso y sus luces á los pobres que vuelven tarde de los rudos trabajos campesinos, debiendo llegar á Madrid por la parte que tiene más alta y escarpada.

Refieren el conocido hallazgo de la imagen en 1083 las tradiciones comunes, siempre respetables y dignas de tenerse en cuenta por los sabios, y probaría su existencia en los primeros tiempos de la Reconquista, entre varios documentos, el curioso códice de fines del siglo XII ó comienzos del XIII con la historia de San Isidro, atribuído por algunos á *Juan el Diácono*, y publicado, traducido y comentado sucesivamente por *Papebroquio* y *Jaime Bleda*, de ser admitida su autenticidad. Afirman el arte y la arqueología que el actual bulto es del siglo XV; y pueden armonizarse las dos opiniones, en apariencia contradictorias, recordando aquel platear las Vírgenes antiguas, sustituirlas por efigies que se estimaban más artísticas, mudar losretablos y cambiar de sitio á las celestes patronas, con que expresaron, á su modo, los sentimientos que las dominaban las gentes de final del XV y siglos siguientes.

¿Adónde fué á parar la primitiva escultura que se reemplazó por la actual, de ser cierta la hipótesis? No es fácil contestar á esta pregunta, ni creemos que nadie tenga datos positivos para hacerlo; y tan obscura como la historia de la imagen, es la del templo que desde remota fecha la guardó entre sus tapiales. No hay medio de probar si tuvo acento visigodo, ó arcos románicos de medio punto, ó agudas ojivas, el muy bello que pudieran quizás contemplar nuestros alejados abuelos, ya que el que nosotros hemos visto, con la emoción que despiertan en la niñez las ideas y las tradiciones más que las líneas, no desentonaba del cuadro general de aquel pueblo que ha descrito *Juan de Zabaleta* en su *Día de fiesta*, bullicioso y animado en las romerías de Santiago el Verde, y pintó mucho después Goya en las frescas alamedas de San Antonio y *Soto de migas calientes*, ofreciendo á retazos modificaciones hechas en los días del primero y á medias también retoques próximos al segundo.

Los Monarcas españoles y el Municipio de la villa intentaron en diferentes ocasiones transformar la modesta iglesia en suntuosa catedral; y la sucesión de los proyectos y fracasos es digna de ser recordada hoy, que al fin comienzan á lograrse las aspiraciones de tantos príncipes, en una época que estiman algunos muy poco inclinada á la construcción de grandes edificios religiosos.

En 23 de Julio de 1518 obtuvo Carlos V bula para erigirla, del Papa que se llamó León X y fué honra de las artes y protector de la cultura, dando nombre á su tiempo y gloria á la familia de que procedía. *Guillermo de Croy*, que era entonces primado de las Españas, se opuso á la realización de la empresa, y no se cumplieron los deseos del Emperador.

Un siglo después, el rey Felipe III alcanzó igual merced de Su Santidad Clemente VIII; y otro arzobispo, el muy famoso Sandoval y Rojas, logró que no se llegaran á terminar los planos del ya dos veces proyectado templo.

En medio de una corte de ingenios, autores dramáticos y poetas de todos géneros, el Monarca, hijo del anterior, y más artista que hombre de Estado, dió nuevos pasos, tan infructuosos como los precedentes, para dotar á Madrid de una iglesia episcopal. Su esposa, D.ª Isabel de Borbón, legaba sesenta mil ducados para este objeto en el testamento que lleva la fecha del 9 de Noviembre de 1623; el Ayuntamiento prometió ciento cincuenta mil, haciendo además concesión de los terrenos, y Felipe IV puso su buen deseo y su conocida afición á los espectáculos brillantes, como Don Quijote auxiliaba á su escudero Sancho en la pelea, *con advertencias y buenos consejos*.

El tercer proyecto resultó, en armonía con las aficiones y tendencias del mundo frívolo y las gentes que imperaban, motivo para una fiesta y no estímulo para despertar en favor de la empresa la energía y la voluntad, de que no andaban muy sobrados tampoco en aquella época los gobernantes, entretenidos en intrigüelas de ociosos, ya que por entonces no había cábalas electorales.

De los espléndidos preparativos que se hicieron para conmemorar el comienzo de las obras, y de la fastuosa solemnidad con que se puso la primera piedra, quedó una cruz, cuyos sillares rodaron por el suelo hace ya largos años; una prolija descripción de *Vera Tarsis*, que leen muy pocos, y un poema histórico, *La Virgen de la Almudena*, dedicado por Lope de Vega Carpio á la generosa y noble Reina, que empieza por la conocida invocación:

> Espíritu, que mueves la armonía
> De mis acentos, versos, lira y mano,
> Abre mis labios tú; ven, soberano,
> Y cantaré la gloria de María.

En nuestros días, con mayor respeto del que se supone para las concepciones de antiguos tiempos, se adelanta en la construcción de la cripta de la futura catedral, apareciendo poco á poco en las puertas, en los ventanales, en las basas y capiteles de las columnas recuerdos del arte del siglo XII y de los monumentos hermosos que se guardan en diferentes comarcas. LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA publica hoy tres fotografías sacadas de *las obras de la Almudena*, y por ellas puede juzgarse del amor é inteligencia con que dirige el Marqués de Cubas la erección de un templo digno de la capital de nuestra patria, y qué entendidos y concienzudos son los demás arquitectos, delineantes y modernos *imagineros* que tiene á sus órdenes.

Para levantar ahora los palacios, los grandes monasterios y los demás edificios monumentales, se cuenta con poderosos recursos económicos y mecánicos; pero también es mucho mayor el gasto, mayores las exigencias de los artistas, altos en demasía los jornales y cara la vida, necesitándose, en suma, una voluntad más tenaz y más enérgica, propulsada por ideales amores, para acometer con el brío que se ha acometido la empresa que no pudieran realizar príncipes y monarcas. En esto se revela también, como en todo, la mayor intensidad de las fuerzas de que disponemos, y cuánto debe preocupar á los hombres de iniciativa el dirigirlas en un buen sentido.

Léanse en los libros antiguos, en los contratos celebrados entre maestros y cabildos, que se guardan en algunos archivos, en las historias de las catedrales, lo que costaban los edificios más caros, las tumbas más suntuosas, los primores exquisitos de la imaginería de anteriores edades, y compárense aquellas sumas, aun después de tener en cuenta lo que ha disminuído el valor del dinero, con las *mil pesetas* que se gastan hoy en cada capitel exento, ó no adosado á los muros, y los *cuatro millones* próximamente que van invertidos en la pequeña parte realizada del proyecto, á pesar de ser la administración, más que pura, celosísima, como de cosa propia y muy amada.

Lucen, sin embargo, allí los sacrificios hechos, y sólo asusta pensar la relación entre lo acabado y la inmensidad de lo que falta por construir, cuando se visita primero la cripta, espaciosa y robusta, y se ve luego en el palacio episcopal el primoroso modelo de madera de la futura basílica con pórticos, naves, presbiterio, crucero, capilla, ventanales, vidrieras pintadas y torres, que tanto estimula los buenos deseos de los artistas que le contemplan y temen no ver su amplificación en piedra.

Tal como hoy se encuentra, es ya lo edificado un monumento interesante.

A lo largo de la nave central se alzan á derecha é izquierda doble fila de fustes cilíndricos, coronados unos por capiteles sumamente variados y ricos; incompletos otros, cual rígidas figuras que esperasen de manos del escultor su más interesante y más espléndido remate.

Follajes de cien tipos, frutos, caprichosas formas, sartas de cuentas, mascarones orientales, cabezas de personajes cristianos, imágenes de santos y florones se han acumulado en aquel recinto por el genio de los arquitectos é *imagineros* actuales, como se reunieran en prodigioso número, para mostrar fantasía y gentileza, en la catedral vieja de Salamanca, San Vicente y San Pedro de Avila, el San Millán de Segovia, los claustros de Ripoll, San Cucufate del Vallés, Santillana del mar, y otras cien construcciones románicas que asombran al viajero cuando cruza en todas direcciones nuestras dormidas ciudades de noble abolengo, ó poéticos valles escondidos entre las montañas.

En los brazos del crucero se ven dos puertas con arcos ajedrezados y bellas columnas sencillas y bien trabajadas, que recuerdan en sus líneas generales, y en un cierto acento de su factura, las de ingreso al coro de *Silos*, desde las magníficas galerías del monasterio.

La capilla mayor, y la puerta triple que se traza á sus espaldas para dar entrada á la cripta, prometen, con los trozos ya construídos, exceder en encantos á lo existente.

¿Veremos nosotros terminado el monumento? ¿Se cerrarán pronto, á lo menos, las bóvedas del primero y más modesto miembro del suntuoso edificio?

¡Cuánto adelantarían las obras si, para dicha de todos, vinieran á convertirse en piedras labradas algunas de las sumas que se gastan al año en excesivas galas femeninas, y muchas de las que ruedan por campos verdes de áspera bayeta!

Comienzan á despertarse en Madrid los sentimientos sanos de sus nobles hijos: la caridad levanta asilos, al mismo tiempo que el espíritu de empresa produce bancos, bolsas y sociedades de seguros; el orgullo palacios, y el sibaritismo lugares de recreo. ¿Faltarán sólo en este pueblo los recursos necesarios para satisfacer el ardiente deseo en que se juntan las aspiraciones ideales de los artistas y de los piadosos?

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

CHASCARRILLOS DE LA HISTORIA.

UN VERSO DE RACINE, HIJO.

> Voltaire, el genial satírico,
> Filósofo y escritor,
> Leyó su tragedia *Alzira*
> Delante de Voisenón,
> Otro escritor que, en sus tiempos,
> Fama y aprecio logró
> Por tener ingenio agudo
> Y viva imaginación,

Y delante de Racine,
Hijo del célebre autor,
Un poetilla adocenado
Que iba de la gloria en pos,
Sin más títulos que el nombre,
Y viva demostración
De que el buen nombre se hereda,
Pero el claro ingenio no.
Á mitad de la lectura,
Con impertinencia atroz,
—Ese verso es mío, es mío—
El joven Racine gritó.
Prosiguió Voltaire leyendo,
Y escuchando Voisenón,
Lo mismo que si ninguno,
Puestos de acuerdo los dos,
Hubiese escuchado aquella
Estúpida observación;
Pero desde aquel momento
El poetilla no cesó
De repetir por lo bajo:
—No es por yo darme «charol»,
Pero aquel verso era mío;
Era mío, sí, señor.—
Y lo dijo tantas veces,
Y tantas lo repitió,
Que, al fin, Voisenón cansado,
Haciendo un gesto feroz,
Levantándose de pronto
É interrumpiendo al lector,
Exclamó con rudo acento
Y con estentórea voz:
—Voltaire, este joven tiene,
Sin duda, mucha razón,
Y es justo que se le atienda,
Pues «lo suyo» reclamó.
Devolvedle ya *su verso*.....
¡Y que se vaya con Dios!

EL BARBERO DE SU MAJESTAD.

Cuentan de José Segundo,
El emperador austriaco,
Que era extraordinariamente
Chusco, afable y campechano.
Yendo una vez de viaje,
Para procurar descanso
Entróse en una posada
Sin pompa y sin aparato.

A la mañana siguiente
Levantóse muy temprano,
Pidió agua caliente, puso
Un espejillo en un clavo,
Y de pie, en ropas menores,
con el rostro enjabonado,
Comenzó á hacerse la barba,
En voz baja canturreando.
Acertó á verlo un sirviente,
Mozo que hablaba por cuatro,
Y sin presumir quién era
Y sin sospechar su rango,
Le dijo:—¿Sois, por ventura,
Acompañante ó criado
del señor emperador
José, nuestro augusto amo?—
El Emperador, volviéndose
Al intruso descarado,
A medio afeitar el rostro,
Con la navaja en la mano,
Respondió:—Soy su barbero.
—¡Su barbero! ¡Ya es buen cargo!
¿Y él dónde está?
—En este instante
¡Tengo el honor de afeitarlo!

Felipe Pérez y González.

EN EL SAHARA.—EL MADHI.

PÁGINAS DEL DIARIO DEL CORONEL FLATTERS.

Conclusión.

CALLÉ un instante, admirado del argumento. Luego dije:

—Exageras tu poder. Esos infelices fanáticos á quienes por indiferentes y despreciables dejamos vivir tranquilamente, no son, ni pueden ser elemento guerrero de importancia. Un regimiento de Spais es bastante para ahuyentar á esos impenitentes rezadores, incapaces de tener valor y disciplina. Podréis con vuestras conspiraciones lograr que una *razzia* quede sin castigo; pero de esto á ser realizables tus aspiraciones, media una distancia moral tan grande, como la material que hay entre la tierra y el sol.

—No discutamos, Flatters, porque carecemos de hechos con que afirmar ó negar el porvenir: quédate con tu idea de que el islamismo está muerto y no puede ser un peligro, que yo conservo la convicción de mi fuerza. El tiempo hablará por nosotros para dar la razón á quien la tenga, y él te dirá, como ya lo ha dicho otras veces, que el hombre que tiene fe no puede ser cobarde, y que es bastante nuestra disciplina religiosa para vencer á ejércitos superiormente armados.

—Bueno: no discutamos. Demos por supuesto que tu poder es tan grande como dices, y aun así, sostengo que es un sueño la aspiración que como Madhi encarnas. Invadirás el Africa; pero..... ¿y el mar? ¿Te olvidas de él? ¿No sabes que las naciones de Europa os arrojarían á los abismos del Mediterráneo?

—¡Sí..... el mar! ¡El designio oculto de la voluntad de Allah! Siete siglos tardó el islam en pasar el brazo que separa á Stambul del Asia..... pero pasó. Un sólo día le bastó para para pasar el otro brazo de mar que separa las columnas de Hércules. ¡Dios es grande! Él dirá á los creyentes cuál de los dos términos está escrito: nosotros, obedeciendo los mandatos que nos transmita por el ángel Mula-Saeb, el que rige el tiempo, iremos siempre adelante: si llegaremos ó no, sólo Él lo sabe.

—Palabras, Sidi, palabras: no contestas á mi objeción.

—Oye, Flatters: dicen que un conde D. Julián abrió á mis abuelos el paso del Estrecho, y que una sola batalla á orillas del Guadalete hizo al islam dueño de España. ¿Es imposible que un nuevo Conde nos dé ahora los medios de pasar? Conforme en Argelia procuráis ahuyentar la langosta, desviándola de su camino para arrojarla al mar ó á los campos marroquíes, ¿no puede suceder que vosotros mismos, para libraros de la langosta humana, le déis los medios de pasar el mar?

—¡Es decir, que Francia será el conde D. Julián!

—No. El instinto de la propia conservación aparta el pecho de la dirección que lleva el yatagán homicida, y no repara que detrás está un pecho amigo que sufrirá el golpe. Así es, y así será siempre el corazón humano. No te ofenda, pues, la posibilidad de que en Argelia encontremos los medios de pasar el Estrecho. Esto hicieron siempre los Califas fatimitas, y esto podréis llegar á hacer vosotros, sus sucesores en Africa.

—Transigiré una vez más con tus afirmaciones, no por convicción, sino por curiosidad, por apurar el absurdo de un problema mal planteado hasta sus últimas consecuencias. Doy por supuesto que tienes la fuerza que dices, que invades la región berberisca, y, por último, que adquieres medios para poner tu planta en las playas españolas. ¿Y una vez allí, desgraciados? ¿Niegas que serías un nuevo Don Quijote que va al teatro de sus hazañas á resucitar las aventuras maravillosas de la andante caballería, para encontrar una jaula de madera por trono y un manicomio por alcázar? ¡Invadir la España! ¡El pueblo que, si no es el más poderoso de Europa, es el de fibra militar más resistente! Se conoce que no necesitáis beber alcohol en el desierto, porque ya el sol lo proporciona constantemente á vuestro cerebro con sus rayos.

—¡No te burles, franco incrédulo! Vosotros, que estudiáis todo, no aprendéis nunca la modestia. Escucha, y oirás de un salvaje del desierto una lección de historia, que habrás ya olvidado por creerla de imposible reproducción..... Hubo un imperio poderoso, que os dió el nombre de *rumís* con que os conocemos; venció al mundo entero, y fué vencido por unos bárbaros como nosotros. Hubo otro imperio poderoso en que llamaban rey de reyes á su jefe: unos cuantos días fueron bastantes para que imperio y emperador desaparecieran de la tierra: esto fué obra de mis abuelos. Hubo otro imperio en el Moghreb europeo, y en las aguas de un río, que quedaría seco si bebieran en él mis ganados, pereció ahogado imperio y emperador: el Guadalete también fué obra de mis abuelos. ¿Qué te dicen estos ejemplos de esplendor y de miseria? Que solo Dios es grande; que Él abate la soberbia del poderoso y permite que llegue á contemplar su faz el humilde beduíno, el creyente resignado á su voluntad, que acata sin vacilar sus órdenes y sirve de espada para sus justas venganzas.

—¿Y qué quieres enseñarme con tales recuerdos? ¿Crees que pueden reproducirse, con las actuales naciones de Europa, caídas como la del imperio romano, la del imperio persa y la del imperio visigodo?

—Sí, lo creo; tengo convicción profunda; tengo verdadera fe en que el término de las profecías va á expirar; que quizá llegue en mis días; que acaso sea yo la espada de Dios encargada de castigar vuestros pecados y abominaciones. Y no te figures que esta fe mía nace de una ciega ansia de lucha y de botín, no; se funda en razones tan verdaderas que tú, hombre de reflexión, has de reconocer su peso.

—Explícate.

—Sabes que los libros del antiguo y nuevo Testamento, aunque inferiores al Korán, son también libros sagrados para nosotros. ¿Recuerdas que ellos te dicen que reino dividido será reino destruído? Esta es una verdad inspirada por Dios, que empieza á realizarse entre vosotros, como desgraciadamente se cumplió para nosotros. Cuando peleabais por la libertad, os unía un amor común; el amor de la patria: queríais que vuestros hijos gozaran de ella en el terruño á que vivís apegados, y perdíais la vida por darles esa segunda y superior vida de la libertad. Europa era entonces fuerte porque una idea santa la movía..... ¿Hoy por qué peleáis? Por comer nada más. Como los chacales que rondan por la noche nuestros aduares, rugen los hombres de Europa por defender la presa alcanzada ó por satisfacer su famélico apetito. Miles de esclavos de la fábrica ó del arado, más desgraciados que nuestros esclavos, carecen de pan para sí y para sus hijos; y aunque son muchos y son fuertes y son valientes, rugen impotentes porque los fusiles de repetición son garantía bastante para la tranquila digestión de los felices. ¡Desgraciados todos! ¡Reino dividido, pronto serás un reino destruído!

—No encuentro la relación entre tus recuerdos bíblicos y sociales, y el hecho que quieres demostrarme.

—Ten paciencia: mira y verás. Esos miles de hambrientos que tienen el derecho único de morirse de hambre, porque ni el derecho á la vida se les reconoce; esos hombres, digo, ¿pueden amar á su patria? No. La tierra que no da pan á nuestros hijos, no puede ser sagrada, para hacer por ella el sacrificio de la vida. Son numerosos; están llenos de desesperación; no creen en Dios, porque sus morabitos defienden á los opresores; carecen de esperanza de redención. ¿De qué no serán capaces estos hombres? De todo. Si llega hasta ellos un creyente, fiel cumplidor de los consejos del gran califa Abu-berk, que les ofrece el botín en esta vida y el paraíso en la otra, ¿le combatirán? No lo esperes. El corazón humano es eternamente igual. ¿Por qué cayeron el imperio romano, el persa y el visigodo? Por esto mismo; porque los oprimidos y hambrientos recibieron al invasor como á un amigo, porque el invasor no era un Atila ó un Timur-lan, y trató á los sometidos con la justicia y caridad que Allah ordena. ¿Qué eran los pocos muslimes que invadieron la España? Un grano de arena comparados con la población de aquel extenso territorio; y sin embargo, este grano de arena se convirtió dentro de España en arrolladora tromba que sólo se detuvo en las montañas en que la libertad y la equidad reinaban. Hoy los tiempos vuelven á ser iguales á aquellos en que Muza dió á los españoles un Dios amigo y les dió pan y libertad, convirtiendo á la España en el florón más hermoso del islam: los sucesos pueden, pues, llegar á ser también iguales.

—No hay la igualdad que dices, ni siquiera analogía entre el estado social de España en el siglo VII y el actual. Antes, los odios de raza separaban al godo del romano: hoy no hay más que españoles: antes, el amor patrio fuera destruído por la política de Roma para evitar que el pueblo de Viriato y de Numancia le causara en el Occidente iguales disgustos que las guerras párthicas al Oriente; hoy España es quizá el país del mundo en que el sentimiento de amor á la patria está más generalizado y más arraigado. Hoy, por consiguiente, una nueva batalla del Guadalete no pondría el territorio á merced de 20.000 soldados. ¡Nada menos que 600.000 franceses quedaron allí sepultados hace algunos años, sin fruto para Francia! Aunque fuerais vosotros en doble número, no alcanzaríais á tener nunca el valor y la ciencia de aquellos héroes de mi amada patria.

—¡Quizá tengas razón! ¡Quizá tuvieras razón hasta hoy! Ten en cuenta que en España, como entre nosotros los africanos, la concepción de una idea y su ejecución son inmediatas: el relámpago de la idea y el rayo del hecho son tan simultáneos como los del cielo. Estaban envilecidos, y á los pocos años conquistan á Granada, y como decía uno de sus reyes, el sol no se ocultaba nunca en los dominios de España. Están encumbrados, y en pocos años llegan otra vez al envilecimiento, hasta el extremo de que, si no se anticipa Napoleón, hubiera invadido la España el Sultán de Marruecos. Hoy el veneno de la discordia empieza nuevamente entre los españoles: si el anarquista llega un día á negar á la patria, la transformación será también rápida; el pueblo más amante de su patria, como tú dices, recordará que la mitad de la sangre que corre por sus venas fué enrojecida por el sol del África, y entonces, tenlo por seguro, el África empezará en los Pirineos: la sentencia de nuestro profeta se cumplirá: «Doquier fecunde la palmera, será eterno el islam.»

....

¡Qué raza más singular la de estos árabes! Ayer me admiraba el Madhi con la elevación de sus ideas y la lógica de sus razones. Hoy no puedo ver en él más que al brutal salvaje lleno de ferocidad.

El aduar en medio de las palmeras del oasis, los camellos, los ganados, esta apacible tranquilidad, parece á veces reflejo exactísimo de aquellos tiempos y aquellas costumbres de Abraham y de Jacob, de Lía y de Rebeca; parecen entonces insípidas todas las dulzuras del libro de Ruth para pintar esta patriarcal felicidad. Pero en cambio otras veces sólo el recuerdo de las fieras inspira la presencia de estas gentes: siempre duros, de implacable ferocidad, son verdaderos bandidos dispuestos al exterminio de la infeliz caravana que haya tenido la osadía de negarles el tributo inevitable para pasar del Tell á Tombuctu. Aquí la misericordia es una virtud desconocida.

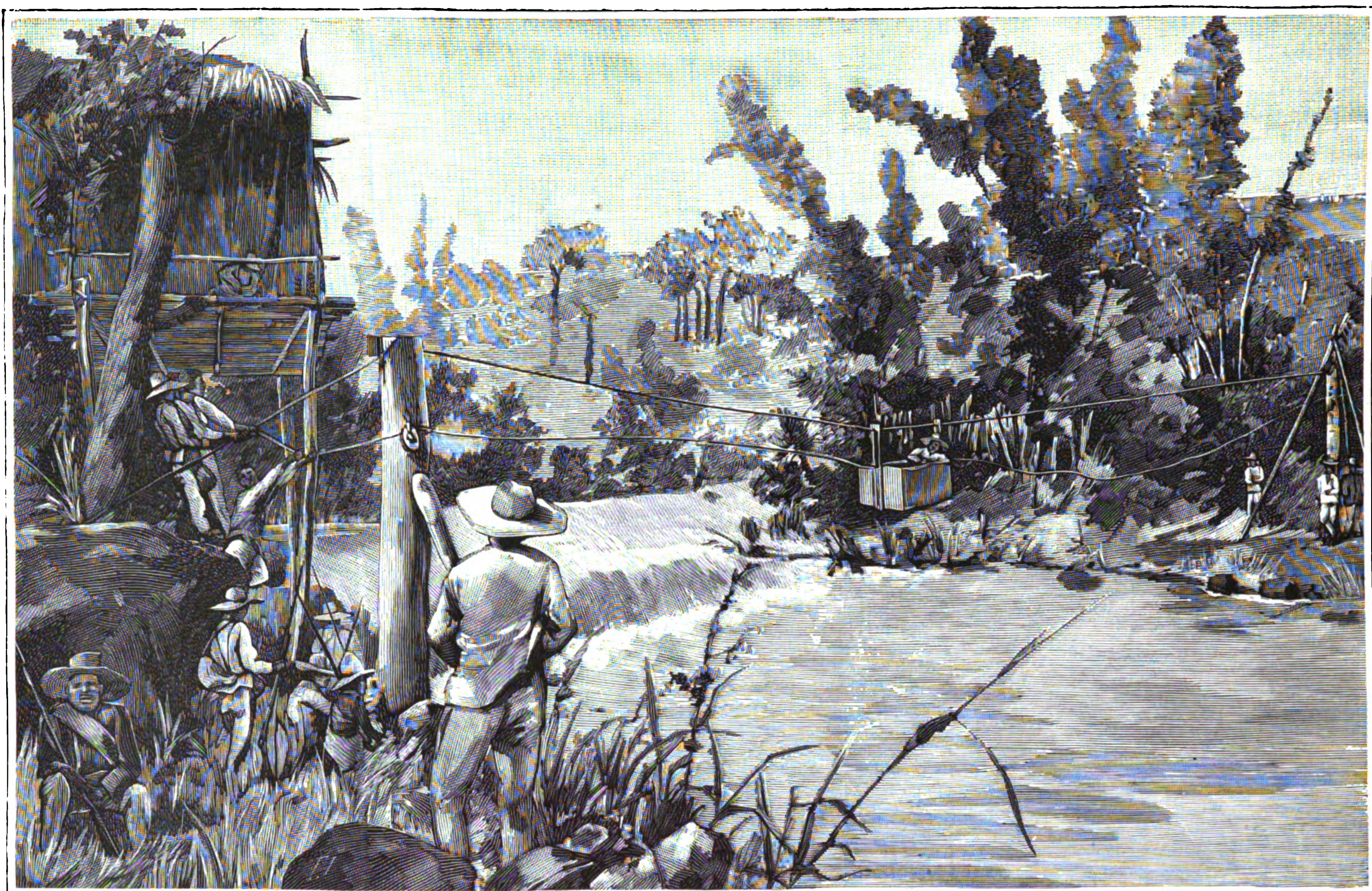
Y empieza á preocuparme el problema social que el desierto encierra. ¿Podrán llegar á convertirse en una realidad todas ó parte de las profecías de este fanático, poseído de su misión providencial? Los hechos en que descansan sus afirmaciones son ciertos: toda el África musulmana se halla profundamente minada por las sectas secretas que obedecen ciegamente á un poder oculto: el prestigio que tenía en Marruecos el Scheriff de Wassan era debido solamente á ser el jefe de una de las sectas, por cierto de las menos importantes. El Dr. Bernard ya ha revelado que sólo los Senursitas, según sus cálculos, deben contar con más de tres millones de sectarios; nuestras autoridades argelinas empiezan á preocuparse de hecho tan grave: el Sultán de Marruecos tiembla por su trono: teme más á estos hombres que á todas las potencias de Europa, porque prevé que no será el pabellón francés, ni el español, ni el inglés, el que flote sobre la Casbha de Fez, sino el estandarte negro de algún nuevo almoravide que salido de una isla del Senegal ó de algún Ksar del Draha, arroje sobre el Tell una tromba humana que absorba cuanto encuentre á su paso.

¿Cuál será realmente la importancia de este peligro? ¿Qué fuerza representa hoy y cuál puede representar en un momento dado? ¡Quién lo sabe! Precisamente está en el misterio la fuerza mayor del Madhi, porque su primer éxito, por pequeño que sea, arrojará en brazos de la insurrección esa masa neutra y utilitaria que nos obedece, pero que nos odia.

¿Y si llega á estallar la guerra en Europa? ¿Y si Francia, como el año 70, saca, no sólo sus fuerzas, sino también las indígenas, de la Argelia, y llega á sufrir un nuevo desastre? ¿Y si el socialismo se mezcla á estas desdichas? ¡Qué tenebroso se presentará entonces el porvenir del África! ¡Sesenta años derramando nuestra sangre y nuestro oro en esta tierra ingrata, para que en un solo día la ebullición del desierto se desborde desde el Atlántico al mar Rojo, y borre hasta las huellas de nuestra civilización! La obra de Lesseps será entonces destruida ó dominada, y estos hombres ebrios de victorias en África se prepararán como el tigre á dar el gran salto desde Tánger hasta Tarifa.

¿Y quién podrá contener en África el empuje de esta ola de salvaje grandeza? ¿El Sultán de Marruecos? ¿El Jedive de Egipto? Sombras de grandezas regias, ellos serán las primeras víctimas que el desierto devorará; la fuerza que el fanatismo pueda prestarle contra Europa, toda entera estará contra ellos en aquel día.

No veo solución al problema: una de dos, ó Francia renuncia á las revanchas de Europa y dedica sus fuerzas á la



OPERACIONES MILITARES CONTRA LOS MOROS DE MINDANAO.—EL PASO DE UN RÍO.

(De un dibujo hecho sobre el terreno, por el capitán de infantería Sr. Taviel de Andrade.)

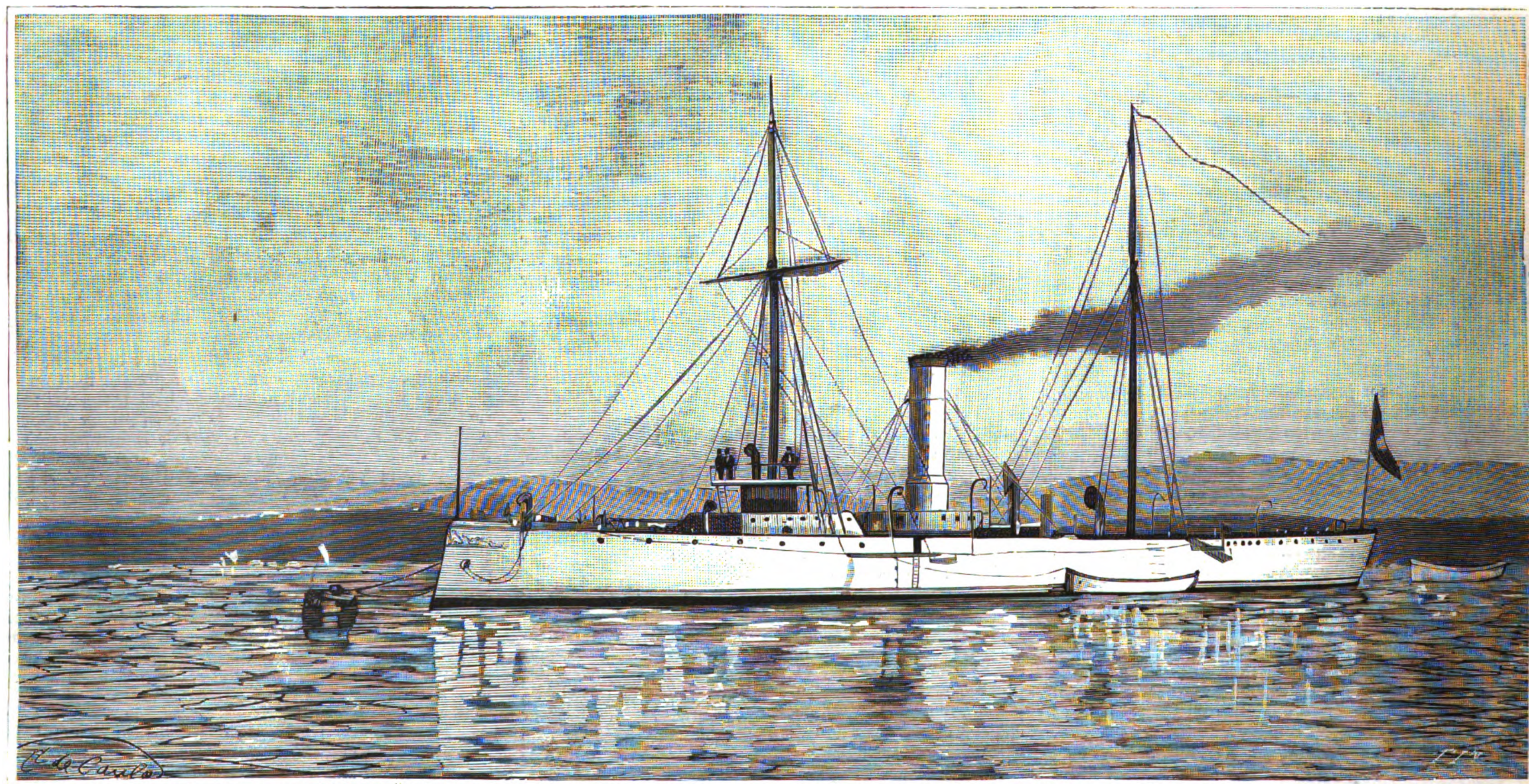
creación del gran imperio africano, ejerciendo su protectorado sobre Marruecos y Egipto, y creando así un obstáculo serio á los desbordamientos del desierto, del cual fué un pequeño amago la insurrección de 1871; ó de lo contrario, si no quiere renunciar á la perdida hegemonía de Europa que Sedán y el tratado de Francfort le arrebataron, debe abandonar por ahora sus sueños de grandeza colonial en África, y compartir con España é Inglaterra el cuidado de la región berberisca. Nada más natural que el principal interesado en la conservación del actual estado de cosas sea el encargado de velar. ¿Quién como Inglaterra, dueña de las tres cuartas partes de la navegación del mundo, y del Imperio indo, velará por la conservación del canal, defendiendo el valle del Nilo? ¿Quién como España, amenazada de otra invasión en su territorio, guardará los seis desfiladeros de la cordillera del Atlas marroquí, y defenderá unos pasos que son las verdaderas puertas por donde la barbarie africana puede amenazar á Europa?

Si Francia se empeña en malgastar sus esfuerzos en ambas empresas simultáneamente, temo por el porvenir de Argelia; preveo que el ferrocarril transahariano, cuyo estudio se me encargó, quedará convertido en una utopia. Involuntariamente me recuerda esta conducta la fábula que aprendí en mi niñez, de que el asno de Buridán, colocado entre dos piensos, murió de hambre por querer comer los dos y no saber por cuál empezar.

. . . .

¡Cuánto tiempo sin tener noticias de Europa! Estoy físicamente cerca, y sin embargo, qué distancia moral tan inmensa la que me separa de Francia, de esa querida Francia que me tendrá por muerto.

Todo proyecto de evasión es irrealizable; sería una locura igual á la del que quisiera escapar de un buque que va na-



MARINA ESPAÑOLA DE GUERRA.—EL NUEVO AVISO TORPEDERO «FILIPINAS», CONSTRUÍDO EN LOS ASTILLEROS DE LOS SRES. VEA MURGUÍA, EN CÁDIZ.

(Dibujo de D. A. de Caula.)

vegando en medio del Océano; el mar de arena en que se mueve el aduar es tan implacable como el de las saladas ondas. El loco que se aleje de las tiendas es hombre al agua, náufrago que morirá á las pocas horas devorado por la sed ó por las fieras.

¿Qué destino me tendrá reservado este Madhi, cuyas intenciones no he podido adivinar todavía? ¿Quiere explotar mis conocimientos, para abrir algún pozo artesiano que transforme en oasis un pedazo del desierto? ¿Quiere pedir á Francia el precio de mi rescate? No lo sé. Valen tanto para estas gentes unas gotas de agua, que temo se ignore para siempre en Europa mi existencia.

....

MANUEL OLIVIÉ.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Cuestiones del momento: la descentralización en Francia; la supresión del impuesto de consumos en Lyón.—El sufragio universal en Austria.—La reacción y la defensa de la libertad del espíritu en Alemania.—La educación y la instrucción según Mr. Brunetière.

En el arte de gobernar y dirigir al mundo se ha impuesto siempre por necesidad el sistema físico del «tira y afloja». Las exageraciones de los poderes, con durar más ó menos tiempo, se han visto combatidas y atenuadas al fin por el esfuerzo de los siervos y de los oprimidos, que reclamando justicia y misericordia, se entienden y se imponen. Las demasías de la libertad, apenas limitada, obligan á las temerosas clases conservadora y media á oponer un dique á los violentos propósitos de las multitudes y á las utopias de los pensadores y publicistas. En este flujo y reflujo de las ideas y de las obras de los hombres se domina primero, se cede después, y así, tirando y aflojando, para que no salten en mil pedazos los resortes de gobierno que la sociedad necesita para existir y conservarse, así se va viviendo. En la campaña política y social del momento presente, Austria pide el sufragio universal, Francia la descentralización y la supresión de los consumos, y Alemania y Francia, á un tiempo, levantan la bandera del respeto á las creencias, contra el vendaval de las propagandas antinacionales y antihumanitarias. Tiran los poderes gubernativos y los docentes para apretar los resortes de la resistencia contra los espíritus revolucionarios y desbordados, y aflojan y ceden esos mismos poderes en mucha parte de lo que su autoridad significa, para que el pueblo, en su moderno oficio de soberano, la ejerza y se acostumbre á mandar y hacerse cargo de la responsabilidad que semejante ejercicio trae consigo.

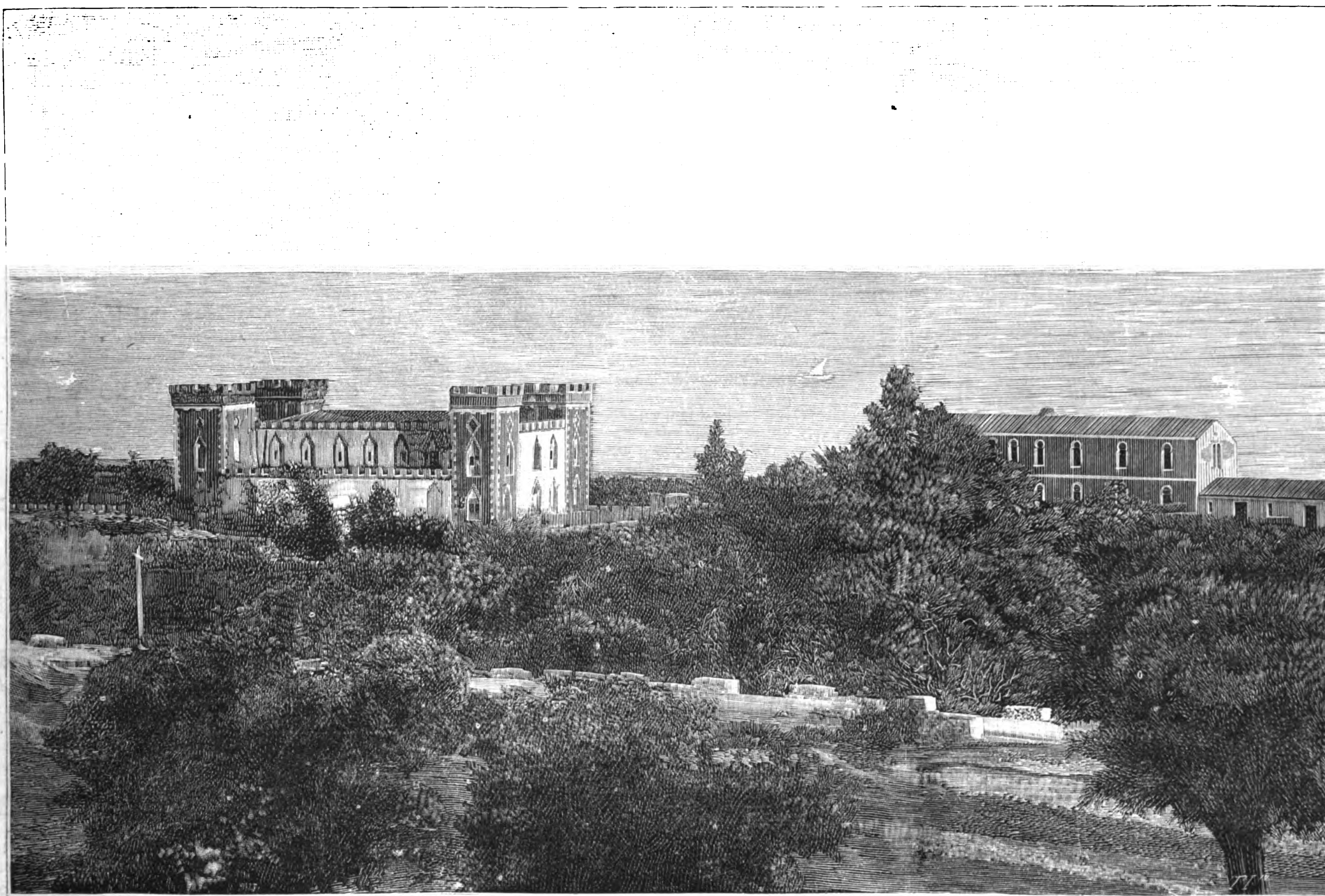
Francia, la *única é indivisible*, se quiere descentralizar. El Gobierno ha nombrado hace poco días una comisión extraparlamentaria, de la que forman parte los estadistas y personajes políticos más reputados de la nación, para que proceda al estudio de los medios que conduzcan al planteamiento de la descentralización y de la simplificación de los servicios administrativos. Se ha declarado urgente este estudio, y urgente también la necesidad de estas reformas, durante tantos años esperadas y en tantos y tantos programas de gobierno prometidas. Trátase de tres objetivos esenciales: determinar las atribuciones propias que deben tener los agentes ejecutivos del poder central, como prefectos y alcaldes; de examinar el carácter que tienen hoy las asambleas locales, deliberantes ó consultivas, para ver de qué modo se las podrá modificar, con objeto de que se encarguen de la gestión administrativa; y, en fin, de ver qué órganos ó centros administrativos nuevos pueden crearse, si es preciso, para que sirvan de intermediarios entre el departamento, el distrito y el municipio. El Gobierno desea simplificar toda la organización administrativa, suprimir cuantos mecanismos y formalidades inútiles existen hoy, y dar mayor libertad á la iniciativa y actividad de los poderes locales para que, en cuanto sea posible, se administren por sí mismos. Para activar el despacho del expedienteo pretendese dar mayor extensión á las atribuciones de los prefectos y alcaldes: para plantear realmente la descentralización, convertir en poderes administra-



D. JOSÉ MARÍA ESQUERDO Y ZARAGOZA,

NOTABLE MÉDICO ALIENISTA.

(De fotografía del Sr. Alviach.)



VILLAJOYOSA (ALICANTE).—«EL PARAÍSO», CASA DE SALUD DEL DOCTOR ESQUERDO, PRIMERA RESIDENCIA DEL SR. RUIZ ZORRILLA Á SU LLEGADA Á ESPAÑA.

(De fotografía.)

tivos las diputaciones provinciales y municipios; y para arraigar en toda su extensión la vida municipal, dar al cantón, á la reunión de varios concejos, una existencia propia con la independencia administrativa necesaria. De todas estas reformas saldrá el remedio para corregir y mejorar el sistema administrativo actual, para simplificar el juego de la máquina que funciona hoy: pero no resultará la descentralización mientras esa máquina, con sus divisiones y subdivisiones actuales, no se sustituya por otra. La Revolución quiso matar, y mató de hecho, el espíritu regionalista de la Francia histórica, subdividiendo y pulverizando las antiguas regiones ó provincias, con la creación de los nuevos numerosos departamentos que aun existen, y que, como son tan pequeños, dada la facilidad de las comunicaciones, no se prestan á formar núcleos de comarcas descentralizadas, ni mucho menos. La actual división territorial de Francia es buena para sostener la supremacía política y el sistema absorbente del centro único gubernativo de París: pero no para pensar en descentralizaciones. Para descentralizar no hay que pensar en suprimir todo centro directivo, sino en distribuir las funciones de éste, si es único, en otros distantes entre sí, establecidos en los puntos más apropiados del territorio, que no se estorben en sus funciones y que tengan suficiente base para existir y realizar su fin en toda la comarca que de ellos dependa. Para determinar cuáles han de ser estos centros; para plantear con acierto las bases de la futura vida regional, que satisfaga las aspiraciones de tantos elementos sociales, de tantos pueblos y de tantas gentes, que no pueden desenvolverse, que no caben, que no aciertan á vivir dependiendo de un centro solo, por grande que sea éste, el propósito de la descentralización tiene que empezar por una gran reforma, por la de cambiar en absoluto la división del territorio, para establecer otra completamente distinta. Y á pesar de la urgencia que se recomienda por el Gobierno, el realizar esto es obra de mucho tiempo y de muchísimo trabajo.

°°°

Propósito radical también en sus consecuencias, muy difícil de realizar, en muchas naciones estudiado y en ninguna resuelto, es el de la supresión del impuesto de consumos. El Congreso votó en Francia, y el Senado lo hará en breve, en favor de una proposición de ley que autoriza á las ciudades á sustituir el impuesto de consumos por otros impuestos ú obligaciones. Como por vía de ensayo, el Gobierno ha autorizado al alcalde de Lyón á que plantee la reforma. Mientras el Gobierno y las Cámaras estudian la solución posible de este problema tan intrincado, encargan, en efecto, al Ayuntamiento de la gran metrópoli industrial francesa que haga la experiencia *in anima vili*. Si resulta bien, ni los ministros, ni los senadores, ni los diputados tendrán nada que estudiar, y si resulta mal, quedará archivada la proposición de ley con la nota del escarmiento sobre la cubierta del expediente. En Francia, como aquí, y como en todas partes, el impuesto en cuestión se considera como vejatorio, bárbaro é injusto, y al que menos se le ocurre, en épocas de fiebre callejera, es gritar: «¡Abajo los consumos!» Pero este grito trae consigo el corolario de pedir que se supriman todos los servicios municipales, muchos de los cuales no sirven para nada ó no sirven á nadie en los pueblos, por lo cual andamos á menudo gritando también, no que se supriman, sino que se mejoren y que se amplíen para mayor comodidad, honra y gloria del vecindario. Y después de oir gritos tan antitéticos, cualquiera piensa en atar esas moscas por el rabo, que es precisamente lo que, con el beneplácito de Mr. Ribot, va á hacer ahora el Municipio de Lyón.

Veremos cómo se las gobierna. La supresión de los derechos de consumos impone forzosamente la creación de otros en cada pueblo, á menos que el Estado, á quien estamos acostumbrados á pedirlo todo, no se encargue de pagar el déficit de los presupuestos municipales. «No se hagan ustedes la ilusión, ha dicho el presidente Mr. Ribot á los ediles de Lyón, de que el Tesoro público pueda prescindir de ninguno de los recursos que saca de los pueblos, y que en esa capital, por ejemplo, deje de percibir, para que lo haga el Ayuntamiento, las sumas que produce la contribución sobre la propiedad urbana. Con esta advertencia, arréglenselas ustedes como puedan para vivir sin consumos.» Este impuesto será sustituído, sin duda alguna, por otros exclusivamente locales, tanto ó más difíciles de soportar que el de consumos. Al fin éste se distribuye, no sólo entre los consumidores que habitan en la población, sino entre los productores que vienen á ella desde fuera á vender sus mercancías, de modo que los que inmediatamente resultarán beneficiados con la supresión serán éstos, y el rendimiento, como hace falta que sea el mismo para cubrir las atenciones municipales, tendrá que arrancarse necesariamente en proporción mayor á los vecinos consumidores. ¿Sobre qué se van á gravar los impuestos locales nuevos? Todo está ya recargado: propiedad, industria, sueldos, espacio en que se habita ó que se ocupa, el nacer, el vivir, el ver, el tener personalidad, el morirse, todo, todo se paga al Municipio ó al Estado. ¿Qué se va á recargar? Este es el problema hondo, tan hondo, que allá en sus inexploradas profundidades, de seguro que no hay otra cosa que el vacío, la nada, el desengaño. Hoy Lyón, mañana otros pueblos más ó menos inteligentes y animosos y bien administrados, harán la experiencia al disfrutar de cierta autonomía ó libertad de iniciativa para ello: pero ¿cuándo podrá la ley sancionar esas experiencias y decir que queda suprimida la contribución de consumos? La empresa es nobilísima, merecedora de todas las simpatías y digna de unánime apoyo, siquiera porque llevaría el bienestar á muchos hogares y la felicidad posible á muchísimas familias pobres. Pero esto exigirá sin duda bastantes sacrificios en las clases acomodadas, en las cuales recaerá por fuerza la mayor pesadumbre de los impuestos locales nuevos. ¿Será esta la solución? Y si lo es, ¿se aceptará por esas clases que son realmente las pudientes y directoras, las que gobiernan los pueblos? No lo sabemos, aunque lo que sí se entrevé en esta cuestión del momento, es la aparición inmediata de una de las grandes fases cardinales de la cuestión social.

°°°

El pueblo en masa, en Austria, pide sin cesar el planteamiento del sufragio universal. Allí también hay que disminuir la tensión de las antiguas tradiciones despóticas y aflojar los resortes de gobierno, dando participación á todo el mundo en el manejo de la cosa pública. El ejemplo del sufragio universal que han sabido conquistar los belgas ha exasperado más y más los ánimos en el Imperio poliglota. Mientras se concedía una especie de tregua á las pasiones políticas con motivo de la muerte y funerales del archiduque Alberto, parecía calmada la agitación: pero si bien no se han reunido las gentes en los *meetings* públicos que se habían anunciado, no han podido resignarse los demócratas á permanecer inactivos ni aun durante ese tiempo, y al efecto celebraron en Viena doce grandes reuniones, simultáneamente convocadas, el día 21 de Febrero, para exigir al Reichsrath que abra el período de las reformas electorales definitivas. En estas reuniones han sido imponentes la formalidad y la calma de los oradores y del público, cuya severa actitud ha contrastado con los alardes de ruido y de propaganda desenfrenada que en los *meetings* se despliegan, produciendo hondo efecto en los elementos políticos de la corte Imperial. A las manifestaciones del pueblo se unen las de muchos hombres importantes, que, teniendo voto, desean que desaparezca semejante privilegio al hacerlo extensivo á todos los ciudadanos. En este sentido ha llamado mucho la atención el folleto de propaganda que han publicado hombres tan importantes como el doctor Hainich, el político Otto Wittelshœffer y el profesor Philippovitch, para demostrar en él no sólo que es justo el sufragio universal, sino que es urgente su planteamiento: que en el sistema actual la influencia germánica es superior á la del resto de las razas que forman el Imperio, y que sólo el sufragio podrá restablecer el equilibrio, no precisamente en provecho de los tcheques, slovenios y otros enemigos de Alemania, sino en favor de los rutenios, sacrificados injustamente hasta aquí en la representación, y cuya alianza sería utilísima para la la paz de la democracia y del Imperio. En cuanto al temor de que se tendrá que conceder el voto á muchas gentes sin instrucción, no hay para qué tenerlo allí muy en cuenta, porque con el sufragio restringido vigente resulta que votan un 34 por 100 de electores privilegiados que no saben leer ni escribir, y hasta ahora esta deficiencia no ha producido ningún mal. Tan fácilmente se tuercen, venden y corrompen al votar los que saben leer y escribir, y muchas cosas más, como los que no saben una palabra, pero que en general son doctores en gramática parda.

°°°

Mientras tanto en Alemania, donde el sufragio universal existe, preocúpanse los pensadores de la campaña de persecución que el Gobierno ha emprendido contra los propagandistas de las ideas subversivas, y ponen el grito en el cielo declarando que lo que realmente se hace con ese motivo es atacar á las libertades del espíritu. El idealismo se ha sublevado como siempre allí, en cuanto se toca á la marina de la filosofía nacional. Hay muchos alemanes que consideran como cuestiones de poco más ó menos las que se refieren, por ejemplo, á los impuestos, al sufragio mismo, á las tareas parlamentarias y á las leyes militares, y que sin embargo serían capaces de salir á batirse en las calles de Heidelberg, de Leipzig, de Gottinga ó de Halle, si cualquiera autoridad se atreviera á prohibir la circulación y lectura de los tratados vulgares de filosofía, que andan por allí en manos de todo el mundo. Hoy, dicen, parece que se trata de combatir al anarquismo, pero lo que se hace es perseguir á la literatura y á la ciencia, siempre libres en Alemania. Y contra los decretos del Gobierno imperial se ha formulado una protesta que lleva miles y miles de firmas, y en la cual, en defensa de la libertad del espíritu, figuran como inspiradores hombres tan opuestos y antitéticos en ideas de creencia y de religión como el radicalísimo profesor Virchow y el profesor apóstol del neocristianismo conservador Adolfo Wagner, de la Universidad de Berlín.

En contra de la libertad y desarrollo individualista del espíritu y en pro de la sociedad ha descargado el eminente escritor Mr. Brunetière una nueva filípica crítica, titulada *Instrucción y educación*, que si no meterá tanto ruido como su reciente trabajo acerca de la quiebra ó bancarrota de la Ciencia, ha de dar mucho que hablar y que discutir entre las gentes de especial cultura y de aficiones pedagógicas. El famoso director de la *Revue de Deux Mondes* se ha colocado en la brecha, armado de todas sus armas, contra la ciencia y los programas científicos, y así dispuesto, estudia las diferencias que existen entre la instrucción y la educación, durante tanto tiempo confundidas, y hoy, al parecer, tan diferenciadas. Según él, en resumen, «la educación es el esfuerzo de la sociedad para disciplinar ó preparar á las generaciones nuevas con objeto de que puedan servir á los fines de aquélla». La educación tiende, pues, al triunfo de los intereses sociales sobre los intereses individuales. La instrucción moderna tiende, al contrario, al cultivo intensivo del yo, es decir, al triunfo del interés individual sobre los intereses sociales. Así entendido, claro es que la educación es lo más diametralmente opuesto y distinto de la instrucción. Agravan estas diferencias, contribuyendo á sostenerlas y á ampliarlas: 1.º La exageración del sistema de los exámenes y concursos, que produciendo una selección artificial y falsa, divide la sociedad en castas, de gente capaz y de gente vulgar. 2.º La composición exclusivamente profesional del Consejo de Instrucción pública, en el que no se da entrada á los representantes de las familias y de los grandes intereses sociales. En cuanto Mr. Brunetière sostiene que la educación es el triunfo de la sociedad sobre el individuo, y que es preciso combatir el individualismo para salvar á la sociedad, se comprende que el gran publicista y crítico se ha embarrancado hasta el cuello en el terreno falso de la exageración. La sociedad compuesta de individuos será tanto más perfecta cuanto más instruídos, capaces y útiles sean los individuos que la componen. El individualismo no es el enemigo, lo es el egoísmo. El hombre egoista, que todo lo acapara para sí, y que sistemáticamente se niega á hacer nada por la sociedad, ese, por más instruído y sabio que sea, es un salvaje. Nadie trata de fomentar esta cría, haciendo hombres muy sabios, pero muy egoistas, que podrán valer mucho, pero que lo valen para sí propios exclusivamente. Es verdad que los ejemplares abundan, y que suele haber bastantes sabios cuyo egoísmo los hace incapaces de Sacramentos: pero estos desgraciados llevan en el pecado la penitencia, porque son detestados de la sociedad, que claramente ve en ellos que les falta el conocimiento de la primera y única asignatura que sirve para formar los hombres dignos, la educación, tal cual esta palabra se entiende en el mundo decente.

De medio á medio se equivoca Mr. Brunetière al confundir el individualismo con el egoísmo, al oponer la educación á la instrucción y al declarar que no hay más educación que la basada en el interés y en el fin social. Contra toda tendencia egoista se debe procurar, al contrario, que la instrucción y la educación, la escuela y el mundo, el profesor y la sociedad se esfuercen en formar hombres que sepan resistir siempre la imposición de los demás, y vencer, por medio de una austera disciplina personal, las propias pasiones.

R. BECERRO DE BENGOA.

CERTAMEN LITERARIO.

El 2 del próximo Junio se celebrará en Guadalajara, por iniciativa del Ateneo de aquella ciudad, un Certamen literario, cuyo programa es el siguiente:

Premio del Ateneo: *Una flor natural*, al autor de la mejor leyenda en verso en la que se narre ó refiera una tradición de Guadalajara.

Premio del Excmo. é Ilmo. Ayuntamiento de la capital: *Un objeto de arte*, al autor de la mejor memoria que desarrolle el tema siguiente: «Influencia del Gran Cardenal Mendoza en el reinado de los Reyes Católicos».

Premio del Sr. Comandante militar de esta plaza, coronel de ingenieros D. Benito de Urquiza: *Un objeto de arte*, al autor del mejor «Bosquejo histórico acerca de la participación que en la literatura, en la diplomacia y en las guerras de Flandes tuvo el ilustre caracense, capitán de caballos, D. Bernardino de Mendoza».

Premio del Excmo Sr. D. José González Blanco, senador por la provincia: *Una pluma de oro*, al autor del mejor trabajo sobre el siguiente asunto: «¿Basta el sentimiento religioso, sinceramente practicado, para resolver el problema social?»

Premio del Excmo. Sr. Conde de Romanones, diputado á Cortes por la capital: *Un objeto de arte*, al autor del mejor «Juguete cómico en un acto, basado en un asunto de costumbres locales».

Premio del Sr. D. Ricardo de la Puerta, diputado á Cortes por Pastrana: *Una obra de agricultura*, al autor de la mejor Memoria acerca del siguiente tema: «El proteccionismo en relación con los intereses agrícolas».

Premio del Casino de Guadalajara: *Un objeto de arte*, al autor de la mejor «Biografía del Gran Cardenal Mendoza».

Premio del Círculo de *La Peña: Un objeto de arte*, al mejor estudio acerca del siguiente tema: «Autores cómicos contemporáneos, que al retratar las costumbres del pueblo bajo pueden considerarse como imitadores de D. Ramón de la Cruz».

Premio de la revista *Flores y abejas: Un objeto de arte*, al autor del mejor «Poema en verso de asunto libre».

La admisión de las composiciones, que deberán ser originales é inéditas, terminará á las doce del día 15 de Mayo, debiendo enviarse al presidente del Ateneo, D. Antonio Molero Asenjo.

En el acto de la adjudicación de premios se quemarán á vista del público los pliegos correspondientes á las composiciones no laureadas.

El autor que obtenga la *Flor natural*, que se considera el *Premio de honor*, nombrará Reina del Certamen en el acto de la proclamación de su nombre. Si no estuviese presente, ó no quisiere hacer uso de su derecho, lo verificará el Presidente del Jurado.

La elegida ocupará el sillón presidencial y hará la entrega de premios.

Los autores laureados podrán leer sus composiciones ó encomendar á otras personas su lectura: pero con objeto de evitar la prolijidad del acto, el Jurado decidirá si aquélla ha de ser parcial ó íntegra.—X.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

La industria guipuzcoana en fin de siglo. Reseña de las industrias fabriles más importantes, por D. Nicolás de Bustinduy y Vergara, ingeniero industrial.

Este interesante librito merece mayor atención de la que en este lugar podemos prestarle. El autor, Sr. Bustinduy, ingeniero industrial muy reputado, fiel contraste de la provincia y director y profesor de la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián, es persona de la mayor competencia para describir el estado de la industria guipuzcoana, estado en verdad mucho más próspero de lo que algunos suponen.

No sólo Rentería, Tolosa, Beasain, Azpeitia, Azcoitia, Éibar, Elgóibar y Plasencia son centros fabriles de gran consideración, sino también otras muchas poblaciones de la provincia, singularmente la capital, á la que muchos de los que sólo en verano la visitan no suponen otra industria que la del veraneo. Bien lo muestran las cifras que publica el señor Bustinduy en el capítulo titulado *Resumen de San Sebastián*. Según dichas cifras (cuya exactitud no ofrece la menor duda), hay en aquella ciudad trescientos talleres de más ó menos importancia, de los cuales pasan de cincuenta los que emplean motores de gas, con una fuerza total de 70 á 80 caballos de vapor, y que emplean de 2.600 á 2.700 obreros. Además, las fábricas y talleres descritos, que son los principales, emplean 870 caballos de fuerza y 2.400 obreros, teniendo por tanto el total de 910 caballos y 5.000 obreros. Si á esto se añade la potencia de la maquinaria de Pasajes; población que verdaderamente es un arrabal de aquélla, y el número de obreros empleados en sus fábricas, se comprenderá la mucha importancia industrial de la capital de Guipúzcoa.

En suma, el trabajo del Sr. Bustinduy es una verdadera monografía digna de estudio, y con razón subvencionada y considerada de utilidad por la Diputación de la provincia.

La enseñanza de la Historia, por D. Rafael Altamira, secretario del Museo Pedagógico Nacional.

La primera edición de esta obra, publicada por el Sr. Altamira en 1891, era ya un libro notable, nuevo en España, de utilidad suma y revelador de un ímprobo trabajo de investigación y colección de datos. Esta segunda aventaja en todo á la primera, y merece, no ya una breve nota bibliográfica como ésta, sino extenso artículo crítico en que se discutiesen algunas de las principales ideas del autor, se expusiese su método y se diese cuenta al lector de las riquezas bibliográficas que este libro contiene, y que, por sí solas y sin otros méritos, bastarían á hacerle digno de la estimación de los estudiosos.

El primer capítulo trata del *Planteamiento de la cuestión*, y es particularmente sustancioso por el estudio que en él hace del desarrollo de la enseñanza de la Historia hasta nuestros días, y las ideas que contiene respecto á algunos de los más famosos historiadores.

El segundo capítulo, titulado *Estado actual de la enseñanza superior de la Historia*, es por sí sólo una obra de estudio en la que muestra el Sr. Altamira copiosa erudición y fundado conocimiento de la enseñanza de la ciencia en el extranjero. De los que siguen es imposible el análisis en este lugar, y tan importantes son todos, que de ninguno nos atrevemos á hacer mención especial

Véndese *La enseñanza de la Historia* en todas las librerías de Madrid y provincias, al precio de 5 y 5.50 pesetas respectivamente.

Guías Jorreto Madrid. Edición ilustrada.

Esta es sin duda la mejor y más completa *Guía de Madrid* que conocemos. Contiene, además de la descripción completa y muy bien hecha de cuanto hay que ver en la corte de España, muchos y buenos grabados y cuantas indicaciones necesita, no sólo el que vive en ella, sino también el forastero. Y no sólo está muy bien cuidada la parte literaria, sino también la artística.

Forma un elegante tomo de 350 páginas. Véndese en las principales librerías.

Carlistes et christinos. Roman historique. 1833-1868, por el conde A. de Saint Aulaire.

No hay que decir, dado el título, que los personajes son españoles y el teatro de la acción España. A esto añadiremos únicamente que la obra nos ha parecido interesante, llena de episodios románticos, muy bien presentados y desarrollados.

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN. De venta en las oficinas de La Ilustración Española y Americana, Alcalá, 23, Madrid.

Ha sido editada por el Sr. Colmann Levy, conocido escritor parisiense, y cuesta 3,50 francos.

Mosaico escolar, ó Diccionario de frases, axiomas, biografías y obras literarias y artísticas, por D. Andrés Pérez.

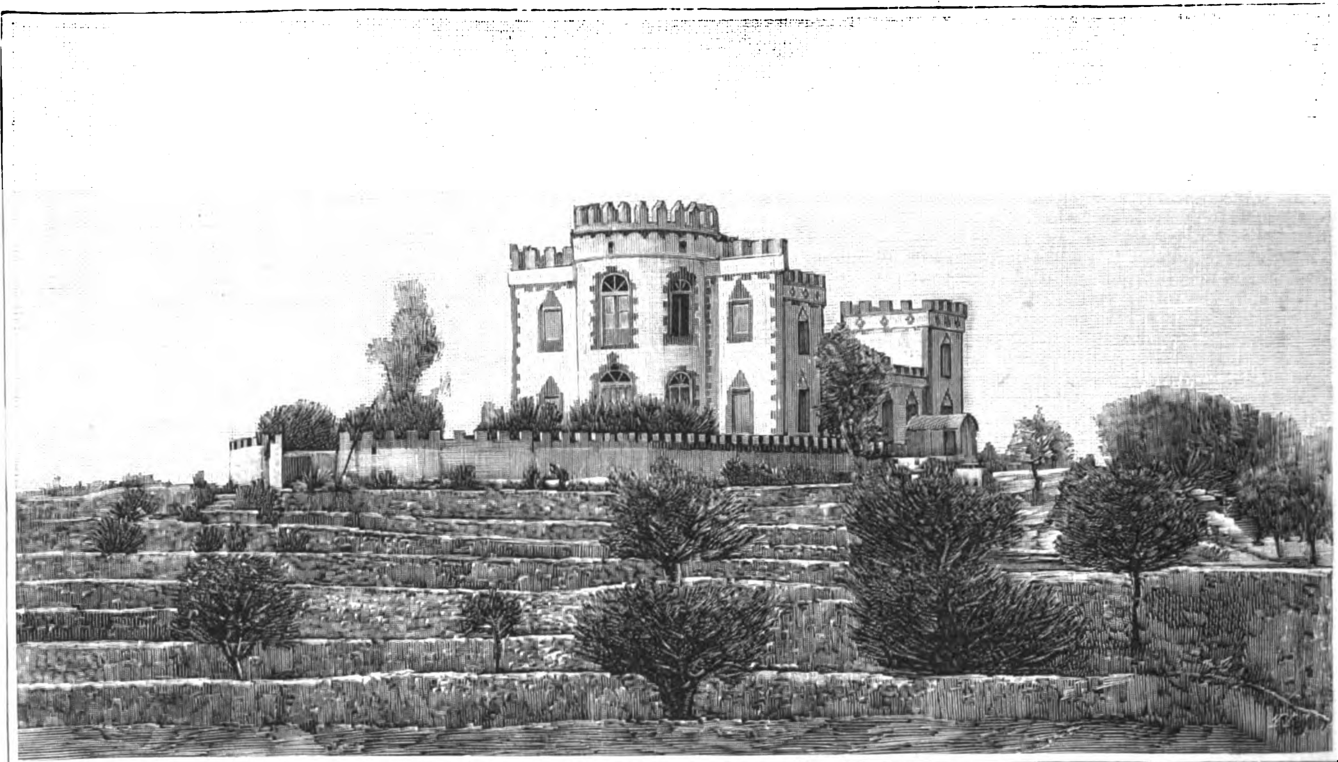
Esta obra es, á pesar de que su modesto título no lo dice, una verdadera y muy completa enciclopedia para uso de los estudiantes, pues contiene axiomas y textos de teología, filosofía, derecho, higiene, medicina; biografías de varones ilustres; frases célebres; heráldica ó motes de los escudos de pueblos, corporaciones y órdenes monásticas; himnos sagrados, inscripciones y epitafios; noticia de obras artísticas, edificios, monumentos, etc., etc.; poesías sagradas y profanas; sobrenombres, dictados y gritos de guerra, etc. Tal cantidad de materias está ordenada por orden alfabético, y gracias á la concisión con que el autor trata cada una de ellas, caben en dos tomos, que entre ambos suman cerca de 1.300 páginas.

Véndese este libro en Valladolid, calle de Esgueva, 13 (casa del autor), al precio de seis pesetas; en la imprenta y librería de Fernando Santarén, de la misma ciudad, y en las principales librerías de España.

Poesías, por Camps y Fabrés.

Las hay en este tomo unas en catalán y otras en castellano, y en ambos lenguajes muy bellas. El Sr. Camps y Fabrés es sin duda excelente poeta, sobre todo poeta místico, de un sabor castizo hoy por desgracia muy raro.

G. R.



VILLAJOYOSA (ALICANTE).—«LA PILETA», ACTUAL RESIDENCIA DEL SR. RUIZ ZORRILLA.

(De fotografía.)

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. IX.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Marzo de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de America y Asia	60 francos.	35 francos



EXCMO. SR. D. JOSÉ LACHAMBRE Y DOMÍNGUEZ,
GENERAL DE DIVISIÓN
GOBERNADOR MILITAR DE SANTIAGO DE CUBA.
(De fotografía de A. A. Cohner.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.



A indisposición de S. M. la Reina, el viaje del general Martínez Campos y el envío de tropas á la isla de Cuba han sido el objeto preferente de las conversaciones en el intermedio de esta y la anterior revista.

Como el sarampión es el más benigno de todos los males eruptivos, no inspiró alarma el estado de la Reina; y, en efecto, la fiebre no llegó nunca á temperatura que inspirase recelos, y la enfermedad siguió su curso moderado, pasando pronto al estado de convalecencia. Lo más desagradable para la Reina ha debido ser la precaución de incomunicarse con sus hijos, por lo propensa que es la infancia á esa erupción, que por caso anómalo invadió á la persona Real que parecía menos expuesta á padecerla. Acaso la adquirió visitando algún asilo, si es que no fué trasmitida por contagio en el lavado y planchado de la ropa, pues parece que el hijo de la lavandera de la familia Real sufrió un ataque de sarampión poco antes de sentirse indispuesta S. M. Afortunadamente pasó todo peligro, y se tomaron á tiempo las medidas convenientes para evitar que pudiera trasmitirse la enfermedad al Rey y sus hermanas.

La recepción afectuosa hecha en Viena al general Martínez Campos, al representar á S. M. en los funerales del archiduque Alberto, era esperada y natural: pero la acogida que se le hizo en París, donde no tenía representación oficial, ni era sino un viajero de alta categoría, tiene, por lo voluntaria, una significación de las más gratas para España. Los noticieros de la prensa francesa interrogaron al caudillo español, y de las respuestas que éste dió, las más interesantes para nosotros son las que se refieren á las partidas insurrectas que han aparecido en las inmediaciones de Bayamo, á que da poca importancia.

Sea cierto ó no su pronóstico, el Gobierno no se ha descuidado un solo instante: se han movilizado y dispuesto en pocos días los refuerzos más urgentes para el ejército de Cuba, y se han arbitrado los recursos para atender á este servicio: hasta la cuestión mercantil de aumento de las tarifas de ferrocarriles se ha suavizado, renunciando patrióticamente la Compañía del Norte á la suspensión de las rebajas que regían hace poco y que vuelven á estar en vigor. Se ha presentado á las Cortes un proyecto para castigar la propaganda separatista, y la actitud del Parlamento, la del Gobierno, la prensa y el espíritu público demuestran que es unánime la decisión de cortar el mal en su origen, y no permitir que sufra nuevamente la provincia española de Cuba los terribles males de la guerra. Jamás levantamiento insurrecto fué más extemporáneo y menos esperado: todavía resonaban en el Ateneo de Madrid los aplausos con que acogió aquella selecta sociedad á los oradores cubanos: acababa el cable de transmitir desde la Habana á la prensa de Madrid la noticia de haberse recibido allí con júbilo las reformas, cuando nos sorprendió el triste telegrama de haberse proclamado el estado de sitio, y de verse el Gobernador general de Cuba en la dura necesidad de reprimir á los revoltosos que atentaban contra la patria.

⁂

El domingo, 3 de Marzo, leyó su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua el Marqués de Pidal. El estrado parecía un ascua de oro: el Presidente, con uniforme de capitán general; á su derecha el Sr. Cánovas con una banda extranjera sobre su uniforme; y a su lado, con el de la Academia, el secretario de la misma, Sr. Tamayo y Baus: á la izquierda del Presidente el Obispo de Sión, P. Cardona, con su gran capa morada, y tenía á su inmediación al censor de la Academia, el ex ministro Sr. Núñez de Arce: relucían los bordados y las placas en las mangas y pechos de los académicos que ocupaban los sillones: y al ver aquel lujo oficial en que resultaba modesto el traje de etiqueta, aun brillando las medallas sobre la almidonada pechera, la decoración resultaba espléndida con tantos colorines y dorados, y daba alta idea de la plana mayor de las letras y de la coincidencia del talento literario con las primeras categorías del Estado. No era aquella la modesta y necesitada república de las letras, sino la corte del dios Apolo, con galas á la moderna, en la cual no dejarían entrar los porteros vestidos de frac á ningún escritor mal trajeado.

El Sr. Marqués de Pidal ocupó la silla de los neófitos, de gran uniforme, y á su frente se sentó el Sr. Menéndez y Pelayo, de frac y guante negro. El discurso del recipiendario versó acerca del drama histórico en nuestro teatro; y como el asunto es tan extenso y la brevedad del escrito no permitía muchas investigaciones, hubo de limitarse á esbozarlo á grandes rasgos, á partir de Juan de la Cueva, á quien juzga que debería tenerse por el fundador de nuestro drama histórico nacional, así como á Guillén de Castro por padre del drama histórico caballeresco, por su primera parte de *Las Mocedades del Cid*, y nosotros añadiríamos que también por la segunda, donde llega el autor al más alto grado del interés y la emoción, en las épicas escenas del combate, no sobrepujadas, á nuestro sentir, por nadie en nuestro teatro. Cervantes con su *Numancia;* el canónigo Tárrega: Miguel Sánchez, á quien, con permiso de Cervantes y del Marqués de Pidal, no nos explicamos se apellidase *el Divino*, siendo humanos Guillén de Castro, Tárrega y Gaspar de Aguilar, son citados en el discurso, que se detiene forzosamente en Lope de Vega, el cual, por su abundancia, tiene que dar al drama histórico, como á cualquier otro género de comedia, la mayor suma de materiales en su asombrosa fecundidad, pues convirtió en comedias toda la historia sagrada y la profana, y la leyenda. Divide la obra histórica de Lope en tres grandes ciclos: el épico ó primitivo, el feudal y el moderno; fíjase en la figura de D. Pedro *el Cruel*, tratada por Lope de Vega, notando que le atribuye cualidades que nunca poseyó. ¿Quién sabe? Los que no nos fiamos de López de Ayala, y los que nos sentimos envueltos en un sentimiento tradicional que viene de muy lejos, y en la repugnancia hacia la usurpación y el fratricidio, creemos que hay algo en la superstición popular que no consiente en el teatro ultrajar la memoria de la víctima de Montiel: á nuestro juicio, la novedad mayor que encontramos en la presentación de D. Pedro en el teatro se ve en *La Niña de plata*, donde Lope nos le presenta como un hermano cariñoso de D. Enrique: y por cierto que en esa comedia el gracioso improvisa el célebre soneto que empieza:

Un soneto me manda hacer Violante.....

No podía prescindir de estudiar al profundo y humano Tirso de Molina y al grandilocuente Calderón, los otros dos reyes del teatro nacional; ni á los dioses menores, hasta pasar rápida revista al teatro romántico, hasta los dramas históricos *La rica hembra* y *Locura de amor*, que, según el Marqués de Pidal, están relegados de la escena por falta de actrices que puedan representar estas figuras, en lo cual creemos que se equivoca, pues *Locura de amor* se representa, si no en el teatro principal, en otros secundarios. En resumen: el discurso del Sr. Marqués de Pidal tiene interés y demuestra lectura de nuestro teatro, que está pidiendo á su autor convierta en libro, y libro utilísimo, lo que ha apuntado rápidamente en su discurso.

Ninguno como el Sr. Menéndez y Pelayo podía aumentar noticias y datos al trabajo del Marqués de Pidal: ha respetado, sin embargo, esta obra de erudición, dedicándose en su respuesta á exponer la índole del drama y novela históricos, y á defenderles de sus contradictores. Los trabajos de este maestro son siempre luminosos, y se leen con la confianza de estar basados en una colosal información de los asuntos que trata. Mucho nos hemos alegrado de que sostenga la legitimidad del drama histórico, género tan bueno como todos los demás, y que sólo exige diversa preparación en quien lo cultiva, y, más diremos, en quien hace la crítica de las obras literarias; dificultad que quisieran allanar algunos proscribiendo el género más noble, y mandando interrumpir la serie gloriosa de nuestra literatura histórica, que, según el Sr. Menéndez y Pelayo, no tiene equivalente por su extensión y bizarría en ninguna literatura conocida.

⁂

Una comisión del comercio de Madrid, presidida por don Andrés Mellado, pretende la traslación de la feria de Septiembre al mes de Mayo. ¿No se podrían conciliar todos los intereses permitiendo que haya dos ferias anuales? Ya se ensayó la variación durante dos ó tres años, instalándose en el Prado, y por fin se abandonó, por no responder el comercio al llamamiento. En cambio, las fiestas iniciadas por el Sr. Mellado, siendo alcalde, en el mes de Mayo estuvieron muy lucidas, y llamó mucho la atención la cabalgata nocturna que organizó Bernardo Rico en la Florida, así como otras diversiones y espectáculos que dieron entonces animación y provecho á la villa y su comercio. Queremos decir, por lo tanto, que no hay necesidad de matar la feria de Septiembre para que luzca y brille la de Mayo. Aquélla tiene el prestigio de la tradición y la ventaja de efectuarse cuando el labrador ha recogido su cosecha, y además la de haber resistido á todas las tentativas hechas para destruirla. ¿No podría tanto la una como la otra instalarse en las nuevas, anchas y ya pobladas vías de las calles de Génova, Sagasta y Paseo de Santa Engracia, que tienen anchas aceras, arbolado, tranvías y todos los requisitos para servir á la vez de feria y de paseo? El sitio en que se colocan las ferias influye mucho en su buen éxito ó su abandono por el público, y las citadas vías son hoy un centro hermoso, concurrido y habitado por familias muy pudientes. A nuestro juicio, nada se perdería con probarlo.

Y ya que nos ocupamos de asuntos municipales, sepan todos los nacidos que la calle de Panaderos ha sido bautizada de nuevo, tomando el título de calle de D. Andrés Borrego. No sabemos que entre el distinguido periodista y la citada calle haya ninguna relación, y nos hubiera parecido más oportuno, si el Ayuntamiento quería honrar la memoria del Sr. Borrego, una lápida en la fachada de la casa donde murió, que al fin sería un dato para la historia local, mientras la variación de título de la calle de Panaderos es injustificada y caprichosa. El Dr. Tebussem y algún otro escritor, y el que esto firma, hemos demostrado los inconvenientes de variar el título de las calles, que responde sólo al deseo de borrar la historia íntima y los recuerdos de la villa: y como si esta confusión no fuera bastante, la repetición de nombres propios, entre los cuales hay muchos que serán completamente desconocidos dentro de algún tiempo, es la más ocasionada á equivocaciones. El título de las calles sólo sirve y se destina para fijar bien su situación: cuando son muchas, como en una capital de reino, deben tener la condición de que se graben bien en la memoria y distingan las unas de las otras; y cuesta tanto trabajo acostumbrar al pueblo á olvidar los nombres que ha aprendido y diferenciar entre sí los que son meros apellidos, que á cada variación de éstas perdemos la idea del plano de Madrid. Y es tan rutinaria y viciosa la manía de rendir tributos fáciles colocando en los azulejos los nombres de personas vivas ó muertas que suenan bien á un señor concejal, que dentro de poco la lista de las calles de Madrid será la de un diccionario biográfico, si Dios no lo remedia y no se pone coto al abuso con una disposición que declare permanentes los nombres actuales de las calles y plazas de Madrid.

⁂

Con el título de *El foco eléctrico*, ha publicado una obrita interesante y llena de grabados el joven é ilustrado redactor de *La Correspondencia* D. José Muñoz y Escámez, que tiene por objeto servir de recreo á la infancia y darla nociones útiles de algunas ciencias, por medio de una fábula sencilla, que consiste en las aventuras de cuatro hermanitos perdidos en un globo y llevados por éste á una isla de Oceanía habitada por salvajes. Como la obra tiene la aprobación de la autoridad eclesiástica, puede darse á leer sin inconveniente á los muchachos por los padres más escrupulosos en la elección de las primeras lecturas de sus hijos.

⁂

El Sr. Marqués de Pidal tiene voz regular, y sin embargo no se entendía ni una palabra de su discurso en mitad del salón de la Academia de la Lengua. Es, pues, un salón de lectura donde la voz se pierde. Y puesto que es inútil la voz para leer los discursos, claro es que no hay inconveniente en que ingrese un mudo en la Academia de la Lengua.

Señor Director de la Academia Española, se impone esta reforma en las recepciones académicas:

O entregar bocinas á los lectores, ó trompetillas á los oyentes.

Un médico nuevo entra en su casa lleno de júbilo, y da un abrazo á su madre.

—¿Qué te pasa, hijo?

—Que me he estrenado ya.

—¡Cómo! ¿Tienes ya un enfermo?

—Sí, madre.

—Ten cuidado, hijo: las personas no son como aquellos muñecos que destripabas de niño, para ver lo que tenían dentro.

—¿Eso hacía yo? ¡Qué coincidencia! El enfermo tiene un tumor, y mañana le abro el vientre.

—¿Es verdad, Marquesa, que los primeros amores no se olvidan nunca?

—¿Por qué habla usted en plural? ¿Cree usted que empecé queriendo á varios?

—De ninguna manera: eso sólo se llega á hacer andando el tiempo. Pero el primer amor es el más reñido: se interrumpe y reanuda: es querer á uno solo varias veces.

—Pregúnteselo á otras: á mí, en amor, los últimos me parecen siempre los primeros.

—¿Por qué no se tiñe usted el pelo?—me pregunta el peluquero.

—¿Puede usted teñírmelo de blanco?

—¿Para envejecer más?

—Al contrario: si me lo tiño de negro, conocerán el engaño; tiñéndomele de blanco, me pueden tomar algunas por albino.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

INSURRECCIÓN EN CUBA.

Lo de siempre.—El general de división D. José Lachambre.—Martí.—Máximo Gómez.—José Antonio Maceo.—*Guillermón*.—Juan Gualberto Gómez.

¡Otra guerra! Parece que desde que se dió por seguro que España había de vivir en paz largos años, los sucesos se han propuesto probar la grandísima ligereza de los autores de tales seguridades. En paz vivíamos, y aunque no estábamos preparados para la guerra, esta falta de preparación era hija del descuido, no de la doctrina de ser aquélla tan improbable que podía considerarse imposible. Desde que esta doctrina tomó asiento en el Gobierno, aunque sólo hace de ello dos años y medio, llevamos dos guerras: una en Marruecos, otra ahora en Cuba.

No tuvo aquélla importancia militar. Túvola como aviso de las desgracias que pueden sufrir los descuidados. No creemos que llegue á tenerla ésta; pero sospechamos que el segundo aviso ha de ser más fuerte y ha de costarnos más que el primero. ¿Nos dejará advertidos? Tememos que no, y que el aviso tercero sea tal, que nos quede de él honda huella y nos duela muchos años.

El descuido que vamos á pagar es mayor, por imposible que parezca, que el que pagamos el año pasado. Después de acabada la sangrienta guerra del 68 al 78, nadie debió olvidar la probabilidad de que se intentara repetirla; y por si había alguien tan falto de meollo que cayese en semejante olvido, la Providencia se encargó de sacarle de él con la guerra *chiquita* del 79, los siguientes intentos y la plaga permanente llamada bandolerismo. ¿Cómo después de esto no está perfectamente estudiado el principal teatro de la primera campaña? ¿Cómo no tenemos un buen ejército ultramarino de soldados aclimatados, dirigidos por jefes y oficiales especialmente preparados para el caso? ¿Cómo no han quedado abiertos los caminos estratégicos que se hicieron á costa de tanto esfuerzo y de tanta sangre, veinte años ha, y por qué no se han abierto otros nuevos? ¿Cómo no hay en la hermosísima y olvidada Sierra Maestra parajes preparados para la aclimatación de tropas? ¿Cómo no tenemos en Puerto Rico media docena de regimientos dispuestos siempre á

marchar á Cuba? ¿Cómo, para decirlo de una vez, nos coge tan de nuevas este conflicto?. La explicación es fácil, pero dolorosísima en tal grado, que no nos atrevemos á consignarla de un modo terminante y explícito. Queda al buen juicio del lector.

Hecho este descargo de conciencia con toda la suavidad que imponen á nuestra pluma las columnas en que han de aparecer estas líneas, volvamos á nuestro papel de narradores, y pasemos á dar algunas noticias de aquellas personas cuyos nombres más resuenan estos días. En la página primera hallarán los lectores el retrato del general Lachambre, y en la 144 los de Maceo, Martí, Máximo Gómez, Juan Gualberto Gómez y Guillermo Moncada (*Guillermón*). Los tres primeros no han salido á campaña, pero son jefes del partido separatista, y de ellos han hablado mucho los periódicos. Los otros dos se han alzado en armas contra España, y no estará demás darlos á conocer tales cuales son. Nuestro deber es tener bien informados á los lectores de sucesos de tanta importancia como éstos, y al procurar cumplirlo escrupulosamente, sin excusar dato que pueda parecernos de interés, no nos creemos obligados á calurosas protestas de amor á la patria, bastante probado para que pueda hacerle sospechoso la publicación de retratos de los que en América la combaten.

El general Lachambre, cuyo nombre ha sonado tanto estos días con motivo de esperarse el ataque del poblado de Paire por nuestras tropas, es joven aún (nació en Marzo de 1846) y muy conocedor del país en que ha de operar, pues fué á Cuba en lo más encendido de la guerra anterior, y lo mismo entonces que en diferentes ocasiones posteriores, mandó columnas que persiguieron sin descanso á los separatistas. En aquella primera época de su estancia en la isla fué gobernador militar de Pinar del Río, limpiando de bandoleros esta comarca.

Después fué gobernador militar del castillo de la Cabaña (Habana), hasta que, ascendido á general de división, se le dió el mando del gobierno militar de Matanzas. Cuando el último alzamiento de Santiago de Cuba, nombróle el Capitán General jefe de operaciones, quedando después de gobernador militar de la provincia, cargo que actualmente desempeña.

Abonan su pericia militar y su valor las muchas y honrosas condecoraciones que ostenta, á saber: la gran cruz blanca del Mérito Militar, la placa de San Hermenegildo, y las medallas de Cuba, Bilbao, Guerra civil y Alfonso XII.

Martí es la cabeza del partido separatista cubano. Estudió en Zaragoza, donde se licenció. En los calamitosos tiempos de la República huyó á Francia, y luego á los Estados Unidos á continuar su carrera de conspirador. Preparó en Méjico una expedición filibustera que tuvo mal resultado. Volvió á Cuba después del Zanjón, para volver á conspirar el año 79. Enemigo de España desde niño, ha estudiado mucho en libros franceses é ingleses, que nos son tan desfavorables como se sabe, y cuyas perniciosas y mentidas doctrinas han perturbado á tantos espíritus.

Vive en los Estados Unidos, y al amparo de la bandera de esta nación ha conspirado y conspira contra la suya propia y contra los intereses de su raza. Otros Gobiernos que no fuesen el norteamericano, seguramente no le permitirían estas libertades; pero aquella República entiende de muy singular manera los deberes internacionales, y aun cuando aparenta no tener ambiciones, su conducta bien claramente descubre el propósito de ir desuniendo á los pueblos de raza española, humillándolos y perjudicándolos en lo posible. Bastará citar aquí, en prueba de ello, la manera dura y altanera con que trató á Chile, después de haber contribuido no poco á sostener en esta nación la guerra civil. Suceso que encierra grandes enseñanzas para todas las naciones españolas.

Martí es sin duda hombre de entendimiento nada común, pero no menos vanidoso que inteligente, y muy poseído de su papel de apóstol y casi de mártir de una idea.

Máximo Gómez y Maceo son los dos brazos más poderosos del separatismo. Gómez sirvió en el ejército español, en aquella desdichada campaña de Santo Domingo, que fué natural consecuencia de la anexión de dicha República: uno de los mayores desatinos que cometió la Unión Liberal cuando pretendió que España tuviese política exterior, y con ligereza, que nunca será bastante censurada, metió á la nación en las más descabelladas aventuras. Fué de los que primero se alzaron en Octubre de 1868, y mostróse buen guerrillero. Muerto Agramonte en el potrero de Jimaguayú, en Mayo de 1873, sustituyóle Gómez. Tuvo mucha parte en la derrota del teniente coronel Diéguez en Holguín y en infinidad de pequeñas acciones, que le dieron gran reputación y prestigio entre los suyos. Invadió el territorio de las Villas, fué herido en el paso de la Trocha (1875) y peleó hasta la capitulación del Zanjón.

Maceo (Antonio) es mulato, natural de Santiago de Cuba y de no menos crédito entre los suyos que Gómez. Al comenzar la guerra alistóse como soldado en la guerrilla de Donato Mármol; estuvo siempre en campaña, siendo herido varias veces: no quiso acogerse á indulto cuando el convenio del Zanjón, pero se halló casi solo, y tuvo al fin que abandonar la isla, retirándose á Kingston (Jamaica). Es quizás el mejor guerrillero cubano enemigo de España.

Conviene advertir que así Maceo como Gómez se hallan hasta ahora en las poblaciones en que tienen establecida su residencia, permaneciendo ajenos á la insurrección. Maceo es joven aún; pero Gómez cuenta sesenta años, y si bien no está tan achacoso como algunos han dicho, tampoco parece encontrarse en buena disposición de meterse en aventuras.

Guillermo Moncada es negro, y paisano de Maceo, pues nació, como él, en Santiago. En esta ciudad aprendió el oficio de aserrador de maderas, y con el jornal que ganaba atendía al sustento de su familia.

Comenzó sus campañas como soldado, á las órdenes del llamado comandante Antonio Velázquez. Era ya capitán cuando recibió un balazo en el pecho, en el ataque del poblado de Ti-Arriba, dirigido por Gómez, y esta herida le valió el ascenso á comandante. Dirigió la sorpresa de los cafetales de Guantánamo, que costó la vida al bravo comandante de las fuerzas leales D. Miguel Pérez. En otro combate en la del cafetal *Oasis* recibió un balazo en una pierna, con fractura del fémur. En este tiempo persiguió á Gómez y á Moncada el general Martínez Campos, sin darles un instante de reposo en treinta y dos días, y tal vez hubiera acabado con ellos si no hubiese tenido que dejar el mando.

Curado Moncada de la herida, volvió al campo, asistiendo á la acción del Zarzal, á la de Santa María de Holguín y á la de Naranjo, donde recibió otro balazo. Siguió á Maceo después del Zanjón.

Pretendió después renovar las pasadas hazañas, pero fué preso y enviado á los presidios de África, dejándole en libertad el Gobierno pasado poco tiempo.

Desde niño le llamaron *Guillermón* por su gran corpulencia, y *Guillermón* siguen llamándole en Cuba, sin que el mote sea obstáculo para titularse general de brigada. Está en la manigua al frente de una partida.

Juan Gualberto Gómez es un negro con algún talento y mucha más presunción y travesura, llegando éstas al extremo de creerse destinado á ser en Cuba lo que fué Santos en Santo Domingo. Nació en Santa Ana (Matanzas) en 1854, estudió con el poeta pardo Antonio Medina, y con esto y haber vivido en París y en los Estados Unidos, dicho se está que se educó en el odio á España y á su *tiranía*. Fué periodista, dió lecciones, y así anduvo algunos años por Méjico y las Antillas francesas, hasta que después del Zanjón se estableció en la Habana y volvió al periodismo. Allí tuvo pujos de conspirador que le valieron ser deportado á Ceuta, donde estuvo veinte meses. Los autonomistas cubanos fundaron por entonces en Madrid el periódico *La Tribuna*, reuniendo para ello 40.000 pesos, cuyo sacrificio se impusieron para dar á conocer sus ideas en la Península. Juan Gualberto tuvo la buena suerte de encontrar quien le sacara de Ceuta, le trajera á la corte y le diese el importante cargo de redactor jefe del periódico. Le aceptó, aunque enemigo declarado de la autonomía y de su gente, la cual, salvo la excepción del Sr. Labra, de quien por entonces fué secretario, le ha pagado siempre en la misma moneda considerándole estorbo peligroso para la realización de sus ideales. Llegó, á pesar del disgusto de los fundadores, á director en la breve agonía que siguió á la efímera vida de aquella publicación con tanto brío comenzada. Guardáronle en Madrid sus mismos adversarios consideraciones que no ha sabido agradecer: recibíanle bien en todas partes, y aplaudíanle en las reuniones políticas, aunque es orador mediano, difuso, de más frases que ideas y de poco sólida doctrina.

En 1890 volvióse á la Habana, donde puso manos á la empresa de organizar la raza negra, fundando en toda la isla sociedades llamadas de recreo, dirigidas desde la capital por un Casino de que el propio Juan Gualberto era presidente. Dirigió un periódico titulado *La Fraternidad*, y en él publicó un artículo titulado: *Separatistas, sí; revolucionarios, no*; en el que se sostenían ideas tan contrarias á la unidad nacional, que le valió ir á la cárcel. Apeló de la sentencia ante el Supremo, defendiéndole su constante amparador don Rafael María de Labra: salió absuelto, y quedó en libertad..... de alzarse contra España y ser uno de los iniciadores de la actual insurrección.

Las fotografías y dibujos de que están tomados los retratos de Máximo Gómez, Antonio Maceo, *Guillermón*, Martí y Juan Gualberto Gómez debémoslos á la amabilidad del Sr. D. Gabriel Millet, á quien, con mucho gusto, expresamos aquí nuestro agradecimiento por esta deferencia.

°°°

EL CARNAVAL EN MADRID.

A la batalla de flores, dibujo de Méndez Bringa.—Madrid: Fiesta de Beneficencia celebrada en el Retiro el martes de Carnaval, dibujo de A. Andrade.—*Bandidos sevillanos*, comparsa andaluza.—*Amapolas y girasoles*, carroza del Excmo. Sr. Vizconde de Irueste.

Andaba el Carnaval mustio y venido á menos, como tantas otras cosas en estos tiempos, aunque, en verdad, no era para llorada su decadencia. Pero como, de seguir viviendo, convenía que llevase existencia menos arrastrada y vergonzosa que la que tenía, quiso mejorarle el Ayuntamiento, y para poner en ejecución su pensamiento, determinó que se celebrase en el Retiro lo principal de la fiesta, prometiendo premios á las máscaras mejor vestidas y á las carrozas con más gusto adornadas que concurriesen á la batalla de flores que allí había de darse, destinando el producto á los pobres.

Gustó la novedad, y mucha gente de buen humor y de dinero comenzó luego sus preparativos. La batalla había de ser el martes, y como el lunes no fué del todo malo el tiempo (cosa rarísima este invierno), creció el entusiasmo de los que deseaban pelear, y aumentaron los preparativos.

Amaneció el martes ni bueno ni malo: pero poco á poco fué apartándose de lo primero para acercarse á lo segundo. Sin embargo, desde mediodía comenzó á acudir la gente al Retiro, unos á pie, otros en coche, no faltando carruajes vistosamente engalanados que conducían hermosas damas. Nuestro grabado de la pág. 148 está inspirado en uno de los detalles de esta primera parte de la fiesta, habiendo hecho el Sr. Méndez Bringa el dibujo de una aristocrática señora que se dispone á subir á su coche para acudir á la pelea.

Pero el cielo se mostraba este año rigorosísimo con nosotros. No quiso que la fiesta fuese lo que tales principios prometían, y tan copiosamente llovió sobre ella, que la aguó por completo. Más de 14.000 personas había en el Retiro, é infinitos coches circulaban por la calle principal de este paseo, cuando la persistencia y fuerza de la lluvia obligó á todos á emprender la retirada. Del singular espectáculo que ofrecía entonces la fiesta dará á los lectores cabal idea el bonito dibujo de D. A. Andrade, que publicamos en la pág. 149.

El primer premio del Ayuntamiento fué otorgado por unanimidad al coche del señor Vizconde de Irueste (véase el segundo grabado de la pág. 145). Este carruaje estaba bellísimamente adornado con golpes de palmeras y mimosas en los centros y en las esquinas. Las guirnaldas de la parte alta eran encarnadas y amarillas. Los caballos eran cuatro, muy bien engalanados con violetas y lazos amarillos y rojos. Las ruedas, cajas y ballestas estaban cubiertas de yedra y flores. Las amapolas que iban en este coche eran ocho, y cuatro los girasoles.

El segundo premio se sorteó y correspondió á la Gran Peña, la cual lo cedió al Fomento de las Artes.

También ha llamado mucho la atención una comparsa llamada de *Bandidos sevillanos*, venida efectivamente de Sevilla. Cantaban coplas muy graciosas y bien hechas, que la gente aplaudió mucho. (Véase el primer grabado de dicha pág. 145.)

°°°

BELLAS ARTES.

Después del baile, cuadro de Vallon.—*Un complot*, por A. Fairfax Muckley.

La escena representada en el gracioso cuadro de Vallon, que reproducimos en la pág. 153, es el epílogo de una fiesta carnavalesca. La pareja que en él figura continúa en privado la broma comenzada en público, prueba de que el buen humor no se ha acabado y de que aun queda alegría para rato. Esto es lo que con mucho talento artístico ha expresado el autor del cuadro en los rostros de ambos personajes.

El cuadrito de Fairfax Muckley (véase la pág. 156) es muy diferente. En él los protagonistas son dos perros que sin duda se disponen á emprender alguna provechosa correría. Tal vez el de lanas viene á solicitar la cooperación del otro para alguna presa digna de ambos. ¡Dios se la depare buena!

°°°

EL HACH ABD-EL-KRIM-BRISHA,

embajador extraordinario de S. M. Jerifiana.

ABD-EL-KRIM BEN SLIMAN,

secretario de la Embajada.

Fuéronse hace pocos días estos personajes, y los caids que les acompañaban, más contentos de lo que al venir pensaban. No han podido disponerse los sucesos de modo más favorable para los fines que traían. La agresión del general Fuentes les permitió presentarse recibiendo excusas en vez de darlas, y los desagravios, excesivos y nada serios muchos de ellos, les entretuvieron agradablemente, aunque sabe Dios cuán á costa nuestra, mientras duraron las negociaciones. Con lo que aquí vieron y oyeron en algunas partes llevan sobrada materia de murmuración, según podría ver el lector si éste fuese sitio á propósito para referir ciertas cosas.

Del Embajador dijimos días atrás que es personaje de consideración en el Imperio, de los más ricos de Tetuán, de mucha confianza del Emperador, y que en sus viajes por casi toda Europa ha adquirido gran suma de conocimientos. Sabe bien el español y lo disimula mejor. Es de trato muy amable y cortés, y de facciones completamente europeas.

Abd-el-Krim ben Sliman, secretario de la Embajada, es literato y poeta. De sus talentos ha sacado en Madrid la molestia de muchas impertinencias y una sola alegría: la que le produjo la colección de textos árabes que en nombre de la Academia de la Historia le regaló D. Francisco Codera.

Publicamos en la pág. 153 el retrato del Embajador y el de su Secretario.

°°°

IMPERIO MARROQUÍ.

La Kasba, en la ciudad de Marruecos.

La Kasba es uno de los principales monumentos de la ciudad de Marruecos, y como tanto (y tan sin fundamento) se ha hablado estos días de haber sido ésta entrada y saqueada por la kabila de Rajmna, creemos de alguna oportunidad dar á conocer aquel monumento á los lectores, quienes la hallarán en la pág. 153, tomada de una fotografía hecha por el distinguido capitán de ingenieros y querido amigo nuestro don F. Echagüe.

G. Reparaz.

LAS CANTIGAS DEL REY SABIO (1).

El famoso *Cancionero del Vaticano* (Códice 4.803), escrito en mal papel y con tinta corrosiva que le va destruyendo á toda prisa, es copia de mano italiana, hecha á principios del siglo XVI, de un *Cancionero* que ya no existe, distinto del que poseyó Angelo Colocci y posee ahora el Marqués Brancuti. El del Vaticano contiene sólo 1.205 canciones: el de Colocci, 1.675. Lo primero que del *Cancionero Vaticano* conoció el público, aunque en edición incorrectísima, fueron las poesías del rey D. Diniz, que en 1847 hizo imprimir en París el brasileño Lopes de Moura. Más adelante, Varnhagen copió cincuenta canciones de las que le parecieron más fáciles de leer, y las dió á luz en Viena con el título de *Cancioneirinho de trovas antigas* (1870), libro en que apenas se puede alabar otra cosa que la lindeza tipográfica. Al fin, el *Cancionero* llegó á ser estudiado por un filólogo y paleógrafo de verdad, por el profesor de lenguas romances Ernesto Monaci, que comenzó por publicar algunas pequeñas muestras con los títulos de *Canti Antichi Portoghesi* (Imola, 1873), y *Canti di Ledino* (Halle, 1875), fijando principal-

(1) Véase el número anterior.



MÁXIMO GÓMEZ.
Titulado general del ejército cubano en la pasada guerra.



GUILLERMO MONCADA «GUILLERMÓN».
Titulado brigadier del ejército cubano en la pasada guerra.



JOSÉ MARTÍ.
JEFE DEL PARTIDO SEPARATISTA CUBANO.



ANTONIO MACEO.
Titulado general del ejército cubano en la pasada guerra.



JUAN GUALBERTO GÓMEZ.
Organizador del partido de la gente de color, en Cuba.

EL CARNAVAL EN MADRID.



LOS BANDIDOS SEVILLANOS.

COMPARSA ANDALUZA.

(De fotografía de Compañy.)

AMAPOLAS Y GIRASOLES.

CARROZA DEL EXCMO. SR. VIZCONDE DE IRUESTE, PRIMER PREMIO EN LA FIESTA DE BENEFICENCIA ORGANIZADA POR EL AYUNTAMIENTO, EN EL RETIRO.

mente la atención en los géneros populares. El aplauso con que fueron recibidas por los doctos de todos los países estas primicias de su labor, le llevaron á emprender y realizar la magna tarea de reproducir todo el *Cancionero* en edición paleográfica. Así lo realizó en 1875, gracias al concurso del editor de Halle, Max Niemeyer. Sobre esta edición paleográfica hizo la suya crítica Teófilo Braga *(Cancioneiro Portuguez da Vaticana*, Lisboa, 1878), restaurando con mucha felicidad el texto y añadiendo un glosario y una larga introducción, en que están refundidos y mejorados otros trabajos suyos anteriores sobre la misma materia, á partir del titulado *Trovadores galecio-portuguezes* (Porto, 1871), trabajo juvenil y prematuro, pero que tuvo el mérito de interesar la curiosidad de Monaci y moverle á acometer sus arduas empresas. En todos los numerosos estudios de Braga hay, á vueltas de cierto desorden de exposición y de algunas hipótesis temerarias, un gran fondo de doctrina histórica, mucha sagacidad de investigación y gran número de observaciones ingeniosas y plausibles, que han servido de principal fundamento á estas novísimas investigaciones, en que nadie puede presumir de infalible, y en que no es posible llegar al acierto sino á costa de muchos tanteos y de rectificaciones continuas.

Entretanto que el incansable y benemérito profesor de Lisboa trabajaba en la restitución crítica del texto del *Cancionero Vaticano*, el profesor de Roma, ayudado por su discípulo Enrique Molteni, había logrado otro asombroso descubrimiento, hallando primero, en el ms. 3.217 de la Vaticana, el índice del *Cancionero Portugués* que poseyó á principios del siglo XVI el humanista Angelo Colocci, y dando poco después con el *Cancionero* mismo en la biblioteca del Marqués Brancuti de Cagli. Tal hallazgo era, en verdad, estupendo, puesto que la lección del *Cancionero Colocci*, en las muchísimas poesías que tiene comunes con el del Vaticano, es siempre preferible, y además, encierra 470 canciones enteramente nuevas. Monaci y Molteni se apresuraron á publicar esta parte complementaria, formando con ella, en 1880, el segundo tomo del *Cancionero de la Vaticana* en la gran publicación titulada *Communicazioni dalle Bibliotteche di Roma e da altre bibliotteche per lo studio delle lingue e delle letterature romane* (Halle, Max Niemeyer). Dos ediciones críticas se anuncian como próximas á aparecer: una del mismo Braga, y otra de la eminente romanista germánico-lusitana Carolina Michaelis de Vasconcellos.

Queda noticia de otros *Cancioneros* portugueses que han existido; y si hemos de fiar en el dicho de Varnhagen, uno de ellos existe aún en poder de cierto grande de España, que se lo confió muy misteriosamente á dicho señor, permitiéndole sacar algunas variantes. Pero se conoce que el secreto está tan bien guardado, que ni siquiera hemos podido averiguar el nombre del poseedor de tal joya, que en mucho debe estimarla cuando tanto la cela y recata á los ojos de todo el mundo.

Entre los *Cancioneros* de que sólo se conserva la memoria, hay que citar el *Libro de las Cantigas del Conde Barcellos*, legado por él en su testamento al rey de Castilla Alfonso XI; el *gran volumen* que vió el Marqués de Santillana, «*siendo assaz pequeño mozo*», en casa de su abuela doña Mencía de Cisneros; el libro *Das trovas del Rey Don Diniz*, que tuvo en su biblioteca el rey don Duarte; y (aunque de existencia más problemática) el *Cancionero del Conde de Marialva*, citado por Fr. Bernardo de Brito en apoyo de algunas supercherías históricas y nobiliarias, entre las cuales parece que ha de contarse la tan traída y llevada *Canción del Figueiral*. Todos estos *Cancioneros* debían de parecerse mucho entre sí, y quizá serían variantes de una magna compilación que hoy mismo podría restablecerse casi íntegra, como quiere Teófilo Braga, juntando los tres *Cancioneros* de Ajuda, del Vaticano y Colocci-Brancuti.

Pero aun permanecía inédito otro cancionero más antiguo que todos éstos, y sin el cual el estudio de la poesía gallega tenía que ser siempre manco ó incompleto. Las cuatrocientas *Cantigas de Santa María*, en que exhaló su ardiente devoción el Rey Sabio, increpaban en mudas voces desde las bibliotecas de El Escorial y de Toledo á la inerte y olvidadiza erudición española, que dejaba en el polvo tales tesoros, mientras contemplaba indiferente á los filólogos de Italia y á los editores de Alemania divulgar uno tras otro nuestros primitivos cancioneros. Las *Cantigas* eran una especie de libro de lujo que solía exhibirse en El Escorial á los profanos visitantes para que se recreasen con los vivos colores de las miniaturas: algunos eruditos las habían hojeado con mano distraída, formando sobre ellas someros y generalísimos juicios, que los dispensaban de internarse más en aquella intrincada selva de leyendas: la inmensa mole de las *Cantigas*, el dialecto en que están escritas, la especial erudición que su contenido requiere, eran otras tantas circunstancias bastantes para arredrar á los amigos de la literatura fácil y amena. El mismo Amador de los Ríos, que ciertamente no puede contarse en este número y que había leído y aun extractado las *Cantigas*, pasó muy de largo sobre ellas en su monumental *Historia de la literatura española*, contrastando este laconismo con la habitual difusión de su estilo en cosas de menor importancia. Pero lo que dijo fué exacto en general, y desde luego muy superior á las exiguas noticias de Sarmiento, Sánchez y Rodríguez de Castro, no menos que á las indicaciones ocasionales de Ortiz de Zúñiga *(Anales de Sevilla)*, Papebrochio *(Actas de San Fernando)*, Mondéjar *(Memorias de Alfonso el Sabio)*, y otros historiadores, merced á los cuales siempre había quedado una vaga tradición de la existencia y carácter del libro. Los insignes eruditos extranjeros que en gran parte renovaron nuestra historia literaria de los tiempos medios, Buterweck, Clarus, Wolf, Lemcke, no pudieron adelantar nada en este punto, porque les faltó la inspección personal de los códices en que se guarda el cancionero sacro del Rey de Castilla, y tuvieron que fiarse de lo poco y malo que decían los nuestros.

Era imposible juzgar del valor é importancia de las *Cantigas* mientras las *Cantigas* no estuviesen totalmente impresas. No habían faltado esfuerzos de iniciativa individual para lograrlo: de D. Florencio Janer sabemos que intentó tal publicación, que hubiera salido muy mediana, á juzgar por otras suyas, en que demostró más buena voluntad que ciencia paleográfica. Con los bríos de la mocedad, y con caudal más positivo de conocimientos literarios, derivado principalmente de la enseñanza de Amador de los Ríos, quiso hacer otro tanto nuestro compañero de profesorado D. Miguel Morayta, que ojalá hubiera perseverado en tales estudios, para los cuales mostraba no vulgares disposiciones. Morayta, por los años 1864 á 1865, tenía ya copiada una gran parte de las *Cantigas* y meditaba publicarlas todas; y aunque naturalmente hubo de fracasar su proyecto ante invencibles dificultades materiales, basta leer los extractos y artículos que por entonces publicó en *La Reforma*, en la *Revista Ibérica* y en otros periódicos, y que son de lo más discreto y formal que hasta entonces se había escrito sobre la materia, para no regatearle el título de iniciador donde tan pocos hay que citar. Sólo á un olvido involuntario podemos atribuir la omisión de su nombre en el prólogo de la edición académica de las *Cantigas*, en que tampoco se menciona el bello estudio de D. Juan Valera (1872), trabajo de poca extensión y poco alarde erudito, pero de mucha sustancia crítica y de muy buen gusto.

A la Academia Española cabe la gloria de haber colmado el deseo de los doctos con una reproducción, no solamente cabal, sino monumental y espléndida, del texto de las *Cantigas*. Diez y siete años ha durado la elaboración, y este plazo, largo en sí, no lo parecerá tanto á quien considere que tales obras, si han de ser duraderas, no toleran improvisación, y que en la presente no sólo ha habido que vencer obstáculos materiales de varias especies, sino que toda la labor verdaderamente hercúlea de la introducción y del glosario ha cargado, puede decirse, sobre los hombros de una sola persona, que, para ejemplo y enseñanza de todos, en estos tiempos en que la pereza de espíritu y la facilidad abandonada se disfrazan con el manto de la amenidad y del *modernismo*, es un anciano tan débil y achacoso de cuerpo como robusto é incansable de entendimiento, que ha querido y sabido suplir con los prodigios de su trabajo individual lo que en otros países más afortunados hubiera sido tarea bastante para una legión de trabajadores jóvenes educados en los procedimientos de la filología romance, que en España no se aprenden ni se enseñan, á lo menos oficialmente, en ninguna parte, como no sea en algún rincón de la desierta Escuela de Archiveros. Hasta lo que falta y lo que sobra en esta edición de las *Cantigas* revela un esfuerzo tan meritorio y tan heroico, una honradez de investigación tan loable, que apenas hay palabras con que encarecerlo ni gratitud con que pagarlo.

Pero en España ¿á quién le importan estas cosas? ¡Si se tratara de algún libelo desvergonzado ó de alguna novela naturalista! Cinco años llevan de impresas las *Cantigas*, y quisiera equivocarme, pero creo que este anuncio bibliográfico es el primero que se publica en España acerca de ellas. Los regionalistas gallegos harto tienen que hacer con renegar de Castilla y deslindar su confuso abolengo céltico y suevo. Entretanto, los castellanos les han impreso las *Cantigas*, los italianos les han impreso los *Cancioneros*, y es muy posible que los rarísimos textos en prosa se queden eternamente inéditos si algún francés ó algún alemán no los imprime. Bueno es el lirismo patriótico, pero convendría que á la fe acompañasen las obras, y que no se quedase todo en fantasmagoría de selva druídica ó de castillo feudal, cuando no en pretexto de malos versos ó de fiestas de verano.

Las *Cantigas*, como es sabido, se distinguen de los restantes cancioneros galaico-portugueses por dos circunstancias muy esenciales: primera, la de ser obra de un solo poeta; segunda, la de versar sobre un solo asunto. Alfonso *el Sabio* hizo en su mocedad versos profanos, ligeros y aun escandalosos, que en los Cancioneros de Roma se encuentran, y que con rara sagacidad ha ilustrado recientemente Césare de Lollis; pero en su edad madura no fué más que trovador de Santa María, ni dedicó sus versos á otro asunto que á la alabanza de la Santísima Virgen, agotando en estas composiciones suyas todo el raudal de las leyendas piadosas de la Edad Media y todos los artificios y combinaciones métricas de las escuelas trovadorescas. Estas poesías, cuyo número es verdaderamente asombroso, pueden dividirse en dos grupos: uno, de canciones puramente líricas, sin narración alguna; otro de poesías narrativas, aunque líricas por el tono, por la composición y por el metro. El primer grupo contiene sesenta y cuatro, de las cuales hay cuarenta en *loor* de la Virgen, seis *de petición y gratitud*, doce para las principales *fiestas de Santa María*, para *los Siete Dolores*, etc., cinco para las *fiestas de Nuestro Señor*, y cinco *adicionales*. En opinión de Monaci, esta parte del Cancionero sagrado del Rey Sabio tiene mucha relación con las *Laudi* italianas, así en la sustancia como en la forma, y puede servir para ilustrarlas. Las cantigas narrativas llegan á *trescientas sesenta*, y puede decirse que recopilan todo el vasto ciclo de las leyendas *mariales*. El Rey mismo compuso la música de todas estas canciones, y llamó sin duda á los mejores iluminadores de su tiempo para que hiciesen la estupenda ilustración de los hechos que en ellas se narran; y, finalmente, tanto aprecio hizo de esta labor poética suya, que él, que en su testamento apenas quiso mencionar ninguna de sus obras, tan numerosas y tan ricas de sabiduría, mandó que estos Cancioneros se custodiasen en la misma iglesia de su enterramiento, y que todos los años en las fiestas de la Virgen fuesen cantados sobre su tumba, ora estuviese en la Catedral de Sevilla, ora en Santa María la Real de Murcia.

No sabemos si por los trastornos que siguieron á la muerte del Rey Sabio aquella disposición llegó á ser estrictamente observada: algo de ella, aunque en modo más profano, ha cumplido ahora la Academia Española, poniendo en circulación este venerable relicario de nuestra primitiva poesía religiosa. Veamos cómo.

M. Menéndez y Pelayo.

Continuará.

LA REINA MARGARITA.

Por la noche se la veía en el ensayo, los días que no había función, que eran lunes, miércoles y viernes, ocupar, en la sombra, una butaca de quinta ó sexta fila, envuelta en su chal gris, humilde; permanecía inmóvil horas y horas, callada, sin reir cuando reían allá arriba, en el escenario, sus compañeros, que no pensaban en ella. Las noches de función solía ir á un palco de tercer piso, como escondiéndose, ocupando el menor espacio posible, y quieta, callada como siempre. No la divertía mirar al público, desconocido, indiferente, casi hostil; para ella era el mismo siempre, en todos los pueblos que iba recorriendo con la compañía: un enemigo distraído, que le hacía daño sin pensar en ella. No le miraba. Demasiado tenía que verle de frente, frío, insensible, cuando la pobre tenía que salir á las tablas y cantar sin perder el compás, sin atragantarse, y hasta expresando con gestos y actitudes ciertas pasiones que no eran las suyas, penas que no eran las que la mortificaban. Miraba al escenario: prefería ver una vez más, después de mil, la misma escena, oir el mismo canto; á lo menos, aquel aburrido y monótono espectáculo repetido era algo familiar, como una patria moral ambulante; la ópera viajaba con ellos. Miraba el escenario como un nómada podía mirar el carro ó la tienda que le acompaña á través de regiones y regiones nuevas, desconocidas. En su imaginación la escena era la tierra firme, el pú-

blico el mar tenebroso. Esto cuando veía las tablas desde fuera: porque cuando estaba sobre ellas, el público seguía siendo el mar bravo, y el escenario era un frágil leño flotante, juguete de las olas.

Iba al teatro, no porque gozara con el espectáculo, sino por huir de la soledad de la posada, y por costumbre: por seguir á los suyos, que al fin lo eran los de la compañía, aunque para ella desabridos, fríos, distraídos, casi indiferentes. Estaba acostumbrada desde pequeña á hacer lo mismo. Su madre había sido cantante; su padre, músico de la orquesta: ella, niña, prefería quedarse á dormir, pero sola no; iba al teatro, á padecer entre bastidores frío, sueño, cansancio, hastío...... mas todo lo prefería al miedo de verse sola en la posada, de noche. Ahora que no tenía padres á quien seguir, iba al teatro por seguir á todos los de la compañía, por huir de la poca luz de su celda de huésped pobre; del frío, del silencio, del aislamiento, que la comían el alma con sus horas de bostezos como simas.

No recordaba cómo había entrado ella en el arte. Ello había empezado por ser una ilusión de su señora madre: un día había hecho falta buscar una niña que representara cierto papel; pareció ella; la aplaudió el público, y desde entonces quedó incorporada oficialmente á la compañía. En otra ocasión, un director de orquesta, algo maestro de canto y algo aficionado á la madre de la infeliz Marcela, nuestro personaje, descubrió que la niña tenía hermosa voz; lo creyeron el padre y la madre, nadie lo negó, y la chica aprendió música y empezó, cuando tuvo edad suficiente, á cantar en papeles muy *modestos* en la compañía donde trabajaba su madre. Así había empezado aquello: era cantante porque nunca había sido otra cosa, ni nadie la había propuesto cambiar de oficio. Tenía apego al teatro, como se le tienen á su tierra aun aquellos que viven en país triste, ingrato. Teníale el cariño tibio que engendra la costumbre. Pero no conservaba ninguna ilusión de artista; hasta casi había olvidado las que al principio de su opaca, triste carrera había tenido. El público la había desengañado poco á poco. Además, no era hermosa. Había tenido sus diez y ocho años como cualquiera; pero ni laureles ni amores habían tejido para ella una corona de felicidad. Desengaños vulgares, sordos, en todo. En la compañía en que estaba ahora, había permanecido años y años por vínculos de amistad de sus padres difuntos con los directores de la empresa; y porque Marcela llenaba huecos, lo aguantaba todo, no tenía pretensiones, no hacía sombra á nadie y se contentaba con un sueldo inferior á su categoría de cartel. Nunca había trabajado más que en provincias. Los gacetilleros, mal vestidos y no siempre bien educados, que ejercían de Aristarcos del *bel canto*, la trataban ordinariamente con un desdén provinciano que hay que conocer para apreciarlo en toda su humillante amargura. La perdonaban la vida. Cuando más, decían que *no había descompuesto el conjunto;* pero lo más común era afirmar que la señorita Marcela Vitali (Vidal) había hecho laudables esfuerzos para dominar la emoción que visiblemente la embargaba. Sí, esto era verdad. Tenía un miedo cerval, invencible, al público; un miedo que no se le quitaba con los años. Sus protectores, los amos del cotarro, se fueron acostumbrando á tolerarla como una carga de caridad, si no de justicia. Por evitarla á ella disgustos y por no comprometer las obras más de lo que otros las comprometían, iban prescindiendo, más cada vez, de Marcela. Seguían pagándole su corto sueldo, y ella, que comprendía que apenas lo ganaba, callaba, humillada, triste, pero casi agradecida. En general, los demás cantantes ni la querían ni la odiaban; la miraban como un apéndice inofensivo de la compañía. Pero donde el egoísmo y la envidia nada tienen que aborrecer, la malicia burlona todavía tiene algo que decir, gracias á su horrible *dilettantismo.* No se sabe quién, inventó para Marcela un apodo, que fué en adelante el nombre que tuvo para los de casa. Se la llamó *la Reina Margarita.*

***

Fué por esto. Cada día se le manifestaba el público á Marcela menos favorable en todas las óperas, por insignificante que su papel fuese; pero con una excepción. En cierta obra clásica, muy aplaudida en todas partes, la *Vitali* tenía á su cargo el personaje de una Reina Margarita, más ó menos fantástica; una Reina que no gobernaba; lo más constitucional posible; porque en todo y por todo dejaba pasar delante y eclipsarla á otra primera tiple, que sin ser duquesa tal vez siquiera, la obscurecía á ella, á la Reina, por completo; la comía la voz cuando cantaban á un tiempo, y le quitaba un amante que la Margarita amaba en secreto. Todo el mundo mandaba allí, menos la Reina, que en el tercer acto desaparecía, después de perdonar varias felonías á una porción de coristas, y no volvía á presentarse en escena. Era una majestad triste, modesta, apocada, que oía en pública audiencia una porción de arias, romanzas, dúos y tercetos; se pasaba media hora sentada en su trono, sin que nadie le hiciera caso, y cuando se permitía cantar, tres ó cuatro veces en toda la ópera, lo hacía en melodías de dolorosa resignación, sin grandes gritos; y dejándose, al fin, dominar por voces más poderosas que en un concertante acababan por ahogar sus lamentos de elocuente, dulce monotonía.

No sabía ella por qué, Marcela se había enamorado de este papel; y el público, y el director, y los compañeros, le encontraban en él cierta gracia que otras veces no tenía. Hasta casi guapa salía Marcela Vidal en su *Reina Margarita.* Las únicas flores que había oído de soslayo á los abonados de los palcos proscenios de la platea, habíalas debido á su *Reina Margarita.* Para no cambiar nunca de aspecto, ya que había parecido bien en este papel, Marcela se hizo un traje para la tal ópera, y en ella nunca usaba los de la empresa, sino el que le había costado su trabajo y su dinero. Algunas veces el público no sólo había encontrado simpática y *discreta* á la Vidal en este papel, sino que hasta la había gratificado con alguna palmada de propina al terminar cierto dúo con la tiple, la cual después la eclipsaba por completo. En el cuarto acto ya nadie, ni en la escena ni en la sala, se acordaba de la *Reina Margarita;* pero esto no quitaba que ella se fuese á su humilde posada, solita, más contenta ó menos triste que de ordinario, no *forjándose* ilusiones (esta *fragua* la tenía ella apagada mucho tiempo hacía), pero con la satisfacción de haber ganado el pan que comía, por lo menos aquella noche.

Sin embargo, esta misma buena impresión llegó á gastarse. Marcela notó la ironía que sus compañeros indicaban con cierta malicia al llamarla *Reina Margarita*, aludiendo al relativo triunfo de la humilde cantante en este papel; y ella misma acabó por ver el lado cómico de su limitadísima especialidad. La empresa era la que tomaba con más seriedad la cosa: ya se sabía; en aquella ópera de recurso, el papel de Reina para Marcela; antes faltaba la luz de las baterías que así no fuera.

***

Llegó la compañía á una ciudad del Norte, en mitad del invierno. Los cantantes estaban aburridos; todos temían quedar sin voz; la humedad les llegaba á las entrañas. Tiritaban, encogidos, y no les bastaba todo el vestuario para envolvérselo al cuello. El tenor, que se creía hombre de porvenir, y hubiera querido tener un estuche de terciopelo para la laringe, no abría la boca más que para comer, hasta que llegaba la hora de cantar. Era un pueblo triste, levítico, opulento, que tenía ópera por lujo más que por afición. Los ricachos se abonaban, pero dejaban muchos días los palcos sin gente. No había afición á la música, no había más que dinero, que en punto al arte se convertía en pretensiones. No entendían, pero, como eran ricos, se creían con derecho á ser exigentes: además, no se quería un mal contrato; sentirían mucho que se les diera gato por liebre; no por las notas desafinadas, que no les hacían ningún daño, sino por la *lesión enorme* que pudiera causar á sus intereses el pagar como *ocho* cantantes que valían como *cuatro*, v. gr. Así es que se consultaba con inquietud, y oyéndolos como á oráculos, á los pocos peritos, ó que pasaban plaza de tales, que había en el pueblo. Los *cómicos*, como suele acontecer, hacían rancho aparte en la ciudad: no trataban apenas á nadie; no les interesaban ni los monumentos, ni las costumbres, ni los paisajes de la hermosa campiña. De la posada al teatro, al ensayo ó la función. No sabían más que esto: «que llovía sin cesar, que el cielo era de plomo, y que el público era muy frío, muy reservado, temía comprometer su fama de inteligente aplaudiendo lo que no merecía aplausos.»

Para Marcela no ofrecía aquello novedad: todos *los públicos* le parecían el mismo; un enemigo, un juez, un verdugo; algo así como una especie de guardia civil que la perseguía á ella por el delito de no tener buena voz, y aturdirse y no acabar de dominar la escena. El agua, la humedad que le atravesaba los huesos, el cielo obscuro, bajo, ceniciento, eso sí la entristecía. Se sentía allí más *extranjera* que en las demás ciudades de su *patria*, que ella no tenía por patria. Como no se podía salir á paseo por los alrededores, lo cual solía ser su recreo único fuera del teatro, se aburría mortalmente en la posada. Cosía, recomponía la seda y los galones y las perlas falsas de su traje de Reina, hacía solitarios con una baraja sobada..... y dormía mucho. Cantó una, dos, tres noches la *Reina Margarita*; por primera vez la citaron *nominatim* los gacetilleros severísimos; no tuvieron inconveniente en declarar que la señorita Vitali había estado discreta en su modesto y simpático papel de Reina, escuchando merecidas muestras de simpatía en el dúo del segundo acto..... y nada más. Marcela volvió á su huelga oficial, á envolverse en el chal gris, y ocultarse en la sexta ó séptima fila de butacas, en la sombra, las noches de ensayo, y en su palco tercero en las noches de función.

***

Estando allí, en el palco tercero de la extrema izquierda, asistió á un penosísimo espectáculo que le puso carne de gallina y le hizo aborrecer más que antes al monstruo, al público enemigo.

El tenor, el cómico de *primera*, acabó por ponerse malo de la garganta con la humedad, y por lo que abusaba de él la empresa. La gacetilla bramó; los abonados amenazaron con retirarse al *monte* Aventino (en el Círculo de Recreo). Echando la cuenta por los dedos, aquellos dignos comerciantes demostraban que con el catarro pertinaz del tenor se les defraudaba en tantas pesetas con tantos céntimos. «Estas son puras matemáticas», decían ellos enseñando los dientes á la empresa.

La cual cogía el cielo con las manos, y no sabía qué hacer. Como llovido del cielo, que la empresa cogía, *cayó* en el pueblo, no se sabe de dónde, un tenor procedente de la capilla de cierta insigne catedral. Sabía más música que el otro; aprovechaba su poca, pero bien timbrada voz, con mayor maestría, y, en fin, daba mucho más gusto oirle cantar á él que al tenorcito de las pretensiones y los escrúpulos. Declaró el recién venido que la partitura que mejor dominaba era el *Fausto.* Ropa no la tenía, pero sabía el papel, sin tropezar, de cabo á rabo. Se le arregló como se pudo la ropa, de otros Faustos mejores mozos, que había en el teatro, empolvada y con algunos zurcidos. Candonga, pues el nuevo tenor se llamaba Candonga, no se sabe por qué, pues ni era candonguero ni amigo de candonguear; Candonga se resistió á confirmarse en italiano y á llamarse Cantonghini, como le propuso la empresa. «¿Y Scherzzo? llámese usted Scherzzo, que es una especie de traducción de Candonga», le dijeron. Pero nada; él era dócil, pacato, mas en este punto no cedía. No quería renegar del apellido de su padre. Y como el apuro era grande, la empresa se sometió, y en los carteles se decía: Fausto, Sr. Candonga.

Lo peor no era esto; sino que Candonga pisaba mal, apoyando primero con fuerza el calcañar; destrozaba en seguida los tacones, y parecía un animal raro con aquel modo de poner la planta. Además, tenía la costumbre de calarse demasiado el sombrero por atrás; y, para decirlo todo, no se sabe en qué consistía, pero encogía los brazos de tal manera, que todas las mangas le venían largas. La empresa no reparó en esto, ni el director de escena ni el de orquesta se fijaron en que aquel hombre jamás había sido *Fausto* más que vestido de *paisano*, con grandes apariencias de seminarista.

Llegó la noche del *debut* de Candonga, y aquello fué el *disloque*, según decía un señorito de las butacas que había estudiado farmacia en Madrid. El público gozó mucho, porque se rió de Candonga toda la noche á mandíbula batiente; y cuando tocaban á cantar, el pobre tenor de capilla parecía un ángel bastante entendido en el arte. Por de pronto, cuando hubo que despojarle de la hopalanda del sabio, tirando por tramoya de una cuerda, le dejaron en mangas de camisa y con media barba. Se arregló aquello como se pudo; pero en la primera entrevista con Margarita, Fausto no hizo ver más que sus disposiciones para la carrera eclesiástica. En fin, un martirio. El pobre, que debía de necesitar mucho el sueldo, aguantaba: se reían de él, y él se sonreía y procuraba estar fino con Margarita la rubia, que estaba en ascuas junto á un seductor que parecía, por lo menos, subdiácono. Candonga se agarraba al canto como á un clavo ardiendo. Si le hubieran dejado cantar con las manos en los bolsillos, lo hubiese hecho mucho mejor, y mejor aún bajo tierra; pero, en fin, mientras cantaba, cesaba la risa, y hasta le aplaudían algo. Pero volvía á predominar la mímica, y el público, cruel, *pagano*, volvía al *jaleo*, á la *bronca;* se oían chistes que iban de palco á palco. Una orgía de humorismo provinciano á costa de un infeliz hambriento.

Margarita, la otra, la *Reina,* sentía desde allá arriba una lástima infinita. La voz de aquel señor Candonga, á quien no tenía el gusto de conocer, le llegaba al alma, le pedía compasión, consuelo; para ella todo lo que cantaba aquel Fausto venía á decir: «Vosotros los que pasáis por este camino del arte, por este calvario, decidme si hay dolor como mi dolor.» Se le saltaban las lágrimas. Si hubiera tenido una bomba de dinamita, acaso la hubiera arrojado sobre aquellos señoritos de las



A LA BATALLA DE FLORES.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA.



MADRID.—FIESTA DE BENEFICENCIA CELEBRADA EN EL RETIRO EL MARTES DE CARNAVAL.
DIBUJO DE ÁNGEL ANDRADE.

butacas, que despellejaban á un hombre que sabía más música que todos ellos. Salió Marcela del teatro antes de la *apoteosis*, es decir, del *consummatum est*.

* * *

Feliciano Candonga y la *Reina Margarita* no tardaron en hacerse amigos. Se conocieron entre bastidores, en la obscuridad de un rincón, durante un ensayo de una ópera en que la Srta. Vidal cantaba unas cuantas notas y Candonga absolutamente nada. Simpatizaron en seguida. Los atraía, cual un imán, la semejanza de su suerte. Feliciano, después de aquel Fausto famoso, no volvió á salir á las tablas; la empresa no se atrevía á despedirlo por si el otro tenor, que ya había sanado, volvía á inutilizarse; pero tampoco osaba la empresa desafiar la indignación del público con una segunda presentación del tenor de capilla. Se estaba á la espectativa; y en tanto se le entretenía el hambre al infeliz cantante con algunas piltrafas de sueldo. Por lo visto, él estaba muy mal de recursos, porque, á pesar de lo humillante de su situación, no se quejaba; sonreía á todos, fingía no darse por desairado y esperar *turno* para volver á salir á escena.

Marcela y Feliciano comprendieron que su situación de artistas medio *licenciados* era muy parecida. Este lazo los unió estrechamente. Además, se parecía su carácter. Los dos buscaban la obscuridad, eran modestos; dos resignados.

La *Reina Margarita* ocupaba su butaca en la fila siete, en lo obscuro, las noches de ensayo, y á poco allí se presentaba el tenor desahuciado. Hablaban en voz muy baja, á ratos, cuando el director de orquesta no exigía silencio absoluto. Otras veces oían la música con religiosa atención, contentos con oirla así, tan cerca uno de otro. Coincidían en sus opiniones acerca del mérito de las óperas y del mérito de los cantantes que á ellos les tenían de reemplazo. Coincidían en estar exentos de envidia. Y era un nuevo placer delicado, lleno de consuelo, aquel dúo de caridad, de justicia, en que su ánimo estaba tan armonizado. Admiraban las mismas bellezas y perdonaban los mismos agravios.

De lo que más hablaban era de ellos mismos. Marcela, singularmente, encontró una delicia desconocida en contar á otra persona sus tristezas, la monotonía gris de su existencia. No era, en apariencia á lo menos, muy poética su conversación. Los catarros que martirizaban á la pobre cantante eran tema de la mayor parte de sus diálogos, al empezarlos, por lo menos. Por acuerdo tácito, llegaron á tomar por costumbre el comunicarse lo que habían hecho y lo que habían padecido ó gozado durante todo el día. Hablaban muy bajo, con cierta mística entonación que parecía concierto de amores, del frío, de la helada, de la humedad, de la poca ropa que daban en la posada para la cama, de otras nimiedades tristes de la vida ordinaria. Supo Candonga que Marcela se pasaba las horas muertas haciendo solitarios con una baraja sobada. Él le ofreció una nueva. Candonga, por su parte, jugaba mucho al dominó en un café de las afueras.

De lo que no hablaban jamás era del arte con relación á las propias miras; parecía que para ellos no había porvenir, ni bueno ni malo. Candonga, alma sincera, creía firmemente que aquella muchacha tan simpática sabía poca música y cantaba muy medianamente. Hubiera partido con ella una peseta y un puchero de garbanzos, pero era incapaz de adularla, de engañarla. Marcela, que creía ver en Feliciano un músico aceptable, comprendía, más cada día, que aquel hombre tan *natural*, tan bueno para *en casa*, nunca sería lo..... *farsante* que se necesita ser para dominar las tablas. No; no veían porvenir, y no hablaban de él. Si Marcela insistía en tratar de asuntos teatrales, pero siempre refiriéndose *á los demás*, no era por gusto, sino porque no sabía nada de otras cosas.

Un día notó Candonga con asombro que Margarita la *Reina* no sabía á punto fijo quién era Martínez Campos. No sabía nada del mundo, que para ella todo era público, público hostil, juez implacable. Cuando se agotaba el tema de las vicisitudes de sus aburrimientos, fríos, catarros y demás tristezas cotidianas, Feliciano iba poco á poco renovando la conversación mediante referencias á otros horizontes de vida desconocidos para Marcela. El tema favorito llegó á ser la manera de ganarse el sustento sin contar para nada con el público del teatro. Había quien ganaba muchísimo más que ellos; v. gr., comprando harina, teniéndola en casa una temporada y vendiéndola después. Se compraba como ciento, se iba vendiendo uno á uno, y sin más, se ganaba por cada ciento..... tanto; mucho. «¡Qué felicidad!» pensaba la *Reina*. Y la gente que entraba á comprar y á vender no tenía derecho á silbarle á uno: había trato ó no; pero sin insultar á nadie: si el género no gustaba, no por eso los parroquianos se burlaban del comerciante. Y suspiraba la Vitali, pensando en aquel paraíso del tanto por ciento; pacífico, sedentario, escondido, serio, honrado, humilde.

Y de una en otra, Candonga llegó á confesarle su secreto. Que si él se veía como se veía era por haber sido tonto, vanidoso. Que ciertas adulaciones se le habían subido á la cabeza, y se había empeñado en ser *artista*, aunque fuera de iglesia; y por seguir esta vocación había abandonado á un tío suyo que le hubiera metido, en un pueblo de la provincia de Palencia, en el comercio de harinas, con grandes probabilidades de hacer un negocio decente. La *Reina Margarita*, asombrada, aconsejó al tenor que escribiera al tío, que *cantara*..... la palinodia. Y así lo hizo. Y cuando un mes más adelante la compañía levantaba sus tiendas y se iba con la música á otra parte, Feliciano, la *última* noche de función, en la obscuridad del antepalco, le hacía saber á la *Reina Margarita* que *Fausto* rompía su pacto con el diablo del arte, y se marchaba á Grijota, donde le esperaban los sacos fructíferos de su tío Romualdo. La *Reina* le dió la enhorabuena, con voz trémula; y ya en toda la noche habló poco. Feliciano se creyó en el caso de acompañarla hasta la posada, cuando ella le dijo que se retiraba, porque no se sentía bien. Por la calle, obscura, húmeda, triste, no hablaron tampoco apenas. Al llegar al portal de la pobre vivienda donde tanto se había aburrido Marcela, se detuvieron, cortados los dos, mudos.

No sabían cómo despedirse ....

—¿Y usted?—dijo por fin *Fausto*.

—¿Yo? Mañana en el tren de las siete sale la *Reina Margarita*, en tercera; ocho horas de viaje, y por la noche en Z... función..... La *Reina Margarita* se presentará al respetable público..... y procurará *no descomponer el conjunto!*.....

Y entonces Fausto Candonga, que dejaba el teatro principalmente por no saber adorar á Margarita (la plebeya) como era debido, en la escena de la ventana; Fausto Candonga, como pudo, tartamudeando, ofreció á la *Reina* su blanca mano, y su blanca harina, y los sacos del tío Romualdo..... y todo lo que él podía valer en Grijota. En fin, se declaró, metiéndose en harina; y la dicha de aquella luna de miel que ofrecía se cifraba en la ganancia legítima, segura, lejos de las baterías del escenario, lejos del público, de las lentejuelas y de las imponentes figuras de los violoncelos y de la tiránica batuta del director de orquesta.....

* * *

Algunos años después se celebraba en Grijota la proclamación del diputado provincial D. Romualdo Candonga, y hubo *gaudeamus*, fuegos artificiales y su poquito de teatro. Y lo mejor de la función fué que, nada menos que el señor D. Feliciano y su digna esposa doña Marcela Vidal, salieron al tablado que se levantó en el Ayuntamiento á cantar como ángeles, vestidos con trajes que ni los cómicos de la corte. Había que ver al rico mercader de harinas y á su señora la hacendosa doña Marcela, cada cual por su lado, y sucesivamente, hacer las delicias de sus convecinos, con unos gorgoritos y unos suspirillos cantados que daban gloria. Candonga pisaba de tacón, como siempre, y el traje de *Fausto* que le había hecho su mujer lo vestía como lo hubiera vestido uno de aquellos quintales de harina de flor que tenía en su casa; pero cantar, era un prodigio. Y cantaba solo, sin Margarita que le estorbase.

Y después salió la *Reina Margarita*, con el traje de su propiedad, que había conservado. Y rayó á gran altura, sin que la eclipsara nadie.

Al día siguiente, los *músicos* del pueblo sostenían que era una lástima que el feliz matrimonio no se lanzara de nuevo á la vida artística, pues tenían seguros los aplausos, las contratas, etc., etc.

«¡Qué horror!» se decían Marcela y Feliciano, mirándose y sonriéndose..... ¡Si todo el *público* fuera como el de Grijota! ¡Amigos y parientes! Y por si alguna chispa de tentación les quedaba en el alma, en el fondo, Candonga vistió con su traje de Fausto un armatoste de cañas que tenía en la huerta para espantar los gorriones.

Y cuando llegó domingo el gordo, el primer día de Carnaval, llamó la atención de Grijota, en el baile de las Maritornes, una máscara que lucía un traje de seda, *oro y pedrería*..... Era Sinforosa, la ilustre fregona de los de Candonga, á quien su ama, D.ª Marcela, había disfrazado con el traje que un día fuera su única ilusión de artista, el traje de corte de la *Reina Margarita*.

CLARÍN.

CAMPESINAS.

EN EL CARRILLO.

I.



Habíanse criado juntos. De niños, veíaseles todas las tardes buscarse á la salida de la escuela y senderear después por todo el valle, trepando él á los árboles para cogerle á ella nidos de pinzones ó guindas rojas; de rapaces luego, se pasaban el día á la sombra de la misma mata, corriente el estío, ó bajo el mismo paraguotas encarnado en tiempo de lluvia, mientras las vacas de uno y ot o pacían en amor y compaña la mies.

Juntos iban á la romería del patrón del concejo en la carreta trocada en coche; juntos bailaban en el corro al son de la gaita; juntos se asentaban en torno al fuego en los magostos y alrededor de la pira de panochas en las deshojas, y juntos, en fin, habían crecido y pasado de la adolescencia á la pubertad, sin que sus almas, que se abrazaron en el primer vuelo de la niñez, deshicieran su dulce lazo al sentir el primer calor de la juventud.

Con igual sencillez que fueron camaradas de muchachos, fueron novios. Un día el rapaz se fijó en su compañera y la encontró con unos atractivos que hasta entonces no había descubierto en su persona. Sus alegres ojos azules tenían ahora cierta singular dulzura, cierta timidez llena de encanto; sus cabellos descuidados, liados en trenzas, parecían más sedosos y más rubios; su rostro se redondeaba, se abultaba su seno, se perfilaba su talle. A la vez adquiría una extraña gravedad, un comedimiento raro de mujercita. Propendía menos al alborozo; ya no saltaba los arroyos, importándole un bledo enseñar las piernas; enrojecía á cada momento, y por cualquier cosa bajaba los párpados confusa. Iba á entrar en las quince primaveras de su vida.

Sólo que no era él únicamente el que estudiaba á hurtadillas á su camarada de niñez y de carreras. También ella le atisbaba con el rabillo del ojo, y le encontraba muy otro y distinto. Al chico sucedía el mozo, y un mozo varonil y fuerte, de recios puños, de anchas espaldas, de complexión robusta, de simpático rostro, de piernas incansables, capaz de estarse andando un día entero, y de sujetar por los cuernos á una vaca. Semejante transformación complacía en extremo á la rapaza, y á medida que descubría nuevos alicientes en su compañero, sentíase más atraída por aquella juventud, el despertamiento de la cual presenciaba.

Los dos se habían formado en plena naturaleza, y carecían, por ende, del arte cortesano del disimulo. La confesión mutua de su cariño vino por sí sola: fué la cosa más natural del mundo, y llegó en uno de esos hermosos días de sol del invierno, luminosos y diáfanos, en que el calorcillo de la tibia atmósfera, precursor de la primavera, asalta los poros y abre las válvulas del alma de par en par.

Estaba la rapaza en el corral de la zafería dando de comer en el escriño á sus vacas, revolviendo con las manos el grano, y remangados los brazos hasta el hombro, cuando entró el mozo por el portillo del campo.

—Guárdete Dios—le dijo el muchacho.

—Buenas las tengas—repuso ella sin atreverse á mirarle.

Enmudecieron luego, y mientras la moza, atisbando á su compañero de soslayo, fingía dedicar toda su atención al pienso del ganado, el rapaz, acariciando maquinalmente el tozuelo de la Pinta, la res favorita de la muchacha, exclamó con una voz no muy segura:

—¡Antucha! ¡Tiénesme triste!

La moza se puso como la grana, y pegando una palmada en el cuello á una vaca que no dejaba comer á las demás, replicó no menos confusa:

—¿De veras? ¿Y por qué, Chindo?

—Porque ya no me miras como mirásteme siempre.

—¿Que no? ¡Lo mismo!

Con tal fuego pronunció Antucha estas palabras, que Chindo, que se mostraba vacilante y tímido, sintió de pronto gran valentía, y acercándose á la jovencita hasta sentir el soplo de su aliento, exclamó con ímpetu:

—Si me escuchases, diríate una cosa.

La moza no retrocedió ni pareció sorprendida. Contentóse con bajar los párpados, y cada vez más encendida, balbució:

—Dila.

Hubo un poco de pausa. Á pesar de sus valentías súbitas, el mozo titubeaba. Pero por fin lo soltó derechamente y sin rodeos:

—¡Pues que quiérote con todo mi corazón, y que me moriría si tú no me quisieras!

Entonces Antucha, levantando la cabeza subyugada por aquel acento ternísimo y persuasivo, miró de frente á Chindo, y dejando asomar á sus pupilas su alma entera, repuso con sencillez:

—¡Pues yo también quiérote á ti como tú me quieres!

Dos vacas intentaron cornearse. Hubo que separarlas, y las manos de él rozaron los desnudos brazos de ella. Se estremecieron ambos, y se miraron con una mirada que equivalía á una caricia. Y no hablaron más. Y así fueron novios.

II.

Amores castos, amores ingenuos, amores privados de ese sol de fuego meridional que azuza los sentidos y enciende la sangre: tales fueron los de Antucha y Chindo. Pero entre las neblinas norteñas, como bajo los espléndidos horizontes del Sur, el corazón es el mismo siempre, una vez despierto. La primera concesión es cuestión sólo de oportunidad, y la oportunidad llegó en seguida.

No dice la historia si fué alguna trastada de ese hipócrita señorito en que «busca la sombra el perro», y que con su temperatura blanda hállase metido hipócritamente entre

los meses invernales; pero el caso es que cierta cálida mañana de Febrero, y cuando Chindo no pensaba encontrarse á Antucha porque no era hora de charla, la vió al pasar él junto á la plazoleta de la noria. Pero lo más chocante consistía en que la muchacha estaba inclinada sobre el pozo como si mirase su fondo con gran cuidado.

—¿Qué diablos hace?—se dijo Chindo para su descolorido chaleco ex rojo.

Y en cuatro saltos se plantó en la plazoleta y al lado de su novia. Entonces comprendió de qué se trataba. La chica tiraba á pulso de una soga que debía de sostener un formidable peso, porque subía con lentitud y á costa de esfuerzos titánicos.

—Trae acá, tonta—exclamó Chindo, echando sus dos sucias manos á la soga; y en un instante izó hasta la boca del pozo un enorme cubo rebosante de agua.

—Lo que es si no vienes, quédase el cubo abajo—dijo la rapaza, jadeante todavía.

—¿Pasólo algo al *Franchute?*—preguntó Chindo aludiendo al jumento encargado de poner en marcha todo aquel prehistórico organismo de la noria.

—Púsose malo va para tres días, y con este solazo que descolgóse no puede se tener el bancal sin riego.

—¡Pero es imposible sacar el agua cubo á cubo!

—¿Y cómo lo remediar, Chindo?

¿Cómo? El mozo se había quedado pensativo. De pronto le dijo á su novia: «¡aparta!» se afianzó con firmeza en sus pies, cogió con sus recias manazas la collera que se enganchaba á la caballería, se la acomodó al cuello, echó el cuerpo todo hacia delante, las ruedas de la noria, obedeciendo el poderoso impulso, se pusieron en movimiento, y los canjilones comenzaron á soltar sus murmurantes hebras de agua, mientras que el fornido mozo exclamaba, después de dar la primera vuelta:

—¡Por ti soy yo capaz de hacer de borrico!

La cosa fué tan espontánea, tan imprevista, tan de buena fe, tan llena de ternura, que no resultó grotesca, y Antucha la admitió sin extrañeza, sin ocurrírsele impedirlo. Pero el diantre de la noria era pesada de veras, y entre el esfuerzo y el solazo que allí de plano caía, el sudor asomó en la tostada frente del rapaz.

—Déjalo, que te cansas—exclamó advirtiéndolo la chica.

—Dejarélo cuando non pueda más; pero aun puedo—repuso el muchacho, deteniéndose á tomar alientos un instante.

Entonces Antucha tuvo una idea feliz: se agarró á la collera, y exclamó, empujando en la misma dirección que su novio:

—¡Qué bruta soy! ¡Pues si yo puedo ayudarte!

La hilaridad estalló ahora al verse juntos. ¡Si parecían una yunta!

—¿A que no eres capaz de correr?

—¡A que sí!

—¡Pues vamos á verlo!

—¡Pues veámoslo!

Y apretaron el paso, tomando un trotecillo que trocó los pausados chorros de los canjilones en saltos de cascada. Así dieron dos vueltas, encendidos por la carrera, respirando á bocanadas, los ojos brillantes. De pronto, Antucha murmuró, plantándose:

—¡Todo me da vueltas! ¡Maréome! ¡Me caigo!

Y cayó, en efecto; pero cayó en los brazos de Chindo, que desasiéndose de la collera al ver vacilar á su novia, los abrió para recibirla. Ella plegó un instante los párpados, y se desplomó sobre el cuerpo del mozo. Era la primera vez que el muchacho sentía la pesadumbre de tan dulce carga. Aquellos latidos que advertía pegados á su pecho fueron una revelación, la revelación de un bien supremo que se le ofrecía bruscamente á su alcance con la entrada franca.

Y no se resistió; dejóse llevar por la tentación del goce nuevo, por aquella ola de fuego que le encendía la cara y le golpeaba en las sienes. Cerca, muy cerca, apoyado en su hombro izquierdo tenía el rostro de Antucha, rostro aldeano, de manzana sanísima, aunque entonces empalidecido por el mareo. El aliento de la muchacha subía hasta él como un vaho cálido y enervante, escapándose por entre los dientes blancos con algo de silbo. La boca fresca, roja, abultada, juvenil. Y el sol que picaba, y el lugar solitario, y el silencio.....

Quizás él mismo no se dió cuenta de lo que hizo. De pronto, los brazos que sostenían se cerraron apretándose, y como si tuviera alas su boca fué en busca de los rojos labios, que parecían aguardar algo, á la manera de un pajarito con el pico entreabierto y hacia arriba. Pero ella entonces, ya fuera que el mareo la pasara, ya que presintiese el beso en el aire con el instinto que tiene el pudor hasta dormido, abrió los ojos, y con un arranque repentino trató de escapar de la dulce prisión que la retenía, exclamando con afán:

—¡No, no! ¡Quita!

La boca quedó fuera de peligro con la súbita huída; pero el rostro no tuvo tiempo de escapar, y allí cayó el beso, y se hundió en un carrillo carnoso como la piel de un melocotón.

III.

—¿Te incomodaste conmigo?

—¡No me incomodé; pero no gustóme!

—¡Vamos, que no gustarte!

Y el mozallón se sonreía con el aire satisfecho de quien acaba de disfrutar de algo muy apetecido. La muchacha, confusa y amedrentada, no osaba levantar los ojos del suelo.

—¡Yo no lo he podido evitar; pero menuda penitencia me va á echar el señor cura cuando se lo confiese!—murmuró Antucha.—¡Es un pecado atroz!

Chindo la oía con calma. De pronto, la atajó diciéndola:

—¡Bah! ¡Antes de que te confieses quedara lavado! ¿No te acuerdas de que viene la ceniza?

—¡Es verdad!—replicó la rapaza, con el regocijo íntimo de quien ve un puerto al naufragar.

Mas luego tornó á hundirse otra vez en la tristeza, y como hablando para sí misma, balbució con adorable ingenuidad:

—¡No puede ser! ¡A la fuerza ha de saberlo el señor cura, porque para borrar este pecado tendrá que ponerme la ceniza en el carrillo!

IV.

Volvieron á encontrarse junto á la noria; el *Franchute* seguía malo. Chindo no se había olvidado de la suerte y quiso repetirla.

—Oye—exclamó sonriendo:—¿damos otra vuelta á la noria?

Antucha se sonrió también poniéndose muy colorada; pero rehusó con tal energía, que el mozo se quedó extrañado y perplejo. De pronto recordó algo.

—¡Ya, ya! ¿Te echó una regañina muy grande el señor cura al ponerte la ceniza en el carrillo?

Y ella entonces replicó, mirando de frente á su camarada, con un candor supremo:

—¡Calléme! No dije nada y no me lo conoció. ¿Y sabes lo que se me ha ocurrido? Que de donde deben borrarse los besos no es del carrillo, sino del pensamiento. La ceniza en el carrillo me hubiera borrado uno, y en la frente.....

Se detuvo, y serena y calmosa se apartó de su novio, exclamando con dulce firmeza:

—¡Me los ha borrado todos!

Alfonso Pérez Nieva.

EN FAMILIA (1).

Las lecturas me fastidian,
Las veladas me dan sueño
Y los versitos me cansan,
Porque vivo de los versos;
Y como le tiene horror
A la suela el zapatero,
Y el albañil al andamio,
Y el matador á los cuernos,
Yo, que soy en poesía
Un humildísimo obrero
Que vive de su trabajo
Machacando pensamientos
Y zurciendo consonantes
Hace veinte años lo menos,
Le tengo á la pobre lira,
Que suena á guitarro viejo,
Su poquito de aprensión
Y su poquito de miedo.
Yo escribo en los semanarios
Versos festivos y serios,
Hago piezas y zarzuelas,
Y cada semana, estreno,
Porque están los panecillos
Y la carne á muy buen precio,
Y ocho chiquillos se tragan
Más oro que un Ministerio.
Huyo de lecturas gratis,
Y huyo de los Ateneos,
Y sólo leo en familia
A mi madre y mis pequeños
Y mi mujer, lo que escribo,
Porque es un público bueno
Y me aplaude cariñoso
Lo que otros me silban luego.
Y como leo en familia,
Por eso esta noche leo;
Porque aquí estoy en mi casa,
Entre hermanos verdaderos,
Y en el *Centro* del trabajo
Es donde estoy *en mi centro.*
¿Se inauguran las veladas
Y me invitan?..... Pues acepto.
¿Que suba al tablado?..... Subo.
¿Que lea versitos?..... Leo.
¿Que les gustan?..... Continúo.
¿Que se aburren?..... Pues lo dejo.
En los bolsillos me traigo
Pöesías de repuesto,
De esas que á diario *frío*
Como si fuesen buñuelos.
¿Que son malas?..... Es verdad:
Pero, así y todo, las vendo,
Y lo que da de comer
Es muy digno de respeto.
....
....
Yo saludo á los artistas
Dramáticos de ambos sexos,
Y á mi cariñoso amigo,
Su concienzudo Maestro,
Cuyo nombre me recuerda
Glorias de pasados tiempos
Y laureles del teatro
De Romea y de Valero,
De Matilde y de Teodora.....
¡De *aquel Español*, que ha muerto!
Saludo á las bellas tiples
Que cantaron con acierto,
Y al Maestro-Director
Que con su ciencia y esmero
Prepara artistas que brillen
Del Arte en el ancho templo.
A los que con su asistencia
Nos honran, se lo agradezco.
Yo, que siempre en los banquetes
Que aquí se dan brindo en verso,
Hoy no podía excusarme,
Pues dirían descontentos:
«¡*Este pájaro* no canta
Más que con el buche lleno!»
Y yo canto, amigos míos,
Siempre que lo pida el Centro,
Y hasta que me digan..... «¡Basta!»
Cantando estoy mes y medio.
Una cosa les suplico:
¡Que nadie se entere de esto,
Porque lo he dicho *en familia*
Y me conviene el secreto!

José Jackson Veyán.

(1) Leída por su autor en una velada del Centro Instructivo del Obrero.

RESURREXIT.



No creáis que porque D. Severiano Valderas llegase á ocupar los más elevados puestos de la política y á poseer una de las mayores fortunas de la banca, era de ilustre abolengo ó de cepa de hombres acaudalados y poderosos; no hay tal: Valderas procedía de un humildísimo lugar castellano, en donde nació de padres hambrientos y rotos, que muchas veces tuvieron que pedir limosna para sustentar á los cuatro hijos que Dios les había metido en casa. Severiano era el mayor de éstos; y cuando llegó á tener diez y ocho años cumplidos, huyó de la mísera choza paternal, pensando que doquiera que él fuese, por muy ásperamente que la impía fortuna le tratara, hallaría por lo menos la misma hambre que en el materno nido, y acaso, acaso, pudiera acontecer que, lejos de aquél, topase con la abundancia, que en vano habría de esperar al lado de los que le dieron la existencia.

Aquel rapaz aventurero, émulo de Rinconete y Cortadillo, lanzóse esforzadamente al mundo que no conocía; y pidiendo limosna aquí, y robando allá, y sufriendo con resignación estoica hambres, fríos, prisiones y vapuleos, llegó á este berenjenal de la corte madrileña, donde en pocas semanas hízose maestro y doctor en todo linaje de picaminosas truhanerías. El chicuelo era listo, sagaz como un raposo, y activo, y revolucionario, y fuerte é incansable: servía para todo, lo mismo para pujar con resistencia de buey soriano un peso enorme, que para conspirar en las tabernas y en las *logias*, ó para manejar la péñola con la soltura de un secretario concejil: tenía además la ventaja de ser insensible, no sólo para las ajenas desdichas, sino aun también para las propias calamidades: no se conmovería Severiano Valderas viendo morir á media humanidad, pero tampoco se alteraba porque le metiesen en la cárcel ó por que le horadasen el pellejo de una puñalada traicionera.

Entró al servicio de un grande, después de mucho pretender, y cuando se aseñoró algo con el trato de gente gorda, hiciéronle empleado de un Ministerio, en donde la política decadente y bizantina premió con usura los extraordinarios méritos del mozo: porque la verdad es que para trampear elecciones y para descubrir secretas intrigas, y para escamotear expedientes, y para engañar á todo el mundo, se pintaba solo aquel Severiano Valderas, que llegó á ser el brazo del Ministro, el instrumento de sus desmanes, el archivo de sus impíos arcanos y el mantenedor de sus florentinas traiciones. Y como era insensible, y como su corazón no cobraba afecto á nadie, vendía Severiano sus servicios al más generoso pagador, comiendo con tirios y troyanos, y conspirando con capuletos y montescos, y sacando el jugo y la entraña viva á güelfos y gibelinos; en todos los gobiernos mangoneaba, porque todos los gobiernos le temían; y le temían porque, queriendo Valderas, en pocas horas se armaba una revolución capaz de dar al través con todos aquellos gobernantes menudísimos que parasitaban sobre la patria empobrecida.

Por tales senderos llegó Severiano á regir él mismo á la nación desde el más empinado lugar. Y cuando pisó aquella cúspide del poder, con la cabeza henchida de teoremas maquiavélicos y los bolsillos preñados de riquezas mal adquiridas, pero con el corazón vacío y berroqueño, acordóse Severiano de aquellos tiempos pasados en que él andaba muerto de hambre por las calles de la corte, recibiendo con santa mansedumbre las patadas y los salivazos de los ricos, durmiendo á la áspera intemperie, ayunando más á menudo de lo que manda la Santa Madre Iglesia, habitando presidios y cárceles y sufriendo en las costillas azotes crueles y en el rostro tremendas bofetadas; y acordóse también de que nadie le hizo caso hasta que él pudo hacer mal, y por arte de sus propios in-



DESPUÉS DEL BAILE,

CUADRO DE VALLON.

coloso parlamentario y otras cosas de este jaez con que á diario le bautizaban los periódicos, cansado de la vida fatigosísima del gobierno y algo cascado ya y decadente, se retiró, no á llorar sus culpas á un convento, porque Valderas era impío y materialista, sino á la vida privada del campo; compró un magnífico hotel con huertas y jardines, y en él pasaba los días podando chopos, matando pájaros é insectos, segando hierba, guadañando con el bastón las flores que encontraba en el camino, y entregándose á otras diversiones de este linaje, sin duda para no olvidar sus antiguas costumbres de hacer daño á todo bicho viviente.

Un día que D. Severiano Valderas paseaba por las lindes del monte, encontró á una chicuela como de trece á catorce años, toda sucia y desbaratada, con el color anémico, los ojos hundidos, los pómulos salientes, el pelo enmarañado, y el aspecto más desastroso y miserable que cualquiera puede imaginar. Se entretenía en sacar de la tierra unas raicillas que luego guardaba en un saco.

—¿Qué demonios haces ahí, rapaza?—preguntó Valderas al mismo tiempo que con el bastón arbóreo decapitaba á un gigantesco cardo.

—Pues ya usté ve, señor: sacando *malvavizco.*

—Y ¿para qué diablos quieres tú eso?

—Pues ya usté ve; *pa* venderlo y *pa* comprar pan; como *semos* en casa tanta gente, ya usté ve, comemos mucho pan, señor.

—No te conozco, chica; ¿de quién eres tú?

—Pues de mi madre, de la Teodora; tengo cuatro hermanicos, y mi madre es lavandera y cose y hace muchas cosas *pa* ganar dinero, y yo *tamién* hago muchas cosas: lavar, fregar en *ca* el señor cura, hacer queso, sacar *malvavizco*, coger flor de malva....., porque como no tenemos padre que nos mantenga..... ¡*velay* usté!

—Conque no tienes padre, ¿eh?

—No, señor. Porque verá usté: á mi padre le debía el Gobierno muchísimos duros y no se los quería pagar; y mi padre, ya *cansao,* va y *coge* y ¡zás! se tiró un tiro y se mató.

¡Válame Dios, y quién sería capaz de decir y comprender lo que pasó allá en los adentros de Severiano al oir aquellas candorosísimas palabras de la encantadora rapazuela! En lo más hondo de su corazón, en el camarín donde debe de guardarse la quinta esencia de la sensibilidad, se movía una cosa sutil y cosquilleante, *algo* caliente y poderoso que le causaba singularísimo desasosiego. Surgieron también en la mente del pobre hombre remembranzas de añejas edades, y notó en todo su sér una conmoción, un tumulto que no sabía si era dolor de remordimiento ó alegría de redención. No sé daros explicación de este fenómeno, porque las cosas del alma tengo para mí que no se declaran y explican y quilatan por progresiones y logaritmos como quieren los modernos sabios positivistas: estos sucesos espirituales no siguen el ordinario curso de los demás sucesos del mundo, sino que tienen leyes y ordenanzas recónditas que no conocemos hoy ni probablemente conoceremos nunca. Por monstruoso y espantable que sea lo que se nos diga de un corazón, debemos creerlo, pues de todo es capaz este abismo sin fondo que llevamos en nuestro pecho miserable. Así Severiano Valderas, aquel hombre marmóreo, aquella esfinge berroqueña que había cruzado el mundo sin conmoverse ante los más horribles dolores, vino á dar muestras de compasión al oir las palabras de una desventurada mozuela; fué el árbol viejo y seco, al parecer, que, calentado por el fuego de la misericordia, dió las hermosísimas flores que negó en la primavera de su vida. Y desde aquel momento fué muy otro el anciano político, porque empleó su fortuna en hacer bien á los necesitados, especialmente á aquella infeliz viuda y á aquellos pobres huerfanicos, por él condenados antaño á espantosa y dura miseria. Nació á nueva vida el yerto corazón del hombre, en el cual parece que se habían aposentado ángeles del cielo para levantar allí fuego de amor y caridad, al mismo tiempo que con acentos concordes y dulcísimos cantaban: ¡*Resurrexit!* ¡*Resurrexit!*

fernales méritos conquistarse aquella posición olímpica que dichosamente disfrutaba.

Y con estos recuerdos hízose sordo á toda queja por razonable y compungida que fuese; atendía las recomendaciones de la gente de su partido siempre que con tal proceder alcanzase el hombre alguna utilidad; pero si los asuntos se presentaban á la resolución del poderoso sin más recomendación que la de la humilde justicia, aunque fuesen indiferentes y fáciles, no los resolvía Valderas, sólo por hacer daño al prójimo y vengarse así de las crueldades que la sociedad habíale infligido antaño.

Sucedió, pues, que un día á la hora de firmar, el secretario presentó á Valderas un expediente, y dijo al mismo tiempo:

—Este es el expediente de devolución de fianza á un pobre hombre que ha quedado cesante y no tiene qué comer; es padre de cinco hijos, y dice que con estas tres mil pesetas que le corresponden va á poner una tienda. El expediente ya está resuelto, no le falta más que la firma.

D. Severiano respondió:

—Con que dice usted que le corresponden á ese hombre tres mil pesetas, ¿eh? y está cesante y tiene cinco hijos, ¿eh? Bueno: pues ya firmaré otro día.

Y así pasaron ocho meses. El cesante iba todos los días á la antesala de Valderas á suplicar, por Dios y por la Virgen Santísima, que le despacharan el expediente, porque se moría de hambre él, y también se morían de hambre su mujer y sus hijos. Pero el Excmo. Sr. D. Severiano Valderas se acordaba de aquellos tiempos en que también él era pretendiente, sin que nadie le hiciese caso, y con crueldad refinada y luciferina se negaba diariamente á poner su nombre al pie de aquellos papelotes que representaban la felicidad de una familia.

Y aconteció que un día, cuando don Severiano Valderas salía de su casa para ir al Ministerio, el cesante se acercó al coche en que su Excelencia montaba, y con acento desgarrador y compasivo exclamó:

—Señor, por Dios, el expediente.....

Pero el poderoso hizo la misma cuenta de aquellos lamentos que de las nubes de antaño. Entonces el cesante, ciego y desesperado, sacó una pistola y, disparándose un tiro, se levantó la tapa de los sesos. Arremolinóse la gente en torno de aquel infeliz, y hasta el propio Ministro mandó parar el coche para enterarse de lo que aquello fuera; pero cuando se percató de que era el cesante quien, cansado de esperar, habíase arrebatado la vida, con flemática indiferencia murmuró:

—Este ya no me pide el expediente.....

Y pasaron seis ó siete años: el gran Valderas, el ilustre jefe del partido, el eminente estadista, el

ALVARO L. NÚÑEZ.

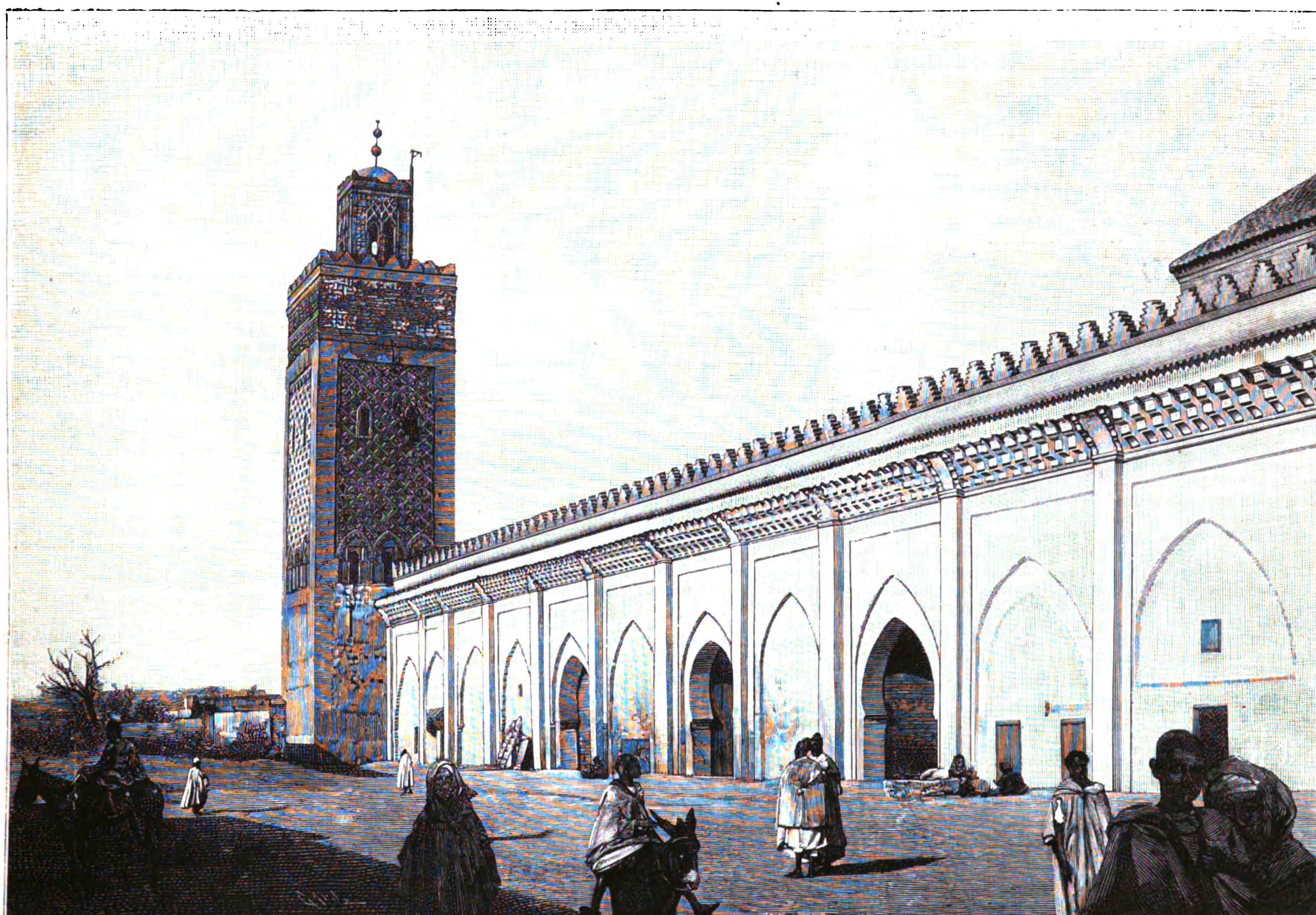


EL HACH ABD-EL-KRIM-BRISHA,
EMBAJADOR EXTRAORDINARIO DE S. M. JERIFIANA.



ABD-EL-KRIM BEN SLIMAN,
SECRETARIO DE LA EMBAJADA.

De fotografías de Compañy.)



IMPERIO MARROQUÍ.—LA KASBA EN LA CIUDAD DE MARRUECOS.

(De fotografía del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Isla de Cuba: propaganda de la paz: la pastoral del Arzobispo de Santiago.—Penitencias de Cuaresma: los *estilitas*. San Simeón, Daniel, San Nicitas, Wulfaico.—*Carpineto (Italia):* peregrinación al palacio en que nació el papa León XIII.



Como si hubiera previsto, con la intuición del hombre verdaderamente creyente é inspirado, la tormenta que, sin cernerse en los espacios, vibraba enfurecida en los ocultos senos de la conspiración, predicó y aconsejó la paz de los espíritus el venerable prelado Fr. Francisco Sáenz de Urturi, nuevo arzobispo de Santiago de Cuba, al llegar hace tres meses á aquellas playas. Hombre muy entendido en las luchas de las pasiones humanas, gran conocedor del espíritu americano, por haber residido muchos años en las misiones del Perú, de Bolivia y del Plata, el modesto y sabio religioso alavés, con aquella penetración propia de las gentes del Norte, debió creer con toda verdad, al surcar una vez más el Atlántico para regir la archidiócesis antillana, que el objetivo principal de sus trabajos, el primero de sus deberes, era el dirigirse de hecho al fondo de las inteligencias y de los corazones de los hijos de la isla, en demanda de la afirmación y sostenimiento de la paz, porque antes que todos los intereses, antes que todos los derechos, antes que todas las tendencias de los cubanos y de los españoles, está la tranquilidad de aquel territorio, redimido por nuestras leyes, constituido por nuestros esfuerzos, alimentado y saturado con nuestra sangre, defendido por nuestra bandera y con los huesos de nuestros hijos empedrado. Predicada y sostenida la paz, nada pudieran desear los antillanos que no les fuera concedido por la madre patria. Arraigada la paz, nada podría oponerse á que sea Cuba uno de los países más florecientes del mundo. El nuevo Arzobispo, misionero veterano en muchas comarcas de la tierra, debió pensarlo así, y como misionero más que como prelado, al saludar á sus diocesanos tocó el punto crítico de la vida social de aquella isla, llamando á todos á la fraternidad y á la concordia. La carta pastoral que publicó al llegar á Santiago fué el consejo del pastor celoso, docto y advertido, que resonó en todas las parroquias de la isla: fué como la providencial protesta del guardián animoso contra las asechanzas que se movían en la sombra.

Aconsejó el Arzobispo en primer lugar la paz del Señor y la paz de la conciencia, y después la paz entre los hombres. «Agítanse á cual más en sus divisiones incesantes—dice en la pastoral:—hiérense sin piedad en sus acaloradas disputas é interminables discusiones: promuévense unos á otros litigios ruinosos, y abiertamente demuestran que no quieren cobijarse á la sombra benéfica del hermoso árbol de la paz. Por esto decía el Salmista: «No permitáis, Señor, que haga »causa común con los que hablan de paz en la asamblea de »sus hermanos y meditan el mal en sus corazones».......

»Ahora, pues, no preguntéis por qué se echa tanto de menos la paz en nuestros días en la familia, en los pueblos y en las naciones. La respuesta es la consecuencia de lo que va dicho: falta el amor, falta la unión, y escrito está: «Todo reino »dividido en sí mismo, será desolado» ....

»Divididos están los hijos de los padres en gustos y aficiones, y lo que es peor, hasta en creencias y deberes: divididos los pueblos en bandos opuestos, que se hacen cruda guerra bajo el especioso velo del amor patrio, y sólo tienen aspiraciones de dominación y rivalidades ambiciosas, pasiones, en una palabra, que excluyen el amor á nuestros hermanos. ¿Cómo queréis que tales plantas produzcan otro fruto que guerras y temores de guerras, si no puede haber paz donde la disensión existe? ....

»Si queréis la paz con vuestro prójimo, no olvidéis el lazo fraternal que con él os une: sofocad en vuestro corazón todo rencor, y aun cuando tengáis que defender algún derecho, no olvidéis que éste puede defenderse sin faltar á la caridad. Piérdese á veces la paz en los pueblos y en las familias por las opiniones sobre cosas puramente humanas, que frecuentemente se traducen en guerra manifiesta. No pretendemos que nadie abdique lo que en su inteligencia crea mejor para el régimen y gobierno del pueblo en que vive: pero si deseamos que todo se haga siempre á impulsos del amor mutuo, que todos nos debemos como verdaderos hermanos é hijos del mismo Dios.....................................

»No améis lo que creáis un error, pero no por eso concibáis odio á los que yerran...

»Como Subdelegado Castrense del Arzobispado, hacemos extensivo nuestro paternal y cariñoso saludo á todos y cada uno de los individuos del ejército y de la armada que se encuentran en él, deseando á todos ellos, desde el jefe de más alta graduación hasta el último soldado, la paz de que venimos hablando, con todos sus buenos resultados: y pedimos al Dios de los ejércitos les conceda siempre el ser verdadero elemento de paz, y que la obtengan sin derramamiento de sangre, pues ésta, aunque sea de un enemigo, sangre es de un hermano, y las guerras y las batallas no son jamás un fin, son un medio; el fin de ellas es la paz, mediante la justicia, que es su base.»

Así habló el Prelado, acudiendo con prudencia y perspicacia á precaver, en su buen deseo por lo menos, los males que los agitadores preparaban para toda la isla en el secreto de la conspiración. Y al dirigirse á los hombres de buena voluntad, bien pudo considerarse su sencilla y cariñosa carta pastoral como discreta advertencia que les pusiera en guardia para que, siguiendo los sanos consejos que ella contenía, negasen su cooperación á los enemigos de España y de nuestras islas y se apartasen de su lado en absoluto. No podía haber escogido el ilustre franciscano un asunto de mayor interés para aquella tierra, ni de más oportunidad, ni más digno de ser alabado y agradecido que el de la predicación de la paz. Ni en ninguna parte más que en nuestros dominios tenía la Iglesia que tomar esta participación para combatir á los enemigos de la paz y de la patria común, porque, desgraciadamente para nosotros, ninguna nación, de las muchas que tienen grandes y poderosas colonias, teme, ni ha temido jamás, que los que viven en ellas se subleven contra el poder de la metrópoli. Ni Inglaterra, ni Holanda, ni Francia, ni Bélgica, ni Dinamarca, han temido jamás que sus hijos, ni los hijos de sus hijos, habitantes de las posesiones ultramarinas, cometan la horrenda traición de levantarse contra la madre patria; y cuando algún levantamiento tiene lugar, no es de sus hijos, ni de los hijos de sus hijos, sino de las razas indígenas que quedan en las inmensas comarcas indicas, en los pueblos aun no reducidos del Tonkin ó en algún islote de los mares de la Sonda ó del Pacífico. Pero ni en Argelia, ni en el Canadá, ni en las Antillas pequeñas, ni en las Guyanas, ni en Australia, ni en Java, ni en Sumatra, ni en Borneo, ni en la India, ni en muchas colonias é islas africanas, jamás, jamás, ni los hijos, ni los hijos de los hijos de los colonizadores europeos se han levantado contra la patria común, desde aquellos lejanos días en que cuando estaba España sin fuerzas y sin elementos de ninguna clase, desangrada y hundida por la guerra de la Independencia y por las discordias civiles se separaron de nosotros, sin gran trabajo, los estados hispano-americanos. Sólo en nuestra colonia cubana se nota ese triste privilegio de las rebeliones contra la metrópoli; pero allí tampoco son los hijos de ésta, ni en general los hijos de sus hijos los que forman esa vergonzosa excepción, sino las gentes mezcladas, más ó menos obscuras, que á la verdad ningún lazo tienen con nosotros más que, el que no merecían, el de haberles redimido y hecho hombres. Y á su lado figuran aventureros de las islas y repúblicas vecinas, gentes sin patria ni hogar, y, vergonzosamente, algunos nietos de españoles que vislumbran, en su pequeñez, seguras y positivas grandezas para el día siguiente de la emancipación. Mientras existan en la isla esos elementos extraños á nuestra raza, no habrá paz, con tal de que no se les aplique, á ellos exclusivamente, el más férreo sistema militar, porque ellos han sido y serán nuestros implacables enemigos, y es lógico considerarles y tratarles como á tales. Y por lo demás, concordia, igualdad y libertad para nuestros hijos y hermanos de Cuba, para los hombres de buena voluntad.

°°°

Un sabio arqueólogo, explorador de las comarcas desiertas del Asia Menor y de los países inmediatos en que la civilización se difundió en los dos ó tres siglos del Imperio romano y en los siguientes del Imperio bizantino, ha descrito no hace mucho, entre otras muchas curiosidades, la que se refiere á los *estilitas*, y á algunos restos y vestigios que quedan en los lugares donde pasaron su existencia. Ahora que en la época de la Cuaresma se ponen en práctica en muchos pueblos las penitencias y ayunos, viene bien el recordar que, en materia de tormentos voluntarios, propios para abatir la fiebre de las pasiones y realzar y sublimar en cambio el espíritu, no hay ni ha habido nada semejante á los que sufrían por especial sima vocación y movidos por su extraordinaria fe, los cristianos estilitas de los siglos V al XIII. En pleno desierto, ó en las inmediaciones de algún monasterio, erigíase una columna de piedra, alguna de las cuales llegó á tener treinta metros de altura, rodeada en su capitel, es decir, contorneada en la cima ó ábaco, por una balaustrada de madera. Allí subía el monje que había hecho voto de permanecer de pie y en oración durante toda su vida en semejante sitio; y, en efecto, aunque parezca increíble, sobre la columna, en pie y en oración y éxtasis constante, pasaron años y años muchos de los cristianos bienaventurados, algunos de cuyos nombres conserva la Historia y cuyo recuerdo venera la Iglesia. Comían lo puramente necesario para sostener la vida, y utilizaban para ello los alimentos y el agua que los fieles hacían subir en un cesto y vasija, por medio de una cuerda, preparada á propósito y que el estilita recogía. Dormían, rendidos y extenuados por el cansancio, sin acostarse, reclinándose en la barandilla ó balaustrada en que terminaba el capitel, y si no sufrían los rigores de la intemperie en cuanto al frío, porque en aquellas regiones era el clima relativamente benigno en todas las épocas, no puede decirse lo mismo respecto á los rigores del calor extremado, horrible, propio de tales comarcas, y que resistían con incomprensible fortaleza é inmunidad. Toda columna del estilita era término de peregrinación para los cristianos de muchas leguas á la redonda, que acudían en gran número impulsados por la admiración, la veneración y la fe, á contemplar á aquellos indomables y extraordinarios varones que, subidos allá en lo alto, con la vista fija en el cielo, pedían á Dios la ayuda, la salud y la paz para cuantos creyentes concurrían á arrodillarse al pie de ellos. En el Asia Menor, en Armenia, en Persia y en la antigua Iberia, estuvieron muy en uso estas peregrinaciones durante seis ó siete siglos, y hoy los exploradores sabios, como el á que me he referido, encuentran, guiados por las borrosas tradiciones que aun se conservan en muchos pueblos, ciertos lugares donde hubo monasterios cristianos ó santuarios, y cerca de los cuales se levantaban las columnas de estos penitentes. Y en esos lugares no es difícil hallar aún vestigios de las columnas, ya erguidas y rotas, ó ya desmoronadas, y cuyos fustes están abandonados hace muchos siglos entre las zarzas y las ruinas.

Todos los cristianos recuerdan el nombre del primer estilita, San Simeón, que vivió en la Tebaida y que tuvo tantos discípulos é imitadores. Uno de ellos, Daniel, fué visitado al fin del siglo V por los Emperadores de Bizancio; y los funerales que en su honor se celebraron cuando murió y se trasladó su cuerpo á Antioquía, dejaron extraordinaria memoria en aquel mundo cristiano. El estilita Simeón III, que vivía en su columna cerca de la ciudad de Egea en Cilicia, murió en un día de tempestad horrible carbonizado por un rayo.

Durante la Cuaresma era absoluto para ellos el ayuno. San Simeón pasó veintiocho cuaresmas, de otros tantos años consecutivos, sin probar bocado; acostumbrándose tanto á la resistencia, que en las últimas permanecía en pie todos los cuarenta días. Los gobiernos del Imperio les otorgaron especiales privilegios, y entre otros el que no pagasen tributo alguno (¿de dónde lo iban á sacar?), y el de que la justicia no pudiera llamarles jamás á comparecer. Algunos de ellos permanecieron hasta cincuenta años sobre la columna. Una vez puestos en ellas, ya se sabía, sólo habían de bajar cuando bajaran su cadáver. Hecho el voto de estabilidad, ni el hambre, ni la sed, ni la debilidad, ni las enfermedades, ni la pérdida de los miembros y de los sentidos eran para ellos motivos de importancia suficiente para renunciar á su promesa, ni casi para cambiar de postura. Los andrajos de su ropa, que al fin caía á pedazos, se recogían por los fieles peregrinos como milagrosas reliquias y amuletos, y con el mismo fervor y entusiasmo oían las palabras que el estilita les dirigía desde su alto sustentáculo, cuando les predicaba y bendecía. Muchos de estos penitentes eran sacerdotes, y allá sobre el capitel celebraban el sacrificio de la misa. Otros recibían la comunión de manos de los monjes que se aproximaban hasta ellos, apoyando una escalera en la columna. Estas prácticas de Oriente se quisieron propagar en otros países del interior de Europa, y se recuerda, por ejemplo, que en el siglo XII, un anacoreta eslavo, San Nicitas, que al colocarse sobre la columna se había puesto un cilicio de hierro, cuyas mallas brillaban á la luz del sol como si fueran de plata, fué asaltado y muerto en una noche por unos bandidos, que creyeron apoderarse de una riquísima joya al despojarle de aquella brillante coraza. El sacerdote cristiano Wulfaico quiso hacer vida de estilita en el centro de Francia, y murió al poco tiempo por no poder resistir los rigores del clima, tan distinto del de Oriente, ejemplo que bastó para que ningún otro pretendiera imitarle.

°°°

Una peregrinación curiosa, que se ha efectuado estos días, ha sido la de muchos habitantes de la comarca italiana de *Ciucari*, próxima á Siena, á Carpineto, con motivo de la celebración de la fiesta del cumplimiento de los ochenta y cinco años del papa León XIII. En esa ciudad, situada á grande altura en las vertientes del Apenino, vive la familia del Pontífice, en la antigua residencia de los Pecci, donde éste nació. El actual poseedor del *palazzo* es *il signor Conte Ludorico Pecci*, su sobrino, el cual al restaurar con toda suntuosidad y elegancia el histórico edificio, hizo poner en la habitación en que tantas veces se encontró y estudió el egregio cardenal de Perusa, esta inscripción mural:

HANC. QUAM. VIDES. HOSPES.
AVITÆ. DOMUS. DLÆTAM.
LEO. XIII.
ANTISTES. URBANUS. EPISCOPUS. IDEMQUE.
CARDINALIS. PLURIES. INCOLUIT.
EAMDEM.
LUDUVICUS. PECCIUS. COM.
AD HONOREM. PATRUI. AUGUSTISSIMI.
NOVO. CULTU. RESTITUENDAM.
CURAVIT.
AN. MDCCCLXXXIV.

«Esta sala de la casa paterna que tú contemplas, viajero, fué habitada muchas veces por León XIII, prelado, legado, obispo y cardenal después. En honor de su tío la hizo restaurar con nuevos esplendores el conde Luis Pecci. Año de 1884.»

Consérvanse en ella muchos recuerdos del Pontífice y de su familia, y entre otros: el lecho dorado, cubierto por un baldaquino rojo; su reclinatorio artístico, que le regalaron los ebanistas de Ferrara, *ut ejus juventur precibus*, como dice la inscripción que lleva; el retrato de su antepasada la beata Margarita Pecci, de la Orden de las Servitas; un escritorio admirable, enviado de la India portuguesa; la primera carta que, con la firma *León XIII*, envió el pontífice á su familia el día de su coronación: el curioso árbol genealógico de los Pecci de Siena; la colección de retratos de las personas ilustres de la familia, y entre ellos el de los condes Luis Pecci y Ana C. Rienzi, padres del Papa. Durante varios días ha estado el palacio abierto para todos cuantos han querido visitarlo, y han acudido á saludar y felicitar al actual conde Luis Pecci Salina, y á su esposa Vittoria Zaccheo de Terracina. De la familia de estos sobrinos de León XIII viven el coronel de la tropa pontificia Camilo, casado con una señorita cubana, y Ricardo, casado con la Condesa Ricti, hijos todos de esta casa de Carpineto.

Con motivo, pues, de la celebración de los días del glorioso veterano, pacificador de las ideas más encontradas de nuestro tiempo, cuya justicia, sabiduría y acierto respetan y admiran, satisfechos de su noble actitud, los monárquicos y los republicanos de uno y otro mundo, se han animado las soledades olvidadas de la escondida ciudad italiana, á la que han acudido entusiastas los montañeses de toda aquella región para contemplar con respetuosa curiosidad el palacio y la estancia donde nació, hace ya cerca de un siglo, el Pontífice que gobierna la Iglesia.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

La letra escarlata, por Nataniel Hawthorne. Versión castellana de Francisco Sellén.

La casa Appletón y C.ª, de Nueva York, ha publicado en castellano esta novela del famoso escritor norteamericano Hawthorne. Con razón se la considera la mejor de todas las del mismo autor, y tiene para el lector español la especial y agradable circunstancia de la novedad de los personajes y de las escenas, tan diferentes de lo que se ve y se lee en Europa.

La versión castellana está muy bien hecha, y la edición es elegante.

La Regencia, orden económico de España, por don Anselmo Fuentes.

En este libro ha hecho el Sr. Fuentes un estudio completo de la política económica de la Regencia, con tal copia de datos y tan buen juicio, que con él á la vista se tiene completa idea de las causas de la crisis económica que España ha padecido, y de la que aún no ha salido totalmente. Nosotros le hemos leído con suma atención y no menos gusto, deseando ver publicados con frecuencia trabajos serios como

éste y lamentando que el autor no haya querido hacer sino una tirada de 100 ejemplares.

La Música antigua. (Músicos, técnica, instrumentos.)

En este tomo, el XII de la interesante *Biblioteca popular de arte*, estudíase la aparición y el desarrollo del divino arte desde los primitivos pueblos orientales hasta los momentos en que floreció el gran Palestrina (siglo XVI), pasando por Grecia y Roma, y la Edad Media, en que aparece la música cristiana, y surgen por todas partes troveras y trovadores, bardos y cantores de amor.

Con ser todo interesantísimo en este libro, acaso la parte más interesante es la dedicada á los instrumentos que van apareciendo durante ese larguísimo período, y en los cuales (algunos son hoy lo mismo que entonces) están en germen los modernos. Consta esta obrita de unas 80 páginas con 34 grabados, y cuesta una peseta en rústica y 1,50 en tela. La publica *La España Editorial*, Cruzada, 4, bajo, Madrid.

A Arte portugueza. Revista illustrada de Archeologia e Arte moderna.

Acaba de publicarse en Lisboa el primer número de esta revista, en verdad muy notable, y que verá la luz bajo la protección de SS. MM. los Reyes de Portugal. Propónese la empresa editora tratar sólo del arte nacional, y del extranjero cuando se relacione con aquél. Aparecerá mensualmente, y tendrá cada número 24 páginas, ó 16 y un fotograbado.

Este primer número es de mucho mérito literario, artístico y tipográfico. Contiene trabajos de escritores de mucha autoridad en las letras y en las artes, é ilustraciones de gran importancia artística.—G. R.

NADA DE BAÑOS DE MÁLAGA.

Tal vez tengas gusto en leer unas pocas líneas acerca de un pobre niño, especialmente si eres padre ó madre y tienes hijos. Lo que de ese muchachito sé, lo he sabido por medio de una carta de su padre, y siento que no diga mucho más de lo que realmente dice, porque hay en ella mucha enseñanza. Sí, mucha enseñanza y una advertencia que todos los padres deberían tener grabada en el corazón.

Parece que dicho niño había venido sufriendo de una enfermedad durante cinco años. ¡Qué lástima! Yo diria más bien: ¡qué vergüenza! Pero esperemos y hagamos una ó dos preguntas. Cuando las personas mayores caen enfermas parece como que sobrentendemos que tienen ellas la culpa y que lo merecen, mientras que los dolores del niño nos parecen contrarios á la justicia de la Naturaleza. Pero ¿qué es la justicia de la Naturaleza? ¡Ay! eso no es ni la mitad tan fácil de responder como pudiera serlo. ¿No es verdad?

Su padre, el Sr. D. Antonio Rodríguez, de Granada, nos dice que la enfermedad de su hijo era del hígado. Consultóse un médico tras otro, y se recomendaron y siguieron diferentes clases de tratamientos. Desgraciadamente no resultó alivio. ¿Por qué no? ¿Por qué?... Espere un poco todavía. ¿Qué es la enfermedad del hígado? Porque eso es lo primero que tenemos que saber.

Es el negarse el hígado á separar la bilis de la sangre, bilis que, dejada así en la sangre, obra como un veneno lento. La lengua se cubre entonces de una capa; la cabeza duele y se siente embotada y pesada; los ojos y la piel toman un color amarillento; se sienten náuseas y frecuentes vértigos; las manos y pies se ponen fríos y pegajosos; vense volar manchas ante los ojos; se presenta en la garganta un fluido picante y acre; vienen la constipación, la coloración subida de la secreción de los riñones, la postración de nervios, la irritabilidad, la depresión de espíritu y la creciente debilidad del cuerpo. A la larga, la enfermedad del hígado, no contrarrestada, produce la acción irregular del corazón, el reumatismo, la gota y casi todos ó todos los demás, hasta una docena, de desórdenes orgánicos. Tratándose de adultos, lleva con frecuencia al suicidio y á otros crímenes. Pero ¿por qué un niño se había de ver afligido por esa enfermedad? Pronto vamos á verlo.

Después de haber fracasado el tratamiento casero, el Sr. Rodríguez llevó á su hijo á los baños de Málaga; pero de esta tentativa no se logró resultado, por la razón de que los baños únicamente eran meros estimulantes de la acción de la piel, pero no le curaban aquella indigestión profunda, que era la causa verdadera de lo que se llamaba enfermedad de hígado.

En Málaga encontró el padre á un caballero, á quien relató los detalles del caso, y el desconocido comprendió al momento lo que se debía de hacer, y le recomendó con eficacia la urgencia de emplear el popular remedio conocido por «Jarabe Curativo de la Madre Seigel».

El resultado de ello está patentizado por una carta del Sr. Rodríguez de fecha 28 de Agosto de 1893, en la cual dice: «Siguiendo el consejo de usted, compramos el Jarabe en la droguería del Sr. Canales, calle de la Compañía, y mi hijo empezó á tomarlo. Ahora estamos ya en casa, de regreso de Málaga, y tengo una gran satisfacción en informarle á usted que la medicina le ha surtido un efecto maravilloso. Cuando tenga una oportunidad, se lo mandaré á usted, para que pueda usted ver por sí mismo el cambio que en el ha tenido lugar. Usted recordará qué pálido y delgado estaba en los baños; pues ahora tiene el aspecto sano y robusto. Si á usted le parece que es prudente, recomendaré el Jarabe á la madre del niño, que está escrofulosa.—(Firmado): Antonio Rodríguez.»

En conclusión, diremos que indicaríamos la probabilidad de que el niño hubiese heredado esa tendencia á la pesadez de estómago, que con el tiempo dió lugar á las complicaciones de que el ya nombrado remedio le salvó. Los tales niños suelen presentarse alegres y precoces, aunque faltos de fuerza física, y por lo tanto los padres harán muy bien en no olvidar este caso, porque no hay otra medicina que haya ganado tan merecida alabanza de los pacientes de ambos sexos y de todas edades.

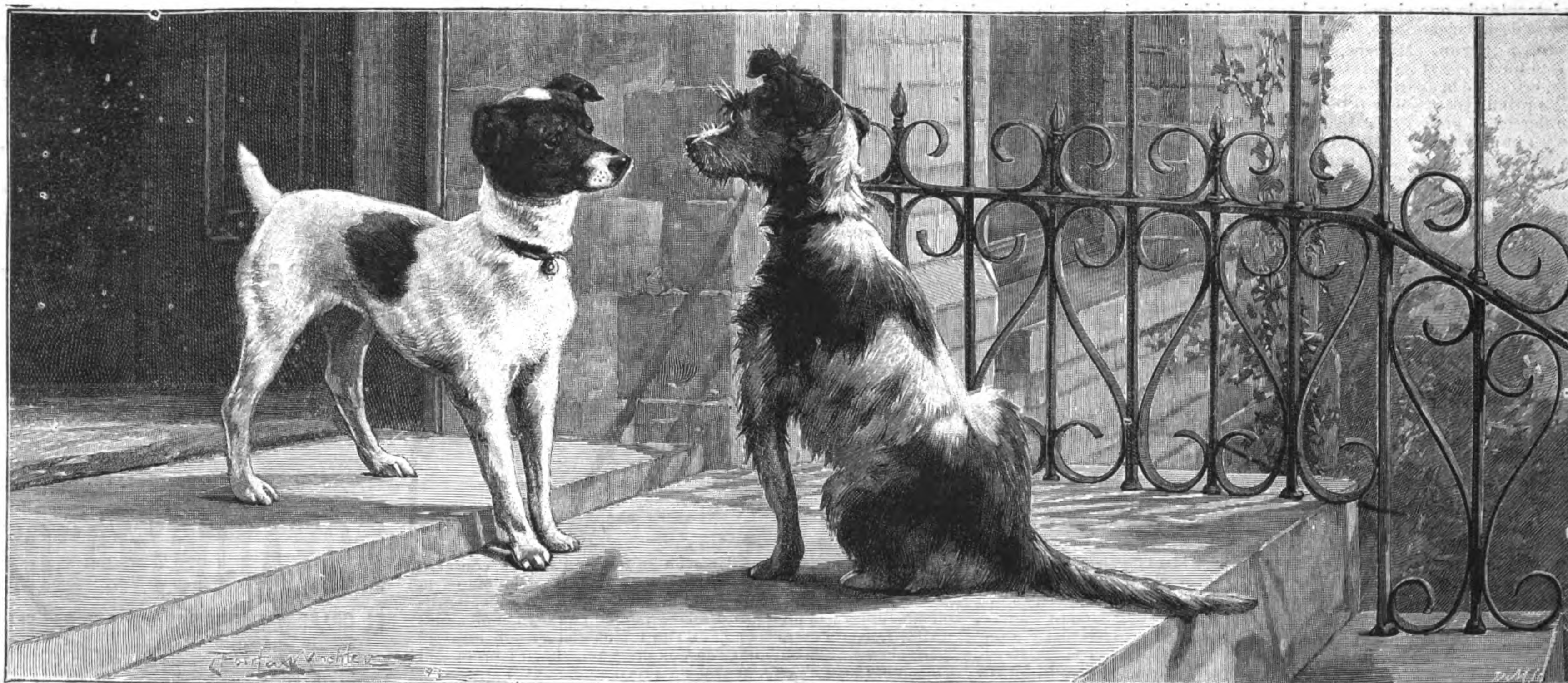
Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

SUEÑOS Y REALIDADES
POR
D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre.*

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.



UN COMPLOT,

POR A. FAIRFAX MUCKLEY.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. X.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Marzo de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de America y Asia	60 francos.	35 francos



CÉSAR CANTÚ.

ILUSTRE HISTORIADOR.

Nació en Brivio (provincia de Como), el 8 de Diciembre de 1805; † el 11 del actual.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

El acto de botarse al agua en Cádiz el acorazado *Carlos V*, construído en el astillero de la casa Vea Murguía, hubiera dado á nuestra Crónica un carácter grato, porque un buque más y de gran poder, en una escuadra reducida, es de mucha importancia, y porque estas fortalezas flotantes no se improvisan ni se costean fácilmente. Pero apenas bautizado y lanzado al mar el *Carlos V*, una preocupación dolorosa embargó todos los ánimos. El crucero *Reina Regente*, al mando del capitán de navío D. Francisco de Paula Sanz Andino, que con 400 hombres había conducido á Tánger á la Embajada marroquí, no sólo no regresaba á Cádiz, sino que se habían hallado en el mar algunos objetos y tablones de su pertenencia. Aquellos rastros siniestros: la fuerza del temporal que debió haber corrido el crucero á las dos horas de salir de Tánger, y la rotura casi simultánea de varios cables, señal positiva de una perturbación submarina muy considerable y que dificultaba las noticias, todo contribuía á la zozobra. Quedaron, pues, ahogados las salvas y los vítores que habían saludado el nacimiento del *Carlos V*, pues cuatrocientas vidas en peligro, ó perdidas tal vez, eran para aguar en lágrimas toda clase de alegrías. Y como al mismo tiempo se embarcaban en los principales puertos los batallones que han de reforzar el ejército de Cuba, que al fin y al cabo son hijos de la patria que se alejan, expuestos á las contingencias del mar de la guerra y de un clima cruel para los europeos, aunque tan delicioso para los que pueden resistirle, todo ha contribuido á que, al escribir estas líneas en momentos de duda y ansiedad, no nos hallemos con el sosiego de espíritu que necesitaríamos. Ni aun tenemos palabras para elogiar el comportamiento generoso de los sargentos de los batallones expedicionarios, que son todos voluntarios, cuando la legislación vigente es tan desfavorable para ellos, y que merece, en justicia, que el Ministro de la Guerra les atienda y recompense, no ya en cargos ajenos á sus servicios, sino en la carrera que tan valerosamente ejercen y con tanta abnegación. El ejército alemán, á quien todos los demás ejércitos imitan, en la guerra franco-prusiana hizo oficiales á treinta sargentos, no habiendo ascendido á ningún oficial en dicho tiempo; ejemplo que citamos, no para que se siga, por ser tan diversas las circunstancias de ambas milicias, sino como prueba de que no se pueden cerrar las aspiraciones legítimas de las clases subalternas del ejército, ni dejar de utilizar las condiciones probadas de los que resulten ser hombres de guerra.

Volviendo á la incertidumbre en que la carencia de noticias acerca del *Reina Regente* ha tenido á España hace dos días, sólo diremos que suele ser frecuente cerrar nuestra revista sin saber si un suceso de bulto tiene gravedad ó la pierde por noticias posteriores. Por consiguiente, ya se confirmen los temores del naufragio, ya recibamos la grata nueva de que se han salvado los tripulantes del crucero, que los lectores han de saber más que esta revista cuando pasen por ella su mirada, el hecho único que podemos referir en este instante es la verdadera y general ansiedad con que todo el pueblo de Madrid lee los periódicos en busca de esperanzas, y la contradicción de partes y de cálculos en que funda cada cual sus opiniones.

°°°

Dos personajes europeos han muerto al mismo tiempo: de muy diversa categoría intelectual, pero con ciertas analogías: el sabio historiador italiano César Cantú, en Milán, y el modisto Worth, en París. Y por cierto que la prensa ha dedicado más líneas al modisto yankee que al autor de la *Historia Universal* más popular y leída en este siglo: lo cual no tiene nada de extraño: nuestros periodistas leen más los diarios franceses que la prensa nacional, y convierten en asunto universal todas las ocurrencias de París: críticos hay que quieren imponernos las novedades intelectuales de Francia, como Worth imponía sus modas á las damas elegantes. Hablábamos de semejanzas entre César Cantú y el sastre parisiense: aquél ha vestido de ideas á muchos publicistas pobres, como éste vestía á las mujeres ricas: y nada más; que sólo la casualidad de morir á un tiempo ha podido unir nombres tan diversos entre sí.

De las diferentes obras que colocaron á César Cantú en el número de los grandes vulgarizadores del saber, la más popular y extendida en España es su *Historia Universal*, que sustituyó á la del Conde de Segur en las librerías particulares, gracias á la edición económica de Gaspar y Roig, uno de los pocos editores de obras útiles de la moderna librería matritense. A Italia, su patria, corresponde juzgarle en todo su valer como publicista; á nosotros sólo nos incumbe confesar la dirección que ha ejercido con su *Historia* en la instrucción y en las ideas de las generaciones, que guiadas por su enciclopedia se han aprovechado de sus aciertos y participado de sus errores, y adquirido en sus diez tomos gran suma y variedad de conocimientos que no hubieran hallado reunidos y organizados en una sola obra de fácil alcance y de lectura á veces amena é interesante y siempre soportable. Para los españoles ha muerto un maestro, no por que haya concedido á nuestra historia entre la universal toda la importancia y atención á que tiene derecho, por ser nuestros antepasados de los que más han influido en la transformación de la edad antigua en la moderna, con sus descubrimientos, trabajos y conquistas, que eso no está escrito todavía por nadie con la extensión que se merece; sino, como dijimos antes, porque en Cantú hemos aprendido los aficionados á leer la mayor copia de conocimientos históricos desde los tiempos primitivos, y no en series monótonas de monarcas y guerreros, ó sean biografías y campañas interminables, sino la evolución intelectual de todas las razas, con sus costumbres, vicios, virtudes, adelantos y extravagancias, convirtiendo la historia de los héroes y caudillos en la historia del hombre y de la ciencia. Podrá su *Historia* necesitar grandes rectificaciones y aumentos; pero influirá por su método y la amplitud de su intención en las que quieran sustituirla, continuarla y ocupar su puesto. La muerte de César Cantú es, pues, para nosotros una pérdida que nos parece casi familiar.

°°°

La recepción del maestro D. Felipe Pedrell en la Academia de Bellas Artes, el mismo día en que daba en el Ateneo su segunda conferencia histórico-musical, no nos permite dar sino muy ligera idea de ambos acontecimientos. Bástenos decir que el discurso del Sr. Pedrell, después del elogio del maestro Vázquez, su antecesor, se dedicó á ensalzar la memoria de Antonio Cabezón, organista de Felipe II, célebre en su tiempo, y hoy desconocido y olvidado. Y no es un mero trabajo de erudición musical el que guía la pluma del maestro: el Sr. Pedrell enarbola una bandera que lleva este lema: «El arte musical español tiene precedentes tan bellos y carácter tan propio, que no necesita pedir prestado nada al extranjero, sino inspirarse en el espíritu nacional y continuar su historia.» Y como esto no puede suceder si no se aprende lo que fuimos, de aquí la ímproba tarea que ha emprendido de desenterrar de los archivos nuestra riqueza musical. El organista de Felipe II, el ciego Antonio Cabezón, es, á juicio del Sr. Pedrell, el Bach español del siglo XVI, que precede á aquél en ciento cincuenta años. Considerado en su tiempo como un prodigio, se perdieron sus obras acaso más importantes; desapareció su retrato en el incendio del Alcázar, y su sepulcro en el de San Francisco el Grande, y pasó á ser curiosidad bibliográfica el libro en cifra titulado: *Obras de música para tecla, arpa y vihuela, de Antonio Cabezón, coleccionado por su hijo, y costeado por Felipe II.* Este maestro, según el Sr. Pedrell, no sólo se adelantó á su época, sino que el estudio de sus obras ha de rectificar nuestras ideas, haciendo retrotraer al organista español ciertas innovaciones. Hay en sus dos Salmodias, Tientos é Interludios una afinidad de concepto con los corales de Bach, «que dejará maravillado al lector que haga la confrontación bajo el punto de vista de la idealidad artística». Y sobre todo, hay «un *cierto algo* que no ha podido realizar el arte con todos sus elementos técnicos. Ha pasado por ellos la visión de la belleza eterna.»

Y si el Sr. Pedrell alza la bandera del arte hispano, no reniega de Wagner y cuanto acuse progreso y evolución, sino que quiere aspirar las esencias de aquellas formas, «sentado á la vera de nuestros jardines meridionales».

D. Ildefonso Jimeno de Lerma, el padrino y presentador del Sr. Pedrell, no es sólo un notable maestro compositor y un maestro en el instrumento fabricado para dirigirse á Dios; es un creyente, y así lo demostró en el tema de su discurso: ni podía ser otra cosa el hijo de otro maestro insigne que era una autoridad en música religiosa, cuyo nombre figura en la serie gloriosa de los organistas españoles. Por eso saluda al autor de la Antología de nuestros antiguos músicos, de quienes había hecho también curiosos estudios biográficos. El Sr. Jimeno lamentó la decadencia actual de la música sagrada, ponderó las excelencias del órgano con autoridades de gran renombre, y demostró su simpatía al gran rey Felipe II, de memoria grata para los músicos, recordando que no sólo favoreció á Cabezón, sino al célebre Tomás Luis de Victoria, y «costeó la edición de ciertas obras de Palestrina ó quizás de todas». Pero no cabe extractar discursos tan nutridos. Bástenos añadir que el Sr. Jimeno de Lerma tiene la seguridad de que el Sr. Pedrell es un sacerdote del arte, al sostener en la lucha de toda su vida que «arte que marcha contra la corriente de toda idealidad, es arte que se hace para brillar y adinerarse.» Por último, concluyó manifestando que con lo ya trabajado por el Sr. Pedrell y lo que espera de él la Academia, y la protección natural que merecen sus esfuerzos, ha de ser el verdadero y completo historiador de la música española.

Dos premios se adjudicaron en aquella misma sesión por dos cuadros simbólicos, representando la cultura española: el primero le obtuvo nuestro querido colaborador Sr. Garnelo, de quien tantas muestras de talento tiene LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA del año último; y el segundo el joven discípulo del distinguido maestro D. Dióscoro Teófilo Puebla, Sr. García Sampedro; ambos cuadros interesantes por diversas condiciones, y aun manifestó el director de la Academia, Sr. Madrazo, el sentimiento que aquella corporación artística tenía de que no hubiera habido mayor número de premios para recompensar á otros artistas de mérito que acudieron al certamen.

No fué menos interesante que la primera la segunda conferencia histórico-musical del Sr. Pedrell en el Ateneo de Madrid. Como éstas han de ser estudiadas en conjunto por quien lo entiende, nos limitaremos á manifestar el efecto que hizo en el público teniendo en cuenta esta nota del programa: «Los ejemplos están á cargo de la señorita Tormo (arpa), los Sres. Granados (piano), dos solistas y una pequeña masa coral é instrumental.» Los caracteres salientes de esta conferencia fueron: la gran lectura de libros antiguos españoles del Sr. Pedrell para extraer noticias musicales, y el arte para exponerlas con agrado; su tendencia patriótica para dar á conocer nuestra antigua música, con sus diversos géneros y modificaciones, y el gusto y buena elección de los ejemplos. Casi todos fueron repetidos, y con gran entusiasmo el fabordón de sexto tono, á cuatro voces, que pareció música de ángeles, y algunos villancicos, en especial el que empieza *Meus olhos van per lo mare;* una pavana de Antonio Cabezón, delicadísima y elegante, y unas preciosas danzas, *Españoleta y Paso medio*, que se repitieron tres veces. Casi toda esa música era anónima, y toda tan curiosa, como lo prueba el ser una de ellas la de los romances de Calaínos. Si dijéramos al Sr. Pedrell todo lo bueno que se merece, no tendríamos espacio en nuestra Crónica.

°°°

Un sabio ha analizado la saliva de varios animales domésticos, el caballo, el gato y el perro, y ha encontrado en ella muchos microbios patógenos ó dañinos.

—¿Luego debemos impedir que nos laman?—me pregunta Sinforosa.

—Sí, la lengua de cada animal de esos es un hospital.

—Pues si esos animales inofensivos tienen tantos microbios, ¿cuántos tendrán las lenguas de los maldicientes?

—¿Es posible que te guste esa mujer tan sosa?—dice Petra á su hermano.

—Sí, me hace gracia.

—No me lo explico.

—Un ingeniero ha analizado las aguas del Ródano y extraído de ellas mucha sal. Y así como tienen sal las aguas dulces, las mujeres sosas tienen cierta gracia.

En una taberna.

—Las mujeres valen más que el hombre; tienen una costilla más que nosotros.

—Serán las solteras.

—¿Cómo?

—Claro; Dios las dió más costillas, para que se las rompiesen sus maridos.

Un escritor veterano recibe la visita de un principiante.

—¿Traerá usted su manuscrito?—le pregunta.

—Sí, señor—responde tímidamente el novato.

—¿Y qué es, novela, comedia ó tomo de poesías?

—Es una comedia.

—Bien: pero, ante todo, voy á cerrar con llave.

—¿Para qué?

—Para que no te me escapes.

(Saca unas disciplinas y las descarga sobre el catecúmeno.)

—¿Conque uno más? ¿Conque comedia? ¡Toma, bribón! para que te acuerdes.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

CÉSAR CANTÚ,
ilustre historiador.

La vida de César Cantú fué larga y trabajosa.

Nació en Brivio, pueblecillo de la provincia de Como, y pudo estudiar, gracias á una beca que consiguió. A los diez y ocho años enseñaba gramática en Sondrio, de donde pasó á Como, y de allí al Liceo de Milán. Apenas tenía veinticinco años, cuando la muerte de su padre le hizo jefe de numerosa familia, pues tuvo que atender al sustento y educación de su hermano Ignacio y de sus hermanas. Por cierto que este hermano fué muy estudioso é inteligente.

Estas dificultades de la vida no le impidieron cultivar las letras con notable provecho. A los veintiún años escribió un poema titulado *Algiso e la lega lombarda*, y al año siguiente la *Storia de Como*. Desde entonces hasta 1831 sus obras fueron versos, un sermón contra los inmerecidos honores que hicieron en Como á cierta cantante, artículos en varios periódicos y revistas, y estudios y monografías de bastante mérito. El lenguaje que en todas empleaba y su actividad llamaron la atención del Gobierno austriaco, el cual metió en la cárcel al novel historiador. El año que en ella estuvo (desde Septiembre del 33 hasta Octubre del 34) le empleó en escribir su novela *Margarita Pusterla*, y muchos capítulos de un libro de educación popular, al que tituló *El Galantuomo*. Le publicó en 1835, y tras él *Il buon Fanciullo* é *Il Giorinetto*.

En 1836 le encargó el editor turinés José Pomba una Historia Universal, empresa digna de sus alientos, y con la que ganó, además de fama, el suficiente dinero para conseguir una regular posición. En seis años quedaron acabados los 72 tomos de la *Historia*, con la cual se enriqueció Pomba. La ganancia de Cantú se calcula en 300.000 pesetas.

Comprometido en los sucesos de Lombardía el año 48, huyó al Piamonte, para escapar de nueva prisión, que, de seguro, hubiera sido peor que la primera; pero expulsados de Milán los austriacos, volvió á esta ciudad, donde fundó y dirigió un periódico titulado *La Guardia Nacional*.

De 1846 á 1859, es decir, antes del periodo revolucionario, mientras éste duró y después de él, siguió Cantú dando á la estampa obras de gran mérito, unas destinadas á educar é instruir al pueblo, y otras de pura y copiosa erudición y crítica histórica, como la *Storia degli italiani* y *Scorsa d'un lombardo negli archivi di Venezia*.

En 1857 ofreció el príncipe Maximiliano, gobernador general del reino Lombardo-Véneto, que daría una constitución á los italianos dependientes del Imperio. César Cantú fué de los pocos que se dejaron engañar por la promesa, llegando á acompañar al Archiduque en algunos de sus viajes, debilidad que otros patriotas no le perdonaron nunca. Pero nada pudieron contra su laboriosidad las críticas más acerbas, ni las guerras del 59 al 66, en cuyo tiempo escribió *Gli eretici d'Italia*, *Gli illustri italiani*, *Cronistoria dell'in-*

dipendenza italiana, *Sul l'origine de la lingua italiana*, etc.

En 1883 regaláronle sus paisanos una medalla de honor. Sucedió á Minghetti en el puesto de miembro extranjero del Instituto de Francia; era superintendente de los Archivos de Lombardía, y tenía multitud de condecoraciones.

Cantú fué de los revolucionarios italianos que intentaron la conciliación de los intereses de la patria con los de la Santa Sede, tendencia que por desgracia no triunfó. Amigos y enemigos proclamaban su mérito, y le respetaban como una gloria nacional. Las pruebas de cariño y veneración que le dieron en Diciembre último, al conmemorar su nonagésimo aniversario, fueron una verdadera glorificación en vida.

En la página primera de este número publicamos el retrato de César Cantú.

°°°

LOS POETAS DEL DIALECTO ASTURIANO.

D. Teodoro Cuesta. — D. Juan María Acebal y Gutiérrez.

Asturias está de pésame, y de todo corazón se lo damos en estas columnas. Sus dos mejores poetas han muerto con pocos días de intervalo, como si el uno no hubiera querido sobrevivir al otro. Pocas veces habrá sido mayor el duelo de una literatura.

Cuesta era de Mieres, donde vió la luz en 1829. Quedó huérfano á los cuatro años, y en aquella villa pasó la infancia, hasta que, en disposición ya de emprender estudios serios, marchó á Oviedo á comenzarlos bajo la dirección de un tío suyo, famoso médico, que en aquella ciudad vivía. Disgustóse pronto del latín y de la filosofía, y dióse con gran entusiasmo á la música y á la literatura. Para ambas acreditó felicísimas disposiciones, y de ellas vivió á veces, así como de oficios y empleos varios. Fué maestro de la música de su pueblo natal, cajista en varias imprentas, organizador de la banda de música del Hospicio Provincial, y empleado.

Brilló singularmente en la poesía. Diez y seis años tenía cuando escribió su primera composición, titulada *La Mendiga*, que se leyó con gran aplauso en el teatro. En 1854 publicó otras muchas, todas de mérito. Sus temas eran entonces históricos. Las que después ha dado á luz en periódicos españoles y americanos son innumerables, sobresaliendo todas por la suavidad, gracia y frescura que, juntas con el profundo asturianismo de que están impregnadas, distinguen á las obras de Cuesta. Fué cantor obligado de todos los sucesos notables de su tierra en los últimos cuarenta años.

A la amabilidad del Sr. D. Fermín Canellas, gran admirador y amigo del inspirado poeta, debemos el retrato de éste, que publicamos en la pág. 160, y los datos de esta breve noticia biográfica.

Acebal había nacido en Oviedo en Marzo de 1815. Estudió lengua latina en su ciudad natal, y después Humanidades y Filosofía en el Colegio de la Compañía de Jesús en Madrid, donde se hallaba cuando el bárbaro asalto á los conventos (1835). No poco debieron influir aquellas escenas en la consolidación de la fe tradicionalista de Acebal. Vuelto á Oviedo, dió muestras de singular habilidad en las artes mecánicas, fundando con su hermano Francisco varios talleres. Dedicóse con preferencia á la fundición de hierros y bronces y construcción de máquinas para relojes. Los hermanos Acebal establecieron en Oviedo los primeros molinos harineros de vapor y los hornos giratorios Rolland. Juan María modeló y vació bustos con mucho acierto, entre otros los de D. Benito Canella y D. Andrés Menéndez Valdés.

Fué poeta notable por la galanura de la frase, novedad de los conceptos, corrección verdaderamente clásica y lozanía. Con la poesía á *María Inmaculada* ganó el primer premio de bable en el certamen literario de la Juventud Católica de Oviedo en 1872. Otras muchas composiciones suyas en el mismo dialecto son dignas de figurar en primera línea; pero como citarlas todas es imposible, recordaremos aquí *Cantar y mas cantar* y *La Fonte de Fascura*. También tradujo primorosamente á Horacio.

El retrato de Acebal va en la misma página que el de Cuesta.

°°°

NAVARRA.

Castillo de Javier.

El segundo grabado de la pág. 160, hecho de fotografía del Sr. Marqués de Villafuerte, que cultiva esta esp cialidad con amor de artista, representa el histórico castillo de Javier, tal como le restauraron en 1892 los Duques de Villahermosa, Condes de Guaqui, deseosos de conservar bajo el manto de la religión y volver al decoro del arte la cuna de su glorioso antepasado San Francisco Javier.

Hállase situado tan pregrino monumento sobre el río Aragón, á dos leguas de la villa de Sangüesa y á media del histórico monasterio de San Salvador de Leyre. Perteneció primero á los reyes de Aragón: el de Navarra, Teobaldo I, lo dió en 1236, con la villa de Javier, á Aznar de Sada, cuya última sucesora directa, D.ª Juana Aznárez, casó con don Martín de Azpilcueta, por donde el señorío de Javier, que habían seguido disfrutando los Aznárez, vino á unirse con el de Azpilcueta hacia el último tercio del siglo XV. Era entonces el castillo una casa fuerte, importante, no sólo por sus sólidas defensas y por el escudo de los Javier (que era luna escaqueada de blanco y negro en campo de gules), que ostentaba sobre la ojiva de su puerta, sino por el derecho de asilo de que gozaban sus señores, que les permitía amparar y defender á cuantos allí se acogiesen.

La hija del D. Martín y D.ª Juana, D.ª María, casó con el doctor D. Juan de Yassu, y de este matrimonio nació, en uno de los aposentos del castillo, en 1506, y allí se crió, el que había de ser apóstol de las Indias, cuya misión civilizadora había de elevarle á los altares, donde se venera con el nombre de San Francisco Javier.

Algo padecieron los señores de Javier y su castillo cuando la conquista de Navarra por el Rey Católico. Y andando los tiempos, vinieron á heredar la casa de Javier los Duques de Granada de Ega, de uno de los cuales, D. Francisco Javier de Idiáquez, que también llevaba el apellido Gonzaga, como descendiente de otra gloria de la compañía de Jesús, lo heredó su nieta la actual Duquesa de Villahermosa, que con su esposo el inolvidable y caballeresco Conde de Guaqui, ha hecho la indicada restauración, y, más aún, ha convertido el memorable castillo en residencia de hermanos del apóstol de las Indias, y en oratorio el aposento en que éste vió la luz para gloria de la Iglesia.

°°°

BUQUES DE LA COMPAÑÍA TRANSATLÁNTICA

destinados al transporte de tropas á Cuba.

Cuando comenzó en Cuba la guerra separatista el año 1868, debía ser de 20.000 hombres la guarnición de la isla, pero sólo había unos 5.000 en armas. Lo mismo exactamente ha sucedido ahora, sin que doce años de campaña, 130.000 muertos (entre cubanos y peninsulares) y 3.500 millones de pesetas perdidos hayan producido escarmiento. Quizás no se encuentre caso á este semejante en toda la Historia.

Para suplir la falta de soldados que en Cuba había y que era urgente remediar (todo es urgente para los desprevenidos), se determinó sacar un batallón de cada uno de los siete cuerpos de ejército de la península, sorteando los soldados, oficiales y jefes que habían de formarle. Así se hizo con tanta diligencia que las tropas se embarcaron en los puertos de Santander, Barcelona y Cádiz los días 9, 10 y 15.

Según costumbre, la Compañía Transatlántica tuvo á tiempo los vapores necesarios para el embarco de tropas, haciéndose éste con toda comodidad y sin confusión en los transatlánticos *Antonio López* (3.700 toneladas), *Buenos Aires* (5.300), *Alfonso XII* (5.200), *Santo Domingo* (2.800), *León XIII* (5.200), *Cataluña* (3.800), *Alfonso XIII* (5.200) y *San Ignacio* (3.230). El lector podrá juzgar del aspecto de todos estos hermosos barcos por nuestro grabado de la pág. 161.

°°°

PEPES Y PEPAS.

Dibujos de Méndez Bringa.

En los dibujos que publicamos en las págs. 164 y 165 ha recorrido el Sr. Méndez Pringa toda la escala social de los Pepes y Pepas, tan nutrida de tipos. Con tal verdad y expresión los ha dibujado, que no necesitan explicación, bastándole al lector mirarlos para conocerlos.

Como el número de los que llevan en España el nombre del glorioso esposo de la Virgen es infinito, muchos habrá más ó menos semejantes á los tipos de Méndez Bringa. A D.ª Josefa parece que acabamos de encontrarla en la calle, y casi juraríamos que hemos visto á Pepito volver de la escuela esta mañana. De Pepita no hay que hablar, porque todos la conocemos, ni de D.ª Pepita la beata nuestra vecina, que se pasa la mañana en la iglesia.

En una palabra, los Pepes y las Pepas de Méndez Bringa son gente de carne y hueso y da gusto mirarla á nuestro sabor en el papel.

°°°

EL PRÍNCIPE DE METTERNNICH.

Ricardo de Metternnich, recientemente fallecido, era hijo del famoso Príncipe de Metternnich, cuya política de resistencia á la revolución se impuso á casi toda Europa hasta 1848. En este año emigró con su padre á Bruselas. Comenzó la carrera diplomática en 1852 como agregado á la Embajada austriaca en París. Representó á su país en la corte de Sajonia, y después de la paz de Villafranca fué embajador de Austria en Francia, donde estuvo hasta la caída de Napoleón, siendo de los que más ayudaron á la huída de la emperatriz Eugenia.



Poco después retiróse de la vida activa, diciendo: «Estoy cansado de la diplomacia: desde hoy no quiero ser más que vinatero.» Cierto que podía declarar este propósito sin sonrojarse, porque las famosas viñas de Joannisberg eran suyas. Dedicado á ellas y á las Bellas Artes ha vivido veinticuatro años, sin mezclarse más en política.

°°°

BELLAS ARTES.

El Ocaso, cuadro de J. Espina. — *El Moscardón*, cuadro de J. Roybet.

En el campo, cuando el sol se pone, la Naturaleza parece más hermosa que nunca, vistiéndose con sus mejores galas y adornándose con los colores más bellos. El ocaso es la hora predilecta de los poetas y de los pintores, como si en ella hubiera más motivos de inspiración que en ninguna otra del día.

El cuadro del Sr. Espina (véase la pág. 168) es uno de los que mejor expresan ese arrobamiento, ese éxtasis que las almas escogidas que saben sentir experimentan contemplando el sublime espectáculo de apagarse la luz del día é ir tachonándose de estrellas el cielo. Está muy bien pintado.

Bien se advierte que *El Moscardón*, del cuadro de Roybet (pág. 169), se juega en Francia y en tiempos muy anteriores á los nuestros. Allí reducíase y redúcese á poner una mano en la espalda, y adivinar, por el golpe que sobre ella se recibe, quién es el que le ha dado. Si se acierta, pasa el que ha sido descubierto á ocupar el puesto del que le descubrió. En España la mano se pone en la cara, con riesgo grave de los jugadores. Debe ser más agradable el moscardón francés que el español.

°°°

MADRID.

Orquesta automática de L. Haberer.

Todos los aficionados á la música que han acudido al Salón Romero á admirar la orquesta automática de L. Haberer, allí instalada, han salido maravillados de este prodigioso aparato. Tiene, según muestra nuestro grabado de la página 172, apariencia algo semejante á la de un órgano, pero el mecanismo y los efectos musicales son muy diferentes á los de dicho instrumento. Es una verdadera orquesta que toca sola, movida por el gas, el agua, la electricidad ó el petróleo, y su manejo sencillísimo.

Contiene de 100 á 1.000 instrumentos, é imita maravillosamente una orquesta de cinco á cien profesores, tocando con gran armonía hasta 1.500 piezas de todo género, desde la música de baile hasta la sagrada. Con decir que lleva ganados el inventor cinco diplomas de honor y trece medallas de oro, muchas cruces é insignias de diversas órdenes, y que su aparato ha merecido las más entusiastas alabanzas de personas de tanta autoridad en la materia como la Patti y Strauss, queda probado su mérito.

G. Reparaz.

LAS CANTIGAS DEL REY SABIO (1).

II.

PROCEDAMOS ahora á dar breve idea de esta espléndida publicación, no tan divulgada aún como su importancia exige, é inaccesible para muchos por el alto precio de sus ejemplares. Se divide en dos grandes volúmenes, que, salvo accidentales reparos, pueden contarse entre las muestras más señaladas de nuestra tipografía moderna, y honran en gran manera las clásicas prensas de Aguado. En papel, tipos y estampación conservan estas *Cantigas* la tradición de los hermosos libros que en el siglo pasado salieron de casa de Montfort ó de Ibarra.

Abrese el tomo primero con una introducción de 226 páginas, trabajo del Sr. Marqués de Valmar; y un extracto del argumento de cada cantiga, con indicaciones bibliográficas sobre sus fuentes debidas en parte á la diligencia del propio colector, y en parte muy considerable á la de otros eruditos extranjeros, y alguno español, cuyos nombres mencionaremos más adelante. Para apreciar rectamente el mérito de estos preliminares y el de la edición misma, conviene recordar las condiciones á que ha de sujetarse la publicación de este género de textos, y ver hasta qué punto han sido cumplidas en la presente.

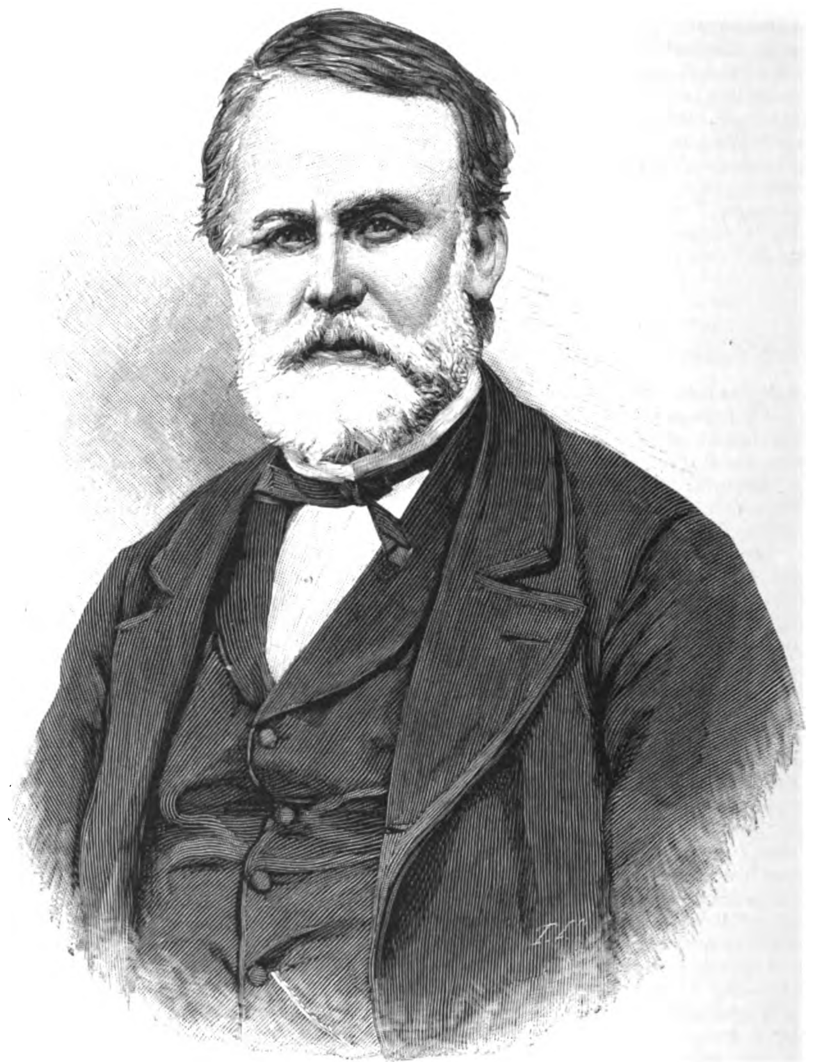
Ante todo, lo más esencial es la pureza é integridad del texto mismo. El de las *Cantigas* ha llegado á nosotros en tres principales códices, uno de la Biblioteca del Cabildo de Toledo y dos de El Escorial. El toledano parece el más antiguo, y tiene enmiendas marginales que, con poca verosimilitud, se han atribuído al regio autor; pero es también el más incompleto. No así el que podemos llamar Escurialense 1.º, que en esta parte le aventaja mucho, así como también al Escurialense 2.º, que debió de constar de dos tomos, pero del cual ahora sólo existe el primero, con 193 cantigas. Lo que hace á este códice verdaderamente extraordinario y peregrino son las 212 láminas en oro y colores que contiene, las cuales son monumento capital, ya que no único, del arte de la iluminación pictórica en España durante los siglos XIII y XIV, y museo el más rico que puede encontrarse de indumentaria, mueblaje, armas y edificios de la Edad Media. El estilo de estas miniaturas atestigua la influencia del arte francés: pero desde luego puede afirmarse, por testimonio de Paul Meyer, que son enteramente diversas de las que acompañan á los *Miracles de la Vierge*, de Gautier de Coincy: y hoy por hoy no se puede ni afirmar ni negar que fuesen españoles, aunque educados

(1) Véanse los números VIII y IX.



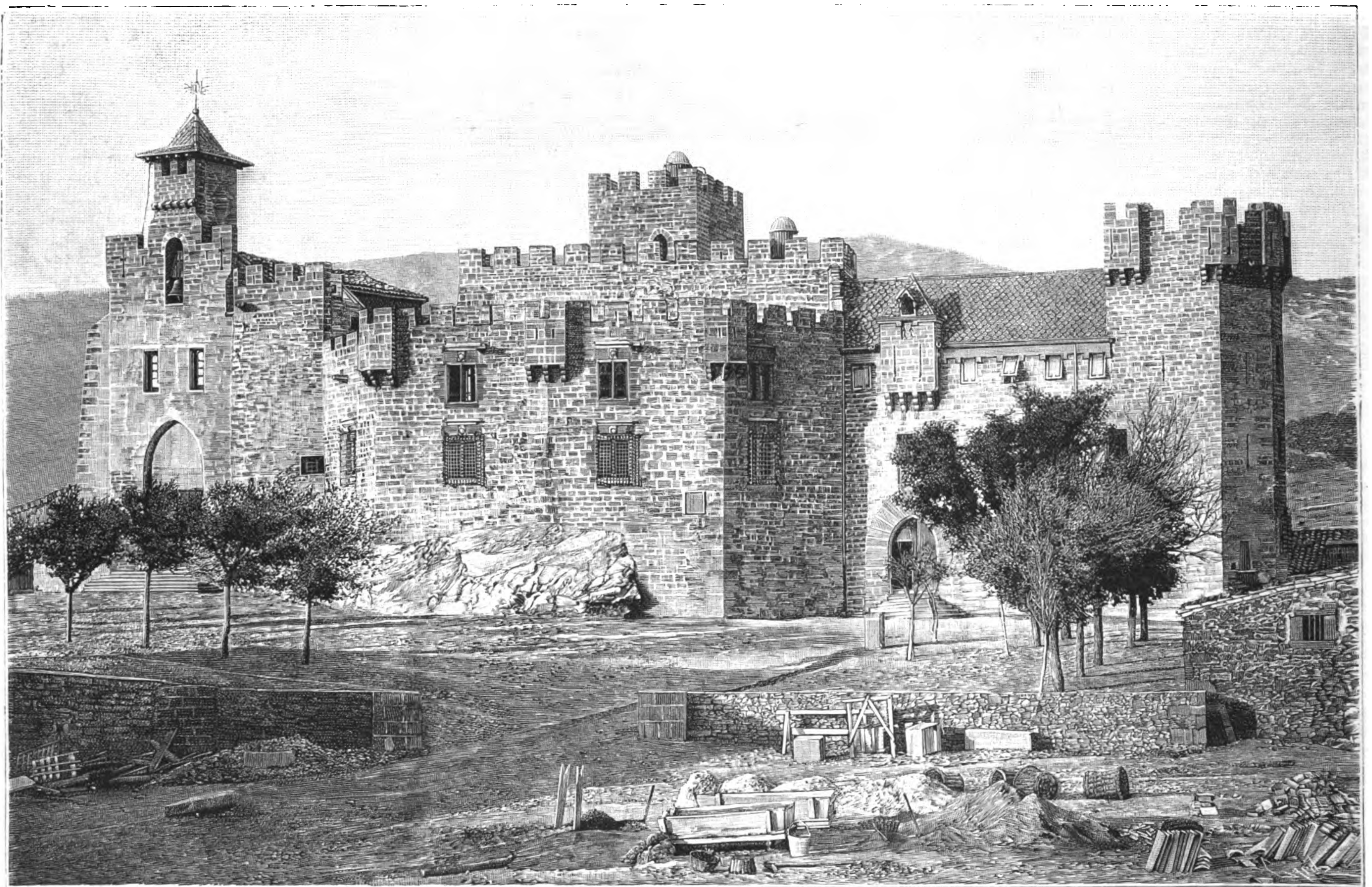
D. TEODORO CUESTA

Nació en Mieres, el 4 de Noviembre de 1829; † en Oviedo, el 4 de Febrero último.



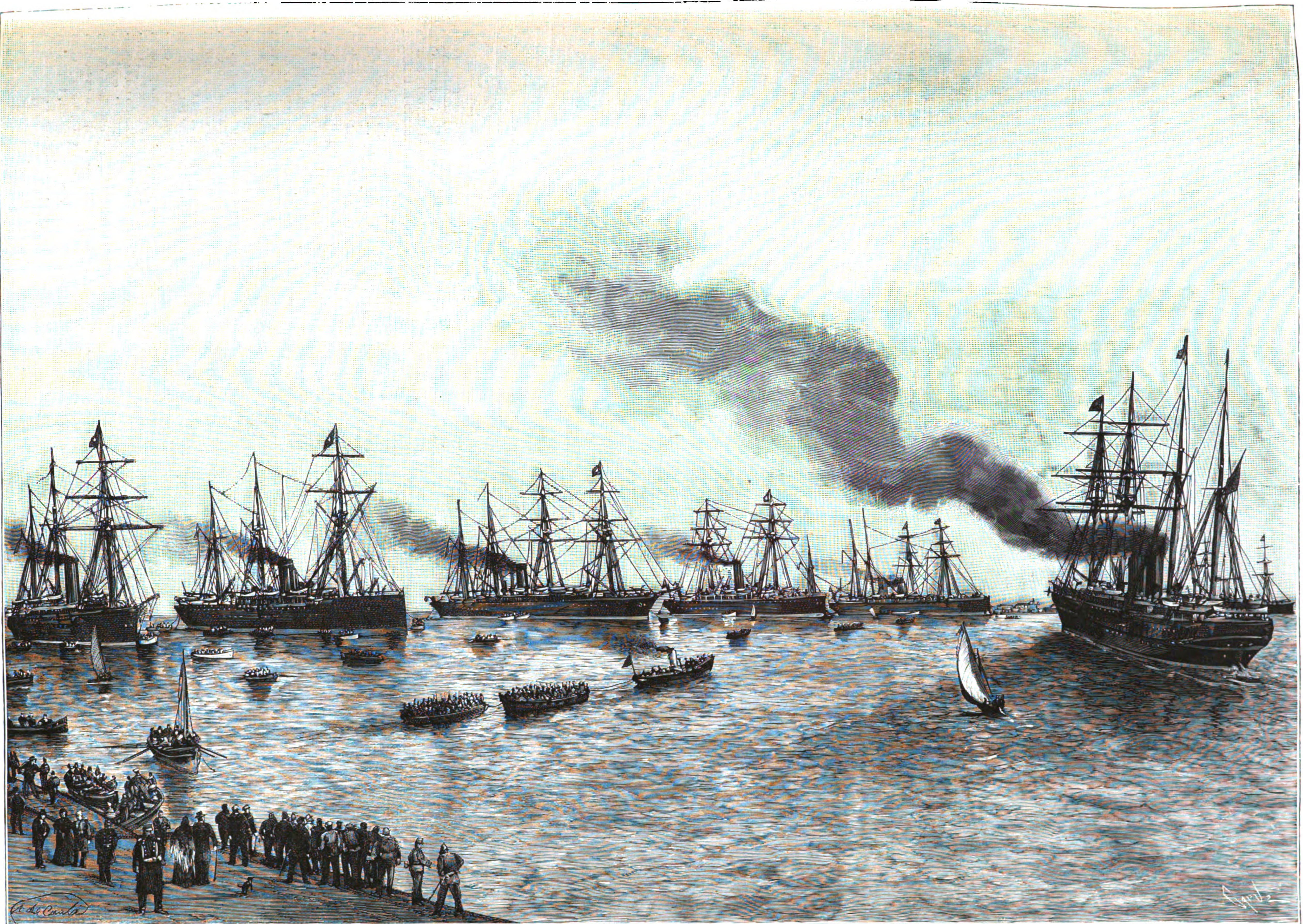
D. JUAN MARÍA ACEBAL Y GUTIÉRREZ.

Nació en Oviedo, el 8 de Marzo de 1815; † en la misma ciudad, el 17 de Febrero último.



NAVARRA.—CASTILLO DE JAVIER, DONDE NACIÓ SAN FRANCISCO JAVIER, PROPIEDAD DE LOS DUQUES DE VILLAHERMOSA, CONDES DE GUAQUI, Y POR ÉSTOS RESTAURADO EN 1892.

(De fotografía del Marqués de Villafuerte, actual Conde de Guaqui.)



Antonio López. Buenos Aires. Alfonso XII. Santo Domingo. León XIII. Cataluña. Alfonso XIII. San Ignacio.

BUQUES DE LA COMPAÑÍA TRANSATLÁNTICA DESTINADOS AL TRANSPORTE DE TROPAS Á CUBA.

(Dibujo de A. Caula.)

en la escuela del Norte de Francia, los ignorados artistas que ejecutaron tales representaciones.

Prescindiendo de otros códices de las *Cantigas* que existieron en tiempos pasados, pero de los cuales no queda más que el recuerdo, sólo puede citarse, además de estos tres que tenemos en España, uno incompleto y al parecer bastante incorrecto que posee la Biblioteca Magliabechiana de Florencia, con 104 cantigas, entre loores y milagros. Descubierto este códice cuando ya la edición del texto estaba terminada, no se han podido utilizar á tiempo sus variantes, que brindan con materia de importante estudio á cualquiera de los doctos filólogos con que hoy se envanece Italia. Pero por mediación del profesor de Pisa Dr. Emilio Teza, logró el Sr. Cueto copia de dos cantigas inéditas que el códice florentino encierra, y pudo completar con ellas su edición, insertándolas en los preliminares.

Aunque las discrepancias entre los tres códices españoles de las *Cantigas*, gracias á la feliz circunstancia de ser todos muy esmerados y escritos con gran magnificencia, no sean tantas como pudiera creerse, todavía ha tenido que ser largo y difícil el trabajo de la reproducción paleográfica, en que principalmente intervino como auxiliar el finado D. Fausto López Villabrille. Por supuesto que se ha huído del antiguo y fatal sistema ecléctico de mezclar en un mismo texto variantes de diversos códices. La edición va ajustada á uno solo, el mejor y más correcto, que es el Escurialense 1.º, pero se consignan en notas todas las diferencias que presentan los otros dos.

Esta edición reproduce, pues, de un modo completo y fidedigno la parte literaria de las *Cantigas*. No sucede lo mismo con la parte artística; pero no creemos que esto pueda ser motivo de fundada acusación contra la Academia Española, que ni por el peculiar objeto de su instituto, ni por los recursos de que podía disponer para tal empresa, era la llamada á realizar totalmente el *desideratum* de la erudición arqueológica en este punto. Una edición monumental de las *Cantigas*, para llegar á aquel punto de perfección que cabe en lo humano, debía reproducir íntegra la música de las canciones, traduciéndola á notación moderna; debía reproducir asimismo todas, absolutamente todas las miniaturas en oro y colores que realzan esos incomparables manuscritos. Las *Cantigas* no son solamente un libro literario, un cancionero como tantos otros: son principalmente una especie de Biblia estética del siglo XIII, en que todos los elementos del arte medioeval aparecen enciclopédicamente condensados. Por eso, aun siendo verdaderamente regia esta edición, todavía recelamos que ha de parecer harto modesta á los que hayan visto los códices de El Escorial. No podrá menos de acontecerles lo que á los ancianos judíos que habían visto el templo de Jerusalén antes de la cautividad, y encontraban pobre y mezquino el segundo templo que se levantó después de la vuelta. Diez copias cromolitográficas de otras tantas láminas no bastan para dar idea de aquel tesoro artístico, mucho más dejando, como dejan, harto que desear «en fidelidad, primor y corrección», como advierte con plausible imparcialidad el sabio autor del prólogo. Ni él ni la Academia son responsables de ello en manera alguna. Hay siempre gran trecho de lo que se piensa, desea ó imagina á lo que en definitiva es factible; y en España, por nuestra nacional penuria, son más inasequibles tales empresas que en parte alguna. Queden reservadas, pues, para tiempos más felices, y entretanto contentémonos con poseer magníficamente impreso el texto, aunque sea sin música y sin iluminaciones. Otro reparo puede hacerse, fundado en esta magnificencia misma; y con mi genial franqueza he de añadir que por mi parte no hubiera dudado en someterle á la opinión de la Academia, si yo hubiese tenido la alta honra de pertenecer á ella en el tiempo ya lejano en que se trató del modo y forma de imprimir las *Cantigas*. Lo que entonces se resolvió, sería sin duda lo más acertado, y yo por mil razones no puedo ni debo impugnarlo; pero puesto que era humanamente imposible dar una edición monumental con todos los requisitos que podían desear los más exigentes, tengo para mí que los únicos *lectores* posibles de las *Cantigas* (que podrán ser por término aproximado un centenar en toda Europa y aun pienso que me excedo algo en el cálculo), los que necesitaban ese texto para estudios comparados de gramática ó de literatura de los tiempos medios, en una palabra, los profesores y los estudiantes de filología romance, que son el verdadero, aunque limitado, público para esta clase de libros, hubieran preferido una edición más cómoda de manejar, más humilde de aspecto y más adecuada á la ordinaria flaqueza de sus bolsillos; una edición, en suma, cuyo coste no excediese del ya bastante elevado que tienen los cancioneros portugueses publicados por el editor Niemeyer, de Halle, bajo la dirección de Monaci. Ningún libro de erudición puede resultar muy barato, si se imprime como Dios manda; pero ¡hay tan poca gente en disposición de pagar cuarenta duros por un libro, de poca amenidad y de difícil inteligencia! Las *Cantigas*, tal como están, parecen destinadas á un público de grandes señores y de banqueros, que probablemente no han de ser los que más soliciten su lectura. En cambio, la magnificencia de la edición (y en esto hablo por experiencia propia) dificulta su manejo y la hace sumamente embarazosa para todo estudio formal y seguido. Teme uno estropear tan preciosos volúmenes dejándolos rodar sobre la mesa de trabajo, y por otra parte es necesario un atril para moverlos.

Pero dejando á un lado lo material de la edición, cuyas ventajas y desventajas quedan imparcialmente señaladas, y continuando el breve examen que de la parte intrínseca veníamos haciendo, conviene fijarnos en el inmenso trabajo de interpretación y comentario que acompaña al texto. Toda publicación del género de las *Cantigas* reclama principalmente tres cosas: un vocabulario y una gramática: un estudio sobre las fuentes: una apreciación general del valor histórico y literario del documento.

El vocabulario está hecho: ocupa más de una tercera parte del tomo II, y es una labor verdaderamente hercúlea, que llena el ánimo de asombro y reverencia, cuando se repara que ese *Glosario* no es obra de un filólogo de profesión, en edad robusta y educado en los métodos modernos, sino fruto del esfuerzo individual de un filólogo *autodidacto*, que no pudo aprender de joven lo que en su tiempo no se sabía, y que tocando ya en los umbrales de la vejez, emprendió por sí solo, en un país donde no hay escuela de filología, ni libros de ella apenas, un estudio árido, prolijo, ingrato para quien había pasado toda su vida en las amenidades de la crítica estética y en el trato familiar con los más altos ingenios de todas las literaturas. Que en este *Glosario*, y sobre todo en la parte etimológica de él, haya cosas controvertibles y acaso erróneas, como en todos los glosarios del mundo, los cuales tienen que ser trabajos imperfectos y sujetos á continua rectificación por su índole misma; que se noten en él faltas y sobras y quizá cierto abuso de erudición extemporánea, defecto en que fácilmente cae el que tiene á la vista tantos y tan ricos materiales como se han ido acumulando sobre algunas ramas de la filología neolatina, son lunares que no afean el mérito del conjunto, que es, además de un grande y útil trabajo, un bueno y meritorio ejemplo, que ojalá encontrase imitadores en nuestra juventud, tan desapegada de todo trabajo serio.

Ya he insinuado antes el reparo más grave que se puede objetar á este *Glosario*. Se dirá, y con razón, que es riquísimo en referencias al antiguo francés y al provenzal, y por el contrario extremadamente parco en el empleo de textos galaico-portugueses, que son los que en primer término parece que debían figurar en la interpretación del más antiguo monumento de la literatura gallega. La lengua poética de las *Cantigas*, ó por mejor decir, la lengua poética de Galicia (que seguramente tuvo monumentos más antiguos que éste, porque su relativa perfección no pudo ser obra exclusiva de un rey poeta, ni tales milagros pueden aceptarse en buena crítica), se modeló indudablemente sobre el tipo de la lengua de los trovadores de Aquitania; pero nunca ha de olvidarse que no fué hija, sino hermana, aunque de más tardío desarrollo; y que al desprenderse del latín vulgar, siguió un proceso evolutivo propio, y este es el que principalmente hay que estudiar, y el que en rigor apenas ha comenzado á estudiarse, puesto que no hay en el campo de los estudios románicos territorio menos explorado que el galaico-portugués, que, á decir verdad, no cuenta hasta ahora más que con un solo, aunque muy notable cultivador: Adolfo Coelho, el sabio autor de la *Gramática histórica de la lengua portuguesa*. Es lástima (lo digo sinceramente) no ver figurar su nombre en la lista de las personas que han colaborado de algún modo en el trabajo de las *Cantigas*. No aparece más nombre portugués que el de Teófilo Braga, muy respetable sin duda en el campo de la historia literaria, pero que nunca ha hecho profesión de filólogo, lo cual exige aptitudes muy diversas y que rara vez se ven reunidas en una misma persona, á menos de tener el poder genial de un Grimm ó un Diez.

Al *Glosario* debían preceder unas nociones gramaticales, por someras que fuesen, de la lengua de los cancioneros galaico-portugueses, sin las cuales tiene que resultar algo empírica la declaración de los vocablos, y queda en el aire su proceso morfológico, el cual importa más que su correspondencia en las demás lenguas romances. Y si se atiende á la portentosa riqueza de formas que pueden sacarse del Cancionero de la Vaticana, del de Ajuda, del Colocci Brancutti, no puede menos de lamentarse que sean tan pocos los pasajes de estos cancioneros que se traigan para ilustración del texto de Alfonso *el Sabio*, cuya clave más próxima debe buscarse en los monumentos poéticos de la misma lengua en que él escribía, y que sustancialmente se mantuvo la misma durante dos centurias. Tampoco abundan, y muchas veces hacen falta, las comparaciones con el gallego y el portugués modernos.

El *Glosario*, pues, aunque magistral si se le compara con los de D. Tomás A. Sánchez, con el del Cancionero de Baena, con los que llevan algunos tomos de la Biblioteca de Rivadeneyra, y en general con todos los que acompañan á los textos de la Edad Media publicados hasta ahora en España; y suficiente de todas maneras para su primordial objeto, que es facilitar la lectura del original, no puede considerarse como definitivo, ni por tal le estima la modestia de su egregio autor. Es, y esto basta, un monumento de ciencia y paciencia aplicadas á una materia enteramente virgen, y en que «sólo el atreverse era heroísmo», según la sabida frase de Reinoso.

Después de la lengua de las *Cantigas*, lo primero que llama la atención en ellas son los orígenes de cada una de las tradiciones devotas que este vastísimo repertorio encierra. No hay colección más rica de leyendas exclusivamente *marianas* en toda la literatura de la Edad Media. Este punto está sabia y admirablemente tratado en el capítulo IV de la *opulenta* introducción del Marqués de Valmar, como justamente la califica Teófilo Braga. El docto colector empieza por clasificar estas fuentes, reduciéndolas á los siguientes grupos: *a)* Legendarios latinos de la Edad Media; *b)* Narraciones latinas de carácter menos universal y cosmopolita, formadas por lo general en santuarios famosos: *c)* Colecciones de milagros escritas antes de fin del siglo XIII en las demás lenguas neolatinas; *d)* Tradiciones y consejas orales; *e)* Impresiones y recuerdos de la propia vida del sabio Rey ó de las personas de su familia. Entre las primeras sobresalen el *De Miraculis Beatæ Virginis Mariæ* del monje de Cluny, Gualtero; el libro VIII del *Speculum Historiale*, de Vicente de Beauvais; el *Liber de Miraculis Sanctæ Dei genitricis Mariæ*, atribuído, al parecer con no bastante fundamento, al benedictino Pothon; y como única colección formada en España, que conozcamos hasta ahora, el *Liber Mariæ*, del franciscano Gil ó Egidio de Zamora, del cual el P. Fita ha dado á conocer en el *Boletín de la Academia de la Historia* hasta cincuenta leyendas combinadas con otras tantas cantigas. Entre las colecciones de índole local relativas á santuarios particulares, hay que citar en primer término la del monje Hermán de Laon, *De Miraculis Sanctæ Mariæ Laudunensis;* la de Hugo Farsito, discípulo de San Bernardo, *De Miraculis Beatæ Mariæ Suessionensis;* la de los Milagros de Nuestra Señora de Rocamador, etc. Pero aparte de las fuentes escritas, que vió sin duda en crecidísimo número el devoto poeta de las *Cantigas*, invoca á cada momento la tradición oral:

> Mi contó un crérigo
> que o achou escrito.....
> .....que eu oy.....
> .....que contaron á mí.

Como Vicente de Beauvais, el llamado Pothon, y Gil de Zamora suelen copiarse hasta en las palabras, y el Rey Sabio, por el contrario, procede con libertad poética, no siempre es posible determinar cuál de los tres repertorios tenía á la vista el Rey Sabio; pero todas las probabilidades están á favor del primero, no sólo por ser el más copioso, célebre y autorizado, sino por constar de un modo positivo que la grande obra enciclopédica del famoso dominico había sido enviada en don por el rey de Francia, San Luis, al de Castilla.

Mucho más difícil es determinar las relaciones de las *Cantigas* con las dos colecciones más célebres de milagros de la Virgen en lengua y poesía vulgares, la francesa de Gautier de Coincy y la castellana de Gonzalo de Berceo. El modo de exposición rápido y lírico de las *Cantigas* contrasta tanto con la narración lenta y detallada de los otros dos poetas hagiográficos, que no es posible establecer parentesco directo entre unas y otras versiones, las cuales, por otra parte, tienen un mismo fondo general. Ni siquiera la influencia directa de Gautier de Coincy en Berceo está tan probada como parecen creer algunos eruditos franceses, aunque sea en sí misma muy probable. Todo cuanto sobre este punto se escribe en la introducción es digno de grande alabanza, por la impar-

cialidad, el discernimiento y la mesura con que están presentados los datos del problema. El espíritu sutil y perspicaz del autor luce principalmente en la comparación minuciosa de los detalles de las leyendas, único camino seguro para establecer su árbol genealógico. El resultado, sin embargo, no puede pasar en la mayor parte de los casos de una aproximación discreta, por la especial manera sintética y condensada con que trata los asuntos el Rey trovador, como cuadraba á la índole subjetiva y musical de su poesía, en que sólo el tema es narrativo.

A falta, pues, de la fuente inmediata, que es en la mayor parte de los casos inaveriguable, importa reunir el mayor número de concordancias posibles en todas las literaturas de la Edad Media, y esta es la tarea que con pasmosa erudición y diligencia han llevado á cabo, secundando al Marqués de Valmar, varios investigadores extranjeros, distinguiéndose entre ellos, por el número y rareza de las indicaciones que ha aportado al trabajo común, el docto profesor de Viena Adolfo Musafia. Las hay también, muy curiosas y estimables, de Meyer, de Alejandro de Ancona, de Ernesto Monaci, de Emilio Teza, de Teófilo Braga, del P. Fita y algunos otros. Poco de importancia faltará en tan copioso arsenal bibliográfico; más bien podrá decirse que algo sobra: pero aun esto mismo redunda en elogio de la buena conciencia del Sr. Marqués de Valmar, que por un deseo muy loable, aunque quizás nimio, de dar á cada uno lo suyo, no ha temido repetir muchas referencias y citas idénticas, consignándolas hasta en la propia lengua en que sus autores se las trasmitieron.

A este trabajo acompaña otro no menos prolijo, difícil y meritorio; tanto, que á los meros aficionados puede ahorrarles la lectura seguida del libro, y á los que quieran estudiarle con fundamento, ó recordarle después de estudiado, les sirve de índice razonado y de guía segura y sistemática. Es un extracto de los argumentos de las *Cantigas*, clasificados, además, por grupos, para que sea más fácil comparar entre sí las de asuntos análogos, y apreciar los distintos matices de sentimiento y las diversas formas de expresión que toma en la poesía de la Edad Media la devoción á la Virgen.

Pero las *Cantigas*, no sólo importan por su valor lingüístico y por su contenido hagiográfico, sino por la extraordinaria variedad y relativa perfección de sus formas métricas. Son, tomadas en conjunto, la más antigua manifestación lírica conocida hasta hoy en ninguna de las literaturas de la Península, y no muy posterior á las pocas muestras que tenemos del metro épico castellano. Por ellas habrá que comenzar cuando alguien intente hacer una prosodia histórica que todavía nos falta. Sobre este punto versa un capítulo de la introducción, el VII, escrito sin duda con discreción y pulso, pero un poco general y no bastante ceñido al asunto, que daría por sí solo bastante materia para un voluminoso tratado, sin necesidad de insistir en los principios generales de la versificación rítmica comunes á todas las lenguas vulgares. La poética de las *Cantigas* exige un estudio especial, que hubiera traspasado con mucho los límites de una prefación, por extensa que ella sea, y además no puede hacerse aisladamente, sino teniendo en cuenta los demás cancioneros gallegos, para formar el inventario de todos los metros y combinaciones que en ellos se encuentran, y comparar después estos paradigmas con sus equivalentes en la métrica provenzal, de la cual es, en gran parte, una adaptación la lírica galaico-portuguesa. Y digo en gran parte, porque siempre queda en pie la misteriosa cuestión de los géneros semipopulares, cuya verdadera filiación no está descubierta aún, y que son lo más original y poético del *Cancionero Vaticano*, al paso que faltan totalmente en el de Ajuda.

Como nadie puede sostener ya que Alfonso *el Sabio* sea en rigor el más antiguo poeta lírico de la Península, ni siquiera de la escuela gallega (1), sino meramente el primero de quien nos ha quedado un cuerpo ó colección de poesías personales (puesto que en los otros cancioneros, especialmente en el último que hemos citado, hay composiciones sueltas de otros trovadores, indudablemente más antiguos), hay que estudiar su prosodia no sólo en relación con la poesía latina rítmica, popular ó litúrgica, que es sin duda su origen más remoto, sino con la fuente más próxima, que es, como queda dicho, la provenzal, modificada en Galicia en un grado que hasta ahora no ha podido determinarse con precisión, porque los que conocían los cancioneros portugueses desconocían las *Cantigas*, y viceversa. Por eso quedaba siempre

(1) Consta con certeza, por las referencias del *Cancionero Colocci-Brancuti*, que son más antiguos Antonio de Cotón, Pero da Ponte y otros.

manco el estudio de los trovadores que Teófilo Braga llama *pre-dionisios*, esto es, anteriores al rey D. Diniz. Y este será uno de los más grandes y positivos resultados de la publicación de las *Cantigas*, sin las cuales la cuna de nuestra poesía lírica aparecía cubierta de tinieblas, que ahora comenzarán á disiparse. La metrificación de las *Cantigas* es tan varia y abundante que abarca desde los versos de cuatro y cinco sílabas hasta los de diez y siete, sin que falte, por supuesto, el endecasílabo anapéstico, vulgarmente llamado *de gaita gallega*, mezclado con otros de mejor sonido. La variedad de combinaciones es extraordinaria, y muy notable la soltura artística del versificador, que venciendo las trabas de una lengua naciente, se empeña en arduas filigranas métricas, y atina á veces con un género de perfección técnica que parece enteramente moderna. Véase una muestra, tomada de la linda cantiga 79, en que se describe la aparición de la Virgen en sueños á una muchacha llamada *Musa:*

E esto fazendo, á mui groriosa
Parececeu-lle en sonnos sobeio fremosa,
Con muitas meninas de maravillosa
Beldat; e porén
Quisára-se Musa ir con elas logo:
Mas Santa María lle dis:—Eu te rogo
Que sse mig'ir queres, leixes ris'e jogo,
Orgull'e desden.
....
A vint'e seis días tal féver aguda
Fillou logo a Musa, que iougue tenduda,
E Santa María ll'ouu'apareçuda,
Que lle disse:— Veu.
....
¡Ay, Santa María!
Quem se per vos guía,
Quit'é de folia
E sempre faz bem.

No hemos apurado ni con mucho la indicación de todas las materias que siempre con erudición caudalosa, recto juicio, gusto refinado y limpio estilo, trata el ilustre académico en el libro á que ha dado nombre de *Introducción*, y que convendría que se imprimiese aparte, como su autor lo ha hecho recientemente con su bella *Historia de la poesía castellana del siglo XVIII*, escrita para preceder á la colección de los poetas de dicha edad. Si el estudio directo de los textos no es para todos, el de los resultados de la crítica, expuestos en forma fácil y amena, como en estos libros lo están, puede interesar la curiosidad de muchas personas y ofrecerles instructivo solaz, que quizá les anime á mayores lecturas. Cosas hay en esta Introducción que quizá no se relacionan más que de un modo indirecto con la ilustración de las *Cantigas*, pero que son en sí mismas de gran novedad é importancia: por ejemplo, un estudio muy penetrante del carácter moral de Alfonso *el Sabio*.

Pero es hora de terminar este mero anuncio bibliográfico, que se ha ido dilatando más de lo que al principio pensé, sin que por eso llegue á ser verdadera crítica del libro, ni por asomos. Tal género de crítica, aunque yo fuera hábil para hacerla, no cuadraría bien en las columnas de una publicación popular. Los dos volúmenes de las *Cantigas*, estampados «con munificencia soberana y exquisito gusto artístico» (1), están dando ya y han de dar materia por largo tiempo á importantes disquisiciones filológicas en las revistas especiales, que afortunadamente no son raras en Europa, aunque ninguna existe todavía en España. El voto de los críticos más autorizados entre los pocos que tienen autoridad en estas materias, no ha podido ser más favorable al trabajo de nuestro venerado compañero y amigo; y por si acaso se tachase de sobra de afición el nuestro, bastará citar el testimonio del insigne profesor romano, editor de los Cancioneros portugueses de la Edad Media, y de quien bien puede decirse que ha convertido en dominio suyo esta provincia de la historia literaria. Algunos conceptos de una memoria suya, leída en 1892 á la Academia *dei Lincei*, bastarán para mostrar la importancia que fuera de España se ha concedido á esta publicación casi ignorada (¡pena da decirlo!) entre nosotros.

«La edición de las *Cantigas* (escribe Monaci) ofrece á las investigaciones de los romanistas un material de los más atractivos. Con ellos viene á integrarse la serie de las fuentes para la historia de la primitiva lírica hispano-portuguesa, y en ella se encuentran al mismo tiempo nuevos materiales para estudiar mejor al hombre que sintetizó en su persona todo el movimiento intelectual de la península ibérica en el siglo XIII, y que aun no conocido bastante y por muchos mal entendido, va creciendo cada día en la historia como la más alta y viva personificación de su patria en la edad en que floreció; como uno de los grandes civilizadores que en los anales de la humanidad pueden encontrarse..... Ahora ya podemos estudiar la obra poética de Alfonso como si tuviésemos á la vista las copias mismas que él nos dejó; y mejor todavía, porque aquí el texto está acompañado de un concienzudo glosario; y la bibliografía de los manuscritos está enriquecida de copiosas é importantes noticias; y todo, todo lo que puede ayudar al lector en el estudio de las *Cantigas*, de su historia y de su contenido legendario, se encuentra magistralmente recogido en una prefación y en un comentario de más de trescientas páginas, por el cual los estudiosos deberán estar eternamente agradecidos á la doctrina y á las fatigas del benemérito Marqués de Valmar.»

(1) E. Monaci: *R. C. della R. Accademia dei Lincei* (17 de Enero de 1892).

M. Menéndez y Pelayo.

LOS TEATROS.

Juan León en el teatro de la COMEDIA. — Disolución de la primera compañía de NOVEDADES. — Últimas aventuras de los teatros *por horas*.—Anuncio de *La Dolores*, ópera nueva.

USEBIO Blasco ha vuelto al fin al terreno de sus antiguos triunfos, con el estreno de su *Juan León* en el teatro de la Comedia.

Cuando el telón se levanta, abriendo al público la escena, se respira un ambiente español de verdad, ante aquel merendero á la orilla del Manzanares, con aquella mesa *de pintado pino*, rodeada de toreros que beben alegremente y charlan con su jerga característica de cosas de ellos, del señor Tomás, amo del merendero, de su hermosa hija Dolores, y del allí esperado Juan León, el protagonista. Este no es el histórico de nuestra tauromaquia, sino otro Juan, ayer Juan *soldado*, matador de toros ahora, que ha merecido lo de *León* entre *palmas* del público, no como *alias* vulgar, sino como nombre honrosísimo de guerra taurina, en la que sus hazañas le han hecho el ídolo popular de los Madriles.

Hasta la *bronca* final del acto, en que aparece el Duque, gobernador de Madrid, con sus satélites, aquello va *como una seda* de lo más fino, gracias al tipo gentil y airoso del apasionado torero, y al sobrio, bien trazado y graciosísimo del señor Manuel, el picador, y aún más al arrogantísimo derroche de verdadera poesía popular de que hace gala el poeta en boca del valiente matador de reses bravas, tan desdeñado por la Dolores de sus sueños.

Ante esos graciosos tipos y ante esas galas poéticas—que nunca desaparecerán de nuestro nacional teatro—el público aplaudió con entusiasmo verdadero, y aquellas hermosas cuartetas con que el torero contó las tristezas de su vida, y aquellas sentidísimas seguidillas gitanas de su diálogo con la implacable chula, codiciosa de grandezas, dejaron á los espectadores admirablemente dispuestos á oir la obra teatral que todos esperábamos del que tantas veces había triunfado en aquel escenario mismo en que *Juan León* empezaba á moverse con su pasión desesperada.

Pero la obra en que creíamos todos no pareció después, y sólo nos encontramos con alguno de los rasgos característicos de la musa genial de Blasco, con algunos toques hábiles del autor diestro y experimentado conocedor de los resortes del teatro.

La confianza se iba perdiendo á medida que se falseaban las situaciones, se desfiguraban monstruosamente los caracteres y se desnaturalizaba lo que tan natural y propio había comenzado.

El que tantas veces había españolizado ingeniosamente obras francesas, comprometía con procedimientos á la francesa la vida de un asunto del más puro españolismo. Todo el acto segundo adolece y de extremado, vicioso amaneramiento que ha de llevar la acción atropellada y vacilante al innecesario melodramático recurso que nos ofrece á Juan León como hijo bastardo del Duque.

En aquel acto, sólo la angelical Aurora, limpia y luminosa figura de niña ingenua y adorable, nos consuela de las sombras que ya presentimos en el cuadro borroso y sin trazo seguro que el obcecado poeta empieza á prometernos.

En aquel acto, hasta los instintos perversos de la mujer desvanecida y soberbia que ha acariciado en reflejo los esplendores de un mundo que no es su esfera propia, se desarrollan en falso y conspiran contra la realización de los acariciados sueños á que Dolores, la hija del pueblo, sacrifica su propio decoro.

La maliciosa y ladina que abandona á altas ho-



LOS PEPES.
DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA.



LAS PEPAS.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA.

ras de la noche el pobre hogar paterno para entrar furtivamente en la rica y espléndida habitación del hijo del Duque; la que pronuncia aquel triunfal y satánico «¡ya es mío!» al separarse momentáneamente del Marquesito enamorado; la que se oculta—como ladrona de un corazón que la ofrece riqueza y blasones—en el ropero de la señora Duquesa, para vestirse allí con las galas de la madre de su amante; aquella, en fin, que desde su humilde rincón de la orilla del Manzanares ha emprendido ya tan arriscada el viaje de su deshonra, rechaza luego con dignidad risible el viaje precipitado y salvador que, con inocentes y santos fines, no merecidos por ella, la propone su esclavo noble y opulento.

De ese falseamiento de carácter y situación vienen después otros grandísimos errores del poeta, hasta la presentación repugnante de esa inverosímil heroína de la estéril infamia en la capilla donde el suicida muere, donde acaban los tormentos del valiente matador de toros, tan desdeñado y ofendido.

* * *

Yo no sé si Blasco ha leído la *Militona* del famoso novelista y poeta Teófilo Gautier, que en aquella novela—que aún recuerdo después de veinticinco ó treinta años—trata un asunto de nuestras costumbres, y presenta un héroe *toreador* muy parecido al arrogante y apasionado *Juan León*.

Juancho se llama aquel héroe, y *Militona* (Melitona querría decir Gautier) la causa de las aventuras y desventuras del torero, que también se entrega al toro como suicida, á la vista de su desdeñosa, pero en el supremo instante de empezar su faena de matador ante un público andaluz, entusiasta y ferviente admirador de la destreza y valentía de Juancho.

Aparte las exageraciones y *desplantes* del gran estilista francés, metido bizarramente en lo más pintoresco de las costumbres españolas, no han podido borrarse de mi memoria las brillantes descripciones, hijas de la observación justa de todo un artista, que con maravilloso pincel nos ofrece allí los perfumados y umbríos jardines de la Alhambra, donde Juancho acecha celoso y desesperado el paso de Militona y de su envidiado dueño. En el mismo terreno de la tauromaquia tiene aquel artista francés pinceladas que podrían ser encanto y admiración del picador gracioso que prestó quince duros á *Juan León* en los días de aprendizaje del oficio.

Pues bien: sinceramente le digo á Blasco que, si él hubiera leído con atención la *Militona* y empleado su ingenio dramático, su habilidad de adaptación escénica y la sutileza y facundia de su númen poético en traer al teatro aquella interesante y animada fábula del gran novelista, salvando con picardía algunas inocencias y exageraciones de puro extranjerismo, quizás hubiera hecho una obra más breve, pero de más fuerza, de más color y calor popular que la que constituyen los cinco mortales y descosidos actos que no han satisfecho á nuestro público.

Pero ¿quién podrá negar que, aun fuera de las escenas primorosas del cuadro de exposición del drama, hay toques de autor y de poeta dignos de la justa fama que Blasco ha logrado en su labor larga y honrosa?

Atrevimientos muy verosímiles del carácter del Duque; arranques quizás demasiado generosos de su obcecado hijo; delicadezas angelicales de la dulcemente enamorada Aurora; aquella hermosa paráfrasis de la salve que recita en la capilla el atribulado torero; todo eso, y algo más, es digno de tenerse en cuenta para que la censura no se lleve al extremo á que se ha llevado por algunos.

En la ejecución del drama de Blasco, no hay artista del teatro de la Comedia que no haya merecido gratitud del autor y aplausos del público. Dicho eso en honor de la compañía y de su director celosísimo, cito á éste, que hizo primores con la intención de la palabra y los *andares* del *piquero* señor Manuel; y á la Cobeña, que luchaba con las antipatías de su papel odioso; y á la Ruiz, verdadero encanto en la figura angelical de Aurora; y á Thuillier, valiente y apasionado en el protagonista, y arrogante en los más grandes peligros del drama; y á Cepillo, correctamente ajustado al difícil carácter del Duque-Gobernador; y á García Ortega, luchando por definir al marquesito indefinible; y, en fin, al estudioso Lacalle, que hizo del *Choto* un banderillero con *circunstancias* y con vergüenza torera.

Y ahora, que venga Eusebio Blasco con el desquite; que bien necesitados andamos de que nuestra musa dramática vuelva á contar con sus ingeniosos cultivadores de otros tiempos.

Cuando abrió sus puertas el teatro de Novedades y en sus carteles apareció la lista de la compañía, en la que figuraban nombres de actores ya estimados y aplaudidos por nuestro público en teatros principales, todos esperábamos allí una brillantísima campaña. Empezó ésta con actividad verdaderamente prodigiosa, poniendo la dirección artística en escena, una tras otra, las más brillantes obras románticas del repertorio antiguo y moderno, sin olvidar el melodrama, tan del gusto del público especial de aquel teatro.

La variedad á todo trance produjo al principio sus resultados provechosos. Pero pronto llegó á ver la parte más ilustrada de los espectadores las deficiencias de la compañía para ofrecer verdaderos conjuntos de cuadro escénico, notando además que artistas que tanto habían prometido en el principio de su carrera, reaparecían en Madrid viciados por sus largas y duras campañas de provincias, en las que habían emprendido el camino de los que en Francia llaman *cabotins*, cómicos que sacrifican el verdadero arte á los falsos recursos de relumbrón y á los *desplantes* insufribles que arrancan el ruidoso aplauso del vulgo inconsciente.

Avara también de *lo nuevo* la empresa de Novedades, se mostró poco paciente y hábil en sus esperanzas de éxitos positivos, y bien puede asegurarse que sólo mostró confianza ante el éxito de *El pan del pobre*, no sé si porque supo ver que el drama interesaba verdaderamente al público por la novedad palpitante del asunto y el arrojo y valentía de las situaciones, ó porque creyera más despierta la curiosidad pública por las denuncias insistentes de aquel celosísimo senador que veía en el drama una obra demoledora y en sus autores unos anarquistas furibundos.

De todos modos, la obra fué *la del dinero*, y ya no volvimos á ver allí más novedades que *La Procesión*, que anduvo *por dentro*, y *El enigma*, que, con dos solas representaciones, no llegó á descifrarse.

Antes ya de que saliera *La Procesión* había salido de la compañía Donato Jiménez, no tan bien *pagado* por las atenciones de la empresa como por los aplausos del público, que reconoce en él al primer actor de carácter de la actual escena española, así en el género cómico como en el dramático.

Desde que desapareció de Novedades la autoridad indiscutible de Jiménez, aquello fué derecha y rápidamente á la disolución, y hoy tenemos allí otra compañía, que significa muy poco en la *hoja de gastos* de la empresa, pero mucho menos en la hoja importante del interés del público, que, si gusta de melodramas como *La Cabaña de Tom* y *La Revolución francesa*, no gusta de *negros* y Dantones *de guardarropía*. ¿Cómo tratarán allí ahora al divino *Redentor*, tan dispuesto siempre á perdonar á los que *no saben lo que hacen?.....*

El que brilló en primer término en Novedades vuelve á su natural y propio asiento. Donato Jiménez está ya contratado por cinco años por Emilio Mario, que contará así con una legítima autoridad más en su compañía, con aumento de títulos á la consideración, al favor y á los aplausos del público inteligente.

* * *

Si la temporada va acercándose al final con poca fortuna para los teatros grandes, para los *chicos* es terrible el contraste de esta campaña, casi estéril, con aquellas otras que tan fecundas fueron en beneficios.

Apolo, que puede decirse que jugaba la última carta—dentro de su programa cómico-lírico—con *El Domingo de Ramos*, se encontró con que éste no traía *palmas* con fruto, y al fin las buscó absolutamente fuera de sus planes y de sus naturales tendencias.

Porque es preciso declarar que Frégoli—con su media docena de auxiliares mecánicos entre bastidores—no es un legítimo artista de escena cómico-lírica. Él mismo es otro mecánico que hace *cosas* y toca resortes vocales que—sólo por gracia y muy de tarde en tarde—hemos celebrado con risa en geniales artistas nuestros, que lo eran de verdad cuando la musa sin cascabeles se lo pedía.

Pero el público se dislocó ante la varilla mágica del *transformista* escénico, la prensa toda echó las campanas á vuelo, se multiplicaron los retratos con toda la variedad de trajes, gestos y actitudes extravagantes que el argumento requería, y, para mí, es cosa muy triste ver á poetas y músicos y actores españoles relegados al olvido y al desdén, mientras triunfa el *prestidigitador* italiano.

Él es el que ha compensado un tanto á la empresa de Apolo de los descalabros de la temporada. El milagro se ha hecho, y la empresa industrial está de enhorabuena, y mientras sufre ayunos y quebrantos el verdadero arte escénico.

En el teatro de Lara también se ha buscado reclamo compensador del injusto cuanto inesperado retraimiento del público, antes tan atento al trabajo meritorio de aquella excelente compañía y de su estudiosa dirección y al concurso de los más notables poetas cómicos.

Pero O' Kill, el ventrílocuo, no es una novedad sorprendente en los escenarios de la corte, ni ofrece ocasión á que periodistas y dibujantes contribuyan á la atracción estimulante y extraordinaria que ha de excitar el apetito y despertar un tanto la curiosidad del gran público; del público flotante y andariego, que no se casa con Echegaray, ni con Ramos Carrión, ni con Bretón, ni con Chapí, ni con Ricardo de la Vega; ese público que va donde le llaman á gritos, donde no va *lo que zozobra* tantas veces, que es el buen gusto, al golpe de lo incongruente y lo estrafalario.

Ni *Quisquillas*, discreto y gracioso arreglo del francés, de Flores García y Romea, ni *El Carnaval del amor*, extravagancia dialogada y versificada con facilidad pasmosa por Jackson Veyán y con tres alegres números musicales del hábil Julianito, han logrado, con los justos aplausos, toda la atención y todo el interés que del público merecían. ¿Logrará más el ingenioso Monasterio con su *Señor Gregorio*, lindo cuadro de costumbres rurales?

En Eslava triunfó otra vez Chapí en *El Cura del regimiento*, á pesar de las debilidades y excesos del libreto, cuyo autor se ha conciliado al fin ante un juez municipal con el ilustrado crítico que había censurado con tanta razón como dureza las osadías del *presbítero castrense* de Eslava. Y, entre *presbíteros* y *tambores*, ese es el teatro *por horas* que las va pasando más alegres con los favores de *su público*.

Con eso, y los éxitos del teatro Martín en *Noble y sin título*, de Sánchez Castilla, y en los atrevidos *Saltos y sobresaltos*, de Gonzalo Cantó, y con la sorpresa de un completo fracaso ante el bonachón é indulgente público de Romea, queda hecho el rápido resumen de la historia, bien poco grata, de los treinta últimos días de lo cómico y cómico-lírico *menudo*.

Lo grande lírico-dramático nuevo se anuncia para el próximo sábado en la Zarzuela. El drama famoso de Feliu, *La Dolores*, es ya libreto de ópera, y la partitura es de nuestro insigne Bretón. Que se repita el éxito brillante para el poeta, y que en él le acompañen el gran maestro y los artistas intérpretes.

EDUARDO BUSTILLO.

14 de Marzo, 1895.

UNA CRÓNICA DE ROMA.

Triple aniversario de León XIII.—Los más largos pontificados.—El discurso del Papa sobre las Iglesias de Oriente.—Un próximo Concilio en la América Española.—Las conferencias pontificias con los Cardenales-Arzobispos de Westminster y Praga sobre el porvenir de la Iglesia católica en Inglaterra y la agitación israelítica en Austria-Hungría y Bohemia.—Un gran suceso astronómico cristiano.—El archiduque Alberto.

No se dirá que el antiguo cronista de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA en Roma y en Italia abusa de la facultad de reseñar los acontecimientos que en el reino itálico y en la Ciudad Eterna ocurran. Nada he dicho del Carnaval de Milán, Venecia y Roma, sombra éste de lo que fué bajo los pontificados de Pablo II y Sixto IV, y aun en nuestros días: destronado por las Carnestolendas de Niza, asombrosas este año, y por el Carnaval instalado en el Cairo, evocando los cortejos de los Pharaones, las bellezas de Thebas y de Menphis y la grandiosidad de las Pirámides. Y tampoco he consagrado una línea al suceso musical de la Scala de Milán, señalando el triunfo obtenido por Mascagni en su obra predilecta de Guillermo Ratcliff. Pero el aniversario del nacimiento de León XIII y de su elevación al solio pontificio son de interés tan universal, que no pueden pasar inadvertidos para lectores cristianos.

Este pontificado de León XIII sobrepuja ya en mucho al término medio del Papado. De los 263 Pontífices que cuenta la Iglesia católica, desde los días de San Pedro, sólo 11 han gobernado la Cristiandad más tiempo que León XIII.

A propósito de esto, cuéntase en Roma una anécdota reciente, que con placer verán mis lectores. Corrió por la Ciudad Eterna, susurrándose misteriosamente en los palacios de las Embajadas, que en uno de los días más crudos de este incomparable invierno, León XIII había sufrido una parálisis y estaba en gran peligro de vida. La supresión temporal de las audiencias pontificias daba calor á la voz alarmante. Un Embajador, íntimo de Su Santidad, quiso saber la verdad, y, rompiendo la consigna, solicitó, para asuntos urgentes de su patria, una audiencia, que excepcionalmente le fué concedida. Halló al Papa cubierto de su túnica blanca, con una piel dando calor á sus rodillas, pues no pudiendo resistir la atmósfera que producían los caloríferos, por primera vez introducidos este año en las estancias del palacio Vaticano, los había mandado apagar. Dolióse el augusto anciano de que los médicos le impidiesen sabiamente los paseos que cree necesarios á su relativamente florida salud, ya apoyado en su báculo, ya en silla de manos,

por los jardines del Vaticano, cuando árboles y fuentes aparecían, ó cubiertos de nieve, ó cristalizadas por los hielos. Pero sus fuerzas, quebrantadas por fuerte resfriado, se habían fortalecido con amorosos cuidados, y fué León XIII el primero en referir los rumores que sobre su vida habían circulado. Y trayendo la conversación á la eventualidad de su sucesión, dijo, no sin cierta sonrisa, que le parecía bien difícil indicar á la diplomacia, que por aquellos días se preocupaba vivamente de la sucesión al trono pontificio, en quién podía recaer ésta. Y añadió que había visto con dolor tan grande, en los diez y siete años de su pontificado, caer en derredor suyo tantos Príncipes de la Iglesia, que si Dios continúa dispensándole su protección, no sería extraño que el futuro Cónclave sólo pudiera fijar sus ojos en los Cardenales hoy más jóvenes, Svampa, Ferrari y Príncipe de Rende. En el Sacro Colegio, los únicos de más edad que el Pontífice son: Mónaco Della Valletta, decano oficial, por pertenecer al orden de los obispos; y el primero de los ancianos, contando noventa años, cardenal Mertel, que, acabando de salir, como el Cardenal primado de Sicilia y el cardenal napolitano Ruffo Scilla, de enfermedad gravísima, lo ha visto Roma con placentera emoción asistiendo á la Capilla Sixtina, para la coronación de León XIII, conducido casi en brazos por sus caudatarios.

°°°

Nos apremia acudir á las grandes funciones de la Capilla Sixtina, al *Te Deum* de San Pedro y á las academias con que la Arcadia y el Círculo de la Juventud Católica han solemnizado el triple aniversario de León XIII. Las precedieron los homenajes de los Embajadores de todas las potencias acreditadas cerca de la Santa Sede, numerosísimos ya, pues que á los representantes de Rusia y Chile han seguido los de Nicaragua y Argentina, precediendo sin duda á los de Méjico y acaso á los de Repúblicas más poderosas.

Aunque no entra en la índole de La Ilustración la copia de íntegros extensos documentos, mis lectores católicos no me perdonarían que dejase de darles completa idea de la sublime respuesta del Pontífice, quien empezó mostrando ferviente reconocimiento al Señor por la vida que le concede, y que debe, después de la misericordia divina, á los votos ardentísimos de los católicos, sus hijos. Inmediatamente entró en el asunto relativo á las Iglesias orientales, iniciado por el Cardenal decano, diciendo que en proseguir la grandiosa obra de su unión, seguía un impulso que le pareció descender del cielo cuando su Jubileo episcopal. Si el gran fin que anhela se realizase, ¡de cuánta gloria no sería para el Pastor eterno de las almas, y qué vigor esplendoroso no difundiría en la Iglesia universal, derramando su suave eficacia sobre sus hermanos disidentes, en otras regiones del mundo! «No veremos ese día, añadió el Padre Santo, asomándose las lágrimas á sus ojos; pero el aspirar á su realización y procurarla con toda clase de esfuerzos y oraciones, no puede llamarse utopía, palabra indigna en labios de un creyente. Estampada la promesa de Jesucristo, deber es de su Vicario en la tierra consagrarse amoroso é incansable á madurar acontecimiento tan feliz. Porque no es un hecho nuevo en los anales del cristianismo que grandes muchedumbres, merced á acontecimientos hijos de la Providencia, hayan, en épocas diversas, con concordia y firme voluntad, entrado ó vuelto al gremio de la Iglesia.»

El Pontífice no ocultó en este bello discurso las dificultades de la inmensa obra, agravadas por las razones de la política humana; pero Dios va aplanando las vías á esta grande unificación cristiana.

Una de sus mayores esperanzas es el giro de los sucesos en Rusia. No sé si en estas columnas he descrito la amorosa embajada que los jóvenes Czares mandaron, no ha mucho, á León XIII en la persona del Príncipe de Labanoff, acogido en la Ciudad Eterna como nunca lo ha sido embajador alguno. Ahora, este ilustre diplomático, de influencia inmensa en los pueblos de raza eslava, ha acabado por acceder á las instancias de su Soberano, aceptando, con la dirección de la política exterior del Imperio moscovita, el cargo de gran Canciller de Rusia, suspenso hace lustros.

Aparte los intereses de la religión en Oriente, León XIII consagra su infatigable atención á todas las naciones cristianas. La presencia en Roma de Su Eminencia el cardenal Schoenborn, príncipe-arzobispo de Praga, ha dado motivo á que en el Vaticano se estudie á fondo la agitación que en el sacerdocio inferior de la Bohemia, de Austria y de otras regiones del Imperio han producido las medidas adoptadas por las Dietas de Viena y Budapest en favor de los israelitas. Como siempre, el punto de vista adoptado por el Pontífice, de acuerdo con los Cardenales Primados de Bohemia, de Austria y de Hungría, ha sido humanitario, conciliador y elevadísimo. La prolongación de la estancia en la Ciudad Eterna del cardenal Waughan, arzobispo de Westminster, ha dado lugar á un profundo estudio de las condiciones del Catolicismo en Inglaterra. El año próximo se celebra el Centenario de la introducción del cristianismo en la Gran Bretaña por San Gregorio. El Papa había pensado dirigir con este motivo una calurosa Encíclica al pueblo británico, excitándole, como en su epístola reciente á los Estados Unidos, para que volviese á la fe de sus padres. El ilustre Prelado de Westminster ha hecho sentir y acoger su parecer de que un acto demasiado pronunciado que alarmase las intransigencias protestantes, podría detener el movimiento visible y constante á favor del catolicismo, que se advierte en las clases elevadas de la sociedad inglesa y en sus Iglesias ritualistas.

El celo pontificio se extiende á América; y no contento León XIII con lo realizado ya en los Estados Unidos, y la Encíclica que en estos instantes surca los mares, destinada á la América Meridional, impulsa el gran Concilio, al que asistirán todos los Prelados de la América del Sur, de la Central y de Méjico, que parece se celebrará en Santiago de Chile. Africa también tendrá otro Concilio y una Encíclica de Su Santidad.

°°°

Nos faltaba acudir el domingo 3 de Marzo á la Capilla Sixtina y á la basílica de San Pedro. El movimiento desde muy de mañana es inmenso, aprovechando los romanos el puente nuevamente restaurado de San Angelo, y distinguiéndose en primer término las numerosas damas extranjeras que van á ocupar las tribunas de la Capilla inmortalizada por el pincel de Miguel Angel, ó las logias y galerías del palacio Apostólico, por las que había de pasar el Santo Padre conducido en la silla gestatoria.

Toca al cardenal Serafín Vannutelli, uno de los creados por el actual Papa, decir la misa. La música que en ella entonan por vez primera en la Capilla Sixtina los cantores pontificios, es la de Palestrina, que lleva por título *Hoy ha nacido Cristo*, que rivaliza con la llamada del *Papa Marcelo*. Ha sido estampada por vez primera el año último, con motivo del centenario de Palestrina, en una preciosa edición de sus obras hecha en Ratisbona.

Si brillante, solemne y distinguidísima fué la función de la Capilla Sixtina, coronada con la bendición apostólica que desde su trono dió el Papa, conmovedora y grandiosa, por el concurso de fieles, resultó la del *Te Deum* que el Círculo de la Juventud Católica de San Pedro preparó á la caída de la tarde en la basílica máxima de la cristiandad. Las notas de este canto de gracias al Altísimo, entonadas por la Capilla Julia y por el Cardenal Arcipreste de San Pedro, eran repetidas con emoción profunda por un pueblo inmenso, que pedía al Señor prolongue más y más los días de León XIII.

Pero antes de estas solemnidades religiosas ó civiles, el mundo católico verá en el próximo Viernes Santo la reproducción de un suceso que impresionará vivamente á todas las almas religiosas y cristianas. Por vez primera después de mil ochocientos sesenta y dos años, el Viernes Santo, 12 de Abril, los astros que gravitan en derredor de nuestro sol ocuparán la misma posición que tenían en el firmamento el día en que Jesucristo murió en la cruz. Y decimos mil ochocientos sesenta y dos años, y no mil ochocientos noventa y cinco, porque la era cristiana arranca desde el nacimiento del Salvador, no de la fecha de su muerte. En tal día la luna pasará ante la constelación de la Virgen, y el gran astro del día será velado como en el de la crucificación del Señor. La Santa Sede, el Vicario de Cristo y Roma católica acrecerán con esta ocasión las solemnidades de la Semana Santa; y horas después de que fragmentos de la cruz del Redentor se presenten á la adoración del pueblo desde la Logia de la Verónica en San Pedro, y sobre la tierra traída del Calvario por Santa Elena, en la basílica de Santa Cruz de Jerusalén, el lábaro de Constantino se alzará por vez primera en la fachada del nuevo templo que perpetuará en las márgenes del Tíber la memoria del triunfo cristiano sobre las legiones de Magencio, y la adoración permanente de la Santa Eucaristía.

En la iglesia teutónica de Roma, el Cardenal-Príncipe Arzobispo de Praga, en medio de las dos embajadas del Imperio apostólico, del Sacro Colegio, asistiendo casi todos los miembros que se hallan en Roma, de los representantes de todas las naciones acreditadas cerca de estas dos cortes, y del patriciado romano, ha oficiado las solemnes exequias por el alma del excelso archiduque Alberto de Austria. Grande ha sido el duelo por esta muerte en el corazón del Padre Santo, uno de los pocos que sabían las inmensas obras de caridad que secretamente hacía este Príncipe, ya auxiliando á los oficiales pobres, ya á las familias de los veteranos desvalidos, ya á los institutos benéficos de la región del Lago de Garda, en cuya villa de Arco ha muerto, ya en los heredados y dilatadísimos dominios del reino de Bohemia, de la Galitzia y de otros Estados del Imperio. Liberalidades por las cuales el amoroso tío de la reina Cristina de España, casi su segundo padre desde que la archiduquesa Isabel perdió al esposo, su hermano, aun dejando grandísima fortuna territorial y una filial memoria al Santo Padre, carecía casi en absoluto de caudal metálico. Y á la pena del Vaticano se ha unido la de la Corte de Italia, representada en sus funerales por el segundo heredero de la corona. La memoria de Custozza no había podido sobreponerse á las altísimas cualidades de un Príncipe que, aun cuando vencedor en aquellas famosas jornadas, supo hacer justicia á sus nobles vencidos, entre los cuales el Duque de Aosta, después rey de España, salió herido, y su hermano Humberto tuvo muerto el caballo en el campo de batalla. Pocos conocen el hecho de que la hija preferida del archiduque Alberto, la encantadora princesa Matilde, sin la más dolorosa de las catástrofes, sería tal vez hoy la reina de Italia. En 1867, Víctor Manuel, esposo que fué de otra archiduquesa austriaca, había entablado secretísimos tratos con el Archiduque, solicitando la mano de Matilde para el hijo heredero de su trono. Las negociaciones caminaban felizmente, aunque con cierta lentitud, debida á escrúpulos de la piadosa Princesa y á lo reciente que estaban las rotas de Lissa y de Custozza, cuando una noche, preparándose la bella Archiduquesa á un baile con que la Corte austro-húngara solemnizaba la reconciliación entre el Austria y la Hungría, su ligera veste prende fuego, y abrasada por las llamas, expira la encantadora Princesa, privando al padre de lo que más amaba en el mundo, y al trono de Italia de una nueva reina, Adelaida de Hapsburgo.

Conde de Coello.

PLEGARIA.

I.

Cuando en las horas de la noche en vano
El sueño al cuerpo su tributo pide
Y es la conciencia el único tirano
Y de otro día el alma se despide,
No hallo en mi historia punto vulnerable;
Sin cesar me han juzgado y conocido
Las mujeres romántico implacable,
Los hombres soñador empedernido.
Mas ¿por qué llegan siempre á mi aposento
Negras visiones á turbar mi calma
Y en el silencio de la noche siento
Hondos abismos en la paz del alma?
Ayer, cuando en el mundo hubo ideales,
Soñando en el fragor de la pelea
Se acostaban diciendo los mortales:
—¡Mañana lucharé por una idea!—
La religión, la libertad, la gloria,
La fe, la patria y el amor á coro
Alegraban la vida transitoria
Alzando al porvenir himno sonoro.
Hoy, en la sombra de la noche humana,
Busca en balde un objeto el alma mía.
¡Pregunto en vano lo que haré mañana!
¡Siempre igual! ¡Siempre igual monotonía!
Nadie aspira á lo grande y á lo santo;
Donde flores ayer, nacen abrojos;
Se pide en vano un ideal y el llanto,
Cual fuego de un volcán, brota en los ojos.
¡Solo, en esta infernal monotonía
En que nada se busca ni se espera,
La fe que me enseñaste, madre mía,
Es mi consoladora compañera!

II.

Hoy el hombre por áspero sendero
Camina entre el progreso y el hastío,
Como en noche clarísima de Enero,
Con mucha luz, pero con mucho frío.
Mientras en aras de la ciencia atea
Derriba á Dios el pensador profundo,
Ó en nombre de la ciencia se desea
Arrojar á los débiles del mundo,
Hordas sin fe de embrutecida tropa
Siembran la muerte en nombre del trabajo.....
¡Ya no es Roma, no es Grecia! ¡Es toda Europa,
Que se desquicia, que se viene abajo!
El amor y la fe mueren de anemia;
En la miseria el criminal se escuda;
Como si fuera bárbara epidemia,
Se filtra en los espíritus la duda;
Y es la poesía que al dolor se arranca
Rayo de sol en cenagoso valle,
Paloma audaz que lleva el ala blanca
Salpicada del polvo de la calle.....
La virtud cede del favor al peso;
Causa el problema de vivir espanto,
¡Y asombran á la vez tanto progreso,
Tanto progreso y desconsuelo tanto!
Lleno el camino sin cesar de abrojos,
¿Dónde buscar la apetecida calma?
¿Dónde volver los azorados ojos?
¡Adónde sino á ti, madre del alma!
¡Dichosos los que tienen por consuelo
La fe que me enseñaste, madre mía!
¡Cuando tu fe me hace soñar el cielo,
Para mi corazón la noche es día!

Ricardo J. Catarineu.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Alemania: la *Bauernverein* y la crisis agraria: la propaganda literaria rural, los *Flugschriften*: una nueva clase social, el *Bauernstand*.— Las Cajas agrícolas de Castelar, La Turbia, Cagnes y San Lorenzo del Var. La libertad inglesa y las minas del Conde Dudley.—Una revolución gastronómica en los Estados Unidos: los caracoles.

En Valladolid y Palencia se vino diciendo, desde Julio próximo pasado á Enero último, que era imposible la vida rural, porque la producción costaba 36 reales, y el producto no podía venderse más que á 32 ó 34; y en Baviera, Westfalia y provincias rhinianas, se viene diciendo desde hace doce ó quince años, por todos los labradores, que la tonelada de producción cuesta 151 marcos, y que no se vende en el mercado de Berlín más que á 134. Hay allí una crisis antigua y endémica, que, por muy vieja y crónica que sea, no se puede resistir por los agricultores, los cuales, dejándose de toda clase de aspiraciones sociales y políticas, se han unido en apretada y formidable legión revolucionaria pacífica, para entenderse y defenderse y constituir una especie de quinto Estado; lo que podría llamarse *Bauernstand*, clase rural ó estado agrario. Es el *bauer* el labrador; la unión ó asociación de ellos se llama *Bauernverein*, y en esta *verein* se han afiliado con entusiasmo, lo mismo el rústico campesino, *bauerhaft*, que el poseedor de buena hacienda, *bauergut*, que los mozos, *bauerbursche*, que las mozas, *bauermadchen*, que las labradoras ricas, *bauerfrau*, que las palurdas, *bauermensch*, que los habitantes de las casas rurales importantes, *bauerhaus*, que los que viven en las chozas, *bauerhutte*, y en fin, cuantos hacen la vida rústica, *bauerleben*, y comen el pan de la aldea, *bauerbrod*. Y después de haberse unido para constituir ese estado especial dentro del Estado nacional, las *bauernvereine* se han presentado al Emperador para manifestarle lo que desean, consiguiendo que Guillermo II les haya dicho que «nones», para despedirles después con cajas destempladas.

Nuestros labradores castellanos viejos, después de su sonada y resonante campaña en pro del alza arancelaria y de la baja ferroviaria, lograron una cosa y otra, aunque no han logrado por ello que suba apenas el precio del trigo, porque en Rioseco vale hoy á 34,50 reales y en Medina lo mismo, y en Valladolid á 35, en tanto que en los días críticos de Enero valía, respectivamente, en esos puntos á 31, 32,50 y 33,50, y en Octubre, en los días de plena agitación agraria por la crisis, á 34,50 y á 34,75. Impresionistas y apasionados como somos los españoles, pasamos pronto de la agitación á la calma, del entusiasmo á la indiferencia, y de la actividad febril á la dulce apatía. Los germanos, tudescos, que decían nuestros abuelos, son menos aparatosos y expan-



EL OCASO.

CUADRO DE JUAN ESPINA.



EL MOSCARDÓN.

CUADRO DE J. ROYBET.

sivos; pero resultan en cambio mucho más tenaces en sus empeños y muchísimo más profundos en sus trabajos. La legión de los labradores, *bauersmann*, á pesar de tantos tiempos como ven pasar sin obtener mejora alguna, y á pesar de la negativa del Emperador, no cejan en sus propósitos de poder defenderse contra todos los enemigos que la agricultura tiene. La actividad positivamente política en que viven en estos momentos es asombrosa. Los *vereine*, ó reuniones de labradores, que se celebran en los grandes pueblos rurales, tienen por objeto afirmar la concordia entre cuantos cultivan la tierra, envaneciéndose más y más cada día de ser *bauer*, labradores, y sosteniendo la propaganda de que, lejos de pensar en abandonar su oficio, su campo y su vida rural, todos deben empeñarse, padres, hijos y nietos, en vivir sobre el terruño, unidos, fuertes, decididos en la defensa de sus intereses. Preciso es continuar siempre siendo *bauer*, amando al suelo, trabajándolo y sacando de él el sustento y vida de la nación. Los labradores, divididos y acobardados, jamás podrán pensar en nada; los labradores unidos, la *bauernvereine*, lo conseguirá sin remedio. En estas reuniones, que en nada, absolutamente en nada, se parecen á las socialistas, reina siempre la mayor disciplina. Presididas por *bauern*, ricos ó humildes, identificados en sus aspiraciones é intereses, no hay en ellas turbulentas disidencias como en las de los socialistas, ni antagonismos irreconciliables como los de los patronos y los obreros, sino perfecta comunión de ideas y absoluta unanimidad en la manera de pensar y de obrar. En la Alemania meridional y occidental la situación de los labradores, en cuanto á la recíproca consideración social dentro de la clase, es muy distinta de la de la Pomerania por ejemplo, porque en vez de contribuir los labradores ricos á hundir á los pobres y absorber toda la propiedad, procuran ayudarles, hacen que mejoren de situación, é infunden en sus ánimos la firmeza en el propósito de continuar siendo siempre labradores. Se va acabando la casta de los señores feudales y grandes terratenientes que dedicaban muchas extensiones de terreno á sotos y bosques de caza, para hacer lugar á los colonos y propietarios pequeños, que de cada terrón hacen brotar un haz de cereales. En esta evolución han entrado casi inconscientemente los ricos y los títulos, los cuales, aunque no consienten que en la *bauernverein* se hable de aspiraciones y de reformas democráticas, son demócratas prácticos sin saberlo. ¿A qué aspira el *bauer*, y con él toda la clase trabajadora? Á plantear dos grandes remedios para el sostenimiento y progreso de la agricultura: primero, á que los labradores unidos se ayuden recíprocamente; segundo, á que el Estado les ayude cuanto pueda. Bajo el primer aspecto, son individualistas convencidos: bajo el segundo, resultan proteccionistas prácticos.

Uno de los elementos de ayuda recíproca es la educación profesional del aldeano, y uno de los instrumentos más activos de propaganda para ello es la literatura ó prensa rural, representada por folletos, hojas sueltas, diarios, almanaques y toda clase de papeles volanderos, *Flugschriften*, que defiende la causa rural, además de la gran prensa diaria, que, como la *Gaceta de la Cruz* por ejemplo, sostiene con empeño los derechos y programa de las gentes del campo. En esta campaña de propaganda los escritores se cuidan más de lo económico que de lo técnico. Poca ciencia y mucha conveniencia, tal parece ser el lema de las publicaciones. La literatura rural en los momentos actuales no ha de ser técnica, sino práctica. «Dados los escasos recursos con que el labrador cuenta, es una ilusión el tratar de que aprenda los progresos técnicos del cultivo, irrealizables para el que no tiene dinero, ni aun cultivando mal. Antes de transformar á nuestro hombre del campo en un buen agricultor, es preciso conseguir que sea un discreto pensador rural.» Y ¿qué es ser un buen pensador rural? Pues entender que la agricultura no puede salvarse si no se defienden oficialmente los intereses agrícolas, y que es una quimera el pensar que el labrador puede vivir entregado á sus propias fuerzas y prescindir de la ayuda colectiva de los demás labradores y de la del Estado. De aquí la necesidad de la unión, de la constitución del *Verein*, principal objetivo de toda la propaganda alemana, así de la que se hace en los periódicos de gran circulación y autoridad, como en las hojas sueltas, escritas en lengua rústica, *bauersprache*. Esta literatura ha realizado ya un milagro: el de que los habitantes de las regiones rurales en que se difunde, prescindan de la política para ser exclusivamente hombres de profesión. «Ante el sufragio electoral y ante el Parlamento, dicen, nosotros no somos ciudadanos, sino labradores. Ni más, ni menos.» Como labradores aspiran, según queda dicho, no sólo á sostener una verdadera organización filantrópica, que funciona y se utiliza perfectamente, no sólo á vivir dentro de una asociación cooperativa, que resulta muy económica, sino á fundar una clase social autonómica y poderosa, un cuarto ó quinto estado, el *Bauernstand*. No aspiran á gobernar el Estado, como los socialistas, sino á ser un elemento indispensable, necesario, dentro del Estado, con su vida propia y hasta con sus leyes propias, con representación en el Parlamento por un *bauer;* no como partido, sino como entidad social, y merced á cuya constitución se regenere y resucite la agricultura de los propietarios pequeños y de los colonos, y desaparezca el proletariado agrícola. Si otras profesiones industriales realizaran estos propósitos contra los partidos y su representación: si siguieran este impulso antiparlamentario, cambiaría radicalmente la política de la nación, y la representación de las mayorías sería reemplazada por la de los intereses de clase. Colosal es la empresa que, bajo este punto de vista, intenta la *Bauernverein* alemana, y es seguro que antes de verla realizada, la política, que todo lo invade y domina, se tragará á los *bauers* de todas clases. De todos modos, colocados como están entre los socialistas y el absolutismo, cual dique puesto á las irrupciones de ambas fuerzas, pueden hacer mucho por la paz y por el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase labradora, asiento y nervio del poderoso Imperio.

°°°

El ocuparse de estas grandes asociaciones agrarias no debe impedir que se olviden otras muchísimo más modestas, que son positivamente útiles y beneficiosas para los labradores pobres. Creo que hará buen contraste el recordar cómo se han fundado y viven asociaciones de crédito y auxilio tan humildes como las de Castelar (750 habitantes), La Turbia (1.200), Cagnes (2.582) y San Lorenzo del Var (770), pueblecitos todos situados en el litoral de Niza á Mentón, después de haber hablado de las del Rhin, Westfalia y Baviera.

En Castelar (como lo pronuncian franceses é italianos) se fundó en 1893 la *Caja agrícola*, que ha servido de modelo á las demás, con 19 asociados, que hoy llegan á 35, á saber: 28 labradores propietarios pequeños, 8 comerciantes tenderos, el cura y el maestro. Constituyeron su capital tomando á préstamo 5.580 francos de la caja popular de Mentón, y recibiendo 691 en depósito. Han hecho préstamos á 29 personas por la suma de 6.510 francos. Estos préstamos han sido: 3 para explotación agrícola: 2 para compra de ganado; 3 para géneros, á comerciantes: 5 para industrias rurales domésticas; 3 para pago de contribución, y 2 para deudas atrasadas. De los 29 han devuelto el préstamo al fin del plazo convenido, 8; 6 lo han renovado una vez: 8 dos veces: 5 tres veces, y 2 están por liquidar. La asociación se constituyó bajo la condición de solidaridad activa y pasiva de los que la forman, los cuales toman unos dinero para prestar á los otros, siendo responsables de todas las operaciones, y teniendo, por consiguiente, el derecho de inspeccionarlas y revisarlas, como, en efecto, lo hacen. No hay para qué decir que todos conocen muy bien á sus consocios y á los que responden de ellos ó son sus fiadores, y por consiguiente, que los préstamos se hacen con pleno conocimiento de causa, que la renovación de los préstamos se efectúa siempre después de rigurosa liquidación, y siempre también previo un reembolso parcial del préstamo anterior. Compréndese lo discreto, necesario y acertado de estas prácticas, porque el objeto de la Sociedad no es facilitar ganancias, ni dar dinero en balde, sino ayudar á los buenos trabajadores. Nadie cobra un céntimo en ella por las operaciones de administración y préstamo.

Están satisfechísimos los socios de los excelentes resultados que obtienen y de las simpatías y confianza que su modesta pero hermosa obra ha despertado en el público. Nada tiene de extraño, pues, que aumenten en halagüeña proporción las cantidades que, como en verdadera caja de ahorros, se depositan en la *Caja agrícola de Castelar*. En efecto, aun pagando como pagan un interés de 2,50 por 100, y teniendo á los seis meses de instalada valores por sólo la cantidad de 205 francos, á los otros tres meses tenían 691, y á los otros tres 1.249 (Octubre de 1894); cantidades que han ido aumentando en mayor proporción, y á las cuales se piensa pagar en breve un interés del 3 por 100. Como los *negocios* (!) van bien, han proyectado asimismo extender los préstamos desde 500 francos por persona á 1.000, con dos fiadores, para lo cual constituirán en la caja un capital de 12.000, en vez de los 6.000 con que hasta ahora venían trabajando. No hay allí ningún labrador humilde y honrado que no pueda encontrar dinero barato en esta asociación, que hace mucho bien á los pobres contra usureros y tinterillos, y que es unánimemente elogiada en toda la comarca. Ya queda dicho arriba: en cuanto Castelar logró acreditar su institución, le imitaron La Turbia, Cagnes y San Lorenzo del Var. Antes de dos años habrá más de veinte pueblos que sigan su ejemplo. Proceden aquellos discretos vecinos como mayores de edad, emancipados de la tutela de las autoridades oficiales administrativas, y han realizado así la verdadera redención social, por la que debe empezar el planteamiento de los remedios que han de sacar adelante á los agricultores pobres, á los regularmente acomodados tal vez, y mañana acaso á los ricos. Esta emancipación, fundada en los principios de «ayúdate á ti mismo» y «ayudaos los unos á los otros», que consagra el valor extraordinario que tiene el trabajo de la individualidad, sostenida por el apoyo de la colectividad, la modesta *verein* de aquellos pueblos ayer italianos y hoy franceses, es un hecho práctico de una elocuencia y de una enseñanza extraordinaria para cuantos deseen emanciparse de la plaga de la usura, que todo lo corroe y destruye, y de la excesiva protección oficial, que todo lo esteriliza, adultera y explota.

°°°

No hay que exagerar, sin embargo, las ventajas de la actividad individual hasta el punto de que se convierta en un sistema de energía tan amplio é ilimitado que no respete el derecho de los demás. La libertad de acción debe, en efecto, tener por límite el derecho del prójimo, y así parece que es y que ha debido ser en nuestros tiempos, y, sin embargo, no lo es, á lo menos en el país que se enorgullece de haber concebido, engendrado y desarrollado todas las libertades: en Inglaterra. Así como allí, en cuanto á las libertades que á sus relaciones con el extranjero corresponden, hay, por ejemplo, una libertad de comercio tan admirable que casi raya en la prohibición, para los vinos españoles y para nuestras carnes gallegas, en pie, como dicen los plateños, con excusa de que fomentan unos la borrachera y de que van las otras epidemiadas, así como esa libertad exterior resulta nula, bufa y tirana, así en las libertades interiores hay algunas que parecen dictadas por el mismísimo Nerón cuando se entretenía en tocar la bandurria, mientras la ciudad de Roma se iba consumiendo, cayendo y arruinando por sus cuatro costados. En efecto, el Parlamento inglés concedió hace un siglo á lord Dudley la libertad de explotar sus minas de carbón, sin que jamás tuviera responsabilidad por los daños y perjuicios que pudieran ocasionar las labores á los dueños de los edificios situados en el suelo, bajo el cual perforara los pozos y galerías. «Y si se hunden, que se hundan, debe decir en el privilegio; usted continúa hecho un topo, sin ver lo que pasa por encima, haciendo sus montoncitos de carbón, y caiga el que caiga.» Y así fué. Cayeron casas y más casas en varios distritos, y no tuvieron más remedio los dueños y los colonos, en cuanto empezaban á agrietarse las paredes y á cuartearse los muros y techos, que recoger los trastos y largarse á otra parte más segura. ¡Se quiere una libertad más ilimitada, ni más igualitaria, ni hermosa! Y los Dudley y sus sucesores cavando por dentro, y los vecinos corriendo por fuera, hicieron que al través del tiempo muchos distritos quedaran despoblados. Hoy los efectos de esa libertad han llegado á amenazar á los habitantes del distrito de Quarrybank, inmediato á la población de Brierleyhill, donde se ha ordenado á treinta ó cuarenta vecinos que desalojen á escape sus viviendas porque el suelo se va á hundir. Entre otros casos relacionados con esta amenaza, cita el *Argus*, de Birmingham, el de un inspector de instrucción primaria, Mr. Lewis, que compró una casa en Merryhill por 12.500 pesetas, de la que tuvo que huir más que á paso, porque las labores subterráneas mineras dieron con ella en el suelo, y que hoy se encuentra en parecida crítica situación, porque habiendo adquirido otra en Stourhill se ha convencido de que, si permanece en ella, van á ir á parar edificio y familia á un río inmediato, en cuanto continúen las labores mineras que en aquel terreno ha emprendido el Conde Dudley, poseedor de las minas. Y á todo esto no se abona un céntimo por los desperfectos, por la ruina ni por la propiedad á ninguno de los perjudicados. ¡Oh, qué gran país! Pero es imposible que contra justicia continúe tal estado de cosas, y, en efecto, la justicia, movida por los perjudicados, va á emplazar, en nombre de éstos, al Conde Dudley, según dice el *Truth* de estos días. Seguro es que caerá ese privilegio, que tantas casas y tantas familias ha hecho caer por tierra.

°°°

De asunto más grave y más hondo, en la filosofía trascendental, se preocupan hoy muchas gentes en los Estados Unidos. Allí no se conocían los caracoles, pero desde que los gastrónomos yankees los probaron en Europa, se aficionaron tanto al baboso gasterópodo que saca los cuernos al sol, que no hay *menu* de la gente *de chic* en que no figure el *snail*. El caracol es un regalo de la raza latina, que ahora pasa á la lista de los bocados deliciosos de la sajona, produciendo una verdadera revolución en los gustos y en las costumbres. La ley de los contrastes aparece de nuevo en la vida de la humanidad. ¡Al fin del siglo XIX surgen en los Estados Unidos los dos tipos opuestos de la velocidad en el movimiento: los trenes eléctricos y los caracoles! ¡Insondables misterios de la historia!

Y no va de broma, no: números hablan. Durante el año último ha exportado Francia para los Estados Unidos 220.460 libras de caracoles. Véndense allí á 25 pesetas el millar. Los industriales y los zoólogos tratan ahora de ver si aclimatan al molusco para crear ese nuevo foco de riqueza; y ya están haciendo pruebas acerca de su incubación artificial y de su cebo y engorde. Los yankees no gastrónomos viven extasiados ante la contemplación del animal que ha invadido aquella tierra, y aunque ven que no es muy progresista en su marcha, confiesan que no es tan retrógrado como el cangrejo, y estudian la mecánica que emplea para subir por una pared sin caerse, y sin más ayuda que las arrugas de su estómago y su mejunge correspondiente. ¡Qué gran conquista la de la humanidad si pudiera hacer lo mismo! De todas maneras, este sistema de marcha vertical ha sido para ellos una revelación. No les preocupa menos el que los cuernos se oculten ó se muestren á voluntad del interesado, por las aplicaciones morales que esto pudiera tener. En lo de meterse en su concha cuando les conviene, confiesan que ellos son muy prácticos hace largo tiempo; pero en lo de llevar siempre la casa acuestas, declaran que los caracoles dan quince y raya á toda la autonomía más avanzada y radical que ha podido caracterizar á la *home* sajona. La aristocracia gastronómica tiene ya una frase más para sus banquetes; ésta:

TRIPES AND SNAILS,

es decir:

Callos y caracoles.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS
Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Manual de Patología interna, escrito para uso de médicos y estudiantes, por C. Vanlair, profesor de la Universidad de Lieja, individuo de la Academia de Medicina y de la Academia Real de Bélgica, miembro correspondiente de la Academia de Medicina de París, premiado por el Instituto de Francia. Traducido y anotado por el Dr. C. Colvée, individuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valencia.

El cuaderno 21 de esta notable obra, de que en otras ocasiones hemos hecho el debido elogio, es digno de los anteriores.

Bocetos ingleses, por R. D. Perés.

Distínguese este libro por el carácter personal de las observaciones que contiene. El autor prueba en él que conoce bien á la Gran Bretaña y á sus habitantes, y leyéndole se aprenden muchas cosas nuevas, á la par que se desechan no pocos errores. Además, el estilo es ameno, lo que hace la lectura muy agradable.

Cuesta 2,50 pesetas ejemplar. Los pedidos deben dirigirse, en Cataluña, á la librería de *L'Avenc*, de Masso y Casas, Ronda de la Universidad, 4, Barcelona. Para los del resto de España, á D. Fernando Fe.

SUEÑOS Y REALIDADES
POR
D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre*.

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

Memoria leída en la Junta general de accionistas del Banco de España los días 5 y 10 de Marzo de 1895.

El Sr. D. J. de Morales Serrano, secretario del Banco de España, ha tenido la bondad, que le agradecemos, de enviarnos un ejemplar de esta Memoria.

Contos da Terriña, por Heraclio Pérez Placer.

Es un tomo (el 38 de la Biblioteca Gallega) de narraciones gallegas, escritas en este dialecto con mucho sabor local. Su precio, 2 pesetas para los suscriptores de la Biblioteca gallega, y 3 para los que no lo son. Los pedidos deben dirigirse á D. Andrés Martínez, *La Coruña*.

Apuntes para la Historia contemporánea de *Venezuela*, por Eduardo Pepper.

Contiene este folleto la historia política de Venezuela desde 1892 hasta 1894. Toda ella se reduce á peleas, dictaduras y leyes nuevas que nadie cumple, sin que pueda adivinarse ventaja alguna de tan trisre situación.

Criterio etiológico-patogénico, ó las grandes *causas en las enfermedades del aparato digestivo.*— Conferencia pronunciada en la Sociedad Española de Hidrología Médica en la noche del 1.º de Febrero de 1895, por el Dr. A. Marín Perujo.

Es un estudio muy interesante de las enfermedades del estómago, en el que el autor, médico-director de los baños de Lanjarón, muestra su competencia en la materia.

Véndese, al precio de una peseta, en las principales librerías.

Todo malo, por Jaime L. Solá Mestre.

Contiene este tomo trabajos en verso y en prosa, no malos, como dice el autor en el título, sino algunos muy recomendables, y otros que bien pueden calificarse de buenos.

Cuesta dos pesetas.

Colección de Formularios.—Manual que contiene, ordenadamente dispuestos, modelos para las principales actuaciones de las causas criminales en los Juzgados y Audiencias, y para los asuntos gubernativos relacionados con la justicia penal. Ofrece además el diligenciado de los expedientes de jubilación y clasificación pasiva, interesante para toda clase de empleado público con destino, que da derecho al disfrute ulterior de haber pasivo, comisiones de servicio, licencias, etc., así como las solicitudes ó instancias con sus requisitos que deben utilizar los Jurados, bien para pedir la inclusión en las listas, ya para reclamar la baja definitiva ó temporal, ó para excusarse de asistir á los juicios en los casos y por los motivos que la ley establece. Se vende en Madrid, al precio de dos pesetas, casa de D. Francisco Cáceres Plá, Florida, 3, y en las principales librerías, y se remite á provincias enviando su importe en libranzas ó sellos.

Cuentos, por Gabriel Briones.

El Sr. Briones, periodista de sólida reputación, ha ganado con la publicación de estos cuentos crédito de buen literato. Los ha sentido bien antes de escribirlos, y luego los ha escrito en castellano liso y sencillo, pero bueno, lo que ahora es bastante raro. En sus narraciones hay espontaneidad, y por tanto frescura, además de la misma sencillez que en el estilo, no descubriéndose en ninguna de ellas la vulgar manía de copiar á algún autor francés de los de moda. Todas estas razones hacen muy recomendable la lectura de los cuentos del Sr. Briones, de los que con mucha razón dice el distinguido crítico Sr. Villegas, en el prólogo, lo siguiente:

«Otro mérito encuentro en sus cuentos: interesan, se les lee de una vez y se sigue con creciente curiosidad el hilo de la narración. El militar pundonoroso, que por abrazar á su madre pone su crédito de soldado en aventura; el hijo del torero, que después de haber presenciado la trágica muerte de su padre, se siente desvanecido por los aplausos que le tributa la muchedumbre veleidosa; el varón de alma enérgica, que en aras de su deber sacrifica los afectos de su corazón; el bravo militar que muere de santa envidia al ver desfilar las tropas que van á pelear por la honra y la integridad de la patria, son todos ellos figuras á que se les toma cariño, y cuyas breves aventuras se siguen con verdadero interés.»

Véndese en las principales librerías. Los pedidos para provincias á la librería de Victoriano Suárez; precio, dos pesetas.

Viaje á América. Estados Unidos. Exposición Universal de Chicago, Méjico, Cuba y Puerto Rico, por Rafael Puig y Valls.

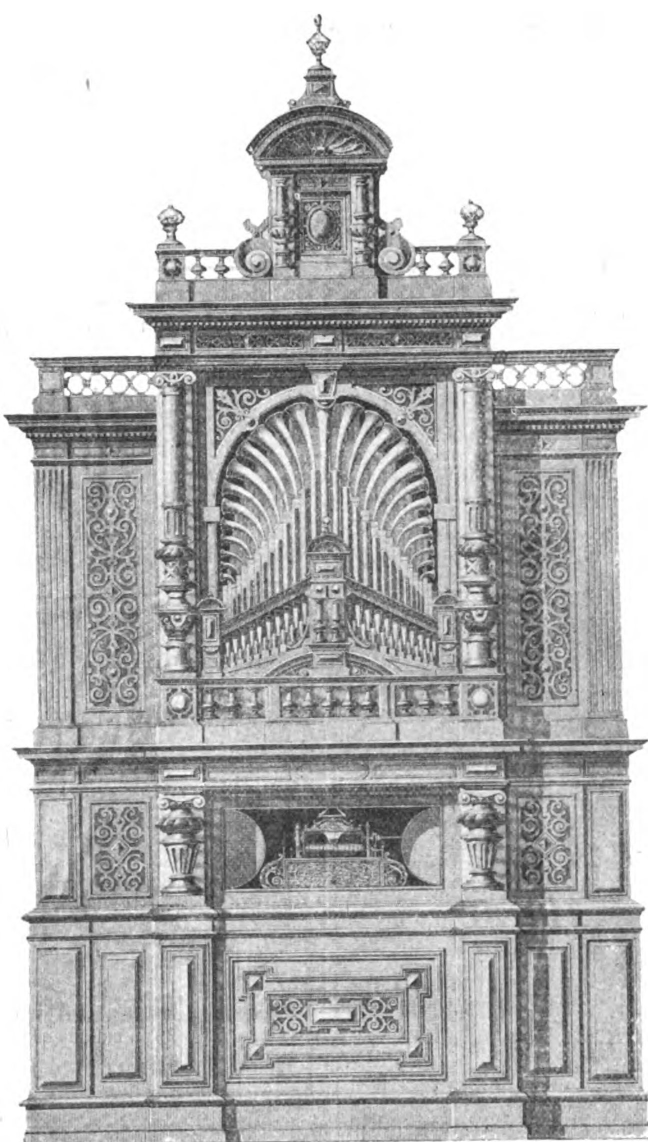
Con suma atención y gusto hemos leído esta obra llena de curiosas noticias y de juicios muy acertados y nuevos sobre los Estados Unidos y parte de la América española. Todos ellos demuestran que el autor ha ido al Nuevo Mundo con cultura propia suficiente para darse clara cuenta de muchos fenómenos que á otros no tan bien preparados admiran y convencen de la superioridad de la civilización americana. Otra circunstancia muy de alabar en el libro del Sr. Puig Valls es su españolismo, mereciendo en este concepto particular atención los pasajes en que habla de Méjico y de Cuba, en los que muéstrase muy superior á la corriente de *galicismo* y *sajonismo*, hoy, por desgracia, imperantes sobre tantos adocenados como reinan en la literatura nacional. También á los comerciantes é industriales españoles conviene leerle, porque hallarán en él datos del mayor interés: por ejemplo, sobre el comercio de vinos.

Compónese la obra de dos tomos muy bien impresos, y cuesta seis pesetas.

Colección de formularios para las principales *actuaciones en las Audiencias y Juzgados de instrucción*, tanto en la tramitación de las causas y sus incidencias, como en la parte gubernativa á que da motivo la administración de justicia en lo criminal, por D. Miguel Escobar Barberán, ex secretario de Audiencia provincial.

Este librito contiene en las 200 páginas, ó poco más, que le componen, materia de mucha utilidad para procuradores, jurados y jueces.

Su precio dos pesetas. Véndese en las principales librerías. — G. R.



MADRID.—ORQUESTA AUTOMÁTICA, SISTEMA NEUMÁTICO DE L. HABERER, EXPUESTA EN EL SALÓN ROMERO.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

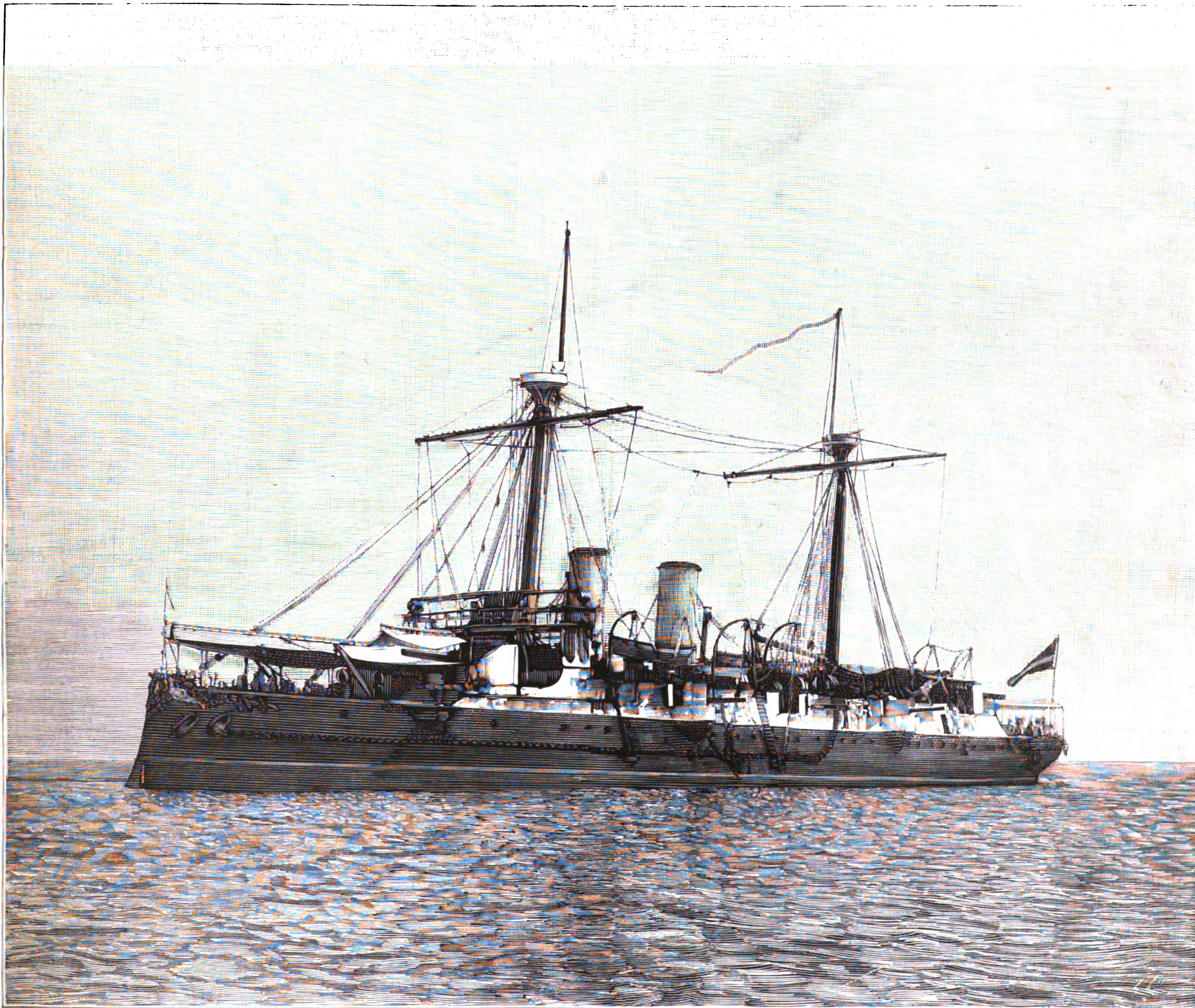
AÑO XXXIX.—NÚM. XI.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Marzo de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

MARINA ESPAÑOLA DE GUERRA.



EL CRUCERO DE PRIMERA CLASE «REINA REGENTE».

(De fotografía.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Quedamos en la Crónica anterior bajo la presión de dolorosos presentimientos con la desaparición del crucero *Reina Regente*: han pasado días, y ninguna noticia consoladora nos hace concebir esperanzas; pero como si esa patriótica y funesta preocupación no fuera bastante á contristarnos, y los disturbios de Cuba, y todas las desdichas públicas, ha venido á complicar nuestra política un conflicto grave de que sólo el ineludible deber de cronistas nos obliga á ocuparnos rápida y someramente en este periódico pacífico y neutral. Por otra parte, los hechos son tan conocidos, que basta consignar sus resultados. A consecuencia de la situación creada por el conflicto entre el ejército y una parte de la prensa, los Ministros determinaron presentar á S. M. la dimisión de sus cargos, admitir la del general Bermúdez Reina y su sustitución por el general Martínez Campos. Admitidas las dimisiones y el nombramiento, han continuado los Ministros desempeñando sus cargos interinamente, y en suspenso las sesiones del Congreso y del Senado, mientras la Reina decide, con la lentitud propia de una persona convaleciente, esta gravísima crisis.

Pero al guardar en esta Crónica tanta circunspección, ¿no hemos de poder decir algo, aunque sea muy breve, en favor de la víctima de todas las discordias? ¿Tan próspera está España, tan sobrada de paz, que podamos malgastar nuestra atención y nuestros esfuerzos en dañarnos y aborrecernos los unos á los otros? Podríamos decir á todas las clases sociales: «La que se considere impecable, que tire la primera piedra.» Pero preferimos decir á todos los hombres de buena voluntad. Si son militares: Oid; esa prensa que escribimos, buena ó mala, con cualidades y defectos, que tiene todos los de nuestra raza común, es la prensa española, la que ha cantado vuestros triunfos y llorado vuestras desgracias como suyas: repasando sus antiguas colecciones, hallaréis la historia militar contemporánea y páginas gloriosas que os hagan verter lágrimas de orgullo. Y decimos á la prensa: El honor del ejército español, que custodia la bandera nacional, es el de la patria: ¿y no es verdad que en ninguno de vuestros cerebros ha pasado la idea de ofenderle? Pues bien; inspirémonos todos en el amor de nuestra desgraciada madre común, la noble, la desgarrada, la gloriosa España, y deponiendo el amor propio y el encono, digamos con Ventura de la Vega:

> Ya todo rencor insano
> Del corazón se deseche:
> Todo español es hermano:
> Si hay quien alargue una mano,
> Yo sé que habrá quien la estreche.

⁂

La actitud de Portugal ante la desgracia marítima, si no comprobada, harto presumible, del crucero *Reina Regente*, no puede ser más correcta y amistosa: S. M. Fidelísima ha dado el pésame á la Reina de España por medio de un telegrama expresivo. Antes de esto, el Presidente de la República francesa había manifestado á nuestro Embajador su sentimiento; lo cual es un indicio triste de que las noticias oficiales no eran tan indeterminadas como las que circulan por la prensa. Continuando, pues, nuestra narración respecto de la conducta que han guardado con nosotros los portugueses, insertamos con satisfacción y agradecimiento este telegrama:

«La Redacción de *El Diario de Noticias* envía á la prensa madrileña la expresión de sus sentimientos por la catástrofe del *Reina Regente*, y le suplica que transmita á todos sus colegas esta demostración de condolencia por tan sensible pérdida.—Brito Aranha.»

Por nuestra parte contestamos al colega lusitano:

En La Ilustración Española y Americana se ha leído con emoción y gratitud el fraternal pésame de *El Diario de Noticias*: las glorias de las marinas portuguesa y española tienen tanta analogía y están tan enlazadas como Magallanes y Elcano. Si el duelo por la catástrofe casi segura de uno de nuestros buques más hermosos con su bizarra tripulación es también duelo para la prensa portuguesa como lo es para la española, podrán separar á entrambos pueblos su mutua independencia como naciones libres, pero la unidad de sentimientos los hará amigos del alma. Reciban nuestro cordial y afectuoso saludo el Excmo. Sr. Brito Aranha y la Redacción de *El Diario de Noticias*.

⁂

No todas han de ser noticias desastrosas: el general Blanco ha dirigido el siguiente parte al ministro de Ultramar D. Buenaventura Abarzuza, por el cual felicitamos al bravo ejército de Filipinas:

«Manila, 17 Marzo. — Gobernador general á Ministros de Ultramar y Guerra.

»*Marahuit*, 10 Marzo.—Acabo apoderarme Marahuit después de seis horas combate recio y porfiado, por gran tenacidad desplegada enemigo defendiendo sus cottas, que fué necesario batir brecha asaltándolas.

»Los moros dejaron campo y cottas 108 muertos, entre ellos sultán Amani Pag Iag, jefe principal rebeldes, su hijo y 23 dattos, y cogidos cuatro cañones, 15 lantacas y gran número armas blancas y fuego.

»Por nuestra parte tenemos que lamentar pérdidas dos oficiales y 15 individuos tropa muertos, tres jefes, 10 oficiales y 172 individuos heridos.»

Pero si las victorias halagan el amor propio, siempre cuestan caras: consideremos á cuánta costa han pagado esa matanza de moros y esos cañones las familias de los muertos.

⁂

No hemos oído aún la ópera del maestro Bretón que, con el título de *La Dolores* y el asunto de la comedia famosa del Sr. Feliu y Codina, se ha estrenado en la Zarzuela. Aun cuando la hubiéramos oído, nada podríamos decir acerca de sus condiciones técnicas, porque la música es un placer para el que esto firma, y nunca podemos distinguir la buena de la mala, sino la que nos gusta ó nos aburre. Pero no se ha necesitado, para saber el buen éxito de *La Dolores* de Bretón, haber asistido al estreno: bastó ser transeunte de las calles de Madrid desde la de Jovellanos, es decir, cerca del Congreso, hasta la de la Bola, donde vive el maestro, próxima al Senado. El coche del compositor, rodeado de gente con hachones que le vitoreaba, recorrió aquel largo trayecto, de modo que pudieron conocer su triunfo casi todos los trasnochadores de Madrid, á cuyo frente nos hallamos, sin admitir ventaja en los serenos. Y por cierto que nos alegramos al saberlo, como de todas las satisfacciones, no ya de un antiguo amigo como el Sr. Bretón, sino de todos los hombres de valer, por más que no sean de nuestro agrado esas manifestaciones, habiendo tantos modos de honrar el mérito, como hubiera sido, por ejemplo, una serenata, con piezas escogidas entre el repertorio del maestro. Y esto lo decimos, no en son de censura por este caso particular, sino en general, porque no se vulgarice esta costumbre, que luego se aplicaría poco á poco el tributo á toda clase de éxitos, como sucedió con la llamada á las tablas, que empezó en *El Trovador*, y hoy es indispensable para el juguete de menos pretensiones. Y hecha esta observación, felicitamos de todas veras al maestro Bretón por su nueva victoria en el género español.

⁂

No hemos de exigir á un periodista de París que le guste nuestro pan, ni el peinado y aun la cara de las cigarreras de Sevilla: no debemos extrañar que escriba *funda* por fonda, y podemos perdonar que describa antropológicamente á las andaluzas en su breve residencia de dos meses en España, pues el mismo título de la obra, *Deux mois en Andalusie et à Madrid*, prueba que hubo de hacer este íntimo estudio por referencias muy dudosas. Dejando esto aparte, y hojeando el libro del distinguido escritor Sr. Gastón Routier, hallamos, á pesar de ciertos errores históricos y de nombres, disculpables en todo extranjero, apreciaciones muy discretas respecto de nuestros hombres políticos, que trató en su excursión á España en la época del último Centenario, como fueron los Sres. Cánovas del Castillo, Castelar, Silvela y Navarro Reverter; son de estimar sus propósitos de buena inteligencia con España en las cuestiones arancelaria y africana, y revela que no perdió su tiempo los muchos datos que contiene el libro, exento de esos errores excesivos que suelen cometer los franceses que viajan por España. Nada tan curioso para conocerse y distinguir lo que el hábito nos oculta, como observar la impresión que producen al extranjero las cosas que nos son familiares y por esta razón no podemos calificar y apreciar bien. Al Sr. Routier le entristeció Fuenterrabía; la comida de Huelva le pareció muy mala, aunque reconoce que hay un hotel notable; juzga el pan español de crudo por dentro, húmedo y desabrido, y cree exagerado el elogio de Teófilo Gautier al admirable *San Antonio* de Murillo; se extasía ante la Catedral de Sevilla, y hace votos por su reconstrucción: el salón principal del Alcázar de Sevilla y la Catedral de Córdoba le parecen prodigiosos; concede á Madrid un par de fondas buenas, y cree magníficos el cruce del Prado, calle de Alcalá, paseo de Recoletos y la Castellana, y demasiado bueno el edificio del Banco para el oro que guarda: no le agrada del todo el Palacio Real, pero sí la Soberana que le habita; elogia lo bueno del Retiro, le repugnan los toros, y hace ante *El Dos de Mayo* reflexiones tan discretas y conmovedoras, que dan ganas de estrechar la mano al autor de este viaje por España, que, sin disimular nuestros defectos, no juzga mal de nuestras cosas por regla general, aunque por su rápida excursión confunda los detalles.

⁂

Terminaremos nuestra Crónica sin bromas ni alegría. Las noticias del clamoreo de la prensa norteamericana contra nosotros y la continuación de las partidas en Cuba, con los otros motivos expuestos anteriormente, sólo nos permiten una excitación al patriotismo de todos, en beneficio y por el amor sagrado de la nación. Haga cada cual lo que pueda para calmar la excitación, recordando los españoles con mil ejemplos de la historia, siempre olvidados y siempre del mismo género, que cuando se atenta contra la integridad del país, los enemigos de España han seguido un mismo procedimiento, el más seguro y eficaz, dada la exaltación de nuestro carácter: dividirnos, para que, distraídos y preocupados con nuestras discordias de familia, descuidemos los deberes principales. Y si nadie nos escucha, ¡cómo ha de ser! habremos cumplido el deber sagrado de advertirlo y predicarlo.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

EL CRUCERO «REINA REGENTE».

A las muchas desdichas que ha traído á España la construcción del fuerte de Sidi Guariax, comenzada sin oportunidad y sin los medios de hacer frente á las consecuencias que pudiera tener, hay que añadir otra, que viene á ser digno coronamiento de tal edificio.

Salió de Madrid la Embajada, después de maltratada por unos y agasajada por otros, extremos igualmente dañosos y fuera de lugar, porque la dignidad, el sentido común y nuestros intereses pedían que se mirase á los moros con indiferencia, sin mostrarles cariño ni enemistad. Pero como en estos malos tiempos que corren las prendas del carácter nacional que más se echan de menos son la circunspección y la mesura, nadie supo ser circunspecto ni mesurado, pecando quién por carta de más y quién por carta de menos.

Dudóse sobre si embarcarían en Algeciras, en Cádiz ó en algún otro puerto, y se prefirió al fin el segundo. Embarcaron en el *Reina Regente*, el sábado 9 del corriente, con tiempo no muy bueno, que después empeoró.

El día siguiente, domingo 10, amaneció tempestuoso, bajando rápidamente el barómetro muchos milímetros, lo que era indicio de gran desequilibrio atmosférico; y, en efecto, á las doce el viento soplaba del Sudoeste con grandísima fuerza, levantando poderosas olas, al mismo tiempo que las nubes dejaban caer copiosa lluvia. Una hora antes de desencadenarse el temporal había zarpado de Tánger el *Reina Regente*, no considerándose sin duda seguro en aquella rada abierta, donde, si apretaba más el tiempo, era probable que no pudiera aguantarse. ¡Quizás pensó el comandante que tendría tiempo de meterse en Cádiz antes de que la tempestad llegase á su apogeo! ¡Quizás creyó que debía engolfarse en el Atlántico, huyendo de ella! Sobre esto nada puede asegurarse, porque hasta hoy no se ha vuelto á saber del *Reina Regente* ni de sus 415 tripulantes. Se han aventurado muchas opiniones sobre el rumbo que tomó y el fin que tuvo; se han propalado infinitas especies falsas sobre su aparición en los puertos de Canarias, de Marruecos y hasta de Italia; se han inventado historietas sin cuento, diciendo que le vieron en tal ó cual parte, peleando con el mar de esta ó de otra manera; pero sólo se sabe que no se sabe nada, y como el barco no podía desaparecer en aguas tan concurridas mientras estuviese sobre ellas, no cabe suponer otra cosa sino que se ha ido á pique con cuantos le tripulaban. ¡Espantosa desgracia que en estos momentos aflige á la nación, harto apenada por otros descalabros y contratiempos!

Se construyó en los astilleros de Clydebank (Escocia), y fué botado al agua en 1886. Sus dimensiones eran: eslora máxima total, 335 pies ingleses; manga, 50,7; puntal, 32,6; altura de la flotación en carga, 6; desplazamiento normal, 4.800 toneladas. Tenía dos hélices gemelas, cada una con su correspondiente máquina de triple expansión, que tenían 7.000 caballos de fuerza con tiro natural y 12.000 con tiro forzado, y debían dar al buque la velocidad máxima de 20 millas y media por hora. (Véase la página primera de este número.)

El casco era de acero Siemens, de la mejor calidad, y estaba dividido en compartimientos estancos por medio de mamparos transversales. Tenía tres cubiertas corridas, alta, batería y protegida, esta última de dos pulgadas de espesor (acero Siemens) en la parte plana y tres en la inclinada. Las máquinas, calderas y pañoles estaban resguardados por una coraza de tres y media á cinco pulgadas de grueso. Podía llevar en las carboneras 1.200 toneladas de carbón, lo que le daba un radio de acción de unas 13.500 millas. Para alumbrar las diversas dependencias llevaba lámparas de incandescencia que sumaban unas 10.000 bujías. Los botes eran doce, de los cuales tres de vapor.

Su artillería componíase de 4 cañones Hontoria, de 20 centímetros; 6 Hontoria, de 12 centímetros; 6 cañones de tiro rápido Hotchkiss, de 6 libras; 4 ametralladoras de 4 cañones de 25 milímetros, y otras 2 de 5 cañones de 11 milímetros cada uno, y 5 tubos lanzatorpedos.

Mandábale el Sr. D. Francisco de Paula Sanz de Andino y Marte, capitán de navío con reputación de bravo y entendido. El segundo de á bordo era el Sr. Pérez Cuadrado. El resto de la dotación componíase, además de la oficialidad, de los dos médicos (primero y segundo) y de un capellán, de un maquinista mayor, 2 de segunda, 10 guardias marinas, un alumno de administración, 7 contramaestres, 3 carpinteros, un buzo, 2 obreros torpedistas, 2 escribientes, 6 obreros calafates y de carpintería, 20 maquinistas, 10 aprendices, 53 fogoneros, 2 dependientes de cirugía, 3 de víveres, 16 condestables, 30 artilleros de mar, 2 sargentos de infantería de marina, 3 cabos primeros, 4 segundos, 2 cornetas, 33 soldados, 9 cabos de mar de primera, 21 de segunda, 17 de marinos de primera y 135 de segunda.

Como recuerdo del *Reina Regente* publicamos en la última página de este número una vista de la cubierta de este barco, en que se ven algunos moros. Son los que, hace años, fueron á San Sebastián, cuando allí se hallaba la corte, y entre ellos está Sid-Abd-el Krim Brisha.

⁂

EL «EMPERADOR CARLOS V».

El barco. — La botadura. — El Casino Gaditano. Los héroes de la fiesta.

Casi al mismo tiempo que desaparecía el crucero *Reina Regente*, botábase al mar en el puerto de Cádiz un nuevo buque de guerra: el acorazado *Emperador Carlos V*.

Tendrá éste las dimensiones del *Pelayo*, aproximadamente, á saber: 123,36 metros de eslora total, 20,42 de manga máxima, 12,12 de puntal, 7,62 de calado medio, y 9.235 toneladas de desplazamiento.

El casco es todo de acero Martín Siemens, procedente de las fábricas de Bilbao y Asturias, como asimismo sus mamparos longitudinales y transversales, dobles fondos y cubiertas; el forro exterior tiene un espesor en la quilla horizontal de 34 milímetros, decreciendo hasta terminar en las amuradas, con un grueso de 10 milímetros.

Está protegido por una cubierta blindada, que ocupa toda la eslora, desde los refuerzos de la roda hasta los del codaste, quedando defendidos todos sus pañoles de municiones y pólvoras, máquinas y calderas, servo-motor, mecanismos de las torres, torpedos y en general todos aquellos espacios ocupados por material de guerra y aparatos esenciales para la defensa del buque.

En las secciones destinadas á máquinas y calderas, el blindaje protector alcanza un espesor de 162 milímetros, constituído por planchas de acero cromado de 112 milímetros de grueso, soportadas por otras dos de acero Siemens de 25 milímetros de espesor cada una; el grueso de este blindaje disminuye hacia las extremidades del buque, donde termina con espesores de 50 milímetros.

En la parte central, desde el trancanil de la batería hasta la altura de las batayolas, recubriendo los costados, reductos y frentes de popa y proa de las repisas, el buque está defendido por un blindaje vertical compuesto de planchas de acero Siemens y acero endurecido, que suma un espesor de 50 milímetros, los que, unidos á los 12 milímetros de grueso de las planchas del forro, constituyen un espesor total de 62 milímetros, formando como un mantelete cerrado para defensa del personal.

Las torres barbetas emplazadas en el castillo y toldilla tienen un blindaje de acero de 250 milímetros de espesor, y las envolventes para la defensa de los ascensores de proyectiles, desde la cubierta protectora hasta las citadas torres, llevan un blindaje de 200 milímetros. La torre para gobierno en combate tiene un blindaje de 300 milímetros, y el tubo de transmisiones, de 203 milímetros.

El armamento militar lo constituyen dos cañones de 28 centímetros, sistema Hontoria, instalados en las barbetas de popa y proa, con mecanismos eléctricos para la subida de proyectiles, movimiento y puntería: estos cañones están dispuestos para tirar en caza, retirada y de través, con ángulo máximo de 130° al eje del buque. En reductos situados en las cubiertas superior y batería, se instalan ocho cañones de 14 centímetros tiro rápido, también Hontoria, con manteletes protectores de 30 y 54 milímetros de espesor respectivamente. A proa sobre la batería lleva el buque dos cañones de 10 centímetros tiro rápido, y otros dos del mismo calibre en la cubierta superior. El resto del armamento lo constituyen dos cañones de 7 centímetros, cuatro cañones de 57 milímetros, cuatro ametralladoras de 37 milímetros situadas en las cofas militares, dos ametralladoras calibre de fusil, y seis tubos lanzatorpedos, situados dos á proa, dos á popa y dos al centro para lanzar torpedos de flanco.

Llevará dos máquinas de hélice independientes, de triple expansión, construídas en los talleres de *La Maquinista Terrestre y Marítima*, de Barcelona, compuesta cada una de ellas de cuatro cilindros, uno de alta, uno de media y dos de baja presión: estas máquinas desarrollan colectivamente 15.000 caballos con tiro natural, que imprimen al buque una velocidad correspondiente de 19 millas por hora; y un total de 18.500 caballos con tiro forzado, con el cual se espera una velocidad de 20 millas.

Además de las máquinas principales, el buque irá provisto de diferentes máquinas auxiliares para distintas aplicaciones, como cuatro compresores para servicio de torpedos, dos máquinas de cabrestantes, un servo-motor, dos dinamos para monta-cargas de la artillería de tiro rápido, dos dinamos para el alumbrado eléctrico del buque, ocho aparatos monta-cargas eléctricos, quince ventiladores mecánicos para la ventilación artificial y de calderas, cuatro bombas á vapor para los achiques, dos destiladores, dos chigres á vapor para la carga de embarcaciones menores, ocho maquinillas á vapor para la extracción de cenizas de las calderas, seis bombas Downton, dos bombas de sentina, y otros, que hacen un total de más de sesenta aparatos auxiliares, indispensables para los múltiples servicios de este buque, y que, dados los adelantos de la ciencia naval, le hacen una máquina de guerra formidable.

El alumbrado general del buque se llevará á efecto por medio de lámparas eléctricas Edisson, en número de 400 próximamente, de intensidad lumínica equivalente á 10 bujías cada una, exceptuando las correspondientes en las cámaras de máquinas y calderas, que serán de 16 bujías. Sobre el puente se instalan dos proyectores de 20.000 bujías de intensidad cada uno, y en cada palo un reflector de 400 bujías.

Todos los pañoles, espacios y mamparos estancos de división llevan sus válvulas para achicarlos rápidamente en caso de inundación; las aguas de todos los compartimientos del buque se conducen por medio de colectores á las cisternas principales de achique, de donde son extraídas y expulsadas al mar por medio de cuatro bombas Downton, dos de mano, cuatro de vapor y cuatro centrífugas, capaces cada una de estas últimas de achicar 860 toneladas métricas por hora.

Para servicios de baldeos y contraincendios existe una tubería especial que recorre toda la eslora del buque, con derivaciones á los pañoles de pólvora, proyectiles y material de guerra: esta tubería está dispuesta de modo que pueda prestar servicio á la vez en todas las secciones del buque. Para el relleno de los tanques de lastre é inundación de pañoles, también se instala otra tubería con grifos para cada uno de los espacios que hayan de inundarse.

Todos aquellos espacios del buque que no tengan ventilación natural, se les ventila por medios artificiales: al efecto se instalarán tres ventiladores mecánicos que inyectan aire fresco por tuberías especiales á todos los pañoles y compartimientos, los que á su vez por conductos de expulsión arrojarán al exterior el aire viciado que en ellos exista.

La ceremonia de la botadura de este magnífico buque ha sido tan solemne y brillante como se podía esperar, dado el suceso. Cádiz vistió sus mejores galas, bien ajeno de pensar que tan pronto había de trocarlas por riguroso luto.

S. M. la Reina Regente, á quien la enfermedad que acaba de padecer no permitió asistir en persona, estaba representada por la señora Condesa de Niebla; el Gobierno, por los ministros de Marina y Fomento, y la prensa, por redactores de los principales periódicos. El número de forasteros que acudió á Cádiz fué tal, que todas las fondas y casas de huéspedes se llenaron completamente.

El día amaneció tan bello y apacible como desagradables y borrascosos habían sido los anteriores. Más de 4.000 invitados llenaban los astilleros después de la una de la tarde, y 300 obreros se disponían á picar las cuñas y tirar de las cuerdas para el lanzamiento. De estas operaciones preliminares dan idea nuestros grabados de la pág. 176. Al levantar el barco de proa para facilitar su caída vese en el segundo de ellos. Añadiremos que en la cama central donde descansaba el acorazado se habían colocado 4.000 kilogramos de sebo.

A la una y quince llegó al astillero la señora Condesa de Niebla, siendo recibida con los honores que á su alta representación correspondía. Después de bendecido el barco, cortó aquella dama con un hacha de plata la cinta de retenida, y el *Emperador Carlos V* deslizóse majestuosamente, entrando en el agua entre los aplausos y los vivas de los espectadores. Momentos después rodeábanle infinidad de vaporcitos, lanchas y botes llenos de gente que deseaba contemplar de cerca al coloso.

Nuestro tercer grabado de la pág. 176 reproduce la escena de la botadura en el momento preciso de comenzar á deslizarse el barco. En los de la página siguiente encuéntranse detalles de éste dignos de atención. En el primero, vese sobre cubierta la locomóvil destinada á poner en movimiento las herramientas mecánicas cuando el buque esté á flote. El segundo y el tercero reproducen la proa y la popa del mismo, y en el medallón del centro vese parte de la popa al entrar en el agua, cuando aun se descubre la hélice, á la que todavía falta una de las paletas.

Todos estos grabados, así como la vista de los astilleros después de la botadura, con el acorazado á flote en el último término, están tomados de dibujos de nuestro colaborador artístico Sr. Comba, quien asistió á la ceremonia.

Después de la botadura almorzaron los principales invitados en la sala de gálibos. Hubo otras muchas fiestas, y ya que no nos sea posible mencionarlas todas, recordaremos, siquiera sea de paso, el té del Casino Gaditano. El edificio en que esta sociedad tiene su residencia es bellísimo y su patio del más puro estilo árabe español, según puede juzgarse por nuestro grabado de la pág. 185. Tiene el Casino Gaditano una excelente biblioteca, y encierra todo género de distracciones honestas y cultas. Su presidente es el Sr. D. Rafael de la Viesca.

Sería notoria injusticia no consignar en esta breve reseña los nombres de los verdaderos autores del señalado triunfo que la industria española ha conseguido en Cádiz. Son éstos los Sres. Vea Murguía, que emplearon todo su capital en la obra de los astilleros; los Sres. Noriega, sus socios; D. Nicolás Fúster, ingeniero naval notabilísimo, autor de los planos del *Filipinas* y de otros barcos, y director de las obras del *Emperador Carlos V*, y don Miguel Rechea, también ingeniero naval de acreditada pericia, y que con su talento y actividad ha tenido mucha parte en el buen éxito de esta empresa. Todo en este barco es español, así los materiales, como los constructores.

°°°

BELLAS ARTES.

Costumbres orientales. ***El tocado en el harén*, cuadro de R. C. Woodville. — *Fiesta de San Bartolomé en Sitges*, cuadro de D. F. Masó.**

El pintor inglés Woodville ha logrado gran reputación de fidelísimo intérprete de escenas de la vida en Marruecos, tipos, paisajes, etc., etc. *El tocado en el harén* (véase la página 180) es un cuadro muy verdadero y original, y que dará al lector idea más exacta de la existencia de la mujer en aquel país que la que podría formarse hojeando muchos libros. Aquellas moras que tan cuidadosamente atienden á la compostura de su tocado sólo han de lucirle delante del marido, pues ni aun por la tarde, cuando suben á las azoteas á charlar con las amigas y vecinas, las verán otros ojos que los de éstas. A lo sumo, suele aparecer á lo lejos algún europeo curioso; pero luego que las moras advierten su presencia huyen y se esconden.

Sitges es uno de tantos pueblos limpios, bellos y sanos de la costa catalana, y que á tan apreciables circunstancias reune, como casi todos los del mismo país, la de conservar amorosamente sus fiestas y costumbres tradicionales. Una de éstas, la procesión de San Bartolomé, ha servido de tema al Sr. Masó para componer el bonito cuadro que reproducimos en la pág. 181, en el que el autor ha conseguido notable triunfo artístico. La *Fiesta de San Bartolomé en Sitges* le ha valido en el extranjero muchos premios y distinciones que han confirmado la reputación de excelente pintor, conseguido con sus cuadros *L'amour qui passe* y *Colón en la Rábida*.

°°°

EMBARCO DE TROPAS PARA CUBA

en Santander y en Cádiz.

Siendo tantos los motivos de tristeza y desaliento que todo buen español tiene en los malos tiempos que corren, razón más que sobrada hay para acoger con júbilo cualquier suceso favorable ó señal de no estar la nación tan falta de vigor y de recursos como á veces cabe suponer, y entre los de este género el más notable es la facilidad con que ha podido reunir la Compañía Transatlántica en brevísimos días una flota de 35.000 toneladas destinada al transporte de tropas.

En nuestros grabados de la pág. 184 publicamos vistas del embarco de éstas en los puertos de Santander y Cádiz, de donde salieron los batallones 4.° y 6.° y 1.° y 2.° en los días 9 y 11 del corriente. Ambas ciudades despidieron á los jefes, oficiales y soldados con patrióticas demostraciones que honran y enaltecen, aún más que á los agasajados, á los autores del agasajo.

El Club de Regatas obsequió á los sargentos, cabos y soldados del sexto batallón con café con leche y bollo. La ciudad entera se engalanó como en los días de las más solemnes fiestas, y en todo el camino hasta el muelle fué la tropa vitoreada con entusiasmo. El embarco se hizo con gran facilidad, pues el *León XIII* es de tal magnitud, que alcanza á dos muelles salientes, y pudieron entrar los soldados por la popa y por la proa simultáneamente. Este magnífico vapor desplaza, con carga máxima, 9.200 toneladas, es decir, lo mismo, sobre poco más ó menos, que el acorazado *Pelayo*.

En el *San Ignacio*, que estaba atracado en el muelle 6.°, iban los soldados del depósito para Ultramar, á quienes igualmente obsequiaron los santanderinos. La prensa les hizo un regalo de 680 pesetas, y entre el Ayuntamiento y la Diputación otras 400.

También el pueblo gaditano obsequió á los soldados que de aquel puerto salieron á bordo de los vapores *Santo Domingo* y *Alfonso XII*.

G. Reparaz.

NUESTRA ESCUELA DE BELLAS ARTES EN ROMA [1].

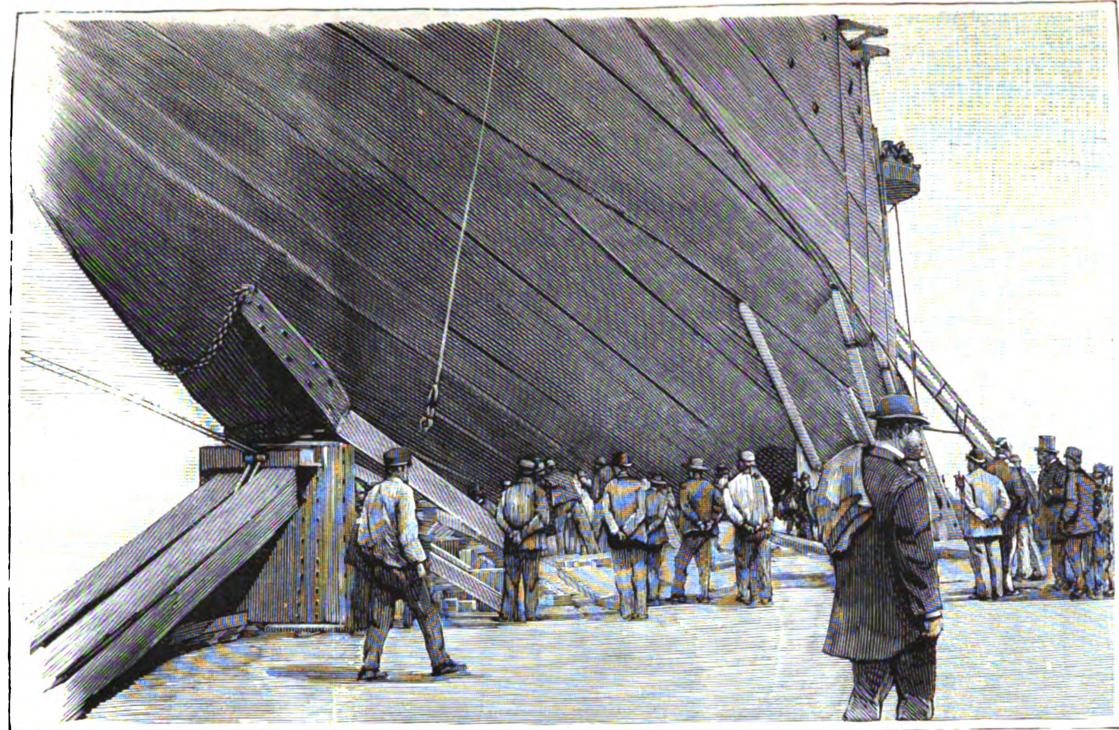
ARTÍCULO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

I.

Yo me guardaré bien de proponerme una descripción del edificio, que pretende albergar familia numerosa de artistas pensionados, y no lucir hechuras arquitectónicas esmaltadas á la moda romana con floreos de guirnaldas escultóricas y altos relieves tallados en mármoles de Carrara y embellecidos por el sol esplendoroso de Italia, cuyos rayos les prestan entonaciones parecidas á las propias del mármol de Paros, como puede observarse con sólo dar un paseo por la Ciudad Eterna. Jamás la hermosura del arte huelga, sobre todo en edificios al arte consagrados. Mas así como prefiero en un diario, todo para el público, la redacción intelectual, que bien escriba y piense, á la redacción material, que bien y con comodidad albergue ó aloje, prefiero, en un edificio tan de aplicación práctica como los erigidos á la enseñanza, el fin útil al esplendor estético. Si los alumnos posan bien allí, francamente, no hay más que pedirle á la posada: y si están pagados del sitio y gozosos con la suerte que les apercibe y depara el Estado en comodísimo local, debe uno con ello verdaderamente holgarse y satisfacerse. Sin embargo, no me hubiera parecido mal, no, la reproducción de un ejemplar cualquiera del Renacimiento nuestro, idóneo para variar y romper con algunas líneas platerescas, por ejemplo, de composición y carácter hispánicos, la monotonía y uniformidad enseñoreadas del arte moderno romano, merced á la colosal estatura y á la incontrastable fuerza del antiguo arte romano. En la Exposición francesa del 67 reprodujimos por los jardines del Campo de Marte un palacio tal como el famoso de Monterrey, en Salamanca. Pasábame yo las horas muertas contemplándolo, y, á fuer de desterrado, esparcíame con esparcimiento efusivo, y divertíame con diversión larga de la pena causada por el destierro, al ver la expresión de cuantas emociones experimentaban los curiosos á la vista de aquella obra y recoger al oído los juicios formulados al vuelo. Pues bien: debo decir que la corona de aquel monumento; sus torres cuadradas, de gallardía y esbeltez preciosas, concluídas por diademas donde hiciera el cincel verdaderos prodigios: sus chimeneas, evocadoras del gótico en los espléndidos arreboles del ocaso por aquellos remates y grecas de copiosa riqueza; los arcos rebajados de su aérea galería, tan graciosos y armónicos; los encajes de piedra formando arabescos ligeros como los alicatados cordobeses y las alharacas granadinas; los alcides, que recuerdan las estatuas mejores de Sansovino, y las quimeras aladas á lo Berruguete, como si fueran recién venidas desde sobrenaturales faunas: los candelabros del coronamiento flameando, y los dragones corriendo entre las columnatas estriadas, y los antepechos de balaustres y serafines en las enjutas: el remate y crestería de una solidez y de una estabilidad contrastadas y embellecidas por los círculos y elipses donde la luz del cielo y los esplendores del azul de los aires brillan mucho, como que allí se engarzan cual rica pedrería; tantas maravillas de nuestro arte y gusto nacionales entusiasmaban por tal modo los ánimos y los espíritus, que se hacían á una lenguas del hermoso conjunto, declarándolo, por una especie de plebiscito moral, ejemplar incomparable y modelo perfectísimo de nuestras artes arquitectónicas en la edad del Renacimiento. Pero no han querido andarse con estos floreos los arquitectos de la Escuela hispana en Roma: se han limitado á la fabricación de una casa modesta, casa de huéspedes grande, con aire y luz y espacio suficientes á los oficios de la enseñanza. Celdillas buenas, co-

(1) Véase el número VII.

CÁDIZ.—BOTADURA DEL ACORAZADO DE COMBATE «EMPERADOR CARLOS V».



PREPARATIVOS PARA LA BOTADURA.

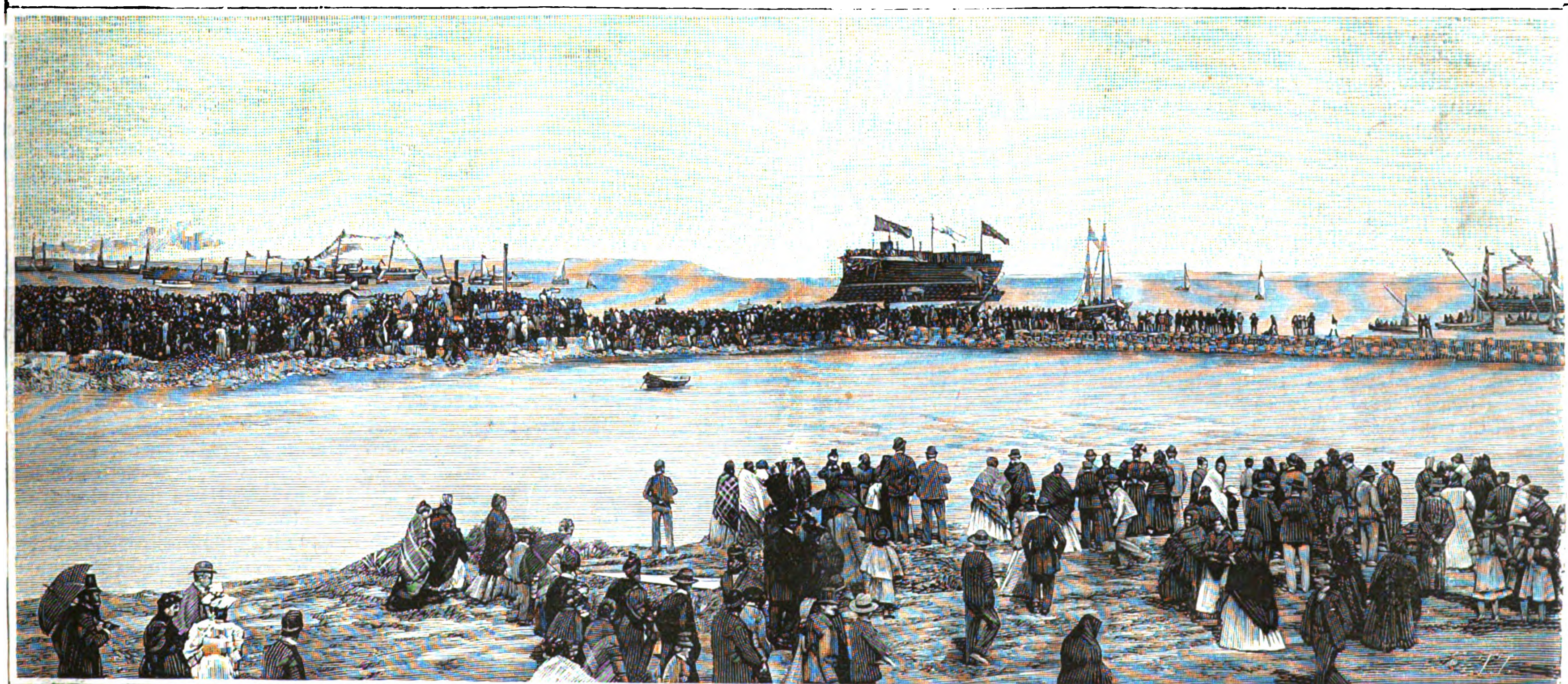


APRETANDO LAS CUÑAS CON LOS «JUANILLCS».

LA BOTADURA.—EL ACORAZADO «EMPERADOR CARLOS V» EN EL MOMENTO DE DESLIZARSE HACIA EL MAR.

(Del natural, por Comba.)

CÁDIZ.—BOTADURA DEL ACORAZADO «EMPERADOR CARLOS V».



DETALLES DE LA CUBIERTA Y DEL EXTERIOR DEL BUQUE.—ASPECTO DE LOS ASTILLEROS DE LOS SRES. VEA MURGUÍA, NORIEGA Y COMPAÑÍA, DESPUÉS DE LA BOTADURA.

rredores amplios, estudios á derechas dispuestos, cómodo apartamento para el Director, albergue apropiado á la vida en común, ofrece la Escuela, demasiado moderna para ofrecer aquellas preseas superiores, obras del tiempo y del trabajo. No hay nada, en último término, que decir. Está la casa, muy semejante á lo que llamamos en francés *hôtel* y antes llamábamos en español hostal, bien dispuesta y distribuída y aparejada de suyo para el objeto á que la destinamos y para la comunidad laica de jóvenes artistas que deben habitarla.

II.

Sin embargo, hay quien murmura del sitio mismo donde se halla construída la Escuela, sitio apartado y solitario, propio tan sólo para un cenobio y ajeno á las exigencias de un colegio. Añaden estos maldicientes que, habiendo tenido allí nosotros la plaza Navona, la iglesia de Monserrat entre otras, el edificio mismo que hace frente al Vaticano en el ingreso á la Columnata del Bernino y á la plaza de San Pedro por el Mediodía, podíamos haber aposentado á los alumnos en el riñón de la ciudad, y no en alturas de jardines colgantes, poco habitables y monásticas, que son como nidos celestes, santísimos, en verdad, pero apartados del mundo. No comparto yo tal opinión. Lo más consagrado en Roma por el culto secular de las generaciones, han sido sus colinas; y así, lo más excelente para la erección de edificios importantísimos. Como la célebre Academia de Francia ocupa los jardines de Salustio; y el Municipio las alturas del Capitolio, colgado sobre la roca Tarpeya; y el Palacio de los Reyes la colina Quirinal; y el circuito de las viviendas cesáreas los montículos del Palatino, célebre por sus ruinas titanescas; y la Basílica de Letrán el Celio, desde cuyas cimas descubre la vista los acueductos rotos con los Apeninos eternos; y el Vaticano la cumbre augusta de los vaticinios; y aquella iglesia donde truena el Moisés de Miguel Angel, tan sublime, la vertiente del Viminal; bien puede nuestra Escuela de Bellas Artes ocupar el Janículo, montaña que se llamó Janua ó puerta, por haberla Rómulo atravesado en pos del requerimiento de la Umbría y de la Toscana y por haberse dividido en ella Jano con Saturno el antes bárbaro Lacio, abriendo con el arado los primeros surcos en las tierras incultas, llevando Vesta el fuego vivificador sacratísimo, el fuego arrancado por Prometeo á los dioses, que había de encender la llama de los hogares é iluminar la trípode de los templos, hasta concluir por ablandar el hierro para la industria y mantener el calor ethéreo de lo infinito para nuestra sangre y nuestra vida. Yo creo con profunda creencia en el avivamiento y cultivo de las ideas estéticas y de las inspiraciones vivificadoras del arte á la influencia ó medio como aquél, medio externo, donde los recuerdos exhalados como aromas por el suelo, y los escombros tendidos como grandiosos esqueletos de las edades pasadas, y los dioses muertos, errantes como sombras por los abismos del espacio, y las aras cubiertas de verde légamo parecido á un espeso manto ó humedecidas por algo así como evaporaciones de lágrimas, y los arcos destrozados, y los pilares caídos cual despojos de las grandes batallas del tiempo con las criaturas y con las cosas, concluyen por sugerir unas ideas altísimas, capaces de formar esos estados mentales y esos sentimientos del corazón indispensables al artista, sacerdote de una religión en sí tan alta como la religión del arte y de sus eternales bellezas.

III.

¿Dónde se puede aprender lo que allí en el Janículo se aprende por los ojos, doquier los convierta el alumno? Cuantos trabajan en oficio de pinceles y paletas necesitan luz, y tienen que competir en madrugadores con gallos y con alondras. Pocos puntos en el espacio tan luminosos cual las colinas romanas. Al abrir por el alba las maderas, todo habitante del alto Janículo divisa desde su cuarto, cuando está orientado como los mejores de aquellos edificios, al Este la montaña Soractes, cantada por Horacio; al pie Roma con sus monumentos y su Tíber; al Mediodía el Aventino, y el Vaticano al Norte. Sin salir de su casa recorre los patios de San Pedro en Montorio el alumno español, y estudia su templete de Bramante, precioso ejemplar en arquitectura moderna romana, erigido á expensas de los Reyes Católicos por la época del pleno Renacimiento. Entrando en el templo, también español, aunque lo construyera Pintelli, pues lo construyó por disposición y orden de nuestro Estado, enriquecen la ciencia y la experiencia escolares otros mil objetos dignos de curioso estudio. En pocos sitios puede verse un ejemplar de arte pictórico cual aquella flagelación del Piombo, pintada sobre la pared al óleo, según procedimientos de su invención, pues el pintor veneciano, de temperamento vario y complejo, como todos los artistas de aquella creadora edad, lo mismo servía para la industria y la diplomacia que para la metafísica y el arte. Lección viva este Piombo de cómo las inspiraciones verdaderas no lucen á la combinación artificial de componendas más ó menos estudiadas, sino al soplo divino del estro interno, encendiéndolas y avivándolas. Convencido Buonarroti de que las tres grandiosas escuelas, Roma, Umbría y Florencia, tan maestras en dibujar, flaqueaban por el color; con ánimo de completarlas, llamó á su lado al veneciano Piombo, quien, por ser de Venecia, recogía en su paleta iris, arreboles, alboradas, matices, cabrilleos, reflejos, lacas, estelas, merced á los canales, vetas de cristal que brillaban por doquier, y á las lagunas, gigantes madreperlas donde se cuajan á la continua ópalos deslumbradores. Pues el fresco de San Pedro en Montorio presenta la particularidad de haber ensayado en él estos dos genios unidos los efectos de su artística unión. El resultado no respondió al esfuerzo. La separación de pintura y dibujo fué algo así como pedirle á un generador que generara el cuerpo de cualquier criatura, y á otro generador que generara el alma. Como faltaba en los dibujos de Miguel Angel un brillo á lo Piombo, faltaba en el color de Piombo la congruencia con el dibujo de su titánico hermano. Y al reunirse ambos ¡vive Dios! más bien reunían sus defectos que sus perfecciones. ¡Cuán provechosa enseñanza para comprender cómo necesita el arte de la personalidad toda, pues el genio aparece allá en las alturas del espíritu á la manera que Dios en las alturas del cielo, uno y solo! No menos digno de atención y estudio el fresco en que Vasari conmemora un acto evangélico de la trascendencia reconocida en los pasos y conversiones del apóstol San Pablo al Cristianismo. Historiador clásico de los pintores italianos, consiguió Vasari contar sus obras y no consiguió emularlas; maestro en el arte de referir vidas ajenas, y discípulo é imitador en el arte de pintar obras propias, magistrales de factura y faltas de inspiración. Mas donde hay recuerdos santos que despertar y obras artísticas que ver es en San Onofrio, monasterio muy cercano á la Escuela; porque no solamente os miran como animadas y vivas las figuras del pórtico, hechas por los pinceles del Dominiquino y brillantísimas de color; el Niño Jesús de Pinturriquio, en las lunetas del ábside, con una encarnación verdadera y una sonrisa celestial; aquella Virgen incomparable de Leonardo, en los claustros, suave de color y armoniosa de línea, ojos grandes para reflejar el éther itálico, y labios vibrantes para repetir las melodías de aquel aire, luciendo entre los multicolores azulejos de la Robia, parecidos á esmaltes puestos sobre metales preciosos; sino que os dan escalofríos de terror, como si fueran perdurables é indelebles allí, las trágicas postreras horas del Tasso, muerto bajo los techos del Cenobio, sin haberle servido su genio poético, tan extraordinario, sino de tormento, en el cual todos nos hemos encantado y él solo ha padecido las penas y las torturas de un verdadero martirio.

IV.

Pasando entre tanta maravilla, no pude menos de bendecir la ocasión que me deparaba el viaje á Roma, de visitar un Instituto fundado en días de grande adversidad para la patria y para mí de angustia cruel. Acompañábanme, y me ofrecían todas las noticias necesarias para mi visita, el director, D. Alejo Vera, conocido y admirado por sus cuadros, que así reproducen escenas de la Roma clásica como escenas de las catacumbas cristianas; el secretario, Sr. Esteban, entusiasta por el arte, activo y tenaz en el trabajo, autor de paisajes muy estimables; y los dos grandes genios de la pintura moderna española, Pradilla y Villegas, merecedores del culto religioso que les prestan las gentes todas en los mundos del arte, donde han ganado inmarcesibles lauros y glorias, cuyos reflejos recaen sobre todos sus compatriotas, aumentando el tesoro histórico de nuestras intelectuales grandezas. No quiero decir cuánto aumentara los atractivos de la visita y del estudio aquella inapreciable compañía. Pero ni ellos mismos pudieron preservarme de dos impresiones ingratísimas, que nunca olvidaré y que voy á referir con toda sinceridad y lisura. Fué producida la primera por una soledad tan terrible de la Escuela, que me causó dolor. Falta la vi, en tal momento, del colegio de sus alumnos, á causa de uno entre los muchos arreglos arbitrados por nuestra incomprensible administración, interrumpiendo la vida de un instituto que no necesita nunca interrumpirse, pues para su perduración están ahí los alumnos, quienes con su juventud y su alegría lo rejuvenecen y regocijan en primavera perpetua, como están ahí los concursos, entre los cuales no deben mediar otros intervalos sino los necesarios á sustituir la legión que acaba con la legión que comienza. Pues dos años hacía entonces de hallarse la escuela cerrada y solitaria. Cuando iba por aquellas celdas entristecidas, por aquellos salones de trabajo sin animación alguna, por aquellos espacios donde las personas que los cuidan y los custodian están imposibilitadas de conjurar los estragos naturales de la inhabitación en las habitaciones y de la muerte en las viviendas, convertí los ojos, caldeados por pasión bien ajena de mi naturaleza y de mi carácter, por la envidia irremediable, frente á frente de nuestro Janículo, al Pincio, la Escuela de los franceses, erigida sobre jardines maravillosos cuidados con esmero, entre bosques seculares que la embellecen y la sanean, llena con objetos de arte dándole aires de museo, poblada de alumnos que se renuevan, como las estaciones, con verdadera regularidad y por mandato de leyes, las cuales, si alguna vez se derogan, es por otras leyes, nunca interrumpibles, y menos por la ciega voluntad y mandato de cualquier covachuela oligárquica. En las ruinas de los edificios antiguos todavía los estragos del tiempo y los horrores de la muerte suelen compensarse con las zarzas y las hiedras y los jaramagos, entre cuyas hojas los insectillos zumban, y sobre cuyos tallos las aves se paran; mas un cierre de edificios, en parte ó en todo hechos para vivir en sus senos y habitarlos, á pesar de cuantos cuidados se pongan en su conservación — y los ponen grandísimos cuantos guardan la Escuela hispana de Roma—concluye por herir el ánimo y el olfato. Yo no podía sino recordar aquella colmena de mieles del Hibla que componían los jóvenes primeramente mandados á Roma por mi Gobierno del 73, en la cual unos componían obras líricas, veinte años más tarde tocadas con maestría y oídas con éxtasis en los conciertos de Alemania; otros desbastaban los pedruscos y moles de mármol para luego recomponerlos en figuras hermosas con sus buriles y sus cinceles; grababan estos los ejemplares clásicos, por la universal admiración ya consagrados, y reproducían aquellos las colosales columnas de los templos antiguos; disponiéndose algunos, los excepcionales y creadores, á entrar en la inmortalidad y añadir al Museo de nuestras glorias antiguas en el arte inmortales modelos, como la *Virginia*, la *Dogaresa*, *Doña Juana la Loca*. De modo que por Abril del 75 no teníamos jaula y sí ruiseñores, mientras por Octubre del 95 teníamos jaula y no ruiseñores. Si esta interrupción es periódica y depende del Reglamento, hay que reformarlo, á fin de no perturbar aquella vida; si fué circunstancial y dependió del Ministerio, hay que advertírselo, á fin de impedir en lo sucesivo semejante falta, cuyas consecuencias todas ceden á una en daño y desdoro de la enseñanza.

V.

Sin el culto á los recuerdos no hay arte alguno entre los humanos posible, pues falta la tradición, que dilata la vida y sugiere inspiraciones al espíritu, así como afectos al corazón, de los cuales brotan las grandes obras artísticas. Y vamos á ver cómo anda de memoria la Escuela hispana en Roma, de memoria y de agradecimiento. Quien estas líneas traza la fundó entre los azares de un Gobierno como ninguno, por proceloso y combatido. No pudo, en los desvaríos causados por aquellos estremecimientos del suelo, tan terribles como las sacudidas de buque náufrago á las olas y los huracanes, olvidar el arte, y empezó por ocuparse con ahinco en cosa tan ajena de su carácter y de sus gustos como el allegamiento de aquellos perpetuos recursos indispensables á la sustentación de su obra. Quien conozca todas las resistencias de que son capaces cuantos rigen las fundaciones piadosas romanas y administran sus rentas, sabrán también cuál esfuerzo necesitamos para despertarlas de su amortización en ciertas compañías privilegiadas y difundirlas como riego fecundador en los campos de la ciencia y del arte, tan ajenos de ciertas supersticiones arraigadas y antiguas. Estaba subvertida Cartagena, retenidos por los cantonales nuestros barcos, lleno de carlistas el Norte, roto el Mediodía en taifas; y sin descuidar un minuto los medios indispensables á la extirpación de estos males, todavía me quedó tiempo de redactar el preámbulo puesto al decreto fundando el imperecedero instituto en Roma. «No brilla un pueblo tan sólo—decía yo en aquel documento que publicó la *Gaceta* de 12 de Agosto del 73, firmado por mi fraternal amigo D. Santiago Soler, como ministro, y dignísimo, que á la sazón era de Estado;—no brilla un pueblo tan sólo por sus liberta-

des políticas. Brilla también por todas las manifestaciones de su genio. Entre estas manifestaciones, ninguna tan característica del temperamento y espíritu nacional como la manifestación del arte y la poesía. Tiene la ciencia, por sus principios universales, no pendientes de tiempo y lugar, cierta impersonalidad, superior, si se quiere, á la subjetividad del arte, por humana, pero también ajena del genio intrínseco é íntimo de los pueblos. Mas las artes, hijas predilectas del sentimiento, se tiñen de suyo, no sólo en el genio individual del artista, sino en el genio general del pueblo que las produce. Y no hay nación alguna capaz de negarnos el rango altísimo en la historia del arte correspondiente á España. Nuestra pintura, nuestra arquitectura, nuestra escultura misma, resplandecen á una con todas las cualidades propias de este suelo y exclusivas de su gloriosa historia. Ningún otro pueblo presenta edificios parecidos á los españoles, ya de origen árabe, ya de origen mudéjar, gloria nuestra y de los extraños envidia. La prueba de la vitalidad del genio hispano está en que, allá, cuando la pintura decaía en su cuna, es decir, en la nación madre del genio moderno, contábamos nosotros en pintura nuestro siglo de oro, los cuadros históricos de Velázquez, los cuadros místicos de Murillo, los cuadros ascéticos de Zurbarán, los cuadros marcados con el sello indeleble de un genio personalísimo, los cuadros de Rivera. Nuestra misma escultura, en su mayor parte religiosa, tiene un realismo tan profundamente autóctono, que no puede confundirse con las obras del mismo género en parte ninguna de la tierra. Es el pueblo español, en sus artes como en su literatura, un pueblo inspirado por todo extremo y al mismo tiempo originalísimo. Puede asegurarse que su originalidad es el primero entre los innumerables méritos que ostenta. Nadie puede aventajar á España en virtudes como las geniales, que se llaman espontaneidad y facundia. Lo que más necesita para completarlas es el trabajo y el estudio. Por eso ha parecido al Ministro que suscribe lo más propio para fomentar el genio nacional ofrecer á nuestros artistas algún campo de observación, algún lugar de recogimiento y ensayo en la ciudad que será eternamente Metrópoli del arte universal, en Roma. El Ministro sabe bien que suele oponerse al establecimiento allí de una grande Academia la objeción de que los artistas degeneran en amanerados y académicos; pero esta objeción puede parecer valedera en pueblo de menos independencia por su carácter y de menos originalidad por su genio que nuestro pueblo español. Dos veces, dos, estuvo en Italia Velázquez; dos viajes hizo, consagrándose desde Venecia á Roma al estudio de todos aquellos monumentos de las artes del dibujo. ¿Hay, sin embargo de esto, en el gran pintor de la realidad algún amaneramiento? ¿Hay en él un rasgo siquiera de imitación servil? Su genio se asimilaba las obras del genio, y permanecía, sin dejar de ser universal y humano, español profundamente. Por eso estudió con los pintores boloneses, pintores eclécticos, pintores de decadencia: trabajó larguísimo tiempo en Nápoles, unas veces siguiendo á sus rivales, otras batallando con ellos; y les aventajó á todos por la fuerza de su genio propio y nacional, quedando en la memoria humana como uno de los artistas más genuinos de la tierra nuestra que podemos ofrecer en todo el ciclo de las bellas artes hispánicas. Y si á tiempos más próximos nos acercamos, Goya, que tanto anduvo por la Ciudad Eterna: Goya, compañero, y aun pariente, de los pintores académicos, de los más devotos á la escuela célebre del evangelista San Lucas, aprendió mucho en sus correrías por los escombros y ruinas del Foro y del Palatino; pero no dejó en aquel extinto rescoldo de grandezas extinguirse la propia y natural originalidad. Enviemos, pues, la juventud á Roma. Para ello contamos con recursos. Hay en la Ciudad Eterna fundaciones piadosas, cuyo patronato pertenece á este Ministerio. Todas las mandas anejas á estos patronatos se cumplen y aun quedan sobras. ¿Cuál empleo puede darse á éstas más acercado al pensamiento de sus donadores que el empleo de instruir y educar á los artistas? Es una religión el arte, sí, una religión. El alma entrevé desde sus senos lo infinito. Levantado entre nuestro mundo contingente y la eternidad, el arte consuela, disciplina, fortalece, y nos eleva como la plegaria del alma, como la nube de incienso que se disipa en las bóvedas de un templo. Cultivemos el arte, pues cosa difícil es educar para la libertad un pueblo, si no lo desligamos un poco del positivismo reinante, y no lo subimos á las cimas del ideal donde se oye aquel misterioso *Sursum corda* que todas las cosas creadas dirigen á su divino Creador. Así, el Ministro que suscribe cree interpretar los sentimientos del Gobierno de la República proponiendo el siguiente proyecto de decreto, á cuya redacción han contribuído artistas, escritores, literatos, académicos, de primer orden é importancia en nuestra nación, al celo de los cuales debe consagrar el Ministro con un recuerdo un aplauso.» Y quedó fundada la Escuela de Bellas Artes en Roma. Pues allí, donde se han puesto inscripciones á reyes, ministros y embajadores y arquitectos y hasta maestros de obras que nada hicieron por la Escuela, no hay ni una sola conmemoración, ni una sola cifra, ni una letra sola, recordatorias de lo que hicimos el Gobierno, y yo, como Ministro de Estado y como Jefe del Poder Ejecutivo en el año 73 por la fundación de aquel utilísimo y necesario Instituto. No añado una sola palabra.

EMILIO CASTELAR.

TIPOS MADRILEÑOS.

LOS VIERNES SE QUEDA EN CASA.

BOCETO.

I.



Los viernes se queda en casa mi mujer. Vaya usted por allí.

Así me dijo D. Lupercio Caparrosa, senador por elección, que aspira á vitalicio, no por otra cosa sino por ahorrarse los gastos de la elección y las exigencias de los electores. El jefe del Gobierno le tiene prometido que en la primera ocasión le hará senador de por vida, y con esta esperanza es Caparrosa el más ministerial de todos los senadores, y su mujer está enamoradísima de Sagasta, á quien sólo ha visto una vez en la Moncloa: habiendo ido ella y su marido á conocer aquel sitio, de manos á boca se encontraron con el grande hombre, que estuvo con ella sumamente amable, y á Caparrosa hasta le dió un abrazo, reiterándole la promesa de la vitalicia senaduría para la primera ocasión, como digo.

El año pasado ya estuvo en Madrid la señora de Caparrosa, D.ª Lucía Tres Puentes y Batalla del Salado, nobilísima dama de ilustre abolengo, según ella misma dice, que yo por nadie más que por ella lo he sabido, y tuve el honor de conocerla en el hotel donde se hospedaba con su marido, y aun algún día comí con ella y con él en la mesa redonda por invitación expresa del senador, á quien conocí en su provincia hace veinte años, cuando era soltero Caparrosa, y yo ¡ay! tenía veinte años menos.

Caparrosa, el padre del actual, fué también senador y gran cacique de su provincia, y á fuerza de hacer favores en forma de préstamos con pacto de retro á los propietarios apurados, á los labradores que estaban con el agua al cuello, y á los ganaderos que no sabían de dónde sacar para pagar los pastos y las contribuciones, y á los alcaldes y á los síndicos y depositarios que se veían á punto de ser empapelados por tener las cuentas embrolladas, hizo una buena fortuna, haciéndose el propietario, el labrador y el ganadero más adinerado de toda la región, á la vez que el personaje político más influyente, disponiendo de la voluntad de los electores enteramente sometidos á la suya, votándole no tanto por afecto y simpatía como por la dura y apremiante necesidad en que se veían de tener contento á quien les facilitaba dinero, aunque en condiciones tan duras como la necesidad de tomarlo.

Don Lupercio ha heredado con la fortuna de su padre la influencia política y la sumisión y la antipatía de los electores, que le votan por lo que le votan; pero, hombre de su tiempo, no se da la mala vida que se daba el padre, quien era el prototipo de la avaricia y vivía con la mayor escasez en medio de la abundancia de metales que poseía, y de la misma escasez hacía partícipes á sus hijos, el actual senador, y la hermana de éste, Baltasara, que se enamoricó de un médico joven que fué al pueblo á probar fortuna, y con un olfato privilegiado y un ojo clínico maravilloso puso la mira en la hija de Caparrosa, con quien al cabo casó contra la voluntad del padre; pero bastante le importó al médico no contar con la del padre contando con la de la hija. Aquel médico acabado de salir de la escuela, es hoy uno de nuestros más célebres profesores matritenses, habiendo sabido hacerse lugar en todas partes, no tanto por su ciencia, como por su sociabilidad, su buen humor y su verbosidad, y ha conseguido ventajosa posición profesional, no haciéndose cargo de enfermo alguno, con lo que no contrae responsabilidades, ni puede atribuírsele la más leve culpa en la muerte de los pacientes. Su especialidad es asistir á las consultas á que le invitan sus compañeros cuando el enfermo no tiene remedio. En estos casos, muy frecuentes, pues no hay día que no asista á dos juntas de estas *in extremis*, el marido de Baltasara mira el ojo al enfermo, oye atento lo que dice el médico de cabecera y la opinión de los otros, y con unos monosílabos cumple, después de hacer caluroso elogio del compañero encargado de la asistencia del pobre que se va por la posta.

También el cuñado de D. Lupercio es algo político, y ya ha sido concejal, y en las primeras elecciones presentará su candidatura para diputado provincial, y luego será diputado á Cortes, y poco ha de poder si no logra una gran cruz ó dos.

Doña Lucía se empeñó este año en que D. Lupercio pusiera casa en Madrid, porque, relacionados ya con bastante gente en la corte, no estaba bien ni medio bien que vivieran en una fonda, como otras veces, donde no podían estar con la holgura y la comodidad con que ahora viven en el cuarto principal que ocupan en la calle de San Quintín, núm. 98, cerca del Senado, que ya es para D. Lupercio como su casa propia, desde que el jefe del partido le ha hecho la promesa de la senaduría vitalicia.

A esta casa de la calle de San Quintín me encaminé el viernes último, correspondiendo á la invitación de D. Lupercio para que fuera á visitar á su mujer, que en ese día de la semana se queda en casa, mientras él se queda en el Senado, en cuyo *buffet* se le encuentra siempre tomando algo.

II.

Doña Lucía Tres Puentes y Batalla del Salado estaba esplendorosa con su traje de moaré color de pulga, con reflejos verde musgo salpicado de estrellitas blancas. Este traje lo ha descrito en su Revista de salones publicada ayer el cronista que firma *Adonis*, que estaba allí, y bien eché de ver lo mucho que le distingue D.ª Lucía, á quien trata con bastante confianza, aunque no con tanta como Pepito Gardenia, el más intrépido de nuestros jóvenes conquistadores y de nuestros intrépidos ciclistas, de quien se dice que cobra subvención de varias señoras muy entradas en años, habiendo sido causa de que algunas de éstas, antes amigas, se odien ahora cordialmente como rivales. Pepito fué presentado hace pocas semanas á D.ª Lucía, y ya la llama *Luz* y *Luci*, y la piropea delante de gente, con lo que se ve cómo se esponja la mujer de D. Lupercio, que no parece ahora aquella severísima dama provinciana que conocí el año pasado, primero en que vino á Madrid. Solamente por el lenguaje descubre su procedencia, pues todavía se le escapa algún *haiga* que otro, y el viernes en la conversación se le escapó un *perfetamente* que hizo sonreir á las hermanas de Dengue, el ex agente de Bolsa, dos solteronas implacables, que estaban allí, como están en todas partes; pues, según contaron, los lunes van á casa de la Condesa del Acero; los martes á la de la viuda de Manzanillo, que acaba de ganar el pleito á los hijos del primer matrimonio de su difunto y ha montado la casa con un lujo asombroso; los miércoles á la de la generala Rempuja, donde hay siempre quien toque el piano y se baila; los jueves á la del banquero Amargo, que tiene siete hijas y la señora en cinta otra vez; los viernes á la de Caparrosa y después á la de la Marquesa de la Guindalera, y los sábados á la de los Barones del Vientofuerte, donde hay una *sauterie* deliciosa. Los domingos van por la tarde al teatro, cediéndoles el palco alguna de las amigas abonadas.

¡Lo que hablaron las de Dengue! ¡Y qué lenguas las suyas! Ellas lo saben todo y todo lo cuentan sin el menor reparo. Por ellas supimos la triste historia de cierto anciano rico encerrado en un manicomio mediante el expediente judicial formado con todos los requisitos legales, como declaración de médicos, reconocimiento hecho por otros, etc., etc. Ellas nos dijeron el desacuerdo en que viven los mencionados Barones del Vientofuerte, disimulando ante el mundo el odio que se profesan; también nos hicieron saber cuánto deben á la modista la viuda y las hijas de Melonares, que se esfuerzan en sostener el mismo lujo y aparentar la misma holgura que tuvieron cuando vivía aquel pobre hombre, y ya no pueden más las infelices y da lástima ver cómo se resisten á confesar la pobreza á que han venido; ellas hablaron con poquísima caridad de los devaneos de cierta amiga suya que se casó con un señor de edad más que provecta, y ya está ella arrepentida de tal locura, pero no tanto como el provecto, ó el *interfecto*, así le llama la mayor, la más fea de las señoritas de Dengue, que presume de chistosa y epigramática. ¡Jesús lo que hablaron las dos mujeres! Y cuando D.ª Lucía quería hacer una observación y soltaba alguna frase incorrecta, algún modismo de allá de



COSTUMBRES ORIENTALES.—EL TOCADO EN EL HARÉN.

CUADRO DE R. C. WOODVILLE.



LA FIESTA DE SAN BARTOLOMÉ EN SITGES.

CUADRO DE D. FELIPE MASÓ.

la provincia, mirábanse las dos maldicientes como si se dijeran:—No olvides lo que ha dicho esta estúpida para contarlo luego en otra parte.

Allí entraron el médico de las juntas y su mujer, la hermana de Caparrosa; ésta y su cuñada se besaron, y, según observó una de las de Dengue hablando bajito con una señora que estaba á mi lado, no se mordían porque había gente delante, pues no se pueden ver. El médico, después de hacernos saber que ya había tenido dos juntas por la mañana, y se iba á escape á otra para llegar antes de que se muriera el enfermo, se fué muy alegre, no sin estrechar afectuosamente antes entre sus manos las de todos los que estábamos en el salón, despidiéndose así individualmente, lo mismo de los que ya conocía que de los que veía por primera vez.

Salió el médico, y entró el abogado andaluz Mangancha, que actúa de secretario de D. Lupercio, y tiene puestos los ojos en la administración general de los bienes que posee aquel senador. Ya casi le tiene convencido de que personaje de su importancia necesita un apoderado general. Para conseguir este apoderamiento, el abogado ha elegido el mejor medio, que consiste en interesar en su favor á D.ª Lucía, á quien tiene sorbido el seso con su donosa charla, con sus exageradísimas lisonjas, y con sus historias, verdaderas ó falsas, de mucha gente visible en Madrid. Y como la buena señora está muy preciada de su ilustre linaje, porque sólo eso de tener *Tres Puentes* por apellido paterno ya indica una importancia genealógica extraordinaria, y al materno Batalla del Salado lo relaciona el andaluz con la famosa en que Alfonso XI dió á los moros la paliza más tremenda de que hay memoria, no ha tenido que hacer muchos esfuerzos el presunto apoderado para persuadirla de que D. Lupercio debe de gestionar, á la vez que la senaduría vitalicia, la concesión de un título nobiliario, que esto es lo único que falta á D.ª Lucía para ocupar en la alta sociedad el puesto que le corresponde.

Antes de anochecer ya tenía la esposa de D. Lupercio llena de visitas la casa, y no fueron las últimas aquellas viuda é hijas de Melonares, de quienes hablaron horrores las de Dengue, encareciendo lo tronadas que están y su resistencia á confesarlo, y vinieron otras muchas damas, regularmente feas, entre ellas una que recibió muchos plácemes y parabienes por lo bien que en casa de los Barones del Nardo había representado el día anterior el papelito de *Niña Pancha*. El andaluz aprovechó la ocasión para indicar la idea de que también en casa de D. Lupercio, en cuanto encontrara el hotel que piensa adquirir, se dieran representaciones teatrales y de cuadros vivos. Y al oir esto de los cuadros vivos, las de Dengue apuntaron desapiadadamente que para cuadros vivos las hijas de Melonares. Las jóvenes de aquel lindo concurso pidieron á D.ª Lucía que otro viernes se pudiera bailar, y con este motivo se convino en la necesidad de que el senador tome lo más pronto posible el hotel donde haya gran salón de baile, otro para teatro, gran comedor, terraza, en fin, todo lo preciso para recibir mucha gente. Y la pobre D.ª Lucía Tres Puentes, sugestionada, aturdida, deslumbrada, envanecida, embriagada de orgullo, asintió á todo lo que le indicaban, y seguramente dentro de poco se hablará largo y tendido en Madrid del senador y la senadora, y el capital reunido á fuerza de *pactos de retro* por el padre de D. Lupercio habrá desaparecido en poco tiempo, porque D. Lupercio es incapaz de reponerlo, y aunque él quisiera prestar como su padre, ya en la provincia no hay quien tome prestado, porque á nadie le queda con qué responder, y nadie, por consiguiente, puede suscribir ya *pacto de retro*, que es como pacto con el demonio, según la frase feliz del inolvidable Ayala.

CARLOS FRONTAURA.

RINCONES DE MADRID.

I.

EL CEMENTERIO DE SAN NICOLÁS.

Si el lector de estos renglones ha pasado alguna vez por las cercanías de la estación de Atocha, habrá, de seguro, fijado la atención en las copas de los cipreses que asoman por encima de los tejados de la miserable barriada que se extiende al Sur de Madrid. Aquellos árboles pertenecen al cementerio de San Nicolás, cerrado, según creo, desde el año 1884.

Siguiendo la calle paralela á la fachada del Mediodía de la estación, llégase, al cabo de unos pocos minutos de marcha, á un jardín poblado de rosales, defendido por una verja de hierro. En el fondo hay un pórtico semejante al de una iglesia. Aquella ciudad de muertos, enclavada en una ciudad de vivos, produce en el paseante singular extrañeza: cree encontrarse á la puerta de un hotel, y advierte con sorpresa que está en el dintel del camposanto. La tarde que yo le visité era una muy apacible del mes de Junio: plácido el viento, apenas mecía las hojas de los árboles; el sol, ya cerca de su ocaso, mandaba de cuando en cuando, por entre los desgarrones de plomizas nubes, sus flechas de oro, que herían las copas de los cipreses, arrancaban deslumbradores destellos de los cristales de las casas lejanas, y doraban pálidamente los campos, que en ligeras ondulaciones se prolongan hasta perderse de vista en los confines del horizonte. Un jardinero, conserje además de aquel palacio de la muerte, regaba los setos de rosales; un muchachuelo de unos diez años correteaba entre los arbustos, y una mujer del pueblo, sentada en las gradas del pórtico, miraba en silencio la faena del hombre y los juegos del niño.

Al través de la verja llamé al jardinero; manifestéle mi deseo de visitar el cementerio, y tras breve diálogo, me franqueó la puerta, mientras que decía al muchacho:

—Acompaña á este señor y enséñale todos los patios. Ya sabes; el panteón de hombres célebres, el nicho de Espronceda y la galería de abajo.

Dí las gracias al conserje, y precedido del chicuelo entré en el camposanto.

Patios flanqueados de altas tapias pobladas de nichos; arcadas silenciosas cuyas bóvedas repiten el ruido de las pisadas; largas y obscuras galerías, semejantes á almacenes de no sé qué fantástico bazar; nombres desconocidos grabados en lápidas de mármol; cristos inmóviles en la penumbra de las solitarias crujías; rincones tenebrosos, en donde parece refugiado el misterio de la otra vida..... Siéntese allí algo voluptuoso, que es como la nostalgia del no ser, algo que nos hace desear las fúnebres caricias *de la virgen misteriosa de los últimos amores*.

Nada tan hondamente desolador como un cementerio abandonado. En los otros, en los *que todavía se entierra*, existen aún los lazos que unen á los muertos con los vivos: dobla la campana en lo alto de la capilla; suena el golpe del azadón al remover la tierra; flores no marchitas adornan las cruces de los sepulcros, y mujeres desoladas y hombres pensativos lloran ó meditan al borde de las fosas recién cerradas. Los seres allí enterrados viven todavía en el alma de los vivos.

En el cementerio de San Nicolás está muerta la muerte: todo es allí silencio y olvido. Las campanas del pórtico descansan inmóviles en sus ejes enmohecidos; las cruces de los obeliscos están rotas ó torcidas; en los patios la maleza brota por entre las losas resquebrajadas y medio hundidas en la tierra; las inscripciones de las lápidas apenas son legibles, y de las ofrendas con que en otros días el amor y el recuerdo engalanaron los fúnebres muros, sólo quedan coronas despedazadas, cuyas cintas se han convertido en andrajos miserables. Nadie transita por las extensas galerías; nadie llora junto á las sepulturas. Al ver tanto abandono, al sentir *tan honda soledad y espanto*, el pensamiento del visitante de aquellos lugares no puede menos de recordar la inscripción grabada en el frontispicio del camposanto:

TEMPLO DE LA VERDAD ES EL QUE MIRAS;
NO DESOIGAS LA VOZ DEL QUE TE ADVIERTE
QUE TODO ES ILUSIÓN MENOS LA MUERTE.

***

En el primer patio, llamado del *Santísimo Sacramento*, en humilde nicho, junto al suelo, señalado con el núm. 877, se lee, grabada en sucia y partida lápida, la siguiente inscripción:

ESPRONCEDA.
NACIÓ EL 25 DE MAYO DE 1809.
MURIÓ EL 23 DE MAYO DE 1842.
R. I. P.

No nacen flores al lado de aquella tumba, ni inclina sobre ella sauce alguno su ramaje melancólico, ni la baña en paz el último rayo del sol poniente. Un nicho como todos los demás y una lápida más estropeada que las otras son el tributo único que los vivos han rendido á la memoria del gran poeta.

Hasta hace algunos años, alguien solía depositar, en los días de primavera, al borde de aquel sepulcro, ramos de violetas. ¿Era algún recuerdo de amor aquella humilde ofrenda? ¿Quién lo sabe?..... Hoy nadie lleva flores á la pobre sepultura.....

Digo mal, el conserje del cementerio ha colgado sobre la lápida una corona de siemprevivas, que encontró olvidada en no sé qué rincón del camposanto.

***

¡Espronceda! Este nombre es como el emblema de la poesía española en el siglo presente. Antes del autor de *El Diablo Mundo*, la inspiración poética, encerrada dentro de los límites de un amanerado clasicismo, solamente acertaba, salvo contadas excepciones, á seguir las huellas de los poetas académicos del siglo XVIII. En prueba de ello, no hay más que leer las composiciones de Arriaza, Quintana, Moratín, D. Juan Nicasio Gallego, don Alberto Lista, y, en general, de todos los líricos de principios de siglo.

Espronceda rompió con las viejas tradiciones. Su alma revolucionaria y rebelde, como la de don Félix de Montemar, irguióse arrogante contra la poesía momificada del pasado, y buscó la *primera materia* para sus cantos en los anhelos insaciables del corazón y en los sueños de su exaltada fantasía. Puede decirse que la verdadera poesía *subjetiva*, si se exceptúa la religiosa, no había existido en España antes de Espronceda. Los poetas, deslumbrados con la belleza del mundo exterior, no supieron mirar dentro de sí. Tampoco el estado de las conciencias se prestaba al desarrollo de la poesía propiamente lírica. Las angustias de la duda, las luchas entre la creencia y el escepticismo, el ansia de penetrar los misterios de la conciencia, son cosas propias de nuestro siglo. La fe es venda, y los hombres de épocas anteriores á la nuestra tenían fe. Hasta que ésta empezó á vacilar no aparecieron Pastor Díaz, Tassara y Espronceda.

Lo que el gran poeta canta son sus tristezas, sus desengaños, sus desilusiones, nacido todo ello de las vacilaciones de su espíritu, reflejo del estado de alma de su tiempo. Puede en sus poesías seguirse paso á paso la historia de su vida. ¡Cuán sinceros son sus cantos á la libertad, *santa diosa que encendía su espíritu!* ¡Cuán apasionados sus arrebatos, cuando creía ver á la mujer de sus sueños en el rayo de la mágica luna, en el postrer destello del sol, en las cumbres que Mayo cubre de flores, en lo obscuro de los bosques ó en las linfas de los ríos! ¡Cuán grande su desencanto, al ver que el ángel soñado es

«mujer nada más y lodo inmundo!»

¡Cuán triste su desfallecimiento, al contemplar sus ilusiones marchitas! ¡Cuán honda su desesperación, al sentir la indiferencia de la naturaleza y del mundo ante los dolores que desgarraban su alma! ¿Qué mejor autobiografía del espíritu del poeta que la que se descubre al través de sus versos inmortales?

***

En la misma galería yacen, tras de una lápida de mármol negro, las cenizas de Larra. Él y Espronceda fueron dos almas hermanas. Las mismas ideas é iguales sentimientos laten en los inmortales escritos de ambos autores. La prosa de *Fígaro* es tan amarga como los versos del cantor de Teresa. Ambos ríen con risa que hace daño. De uno y otro puede decirse lo que Espronceda dijo de sí mismo:

«..... Me divierto en arrancar del pecho
Mi propio corazón pedazos hecho.»

El poeta y el crítico sintieron el amor con la misma delirante intensidad. Espronceda en los umbrales mismos de la muerte escribió su hermosísima elegía *A Teresa*, el grito más apasionado y más sincero que jamás ha brotado del corazón de un poeta. Larra en el apogeo de su juventud gloriosa puso fin á su vida por desvíos de una mujer ingrata. Ellos fueron las primeras víctimas del mal de nuestro siglo. Como almas privilegiadas que eran, sintieron, antes que las generaciones que les sucedieron, las amarguras, los dolores, las dudas que nos atormentan á los que ahora vivimos. Como iban á la vanguardia, en sus pechos se clavaron los primeros dardos. Cerca el uno del otro duermen hoy olvidados los dos más grandes precursores de la vida moderna.

***

Á medida que avanzaba la tarde era más solemne la serenidad augusta de la necrópolis. En las copas de los cipreses y entre las ramas de los arbustos advertíase el estremecimiento de alas asustadas: eran pajarillos que habían elegido para fabricar sus nidos aquellas solitarias frondosidades.

Largo rato llevaba yo de vagar por las fúnebres galerías, cuando se me acercó el conserje, y encarándose con el chiquillo que me servía de *cicerone*,

le dijo con el tono grave de un hombre que está enterado de lo que dice:

—¿Le has enseñado á este caballero la galería de abajo?

—Todavía no—contestó el muchacho.

—Pues acompáñale hasta la tumba de Aguilar.

—¿Qué Aguilar?—pregunté yo.

—Uno que escribió *El Nudo gordiano* y *El Molinero de Subiza.*

—¡Ah, sí!—dije, con la extrañeza que de seguro comprenderán mis lectores; y conteniendo la risa, eché á andar detrás del muchacho, que me hizo bajar una gradería que termina en un largo corredor flanqueado por anchas ventanas.

En este corredor está la tumba de Eguílaz, y cerca de ella, un nicho que, á juzgar por sus inscripciones, pertenece á la familia del Sr. Tamayo y Baus. Ambos sepulcros evocan ideas consoladoras en medio de la tristeza que flota en aquel recinto: las dos lápidas estaban cubiertas de coronas formadas de flores no marchitas. Manos cariñosas habían colgado allí aquellas ofrendas de amor en época reciente. Las dos sepulturas son las únicas no olvidadas.

El trágico abandono de los otros muertos no me conmovió como el recuerdo allí presente de los vivos.... Yo también ocuparé algún día un nicho solitario; la muerte me arrancará de los seres queridos; pero ese día, cuando todos los extraños me hayan olvidado, cuando se haya borrado la inscripción de mi sepultura, si el alma desde las regiones de lo desconocido tiene miradas para este rincón del universo en donde hemos hecho una jornada de nuestra eterna peregrinación, mi espíritu recibirá inefable consuelo si los hijos de mi amor depositan al borde de mi fosa el tributo de su recuerdo. ¡Qué hermosa esperanza ser amado después de la muerte!

***

Abismado en estas meditaciones pasé no sé cuánto tiempo. Un silbido poderoso me sacó de mi abstracción. Por entre setos de verdura, con un ruido semejante al trajinar de titanes, y despidiendo bocanadas de humo que se quedaban enganchadas en los espinos como jirones de un manto de gasa, corría el tren de circunvalación. Me pareció pueril el tren. Aquellas tumbas demostraban con su fúnebre tristeza que el estrépito que estremecía arcos, galerías y panteones era también vanidad de vanidades.

Recordé entonces este versículo del Eclesiastés: «¿Qué tiene más el hombre con toda la labor con que se afana debajo del sol?»

ZEDA.

EL VOTO DE LAS BOTAS.

Cuéntase que ante el altar,
Y por ocultos motivos,
Don Guillén de los Olivos
Hizo el voto singular
De ir á pie desde Betanzos
A unas ermitas remotas,
Pero llevando en las botas
Metidos unos garbanzos;
Nécesaria condición,
Impuesta precisamente
Como un aumento evidente
De la mortificación.
Y era tanto su interés,
Que hizo á Dios promesa igual
En nombre del más leal
De sus vasallos, de Andrés.
Es decir, que Andrés tenía
Que ir á pie con su señor,
Sufriendo el mismo dolor
Que su señor sufriría.

Díjole un día Guillén:
—Hoy salimos de Betanzos.
Ponme y ponte los garbanzos.—
Y Andrés dijo:—Está muy bien.—

Y á las ermitas remotas
Se dirigieron sin pena;
Pero con una docena
De garbanzos en las botas.

No bien sirviente y señor
Lanzáronse á caminar,
Se hubo Guillén de sentar
Vencido por el dolor,
Y exclamó:—¡No bien salí
Cuando ya el martirio noto!
Pero ha de cumplirse el voto
Y no ha de quedar por mí.
Mas tú ¿qué dices, Andrés?
¿Los garbanzos no te estorban?
¿Las piernas no se te encorvan
Por el dolor de los pies?

—Yo..... si el señor no se enfada.....
(Respondió Andrés encogido)
Diré..... que voy aburrido,
Pero no me duele nada.
Ande otro poco el señor,
Y en el ventorro inmediato
Descansaremos un rato
É iremos después mejor.

—Vamos ya (dijo Guillén).
En pie los dos se pusieron
Y su camino siguieron
Andando bastante bien.
Mas cien pasos no andaría
Guillén, cuando resolvió
Sentarse, y así exclamó:

—¡Qué garbanzos, madre mía!
¿Y cómo hasta terminar
Con ellos he de seguir,
Si no los puedo sufrir
Ni me los debo quitar?—

Hechos pedazos los pies,
Alzó Guillén la cabeza
Y advirtió con extrañeza
La resistencia de Andrés,
Que siempre del amo en pos
Triscaba como un cordero
Por el angosto sendero
Que iban hallando los dos.

—Andrés (le dijo), ¿no notas
Angustias hasta en el vientre
Con doce garbanzos entre
Las calcetas y las botas?
¿No llevas en cada pie
Seis llagas?
—Yo no.
—¡Qué extraño!
Pues si á ti no te hacen daño,
¿Qué razón hay para que
Los garbanzos maldecidos
Me den dolores agudos?

—¡Señor..... que os los puse crudos
Y yo los llevo cocidos!
Y lo hice por ver si así
Cuando á lugares remotos
Os larguéis á cumplir votos
¡Me dejáis en paz á mí!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

CANTARES.

I.

¡Quisiera que me quisieses
Lo mismo que yo te quiero,
Para hacerte que bebieras
La misma hiel que yo bebo!

II.

Tú me escribiste con sangre
Y yo te escribí con lágrimas;
¡En cada letra dejamos
Algún pedazo de alma!

III.

Cuando supe tu traición
Juré no quererte más;
¡Cuántas ganas voy sintiendo
De poderte perdonar!

IV.

El favor que nos hicimos
Nos resulta por igual;
Yo te he enseñado á querer,
Tú me enseñas á olvidar.

V.

Se asomaron dos ojos
A una ventana,
¡Y tres soles brillaron
Esa mañana!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

LAS BARBAS DEL VECINO.



OMO el vecino á quien aludo es el actor Mr. Coquelin, y como Mr. Coquelin, siguiendo la tradición artística, no usa barbas, está dicho que empleo metafóricamente el vocablo, ni más ni menos lo mismo que en el conocidísimo refrán castellano: *Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas á remojar.* Los periódicos franceses dijeron, hace ya muchos días (no recuerdo cuántos; muchos), y lo copiaron algunos diarios españoles, que *La Comédie Française* había puesto pleito al insigne comediante Coquelin, y que reclamaba del artista muy cerca de *un millón de francos,* en concepto de devolución de haberes indebidamente cobrados; de indemnización de perjuicios y daños causados á la entidad demandante; de multas y de no sé cuántas cosas más.

La Comédie Française se hizo representar en los tribunales por una gloria del foro parisiense; Coquelin encargó de la defensa de sus derechos al famoso Waldeck-Rousseau—que por poco no se nos hizo presidente de la República francesa;—de modo que, según dice el vulgo, en buenas manos estaba el pandero. Y ya nos han contado los periódicos de allí, y aun los de aquí y todo, en qué vino á parar el litigio.

Bien será recordar con este motivo, y á eso precisamente van enderezadas estas humildes consideraciones mías, que entre nosotros surge de vez en cuando, y hasta con cierta periodicidad, y siempre para vivir muy poco tiempo, la idea de la fundación ó establecimiento del TEATRO NACIONAL.

Ocupa el Ministerio de Fomento alguien que tiene—ó tuvo y retuvo y guardó para la vejez—aficiones literarias; dan la dirección de Instrucción pública á un escritor joven y entusiasta y que tiene amigos artistas y autores dramáticos; sobreviene una crisis grave entre dos actores notables que trabajaron juntos y concluyen por separarse; ocurre, en fin, otro acontecimiento cualquiera que da ocasión á que las gentes hablen del teatro y de *su lastimosa decadencia* (¡la frase consagrada!) y de la necesidad de sacarlo pronto de la postración en que se halla y de la obligación ineludible que tiene todo Gobierno ilustrado de proteger eficazmente esa manifestación genuina de la cultura de un país, y el proyecto de *Teatro Español* renace. Pasan algunos días; acontecimientos políticos solicitan la atención de los gobernantes; el crimen de la calle *Tal* ó el escándalo de la ciudad *Cual,* despiertan el interés de los gobernados, y aquello del proyecto de *Teatro Nacional,* novedad de un día, cae en el olvido. Una crisis ministerial lleva al Ministerio de Fomento á un personaje poco amigo de cosas literarias; el Director general, entusiasta y joven, continúa siendo joven y entusiasta, pero no sigue siendo director, y nadie vuelve sobre el proyecto de fundar teatros, cuando entiende que lo más urgente es fundar hospitales.

Y, transcurrido algún tiempo, surge nuevamente el pensamiento, y á los pocos días torna á hundirse, y así sucesivamente en alternativa que lleva traza de no tener acabamiento.

Los partidarios de que se realice la idea y los que se obstinan en llevarla á cabo, aunque no han llegado todavía á un acuerdo definitivo, aceptan casi unánimemente como modelo la organización de *La Comédie Française;* y justamente porque eso es lo que, por ahora, prevalece, he traído á cuento el refrán de las barbas del vecino; refrán que advierte, á lo que dice el Diccionario de la Academia, «*que debemos servirnos y aprovecharnos de lo que sucede á otros, para escarmentar y vivir con cuidado*».

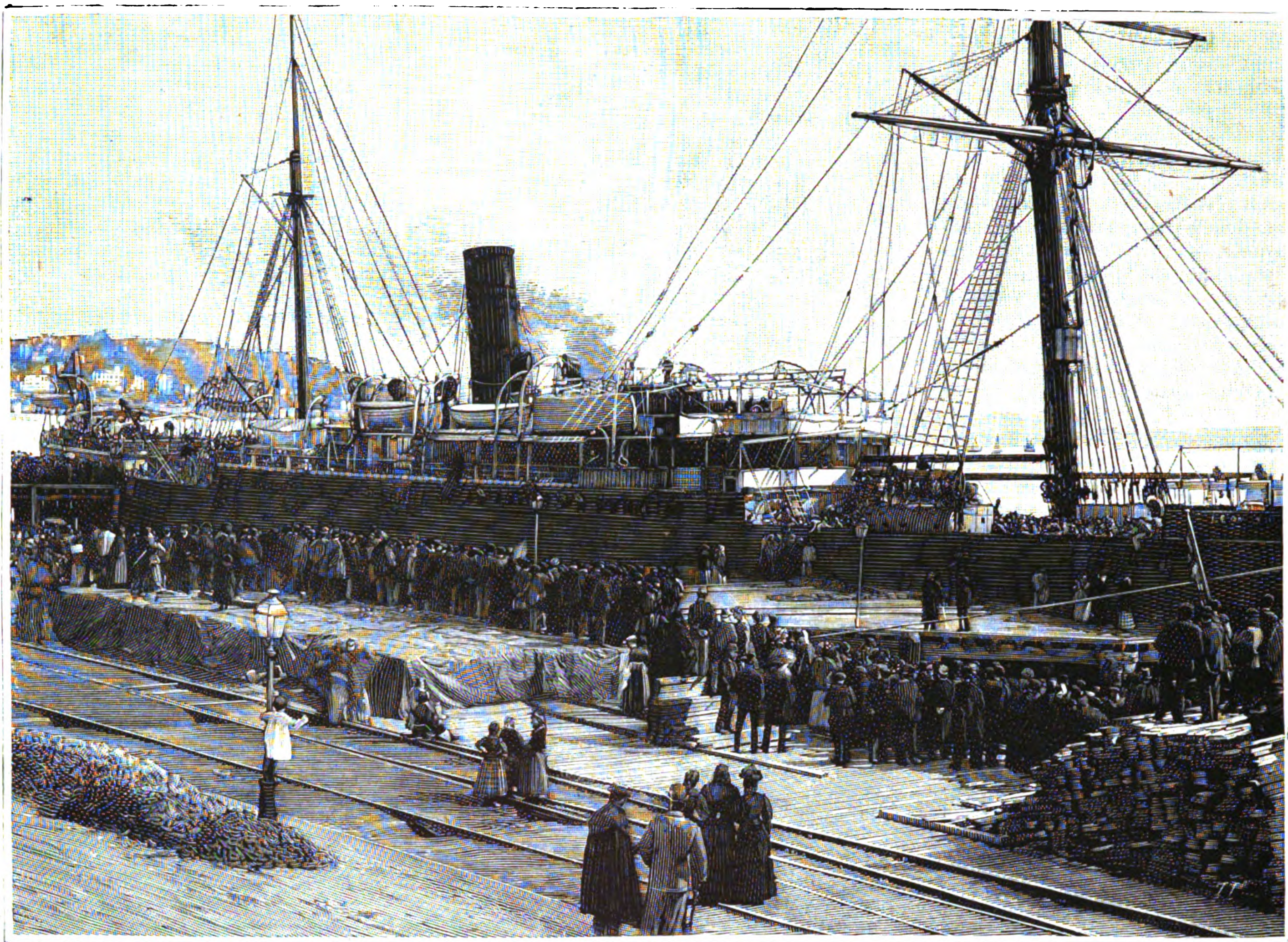
Eso, eso: escarmentar y vivir con cuidado deben, aprovechando lo que sucede á otros, los que buscan en la creación del *Teatro Nacional* el modo de que trabajen juntos, en una compañía completa, inmejorable, los artistas más célebres que hoy tenemos y que podamos tener mañana.

Ea, pues, ya ven los que abrigan tales propósitos lo que sucede en *La Comédie Française,* cuya creación no es cosa de anteayer, cuyos estatutos han sido sancionados por muchos años de práctica: tienen hoy los franceses una actriz de fama universal, una artista de genio, aplaudida por todos los públicos del mundo civilizado: *Sarah Bernhardt;* cuentan con un actor de mérito excepcional, de gran renombre, de aptitudes extraordinarias: *Coquelin;* pues bien, ni *Sarah* ni *Coquelin* figuran hoy en *La Comédie Française*—en el *Teatro Nacional;*—que viene á ser como si dijéramos aquí: «en el Teatro Español no están ni *María Tubau,* ni *Emilio Mario,* ni *Antonio Vico.*»

Entiéndase bien que ni *Sarah Bernhardt* ni *Coquelin* se han retirado de la escena. Los nombres de la gran actriz y del gran actor aparecieron en los carteles del teatro de la *Renaissance.* Y en eso se fundó precisamente *La Comédie Française* para poner pleito á Coquelin y exigirle que devolviese esos centenares de miles de francos á que me he referido antes.

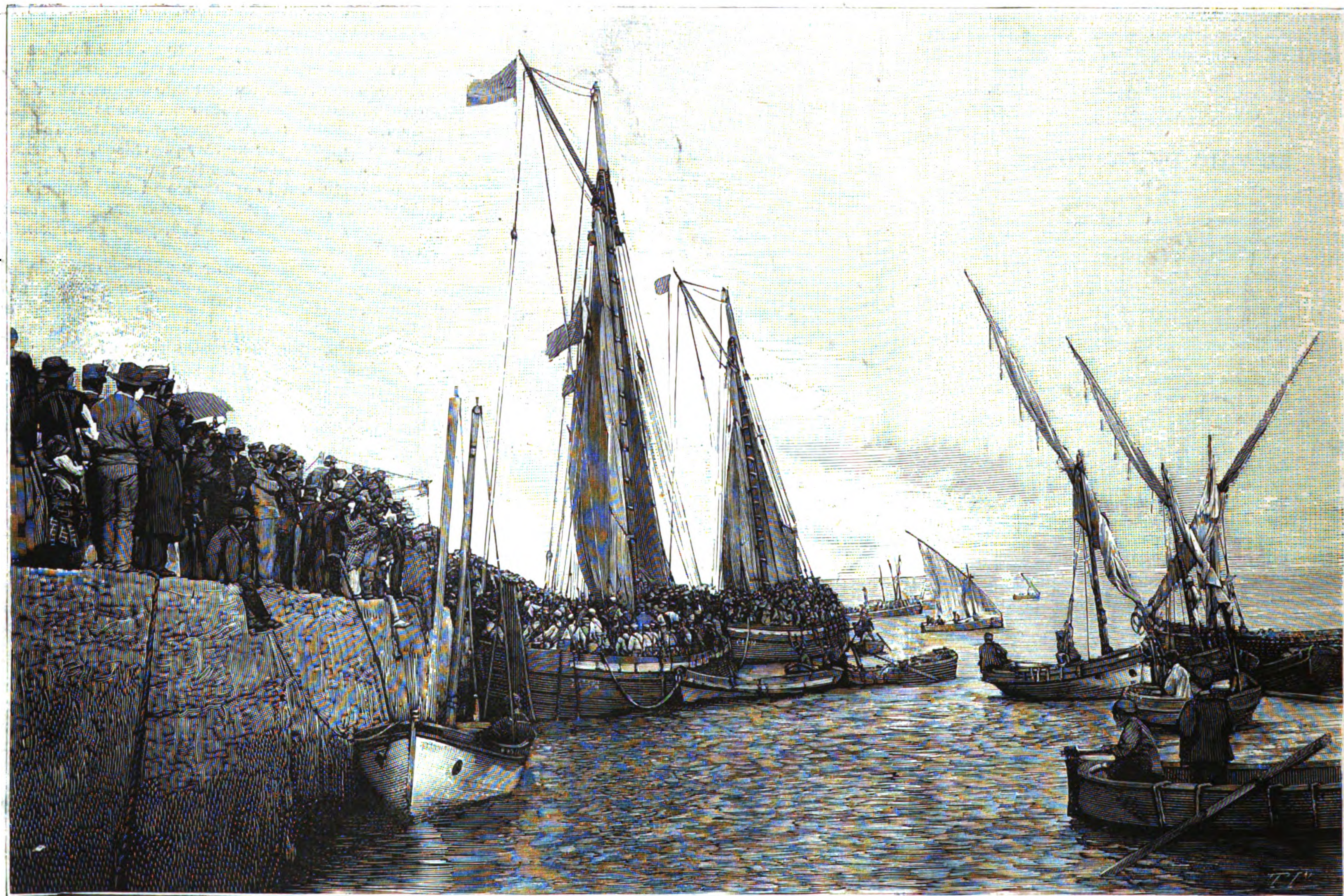
Compréndase bien que no voy á dictar sentencia en tan curioso pleito; ni osaré siquiera emitir mi opinión sobre el asunto..... ¿qué digo emitirla? ni formarla. Desconozco los pormenores de la cuestión; carezco de datos, y aunque ni datos ni pormenores habían de faltarme si con empeño los buscara, como ningún interés real y positivo ten-

ENVÍO DE TROPAS Á LA ISLA DE CUBA.



SANTANDER.—EMBARCO DEL 6.º BATALLÓN PENINSULAR EN EL VAPOR «LEÓN XIII».

(De fotografía de D. Zenón Quintana.)



CÁDIZ.—ASPECTO DEL MUELLE, AL EMBARCAR EL BATALLÓN NÚM. 2 PARA SER CONDUCIDO Á CUBA, EN EL VAPOR «SANTO DOMINGO».

(De fotografía de los Sres. Pol Hermanos.)

drían para mí, en este caso, renuncio á procurármelos. Los tribunales franceses han resuelto ya, seguramente lo que procedía en derecho; y, con sólo leer lo que sobre ese tema ha dicho últimamente la prensa de París, podemos saber todos de parte de quién están la razón y la justicia.

Estas—la justicia y la razón quiero decir—habrán ganado, no lo pongo en duda, el homenaje de consideración y de respeto que les es debido; corriente: los que no habrán ganado nada, á pesar del fallo justísimo y sabio de los tribunales, serán el arte escénico ni el teatro Francés. Y, en este caso, esta es (y perdóneseme lo vulgar de la frase) la madre del cordero.

¿Tuvo razón *La Comédie Française* reclamando contra el eminente actor daños y perjuicios? Eso probaría que Coquelin tiene contraídos deberes á cuyo cumplimiento ha faltado.—¿No tuvo razón *La Comédie Française?* Eso probaría que, amparados en la interpretación de tales ó cuales artículos de la ley, los Directores querían esclavizar, subyugar al artista.

En uno y en otro caso aparecen visibles, destacándose en el fondo obscuro de esos dimes y diretes judiciales, en la confusión de las tramitaciones curialescas, los inconvenientes y las dificultades de reglamentar los teatros y de someter el arte á recetas.

Parece que, en efecto, en el decreto de creación de la Comedia Francesa se previene que los socios de la misma, cuando se retiraren, no puedan reaparecer en ningún teatro de París, ni aun de Francia; y parece también que en los estatutos y en el reglamento del *Teatro Francés* hay establecidas restricciones determinadas, y en virtud de las cuales se coarta la libertad de acción de los cómicos, á cambio de serles concedidas algunas ventajas.

Lo pensé, y aun creo que lo dije, cuando tuve la primera noticia de este peregrino pleito:

«Si en esta ocasión sale condenado Coquelin, pagará ó se declarará insolvente; si sale absuelto, la Comedia Francesa habrá quedado en situación poco airosa, y de todas suertes el pueblo no verá ni á Coquelin ni á Sarah en el Teatro Francés, sino en el de *La Renaissance*, contra lo que se propusieron y pensaron los fundadores de la Comedia Francesa. Que fué, sobre poco más ó menos, lo que se proponen y esperan los patrocinadores del pensamiento de fundar, sobre *bases sólidas*, el *Teatro Nacional.*»

¡El Teatro Nacional! esto es, el *teatro oficial*, porque entre nosotros la una idea es inseparable de la otra; el *Teatro Nacional*, esto es, un teatro organizado lo mismo que las dependencias de un Ministerio; un teatro en el cual solamente pudieran ser representadas las obras que gustaren al Gobierno y no tuviesen cabida las de autores desafectos á la situación. Y no se crea que al anunciar esto pretendo extremar tonos pesimistas del cuadro; ahí está, probando lo fundado de mis temores, el mismísimo Teatro Francés, en el que no llegó á ser representado el drama histórico *Thermidor*, de Victoriano Sardou, porque el Gobierno republicano juzgó que era reaccionaria la obra. Justamente; eso es el teatro oficial; *Thermidor*, que no pudo ser representado, por reaccionario, bajo la dominación de un Gobierno republicano, hubiera podido serlo, sin duda, durante una situación monárquica. ¿Puede ser eso el arte? ¿Tiene de ese modo vida un teatro? Monárquico hoy, republicano mañana, y dentro de este color y dentro del otro, más republicano ó menos monárquico, según los matices de los ministros que se sucedan en el patronato ó jefatura de ese *centro administrativo.....*

Eso no puede ser y no será.

Y por si acaso hay quien otra cosa se figure, conviene llamar la atención sobre hechos como el que ocurre ahora con el insigne Coquelin en *La Comédie Française.*

No doy la razón al artista, ni se la quito: he dicho ya, y vuelvo á decir, que no conozco lo bastante el asunto para saber si la tiene ó no; pero sea de eso lo que fuere, siempre resulta que el *Teatro Nacional*, aquel de allí (que es lo mismo que sería el de aquí), pretende, legalmente quizás, ejercer un monopolio odioso y absurdo sobre las facultades extraordinarias de un artista, y que ese artista se resiste á que el Estado lo explote y lo esclavice.

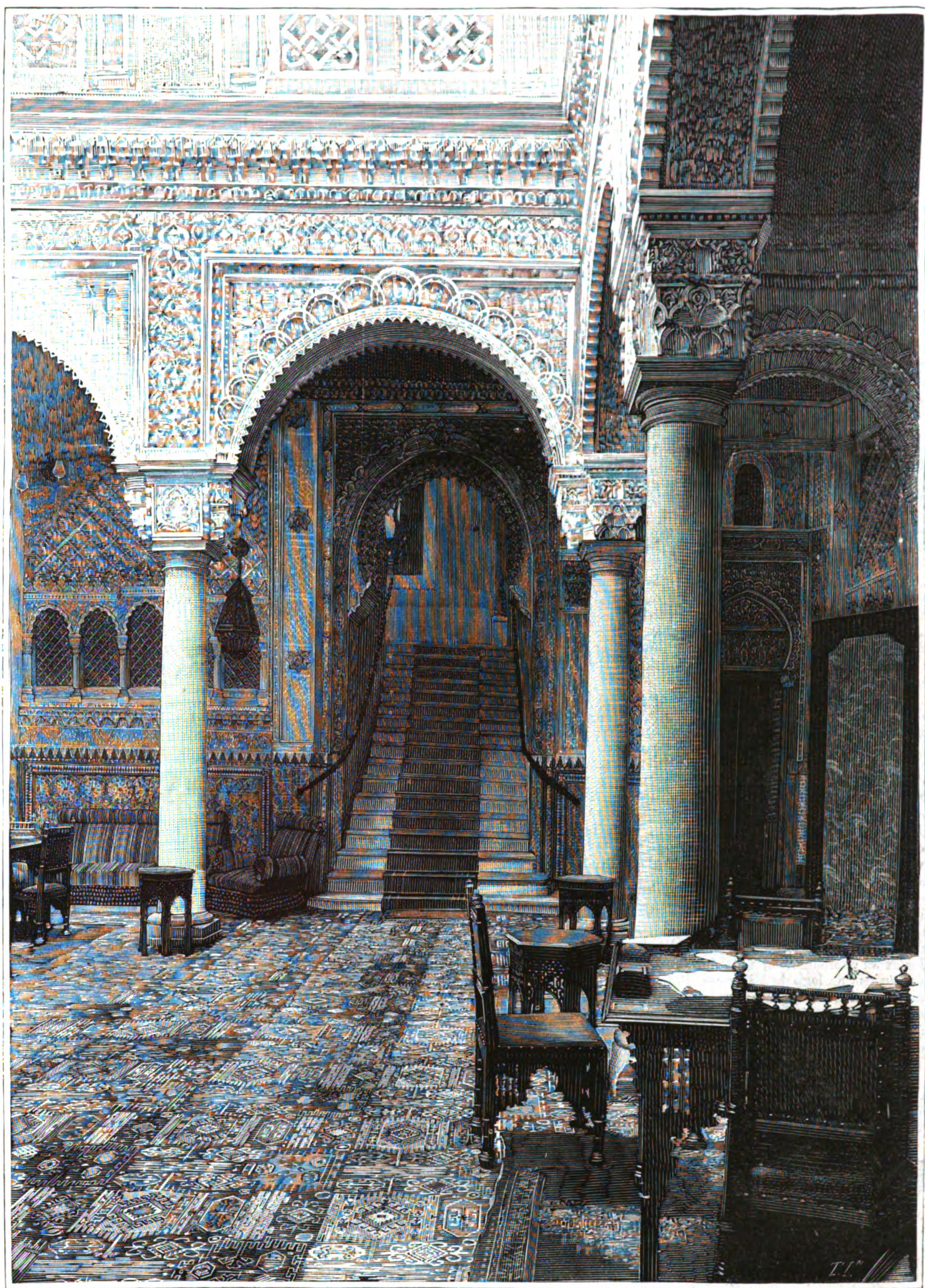
Si los que pretenden establecer aquí un *Teatro Nacional* tienen algo mejor que eso en cartera para proponérnoslo, díganlo cuanto antes, y vamos á discutir tranquilamente—pues por ahora no hay prisa—ese proyecto; si lo que pensaban es parecido á lo que en Francia se realiza hace tiempo y está dando los resultados que vemos, ya comprenderán cuán descaminados andaban.

No faltan quienes opinan que la fundación de un TEATRO NACIONAL debe dejarse, en absoluto y por completo, á la iniciativa particular de una empresa, ó de una sociedad de autores y de actores, limitándose el Estado á dar su apoyo á esa empresa ó á esa sociedad, ya concediéndole subvenciones directas, ya otorgándole preeminencias y privilegios que representasen auxilios positivos y facilidades grandes para el desarrollo y arraigo y sostenimiento de la sociedad.

Si he de hablar sinceramente, como acostumbro, diré que no veo muy claras las razones de equidad y de justicia en que pueden apoyarse auxilios otorgados á determinadas profesiones y no concedidos á otras; pero prescindiendo, por ahora, de ese aspecto moral y legal de la cuestión, y acallados por un momento esos escrúpulos míos, que no son, por cierto, escrúpulos de monja, reconozco y declaro que si, en efecto, la misión del Estado en lo relativo al *Teatro Español* había de reducirse—como se reduce, por ejemplo, en lo relativo á las Academias—á darle facilidades para desenvolverse y vivir, se obviarían muchos de los inconvenientes ya indicados. Pero ¿sería posible lograr apoyo gratuito y desinteresado del mundo oficial, para una manifestación de la vida del país tan importante como el teatro?

Por mi parte, sin dudarlo un momento, sin vacilar siquiera, contesto á esa pregunta con una rotunda negativa.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.



CÁDIZ.—PATIO ÁRABE DEL «CASINO GADITANO», DONDE SE CELEBRÓ LA FIESTA CON MOTIVO DE LA BOTADURA DEL «EMPERADOR CARLOS V».

(De fotografía de D. Rafael Rocafull.)

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Habana: el publicista y poeta Gaviño. — *Buenos Aires:* una nueva novela de D. Carlos María Ocantos: *La Ginesa.* — *Santiago de Chile:* nuevas publicaciones de D. Pedro Pablo Figueroa.

Gran parte de los periódicos publicados en la Habana desde los días 11 al 17 de Febrero último consagraron muy sentidos recuerdos á la memoria del distinguido publicista é inspirado poeta Faustino Díez Gaviño, muerto repentinamente el 10 en aquella capital, cuando se hallaba en la plenitud de la vida y de sus sobresalientes facultades. La revista semanal *Laurac-Bat*, que él fundó y dirigía, le ha dedicado un número-álbum en que sus compañeros de redacción expresan, con hondas y sentidas frases, su pena, en el que han reproducido lo que la prensa dijo en elogio del finado y en el que algunos poetas han puesto sus coronas de siemprevivas, representadas por hermosas composiciones. Gaviño, hijo de Vizcaya, era uno de los jóvenes que más honraban á la actual generación vascongada, y que al salir un día de la patria peninsular condensó todas sus ilusiones en el amor á la tierra que le vió nacer y á su cariñosa madre, que en ella quedaba. Por ser entusiasta euskaro, dedicó las energías de su culta inteligencia y de su genio poético á recordar y ensalzar el lema que todos sus paisanos mantienen vivo en el corazón y en los labios, tanto más, cuanto más se apartan de sus montañas, y que está simbolizado en estas palabras: Dios y Fueros. En obsequio á las antiquísimas y patriarcales leyes, buenos usos y costumbres que éstos consagraron durante tantos siglos, creó el *Laurac-Bat*, frase que quiere decir en castellano «Las cuatro una», esto es, Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra unidas. Ingeniero industrial por su carrera, no fué á la gran Antilla á buscar fortuna, ni á correr la vida bohemia, sino á trabajar con entera laboriosidad y rectitud en la casa consignataria de la Compañía Trasatlántica, al lado de su tío el Excmo. Sr. D. Manuel Calvo.

Y en las horas que su deber ya cumplido le dejaba libres, dejóse llevar siempre por una bien arraigada pasión por la literatura, cuyo ejercicio era para él el más incomparable de los placeres. Muy joven, había hecho en España sus primeras armas en *La Abeja Montañesa*, de Santander, ciudad de cuyo primer Casino Montañés fué presidente, y á poco de llegar á Cuba, en 1881, colaboró en el *Don Circunstancias*, de Villergas, y después en *La Patria*, *La Voz de Cuba*, *El Demócrata* y *La Iberia*. Para descansar de las tareas del escritorio, donde el registro de los negocios de tráfico y navegación le obligaban á repetir á diario la áspera faena de apilar cifras y más cifras, daba rienda suelta á sus impulsos de escritor y llenaba cuartillas y más cuartillas con admirable facilidad y galanura, y componía versos con envidiable sencillez y corrección. De los más antiguos que allí escribió, consérvase una colección en un tomo, que contiene también los de su compañero el notable poeta D. Aurelio Piedra, y un curioso prólogo de Villergas. Retratan bien á Gaviño y dan idea de su estilo los siguientes versos, tomados de una de sus más sentidas composiciones dedicadas á su madre, á su ídolo de siempre. Los ha reproducido *Guy de la Havane* en un excelente artículo dedicado á la memoria del poeta en *La Unión Constitucional:*

¡Ay madre! en mi pensamiento
Fiel tu imagen se retrata,
Y no me deja un momento,
Y vivo calenturiento,
Y la nostalgia me mata.
No puedo vivir así:
De mi dolor los excesos,
Madre, me abruman aquí;
Yo quiero volver á ti
Para darte muchos besos.
....

No vayas, madre, á mirar,
Cuando tibio el sol desmaya,
Naves que crucen el mar,
Ni te acerques á la playa
Cuando las veas llegar.
Que ha de tropezar allí
Tu amoroso frenesí,
Con amarga decepción.....
¡Qué esas naves van sin mí,
Madre de mi corazón!
....

Prueba relevante del afecto que entre sus compañeros los publicistas gozaba, fué la de haberle nombrado vicepresidente de la Sociedad de Escritores de la Isla; y nada hay que decir del cariño y consideración que sus paisanos los vascongados le profesaban, cuando es sabido que él llevaba allí su voz, que los representaba admirablemente en la prensa y que la Junta Directiva de la Asociación Vasco-Navarra le contó casi siempre entre sus individuos. Delante del féretro en que fueron conducidos sus restos al cementerio, y rodeado de la colonia euskara y de notabilísimas personas de la Habana, vióse lucir orlado con negros crespones el estandarte del *Laurac-Bat.* El inolvidable poeta, á quien el Casino Español de aquella capital otorgó un premio por su oda á Santa Teresa de Jesús, publicó no hace mucho una admirable composición á la *Virgen de Begoña*, patrona de Vizcaya, que ha sido reproducida con el retrato del autor en la primera página del hermoso número dedicado á su memoria.

Su afán, su constante ilusión, era volver á España, al hogar donde vive su anciana madre en Portugalete; pero ¡triste clarividencia la que tiene á veces la fantasía de los poetas! Hallábase Gaviño en compañía de sus amigos Valdivia y Jorge Suastón celebrando las fiestas de este Año Nuevo en la terraza del teatro en Irijoa, cuando, al verle preocupado, propusiéronle que cada uno brindara en una quintilla. Gaviño escogió, para tema de ella, la muerte, y, acordándose de su madre, levantó la copa y dijo:

No me estremece el morir,
Ni ir cual todos al osario;
¿Pero cómo no sufrir
Pensando en que *me he de ir*
Sin besos de mi Rosario?

Rosario es su madre. «*Se ha ido sin verla, ni besarla*», dice su amigo Villalba, en el cariñoso tributo que le dedicó en *El País.* También la prensa vascongada acogió la noticia de su fallecimiento con hondas manifestaciones de duelo. En ella y en la opinión pública, entre cuantos conocían á Gaviño, se ha repetido lo que ha dicho de él la prensa habanera: «Escritor fácil y elegante y poeta tierno, espiritual, inspiradísimo, dijo *La Unión Constitucional*, sus producciones, tan solicitadas como aplaudidas, nacían casi siempre al calor de una demanda persistente y tenaz, que alguna vez era preciso convertir en verdadera persecución para que obtuviese el fruto condiciado.» «Gaviño, según el *Diario de la Marina*, era una inteligencia privilegiada y un corazón de oro. Como poeta, ocupaba lugar preeminente entre los que aquí cultivan las letras.» «Era, escribe *La Discusión*, uno de los que figuraban á la vanguardia de nuestros literatos jóvenes, y como sonetista disfrutaba de una reputación tan merecida como unánime.» «Como escritor, añade *La Aduana*, era un verdadero compañero, correcto, atildado; jamás ofendía..... jamás fué ofendido.» «Gaviño, ha dicho el Sr. Hernández Mijares en *La Habana Elegante*, no quiso ser vocal de ningún partido, ni coronel de voluntarios, ni siquiera rico cuando la fortuna le coqueteaba lujuriosamente. Se conformó con ser periodista á ratos, con defender á Euskaria en un país en que nadie la ataca, en mortificar á alfilerazos á los partidos liberales cubanos que él pensaba no eran muy adictos á la nacionalidad, y en pertenecer á las sociedades benéficas para poder dar también limosnas en cofradía, tanto como sabía hacerlo en privado, sin saber lo que daba, ni á quién, ni importarle nada la cantidad, ni el nombre del necesitado.»

Bien merece todos estos recuerdos y tan envidiables honores el simpático y entusiasta vizcaíno que tanto enalteció el nombre de España en la gran Antilla, el que dejó grabada la huella de su genio en los admirables sonetos *A Cuba* y *A Gayarre*, el que cantó la heroicidad de los bomberos en un día tristísimo para la Habana, y dedicó sus sentidas poesías á enaltecer la vida foral euskara, la musa de la insigne poetisa gallega Rosalía Castro y la adoración á la Virgen de Begoña.

°°°

Al tratar con especial satisfacción en una de estas crónicas del movimiento literario argentino de nuestros días, y ocuparme de los meritorios trabajos de un publicista tan entendido y laborioso como D. Ernesto Quesada, de cuyo último muy curioso libro, *Reseñas y críticas*, di ligera cuenta, hube de citar con elogio, entre la falange de inspirados escritores que describen la vida y costumbres de la sociedad del Plata y que procuran ser entusiastas sostenedores de la corrección y bellezas de la lengua castellana en aquella apartada y hermosa tierra, á D. Carlos María Ocantos, el autor de tantas aplaudidas novelas, que empezó temeroso y con humildes vuelos á distinguirse en el campo de las letras con sus obras *La Cruz de la falta* y *Miss Alice*, que desarrolló todas sus energías de admirable pintor de los cuadros de la sociedad bonaerense en *León Saldívar*, y que ha sostenido su reputación, bien conquistada, publicando después las novelas *Quilito* y *Entre dos luces*, con su primera parte, así llamada, y con la segunda que denominó *El Candidato.* No hace mucho tiempo recibí con gratitud, y muy complacido, su nueva obra *La Ginesa*, que es un animado cuadro naturalista de aquella tierra, y en el que el dibujo y el colorido literarios demuestran con qué afán el Sr. Ocantos prosigue y logra realizar generalmente el propósito de ser un delicado y original estilista. Así aparece en la descripción de los contrastes que ofrecen, en su creación novelesca, la vida rural de la casa de los Ginés, de las Piedras, y la vida de la capital, donde la gente joven se aburre en la monótona tarea diaria de recorrer la calle Florida desde Corrientes á Victoria y desde Victoria á Corrientes; en la de los caracteres de Lía, de su madre D.ª Reveriana, de Logia la Madrileña, del P. Clavel y del P. Copo; en la escapatoria de aquélla; en los detalles de la casa solariega y familia de los Tejeras y Solaños, antecesores de Gasparito, héroe del libro, imposible para obispo, ni para eclesiástico, solicitado por la otra familia hidalga de los Paso y Ríquez, conquistado al fin por la Ginesa, que desde su retiro de las Piedras fué á lucir en las alamedas de Palermo su hermosura y su lujo; en los coloquios entre ambos amantes; en las crudas más que filosóficas manifestaciones y apasionados relatos de ella, de la diabólica Lía Ginés; en la pintura de la festividad y solemnidades de la Virgen del Carmen; en las reprimendas de mamá Paula; en la vuelta de la Ginesa á Piedras; en el triste cuadro de la muerte de la madre de ésta; en el nuevo encuentro de los amantes, y, sobre todo, en las escenas de la enfermedad y muerte de ambos, pintadas de verdadera mano maestra.

El Sr. Ocantos ha acertado en su última obra. *La Ginesa* está concebida con feliz estrella, está tratada con valentía, está escrita con *amore*; es un verdadero drama de las pasiones. No abundan en sus páginas las espléndidas descripciones locales que se leen en *León Saldívar*, pero sí las de la lucha del amor; es más humana, más profunda, más conmovedora. Su autor puede, de derecho, figurar entre los más inspirados y discretos novelistas que cultivan este arte dificilísimo en la lengua castellana. Mil parabienes.

°°°

Dábamos en España por muerto algunos amigos al fecundo é incansable escritor chileno D. Pedro Pablo Figueroa, autor del *Diccionario biográfico nacional* de Chile, de cuya obra hice un día en estas crónicas justo elogio, cuando, no hace mucho, tuve la satisfacción de recibir una relevante fe de vida, con el envío que se dignó hacerme de algunas de sus últimas obras. De algunas digo, porque del distinguido hijo de Copiapó, honra de los obreros de la inteligencia en la nación chilena, se puede repetir con verdad la frase castellana de que «escribe más que el Tostado». Tiene treinta y siete años, y ha publicado, entre otras muchas obras, dedicadas todas á la literatura é historia de su país, el *Diccionario biográfico general* de Chile (tres ediciones): *Pensadores americanos; Miscelánea biográfica americana; Galería de escritores chilenos; Periodistas nacionales; Esbozos literarios; El periodista mártir; Atacama en la guerra del Pacífico; Historia de la revolución constituyente; Relación histórica del combate naval de la Caldera; Literatura chilena; Páginas truncas; Publicistas contemporáneos; Locas de amor; Tradiciones y leyendas; La odisea del desierto; La cortesana; Romelia*, y..... veinte más.

Añádase á esto una labor constante en la prensa, porque Figueroa, periodista por vocación irresistible, trabajó con independiente espíritu en los diarios de Santiago y de Valparaíso, *La Nación*, *La República*, *Las Noticias*, *El Comercio* y *La Actualidad*, y en *La Reforma*, de la Serena, y en *El Jornal*, de Iquique. Pues bien: de su última campaña de publicista hemos recibido el principio de la tercera edición de su *Diccionario*, con sus curiosos y tristísimos apéndices titulados *Páginas rotas;* la *Vida del general D. José Francisco Gana*, el fundador de la ciudad de Mulchen en la Araucanía, el vencedor de Chorrillos y Miraflores, el caudillo en Valparaíso y Santiago de las tropas leales al presidente Balmaceda, el insigne desterrado en Barcelona, tan sabio como ingeniero cual animoso como combatiente, y leal y recto como político; la *Historia de Francisco Bilbao*, estudio analítico de introducción á la edición de las obras completas del animoso filósofo chileno; la biografía del insigne poeta de Méjico D. Ignacio M. Altamirano, bajo el título de *Un poeta indígena* (la raza nativa, la literatura y la libertad en América); y el interesante libro titulado *Las Campanas*, que es un profundo lamento de dolor, producido por los horrores de la guerra civil de 1891. No ceja Figueroa en su labor, y tiene preparados para dar á las prensas: la *Historia de la Revolución del Congreso de* 1891; *La Vida del periodismo en* 1891 *y* 92; *El Plata intelectual; Río Janeiro literario; Mujeres ilustres de América contemporánea; Historia de D. Justo Arteaga Alemparte; Prosistas y poetas de América moderna*, y la *Historia de D. Benjamín Vicuña Mackena.*

En estas obras está condensada toda la historia literaria de Chile, la moderna especialmente, y mucha parte de la política. Figueroa, que todo se lo debe á sí mismo, que no ha estudiado más que en su casa, es el modelo de los hombres trabajadores, y uno de los hombres más cultos del Nuevo Mundo. No tiene tiempo para limar y acicalar académicamente sus escritos: escribe con el corazón, sin corregir, ansioso siempre de cumplir su deber; no es estético, ni creemos que le importe; pero hay en sus obras mucha sustancia, muchas curiosidades, mucha enseñanza y mucho sólido y fuerte. Estoy muy conforme con lo que dice de él el escritor y sabio catedrático del Instituto Nacional, D. Emilio Corvalán y Zomosa: «Pedro Pablo Figueroa ha sido el primer escritor nacional que ha dado á grandes y pequeños lo que en justicia les corresponde, sacando del olvido á los bohemios de la inteligencia y á los servidores anónimos de la libertad.» «Desde el fallecimiento del Sr. Vicuña Mackena, dijo un reputado diario de Santiago, ningún escritor nacional ha seguido sus luminosos pasos con más ahinco y espíritu patriótico que el Sr Figueroa.»

Desde que llegaron los aciagos días de 1891, en que Chile presenció tantas desventuras por la guerra civil, no habíamos tenido aquí noticias de Figueroa; y supusimos que habría desaparecido, ó peleando en los combates, ó víctima de los enconos que esas terribles y personalísimas luchas traen consigo. Felizmente no ha sido así, pero cerca le anduvo. El Sr. Figueroa, como periodista, había defendido siempre en la prensa los principios y la política del partido liberal, y, por consiguiente, era adicto entusiasta del presidente Balmaceda, y enemigo de los revolucionarios Congresistas que capitaneó Jorge Montt, es decir, del partido moderado ó conservador. En los días en que ardía la guerra publicó en Santiago, y motivó su desgracia, una relación del combate de la Caldera en la pasada lucha del Pacífico, elogiando al jefe de la armada C. E. Moraga. En la noche del 23 de Agosto de 1891, después del triunfo de los insurrectos en el combate de la Placilla, y cuando los vencedores entraron en Valparaíso y en Santiago, realizándose tantas tristes escenas de venganza, fué destruido el hogar de Figueroa, deshecha su biblioteca y su rica colección de papeles, y expulsados á mitad del arroyo su mujer y sus hijos. El escritor no se hallaba en su domicilio, y á esto debió su salvación. En aquella hora triste perdió muchísimos de los trabajos que durante largos años había acumulado, y entre ellos los copiosos materiales con que iba á enriquecer la tercera edición de su *Diccionario biográfico*, que quedó publicado sólo hasta el final de la letra *A*, y con el firme propósito, de parte de su autor, de no volver á trabajar en él, ya que la destrucción y el despojo fueron la recompensa de aquel esfuerzo intelectual de diez años. Tristes han sido para Figueroa los resultados de las discordias civiles de su país; y de sus profundas amarguras ha brotado el eco lastimero que vibra en las reducidas páginas de su libro *Las Campanas.* ¡Ojalá que Santiago y Valparaíso y Chile entero, aquel país, que en sus tiempos de paz pudo oir que se llamaba á sus hijos «los romanos de la América del Sur», no escuchen jamás, de nuevo, el angustioso y febril tañido de las campanas de los templos, que inspiraron este trabajo al escritor, tocando á rebato, á venganza ni á saqueo, sino que oigan sólo los vibrantes repiques que celebren la paz, la prosperidad y la gloria de nación tan digna de ser venturosa.

R. Becerro de Bengoa.

El Sr. D. Antonio Nadal y Lucena ha reproducido y publicado en una hermosa oleografía la *Mater Dolorosa* de Murillo. Ha tenido la bondad de remitirnos un ejemplar, que le agradecemos, y por el que hemos podido juzgar el mérito de este trabajo.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Biografía del Emmo. Sr. D. Antolín Monescillo y *Viso*, cardenal de la Santa Iglesia Romana, arzobispo de Toledo, primado de España. Edición de *La Cruz.*

Es este un estudio biográfico de los más perfectos y acabados que hemos visto de mucho tiempo á esta parte, aunque verdaderamente, como confiesa su autor el Sr. Carbonero y Sol, eran muchas las dificultades que para dar cima á esta empresa se ofrecían, por tratarse de varón de tan singulares méritos y que tanta parte ha tenido en la historia contemporánea de España.

Divide el Sr. Carbonero y Sol su obra en cuatro partes: la historia pública: la historia íntima ó del espíritu de su biografiado; el juicio imparcial de éste, y su vida social y doméstica. En todas muestra nada vulgar talento de escritor y un dominio completo del asunto, á la par que cabal conocimiento de los principales sucesos ocurridos en nuestro país de cincuenta años á esta parte. Resplandece también en la *Biografía del Emmo. Sr. D. Antolín Monescillo* un juicio crítico muy seguro y un pensamiento levantado y cristiano, que notablemente aumentan su mérito.

Los católicos alemanes.—El despertar de un pueblo. Obras de Alfonso Kanengiesser, traducidas por D. Modesto Hernández Villaescusa.

Al traducir el Sr. Hernández Villaescusa estas dos obras del ilustre publicista católico alemán Alfonso Kanengiesser, ha prestado á la cultura nacional un verdadero servicio, porque en ellas tiene mucho que aprender el pueblo español. Ambas versiones están bien hechas, y la edición es muy esmerada.

Cuesta cada uno de estos libros dos pesetas.

Lecciones sobre las enfermedades del aparato locomotor *(huesos, articulaciones y músculos)*, por el doctor

COMO SI NADA ENTERAMENTE LE HUBIESE PASADO.

«En cuanto á dormir, nos dice la persona á que nos referimos, escasamente podía dormir durante aquel horrible y tenebroso tiempo, porque hora tras hora y noche tras noche me agitaba con la inquietud de los dolores en aquella misma cama en que en un tiempo había dormido como un colegial cansado. ¡Ah! ¿Volvería yo á ver aquellos días, ya idos, en que era fuerte y estaba bueno? ¡Descanso! ¿Qué ángel bueno me lo traería debajo de sus alas? ¿Qué bálsamo mágico me lo daría?»

Alude á la enfermedad que le consumió durante siete años, y luego añade: «Estoy ahora sano y bueno.» Procuraremos obtener el consentimiento de ese caballero para publicar su caso, y como sólo rehusa á causa de una repugnancia natural á la publicidad, y estamos seguros de sus deseos de hacer bien, confiamos en convencerle.

Entretanto, otra persona de más valor, el señor D. José Pérez Lazo, de Estepona, provincia de Málaga, en carta fechada en 28 de Agosto de 1893, emplea este valeroso lenguaje: «Para beneficio de la humanidad común, *le pido á usted* que haga públicos los hechos que en la presente le expongo.»

Parece que el Sr. Pérez Lazo había sufrido durante varios años una enfermedad de los órganos digestivos, cuyos síntomas principales eran los siguientes: falta de apetito; náuseas y vómitos; repugnancia para los alimentos y malestar después de comer, con pesadez y tristeza de estómago; dolores en la cabeza, costados, pecho y espalda; aparición de un fluído ácido, ó de un gas ofensivo en la garganta; mareos al levantarse de un asiento ó de una postura inclinada; constipación é irregularidad de los intestinos; color amarillo en los ojos y piel; manos y pies fríos; palpitaciones y ardores del corazón; dolor de cabeza con mareo; ruídos en los oídos; debilidad creciente; pérdida de toda ambición, y falta de gusto para todo esfuerzo ó trabajo; falta de sueño; pesadillas; una gran depresión mental y nerviosidad, etc.

Todos estos síntomas no suelen presentarse en cada caso. Algunas veces aparecen unos más acentuados que otras, y todo depende de la edad, de la constitución y de otras circunstancias. Pero el caso es siempre el mismo. Esta enfermedad tiene la apariencia de todas las demás, y, en hecho de verdad, da origen á la mayor parte de ellas. De aquí su gravedad, la necesidad de perseverar en un tratamiento adecuado.

El Sr. Pérez Lazo dice que en su caso existía una gran irritación de los intestinos, flatulencia, amargura, y, en general, un desorden gástrico, y concluye de este modo:

«Después de haber agotado todos los remedios que se me habían prescrito, sin ningún resultado beneficioso, un amigo mío, por fin, me sugirió el medio de curación; pues habiéndose visto él mismo afligido de una enfermedad semejante, había usado, en último extremo, el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, que le restituyó por completo la salud. Animado del todo por las palabras de mi amigo, me procuré en la farmacia del Sr. Aragón, de este comercio, un folleto de los que describen esta preparación, y después de leerlo, compré una botellita del Jarabe y empecé á tomarla, según las instrucciones. Ahora, por fin, tengo el placer de manifestar que sólo tres botellas de él han realizado lo que de ninguna manera habían podido realizar un sinnúmero de medicinas. *Ahora me hallo fuerte y bueno, lo mismo enteramente que si nada me hubiera pasado, y esto lo debo al remedio sin rival que he nombrado ya*, al Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Con muy expresivas gracias quedo de usted afectísimo S. S. (Firmado): José Pérez Lazo.»

El lector se servirá observar, no sólo la cura, sino lo radical de la cura. «*Lo mismo enteramente que si nada me hubiera pasado*», dice dicho caballero. Y ahora, si recordamos cuán obstinada es la indigestión ó la dispepsia, cuán completamente envuelve todos los órganos y funciones de nuestro cuerpo, y cuán míseras y sin esperanza convierte á sus víctimas, ¿qué palabras de alabanza no tendremos al hablar de una medicina que absolutamente la corrige y destruye? ¿Podremos entonces admirarnos de que la persona que se ve restituída á su vida y salud se preste (aun repugnándolo) á que todo el mundo conozca ese medicamento?

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

SUEÑOS Y REALIDADES
POR
D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre*.

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

Kirmisson, profesor agregado á la Facultad de Medicina de París.

La biblioteca escogida de *El Siglo Médico* acaba de publicar esta obra, única en su clase en España. De la traducción ha estado encargado el Dr. D. Saturnino García Hurtado, del Instituto de Terapéutica operatoria del hospital de la Princesa, quien le ha añadido numerosas é interesantes notas de reputados autores españoles. Lleva esta obra un prólogo del eminente Dr. Martínez Angel, y grabados intercalados en el texto. Su precio es 7 pesetas en Madrid y 7,50 en provincias.

Los pedidos, acompañados del importe, deberán dirigirse á la Administración de *El Siglo Médico*, Magdalena, 36, segundo, Madrid, y á las principales librerías.

Exposiciones elevadas por la Diputación provincial de Barcelona á los poderes públicos, con motivo de los proyectos de ley de reforma arancelaria general y especial para las Antillas.

Hemos recibido un ejemplar de este folleto, que tiene bastante interés de actualidad ahora que la insurrección cubana ha puesto sobre el tapete todas las cuestiones referentes á la gran Antilla.

La Imprenta. Esbozos sobre su mecanismo, de utilidad para los principiantes en el arte, por Mariano J. Castañera.

Aunque el autor no se ha decidido á denominar á este librito Manual Tipográfico, hubiera podido hacerlo porque en él da todas las noticias necesarias á los aprendices.

Precede á la obra una breve y sencilla historia de la imprenta. Cuesta 6 reales, y véndese en las principales librerías.

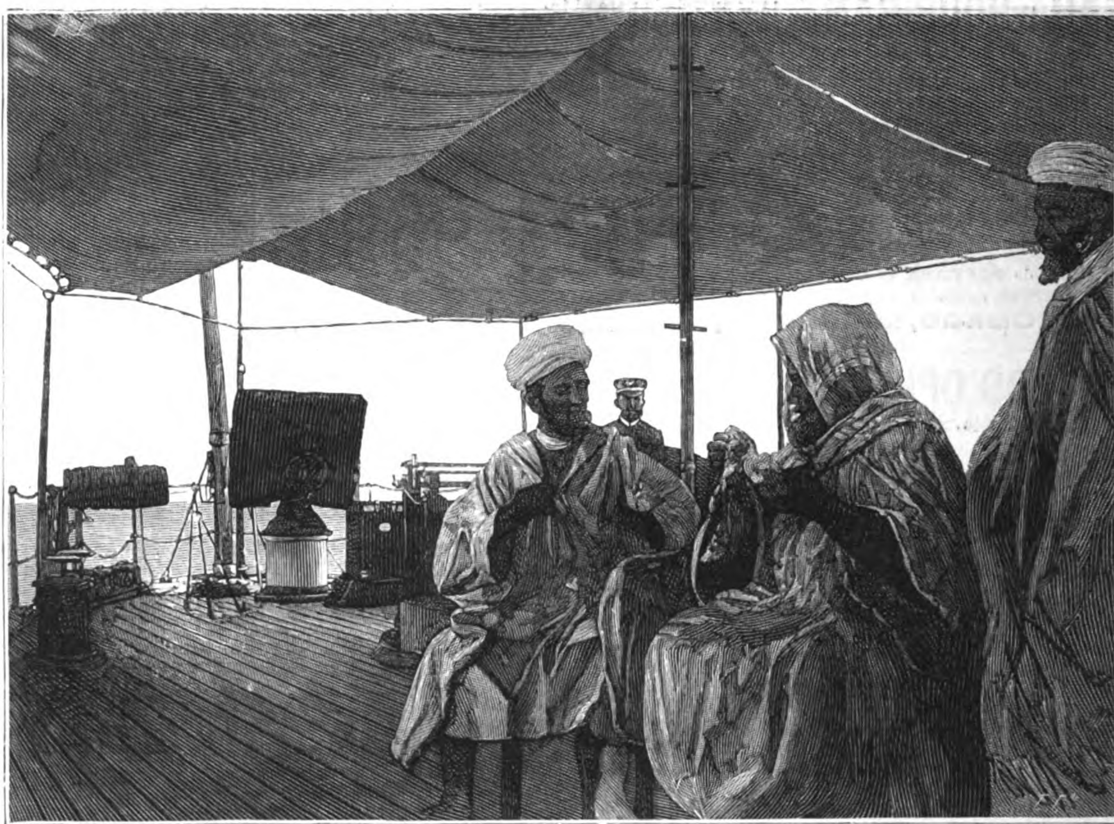
Obras representables para niños y aficionados, por J. Tomás y Estruch.

Las obras de que se compone este tomo son: *El gabán del niño Rey* (episodio para niños); *El triunfo de la modestia* (apólogo representable para niños y niñas); *Luz y sombra* (discusión para niños y niñas); *Salvador Rosa* (episodio representable para niños), y *España* (poema representable para niños y niñas). Cuesta 10 reales.

Gente de Madrid. Siluetas y semblanzas, por Carlos Frontaura.

Contiene este tomo, que es el 19 de la *Colección diamante*, hasta veintiún artículos de costumbres, todos graciosa y delicadamente escritos, y dignos, por tanto, de autor tan querido del público como el Sr. Frontaura. Cuesta sólo dos reales.

G. R.



LA EMBAJADA MARROQUÍ Á BORDO DEL CRUCERO «REINA REGENTE».

(De fotografía.)

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. XII.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.
Madrid, 30 de Marzo de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Demas Estados de América y Asia	12 pesos fuertes. 60 francos.	7 pesos fuertes. 35 francos.



VITAL AZA,

AUTOR DEL APLAUDIDO SAINETE «LA REBOTICA», RECIENTEMENTE ESTRENADO EN EL TEATRO LARA, DE ESTA CORTE.

(Dibujo de A. Perea.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Si por algo, el que esto escribe, tiene esperanza de alcanzar un átomo de misericordia en la otra vida en descargo de sus culpas, es por lo mucho que ha callado al escribir en estas Crónicas los sucesos de que ha sido testigo y tragarse las reflexiones que brotaban á borbotones de su cerebro en muchas circunstancias. Ya por el periódico en que escribe, ya también por no atizar las pasiones encendidas, y la convicción de que España necesita calmantes, ¡en cuántas ocasiones hemos abierto de puntos nuestra pluma para que no corriese con la velocidad del pensamiento! Y nos conocen mal los que juzgan natural esta suavidad con que cumplimos un penoso deber: día llegará tal vez, si Dios quiere, en que pueda leerse sin inconvenientes el juicio definitivo que nos han merecido los hombres y los sucesos de nuestro tiempo, allí donde la responsabilidad de nuestro criterio sólo perjudique á nuestra propia fama si fuéremos injustos. Entretanto, sigamos la relación histórica que nos está encomendada, con los miramientos y reservas que hemos guardado en esta Crónica.

Grande ha sido la variación política que ha sufrido España desde que escribíamos la última revista á la presente. El jefe del partido liberal, Sr. Sagasta, presentó á S. M. su dimisión y la de todo el Ministerio, teniendo mayoría en ambas Cámaras y sin votar los presupuestos: encargado de nuevo por la Reina de formar un Gabinete, insistió en retirarse, ó por imposibilidad material, ó por cuestiones de conciencia, si bien comprometiéndose á influir con sus amigos para legalizar la situación económica á fin de que pudiese gobernar su sucesor. Este ha sido el jefe del partido conservador, Sr. Cánovas del Castillo, que presentó á S. M. el siguiente Ministerio: Gobernación, Sr. D. Fernando Cos-Gayón; Estado, Duque de Tetuán; Guerra, general Azcárraga; Marina, general Beranger: Gracia y Justicia, Sr. Romero Robledo; Hacienda, Sr. Navarro Reverter; Ultramar, D. Tomás Castellano, y Fomento, D. Alberto Bosch y Fustegueras: los tres últimos, ministros de nueva creación. Como si no fuera bastante conflicto un cambio de personas, más bien que de política, de tan opuestos bandos, porque en España hace ya tiempo que la política es puramente personal, y sólo hay un patrón para gobernar, han creído ver los conservadores que siguen al Sr. D. Francisco Silvela, en la composición del nuevo Ministerio, una intención deliberada de herirles en su amor propio, que no ha ocultado el jefe de aquella disidencia al exponer á sus amigos su propósito de apoyar al señor Cánovas en las cuestiones fundamentales de gobierno.

Resumen de la nueva situación. El jefe del partido conservador teniendo que recabar un presupuesto de unas Cámaras adversas: el jefe del partido liberal apaciguando á sus amigos para facilitar su propia herencia al Sr. Cánovas: el Sr. Silvela ayudando á esta obra por lo que tiene de conservador y repudiándola en lo que tiene de hombre. Y unos partidos de oposición contenidos por una cuestión de integridad nacional, que, siendo tan deplorable, es casi lo único que traba materiales tan heterogéneos, impidiendo que caiga todo á tierra.

Á todo esto, de nuevo se ha echado mano del general Martínez Campos para que acuda á dominar la insurrección de Cuba. Cuando le ofrecieron el mando, respondió que estaba dispuesto á partir aquella misma noche, como sucedió en lo de Melilla y en todas cuantas ocasiones le han necesitado los gobiernos. Es su conducta realmente benemérita, y la docilidad y sencillez con que se doblega á tanto llamamiento, de verdadero militar y de espartano. Antes de marcharse hizo en el Senado una protesta en favor de la clase á que pertenece, pidiendo mayor defensa para ella contra los ataques de la prensa: pero retiró su proposición á ruego del Ministro de la Guerra, y como no pasó de ahí, nosotros no entraremos en esa cuestión tan delicada, que envuelve tantas otras; sólo expondremos á la clara inteligencia del general Martínez Campos: cada tiempo tiene sus aciertos y sus errores: uno de los más característicos del nuestro es la prensa, en que todos influimos, aun los más refractarios á escribir. Lo que no se puede decir suavemente en España, lo dicen duramente otros en Francia, Inglaterra y Portugal; y no por los periodistas, instrumentos muchas veces de las pasiones ajenas, sino por los mismos allegados de las personas que se quejan: estamos conformes con el ilustre General en que se deben evitar los antagonismos de clase, aunque disintamos en los medios. Y diremos francamente á la prensa: si quieres ser institución respetada, ten respeto á los demás, pues nadie ataca impunemente los prestigios ajenos, aunque momentáneamente parezca que dispone de la fuerza.

Sobrios y correctos, irónicos en el fondo, aunque de formas corteses, los discursos de los Sres. Cánovas del Castillo y D. Francisco Silvela han sido una separación, al parecer, definitiva, si en política hubiera algo definitivo. Donde influirá probablemente esta separación será en las futuras elecciones, y en esta parte es plausible la franqueza con que el Sr. Silvela ha recalcado con claridad su disidencia, así como comprendemos que el Sr. Cánovas haya afirmado con entereza su autoridad personal, base de la unidad de su partido; y nunca es más necesaria la unidad que cuando existe una división. Pero ¿pueden ser indiferentes á los partidos los desprendimientos de agrupaciones importantes por su historia y su valer? ¿Se llevan algo de su savia y de su fuerza, y aun de su disciplina, ó son como el reemplazo del ejército, que se cubre con reclutas, sin que haya pasado nada á cada licenciamiento? Siempre en estas disputas cada cual tiene de su parte un aspecto ó lado de la razón y la verdad, y en él se fortalece. Y como nadie puede negarnos el desinterés en estas cuestiones, por estar retirados hace tiempo, como el ratoncillo de la fábula, si bien con la diferencia esencial de estar fuera del queso, podemos, y aun debemos, exponer una opinión imparcial y bien intencionada. Le asiste al Sr. Cánovas plena razón en el mantenimiento de su autoridad y el prestigio de su mando, pues las jefaturas imponen ese deber, por su propia naturaleza y porque en esa autoridad está la fuerza del partido; y les asiste al Sr. Silvela y sus amigos en creerse aún conservadores, y lamentar que su separación cause regocijo, porque supone menosprecio; y aunque el egoísmo de cada partido inspire á sus individuos cierto placer á cada correligionario que se aleja, por ser uno menos en el reparto de las gracias, en pura realidad cada prestigio, cada hombre útil que se licencia, es una pérdida para el partido y para el jefe, y, á la larga, sobre todo, para la idea y la representación que los directores de la política han elegido, y tienen, ante la historia, el deber de conservar fuertes y robustas para, el día en que la naturaleza les releve de su cargo, devolverlas al país en aptitud de funcionar. Pero confesamos que esto es el ideal y la teoría pura, y que la política es lo práctico y aprovechable, y para los poderes que pasan, lo único real es la posesión de eso que vuela cerca..... de eso que no entendemos, y acaso estamos equivocados en todo lo dicho: queda retirado.

°°°

El cardenal arzobispo de Zaragoza, Emmo. Sr. D. Francisco de Paula Benavides y Navarrete, ha fallecido á la edad de ochenta y cinco años. Hacía treinta y siete años que era Prelado, catorce que regía la sede arzobispal de Zaragoza, y diez y siete desde que recibió el Capelo. Era natural de Baeza, y muy caritativo.

°°°

Dijimos ya, al reseñar las importantes conferencias histórico-musicales del maestro Pedrell en el Ateneo, que somos legos y que no nos atrevemos á entrar en la parte didáctica, la principal precisamente de su estudio. En la tercera, además de la escogida masa coral, fueron interpretados los ejemplos en órgano de la casa Romero por el maestro organista de la Real Capilla, D. José María Besaiges, que compartieron los aplausos con el conferenciante. Tres antiguos músicos españoles dió á conocer al Ateneo: Morales y Cabezón, y el racionero de la catedral de Sevilla Antonio Guerrero, que á su juicio, no sólo pueden, sino que deben compararse con los mejores músicos europeos de su tiempo: los inspirados y grandiosos fragmentos á cuatro voces del Invitatorio y responsorios del oficio de Difuntos de Morales produjeron gran impresión en el auditorio: los profanos los podemos calificar de hermosos, porque sentimos esa vibración que sólo transmite en nuestros nervios lo sublime; y el que esto firma hubiera hecho repetir *tres* veces el Motete siguiente, que no se repitió. Acaso el auditorio le halló algo extraño. «Parece de Wagner», nos dijo Pedrell en el intermedio; palabras que nos dieron mucha luz. Los ejemplos tomados del libro *Obras de música* del organista Antonio Cabezón, que puso en parangón acto continuo con otros del famoso Bach, no fueron desfavorables en el ánimo del público al maestro español, hace poco desconocido y hoy estudiado y admirado por los musicólogos de Europa. En cuanto al maestro racionero sevillano Francisco Guerrero, que no tiene para el maestro Pedrell la inspiración y brío de Morales y Cabezón, aunque si otras altas cualidades, tenía para nosotros la circunstancia de ser en letras antiguo conocido, por haber leído el libro que escribió de su viaje á Jerusalén, peregrinación que hizo cuando ya contaba más de sesenta años y en que gastó más de cinco meses, «y con haber andado, dice, entre turcos, moros y alárabes, no tuvimos pesadumbre y peligro sino en Francia». En dicha obra, aunque tacha el canto llano de los griegos de «simple é ignorante», es tan modesto el autor, que, con haber cantado ya, con su hermosa voz, el *Te Deum laudamus* al entrar en el convento de Franciscanos de Jerusalén, y los himnos y antífonas correspondientes en los diversos santuarios, sólo manifiesta que es sacerdote al decir que celebró misa sobre el sepulcro de la Virgen, y que es músico, en estas palabras, que le inspira en Belén el lugar donde nació Jesús: «..... en tanta pobreza la Corte celestial entonó el *Gloria in excelsis Deo*. Parece que aun se están oyendo aquellas angélicas voces, llenándose el espíritu de gozo y alegría: yo, como músico, tuve mil ansias y deseos de que se hallaran conmigo los mejores músicos del mundo, tanto de voces como de instrumentos, para que, juntos, cantásemos mil canciones al Divino Niño y su Madre Santísima en aquel lugar.....» Era, pues, Guerrero un narrador sencillo, natural y verídico, sin pretensiones, y nada más: el Sr. Pedrell nos le ha mostrado como uno de los maestros músicos de la escuela española, después de los divinos Morales y Cabezón, en su hermosa é instructiva conferencia. Tienen todas las del Sr. Pedrell un interés patriótico, á más del encanto de la resurrección de obras maestras olvidadas. Gracias al ilustre musicólogo, empezamos á comprender á otro maestro, el rival de Cervantes, Vicente Espinel, cuando en el descanso quinto de la tercera relación de la *Vida del escudero Marcos de Obregón*, discurre acerca de la música del siglo XVI y principios del XVII, al decir que una de las condiciones de la música es «que sea tan hija de los conceptos, que los vaya desentrañando».

°°°

Teníamos sobre la mesa, hace días, un curioso libro de nuestro amigo D. Juan Valero Tornos, *España en fin de siglo*, sin poder formar cabal idea por su gran volumen y la escasez de nuestro tiempo, pues sólo es para nosotros accesible lo breve, y teníamos un verdadero sentimiento, cuando otro ha venido á hacerle insignificante.

Al año justo de haber perdido el Sr. Valero Tornos un hijo escritor de veintiocho años, D. Juan Valero Martín, ha visto morir también á la compañera de toda su vida, D.ª Sofía Martín, hija del sabio é inolvidable ingeniero D. Melitón Martín, autor de tantos libros buenos. Tan notable aquella señora por su belleza como por sus prendas de carácter, y esas virtudes modestas que perfuman el hogar sin trascender al mundo, no ha podido sobrevivir más de un año al hijo de su alma. No hay palabras de consuelo para pérdidas de esta clase. Crea nuestro antiguo y querido amigo que comprendemos su dolor y lamentamos tan irreparable desgracia.

°°°

Mal año para los Embajadores. Dígalo el honorable chino Li-Hung-Chan, enviado á tratar con el Japón, y herido de un balazo en el rostro que le envió un súbdito japonés. Pero este lejano suceso, así como la felicitación al Príncipe de Bismarck por cumplir los ochenta años, que ha indispuesto con el emperador Guillermo á la mayoría del Reichstag, no caben en esta crónica, y sólo nos permiten apuntarlos.

°°°

El matrimonio es en lo moral una operación aritmética.

Para el hombre sin carácter es una suma, porque se le añade el carácter de su mujer.

Para el hombre de genio es una resta, de que hay que deducir todo lo que necesita conceder á su señora.

—¿Es viejo ese tunante?

—Por desgracia es joven.

—La desgracia es para él, que tiene que vivir tantos años en compañía de sí mismo.

—¿Qué hace usted en esa plazuela, señor Académico?

—¿No oye usted á esa verdulera? Si lo que dice estuviera en orden alfabético, sería un diccionario de desvergüenzas. ¡Qué abundancia de frase y qué propiedad en el vocabulario!

—Pregunte usted cómo se llama esa mujer.

—¿Para qué?

—Para proponer que la incluyan en el catálogo de autoridades.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

VITAL AZA,

popular autor dramático.

Vital Aza es uno de los más fecundos autores contemporáneos, con la feliz circunstancia de que esa fecundidad, además de beneficiosa para él, es honra y lustre del teatro. Lo que de muy pocos puede decirse, porque otros ha habido y hay que como ganan dinero explotando el mal gusto del público, cuanto mayor es su ganancia, de más consideración es el daño que hacen á la literatura.

Nació Aza en Pola de Lena, y en los días de su infancia estudió para cura. Llegó hasta la puerta del Seminario, túvole miedo, volvióse y marchó Gijón á aprender matemáticas. *Como era buen dibujante* (según él propio dice en una graciosa autobiografía en verso) fué delineante del ingeniero Castillo, y con él hizo los estudios del ferrocarril de Oviedo. Tampoco aquella profesión le pareció bien, y vino á Madrid á seguir la carrera de Medicina. Llegó á licenciarse, pero no á ejercer. Había sentido cierto día germinar en su interior una nueva vocación, siendo aún estudiante, y escribió una comedia que se tituló *Basta de Matemáticas*, y se estrenó en Variedades, el 7 de Febrero de 1874, con muy buen resultado. Poco después se estrenó otra, titulada *Aprobados y suspensos*, y con este y otros triunfos dió al olvido la Medicina y dedicóse á las letras.

Hoy vivo de lo que escribo,
Y pues vivo como vivo,
No debo escribir tan mal.

Así lo dice en la citada autobiografía, pero no es tan cierto como lo supone, porque aunque Vital Aza vive muy bien, si viviera como escribe llevaría vida de príncipe.

Citar sus obras sería inútil, porque todos las conocen. Baste decir que llegan á sesenta, y recordar que las dos últimas, *Zaragüeta* y *La Rebotica*, son de las mejores comedias que en estos últimos tiempos ha aplaudido el público español.

Vital Aza es tan agradable y simpático en su trato particular, que no se le conocen enemigos, y hasta los que le envidien tendrán que disimular la envidia por no chocar con la general opinión.

En la primera página de este número publicamos el retrato de Vital Aza.

°°°

CHINA.

Grupo de soldados de la guardia de las Legaciones.

Los que por ver que los japoneses vencen siempre á los chinos creen á éstos cobardes é incapaces de sostener ninguna campaña, se equivocan; y si los que en esta equivocación caen son españoles, harán cosa de gran provecho estudiando las verdaderas causas de tanta desgracia como tienen en la guerra los del Celeste Imperio, porque una de ellas es cierto grave defecto que también por acá se padece.

Que no son cobardes lo han probado en multitud de ocasiones, peleando con singular bravura en la defensa de Taku, contra franceses é ingleses, á quienes vencieron; en la guerra del Tonkín, y en las infinitas que han tenido, y que son quizás las más sangrientas que se conocen. Lo que sucede es que han perdido completamente el humor guerrero y que no tienen ejército. Confiados no se sabe si en la grandeza de la nación ó en su buena estrella, hace muchos años que no pensaban en la posibilidad de guerras formales, y vivían muy confiados en que nadie turbaría su sosiego. Es más: algunos periódicos chinos solían burlarse de los aprestos militares del Japón, y censuraban la conducta de este Imperio, declarándola insensata, porque (decían) «con tanto gastar en armamentos arruina su Hacienda y va derecho á la bancarrota».

Ahora se ha visto quién es el verdadero insensato. China, vencida y desmembrada, pagará el *déficit* japonés y algo más, y quedará, por si esto era poco, con la vergüenza del vencimiento.

Estas son las consecuencias de creer que la guerra se improvisa, y que con poner en armas en un momento muchos miles de hombres se puede hacer frente al que todo lo tiene preparado. Aunque cada chino hubiese sido un Cid, no podían esperar otro resultado que el que hasta ahora han tenido.

Viendo avanzar á los japoneses sobre Pekín, y sin medios de detenerlos, el Gobierno quiso evitar los desmanes de la muchedumbre contra los representantes extranjeros: desmanes en verdad muy de temer, porque los pueblos, cuanto más imprevisores é impotentes, más dados son á furibundas manifestaciones callejeras. Para contener á las turbas, si se alzaban, se nombró una guardia de 50 á 60 hombres por cada palacio de representante extranjero, quedando la calle de las Legaciones cambiada en campamento. Hasta ahora hay orden en Pekín; pero si se altera, ¿será eficaz la protección de la guardia, cuyas únicas armas son lanzas y unos sables que tienen el mango mucho más largo que la hoja? El caso es de duda, y nuestros lectores podrán formar juicio acerca de él, teniendo á la vista nuestro grabado de la pág. 192.



MARINA ESPAÑOLA DE GUERRA.

El acorazado *Emperador Carlos V*, según quedará después de terminado.

Completamos hoy la noticia del acorazado *Emperador Carlos V* que dimos en el número pasado, mostrándole á nuestros lectores tal como quedará después de terminado.

Poco tenemos que añadir á lo que entonces dijimos. Será este buque casi igual al *Pelayo* en tonelaje (9.235 toneladas en vez de 9.900), de coraza algo más débil (304 milímetros; la de aquél llega á 451) y de artillería casi igual, pues si bien la del *Pelayo* es de calibre algo mayor, en cambio en el *Emperador Carlos V* hay más cañones de tiro rápido. Los cañones de 28 centímetros van en torres barbetas, y son de González Hontoria. Así éstos como los de 10 y los montajes de los de 14 están contratados en el Creusot. Los ocho cañones de 14 los facilitará la Carraca con elementos del Creusot.

El *Emperador Carlos V* aventaja al *Pelayo* en velocidad, pues debe andar 19 millas por hora con tiro natural, mientras que éste sólo anda 16. (Véase la pág. 192.)



PESQUISAS EN BUSCA DEL CRUCERO «REINA REGENTE».

Aun no se sabe dónde naufragó este desgraciado barco de nuestra armada, por más diligencias que para averiguarlo se han hecho. El *Alfonso XII* y otros buques de guerra, así como el *Joaquín del Piélago*, de la Compañía Transatlántica, lanchas de pesca y botes, han registrado todo el Saco de Cádiz sin hallar lo que buscaban; y como no puede esperarse, al cabo de tantos días, que el *Reina Regente* esté á flote y en salvo sus 415 tripulantes, este resultado de las pesquisas á nadie consuela, pues ya no hay quien espere mitigar la pena sufrida sino satisfaciendo la dolorosa curiosidad de saber dónde naufragó, y hacer fundadas conjeturas de las causas de esta gran desgracia, por si pueden aprovechar para precaver otras.

Nada nuevo diríamos á los lectores refiriéndoles detenidamente las salidas de los buques que han buscado al *Reina Regente*, por dónde navegaron y cuál fué el resultado de sus pesquisas, ni tampoco repitiendo las noticias sin fundamento y las explicaciones, muchas de ellas descabelladas, que han corrido estos días. Todo lo saben muy bien por la prensa diaria, y en cambio es casi seguro que no tendrán exacto conocimiento de los sitios en que probablemente se perdió el barco y de los vientos y corrientes que allí reinan, porque con ser de sumo interés conocerlos, apenas se ha hablado de ellos. Bueno será, por tanto, recordarlos, para mejor inteligencia de nuestros grabados de la pág. 193.

A la salida del Estrecho de Gibraltar apártanse las costas de Europa y África, y aquélla sigue en curva con la concavidad vuelta al Océano hasta el cabo de San Vicente: este seno llámase Saco de Cádiz, y está abierto á las tempestades del tercer cuadrante, que cuando soplan con fuerza, sólo dejan á los barcos el refugio de la bahía gaditana ó la salida por el Estrecho para abrigarse en el Mediterráneo. Esta última determinación suele ser la más acertada.

Los vientos dominantes son el Levante y el Poniente. Este participa á veces del SO. en invierno, y entonces entra con nubarrones y fuertes chubascos. Antes de entablarse afloja el Levante y rola al SE., al S. y al SO., bajando mucho el barómetro. «Los SO. son los vientos más pertinaces desde Noviembre á Marzo, ó sea durante el invierno. Son los vientos más temibles en el Saco de Cádiz.» (*Derrotero de las costas de España y Portugal.*) Con lo dicho basta para que los lectores conozcan la especie del temporal á cuya furia sucumbió el *Reina Regente*.

Las costas españolas del Saco son, en su mayor parte, bajas y uniformes, y con muchos arrecifes la de Cádiz, por lo que, soplando el vendaval del SO., los buques deben huir de ella. La zona más peligrosa es la que corre de la punta de San Sebastián al cabo Trafalgar, donde rompe tanto la mar, que á veces se ven las rompientes antes que la costa. El mejor sitio para evitarla es el paralelo del Estrecho, por si hay que tomar esta salida; pero no deja de ofrecer sus peligros tal maniobra, cuando no se tiene en cuenta la corriente, que suele moverse con gran fuerza de S. á N. con los vendavales muy duros, porque muchos buques que creyeron embocar el Mediterráneo se han perdido entre Conil y Santipetri.

De Tarifa al cabo Trafalgar (*Taref-el-agar*, promontorio de las Cuevas) ofrece el litoral pocas particularidades importantes para el caso de que tratamos. Primero encuéntrase los Lances de Tarifa, ensenada de 4 millas de abra, y en la que desemboca el río Salado. Luego vienen: la Sierra de Nuestra Señora de la Luz, que se conoce por unos mogotes que le coronan y que sirven para evitar los escollos que están delante; la Sierra de la Peña, casi aislada y algo más baja; la ensenada de Valdevaqueros, los picachos de San Bartolomé, la Sierra de San Mateo, la Punta del Camarinal (con la Silla del Papa), el cabo Plata y la ensenada de Zahara. En ninguno de estos parajes podía encontrar abrigo el *Reina Regente*, pues la misma ensenada de Zahara es muy peligrosa soplando SO. A ella sigue el picacho de Barbate, que sirve de aviso de unos cabezos que hay delante de él, y que con sumo cuidado deben evitarse.

Al llegar al cabo Trafalgar, entramos en la zona particularmente peligrosa que hemos dicho. Es bajo, de tierra arenisca, y tiene un faro que, con atmósfera despejada, puede verse desde 19 millas. Alcanzan sus luces por un lado hasta más allá de Santipetri, y por otro hasta los Cabezos, rebasándolos; pero cuando hay vendaval fuerte, los rociones de mar empañan los cristales y no se ve. Circunstancia que nos parece digna de notarse.

Al NE. levántanse casi de pronto los Altos de Meca, que van á unirse al monte Patria, sobrepuesto á la ciudad de Conil. En estos Altos hay una torre llamada de la Breña.

Del cabo Trafalgar á Cádiz cubre la costa una cadena de bajos de piedra, muy peligrosa toda ella. Los principales de estos bajos son: Aceitera, Placer de Meca y Lajas de Conil. El primero es el más temible. Corre más de una milla de NNO. á SSE. y media de NE. á SO. Está dividido en varios cabezos, separados por canalizos, y hay un sitio en que apenas tiene un metro de agua en bajamar. Entre el cabo y el arrecife está la piedra de las Ánimas.

El Placer de Meca es mayor que la Aceitera. Está tendido en un espacio de dos millas de NO. á SE. Tiene media milla de ancho y de 5 á 16 metros de agua.

Las Lajas de Conil corren cosa de dos millas de NNO. á SSE., pero su anchura es poca. Sobre ellos rompe mucho el mar. El menor fondo hállase casi en el centro, enfilando la torre de Castilobo con un cerrito llamado la Cachorrera. Esta torre de Castilobo es de forma cuadrada y está ruinosa.

Delante de Aceitera está el banco del Cabo con fondos de 13 á 67 metros, y que es muy peligroso con mar gruesa. Más al largo está el del Hoyo (O.-SO. de Trafalgar), en el que concurre la misma circunstancia. En los periódicos no hemos visto que este banco haya sido explorado.

Delante del cabo Roche encuéntranse unos cabezos de piedra que llevan su nombre. También deben mencionarse en esta breve reseña los de los Marrajos y Hazte-Afuera.

Cualquier barco perdido en estos arrecifes encuéntrase sin mucha dificultad, pues sólo sobre los del Cabo y del Hoyo hay bastante agua. En cambio en la entrada del Estrecho no es fácil, y en algunos sitios imposible por lo hondo del mar. En el meridiano de Trafalgar la sonda señala 300 metros; en la angostura de Tarifa 700, y en la embocadura oriental del Estrecho 1.000.

El *Alfonso XII*, el *Joaquín del Piélago* y el *Isla de Luzón* no han encontrado en los bajos descritos el menor vestigio del *Reina Regente*. En los abismos del Estrecho será inútil buscarlos.



BELLAS ARTES.

***A los oficios*, dibujo de Méndez Bringa.—*Ceres y las hijas de Celeos*, cuadro de Hirsch.**

El dibujo de Méndez Bringa que publicamos en la página 196 es una actualidad artística notable, como todas las del mismo autor, por la delicadeza del dibujo y el talento de observación que revela. Está allí admirablemente retratada la mujer devota, entregada en cuerpo y alma al cumplimiento de los preceptos que la religión manda guardar en esta época del año. Y como por devota que sea no puede dejar de ser mujer, viste con cuanta elegancia puede, cuidando de su tocado no menos que de lo demás. Pero la juzgará mal quien piense que este cuidado de su persona es señal de poca fe. La mujer española aun cree, y quiera Dios que nunca deje de creer.

El asunto del cuadro de Hirsch (pág. 197) es tan pagano como poético. Ceres, la diosa de la tierra, tenía una hija de singular belleza, á la que llamaban Proserpina. Hallábase un día ésta con las hijas del Océano, y todas se entretenían en coger flores. Encontró Proserpina un narciso y le tomó, muy contenta de su hallazgo; pero apenas le tuvo en la mano, abrióse la tierra y dió paso á Plutón en su coche de oro tirado por caballos inmortales. Cogió el dios infernal á Proserpina, sentóla á su lado sin que le valiera resistirse con todas sus fuerzas, y huyó con ella á lo más profundo de sus reinos.

Oyó Ceres las desaforadas voces con que su hija la llamaba, y acudió á socorrerla, pero tarde. Buscóla por toda la tierra nueve días con sus noches, sin descanso, y no la halló, ni siquiera quien le diera razón de ella. Nadie sino Hecatea y el Sol habían visto el rapto, pero Hecatea declaró que no pudo ver al raptor. Sólo el Sol le descubrió, y desesperada Ceres con lo que por él supo, mudóse en mujer pobremente vestida, con cuyo disfraz vino á dar á las puertas de Eleusis, sentándose á la sombra de un olivo, cerca del pozo de Partenios y al borde del camino que á este conducía. Allí la encontraron las hijas del Rey de Eleusis, que iban á aquel pozo á buscar agua para su padre, las cuales, movidas á compasión al ver aquella mujer tan miserable y triste, la preguntaron quién era. Díjoles la diosa que se llamaba Deo, que venía huída de unos piratas, en cuyas manos había caído, y que harían una buena obra si la encontraban colocación. La más bella de las hijas de Celeos, llamada Calidice, la habló de varias casas de personas notables de la ciudad, en que seguramente sería bien recibida; pero, tras breve conversación, quedaron ella y sus hermanas tan prendadas de la forastera que la llevaron al palacio de Celeos y la presentaron á la reina Metanira, quien luego la tomó á su servicio para nodriza de su hijo Demofonte. Al poco tiempo descubrióse la calidad de la extranjera, y los de Eleusis la levantaron un templo.

Hirsch ha pintado muy bien el encuentro de Ceres con las hijas de Celeos, junto al pozo de Partenios.



TIERRA SANTA.

Montaña llamada de la *Tentación* ó de la *Cuarentena*, donde, según la tradición, se retiró y oró Jesús durante cuarenta días.

No lejos de Jericó levántanse unas montañuelas, de las cuales la más famosa es la llamada de la Tentación ó de la Cuarentena (*Yebel Corontul*), muy áspera y de peladas rocas, por lo que no todos los peregrinos se atreven á subir á ella. En sus laderas hay muchas cuevas, que fueron en otro tiempo morada de anacoretas griegos (véase el segundo grabado de la pág. 200). En una que está hacia la mitad de la altura pasó Jesús, en oración, cuarenta días, según cierta piadosa tradición. El P. Barcia Pavón la describe detalladamente en su *Viaje á Tierra Santa en la primavera de 1888*, preciosa fuente de noticias de los Santos Lugares, á que acudimos muchas veces, y siempre con fruto.

Refiere el citado Padre que el monje griego que reside en la gruta le introdujo, y á sus dos acompañantes, en la parte de aquella que sirve de iglesia, donde vió un iconostosis moderno preciosamente dorado y con bellísimas pinturas, representando á Jesús, la Virgen, San Miguel y la escena de la Tentación. En una segunda gruta más pequeña, á la que se sube por una estrecha escalera, hay un hueco que forma una especie de reclinatorio ó altar: aquel es el sitio en que oró Jesús. La vista desde la entrada de la gruta es hermosísima.



ROMA.

La iglesia de Jesús un día de sermón en Cuaresma.

La iglesia de Jesús, de Roma, es una de las mayores y más hermosas de la cristiandad, y de ella lo mejor la capilla de San Ignacio, en cuyo admirable altar está el mayor trozo de lapislázuli del mundo.

Pertenece este magnífico templo á la Compañía de Jesús. La capilla del fundador no se ve en nuestro grabado (página 200), sino que está hacia la izquierda, en el fondo del transepto, habiendo preferido nosotros dar una vista de conjunto de la iglesia, para que el lector pueda formar idea de su belleza arquitectónica.



MR. WORTH,

famoso modisto parisiense.

Worth era norteamericano, y sus comienzos en París fueron harto humildes. Llegó á su mayor crédito en tiempo del emperador Napoleón III, á cuya esposa vestía, y dicho se está que, vistiendo á la Emperatriz, eran parroquianas suyas todas las damas de la aristocracia francesa. Cuéntase de él que entraba en las habitaciones de la Soberana sin que le anunciaran, teniendo en ellas audiencia permanente.

La guerra del 70, en que los franceses fueron tan duramente castigados, hizo mucho daño á Worth, pero no le arruinó. Poco á poco restableció sus negocios, de tal suerte, que aunque era muy gastador ha muerto rico. Tenía cerca de París una posesión magnífica, amueblada y alhajada del modo más singular.

A pesar de tratar toda la vida con gente tan encopetada, Worth era hombre de modales rudos y nada buenas palabras, que no se cuidaba mucho del vestir ni tampoco de satisfacer á las damas que le hacían encargos. Por encopetadas que fuesen, habían de someterse á sus caprichos, y vestido cortado y planeado por él no sufría en su casa modificación alguna.

En la pág. 201 publicamos el retrato de Worth.



FRANCIA.

El gran hotel de Cimiez, residencia actual de la reina Victoria de Inglaterra.

La Reina de Inglaterra y Emperatriz de las Indias hace años que no pasa los inviernos en la Gran Bretaña, conviniendo más á su salud quebrantada por la mucha edad el clima suave de las costas del Mediterráneo.

El 15 del corriente llegó á Niza, y de allí al hotel de Cimiez, situado en un montecillo á cuatro kilómetros de dicha población.

Aquel paraje tiene fama de ser de los más bellos de la comarca. Desde el hotel se ve un gran trozo de costa, y á los pies el mar, no tan majestuoso como el Atlántico del Norte, pero sí más tranquilo y de más agradable vecindad en invierno. La mejor prueba de la hermosura de Cimiez y de la sua-

vidad de su clima, es que allí tuvieron los romanos muchas quintas de recreo. Aun se ven en los contornos ruinas de un anfiteatro, de un templo de Apolo, termas, acueductos, etc.

Para que la reina Victoria se estableciese en el hotel, tuvieron que salir de él los que le habitaban. En seguida llegó de Londres el Intendente de S. M. con una *impedimenta* de 150 cajas grandísimas, en las que iban los muebles de la Reina, y mientras éstos eran colocados donde convenía, se hicieron importantes obras en el jardín y sus alrededores, abriendo caminos nuevos por donde la Soberana pudiese pasear en un cochecillo que tiene y del que tira un burro.

En la pág. 201 damos una vista del hotel de Cimiez.

°°°

EN MARCHA,

por A. Fairfax Muckley.

Allá van en busca de aventuras los dos perros que en el grabado último del número del 8 del corriente quedaron proyectándolos. (Véase la pág. 204 del actual.) Llevan, sin duda, buenos ánimos y mejores propósitos. Si á esto se añade buena suerte, tendrán dicha completa. A su tiempo lo veremos.

G. Reparaz.

AMOR FILIAL.

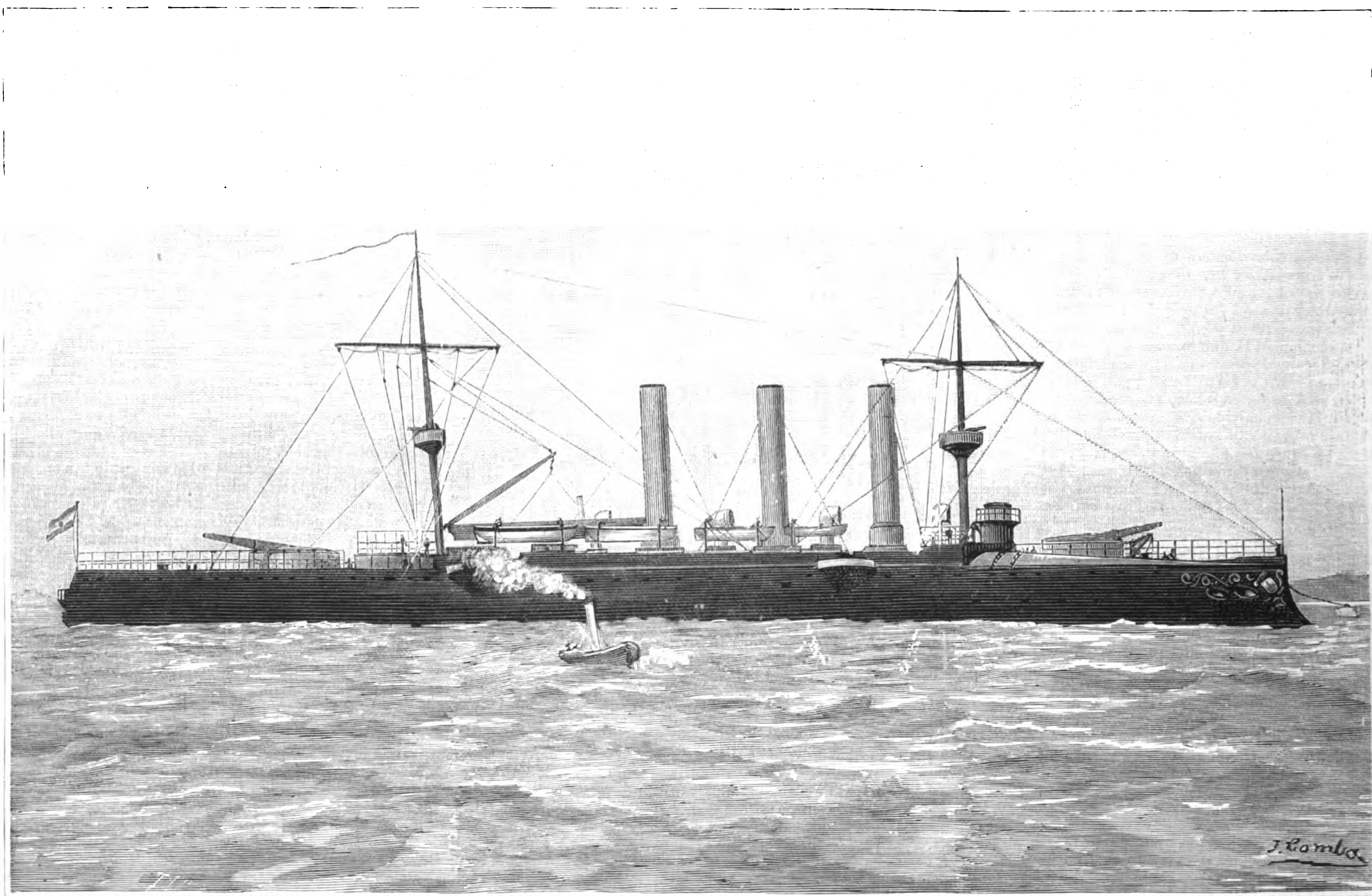
En cierta ciudad de la baja Andalucía, no capital de provincia, pero sí con numeroso y rico vecindario, vivía y bebía un joven presbítero, buena persona en el fondo, pero más alegre, jaranero y bullicioso de lo que á su carácter sacerdotal era conveniente. No tenía rival con la guitarra en la mano; cantaba como un ángel, y cuando se arrancaba con la caña ó con unas playeras *por lo jondo*, capaz era de causar envidia al mismísimo Planeta y á sus afamados discípulos El Fillo, Lázaro, El Sevillano y El Rondeño. Ni se quedaba corto en cuanto á polos, tiranas, oles y serranillas; pues sabido es el axioma de que quien tiene lo más tiene lo menos, y el hombre que arremete con la *gannia* árabe ó *caña* española y manifiesta su pecho aguantando la entrada y apurando el *cante*, ya puede competir con todos los Farinelli, Puzzolini y Chupaletrini nacidos y por nacer, desde el Piamonte hasta Nápoles.

El susodicho presbítero bailaba también diestramente, porque era suelto y ágil como un gato, bebía mucho y bueno, y si tal vez llamaban á *Roque* y ardía el *bronquis*, ni huía del compromiso, ni tampoco se quedaba rezagado; antes al contrario, era muy capaz de pintarle un *jabeque* en la *fila* al mismísimo Coloso de Rodas. Y si á esto añado que las buenas mozas de ningún modo le parecían ánimas del Purgatorio, sino ángeles y querubines del propio Paraíso, dicho se está que procuraba tenerlas cerca de sí para estudiar y admirar la sabiduría del Hacedor en sus obras más estimables y perfectas. Pero como en este bajo mundo suele el mérito andar desconocido y mal recompensado, las excelentes y ya mencionadas cualidades de Pepito, que así llamaban á mi héroe, aun no le habían proporcionado ninguna mitra con su correspondiente báculo..... ¿Qué digo mitra? Ni siquiera una canonjía, ni un curato

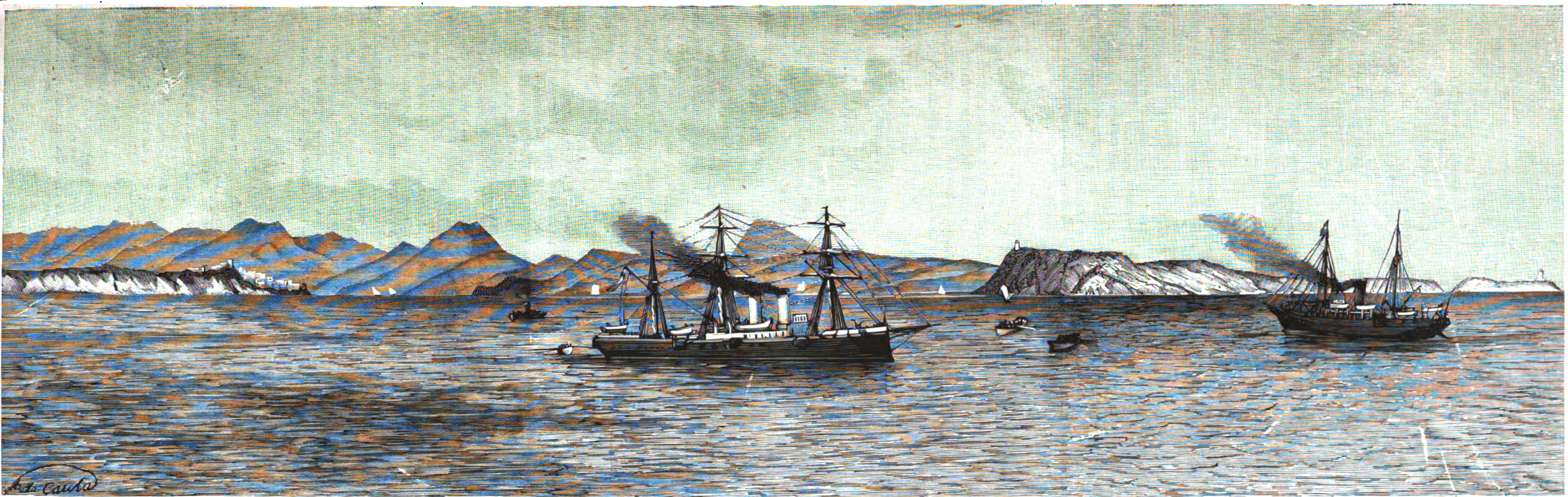


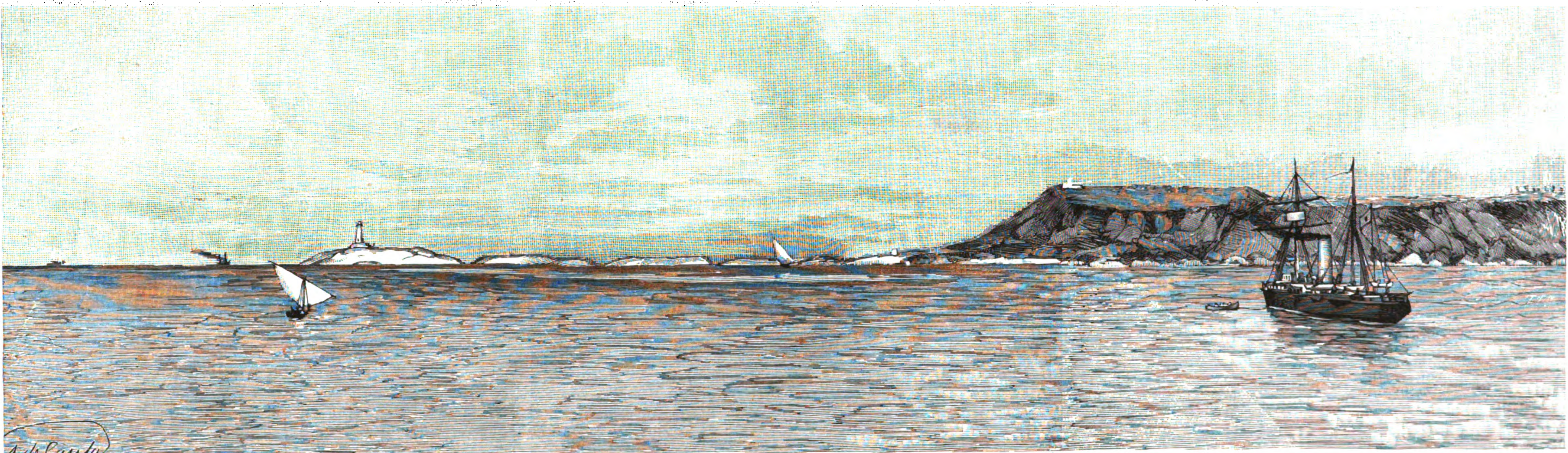
CHINA.—GRUPO DE SOLDADOS DE LA GUARDIA DE LAS LEGACIONES.

(De fotografía.)



MARINA ESPAÑOLA DE GUERRA.—EL ACORAZADO «EMPERADOR CARLOS V», SEGÚN QUEDARÁ DESPUÉS DE TERMINADO.





CÁDIZ. — PESQUISAS PRACTICADAS EN BUSCA DEL «REINA REGENTE» EN LAS INMEDIACIONES DEL BAJO ACEITERA.

(Dibujos de A. de Caula.)

rural, ni otra cosa que disgustos y nada buena reputación entre sus compañeros, y aun entre los que no lo eran. Gracias á que tenía para vivir con algún desahogo; pues, obligado á sustentarse del altar, habría pasado más hambres que cualquier maestro de escuela español, y hubiese entonado el *miserere mei*, en vez de gorjear cañas y playeras.

Así, pues, ni envidiado ni envidioso, aunque sí bien zaherido y murmurado, de lo que no se cuidaba gran cosa, iba mi curita andaluz viendo correr las semanas y los trimestres, cuando..... Pero este *cuando* merece echar un cigarrito y comenzar párrafo aparte.

Enciendo y chupo. Cuando se le ocurrió al señor Obispo de la diócesis visitar los pueblos de la misma, en uso de su ministerio y cumplimiento de sus deberes pastorales. Hoy acá y mañana allá, aquí elogio, allí censuro y reprendo, esto es, con una de cal y otra de arena, iba por todas partes corrigiendo abusos, estimulando virtudes y sembrando la apostólica semilla, para lo cual se trasladaba de un lugar á otro, ya en ferrocarril, ya en espacioso y resonante coche de camino, ya en lomos de corpulento mulo, si distinto medio de locomoción no consentía la aspereza del terreno. Y en esta jira episcopal llególe su turno á la ciudad en donde Pepito residía. Todos los clérigos de la población, y en particular los de antecedentes nebulosos y no muy limpia conciencia, andaban soliviantados y con más escamas que si fuesen barbos ó besugos, recelando y temiendo alguna delación, y por ende alguna reprimenda ó castigo de su prelado. Mas Pepito seguía como siempre, tranquilo y boyante, y ocupándose tanto de su Obispo, como de los muchos otros que hacía trescientos años asistieron al famoso Concilio de Trento. Y como las cosas no siempre son correlativas, si él no pensaba en el Obispo, el Obispo pensaba en él, y por cierto muy seriamente, pues apenas hubo llegado y limpiádose el polvo del viaje, ya le cantaron á la oreja las excelencias, dotes y costumbres de Pepito, pintándole, no ya como era, asaz profano, disipado y jaranero, sino como desalmado y temible criminal, digno de figurar en un barco de piratas, ó en la cuadrilla de Jaime el Barbudo. Ciertamente, el discreto Obispo, muy poco aficionado á los delatores, vislumbró mucha exageración en aquella caritativa denuncia tan presto formulada; pero rebajando el quinto ó el tercio, y aun la mitad de ella, todavía quedaba tela abundante que cortar y sobrado motivo para dirigir una severa amonestación al clérigo no mesurado y recogido, sino calavera y bullicioso. Por lo cual ordenóle muy pronto comparecer á su presencia, sin excusa ni pretexto.

Los enemigos del así citado y emplazado ante su jefe espiritual aguardaban, restregándose las manos de júbilo, el fruto de la denuncia, y ya en perspectiva le contemplaban con las licencias recogidas y hasta caminando hacia un presidio; que suele el odio acrecentar los males en detrimento del prójimo. Pero mi héroe nada tenía de tonto; al contrario, era un lagarto de tres ó cuatro colas, y muy capaz de habérselas con todos los prelados imaginables, y de salir bien y airosamente de los mayores apuros. Sin ponerse colorado ni amarillo por la súbita llamada, ni perder un solo ápice de su serenidad y aplomo, comenzó á indagar con sutileza el genio, carácter y antecedentes del señor Obispo. ¿Era codicioso? No. ¿Aficionado á la bebida? Tampoco. ¡Por vida de sanes! ¿Era acaso de áspero humor, ó sujeto engreído con su dignidad ó con su ciencia? Menos todavía. La lengua más procaz y maldiciente, como no fuese calumniándole, nada podía censurar en varón tan morigerado y perfecto. Al contrario, ponderaban todos su modestia, su caridad, sus estudios, y muy principalmente su cariño filial, pues aun vivía su madre, tosca aldeana, á la que amaba por extremo, teniéndola en casa decente con generosa pensión para su alimento y regalo, visitándola á menudo y escuchando con inalterable paciencia sus majaderías y chocheces, cuando la tal señora, sin razón alguna, le trataba y reñía como á un chicuelo de diez años. Al enterarse de estas cosas vió el cielo abierto, y con la tranquilidad del justo se presentó en seguida ante el señor Obispo.

Miróle y examinóle éste atentamente, y no sin cierta complacencia interior al ver su rostro inteligente y sereno, su alta y gallarda estatura, sus hábitos limpios, que le sentaban á maravilla; y comparándole *in pectore* con el clerizonte panzudo y mugriento que tan sin caridad le había denunciado, salió del símil este mi héroe ganancioso en tercio y quinto: que de por sí sola es ya la buena presencia carta eficaz de recomendación y letra á la vista con que suele obsequiar la Naturaleza á sus hijos predilectos. Sin embargo, conservó el prelado su exterior impasible, ocultando hasta la más leve muestra de su naciente simpatía, y con semblante grave y severas palabras descargó una reprimenda de las de padre y señor mío sobre el curita, quien la escuchó humildemente, pero con la mayor tranquilidad del mundo. Terminada la amonestación, quedáronse ambos en un silencio tal, que se hubiera oído el vuelo de una mosca. Al cabo de algunos minutos exclamó el Obispo:

—¿Qué le pasa, hombre? ¿Se ha quedado mudo? ¿Acaso es cierto cuanto me han dicho? ¿En qué piensa?

—Estaba pensando, señor—respondió el amonestado,—que si fuese cierto la mitad siquiera de lo que algún alma piadosa me atribuye, no merecería yo que un varón tan sabio y virtuoso me honrase con su palabra, ni aun para censurarme; sino estar en presidio, degradado y arrastrando un grillete. Prueba de que Su Ilustrísima no da crédito á la calumnia, es la bondad y cortesía con que se digna de tratarme. Yo soy natural y vecino de este pueblo, señor, y alcanzo muy poco de lo que sucede en otros lugares; pero sé muy bien lo que es aquí la gente: nunca se pone en lo justo: lo exagera todo, así para lo bueno como para lo malo. Si un hombre es rico, ya le creen poseedor de millones por docenas, aunque sólo tenga uno: si es pobre y hace vida modesta, le suponen muerto de hambre. Al mozo que riñó una vez, quizá provocado por su enemigo, le tachan de pendenciero: á la joven alegre de carácter y que se ríe y baila con su novio, la califican de mala cabeza, y poco falta para que la menosprecien como á una perdida: al que bebe, aunque jamás se embriague, le tienen por borracho: al que anda con la vista clavada en tierra y oye misa todos los días y se da golpes de pecho, lo imaginan santo, aunque por dentro sea un Judas: y así va todo. Por lo cual en ninguna manera extraño lo que digan y ponderen de mí; que, en verdad, estoy lleno de pecados y defectos, muy suficientes para afligirme y llenarme de arrepentimiento y vergüenza, sin necesidad de que me atribuyan otros que no tengo, pues demasiada carga llevo con los propios. Por éstos inclino la frente, y reconozco el fundamento y justicia de la amonestación, y cumpliré religiosamente la penitencia que se me imponga. Sólo pediría, si me atreviese.....

Y aquí se quedó como indeciso y cortado aquel lagarto. Hacía gestos y ademanes para hablar, pero no hablaba. Parecía que de repente hubiese perdido los pulmones. El Obispo, con tono muy distinto del que usó en la reprimenda y sin disimular ya su simpatía, tuvo que animarle:

—Vamos, hombre, vamos: no hay que amilanarse. Todos somos pecadores. Continúe lo que iba diciendo. Además, que nadie está libre de enemigos.

—Enemigos..... esto sí que es raro. A ninguno hice mal: no sobresalgo en talento, ni en saber, ni posición social, ni en riqueza; á ninguno hago sombra..... ¿por qué me aborrecen? En fin, los perdono, y en paz. Lo que pensaba decir antes, sin atreverme, es que si Su Ilustrísima quiere castigarme desterrándome á otro lugar, yo estoy dispuesto á ir aunque fuese á la aldea más miserable, entre pastores y leñadores, en lo más pobre y retirado de la diócesis. Lo único que pido, y no por mí, es que sea un sitio saludable. Señor, el afecto, el cariño más grande que tengo en el mundo son mis ancianos padres, á cuya asistencia me consagro, rogando todos los días á Dios para que me los conserve y pueda yo disfrutar largo tiempo de su compañía y atender á sus necesidades.

Con este último rasgo hirió la cuerda sensible y dió la flecha en la mitad del blanco. El bondadoso Obispo se dijo interiormente:

—Ya sospechaba yo que en este asunto mediaba una mala voluntad y había grandes exageraciones, cuando no infames calumnias. Un mozo de presencia y modales tan simpáticos, y que guarda en su corazón tan profundo amor filial, no puede ser muy malo. ¿Qué digo malo? A la fuerza ha de ser bueno: sus sentimientos son excelentes. No; pues lo que es ahora los chismosos y delatores se van á llevar solemne chasco. Precisamente acaba de vacar.....

Y levantando la cabeza añadió con voz afectuosa:

—Hijo mío, en este asunto debe existir error ó mala voluntad. Estoy persuadido de su inocencia, y no pienso castigarle. Mañana continuaré mi visita pastoral, y mañana también recibirá noticias mías. Yo le aprecio, y ahora puede volverse con sus ancianos padres, enteramente tranquilo y en paz.

Dió las gracias mi presbítero, besó el anillo episcopal, y retiróse muy satisfecho, murmurando:

—¡Qué Cicerón ni qué longanizas! En abriendo yo este pico de oro, me llevo de calle á la gente. Y si á esos canallas de soplones los pudiera obsequiar con un cáncer en el estómago, sería la fiesta completa.

Al siguiente día marchó de la ciudad el señor Obispo, y pocas horas después recibió mi héroe un oficio, nombrándole capellán del cementerio. ¡Capellán del cementerio en aquella ciudad, donde tal colocación era más productiva que un curato! Sus enemigos y delatores andaban desconcertados y furiosos. ¡Capellán del cementerio! Pues vaya un castigo que había impuesto el señor Obispo al clérigo calavera!

En tanto, gozaba éste de su triunfo, pavoneándose por la ciudad y saboreando cual manjar exquisito el despecho y la rabia de sus acusadores. Y á cada momento exclamaba:

—¡Qué talento, pero qué talento tiene el señor Obispo!

Y aunque se hablase de otra cosa cualquiera, y no viniese á propósito, repetía entusiasmado:

—¡Qué talento, pero qué talento tiene el señor Obispo!

Y aquel estribillo no tenía fin.

Cierto día, cargado ya de escuchar cien veces tan perenne cantinela, un amigote y compinche suyo le dijo:

—Hombre, ya hace mucho tiempo que sabemos todos que el señor Obispo es persona de gran talento: mas antes no lo decías nunca, mientras ahora no se te cae de la boca el talentazo de Su Ilustrísima, ni dejas de ponderarlo, aunque no pegue ni con cola. Vamos á ver: ¿qué ha hecho nuevamente ese señor para que tanto te admire?

Ojeó en redondo el interrogado antes de contestar, y viendo que no había moros en la costa y nadie escuchaba la plática, respondió:

—Le admiro, sí, le admiro; pero, cuidado, que esto no salga de nosotros.

Y le refirió puntualmente su entrevista y conversación con el prelado, añadiendo:

—Ya ves: le dije al señor Obispo que adoraba á mis padres, que no quería separarme de ellos por nada del mundo, y en seguida me nombró capellán del cementerio donde los pobrecitos..... hace ya más de quince años..... están enterrados.

NARCISO CAMPILLO.

REVISTA MUSICAL.

ACE once años, próximamente, que la *Manon Lescaut*, letra de Meilhac y Gille, y música de Massenet, se cantó por vez primera en el teatro de la Opera Cómica de París. Las cien trompetas de la fama parecieron pocas entonces para proclamar *urbi et orbe* sus excelencias, y aun cuando no faltó alguna que otra voz discordante en aquel casi unánime concierto de alabanzas que en loor suyo se entonaron, lo cierto es que la generalidad de los críticos y la gran mayoría de las gentes que oyeron la ópera convinieron en que era una obra maestra, la mejor, tal vez, que había brotado de la pluma del compositor cuya musa, después de haberse inspirado en asuntos místicos y dictado los dramas sacros *María Magdalena*, *Eva* y la *Virgen*, de un salto, que envidiaría el mejor acróbata, había descendido hasta poner de relieve con la música las poco edificantes escenas que constituyen el fondo de la conocida novela de Prevost.

Saturados como estamos del argumento de *Manon Lescaut* por las tomas que en este propio año, y con diversas fórmulas, nos han propinado Puccini y Massenet, no teman mis lectores que vaya ahora á fatigarles relatándoles menudamente un cuento que han de saber de sobra, aun dado que no conocieran el libro de aquel célebre abate, digno émulo, en la vida aventurera, de su colega D'Aponte, á quien dió nombre y fama la inmortal obra de Mozart. Sin embargo, no creo pueda excusarme de darles una ligera idea del libreto, á fin de hacerme cargo de las situaciones musicales que encierra, y afirmar, de paso, con un conocido escritor que de ello se ocupó á su tiempo, que en él, Meilhac y Gille, más que un triple extracto de lo más interesante de la novela en cuestión, lo que hicieron fué, tomando pie de ella, trazar una serie de episodios de la vida nada ascética y sobrado mundanal de la Francia en el pasado siglo, y en los cuales la principal heroína había de ser aquella de quien dijo Alfredo de Musset:

Manon, sphinx étonnant, enivrante sirène,
Cœur trois fois féminin, que je t'aime et te hais!

dignísima predecesora de la Carmen que poetizó Bizet, y una de tantas Evas que desde la del Paraíso han hecho perder la chabeta á muchos verdaderos Adanes, y seguirán haciendo lo propio hasta que se vaya al traste este pícaro mundo en que rodamos.

Los episodios comienzan en la hostería de Amiens, donde Manon Lescaut hace una parada en el viaje que lleva con dirección á un convento, mientras mudan las caballerías del carruaje que la conduce. Apearse de él, topar con un joven á todas luces incauto, llamado Des Grieux, enamorarse ambos como dos tórtolos, decidir incontinenti cambiar de vida y de ruta, marchándose juntitos á París, y poner en práctica su atrevido plan, todo es obra del momento, probando de modo fehaciente que

Amor es conformidad
De dos voluntades tiernas,

como siglos há dijo el mercenario Tirso. Con ello termina el acto, dejando preparado el ánimo del espectador para que

no le sorprenda el encontrarse, al levantar de nuevo el telón, á la tierna pareja en el nido que se han arreglado en la Gran Lutecia, y donde, al parecer, se respira amor por todas partes. No es, sin embargo, oro todo lo que allí reluce, pues mientras Des Grieux escribe á su padre diciéndole que aquella especie de rapto lo ha hecho con buen fin, y que desea casarse con Manon, ésta anda revolviendo en su cabeza el proyecto de dejar aquella *dimora* que no tiene trazas de asemejarse, en sus cualidades, á las que el Fausto, de Gounod, reconocía en la vivienda de Margarita, y dejar á la luna de Valencia al joven que prendió en sus redes. Lo cual acontece con más facilidad de lo que ella hubiera podido imaginar, gracias al padre de aquél, quien, sabedor de lo sucedido, envía á sus criados para que se apoderen del joven y lo pongan á buen recaudo; todo lo cual sucede, no sin un pequeño susto de Manon, del que bien pronto se repone, merced á los solícitos cuidados de un caballero á quien conoció en Amiens y que por allí se aparece como llovido, el cual la pone desde luego bajo su tutela. En la reforma hecha para llevar *Manon Lescaut* á la escena italiana, se ha suprimido en redondo la fiesta popular de *Cours de la Reine*, comenzando el tercer acto en el locutorio del seminario de San Sulpicio. En él nos encontramos á Des Grieux, dispuesto, á pesar de las burlas de su padre, á llevar una vida ascética y contemplativa, en descargo de sus pasadas culpas, pero contando para ello sin la huéspeda: la cual no es otra que la propia Manon, que va allí á buscarle, y en una situación que se parece como dos gotas de agua á la del último acto de *La Favorita*, lucha con su amante, le vence y le obliga á ahorcar los hábitos, de tal modo, que la primera vez que luego se aparece á los ojos del espectador, es en una casa de juego, donde honestamente, como es de suponer, se están pelando varias respetables señoras y no pocos caballeros. Allí Manon incita á su amante á que tome parte en la diversión; obedece él: disputa su contrario, que se cree víctima de una fullería: se arma la trifulca que es consiguiente, y viene, por último, la policía de aquellos tiempos, la cual se lleva presa á Manon, sin que se explique bien el porqué, y menos el que no haga lo propio con las demás damas que allí están, así como el que el principal motor del escándalo se quede en libertad. Por último, el acto cuarto se reduce á que la heroína de la ópera, condenada á la deportación, en compañía de otras doncellas de parecida prosapia á las que en la venta armaron de caballero á Don Quijote, al llegar al Havre, donde debía ser embarcada, caiga en manos de Des Grieux, que iba en su seguimiento, llena de cansancio, de dolor y de vergüenza.

Sobre esta trama ha tejido Massenet su labor musical, en la que algunos han querido ver el grito de emancipación de su musa, resistiéndose á seguir las huellas de los maestros que le precedieron con tanta gloria en la escena francesa, y marcando el nuevo derrotero que deberían seguir los modernos compositores de aquella escuela.

Á decir verdad, esta evolución, de ser cierta, no se marca en el primer acto, cuadro que por su forma y por la manera de estar desarrollado encaja perfectamente dentro de los moldes de la ópera cómica, no muy sobrado de originalidad, y en el cual la única nota saliente es el encuentro de Manon y Des Grieux, no exento de belleza y elegancia, y en donde se oyen las frases típicas de ambos personajes, que han de acompañarles casi siempre á guisa de *leit-motive;* la de ella apasionada y tierna, la de él algo brutal y ruidosa para caracterizar un amor que más pertenece á la raza de los tórtolos que á la de los Otelos, como ha dicho un escritor nada hostil por cierto á Massenet y á su obra.

De más valor musical, el segundo acto comienza por un preludio hábilmente instrumentado, y en el que la nota saliente es la frase amorosa de Des Grieux; síguese la lectura de la carta que él mismo escribe á su padre, y el tierno diálogo que con tal motivo entabla la enamorada pareja, cuya melodía dominante es agradable, viéndose interrumpido el coloquio con la llegada de un primo de Manon y de un amigo suyo, lo cual da lugar á un cuarteto, que no ha faltado quien, por su situación, lo compare al célebre del *Fausto*, pero que en el oyente no causa, á la verdad, el mismo efecto, terminando musicalmente el acto con el adiós que Manon da á aquel hogar en una melodía genuinamente francesa, y una de las pocas páginas en que la orquesta relativamente descansa de la ruda tarea que sobre ella pesa en toda la obra, y el relato que hace á su amante el incauto joven de un sueño que ha tenido, y en el que es de notar la delicada instrumentación que le adorna.

Como trasunto, sin duda, de la fiesta popular de *Cours de la Reine*, suprimida por entero en la versión italiana de la ópera, la orquesta hace oir, como *intermezzo*, y antes de que comience el acto tercero, una pavana de aquélla, y es quizás el trozo musical más característico de toda la obra, siempre que se toque con el movimiento relativamente reposado en que está escrita y aquella danza se bailaba, y no de la manera sobrado precipitada que nuestros músicos, guiados por la batuta del maestro Mugnone, lo han hecho, desnaturalizándola, en mi sentir, por completo. Luego, el sonido del órgano prepara al espectador para ver en el locutorio de San Sulpicio á las devotas hacerse lenguas del pico de oro que tenía el predicador Des Grieux, que acaban de oir, en un coro que podrá tener todo el mérito que se quiera como factura, pero que resulta desnudo de toda inspiración y belleza; y pasando por alto el coloquio entre el dicho Des Grieux y su padre, y una especie de romanza de aquél, harto monótona y de originalidad muy relativa, se llega á la situación capital, al dúo en que Manon arranca á su amante de aquellos devotos lugares y le lanza de nuevo al mundo. Los cantos de la Iglesia, escritos por mano que conoce bien todos los secretos y las bellezas de la música sagrada; los acentos, tal vez sobradamente apasionados, de Manon, y la lucha que en el corazón de Des Grieux se entabla y revela en sus palabras, diestramente combinados por Massenet, hacen de este trozo musical la página más importante de toda la ópera, y á la que con justicia el público prodigó sus aplausos.

Y pasando por alto el ruidoso cuadro del hotel de Transilvania, se llega por fin al último acto, que, en suma, está de hecho reducido al dúo de Manon y Des Grieux, en el que se repiten, de modo hábil, las principales ideas musicales sembradas en la partitura, y que evocan en los dos amantes el recuerdo de sus pasadas glorias, tras de lo cual, y de una frase, sobrado repetida y de novedad escasa, muere sin más preámbulos la heroína, sin que su desgracia conmueva muy hondamente que digamos.

Ignoro hasta qué punto estén en lo cierto los que han pretendido que Massenet, en la partitura objeto de estos renglones, ha puesto en boca de Manon y de Des Grieux frases absolutamente iguales á las que antes había hecho cantar á Salomé y Juan en la *Herodiade*, á Sita y Scindia en el *Roi de Lahore*, y á Jesús y Magdalena en el drama sacro que corre como una de las mejores obras que brotaron de su pluma; pero lo que para mí no tiene duda es que el defecto sustancial de *Manon Lescaut* consiste en la escasez de inspiración, y la consiguiente relativa originalidad y belleza de las ideas musicales que en sus páginas se encierran. En cambio, muestra el compositor en toda la partitura el gran conocimiento que tiene del difícil arte á que ha consagrado su talento, si bien el afán de novedad le lleva á quebrantar en más de un caso, de propósito y á sabiendas, los preceptos de la armonía, así como á buscar en mil detalles de la orquesta, que maneja habilísimamente, y en un lujo de sonoridades no pocas veces excesivo, el medio de encubrir con brillante ropaje la pobreza de las ideas melódicas que su mente le ha dictado. En suma, la celebridad que *Manon* ha adquirido dentro y fuera de su país, y es fuerza reconocer, podrá ser legítima consecuencia de su valor real y positivo: pero para mí, y con perdón sea dicho de los que en contrario opinan, lo que demuestra es la notoria decadencia de la modernísima escuela francesa, al ver que se acogen como obras maestras, en las que se cree brilla el genio al par del saber, lo que en tiempo de Boieldieu, de Herold, de Auber y de Bizet no hubiera pasado sino como frutos de un ingenio mediano, que en vano trataba de ocultar con los recursos de la ciencia la falta de la divina inspiración, primera y esencialísima condición de la verdadera belleza en toda producción artística.

Por último, y para dar fin á este capítulo, consignemos que en la interpretación de *Manon Lescaut*, se hicieron merecedores de elogio, y dignos de los aplausos que se les tributaron, la Sra. Tetrazzini, los Sres. De-Lucia y Menotti, el maestro Mugnone y la escogida é inteligente falange que dirige: así como de merecidas censuras la Empresa, por la excesiva modestia, por no decir pobreza, con que puso la ópera en escena.

°°°

Aun cuando creo haber dicho en más de una ocasión que de los entusiasmos del público italiano, y de las alabanzas que allí se prodigan á manos llenas, hay que hacer una resta mucho mayor que la que reza el refrán se haga del amor y de la amistad, y aun cuando la prudencia aconsejara desde luego que se tuviese muy en cuenta, para poder formar cabal idea del verdadero valor de las óperas que allí se estrenan y de sus autores, todos los ardides de que se valen los editores milaneses para encarecer el valor de sus mercancías, he de confesar ingenuamente que al saber que Mascagni había sido llamado á la escena la friolera de treinta y cuatro veces, la noche que *L'Amico Fritz* se cantó por primera vez en el teatro Constanzi, de Roma, y al oir el coro unánime de elogios que la prensa prodigó á éste su segunda obra, hasta llegar á afirmar que el éxito alcanzado por el «Napoleón de un momento musical», que así llegó á llamársele, era una verdadera consagración artística, y los tres actos de que se componía la partitura «una constante ascensión á las encantadoras regiones de lo bello», creí que si no de un trabajo que tales y tan relumbrantes elogios mereciera, se trataba al menos de algo de parecido, ó tal vez de mayor valor que la *Cavalleria rusticana*, que, como es sabido, dió á conocer Mascagni en el mundo musical. Mis ilusiones duraron bien poco: la lectura de la partitura me hizo ver, no mucho después, que *L'Amico Fritz* no era lo que se decía, ni mucho menos, y que, lejos de dar su autor un paso adelante en el camino de la verdadera gloria, había retrocedido, poniendo más de relieve los defectos que en su primer trabajo se notaron, y no mostrando, sino en contados momentos, las buenas cualidades que á aquél adornan y le han hecho merecedor de aplauso.

Y esta mi primera impresión, no sólo no se desvaneció, sino que antes bien se confirmó al oir en el teatro Real, en las pasadas noches, la ópera de que voy hablando. Nótase desde luego, y es signo característico de toda la partitura, la escasez de inventiva de Mascagni, y la consiguiente falta de originalidad de las ideas melódicas; así como que, ya sea por encubrir la pobreza de su cacumen en los momentos en que escribió *L'Amico Fritz;* ya el afán de trasladar al papel lo que su mente le dictara, creyéndolo *ipso facto* bueno en el mero hecho de ser suyo; ó ya, en fin, por un afán tan inmoderado como nocivo de novedad, hace en su obra tabla rasa de las más rudimentarias leyes de la armonía, leyes que sólo en contados casos, y con la autoridad que dan el genio y el saber, infringieron los grandes maestros del arte, entre los cuales seguramente hasta ahora no puede contarse el autor de *L'Amico Fritz*. Y ese olvido, ó mejor dicho, esa transgresión, hecha con premeditación, alevosía y ensañamiento, de los preceptos escolásticos, le ha llevado á rarezas sin cuento, á acordes que no merecen el nombre de tales, á inexplicables alteraciones del compás, y, en fin, á que el espectador las más veces no halle en la música que oye el encanto y agrado que de desear fuera, sino motivos de aburrimiento e inexplicables torturas para sus oídos.

Y esas torturas comienzan en los primeros compases del preludio, duran todo él, no dejan de apuntar en la escena primera entre Fritz, el rabino y sus amigos, ni cabe decir que del todo desaparezcan al cantar Suzel el sentido y sencillo andante:

Son pochi fiore, povere viole.....

una de las páginas mejores de la partitura.

Lo es también la rapsodia húngara, encomendada á un solo violín (que el concertino de nuestra orquesta Sr. Hierro interpretó de modo maestro, ganando merecidos aplausos), y no tanto la canción de Beppe, de escasa originalidad, la cual se muestra en toda su plenitud, y de la manera lastimosa que antes he dicho, en la escena siguiente, cuando David increpa con dureza á sus amigos por la enemiga que tienen al matrimonio, llamándoles *ghiottoni inutili* y una porción de cosas más, haciendo buena á la marcha *degli orfanelli*, que después sigue, de escasa inventiva, pero que presta animación al cuadro final.

Comienza el acto segundo por un preludio agradable, en el que Mascagni parece arrepentirse de los desaguisados armónicos que á cada paso perpetra en la partitura; y después de una balada de Suzel, que nada tiene de particular, se llega al trozo capital de toda la ópera, al dúo *de las cerezas*, cuyo éxito y cuya fama son debidos, á mi juicio, más que á su bondad y belleza intrínsecas, que en realidad no le faltan, á que, en medio de todo, Mascagni, hasta el final de él, donde reincide en sus manías haciendo unas ridículas alteraciones de compás, no sale de los justos límites en que siempre debía mantenerse.

Ni la escena que luego sigue, ni aun el coloquio que después entablan Suzel y David, tienen cosa que merezca consignarse especialmente, no sucediendo lo propio con el relato que aquella hace de la historia de Rebeca, en que la música toma un carácter religioso muy apropiado, constituyendo uno de los pocos trozos de verdadero valer de toda la partitura, aun dado que descubra, como ha apuntado un entendido colega mío, el modelo que pudo tener Mascagni á la vista al escribirlo. Y pasando por alto todas las demas escenas del acto, sin hacer mención más que de la sentida y bien expresada escena con que termina, en que Suzel llora la marcha de Fritz, mientras un coro lejano canta

L'amore che lontano se ne va
Mai più ritornerà;

y haciendo caso omiso del *intermezzo* que precede al último acto, bastará decir que en éste la crítica imparcial sólo puede otorgar su aplauso al dúo de Suzel y Fritz, sentido, apasionado, y en que el instinto dramático del autor de *Cavalleria rusticana* parece mostrarse de nuevo y recobrar sus antiguos bríos.

En suma, Mascagni, en *Cavalleria rusticana*, y á pesar de los lunares que afean esta bella partitura, que no son tantos como sus detractores dicen, mostró ser una esperanza, y casi una realidad: pero los hechos han venido á demostrar que los que tal creímos estábamos equivocados en nuestros lisonjeros augurios: ni *L'Amico Fritz*, ni los *Rantzau*, ni *Ratcliff*, ni el mismo *Silvano* representado há pocas noches, han alcanzado, ni con mucho, el éxito de la primera obra. ¿Es que la musa del compositor se agotó por completo al escribirla, ó que, envanecido por el triunfo, la ha dado tal tortura, ávido de producir mucho y en poco tiempo, que le ha vuelto las espaldas, ó que, dominado por la fatal influencia que pesa sobre los actuales compositores italianos, ha querido seguir sus huellas y extremar aún más sus procedimientos, contrarios en un todo á lo que la tradición les enseñaba? El tiempo, que es seguro testigo, lo dirá.

J. M. Esperanza y Sola.

«TANTOS ABRILES.... »

A nadie ocurre contar sino por abriles la edad de las muchachas.

Y la verdad es que los muchachos también podemos contar nuestros abriles, aunque á muchos sujetos no nos salga la cuenta.

Para huir de la rutina, una señora á quien yo casi venero por su antigüedad en el ramo de jamonas, cuenta su edad por años bisiestos.

Según ella, va para los quince.

¡Dichosa edad!

¡Sin cuidados, sin recuerdos, viviendo en la dulce calma de la inocencia, chupándose el dedo en los ratos de ocio, como Solón, según un testigo ocular!

Cuando yo la digo estas cosas, protesta contra el capricho del filósofo *solitario*.

Abril es el mes poético de las mañanas deleitosas y los días templados y apacibles, en opinión de nuestros anteriores padres.

No digo «nuestros primeros» ni nuestros últimos, porque me refiero á los poetas de los siglos de oro, ó «de cuerno», según Quevedo.

A los escritores de los siglos XVI y XVII, que tan cariñosamente trataban al mes de Abril.

Es indudable que ha variado la temperatura, en Madrid particularmente, ó es indispensable otra corrección en el cálculo del tiempo, como la corrección Gregoriana, para ajustar las estaciones á sus naturales límites, ó, mejor dicho, acomodar la cuenta con las estaciones.

Porque los meses de Abril y Mayo han dejado de ser poéticos.

Hasta una comedia tiene Calderón titulada por él *Mañanas de Abril y Mayo*.

Hoy estaría más justificado ese título en un juguete de *quid pro quo* permanente al uso moderno.

Con este solo pie (ú con este otro) será milagro que no dé alguna de esas parejas de autores en



Á LOS OFICIOS.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA.



CERES Y LAS HIJAS DE CELEOS.

CUADRO DE HIRSCH

escribir un juguetito titulado *Mañanas de Abril y Mayo*.

Pueden ser estos señores de Abril y de Mayo dos comerciantes de ultramarinos, al por menor, consocios y cómplices.

El resto del argumento ya se ocurrirá á cualquiera de esos animales emparejados.

Así como en el piano tocan en comandita dos profesores, á cuatro manos, en el teatro ó para el teatro hay escritores á cuatro pies.

Algunos, aunque escriban solos.

«En Abril, aguas mil»
«Marzo ventoso y Abril lluvioso
Sacan á Mayo florido y hermoso.»

Todos estos dichos vulgares revelan que ya no es Abril lo que solía en otros siglos: un mes de bien para familias sedentarias, protector de los paseos matinales en el Retiro y de los amores pastoriles y cándidos.

Abril es uno de los meses del año más crueles para los infelices, porque no se decide por ser de invierno ni de verano; ni permite empeñar la capa prematuramente, ni autoriza el uso del gabán, con piel ó desollado, conforme al gusto del dueño.

En Abril aumenta escandalosamente el número de crímenes, y en particular el de suicidas.

—Yo mismo estuve á dos dedos de morirme solo, aunque involuntariamente—me confesaba un chico, poeta colorista, como hay chicos helados en las horchaterías, y chicos de limón, y chicos *amerengaos*, y chicas fuertes en los cafes, y *chico y chica*, y otras variedades.

Mi amigo el colorín, ó colorista, pasaba días muy amargos por las privaciones políticas y de alimentación.

En esta situación, dió en la monomanía del suicidio, y no hablaba de otro asunto.

—¿Qué arma te parecería más digna?—preguntaba á un amigo.

—Según para lo que sea: si es para comer «solomo»—que dice un cocinero del Rastro—nada como tenedor y cuchillo.

—Se trata de suicidarme.

—¿Tú solo, ó con patatas?

—Solo, y no te burles.

—¿Quieres arma de novedad? Emplea el serrucho.

—Renuncio al salto del viaducto: es prosaico: el revólver es caro: la cuerda está llamada á desaparecer: el veneno de los Borghi-Mamo es cursi: ¿qué haré?

—¿Tú no tratas á Peñalver?—le preguntó un amigo.

—No.

—Es lo mismo: escribe una solicitud pidiéndole una plaza de perro sin dueño.

—¿Para qué?

—Para que te asesinen por asfixia.

El infeliz no podía vivir con «el peso de sus impresiones».

Una noche quedó profundamente dormido, pensando en el medio para ejecutarse.

De pronto oyó un ruido espantoso, y se extinguió la luz.

Intentó contener la mesa de noche con todos sus secretos íntimos, y no pudo.

Y cayó él también.

Quiso gritar, y la voz se extinguió en su garganta.

Procuró incorporarse, y su cabeza tropezó con la techumbre, según él creía, y que no era sino la cama, debajo de la cual había ido á dar, rodando, al caer con la pesadilla.

Y exánime y espantado, se dejó caer, gritando:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡No quiero morir tan joven y tan sensible!

Cuando acudieron la patrona y los demás huéspedes, hallaron al voluntario de suicida debajo de la cama.

Desde entonces dejó de ser impresionista é impresionable y colorista, y se hizo persona.

Pero aborreció para siempre al mes de Abril con todas sus poesías.

EDUARDO DE PALACIO.

LOS TEATROS.

ZARZUELA: *La Dolores*, ópera.—ESPAÑOL: Beneficio de la Guerrero, con *La niña boba* y el ensayo dramático *Teresa*.—COMEDIA: Beneficio de la Cobeña, con *El pañuelo blanco* y *Padre nuestro*.—LARA: Solemnidad escénica en honor del famoso sainetero D. Ramón de la Cruz. *La Rebotica*.

Todo lo que pueda yo decir de *La Dolores* como obra musical, como ópera española, hijo será sencillamente de mis impresiones, en relación con las observadas en el público zarzuelero, tan docto como yo en materia de *fuga* y *contrapunto*.

Á mis impresiones me atengo, y el juicio crítico puro de la nueva composición musical del autor de *Garín*, quédese para el ilustrado juez competente en estas columnas, quien, á no dudar, hallará en *La Dolores* títulos suficientes para reclamarle un estudio detenido, de esos que leemos siempre con atención hasta los más profanos en el divino arte.

Veamos ahora si es todo bueno lo que el maestro Bretón ha hecho del famoso drama de Feliu y Codina al convertirle en libreto, transformando situaciones á merced de su inspiración propia y sujetando la acción á necesidades del arte lírico, tan encontradas á veces con las del legítimo arte dramático.

En uno de mis anteriores artículos, y con motivo del estreno de una zarzuela de gran aparato escénico, señalé ligeramente las diferencias que, con relación al público, separan á un libreto de ópera de un libreto de zarzuela, al cual exigen los espectadores más condiciones de arte dramático, por lo mismo que domina la declamación, y el diálogo entre tipos y caracteres es el que ha de preparar y definir bien las situaciones musicales.

Hablé entonces de lo desfigurados que en los libretos de ópera han aparecido, por lo general, los dramas más famosos, sin duda por exigencias del compositor é instrumentista, que á su labor dominante subordina la labor del poeta que le ha inspirado.

Eran muchos los que no conocían más que por su fama *El Trovador*, de García Gutiérrez, cuando oyeron la ópera de Verdi, y no podían darse cuenta de lo desquiciadas que aparecían algunas situaciones del hermoso drama romántico, ni de lo ya aplomado, ya precipitado de momentos interesantes de la acción, como aquel en que Manrique se eterniza con su frase «Madre infelice», sujeto por la inspiración del músico, cuando la del poeta le obliga naturalmente á correr *de verdad* á la salvación de la madre sin ventura.

Ese momento de la ópera de Verdi ha sido al fin objeto de una parodia—crítica graciosísima con que un notable artista portugués nos hizo reir grandemente en el teatro de la Comedia.—A parodia muy parecida se prestan algunas desfiguraciones que en la ópera de Bretón ha sufrido el drama de Feliu y Codina.

El carácter de la protagonista ha quedado en el libreto de Bretón algo acuicado y borroso, y sus frases, poéticamente enérgicas, resultan debilitadas por la tiranía de los acentos, principalmente en el dúo con Melchor y en la romanza del tercer acto, en la que tampoco el músico ha sido tan feliz intérprete del poeta como en pasajes de mucho menos interés dramático.

Y, dejando á un lado otras observaciones que me sugiere el estudio del libreto con relación al drama que le ha informado, no sé hasta qué punto puede admitirse lo que alguien ha dicho respecto á lo oportuno y bello de la improvisación de la copla del barbero en el hermoso final del primer acto, en que lo es todo la brillantísima jota, ni un punto vigorizada por el barbero improvisador, menos oportuno allí que el andaluz sargento Rojas con los sobrios acentos del *cante* de su tierra, ligerísimo contraste cómico que predispone á hallar más grande en su desarrollo vocal é instrumental aquel canto popular de los héroes devotos de la Pilarica, con el que el maestro Bretón pone al *unísono* y en *crescendo* los corazones entusiasmados que le oyen en la platea como en las alturas.

Y, volviendo á la copla, motivo fundamental del drama, se comprende que, por ella y por su funesta popularidad, aparezca desde el primer instante la Dolores con todas sus preocupaciones y odios contra su implacable deshonrador, ofreciéndose ya con todos los rasgos salientes de su carácter: así como se entiende que, por el mismo precedente popular del «Si vas á Calatayud—pregunta por la Dolores», aparezca en el pueblo el enamoradizo sargento Rojas, atraído por el fuerte reclamo y dispuesto á poner á Marte en las dulces prisiones de Venus, sin necesidad del uniforme del año 30, á cuya época no sé con qué propósito ha llevado la acción el inspirado compositor de la nueva ópera española.

En lo que sí puede asegurarse que ha estado tan cuidadoso como acertado el maestro Bretón, es en dar verdadero relieve de vida popular á la ocasión expositiva y de desarrollo de su obra lírico-dramática y al expresivo movimiento de las masas corales que habían de llegar, por aquel original y alegre pasacalle, á la arrogante entrada de la jota, toda ella encantadora del oído y del corazón, y rica en detalles, como el de los vivos y penetrantes acordes de los instrumentos de cuerda.

A mi manera, y sin darme cuenta de ello, al hablar de las condiciones del libreto he revelado algo de las impresiones que me ha producido la música, observadas también en el público, zarzuelero en su mayoría, que asistió al estreno de *La Dolores*.

De las excelencias de la instrumentación, de los alardes de conocimiento puro de la armonía, de las delicadezas melódicas de pasajes como aquel del sentidísimo dúo, «Di que es verdad que no sueño», no soy yo el llamado á decir todo lo que valen. Llegan al alma esas frases del dúo, sentidas por el inspirado compositor, y no menos sentidas y delicadamente expresadas por el joven tenor Simonetti, que en aquel momento compartió la ovación con el maestro famoso.

Un aplauso más para Bretón, y persista el maestro en su glorioso camino de la ópera española.

***

Celebró María Guerrero su beneficio representando una vez más *La Niña boba*, de Lope, y estrenando *Teresa*, ensayo dramático de *Clarín*, seudónimo bien popular con que D. Leopoldo Alas ha alcanzado tan grande y merecida reputación de crítico.

Las simpatías con que distingue nuestro público á la primera actriz del Teatro Español, obligaron á ésta á mostrarse verdaderamente agradecida, y brilló en su papel de protagonista de la comedia famosa del Fénix de los ingenios, con toda la fuerza de su reconocido talento y con todo el cariño que profesa á las joyas de nuestros dramáticos del siglo de oro, cuyo esplendor procura mantener con laudable empeño en el clásico escenario.

María Guerrero comprende muy bien las dificultades que ofrecen los altos caracteres de damas nobles, como los más ligeros y complicados de las villanas festivas, á cuya pintura fué tan inclinado el maestro Tirso. En detalles de forma, lo mismo que en los de fondo, se fija la actriz inteligente, y con fe y constante estudio afronta todos los peligros que en su labor de la antigua dramática llegaron á vencer actrices que, como Concepción Rodríguez, Antera Baus y Matilde Díez, tienen nombre glorioso en la historia de la escena española.

Pero insisto en que María Guerrero tiene todavía que evitar los grandes peligros que ofrece en escena su peculiar manera de dicción, falta de matices, de claro-obscuro, inclinándose siempre al acento áspero y desdeñoso, y conservando vicios que han creado los mismos triunfos en papeles de campesina ó de baturra.

Si Amor es *buen maestro*—como dice Lope—¿cómo no enseñó á María en *La Niña boba*, que, para fingir *lo boba* una distinguida dama como aquélla, no necesita acudir á los desentonos propios del acento de una lugareña, sea ésta tonta ó lista?

Momentos hay en la preciosa comedia de Lope en que me parece oir á nuestra simpática María en *La Villana* de Tirso, con su «¡arre, que echa pullas!», y montando de un salto atrevido sobre la rucia de la fingida panadera de Vallecas.

Medite María sobre esto que vengo apuntando con el mejor deseo, apuntado también en voz baja por espectadores muy devotos de ella, aunque no tanto como los críticos que aseguran que la joven actriz nada tiene ya que corregir ni aprender en su arte.

***

De la *Teresa* de Leopoldo Alas diré poco, más en consonancia con la impresión del público, que con algunas opiniones emitidas en la prensa, alguna de las cuales da á entender que el drama de *Clarín* es *de tesis*, *de ideas* que entrañan un temeroso social problema. Yo tengo al poco afortunado ensayo dramático por obra muy principalmente *de carácter*, que va, por lo crudamente real, á lo ideal más consolador y cristiano. desarrollo del hermoso carácter de Teresa, tal como le ha sentido y le ha *visto vivir* el autor, necesitaba mayor espacio, como al reconocido talento y á la fama del escritor no convenía tampoco el encierro en tan estrechos límites al lanzarse á los peligros del teatro.

Los que en las campañas literarias han probado ser valientes y entendidos generales, no deben reñir en ningún terreno del arte ligeras escaramuzas, sino grandes batallas, pues si en éstas viene el fatal vencimiento, la caída, al fin, puede ser con gloria.

En críticas serias y satíricas, como en novelas y cuentos primorosos, Leopoldo Alas ha mostrado, con sutil ingenio, gran fuerza de espíritu analítico: y aquel ingenio ha podido dar más expansión al medio en que ha vivido Teresa para que el espíritu de análisis no resultara estéril entre personajes pobremente definidos, como el seductor de la mujer de Roque, y en un terreno que, como el de la

escena, se resiste tanto á los detalles fuertes de observación y análisis, porque el espectador gusta poco de que le den *que pensar*, y todo lo desea y espera de aquello que habla con fuerza al sentimiento.

Cuando eso llega en *Teresa*, es ya muy tarde, y por medios artísticos poco eficaces, acaso contraproducentes; porque aquella final, hermosa resignación cristiana de la pobre y honrada obrera, no resiste la presencia del convencional seductor ante el esposo caído, ni aun para decirle aquella hermosa frase de «Sangre suya ó mía, es de los dos; es sangre *nuestra*». Y luego, *la cruz del matrimonio* puede inclinarse piadosamente en hombros de la virtud sobre un ladrón en presidio, sobre un asesino en capilla; pero, sobre un borracho perdido, si puede inclinarse la cruz en la vida real de la miserable buhardilla del obrero, nunca allí donde se vive la vida pura del arte, á no ser corriendo el peligro y la funesta suerte sufrida en el final de *Teresa*, hermosa figura digna de mejor cuadro.

María Guerrero hizo todo cuanto ella sabe y puede, que es mucho, y más en un papel tan dentro de sus condiciones artísticas y hasta de sus gustos de ahora. En cambio Roque, el desdichado minero, minado por el aguardiente, tuvo que sufrir además torturas en la dicción *de carretilla* de Antonio Perrín, *cabotin* empedernido, empeñado en los efectos de relumbrón, en esos que tantas veces taché de fuegos de artificio y hasta de fuegos *fatuos* de declamación viciosa, que borran y destruyen los más hermosos conceptos que el poeta puede fiar á un artista. Sin la corrección de ese vicio, vanos serán los esfuerzos del talento y de las grandes facultades de actor tan simpático.

***

Para su beneficio, eligió Carmen Cobeña *El pañuelo blanco*, del ingenioso y hábil arreglador Eusebio Blasco, quien, después de haber hallado intérpretes tan felices de su valiente y graciosa Brigadiera como Matilde Díez, Elisa Boldún y Pepita Hijosa, encuentra, después de tantos años, en la primera actriz de la Comedia, una artista que rejuvenece, por decirlo así, aquella interesante figura, agudísima consejera de la celosa, inexperta casada, á la que suple con cómico desenfado en la difícil tarea de apartar de sus extravíos á un infiel esposo.

Pero antes de renovar la buena fama de *El pañuelo blanco*, estrenó la actriz beneficiada el *Padre nuestro*, interesantísimo cuadro dramático, *visto*, dice el autor, como quien dice *inspirado*, en el precioso cuadro escénico *Pater*, de Francisco Coppée. Aun con las diferencias que existen entre la obra española y la francesa, hubiera ganado en verosimilitud la de nuestro excelente poeta dejando éste la breve acción dramática entre los horrores de los comunistas franceses, que espantaron á París tras los desastres de la guerra con Prusia.

De todos modos, el cuadro, no sólo está bien *visto*, sino admirablemente sentido, dialogado con propiedad y pureza, y versificado con arrogancia de poeta legítimo, con sobriedad evangélica en boca del padre Daniel, nobilísima figura, cuya palabra de santo consejero deja tan honda huella en el corazón lacerado de la desesperada y blasfema, que pide venganza contra los matadores de su noble hermano.

Transición bien natural y hermosa es la de los sentimientos de aquella mujer ante el joven cantonal, en quien puede vengar sus dolores, refugiado en su casa contra la muerte amenazante, y al que al fin salva, cubriéndole con los mismos hábitos sacerdotales del hermano muerto, como con el manto de la piedad divina, tejido por la cristiana resignación en el infortunio.

El cuadro llegó al alma de los espectadores, y el autor, D. Vicente Colorado, compartió los merecidos aplausos con la artista beneficiada, á quien dió bien señaladas muestras de aprecio y simpatía el público que sigue atentamente sus pasos hacia adelante en el estudio del difícil arte escénico.

***

En la noche de ayer se celebró brillantemente en el teatro de Lara el 164 aniversario del natalicio de aquel gran maestro de saineteros que se llamó D. Ramón de la Cruz, que nos dejó en su graciosísimo teatro una imperecedera galería de cuadros escénicos, reflejo vivo de las costumbres populares del Madrid de su tiempo.

En aquel escenario donde Ricardo de la Vega, Javier Burgos y Tomás Luceño han deleitado al público con los rasgos del ingenio que sabe observar y con los trazos del pincel rico de color y rápido y fiel en la presentación de tipos y costumbres de ahora, ofrecieron los excelentes artistas una notable ejecución, primero de *La casa de Tócame Roque*—el más conocido sainete de aquel maestro —y luego del *Manolo*, tragedia *para reir*, parodia chistosísima de los trágicos horrores que en la escena conmovieron y dominaron.

El público, que llenaba el teatro de Lara, unió sus nutridos aplausos á los generosos esfuerzos de actrices y actores para honrar la memoria de aquel que, con la pluma, pintó cuadros de tanta bizarría como los que con el pincel pintaba Goya.

La Rebotica, de Vital Aza, coronó la ofrenda destinada á honrar la memoria del inmortal sainetero, y la última obra de Vital—legítimo sainete de la temporada—parecía allí, en aquella hora solemne, como gracioso tributo de un discípulo digno de tal maestro.

Porque en *La Rebotica* hay *de todo;* de todo lo que debe haber en una obra de ese género, en el que el verdadero ingenio se pone á prueba: tipos bien observados, costumbres estudiadas de cerca, diálogo vivo, natural y propio, y chistes de buena ley, sin rebusco del retruécano y sin ofensa para el oído casto.

El autor cómico no ha olvidado *lo de médico*, y bien empleado está en *La Rebotica* con su terapéutica, cerca del arsenal de remedios de los males físicos, ofreciendo con gracia sana y retozona el seguro alivio moral de hipocondríacos, melancólicos y malhumorados.

Mis plácemes *por todo* á la empresa, á la dirección y á los artistas de Lara; y, cuando se vean desahuciados por el público, de los Vitales les vaya el remedio.

EDUARDO BUSTILLO.

30 de Marzo de 1895.

Á CARMEN.

Pues amo por ti la muerte
Y adorarte no es ofensa,
Antes que falles mi suerte,
¡Que morir es el perderte!
Piensa, Carmen, piensa, piensa.
Si postrado te venero,
Bien que de tu voz no escucho
El halago zalamero,
Es, Carmen, es que te quiero;
¡Pero mucho, mucho, mucho!
Aunque fiera lid en vano
Contra mi firmes mantengan
Rigores de viejo arcano,
A esos rigores me allano:
Vengan penas, vengan, vengan.
De esta lid el rudo encono,
Que mis dichas todas trunca,
Lo desdeño, lo perdono;
Pero, Carmen, ¿tu abandono?
¡Nunca, Carmen, nunca, nunca!
Entre heridas y suplicios,
Sin que logren que me alarmen,
Te rendí mis sacrificios.
¡No me tejas más cilicios,
Carmen dulce, amada Carmen!
Y si en ti mi fe mantengo,
Como no sea que te olvide,
Pídeme cuanto yo tengo;
De ti y por ti me sostengo:
Pide, Carmen, pide, pide.
Si á la muerte tú no espantas,
Moriré; mas tu memoria
Te dirá en angustias tantas,
Que por ti perdí á tus plantas
Alma, vida, fama, gloria.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LAS LITERATURAS REGIONALES.

Examinar la razón de ser de las literaturas regionales, estudiar la legitimidad de su existencia é investigar por qué subsisten hoy día, teniendo aún apasionados, fervorosos y entusiastas cultivadores, sería lo mismo que examinar y estudiar por qué el sistema planetario lo integran varios soles y distintos mundos, ó por qué los seres creados, en vez de confundirse en la uniformidad de una sola especie, se distinguen en la diversidad que constituye una de las mayores maravillas de la creación.

Si la variedad dentro de la unidad es una ley del Universo, necesaria para la realización de la vida, la variedad ha de darse en todo, en la literatura como en el arte, en el comercio como en la industria, y no es lógico pretender que el pensamiento nacional se encierre dentro de los moldes de una uniformidad que ha de ser la negación de esa ley.

Una es la luz que al descomponerse á través del prisma nos ofrece los variados colores del espectro; uno el amor que hace latir nuestro corazón, y que se revela con manifestaciones tan diversas como el cariño que nos inspira nuestra bendita madre y el cariño que sentimos por la mujer de nuestros ensueños; una la materia que forma esos astros que giran sobre nuestras cabezas, esqueletos de mundos sin vida ó mundos en la plenitud de su existencia; uno, en fin, el fósforo que en nuestro cerebro activa la combustión de las ideas más ruines y de los pensamientos más grandes. Siempre y en todo aparece la ley de la unidad realizándose en el seno de la variedad, y así resulta ésta el principio verdaderamente fecundo y creador, y aquélla el principio organizador por excelencia.

Claro es, por tanto, que no pueden sustraerse las naciones al cumplimiento de esa ley, y no se sustraen, en efecto, porque en todas forma la variedad el fondo de la unidad nacional. Vario y diverso es el clima en las distintas partes de una nación; varia y diversa su topografía; opuestas sus costumbres; distintos sus dialectos; hasta contraria en algunas su fe y sus creencias. ¿Cómo ha de ser una su literatura?

Al iniciarse la Edad Moderna, al constituirse las nacionalidades, al salir de aquel período verdaderamente caótico, caracterizado por el feudalismo, era lógico y natural, más aún, era necesario que se exagerara la tendencia unitaria. Se comprende que entonces tratara de borrarse todo vestigio de la variedad, que se combatiera toda manifestación del sentimiento regional, y que, ante el supremo interés de la unidad nacional, se destruyeran todos los organismos locales y se borraran casi por completo todas las manifestaciones del espíritu individual, sacrificándose el derecho de los distintos elementos que habían venido á constituir la nación.

A la exageración de la variedad, caracterizada por la jurisdicción señorial y los fueros municipales, debía suceder y sucedió la exageración de la unidad, caracterizada por la monarquía y por la centralización. Pero desacreditada á su vez aquella exageración del unitarismo, surgen, porque debían surgir y era necesario que surgieran, en el seno de la nación, organismos que tienen vida propia y antecedentes y tradiciones; organismos que representan la variedad interna de la vida nacional, y que aspiran, con justos títulos, á vivir con propia vida y á brillar con su propia gloria, como lucen y brillan los colores del iris, efecto de la descomposición, á través del prisma, de un mismo rayo de luz: que al cabo y al fin esos organismos locales, esas literaturas regionales, no son otra cosa que efectos de la descomposición de la vida y del pensamiento nacional á través del prisma del tiempo y del espacio.

Ni esos organismos ni esas literaturas son, pues, otra cosa que la realización en el seno de la vida nacional de la variedad dentro de la unidad: son las partes que integran el todo, diversas, pero no opuestas á éste, como son diversos, con cualidades y caracteres propios y distintivos, cada uno de los colores del prisma, sin embargo de no constituir todos ellos más que un solo y único rayo de luz.

Las literaturas regionales responden perfectamente y reflejan con exactitud el modo de ser de cada una de las partes de la nación: no son causa de separación ni de antagonismo: no fomentan siquiera ni mantienen vivos recuerdos que convenga extinguir, ni aspiraciones que importe abandonar: si la unidad nacional se funda realmente en la comunidad del sentimiento, en el mutuo amor de todos los elementos constitutivos de la nación y en la identidad de los ideales, la literatura regional reflejará ese sentimiento y ese amor, y cantará esos ideales: pero si reina la discordia ó la unidad se mantiene sólo por la fuerza, entonces la literatura regional revelará ese estado: no será ella un peligro, pero el peligro existirá en el seno de la nación.

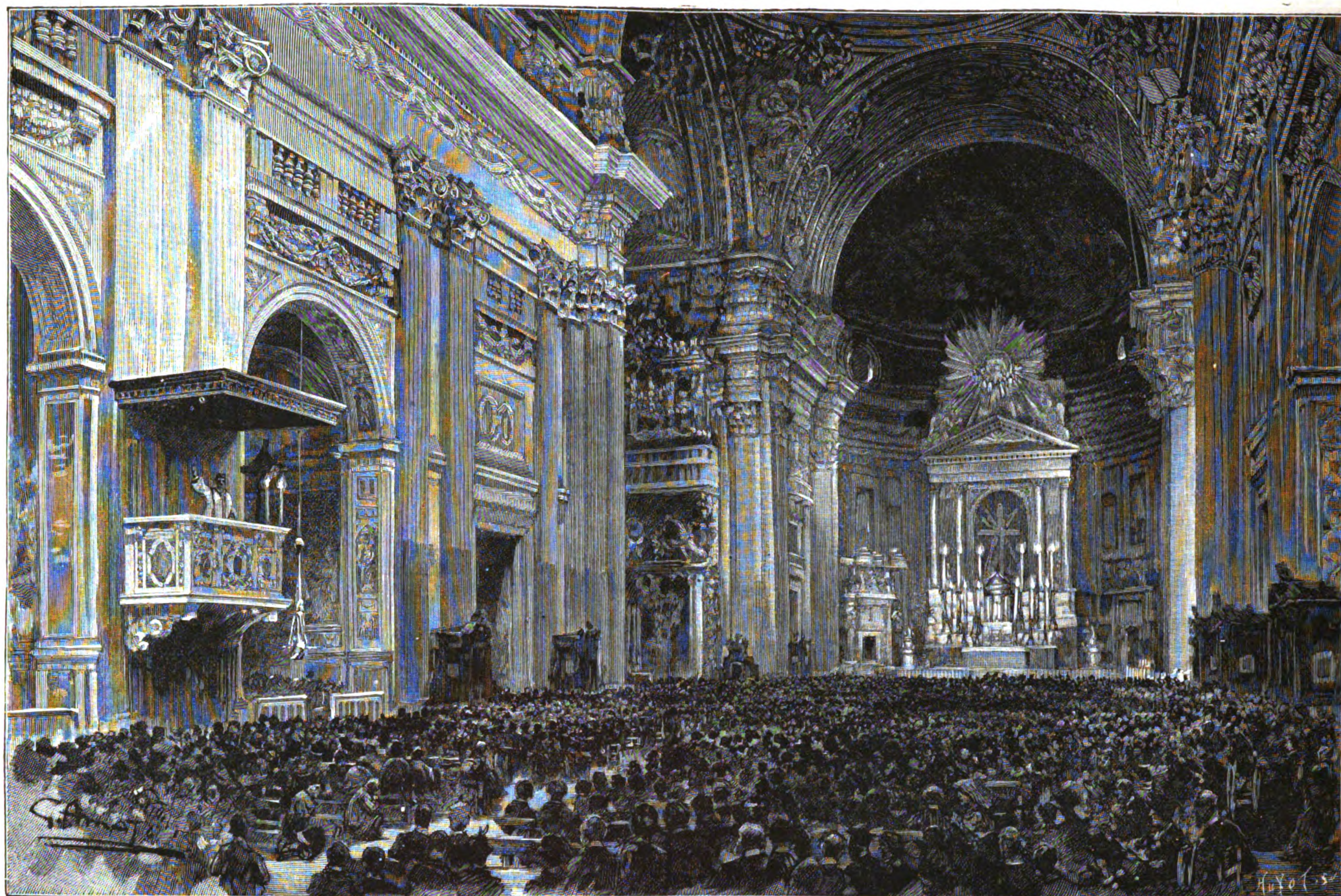
Así es que desde el siglo XI, desde la época de Guillermo IX de Poitiers, los trovadores provenzales toman parte en las alegrías y en las glorias, en los duelos y en los desastres de la nacionalidad castellana; y no sólo esto, sino que á las veces intervienen directamente en los asuntos públicos con sus elogios y con sus censuras, con sus críticas y con sus consejos.

Marcabrú, un trovador provenzal, prepara con sus cantos la opinión, y excita á los soldados y á los nobles en favor de la empresa acariciada contra Almería por Alfonso VIII el Emperador. Pedro de Auvernia, otro trovador provenzal, canta el advenimiento al trono de Sancho III; y provenzales son también Gavaudán *el viejo*, que profetiza la victoria de las Navas, en cuya gloriosa batalla toma parte como soldado; Beltrán de Born, que excita á Alfonso VIII á intervenir en los asuntos de Provenza; Aymerico de Peguilhá, que refiere en sentidos versos su estancia en Castilla; Folquet de Marsella, que deplora la rota de Alarcos; Giraldo de Calansó, que llora la muerte de D. Fernando, y Pedro Vidal, que canta la unidad de la patria española.

Haríase interminable este relato si hubiéramos de citar uno por uno todos los poetas y prosistas regionales cuyos cantos ó cuyas obras, totalmente identificadas con el pensamiento nacional, constituyen una prueba de nuestro aserto.

Es verdad que no han faltado en este hermoso concierto de todas las voluntades notas discordantes. Es verdad que, en la primera mitad de este siglo, hombres como Rubio y Ors *(Lo Gaiter del Llobregat)*, al trabajar porque su patria recobrara la hegemonía de los pueblos latinizados, parecía acariciar un pensamiento político; que con Abdón Ferradas tuvo el renacimiento lemosín un carácter republicano, y que el P. Magín Ferrer buscó en el seno del carlismo el restablecimiento de los fueros de Cataluña. Pero no es menos cierto que en la misma época la Junta revolucionaria de Barcelona hace declaraciones favorables á la unidad nacional, y el ilustre Permanyer canta en la lengua de sus abuelos la nacionalidad personificada en la institución monárquica.

Las glorias regionales son glorias españolas. ¿Quién podrí negar este carácter á aquella admirable trinidad que en el siglo XIV puso tan alto el pensamiento catalán; á aquel Muntaner, que con sencillez tan grande, ingenuidad tan encantadora y arte tan exquisito, supo unir los primores y las galas de la poesía á las severidades propias de la historia; á aquel Arnoldo de Vilanova, al que la tradición nos lo representa encerrado en su laboratorio, buscando en el fondo de las retortas la generación artificial del hombre: mitad filósofo, mitad alquimista: personificación del siglo X, por sus ideas sobre la venida del Anticristo y la proximidad del



ROMA.—LOS VIERNES DE LA CUARESMA.—INTERIOR DE LA IGLESIA DE JESÚS.

TIERRA SANTA.—MONTAÑA LLAMADA DE LA «TENTACIÓN» Ó LA «CUARENTENA», DONDE, SEGÚN LA TRADICIÓN, SE RETIRÓ Y ORÓ JESÚS DURANTE CUARENTA DÍAS.

(De fotografía.)

juicio final, evocación de siglos posteriores por sus ideas sobre filosofía y medicina, á las que aporta todo el saber de las escuelas de Córdoba y Sevilla y todo el mérito de sus personales experiencias y de sus propios juicios; resumen y síntesis de todas las grandes contraposiciones de su época, la teología y la theurgia, la metafísica y el misticismo, la astronomía y la astrología, la química y la alquimia, la física y la magia, la hermenéutica y la cábala; y, en fin, á aquel Raimundo Lulio, orientalista eminente, metafísico, matemático, alquimista, poeta y guerrero, audaz y descreído aventurero en la corte de D. Juan II y solitario monje en los desiertos de Montserrat, héroe de cien leyendas, personaje principal de crónicas é historias, que mereció que en vida le dieran el título de *doctor iluminado*, y que después de morir con la muerte de los mártires le honraran de tal suerte los siglos con su veneración, que el *lulismo* ha tenido hasta en nuestros propios días admiradores y creyentes?

Si la historia nos representa á esas literaturas regionales, cuando menos en estas naciones del Mediodía, como especie de sacerdotisas que han mantenido vivo el fuego de grandes ideales, la *Patria*, la *Fe* y el *Amor*, en el templo del Arte esa misma historia nos infunde la esperanza de que jamás dejarán de reflejar los sentimientos y las ideas de la nacionalidad, y de que así ese jardín de flores que se llama Mallorca, como la bella Valencia, perfumada por el azahar de sus naranjos, y la hermosa Cataluña, bañada por las ondas del Mediterráneo y coronada por las cresterías del Montserrat y las nieves del Monseñ, cantarán eternamente un himno de amor á la patria, por la que dieron su sangre y á la que unieron sus destinos en la conquista de Almería y en los campos de las Navas, en la vega de Granada y en las aguas de Lepanto, en los desfiladeros del Bruch y en los santos muros de Gerona, en los riscos del Serrallo y en la manigua cubana.

Bendita sea, pues, esa grande y fecunda variedad; que las literaturas regionales no son otra cosa que distintos colores que forman unidos un solo rayo de luz, la cultura nacional: fases de un mismo sentimiento; aspectos diversos de una idea culminante; pedazos del alma inmortal de la patria.

Jerónimo Bécker.



Mr. WORTH.

FAMOSO MODISTO PARISIENSE.

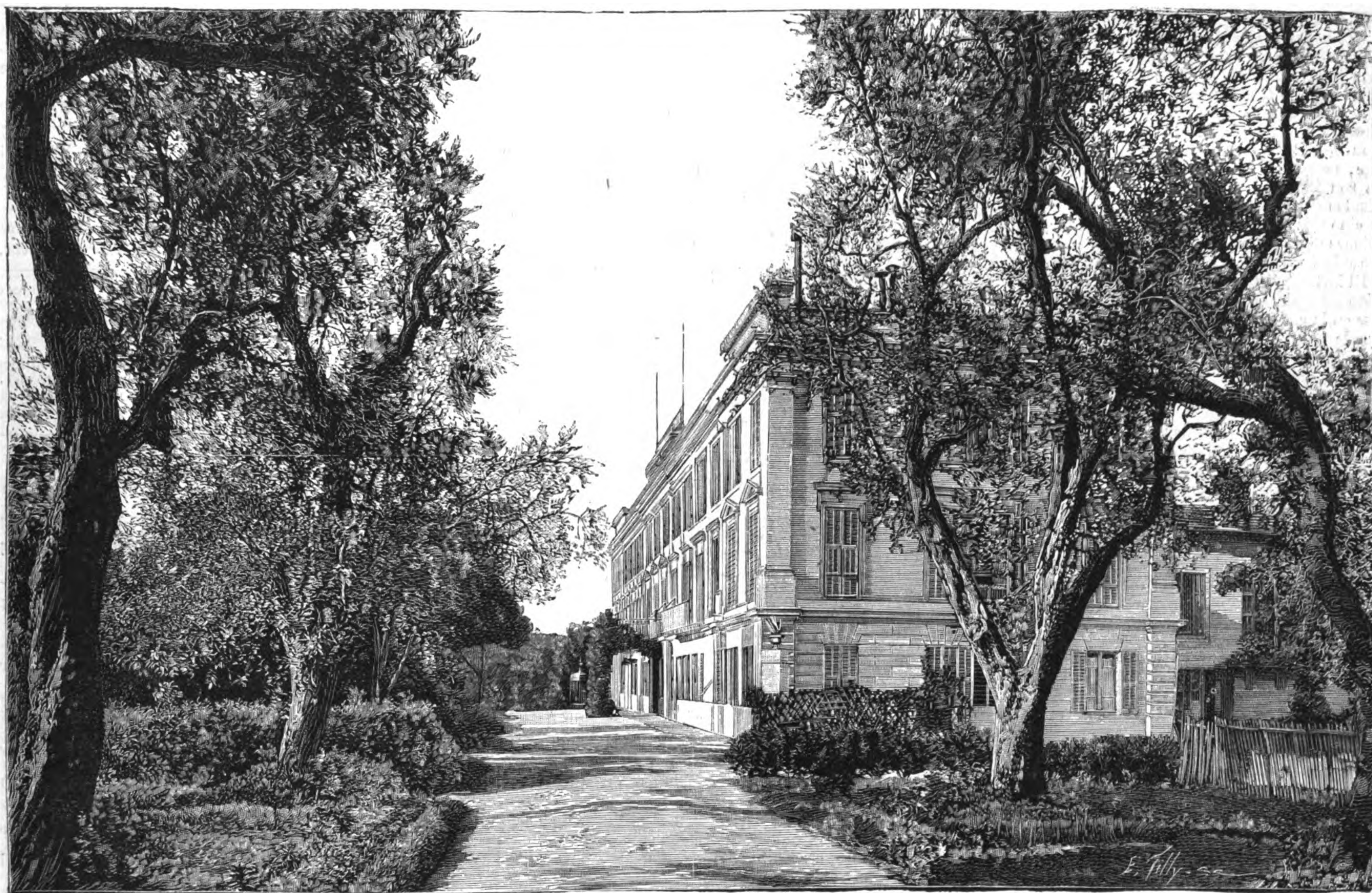
Nació en los Estados Unidos; † en París, el 8 del corriente.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Lucha actual entre la fe y la ciencia: reacción general en las letras, en la economía, en la política y en las creencias: *The Foundations of Belief* de M. A. J. Balfour.—*París:* conferencias de Mgr. Hulst en Notre-Dame.—Comida de vigilia: trabajos de los industriales y piscicultores para el suministro del pescado fresco: los Judas del mercado.

En paz hoy las armas de las grandes naciones, guerrean con enérgica decisión los espíritus. Cuando las naciones pelean, lo hacen siempre movidas por el deseo de la dominación; y en las batallas del espíritu, en cambio, el secreto que impulsa á la lucha consiste en llegar también al dominio, á la posesión de la verdad. Los vencedores en las contiendas materiales llegan á veces á lograr la hegemonía soñada, y se imponen durante más ó menos tiempo á sus rivales ó adversarios vencidos; pero en las luchas del espíritu nadie ha llegado aún á imponer la verdad, porque la razón humana no tiene poder bastante para conocerla por completo y exponerla sin que haya quien dude de ella. Menguada y deficiente nuestra inteligencia, impotente la razón, busca el espíritu en la fe el imprescindible complemento de lo que no acierta á conocer y á explicar; y contra este complemento, que es inmenso por lo que abarca, y mayor, muchísimo mayor en sus alcances, y en cuanto comprende y ampara, que todo aquello que la razón ha conseguido entender y aclarar, lucha sin descanso la inteligencia de algunas gentes que pretenden que el resultado de las conquistas materiales en el terreno del mundo físico, los descubrimientos de la ciencia, pueden con sus enseñanzas invadir y dominar el inmenso espacio que en el conocimiento de la verdad tiene reservado la fe. A pesar de todos los grandes progresos de la ciencia, hoy no se sabe más que lo que se sabía en los primeros tiempos de la humanidad acerca del origen y esencia del mundo material, ni nada racional é indiscutible acerca de la naturaleza y funciones del espíritu. El impulso que podemos transmitir á nuestras investigaciones y conocimientos, dadas la reducida energía de nuestro cerebro y la invariabilidad de su calibre, permítase la frase, no alcanza más que hasta cier-



FRANCIA.—EL GRAN HOTEL DE CIMIEZ, RESIDENCIA ACTUAL DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA.

(De fotografía de Giletta.)

tas distancias que no lograremos rebasar nunca; y como más allá de ese límite del alcance de nuestro reducido saber hay amplios horizontes, dentro de los cuales se comprenden sin duda las verdades que atañen al conocimiento del origen, esencia y constitución de la materia y de la manera de ser del espíritu, nunca nuestra inteligencia ni nuestra razón han de poseerlas. Y acerca de la causa de lo conocido y de lo inexplicado en el mundo, y de las relaciones que existen entre esa causa y nuestro espíritu, que conoce muy poco y que ignora mucho acerca de esto, aun es más corta y débil nuestra razón para comprenderlo, y aquí es donde, sobre todo, se ha impuesto, y se impone y se impondrá durante los siglos el complemento de la fe, aunque siempre se vea combatida por las ilusiones de la razón, que á cada paso que da en el infinito camino del conocimiento pretende haberla dominado, y anuncia la noticia de que queda suprimida.

Así ha andado siempre de pelea la humanidad, y así anda hoy. A las exageraciones de la escuela ultracientífica contestan los pensadores creyentes con profundos trabajos de crítica, que mantienen viva la controversia entre los espíritus cultos. Algún eminente hombre de ciencia ha dicho: «El que cree en Darwin y admite que hay Dios, es un loco; y el que cree en Darwin y dice que es cristiano, es un cobarde hipócrita.» El famoso profesor E. Hæckel sostiene que no hay más principio creador que el tetraedro de carbono!!! Y á medida que físicos y naturalistas, casi, casi cierran los ojos á la luz, para no ver más que lo que traen entre manos, lo cual no suele estar mucho más allá de sus narices; otros, físicos y naturalistas también, sabios como aquéllos, dirigen sus miradas á lo alto, convencidos de que por aquí abajo hay muy poco que nos satisfaga, y, repitiendo la vieja y firmísima afirmación de «*Fecisti nos, Domine, ad te.....*», arremeten decididos contra los idólatras de la materia, y mantienen viva la lucha, que en este terreno parecía hace mucho tiempo olvidada, en medio de la profunda indiferencia que parece que caracteriza al nuestro.

En las grandes mareas á que la humanidad, como el Océano, está sujeta, por efecto de la doble atracción de lo de arriba y de lo de abajo, en el flujo y reflujo de las ideas, después del avance extraordinario de los últimos años, ha venido hoy el movimiento de reacción. Se vuelve atrás en todo, en literatura, en economía, en política y en religión. A las recientes campañas de Mr. Brunetière en Francia en pro de la fe, sosteniendo que la ciencia ha hecho fiasco, ó poco menos, ha seguido ahora la campaña emprendida en Inglaterra por el gran político, el habilísimo *leader* del partido conservador, Mr. Arthur James Balfour, en ese mismo sentido y con idéntico fin, dentro, por supuesto, de la fe del cristianismo protestante, con la publicación de una obra, muy leída y comentada hoy en el Reino Unido, que lleva por título *The Foundations of Belief*, esto es, *Los fundamentos de la fe*.

Nadie esperaba que el reputado estadista inglés, tan ocupado y preocupado siempre por la política, apareciese de repente como gran propagandista y polemista político y teólogo. Tan grandes y tan justas han sido, pues, la sorpresa, como el éxito, entre el público británico. La obra, que según dice modestamente su autor no es más que una colección de notas que pueden servir de introducción al estudio de la teología, comprende tres partes: Sostiene primero que la ciencia y los principios filosóficos que se deducen de ella no han logrado establecer ni una moral, ni una estética. El bien, la virtud y la belleza son palabras sin sentido para todo el que no encuentra nada real fuera de la naturaleza, á pesar de todas las habilidades que los filósofos naturalistas emplean para dar idea de cómo las comprenden y de lo que quieren significar. Manifiesta después, que la ciencia no puede explicar nada de cuanto hay fuera de ella, y que aun dentro de ella misma abundan la ignorancia y los errores. «Las cosas, dice, no son lo que parecen ser: las propiedades de la materia son ilusiones, ó ficciones de nuestros sentidos, y tanto dentro de nosotros mismos, como en lo que nos rodea, no hay sino misterios.» Termina criticando las exageradas pretensiones de la razón, recordando que muchas de ellas no están en relación con el poder de que disponemos para fundarlas. El instrumento más incapaz é incierto de que nuestra alma dispone es la razón, que jamás adelanta un paso sin apoyarse en la autoridad misma de la razón, cuya existencia se pretende negar al fin. Destruidas esa autoridad y la fe, ¿para qué serviría la razón? No hay, pues, motivo alguno para que pretenda regirnos y gobernarnos, separándonos de nuestra natural é irresistible tendencia hacia el bien, hacia la belleza y hacia Dios.

Así, demoliendo en sus cimientos la idea y la obra de la ciencia y de la razón, establece la necesidad de la fe. Así quiere demostrar que las ciencias positivas por sí solas no satisfacen, ni mucho menos, las exigencias de nuestro espíritu, y que es absolutamente imprescindible la fe aunque conozcamos cuanto la ciencia enseña. De aquí deduce, como ineludible consecuencia, que el estudio de la teología tiene tanta razón de ser como el de dichas ciencias positivas. No hay para qué decir cómo ha recibido las afirmaciones contenidas en este libro la crítica naturalista, que lo que menos asegura es que Mr. Balfour ha publicado un manifiesto místico, radicalmente nihilista; y que semejantes tentativas no se encaminan á otra cosa que á consolar al hombre en sus ilusiones y desengaños, sometiéndole á la influencia de una fe irreflexiva y ciega. De todos modos, la obra dará mucho que hablar, y el jefe parlamentario del partido conservador inglés, cuya fama es tan grande, figurará en adelante como *leader* de una escuela filosófico-religiosa radicalmente opuesta á todos los radicalismos positivistas de nuestro tiempo.

°°°

Bien ha venido ese libro en tiempo de Cuaresma; y así como en él oficia de predicador Mr. Balfour escribiendo, así se ocupan en estos momentos de cuanto á la fe y á la ciencia, á la vida social, al Estado y á la familia se refiere, los predicadores de más fama que hay en Francia, dirigiéndose á la sociedad culta, desde los púlpitos de los templos de París. En efecto, los oradores más elocuentes y sabios que tiene en esa nación la Iglesia católica están realizando una campaña de activa y trascendental propaganda en aquella metrópoli, donde tantas y tan diversas ideas y doctrinas se propagan, irradiándose en seguida por todos los ámbitos del orbe. El fundador de las «Conferencias para las mujeres cristianas», Mr. Le Nordez, predica desde hace ocho años en Notre-Dame, todos los viernes, á las señoras, acudiendo á escucharle lo más distinguido de la sociedad femenina parisién, que llena por completo las naves de aquella catedral. Actualmente, bajo el tema de «Frases maternales del Evangelio», estudia el corazón de la madre de familia, glosando las palabras que Jesucristo las dirigió. También en la misma catedral da sus celebradas conferencias los domingos Mgr. d'Hulst, el eminente rector del Instituto Católico, y diputado, predicando especialmente para los hombres. Viene ocupándose en ellas hace algunos años de los deberes del hombre para con Dios, para con sus prójimos y para consigo mismo; y después de haber tratado ya de los deberes dentro de la familia, expone ahora los del ciudadano, ó sea los de la moral cívica. Las cuatro conferencias que ha dado se han referido: la primera, al *Origen del poder;* la segunda, á los *Derechos del Estado;* la tercera, á los *Deberes del Estado;* la cuarta, á *La Iglesia y el Estado*, haciendo la distinción de los dos poderes, y en la quinta, que será el domingo 1.º de Abril, á la *Civilización cristiana*.

Para desarrollar tan interesantes puntos, el orador analizó metódicamente y con verdadera elocuencia el origen del Poder, sus títulos y su legitimidad dentro de la moral cívica; expuso y criticó las soluciones falsas, modernas todas, según él, justificando la antigua, que hace intervenir á la divinidad en este origen. Habló de la hipótesis de Rousseau respecto á la constitución de la sociedad, considerando sus ideas como el legado de un período literario que logró, por bastante tiempo, cierto éxito, pero cuya hipótesis se trata de sustituir hoy por las deducciones de la filosofía puramente científica. «La teoría de la evolución sin Dios, dijo, no explica el origen del verdadero poder, de aquel que une las conciencias, y resulta que es mucho más impotente aún que la anterior, para hacerlo respetar.» Tremenda fué la crítica que hizo de las pretensiones científicas, que no da seguridad á nadie, que sostiene que el progreso es fatal, que todo lo que triunfa y se impone es legítimo, y que el juego y ejercicio de las pasiones no tiene otro fin que el del perfeccionamiento de la especie. «La solución verdadera, añadió, se contiene en la enseñanza de San Pablo: No hay poder que no proceda de Dios. *Per me reges regnant*, dijo el Señor, por boca del sabio; *per me principes imperant et potentes decernunt justitiam*. Muchas veces los reyes han querido reinar por sí mismos, y nuestro siglo ha visto caer las dinastías y los reyes. Los presidentes después elegidos han querido mandar y gobernar en nombre del hombre, en nombre del derecho popular, sin respeto á los derechos de Dios, y las repúblicas han caído en medio del desorden. Los poderosos han querido imponer una justicia que no se arregla á la ley de Dios, é irritados los pueblos se han revelado erigiendo en dogma la anarquía. ¿Dónde hallaremos tronos que no hayan sido minados por la revolución ó Constituciones de las cuales sus mismos autores pueden asegurar que durarán mañana? Jamás han sido más severas que ahora las leyes represivas, ni nunca han ofrecido menos garantías ni menos confianza, á los que las han hecho, para que les amparen y protejan. Las muchedumbres, entregadas á sus caprichos, embriagadas por el orgullo que ha hecho brotar en su corazón la falsa filosofía del poder, se creen investidas de autoridad, buscan la ayuda de los perturbadores y encomiendan á los que las halagan el cargo de legislar y gobernar en su nombre. En este desarrollo de los espíritus sólo un principio queda en pie, sólo uno aparece inconmovible, sólo una fuerza mantiene su prestigio y su imperio sobre las almas, y es la magistratura suprema del Vicario de Jesucristo. ¡Quién lo hubiera dicho hace treinta años!»

Tales son el estilo y la tendencia del afamado orador de Notre-Dame.

°°°

La Cuaresma pone siempre de moda, durante su período, por las exigencias de la mesa, el debate acerca del suministro fácil y económico de la pesca, no sólo para las familias acomodadas, sino «para todo el mundo», como suele decirse. Las comidas de vigilia sostiénense por tradicional costumbre entre muchísimas gentes, y si se prescinde del bacalao, malo en general, y tan caro como nuestros pescados frescos cuando es bueno, resulta muy difícil surtir las despensas, sobre todo en las poblaciones donde no hay grandes mercados. No puede tampoco admitirse la sustitución de la pesca reciente por las conservas, para todos los platos de una misma comida. De aquí el que se esfuercen los industriales inteligentes, que se dedican á proveer á las familias, en multiplicar los medios que aseguran el surtido de géneros que puedan venderse bien. Problema es este que no está resuelto aún. En los Estados Unidos emplean el procedimiento frigorífico para conservar *frescos* (¡como es natural!) los pescados procedentes de los grandes lagos, y surtir á las apartadas poblaciones del interior. Se creó esta industria hace cerca de treinta años, y ya en 1893 conseguían conservar más de 3.000 toneladas de pesca. Dos procedimientos hay para ello: ó apilar los peces en cajas de hierro galvanizado, que se rodean de otras cajas aisladoras entre capas de hielo y sal de 10 centímetros de espesor, y que se depositan en los almacenes frigoríficos, consiguiendo que la pesca esté constantemente á 7 grados bajo cero, con lo cual se conservan durante seis ú ocho meses como si acabaran de salir del agua, sin el gusto desagradable que siempre tiene la conservada en aceite; ó colocar la pesca entre capas de hielo, antes de someterla á la acción frigorífica, de modo que al abrir las cajas se halle formando como una sola masa con el hielo, sin que el aire ni ningún género de evaporación la haya deteriorado ni descompuesto.

Pero de todos modos esto es una conserva, y el verdadero problema consiste en poder disponer de pescado positivamente fresco, recién salido del agua. Para conseguirlo se trabaja mucho hoy en la piscicultura particular de dos salmonios: el salmón y la trucha, que parece que son los peces que mejor se prestan á tal industria. El piscicultor, dueño de una granja donde pueda utilizar alguna corriente de agua, abre uno ó varios estanques de una superficie de 1.000 á 3.000 metros, con una profundidad de 1 á 2, y deposita en ellos la cría del salmón ó de la trucha. El salmón que mejores resultados da es el de California (de Sacramento), *salmo Quinnat*, muy resistente, muy rápido en su desarrollo y de carne muy fina, al que no se deja crecer más que hasta que llega al peso de 200 gramos. A fin de Noviembre aparecen las crías y se las va nutriendo con alimentación fuerte, que en general es el hígado de buey, ó carne de caballo cocida y picada; y á los cinco meses pesa ya cada salmoncillo 60 gramos. Después se les nutre con otros peces pequeños, criados fácilmente en otro estanque ó en el mismo, con este fin. Desde Junio á Diciembre alimentados así, y habiendo llegado á aquel peso, se venden durante los tres ó cuatro primeros meses del año inmediato. Con este *ciclo anual* de cría y engorde se obtienen, en un estanque de una hectárea, de 1.000 á 1.500 salmones de 200 gramos, ó sea 200 kilogramos de pesca, que producen un valor de 1.600 pesetas.

Prefieren otros piscicultores explotar la cría y cebo de la trucha, en vez del salmón, comprando los huevos y crías en los establecimientos especiales de Baviera, donde, como en ninguna otra parte de Europa, se obtienen. Las truchas alcanzan un peso de 500 á 600 gramos, y algunas hasta de un kilogramo; y se consiguen también grandes cantidades de huevos y crías, que se conservan en acuarios especiales, por espacio de ocho á nueve meses. El ciclo del desarrollo de la trucha no es anual, como el del salmón, sino más lento. En dos años se pueden obtener 600 kilogramos de truchas, que valen 5.000 pesetas, y que dan un rendimiento de 2.500 por cada media hectárea de estanque. El kilogramo vale en los mercados de París de ocho á diez francos; pero dada la disposición y reglamentación, ó malas costumbres, á que están sujetos, resulta que las ganancias no son para el productor, aunque el consumidor pague tan caro el artículo, sino para los intermediarios, que compran, imponiéndose y despreciando la mercancía, y que la hacen vender á como ellos quieren. En la piscicultura, como en la producción en general, es preciso suprimir los intermediarios, truchas insidiosas y traidoras que se meten entre el abastecedor y el público para explotarlos y cebarse á costa de ellos. No en vano dijeron los antiguos del salmón y de la trucha: *Officiosa aliis, exitiosa suis;* manifestando en muchas ocasiones que: *Illorum malevolentiam hæc imago ob oculos ponit, qui exterorum salutem vindicaturi, suos præcipitant. Tales fuere Judas, aliique proditores sexcenti.*

R. BECERRO DE BENGOA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Reglamento para las Exposiciones generales de *Bellas Artes.*

Hemos recibido un ejemplar de la edición oficial de este importante Reglamento, al que precede el decreto de aprobación, en el cual se fija la fecha del próximo certamen. Este se inaugurará el 12 de Mayo del corriente año.

Estado y desarrollo de la Escuela de Artes y Oficios *de Bilbao, durante los quince primeros años;* que comprende desde su creación hasta el 30 de Septiembre de 1894.

Complace leer esta Memoria, viendo en ella el rápido y continuo crecimiento que aquella importante institución bilbaína ha tenido. El año 1879 matriculáronse en ella 250 alumnos, y en el de 1893 á 1894, 1.761.

La enseñanza que reciben éstos es completísima, según lo atestiguan los programas de las diferentes asignaturas.

El crédito agrícola y el ahorro, por D. F. Rivas Moreno, con un prólogo de D. J. García Barrado.

El Sr. Rivas Moreno es uno de los escritores contemporáneos que con mejor resultado han cultivado las ciencias agrarias y económicas. Y como en justo premio á sus buenos servicios ha merecido el cargo de Gobernador de varias provincias, ha podido además trabajar en favor de sus ideas en el terreno de los hechos, con medidas acertadas tendientes á mejorar la administración y á favorecer á la agricultura.

Los capítulos de este libro que dedica al estudio de las instituciones de crédito agrícola que hay en España, están llenos de interesantes noticias y de excelente doctrina.

Depués de tan notable trabajo, viene otro que no lo es menos, sobre *Los pósitos y el crédito agrícola*, estudio de mucha importancia, al que sigue otro muy completo acerca del *Crédito agrícola fuera de España*. La obra termina con algunas páginas dedicadas á las Cajas de Ahorros y Montes de Piedad y las Cajas de ahorros escolares.

En suma: sentimos no disponer de más espacio para escribir un detenido juicio crítico del libro del Sr. Rivas Moreno. No pudiendo hacerlo, nos limitamos á recomendarlo á los estudiosos.

Cuesta 2 pesetas en las principales librerías de España.

Memoria y cuenta general del Monte de Piedad y *Caja de Ahorros de Madrid*, correspondiente al año 1894, adicionada con algunas noticias sobre los demás Montes de Piedad y Cajas de Ahorros.

El Director gerente de este importante establecimiento ha tenido la bondad, que le agradecemos, de enviarnos un ejemplar de esta *Memoria*.

Contiene, además de los datos relativos al año último, otros muy curiosos y de mucho interés para la historia del ahorro en España desde la fundación de la Caja hasta hoy. Acompañan á este trabajo dos apéndices con el estado de los Montes de Piedad y Cajas de Ahorros que existen en la nación.

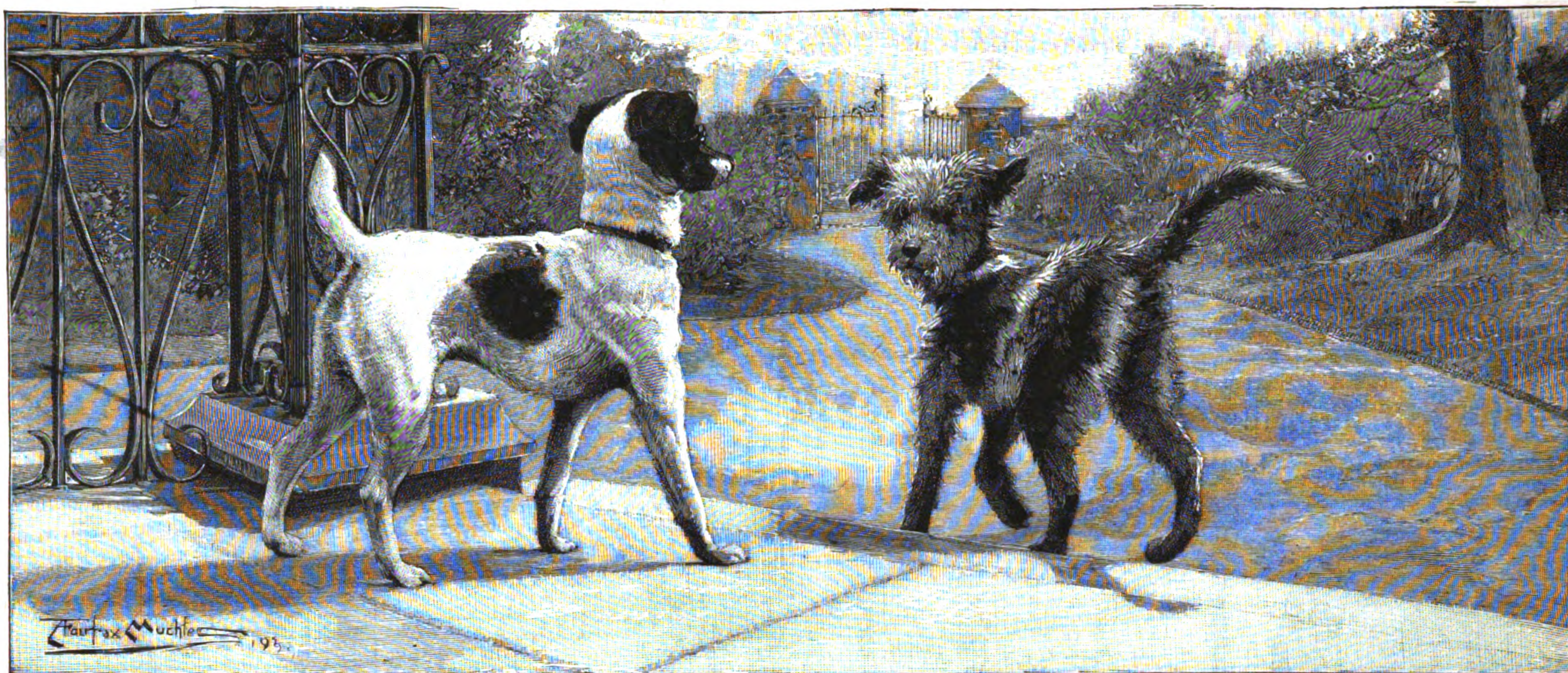
Historia del mueble.

Es el tomo XIII de la utilísima Biblioteca Popular de Arte, publicado por *La España Editorial*, y en él se completa, hasta el siglo actual, la historia de esta interesante industria artística, estudiada en el tomo I de esta obra hasta el siglo XVI.

El volumen puesto ahora á la venta es la historia de los *estilos Luis XIV, Regencia, Luis XV, Luis XVI, República é Imperio*, ya que desde el siglo XVII puede decirse que la *historia del mueble* es la historia del mueble francés, por ser Francia la nación que, de un modo ó de otro, impone el gusto en materia de mobiliario, dando á los *estilos* que desde entonces se suceden el nombre de sus soberanos.

Tiene el tomo 80 páginas, con 40 grabados, y cuesta una peseta en rústica y 1,50 en tela.

G. R.



EN MARCHA.
POR A. FAIRFAX MUCKLEY.

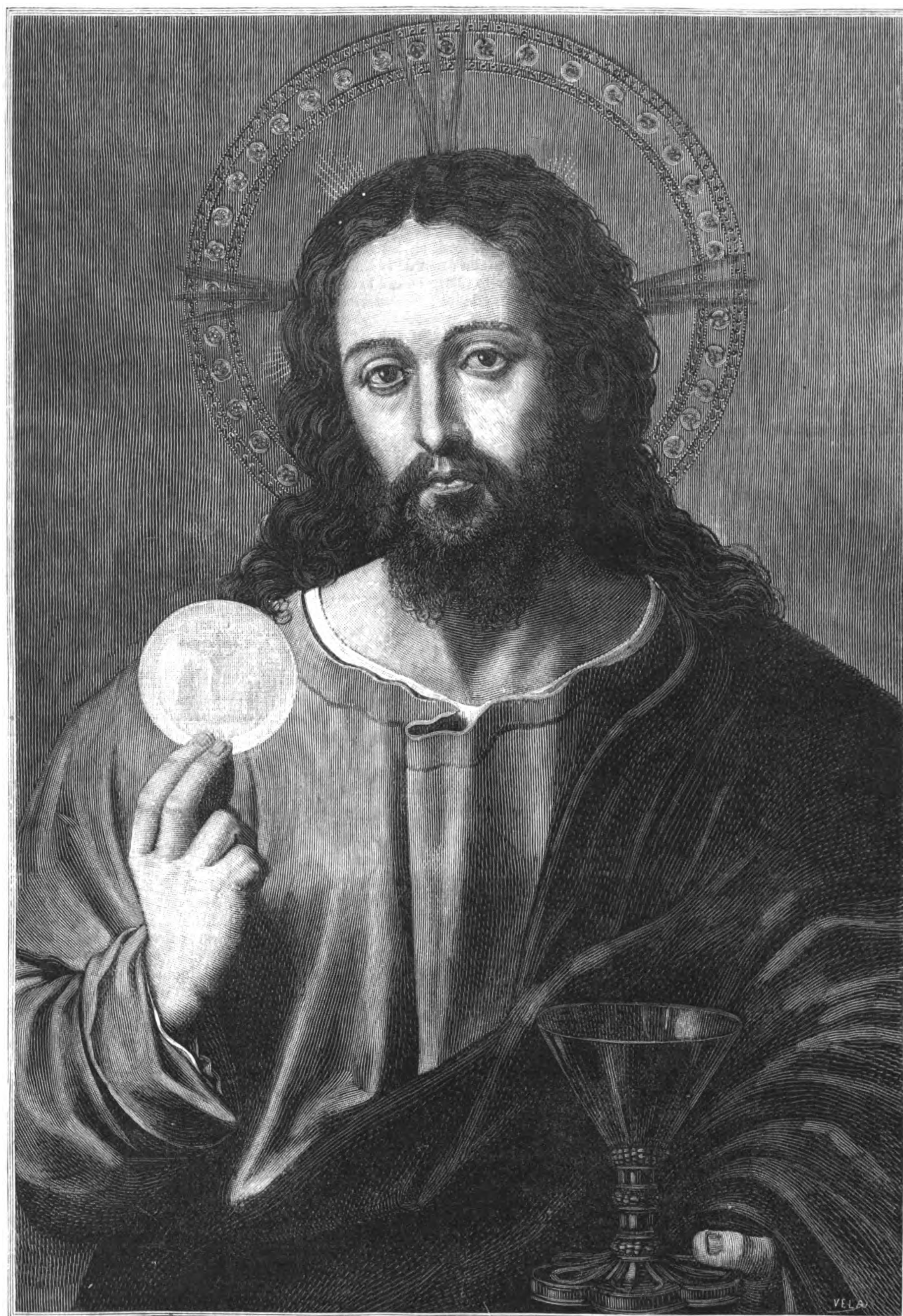
MADRID.— Establecimiento tipolitográfico « Sucesores de Rivadeneyra », impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXIX.—NÚM. XIII.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Abril de 1895.



EL SALVADOR DEL MUNDO

CUADRO DE JUAN DE JUANES,

EXISTENTE EN EL REAL MUSEO DEL PRADO, DE MADRID.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Dos paréntesis, y encerrados en ellos dos buenos tragos de agua, han sido la explicación elocuente de la crisis, dada por el jefe del Gobierno dimisionario Sr. Sagasta: no aceptó el Poder, dijo al fin, porque había algo en la atmósfera que impedía ejercerle con entera libertad: debió, pues, caer el Ministerio y caer el partido liberal para conservar su significación. No ahondaremos en el asunto: dejémosle donde le colgó el jefe del último Gobierno, y abramos otro paréntesis indeterminado para la nueva situación política en que hemos entrado ya. Ha concluido una época que no podemos fijar dónde empezaba; y se puede y debe contar otra á partir de la crisis inexplicable y de la hoja no menos extraña de *El Resumen*, firmada por D. Adolfo S. Figueroa, y los sorbos de agua históricos del Sr. Sagasta.

La despedida al general Martínez Campos, que ha partido para Cuba, ha sido muy lucida en la estación de Madrid, y en todas las del tránsito. En vez de hallarse con alguna baja, de esas tan naturales en toda expedición, había dos sobrantes: de dos cabos, que se empeñaron en partir para la guerra sin estar destinados, lo que les otorgó el General. Como siempre, no ha necesitado emplear tiempo en disponer ni sus asuntos ni su equipaje: ni ha dejado cuentas pendientes en España que le impidieran ponerse en marcha como un simple soldado: podremos en lo político coincidir ó no con sus actos; pero hay que tenerle respeto y simpatía, por la rapidez y buena voluntad con que se presta como militar y caudillo á las campañas más rudas y difíciles de su profesión. Lo que para otros es período de reposo, lo es de fatigas y responsabilidades para el general Martínez Campos. Vaya en buen hora á Cuba, y que le sea propicia la suerte una vez más.

Y ya que hablamos del embarco, trasmitimos con gusto el telegrama que los jefes y oficiales del batallón de Infantería de Marina, por conducto del Alcalde de Cádiz, remiten á *El Imparcial* y éste reproduce como dirigido á *El Eco de Cartagena:*

«El batallón de Infantería de Marina, al salir para Cuba, les reitera el testimonio de su vehemente gratitud y afecto por su patriótica y levantada conducta.

»Hágase intérprete de nuestro sentimiento con la prensa de toda España, sostén del prestigio de la patria y estímulo de nuestras glorias.»

Agradecemos la pequeñísima pero valiosa parte que nos corresponde en ese saludo fraternal, que nos conmueve y alienta para proseguir las no siempre bien apreciadas tareas periodísticas. Que la gloria guíe y que las balas respeten á esos valientes compatriotas que se alejan, y quiera Dios que podamos consignar hechos de esos que enaltecen el ánimo é ilustran las páginas de la historia. Y estén seguros de que sus triunfos serán los nuestros y nos regocijaremos con ellos, porque cuando hay guerra el corazón de la patria no está en la capital, sino en los campos de batalla.

Si hubiéramos de contestar á las arrogancias y baladronadas de algunos periódicos yankees, perderíamos el tiempo. Los proyectiles llegan á España tan debilitados con la distancia, que causan la impresión molesta del zumbido de los cínifes, con quienes no se discute jamás. Por otra parte, sus párrafos hostiles no son sino el desahogo de ciertas pasiones en un país donde nadie reserva sus ideas, y se propagan las más extravagantes en medio de la indiferencia general. Bástenos saber, para tranquilidad del ánimo, que España no ha dado motivos á la República del Norte para que nos sea contraria: mientras nosotros tenemos justísimas razones de queja por las piraterías que se arman en los puertos de aquella nación para sostener la guerra civil en Cuba. Confiamos en que en la República norteamericana han de tener nuestra razón y nuestro derecho el apoyo de la gran mayoría, y que esas voces aisladas que predican la agresión y la injusticia serán ahogadas por el espíritu público de un país civilizado: pues de no serlo..... nos quedaremos tan tranquilos, defendiendo lo que es nuestro hasta donde lleguen nuestras fuerzas.

°°°

El subsecretario que fué del Ministerio de Ultramar, don José Sánchez Guerra, que por cierto no puede estar agradecido á los suyos en esta última etapa de su mando, ha publicado un folleto en defensa de la gestión financiera del Sr. Gamazo, que merece ser leído por los especialistas en asuntos económicos: el Sr Sánchez Guerra, que es un buen escritor, nos ha hecho pasar un mal rato en la lectura de su interesante folleto, al obligarnos á tener por buena la gestión rentística del ilustre abogado de Valladolid, habiéndonos costado el dinero algunas de sus reformas. No se lo perdonaremos nunca al Sr. Sánchez Guerra.

Prometeo se titula un poema del jóven escritor D. Manuel de Sandoval, con un prólogo del maestro Ferrari. Aunque conocíamos algunos versos de D. Manuel de Sandoval, nos han sorprendido la entonación y el estilo del poema, que raras veces se manifiestan tan sostenidos en una larga composición de quien no puede tener por su edad una gran práctica. No es una obra que sorprende por atrevimientos é innovaciones, como dice el ilustre Ferrari en su carta-prólogo, sino por su honrado respeto al arte y la serena concepción de la belleza. Y apoyado en tan indiscutible autoridad y en esas sólidas y no frecuentes condiciones del poema, creo que es uno de esos casos en que la prensa debe saludar y animar al que empieza tan bien, pero advirtiéndole los peligros de la carrera que sigue. ¡Desgraciado el que se extravía, y ay del que acierta!

Y hétenos enfrente de otro libro que su extensión nos impide abarcar, pero del que no podemos menos de decir que sólo el emprenderlo es obra meritoria. Nos referimos á la *Declamación española*, por D. Enrique Funes, cuyo bosquejo histórico ocupa el primer tomo. Desde luego pertenece á un género de libros que tienen nuestra preferencia, por tratarse del arte, ciencia ó historia puramente nacional; y como arte de declamación, por estar conforme, en la teatral sobre todo, en que no es habilidad, sino arte verdadero, que, si bien no crea el carácter ni el diálogo, crea la representación visible y plástica del personaje, y le da sentimiento propio y personal con el gesto, la acción, la vibración de la palabra, y aun se hace aplaudir á veces sin palabra, con la arrogancia, pasión y nobleza de la apostura.

Tiene el libro del Sr. Funes muchos datos interesantes reunidos y citas muy curiosas y entretenidas: demuestra gran lectura, si bien parece muchas veces que trata en broma el asunto y como que se burla de su seriedad. Claro es que no se le puede exigir en su bosquejo histórico que nos diga cómo leían las tensas los trovadores de la Edad Media en Aragón, ni cómo declamaban los sacerdotes en las representaciones litúrgicas, ni cómo representaba Juan de la Encina, ni nada, en fin, de lo que no ha dejado rastro de ese arte que se improvisa y se pierde, sino que deduce conclusiones verosímiles de la naturaleza de lo escrito cuando hay documentos, ó de noticias fehacientes. En donde la luz se hace por completo es al llegar al arte contemporáneo, que trata con extensión y como testigo de vista. Puede asegurarse que este libro, aunque les parezca algo confuso en muchas páginas, y no sea un evangelio en cosas tan opinables y vagas como el arte de la declamación, deben leerlo, si quieren estar enterados de lo que es su profesión, cuantos se dedican al teatro.

°°°

Las pícaras economías hicieron á la mayoría del Ayuntamiento de Valladolid suprimir la pensión de tres mil pesetas que había concedido á la viuda del gran poeta Zorrilla. ¡Y en qué ocasión! Cuando se trataba de trasladar sus restos á Valladolid y de organizar una conmemoración del poeta por sus paisanos. La Sociedad de Escritores y Artistas, haciendo un verdadero esfuerzo, y porque podía disponer de un legado, acudió en parte á la necesidad, señalando á la viuda seis mil reales anuales de socorro mientras se devuelve la pensión, que en rigor correspondería al Estado. Por cierto que el acto realizado por la Sociedad de Escritores no ha sido agradecido por algún periódico, que le juzga mezquino, tratándose de una Asociación *rica*. Indudablemente, no lee quien lo escribió las Memorias anuales de la Sociedad, ni conoce sus estatutos. El capital social se invierte en renta del Estado, y sólo puede disponer la Junta de los intereses, las cuotas de los socios y los productos del baile anual: próspera es su vida con relación á las demás sociedades literarias; pero no puede pensionar: el capital crece muy lentamente, porque se hizo con ese propósito, y si hoy los socorros que da son cortos, es la única que los da, y algún día, siguiendo esa marcha prudente, tendrán los escritores algo parecido al Monte de Piedad. Si hoy se repartieran todos el capital, no recibirían cuarenta duros por persona. Es una institución de que no podemos hoy aprovecharnos: no la formamos por el egoismo de que nos sirviera, sino con el ideal de que la utilizaran los escritores pobres del día de mañana, y peor para los que no se expliquen estas obras benéficas á tan larga fecha. Y sólo nos referimos á los servicios que pueda prestar en cuanto á su riqueza y capital. Ya se quiso formar alguna que otra asociación que no dió resultado alguno provechoso.

Volviendo á la pensión de la viuda de Zorrilla, parece que los concejales que la suprimieron fijándose únicamente en la parte económica de la reforma, y en vista del mal efecto producido, cumplido ya con su conciencia como administradores, sienten deseos de remediar el mal causado y hacer algo por la memoria de su inmortal paisano, que tiene en Valladolid dos abogados excelentes, el insigne Prelado y todo el pueblo.

°°°

Un periódico que se publica en Santo Domingo (no sabemos su título, porque sólo tenemos á la vista el artículo recortado) se regocija y da como reconocimiento oficial hecho por España de los supuestos huesos de Colón que existen en la Catedral de aquella ciudad, la visita que, según indica, aunque no muy seguramente, hubo de hacer el cónsul español en aquella capital, Sr. Quintana, en compañía de los oficiales de un crucero de guerra español, á los restos de que se envanecen algunos dominicanos. Con poco se contenta el autor del artículo, y si no tiene mejores argumentos en favor del reconocimiento hecho por España de la leyenda de los restos..... Por de pronto, no creemos que nuestro amigo el Sr. Quintana, sobrino por cierto del gran poeta, y correspondiente de la Academia de la Historia, si pidió y obtuvo permiso para visitar aquellos restos, lo hiciese reconociéndolos por del primer Almirante, ni tuviera otra intención que satisfacer una curiosidad de nuestros marinos: en segundo lugar, porque no están en las atribuciones de ningún cónsul semejantes reconocimientos: en tercer lugar, porque la opinión de un correspondiente, ó aun de un académico de número, no obliga á la Academia, que además ha dado oficialmente una opinión contraria. Los restos auténticos de D. Cristóbal Colón descansan en la Habana desde su traslación solemne, legalizada en toda forma. El supuesto escamoteo de los huesos hubiera necesitado, para tener siquiera apariencias de verosimilitud, pruebas muy fehacientes, de que dista mucho la historieta en que fundan el hallazgo: más aún, si, lo que no reconocemos, fuese cierta esa leyenda, la República dominicana estaría en la obligación de restituir los restos usurpados fraudulentamente; pero hacemos justicia á la República dominicana, negando que haya habido en su suelo nadie capaz de profanar esas reliquias por medio de un juego de manos, que sólo hubiera servido para producir dudas en que padecería la dignidad humana y la verdad.

No es cuestión de españolismo: á los mismos dominicanos acudimos, pues á ellos corresponde, sobre todo, desvanecer esa pobre invención que tanto les desfavorece y volver por su buen nombre. En la catedral de Santo Domingo pudieron enterrarse, no uno, sino diversos parientes de Colón, que justifiquen un error; investíguenlo y declárenlo, pero no con el criterio que revela el autor del artículo citado, al convertir en sustancia de reconocimiento una simple curiosidad del cónsul y los marinos españoles: esto prueba en qué clase de argumentos descansa la autenticidad de aquellos restos.

°°°

Poco hemos de vivir los que no veamos en la madrugada del Viernes Santo una cruz y dos civiles en el sol, á las seis de la mañana, según anuncia el pastor Nicomedes, vecino de Villaviciosa. Este joven se dedica á guardar ganados y al arte de profetizar. Si el hecho ocurre, que nada es imposible después de las visiones que presenció Madrid en las Vistillas, será de ver el astro luminoso conducido por la pareja; y cuando el nublado nos le oculte, el terror de los hombres, al preguntarse mutuamente:

—¿Dónde está el sol que nos alumbra?

—Está en la cárcel.

°°°

—¿Sabes la lección?

—No me he atrevido á tragarme el texto por no quebrantar el ayuno.

Gedeón tiene una amiga monja.

—¿Adónde vas?—le preguntan un Jueves Santo.

—A dar el pésame á una esposa del Señor, que se ha quedado viuda.

Un sevillano que recordaba la Semana Santa de su tierra nos decía con desprecio:

—¿Esto es digno de la capital? Esta es una Semana Santa de provincias. En estos días la capital de España está en Sevilla.

—¿A qué vas á los Oficios?

—Voy por el sermón.

—Pues, amiga mía, te he estado observando todos estos días, y puedo atestiguar que te has dormido tres sermones.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

El Salvador del mundo, cuadro de Juan de Juanes, existente en el Real Museo del Prado, de Madrid —*Los peregrinos de Emaus*, cuadro de Rembrandt.—*Nuestro Señor Crucificado*, cuadro de Velázquez.—*Últimos momentos de Jesús*, cuadro de Carolus Durand.

Juan de Juanes fué uno de los más insignes artistas españoles del siglo XVI. Nació por los años de 1524 á 1525, y su verdadero nombre era Vicente Juan Macip. Pero le pareció demasiado plebeyo para quien á tan noble arte se dedicaba, y firmó Juan de Juanes toda su vida, sin saber que las obras y no la firma le habían de hacer noble y famoso.

Tomó por modelo á Rafael Sanzio, lo que bien se advierte en la nobleza del estilo, y no pintó sino cuadros religiosos. Era tan devoto como artista. No tomaba los pinceles para emprender una obra de empeño sin comulgar primero, y su estudio más parecía oratorio ó capilla que lugar profano. Como alcanzó gran reputación en su arte, encargábanle muchos cuadros, siendo tantos los que pintó, que no podríamos nombrarlos todos sin alargar desmesuradamente esta breve noticia.

Sus imágenes del Salvador son de las mejores obras que nos ha dejado, y entre ellas sobresale, por la dulzura y majestad, la que reproducimos en la página primera de este número. Viste Jesucristo una túnica morada sobre otra interior blanca, y manto encarnado. En una mano tiene el cáliz, y en la otra ostenta la hostia.

La cabeza es admirable, y ella sola prueba con cuánto fundamento ponen algunos á Juan de Juanes sobre Leonardo de Vinci en este género de pinturas.

Los peregrinos de Emaus (pág. 208) es una de las obras maestras de Rembrandt, y los mejores críticos ponderan mucho el colorido, la expresión y el sentimiento, cualidad esta última no muy propia del talento del gran pintor holandés.

Pintó Rembrandt este cuatro en 1648 para el burgomaestre Sif, de quien era muy amigo. Compróle poco después el señor de Lassay, caballero francés, y después de otras compras y ventas, fué á parar al Museo del Louvre.

En pocas obras brilla el talento de Velázquez con la majestad y fulgor que en el cuadro magistral que reproducimos en la pág. 216. La varonil y hermosísima cabeza de Cristo corona admirablemente aquel cuerpo de tan bien calculadas proporciones, que no peca de robusto ni de excesivamente endeble y flaco. En vez de estar como colgando de la Cruz, según otros artistas le han representado, aparece adosado á ella, descansando sobre los pies. Fino lienzo envuelve sus caderas, y de las heridas que los verdugos le causaron mana la sangre gota á gota. En el cartel que está sobre la Cruz léese con suma claridad la inscripción: *Jesus Nazarenus, rex Judeorum*, escrita, no sólo en latín, sino también en hebreo y griego.

La figura es de tamaño natural, y el estilo el segundo del autor.

Carolus Durand es uno de los primeros pintores franceses del corriente siglo, y singular sobre todo como retratista. Por cierto que habiendo pasado bastante tiempo en España y estudiado con grande atención á Velázquez, en muchas de sus obras descubre la huella de la impresión que en su ánimo ha dejado aquél. La mejor prueba de ello es su *San Francisco de Asís*, pintado en 1868.

En los *Últimos momentos de Jesucristo*, Carolus Durand ha sabido mostrarse digno de tal maestro. Hay en el cuadro una majestad, un tono sombrío y terrible que domina el ánimo más rebelde al misticismo. Los lectores encontrarán reproducida esta obra artística en la pág. 217.



LA SEMANA SANTA EN ROMA.

No cabe duda de que Jerusalén es el paraje en que mejor se siente la sublime grandeza del drama terrible que acabó en el Calvario; pero en Roma se admira mejor la pompa y majestad con que la Iglesia le conmemora. Si en los Santos Lugares son más vivos los recuerdos del Salvador, de las santas mujeres que le lloraron y de sus amados discípulos, en Roma están todos los esplendores del culto y todos los recuerdos de diez y ocho siglos de pontificado. Quizás no lleguen esplendores y recuerdos á igualar al infinito placer que en un alma bien formada produce la contemplación de la Vía Dolorosa y del Gólgota: pero sin duda nada hay que pueda compararse á Jerusalén sino es Roma.

Millares de peregrinos acuden de todos los países del orbe católico á recibir el domingo de Ramos las palmas benditas. Los artistas romanos las hacen muy bonitas, adornándolas con rosas y tulipanes, que maravillan á los fieles del Norte de Europa, poco acostumbrados á contemplar en su estado natural estas hermosísimas obras de la Naturaleza.

A los que están dentro de la basílica de San Pedro danles las palmas en la sacristía, y tal es el afán de los peregrinos por cogerlas, que se empujan, codean y atropellan sin consideración á lo sagrado del lugar. El sacristán las reparte con calma, como hombre acostumbrado á tales escenas. (Véase el grabado de la pág. 224.)

Las palmas son todas de San Remo, pueblecillo del golfo de Génova, que gana no poco dinero con el privilegio de que goza. Cuentan que le consiguió del siguiente modo:

Ocurrióle al papa Sixto V trasladar á la plaza de San Pedro el obelisco del circo de Calígula y Nerón, y como la empresa ofrecía graves inconvenientes, hiciéronse para llevarla á feliz término grandes preparativos, que dirigió el famoso arquitecto Domenico Fontana.

Llegó el día de levantar el obelisco en el lugar en que lo mandara el Pontífice. Llenaba la plaza una muchedumbre innumerable, y para que no se produjeran tumultos que malograsen la operación, se prohibió hablar y gritar, bajo pena de muerte.

En medio de un silencio sepulcral iba irguiéndose la enorme masa, levantada por el impulso de fuertes cabrias y cabrestantes que tiraban de las cuerdas á que estaba atada. Ya faltaba poco para ponerla de pie, cuando se advirtió el peligro de que las dichas cuerdas comenzasen á arder. Nadie se atrevía á decir una palabra, temerosos todos de la pena impuesta al que hablase, cuando de pronto oyóse una voz que gritó:

—¡Agua á las cuerdas!

El consejo era excelente. Ejecutóse luego, y la operación terminó con bien.

Esto no obstante, cogieron los esbirros al consejero, aunque tan oportuno, y le llevaron á la presencia de Sixto V.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó el Pontífice.

—Bresca.

—¿De dónde eres?

—De San Remo.

—¿Qué oficio tienes?

—Marinero.

—¿Sabes la pena que se impuso al que hablase?

—La sé. Pero he preferido arriesgar la vida á que la perdiesen cientos de personas que iban á quedar aplastadas por el obelisco.

—¿Qué premio quieres por el bien que has hecho?

—Para mí ninguno. Pero quiero para mi pueblo el privilegio de la venta de las palmas de Semana Santa. Porque en mi pueblo hay muchas palmas, Santísimo Padre.

—Concedido—replicó el Pontífice—por mí y por mis sucesores.

Tal es la historia del privilegio de San Remo. No la damos por nueva. Falta que tampoco sea verdadera.

La procesión simbólica que sigue á la bendición de las palmas es una de las más solemnes ceremonias de la Semana Santa en Roma; pero á todas aventaja el oficio de Tinieblas, que antes se celebraba en la Capilla Sixtina y ahora en una de las naves de la iglesia de San Pedro.

El Viernes Santo, después de las Tinieblas, expónense en el balcón de la Santa Verónica las sagradas reliquias, que los presentes adoran humilde y fervorosamente. (Véase el grabado de la pág. 212.) Estas reliquias son el Santo Sudario, un pedazo de la verdadera Cruz, y la lanza con que Nuestro Señor fué herido en el costado.

La consagración del santo Oleo se hace el Sábado Santo en San Juan de Letrán, bajo el admirable ábside nuevo, obra comenzada y terminada en el actual pontificado, aunque proyectada en el de Pío IX. Oficia en esta ceremonia el Cardenal-arcipreste de la basílica, cargo que tiene actualmente Mons. Parocchi. En el centro ponen una mesa muy grande, y en torno de ella, según se ve en el grabado de la pág. 220, se colocan los canónigos, diáconos y subdiáconos. Acabadas las preces, dirígense todos al Baptisterio, que está fuera de la basílica. En este Baptisterio vertió el papa San Silvestre sobre la cabeza del emperador Constantino el agua redentora.

La emperatriz Santa Elena, madre de aquel Emperador, trajo de Jerusalén á Roma, como una de las más venerandas reliquias del Salvador, la escalera del Pretorio que Jesús bajó con la Cruz á cuestas después de azotado tan cruelmente por los sayones.

Es de mármol tirio, del que no se encuentra el menor vestigio en ningún edificio de Roma, y tantos peregrinos la habían subido ya en tiempo de Clemente XII, que este Papa mandó que todos los escalones, menos el primero, se cubriesen de madera, pues las rodillas de los fieles habían gastado el mármol. Son estos escalones diez y ocho, y en cada uno de ellos se reza una oración. Al llegar al escalón descubierto, todos besan el sitio en que aun se ven algunas gotas de sangre del Salvador. (Véase el grabado de la pág. 224.)



LA SEMANA SANTA EN JERUSALÉN. (Véase el artículo *La Vía Dolorosa* del Rdo. P. D. A. M. de Barcia en esta misma página.)



EMMO. SR. D. FRANCISCO DE PAULA BENAVIDES Y NEGRETE,

cardenal arzobispo de Zaragoza.

El cardenal Benavides era uno de los muchos miembros ilustres de la Iglesia española, si combatida por fuertes y sañudos enemigos, sustentada por sabios insignes y valerosos, que sin descanso han combatido por la fe de nuestros padres allí donde ha sido necesario.

Era ya muy anciano, pues había nacido en 1810. De Baeza, su patria, pasó á estudiar á Granada, ordenándose de sacerdote á los veinticinco años. Después fué cura de Colmenar de Oreja, y luego (desde 1840) profesor de Religión y Moral en Baeza. Subió de este cargo al de arcediano de Úbeda, luego al de diácono de la catedral de Córdoba, y, por último, al de obispo de Sigüenza, en 1857. Veinte años después le presentó el Gobierno para el patriarcado de las Indias, y no sólo le aceptó el Soberano Pontífice, sino que le hizo cardenal. El 81 pasó á ocupar la silla arzobispal de Zaragoza, vacante por fallecimiento de D. Manuel García Gil, y en tan importante puesto se hallaba cuando ha fallecido.

Tenía la gran cruz de Carlos III, y pertenecía á las Academias de la Lengua y de la Historia, cuyas distinciones debía á su singular mérito.

Publicamos el retrato del cardenal Benavides en la página 221.

G. Reparaz.

LA VÍA DOLOROSA.

El trayecto que recorrió el Salvador cargado con la Cruz, llamado generalmente *Vía Dolorosa*, y por nosotros, con más poética, aunque menos exacta frase, *Calle de la Amargura*, atravesaba casi enteramente á Jerusalén, desde la Torre Antonia, residencia de los gobernadores romanos, próxima al Templo, cuyos muros son los mismos de la ciudad por la parte de Oriente, hasta la puerta Judiciaria, situada al Occidente, cerca del sitio llamado por los hebreos *Gólgota*, donde eran ejecutados los reos de muerte.

Sigue el trayecto la depresión que separa los montes Moria y Bezeta, sobre los que se extiende la ciudad, y está compuesto de dos calles rectas, que aunque siguen la misma dirección, no se corresponden, y el trozo de una transversal que las une, cortándolas oblicuamente. Llevan hoy los nombres de *Tariq Sitti Mariam* la primera, *Tariq es Sarai* la última, y *Tariq Hoch Akhia* la transversal. La disposición del terreno, y la situación, conocida, de la Torre Antonia, del Pretorio y del Foro romano, de todo lo cual subsisten vestigios, no dejan la menor duda de que, á pesar de los trastornos sufridos por Jerusalén, y de haber sido casi arrasada por los vengadores ejércitos romanos, la que reconocemos hoy como Vía Dolorosa es efectivamente la que recorrió Jesús al ser conducido al Calvario.

Las dos calles de que principalmente se compone presentan muy diverso aspecto. La primera, más ancha y despejada, constituída, en gran parte, por tapias blanquecinas, alzándose en ella el moderno convento de las *Dames de Sion* y la hospedería austriaca, es alegre y recuerda bastante algunas calles de arrabal de nuestras poblaciones meridionales. La segunda, *Tariq es Sarai*, estrecha, sombría, formada por edificios de piedra obscura, y cruzada por recios arbotantes, es melancólica y trae á la imaginación calles de las ciudades de la Edad Media.

Desde el Pretorio, situado en la parte más baja de Jerusalén, la vía sube en pronunciada cuesta hasta salvar la loma formada por la cumbre del Bezeta; baja luego hasta el trozo de calle transversal, y vuelve á subir en cuesta mucho más pendiente hasta lo que fué puerta Judiciaria.

Ocupa hoy el área del antiguo Pretorio un cuartel turco; en la explanada que le sirve de patio, una construcción aislada, como de cinco metros en cuadro, cubierta por cúpula, marca el sitio en que, según la tradición, el Salvador fué coronado de espinas y escarnecido por la soldadesca romana. En la tapia del mismo cuartel, por la parte exterior, vese señalado el sitio de la gradería de mármol que del Pretorio descendía al Foro, por la cual el Salvador subió y bajó al ser condenado á muerte. Esta gradería del *Gaaba* ó *Litostrotos*, que los sacerdotes judíos, los fariseos, etc., excusaban pisar para no quedar legalmente impuros, y sobre la que se marcó la huella ensangrentada de Jesús, fué llevada por Santa Elena á Roma y colocada en el Oratorio Lateranense, donde el pueblo cristiano la venera continuamente subiéndola de rodillas.

Frente á este sitio, á la otra parte de la calle, unos quince metros más arriba, se encuentra la capilla de un convento de franciscanos, edificado sobre el Foro en el cual sufrió el Salvador la pena infamante y cruel de la flagelación, acaso atado á una de las columnas de los pórticos.

En el sitio mismo en que, según la tradición, fué azotado, se edificó, en 1838, la capilla actual, desacertadamente, por no haber cuidado de conservar el carácter que restos de las construcciones romanas daban á aquel lugar.

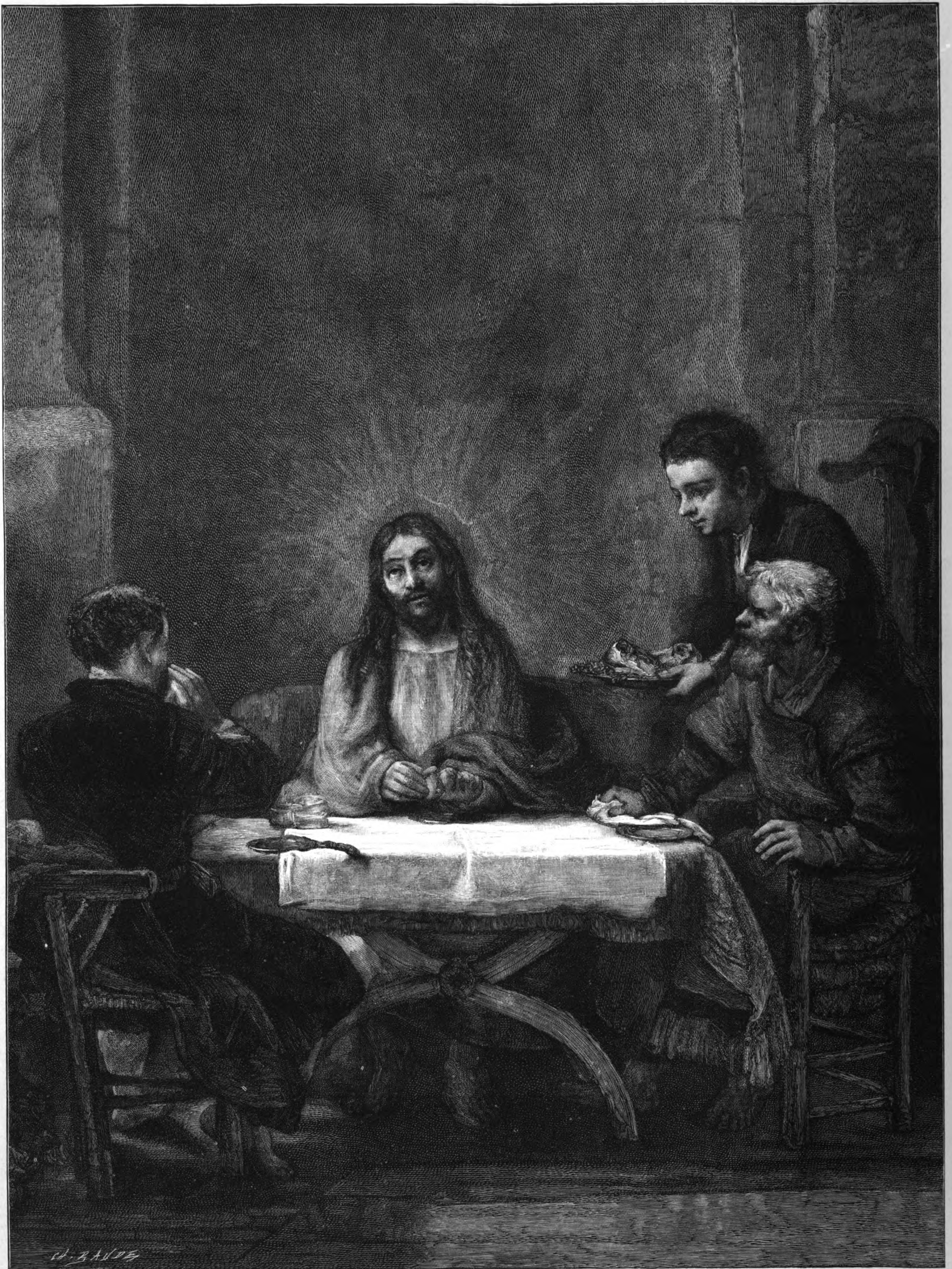
Algo más lejos, en la misma vía, vese un gran arco, que va á empotrarse en el moderno colegio de las *Dames de Sion*. Los cruzados llamaron á este arco *Puerta Dolorosa*. Parece, efectivamente, que fué la puerta triunfal del recinto de las grandes construcciones romanas de Jerusalén, y que estaba formada por tres arcos, más pequeños los laterales que el central. Gran parte de éste, recargado con edificaciones posteriores, es la que se ve sobre la calle; y dentro de la iglesia de las *Dames de Sion*, formando, con singular acierto, el trasaltar de la misma, restaurado como deben restaurarse las cosas, es decir, dejado en toda su primitiva rudeza, sin la más pequeña añadidura, se ve, y su vista impresiona profundamente, uno de los arcos laterales, desde cuya plataforma se cree que fué presentado Jesús, azotado y coronado de espinas, al pueblo que llenaba el Foro, cuyos ámbitos hizo resonar con el grito de: «*¡Crucifícale..... que su sangre caiga sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos!*» Imprecación tremenda, cuyo cumplimiento hiere con insólita fuerza la mente al recorrer Jerusalén. Llámase hoy este arco del *Ecce Homo*. Por debajo de él pasó el Redentor, cargado con la Cruz que había tomado sobre sus hombros al pie de la gradería del Pretorio.

En el trozo de la Vía Dolorosa formado por la calle transversal, en el que hoy se ve una construcción con ojivas tapiadas, llamada *Baños del Sultán*, cayó por primera vez el Salvador, precisamente en el punto en que termina la rápida cuesta y vuelve bruscamente la calle: circunstancias que aumentarían en extremo la dificultad de sostener la pesada y larga Cruz, al que por los recientes tormentos se encontraba desangrado y exánime. Un trozo de columna señala este lugar.

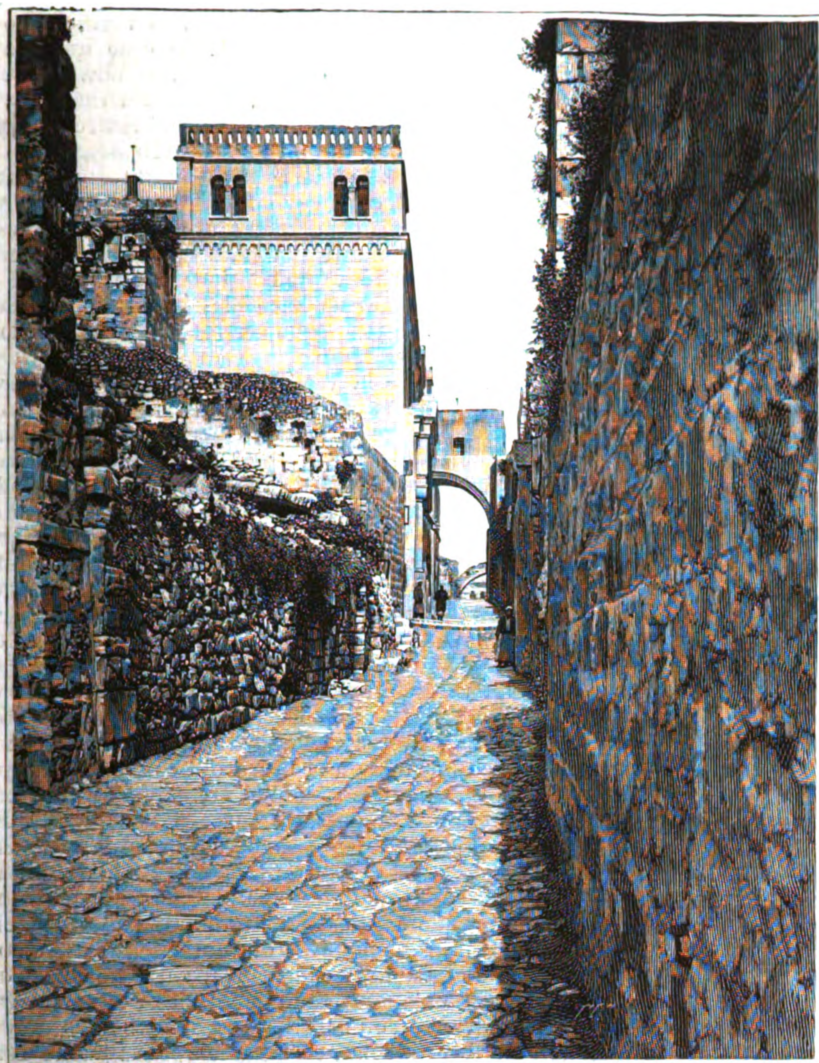
Poco más allá, enfrente del *Tariq es Sarai*, desemboca un tortuoso callejón que arranca del Pretorio, cuyos muros, ó los de la Torre Antonia, parece que debió rodear en lo antiguo. Por él bajó la Virgen, acompañada de San Juan y de las santas mujeres, para salir al encuentro de Jesús. A los pocos pasos, ya en la entrada del *Tariq es Sarai*, en que empieza la agria cuesta de la Vía, obligaron al Cirineo á llevar la Cruz del Salvador. El Texto Sagrado dice: «Obligaron á uno que pasaba, Simón, Cirineo (de Cirene, ciudad de Libia), que venía de una granja y que era padre de Alejandro y de Rufo, á cargar con la Cruz» (1). Parece que este hombre, gentil, era jardinero ú hortelano. Acompañado de sus dos hijos, niños, cuyos nombres cita el texto, había entrado en Jerusalén por la puerta de Damasco y siguiendo la calle, hoy *Tariq Hoch Akhia*, se encontró detenido en este punto por el paso de la dolorosa comitiva.

No mucho más lejos, la denodada discípula de Jesús que vivía en aquella calle, le tributó el piadoso homenaje de presentarle un paño para limpiarse el rostro. Era costumbre antigua de los orientales, y particularmente de los hebreos, que manifestaba respeto y cariño, ofrecer un paño (propiamente *sudario*) para que la persona que venía de fuera ó estaba afligida se limpiara el sudor ó las lágrimas. La tradición que nos ha conservado la

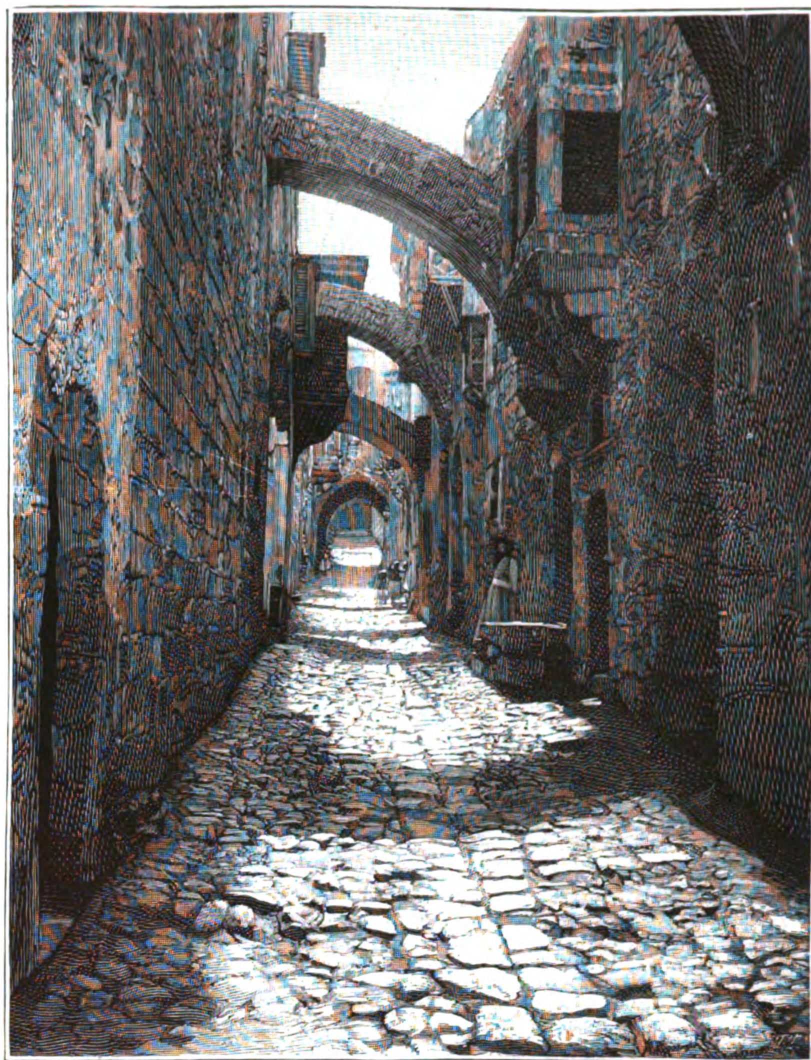
(1) Marc., XV, 21.



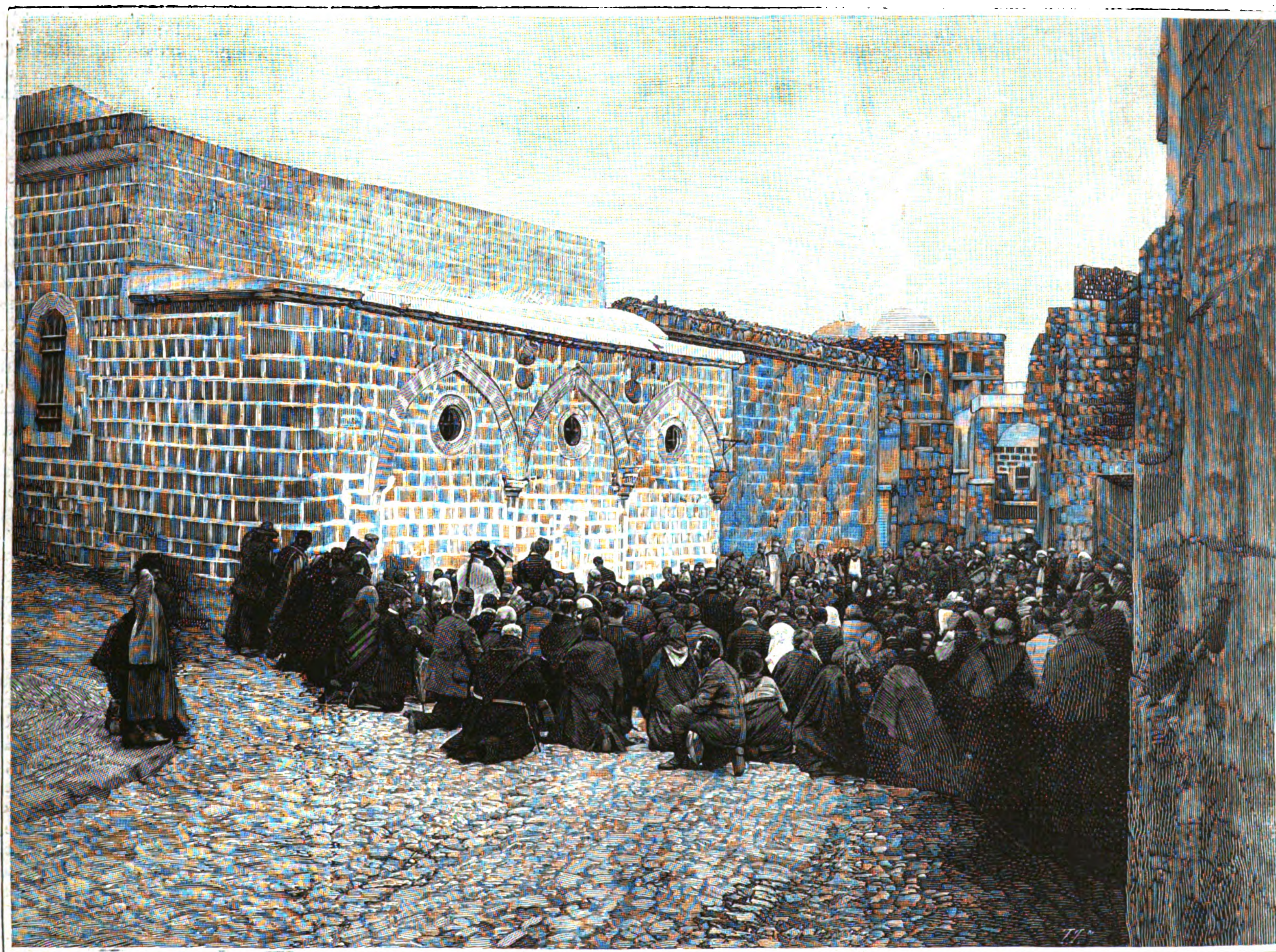
LOS PEREGRINOS DE EMAUS.
FRAGMENTO DE UN CUADRO DE REMBRANDT.



VÍA DOLOROSA.—CAPILLA DE LA FLAGELACIÓN, Ó «TARIQ SITTI MARIAM».

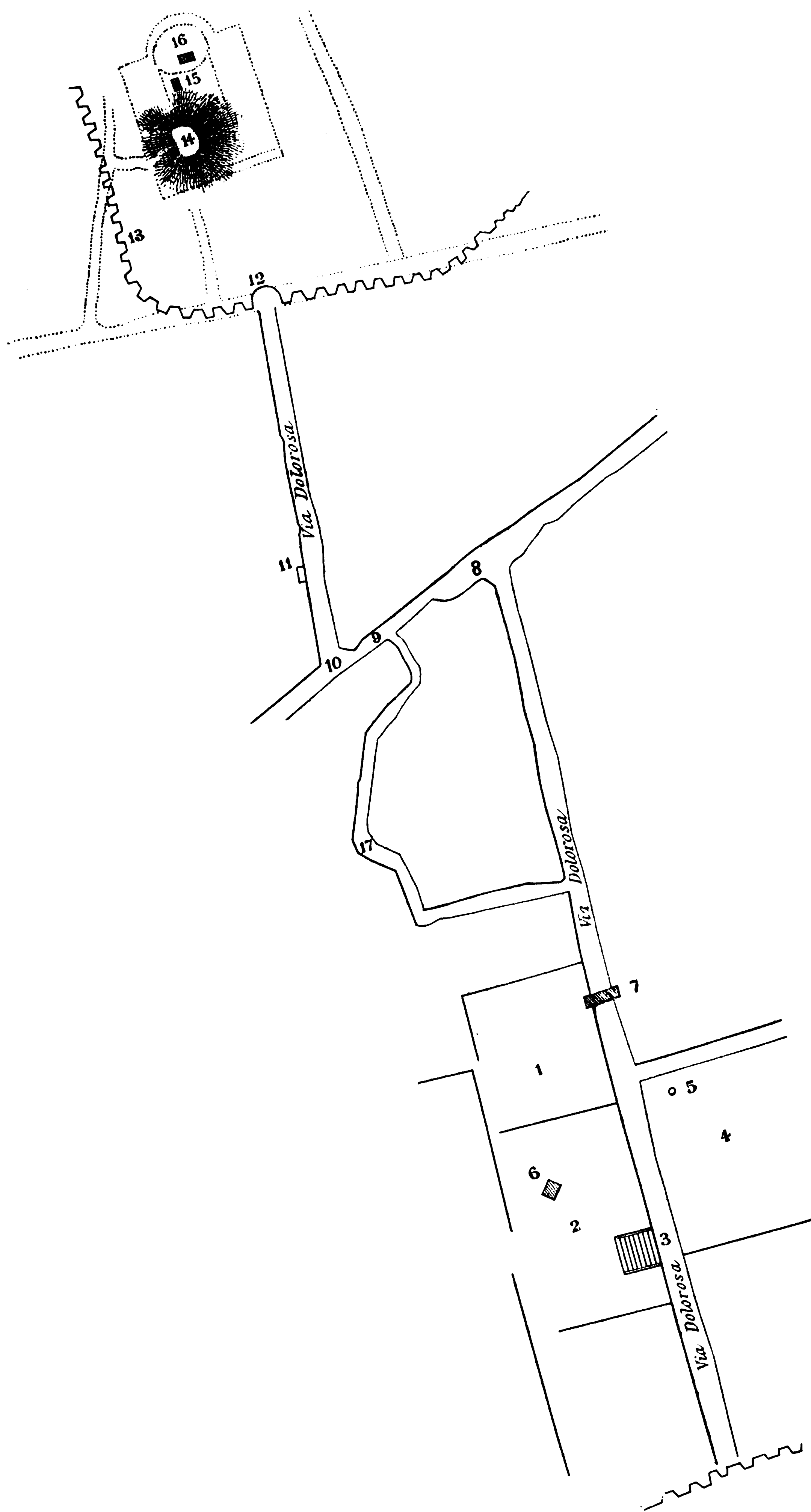


VÍA DOLOROSA.—«TARIQ ES SARAI», Ó SITIO EN QUE LA VERÓNICA ENJUGÓ EL ROSTRO AL SALVADOR.



VÍA DOLOROSA.—LOS FIELES RECORRIENDO EL «VÍA CRUCIS» Y REZANDO LA TERCERA ESTACIÓN EN EL PROPIO LUGAR EN QUE CAYÓ JESÚS LA PRIMERA VEZ

(De fotografías proporcionadas por el Rdo. P. D. Angel M. de Barcia.)



JERUSALÉN.—LA «VÍA DOLOROSA» Ó «CALLE DE LA AMARGURA».

1. La Torre Antonia.
2. Pretorio. Lugar en que Jesús fué condenado á muerte.
3. Escala del Pretorio.
4. Antiguo Foro romano. Lugar en que recibió la Cruz.
5. Columna de la flagelación, que acaso formara parte de los pórticos del Foro.
6. Lugar del Pretorio en que el Salvador fué coronado de espinas é injuriado por los soldados romanos.
7. Arco del Ecce-Homo.
8. Lugar en que, por primera vez, cayó el Salvador llevando la Cruz.
9. Lugar del encuentro con su Santísima Madre.
10. Lugar en que obligaron al Cirineo á llevar la Cruz.
11. Lugar en que la Verónica limpió el rostro al Salvador.
12. Muralla antigua y puerta Judiciaria donde, al salir el Salvador, cayó segunda vez.
13. Lugar en que consoló á las Hijas de Jerusalén.
14. El Gólgota. Lugar en que fué crucificado el Salvador.
15. Piedra de la Unción, en la que fué depositado el cuerpo del Salvador para embalsamarle.
16. Santo Sepulcro.
17. Calle por donde bajó la Virgen con San Juan y las Santas mujeres, para salir al encuentro del Salvador.

memoria del piadoso acto de esta mujer y del lugar de su casa, á cuya puerta se verificó, no nos ha conservado su nombre. Se cree que era Seraphia. El pueblo cristiano la venera con el de Verónica (de *vera icon*, verdadera imagen), por el lienzo en que quedó impreso el rostro de Cristo, y con el que se la ha representado siempre.

Terminaba la calle en la puerta Judiciaria, al salir por la cual cayó segunda vez el Salvador. De ella, como del antiguo muro, sólo quedan restos; hoy cruza por allí una calle de las más concurridas de Jerusalén, que conduce á la puerta de Damasco. Cuando se hace el *Vía crucis*, el alto en esta estación tiene que ser muy breve para no entorpecer el tránsito.

El resto de la Vía Dolorosa, fuera entonces de la ciudad, está completamente cambiado, y es imposible formarse idea del aspecto que presentaría. La puerta Judiciaria viene á caer en el centro de la Jerusalén actual. Muy pocos años después de la Crucifixión, el Calvario estaba ya comprendido en el circuito de los muros. Hoy forma toda aquella parte el cuartel cristiano. El espacio entre la puerta y el Calvario era corto; el terreno sigue subiendo; pero la altura de la roca que formaba el lugar llamado Gólgota apenas se levantaría seis ú ocho metros sobre lo demás.

La tradición marca el lugar en que Jesús consoló á las hijas de Jerusalén, y el en que cayó por tercera vez, muy cerca ya del Calvario. Una piedra empotrada en el muro del convento griego de San Caralambos señala el primero, y en un bazar, frente á un monasterio copto, dos columnas indican el segundo, próximo ya á la iglesia del Santo Sepulcro. Al entrar en ésta, se ve á la derecha doble escalera que conduce al Calvario, completa y deplorablemente desfigurado. Una piedad con la que la Arqueología y el sentimiento estético no han de estar muy conformes, y que yo comprendo poco, ha transformado aquel sitio, el más sagrado de la tierra, en capillas semejantes á las de cualquier otra iglesia, en las que apenas puede descubrirse por algunos sitios la roca.

En la cima del Calvario termina propiamente la *Vía Dolorosa;* pero se hace extensiva á otros dos lugares santos: aquel en que José de Arimatea y Nicodemus lavaron y ungieron el cuerpo del Señor después de bajarlo de la cruz, y el Santo Sepulcro en que fué depositado.

El embalsamamiento del Divino cadáver se verificó al pie del Calvario, sobre una lastra de las que formaban el piso; consérvase en su mismo puesto, próxima á las escaleras del Calvario, y frente precisamente de la puerta de la iglesia. Se la llama *Piedra de la Unción*. Cúbrela gran losa de mármol, rodéanla ricos blandones de Latinos, Griegos y Armenios, y arden continuamente sobre ella muchas lámparas. El primero y último acto de piedad de cuantos visitan el templo es besar la *Piedra de la Unción*.

El Sepulcro, que dista de ella unos cuarenta pasos, estaba formado por una pequeña estancia cuadrada abierta en la roca. En el fondo, una abertura circular de casi setenta y cinco centímetros de diámetro, daba paso al Sepulcro, que es otra estancia, aún más pequeña, ocupada en toda su longitud, escasamente de dos metros, y en más de la mitad de su anchura, poco más de uno, por el banco cortado en la misma piedra y adosado al muro, sobre el que se depositaba el cadáver, cerrando después el hueco circular con una gran piedra adaptada exactamente al mismo. Conserva hoy el monumento su primitiva disposición interior, y en la estancia que propiamente constituye el Sepulcro, existe el banco de piedra sobre el que descansó el cuerpo del Redentor, y si no toda, gran parte de la roca de que está formada. Otra parte, sobre todo la superior, con los destrozos, reparaciones, incendios, reconstrucciones, etc. ocurridos en el transcurso de veinte siglos, ha perecido. El primero, y me atrevo á decir, el más funesto paso para la descaracterización del monumento, fué el transformarle de gruta sepulcral en capilla aislada, que quedara en el centro de la rotonda cuando se edificó la primitiva basílica. El Sepulcro está revestido de tablas de mármol blanco. De lo mismo es toda la capilla actual, construída á principios de este siglo. Aunque de escaso valor artístico, en conjunto no produce mal efecto, y su parte anterior, cubierta completamente de objetos devotos, cuadros, lámparas, vasos de colores y con monumentales blandones ante la puerta, tiene aspecto de un gran relicario, y despierta el sentimiento religioso. En el interior de la capilla, iluminado tibiamente por numerosas lámparas, se conserva un trozo de la piedra que cerraba el Sepulcro. El hueco circular ha sido abierto hasta el suelo, formando estrechísima entrada, que escasamente tendrá un metro de altura. Por ella se penetra, jamás sin viva emoción, en el Sepul-

cro. El estrecho espacio que deja libre el banco de piedra, altar al mismo tiempo, permite estar arrodilladas cinco personas, que al inclinarse, tocan con la frente el mármol del Sepulcro. En el mundo no puede haber para el cristiano lugar más sacrosanto, ni más apto para sentir la propia miseria y la bondad divina.

El recorrer la Vía Dolorosa, conmemorando los sufrimientos del Salvador y deteniéndose á orar en los sitios señalados particularmente por alguna circunstancia del paso de Jesús al Calvario, es ejercicio piadoso que no ha dejado de repetirse desde el mismo día de la Redención. La Virgen, los Apóstoles, los discípulos, no puede dudarse, empezaron á hacerle en aquellos mismos días; los cristianos de todos los siglos le han seguido practicando hasta los nuestros. Los que no logran encontrarse en Jerusalén, allí donde están hacen el *Via crucis*, trasladándose en espíritu á la Ciudad Santa. En ella todos los viernes recorren los Franciscanos la Vía Dolorosa, haciendo públicamente el *Via crucis*; y con frecuencia se ven personas que aisladamente la recorren también, arrodillándose y orando en las estaciones, sin que esto llame la atención á nadie. El *Via crucis* del Viernes Santo es imponente y conmovedor; el número de personas es crecidísimo, y entre ellas suelen verse de los puntos más distantes del globo.

Aun sin hacer el *Via crucis* ni llevar determinado propósito religioso, la Vía Dolorosa, solitaria siempre, excepto en el punto por donde la corta la calle que conduce á la puerta de Damasco, inspira inexplicable melancolía; es imposible al cristiano no recordar en tal sitio las grandes escenas de la Pasión: se amortigua el alboroto mundano de falaces sentimientos que de ordinario agita y ciega el espíritu; surge la conciencia de nuestra solidaridad con los inicuos que tan cruelmente arrastraron por allí á la muerte á la Víctima santa; y al mismo tiempo, surge también suave confianza de que por esa Víctima divina no serán estériles sufrimientos las penas que á cada uno de nosotros ofrece el camino de esta vida, que es en el fondo, aun para los felices de la tierra, Vía Dolorosa que termina en un Calvario.

A. M. de Barcia.

LA VICTORIA DE LA CRUZ.

CUENTO DE HADAS.

Allá en los tiempos en que la ley de gracia empezaba á clarear en las regiones hiperbóreas entre las tinieblas del paganismo, y en que las lamias maléficas lo revolvían y trastornaban todo con sus perversas hechicerías, había un rey muy sabio y virtuoso, llamado Eufranor, como el antiguo y famoso pintor de Corinto, el cual amaba con pasión á su bella esposa la reina Arminda. Sólo le faltaba á este rey para ser enteramente feliz tener descendencia á quien dejará su muerte la corona; porque en aquel país, cuyo nombre callan las historias, ya en tan remota época la monarquía era hereditaria sin distinción de sexos, y lo mismo subían al trono las hembras que los varones. Hizo la Reina una larga y penosa peregrinación á Roma, donde oró con gran fervor ante el sepulcro de San Pedro, para que el poderoso Príncipe de los Apóstole fuese propicio á sus votos; y al cabo de un año comprendió que iba á ser madre, lo cual colmó al Rey de alegría. En acción de gracias, edificó en la capital de sus Estados un hermoso templo al Santo Apóstol, su protector; las hadas benéficas, que, con su reina Esterela al frente, se habían en aquella época declarado protectoras de todas las gentes de buena fe, y que, sin saberlo los dos esposos, aunque presumiéndolo por el buen éxito constante de sus empresas, estaban prontas á ayudarles en todos sus piadosos propósitos, inspiraron tal actividad á los constructores, que en menos de quince días vieron los vasallos maravillados erigido el templo y en disposición de ser decorado, pintado y alhajado con cuanta magnificencia daba de sí el arte en aquel país.

Pero el alumbramiento de la Reina, al llegar su tiempo, se presentó dificultoso, en términos que los médicos del Rey llegaron á pronosticar que la criatura no podría lograrse sin sacrificar á la madre, y que para salvar á ésta habría que sacrificar á la criatura. En tan terrible trance, Eufranor, que idolatraba á Arminda y prefería su vida á todos los bienes del universo, dijo á sus médicos: «¡Sálvese la Reina á toda costa!» Mas los ministros y áulicos, mirando al bien del Estado antes que al afecto del Monarca hacia su esposa, puestos de acuerdo con los médicos, tramaron secretamente el modo de que la criatura se salvase á costa de la madre; y habían logrado ya con engaño que se administrase á la Reina á media noche cierto funesto brebaje, cuando la camarera encargada de ejecutarlo se sintió acometida de un profundo letargo á la hora concertada, sin poder llevar la traidora copa á los labios de Arminda. Presentóse en su lugar tomando su figura una maligna lamia, la cual, penetrando sola en el dormitorio donde la Reina yacía presa de mortales congojas y casi á punto de expirar, hizo que Eufranor cerrase las puertas, y apareciéndosele entonces de pronto en su verdadera forma de mujer con torso y rostro de deslumbradora belleza, y alas y garras de dragón, le dijo con voz de irresistible encanto:

—Yo salvo á la dulce compañera de tu vida sin que perezca el fruto que lleva en sus entrañas, si me cedes la criatura, á quien te prometo hacer dichosa, y si, renunciando por completo todos tus derechos sobre ella, me juras que no has de procurar jamás disputarme su posesión.

—¡Lo juro!—respondió el Rey en medio del estupor que le embargaba el sentido.

E inmediatamente la lamia se acercó al lecho, tomó en sus brazos á Arminda, se la entregó al Rey llena de júbilo y de vida, y recogiendo una hermosa niña que la madre, sin sentirlo, había dejado entre las sábanas, como un capullito desprendido de un ramo de flores, desapareció por la ventana del dormitorio, que se abrió de par en par por sí sola, llevándose por los aires la preciosa carga, galardón de su perfidia, en cuya frente estampó un beso, sonoro como un estallido, que trocó en terror el asombro del Rey.

Esto pasaba de noche, á la incierta claridad de una luna medio velada por errantes nubecillas; y los cortesanos que salieron al parque del palacio al saber el estupendo suceso, vieron como una blanca ráfaga lejana que rápidamente se dirigía al ocaso, en la cual se vislumbraba á intervalos un rutilante lucero. Era la marca de esclavitud puesta por la lamia hechicera á la niña en medio de la frente al emprender con ella el vuelo: marca que sólo lucía en la sombra, y con la claridad se amortiguaba.

⁂

La lamia que con tal astucia arrebató su hija á la reina Arminda habitaba con otras compañeras suyas un soberbio palacio submarino, con columnas de cristal, bóvedas de ópalo y zafiro y guirnaldas colgantes de perlas y corales; palacio que habían dejado desierto las ondinas de los antiguos coros de genios de las aguas, en cuanto oyeron resonar en las riberas donde ejercían su imperio los primeros tañidos de las campanas de los santuarios. Menos tímidas que sus predecesoras, cuyos ardides tenían por objeto seducir á los incautos que se entregaban demasiado confiados al dulce atractivo de las aguas corrientes, para ahogarlos en su fondo, las lamias arrostraban el odiado clamor de los sagrados bronces y los cantos de la liturgia cristiana; se mantenían en la ofensiva empleando sus diabólicos artificios, y en guerra abierta contra las nuevas ideas que iban regenerando el mundo. Suscitando tempestades, hacían naufragar las naves portadoras de misioneros evangélicos; impeliendo los huracanes, derribaban las torres de las iglesias en que aun no estaban enhiestas las cruces; cabalgando como briosos demonios en invisibles legiones sobre las brisas nocturnas, sembraban los infecciosos gérmenes que recogían en las pútridas emanaciones de los pantanos, difundiendo los estragos de la peste, y con ellos el espanto y la desolación: males que sólo habían de cesar con el triunfo definitivo de la Cruz.

Cuando las lamias salían de su palacio para hacer sus maleficios, tomaban formas adecuadas al acto que habían de poner por obra. En las grandes calamidades públicas, se identificaban, por decirlo así, con los agentes naturales más destructores; para consumar sus agresiones contra las personas aisladas ó las familias, se valían de formas ya seductoras, ya repugnantes ó formidables; unas veces eran hermosas sirenas, otras arpías ó brujas harapientas, y obraban separadamente, como lo hizo la lamia que se apoderó de la recién nacida Princesa de nuestro cuento.

Mas el poder de estos genios maléficos no era tan absoluto que estuviera la humanidad supeditada á su funesto capricho; era, por el contrario, excepcional y transitorio, como son siempre los males en el mundo. Opuestas á las lamias, había hadas benéficas, genios asimismo invisibles, dotados de un poder más constante y eficaz que el de aquéllas. Por su mediación en las cosas de los mortales de sana intención y bien inclinados, había siempre subsistido en la tierra la noción de lo bueno y de lo justo, y estas hadas precursoras del Cristianismo le acompañaban como auxiliares en los países nuevamente rescatados de las tinieblas de la idolatría. A medida que estos genios bienhechores iban allanando el camino á los monjes benedictinos, propagadores de la luz evangélica, las falsas divinidades del paraíso escandinavo, las walkirias, que daban la inmortalidad con el hidromel á los héroes inmolados en los campos de batalla; las sílfides, genios del aire; las elfas, genios de la luz y de las sombras, y los demás espíritus de los bosques, de las montañas, de los lagos y de los ríos, fueron huyendo en confuso tropel á sepultarse en los abismos de las antiguas supersticiones, con sus compañeras las diosas y ninfas y demás personificaciones de los genios celestes, terrestres, marinos é infernales del Olimpo griego y de las mitologías egipcia, oriental y romana. Sólo subsistieron como más pertinaces, y por divina tolerancia, para probar y acrisolar la fe de los nuevos cristianos, las lamias y brujas, las cuales fijaron sus dominios principalmente en los países del Norte, entre los sencillos y crédulos habitantes de las montañas.

⁂

La hermosa criatura que una lamia traidora robó al amor de la reina Arminda, y á quien las perversas hechiceras llamaban *Estrella* por la que de noche brillaba en su frente, permanecía encerrada en un solitario castillo oculto en la espesura de una enmarañada selva, á la cual nadie osaba acercarse por los imponentes rugidos de fieras sobrenaturales que se decía resonaban en sus contornos. Allí estaba entregada á un no interrumpido y profundo sueño, sin darse cuenta de su estado, ocupando el centro de una deliciosa glorieta de flores y plantas olorosas, en lecho de jazmines y madreselva. Para llegar hasta ella había que atravesar un peligroso puente, angosto como un listón de madera, tendido sobre un profundo foso, en cuyo obscuro y cenagoso fondo bullía una asquerosa caterva de endriagos y reptiles de horrendo aspecto y descomunal tamaño. En medio del letargo en que se hallaba sumergida Estrella, crecía y aumentaba de día en día su hermosura, sin que nadie visiblemente cuidase de sostener aquella preciosa vida. Las lamias la tenían destinada para esposa del Príncipe pagano más grande, más valeroso y más enemigo de Cristo que había á la sazón en toda la tierra septentrional de Europa. La guarda de Estrella estaba confiada á un monstruoso dragón de cuerpo escamoso y zarpas de tigre, que, instalado en la única puerta exterior del castillo, no dormía nunca, y lanzaba de sus encendidos ojos miradas como rayos, y de sus horrendas fauces atronadores aullidos.

El Príncipe á quien Estrella estaba destinada era el hermoso Florimundo, cuyas proezas pregonaba la fama, hijo del tirano Rodomonte, terror de las naciones circunvecinas, al cual sólo tenía á raya en sus veleidosas invasiones el prudente y poderoso Eufranor. Colindaban los Estados de ambos reyes, y Eufranor miraba con recelo dilatarse los dominios de su vecino, á causa principalmente de las victorias de su hijo. «Si Florimundo no fuese un idólatra y á mí me fuera dado recobrar á mi hija (pensaba él), quizás una alianza matrimonial podría asegurar la paz y la integridad de mi reino para lo futuro.» Pero había que desechar esas ilusiones: Florimundo odiaba á los cristianos, y en cuanto á él, el juramento que había prestado al venir al mundo Estrella, le quitaba toda esperanza de volverla á ver.

⁂

Entretanto el tiempo pasaba, y Arminda no volvió á ser madre. Estrella cumplió diez y ocho años: las lamias hicieron cundir por todas partes la fama de su extraordinaria belleza, aumentada por el prodigio del lucero que de noche resplandecía en su frente, y el príncipe Florimundo, sin haberla visto jamás, se enamoró ciegamente de ella por misteriosas sugestiones de su exaltada fantasía, y con una pasión tanto más vehemente cuanto más dificultosa se le representaba la empresa de libertarla de la encantada mansión que la retenía invisible á los vivientes.

Una noche que Arminda, lamentándose de su esterilidad, se había encomendado con mayor fervor que de costumbre á su patrono el apóstol San Pedro, aparecióseles en sueños el hada Esterela, quien la reveló el lugar donde estaba hechizada su hija, y que para librarla del poder de las lamias que la destinaban al tálamo del terrible Florimundo, era menester que Eufranor la desencantase: lo que sólo lograría penetrando en el formidable castillo donde hacía diez y ocho años que estaba dormida, y haciendo sobre su frente la señal de la cruz. Para llevar á feliz término tan arriesgada



LA SEMANA SANTA EN ROMA.—EXPOSICIÓN DE LAS RELIQUIAS EN EL BALCÓN DE LA SANTA VERÓNICA.

empresa, había que luchar con el terrible dragón que guardaba la puerta exterior del castillo; vencerle, cortándole la cresta; sacar de ella una piedrecilla roja como un rubí, donde estaba reconcentrada toda la fiereza y malignidad del monstruo; valerse de esa piedra, á cuyo simple contacto se fundían los más fuertes hierros, para irse abriendo paso por las siete puertas interiores del edificio, hasta el peligroso puente del foso que aislaba la glorieta donde Estrella dormía su interminable sueño. El paso del quebradizo y angosto puente no había de intentarse en manera alguna: el foso había de salvarse de otra manera: el mismo dragón vencido por Eufranor, dado que éste tuviese la suerte de separarle de un tajo la misteriosa cresta, perdida toda su ferocidad, se prestaría, manso como un cordero, á servirle de guía dentro del castillo, y de cabalgadura aérea, más ligera que el Pegaso de Perseo, para franquear el horrendo foso. Hecho esto, nada podía ya oponerse á que Eufranor, haciendo la señal de la cruz en la frente de Estrella, deshiciese el encanto que la tenía secuestrada, volviese la Princesa de su sueño y recobrase su libertad.

Cuando Arminda refirió á su marido la revelación que su benéfica hada le había hecho, acabó de comprender claramente Eufranor que su juramento, al entregar su hija recién nacida, había sido el sello de un pacto diabólico, y entonces, ardiendo en deseos de reparar su culpa y de proporcionar días de júbilo á todo su reino con el rescate de la heredera de su corona, se aprestó sin demora á llevar á efecto la arriesgada expedición del castillo encantado. Armóse de pies á cabeza; puso sobre su coraza una cruz roja, otra en su casco de oro y otra en su escudo; se hizo calzar las espuelas; tomó su mandoble mejor templado, su maza de desarmar y su espada damasquina, y, guiado por una fuerza invisible, llegó á la selva en medio de la cual estaba el castillo maldito. No escuchó en sus contornos silbidos de serpientes, ni rugidos de leones, pero sí el feroz aullido del dragón que le guardaba, al cual se llegó resuelto. Acobardado el monstruo, que nunca había visto cruces, ante las que resplandecían en el arnés del Rey, cejó al aproximársele éste; inclinó la horrible cabeza, con un sordo gruñido; aprovechó este momento Eufranor para dirigirle á la cresta un tajo de mandoble; se la cortó á cercén, cayendo al suelo con un río de sangre negra y humeante; la bestia lanzó un tremendo alarido que resonó en toda la selva, dando formidables coletazos que tronchaban árboles y batiendo las alas con metálicos estallidos que sonaban como truenos, pero sin atreverse á acometer á Eufranor; y cuando éste sacó de la cresta, derribada en tierra, la piedra roja que había de servirle de talismán para penetrar en el castillo, el dragón, depuesta toda su fiereza, se prestó á seguirle sumiso, atravesando con él las siete puertas interiores, y á dejarse montar, y aun espolear, para ponerle de un bote, entre salto y vuelo, al otro lado del foso y á la entrada misma de la embalsamada glorieta donde dormía Estrella entre rosas y jazmines. Todo salió conforme Esterela lo había anunciado. Pocos días después, la hermosa Princesa, hija de Eufranor y de Arminda, era aclamada heredera de la corona con indecible júbilo de todo aquel reino, que adoraba á su excelente y glorioso Monarca.

***

Furiosas las lamias viendo que se les había escapado la presa y que se les frustraba su propósito de entregar la princesa á Florimundo para que éste, á la muerte de Eufranor, reclamase el trono y los Estados del difunto rey como legítima herencia de su esposa, y una vez dueño de ellos, derribase todas sus iglesias, persiguiese á los cristianos y restituyese en aquellos dominios el culto de los ídolos, idearon conseguir por medio de una sangrienta guerra lo que no podían lograr pacíficamente. Para esto sugirieron al impetuoso Príncipe los deseos de apoderarse de una de las provincias del reino de Eufranor lindante con los Estados de su padre el tirano Rodomonte; pero se les frustró también este segundo designio, tan pérfido como el primero, porque no contando con la nobleza propia de las almas jóvenes y con el prestigio ó imperio que la belleza por sí sola ejerce en los corazones de los verdaderos héroes, no ajenos por cierto los más estrenuos y belicosos á los sentimientos de generosidad y abnegación, sucedió que Florimundo, antes de buscar pretexto alguno para mover guerra á Eufranor, quiso ver por sí mismo á la hija de éste, de cuya hermosura por simple relación se había prendado; y habiéndose á este efecto disfrazado de romero, para penetrar con más facilidad en su palacio, quedó tan cautivo de su incomparable gentileza, de su sobrehumana beldad y modestia, y del ambiente de felicidad y santidad que en aquella mansión se respiraba, y que él nunca había disfrutado hasta entonces, que volvió á la corte de su padre con el ánimo enteramente cambiado. Ya no pensó más en obtener por la violencia la codiciada posesión de aquella joya, que podía quizá honrada y pacíficamente hacer suya purificando su alma de toda pasión bastarda y pagana, y haciéndose digno de unir su nervuda mano, tan á menudo teñida de sangre en los combates, con la delicada y purísima mano de Estrella. Pensó seriamente que la felicidad que de aquella unión se prometía, sólo había de ser completa para él en el



JERUSALÉN.—EXTERIOR DE LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO.—CEREMONIA DEL LAVATORIO, SEGÚN EL RITO GRIEGO.

(De fotografía proporcionada por el Rdo. P. D. Ángel M. de Barcia.)

tranquilo gremio de la Iglesia fundada por el que vino á establecer el reino de la paz y del amor entre los hombres..... Florimundo, en suma, se hizo cristiano, y siguiendo el ejemplo de su amado príncipe, abrazó la nueva Ley la parte más granada de la corte, ignorante de todo el Rey, que se hallaba en la frontera opuesta de sus Estados ejecutando actos de crueldad en los indefensos habitantes de una tribu vecina. Al recibir Florimundo y sus partidarios las aguas del bautismo, al eco de los cánticos con que en un improvisado templo celebraba la Iglesia la sagrada ceremonia, todos los espíritus maléficos que hasta entonces habían arraigado su pertinaz imperio en aquellos dominios, los abandonaron, formando clamorosa legión que se dispersó dirigiendo su rumbo hacia otros países. Tuvo el animoso Príncipe la marcial franqueza de declarar su conversión á su padre, y el feroz tirano, exasperado y rabioso, le mandó prender sigilosamente, y en una obscura mazmorra le hizo cortar la cabeza. Al ejecutarse la bárbara sentencia, se dejó oir en el cielo un coro invisible que cantaba el himno de los mártires.

Sobre el sepulcro de Florimundo luce todavía, después de tantos siglos, una rutilante estrella, más hermosa y esplendente que la que puso la lamia hechicera en la frente de la hija de Eufranor.

Pedro de Madrazo.

EL NÚMERO UNO.

(CUENTO PEDAGÓGICO.)

Como planta de estufa criaron á Primitivo Protocolo sus bondadosos padres. Bien lo necesitaba el chiquillo, que era enclenque; á cada soplo de aire contestaba con un constipado, y era siempre la primera víctima, el primer caso, el *nominativo* de todas las epidemias que los microbios, agentes de Herodes, traían sobre la tropa menuda de la ciudad. Era el niño seco, delgaducho, encogido de hombros, de color de aceituna; un museo de sarampión, viruelas, escarlatina, ictericia, catarros, bronquitis, diarreas; y vivía malamente gracias al jarabe de rábano yodado y á la Emulsión Scott. Parecía su cuerpo la cuarta plana de un periódico; era un anuncio todo él de cuantos específicos se han hecho célebres.

Y con todo, se notaba en el renacuajo un apego á la existencia, un afán de arraigar en este pícaro mundo, que le daba una extraña energía en medio de sus flaquezas; y prueba de la eficacia de esta nerviosa obstinación se veía en que siempre se estaba muriendo, pero nunca se moría, y volvía á pelechar, relativamente, en cuanto le dejaba un mal y antes de caer en otro. ¡Con la décima

parte de sus lacerias cualquiera hubiera muerto diez veces, y, caso de subsistir, habría presentado la dimisión de una existencia tan disputada y costosa!

Pero lo mismo Primitivo que sus padres se empeñaban en que tan débil caña había de resistir á todos los vendavales, y resistía á costa de sudores, cuidados, sustos y dinero.

D. Remigio, el padre, no concebía que el mundo sobreviviera á su chiquitín; y habiendo tantas cosas buenas, sanas, florecientes sobre la tierra, creía que el plan divino sólo se cumpliría bien si llegaba á edad provecta aquel miserable raquítico de pellejos y huesos de gorrión, donde unas cuantas moléculas se habían reunido de mala gana á formar pobres tejidos que estaban rabiando por descomponerse é irse á otra parte con la música de su oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, carbono y demás ingredientes.

Aun en las enfermedades más fuertes le quedaba á Primitivo la expresión de aquella voluntad firme de no morirse, en los ojos negros, brillantes, que lo miraban todo como tomando posesión de ello, usufructuándolo, acaparándolo.

Si el excesivo anhelo de vivir á toda costa era género de concupiscencia, no había en la creación animalejo más concupiscente que aquel miserable comino que le parecía un diamante al señor Protocolo.

Por lo mismo era más lamentable el espectáculo del continuo peligro, de la amenaza eterna de que todo aquel armazón diminuto y débil se descuajaringase y se lo llevase pateta de un soplo.

⁂

Si las carnes lucidas no venían ni aun con los mejores bocados, ni con los reconstituyentes más acreditados, después de las más francas convalecencias, ni el chiquillo estiraba mucho en la cama, lo que le crecía de un modo extraordinario á cada fiebre y á cada indigestión y á cada bronquitis era lo que llamaba su padre el talento; una agudísima inteligencia para entender y retener toda materia discursiva de lo que podía existir en el ambiente moral de lugares comunes en que iba corriendo su azarosa existencia.

Pero D. Remigio, en vez de asustarse ante aquella alarmante precocidad, procuraba ejercicio y alimento para ella. Así, en vez de tener Primitivo que discurrir por su cuenta aquella porción de sórdidas matemáticas que descubrió Pascal, á quien su padre ocultaba los libros que las enseñaban, pudo ahorrarse este trabajo, porque Protocolo le rodeó la cama, en que se moría más que vivía, de cuantos libros técnicos, estados, mapas, aparatos fueron necesarios para que el prodigio aprendiera lo que no sabía ninguno de su edad.

Así es que cuando Primitivo abandonaba el lecho y podía asistir á la escuela, primero, y á los estudios delInstituto y preparatorios después, contaba sus viajes al aula por triunfos y por catarros. Siempre volvía malo y cargado de laureles.

En la escuela era *rey de Roma*, y cada poco tiempo traía un celemín de medallas y de diplomas de honor. Ni él ni su padre se cansaban de tanto galardón, de tanto ostensible testimonio de una abrumadora superioridad sobre el resto de los mortales.

Disfrutaban padre é hijo de tales premios con la glotonería del gastrónomo goloso y tragaldabas. Vivían en perpetuo hartazgo de vanagloria.

Por desgracia, en el sistema de enseñanza corriente no faltaban elementos para satisfacer esta pícara vanidad, pues lo general era convertir la *noble emulación* en una encarnizada lucha por la existencia del orgullo y el egoísmo. Se medía el valor intelectual por la pícara medida de las comparaciones odiosas y enemigas de toda humildad y caridad. Cuando el chico entró en cierto colegio vió el cielo abierto, pues allí tomaba aires de heroísmo aquella riña de gallos de la *aplicación* y el *mérito:* los que sabían más, eran capitanes generales, caudillos, Aquiles y Cides..... Primitivo, á quien tumbaba el vuelo de un pájaro, era siempre el Napoleón de aquellas campañas, en que no había balas, pero sí algo no menos peligroso, pues había mortales asechanzas contra la salud de aquellas criaturas, á quien el amor propio..... y el odio al mérito ajeno obligaba á trabajar quince y más horas diarias.

De allí salió bien aleccionado el mocosuelo ilustre para emprender los estudios más graves de la Academia, que le había de dar el título facultativo, objeto inmediato de su carrera.

Ya se sabía: Primitivo, como en la escuela, como en el colegio de segunda enseñanza, en la Academia siempre el primero: si había notas, sobresaliente y premio; si había *escalafón*, el número uno.

En casa de Protocolo no se concebía mayor desgracia que la que hubiera caído sobre aquel hogar si una vez sola *Primito* hubiera descendido al número dos. ¡Horror! Ni pensarlo.

Y el diablo del chico, según se iba haciendo mozalbete, como si le probasen mejor las raíces cuadradas y los logaritmos, que el rábano y el hígado de bacalao, iba echando..... así, una especie de cecina que podía pasar por carne fresca. Seguía amarillento y verdoso y seco....., pero algo había medrado, y ya pasaba meses y meses sin una mala pulmonía.

Tenía una fama de sabio, que valía por la de los siete de Grecia, entre toda la juventud víctima de la politécnica emulación.

Por supuesto que la sabiduría de Protocolo-Lepijo se limitaba, voluntariamente, á los libros de texto y sus afines; pues el chico despreciaba todo lo que no conocía; y así, por ejemplo, tenía por imbéciles é ignorantes á todos los literatos y juristas, porque los primeros no necesitaban carrera, y los otros la solían ganar muy holgadamente. Sólo porque *no había rigor en los exámenes*, tenía el *derecho* por una pamplina; y así de lo demás. Ignoraba tan profundamente lo que no había estudiado de modo perfecto, que no sospechaba apenas su existencia; de donde deducía que todo se lo sabía él.

Llegó á ser en él segunda naturaleza aquello de ver en sí *el número uno*. Hasta cuando la debilidad le hacía soñar esa extraña pluralidad del *yo*, esa alarmante anarquía de la conciencia en que parece que cada centro misterioso de la vida sacude el yugo de cierta heguemonía cerebral; hasta en esas disparatadas visiones en que se convertía en muchos *Primitivos*, seguía siendo el *primero* de todos ellos: sí, todos aquellos Primitivos interiores eran *números unos*. Por supuesto, Primito salió de la Academia con el número uno de la promoción, y esta ventaja la llevó al escalafón del cuerpo.

⁂

Pero ¡ay amigo! que él creía que el mundo era otra especie de escalafón, en que ocupaba el primer lugar el muchacho que más matemáticas, conformes ó no con Euclides, sabía y podía explicar en un periquete.

Su idea era que nadie le pondría el pie delante: ¡era el número uno de la Academia en que se hilaba más delgado!

Empezó á notar, con gran asombro y grandísimo disgusto, que la sociedad no le admiraba demasiado.

Ya el jefe de la oficina le trataba con una superioridad que le mortificaba y le parecía injusta; pues el jefe, en su promoción, había sido de los últimos.

La segunda persona que le trató con menos consideración de la que él creía merecer fué una muchacha rubia, muy guapa, á quien se declaró en un baile, y que le dió calabazas, con el frívolo pretexto de que ya había dado el *sí* á un oficial del Gobierno civil que no había pasado de bachiller en artes, pero que era más alto, de mejor color que Protocolo, y que pesaba lo menos veinte kilos más que él.

De estos disgustos fué teniendo muchos. Asistía á los teatros, y veía que sacaban á las tablas para aturdirlos á palmadas á músicos y danzantes, tenores, poetas, hasta oradores; pero á nadie se le ocurría pedir que saliera *el número uno* de la promoción de Primitivo. A él, tan matemático, no se le ocurría jamás hacer un cálculo muy sencillo, que se fundara, por ejemplo, en los siguientes datos:

En su misma Academia había cada año un *número uno* que salía de ella con esta *supremacía;* la Academia contaba, sin hablar de los muertos, lo menos con treinta ó cuarenta *números unos* ni más ni menos que él. Por aquí ya iba entrando en el *coro general.*

Había en el país (y no se hable del extranjero) muchas Academias con sendos *números unos* para cada promoción. Aquí había que multiplicar cuarenta por veinte lo menos.

Había otras muchas carreras que, sin llamarse Academias ni numerar el mérito de los alumnos como cuartos de fonda, también tenían sus gallitos; es decir, sus *números unos* correspondientes. Y aquí ya no se sabía cuánto había que multiplicar por cuánto.

Fuera de las *carreras*, en la industria, en las profesiones libres, y en la escuela del mundo, había multitud de actividades á que acudían muchos jóvenes en *noble emulación*, y en que los más listos y aprovechados eran también el *número uno* correlativo.

Y aquí ya Primitivo pasaba á perderse en una verdadera multitud de *números unos*. Y además..... no todo era en la vida la inteligencia, la aplicación en la enseñanza, en el arte. Quedaban los *números unos*, infinitos, de la fortuna, que solían pasar delante: los números unos de la energía, de la audacia, del favor, de la gracia, de la malicia, de la desfachatez, de la hermosura física, de la moral, del amor, del crimen, de la salud, de la diligencia, de la oportunidad, de la casualidad..... ¡de tantas cosas! Y toda esta porción considerable de la humanidad era tanto como el pobre Primitivo; todos eran los *primeros* de algo, los adocenadísimos *números unos* de cualquier miseria humana.

Pero estas cuentas no se las echaba el chico de Protocolo, que si bien había mejorado algo de salud al acabar la carrera y alejarse de *empollar* tanto, no mejoró de color, porque todos los desengaños que le daba el mundo se convertían en bilis.

Quería que la vida, la ancha vida, la compleja, la misteriosa vida, fuese como una especie de *regatas* ó carreras de primeros lugares, de números unos, en que todo se rigiera por un reglamento de recompensas análogo al que usaban los Padres Jesuítas para tales casos, ó al que regía en la Academia. Y como no era así, el orgullo, la bilis y la poca salud hicieron del carácter de Protocolo una materia..... moral..... así como viscosa..... amarillenta..... un veneno asqueroso. La envidia, por musa del chiste, le sirvió para criar cierta fama de gracioso, de satírico, y para ganarse una porción considerable de bofetadas, desaires, sustos y más graves contratiempos.

En su espíritu no podía buscar consuelo para tantos desengaños, porque allí no había nada *vago, poético, misterioso, ideal, religioso.* Todo era allí *positivo;* todo estaba *cuadriculado*, ordenado, numerado. Todo era para el *número uno*, y el que venga detrás que arree.

Y como aquella salud á media asta que gastaba el infeliz era cosa ficticia, al llegar la edad en que otros empiezan á echar panza y á tomar las buenas carnes y el aspecto con que han de llegar á la vejez, Primitivo, comido por el despecho, los desengaños y la bilis, empezó á descomponerse, á encogerse y doblarse, á convertirse en una raíz cuadrada de su propia personilla.

Y así desapareció del mundo. Los periódicos dijeron que había muerto tísico; pero ello fué que una tarde de mucho calor el *número uno* se evaporó en una podredumbre que era una peste. Como su padre ya había muerto antes, Primito se fué de este planeta sin que nadie le llorase. ¡Cómo habían de llorarle el *número dos*, ni el *tres*, ni el *cuatro*, ni el último, á quienes había despreciado tanto!

⁂

Y le faltaba la más negra.

La otra vida.

Cuando allá le pidieron sus títulos para la gloria, para el *premio* á que aspiraba, se encontró con que lo del *número uno* de la promoción era poco más que un papel mojado.

Y como Primito se impacientase, le dijeron:

—Vea usted, vea usted los que tienen que pasar delante de usted.

Y fueron pasando delante, á ocupar en la gloria, en el *escalafón* de Dios, mejor puesto que Protocolo, infinidad de corderos y ovejas del rebaño humano que jamás habían sido el *número uno* de nada en la lucha por la existencia. Fueron pasando, sí, aquellos humildes borregos que se habían dejado trasquilar con paciencia; los pobres, los humildes, los santos, los mártires, los sencillos. La mayor parte de aquellos bienaventurados no sabían leer. *Contar*, ni uno solo. Y allí eran la aristocracia.

Después pasó la *clase media* de la virtud..... y, con sudor de congoja, Protocolo empezó á calcular que la índole de méritos que él alegaba allí era de las últimas en el aprecio de quien repartía recompensas..... ¡Qué vulgo revulgo, santo Dios, era en la gloria el *número uno* de la Academia!

Y pasaban, pasaban gentes anónimas, sin numeración, sin factura, *bultos extraviados* en los azarosos viajes del tren de la vida.....

Y él, Primitivo Protocolo, con su etiqueta en regla, su *número uno* en la factura, allí olvidado en el andén, sin que una mano caritativa le metiera entre los bultos amontonados en el furgón de cola!.....

Y así está todavía, esperando vez; esperando como hay que esperar en el cuento de las cabras de Sancho.....

Pasará, llegará á pasar, porque la bondad de Dios es infinita..... pero ¡Dios sabe cuándo será *llamado* al festín de la caridad..... el *número uno!*

Clarín.

UN DOCUMENTO LEGISLATIVO DEL REY ALFONSO EL SABIO.

Hace una veintena de años que, llevados de la afición á las tareas paleográficas é históricas, visitamos el rico depósito de documentos antiguos que posee el Ayuntamiento de la *muy noble y leal ciudad de León* (1), con objeto de examinar aquellos que pudieran convenir á nuestros propósitos de investigación y estudio. Un incendio ocurrido por entonces en el hospital de San Antonio Abad de dicha población, establecimiento contiguo al palacio Consistorial (2), hizo temer que el fuego se comunicase á la estancia donde estaban colocados los viejos estantes que contenían la documentación del archivo, y á propósito de tal peligro surgió la idea de trasladarlo *incontinenti* á la sala de sesiones del Ayuntamiento. Efectivamente, la operación realizóse en breves momentos, y así los libros como los legajos y papeles sueltos, fueron echados en el piso de dicha sala, no sin que la mayor parte de los segundos se deshicieran y mezclaran con los demás documentos, volviendo, pasado el peligro, en la misma forma al local del archivo. Allí llevaban algunos años cuando entramos á verle por primera vez, y allí permanecían, llenando, á la altura de medio metro, la estancia, en revuelto consorcio, los libros de actas y de cuentas, los expedientes de quintas, los de expropiaciones de fincas urbanas, los mazos de papeletas del arbitrio de Consumos y de otros ramos de la Administración, juntamente con diversos estimables documentos escritos en pergamino, de carácter legislativo é histórico, y entre éstos los cuadernos de Cortes, que se facilitaban á los antiguos procuradores del Concejo, representantes suyos en las mismas por derecho propio, los pactos de hermandad, los privilegios y las cartas Reales, en fin, porción de documentos de inestimable valor. Dolidos de que, si continuaban en tal estado, pudieran inutilizarse ó perderse, pedimos y obtuvimos autorización de los señores vocales del Ayuntamiento (3) para recoger los documentos que se considerasen dignos de ser conservados, con especialidad los históricos, y que á la vez se volviesen á colocar en los estantes del archivo los libros y legajos dispersos. La faena así se efectuó, con el mayor cuidado, durante dos meses, quedando el suelo del archivo libre de documentos, después de guardarse en un armario de la Secretaría (4) los de mayor importancia. Pensóse, con tal motivo, en la organización general del archivo, proyecto que no pudo emprenderse por entonces, pero que volvió á iniciarse ha cosa de cuatro años. Dimos comienzo al trabajo, reuniendo todos los antiguos *libros de Acuerdos* del Concejo, los cuales fueron puestos por orden cronológico, desde el más antiguo que existe, de principios del siglo XVI, hasta el último de ellos, del siglo XVIII, continuando á seguida con la revisión y colocación de los legajos más viejos del Municipio: tareas, ambas á dos, llevadas á efecto en las salas del Consistorio de la plaza *Mayor* de la ciudad, donde han quedado depositados todos aquéllos, desde que las dependencias y los servicios del Ayuntamiento se trasladaron, recientemente, al edificio Consistorial de San Marcelo; pero el trabajo de que dejamos hecho mérito no llegó á terminarse, en vista de carecer la Corporación de sitio suficiente para el archivo. Sin embargo, no renunciamos á nuestro pensamiento respecto á realizar el estudio y extracto de los diplomas antiguos del Municipio, que forman una riquísima colección. Y creemos que el día que sea conocida de los hombres dedicados al estudio de la historia y la legislación del país, encontrarán originales de importancia para ilustrar los incompletos anales de la región leonesa y esclarecer algunos puntos obscuros de la legislación concejil de España, determinando, asimismo, las condiciones urbanas de la ciudad y la vida y las costumbres de los pueblos del antiguo reino. En fin, que dichos documentos, que tenemos en su mayor parte por inéditos y que contienen datos interesantes, es de esperar sean considerados como fuentes puras de investigación histórica por los eruditos, cuando se den á conocer fuera del estrecho recinto en que están guardados, y sirvan para llenar las lagunas de períodos históricos, no siempre descritos con verdad, ni bien definidos por algunos sistemáticos escritores modernos.

Continuando, pues, con la ingrata labor que habíamos resuelto emprender, como base de la organización del Archivo Legionense, llegamos á copiar, extractar y catalogar, durante cuatro años de consecutivos trabajos paleográficos, *doscientos documentos* de los siglos XIII al XVIII, que habrán de ver la luz pública en la obra de *Historia municipal de León*, cuyos originales venimos preparando. Y entre dichos documentos figura una carta expedida por el rey D. Alfonso X, á los *nueve años* de su reinado, como se dice al final de la misma; carta dada al Concejo de dicha ciudad, en la que sobresalen el estilo claro y las formas dispositivas tan peculiares del sabio autor del código de *Las Siete Partidas*, del Monarca que atiende constantemente al bienestar de sus pueblos y procura con enérgicas medidas concluir con los abusos y las demasías que se cometían por los mercaderes de oficio y toda clase de expendedores y traficantes de mala fe.

No es, ciertamente, desconocido de los bibliófilos dicho diploma, pues resulta gemelo de otro que radica en el Archivo municipal de Toledo, cuyo documento fué publicado por primera vez en 1753, juntamente con un informe (1) emitido por el Ayuntamiento de aquella imperial ciudad al Supremo Consejo de Castilla, sobre igualación de pesos y medidas. Pero si bien el diploma de Alfonso X, hallado por nosotros en el Archivo del Concejo Legionense, no puede considerarse como inédito, tiene, aun así, relativa importancia bajo distintos puntos de vista. Al Ayuntamiento de la capital del antiguo reino leonés se le envió como indispensable documento público, para que de todos los súbditos del mismo fuera conocido, y ante todo cumplieran é hicieran cumplir sus prescripciones las Justicias, Alcaldes y Regidores de las ciudades y villas comprendidas dentro de los límites de dicho reino.

Aumenta, singularmente, el valor intrínseco del ejemplar leonés, al hacerse su cotejo con el texto legal, que aparece en el Ordenamiento dado en las Cortes de Jerez por Alfonso *el Sabio* el año 1268 (2), sobre la unidad de pesos y medidas que se establece en los reinos de Castilla y León. Nos concretaremos á citar algunas de las diferencias sustanciales que resultan de dicho cotejo. El ejemplar de León dice que «la medida mayor del vino sea el Moyo de valladolit», y el Ordenamiento de Jerez, que «sea el moyo de Seuilla». En el diploma de León aparece dividido el arrelde de Burgos en «diez libras», y en el indicado Ordenamiento se le señalan sólo «quatro libras». En esta última ley, después de decirse que los paños se han de medir con la vara, añádese: «e con la pulgada con que se suele medir», condición que no se consigna en el diploma. Párrafos enteros hay redactados de diferente manera en uno y otro escrito, y algunos que no concuerdan, especialmente respecto á las penas que se establecen para los que falten á las prescripciones legales del diploma; por ejemplo, se señala en éste un mes de cárcel, en la prisión mayor de la villa donde acaeciere el hecho, al que por tercera vez cometiere falsedad, pena que no se impone de igual manera en el Ordenamiento. Sería necesario efectuar un detenido estudio, de carácter más bien propio de la ciencia legislativa que de la diplomática, si hubiésemos de avalorar críticamente los dos diplomas de Alfonso X, el de León y el de Toledo, haciendo de ellos un concienzudo paralelo, no sólo con el texto análogo del Ordenamiento de Jerez, de que ya nos ocupamos, si que también con el Ordenamiento de Alcalá de Henares del año 1348, y con las leyes relativas á las *ventas y compras* y á *cómo hacen falsedad los que tienen pesos ó medidas falsas*, contenidas en el *Fuero Real de España* (3) y *Las Siete Partidas* (4). Desde luego se observa que las penas que se establecen en ambos Códigos difieren muy poco de las señaladas en el diploma del Rey Sabio: este documento Real coincide con dichas dos leyes en el castigo, por ejemplo, del *quebrantamiento* públicamente de las medidas falsas «ante las puertas de aquellos que usauan comprar, e vender con ellas». La importancia, pues, legislativa del diploma que se inserta á continuación de estos párrafos queda demostrada, en nuestro humilde juicio, con el cotejo que se hizo, aunque ligeramente, de los textos legales que tratan de análoga materia á la que aquél contiene.

De la lectura de dicho documento también resultan enseñanzas nada despreciables en lo que concierne á la historia municipal: hállase en él una muestra palmaria del espíritu protector del Monarca para con los Concejos, y cómo eran atendidas las cuitas y peticiones de éstos; en fin, las relaciones políticas que mediaban entre uno y otros, y cuál era la sobria disciplina que imperaba en materia penal durante la mitad del siglo XIII.

Con el diploma de Alfonso X establécese, por primera vez, en los reinos de León y Castilla la igualación de los *pesos y medidas*, señalándose las penas que deberían imponerse á los contraventores de la ley, ó sea á quienes usasen medidas falsas, ó vendiesen géneros, singularmente alimenticios, faltos del peso necesario: justas disposiciones, peculiares del carácter legislador de dicho Rey, inclinado siempre á proteger sus súbditos y á dictar nuevas leyes civiles, sin que por ello se mermasen en nada los derechos, usos y costumbres de los mismos, ni se opusiesen al buen régimen y á los saludables fines de la administración de los pueblos. Con lo dispuesto en la notable *carta Real* se trata de impedir los excesos y engaños de los que quisieran continuar traficando, en perjuicio de los moradores de León y demás poblaciones de los dos antiguos reinos unidos, y muy particularmente contra los intereses de las clases menesterosas. Y, como ya hemos visto, consignase, entre otras reglas de severa disciplina urbana, «que las panaderas que tuviesen pan menguado», esto es, sin el peso legal, así como también aquellos que empleasen medidas falsas, debían de satisfacer, por vía de pena, cantidades que aumentan según la calidad del delito, castigándose la reincidencia por tercera vez con un mes de cárcel. Conocidas estas razonables y justas disposiciones de buen gobierno, lo plausible sería que, en los actuales momentos, sirvieran de alguna enseñanza, y hubiese ediles en nuestros Concejos que castigasen, con la severidad que exige el diploma de Alfonso X, las *irregularidades* de los malos traficantes, así en la venta de los géneros de consumo, como en el uso de pesos y medidas no ajustados á la ley. El que ésta quede sin cumplirse, por parte de nuestros modernos administradores del Común de los pueblos, redunda en menoscabo de la moralidad pública, y viene á perjudicar la vida económica de todas las clases sociales.

Dicho diploma autógrafo, escrito en romance castellano, tiene, además, relativa importancia para los estudios lingüísticos, pues como quiera que pertenece al segundo período de la formación de nuestro idioma, hay en él giros gramaticales de castizo sabor castellano, y nombres de medidas, cuyo significado es poco conocido hasta de los hombres de letras, tales son: *cuchares*, *dinaradas*, *meajadas* y *decenda*.

Por eso creemos útil publicar *ad pedem litteræ* la carta del sabio Rey, añadiendo en nuestra copia las correspondientes notas, con el significado de las voces anticuadas, para mejor inteligencia de quienes desconozcan el tecnicismo de la época en que se estaba operando la transformación del lenguaje nacional. He aquí el documento:

«Don Alfonso por la gr̃a. de dios Rey de Castiella de Toledo de Leon de Gallizia de Seuilla de Cordoua de Murcia de Jahn e del Algarue. Al Conceio de Leon e a todos los otros Conceios de su Obispado, tan bien de villas cuemo de Castiellos cuemo de Aldeas, salut e gr̃a. Auiendo grand sabor de nos fazer bien e mercet, e por toller (1) muchos dannos q̃ recibien los omes por las medidas q̃ eran de muchas maneras, e magoer q̃ ganauan en las unas perdien en las otras, por todas estas razones e por q̃ nro sennorio es uno q̃remos q̃ todas las medidas e los pesos de nros Regnos, tan bien de pan cuemo de vino e de las otras cosas, sean unas. E por ende tenemos por bien e mandamos q la medida mayor del pan sea el Catiz Toledano en q̃ a doze fanegas, e la fanega en q̃ a doze çelemis, e el çelemi en q̃ a doçe cuchares (2). E segund la quantia de lo q̃ ualiere la fanega fagan dinaradas (3) e meajadas (4) de pan, e pongan peso por q̃ lo fagan las panaderas. E la panadera q fuere fallada (5) q̃ pan minguado faze, pierda el pan minguado, e peche una tercia de morauedi (6). E el pan minguado q̃ tomaren den lo por dios. E la medida mayor del vino sea el Moyo de valladolit en q̃ a diez e sex cantaras, e de la cantara fagan media e q̃rta, e dent ayuso medidas q̃ntas ouiere mester, por q̃ comp cada uno lo q̃ q'siere. E al q fallaren falsa medida de vino, peche sesaenta sueldos (7), de la moneda q̃ fuere en la tierra, e crebanten le las medidas ante la puerta. E las medidas del pan e del vino son estas q̃ uos enuiamos. E las rendas e las enfurciones (8), e las debdas q̃ son fechas q̃ se han de pagar o de dar por medida. Mandamos q̃ segund la q̃tia de lo q̃ auien de dar q̃ lo dẽ a estas medidas q̃ agora ponemos nueuamente, e q̃ paguen por ellas. E daq' adelante qnto acaeçiere en razon de medidas midan lo e paguen lo, por estas q̃ nos ponemos e no por otras. E el peso mayor de la carne sea el Arrelde (9) de Burgos en q̃ a diez libras, e del Arrelde fagan medio, e q̃rto e ochauo, e dent ayuso decenda (10) q̃nto ouiere mester por q̃ pueda cada uno comprar q̃nto q'siere. E al q̃ fallaren estos pesos de la Carne fallos o q̃ los no q'siere tener asi cuemo nos mandamos, q̃ peche diez marauedis. E todos aq̃llos q̃ uendieren tengan las medidas todas de lo q̃ uendieren, tan bien las mayores cuemo las medianas cuemo las menores e uendan por ellas. E el uendedor de al comprador por q̃l medida destas demandare daq̃llo q̃ q'siere comprar. E de los pesos ponemos el marco Alfonsi (11) q̃ es este q̃ uos enuiamos en q̃ a ocho onças, e en la onça ha media, e q̃rta e ochaua. E en la libra aya dos marcos, q̃ son diez e sex onças. E ponemos arroua en q̃ aya ueynt e çinco libras. E en el q'ntal q̃tro arrouas q̃ son cient libras. E todos los pannos tan bien de Lana como de Lino, e quales q'er otros q̃ sean demedir por uara, midan los por esta uara q̃ uos enuiamos. E a aq̃l q̃ fuere fallada uara falsa de los q̃ uenden o comprã por ella, peche doze morauedis. E si danno con ella fizo peche lo doblado al q' recibio el danno. E estas penas q̃ mandamos sobre cada una destas cosas sobredichas ponemos en los logares o (12) no eran fastaq'. E en los otros logares o pena auie puesta sobre alguna destas cosas o sobre todas, si menores fueren q̃ estas q̃ nos ponemos, lleguen a estas. E en logares q̃ mayores fueren destas q̃ nos ponemos, tenemos por bien q̃ las tengan. E esto todo mandamos q̃ lo uean e lo recabden en cada un logar aq̃llos q̃ ueen e q̃ recabdã todas las otras cosas por nos o por los otros señores q̃ lo han de auer. E las medidas para medir las heredades sean estas q̃ uos enuiamos, q̃ q̃ndo acaeciere q̃ alguno aya de comprar o de uender q̃ sepa el comprador q̃nto compra, e no reciba y enganno. E mandamos q̃ estas cosas sean todas guardadas e tenudas asi cuemo esta nr̃a Carta dize. E por P'uilegio ni por Carta q̃ ninguno aya q̃ no lo dexen de guardar e de tener. E aq̃l q̃ fuere fallado q̃ faze falsedat por q̃lq'er destas cosas sobredichas de tres uegadas a suso (13) por cada uegada peche la pena sobredicha, e demas en la tercera yaga

---

(1) Es muy de nuestro agrado dar á la ilustre Corporación municipal los títulos que la honran y enaltecen, adquiridos legítimamente siglos atrás por haber sobresalido los moradores de la invicta ciudad en rasgos de nobleza y lealtad, nunca desmentidos, para con la Nación y sus Reyes; títulos que significan y valen mucho más que el de *Excelencia*, recientemente adquirido, y que con tanta prodigalidad se está concediendo por los Gobiernos de España á muchos de sus Ayuntamientos.

(2) Llamóse también de la *Poridad*, según aparece escrito en varios diplomas del Archivo municipal Legionense, nombre que sin duda se tomó del sitio donde administraba justicia el *merino* del Rey, magistrado que ya se le menciona en el Fuero de los visigodos con la palabra latina *majorinus*. La voz *poridad* significa secreto; por eso se llamaba *sello de la poridad* al sello secreto que tenían los Reyes y algunos Concejos.

(3) Debemos un grato recuerdo de aprecio al difunto Sr. D. Francisco Miñón, concejal en aquella fecha, cariñoso amigo nuestro, por las atenciones que nos dispensó, contribuyendo con su voto y sus gestiones á que el Ayuntamiento concediese lo pedido por nosotros.

(4) Era entonces secretario de la Corporación el muy ilustrado abogado D. Sotero Rico.

---

(1) Figura éste en otra edición de 1788.

(2) *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, obra publicada por la Real Academia de la Historia, ed. de 1861, tomo I, cap. XIV, reg. 26, página 75.

(3) Lib. III, tit. X, ley 1.ª

(4) Part. VII, tít. VII, ley 7.ª

---

(1) Quitar.

(2) Medida equivalente á la dozava parte de un celemín. Hubo también un tributo llamado *cucharada*, que se imponía sobre la venta de granos ú otras especies. Hasta comienzos de siglo vino exigiéndose en algunos de los pueblos de la provincia de León, y entre ellos en la villa de Valderas; tributo que únicamente satisfacían los forasteros que vendiesen en la plaza del mercado alguna cosa. Por cada fanega de grano pagábase una cucharada.

(3) Pan tasado en un dinero: el dinero era equivalente á un maravedí.

(4) Panecillo tasado en una *meaja*, como ínfima medida divisoria del pan.

(5) Hallada. Es sabido que el romance castellano conservó mucho tiempo la *f* de las palabras que en el latín la tienen, cuya letra se convirtió más tarde en *h*.

(6) En los siglos medios hubo varias clases de *maravedí*. Según explica D. Vicente Argüello en su «Memoria sobre el valor de las monedas de D. Alfonso *el Sabio*», publicada en el tomo VIII de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, 1852, el valor comercial de dichas monedas era el siguiente: maravedí de oro, 60 reales y 5 maravedís; medio maravedí ó maravedí chico, 30 reales y 2 ½ maravedís; maravedí blanco burgalés sencillo y maravedí negro ó prieto, 20 reales y 12 maravedís. Esta última moneda es á la que probablemente se refiere el diploma.

(7) El *sueldo leonés* en tiempo del Rey Sabio, era de 4 reales. La misma clase de moneda citada en los *Fueros de León*, de Alfonso V (año 1020), tenía de valor 3 reales y ⅓ de maravedí.

(8) Tributo que pagaba el solariego al señor del solar, en reconocimiento del dominio directo; consistía en 10 panes de trigo, media canadela de vino y un buen lomo, que se entregaba al dueño del solar cada año.—Concilio de León, celebrado en 1020, decreto XXV, párrafo I.

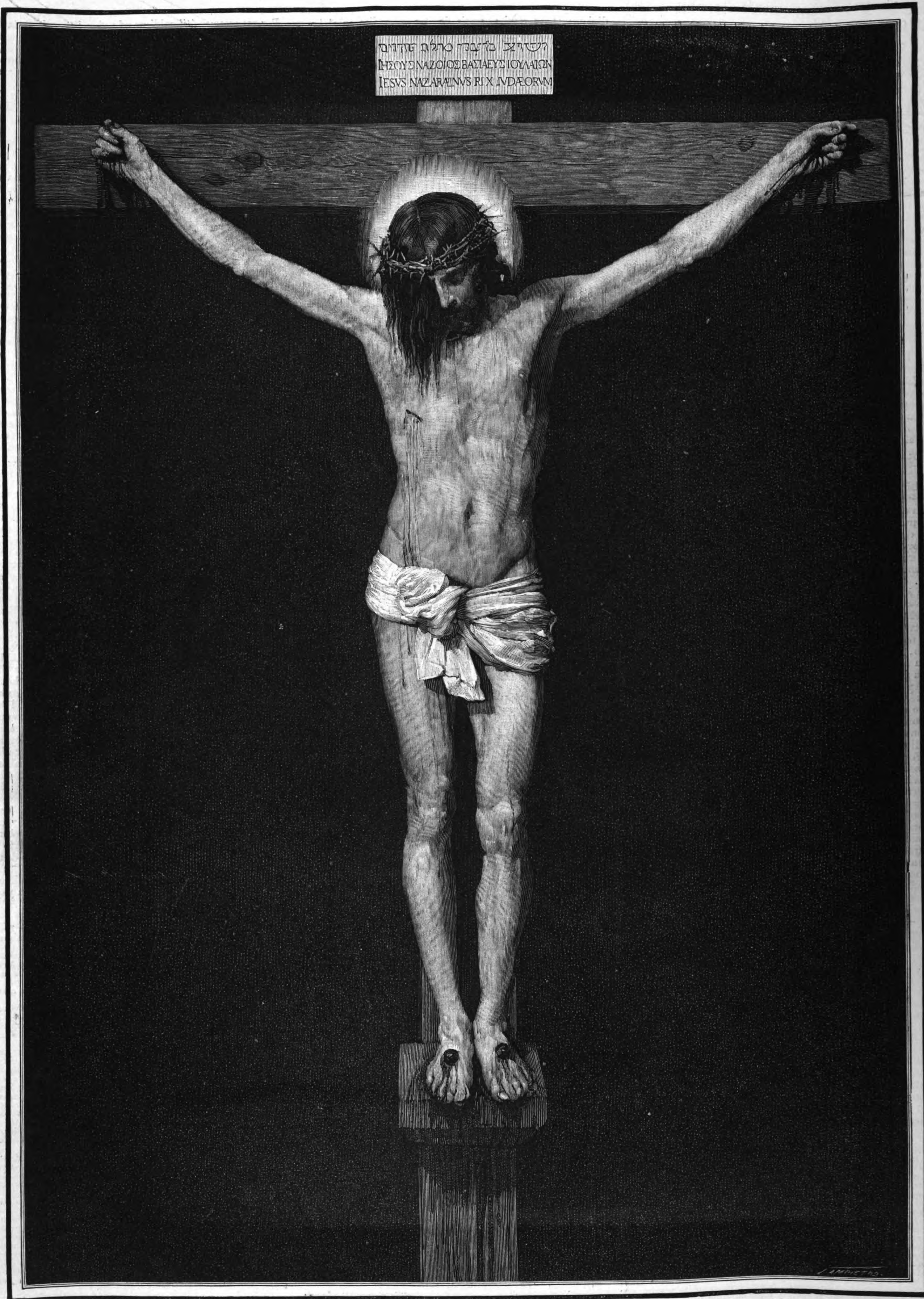
(9) Peso que en el reinado de Alfonso V de León equivalía á 4 libras: usábase comúnmente para pesar la carne de las reses.

(10) Dedúcese del texto del documento que su acepción es la de *bajando, descendiendo, disminuyendo* una porción de carne ú otra mercancía. Dicha palabra anticuada no se encuentra en los más selectos Diccionarios castellanos que hemos tenido á la vista, y entre otros los siguientes: «Tesoro de la Lengua Castellana», de Covarrubias; «Diccionario de la Lengua Española», llamado de *Autoridades* (1732); «Glosario de voces anticuadas y raras, que se hallan en el texto del Fuero Juzgo». Publicado en *Los Códigos españoles*, concordados y anotados, ed. de Madrid, 1847; tomo I, pág. 205.

(11) Equivalía á media libra de peso, tomado sin duda del marco de plata, ó sean ocho onzas, como se dice en este diploma. Véase la *Memoria* antes citada de D. Vicente Argüello, pág. 12.

(12) Do, donde.

(13) Arriba.



NUESTRO SEÑOR CRUCIFICADO.
CUADRO DE VELÁZQUEZ,
EXISTENTE EN EL REAL MUSEO DEL PRADO DE MADRID.



ÚLTIMOS MOMENTOS DE JESUCRISTO.

CUADRO DE CAROLUS DURAND.

un mes en la Carçel, o en la mayor p'sion de la villa q̄ fuere del Rey o del otro señor del logar o acaeciere. E mandamos a cada unos de uos q̄ fagades tener e guardar e complir en ur̄os logares todas estas cosas en la manera q̄ dicho es en esta Carta. E a qualesq'ere q̄ lo assi no fiziessen, a los cuerpos e a q̄nto q̄ ouiessen nos tornariemos por ello. E por q̄ esto sea firme e estable, mandamos seellar esta Carta con nr̄o seello de Plomo, e q̄ la tenga el Conceio de Leon. Fecha la Carta en Seuilla por nr̄o mandado. Lunes, q̄tro dias andados del mes de Abril, en era de mil e dozientos e nouienta e nueue años (1) yo Gil martinez de Siguença la escreui por mandado de Millan perez de Aellon en el año Noveno q̄ el Rey don Alfonso regno.»

Pergamino de 30 centímetros de alto por 29 de base, que tiene pendiente de hilos de seda, á colores blanco y encarnado, el sello de plomo. En su anverso campea el castillo de tres torres, distinguiéndose en el fondo del arco de entrada de la torre principal la figurita de un guerrero; en el reverso hay el león rampante, y en ambas caras del sello se repite esta leyenda: ✠ : ALFONSI : ILLVSTRIS : REGIS : CASTELLE : ET : LEGIONIS : , cuyos caracteres son góticos. Los del texto del diploma resultan bellos, singularmente las iniciales mayúsculas, que están pintadas de color azul. Al pie de este documento no se puso firma alguna, sin duda por ser mera copia del diploma original dado por don Alfonso *el Sabio*.

Ramón Álvarez de la Braña.

¡HIJAS DE JERUSALÉN!.....

Cuando Pilato, pretendiendo eludir su responsabilidad en la muerte de Jesús y lavándose las manos ante la muchedumbre amotinada, decía: «Soy inocente de la sangre de este justo», gritaba aquel pueblo insensato y seducido: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»

Pocos momentos después era conducida al suplicio la inocentísima víctima: seguíale una turba del pueblo, y las mujeres gemían y lloraban por la suerte del sentenciado á morir. Volviéndose á ellas Jesús, les dijo: «¡Hijas de Jerusalén! no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque vendrán días en que se diga: «Bienaventuradas las estériles, los vien»tres que no engendraron y los pechos que no die»ron de mamar.» Entonces dirán á los montes: «caed sobre nosotros»; y á los collados: «cubridnos.»

¡Cuán poco había de tardar en caer aquella sangre, no como rocío de bendición, sino como lava candente, sobre las cabezas de los que habían pedido que cayera sobre ellos, y cuán pronta y terriblemente se había de cumplir la espantosa profecía!

Apenas había vuelto Jesús á su Eterno Padre, cuando pareció haberse apoderado un vértigo de todo el pueblo judío; vértigo de guerra, de avaricia y de rapiña, de insurrecciones, de sangre y de crímenes. Al principio eran los reyes comarcanos con los Tetrarcas y Toparcas; después los que, proclamándose defensores de la libertad é independencia del pueblo contra la dominación romana, aspiraban á subyugarle y convertirle en instrumento de sus maldades y depredaciones.

Imposible parece imaginar lo que allí sucedía: numerosas bandas, casi pequeños ejércitos de merodeadores, se esparcían por todas partes, entregándose al saqueo, al incendio de poblaciones enteras, á la violación y asesinato por centenares, y, apoderándose de castillos y plazas que fortificaban, haciendo de ellas almacén de lo que habían robado y centro de acción para otros salteamientos en las comarcas vecinas: había banda que llevaba ya veinte años de robos y grandes iniquidades.

Crecía contra los judíos el odio de las demás razas, y se manifestaba en tumultos populares y degüellos colectivos, la mayor parte sin fundamento racional para tales injusticias y violencias: en Cesarea fueron muertos veinte mil; en Alejandría cincuenta mil; en Damasco, en toda la Siria, la matanza era general. La misma Jerusalén, sometida á las bandas de ladrones y asesinos, se hallaba convertida en una balsa de sangre; se mataba por gusto de matar. Sólo de los nobles, de aquella clase de *seniores*, que tan activa parte habían tomado en la Pasión del Redentor, iban ya degollados doce mil, después de robados y azotados públicamente. Los idumeos, requeridos como auxiliares para acabar con aquel desorden, y convertidos en verdugos de la ciudad, mataron el día de su llegada ocho mil quinientas personas alrededor del templo: todo era sangre y desolación.

Flavio Vespasiano, enviado por Nerón para reparar el honor de las armas romanas, seriamente comprometido desde el asesinato de las guarniciones, y, sobre todo, desde el desastre del procurador Cestio Galo, que había perdido más de seis mil de sus mejores soldados en una retirada desde las cercanías de Jerusalén, arrasó la Galilea, y en seguida la mayor parte de Judea, llevándolo todo á sangre y fuego, sin respetar á los ancianos, á las mujeres ni aun á los niños: éstos, en los asaltos, eran estrellados contra las paredes ó arrojados á larga distancia desde las murallas.

No se había llegado al principio del fin, ó sea á combatir la ciudad santa, y habían muerto ya violentamente, en tres años, más de trescientos mil judíos.

Cuando se disponía á atacarla, recibió la noticia de haber sido aclamado emperador por las legiones, y fué á Egipto para dirigirse después á Roma, dejando á su hijo Tito el encargo de terminar la guerra tomando á Jerusalén.

¡Designios inexcrutables de lo alto! Tito, aquel Tito que por su bondad, por la dulzura de su carácter y nobleza de sentimientos mereció de sus contemporáneos el dictado de *Delicias del género humano*, era el elegido por Dios para instrumento de la más espantosa de cuantas destrucciones habían asombrado á la humanidad.

Presentóse delante de la plaza con un ejército de setenta mil hombres el 14 de Abril, festividad de la Pascua, á cuya celebración habían acudido, no sólo de toda Judea, sino también de remotas regiones, centenares de miles de personas, que, sorprendidas por la guerra, sufrieron las terribles consecuencias del sitio. En aquel día, habiéndose adelantado para hacer un reconocimiento, se vió Tito rodeado de improviso por un inmenso enjambre de judíos armados, y dió, para salir de aquel apretado trance, muestra insigne de ser el más valeroso de cuantos caballeros y soldados llevaba en sus legiones.

Estableció su ejército en varios puntos, el más distante á seis estadios (próximamente un kilómetro) de la ciudad. Comenzaron los soldados, según costumbre romana, á fortificar sus campamentos, y desde el primer instante se inició una serie de acometidas furiosísimas por los sitiados, que pelearon siempre con maravilloso valor. En la primera embestida quedó prisionero un judío, sólo uno, y Tito mandó que se le crucificara delante de la muralla, para espanto de los defensores: era el primero; ¡cuántos habían de morir después en la cruz!

Emprendiéronse las operaciones para el ataque de la ciudad, construyendo cuatro legiones cada una su monte ó gran prominencia que arrancando de lejos llegase hasta la muralla, dominando su altura. Construíanlas de madera, y encima piedras y tierra. Los sitiados, con un arrojo sorprendente y con grande sagacidad, minaron el terreno, acopiaron debajo de los cuatro montes grandes cantidades de leña, pez y betún, y poniéndoles fuego consiguieron que en los cuatro puntos se desplomara la obra colosal de los sitiadores. Infatigables éstos, y por orden de Tito, volvieron á levantar dos montes por la parte alta de la ciudad; montes que lograron conservar á costa de incesantes y muy sangrientos combates con los judíos. Para construirlos, acabaron de arrasar en un radio de cien estadios (más de tres leguas) todo el admirable arbolado de huertos y jardines, que hacían de aquellos alrededores un verdadero Paraíso. «La ciudad de la perfecta hermosura, alegría de toda la tierra», según Jeremías, quedaba asolada en lo que constituía uno de sus mayores encantos.

Dominada Jerusalén, antes del sitio, por bandas de millares de ladrones y asesinos, denominados *zelotas* ó celadores de la libertad del pueblo y de la honra de Dios, bajo el mando y dirección de Eleázaro, hijo de un pontífice, bandas que habían esparcido el espanto, la desolación y la muerte, se hallaba desde el principio del asedio subyugada por dos insignes facinerosos, Juan de Giscala y Simón de Giora, los más desalmados tal vez que hasta entonces habían nacido de la raza de Judá. Los tres jefes de las bandas, que, contando con los idumeos, mandaban más de cuarenta mil hombres armados, se hacían implacable guerra, hasta que huído Eleázaro al castillo de Masada, quedaron solos Simón y Juan, compitiendo como con rabiosa porfía en cometer más atroces crímenes. Juan se apoderó del templo, y Simón de los palacios y parte alta de la ciudad: el primero, además de las muertes y saqueos en las calles y casas, robaba y profanaba el lugar santo; y el segundo, además de análogas iniquidades, se complacía en hacer degollar señores y pontífices: eran éstos los que habían pedido que se pusiera en libertad á Barrabás: allí le tenían suelto y dándoles el pago.

Huían despavoridos ricos y pobres, esperando ponerse en salvo por los espacios, todavía libres, entre unos y otros campamentos: eran presos en gran número, y los soldados romanos, fieramente sañudos contra todo judío desde las anteriores campañas, especialmente desde la de Vespasiano, se entretenían primero en crucificar por lo menos quinientos cada noche, y después, para abreviar sus ejecuciones, en ahorcar por centenares á cuantos caían en su poder. Esta horrible crueldad fué cediendo cuando ya no había donde colocar tantas horcas y cruces. Imperaba la muerte dentro y fuera de la ciudad, antiguamente santa.

Los zelotas, en su vértigo de saqueo y destrucción, habían quemado la mayor parte de los inmensos almacenes de trigo que había en la ciudad: presentóse el hambre, llegando á sus más espantosos horrores. La persona adinerada que podía adquirir á escondidas de los ladrones una medida, como media fanega, de trigo, tenía que pagar por ella un talento (próximamente ocho mil pesetas): algunos daban cuanto tenían: *Dederunt pretiosa quæque pro cibo.....* había profetizado Jeremías. El pueblo salía de noche por las inmediaciones de la ciudad á coger hierba y raíces para alimentarse: rodeada, para impedir salidas, y muy de cerca, por los sitiadores, con un muro, faltó aquel recurso y se apeló al estiércol de las cloacas. Los zelotas y demás bandidos armados penetraban en las casas, y si por casualidad encontraban á alguno que comía ó acababa de comer, le estrujaban la garganta para hacer que devolviese la comida, ó le abrían el pecho y el vientre para sacarle lo que aun no había digerido. Una mujer, llamada María, que se había refugiado en Jerusalén, desde el lado allá del Jordán, de donde procedía, mató á su hijo, le coció, y se había comido la mitad, cuando fué sorprendida en tan horrible banquete.

Caían á millares los muertos en las calles y plazas, quedando allí tendidos y apilados en montones, ó almacenados en los más espaciosos edificios, sin que nadie se cuidara de sepultarlos. La peste, consecuencia de la descomposición general, aumentaba el número de las víctimas: el pueblo de Jerusalén era una espantosa colección de espectros. Huían por la noche, los unos escuálidos y los otros como inflados por humores acuosos, á refugiarse ó buscar la muerte en los campamentos romanos, donde los soldados de Tito, mudos de asombro al principio, y compadecidos después al ver aquellos casi cadáveres en pie, les suministraban abundantes víveres, viendo al poco rato que la mayor parte caían muertos por no poder resistir una sana alimentación.

La angustia en la ciudad era suprema: puerta cerrada era abierta violentamente, por sospecharse que dentro se estaba comiendo: se registraba y volvía á registrar la casa, y ¡ay de sus moradores si se encontraba algo que comer! El que salía á la calle con aspecto de salud era en seguida preso, azotado y degollado, porque su semblante revelaba que comía. Para colmo de desventura corrió en el campamento romano la noticia, malignamente comunicada por los sitiados, de que los fugitivos de la ciudad llevaban sus vientres llenos de monedas de oro, que habían tragado para recogerlas al día siguiente al ejercer una función natural. Los sirios y los árabes que había como auxiliares en el ejército de Tito, avarientos y crueles, destriparon en una sola noche más de dos mil de aquellos infelices, buscando el tesoro que suponían escondido en sus estómagos; y habrían continuado en la matanza, á no haber Tito, noticioso del suceso, amenazado con un degüello general de los que cometiesen tan grande iniquidad.

El número de muertos dentro de Jerusalén era pavoroso: desde el principio del sitio, ó sea el 14 de Abril, hasta el 1.º de Julio, en menos de tres meses, habían sucumbido combatiendo, asesinadas, de hambre ó de pestilencia, seiscientas mil personas. Los dos terribles dominadores de la población, Simón y Juan, seguían, como sus allegados, rudamente pertinaces en la defensa, peleando con desesperación y haciendo prodigios de valor.

Llegó el trance supremo: el 8 de Agosto las legiones se apoderaron del tercer muro en la parte alta de la ciudad y rodearon el Templo, que se alzaba á la inmediación. Allí se emprendió una lucha terrible, sin que los romanos consiguiesen penetrar en su recinto. Viendo Tito que sus soldados morían en número considerable y que nada podían sus más formidables arietes contra aquella solidísima fábrica, mandó poner fuego á sus altísimas puertas, que á pesar de la cubierta de plata, ardieron, dando al fin paso á los invasores. En aquel momento comenzó una escena la más tumultuosa, horriblemente sangrienta y destructora de cuantas se habían presenciado desde el primer día del sitio. Los legionarios alzaron una espantosa gritería; fué no menor la de los millares de defensores y refugiados que había en aquel inmenso recinto, y nadie se entendía en tan atronador estruendo: furiosos los soldados, mataban sin piedad

(1) Año de J. C., 1261.

y ponían fuego donde podía prender: el pavimento del Templo estaba convertido en una balsa de sangre, y por la extensa gradería del *Sancta Sanctorum* bajaba una verdadera cascada de los que eran degollados, de una y otra parte, en la gran explanada superior. Consiguieron, sin embargo, los defensores arrojar á los legionarios y pelear con ellos ventajosamente en la parte exterior de sus muros, no sólo aquel día y noche, sino también al siguiente.

Tito, ansioso de conservar para gloria del imperio aquella maravilla del mundo, reunió en consejo á los principales caudillos, buscando en sus opiniones la confirmación de sus propios deseos. De los seis que emitieron dictamen, tres propusieron la conservación del Templo y tres su destrucción: acordó Tito que se conservara, mas no pudo conseguir que se realizara tan buen propósito. Los soldados, embravecidos con aquella lucha que duraba ya dos días dentro y en las inmediaciones del espaciosísimo edificio y arrebatados por los dos vértigos que fácilmente se apoderan de los ejércitos en la pelea, el de la sangre y el del incendio, degollaban y quemaban, desoyendo las amenazas y los consejos de Tito, que acudió en persona y no fué atendido en la horrible gritería de los combatientes.

Al tercer día, el 10 de Agosto, el Templo ardía en toda su extensión con tan general é intensa llama que parecía arder entera la parte alta de la ciudad. En uno de los grandes pabellones ó pórticos, único que hasta entonces se había salvado, se hallaban refugiadas más de seis mil personas, ancianos, mujeres y niños; prendió el fuego y no quedó una sola con vida. En aquel día, fatídico para el Templo, pues hacía seiscientos setenta y cinco años que en la misma fecha, en la correspondiente después al 10 de Agosto, había sido quemado por los babilonios; en tal y tan siniestro día desapareció aquella maravilla, la primera del mundo, con los portentos del arte oriental sobre el cedro y maderas preciosas, con su inmensidad de planchas de oro, plata y cobre de Corinto, más preciado que el oro, en puertas de altura increible, en paredes, en ventanas y azoteas, sobre todo en el *Sancta Sanctorum* con sus verdaderas moles de oro, con su prodigiosa cantidad de pedrería, con su fábrica maravillosa, pasmo del entendimiento y asombro de los ojos.

El gran velo de los cuatro colores, llamado el Velo de Babilonia, encanto y admiración de quien le veía, no sólo por su grandeza, de noventa pies de altura, sino también y muy principalmente por la magnificencia y primores de su ejecución en sedas, oro y pedrería, se había rasgado por medio, de alto en bajo, *á summo usque deorsum*, al morir el Redentor; símbolo de la desaparición de la Ley antigua al consumarse el establecimiento de la Nueva, de la de Gracia. Aquel Templo había también de desaparecer: profanado últimamente con grandes abominaciones, debía ser purificado antes de caer, y lo fué por un océano de sangre y una inmensidad de fuego.

Durante el incendio, y después del degüello de sus defensores, fué saqueado por los legionarios. Allí estaba el Gazofilacio ó tesoro del Templo, todavía abundantísimo en numerario, aun después de las depredaciones de Juan y de los zelotas: allí, además de la inmensa cantidad de oro acumulada en la sucesión de los tiempos por las ofrendas de todo el pueblo de Israel, se habían aglomerado las riquezas de Jerusalén para librarlas de las bandas de facinerosos. A pesar de tantas rapiñas, aun quedó todavía escondido un inmenso tesoro en dinero, alhajas, grandes mesas, candeleros, efectos y vasos sagrados, todo de oro, y riquísimas telas y vestiduras sacerdotales.

Privados de la posesión de la parte alta de la ciudad y del Templo, todavía continuaron en la baja Simón y Juan con sus bandas, no sólo defendiéndose, sino atacando con audacia temeraria, nada menos que veintinueve días, hasta el 8 de Septiembre, en cuya fecha, muertos muchos millares de facinerosos, y presos los demás en gran número, se plantaron las águilas é insignias romanas en toda la extensión de la muralla.

En aquel día y el siguiente, y mucho más en la noche intermedia, Jerusalén presentaba un espectáculo horroroso: era en su vasta extensión un inmenso cráter de volcán; ardía la ciudad entera.

Tito la abandonó para establecerse en su anterior campamento, dejando antes, con fuerte guarnición, en el quemado Templo, á su liberto y amigo Frontonio, con orden y amplias facultades para dar castigo ó recompensa á cuantos allí había ó le llevaran presos. Después de las pasadas abominaciones, el Templo se iba á convertir en nuevo y espantoso matadero. Frontonio se mostró implacable: cuantos habían tomado parte en la desolación y horrores de la ciudad antes y durante el sitio, formando en las bandas, eran pasados á cuchillo: unos acusaban á otros, y sin cesar se estaba degollando ó atravesando con las espadas: venían otros grupos de presos, que lo habían sido al salir de los subterráneos y cloacas donde se hallaban refugiados, y apenas aparecían dentro del Templo, eran muertos sin piedad ni misericordia. Se dejó de matar cuando ya no quedaba uno solo vivo.

Se habían cogido noventa y siete mil varones de los que habían querido huir y no pertenecían á las bandas: se hallaban en el campamento, donde se hizo una terrible selección: se eligieron no más que setecientos, los más gallardos, para que figurasen en Roma el día del triunfo; á los menores de diez y siete años se los vendió á vil precio para esclavos; los demás fueron, unos enviados á Egipto á trabajar, también como esclavos, en obras públicas, y otros, en gran número, reservados para morir en el circo, en lucha con las fieras ó consigo mismos, como gladiadores: en el de Cesarea, al celebrar Tito con grandes fiestas el natalicio de su hermano, murieron dos mil y quinientos de aquellos infortunados, y poco después en el de Berito, al celebrar el de su padre, un número mayor.

A los que se habían refugiado al campamento romano, huyendo de la plaza durante el sitio, Tito, después de perdonarlos, les prohibió que fijaran su residencia en el territorio de Judea, y se esparcieron por todas partes.

Con los que Tito se mostró cruel fueron los sacerdotes: se hallaban al tiempo del combate en el Templo y le defendieron desesperadamente: cuando fué tomado, se escondieron en una de las sinuosidades del muro del edificio, por ellos conocida; al quinto día, extenuados por el hambre, se presentaron pidiendo ser llevados ante el Emperador. Tito los recibió ásperamente: les dijo que había pasado el tiempo de la clemencia, y pues no existía ya el Templo, ellos tampoco debían existir; y los mandó degollar.

Eran los últimos que habían quedado de la raza de pontífices y sacerdotes.

Presos los dos caudillos Juan y Simón, fué el primero condenado á encierro perpetuo en calabozo, en el cual acabó pronto, y el segundo llevado á Roma para el triunfo y ser en el Capitolio objeto del siniestro y terrible anuncio: *Actum est*.

Los que habían huído á Masada y otros puntos fortificados perecieron desastrosamente: entre ellos murió Eleázaro, el primer caudillo de los zelotas y criminales.

En Jerusalén habían muerto en los cinco meses de sitio un millón cien mil personas: todos los elementos de muerte y calamidades se habían condensado sobre la infortunada ciudad.

Extinguido el incendio en el trascurso de algunos días, dispuso Tito que las legiones procediesen á destruir y arrasar el Templo y todos los edificios de la población, conservando sólo tres torres-palacios, las de Faselón, Hípicos y Mariamma, portentos de arte y fortaleza, para gloria del Imperio y admiración de las generaciones venideras.

Al año siguiente mandó Vespasiano al procurador Liberio Máximo que vendiese todas las tierras de Judea, prohibiendo que en ella se edificara ciudad alguna.

Así cayó Jerusalén, la ciudad deicida, á los treinta y ocho años de la crucifixión de Jesús y á los veintidós siglos de su fundación por Melchisedech: así el templo de Salomón, la más grande maravilla; así fué desposeída de la antigua Tierra de Promisión la raza de Jacob, volviendo en gran parte á trabajar como esclava en aquel Egipto de donde, catorce siglos antes, multiplicada prodigiosamente, había salido libre con Moisés; y volvió después de un asedio espantoso, iniciado en el mismo día de la Pascua, es decir, de la fiesta con que celebraba su liberación del yugo de los Faraones.

Hoy aquel pueblo vive, para asombro de las personas reflexivas, con una existencia de tres mil setecientos años, cuando han desaparecido razas y civilizaciones posteriores á su origen; y vive hablando la lengua primitiva del mundo, en número de más de diez millones, esparcidos por todos los ámbitos de la tierra, en unidad de pensamiento, pero sin patria, sin rey, sin sacerdote. Vive con una esperanza, que sólo se realizará al fin de los tiempos.

¿No es este un misterio, un fenómeno incomprensible para quien olvide que hace diez y nueve siglos pidió el pueblo de Jerusalén que la sangre del Justo cayera sobre sus cabezas y sobre las de sus hijos? Y al recordar la horrenda catástrofe de aquella ciudad y de aquella raza, ¿habrá quien no vea cumplidamente realizada sobre una y otra la profecía de Jesús en su camino del Calvario?

Julián Manuel de Sabando.

DEDUCCIÓN.

Venían de lejos, y acababan de hospedarse en una de las mejores fondas de la ciudad. Emperejiláronse las dos muchachas; acicalóse el mozo; sacudió el viejo el polvo de sus vestidos; tomaron los cuatro el refrigerio correspondiente, y la gente joven se lanzó á la calle con deseo de conocer las bellezas de la población, que les brindaba con sus anchurosas vías y espléndidos jardines, inundados con la luz de un sol primaveral.

El viejo se metió en la cama para descansar de las fatigas, y dando gracias á Dios por la felicidad con que había hecho aquel viaje, se quedó dormido.

Llamábase el anciano D. Jerónimo, y era padre de Luisa, Juana y Pepe; los tres jóvenes que acababan de salir como pajarillos que encuentran franca la puerta del encierro.

Chapado á la antigua, y aun chapado con exageración, no había que hablarle de adelantos ni de reforma de costumbres. La época de sus abuelos era para él la perfecta, y no se remontaba á los tiempos de Adán para ajustar á ellos su conducta, porque no los conocía sino por la historia.

Enojábale la política, que, según él, era cosa innecesaria, debida á las malas artes del *tiñoso*: así llaman al diablo en algunos conventos, y así le llamaba él por no nombrarle. A su juicio, no había más política que una, como no había más que una constitución para la sociedad, y un medio para establecer la familia. El padre señor absoluto en ésta; el rey señor absoluto en aquélla. Dios, patria y rey; tal era su divisa, con lo cual ya se ha dicho lo que era: realista furibundo y religioso á macha martillo; pero incapaz de hacer armas contra ningún gobierno, ni siquiera de conspirar aquí donde todos han sido, alguna vez, conspiradores. En política contentábase con ser *ojalatero* y llamarse *blanco;* calificar á la familia entonces reinante de *intrusa*, ni más ni menos que si tratara del rey José, y denominar *negros* á los liberales. A los partidos más avanzados no los calificaba porque nunca pudo encontrar un adjetivo bastante fuerte.

Respecto á religión ya era otra cosa: defensor intransigente de los divinos preceptos, jamás en su presencia se manifestó ni la menor duda sin que él impusiera el oportuno correctivo; no dejaba de cumplir ni uno solo de los mandamientos de la Iglesia, y procuraba cumplir los de la ley de Dios, lamentándose de que, por ser de Dios, fueran tan superiores á las fuerzas del mísero mortal; había educado á sus hijos con arreglo á estas máximas, y las chicuelas eran siervas de María y esclavas del Sagrado Corazón de Jesús; el mozo formaba parte de la asociación de San Vicente, y él figuraba con alto cargo en casi todas las cofradías.

Tal era D. Jerónimo y tal su descendencia.

***

Mientras el viejo soñaba que veía á su rey y señor con manto y corona y circundado de nubes y de angelitos, andaban sus tres retoños por las calles de la ciudad como palominos atontados, y, lo que nadie hubiera creído, como herejes.

Hasta entonces habían vivido en una modesta capital de provincia en donde la fe era común, pero en la que no se conocían ciertas prácticas, y los tres hermanos pasaban por delante de las iglesias sin descubrirse el mozo y sin santiguarse las niñas, llamando la atención y ocasionando murmuraciones de la gente; porque he de advertir que la ciudad de mi cuento era, por entonces, la en que más ostentación se hacía de beatitud.

Veíanse los sacerdotes materialmente asediados por chicos y grandes, disputándose el honor de besarles la diestra; descubríase la gente, no sólo al pasar por delante del templo, sino también al oir el toque de campanas: se arrodillaban muchos sobre las losas de la calle cuando hallaban al paso, cosa que ocurría con frecuencia, algún oratorio, y tropezábase con demostraciones de religiosidad hasta en los rótulos de las tiendas, donde solían hallarse cosas parecidas á esto: «Tienda de comestibles de Julián N..., que cumple con todos los preceptos religiosos»; anuncio que traía á la memoria aquel otro famoso de la Revolución francesa: «Zapatería ó la muerte.»

Los forasteros notaron bien pronto la enemiga que ocasionaban, y fijándose en lo que los demás



LA SEMANA SANTA EN ROMA.—CONSAGRACIÓN DEL SANTO ÓLEO EN EL ÁBSIDE DE SAN JUAN DE LETRÁN.

(De fotografía.)



Excmo. Sr. D. FRANCISCO DE PAULA BENAVIDES Y NAVARRETE,

CARDENAL-ARZOBISPO DE ZARAGOZA.

Nació en Baeza (Jaén), en 1810; † el 30 de Marzo último.

hacían, lamentaron el descuido que en materia de religión existía en su tierra natal.

No queriendo ser menos que los más devotos, trataron de imitarles. Descubríase el joven á cada momento, viniera á pelo ó no; santiguábanse los tres hasta cuando sonaba la hora en algún reloj de torre, y aun Luisita, por equivocación, besó la mano á un guardia de Orden público.

En consecuencia, volvieron á la fonda muy compungidas ellas, muy constipado él, y muy avergonzado el terno del abandono en que sus paisanos, llamándose católicos, tenían las prácticas del catolicismo en relación á los habitantes de aquella santísima ciudad.

Algo extraño notó D. Jerónimo en el semblante de sus hijos, por lo que les preguntó qué tenían, y una vez preguntados, que ellos no hablaran á persona mayor si no les interrogara, dieron rienda suelta á sus manifestaciones de asombro ante aquella perfecta devoción, que calificaran de excesiva los negligentes moradores de su antigua residencia.

Expusieron con entusiasmo cuanto habían visto; el respeto con que á los sacerdotes se trataba; la actitud humilde adoptada generalmente al pasar por delante de las iglesias; la postración ante los santuarios, y hasta aquellos extraños letreros colocados sobre las puertas de las lonjas, acusando la religiosidad de sus habitantes.

Absorto escuchaba el santo viejo la narración de tanta beatitud, y cuando terminó el relato, púsose en pie con gran presteza, y encargando á las mozas que arreglaran el equipaje, pagó el gasto del día en la fonda, y resolvió marcharse por donde había venido, en compañía, por supuesto, de la asombrada prole.

Obedecían con estupor las chicas las órdenes de marcha, no acertando á comprender el extraño efecto que la relación había producido; alentábalas con su prisa en la faena el viejo incomprensible, y mirábales con asombro el mozo, que al fin se determinó á preguntar á su padre la causa de aquella extraña resolución.

—¿Por qué—le dijo—hemos de abandonar esta ciudad tan santa? ¿Te has hecho *negro* acaso?

La precipitación de D. Jerónimo para salir libró al hijo de una respuesta que hubiera sido, sin duda, de las más fuertes entre las contestaciones paternales, y cuando el tren, por ellos ocupado, arrancó con dirección á la tierra natal, dijo el viejo á sus hijos, explicando de este modo su conducta:

—Esas públicas manifestaciones de los buenos católicos significan que en la ciudad de que ahora huímos abundan los herejes.

Luis Calvo Revilla.

«IDEALES.»

EL LIBRO DE GRILO.



Hablar de Grilo y de sus *Ideales!* ¿Puede darse cosa más inoportuna? Ya sabe todo el mundo que Grilo es un gran poeta y que los *Ideales* son un libro precioso que se está vendiendo como pan bendito en la librería de Fernando Fé, sin que haya decaido un instante el interés de los primeros días en que se puso á la venta.

Sin embargo, yo no he leido, y perdóneseme la inmodestia, un artículo ó crítica en que se considere á Grilo bajo su verdadero aspecto. Se ha dicho de mil maneras lo bueno que hay en Grilo, pero no se ha dicho lo *mejor* que hay en él. Y es que en esta resurrección de la poesía que tiene por principales autores á los Zorrillas, Duques de Rivas, etc.; en esta conversión desde la poesía pagana, y por lo tanto insulsa y soporífera para nosotros, á la poesía cristiana, española, nuestra, Grilo brilla como astro de primera magnitud, hasta el punto de que si en Zorrilla hay mucho bueno, mucho cristiano y español, en Grilo todo es bueno, y todo, absolutamente todo, es cristiano y es español.

Si en el arpa de que nos habla Bécquer dormían las notas en espera de la mano que sabe arrancarlas, el libro de Grilo es el arpa en que no duerme ninguna nota, porque la mano del poeta arranca todas las que deleitan, conmueven y entusiasman á los españoles. Y ¡cómo brotan esas notas! ¡Qué vibrantes! ¡Qué sonoras! ¡Qué inmensas! El amor á la Religión, el amor á la Virgen, el amor á la Patria..... Allí está Jesucristo, nuestro Redentor, el hijo de María,

«Que acaba de morir crucificado»

para que el hombre sienta salpicar su frente con la sangre redentora y lave así

«La mancha de su bárbaro delito».

Pero al morir Jesucristo

«Hierve el abismo entre su fondo obscuro»;

y ¿quién ha de enfrenarlo,

«Si está clavada la potente mano
Que humilló la altivez del Océano
Con leve cinta de menuda arena?»

Al pie de la cruz está María, objeto de nuestros amores, nuestro consuelo y esperanza; Grilo se acerca á ella y le dice:

«Vengo á llorar con el dolor que lloras,
Vengo en suspiros á entregarte el alma»,

ó

«Y no valen cien mundos redimidos
Una lágrima tuya, Madre mía.»

Y sigue el poeta interpretando los sentimientos del pueblo español, y en vez de traducirnos alguna égloga de Virgilio en que se nos pinte el amor de dos pastorcitos, se dirige á la hornacina donde estuvo la madrileña Virgen de la Almudena, y dice que hasta las

«Lavanderas del río,
Con qué tristeza,
Se suben con sus fardos
A la cabeza.
Lo mismo la que ríe
Que la que llora,
Suspiran por la Virgen
Nuestra Señora.»

Á la Virgen de la Blanca llegan los caballeros y los pastores, y

«Toman al descubrirse
Junto á la ermita,
De la pila de mármol
Agua bendita.
¿Quién no tiene una pena
De algo que llora,
Que contar á la Virgen
Nuestra Señora?»

¡Qué verdad! Digan lo que quieran el racionalismo y el libre pensamiento, los españoles nos iremos siempre á contar nuestras penas á la Virgen; y en cambio, ¿qué no haríamos por defenderla, por desagraviarla? ¿Quién arranca de España la devoción á María?

«¿Quién se la lleva?
Si alguno lo intentare,
Que haga la prueba.»

Lo que sí haremos todos los españoles es declarar nuestras las palabras de Grilo, darle nuestra representación nacional delante de María, y pedirla que en Grilo nos oiga á todos, cuando la dice:

«Iris en la tormenta,
Perla en los mares,
Entre el cielo y el mundo
Virgen y Madre.
Aun era yo muy niño»,

dice Grilo, y no nos satisface, porque quisiéramos que dijera: aun éramos todos nosotros muy niños, que á todos nos sucedió lo mismo,

«Cuando mi madre
Me hizo pisar las gradas
De tus altares.
Y de rodillas,
Tu dulcísimo nombre
Me repetía.»

La revolución encarceló á los obispos, destruyó las iglesias y arrojó á las monjas de sus conventos, y entonces fué cuando el poeta español por excelencia dijo, encarándose con los revolucionarios: ¿Sabéis lo que son esas monjas que perseguís? Son las que saben

«El bullicio trocar por el desierto;
Hacer del claustro en el rincón profundo,
De una lámpara, sol; edén de un huerto,
Del rezo un himno, y de la celda un mundo»;

son las que, con sus oraciones,

«Al mundo libran del furor del cielo.»

Esos conventos que destruye vuestra piqueta, son nada menos que

«...... la gigante fortaleza
Donde la pompa mundanal acaba,
Y la jornada del martirio empieza.»

Además, vosotros no merecéis llamaros liberales; sois déspotas de unas pobres mujeres.

«No las esclavas de la cruz divina
Penséis que son esclavas de los hombres.»

Porque lo noble, lo caballeresco, lo español, es que

«Si nos falta la fe para imitarlas,
Tengamos el valor de defenderlas.»

Alguien ha dicho que los españoles no tenemos amor patrio, y esto es verdad, si por amor patrio se entiende el afán de ponderar nuestra mercancía, á modo de comisionista ávido del tanto por ciento; pero no lo es si se entiende un amor á la honra, integridad é independencia de la patria que hace que, cuando de esto se trata, no se cuenten los enemigos para lanzarse al combate, no se miren las consecuencias para declarar la guerra, y, borradas las diferencias de intereses y partidos, no queden más que españoles, que por España dan bienestar, hacienda, sangre y vida.

Esto es lo que canta Grilo en magníficos himnos cuando, recordando verdades históricas, pone en boca de España estas hermosas frases:

«¡Mis nobles caballeros,
De la fe mis apóstoles fecundos,
Mis centellantes, límpidos aceros,
El sonoro tropel de mis guerreros,
Mi cetro de dos mundos,
Alzar me hicieron, entre galas bellas,
Hasta las nubes mi atrevido vuelo,
Escribiendo mi nombre con estrellas
Bajo el bordado pabellón del cielo!»

Yo soy

«La que desde el Ocaso hasta el Oriente
Hizo doblar al mundo la rodilla.»

Para esta hermosa patria nuestra llegaron días de luto y de amargura; se había hundido en el polvo el trono de nuestros reyes, y con el trono nuestro crédito, por la bancarrota; nuestro ejército, por la indisciplina; nuestra prosperidad, por las cuatro guerras distintas que á un mismo tiempo llegaron á arder en nuestro suelo. Entonces fué cuando fuimos ofreciendo la corona de nuestros reyes, de nación en nación, de puerta en puerta. ¿Qué había de hacer el arpa de Grilo? O callarse, ó cantar en español; y en español cantó cuando, lleno de indignación, decía:

«¡No os avergüenza mendigar un nombre
Para el solio inmortal de Carlos Quinto!!!»;

y hace decir á España:

«¡Si al mundo di mis leyes,
Que vencidos los pueblos acataron,
No lancéis al desprecio de los reyes
Á la que tantos reyes respetaron!!!»

¿Cómo enumerar todas las bellezas, las notas magníficas que contiene el libro de Grilo? Allí están nuestras penas, nuestras alegrías, nuestras glorias, nuestras costumbres, nuestras madres, nuestras novias, nuestros juegos, nuestras creencias, nuestras fiestas, nuestros temores, nuestras esperanzas. Y desde que Grilo ha escrito, para nosotros el lucero de la tarde es el *brillante desprendido de la diadema de un ángel;* en el sepulcro de nuestra madre, todos hemos pensado: ¿quién pudiera *mirarte, y luego morir los dos?* La lámpara del Sagrario es una estrella *que al frente del altar se ha detenido;* en el invierno vemos la imagen de la muerte, que avisa al hombre *que es polvo y al polvo volverá;* en el templo vemos trepar las sombras por las ojivas; en el mar nos parecen las olas que mueren en la playa, cisnes gigantescos *que sacuden en la arena su plumaje;* cuando sufrimos, pensamos que *están la cumbre y la cruz muy alta,* mas *para llegar al cielo, cuán poco falta;* en la alegre verbena hemos llevado al altar *lágrimas y azucenas,* pero también nos ha alegrado aquí el sonar de la alegre guitarra, *allí la pléyade airosa de estudiantina bizarra.....*

También tiene Grilo, y ¿cómo no, siendo el poeta de los españoles? cánticos de alabanza, de adhesión y amor para nuestros reyes. ¿Quién duda que España entera lloró lágrimas amargas viendo muerto al rey Alfonso XII, personificación del carácter madrileño? No hay duda; cuando

«Las manos que sostuvieron
El cetro de las Españas,
Están de color de cera,
Rígidas....., yertas...., ¡cruzadas!
....
....
....
Hasta la naturaleza,
Con un sudario de escarcha,
Parece que toma parte
En el dolor de la Patria.»

Hoy nuestras miradas se dirigen á un niño Rey y á una madre viuda, buscando en ellos la realización de nuestras esperanzas, de prosperidad y grandezas para la Patria y para la Religión; y viendo á esa mujer y á ese niño, cuando llegan los aniversarios del Rey que murió,

«Ni el cañón suena tan triste,
Ni la campana da miedo,
Ni el aniversario abruma,
Ni Alfonso XII está muerto!»,

sino que nuestros corazones se deben abrir al gozo, porque

«............ grandes destinos
Reserva Dios al Monarca;
Algo divino protege
Su cabeza coronada.»
....

En *Ideales* no falta más que una composición para que tenga todas las notas simpáticas á los españoles, y ésa había de ser un canto de admiración y de cariño á Grilo, al que todos conocemos y llamamos el poeta de las ermitas ó el de la Virgen de la Fuensanta, ó el cantor de la verbena, ó el poeta tan popular, tan querido y admirado con evidente predilección entre todos los poetas de nuestro siglo.

Ramón Sarmiento.

LA CATEDRAL DE SEVILLA.

«Mejor templo, Señor, tu gloria....»
(Sermón en la dedicación de la Santa Iglesia.)

Mi espíritu refleja, viva y clara
—Aun evocada de lejanos días—
La profunda emoción que le embargara
La vez primera que el umbral sagrado
Del templo atravesé. Las armonías
Escuchaba del órgano sonoro,
Como en grata sorpresa enajenado;
Y la cernida luz del sol moriente,
Irisada en carmín, ópalo y oro,
Y en la dulce penumbra difundida,
Del joven rudo la ofuscada mente
Con nuevos esplendores alumbraron:

Del arte, entonces, la misión sublime
(Aun más adivinada que sentida)
La virgen alma presintió; se alzaron,
Con la humildad creyente que redime,
Mil emociones inefables. Era
Que con el alma entera
Todo en el arte lo miraba escrito,
Como si el arte fuera
El verbo de la fe; lazo bendito
Que, alzando al hombre á la celeste esfera,
Ligaba lo mudable á lo infinito.

Desde el ángulo obscuro en que fijaba
Mi planta temerosa, descubrían
Mis ojos contrastado laberinto
De líneas que cruzaban y ascendían,
Y del inmenso místico recinto
Por las alzadas bóvedas huían,
De éter y luz los ámbitos buscando,
A la piedad del corazón sincero,
Y al desterrado mísero viajero
Los caminos del Cielo señalando.

Y en el grandioso altar de alerce y oro,
Al que dorada reja protegía
Por místico decoro,
Que labor peregrina entretejía
En artísticos lazos anudada,
La luz en tornasoles descendía,
Desde la faz del expirante día,
En múltiples colores esmaltada
Por la excelsa calada vidriera,
Cual si en iris de tonos celestiales
Hasta el egregio altar llegado hubiera
Del ósculo de Dios por mensajera
Luz de gloria en espléndidos raudales.

Entonces comprendí que el arte entero
Es el arte con Dios, que hasta Dios lleva,
Augusto mediador y mensajero
Que al genio y la oración á Dios eleva;
Y que el arte cristiano
Es eco fiel del arte sobrehumano
Que luz y mundos arrancó á la nada;
Que cuanto el alma admira hermoso y bello
Es vívido destello
De la belleza eterna é increada;
Y, cual foco de luz generadora
De belleza y de bien, la unión sublime
Del hombre y Dios, espléndido cimiento
De la cristiana fe, pinta y colora,
Esculpe y canta con divino acento,
Y al desterrado, que en tinieblas gime,
Del arte infunde el celestial aliento
Que de ominosa esclavitud redime.

Y el templo augusto parecióme entonces
Colosal epopeya de granito,
Y que de lienzos, mármoles y bronces,
En acordado ritmo, á lo infinito
Un himno portentoso se elevaba;
Y que por rara, excelsa maravilla,
Del claro Betis en la hermosa orilla
El genio de dos mundos se adunaba,
Y en acordada inspiración cantaba
Sus estrofas sublimes; que si un día
La del Islam inspiración ardiente,
De la Giralda en su alminar riente,
Y en rica exornadora lacería,
Del gran poema el prólogo trazaba,
Otro numen austero y penitente,
Numen del arte que en la Cruz nacía,
La ojival maravilla completaba,
Como fecunda unión, generadora

Del de dos mundos prodigioso fruto,
Del arte universal digno tributo
Al Sumo Sér que el Universo adora.

Yo he visto á la soberbia de la vida,
Emula de Babel, alzarse fiera
De la enhiesta montaña vencedora,
Y en férrea nervadura contenida,
Como fanal grandioso, á la atrevida
Bóveda inmensa, en que encerrada fuera
Cual de gigantes mil, la abrumadora
Fuerza en cien mecanismos traducida
Y en productos sin fin multiplicada:
Pero aquel ronco atronador rugido,
Aquella aguja hasta la nube alzada,
Ni era el clamor del corazón, henchido
De gratitud y fe, ni la elevada
Flecha que de la ojiva se desprende,
Por la piedad y por la fe impulsada,
Que hasta el trono de Dios rápida asciende
Por el arco divino disparada.

Todo allí revelaba el entusiasmo
En que loca soberbia trascendía,
Y mientra en mudo pasmo
Como nube de arena recorría
La masa humana el colosal recinto,
Llevada allí también para sarcasmo
La caduca vejez, en vivo instinto
Al genio humano—que la muerte fiera
Y hasta al propio dolor ya uncir debiera
A su triunfal carroza—demandaba
Más largo plazo en la vital carrera
Y término al sufrir; necia porfía
Con que el doliente corazón instaba,
Y con el polvo asfixiador flotaba
Para perderse en la región vacía.

¡Oh sublime locura vencedora
De tantos imposibles, que inspirada
Por fe gigante y por amor fecundo
—Y en la perenne abnegación probada—
Alzaste un templo admiración del mundo!
¡Oh egregio templo en que á mi Dios se adora
Con la suprema esplendidez de un culto
Que el alma y los sentidos enamora!
La raza heroica que tu muro alzaba,
Al par en lucha eterna defendía
Su hundido hogar, y de la hueste impía
Templo á la vez que patria rescataba.
En el grandioso altar á Dios alzado
Por tan hermoso múltiple heroísmo,
Vese más grande el hombre *arrodillado*,
Que *erguido* en el que cerca el negro abismo
De lo ignoto sin Dios, al hombre mismo
Y á sus propias grandezas levantado.
En este altar el hombre, luz de un día,
Culto se presta, en su demencia impía,
Con cuantos triunfos su soberbia invoca,
Y, en arrogancia que á irrisión provoca,
Lo inscrutable y lo eterno desafía.

El genio de la muerte y del estrago
Fijó en el templo su ominosa planta;
De las hundidas bóvedas y muros
Sombra amenazadora se levanta,
Y cuando por ocaso el sol declina
Y el misterio del templo se agiganta,
Cree la piedad el eco pavoroso
Aterrada escuchar de la divina
Voz, que oyera en sus glorias temeroso
El hijo de David, su egregio templo
Al alzar á Jehovah; cual si cumplida
Viéramos hoy la predicción temida,
Que para vivo ejemplo
De los labios de Dios oyó el ungido
Monarca de Israel, potente y sabio:
«Propiciatoria resonó en mi oído—
Dijo el Señor—la súplica ardorosa
Que en mi presencia murmuró tu labio,
Y con intenso amor he bendecido,
Santificando al par esta grandiosa
Casa de Dios, por tu piedad alzada
Para en ella poner mi nombre santo:
Aquí estará mi amor con la mirada
Perenne de mis ojos; entretanto
Que en vos y en vuestros hijos venerada
Sea la ley de Jehovah; mas si atrevido,
Este mi pueblo de elección, á olvido
Mi voluntad con sus preceptos diera,
Y á los dioses ajenos venerara,
Yo á Israel, que de infieles libertara
Y el mundo en heredad le concediera,
De la faz de la tierra borraría,
Y el templo que á mi nombre construyera
Con su fausto y riquezas hundiría.»

¡No así, mi Dios! Sevilla generosa,
Que aun á su Dios espléndida venera,
De su egregia Basílica orgullosa,
La tremenda amenaza suspendida
Sobre su frente, con la patria entera
Disipara, feliz, ante el conjuro
De su ferviente amor; que el alma henchida
De fe y piedad, el derrumbado muro
Incansable alzará. Si así no fuera;
Si tu justicia decretado hubiera,
Señor, que á nuestro templo mal seguro,
El de impiedad y olvido hálito impuro
En ruina irreparable convirtiera,
Sea entre el polvo sagrado confundida
Mi torpe lengua que tus glorias canta,
Y con la inútil ya, mísera vida
Extíngase la voz en mi garganta.

Eloy García Valero.

LA PINTURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX (1).

II.



El genio pictórico español, que tan gloriosos días había contado en los siglos pasados, no abandonaba, sin embargo, la aspiración de renovar sus antiguos triunfos y despojarse de la tutela, primero barroca italiana, y luego secamente clásica francesa, bajo la que gemía desde aquel momento en que Claudio Coello murió de pena, al convencerse de su encadenamiento.

El impulso puramente nacional dado por Goya, si no tuvo heredero directo inmediato, hizo renacer, en cuanto pudo tomar desarrollo, la hermosa nueva planta nacida de aquella semilla.

Punto de unión entre ambos extremos fué un artista de hermosas facultades, dotado de fecundidad no perniciosa y carácter español bastante acentuado, que, si bien manifestando aún flaquezas de estilo debidas á las enseñanzas de sus maestros, no dejó de alimentar un fuego y calor patrio, siempre benemérito y digno de estimación: D. Vicente López Portaña se llamaba nuestro artista.

Valenciano de nacimiento (1772); distinguiéndose muy joven como primer alumno de aquella Academia de San Carlos; pensionado para Madrid por oposición, tuvo que someterse durante tres años á las enseñanzas de Maella, su paisano, que vició para siempre su espíritu, con sus máximas mortíferas. Habiéndole conocido después el Rey *deseado* en un viaje á Valencia, encargóle de la dirección artística de su esposa D.ª María Isabel de Braganza, que también ejerció con D.ª María Josefa Amalia de Sajonia.

Desde entonces comenzaron sus trabajos en la corte, nunca interrumpidos, y á él debieron nuestros abuelos aquellos retratos un tanto aparatosos, pero llenos de vida y carácter español, en que con frecuencia los vemos cargados de entorchados, bandas y cruces, ostentando las señoras bastante placidez y gracia, á la par que lujosísima indumentaria y joyería en su tocado.

La facilidad más envidiable y sin esfuerzo se nota en todas las obras de López Portaña, y una afección de la Naturaleza, una decisión de pintar la vida, que á haber tenido más independencia, más arrogancia, en artes siempre elevadora, si no un competidor, por lo menos hubiera sido un continuador sin tacha del insigne Goya. Pero no pudiendo desechar el virus de Maella y otros decadentistas que se llamaron sus maestros, faltóle brío en sus composiciones como fresquista, si bien en el retrato hizo honor con ellos á la pintura española de aquellos tiempos, resistiendo algunos, tales como los de Goya, los Reyes de Nápoles, María Cristina, el General Castaños, y otros no menos notables, la comparación con los de los más afamados maestros posteriores.

Nunca aceptó, en cambio, el neoclasicismo de David, el renacimiento francés, de poco arraigo entre nosotros. Era demasiado frío y convencional, harto erudito y presuntuoso para que fuese simpático; así que, cuando Madrazo quiso imponerlo con su *Viriato*, si hubo poeta que cantó épicamente las bellezas del cuadro, llamando á su autor «discípulo de Apeles» y otros ditirambos, no faltó alguno más de la casta maleante que lo satirizara con gran humor, haciendo resaltar sus grandes convencionalismos.

Ribera (D. Luis) no lograba mayores triunfos, y Aparicio, con su cuadro *del Hambre*, hizo más en contra del clasicismo que todos sus detractores.

Don Vicente protestó siempre contra estas novedades. Aunque director general de la Academia de San Fernando por mucho tiempo, prestó gran apoyo y atención á otras instituciones, que con carácter más popular y privado, eran las verdaderas impulsadoras del renacimiento artístico español.

Suceso trascendental en este sentido fué la fundación, en 1837, del Liceo Artístico y Literario de Madrid, cuando necesitadas ya las artes de asociación y exposiciones, inaugurábanse éstas por el Liceo, muchos años antes que el Estado hiciera oficiales tales certámenes.

Fué este Liceo el centro de reunión de casi todos los jóvenes bullidores, literatos, pintores y músicos, que habían de componer la falange de los más famosos españoles de la segunda mitad del siglo, amparándolo próceres como sus presidentes el Duque de Gor, el Marqués de Pontejos y de Falces y el Duque de Osuna. Allí surgió la idea de la celebración de exposiciones públicas de Bellas Artes, en que pudieran presentarse las obras al público decorosamente, y darse á conocer sus autores.

Digno de trascribirse, tanto por su estilo como por su sentido, es lo que escribía con motivo de la inauguración de ellas el *Semanario Pintoresco*, primer ensayo de periódico ilustrado entre nosotros, tan notable por sus primitivos grabados en madera, en los que tanto habíamos de progresar después.

Comenzaba diciendo: «El momento actual no es por cierto el más á propósito para las Bellas Artes: éstas, hijas del cielo, que sólo crecen á la sombra de la paz y del reposo; al horrísono estruendo de las armas, al rumor de agitados debates causados por opuestos intereses, huyen del desgraciado país en que aquéllos se chocan, y dirigen hacia el Olimpo su vuelo temeroso.»

Al año siguiente celebróse nueva exposición del Liceo, en la que parecía iba á triunfar por completo la nueva tendencia francesa, opuesta y enconadamente contraria al clasicismo: estábase ya en pleno período del romanticismo: los mismos socios del Liceo lo alentaban, y á él debían los literatos sus más ruidosos triunfos.

En aquel año, Hartzenbusch estrenaba con éxito colosal sus *Amantes de Teruel*; D. Patricio de la Escosura, su *Bárbara de Blamberg*, con no menor ruidoso aplauso, y los críticos de artes declarábanse «seducidos por el efecto del brillo nacarado, del *romanticismo* de los retratos de D. Federico Madrazo».

Corrían por todas partes estos aires; procurábase ante todo conmover, y, como dice Araujo, «había horror al modelo....., y la Academia (que también celebraba sus exposiciones) exigía que los trabajos de sus certámenes se hicieran de *inspiración*».

Bien es verdad que aparecieron desde el primer momento las protestas, y que en aquellos días publicaba *El Curioso Parlante* su saladísimo artículo *El romanticismo y los románticos*, uno de los mejores que salieron de su pluma, y en que la caricatura del género en boga no podía ser más completa.

Porque aquellos clásicos y románticos, abstraídos con la metafísica del arte, habíanse olvidado que las escenas humanas se suceden sobre esta tierra que nos sustenta, envolviendo á los personajes la atmósfera que respiramos; que hay un astro rey del día, que vivifica y abrillanta los objetos con sus rayos destellantes; que los hombres, según su temperamento, patria y hasta educación, presentan muy distintos tipos y caracteres, variedad completamente fuera del patrón idealista ó purista y de precisa aplicación para el eterno drama humano; que hay, en una palabra, sol, aire, sangre, vida, que impiden lo mismo los delirios de la imaginación sin freno, que la impasibilidad marmórea de la forma sin objeto.

Más atractivo que ahora era entonces todo esto en nuestra España, tan llena de vigor natural, de color local, de marcadas diferencias regionales, lo mismo en los trajes que en los tipos de los hombres y mujeres, y de aquí aquel interés que comenzaba á despertarse por lo nuestro hasta en los extraños, y que principiara el renacimiento con una marcadísima tendencia popular. Así tenía que venir, apoyándose tanto en nuestras tradiciones como en nuestra naturaleza, porque clasicismo y romanticismo, expresión y corrección, todo lo habíamos reunido en nuestras antiguas escuelas, sintetizado bajo un realismo más amplio y compendioso, que era al cabo el que tenía que reverdecer para nuestra gloria y preeminencia.

Otro motivo había que quebrantaba y hacía volver á tomar mejores caminos, y era la apertura sucesiva, por estos tiempos, de nuevos salones en ese incomparable Museo del Prado, en los que se precipitaban ansiosos los jóvenes para entusiasmarse con aquellas maravillas, protesta viva de lo que fuera los maestros les predicaban.

Entonces fué cuando también hizo su aparición otro elemento del arte español, que aunque no muy del agrado del paladar castellano cuando predomina, y por lo mismo sin claro abolengo en la escuela cortesana, había ayudado siempre á sazonarlo y prestarle un carácter especialísimo: el orientalismo meridional, valga la frase; lo que pudiéramos llamar el mudejarismo de la paleta.

Gutiérrez de la Vega, y Esquivel (D. Juan Antonio), ambos de los más activos fundadores del Liceo, amamantados con las dulzuras de la escuela sevillana, eran sus defensores; y aunque fueron duramente motejados de incorrectos y débiles, no faltaba quien comprendiera que, si algo descuidados con el lápiz, eran mucho más dueños de la paleta que los correctos clásicos y líricos románticos.

José Alenza, flor cortada en la primera hora de su vida artística, fué sin duda el primer madrileño en que encarnaron todos estos movimientos, y á no haberse malogrado tan pronto, pues sólo alcanzó treinta y ocho años de vida, hubiera obtenido la herencia de Goya, con toda su espontaneidad y gracia, cual nos revelan sus numerosísimos cuanto admirables dibujos, en los que retrataba las más picantes escenas populares.

Poseía además una paleta de jugoso y brillante color, como nadie entonces; esa paleta genuinamente española, que alcanza á dar las entonaciones más vivas y simpáticas, con las que vence, á pesar de su sobriedad, á las más afamadas escuelas coloristas: díganlo los retratos que nos dejó, rayanos casi con los de Goya, y la memoria de otras obras sensiblemente perdidas, pero que provocaron el mayor entusiasmo entre todos los artistas, á pesar de su destino y aplicación de anuncio comercial.

Igual contraria suerte corrió otro joven de parecidas tendencias y cualidades, Juan García y García, llamado el Hispaleto, de llorada memoria en Sevilla, su patria, por las grandes esperanzas artísticas que despertaba á los veintiún años de edad, cuando aconteció su muerte (1854), siendo ya muy conocido y apreciado en la corte.

Solemnidad de gran trascendencia fué por estos tiempos la inauguración de las Exposiciones oficiales, que desde entonces comenzaron á hacerse periódicas sin interrupción, llegando á ser los acontecimientos artísticos más importantes entre nosotros, durante el último tercio del siglo.

En la segunda, celebrada en 1858, pronunció el romanticismo su última palabra con la *Muerte de D. Alvaro de Luna*, presentada por Cano, y también el clasicismo quiso aún levantarse con *Sócrates reprendiendo á Alcibiades en casa de la cortesana*, de Germán Alvarez, el empedernido neoclásico hasta nuestros días; pero en ella comenzó á notarse también el gran movimiento realista español revolucionario con *La muerte del príncipe D. Carlos* y el *Prometeo*, de Gisbert y Sans, respectivamente.

Eran aquellos días de grandes luchas y conmociones políticas, pronunciamientos y barricadas, teniendo aquella agitación sus poetas que la alentaran y sus artistas que la ensalzasen.

En Gisbert hervía uno de aquellos temperamentos progresistas, y usaba de sus pinceles como el orador de su palabra ó el poeta del metro, para servir esta causa y afirmar en su patria estas reformas.

Participaba por su nacimiento del carácter meridional, tan propicio para el arte, y mucho debieron estimularle á su ejercicio, como á otros paisanos suyos, las bellezas naturales de su patria, Alcoy, que con él se enorgullece: tanto influye el suelo en las flores y frutos que produce.

Visitando á Zaragoza, en medio de su alegre vega, se comprende y se siente á Goya; paseando por la fertilísima de Tarragona, se comprende á Fortuny; Játiva y la huerta

(1) Véase el núm. IV, pág. 63.

nos recuerda á tanto eminente colorista valenciano; Sevilla, Granada y Málaga, á tanto artista deslumbrador andaluz: que cada rincón de esta hermosa tierra española contiene más bellezas y puede engendrar más artistas que muchas regiones de otros países, siempre menos variadas y pintorescas.

El ilustre alcoyano era hijo neto de su hermosa y liberal comarca, y á ella debió su carácter artístico; como pintor, brillante, valiente, aunque alguna vez incorrecto; como pensador, apoteótico de los mártires de todos tiempos y execrador de todas las tiranías; como estilista, de transición entre el romanticismo y el realismo que avanzaba.

Desde la *Muerte del príncipe D. Carlos* citada, consagró especialmente sus pinceles al género histórico, en los asuntos que más convenían á su temperamento.

Su segunda obra de sensación fué *La Muerte de los Comuneros*, cuadro del que se ha dicho que debió haberse descubierto al compás del Himno de Riego, y que aseguró su nombre; luego dió de mano á ese hermoso lienzo de la *Jura de Fernando IV*, que vemos en el salón de Sesiones del Congreso, quizás excesivamente poético, y acusando transigencias con escuelas no del todo pasadas de moda aun entonces; y en 1864 produce el mayor entusiasmo con el *Desembarco de los Puritanos en la América del Norte*, que hizo desbordarse á la crítica en su elogio; por último, nos remitió, ha poco su *Fusilamiento de Torrijos*, aterradora escena, tan profundamente sentida y admirablemente presentada, como pocas podemos admirar, faltándole tan sólo la valentía y manera modernísima de atacar los efectos con el pincel, para llegar á ser página de primera preeminencia en la pintura de nuestro siglo: así y todo, cuadro es de los de más alto puesto en él.

Otras muchas obras nos deja de menor empeño, revelándose siempre excelente pintor, si bien en ellas se notan cada vez más influencias extranjeras, por no ser posible al artista eximirse por completo del medio con que á diario se inspira y se relaciona.

Así se comprende que otros nunca salidos de su patria, ó en ella establecidos después de ensanchar su espíritu sin olvidar tan maternal culto, fueran los que acabaran de preparar la victoria del arte español de pura raza, por lo que nos encontramos ya con los Bécquer y Rosales.

Los Bécquer, Valeriano y Gustavo, hijos y sobrinos de pintores sevillanos, malogrados los dos y víctimas también del esfuerzo que tanta vida iba costando la obtención del triunfo deseado, forman tan entrañable fraternidad y unión de impulsos en el mismo sentido, que merecen por ello igual glorioso y simpático recuerdo.

Ambos pertenecen á aquella especie de jóvenes que, encendidos por la ilusión y fiados tan sólo en sus fuerzas, acuden á los grandes centros en busca de más amplio campo para manifestar sus méritos; y Valeriano, diestrísimo en el dibujo, seducido primero por la gracia innata de los tipos y costumbres andaluzas, representó después, con la mayor perfección, las de otras regiones, constantemente vistas bajo el sentido humorista y gracioso, congénito al autor en tales principios amaestrado.

Hasta el año 1865 no comenzaron á serle recibidas y publicadas en el *Museo Universal*, superior publicación ilustrada de aquellos tiempos, aquellas admirables escenas, tan intachables en el dibujo como justas en los tipos y graciosas en la composición, de las comarcas que recorría. Las *Segadoras sorianas*, *Los dos compadres*, *El sastre de aldea* y tantísimas otras á cual más notables, en otras publicaciones, dignas de una edición especial aun no hecha, son admirables ilustraciones de aquellos artículos *Desde mi celda*, de su hermano Gustavo, joya de las modernas letras españolas.

Aun no había realizado Fortuny su evolución, como pronto veremos; aun no había obtenido Rosales el triunfo debido á sus grandes revelaciones, cuando ya Valeriano admiraba á todos los entendidos y estimulaba á los otros artistas á seguir su ejemplo, así por sus tendencias como por su estilo.

Cosa extraña en tan suelto dibujante y además meridional pintor: su paleta fué pálida y sin brío; pero quizás, á haberla podido cultivar más tiempo, hubiera logrado descubrir sus más deslumbradores secretos; la muerte cortó su vida en pleno vigor de ella, siguiendo así la suerte aciaga de todos nuestros más eximios artistas.

Rosales: ¡quién no siente el más vivo interés, simpatía y hasta veneración por la memoria de aquel hombre admirable, artista completo desde su figura hasta el último detalle de su vida! Eduardo Rosales, el madrileño insigne, que por seguir con más pureza que ninguno las tradiciones de la nobilísima escuela antigua castellana, consiguió por esto uno de los triunfos más legítimos de que puede enorgullecerse el nombre español, á la par que selló ya para siempre y arruinó por completo tanto obstáculo, tanta extraña influencia, en mal hora llegada hasta nosotros para retrasar nuestro arte tan glorioso.

Toda su biografía es interesante, y nos revela su gran personalidad y su trabajo siempre titánico, con esfuerzos de coloso, que son los que producen la eminente altura. Al principio, luchando con la indómita forma, con el dominio de los elementos materiales que tan rebeldes se le presentaban, por querer ser discípulo de sí mismo, con lo que conseguía á veces hasta el desdén y mofa de los que tenía que respetar por su categoría de reconocidos maestros. Ni un premio en las academias, ni un halago de sus profesores; sólo interesando alguna vez la atención de sus condiscípulos. Más tarde, el deseo de ver todo lo que pudiera sancionar y alentarlo en las aspiraciones de un supremo arte, que desvelaba su atención y mortificaba su aislamiento, lo determina á la peregrinación, sin recursos, al centro del arte, á Roma, con decisión propia sólo de su corta edad.



ROMA.—DISTRIBUCIÓN DE LAS PALMAS.

Epoca de entusiasmos y desmayos, de esperanzas y fracasos, y de ruina completa quizás, á haber faltado el providencial apoyo de hombres que reconocieron su mérito, y lo adquirieron ellos mayor amparando al genial artista.

Pensionado ya, hace su presentación al mundo con obra en la que revela una amplia manera, un nuevo estilo de inmenso valor, que, aplicado á mayores empresas, producirá sorprendentes resultados, los que al fin consigue, realizando, quién sabe con cuántas privaciones y extraños recursos, su admirable obra, el orgullo de la pintura española en nuestro siglo, que se llama *El Testamento de Isabel la Católica*, presentada en la Exposición de 1864.

Curioso es conocer el efecto producido por este lienzo, que de tal modo chocaba con todo lo corriente entonces, y que al fin había de imponerse por su gran mérito.

La crítica, por boca de uno de nuestros más eminentes literatos, expresó su extrañeza ante aquel lienzo, diciendo «que aunque en la composición y perspectiva aérea dejaba ver una inspiración joven, rica y llena de esperanzas....., en el dibujo y colorido de cada una de las figuras no hay poco que censurar, notándose frecuentemente la mano de principiante»; añadiendo que á la figura de la Reina faltábale representación histórica; que se había inspirado, inconscientemente sin duda, el artista en la muerte teatral de la *Traviata*, pasando después á dar juiciosos consejos al novel, insensato y bisoño expositor, al que algunos, sin embargo, por envidias y manejos, llegaban á compararlo hasta con los maestros, que también presentaban en la Exposición. ¡Oh, la crítica, y de cuántos crímenes impunes pudiera ser acusada!

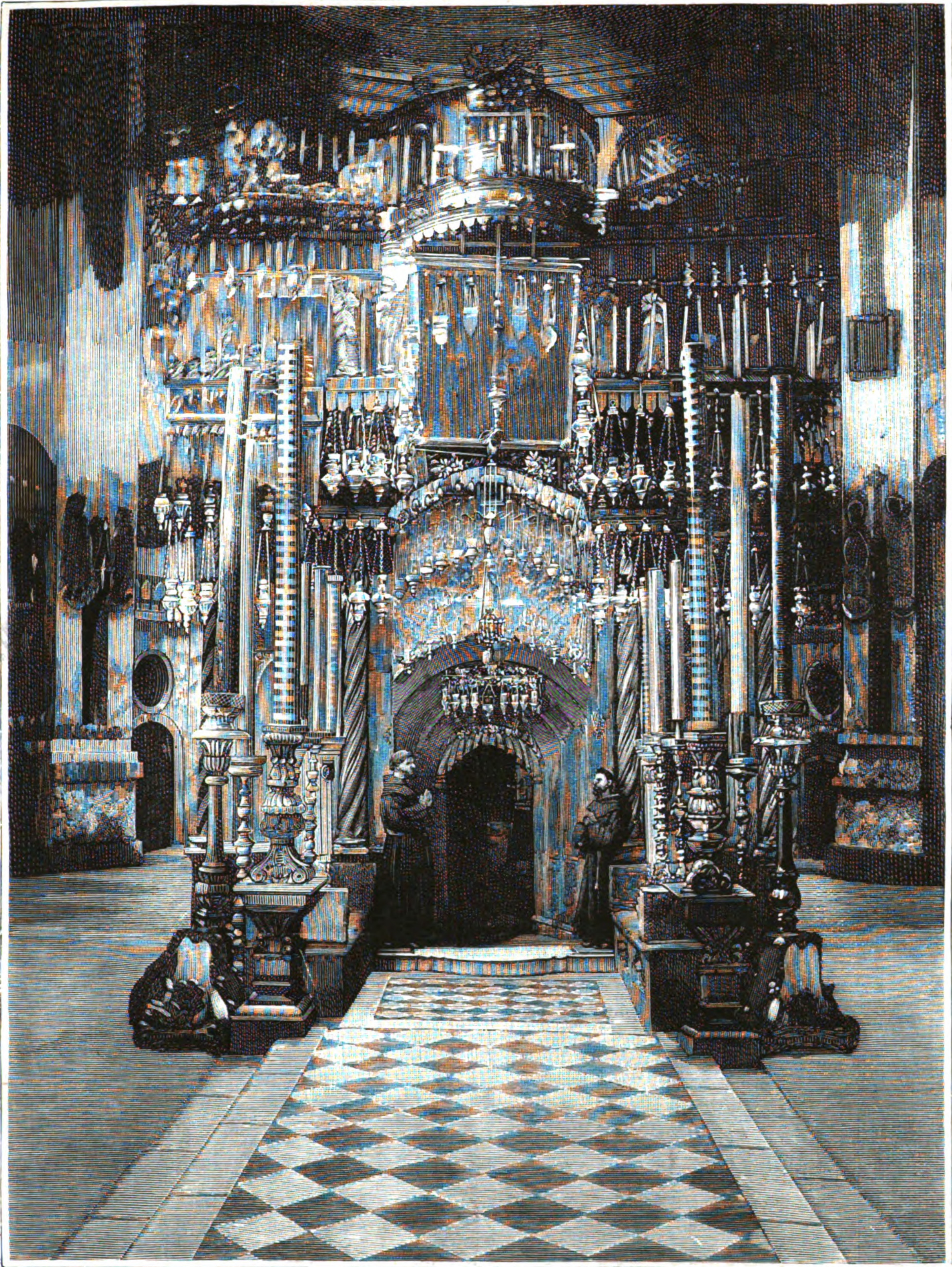
El Jurado, no obstante, reconoció el inmenso mérito de aquella obra de arte, y el nombre de Eduardo Rosales apareció el primero en la propuesta de premios.

Desde aquel momento encontróse investido con el merecido renombre á costa de tantos dolores logrado; pero no le desvaneció este triunfo, ni el grandísimo obtenido en la Universal de París de 1867, por la misma obra, ante el mundo entero, demostrando que en la patria de los más grandes pintores antiguos se verificaba un renacimiento, y hasta había quien llegaba á equipararse con ellos.

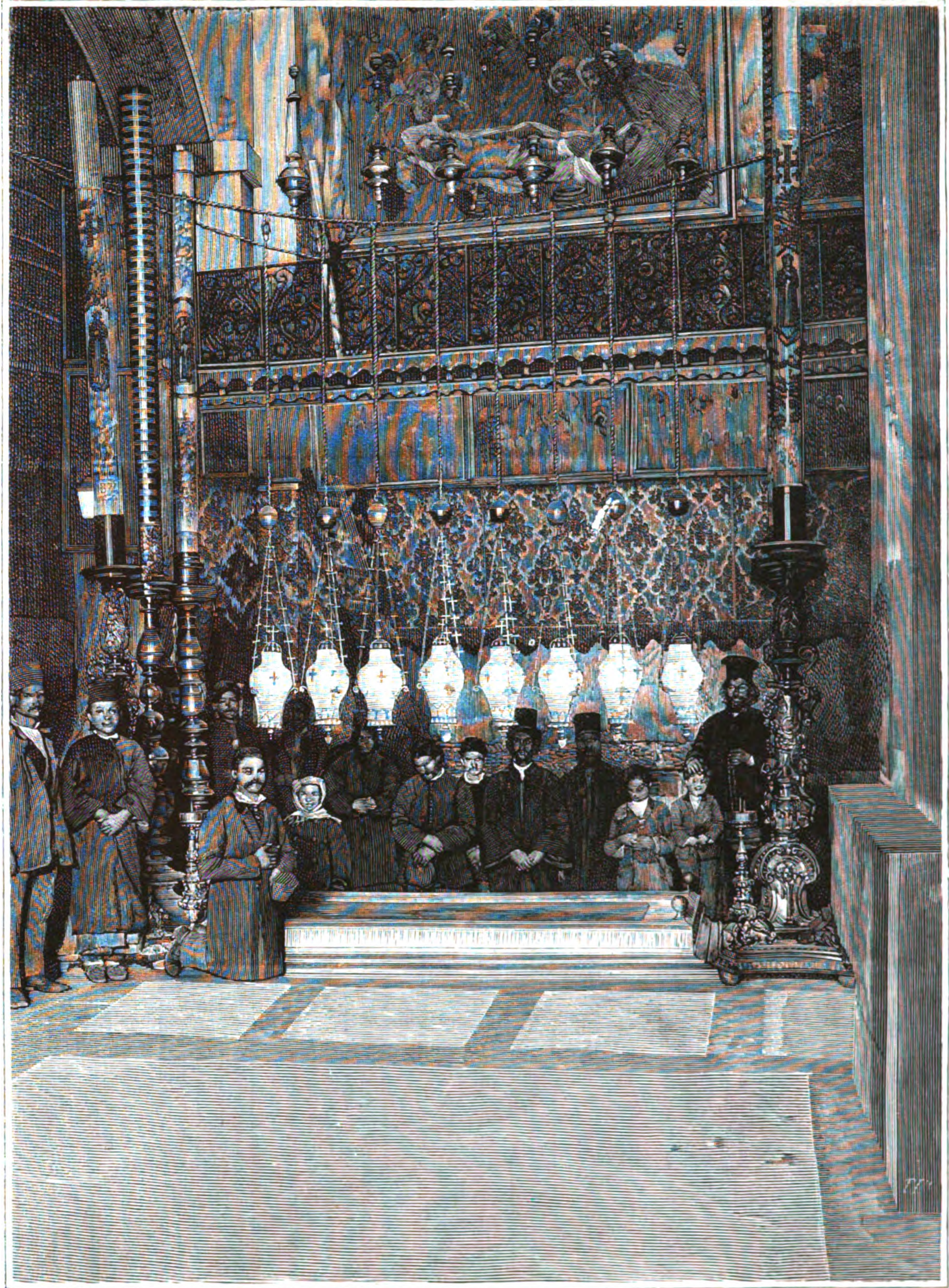
Los que le conocieron y trataron escucharon varias ve-



LA SEMANA SANTA EN ROMA.—LA «SCALA SANTA».



JERUSALÉN.—EXTERIOR DE LA CAPILLA DEL SANTO SEPULCRO.



JERUSALEN.—LA PIEDRA DE LA UNCIÓN EN LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO.

(De fotografías proporcionadas por el Rdo. P. D. Ángel M. de Barcia.)

ces de sus propios labios su descontento por no haber llegado aún á conseguir toda la firmeza, la casta y maestría que deseara lograr; y á no ser casi vergonzoso, hubiera vuelto de buena gana á aquella academia, á que asistiera cuando niño, para comenzar de nuevo y afirmar su estilo, con la más asidua y fundamental gimnasia de los ejercicios del antiguo y natural.

Sus obras posteriores nos demuestran, á pesar de su desconfianza, cuán grande artista era, tanto pensando como ejecutando, cuán hondo su sentir y cuán brillante su expresar. Su *Muerte de Lucrecia*, su *Hamlet y Ofelia*, su *Presentación de D. Juan de Austria á Carlos V*, los *Evangelistas* y demás suyas, pruebas son de lo mucho que su corazón y su cerebro encerraban.

No podemos detenernos: y aun tenemos, para digno fin de este período, que decir algo del otro genial pintor, maravilla de la paleta y trascendental artista, Mariano Fortuny.

Aun parece fué ayer cuando nos sorprendió la inesperada noticia de su muerte, y aun podemos decir que existe entre nosotros, con su vivo ejemplo, su escuela y sus tendencias en ejercicio.

De todos es conocida, y en muchos libros anda ya escrita su biografía; mas lo que podemos para nuestro objeto sacar de ella es la admiración por su gran trabajo, por el esfuerzo que representa aquella labor titánica y reconstructora, aquella originalidad á costa de tanto talento artístico y tanta decisión de pensamiento.

Como aquellos filósofos que, llegados á un punto de general confusión, lo negaban y demolían todo, para comenzar á construir de nuevo, así Fortuny cerróse contra toda enseñanza recibida y todo gusto reinante, para sacar de sí propio un mundo de cosas nuevas, una revelación del nuevo arte, regenerado con valentía y protesta inaudita.

Así, cuando llegó por primera vez á Roma, en 1858, teniendo veinte años, su primer deseo fué visitar al *grande hombre*, al purista Overbeck, que sonaba en su oído como el primer pintor del siglo, el corifeo del arte, cuyo estilo no dejaba de haber sido aceptado alguna vez por Mariano. Pero la lucha existente entonces en la Roma artística entre puristas y realistas, á más del desencanto por la contemplación directa de las obras del maestro, hiciéronle seguir muy opuestas tendencias, de antes á él ya ocurridas, pero reprimidas por sí mismo, bajo el peso de las autoridades que las contrarrestaban.

El arte para él era otra cosa más penetrante, más sugestiva, contando con los medios que la misma realidad posee en sus más galanas manifestaciones; y si algo faltaba para decidirlo, su marcha al Africa con el ejército español vino á darle el rayo de sol con que había de iluminar para siempre sus concepciones.

La contemplación, más tarde, de los grandes maestros españoles en nuestro nunca bien ponderado Museo, y la visita á las ciudades meridionales, Sevilla, Córdoba, Granada, llenas de orientalismo, completaron su evolución; y así desde entonces, afirmado en sus convicciones, seduciendo con la magia sintética de su paleta, comenzó á producir aquella serie de obras cada cual más sorprendente, que constituyen el producto de su actividad incansable.

Preséntase como rasgo de su carácter su habitual silencio; pero pocos hombres han hecho más hablando menos: tal era la atención perpetua, la labor profunda de gestación que requería tan complicado mecanismo como para él era la pintura, á fin de no perder un latido de la naturaleza, una nota que faltara para su armónica y compendiosa partitura.

Fué de la condición y hechura de los genios, absorto en sus ideas y observador incansable en la adquisición de elementos para su obra, y fué además, para bien de él y nuestro, castizo hijo de su patria, y como ella florido, deslumbrador meridional, expresivo, ardiente y hasta gracioso, como tenía que ser el que presentara á la admiración del mundo entero la victoria de nuestro genio artístico, renaciendo cual en los mejores tiempos.

El arte español verdadero habíase por fin impuesto en nuestra patria, pero aun no había obtenido su mayor triunfo, que al fin consiguió cuando Fortuny, presentando en el primer centro cosmopolita, en París, en 1870, su inmortal obra *La Vicaría*, sorprende al mundo entero, y hace que desde entonces pertenezca á España el cetro de la pintura moderna. Antes Rosales nos había vindicado con el *Testamento* en el género grandioso; ahora Fortuny nos daba á conocer en todo nuestro vivo espíritu artístico, chispeante y audaz, agudísimo en la intención y fino en el detalle, representado por sus manuables, pero valiosísimas obras.

Muchas razones concurrieron para el triunfo alcanzado por Fortuny, á más de su gran mérito: como hombre genial, realizó á tiempo su misión. Cuando se presentó en París, el mundo deseaba placer, alegría, cierta sensualidad nerviosa. Habían pasado las tristezas románticas; había cedido el furor revolucionario ante las conquistas conseguidas; había paz, riquezas; comenzábanse á saborear las ventajas de la vida moderna con todos sus nuevos deleites, y podemos decir que pasaba el siglo por sus momentos más felices: así el mundo entero encontró y reconoció á su artista. Aun no se había verificado aquella guerra tan desastrosa para todos, comenzando por los propios vencedores; aun no asomaban los pavorosos problemas sociales, producidos por tantas causas; aun la riqueza corría más libre y repartida; aun, en una palabra, no estaba empañado el cielo con tantos obscuros presagios.

Después del triunfo de *La Vicaría* puede decirse retóricamente que unció á su carro el arte entero, y en sus obras posteriores no decayó jamás, antes aumentó en cada una las condiciones estéticas que todos en él reconocían.

A la manera que en las armas modernas, á fuerza de concentrar los explosivos y reducir los calibres se logra mayor alcance que llega á lo inverosímil, Fortuny con sus reducidas obras por el tamaño, pero inmensas por su contenido, hería más hondamente las fibras de la admiración y del entusiasmo.

Imposible parece cuánto compendiaba en cada una; cuánto introducía de la realidad, de la creación, del universo en tan reducido espacio. Para nosotros, se sobrepuso en algo por esto á los maestros antiguos; abarcó más del exterior, pues amarró, como antes ninguno, la luz á sus pinceles, los rayos del sol en sus más ofuscadoras reverberaciones, casi imposibles de resistir á la retina, y que antes de él todos habían excusado, ó desistido de recabar. Por esto, como los antiguos poetas que añadían una cuerda á la lira, él añadió un elemento á la paleta: la luz, nunca antes tan por completo aprisionada.

Su obra tal fué; sus consecuencias, en lo que resta lo veremos.

N. Sentenach.

Concluirá.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Restauración de la buena música religiosa: la *Schola cantorum*: San Gregorio *el Grande*: Palestrina: cómo dicen los libros viejos que ha de ser la música sagrada.—El primer órgano del mundo en Sydney (Australia).—Mr. Jacinto Loyson cristiano-moro-judío.

Nuestro siglo, y nuestro tiempo sobre todo, tildados de revolucionarios, agitadores, visionarios y poco serios, desmiente á menudo estos calificativos, al aparecer en muchas de sus resoluciones como reformador sensato y como prudente regulador que, en medio del vertiginoso desarrollo de los sucesos, sabe escoger lo bueno, purificar lo adulterado, impedir el predominio de lo que repugna y propagar el culto de la belleza. Muchas veces se ha afirmado, y con razón, que la música insulsa ó excitante, y profana siempre, había ido convirtiendo en teatros y salas de concierto los coros y naves de los templos. Contra plaga semejante se levanta enérgico y airado el buen gusto de nuestro tiempo, y trata de expulsar, y ha expulsado ya en muchas poblaciones, del templo á los *artistas* teatrales. Por aquí, entre nosotros, algo y muy bueno se ha escrito y publicado en este sentido; fuera de aquí, en Francia, la campaña se lleva adelante con tanto impulso como merecido éxito. Al efecto, con este objeto, para que á la música profana sustituyan los cánticos de la tradición gregoriana y el arte palestriniano, se ha fundado la Sociedad *Schola cantorum*, dándola el mismo nombre con que denominó á la suya el papa San Gregorio *el Grande*. Y en esta Cuaresma, y en estos días de Semana Santa, han vuelto á resonar, y resuenan bajo las bóvedas de muchas iglesias de París y de otras ciudades de Francia, las admirables melodías escritas hace muchos siglos y cuya memoria parece que se había perdido para siempre. ¡Hermosa restauración de la belleza del arte religioso, digna de una época seria, culta y crítica como la nuestra! La sociedad no se propone sólo restaurar el arte viejo, sino excitar á los músicos á que, inspirándose en él, escriban para el coro, separándose radicalmente del gusto de los sinfonistas y compositores de óperas. Para los que pudieron sospechar que la música de Palestrina podía considerarse también como profana é indigna de la Iglesia, ha venido muy bien un decreto reciente de la Congregación de Ritos, en el que, de acuerdo con la opinión constante de la Santa Sede, se declara que está ajustada á las más severas exigencias que cabe tener en cuanto al carácter de la música religiosa. El gran Giovanni Pier Luigi, da Palestrina, el amigo de San Felipe de Neri, el que brilló en el Renacimiento, en Roma, como Rafael y Miguel Angel, supo con su genio, siendo verdaderamente un innovador, un creador, introducir en el arte los verdaderos principios de la estética musical, y expresar por medio de la armonía las emociones más profundas del alma. También en tiempo de Palestrina, como ahora, la música italiana y la teutónica y la francesa, ajustadas en un principio al estudio severo de la técnica antigua, del canto gregoriano, del contrapunto y de la fuga, se había adulterado y corrompido con la ingerencia de la música popular, cortesana ó callejera de aquellas mismas naciones, en términos que, censurada y criticada por los hombres sensatos, dió origen á que se tratara de reformarla, por acuerdo del Concilio de Trento, y que se prohibiera en las iglesias.

Entonces apareció Palestrina como dotado de celestial inspiración, semejante á la que en San Gregorio *el Grande* cuenta la tradición que producía la misteriosa paloma que iba á posarse sobre sus hombros cuando escribía su *Antifonario;* y bien puede repetirse de él lo que San Próspero decía: *Implet igitur Spiritus Sanctus organum suum, et tanquam fila chordarum tangit digitus Dei, corda sanctorum.* Entonces compuso el músico inmortal la maravillosa *Misa del papa Marcelo* (1555), que se cantará el Sábado Santo en la Capilla Sixtina, y que se repetirá, como siempre, el día de San Pedro y San Pablo; como compuso los motetes y *Las Lamentaciones* que se cantan en el Ofertorio y en las Tinieblas el día de Jueves Santo; y las admirables melodías *Improperia*, eco de las amarguras del corazón del artista, durante la adoración de la Cruz el Viernes Santo, y cuya composición, según Goethe, es la obra maestra del maestro de capilla que fué de San Juan de Letrán, de Santa María la Mayor y de la Capilla Giulia. Su glorioso nombre, tan grande como la pobreza en que vivió siempre, brilla todos los años en estos días en el cielo del arte religioso en Roma, acompañado, aunque sin alcanzarle, de los de Allegri, Bai, Baini, y el de Avila, nuestro compatriota, autor de los *Coros de la Pasión*. No hace muchas semanas que la Academia Real Filarmónica de Roma ha celebrado el tercer centenario de la muerte de Palestrina (1594), en cuya gran festividad, honrada con la presencia de la Reina y de lo más distinguido de la corte y de la sociedad de Italia, leyó el duque Cayetano di Sermoneta el panegírico del incomparable artista y compositor.

°°°

La sociedad creada en Francia para restaurar las grandes tradiciones de la música religiosa no parte de la obra de Palestrina, sino que, como queda dicho, busca mucho más atrás los fundamentos de la restauración. San Ambrosio ya se ocupó y trabajó mucho en su tiempo para dar al arte cristiano toda la severidad, pureza y carácter elevado que debe tener. El resultado fué tal, que oyendo mucho tiempo después San Agustín en la catedral de Milán las composiciones creadas con arreglo á aquel espíritu, declaró que impresionaron tanto á su alma que le hicieron verter abundantes lágrimas. San Gregorio *el Grande* fundó dos colegios de cantores, el de San Pedro y el de Letrán, la famosa *Schola cantorum*, con objeto de mantener y difundir las buenas tradiciones del arte y especialmente del canto llano. Mucho tardaron en propagarse aquellas enseñanzas por el mundo cristiano, combatidas por la rutina de los cánticos peculiares de cada comarca; por las disputas entre los partidarios de la escuela romana y de las regionales, y por las nuevas obras de los maestros del siglo VII, como Viburnio, Mariano y Catalenio; pero encontraron gran apoyo en la autoridad de Carlomagno, entusiasta sostenedor de la música gregoriana, que fundó en Francia varias escuelas en las que brillaron los maestros Benito y Teodoro, enviados por el Papa á las órdenes del Emperador. Aquella saludable reacción duró poco; para fines del siglo IX ya nadie conocía lo que podía ser el canto llano gregoriano, tal cual se cantaba. En muchos monasterios se conservó, sin embargo, con bastante cuidado durante toda la Edad Media. Desde el siglo XVII en adelante fué más grande cada día la corrupción que este arte sufrió, adulterado en las pretenciosas grandes composiciones por las más ridículas fantasías del arte profano, ligero é informal, y bastardeado en el canto llano por el mal gusto, la ignorancia y el acompañamiento de instrumentos imposibles, como el figle y el serpentón.

A los religiosos benedictinos de Solesme, inspirados por los consejos de su gran liturgista Dom Gueranguer, se debió en Francia la idea de restaurar y purificar la música religiosa, y á ellos debe el arte las notables ediciones del *Antifonario* gregoriano y la magistral colección de la *Paleografía musical*. Sus trabajos han sido dignamente secundados por la nueva *Schola cantorum*, ajustada en sus aspiraciones al respeto más exquisito á la rítmica y melodía primitivas, para que el canto resulte sencillo, armonioso, lleno de atractivo, y para que se acaben en la iglesia los voceadores y los cantores de ópera, anatematizados ya por San Jerónimo, que, conocedor del mundo, se escandalizaba cuando oía repetir y glosar en los coros de los templos la música del escenario de los teatros. Ha de ser tal la música religiosa, que produzca en el corazón y en el espíritu aquellos efectos tan admirablemente descritos por San Agustín, cuando dice en sus *Confesiones*: «*Quantum fleri in hymnis et canticis tuis, suave sonantis Ecclesiæ tuæ vocibus commotus acriter; Voces illæ influebant auribus meis, et eliquabatur veritas tua in cor meum, et ex ea æstuabat inde affectus pietatis, et currebant lachrymæ, et bene mihi erat cum eis.*» Por esto en todos los libros viejos que tratan de la acción é influencia de los cantos litúrgicos se declara que: «*Hâc de causa in officio Divino utitur Sancta Ecclesia cantu et musicâ, ut fideles excitet ad devotionem, alacritatem, lætitiam, quibus Deo serviant, diabolo resistant et ad omne opus virtutis alacres procedant*»; y hasta el mismo canto llano de los salmos tiene poderosas virtudes sobre el espíritu, según lo dejó dicho San Basilio en el *Præmio Psalmorum*, de esta manera: «*Psalmus est prostigando dæmoni ac depellendo quoddam amuletum; angelicæ tutelæ conciliator, scutum securitatis inter timores nocturnos*....., etc.»; y, en fin, para completar estas referencias, la música, según Casiodoro, «*tristitiam noxiam jucundat, tumidos furores attenuat, cruentam sævitiam efficit blandam, excitat ignaviam, soporantemque langorem; vigilantibus reddit saluberrimam quietem, sanat mentis tedium, bonis cogitationibus semper adversum.*»

°°°

También la música profana más ó menos clásica, más ó menos humorística, puede producir fuera de los templos grandes beneficios, que por ser para los pobres, por responder al impulso de la caridad, no hay inconveniente alguno en denominar cristianos. ¿Se puede creer que en un solo salón de conciertos, por la audición de un solo instrumento (valga la frase), se lleguen á recaudar anualmente cerca de veinte mil duros para las familias pobres de los obreros? Pues, ni más, ni menos. El salón de fiestas de la casa de Ayuntamiento de Sydney, en Australia, tiene 65 metros de longitud y 28 de anchura y 20 de alto, y caben en él muy bien 6.000 oyentes. En el testero de aquel salón está instalado el órgano más grande, más completo y más hermoso que hay en el mundo. Bien puede llevar aquel órgano los pomposos lemas con que se ornaron los más afamados que hubo en Europa en el siglo XV: *Dabit aura loquelam. Varietate unitas. Concordi discordia. Sub pondere melos. Non ad choreas. Ad æterea voces. Aura, manusque sonum. Minimæ quoque. Afflatum resonat. Voces diversas intonant. Animat aura levis. Per inania spiritus. Conjuctæ suavius. Aliis juncta. Multo fit plausus arictu. Per auram ad aurem*, etc.; porque, en efecto, ostenta cinco teclados de 61 notas cada uno, un pedal de 30 notas, 128 juegos de cambio y 8.800 tubos. El teclado de pedal es arqueado cóncavo. El contrombin de madera, de 64 pies, tiene un tubo de otros 64 pies de altura. De los cinco teclados tres son expresivos manuables y dos de gran presión para los solos, con tubos de 4 pies el clarín, 8 la tuba y 16 la contratuba. Los fuelles son impulsados por una máquina de gas de ocho caballos de fuerza. Costó este órgano 400.000 pesetas.

El cargo de organista se proveyó por oposición entre ciento cinco aspirantes, logrando obtenerlo un belga, M. Augusto Wiegand; quien está obligado á dar dos conciertos semanales, en los que ejecuta obras de todas clases, de todos estilos y de todos los compositores conocidos. Es este profesor un compositor de mucho mérito, que ha escrito multitud de obras que se editan y reparten en la Australia Occidental y en nueva Zelanda y que son muy apreciadas en Inglaterra. En estos tres últimos años, desde que se instaló el gran ór-

gano, ha dado á conocer dos mil cuatrocientas seis composiciones europeas. La entrada al concierto es de pago; cuesta un chelín y seis peniques; y, en general, la mayoría del auditorio se compone de gentes de la clase media, artesanos y empleados. Procede el órgano de la casa Hill de Londres. No hay para qué ponderar la influencia que estos conciertos populares ejercen en la educación y buen gusto de aquella masa social, que ha convertido en una ineludible costumbre, casi en un culto la audición musical, y que sirven de base á la propaganda del conocimiento de la música universal entre las familias, ennobleciendo y afinando su espíritu, y apartándolas de otras vulgares y rastreras direcciones, á que son muy dadas todas las personas ajenas á los nobilísimos placeres de las bellas artes.

°°°

Termino esta crónica en el día en que se celebra el recuerdo del gran orador, sabio, políglota y maestro San Vicente Ferrer, de quien el popular retratista Tello Téllez ha contado en *El Liberal* que era tal la maravillosa virtud de su palabra, que estuvo en Granada á punto de convertir al rey moro, cuya tradición me obliga á consignar aquí un hecho que acaba de suceder á otro elocuentísimo predicador, pero diametralmente opuesto al del milagroso santo valenciano. Es el caso que el celebérrimo P. Jacinto, párroco, ó lo que sea, hoy en Suiza, de la secta del catolicismo reformado, que inventó para su uso particular, está á punto de «volverse moro», así como suena, pues no otra cosa es en resumen su reciente evolución religiosa, en la que pretende unir la religión de Jesucristo con la de Mahoma. Parece que M. Jacinto ha hecho una expedición á Argel en compañía de su señora, y resulta que á la vuelta ha disparado la siguiente carta á los fieles é infieles de uno y otro lado del Mediterráneo:

«Soy un sacerdote cristiano; pero como discípulo convencido de Jesús, no creo injuriarle al reconocer en Mahoma al profeta de los árabes. Por inspiración divina fundó la gran religión del Islam, que dirige los destinos espirituales y temporales de millares de árabes argelinos y de tantos millones de seres humanos de todas castas. Bonaparte, que fué, además de un gran guerrero, un profeta, á su modo, dijo en la famosa proclama del Cairo: «Los franceses son verdade»ros musulmanes.» Por la unión política de la Francia con el Islam hemos creado un poder militar que el mundo debe tener en cuenta: por la alianza religiosa del Evangelio con el Corán, haremos que brille para las almas una luz hasta ahora desconocida. El gran emir Abd-el-Kader escribió estas palabras: «Si me escucharan los musulmanes y los franceses, »yo lograría que concluyeran sus odios, y serían hermanos »en todas partes; pero no me escuchan, porque está escrito »que no se identificarán en un mismo pensamiento. Sólo el »Mesías cuando descienda conseguirá que desaparezca este »antagonismo.»

»Yo también aguardo que vuelva el Mesías; pero no sé cómo, ni cuándo volverá. Sin embargo, el espíritu de Jesús, que es luz y amor, puede difundirse desde ahora en los corazones con mayor pureza y poder, para conseguir la reconciliación entre hermanos que durante tanto tiempo han sido enemigos, obra superior á sus propios esfuerzos. Seamos, pues, cristianos del Islam y musulmanes del Evangelio.—*Jacinto Loyson.*»

¿Se puede dar ocurrencia más peregrina, ni destornillamiento cerebral más completo? Cristiano, mahometano y judío que espera al Mesías, es M. Jacinto un creyente, camaleón *fin de siglo*, de lo más curioso que las maravillas modernas pueden presentar. *Ventus est vita mea!* Bien merece el ex dominico su miaja de latín en esta crónica, aplicándole lo que dijo Casiodoro en el *Peccator dolosus*: «*Mutat verba, variat constituta: nec in una dicti sui qualitate contentus, diversis imaginibus inmutatur. Merito chamæleonti bestiæ conferendus, quæ quoties humanos aspectus incurrerit, dum ei fugiendi velocitas denegatur, nimia timiditate confusa, colores suos multifaria qualitate commutat*, etc., etc.», cuyo texto continuaré en cuanto el nuevo musulmán del Evangelio cambie de color otra vez más.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Conquillas, por D. Juan Pérez Zúñiga.

Con este título ha publicado el Sr. Pérez Zúñiga una colección de trabajos en prosa y verso, tan originales y tan graciosos como todos los suyos. Los hay capaces de desternillar de risa al más grave y tétrico de los hombres, por lo que viene á reunir el libro á sus propios méritos el de la oportunidad, pues en estos tiempos tan tristes en que vivimos nos hacen mucha falta lecturas alegres.

Aunque muy bien impreso y muy bien ilustrado, *Conquillas* sólo cuesta 2 pesetas. Véndese en las principales librerías.

Moros y Cristianos. (Notas de viaje), por Rodrigo Soriano.

El libro del Sr. Soriano, que acabamos de examinar, no es *una revelación* (como ahora se suele decir), porque el Sr. Soriano hace tiempo que descubrió al público su singular talento de escritor en amenos trabajos literarios, casi todos publicados en *La Época*; y menos que á nadie podía sorprender al que estas líneas escribe, porque hace ya casi nueve años que conoció al Sr. Soriano, y pocos menos que le lee con gusto.

Piedra de toque, donde se han acreditado los quilates del escritor: esto si lo es *Moros y Cristianos*. Nunca había tenido á mano el Sr. Soriano materiales literarios tan nuevos y tan hermosos como los que en Africa encontró, y si no hubiese tenido verdadero talento, de ningún modo hubiera acertado á utilizarlos. En vez de un libro de viajes muy entretenido, en el que hay páginas llenas de observaciones nuevas é interesantes, sabe Dios lo que habría producido. No pudiendo analizar aquí con algún detenimiento *Moros y Cristianos*, nos limitamos á recomendárselo al lector, después de consignar en las breves palabras anteriores nuestra impresión. Cuesta 4 pesetas.

Nociones de las principales industrias, por D. Dionisio Martín Ayuso, catedrático de Agronomía y Técnica industrial en el Instituto de Oviedo.

Esta obra es de verdadera cultura general y de las que debieran andar en manos de todos. Las explicaciones que contiene, referentes á los diversos procedimientos industriales son tan claras que están al alcance de todos los lectores.

Véndese al precio de 2.50 pesetas, en las principales librerías.

Italia y la peregrinación. Notas de viaje, por Alfredo de Laffitte.

Libro de agradable lectura, escrito con sencillez y que por eso mismo, gusta más. Cuesta 2 pesetas.

Mimosa, por Alejandro Larrubiera.

Hemos leído con gusto esta novela del Sr. Larrubiera. Entre otras condiciones literarias nada vulgares, acredita el Sr. Larrubiera en *Mimosa* la de dar á la narración vida y calor, de suerte que el libro es de los que se leen sin dejarlo de la mano hasta la última página. Carmen, la heroína de la novela, es un personaje sumamente interesante. La obra, editada con lujo, cuesta una peseta solamente, y véndese en las principales librerías.

G. R.

GRACIAS A DIOS Y A LA MADRE SEIGEL.

CUANDO llueve todos sabemos que las nubes están sobre nuestras cabezas. Los hombres jamás tienen esperanzas de recoger uvas de las espinas, ni higos de los cardos. En todas las cosas evidentes y claras se ve la ley de la naturaleza de causa y efecto; sin este conocimiento no tendríamos ciencia; la vida sería un enigma, un misterio inexplicable; no podría haber de nuestra parte ninguna acción sobre ninguna materia. Ahora averigüemos cómo se indica este principio en dos ó tres cartas que vamos á citar en seguida.

«Durante algún tiempo, nos dice un amigo, había estado sufriendo de gastralgia y por añadidura también de una especie de reumatismo que me impedía hacer toda clase de trabajo. De tiempo en tiempo sentía unos dolores tan fuertes, que temí no poder sufrirlos por mucho tiempo; ningún tratamiento me produjo alivio benéfico alguno. Un día el Sr. D. Antonio Esturillo, boticario de este lugar, me aconsejó que tomase el célebre Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y ¡cuán grande no sería mi asombro que desde el principio sentí que empezaba á mejorarme, y solamente con dos botellas que tomé quedé radicalmente curado! Seguí las instrucciones de su librito al pie de la letra, y ahora tengo el placer de felicitarlos por poseer un remedio tan maravilloso; y en beneficio de otros que sufran como yo he sufrido, les autorizo á ustedes para que publiquen esta carta. (Firmado): Francisco Duerte Amador, Padul, provincia de Granada, 30 de Agosto, 1884.»

«Durante muchos años, nos escribe otra, sufría muchísimo de reumatismo; ninguno de los muchos tratamientos que me apliqué me produjeron otra cosa que un alivio momentáneo y habiéndose dirigido mi atención á los notables efectos del uso del Jarabe Curativo de la Madre Seigel en diversas enfermedades, me propuse emplearlo en mi propia dolencia, y me cabe la gran satisfacción de decirles que me curó completa y permanentemente. Como otra prueba del poder de su remedio, agregaré que mi sobrino Luisito tenía un tumor en la rodilla por cinco meses y que los médicos de Burgos querían cortárselo, pero nosotros temíamos que dicha operación le dejase cojo; lo llevamos á tomar los baños, mas el resultado fué que en lugar de mejorarlo se empeoró de la rodilla, y ahora, después de haber tomado dos botellas del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, puede caminar con entera facilidad. No tengo palabras con que expresarles mi infinita gratitud. (Firmado): Domiuica Bartolomé, calle de Hernani núm. 13, Bilbao, 31 de Julio 1894.»

«Es con el mayor placer, nos dice también otro, que hago público los beneficios que he obtenido de su excelente preparación. Por tres meses largos sufrí un fuerte catarro con intensos dolores de cabeza, tomé purgas y otras medicinas sin obtener alivio alguno, pero al fin tomé el Jarabe Curativo de la Madre Seigel en dosis de veinte gotas después de cada comida. La primera dosis me alivió el dolor de cabeza, y para poner término á la gran debilidad y pesadez de mi estómago y de mi cerebro, aumenté la dosis á sesenta gotas, y al concluir de tomar la segunda botella, desapareció mi padecimiento como por magia. Ahora me encuentro completamente restablecido, *gracias á Dios y á la Madre Seigel:* (Firmado): Domigo Burgos, viajante de vinos, Zaragoza, 24 de Agosto 1894.»

En estas cartas tenemos las relaciones de la curación de reumatismo, catarros é hinchazones tumorosas, por medio del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, después de haber probado otros remedios sin producirles nigún beneficio. ¿Cómo concluiremos?

La explicación es muy sencilla. Estos padecimientos locales resultaban de estar la sangre envenenada, proveniente de la fermentación del alimento en el estómago; siendo la verdadera enfermedad indigestión y dipepsia, la cual el paciente más ó menos sentía desde algún tiempo y suficiente para corromper su sangre.

En otras palabras, fué un caso de causa y efecto; los desórdenes digestivos fueron la causa, los padecimientos locales sus efectos (los síntomas). Así como las lluvias provienen de las nubes, así también la mayor parte de nuestras enfermedades provienen de indigestión y dispepsia.

¿Qué puede haber más importante que comprender y recordar este hecho?

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. XIV.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.
Madrid, 15 de Abril de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos

BELLAS ARTES.

PRIMERAS NUBES.

CUADRO DE COSTUMBRES.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Declarada oficialmente la pérdida del hermoso crucero *Reina Regente*, sólo resta ya hacer sufragios por las víctimas de esa misteriosa tragedia y socorrer á las viudas y los huérfanos de los náufragos. La *Gaceta* publicó con orla negra la declaración de la catástrofe, y hemos perdido la cuenta de los templos en que se han celebrado honras por el alma de los infelices tripulantes, y suponemos que también por todos los marinos que perecieron en el mismo temporal en buques mercantes y lanchas pescadoras. Queda sólo por averiguar el sitio en que se sumergió el crucero: que se resiste el ánimo á toda clase de tinieblas, y quisiera sondear todos los mares hasta llegar, no ya á la certidumbre del naufragio, basada en probabilidades de peso abrumador, sino á la comprobación material del hecho con la evidencia de los sentidos. El hallazgo de una botella flotante en Rivadesella con un papel escrito á nombre del segundo del crucero, se considera como una burla innoble, en que, si no se inventa nada irracional, al fin y al cabo se falsifica y atribuye el documento á un jefe muerto y merecedor de que se respete su memoria. Si ya no hay esperanza; si el crucero está perdido, no por eso se han abandonado las investigaciones para saber el sitio en que está sepultado, y no es imposible que el naufragio del *Reina Regente* tenga aún el epílogo de este fúnebre hallazgo. En cuanto al expediente que se instruye en averiguación de responsabilidades por la pérdida del buque, quiera Dios que de un solo resultado útil: el de servir de lección para no exponer en adelante sin necesidad las vidas de los marinos y esas fortalezas flotantes que son prolongación de nuestro territorio y parte de la descuidada defensa nacional.

La Semana Santa ha interrumpido algunos días lo que llamamos vida política y de que, sólo por excepción, solemos ocuparnos. No han dejado de hacerse, sin embargo, trabajos preparatorios para las elecciones municipales, y otros muy activos para la distribución, hoy en suspenso, de los altos cargos de la administración que deben proveerse como consecuencia del cambio de gobierno: continúa, pues, la cuaresma conservadora, si bien está para terminar. Entretanto sólo se habla de la guerra de Cuba, aunque no abundan las noticias y se halla el asunto como en un paréntesis, el de la navegación del general Martinez Campos. Como en compensación de las calamidades de una lucha civil, los periódicos se congratulan, tomándolo de correspondencias de Filipinas, por la adquisición para España de un pequeño pero interesante territorio llamado de Sindangan, que tenemos ahora el deber de civilizar, acaso para que algún día vuelvan contra nosotros la fuerza y los conocimientos que adquieran: que se han dado casos.

Y, ya que estamos próximos al Japón, justo es que dediquemos algunas líneas á la noticia, aun insegura, de haberse convenido las bases para la paz entre las dos grandes naciones del Oriente. Sea ó no cierta, es tan verosímil, y se acerca de tal modo á la realidad por el armisticio y por los tratos iniciados por el Gobierno chino, que ya se puede poner fuera de duda, y como resultado definitivo de la guerra, la humillación del colosal Imperio por una nación que le era hace poco tiempo tan inferior y que después de vencerla le impone duras condiciones. En realidad, lo que se ha demostrado en la campaña es que el Japón se ha organizado militarmente á la europea, y no ya por adoptar los uniformes y las apariencias, sino por la instrucción de su ejército y armada: y conseguido esto, no es de extrañar el triunfo de las armas y de la táctica modernas contra la táctica chinesca, y, sobre todo, contra la falta de energía del Gobierno chino, que hubiera podido á la larga con su inmensa población, agotar las fuerzas y los recursos del enemigo, acostumbrar sus tropas á esa clase de guerra, despertando el valor adormecido de su raza. Esta lucha breve é interesante marca una nueva fase en la política oriental de las naciones civilizadas, y su terminación nos parece una tregua más ó menos larga de una serie de guerras que han de trastornar con el tiempo esas regiones.

***

Las letras españolas están de enhorabuena. El poema *Granada*, esa epopeya ó colosal leyenda, por desgracia sin terminar, pero que es en su magnífico fragmento la página más gloriosa de la obra poética de Zorrilla; esa maravillosa narración en que se desbordó á raudales la fantasía del gran poeta, y en que la pluma dócil le prestó sin desfallecimientos, con sobria, segura y sencilla dicción, todas las galas, primores, tejidos, sonoridades, vuelos, elegancias, atrevimientos y caprichos de la poética castellana: ese poema arábigo que encanta, aturde, recrea, fascina y entusiasma: esa joya casi desconocida, porque su primera y única edición, hecha en París muchos años há, y agotada al instante y conservada avariciosamente por sus poseedores, no había sido disfrutada sino por la generación anterior á la nuestra: esa labor asombrosa de la inspiración y del ingenio, ha sido reimpresa, y pronto la podrán saborear los amantes de lo bello. Un amigo nuestro nos ha enseñado, y hemos podido examinar aunque no leer, un ejemplar: consta de dos tomos en cuarto menor, y precede al poema en el primero una cortísima advertencia, seguida de una carta de la viuda del poeta, en que su gratitud revela al público el secreto de esa edición elegante é inesperada que nos ha sorprendido, como sucederá á todos los lectores. Débese á la generosidad del senador por la provincia de Granada D. José Martínez Roda, que la costea y regala á D.ª Juana Pacheco de Zorrilla, para honrar la memoria de su difunto esposo, socorrer su viudez y esparcir por el mundo esa lluvia de flores, hoy tan frescas como el día en que brotaron del pensamiento de Zorrilla.

No ha hecho, pues, el Sr. Martínez Roda solamente una buena obra con su regalo, lección severa y digna á ciertas mezquindades: ha contribuido á la gloria nacional, y merece el aplauso de las letras. Es un acontecimiento literario la aparición de ese libro viejo y nuevo al mismo tiempo, que pronto aprenderán de memoria los jóvenes, y se arrancarán de las manos los aficionados á la verdadera poesía. A veces un libro ejerce tal sugestión en los espíritus, que su lectura hace germinar semillas que dormitaban en los cerebros, vibrar sentimientos paralizados y provocar un renacimiento poético en épocas de prosaísmo y desalientos. ¡Quién sabe si el choque de ese poema inmortal engendrará otros poemas y decidirá algunas vocaciones fluctuantes y empujará á los poetas que hoy callan y gimen sofocados por una atmósfera mortal para el ingenio, hacia el camino de la emulación y de la gloria! Bien venido el poema *Granada*, con sus vuelos por la idealidad, sus prodigiosas descripciones, la riqueza, propiedad, dulzura y pompa de su estilo, á remozar los corazones, á perfumar los pensamientos, y á traernos con sus emanaciones primaverales el aliento vivificador de los jardines del Oriente.

***

Como tuvimos necesidad de escribir la Crónica anterior por adelantado con motivo de las fiestas, no pudimos referir la cuarta y última conferencia del Sr. Pedrell en el Ateneo de Madrid. Ya es tarde, periodísticamente considerado, para describir aquella hermosa sesión, sazonada con magníficos ejemplos de Palestrina y del maestro español Tomás Luis de Victoria, que terminaron con fragmentos de los magníficos recitados y coros de la pasión de San Mateo. El Sr. Pedrell terminó sus instructivas y patrióticas lecciones, que eran de día en día más estimadas, aumentando en número y calidad la concurrencia, con una profesión de fe en que se declaraba ardiente defensor y admirador del arte nacional, por lo que mereció, tras largo aplauso, que el público le llamase á la cátedra. Legos en cuestiones musicales, sólo en clase de oyente hemos asistido á las conferencias del maestro catalán, á quien agradecemos la enseñanza que nos ha dado y el placer espiritual que hemos recibido.

***

La *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas*, que ha empezado á publicarse mensualmente en Madrid, tiene por objeto dar idea de toda publicación relativa á la historia general y literaria de España y de sus colonias, y dar noticia é insertar juicios de las obras que publiquen los autores nacionales y del movimiento científico que tenga relación con el pensamiento que preside á esa publicación. Redactada por escritores de mucha competencia, saludamos con placer su aparición, y deseamos que al ejercer el magisterio de la crítica se aparte por completo de los compadrazgos y pasioncillas que le han desacreditado hace tiempo entre nosotros, pues así corresponderá á las esperanzas que hace abrigar su título.

***

Nuestros lectores han saboreado algunos de los *Cuentos de Levante*, que así los titula su autor D. Rafael Altamira al coleccionarlos en un libro: en ellos describe paisajes, escenas é impresiones de la provincia de Alicante, su país, llenos de color local, de encanto y poesía. Como sólo conocen nuestros lectores muestras de esos cuentos, y no queremos hacer crítica, los que hayan leído con placer los del Sr. Altamira tienen ocasión de continuarle, adquiriendo el delicado tomito *Cuentos de Levante*.

Un opúsculo tenemos delante de los ojos, y no sabemos cómo dar cuenta del *Baturrillo*, que así le titula su autor Fr. Candil, en el siglo D. Emilio Bobadilla. Si elogiamos esta obra de crítica satírica, nos exponemos á condenarnos á nosotros mismos, que hemos aplaudido á algunos escritores de importancia á quienes Fr. Candil trata con dureza é injusticia; y como además tiene cierta tirria á todo lo católico, y cierta afición á lo excesivamente libre, y disentimos en la noción de lo moral y hasta de su máxima «hay quien nace inmoral como quien nace rubio», y en algunos puntos de vista literarios, comprenderá el amigo Fr. Candil la dificultad en que nos hallamos. El Sr. Bobadilla tiene gran ilustración, estilo sentencioso, acerado y correcto, medita lo que dice, pero juzga con pasión: claro es que no le achacamos como defecto el tener criterio distinto del nuestro, sobre todo en cosas tan opinables como las relativas á gustos literarios: su sátira nos parece á menudo demasiado personal, y por esto y sus ideas heterodoxas le pondríamos aquella nota que se colocaba en ciertos libros del Indice: «*Auctor damnatus, sed opus permissum cum expurgatione.*»

***

En el núm. 2 del *Boletín del Museo-Biblioteca de Filipinas* se invoca el patriotismo de los españoles para que remitan fotografías y estampas de objetos de arte y libros á aquel establecimiento, para contribuir al mejoramiento del gusto de los habitantes de aquellas hermosas regiones de la patria. Nos parece la pretensión modesta y justa; creemos que en el presupuesto de Filipinas debe consignarse alguna cantidad para procurar las reproducciones artísticas más notables de España y del extranjero, y entretanto, ahora que hay en el Ministerio de Ultramar un coleccionista y aficionado tan perito como el Sr. Osma, algo podría hacerse para adelantar algunos envíos, ya de las colecciones que existen en Fomento, ya de la Armería, ya de los donativos que hicieran las asociaciones particulares, que responderían sin duda al llamamiento, si se hiciera. Y puesto que ese Museo-Biblioteca siente la falta de esos datos para la cultura artística, no se puede desatender esa justa reclamación, que es un servicio público.

***

—¿Adónde lleva usted esa cuba de agua?—dice la portera.

—Al segundo.

—Viene usted equivocado: los señores del segundo no beben agua, ni se lavan; pero suba usted, por si quieren hacer algún extraordinario.

—¿Ha ido usted al sermón en estos días?

—Los he oído en casa.

—¿Tiene usted capilla?

—No, señor; me los echa diariamente mi mujer.

—¿Con frecuencia?

—A todas las horas canónicas: no pierde una sola.

—Mister Wine es un inglés preguntón, que usa chaqueta y quiere españolizarse.

—¿Do you place—me dice—monstrarme un maestro dansante? Yo desear aprend endo el baile de la ge.

—¿Querrá usted decir el baile de la jota?

—¡Ah, sí: la jota! confusionamienta de letras.

—Es una falta de ortografía nada más.

El lector.—Ese chascarrillo es inverosímil, porque un inglés que hablaba tan mal no pronunciaría bien la jota.

—Así, fué, en efecto: la primera vez pronunció gota.

—¡Jota!—le dije con energía.

—¡Cota!—replicó.

—¡Jota!

—¡Chota!

—¿Y la pronunció por fin?

—Sí: pero le tuve que apuntar con mi revólver. ¿Qué sistema mejor para enseñar bien un idioma?

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Primeras nubes, cuadro de costumbres.—*El oráculo*, cuadro de Pattein.
La despedida, dibujo de Picolo.

Las primeras nubes que se levantan en el claro cielo de la felicidad llegan á veces á nublarle para siempre de tal suerte, que ya no vuelve á salir en él el sol. Por eso es de gran conveniencia no dejarlas formarse, y procurar disiparlas apenas aparecen, porque no se sabe si serán pasajeras ó si cerrarán para siempre el horizonte. Quizás la hermosa del cuadro que reproducimos en la página primera de este número se ha enfadado por cosa de poca monta, por puro capricho ó excesiva susceptibilidad, y sin saberlo pone en peligro la dicha de que gozaba. De esto se ven á diario muchos ejemplos.

La poética costumbre de interrogar á las flores para saber de ellas la verdad del amor jurado por el novio, ó para averiguar si existe, antes de declarado, está tan extendida, que tal vez no sea temerario asegurar que en todos los países se encuentra. Por eso el asunto del cuadro de Pattein (pág. 237) puede suponerse en España, en Francia ó en cualquiera otra nación, y en todas ellas será verdadero y bello. El autor ha tenido además el acierto de pintar, no mujeres precisamente, sino una niña y dos muchachuelas de doce á catorce años, lo que da al cuadro una gracia y frescura particulares.

La despedida titúlase el bonito dibujo de Picolo que publicamos en la pág. 241. El tema es de los que se llaman de actualidad, y por lo mismo ha de agradar doblemente á los lectores, y aun conmover á muchos. Una de las mayores crueldades de la guerra es la de romper los lazos de la familia, trocando en llanto las sonrisas de la esposa y en pena profunda la dicha del esposo. Estas despedidas suelen ser muy largas. ¿Quién sabe si aquel estrecho abrazo será el último? En tales momentos la pena ahoga las palabras, y no suele hacer gran ventaja la fortaleza del hombre á la de la mujer. Después de la separación, el mayor dolor es para ella. Él tiene la alegre compañía de los amigos, las novedades de los países que visita y las emociones de la guerra. Ella queda en casa, sola con sus pesares, con sus negros pensamientos y con sus hijos.

El grupo principal del dibujo del Sr. Picolo está bien sentido, y le completan muy bien las figuras accesorias, que son: el fiel asistente, que á alguna distancia espera, teniendo del diestro al caballo, y la nodriza que, con la niña en brazos, contempla atontada la despedida.

***

ALEMANIA.

Los cumpleaños de Bismarck.

Las fiestas con que los alemanes han celebrado el octogésimo aniversario de Bismarck han sido dignas de tan gran pueblo y de hombre tan ilustre. Pero cuanto aquí dijéramos de ellas holgaría seguramente, pues en la pág. 232 de este número hallarán los lectores el artículo en que nuestro distinguido colaborador Sr. Fastenrath trata de este asunto.

°°°

LA INSURRECCIÓN EN CUBA.

Nombramiento del general Martínez Campos.—El vapor norteamericano *Alliance*, perseguido por el *Conde de Venadito* en aguas de punta Maisí.—El vapor transatlántico *Reina Cristina*.—El batallón de Infantería de Marina.

Sabíase hace mucho tiempo que unos cuantos aventureros pretendían resucitar la guerra separatista de Cuba, malherida por la paz del Zanjón, y muerta más tarde con la campaña que siguió hasta ser expulsados de la isla los últimos revoltosos; pero lo que nadie ha creído hasta que se ha visto es que pasasen de la pretensión al hecho de la manera descabellada que lo han realizado. Sin duda creían que España era la triste nación desgarrada por las guerras civiles, contra la que se alzaran en los ominosos tiempos revolucionarios, y juzgando nuestras fuerzas por la idea que de ellas dieron los sucesos de África, creyeron que sin gran dificultad saldrían bien de su empresa.

¡Amargo desengaño les espera! De tal suerte han cambiado las cosas de 1868 á 1895, así en la Península como en Cuba, que la que ellos quisieron que fuese verdadera guerra separatista morirá pronto, sin haber pasado de algarada de unos cuantos insensatos.

Comprendiendo el actual Gobierno la necesidad de dar inmediatas muestras de energía, dispuso lo necesario para mandar á la isla todas las fuerzas que allí hiciesen falta para sofocar rápida y duramente la naciente insurrección. Al mismo tiempo determinó dar el mando de la isla al general Martínez Campos, significando de esta suerte la importancia que daba á la guerra, por lo que algunos hallaron que se había excedido en precauciones.

Cierto que no había para tanto, ni siquiera para la décima parte, con sólo lo que en Cuba sucedía; pero sin duda miraba el Ministerio, más que á esto, á la actitud de una parte de la opinión pública norteamericana, favorable á los revoltosos cubanos y que, por medio de los principales periódicos, les daba alientos, á la par que trataba de interesar en su favor al Gobierno de la República. No es éste tan aventurero y anexionista como lo sería si estuviese Harrisson en la presidencia, y podría darse por perdido el tiempo y el dinero gastado por los enemigos de España, cuando un suceso inesperado vino á favorecerles.

El 14 de Marzo encontró el *Conde de Venadito* en aguas del cabo ó punta Maisí un vapor norteamericano, de la *Columbion steamship line*, que pareció sospechoso, por lo que le pidió que izase la bandera de su nacionalidad, pues no llevaba ninguna. Según parece, no satisfizo á la intimación del barco español en debida forma, por lo que aquél le mandó que se detuviera para visitarlo, á lo que también se resistió el *Alliance*, forzando la máquina para escapar. Entonces le disparó con bala el *Conde de Venadito*.

Produjo en los Estados Unidos tal impresión el suceso, como si España hubiese inferido al pabellón norteamericano el mayor insulto, y muchos periódicos publicaron artículos amenazadores é insolentes, en los que se nos trataba con la mayor injusticia. Diríase, leyéndolos, que hay dos derechos de gentes en el mundo: uno para los españoles, tan estrecho, que no les permite siquiera vigilar las costas de su territorio; y otro para los *yankees*, tan ancho, que les autoriza á conspirar contra la seguridad de sus vecinos, preparar expediciones armadas contra ellos, dar amparo á conspiradores y hasta protegerlos públicamente. Estando así las cosas, podía temerse un disgusto más grave que los anteriores, bastando para motivarlo cualquier suceso insignificante; y por esta causa, no porque España estime á los Maceos y Crombet en más de lo que valen, se nombró al general Martínez Campos capitán general de Cuba, y se propuso acabar con la insurrección de una vez. Convenía, por lo que suceder pudiese, acabar con los enemigos de dentro de casa.

En la Península y en Ultramar fué muy bien acogido el nombramiento. El general Martínez Campos inspira á los hombres de todos los partidos tal confianza, que unánimemente le llaman siempre para cualquier puesto honroso y difícil. Hace poco más de un año, cuando por una serie inexplicable de torpezas adquirieron tanta importancia los sucesos de Melilla, en sus manos pusieron los liberales la honra y el interés de España. Lo propio hacen ahora los conservadores, enviándole á Cuba; y si mañana surge algún otro conflicto militar importante, no hay duda de que también se recurrirá al general Martínez Campos y de que irá á cumplir su deber con la buena voluntad y patriotismo de siempre.

Publicamos en la pág. 236 su retrato, y no escribimos aquí la correspondiente biografía porque no hay en nuestra patria quien la desconozca; y porque puede reducirse á estas pocas palabras: aseguró el orden en España proclamando á D. Alfonso: acabó la guerra del Norte; pacificó á Cuba; evitó el año pasado una campaña en Marruecos, y ahora vuelve á Cuba á restablecer de nuevo la paz.

El vapor *Reina Cristina*, en que se ha embarcado el general, es de los mejores de nuestra marina mercante. Tiene 5.200 toneladas, anda 16 millas y está adornado interiormente con tal lujo, que más que buque es un verdadero palacio flotante. (Véanse nuestros grabados de la pág. 233.)

El comedor tiene 19 metros de largo por 13,50 de ancho, rodeado en todo su contorno de ventanas circulares de gran diámetro. En el centro del salón de música, que es también magnífico, se abre un ojo de patio de 5 metros por 6, rodeado por un lindísimo antepecho que corresponde con el comedor, y sobre esta gran abertura hay una hermosa cúpula de cristales pintados sostenida por elegantes columnas.

En este hermoso transatlántico embarcó en Cartagena el segundo batallón del tercer regimiento de Infantería de Marina, de cuyos jefes, el digno teniente coronel D. Enrique Sicluna y los comandantes Paadín y Palacios, damos los retratos en la pág. 240. En Cádiz embarcaron con el general Martínez Campos 920 hombres de diferentes cuerpos.

°°°

D. LUIS EYTIER BENÍTEZ,

capitán de artiller a.

Uno de los oficiales que más se distinguieron en la acción de Marahuit (Mindanao).

Al cabo de muchos años de escaramuzas y paseos militares sin consecuencias políticas, se ha llegado en Mindanao á alcanzar verdaderas ventajas, apoderándose las tropas españolas de una posición estratégica de primer orden y conservándola.

Proponíase el general Blanco, no sólo llegar á la famosa bahía de Lanao, sino quedar dueño de ella, para desde allí imponerse á los moros. Estos en cambio, conocedores de las ventajas de la posición y de lo que su pérdida significaba, determinaron reunir todas sus fuerzas para oponerse al paso de nuestras tropas.

El 9 de Marzo dió vista el ejército á las posiciones defensivas del enemigo, que eran unas cottas muy bien fortificadas y defendidas por considerable número de moros, en el sitio llamado Marahuit. La batalla duró seis horas, y tan tenaz fué la resistencia, que hubo que batir las cottas con la artillería hasta abrir brecha, por la que entraron al asalto los soldados después de sangrienta lucha.

Los moros dejaron en el campo y cottas 108 muertos, entre ellos el sultán Amani Pag Pag, principal jefe de los rebeldes, su hijo y 23 dattos, y se les cogieron 4 cañones, 15 lantacas y gran número de armas blancas y de fuego. Nuestras pérdidas, aunque mucho menores que las del enemigo, fueron de bastante consideración, pues tuvimos 2 oficiales y 15 soldados muertos, y 3 jefes, 10 oficiales y 172 soldados heridos.

El efecto moral de la toma de Marahuit fué grande é inmediato, presentándose multitud de moros importantes á ofrecerse sumisos al general Blanco. Este se propone construir en seguida un ferrocarril de vía estrecha del mar á la laguna, lanzar en ésta media docena de lanchas cañoneras y asegurar la comarca poniendo fortines donde convenga.

Entre los muchos oficiales y jefes que se distinguieron en esta reñida acción figura el capitán Eytier, cuyo retrato publicamos en la pág. 244. Es joven todavía (nació en 1862), y ofrécesele por tanto una brillante carrera.

G. Reparaz.

EL OCTOGÉSIMO ANIVERSARIO DEL PRÍNCIPE DE BISMARCK.



A figura secular de *Bismarck* ha vuelto á ser el centro del sentimiento nacional, aunque el Canciller de hierro ha dejado de dirigir los destinos de su pueblo desde el día nefasto de Marzo de 1890, viviendo solitario en su modesto castillo de Friedrichsruh, no teniendo por amiga sino la historia universal, á que pertenece desde hace años, rodeando ya el alma del pueblo al heroico anciano con la aureola de la leyenda, anticipando su juicio á los siglos.

Doquier resuene la lengua alemana, está celebrándose una fiesta nacional de sin par brillo, cumpliendo las estirpes todas de Alemania con un patrio y sagrado deber de gratitud hacia su mayor estadista, el herrero de su corona imperial, el creador de su unidad, penetrando con fuerza elemental las explosiones del entusiasmo y del amor en la paz sagrada del Sachsenwald, donde el ejecutor de un inmenso hecho histórico, el gran *Bismarck*, bendecido como el que más, cumpliendo la octava década de su vida en toda la salud del cuerpo y en el vigor maravilloso del espíritu, pasa la tarde serena de un día incomparablemente bello, lleno, así de trabajos y penas, como de honores y triunfos. Al conmemorar el 80.º cumpleaños de Bismarck, saludamos al genio de la Historia. No se pone el sol en el reinado de la unidad espiritual de la nacionalidad alemana, que tiene sus miembros fieles en las costas más remotas, tributando su homenaje al héroe del nuevo Imperio germánico, que convirtió á Germania en altiva Walkiria, llevando en su cabeza el yelmo, en su diestra la espada, en su corazón el ánimo invicto, el joven Emperador, poniendose al frente de sus tropas, acompañado de su hijo, el heredero de su diadema, el fiado del agradecimiento de las generaciones futuras; los Príncipes alemanes, para quienes fué más que los políticos todos, manteniendo vivo el fuego de grandes ideales, Dios, el Rey y la Patria; los representantes ilustres de la milicia alemana, capitaneados por su Jefe supremo, inclinándose ante él, que es digno sobre todo de ostentar el vestido orgulloso del guerrero; el anciano canciller del Imperio, el Príncipe de Hohenlohe, que saluda al maestro, cuya grandiosa personalidad dió á aquel cargo una importancia sin segunda, y de quien puede decirse con el poeta romano: «*Non minor est virtus quam quærere parta tueri, casus inest illis, hoc erit artis opus*»: los representantes parlamentarios de los partidos que tratan de fomentar la obra nacional de unidad del gran Canciller, cuya vida es la historia de Europa en la última mitad del siglo, y que después de llevar á cabo su política nacional tiene por divisa el axioma: *Quieta non movere;* los delegados de numerosas ciudades, que ofrecen lo mejor que pueden ofrecerle, el título de hijo adoptivo, al mayor ciudadano del Imperio, al que se hizo el Mesías del pensamiento nacional para el Sur de Alemania; los representantes de innumerables asociaciones de obreros, que cifran su honra en acoger en su seno al protector del trabajo nacional; la flor y nata del pueblo, la juventud estudiantil, que ve encarnados en el Príncipe sus ideales imperecederos; los catedráticos, esos sacerdotes del fuego sagrado que arde en el altar del espíritu de un pueblo de pensadores; la nación, que le debe su grandeza, su gloria, la reconquista de la catedral de Erwin, de que se precia Strasburgo, y la reconciliación con el Danubio, ofreciendo todos sus respetos á él, que fué mimado, si, por la fortuna en los accidentes de su actividad diplomática, pero que no tiene rival en el encanto de su personalidad, en lo fascinador de su índole, en el poder vencedor del genio que luce en sus ojos y nos habla en cada palabra, en su humor incomparable que flota sobre todas las cosas.

Un gran hombre da á su pueblo más que sus hazañas, le da á sí mismo, su vida llena, su individualidad. Todo en *Bismarck* es sencillo, sano, verdadero, primitivo, genial, sensible, delicado, alemán, humano; todo en él es hermoso, fino, amable y noble. Nuestro pueblo se regocija con él al verlo volver á su hogar después de hazañas inmortales, fumando su pipa larga, no queriendo pertenecer sino al pueblo, pues á éste pertenecemos todos y asimismo el Rey de Prusia. Conoce todos los árboles de su frondoso Sachsenwald, y les profesa un afecto singular, así como á sus perros. Sólo una caricatura hace Zola de él en su epopeya de la bolsa, diciendo: «*Un colosse, vêtu d'un uniforme blanc, éclatant et superbe, riant d'un rire large, les yeux gros, le nez fort, avec une mâchoire puissante que barraient des moustaches de conquérant barbare.*» *Bismarck* es otro Temístocles, que, según dijo Tucídides, logró encontrar, después de breve meditación, lo que necesitara para el momento. Podría con sobrada razón compararse á un cazador que sabe estar al husmeo. Es el hombre providencial soñado por el poeta Manuel Geibel, cuando decía: «¡Oh destino, dénos un hombre, un hombre! ¿Qué nos importa el ingenio de los periodistas, el tiroteo bien rimado de los vates desde las arenas del mar del Norte hasta el Brenner? Necesitamos solo un hombre, un nieto de los Nibelungos, para que con su mano y su pierna de hierro dirija al tiempo, ese corcel enloquecido.»

Bismarck tiene sus iras, sus flaquezas como Colón, desbordando su temperamento, y por lo tanto le amamos aún más. Ayax le llamaban cuando niño, Aquiles cuando estudiante; volvió á ser el airado Ayax cuando cayó en desgracia del joven Emperador, que hoy está mimándole como antes de que ciñera la corona; y ahora el anciano del Sachsenwald, los ojos serenos bajo la frente majestuosa, envuelto en capa larga, nos parece el Odhin de la mitología germánica. ¡Con qué vehemencia había de conmover al Olimpo y al Aqueronte, y qué de veces tenía que agitar el martillo de Thor para construir el Imperio alemán! *Bismarck* constituye con Lutero y Schiller una gloriosa trinidad alemana: Lutero nos dió la fe alemana; Schiller el poético ideal alemán, y *Bismarck* el Estado alemán, trasportando las aspiraciones del pueblo desde la esfera sentimental de los sueños y de las poesías á la realidad llena de fuerza de hierro.

La tarde de ese gran político, que fué y ha de ser siempre el paladión de Alemania, parece iluminada por el esplendor más lúcido del sol poniente. Ha pocos meses pasó por ella una nube de dolencia personal; pero por profunda que sea la pena que producía en el ánimo del Príncipe la pérdida de la compañera de toda su vida, no pudo empañar el brillo histórico que hemos conmemorado y festejado con júbilo inmenso, celebrando en *Bismarck* la obra de su existencia entera.

Las cifras tienen una elocuencia singular: *Bismarck* recibió con motivo de su cumpleaños más de 120.000 tarjetas postales, llegando 10.000 de la América del Norte. El 1.º de Abril llegaron á Friedrichsruh 5.780 telegramas. Muchísimos niños dirigieron cartas á su queridísimo *Bismarck*, quien al ver la felicitación de un príncipe alemán y luego un telegrama de dos niños, dijo: «A éstos se ha de contestar inmediatamente.» El Príncipe imperial le ofreció un ramillete «en nombre de *mamá*». En el castillo de Friedrichsruh caben apenas los regalos enviados de todas partes del globo, dando testimonio de la gratitud del pueblo alemán hacia el gran solitario que ya no puede dar títulos ni condecoraciones. *Bismarck* debía de alcanzar la edad de Matusalén, si pudiese beber la cerveza y el vino que le han enviado sus admiradores, y con las cantidades de comestibles enviadas á Friedrichsruh se podrían mantener varios regimientos. Un fabricante de quesos ha enviado una caja de sus productos que pesa 60 kilos. Desde el sable de oro, regalado por el Emperador al que aun hoy es hombre de lucha y cuyas campañas políticas eran á la par tan atrevidas y sabias como las campañas estratégicas de Moltke, hasta la salchicha de dos metros que ha enviado á *Bismarck* un admirador obscuro, hay presentes de todas clases y para todos los gustos. Eran tantas las muestras de amor, que despertaban en él el deseo de volver á su actividad de canciller del Imperio, pues en ésta no tenía tanto trabajo como ahora. Erase de ver, apenas el lucero de la mañana venía á disipar las tinieblas de la noche, al alzar la aurora su rosada frente y lanzar sus primeros fúlgidos destellos la luz crepuscular; érase de ver, decimos, la interminable romería de alemanes que iban por el frondoso Sachsenwald. Lo que ante todo encantaba al Príncipe eran los homenajes entusiastas de 5.000 estudiantes. Pero lo que á los alemanes les encantaría, es que el precioso anillo turco del siglo XVII, enviado por el embajador de Alemania en Madrid, Sr. de Radowitz, á *Bismarck* como talismán de longevidad, produjese en él su efecto mágico (1). ¿No es nuestro gran *Othon de Bismarck* una encina germana, un águila? Y las águilas y las encinas se distinguen por su longevidad. La época del emperador Guillermo I es la de los grandes hombres longevos. Ante el esplendor sin segundo que rodea á nuestro heroico *Bismarck*, hemos de dudar de que tenga razón el vate heleno al decir que los favoritos de los dioses tienen una vida breve. En los hombres providenciales de la Historia sucede al contrario: la fortuna les concede el favor de desarrollarse en todas las

---

(1) En Madrid se celebró en el salón grande, adornado con banderas nacionales y flores, del Casino alemán *Germania* con un solemne *commers*, al cual asistió toda la colonia alemana.

Dicha fiesta patriótica fue presidida y dirigida por el embajador, Sr. de Radowitz, el cual, después de los brindis por la salud del Rey y Reina Regente de España y del Emperador, pronunció un sentido discurso, concluyendo con un *¡hoch!* por la salud de su maestro Bismarck, que fué repetido con entusiasmo nunca visto por más de cien alemanes que asistieron á dicha fiesta.—*N. de la R.*

direcciones sin sobrevivir á sí mismos.

¿Qué importa que el Reichstag, que debe su existencia á *Bismarck*, se haya abstenido en la manifestación nacional en honor al Gran Canciller, no pudiendo los partidos á quienes combatió y que le combatieron distinguir serenamente en esa colosal figura al fundador del Imperio, del político militante autor del Kulturkampf y de las leyes de excepción contra los socialistas? Con la vehemencia propia de su carácter manifestóse el emperador Guillermo II, en un airado telegrama, remitido á *Bismarck* el 23 de Marzo, *profundamente indignado* por el voto del Reichstag. Este excitó la indignación de Alemania entera, protestando millares con energía del mencionado acuerdo. Hasta la *Gaceta de Francfort* inclinaba la espada ante el anciano que se encuentra alejado de la política activa, y se olvidó de que *Bismarck* como hombre de lucha haya sembrado y recogido odios, para recordar sólo que después de haber vuelto á Alemania la unidad política conservó la paz al Imperio, y que hoy es un veterano, mereciendo los homenajes debidos á su ancianidad.

Hé aquí una guirnalda de flores tejida por *Bismarck* en sus últimos discursos. A los 418 miembros del Parlamento, que le visitaban el 25 de Marzo, les decía: «Hemos ofendido á las dinastías mucho más que á las fracciones parlamentarias. Con nuestros aliados de hoy, los bávaros y sajones, hemos cambiado las injurias más graves en forma de cañonazos. Pero en los príncipes el interés nacional ocupa el primer lugar, los aliados valen más que las fracciones. ¡Ojalá que la idea nacional encontrase una expresión tan poderosa en los parlamentos como en las dinastías!» Dijo á los catedráticos que habían acudido á felicitarle en su retiro el 1.º de Abril: «Dios no deja perder á ningún alemán, y tampoco á Alemania. Nos hemos combatido siempre en Alemania, ó retóricamente, ó marcialmente. El odio con que me persiguen los periódicos socialistas y el Centro Católico es para mí una prueba satisfactoria de que no creen en su victoria.» A los estudiantes, en cuyas manos está el destino de la primera mitad del siglo que viene, les decía *Bismarck:* «No se pierde el sentimiento nacional, ni siquiera en los que reniegan de su patria y salen emigrando..... Combatir por exigencias de conquista, me parecía una maldad completamente bonapartista que no corresponde al sentimiento germano de justicia. Por eso, en seguida que estuvo levantado el edificio del Imperio, fuí siempre partidario de la paz..... La política tiene mucha semejanza con una navegación por mares desconocidos. No se sabe qué tiempo hará, ni se conocen las corrientes. Además, en la política se depende de las resoluciones de otros. Se debe aceptar la situación como Dios la hizo. Aceptemos el Imperio cual terreno adecuado para la unión de todos. No nos entreguemos demasiado á la necesidad alemana de criticar. Conservemos lo que tenemos antes de que experimentemos algo nuevo. Aceptemos lo que hemos alcanzado bajo el embate amenazador de Europa entera.» Y en la alocución á la Diputación de Munich, decía el 2 de Abril: «Celebro que me hayan nombrado ustedes ciudadano de Munich, y que por eso pueda yo beber mi *Spatenbräu* (cerveza) con más conciencia bávara..... Los alemanes se parecen al matrimonio de una comedia de Molière—creo que se titula *Le Médécin malgré lui.*—Nosotros nos combatimos como aquel matrimonio; pero al entremeterse un tercero, la cosa se hace de modo que éste pueda estar satisfecho cuando salga sano y salvo. La provocación francesa en 1870 era un beneficio enviado por Dios para unirnos.» El mismo *Bismarck* llama á esta alocución su testamento al Sur de Alemania.

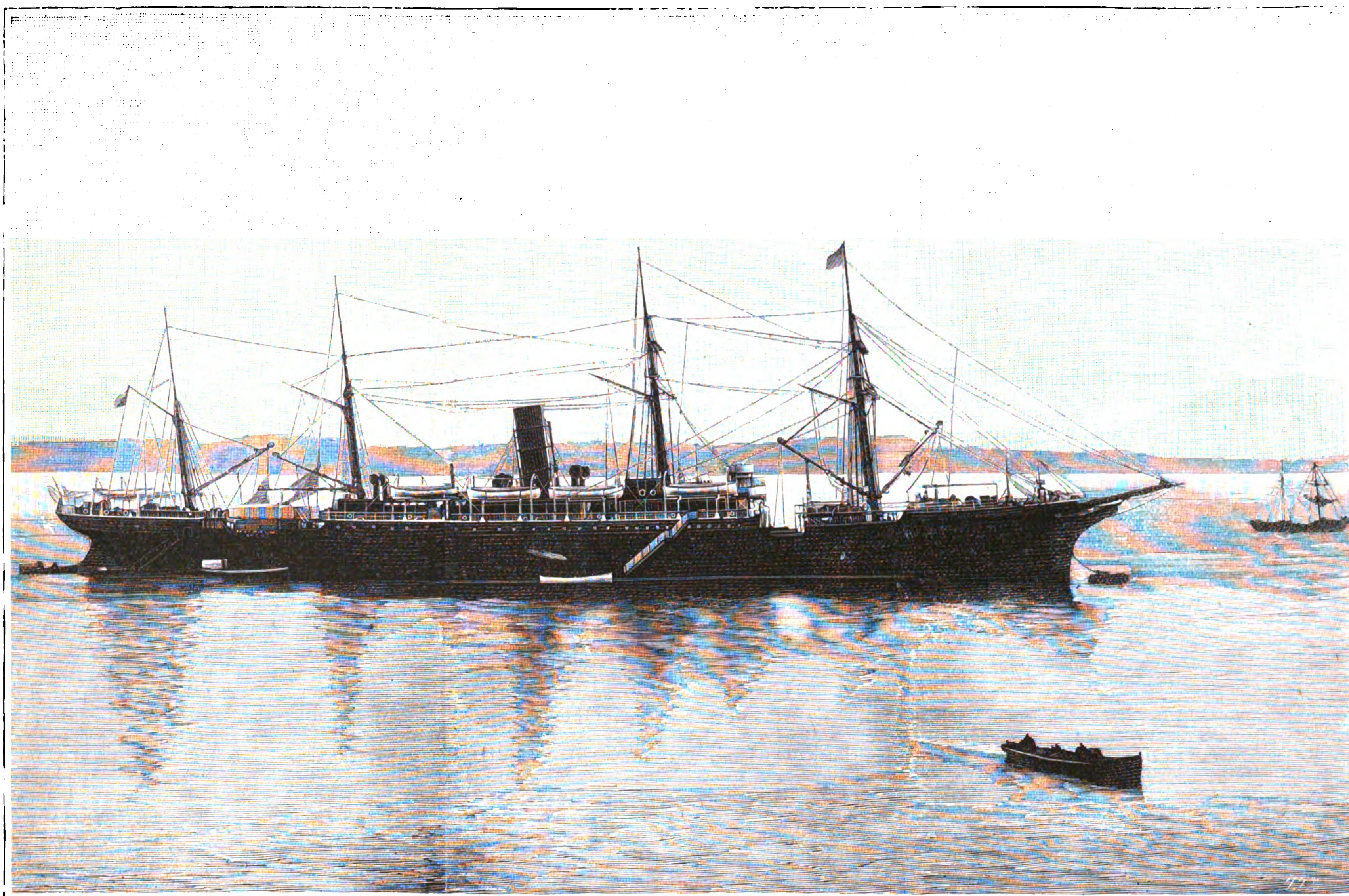
Hacía años que no se celebraba el 1.º de Abril con la solemnidad y la animación con que este año fué celebrado por los alemanes, en su patria y en el extranjero. Las escuelas han dado asueto á sus alumnos. Había iluminaciones y millares de banquetes y un diluvio de discursos y poesías. Cuando todas las ciudades del Imperio festejaban á *Bismarck*, que imprimió su sello á los fines



ALEMANIA.—LOS CUMPLEAÑOS DE BISMARCK.

EL PRÍNCIPE IMPERIAL FELICITANDO AL EX CANCILLER EN NOMBRE DE LA EMPERATRIZ.

ALEMANIA.—EL CASTILLO Y PARQUE DE FRIEDRICHSRUH, RESIDENCIA DEL PRÍNCIPE DE BISMARCK.



EL VAPOR «REINA CRISTINA», DE LA COMPAÑÍA TRANSATLÁNTICA, DE BARCELONA.



COMEDOR DE PRIMERA DEL VAPOR «REINA CRISTINA».

(De fotografías.)

de esta centuria cuyos principios marca Goethe, no podía menos de celebrarle Colonia.

Hace dos años que existe en ésta una *Asociación Literaria* que celebra sus sesiones en una sala de Gürzenich llamada *Quatermarktsaal*, teniendo el que escribe estas líneas el inmerecido honor de presidirla. Levantamos el estandarte de la poesía, ocupándonos de poetas vivos y muertos; tributamos nuestros homenajes, ora á los grandes poetas alemanes, ora á los insignes vates españoles; honramos la memoria de un literato italiano como Hugo Foscolo, y la del ilustre director de la Academia Mexicana de la Lengua D. Joaquín García Icazbalceta, que pasó á mejor vida el día 26 de Noviembre del año próximo anterior. El 28 de Marzo, nuestro héroe era el de los siglos todos, *Bismarck*. Hemos coronado su busto, y hemos celebrado al creador de la patria alemana en cantos, discursos, brindis y composiciones poéticas. El discurso del Dr. Arturo Strecker tenía por tema: *Bismarck como orador y escritor*. «Tú perteneces á nosotros, decía el orador; eres el modelo de los literatos; ¡qué de palabras aladas han salido de tus labios!» Ernesto Sakerenberg, que tantas veces pulsaba su lira en honor de *Bismarck*, nos recitó sus más vigorosas composiciones bismarckianas, y entre los telegramas entusiastas enviados al mayor alemán figuraba también el de la *Asociación Literaria de Colonia*. Y yo saludo á los alemanes de Madrid, que ofrecieron al *Príncipe de Bismarck* las más bellas flores de España.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 6 de Abril de 1895.

PROTECCIÓN Á LAS LETRAS.

Protejámonos unos á otros, y que Dios nos proteja á todos.

(Un librecambista.)

ESO: que Dios nos proteja á todos y nos coja confesados si, como parece, la tempestad se nos echa encima.

Un escritor muy discreto y muy inteligente, el Sr. D. Daniel Collado, después de afirmar que «casi todas las artes tienen en nuestro país la protección de los poderes públicos, si no en el grado que fuera de desear, en el suficiente para alentar á los que las cultivan», pregunta: «Y de las pobres letras ¿quién se acuerda? ¿Se ha pensionado aquí á alguien para que pueda dedicarse al estudio de la poesía? ¿Se ha celebrado alguna vez en nuestro país una Exposición literaria?»

No es lo malo que el ilustradísimo articulista Sr. Collado haya caído en la tentación de preguntar eso; lo malo es que me lo ha preguntado á mí, que, en honor de la verdad sea dicho, ni sé cómo agradecer á mi distinguido compañero la honra inmerecida que me ha dispensado, ni cómo responder á la pregunta que me ha dirigido.

El Sr. Collado pregunta, al mismo tiempo que á mí, á varios periodistas insignes y á unos cuantos famosos escritores, y se me figura que su consulta circular quedaría sin contestación si

«Yo, el menor padre de todos»,

que ni soy escritor, ni famoso, ni insigne, y que apenas me llamo Pedro en esto del periodismo (y aun eso porque no se crea que reniego de mi profesión honrosa y digna y noble cuando corren malos vientos para los periodistas), si yo, repito, no le enviase desde aquí, ya que no precisamente una respuesta que no acierto á darle, algunas palabras con las cuales á un tiempo mismo demuestre yo mi agradecimiento y excuse, en lo posible, mi involuntaria descortesía.

Siento decirlo, siento muy de veras decirlo; pero no soy partidario de que los *Poderes públicos* protejan á nadie, y menos en nuestro país, donde, por desgracia, antes que para proteger, están para ser protegidos.

Aquí donde la iniciativa particular está reducida á la nada; donde el Estado lo es todo, desde empresario de teatros hasta jugador de ventaja, no le hagamos ¡por amor de Dios! protector de las artes, porque así como tenemos ahora *ruleta oficial* (vulgo lotería), ciencia oficial, industria oficial, etc., tendríamos entonces *arte oficial*, que seguiría, necesaria y fatalmente, las oscilaciones de la política y se convertiría en arte de cabildeos y de compadrazgos.

Esto sin contar con que no me parece equitativo solicitar protección para los literatos y no solicitarla, pongo por caso, para los médicos; y si todas las clases del Estado van á ser protegidas, ¿de dónde van á salir las protectoras?

Por eso me parecen muy acertadas las palabras del que decía: «Sí: protejámonos los unos á los otros, y que Dios nos proteja á todos.»

Protección para los literatos: sí, Sr. D. Daniel; protección para los dramaturgos, perfectamente; pero no pedida á los Poderes públicos y por ellos otorgada, porque para el Gobierno sólo existen en el país ciudadanos, sino alcanzada de los que sean aficionados á la literatura y tengan vocación de Mecenas.

Creo, como cree mi estimado compañero de oficio, que existen injusticias irritantes; creo que hay autores *insaciables* (como él los llama); creo que hay empresarios que sólo admiten firmas; pero no creo que la protección oficial pueda remediar esos males.

Soy en esto más pesimista que el Sr. Collado. Dicho señor admite que «cualquiera puede escribir una obra y llevarla á un teatro», y yo admito que, en efecto, puede llevarla; pero añado que allí se estará por los siglos de los siglos, si el autor no adopta el acuerdo prudente de llevársela á casa.

También admite el Sr. Collado que el que vale, tarde ó temprano, se impone y triunfa, y yo sé de muchos que valían, y que ni han triunfado ni se han impuesto. En esa lucha formidable, por cada victorioso hay muchas docenas de vencidos.

Y no quiero insistir sobre este punto, porque acabaría por entristecerme y por entristecer á los lectores de corazón bondadoso y de sentimientos caritativos.

Querer que una empresa particular estrene, por obligación ó por compromiso, un número determinado de obras de autores inéditos ó no muy conocidos, es querer lo imposible.

Si el designar cuáles habían de ser esas obras era función del Estado, ya sabemos que la patente de autor dramático se alcanzaría por recomendación y por influencias, como los empleos públicos ó las actas de diputados.

El mismo inconveniente hallaría el procedimiento de *estrenar* en el Conservatorio, ó bien en algún teatro en que se representasen las obras nuevas que lograran ese favor, por alumnos de aquel establecimiento.

No le demos vueltas: la protección á la literatura sólo pueden y deben darla particulares aficionados á las letras. Comprando cuadros se protege á los pintores; labrando casas se ayuda á los arquitectos; concurriendo á los teatros se auxilia y atiende á los autores dramáticos; adquiriendo libros *por su precio*, no prestados ni regalados, se favorece á los escritores.

Y esta protección y estos favores y estos estímulos sólo son justos y buenos y santos (en cuanto lo justo y lo santo y lo bueno es compatible con la pobre naturaleza humana) cuando son debidos á espontáneas iniciativas particulares.

A. SÁNGHEZ PÉREZ.

LOS TEATROS.

COMEDIA: Una buena obra de Emilio Mario.—Beneficio de García Ortega con *El Anzuelo*.—ESPAÑOL: Últimas funciones de la temporada. *Mari-Hernández, la gallega*.—De Abril á Junio.—La Pretel en Eslava.

SEGURAMENTE ha sido la última campaña del teatro de la Comedia la más dura y menos provechosa de cuantas registra en su historia la excelente compañía que dirige Emilio Mario.

Pero si tan inteligente y estudioso director escénico no ha tenido la fortuna de empezar y continuar la temporada con obras buenas, ha tenido la virtud de coronarla con una buena obra.

Sin excitaciones ni influencias de ningún género, por su sola iniciativa—quizás demasiado sola,—organizó Mario una función muy lucida á beneficio de Encarnación Bofill, la triste huérfana de aquel inolvidable compañero de cuantos nos dedicamos á las tareas de la crónica teatral, tan difíciles y peligrosas en estos tiempos de lucha y controversia.

Honrar la memoria del escritor y procurar algún alivio á la situación de la joven y simpática artista: tal fué el objeto de Mario, que hubiera tenido realización más completa con la intervención activa de ciertos elementos *personales* de la prensa, tan llamados en la ocasión y al propósito.

Pero, si los resultados positivos de la fiesta teatral no fueron todo lo que pudieron ser para la joven beneficiada, ésta tuvo de su parte las simpatías, no sólo de los amigos y compañeros de su buen padre, sino también las del público, que ya en el teatro de la Zarzuela la había estimulado con sus aplausos al estudio del difícil arte escénico.

El artista del teatro no se improvisa: en lo dramático menos que en lo lírico. Á Caltañazor—que con un órgano privilegiado y sin estudios musicales brillaba como tenor, con admiración del gran Tamberlick—le oí yo decir muchas veces que, aun con el dominio del terreno cómico, lo que le apuraba á él en cada zarzuela nueva no era la parte cantable, sino los tipos que el autor del libro le ofrecía para el estudio, y la manera de darles vida y relieve en escena con los recursos de dicción propia y naturalidad en la acción y en el gesto.

Encarnación Bofill, que apareció en escena con la timidez de artista incipiente y con las penosas impresiones de su triste orfandad, interpretó con sentimiento y exquisita delicadeza el sencillo y tierno *Ave-María* de Luzzi, y el público la premió con aplausos y llamadas á la escena, que merecieron también después en otros números del programa cantantes ya experimentados, como la Carrera y la Leonardi, y el barítono Menotti y el tenor Borgatti, que contribuyeron al brillo de la fiesta en obsequio de la beneficiada.

El público, como yo, tenía curiosidad de ver y oir á la señorita Bofill en una comedia que, como la preciosa de Bretón de los Herreros, *Ella es él*, podía dar ocasión á apreciar las condiciones naturales de la artista en el terreno puramente dramático.

En el difícil papel de Camila, salió airosa de su primera prueba, para la que había sido preparada con interés y laudable celo por el hábil Mario. La actriz fué, como lo había sido la cantante, festejada y alentada por los plácemes de los espectadores, deseosos todos de que la señorita Bofill halle en la escena un porvenir seguro.

Por mi parte, creo que podría hallarlo más fácilmente al lado del director del teatro de la Comedia, en cuya compañía subsisten, adelantando, actrices y actores que no se dieron á conocer con más ventaja que la bella hija del inolvidable cronista de teatros de *La Época*.

Parece, sin embargo, que Encarnación Bofill ha sido contratada por la empresaria y primera actriz del teatro Español, á la cual honra mucho ese noble rasgo de protectora de la artista huérfana. Algo bueno puede aprender ésta al lado de la joven María; pero, con menos preocupaciones y peligros, podría aprenderlo al lado de quien, como Mario, ya al fin de su gloriosa carrera artística, y libre casi de cuidados de estudio propio, tiene más tiempo y mucho mayor autoridad para formar, con interés de verdadero maestro, un plantel de artistas nuevos y buenos, con aquellos que, por sus naturales condiciones, se presten á realizar obra tan meritoria, sobre todo en el estado actual de nuestra escena, en la cual poco ó nada podemos esperar de los estudios oficiales del Conservatorio.

***

En el teatro de la Comedia, y á punto ya de echar la llave á la poco feliz temporada, se celebró el beneficio del estudioso y simpático joven actor García Ortega, quien cada año presenta nuevos títulos á la consideración del público inteligente, que con tanto cariño le ha festejado en *su noche*.

El Anzuelo, graciosísima y bien intencionada comedia de Eusebio Blasco, fué la obra elegida con mucho acierto por García Ortega para su beneficio. Desde que Manuel Catalina estrenó esa obra en el teatro Español, han pasado muchos años; pero ella no *se pasa*, no envejece, porque el pensamiento, el asunto, los tipos y caracteres que se mueven en ella, la sana intención que la informa, las ridículas preocupaciones que en ella se combaten, son de todos los tiempos.

Sin duda el conjunto del cuadro hubiera ganado mucho entrando en él como figuras las primeras partes de la compañía de la Comedia. Pero el protagonista, aquel farmacéutico joven y elegante, arrinconado en un pueblo, que viene á Madrid con mucho arrojo y con bizarra osadía se improvisa Duque extranjero por gracia y consejo de su avisado tío, no podía tener un intérprete más caracterizado, más completo que García Ortega.

El joven artista representó admirablemente la farsa con que poco á poco había de ir haciendo tragar *el anzuelo* á la ridícula y extranjerizada mamá que sueña para sí y para su hija con todos los postizos caprichosos de la moda y con los esplendores de una esfera social que no es la suya.

Paco Ortega—como la tuvo Manuel Catalina—tiene, para esos papeles de galán distinguido y noble de nuestra sociedad, la gran ventaja del medio en que ha vivido y se ha educado. Eso le ayudó al éxito en su fingido Duque de Krémor; y la actitud, la acción, el gesto, la dicción natural y limpia, la expresión propia con que brotaban de sus labios los ingeniosos arranques de la fácil musa de Blasco: todo contribuyó á que el joven galán del teatro de la Comedia alcanzase en la noche de su beneficio uno de sus más legítimos triunfos, cuando aún se recordaba el que, en papel de tan distinta índole, había logrado en *Miel de la Alcarria*.

Aparte de la merecida ovación escénica, tuvo García Ortega la satisfacción de recibir después,

en su vestuario de artista, los plácemes sinceros de sus íntimos amigos y admiradores, que le obsequiaron con preciosos regalos, como recuerdos de la venturosa noche. El más propio y expresivo de esos regalos es, sin duda, el que presentó al beneficiado mi querido compañero Fernández Bremón, en una preciosa corona de laurel con botones de oro, en cuyas anchas cintas de seda se leía: «A Paco García Ortega, su admirador J. Fernández Bremón.—*La Dolores*,—*Miel de la Alcarria*.»

Miel de la Alcarria, *La Dolores*, *El anzuelo*, digo yo también, al fin de mis justas alabanzas. Que sean esos títulos recuerdos constantes en la memoria del joven artista: incentivos que le estimulen al creciente estudio del difícil arte, que tan necesitado está entre nosotros de cultivadores como García Ortega, modestos siempre y atentos al porvenir hasta en las horas alegres del merecido triunfo.

* * *

Al beneficio de Díaz de Mendoza en el teatro Español concurrió, con su esplendor característico, la mayoría del público que podemos llamar *suyo*, del público aristocrático de los *lunes clásicos*, que tan engolfada tiene á María Guerrero en el estudio de nuestra antigua dramática.

Lució mucho el nuevo galán en el Lázaro de *La Dolores* de Feliu y Codina, y esforzó demasiado sus escasas facultades en el quinto acto de *Don Alvaro*, personaje excepcional y de soberano aliento del genio romántico español, al que, después de D. Carlos Latorre, sólo ha podido llegar, con sus facultades prodigiosas y su artística arrogancia, Rafael Calvo, el creador de *Segismundo* y *Haroldo*.

Justa ovación y preciosos regalos recibió en la noche de su beneficio Díaz de Mendoza, quien, para mí, está hoy en condiciones muy parecidas á las de María Guerrero en cuanto al arte escénico se refiere. El joven artista del Español ha adelantado mucho; tiene talento y se acompaña de la modestia, compañía de muy buen consejo que le llevará prudentemente á rebajar un poco de lo extremado del elogio con que pretende favorecerle una parte de la prensa, en la cual se ha llegado á compararle nada menos que con D. Julián Romea, aquel gran artista, inolvidable para los que le conocimos en el apogeo de su gloria.

No; por ese camino se puede envanecer á un actor de menos fuste y menos dueño de sí que el galán que en el Español acaba de hacer una lucida campaña; pero no se ayuda de ese modo, con esos *desplantes* críticos, á la formación de un verdadero artista. En la acción como en la dicción, tiene Díaz de Mendoza mucho que corregir y no poco que aprender para acercarse algo á los grandes maestros. Y uno de éstos está haciendo muchísima falta en el escenario clásico, donde lo clásico es una exigencia de los más firmes patronos del rejuvenecido Corral del Príncipe.

Con la salida de Ricardo Calvo se quedó sin verdadero director el teatro Español, y una dama, por artista y empresaria que sea, no puede dignamente removerse en los ensayos para colocar figuras, componer cuadros y dar por bien puestas en escena las obras antiguas ni las modernas.

Entre las últimas representadas en el Español figura *Mari-Hernández, la gallega*, del maestro Tirso: y allá, en los tiempos de las férreas armaduras, de las dalmáticas y de los birretes, apareció Díaz de Mendoza enamorando á la protagonista á lo galán del siglo XVII, con su gran chambergo de larga y rizada pluma. Y en cuanto á María, vistió y arregló á su tocaya, *la gallega*, más como componedora de su propia figura, que como artista que se cuida en escena de la propiedad de la indumentaria.

Observaciones muy parecidas tengo hechas acerca de otras obras del teatro clásico, y seguro estoy de que María Guerrero, tan celosa del esplendor del suyo, no principiará sus tareas en la próxima temporada sin contar con un actor, galán ó de carácter, de conciencia, de autoridad y de conocimientos bastantes para que las obras se hablen y se vistan con arreglo á todas las leyes que el verdadero arte tiene escritas.

Claro es que las elegantes abonadas de *los lunes* no reparan en esas cosas. Pero la que, como nuestra María, está ya en el camino de ser maestra, no debe dar qué hablar á reparones como yo que, deseando lo mejor para ella, queremos que el teatro Español nada tenga que envidiar á los más clásicos extranjeros.

* * *

Hoy, sábado *de gloria*, empieza la breve campaña primaveral en teatros abandonados ya por compañías ahora *excursionistas*, y en otros que han estado cerrados durante la temporada de invierno.

En el de la Comedia funcionará la compañía de ópera y opereta italiana de Giovannini, en la que figuran algunos artistas notables, y que no ha de fallar seguramente en sus propósitos por falta de repertorio variado, en el cual figuran algunas obras poco vistas y oídas y otras de las mejores que en el mismo teatro Real han sido predilectas de los aficionados.

Somos muchos los que quisiéramos mejor una Duse ó un Novelli en el escenario del precioso teatro de D. Luis Navas. Pero si á éste, á los cantantes italianos y, sobre todo, al público, aprovechan la ópera seria y la opereta cómica, ni dejaremos de darnos por satisfechos ni regatearemos alabanzas á los artistas que las merezcan.

En el teatro de la Princesa, tan dejado de la mano de los empresarios, habrá de todo y para todos los gustos: comedia, sainete, juguete cómico-lírico, diálogos de tipos populares y baile legítimo español, contando la excelente compañía, formada por el primer actor Ricardo Morales, con elementos como Juanita Martínez, Ruiz Arana y Sánchez Castilla, bien dispuestos á regocijar al público y á preparar, de Abril á Junio, el ánimo de los que, por lujo ó por necesidad, han de salir después *de veraneo*.

El programa de Ricardo Morales revela una larga experiencia en campañas teatrales, y la función inaugural, por lo variada y bien dispuesta, promete ser un principio de buena fortuna.

* * *

Después del chaparrón de protestas que dió en el foso de Eslava con *El paraguas* cómico-lírico, aparece hoy en aquel escenario la primaveral y graciosa sonrisa de una tiple que ha dado que hacer á la curia, por disputársela con empeño dos empresarios.

Son cosas del teatro. Pasaron, como juguetes cómicos, juicios de conciliación y alegatos de jurisconsultos. Con la aparición de *La Dolores*, ópera, en la Zarzuela, desapareció Matilde Pretel de aquel teatro, y la pleiteadora empresa de Eslava subió á *la montaña* en busca de la graciosa *Miss Helyett*, para convertirla en redoblante *Tambor de Granaderos*.

Matildita será ahora con los palillos, con su legítima gracia cómica, con su valentía de cantante y con las crecientes simpatías del público, todo lo que la empresa de Eslava quería que fuese para su negocio cuando el autor de *Miel de la Alcarria* se interpuso con su toga de letrado.

EDUARDO BUSTILLO.

13 de Abril de 1895.

ERRATAS Y ERRORES DE LA «GACETA».

Un ilustre escritor de Centro-América que, á pesar de seguir muy de cerca cuanto se refiere á España, ignora que hace años desapareció la Imprenta Nacional, siendo arrendado el servicio de la impresión de la *Gaceta*, y, en contra de su claro criterio, juzga posible que en nuestra patria puedan durar los cargos públicos numerosos años, me escribe, dirigiendo su carta á la redacción del periódico oficial, saludándome con motivo del año entrante y pidiéndome alguna noticia sobre una referencia que consigné tiempo há en un articulejo festivo, acerca de una errata célebre de la *Gaceta de Madrid*. El ilustre y curioso escritor americano muestra escrúpulos en creer que sea cierto aquello que dijo el periódico oficial durante el reinado de Isabel II, de «el hálito asqueroso de la monarquía», y, sin embargo, la errata es auténtica, aun cuando efectivamente extraordinaria.

Siento que las razones indicadas al comienzo de estos párrafos me priven de los elementos necesarios de comprobación que existían en el archivo de la hoy suprimida Imprenta Nacional, cuyos legajos ignoro adónde habrán ido á parar á estas fechas: pero todavía, acudiendo al archivo de la memoria, mejor conservado, y en buena hora lo diga, que los archivos materiales, podré dar algunas noticias sobre la errata en cuestión.

Triunfante en 1854 el partido liberal, y constituido gobierno bajo la presidencia del general Espartero, duque de la Victoria, algunos elementos exaltados, creyendo poco radical el cambio en la política sufrido, utilizaron la marcha de Madrid de la reina Cristina para intentar una asonada en 28 de Agosto del año citado, y aun levantar algunas barricadas en la calle del Desengaño. La rebelión fué rápida y facilísimamente dominada, y, como consecuencia del triunfo del partido del orden—aunque dicho partido acabase de lograr el poder á tiros—empezaron á llover felicitaciones al Gobierno y éste á darles publicidad por medio de la *Gaceta*. No entra en mis propósitos el investigar si todas aquellas felicitaciones eran espontáneas ó significaban el cumplimiento de órdenes emanadas del Gobierno central: el hecho es que todos los días y desde los puntos más remotos de la península se felicitaba á los poderes públicos, suponiendo que éstos habían libertado á la nación española de una verdadera catástrofe, usando para ello las frases más hiperbólicas y los giros retóricos del *cursi* más subido. Entonces fué cuando, no sé si un Ayuntamiento ó una Diputación daba sus parabienes al Ministerio por haber salvado á la sociedad española de «el hálito asqueroso de la anarquía»; y entonces fué cuando los cajistas de la Imprenta Nacional sustituyeron á esta última palabra la de «monarquía»; los correctores dieron por buenas las pruebas; hízose la tirada como si tal cosa, y los lectores del periódico oficial pudieron hacerse cruces al otro día, viendo convertido en republicano al órgano de la institución monárquica. El asunto dió mucho juego, como es de suponer; sufrieron pena de suspensión ó pérdida de empleo cajistas y correctores, y hasta en el seno de las Cortes Constituyentes se discutió la errata. Creo recordar que después de tanto ruido la cuestión tuvo el término que es de suponer: se levantaron las penas, y no quedó de todo ello más que el recuerdo curiosísimo, cien veces incluído luego en la lista de las erratas célebres.

Y, ya que tengo la pluma en la mano y me veo, contra mi voluntad, reducido á estas explicaciones que arrancan de la memoria, aprovecharé la oportunidad para declarar que ascenderían á muchos millares, si detenidamente se buscaran, las erratas que hayan visto la luz en la *Gaceta*, como en otro periódico cualquiera, ya por lo ocasionado que es á ellas el procedimiento tipográfico, ya por la premura con que se componen, ajustan y corrigen los periódicos. Buena prueba de ello es otra errata del mismo periódico oficial, correspondiente al 23 de Febrero de 1784, y que motivó una reprimenda en toda regla del Ministro, Conde de Floridablanca, al Subdelegado de la Imprenta, entonces Real, D. Santiago Barufaldi. Como de esta errata tomé nota documental hace años, puedo transcribir á continuación el oficio de censura, que dice así:

«Muy señor mío: El Sr. Conde de Floridablanca, mi Jefe, me manda decir á Vm. que en la *Gazeta* de mañana, que acaba de recibir, ha notado que se dice una grande necedad en lugar de una cosa justa y honesta: pues al fin de la Real orden con que concluye el capítulo de Madrid, se dicen estas palabras: *con efecto matrimonial*, y debe decir *con afecto matrimonial*. Y como este yerro es de la mayor importancia, quiere S. E. que se enmiende al instante, suspendiendo la entrega y venta de la *Gazeta* hasta que se haya verificado. Y previene á Vm. que en lo sucesivo se tenga más cuidado con la corrección de la *Gazeta* quando se inserten las órdenes del Rey, como asunto de la primera importancia. Lo aviso á Vm. para que así lo ejecute sin dilación, y ruego á Dios guarde su vida muchos años.—El Pardo, á 23 de Febrero de 1784.—Francisco Pérez de Lema.—Sr. D. Santiago Barufaldi.»

Más graves, sin embargo, que las erratas materiales me parecen las quejas que durante largos años se lanzaron contra la *Gaceta de Madrid*, cuando era el único órgano de información pública, por las deficiencias de su confección, limitada casi siempre á traducir noticias extranjeras con retraso de meses y acaso sin el debido conocimiento de los idiomas de que aquéllas se tomaban. Tan numerosas eran las quejas, ya anónimas, ya firmadas, de los suscriptores, que el citado jefe de la Imprenta Real, D. Santiago Barufaldi, escribía en 10 de Abril de 1793 al ministro D. Domingo de Iriarte:

«Sr. D. Domingo de Iriarte.—Muy señor mío y dueño: De un mes á esta parte me han venido por los correos algunas cartas, sin firma ni fecha, poco más ó menos como las dos adjuntas, que traen dichos requisitos. Las anteriores las rompí: pero éstas me ha parecido de mi obligación pasarlas á manos de V. S. para que haga el uso que le parezca, y se repite como siempre á la disposición de V. S. su más afectísimo obligado servidor, q. s. m. b.,—Santiago de Barufaldi.—Madrid, 10 de Abril de 1793.»

Hé aquí ahora las cartas de referencia, tanto más dignas de ser atendidas, cuanto que acababa de ocurrir en la nación vecina la terrible tragedia que había llevado al patíbulo á Luis XVI, y Europa entera se aprestaba á las temerosas eventualidades del porvenir con sus armamentos:

«Burgos, 9 de Abril de 1793.—Señor Administrador de la *Gaceta* y mi dueño: Me alegrara que Vm. oiera en las tertulias que se acaba de leer la *Gaceta* las expresiones y sentimientos de los sensatos contra el gacetista. Lo cierto es que está el público desairado y justamente sentido, ignorando las causas interiores del Reino, al mismo tiempo que la Nación se esmera en contribuir con sus posibles. ¿Qué noticias nos ha dado hasta ahora la *Gaceta* de nuestro ejército ni del pie en que está? ¿Quántas presas se han hecho en nuestros mares, y no nos han dicho palabra de esto? Las cortas y sucintas noticias que nos ha dado de las tropas aliadas ha sido como por alambique, y tan tardías, que ya las tenía el público olvidadas. ¿Quántos movimientos, tumultos y alborotos ha habido en París, levantándose los católicos contra la Convención y los ha sigilado la *Gaceta*? ¿Sabe la Nación hasta ahora si nuestra Armada va á obrar con la alianza de la de Inglaterra, ó qué fuerzas marítimas se disponen contra nuestros enemigos? Todo esto es un agravio para la Nación, es un desprecio que se nota en las naciones extranjeras, por el que infinitos se han retraído en ofrecer á Su Majestad el sincero patriotismo de los españoles.—A la verdad, señor Administrador, que no merece la Nación semejante desaire, y se verán con el tiempo los menoscabos y otras malas consequencias. Vm. ha visto cómo los de este pueblo se han esmerado, pero no ha visto los sentimientos de sus corazones: sabemos, y sabe toda la Nación, que el Soberano desea complacerlo, y es una especie de traición en el *gacetista* el modo y giro con que se produce. Considerando que Vm. puede remediar mucho en este concepto, tenemos la confianza de que contribuirá con el remedio que deseamos los leales vasallos de S. M. Así lo espero de su zelo y prudencia, quedando rendido á las órdenes de Vm., cuya vida guarde Dios muchos años. De Vm. seguro y obsequioso servidor—D. Julián de las Heras.»

° ° °

«Valladolid, 1.º de Abril de 1793.—Señor Administrador: Muy señor mío: los intereses del Rey Nuestro Señor y el



EXCMO. SR. D. ARSENIO MARTÍNEZ DE CAMPOS,

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DE LA ISLA DE CUBA.

(De fotografía de Napoleón.)

de Nápoles, otra en el Gabinete de Antigüedades de la Academia de la Historia y otra pequeña en el citado Museo Arqueológico. La de la Academia está hueca, como el busto que estudiamos; la del Museo lo estuvo, y en el asiento tiene visible el orificio cuadrado. La tapa del busto sólo debió responder al deseo de no dejar incompleta la cabeza; pero la cavidad interior, tanto en ésta como en las figuras de cerdo, huecas, no creemos que tuviesen otro fin que poder aumentar el peso, echando pesas pequeñas, según conviniese.

Según nos dice el poseedor del bronce, el peso exacto de éste es de 975 gramos. El valor medio de la libra romana, según los estudios y comprobaciones hechos, es de 325 gramos; 336,7 gramos arrojó la mayor (un *as*) de una serie de pesas encontradas en Cabeza del Griego, y cuyo valor verificamos cuando se presentaron para su adquisición por el Museo Arqueológico Nacional, donde se encuentran. Por consiguiente, el bronce de Arenas de San Pedro es una pesa que tiene justas tres libras romanas, valor que podía aumentarse en el mismo objeto, sin más que ir echando en el recipiente una ó más pesas pequeñas.

Dado el celo que ha demostrado por los hallazgos arqueológicos el Sr. Buitrago, poseedor de tan curioso bronce, esperamos que éste no saldrá de España, como tantas otras preciosidades.

José Ramón Mélida.

CAMPESINAS.

LA MISA DE PASCUA.

I.

El viejo organista del pueblo fué el que descubrió el diamante en bruto y lo talló con soberana paciencia hasta sacarle todas sus luces. La casualidad lo hizo. Pasando un día el profesor por una senda que cruzaba entre dos prados, oyó un acento varonil que cantaba con extraño tono ¡cosa increíble! no una copla cualquiera, sino una melopea sin ritmo fijo, que se adivinaba en seguida que era una improvisación. El pobre anciano estuvo á pique de santiguarse de asombro, y abrió unos ojos tamaños.

Era un rústico que en medio del prado guiaba su yunta de bueyes arando la tierra. Al ver el aldeano al organista se calló. El viejo artista, mientras, había sacado sus gafas del bolsillo, calándoselas sobre la aberengenada nariz, después de limpiarlas con el pañuelo de hierbas, y miraba atentamente al labriego á través de los cristales.

—¡Toma! ¡Es Facundo!—exclamó el organista.

No era la primera vez que oía la voz del campesino, ni la primera en que apreciaba sus aptitudes para el arte. Ya en otras ocasiones había pensado si podría sacarse partido de ellas. Sólo que nunca llegó á intentar la prueba. Ahora el extraño cántico, hablando á su amor por el arte, le decidió, y gritó al labriego:

—Oye, tú, Facundo. ¡Pára!.....

El labrador detuvo su yunta, y replicó quitándose á medias la boina:

—¿Qué hay, D. Hermógenes?

—¿Quién te ha enseñado eso, hombre?—preguntó el organista.

—¡Pues nadie!

Hubo una pausa, y pasados unos instantes, el honrado viejo dijo con su acento más persuasivo:

—Dime, Facundo, ¿te gustaría á ti aprender la música?

¡Ya lo creo! Los ojos del mozallón resplandecieron de júbilo. Allí mismo, en la senda, entre los dos prados, con el sol poniente y la tarde por solemnes testigos, quedó pactada la enseñanza. Y al día siguiente, el campesino comenzó á dar clase de solfeo con el organista, en su propia casa, aprovechando las noches libres.

Claro es que la tarea fué ruda. Había que empezar por meterse hacha en mano en la maraña de una selva virgen, de un cerebro inculto. Pero no andaba el maestro errado en sus sospechas. La tierra era buena y fértil, y las fusas y semifusas no cayeron mal en la chola de aquel hombre del campo que apenas sabía leer. ¡Viejos misterios de la Naturaleza! ¡Arcanos de Dios, que distribuye sus dones sin tener en cuenta la condición de las personas!

A poco más de los dos años, el discípulo solfeaba de corrido y leía la música á primera vista casi como su maestro. El organista no cabía de gozo en su levitón. Cuando á Facundo le fué permitido sentarse en el taburete del coro ante el órgano, no le ofrecieron gran dificultad las teclas. Iba bien preparado.

Próximo el día en que había de declarar terminada la educación artística del labriego, hizo el viejo profesor un viajecito á la capital de la provincia, no muy lejana. Cuando regresó al pueblo, traía el bondadoso anciano una cara regocijadísima y radiante; y aquella tarde, cuando el discípulo, que aun continuaba á jornal con su yunta, fué á ver á su maestro, díjole éste temblando de emoción y entregándole un papel:

—¡Mira, Facundo! Ya no puedo enseñarte más. Sabes tanto como yo. Pero por eso mismo no está bien que poseyendo una cultura de que tus compañeros carecen, vayas al campo á trabajar con una yunta. Yo soy muy viejo, he hablado al señor Deán de la metropolitana, amigo mío, y he conseguido que te nombre en mi puesto, que desempeñarás dignamente.

El pobre Facundo recibió la noticia bañado en lágrimas, y antes de que el maestro pudiera aprestarse á la defensa, cayó á sus pies y le besó las manos. Era solo en el mundo; no tenía que consultar á nadie; su profesor se lo rogaba, y aceptó, entre el asombro del pueblo por aquel salto de la reja al órgano.

Sin duda el viejo músico esperaba sólo eso para hundirse en la tumba. A los pocos meses expiró plácidamente. Sus últimas palabras fueron para su instrumento querido.

—Muero tranquilo—balbució—porque no se queda mi órgano abandonado.

II.

Aquella visita de Su Ilustrísima por la diócesis hizo revivir bruscamente todas sus aspiraciones en el pecho del joven organista; fué un soplo que reanimó la hoguera de sus deseos, nunca apagada. Él no gozaba de influencia en la ciudad como su pobre maestro; no conocía á nadie, ni nadie que valiera dos cuartos venía por el pueblo, por lo que de nada le servía tener su clavicordio afinadísimo y descrismarse componiendo para regalar las orejas del bruto del alcalde y compañía.

Un consuelo le restaba: que igual le acontecía á una Virgen colgada en el coro y olvidada de todo el mundo, obscurecida por el tiempo, maltrecha, y que ó mucho se equivocaba, ó era una pintura de lo más fino que salió del pincel de algún maestro. Grandes ratos se pasaba el organista extasiado ante aquel cuadro, deleitándose con la dulzura de la imagen, con la expresión seráfica de su rostro, bañado por una suave luz que producía sin igual regocijo en el espíritu del que la miraba. Más de cuatro veces el músico habló al cura del mérito del ignorado lienzo: pero el infeliz clérigo, tan bueno como corto de alcances, no vió sino una cara desvanecida y borrosa sobre un chafarrinón negro, y maldito si concedió importancia á la obra.

—¡Si yo compusiera algo que llamase la atención de Su Ilustrísima!.....—pensó el músico al enterarse de la visita pastoral del Obispo.

Y desde que se le ocurrió el salvador pensamiento, fuése todas las tardes á ensayar á la iglesia. Llegaba después del mediodía, y le sorprendía el anochecer sentado ante el instrumento.

¡Cómo se acordaba entonces de sus mocedades, de su pobre maestro, que al mes de darle lección le había dicho sentenciosamente: «Tú acabarás componiendo!» La muerte, atajándole en su camino, no le dejó gozar de esta suprema dicha; sólo le permitió ver su banqueta del órgano sustituída, su puesto ocupado. ¡Ocho años transcurridos desde entonces! Si él viviera, ¡cuánto gozaría ahora enseñando al señor Obispo el religioso instrumento, perla de un estercolero!

Pero no sólo volaba su mente al ayer, sino que también tendía las alas al porvenir. El anciano profesor habíale formado por completo para el arte, quizás sin medir en toda su extensión el sentimiento escondido en su pecho. Ahora ya no le bastaba lo que antes consideró excesivo; el órgano de la iglesia del pueblo se le antojó harto mezquino, y comenzó á soñar con el de un gran templo de capital populosa. Necesitaba los plácemes de los cultos, el aplauso de los maestros, una aureola, una apoteosis, la gloria imposible de lograr entre los patrios encinares, en el terruño.

La ocasión no se presenta más que una vez en la vida: es una huraña de tal altivez, que no vuelve si no se la recibe cuando ella quiere, con los brazos abiertos. La venida de Su Ilustrísima al pueblo era una oportunidad de perlas. Si conseguía interesarle, triunfo indudable y traslado seguro á la capital de la provincia.

Mucho vaciló en la elección de tema, y al fin decidióse por una salve, el himno poético por excelencia del cristianismo, el himno á la Madre de Dios. No cayó en la cuenta, pero quizás hubo cierta sugestión de su compañera de coro la Virgen olvidada. La tenía á la derecha del órgano, y con frecuencia, siempre que buscaba una idea, con las manos aplomadas sobre las teclas, aunque sin tocar, la contemplaba largamente como pidiendo su ayuda. Porque se sentía descontento de sí mismo. Jamás habíasele mostrado tan rebelde la inspiración. Nada de lo que se le ocurría le gustaba. Llegó á entrarle un terror tremendo de ser un zote alucinado por la soberbia. ¡Y el Prelado ya en camino del pueblo!

La antevíspera del arribo, febril, medio loco, decidido casi á renunciar á sus propósitos confesándose un bruto, se sentó ante el teclado y dejó ir las manos por donde les plugo. De pronto sintió brotar en su mente una idea musical que le deslumbró; aferróse á ella como un náufrago que se ahoga, y comenzó á tocar. Ni él mismo se dió cabal cuenta de ello. Fué una melodía incomparable, de una ternura suprema, llena de unción, singularísima. Le salió de un tirón, y al concluir, rendido y trémulo, oyó una vocecita dulce que decía á su lado con infinita suavidad:

—¡Esa, ésa!

El organista se ladeó bruscamente, y vió á la imagen del cuadro que le miraba y sonreía: ella era, sin duda, la que había hablado. Y el pobre hombre cayó de rodillas ante la Virgen olvidada, que así asentía á su composición, dudando si lo que le acontecía era alucinamiento ó realidad.

III.

Cuando el ignorado artista advirtió bajo sus dedos el frío de aquel fino teclado de marfil, y, quitando los ojos del pautado papel que descansaba en el atril, descubrió, en vez de los cañones humildes, la balaustrada de madera, el techo casi encima de la cabeza, los muros de cal y el altar modesto de la iglesita del pueblo, los dorados de un órgano magnífico, una sillería de coro de talla, á sus pies y á su frente una capilla mayor altísima, con góticas bóvedas y ventanas defendidas por vidrieras de colores, una majestuosa nave de catedral, creyóse presa de uno de esos hermosos sueños azules que constituyen la única felicidad de los desheredados, felicidad alada que vuela siempre al despertar.

Pero no soñaba, no; ante su vista tenía «la partitura» de la misa mayor; á sus oídos llegaban de abajo los acentos broncos de los chantres y las vocecitas agudas de los niños de coro: estaba sentado ante el órgano sonoro y vibrante de una catedral. Entonces, mientras se disponía á tocar, se esclareció su memoria y recordó lo acontecido. El Obispo había llegado al pueblo, había asistido á un *Te Deum* en la iglesita, había escuchado su Salve, y, concluída la ceremonia, había subido á felicitarle lleno de asombro. Era el Prelado un amante decidido de la música, un aficionadísimo de exquisito gusto y de sólida educación lírica. Le besó aturdido el anillo, justo, y luego Su Ilustrísima le abrazó, congratulándose por haber descubierto tal compositor en el fondo de un ignorado villorrio, llamándole gran artista y notificándole que se lo llevaba con él. Y se lo llevó. ¡Cómo que ya sabían de la sacristía los tres curas, y los cañones de acero cabrilleantes comenzaron á lanzar torrentes de armonía en cuanto oprimió las teclas con sus dedos!

Era su primera misa mayor en la catedral, misa de gloria, misa llena de alegría, de místicos alborozos, de sublimes auroras. La Providencia le concedía la suprema dicha de que, al estrenar él el teclado del órgano metropolitano, fuera para arrancar un himno á la resurrección del Señor, para traducir en torrentes de melodías las bienandanzas de la Pascua florida.

La gran aspiración de toda su existencia realizada: la dicha conseguida al fin; el desvanecimiento, hijo legítimo de la posesión, le borraron la memoria. No se acordó de nada ni de nadie, ni aun de su maestro, ni siquiera de sí mismo. Vió descorrerse la azul cortina que ocultaba el altar mayor; el retablo apareció, dibujadas sus líneas por millares de luces: los acólitos comenzaron á agitar las campanillas de plata; nubes de incienso invadieron el presbiterio, esparciéndose por las naves; el oficiante lanzó con su voz sonora un *Gloria in excelsis Deo*, que llegó, grave y solemne, hasta sus oídos, y el organista, por fin, imponiéndose á su emoción, dejó caer sus manos en las teclas, y el órgano habló por las majestuosas voces de metal de su trompetería, contestando con un himno vibrante y magnífico á la salutación del celebrante.

Estuvo hecho un prodigio de ejecución, admirable. Los fieles se ladeaban para mirar al coro y levantaban la cabeza sin poderlo remediar, atraídos por aquellas oleadas que surgían del órgano. Mientras el sacerdote elevó la sagrada Forma sonó en las amplias naves una pianísima melodía, tan suave y melancólica, que muchos ojos se humedecieron con dulces lágrimas. Si se hubiera podido aplaudir, habría estallado en el templo un vítor unánime. Parecía en realidad que aquella música inefable bajaba del cielo.

Concluída la misa, sudando de emoción y satisfecho del éxito logrado, dejó el artista el órgano y descendió del coro, dirigiéndose á la sacristía. De pronto, al pasar por junto á un altar, oyó una vocecita tenue y dulce, que se le antojó que no escuchaba por primera vez y que decía:

—¡Muy bien, muy bien, hijo mío!

El organista paróse de repente, miró al retablo y en el acto la reconoció. Era la imagen de la iglesia del pueblo, del cuadro del coro, pero restaurada, limpia, como nueva, luciendo en toda su pura belleza. El pobre artista sintió que algo súbito le hería en el alma: el remordimiento. No había vuelto á acordarse de la divina Señora á quien debía el hallarse en la catedral.

—¡Perdón, Señora, perdón!—murmuró arrodillándose ante el altar.

Y la Virgen le replicó, sin cesar de sonreír:

—¡Y por qué, hijo mío! La criatura humana, débil y pecadora, sólo piensa en mí en la desgracia. Cuando el Prelado descubrió la bondad de esta pintura, eras tú ya feliz y te olvidaste de mí, como te acabas de olvidar de tú maestro.

Alfonso Pérez Nieva.

IDILIO TRÁGICO.

Débil tallo de hiedra desvalida
Arrastróse hasta un álamo frondoso:
Amparo le pidió, y él, generoso,
Dióselo, con el cual le dió la vida.
¡Y cuánto era de ver lo agradecida
Que la hiedra le estaba! En amoroso
Abrazo estrechó al árbol, que, gozoso,
La miraba de amor estremecida.
¿Quién en el mundo vió hiedra con alas?
Pues alas tuvo aquélla, que, ascendiendo,
Apretaba con fuerzas juveniles.
Y vió el Abril, al ostentar sus galas,
Verde á la hiedra; al álamo, muriendo.....
¡Bien saben abrazar las plantas viles!

Francisco Rodríguez Marín.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Primavera sin flores; las flores de la belleza: culto de la hermosura en *Inglaterra*: las grandes bellezas del Reino Unido.—La *Esposa número uno*, reina de *Corea*: Su persona: su corte; sus costumbres; sus esclavas: la poligamia y la explotación y comercio de esclavas.—*Tokio*: la prensa del Japón.



Tarde, y en constante lucha con los elementos, viene este año la primavera, retrasada por las torrenciales lluvias de Febrero y por los deshechos temporales de Marzo. Al llegar los días de mediados de Abril, apenas si han brotado las hojas de los árboles y arbustos, retenidas, como temerosas, dentro de las apretadas yemas, por el exceso de los rigores del tiempo, y no encontrándose con energía bastante porque el sol no se la ha dado. Difícil es, en estas comarcas de Castilla y en las más septentrionales de nuestro país, adornar las viviendas con lozanos y multicolores ramilletes de flores cogidas en nuestros jardines, necesitándose recurrir para ello á las procedentes de los huertos de Mediodía y de Levante, siempre embellecidos por tan admirables galas, y

siempre pródigos para difundirlas por la patria entera. Más tarde y con mayores dificultades y menos encantos, llegará la primavera á los países del Norte de Europa, en cuyas estancias y salones sólo ostentan sus ricos matices las plantas de estufa, ó las que el comercio envía al destierro, apretadas y casi mustias, desde las playas del Mediterráneo. En los hogares ingleses, aristócratas ó modestos, y aun en muchos de los de los pobres, rindese culto constante á la belleza, que alegra y dignifica la vista, el corazón y el medio ambiente; y es lo cierto que en aquella sociedad, que exteriormente parece tan positivista y no poco prosaica, late poderosa y se manifiesta siempre viva la afición á cuanto es hermoso y delicado. ¿No hay flores en los jardines ni en los mercados? Pues preciso es buscarlas en los únicos y verdaderos oasis del mundo; en la familia, en el encantador retiro del hogar, donde crecen y se desarrollan espléndidas, aunque fuera de él no haga buen tiempo, aunque éste apure sus rigores, y unque sólo de tarde en tarde luzca el sol. Esas flores, de larga, permanente primavera, son las mujeres hermosas. Si sobre la mesa del despacho, si en el velador, si entre los objetos de lujo, ó sobre la pobre cómoda, ó en la pared desnuda, ó entre las caídas de los ostentosos cortinajes no se puede poner un grupo de flores naturales, ó aunque se logren adquirir y poner las más bellas, siempre es posible colocar en cincelado ó sencillo marco, para sustituirlas y para eclipsarlas, los retratos de las damas con cuya hermosura se enorgullecen los pueblos. Moda y costumbre es esta que es posible que no haya arraigado entre nosotros, pero que tiene ya antigua tradición en Inglaterra.

Los aparadores y muestrarios de los fotógrafos de fama son, en efecto, allí verdaderos puestos ó kioskos de flores, y á ellos acuden solícitas muchas gentes para adquirir las efigies de las bellezas más celebradas de la sociedad distinguida. La flor no ha de ser vulgar, aunque el vulgo la encuentre hermosa; no ha de proceder de jardines callejeros, á los que todo el mundo pueda acercarse



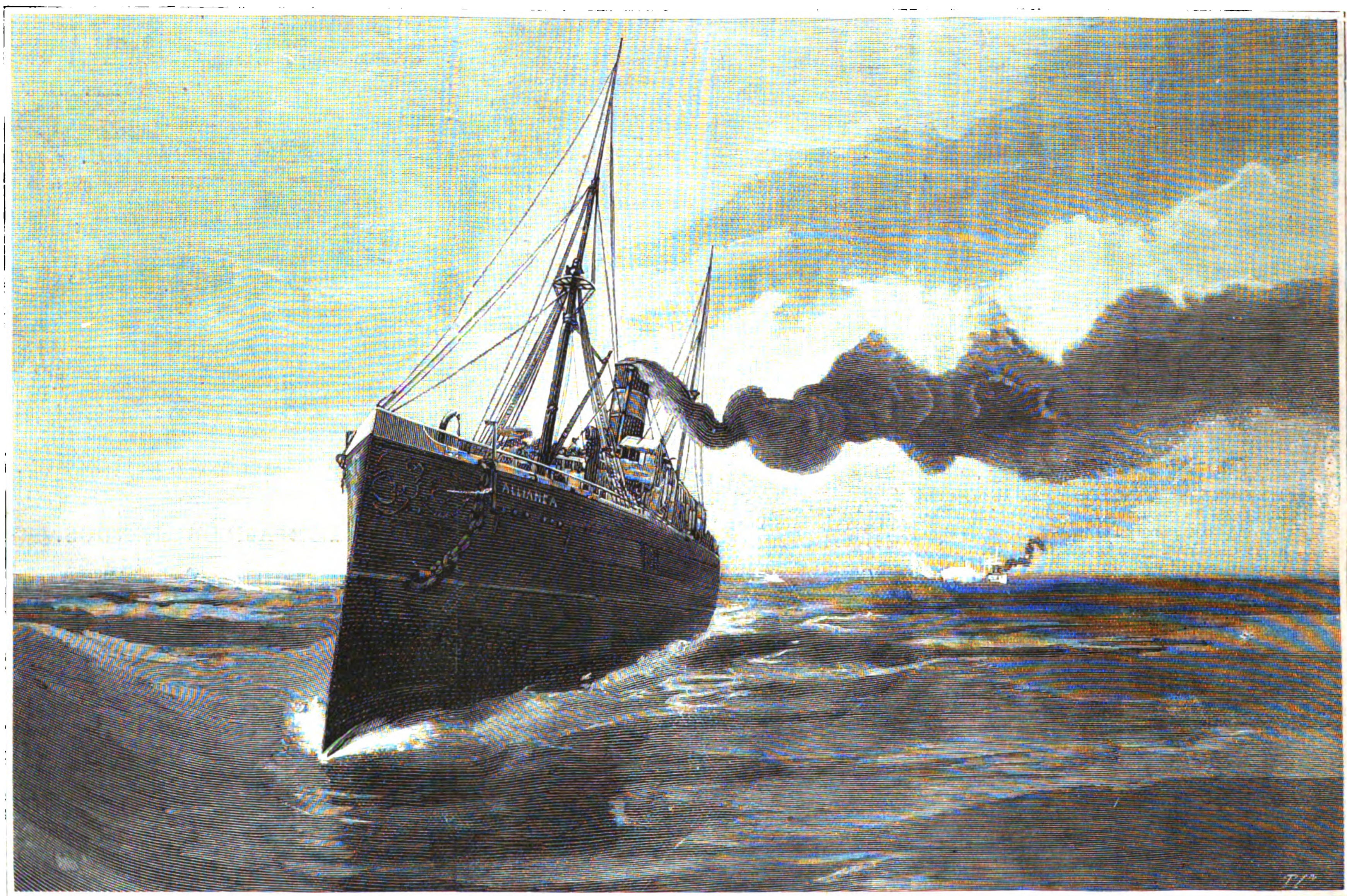
D. Manuel Paadin. D. Enrique Sicluna. D. Francisco Palacios.

TENIENTE CORONEL Y COMANDANTES DEL BATALLÓN DE INFANTERÍA DE MARINA EMBARCADOS RECIENTEMENTE PARA LA ISLA DE CUBA.

(De fotografía del Sr. Cestari, de Cartagena.)

á menudo, siquiera no sea más que á mirar; la flor, además de la perfección estética de sus líneas y matices, ha de exhalar el envidiado aroma de la distinción que dan el talento, la virtud y la nobleza. Ni más, ni menos. Aquel pueblo, tan democrático en sus ideales y en sus prácticas, es por extremo exigente en este culto, y no acepta, tratándose de la fotografía de una beldad que ha de honrar y adornar su casa, nada que sea discutible en cuanto á aquellos tres requisitos se refiera. Contemplar á la mujer avalorada por ellos es así como la realización, como la posesión de un ideal; y en el idealismo que el espíritu guarda y conserva como la joya más rica de la personalidad humana, el rendir culto á la belleza sin tacha es una de las manifestaciones que más lo determinan y acreditan. Sentirse orgulloso de que en su país haya espléndidas bellezas que compitan con las más celebradas de otros, y en torno á cuya natural, artística corrección de formas, luzcan esplendorosos en áureo nimbo la bondad, la inteligencia y el origen, esto es muy propio del espíritu inglés, severo, celoso, dominante y aristocrático por naturaleza, á pesar de todas las democracias con que anda vestido por el mundo.

Entrad en el hogar inglés, y allí, como galas de una perpetua primavera, veréis expuestas en fotografía las flores de la belleza británica. No falta en ninguno el de la hermosísima Lady Randolph Churchill, viuda del insigne hombre de Estado, recientemente fallecido. Cuando se tuvo noticia de su muerte, el público arrebató á millares de casa de los fotógrafos los retratos de esa señora, ante el temor de que no se volviera á retratar después de viuda. A millares se venden también los de la Condesa de Warwick, los de la de Annesberg, los de Lady Spencer, Lady Londonderry y Lady Lonsdale, como se han vendido los de la Duquesa de Leinster, que acaba de morir en Menton, mujer de hermosura deslumbradora, habilísima en la escultura y en el grabado, orgullo de Dublin, su patria, y encanto de la casa señorial de Fenersham y del pueblo entero que ad-



ISLA DE CUBA.—EL VAPOR NORTEAMERICANO «ALLIANCE» PERSEGUIDO POR EL CRUCERO «CONDE DE VENADITO» EN AGUAS DE PUNTA MAISÍ.



LA DESPEDIDA.
DIBUJO DE M. PICOLO.

miraba su belleza. Al lado de su fotografía suele verse otra, en la que aparecen retratadas «las tres Gracias», como las llaman los ingleses, las tres hermanas de la Duquesa, que son: Lady Cinthia Graham, Lady Helen Vincent y Lady Ulrica Duncombe. Adquiérense también con gran empeño los retratos de la afamada sportista Lady Florencia Dixie; el de la oradora y publicista, Duquesa de Sutherland; el de la propagandista del feminismo, Lady Henry Somerset; la de la capitana de barco, Lady Clifford, y los de las veteranas Duquesa de Montrose y Baronesa Burdett-Couts, que á pesar de tener muchos años conservaron toda la majestad y atractivos de su espléndida hermosura.

Este culto á las bellezas nacionales no encuentra obstáculo alguno en las familias, por la emulación, envidia ó celos que pudiera despertar entre las señoras. Nada de eso. Las señoras precisamente, sin confesar jamás, como es natural, que las damas fotografiadas que en sus casas se admiran y veneran sean más guapas que ellas, son las primeras que al tratarse de la hermosura de la mujer británica muestran con vanidad tales efigies á cuantas personas se ocupan de tan corriente asunto, y hallan muy lógico el que sus esposos elogien á tan maravillosas criaturas en señal de que tienen exquisito gusto, como sin duda alguna lo demostraron un día, al tomarlas á ellas por compañeras. Y porque son objeto de universal admiración permiten gustosas las retratadas que se las exhiba en los aparadores de los fotógrafos y que éstos las vendan; y porque la venta es grande y las ganancias también, se disputan á porfía los artistas el alto y *positivo* honor de contar entre sus clientes á las casas más aristocráticas, bajo cuyos techos se crían y conservan tan bellas, fragantes é incomparables flores.

°°°

Todo el Reino Unido conoce en imagen ó en persona á esas majestades de la belleza. Muy lejos de aquel país, la guerra del extremo Oriente ha puesto en moda á otra majestad á quien no conoce nadie: á la *Esposa número uno*, que así llaman, la corte y el pueblo, en Corea á la Reina. Nadie sabe ni ha pronunciado jamás su nombre, privilegio exclusivamente reservado á su esposo, señor y dueño, el soberano del Tchao-Sian, ó reino de «*la Serenidad de la mañana*», el único mortal masculino que la ha visto. Sírvenla sus esclavas, y muy rara, rarísima vez, permite que la visite alguna dama extranjera de alta alcurnia, que lleve por delante valiosos regalos. Una norteamericana ilustre y millonaria ha satisfecho recientemente esa curiosidad, y por sus referencias ha conocido el resto de los míseros mortales algo de lo mucho original que se ha susurrado siempre con visos de incredulidad, acerca de la incógnita soberana.

En la ciudad de Hanyang, á la que los europeos denominamos Seúl, que en lengua corea quiere decir corte ó capital, hay otra ciudad encerrada, el *yamen*, ó residencia Real, que no es un palacio, ni mucho menos, sino que está formada por multitud de edificios aislados, á los que rodean, embellecen y ocultan magníficos bosquecillos y jardines, constituyendo su conjunto un verdadero laberinto. Cambia el Rey cada noche de vivienda, para que nadie sepa dónde reposa, y nunca puedan atentar contra él, y á todas ellas le sigue, para acompañarle, la *Esposa número uno*. Desciende la señora de la familia real manchú de los Min: no es joven ni guapa, pero es rigidísima é intransigente en el sostenimiento de su alcurnia y derechos, sin que jamás se rebaje, ni aun en el pensarlo siquiera, en recordar que su esposo tiene una legión de esposas de segundo orden. Cuando se digna dar audiencia á una extranjera, la servidumbre Real lo hace saber á ésta con tres días de anticipación, para que se prepare, y en la fecha señalada envía una escolta para acompañarla y una silla de manos para que la transporten. En la recepción aparece rodeada de las esclavas más hermosas, entre las cuales hay siempre una que habla francés ó inglés y que hace de intérprete.

El tipo de la Soberana es muy agradable. Alta, un poco gruesa, de talle bien cuidado y de majestuoso aire, se ve desde luego que en su persona la fuerza física y la firmeza moral se equilibran armoniosamente, y que su dignidad natural y no afectada compensa asimismo la energía de su voluntad imperiosa y dominante. En su rostro oval y un tanto alargado, se marcan mucho los pómulos, y sus labios entreabiertos dejan ver la dentadura limada, cuadrada y teñida de amarillo. Ancha y levantada la frente, que ciñen las ondas de lustroso cabello obscuro, denota especial inteligencia, reflejada en sus ojos negros, brillantes, estirados y oblicuos. No oculta jamás la dilatada cicatriz que tiene en el cuello, y que recuerda su indomable valor y su serenidad. En efecto, asaltado un día el palacio por los rebeldes Tai-Wen-Kung, salió á su encuentro, recibió una terrible cuchillada de sable, y herida y todo, supo imponerse y dar lugar á que acudieran los eunucos de la guardia y dejaran muertos á sus pies á cuantos penetraron en la cámara Real. Viste con extraordinario lujo, verdaderamente asiático, que es lo que más maravilla á cuantos la visitan. Sus trajes son de seda finísima y paños de brocado, de color púrpura y amarillo, matices reservados exclusivamente para los soberanos. En la cabeza ostenta grandes agujas de oro, adornadas con piedras preciosas; en los brazos anchos brazaletes y anillos incrustados de diamantes: en el pecho y en la cintura bandas de filigrana de oro, y en los bordados del calzado infinidad de perlas. Complácese mucho en enseñar á las que la visitan los treinta salones donde guarda sus trajes, cuya variedad y riqueza eclipsan á los más afamados de la corte del Japón y de la China. No es una mujer rutinaria, ni aferrada al tradicional quietismo de las orientales, sino que gusta de los adelantos de la civilización. En sus palacios hay luz eléctrica y teléfono, y artísticos relojes, y armas de las más adelantadas, y, en fin, máquinas de coser y bordar. Nótase mucho en aquella indumentaria la influencia de la gente norteamericana, y es verdad que existe, porque la Reina, que hace mucha política «al oído de su marido», es entusiasta partidaria de los Estados Unidos. Nada tiene, pues, de extraño que en nombre de éstos tomen tanta parte en los consejos del Rey los norteamericanos Long, Chassat, Greathouse y otros. En la guerra actual, y antes de ella, siempre sus simpatías, sus tendencias y sus gustos han hecho comprender que idolatra tanto á la China como aborrece al Japón. Usa frecuentemente la lengua china, de preferencia á la de Corea; ha practicado siempre los ritos y tradiciones del ceremonial chino en su corte; y la vida misma que hace, entreteniendo sus ocios en la audición y contemplación del canto y del baile, que ejecutan en su residencia las esclavas más hábiles, está conforme con lo que en todos los tiempos han venido haciendo las Princesas imperiales de los palacios de Pekín. Dispone en absoluto, y sin sujeción á ley alguna, de la voluntad, propiedad y vida del pueblo coreo, que es positivamente un pueblo de esclavos. Acompaña constantemente al Rey, y cuando éste se halla ocupado con sus ministros ó en audiencia con personas extrañas, ocúltase muy próxima á él, de tal modo que se entera de todo, estando á la vez invisible y presente. Dirige todas las tareas de sus esclavas con exquisita etiqueta y severidad, y sabe cuanto ocurre hasta en las dependencias más apartadas del *yamen*. El *menu* de su mesa es chino siempre, y el servicio japonés. De la habilidad y buen gusto de sus cocineros y reposteros se cuentan maravillas, oídas á las esclavas, porque hasta la fecha jamás se ha sentado nadie que no sea la pareja Real á la mesa de la corte.

En cuanto á la moralidad que reina en aquel palacio, la cosa es estupenda. No sólo el Rey es polígamo, sino que por tradición inmemorial viven en la residencia gran número de cortesanas de distinguida alcurnia, escogidas y bien atendidas y regaladas, esclavas Reales, procedentes de Corea, Mandchuria, Japón, China y Tonghak, que se admiten de niñas en palacio, que sirven como obsequio soberano á los personajes huéspedes de la corte y á los extranjeros, y que al llegar á los veinte años reciben su licencia, y van, las más bellas y notables, á los harenes de los Príncipes y mandarines, y las demás al mercado público. El Rey tiene el dominio de una sección y la Reina el de la otra, embolsándose respectivamente el producto de la venta anual, cuya contabilidad se lleva con todo rigor. Vale cada esclava de cincuenta á ochenta pesetas, y se venden cada año unas doscientas. No se sabe el número de las que hay en el *yamen*, pero se calcula que son algunos miles. Con trescientas de las más arrogantes y fuertes constituyó la Reina la guardia armada de su palacio, después de la insurrección de los Tai-Wen-Kung. Dado su carácter enérgico y dominador y su odio á los japoneses, ¿en qué situación se encontrará hoy esta Soberana al ver invadido y dominado su país, y al contemplar las grandes victorias con que sus perpetuos enemigos han deshecho y aniquilado el poderío de la China? Sometida á la fuerza de la desgracia, ¿se resignará á vivir casi como esclava, ella que habrá creído siempre que el mundo entero era esclavo suyo? ¿Adónde volver los ojos? Felizmente para ella, y tal vez para su dinastía, la intimidad que el Rey ha tenido siempre, por sus consejos, con el pueblo norteamericano podrá servirle de amparo, y hacer que los acorazados de la gran República impidan al Japón el anexionarse aquel reino, como parece que pretende hacerlo con la Mandchuria y la Formosa.

°°°

Reina tan incógnita como poderosa no ha podido menos de excitar vivamente la curiosidad de sus adversarios los japoneses, cuya prensa ha publicado también multitud de relaciones fantásticas acerca de ella. La fiebre de la guerra y los odios terribles que ésta engendra han dado mayores vuelos á la imaginación de los periodistas para pintar con espantoso relieve á su enemiga, á la partidaria de los chinos. Pero, en realidad de verdad, nada han dicho que sea justo y positivo más que lo que atrás dejo apuntado. Preocúpanles más la descripción de la gran campaña que están realizando y las grandes esperanzas é ilusiones que se forjan acerca de su poderío de mañana. Mucho influye la prensa en la opinión de aquellas gentes tan excitables, esa prensa que no existía, ni aun en embrión, hace veinticinco años. Háblase en Europa con elogio del súbito, asombroso desarrollo que en el Imperio del «Sol naciente» han tenido todas las manifestaciones del progreso importado de Europa; pero seguramente ninguno ha sido tan considerable como el de la prensa periódica. En 1868 no se publicaba en el Japón ningún periódico: hoy, sólo en Tokio, aparecen 400 diarios y 300 revistas. Así lo asegura Motoyoti-Seizó, uno de los poetas y publicistas más notables de aquella tierra.

Un *morticola*, es decir, un médico, Renaudot, fundó en Francia el primer periódico hace tres siglos, y otro *morticola*, es decir, un boticario, Khisida Ghinkó, lanzó á la calle en Tokio la primera hoja impresa hace veinticinco años. Era una hoja de anuncios de drogas, hierbas y específicos, en la cual, entre remedio y remedio, colaba alguna que otra noticia ó chascarrillo. Se llamaba *Moshirogussa*, frase compuesta boticaria, de *Mo*, planta marina, *Shiro*, sal, y *Gussa*, planta silvestre. No hacía política, porque no lo consentía el Gobierno; pero se metía de casa en casa como droga inocente y de buen gusto, hasta que habiendo logrado bastantes parroquianos, se atrevió á ocuparse de la cosa pública, y el público y el Gobierno lo encontraron aceptable y lo consintieron. Con el éxito vino la emulación, y nacieron algunos otros periódicos, y entre ellos el diario que dirigió el gran jurisconsulto K. Tudjita, denominado: *Yubin-Ochi-Shin-Bun*; es decir, «Correspondencia, anuncios y noticias», que la emprendió con el Gobierno, que dió con su director en la cárcel, y que por esto mismo obtuvo tanto renombre como dinero; el *Iji-Ji-Shin-Pu*, «Negocios, anuncios y noticias», que fundó el sabio *occidentalista* R. Tukuzawa-Yukirchi, conservador, y que ha logrado ser en aquel país uno de los primeros diarios; el *Tokio-Nitimti-Shin-Bun*, órgano oficial del Gobierno, que dirige Z. Fukutchy; el *Kukumin-Shin-Bun*: ó sea, «El Nacional», ilustrado con muchos dibujos, y el *Nitsú-Pu* (El Japón), diario radical, de oposición, muy perseguido por el Gobierno. Entre las revistas más notables figuran la *Sei-Jon* (La Política); la *Miyakanohoma* (La flor de la capital), y la *Kokuminotomo*, periódico de las misiones protestantes, que sostiene rudas peleas con los budistas y los creyentes de Confucio. Las hojas sueltas literarias y satíricas, con caricaturas, pululan á millares y se reparten por todo el archipiélago, realizando la gran obra de trastornar y regenerar por completo las creencias, las tradiciones, las aspiraciones y costumbres de aquel pueblo hasta ayer dormido, y hoy tan despierto que quita el sueño y la calma á todo el mundo oriental y que tiene además en jaque á las grandes potencias europeas.

R. BECERRO DE BENGOA.

CERTAMEN LITERARIO.

Por iniciativa del Ateneo Caracense, se verificará el 2 de Junio próximo en Guadalajara un Certamen, cuyo programa publicamos á continuación.

Premio del Ateneo: *Una flor natural*, al autor de la mejor leyenda en verso en la que se narre ó refiera una tradición de Guadalajara.

Premio del Excmo. é Ilmo. Ayuntamiento de la capital: *Un objeto de arte*, al autor de la mejor Memoria que desarrolle el tema siguiente: «Influencia del Gran Cardenal Mendoza en el reinado de los Reyes Católicos».

Premio del Sr. Comandante militar de esta plaza, coronel de ingenieros D. Benito de Urquiza: *Un objeto de arte*, al autor del mejor «Bosquejo histórico acerca de la participación que en la literatura, en la diplomacia y en las guerras de Flandes tuvo el ilustre caracense, capitán de caballos, D. Bernardino de Mendoza».

Premio del Excmo. Sr. D. José González Blanco, senador por la provincia: *Una pluma de oro*, al autor del mejor trabajo sobre el siguiente asunto: «¿Basta el sentimiento religioso, sinceramente practicado, para resolver el problema social?»

Premio del Excmo. Sr. Conde de Romanones, diputado á Cortes por la capital: *Un objeto de arte*, al autor del mejor «Juguete cómico en un acto, basado en un asunto de costumbres locales».

Premio del Sr. D. Ricardo de la Puerta, diputado á Cortes por Pastrana: *Una obra de agricultura*, al autor de la mejor Memoria acerca del siguiente tema: «El proteccionismo en relación con los intereses agrícolas».

Premio del Casino de Guadalajara: *Un objeto de arte*, al autor de la mejor biografía del Gran Cardenal Mendoza.

Premio del Círculo de La Peña: *Un objeto de arte*, al mejor estudio acerca del siguiente tema: «Autores cómicos contemporáneos que, al retratar las costumbres del pueblo bajo, pueden considerarse como imitadores de D. Ramón de la Cruz».

Premio de la revista *Flores y Abejas*: *Un objeto de arte*, al autor del mejor poema en verso de asunto libre.

Las composiciones deben enviarse al presidente de la Sociedad, D. Antonio Molero y Asenjo. Las condiciones son, sobre poco más ó menos, las acostumbradas en estos certámenes.

X.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Bígamo. Novela original, por C. de Soto y Corso.
Está bien escrita, y la acción se sostiene bien hasta el final. Véndese, al precio de 2 pesetas, en las principales librerías de Madrid y de provincias.

Giornale de la Societa di Letture e conversazioni *scientifiche de Genova.*
Hemos recibido el cuaderno correspondiente al primer trimestre del presente año.

La fetidez de aliento de origen nasal. Ozena verdadero (*Rinitis atrofica fetida*), por el Dr. Avelino Martín.
Monografía muy erudita, en que el autor revela completo dominio de la materia. Cuesta el folleto 2,50 pesetas.

La Iberiada. Poema en prosa, original de D. Manuel Lorenzo d'Ayot, director de la *Reforma Literaria.*
Hemos recibido dos ejemplares. Su precio, 2 reales.

Interview con un manco, por José Pons Samper.
El autor pone en boca de Cervantes muchas y fundadas quejas contra la decadencia literaria contemporánea y la invasión de obras extranjeras.
De este folleto sólo se han tirado 200 ejemplares.

Práctica parroquial valentina, fundada en el ritual y Concilio valentino, disposiciones canónicas y civiles y procedimientos curiales, con formularios para la mayor parte de los casos, por D. Vicente Borrell y Dauder, presbítero, cura párroco de Cuatretondeta.
Obra que nos ha parecido de suma utilidad para los párrocos. Cuesta 4 pesetas, y véndese en las principales librerías.

Examen crítico médico-legal militar y naval de las *inutilidades del aparato de la visión,* por D. Julio Altabás y Arrieta.
El Sr. Altabás, especialista en enfermedades del aparato de la visión, critica acerbamente la parte del cuadro de exenciones referente á dicho aparato, y no cabe duda de que tiene muchísima razón, porque con dicho cuadro sólo resultan inútiles para el servicio los ciegos.

El Consejero de las familias. Guía de sanos y enfermos, por Monseñor Sebastián Kneipp. Vertido al castellano de la tercera edición alemana, por el Dr. D. Joaquín Collet y Gurguí.
El Consejero de las familias es un buen libro de higiene, que en la mayor parte de los casos puede consultarse con fruto. Forma un tomo en 8.º muy bien encuadernado, y cuesta 3,50 pesetas.

La declamación española, por Enrique Funes.
Lo que de este libro ha dicho en una crónica de La Ilustración Española y Americana nuestro distinguido colaborador y querido amigo Sr. Fernández Bremón, excusa todo juicio nuestro en esta sección del periódico.
Se vende *La declamación Española,* al precio de 5 pesetas, en las principales librerías.

El juego ante la verdad, el derecho y la justicia, por José Carlos Bruno.
Estudio muy interesante y muy nuevo sobre el juego. Sostiene el autor que no hay derecho para prohibirlo, que sólo pierde el que juega á tontas y á locas, que la prohibición es ineficaz y que el juego no es inmoral. Tiene la obrita unas 120 páginas, y cuesta 1,50 pesetas.

Expressions numeriques relatives à la theorie des *satellites de Jupiter,* por J. J. Landerer.
Notable trabajo de este distinguido sabio que tanto honra con su actividad la ciencia española. Esta memoria consta sólo de 20 páginas. Cuesta 1,25 pesetas, y véndese en la librería de A. Verdaguer (Barcelona).

Totum revolutum, por Antonio R. López del Arco, con prólogo de Carlos Frontaura.
De todo hay en este libro, según indica el título, mostrando el autor sus buenas dotes literarias, así en las composiciones poéticas como en la prosa. Las ilustraciones son de Méndez Bringa, Huertas, Comba, Picolo, Escudé, Cilla, Mecachis, Rojas, Pons, Sala y otros.
Cuesta 2,50 pesetas, y véndese en las principales librerías.

Guacho. Narrativa original de Victorio Sylva.
Verdaderamente es original y está bien escrita la narrativa del Sr. Sylva. Léese con gusto por la novedad de los tipos que en ella figuran y del lenguaje que emplean. Está impresa en Buenos Aires.

El Naufragio. Narración poética, por Vicente Medina.

Canta el Sr. Medina en esta narración poética el naufragio del *Reina Regente.* El verso es sonoro y entonado, y la inspiración casi siempre feliz.

Pintores italianos. (*Los grandes artistas.*)

Pertenece este libro á la acreditada «Biblioteca Popular de Arte» que publica *La España Editorial;* y con esto y con el título ya se comprenderá cuán útil é interesante debe de ser.

En efecto, en pocas pero muy aprovechadas páginas se dice todo lo más esencial acerca del carácter y de la significación en la historia del arte de los principales pintores italianos, con indicaciones sobre sus obras más famosas y juicios sobre su *manera*, su estilo y todo aquello que informa y precisa sus sendas personalidades artísticas.

El tomo XIV de la «Biblioteca Popular de Arte» es un estudio sumario, pero completo, y con la ayuda de excelentes reproducciones de las obras de Giotto, J. Bellini, Perugino, L. de Vinci, Rafael, Miguel Angel, A. de Sarto, Giorgione, Correggio, Ticiano, Veronés, Dominiquino, Albano y Salvatore Rosa.

Cuesta la obra una peseta en rústica y 1,50 en tela. Véndese en las principales librerías.

Boletín de la Comisión de monumentos *históricos y artísticos de Navarra.*

Hemos recibido el núm. 1 de esta publicación, que ve la luz en Pamplona, y á la que deseamos toda suerte de prosperidades.

Rojo y Blanco (novelas cortas), por Antonia Opisso, con un prólogo de D. A. Sánchez Pérez.

Contiene este tomito 217 páginas de amena lectura. Es sin duda uno de los buenos de la *Biblioteca selecta* que publica en Valencia el diligente editor D. Pascual Aguilar.

Cuesta, como los demás de la misma Biblioteca, 50 céntimos en toda España, y véndese en las principales librerías.

Pimpollos, por J. Torrendell.

Contiene este libro una colección de cuentos, mejor dicho, de novelas cortas, que acreditan las buenas condiciones literarias de su autor. Todas son interesantes, aunque pecan á veces por revelar en el Sr. Torrendell sobrada afición á los modelos franceses.

Cuesta 3 pesetas, y véndese en las principales librerías.



D. LUIS EYTIER BENÍTEZ,

CAPITÁN DE ARTILLERÍA.

Uno de los oficiales que más se distinguieron en la acción de Marahuit (Mindanao).

Anuario de la minería, metalurgia y electricidad de España, publicado por la *Revista Minera, Metalúrgica y de Ingeniería*, bajo la dirección de D. Román Oriol, ingeniero de minas, profesor de la Escuela de Minas de Madrid.

Hemos recibido un ejemplar de esta importante publicación, que contiene multitud de noticias del mayor interés.

En la *Parte técnica* se halla, no sólo la organización de los servicios industriales del Estado en todos los Ministerios, y con especialidad en el de Fomento, por lo que atañe al Cuerpo de Ingenieros de Minas, sino también listas detalladas de los ingenieros de todas clases, artilleros y capataces de minas al servicio de empresas particulares. Comprende además el estudio de las cuencas hulleras de León y Castilla, por D. Román Oriol; datos de la Sociedad de Altos Hornos de Bilbao, y de diferentes distritos mineros, terminando con un avance estadístico de la producción minera y del comercio de España en 1894, con datos inéditos en su mayor parte.

En la *Parte industrial* se citan, con los principales datos de su organización, las sociedades mineras, metalúrgicas y electricistas de España, sin olvidar, entre las primeras, aquellas cuyas propiedades radican en Sierra Almagrera. Listas de minas, de centrales de electricidad, de instalaciones eléctricas particulares y de asociaciones industriales (con todas las Ligas de Productores) completan esta sección.

En la *Parte comercial* tienen cabida los aranceles de Aduanas, los tratados de Comercio y las tarifas especiales de ferrocarriles para el transporte de minerales y productos metalúrgicos.

Termina con una *Reseña detallada de las industrias varias*, directamente relacionadas con la minería, la metalurgia y la electricidad, dispuesta alfabéticamente para su uso más cómodo.

Consta la obra de más de 400 páginas, y su precio es de 5 pesetas en tela para los suscriptores de la *Revista Minera, Metalúrgica y de Ingeniería*, y 10 para los no suscriptores.—G. R.

MADRID.— Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. XV.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Abril de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

BELLAS ARTES



MELODÍA CLÁSICA.

CUADRO DE N. PRESCOTT DAVIES.

EXPUESTO EN LA GALERÍA DE LA REAL ASOCIACIÓN DE ARTISTAS BRITÁNICOS.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

El tratado que ha puesto fin á la guerra entre China y el Japón ha producido gran alarma en la diplomacia europea, y en especial la cláusula que se refiere á una alianza de las dos grandes naciones orientales que acaban de luchar entre sí. A nuestro juicio, no hay motivos de recelo en ese hecho que no existiesen ya: la transformación del Imperio japonés en un Estado á la europea, con ejército y armada copiados de los del viejo continente, debía estar descontada por los que dirigen los asuntos internacionales: la guerra recién terminada sólo ha puesto de relieve la superioridad de las armas y organización japonesas sobre las de su rival, ó mejor dicho, que sólo tenía el Imperio chino una apariencia de escuadra y de defensa, pues el armamento moderno de que disponía ha servido más de estorbo que de ayuda en sus manos inhábiles. Dicen bien los que dicen que si los japoneses han demostrado que pueden pelear ventajosamente con los chinos, no deben exponerse á hacer la misma prueba con ejércitos formales de naciones acostumbradas á una clase de guerra que ha sido para ellos mismos una novedad. Han vencido sin resistencia: ¿les hubiera sucedido lo propio á encontrarse con verdaderos ejércitos y escuadras? ¿Ha sido esto en realidad una guerra, ó una gran cacería de chinos? Decídanlo con autoridad los que saben de estos asuntos técnicos; y por lo tocante á la alianza, que suponen algunos limitada á intereses mercantiles, la verdad es que si tuviera más alcance, la cooperación de China no aumentaría en un ápice la fuerza expansiva de los japoneses, ó sea el elemento perturbador que puede infundir desconfianza á las naciones que tienen dominios en Asia y Oceanía. Más presumible creemos que las ventajas obtenidas por el Japón en el tratado hayan excitado la ambición de las potencias acostumbradas á sacar escote en todas las aflicciones de los pueblos y tener su parte en todo botín, que suponer ninguna clase de temores, aparte de los que la prudencia aconseja á todo gobierno previsor, enfrente de las contingencias posibles de esta ó aquella vecindad, sobre todo á la aparición en la escena del mundo de pueblos y razas nuevos, que por lo escasamente conocidos de su carácter, procedimientos y naturaleza moral merecen atención y estudio. Esto, más que su fuerza material, es lo que debe preocupar á todas las naciones coloniales. El Japón es un factor nuevo que debe ser tenido en cuenta para la política del extremo Oriente, y el tiempo dirá á las naciones civilizadas si deben alegrarse ó arrepentirse de haber llevado su ilustración y cultura á un pueblo que hace pocos años evitaba todo contacto externo, y si es cierto que al adoptar éste las armas, los trajes, el sistema de gobierno, la táctica y hasta la etiqueta europeos, tenía la pretensión de renegar de sus maestros.

Desde luego la diplomacia no está muy satisfecha de que las altas partes contratantes no hayan contado con las grandes potencias, dándoles siquiera notificación de las bases de la paz, lo cual puede significar que están dispuestas á que no sufran modificaciones. No sabemos si esa formalidad es esencial, y su omisión falta de cortesía y miramiento: tampoco es fácil comprobar si existen ó no en la prensa japonesa las bravatas contra el poderío de Inglaterra que les atribuyen algunos diarios extranjeros y que nos parecen llegadas con demasiada precipitación, cuando se carecen de noticias más esenciales é importantes; ni si las grandes potencias harán alguna manifestación colectiva de disgusto; pero es indudable que no dejarán de surgir inconvenientes para la paz, que trastorna las miras de algunos gobiernos poderosos. Todo esto bien merece que el nuestro se halle sobre aviso y no se deje sorprender por los sucesos descuidado.

°°°

Terremotos en Austria: un sacudimiento electoral en Dinamarca, que ha conmovido toda la política del reino: el proceso ya entablado de Oscar Wilke, poeta dramático y esteta, en Inglaterra, que ha hecho estremecerse á la moral, y recordado el origen del mar Muerto, y promete revelaciones todavía más ignominiosas, de las que, aun para reprobarlas, no nos queremos hacer eco; y la agitación, por fortuna en descenso, que ha producido en los Estados Unidos de América la prensa filibustera contra España, sin provocación nuestra, prueban que impera en estos días una constelación malévola de influjo perturbador. En Francia ha sido herido en desafío el escritor Catulo Mendes, y no han faltado entre nosotros ocasiones para desgracias análogas, que han tenido eco hasta en el Senado, y las polémicas de los periódicos han tomado un carácter agrio, que debemos atribuir también á los mismos influjos de las estrellas dominantes. Estamos rodeados de peligros.

°°°

Con la llegada del general Martínez Campos á Guantánamo empieza un nuevo período en los acontecimientos políticos y militares de Cuba, que no seguiremos sino en lo que tenga mucho carácter y sea trascendental y definitivo. Ojalá toda la prensa, hoy tan entregada al culto de la noticia, sepa contenerse en límites prudentes, no divulgando las que puedan ser perjudiciales, ya sobre movimientos de tropas y su organización, ó envío de caudales y otros hechos que, no importando nada al público, pueden advertir á los enemigos de la patria algo que la perjudique. Porque eso de que las gentes y los que se arrogan su representación tengan derecho á saber todos los trámites de todos los negocios que corresponden al gobierno, la administración y la milicia, es una exageración inadmisible. Y que hay mucho de naturaleza reservada cuando se trata de una conspiración contra la patria y un principio de guerra civil, y que no siempre, aun con la mejor voluntad y buena fe, puede apreciar el periodismo, es también ciertísimo, por lo que antes deben pecar de omisión que de ligereza.

°°°

Los viticultores aragoneses han organizado una reunión que se habrá verificado en Cariñena cuando se lean estas líneas, y á la que concurren entre otros hombres públicos el Sr. Moret, D. Primitivo Sagasta, el Sr. Monares, y creemos que la mayor parte de los representantes de Aragón en las Cortes. Tratan de pedir medios de vida para su importante industria agrícola, que sufrió un rudo golpe al cerrársele la frontera de Francia, y convertida su riqueza en miseria, siguió tributando como cuando obtenía grandes beneficios. En realidad, la apertura del mercado francés á nuestros vinos, si temporalmente trajo á España grandes capitales, causó á la larga muchos daños, por haberse extendido el cultivo de la vid más de lo que permitía el consumo natural cuando pasasen las circunstancias eventuales de aquella enorme y anormal exportación. Pero hay que aceptar los hechos tales como son en realidad; ésta se impone con toda su dureza, y administrar es dar facilidades al productor y legislar en beneficio suyo cuando llegan los conflictos. No sólo tiene importancia la reunión de Cariñena, sino la simpatía general de la nación.

°°°

Hoy mismo, á las diez y media de la mañana, acompañaremos, con verdadera pena, al cementerio de la Sacramental de San Lorenzo el cuerpo del que fué en esta misma temporada primer actor y galán del teatro español, D. Ricardo Calvo y Revilla. La crudeza de este invierno y falta de salud nos tuvo alejados de tal modo del teatro, que sólo por la prensa hemos sabido de asuntos dramáticos, hasta el punto de no conocer todavía sino de referencia las reformas del Español. Nos habíamos, por lo tanto, despedido para siempre de Ricardo Calvo una tarde en que, en los intermedios del *Tenorio*, conversamos con él en su cuarto del teatro de la Princesa, mientras cambiaba de traje. ¿Quién nos hubiera dicho, al separarnos, que era aquél nuestro último saludo? En el trascurso de la vida, la muerte nos ha alejado para siempre de muchos amigos y conocidos tan brusca é impensadamente como la de Calvo: una broma y un «hasta la vista» ha dejado pendiente una conversación regocijada que jamás había de reanudarse. Por los periódicos supimos su enfermedad, y una esquela mortuoria nos comunicó ayer su fallecimiento, ocurrido á las dos de la madrugada, la hora en que acostumbraría á recogerse, después de las luchas y emociones de la representación. Habíamos estimado en Ricardo Calvo, hace muchos años, su formalidad como hombre privado y su modestia de artista, cualidad tan recomendable como rara en actores y autores. Su buen carácter y el cariño que le inspiraba su hermano Rafael le hizo permanecer en segundo término mientras aquél vivió, no obstante tener condiciones sobradas de primer actor y una escuela propia que se diferenciaba de la de su hermano y director. Sabido es que Rafael Calvo dejó tras sí no pocos imitadores, no de sus cualidades, sino de sus defectos: á Ricardo Calvo le sucedió todo lo contrario: la naturalidad y la variedad, según los personajes que caracterizaba, le valieron muchos y legítimos aplausos en obras y tipos de género muy diverso, teniendo que vencer los inconvenientes de la voz con el talento. Pero no nos internemos en la técnica teatral, que no es de nuestra incumbencia. Si reproduciremos, por su exactitud y oportunidad, el párrafo que le dedica D. Enrique Funes, en su modernísima obra *La declamación española:* «Discípulos (Rafael) no deja. Ni ha de ser considerado tal Ricardo Calvo, que, si en un principio tendió á imitarle, pronto se libró de su influjo. Estudioso y circunspecto, sólo por cariño y veneración reprodujo el repertorio de su hermano, en el que le secundara tan brillantemente. Su buen terreno es la pieza de costumbres del día, en alguno de cuyos caracteres resulta la misma verdad; y si no tuviera más altas facultades (las mostró trabajando con Vico), bastarían para su reputación sus condiciones de actor cómico, sin estorbos de *bufo* ni de *morcillero*. Es correcto y elegante en la comedia urbana. En estar siempre en su sitio y en saber dónde está, no le iguala nadie en el escenario.»

En nuestra última conversación hablamos del *Tenorio:* le representaba, no por gusto y entusiasmo, sino por necesidad: no sentía como nosotros aquella leyenda prodigiosa, siempre agotada y siempre fresca. Le despedimos con tristeza, como á todos los actores que han desfilado por el escenario: hace poco á Caltañazor, recuerdo regocijado de nuestra infancia; luego á Antonio Zamora, aquel galán simpático que hubo de abandonar la escena por rebelársele la voz en la garganta; hoy el correcto y serio y caballeroso Ricardo Calvo, con el que nos ligaba el recuerdo de gratitud de haber acogido y dado vida al protagonista de una de nuestras modestas obras teatrales. Descanse en paz.

°°°

La fecha de nuestros números nos priva casi todos los años de dedicar algunos renglones á la misa que se celebra á expensas de la Academia, en la iglesia de las Trinitarias Descalzas, en sufragio de todos los difuntos que cultivaron con gloria las letras españolas, en el aniversario de la muerte de Cervantes y en el convento donde recibió sepultura. Si desde el año 70, en que escribió el ilustre Marqués de Molins su célebre libro *La sepultura de Cervantes*, nuevos descubrimientos han venido á rectificar algunas de sus hipótesis ó afirmaciones, nadie le quitará la gloria de haber establecido y probado que, en efecto, allí, en cumplimiento de su última voluntad, fué enterrado el autor del *Quijote*, y no en la calle del Humilladero como expuso el gran investigador Fernández Navarrete; y si al trastornarse la antigua distribución del convento y la capilla, para darles la que hoy conservan, fueron removidos los huesos del novelista, hasta el punto de sospecharse nada más si yacen bajo el suelo de la cocina ó refectorio, ello es que sabemos positivamente, gracias al Marqués de Molins, que yacen en el convento. Se equivocaba, fundado en la tradición y en las noticias del citado Navarrete, al buscar entre las monjas primitivas á la hija de Cervantes, que fué casada dos veces. Se equivocaba al suponer que visitó Cervantes el oratorio del Olivar, que no existía en vida del escritor, en vez de consignar el hecho curioso de que Cervantes veló al Santísimo y rezó en los años últimos de su vida en el solar que hoy ocupa el Congreso de los Diputados, como dijimos en un cuento, *La sombra de Cervantes:* quizás por dar la noticia en esa forma se tomó como cosa de cuento, aunque allí decimos no pocas verdades. Ello es que la misa anual de la Academia, por cierto poco concurrida, no sólo renueva todos los años la memoria de Cervantes, sino que dirige la atención hacia los sitios sagrados para las letras que frecuentaba en los últimos años de su vida.

°°°

El gran actor Antonio Vico ha regresado á España, después de una larga excursión por casi toda la América latina. No hemos tenido el gusto de verle, pero sí de leer los interrogatorios á que le han sometido algunos noticieros. De todo lo que cuentan, lo que más nos sorprende es que haya perdido el miedo al mar, miedo que se había hecho proverbial entre sus amigos. Por desgracia para nuestro teatro, Vico proyecta nuevos viajes á la América central, lo que significa que presto volverá á abandonarnos. Por de pronto, le damos la bienvenida, alegrándonos de que no haya perdido su tiempo.

°°°

En el momento de cerrar esta Crónica, telegramas de Tarifa anuncian que uno de los buques que rastrean las aguas de Bolonia en busca del crucero *Reina Regente* ha tropezado con un obstáculo, que pudiera ser el casco del buque sumergido. ¿Será un error?

La continuación en la Crónica siguiente.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Melodía clásica, cuadro de N. Prescott Davies.—*Una tarde de Semana Santa en las Cuatro Calles*, dibujo de Méndez Bringa.—*La muerte del maestro*, cuadro de S. Viniegra.

La preciosa niña coronada de flores, que en el grabado de la primera página de este número se ve tocando dos primitivas flautillas, parece símbolo de aquella primera música cuyas sencillas notas sonaban suavemente en los frondosos bosques de la entonces joven Europa; música cuya aparición refirieron los griegos en el mito de Orfeo, y que sería harto rústica y monótona, pero que, vista desde tantos siglos de distancia y gustada con la imaginación y no con el oído, nos parece la más deliciosa de todas.

Así, pues, la melodía clásica retratada por el pintor inglés tan bellamente, será quizás alguna tonadilla pastoril, pero bien merece estar tan gallardamente representada.

El Viernes Santo tiene, entre otras bellezas que no hay para qué ponderar, pues no lo necesitan, una completamente profana, pero muy de nuestro agrado. En tal día las damas españolas despójanse de una parte del feísimo disfraz francés, y ya que no renuncien al vestido de forma singular que suelen ponerse por mandato de la moda, dejan en casa el antipático sombrero para sacar la airosa mantilla.

En esta fiesta la animación en las calles llega á ser grandísima, si el tiempo no la echa á perder, pero en las de Alcalá y Carrera de San Jerónimo más que en las otras. Múdase la vía pública en paseo; los menos ocupados hacen de cada esquina lugar de tertulia; míranse unos á otros con más contento que en los demás días, y discurren libres de la incomodidad de los coches como si estuvieran en el Retiro. Con tanto ir y venir, tanta tertulia y tanta sonrisa, no suele ganar mucho la religión, porque el afán de divertirse queda manifiestamente sobrepuesto al deber de orar y recogerse que en estos días tiene todo buen cristiano, pero encuentra el artista buena cosecha de asuntos en que ejercitar su talento. Buena prueba de ello nos da el Sr. Méndez Bringa en el dibujo que publicamos en la pág. 252, y que con tanta fidelidad nos muestra un trozo de las Cuatro Calles la tarde de Viernes Santo.

La muerte del maestro es un cuadro que honra al Sr. Viniegra, autor de tantas obras de mérito. El asunto es sencillo, nuevo y de los que se sienten en España. Pocas horas antes salía de casa el maestro, gallardo y animoso, con no menos ansia de gloria que deseo de ganar unos miles de reales. En casa quedaba ella, la mujer del matador insigne, arrodillada ante la Virgen Santísima, y pidiéndola en fervo-

rosa oración que se lo devuelva sano y salvo, tan robusto y lleno de vida como acaba de verlo al marchar. ¡La Virgen no ha escuchado su oración!

El mejor torero de la cuadrilla ha traido la noticia de la desgracia, y allí está al lado de la triste viuda, que llora ante el altar con el rosario aún en la mano, pidiendo no ya por el cuerpo, sino por el alma del muerto.

Todos los pormenores de la escena están admirablemente dibujados. La fisonomía y la actitud del torero son verdaderos á más no poder. (Véase nuestro grabado de la pág. 253.)

ZARAGOZA.

Entierro del cardenal Benavides.

Las honras fúnebres que en Zaragoza se han tributado al cardenal Benavides han sido dignas de la alta categoría eclesiástica y de los raros méritos de todas suertes del prelado.

El Cabildo de ambas catedrales cantó un solemne responso ante el cadáver, y con intervalo de media hora hicieron lo propio, por orden de antigüedad, los Capítulos de todas las iglesias parroquiales de Zaragoza. Telegramas y cartas de pésame llegaron en grandísimo número, y toda la población dió solemnes y claras muestras de dolor.

El día 3, á las cinco de la tarde, se verificó el entierro. El cortejo era, además de muy numeroso, tan escogido como se deja considerar atendiendo á que le formaban los Cuerpos de la guarnición, las Asociaciones de la Sangre de Cristo y de la Cruz Roja, el Seminario Conciliar y Sacerdotal y todo el clero.

Llevaban las cintas del féretro el Arcediano y el Maestrescuela en representación del Cabildo, el general Benito por el ejército, el Sr. Rancés por la Diputación, el Sr. López por el Ayuntamiento y el Sr. Catalán por la Maestranza. Detrás iba el duelo eclesiástico, compuesto de cinco Obispos y presidido por el Deán de la catedral. Presidía el duelo civil el Duque de Sotomayor en representación de S. M. la Reina, llevando á su derecha al Capitán General, y á su izquierda al Gobernador civil.

Al llegar el cadáver á la basílica de Nuestra Señora del Pilar, donde se halla el panteón del Arzobispo, hiciéronse los disparos de ordenanza.

Nuestro grabado de la pág. 248 reproduce uno de los actos más solemnes de la conducción del cadáver á su última morada: el de bajarle al panteón, donde ha de descansar en compañía de los restos de tantos otros ilustres prelados de Zaragoza. Debemos este dibujo á la diligencia y amabilidad del Sr. D. Mariano Oliver Aznar, quien, como advertirán los lectores, ha sabido reproducir con gran fidelidad esta importante parte de la solemne ceremonia.

SANTANDER.

El vapor *San Francisco* embarcando tropas para Cuba.

Siguen saliendo refuerzos para el ejército de Cuba en todos los vapores, llegando á estas horas á 20.000 los soldados que en el no muy largo término de un mes han embarcado para la Gran Antilla, y tan pequeño esfuerzo ha costado á España el envío de este ejército, que casi no ha caído en la cuenta de que lo ha hecho, habiéndole bastado sus propios barcos y sobrádole muchos más que hubiera podido aprovechar si las necesidades de la guerra hubieran sido mayores.

Estas, digan lo que quieran ciertos pesimistas, no son tales que puedan asustarnos, antes al contrario, quedan muy por debajo de nuestros recursos, si bien por prudencia plausible se está apercibido para aumentar el ejército ultramarino hasta donde sea necesario. Entretanto, van saliendo pequeñas expediciones, cuyo solo objeto es llenar las bajas. El día 7 salieron de Santander, en el *San Fracisco*, unos 400 hombres, transportándolos al trasatlántico algunas lanchas de vapor. Los muelles estaban llenos de gente que vitoreaba á España y á los soldados. Concurrieron á bordo todas las autoridades y muchos periodistas, dirigiendo el señor Obispo una breve alocución á los soldados.

El Sr. D. Zenón Quintana nos ha remitido una bonita fotografía de la escena del embarque. Los lectores la hallarán reproducida en nuestro grabado de la pág. 248.

EXCMO. SR. D. ÁLVARO SUÁREZ VALDÉS,

comandante en jefe de división en el ejército de Cuba.

El general Suárez Valdés es uno de los veteranos de las guerras de América. A los tres años de haber salido del colegio de Infantería pasó á Cuba (en 1860), de donde fué á Méjico con el ejército expedicionario que la falta de alcances políticos del Gobierno que España tenía entonces, envió á aquella República de comparsa de la política francesa. En Diciembre de 1863 fué á Santo Domingo, donde ardía ya una guerra provocada con torpeza, sostenida sin brío y acabada sin honra ni provecho. El ejército sufrió allí las consecuencias de los errores de los políticos y también las de los generales que al principio lo mandaron, y peleó con el valor de siempre. En aquella penosa guerra alcanzó el Sr. Suárez Valdés el grado de capitán.

En 1872 entró en operaciones contra los carlistas, recibiendo el grado de comandante por su buen comportamiento en la acción de Oñate. El empleo le ganó en Oquendo y montes de Silverio. Al año siguiente fué destinado á Puerto Rico, y en 1875 á Cuba, donde se halló en muchas acciones, entre otras, en la del Potrero de Cancio, por la que le dieron el grado de coronel. Mandando el batallón de cazadores de Isabel II, operó con gran actividad, sosteniendo muchos encuentros con el enemigo.

No quedó terminada la guerra de Cuba con el pacto del Zanjón, como se ha dicho, sino que continuó dos años más, en cuyo tiempo también se distinguió mucho el Sr. Suárez Valdés. Desempeñó después varios destinos. En 1887 fué nombrado gobernador militar de Santiago de Cuba, donde ejerció también el cargo de gobernador civil. Fué gobernador militar de Oviedo é inspector de la Caja de Ultramar. Ascendió hace dos años á general de división.

Publicamos el retrato del Sr. Suárez Valdés en la página 249 de este número.



FLOR CROMBET,

cabecilla cubano muerto por nuestras tropas el 12 del corriente.

Flor Crombet era cubano, pero descendiente de negros franceses de Haití. Cuando la primera guerra separatista, sirvió á las órdenes de Cureau, otro cabecilla de parecido origen, que murió del cólera. Crombet ocupó al frente de la guerrilla el puesto que dejó Cureau, y ganó fama de intrépido y diligente. Siendo teniente coronel entre los suyos, estuvo en los encuentros de Naranjo, donde fué herido, las Guasimas y Baracoa. Siguió á Maceo, de quien era muy amigo, cuando la protesta de éste contra el pacto del Zanjón, con lo que ganó el ascenso á brigadier. Poco tiempo tuvo para lucirlo, porque le fué preciso salir de la isla perseguido por los vencedores.

Ahora no ha podido reanudar la serie de sus hazañas, porque á los pocos días de haber desembarcado ha sido muerto por nuestras tropas no lejos de Palmarito.

No hemos de celebrar esta desgracia de los enemigos de España, por la misma razón que no nos dolemos ni asustamos de que hayan entrado en la isla Maceo y Máximo Gómez. Creemos que se ha dado mucha más importancia de la debida á las idas y venidas de esos cabecillas, y que pecan de ligeros y espantadizos los que tanto escriben sobre si entran, salen, están ó no están en la isla. Entren ó salgan, estén ó no estén, poca cosa sería España si hubiese de malgastar tanto tiempo en pensar en gente tan menuda.

D. RAMÓN ECHAGÜE Y MÉNDEZ VIGO,

jefe de brigada del ejército de Cuba.

Este general ha llegado muy joven, pues sólo cuenta treinta y ocho años, al alto cargo que tiene en la milicia, pero su carrera no es menos brillante que rápida.

A los diez y nueve años formó parte del ejército que en 1871 redujo á la obediencia á la gente sublevada en Córdoba y Jaén. En 1872 pasó al Norte, de ayudante del general en jefe del ejército de operaciones, y su comportamiento en Artabia le valió el ascenso á teniente. Estuvo después en la campaña de Cataluña, distinguiéndose mucho en todas las acciones en que se halló, y mereciendo por la de la Pobla de Lillet la cruz de primera clase del Mérito Militar. El 10 de Octubre de aquel año le dieron el empleo de capitán, y de allí á poco el grado de comandante, por su brillante comportamiento. En 1873 encontróse en las acciones que se dieron junto á Tolosa, y poco después, hallándose en San Sebastián de instructor de quintos, acompañó como voluntario á un convoy de los que iban á Oyarzun, distinguiéndose tanto que allí ganó el grado de teniente coronel.

En Astiazu tomó con sólo una compañía, á la bayoneta, un caserío en que había ochenta carlistas, hecho verdaderamente notable que consta en su historial, según se dispuso.

Estuvo también en Usurbil, Oyarzun y Velabieta, donde quedó gravemente herido. Ganó entonces el empleo de comandante y mereció el honor de que fuese citado su nombre como distinguido en el parte de la acción. Hallábase convaleciente de la herida en Tolosa, cuando fué ésta atacada y bombardeada por los carlistas, en cuya ocasión se ofreció y peleó como voluntario. Después de restablecido de su herida, volvió á campaña, hallándose en las operaciones frente á Mendigorría, de Tuyo, Subijana y Nanclares, en la batalla de Treviño y en la toma de Villarreal de Alava, por las que fué recompensado con el empleo de teniente coronel. Después de la de Oricain alcanzó el grado de coronel, ascendiendo por antigüedad á este empleo en 1886.

Es general de brigada desde 1891. El retrato del general Echagüe va en la pág. 249.

CATEDRAL DE SEVILLA.—(Véase el grabado y el artículo correspondiente del Sr. Otazo en la pág. 256.)

MANUEL FILIBERTO DE SABOYA, DUQUE DE AOSTA, Y LA PRINCESA ELENA DE ORLEANS.—(Véase el artículo del señor Conde de Coello en la pág. 254.)

LONDRES.

Investidura del Príncipe heredero de Siam.

Debía heredar la corona de Siam el príncipe Maja Vajirunhis, pero su inesperada muerte, ocurrida hace pocas semanas, ha puesto en su lugar á un hermano suyo llamado Chufa Maja Vajirarudh. Este suceso, al parecer insignificante, puede tener mucha importancia, porque Inglaterra y Francia se disputan, sin mucho disimulo, la posesión de aquel país, y de inclinarse á uno ó al otro de ellos el soberano, va gran diferencia y serán muy diversos los efectos.

El nuevo heredero del Siam ha recibido la investidura en Londres, en el palacio de la Legación, en South-Kensington, con el ceremonial de rigor en estos casos y que consiste principalmente en investir al Príncipe de las insignias regias. (Véase el segundo grabado de la pág. 257.)

RUSIA.

El nuevo yate *Standart*, de 5.200 toneladas, construido para el Emperador.

El yate del Emperador de Rusia es el mayor de cuantos hay en el mundo. Le mandó construir Alejandro III en Junio de 1893, y ha sido botado al agua en Copenhague el 10 de Marzo último, aniversario del nacimiento del Czar difunto. Tiene 111 metros de largo por 15 de ancho, y cala 6 metros, desplazando 5.200 toneladas. Las máquinas son de triple expansión, con dos hélices, y le darán una velocidad de 20 nudos por hora.

Con decir para quién es el yate, dicho está también que no falta en él comodidad alguna, y que todo cuanto contiene está hecho según la última palabra de la ciencia. Para el Emperador hay, además de las habitaciones particulares, otras que podríamos llamar de gala, que ocupará en días de recepción. También tienen alojamiento á bordo, además de la familia Imperial y sus parientes y amigos, los principales magnates y toda la servidumbre palaciega.

La tripulación compónese de 400 hombres escogidos. Nuestro grabado de la pág. 260 dará á los lectores completa idea del aspecto exterior del yate.

G. Reparaz.

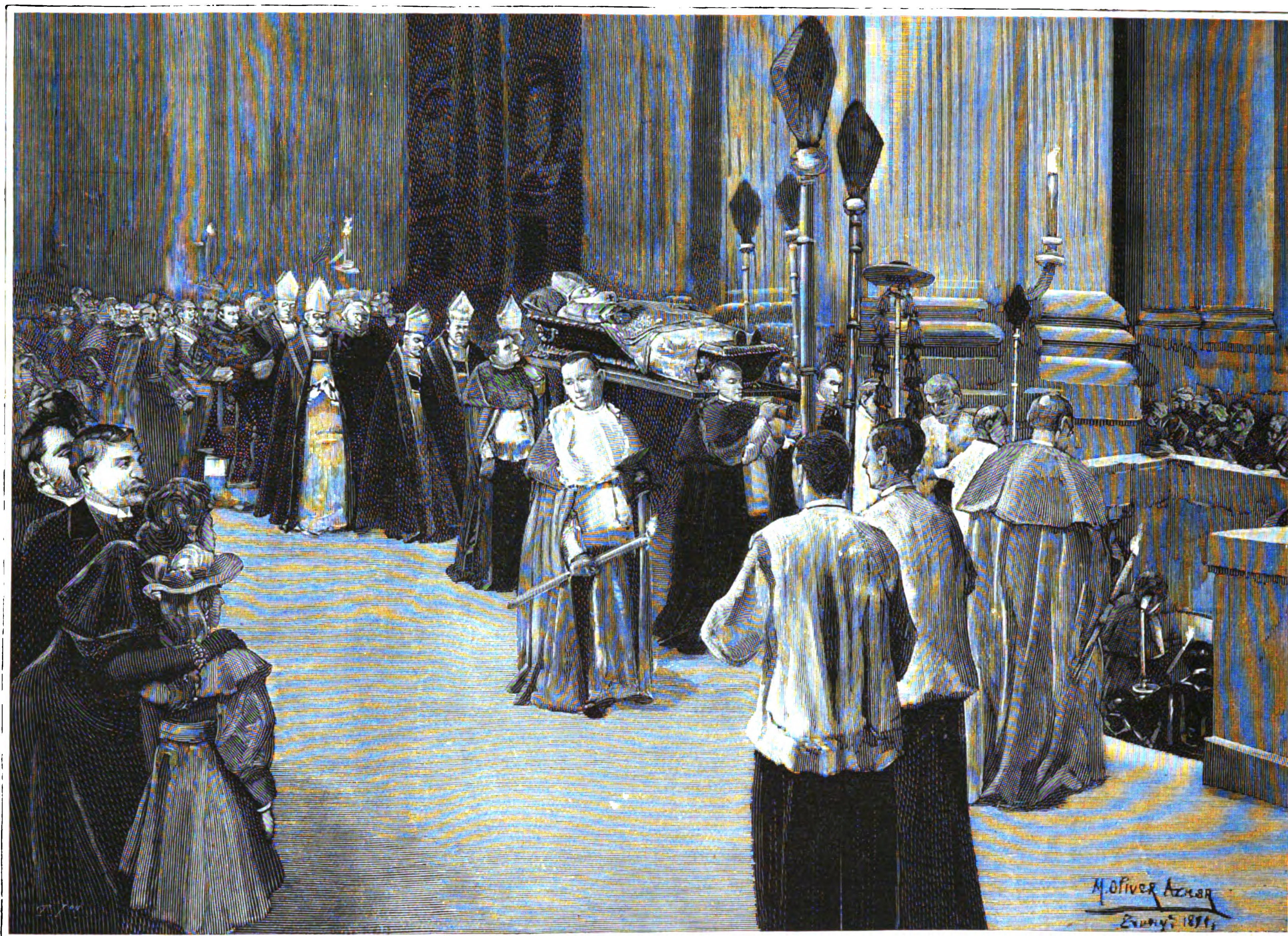
¿EL ANTHROPOPITHECUS?



LAS elevadas y serenas regiones del mundo científico se han conmovido recientemente con una noticia que desde la isla de Java llegó á la Sociedad de Antropología de París, por el autorizado conducto de nuestro amigo el reputado antropólogo Mr. Manouvrier. El naturalista holandés Dr. Dubois anuncia desde Batavia el descubrimiento de la forma fósil representante del término medio entre la familia de los simios y la especie humana, entre el mono y el hombre, objeto de tantas profecías y con tantas impaciencias esperada por los naturalistas partidarios de la doctrina transformista.

Desde que en 1858 Hr. Schaffhausen, profesor de Antropología de la Universidad de Bona, concentró por mucho tiempo la discusión y la vida de esta ciencia en el rarísimo cráneo desenterrado por Fühbrott al explorar una caverna del valle de Neander, cerca de Düsseldorf; y más tarde, en 1865, Mr. Dupont, director del Museo de Historia Natural de Bruselas, extrajo de los depósitos cuaternarios de la cueva de la Naulette, junto á Dinant, la singular mandíbula cuya extraña morfología provocó tantas discusiones, ningún descubrimiento de este género ha logrado atraer la curiosidad de los antropólogos y de los científicos en general, hasta este recientísimo del Dr. Dubois en la más hermosa y conocida isla del archipiélago Índico.

Distinguido médico este afortunado investigador, que se había conquistado justa fama de naturalista por el carácter de sus aficiones y la índole de sus trabajos, recibió del Gobernador general de las Indias neerlandesas el encargo de practicar una serie de exploraciones paleontológicas en distintos parajes de aquella exuberante región, con el único objeto de contribuir al progreso de la



ZARAGOZA.—ENTIERRO DEL CARDENAL BENAVIDES.—TRASLADO DEL CADÁVER DE SU EMINENCIA AL PANTEÓN DE ARZOBISPOS DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

(Dibujo de D. Mariano Oliver Aznar.)



SANTANDER.—EL VAPOR «SAN FRANCISCO» DE LA COMPAÑÍA TRANSATLÁNTICA, EMBARCANDO TROPAS PARA CUBA.

(De fotografía de D. Zenón Quintana.)



EXCMO. SR. D. ÁLVARO SUÁREZ VALDÉS,

COMANDANTE EN JEFE DE DIVISIÓN EN EL EJÉRCITO DE CUBA.

ciencia, enriqueciendo todavía más las de antiguo famosas colecciones de Historia Natural de Batavia. Inauguradas las excavaciones en 1889, proseguíanse en Septiembre de 1891 remontando la ribera izquierda del Bengawan en el distrito de Ngamí, término de Trinil, cuando en los estratos del pleistoceno se tropezó con un cráneo singular y con un molar suelto, último de la mandíbula derecha, y quince metros más allá, en el mismo sitio del propio terreno, apareció en Agosto de 1892 un fémur izquierdo, cuyos restos, por su aspecto, estado, naturaleza ósea y condiciones del yacimiento, entiende su descubridor que son partes de un solo y mismo esqueleto.

En un pequeño libro intitulado *Eine menschenaenlich Oeberganzforme aus Java*, Batavia, 1894, estudia estos restos fósiles, comparándolos ahora con sus análogos del esqueleto humano, ahora con los de las formas simias antropoideas actualmente vivientes: las dos africanas, el gorila, la más parecida al hombre por el tamaño y proporciones de sus miembros, y el chimpancé, la más semejante por la forma de su cabeza; y las dos indonesias, el orangután y el gibón, habitantes actualmente en el mismo archipiélago Índico, donde vivió la antiquísima forma recientemente encontrada.

El cráneo no es, por desgracia, completo. Le faltan en absoluto todos los huesos de la cara y los que forman la complicada trabazón del suelo de la calavera, y así queda reducido á la bóveda de ésta que desde los arcos superciliares se extiende hasta el agujero occipital, cuyo borde posterior solamente se conserva. Desde luego pertenece por su configuración á una especie del orden de los mamíferos *Primates*, donde los naturalistas modernos, á semejanza del gran Linneo, incluyen el género único humano y los múltiples géneros de los cuadrumanos; pero como aparece liso y sin cresta, no corresponde seguramente á un gorila, cuyo cráneo está coronado en su línea media antero-posterior por una robusta y elevada cresta sagital; y como es dolicocéfalo, es decir, alargado, tampoco á un orangután, cuya cabeza es siempre corta (braquicéfalo), y no hay, por el tamaño, confusión posible con el gibón, cuadrumano bastante pequeño.

Quedan dos términos de comparación: el género *Antrhopopithecus* ó chimpancé, y el género *Homo*. Entre los dos coloca Dubois su fósil como forma intermedia. Aparte la cara, el cráneo del chimpancé se distingue del humano por su capacidad, por la convexidad de su bóveda y por la posición del agujero occipital. En números redondos, en el chimpancé el mayor cráneo medido no excede de 500 centímetros cúbicos; en el hombre, la media inferior, medida en una raza de Australia, no baja de 1.200; en el nuevo fósil calcula Dubois 984.

La convexidad de la bóveda cranial aparece muy elevada en el hombre, muy rebajada en el chimpancé; y superpuestos los perfiles del arco determinado por la línea media antero-posterior, resulta el fósil ahora hallado con una elevación intermedia más próxima al segundo que al primero.

En el hombre el agujero occipital ocupa el centro de la base del cráneo, y por él pasa la vertical del centro de gravedad de la cabeza, condición indispensable para mantenerla erguida como corresponde á la estación vertical característica de la especie. En el chimpancé este agujero se corre hacia la parte posterior, conforme á su estación ordinaria, no vertical, sino inclinada hacia adelante. En el fósil se deduce de la inclinación del occipital una posición justamente intermedia.

Añádase que en el molar encontrado el tubérculo posterior aparece desarrollado y prominente, como en el chimpancé, mientras que el correspondiente en el hombre ó carece de tal eminencia ó la presenta muy poco aparente. Por el contrario, el fémur fósil, como el humano, tan fuerte como conviene á la tensión muscular necesaria para la estación bípeda, está reforzado en su cara posterior por una línea áspera que se bifurca interiormente, y de la cual carece el fémur de los simios, que no ha menester de semejantes energías erectiles.

En virtud de estas consideraciones morfológicas, y conforme al principio de Cuvier de la adaptación de las formas á sus funciones con tan sorprendentes resultados aplicado á la Paleontología, afirma el Dr. Dubois que esta nueva forma fósil «debe colocarse en la serie de los seres un poco más abajo que los cráneos humanos de Neanderthal y de Spy» (encontrados en el cuaternario del Occidente de Europa y representantes, hasta el presente, de la raza humana, de conformación más semejante á los simios), y, por lo tanto, «representa la forma evolutiva intermedia entre el hombre y los antropoideos que implica la doctrina de la evolución; es el precursor del hombre»; y concluye formulando su diagnosis conforme á los principios de la nomenclatura zoológica en estos términos: clase, *Mammalia;* orden, *Primates;* nueva familia, *Pithecanthropidæ; Pithecanthropus erectus*, genus novum, species nova, Dubois, 1894).

Compréndese bien por estos datos el alcance realmente trascendental de este descubrimiento, que sería una prueba más para la demostración de la teoría evolutiva, aceptada por casi todos los naturalistas, y cuyo espíritu se revela en todas las manifestaciones de la ciencia moderna: pero algún reparo se nos ocurre que no hemos de callar, por lo mucho que interesa á la Antropología en materia tan delicada depurar el con-



EXCMO. SR. D. RAMÓN ECHAGÜE,

JEFE DE BRIGADA DEL EJÉRCITO DE CUBA.

tenido de sus observaciones de las impurezas y de las precipitaciones de todo juicio apresurado.

Por de pronto, la capacidad del cráneo y la posición del agujero occipital no las ha determinado el Dr. Dubois directamente, sino por un procedimiento geométrico de aproximación, y en cavidad de figura tan irregular y tan variable como la cefálica, un cálculo de este género puede encerrar un error de alguna consideración. Aun sin este reparo, algún cráneo de raza histórica y de figura normal conocemos nosotros cuya capacidad no llega á 1.000 centímetros cúbicos, y en la colección de nuestro cargo en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid existe algún otro de raza negra con la cúspide posterior del último molar perfectamente desarrollada.

No hay, á nuestro entender, motivo bastante para el género nuevo y la nueva especie de Dubois. Se trata aquí en puridad de una raza humana inferior á la de Neanderthal, y que acusa en grado mayor los caracteres de semejanza con las formas simio-antropoideas, y es además por su estación geográfica un nuevo indicio en favor de la hipótesis de Haeckel, que refiere al antiguo continente de la Lemuria la aparición de la especie humana.

MANUEL ANTÓN.

PEÑAS ARRIBA.

MALOS días corren para nuestra literatura novelesca, que pocos años há se engalanaba con las producciones del amable ingenio y la fantasía morisca de Alarcón, con los primorosos análisis, sutilezas, discreteos y decires de Valera, autores ambos, con ser tan varios en sus aptitudes, que reflejaban en la claridad brillante, meridiana, de sus cuadros, ó en la trama donosa de sus narraciones, cualidades características y rasgos típicos de nuestra interesante España meridional, que había tenido antes singular novelista en la insigne Fernán Caballero.

Con alardes de impersonalidad, no bastantes á que desaparecieran sus inclinaciones y gustos ante la realidad evocada con singular fuerza (aunque no siempre según los cánones del verismo, á que se oponían sus prevenciones y tendencias de escuela), Galdós entusiasmó á las gentes con sus *Episodios Nacionales*, ó con sus novelas de abundosa y rica, pero no desinteresada observación. Más limitado en orden al espacio y al tiempo—que no al arte,—el castizo y tradicional Pereda reverdecía lauros y glorias de nuestros incomparables novelistas picarescos, y no por artificio é imitación, sino por beber en las mismas fuentes, por tomar cuadros y tipos de una realidad que más semeja de antaño, pues en lo que no se preserva por sí misma de la torpe uniformidad al uso—que también allí llega—la salva el poderoso talento de Pereda, ya purgándola de esas manchas y viéndola como ella es, ya sacando de la oposición, entre lo nuevo y lo viejo, lo extraño y lo indígena, contraste que encierra poderoso elemento artístico, y sirve para más y mejor apreciar cuánto tiene de original y propio la montaña.

Unos murieron: callaron otros. Sólo el Norte persevera: que de tarde en tarde aun nos regala Pereda, y, sin tantos intervalos, la novelista de otras montañas, últimas derivaciones de las que corren al Norte de nuestra Península, que al llegar al Noroeste, atenuándose altura y aspereza se tornan en las ondulantes colinas que circundan las rías y los valles, suavizando tonos y matices de luz que encuentran su expresión artística en las novelas de Emilia Pardo Bazán. Empieza esta misma á sentir, según sus manifestaciones, la atracción del teatro, que se llevó á Galdós, más fácil y pronto que ninguno á sentir la indiferencia y el desvío del público, que sólo va respondiendo á lo extraordinario y sensacional, pongo por caso, á la descripción de los bajos fondos de nuestra más empingorotada—no debo decir alta—sociedad, descritos con las bellas formas literarias y el gran conocimiento de cosas y personas que tanto distinguen al P. Coloma. Menos á merced de la opinión y más fuera de su contacto que ninguno, Pereda, como quien procede por puros móviles artísticos, seguirá escribiendo sin preocuparse de indiferencias ni frialdades del público, sin dársele un ardite de popularidades teatrales y efímeras, sabiendo que sus novelas tienen asegurada vida, que no habrá de serlo, y por sus muchos quilates de oro de ley, con la duración y las preeminencias de lo clásico. Así de *Peñas arriba*, obra de completa madurez, en que está Pereda el montañés de cuerpo entero y con todo su espíritu y carácter también, la montaña en sus más apartados y extremos lugares, en sus mayores cimas, donde la serenidad y el apartamiento son más grandes y la vida más distinta de esta tan trajeada, sensacional y movediza como vulgar y uniforme, que por acá llevamos, y que lo que gana en movilidad y extensión, lo pierde en intensidad y fuerza.

«Á mis soledades voy», que pensando en las de Pereda y su D. Celso pienso en las mías, no tan solitarias, sin duda; no de tan gran apartamiento; por lo mismo de mucha menos elevación, pero que por tenerla relativa se recuerdan con íntima y singular complacencia, haciendo un alto, volviendo la vista hacia atrás ó hacia adentro, apartándola de este vivir superficial y monótono que malgasta y esteriliza.

Enseña Pereda en su nuevo libro—sin proponérselo, por de contado—lo que son la naturaleza y la vida de ella, no cosa insípida y sin argumento como tantos piensan, sino ocasión de sencillo pero noble y elevado empleo de la voluntad, sin quitarla tanto de que viva consigo y para sí, que esa compañía de uno mismo de que nos priva la vida moderna, es la mejor y principal compañía que puede, sin duda, tenerse. Sírvele á maravilla para su estudio un hombre, esclavo del mundo exterior, ciudadano de la gran vida moderna, que requerido para que le acompañe por su anciano y decrépito tío, el jefe de la familia montañesa de los Ruiz de Bejos, de un estado de ánimo todo hostilidad y repulsión hacia la vida del campo, y á costa de sufrido y en un principio no resignado aprendizaje, va pasando de la repulsión á la indiferencia, de ésta á la comprensión de que hay allí algo que no es vulgar ni despreciable, así en la vida que antes le pareció tan vacía y estéril como en quienes la viven, pues á la atracción de la naturaleza se suma con mayor eficacia la de linda, suave y simpática montañesa con quien ha de compartir el patriarcado y señorío de la casa y tierras, veneranda herencia de sus mayores.

Interesante proceso—como ahora se dice—más que en los magullamientos y quebrantos del cuerpo, que no son pocos al registrar los senos y las cumbres de tan selváticas montañas, en las impresiones del espíritu, en su despertar á la comprensión y el goce de las naturales bellezas, en su rendirse al fin al espectáculo de grandeza moral que en tan humildes aspectos se revela. Así humana, gradualmente, va cambiando aquel hombre vano aficiones y gustos, y hallándolos más puros y mayores en la soledad del campo, que da personalidad y por añadidura la purifica y exalta ante el filósofo y el artista. «El tiempo, al decir de Neluco—el médico de Tablanca—fué librando á Marcelo «del peso ideal» de las grandes moles que agobia á los espíritus avezados á las llanuras abiertas y despejadas, peso de que por una ley fisiológica participa el organismo físico también.» Y á la inversa, cuando el espíritu en vez del peso siente la atracción de las montañas, no hay impresión de la naturaleza que tan profunda huella cause. Con sus variados accidentes la montaña, que al pronto asombra y estorba, luego atrae hacia su seno, que es seno de madre cariñosa que abriga y ampara, por lo que el natural de los montes trasladado á las llanuras se encuentra decaído y triste: fenómeno también mixto de moral y fisiológico. A tanto llegará el protagonista de la sencilla y profunda novela de Pereda, cuando pasados algunos, bastantes años, escribe los apuntes en que los conmemora «con el único fin de distraer la nostalgia de aquel bendito rincón de la tierra de que le apartan por muy contados meses urgencias que le imponen este costoso sacrificio.» «Porque tan cabal—dice,—tan intensa, tan continua ha sido mi felicidad en ese tiempo, que á veces me espantan los temores de que no haya sido mi gratitud tan grande como el beneficio recibido, y un día me hiera la justicia de Dios en lo que más amo, para recordarme lo que le debo.» Al unísono de Pereda, siente su personaje, no en las primeras prevenciones, sí en los póstumos amores al bendito rincón, encanto en las bonanzas, refugio en las tristezas de la vida. Aun más predisponen las tristezas á quererla solitaria, y por de contado avivan y estimulan con el dolor el sentimiento de nostalgia tan lleno de poética melancolía.

Hay cierta consonancia entre el estado del espíritu agitado por un gran pesar, y la montaña agitada por la imponente tromba de que tan hermosa descripción pone Pereda en labios del médico Neluco Celis: pero aun hay consonancia mayor entre la imponente serenidad de las moles y la imponente calma de un espíritu en que la resignación cristiana suprimió las agitaciones, acalló las protestas, pero no puede borrar el dolor que está allí como petrificado. Tal debe ser el estado de ánimo de Pereda, fija, abismada la mente en el recuerdo, firme y serena la voluntad, cuyo señorío comparten humano sentimiento y más que humana resignación, apegado como nunca á la tierra que le llama más desde que se llevó los despojos de su cariño,

La parte principal volóse al cielo.

No digo todo esto por remover tales recuerdos, que, compartidos, pueden servir de consuelo más que de daño á quien de todas suertes, no ha de verlos fuera de sí un punto: lo digo porque ello me explica la serena profundidad, la religiosa unción de este libro, muestra de lo que tiene de religioso el sentimiento de la naturaleza, no ya sólo en la ignorancia de las almas sencillas, aunque no vulgares, sino en el de aquellos que levanta un gran dolor, que es una gran fuerza inspiradora, á las mayores revelaciones del arte.

Permítaseme, de pasada, notar cómo el respeto no exento de misterios que inspira la naturaleza á quien, deteniéndose á contemplarla, acierta á ver en ella algo más que formas, colores y ruidos, da explicación y clave á las creencias de los pueblos antiguos y á las supersticiones de los modernos, en que hay (y la montaña es un ejemplo) tantas reminiscencias curiosas del culto de la naturaleza y en que el sentimiento de ésta no sólo toma cierto carácter religioso de turbación y misterio, sino que, compenetrándose íntimamente con el sentimiento religioso, llega á confundirse con él. Pero aun sin llegar á esto por ignorancia é inclinación popular á lo extraordinario y maravilloso, obra de la confusión que no ve las causas segundas ni comprende la causa primera de las cosas, ¿no es verdad que la solemne calma de la naturaleza en aquellos apartamientos de *Peñas arriba* predispone á la quietud moral, ayuda al espíritu á desasirse de lo humano y perecedero y á poner el pensamiento y la voluntad en lo eternal y divino? Por algo es el cura de Tablanca, D. Sabas, el *cicerone* de Marcelo, para mostrarle extensos y admirables panoramas desde aquellas cumbres—otros Pico Sieros—que, como dice el novelista, «se elevan á través del éter purísimo por donde suben las plegarias de los desdichados y los suspiros de las almas anhelosas del sumo Bien.» ¡Ah! la extraña impresión que siente el alma en tales cimas es quizá el roce moral de las plegarias y los suspiros que suben. La serenidad y transparencia de la atmósfera, el ver más y más distante y empequeñecido el mundo, alejadas sus miserias é intrigas, infunde al espíritu consuelos, hace que el cuerpo respire con mayor bienestar y da ocasión á que el protagonista de *Peñas arriba* empiece á sentirse impresionado ante las grandezas que le descubre el buen Cura, todo vulgaridad, excepto en la virtud, que es la que le lleva, como por la mano, á ver la grandeza de Dios en tales portentos reflejada, la que despierta transportes y entusiasmos para que le dan los salmos expresiones de admiración: *Excelsus super omnes gentes Dominus et super cœlum gloria ejus.* Pudo traer también á cuento el Cura, si á tanto alcanzaran sus limitados recuerdos, el salmo aquel del rey David: «Los montes altos son para los ciervos», que comenta uno de nuestros místicos, notando que los montes altos representan la divinidad y gloria de Cristo, y los ciervos, á los santificados en El, que suben á buscarle; caso de ascensión moral de que ofrece antes ejemplo el sencillo y virtuoso Párroco de Tablanca, y más tarde Marcelo, suspirando por su bendita montaña, puesta en ella la vista y el temor en Dios y en su justicia.

No hay que extrañarlo: lo mismo que es superioridad intelectual comprender mejor y más por menor número de ideas, significa superioridad moral sentir más y mejor con menor número de impresiones. Ni la altura del pensamiento ni la profundidad del sentir, pueden ponerse en razón directa, sino inversa más bien, de la complicación de fenómenos, de la movilidad de la vida exterior. Aun con ser autor muy objetivo, bástale á Pereda el estrecho y reducido cuadro de la montaña para presentar interesantísimo mundo moral, mal que pese á quien considere una limitación de Pereda su montañesismo. Como si muchos con asunto en apariencia grande no resultaran pequeños, y más que pequeños insignificantes, mientras que otros en lo aparentemente chico hallan motivo para sorprender por su grandeza: que la hay extraordinaria, perdonen cualquier crítico incipiente ó frívolo lector, en el asunto, en las figuras, en los panoramas de *Peñas arriba*, como en los de peñas al mar en la hermosísima *Sotileza*. Hablando á otro propósito que también aquí hace al caso, da D. Celso la explicación. «Hay quien jalla la mina cavando en un rincón de su huerto, y hay quien no da con ella revolviendo la tierra de media cristiandad.» Así, interin otros revuelven á Roma con Santiago, recorren á lo ancho y á lo largo el mundo, pero no dan en el *quid* del arte, no calan, no ahondan, Pereda, sin salir de esa montaña de que conoce el suelo y el subsuelo, halla mina artística de riquísima veta.

Por lo demás, D. Celso en la consideración trascrita y en las que la anteceden y las que le siguen, variaciones sobre el

Dichoso aquel que no ha visto
Más río que el de su patria,

explica á Marcelo cómo en aquel valle que sólo tiene de llano la sala de la casona, «hay gentes que se caen de viejas sin haber salido de él más allá de lo que corre de una *alendá* un perro con asma.» «Y se morirán, añade, tan satisfechas como si murieran de jartura del mundo que tú conoces. Cuanta menos carga de antojos se saque de esta vida, más andadero se encuentra el camino de la otra.» Y aquí viene á cuento lo que yo traje á otro de la mina, á lo que pone por remate tocante á ese punto: «Ahora tú dirás quién es más afortunado de los dos y más digno de envidiarse.» Años más tarde le habría de contestar su sobrino en términos que si llegaran á D. Celso allá en la otra vida, aun se la hicieran mejor y más alborozada, si eso cupiera en la de absoluto goce de quien está seguramente en la presencia de Dios.

Marcelo, cambiado de todo en todo, mudarse por mejorarse, anhela verse al lado de su carísima Lita, aquella que le atrajo con sentimiento de amor, al que—como tantas veces sucede—se adelantó para descubrirlo el de los celos, celillos más bien—puesto que no causaron tormento á su espíritu, sino cosquilleo, inquietud—de Neluco Celis, antes y después su mejor y más simpático amigo, amistad que entreverada de consideración y respeto compartía el Cura, y que, todo benevolencia y protección, elevaba hasta él á los Chiscos, Pito Salces y Pepazos, habituales tertulios de la patriarcal cocina, rurales noblotes y sencillos en el mismo grado que esforzados y recios: dijéralo en el recuerdo de Marcelo mismo la singular aventura de la persecución y muerte de los osos en su propia madriguera, ó el épico pasaje de la busca de Pepazos, perdido entre la nieve, porfía en que, y al tocar el éxito, les sorprende deshecho temporal. «Se oyó bramar el cierzo entre los pelados robledales, y en las gargantas de la cordillera se extendió de repente la luz como si fuera á anochecer en seguida, y se vió desprenderse de lo más negro y lejano de las nubes un pingajo siniestro y unirse con otro que ascendía de la tierra, y comenzar, fundidos ya en una pieza los dos, á dar vueltas como un huso entre los dedos de una *jiladora*, y á andar, andar hacia ellos, los peregrinos del monte, como si lo empujara el bramar que se oía detrás de ello, sino era ello mismo lo que bramaba repleto de iras y de ansias, de exterminio, muerte y desolaciones.» Y removiendo troncos, desgajando ramas, barriendo cúmulos de nieve, «lo tan temido y esperado no tardó en llegar, negro, espeso, rugiente, furibundo, como si toda la mar con sus olas embravecidas y sus huracanes y sus bramidos y su empuje irresistible hubiera salido de su alveo inconmensurable para pasar por allí. Temblaron hasta los más valientes, y lo eran mucho todos los de aquella denodada legión, y ninguno de ellos supo darse cuenta cabal del principio ni del fin del paso de aquel tan rápido como espantoso huracán. ¡Y eso que solamente les había alcanzado uno de los jirones de la tromba, desgarrada en su primer choque contra las moles de la cordillera!» En tales pruebas y con tales sacudidas nació y se fortificó la amistad de Marcelo hacia sus convecinos: á hombres así había que quererlos; no se podía pasar indiferente á su lado. Por añadidura, en punto á virtudes domésticas, á bondad, no ya de intenciones, sino, lo que es menos común en lo rural, de costumbres, no había en muchas leguas á la redonda pueblo que ganase á Tablanca, mucho por innata condición de aquellas gentes, y más aún, pues lo bondadoso no quitaba á lo maleable, por obra del patriarcado de la tradicional casa de los Ruiz de Bejos, verdadera institución en el valle. Sin duda era dón peculiar de los de aquella casta de señores el dón de gobierno, el sentido de la dirección moral, obra de educación más que de estudio, que está, más que en el entendimiento, en el carácter, pero

que exige perspicacia en comprender y resolución en obrar. «Pertenecía D. Celso á una casta de hombres muy contados, que poseen como un dón de Dios el instinto de ver el lado práctico de todas las cosas, y la virtud de imponerse sin aparatos retóricos ni artificios teatrales á las muchedumbres más indóciles, y de arrastrarlas hasta los últimos extremos de lo heroico.» «Era el que lo definía un singular caballero, dotado de real y muy útil existencia, de que sé por sus más allegados parientes, así diestro en manejar los aperos de labranza, como la pluma con que da nuevos timbres á un apellido ilustre escribiendo libros que inspira su tradicionalismo científico y patriarcalmente democrático», y su erudición clásica, experto conocedor de lenguas muertas, que de las vivas sólo sabrá la suya, y aun esa por el viejo arte, el que está en uso todavía en la montaña, donde subsisten giros y vocablos propios de los libros de su clásica habitual lectura. Más que disquisiciones y estudios, le atraían al señor de Provedaño su aplicación al patriarcal patronato en que obtenía D. Celso tantos éxitos y él tantos reveses. Quien con gran erudición explicaba la patriarcal organización de aquellos pueblos «desde las primeras Hermandades que se formaron en el siglo XI», había de contentarse con ver su última reminiscencia, su postrera reliquia —que Dios conserve muchos años— en aquel valle de Tablanca, donde aun no entró el que llamaba el de Provedaño *mal mu co*, descorazonado con no poderlo extirpar en su comarca.

No va siendo ya tan nuevo mal el que calificaba así el buen hidalgo: va siendo ya mal comprendido por los que más se pagaron de formalismos y apariencias; pero no se remedia, como pretenden curanderos radicales, con el *salto atrás* ni con el brinco adelante, que se aliviaría —y es lo hacedero tratándose de males humanos— si repartidos por esos mundos hubiese muchos D. Celsos en vez de haber tantos, tantísimos caciques. Traen éstos revueltos y divididos no pocos Caterucos y Robacios, pueblos de la montaña que tienen para el caso sus similares en los pueblos de la llanura. Preserva á Tablanca del contagio su organización agraria, verdaderamente tradicional, que conserva á estas alturas de nuestro siglo rasgos y caracteres de las patriarcales usanzas, y en que hay así mucho de primitivo y algo de medioeval en sentimientos, creencias y formas de organización social. El predominio de este elemento, que tanto encierra de bello y de armónico, líbrales de la vulgar, antiartística y no menos anticientífica uniformidad que ha introducido por dondo quiera el individualismo atomístico, contra el que hoy se vuelve el hombre de ciencia, siguiendo al artista, al poeta, una vez más su heraldo.

El arte, cuando es profundo y verdadero, toca á la esencia misma de las cosas; así, por los caminos del sentimiento y de la intuición artística, llega el ínclito novelador de *Peñas arriba* á presentarnos una organización que es la misma á que por la investigación y el discurso llegan los teorizadores novísimos. Y esto con independencia completa de la ciencia, ignorándola, ó, lo que para el caso es igual, prescindiendo de ella por completo, bastándole su instinto adivinatorio de artista soberano para sorprender el secreto del equilibrio y armonía sociales. Cumpliendo fines de este género, la propiedad no inspirada por el interés ó el egoísmo, único resorte que cuenta para los economistas, sino por el elemento moral que asigna á esa propiedad, representada en el valle por la Casona, la importante misión de superior fuerza directiva. Los arrendamientos como á perpetuidad, con lo que los colonos, apegados á la tierra que laboraron sus mayores, la miran como cosa propia y veneranda: cánones los del tiempo viejo, sustituído por el maíz, en la misma medida, el mijo menudo de que hablan los antiguos libros cobratorios; y al lado de la propiedad privada así entendida, que no deja lugar á que se nos hable de los rurales de Westfalia, la comunal del monte ó del *prao concejo*, recreo y riqueza de Tablanca, codicia de los otros pueblos montañeses: y por encima de todo, la Casona y la Iglesia, D. Celso y D. Sabas, ó sea, puesto allí por los hombres, por la naturaleza y por Dios, cuanto es necesario para que suban muchos grados los tablaquenses en la escala de las felicidades y las perfecciones relativas.

¡Lástima grande que no todos los propietarios sientan hacia lo suyo el apego que los señores montañeses! Son éstos más bien excepción —aunque se note hoy reacción tardía— aquí donde dejan las vetustas casas solariegas derruirse, las administraciones perderse, los que apenas si han visto las tierras y estados de que toman sus títulos y cobran las rentas: con lo que éstas se merman ó pierden y aquéllos quedan reducidos á mote, y, sobre desaparecer por completo la importancia social, tienen que acabar los individuos de tan sonada prosapia y flamantes nombres por ponerlos cada fin de mes al pie de la nómina; y eso después de mucho postular, con detrimento de la no por eso abandonada vanidad infanzona, que, con ser hidalgos de cortijo y no de corte los Ruiz de Bejos y Provedaños, sienta bien en ellos por lo que hacen, lo que son y lo que recuerdan. ¡Qué cosas se dirían, que de lamentaciones y jeremiadas, los señores de la montaña, congregados para asistir á los funerales de aquel don Celso, en quien perdían algo más que el caballero sin tacha; perdían el último vestigio de otro tiempo, la legendaria tradición que, poetizada por el recuerdo en su doble carácter de señoril alcurnia y democrática llaneza, sería imperecedera en la memoria de cuantos conocieron y acataron tan principal representación! A todas estas consideraciones da lugar la sugestiva lectura de *Peñas arriba*, y á muchas más que harían interminable este artículo, ya tan sobrado de discurso como falto de crítica: que el haber entrado de lleno en la obra de Pereda, parte por cierta preparación en que formé el hábito y gusto de la vida del campo, parte por la gran devoción literaria que tengo á este su novelador, me dan fuerza para sentirle, al par que me la quitan para juzgarle. Más que los tipos, aunque sean tan interesantes en su modo de ser, de conducirse y de hablar —díganlo, á más de los que menté, Facia, la misteriosa mujer gris: Chisco, el simpático espolique (de la familia de los Gorios y Macabeos), los otros rurales Pitos, Toperos y Tarumbos: el baratijero endiablado, con quien caen los pobretones hidalgos de Pomar en completa abyección;— más que quienes la viven, interesa, atrae, aquella vida de la naturaleza, alma y esencia de la singular creación en que llega el sentimiento tan hondo como los valles, y va el pensamiento tan alto como las cumbres que tocan á los cielos. Es *Peñas arriba* libro de los que apenas hay, sereno, elevado, rico en expresión, en sentimiento, en verdad: sólido y positivamente bueno, cuanto más se lea y entienda mejor, y que por tan grandes perfecciones —ellas son segura prenda— vivirá lo que vivan nuestra habla castellana y el amor á lo bello, contándose por principal en lo que deje como clásico nuestro siglo, para, unido á lo de otros imperecederos, ser en los futuros orgullo y gala de las letras españolas.

El Marqués de Figueroa.

UN EPISODIO EN LA MANIGUA.

Poco antes del convenio del Zanjón se presentaron al jefe de una de las guerrillas españolas dos insurrectos sin armas. Estaban hambrientos, demacrados, casi desnudos, con melenas hasta los hombros: tenían errante la mirada, turbias las pupilas, trabajoso el paso, difícil la pronunciación, inciertas las ideas. Llevaban seis años de manigua y ya no podían resistir el hambre ni las privaciones. Entregábanse para que los mataran, para acabar de padecer.

Debo á uno de ellos el relato siguiente:

«Habíamos recibido buenas noticias: la insurrección se hallaba en auge: las pequeñas columnas destacadas en busca de nuestro campamento no daban con él: siete días llevábamos sin combatir, viviendo tranquilos sobre la falda de un monte á poca distancia de la manigua.

»Éramos ciento quince criollos, y veintidós negros. Manteníamos una guardia permanente de catorce hombres y tres líneas de escuchas. Los centinelas más avanzados estaban á 500 metros de la guardia, unos tendidos en el suelo, otros subidos sobre los árboles. Al vernos tan seguros, nos dedicábamos á poner el campamento en las mejores condiciones: hicimos hamacas y camastros, zapatos de cuero, y hasta algunos vestidos con la fibra de la majagua: sembramos habas y boniatos: en una excursión nos apoderamos de ocho reses y de buena cantidad de ñame, yuca, plátanos y caimitos. No faltándonos alimento, esperando nuevas y mejores noticias, todos estábamos alegres.

»Me tocó una noche el servicio de avanzada: tendido entre la maleza estuve canturreando el último danzón que había bailado con mi novia: olvidándome de la realidad, alcé la voz sin darme cuenta, pero una seña muy conocida me hizo temblar y suspender el canturreo. A cien pasos de mi escondite daban golpes intermitentes en el tronco de un árbol. Comprendí la señal, y respondí golpeando al tronco de una seiba. Poco después, arrastrándose con lentitud, llegó un hombre á mi alcance, y dijo á media voz:

»—¿Libertad?

»Yo contesté:

»—Justicia.

»Irguióse vigorosa la figura de un insurrecto. Nos dimos la mano.

»—¿Qué ocurre?—le pregunté con ansia.

»—Dentro de una hora, en *La Cruz de la caña brava* para atacar á un convoy.

»—¿Tenéis confidencias?

»—Seguras: 228 hombres; de los cuales, 84 son convalecientes y 64 enfermos, tienen que hacer una jornada de catorce leguas, pasando por sitios que podemos interceptar.

»—¿Y cómo se atreven?.....

»—Porque aguardan que en el camino se les incorpore otra fuerza.

»—¿Y esa fuerza?

»—No se moverá de su cantón: tiene enfermo al jefe, y éste no ha resuelto que otro le sustituya; quizá porque no sabe nada, y cuando lo sepa, será tarde.

»—¿Quién es el comandante de la columna?

»—Eugenio Aguilar.

»—¿Cuántos nos podemos reunir para atacarle?

»—Con vuestra partida, 1.500.

»—Entonces, será cantar y coser.

»—Así lo creo.

»—¿Quieres pasar á ver al jefe?

»—Es indispensable.

»Pasó el emisario; conferenció con nuestro caudillo. Media hora después, salía del campamento una columna de 130 hombres, y yo con ella.

»En *La Cruz de la caña brava* nos aguardaban seis partidas, formando un total de 1.400 guerrilleros.

»El jefe principal dió las disposiciones oportunas: fueron obedecidas con rigurosa exactitud.

»Apostados á lo largo del camino que debía recorrer la columna Aguilar, estuvimos en acecho durante una hora. Yo estaba á vanguardia, consumido por la impaciencia. Vi acercarse á los exploradores enemigos; avisé cautelosamente, pero fué inútil, porque nos habían descubierto.

»La primera descarga tumbó á dos de los míos. Se rompió el fuego por todas partes. Iba la columna en buen orden; sin desconcertarse, á la vez que repelía nuestras acometidas, continuaba marchando. A los pocos minutos, Aguilar recibió un balazo; cayó con un pierna rota. Creíamos seguro el copo de la columna. Mas no era el herido jefe que se rendía; mandó que le montaran á caballo y que le amarraran la pierna á la montura: así continuó al frente de su tropa. Y así anduvimos ocho leguas.

»Fueron cayendo hombres por ambas partes. La columna, ya muy mermada, iba dejando un reguero de cadáveres: de los heridos, no dejó ni uno solo.

»Me adelanté con mi partida, á fin de acometer por vanguardia á los conductores de los enfermos: recibí un balazo en el tobillo, caí rodando por una pendiente y quedé oculto entre las zarzas, á seis metros del enemigo, quien, por fortuna mía, no llegó á verme.

»Un sargento de cazadores, herido de suma gravedad al principio del fuego, iba á cuestas de un soldado contuso, y junto á él marchaba Aguilar. Detuviéronse los tres al llegar á donde yo estaba, y escuché este diálogo:

»—Mi comandante, sería inútil; ya he dicho á usted que me voy muriendo; no he de llegar al término de la jornada, padezco mucho, y no hago más que privar á usted de mi conductor, que aun puede batirse.

»—¡Animo! ¡ánimo! ya llegaremos.....

»—Yo no llego de ninguna manera; lo sé, mi comandante; por salvar á un muerto, se expone usted acaso á tener que dejar heridos: ¡máteme usted, por María Santísima! ¡Se lo ruego por lo que más quiera en el mundo! ¡Yo no puedo consentir que por mí mueran otros! ¡Sería un crimen, mi comandante! ¡Un buen balazo en la cabeza, y moriré á gusto! Si no manda usted que me acaben, me acabará el remordimiento antes de media hora. Siquiera, que sepa yo que muero prestando un servicio á mis camaradas. ¡Por amor de Dios, don Eugenio! ¡Por caridad! ¡Matéme usted! ¡Yo de aquí no paso!

»Hubo un momento de silencio en todo el campo: cesó el ataque; parecía que los combatientes pactaban una tregua para admirar la abnegación del sargento de cazadores.

»Después de una breve y solemne pausa, oí la voz del sargento que decía con extraordinario vigor:

»—¡Viva España!

»Sonó un disparo de fusil, sentí rodar cerca de mí un cuerpo inerte, y algunas gotas de sangre cayeron tibias sobre mi rostro.

»Inmediatamente volvió á trabarse la pelea: á las descargas de los insurrectos contestó el fuego graneado de la columna: amigos y enemigos pasaron por delante de mí como una turbonada.

»Quedé solo, junto al cadáver del sargento.

»Al cabo de una hora, el silencio más absoluto reinaba en el campo.

»Los buitres del trópico aparecieron sobre mi cabeza, describiendo círculos cada vez más estrechos, cada vez más bajos, hasta que uno de los atrevidos se posó encima del cadáver, mirándome con estúpidos y penetrantes ojos.

»Me incorporé aterrado: y al extender un brazo para espantar al asqueroso carnívoro, tropecé con el cuerpo del sargento de cazadores. Tenía deshecha la cabeza: estaba bien muerto.

»Dolor agudísimo producido por mi herida me obligó á caer sobre el cadáver. Allí, en intermitente desmayo, escuchando los sollozos de los cocodrilos, los aullidos de los perros cimarrones y el aleteo de las fúnebres auras, pasé una noche eterna, espantosa, inolvidable.

»Mi partida me recogió al amanecer, contemplándome con asombro: tenía yo el cuerpo lleno de picotazos, la frente desgarrada, y *el cabello blanco*.

»El cadáver del sargento recibió cristiana sepultura.

»Me condujeron á un hospital de sangre. En él supe que Aguilar, resistiéndose como una fiera, había llegado al término de su larga jornada con los restos de la gloriosa columna: 26 hombres útiles y 84 heridos. Dejó muertos en el camino 118.

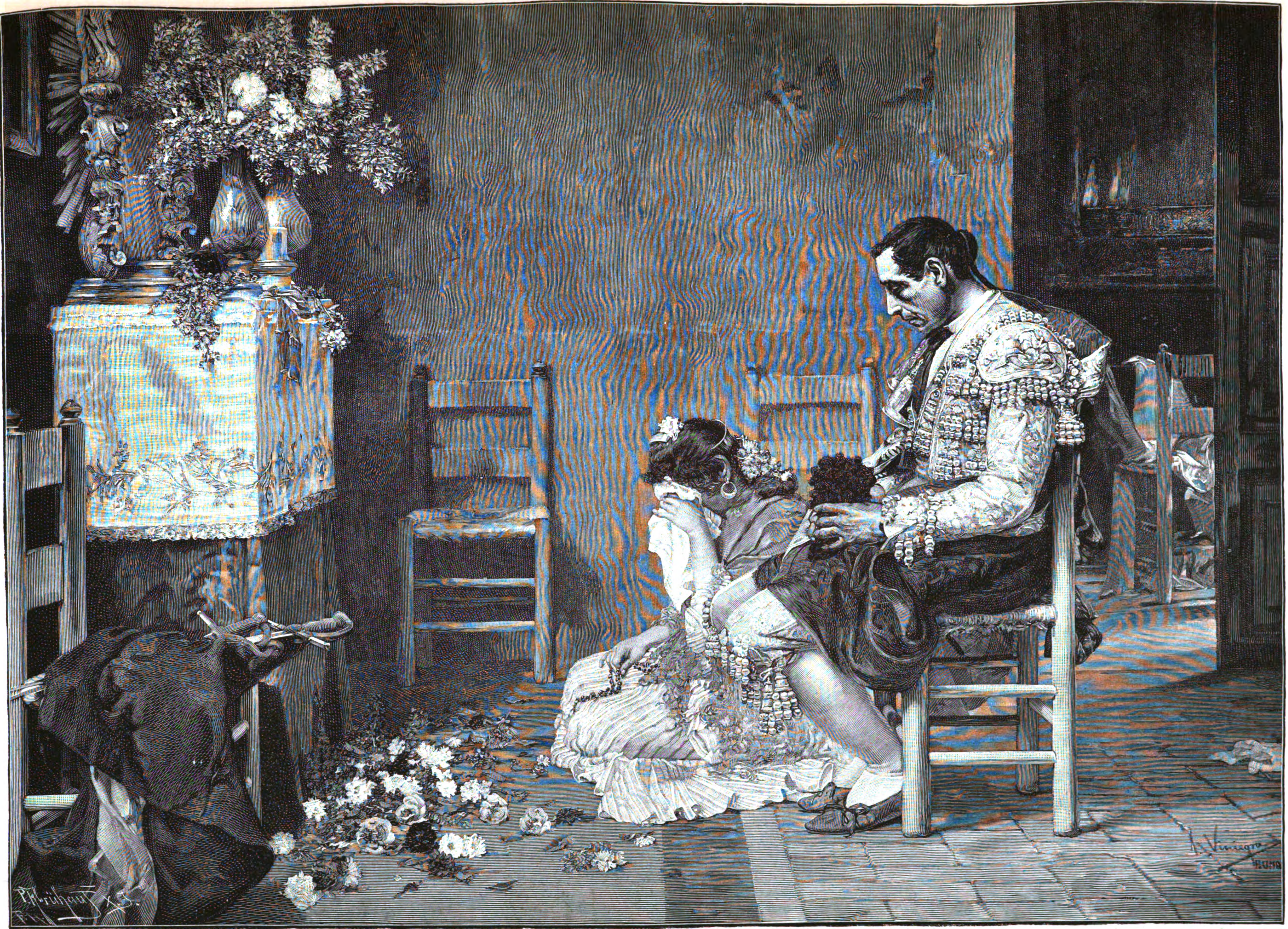
»Así ganó Eugenio Aguilar la cruz laureada de San Fernando.»

Adolfo Llanos.



MADRID.—UNA TARDE DE SEMANA SANTA EN LAS CUATRO CALLES.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA.



LA MUERTE DEL MAESTRO.

CUADRO DE S. VINIEGRA.

CUENTOS DE LEVANTE.

PASCUA LEVANTINA (1).

I.

DESDE el día antes clamaban los chiquillos por la «mona». En cuanto se extinguió el campaneo de «Gloria» que resonaba doblemente en el eco, al parecer lejano, como si saliese de las profundidades de alta mar, y cesaron también los toques irregulares de pitos, campanillas, almireces y demás instrumentos que en los barcos y vapores movía la tripulación, mezclando tanta algazara á la que hacían carniceros y pescaderos en la plaza Mercado, ya hubo de considerarse la gente menuda en plena Pascua, muy especialmente para el efecto de la consabida merienda tradicional. Protestó la madre contra aquel adelanto, prometiendo, para apaciguar deseos, que al día siguiente irían todos, con cestas descomunales y bien henchidas, á las inmediaciones de la estación de Murcia, sitio predilecto de la familia y muy concurrido en tales días de fiesta. Con esto hubo transacción, y con impaciencias mal contenidas aguardóse al domingo de Pascua.

Que amaneció algo pitarroso por el horizonte del mar, con nubes redondas y entre blancas y grises, que echaban grandes sombras en el agua, turbando el azul subido de ésta. Por el lado de Tabarca veíase más limpio el cielo; y el sol, con su reflejo dorado alrededor de la isla, la destacaba como en el aire, con anacarados tonos que la poetizaban y engrandecían. En el puerto, donde no llegaba el nublado, todo era luz, fuerte y deslumbrante, que parecía acentuar los colores vivos de las banderas colgadas, bien en los topes de los palos, bien á proa y á popa de los buques.

Con graves temores de lluvia se pasó la mañana, temores alimentados por el recuerdo de tormentas vespertinas en años anteriores. Pero triunfó al cabo el sol, y apretó de lo lindo con sus calores, que hacían sudar como en el mes de Junio. Con lo cual quedó convenida la excursión y preparadas las provisiones de boca, que eran abundantes.

El jefe de la familia—el ínclito D. Ramón, *Pancha* por mal nombre entre los polleros de la plaza—quiso aquel año no salirse de la regla en punto á la «mona»; quiero decir, que suprimió todo aditamento extraño ó nefanda mezcla con sustancias alimenticias no consagradas por el uso. Limitó la lista á lo tradicional: las «monas», los rollos de *pan quemado*, las longanizas, los huevos duros, las habas, la lechuga, el queso..... sin ablandarse á ruegos de añadir algún pollo de los más gruesos y apetitosos que ostentaba su tienda del mercado. Otras veces habíase hecho así, juntando en uno merienda y cena; mas se vió que traía grandes perjuicios para la gente menuda, harto tragona de suyo, y sobre todo, era introducir elementos perturbadores en la costumbre y ley primitiva, y á eso no se avenía *Pancha* como pudiese.

No hay que decir si antes de media tarde estaría ya clamando por la «mona» la chiquillería. Llevó la voz cantante el primogénito, Ramoncito, cuyo arrojo y travesura eran bien notorios en la casa. Teníanlo sus padres archimimado, consentido y casi salvaje. Usaba él de esta libertad de las maneras más sonadas y menos cómodas para el vecindario: ora disparando fulminantes en lo mejor de la siesta; ora contando, á porrazo limpio de nudoso bastón, los escalones: ora peloteando en el portal con grave riesgo de cristales; ora tirando piedras á los cacharros de un tenducho fronterizo, con otras y otras ingeniosísimas artes que su natural inventiva le iba procurando, haciéndolé salir por el registro que menos se esperase. Pues Ramoncito, llevando la representación y voz de sus tres hermanos menores—un varón y dos hembras—y de un primito que había acudido para ser también de la fiesta, interpeló á las personas mayores acerca de la mayor ó menor proximidad de la merienda. Se le contestó con buenos modos que aun no era hora, y él supo replicar con gran donaire que ya eran repetidos los coches y tartanas, repletos de gente, que habían pasado por la calle anunciando que el respetable público se apresuraba á llegar al campo para la consabida celebración de la Pascua. Agradó este rasgo de ingenio inductivo á los padres: y á poco estuvo que cediesen, apechugando con el prematuro viaje, á pesar del grave sol que caía. Afortunadamente, D. Ramón se atrevió á replicar con timidez, y como pidiendo perdón á su primogénito de atrevimiento tan desusado, que los de los coches eran gentes que habían de ir lejos, y por tal motivo adelantaban el viaje: mas que para ir tan sólo al punto que ellos tenían concertado, no se hacía preciso afrontar los fieros rayos del sol en hora tan temprana. Pareció bien por milagro de Dios á Ramoncito no insistir en su porfía, y quedó todo apaciguado; hasta que algo después, llegados varios amigos que quisieron unirse á la partida, con menor peligro de insolación tomaron todos el camino previamente determinado.

Había quedado la tarde—á lo menos, por aquel trecho de cielo—despejadísima y brillante, convidando á la expansión. Y no cabe decir sino que los levantinos respondieron bien al halago de la Naturaleza. Eran ríos de gente las calles, y en todos los rostros brillaba la alegría, el afán de divertirse y de comer, que suelen ir parejos en la debilidad humana. La gran masa del pueblo, endomingada, lo llenaba todo, ahogando tal cual manifestación de la burguesía rica, que más bien se quedaba en casa ó había tirado camino de la Huerta. Las mozas garridas del Barrio Nuevo, airosas en el andar, saladas y atrevidas en las ocurrencias, iban proclamando la belleza y la gracia de la tierra, con faldas claras, primaverales, rico mantón, calza lo exquisito y muy cuidado y reluciente moño. También se veían cigarreras de San Antón y de Santa Cruz, con alguna de la Villavieja, que en lugar de echar hacia Levante, determinó correrse al lado de Poniente, como más despejado y animador. Todos iban en demanda de campo abierto, entonando en sus risas, en sus ademanes, en el chispear de los ojos, el cántico de la primavera, del buen sol, del cielo azul y de la alegría levantina, que es todo uno.

II.

Llegó al cabo D. Ramón con su prole y acompañamiento al sitio preferido. El cual era, efectivamente, de los que gozaban más predicamento para fiestas tales; porque dada la aridez y sequedad de los alrededores de la población, si no es punto de mullida y verde hierba alfombrado, tiene, á lo menos, próximo un macizo de palmeras, que al fin son árboles, y gózase desde él de amplio panorama, abarcando todo el recodo de Poniente de la bahía, entre el puerto y el Cabo de Santa Pola, por encima de la estación del ferrocarril de Murcia. La comitiva no se detuvo mucho en admirar la placidez del mar, que se movía tan sólo en ondulaciones anchas y solemnes, doradas por el sol, que ponía así colores nuevos en el tono azul dominante del agua; ni consideró la dulce curva de la playa vecina, en la cual morían sin ruido levísimas olas, apenas espumosas, ni el llameante horizonte de la montaña, deslumbrador de luz, que fingía nieblas y recortaba las lejanías, cada vez más accidentadas; ni sintió tampoco la belleza que, á su modo, tenía el castillo, puesto como enorme reflector, todo rojo de los rayos que de Poniente le llegaban; sino que se preocupó tan sólo de buscar buen sitio, limpio de piedras, en medio de las ya numerosas partidas de gente que se le habían anticipado, y de las cuales algunas empezaban á comer. Luego de encontrado el sitio, hubo de discutirse un rato si se procedía desde luego á consumir la «mona», ó se harían tiempo y ganas con algunos juegos inocentes que movieran los músculos, excitando el estómago. Como de costumbre, Ramoncito metió cucharada en la discusión, opinando por la bucólica lo más pronto posible; y no será malicia suponer que su voto (bien que ayudado por la gazuza de alguno de los comensales) fué decisivo en la cuestión. Dejáronse para más tarde los juegos, y sentados todos sobre la madre tierra, en círculo, extendió primeramente doña Vicenta (la digna consorte de D. Ramón) un medio mantel, limpio y nuevo, y encima fué depositando las varias provisiones que en cestas habíanse traído.

Y en esto ocurrió la primera sorpresa de la tarde. Halláronse las diferentes «monas», incluso la grande de doce huevos, artísticamente pellizcadas todas en diferentes puntos de su contorno. A ninguna le faltaba trozo mayor; mas todas parecían como mordidas de ratoncillo menudo y comilón. Grande ira produjo tal sistemático destrozo á D.ª Vicenta, como también á D. Ramón; y fué tanta, que por primera vez en su vida propinó este último un cachete (no muy grave, en verdad) á su primer retoño, quien, como era de suponer, resultó autor de la fechoría. Berreó el chiquillo, gritaron los padres, pusieron paz los parientes y amigos, alegando que no era ocasión aquella de reñir, ni la travesura del chico merecía mayores castigos y enfados; y acabóse todo con empezar á partir las «monas» y ahogar el duelo, no con pan, sino con masa más dulce y apetitosa.

No hubo, sin embargo, gran sosiego en la concurrencia. Como una de las gracias de la «mona» consiste en romper los huevos duros en la frente del vecino, porfiaron todos en lograrla, evitando juntamente que la lograsen otros en ellos. Aquí desplegó Ramoncito toda la travesura de su ingenio fecundo; primeramente, manchando toda la cara de su primo con la clara y yema de un huevo que á prevención había traído sin cocer, lo cual casi convierte la fiesta en dura pelea de chiquillos: y luego (y ésta fué la más negra) probando á romper otro ya duro en la nariz de la criada, que se resintió del golpe con agudo chillido y protestas de subido tono. Y aunque trataron de calmarla, ella, recelando nuevos ataques y bien dolida del primero, que suponía le había de acardenalar la nariz, apartóse un trecho del corro, merendando aparte y con largo hocico de enfado.

Las personas graves daban en tanto buena cuenta de las «monas», de la longaniza, del queso, de las habas y demás componentes de la merienda, con sendos tragos de las varias botellas que la solicitud de D. Ramón procuró. Y con el comer y el beber se les fué aumentando la alegría, acrecentando la broma, desligando la lengua, que acometió con todo género de burlas y gracias, y aun estableciendo diplomáticas relaciones con grupos vecinos, que sentíanse igualmente propicios á la libertad de comunicación. De pronto, saltó D. Ramón diciendo:

—Reparad cuánta gente nos mira desde lo alto.

Levantaron todos la cabeza, y, efectivamente, en una eminencia cercana, que corresponde á los confines del barrio de Benalúa, gran copia de curiosos presenciaba las alegrías de los que abajo merendaban: riendo de su algazara, de sus juegos y cabriolas, y sintiéndose contaminados de aquel aire de fiesta que, más que el vino, parecía emborrachar á todos. Interpelaron los de abajo á los mirones con dichos graciosos, y alguno replicó desde arriba, comenzando así agudo tiroteo que á veces subía de punto en fuerza y color. Y en esto hallábanse, cuando pareció á muchos oir lejano estruendo sospechoso. Pararon en seco las más de las conversaciones, y preguntaron de un extremo á otro:

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Un trueno—dijo alguien.—Tendría gracia que nos lloviera.

—¡Bah! no será nada—apuntó otro.—Siga la broma.

Y siguió con mayor animación, terminadas casi todas las meriendas, ó á punto de terminar con el indispensable postre de naranjas.

Pero lo del trueno no era broma. Se renovó á poco, y los mirones de arriba, que podían ver mejor el cielo por la parte N. y E., empezaron á desaparecer. Notado lo cual por los de abajo, puso en zozobra á muchos, que trataron de replegarse á tiempo: pero los más echaron á broma la cosa y continuaron la fiesta.

El nublado avanzaba, y comenzó á soplar fuerte viento que armó grandes polvaredas. Todavía tardó la lluvia, y los truenos no se repitieron, circunstancias ambas que envalentonaron á los optimistas. Pero de pronto, ¡Madre de Dios! cayó el chaparrón más soberbio que en muchos meses se había visto; y entonces fué el correr de un lado para otro, buscando refugio, á la vez que se procuraba salvar del remojón los restos de comida y los avíos de mesa. Chillaban las mujeres, gritaban los hombres, bien bromeando, bien procurando orden en la dispersión general, mientras se obscurecía el cielo y volvían los relámpagos seguidos de fragor horrísono. En la confusión, nadie sabía hacia dónde tirar. Probaron unos á escalar la altura del barrio, no sin caídas frecuentes, y otros corrieron á la estación y á varias casas próximas. D. Ramón perdió toda su gravedad, y hasta se empeñó, sin saber lo que hacía, en meter en una de las cestas su sombrero hongo, creyéndolo sin duda rollo de pan quemado. Sólo Ramoncito supo conservar toda su serenidad en medio de tanto desorden. Quizá encontraba especial delicia—vedada al resto de las gentes—el ingenioso muchacho en mojarse lo mejor posible y desafiar la ira de los elementos. Ello es que se quedó allí tranquilamente, guiñando los ojos cada vez que brillaba un relámpago, y comiendo de las varias cosas que yacían por el suelo.

Por fortuna, fué aquélla nube de verano; y aunque algo violenta para lo de costumbre, pasó en breve, corriéndose hacia el mar, que había ennegrecido sus aguas y se agitaba con cierta bravura, tomando tintes verdosos hacia la orilla. Fué alejándose el nublado, sin cesar de llover sobre la bahía; y como se despejase algo por Occidente, brilló el sol, y pintó hacia el Sur, sobre las tinieblas del cielo, luminoso arco-iris de vivos colores. Todavía relampagueó algo la nube en lontananza, cubriendo la isla y el cabo de Santa Pola: mas por la parte de tierra quedó sólo leve nublado, que á trechos dejaba ver un fondo no azul, sino verde, brillante y vigoroso en algunos puntos. Cubrióse otra vez el sol, aunque ligeramente; y quedó todo en media luz, que daba tonos fríos á las cosas y al cielo.

Entonces comenzaron á salir, como caracoles, de sus refugios los dispersos comensales, y reaparecieron en el lugar de la merienda: los hombres, bromistas y carantoñeros, las mujeres algo mohinas, con las faldas levantadas y luciendo, quieras que no, la ropa blanca más ó menos almidonada. Como lo encharcado del suelo no permitía reanudar la fiesta, recogió cada cual lo suyo que halló á mano, y se dispuso para volver á la ciudad. Lo elástico del genio levantino les volvió á todos el buen humor: y salvo contadas excepciones, emprendieron el camino cantando á voz en cuello, en coro, hombres y mujeres, ó riendo á carcajada suelta, con expansiva y simpática animación.

También D.ª Vicenta y su digno esposo recogieron al cabo á los suyos, que de uno y otro lado fueron saliendo. No hay que decir si Ramoncito estaría hecho una sopa, lo cual dió graves temores á todos de que le sobreviniese al inteligente rapaz algún resfriado de padre y muy señor mío: pero él, lleno de valor, mostrábase optimista y sonriente.

Volvieron por el camino bajo, sospechando que los tranvías y ómnibus de Benalúa serían dificilísimos de lograr por la acumulación de gente: y á pie, les resultaba más corta aquella vía. Bordearon la estación de Murcia, torciendo hacia la playa y huyendo la carretera llena de fango. A medida que iban acercándose á la ciudad aumentaba el número de paseantes, fugitivos de la lluvia, que volvían apresuradamente aprovechando el claro; pero no había en ellos preocupación ni disgusto. Les seguía la fiesta por dentro, y les rebosaba por los ojos y la boca. Algunos coches pasaron también, repletos de gente, que cantaba canciones populares ó tonadillas de zarzuela. Retumbó el tiro con que el cañonero surto en el puerto saluda la puesta del sol: y en la Explanada, por entre el ramaje de palmeras, brillaron algunas luces de los cafés y casas inmediatas. Sonó la campana de San Nicolás, repitiéndose solemnemente en el eco lejano: y luego todo cayó en silencio grave, que nuevamente interrumpieron las canciones de los que volvían.

Apresurando el paso, metióse D. Ramón con su comitiva por la primera calle, ganoso de llegar á casa para cambiar las ropas al primogénito. Cuando llegaron frente á la plaza del Mercado, desembocó un grupo de marineros, franceses ó ingleses—no sabía D. Ramón bien si lo primero ó lo segundo—que, cogidos del brazo, formando larga fila, iban entonando una canción de ritmo extraño, que á los levantinos les pareció impregnada de tristeza. Contra lo ordinario, á ninguno se le ocurrió broma ni chiste. Dejaron pasar á los extranjeros con cierta simpática consideración, como si comprendiesen que también ellos celebraban la Pascua con música que les recordaba el país lejano; y como uno de los marineros, fijándose en D.ª Vicenta (que todavía estaba de buen ver) le echase una flor en castellano chapurradísimo, rieron todos, sin ofenderse, y aun llevaron la benévola disposición de su humor hasta ofrecerles por señas el vino que había quedado. Pararon los otros, aceptando; y allí, en medio de la calle, juntáronse los dos grupos, hablando por señas y risas, y celebrando Pascua de fraternidad cuyo sentido quizá no comprendían bien, pero les llegaba al alma á unos y á otros.

RAFAEL ALTAMIRA.

(1) Este cuento es absolutamente inédito. No figura en el volumen publicado recientemente por el autor con el título mismo que encabeza este y otros trabajos, cuyas primicias obtuvieron los lectores de LA ILUSTRACIÓN.

LAS CASAS DE SABOYA Y DE ORLEANS,

CON OCASIÓN DE LAS BODAS

DE LA PRINCESA ELENA Y DEL DUQUE DE AOSTA.

Recibiendo hace pocos días el rey Humberto á una distinguida Comisión del Municipio de Roma, encargada de presentarle las felicitaciones votadas en el Capitolio con motivo del enlace, ya oficial, de su sobrino y segundo heredero del trono, príncipe Manuel Filiberto de Saboya, con la princesa Elena de Orleans, dijo que el matrimonio se realizaría muy pronto, y que la capital de Italia vería en su seno á los futuros esposos antes de que, como todos los estíos, la abandonase la familia Real. Parece esto desmentir explícitamente la noticia de que las bodas se aplazarían hasta Septiembre,

para que terminasen antes de tan fausto suceso los lutos que lleva la familia de Orleans por la muerte del Conde de Paris. Sin ser todavía un hecho definitivo ni el día fijado para el casamiento, ni el sitio en que habrá de realizarse, todo indica, á la hora en que escribo esta Crónica, que tendrá lugar en la última quincena de Mayo, y con preferencia á Turin, primitivamente designada en Stowe-Housse, la residencia que por tanto tiempo han habitado los hijos y nietos de Luis Felipe de Francia. Cuando los jóvenes prometidos, que, reunidos ya en Inglaterra y disfrutando la hospitalidad de los Príncipes de Gales, reciben las felicitaciones de multitud de personajes, entre los cuales figura el Duque de Alba, representando á la Reina Regente de España; y el Jefe de la familia de Orleans, Felipe Roberto, da cuenta de estos esponsales á la abuela, Duquesa de Montpensier, y á su hermana la Reina de Portugal, mientras los novios lo harán pronto personalmente á ésta y á la otra reina María Pía de Saboya y de Braganza, no parece posible que un matrimonio á cuya sanción nada falta, se demore por espacio de seis meses. Que se verifique en la mansión que más tarde abandonará la Condesa de Paris, para residir en los castillos que el Duque de Montpensier, su padre, poseía en Francia, y en los palacios que tiene en Andalucía, es más verosímil, dadas las consideraciones internacionales que es preciso tener en cuenta. La situación especialísima del Conde de Paris, hermano de la prometida, desterrado de Francia como pretendiente á su corona, hace imposible que las bodas, á las cuales no puede menos de asistir, tuviesen por teatro, y como deseaba el Duque de Aumale, principal protector, con la Reina de Inglaterra, de estos amores, en ese castillo legendario de los príncipes de Condé, donde, á la sombra de los seculares árboles del parque de Chantilly, se juraron amor el primogénito del que fué un día rey de España y la más simpática de las princesas, cuando, nueva Diana cazadora, recorría sus bosques como la más apuesta y bella de las amazonas. La capital y antigua corte del Piamonte, aun siendo más natural su designación, y deseándola vivamente su pueblo, tan afecto á la dinastía secular de Saboya, ofrecía también algunos inconvenientes, debiendo concurrir á tal ceremonia los Reyes de Portugal, tan cercanos parientes de los novios, el Duque de Orleans con los Reyes de Italia, y varios príncipes de casas reinantes ó expulsados de Francia, que está en las fronteras piamontesas. El Presidente de la República y los Ministros, indirectamente consultados sobre estas bodas, han podido manifestar con elevación de sentimientos que, sea cualquiera la situación de la familia de Orleans, Francia verá siempre con gusto el enlace de una princesa francesa, que tan alto siente el amor patrio, con un vástago de la familia Real de Italia, á la que llevará este mismo amor de su primitiva nacionalidad, pero acaso no les hubiera complacido igualmente un magnífico alarde de estas bodas regias en sus propias fronteras. Todavía no ha podido olvidarse que la brillantísima recepción con que el difunto Conde de Paris celebró en la capital de Francia, que entonces habitaba, los esponsales de su otra hija con el heredero á la sazón del trono de Portugal, fué la causa de la expulsión de los Orleanes del territorio de la República.

Á Turin vendrán los nuevos desposados, y luego harán su visita á Roma y aumentarán con su presencia los esplendores de la próxima Exposición artística de Venecia, uniéndose al octavo centenario de la erección de su basílica bizantina y de la traslación, desde Alejandría de Egipto á la Reina del Adriático, de los restos mortales del patrono de la ciudad de las lagunas, el apóstol San Marcos. Á propósito de cuya Exposición, que inaugurarán los reyes Humberto y Margarita, diré, como paréntesis, que entre los inclitos pintores y escultores que á ella concurrirán de Italia, Dinamarca, Suecia, Bélgica, Germania, España, y otras naciones de Oriente y de América, abrigamos la convicción de que el primer puesto lo obtendrá nuestro célebre compatriota Villegas con su cuadro *El Triunfo de la Dogaresa*, cuya escena tiene justamente por teatro el Canal grande veneciano. Si otros lienzos del artista sevillano le acaban de valer el envidiado título de académico del Instituto de Bellas Artes de Berlin, mayores aplausos obtendrá del emperador Guillermo de Alemania, que, con las dos Emperatrices y el Príncipe de Gales, concurrirán á la ciudad de los Duxes.

⁂

Pero volvamos á nuestras bodas. En los momentos en que se publique este artículo llegarán á Turin los Reyes de Italia. Van á dar por sí propios las últimas disposiciones para el adorno y alojamiento del palacio Real, y del que existe en el delicioso sitio regio de Stupinigi, en las inmediaciones de la antigua corte saboyana, donde se hospedarán en los primeros tiempos Elena y Manuel Filiberto; y vendrán los Reyes de Portugal cuando se verifiquen en la ciudad que baña el Po estas bodas. Habrá un torneo con que quieren celebrarlas los jóvenes oficiales de los regimientos de artillería, cuyo coronel es el Duque de Aosta, próximo á ser elevado á general.

Italia como Francia se han asociado cordialísimamente á un matrimonio acogido con igual simpatía en Inglaterra, donde la idea nació al calor de la protección que le dió la reina Victoria, en España, en Portugal y en otras naciones. De ello son testimonio los comités que se organizan y las suscripciones que se abren, lo mismo entre las damas francesas de Paris que entre las ladys de Londres ó entre las señoras de Turin, Florencia y Roma, para ofrecer los más espléndidos regalos á Elena de Orleans. Ninguno, empero, sobrepujará en importancia al de la rica posesión que en Sicilia adquirió el Duque de Aumale después de su enlace con una Princesa napolitana: posesión célebre por producir el mejor vino de Marsala que da Italia, y á cuyo dón regio acompañará una renta vitalicia de cien mil francos, señalada á la sobrina predilecta del magnánimo Príncipe. Y sin embargo, estas bodas no han dejado en sus principios de ofrecer ciertas dificultades, además de haber estado—cuando todavía no se conocían los jóvenes prometidos—en peligro de ser sustituidas por otro enlace de más alta importancia y trascendencia. Sabido es que Elena de Orleans, que hoy sólo cuenta veinticuatro años, y que es alta, esbelta, rubia, de hermosos ojos azules, de figura tan elegante como simpática, de inteligencia vivísima y de instrucción tan distinguida, que la hacen una de las Princesas más seductoras de Europa, había inspirado una profunda simpatía al actual Czar de Rusia y al heredero del trono de Austria-Hungría, como hizo nacer una pasión vivísima en el Duque de Clarence, llamado á heredar la corona de la Gran Bretaña. Es un hecho conocido el del viaje que la princesa Elena hizo á Roma, para ver de alcanzar la autorización del Santo Padre en pro de este último matrimonio, autorización que León XIII no pudo conceder, no permitiendo las leyes de Inglaterra que los hijos de tal casamiento nacidos fuesen educados en la religión católica. La religiosa Princesa, heredera de los piadosos sentimientos de su madre, que fué infanta de España, se inclinó resignada y respetuosa ante las decisiones del Supremo Pastor de las almas, pero el hijo del Príncipe de Gales llevó grabada profundamente la herida en el corazón; y aunque necesidades de Estado le impusieron más tarde una unión, impedida por la propia muerte, con su prima María, hoy esposa de su hermano y Duquesa de York, en los delirios de la fiebre que lo llevó al sepulcro, llamaba á gritos á su amada Elena, para que le cerrase los ojos antes de expirar.

Pocos meses después, el Duque de Aosta, en los frecuentes viajes que hace á Inglaterra, y que muchos relacionaban con proyectos de enlace, propios ó del Príncipe de Nápoles, su primo, entre la casa de Saboya y la Real de Inglaterra, que, con respecto al joven Víctor Manuel con la princesa Maud, hija del Príncipe de Gales, todavía subsistirían en el concepto de muchos estadistas italianos, no obstante los mentís dados á tales proyectos y las dificultades que presentan, conoce á Elena de Orleans, y su corazón se prenda de la simpática Princesa. Uno y otro joven habrán debido sacrificar al destino fatal la primera pasión de su juventud: Elena, la que supo inspirar al infortunado Duque de Clarence; Manuel Filiberto, la que, apenas salido de la infancia, sintió por la que poco tiempo después fué segunda esposa de su padre, Leticia de Bonaparte y Saboya. El tiempo dió vida á estos amores, que tuvieron su idilio en los parques de Inglaterra, como en los bosques de Chantilly. Pero fueron grandes, si no insuperables, los obstáculos opuestos á su unión, aun contando con todo el apoyo de la Reina de Inglaterra y del Duque de Aumale. El rey Humberto, jefe de la familia de Saboya, vaciló mucho antes de dar su consentimiento al enlace del segundo heredero de la Corona con una princesa de la familia de Orleans, aun mereciendo la augusta joven sus más ardientes simpatías. Pero ya otro príncipe, hijo de su hermana Clotilde de Saboya, Napoleón Víctor, era pretendiente al trono de Francia, y enlazarse tan íntimamente los Saboyas con los Orleanes pudiera hacer más profundas las diferencias que los sucesos han creado entre las dos naciones, separadas, más que por los Alpes, por los sucesos de 1870, objeto éstos de discusión vivísima todavía en la prensa franco-itálica con ocasión de las recientes memorias del Príncipe de Metternich y de las notas del Conde Nigra. Por otra parte, en el Quirinal se ignoraba cómo sería recibido este enlace por los aliados de Italia: los dos Imperios germánicos. Poderosísimos mediadores disiparon todos estos obstáculos. La madre política del Duque de Aosta, la princesa Leticia, ayudada del Duque de Aumale, ganaron para la combinación proyectada las simpatías de la Francia republicana. La Reina de Inglaterra se encargó de obtener el apoyo de su nieto el emperador Guillermo, y tan completamente lo consiguió, que cuando el príncipe Manuel Filiberto se trasladó á Viena para asistir á las exequias del gran archiduque Alberto, pudo oir de labios del Soberano de Alemania, como del Emperador de Austria-Hungría, los votos que hacían por el éxito feliz de sus esperanzas. Las últimas vacilaciones del Monarca italiano las disipó su hermana la reina Pía de Portugal. Quedaban por obtener el consentimiento y las bendiciones del Pontífice, tan deseadas por Elena de Orleans, como se vió cuando su proyectado matrimonio con el Príncipe inglés. Es verdad que en éste no existían diferencias de religión; pero los que no ignoran que ciertas observaciones del Vaticano han podido contribuir á la no realización del tantas veces anunciado matrimonio del Príncipe de Nápoles con la princesa Clementina de Bélgica, y con una Archiduquesa de Austria-Hungría, podían recelar que no fuese del agrado de la Corte pontificia el que una Princesa de las más antiguas familias Reales de Europa, enlazándose al segundo heredero de la Corona itálica, aumentase los prestigios de la casa de Saboya y de los conquistadores de Roma. La misma reina María Pía, invocando su título de ahijada de Pío IX, y Clotilde de Saboya, alegando su piedad, fueron las intercesoras cerca de León XIII, quien no sólo alzó todo obstáculo, sino que, dentro de la reserva que los acontecimientos y su situación especialísima le imponen, ha bendecido las futuras bodas.

⁂

No son éstas sino una página más, y que no aparecerá la menos bella en la historia de los numerosos enlaces, que llegan á treinta y uno durante los ocho siglos que cuenta la casa Real de Saboya, á la cual la de Hugo Capeto dió hasta catorce princesas, habiendo recibido otras diez y siete de la estirpe Sabauda. No será inoportuno con ocasión de estas bodas consagrar una página retrospectiva á los más famosos de estos enlaces. La primera princesa que pasó los Alpes franceses fué Bona de Borbón, esposa de Amadeo VI, el famoso conde Verde, y regente del Ducado al partir Amadeo para la Cruzada. Sucediendo en los anales á otra Princesa de Bery aparece Yolanda, que se desposó al duque Amadeo XI *el Beato*, y que hermana de Luis XI de Francia, quedando viuda con numerosos hijos é hijas ternísimas en 1472, aparece como una nueva D.ª María de Molina de Castilla en la historia de la Saboya. Con un valor heroico defendió contra el sombrío Luis XI y contra Carlos *el Temerario*, duque de Flandes, el trono de su hijo niño que en vano intentó arrebatar con sorpresa Carlos de Borgoña, ó mantener como prenda pretoria de sus ambiciosos proyectos el Monarca francés, salvándolo merced á un valeroso caballero, y dando orden á los dignatarios del ducado para que desobedezcan las que podría firmar por sorpresa cuando Luis XI le llamó á Chambery.

Margarita de Borbón, mujer de Felipe II llamado *Senza-terra*, porque, en efecto, perdió casi todos sus estados, dió en Luisa de Saboya una madre á Francisco I de Francia. Á su vez, Margarita de Valois, hija de ésta y esposa de Manuel Filiberto, princesa que por su belleza y su inteligencia recuerda á la destinada á enlazarse con el Príncipe que lleva igual nombre, participa de las glorias del vencedor de San Quintín, cuya estatua adornó una de las más hermosas plazas de Turin. María Cristina, hija de Enrique IV y de María de Médicis, es la sexta princesa enlazada á un príncipe soberano de la casa de Saboya. Popularísima, con el título de Mme. *Reale*, en el Piamonte, como en Roma misma, á cuyos palacios, que lo son hoy del Senado como lo fueron de la Cámara de Diputados piamontesa, dió nombre, demostró durante las guerras de aquel siglo, y mandando en persona los regimientos del ejército piamontés, todas las altas cualidades de su alma, defendiendo el trono de sus dos hijos, que niños se suceden, con la misma energía de Yolanda contra las empresas de Luis XIII, su hermano, y las ambiciones del cardenal Richelieu, logrando salvar el pequeño Estado sabaudo. Subido al trono Luis XIV, Cristina, con gran golpe de audacia, declara la mayoría del hijo no cumplidos los diez y seis años, y después de la guerra de Sucesión, le ve elevado á la dignidad de rey. San Francisco de Sales fué el gran limosnero de la piadosísima Princesa, fundadora de los más hermosos templos de Turin, y que rivaliza con el santo Obispo de Ginebra, haciendo don de sus joyas, como aquél de su propio pectoral, á los menesterosos.

Cierra esta brillante serie de princesas de Francia venidas á Italia María Clotilde, hermana de Luis XVI, de Luis XVIII y de Carlos X. Dotada de un carácter celestial, era adorada, y la leyenda piamontesa le atribuye la salvación de su esposo y de sus hijos, cuando arrojados de sus Estados por los ejércitos revolucionarios de la Francia, y yendo á buscar un refugio en la isla de Cerdeña, los corsarios atacan la nave que conduce á la familia de Saboya y las esperanzas de la patria. Serena sobre el puente del buque, parece el ángel tutelar. El rey Carlos Manuel, que recobrado el trono la ve morir en ese palacio de Caserta, obra inmortal de nuestro Carlos III, al besar sus bellos ojos, dijo que éstos sólo se habían fijado en él y en el Crucifijo que abrazaba al expirar. Sepultada en Santa Catalina, el sepulcro de María Clotilde Adelaida, reina de Cerdeña, fué pronto objeto de peregrinación y motivo de curaciones milagrosas, por lo cual Pío VII elevó á los altares á esta princesa de la casa de Saboya.

Conde de Coello.

¡CONTIGO!

(Á MI MADRE EN SU CUMPLEAÑOS.)

Añade un año á la cuenta,
Y no te enfades, por Dios,
Aunque sumes los sesenta.
Yo paso de los cuarenta.....
¡Somos *dos viejos* los dos!
Pasamos aquella edad
De las ilusiones vanas.
Hoy llega la realidad,
Y á los dos nos dan las canas
La misma formalidad.
Los dos, cubiertos de nieve,
Cruzamos la vida breve;
Pero mi carga es mayor.
¡Tienes un hijo y yo nueve!.....
Necesito más valor.
A ti mi amparo te resta:
¡A mí, hecha el alma pedazos,
Nadie su apoyo me presta,
Y se sube mal la cuesta
Con tantos hijos en brazos!
Mi dulce carga bendigo
Si á ti igualarme consigo
En la penosa jornada
Y logro llegar contigo
A la cumbre deseada.
¿Que es difícil el acceso?.....
Pues ¡arriba! y dame un beso,
Que, con la ayuda de Dios,
¡Tú más años, yo más peso,
Vamos iguales los dos!

José Jackson Veyán.

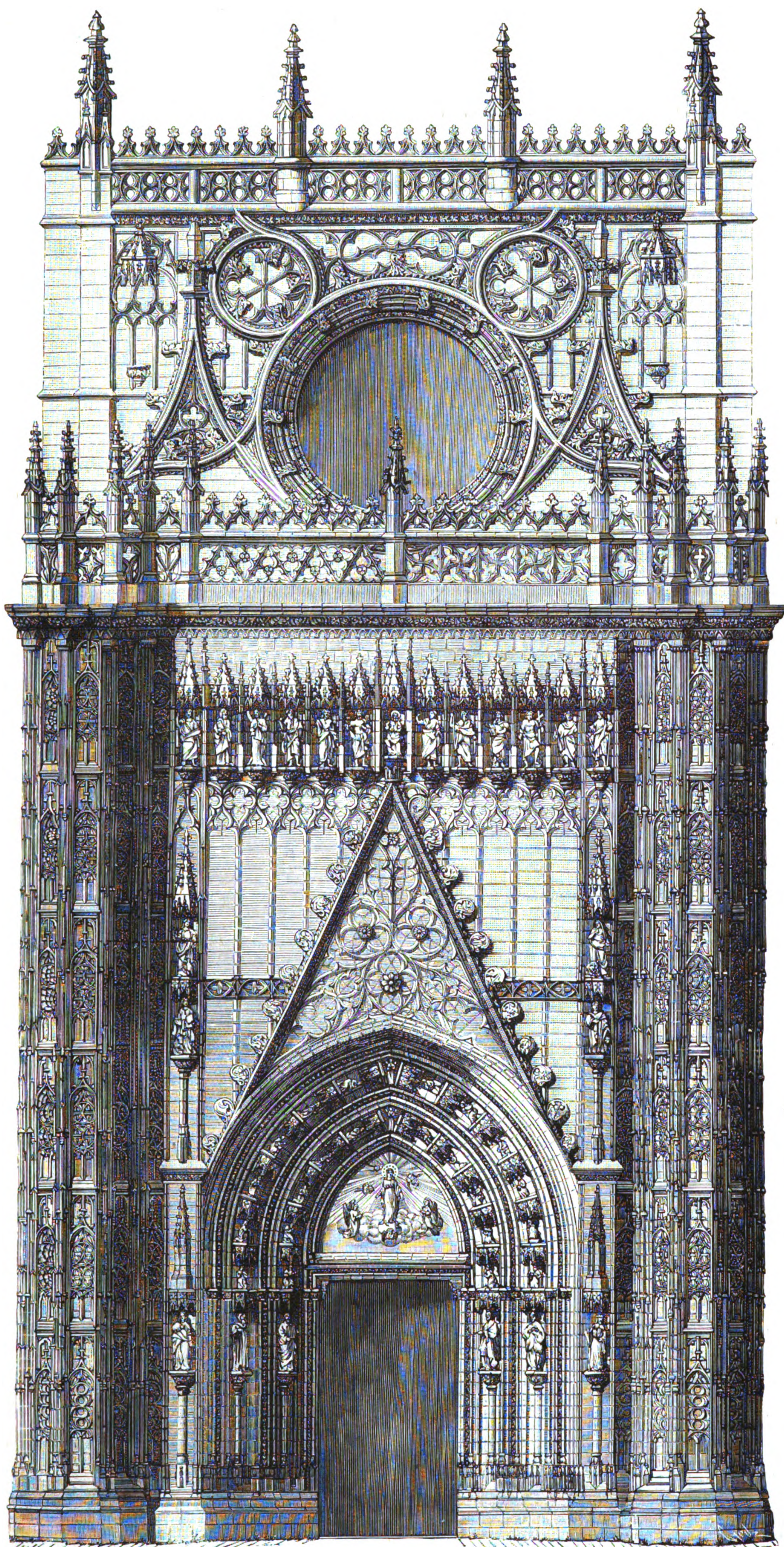
¡VILLAVICIOSA!

SONETO.

Á LA MEMORIA DE MI MALOGRADO HERMANO
JESÚS OCHOA
CAPITÁN DE LOS VOLUNTARIOS DE COVADONGA,
MUERTO EN EL CAMPO DE BATALLA.

Un plácido rincón entre mis lares
Quiso darme en tu suelo la fortuna,
Y arrullaron los sueños de mi cuna
Tus tiernos melancólicos cantares.
¡Cuántas veces, viajero de los mares,
Á la luz argentada de la luna
Yo recité, sin olvidar ninguna,
Las preces del amor de tus hogares!
¡Quién sabe, peregrino de la vida,
Si en tu seno de madre cariñosa
Buscaré alguna vez la fe perdida!
Porque, triste mi suerte ó venturosa,
Va mi recuerdo á ti, villa querida,
¡No te puedo olvidar, Villaviciosa!

Rafael Ochoa.



CATEDRAL DE SEVILLA.—PROYECTO DE PORTADA
PARA LA CONOCIDA VULGARMENTE POR «PUERTA DEL PATIO DE LOS NARANJOS».

(DEL SR. D. ADOLFO FERNÁNDEZ CASANOVA.)

UNA PORTADA NOTABLE.

Al fallecer en la capital de Andalucía y florida reina del Guadalquivir, Sevilla la insigne, D. Antonio González de la Coba, hombre, á lo que se ve, de religiosos sentimientos y nobilísimos deseos, y, á la vez que entusiasta admirador de la grandiosa basílica hispalense, decidido partidario del distinguido arquitecto y catedrático de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid y académico muy reputado de la Real de Bellas Artes de San Fernando, Sr. D. Adolfo Fernández Casanova, se sirvió dejar como legado 150.000 pesetas, al laudable objeto de que este señor artista construyera, bajo de su acertada dirección y como mejor estimase conveniente, una portada para la conocida en lo vulgar por «Puerta del Patio de los Naranjos», técnicamente dicho, «Hastial Norte de la Nave del Crucero» de aquel monumento preciadísimo.

Y, con efecto, el Sr. Fernández Casanova procedió á su invención y proyección, que, después de los trámites reglamentarios observados por el Ministerio de Fomento y la Real Academia dicha, y tras de obviar algunas dificultades que se presentaban para ponerla en práctica, se aprobó por Real orden de 24 de Mayo último, con sujeción á estos particulares: que el importe de las 272.527 pesetas 77 céntimos á que se calcula ascender la construcción, se abone con cargo al donativo del Sr. González de la Coba; que se dé principio inmediatamente á la ejecución de las obras; que los fondos que se empleen en ellas se administren por la testamentaría de este señor, sin ninguna intervención de la Junta de obras de la propia catedral; que no se paralice la edificación hasta que se concluya; que no se introduzca modificación alguna en el proyecto aprobado; que la inspección se ejerza precisamente por el arquitecto de la zona; que la junta de obras facilite á la testamentaría ciertos útiles que expresa la soberana disposición de que extractamos esto, y, finalmente, que para la administración de las obras, se considere investida á la testamentaría con todas las atribuciones que el art. 7.º del Reglamento de construcciones civiles vigente concede á las juntas inspectoras de las obras del Estado.

EL PROYECTO.

Fórmalo una bellísima portada de elegante y severo corte, airosa y de excelentes proporciones, coronada por un gran arco ojival, en cuyo intermedio espacio elévase de pie, con majestad y gallardía, la ínclita Señora é Inmaculada Virgen Madre, nuestra soberana protectora y compatrona de España que da nombre á esta puerta. Místicos celajes rodean tan ideal figura, alzada sobre un mundo; uno de sus sagrados pies aplasta la antipática cabeza de la infernal serpiente, mientras que en derredor fórmase, en fin, una celestial composición de bellísimos ángeles y querubines.

Ciñe la augustísima cabeza de la Reina de lo creado diadema esplendorosa de rutilantes estrellas, y una aureola de luminosos rayos que la realzan y hermosean.

El gran arco ojival que corona esta composición ostentase exornado de calados y ricos doseletes, debajo de los cuales se cobija estatuaria bellísima sagrada. Y contrarrestan al arco, por sus lados, sólidos contrafuertes, exornados á su vez de doseletes terminados en airosas agujas, debajo de las que se guarecen, como en su casa propia, evangelistas y patriarcas.

El coronamiento de este arco fórmalo un gallardo y elevado pináculo ó *gablete*, bello y elegantísimo, exornado de trepados variados, al paso que exornan también su hueco diferente y linda tracería y variedad de rosas.

Los triángulos que quedan entre los contrafuertes y frontón se exornan asimismo de tracería, coronada por una andanada de nichos colocada en el sentido horizontal, puestos sobre ricas y variadas repisas, cosa preciosa, y cubiertos por afiladas agujas, bajo de las que se aposentan, dando mayor carácter á la edificación, Jesucristo Nuestro Señor y su admirable apostolado.

El total de la portada se remata con elegante cornisa, á la que exornan arquerías y follajes, recibiendo, en fin, el antepecho de coronación, dividido por pilaretes, cuyos remates respectivos son otras tantas agujas, y cuyos entrepaños se hallan exornados de tracería calada.

En suma, que la portada se halla comprendida entre dos marcos rectangulares, de los que el interior constituye el hueco dintelado de ingreso, y el exterior lo forma la línea de coronación de los pilares ó contrafuertes, y el espacio ó luz comprendido entre ellos.

Finalmente, y como la docta Corporación expresa por boca de su ponente el secretario perpetuo general Excmo. señor D. Simeón Ávalos, el proyecto á que nos referimos está inspirado en las puertas colaterales de aquella soberana catedral, si bien presentando una mayor grandiosidad, como demanda su condición de puerta *principal*, y se armoniza perfectamente con la que ideó y construyó el propio Sr. Fernández Casanova en el brazo Sur, y de la que dió á su debido tiempo noticia La Ilustración Española y Americana; que el concepto del *Hastial* es un importantísimo ramo de las construcciones ojivales, que, si bien definido en su conjunto, ofrece, sin embargo, gran latitud en sus detalles, permitiendo volar con toda libertad sobre ellos la fantasía imaginativa del artista, como lo demuestra bien claramente la inmensa variedad que existe en las fachadas de todos los templos ojivales; que las obras se empezarán tan luego como se arbitren los recursos presupuestados, para lo cual se ocupan con toda actividad en arbitrarlos los señores testamentarios; y, para concluir, que merece sincero aplauso esta postrera y relevante concepción artístico-religiosa del distinguido arquitecto, catedrático y académico Sr. D. Adolfo Fernández Casanova.

Manuel García de Otazo y Sivila,
individuo correspondiente
de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.



MANUEL FILIBERTO DE SABOYA,
DUQUE DE AOSTA.



LA PRINCESA ELENA DE ORLEANS,
PROMETIDA DEL DUQUE DE AOSTA.



LONDRES. — INVESTIDURA DEL PRÍNCIPE HEREDERO DE SIAM, EN EL PALACIO DE LA LEGACIÓN.
(De fotografía.)

LA INSPIRACIÓN EN LA REALIDAD.

Un hombre que observa mucho,
Mi amigo don Nicanor,
Sostiene que los poëtas,
Aun con el soplo de Dios,
Si han de dar á sus trabajos
La necesaria expresión,
Deben sentir lo que escriben,
Cuanto más hondo mejor.
Nadie escribirá poëmas
A las plantas del Mogol,
Ni al violín de Sarasate,
Ni á las ostras de Arcachón
Con más fe y con más acierto
Que el que aquellas plantas vió,
U oyó tocar al artista,
O el gratísimo sabor
Del marisco mencionado
Con frecuencia disfrutó.
Esto, al parecer, no tiene
Vuelta de hoja, no, señor.
Dice mi amigo que el que ama
Con verdadera pasión
Tiene mucho adelantado
Para hablar bien del amor.
No hay quien describa los bailes
De la gente *comm'il faut*,
Como el que todas las noches
Va de salón en salón.
Si, por ejemplo, se trata
De describir el dolor
Que la pérdida de un hijo
Produce en el corazón,
¿Quién mejor podrá hablar de ello
Que el que lo experimentó?
Es esto tan evidente
Que lo entiende un caracol,
Y yo durante algún tiempo
Fuí de la misma opinión
Que mi amigo, y con fe ciega
Creí lo que él afirmó.
Mas un día, por capricho,
Quise hacer la descripción
De un fuerte dolor de muelas;
Pero me dije: — «Ahora no:
Cuando me duelan. Entonces,
Según mi don Nicanor,
Podré imprimir á la idea
La necesaria expresión.»
Al poco tiempo, en la boca
Sentí una molestia atroz.
Agarré pluma y cuartillas,
Y dije: — «¡Buena ocasión!
¡Ahora me van á salir
Unos versos de mistó!»
Y entre enjuagues y quejidos,
Que inspiraban compasión,
Quise *expresar*..... ¡pero sí!
¡Un demonio expresé yo!
¿Sabéis lo que hice? Tirar
La pluma por el balcón,
Y si no me eché á la calle
Yo también, fué por temor
A romperme alguna cosa
Ó á mancharme el pantalón;
Pero quedé meditando
(Pese al tal don Nicanor)
Que no siempre los poëtas,
Aun con el soplo de Dios,
Si han de dar á sus trabajos
La necesaria expresión,
Deben sentir lo que escriben,
Cuanto más hondo mejor.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

El despotismo cigarrero en Francia: los cigarrillos del Gobierno y los de particulares: el arte oficial y el arte doméstico.—Las puntas de los puros y el rapé en Alemania: la *Cigarren Abschnit-Sammler-Verein*.—La cerveza y la embriaguez en Alemania, segun P. Rosegger.—Campaña contra el alcoholismo en los Estados: cómo se han corregido los descendientes de la *Manhattan island*.

En la discusión de los Presupuestos del Estado en Francia, se ha debatido y aprobado un artículo prohibiendo la fabricación particular de cigarrillos de papel, de cigarros de *contrabando*, que así se llaman allí los que cada cual puede ir haciendo en su casa, comprando antes librillos de papel y tabaco en el estanco. Con semejante industria viven muchas cigarreras, contra las cuales va la nueva ley principalmente. Si el consumidor compra al Estado el tabaco y el papel, ¿por qué impide la fabricación particular? Pues, porque de venderlos hechos, á vender las dos materias con que se hacen, pierde en cada kilogramo siete francos, y porque para no sufrir este perjuicio quiere obligar á todo el mundo *fumante* á que fume lo que él fabrica. La imposición no tiene nada de justa ni de racional; pero el fisco absorbente, ante el afán de aumentar la recaudación, tampoco suele atender á la razón, ni á la justicia. Los fumadores, en cambio, no quieren consumir cigarrillos oficiales, porque son tan malos, que secan la garganta y la escorian, rajan y taladran. Antes, cuando tantas gentes fumaban en pipa, allí en pipas como hueveras y aquí en pipas como dedales, cuando se picaba para ellas el tabaco trenzado ó torcido, y cuando cada *quisque* llevaba en el bolsillo, además de esos botafumeiros, el pedernal, la yesca, la navaja de picar y la tabaquera de hoja de lata ó la bolsa de goma, estaban las gargantas calafateadas, culotadas y curtidas á fuerza de dar paso á las columnas de humo que llevaban consigo todas las partículas, grasas, hollines y demás inmundicias curtientes y excitantes que producía la combustión del picado, migado y remojado solimán; pero desde que aparecieron los cigarrillos de papel hiciéronse más sensibles y exigentes los conductos laríngeos, faríngeos y nasales, y el vicio, ó gusto de fumar, se convirtió en un verdadero arte.

En Francia empezaron á usar cigarrillos de papel mucho después que nosotros, casi treinta años después, y por aquella costumbre que allí tenían de saborear la pipa, no les causó gran repugnancia el saborear durante muchos años los cigarrillos malos, rematadamente malos, que se vendían al público. Aquí se fumaba, ya casi por antiquísima tradición, el tabaco cubano, liado en rico papel de Alcoy, y ningún español fumador cuando iba á Francia dejaba de llevar, bien oculta siempre, su provisión de cigarros, porque era proverbial el que los que se adquirían por allá no los podía fumar ningún cristiano. Si bien la clase del tabaco no se mejoró mucho, hicieron sus inventivas artísticas los franceses, dando al papel diferentes colores y formas, haciéndolos emboquillados, largos, bandeados, prismáticos, cerrados en espiral, provistos de tenacilla del mismo papel, y, en fin, disfrazando con la variedad y capricho de la envoltura la aspereza, verdor, picor é insustanciabilidad del contenido. Pero la evolución del gusto sobrevino poco á poco, y hoy ya saben á qué atenerse cuando fuman *le cigarette à la main*. Hoy ya no les place consumir aquellos cigarros «*chasseurs*» de hace veinticinco años, ni los «*élégantes*», ni los «*hongroises*» más recientes, rellenos de «caporal, maryland ó levant», sino que buscan los antillanos, y no entran de ninguna manera con el papel del Estado, que es grueso, áspero, que arde mal, y que contribuye á hacer crónica la carraspera y á obliterar las fauces.

De aquí la revolución latente que existe en Francia contra el Estado monopolizador y fabricante, y en pro del contrabando susodicho. Perseguido un cigarrero particular, en 1893, ante los tribunales por la Administración, logró que, en justicia, la Cour d'appel de París sentenciara que, si el reo compraba el tabaco al Estado en sus despachos, podía legalmente hacer cuantos cigarros quisiera. Ante este resultado, la Administración ha tenido que defenderse, usando para ello dos medios: el de multiplicar su fabricación de cigarrillos, procurando darlos buenos y baratos, es decir, aceptando la competencia, y el de llegar al fin á la violencia por medio del artículo prohibitivo que se ha intercalado en la ley de Presupuestos. El primer medio hizo fiasco. ¿Por qué? Porque las cigarreras hacen los cigarros, uno por uno, mejor que las máquinas, que fabrican cuatro de cada golpe. Las cigarreras francesas no tienen la típica habilidad de las españolas, que, sin aparato alguno, saben llenar y liar y cerrar los cigarros con una velocidad y precisión admirables. Allí usan las diversas clases de maquinillas manuales que por aquí emplean también algunos aficionados; pero así y todo, usando buen papel, que se consuma pronto y que apenas deje rastro de ceniza, consiguen elaborarlos de tal modo, que gustan muchísimo más al público que los del monopolio. Las cigarreras de contrabando, las *fraudeuses*, al trabajar más despacio y al procurar sostener y acreditar su parroquia, ponen especial cuidado y empeño en la obra, mientras que la cigarrera oficial no tiene más interés ni más afán que el de fabricar el mayor número posible, salgan como salgan. El arte de hacer cigarros requiere mucho tacto y no poca delicadeza, y aunque cada uno de ellos apenas valga un pito, se estiman mucho, muchísimo, cuando están hechos con igualdad, finura y cierta distinción, que cualquier aficionado echa de ver al abrir la petaca. El cigarro desgalichado, oblicuo, más hueco que apretado, desigual en sus diámetros extremos, caído en sus cierres como cabeza de pájaro muerto, y fajado en un papel que parece estraza blanca, es cigarro de mozo de cuerda, así cueste veinticinco ó cuarenta céntimos la cajetilla. Con papel áspero, muy apretados, y engomados, hacen las máquinas del monopolio francés cuatro cigarros á un tiempo, que resultan infumables ó poco menos, según el público; y en cambio los de la fabricación particular, á pesar de la persecución y de la ley, se imponen y se impondrán, porque son mejores, aunque algo más caros. Cada kilogramo de tabaco da 1.000 cigarros, que la Administración vende en Francia á 19,50 francos. Los fabricantes particulares compran en los estancos el tabaco picado á 12,50 el kilogramo, ponen el papel y la mano de obra, y lo venden á 25 francos el millar. Como, aun dada esta diferencia de precios, el artículo resulta mucho más aceptable, no hay caso, las cigarreras triunfan, y triunfarán aunque las dificultades de la elaboración, por el riesgo de la persecución oficial, hagan que ese precio llegue á ser mayor todavía. Si el monopolio logra matar el contrabando en absoluto ó poco menos, no temiendo la competencia, fabricará cigarros más malos cada día, y nada conseguirá el consumidor con quejarse, porque la ley, traducida en hecho, viene á decirle: «¡Revienta y calla!» ¿Puede hacer más el público que comprarle al Estado el tabaco y el papel? ¿En qué principio de libertad, ni de justicia, ni de sentido común puede estar fundado el que cada cual, después de pagar esos tributos, haga los cigarros como mejor le parezca? Aquí no cabe más respuesta que la que dan en Cabezón á todas las preguntas filosóficas y trascendentales: «¡Pues, velay!»

°°°

De hoy en adelante cuando un francés se disponga á fumar en público su *cigarette*, verá que se le acerca un guardia municipal, y que le dice muy cumplido, ó muy grave: «¡Perdón; á ver ese cigarro, si es oficial ó matutero!», al revés de lo que ocurre á todas horas en Alemania, en el café, en la calle, en los círculos y en las reuniones, donde, en cuanto algún mortal abre su petaca y saca de ella un puro y se dispone á cortarle, á diente ó á filo, la punta para fumárselo, se aproxima haciendo reverencias un caballero, y con permiso del fumador, después de rogárselo, toma con gran finura el cigarro, saca del bolsillo del chaleco una cajita de níquel que tiene un cierre cortante, corta la punta, que queda guardada con otras en la caja, devuelve el puro, saluda, y se va tan satisfecho. Aquel caballero recogepuntas, colillero casi, casi, es un individuo de la *Cigarren Abschnit-Sammler-Verein*, asociación compuesta de multitud de personas distinguidas que, como queda dicho, van repitiendo esta operación por todas partes. En cuanto tiene recogido un regular montón de puntas, las envía á la sucursal más próxima de la sociedad, desde donde se remiten en paquetes de cincuenta kilogramos, á Lahr, en el gran ducado de Baden, no lejos de Estrasburgo. La casa central de la sociedad, domiciliada en dicha población, manda todos los paquetes á las fábricas de Worms y de Offenbach, donde con las puntas fabrican rapé. Con los productos de venta, que son muy considerables, se sostiene la Casa de huérfanos del Imperio (*Reichwaisenhaus*), establecida en Lahr en 1885, y otras instituciones de idéntica índole benéfica de diferentes puntos de Alemania. ¿A que no se le ocurre á ningún economista, ni á ningún ministro de Hacienda de los reinos de Alemania, suprimir esta práctica, porque haga competencia á la fabricación del rapé oficial? ¡Lástima que el rapé haya sido relegado á la historia entre nosotros, después de haber pasado por las narices de cinco generaciones, porque en esta evolución económica de las puntas de las tagarninas y vegueros podrían haber encontrado una nueva base de renta nuestros apurados ministros de Hacienda! El dato ó enseñanza que nos suministra la noticia de la existencia de esa *Reichwaisenhaus*, sorprenderá sin duda á muchas gentes, que creían que ya no se tomaba rapé, sino allá en las soledades contemplativas de algún claustro, ó en casa de algún excéntrico, que aun gaste también pañuelo de hierbas, calientapiés, despabiladeras, peluca, fuelle y calzón de trampa. Pero eso de que en la culta, progresiva, radical y ultratransformista Alemania sorban hoy rapé suficiente para sostener con su valor media docena de hospicios, indica bien á las claras que hay por allí mucha gente atrasada, y que los cerebros, lejos de haber llegado á la degeneración maxnordáusica, siguen duros, como propios de cabeza tudesca y necesitan el poderoso acicate que, en la pituitaria y demás afloramientos nerviosos circunvecinos, produce el polvo picante de las puntas de los tagarotes, elaborados en Hamburgo y demás Vueltas de Abajo del Imperio, con algunas hojas de habano falso y de virginio fresco, y con gran masa de hojas de chopo, maíz y remolacha. Nuestras narices, y nuestros cerebros, y por ende nuestros gustos, marchan más en armonía con la civilización.

°°°

No podemos envidiar, en efecto, á los alemanes como fumadores, ni tampoco les envidiamos como idólatras de la bebida. La suerte de los actuales tiempos les ha dado la victoria en las armas y en las ciencias; pero maldita la suerte que han tenido en la conquista de los dulces placeres de fumar y de beber. Yo no lo digo, lo dice un alemán muy querido y muy celebrado entre sus compatriotas, el popular novelista Peter Rosegger, que, en la revista de Berlín *Die Zukunft*, se ha lamentado de la plaga de la embriaguez, que devasta los cuerpos y los espíritus de aquel pueblo. Cuantos visitan á Alemania se extrañan y admiran al ver, de día y de noche, llenas las cervecerías y tabernáculos de gentes que no hacen otra cosa que beber y beber y beber. Cuando en el vientre no cabe más cerveza, dice Rosegger, el alemán satisface el ansia que en sus labios y en su paladar siente, remojándolos con mixturas alcohólicas: después de la cerveza toma *schnapps*, aguardiente. Por allí apenas circula el vino, el rico regalo de los países meridionales, que casi por tradición y por el fisco está prohibido. Filosóficamente pensando, el alemán tiene razón al no beberlo, porque acorta la duración del placer de beber y la del placer de hablar. El vino, noble y ardoroso, satisface pronto, se apodera de la cabeza y tumba al bebedor: la cerveza, más ó menos fría ó amarga, pero poco espiritual siempre, da más tiempo, se puede consumir en gran cantidad, engaña mejor, y mientras se bebe y se bebe, suéltase la lengua, y se pasan el tiempo y el líquido como si no pasara nada. El vino, dice el publicista, es aristocrático: con él la conversación es muy distinta de la de la cerveza, que no inspira en general más que ideas vulgares y groseras. No bebe el alemán como un animal, que siempre sabe cuando ha bebido bastante. Bebe sin cesar, sin saber por qué, sin darse cuenta de ello. Clavado y sujeto por su habitual apatía á la mesa de la taberna, sigue bebiendo, y habla sin que le importe nada de lo que habla, ni de con quién habla. Para muchísimos de aquellos tipos, beber, jugar á las cartas, charlar de política y maldecir siempre del aumento de las contribuciones é impuestos, es lo único que les preocupa, sin que se dé una higa de todo lo demás que sucede en su casa y en el mundo. Lo mismo ocurre esto en las ciudades que en los pueblos. Hay algo de exageración, pero mucho de verdad, en aquello que afirmó un economista inglés, cuando dijo que el verdadero alemán pasa la cuarta parte de su vida en la taberna, que consume en ella la tercera parte de lo que gana y la mitad de su salud, y que concluye por embrutecerse. Sed tan inextinguible convertirá á los descendientes de los antiguos germanos en un pueblo de apáticos y de neurósicos. La cerveza desempeña un gran papel, tiene gran influencia en la manera de ser y en los destinos de aquel país, sin que por esto pueda decirse, ni mucho menos, lo que algunos han sostenido, á saber: que Bismarck ha sido Birmack porque fué y es un gran consumidor de ella.

La manía de beber está en la masa de la sangre alemana. Casi, casi, por allí esa manía se considera como una virtud. En otras naciones se anatematiza, se persigue la borrachera, como causante de muchos crímenes. En Alemania impone tanto la costumbre, que el Código concede la admisión de circunstancias atenuantes al reo que cometió un delito estando borracho. No hay excusas ni razones bastantes para disculpar una costumbre nacional que abate y aniquila las energías del cuerpo y del espíritu, y la verdad es que la victoria más grande que podría conseguir Alemania sería la de vencerse á sí misma, apartando á muchos de sus hijos del culto, de la pasión, de la locura, de la cerveza y del alcoholismo.

°°°

No será más fuerte el abuso del alcoholismo en Alemania que lo era en los Estado Unidos, y, sin embargo, en éstos la campaña de las gentes prudentes y sensatas contra los bebedores ha logrado disminuir muchísimo los daños que la plaga produce. El profesor de la Universidad de Lovaina J. Van den Heuvel lo acaba de demostrar en la conferencia que ha dado ante la Asociación de Economía Social. En los restaurants, en los hoteles, en las comidas particulares, apenas se bebe vino; pero en los establecimientos públicos, en los *salons*, en los despachos de bebidas, se apuran *whisky* y aguardiente y gin y ron y cerveza, sin tino. Tanto se bebía, que mucha parte del vecindario de los pueblos se propuso no beber más que agua, y coligarse en legión contra los bebedores. En esta lucha de la templanza contra la intemperancia, no hay nadie que no haya tomado allí parte. La campaña es vieja; allá, hacia el año 26, se fundó la *American temperance Society*, que fué la base de todo el movimiento; un poco exagerado después con la aparición de los partidarios de la *abstinencia total* en Inglaterra y en el Congreso de Saratoga, y del famoso propagandista irlandés Padre Mathieu en 1849. Más adelante la *Loyal temperance Legion* contó con la adhesión de más de 200.000 hijos de familia. Las señoras, por su parte, contribuyeron mucho al movimiento de la propaganda contra el abuso de las bebidas alcohólicas, fundando la *Woman's christian temperance Union*, que llegó muy pronto á sumar 160.000 asociadas. La Iglesia católica, tan floreciente en aquel país federal, trabajó y trabaja sin descanso por estas ideas, y cuenta con la *Catholic total Abstinence Union*, que tiene 68.000 inscritos, y cuyas reuniones presiden muchas veces los insignes prelados el cardenal Gibbons y Mgr. Ireland, arzobispo de San Pablo de Minessotta. También la política ha inscrito la abstinencia del alcohol en sus programas. Los prohibicionistas, que en las elecciones de diputados sólo sumaron 5.608 votos en 1872, han logrado reunir 262.799 en 1892. La hacienda y el fisco impiden en gran manera el desarrollo del mal con la enormidad de los impuestos que gravan la importación y fabricación de bebidas. No son menos eficaces las medidas de policía contra la embriaguez y venta de licores. Cada borracho que se encuentre en un sitio público de Nueva York tiene que pagar de tres á diez duros de multa, ó sufrir una encerrona de dos á seis meses. No se permite que haya ninguna taberna á menor distancia de 200 pies de toda iglesia ó escuela. No pueden estar abiertas ni en los domingos, ni durante la noche en los días de elecciones. Está prohibido vender bebidas á los mineros y á los que hayan sido castigados por embriaguez. Severa prohibición en New York de que en los despachos de bebidas sirvan mujeres ó camareras, *the hiring of barmaids*. Los vendedores son responsables de cuantos daños y perjuicios causen los borrachos. En fin, en todas las escuelas hay una asignatura titulada: Nociones de fisiología é higiene relativas á los daños que producen en el organismo las bebidas alcohólicas y el tabaco. Las medidas preventivas son además muchas y muy acertadas. Con todo este sistema de ataque firme y constante al vicio, el vicio de beber va cediendo. En 1840 el consumo de bebidas era de 2,52 galones por habitante (cada galón equivale á 3,78 litros). En 1870 era de 2,07; en 1880, de 1,30, y en 1892, de 1,50; de modo que desde 1840 á 1880 se había reducido á la mitad. En Francia se bebe doble que en los Estados Unidos, porque mientras en éstos correspondía á cada habitante 4,67 litros en 1891, en aquélla bebían á razón de 9,2, y el consumo crece anualmente en Europa y disminuye en América. No es, pues, pequeña la victoria obtenida en la tierra norteamericana, donde la embriaguez era antes no sólo general, sino tradicional é indígena, tanto, que la península en que se fundó y desarrolló la ciudad de Nueva York, se llamaba por los indios *Manhattan island*, es decir, «sitio en que todos somos borrachos.»

R. Becerro de Bengoa.

DE DIEZ Y OCHO A VEINTISIETE.

Contéstame á esta pregunta: Si te vieses obligado á perder nueve años de trabajo y de placeres, de entre todos los años de tu vida, ¿de qué parte de tu vida preferirías perderlos, suponiendo que fueses todavía joven y que tuvieras aún tu carrera por recorrer? ¿No es verdad que la elección te sería muy dura? ¡Ya lo creo! Una mujer que era pobre prometió una vez ceder uno de sus seis pequeñuelos á una señora rica, y aquella misma noche, mientras todos estaban durmiendo, los contempló en sus camitas, procurando escoger aquel que debía ser cedido. Pero ¿escogió alguno? ¡Qué había de escoger! Se los quedó todos.

Empero el hado no nos consulta, y se lleva lo que le place. Y en el caso del Sr. D. José Brinas, de Guadix, provincia de Granada, se le llevó, de los diez y ocho á los veintisiete, nueve de los mejores años de su vida, y los más valiosos de ella. No es que le matase y le volviese luego á la vida, ni que le tuviese dormido ni oculto en un calabozo, ni nada semejante. Nada de eso; y, sin embargo, lo que le aconteció fué mucho peor que todo ello. Vióse acometido de una misteriosa enfermedad. Los primeros síntomas, dice, fueron terribles dolores en el vientre, los cuales le obligaron á abandonar los estudios; y la facultad de digerir los alimentos le fué faltando gradualmente, hasta que casi la perdió por completo. «Todo cuanto comía, dice, lo arrojaba á menudo luego después, cuyo acto iba acompañado de grandes dolores.» Como el tiempo iba pasando, consultó á los médicos, y usó las medicinas que éstos le prescribieron, aunque sin resultado. Los doctores decían que la enfermedad era una gastralgia crónica, lo que significa una indigestión y dispepsia ya muy arraigadas.

En semejantes casos, la superficie del estómago se cubre con un mucus muy perjudicial y de un sucio color gris; las glándulas que preparan los fluídos digestivos cesan de funcionar; la lengua se cubre de una capa espesa; la garganta se congestiona; el corazón palpita, en ocasiones con violencia, y otras veces lo hace despacio, con debilidad y una sensación de desmayo; el sueño se ve interrumpido, ó se hace imposible, salvo á fuerza de peligrosos narcóticos; el aliento es fétido; los labios están secos; las manos y pies fríos, y el dolor de cabeza y el vértigo son frecuentes.

Á menos de que se ponga pronto remedio, la enfermedad progresa, hasta que se manifiestan los síntomas de la pleuresía, la hinchazón del hígado, el asma, los dolores de riñones, el mal de piedra, el reumatismo, la tisis, la hidropesía, el mal de corazón, etc. Cualquiera de estas enfermedades puede, súbitamente, terminar por muerte, variando según la edad y constitución del paciente: tal es la gastralgia crónica, la más peligrosa y persistente de todas las enfermedades, y, á la verdad, la única enfermedad, de la cual las otras son sólo meros síntomas. Cualquiera que se convierte en víctima de esa enfermedad, puede decir que ya está fuera del mundo; peor aún, si es que no tiene una esperanza de alivio; porque sus días discurrirán bajo las más negras sombras del dolor y del miedo.

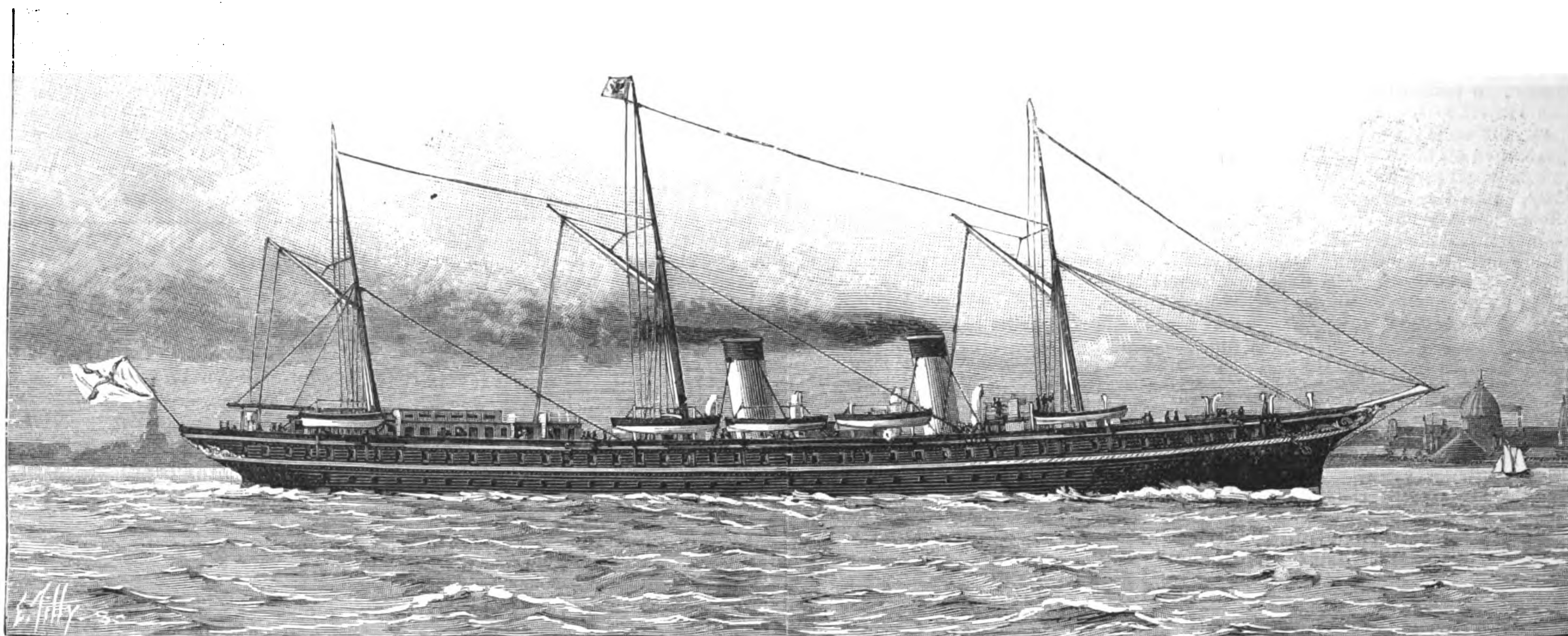
Ella fué la que abrió ese boquete de nueve años en la vida de nuestro joven amigo; la que interrumpió sus estudios; la que paralizó sus futuras empresas; la que destruyó su felicidad; la que cambió su viril energía en debilidad propia de la vejez; la que eclipsó el sol de su vida antes de que el disco marcase el mediodía. Y esta cruel y traidora enfermedad es tan común, que muy pocos se libran por completo de sus ataques.

La carta del Sr. Brinas, fechada en 10 de Agosto de 1893, concluye de este modo: «No encontraba remedio radical en nada de lo que se me prescribió durante mi larga y triste enfermedad, hasta que por fin un día el Sr. D. Nicolás Rodríguez Puerta, droguero de esta plaza, me recomendó que probara el Jarabe Curativo de la Madre Seigel; y tan pronto lo hice, empecé á mejorar. Recobré el apetito, volví á digerir los alimentos, y en dos meses me vi devuelto á mi cabal salud; aunque no por ello dejé de seguir tomando el Jarabe, como á prevención, durante un cuanto tiempo después. Autorizo á usted á que publique este caso como una prueba de mi gratitud.—(Firmado.) José Brinas.»

Nosotros participamos de su pena por la pérdida de aquellos preciosos años; pero nos regocijamos de que haya recobrado la salud cuando aún es joven. La vida es corta; los años son pocos; ¿por qué, pues, perderlos en la enfermedad, cuando la cura está á la mano?

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias y droguerías del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.



«STANDART»: NUEVO YATE DEL EMPERADOR DE RUSIA.

(De fotografía de Petersen.)

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. XVI.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.
Madrid, 30 de Abril de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos

PARÍS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE 1895.



¡RETRASADO!

CUADRO DE CHEVILLIARD.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Dejamos en suspenso la noticia, posible, del hallazgo de los restos del *Reina Regente* en las aguas de Bolonia, que daban los periódicos al cerrar nuestra Crónica anterior, y no resulta confirmada. Siquiera esos bizarros marinos han perecido de muerte natural en su profesión, y no ahogados en tierra como ha sucedido en Bonzey, villorrio de Francia, próximo á Epinay, á los desdichados lugareños, por el rompimiento de un dique destinado á surtir el canal del Este: vaciado de golpe el enorme depósito de agua, arrasó la corriente aldeas, chozas dispersas y plantíos, con sus descuidados habitantes. Pero ¿á qué ocuparnos de calamidades ajenas siendo tantas las propias? Ninguna tan horrible como la guerra civil, y más aún en clima mortífero para los peninsulares, que necesitan acudir á donde el deber les llama. En Cuba ya han pagado la deuda de honor á su patria, vertiendo su sangre oficiales y soldados, y lo que es más doloroso, la dura ley militar ha condenado por un momento de debilidad á un teniente que en otras ocasiones se había portado bien. Tristísimo es referirlo. Enviamos, en cambio, un saludo cariñoso al teniente coronel Araoz, jefe de la columna que castigó á los rebeldes. Pero no haremos, ni podemos intentarlo, una reseña de esta guerra de emboscadas, y que por lo agreste del país, parecen renovar los episodios y aventuras del descubrimiento de América.

La ocupación del puerto de Corinto y su aduana por los ingleses, á consecuencia del *ultimatum* que dirigió al Gobierno de Nicaragua, en nombre del británico, el contraalmirante Stephenson, ha debido levantar gran tolvanera en toda América. El procedimiento de apoyar las reclamaciones diplomáticas con una escuadra, apoderarse de una aduana y de los buques con bandera de Nicaragua, abusando de la indefensión marítima, ni es generoso, ni deja de ofrecer inconvenientes, si se da con un pueblo dispuesto á resistir la imposición. Desde luego se ve que la valentonada inglesa era de fácil ejecución; y como este caso, no prejuzgando la justicia de las reclamaciones, puede repetirse á cada instante, con razón ó sin ella, por parte de esos poderosos del mar que no tienen más ley que su conveniencia y sus cañones, no sería extraño que las naciones poco fuertes y ricas para sostener escuadras adoptasen medios pasivos de resistir y dañar, para que resultasen siempre esos abusos perjudiciales á quien los comete sin razón.

La triple acción de los Gobiernos ruso, alemán y francés oponiéndose á la ratificación del tratado de paz impuesto por el Japón á China, aunque no está apoyada por Inglaterra, que deja hacer á los demás lo que en el fondo la conviene, si su neutralidad ofrece otra ventaja, parece haber dificultado bastante la realización de las cláusulas convenidas. ¿Cederá el Japón ante las imposiciones europeas, resignándose á renunciar á los grandes provechos estipulados á su favor y arrostrando el Gobierno del Mikado la impopularidad que ha de producirle, si cede, esa renuncia ante un país consentido en la conquista y orgulloso y envanecido con el triunfo? Pero allá se las hayan los japoneses, y desaten como puedan el nudo que ha formado su ambición y su inexperiencia diplomática. No tenemos simpatía ni antipatía hacia ese pueblo recién salido del cascarón, á quien hemos de reconocer que ha realizado una transformación y demostrado energía é inteligencia maravillosas; pero, ateniéndonos al interés general, creemos útil la intervención de las potencias, en lo que significa oposición á que se trastorne la política de aquella parte del mundo. Y confesamos asistir con más interés y curiosidad á esta nueva fase del conflicto chino-japonés que á los trances de la guerra, sobre todo cuando la desigualdad de las armas hizo prever el desenlace. ¿Cederán prudentemente los japoneses, ó nos darán alguna sorpresa?

°°°

Cada poema del Sr. Núñez de Arce es, naturalmente, un acontecimiento para las letras y para la librería. *Poemas cortos* titula á su nueva publicación, que es en su forma una serie de sonetos magistrales, y una meditación en endecasílabo libre, entonado y vibrante: divídese en varios poemitas, que así los llamamos por su extensión, no por su fondo, y se titulan: *En el crepúsculo vespertino*, que es el primer amor recordado en el ocaso de la vida; historia apasionada y melancólica, de que cada soneto es un episodio ó un estado del alma ó un arranque de pasión, en versos tan llenos como cuidados y pulidos; y siendo cada soneto por su naturaleza especial un cuerpo aislado, se enlazan unos á otros para formar historia, con gran naturalidad, por los primores de la hechura. *Miniatura* es el episodio de Julieta y Romeo en un soneto. *A un agitador*, en dos, es la protesta social de un espíritu varonil contra los trastornadores de los pueblos. Y *El único día del paraíso*, el poema que preferimos entre todos los del libro, por parecernos el más poético, y por una razón que no admite discusiones, y que es la más concluyente, porque se adapta más á nuestro gusto. Buenas son las composiciones *Al dolor*, *Grandeza humana*, *La Esfinge*, y elevado y profundo el monólogo inspirado en el «Morir ¿dormir?» del *Hamlet;* pero, poniéndolos sobre mi cabeza, creo que todo el libro es obra selecta del maestro, y *El único día del paraíso* es además obra inspirada de poeta. Y todo, absolutamente todo, modelo que honra á nuestra poesía y debe ser leído y estudiado.

°°°

Tenemos el sustantivo telegrama para nombrar lo que transmitimos por medio del alambre eléctrico: pero si eso mismo lo decimos por medio del teléfono, ¿cómo se llamará?

Si nuestros informes son exactos, la Academia de la Lengua ha resuelto que se llame telefonema.

¿Admite esa corporación el *record* y la *interview?*

¿No sería conveniente que publicara en la *Gaceta*, á manera de advertencias oficiales, puesto que para eso tiene autoridad legislativa, declarando los vocablos nuevos que admite, para que lleguen á conocimiento de todos, en el intervalo de las ediciones de su Diccionario? Si es cierto que comparte su autoridad con el uso, ¿debe renunciar á dirigirle por medio de la prensa, evitando que ésta, sin dirección, establezca, acredite y difunda términos bárbaros, en las industrias, artes, ciencias é invenciones que nos vienen del extranjero? ¿Puede la Academia de la Lengua ser un cuerpo mudo en este siglo de discusión? ¿No se ahorra trabajo en la fijación y limpieza del idioma aconsejando por medio de la prensa las innovaciones útiles, en vez de oponer su tardía influencia á lo que ya esté bastardeado y sancionado por el uso? Porque el uso era en otras épocas la acción lenta del tiempo y de los hombres sobre las palabras de una lengua: hoy es la impulsión de una máquina rotativa que multiplica y difunde el desatino en millares de hojas y le siembra por todas las provincias. Es decir, el uso se ha convertido en el abuso.

°°°

Cuando se celebró el centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, España invitó á los portugueses, teniendo en cuenta que fueron los precursores de las expediciones marítimas á lo largo de la costa occidental de Africa en busca del camino de las Indias, que Colón y los Pinzones quisieron hallar atravesando el Océano en dirección opuesta: los portugueses aceptaron la representación en aquella fiesta, no ya como invitados, sino para *afirmar*, según declaración, su participación en aquel hecho glorioso, aunque éste fué el reverso de la idea portuguesa. Preparan ahora en Portugal para el año 97 un centenario de sus glorias marítimas, y el infatigable propagandista ibérico y distinguido académico de la Historia D. Luis Vidart ha escrito un folleto titulado *Vasco de Gama y el descubrimiento de Oceanía*, que merece ser leído por los aficionados á los estudios geográficos. Aunque el objeto aparente es contradecir el título que se pretende dar al centenario dedicándosele á Vasco de Gama, y buscando otro más generalizador que comprenda y exprese toda la importancia de los descubrimientos que dieron por resultado el conocimiento completo de la forma y dimensiones del planeta, hay para nosotros en el fondo del folleto algo más importante que el título de una fiesta: la urgencia de restaurar ciertas verdades históricas, honrosas para nuestra Península, volviendo á las verdaderas fuentes del conocimiento de los hechos. El Sr. Vidart se duele, y con razón, que España misma haya dado tanta importancia á los descubrimientos del capitán Cook, ese Américo Vespucio de tantas islas descubiertas por españoles y portugueses, según Mr. Vogel, y á los de La Perouse, realizados siglos después que con más riesgo y en buques harto peores los hubieran hecho Magallanes, Mendaña, Quirós y tantos otros. El folleto es un estudio crítico de la obra colectiva de los descubrimientos del llamado en sus orígenes Nuevo Mundo, ó sea la América y la Oceanía en toda su extensión, que resume con algunos autores en un ciclo formado por tres grandes viajes: el de Colón á América; el de Vasco de Gama al Indostán, y el de Magallanes y Elcano alrededor del mundo. No podemos dar idea de todos los errores que refuta y premisas que sienta; bástenos recordar algunas de las conclusiones de esta obra, no sólo patriótica, que acaso pudiera envolver esto idea de apasionamiento, sino fundada en hechos evidentes. Españoles y portugueses se encuentran providencialmente ligados en toda la epopeya naval de los descubrimientos, pues buscando unos y otros por Oriente y Occidente el camino de las Indias, tropiezan con América y todo el mundo oceánico, desconocido de los antiguos ú olvidado. Vasco de Gama, al arribar á Calicut, no descubre el Indostán, que estaba descubierto hacía muchos siglos, ni el Eritreo de las antiguas cartas; pero al mecerse en esas aguas, descubre virtualmente todo el mundo desconocido que baña el Océano índico, y que recorrerán muy pronto las naves portuguesas y españolas. Y si fué portugués el que primero mandó la expedición española que había de circunnavegar el globo, la muerte se lo impidió, y Elcano fué el primer circunnavegante; que, como dijo Calderón,

Los sucesos portentosos
Y de todos ponderados,
Empréndenlos los osados
Y acábanlos los dichosos.

Pero España considera á Magallanes como vivo en toda la redondez de su viaje. Considerando los descubrimientos de Magallanes y otros portugueses y comparándolos con los de Vasco de Gama, se ve que la verdadera conmemoración consiste en asociarle á la obra colectiva de sus compatriotas, ó empequeñecerles. Y si aquello se prefiere, España tendrá mucho gusto en celebrarlo, para afirmar también su participación en los trabajos y las glorias del hermano y querido Portugal.

°°°

El Duque de Orleans está recibiendo pruebas de consideración en Sevilla, donde se halla detenido curándose la fractura de una pierna, desgracia que le ocurrió corriendo liebres en una cacería. Se espera que el enfermo no sufrirá otras consecuencias que los dolores y la pesada inacción del tratamiento que se emplea con los fracturados, según el sistema corriente; y le llamamos así por haber leído en un resumen de las sesiones de la Academia de Ciencias de París que un célebre cirujano recomienda el movimiento para la curación de las fracturas. Claro es que lo aconseja con ciertas precauciones, que ni recuerdo, ni ha de practicar el Duque de Orleans, el cual pudo haber quedado en el sitio, según la violencia de la caída del caballo. Otra caída horrible mató en la flor de su edad al padre del Duque de Orleans, por haberse desbocado los caballos de su carruaje. Y dió ocasión á Alejandro Dumas, padre, para referir uno de esos episodios llenos de ingenio y de interés con que su pluma entretenía como ninguna otra á los lectores.

°°°

(Histórico.)

Entra un paleto en un Rippert, y dice al cobrador:

—¿Pago ahora, ó cuando vuelva en otro coche?

Doña Mónica se halla muy desazonada.

—¿Está usted mala, señora?

—No; quien está algo delicado es mi hijo: le compré una purga esta mañana y no la quiso, y la he tomado para que no se desperdiciase.

En una redacción:

—¿Puedo corregir mi artículo?

—No; ya están haciendo la tirada.

—El caso es que tiene varias equivocaciones.

—Tranquilízate; nadie ha de leerlo.....

—En tu última revista conté tres faltas gramaticales.

—¿Crees tener el privilegio exclusivo de faltar á la sintaxis?

—¿Qué tal escritor es Mengánez?

—Es un escritor brillante. No hay ninguno que se dé tanto charol.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

París. — *Salon* de los Campos Elíseos de 1895: *Retrasado*, cuadro de Chevilliard. — *Los verdaderos cazadores*, cuadro de Hughes Mullens.

Es sencillo y bonito el asunto del cuadro de Chevilliard que publicamos en la primera página. Los señores del castillo, que son los amos de casi todo el pueblo, han convidado á comer al señor Cura, el cual, agradecido á este honor, y queriendo corresponder dignamente, determina despachar pronto á los feligreses, vestirse con el mayor cuidado posible y acudir temprano á la cita, porque llegar con retraso á un convite es cosa fea. Pero sucede que los fieles cargan aquel día más que de costumbre y más tarde, y que, después de acicalado, el señor Cura sale para el castillo, cogiéndole en el camino tal chaparrón, que le cala hasta los huesos, llegando de este modo tarde, mojado, y un si es no es disgustado de la Providencia que tan á destiempo envió el chaparrón.

En las cacerías la gloria y el provecho suelen ser de los hombres, pero el trabajo le padecen los perros. De esto se ve mucho en el mundo, y de aquí vino sin duda el refrán tan sabido: *Unos cobran la fama, y otros cardan la lana.*

Los verdaderos cazadores del cuadro de H. Mullens, que publicamos en el segundo grabado de la pág. 273, forman un grupo muy bien dibujado, en el que sobresalen las cabezas por la naturalidad con que están pintadas y la inteligencia que revelan. Se ve reflejado en ellas el deseo de salir al campo á comenzar las hazañas cinegéticas propias de tan buenos canes.

°°°

EXCMO. SR. D. JULIÁN GONZÁLEZ PARRADO,

general de división.

Sería gran injusticia, ahora que tanto se habla de la campaña de Mindanao, olvidar al distinguido general González Parrado, que tan buenos servicios ha prestado en ella, y que en este último período la preparó y comenzó.

Es joven todavía, pues nació en 1841, y ascendió al generalato en 1889. Procede del arma de Infantería, y se distinguió mucho en la última guerra civil.

En la campaña actual, no sólo ha dado muestras de pericia militar y bravura, sino que, además, ha publicado un buen libro sobre Mindanao, la guerra que allí ha de hacerse y los medios de consolidar el dominio español.

Publicamos el retrato del general González Parrado en el primer grabado de la pág. 264 de este número.

°°°

FRANCIA.

El castillo de Chantilly.

El castillo de Chantilly es una de las mansiones señoriales más ricas de Europa. Le edificó un noble francés allá por el siglo XII, y junto á la primitiva fábrica levantó en el XVI el Duque de Montmorency otro edificio del estilo propio de la época. Hasta la Revolución fué famoso el castillo de Chantilly por la magnificencia de las fiestas que allí daban los Duques y por los tesoros que contenía. Los revolucionarios destruyeron el castillo antiguo y dejaron no muy bien parado el nuevo, que es el que ahora existe. (Véase la pág. 264.)

Después ha sido restaurado, y hoy vale, con lo que contiene y el parque que lo rodea, 60 millones de pesetas. Pero es tan rico el Duque de Aumale, su actual propietario, que ha podido regalárselo á la Academia de Francia, sin que su caudal sufriera merma de importancia, á pesar de que al propio tiempo ha dotado á su sobrina Elena, futura esposa del Duque de Aosta, con otros 10 millones y el hermosísimo palacio de Zucco, en Sicilia.

De las cosas más notables que encierra este castillo es la galería de pinturas, donde sólo de Rafael hay veinte cuadros entre grandes y pequeños, uno de ellos el llamado *Las Tres Gracias*, por el que pagó el Duque 600.000 francos. Además contiene retratos de personajes famosos, colecciones de armas, tapices, joyas de todo género y una magnífica biblioteca, de la cual sólo los manuscritos valen 150.000 francos.

La Academia de Francia no tomará posesión de Chantilly hasta la muerte del Duque, el cual, á pesar de sus setenta y tres años, está muy bien de salud y muy fuerte. Pero cuando esto suceda, aquella corporación alcanzará á tener una renta de 600.000 francos, sólo por esta generosa donación.



EL CAIRO (EGIPTO).

Interior del harén, el día de la boda de la princesa Hadidja.

A aquellos de nuestros lectores que hayan leído á ciertos malaventurados cronistas y viajeros, dados á dejar suelta la fantasía en la descripción de tipos y costumbres de países musulmanes, recomendamos, para su desengaño, nuestro grabado de la pág. 265.

En él verán, fielmente reproducido, el interior de un harén oriental, y comprenderán hasta qué punto suelen abusar de su credulidad los tales cronistas y viajeros.

La novia y sus damas y amigas visten á la europea, según usan en Turquía y Egipto las personas pudientes, habiéndose acabado hace muchos años los clásicos harenes con sus misterios y sus dramas. La boda de la princesa Hadidja Hanem se celebró hace dos meses, siendo su marido el príncipe Osmán.



MADRID.

Honras fúnebres por el eterno descanso de los tripulantes del *Reina Regente*.

Los que más abiertas tenían las puertas á la esperanza de que se hubiesen salvado los tripulantes del *Reina Regente* ha mucho tiempo que las cerraron, y ya no hay quien no llore por muertos á aquellos 415 infelices. España entera viste luto por ellos, sin que haya quedado ciudad ni villa por dar claras y solemnes muestras de su dolor, unas en magníficas fiestas religiosas, otras enviando limosnas para las familias que, habiendo perdido en aquella gran desgracia á los que las sustentaban, se hallan hoy en la miseria. No estará demás recordar aquí con cuánta solicitud y liberalidad ha acudido S. M. la Reina á socorrer á estos necesitados, y la pena de que ha dado tan patente muestra, habiéndose visto en esta ocasión, como en tantas otras, que si en todo se halla siempre á la cabeza de la nación, más que nada en el sentir las desdichas que á ésta afligen.

La mayor fiesta religiosa celebrada en España en sufragio del alma de los náufragos fué la de San Francisco el Grande, costeada por S. M. Aunque no tiene este templo la belleza de otros de los que tanto honran á nuestra nación, no hay duda de que por la grandeza y por el mérito y riqueza de los ornatos es el primero de Madrid. El día de la fiesta religiosa de que hablamos (17 del corriente) estaba verdaderamente hermoso con el brillo de tantas luces como en él había encendidas, y la solemnidad del luto que vestía, declarado por las coronas con grandes lazos negros colgadas de los candelabros del apostolado.

Pero lo más bello, solemne y rigurosamente enlutado que había en el templo y lo que desde el primer instante dominaba la atención y suspendía el ánimo, era el catafalco que delante del presbiterio estaba, cubierto de riquísimo manto de terciopelo negro con ancha franja de oro y el escudo y corona reales bordados de diversos colores. Sobre él, en urna de cristal, veíase el modelo del barco perdido, copia exactísima de éste: abajo salvavidas y anclas cruzadas, y delante, sobre una aduja de jarcias, la cruz que vimos en las exequias de don Alfonso XII, arrollada en la bandera nacional enlutada. A los lados de esta cruz había bocinas, sextantes, correderas, granadas, sables, carabinas y otros objetos marítimos y guerreros.

Muchas y magníficas eran las coronas, pero á todas aventajaba la de S. M., que era de flores naturales, las más bellas que se puede imaginar, y sin cintas ni dedicatoria. Al lado estaban las del Ejército y la Marina, aquélla de roble y laurel con cintas de los colores nacionales y un letrero que decía: *El Ejército á la memoria de sus compañeros náufragos del «Reina Regente»*; ésta de pensamientos y hojas de roble con botones de oro y cintas también de los colores nacionales, con este letrero: *A los que perecieron en el «Reina Regente»*. Alrededor del catafalco, de la cruz y de los trofeos había 90 hachas y candelabros con 230 luces. Los lectores hallarán fielmente reproducido el aspecto interior de la iglesia, imposible de describir, en el grabado de las págs. 268 y 269, tomado de un dibujo de nuestro colaborador artístico don Juan Comba. Por la ornamentación del templo merece plácemes el Sr. Monleón.

La parte musical de la ceremonia estuvo á cargo de la capilla de Palacio, reforzada con numerosas voces é instrumentos, hasta el total de 150 personas. Cantóse primero el *Introitus* y el *Kyries*, de Eslava; luego el *Dies iræ*, de Thomas, á lo que siguió el *Confutatis* de la misa de *Requiem*, de Verdi, muy bien cantado por el Sr. Vetam. Los últimos números fueron el *Offertorio*, de Thomas; el *Sanctus* y *Agnus*, de Zubiaurre; el *Liberame*, á voces solas, de Barbieri; el *Benedictus*, por niños, y el *Requiescat in pace*, de Mateós.

De lo demás de la fiesta y de la multitud y calidad de la gente que á ella concurrió, sólo podemos decir que nunca hemos visto otra igual, ni en que fuese tan verdadero y evidente el dolor de todos. La presidió S. M. la Reina, y asistieron las infantas Isabel y Eulalia, el Gobierno, las autoridades de Madrid, la nobleza, los diplomáticos, generales y marinos, comisiones del Senado y del Congreso, etc., etc. Ofició el Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá, y junto al altar hallábase el Nuncio de Su Santidad monseñor Cretoni. Terminados los oficios, subió á la cátedra el Obispo de Sión, y predicó con tanta elocuencia y con tan levantados pensamientos y tan propios del caso, que á todos los circunstantes conmovió y edificó grandemente.

Otras muchas exequias se han celebrado en toda España y no pocas funciones á beneficio de las familias de los náufragos; pero no podemos hacer mención especial de ellas en este sitio, aunque lo deseamos. Nos limitaremos á recordar que también patrocinó S. M. la Reina la función que en el teatro de la Zarzuela se dió el 19 del corriente, con el caritativo fin indicado. Cantóse *La Dolores*, de Bretón, y estuvo el teatro completamente lleno. Fué una hermosa fiesta.



MADRID.

Ricardo Calvo.—Paso de su entierro por el teatro Español.

Nada que fuese importante podríamos añadir aquí á lo que escribe el Sr. Bustillo en su artículo *Los Teatros*, tratando del insigne actor recientemente fallecido; y así, nuestra tarea ha de reducirse á dar noticia de su entierro.

Iba el carro fúnebre cubierto de ricas coronas, y llevaban las cintas los Sres. Echegaray, Palacio (Manuel del), Fernández Bremón, Arjona y Romea. Al pasar la comitiva por el teatro Español, tocó la orquesta la hermosa marcha fúnebre de Chopin, y desde los balcones cayó una lluvia de flores sobre el féretro, arrojada por varias actrices. (Véase el segundo grabado de la pág. 272.)

El acompañamiento era numeroso, y no menos respetable por la calidad que por la cantidad de los que le componían, pues en él vimos á casi todos los autores dramáticos que hay en Madrid, críticos y actores notables.

Nuestro grabado está tomado de una excelente fotografía de Compañy, artista de talento y laboriosidad bien conocidos del público.



SAN SEBASTIÁN.

El inventor del velocípedo náutico, Sr. Barea, haciendo pruebas del nuevo aparato en la Concha.

El inteligente industrial donostiarra D. Ramón Barea ha inventado un aparato á que llama velocípedo náutico y que sirve para andar sobre el agua con regular rapidez y mucha comodidad.

Compónese esta máquina de dos cajas de acero, que sirven de flotadores y que están unidas por unas barritas de 40 centímetros de largo. En el hueco que queda entre ambas, y hacia popa, va una rueda movida por medio de pedales, como la bicicleta terrestre. Pesa el velocípedo náutico 45 kilos. (Véase la pág. 273.)

Las pruebas hiciéronse con muy buen resultado en la Concha, el 14 de Mayo de 1893. El Sr. Barea mostró prácticamente con qué facilidad se puede andar por el mar con aquel aparato, y cómo se le da dirección con un pequeño timón que va á popa. La velocidad puede llegar á 10 kilómetros por hora.

En París le han examinado ingenieros industriales, y á todos ha parecido muy útil, ingenioso, sencillo y fácil de manejar, á lo que se añade el ser muy seguro. Se puede armar y desarmar en tres minutos. La Academia de París le ha premiado con medalla de oro y un diploma. En España y en el extranjero tiene el autor privilegio por veinte años.

Tambien consideran los médicos muy conveniente este aparato para personas enfermas ó de poco desarrollo físico, las cuales podrán servirse de él para hacer saludable ejercicio, así en el mar como en lagos, ríos y estanques.

Sinceramente damos la enhorabuena al Sr. Barea por su velocípedo náutico, y expresamos aquí nuestro deseo de que saque de él tanto provecho como merece.



CHUANG (MANCHURIA).

El buque norteamericano *Petrel*, en los hielos.

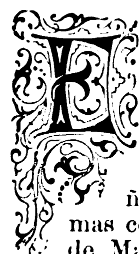
Todas las naciones mandaron barcos de guerra á los mares de China, luego que se rompieron las hostilidades entre esta potencia y el Japón, con objeto de amparar á aquellos de sus súbditos allí residentes. A Chuang, puerto de la provincia de Siao-Tung, invadida por los japoneses, fué en representación de la marina norteamericana el *Petrel*, pero al poco tiempo de su llegada comenzó á helarse el mar, cosa muy frecuente en aquellas comarcas, en las que el frío es tan intenso, que el termómetro baja muchas veces á 30 grados bajo cero.

Prepáraronse los norteamericanos para la invernada, del modo más conveniente, procurando colocar al *Petrel* de modo que no le aplastase la poderosa presión de los hielos; pero además se apercibieron á la defensa por si eran atacados, y se fortificaron, como si estuviesen en tierra, de la ingeniosa manera que se ve en la pág. 276.

G. Reparaz.

EL DOS DE MAYO

EN LA DIVISIÓN DEL MARQUÉS DE LA ROMANA.



El eco del Dos de Mayo madrileño extendió su lúgubre acento á las más remotas regiones. Con él cruzaron tierras y mares la ira de que iba impregnado y la venganza que pedía.

Era el espíritu del antiguo brío español que volaba en socorro de las víctimas cobardemente sacrificadas en las calles de Madrid, y en contestación á la voz del Alcalde de Móstoles declarando la guerra al grande Emperador de los franceses. En España cundió esa voz cual si fuera eléctricamente transmitida á todas las provincias; produciendo el arranque patriótico, enérgico, violento que aun admira el mundo: allí donde se acataban sus leyes, donde se vivía la vida de la metrópoli, por distante que estuviera y por diversas que fueran naturaleza, índole y costumbres de los habitantes, éstos protestaron de su incondicional adhesión: donde existían un ejército, un destacamento, un solo soldado, todos, según sus medios, acometieron la arriesgadísima, la temeraria empresa de vengar á sus hermanos, cruelmente azotados por *la furia francesa*.

Pueblo y tropas rivalizaron en tan generoso empeño.

El ejército que en cumplimiento del tratado de Fontainebleau compartía con el francés la ocupación de Portugal, si prisionero, en parte, antes de recibir la noticia del alzamiento de las provincias, de Junot tan sólo conocido, logró, en su mayoría, restituirse á España, aunque no sin combatir á veces con la caballería francesa despachada en su persecución. La división entera de Galicia salió de Oporto con el general Belestá, que la mandaba, á su cabeza: y el 10 y 11 de Junio de 1808 cruzaba el Miño, llevándose, en concepto de prisionero de guerra, al francés Quesnel y los dragones de su escolta. Cuerpos hubo, como el de Húsares de la Reina, que volvieron á su patria completos también, con sus oficiales todos y sus estandartes, y los hubo cuya tropa, desoyendo las órdenes de sus jefes, excesivamente celosos por la disciplina, tomaron el camino del Guadiana, que recorrieron combatiendo diariamente con las guarniciones enemigas que les salían al encuentro. Un coronel, el de Tarragona, llevado con fuerza de su regimiento á Setúbal, huía en un barco, salvando la bandera arrollada á la cintura: y los soldados de Murcia y de Valencia, arrebatando las suyas del cuerpo de guardia, entraban días después en Andalucía entre el aplauso y los vivas de sus compatriotas.

¡Espectáculo hermoso, tan sólo amargado por la memoria de los que yacían en los pontones del Tajo, sorprendidos en los muelles de Lisboa creyendo embarcarse para España!

Pero ese espectáculo, hermoso y todo, quedó obscurecido por el que ofreció la división española que, á las órdenes del Marqués de la Romana, se hallaba acantonada en Dinamarca después de haber peleado en Stralsund con un éxito que hicieron resaltar en sus partes los mariscales Brune y Bernadotte. Los recelos que este último abrigaba respecto á la actitud que pudieran tomar aquellas tropas al tener noticia de los sucesos que iba provocando la política invasora y arbitraria del emperador Napoleón, le movieron á dispersarlas por el continente y las islas de aquel antiguo reino, aliado con Francia desde el bárbaro atentado de Nelson contra la capital. De los varios regimientos que componían la división, los de Asturias y Guadalajara fueron enviados al campamento de Roskilde, distante ocho ó nueve leguas de Copenhague. En Fionia quedó la Princesa con la artillería y el cuartel general en Nyborg y otros puertos inmediatos, los dragones de Almansa guarneciendo Odensee, capital de la isla, y los de Villaviciosa y el batallón ligero de Barcelona en la costa opuesta de Faaborg y Svendborg. Entre un fuerte destacamento dinamarqués y cien granaderos franceses, vigilado constantemente y de cerca, se estableció el batallón voluntarios de Cataluña en la isla de Langeland que, por su situación en la salida del Gran Belt, ofrece una importancia excepcional para el tránsito de aquellos mares. En Jutlandia, esto es, en el continente, quedaron el regimiento de Zamora, que ocupó á Fridericia, y los de caballería del Rey, Infante y Algarbe, dispersos en pueblecillos, no todos próximos á la costa del Pequeño Belt.

Esa situación bajo la vigilancia de las autoridades del país y de las tropas francesas del Príncipe de Pontecorbo, que tenía á su lado al general Kindelan, segundo de Romana, pero,

como luego llegó á verse, devoto suyo, colocaba á los españoles en un estado de aislamiento completo respecto á su patria, de la que apenas recibían noticia que no procediera de las regiones oficiales del nuevo gobierno, establecido todavía en Bayona. La Península estaba para ellos envuelta en las nieblas del más hondo misterio, ignorándose en Dinamarca cuanto ocurría en nuestras provincias, si no eran sucesos que se tomaran por favorables á la causa francesa y á la suerte, hasta entonces feliz, de sus armas. Dice uno de los expedicionarios, el entonces mayor del batallón de Cataluña, D. Ambrosio de la Quadra, general después acreditadísimo: «De lo que pasaba en España, poco se sabía, por falta de correspondencia, y apenas teníamos otras noticias que las que los franceses querían que tuviéramos: sin embargo, algunas cartas que llegaban manifestaban el descontento de la Nación, y aun anunciaban esfuerzos para defenderse. Hablábase aunque vagamente de levantamientos de provincias, de acciones y encuentros entre españoles y franceses, no desmentidos por los papeles públicos, aunque sí desfigurados: cotejándolos, se encontraba en ellos tantos absurdos como contradicciones. Los levantamientos de las provincias eran, según ellos, motines de gente baja y perdida, desbaratados casi al mismo tiempo que pensados; contento, decían, en donde entraban y por donde pasaban tropas francesas, y en los caminos gente armada que les hacía frente y se les oponía: á un mismo tiempo y en un mismo paraje había alegría y destrozo; vivas y aplausos mezclados con llantos, muertes, rapiñas y saqueos; iluminaciones y festejos públicos por la felicidad que se esperaba, entre suplicios padecidos por la resistencia que se hacía; contradicciones que manifestaban la voluntad unánime (que se quería suponer) de recibir en España un nuevo rey.»

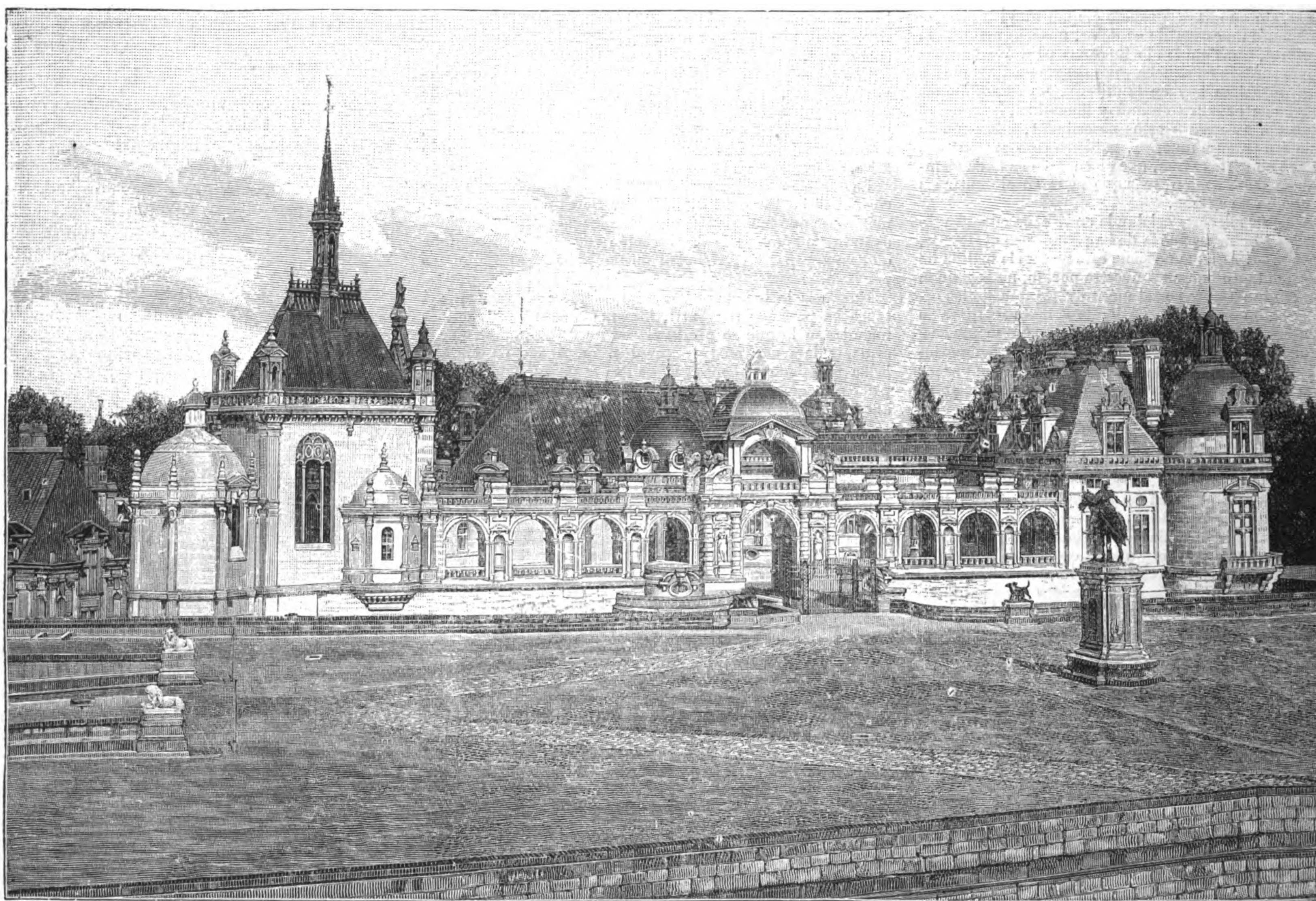
En la incertidumbre creada con tan falsas nuevas, con tan contradictorias manifestaciones del espíritu público en España, andaban los ánimos de nuestros compatriotas de Dinamarca tan indecisos como preocupados. El aislamiento en que se veían, la distancia á que se hallaban de todo amparo, el espionaje de que se sentían hechos objeto, la preocupación de un porvenir más y más sombrío á cada día que pasaba, las dudas, en fin, para el caso de una resolución que no podría ya retardarse mucho, tenían á todos, oficiales y tropa, abrumados y presa de los presentimientos más funestos. Y no eran solas esas clases las más afectadas en ocasión de tan difíciles y peligrosas soluciones, sino que los jefes superiores, el General que, como el mando, asumía las responsabilidades de una misión en que iban comprometidos el honor, la libertad y la existencia misma de tantos hombres que además llevaban representados en sus banderas los más caros intereses de la patria, habría de mostrarse, si reservado con ellos, contemporizador, hasta el exceso para algunos, con los que ya debía considerar como enemigos.

En tal disposición los ánimos, llegaron el 24 de Junio á Nyborg el teniente coronel Llano, enviado desde Hamburgo para cerciorarse de cuál era el espíritu público en España, el del regimiento de Zamora, Aylmor, que iba á ocupar su destino, y el coronel D. Martín de la Carrera, despachado de la corte por Godoy, temeroso, decíase, de que pudiera sustituirle en el afecto y el favor de María Luisa.

Habían presenciado los sucesos del Dos de Mayo en Madrid; y sobre todo el último de los tres los refería y comentaba con un calor que era para encender los corazones más fríos en la ira patriótica del que iba á ser luego uno de los más ilustres defensores y mártires de la Independencia española. La Carrera, si de algo pecaba en el ejercicio de las armas, era de tal exceso de temeridad, que sólo cuando no ejercía el mando lograba templar el freno de la disciplina; y sus actitudes y sus palabras le hacían asemejar á uno de aquellos antiguos héroes, paladines en toda causa generosa y pudiéramos decir épica. «Madrid, según contaba, vió en Abril con harto disgusto y pena la marcha



Excmo. Sr. D. JULIÁN GONZÁLEZ PARRADO,
GENERAL DE DIVISIÓN,
DE OPERACIONES EN EL EJÉRCITO DE MINDANAO.



FRANCIA. — EL CASTILLO DE CHANTILLY, RESIDENCIA DEL DUQUE DE AUMALE Y DE LA PRINCESA ELENA DE ORLEANS.
(De fotografía.)



EL CAIRO (EGIPTO).—INTERIOR DEL HARÉN EL DÍA DE LA BODA DE LA PRINCESA HADIDJA HANEM, HERMANA DEL JETIFE.

(Apunte tomado del natural, por Mme. Philippoteaux.)

de Fernando VII á Bayona, y con marcada indiferencia después la de los Reyes padres. Con mayor aún, hasta con desdén por demás significativo, presenció la mañana del 2 de Mayo la salida de la Reina de Etruria, ni querida ni respetada de aquel pueblo, enloquecido de entusiasmo por su nuevo y joven soberano, víctima hasta entonces del desvío de su madre y de las ambiciones desapoderadas del favorito. Pero al ver cómo se arrancaba de Palacio al tierno infante D. Francisco, apesadumbrado y lloroso, los madrileños, comprendiendo que se pretendía no dejar en España quien representara en grado alguno la dinastía legítima, se empeñaron en la noble pero temeraria empresa de resistir tan injustificada violencia y sustentar con eso los fueros de su libertad política, tan de cerca amenazados. Y sin concierto previo, sin ningún preparativo y sin armas ni otras defensas, por arranque espontáneo é improvisado á la vista de tan insólito atropello, y con sólo el noble propósito de mantener incólumes la religión que veían escarnecida, el trono contra su voluntad transmitido, y borradas con tal mancha las glorias todas de la patria, se lanzaron á la más desigual pelea que registre la historia en sus anales. La sublevación fué sofocada en mares de sangre española; cien y cien héroes, cuyos nombres han de pasar á la posteridad, cayeron revolcándose en ella á impulso del número y de la traición; pero España la vengaría en la cabeza de sus feroces é inexorables enemigos.»

Eso decían Llano y La Carrera; y no tardó á notarse en el campo español de Dinamarca la efervescencia que comenzaron á producir en la tropa

el fuego de aquellos discursos y los alardes que ponían de manifiesto el propósito de vengar el bárbaro atentado de los franceses en Madrid y las así reveladas injustas pretensiones de Napoleón.

Porque sucedió en España, como en tierra preñada de pasiones fáciles de excitar, que los que presumían de sólo inspirarse en altos pensamientos y de ser los primeros en sentir en su pecho la llama sagrada de la Milicia en sus múltiples evoluciones, eran quienes más de manifiesto ponían su entusiasmo por aquel genio de la guerra, superior, en concepto de muchos, á los más celebrados capitanes de la antigüedad. Don Pedro Velarde, y lo citamos por las circunstancias de su muerte, escribía á un su compañero de Cuerpo, el también capitán en la división de Dinamarca D. José Guerrero: «Habrás visto al victorioso y grande Emperador, cosa que regularmente no veré yo en mi vida.» Y como el héroe del Parque de Monteleón, pensaba el mayor número de nuestros militares: y el pueblo español, también en su mayoría, esperaba de Napoleón el arbitraje decisivo de las discordias en que hervía el palacio de sus reyes y el escarmiento de los desórdenes, intrigas y bastardas ambiciones de que se le había hecho vergonzoso escenario.

Pero queda con el DOS DE MAYO á descubierto el plan maquiavélico de que va á ser víctima la patria, el engaño con que se le ha arrancado la familia Real, y particularmente el príncipe en quien España tenía puestos sus ojos, el plan á que obedece la entrada de los ejércitos franceses en la Península y la ocupación artera y pérfida de sus plazas de guerra fronterizas; y la fascinación que producía el *Grande Hombre* y el entusiasmo que inspiraba, se truecan, como por ensalmo, para nuestro pueblo, nuestros estadistas y militares, en el odio, el rencor y el ansia de venganza que acabarán por llevarle á su ruina y muerte.

Revelad esa serie de desgracias é iniquidades á un ejército que todo lo ignora en el aislamiento en que, según ya hemos dicho, se le tiene, la distancia á que se halla y los presentimientos que le abruman; arrancad la máscara con que encubría su traición el que hasta entonces había sido su ídolo, imagen la más perfecta de la guerra, ante cuyos altares había ofrecido tantos sacrificios y derramado tanta sangre, días antes, y le veréis alzarse iracundo, y en nombre de la patria jurar la venganza que sus hermanos esperan de él confiadamente. ¿Quién logrará contener el arranque de aquella multitud tan airada y turbulenta? ¿Quién calmar la tempestad que amenaza en aquel océano de pasiones pronta á desencadenarse? ¿Quién extinguir el incendio que ha prendido en ánimos tan fuertes y generosos á la voz del patriotismo con la aflictiva, pero abrasadora de la hecatombe madrileña? Porque nuestro soldado, ya lo hemos retratado en otra parte, se muestra alegre al partir, si sale de España para defender la integridad de la patria y el honor de sus banderas; es valiente y disciplinado en la batalla, temerario en toda empresa que se roce con lo maravilloso; pero triste en la tregua y, en la inacción, murmurador, voltario, exigente y amotinado. ¿Quién, repetimos, va á reprimirlo y menos á sujetarlo en momentos como los en que se vió en Dinamarca? ¿Quién?

Un hombre de cuyo valor y de cuya lealtad no podía con justicia dudarse, y que, sin embargo, necesitaría de cuantos recursos ofrecen al talento una gran serenidad, sangre fría extraña á la meridional que corría por sus venas, disimulo tan encubierto como sagaz, y el arte de sorprender al enemigo en las ocasiones más críticas, arte sólo comparable con el de imponerse con la dulzura y, cuando no, con la energía y hasta el rigor á sus subordinados; el Marqués de la Romana, en fin, hombre de instrucción vastísima, adquirida en largos viajes y en la copiosa y variada biblioteca que hoy posee la Nacional nuestra, valiente y experto en los combates, y ahí está para comprobarlo la historia de los de Castel-Piñón y Pontos en las dos extremidades del Pirineo, y enemigo ardentísimo de Francia, sin duda por haberse educado en sus aulas y sociedades, pero demasiado conocedor de la situación en que se veían las tropas de su mando para, al comprometerse él con declaraciones ó maniobras que le denunciaran, ponerlas á ellas en el camino de su esclavitud y perdición. Necesitaba, así, para salvarlo, de todas esas facultades, de la autoridad que ejercía y del prestigio de que gozaba en el ejército.

Al conocer Pontecorvo el efecto producido en el campo de los españoles por la noticia del DOS DE MAYO y de los sucesos que ocurrían, cada día más alarmantes para la dominación francesa en la Península; contemporizador con cuanto significara espíritu de independencia, mejor aún, de rebeldía á toda autoridad ó intereses de ambición como los que iban luego á llevarle al trono de Suecia, creyó que la seducción, los halagos, las distinciones y, en todo caso, una exquisita vigilancia bastarían para mantener en disciplina y obediencia á nuestros soldados. Parecía secundar en eso los planes de Napoleón; y de ahí los mensajes comunicados por sus ayudantes al Marqués de la Romana, los regalos de armas que le enviaba y las condecoraciones, aquella de la Legión de Honor, que tan en cara habrían de echarle sus émulos y de la que habían de hacer argumento contra su patriotismo.

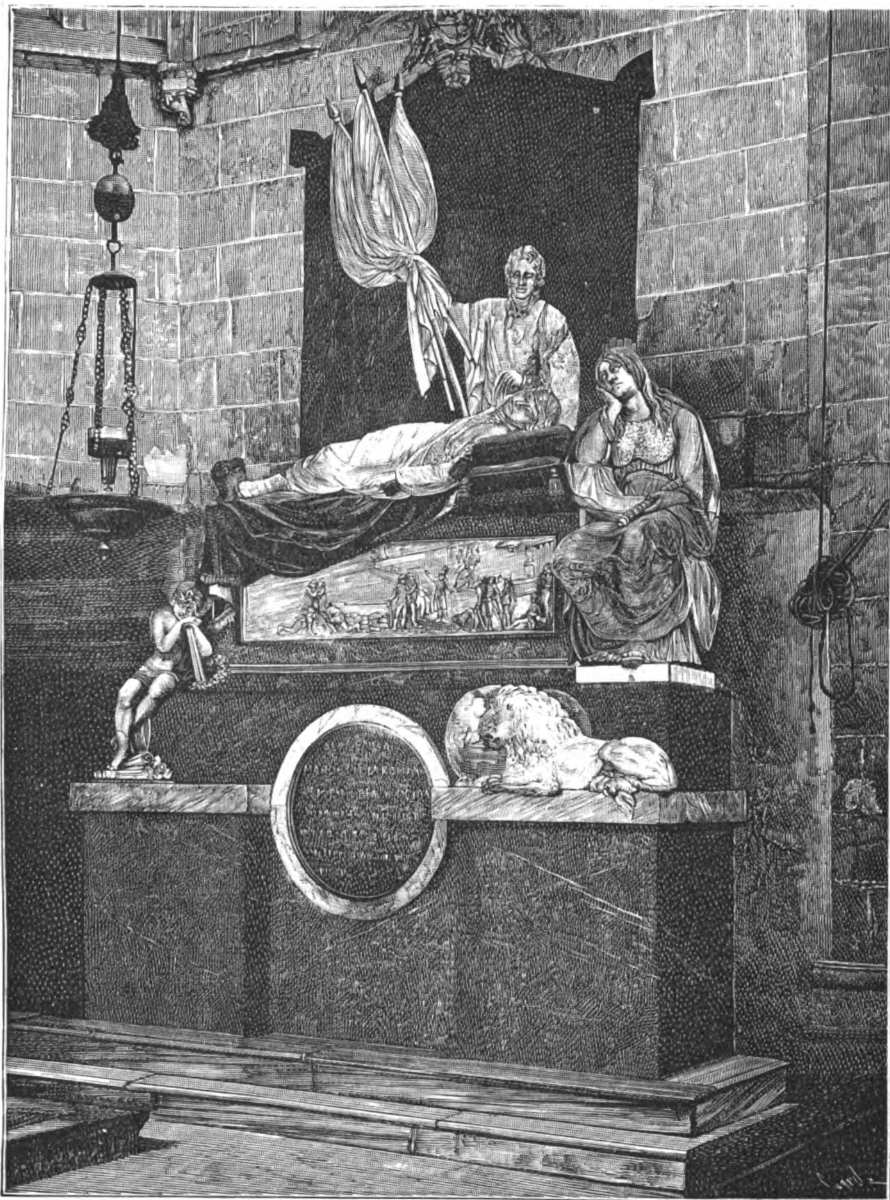
¿Es que iría á revelar á todos sus pensamientos, sus planes y esperanzas? Pronto hubieran desaparecido las pocas que cupiese abrigar aún entre los más optimistas.

Porque, efectivamente, ¿cuáles podían ser en la tristísima situación en que se hallaban los españoles encerrados en aquellas islas y á 400 leguas de la madre patria? Una, sin embargo, se ofrecía, y no distante, á sus ojos. Allá, en el horizonte no lejano del mar que les rodeaba, se descubría una escuadra, si no de aliados hasta entonces, de enemigos, por lo menos, de la Francia. Eran sus naves las que habían precipitado las nuestras al fondo de los mares en Trafalgar y, licuado el hielo que cerraba el Báltico á la navegación, se las veía balancearse junto á los Belt amenazando siempre con repetir los estragos causados no hacía mucho en Copenhague. Pero, enemigas, repetimos, del Imperio francés, como antes de la República, que no se cansaban de combatir en todas partes, ofrecían en aquellos momentos á los españoles una como vislumbre de que la situación de la Península haría cambiar, si no había cambiado ya, la disposición de los ánimos, llevando á los ingleses á favorecer una causa que acabaría por parar en guerra declarada con la Francia.

Veíase trabajando en ese sentido á un sacerdote de quien, aun disfrazado y ocultándose en lo posible, se sabía haber conferenciado con Romana; y conocida su nacionalidad británica, confirmada por su nombre de Robertson, se fué trasluciendo por algunos que, ya que no aquel oro inglés, pesadilla constante del emperador Napoleón, porque nunca había deslumbrado á los españoles, andaban por medio las artes que de tantos siglos acá caracterizan la política de la Gran Bretaña. Pero ni esa muestra de la ingerencia inglesa en el conflicto hispano-francés, ni el motivo del aumento que recibió de pronto la escuadra á que acabamos de referirnos, llegaban á conocimiento de las tropas, quedando afortunadamente reducido al de algún ayudante ú oficial de Estado Mayor del Marqués, y éso, sospechado tan sólo de ellos, por lo secreto que se mantenía. No es, de consiguiente, extraño que en los distintos cantones de los españoles se unieran á las expansiones de la cólera producida por la noticia del DOS DE MAYO, las sospechas más injuriosas y las murmuraciones por la conducta, prudente y reservadísima de su General en jefe, tan cauto con sus compatriotas como disimulado con los jefes imperiales y las autoridades dinamarquesas.

Habría, sin embargo, de llegar el momento de una crisis suprema para aquel ejército. Pontecorvo, siguiendo las instrucciones que había recibido de Napoleón, exigió de las tropas españolas el reconocimiento del nuevo soberano que el Emperador en su insolente soberbia las había impuesto. No contaba, por desconocerlos sin duda, con la lealtad de aquellos soldados para sus anteriores juramentos, con la abnegación, energía é ingénita pertinacia en sus empeños de honor y patriotismo. Si en Jutlandia un general traidor ó cobarde pudo seducir á parte de los que mandaba mintiéndoles la sumisión de sus camaradas de las islas, en Fionia y Langeland, no sólo se resistió la tropa á prestar el juramento que se la exigía, sino que rechazó las imposiciones que se la dirigieron y las amenazas con que se la quiso contener. Almansa se negó rotundamente á jurar, y contestó á las imposiciones y amenazas con voces de venganza y muerte; la Princesa se agrupó en derredor de su bandera en actitud tan imponente como triste, y por el órgano de un cabo declaró que no juraba á José ni á otro alguno; Villaviciosa y Barcelona manifestaron que sólo reconocerían al rey que reconociese la Nación, y Cataluña impuso á la fórmula del juramento variantes y restricciones, *mucho más valientes*, decía su Sargento Mayor, *que la negación absoluta*.

De allí y de aquel acto, ejemplo para siempre memorable de la lealtad española, arrancó la voz de ¡A España! que, electrizando á todos nuestros compatriotas, los preparó á las resoluciones más temerarias y á los sacrificios más sublimes. Entonces pudo Romana abrir el corazón á sus soldados para poner de manifiesto sus pensamientos, antes reservados por la prudencia que exigían la responsabilidad del mando y la suerte de tanta y tan leal y valerosa gente como la puesta á sus órdenes. Y ya que en Roskilde la posición de las tropas, bajo la vigilancia de las autoridades y oprimidas por las muy superiores fuerzas de imperiales y dinamarqueses, sin medios, sobre todo, de evasión posible, hubo de causar su desarme para más tarde en Rusia, y combatiendo entre sus mismos enemigos, dar muestra gallarda de sus brillantes cualidades militares, las demás, casi todas



PALMA DE MALLORCA.—MAUSOLEO QUE GUARDA LAS CENIZAS DEL MARQUÉS DE LA ROMANA.

las de Jutlandia y Fionia, con su General, sus jefes y oficiales, pudieron reunirse en Langeland para hacer frente á sus opresores, si se atrevían á atacarlas, y buscar en las naves inglesas que tenían á la vista el camino de la patria.

Un oficial, cuyo nombre no puede olvidar la historia, D. Antonio Fábregues, patriota catalán tan hábil como resuelto, logra, á nado, á veces, ó en barca, comunicar con los ingleses y con un marino español, D. Rafael Lobo, que acaba de unirse á la escuadra del almirante Keats con la misión de dar vado al embarque de sus compatriotas. Vuelto á las islas, Fábregues conferencia con Romana; y momentos después va una nube de oficiales del cuartel general á todos los cantones transmitiendo instrucciones y órdenes para que las tropas se trasladen como mejor puedan á Langeland, donde al poco tiempo consiguen reunirse con el de Cataluña todos los regimientos de Fionia y la mayor parte de los de Jutlandia. Y hecho en derredor de sus banderas y estandartes un nuevo juramento de no humillar tan gloriosas enseñas sino ante Dios y su Rey legítimo, el deseado Fernando, acto solemne que reproducirán las artes, montan las naves el 21 de Agosto para esperar en la costa de Suecia la llegada del convoy que ha de transportarlas á España.

«¡A España!» van repitiendo aquellos valientes con el ansia de compartir con sus camaradas de nuestros ejércitos el rudo tráfago y los peligros de una guerra que parecerá interminable según el número de unos y el denuedo y la pertinacia de otros de los contendientes. Y el mar abrirá paso fácil por entre sus ondas á unas naves que llevan por norte *la Patria*, signo que va á ser el lema más honroso y la recompensa más ambicionada que brille en el pecho de sus tripulantes y en los fastos de su para siempre memorable expedición.

Pero todo; sus tristes presentimientos, primero, y sus recelos y vacilaciones; la resolución, después, heroica de resistir un juramento impuesto por el poder más robusto y tiránico entonces de la tierra, y el á todas luces temerario arranque de burlar las olímpicas iras del que asumía esa omnímoda autoridad con su incomparable genio, la brillante aureola de sus glorias militares y los halagos de la fortuna, atada, al parecer, á su carro para siempre; todo reconocerá por origen, móvil y fuerza el eco del Dos de Mayo que, como en las provincias de España, repercutió en la división del Marqués de la Romana con la misma impresión de tristeza y las de ira y anhelo de venganza iguales.

Europa toda se conmovió ante aquel espectáculo que trajo á la memoria el ofrecido por los *diez mil* de Jenofonte. No necesitó el caudillo griego de quien pudiera ensalzar sus talentos y valor, que bastarían sus propios escritos para acreditarlos; pero no faltaron al Marqués de la Romana admiradores dentro y fuera de España que hicieran resaltar las virtudes que atesoraba, su patriotismo, entre ellas, de que mostró Jenofonte carecer al combatir en las filas de los enemigos de Atenas. En España, las Cortes de Cádiz ahogaron los acentos de la envidia al decretar la inscripción estampada en el mausoleo que nuestros lectores pueden admirar entre los grabados de La Ilustración de hoy, monumento que, como la Historia, perpetuará el glorioso recuerdo del Marqués de la Romana. En él se ve á Lord Wellington cubriendo de trofeos la estatua yacente del héroe español y en actitud de repetir las palabras que había pronunciado ante su cadáver: «El ejército español ha perdido en el Marqués de la Romana su más bello ornamento, su nación el más sincero patriota, y el mundo el más esforzado y celoso campeón de la causa en que estamos empeñados.»

El General José Gómez de Arteche.

LOS TEATROS.

La muerte de Ricardo Calvo — La campaña primaveral en los teatros de la Comedia y la Princesa. — En Lara: Beneficio del Director artístico. *Los asistentes* y *Por una cruz*. — Otra vez los políticos en escena.

Cuando en mi crónica anterior hacía yo notar, en muy pocas palabras, lo que había perdido la compañía del restaurado teatro Español con la salida de su director Ricardo Calvo, muy lejos estábamos todos de temer pérdida más irreparable con la muerte del artista.

A Ricardo Calvo no le ha sorprendido la muerte en horas de fortuna, sino en momentos de íntimas tristezas, de esas que agravan, si no originan, los físicos dolores, tratándose, sobre todo, de quien, más que una obligación, hizo siempre una devoción de su arte.

Si la vida de todo artista es vida de lucha, ésta es más dura y terrible en la vida del artista escénico, que está constantemente ante el público, estudiando su gusto, tras el estudio difícil de los papeles que representa: apreciando la razón del aplauso y la justicia ó injusticia del desvío; buscando después un reflejo de todo eso en la opinión de la prensa, no siempre orientadora, tantas veces voluble y tornadiza, y dada á formar de la novedad un ídolo, y á reformar de paso, *á lo fiscal*, antiguas *conclusiones*.

El verdadero artista quiere vivir con gloria; y si lo consigue, dichoso él en la muerte, si muere *á tiempo*. Nuestro gran Romea, achacoso, enfermo, moribundo en sus últimos años, *resucitó* gloriosamente en la escena pocos días antes de morir. Aquel coloso, realista revolucionario de su arte, cayó con los honores de un héroe á las puertas de la triunfante revolución política española.

Rafael Calvo, el actor nacido para ser el soberano intérprete de la dramaturgia romántica, corrió á América á justificar su fama en la plenitud de sus facultades, cuando su nombre se hallaba aquí en el apogeo de su gloria. Llegó, declamó, triunfó, y cuando volvió á nosotros con sus laureles de otro mundo y con los ricos frutos de sus victorias, volvía tan á tiempo, que el mismo Antonio Vico se abrazó á él como á una tabla salvadora en el naufragio de sus esperanzas de artista. Rafael salvó á su digno compañero: compartió con él fatigas, provechos y honras de la campaña, y cuando en Cádiz rindió el último aliento, sobre su tumba llovieron flores y coronas á la vez para el alma generosa del hombre y para el espíritu arrogante y glorioso del artista escénico.

No ha sido tan venturosa la muerte de Ricardo. El hombre nobilísimo acababa consolado por el íntimo amor de los suyos en el hogar doméstico. Pero el artista caía en la lucha desfallecido, no por los rigores del trabajo y del estudio, que nunca le rindieron, sino por los rigores de la suerte, por secos, injustos y dolorosos desvíos, que formaron para él una atmósfera, por decirlo así, *aisladora*, cargada de tristezas y amarguras; para él, que antes había merecido de sus compañeros de arte y de la opinión pública los títulos codiciados de digno hermano y digno heredero de su Rafael del alma.

Rafael y Ricardo: hijos los dos de aquel D. José Calvo que brillaba con luz propia donde brillaban astros como los Romea, los Valero y los Arjona; de aquel que dejó á la historia del arte escénico recuerdos de grandes creaciones de tan distinta índole como el melodramático *Jorge el armador*, el Colón del drama histórico, el Apio Claudio de la tragedia, el D. Lucas del Cigarral de la comedia antigua, y el graciosísimo gitano del sainete moderno.

Rafael y Ricardo: los dos heredaron algo de la dura y aflictiva dolencia crónica que mató á su padre; pero heredaron mucho más de aquella pura sangre de legítimo artista, que mueve á hacer del arte una religión, de la consideración pública un hermoso ideal, y del respeto al propio nombre un caso de conciencia.

Rafael era mayor por edad y por títulos escénicos, y Ricardo lo respetó todo en su hermano, y oyó su consejo en la familia y se hizo súbdito suyo en la escena. Pudo campar libremente y ser cabeza de compañía, y prefirió *hacer* los segundos galanes al que reconocía como primero. El amor al hermano y la sincera admiración al artista le llevaron al principio, y sin darse cuenta de ello, á la imitación de defectos, como de cualidades. Pero Ricardo estudiaba sus propias aptitudes, más amplias, y sus facultades, menos vigorosas y limpias que las de Rafael, y abandonó sus estímulos de imitador en cuanto no fuera común á todo enamorado del arte y tan natural en hermanos decididos á no ofender jamás en el escenario la sagrada memoria paterna.

¿Si brilló Ricardo al lado de Rafael en inolvidables campañas? Respondan á esa pregunta los recuerdos, aún vivos, de aquel rey del *Milagro en Egipto*, de Echegaray; de aquel dificilísimo don Carlos de Vargas del *Don Alvaro*, del Duque de Rivas; de todos aquellos segundos galanes de dramas y comedias, que á ser *primero* en la escena española llevaban al malogrado artista.

***

He hablado de aptitudes más amplias y de facultades menos limpias y vigorosas. Todo eso no lo da el estudio; lo da ó lo niega la naturaleza.

«Dios no lo da todo á uno»,

había dicho ya en sus *Pechos privilegiados* aquel gran Alarcón, á quien la naturaleza y su tiempo habían tratado tan cruelmente.

En su voz, mucho más que en su figura, hallaba Ricardo Calvo obstáculos sólo vencibles ante el público á fuerza de estudio perseverante, de reserva en los altos registros de su declamación, de aprovechamiento de sus recursos en el silencio, y de conocimiento exacto de los efectos, ya de ternura, ya de gracia, que entrañaban los personajes á él confiados.

El público llegó á aficionarse á él con profunda simpatía, como él se había acostumbrado á la lucha gloriosa con las rebeldías de su propia naturaleza. La amplitud de sus aptitudes le permitió brillar en lo cómico á más altura que Rafael, ya que á éste no podía llegar en lo dramático, y menos en lo trágico.

Todos recordamos la brillante campaña que, unido á Donato Jiménez, hizo el buen Ricardo en el teatro Español, y en ella, y con los firmes andadores de su celosa dirección artística, dió sus primeros pasos de primera dama la gentil María Guerrero, la actriz más acariciada por las lisonjas de la crítica en nuestros tiempos.

Después se encontró Ricardo con que su *dirigida*—por vicisitudes explicables en el teatro—era su *empresaria*: y todo su talento, toda su actividad, con su escrupulosa conciencia, se dedicaron al crédito de la empresa y al mayor decoro del arte. En la Princesa primero y después en el Español, se hacía notar al más indiferente el tino del experto director artístico que tan admirablemente puso en escena *Mancha que limpia*, y antes *María-Rosa*, y siempre las obras del teatro clásico, abandonado después á galanes noveles, á genialidades de María y á caprichos de empresa con relación al aristocrático abono de *los lunes*.

Creo tanto en la bondad de María como en su talento, y allá, en el fondo de su alma, su propia feliz historia artística debe haber grabado recuerdos de gratitud para aquel su leal cuanto desdichado compañero. Por eso no me atrevo á creer lo que he leído en letras de molde. ¿Qué? ¿Con las provincianas glorias, no ha tenido una piadosa memoria María Guerrero para aquel que en la corte la acompañó y guió en sus pasos decisivos de primera actriz de nuestro teatro?.....

No dudo en repetirlo: injusticias y veleidades de la opinión hirieron á Ricardo en el alma, tanto como en el cuerpo la terrible tenacidad de la fiebre. Yo le oí confidencialmente resollar por la herida.

Guerrero tiene ahora empeño en rodear de artistas jóvenes á su hija. Me parecen ya demasiados los jóvenes que la rodean, cuando, tan cerca de la hora suprema y triste, se acordaron algunos de declarar *viejo de solemnidad* á Ricardo Calvo.

En artes y letras, la impaciencia de los que marchan detrás tiene empeño en *envejecer* y arrinconar á los que marchan delante. Ricardo Calvo ha muerto en cuanto le han *envejecido*.

Decididamente hay que reformar el vulgar adagio de este modo: «Parientes y *artistas* viejos..... lejos.» Sí, señor: como dice mi amigo Cavia en su sabroso *Plato* satírico: «Hay que acabar con la *vetustocracia*.»

Sí; pero veamos bien antes lo que cuesta y lo que vale la arrogantísima *novocracia* del arte en la escena española, glorificada por muchos ilustres muertos y por algunos vivos arrinconados.

No con todo el favor que esperaba del público, la compañía de ópera y de opereta cómica que dirige Giovannini empezó su anunciada campaña en el teatro de la Comedia, que no es ciertamente, por sus condiciones ni por su historia, el más á propósito para ese género de trabajo artístico.

Pero no se puede negar que el repertorio de la compañía italiana es grande y variado, y que en ella figuran artistas muy estimables, como la Saroglia y la Coliva, y Grossi, Petrucci, Tanci, y algún otro, sin que los demás ni los bien dirigidos coros descompongan nunca los cuadros que ofrecen en escena.

Fra-Diávolo, una de las obras repetidas por gusto y con aplauso del público, ha valido ovaciones merecidas á la simpática Aida Saroglia, joven que apenas cuenta diez y ocho años y que, aun con las facultades no del todo desarrolladas, ha revelado ser una tiple de excelente escuela, de gusto delicado y de agilidad de garganta á prueba ya de grandes dificultades del arte que con tanto amor cultiva.

Cin-ko-ka y *El vendedor de pájaros*, y algunas zarzuelitas nuestras que, como *Música clásica* y *El dúo de la Africana*, han hablado y cantado en español los artistas italianos, fueron otras tantas ocasiones de lucimiento y de ruidoso aplauso para la Coliva, Petrucci, Principi y, sobre todo, para



MADRID.—SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS EN LA IGLES

POR EL ETERNO DESCANSO DE LOS

(DIBUJO DEL NATU



A DE SAN FRANCISCO EL GRANDE, Á EXPENSAS DE S. M.,

FRAGOS DEL «REINA REGENTE».

POR COMBA.)

el tenor cómico Grossi, que hace muy atinado uso de sus escasas facultades de cantante, y que, como actor cómico, es de lo mejorcito que desde los teatros de Italia ha venido á presentarse en nuestros escenarios.

Los tenores Tanci y Giovannini se distinguen respectivamente en *Il Babbeo* y en *El dúo de la Africana*, la famosa zarzuela de Echegaray y Caballero que el público ha celebrado en la Comedia tanto como en Apolo, no contribuyendo poco á la gracia del recitado el acento con que los artistas pronunciaban algunas intencionadas frases castellanas del diálogo.

En resumen: la campaña primaveral resulta honrosa para la compañía italiana del teatro de la Comedia; y si todos los días de la semana pudieran ser *de moda*, como los jueves, á la honra iría unido todo el provecho que indudablemente merece la artística empresa.

***

En el teatro de la Princesa, después de una suspensión de tres días, reanudó sus tareas la compañía española en que son principales figuras Juanita Martínez, Ruiz de Arana y Sánchez Castilla.

Estrenóse con aplauso el juguete cómico en dos actos titulado *De Méjico á Villarorneja*, arreglo indudablemente de alguno de aquellos *vaudevilles* que tanto divierten al público de París en los teatros de tercer orden. No ofrece mucha novedad el asunto, ni los tipos que juegan en el cómico *quid pro quo* dejan de ser conocidos nuestros de muchos años. Pero los discretos arregladores del juguete, Sres. Llana y Francos Rodríguez, han utilizado con tino los elementos que el autor francés les ofrecía, y su propósito quedó cumplido, pues *De Méjico á Villarorneja* resultó un viaje divertido para el público, que rió grandemente, sobre todo en el segundo acto.

No contribuyó poco al éxito la gracia que Castilla y Ruiz de Arana dieron á los tipos que representaban, alguna vez un tantico *desplantados*, en fuerza de darles relieve para el más *gordo* efecto.

Continúan en la Princesa siendo excitantes y sabrosos platos *de la noche* los preciosísimos diálogos populares de López Silva, que pasan del libro al escenario con aumento de gracia, por la que les añaden principalmente el gesto característico, las actitudes propias y la dicción intencionada de Ruiz de Arana, que es una verdadera especialidad en eso de representar al vivo los tipos de nuestros *Barrios bajos*.

El regocijo del público ha sido grande ante los diálogos de López Silva hasta ahora representados en la Princesa, y no dudo que, aun después de leído y aprendido de memoria el que hoy publica *El Imparcial* con el título de *Nuestros patriotas*, en la noche del 2 de Mayo irá á solazarse el público en el teatro viendo y oyendo á aquel gracioso *chispero* de ahora, que entiende mejor el honor de la patria que la honra de su propio hogar doméstico.

***

En el teatro de Lara y con éxito muy lisonjero se ha dado á conocer como autor cómico D. Pablo Parellada, quien era ya muy estimado como festivo escritor y dibujante en los semanarios ilustrados, con el pseudónimo de *Melitón González*.

El Sr. Parellada, ilustradísimo ingeniero militar, ha revelado, en su graciosa pieza cómica *Los asistentes*, su espíritu observador de tipos y costumbres, su gran facilidad en el diálogo escénico y su delicado gusto al poner en boca de sus personajes chistes salientes sin daño del decoro, y propios y naturales en la ocasión y en la figura que los sazonan.

Allí no hay tregua para la risa del espectador; y mucho contribuyen á tal efecto los actores Romea y Larra, que en los protagonistas del juguete regocijado hacen todo cuanto ellos saben hacer para que el público sea constante favorecedor del lindo teatro de D. Cándido.

Llegó después el beneficio del laborioso director artístico, mi buen amigo Flores García, que *en su noche* vió una vez más confirmadas las grandes simpatías que goza, no sólo entre el público, sino dentro de *la casa*, en la que tanto le estiman sus compañeros los autores y los excelentes artistas cuyo trabajo ordena y dirige.

Aplaudidas y celebradas fueron, como siempre, las dos obras del repertorio del beneficiado, *Baltasara*, *la pollera* y *Meterse en honduras*, dando ocasión nueva de lucimiento á la inimitable Balbina Valverde, y á la gentil y graciosa Rosario Pino, que después contribuyó también al éxito de la novedad de la noche.

Se trataba de una comedia póstuma de aquel malogrado bohemio de las letras que se llamó Pelayo del Castillo, que siempre escribió sus obras improvisadamente, en cualquier parte, donde la apremiante necesidad de un duro le sorprendía. *Por una cruz*, su comedia póstuma, se resiente de *eso*, como todas las que escribió, con mucha gracia y con facilidad de versificador asombrosa, pero sin novedad, ni consistencia ni interés en el plan; porque ¿qué planes podían pedírsele á aquel feliz ingenio, siempre trasnochado y necesitado siempre de estudio como de buen consejo?

Aunque, como *Por una cruz*, resultaría hoy teatralmente *anémico* su famosísimo *El que nace para ochavo.....*, yo prefiero todavía esos juguetillos de Pelayo á estas periódicas exhibiciones de la política en caricatura escénica, que, como *Una crisis*, estrenada ahora en Romea, son, con más ó menos gracia, estériles y ripiosas rapsodias de todo aquello que ya tiene su natural y saliente caricatura en su propio y también público escenario.

EDUARDO BUSTILLO.

29 de Abril de 1895.

COSTUMBRES TAURINAS.



AFORTUNADAMENTE, D. Zenón se ha templado desde las retiradas de Alejandro y César, ó sea de *Lagartijo* y *Frascuelo*, de la candente arena..... de los circos taurinos.

Pues si hubiera continuado con el entusiasmo que le excitaba, ni su pobre señora ni los chicos habrían podido tolerarle.

Los chicos, del mal el menos, porque alternaban con él en las corridas á domicilio.

Don Zenón es un aficionado, un *sportman* taurino, inteligente, según él, hasta el límite de la maestría.

—He visto muchos toros—dice—y muchos toreros, y sé más que unos y otros. Para mí no hay secretos en el arte: con el capote en la mano, de esta manera—añade pasando á la práctica, y valiéndose para ello de su propia capa, en invierno, de la levita ó de la cazadora, en verano—lo mismo doy yo «una verónica que una navarra».

Al principio, cuando la cocinera de la casa oyó eso de «dar una navarra», no pudo contenerse y protestó:

—¡Eso será si ella se deja!

Su amo la explicó minuciosamente, aun á costa de abandonar la moza el cuidado del almuerzo, lo que en el arte se denomina «una navarra».

La muchacha se tranquilizó.

Don Zenón y su señora habían estado varias veces á dos dedos del divorcio por causa del toreo.

En aquella casa no se disfrutaba una hora de tranquilidad.

Donde menos se esperaba, aparecía un hierro de divisa, ó cualquier otro recuerdo de toro célebre ó de torero víctima.

Y no era esto solamente, sino que algunas veces se encontraba la familia con un plato de estofado de carne de toro, ó de cualquier desperdicio del propio animal.

—Esto es para perder el estómago—protestaba la esposa.

En el despacho de D. Zenón encontraba el aficionado un museo taurino.

Carteles grandes y chicos, en papel y en seda, moñas, banderillas, medias, zapatos de torero, monteras, fragmentos de muleta, capotes, estoques, puyas, divisas ensangrentadas, retratos de diestros, cuadros de cogidas graves, pintadas al óleo por chicos novilleros en el arte de Apeles, cabezas de toros al natural.....

En aquel despacho nadie hubiera adivinado al hombre de negocios, al hombre serio y formal.

La familia no podía entrar ni con papeleta en aquel recinto.

Cuando quería explicar á los niños alguna suerte, sacaba los útiles ó «los avíos» al pasillo ó al comedor, y allí «se verificaba» la corrida.

Su conversación era pintoresca.

Hablaba D. Zenón lo mismo que un picador de toros, y más de cuatro negocios perdía por no entenderse con quien le buscaba para que se encargase de ellos.

Aun hoy, que está muy cambiado, tiene días ó ratos en los que no se le puede sufrir.

Cuando llega á buscarle algún amigo de los íntimos, en uno de esos momentos de «acceso de puntas», suele decir el criado, en «el cieno de la confianza», según él:

—¿El señor? Está en el «chiquero»; vamos, en su despacho.

Si hubiera creído á D. Zenón, el muchacho habría seguido la carrera de las cuernos, amaestrado por tan buen profesor.

—Ojalá les diera por ahí á mis chicos—le decía.—Es la carrera de porvenir. ¿Qué te prometes del inmundo servicio doméstico? Humillaciones vergonzosas, tentaciones del crimen, la miseria mañana, el hospital, la fosa común.

—Sí, señor, sí—respondía el criado á los sanos consejos del amo;—pero los toros usan cuernos.

—¿Y qué?

—Nada.

—Eso es lo de menos. ¿Y morir como Pepe Hillo, nada vale?

—¡Caramba!

—No tendrás la pretensión de ser inmortal. ¡Ah! ¡si yo volviera á ser joven! ¡y con lo que sé! No hay toro que me alcance.

—Teniendo esa seguridad, aunque saliera usted con muletas.

—Es que esa seguridad es relativa.

—¡Ya!

Con varios amigos tuvo cuestiones graves por su pícara afición taurina.

Para decir á uno:

—Parece que le encuentro á usted un tanto pensativo y cejijunto.

Le decía:

—Parece que está usted algo «corniapretao».

En lugar de entrecano, «entrepelao», y por contar la edad de alguno, en vez de años hablaba de «hierbas».

De un primo de su mujer que murió de repente, decía:

—Ha muerto sin necesidad de puntilla.

Pero la aparición de otro torero en la casa curó á D. Zenón, si no del todo, en parte, de su monomanía.

Ya no habla de toros en su domicilio, ni viste de corto, como solía, de cuando en cuando, para asistir á las corridas y á las novilladas en los pueblecillos próximos á Madrid.

Uno de los hijos de D. Zenón se encargó de curar á su padre.

Ya había notado el *maestro* que su niño vestía de corto algunas veces, y que le hablaba de toros y que le pedía que le explicara las «suertes de á pie».

Don Zenón tomaba el capote, y colocaba una butaca «en los medios», y allí se «hacía pedazos» toreando, pero sin moverse.

—¿Lo ves? Toreo de brazos, y parando y marcando la salida al animal. ¿Lo ves?

Después tomaba las banderillas, y clavaba tres ó cuatro pares en la butaca, en diversidad de suertes.

Y luego, empuñando *los avíos*, toreaba de muleta con desahogo y ciñéndose al mueble, y remataba recibiendo ó á volapié con una «hasta los deos», que traspasaba la butaca.

A consecuencia de esta lidia habían muerto algunas sillas y tres ó cuatro butacas.

La pobre esposa de D. Zenón veía con dolor y espanto á la par aquellos destrozos, y aun consultó con varios médicos.

—El día menos pensado—repetía la infeliz—nos lidia, y acaba con nosotros.

La navarra y el criado andaban con ciertas precauciones, cuando estaba en casa D. Zenón dedicado al culto de la tauromaquia.

Pero un día, terrible para el *maestro*, llegó á sus manos el programa de una corrida de novillos en un pueblo de los alrededores de Madrid.

No daba crédito á sus ojos.

—Mira—tartamudeó, mostrando el papel á su mujer;—¡mira tu hijo! ¡nuestro hijo novillero!

La esposa fingió un síncope.

Cuando volvió en sí, dijo á Zenón:

—Ese es el fruto de tus predicaciones.

—Pero, mujer, por Dios, si yo nunca le he aconsejado tal cosa.

—¿No le querías torero? Pues ahí le tienes. Y el otro seguirá la misma escuela..... Pregunta á la navarra y verás.

—Si no se hace toro, para acabar de matarme. ¡Ah! no sé lo que me digo. Pero esto no puede ser: daré parte al Gobernador de la provincia.

—¿Y cómo podrás evitarlo?

—Es un suicidio. Si á lo menos estuviera yo á su lado con el capote.....

—¡Zenón!

—Corriendo, corriendo; tráeme la cazadora clara, el sombrero cordobés, las zapatillas, la..... digo, no; el *chaquet*, y.....

***

Desde aquel día D. Zenón no es lo que era.

Conserva la afición, pero latente; no habla de toros ni permite que hable nadie en la casa.

Porque no le dijeron que todo había sido una comedia compuesta por la madre y los hijos para curar al jefe de la familia.

EDUARDO DE PALACIO.

EL JAPÓN Y LAS FILIPINAS.



Hace tres años mandaron los japoneses un barco de guerra con algunos colonos y soldados á las islillas de Bonin-Sima, que están al Norte y no muy lejos (relativamente á la inmensidad de aquellos mares) de las Marianas. Fué esta expedición motivo de que los periódicos españoles se alarmasen y diesen á luz algunos artículos ponderando los inconvenientes que tiene lo que llamaban toma de posesión de las islas por el Japón, y hasta algunos dijeron que España tenía mejor derecho á las mismas. No había motivo de tanto susto, por ser insignificantes aquellos islotes, ni de protesta, porque nunca fueron nuestros, ni siquiera de hacerse de nuevas, porque desde muchos años antes pertenecían al Japón. Pasó en pocos días aquella infundada alarma, y quedaron los japoneses tan olvidados como si tal nación no existiese en el mundo.

Tan equivocado y censurable era este olvido como aquel espanto, porque el Japón no le merecía. Desde 1867 había comenzado á aumentar y perfeccionar sus medios de ataque y defensa, en cuya conducta venía perseverando con extraña constancia y con el feliz resultado que descubrió la campaña de 1874 en Formosa. De su política colonial y guerrera han hablado, de quince años á esta parte, revistas, libros y periódicos, en tanta cantidad, que sólo con los títulos de los trabajos en que tal materia se trata, llenaríamos el presente número de La Ilustración Española y Americana, y aun nos faltaría mucho espacio. De suerte que el poder militar del Japón nació hace cerca de treinta años, se confirmó en la mencionada campaña de Formosa, y dió que pensar á todos los políticos y publicistas europeos: sólo en España nadie cayó en la cuenta de la novedad que teníamos á las puertas de Filipinas, ni del peligro que de ella podía originarse..... hasta el preciso momento en que no era novedad, ni había peligro alguno.

Que no era novedad, queda probado con lo anteriormente dicho, donde se ve que todo el mundo sabía que el Japón era gran potencia militar y marítima; todo el mundo menos nosotros, que teníamos mayor interés que nadie en saberlo, habiéndonos parecido mucho en este descuido al personaje de Ayala. Que no hay peligro ahora, ni le habrá en algún tiempo, es cosa que está diciendo á grandes voces el sentido común, pues el más torpe descubre que la magnitud de los problemas que á sí mismo ha planteado el Japón al vencer á China es tal, que en bastantes años no podrá pensar en otros nuevos. Por donde se ve que los artículos alarmistas de ahora, en que se pedía al Gobierno que mandase á las Filipinas buques, fusiles y tropas sin pérdida de tiempo, tenían tan poco fundamento como los que se escribieron cuando lo de las islas de Bonin-Sima, y que lo conveniente y sensato hoy es que nos demos por enterados (que ya era hora) de la existencia de un vecino poderoso en Oriente, y sin mirarlo como enemigo, pues ninguna prueba de hostilidad nos ha dado, tengamos bien considerada su fuerza en nuestros cálculos y programas de vida, si al fin nos determinamos á calcular y á tener programas. Aunque bien puede suceder que en vez de hacerlo así, volvamos á meternos en la concha, y después de tanto ruido, nos echemos á dormir, para despertar tan desprevenidos como ahora cuando truene de veras, si es que algún día truena en Oriente para España, lo que bien podría suceder.

°°°

Lo principal para nosotros en la guerra que ha terminado es la ocupación de las islas de los Pescadores y la cesión de la isla Formosa; aquello porque recordando que los franceses no pudieron tomarlas en 1884, se tiene idea del poder militar del Japón, y esto por estar dicha isla tan cerca de las Filipinas que un barco de regular velocidad puede pasar de ella á éstas en horas.

Tiene Formosa unos 40.000 kilómetros cuadrados y suelo quebradísimo, cortado por altas sierras que llegan á cerca de 4.000 metros, según cálculos de algunos viajeros. Estos montes caen casi á pico del lado de Oriente, de modo que la costa que da á alta mar es de difícil acceso. La vertiente opuesta baja con relativa suavidad hacia el estrecho de Fo-Kien, que la separa de China y en el cual se hallan las ya nombradas islas de los Pescadores. Es volcánica como las Filipinas, levantándose en unas partes el terreno y hundiéndose en otras, según lo quieren las fuerzas subterráneas. La flora, tropical en las costas, llega á ser en los montes la propia de las comarcas templadas, por la mucha altura de aquéllos, ofreciendo agradabilísimo recreo á los ojos la muchedumbre y profusión de vegetales tan lozanos y de tan variado color y forma, de cuya hermosura vino el dar á esta isla los portugueses, sus descubridores, el nombre de Formosa. Por la fauna como por la flora, depende del continente vecino, pero tiene especies propias, algunas muy singulares.

Los chinos comenzaron la colonización de Formosa en el siglo XIV, habiéndose apoderado de toda la parte occidental. Dice el Sr. Reclus, en su *Geografía*, que han hecho desde el siglo XVII á la fecha mayor mudanza en esta isla que los españoles en Filipinas; pero esta opinión del geógrafo francés no tiene fundamento sólido, prueba la ligereza y falta de conocimiento con que juzga siempre de España, y es una nueva prueba de la poca simpatía que siente hacia nuestras cristianas obras coloniales.

Los que hace algún tiempo nos sorprendieron con la estupenda y disparatada novedad de que España tenía derecho á la posesión de las islas Salomón, mejores fundamentos hubieran encontrado para pretensión semejante en Formosa. En 1626 apareció en la costa norte de ésta una Armada mandada por el sargento mayor Carreño de Valdés, enviado por el virrey de Filipinas D. Fernando de Silva. Halló un pueblo de 1.500 casas, del que tomó posesión. Hiciéronse obras de defensa; pero en 1643 se apoderaron de él los holandeses. Tuvimos dos ó tres castilletes en las playas de Formosa, que se perdieron cuando la isla.

Los naturales viven en perpetua guerra con los chinos, los cuales les combaten de la misma manera bárbara que los *yankees* á los pieles rojas. Estos naturales no dejan de tener alguna semejanza con los tagalos. Llaman á su lengua *tayal*, y á algunos de los distritos que habitan, Tangalán. Hay también, en lo más escondido de los montes, algunos negritos. El número total de habitantes supónese que será de 2.500.000, pero puede sustentar cuatro veces más.

La situación de la isla, frente á los puertos de Fo-Kien, no lejos de la desembocadura del Yant-se-kiang, y á mitad de camino entre el archipiélago del Japón y la Malasia, hace de ella la llave de aquellos mares, así en lo comercial como en lo militar y político. Con decir esto y añadir que los puertos son muchos y buenos y riquísima la tierra, queda declarada la importancia de su ocupación por los japoneses.

La capital es Taiuan, y los puertos principales Takú, Tangkang, Lungkiao, Honsang, Tamsui y Kelung. De estos dos últimos no pudieron apoderarse los franceses en la última guerra, por más empeño que en ello pusieron. Entre Taku y Taiuan hay telégrafo y teléfono. Encuéntranse buenas minas de carbón de piedra, cosa de sumo interés para una nación que desea ser poderosa en el mar, como al Japón le sucede. Este carbón es de buena calidad, y de él hacen gran consumo los chinos para sus buques de guerra. Sólo de Kelung salen unas 60.000 toneladas al año.

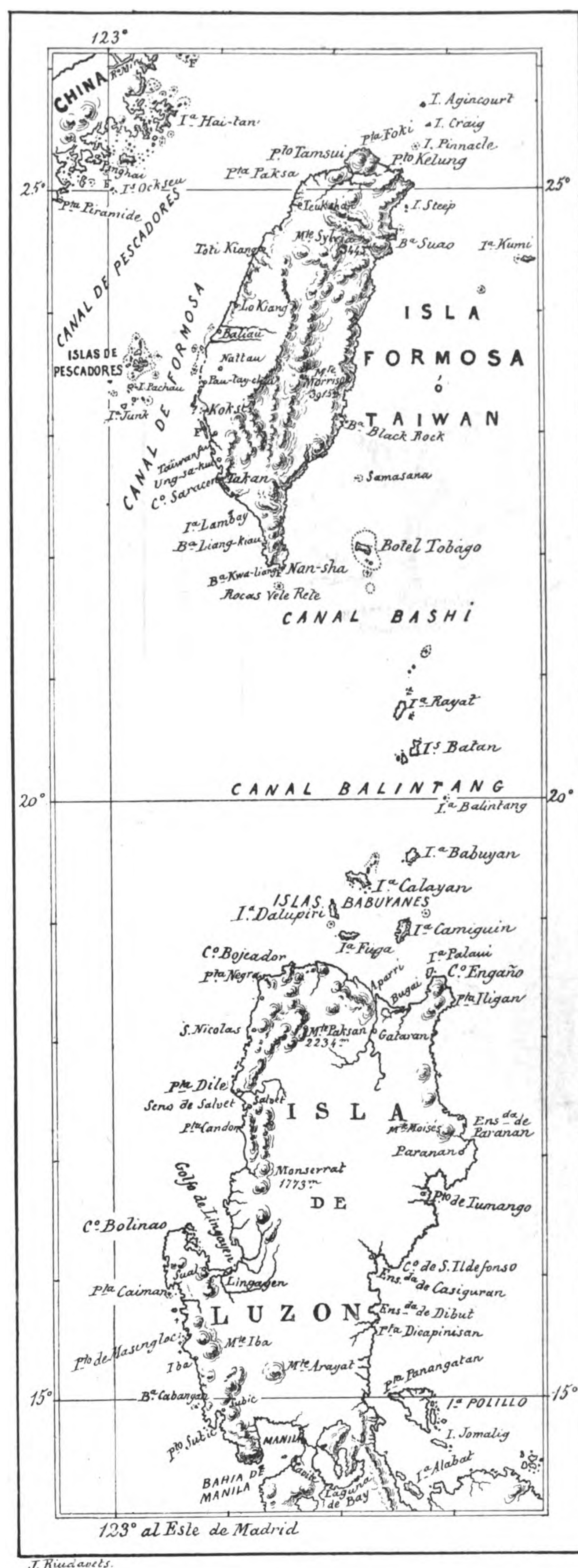
También produce azúcar y arroz de muy buena calidad, y el comercio pasa de 40 millones de pesetas, á pesar de la falta de caminos. Es indudable que en teniendo ferrocarriles por donde puedan bajar á la costa los frutos del interior, aumentará muchísimo.

Con lo escrito basta para que se comprenda lo que es Formosa, y lo que puede ser para nosotros en manos de sus nuevos dueños; pero no debe olvidarse lo que antes hemos dicho. Ningún enemigo tenemos en Asia ni en América que se pueda comparar á nuestro descuido, del que no sabemos salir sino para alarmarnos más de lo debido, con notable daño de la reputación y de la seriedad. Guardémonos de ambos extremos.

°°°

Los sobresaltos intermitentes y ruidosos nada remedian: sólo la previsión serena y constante tiene eficacia. Por eso, lo que en Filipinas hay que hacer es prepararse sosegadamente para lo porvenir.

Si del Norte se espera el peligro, venga del Japón ó venga de China (que también de China puede venir, y muy grande, aunque no lo crean muchos), al Norte hay que mirar.



LA ISLA FORMOSA Y LAS FILIPINAS.

Atiéndase á la defensa de las islas Batanes y Babuyanes, principalmente de las primeras, que van á ser fronterizas del Japón. Hoy se hallan tan olvidadas como si no hubiese en toda la tierra más nación que España. Procúrese tener en Filipinas ejército y marina suficientes; pero no en el papel, sino en la realidad. La guerra no se improvisa, se prepara; y el que entra en ella mal preparado sale bien vencido.

Y con esto no hay que pensar en más. Mándense al diablo las economías que cuestan sangre, lágrimas, vergüenza, y á la postre diez veces más dinero que el economizado; trabájese un poco cada año en mejorar nuestras fuerzas en Oriente, y esperemos tranquilos á que nos ataquen; que si se sabe que estamos preparados y que somos fuertes, nadie nos atacará.

La guerra suele ser consecuencia del descuido y de la debilidad. Los advertidos y fuertes son los que viven más seguros y tranquilos. Sirva de ejemplo Cuba, donde la hay porque no quedaba ejército ni cosa que se le pareciera.

R.



RICARDO CALVO,

NOTABLE ACTOR ESPAÑOL.

(De fotografía de Compañy.)

REVISTA MUSICAL.



Motivos que no es del caso decir, y que á nadie interesa el saber, han tenido mi ánimo en estos últimos tiempos poco á propósito para cumplir con los lectores de La Ilustración el deber que me tengo impuesto de ser su cronista musical, y mi pluma en el descanso que era consiguiente. Por ello, y con una tardanza que de otro modo sería indisculpable, no he consignado por escrito hasta el momento presente mis impresiones sobre la ópera española *La Dolores*, del maestro Bretón, que ha sido, á no dudar, el acontecimiento de más sólida y verdadera importancia que el arte lírico-dramático español debe registrar, no sólo en los presentes días, sino desde más remota fecha también.

Veamos de hacerlo ahora, concretándome, por lo que hace al argumento, dado que es bien conocido, á hacer tan sólo aquellas indicaciones que el examen de la ópera, bajo el punto de vista musical, que es el que más particularmente me atañe, exija; y en cuanto á éste, haciendo la salvedad de que el dicho examen no podrá ser tan detenido como debiera, tanto por los límites en que forzosamente ha de encerrarse este artículo, como que para hacerlo hubiera sido necesario, para mí al menos, tener á la vista y haber estudiado con la debida atención la partitura, cosa que, ciertamente, no ha estado á mis alcances.

Se ha dicho, ignoro con qué fundamento, que el primer libro de *La Dolores*, que escribió el Sr. Feliu y Codina, fué una zarzuela, la cual, ofrecida á más de uno de nuestros compositores, éstos, con mal acierto, acogieron friamente, excusándose, por último, de escribir la música. Tal repulsa movió al poeta á convertirla en drama, y no debió arrepentirse de ello, dado que el público y la crítica de consuno aplaudieron con entusiasmo la hermosa creación de aquél, y la aclamaron, con sobrada justicia, como una de las más valiosas joyas del teatro moderno.

El españolismo que en toda ella se respira; los personajes genuinamente característicos de la hidalga tierra aragonesa que en la misma intervienen; los cuadros llenos de vida y de animación á que el asunto se prestaba y la música podía realzar de modo admirable, y el tinte eminentemente dramático de que toda la obra está impregnada, merced á la lucha de violentas y encontradas pasiones que constituyen su acción, inspiraron al compositor antes nombrado la idea de ponerla en música y proseguir de ese modo la infatigable y perseverante labor á que de largo tiempo viene dedicando la vida entera en pro de la realización de sus ensueños: la ópera nacional. Y una vez resuelto á ello, escribió el libro, conservando las situaciones más culminantes del drama, y añadiendo alguna que á su propósito convenía, y obtenido su trabajo el *exequatur* del vate catalán, marchó al teatro mismo de los sucesos, recogió en Calatayud de boca del pueblo sus más hermosos y más característicos cantares, y pertrechado con todos esos elementos, comenzó á escribir la partitura, no dando descanso á su mente, ni paz á la mano, hasta dejarla por entero terminada.

Precedido de un corto preludio instrumental, en el que se dibujan dos de los motivos principales de la ópera, y que no es, á la verdad, una de sus páginas más salientes, levántase el telón, dejando ver en una decoración, admirablemente pintada por más señas, la plaza de Calatayud en el fondo, y en primer término el mesón de la Gaspara, donde vive la heroina del drama. A decir verdad, no sé hasta qué punto responda en su principio la música al animado cuadro de vendedores, mujeres que van á sus rezos, é hilanderas y alpargateros que, en dos grupos, se hallan dedicados á sus respectivas labores; pero el tinte monótono, y tal vez demasiado pastoril y tranquilo que tiene, desaparece con el cantar, oportunísimamente colocado, del hombre que atraviesa por entre aquellas gentes entonando la copla:

> Sólo á dos teclas responden
> En su vida las muchachas:
> Al querer, suena la una,
> Y la otra suena á venganza;

y con la entrada del sargento, de cuyas fanfarronadas se ríe la gente, en un coro, cuya terminación, sobre todo, está muy en carácter y es de efecto.

De mayor importancia es el terceto que luego sigue entre Dolores, Patricio, viejo rico y aspirante á su mano, y el dicho sargento Rojas, que no ha ocultado que su venida á Calatayud, más que en busca de alpargatas, que es, como si dijéramos, su misión oficial, ha sido por conquistar el corazón de aquélla. El contraste entre la tristeza de la Dolores, que más que sus palabras revela un bello motivo que dice la orquesta, la charla del sargento y los piropos del viejo, es de efecto, siendo indudablemente de harto mayor valer y belleza el *allegro* con que el trozo musical termina, que el *andante* que le precede, y no peca de grande originalidad.

Y después de una corta aparición de Lázaro, el seminarista, la cual señala la orquesta en una frase impregnada de dulzura y sentimiento, viene el dúo de Dolores y Melchor, en una situación que recuerda algo el coloquio de Santuzza y Turidu en *Cavalleria rusticana*. En él, la apasionada muchacha reprocha al antiguo amante su desvío y el abandono en que la ha dejado; le pide cumpla unos juramentos que en mal hora creyó, y al ver la persistente negativa con que Melchor contesta á sus súplicas, la ira y la indignación estallan en su pecho, y prorrumpe en gritos de desesperación, jurando dar su vida entera al que por ella tome venganza de aquel verdadero ladrón de su honra. Página eminentemente dramática, Bretón ha sabido pintar en ella con gran acierto el contraste de afectos entre la apasionada joven y el hombre que pasaba por ser el Tenorio del pueblo; los acentos, primero suplicantes y luego iracundos de la una, y el desdén y la ingratitud del otro, siendo aún de más valía, en mi sentir, que por la novedad de las ideas musicales, por los hermosos detalles que encierra y por el vigor y la energía que en todo el trozo musical domina.

La profunda impresión de tristeza que causa, desvanécese á poco con el ruido lejano de un gracioso y característico pasacalle tocado por una rondalla, que buscada por el ricacho Patricio, viene á dar una serenata á Dolores, serenata que, ó mucho me equivoco, es y será una de las más hermosas obras que figuren en el bagaje artístico de Bretón.

Con efecto, la hermosísima jota que en ella se canta y se toca, y cuyo ruidoso é indiscutible éxito, como oportunamente ha dicho un periódico, ha sido una apoteosis, allí donde aun resuenan los ecos de los triunfos de Barbieri, Gaz-



MADRID.—PASO DEL ENTIERRO DE RICARDO CALVO POR EL TEATRO ESPAÑOL.

(De fotografía de Compañy.)

tambide y Oudrid, los padres de tantos cantos genuinamente nacionales, es una obra maestra. En ella Bretón ha derrochado los tesoros de su saber y los más ricos colores de su paleta, para realzar con una instrumentación tan vigorosa como magistralmente entendida y aplicada, y con novedades rítmicas de gran efecto, el tema eminentemente popular y aragonés, sin que por ello perdiera un momento el carácter típico y genuino de aquella tierra, cuyos moradores no vacilan en decir, que:

Es de España y sus regiones
Aragón la más famosa,
Porque aquí se halló la Virgen,
Y aquí se canta la jota;

teniendo además el buen gusto de dejar á los cantares sus genuinos acentos, y su sencillo acompañamiento, que forma hermoso y atinado contraste con el lujo desplegado en las variaciones. Interrumpida la jota por un momento, gracias á una *Soleá* con que el andaluz sargento quiere echar su cuarto á espadas en la fiesta, vuelve de modo extraño, al entonar Melchor la famosa copla del drama:

Si vas á Calatayud,
Pregunta por la Dolores,
Que es una chica muy guapa
Y amiga de hacer favores;

acompañada por los instrumentos de cuerda de un modo tan extraño como apropiado al carácter del personaje y á lo avieso de su intención, mientras el resto de la orquesta preludia con sus notas la tragedia que va á desarrollarse. La insultante copla surte el efecto deseado por su cantor, armándose el barullo que es consiguiente, pintado con diestra mano por Bretón, hasta que la huída de los unos, los gritos de los otros, ponen de nuevo en paz á las gentes, y la jota, alegre, franca y animada vuelve á aparecer, cayendo el telón, en medio de los aplausos entusiastas de los espectadores.

Aparte de que era empresa de gigante mantener á éstos en la misma tensión de espíritu, movidas sus fibras por un sentimiento verdaderamente patriótico y nacional, tan gallardamente revelado y expresado como acabo de decir, las situaciones del segundo acto, por punto general, y tal vez el cansancio de la musa del maestro, que más de una vez se deja entrever, han sido causa de que parezca, y á mi juicio sea, el de menos valía en la obra que á vuela pluma analizo.

Después de un corto preludio regístrase en él un madrigal, de sabor italiano, sentido y apasionado, en que Lázaro descubre el amor que siente hacia Dolores; un animado parlante de Patricio, en el cual la orquesta lleva la principal parte, y tiene detalles del mejor gusto; la escena en que Rojas da una lección de toreo á los baturros de Calatayud; un dúo entre Dolores y Melchor, en que éste traidoramente muestra un arrepentimiento que no tiene, para arrancar de ella una cita, y probar á los pretendientes á la mano de aquélla que aun es dueño de su corazón y de su voluntad, trozo altamente dramático y en que Bretón ha sabido pintar con diestra mano los distintos afectos de los interlocutores; y el dúo entre la misma Dolores y Lázaro, en que éste revela á aquélla su pasión en una frase musical de gran belleza, constituyendo el todo de él la página de más importancia de todo el acto, que termina con la lidia del toro, de cuyos cuernos salva Lázaro al fanfarrón Sargento, siendo aclamado por la multitud en un coro que no impresiona grandemente al auditorio.

En el acto tercero, el más dramático, más apropiado, por tanto, al carácter y tendencias del maestro Bretón, y en el cual se halla en el terreno que más y mejor domina, su musa se eleva á gran altura. Excepción hecha del preludio, que, en mi sentir, no corresponde á lo que luego sigue, la escena del rosario está musicalmente bien pensada, y pintada con verdad y sobriedad; la romanza de Dolores, aun dado que su interpretación no haya sido lo afortunada que hubiese sido de desear, está en carácter, revela la angustia de que está poseída su alma y prepara bien el ánimo del oyente para el dúo entre ella y Lázaro, el trozo de más importancia y de más valer, en su género,



SAN SEBASTIÁN.—EL INVENTOR DEL VELOCÍPEDO NÁUTICO SR. BAREA HACIENDO PRUEBAS DEL NUEVO APARATO EN «LA CONCHA».



LOS VERDADEROS CAZADORES.
CUADRO DE HUGHES MULLENS.

de toda la ópera, por la elegancia de las ideas, la acertada manera con que están expresadas y realzadas por una instrumentación magistralmente entendida, y la admirable manera con que está pintada la situación de ambos personajes, y los sentimientos que agitan su corazón. La frase apasionada y vehemente de Lázaro:

Di que es verdad que me amas,
Di que es verdad que no sueño...

admirablemente dicha, por cierto, por el Sr. Simonetti, la respuesta de ella, la oportunísima idea de la rondalla que se oye en la calle y trae á su memoria la infamante copla, todo ello constituye una página de gran importancia y que honra soberanamente al autor que la ha concebido y escrito.

Y elevada á esa envidiable altura la musa dramática del maestro, no decae ni por un momento después, ya en el rápido coloquio de Dolores y su traidor amante, ya en el reto que mutuamente se lanzan él y Lázaro, ya en los breves momentos de angustia en que Dolores trata en vano de forzar la puerta del jardín á donde han salido desafiados y, no consiguiéndolo, grita pidiendo socorro, ya, en fin, en la aparición de Lázaro, revelando á las gentes que ha dado muerte á Melchor. Todo ello está hecho de mano maestra, con una concisión admirable y dejando al espectador tan honda y profundamente conmovido, como Feliu y Codina lo consiguió, poniendo como final de su hermoso drama aquellas palabras, de un laconismo aterrador:

Dolores.—Es verdad, yo le he matado.
Lázaro.—¡Mentira, le maté yo!

Tal es la ópera con que el maestro salmantino ha añadido un nuevo lauro á su corona de artista. Obra de grandes vuelos, altamente dramática, y en mi sentir superior á cuanto ha escrito Bretón hasta ahora, bien y legítimamente ha merecido el caluroso y entusiasta aplauso con que ha sido acogida. Podrá tal vez, no sin alguna razón, creerse que en ella predomina más de lo que debiera la orquesta: que la profusión de detalles instrumentales, el lujo de sonoridades, y más de una armonía sobrado extraña que, sobre todo en los preludios de los actos, se oye, son lunares que perjudican á la bondad innegable de la obra; pero lo primero achaque es de que no se ven libres la mayor parte de los compositores de nuestros días, y lo segundo es excusable, si, como creo, á Bretón le ha llevado á hacerlo el afán de novedad, tan común también en los tiempos que corren. Pero un dado esto, largamente compensado está con el aliento vigoroso que infunde vida á la obra entera, la manera magistral con que están escritas muchas de sus páginas, el sentimiento dramático que en ellas domina, y el loable propósito, con gran acierto realizado, de tomar como elemento primordial el más hermoso y más nacional de nuestros cantos populares.

La Dolores se ha representado con una propiedad y un esmero que ciertamente no se acostumbra por acá, y debiera ser lección para otros teatros más encopetados que el de la Zarzuela. Las decoraciones son bellísimas, en especial la primera, que, como he dicho, representa la plaza de Calatayud, y honran sobremanera á los Sres. Busato y Amalio; los trajes apropiados; la dirección de la escena muy acertada. En cuanto á la interpretación de la ópera, se han distinguido el Sr. Simonetti, que la canta con verdadero *amore* y demostrando ser un artista de valer y de grandes alientos, haciéndose digno de los entusiastas aplausos que ha recibido; el Sr. Alcántara, caracterizando muy bien y dando relieve á su modesto papel, y el Sr. Sigler, representando el fanfarrón sargento andaluz; siendo de alabar en los demás la buena voluntad que han puesto al desempeñar los papeles que les estaban encomendados. Por último, los coros y la orquesta se han hecho, merecidamente también, dignos de aplauso.

En suma, y como decía al principio, *La Dolores* ha sido un acontecimiento de notoria importancia en nuestro teatro lírico; y aun cuando con ella no se creyera que el maestro Bretón había llegado á la meta de sus nobles aspiraciones, nunca podrá negarse que al escribirla ha dado un paso de gigante en pro de la realización del ensueño que, de largo tiempo, acarician cuantos se interesan por el arte músico español.

J. M. Esperanza y Sola.

CANTARES.

I.

Como sol y luna somos,
Que el uno tras la otra va,
Y se miran desde lejos
Y no se juntan jamás.

II.

Ruiseñor quisiera ser
Para entrar por tu balcón
Y despertarte cantando
Como canta un ruiseñor.

III.

El ciego tiene esperanzas
De ver la luz de los cielos;
¡Mi cielo eres tú, y no vives!
¡Envidia me dan los ciegos!

IV.

Entornados y en secreto
Me hablaron aquellos ojos;
¡Yo no sé qué me decían,
Pero me volvieron loco!

V.

Me arrancaré las entrañas
Y me gozaré en morir,
Antes que verte en los brazos
De quien tanto aborrecí.

Narciso Díaz de Escovar.

LA PERLA.

SONETO.

Contemplaban tus ojos centellantes
La palma de cristal, la linfa pura
Del surtidor que vierte en la espesura
Su polvo de zafiros y diamantes;
Cuando, enferma, con pasos vacilantes
Se acercó una mujer todo tristura,
Y te pidió limosna con dulzura,
Fijando en ti miradas suplicantes.
La perla que en tu mano refulgía
Diste á aquella mujer pobre y doliente,
Que se alejó llorando de alegría.
Yo, entonces, conmovido y reverente,
No te besé en los labios, cual solía,
¡Sino en la noble y luminosa frente!

Manuel Reina.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

El gran dibujante Bida: exposición de sus obras: el dibujo y la pintura: historia y carácter del artista.—El Partenón en ruina: la Comisión de defensa: sus dictámenes: estudios del arquitecto Mr. L. Magne: urgencia y mérito de la obra de reparación.



Las personas conocedoras y amantes de las Bellas Artes leen estos días con curiosidad é interés las noticias relativas á la venta de las obras del gran dibujante Bida, nacido en Tolosa de Francia hace ochenta y un años, y muerto en Buhll (Alsacia), á principios de Enero del corriente. Se venden sus cartones y aguadas porque no dejó á su familia otro capital.

La firma de Bida figura al pie de los dibujos más correctos y serios que se han admirado en nuestro siglo. Era, en todo, la antítesis del celebérrimo Gustavo Doré. En muchos de los grandes grabados que honran los gabinetes de la gente de exquisito gusto artístico, el dibujante es Bida. Estudió como un entusiasta, viajó por el arte como un sabio, vivió como un patriarca, y ha muerto como un creyente. En estos momentos se disputan sus obras, pagándose á muy buen precio, en el hotel Drouot, de París.

Un canónigo, tío suyo, le dió carrera, aconsejándole que se dedicara á la enseñanza; pero el escolar salió dibujante, y en la escuela y en el seminario, más que las letras y las ciencias, atraíale la afición á borrajear figuras, con las cuales ilustraba las portadas y márgenes de sus libros y de los de sus compañeros, y las paredes de las aulas y cuantos papeles caían en sus manos. Aquel muchacho había nacido para pintor, decían las gentes, como si dibujar y pintar fuera lo mismo. Por si acaso lo era, como el vulgo lo ha creído y lo cree, se decidió á ser pintor, abandonando resueltamente la enseñanza del griego y del latín, y trasladándose á París cuando Delacroix, el brillante colorista, estaba de moda, y en cuyo estudio entró como discípulo. Pintó á su lado por espacio de dos años, y entonces resultó de nuevo que era gran dibujante, pero no pintor, y convencido de ello dejó los pinceles y se dedicó resueltamente á trabajar con el lápiz. Gran prueba de penetración y de modestia dió al obrar así, porque suele ser lo común en el arte el que, todo hábil dibujante se crea con excepcionales aptitudes para sentir y manejar el color; y aunque así no sea en efecto, la vanidad, que es grande en la república de las Bellas Artes, y también en otras menos bellas, y aun en las rematadamente feas, arrastra á muchos jóvenes, cegados por las alabanzas, á empuñar el tiento y á cuadrarse frente al caballete, en demanda de la gloria. Y no es lo malo que los que dibujan bien se atrevan á ello, aunque nunca resultan ser pintores, sino que lo peor, y mucho más corriente, es que multitud de malos dibujantes, mecánicos copistas y sin aptitud para ver, ni mucho menos para crear, arremeten con los pinceles y manchan de veras todo lo que cae delante de sus personas. Dibujar correcta é inspiradamente es muy difícil: dibujar y pintar bien es don propio del genio: pero dibujar mal y pintar peor es lo más fácil é inútil que hay en el mundo. A veces, algunas pocas veces, se dibuja bien y se pinta mal, y la habilidad primera resulta desencanto y castigo al ser malograda sin remedio por la deficiencia segunda. Suelen decir algunos que dibujando bien todo resulta bien, píntese como se pinte, dentro de las líneas; pero esto no lo cree nadie que sea concienzudo pintor. En materia de colorido el gusto es infinito, y se admite hasta el pintar con ceniza, como ahora se quiere estilar; pero lo bueno, que á todos enamora y atrae, se impone al fin sobre los infinitos gustos malos, que duran lo que las modas, bautizadas con nombre de escuelas. En materia de dibujo no hay más que un gusto: el dibujar con corrección; y fuera de él, todas son calamidades gráficas. Bida no entró con el colorido y lo abandonó, dedicándose, con el lápiz y el pincel, al claro-obscuro magistral del correcto dibujante, é hizo bien: sus dibujos y aguadas valen muchísimo más que multitud de cuadros que se han pintado en este siglo.

Entendió aquel artista que para que sus obras valieran mucho, no debía emplear tan sólo en su ejecución la natural habilidad que poseía, sino que tenía necesidad de completarla, viendo mucho y estudiando mucho. Dejando, pues, á Delacroix, tomó por maestra á la naturaleza y por consejera á la historia. La dirección de su espíritu, determinada desde sus primeros años hacia los asuntos religiosos, poéticos y tradicionales, le impulsó siempre por este camino, y Bida fué el dibujante de los santos, de los grandes genios y de las glorias patrias. Para inspirarse en las impresiones religiosas, hizo, desde 1843, cuatro viajes á Oriente, á la Tierra Santa, á Grecia, á Constantinopla y á Egipto, y allí en la naturaleza viva y muerta tuvo su cátedra y su estudio. Tal enseñanza produjo maravillas de dibujo como el *Muro de Salomón*, el *Calvario* y sus afamadas ilustraciones de *Los Evangelios*. Son una delicia la colección de apuntes y cartones de la vida de los árabes y cristianos en Oriente. Dedicó cuarenta composiciones á ilustrar las obras de Shakespeare; treinta y cinco á las de Molière, que son clásicas y que se consideran como la interpretación más verdadera del gusto de la sociedad del siglo XVII; otra colección á las de Musset, y otra delicadísima á la leyenda *Aucassin y Nicolette*. La obra de *Los Evangelios* le ocupó seis años, desde 1867 á 1873. Entre sus magistrales trabajos históricos figuran, sobre todo, *El gran Condé en la batalla de Rocroy* (1847); la *Matanza de los mamelucos* (1853), y la *Retreta en Crimea* (1860). Para entendidos y profanos, los dibujos y acuarelas de Bida producen sorpresa y admiración; el aplauso es unánime. Todo en ellos es armonía, delicadeza y verdad. En todos se destaca el relieve que aprendió á ver en la naturaleza bañada por la vivísima luz del Oriente. No fué artista popular, sino aristocrático, porque no se dedicó más que á ilustrar obras de verdadero lujo editorial. Cuantos artistas distinguidos y personas de elevada cultura había en la sociedad francesa, frecuentaron su trato, que era el de un afectuosísimo caballero y el de un sabio.

En 1869, á los cincuenta y seis años, se casó, por segunda vez, con una señorita de treinta y dos, que decidió al artista á pasar los últimos años de su vida en las posesiones que ella tenía en Buhll, valle de Guebwiller. Durante el sitio de París sirvió en uno de los batallones de la Guardia Nacional, sufriendo la honda pena de que su nuevo pueblo adoptivo pasara, como toda la Alsacia, á ser tierra alemana. Allí ha vivido retirado hasta su fallecimiento, sin dejar de dibujar ni un solo día, porque aun en los que dedicaba á vacaciones marchábase á Dresde para admirar y copiar en su Museo á Rembrandt y á Rubens. Para él la trinidad divina del arte la componían Leonardo de Vinci, Miguel Ángel y Rembrandt, á los que tributó siempre entusiasta admiración. En uno de sus viajes á Jerusalén encontró á Renán, y por más que el publicista debatió con él largamente acerca de la personalidad de Jesús, siendo como eran seminaristas los dos en su carrera inicial, no logró que la fe del dibujante cediera en lo más mínimo, porque Bida contemplaba la obra del Salvador con la clarividencia del que por ser artista está acostumbrado á mirar sin deslumbrarse las alturas del cielo, mientras que Renán recogió todas sus miradas en los limitados espacios y menudos y rastreros distingos de la crítica.

°°°

De artistas mucho más viejos, antiquísimos, se hace memoria en estos días, con motivo de la inminente ruina del Partenón ateniense, acelerada por las sacudidas que los últimos terremotos han producido en el suelo de diversas comarcas de las Penínsulas balcánica y helénica y del interior de Austria. La maravillosa obra de Fidias, de Ictino y de Calícrates se derrumbará pronto, si no se pone inmediato remedio. Han venido las trepidaciones sísmicas á completar la devastadora obra del tirano Lachares y de Alarico, y la más funesta de los venecianos que, mandados por Morosini y Kœnigsmarck, produjeron la explosión del polvorín almacenado por los turcos dentro del gran templo de Minerva, en 1676, y la del embajador inglés lord Elgrin, de triste memoria, en 1801.

El Partenón se va, si la Comisión nombrada para evitar su ruina total no ceja en sus discusiones y el Gobierno de Atenas no apronta todos los recursos que la ciencia exige para su conservación. En efecto, ante la fatalidad de los hechos, ante los clamores de la opinión de la Grecia entera y de todos los centros cultos de Europa, se nombró hace un año una junta compuesta de A. Cavadias, éforo general de las antigüedades de aquel reino; T. Vlacopoulos, director de Obras Públicas; R. Theofilas, director de la Escuela de Artes y Oficios; V. Dorpfeld, director del Instituto Alemán de Atenas; V. Tsiller, alemán también, arquitecto del Gobierno; M. Quellennce, ingeniero francés, en comisión en Grecia, y M. Troump, arquitecto francés, los cuales, en Mayo último, redactaron un dictamen acerca del pésimo estado en que se hallan las columnas y arquitrabes del pórtico del Oeste, que es el que más completo se conservaba. Construído un andamiaje para el mejor examen de los desperfectos, se vió que éstos eran gravísimos en el intercolumnio central de la segunda fila ó columnata interior que se alza sobre la puerta de entrada de la gran sala, denominada *Opistodomo*, donde se guardó el tesoro de la República.

Opistodomo quiere decir la sala de atrás, y en efecto, lo que se toma hoy por fachada del Partenón, que mira al Poniente, es la posterior, porque la principal, destruída en 1676, se abría al Oriente. Vuelto á repetir el examen minucioso de las ruinas en Octubre, se convencieron de que también están completamente resentidas las columnas exteriores de ese mismo lado, así como mutilados y rotos los detalles de sus capiteles. La Comisión casi por unanimidad opinó que debe construirse una fuerte plataforma sobre gruesos caballetes de madera que sostenga todo el arquitrabe, para proceder con toda seguridad al peligroso y delicado trabajo de fortificar los fustes de las columnas, de sacar y restaurar los capiteles y de unir las piezas del arquitrabe mismo, suspendiendo durante la obra las piezas superiores por medio de armaduras de hierro verticales para no separarlas de las incompletas piezas de la cornisa que cierra la línea de aquel riquísimo friso, vilmente robado en la mayor parte de las admirables metopas que durante tantos siglos ostentó.

Contra esta opinión formuló la suya uno de los individuos,

más optimista que sus compañeros, manifestando que los terremotos no han aumentado la gravedad de la construcción; que la ruina no es inminente; que toda la parte alta que aun se conserva está bien sólida y firme, y que en vez de apoyar en los pisos exterior ó interior un soporte general de cantería ó de carpintería maciza, para levantar las piezas destrozadas, es preferible suspenderlas de unas armaduras sostenidas en aquella parte alta, é ir uniendo las piezas rotas y las caídas, por medio de la cola especial, que para esta clase de obras y reparaciones fabrica F. Mayer, en Friburgo, Baden. Para ello opina que será fácil taladrar los bloques de los arquitrabes, á fin de poderlos suspender de la cornisa, sin moverlos de su sitio. Al cabo de largas discusiones, y mediante la intervención de otro sabio arquitecto, J. Durm, parece que se han puesto de acuerdo para construir el andamiaje interior y exterior de sostén, y quitar de los sillares toda la vegetación parasitaria que los recubre; limpiar y rellenar todas las juntas, y cerrar todas las aberturas y resquicios para impedir que continúe desde ahora la infiltración de las aguas de lluvia en las masas de los diversos paramentos y labores, que alteran profundamente y debilitan la constitución molecular de aquellos muros y columnas de mármol, tan desgastados y maltrechos por las influencias atmosféricas, por el incendio, por los proyectiles y por los vandálicos despojos que en ellos han tenido lugar.

Para contribuir con su consejo y su experiencia á esta gran empresa de la restauración del primer monumento del arte clásico, llegó hace veinte días á Atenas el insigne arquitecto Mr. Lucien Magne, profesor de la Escuela de Bellas Artes de París, muy conocedor de aquella obra y de todas las antigüedades griegas y latinas, que en Diciembre último había presentado ya al Gobierno francés una Memoria magistral acerca de estos estudios, que mereció la honra de ser publicada en el *Journal Officiel*. Los atenienses han celebrado con entusiasmo su llegada, y no sólo ellos, sino el gran número de extranjeros distinguidos que se hallan en Atenas, en peregrinación artística acudieron ansiosos á escuchar las admirables conferencias que ha dado acerca del Partenón. Mr. Magne ha afirmado que, en efecto, corre gravísimo riesgo la obra maestra de Ictino, y que es preciso acudir con toda urgencia á evitar la catástrofe que ocurriría si, derrumbándose aquel grandioso peristilo, arrastrara y enterrara las bellezas escultóricas de Fidias, que aun se conservan. El ilustre arquitecto francés ha presentado á la Comisión un plan completo de trabajos para contener la ruina y asegurar cuanto queda del edificio, en el que estudia, como no se ha hecho nunca, no sólo el estado de la obra, sino la debatida cuestión de las celebérrimas curvas que siempre ha presentado el monumento en la línea general del estilobato ó plinto ó basamento moldurado, en la de su cornisamento, y en la misma de la fachada; y también cuanto á la policromía de la ornamentación se refiere.

Si el Gobierno griego y aquella culta sociedad ateniense atienden á los consejos y acuerdos de la Comisión y de Mr. Magne, se realizará una de las obras más gloriosas de nuestro siglo, y se evitará el que caiga sobre éste un borrón indigno de su nombre, de sus conquistas y de sus pretensiones. No desaparecerá de la alta acrópolis el templo de la diosa protectora del pueblo de Pericles y de Cimón, á quien allí rindieron culto las vírgenes *Partenoi*, hijas de Erecteo; no se perderá para siempre la primera de las maravillas artísticas que, incólume ó ruinosa, ha sido contemplada con tanto amor por los hombres entendidos durante mil trescientos veinte años. El entusiasmo que despertará su reparación hará, de seguro, el milagro de que no sólo se complete su peristilo con su doble columnata, y se restaure su opistodomo, aunque nunca vuelvan á guardarse en él los cincuenta y cinco millones de pesetas que un día guardó, sino que se levanten de nuevo las columnas de las tres bóvedas de su naos ó templo, donde se alzaba la estatua crisoelefantina, ó de oro y marfil, de la diosa Minerva, que destruyeron y robaron los bárbaros, mandados por Alarico. Y en el templo tal vez resucitará, por imitación, lo que falta del maravilloso friso de las panateneas, que sostenía el artesonado ó plataforma del periptero; y se levantarán los frontis de las fachadas, y se devolverán y completarán las metopas del cornisamento general exterior.

Con la realización de empresa tan nobilísima, á la que deben contribuir todas las naciones, continuará gozando la humanidad de la incomparable satisfacción artística de contemplar el Partenón, por ejemplo, desde el pórtico del Propileo, para ver cómo parece que la montaña y el monumento forman un solo conjunto, en el que se perciben á un tiempo las fachadas septentrional y de poniente, que destacan sobre el cielo purísimo arrogantes líneas y masas de mármol pentélico; ó para admirar, al subir á aquella cumbre por el camino opuesto, cómo se dibujan el mar y la isla de Salamina por entre los estriados fustes de las columnas, cómo al Oriente se dilatan las líneas del Pentélico, como hacia el Norte se levanta el Parnaso con su espléndido matiz violado si refleja los arreboles de la tarde, y como en torno á la ciudad, extendida al pie de la montaña sagrada, luce la naturaleza, en el mar y en la tierra, las galas más seductoras que pueden soñar los poetas.

Mientras no sobrevenga otro terremoto ha lugar á discutir y á no trabajar; pero si vuelve á trepidar la roca acropólica, el templo desaparecerá para siempre, como desapareció la diosa que cobijara un día.

R. Becerro de Bengoa.

RED TELEFÓNICA INTERURBANA DEL NORDESTE DE ESPAÑA.

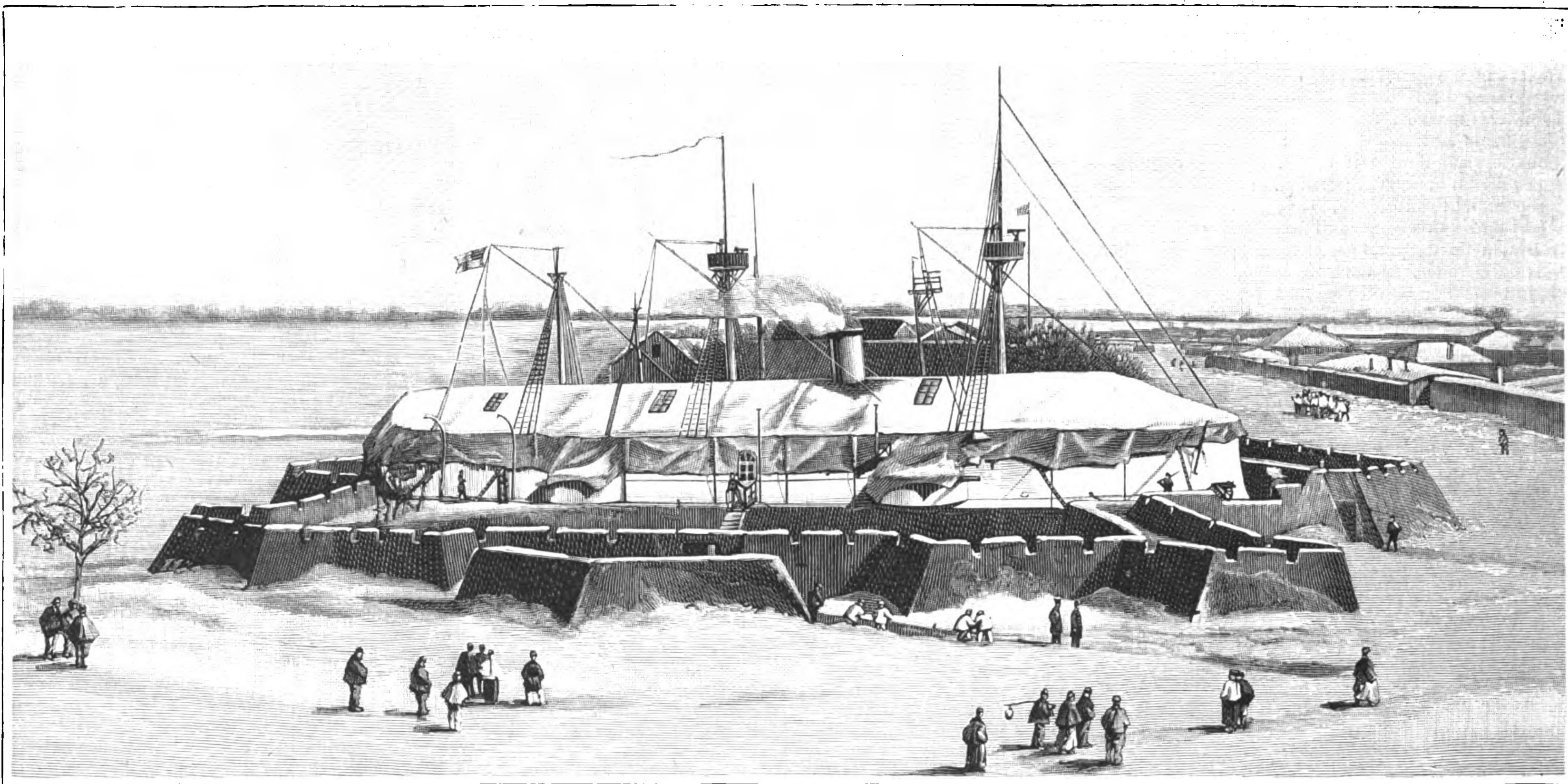
El día 20 se inauguró este importantísimo servicio, quedando abiertas las estaciones de Madrid, Zaragoza y Barcelona. Merced á esta novedad, dichas ciudades, aunque tan distantes unas de otras, no están fuera del alcance de la voz humana, y puede hablarse de una á otra como si sólo las separasen algunos pasos de distancia. Las ventajas que de aquí resultan al comercio son grandísimas y no cabe duda de que antes de mucho tiempo el teléfono habrá sustituido al telégrafo.

La tarifa de este servicio no es muy elevada. Un telefonema (que así se llaman estos despachos) transmitido á otra población de la misma provincia costará 50 céntimos por las primeras 15 palabras, y por cada una de las que pasen de este número, 5 céntimos. Los telefonemas que pasen de una provincia á otra costarán doble. Las conferencias telefónicas costarán: por 3 minutos ó fracción de ellos, si la distancia es de menos de 50 kilómetros, 50 céntimos; de 51 á 100, 75; de 101 á 200, 1,25; de 201 á 300, 1,75: y así sucesivamente hasta los de 701 á 800 cuyo precio será de 4,25.

Hay también abonos para empresas periodísticas, por tiempo y duración determinada que no sea menor de media hora diaria, los cuales costarán desde 243 pesetas (de 0 á 50 kilómetros) hasta 2.068 (de 701 á 800). Los abonos á conferencia diaria tienen distintos precios, según la distancia que ha de recorrer el telefonema y el tiempo empleado en transmitirlo. El más barato (hasta 50 kilómetros de recorrido y 3 minutos de tiempo) cuesta 165 pesetas, y el más caro (de 701 á 800 kilómetros y 9 minutos) 3.720.

La estación central en esta corte hállase en la calle de Alcalá, 18, y en el piso 4.º del núm. 3 de la calle de Sevilla.

X.



CHUANG (MANCHURIA).—EL BUQUE DE GUERRA DE LOS ESTADOS UNIDOS «PETREL», INVERNANDO EN LOS HIELOS DEL MAR AMARILLO.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXIX.—NÚM. XVII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

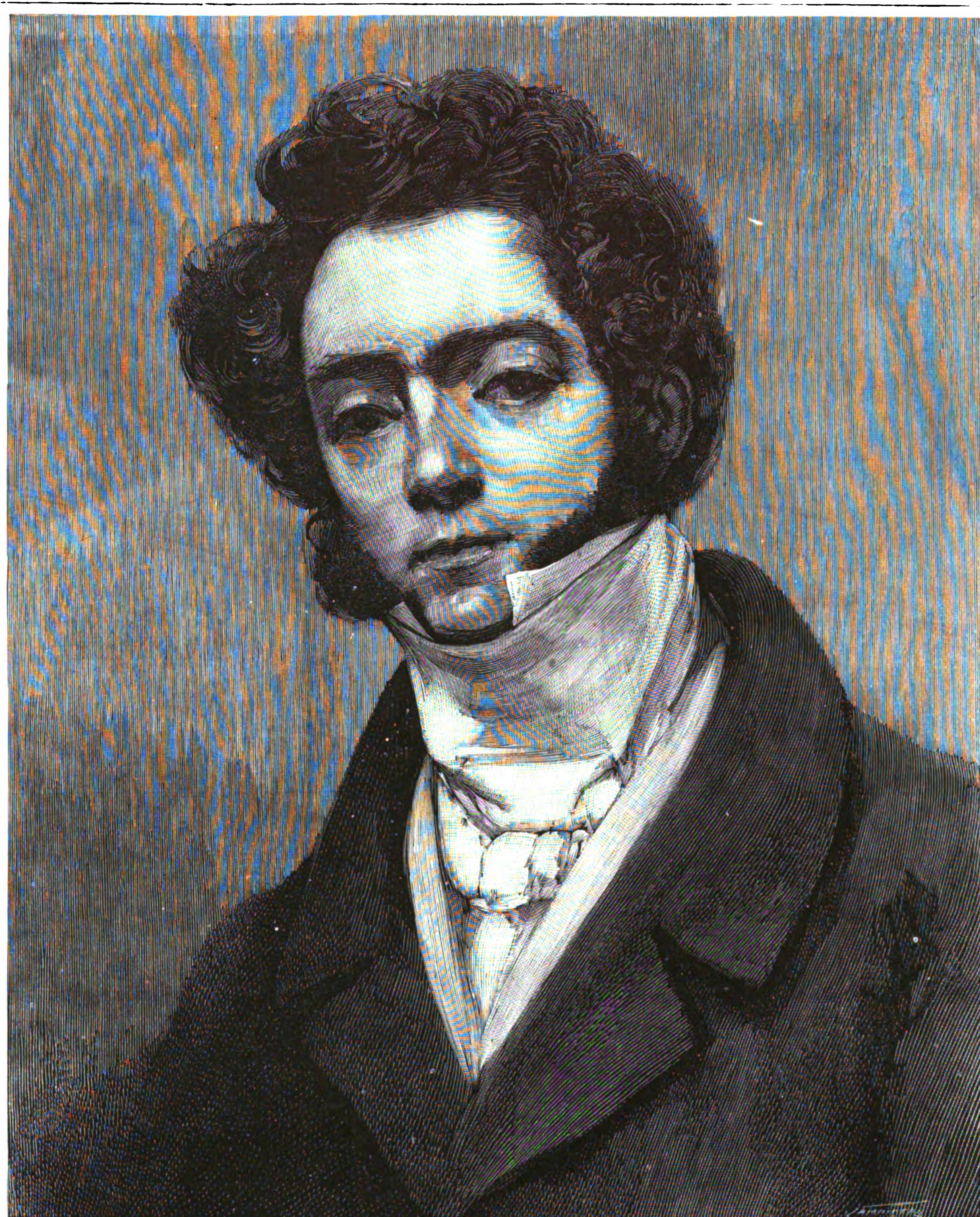
Madrid, 8 de Mayo de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



EXCMO. SR. D. JOAQUÍN VIZCAÍNO,

MARQUÉS VIUDO DE PONTEJOS,

FUNDADOR DE LA CAJA DE AHORROS DE MADRID.

(Cuadro de Horacio Vernet.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

FELICES los que, estando empadronados con la mayor regularidad, no nos hallamos inscriptos en las listas electorales y no tenemos que optar entre varios amigos, sobre todo si han reñido. Pocas veces se verá en Madrid elección más disputada que la de renovación del Ayuntamiento en estos dias, según los trabajos preparatorios. No somos profetas; pero si dividida estaba nuestra Corporación municipal, promete estarlo más la reformada; y sólo faltará en ese pisto administrativo que se pudieran colar algunos anarquistas de los que peroran en la fiesta del dia primero. Suceda lo que quiera, Madrid ha de celebrarlo con fiestas muy lucidas, si Mayo lo permite con sus perturbaciones atmosféricas, que tienen vuelto el juicio á los que hacen pronósticos del tiempo, y de que ahora culpan al Sol algunos sabios, por una mancha que le han fotografiado y sacado á la vergüenza. Los aficionados á los toros están de pésame, porque se habian consentido en ver á *Lagartijo* y *Frascuelo* otra vez en el redondel en la corrida benéfica que se prepara, y aquellos diestros se han cortado de veras la coleta. Dios nos saque con bien con tantas contrariedades. No han faltado banquetes en estos dias, y uno de los más sonados ha sido el de los aparejadores de obras, en el que se habló de derribar algunos caserones viejos que se mantienen en pie por milagro electoral. Algún pobre albañil ha caido del andamio: pero ¿qué tiene de extraordinario, en una profesión que les obliga á trabajar á muchos metros de elevación, sobre una tabla estrecha sin reparos ni defensa? Han muerto algunos centenares de niños, de sarampión maligno: pero como la mortandad diaria es un tributo forzoso, los grandes salimos beneficiados, y, al fin y al cabo, esos pobres angelitos se libran de entrar en el reemplazo el dia de mañana; que, bien mirado, es decir, desde el punto de vista de nuestro egoismo refinado, no hay mal verdaderamente abrumador, con tal de que sea ajeno. Y mientras nadie nos obligue á escribir, despachar expedientes ó perorar sobre un tablón en la fachada de un piso tercero; ó mientras las epidemias que produzca la descuidada higiene de la villa estén limitadas á edades ó naturalezas distintas de las nuestras, iremos viviendo sin temores.

Entretanto, ya están encerrados en el local de la Exposición los cuadros, esculturas, proyectos y grabados que han de lucirse en el próximo concurso, y los artistas se reparten mentalmente los premios, y sueñan con la gloria; pero como los trabajos que se presentan son muchos y las recompensas pocas, claro es que la mayoria tendrá que resignarse con la mala suerte, lo cual es muy penoso para los que aspiraban á las voluptuosidades artisticas del triunfo. ¡Cuántos artistas de talento pasan la vida sufriendo decepciones, sin desanimarse ni perder la serenidad de espiritu, ejemplo digno de recomendarse á los soberbios!

⁂

El senador Sr. Gullón ha hecho al Gobierno una pregunta de gran oportunidad é importancia, que éste se ha negado á contestar por razones de alta politica, acerca del alcance y circunstancias de la cooperación atribuida á España en las reclamaciones de Rusia, Alemania y Francia contra las adquisiciones de territorio concedidas al Japon por el tratado que dió fin á la guerra. La pregunta del respetable senador ha servido para que sepamos oficialmente que, en efecto, España coadyuva, más ó menos, á la acción, hasta ahora puramente diplomática, de las tres grandes potencias europeas. Y una vez esto sabido, sólo nos corresponde confiar en que nuestros intereses nacionales estén bien defendidos, lo cual ha de consistir, naturalmente, en oponernos á lo que nos sea realmente perjudicial, y no crearnos enemistades innecesarias en aquellas regiones tan lejanas, donde tanto tenemos que defender y tan poco que ganar. Hasta ahora las noticias de la actitud y prudencia del Japón son tranquilizadoras, de tal modo, que *Le Temps* se inclina á esperar que aquella nación ha de ser, por su cordura, una garantia para los pueblos civilizados, y no un peligro serio. No nos atrevemos á hacer suposiciones tan favorables y prematuras; ni creemos patriótico, en el estado que se halla la cuestión, causar el menor embarazo al Gobierno, que sabe lo que hay en el fondo de este pleito y debe dirigirlo con serenidad y sin dificultades.

El triunfo obtenido en Marahuit por el Marqués de Peña Plata ha sido glorioso para nuestro ejército de Mindanao, aunque costó no poca sangre. El efecto producido en el Congreso por el parte oficial fué tan grato, que á instancias del Sr. Sagasta se acordó felicitar al caudillo y á las tropas, y pedir que fuesen recompensados por la patria.

En la guerra de Cuba también hemos conseguido ventajas en todos los encuentros, de tal modo, que para encontrar acciones distinguidas hay que fijarse en lo anómalo, como fué la defensa de un puesto de la Guardia civil, en que cuatro guardias, la mujer de uno de éstos y un hijo suyo de once años se defendieron heroicamente contra bastantes insurrectos, dando lugar á que llegasen los socorros. Y claro es que han de ser muy hombres los hombres á cuyo lado se portan así las mujeres y los niños.

⁂

A nuestro juicio, el asunto de mayor utilidad y trascendencia que en estos dias leemos en la prensa de Madrid es la inauguración del Instituto Microbiológico que han fundado, en la calle de Rosales, los doctores Llorente, Robert y Zubiaurre. Hace algún tiempo se proyectó por algún facultativo del cuerpo médico de la Real Casa preparar algunos caballos para obtener el suero inmunizado; pero sabiéndose que proyectaba la creación de este Instituto el Sr. Llorente, que habia hecho un viaje á Paris para estudiar el descubrimiento, se desistió de la idea, por innecesaria, y dispuso S. M. que se ayudase al Instituto, siendo el mejor auxilio el donativo de algunos caballos que, por su buena salud y conocida ascendencia, por haber nacido en la yeguada de Aranjuez, pudieran, sin el menor peligro y con toda garantia, destinarse á operación tan delicada, como es la producción de la toxina, que se ha inyectado, con éxito hasta ahora siempre favorable, á los niños atacados de difteria. La reputación de los fundadores del nuevo establecimiento; los resultados ya obtenidos; los elogios que hacen del Instituto médicos que nos merecen entera confianza, y la carencia que antes habia de un socorro tan prodigioso como nuevo, si limitan nuestra acción, por incompetencia notoria, á celebrar la inauguración del Instituto como suceso fausto, nos obligan en conciencia á contribuir á que llegue á conocimiento de todos, por si tuvieran la triste precisión de recurrir á este socorro de la ciencia: sabemos que no se niega á nadie, y que cada cual contribuye, á medida de su fuerza y voluntad, con la cantidad que guste, que se destina al sostenimiento de este Instituto humanitario.

Y puesto que han empezado esos doctores, y que á la Academia de Ciencias de Paris se ha sometido un tratamiento fundado en los mismos principios, para la curación de otra enfermedad no menos horrible, el cáncer, harian un gran servicio á la humanidad procurando que sea la capital de España una de las primeras en donde se practique ese milagro de la Medicina moderna, si resulta confirmado.

⁂

Doña Alicia de Borbón, hija de D. Carlos, ha estado á punto de morir, puesto que ha sido preciso hacerle la traqueotomia, que soportó con admirable serenidad: las noticias acerca de su estado son tranquilizadoras. También está muy mejorado en Sevilla el Duque de Orleans, no hijo, como por distracción escribimos, sino nieto del otro Duque de Orleans á quien tanto estimaba Alejandro Dumas, padre.

⁂

Alemania es el pais que ha estudiado con más constancia nuestra literatura de los buenos tiempos y la ha entendido mejor. Entre los alemanes que hoy cultivan las letras españolas, el más popular entre nosotros es D. Juan Fastenrath, escritor trilingüe, pues poseemos obras suyas en alemán, francés y español, y ha ganado con éstas un puesto honroso en la literatura castellana: una vez más ha demostrado su amor á España, publicando en alemán un libro titulado *Christoph Columbus*, en que describe á sus compatriotas la conmemoración del centenario del descubrimiento de América, hace un juicio de Colón y da á conocer las opiniones emitidas por infinitos escritores españoles en las apologias que se le hicieron en aquellos momentos, y aun los pareceres de la oposición colombina. ¿Qué dice Fastenrath por cuenta propia? Quede este examen para los escritores de Alemania. Para nosotros, en el libro, por cierto notablemente impreso y encuadernado, hay un apéndice en castellano que destina su autor á referirnos la tradición histórica escandinava que hace á Leif Erikson el primer descubridor de la América del Norte, quinientos años antes que Colón. El señor Fastenrath excita á los españoles á rendir tributo á Leif el Afortunado, y reconocer como verídicos los viajes que se relatan en sagas antiquisimas. Para nosotros no hay inconveniente, si nuestros sabios americanistas lo reconocen, por ser materia, no de sentimiento, sino de erudición, y porque la llegada á América desde Groelandia es fácil y verosimil, si bien esta clase de prioridad tiene carácter inconsciente, y el abandono de tantos siglos y el desistimiento de la empresa hace de mayor gloria para los intrépidos normandos sus viajes hacia el Sur de Europa y su descubrimiento—para ellos lo fué—del Mediterráneo, que el de América si, como parece seguro, pisaron sus regiones más árticas. Un articulo muy interesante del libro es el que refiere la cooperación que tuvieron los alemanes en la hazaña del descubrimiento del Nuevo Mundo. Y de todos modos, el Sr. Fastenrath se hace acreedor, al vulgarizar en alemán glorias y hechos notables de España, y en español hechos y glorias de su pais y otras naciones, á la gratitud de todos esos pueblos.

⁂

Saturno se ha aparecido en Sevilla al bachiller Francisco de Osuna para dictarle una *Nueva premática del Tiempo*, en que declara vigente la del donosisimo Quevedo, y dicta nuevas leyes para conocer y castigar á los tontos, según las necesidades de la época moderna. Asi lo refiere el folleto que hemos recibido, que declara con gracia tontos de capirote á muchos que se tienen por discretos. Pues bien; con incluir tantos en sus párrafos la *Nueva premática* de Sevilla, aun se deja otros muchos en el tintero el ingenioso bachiller.

Hé aquí algunas de las muletillas que convierten á los hombres en calamidad pública, dignos de ser conjurados con estola é hisopo:

«¿Eh? ¿Estamos? ¿Oye usted? ¿Me comprende usted?»

Las siguientes les convierten en majaderos relapsos y contumaces:

«Y tal. Que si fué que si vino. Que si pitos que si flautas. Que torna que vuelve. Que toma que daca. Que hache que be. Y sobre todo, la abominable que si patatin que si patatán.»

Esta última por si sola hace indispensable que se restablezca, á nuestro modo de ver, el castigo de los azotes.

⁂

—¿Qué tal va la candidatura, Fulano?

—Trabajo mucho en ella, y crea usted que me divierte: es curiosa la lucha: no conocia este placer.

—¿Y espera usted ser concejal?

—Dirá usted si lo temo.....

—¡Cómo!

—Sí, amigo mío: no me hago la oposición por no perjudicar á mi partido; pero estoy jugando al gana-pierde.

—¿Hablaste á los cinco electores de la esquina?

—Sí, señorito; están ahora reunidos.

—¿Se han puesto ya de acuerdo?

—Así parece.

—¿Y cuál es su *ultimatum?*

—Que su conciencia no les permite votar la candidatura de usía si no les pagan el almuerzo.

Receta para hacer un concejal:
Una onza de suerte.
Dos de compromisos.
Cinco de promesas y amenazas.
Una de obsequios económicos.
Dos gotas de política.
Mézclese con actividad en un enjuague del mayor tamaño posible, y échese todo en la urna de cristal.

—Juan, no olvides mi encargo: en la noche del 11 no te acuestas.

—¿Por qué, señor?.....

—Porque necesito que estés doblemente pálido: tienes que votar por dos cadáveres.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. JOAQUÍN VIZCAÍNO, MARQUÉS VIUDO DE PONTEJOS, FUNDADOR DE LA CAJA DE AHORROS DE MADRID.—(Véase el artículo del Sr. Caballero de Puga en la pág. 286).

⁂

TERCER CENTENARIO DEL TASSO EN ITALIA.

Habia en Roma, todavia no hace mucho tiempo, en las alturas de San Onofrio (monte Janículo), un antiguo convento, notable por su situación, por las obras de arte en él encerradas, y sobre todo por haber servido de morada al Tasso en los últimos y penosos dias de su existencia. Habia también en la huerta de este convento una vieja y carcomida encina, al pie de la cual se sentaba muchas tardes el Tasso á contemplar la Ciudad Eterna y su campiña, que desde aquella altura casi toda se divisa. Alli cerca estaba la villa del español Marcial, no menos gran poeta que el Tasso, y con parecido horizonte al que éste tenia ante los ojos desde la encina de San Onofrio. Marcial dió fama eterna á aquellas vistas en versos de los más célebres de los suyos. Ya nada queda en aquellos lugares que recuerden al Tasso y á Marcial. La casa de éste ha sido demolida para que no estorbase á un monumento á Garibaldi, y la huerta de San Onofrio es hoy paseo público, habiendo quedado la encina del Tasso apartada del convento á que tantos siglos perteneció. De cómo están estos lugares da ida el grabado de la página 280.

⁂

PÉRDIDA DEL CRUCERO «REINA REGENTE».

Honras fúnebres en Cádiz y Canarias.
D. Francisco Pérez y Cuadrado, segundo comandante del crucero.

Toda España ha llorado la pérdida del *Reina Regente*, pero quizás ninguna ciudad tanto como Cádiz. De su puerto habia salido el barco, y á él habia de volver después de cumplida la misión que llevaba; y de Cádiz eran muchos de los que le tripulaban. Más que suficiente razón hay para que el dolor de los gaditanos haya sido aún mayor que el de otras ciudades. De cuantas manifestaciones de duelo hicieron, la mayor fué la solemne función religiosa celebrada en la catedral en sufragio de las almas de los infelices náufragos, el 26 del pasado. A los pies de una gran cruz estaban las reliquias del naufragio hasta hoy halladas. (Véase la página 281.) Asistieron á tan solemne ceremonia todas las autoridades y cuantas personas de calidad hay en Cádiz, asi como mucha gente del pueblo. El templo se llenó por completo.

No menos expresivo ha sido el luto de Santa Cruz de Tenerife. Desde el amanecer del 21 del pasado hasta las nueve de su mañana doblaron á muerto las campanas de todas las iglesias, y lo mismo hicieron el 22, dia de la fúnebre ceremo-

nia, apareciendo cerrados todos los establecimientos públicos y entornadas las puertas de muchas casas particulares.

Desde muy temprano comenzó á acudir la gente á la iglesia matriz de la ciudad. En medio del templo levantábase un sencillo catafalco, rodeado de armas y trofeos artísticamente mezclados, y cubierto de ricas coronas, tantas, que no podemos enumerarlas. Asistieron también todas las autoridades y corporaciones, oficiando de pontifical el Sr. Obispo. Después pronunció el Sr. Mora y Beruff una elocuentísima oración fúnebre, y terminó la ceremonia con un responso entonado por el Sr. Obispo.

En la ya dicha pág. 281 publicamos una vista del interior de la iglesia, tomada de una excelente fotografía que tuvo la bondad de proporcionarnos nuestro distinguido amigo el Sr. Marqués de Villasegura.

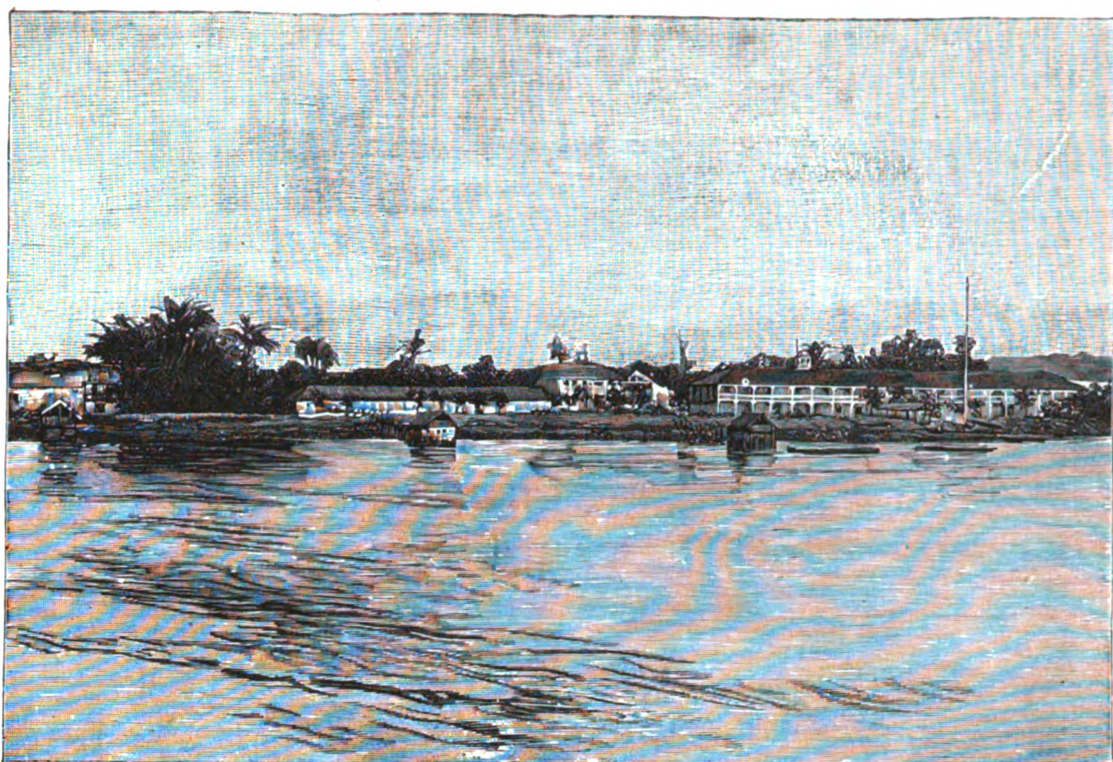
En la misma página citada anteriormente hallarán nuestros lectores el retrato del Sr. D. Francisco Pérez y Cuadrado, segundo comandante del *Reina Regente*. Era persona de gran mérito, muy querido en Cádiz, y emparentado con algunas familias de esta ciudad y de Sevilla.

Había navegado mucho; fué catedrático de la Escuela de Torpedos de Cartagena, y, además de respetado por su ciencia, era querido por su carácter afable y bondadoso. Distinguióse en Filipinas, prestando buenos servicios en la campaña de Mindanao.

Al embarcar para Tánger quiso llevar consigo á sus dos hijos, niños aún, pensando que aquel viaje sería sólo de recreo; pero se opuso su esposa, temerosa de alguna desgracia, y consiguió que los dejara con ella, á cuya natural previsión deben la vida.

Había solicitado pasar á la clase de excedente, con residencia en Sevilla, y lo tenía concedido desde el 15 de Marzo. ¡Murió el 10, cuatro días antes de aquella deseada fecha!

¡Dios habrá acogido al Sr. Pérez y Cuadrado en su seno!



NICARAGUA.—EL PUERTO DE CORINTO.

BELLAS ARTES.

Las primeras rosas, cuadro de F. Feldweg.
Vendedora de higos chumbos en Granada, cuadro de Cecilio Pla.

Siempre son bellas las rosas, pero aventajan á las demás las primeras, por el gusto que los ojos reciben al satisfacer el deseo de verlas. La hermosa primavera aun lo es más por venir tras el frío invierno; y así, cuando el sol de los primeros días de Mayo va abriendo el cáliz de las flores y dando libertad á los aromas que encierran, lo perfumado del ambiente, lo azul del cielo, la luz y el color reaniman los cuerpos y aun las almas.

La mujer, como más delicada, siente mejor la suavidad de este despertar de la naturaleza, y si tiene un tiesto de florecillas que cuidar, para éstas son sus afanes. Tal sucede á la del cuadro de F. Feldweg que reproducimos en la página 284.

Mientras duraron los fríos temió la hermosa jardinera que se le helaran las rosas, y más de una noche se durmió pensando en ellas y en lo frescas y olorosas que estarían luego que llegase la primavera. Hoy ve satisfechos sus deseos, y es feliz. ¡Dichosos los que se contentan con estas inocentes alegrías, porque ellos conocerán la felicidad en este mundo!

El cuadro de Pla, que hallarán los lectores reproducido en la pág. 285, es de los que mejor resumen las bellas cualidades de este insigne artista. La *Vendedora de higos chumbos en Granada* es un tipo genuinamente meridional, en el que se descubre lo mucho que nuestro querido amigo ha observado en su reciente viaje á Andalucía, y el acabado estudio que ha hecho de escenas y tipos de aquel país. Es hermosa la actitud pensativa y melancólica de la muchacha, en la que se descubre más preocupación amorosa que mercantil. Puede asegurarse que en aquel instante piensa más en los amores que en el negocio, y que daría todos los higos chumbos por unos minutos de palique con el novio.

En los accesorios ha puesto el Sr. Pla tanto color local como en el principal personaje, siendo el cuadro, en conjunto, tan bello como verdadero.

EXCMO. SR. D. FRANCISCO DU QUESNE Y ARANGO,

marqués Du Quesne.

Dos descendientes del famoso Du Quesne salieron de Francia para establecerse en lejanas tierras. Uno de ellos fué á la Martinica, y el otro, llamado Pedro Claudio, pasó á Cuba, renunciando á su nacionalidad y tomando la española á la muerte de Luis XVI. Casó con D.ª Mariana Estrada, y entró á servir en nuestra armada con el empleo de capitán de navío. Al volver á Francia los Borbones hiciéronle contraalmirante. Uno de sus hijos contrajo matrimonio con una señora de la noble casa de los Arango y Parreño, y de esta unión nació el Du Quesne cuya muerte ha sentido tanto la sociedad cubana.

Fué diputado á Cortes y vicepresidente de la Directiva Central del partido reformista, tomando parte muy importante en el restablecimiento de la paz moral. Dió ejemplo altísimo de adhesión á España y de amor á Cuba, conciliando los espíritus y defendiendo las soluciones liberales dentro de la nacionalidad. Ocupó el cargo de primer vicepresidente del Círculo de Hacendados de la Isla de Cuba, presidió casi siempre esa corporación, y en ella defendió los intereses de la clase que mejor representa la riqueza general de aquel país. Era consejero de administración, y fué asimismo de los que más trabajaron en tan importante cuerpo consultivo. La Sociedad Económica le contaba en el número de sus más celosos miembros, y á la muerte del Marqués de Sandoval fué elevado á la presidencia del Unión Club de la Habana.

El Marqués Du Quesne no fué militar, como la mayor parte de sus antepasados. Prefirió el estudio de las leyes, y á él se dedicó por gusto, no por necesidad, pues era bastante rico para vivir desahogadamente de sus rentas. Fué ejemplar esposo, excelente padre, gran amigo de sus amigos y muy patriota. El Gobierno le había nombrado coronel de Milicias, y tenía también la gran cruz de Isabel la Católica, la encomienda de número de Carlos III y la llave de oro de gentilhombre de Cámara en ejercicio. Su muerte ha sido verdaderamente llorada en la isla.

Publicamos el retrato del Marqués Du Quesne en la página 288.

GÁLDAR (GRAN CANARIA).

Un ejemplar notable de *euforbia canariensis*.

Gáldar es una de las más hermosas poblaciones del archipiélago canario. Está en una suave ladera, cerca del mar, rodeada de frondosísimas huertas, en una vega en que crecen con gran vigor y lozanía la caña de azúcar, el maíz, el banano, la palmera, el naranjo, la higuera y otra multitud de árboles. En los valles que se abren entre las montañas que la rodean, hay multitud de casas de recreo, y si á esto se añade la pureza del aire, la serenidad del cielo y la constante benignidad del clima, se comprenderá la razón que tienen para acudir á ella en demanda de fuerzas y de salud los muchos enfermos crónicos de Europa que la visitan.

Es también ciudad de buenas calles y casas, con notables edificios, alegres paseos, centros de recreo y de enseñanza (entre éstos un Museo Antropológico muy digno de verse), y algunas antigüedades de los primitivos pobladores, de uno de cuyos reinos fué capital.

Tales riquezas vegetales se encuentran en su término, que no es posible mencionar siquiera todas las plantas que en él crecen. Para dar idea del carácter africano de su flora, publicamos en la pág. 288 una reproducción de cierto ejemplar de *euforbia canariensis* que en sus alrededores se ve, y del que ha tenido la bondad de enviarnos copia fotográfica el Sr. D. Francisco Batllori Lorenzo.

RED TELEFÓNICA DEL NORDESTE DE ESPAÑA.

Oficinas de Madrid.

Hemos creído asunto digno de la curiosidad de los lectores las oficinas de Madrid de la Red Telefónica del Nordeste de España, recientemente abiertas al público, circunstancia importantísima, pues desde el 20 del pasado en que se inauguraron, se hallan Zaragoza y Barcelona al alcance de la voz de cualquier vecino de Madrid.

El salón público es en todo semejante al de una oficina telegráfica. A la izquierda están los pupitres donde se escriben los telefonemas, y en el fondo las ventanillas de los empleados. Esta sala es bastante espaciosa. (Véase el primer grabado de la pág. 289.)

Hay departamentos retirados de donde se puede comunicar directamente con la persona con quien se quiere hablar. Llámanse estos departamentos *locutorios*, y en ellos hay asiento para el conferenciante y un pequeño pupitre junto al aparato, por si aquél quiere tomar notas taquigráficas. (Véase el segundo grabado.)

En el tercer grabado vese un empleado recibiendo un telefonema en la Estación Central. El aparato que tiene en la cabeza le permite aplicar á los oídos los hilos conductores de la voz y tenerlos así largo rato sin molestia alguna.

CORINTO.

La prensa diaria habrá dado á los lectores completa noticia de las causas de lo sucedido entre Inglaterra y Nicaragua. Pidió aquella potencia 75.000 pesos de indemnización por la detención del cónsul británico y de otros ingleses de Blewfidds: negóse el Gobierno de Managua, fundándose, no sólo en las razones que tuviera, sino también en el amparo que le ofrecieron los Estados Unidos, y la Gran Bretaña mandó una escuadrilla de tres barcos á Corinto en son de amenaza. Quiso ejercer la República norteamericana la acción protectora que se atribuye sobre algunos Estados españoles, y parece que dió muestras de su buena voluntad en alguna nota diplomática; pero el Gobierno de Londres mandó al Sr. Stephenson, jefe de la escuadrilla, orden de obrar con energía si no era atendida su reclamación en el plazo señalado. No lo fué, desembarcaron los ingleses, ocuparon la ciudad..... y los Estados Unidos dijeron que no podían hacer nada por Nicaragua, atendiendo á que esta República no tenía razón. ¡Cómoda manera de proteger inventada por los *yankees* para su particular uso!

Según los periódicos, las demás naciones de la América Central daban ánimos á Nicaragua para que resistiera; pero ésta no se atrevió, é hizo bien. Añaden que este descalabro ha mostrado á dichas naciones la absoluta necesidad de unirse en una sola, si quieren evitar otros mayores, y esta idea sí que nos parece excelente, porque los enemigos que tienen son malos y los amigos peores, por lo que, si quieren vivir con honra y seguridad, harán bien en juntar sus fuerzas.

Corinto es puerto de la República en el Atlántico, y tiene unos 2.000 habitantes, los más de ellos extranjeros. Damos una vista de esta pequeña ciudad en esta misma página.

D. ISMAEL CALVO Y MADROÑO,

nuevo catedrático de Derecho romano en la Universidad Central.

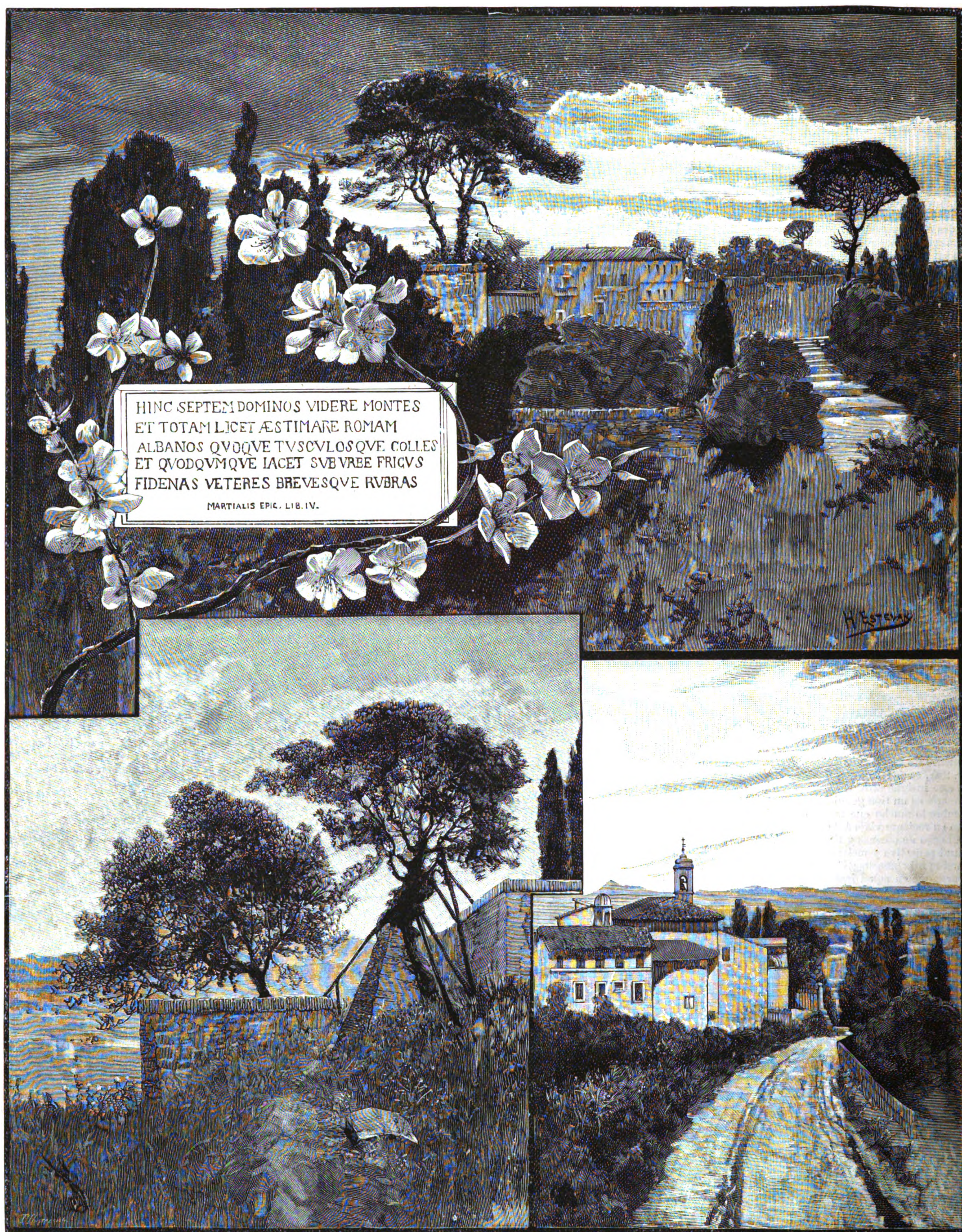
Sabíamos que el Sr. Calvo, cuyo retrato publicamos en la pág. 292, tiene una hoja de servicios brillantísima, y deseosos de conocer lo principal de ella, nos dirigimos á D. José Ramón Mélida, amigo del nuevo catedrático y colaborador de La Ilustración, que nos contesta con la siguiente carta:

Sr. Director de La Ilustración.

Distinguido amigo: Me pide usted noticias para trazar la biografía de mi antiguo compañero y querido amigo D. Ismael Calvo, y voy, con mucho gusto, á complacer á usted. Hace quince años había un muchacho en el batallón de distinguidos del Ministerio de la Guerra, que burlando la vigilancia de los centinelas, cuando con la amistad no podía *sobornarlos*, hacía frecuentes escapatorias. — Para ver á la novia, dirá cualquiera. — No señor, para ir á la Universidad. Cada día de clase costábale tres de arresto, seguros; pero por esto no cejaba. Por las noches, sentado en su cama del dormitorio del Ministerio, poníase á estudiar: de pronto una bota ú otro *proyectil* análogo, disparado por alguno de sus alegres compañeros, venía por el aire á arrebatarle el libro de estudio, ó, lo que era peor, mataba la luz, con lo que dejaba al esforzado estudiante á buenas noches de la lección comenzada.

Aquel sufrido muchacho era natural de Pozoantiguo, lugar de la provincia de Zamora. Viendo á sus padres pobres, sus hermanos muchos y menores, y decidido á afrontar la lucha de la vida con propósito de vencer, comenzó á estudiar latín á los diez años; ganó en su país el bachillerato, con nota de sobresaliente en los dos ejercicios; hizo la carrera del notariado en Valladolid ganando premios, y con su título correspondiente vino á Madrid, tierra de promisión de todo español aspirante á ser algo, y comenzó á estudiar Derecho, subviniendo á sus necesidades con lo que trabajaba en la notaría de D. Francisco Morcillo y León. Un año llevaba en tales estudios y dificultoso pasar, cuando el reemplazo de 1878 lo llevó al regimiento de Wad-Ras, y poco después al Ministerio de la Guerra.

El día memorable en que nuestro sujeto dejó el servicio militar, salió del Ministerio con la licencia absoluta en un bolsillo y unos céntimos en el otro. Pronto halló trabajo de



ROMA.—COLINA DE SAN ONOFRIO, DONDE ESTUVIERON LAS MORADAS DEL TASSO Y DE MARCIAL.
ENCINA DEL TASSO.—CONVENTO DE SAN ONOFRIO.

(Dibujo de H. Estevan.)

qué vivir, y sin interrumpir sus estudios, ganando cursos con excelentes notas, llegó á recibir la investidura de Doctor, primero en la Facultad de Filosofía y Letras, y luego en la de Derecho. El nuevo Doctor era D. Ismael Calvo.

¡Ser Doctor! ¡Cuántos creen que con alcanzar este título han hecho bastante para que la suerte les baile el agua delante! Ismael Calvo había aprendido que sólo á fuerza de rudo y perseverante trabajo llega el hombre á conseguir lo que ansía; y viviendo de un modesto empleo, y ayudándose con los escasos productos que le proporcionaba la enseñanza privada á que venía dedicándose, casi desde que llegó á Madrid, el tiempo que le dejaban sus estudios y obligaciones, continuó trabajando con voluntad inquebrantable de conquistarse una posición.

Empezó á practicar la abogacía en el bufete del distinguido letrado D. Enrique Ucelay, y ejerció después como abogado en unión de D. Angel de Gorostizaga y Carvajal, jefe de sección en el Museo Arqueológico.

En el año 1882 hizo oposición á una plaza de intérprete de latín en la Interpretación de Lenguas del Ministerio de Estado, siendo todavía alumno de la Universidad; y aunque no consiguió la plaza, mereció las mayores alabanzas del insigne humanista D. Alfredo Camus, que era juez del tribunal de oposiciones.

En 1886 se presentó á las oposiciones para cubrir veintitrés plazas vacantes de Archivos, Bibliotecas y Museos, y obtuvo el número *primero* de la sección de Museos entre sesenta y cuatro opositores, habiendo sido destinado al Arqueológico Nacional, donde trabajó en la sección Etnográfica, é hizo estudios particulares de las civilizaciones griega y romana. Los bronces epigráficos que contienen restos de la ley colonial de *Julia Genetivæ* (Osuna) y del *Senado Consulto* que se halló en el antiguo teatro de Itálica, contribuyeron sin duda á despertar en Ismael Calvo las aficiones predilectas que habían de conducirle al término de su carrera académica.

Establecido el Tribunal de lo Contencioso-Administrativo en el Consejo de Estado, se anunciaron á oposición dos secretarías de sala, y Calvo acudió al palenque. Se presentaron setenta y un opositores, licenciados y doctores en Derecho, procedentes de casi todas las provincias de España. Llegaron á tomar parte en la lucha ocho, todos distinguidísimos y de grandes méritos. Con decisión y confianza entró en lid el Sr. Calvo, y el éxito coronó sus esfuerzos, pues alcanzó el *primer lugar* de la primera terna, y en consecuencia fué nombrado para ocupar la primera de las dos secretarías vacantes.

De cómo la habrá desempeñado da testimonio el sentimiento de sus superiores y compañeros al ver que se separa de su lado quien fué subordinado fiel é inteligente y amigo cariñoso.

Por último, en las oposiciones á la cátedra de Derecho Romano de la Universidad Central ha luchado con personas de mérito relevante, demostrando el profundo estudio que ha hecho de las instituciones jurídicas del pueblo-rey, y que el caudal de sus conocimientos preparatorios y auxiliares para dominar el Derecho Romano eran sólidos y completos. Este triunfo ha coronado tantos años de lucha titánica.

Las siguientes cifras abrumadoras dan idea de la actividad intelectual del nuevo catedrático.

Tiene *cuatro* carreras literarias.

Ha verificado, entre exámenes, ejercicios de oposición á premios, á plazas vacantes, etc., *ciento veintidós* actos académicos.

Ha explicado *diez y ocho* años Latín, y *catorce* Derecho.

Ha hecho *cuatro* oposiciones, habiendo obtenido tres veces el número primero.

Todavía no ha cumplido treinta y siete años.

Y un detalle curioso: no ha estado nunca enfermo.

Me complace, Sr. Director, poder dar á usted este bosquejo biográfico, en el que he procurado hacer resaltar cuánto vale aquella *firme voluntad* de que nos habla el poeta.

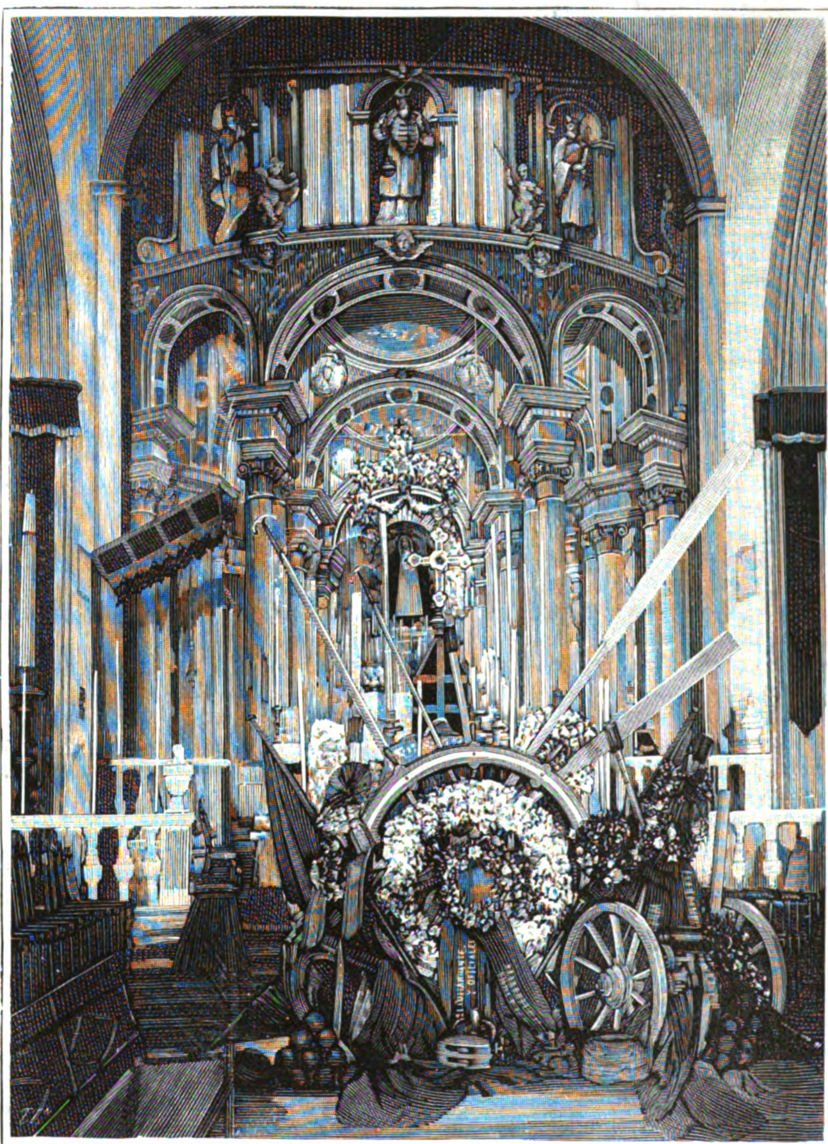
De usted afmo. s. s. q. b. s. m.,—*José Ramón Mélida.*



D. FRANCISCO PÉREZ Y CUADRADO,
SEGUNDO COMANDANTE DEL CRUCERO «REINA REGENTE».

G. Reparaz.





SOLEMNES EXEQUIAS POR EL ETERNO DESCANSO DE LOS NÁUFRAGOS DEL «REINA REGENTE».

EL TÚMULO EN LA CATEDRAL DE CÁDIZ. (De fotografía de Pol Hermanos.)

CATAFALCO EN LA IGLESIA MATRIZ DE SANTA CRUZ DE TENERIFE. (De fotografía de E. Bonnet.)

EL SALON DEL CAMPO DE MARTE EN PARÍS.

1895.



La apertura del *Salon* del Campo de Marte se ha adelantado este año algunos días á la del *Salon* de los Campos Elíseos. Verificóse este interesante *vernissage* el 24 de Abril, asistiendo á él considerable afluencia de artistas, de aficionados y de curiosos. Sabido es que el *vernissage* de cada uno de los dos *Salones* anuales constituye una verdadera fiesta, esencialmente parisiense; á ella acuden el público de los grandes estrenos y el público habitual de las tribunas de Longchamps y del Hípico; en ella se confunden las más conocidas fisonomías de ese París inquieto, activo, nervioso, que de cuatro á seis de la tarde se agita y se remueve entre el círculo de la calle Real y la plaza de la Opera. Se almuerza en la torre Eiffel ó en el restaurant Ledoyen; se recorren las vastas salas, cuyas espaciosas paredes están cubiertas de lienzos multicolores, dejándose llevar por el gentío que las invade; se charla algo de todo con los amigos y con las amigas á quienes se halla al paso; se murmura un poco de los pintores y de los modelos: se cambia alguna que otra frase ó algún chiste sobre los dos ó tres cuadros más notables ó más extravagantes, y al abandonar aquella cargada atmósfera respírase de nuevo con gozo el aire libre, sacando del *Salon* una impresión fugaz.

Para ese público del *vernissage* no ha habido este año en el Campo de Marte más que media docena de obras dignas de atención: tres grandes composiciones de Puvis de Chavannes, de Roll y de Lhermitte; un cuadro rarísimo, excesivamente original, de Carrière; un paisaje de Cazin, y un hermoso estudio del natural de Lee Robbins. Pero la ligereza con que ese público especial forma su juicio es disculpable, si se tiene en cuenta que al *vernissage* del *Salon* del Campo de Marte han acudido este año 19.000 personas, y que el número de obras expuestas es de 2.000. ¡Juzgad 2.000 obras artísticas, ante las cuales sólo os podéis detener breves momentos, entre el vaivén de 19.000 personas que os arrastran!

Claro está que nosotros no nos hemos contentado con la impresión fugitiva, y á veces falsa, del día de la apertura. Hemos vuelto al día siguiente y hemos apreciado con calma la inspiración y el esfuerzo que representan esas dos mil obras de arte.

La de Puvis de Chavannes, titulada *Las Musas inspiradoras aclaman al Genio mensajero de la luz*, es, indudablemente, la composición más celebrada de este *Salon*. Está hecha para la Biblioteca de Boston, y reune las principales cualidades que á todas las obras de su autor caracterizan: la distinción y la elevación. Sin embargo, no puede compararse en importancia á las soberbias composiciones de pintura mural que han dado tanta fama á Puvis de Chavannes y que se admiran en la Sorbona, en el Panteón, en Marsella, en Lyón, en Ruan y en Amiens. Bajo un cielo verde gris con nubes de oro, se alza una colina por encima de la inmensidad del mar y de la tierra, y sobre la colina aparece el Genio trayendo la luz; las Musas, al verlo, vuelan hacia él, casi rozando la verde pradera sembrada de flores primaverales: van las Musas vestidas de blanco, en graciosas actitudes, ofreciendo al joven dios sus coronas y sus liras. Hay en toda la obra una gran pureza. Un crítico parisiense ha echado de menos entre las Musas la de la Pintura; mas, después de tomar noticias respecto á esta omisión que él notaba, ha reconocido que esa Musa no existe. No hemos de buscar en la composición de Puvis de Chavannes faltas de ese género, pero sí señalaremos cierta frialdad en el conjunto de la obra, frialdad que debilita mucho el efecto que el artista ha querido obtener. Pero, en fin, los americanos del Norte deseaban poseer una muestra de la inspiración de Puvis de Chavannes, y ya la tienen; la Biblioteca de Boston se adornará dentro de dos meses con una buena producción, aunque poco importante, del más insigne maestro de la moderna pintura decorativa francesa.

También pertenece á la pintura decorativa la composición expuesta por Roll, cuyo título es *Los goces de la vida (mujeres, flores y música)*. En un paraje descubierto en medio de un bosque, á cuyos árboles de ramas verdes se enlazan variadísimas flores trepadoras, sobre un suelo tapizado de espesa y fina hierba, en la que se ven esparcidas hojas de flores, mujeres y niños desnudos retozan alegremente recibiendo las suaves caricias del sol, mientras deja oir sus acordes una orquesta formada por tres músicos, á cuyo compás van bailando furiosamente hombres y mujeres, dirigidos por dos amores, en ronda frenética que se pierde en el bosque misterioso. Hay toques felices, llenos de poesía; mas el artista no ha concretado bien la idea que se propuso desarrollar. Es la de Roll una obra de pura imaginación ó, por mejor decir, de puro capricho, en la que su autor ha revelado de nuevo que es uno de los más poderosos coloristas de nuestra época.

Lhermitte ha pintado su amplio lienzo *Los Mercados* para el Hotel de Ville de París. Es un trabajo enorme, hecho á conciencia. Para llevarlo á cabo se necesitaba la mano firme de un pintor perfectamente seguro de su arte. Lhermitte nos presenta los Mercados Centrales con sus verduleras, sus polleros, sus fruteras, sus revendedores, sus pilas de legumbres y de pescados; en una palabra, lo que Zola llamó el «vientre de París». Nótase en toda la obra un movimiento admirable. Las fisonomías están animadas por la más viva expresión. Es una de las mejores composiciones expuestas en el *Salon* del Campo de Marte.

Carrière, en su *Teatro popular*, que es de todos los cuadros de este *Salon* el más discutido, ha abusado, según su costumbre, de las tonalidades indecisas. Ha querido hacernos ver las galerías altas de un teatro en cuya escena debe ocurrir algo muy interesante, si juzgamos por la ansiedad que se retrata en los rostros de los espectadores que el autor nos pinta. Pero, realmente, Carrière no nos pinta á los espectadores, nos los indica entre la sombra por medio de algunos toques esenciales, lógicos, mas un tanto vagos, que tenemos que completar con el pensamiento. Esta vez Carrière se ha propuesto no hacer ninguna concesión al público ni á la crítica, no sacrificar nada absolutamente de su personal manera de sentir y de expresar. Así es que hay que ver la obra con atención profunda. Aun fijándose en ella atentamente, resulta confusa, descolorida y, permítasenos la frase, sin conjunto. ¡Lástima que tanto trabajo se pierda entre incomprensibles vaguedades! No aconsejaríamos á ningún joven pintor que siguiese las huellas de Carrière.

Los paisajes de J. C. Cazin son este año muy bellos y encierran gran mérito artístico. Acaso nunca ha estado Cazin más original: en seguida observáis que ama lo que pinta y que prefiere á todo las cosas humildes, asuntos sólo ingratos para los corazones secos. Cuando el glorioso Hobbema pintó su paisaje *El camino de Middelharnis*, muchos no vieron más en aquel cuadro que un camino vulgar, con árboles, entre dos campos monótonos. Cazin se detiene delante de una cabaña de pescadores, hecha sobre la roca, en medio de unas hierbas que el viento del mar sacude bajo un cielo nublado, y pinta un cuadro admirable. Otro de sus paisajes, que son siete, compónese de un camino por donde marcha un vagabundo al caer la tarde, y de las crepusculares sombras que empiezan á invadir el espacio. En otro, donde aparece una figura de mujer en un bosque, cerca de una choza, os sentís dominados por la magia del más poético ensueño. Un estanque, ligeramente movido por el viento: hé ahí otro asunto que ha inspirado á Cazin un paisaje delicioso.

En este género de pintura brilla mucho también Montenard, á quien inspiran especialmente los panoramas del Medio día, bañados en la luz del sol. Sus paisajes de la Provenza son hermosísimos. El mejor de los que este año expone es *El pozo de Santa Magdalena*, que contiene detalles de primer orden.

Un paisaje de René Billotte, *Arco iris en el molino de Nanterre;* otro de Harrison, *La soledad*, precioso efecto de agua y de luz en la inmensidad de los mares; unas marinas de Dauphin, algo descuidadas, pero con idea atrevida, la mejor de ellas *El puerto de Tolón*, y algunos panoramas meridionales, de Paillard, de cielo azul y sol esplendoroso, son este año los mejores paisajes que en el *Salon* del Campo de Marte pueden verse.

Entre los retratos citaremos dos magníficos de Guthrie, uno de hombre y otro de mujer; el de Puvis de Chavannes, hecho concienzudamente por Marcelin Desboutin; el de Sarah Bernhardt, por D. Antonio de la Gándara, uno de los mejores retratos de esta Exposición, verdadero prodigio de gracia y de finura, y varios otros en que sus autores, Mathey, Lerolle, Prinet, Weertz y Herbert Vos, demuestran las excelentes cualidades que poseen para la difícil pintura del retrato, en la que tantos artistas de mérito fracasan.

Abandonado, ó *Un hombre al mar*, es una página conmovedora, escrita por el vigoroso pincel de León Couturier, que tan magistralmente pinta los dramas del mar. Una ola se ha llevado á un hombre de la tripulación de un buque de guerra. El mar está picado; el buque no puede detenerse, y tiene que abandonar á aquel infeliz que queda perdido entre las olas, y sobre el cual descienden ya voraces las aves marinas. La escena es terrible, y León Couturier la ha interpretado con desgarradora verdad.

Gastón Linden expone una buena cabeza de mujer, muy curiosa, y una intencionada composición, *El falso modelo*, que viene á ser una parisiense, tipo de la frivolidad femenina. Unos caballos de Checa, *En el abrevadero*, vienen á probarnos una vez más la perfecta maestría con que este notable artista pinta los caballos. Ahora no son los caballos furiosos de los *Carros romanos* que vimos hace tiempo en el *Salon* de los Campos Elíseos, sino caballos tranquilos que beben sosegadamente. Es un buen cuadro. *La media rota*, de Frappa, es un estudio algo naturalista, bastante gracioso. *El Espejo*, de Lee Robbins, llama mucho y con justicia la atención: representa á una mujer desnuda delante del espejo de su tocador, contemplándose con la sonrisa más expresiva que se puede imaginar.

Esto es lo más saliente del actual *Salon* del Campo de Marte. El resto es casi todo mediano ó malo. No han enviado cuadro alguno ni Carolus Durand ni Beraud. Dagnan-Bouveret no ha estado á la altura de su fama.

En la escultura sobresale Rodin con una magnífica cabeza, llena de energía, que parece que surge sola de la piedra llevando una línea luminosa en el perfil del rostro inclinado hacia la inmensa obscuridad. ¡Oh, qué cabeza sublime! *Los burgueses de Calais*, y un busto de Octavio Mirbeau son otras dos obras de Rodin dignas de mención especial. Un *Monumento á los muertos*, túmulo enigmático de Bartholomé, es una composición escultural muy complicada, con multitud de personajes y con una idea en extremo profunda y de difícil comprensión. En la *Lucha suiza*, bronce de Vibert, uno de los mejores discípulos de Rodin, revélanse condiciones poco comunes para el arte de la escultura; es Vibert un joven artista suizo que ha aprovechado bien las lecciones de su eminente maestro; hay en su obra una figura de robusto montañés admirablemente vigorosa. Marquet de Vasselot, con tres bustos de mujer, y Saint-Marceaux con un monumento para una tumba, titulado *El Deber*, puede decirse que completan la sección de escultura del *Salon* del Campo de Marte.

Arístides.

París, 30 de Abril de 1895.

LOS SEPARATISTAS CUBANOS.

Elementos de la insurrección.—Centros filibusteros.—El separatismo en los Estados Unidos.—Hombres, armas y dinero.—Los cabecillas.—Las partidas.



Son conocidos en su mayor parte los elementos de la insurrección de Cuba, pero no será ocioso vulgarizar algunos pormenores.

Tan lejos están de la verdad los que fantasean exagerando el poder de los laborantes, como los que suponen que el separatismo carece de plan, de jefes y de recursos.

Procuraremos referir concisamente nuestras noticias:

ELEMENTOS DE LA INSURRECCIÓN.

Puede asegurarse que los filibusteros cubanos conspiran sin cesar desde que se dió el grito de Yara. Muchos rehusaron la capitulación, y no pocos, al aceptarla, sólo quisieron ganar tiempo. La segunda campaña y los amagos sucesivos han demostrado la tenacidad de los separatistas.

Fruto de una labor lenta es la rebelión actual, que en concepto de los mismos revolucionarios no responde á lo que se esperaba. Los trabajos preparatorios eran formidables: habíanse alistado centenares de aventureros fuera de Cuba y millares de hijos del país dentro de la isla; la suscripción para la compra de armas y municiones llegaba á 35.000 duros; contábase con el auxilio moral y aun material de alguna República y con las simpatías de los Estados Unidos. Ciertas desavenencias entre los jefes, la desaparición de algunos fondos y el arrepentimiento de varios agitadores, hicieron fracasar los planes primitivos. Sin embargo, los insurrectos tienen recursos, aguardan la ayuda de sus correligionarios y conservan todavía grandes esperanzas.

El hecho de haber realizado con facilidad todos los desembarcos vale para ellos mucho más que una victoria.

CENTROS FILIBUSTEROS.

Existen con buena organización en Cayo Hueso, Tampa, Jacksonville, Ibor City, Jamaica, Santo Domingo, Costa Rica, Méjico, Nueva York, Brooklyn, Boston, Chicago, San Agustín, Filadelfia y Nueva Orleans.

Los clubs separatistas, fuera de Cuba, son 197; dentro, los hay también en abundancia. Las logias masónicas, los cafés, los teatros, las tertulias, sirven de punto de reunión á muchos laborantes.

En los centros insurrectos de la Florida se trabaja con la más amplia libertad: no pocas veces han celebrado los filibusteros el aniversario de la constitución de Guaimaro disparando piezas de artillería y organizando ostentosas procesiones.

Para defender abiertamente sus ideas y publicar noticias útiles á su causa, tienen los insurrectos varios periódicos en los Estados Unidos y en algunos países hispano americanos. No ha mucho los tenían también en la Isla de Cuba.

Cada centro separatista es cátedra que sirve de desahogo á los oradores enemigos de España y caja de fondos para la rebelión. Todo insurrecto que gana jornal en los Estados Unidos, deja mensualmente una cantidad en la caja de Cuba libre. Los tabaqueros suelen abonar tres duros por semana, y ellos solos han reunido 60.000 dollars en 1894. Si no hubiera grandes filtraciones, el tesoro de la insurrección sería un elemento muy temible. Centenares de contribuyentes desengañados niegan ya su auxilio, pero quedan todavía diez mil fanáticos que pagan sin vacilar.

Hay un consejo revolucionario establecido en Nueva York y cuatro cuerpos de consejo en Cayo Hueso, Tampa, Nueva York y Jamaica.

El personal de estos centros, elegido no ha mucho por votación de las delegaciones de los clubs, fué el siguiente:

Delegado del Consejo revolucionario: José Martí. Tesorero: Benjamín Guerra, Secretario: Gonzalo de Quesada.

Presidente del Consejo de Cayo Hueso: S. D. Poyo. Secretario: Gualterio García.

Presidente del Consejo de Tampa: Carlos Roloff. Secretario: Esteban Condau.

Presidente del Consejo de Nueva York: Juan Fraga. Secretario: Sotero Figueroa.

Presidente del Consejo de Jamaica: Alejandro González. Secretario: Juan Prego.

La propaganda de los centros filibusteros es eficaz en los Estados Unidos, en Costa Rica y en Jamaica. No lo es en otras Repúblicas. Muy pocas veces lograron los mambises el auxilio personal de los aventureros mejicanos. Y llama la atención que en Santo Domingo, albergue de Modesto Díaz y de Máximo Gómez, no hayan podido conquistar gente los separatistas de Cuba.

El apoyo moral obtenido por los insurrectos en algunas ciudades de la América española tiene más de ilusorio que de positivo. Suele ser una simpatía platónica que no se declara francamente.

EL SEPARATISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

No faltan en la gran República del Norte partidarios ardientes de los insurrectos cubanos: gobernadores como Mr. Atkinson, senadores como Call, Cullom y Frye, periódicos como *The World*, *The Sun*, *The Herald*, *The Times* y *The Daily Union*. Pero es justo reconocer que dichos defensores de Cuba libre, y algunos millares más, forman parte de un pueblo de cincuenta millones de almas, y constituyen, por lo tanto, un voto de ínfima consideración y de mediana calidad.

No hay ejemplo de que la masa popular de los Estados Unidos se deje influir por la opinión de la prensa, cuando esta opinión no va de acuerdo con el sentimiento general. La importancia de los grandes diarios neoyorquinos se anula siempre que el capricho de sus redactores trata de imponerse al buen sentido de la muchedumbre. Así, nada significan los desplantes de los periódicos en favor de la insurrección cubana.

La tolerancia de las autoridades tampoco es argumento beneficioso á la rebelión. Allí se toleran los mayores absurdos y se permiten las acciones más estrambóticas. Prohibir los discursos y las manifestaciones separatistas, sería tan extraño y tan nuevo en la patria de Washington, como la pretensión de impedir cualquier propaganda contra un personaje político.

Casi todo lo que hacen los insurrectos de Cuba dentro de la gran República, pasa inadvertido, no interesa á la nación ni preocupa á los gobernantes. Aquél es mucho pueblo, y no tiene tiempo de fijarse en las pequeñeces.

HOMBRES, ARMAS Y DINERO.

El número de los insurrectos en el teatro de la guerra depende de multitud de circunstancias, y varía ó puede variar á todas horas. Hasta hoy, no es grande el contingente de las partidas: jamás, mientras no se realice una transformación extraordinaria, podrán reunir los separatistas número capaz de arrollar á los españoles; y sin embargo, merced á la configuración del terreno, á la influencia del clima y de la flora tropical, un millar de hombres basta para sostener la campaña en la manigua durante largo tiempo.

Los actuales guerrilleros de Cuba libre no han podido utilizar más que una pequeña parte de las armas que al término de la primera insurrección fueron guardadas en lugares ocultos. El tiempo y la humedad han hecho su oficio.

Entre las armas nuevas, compradas á los norteamericanos, hay muchos revólvers Colt y Smith, rifles Winchester y Relámpago, fusiles Peabody, algunos Berdan, Mausser y otros varios, y sobre todo, fusiles y tercerolas Remington que son más fáciles de municionar.

Algunas partidas están perfectamente armadas, llevando cada individuo un rifle ó un revólver, y el indispensable machete. Otras carecen aún del armamento necesario. La dificultad de municionar á las partidas empieza á preocupar á los insurrectos.

El tesoro de Cuba libre llegó á reunir 60.000 dollars para los primeros gastos de la nueva aventura. Debe quedar muy poco dinero de esta recaudación.

Se dice que algunos capitalistas *yankees*, aficionados á los juegos de azar, han abierto sus cajas á los representantes de Máximo Gómez y Martí. Será difícil comprobar la noticia.

LOS CABECILLAS.

José Martí es hoy el primer apóstol filibustero, alma de la insurrección y jefe indiscutible de los laborantes. Para llegar á tan alto puesto, siendo el más joven de los cabecillas de alguna importancia, ha tenido que sostener empeñados combates en los clubs y en los consejos revolucionarios; y antes de que la vejez separara de la vida activa á otros caudillos ambiciosos del mando supremo, la tenacidad y la inteligencia del nuevo agitador lograron imponerse á todas las voluntades en los principales centros del separatismo.

Tiene Martí grandes condiciones de conspirador, atenuadas por honda vanidad que en muchos casos llega á ser excesiva: emplea recursos hábiles y palabras muy elocuentes para domeñar las resistencias que se le oponen; y cuando no alcanza pronto la victoria, achaca el fracaso á deficiencias del entendimiento ajeno, sin persuadirse nunca de que ha podido equivocarse.

Persigue su ideal con firmeza y rectitud, creyendo que lo verá realizado en breve: no le abaten las zozobras de la duda ni las perplejidades producidas por larga espera: supone que los obstáculos no provienen de la causa que se ha propuesto defender, sino de la torpeza ó de la lentitud de los partidarios; y aunque busca y admite cualquier alianza, deplora tener que tratar con gentes de poca educación, de mala conducta ó de perversos instintos.

Es fanático hasta el extremo de sacrificar la vida, si tal sacrificio pudiera ser útil á sus correligionarios: pero no ama la guerra, y querría deber al convencimiento el soñado triunfo.

A pesar de las injurias que nos prodiga en algunas de sus ardientes arengas, no existe dentro de su corazón el odio á España: por regla general, tampoco aborrece á los españoles, exceptuando á los políticos; mas no transige con nuestras costumbres administrativas ni reconoce ningún acierto en nuestros gobernantes.

Para los que juzgan que *el estilo es el hombre*, copiaremos al pie de la letra una carta dirigida por Martí á un amigo nuestro y escrita en los primeros meses del año 1881:

«Amigo mío: Realmente en apariencia, no tiene disculpa. Y no son más que turbulencias del alma, que dejan para el combate interior todas las fuerzas, y se las gastan, aun para las tareas gratas á la mano. En la mañana misma en que me envió usted su linda y buena novela, la leí de una sentada. Tiene construcción—eso que los críticos americanos niegan á la última novela de Disraeli—é interés vivísimo, y sabor literario, y cosas excelentes.

»Pero deseando decirle muy en largo todas estas cosas, he ido dejando la agradable ocupación de un día para otro, esperando aquel día de calma, necesaria para los menores trabajos del espíritu. La calma no ha llegado. Leeré hoy por tercera vez el libro bello, y con él iré á ver á usted esta tarde, no sea que con tanto motivo tenga usted por falta de atención lo que no ha sido más que sobra de ella. Su amigo afectísimo—*Martí*.»

El caudillo de los laborantes es un hombre simpático: va á cumplir cincuenta años y representa menos edad: tiene estatura regular, cuerpo delgado, facciones correctas, color blanco, maneras muy distinguidas. Su cultura, sus aficiones literarias y su claro entendimiento se realzan con una elocuencia tribunicia, rápida, nerviosa y brillante, que aunque muchas veces no persuade, conmueve siempre. Para cabeza del separatismo, no reune Martí todas las condiciones necesarias: le falta solidez de criterio, es demasiado soñador, demasiado poeta, y su espíritu se aleja frecuentemente de las amargas realidades.

En los campos de Cuba podrá ser un insurrecto más: no será nunca un guerrillero temible.

Máximo Gómez es la segunda figura de la insurrección: la primera, en el campo. Díscolo por naturaleza y amigo de correr aventuras, se sublevó á favor de España; después, contra España; luego renegó de los mambises, y hasta dijo que «con ellos no se podía ir á ninguna parte»: ahora vuelve á auxiliar á los mambises, en perjuicio de los españoles.

Natural de Santo Domingo, peleó en su patria contra sus compatriotas, y al sublevarse en Cuba también tuvo que batallar contra dominicanos. Algunos de éstos, que han servido leal y constantemente á España, no creían hoy que Máximo Gómez volviera á defender el separatismo.

El general en jefe de las fuerzas insurrectas armadas acaba de cumplir cincuenta y nueve años: no goza de la mejor salud, pero es hombre enérgico y vigoroso. Tiene estatura regular, cuerpo enjuto, color moreno, fisonomía simpática, trato muy agradable y carácter violento.

Aunque sin verdadera instrucción militar, posee conocimientos generales del arte de la guerra: sus dotes de organizador, de guerrillero y de caudillo práctico en las campañas de Cuba, le han dado merecida importancia.

Más que para ejecutar, servirá para dirigir. En la provincia de Puerto Príncipe tiene elementos que le favorecen.

Antonio Maceo, tercer caudillo separatista, es el mejor brazo de la insurrección cubana. Mulato claro, alto, grueso, de cincuenta y un años de edad, sin educación y sin conocimientos militares, rústico, soberbio, sanguinario, valiente hasta la temeridad, se distingue por su fanatismo político y por su práctica en las guerras de Cuba. Es un buen jefe de partida: no puede ser un general.

Preso Julio Sanguili, moribundo el negro Guillermón, y retirados de la lucha algunos cabecillas famosos en la primera campaña, los demás jefes insurrectos que resultan hoy disponibles son de segunda y tercera fila.

José Maceo, hermano de Antonio, fué siempre un guerrillero vulgar.

Carlos Roloff, polaco, que dejó el uniforme de voluntario de Cuba para tomar el título de generalísimo separatista, no es hombre de inteligencia ni de prestigio. Tiene ya sesenta años.

Modesto Díaz, otro dominicano que fué mariscal de campo al servicio de España, y luego se declaró insurrecto, cuenta sesenta y nueve años de edad, y vive retirado en Santo Domingo.

Quintín Bandera, mulato que sirvió á España y á los mambises, tiene cincuenta y un años. No es mal guerrillero.

Perico Pérez, negro, es de cuarta fila.

Tomás Estrada Palma, que fué presidente de la llamada república de Cuba, y que hoy vuelve á serlo, es una figura decorativa sin influencia ni valor. Tiene cincuenta y ocho años.

Amador Guerra es un jefe audaz y vanidoso. Manda una partida de alguna consideración.

Bartolomé Massó, catalán, natural de San Pedro de Ribas, antiguo cabecilla insurrecto, se distingue por su fanatismo político.

José Miró y Argentell, catalán, natural de Sitges, periodista exaltado, llama la atención por su extraordinaria tenacidad (1).

Juan Vega, Manuel Ferrales, Alberto Castillo y La Guardia son subalternos de Amador Guerra, poco importantes.

Entre los más conocidos de tercera fila (algunos de los cuales se rindieron ya) figuran Esteban Tamayo, Juan Gualberto Gómez, Damián Caballero, Belisario Ramírez, Reitor, Valdés, Garzón, Noriega, Fortier, Bali, Sainz, Montejo, los dos Rabbit, Félix Rúa y varios individuos de las conocidas familias insurrectas Agüero, Varona y Betancourt.

Quesada desde Tampa, y Collazo desde Santo Domingo, pueden hacer daño.

Los bandoleros Matagás, Matamoros, Lino y Nicasio Mirabal y otros émulos de Manuel García, no tienen influencia política, ni pueden tenerla.

Entre los jóvenes que se han lanzado, ó piensan lanzarse, á la manigua, son dignos de mención, porque sin duda pretenderán ser caudillos, Marrero, Brooks, Juan Stable, Carlos Aguirre, Alfredo Arango y Joaquín Pedroso.

Algunos de los antiguos jefes que todavía pueden combatir no secundan hoy á sus compañeros. Otros reservan su opinión.

Cabecillas nuevos no han de faltar, aunque sólo sea por seguir la moda iniciada en las aceras del Louvre. Pero es difícil que los nuevos superen en calidad y en cantidad á los que ya están casi olvidados.

LAS PARTIDAS.

En los movimientos separatistas da el primer paso el fanatismo, el segundo la vanidad, y los demás la conveniencia.

Constituyen el núcleo que suele servir de base á la insurrección los criollos, mulatos y negros más exaltados, algunos españoles peninsulares y pocos aventureros de otras naciones.

A medida que la impunidad ó la esperanza abren camino á los fanáticos, acuden á engrosar las huestes filibusteras muchos hombres incapaces de sostenerse en la manigua, llevados de un espíritu vanidoso que les hace soñar lauros y victorias.

Después se lanzan al campo aquellas gentes que por diversas causas necesitan *variar de postura*, ó buscar recursos de cualquier modo.

A esto se debe que las partidas se nutran con elementos muy heterogéneos: al lado del que persigue de buena fe el triunfo de una idea, marchan los buscadores de aventuras, el ladrón, el secuestrador, el comerciante quebrado, el jornalero despedido, el menesteroso hambriento, el derrochador de una herencia, el amante despechado, el estudiante sin carrera, el que ya no puede vivir al amparo de las leyes, el que por cualquier motivo aborrece la sociedad, teme á la justicia, ó espera hallar alivio á sus males en nuevos y nebulosos horizontes.

Hombres de muy distintos países, que por diferencias de educación, de clase, de origen y de costumbres no pueden aunar sus voluntades, se cobijan temporalmente á la sombra de una bandera que para la mayor parte de ellos no representa nada: la buscan porque está en la manigua, en la sierra, en el bosque virgen, en la soledad amparadora de todos los extravíos.

Así, cuando la persecución es activa, cuando á las angustias de la necesidad se añaden las del peligro y sucumben las esperanzas á los golpes de la derrota, esas partidas se deshacen: lo que unió la casualidad lo desune la desgracia.

En cambio, el fácil acceso al campo de la rebelión; la confianza de conseguir la retirada; la seguridad de poder volver al punto de partida, de evitar á menudo el riesgo y de obtener indulgencia casi siempre, son banderines de enganche en las filas del separatismo.

Las insurrecciones de Cuba, grandes ó pequeñas, tienen y tendrán resonancia, sea cual fuere el pabellón que enarbolen los revoltosos; porque cuando una idea carece de partidarios, no carecerá, por lo menos, de *aficionados á la manigua*. Éstos no desaparecen jamás: existirán mientras exista la Isla de Cuba: serán defensores de todas las revoluciones, sin saber que lo son, hasta que llegue el momento de demostrarlo; engrosarán las partidas insurrectas, como ayer y cual hoy; algunos, empujados por la voz del separatismo; casi todos, atraídos por la fascinación de la manigua.

Adolfo Llanos.

EL TERCER CENTENARIO DE TORCUATO TASSO

EN ROMA.

Italia es sin duda el suelo privilegiado de los centenarios ilustres, como es patria de poetas y artistas inmortales. Apenas llegado á esta tierra de Virgilio y de Rafael, me tocó asistir, gozoso, á los aniversarios que Florencia consagraba á sus dos grandes genios, el Dante y Miguel Angel. No se han cumplido dos años todavía desde que la *Ciudad Superba* compartió con nuestro Palos la conmemoración de Cristóbal Colón. En el año de 1894 alterna el sexto centenario de la legendaria traslación de la Casa Santa de la Virgen á los bosques de Loreto, con el tercer aniversario secular de las

(1) La presencia de estos y de otros españoles peninsulares en el campo de la insurrección recuerda el viaje que varios guerrilleros españoles hicieron á Méjico para combatir contra España durante la guerra de la Independencia. Entre los expedicionarios fué un sobrino del ilustre Mina, y se hizo célebre por su valor. Tales ejemplos de fanatismo político tienen precedentes en otras naciones. La exageración de las ideas produce efectos análogos en todas partes.



LAS PRIMERAS ROSAS.

CUADRO DE F. FELDWEG.



VENDEDORA DE HIGOS CHUMBOS EN GRANADA.

CUADRO DE CECILIO PLA.

fiestas que Palestrina, en la Humbria, dedica al sublime compositor que de ella recibió nombre, dándole á la vez gloria imperecedera. Y ahora, el año de 1895, que se abre con el tercer centenario de la muerte de Torcuato Tasso, se cerrará con las hermosas fiestas que Roma prepara á conmemorar el tercer siglo también de San Felipe Neri, el patrono, con San Pedro, de la Ciudad Eterna.

Lo que presta como un carácter más atractivo y casi internacional, especialmente á los ojos de la más bella parte del sexo humano, á los poetas y á muchos de sus artistas como Rafael, es que la fama de su nombre, como su gloria y á veces sus desventuras, van casi siempre enlazadas con una pasión amorosa que despunta.

En los días de esta semana muchedumbre inmensa, compuesta de todas las clases sociales, y representando las dos Romas, han subido esa colina del Janículo, en compañía de comisiones de innumerables municipios, universidades, gimnasios, liceos, academias, congregaciones, sociedades é institutos de toda clase, para visitar con amor piadoso los restos de la encina que daba sombra al poeta, ya gravemente enfermo. En 1842, la dejó medio destrozada una tempestad, y años después casi la arrancó de cuajo la explosión terrible del polvorín, que destrozó la celda y la tumba de Torcuato Tasso en el monasterio de San Onofrio, monasterio dividido tristemente cuando la secularización monástica, y restaurado con la morada y el sepulcro del cantor de Godofredo pocas semanas antes de su tercer centenar. Los numerosos y simpáticos visitadores veían con amor conservado el monumento elevado al fin por la munificencia de Pío IX en 1857, obra del escultor Fabris, el discípulo amado de Canova, á la memoria del poeta por excelencia católico, y que iniciado muchos años antes por el ilustre concurso de un patriciado romano, sufrió todas las vicisitudes de las discordias y de las turbulencias políticas. El fresco pintado en la galería del convento, deslustrado por el tiempo; el crucifijo á que murió abrazado; el sillón que, por lo desgastado, demostraba ser el preferido entre los cuatro que cubrían la celda; el tintero donde humedecía esa pluma-pincel que dió vida á tantas figuras encantadoras y á héroes magnánimos, como cuantos objetos modestísimos cubren las alacenas de la religiosa estancia, todo era motivo de las investigaciones más curiosas del concurso. Los reyes Humberto y Margarita, acompañados de magnates del Estado, de poetas ilustres, de religiosos jerónimos y de las mismas monjas ó hermanas de Caridad, examinaron largo tiempo la interesante Exposición organizada con ocasión de este centenario. Á ella han concurrido abundosamente todas las ciudades de Italia que poseían manuscritos del gran poeta. Y como su fecundidad fuese realmente extraordinaria, no cesando de escribir, enfermo ó sano, sonetos, madrigales, composiciones de todo género ó epístolas á sus amigos, hasta la víspera misma de su muerte, han podido reunirse en San Onofrio hasta 398 autógrafos, juntamente con innumerables retratos del hijo de Sorrento, ediciones escogidas de sus obras, ya en italiano, ya en otras lenguas, á la par que los cuadros de las diversas ciudades y cortes donde transcurrió el medio siglo de su agitadísima existencia; junto á bustos y estatuas ó lienzos representando al poeta ya con el laurel que llevó después de la muerte, ya caminando del brazo del cardenal Aldobrandini, dando su último paseo por el claustro de San Onofrio, leyendo, como lo evoca el bello lienzo de Morelli, su poema inmortal ante la corte de Este, y agitándose en las tristezas del hospicio de dementes en Santa Ana. Otro lienzo representaba su muerte, justamente el día en que los venecianos residentes en Roma celebraban á su vez el centenario, entonces quinto, de la traslación á la reina del Adriático de la salma del evangelista San Marcos, patrono de Venecia.

°°°

Pero volvamos al tema de esta crónica, del que involuntariamente me he apartado, á fin de decir que fué fortuna para la literatura épica cristiana el que Torcuato Tasso respirase desde niño la atmósfera de la Ciudad Eterna. Coincidió con una de sus estancias en Roma, que no fueron menos de nueve con un complexo de largos ocho años, iniciándose en 1554, para concluir en 25 de Abril de 1595, fecha tristísima de su muerte, la presentación por uno de los cuatro Cardenales que fueron sus protectores—Hipólito de Este, Jerónimo de Albano, Escipión Gonzaga y Cinzio Aldobrandini—al insigne pontífice San Pío V; quien, emocionado todavía por la memoria de la reciente batalla de Lepanto, pudo mostrarle en los palacios Vaticanos los trofeos en tan memorable jornada obtenidos. Indudablemente, mucho contribuyó este espectáculo á inflamar la imaginación religiosa del poeta cristiano, haciéndole concebir desde joven el proyecto de consagrar su talento á narrar las glorias de las Cruzadas y á ser el Homero de Godofredo de Buillón en Tierra Santa. Proyecto que desenvolvieron en su fantasía los cuadros que admiró en Roma, preparatorios del jubileo del año santo decretado por el papa Gregorio XIII, y al que acudieron millares y millares de peregrinos, entre ellos el inmortal San Carlos Borromeo, hasta exceder la cifra de trescientos mil, como queriendo elevar una protesta contra los estragos que las doctrinas de Martín Lutero ocasionaban en Europa.

La literatura, la poesía y las artes atravesaban por aquellos tiempos en Italia un período en que parecía no haber campo sino para la mitología ó para el romance caballeresco. El grande y popular Ariosto había creado gran número de discípulos, aun cuando ninguno logró subir á las alturas de *Orlando el Furioso*. El mismo padre del Tasso, Bernardo, poeta también, y en quien desde niño había bebido la afición á la poesía nuestro Torcuato, de manera tan prodigiosa, que cultivándola infante, fué imposible al autor de sus días desviarle de una senda que por experiencia sabía no presentaba sino abrojos, había cedido á esta moda de la época, acomodando en lengua itálica una versión bellísima de nuestro *Amadís de Gaula*. En *Rinaldo* y en *Aminta* Torcuato cede también á la corriente. Pero sus sentimientos profundamente cristianos, uniéndose á la melancolía que producen desde niño en su alma las desventuras de su padre, injustamente desterrado de Nápoles, patria de su ilustre estirpe; la muerte, que sigue dos años después, de la madre amorosa, una Porcia, á quien no puede ni aun cerrar los ojos, vedadas como le están las fronteras napolitanas, y la pérdida de su fortuna confiscada, contribuyen, con el trato de príncipes ilustres de la Iglesia, á fortificar esta dirección seria y profunda de su talento épico. No le apartan de tal senda ni las distracciones de París, adonde el cardenal Hipólito de Este, nuncio y embajador á la vez, lo conduce, mediado el siglo XVI; ni los esplendores galantes de las cortes de Ferrara, de Urbino, de Florencia, de Mantua y de Saboya, por las que atraviesa inquieto siempre, azaroso, lleno de ambiciones exageradas ó de desalientos extremos, y ya atacado del mal físico y de la hipocondría moral que más tarde, pero en período no lejano, causará su dolorosa muerte. En el mismo poema de *La Jerusalén* cede mucho á la tiranía de la moda; y junto á las empresas épicas de Godofredo de Buillón y á las proezas de los cruzados que arrodillados en Tierra Santa van á luchar por libertar el sepulcro de Cristo, como anuncian los primeros versos admirables del poema, introduce, alterando la historia, que en lo demás sigue admirablemente, y falseando las costumbres musulmanas, que no admiten personajes similares á Juana de Arco, los episodios amorosos de Clorinda y de Erminia, como los encantados y misteriosos jardines de Armida. Pero, á diferencia de otros trovadores de Italia, da á todos estos episodios de su gran drama sacro un desenlace cristiano: bautizando Tancredo á Clorinda antes de expirar; arrepintiéndose Armida de sus encantos infernales, y volviendo Erminia á la religión de sus padres cristianos. Y aun esto no basta á tranquilizar al poeta en los últimos años de su agitada existencia, pues que habiéndole hecho observaciones sobre esta parte de su poema los literatos congregados, en vista de su deseo, por su amigo el cardenal Escipión Gonzaga para revisar la obra, consagró los últimos años de la vida á modificar completamente su *Jerusalén libertada*, convirtiéndola en *La Jerusalén conquistada*, de factura enteramente histórica y sacra. De igual manera que del *Galealto* ha hecho su drama *Torrismondo*, y su producción póstuma está consagrada á la creación bíblica del mundo. No le basta todo este sacrificio de sus más bellas concepciones literarias, sino que, acosado siempre del remordimiento, y excitado por la nerviosidad hipocondríaca de su espíritu, no descansa hasta que se arrodilla á los pies del Inquisidor general en Bolonia, quien, con amor paternal, en vez de un perdón innecesario, le da consuelo y alivios á su pena. Pero toda esta lucha, como sus contrariedades en la corte de Ferrara, seguidas de prisión y del desdén de los príncipes y princesas que tanto le enaltecieron, debilitaron profundamente el primitivo estro poético de Torcuato Tasso y quebrantaron irremediablemente su arruinada salud en la flor de su vida.

Otros, menos historiadores que novelistas románticos, dieron por causa á los episodios amorosos de *La Jerusalén*, como á las grandes desventuras que después de sus triunfos de corte acompañaron al Tasso hasta su fin infelicísimo, los amores que atribuyen al cantor de las Cruzadas hacia Eleonora y Lucrecia, las hermanas de Alfonso de Este, que de tal ofensa, no muy terrible en las entonces galantes cortes de Italia, habría tomado amarga venganza, manteniendo, como he dicho, encerrado siete años y dos meses en la prisión y hospital á la vez de dementes de Ferrara al osado amante. Durante largo tiempo, tan triste como novelesca leyenda, pasando como cosa corriente, más aún que en Italia, en Francia y otras naciones, donde sirve de argumento á dramas y á óperas fundadas sobre estos amores y demencia del Tasso, vino á acrecer el interés simpático inspirado por el genio y las desventuras de Torcuato.

Otra causa se mezcló en sus desventuras: las rivalidades nacidas entre las diversas cortes de los pequeños Estados itálicos, que, en vez de calmar el Tasso, pareció alimentar, ofreciendo alternativamente sus obsequios y alabanzas, no ya sólo al Vaticano, como era justo, sino á los Príncipes de Saboya, de Mantua, de Toscana, de Urbino y de Ferrara, para abandonarlos inmediatamente después con la impresionabilidad nerviosa de su carácter. Fué éste tal, que le condujo muchas veces solitario, destituido de todo recurso, caminando largos días á pie y en dirección de Sorrento, donde sorprende á su hermana queridísima en traje de mendigo, ó lo llevan á las puertas de Turín, que los guardias de la ciudad, viéndole como un pordiosero, le cierran, hasta que, por fortuna suya, lo alza de la tierra donde le ve postrado y en la miseria un literato piamontés que ha conocido su fama y sus poemas en la corte Ferraresa. Entre estos viajes la historia ha conservado el recuerdo de uno que prueba cuán profunda y general era en Italia la popularidad del cantor de *La Jerusalén libertada*. Regresando de Sorrento á Roma, en unión esta vez de otros viajeros, se encontraron que, junto á Gaeta, el célebre bandido Sciarra, al frente de numerosa tropa de bandoleros, impedía todo paso sino á costa de sangriento combate ó de fructuosísimo rescate. Pero el bandido sabe que el Tasso está entre los peregrinos que van al jubileo santo, y le manda un mensajero ofreciéndole hasta una escolta. Torcuato no cree poder aceptar tal oferta, abandonando á sus compañeros; pero Sciarra completa su obra ordenando que se retire la banda y dejando libre el camino desde Mola á Roma.

°°°

Pero más que las fases de la agitada vida del Tasso, debo describir las fiestas que hasta el 30 de Abril le ha consagrado Roma. Se inauguró la bella mañana del 25, aniversario de su muerte, con una piadosa ascensión de las sociedades católicas por la colina del Janículo, llevando, como enseña, el Lábaro de Constantino y una hermosa corona de bronce fundida en el Instituto Nelli. El eminente é ilustrado cardenal Vicente Vannuntelli ofició de pontifical ante la tumba que guarda los restos mortales del insigne cantor cristiano, y admirable música de Palestrina, uniéndose á la de nuestro maestro Victoria, contemporáneo del Tasso, y á la magnífica composición que Lintz consagró al poeta, resuenan en las bóvedas de San Onofrio. Las coronas, las diademas y las flores, que alternativamente se han sucedido al pie del sepulcro ó en la celda, última morada habitada por el poeta, empezando por las que depositan los Reyes, los Síndacos de Roma, universidades, liceos, gimnasios y monasterios de todas clases, con especialidad los franciscanos de Santa Francisca en el Foro Romano, los sacerdotes de San Pietro en Vinculis, los agustinos de Nuestra Señora del Popolo, á las faldas de los antiguos huertos Salustianos, y los jerónimos de San Onofrio, localidades todas que habitó, como el Vaticano, en el último período de su existencia, escogiendo, diez y nueve días antes de su fallecimiento, esta colina de los Jerónimos, como homenaje á la memoria de un su antepasado, que falleció profeso en esta Orden, aparecían innumerables. Como era imposible contar el número de visitadores piadosos á la tumba, á la celda y á la exposición de los recuerdos de Torcuato Tasso.

Alternando con las academias que se suceden en el seno de los árcades, ya en su bosque, imitación de los de Grecia, que se eleva en el Parnaso del Janículo, no lejos de la mansión eterna del poeta; ya en el palacio de la Cancillería apostólica que León XIII ha concedido recientemente á los árcades, y donde éstos, reuniendo aquella noche á las más ilustres princesas romanas, á los embajadores de las potencias, y á los miembros insignes del Sacro Colegio, consagran á la memoria del cantor de Godofredo una solemnidad artística, en que alternan las oraciones más bellas con inspiradas poesías y con la ejecución por artistas inspirados de las notas musicales que la muerte del Tasso evocó en Donizzeti en la partición que lleva este nombre, á Lintz en sus cantatas grandemente armónicas y á Gounod en sus plegarias, abriendo también los primeros raudales del genio juvenil de Verdi en su ópera de *Los Lombardos* en la primera cruzada. A los árcades han sucedido la Academia Filarmónica, que tiene su asiento en el palacio Doria Pamphili, ejecutando música del Pergolese; la de Santa Cecilia, la de San Sebastián, y otras no menos ilustres. Abandonando su descripción para no hacer eterno este ya largo artículo, tengo que consagrar algunas últimas frases á las dos demostraciones con que la corte del Quirinal y el Municipio de Roma han querido rivalizar en los honores á Torcuato Tasso. En el teatro Argentina se puso con esta ocasión en escena la *Aminta*, idilio pastoril del trovador de Ferrara. La sociedad más distinguida de Roma, llevando á la cabeza á los soberanos, y no alejándose por ello los patricios que mantienen su culto al Vaticano, siguiendo el ejemplo de León XIII, el primero que inaugura una preciosísima publicación consagrada á este centenario.

Durante la mañana del mismo día se descubrió solemnemente también en el palacio conocido por los diversos nombres de Aragona, de Regreris y de Galitiztin, al que se enlazan recuerdos de la Marquesa de Pescara, del Duque de Mantova y de Fernando de Aragón, no lejos de los palacios de Florencia y de Borghese, que el matrimonio del primogénito de este título con la rica heredera de los Duques de Galliera y de Ferrari va á arrancar, como sus museos de estatuas y cuadros inmortales, á la perdición, se inauguró la lápida que conmemora en él la estancia del Tasso, huésped de su protector Escipión de Gonzaga; mientras llega el día de que en la plaza Nicosia inmediata se realice el proyecto de una nueva estatua al cantor de las Cruzadas. El cual, en medio de sus grandes infortunios, pudo vanagloriarse de que en los intervalos felices de su conquistada carrera se lo disputaron los Colonnas en su villa inmediata á Montecavallo; los príncipes Cardenales de Este en el histórico castillo-palacio de Monte Giordano, junto al puente San Angelo, primera morada de los Orsinis en la Ciudad Eterna; el Vaticano, que lo hospeda en los palacios Apostólicos, y las primeras comunidades religiosas de Roma.

CONDE DE COELLO.

EL MARQUÉS DE PONTEJOS.

Nació D. Joaquín Vizcaíno en la Coruña el 21 de Agosto de 1790, y se le bautizó al siguiente día en la parroquia de Santiago. Fueron sus padres D. Vicente Vizcaíno Pérez, del Consejo de S. M., y fiscal de la Real Audiencia, y D.ª María Antonia Martínez Moles y Valdemoro.

Español de pura raza, noble por abolengo, de espíritu estudioso y observador, de claro talento, de carácter dominante y emprendedor, de palabra fácil é insinuante, de apuesta figura, galante hasta el exceso con las damas, cariñoso con los inferiores, expansivo con sus iguales y un tanto altivo con sus superiores, dedicóse desde sus primeros años á la carrera de las armas, y en 10 de Marzo de 1807, cuando apenas contaba diez y siete, fué nombrado guardia de Corps. En 7 de Junio de 1808 pasó como agregado á la Maestranza de Valencia, y más tarde al regimiento de Caballería del Rey, 1.º de ligeros, prestando muy buenos servicios en la guerra de la Independencia, distinguiéndose, sobre todo, en las acciones de Morella y de Alcalá de Chisvert, donde aprisionó un número de coraceros franceses casi igual á la gente que mandaba; en Ulldecona, en Vinaroz y en Benicarló, donde sólo con su escuadrón detuvo al enemigo y salvó la retirada de la infantería; y por último en la Rápita, en Villarreal, en Valencia, en Sagunto, en Almaraz y en Alhama, donde obtuvo justo galardón sobre el mismo campo de batalla.

Concluída la guerra, el Rey le concedió, en 27 de Junio de 1816, la merced del hábito de la Orden Militar de Santiago.

°°°

En 8 de Noviembre de 1817, á los veintisiete años de edad, contrajo matrimonio con la Excma. Sra. D.ª Mariana de Pontejos y Sandoval, marquesa de Pontejos y condesa de la Ventosa; año y medio después se retiró del servicio militar con el grado de capitán.

Habíase educado Vizcaíno en aquel ambiente reformista y algún tanto revolucionario creado y sostenido por varones tan ilustres como el Conde de Aranda, Campomanes y Jovellanos.

Viajó mucho por toda Europa volviendo á España después de la caída de Colomarde. Ingresó en la Sociedad Económica Matritense, cuyo origen y misión regeneradora tan de acuerdo estaban con sus ideas y aspiraciones. En muy poco tiempo llegó á ser el alma de aquella sociedad: inició en ella las reformas del Colegio de sordo-mudos y ciegos, y dió impulso á otra asociación consagrada á educar al pueblo, recibiendo el nombre de Pontejos una de las primeras escuelas que al amparo de la misma se fundaron.

Incansable en su actividad, reunió á todos los que en la corte sentían la necesidad de ensanchar los horizontes de su ilustración, y juntos crearon el Ateneo de Madrid, siendo quizá el más entusiasta de sus socios fundadores.

Enviudó el Marqués en 1834, ó sea el año en que se inició la época más brillante de su vida pública y en que de una manera inopinada, y sin desearlo él, fué llamado para ponerse al frente del Corregimiento de Madrid, en el cual permaneció hasta el 15 de Agosto de 1836, obteniendo en este intermedio, como premio de sus servicios, la gran cruz de Isabel la Católica y la llave de gentilhombre.

En la sesión extraordinaria del Cabildo municipal del 23 de Septiembre de 1834 tomó posesión Pontejos, siendo el último corregidor del antiguo régimen, y el último también que prestó el juramento en la forma entonces acostumbrada.

La primera reforma que intentó fué la supresión de los mendigos, más ó menos auténticos, que entonces, como ahora, llenaban las calles de la corte, á los que quiso convertir en ciudadanos que, en talleres adecuados á sus sexos, disposiciones y edades, fueran útiles al establecimiento y á sí propios, dando al efecto mayor desarrollo al Hospicio; pero tropezó con invencibles dificultades, y, variando de plan, se asoció á personas de su intimidad, con las que impulsó la creación del Asilo de mendicidad de San Bernardino, aun existente, en el ex convento de su nombre. Y tal impulso acertó á imprimirle, que al mes y medio ingresaron ya asilados en el nuevo establecimiento, á cuya entrada, y en memoria de su valiosísima cooperación, se colocó el busto del fundador.

Obra de tal magnitud no podía por sí solo sostenerla en aquellos tiempos el erario de la villa, y acudió al recurso de una suscripción voluntaria, á la que Madrid correspondió, como siempre, obteniendo durante muchos años un producto medio de 13.000 reales mensuales, poderoso auxilio con que, gracias á las energías de Pontejos, al reglamento por él redactado, y, lo que es aún más difícil, al exacto cumplimiento de éste, se creó y sostuvo con 1.200 asilados aquel establecimiento.

Propuso y realizó la actual numeración y rotulación de las calles, la reforma del alumbrado, la traída de aguas, la mejora del empedrado, y tantas otras, que no es posible mencionarlas todas.

Cuanto era, cuanto valía, todo, absolutamente todo, lo puso al servicio de Madrid, y todo lo hizo dentro de los estrechos límites de aquellos presupuestos, siendo el de ingresos de 1836 de 3.250.000 pesetas, y de 4.750.000 el de gastos, mientras que hoy el primero es de 39 millones de pesetas, y de 28 el segundo.

Pontejos cesó en el Corregimiento de Madrid el 15 de Agosto de 1836, al publicarse la Constitución de aquel año, que transformaba los antiguos corregidores en alcaldes constitucionales, y de tal suerte se esforzó en el cumplimiento de su deber, que mereció el aplauso de sus contemporáneos, como merece hoy la gratitud de todos los madrileños.

En 9 de Septiembre de 1838, siendo senador por la Coruña, fué nombrado por Real decreto jefe político de Madrid, oportunidad que aprovechó para legalizar todos los trabajos preparatorios á la fundación de la Caja de Ahorros, realizando así una vez más otro de los proyectos de la Sociedad Económica Matritense, que hubiera permanecido en el olvido, como ya lo estaba hacía largos años, á no haberse identificado con él un hombre de tan perseverante actividad, ilustración y poderosa influencia, que asociándose para dar forma á la idea al capitalista D. Francisco Acebal y Arratia y al infatigable Mesonero Romanos, resolvió con ellos poner el planteamiento de su idea al amparo del popular Monte de Piedad, el cual vendría á salir de la estrechez en que vivía á cambio del prestigio que diera á la Caja de Ahorros.

Pontejos fué el encargado de entenderse con el Monte de Piedad y someter después el proyecto á la aprobación del Gobierno, y tan acertado estuvo en el desempeño de su cometido, que, instruido en el Ministerio de la Gobernación el oportuno expediente, se expidió, con fecha 25 de Octubre de 1838, un Real decreto, que publicó la *Gaceta* del 31, ordenando la creación de una Caja de Ahorros en Madrid, en beneficio de las clases menos acomodadas, y aprobando un Reglamento, según el cual debía establecerse en el mismo edificio que ocupaba el Monte, destinándose exclusivamente á las atenciones de éste los capitales que ingresaran en la Caja. Según dicho Real decreto, el Reglamento aprobado fué propuesto en 9 de Octubre por el Jefe político de Madrid, y como Pontejos presentó la dimisión de su cargo de tal el 10 del propio mes, fundándose en que el estado de su salud no le permitía atenderlo con la asiduidad que las circunstancias requerían, resulta de aquí que, terminada la gestión oficial para aquella benéfica obra, que nunca Madrid le agradecerá bastante, quiso verse libre de las atenciones políticas que tanto le molestaban, con el fin de dedicarse de lleno al planteamiento definitivo de la Caja de Ahorros, de la que era, según el Reglamento, el primer director, siendo el segundo don Francisco de Acebal y Arratia, y el tercero D. Manuel María de Goiri, base sobre la cual debía descansar la Junta directiva.

Preparado todo, hasta en sus más mínimos detalles, se publicó el 1.º de Febrero de 1839 una interesante instrucción enumerando las ventajas de las Cajas de Ahorros y anunciando que el domingo 17 de Febrero se abrirían las oficinas en el Monte de Piedad.

Luchando entre el temor y la esperanza, se abrió la Caja en el día prefijado, hallándose en su puesto todos los que estaban nombrados para determinados cargos, así como varios amigos que se ofrecieron á prestar gratuitamente sus servicios, á título de amanuenses.

El éxito superó á lo previsto, y aquellos improvisados oficinistas se vieron agobiados para desempeñar su cometido, en vista de lo cual, y una vez terminada la penosa labor del día, se resolvió acudir á la aristocracia de la cuna y del capital, del clero y de la política, en busca de nuevos auxiliares.

En 24 de Febrero de 1839 se formalizaron por medio de escritura pública los compromisos adquiridos entre el Monte y la Caja, concurriendo por parte del Monte el Presidente y su Junta de gobierno, y estando representada la Caja por la suya, que á la sazón la constituían D. Joaquín Vizcaíno, marqués viudo de Pontejos, D. Manuel María Goiri, don Francisco de Acebal y Arratia, D. Antonio Guillermo Moreno, D. Joaquín de Fagoaga y el secretario D. Ramón de Mesonero Romanos.

En Septiembre del propio año, á propuesta de su presidente, y en vista de ciertas dificultades surgidas, se dictó por el Ministerio de la Gobernación una Real orden recomendando que, á virtud de lo que la práctica hubiera enseñado, se formulasen nuevos reglamentos, los que, á ser posible, deberían proyectarse bajo el principio de que el Monte y la Caja viniesen á formar una sola institución.

Quizá nos apartamos un tanto del objeto principal que nos hemos impuesto: mas cumple á nuestro deber consignar, en prueba de la acertada previsión de nuestro biografiado, que á causa de antagonismos surgidos entre ambas entidades, se ideó en 1844 el modo de ensanchar su esfera de acción, á fin de colocar provechosamente los capitales impuestos, realizándose al fin, en 1869, la fusión incondicional de ambas instituciones, que hoy constituyen un solo establecimiento benéfico, el cual se rige por los estatutos aprobados en 17 de Julio de 1873.

El tiempo se ha encargado de enseñar con hechos prácticos cuán grande y beneficiosa fué la hermosa creación del Marqués viudo de Pontejos, por medio de la cual, y en beneficio de todos, viene á remediarse la pública necesidad con el producto del trabajo y del ahorro de sus propios conciudadanos, como lo demuestra que en 1837 la angustiosa situación del Monte de Piedad no le permitía dar abasto á las necesidades del fin para que fué creado, razón por la cual sólo pudo atender á 10.837 préstamos con 375.000 pesetas, mientras en 1839, fundada ya la Caja de Ahorros y gracias al auxilio de ésta, pudo verificar más de 18.000 préstamos, en los que invirtió 1.250.000 pesetas, y ahora, cincuenta y cinco años después, ó sea en 1894, el Monte de Piedad ha realizado sobre ropas, alhajas y valores públicos 178.779 préstamos, importantes 64.139.089 pesetas.

En fin de 1839, año de su creación, la Caja de Ahorros tenía 1.081 imponentes, con un capital de pesetas 314.245,58, y ahora, en fin de 1894, aparece con un contingente de 43.549 imponentes y un capital de pesetas 48.385.989,55.

La elocuencia de las cifras excusa toda alabanza de Pontejos.

Volviendo al año 1836, habremos de decir que Pontejos disfrutó bien poco tiempo de los triunfos de aquella Institución á que dió prestigio y vida, triunfos que constituyeron el mayor orgullo de aquel que por dedicar todo su tiempo y atención á la hacienda ajena, descuidó la suya de tal suerte, que llegó á sufrir verdaderas angustias económicas.

Víctima de una fiebre tifoidea, falleció en brazos de su única hija D.ª Joaquina Vizcaíno, que aun vive, el 30 de Septiembre de 1840, en la Carrera de San Jerónimo, número 35 y cuarto entresuelo del palacio de su hijastro el Marqués de Miraflores, habiendo otorgado testamento en favor de aquélla el 27 del propio mes, ante el escribano don Domingo Bande.

El jueves 1.º de Octubre se dió á su cadáver modesta y cristiana sepultura en el cementerio de San Nicolás, nicho núm. 366 del patio de Nuestra Señora de las Nieves, colocándose poco tiempo después una lápida que dice así: «Aquí »yace el Excmo. Sr. D. Joaquín Vizcaíno, marqués viudo de »Pontejos, que en medio de los honores é importantes car»gos públicos desempeñados con acierto y celo infatigable, »no quiso que se le recomendase á sus contemporáneos sino »por los monumentos que recuerdan en esta corte su ilustra»ción, su laboriosidad, su beneficencia y su constante anhelo »para mejorar la suerte del pueblo. Falleció á los cincuenta »años y treinta días de edad, en 30 de Septiembre de 1840. »Y su hija le dedica esta última demostración de amor filial »y de gratitud sin límites.»

Treinta y siete años después, en 29 de Noviembre de 1877, el Consejo de Administración del Monte de Piedad y Caja de Ahorros acordó, á propuesta de su entonces director-gerente, D. Braulio Antón Ramírez, erigir una estatua á Piquer, fundador del primero, y otra á Pontejos, fundador de la segunda, acuerdo que se dió por definitivamente terminado á las siete de la mañana del 12 de Octubre de 1892, hora y fecha desde la cual Madrid las mira, con profunda veneración, frente á los edificios donde radican sus primitivas fundaciones.

Pero quedaba algo por hacer. Los restos de Piquer estaban depositados en la capilla del Monte de Piedad, mientras los de Pontejos yacían olvidados en el ya cerrado cementerio de San Nicolás, y la Junta de Gobierno, celosa siempre de cuanto atañe á sus ilustres fundadores, acordó en 18 de Febrero su traslación á la referida capilla, acuerdo que ratificó el Consejo en 22 del propio mes, habiéndose verificado el acto con toda solemnidad el día 3 de Mayo de este año.

El más valioso elogio de Pontejos es su propia biografía. Como militar, España debe agradecerle sus servicios en la guerra de la Independencia. Como hombre público, en cuantos cargos desempeñó dejó tras sí luminoso rastro, y Madrid, en la azarosa época en que fué alcalde-corregidor, le es deudor de una gratitud sin límites, puesto que á él se debe la iniciativa de la completa transformación que de entonces acá se ha verificado.

¡Dichosos los seres que por sus talentos, sus méritos y sus virtudes hacen imposible el olvido!

Eduardo C. de Puga.

Madrid, 6 de Mayo de 1895.

MUERTE EN VIDA.

Ya no tiene remedio este mal mío:
¡Ni con mágicas hierbas se le alcanza!
Borróse hasta la sombra, en lontananza,
De cuanto amé, de cuanto en balde ansío.
Solo estoy en el piélago sombrío
Y airado, sin ver signo de bonanza,
Rotas las velas ya de la esperanza,
Y perdido el timón del albedrío.
Verte no fué posible sin amarte,
Ni amarte sin perderte, ¡oh dura suerte!
Ni perderte ¡ay de mí! sin recordarte.
¡Recordarte perdida.....! ¿A qué más muerte,
Si de morir viviendo encontré el arte,
Con verte, con amarte y con perderte?

Francisco Rodríguez Marín.

Á NÚÑEZ DE ARCE

CON MOTIVO DE SUS «POEMAS CORTOS».

SONETO.

En la lucha tenaz de las ideas,
Cual cumple á tu designio soberano,
Eco es tu estrofa del dolor humano
Que noblemente en consolar te empleas.
El arte que abrillantas y hermoseas
Abre la vista al misterioso arcano,
Y señalado queda por tu mano
El fin de nuestras lides giganteas.
¡Siempre, siempre tu voz en el combate
Alentando la fe consoladora
Que el desgarrado corazón no alcanza!
¡Siempre, siempre tu musa, excelso vate,
Mostrándole al espíritu que llora
El iris celestial de la esperanza!

José Jurado de la Parra.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

La arqueología entre nuestra juventud: arqueólogos y anticuarios.— *Los antiguos campos góticos*, por el Dr. Simón y Nieto. — *Cervantes vindicado de su supuesto antivizcainismo*, por el Dr. Apraiz.



N nuevo género de exquisita cultura para la generación joven que, en bien de la patria, va poco á poco levantando su inteligencia y sus corazones, como con gran complacencia lo vemos todos cuantos de cerca la tratamos, es el de los estudios artísticos, y singularmente el de la arqueología, antes reservada á excéntricos exploradores y sabios, á quienes el vulgo miró como á gentes raras, un si es no es tocadas de lastimosa chifladura, sea dicho en verdad, sin ningún eufemismo atenuante. La historia de nuestro pasado estudiábase poco menos que de memoria, en libros viejos y nuevos, en manoseados impresos y en ocultos ó bien guardados manuscritos; pero muy pocos eran los que completaban su conocimiento recorriendo los pueblos y admirando lo que aun queda en pie, ó cayéndose, ó en ruina, ó restaurado y adulterado por manos tan cuidadosas como profanas. El Estado á veces, y á veces las empresas editoriales gastando de lo suyo, sostuvieron las aficiones de los contadísimos arqueólogos y dibujantes que conseguían un auxilio pecuniario para estudiar y tomar notas y apuntes en los lugares, generalmente muy apartados del mundo vulgar, en que se alzaban ermitas, monasterios, castillos, casas señoriales, templos grandiosos y claustros humildes, que conservan entre lo muerto y olvidado de sus materiales, mucho vivo, curioso y rico para la inteligencia, si ésta sabe entenderlo y traducirlo en relación con nuestra gloriosa historia nacional, étnica y artística.

Pero aquellos hombres que se llamaron Quadrado, Piferrer, Parcerisa, Pi y Margall, Amador de los Ríos, los Madrazos, Carderera, Tubino, Góngora, Falcón, Villaamil, Balaguer, Saavedra, Rada y Delgado, Fernández-Guerra, Caveda, Barrantes y algunos otros pocos más que ahora de memoria no recuerdo; aquellos hombres que hicieron las primeras campañas prácticas del estudio y de la propaganda de nuestra arqueología; aquellos á quienes todos tenemos por maestros ilustres, trabajaron durante mucho tiempo para escaso público, porque éste no se hallaba ni medianamente preparado para entenderles; y pasaron, por eso mismo, para la generalidad de las gentes, por espíritus un tanto monomaníacos que no sólo se ocupaban de cosas que, al parecer, á nadie importaban, sino que, al hacerlo, apenas ganaban un cuarto. Y menos mal cuando, como ocurría á menudo, no tenían que trabajar á expensas de su bolsillo. En pos de ellos, y para formar hondo contraste con su saber y con su desinterés, brotaron las partidas ambulantes de anticuarios, muchos de los cuales, asimilándose, de oídas, algunas nociones confusas acerca de la historia y del arte, se dedicaron al tráfico de los restos y reliquias de la vida pasada, y quienes, penetrando como hurones en todos los agujeros donde olían que podía guardarse algo, siquiera fuese en decadentes palacios, en pobres templos, en deshabitados camarotes ó en heredadas viviendas de mayorazgos, sacaban á la calle, con habilidad de gitanos y con su natural instinto utilitario, todo cuanto parecía viejo y raro, sobre lo cual echaran el ojo, y que pudiera producirles inmediata y considerable ganancia. Esta nube de indoctos acaparadores saqueó en pocos años la mayor parte de los pueblos de nuestra patria, y con gran

provecho suyo, hizo una mudanza completa de cuantos títeres y cachivaches habían estado en su sitio durante algunos siglos.

Confundieron muchas gentes á los pseudoanticuarios con los arqueólogos, y por ello cayó injustamente sobre éstos un nuevo anatema, que vino á sumarse con los ya indicados de la monomanía y de la nulidad. Pero en cuanto pasó la avalancha de los traficantes, descontado este obstáculo, volvió á renacer el estudio serio y útil, y la generación joven aplicada devoró con ansia los libros de aquellos insignes publicistas, se sintió dominada, y de hecho siguió y sigue sus huellas. Hoy, aunque todavía en ningún grado de la enseñanza, salvo en la Escuela de Arquitectura y en algún seminario, se estudia el arte, su desarrollo y su historia en España, hay mucha juventud entusiasta que es amiga de estos conocimientos y que los cultiva y practica, no por interés positivo, porque nada pecuniario dan de sí, sino como placentera satisfacción para la inteligencia, ávida de tan hermosos y elevados goces. No es, pues, extraño el que hayan aparecido en nuestros días asociaciones amistosas de excursionistas arqueólogos, ni que en los ateneos y círculos haya cátedras de arte español, ni que muchos hombres de carrera, y de muy distintas carreras por cierto, viajen, estudien y publiquen sus investigaciones en periódicos diarios y revistas ilustradas. Este avance de la cultura pública, este evidente síntoma de la elevación intelectual de nuestra juventud es un hecho. Yo lo afirmo sin reparo alguno, porque por necesidad conozco á mucha parte de la generación que estudia desde hace treinta años. Y todos los lectores aficionados á este asunto especial recordarán haber leído curiosas descripciones de los restos arqueológicos, y memorias de muchos y muy entendidos jóvenes que en todas las provincias, y algunos en olvidados pueblos, dedican las horas sobrantes de sus faenas peculiares al sabroso esparcimiento de las investigaciones artísticas de los pasados tiempos. Pagan gustosos su contribución, como se dice en el extranjero, á estos estudios, y de cuando en cuando obsequian á sus amigos y al público con el delicado regalo de sus obras.

°°°



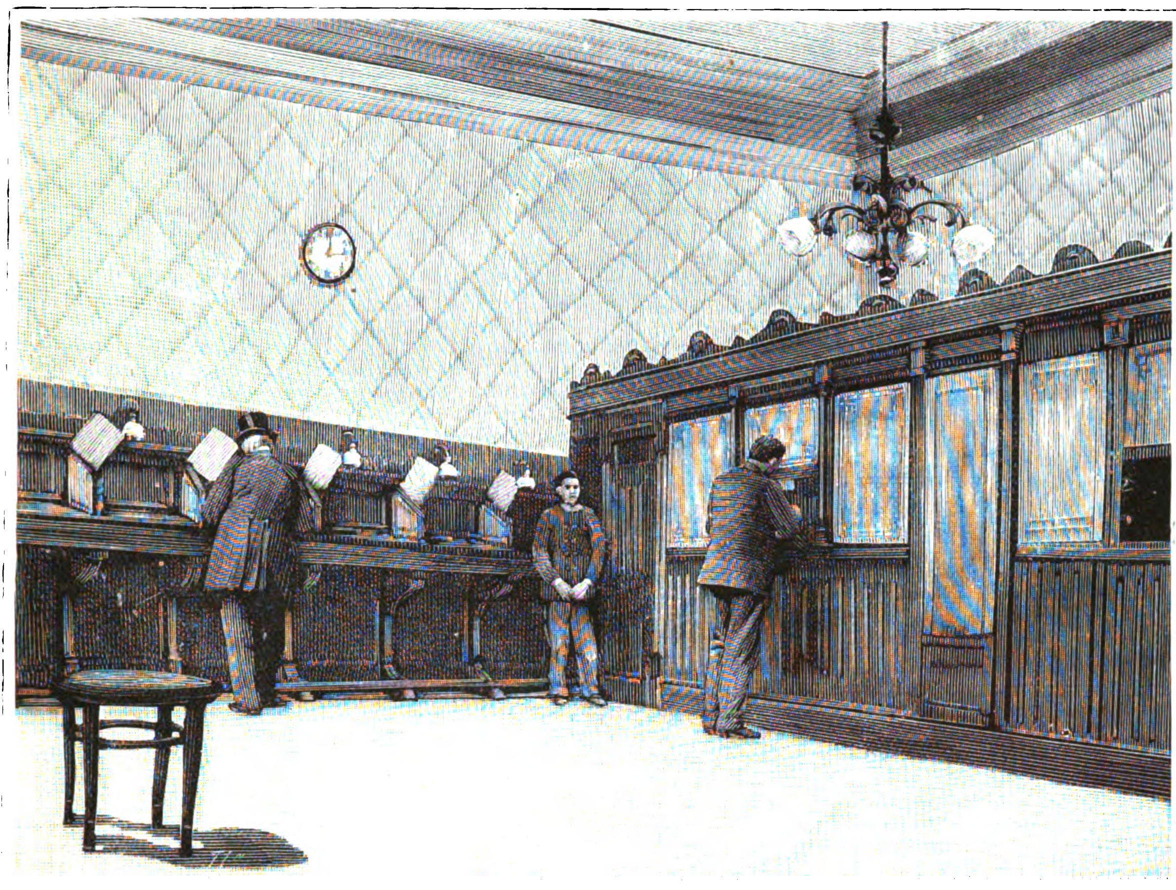
Excmo. Sr. D. FRANCISCO DU QUESNE Y ARANGO,
MARQUÉS DU QUESNE.
(De fotografía.)

Una de ellas, elegantemente editada por cierto, acaba de llegar á mis manos, y se titula *Los antiguos campos góticos*, colección de excursiones, realizadas en la comarca palentina, que ha escrito el doctor D. Francisco Simón y Nieto, médico joven muy reputado en aquella tierra, escritor serio y correcto, y arqueólogo entusiasta. En la Academia de la Historia y en la Sociedad Española de Excursionistas se le conoce bien y se le estima en lo que vale. Ser dibujante ha sido siempre muy difícil; pero ser fotógrafo es hoy cosa corriente entre las personas de gusto. El doctor Simón, para no necesitar de un compañero dibujante, se ha hecho fotógrafo hábil, y para no andar á caza de intérpretes se ha hecho paleógrafo. De conocedor de la historia de su tierra tenía ya bien asentada fama. Y con estas virtudes literarias peregrina á menudo por aquella comarca de Campos, tan llena de recuerdos y de ruinas. De sus entretenidos paseos ha brotado esta obra, que contiene muy abundante materia, y que va ilustrada con muy excelentes fototipias y sencillos grabados, y enriquecida con desconocidos y curiosos documentos antiguos. Figura á la cabeza del volumen una hermosa carta del maestro inimitable de todos los excursionistas españoles, don José María Quadrado, escrita desde Palma, donde, para satisfacción de cuantos le quieren y admiran, aun vive en su gloriosa patriarcal vejez. Recorrió el Sr. Quadrado aquella tierra de Campos hace más de cuarenta años, dejándonos como recuerdo de sus viajes por ella y por otras muchas comarcas de España los volúmenes que aparecieron en la magistral colección titulada *Recuerdos y bellezas de España*, uno de los cuales, el dedicado á Valladolid y Palencia, contiene admirables descripciones de dicha tierra, que á todos nos han servido de guía y de enseñanza al hacer numerosas excursiones por ella. El Sr. Simón y Nieto en su trabajo, sin detenerse á repetir esas descripciones, sino tomando más dilatado campo para sus estudios, ha conseguido hacer una verdadera monografía etnológica, histórica y arqueológica de aquel país. Con toda sobriedad y precisión apunta el aspecto geológico y agronómico que ofrece; detalla los hallazgos prehistóricos, los

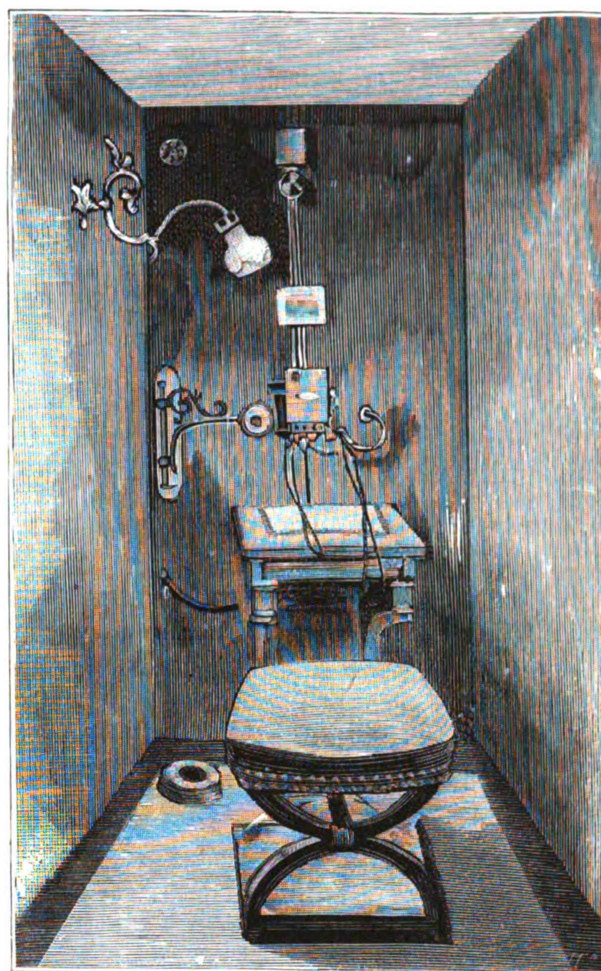


GÁLDAR (GRAN CANARIA). — LA VEGETACIÓN EN CANARIAS. — UN EJEMPLAR DE «EUFORBIA CANARIENSIS» EN LOS ALREDEDORES DE LA CIUDAD.
(De fotografía remitida por D. Francisco Batllori Lorenzo.)

RED INTERURBANA TELEFÓNICA DEL NORDESTE DE ESPAÑA.—OFICINAS DE MADRID.



SALA DESTINADA AL PÚBLICO.



UNO DE LOS LOCUTORIOS.



ESTACIÓN CENTRAL.—EMPLEADO RECIBIENDO UN TELEFONEMA.

caracteres antropológicos de los esqueletos allí encontrados, la vida romana de *Pallantia*, los tiempos en que esta zona recibió el nombre de *Campi Gothorum*, la invasión árabe, la repoblación, el establecimiento de los primeros condes, las conquistas de los primeros monarcas y la instalación de sus concejos, acompañando á esta exposición histórica el testimonio de numerosos documentos y curiosas citas.

Las excursiones que contiene el libro se refieren á Palencia, Fuentes de Valdepero, Husillos, La Zarza, Amusco, Támara, Frómista, Villasirga, Carrión, Becerril, Paredes, Cisneros, Grajal, Sahagún, Fuentes, Paradilla, Torremormojón, Ampudia, Montealegre, Belmonte y Rioseco, que ofrecen el atractivo de contener bastantes descripciones hasta hoy no publicadas, fototipias de varios monumentos que no se habían dibujado tampoco, y documentos inéditos llenos de interesantes noticias. Muy digna de alabanza es la tarea realizada por el Sr. Simón, destinada á servir de guía manual y cómoda á cuantos quieran conocer la ciudad de Palencia y sus contornos, y que resulta ser también promesa y prenda segura de que ha de verse acompañada, tal vez muy pronto, por otros nuevos volúmenes que el estudioso doctor palentino ha de dedicar al resto de la provincia, para describir las comarcas en que se alzan Osorno, Saldaña, Mave, Aguilar y Cervera, y entre ellos cien olvidados pueblos con curiosísimos templos románicos no descritos aún. ¡Quién pudiera acompañarle en aquella tierra, que con tanta curiosidad recorrí, impulsado por idénticas aficiones, durante diez y seis años, y que por tantos títulos considero como segunda patria mía! Ya que se fué por desgracia el sabio canónigo D. Eugenio Martín, que concibió el plan de que juntos realizáramos esa campaña histórico-artística, cuando el doctor Simón era aún estudiante de aquel Instituto, hoy tiene éste á su lado para alentarle á perseverar en tales aficiones á personas tan entusiastas y doctas en este linaje de conocimientos, como los señores D. Sergio Aparicio y D. Ezequiel Rodríguez. ¡Adelante, pues!

°°°

Virtud admirable es en nuestros tiempos positivistas la de la gente joven que, atenta, no al negocio, sino á la persecución de un ideal más ó menos limitado en los provechos que puede dar á la propia fama, y únicamente sostenido por el afán de saber, busca por la escondida senda, de que habló el genio, la satisfacción de estas inocentes aspiraciones del corazón. El que resulta prendado del amor á los restos y vestigios del tiempo que pasó, no sólo se recubre, en la conquista de esos ideales, con el polvo de los caminos que recorre y de las ruinas que analiza en sus excursiones, sino que recibe como regalo casi celeste, para que forme la pátina de sus manos y de su rostro y de su vestimenta, el polvo de los legajos é infolios que, como instrumentos de fe pública más ó menos verídica ó discutible, guardan los archivos y bibliotecas. Excursionista andante, bien expolvoreado en el campo y bajo techo, como el doctor Simón, es otro impertérrito estudiante y reputado profesor al mismo tiempo, D. Julián Apraiz. En busca de sepulturas prehistóricas, de cuevas trogloditicas y de dólmenes celtas, ha andado á menudo por los montes y valles de mi tierra; pero con mucha mayor afición se ha dedicado á los estudios literarios nacionales y helénicos, y sobre todo á los cervánticos. Enamorado á rabiar del autor del *Quijote*, no pudo admitir que cayera sobre él la imputación de ninguna falta ni pecado, y sobre todo, entre éstos, del de que Cervantes hubiera sido jamás enemigo de los vizcaínos, cual lo supusieron y propalaron publicistas como Pellicer, Bastús, Clemencín, Fernández-Guerra, Benjumea y *Polinous*. El Sr. Apraiz se dedicó con verdadero empeño á defender á la tierra vascongada con los mismos textos del gran escritor, y á fustigar sin piedad á los difamadores. La tarea lleva larga fecha, porque en 1878 ya publicó su primer trabajo en este sentido, con el título de *Cervantes vascófilo*. Ahora, firme en su propósito, acaba de dar á luz el resultado de sus numerosas y pacientes investigaciones en una obra intitulada: *Cervantes vascófilo, ó sea Cervantes vindicado de su supuesto antivizcainismo*. Para legitimar su defensa, pone el autor al pie de su nombre: «Natural de Vitoria, y vizcaíno, alavés y guipuzcoano por todos sus abolengos.»

Es asombrosa la suma de trabajo de investigación que en esta obra aparece, y que sin duda alguna viene á demostrar que serán muy pocos en España los que aventajen al señor Apraiz en el conocimiento detallado de la literatura cervántica. Plantea desde las primeras páginas la cuestión de si fué verdad ó no el que Cervantes estuviera irritado con la grey euskara, haciéndola objeto de sus burlas y censuras, y refuta todos los errores cometidos por los intérpretes del *Quijote*, dando noticia además de los comentarios de Mayans, Antequera, Mor de Fuentes, Bowle y *Polinous;* analiza los pasajes alusivos á los vascos y á su idioma, contenidos en las obras dramáticas *La casa de los celos*, *La gran Sultana* y *El vizcaíno fingido;* destruye las quiméricas conjeturas y aseveraciones de aquellos publicistas al comentar, en desprestigio de Vizcaya, algunas frases del capítulo XLVII del *Quijote;* deshace también los equivocados juicios de la interpretación dada por el Sr. Fernández-Guerra á lo que se contiene en el capítulo XVIII, y recuerda las gloriosas empresas realizadas por los marinos vascos en el siglo XVI, y los servicios que, como secretarios, desempeñaron cerca de los reyes y de los grandes. En la segunda parte del libro presenta á Cervantes apasionado por la Euskalerria, aficionado al vascuence y propagandista del superior concepto en que tenía á los vascongados; explica la razón de este vascofilismo cervantino; recuerda la amistad de Cervantes con los escritores vascongados Haedo, Barrio Angulo y familia del historiador Garibay; reseña los compañeros de armas que tuvo entre alaveses, guipuzcoanos y vizcaínos; hace constar las especiales menciones que en sus obras dedicó á Jáuregui, Ercilla y obispo Guevara, todos oriundos de las provincias; y, en fin, estudia con todo detenimiento las relaciones que hubo entre el gran escritor y el ilustre personaje vitoriano D. Pedro de Insunza, proveedor general de las armadas y flotas de las Indias, y á cuyas órdenes sirvió como protegido y comisario el *Manco de Lepanto*, en 1592, como el señor Apraiz lo demuestra con gran número de documentos auténticos y con los facsímiles en que figuran las firmas de Cervantes y de Insunza.

El análisis de la obrita *La señora Cornelia* da el golpe de gracia á los antivizcainistas; y concluye su trabajo afirmando, entre otras cosas, que Cervantes dió muestras evidentes, incuestionables é incontrovertibles de su respeto, cariño y hasta veneración al pueblo vascongado y á sus virtudes y costumbres. Enriquecen este libro notables apéndices, como el de las notas bibliográfico-cervantescas acerca de los antivascongados, con las impugnaciones del Dr. Novia y Salcedo; el de las noticias biográficas de Barrio Angulo, Ercilla, Jáuregui y Guevara; el de los Insunzas, de Vitoria; el de los Haedos; el de los textos de Martí; el de las referencias á los trabajos de Alava, Foronda y Samaniego el fabulista, con una desconocida carta apologética de éste á su émulo D. Tomás Iriarte; y otros varios documentos interesantes para los bibliófilos y cervantófilos, que á una con las innumerables notas de que está cuajado todo el trabajo, dan á éste un valor innegable, y á su insigne autor un merecido lugar entre los obreros más animosos, hábiles y entendidos que en nuestra patria se dedican á aumentar el brillo y esplendor de la historia de la literatura. Todo esto y mucho más merece decirse del distinguido catedrático de Retórica y Poética del Instituto de Vitoria, ya que todo ello es poco para recompensar su infatigable laboriosidad y su saber.

R. Becerro de Bengoa.

VIAJE DE CIRCUNNAVEGACIÓN DE LA «NAUTILUS».

Cosa rara es en la literatura española un libro que hable del mar, y síntoma esta rareza del poco gusto que desde hace muchísimo tiempo tenemos á la navegación y á los viajes aventurosos. En todo se advierte el olvido en que entre nosotros ha caído el mar. Volvemos la vista al arte, y hallamos marinistas españoles que van á inspirarse á las costas de Bretaña y Normandía: al de la literatura, y encontramos tipos de marinos, y pintura de costumbres de gente de mar sólo en Pereda y en su aventajado, cuanto poco conocido discípulo D. Francisco P. de Camino: al de la ciencia, y aun no hay una sola historia de nuestras empresas marítimas de los siglos XV, XVI y XVII; al de la política, en el que se refleja cumplidamente el estado del alma nacional, y descubrimos que si algún político (de los muchos á quienes temerariamente honramos alguna vez con el título de estadista) piensa por casualidad en el mar y en sus cosas, luego se marea de miedo. Por eso vemos el fenómeno singular de ser España nación de gloriosísimas tradiciones coloniales y poseer provincias ultramarinas ricas y codiciadas sin tener pensamiento alguno colonial ni marítimo, ni dar la menor muestra de quererlo tener.

El mal no es nuevo. Pocos años después de Lepanto y uno antes de la pérdida de la *Invencible*, escribía uno de nuestros veteranos de Flandes: «No es cosa nueva hacer estas perdidas por el agua nuestra nación, y así todas las veces que se me ofrece escribirlas, temo por no saber á quién dar la culpa; ni sé que puedan ser mejores marineros ni más venturosos los de otras naciones que los españoles, si no es que el no inclinarse á la navegación como los demás es causa de sus infelices sucesos..... Pocos se inclinan á la navegación, y es de tanta importancia el hacerlo, como tantas veces por experiencia lo hemos visto, y se sabe que el príncipe que fuere señor de la mar, lo será de la tierra, y sólo con ella, y sin marineros y armada, no la podrá sustentar» (Alonso Vázquez, *Los sucesos de Flandes y Francia en tiempo de Alejandro Farnesio*).

La poca inclinación de que habla el buen capitán de los tercios viejos llegó á desvío, y así está en nuestro tiempo; y por esta sola razón, aunque no hubiese, como hay, otras muchas, habría de recibirse el libro que hace pocos días ha publicado el Sr. D. Fernando Villaamil con entusiasta aplauso, más aún que para satisfacción suya, para estímulo de otros y enseñanza de todos.

°°°

Cuanto ganaron los buques con la fuerza del vapor lo perdió la gente de mar, que se hizo menos marinera y más mecánica. En las marinas de naciones pobres como la nuestra (más que pobre, mal administrada) el daño fué mayor, porque por ahorrar combustible, se navega poco; de donde resulta que los marinos llevan camino de dejar de serlo, para venir á parar en una suerte de término medio entre hombre terrestre y marítimo, viniendo á poder aplicárseles lo que en una conocida fábula se dice del pato, que en tierra anda poco y en el agua nada mal.

Propuso el Sr. Villaamil en 1886, siendo oficial del Ministerio de Marina, que se comprasen tres barcos de vela en que navegasen los guardias marinas y adquiriesen práctica del mar. Pasó algún tiempo, y no se compraron los tres buques; pero sí uno, por orden del vicealmirante Pezuela, siendo el comprador el propio Sr. Villaamil, por cierto con gran fortuna, porque el barco costó poco y salió bueno.

Llamábase *Carrik Castle*, y era un *clipper* muy velero y fuerte. Estuvo olvidado en el Ferrol algún tiempo; pero al fin volvieron á él los ojos de los gobernantes, y se le dispuso de modo conveniente para que sirviera de escuela.

El viaje de circunnavegación no fué cosa decidida hasta mediado el año 92, y el 29 de Noviembre de aquel año salía del Ferrol, mandado por el Sr. Villaamil, y llevando á bordo, además del comandante, un teniente de navío de primera clase, 9 oficiales, 16 guardias marinas y 145 tripulantes más.

El libro publicado por el Sr. Villaamil contiene la historia de esta navegación de 400 días alrededor del mundo, por los más diversos mares, tranquilos unos, tormentosos otros, cálidos, fríos, templados, encalmados, ventosos, y tocando en las más extrañas y encontradas tierras que pueden verse en el mundo.

°°°

La primera agradable novedad que el lector halla en esta historia, es la sencillez y sobriedad con que está escrita; raro mérito en estos tiempos en que suplimos la falta de acciones de mérito con muchas y retumbantes palabras. Da gusto encontrar uno de estos libros, que pudiéramos llamar á la antigua, en que se trata modestamente de sucesos dignos de encarecimiento y fama. En el capítulo VIII está narrada la travesía del Cabo de Buena Esperanza á Australia, como si fuese un paseo por la ría de Vigo, y el que no tenga alguna noticia de lo revueltos, fríos y variables que son los mares australes, podría creer que no ofrece su travesía riesgo alguno. El que la *Nautilus* corrió al abordar las costas de Australia apenas se descubre en esta línea con que acaba el capítulo IX: «*¡Por muchos años que viva, Glenelg, no te olvidaré!*»

Quien por lo dicho caiga en sospecha de que el libro puede pecar de frialdad, se equivocará completamente, porque la misma naturalidad de la narración va poniendo las escenas del viaje tan delante de los ojos, que en ocasiones nos parece que las vemos y estamos en ellas. Sirva de ejemplo de esto el capítulo XX, en que describe el Sr. Villaamil el temporal en el mar del Sur, y la caída, muerte y entierro del gaviero Letamendia.

°°°

Apréndese leyendo el viaje de la *Nautilus* más que en muchos libros muy grandes y de mucho aparato científico. El autor ha encontrado en su camino las obras maestras de las dos más opuestas y fundamentales civilizaciones que hay en el mundo, á saber: los Estados Unidos, el Cabo, Australia y Nueva Zelanda, naciones (así pueden llamarse las tres últimas, aunque aun son colonias) fundadas por Inglaterra, y la América Meridional, hija de España, y de lo que en ellas ha visto saca observaciones muy originales y provechosas. Los estudiosos encontrarán novedades interesantes, tales como el hallazgo de la importante colonia catalana de Melbourne, y muy bien expuestas las teorías de las circulaciones aérea y atmosférica, así como otras teorías científicas hermosamente explicadas.

Contiene la obra los mapas de toda la derrota de este larguísimo viaje, y diferentes planos con las curvas barométricas y termométricas.

En suma: la bondad del libro del Sr. Villaamil corresponde dignamente á la de su concepto de la formación de buenos marinos de guerra y á la del viaje de la *Nautilus* de tal concepto nacido, y por las tres cosas le damos la más cumplida enhorabuena.

R.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Zarzas y rosas, colección de poesías y disertaciones, por Rafael de Castilla.

Hemos recibido un ejemplar de esta obrita, cuyo precio es una peseta.

Actualidades literarias. Clarín y su ensayo. Estudio crítico, por J. Torrendell.

El autor defiende á *Clarín* de los que recientemente le han criticado con tanto rigor; ataca á estos críticos, y expone algunas ideas propias acerca de la literatura teatral contemporánea. Véndese este folleto (70 páginas) al precio de una peseta.

(Continúan en la pág. 292.)

LOS DOS ZAPATEROS.

He aquí la razón por la cual perdí una vez una expedición que había deseado mucho. Lo tenía ya todo arreglado, y habíamos de salir por el tren al día siguiente por la mañana; sólo faltaba un encargo por hacer, y éste era ir á casa del zapatero por mis botas nuevas, que me había prometido tener listas, sin falta, aquella tarde á las cinco. Acudí presuroso á su tienda á buena hora, y ¡válgame Dios!, ni estaban listas ni cosa que se le pareciese. Se hallaban sobre un banquillo, á medio acabar, y el zapatero estaba enfermo y rabiando de dolor, en el cuarto interior donde vivía. Tres días hacía que se hallaba en aquel estado. Le sermoneé porque no me había mandado recado alguno, y me dijo que no había tenido nadie á quien mandar, etc. Era ya muy tarde para comprar botas en otra parte, y disgustado y de mal humor abandoné mi viaje. Estaba yo loco de rabia, aunque la mayor parte de las veces ese enfado es una locura. Porque el pobre hombre se hallaba atacado de una enfermedad que es común á todos, y muy especialmente á aquellos que ejercen una ocupación sedentaria.

Véase otro ejemplo. En una carta fechada en Herrera de Pisuerga, provincia de Palencia, en 22 de Agosto de 1893, dicen: «Había venido sufriendo de una enfermedad de estómago por espacio de tres años; tenía muy malas digestiones, arrojaba con frecuencia, y casi siempre me veía molestado por los ataques de bilis. Durante el curso de mi enfermedad había tenido tres graves ataques de cólico, y había sufrido siempre de irritación de estómago. Ni aun las verduras ni la leche me sentaban bien, y hasta tuve que suspender el vino. Me volví taciturno, perdí toda mi fuerza, y abandoné toda esperanza de curación. Estaba ya cansado de tomar purgas y bicarbonato de soda.

»Aconsejáronme, finalmente, que probase el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y me fuí al boticario Sr. Macho, que también me lo recomendó. Tomé en un principio el Jarabe con poca ó ninguna fe: pero como experimenté rápido alivio, recobré la esperanza y me sentí más animado. Cesaron los vómitos, así como los dolores, y muy pronto me vi en disposición de digerir toda clase de alimentos; no mucho después volví á tomar vino, y me restituí á mi vida ordinaria; y ahora le participo á usted con la mayor satisfacción que tengo restablecida por completo la salud, gracias al Jarabe Seigel. Por consiguiente, escribo á usted con el mayor placer esta carta para asegurarle de mi gratitud, y le autorizo á que la publique, si usted lo cree conveniente. De usted S. S. (Firmado): FRANCISCO VILLASANA.»

Añadiremos que el Sr. Villasana es maestro zapatero de profesión, y que, aunque él no habla de la pérdida de tiempo que le causó su enfermedad, podemos nosotros imaginar cuál fuera ésta bien fácilmente. Como hemos manifestado ya, todas las ocupaciones sedentarias tienen una tendencia especial á producir la enfermedad de que él sufrió (indigestión y dispepsia). La posición encogida en que el zapatero habitualmente trabaja, la falta de ejercicio general y la monotonía de su vida, todo conduce á producir la torpeza de los órganos digestivos. El hígado, así inactivo, permite entonces la permanencia de la bilis en la sangre, causando el estado bilioso, el cólico y el envenenamiento total del sistema, y obrando con mortal poder sobre el cerebro y los nervios. Y no hay una enfermedad tan peligrosa como ésta, por la razón de que casi todas las demás son resultados y síntomas de ella.

Por ella pierde el cuerpo su fuerza (puesto que no puede recibir alimento), y las purgas no producen el efecto apetecido, porque no hacen más que remover de los intestinos algunas de las sustancias pasadas, sin comunicar al estómago la menor facultad de digerir los alimentos. Pero el Jarabe Curativo de la Madre Seigel obra sobre la enfermedad misma, purificando la sangre coagulada y perezosa, abriendo los poros de la piel, haciendo funcionar los riñones y las glándulas gastrales, y liberando al cuerpo del peso de mortales gérmenes y de ácidos.

La inmensa mayoría de nosotros trabajamos para ganarnos el pan de cada día, y cualquier cosa que nos impida esto, es un enemigo mortal nuestro y de todos aquellos que dependan de nosotros; así como todo aquel que nos conserve en salud y en aptitud para trabajar es nuestro mejor amigo. No necesitamos decir á quién considera ahora el Sr. Villasana su mejor amigo: él nos lo dijo, y todos aquellos que lean esta su corta narración sabrán adónde volver los ojos para el remedio en semejantes circunstancias.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

El batallón escolar, por Leandro Pita.

Hemos recibido un ejemplar de esta obrita dramática, estrenada en el teatro Principal de Santiago el 7 de Febrero de 1895 y representada por la Tuna Escolar Compostelana.

Rataplán, por José María Matheu.—*Botones de muestra*, por A. Sánchez Pérez.

Estos dos nuevos tomos de la *Biblioteca Diamante* son dignos de los anteriores y de las firmas que llevan, que son de autores muy acreditados. Cuesta cada tomo, como los demás de la Biblioteca, 50 céntimos en toda España.

Opiniones del Ejército y Armada sobre *el Banco Militar de España*, en contestación á la consulta hecha por el Consejo de Administración del Banco Militar y de Comercio.

Contiene este tomo muchos documentos, en que personas de gran autoridad se declaran en favor de la constitución de un Banco Militar. No se vende.

Las Catacumbas de Roma, por D. Joaquín Pavía y Berminghan.

El Sr. Pavía fué pensionado de España en Roma, y comisionado en la Exposición de Chicago. Ambas veces estuvo España bien representada artística y científicamente. Mas el elogio principal del Sr. Pavía lo merece ahora, porque de obra tan interesante como es la suya, ha cedido el importe íntegro á favor de los Asilos de Ancianos. Y llamamos interesante al libro *Las Catacumbas*, por estar escrito concienzudamente bajo las impresiones recibidas en el memorable teatro de los sucesos. Pavía piensa y siente en la primera parte, donde habla del objeto y alcance de su trabajo, del origen, disposición y descripción de las Catacumbas, de sus inscripciones y de sus pinturas murales. Hace la crítica, con recto criterio, de los tiempos de la predicación apostólica, en la segunda parte, cuando figuran los Flavios, los Antoninos; cuando se difunde el cristianismo y admira Santa Cecilia; cuando las persecuciones del siglo III y la paz de Constantino. En la tercera parte del libro se señalan los días del triunfo cristiano, de las devastaciones de las Catacumbas, de su abandono, olvido y descubrimiento, gloria inmarcesible este suceso de Juan Bautista Roin, cuyos trabajos como arqueólogo ha presenciado con admiración y descrito con entusiasmo el Sr. Pavía.

Demuestra el libro *Las Catacumbas* que del estudio de éstas pueden aprender mucho el arte, la ciencia y la religión.



D. ISMAEL CALVO Y MADROÑO,

NOMBRADO CATEDRÁTICO DE DERECHO ROMANO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL, DESPUÉS DE BRILLANTES OPOSICIONES.

Introducción al arte de la lectura por *medio de las palabras normales.—Libro primero de lectura*, por Ricardo Gómez.

Estos dos libritos sirven para enseñar á leer en dos diferentes grados. El primero es lo que en España llamamos un Silabario, y el segundo un Catón; pero el método del autor es muy diverso del empleado en estos dos libros clásicos de nuestra primera enseñanza. En el primero, en vez de seguir el antiguo sistema del deletreo, se atiene el autor al más moderno de derivar la lectura del conocimiento de cierto número de palabras normales, acompañadas de reproducciones gráficas de ciertos objetos que con aquéllas se relacionan.

El segundo libro es el desarrollo y continuación del primero. En él llegan los niños á leer con soltura, y á la par que esta primera instrucción reciben otra más elevada, pues muchas de las composiciones que al final de la obra se encuentran contienen pensamientos morales y nociones científicas muy bien expresadas, en sencilla prosa ó en bellas poesías.

Los editores Sres. Guillermo Herrero y C.ª, de Méjico, han prestado un buen servicio á la cultura de las naciones españolas con la publicación de este método de lectura, al que, con razón, denominan *El lector hispano-americano*.

Antología de los poetas líricos castellanos *desde la formación del idioma hasta nuestros días*, *ordenada* por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de la Real Academia Española.

Este tomo es el V de la *Antología*, y no sólo digno de los anteriores, sino quizás superior á ellos, con ser todos de tanto mérito. El prólogo que para él ha escrito el Sr. Menéndez y Pelayo, más que prólogo es un verdadero libro, en cuyas 306 páginas se encierra el contenido de una copiosa biblioteca. Quien quiera conocer la literatura castellana en la primera mitad del siglo XV, allí encontrará cuantas noticias desee y una crítica serena, imparcial y, sobre todo, muy española.

Nuevamente damos la enhorabuena á la casa editora de la *Biblioteca clásica*, que bien la merece por el servicio que presta á las letras. Cuesta el tomo 3 pesetas.

Líricos gallegos, por Evaristo Martelo Pauman.

Pertenece este libro á la literatura regional gallega. Está escrito en este dialecto, y todos los asuntos en él cantados son gallegos, mostrando el autor felices disposiciones poéticas.

G. R.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. XVIII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Mayo de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de America y Asia........................	60 francos.	35 francos



EXCMO. SR. D. RAMÓN BLANCO Y ERENAS,

MARQUÉS DE PEÑA PLATA,

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES EN MINDANAO.

(De fotografía de Napoleón, hijo.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Pasaron las elecciones municipales. En Madrid el domingo fué un día hermoso, sobre todo para los candidatos vencedores. Han triunfado diez y ocho ministeriales ó canovistas, cinco silvelistas y cuatro fusionistas ó sagastinos; que ya las fracciones deben distinguirse entre sí por los nombres de los jefes, pues las ideas se han ido unificando en los monárquicos hasta el punto de diferenciarse sus políticos sólo por su conducta y amistades. En rigor, se explica que haya tenido el menor número de concejales el partido que acaba de dejar el Gobierno, porque sus fuerzas se han interesado más en la batalla de canovistas y silvelistas que por sí propias. Ha triunfado, pues, el Gobierno, y los silvelistas han dejado bien puesto su pabellón. En cuanto á la mayor ó menor sinceridad de las elecciones, ya el general O'Dónnell dijo hace muchos años que no habíamos de morir de empacho de legalidad. El que esto firma, residente en Madrid desde la edad de tres años, y con sólo una ausencia de igual tiempo en su juventud, se vió excluido de las listas hace algunos años. ¿Por qué? Lo ignora.—¿Y no ha reclamado usted su derecho? preguntarán algunos.—¿Para qué? ¿Para encontrarme, por ser poco madrugador, con que otros se hayan anticipado y votado en mi lugar?

—Esa indiferencia—me dice el honrado D. Homobono—es la que tiene la política perdida. Usted debe reclamar su voto y dárselo á los mejores: si todos hicieran lo mismo, otro gallo nos cantara.

—¿Y quiénes son los mejores? A unos los conozco por malos, á otros los desconozco, y ¿quién me dice que no sean peores? Ello es que hace mucho tiempo se acusa de viciosa á la administración municipal y de cómplice al vecindario que la elige. Yo puedo decir: Soy inocente. Y usted ¿á quién ha votado?

—¿A quién había de votar sino á mi yerno?

Estamos en plena época de fiestas. A la de San Isidro se agregan este año las que ha podido organizar la comisión de festejos, que prometen ser animadas y lucidas, sobre todo si el comercio de Madrid, en cuyo beneficio se hacen, coadyuva al pensamiento de que sea la primavera de Madrid época de movimiento y transacciones para resarcirle en algo el período del verano, en que la capital es una villa casi muerta. Entre las fiestas militares, la retreta siempre ha sido un espectáculo brillante, y el *Carrousel*, nuevo en Madrid, en cuanto abarcan nuestros recuerdos. Los biciclistas, que aumentan por minutos, preparan grupos, maniobras y carreras. Se procura organizar una feria en el Salón del Prado, y promete ser una velada muy vistosa la de los jardines de Recoletos, alumbrados con luz eléctrica, con puestos también iluminados y adornados á competencia: una corrida de toros con objeto benéfico: fuegos artificiales, y los atractivos de la corte en este tiempo, es de esperar que atraigan muchos forasteros. Los señores de la comisión trabajan para improvisar los festejos, y merecen que se les ayude y alabe.

Hemos hablado de los ciclistas: de poco tiempo acá se ha vulgarizado este deporte, acaso desde que la bicicleta ha sustituido al antiguo biciclo, que en realidad era más airoso, por la altura del aparato y la posición más recta del jinete, caballero conductor ó biciclista, que en estas novedades no creemos bien establecido el tecnicismo; pero la caída del biciclo era mucho más peligrosa, y sin duda ofrecía mayores dificultades su ejercicio. Ello es que hoy se ha vulgarizado tanto el uso de ese aparato original, que ya no se repara en la buena ó mala figura del que le monta, ni choca, como al principio, que vista de uniforme ó en traje de casa. Lo que no hemos visto en Madrid es la asociación del sombrero de copa con la bicicleta. En el extranjero van en bicicleta hasta los sacerdotes en el campo. Aquí hemos visto algunas señoras, pero pocas, ejercitarse en sitios poco frecuentados, como en el Retiro á las primeras horas del día. Algunos médicos proscribieron este deporte, y así lo manifestamos: pero otros muchos le declararon inocente, y aun útil para ciertas afecciones del estómago y del hígado. Claro es que, como todo lo que aumenta las fuerzas ó la ligereza del hombre, tiene sus ventajas: pero como gala y adorno, ninguna añade al cuerpo humano: el jinete, á poco bien que monte, aumenta su gallardía natural, y es el superior del caballo que le sirve con su fatiga: el biciclista es un trabajador que recorre las distancias con gran velocidad: pero á costa de un trabajo mecánico y penoso. Cuando se vulgaricen los aparatos movidos por fuerza extraña y no por la propia, acaso subamos á la bicicleta: hoy es un caballo que no come, pero que gasta la fuerza del jinete: la bicicleta movida por una fuerza come gasolina, petróleo ú otro combustible, pero ni se desboca ni se cansa. Hará unos veintiocho años aparecieron, muy de noche, en Madrid los primeros velocípedos, haciéndonos el efecto de sombras de gigantescas arañas. Al verlos hoy tan extendidos, es indudable que constituyen un nuevo placer, ó una molestia agradable, y desde luego han formado una industria que representa grandes capitales y mantiene á mucha gente.

⁂

La *Kermesse* (aquí de la Academia, y véase si tenemos razón al pedirla que diga si acepta ó no esos vocablos nuevos antes de que el uso los arraigue en nuestro idioma) ha sido una fiesta muy agradable, según nos dicen los que asistieron. Se ha instalado en el terreno inmediato á la Exposición filipina: y hay quien se ha mareado sin subir á los columpios: quienes se paraban ante la horchatería y otros puestos para tomar raciones de vista: y floristas que recogían más flores que vendían. No hemos oído hablar del impreso dedicado al naufragio del crucero *Reina Regente;* por nuestra parte, debemos una aclaración: recibimos la circular en que se invitaba á colaborar en esa hoja, pasado el plazo que en ella se había fijado, de modo que fué inútil nuestra buena voluntad. Volviendo á la fiesta que entonaron con su presencia SS. MM. y AA., debemos manifestar que salieron muy satisfechas de ella las personas de quienes tomamos el informe, y también aparecen contentos los periódicos que se ocupan del asunto, á la hora en que escribimos, es decir, el 14 por la noche. Desde luego, la *Kermesse* debe ser entre todas las fiestas la de más tono y distinción, y honra á sus directores.

—Y á usted ¿cómo le ha ido particularmente?—pregunto al noticiero.

—Mal, vuelvo mareado.

—¿Subió uste al columpio?

—Peor aún; por vez primera en mi vida compré un cigarro.

—¡Usted!

—Era la vendedora tan hermosa, que me inclinó al vicio y fumé.....

—¿Tiraría usted el cigarro?.....

—No, le apuré hasta embriagarme, y guardo como recuerdo la colilla.

—¿Y por qué hizo usted esa locura?

—¡Qué quiere usted! me pareció que ese cigarro que venía de aquellas manos, y que me fumé delante de ella, nos le fumábamos á medias.....

—Tal vez no le marease á usted el tabaco, sino los ojos de la vendedora.

—Sólo sé que todo es humo para mí.

⁂

Hemos elogiado algunas veces al ingeniero de montes D. Rafael Alvarez Seréix, escritor muy ilustrado y autor de muchas obras útiles: y si sólo atendiéramos á la forma y condiciones literarias y morales de la conferencia que leyó en el Círculo de Contribuyentes de Alcalá de Henares, y ha impreso con el título de *Dominio del capital*, sólo nos merecería parabienes; pero como creemos errónea y peligrosa su doctrina, faltaríamos á la sinceridad si elogiáramos la tendencia del folleto. El Sr. Alvarez Seréix defiende con razón la propiedad, pero abomina el capital, que no es sino una de sus formas, y en esa parte permítanos decirle que son más lógicos los colectivistas, que todo lo rechazan, sin que su doctrina pueda escandalizarnos como católicos, pues colectivistas fueron San Benito y San Francisco y los fundadores de otras religiones, si bien era un colectivismo voluntario que no se basaba en el despojo, sino en el voto de pobreza. ¿Qué límite tiene la propiedad que el Sr. Seréix defiende, si caben en ella, como afirma, hasta «los derroches del fausto y el desarrollo de grandes necesidades», que no comprenda todas las condiciones y ventajas que se atribuyen al capital? ¿Quién tiene una casa sin que se la hayan fabricado los oficiales de diversas artes, que convierten el capital en edificio? ¿Quién puede explotar una finca sin trabajadores? ¿Quién vive sin criados? ¿Y no es la domesticidad, si no la dependencia más ruda, la que más esclaviza, por ser más continua, al individuo, hasta el punto de llamarse todavía servidumbre? No hay duda; los golpes que se asestan al llamado capital caen sobre la propiedad en todos sus aspectos: con los mismos argumentos que emplea el Sr. Seréix contra el capital, se pedirá el incendio de los registros de la propiedad, y se confiscará mañana hasta la piedra de afilar cuchillos que lleva el amolador sobre la espalda. Pues qué, ¿el capital aplicado á la industria procede de otra manera que cualquier otra forma de la propiedad, respecto de los auxiliares que contrata? Pero la cuestión es muy honda para condensada en pocas líneas: necesitaría muchos libros. Bástenos condenar las tendencias del Sr. Seréix, por lo mismo que expuestas en buenas formas y con suavidades casi místicas, y por un escritor tan estimable, pueden inducir á error más fácilmente. El colectivismo está santificado por la regla de San Benito, que arrancaba á sus hermanos *el feo vicio de la propiedad;* el capital por millares de instituciones benéficas: uno y otro pueden vivir simultáneamente, siempre que no obliguen á todos ni estén basados en el despojo y contribuyan á los fines sociales y morales.

⁂

El homicidio de un joven de familia distinguida, dentro un café, por otra persona también de educación, á causa de celos, sería uno de tantos crímenes vulgares como se cometen en Madrid, á no haber suscitado una cuestión grave de costumbres. Nos referimos al chulismo ó imitación de la manolería, por jóvenes de buena familia que tienen á gala aparentar los vicios y la manera de ser y de vestir de la gente del bronce. Es verdad en parte: pero como en el fondo del asunto lo que hay es una pasión humana que padecen todas las clases sociales, no creemos que es esta ocasión de que se hagan reflexiones acerca del chulismo, pues la misma desgracia hubiera podido ocurrir por causa de la mujer más principal.

⁂

—¡Joven!

—¡Anciano!

—No hables de la vida hasta que hayas rodado por el mundo tanto como yo.

—Acaso he rodado más.

—Tengo cien años.

—Yo soy biciclista.

—Siempre que alguien trata de regenerar el arte nacional, tiemblo.

—¿Por qué?

—Porque parten de la idea de que somos salvajes, y quieren vestirnos con los desechos del arte de París. Son como esos pacotilleros que civilizan el Africa vendiendo á los negros sombreros viejos de gendarme.

Don Juan mira á su cochero, que está borracho, y le dice gravemente:

—¿No le dije á usted que se contuviera en la bebida?

—Señor, he obedecido y ya no bebo agua.

—Quise decir que suprimiera usted el vino.

—¡Oh, señor! Dirían las gentes que S. E. carecía de bodega. Un cochero siempre borracho honra una casa.

—¡Basta! y lléveme al hotel sin que la berlina vaya haciendo eses.

Histórico.

(En la Pradera.)

—¿No han oído ustedes en Madrid hablar del tío Lotas?

—No.....

—Ni yo tampoco.

—¿De veras? Si es el más sabio de mi pueblo. Sabe hasta multiplicar.

—¿Qué hay en ese corro?

—Un oso que baila.

—Apartémonos; no nos pise y nos haga ver la Osa mayor.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. RAMÓN BLANCO Y ERENAS,

general en jefe del ejército de operaciones en Mindanao.

El general Blanco es donostiarra: nació en San Sebastián, en 1833. Comenzó su carrera militar en los sucesos de Barcelona del año 55, donde recibió un balazo en el pecho.

Ascendió á capitán en 1858, pasó voluntariamente á Cuba, y allí recibió el encargo de marchar á Santo Domingo á averiguar el fundamento de los planes del general Santana, del que se decía que pensaba pedir la anexión de aquella República á España. Estuvo en la campaña que siguió al desacertado paso que dió el Gobierno de entonces, y por su comportamiento le dieron el empleo de teniente coronel.

Después estuvo en Filipinas, siendo algún tiempo gobernador de Mindanao, y de regreso á la Península sirvió en los ejércitos del Norte y de Cataluña con mucha honra, ganando todos los ascensos por méritos de guerra. Las principales acciones en que tomó parte fueron las de Puente la Reina, Montejurra, Velabieta, Somorrostro, San Pedro Abanto, Monte Muru, liberación de Irún, Urbieta, toma de Dancharinea y asalto de Peña Plata. Esta última le valió el título de Marqués. Antes había ganado, con la pacificación de Cataluña, el ascenso á teniente general.

Ha sido capitán general de Cataluña, Aragón y Cuba. Fué jefe del cuarto militar de D. Alfonso XII, y ahora ejerce el mando en Filipinas con tanta honra suya como provecho de la nación, estando acordado por el Gobierno premiar sus recientes servicios con el ascenso á capitán general.

Publicamos su retrato en la primera página de este número.

⁂

INSURRECCIÓN EN CUBA.

Santiago de Cuba: El castillo del Morro.— Desembarco del primer batallón expedicionario.— El puerto de Baracoa, en cuyas inmediaciones desembarcó el cabecilla Maceo. — Llegada del general Martínez Campos.

Santiago de Cuba es la segunda ciudad de la isla, y en estos momentos la que mayor interés ofrece, por ser cabeza de la provincia oriental, en que arde la guerra.

Está á los pies de la alta sierra que corre por aquella parte, y que en extensión y altura iguala á la que cruza toda nuestra península de Este á Oeste, de Soria á Lisboa. Sobre la ciudad levántase una loma caliza, y delante de ella extiéndese una hermosísima bahía muy abrigada de todos los vientos, lo que es causa de que el calor sea allí mayor que en las demás ciudades cubanas, llegando la temperatura media anual á 27° centígrados. La entrada de esta bahía es larga y no siempre fácil, favoreciendo la defensa algunas pequeñas alturas, en una de las cuales está el castillo del Morro, representado en nuestro primer grabado de la pág. 296. Le mandó construir en 1665 el maestre de campo D. Pedro Vayona Villanueva.

La ciudad tiene buenos edificios, el mejor de los cuales es la catedral, y un vecindario de cerca de 60.000 almas. Las calles son de menos que mediana anchura (con pocas excepciones) y no muy derechas; las casas de un solo piso con salas espaciosas y grandes ventanas; y los paseos, buenos, singularmente el de Cristina.

El 24 de Marzo llegaron á Santiago las primeras tropas enviadas de la Península para reforzar á las escasísimas que allí había al salir al campo las primeras partidas. Acuarteláronse en el tinglado que recientemente se levantó, según se ve en el segundo grabado de la pág. 296.

El 16 de Abril desembarcó el Sr. Martínez Campos, general en jefe del ejército de operaciones. Salió de Cádiz el día

4 del mismo mes, y después de una breve detención en Puerto Rico llegaba para conocer por sí mismo la situación de las cosas, que no era nada buena, ni podían serlo al cabo de tantos años de descuidos y equivocaciones.

La población recibió al General con demostraciones para él muy lisonjeras (véase nuestro segundo grabado de la página 297), y por tanto para la causa de la integridad de la patria, en su persona representada entonces.

Poco antes de que el general Martínez Campos tomara tierra en Santiago de Cuba, había desembarcado no lejos de allí, á pocos kilómetros de Baracoa (primer grabado de la pág. 297), el cabecilla Antonio Maceo, uno de los principales jefes de la insurrección.

Baracoa es la ciudad más antigua de la isla, pues la pobló Diego de Velázquez en 1512. Tiene unas 13.000 almas. El puerto es una concha bastante abrigada, pero no muy grande, y el terreno de su distrito quebradísimo y desierto.

Debemos los datos fotográficos de que están tomados nuestros grabados á la amabilidad y diligencia del señor D. Juan Pérez Argemi, de Santiago de Cuba, á quien desde estas columnas damos gracias muy expresivas.

°°°

BELLAS ARTES.

En la pradera de San Isidro, dibujo de Méndez Bringa.—París: *Salon* de los Campos Elíseos de 1895: *Los trabajos de mar*, cuadro de G. Haquette.

No hablaremos de los pitos del Santo, de las rosquillas de la tía Javiera, del calor que hace en la Pradera, del polvo y malos olores del camino que á ella conduce, ni de las escenas que allí se ven, porque suponemos al lector hastiado de tales descripciones, que, por lo repetidas, tienen ya la monotonía del sitio de la romería. Nos contentaremos con declarar nuestro asombro de que en un paraje inmediato á los cementerios, junto á un río seco, sin árboles, sin horizonte, sin cosa alguna agradable y abundancia de cuantas pueden molestar la vista, el olfato y el espíritu, se reunan miles de personas á divertirse.

Y dicho esto, en descargo de nuestra conciencia y para que no se nos crea admiradores de cosa tan poco de admirar, fijémonos un instante en el bonito cuadro de Méndez Bringa que publicamos en la pág. 300. Aquella pareja, que alegremente come sentada en tierra, puede considerarse típica. ¡Cuántas iguales hay estos días en la Pradera! Los rostros y las actitudes de ambos expresan admirablemente la alegría ruidosa propia de esta romería más que de ninguna otra. Bien se les conoce que se divierten á su modo. Quiera Dios que la diversión dure hasta el fin.

Los trabajadores del mar no huelgan nunca, si no es por fuerza, cuando las tempestades lo mandan. Son gente que se aburre en tierra y goza en el mar trabajando, y que además vive aún apartada de las luchas sociales. Cierto que el pescador trabaja generalmente asociado con otros, y que entre los asociados se reparte el producto de la pesca; pero también es muy verdad que en muchas partes ésta se hace ya en vapores, con gente contratada, lo que da bastante que murmurar á la que sigue pescando en lanchas y botes. ¿Quién sabe si por este camino llegará el trabajador del mar á sentir las mismas aspiraciones que su hermano el obrero de las fábricas, y con las mismas aspiraciones iguales rencores? Si así llega á suceder, desaparecerá para siempre el hermoso tipo de pescador del cuadro de Haquette (página 301). Por suerte, tal mudanza, si llega á hacerse, aun está muy lejana.

°°°

MINDANAO.

Una ranchería en las inmediaciones de la laguna de la Nao.

Aunque no hay que fiar de la atención que ahora despiertan las cosas de Mindanao, porque seguramente será pasajera, como por desgracia sucede en España, bueno es aprovecharla para dar á conocer aquella hermosa isla.

Los indios que el lector verá representados en el grabado de la pág. 304 no son de la raza de los vencidos en Marahuit, sino de otra mucho más dócil y pacífica y también más numerosa. Estos indios gustan poco de empresas guerreras, y no se sienten movidos por el fanatismo religioso como los malayos mahometanos, conocidos en España con el nombre de moros. Son gente poco ó nada amiga de trabajar, de menos que mediana inteligencia, indiferente á todo, pero que, por ser obediente, puede servir de mucho en manos de quien sepa dirigirla.

Nuestro grabado está hecho de una fotografía que el señor Roig de Lluis ha tenido la bondad de remitirnos y que mucho le agradecemos.

°°°

FRANCIA.

La catástrofe de Bouzey.

La ruptura del pantano de Bouzey ha sido una de las mayores desgracias ocurridas en Francia de algún tiempo á esta parte, así por el número de muertos, como por los daños en casas, sembrados, líneas férreas, etc.

El pantano encerraba las aguas destinadas al canal del Este, y estaba cerrado por un dique de fábrica de 500 metros de largo por 22 de alto y 20 de grueso en los cimientos. Al pie del dique había un hermoso y dilatado jardín, en mucha parte ocupado por un establecimiento de piscicultura. El pueblecillo de Bouzey reducíase á unas cuantas casitas, á las que daban sombra algunos grupos de árboles, y situadas en el fondo de aquella pequeña vega rodeada de colinas, que no alcanzaban siquiera la altura del dique. Con decir esto basta para que se comprenda cuán terribles efectos habrá producido la caída de siete millones de metros cúbicos de agua (7.000 millones de kilos de peso) en tan reducido espacio.

Dicha caída fué instantánea. Cuenta un testigo presencial (de los pocos que se salvaron) que de pronto se oyó un tremendo estampido, como de un cañón descomunal, cayeron rodando unos sobre otros grandes trozos de la parte alta del dique, precipitóse furiosa por la brecha el agua en gigante catarata, y en pocos segundos el valle quedó mudado en lago. Lleno éste, las aguas embistieron contra el talud de la carretera, que también cedió, y en media hora salvaron los 20 kilómetros que separan el pantano del cauce del río Mosela, arrollando cuanto se oponía á su paso. De Bouzey no quedó en pie casa alguna. En Dornieulles arrancó el torrente 500 metros de vía, y se llevó la estación y parte del pueblo.

Los muertos pasan de 100, y aun serían muchos más si el maquinista de un tren que iba á cruzar el último puente del Aviere (riachuelo cuyo cauce seguía el torrente) no hubiese tenido tiempo de dar contravapor. También han muerto ahogados muchos caballos, cerdos, vacas y carneros, para enterrar los cuales se abrieron grandes zanjas.

En nuestro grabado de la pág. 304 vese el lugar de la catástrofe tal como estaba antes de ocurrir ésta. Las líneas A B señalan los límites de la brecha abierta en el dique.

°°°

MADRID.

Balneario de El Molar.

En la antigua villa de El Molar, á cuatro horas de Madrid por la carretera de Francia, pintorescos cerros forman una cañada, en la que brota el manantial sulfuroso clorurado-sódico-azoado conocido desde el año 1838 con el nombre de *Fuente del Toro*.

Para utilizar tan preciado venero, agente terapéutico de reconocida eficacia en el tratamiento de las enfermedades de la piel, de carácter herpético principalmente, y en las del aparato respiratorio, se construyó en 1846 un establecimiento que ha venido funcionando hasta el pasado año 1894, en el que la propietaria del mismo, D.ª Ramona Goicochea, viuda de Murga, emprendió y costeó la radical reforma del balneario hasta dejarle como se ve en el grabado de la página 305, tomado de fotografías de Compañy.

El polígono dodecaedro que le constituye y las cinco prolongaciones laterales cuadrilongas á él adaptadas, comprenden todas las dependencias necesarias en un establecimiento de su clase, entre las que merecen especial mención: la preciosa rotonda central, que antes era el depósito; la sala de inhalaciones, alegre y espaciosa, dotada de todos los aparatos indispensables: la sala de duchas, en la que están colocadas la escocesa vertical de lluvia y de lámina concéntrica, de columna epigástrica dorsal, lumbar etc., y toda clase de chorros verticales servidos con agua mineral á la temperatura que se desee: once elegantes cuartos de baños con pila de mármol y debidos accesorios: baño para pobres: un salón excelente de piano y lectura, amueblado como hacía esperar el buen gusto de su distinguida propietaria, y los pabellones para despacho del médico-director y del administrador del Establecimiento, formando el conjunto una verdadera obra artística, á la que sirve de apropiado marco una frondosa arboleda. Entre ésta se han emplazado: un sólido y elegante depósito herméticamente cerrado, capaz para contener 600 metros de agua minero-medicinal, que aseguran un perfecto servicio de baños: una agreste gruta de caprichosa construcción, en cuyo fondo existe bien acondicionada fuente, con su pequeño depósito de cristal que permite al enfermo ver, al tomarla, cómo brota el agua minero-medicinal, de cuyas grandes virtudes terapéuticas, mencionadas por los repetidos análisis químicos hechos, entre otros, por los doctores Abades y Moreno Zancudo, y comprobada por la experimentación clínica durante cerca de sesenta años, espera la curación, ó por lo menos el alivio de sus dolencias, sujetándose á las ilustradas prescripciones del nuevo médico-director del balneario Sr. Rodríguez Pinilla.

Cuando acabe la construcción del pequeño *chalet* destinado á habitación de los bañeros en el presente año, según lo proyecta el nuevo propietario del establecimiento D. Eduardo Murga, por adjudicación que en su favor ha hecho su señora madre D.ª Ramona Goicochea, quedarán concluidas las obras en el balneario, y éste á la altura de los mejores de España y aun del extranjero.

También es muy buen edificio el de la fonda ú hotel del balneario, que por su severa arquitectura, amplitud y bien entendida distribución, satisface las exigencias del buen gusto y *comfort*.

°°°

D. JUAN LEÓN MERA,

distinguido literato ecuatoriano.

La muerte del Sr. Mera, ocurrida en Diciembre pasado, fué notable desgracia de las letras españolas y muy sentida de cuantos conocían el nada común mérito de este literato.

Nació el Sr. Mera en Ambato (Ecuador) el 28 de Junio de 1832, y sin estudiar en colegio alguno, juntó en los años juveniles copioso caudal de erudición. En 1858 publicó la primera colección de sus poesías, y algún tiempo después, la leyenda titulada *La Virgen del Sol*. Después dió á la estampa otra leyenda titulada *Mazorra*, sus notables *Melodías indígenas*, la *Ojeada sobre la poesía en el Ecuador*, *La escuela doméstica*, *Los novios de una aldea*, una serie de preciosas novelitas, sobre todo la llamada *Cumandá*, tan alabada por el insigne Pereda. También hay suyas otras muchas composiciones de menos importancia, y bastantes trabajos inéditos.

El Sr. Mera desempeñó en su patria cargos muy principales, como son el de redactor del periódico oficial de la República, gobernador de las provincias de Tunguragua y León, diputado en varias legislaturas, presidente del Senado, ministro y presidente del Tribunal de Cuentas, etc., etc. Era miembro correspondiente de la Real Academia Española y de las de Buenas Letras de Sevilla y Barcelona, y tuvo también la presidencia del Ateneo de Quito.

Murió en su propiedad de Atocha (Ambato), el 13 de Diciembre pasado.

Publicamos el retrato del Sr. Mera en la pág. 308.

G. Reparaz.

LA GUERRA EN CUBA.

El territorio.—Fuerzas españolas.—Fuerzas insurrectas.—Expediciones.—Desembarcos.—Combates.—La vida en la manigua.

EL TERRITORIO.

Los que no conocen la Isla de Cuba se asombran de que una rebelión dure allí mucho tiempo. Si la primer campaña separatista no estuviera tan presente en la memoria de todos, parecería fábula.

Combatiendo á los insurrectos ganaron nuestras tropas brillantísimos lauros. Distinguiéronse numerosos jefes y oficiales: Cassola, creador y organizador de las guerrillas volantes en 1869 y de las guerrillas de cuerpo á pie y á caballo; Barbe y Otero, famosos por su célebre carga en las Guásimas; Lasso, Aguilar y Ayuso, que obtuvieron la cruz laureada de San Fernando; Macías, segundo jefe de la línea de observación á vanguardia de la trocha en 1872 y 73; Polavieja, tan admirable por su inteligencia y su bravura; Mattos, Romani, Esponda, López, Valera, Suárez Valdés, Baglietto, no menos que Santos Pérez, Acosta, Portal, Cea, Bergel, Montaner, Obregón y García; Cruz González, Puello, Lázaro, Armiñán, Burriel, Fernández, Pedemonte, los hermanos Tejeda, Pin y Villapal; Abreu, Velasco, Pino Vélez, Jul, Ampudia, González Boet, Champaner y Domínguez; Sandoval, Portillo, Albert, Lanzuela, Gómez, Aguirre, Velilla, el gran Balmaseda y otros muchos que hicieron prodigios de osadía, de valor y de sagacidad, secundados por tropas que jamás tuvieron rival en campañas análogas á la de Cuba. Jefes y soldados fueron héroes todos los días, maravillando por sus actos de intrepidez y de abnegación. Sin embargo, aquella memorable lucha duró doce años: costó á España doscientos millones de pesos y doscientos mil hombres.

¿Tanto hicieron los separatistas? No: casi todo lo hizo el teatro de la guerra.

Sobre una superficie de 108.000 kilómetros cuadrados, hay poco más de millón y medio de habitantes. La población es de 13 almas por kilómetro, pero como se agrupa en las costas, el interior del país está casi deshabitado. Pueden recorrerse cien leguas sin hallar ni una casa ni un hombre.

La vegetación tropical cubre el terreno de maleza inextricable y de arbolado copioso. En el monte y en la llanura, sin necesidad de penetrar hasta el bosque sombrío, se ocultarían fácilmente ejércitos enteros. Por valles como por sierras es menester abrirse camino á golpes de machete. La senda despejada con mucho esfuerzo, vuelve á cubrirse de tupidos matorrales en muy pocos días. Grandes pantanos y lagunas impiden el paso y envenenan la atmósfera. Numerosos ríos, algunos de abundoso caudal y en parte navegables, tienen por afluentes multitud de arroyuelos que con las lluvias estivales dilatan sus riberas, encharcan las campiñas y cortan comunicaciones. Abruptos barrancos y altas montañas ofrecen asilo á todo el que huye, y no hay que subir á las lomas del Cuzco, á las cumbres del Jobo ni á la cima del Turquino para verse libre de la persecución más tenaz.

El terreno ondulado, que tanto abunda en la isla, estorba el ataque mucho más que la defensa.

La manigua, con su manto de arbustos, hierbas y trepadoras, teje dilatadísima enramada de poca altura, que es una asechanza perenne, red inmensa donde el más astuto cazador se expone á ser cazado.

La selva virgen, enemiga del hombre, parece que se abre cariñosa al recibir al perseguido y que acumula obstáculos delante del perseguidor. Aquellos árboles hermosísimos, el sabicú, el cedro, las acacias, el roble, la sabina, el caobo, las palmas espléndidas, el guayacán, la magnífica seiba que alza su cárdeno ramaje sobre los colosos del bosque, unidos todos por los rústicos abrazos del jagüey opresor y de las parásitas hambrientas, forman un muro impenetrable y tenebroso, eterna salvaguardia de las huestes fugitivas.

En las partes más accesibles del teatro de la guerra, teatro escogido con habilidad por los insurrectos, aunque no haya obstáculos materiales que vencer, nunca faltan las mortificaciones propias de la zona tropical, apenas sentidas por los hijos del país.

Las tropas españolas, obligadas á marchar y contramarchar continuamente, puesto que se trata de perseguir á un adversario que funda sus éxitos en la movilidad y en la rapidez no menos que en la astucia y en la osadía, padecen con harta frecuencia los efectos de los cambios de temperatura, de la mala calidad de las aguas en los terrenos bajos, de la influencia de un sol ardiente después de una lluvia torrencial.

No hay regularidad posible para el descanso y las maniobras: todo es anormal en aquella vida de campaña, en aquellos lugares que responden con las dolencias y con la muerte al abandono en que los deja la civilización.

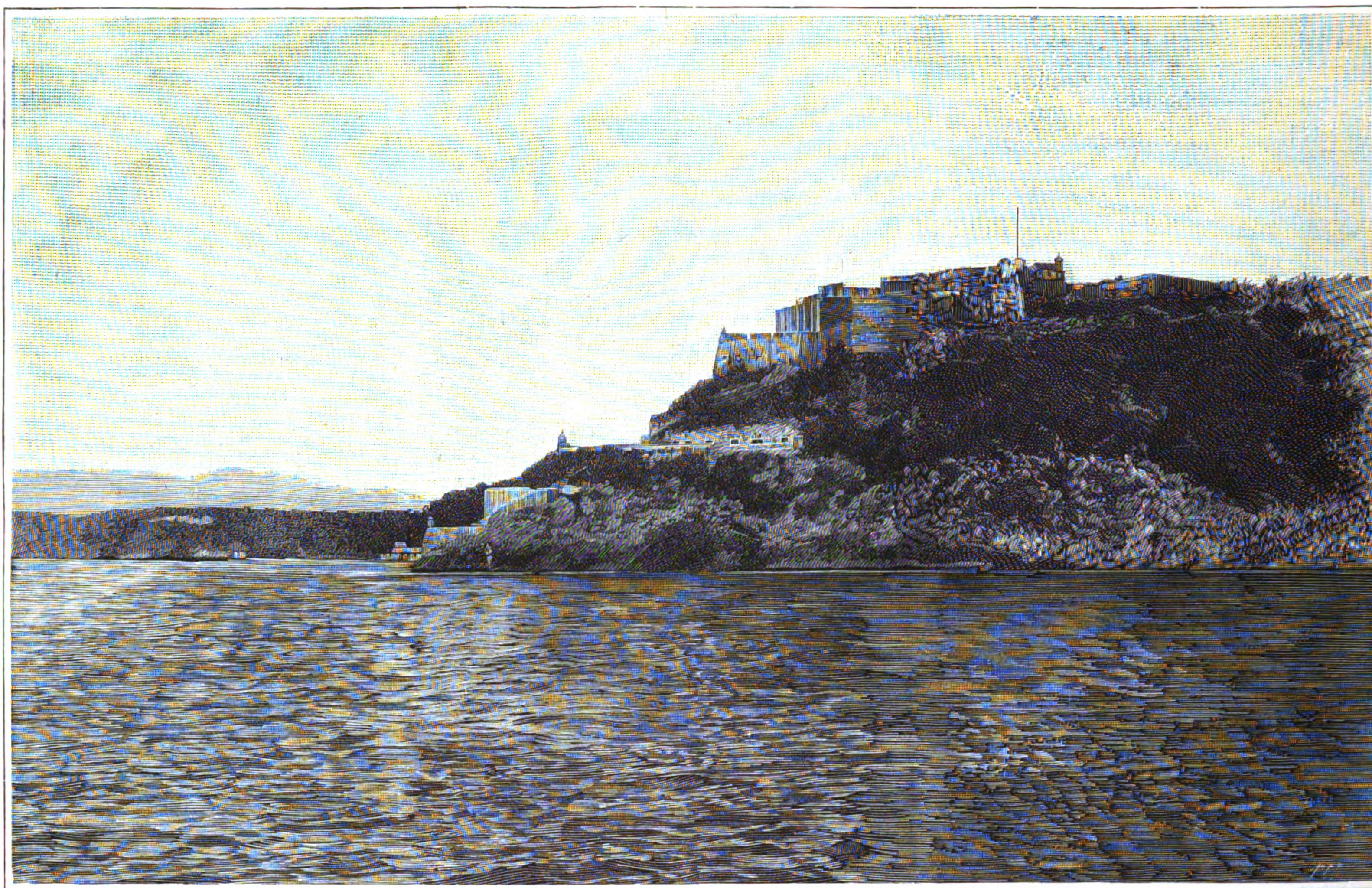
Luego acuden las pequeñas molestias, que no por ser pequeñas son más tolerables: las moscas, que constituyen trescientas especies: el mosquito *jején*, el ávido *lancero*, el repugnante *rodador*, las cucarachas aladas, las hormigas, el alacrán, las arañas, el *bicho candela*, que puede cegar al hombre, la *nigua*, que puede matarle.

Y, por fin, existen siempre los grandes peligros: la disentería, las fiebres palúdicas, el tétanos, la viruela, la tisis, el *vómito negro*.

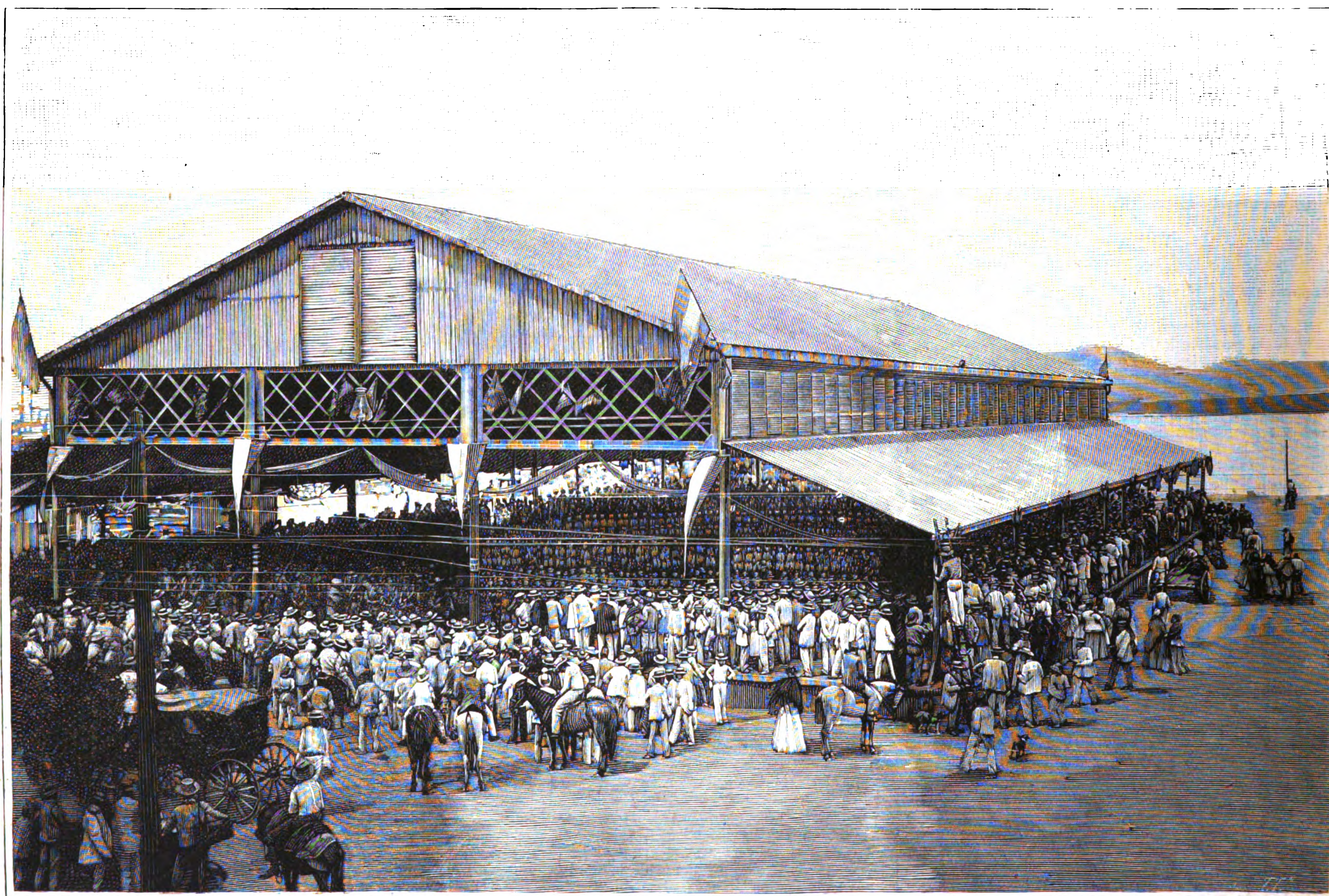
Nadie aventaja al español en condiciones de asimilación y de resistencia, sea cual fuere el país donde se halle; pero no es posible negar que la primer campaña de Cuba duró y costó mucho por la influencia del territorio.

FUERZAS ESPAÑOLAS.

Las exigencias del sistema administrativo y de los principios económicos que rigen nuestra Hacienda, escatiman á las provincias ultramarinas la guarnición que han menester, y basta la presencia en Cuba de dos puñados de revoltosos, para que tenga que atravesar los mares una porción del ejército peninsular.



SANTIAGO DE CUBA.—EL CASTILLO DEL MORRO, Á LA ENTRADA DEL PUERTO.



DESEMBARCO DEL PRIMER BATALLÓN EXPEDICIONARIO EN SANTIAGO DE CUBA Y ACUARTELAMIENTO DEL MISMO EN EL NUEVO TINGLADO.

(De fotografías de D. Juan Pérez Argemí.)



CUBA.—EL PUERTO DE BARACOA, EN CUYAS INMEDIACIONES DESEMBARCÓ EL CABECILLA MACEO.

SANTIAGO DE CUBA.—DESEMBARCO DEL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS, EL 16 DE ABRIL ÚLTIMO.

(De fotografías de D. Juan Pérez Argemí.)

Llegado este caso, no falta quien considere excesivo el contingente que se envía, suponiendo que un centenar de soldados españoles puede batir muy bien á otro centenar de insurrectos. Mas hay que tener en cuenta muchas observaciones.

Un batallón de 500 plazas que entra en campaña queda reducido, antes de batirse, á 340 hombres para hacer fuego. Sus bajas *naturales* son las siguientes: músicos, tambores y cornetas, educandos, asistentes, ordenanzas, enfermos, cuarteleros, guardias de prevención, rebajados, camilleros, médico y capellán, y jefes y oficiales que se baten, pero no con fusil.

Cuando este batallón de 500 plazas en revista y 340 fusiles en el campo de batalla procede de Europa y tiene que ir á Cuba, desde que sale de las costas de España hasta que llega al teatro de la guerra va dejando hombres por el camino. La navegación produce bajas: algunas veces el 7 por 100. El cambio de clima y el de alimentación envían también gente al hospital; y antes de romper el fuego, antes de padecer ninguna enfermedad endémica, el batallón pierde temporalmente del 15 al 20 por 100 de sus individuos. Redúcense, pues, á 280 fusiles los 340. En dos meses de campaña, el calor, la humedad, las lluvias torrenciales, las marchas y contramarchas rápidas, el relente y los frutos del país, merman la fuerza del batallón en un 30 por 100, y los 280 fusiles, ya no son más que 196. De suerte que, sin haber intervenido aún el plomo enemigo, ni *el vómito*, ni *el pasmo*, el batallón de 500 plazas, á duras penas, suman 200 para batirse. Este cálculo no es de los más desfavorables: ya se han visto batallones enteros que, sin tener ni un hombre muerto, sólo reunían tres ó cuatro para pelear.

El clima y el terreno escogen sus víctimas, y hecha rápida selección entre los fuertes, cada unidad de 500 soldados se convierte en un pelotón de 50 ó 100 guerrilleros, admirables no menos por su resistencia que por su bizarría. Después los hospitales empiezan á devolver gente, se nutren poco á poco las filas, termina el período de aclimatación, siguen los nuevos el buen ejemplo de los experimentados, reaparecen en todo su vigor las superiores cualidades distintivas de nuestro ejército, y aumentan las altas. Mas el cruel azote del país reclama su parte, y no perdona la suya el acero y el plomo: es una guerra contra dos enemigos: el peor, hiere á mansalva; su aliado, valiéndose de la sorpresa y el acero, hace pagar caras las victorias. La continuidad de la persecución multiplica otra vez las bajas, llegando á establecer una cifra media, que podría determinarse así: para tener un combatiente en la Isla de Cuba, hay que mandar cuatro.

¿Basta uno para vencer á otro? Indudablemente. Pero el adversario se oculta con habilidad; es forzoso buscarlo, perseguirlo, acorralarlo, y ya no basta uno contra uno. El sublevado puede conservar su prestigio en la dispersión y en la fuga; lo que le importa es sostenerse, aplazar el desastre, *estar allí:* mientras está, aunque no gana, no pierde: consta que permanece en el teatro de la guerra á despecho del perseguidor. Y el que persigue, si no combate, pierde: si al combatir no obtiene ventaja, pierde también; para ganar le es indispensable vencer con frecuencia, y sólo obteniendo repetidos triunfos logra destruir la mala impresión causada por una derrota.

Tratándose de enemigos que no se arriesgan á pelear sin ventaja reconocida, y que maniobran en el terreno mas conveniente á sus propósitos, exige la persecución el empleo de grandes fuerzas; por lo menos cuatro soldados para cada enemigo.

Y como además de sostener las columnas móviles deben guarnecerse los poblados y vigilarse las costas, comprenderáse que son pocos cuatro contra uno en las guerras de Cuba; se necesitan ocho ó diez hombres por cada separatista.

Siendo ocho, hay que sacar de la Península treinta y dos. Aunque se rebaje de este número el contingente de las guerrillas de cubanos auxiliares, claro es que para dominar pronto á mil insurrectos habrá que llevar á la grande Antilla un ejército de 30.000 soldados.

Este cálculo se comprobó con hechos: lo acredita una experiencia muy dolorosa. Los 20.000 separatistas que esgrimieron las armas desde 1868 hasta 1880, obligaron á España á embarcar centenares de miles de combatientes, de los cuales quedaron 200.000 sepultados en Cuba.

Otros pueblos habrían perdido más dinero y más hombres. No sin razón dijo Víctor Hugo que aquella lucha de doce años, contra el clima, contra el bosque, contra el mar y contra el enemigo, sólo España supo sostenerla.

FUERZAS INSURRECTAS.

Su importancia depende de la calidad de los hombres más que del número. Las partidas no han menester mucha gente. En una campaña de emboscadas, sorpresas, disparos á quemarropa y luchas cuerpo á cuerpo, se necesitan guerrilleros prácticos, ágiles y atrevidos. Los grandes grupos, compuestos de elementos de todas clases, que suelen ser antagónicos, carecen de organización, de armas y de empuje: se disuelven pronto, convirtiéndose en pequeñas fracciones. Las partidas disciplinadas aprovechan bien sus recursos: los jinetes y los infantes tiradores llevan las armas; corren á cargo de los desarmados las tareas mecánicas, la conducción de la impedimenta, el socorro de los heridos, el acarreo de provisiones y el espionaje. Para cada fusil y para cada servicio hay varios brazos.

Estriba el poder de las fuerzas insurrectas en su práctica del terreno, en las íntimas relaciones que mantienen con la población pasiva, en el terror que causan á los habitantes de los campos, en la facilidad de dispersarse y reunirse, de escoger el sitio del combate y de averiguar la situación de las tropas.

Cuando quieren evitar los encuentros, pueden conseguirlo. Nunca les falta una guarida inaccesible á los perseguidores; casi siempre tienen abierto un camino de retirada.

Sus descalabros provienen generalmente de exceso de confianza, de imprevisión ó de osadía. Algunas veces son víctimas de un alarde, porque conceptuándose maestros en estratagemas, olvidan que el enemigo también aprende, y caen para no levantarse más.

Si juzgan necesario reunir buen golpe de gente, admiten á todo aventurero, y aun arrastran á los campesinos y á las dotaciones de los ingenios, sin distinguir de colores ni de clases: pero consideran preferible agruparse por razas, aunque los núcleos de altivos criollos aceptan con algún entusiasmo á los voluntarios extranjeros, sobre todo á los *yankees*.

La seguridad de poder ir al campo de la insurrección y de salir de él impunemente han convertido las visitas á la manigua en viajes de recreo. No hay forma de impedir que las huestes separatistas obtengan apoyo. La manigua es una gran encubridora que siempre tiene abiertos los brazos.

EXPEDICIONES.

Con bastante libertad suelen prepararse en Jamaica, Nicaragua, Costa Rica y los Estados Unidos. Comisiones de insurrectos recaudan fondos en los clubs separatistas, en las logias masónicas y en los lugares públicos. Fletan naves que trasbordan en alta mar á otros buques menores el pasaje y la carga de armas y provisiones de boca y guerra, ó toman desde luego barcos pequeños que pueden llegar hasta las playas de Cuba.

La travesía se hace con relativa facilidad, pues la mayor escuadra no basta para impedir el acceso á unas costas de 600 leguas de extensión. La Isla de Cuba dista de Yucatán 200 kilómetros; de la Florida, 230; de Jamaica, 145; de la cadena de las Bahamas, 160, y 90 de Haití. En una noche se pasa desde las costas de la Florida á las de Cuba. A las veces, aunque los cruceros vigilantes vean llegar buques sospechosos, no logran alcanzarlos. Rodeada la Perla de las Antillas, en su mayor parte, por un cinturón de isletas cubiertas de verdes manglares que forman un tapiz protector de numerosas calas y ensenadas, cualquier marino experto sabe hallar refugio inmediato si ha emprendido la travesía con oportunidad. En la caza de barcos filibusteros influye más la buena suerte que la vigilancia.

DESEMBARCOS.

Los mangles son arbustos y árboles de raíces enormes, que se multiplican por modo extraordinario: alcanzan de dos á cuatro metros de altura, y guarnecen como tupido encaje la mayor parte de los cayos ó isletas. Detrás de ellos se oculta el que desembarca furtivamente, hasta que ve una ocasión propicia, y, al abrigo de chaparros y lentiscos, busca el monte bajo, se cubre luego con las lomas, pasa á la manigua, al bosque ó á los lugares de refugio donde sus compañeros le aguardan.

En el departamento Oriental, la proximidad de la Sierra Maestra á la playa favorece los desembarcos. Numerosos insurrectos han pisado tierra con fortuna entre Baracoa y la punta de Maysí.

Cuando precede algún aviso, bajan á los cayos partidas del interior, y procuran conducir rápidamente á lugar seguro los pertrechos de guerra. Se comunican los que aguardan con los que llegan por medio de luces puestas en los montes, respondiendo con ellas á las señales de los barcos.

Para impedir alguna de las frecuentes expediciones, sería preciso guarnecer las costas con cien lanchas cañoneras y mantener en el límite de las aguas jurisdiccionales una escuadrilla de rapidísimos cruceros.

COMBATES.

Las condiciones del terreno y de la campaña en la Isla de Cuba dan la victoria á los más hábiles, porque no basta ser fuertes donde la astucia y la oportunidad son los primeros elementos.

Lleva ventaja el que tiene buenos guías, buenas confidencias, mucha rapidez en las maniobras, calma para aguardar la ocasión y arrojo para utilizarla.

Favorecen á los separatistas el conocimiento exacto del terreno en que operan, la libertad de moverse á su capricho y de escoger el lugar del combate, sin obligación de mantener determinadas posiciones, puesto que lo llevan consigo todo.

Favorecen á nuestras tropas la cohesión, la disciplina, el sentimiento del deber, que se aquilata lejos del hogar y se sublima en el peligro.

El soldado español tiene un privilegio que forma parte de sus brillantes cualidades: antes que ningún otro guerreador, se asimila las ventajas de su adversario, acomodándose con rara facilidad al nuevo género de vida y de combate. En honra suya, debe hacerse comprender cuán necesarios son el valor, la serenidad y la resistencia en el fondo de la manigua. Allí es aparatoso el riesgo, imponente el paisaje, abrumadora la pelea. Se camina por un laberinto agreste, lleno de asechanzas: á cada instante se teme la sorpresa, el ataque impetuoso, la granizada de plomo que brota de armas invisibles. Zumba en los oídos el grito salvaje del insurrecto, que á las veces ataca con vertiginosa rapidez y tremendo empuje, blandiendo el machete y atronando el aire, á semejanza del comanche feroz que trata de aturdir antes de degollar. En la noche medrosa, al internarse con redoblada cautela dentro del bosque lúgubre, donde habla elocuentemente el silencio, no hay alma fuerte que pueda oir con tranquilidad la voz misteriosa del ave que sisea. Aquel pájaro singular, saltando de rama en rama, acompaña al viajero, y al llamarle inconscientemente le recuerda la soledad del sitio, lo grave de la situación, la emboscada astuta de un enemigo temible.

Allí no huelgan nunca las precauciones exageradas: allí sucumbe el que falsea los sabios preceptos de la milicia: cada marcha debe ser un modelo digno de imitación; en cada encuentro deben aplicarse las severas reglas del arte militar. Porque unas veces llevan las tropas la ventaja del número, de la posición ó de la confidencia; pero otras, son superiores en todo los vigilantes insurrectos. El menor descuido, una vacilación, un desmayo, se pagan allí con la cabeza, y también con la deshonra.

Este carácter especial de la guerra de Cuba, este predominio de las añagazas, permiten al débil prolongar mucho la resistencia y dificultan los grandes golpes decisivos. Así, no puede sorprender que unos y otros combatan con suerte varia y desigual.

Las tropas españolas sofocarían en plazo breve la insurrección, ocupando militarmente la Isla de Cuba. Mas para tal obra, era menester un ejército como el de la tripe alianza.

Es tan vasto y tan intrincado aquel teatro de la guerra, y ofrece tan notables ventajas á los conocedores de sus recursos, que sólo á fuerza de tiempo, de dinero y de hombres se destruyen las partidas de guerrilleros inteligentes.

Las contraguerrillas de hijos del país son muy eficaces, y deberían acompañar á todas las columnas. Dice un antiguo proverbio mejicano: *Para toros del Jaral, los caballos de allá mesmo.*

LA VIDA EN LA MANIGUA.

Durante la primer campaña, llegaron á establecer los insurrectos verdaderas colonias que tenían campamentos fijos, y hasta fábricas de telas, de cartuchos y de calzado.

Hubo, en cambio, partidas que se vieron en la mayor necesidad y apelaron á la capitulación por no morirse de hambre.

Los asilos más seguros están en los montes. Casi todos los combates se libran en la tierra baja. Por extensión y por costumbre, aplícase el nombre de *manigua*, tenga ó no maleza, al lugar que sirve de refugio ó de teatro de operaciones á los insurrectos.

¿Cómo viven en la manigua? Unas veces en constante peregrinación, otras habitando por espacio de algunos días un improvisado campamento donde son muy raras las tiendas de campaña. Duermen sobre hamacas, sobre tarimas, y á menudo en el suelo. Visten como pueden, si no tienen facilidad de renovar la ropa. Usan zapatos de vaqueta ó van descalzos. Las comodidades en la manigua dependen del azar: estando lejos de los poblados, ó siendo muy activa la persecución, todo escasea. Pero cuando hay forma de visitar á menudo las tiendas de los caseríos, las estancias y los ingenios, sobra de todo.

Después de un largo período de tranquilidad, no existe país de mayores recursos que la Isla de Cuba. Las haciendas, fincas azucareras, estancias, sitios, vegas de tabaco, fábricas, molinos, potreros y cafetales, ascienden á 45.000, y son, en su mayor parte, almacenes abiertos á la insurrección por carecer de defensa. Los caballos pasan de 350.000: hay más de 800.000 reses de cerda y 1.260.000 reses vacunas. Aparte de las contribuciones forzosas que imponen los cabecillas, debe contarse con muchas *voluntarias*, merced á la amenaza de asaltar una finca ó de incendiar un cañaveral. En las huertas de los poblados y de los ingenios se adquieren sin dificultad, aunque no intervenga el machete, los tesoros de la tierra; lo mismo la piña, el níspero, el quimbombó y el canistel, que la guanábana y el aguacate, los plátanos y los tamarindos; así los dulces mameyes de Morón como las exquisitas naranjas de los cafetales de Guantánamo.

Lejos ya de las poblaciones, y ateniéndose á los varios frutos que con más espontaneidad brinda allí la Naturaleza, pueden gustar los insurrectos el ñame, la patata, el sagú, el boniato, la yuca, la malanga, el caimito, el mango y el zapote; y en último caso, pueden sembrar y obtener abundante y rápida cosecha, porque la acción productiva del suelo cubano es diez y seis veces mayor que la de los países de Europa.

Apurados más los recursos, todavía tiene el insurrecto la palma real, que le ofrece la yagua como abrigo, y como alimento el palmiche; el árbol del pan, el árbol del agua y el coco, fábrica de artículos de primera necesidad, puesto que da comida, bebida, azúcar, aceite, manteca, ropa y habitación. Tiene también el gato salvaje, la hutía, el conejo, el pavo real, el cerdo cimarrón y la gallina de Guinea.

Para atender á su seguridad en las horas de descanso, establecen las partidas guardias avanzadas, centinelas y escuchas: los vigilantes se tienden pecho á tierra ó se suben á la copa de un árbol. Golpeando los troncos, ó imitando el canto del sinsonte y de otras aves, dan los avisos oportunos.

Terrible enemigo de los insurrectos acampados es el buitre de los trópicos *(cathartis aura)*, pues atraído por los despojos del campamento, se cierne sobre él, á grande altura, y sirve de guía inconsciente á los perseguidores.

No tienen médicos ni botiquines los guerrilleros, pero conocen y utilizan numerosas plantas medicinales.

Para curar las heridas, á falta de otro medio, ponen junto á ellas una tabla, sobre la que derraman con lentitud agua fresca y repiten el lavatorio muchas veces.

La vida singular de los insurrectos en la manigua no está exenta de satisfacciones: hay algún encanto en los contrastes y en los peligros: suelen ser poéticas todas las aventuras.

ADOLFO LLANOS.

LOS POBRES DEL SANTO.

NADA tan respetable como la miseria.

El mendigo ha de considerarse por el hombre caritativo como un hermano predilecto.

Hay pobres, sí, señor.

Y hay asilos oficiales, sí, señor.

Y personas caritativas.

Pero también *ay* pobres apócrifos ú «hipógrifos», según dice, de buena fe, queriendo decir lo otro, un muchacho crítico á quien conocemos diez ó doce «admiradores».

El mendigo se hace, como el orador, es un suponer.

No hay academias especiales, pero hay maestros y prácticos.

No todos los hombres sirven para mendigos.

Para ser pobre de solemnidad se necesitan condiciones particulares.

Para llegar á fenómeno interesante ó conmovedor, muchas más.

No sirve cualquier individuo para postulante ni para explotar la caridad pública y privada.

Hay profesores en el ramo que, mediante un interés módico, enseñan á los neófitos el arte del perfecto mendigo, lisiado y afligido.

Todo se falsifica, como decía un parroquiano de un café á quien devolvía una peseta falsa el camarero.

—Suena mal, D. Roque; para mí, es falsa.

—O la mesa—replicó el caballero;—todo se falsifica.

En los días que dura la romería de San Isidro en Madrid, hay exposición de fenómenos desgraciados, en el camino de la Pradera.

Borradores de persona, bocetos que no vuelven á presentarse en público hasta la romería del Santo en el año próximo.

Cuando termina la romería, se borran solos.

Como en esos días de expansión del vecindario de esta corte son más sensibles las notas tristes, y como abunda además el número de forasteros, los artistas en miseria aprovechan la ocasión para ejercer sus artes.

¡Qué galería de fenómenos se exhibe camino del Santo!

—Caballero, una limosna por Dios á este pobrecito licenciado—pide con triste entonación un sujeto sin brazos, al parecer, que enseña el solo arranque de los alones, y cojo por doblez de una pierna.

—¿Usted ha servido en el ejército?—le preguntan.

—No, señor, soy cojo y *bimanco* de nacimiento.

—Como se titula usted licenciado.....

—Porque tengo licencia del Alcalde para implorar la caridad pública á pie.

—¡Qué! ¿también hay pobres autorizados para postular en coche?

—No, señor, en borrico ó en carro ó en carretilla, por más que esta moda ha cedido el puesto á la bicicleta.

—¿Y cómo perdió usted los brazos y la pierna?—pregunté á uno de *esos*.

—En el *monte*—murmuró otro pobre, casi á mi oído:—vino la contraria y.....

—¿Qué dices tú, vago?—preguntó el *ambimanco*.

—No haga usted caso, caballero—me indicó otro pobre—que lleva los brazos dentro.

—¿Pues y tú? ¿Ve usted esas úlceras? Le han costado tres pesetas en casa de un tallista.

—¿No habrá un alma piadosa y caritativa que se compadezca de este probecito baldao de pies y manos y sin poderlo ganar?

Pocos días después le vi, *de corto*, en Getafe, galleando á un novillo, suerte que le brindó al alcalde.

En el camino de la Pradera está, durante los días de la romería, lo principal del gremio de despojos humanos.

Uno pide limosna repicando un cencerro de tamaño sobrenatural.

—Es tan sordomudo el pobrecito—dice una mujer que le acompaña—que si no usa ese instrumento ni oye si pide.

Otro implora la caridad pública con una romanza lastimera.

Los transeuntes se aproximan movidos por esa curiosidad que tanto domina á las muchedumbres.

En el fondo de un cajón se ve una masa informe de brazos, piernas y pingajos, y una cabeza amarillenta y negruzca á la par, con dos ojos que parecen dos pozos *artesanos*—que dice un autor dramático, buen hablista y buen cabeza de familia.

De la banasta ó del cajón sale un palo, y en él un cartelito donde, en caracteres casi griegos involuntarios, se lee:

«*¡Erido Pol Un rallo!*»

Y debajo:

«En clase de jornalero de campo y ha lo Mejor de su vida viéndose en Estado interesante como le ven ustedes.»

—Pues donde usted le ve—me dijo otro pobre mendigo mudo—tiene taberna en la carretera de Extremadura.

Un anciano, envejecido momentáneamente, y rodeado de cinco ó seis chiquillos:

—Una limosnita, por Dios, para este pobre abuelo, con seis niños gemelos de padre y madre. ¡Compadézcanse las almas forasteras!.....

En una cuneta del camino se ve un tronco humano, sin piernas, y sin brazos y sin cabeza.

Cosida á aquel talego, una tablilla con letras tamañas como melones de Añover, explica el fenómeno.

Parece un saco relleno de garbanzos, y que la tablilla indica el precio del kilo.

Pero en lugar de la consabida declaración de origen, que suelen poner los tenderos en los sacos de garbanzos:

«De Fuentesaúco á.....»

Se lee aunque dificultosamente:

«De nacimiento, hasta nuestros días.»

—¿Dónde se deja la limosna?—preguntó un forastero que se aproximó al fardo humano para socorrerle con un perro grande.

Y una voz misteriosa y profunda, como si saliera de una hucha, respondió:

—En un bolsillo del chaleco, y Dios se lo premie, hermoso.

El caritativo forastero retrocedió espantado, y al mismo tiempo indignado contra el fenómeno, por llamarle «hermoso» calumniándole visiblemente.

Hay mendigo de esos que tiene el cuerpo adornado de cicatrices cosidas á máquina.

Atacados del baile de «San Vítor Manuel», como decía uno; paralíticos voluntarios, sordos que oyen crecer la hierba, de todo encontrarán ustedes en San Isidro.

—Entretanto—según se lamentaba un sujeto, mendigo también apócrifo—los pobres de veras no encontramos quien nos socorra. Pasa de tres pesetas diarias lo que recojo yo de menos en la puerta de la iglesia.

—¡Qué escándalo!—exclamé cómicamente indignado.

—Como que esto no puede seguir así—añadió:—ya todos somos pobres. No hay vergüenza.

—No, señor; usted lo ha dicho.

Eduardo de Palacio.

EL SALON DE LOS CAMPOS ELÍSEOS EN PARÍS

1895.

El tradicional *Salon* parisiense, el que muchos siguen considerando como el verdadero *Salon*, en una palabra, el de los Campos Elíseos, ha abierto sus puertas este año ocho días después que el del Campo de Marte. A su *vernissage* han asistido más de veintiséis mil personas.

Se le ha llamado por algunos críticos *el Salon gris*, y yo encuentro el calificativo injusto. Ciertamente, los pintores del día inclínanse más cada vez á las tonalidades grises, cosa que yo juzgo deplorable, pues además de quitar agrado á la vista, suele quitar vida á los cuadros. Pero ese fondo griseo, de que la crítica y el público empiezan á cansarse, domina tanto en el *Salon* del Campo de Marte como en el de los Campos Elíseos. En cambio, en este *Salon* hay mayor número de grandes cuadros luminosos que en el primero.

Ved, si no, esa hermosa página resplandeciente de Fantin-Latour, *Mujeres en el baño*, prodigio de luz y de gracia, donde á la más bella y clásica unidad de conjunto reúnense los más primorosos detalles y el más palpitante interés en la totalidad de la composición; ved la *María Padilla*, de Gervais, y el *Gorjeo de pájaros*, de Rochegrose, y los dos soberbios cuadros de Clairin, *Las Aouled Naiel yendo al baño* y *Una procesión en Venecia*, donde corren á torrentes la luz y el colorido; ved el retrato del Príncipe de Gales, con el Duque de Connaught, en el campamento de Aldershot, por Detaille, y los dos paisajes deliciosos de Harpignies, y *Las espigadoras*, de Bretón, y *Juventud*, de Franc Lamy, y *Visión de otoño*, de Bourgonnier, y me diréis luego si hay justicia en calificar de *Salon gris* á un *Salon* que tales vivezas de color contiene, y eso que no citamos más que algunas de las obras que llaman principalmente la atención por su propio mérito ó por el valor que le dan las firmas de sus autores.

Fantin-Latour no sólo ha expuesto esa composición magnífica de que hemos hablado ya, *Mujeres en el baño*, que es una maravilla de delicadeza y de finura, que es uno de los más brillantes modelos de pintura contemporánea; también ha expuesto una *Visión* heroica, una aérea aparición de mujer, vestida de telas en que el oro es de color de rosa: la *Visión* se le aparece á un hombre de cuya armadura diríase que se oye el ruido sonoro. Esta *Visión* admirable es una inspiración de poeta.

Nada más escogido y más perfecto que un retrato de mujer enlutada, por Henner: hay en él una armonía, una elegancia y una distinción sorprendentes: su ejecución magistral hace de este retrato una de las más sólidas composiciones del *Salon*. También ha enviado Henner uno de esos estudios, que tanto lo atraen, de carnes cuya blancura destácase por su brillo nacarado en el fondo de densas obscuridades tenebrosas.

Uno de los más vastos lienzos de esta Exposición es el de J.-P. Laurens, *La Muralla*. Los habitantes de Toulouse trabajan febrilmente al comienzo del siglo XIII en la construcción de grandes fortificaciones entre la ciudad y el castillo. J.-P. Laurens ha hecho sobre este asunto un cuadro lleno de andamios y de trabajadores, bastante confuso, de carácter arqueológico y de proporciones gigantescas. La perspectiva es desventajosa. La posición de algunos personajes que están de pie sobre una torre elevada resulta poco lógica y hasta inverosímil. El procedimiento que el autor emplea para presentar á nuestra vista el fondo montañoso del panorama es bastante primitivo, y la diosa armada que flota en los espacios tiene mucho de infantil. En suma, J.-P. Laurens ha estado poco feliz en su obra *La Muralla*, que no puede compararse á otras producciones análogas de tan ilustre artista.

Los lienzos enormes abundan en este *Salon*. Entre ellos, uno de los que mayor curiosidad despiertan es *La vacuna del garrotillo*, por André Brouillet. Es este cuadro, de dimensiones exageradas, un homenaje al Dr. Roux, á quien se le ve practicando la operación de la vacuna del garrotillo en un niño de ensortijados cabellos rubios. La composición es clara, sencilla y conmovedora. Hay en ella vida y movimiento; pero sobra la mitad del lienzo, á no ser que esté pintado para cubrir la pared de alguna gran sala de hospital.

Citemos entre los cuadros colosales uno de Saint-Germier, que es un buen paisajista, dedicado á vistas de Venecia: titúlase *La Corporación de San Marcos*, y hay en él tres ó cuatro descomunales figuras vestidas de rojo, pintadas con talento; la composición, demasiado grande para un estudio, es insignificante para un cuadro. Citemos igualmente una *Salomé*, de Chalon, con una expresión de crueldad excesiva y con un buen efecto de luz oriental, y no olvidemos incluir en esta categoría de los lienzos gigantescos los dos ya citados *María Padilla*, de Gervais, y *El Príncipe de Gales con el Duque de Connaught en el campamento de Aldershot*. La obra de Gervais se reduce á una simple anécdota, y es lástima que su autor haya empleado tanto trabajo, tanta pintura y tanto lienzo en contarla. En el retrato monumental del Príncipe de Gales y del Duque de Connaught, donde las figuras de los dos príncipes y de los caballos son de tamaño natural, Detaille ha hecho un verdadero cuadro, colocando en segundo término un estado mayor, y en el fondo un batallón de *highlanders* que maniobra. El cielo con sus nubes, los uniformes encarnados y un árbol cuyas verdes ramas se extienden sobre el principal grupo, dan á esta obra magistralmente ejecutada un aspecto teatral decorativo.

El *Salon* de los Campos Elíseos es muy rico en retratos. Ninguno más seductor que uno de mujer, realmente de primer orden, expuesto por Benjamin Constant: la actitud es noble, altiva y airosa; la cabeza, muy bella, resalta graciosamente sobre un fondo de reflejos dorados. De Benjamin Constant es también el retrato de Mme. Opperman, envuelta en telas de Oriente, que el artista pinta con un vigor y con un encanto incomparables. Bouguereau ha hecho su propio retrato para el Museo de Amberes. Es Bouguereau uno de los más insignes maestros de lo que se ha dado en llamar la «pintura académica». Se le reprocha el buscar á todo trance la perfección, olvidando la realidad. Esta vez ha llevado la perfección á un extremo que desconcierta aun á sus más resueltos adversarios.

Bonnat continúa, con el retrato de Mr. Félix Faure, la serie de sus retratos oficiales. El Presidente de la República parece esmaltado: hay mucha afectación, sobre todo en el traje. A la izquierda se ve el comienzo de una escalera, que no hace ninguna falta, y que afea no poco el cuadro. ¡Cuánto más vale el retrato de Francisco Coppée, por Luis Eduardo Fournier! El poeta está escribiendo, y muestra en el semblate su expresión habitual, á la vez bondadosa é irónica. Más risueño aparece entre sus amigos de la juventud *Los parnasianos*, reunidos en el jardín de la casa de campo que posee en Ville d'Avray el editor de los poetas, Alfonso Lemerre. *Los parnasianos* en el jardín de Lemerre están pintados por Chabas, que ha tenido que vencer en su obra multitud de dificultades. Contiene este interesantísimo cuadro, que representa una considerable labor artística, los retratos de veinte poetas franceses, presididos por Leconte de Lisle: allí están Alfonso Daudet, Sully-Prudhomme, Bourget, Theuriet, Heredia, Catulo Mendes, León Dierx, Dorchain, Cazalis y las primeras celebridades de la poesía *parnasiana*.

Cerca de éste hay dos cuadros de Demont, uno de ellos épico, sublime, *Las Danaidas* ocupadas en su ingrata obra: las aguas corren sin cesar, reflejando las llamas del Phlegethon. La escena es grandiosa.

De los pintores españoles, el que viene á la cabeza es Sorolla con una enérgica composición: *Regreso de la pesca*, valiente, inspirada y con una nota personal acentuadísima. Un barco avanza



EN LA PRADERA DE SAN ISIDRO.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA.

—¡Escandalosos!—¡Morrales!—¡Indecentes!—¡Mueran los ladrones!—¡Muera D. Pedro y toda su casta!—¡Mueran los *pablistas!*—¡Que vengan aquí esos hijos de perra!—*¡Sacailos* las asaduras! —¡Recolma!—¡Releñe!—¡Carángules!—¡Recutre!—¡Joroba!

Buena se armó. Los guardias civiles eran impotentes para poner paz en aquel revuelto amasijo de hombres que chocaban unos contra otros, zurrándose, escupiéndose, pateándose y maldiciéndose como demonios. Aquéllos, más que personas racionales, parecían perros rabiosos que se acometían con furia desaforada para destruirse y aniquilarse. ¡Qué espantable estruendo producían aquellos feroces combatientes! Ellos querían pisarse, morderse, ser antropófagos y raer de la tierra hasta el nombre de sus enemigos. Todos recordaban en aquel momento los daños recibidos, los *chanchullos* electorales, las multas, los recargos por consumos y por territorial, las mil y mil iniquidades con que el que manda abruma á sus adversarios; y viendo aquellos males agigantados por efecto de la sopapina, ardían los hombres en deseos de venganza y no pensaban deponer su furia hasta dejar tendido al contrincante.

La tormenta que había comenzado en la plaza se corrió como un reguero de pólvora por las escaleras de la casa consistorial y llegó al salón de las elecciones, produciendo allí tan descomunal pendencia, que en su comparación son pacíficos escarceos las más terribles batallas del mundo. Con los rostros encendidos por la ira, aquellos hombres se apostrofaban impíamente, echándose en cara los más groseros insultos, sin perdonar ni el honor de las esposas, ni la inocencia de los niños, ni la memoria de los muertos, ni la salvación de las almas: allí salieron á relucir, en infernal algarabía, los fraudes concejiles, las causas criminales, los adulterios, los robos, las traiciones y las venganzas; y á la vez que se agraviaban con bajísimos vituperios, reñían encarnizadamente á vapuleos, guantadas, ladrillazos y coces, rompiendo puertas y balcones, y convirtiendo el lugar en nuevo campo de Agramante.

Más de una hora duró aquella sangrienta pelea, hasta que los guardias civiles, disparando unos tiros al aire, amedrentaron á los más valientes, dispersando á los alborotadores y auxiliando á los infinitos heridos que con los huesos quebrantados salieron de aquella aventura.

El cándido Ruperto, tendido boca arriba en la plataforma del salón de sesiones (adonde le había sorprendido la *bronca* en el momento en que el infeliz se disponía á votar), ponía el grito en el cielo, porque tenía tres costillas rotas. Después, cuando se encontró acostado en su cama, decía:

—La verdad es que..... eso del sufragio..... es una gran cosa....., porque uno vota á quien quiere..... Pero..... el que me *haiga* de ver á mí en el Ayuntamiento..... *tié* que volver á nacer, *¡chomba!*

ALVARO L. NÚÑEZ.

LOS TEATROS.

ZARZUELA: Los distintos intérpretes de los personajes de *La Dolores*, ópera.—COMEDIA: Despedida de la compañía Giovannini.—PRINCESA: Estrenos de *El candidato* y *Sustitución reglamentaria*.—Un niño en los diálogos de López Silva.—En LARA: *Las castañeras picadas*, de D. Ramón de la Cruz.—Lo que se dice.

DEJANDO para la próxima crónica la terminación de mi tarea de la temporada, con el resumen histórico-crítico de la campaña teatral de 1894-95, he de hacer notar aquí una circunstancia particularísima, excepcional verdaderamente, que ha acompañado á la serie de sesenta representaciones que *La Dolores*, ópera, cuenta ya en el teatro de la Zarzuela.

Quizás no pueda recordarse obra alguna teatral que haya tenido, en un mismo escenario y en noches consecutivas de grande éxito, tal número de atinados intérpretes de los principales personajes.

El papel de la protagonista, que cantó en el estreno Avelina Corona, ha sido representado también por Elisa D'Santis, y algunas veces más por Angeles Montilla. Con la *Gaspara* han aparecido la Castellanos y la Fernández. Con *Patricio*, Visconti y Cabello. Con *Celemín*, Alcántara, y en obsequio de éste y en su beneficio, Menchaca. Con *Melchor* han figurado Mestres y García Tamargo. Y, en fin, el dificilísimo *Lázaro*, que estrenó tan brillantemente el tenor Simonetti, ha sido cantado después por Menchaca, Alcántara y el estudioso tenor Ignacio Varela, uno de los más aprovechados discípulos del barítono Napoleón Verger, el gran maestro.

Con más ó menos brillantez, todos los citados artistas han cumplido su misión escénica con empeño digno del que ha mostrado la inteligente empresa Elías, que, dando descanso á los artistas y sustituyéndolos oportunamente, ha logrado que no se interrumpiesen las representaciones de la popularísima ópera de Bretón, para gloria del maestro y satisfacción del público, que no se cansa de celebrar los cuatro ó cinco números más notables de *La Dolores*.

Así es como las empresas teatrales se acreditan y se hacen acreedoras á la gratitud de los artistas y á la consecuencia de los autores, que hallan en tan hábil y á la vez generosa conducta un poderoso estímulo para acometer nuevos planes y seguir enriqueciendo el tesoro de la lírica dramática española.

La empresa Elías termina sus compromisos en el teatro de la Zarzuela en la segunda decena del mes de Mayo, y seguramente pasará á uno de sus teatros de Barcelona á hacer, con la base de *La Dolores*, una excelente campaña de verano.

* * *

La primaveral del teatro de la Comedia, con la compañía Giovannini, ha sido breve, pero no estéril para algunos de los artistas italianos, ya citados en mi crónica anterior, con las cualidades que los distinguen y los títulos de las obras en que más aplausos han merecido, así en los jueves *de moda*, como en las noches más democráticas y de menos dinero.

Cantadas con aplauso las tres óperas, *Fra Diávolo*, *Marta* y *El Barbero de Sevilla*, antes que la opereta *Pascua Fiorentina*—que nunca ha sido celebrada por nuestro público—despidióse la compañía Giovannini en noche *de moda* y con conocimiento del gusto del público, pues se cantaron los actos segundo y tercero de *El Barbero* y el popularísimo *Dúo de la Africana*, que es la obra con que han lucido y han hecho más gracia los artistas italianos.

En *El Barbero* resultó la ejecución de mejor conjunto, y ninguna de las interesantes y graciosas figuras tuvo intérprete desgraciado. Pero los honores de la fiesta fueron, sin duda, para la simpática é inteligente Aida Saroglia, que en la noche de despedida nos ofreció una Rosina adorable, llena de gracia y delicadeza, y cantando con gusto y afinación exquisita los más difíciles pasajes de la ópera de Rossini. Si en el famoso vals de *la sombra* de *Dinorah* había sido ya muy aplaudida, en la escena de la lección de música lo fué mucho más, cantando en la última noche el *rondó* final de *Sonámbula*, que también se vió obligada á repetir, obteniendo una ovación merecidísima.

La Saroglia está llamada á ser una gran tiple de ópera, si no abusa de sus facultades y deja que éstas se desarrollen naturalmente con el estudio bien dirigido, sin precipitar en sus tiernos años los acontecimientos teatrales, pues la precipitación es la que suele matar en flor muchas esperanzas legítimas del arte.

A Córdoba ha pasado la compañía italiana, y dícese—y yo no lo creo—que al teatro de la Comedia trata de trasladarse, para quince ó veinte representaciones, la excelente compañía española que ahora actúa en el teatro de la Princesa.

* * *

Este teatro está situado muy desventajosamente para las temporadas de invierno; pero tiene condiciones muy favorables en la estación presente, ya en Madrid harto calurosa. En él sigue trabajando, con grande empeño de atraer al público, la compañía de Ricardo Morales, aquel que se formó artista escénico, con su esposa Pepita Hijosa, al lado del célebre Romea.

En el teatro que ahora dirige el galán retirado no se descansa, ensayando diariamente lo nuevo aceptable que se presenta, y que es todo lo bueno que se puede desear en esta época del año en que los autores cómicos *dan salida*—con música, si es preciso ese refuerzo—á todo aquello que ni *con notas* halla abiertas las carteras de los empresarios desde San Miguel á la Pascua Florida.

No quiero decir con esto que forzosamente han de ser despreciables las obritas que ahora se estrenan, y hasta puede asegurarse que los *desechos* del invierno resultan alguna vez *hechuras* salvadoras de empresarios veraniegos. Aunque no muchos, ejemplos se han visto.

Con aplauso se han estrenado en la Princesa *El Candidato* y *Sustitución reglamentaria*. La primera es una zarzuelita, cuyo libro está basado en el tan acreditado *quid pro quo*, que dura todo lo que el autor quiere, aunque los personajes que se equivocan sean muy listos. Si á lo muy cómico de *El Candidato* se uniese un tantico de originalidad, el libro de los Sres. Conde y Prats sería más meritorio, sin que por falta de novedad haya dejado de dar ocasión á Valverde (padre), el antiguo consocio de Chueca, para escribir unos cuantos números musicales, alguno de ellos cantado con mucha gracia por Juanita Martínez, que contribuyó mucho al éxito lisonjero.

Sustitución reglamentaria, juguete cómico—sin notas—del Sr. Gómez Erruz, tampoco las necesitaba para el apetecido aplauso público. Es una obrita de corte fino y sin efectos *gordos* en la frase, de esos que son tan corrientes entre los novísimos industriales del teatro, algunos de los cuales estarían más en su terreno escribiendo coplas desvergonzadas para el ciego de las *Tres mil seiscientas mujeres por dos cuartos*.

El Sr. Erruz, nuevo para mí en la escena, se ha cuidado mucho, para honra suya, del decoro literario, y en la fábula sencillísima, pero trazada con arte, de *Sustitución reglamentaria*, luce por la naturalidad, corrección y viveza del diálogo, en el que no hay *atropello* de chistes, pero éstos brotan espontáneos y limpios de la situación y de los tipos que en ella juegan. Están éstos bien representados por Castilla y Arana, y muy especialmente por Juanita Martínez, que hace una coqueta donosísima y que—sin desvanecerse con los aplausos—atiende á los buenos consejos de la crítica, corrigiendo algunos defectos de dicción, quizás nacidos en su larga y dura tarea de alternativas de canto y declamación en el terreno de la zarzuela.

En la misma noche del referido estreno hubo en el escenario de la Princesa un nuevo diálogo del especialista López Silva, y claro es que *El colillero* había de tener la legítima fisonomía de familia del conocido *Patriota*, del *Veraneador* y del honrador de los *difuntos*.

El chico *colillero* tiene muchísima gracia. Pero es para leído, no para visto y oído en la escena, y mucho menos cuanto más relieve é intención le dé en gesto, actitudes y palabras el actorcillo que le represente. El niño—de ocho años escasos—de Ruiz de Arana, es una verdadera precocidad artística; pero el espectador más provocado á risa ha de sentir menguado el regocijo por algo de repugnancia ante aquellas frases crudas y reticencias aún más atrevidas. Estas son sin duda propias del original, pero..... Pero los niños actores de la edad de Aranita siempre serán mejor vistos en la escena en los ángeles providenciales de las comedias de magia ó en los inocentes solucionistas de los dramáticos conflictos conyugales.

* * *

En el teatro Lara, donde se sostienen con constante éxito *La rebotica*, de Vital, y *Los asistentes*, de Parellada, sigue rindiéndose culto al clásico sainetero D. Ramón de la Cruz, cuya memoria fué allí honrada brillantemente en el aniversario del natalicio.

Vega, Luceño, Burgos, Aza, felicísimos discípulos hoy de aquel gran maestro en la pintura de tipos y costumbres, verán con verdadero regocijo cómo se da toda la importancia que merece á un género mucho más difícil de lo que creen algunos críticos, cultivado y honrado en sus famosos *entremeses* por el gran Cervantes y por el ingenioso Quiñones de Benavente, cuyos animados y característicos cuadros escénicos no eran conocidos, en general, por los literatos españoles hasta el año 1876, en que los publicó, coleccionados en dos preciosos volúmenes, una inteligente sociedad de bibliófilos.

Quizá sean nuestros saineteros de ahora más celosos del interés dramático que su famoso maestro, cuyo sainete de *Las castañeras picadas*, recientemente desempolvado en Lara, es uno de los más estimables del autor, por el interesante y animado movimiento escénico, ya que no sea superior á otros por la fuerza natural de los tipos, por la intención moral ni por la viveza del diálogo.

También *Las castañeras picadas* fué uno de los sainetes más representados al promedio de nuestro siglo, en los buenos tiempos de Antonio Guzmán y Mariano Fernández, y las arriscadas castañeras, la *Temeraria* y la *Pintosilla*, hallaron vida, color y calor escénicos en los graciosos ademanes y en la dicción natural é intencionada de primeras actrices cómicas.

Desde que la *Pintosilla* canta en su puesto de castañas calientes aquello de

Al aire de mis fuelles
Y al de mi garbo,
El mayor edificio
Se viene abajo,

el primoroso cuadro de D. Ramón de la Cruz era en el escenario del Príncipe, en las escenas de la calle como en las del animado taller de la viuda carpintera, reincidente con *Gorito*, un continuo regocijo del público; lo que ha sido ahora en Lara, gracias á la habilísima ejecución de actrices como



MINDANAO.—UNA RANCHERÍA EN LAS INMEDIACIONES DE LA LAGUNA DE LA NAO.

(De fotografía remitida por D. Luis Roig de Lluis.)

la Valverde, la Rodríguez y la Pino, y de actores como Romea, Rubio y Larra, á quienes, como á la empresa y á la dirección artística, felicito aquí por su respeto á la tradición clásica y por su inclinación á estimular á nuestros buenos autores cómicos de hoy con el vivo recuerdo de las antiguas glorias de nuestro teatro.

*
* *

Y, á propósito del teatro de Lara, dícese en la prensa, como cosa segura, que el ingenioso autor de *Los asistentes*, D. Pablo Parellada, ilustrado comandante de ingenieros, ha decidido retirarse del servicio militar activo; y yo confío en que, ya que pierda con esa retirada el cuerpo de ingenieros que honró tantos años, gane con ella mucho el más reducido cuerpo de ingenios cómicos, en que tan lucidamente acaba de ingresar ante el público del teatro de Lara.

Recordemos con tal motivo á nuestro insigne Narciso Serra, que, antes de llegar á capitán, se retiró del servicio militar para servir más devotamente á la musa dramática.

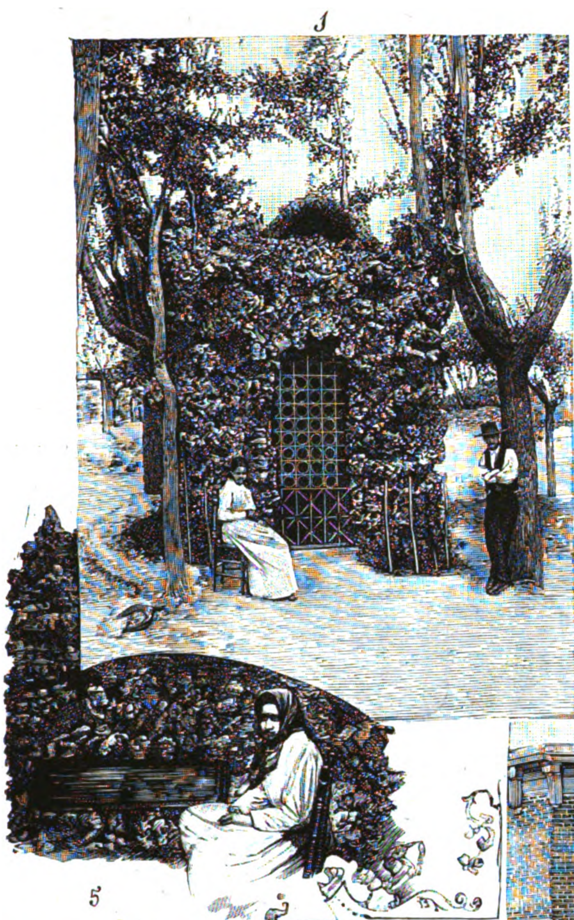
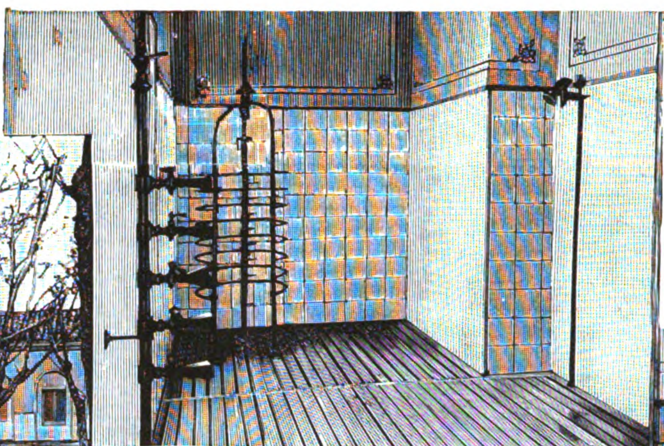
En *El amor y la Gaceta*, *A la puerta del cuartel*, *El querer y el rascar* y otras obras inolvidables y siempre frescas, aquel peregrino ingenio pintó maravillosamente y con gracia inimitable tipos y costumbres de la moderna milicia. Así ha empezado su camino Parellada: pintando con gracia en el teatro lo que ha observado en la vida más de cerca. Quizás los oficiales del ejército celebren pronto como propia la gloria literaria de este compañero de armas, como celebran y celebrarán siempre la de aquel famosísimo autor de *Don Tomás* y de *La calle de la Montera*.

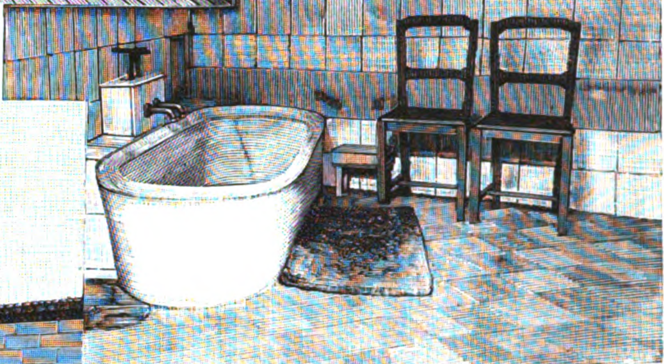
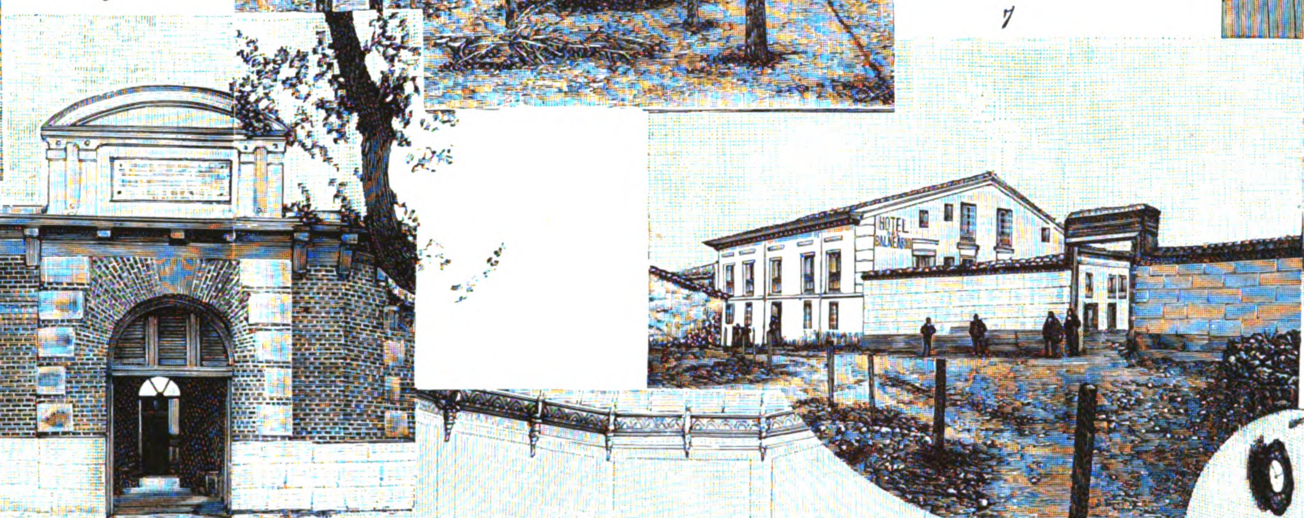
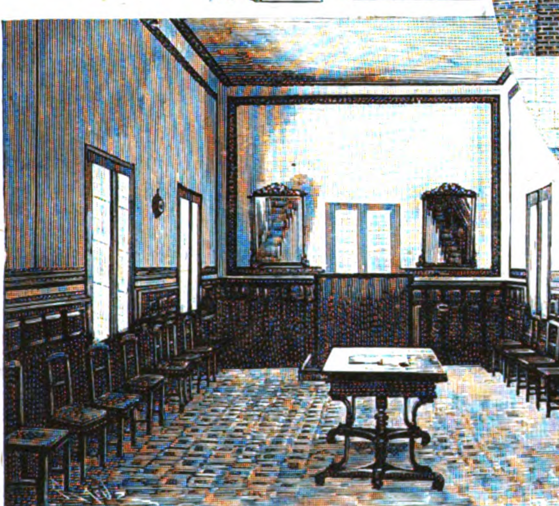
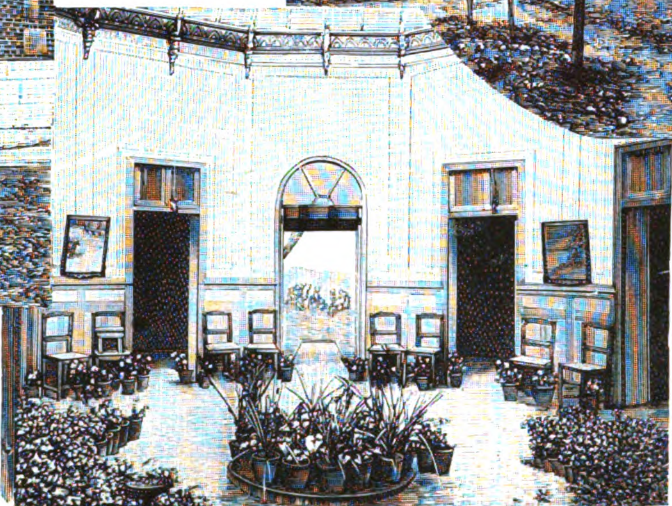
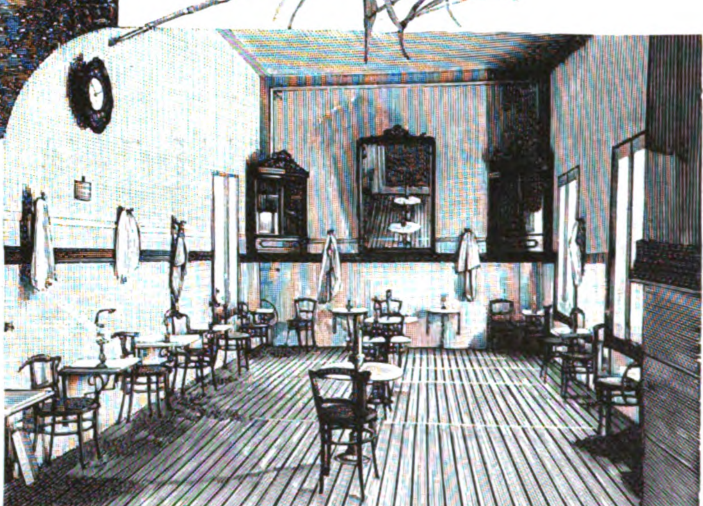
Al corregir las pruebas de este artículo, leo en



FRANCIA.—LA CATÁSTROFE DE BOUZEY.—VISTA PANORÁMICA DEL PANTANO Y DEL ESTABLECIMIENTO DE PISCICULTURA, ANTES DE LA RUPTURA DEL DIQUE.

BALNEARIO DE EL MOLAR, EN LA PROVINCIA DE MADRID.

1. Fuente del Toro. — 2. Vista general del balneario. — 3. Sala de duchas. — 4. Cuarto de baño. — 5. Manantial de las aguas medicinales. — 6. Entrada al balneario. — 7. Hotel. — 8. Sala de recreo
9. Rotonda ó salón de espera para el baño. — 10. Sala de inhalaciones y pulverizaciones.

(De fotografías de Compañy.)

El Heraldo la rectificación terminante del Sr. Parellada á la noticia de su retiro. Felicito al ingeniero, esperando nuevas obras del ingenio.

También se dice por ahí—y la noticia procede de un serio y acreditado periódico de Barcelona—que pronto será un hecho el matrimonio *verdad* de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, que tantas veces se casan *de mentirijillas* en el escenario.

Me parece muy bien ese proyecto de boda, si existe, y no he de ser yo el último á celebrar su realización, sobre todo si esas dos almas de artistas, al unirse por mutuo afecto, han de unirse estrecha y santamente en una aspiración suprema del amor al arte.

Juntos dama y galán en el hogar doméstico, y estimulándose y completándose artísticamente en el estudio bien *concertado*, mucho ganaría el escenario del Español, como ganó en otro tiempo el del Príncipe con la unión del gran director artístico Grimaldi y la soberana actriz Concepción Rodríguez, creadora de aquellas apasionadas mujeres de nuestro romanticismo dramático.

Si *lo dicho* resulta pronto *un hecho*, preparen el telar nuestros célebres dramaturgos y empiecen á trazar para la artística pareja figuras que hagan en ellos más estrecha la unión conyugal con el creciente entusiasmo por el arte.

Y, dicho aquí ya todo lo que *se dice*, quede para la próxima crónica-resumen todo lo que me resta que decir de los sucesos poco felices de la fenecida temporada.

EDUARDO BUSTILLO.

14 de Mayo 1895.

EL SANTO PATRÓN.

Carta, á quince del corriente,
Que por *correo exterior*
Dirige, privadamente,
San Isidro Labrador
Al Alcalde-Presidente.

«Mi querido Peñalver:
Saludarte es mi deseo,
Y perdóname *el tuteo*
Que se escapa sin querer.
Con repulgos no sé andar:
Mi franqueza al colmo llega,
Y soy un Ricardo Vega
En eso de *tutear*.
Yo los tratamientos su-
Primo, por ser pura forma.
¡La democracia es mi norma,
Y á Dios le llamo de tú!
Te escribo, no sin recelo,
Porque el servicio postal
Ya sabes tú que anda mal
Entre la tierra y el cielo.
No hay empleados bastantes
Por las azules esferas,
Y pierden *sacas* enteras
Los *ángeles-ambulantes*.
Mi carta á una nube di,
Que á diario baja y sube.
¡Quiera el cielo que la nube
No descargue sobre ti!
«Sobre un concejal caeré»,
Me dijo en tono formal.
Yo creo que el concejal,
Si no es tonto, te la dé.
Por igual medio he mandado
Carta á tus antecesores,
Y, en situaciones peores,
Al Alcalde se la han dado.
Sé que la recibirás,
Porque la vara te ampara.
¡Dios te conserve la vara
Y te bendiga además!
Tú mi imperio has ensanchado,
Y hoy paseo mi bandera
Desde la humilde Pradera
A los salones del Prado.
¿Yo en feria?..... Fuerza es, señor,
Que mi gratitud te exprese.
¿Cuándo se vió con *Kermesse*
Éste pobre labrador?
Por mí la gentil belleza
Dará puros superiores,
Y por mí venderá flores
La flor de nuestra grandeza.
Por mí rodará la plata
Y habrá limosnas benditas,
Y por mí las señoritas
Servirán *chicos* de horchata.
El cohete volador
Por mí silbará á su antojo,
Y podrá saltarle un ojo
A cualquier espectador.
Por mí habrá toros formales,
Y al despuntar la mañana,
Os tocarán la dïana
Las bandas municipales.
Señor Alcalde Mayor,
Mi querido Peñalver:
¿Cómo voy á agradecer
Tan señalado favor?
¡Pide á este santo bendito,
Que no faltará un querube
Que se monte en una nube
Y te lleve el encarguito!
Organiza en santa paz
Una feria en cualquier parte,
Y no tengas que ocuparte
De la crítica mordaz.
¡Si alguien destila veneno
Por la pluma ó por el pico,
No te achiques. ¡Choca, chico!
¡Choca, que has *estao muy güeno!*»

Por el Santo,

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Después de las victorias de Mindanao.— Un gran libro viejo sobre el archipiélago filipino: el *Estadismo* del Rvdo. P. Zuñiga, anotado por D. W. E. Retana: opinión de su autor acerca de Mindanao en 1803: los Gobernadores y la conquista.— *Versos:* colección de poesías de D. Manuel Pardo y Sarmiento.



os brillantes hechos de armas realizados por nuestras tropas en la isla de Mindanao, que han asegurado la fácil comunicación de la costa con los territorios que rodean á la laguna de Lanao, así como la sumisión, por ahora al menos, de los indígenas que pueblan aquella comarca, han hecho pensar de nuevo, y esta vez con más atención que nunca, en la necesidad de que nos preocupemos en España de asegurar por completo el dominio de aquella parte, nunca bien sometida, de las islas Filipinas, y que se empiece á pensar en su colonización y exploración. Aunque en los momentos actuales se halla la opinión pública hondamente afectada por la campaña que sostenemos en Cuba, por otras catástrofes recientes y por el revuelto é inseguro estado de la política, bueno sería que aquellos propósitos no se abandonaran, que concediéramos, sin decaimientos de ningún género, á las cuestiones coloniales del Archipiélago filipino toda la importancia que realmente tienen y que siempre deben tener para nosotros, y que procuráramos evitar que se repitiera el triste ejemplo de abandonar moral y materialmente esos cuidados, y de que desapareciera ese interés en cuanto hayan desaparecido el humo de los combates y los ecos de las aclamaciones con que allí y aquí se han celebrado las victorias de nuestra bandera.

A la incomparable y heroica labor de nuestros soldados debe seguir la tarea que compete á los hombres entendidos, estudiosos y prácticos que, por conocer cuanto á aquellas comarcas se refiere, merezcan ser consultados y oídos; y debe añadirse también la propaganda de cuantos conocimientos se refieran á ellas, y que se contienen en las obras que allí publicaron algunos eminentes varones, cuyos nombres y cuyos trabajos, dada la poca formalidad de gran parte de nuestros políticos y la gran falta de instrucción de las masas activas de nuestro pueblo, yacen poco menos que olvidados. Como obra de mucha doctrina útil y de formales empeños, de gran oportunidad hoy para sostener esa propaganda y difundir esos conocimientos, pocas conozco yo que puedan compararse con una que recientemente se ha exhumado y puesto á la disposición del público culto, y que es la que, con el título de *Estadismo de las Islas Filipinas (Mis viajes por este país)*, publicó en 1803 el reverendo Padre agustino Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga, cura de los pueblos de Hanogoy, Calumpit y Parañaque, autor de la *Historia de las Islas Filipinas* y de la *Historia* y *Novena de la Virgen del Buen Suceso* y traductor y comentador de los *Viajes de M. Le Gentil* á aquellas islas. Rarísimo será el poder encontrar un ejemplar del libro del docto agustino navarro, y por lo mismo, tratándose de obra de tanta valía como ésta, era una empresa por todo extremo patriótica el reproducirla. Era preciso para ello que si el libro parecía, cayera en manos de persona que pudiera concienzudamente apreciar su valor; que sacara de sus enseñanzas todo el partido posible para que el público la utilizara en sazón y con método, y, en fin, que se decidiera á acometer la tarea de editarla corriendo todos los riesgos que aquí acompañan á la publicación de libros serios. Y felizmente todas esas necesarias condiciones concurrieron, y la obra apareció á fines de 1893, editada con exquisito gusto y con materiales aportados exprofesamente para ella. Se debió tan singular favor á la clara inteligencia y firme voluntad de uno de los jóvenes más entendidos y de más valía que hay en nuestra sociedad culta, al estudioso publicista D. W. E. Retana, conocedor como pocos de cuantas cuestiones atañen á las Filipinas y poseedor de la biblioteca más completa que existe acerca de aquel archipiélago. De su pluma han salido el estudio etnográfico *El Indio batangueño;* la sátira de costumbres filipinas *Transformismo;* los folletos políticos *Frailes y clérigos; Apuntes para la Historia; Sinapismos; Reformas y otros excesos* y las obras denominadas *Cosas de allá; Avisos y profecías;* el gran trabajo primero y único en su género que se conoce, *El periodismo filipino;* el *Catálogo de su biblioteca; Supersticiones de los indios filipinos (Un libro de aniterías); Bibliografía de Mindanao* y *El precursor de la política redentorista*. El lector comprenderá que no se necesita más hoja de méritos y servicios que esta relación, para demostrar lo que el Sr. Retana vale como especialista serio y competente en tales estudios. Y cuantos leen lo que en nuestra patria se publica respecto á trabajos útiles y especiales, conocen asimismo la revista quincenal, defensora de los intereses españoles en las Colonias del Extremo Oriente, titulada *La política de España en Filipinas*, y en ella verán que el Sr. Retana no se detiene ni desmaya en su dura labor, y que sin cesar trabaja al lado de los otros dos animosos redactores de esa publicación, los Sres. D. José Feced y D. Pablo Feced, el popular *Quioquiap*. Pareció el códice viejo del Padre Zúñiga, cayó en manos de hombre como el Sr. Retana, y éste se enamoró de la obra del fraile insigne, y la estudió y la anotó y comentó, ampliándola con doce apéndices curiosísimos que por sí solos pueden formar un gran volumen, y que no solamente se refieren á las noticias contenidas en el texto, sino que tratan de la bibliografía, lugares geográficos, reinos animal, vegetal y mineral, población, origen de los indios, del archipiélago, de la raza única, vocabulario etnológico, miscelánea general é índice biográfico de personas. Cuánta gratitud y consideración merece el Sr. Retana por haber hecho este verdadero obsequio á la ciencia colonial española contemporánea, no hay para qué decirlo; y así lo han estimado y repetido muchas de las personas más respetadas por su saber que hay entre nosotros.

°°°

Mindanao está en moda, y su nombre se repite con orgullo legítimo en nuestra pobre patria, por tantas desventuras combatida y apenada. Pues de Mindanao dice cosas muy sabrosas, relativas á su tiempo y dignas de no ser olvidadas en el presente, el P. Zúñiga en su libro del *Estadismo*. Para completar las dos partes de su trabajo, el autor lo amplió con un *suplemento*, en el que se ocupa minuciosamente de la descripción del arzobispado de Manila y de los obispados, provincias y gobiernos que comprende, y entre estos últimos, del de Zamboanga, cuya población de este nombre era la principal de Mindanao entonces. Después de exponer sus límites y su historia y la descripción de aquella fortaleza-presidio, dice el Rvdo. Padre lo siguiente, que no puedo resistir á la tentación de dárselo á conocer al lector: «Esta colonia sólo tiene 5.162 almas entre indios, españoles, soldados y presidiarios, y no hay esperanza de que crezca mucho. El Rey (el de España) gasta anualmente 25.000 pesos. Un pueblo que tiene buenas tierras y un situado de 25.000 pesos en plata, debía ser en poco tiempo rico y numeroso; pero este situado no entra en manos de este pueblo. A excepción de algunos animales que crían en sus casas estos colonos y el poco arroz que se coge en sus sementeras, toda la subsistencia viene de fuera, y quien la introduce es el gobernador. Él no tiene el derecho exclusivo; pero arma tantos lazos á los que quieren comerciar, que ninguno se atreve á ello; y como el gobernador es el solo comerciante que hay, vende los efectos al precio que quiere, y en tres años se hace rico. Esta plaza se da á un militar, y el día que lo nombra el gobernador de Manila, se considera ya con 25 ó 30.000 pesos, que es preciso que saque de su gobierno. Si los caudales que han sacado los gobernadores de Zamboanga hubieran quedado en esta colonia, podía ya subsistir por sí misma y contribuir con lo suficiente para su defensa. Jamás llegará á ponerse en este estado; y así, lo que se debía hacer era abandonar esta colonia, que hace unos gastos enormes y sirve de poca utilidad. Pero el mejor proyecto era conservarla, no para el efecto para que se fundó, sino para conquistar todo Mindanao y las demás morismas. Esta empresa parecerá muy costosa; pero también se debe advertir que en los castillos que mantiene la España contra estos piratas gasta más de 50.000 pesos anuales, y otro tanto en vintas y armadillas, que hacen más de 100.000 pesos anuales que se ahorraría de gastar la Corona.

»La empresa no es tan ardua como parece, aunque la tengo por más costosa de dinero que lo que piensan muchos. Para hablar de ella con algún discernimiento, es preciso conocer las gentes que se deben conquistar y el terreno donde habitan.» Se ocupa después de los cinco reinos, principados ó naciones de los moros de Mindanao, cuya concreta descripción hace, y añade: «Yo he leído por menor todos los esfuerzos que han hecho los españoles contra los moros, y he visto que, excepto algunos (gobernadores de Manila) que se han sacrificado por el Rey, los demás sólo han pensado en comerciar, en evitar los riesgos de perder la vida y en culpar á sus compañeros. Fiados en los empeños que cada uno creía tener en Manila, cuidaban poco de que saliese bien ó mal la expedición (á Mindanao), porque les parecía que siempre quedarían bien; se embrollaban de tal modo los sucesos, que no se podía castigar á nadie, sino á algún tonto, y si en alguna ocasión se descubrió la verdad y se hizo algún castigo justo, fué después que no había remedio.

»Si consideramos lo que son los hombres, sucederá siempre lo mismo; por el contrario, un general que venga encargado de esta conquista se establecerá en el río Bubayén, como Legazpi se estableció en Manila; de aquí acudirá á todas partes, verá los modos de proceder de sus soldados, todos desearán darle gusto, porque de él dependen sus ascensos é intereses, y la conquista se conseguirá como se consiguió la de las otras islas. Será, es cierto, más difícil el domar á los moros que lo fué el domar á los otros indios; pero también debemos de considerar que son muchos menos y que ocupan un territorio muy corto en comparación de todas las islas del Archipiélago filipino. Interin no estén enteramente sujetos los moros, debe este Gobierno permitir algún comercio con Acapulco para fomentar esta nueva colonia. Para hacer esta conquista serían necesarios muchos gastos, pero se ahorraban los 100.000 pesos anuales que se irrogan contra estos enemigos, los innumerables fuertecillos que hay en las playas de que cuidan sus respectivos pueblos, el tributo que no pagan sus castellanos y el tributo que pagarían infinitas gentes que se hacen cautivos por los moros y los hijos de éstos que nacerían y aumentarían la población.»

Así se expresaba el agustino á principios del siglo actual, y ha sido necesario, por nuestro estado crítico durante tantos años, que llegue el fin del mismo para que un caudillo, el bravo general Blanco, emprenda de veras y con éxito la obra de la dominación. Como estas manifestaciones acerca de Mindanao, contiene muchas la obra del P. Zúñiga, que, como dice el Sr. Retana, «no es una *topografía* más ó menos pintoresca, sino una considerable suma de noticias, observaciones y consejos que hacen del *Estadismo* obra única en la *Biblioteca Filipina*. La historia del comercio es por

demás curiosa; notables las reflexiones acerca de la agricultura y de su porvenir; exactísimos los retratos morales de indios, mestizos, chinos y españoles concusionarios, y sobresalientes los varapalos á los vicios de la Administración y las denuncias de sus funcionarios». Prueba del relevante mérito de este escritor agustino durante tanto tiempo no conocido en España, es el que los ingleses, que saben apropiarse todo lo bueno que encuentran en cualquier parte, aprovecharon su *Historia de las Islas Filipinas*, traduciéndola en 1814 y haciendo popular en el Reino Unido aquella importante obra, que dedicó á su gran amigo mi ilustre paisano el sabio y valiente general de Marina D. Ignacio María de Álava, sucesor de Churruca en Trafalgar, y á quien se debió la base de la publicación del *Estadismo*, porque el General invitó al P. Zúñiga á que le acompañase y guiase en sus viajes por aquellas provincias é islas, y de cuyo esforzado campeón tan gloriosos recuerdos guarda la ciudad de Vitoria.

°°°

Con estos hermosos días de Mayo han coincidido el primer aniversario de la muerte de un poeta tan modesto como inspirado, y la aparición del breve, elegantísimo volumen que contiene algunas de sus composiciones, y que se intitula sencillamenta *Versos*, del cual se ha hecho una tirada de solos ciento cincuenta ejemplares, que se han repartido como pan bendito, como un sagrado y amoroso recuerdo, entre los que le quisieron y no le olvidan. Refiérome á la memoria y poesías de D. Manuel Pardo y Sarmiento, malogrado joven, modelo de muchas y muy envidiables virtudes, que no suelen ser, por desgracia, patrimonio muy corriente de nuestra gente moza, y que fué siempre, en su breve existencia, hasta los veintiún años, más que amante hijo, como lo era, del sabio y respetado profesor de la Escuela especial de Ingenieros de Caminos, el Ilmo. Sr. D. Manuel Pardo y Sánchez Salvador, su amigo íntimo y su compañero inseparable. Terminada brillantemente la carrera de Derecho, y sin abandonar la ampliación de los estudios de ella, se dedicó á sus entusiastas aficiones, á la lectura de nuestros genios y vates más insignes y al cultivo de la poesía. Inspiráronle siempre el recuerdo de su madre; los grandes espectáculos de la naturaleza; la fe, que en su corazón era honda é inquebrantable; las primeras canciones del amor; las bellezas de las ciudades, del campo y del mar de Andalucía; la amistad, y las pesadumbres de la muerte, que, como si hubiese presentido en su febril fantasía que se acercaban, vibran en muchos de los versos que dejó escritos. Toda su obra resulta elaborada con exquisita delicadeza. *Una visión extática* se titula la que dedica á «San Juan de la Cruz en la hora de su muerte», y en ella, por ejemplo, se leen estrofas tan bellas como éstas:

. . . .

Vibró en los aires con acento tierno
Su voz halagadora y argentina,
Y notas parecieron sus palabras
De cadenciosa lira desprendidas.
«Me envía el cielo, prorrumpió el arcangel,
Para anunciarte la soñada dicha:
Poco tiempo te resta de existencia:
Breves horas no más tienes de vida.
»Vendrás por fin á la mansión celeste
A gozar del placer y la alegría,
A disfrutar por siempre las venturas
De la sublime eternidad bendita.
»Recogerás el fruto de tus penas
Y el galardón que tanto apetecías,
Ya que sembraste de virtud hermosa
Los inmensos desiertos de la vida.
»Despierta, Juan, despierta de tu sueño
Y saluda después al nuevo día,
Que cuando el sol disipe las tinieblas
Es que á darte vendrá la despedida.»

. . . .

Refléjanse con vivo esplendor y colorido las inspiraciones y anhelos del poeta en sus sentidos versos titulados: *¡Madre mía!*, *El canto del cisne*, *¡Sevilla!*, *Mis lágrimas*, *Veleidades*, *Iris de Amor*, *Eva*, *La montaña de la duda*, y *Mar*, y lo mismo en otras composiciones más ligeras, como las que titula *Retazos*, y entre las cuales encontramos algunas tan ingeniosas como las siguientes:

Yo lloraba, tu reías:
Este es el contraste eterno:
Muchas sombras en la tierra
Y mucha luz en el cielo.

Marinero que surcas
En tu barquilla
Los procelosos mares
Con alegría,
Yo no te envidio,
Que el mar de unas pupilas
Es todo mío.

El cariño y el desprecio
Siempre se encuentran unidos,
Porque ambos son los peldaños
De la escala del olvido.

Inmensa pesadumbre cayó sobre el corazón de su padre, el docto ingeniero, maestro de muchos jóvenes brillantes, cuando vió morir en sus brazos á aquel hijo que tanto le honraba y le enorgullecía. ¿Qué corona más hermosa, fragante é inmarcesible podía dedicar á su memoria que la que formaran las poesías inéditas de aquel espíritu amante, tantas veces leídas en el seno del cariñoso hogar? Así lo pensó muy discreta y acertadamente el Sr. Pardo; y poniendo manos á la obra, mientras las lágrimas empañaban sus ojos y pasaban por su corazón las ráfagas de consuelo que la lectura de los trabajos del hijo le producían, ordenó la colección, editándola con el esmero y buen gusto con que se adornan los recuerdos queridos, joyas las más preciadas de la vida, y distribuyó los ejemplares entre las personas que, como dice muy bien, los conservarán con verdadero cariño, «con el que merecen las simpatías que supo granjearse el autor en su breve paso por el mundo».

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Nada. Comedia en un acto y en verso, original de Adelaida Muñiz y Más.

Hemos recibido dos ejemplares, que agradecemos, de esta obra teatral, representada con éxito en el teatro Moderno el 30 de Marzo del corriente año. Véndese al precio de una peseta en las principales librerías de España y del extranjero. Tambien se pueden hacer pedidos al editor Sr. Fiscowich, Pez, 40, y Pozas, 2, segundo.

Retratos de antaño, por el Rvdo. P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesús. Publícalos la Duquesa de Vistahermosa, Condesa viuda de Guaqui.

Muchas veces hemos interrumpido la lectura de esta larga obra (más de 600 páginas), pero nunca de hastío, sino para dar mentalmente las gracias á la Sra. Duquesa de Vistahermosa por el gran favor que ha hecho á las letras españolas publicando los *Retratos de antaño*, y para pedir á Dios que el ejemplo cunda y que las casas nobles, cuyos archivos están preñados de documentos importantísimos, los vayan dando á luz, con lo que mucho tendremos adelantado en el camino de escribir la historia de España, tan obscurecida hoy por tantas fábulas, que más es novela que historia.

En el libro del P. Coloma hemos aprendido las causas de que, á fines del pasado siglo y comienzos de éste, se viese en nuestra patria lo que nunca se había visto, es á saber: una reina deshonesta, damas que la imitasen y gente que se alababa de no tener más religión que cierta filosofía insustancial, presumida y egoísta, profesada á ciegas y como si fuese la última palabra de la ciencia. Esta pestilencia vino de París con el *Pacto de familia*, y como tantas otras cosas que la funesta manía copista de los nobles españoles de entonces nos metió en las venas. La corte de Carlos IV no fué más que una copia de la de Luis XV, porque llegó á ser de buen tono hasta la corrupción francesa.

La figura del Marqués de Mora y de otros semejantes personajes de su tiempo está en *Retratos de antaño* tan bien reproducida, que se siente salir de ella una luz vivísima que ilumina toda aquella sociedad viciosa y vacía. Del famoso filósofo D'Alembert, así como de Mlle. Lespinasse, Condorcet, Mme. Geoffrin y otras, se descubren flaquezas vergonzosas, que son de mucha enseñanza para los estudiosos. Sobre todas estas antipáticas figuras se destacan las muy simpáticas del Duque y la Duquesa de Vistahermosa, representantes de la buena tradición española.

Retratos de antaño se publica con gran lujo, y, por desgracia, no se vende.



D. JUAN LEÓN MERA,

DISTINGUIDO LITERATO ECUATORIANO.

Muerto recientemente en Ambato (Ecuador).

Monografía de la Rioja. Nuestra Señora de Valvanera, con la imagen titular de fototipia y algunos fotograbados, por D. Carlos Albors y Albors.

Contiene esta obra una primera parte, en la que el autor traza á grandes rasgos, pero con mucha erudición, la historia de la Rioja, desde los obscuros tiempos que precedieron á la conquista romana, cuya primera parte acaba con una interesante disertación sobre el origen de la voz Valvanera, nombre del famoso monasterio riojano. Sigue la historia de éste, con gran elocuencia escrita.

La tercera parte de la memoria titúlase: *Antecedentes para formar una memoria histórica y descriptiva del santuario é imagen de Nuestra Señora de Valvanera, en la Rioja.* Es muy interesante, conociéndose la diligencia que el autor ha puesto en reunir los muchos datos que contiene.

Termina con una noticia detallada de la última peregrinación á Valvanera y de la propagación del culto de la Virgen. Publícase con licencia de la autoridad eclesiástica. Contiene algunas fototipias, y cuesta 3 pesetas. Véndese en Valencia, librería de los Sucesores de Badal, destinándose el producto á la restauración de un templo erigido á la Santísima Virgen.

Os calaicos, poema en cuatro cantos, de Florencio Vahamonde.

El autor canta en buenos versos gallegos las glorias de su patria, siguiendo de cerca las huellas del gran Camoens. Muéstrase buen poeta, viéndose desde el principio que escribe sintiendo el asunto.

Véndese en la imprenta y librería de Carré, Real, 30, Coruña.

G. R.

MADRID.— Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. XIX.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Mayo de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1895, EN MADRID.



RETRATO DE NIÑA.

BUSTO EN BRONCE.—(NÚM. 1.273 DEL «CATÁLOGO».)

POR MARIANO BENLLIURE.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

La apertura oficial de la Exposición de Bellas Artes ha sido una de esas ceremonias calcadas en los precedentes, y que no ofrecen interés para los curiosos: lo nuevo, bueno ó malo, en aquella fiesta, no era el acto en sí, ni el excesivo número de los convidados, sino las obras, que no podían examinarse por impedirlo la mucha concurrencia. Y como este estudio exige conocimientos especiales, que no poseemos, pues una cosa es tener gustos y criterio propios, y otra ser maestros capaces de juzgar técnicamente las facultades que concurren á la Exposición, nos guardaremos muy bien de hacerlo: quédese para los peritos en ellas.

A otra ceremonia interesante hemos asistido en estos días: á la primera adjudicación por la Academia de la Historia de los premios á la virtud y al talento, instituídos por el famoso publicista D. Fermín Caballero. La Academia había engalanado con vistosas macetas su ingreso y escalera: el estrado se hallaba más concurrido que de costumbre, presidiéndole su director, el Sr. Cánovas del Castillo, que concedió la palabra al secretario D. Pedro Madrazo para leer una Memoria relativa al acto, que fué tan oportuna y discreta como bien leída, y en la cual explicaba las condiciones de los premios y el criterio y trabajos de la comisión para adjudicarlos. Acaso lo hubiera obtenido un sacerdote, de vida tan ejemplar y virtudes que se pueden calificar de heroicas, á no impedirlo la letra del Reglamento; pero se adjudicó, con gran aplauso de la concurrencia, á un artesano, de oficio pintor, que con peligro de su vida salvó la de una criatura de año y medio que se había caído á un pozo de diez y ocho metros de profundidad, en condiciones tales, que no se atrevían á descender los albañiles: y el premio del talento le obtuvo D. Joaquín Costa, autor de una obra titulada *Estudios ibéricos*. Cuando el que salvó la criatura llegó al estrado para recibir la recompensa, fué acogido por un aplauso unánime: Manuel González Bartolomé, con su modesta blusa y su aspecto simpático y el prestigio de su buena acción, hacía buena figura entre aquellos académicos vestidos de etiqueta y decorados con bandas y medallas. El espectáculo se salía de lo acostumbrado en aquella sala, donde se rinde culto á la ciencia, pero rara vez á las emociones del corazón; y aquello conmovía.

Continuando la sesión, el académico D. Cesáreo Fernández Duro leyó un discurso destinado á conmemorar dos soldados de los buenos tiempos de España, Hernán Tello de Portocarrero y Manuel Vega Cabeza de Vaca, ambos paisanos y amigos, ambos valientes y honrados, y más conocido y ensalzado el primero, por una de esas ocasiones que rara vez se registran en la milicia, como fué la toma de Amiens en 1597 por sorpresa, siendo aquella ciudad plaza de armas de Enrique IV, y sobre todo la heroica defensa que hizo contra el poder del Rey de Francia, sucumbiendo gloriosamente en aquel sitio.

El trabajo del Sr. Fernández Duro pertenece á la escuela patriótica que intenta salvar del olvido los hechos gloriosos de nuestros antepasados, que se han ido borrando por el afán de adquirir toda clase de conocimientos en libros franceses, tan plagados de errores en cuanto nos concierne. Que es una acción meritoria, lo dirá la sencilla consideración de que los nombres de Hernán Tello Portocarrero y Manuel Vega Cabeza de Vaca no suenan en los oídos españoles, habiendo sido famosos hace tres siglos en época en que se necesitaban para hacer ruido acciones muy notables. Por singular ventura, libros extranjeros atestiguan esta vez el valor y la hazaña novelesca de Tello Portocarrero y sus escasos soldados apoderándose de Amiens, capital de la Picardía y tan próxima á París, y plaza de armas de un caudillo tan ilustre como Enrique IV, y sosteniéndola seis meses contra un ejército de treinta mil hombres mandados por el mismo Rey, haciendo salidas épicas, sofocando conspiraciones del numeroso vecindario de la plaza, y sucumbiendo gloriosamente el gobernador Portocarrero de un balazo, sobre la muralla. La poesía de aquel tiempo celebró aquella hazaña; los escritores franceses la atribuyeron al amor; Bances Candamo la llevó más tarde al teatro, en la comedia *Por su Rey y por su dama*. Los españoles, al capitular, estipularon ante todo que se respetase su sepulcro y pudieran ser extraídas por ellos las cenizas del héroe (1). Admiráronse los franceses al contemplar la armadura del pequeño cuerpo del guerrero, que tenía la estatura de un niño: las crónicas francesas refieren el desfile ante el ejército de Enrique IV de los rendidos de Amiens, con todos los honores de la guerra, bala en boca, mecha encendida, tambor batiente: el soberbio botín de la ciudad saqueada, y una legión de francesas que se había pasado á los españoles; y el Sr. Fernández Duro todo lo compendia, anima y presenta comprobado en un cuadro lleno de interés.

(1) España no las ha reclamado todavía, como tampoco las de Hernán Cortés, Pizarro, Marqués de Pescara, y tantos otros soldados ilustres. En Atocha se está construyendo un panteón que debería ser para héroes y capitanes ilustres. El Ministro de la Guerra que organizara ese panteón militar, contribuiría á levantar el espíritu del ejército.

El general D. Romualdo Nogués, no sólo es numismático y anticuario y escritor notable; es ante todo muy aragonés: natural de Borja, reune cuantos datos halla acerca de sus paisanos ilustres, y á su amistad debemos haber podido examinar los datos que ha sacado de un manuscrito de 1602, es decir, de cinco años después de la toma y rendición de Amiens: es la historia de los capitanes Francisco y Juan del Arco, escrita por un hermano suyo, el P. Jesuíta Marco Aurelio, todos naturales de Borja. Francisco del Arco había militado en Flandes bajo las órdenes de Alejandro Farnesio, y por último le había hecho su sargento el capitán Hernán Tello de Portocarrero, de quien era muy protegido: la versión—debemos reconocer que interesada—del hermano de Francisco, atribuye á éste toda la gloria de la sorpresa de Amiens, desde la iniciativa de la idea hasta su completa realización. Descartando las exageraciones familiares, de que no se puede culpar á Francisco del Arco, que había muerto en 1601 en la batalla de Neoporte, parece indudable que el sargento aragonés fué ejecutor principal de la sorpresa de la plaza. Y son curiosos los pormenores que da el citado manuscrito, que merecería ser impreso con algunos comentarios. Según el P. Jesuíta, Francisco del Arco, que poseía el francés, y, por ser blanco y rubio, podía, disfrazado, pasar por hijo del país, entró en la plaza cuatro ó cinco veces en traje de aldeano picardo con un saco de nueces, y fingiendo venderlas reconoció perfectamente las puertas, rastrillos y cuerpo de guardia en que había de dar el golpe; pasó á Bruselas á exponer su proyecto al archiduque Alberto, que le dió una orden para sacar y elegir soldados de varias plazas; y el día de la sorpresa, como tardasen en abrir la puerta, se sentó con su saco de nueces á comer el pan negro con manteca, de que se alimentaban los del país, invitando al centinela; abrieron al fin, y se puso á calentar en el fuego con los soldados, esperando que llegase el carro de heno con que interceptaron la puerta para impedir que bajasen los rastrillos: al ver á los suyos cerca, dió la señal de la matanza, apoderándose de una alabarda, y trepó para herir al soldado que trataba de echar el rastrillo. Sin esperar al reparto del saco de la ciudad, dejando de gobernador á Hernán Tello, marchó á Bruselas á dar parte de la conquista, y fué ascendido por el Archiduque de sargento á capitán, cosa rara entonces. Quísole además dar una ayuda de costa, ofreciéndole doscientos ducados y asegurándole que no quedaban otros tantos en el Tesoro: Francisco del Arco no aceptó, y le ofrecieron otras mercedes, que no llegaron nunca. Al regresar á Amiens, los soldados le hicieron un gran recibimiento, llamándole el capitán de las nueces, y se imprimieron varios romances refiriendo su proeza. Muerto el gobernador Portocarrero, le da como el sucesor en el gobierno de la plaza, y en el desfile de la capitulación dice fué llamado por Enrique IV, que le ciñó al cuello una cadena de oro, la cual aceptó, pero regalándole al Rey el hermoso caballo que montaba. Enrique IV le dijo que debía poner las nueces en su escudo de armas; y más adelante, cuando Francisco del Arco fué á París, hecha la paz, á acompañar á los rehenes, el Rey le reconoció y obsequió, y en un banquete le dirigió con preferencia la palabra, recordándole circunstancias del sitio. Claro es que en todos estos detalles se traslucen las pretensiones nobiliarias de la familia; pero descartándolas y aceptando lo verosímil, y con lo que se sabe por las historias, no hay duda que merece conocerse y estudiarse ese manuscrito Hay otro concepto que le recomienda á los curiosos: Francisco del Arco casó en Flandes con D.ª Juliana Romero, hija del famoso capitán Julián Romero, que, aunque moza, era viuda ya de tres maridos. Y como la fundadora de las Trinitarias descalzas de Madrid fué D.ª Francisca, y algunos la llaman D.ª Juana Romero, hija del citado capitán, claro es que se trata de una hermana de esta señora, tan citada por el Marqués de Molins en *La sepultura de Cervantes*.

°°°

La situación anómala del Gobierno ha producido un fenómeno parlamentario digno de registrarse: se presenta contra él un voto de censura por las elecciones de Madrid, que han disgustado á la mayoría: el Sr. Sagasta combate las elecciones y al Gobierno que las dirigió; después le ayuda á evitar el voto de censura, que es desechado. La mayoría se hace la oposición á sí propia, y el Sr. Sagasta imita al confesor, que reconoce las culpas del pecador, y en seguida le absuelve.

¿Le habrá impuesto penitencia?

°°°

—Muchacho, ¿qué tal día hace?—preguntamos al que nos traía un recado.

—Llueve y hace frío.

—¿En 21 de Mayo? Aunque ya lo presumía. Las ferias con sus puestos de libros han engañado al tiempo, que se ha creído en el otoño. Pues perdono las carreras de caballos, que es el festejo del día. Bien es cierto que ¿quién puede seguir y describir tantas cosas menudas como se han ideado para divertir á los forasteros? Ayer festival del Comercio en los Jardines del Retiro, con carreras de bicicletas, y patines, y toros en la Plaza. Y aun se quejan de que hay poco..... y falta lo principal.

—Nunca sobran las fiestas.

—¿Qué dices, rapacíño? Pero hablas como quien eres: lo que atrae á los forasteros, divierte á los muchachos y pone en movimiento el dinero dentro de la villa, nos perturba á las personas poco amigas del ruido. Esta es la vida, y nos toca hacer el sacrificio: en estas fiestas nos hacemos cargo de la intención, y aun disculpamos los defectos que otros notan, teniendo en cuenta que han sido interrumpidas por un cambio de autoridades que ha trastornado todo. Aquí se critica con exceso al que procura hacer algo, teniendo cuenta antes de atarle las manos para impedir que maniobre. Por ejemplo: la traslación de la Cibeles era objeto de burlas, y ha resultado con la innovación más decorativa. Pero ¿qué entiendes de estas cosas?

—Sí, señor, que entiendo: estoy estudiando la Mitología, y sé quién fué la diosa Cibeles, y Apolo y Neptuno, los dioses de las otras dos fuentes. Y dicen que van á variar á Neptuno, aquel que aplacó los vientos desencadenados por Eolo contra la escuadra de Eneas, diciéndoles, después de un sermoncito:

Quos ego..... sed motos præstat componere fluctus.

—Basta, joven estudiante. Has crecido ante mis ojos siete palmos con esa cita de Virgilio, que será acaso la última lección que diste en el aula. Si supieras lo que viste una cita de los clásicos, eso que dices aquí sin auditorio, derramando ciencia y erudición en la obscuridad, lo hubieras escrito en letras de molde para aturdir á la humanidad que no conoce algún trocito de la *Eneida*. Basta de fiestas y verbenas: me basta contemplarte: la sabiduría rebosa por tus ojos infantiles.

°°°

Un dependiente queda herido por salvar la vida á un semejante; se le recompensa con una cruz.

El amo del héroe le despide por faltar un día ó dos al trabajo.

Si el uno merece una cruz de Beneficencia, ¿qué merecería el otro?

Que hubiese un distintivo obligatorio para los que cometen acciones vergonzosas.

Verbigracia: obligar á sus sastres á ponerles un rabo en las chaquetas, cazadoras, levitas ó gabanes.

—Adiós, Saturno.

—¿Por qué me llamas eso?

—Por esos tres anillos tan magníficos que luces; tienes los mismos que el planeta.

—¿Cuánto dura un frac?

—Según te le pongas.

—No le uso nunca.

—Entonces te sobrevivirá.

—¿Y usándole poco?

—Una temporada.

—¿Cuánto dura un amigo?

—Lo mismo que los fraques.

Sorprenden á Gedeón tiñéndose las canas, y se disculpa diciendo:

—Es que tengo una cita amorosa.

—¡Desgraciado! te se conoce que te has teñido.

—Tú, que lo ves; pero ella no; nos hablamos á obscuras.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Exposición Nacional de Bellas Artes de 1895, en Madrid: *Retrato de niña*, por Benlliure.—París: *Salon* de los Campos Elíseos de 1895. *Entre rosas*, cuadro de Lionel Royer.

Benlliure ha presentado en la presente Exposición una estatua sedente del insigne Trueba y dos retratos de niños, y con cada una de estas obras ha logrado un triunfo completo. En la primera página de este número reproducimos uno de dichos retratos, obra verdaderamente magistral. La corrección y hermosura de las facciones de aquella niña, y más que nada la vida y expresión que hay en ellas, sorprenden y cautivan. Este retrato ha sido fundido á la cera por los Sres. Masriera, de Barcelona.

De las dos figuras del cuadro de Royer que publicamos en la pág. 316, la más interesante sin duda es la niña que con tanto garbo aparece en primer término llenando de rosas el delantal. Podrán ser las rosas para ella, ó quizás para la dueña de la posesión; pero goza llevándolas, aspirando su aroma y paseando entre los rosales. La belleza de la escena es completa imaginándola ocurrida en las primeras horas de la mañana, cuando fresca aún la tierra y no demasiado calurosos todavía los rayos solares, llegan á su apogeo la grandeza y hermosura de la naturaleza: horas que no se cuentan para los desgraciados habitantes de las ciudades, que las emplean en el sueño, imagen de la muerte.

Por las suaves ideas que despierta, es este cuadro particularmente agradable, habiendo merecido grandes elogios de los críticos parisienses su acabada factura.

°°°

MADRID.

Fiesta de la Caridad para socorrer á las familias de los náufragos del *Reina Regente*.

No han quedado las muestras del dolor de la nación por la pérdida del *Reina Regente* en lamentaciones y en preces al Señor pidiéndole el eterno descanso de los infelices náufragos, sino que, comprendiendo las buenas almas la necesidad de atender al desamparo en que quedaban las no menos infelices familias de muchos de los muertos, han abierto suscripciones y organizado fiestas con cuyo producto atender á tanto necesitado, ayudando al Gobierno.

La principal de estas fiestas caritativas ha sido la del Retiro de Madrid, inaugurada el 14 de Mayo y dirigida por

damas de las más ilustres y principales de la aristocracia.

El Campo Grande del Retiro, lugar de la *Kermesse* (así llaman ahora á estas funciones de caridad), sobre ser hermoso, estaba hermosísimamente engalanado con tanta tienda puesta para la venta de mil diversas cosas, y cuyo producto se destinaba á los parientes de los náufragos.

Sobresalía entre todas la de SS. MM. y AA., cubierta de las más diversas y vistosas flores. También llamaron mucho la atención la tienda de campaña en que trataron Muley-el-Abbas y el general O'Dónnell de los preliminares de la paz de 1860, en cuya tienda se tiró un número del periódico *Los Náufragos;* el horno de campaña de la Administración Militar, donde empleados del cuerpo hicieron infinidad de bollos, de que sacaron buen producto; la tienda donde estaba el modelo del *Reina Regente*, artísticamente adornada con atributos marítimos; la de la Cruz Roja, en que había puestas diez camas y un completo botiquín; y otras muchas de larga y difícil descripción.

Había también infinitos puestos donde se vendían refrescos, cigarros, pasteles y otros géneros, todos buenos, sin duda, pero á precios bastante subidos, conforme convenía al objeto de la venta.

El 15 fué la lotería, rifa ó *tómbola* (también palabra nueva que sin saber por qué ni para qué se nos entró en casa hace tiempo), acudiendo á ella muchísima gente. Esta rifa había sido organizada por una comisión que presidió el Sr. Marqués de Mendigorría.

Los objetos que habían de rifarse eran 2.000, algunos de mucho precio, regalados por SS. MM. y AA. y por personas ilustres de la aristocracia, banqueros, comerciantes é industriales, movidos todos del mismo caritativo sentimiento. Las vendedoras eran señoritas de familias aristocráticas y de las más distinguidas del comercio y de la industria madrileña.

A las cinco de la tarde llegó S. M. la Reina, acompañada de las infantas D.ª Isabel y D.ª Eulalia, y seguida de la camarera mayor, señora Condesa de Sástago, la Marquesa de Nájera, el Duque de Medina Sidonia y el general Polavieja. Recorrió casi todos los puestos y tiendas del Campo Grande y en ninguno dejó de dar pruebas de su gran liberalidad y caritativos sentimientos, dirigiéndose, por último, á la rifa, donde había más compradores que papeletas y parecía que andaban todos disputando sobre quién compraría más.

Nuestros grabados de la pág. 312 reproducen escenas y vistas de las principales de la *Kermesse:* un puesto de refrescos; la *tómbola;* un estanco provisional, donde las bellas estanqueras hicieron gran negocio, y una tienda de rosquillas y botijos del Santo, con numerosa parroquia.

También damos una vista de la instalación fotográfica de Compañy, en la que se retrataron millares de personas.



FRAY DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ.

Fiestas de su beatificación en Ronda. — Urna de plata para sus restos, regalada por el Excmo. Sr. D. José M. de Roda.

No hemos de repetir la biografía de Fr. Diego José de Cádiz, que publicamos en uno de los últimos números del año pasado, pero sí añadir á lo que entonces dijimos una breve noticia de las fiestas con que Ronda, patria del Apóstol andaluz, ha solemnizado la beatificación de este insigne hijo suyo.

El 16, á las once de la mañana, celebróse en la iglesia Mayor una solemne función religiosa á costa del clero diocesano. Ofició de pontifical el Obispo de Listra, vicario apostólico de Gibraltar; y el cardenal arzobispo de Sevilla, señor Sanz y Forés, subió después al púlpito, desde donde dirigió á los fieles una elocuentísima plática, encaminada á demostrar que el beatificado fué varón elegido por Dios.

Asistió á la ceremonia todo el pueblo de Ronda, y acudieron de las ciudades más próximas millares de personas. La Maestranza de Ronda repartió al día siguiente mucho pan á los pobres, y costeó otra función religiosa no menos espléndida y solemne que la del día anterior. Ofició el Arzobispo de Granada, y predicó el Obispo de Málaga.

Los capuchinos de Sevilla han regalado un magnífico estandarte que dedican á Fr. Diego, y el Sr. Martínez de Roda, caballero de aquella Real Maestranza, una urna de plata primorosamente labrada y de gran precio, para guardar los restos de Fray Diego.

Bien merece esta obra que los lectores la conozcan, y por eso pasamos á describirla sumariamente, recomendando á los que deseen conocerla mejor nuestro grabado de la pág. 313. Es de plata, de 90 centímetros de largo, medio metro de ancho, medio de alto y dos arrobas de peso. El dibujo es del Renacimiento, de estilo barroco, predominando el primero en la ornamentación que cubre sus caras y que es correcta y de buen gusto. En las esquinas tiene unas hojas grandes, á modo de refuerzos, rematando en un motivo esculturado que da variedad á las líneas en la parte alta. En la cara delantera lleva una gran tarja con una inscripción, en la que se declara el piadoso destino de la urna con el nombre y título del donante. Sostiénenla cuatro pies del mismo carácter del dibujo.

El autor es el Sr. Masriera (D. José), notabilísimo artista barcelonés, que con esta obra ha añadido una nueva gloria á las que en su carrera lleva adquiridas.



BERNA (SUIZA).

El ferrocarril, con túnel de diez kilómetros, á la cumbre de la Jungfrau.

Del famoso monte San Gotardo salen hacia Occidente dos grandes sierras, entre las cuales corre el Ródano. La meridional lleva el nombre de Alpes Réticos, y en ella están los picos culminantes de la cadena, que son el Monte Rosa (4.636 metros) y el Monte Blanco (4.810). La del Norte, llamada Alpes Berneses, rivaliza con la anterior en altura, aventajándola quizás en grandiosidad y belleza. El mayor de sus montes es el Finsteraarhorn (4.460 metros) y el segundo la Jungfrau (4.176), nombre que en castellano quiere decir *La Doncella*.

Es de tan terrible apariencia, con tantos y tan agudos picachos, tan copiosas nieves, profundos barrancos y desoladas laderas, que infunde cierto pavor en quien le contempla. Mucho tiempo se creyó que sería locura intentar la subida á la más alta de sus agujas; pero el 3 de Agosto de 1811 consiguieron llevar á feliz término esta empresa los hermanos Mayer, de Aarau, y desde entonces muchos intrépidos viajeros les han imitado, gozando arriba del placer de haber vencido en la lucha con la Naturaleza y de la admirable vista que desde allí se ofrece á los ojos.

Es tanta la afición que fuera de España hay á estas expediciones, que á las principales montañas de Suiza suben al cabo del año muchos miles de personas, y no sólo hombres, sino también señoras. Centenares de hoteles, todos magníficos, y muchas líneas de ferrocarriles deben su prosperidad á estos amantes de la Naturaleza.

Movido, sin duda, de la esperanza de hacer tan buen negocio en la Jungfrau como otros lo han hecho en el Pilatos y en el Righi, ha ideado el ingeniero Guyer Zeller el ferrocarril de que da idea nuestro grabado de la pág. 317. La vía es de cremallera, con fuertísimas pendientes. A los 2.649 metros entra el tren en un túnel de 10 kilómetros de largo que acaba á 66 metros de la cúspide, en el fondo de un pozo, del que un elevador subirá á los excursionistas hasta colocarlos en una rotonda, en lo más alto de la montaña, desde donde podrán contemplar á su sabor el grandioso paisaje.



HABANA. — ROMA.

Solemnes exequias por los náufragos del *Reina Regente*.

Las solemnes honras fúnebres que en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, de la Habana, se tributaron á los infelices tripulantes del crucero *Reina Regente*, fueron dispuestas por la Marina de guerra de aquel apostadero, y tuvieron la grandeza y lucimiento que era de esperar de quien las dispuso y que los náufragos merecían.

El templo de Nuestra Señora de las Mercedes es el mejor de la ciudad después de la catedral, y uno de los más hermosos, sobre todo después de la reforma del altar mayor y de la cúpula, que en esta ceremonia lucieron por primera vez. Hallábase todo colgado de negro, y sobre dicho altar mayor veíase una gran cruz blanca y debajo tres lápidas negras con inscripciones adecuadas al caso.

En el centro de la iglesia levantábase un templete cuya cúpula sostenían seis columnas orladas de terciopelo negro, con los pedestales y capiteles dorados, y con monogramas de flores bajo coronas reales también de flores. Sobre la cúpula había una cruz y una corona de siemprevivas, y del techo colgaban pabellones de crespón negro y guirnaldas y coronas de flores artificiales del mayor gusto y riqueza.

Dentro del templete, sobre un bello pedestal de madera simulando mármol, estaba el Angel de la Gloria sosteniendo en una mano un ancla de flores y arrojando flores con la otra. En medio, y artísticamente plegada, veíase la rica bandera del crucero *Infanta Isabel*, regalo de S. A. la Infanta, y debajo del ancla de flores, sostenida por el Angel, una magnífica corona ofrecida por el Apostadero, en cuyas cintas decía: *El Apostadero de la Habana, á sus compañeros del crucero «Reina Regente».* Al pie del pedestal estaba un gran escudo de España, con dos anclas cruzadas y la corona y una guirnalda de flores. En los otros tres frentes del pedestal, coronas del cuerpo administrativo, de la tripulación del cañonero *Indio*, y del cuerpo general de la Armada. Había además otras, hasta el número de veintitrés ofrecidas por la marina del Apostadero. También el Centro Gallego envió una hermosa corona. (Véase el grabado de la pág. 320.)

Presidió la ceremonia el general Martínez Campos, á quien acompañaba su ayudante el Sr. Primo de Rivera.

Las solemnes exequias celebradas en la iglesia de Santiago y Monserrat, de Roma, por el eterno descanso de los náufragos del *Reina Regente*, fueron verdaderamente suntuosas. Estaba el templo enlutado con la pompa y riqueza que tal ceremonia requería. En el centro alzábase un hermoso catafalco de tres cuerpos (véase el grabado de la pág. 320), iluminado por doscientos blandones, y teniendo á sus pies atributos náuticos, tales como cañones y áncoras, además de la bandera nacional enlutada.

Dijo la misa el Obispo de Seleucia, tocándose la del maestro Pescosolido, que, por inspirada y solemne, era muy propia del caso. Después dirigió á los fieles una elocuente y sentida plática el P. Panadero, religioso franciscano.

Asistieron al acto las Embajadas españolas en el Quirinal y el Vaticano, las congregaciones de Carmelitas, Trinitarios, Capuchinos y Agustinos españoles existentes en la Ciudad Eterna, toda la colonia española, lo más selecto del patriciado romano y las más altas dignidades de la Iglesia. Su Santidad León XIII estaba representado por el Príncipe de Colonna, hijo de la Marquesa de Villafranca.



MANZANILLO.

Muelle y almacenes. — Alto de la Guásima. — Fortín de San José.

Manzanillo es de las principales poblaciones de la costa meridional de Cuba, y aun ha de llegar á mayor importancia merced á su situación, que la hace puerto de la comarca más rica y poblada de aquella parte de la isla. Tiene buena ensenada y bahía, calles rectas y anchas y regulares edificios, y en sus alrededores hay muchas y muy importantes haciendas de tabaco y caña de azúcar.

Es población moderna, pues la primera de sus casas la levantó en 1784 D. José Nazareno de León, y luego comenzó el aprovechamiento de las muchas y ricas maderas de aquellos contornos. Varias veces la acometieron y robaron corsarios franceses é ingleses, achaque á que estuvieron siempre sujetas las poblaciones españolas de América, tan codiciadas de los ladrones de dichas naciones y de holandeses. Y es lo mejor, que tras este mal vino otro, que fué el ponerse á escribir de nuestra codicia y sed de oro los compatriotas de esos ladrones, con tal ahinco y muestras de indignación, que han persuadido á mucha gente de que los destructores de América, los únicos codiciosos é insaciables, fuimos nosotros, y ellos los mansos, humanitarios y propagadores de la verdadera civilización en el Nuevo Mundo; siendo lo más curioso del caso que entre los persuadidos hay muchos españoles, según vemos todos los días en escritos de algunos de éstos, que si supieran la verdad de seguro se arrepentirían.

A pesar de estas piraterías, Manzanillo ha ido creciendo, y hoy tiene unos 10.000 habitantes y bastante comercio. En nuestro grabado de la pág. 321 hallarán los lectores una vista del puerto. El alto de la Guásima toma nombre de los árboles así llamados que en él crecen.

También ha tenido esta población parte no pequeña en las desdichadas guerras de Cuba. De Manzanillo eran muchos de los que con Carlos Manuel de Céspedes se alzaron en el ingenio de la Demajagua la noche del 10 de Octubre de 1868 al grito de *¡Viva Prim!*, que fué el primero de la insurrección, por razones que se van averiguando, y que pronto se cambió en el de *¡Viva Cuba libre!* al que el mismo general Prim estuvo á punto de dar la razón y la victoria, según se ha probado recientemente con la publicación de importantes documentos. Los insurrectos entraron en la población y la quemaron, abandonándola después. El fortín de San José (pág. 324) se hizo á poco de este suceso, para defender la comunicación con Bayamo.

G. Reparaz.

CONSUELO DE LAS ALMAS.

I.



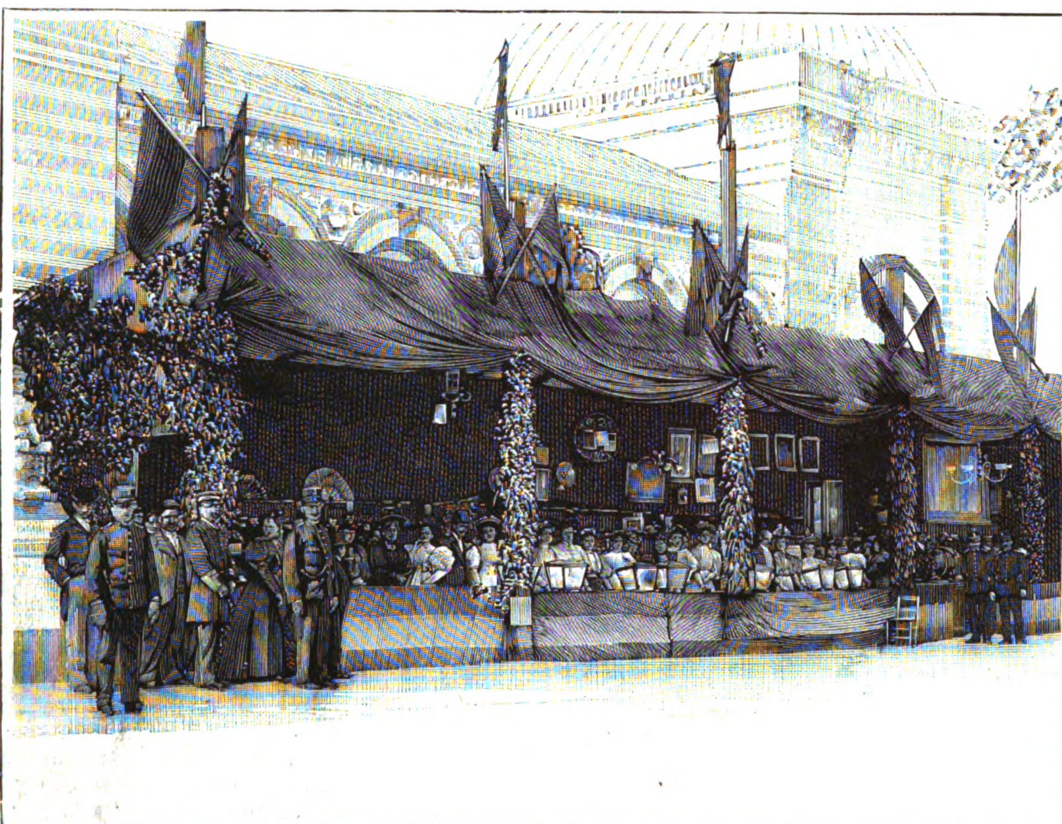
NDUDABLEMENTE hiere más la vista el crimen, siempre resonante, que la virtud, siempre humilde y callada. Sabemos por las mil trompetas á disposición de la Fama, el robo, el asesinato, el suicidio, perpetrados á diario, mientras ignoramos cuántas lágrimas seca una mano caritativa y bienhechora, la cual oculta sus limosnas como no puede ocultar una mano aviesa y homicida sus puñales. Dejándonos llevar de aquellas noticias á diario leídas, concluímos por tener infeliz idea de nuestra humanidad. Los relatos de acciones malas exceden, y mucho, á los relatos de buenas acciones. ¿Cómo vais públicamente á expresar el consuelo aportado á un espíritu afligido, la taza de caldo al enfermo dada, la visita de caridad al prisionero hecha, el socorro procurado al indigente, sin hacer que todos estos actos piadosos pierdan en la publicidad el sacro velo, entre cuyos pliegues se santifican dentro del callado santuario y del hondo secreto de la conciencia? Si apreciáis una sociedad cualquiera por la superficie, vence al bien el mal. ¡Ah! la zahurda, el garito, el burdel, parécennos más numerosos y más provistos de medios para corromper que los institutos de caridad y beneficencia para curar. Mas, si pudiéramos dividir los techos de cada hogar para mirarlos por dentro, y además romper las tapas de los corazones, encontraríamos innumerables virtudes ocultas, como en lo recóndito y cerrado de las conchas, cubiertas á su vez por las aguas profundísimas, se guardan y esconden perlas, menos fáciles de hallar cuanto más preciosas en sí mismas. Llamamos humanidad á ese grande sentimiento que nos hace ver en cada uno de sus individuos á toda la especie, reconociéndonos ligados con ellos por los apretadísimos nudos del reconocimiento así de nuestra naturaleza común como de la igualdad del derecho natural en todos á que llamamos justicia. Estos sentimientos de humanidad son sociales, mientras el sentimiento que nos hace padecer con todos cuantos padecen y llorar con todos cuantos lloran, al extremo de recibir sus penas y dolores como propios, se llama caridad y aparece afecto más bien individual que colectivo y social en la vida. Si nada intentáis para colocaros en el caso de los padres que pierden á sus hijos, de los mártires que se sacrifican por su causa, de los héroes que pelean y sucumben por el bien universal, de los redentores que abren sus brazos y estrechan en ellos las víctimas de una guerra ó de una peste á precio de su propia existencia, no aspiréis á llamaros caritativos; pues así como la envidia estriba en la tristeza del bien ajeno, estriba la caridad en el reconocimiento y aceptación de un mal ajeno como si fuera un mal propio. Ponerse á pensar, cuando un pobre os importuna con sus demandas de limosna, si es indigente de veras ó de mentirijillas, y huir á todo afecto de compasión por miedo á engañaros y á que no merezca el bien pedido, paréceme una falta de caridad, porque hay que compadecer á quienes piden limosna, hasta en el caso de no necesitarla, por el estado, así moral como material, determinante de tan horrorosos extremos en su profundísima desgracia. Y tampoco me parece caritativo aquel que sólo atiende y auxilia y socorre á quien cree lo que cree él y



Puesto de refrescos.

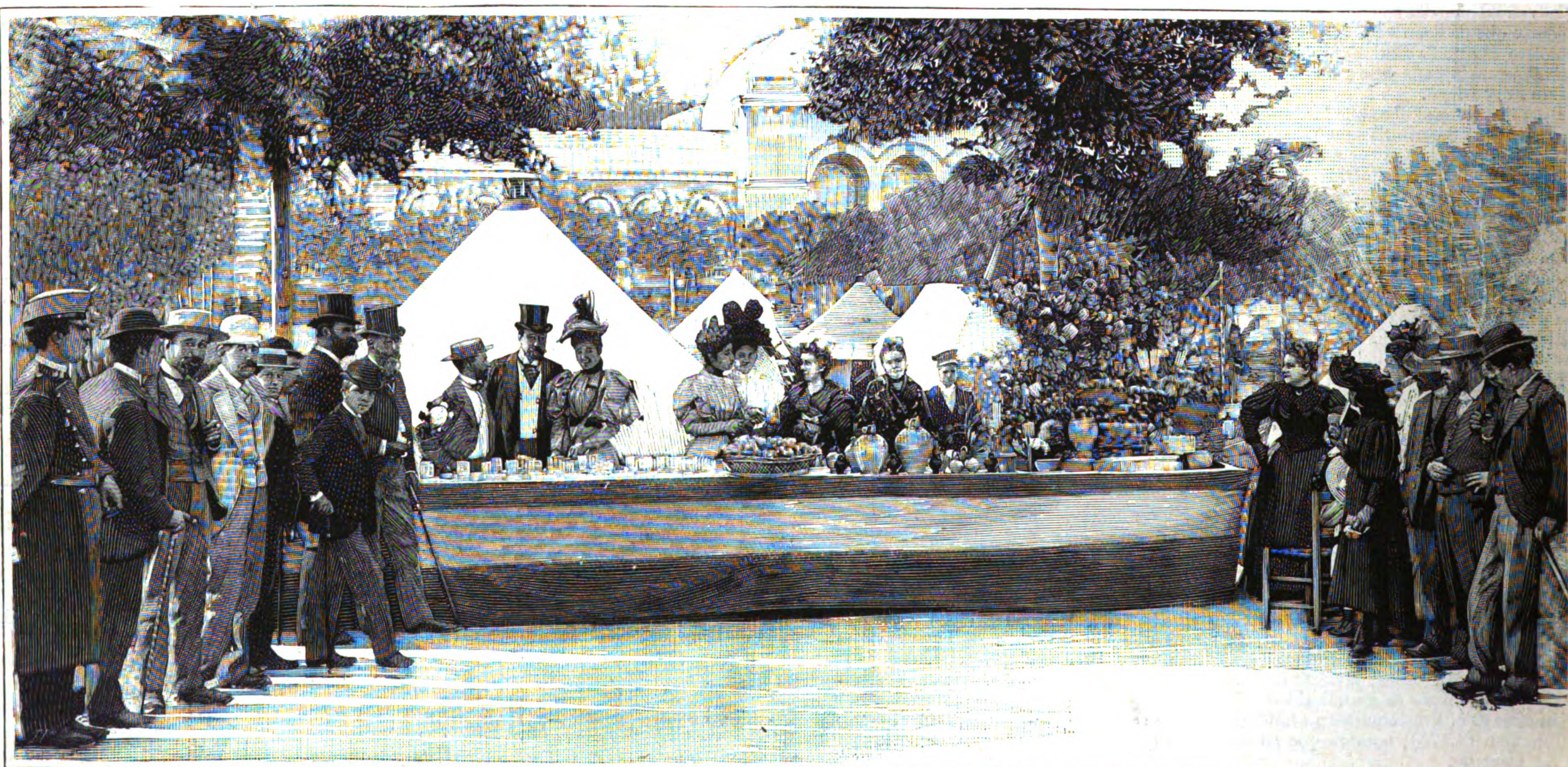


Instalación de la fotografía de Compañy.


La «tómbola».



Expendeduría de cigarros habanos.


Venta de rosquillas y botijos de San Isidro.

MADRID.—LA FIESTA DE LA CARIDAD.—«KERMESSE» CELEBRADA EN EL CAMPO GRANDE DEL RETIRO, PARA SOCORRER Á LAS FAMILIAS DE LOS NÁUFRAGOS DEL «REINA REGENTE».

(De fotografías de Compañy.)

piensa como él piensa en materias políticas y religiosas. La verdad es que los antiguos refranes castellanos, verdaderos compendios de la sabiduría popular, del espíritu claro de nuestro pueblo, definen la caridad con sumo acierto cuando dicen: «Haz bien y no cales á quién», máxima congruente con otra no menos profunda y no menos digna de grabarse allá en el fondo de nuestros corazones: «Odia el delito y compadece al delincuente.» La caridad, especie de luz y calor espirituales, debe caer sobre todas las frentes, llegando al bien por amor del bien mismo, sin requerir del ánimo siquiera el goce muy egoísta de recrearse como embebidos con lo bueno hecho y cumplido; antes bien, dejándolo tras sí, ó difundiéndolo por todas partes, como una irradiación, como algo inspiradísimo é inconsciente, que por sí mismo se disipa y evapora, para gusto y provecho de todos, cual se disipan y evaporan las moleculillas del aroma exhalado por un ánfora henchida toda ella de aromáticos bálsamos.

II.

Tiene una parte nuestra vida que propende al combate y al interés egoísta; otra parte que propende á las grandes armonías y mira con amor hacia lo eterno é ideal. De aquí muchas contradicciones hasta en los esparcimientos y recreos. Por un sí nos holgamos con los juegos de azar y con la riña de fieras; por otro sí con las obras artísticas en los museos y con las plegarias al pie de los altares. Cada ciudad es una cristalización del espíritu colectivo y cada espíritu colectivo, encerrado en estos cuerpos ó entes sociales, un resumen del Universo. Se corren aquí los brutos como en las fiestas olímpicas helenas; se matan allí como en los circos romanos; más lejos se riñen y engallan como entre los indios; se completan en otra parte las carreras ecuestres y los gimnásticos ejercicios con apuestas ruinosas, como en todo juego de azar; y no lejos de tales centros, descúbrense, metidos entre todos ellos, la escuela que ilumina, el museo que instruye y recrea, el hospital que cura y sana, la iglesia donde las almas entrevén á Dios, el cementerio en cuyo seno los muertos esperan su prometida resurrección, porque cada gran ciudad, ya lo he dicho, encierra un espíritu colectivo, en el cual espíritu colectivo se reproducen como por facetas todos los matices de las ideas y se contienen así en acción perdurable y continua las potencias todas del alma humana. Indudablemente, si vais á París, os llamarán, de una parte, los cafés en que se cantan voluptuosas canciones; los círculos donde se juega sin descanso á la ruleta; los hipódromos, en cuyos empeños las apuestas por tal ó cual bruto suben hasta la categoría de castigados delitos; los burdeles, más ó menos lujosos, prestando culto á los mayores vicios; pero al mismo tiempo, de otra parte os llamarán también la Salpetrière, que parece una población erigida para el ejercicio de caritativa ciencia; el Museo consagrado á la historia del trabajo y á la facilitación de los problemas sociales; el Instituto, semejante á un templo del pen-



EL V. FRAY DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ,
INSIGNE PREDICADOR Y ESCRITOR.



URNA DE PLATA PARA GUARDAR LOS RESTOS DE FRAY DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ.

(Donativo del Excmo. Sr. D. José Martínez de Roda, con motivo de los festejos hechos en Ronda para celebrar la beatificación del insigne predicador.)

samiento; la bella galería del Louvre, en que os aguardan esas emociones artísticas á cuyo empuje las almas vuelan hacia lo infinito; los cien hospitales y demás institutos benéficos; las torres y las agujas así de Nuestra Señora como de la Santa Capilla, que parecen tiaras católicas puestas sobre las sienes de aquella gran ciudad, liberal, democrática, republicana, quien asocia lo pasado con lo presente, y lo presente con lo porvenir, por medio de sus fábricas y de sus cementerios y de sus escuelas y de sus iglesias, quienes guardan y contienen dentro de sus varias entidades y organizaciones desde la materia más bruta é inferior hasta el más divino ideal. Y todo este conjunto no quiere decir otra cosa, en suma, sino que desde los siglos más remotos hasta nuestro siglo las ciudades han encarnado en sí mismas tanto las buenas propensiones como las malas de nuestra humanidad, y que, no pudiendo faltar este combate de unas con otras por hallarse dentro de nuestra naturaleza, ni siquiera interrumpirse, como no se interrumpa el curso de la vida humana en el planeta, ¡oh! tenemos precisión de conformarnos con su necesidad y someternos á su imperio. Pero aquí entra la intervención propia y natural de nuestra libertad, aquí entra el esfuerzo de nuestro libre albedrío, esfuerzo que debe tomar caracteres de reflexivo y continuo, para separarnos de todo cuanto suele tirar hacia las malas obras y unirnos con todo cuanto suele tirar al ideal y á su completa realización, interna en las vidas individuales, externa en las asociaciones humanas y en la tierra toda. Os enseñan la ciencia y no la sociedad. Os dicen cómo habéis de pensar y no cómo habéis de vivir. Os llenan la mente de conceptos, y os abandonan baldía la voluntad, que todo lo hace. Os ponen el verbo en los labios y luego la parálisis en el corazón. Ideáis sin moveros. Sabéis disertar á maravilla sobre la virtud, pero no practicarla. Y nos parecemos así á los estoicos del Imperio romano, quienes hablaban como un libro sobre la honestidad, para luego prestar á usura y encenagarse con Calígula y Nerón en todos los vicios cesáreos. Obras, y no palabras, deben pedirnos á una nuestros semejantes. Más que todo, sobre todo, ante todo, están las obras de caridad. Quienes tienen la voluntad inactiva para el bien, son como aquellos que tienen un inmenso campo de siembra para que lo devoren las hierbas inútiles ó malas. Aunque tengamos todas las virtudes, no tenemos ninguna, si nos falta la primera, si nos falta la fecunda caridad.

III.

Acerquéme yo una tarde al fin de la calle de Claudio Coello, y vi un grandioso edificio que ostentaba en su centro gallarda iglesia, todo él de reciente construcción, y muy parecido, á pesar de su novedad y de su juventud, á un antigro monasterio. Como entre mis mayores aficiones artísticas se halla el culto á las obras arquitectónicas, cuya contemplación suele producirme unas emociones semejantes á las producidas por el mar en calma ó por el cielo estrellado, entré allí, movido por la curiosidad más que por la fe, y no pude, no, desasirme al asombro que me causaba ver cómo se había podido erigir una iglesia tan bella en punto á mi hogar tan cercano, sin que yo tuviera de ello noticia, y teniéndola, sin que yo hubiera fijado en esta noticia mi atención. Como adrede callo cuantos nombres propios en mi pluma rebullen, dejaré de mentar amados apellidos, para que no puedan achacarse á personales afectos de amistad los sinceros y genuinos afectos de admiración dispertados por la obra. Y así no digo quién fuera su arquitecto, fraternal y muy amado amigo mío, que gusta de ofuscar su nombre y su persona en el esplendor nativo de sus creaciones. Y empezando por mí en este premeditado silencio, también callaré ahora recuerdos personales míos de intervenciones antiguas en el objeto á que fué consagrado el edificio, deseoso de que no confundan los demás un acto de justicia mío con un criminal envanecimiento. La iglesia ofrece gallardía y esbeltez de forma tales, distribución de capillas, proporciones en las ventanas, ligereza en las pilastras, consonancia en los rosetones y en los triángulos ojivales con el todo, que promete otro edificio de mayor aliento en su traza y de mayor grandeza en su medida, hoy apercibido y aparejado en el otro extremo de la corte, subiendo al cielo ya en coros de armoniosas columnas para dar una catedral á Madrid. Detúveme por largo espacio en la iglesia ojival, hasta que llamó mi atención lo restante del edificio, que no encerraba, como acusan sus apariencias, un cenobio inmenso, sino un inmenso taller. Estaba en un asilo de huérfanos admirable. Con efecto, por espaciosos patios corrían y saltaban muchedumbres de alegres niños, los cuales entretenían en pasatiempos alegres é inocentes sus horas de reposo y de recreo. No puede darse una inteligencia más competente para la dirección del asilo, ni una organización más feliz; pues los dos factores antitéticos, quien coordina en libertad todos los actos y quien les impone una subordinación á lo coordinado, tanto menos frágil y pasajera cuanto más espontánea y voluntaria, se suman y sintetizan á una sin violencia en aquella santa y grande asociación, que parece organizada por los medios mecánicos y dinámicos y vitales de la Naturaleza, no por combinaciones arbitrarias de la inconsistente humana voluntad. Allí, en un punto la escuela henchida de chicuelos, que gorjean como pájaros dentro de su nido; en otro punto los talleres diversos, que creeríais montados por industriales y fabricantes de primer orden. Yo no me cansaba de admirar aquellas colmenas del trabajo humano, especialmente las que al arte más correlacionado con mi profesión se refieren, las consagradas á los oficios y á los menesteres de librería. Componíanse aquí en graduadores y con tipos de modo tan rápido y excelente los renglones; guardábanse allí las galeradas con tanto esmero; el corrector apercibía y enmendaba las pruebas con tal cuidado; imprimía el maquinista con lenta persistencia; aparecían llenos todos los almacenes de tantos impresos raros, de hojas al aire puestas, de cartones que pintar, de libros medio encuadernados y de otros libros con toda perfección acabados y concluídos, que no me cansaba un punto yo de admirar la obra industriosa hecha con sus esfuerzos continuos por el trabajo creador, tan parecido en sí al fecundo de producción que hay contenido dentro de la Naturaleza.

IV.

Cuán bien me pareció que los fundadores de aquel asilo impelieran sus asilados hacia la industria y no hacia los oficios de administración y de covachuela, que sólo generan, ó empleados de por vida, ó caciques opresores y arbitrarios. La suma de los ejercicios industriales con los ejercicios religiosos no puede criticarse. La iglesia nunca estará reñida con el taller. No le obsta, no, al árbol el chupar por sus raíces los jugos del estiércol para reabsorber por sus hojas los efluvios del éter. La civilización moderna reserva sus estimaciones y precios mayores al fruto del trabajo pacífico, digan cuanto quieran los partidarios de la guerra desoladora. La industria sí que lleva el globo en sus manos, con razón mayor que lo llevaban las estatuas de los antiguos emperadores carlovingios. Cuando ponemos la caverna troglodita junto al Partenón helénico, proclamamos involuntariamente una verdad, á saber, que ha completado la creación de Dios hecha por medio de su Verbo esta otra creación del hombre hecha por medio de su trabajo. Así ha concluído la edad antigua de predación y guerra, por haber comenzado la edad nueva de producción é industria. Benditos, mil veces benditos, los que trabajan y producen. Mas no fué, no, este centro de producción lo que dispertó más el interés mío; fué un otro centro del asilo mismo, donde se concentraban, como en su núcleo, los rayos ardientes de aquella purísima caridad que levantó las piedras de aquel asilo santo. Era la tarde que voy evocando una frigidísima tarde implacable de riguroso invierno. Y en la parte norte del edificio, á la izquierda entrando por la iglesia, percibía el olfato menos fino cierto tufo á sopa, muy sano y muy agradable. Nos han llamado desde tiempos inmemoriales el pueblo de la sopa, y en verdad que lo merecemos por lo bien que condimentamos tal sabroso y necesario plato. Podrán los italianos ganarnos en pastas, y los franceses en guisos, y los sajones en asados; pero en hervir un caldo, en cocer una sopa, en guisar un arroz, nadie nos gana. Decid á los más célebres cocineros de allende que os sirvan migas de pastor con unos buenos ajos, y no sabrán de cuál comida se trata. En España quedan la tradición y el gusto. Así la tradicional sopa de nuestros conventos trascendía por aquellos aires del asilo que daba gloria percibirla y olerla. Mas era una sopa, no conventual, no hecha por la caridad monástica, sino por la caridad de una privada y particular asociación presidida por un grande hombre de bien, por el arquitecto mismo de la capilla, el cual dentro de la familia y de la sociedad hace con sopas muy bien sazonadas lo mismo que hacían antes los frailes desde sus apartados refectorios. ¡Cuál consuelo para los que carecen de todo, para los impelidos por la necesidad á tender la mano y pedir una limosna, para el jornalero falto de jornal durante los días horribles del invierno en que toda obra se suspende al aire libre, penetrando el dolor y sus miserias en las buhardillas con el mismo paso que penetran las lluvias glaciales ó las nieves mismas en los aires; cuál consuelo encontrarse con que no falta el imprescindible alimento aquel día, y con que los grandes tazones de sopa les salvan de caer ateridos al helor que trae consigo ausencia de vida, y por ende amenazas de segura muerte para él y para toda su familia! Los periódicos traen á diario las crecidas sumas en exactos números de los que acuden al socorro y se hallan luego socorridos. Hay que ver los montones de pan, las alcuzas rebosantes de aceite, las especias de colorar y aromar el caldo, las calderas hirviendo, los grandes tazones destinados á contener la comida, los cuartos tan blancos y aireados y limpios con galerías alrededor donde se ponen, conforme van llegando, en apretadas filas, aquellos necesitados, yendo los más seguidos de su familia; el orden allí reinante, sin presiones de autoridad y sin fuerzas coercitivas de ningún género; la observancia severa de procedimientos no escritos ni puestos en observancia por ningún poder, sino el poder moral de la virtud; todo cuanto constituye una institución ya histórica fundada por el albedrío libre y consciente de unas buenas almas á quienes todos debemos eterna gratitud.

V.

Pero no creo lo más digno de loa esto, sino el grupo de señoras que sirven á los pobres. El espanto de los no habituados á esta clase de grandiosos espectáculos morales parécese mucho al otro espanto referido en los capítulos del Evangelio que comentan los predicadores vespertinos de Jueves Santo. «¿Me lavarás tú los pies á mí?» dice Pedro interrogando espantado á Cristo. ¿Estas señoras sirven á los pobres? Después de haber ceñido su talle de las más brillantes sedas en los teatros y en los bailes, cíñense aquí su muy sencillo mandil y distribuyen la sopa con sus rosadas manos, inspirando y sugiriendo ternuras á los corazones más empedernidos con sus miradas de bondad y sus frases de cariño, en las cuales va encerrada una compasión instintiva y espontánea, tan excelente y nutritiva para los corazones, como el pan allí servido para los estómagos. No la nombraré, porque se ofendería su modestia, pero nunca podré olvidar lo sobrenatural y angélica que me parecía una gran señora, muy mi amiga, desafiando las inclemencias de un día crudo por aquellos patios con sus tazones de sopa en las manos y su verbo de caridad en los labios y su rayo de luz en los ojos, para reponer el desfallecido estómago de aquellos infelices y además despertarles el alma. Las obras de arte no pueden ser nunca por completo realistas, porque no pueden dejar de ser por completo típicas, como representaciones de personalidades universales y por ende idealizadas. Así, en aquellas agapas, aparecíaseme la grave directora, á quien sus nietos numerosos y crecidos acusan de una edad que no revelan ciertamente ni su majestuosísimo continente ni sus vivos negros ojos, como copia de la Santa Isabel que pintara Murillo circuída de sus compañeras jóvenes y hermosas; con la cabeza del mísero leprosillo entre sus manos; á una parte los demás enfermos entrapajadísimos de vendajes y apoyados sobre sus muletas, á otra parte los auxiliares de su labor; enfrente la pobre anciana coja que se vuelve á mirar aquel modelo perfectísimo de caridad y de amor, que lleva los desgraciados á sus hospitales y á sus iglesias, para curarles primero el cuerpo con sus medicinas y luego con sus oraciones el alma. Y aquí debe haber una justificación del título puesto á mi artículo, pues Consuelo se llama la joven que desempeña hoy con su madre y continuará mañana, muy pronto, cuando todos los viejos, al caer ya, caigamos en la eternidad, el ministerio de caridad aprendido en santos inolvidables ejemplos. Cuando veis á Consuelo con aquel talante majestuoso, y aquella estatura estatuaria, y aquella tez rosada, y aquel bondadosísimo rostro, y aquellos finos labios que una sonrisa de compasión tiñen, y aquellos ojos de Minerva helénica, distribuyendo la sopa, creeríais ver una de las estatuas destinadas á representar la Caridad en el maravilloso fragmento del mausoleo de Julio II tallado por el titanesco y ciclópeo Miguel Angel. Según el cielo católico está lleno de arquetipos, á los cuales nos acercamos como podemos en nuestras ideas y en nuestras obras los individuos, el arte humano se halla sembrado en sus manifestaciones literarias, escultóricas y pictóricas de figuras arquetípicas, á las cuales se asemejan los individuos como á los ángeles del Correggio los niños bellos y á los Alcides de Fidias los mozos perfectos. Pues en el Comedor de la Caridad, á cada paso veis copias y reproduc-

ciones de las figuras consagradas por buriles y por pinceles á representar las personificaciones varias del sentimiento que más acerca los humanos entre sí mismos y mayores bienes procura de suyo á esta humanidad nuestra, la cual si por su frente cargada de ideas frisa con el cielo y atrae de allí una llamarada del divino espíritu, por sus pies, raíces que la ligan de suyo á las esferas inferiores, tropieza con todo género de obstáculos y se pierde y enreda sin poderlo remediar en larguísima é intrincada serie de penosos males.

VI.

No merecerá en la especie racional contarse quien jamás vió adversidad alguna en su vida. Júzguese indigna de vivir aquella humana criatura incapaz de experimentar el dolor promovido en todos nosotros á una por las distancias existentes de lo ideal á la realidad. Si pasamos por el mundo exentos de contrariedades y sin encontrar contrario, nadie sabrá, ni nosotros mismos, cuánto valemos. Como combatientes vinimos al mundo, y no vive aquel que no combate. Sólo asciende á magnánimo el hombre, cuando ha dado pruebas de magna virtud en la desgracia. Sufrir con resignación vale tanto como pelear con arrojo. Las riquezas morales dentro de nosotros están, las materiales fuera. Para curar, y aun acorrer las desdichas ajenas, precisa considerar las propias. Cuando las clases ricas puedan ponerse á una en el caso de las clases indigentes, habráse, si no resuelto el problema social, porque los términos de su serie sólo tendrán fin el día en que finalicen las sociedades humanas, dulcificádose mucho de su amargura y aspereza. Imposible por otro medio la identificación de todas las clases en el derecho, por la cual identificación suspiramos todos los que allá, con las porfías políticas de otros tiempos, contribuimos al advenimiento de las democracias, y nos desvelamos en estos tiempos por completar ese advenimiento tan deseado, y por el cual innumerables sacrificios hemos hecho, con la conservación del orden social y con la práctica de todas las libertades fundamentales. Pues bien; como á todo cuerpo sigue su sombra, siguen los males á los bienes, así en la limitación de nuestros medios, como en la contingencia de nuestro sér. El mal mayor, que hoy persigue á las clases pobres, se halla de seguro en la utopia socialista, pues el socialismo no amenaza tanto la propiedad y la fortuna de los potentados como la libertad y el jornal de los jornaleros. Y cuanto más acerca de sus términos varios meditamos, comprendemos en verdad menos cuál clase de bienes pueden derivarse de una doctrina hoy aplicada por Estados tan fuertes como el Imperio alemán y caída en irremediable descrédito. Pero si no puede resolver ningún problema ni aliviar ningún mal de las clases pobres, en cambio, exacerbadas éstas por el sofisma de los sistemas erróneos, y malheridos por los desprecios de las clases pudientes, llegarán á la peor de cuantas revoluciones pueden idearse: á la que perturba y no crea, una revolución sin programa y sin salida. Yo no veo más remedio al malestar social tan encarecido, que una exaltación y una persistencia en los sentimientos de caridad, á cuya virtud se nivelen, por cambios recíprocos de servicios y de afectos, las clases en lo posible materialmente, como las ha nivelado el cristianismo en sus dogmas de solidaridad entre todos y el derecho democrático en sus instituciones de libertad y de igualdad incontrastables. Confiemos, para fomentar esta caridad, más que en el corazón de los hombres, duro por sí necesariamente y endurecido por los combates diarios de su vida ruda, en el corazón de las mujeres, que aparecen como naturales hermanas de la caridad ante todos los dolores de nuestra existencia. El hombre sabe más padecer que compadecer. Las mujeres son los ángeles compasivos por excelencia. Personifícalas en la religión el santo dogma de la Virgen Madre, á quien llamamos con letanías sin fin amparo de los desamparados, consuelo de los afligidos, salud de los enfermos, refugio de los infelices, iris de todos cuantos lloran, esperanza de todos cuantos padecen. Y para persuadirse á creer y á esperar en el cumplimiento de tales redentoras promesas, no hay como pasarse por el Comedor de la Caridad, y viendo tantas señoras acorrer y servir á los pobres, decirse uno á sí mismo que, mejorados con el influjo de su virtud los sentimientos y las ideas, mejorarán también las naciones, quienes á la postre no son otra cosa sino la suma de todas las inteligencias y de todos los corazones en una superior é imperecedera entidad.

EMILIO CASTELAR.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

GUERRA DE CUBA.



HASE publicado estos dias que en la Venta de Casanova han chocado los españoles é insurrectos, sin manifestarse la importancia que el encuentro tuviera. No habrá sido mucha, á juzgar por el silencio, aunque éste suele ser base para deducir desastres más que victorias, como sucedió en la pasada guerra de Cuba, y precisamente en la misma Venta de Casanova. Era también el comienzo de la insurrección, su primera quincena, y si nos atuviéramos á los partes oficiales, muy escasas noticias podríamos dar de un hecho importante de suyo y de oportunidad evidente; pero sin perjuicio de estimarlos en su valer, hemos procurado siempre buscar la verdad donde la pasión ó el amor propio no la desfigure, y hasta haya, por el contrario, interés en exponerla en su hermosa desnudez.

Lo sucedido en la anterior guerra de Cuba, calificada por el general Martínez Campos como una gloriosa epopeya, que lo fué indudablemente, tanto para los insurrectos cubanos como para los españoles, aun no se sabe, como lo demuestra el hecho que motiva estas lineas, para cuya averiguación ha sido preciso penetrar en las intimidades del campo insurrecto, conocer hasta los ocultos pensamientos de los jefes y personajes conspicuos de la insurrección, consignado todo en cartas autógrafas y apuntes reservados que poseemos.

Acababa de efectuarse el levantamiento de Céspedes en su posesión de Demajagua, y en cuanto se supo en Santiago de Cuba, salió el coronel Quirós con una columna de 700 hombres y una pieza de á lomo: encontróse á poco en el camino con un tal Francisco Guillén, que participando de la alarma general y rindiendo el debido tributo á la exageración del momento, dijo que los insurrectos ascendian á 15.000, y que tenian ocupados todos los caminos desde el rio de Contramaestre para el interior; no se atemoriza aquel valeroso coronel, oficia al Capitán general y continúa su marcha por el camino real hasta llegar á la loma del Sitio, finca de D. Angel Perdomo, cuya altura domina la confluencia de los rios Guaninao y Contramaestre, lo mismo que la finca llamada Venta de Casanova, al frente del otro lado del Contramaestre, como á unas mil doscientas varas de distancia.

Ocupada la Venta por unos 80 á 100 hombres no bien armados, al mando de D. Rafael Cabrera, vecino de Baire, con fama de valiente, tenian el encargo de defender el paso del rio. Quirós enfiló en seguida la pieza de artilleria á la Venta, y mientras disparó seis ú ocho cañonazos, la infanteria empezó á pasar los dos vados, sin que se le opusiera la menor resistencia, porque todos huyeron, sin parar hasta Baire, atemorizados por las granadas (1). Abandonaron su residencia cuantos insurrectos ejercian cargos públicos: se propagó el terror á Jiguani, donde habian oido los cañonazos, careciéndose allí de fuerza insurrecta por hallarse en Bayamo ó Santa Teresa; y «sólo el que esto escribe, en la plaza de Jiguani quedó rodeado de muchos que iban llegando con sus caballos ensillados, como en espera de la primera señal, que instintivamente hubiera sido la de correr en opuesta dirección á la del coronel Quirós, para evitar su encuentro.

»Y en verdad, que era preciso sentirse con abnegación para demostrar calma en aquellas circunstancias, cuando, en realidad, no habia medio ninguno de impedir que aquella columna pudiese llegar á la población, teniendo ya andadas diez y nueve leguas desde Cuba á la Venta y le faltaban sólo diez, que podia andarlas en seis horas y su caballeria en la mitad del tiempo.»

En aquel conflicto, porque se estaba jugando el todo por el todo, se avisó precipitadamente á Donato del Mármol, para que, como jefe que habia dispuesto allí la rebelión, acudiese á sostener los espiritus soliviantados, por haber pasado las aguas del Contramaestre una columna de tropa enemiga para entrar en la jurisdicción, forzando el paso de la Venta á cañonazos; y la desconfianza y el miedo habianse aumentado al oir los disparos aquella mañana contra los que ocupaban la Venta de Casanova.

Tal sucedia el 18 de Octubre. Para que el conflicto fuera mayor, se supo que los del comercio del Cobre, apoyados por la autoridad española, habian autorizado al alcalde pedáneo de Guaninao, D. Jesús Pérez, para levantar gente en armas contra los revolucionarios y aquietar las dotaciones de esclavos de los cafetales é ingenios.

Figueredo pasó á Baire, intentando apoderarse de la persona del teniente Pérez y sublevar los esclavos.

Desde Jiguaní se habia autorizado al mulato Carlos Ferrer, vecino de Cauto, para sublevar todos los habitantes de los hatos de Guaraijal, Pedregalón, El Salto, Júcaro, Los Indios, Baraguá y Barigua, Altapacia y Metán, á fin de imposibilitar el restablecimiento del orden en los primeros dias del movimiento revolucionario, tanto hacia el S. como al E. y N.; todo sin conocimiento de Mármol, quien, después del primer golpe, quedóse perplejo y estacionado entre Santa Rita, Cautillo y Bayamo, como resguardando los intereses de su suegro y de los hermanos de éste.

Como no habia gente armada para salir al encuentro del coronel Quirós, continuó con su columna á Baire, después de despejar el paso de la Venta en el rio Contramaestre, y á las cuatro ó cinco horas de marcha se presentó frente á la población, por la entrada del camino del Cobre, sin el menor contratiempo, y entró en el pueblo acompañado del cura vizcaino D. Agapito Lecea, que se le presentó revestido de capa pluvial, llevando la custodia en sus manos y seguido de D. Juan Caldas, D. Francisco y D. Magin Puig, y otros peninsulares, lo mismo que del capitán del partido D. Valerio Campos, que arrastró á muchos vecinos del campo para incorporarlos desde su salida de Palma Soriano.

Acudieron Donato Mármol, Máximo Gómez, ya coronel y jefe de Estado Mayor y de á lo más 200 jinetes de la que se nombraba partida de la *Rusia*, en la que figuraban como coroneles Calixto García Iñiguez, Barzaga, capitanes Manuel y su hermano Ramón Reyes, etc. Supieron al llegar á Jiguani que Quirós hubiera seguido á este punto, si no se lo impidieran las muchas presentaciones procuradas por la influencia de los comerciantes, del cura de Caldas, de Roldán, Biltre y otros del campo; dirigió Figueredo á Mármol, delante de Gómez, severos cargos por lo que dejó de hacer, no aprovechando favorables circunstancias, cargos que no gustaron y que produjeron á poco escenas desagradables que pudieron haber tenido fatales consecuencias (1).

Aquella escena era efecto de anteriores resentimientos; de que cuando Céspedes, obrando soberanamente, empezó á dar empleos y nombró general á Mármol y coronel á Gómez, por lo que parece que exclamó Figueredo: «¡Conque todavía no hay programas y ya tenemos generales y coroneles!»

A la media hora de arrestado Figueredo, se le dijo: «El General no quiere que la orden dada contra usted tenga efecto: pero si desea que usted nos acompañe ahora que vamos á salir á esperar á Quirós para interceptarle el camino. ¿Querrá usted acompañarnos?—Hubiera querido y lo iba á pedir, respondió, me condujeran preso junto á los prisioneros que tienen en Cautillo; pero puesto que ustedes me dan libertad sin yo pedirla, les acompañaré donde quieran: que con el tiempo pagaré la deuda, porque ahora lo que importa es la revolución: adelante, pues, para no perder tiempo.»

En marcha todos, dirigió la operación Figueredo; llegó á los dos dias Luis Marcano á mandar aquel punto; el 26 Mármol y Gómez atacaron á Baire; tuvo Quirós que sacar el grueso de la columna, incluso la pieza de artilleria que hizo algunos disparos, lo que aumentó el ardor de la pelea hasta el punto de que Gómez, queriendo sin duda darse á conocer, mandó cargar al machete, y se ejecutó con tanto empuje, que ordenó Quirós la retirada, después de tener bastantes bajas, habiéndolas con machetazos de quince y veinte centimetros, lo cual preocupó á los españoles (2).

Figueredo escribió á Valerio Campos y envió gente á Baire á difundir la noticia de que aquella noche se iba á asaltar, saquear é incendiar la población; no se consideró Quirós en situación de defenderla, y la evacuó, marchando con él las familias más comprometidas; penetraron en Baire los insurrectos; no dispusieron la persecución de Quirós hasta doce horas después; les dieron, sin embargo, alcance en la mañana del 27, y viéronse sitiados en la casa potrero de la Venta de Casanova, rodeada por los insurrectos, favorecidos además por las alturas y los rios Guaninao y Contramaestre, sin poder pasarse por los vados conocidos, á virtud de la profundidad de sus charcas.

Aquella situación difícil y desesperada la hubiera evitado el coronel Quirós retirándose á Jiguaní en tiempo oportuno, y más tarde forzando la marcha hasta trasponer en nueve ú once horas la distancia de la Venta á Palma Soriano, de sólo nueve leguas, con la seguridad de que no habia insurrección por aquella parte, y más bien encontraría cordones de armados, todos amigos, desde Palo Picado á la Palma.

La casa del Potrero de la Venta, que ocupaba Quirós, se construyó el año anterior con madera de cedro, sin nada de mamposteria, por lo que atravesaban los proyectiles y causaban daño á los encerrados en aquel recinto, del que hasta se les estorbó salir á tomar agua del rio y se ahuyentó de aquellas inmediaciones á las reses para impedirles se alimentaran. Imposible continuar en aquella Venta; al cuarto día, favorecido por espesa niebla, á las cuatro y media de la madrugada salió Quirós con su gente sin ser sentido, se dirigió á donde estaba Santesteban, rompiendo un nutrido fuego de fusileria al pasar por el descanso en que aquél tenía la avanzada, se abrió paso, y siguió por la costa arriba hacia el Cobre.

Asombró esta noticia á Marcano, que aun creía á Quirós en la Venta; envió fuerzas en su persecución; dióle tiempo á que se adelantara éste, á pesar de lo mucho que dificultaban las acémilas en sendero estrecho, en el que las cargas tropezaban con los árboles, y cuando sus perseguidores esperaban hallar libre el paso del rio en el camino del Cobre, fueron recibidos á tiros por la extrema vanguardia de la columna de Quirós que se hallaba allí protegiendo el paso de las demás fuerzas, que lo verificaban tranquilamente.

Corrieron los demás insurrectos que perseguian á Quirós (3): éste permaneció en la casa-tienda de Maibió para alimentar con carne á su gente; fué hostilizado, aunque sin gran empuje, por haber escogido buena posición sin arbolado ni manigua, y á la mañana siguiente, haciendo fuego á derecha é izquierda, marchó hacia el E. por el camino del Cobre, con el fango á la rodilla en la tierra baja, cuyo camino volvió á dejar en el potrero de Ma-Antonia, para seguir por la vereda de D. Juan Varón al camino central, recibiendo al paso los fuegos de las fuerzas de Barzaga y de Rus, á quien contundió un casco de granada que chocó con un guayabo, pues de vez en cuando se detenia Quirós para hacer jugar la pieza, y así continuó hasta San José, donde

(1) El Sr. Zambrana presenta de distinta manera el encuentro de Quirós con los insurrectos, y favorece á sus correligionarios. Nosotros nos valemos de un precioso MS. de testigo presencial, cuya veracidad informan los preciosos detalles, designación de nombres, sitios y pormenores, que sólo puede suministrar quien quizá interviniera en los actos de unos y otros contendientes.

(1) «Después que Gómez llamara á un extremo de la sala á Donato del Mármol, á quien habló en secreto algunos minutos para que éste seguidamente llamase á su ayudante, R. Tamayo, quien, como recibiera una orden, se dirigió á Figueredo, apuntándole al pecho con un revólver, diciéndole: *Dése usted preso: entregue usted sus armas.* El intimado, sin moverse del asiento, contestó: *¡Así empezamos! Pues cuidado, que en las revoluciones todo se revuelve; haga usted, y el que le ha dado esa orden, lo que quieran, que si algun dia puedo, haré lo que yo quiera.* Y desprendiendo su revólver del cinto, lo entregó á Tamayo, quedándose en su asiento hasta que determinasen.»—MS. citado.

(2) El cañón de una carabina fué trozado de un solo machetazo.

(3) «Carlos M. de Céspedes apareció tambien en la sabana de Maibió, ya informado de todo lo de Quirós en Baire y en la Venta, aconsejando despues empleasen un cañon rodado que hasta el otro lado del rio habia hecho traer desde Bayamo, y cuya pieza de artilleria sin artilleros entendidos, por lo pesada y voluminosa, necesitaba dos yuntas de bueyes para rodarla, haciéndose materialmente imposible su manejo de un punto á otro en aquel terreno, todo accidentado por arroyos y barrancos que sólo permitian el paso de caballerias.»—MS. citado.

PARÍS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE 1895.



ENTRE ROSAS.

CUADRO DE LIONEL ROYER.

Estación de Eiger, á 3.221 metros sobre el nivel del mar. Estación de Munch, á 3.623 metros. Estación de la Yungfrau, á 4.100 metros. Rotonda, á 4.166 metros.



BERNA (SUIZA).—PROYECTO DE FERROCARRIL, CON TÚNEL DE DIEZ KILÓMETROS, Á LA CUMBRE DE LA JUNGFRAU (LA DONCELLA).

(DEL INGENIERO MR. GUYER ZELLER.)

pernoctó. Prosiguió la marcha al día siguiente, le causaron algunas bajas los disparos de los tiradores emboscados: un tiro de los de Quirós mató al joven Socarrás, de Manzanillo, y al oirse en Palma los fusilazos, salió Céspedes con Pío Rosado y otros á pasar el Cauto antes que el español llegase, y al estar esguazando aquéllos el río, recibieron una descarga de la descubierta española, en la que peligró la vida de Céspedes, y les obligó á marchar aguas abajo á salir á San Francisco y dar un gran rodeo para llegar á la finca Soledad, al paso que la descubierta de Quirós, creída ya ocupados los barrancos de Palma, avisó á su jefe que el enemigo estaba en aquella población, y Quirós, que sólo quería proseguir su retirada, merced á un guía que le llevó río arriba en busca de un buen vado que existe frente á Vega Larga, pasó por él el Cauto, y cesó la persecución.

De mérito fué la retirada de Quirós: pero algo contribuyó á su buen éxito la inexperiencia de los cubanos y la mala dirección de Marcano desde la retirada de Baire.

Los insurrectos cometieron graves errores. Quirós llegó á Cuba con la tercera parte menos de su gente. Pudo perderla toda, como hemos insinuado; pero es justo consignar que salió de un grande apuro por ser valiente, pues con sangre fría arrostró por todo antes que dar la menor prueba de temor ó debilidad. La marcha desde el Contramaestre al Cauto demostró su resolución de salvarse ó morir, sin contar con más auxilio que su valor. También le supo infundir á sus soldados, que le secundaron admirableme te.

No debemos prescindir de un incidente curioso ocurrido á Mármol, que afectaba también á Quirós. Enviado aquél á Palma, fué hasta la cuchilla del Cauto sin la menor novedad en su rápida marcha, ordenando antes de pasar el río á los jefes de la vanguardia, capitán Reyes y su hermano, que al llegar al otro lado subieran á escape la cuesta del barranco: lo que visto por el sargento de voluntarios que hacía de comandante de la guardia que vigilaba aquella entrada del pueblo, hirió de un balazo al capitán Reyes, quien pudo contestarle con su escopeta y le mató, por cuyo motivo los de la guardia huyeron, dejando franca la entrada. Invadieron los de Mármol el poblado por diferentes puntos, ocuparon las calles y la plaza de la iglesia, detuvieron á varios soldados de línea y artilleros en las tiendas de bebidas, los cuales procedían de Cuba, que habían llegado con un convoy de quince acémilas cargadas de municiones y armas, todo á cargo de D. Sebastián González, á quien había confiado el Comandante general gobernador del Departamento para llevarle á las aguas del Contramaestre y entregarlo á Quirós; pero por las noticias que adquirió González desde su llegada á la tienda de Suena-el-agua, en el camino del Cobre, le atemorizó y se refugió en Palma en espera de un milagro.

El afortunado Mármol, dueño de Palma y del convoy, fué víctima de su juvenil inexperiencia, aprovechada por el astuto González, que, como h .·. m .·. de la masonería, le comprometió á que le devolviese todo el convoy para llevarlo á Cuba, y en recompensa recogería en la ciudad mucho dinero, armamento y municiones, y sobre todo la cooperación de todos los m .·. m .·. que pudieran hacer triunfar la revolución, de la que perjuraba hacerse ardoroso partidario. Mármol, que no conocía á González, que ignoraba fuera un sastre que se había hecho en la Habana socio del abogado Sr. Márquez Sterling para fundar y redimir en los años 1858 á 60 á todos los jóvenes peninsulares en la Sociedad de Seguros sobre quintas, en la que es fama que los suscriptores de la isla perdieron más de cinco mil onzas de oro, y de cuyas resultas se convirtió en propietario, en Cuba, del ingenio Cupey, le devolvió el convoy y á los que le custodiaban para regresar á Santiago, donde fueron recibidos con aclamaciones y paseados con música por las calles. Se festejaba un acto de heroísmo.

ANTONIO PIRALA.

LOS DONES DE LA FE.

CUENTO.

ESTO no es conseja, porque á nadie la oí; no es historia, porque nunca pasó; será un cuento, porque lo cuento yo, poniendo en letra un sueño que, como Alarcón decía, *me está dando patadi-tas en la frente*, y no hay sino echarle ya, y adornado con la ropilla de mi pobre ingenio, ponerle en manos del lector, para que lo apadrine en este bautismo de la publicidad, y prevenga con su aprobación blanda y cariñosa cuna, ó con su olvido prematura mortaja.

⁂

Y fué que un día de los más ariscos de Enero, en el que el aire tenía color de nieve, y las nubes, en vanguardia de la noche, obscurecían el espacio, la poca gente que por las calles transitaba corría á la desbandada, como hormiguero asustado, capeando al frío con el caluroso andar, y esquivando las caricias de algunos copos que, desgranados del cielo, preludiaban la ventisca.

Y allá en la esquina de la nueva Biblioteca, donde dobla el tranvía que sube *al Barrio*, un hombre, un infeliz, desarrapado y mustio, imploraba limosna con plañidera voz, llevando para cebo de la inexperta caridad un rapazuelo encaramado en los hombros, que lloraba sin parar á grito herido, poniéndose en las mejillas anuncios de su hambre y de su frío con brincadoras lágrimas que se atropellaban en aquellos ojitos asolados por el dolor.

Y otro hombre, un caballero, un señor, un hermanito, pasó y vió aquella pena, y echó mano al bolsillo..... ¡¡Nada!! ¡¡Qué había de tener!! Sus vicios insaciables acababan de consumir su última moneda. Nada tenía, pero se le iba el corazón tras de aquella miseria.

Era uno de esos hijos pródigos de la virtud que dejan el bien y tornan á su regazo, que pecan y lloran, que caen pronto y pronto se arrepienten, que pagan en remordimiento las setenas de su pecado, tan infieles á la maldad como al bien, de alma inquieta y voluble, sólo constante, como dijo Campoamor, en la inconstancia. Aquel hombre amaba el bien platónicamente.

Aun sabiendo que nada podía dar, se detuvo como si fuera á registrar sus bolsillos, y acercándosele el pobre, que ya contaba con la limosna, fué á decirle:

—Dios le ampare; no tengo nada.

Pero le daba rabia, le daba vergüenza no haber ahorrado siquiera una moneda que ofrecer á aquel niño aterido, á aquel padre hambriento. Y dijo para sí:—Sé que nada tengo; pero si ahora me encontrara, por milagro de Dios, una moneda de oro en el bolsillo, se la daba.

Y aquel hombre tenía tanta fe, que, sin poderlo remediar, echó mano al bolsillo por si el milagro se hacía.

Y fuera lo que fuera, por milagro ó por hallazgo, tocaron sus dedos una moneda. Un estremecimiento conmovió su cuerpo: lo tocaba, y no lo quería creer; tenía fe en su deseo, y no en la realidad. Y asombrado, creyéndose víctima de una alucinación, echó á andar á toda prisa..... El pobre le seguía: volvió á tentar su bolsillo, y ya no había duda, tenía dinero. ¿Sería la moneda de oro?—Si lo fuera, pensó, no es mía: la debo, la he prometido. —Y para no vacilar, para no estafar al pobre, cogió aquella moneda sin mirarla, la puso en manos del niño, y echó á correr sin volver la cabeza, pero oyendo al mendigo vocear su gratitud con tales frases de asombro, que ya el milagro era evidente.

Pero estuvo tentado varias veces de volver atrás..... ¿No valía aquella singular aventura un poco de curiosidad? ¿Por qué no volver y preguntar al pobre cuánto le había dado? Para quitárselo, no; pero para saberlo, para saber si Dios le hacía digno de tan gran milagro.

Mas volvió, y el pobre ya no estaba.—¿Qué importa? se dijo entonces. Buena pro le haga: Dios me manda que lo crea sin que lo averigüe ni compruebe.

⁂

Aquel lance abrió en él una etapa de recogimiento, de conversión: no se le quitaban de la imaginación aquel pobre y aquel niño.

Pero su rara condición no le permitía ninguna perseverancia. Ganó dinero y volvió á gastarlo, y volvió á verse pobre: tan pobre como los mismos que al paso imploraban su caridad.

Y otra noche, como aquella primera, se vió asediado por un pobre..... esta vez una chicuela flacucha, enteca, acaso víctima ya de la deshonra y del vicio.

Pedirle á él, ¿no era un insulto?

Por eso contestó:

—¡No! ¡No tengo nada, Dios te ampare! Y sin embargo—pensó—¡es tan pobre! ¡revela tanta hambre! ¡Oh! ¡Si se repitiera lo que creí milagro! Si me encontrara ahora una moneda de oro..... se la daba, aunque yo no tuviera que comer.

Y otra vez, en lo profundo del bolsillo, encontró otra moneda: y esta vez la probaba con los dedos, para ver con tacto sutil, para apreciar por el peso si era de oro..... ¡Lo era! Sí; no había duda.

Pero temía mirarla; temía creerlo mejor, por si dudaba, por si se desengañaba, por si robaba á la pobre.....

Y cogiendo la moneda, se la dió, sin verla, á la mocita.

Y echó á correr, mientras la niña, con extraños gritos, voceaba:

—Dios se lo pague, buen caballero: Dios se lo multiplique en la tierra y en el cielo.

⁂

Y fué más pobre aún; y su madre, que por vieja ya no podía trabajar, vendió los muebles, redujo su casa, y salvó al hijo de vergüenzas y sonrojos.....

Y se acabó el dinero aquel, y ya no había en qué ganar, ni él sabía oficio, ni le atendía nadie.....

Entretanto que siempre, por voluntad de Dios, sin duda, siempre que por amor de Dios quería dar limosna, hallaba en su bolsillo una moneda de oro.

¿Era llamamiento ó castigo?

¿No era castigo poner en sus manos lo que á él le faltaba, lo que su vida exigía, siempre que fuera para los pobres y no para él?

Su fe íntegra, invariable, hacíale seguir administrando aquella fuente de oro que el cielo abrió en su bolsillo, sin que jamás pensara partir el beneficio con los pobres.....

Hasta que una noche ya no pudo más.

Tenía hambre, su madre tenía hambre; y echado de su hogar, vivía, si aquello era vivir, en un chiribitil abuhardillado.

Allí ni luz, ni calor, ni aire, ni agua, ni alimento alguno La muerte lenta, la carcoma de la miseria, echaban por tierra una vida que debía ser robusta y fuerte.

Pensó en el suicidio; ya era forzoso: su madre lloraba; su madre no comía.

Salió á la calle dispuesto á borrarse del número de los vivos..... Anduvo como loco por las calles, pensando en que era cruel añadir á la miseria de su madre la pena de su locura.

Pero ¿cómo volver á casa sin nada?

....

Y entre las muchas vueltas que dió, llegó á la esquina de la Biblioteca, donde dobla el tranvía que sube al Barrio..... y allí vió un bulto, una sombra, que se acercó á pedirle limosna.

—¡Limosna á mí!.....—gritó enfurecido.

Pero volvió en sí, le dió pena, y dijo:

—¡Ojalá se apiadaran de mí como yo me apiado de los pobres!..... Si tuviera..... le daría. ¡Dios le socorra!.....

Pero echando mano al bolsillo instintivamente, tropezaron sus dedos con la *eterna* moneda..... y arrojándola entre furioso y triste al suelo, echó á correr, oyendo esta vez claramente la vibración del oro al chocar en las losas de la calle.....

⁂

Al volver á casa, se echó en brazos de su madre desesperado.....

—¡Madre! ¡madre! Hay que morir. Dios nos abandona.

Y su madre sonreía.

—Ven acá, loco; ven acá, calumniador, y mira cómo Dios nos favorece.....—decía la madre enseñándole un rincón de la mesa con pan blanco y vino confortador, con víveres abundantes.

Y al lado, envueltas en un pañuelo, varias monedas de plata.

—¿Qué es esto?—preguntó el hijo.

—Nada: un milagro de Dios. Un caballero que en la calle de Serrano, al darme limosna, se ha equivocado..... ¿Lo ves?..... Esto es lo que sobra. ¡Me dió una moneda de oro!.....

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.

UN LIBRO NUEVO.

TRATADO DE DERECHO INTERNACIONAL PÚBLICO,

POR PASCUAL FIORE

vertido al castellano de la tercera edición italiana, por Alejo García Moreno.—Cuatro tomos de 399, 407, 400 y 627 páginas.—Madrid. Centro editorial de Góngora, 1894-95.

I.



UNQUE, como acabamos de consignarlo, esta obra sea la tercera edición del libro de Fiore, puede exactamente decirse que es un libro nuevo. El sabio tratadista italiano, tan popular en toda Europa, no imita á la mayoría de los escritores convirtiendo las sucesivas ediciones de sus trabajos en repeticiones de la primera que publicó. No; en las producciones científicas de Fiore cada edición es una obra nueva, resultado de los incesantes estudios del autor y fidelísimo reflejo de los progresos realizados en esta rama de la ciencia jurídica. La primera edición del *Tratado de derecho internacional público*, que se dió á luz en 1867 ó 68, era un compendio, encerrado en un solo volumen de no muchas páginas. La segunda, comenzada á imprimir en 1879 y concluida en 1884, tenía dos: esta segunda edición fué ya traducida al castellano por el Sr. García Moreno y se ha agotado. La tercera data de 1893; es un trabajo voluminoso y, sin encarecimiento, puede decirse de ella que es un tratado magistral y completo de tan ardua materia.

Puede eso decirse, porque la abarca toda y porque resume en sus páginas el contenido que atribuyen á esta parte de la ciencia del derecho los múltiples y continuados trabajos que desde hace un cuarto de siglo le consagran eminentes publicistas de Europa y América, entre los cuales descuellan los fundadores y miembros del Instituto de Derecho Internacional belga, que es la academia que más ha cooperado á esa obra civilizadora.

No hay problema del derecho internacional, ni aspecto de este orden de estudios que no examine Fiore, expositor metódico y claro, crítico ilustradísimo, escritor elegante, maestro de erudición copiosa y espíritu que vive dentro de las realidades de la vida moderna, otorgando á las aspiraciones é ideales de nuestro tiempo la atención generosa y benévola

que les dedica todo hombre amante del progreso y de la libertad.

Esto en cuanto al fondo de su obra: en lo que se refiere á la forma, tan importante en todo tratado dogmático, el sistema que adopta Fiore, sin parecernos el mejor, ni el único aceptable, no merece, á nuestro juicio, censura, porque las divisiones y subdivisiones á que ajusta su exposición de la extensa doctrina que abarca un libro de derecho internacional público, vigorosamente enlazadas, contribuyen á que se forme idea completa y clara del conjunto.

Ese sistema es bien sencillo. Se reduce á comenzar la obra por una introducción, que es un resumen histórico del derecho internacional desde los tiempos y pueblos primitivos hasta nuestros días, en la que los capítulos más notables son aquellos que Fiore consagra á describir el estado actual de esta ciencia y á señalar los progresos que pueden racionalmente esperarse en lo porvenir. Después, en la parte que llama general, trata del derecho internacional, objetivamente considerado, y de las entidades que son sujetos de ese derecho, en sus diversas relaciones y modificaciones: y en la parte especial examina los derechos y deberes internacionales de los Estados, las cosas que son objetos para este derecho, las obligaciones internacionales, los tratados, la guerra, su fin y daños que ocasiona, los derechos y deberes de los beligerantes y neutrales, y la tutela jurídica de los derechos internacionales en ambas épocas, durante la guerra y bajo el régimen de la paz.

II.

Si dispusiéramos del espacio necesario para hacerlo, señalaríamos, examinando algunas de esas secciones, dónde se expone á nuestro juicio un progreso positivo y fecundo y dónde se incurre en error peligroso; que de todo hay en tan extenso tratado como el de Fiore. Nos limitaremos á llamar la atención sobre dos ó tres puntos que han suscitado, al publicarse esta obra, mayor controversia entre los publicistas que se dedican al estudio del derecho internacional.

Conviene la mayoría en que los sujetos de ese derecho y los organismos á que debe atribuirse la personalidad internacional son los Estados, tales como están constituidos y como los han hecho la política y la historia. Este principio de derecho positivo, único aceptable bajo ese punto de vista, no excluye el de las nacionalidades, como ideal del *jus gentium* moderno. Pero ¿puede admitirse que, además del Estado, se atribuya la calidad de sujetos dentro de esa esfera á otras entidades jurídicas, y señaladamente, como dice Fiore, á la Iglesia católica y á todas las iglesias reconocidas?

Nuestro autor había ya desenvuelto y sostenido en otros libros esta doctrina, pretendiendo para toda iglesia reconocida las garantías del derecho internacional, en cuanto á su constitución, organización y régimen, dentro de la esfera determinada por su propio concepto y en lo que toca á la libre comunicación de los elementos de su jerarquía. El estado del derecho internacional y los progresos posibles en este orden de la política y de la vida no permiten, á nuestro juicio, aún admitirla. Ni ha llegado acaso la oportunidad de que discutamos si los principios afirmados en la paz de Westphalia podrán algún día llegar á ese grado de desenvolvimiento y de perfección.

Pero, sin ir tan lejos, debe reconocerse y declararse con Fiore, y esta es una nota característica y plausible de su obra, mucho más tratándose de un escritor italianísimo, que á la Iglesia católica, apostólica, romana, no puede negársele la condición jurídica que le corresponde de personalidad dentro del derecho internacional. Todavía no ha llegado á poseer este carácter en toda la plenitud de las consecuencias que del mismo se desprenden; pero es innegable que llegará, porque militan en su favor todas las razones que alega Fiore, y además la de representar un elemento moral de superioridad indiscutible aun para los que desconocen ó no confiesan que esa Iglesia, intérprete de la religión verdadera, es un destello de la Divinidad y el vínculo que une al hombre con el Creador de todas las cosas.

El elemento moral, díganlo ó no, es el que inspira á Fiore y á cuantos como él piensan para moverles á reconocer en la Iglesia, no sólo una institución conforme á las naturales tendencias del hombre, sino la posesión de una personalidad que se conserva por virtud propia é independiente de las relaciones territoriales. Ese elemento moral es el que crea y mantendrá en este orden una excepción á favor de la Iglesia, resolviendo así en nuestro tiempo el importante problema planteado por Fiore.

También la crítica ha fijado su atención en la forma en que Fiore trata del arbitraje, como medio de resolver las diferencias internacionales, aplaudiendo el carácter práctico de sus observaciones. No parecen seguramente, ni esta parte de su libro, ni toda la teoría de los tratados, que es notabilísima y en que resplandece ese espíritu político peculiar y característico del pueblo italiano, obra de la misma pluma que ha patrocinado y desenvuelto la singular teoría de que el hombre debe reputarse sujeto del derecho internacional. El hombre, ciudadano de un Estado superior, *magna civitas*, que debe proteger su derecho, es la negación de las condiciones esenciales en que actualmente vive la humanidad, por obra de la política y de la historia. Esa teoría conduce al ensueño del imperio único ó de la federación universal, tan erróneos como el del comunismo ó la anarquía, porque sus inventores han prescindido, al fraguarlos, del primer elemento indispensable á toda investigación sociológica: el conocimiento de la naturaleza del hombre y el respeto á las condiciones, también naturales, de toda sociedad humana.

III.

Uno de los publicistas belgas que con mayor constancia se han dedicado al estudio de esta rama del derecho, Mr. Rolin-Jacquemyns, sostiene que los Estados débiles, secundarios ó neutrales, tienen en más alto grado interés en el desarrollo del derecho internacional. Los poderosos, los fuertes, no han menester de otra garantía que su propia fortaleza. Llegado el caso, desdeñan ó atropellan los principios sancionados ó las reglas consagradas, si les crean ó les suscitan la más pequeña dificultad. Ahora mismo hemos visto al Japón, por exclusivo afán de humillar á los chinos, prescindir en el cambio de ratificaciones del tratado de Simono-Séki de ciertas solemnidades diplomáticas, y se ha recordado que también Napoleón I expresaba su voluntad ó transmitía sus órdenes á los soberanos de las dinastías más ilustres de Europa por medio de un ayudante ó de uno de los funcionarios civiles de su casa. *La force prime le droit.*

Pero, al fin, los que no disponen de otros medios ó los poseen sólo en una medida escasa, deben buscar el amparo del derecho, procurando llevar á sus manifestaciones y progresos una noción cada día más amplia de la justicia. Así explica Mr. Rolin la extensión y popularidad de esos estudios en su país.

Por un motivo análogo, en el nuestro debieran haberse propagado también. Sin embargo, sólo desde hace pocos años se ha generalizado aquí un poco el estudio del derecho internacional. Se ha dado á su enseñanza una extensión que no tenía: han aumentado las cátedras de esta asignatura: se han publicado varias obras de esta materia, y en las revistas extranjeras aparecen de vez en cuando trabajos muy notables de distinguidos profesores españoles. Todo este movimiento intelectual es digno de aplauso, y debemos contribuir á él no regateándole el nuestro.

A pesar de lo que opina el sabio publicista belga, creemos que en España no se desenvolverá y progresará ese estudio, no se popularizará tanto como nosotros desearíamos, mientras no tengamos política internacional propia, y esto no ha de suceder hasta que no realicemos otras empresas tan altas y trascendentales como aquélla.

Pero á realizarlas, y á realizarlas con el propósito de llegar á ese fin, puede contribuir el afán de divulgar estos estudios. Por ello aplaudimos que se haya publicado la tercera edición del tratado de Fiore, y recomendamos su lectura á las personas que desean conocer las obras más notables de esta rama de los estudios jurídicos, extendiendo nuestro aplauso al Sr. García Moreno, obrero infatigable é ilustrado de esta nobilísima empresa de propagación de la cultura, á quien el público español debe el conocer y estimar algunos de los libros más importantes de historia y jurisprudencia que se han dado á luz en Europa en el último cuarto de siglo, entre los cuales el que ahora anunciamos ocupa un lugar distinguido.

Francisco de Asís Pacheco.

UN CASO RARO.

Cerca de mi habitación
Vive un señor muy notable,
Que es enemigo implacable
De la santa religión,

Y ¡mire usted qué rareza!
Los detalles de su vida
Le dan patente cumplida
De santidad y pureza.

Y no es que de santidad
Haga un alarde fingido:
Todo ello tengo entendido
Que es pura casualidad.

Él vive con el *pendón*
De Doña Rosario Elías.
Tiene, pues, todos los días
Rosario en su habitación.

Se llama el muy perillán
Don *Santos Capilla y Cruz*,
Y es (porque allí vió la luz)
Hijo de *San Sebastián*.

Él, que detesta hondamente
Las iglesias, es sincero
Devoto del compañero
Iglesias precisamente.

¿Y su casa? Es un *belén*.
A veces echa *sermones*
A todos, y en ocasiones
A todo les dice *amén*.

Según su amigo Cornelio,
Don Santos nunca mintió;
Al contrario, todo lo
Que dice es el *evangelio*.

Vive: calle de *Jesús*,
Cuatro, tercero derecha.
De palo *santo* está hecha
La mesa en que juega al mús.

No oye misa ni una vez;
Pero á beberla se atreve,
Pues son los vinos que bebe
Los de *Misa* de Jerez.

Siempre que hay corrida buena
Es ya cosa averiguada
Que va á la novena grada,
¡Nunca falta á la *novena!*

Si se le acaba el parné,
Como es su amigo mejor
San José el compositor,
Pide amparo á *San José*.

Cuando tiene calentura
Llama al doctor *Sacristán*,
¡Y siempre el pelafustán
De don Santos tiene *cura!*

Mas aunque á la iglesia hiere
Con su herética manía,
Es fácil que muera un día
De un cólico *miserere*.

¿No es digno, pues, de atención
Como un caso muy notable,
Este enemigo implacable
De la santa religión?

Juan Pérez Zúñiga.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

El escritor ruso Usevolod Kretovsky: poeta, novelista, militar, corresponsal, viajero: la prensa.— Decadencia de la novela en Rusia: influencia de Tolstoi: opiniones del insigne crítico Burenine.— La moral y la religión, según Tolstoi.— El poeta griego Paraschos.— Una invitación en castellano arcaico para una fiesta en Serajevo (Bosnia).


La esplendorosa aureola que rodea en Rusia á la figura del gran escritor Tolstoi parece que, con su exceso de luz, oculta y apaga los fulgores que irradian el mérito y las obras de los demás escritores populares; y preciso es que las alabanzas con que la muerte suele acompañar á la memoria de éstos, resuenen y repercutan en los oídos durante algunos días, para que la opinión recuerde que al lado del gran maestro, aunque no á su altura, brillan en la sociedad moscovita otros trabajadores insignes que han honrado con sus trabajos á aquel pueblo, tan dado, en mucha parte de su masa, á la lectura, á la contemplación y al idealismo.

Esto acaba de ocurrir con Usevolod Kretovsky, literato de primer orden, personaje de accidentada vida, inteligencia firme é indomable, puesta al servicio de la causa de los Czares con una fidelidad modelo. Cuando, después de la guerra de Crimea, empezó á disfrutar la prensa rusa de cierta libertad y se abrieron para ella desconocidos horizontes, fundáronse en San Petersburgo varios círculos literarios, y en uno de los más afamados, en el del poeta León Mey (1858), el profesor de Filología de la Universidad, Vodovozoz, presentó á un joven que entonces tenía diez y siete años, y que desde los catorce era conocido entre sus condiscípulos como facilísimo é inspirado poeta. Aquel estudiante, Usevolod Kretovsky, leyó en el Círculo varias de sus poesías, que los periódicos reprodujeron, y se encontró hecho hombre popular de la noche á la mañana. Su profesor contribuyó mucho á darle á conocer entre la sociedad distinguida, tarea nobilísima que Vodovozoz se impuso en pro de cuantos escolares se distinguían en la Facultad de Letras, y de la cual, respecto á Kretovsky, no tuvo que arrepentirse jamás. Los versos de éste, escritos con magistral armonía, llenos de dulce cadencia y sonoridad, inspirados en las ideas nuevas que se difundían é infiltraban en los espíritus de aquella sociedad ávida de regeneración, obtuvieron gran éxito entre los prosélitos ardientes de la literatura social y política, y su autor, un mozo todavía, figuró en las asociaciones literarias y en las revistas al lado de los escritores que entonces se imponían á la opinión, como Apolo Maikol, Nekrassof, Dmitri Grigorovitch, Turguenief, Pissemsky y Tchernyschevsky.

Pero el claro ingenio del poeta le hizo comprender bien pronto que, en un pueblo como aquel, la obra poética no resultaba suficientemente enérgica para tomar parte decisiva en la batalla de las ideas, y dejando de hacer versos, se dedicó á trabajar en serio, en valiente y correcta prosa, digna de su corazón íntegro y valiente también, consiguiendo sin esfuerzo alguno que la prensa, que había solicitado con tanto empeño su concurso como poeta, lo exigiera más imperiosamente como escritor de propaganda y combate, en el campo de la novela sobre todo. Después de la poesía abandonó sus estudios jurídicos de la Universidad, y se dedicó en absoluto á pensar en los grandes ideales y á llenar centenares de cuartillas. La mejor revista que aparecía entonces en la capital de Rusia publicó su primera novela, *La plebe de San Petersburgo*, obra positivamente realista que le dió gran renombre, y cuyos personajes y cuadros estudió viviendo entre ellos, entre lo más bajo y repulsivo de aquella metrópoli.

El éxito le cegó un poco, arrastrándole al campo de las exageraciones realistas, cuyo tono informa cuanto escribió en Varsovia, después de la gran insurrección polaca de 1863, apareciendo en las novelas que entonces publicó como un fiscal severo de las pasiones y luchas populares y como un acusador de los perseguidos, por lo cual se le incluyó, con justicia, en la lista de los escritores reaccionarios de primera fuerza. Poco después súpose con extrañeza en Rusia que Kretovsky, hombre de buena posición, considerado é independiente, y casado y con hijos, había sentado plaza de oficial en un regimiento de lanceros: y, á poco de correr la noticia, apareció un nuevo libro suyo en el que hacía una admirable historia de dicho regimiento, en recompensa de cuyo trabajo fué destinado, con ascenso, á un escuadrón de caballería de la Guardia Imperial. En 1877 era segundo capitán del mismo, y por encargo expreso del Emperador fué á la guerra contra los turcos, como corresponsal militar del *Mensajero Oficial*, redactando en aquella gran campaña del Danubio y de los Balkanes magníficas descripciones de los hechos de armas, que la prensa reprodujo con aplauso y que el Gobierno reunió después en dos tomos lujosamente editados. Sin haber descansado apenas, fué destinado como secretario del almirante Lessovsky á la expedición marítima del mar de la China, en la que los rusos obtuvieron la retrocesión del territorio de Kuldja al Celeste Imperio. En aquel viaje desempeñó también el cargo de corresponsal del *Mensajero Ruso*, obteniendo

un éxito tan grande como el que logró en la relación de la guerra de los Balkanes, y cuyas correspondencias se consideran en Rusia como una obra maestra en su género. Era ya teniente coronel cuando subió al trono Alejandro III, y entonces marchó al Turquestán como ayudante del general Tchernaief, asistiendo á la recepción de la Embajada en la corte del Emir de Bukhara, y de cuya expedición publicó un libro curiosísimo. Sin dejar el servicio del ejército. aceptó el cargo de director del *Diario Oficial de Varsovia*, puesto que ha ocupado hasta su muerte. No le impidieron sus ocupaciones de viajero y de corresponsal el dedicarse á sus habituales tareas de novelista y de cuentista, sino que, por el contrario, el estudio y la observación de tantos países y gentes diversas nutrió espléndidamente su poderoso espíritu y le dió materia para desarrollar admirables cuadros. Fué, en verdad, su labor literaria la de un titán incansable. La fama de reaccionario que mereció al principio se borró después, cuando, unánime la opinión, le otorgó el título de gran novelista; pero, como es natural y corriente que ocurra á las gentes de gran valía, se vió siempre perseguido, no por la crítica de alto vuelo, sino por la murmuración incesante de la turba de periodistas sedentarios, que no perdona jamás al que sabe elevarse sobre ella por sus propios merecimientos. Siempre dijeron de él, por no poder decir otra cosa, que no debía tomarse en serio cuanto publicaba «un oficial de caballería, metido á literato». Ahora, después que ha muerto, confiesa la prensa rusa que el indomable aventurero, el escritor independiente, es digno de ocupar un gran puesto en la literatura rusa moderna, y que fué el iniciador de un género literario muy distinto de aquel á que aquella sociedad estaba acostumbrada, siquiera fuera sostenido por los eminentes escritores que hace veinte años estaban más en moda y eran más celebrados en el gran Imperio.

°°°

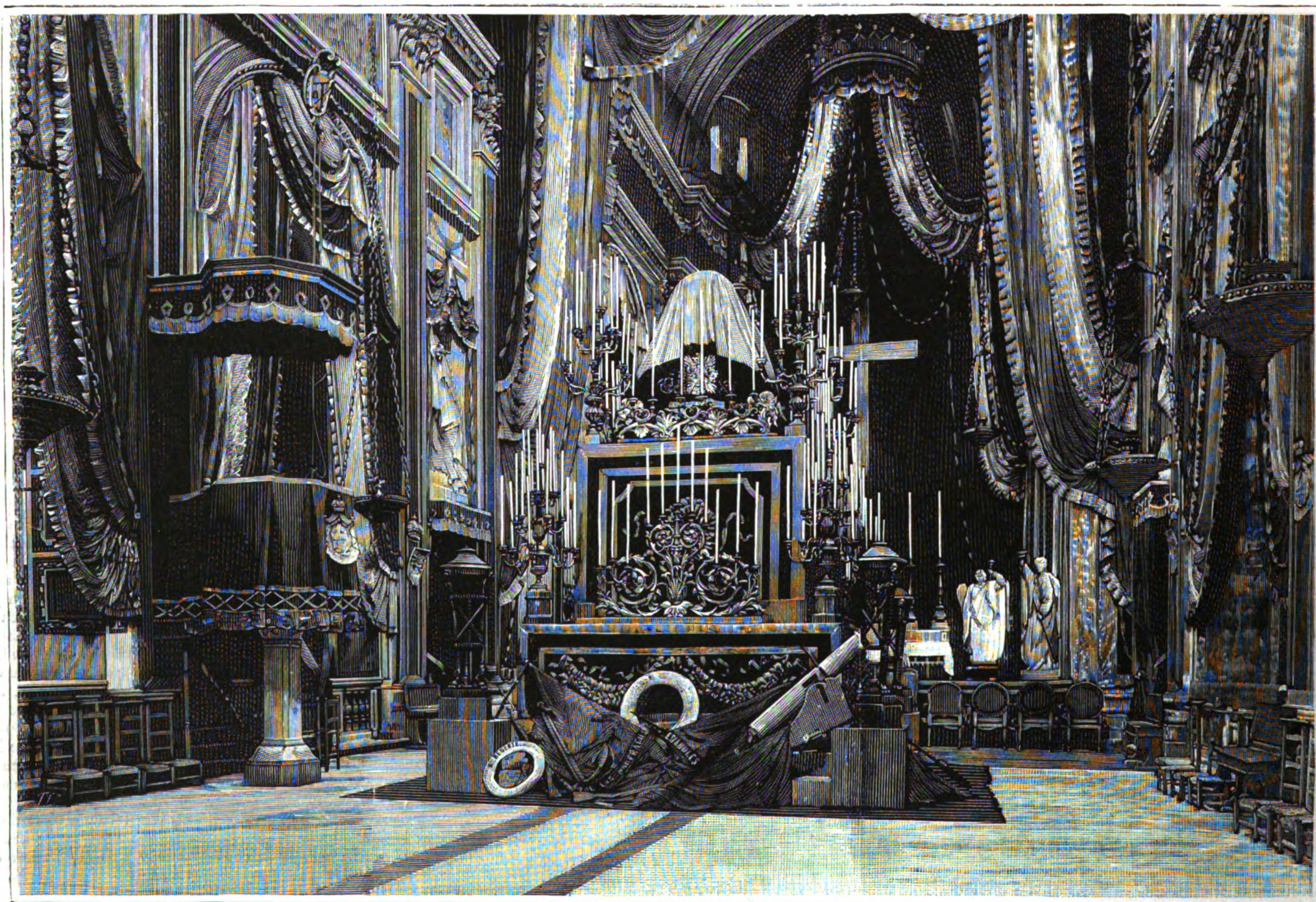
El novelista en cuestión se ha muerto á tiempo, aun muriéndose en plena fuerza de la vida, á los cincuenta y cuatro años. Y hay que decir esto, porque en Rusia todos los novelistas se han eclipsado ante la obra colosal de Tolstoi. Tienen, en efecto, los genios como Tolstoi la singular cualidad de aniquilar á cuantos escritores trabajan en su tiempo, de hacer en torno suyo un verdadero vacío, porque al imponerse con sus maravillosas facultades, resultan pigmeos á su lado cuantos se dedican á las tareas de la imaginación. Así como Shakespeare redujo á la nada á los dramaturgos que le precedieron y á los que en su época escribían; así como Wagner no ha dejado músico sano en el arte moderno, Tolstoi ha concluído con todos los novelistas, contemporáneos suyos. Escribir después que han escrito Dostoievsky, Turguenief y Tolstoi, es querer luchar con gigantes y perder el tiempo. Así lo dice el primer crítico de Rusia, el severísimo Burenine, en la *Novoié Vremia*. Según él, la novela en aquel Imperio atraviesa un período de visible decadencia, porque todo cuanto se produce resulta pálido, pobre, insustancial ante las obras de Tolstoi, que, nuevo Herodes, siega en flor, sin quererlo, las aspiraciones de la gente joven entusiasta, que con más ó menos bríos y con más ó menos fortuna se dedica á la novela. Apareció hace algunos años un escritor de grandes alientos, Tchechof, cuyas primeras obras, inspiradas en un realismo feroz, y cuyas cualidades de gran estilista entusiasmaron al público; pero como el paladar de aquella sociedad se fué acostumbrando á los deliciosos é incomparables regalos de Tolstoi, bien pronto el entusiasmo pasó, y cada nuevo libro de Tchechof pareció peor que el anterior; y se ha concluido, casi, casi, por no leerle. El crítico Burenine elogió al novelista ayer, y hoy confiesa que ya no vale más que los que valen poco, y cuyo mérito es muy discutible.

Lo mismo ocurre con otros novelistas jóvenes que despertaron grandes esperanzas y que en realidad figurarían á grande altura, si Tolstoi no ocupara, no sólo las más altas cimas de la gloria literaria, sino todos los medios, todas las regiones altas y bajas en que se inspira, se agita y vive el pueblo ruso. ¿Para qué negar que tienen excepcionales cuali-



HABANA.—Solemnes exequias por los náufragos del *Reina Regente* en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes.—Aspecto del templo antes de la ceremonia.

(De fotografía de D. Emilio Prado, de la Habana.)



ROMA.—SOLEMNES EXEQUIAS POR LOS NÁUFRAGOS DEL «REINA REGENTE» EN LA IGLESIA DE SANTIAGO Y MONSERRAT. CATAFALCO ERIGIDO EN EL CENTRO DEL TEMPLO.

(De fotografía remitida por el Excmo. Sr. Conde de Coello.)



MANZANILLO (CUBA).—VISTA DEL MUELLE Y ALMACENES.

(De fotografía del Sr. Gómez Carrera.)



MANZANILLO (CUBA).—ALTO DE LA GUÁSIMA.

(De fotografía del Sr. Gómez Carrera.)

dades de novelistas hombres como Pissemsky, Potapenko, Boborykine y Mamine-Sibiriak, cuyas obras merecen ser tan estimadas? Pues bien; ellos y otros que con ellos compiten, viven eclipsados ante la luz esplendorosa que rodea al nombre de Tolstoi. ¿En qué género trabajar para distinguirse? En ninguno, porque el autor de *La Sonata de Kreutzer*, de *El Príncipe Nekhli*, de *El Sitio de Sebastopol* y de *Los Cosacos* lo mismo reina é impera en la novela sencilla y familiar, que en la filosófica; lo mismo en el simbolismo, que en el realismo más absoluto. Mar inmenso, lo ha invadido todo, anegando cuanto encuentra á su paso, y mostrándose plácido y en calma unas veces, para reflejar todas las bellezas del horizonte; ó tempestuoso y enfurecido otras, para conmover desde el fondo en que se asienta hasta los continentes que le circundan. Si, como piensa Burenine, es esta la causa de la decadencia de la novela entre los nuevos escritores rusos, decadencia hay para rato; porque aunque Tolstoi desaparezca ó deje de escribir, es tan grande y tan trascendental el efecto de sus obras, que tendrán que contarse muchos años para cuando el buen gusto le olvide, para cuando la caprichosa moda lo destrone ó para cuando uno ó varios genios, que tal vez no valgan tanto como él, pero que se atemperen á las exigencias del gusto del porvenir, hereden la gloriosa supremacía que en el mundo culto ha conquistado.

***

Tolstoi no descansa. Uno de sus últimos curiosos trabajos es el publicado en el *Mensajero del Norte*, y se ocupa de las relaciones entre la moral y la religión. Según el gran publicista, ha habido tres doctrinas morales, que han servido de base á otros tantos diversos conceptos acerca de la significación de la vida. El hombre primitivo, el salvaje, sólo pensó en el goce y provecho personal, y para ello procuraba apropiarse todo cuanto podía satisfacerle; el pagano lo sacrificaba todo al provecho de determinado grupo de personas ó de familias, á la comunidad; y el cristiano, en fin, deseoso de cumplir la voluntad de Dios, dirige sus esfuerzos á conocer esta voluntad y á cumplirla. El objeto de la vida es para el primero la satisfacción del egoísmo; para el segundo, el servir al grupo de que forma parte, y para el tercero, el obedecer los mandatos divinos. Sólo en la moral cristiana existen el amor y la abnegación, que no son, dice, el estímulo del progreso social. La fusión de los pueblos en un solo Estado, realizada en miles de años sólo por la acción del progreso social, no excluiría la lucha entre las individualidades colectivas como las familias y las razas. Se reproduciría, como ya se ve hoy entre los hombres subdivididos en grupos sociales, y entre las familias; luchas que suelen luchar entre sí más encarnizadamente que con los extraños.

Si en la familia y en el Estado se ampara á los débiles, no se debe esto á la unión social, sino á que entre los hombres que la componen hay muchos que practican el amor y la abnegación. De cada dos niños abandonados, por ejemplo, no sobrevive, en general, más que el más fuerte; pero en la familia, gracias á los cuidados de una madre, ambos resultan amparados, y viven. Esto resulta, no de que los hombres estén reunidos en familia, sino del amor y abnegación que animan á la madre.

El afirmar que el progreso social produce la moral, equivale á sostener que la estufa produce calor. El calor procede del sol, y las estufas sólo lo conservan y difunden á condición de que se eche combustible en ellas, es decir, algo que no existiría sin la acción del sol. Del mismo modo la moral procede de la religión. Las formas particulares de la vida no producen la moral, sino en tanto que estas formas contengan las consecuencias de la acción de la religión sobre los hombres. Pueden calentarse las estufas é irradiar calor, ó no ser encendidas y quedar frías. Pues de igual manera las formas sociales pueden encerrar en sí la moral y ejercer una acción moral sobre la sociedad, ó bien no encerrarla y no ejercer acción ninguna. La moral cristiana no puede basarse en el concepto pagano de la vida, y no puede destruirse ni por la filosofía, ni por la ciencia anticristiana, si no puede conciliarse con ellas. Para Tolstoi, pues, el amor y la abnegación son la base de la moral cristiana, y no el interés social, ni mucho menos el egoísmo individual.

***

Casi al mismo tiempo que el poeta ruso Kretovsky, ha muerto el último de los poetas románticos de Grecia, el popular Aquiles Paraschos. Fué en sus juventudes exaltado y revolucionario; y continuó siendo siempre, á pesar de los cambios de las escuelas y de los tiempos, fabricante de elegías, odas, baladas y demás productos ampulosos, retumbantes y llorones de la musa del lirismo triste. Tronó contra la tiranía del Gobierno helénico, y pasó largas temporadas á la sombra, encarcelado por la policía. Vivió algunos meses desterrado, hasta que tuvo el consuelo de que destronaran y desterraran al rey Otón, que fué el blanco de sus diatribas más exageradas. Pero *quid fragilis ventus?, mulier; quid mulier?, poeta.*

En cuanto vió Paraschos caído al rey Otón, se enterneció y le dedicó una preciosa elegía, la mejor de sus poesías de aquel tiempo. La revolución triunfante le colmó de honores, y quien no había sido nunca más que poeta, bohemio y agitador, se encontró de repente hecho un hombre político de seso y peso, un alto funcionario, un estadista; nada menos que subsecretario del ministerio de Hacienda. Sin embargo, á pesar del buen deseo de sus amigos, y á pesar de lo que decía la credencial, el poeta no fué jamás ni estadista, ni funcionario (salvo para cobrar la nómina), ni hombre de peso, ni de seso, ni nada más que poeta. El saber y la competencia no se improvisan, á pesar de todas las credenciales. En la subsecretaría no hizo Paraschos un solo número, pero en cambio amontonó muchos endecasílabos. Ha muerto á los sesenta y dos años, y su féretro y su tumba se han cubierto de flores naturales y retóricas. En nombre del Gobierno y de las Cámaras, han hecho su elogio fúnebre en el cementerio tres oradores; y en nombre de los revolucionarios de antaño, de los pensadores de hoy, de los poetas y de cuantos elementos activos hay en Atenas, han hablado en honor á su memoria otros diez y siete acompañantes, improvisadores más ó menos espontáneos. No hace mucho tiempo, por cierto, que se habló de él con empeño, porque su editor anunció que estaba dispuesto á vender la colección completa de sus obras á lo que pagaran por el peso del papel.

***

Como curioso resto de nuestra vieja lengua castellana, para completar la índole especial de esta Crónica, pongo á continuación, con gran complacencia, un documento escrito en castellano, anticuado en parte, y en parte modernizado, tal cual lo hablan hoy los judíos españoles residentes en Bosnia, y que son descendientes de los expulsados de Córdoba á fines del siglo XV. Aquellas gentes, oriundas de nuestra patria, en la que habían permanecido sus antepasados durante nueve siglos por lo menos, conservan con amor y entusiasmo la lengua de nuestros mayores, considerándola como propia é insustituible; y tanto allí, como en gran parte de las comarcas de Oriente, no sólo la usan, sino que en ella redactan sus periódicos y sus obras. A la amabilidad del Dr. Ludovico Neumayer, empleado en la Dirección de Hacienda de Serajevo, Bosnia, debemos ese envío, que hemos estimado muchísimo y que seguramente será leído con viva curiosidad. Trátase de la invitación para una fiesta dramática y musical celebrada recientemente en aquella capital, en obsequio á la caridad, y dice así:

INVITASSION

AL

PASSATIEMPO «DEL PROGRESSO»

que trindra lugar al 23. marso 1895.

EN LA SALA DEL

Sinior LIPOLD

(Sahtianuša ulica) vis-a vis del Palassio del governo.

EL PASSATIEMPO ES COMPOESTO DE:

1. *Arla de saludamiento* mezo Benzion Pinto.
2. *El Pescado* comedia en 1 acto.
3. *Passatiempo en general*
4. *Pemanda philosophica* mezo el Sin. Josef J. Pardo.
5. *Tombola con premios preciosos.*
6. *Continuacion del passatiempo.*

El passatiempo sera accompaniado de la musica milit.

Cartas de entrada por persona fl. 1. por familia fl. 2.

Se topan a mercar en la traphica del Sin. **Heinrich Kohn** (Rudolfgase).

BENEFICIO PARA LA «BENEVOLENCIA».

Empesijo: 8 horas punctual.

Comité provizorio **del Progresso.**

PERSONAJES DE LA PIESSA:

JOSIP *preparandist*.................	Benzion Pinto
ANA *amorosa de Josip*.................	Josef S. Salom
PANTO *padre de Josip*.................	Josef J. Salom
LUZA *mujer de Panto*.................	Isidor Israel
MAIOR *(knez)*.................	Simon Löwy
2 vecinos de Panto.................	Isidor Sambulović Isidor Perera

La pressa acontese en Vares.

Confiamos en que no será esta la última vez que debamos al Dr. Neumayer una atención semejante, en la seguridad de que nos complacerá mucho el leer algo de cuanto, escrito en nuestra lengua, se publica en aquellas apartadas comarcas de la península de los Balcanes.

R. BECERRO DE BENGOA.

EL NUEVO CARABANCHEL.



o hay en toda Europa, ni quizás en el mundo, capital de nación puesta como Madrid en medio de un desierto arenoso. La vista que esta ciudad ofrece desde cualquier lugar elevado de sus inmediaciones es verdaderamente lastimosa, sobre todo en verano.

Pero no se culpe á la Naturaleza. Aquí hubo espesos bosques de lozana vegetación, que el hombre bárbaramente ha destruído, sufriendo hoy las consecuencias de tal desatino, y para remediar el cual se requiere constante trabajo, mucho tiempo y bastante dinero.

Como la empresa, aunque difícil, no es imposible, algunos hombres animosos han puesto en ella las manos, y el pensamiento de dotar á Madrid de arrabales propios de su categoría aparece en diferentes partes de la zona exterior y con diversas formas, pero siempre encaminado al mismo fin.

El último, uno de los mejores, y quizás el de más fácil realización, es el que llamaremos del Nuevo Carabanchel, porque sus autores se proponen edificar un barrio de este nombre entre los Carabancheles Alto y Bajo, haciendo de él una especie de refugio contra el calor, el aire impuro y el bullicio de Madrid.

Con este propósito fundaron una sociedad por acciones, con capital de 250.000 pesetas, en títulos de á 1.000, subdivididos en partes de á 200.

El capital devengará el 5 por 100 de interés anual, y además tendrá una participación en los beneficios, que será la mitad de éstos, para lo cual sólo se contarán como tales después de la deducción de dicha mitad asignada á los títulos.

El capital se admitirá en metálico ó en materiales, y se empleará en las construcciones: de esta suerte no desaparece, porque queda invertido en el objeto á que se destina, y viene á dar mayor valor al terreno, con lo cual resulta en cierto modo aumentado.

Después de vendida una propiedad construída de esta suerte, el capital vuelve á emplearse en construir otras, que vienen á aumentar el valor en venta de la primera, circunstancia que puede ser un aliciente poderoso para los que tomen títulos ó fincas con ánimo de especular.

Con esto está dicho cuál es la garantía: invertido en las construcciones para las cuales se destina, su garantía es la misma finca construída, siendo aquélla superior á toda garantía hipotecaria, porque no se dará el caso de que puedan surgir diferencias entre el acreedor y el propietario, siendo éstos uno mismo. El capital y la garantía todo es una misma cosa.

El 29 del pasado se inauguraron las obras del *Nuevo Carabanchel* con una fiesta que dejó gratos recuerdos en cuantos á ella asistieron, por la amabilidad exquisita con que fueron recibidos los invitados, lo ameno del sitio y el bien servido banquete con que terminó.

Comenzó la ceremonia inaugural con la bendición de la primera piedra por el señor Cura párroco. De allí pasaron los convidados al comedor, y á los postres del almuerzo brindaron los Sres. Grasses, Esquerdo, Tolosa Latour, Garrido, Romero, Vicenti, etc., etc.

El Sr. Vicenti, director de *El Globo*, dió las gracias al Sr. Grasses, dueño de los terrenos, en nombre de los periodistas allí reunidos, por las atenciones que para todos había tenido, manifestando que nadie más interesado que los escritores en que la obra se llevase á feliz término, pues necesitaban mucho de acudir al campo en demanda de salud y fuerza, perdidas en las penosas labores literarias, y que por eso quizás algún día, cuando el Monte Pío de la prensa acabe de constituirse, acuda á comprar algunos pies de terreno para construir una casa de salud destinada á los periodistas enfermos.

Bastó la expresión de este propósito, para que el señor Grasses ofreciera al punto á la prensa cuatro solares de la barriada futura, y no contento con ofrecerlos, quiso que aquella misma tarde se hiciera la elección. En efecto, después del almuerzo fueron señalados en el plano los solares núms. 20, 22, 24 y 26 como pertenecientes al Monte Pío de la prensa.

El café se sirvió en el jardín, y como llegaran después algunas señoras y señoritas de la localidad, se improvisó un baile que estuvo muy concurrido y animado. El Sr. Sánchez, de la casa Compagny, sacó varios grupos fotográficos; y más tiempo hubiera durado la fiesta, si no se hubiera acabado el día y llegado con él la hora de despedirse de los señores Conde de Locatelli, Grasses y de otras personas á quienes, por sus muestras de cariño, quedamos todos muy reconocidos.

R.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Los ferrocarriles del Pirineo y la defensa nacional, conferencia dada en la Sociedad Geográfica de Madrid, el 6 de Noviembre de 1894, por D. Eusebio Jiménez Lluesma, capitán de Ingenieros.

El Sr. Jiménez Lluesma dice en este trabajo muchas y muy amargas verdades. En las primeras páginas estudia el estado de nuestra política, reducida á la estrechez y miseria de los negocios domésticos, y apartada de los que verdaderamente interesan á la nación. Muestra cómo éstos están á merced de aquéllos, sacrificándose las más de las veces (por no decir todas) los grandes intereses de la patria á las conveniencias de los caciques servidas por las debilidades de los ministros.

De estas cuestiones es la de la construcción de los ferrocarriles del Pirineo, y señaladamente la del Noguera Pallaresa. Dice el Sr. Jiménez Lluesma, y dice bien, que al construir esta línea, España se desprende espontánea y voluntariamente de una parte de su territorio, pues equivale á perder el valle de Arán (ya medio invadido).—Pero con ser tan cruda la manera de dar su opinión y tan grave la cosa, no

hay duda que el ferrocarril se hará. Ya tienen la concesión los que la pidieron. ¡Qué cara la pagaremos algún día!

Héroes de la manigua. Esponda, por José Ibáñez Marín.

Al interés del momento que tiene este bonito estudio militar, hay que añadir el que ofrece el personaje, uno de los mejores jefes que tuvo el ejército español en la pasada guerra de Cuba. Además, el Sr. Ibáñez Marín narra con tal viveza los principales hechos del valiente General en aquella campaña, y pinta tan bien el carácter heroico y noble de éste, que el folleto no puede dejarse de las manos hasta después de leído.

Santoña militar, por el coronel teniente coronel de Ingenieros D. Ramiro de Bruna.

Este útil trabajo trata de una materia tan importante como descuidada: la defensa del Pirineo español. El autor prueba, con la Histora en la mano, la importancia militar de Santoña desde la guerra de los Generales de Augusto contra los cántabros, y refuerza esta prueba con el parecer de escritores militares de gran autoridad.

Completan la obra un estudio estratégico de la plaza y otro, no menos notable, de su puerto.

El Maestro Ciruela. Lecturas, por A. Sánchez Pérez.

Hemos recibido la *Lectura* primera, la cual nos ha dado mucha gana de ver pronto la segunda. Está escrita con mucho donaire y, según se ve, con buen fin literario. También tiene fines políticos: pero de éstos nada hemos de decir.

Cada cuaderno del *Maestro Ciruela* cuesta una peseta, y se vende en las principales librerías. Por suscripción cuesta la mitad.

Crónica de los festejos en Montilla, por la beatificación del V. Maestro Juan de Avila, por D. Dámaso Delgado López.

Hemos recibido un ejemplar de esta obra.

La Agricultura como profesión, por J. P. Membrado.

Contiene este libro muy sanos pensamientos, expuestos con claridad y buen juicio nada vulgares. El autor hace una profunda crítica de las ventajas é inconvenientes de la profesión agrícola, sobre todo con referencia al hombre culto que desea abrazarla, y concluye afirmando que puede dar mejores frutos que ninguna otra al que la emprende con algún tino y constancia. A nosotros nos ha enseñado no pocas cosas esta obrita, y creemos que cuantos la lean quedarán contentos de ella.

Hállase de venta en las principales librerías, al precio de 1,50 pesetas.

Flores del campo (poesías), por Luis Montoto.

Consta esta obra de varias partes, diversas unas de otras. En la primera, titulada *Historia de muchos Juanes*, canta al trabajador del pueblo, cuyas miserias llora. En la segunda, á que llama *La Musa popular*, hay cantares preciosos. En *Melancolía* y *Poesías varias* resplandece con igual libertad y brío la inspiración del autor, á quien no cabe negar buenas dotes de poeta.

Flores del campo está editado con lujo. Véndese en las principales librerías, al precio de 5 pesetas.

Dictamen sobre condonación de tributos á la riqueza rústica perjudicada por las plagas y calamidades extraordinarias, aprobado por voto unánime de la Diputación de Barcelona, en sesión pública ordinaria del 30 de Abril de 1895.

El Sr. Presidente de la Diputación provincial de Barcelona ha tenido la bondad de enviarnos un ejemplar de este documento, por cuya atención le damos las gracias.

Juventud, por Federico Degetau y González.

El Sr. Degetau y González ha escrito varias obras literarias, que merecieron en su tiempo el aplauso de la crítica. La que ahora ha publicado aventaja, en nuestro sentir, á todas las demás, así por la sustancia que contiene, como por el estilo y el interés. *Juventud* es una bonita novela, que interesa al lector hasta el último capítulo, y que deja perfectamente probadas las dotes literarias del autor. Hay en ella tipos muy bien pensados y dibujados, y la acción conmueve siempre.

Cuesta la novela 3,50 pesetas, y véndese en las principales librerías.

Tratado de Derecho Internacional de Pascuale Fiore, profesor ordinario de la Universidad de Nápoles, miembro del Instituto de Derecho Internacional, etc., etc. Vertido al castellano (de la tercera edición italiana) y aumentado con notas y un Apéndice con los tratados entre España y las demas naciones, por D. Alejo García Moreno.

Esta obra es de universal reputación y bastante conocida para que sea menester indicar al lector su contenido. Baste decir que la versión española está muy bien hecha y que comprende cuatro tomos de 400 páginas. Cada tomo cuesta 6 pesetas en Madrid, y 6,50 en provincias, y véndese en las principales librerías.

Monopolio del seguro por el Estado, por D. José Antonio Blanco y Moya, licenciado en Derecho.

Hemos recibido un ejemplar de este folleto, digno de atención por la importancia de la materia que trata. Cuesta una peseta.

El secreto, por Hugh Conway. Versión castellana de J. L. Iribas.

La importante casa Appleton y C.ª, de Nueva York, ha publicado una edición castellana de esta interesante novela, una de las mejores del famoso literato inglés Hugh Conway.

Es seguro que tendrá muchos lectores en España.

Misión trascendental, estudio sobre la caridad, *el problema social y la Cruz Roja*, por D. Jesús Pando y Valle, con un prólogo del Excelentísimo Sr. D. Jaime Cardona, obispo de Sión.

No cabe en los estrechos límites de una nota bibliográfica el análisis y juicio razonado de libro tan importante como el que acaba de publicar el Sr. Pando y Valle, y por eso hemos de contentarnos con dar una ligera idea de su contenido, sintiendo que esta noticia no tenga mayor extensión.

En los dos primeros capítulos estudia el autor la Caridad, la Beneficencia y la Filantropía, tres conceptos al parecer idénticos, pero en el fondo bastante diferentes. La Caridad es hija de la Iglesia; la Beneficencia, obra del Estado, y la Filantropía suele ser nacida al calor de una filosofía no siempre muy cristiana. El Sr. Pando y Valle trata esta materia con gran lucidez y un espíritu muy sano.

Después viene la historia de los antecedentes de la Cruz Roja hasta el convenio de Ginebra, capítulo muy de leer, porque contiene muchas noticias tan interesantes como poco sabidas. A este capítulo siguen otros en que refiere la vida de la Asociación en el extranjero y en España, y las maravillas que en las últimas guerras ha obrado el celo de sus miembros.

Cuesta esta notabilísima obra 6 pesetas, y véndese en las principales librerías y en casa del autor, Zurbano, 27.

Estadística Comercial de la República de *Chile*, correspondiente al año 1893.

Este trabajo estadístico, por cierto muy bien hecho, contiene datos de mucha importancia y de sumo interés para el español. Nuestra patria aparece en quinto lugar, después de Inglaterra, Alemania, Francia é Italia, pero en mucha distancia de las tres primeras, que por sí solas absorben las tres cuartas partes del comercio chileno.

Arte de echar las cartas para sí y para los *otros*, según el método del Gran Estrella.

Hemos recibido un ejemplar de este libro, que publica el reputado editor valenciano D. Pascual Aguilar. Cuesta una peseta.—G. R.



ISLA DE CUBA. — EL FORTÍN DE SAN JOSÉ, EN EL CAMINO DE MANZANILLO Á BAYAMO.

(De fotografía del Sr. Gómez Carrera.)

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. XX.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Mayo de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos

LA NATURALEZA EN CUBA.

MANZANILLO.—UN PASO SOBRE EL RÍO YARA.

(De fotografía de Gómez Carrera.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

Necesitaríamos mucho espacio, mucho tiempo, media docena de cabezas y una bicicleta del sistema que recomienden por mejor los últimos anuncios, para haber visto y recorrido, y poder abarcar y describir la multitud de festejos, más ó menos agradables, con que se ha obsequiado al vecindario en estos días. Critiquen otros la suspensión de casi todos los espectáculos por accidentes imprevistos; murmuren de la escasez de luces ó de la pobreza de aparatos los que ignoren la exigua cantidad de que se disponía: bástenos declarar que los puestos de juguetes en el Prado han satisfecho á los chicos; los bailes de maragatos en el pabellón de los gremios, y los populares al compás de la música y los fuegos artificiales, han regocijado á la juventud popular, así como la verbena en Recoletos. Que los rebuscadores de libros hemos hecho pacotilla delante del Botánico; que se ha descubierto un espectáculo ó placer nuevo en la carrera de velocípedos adornados á competencia, y que hacían con sus lucecillas muy buen efecto, sobre todo cuando atravesaban por sitios obscuros, donde las bicicletas y *equipos* (no respondo del vocablo), destacando su iluminación y sus dibujos caprichosos, parecían, más que realidad, algo soñado. Esto y la retreta militar—que por escribir con anticipación esta revista no nos atrevemos á dar por sucedida—han sido, ó serán, entre los espectáculos gratuitos, los más dignos de mención, dando ocasión todos ellos, exceptuando en algunas noches excesivamente frías, á que la gente saliera de sus casas y discurriera por las calles céntricas con la animación y contento que en noches de verbena, y diera vida momentánea á la hermosa y solitaria plaza de Oriente, tan agradecida á las iluminaciones y festejos.

Y ya que de estos espectáculos populares tratamos, insistiremos en sostener la conveniencia de que se descentralicen lo posible, para evitar aglomeración de gente en las arterias fundamentales de la circulación, donde el movimiento y la vida es permanente, y que hoy resultan, exceptuando la calle de Alcalá, estrechas y aun peligrosas, y donde se interceptan muchos servicios con formaciones y comitivas. Bueno es que la retreta baje á Palacio por las calles de Alcalá y Mayor; pero ¿no disfrutaría de ella mejor el vecindario, y extendería el placer de tan vistosa fiesta, si en vez de regresar por calles tan tortuosas como la de la Biblioteca, Arenal y Carrera de San Jerónimo, siguiese por la de Bailén, Ferraz y las anchurosas y pobladas vías del Marqués de Urquijo, Sagasta y Génova, hasta la plaza de Colón? El Madrid antiguo, cuyos rincones y encrucijadas son para nosotros tan familiares y queridos, no basta para las fiestas y el gentío de estos tiempos. Hay necesidad de prolongar la carrera de las grandes comitivas por calles anchas y rectas, con espacio por donde pueda el pueblo extenderse cómodamente, para que disfrute de los festejos el mayor número, no los privilegiados que habitan en el centro, y á quienes se molesta y perturba en su tráfico y ocupaciones por el gran número de oficinas, agencias y comercios instalados en el centro de la villa.

Entre los espectáculos destinados á fines benéficos, el más brillante y aparatoso ha sido el *carrousel* militar en la Plaza de Toros, á juzgar por las descripciones que hacen los periódicos de esta fiesta hípica. Y de las Exposiciones improvisadas con el mismo objeto, ocupa el primer lugar la artística, que ha dirigido con gran acierto el Vizconde de Irueste, tan entendido en estas materias, y asesorado por una comisión de artistas, cuyos nombres sentimos ignorar. La descripción de esta Exposición elegante, que Kasabal califica acertadamente de *bijou*, merecería ocupar toda una Crónica. Hay abanicos suntuosos, artísticos, delicados é históricos; esmaltes soberbios, juguetes de porcelana, miniaturas de gran valor, encajes, acuarelas y dibujos, y entre los cuales raramente se desliza algo que no sea de buen gusto. No citaremos nombres por no incurrir en omisiones.

En la Exposición canina nos dieron lástima los perros colocados al sol, con la lengua sacada y babeando. Saludamos con respeto á los que lucían condecoraciones ganadas por méritos antiguos; creímos ver en otros caras conocidas, ó por lo menos caricaturas de personajes; nos pareció del peor gusto posible que se diese á los perros nombres de personas respetables y que se consignasen en los letreros esas burlas; admiramos la magnitud de algunos dogos y mastines y la pequeñez de otros perrillos; y en conjunto nos pareció esta Exposición poco variada con respecto á las anteriores, lo cual es inevitable. ¿Cuándo nos presentarán una de gatos ú otros animales domésticos? El gato es en Madrid tan popular, que, á nuestro juicio, daría buen resultado un llamamiento á los dueños de esos segundos amos de la casa, entre los cuales hay rarezas dignas de exhibirse, por su tamaño, colores, habilidades y superior inteligencia.

°°°

No todo ha sido regocijo en estos días: los insurrectos cubanos han perdido en Martí el más renombrado de sus jefes; y aunque sea ventajosa para nosotros esa pérdida de los contrarios, hubiera sido mejor para todos no tener que celebrar como ganancia la muerte de un semejante, por más que en estas contiendas sea más justo que caiga el agresor que el agredido.

Por la línea del Norte llegó á Madrid, el miércoles, el cadáver del infortunado D. Isaac Peral, que ya reposa en el cementerio del Este. Quiso dotar á España de una defensa submarina, y, por lo menos, dió un paso hacia la solución de ese problema difícil, y hasta ahora su buque es el que ha navegado con dirección exacta más tiempo bajo el agua. Si un entusiasmo exagerado é irreflexivo le convirtió en ídolo de un día, una oposición tan exagerada como el entusiasmo le inutilizó para su obra, aburriéndole y molestándole hasta el punto de que abandonase su carrera, en la que había sido un oficial brillante. Aun concedidas las imperfecciones de su primer ensayo, con que contábamos todos, excepto, acaso, en su mayor entusiasmo el inventor, éstas hubieran desaparecido en ensayos posteriores, á proseguir el estudio de sus múltiples problemas. Partían sus adversarios de un principio evidentemente falso: que el problema de la navegación submarina es irresoluble. Le sucede lo que al de la navegación aérea, resuelto por las aves: el muchacho que vió por primera vez los astros á través de un tubo de cristal, se pudo reir de los sabios que no conociesen entonces aquel fenómeno de óptica. Todos los peces del mar se reirán de los que niegan que se puede ver en las profundidades del agua, y el hombre verá tan claramente como ellos si estudia ese fenómeno. El pueblo aplaudía en Peral dos cosas dignas de respeto: su intención patriótica, y la representación de un adelanto científico. Los eruditos de la ciencia, que dudaban de éste, no podían soportar aquella popularidad, y acometieron á Peral como si fuera el usurpador de un trono. Convertido en industrial electricista, nadie volvió á molestarle, y acaso hubiera muerto poderoso si Dios le hubiera concedido vida: que entre nosotros se perdona la riqueza si no brilla, pero la gloria no. Para molestar á Peral, se recordó á Monturiol, á quien en vida combatieron á porfía. Al primero que reanude en España los trabajos submarinos, le rebajarán enalteciendo los nombres de Monturiol y de Peral.

También han muerto en Tarragona el bien reputado y sagaz crítico D. José Ixart, joven aún, y, lo que es muy de sentir, sin tiempo para desarrollar prácticamente las teorías acerca del arte dramático, que tan bien sabía exponer en sus escritos: era hombre de mucha ilustración; conocía perfectamente la literatura dramática, y no aplicaba el sistema de aplaudir á los amigos y denigrar á los adversarios, como se suele practicar algunas veces.

Ha fallecido igualmente en Avilés D. Estanislao Sánchez Calvo, autor de un libro muy erudito titulado *Los nombres de los dioses*, y en Madrid el representante de la casa Rothschild, D. Ignacio Baüer, que hacía muchas obras benéficas.

°°°

En la mesa en que escribo hay un montón de libros que he recibido en el espacio de seis días. Dos volúmenes son de D. Víctor Balaguer: el primero, titulado *En Burgos*, reune varios escritos que han inspirado al poeta la historia y tradiciones de la antigua cabeza de Castilla; en el segundo, *Los juegos florales en España*, colecciona los discursos que, acerca de diferentes puntos histórico-literarios, ha leído el Sr. Balaguer en esas solemnidades. Los productos de esta obra se destinan al sostenimiento de la biblioteca fundada en Villanueva y Geltrú por el autor.

Fibras que laten, del conocido escritor D. José Pons y Samper, tiene el aliciente de ser obra de un antiguo amigo, poeta y prosista de valer.

Poesías de D. Magín Morera Galicia. La impresión de este libro ha sido costeada y regalada al autor, en Lérida, como homenaje á su inspiración y prueba de su afecto.

El Padre nuestro (historia mundana), muy bien ilustrada por Eriz, es una novela de D. Francisco Tusquets, no menos conocido en Francia que en España.

A Frasquito Oller y Salvador Brau, por el director de *El Correo de Ultramar*, D. Antonio Cortón; semblanza de dos ilustres puertorriqueños, por otro no menos notable y digno de ser retratado.

Ciento y un sonetos, del bachiller Francisco de Osuna y de Francisco Rodríguez Marín, tienen para nosotros la ventaja de estar juzgados por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en una carta autógrafa colocada, á guisa de prólogo, en el libro, y calificados de muy buenos.

Nuestros lectores comprenderán, y los autores de los libros, que no es posible, para un solo escritor, leer, formar un juicio exacto y darle al público, de obras tan diversas, algunas de muchísima lectura. Tendríamos además que declararnos críticos, y no deseamos ejercer ese difícil profesión. Sirva, pues, sólo de anuncio la noticia que escribimos; que anuncios y no críticas piden los libros nuevos, pues el juicio de las obras se ha de formar con la opinión de toda clase de lectores, no con la tantas veces injusta y estrecha manera de sentir de un escritor que se erige en definidor de méritos ajenos. Escribiendo libros ó comedias; desarrollando temas históricos ó eruditos con labor propia, es como se concurre positivamente á la obra literaria de la nación, y el público que juzgue. Sepan, pues, los lectores que ha publicado el veterano D. Víctor Balaguer dos nuevos volúmenes; que el ilustrado publicista Sr. Pons y Samper ha coleccionado sus artículos ó disecciones literarias; que el Sr. Tusquets ha escrito y publicado en lujosa edición una nueva novela; que el bachiller Francisco de Osuna y su amigo íntimo Rodríguez Marín han coleccionado ciento un sonetos; que el infatigable periodista Antonio Cortón ha escrito dos biografías interesantes; que el poeta D. Magín Morera y Galicia aparece con un volumen de versos que el entusiasmo de sus amigos le costea....., y el público los juzgue y premie, y Dios nos juzgue y premie á todos.

°°°

El ingenioso Cavia, en un artículo célebre, alarmó á España con la posibilidad de un incendio en el Museo de Pinturas. Pero es el caso que el Sr. Soriano delata un nuevo peligro para aquellas obras maestras: el del excesivo frío, que en invierno resquebraja la pintura por falta de calefacción.

El temor del fuego nos ha llevado al extremo contrario: el de los hielos.

¿No habría medio de conservar los cuadros en una temperatura moderada, Sr. Ministro de Fomento? ¿Entre los polos y el Ecuador no hay otras zonas? Bueno es apartar las pinturas de la hoguera; pero ¿por qué arrojarlas en el pozo de la nieve?

—Voy á dormir una siesta: si viene alguien.....
—¿S. E. no recibe?
—A nadie.
—¿Ni á la señorita Elena?
—¿No te digo que voy á dormir? No estaré en casa ni aun para mí mismo.

—¿Y ese D. Pancracio es hombre que sabe?
—No sabe nada de nada.
—¡Ya! es un ignorante vulgar.
—No, es un ignorante distinguido.
—¿Y qué tal persona es?
—Apenas es persona.

—¿Cree usted que mi comedia agradará al público?
—Es imposible.
—¿Luego debo guardarla?.....
—Todo lo contrario; el objeto del arte nuevo es aburrir al público y enfurecerle, hasta que pida la cabeza del autor.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

LA GUERRA EN CUBA.

La primera rebelión.—El bohío de la Demajagua.—Un paso sobre el río Yara.—La plaza de Armas de Manzanillo.—Ramón de las Yaguas.—Los defensores de Dos Caminos.

La rebelión de algunos cubanos en Octubre de 1868 era cosa de muy antiguo preparada. Los que trabajaban contra la unidad de la patria contaban con la revolución peninsular que Prim, Serrano y otros fraguaban en París, ni más ni menos que los sud-americanos esperaron siempre la realización de sus propósitos de la revolución liberal de 1820, á la cual contribuyeron con cuanto pudieron, según hoy, para mayor honra y gloria de Riego, Quiroga y demás héroes, se ha probado.

Conspirábase en las logias que en la isla había, las cuales se reunieron el 4 de Agosto para determinar la ocasión del alzamiento y sus demás circunstancias. La gente de Bayamo declaróse partidaria de la independencia, y la de Puerto Príncipe manifestóse inclinada á contentarse con la autonomía. Hubo también votos en favor de la anexión á los Estados Unidos. Igualmente anduvieron discordes los pareceres sobre la fecha del alzamiento, que los de Bayamo querían que fuese inmediatamente, mientras los de Puerto Príncipe y la región occidental opinaban que no había aún los suficientes recursos para salir con bien de la empresa, y que debía esperarse algunos meses.

Así las cosas, alzóse Carlos Manuel de Céspedes con sus amigos y algunos esclavos, á quienes dió libertad. Reunidos en el ingenio de la Demajagua, á poca distancia de Yara, la noche del 9 al 10 de Octubre, entraron al día siguiente en esta ciudad, cundiendo tan rápidamente la insurrección, que en pocos días eran dueños los rebeldes de toda la parte de la isla que va del Cauto á la Sierra Maestra. Verdad es que no había medios de combatirla. Debía ser la guarnición de Cuba de 20.809 hombres, y sólo había en armas 7.000 (1). De parque sanitario, medios de transportes, administración militar, tiendas de campaña, y de todo lo demás que necesita un ejército para ser tal ejército, no se conocía ni rastro. Puede decirse que el principal aliado de los rebeldes fué la imprevisión de los gobiernos españoles.

En la pág. 328 publicamos una vista del bohío de la Demajagua, situado en el paraje en que estuvo el ingenio. Cuando fué éste destruído por nuestras tropas, quedó la maquinaria esparcida por el suelo, y pronto empezó á envolverla la poderosa vegetación cubana. Entre los radios de una gran rueda ha nacido y crecido el magnífico jagüey que verán los lectores (pág. 336). También da idea de lo que es la flora cubana y de su portentosa lozanía la vista de un paso del río Yara (página primera). Baja éste de la Sierra Maestra y muere en el mar, cerca de Manzanillo. Completamos la noticia que de esta ciudad dimos en nuestro número anterior

---

(1) Exactamente lo mismo ha sucedido ahora. Hasta podrían repetirse las cifras.

con una vista de su plaza de Armas, que va en la pág. 328.

Estando tan desguarnecida la isla, y tan descuidado todo lo tocante á su defensa, en Marzo de 1895 como en Octubre de 1868, la guerra ha empezado del mismo modo. El general Lachambre no pudo hacer cosa de provecho contra los rebeldes por falta de soldados, y aquéllos estuvieron dueños de Baire el tiempo que quisieron, corriéndose luego la insurrección por toda la parte oriental de la isla, sin que hubiese medio de impedirlo. La estación de las lluvias, en la que es difícil operar y peligroso mandar tropas, la aprovechan para acabar de organizarse militarmente y proveerse de armas y municiones, sin que basten á impedirlo las tropas mandadas, *que son pocas más de las que allí debe haber en tiempo de paz.* Entretanto atacan con gran osadía los poblados, aunque sean tan cercanos al cuartel general como los de Ramón de las Yaguas, El Cristo y el Caney. Ramón de las Yaguas está entre Santiago y Guantánamo, no lejos del mar. Los insurrectos se apoderaron fácilmente del fuerte que le defendía, por no haber cumplido su obligación el teniente Gállego, á cuyo cargo estaba. Este desgraciado oficial sufrió después en la Habana el rigoroso castigo que á tan grave falta pone la ordenanza. En la pág. 329 damos una vista del poblado, tal como quedó después de incendiado por el enemigo.

Casi al mismo tiempo, es decir, el día 21, atacaron los cabecillas Marcos Ramírez y Rafael Lozano el poblado de Dos Caminos, distante seis leguas de Santiago. Defendía el fuerte el sargento Antonio Gila Garzón, con veintiún hombres, y tan valerosamente se defendió, que el enemigo tuvo que retirarse, dejando en el campo siete cadáveres. Al sargento Garzón, al cabo Palomino y al soldado Baltasar Fernández, que recibió una herida, se les ha concedido la cruz roja del Mérito Militar. Publicamos los retratos de los defensores de Dos Caminos en la pág. 329.



ALEMANIA.

El puente de Levensau sobre el Canal del mar del Norte al Báltico.

La península de Jutlandia, ó sea la parte continental del pequeño reino dinamarqués, separaba en dos zonas de difícil comunicación las costas alemanas, de donde podían venir muchos y muy graves inconvenientes en tiempo de guerra, pues á la escuadra del Báltico le era imposible acudir en socorro de la del mar del Norte, y á ésta ayudar á aquélla si Dinamarca no lo permitía; y como no es probable que se pusiese aquella nación de parte de Alemania, podía ser batida cada una de las escuadras de ésta separadamente.

Esta fué la causa de que se abriese el canal que corta el istmo jutlandés, de la desembocadura del Elba á Kiel, y que, sin duda, es de las mayores obras de este siglo Como se ha hecho para que por él puedan pasar los mayores acorazados, aventaja en anchura y profundidad al de Suez, y para asegurar el paso, sin que ningún enemigo pueda dificultarlo, está perfectamente fortificado.

El puente de Levensau es también de las más notables fábricas de este género que hay en Europa, y se construyó para dar paso al ferrocarril de Kiel á Flensburgo y á la carretera de aquella ciudad á Enkenforde. Es de hermosa y arrogante apariencia (véase nuestro grabado de la pág. 332). El arco que cruza el canal tiene 165 metros de ojo, y la altura sobre el nivel del agua es de 22 metros. La anchura llega á 10,20 metros, y el peso á 3 millones de kilogramos. Ha sido construído en quince meses, y montado en cinco.



ISLA FORMOSA.

Vista de la bahía de Kelung.

La resistencia de la isla Formosa á pasar á manos del Japón es de los asuntos que más dan que pensar á la diplomacia europea. Los chinos de la isla han proclamado la república y nombrado un presidente y otras autoridades, las cuales han negado permiso para desembarcar á las primeras tropas japonesas que llegaron. No hay duda que éstas procurarán vencer la resistencia por las armas, y es de creer que lo conseguirán, pero no sin derramamiento de sangre.

En la pág. 332 damos una vista de Kelung, uno de los principales puertos de la isla. Está en la costa Norte, á 50 kilómetros al Este de Tamsui. Exporta muy buenos carbones de piedra, y cerca de él hay ruinas de un fuerte español.



VENECIA (ITALIA).

La Exposición Internacional de Bellas Artes.

La primera Exposición Internacional de Bellas Artes verificada en Venecia merece ser conocida de nuestros lectores, por haber concurrido á ella buen número de artistas de primer orden, de ellos no pocos españoles. La inauguración fué el 30 del pasado Abril, asistiendo al acto SS. MM. los Reyes de Italia.

Las obras artísticas no son muchas, pues no pasan de 500; pero en cambio las hay verdaderamente notables.

A la entrada vese la estatua de Fremiet, representando *La edad de piedra*, y cerca de ella un buen busto de Beethoven, obra de Yerace; una *Mujer*, de Bazzero, y un *Trabajador*, de Civiletti. Pero quien domina la atención de los visitantes es Villegas con su *Triunfo de la Dogaresa Fóscari* y el *Cazador*. De Duez hay un bonito cuadro, titulado *Jesús calmando la tempestad*, y de Jiménez Aranda *Mujeres cogiendo granadas*, cuadro digno de tal maestro

Hay también cosas muy buenas de Sánchez Barbudo, Gonzalo Bilbao, Ricardo de los Ríos, Emilio Sala y Benlliure.

El mayor cuadro de la Exposición es el del alemán Marr, titulado *Los azotadores*. También están representados otros pintores alemanes famosos, tales como Hœteker, Hartmann, Dertmann, Vogel, Liebermann. Entre los ingleses que han concurrido citaremos á Leighton, Burne Yones, y Millari.

Como es natural, los italianos son más que los de ninguna otra nación, siendo imposible nombrar siquiera los principales. En la pág. 333 damos una vista de la fachada principal del edificio de la Exposición, y otra del peristilo. En ésta vese, en el fondo hacia la derecha, el famoso cuadro de Villegas.



BELLAS ARTES.

En las carreras, dibujo de Huertas.—Fragmento de un cuadro titulado *El año 1831*, por Mr. Heyman.—París: Exposición de los Campos Elíseos de 1895.— *Mujeres de pescadores*, cuadro de Emile Adan.

Los toros son la diversión favorita de la gente popular, y las carreras el espectáculo de los ricos y aristócratas. Aquélla es fiesta nacional, y ésta, fiesta traída del extranjero. Sobre cuál es mejor ó peor, nada diremos, por ser cosa tan sabida que de gustos no hay nada escrito.

Lo que sí está fuera de duda es que en las carreras no hay el ruido y la algazara que en las corridas de toros. En cambio hay apuestas. En peligrosas, allá se van ambas diversiones.

Para los que no apuestan ni entienden de caballos, aun queda en esta fiesta una parte agradable, y es, la muchedumbre de lujosos carruajes conduciendo hermosas mujeres, que invade el Hipódromo. Ellas también se entusiasman y no son de los que menos apuestan. El bonito dibujo de Huertas que publicamos en la pág. 337 representa á una de estas bellas aficionadas al *sport hípico* (frase modernísima) contemplando el Hipódromo desde lo alto del carruaje. Es aquel un momento de descanso que se aprovecha en examinar la concurrencia, advirtiendo la llegada de unos, la ausencia de otros, y, á veces, las faltas de todos. En estos momentos se preparan las apuestas, verdadera salsa del espectáculo.

La cabeza de veterano que publicamos en la pág. 344 es parte de un cuadro titulado *El año 1831*, notable obra del pintor Mauricio Heyman, famoso, aunque joven todavía, y que probablemente ha de adquirir fama aún mayor de la que tiene.

Pocos de los artistas de la actual generación se le pueden comparar en talento natural y en amor al estudio, cualidades que rara vez concurren en una misma persona, pero que, unidas, conducen seguramente á los más altos destinos Por poseerlas en alto grado el Sr. Heyman ha conseguido en tan poco tiempo la envidiable reputación de que hoy disfruta.

Su especialidad pictórica es la reproducción de las diversas expresiones del rostro humano, habiendo llegado en esto á donde quizás no ha llegado nadie todavía. Muchos años de su vida los ha pasado dedicado á este estudio y teniendo de modelo su propio rostro, al que ha conseguido dar, al cabo de grandísimo trabajo, una facultad de expresión asombrosa, pudiendo representar en él, según se le antoja, la ira, la alegría, la sorpresa, el terror y cualquier otro estado del alma. Y aun ha llegado á más, pues puede dar la expresión más risueña á la mitad de su fisonomía, al mismo tiempo que á la otra la de la cólera más terrible.

En el *Almanaque* de La Ilustración Española y Americana del corriente año publicamos unos estudios fisionómicos de este insigne pintor, y su misma exactitud nos indujo al error de suponerlos hechos de fotografías instantáneas, cuando en realidad eran producto de su admirable lápiz. Presentólos en el *Salon* de los Campos Elíseos, donde fueron muy admirados. Formaban un cuadro compuesto de 25 dibujos excelentes (el Sr. Heyman es ante todo gran dibujante), dispuestos á modo de radios de una estrella.

En el centro veíase el rostro en completa tranquilidad. Los radios de la estrella representaban los diversos grados desde la risa al furor, todos reproducidos maravillosamente.

En el fragmento del cuadro *El año 1831*, propiedad de nuestro buen amigo el diputado por Mayagüez é ilustre jurisconsulto D. Francisco Lastres, ha dado Mr. M. Heyman una muestra más de su absoluto dominio en la reproducción de la fisonomía humana. Aquel veterano parece vivo, y dice más él solo de las guerras del primer tercio del siglo que un grueso tomo de Historia.

Ningún espectáculo de la Naturaleza iguala en majestad al de la cólera del Océano, ni hay cuadro tan conmovedor como el de la playa de un pueblo de pescadores cuando ruge la tormenta y están fuera del puerto las lanchas. Viendo á los que á pocos pasos de la costa defienden trabajosamente sus vidas, y volviendo luego los ojos á los que para ellos imploran en tierra la misericordia de Dios, se comprende la pequeñez y miserias humanas, reducidas á la impotencia por una ráfaga de viento.

Tal es el asunto del hermoso cuadro de Emile Adan, que publicamos en la pág. 344. Aquel crucifijo que se levanta á lo lejos, y aquellas pobres mujeres que contemplan ansiosas el mar, forman un conjunto bellísimo.



NICARAGUA.

Solución del conflicto con Inglaterra.—El presidente Celaya. El palacio de la presidencia en Managua.

Corinto ha vuelto á manos de sus dueños, después de satisfecha la Gran Bretaña. Es población pequeña, edificada en una península baja, bañada por las aguas del Pacífico, con buen puerto defendido por el islote de Cardón. El fondeadero extiéndese por espacio de siete kilómetros, y tiene siete metros de agua en marea baja.

Managua, capital de la República, está á unos cien metros sobre el lago de su nombre, entre hermosos cafetales. Es ciudad moderna, sin edificios dignos de atención. Uno de los principales es el palacio de la Presidencia, que reproducimos en nuestro segundo grabado de la pág. 340.

El presidente Celaya (véase el primer grabado de la misma página), que sin duda ha prestado buenos servicios á su país, cometió en esta ocasión el error de proceder con severidad contra súbditos de una potencia poderosa. Esto no lo pueden hacer los débiles, por mucha razón que tengan. La independencia de los pueblos pequeños sólo se mantiene en fuerza de paciencia.



LA GUERRA CIVIL EN EL PERÚ.

Cáceres y Piérola.

Publicamos en la página 345 los retratos de los jefes de los partidos que hasta hace pocas semanas han peleado en el Perú por decidir quién había de ocupar el poder. El desenlace de la guerra se verificó en las calles de Lima, los días 17, 18 y 19 de Marzo, defendiendo Cáceres la ciudad, y acometiéndola Piérola.

En esta batalla de tres días, no sólo jugaron los fusiles, sino también los cañones y ametralladoras, muriendo 2.000 personas. No hubiera quedado en esto la mortandad sin la intervención del Cuerpo diplomático, que puso fin á la contienda. Cáceres salió de Lima y se embarcó; pero no quedó Piérola dueño del ambicionado gobierno, porque se dió la presidencia al Sr. Candamo, que no pertenece al ejército.



SEÑORITA DOÑA MARÍA LUISA POUSA,

notable pianista barcelonesa.

Nació en Barcelona el 11 de Febrero de 1875. Su padre, D. Esteban Pousa, aventajado maestro de solfeo, piano, armonía y composición, dirigió sus primeros estudios pasando después á la academia de Esmeralda Cervantes.

Puestas ya de manifiesto las excepcionales condiciones de la señorita Pousa para la música, su admirable precocidad en el piano y el vivo deseo de extender sus conocimientos, su familia se trasladó á París, pensionada por varias personas primero, y por el Ayuntamiento de Barcelona después.

A la edad de once años ingresó en el Conservatorio de París, donde probó con sus progresos artísticos que no eran vanos los sacrificios que por cultivar su vocación se hacían, obteniendo la primera medalla del Conservatorio, y diploma de honor del Instituto de Francia.

Sus profesores, además de los primeramente mencionados, fueron Mme. Mausard, profesora que fué del Conservatorio de París, y luego, por fallecimiento de esta señora, el célebre Mr. Marmontel, también profesor del Conservatorio y director del Instituto Musical de Francia, el cual, para manifestar de una manera evidente el aprovechamiento de la señorita Pousa, expidió á su favor, al terminar sus estudios, un certificado, que entre otros particulares dice: «Que la señorita María Luisa Pousa, vecina de Barcelona, mi discípula, cuya educación musical he dirigido varios años, es, no solamente una pianista de primer orden, sino también muy hábil profesora. Esta joven, no sólo es una notabilísima *virtuosa*, sino artista que tiene las bellas cualidades de estilo que poseen los maestros del arte. Afirmo con toda sinceridad que la señorita Pousa es digna por su talento y por su carácter de la posición de profesora de piano en el Conservatorio de Barcelona, y que puede dirigir la clase con toda la autoridad que dan el verdadero saber y el talento superior.»

Las afirmaciones de Mr. Marmontel se han confirmado, según ha podido apreciarse en varias funciones dedicadas á beneficencia, en que ha tomado parte gratuitamente, y en el concierto dado por dicha joven en el espacioso salón de descanso del Liceo de Barcelona en la noche del 10 de Abril último, que resultó, según se esperaba, una verdadera solemnidad artística. Todas las piezas que ejecutó le valieron ruidosos aplausos y gran número de regalos de mucho precio.

Para corresponder de alguna manera á los sacrificios hechos por su familia, la señorita Pousa se dedica á la enseñanza, y ya tiene algunas lecciones de señoritas y niños, las que explica en francés, castellano y catalán. Publicamos su retrato en la pág. 345.



NUEVA YORK.

Una casa de veinte pisos.

La casa de que damos una vista en la pág. 345 es la más alta de Nueva York y quizás del mundo. Ha sido levantada para residencia de la *Manahattan life Company*, tiene 105,83 metros de alto, y pesa 30.000 toneladas. Los cimientos se han puesto á 16,15 metros de profundidad. La parte principal del esqueleto es el acero, menos la fachada, que es toda de granito.



VALENCIA.

Lápida colocada en la casa en que murió el insigne catedrático Pérez Pujol.

La lápida puesta en la casa en que murió el Sr. Pérez Pujol en Valencia (calle de Exarchs) es una obra notable, habiéndola elegido en concurso la Comisión Valenciana de Monumentos, presidida por el alcalde de aquella ciudad don Joaquín Reig. Tiene 1,60 metros de largo por 1,20 de alto. Es toda de mármol blanco de Carrara y de estilo que podríamos llamar moderno, de muy buen gusto, que honra á su autor el marmolista valenciano D. Teófilo García de la Rosa. La hallarán los lectores en la pág. 345.



MISS MARY ARNIOTIS,

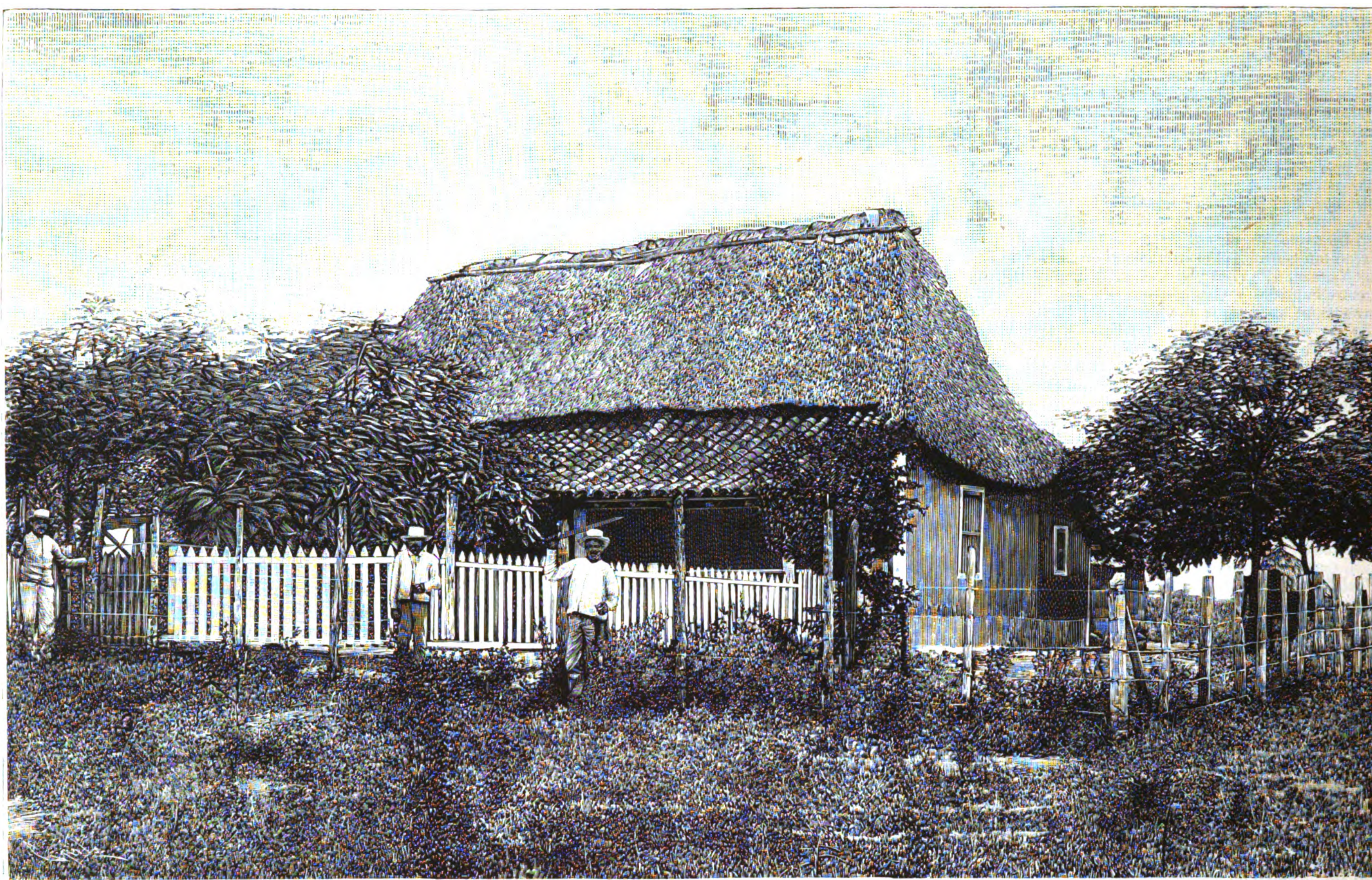
denominada la Reina de los Atletas.

La extraordinaria fuerza de que ha dado repetidas pruebas esta artista en el circo de Parish en que trabaja ha sido tan admirada por el público madrileño, que creemos satisfacer la curiosidad de los lectores publicando su retrato. (Véase la pág. 348.)

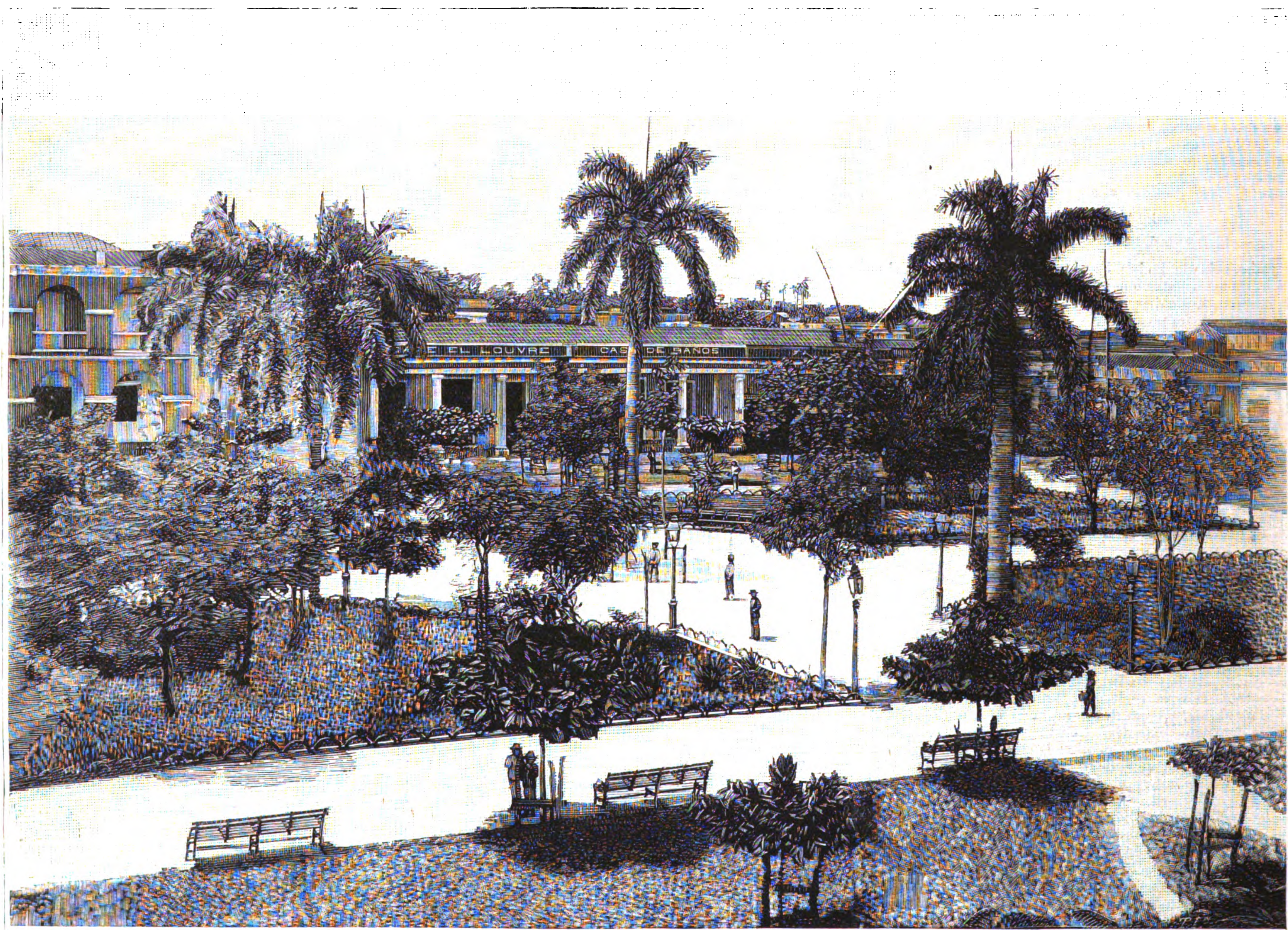
Miss Mary es joven, de regular estatura y bien proporcionada. Viéndola, nadie diría que fuese capaz de levantar á pulso, como lo hace, dos hombres puestos sobre una silla. Con los dientes sostiene en el aire una mesa, en el centro de la cual se coloca una muchacha de doce á trece años.

Con ambos brazos sostiene una escalera de manos en que previamente se han sentado varios hombres, sumando el peso de todos un número de kilos verdaderamente inverosímil. En una palabra: la Srta. Arniotis es un Hércules femenino, pero muy verdadero.

G. Reparaz.



MANZANILLO (CUBA).—EL BOHÍO DE LA DEMAJAGUA.



MANZANILLO (CUBA).—LA PLAZA DE ARMAS.

(De fotografías de Gómez Carrera.)



CUBA.—RESTOS DEL POBLADO DE RAMÓN DE LAS YAGUAS, ATACADO POR LOS REBELDES EL 19 DE ABRIL ÚLTIMO.



ANTONIO GILA GARZÓN,
SARGENTO COMANDANTE DE LA FUERZA DEFENSORA DEL POBLADO DE «DOS CAMINOS».

CUBA.—GRUPO DE SOLDADOS QUE DEFENDIERON VALEROSAMENTE EL POBLADO DE «DOS CAMINOS», PREMIADOS CON LA CRUZ DEL MÉRITO MILITAR.

(De fotografías remitidas por nuestro celoso corresponsal en la Habana, D. Victoriano Otero.)

SALAMANCA.

SU ANTIGUA UNIVERSIDAD.

¿QUIÉN fija ya su atención en lo que fué aquella insigne Academia? Son pocos los que lo saben y menos los que lo recuerdan.

Fundada á últimos del siglo XII por Alfonso IX sobre los Estudios de la Catedral, á los cuales agregó los de Palencia; favorecida desde su origen, y como á porfía por los Pontífices y los Reyes; consultada por las dos supremas potestades acerca de los más arduos negocios; libre ya de los apuros y estrecheces de los primeros tiempos: con vida propia é independiente por la posesión de saneadas rentas y grandes privilegios, era antes de terminar el siglo XIII gloria de Salamanca, ornamento de España y la segunda de las cuatro grandes lumbreras de Europa: París, Salamanca, Oxford y Bolonia.

No siendo ahora del caso hacer una reseña, aun sucinta, de su brillante historia, consignaré únicamente que después de Alfonso *el Sabio*, á quien debió, entre otras grandes mercedes, la creación de la Biblioteca con la numerosa colección de sus manuscritos; la de una Facultad de Medicina, primera instalada y única que por largo tiempo hubo en las naciones de Occidente, y los primeros Estatutos para su régimen y gobierno, recibiendo en pago de su predilección por la Universidad el valioso concurso de algunos de sus sabios doctores para las grandes obras de las Siete Partidas y las Tablas alfonsinas; en 1423 recibió del papa Martino V un verdadero y completo código universitario en treinta y tres capítulos, llamados *Constituciones*, donde todo estaba sabiamente reglamentado; y que en 1561 la Universidad estableció los Estatutos que, en unión con aquéllas, estuvieron en vigor hasta el último tercio del pasado siglo.

Y digamos muy á la ligera, pues el asunto es vasto y muy corto el espacio, cuál era el modo de ser de tan famosa Academia.

Apenas se puede concebir hoy la singular amalgama de un elemento rígidamente autoritario y de otro desenfrenadamente democrático, como era la que ofrecía aquella Universidad. El Rector, cargo instituído por el papa Bonifacio VIII en el año 1300 como auxiliar del Maestrescuela, jefe superior de los Estudios en los dos siglos anteriores, quedó treinta y cuatro años después jefe único directo, conservando el Cancelario Maestrescuela la alta jurisdicción, el cuidado de velar por la observancia de los Estatutos y la facultad y honor de conferir los grados de Doctor y de Licenciado.

El Rector ejercía sobre el cuerpo escolar el mero y mixto imperio: disponía de una cárcel universitaria, y podía pedir al Corregidor que pusiera á su disposición la de la ciudad para encerrar á los delincuentes. Para determinadas faltas se establecía en los Estatutos el número de días de prisión; pero en caso de reincidencia ó agravación quedaba á su arbitrio aumentarle, pues sólo se le recomendaba que tratara al culpable con mayor rigor.

Las multas que se imponían por varias faltas consistían en ducados, florines ó *francos*.

Ese mismo Rector, jefe poco menos que absoluto de todo el cuerpo universitario, no sólo en la vida pública sino también en la privada; que en sus actos oficiales se expresaba, como se expresó hasta la mitad del presente siglo, con la fórmula de *Auctoritate regia et pontificia quá fungor*, no era nombrado ni por el Papa, ni por el Rey, ni por delegación alguna de las dos potestades. Le elegía el Consejo universitario, compuesto de diez catedráticos y diez estudiantes, los veinte elegidos, los primeros para sus cargos y los segundos para consiliarios, por sufragio universal de los escolares.

La elección se hacía la víspera de San Martín, por la noche: podía ser elegido cualquier estudiante, natural de los antiguos reinos de León ó de Castilla, sin otro requisito que el de haber cursado un año en aquella Universidad. ¡Singularidad notable! No podía, según los Estatutos, ser elegido Rector «ninguna persona del Cabildo de la Iglesia Mayor (Catedral) de Salamanca ni de la Clerecía menor; ni religioso en convento de esta ciudad; ni canónigo reglar; ni capellán, ansí de la Iglesia Mayor como de otra parte, ni que sirva á alguna Iglesia de esta ciudad; ni persona que tenga cátedra, ansí de propiedad como de no propiedad, sustitución, media multa ni curso, aunque la renuncie; ni tenga oficio (esceto si no fuere diputado de la Universidad); ni colegial de ningún Colegio.»

En la noche de la elección había de dar el Rector saliente una cena exactamente igual á la que tenía que dar el que se graduaba de Licenciado; sólo habían de asistir los veinte electores, el escribano y los bedeles. Si se convidaba á alguna otra persona, pagaría el Rector cuatro ducados, y si presentaba algún manjar más que los reglamentarios, la multa era de veinte ducados. El Maestrescuela había de exigirlas inexorablemente.

El nuevo Rector, al tomar posesión de su cargo, debía jurar obediencia al Papa reinante y á sus sucesores, y cumplir fielmente los Estatutos. A su vez tenía, no sólo el derecho, sino el imprescindible deber de exigir que, en el término improrrogable de seis días, catedráticos, dependientes de la Universidad y estudiantes jurasen obedecer al Rector *in licitis et honestis*: el que no prestaba el juramento, si era catedrático, quedaba privado de a cátedra, y si estudiante, perdía el curso y era expulsado de la ciudad.

El cargo duraba un año, y el que le había desempeñado no podía ser reelegido en los dos siguientes.

Queda indicado lo que era el Consejo universitario, y que los diez consiliarios estudiantes, para serlo, eran elegidos por sufragio de todo el gremio escolar. Era el que fiscalizaba los actos del Rector, y una de sus particularidades su manera de votar. Siempre que se tratara de asunto que tocase al Rector ó Maestrescuela, la votación había de ser secreta, y votarse, no por bolas ni tablitas, sino *por habas y altramuces*: lo mismo se había de hacer en los casos de importancia, «si alguno del claustro pidiese se vote de aquella forma».

Los catedráticos también eran elegidos por sufragio universal. ¡Cuánto habría hoy que estudiar en él para barrer las impurezas de lo que ahora se conoce con aquel nombre! Adoptábanse las más prolijas precauciones, á fin de impedir la confabulación y el soborno. El que había de presentarse á oposición no podía salir de casa, desde el día en que lo hubiese solicitado, sin licencia del Rector, más que á misa ó acto de Universidad, y esto muy vigilado; no había de hablar con estudiante alguno, ni aun con los que vivían en la misma casa, ni aun por puerta ni ventana, ni hacer regalos ni prestar dinero á quien tuviese voto. El que lo contrario hiciere quedaba inhábil para la oposición.

No podían votar el abogado, procurador, notario, médico, cirujano, boticario, «ni persona que tenga oficio alguno con que de ordinario gane de comer en Salamanca».

Los estudiantes votaban por facultades: ¡qué minuciosidad tan escrupulosa para la admisión de los votos! Todo estaba previsto en los Estatutos, hasta el modo de ir cosiendo en sarta las papeletas, y quién había de tener un cabo del hilo y quién el otro, cómo hacerse el recuento y extenderse el acta.

Todos los catedráticos habían de explicar sin falta, incurriendo si no lo hacían en multas que se exigían implacablemente, las asignaturas que por temporadas del curso se prescribían en los Estatutos. Los días lectivos ó de explicación eran: desde San Lucas á Navidad, 42; Enero y Febrero, 36; Marzo y Abril, 34; Mayo y Junio hasta San Juan, 32. Para los sustitutos hasta vacaciones (7 de Septiembre), 49 lecciones.

Tratemos ahora de las facultades.

Las de Teología y Cánones se hallaban admirablemente organizadas: se comprendía bien; habían sido el semillero de los grandes hombres que brillaron en los Concilios de Constanza y Basilea, y sobre todo en el de Trento, y seguían siéndolo de los que llegaron á ser tenidos por oráculos de la ciencia teológica.

En la de Leyes se advertía una falta muy notable: sólo se explicaba en los cinco años de la carrera el derecho romano, y no había asignatura especial de derecho español; y esto después del Fuero Juzgo, de las Partidas, del Ordenamiento de Alcalá y de las sabias y castizas Leyes de Toro, que en conjunto habían creado un derecho patrio; además de haber sido ó ser hombres de aquella insigne escuela los grandes tratadistas que por espacio de tres siglos habían de ser autoridades irrecusables en nuestros tribunales. Evidentemente, al explicar el derecho romano se harían notar las diferencias del español; mas no por ello era menos de extrañar la falta de tal enseñanza, allí donde había desde el siglo XIII una cátedra de Canto llano y Música, y poco déspués otras de Astrología y Botánica.

La Medicina, cuya enseñanza queda indicado haberse establecido á mediados del siglo XIII, se hallaba muy atrasada todavía en el último tercio del XVI. Sólo se explicaban el *Fen* de Avicena y *De Rasiis ad Almansorem* (de los médicos árabes cordobeses), la doctrina de Hipócrates, la de Galeno y dos cursos de arte medicinal.

La Cirugía no se hallaba del todo mal: además de una regular enseñanza teórica, había disecciones y aun vivisecciones, por supuesto sólo en animales, en carneros y perros. Por lo que hace á heridas y vendajes, se acudía al esqueleto que tradicionalmente, en posición vertical, con todos los huesos engarzados y dentro de un aparato de cristales, se halla en la biblioteca de la Universidad: en él se figuraban las heridas y se hacían las ligaduras: era el gran libro de cirugía experimental que había en aquella biblioteca.

La Filosofía y la Farmacia no tenían representación escolástica.

Los catedráticos se llamaban de prima ó de vísperas, según que explicaban por la mañana ó por la tarde. Algunos tenían singulares denominaciones: había Catedrático de Digesto Viejo, Catedrático de Volumen, Catedrático de Método y Catedrático de Simples, título cuya sonancia pudiera dar motivo á burlonas interpretaciones y que los Estatutos aclaraban diciendo:

«Catedrático de Simples.—El Catedrático de Simples leerá (explicará) en el primero año los cinco libros *De Simplicium medicamentorum facultate*.»

Llegamos al escolar, á lo que constituía la gran masa universitaria, bien distinta por cierto de la que es ahora en los grandes centros de instrucción.

Cuidábase de que el estudiante fuese de vida exclusivamente de estudio, sin nota de inmoralidad, modesto, aunque fuera de alta alcurnia, y sin la más ligera exhibición de lujo. Todo estaba dispuesto para que el deseo de aprender se convirtiese en una verdadera pasión de la juventud; se hallaban prohibidos los espectáculos, teatros, toros, volatineros, cuanto pudiera distraer durante el año universitario.

El estudiante, por rico que fuera, no podía tener ni en su casa ni en la ajena caballo ni otra cabalgadura; no había de usar ropa exterior bordada de seda ni adornada con pieles. Aun cuando fuese caballero de linaje, no podía llevar armas ni dar con su conducta motivo á escándalo ni menoscabo de su buen nombre y recta conciencia. En las *Constituciones* de Martino V, la XXI tenía por título: *De armis non portandis et de concubinis exterminandis*. Para todo había inexorable rigor.

Los bachilleres de pupilos, institución característica de aquella Universidad, que eran los que tenían grandes posadas de estudiantes, habían de cuidar muy escrupulosamente de la vida y costumbres de sus numerosos huéspedes; debían cerrar la puerta de la calle, recogiendo la llave, desde San Lucas hasta 1.º de Marzo á las seis de la noche, y desde Marzo á principio de Septiembre á las nueve: eran los responsables de aquella pequeña colonia estudiantil. El cardenal Ximénez de Cisneros, que siguió su carrera en Salamanca, fué bachiller de pupilos para ganarse el sustento.

Como allí todo era estudio y emulación para los aplicados, había, además de la asistencia á las cátedras, actos públicos que se llamaban *Disputas*, en las cuales un doctor defendía una tesis y otros argüían. Las facultades de Teología y Medicina habían de celebrar cada una dos al mes, y doce al año las de Cánones y Leyes.

Otro acto análogo eran las *Repeticiones*: en éstas debía de ostentarse gran fausto, pues los Estatutos disponían que «ninguno que oviere de repetir pueda aderezar el general (el aula) ni entapizar con otra cosa más que con la tapicería y doseles y alhombras de la Universidad, y si otra cosa se aderezare y pusiere, el padrino no asista á la repetición y el repitiente pague diez ducados».

Cuando se desplegaba una magnificencia verdaderamente regia, un esplendor que hoy apenas se pudiera imaginar, era al conferir el grado de Doctor. En ningún tiempo ni lugar se vió la ciencia públicamente tan enaltecida y tan glorificada como en Salamanca desde el siglo XV hasta mediados del XVIII: sólo podía eclipsar tanto brillo la coronación de un rey.

Designado el día para la grande solemnidad, comenzaba en la tarde anterior la ostentación pública por lo que en los Estatutos se llamaba *el paseo*. Todos los Doctores con sus insignias, presididos por el Rector, iban procesionalmente, precedidos por la tradicional música universitaria, desde la Universidad á la casa del graduando, á quien recibían solemnemente, colocándole al lado del Rector, y por muy extensa carrera le conducían á la Universidad. Era la fastuosa presentación que se hacía á la ciudad, para que conociera oficialmente al que iba á ser nuevo ornamento de la insigne Academia. Desde ésta regresaba á su casa con la misma pompa, hallándose los edificios de la carrera adornados con lujosas colgaduras en ventanas y balcones.

Por la mañana se habían llevado, como obsequio del graduando, en grandes bandejas de plata cubiertas de terciopelo carmesí, los regalos de dulces al Corregidor y sus dependientes: media arroba

para aquella autoridad; diez, ocho y seis libras para sus tres oficiales, y cuatro para cada uno de sus ministriles.

El día siguiente á las diez salía de la Universidad aquel asombroso claustro de catedráticos y doctores de las cuatro Facultades en dos larguísimas filas, precedidas de la legendaria música de atabales, trompetas y chirimías, y los bedeles con sus mazas, presidiendo el Maestrescuela, á quien correspondía la jurisdicción y honor de conferir el grado, y dirigiéndose á la Catedral, donde había de imponerse la borla. Brillando á la luz de un sol esplendoroso aquellas compactas y correctas líneas de mucetas blancas, verdes, encarnadas y amarillas, y las anchas y cuadradas borlas con su densa cascada de seda cayendo sobre los hombros y espalda, aquel espectáculo impresionaba hondamente á los millares de habitantes que en apretada masa contemplaban, primero en las calles y después en la Catedral, lo que constituía la gran fiesta y regocijo de la ciudad.

En la nave central de la Catedral antigua, y en tiempos modernos en la lateral izquierda de la nueva, se alzaba un extenso estrado, cubierto con alfombras, tapices y doseles, donde se colocaban los Doctores, con el Maestrescuela y Rector bajo el gran dosel del testero, y el graduando á la izquierda de la espaciosa mesa, cubierta con terciopelo carmesí de grandes flecos de oro, en cuyo centro se depositaban las insignias, conducidas desde la Universidad, y en medio de la comitiva procesional, en bandejas lujosamente adornadas, por agraciados niños de diez años, vestidos con traje universitario.

Todos ya en sus puestos, cesaba la música, y al golpe de bastón del bedel mayor, tomaban asiento.

Aquel grandioso estrado, con su lujo oriental de terciopelos, brillantísimas sedas y oro, alfombras, tapices y doseles: con su numeroso y venerado personal; bajo la bóveda del templo, y sirviendo por todas partes de fondo la apiñada muchedumbre, de la cual formaban no pequeña parte las más gallardas y linajudas damas y apuestos caballeros de la ciudad y la flor de los alumnos de su renombrada Escuela; aquel cuadro de tan maravillosa magnificencia no ha tenido todavía un Palmaroli que le haya trasladado al lienzo.

No es posible describir, ni aun ligeramente, en su diversidad de formas académicas, aquel acto, que duraba tres y á veces cuatro horas: se necesitaría más espacio que el de un artículo.

Allí, donde todo era solemne, había un momento de imponente solemnidad, hija del sincero fervor religioso de aquellos tiempos. Después de hecha la protestación de la fe, y prestado, con la mano puesta sobre los Santos Evangelios, el juramento reglamentario, durante cuyo acto permanecían todos en pie, el graduando, en alta voz, con respetuosa pausa y descubriéndose todos los Doctores, leía el principio del Evangelio de San Juan: *In principio erat Verbum.....* Cuando iba á llegar al final, el bedel mayor daba con su bastón un golpe en el estrado, y todos, Maestrescuela, Rector, Doctores y pública concurrencia caían de rodillas, permaneciendo en tal actitud y con la cabeza reverentemente inclinada, mientras el graduando, también de rodillas, pronunciaba las palabras: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.*

Y ¡qué diferencia de ideas y sentimientos entre aquellos tiempos y los presentes! Tenían los Doctores derechos de grado, llamados *propina*, en metálico y en especie: los primeros consistían en dos castellanos de oro, que se habían de recibir durante la ceremonia del grado. No consentía entonces la dignidad profesional que se viera el dinero, ni que el Doctor lo recibiese mano á mano de la de un subalterno. Conducidas en bandeja, iban las monedas en bolsitas de ante blanco, pendientes de dos cordones de seda: el bedel había de tomar cada bolsita por el extremo superior de los cordones y presentarla al Doctor, que la recibía en la misma forma. En seguida se entregaba á cada Doctor un par de guantes blancos, obsequio de que á la salida participaba el público, al cual se arrojaban numerosos pares en el trayecto hasta la Universidad.

Al regresar á su casa recibía cada Doctor la propina en especie: dos sacos de azúcar, cuatro hachas de cera y seis pares de gallinas.

Por la tarde se celebraba la corrida de toros (habían de correrse por lo menos diez), espectáculo nada científico, aunque prescrito como esencial en los Estatutos. Todos los Doctores estaban invitados, y el recién graduado había de obsequiarlos con un banquete, cuyos manjares y frutas eran también de reglamento universitario. La función era gratuita, como celebrada á expensas del nuevo doctor, y no hay que decir si estaría concurrida y brillante en aquella ciudad, de antiguo tan apasionada por las corridas.

Como se ve, el grado resultaba costosísimo: parecía dominar en aquella Universidad la ley de los contrastes: se empezaba por una verdadera y muy amplia democracia, y se concluía por un espíritu esencialmente aristocrático. Allí, donde la matrícula costaba ocho maravedís para los bachilleres, seis para los estudiantes de las Facultades y cuatro para los gramáticos, el grado de Licenciado exigía enormes dispendios, y el de Doctor un considerable capital. Á no dudarlo, se pretendía sublimar la ciencia, haciendo muy difícil el acceso á sus grandes alturas: mas ¿cómo se compadecía esto con el nombramiento de los catedráticos por sufragio universal de los estudiantes?

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1895.

Que la emoción estética es fuente de placeres nobilísimos, asequibles sólo al que separa sus miras de otros más vulgares, con elevación propia del espíritu culto, para el reconocimiento de ciertos méritos, nunca apreciados por el ignaro, es indudable; y que responden estas emociones á una necesidad moral de todos los tiempos y todas las razas, conforme con los grados de percepción y de afección que para su estima están dotados, es también gran verdad que los hechos á cada paso nos demuestran.

El estudio completo de las artes nos ha llegado á convencer de que todos los pueblos rinden el culto debido y se esmeran por todos los medios á su alcance por producir la belleza, por ser artistas, y de aquí que en los más cultos estos certámenes, estas Exposiciones, como la que en la actualidad celebramos, constituyan acontecimientos de honrosa y nobilísima presunción humana.

Por sus tradiciones, por sus aptitudes, por su temperamento apasionado, por sus condiciones de país eminentemente estético, España viene ofreciendo durante todo el siglo, con los intervalos de tiempo necesarios, las Exposiciones de Bellas Artes, que son sin duda el alarde más meritorio de lo que en esto valemos y de que alimentamos el fuego de la inspiración, latente siempre y pronto á destellar y revivir en cuanto hallamos ocasiones para ello.

Estos certámenes nos van dotando de un tesoro artístico del que podemos enorgullecernos, y formando principalmente nuestra gloriosa historia estética del siglo, más apreciable sin duda cuando logremos reunir todas sus páginas en apropiado centro, donde podamos estudiar tanto su proceso como su original carácter, hecha la selección debida.

Inapreciable Museo poseemos de los mejores autores clásicos, contraste y lugar de prueba á la que apenas resiste el arte moderno, pero estímulo también para los mayores esfuerzos, y motivo de alientos para la lucha por alcanzar semejante altura.

Pero un museo es un panteón, un guardajoyas, en que sólo tienen entrada las obras más culminantes de los siglos, formando verdadera antología de los más exquisitos productos del pasado, para ejemplo y aguijón de los presentes: una Exposición es palenque más amplio, lugar de lucha y de prueba de fuerzas, en que se disputa un galardón entre los vivos, el galardón más noble, cual es el general aplauso, el renombre, la fama, á la par que la sanción de lo que en sí siente el artista, cuya entrega al general juicio es su más imperioso anhelo.

Estas consideraciones no dispensan, sin embargo, á los organizadores de la actual Exposición de ciertos defectos generales que de ningún modo debieran presentar.

Es verdaderamente vituperable la indulgencia tenida por parte del Jurado para la admisión de todas las obras inscritas. Nada perjudica más al efecto total del certamen que aquella exuberancia de maleza artística, entre la que tan difícil y molesto se hace hallar las verdaderas flores, ahogadas y obscurecidas tanto por las que lastiman la vista sólo el mirar, efecto de su abigarrada y poco estudiada colocación. Nada más destructor de las bellezas vertidas en las obras del verdadero ingenio que la vecindad de los desentonados dislates de la inexperiencia ó ineptitud presuntuosa. De esperar es que esto no se repita, y para otras ocasiones el Jurado, cuya más conveniente forma en sus atribuciones nunca acabamos de encontrar, no nos condene á los visitantes á tales penas, guiado por un sentimiento humanitario que acaba por lastimar principalmente á los que debieran ser defendidos por él de todo daño.

El Estado, por su parte, tampoco se cuida lo debido de anunciar estos certámenes con la antelación necesaria y definir la protección y justa recompensa que merecen los que se afanan por proporcionar gloriosos timbres á su patria; mas por esta vez, gracias á la virtud y resolución de los autores, el arte español se salva cumplidamente y por más méritos que en otras pasadas ocasiones. Los que levantan su bandera, la ondean con bastante gallardía, y hacen destellar nuestro genio artístico con poderosa intensidad; que injusto sería escatimarles todo elogio y refrenar todo aplauso por sus aciertos, redimiendo así ellos al certamen de las muchas faltas por otros cometidas.

¡Cuán vario el arte! ¡Cuán amplio el campo donde lucir sus originalidades y genialidades! Porque aun girando siempre sobre eternos centros, sobre inmutables fundamentos, caería en cerrados moldes, no sería libre, como el sér que lo produce, si éste no se manifestara en sus obras en perpetuo movimiento, luciendo las distintas fases de la fantasía, que nunca se agotan, sacando de lo pasado destellos de nueva luz, y manifestando, á la par que su inagotable inspiración, las condiciones del tiempo y del pueblo en que florece.

La originalidad y la expresión de raza son las dos mayores excelentes cualidades que se descubren ahora al estudiar la Exposición. Aquel conjunto de obras, en sus grados de buenas, medianas y hasta malas, son genuinamente españolas, y responden mejor que en ningún otro concurso á nuestras tradiciones y al acento propio y distintivo de todas nuestras escuelas.

Las notas más salientes en ella obtienen la más favorable acogida por su interpretación brillante de la realidad; en las menos sobresalientes aspírase por sus autores á esto mismo, aunque no alcancen por completo la solución del difícil problema, y hasta lo realmente desdichado y de mano inhábil nos recuerda por algo aquella basteza ruda y excesivamente vigorosa de nuestras más arcaicas pinturas en los siglos medios.

Nada exótico, nada de aquellas tristes entonaciones tiberinas que lamentábamos en otras exposiciones, nada entre los nuestros de esas excéntricas aberraciones que minan en otras partes los sanos fundamentos del arte, llevándolo al morboso delirio de la fiebre nerviosa.

Por esto encontramos notas muy nuevas que nos producen la mayor impresión, y por esto que, como extinguidas las sombras de los últimos grandes maestros, aparezca cada autor obrando por sí, con completa independencia y personalidad propia, lo que constituye un gran síntoma de vida en el arte patrio y una esperanza de próximas manifestaciones de todo su poder.

Nuestros artistas, pensando y sintiendo los asuntos; poniendo todas sus indiscutibles aptitudes técnicas y todas las galas del estilo al servicio de una idea; recabando para sí todos los derechos, hasta el de la originalidad del asunto, como el novelador ó el dramaturgo, para conseguir la emoción en los demás por una escena, por una situación experimentada antes en su fantasía y expresada con tal brío que subyugue al espectador; hé aquí un hermoso camino, nunca como ahora más francamente emprendido por nuestros pintores, y del que, lejos de arrepentirse, han de continuar sin duda por el aplauso obtenido.

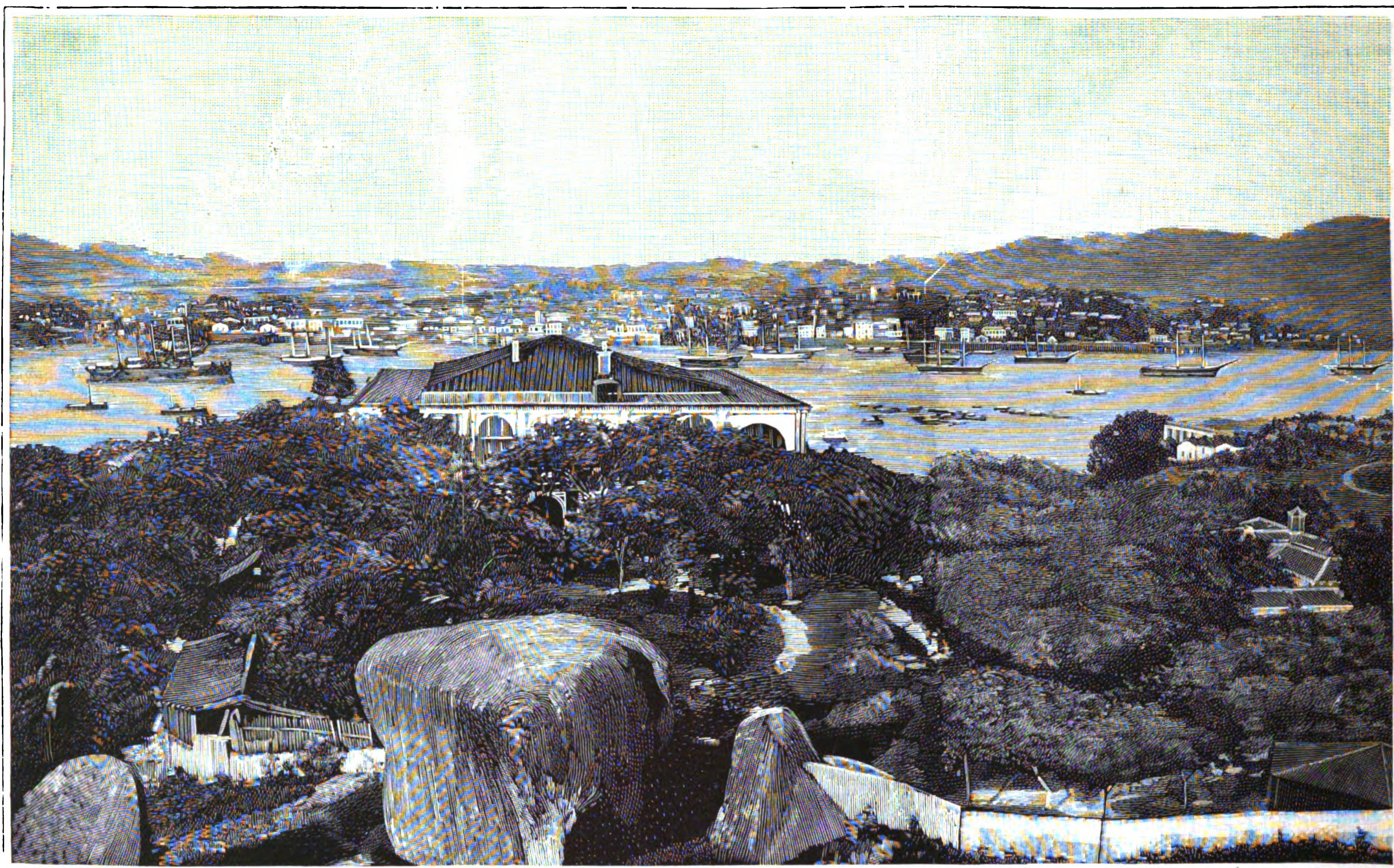
Ideas nuevas traen procedimientos nuevos: un nuevo sér nace siempre joven, y á sus energías debe su total desarrollo; y por esto nuestro arte no aparece al presente cansado ni decadente, antes al contrario, la falange que trae la nota de lo porvenir, y aun la que nos da su fruto en entera sazón, preséntase vigorosa y fresca, haciendo alarde de brío y fuerzas propias, original y robusta, cumpliendo con esa hermosa y consoladora ley de la vida, de la constante renovación y perpetua juventud, cuya más palpable expresión, cuyo florecimiento más brillante es el arte con sus bellezas.

Esta renovación, este empuje de las huestes de refresco, no se patentiza igualmente en todos los diversos géneros, para los que precisan distintas aptitudes y diversas genialidades. El religioso apenas aparece en la Exposición, ni aun tratado con el moderno aspecto, con el neopurismo realista, en que tanto comienzan á distinguirse muchas personalidades artísticas del otro lado del Pirineo, pues enfriada aún la exaltación mística de nuestros pintores por los aires de escepticismo antes tan reinantes, aquí donde la escuela antigua tuvo tan singular sentido, en la tierra clásica de los santos y de la devoción de Cristo y su Madre Dolorosa, nada producen que responda al ideal religioso de nuestros mayores, ni armonice con el nuestro, de igual fondo pero de más pulido acento.

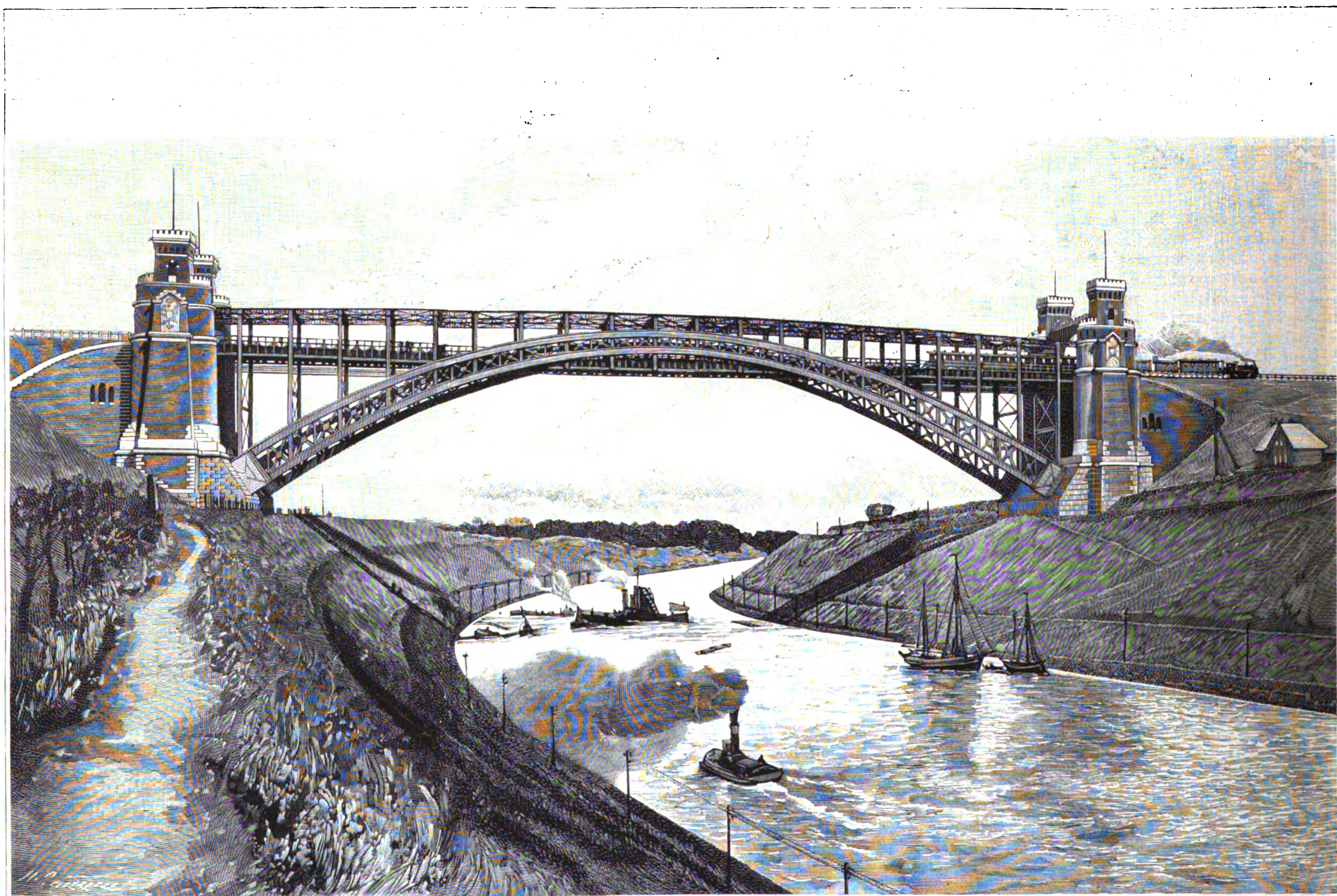
El *Entierro de Cristo*, de González Arena, es el que en conjunto inspira más estos sentimientos; y si su ejecución estuviera á la altura de su inspiración, sin duda obtendría de todos el devoto movimiento que aspira á producir. La solemnidad del acto, la piedad y amor que embarga á todas las figuras, la humildad de todos los personajes que depositan en el sepulcro el cuerpo del Maestro amado, está bastante entendida; pero las desigualdades incomprensibles en la ejecución, á veces acertada, á veces harto descuidada, hacen ver en este artista uno muy en camino de serlo, sintiendo bien, mas sin que responda aún su mano por completo á lo que le dicta su fantasía.

El *Tránsito de la Virgen*, de A. Palomo Anaya, menos sentido, con más carácter de composición profana que religiosa, y sin lucir aún ningún destello magistral, es digno, sin embargo, de muy preferente aprecio, y después de éstos apenas encontramos en el género nada que responda á la alteza que merece: en casi todos el buen deseo ha sido mayor que el acierto para darle forma, sin faltar algunos que constituyan verdaderas herejías, de difícil perdón sin el propósito firme de la enmienda.

¿Cómo tan pocos cuadros de historia? ¿Hanse agotado ya las páginas que pue en caldear la fantasía del artista en el gran libro del pasado? Mucho hemos pintado de la nuestra y también de la romana, la más conocida entre nosotros de la antigüedad; pero hay que notar cómo extraíamos de ellos lo que mejor respondía al estado de los ánimos, en los distintos momentos del siglo. La heroica y romántica, con sus ejemplos de martirios por las ideas y execraciones por el abuso del poder, servía poderosamente para dar calor á la revolución política que se realizaba y á la de las costumbres no menos necesaria. Pasó la lucha; adquirimos todos los derechos, de los que disfrutamos en plena libertad como país ninguno; hemos ennoblecido nuestras costumbres, desechando de ellas todo amaneramiento y convencionalismo de falsa educación, y la misma historia, prestado este servicio, á costa de perder mucho de lo dramático y artístico, toma rumbos de crítica y apurada erudición, quitando á los hechos relieve fantástico, para afirmarlos más en sus líneas y fidelísimos pormenores; tendencias más propias para la satisfacción del entendimiento que para las emociones del entusiasmo. El arte sigue siempre á su tiempo, y de aquí la escasez de cuadros de historia en nuestra Exposición y el poco arrebato que producen los que, como Béjar con su *Wifredo el Belloso*, Brull con su *Tonsura de Wamba*, Garnelo Fillol con la *Profecía de San Vicente*, y otros pocos, aun desean dar vida al drama histórico, para el que ya la paleta parece resistirse á prestar sus más brillantes matices, por más que patenticen en ellos muy recomendables condiciones. En el apoteótico y recordatorio de glorias pasadas, el cartón de



ISLA FORMOSA.—LA BAHÍA DE KELUNG.



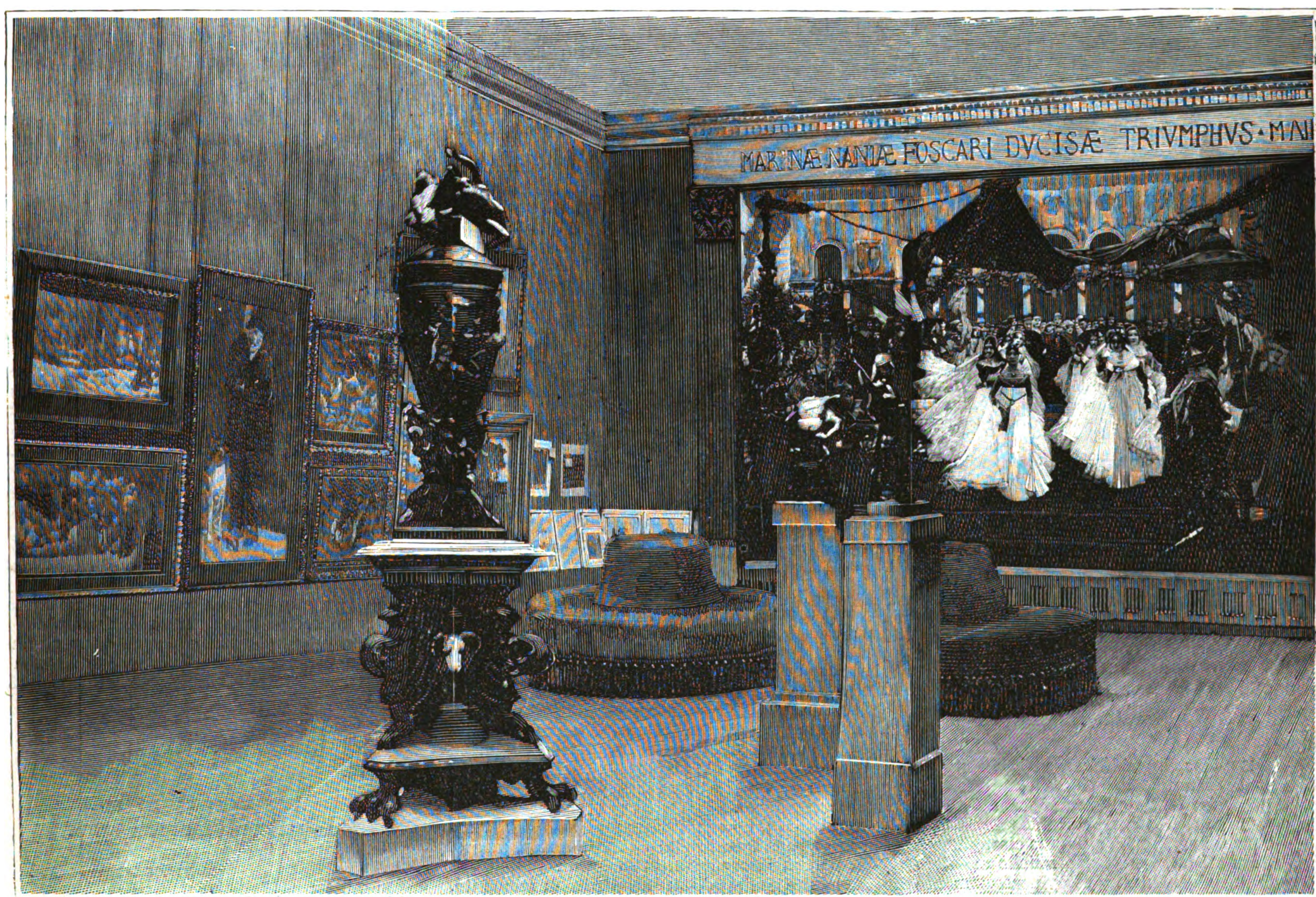
ALEMANIA.—EL PUENTE DE LEVENSAU, SOBRE EL CANAL DEL MAR DEL NORTE AL BÁLTICO PRÓXIMO Á INAUGURARSE.

(De fotografía.)

VENECIA (ITALIA).—EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES.



FACHADA PRINCIPAL DE LA EXPOSICIÓN.



LA SECCIÓN ESPAÑOLA.

(De fotografías remitidas por nuestro corresponsal artístico en Venecia, Mr. Tivoli.)

la *Civilización española representada por sus más ilustres hijos*, de Garnelo Alda, justamente premiado en reciente concurso, por las bellezas de su composición y aciertos de expresión en sus grupos, es el mejor que, mirando hacia lo pasado, nos puede servir para los fines que perseguimos al presente. Los pueblos que honran á sus hijos predilectos se honran á sí mismos, y la ejecutoria de tan ilustre abolengo es la más noble de la gran casa que forma una nación entera.

Apenas, por lo demás, si encontramos en aquellas salas un patricio romano ni un caballero de la Edad Media: hemos tenido que desistir de aquellas grandezas clásicas y de aquellos ensueños caballerescos, para conformarnos con la llana vida burguesa, más ó menos muelle, según las rentas ó salarios rendidos por el negocio ó el trabajo, constituyendo de las penalidades de ella los mayores motivos de interés y hasta de triste poesía: de aquí que nuestra pintura, que comenzó en el siglo clásica y siguió romántica hasta casi nuestros días, tanto en el fondo como en la forma, apenas si conserva ya rastros de aquellas tendencias, buscando en el llamado cuadro de género la fórmula actual del arte, en la realidad viviente, á su vez real y fielmente interpretada.

Pero antes de entrar de lleno en el estudio del punto más interesante de la Exposición, donde la lucha es más empeñada y las revelaciones más importantes, digamos algo de aquel género intermedio, en el que la representación del sér humano es más concreta é individual, cual es el retrato, elevado por cierto en esta ocasión á la mayor altura.

Un certamen con tendencias como las manifestadas, no podía por menos que ser abundante en retratos, género difícil y de gran empeño para el artista que lo acomete, pues requiere, no tan sólo un dominio completo de los medios, sino también dotes de suprema penetración para afirmar y definir para siempre, por las imágenes variadísimas de los hombres, el alma, el carácter y las distintas condiciones, tan diversas como individuales y propias del retratado, transmitiendo bajo las apariencias de realidad artística la totalidad viviente del personaje. Esta flexibilidad de interpretación, esta suprema elegancia, aun dentro de los caprichos de la moda, este espíritu analítico al par que elevado, es el patrimonio de los grandes retratistas y el privilegio á muy pocos concedido.

¿Quién es este pintor Joaquín Bárbara, preguntan muchos, que se presenta por primera vez, admirándonos con retratos tan vivientes y soberanos en todas sus partes como los de la señora X... y el del conocido potentado Marqués de Villamejor? Un artista joven, en el período de sus primeras armas; pero tan sincero en el estilo y tan sano en su arte, que sólo podemos temer de él pierda tan hermoso sabor de esta tierra al visitar otras en que falsas seducciones dominan hasta á los más fuertes. Bárbara es ahora el continuador legítimo de nuestras tradiciones en su género: pudiéramos decir que de Goya á D. Vicente López, de éste á Alenza y de Alenza á Bárbara son los jalones del retrato de pura casta española. Orgullo y alegría se siente al ver que al fin se une la cortada cadena.

Pinazo también se expone como famoso retratista; sus dos, de un bizarro coronel de caballería y el señalado con el núm. 913 del *Catálogo*, son dignos de la admiración que producen; diestrísimo en su ejecución y de gran estilo, aunque á ello nos tenía acostumbrados, nunca lo hemos visto rayar á tanta altura como en la ocasión presente.

Buenos, muy hermosos son los de Sorolla; pero mejores nos parecerían si, haciendo uso de la autoridad que le prestan sus méritos, exigiera más paciencia á sus modelos, á fin de obtener en sus obras la conclusión alcanzada por los colosos del género, dando así más eternidad y valor absoluto á sus producciones. Mas pronto volveremos para rendir los debidos elogios al ilustre maestro valenciano.

Martínez Cubells llena también con los suyos muchos de aquellos salones, todos brillantes, espléndidos y deslumbradores, tanto por sus tintas como por la riqueza de accesorios con que los adorna: algo pudiéramos decirle también de lo que antes manifestábamos, y más artísticos serían—y perdónenos el maestro—si diferenciara en ellos más lo principal de lo accesorio y no procurara complacer tanto á sus modelos.

No termina con esto la lista de los notables retratos exhibidos: los de Alcázar Texidor, los de Peña Muñoz, los de Menéndez Pidal, Masriera, Rosales (Stra. Carlota), Lozano Rodríguez y otros, entre ellos en preferente lugar los notables al pastel de Vaamonde completan, en parte, la lista de uno de los géneros más brillantemente representados en el actual certamen.

NARCISO SENTENACH.

Continuará.

LA VIDA MODERNA.

I.

LUISA Á MARGARITA.

Córdoba, 7 de Marzo de 189...

E pides, queridísima amiga, noticias del Marqués de Peña Alta, á quien supones debo conocer por ser uno de los hombres más importantes de la provincia, y no te equivocas ciertamente.

En efecto, he tratado mucho al sujeto de que me hablas, y estoy perfectamente enterada de sus condiciones y circunstancias.

Es, sin duda, el personaje más importante de la provincia, así por sus riquezas como por su posición.

No es ya joven, no siendo viejo todavía; no tiene buena figura, aunque sea lo que se llama ahora «hombre distinguido»; en fin, sin ser un genio, no puede llamársele tonto.

Esto en cuanto al individuo particular; respecto á la posición, cuanto te diga será poco.

El Marqués es uno de los grandes propietarios de la provincia, en la que posee multitud de fincas rústicas y urbanas.

Tiene un gran palacio en esta ciudad, y casas amplias y hermosas en Andújar, Baeza y otras ciudades.

Se halla enlazado con las principales familias de Andalucía, y goza de excelente reputación por su juicio y formalidad.

Á pesar de haber sido solicitada su alianza—no quiero decir su mano—por multitud de madres—y de padres—de esos que buscan «un buen partido para sus hijas», se ha manifestado siempre insensible á tantos avances; no faltando quien suponga que abriga una pasión secreta no correspondida.

Por mi parte no doy crédito á tales rumores; creo que el Marqués no ha encontrado hasta ahora «su media naranja», y que el día menos pensado —satisfecho ó aburrido de la vida de soltero—realizará un buen matrimonio.

Tu carta y tus preguntas me han hecho sospechar si es él uno de tus pretendientes; si lo fuera, no dudes en aceptarlo.

Tú lo mereces todo por tu belleza, por tu entendimiento, por tus raras cualidades y dotes.

Pero debes pensar que no posees el singular de esta última palabra: que eres pobre; y en la sociedad actual, la que lo es, está casi segura de morir soltera.

Ignoro si tienes en Madrid lo que se llama vulgarmente «un quebradero de cabeza»; y si fuese así, no pienses sino en tu conveniencia y en tu porvenir.

Yo te predico con el ejemplo.

Sabes que durante cuatro años mantuve relaciones amorosas con un joven de esta ciudad, tan desprovisto de recursos como yo.

No podíamos casarnos porque no teníamos—según se dice—«sobre qué caernos muertos».

Presentóse entonces el que hoy es mi marido, menos gallardo, menos simpático que el pobre Federico; pero de posición ventajosa en todos conceptos, y mi madre me aconsejó que le aceptara.

Algún trabajo me costó decidirme; aunque al fin y al cabo tomé una resolución.

Federico suplicó y lloró primero: después me dirigió quejas y lamentos, amenazándome con matarme y matarse; mas ya lo sabes, los dos disfrutamos de buena salud, y él se casó dos ó tres meses después que yo: tan luego como se le presentó un partido ventajoso.

Hoy somos buenos amigos, y Federico es el primero en confesar que hubiéramos hecho una gran locura en contraer vínculos eternos, careciendo ambos completamente de bienes de fortuna.

Con que, si he acertado en mis suposiciones, imítame, que á mí no me ha ido mal: vivo en la abundancia y con todo género de comodidades: mi marido no es un Adonis, pero me quiere mucho y no piensa sino en que nuestra vida sea agradable: tengo dos hijos preciosos, coche, casa de campo, etcétera, etc.

No te digo más, y me repito tu fiel amiga y compañera de colegio.—*Luisa.*

II.

MARGARITA Á LUISA.

Madrid, 10 de Marzo de 189...

Tu carta me ha causado un efecto profundo: creía estar locamente enamorada de Arturo, y después de leer las líneas que me has dirigido, empiezo á imaginar que todo podría ser un mero capricho.

Arturo es joven, buen mozo y capitán de artillería; pero no tiene patrimonio alguno.

Hemos de vivir los dos con su modesto sueldo, sin esperanzas de variar de situación, porque á medida que ascienda se aumentará acaso la familia.

Cuanto me dices del Marqués confirma lo que yo sabía: que posee una renta próximamente de treinta mil duros.

Á la verdad, no es ningún muchacho: pero tampoco tiene edad avanzada: es fino, cortés, atento, y parece estar muy enamorado de mí.

Mi madre no deja de sermonearme un momento. «No cometas la locura de rechazarle—me dice á todas horas;—es la felicidad para los últimos años de mi existencia; es para ti una suerte que no podías siquiera soñar.

»Serás rica, y todas tus amigas te envidiarán, pudiendo tú aspirar á los destinos más altos. Grande de España por tu marido, tendrás acceso en la corte; serás dama de la Reina; en fin, te se presenta el porvenir de ser una de las principales señoras de Madrid.

»Por el contrario, si te decides por Arturo, vivirás en las privaciones, en la miseria; pues ya ves cómo lo pasamos nosotras con una viudedad semejante al sueldo de un capitán.

»No desoigas mis consejos, hija mía, dictados á la par por el cariño y por la experiencia de las cosas del mundo.»

Estas palabras y tu ejemplo ejercen grande, profunda influencia en mi espíritu.

Arturo tiene arrogante presencia; es discreto, amable, cariñoso; aunque carece enteramente de recursos, y muy poco es lo que puede esperar en lo sucesivo.

Si me caso con él, arrastraré una existencia llena de privaciones y de contrariedades.

Por el contrario, unida al Marqués, viviré entre el lujo y la opulencia.

Lo que tú me dices, Luisa querida, es otro motivo para formar mi resolución.

Tu novio gritó, lloró quizás—porque los hombres suelen llorar también—y se aplacó y se consoló después:—quizás demasiado pronto.

Lo mismo le sucederá á Arturo; y además, los militares tienen obligaciones sagradas, deberes imperiosos que les distraen de otro género de ideas.

Voy á escribirle; voy á procurar disminuir su enojo con palabras dulces, con frases cariñosas que le hagan creer que me sacrifico, que sólo obedezco á la voluntad de mi madre.

La disculpa hará más ó menos efecto, porque nadie ignora que en la sociedad actual las hijas no somos, como en la antigua, víctimas de los que nos dieron el ser.

Gracias, querida, por tus consejos.—Te abraza tu amiga—*Margarita.*

III.

MARGARITA Á ARTURO.

Madrid, 12 de Marzo de 189...

Ignoro si podrás leer las siguientes líneas, que escribo con mano trémula, con ojos cegados por el llanto.

Sí, Arturo mío: soy desgraciadísima, y todavía siento más tu dolor que el mío.

Porque estoy tan segura de tu afecto como tú puedes estarlo del mío; y al tomar la pluma para comunicarte las órdenes de mi madre, siento mucho más el daño que pueden causarte, que el que á mí misma me producen.

Sí, Arturo: después de una escena terrible, me exige, me manda que rompa nuestras relaciones amorosas.

Figúrate—sabiendo como sabes la vehemencia con que te amo—la pena que me causará esta resolución.

Me sacrifico, pues, por obedecer á mi madre, y para proporcionarle en los últimos años de su vida comodidades que hoy no puede disfrutar.

Aun no te lo he dicho todo: me obliga á contraer matrimonio con un hombre á quien no amo: invoca mis sentimientos de gratitud á su ternura y á los cuidados que me prodigó desde que nací, para obligarme á contraer una unión monstruosa.

El Marqués de Peña Alta es viejo, y yo soy casi una niña: tendremos gustos y aficiones diferentes, y no podremos ser felices.

Pero ¿qué importa? Es hombre riquísimo: tiene palacios soberbios, carruajes magníficos, y la pobre señora gozará de todo esto.

No importa que yo sea desgraciada; no importa que viva en el dolor y en la amargura.

Compadéceme, Arturo; porque estoy cierta de que no te olvidaré nunca, y de que tu imagen vivirá eternamente en el corazón de la infeliz—*Margarita.*

IV.

ARTURO DE SANDOVAL AL MARQUÉS DE PEÑA ALTA.

Madrid, 15 de Marzo de 189...

Muy señor mío de todo mi respeto: Remito á usted la adjunta carta para que conozca bien la mujer á quien va á unirse en breve.

La he amado con entusiasmo, con verdadera pasión; y hoy me inspira profundo desprecio.

Creo que igual impresión producirá en usted el conocimiento de lo que es y de lo que vale.

No me mueve á escribirle un ruin impulso de venganza; no: mi propósito es más noble y generoso: quiero sólo abrir los ojos al que se halla tan ciego como yo lo estaba, é impedir que caiga en las redes de una mujer ambiciosa y sin corazón.

Con este motivo me ofrezco á usted como su atento s. s. q. b. s. m.—*Arturo de Sandoval.*

V.

EL MARQUÉS DE PEÑA ALTA

Á ARTURO DE SANDOVAL.

El hombre capaz de ejecutar lo que usted ha hecho, está calificado:—es un miserable.

Dentro de pocas horas recibirá usted la visita de dos amigos á quienes he encargado se entiendan con las personas que usted designe para convenir las condiciones de un duelo.

No sería justo quedase impune la villana acción por usted llevada á cabo, y á la que espero dar merecido y justo castigo.—*El Marqués de Peña Alta.*

VI.

EL MARQUÉS DE PEÑA ALTA

Á LA SEÑORITA DOÑA MARGARITA DE INESTROSA.

Queridísima amiga: Fije usted, de acuerdo con su señora madre, la fecha de nuestro matrimonio, en el que espera alcanzar dicha completa su apasionado—*El Marqués de Peña Alta.*

RAMÓN DE NAVARRETE.

ORGÍA.

I.

Los himnos del festín han resonado.
La plebe arrebatada y turbulenta
Cual las hojas que el viento arremolina,
Blandiendo alegre el tirso coronado,
Hacia el templo de Baco se encamina.
Las ménadas furiosas
Anuncian en discordes alaridos
Las orgiásticas fiestas licenciosas
En que gritan y danzan confundidos
Niños y ancianos, vírgenes y esposas.
El cabritillo audaz, que alegremente
Triscaba ayer en la feraz campiña,
En sacrificio impuro presentado
Cuando hoy las aras con su sangre tiña,
Al dios terrible dejará aplacado.
Roma grita, se embriaga y se divierte;
Y mientras goza así la muchedumbre
Del que fué pueblo rey, altivo y fuerte,
Ni lamenta los cambios de la suerte,
Ni la humilla su infame servidumbre.
Cercana ya de sucumbir la hora,
Por sus deleites su grandeza mido
Bajo el monstruo imperial que la devora;
Y pan y fiestas sin cesar le pide,
Y ebria de vino y de placer, le adora.....

II.

Los himnos del festín han resonado.
Alzad, amigos, la dichosa frente
Ceñida con el pámpano sagrado;
Y hoy que nos brinda la fortuna avara
Sus dones con que el ánimo embelesa,
Venid; y en torno de la rica mesa
Que Lúculo en sus fiestas envidiara,
Alegres, bulliciosos, satisfechos,
Id ocupando los purpúreos lechos
Donde el Amor sus glorias nos depara.
Destapemos las ánforas que duermen
Bajo el polvo de veinte consulados;
Que ellas ocultan de la dicha el germen
Y el olvido feliz de los cuidados.....
¡Ya no hay más dioses que el placer y el vino!
¡Bebe, Fabricio, y sin cesar cantemos
Entregados en brazos del destino
Hasta que al reino de Plutón bajemos!
Ven á mi lado, Clori,
Hermosa y dulce amiga:
Tres veces y otras tres mi vaso llena;
Y hasta caer rendidos de fatiga,
De ese néctar de Chipre centellante
Correr veamos la inflamada vena.
Alza después tu voz arrulladora,
Y mientras llega la importuna Aurora
Suene amoroso tu cantar divino
En la lira de Lesbos seductora
Que trajo á Roma el Cisne venusino.
Cantad, amigos, y pensad que luégo
Se han de pasar los juveniles años;
Y pues ni el manso ruego,
Ni el culto á las deidades protectoras,
Ni víctimas de paz, ni nada influye
Para que un punto las ceñudas Horas
Suspendan la labor que nos destruye,
Hoy que se muestran por azar propicias,
Dulce y alegre vuestro numen sea,
Y apuradas de Baco las delicias,
Invocad el favor y las caricias
Del temido rapaz de Citerea.
¡Más vino, Clori, más! Ya se difunde
Su benéfico ardor por mis sentidos,
Y nueva vida al corazón infunde.
¡Más vino! Ya mi lengua se entorpece:
Y del arpa á los mágicos sonidos
Que todo gira en derredor parece.
Ya en deslumbrantes piras encendidos,
Desde el suelo á los ricos artesones
Veo brillar, á un tiempo confundidos,
Marfiles de las líbicas regiones,
Oro de Arabia y mármol de Numidia.....
Ya en los compases de la inquieta danza,
Mi torpe vista á distinguir no alcanza
El pie de Flora ni el collar de Lydia.
Ya la ninfa de Juno mensajera,
Con las tintas del alba y del ocaso
En el fondo del vaso reverbera,
Y en ilusión riente y lisonjera
Brillan sus ojos á través del vaso.
¡Más vino, Clori, más!..... Llegad, hermosas,
Y el pámpano sagrado renovadme,
Que refresque mis sienes ardorosas.....
¡Canta, Fabricio; y sin cesar bebamos,
Y cuando luzca el día sus albores,
Sobre guirnaldas de marchitas flores,
Ebrios de vino y de placer, durmamos!.....

III.

Roma grita, se embriaga y se divierte,
Y mientras tiene pan y diversiones,
Su mal no llora ni su infamia advierte;
Mas ¡ay de las naciones
Que huellan sus gloriosas tradiciones
Torciendo el curso á su inmortal destino
Y arrastrando en el cieno sus blasones
Más Dios no tienen que el placer y el vino!.....
Si á nobles hechos tu ambición no alcanza,
Canta, oh Roma, y alégrate sin tino
Hasta que en medio de la dulce holganza
Te sorprenda el salvaje torbellino:
Que pronto á tus umbrales con pujanza,
Porque á dejar los brindis te resuelvas,
Llamarán con el cuento de su lanza
Los formidables hijos de las selvas.

C. VALENCIA.

¡CREDO!

Que hay Dios me dice el sin igual concierto
Con que ruedan los mundos por la esfera;
Que hay Dios me dicen la gentil palmera
Y la rosa balsámica del huerto.

Lo adora el africano en el desierto;
El hijo de Moisés en Él espera,
Y hasta el ateo vil lo ve doquiera
Fija sus ojos de mirar incierto.

Su espíritu inmortal palpita en cuanto
En torno alienta, y en su amor ardiente
Envuelve al opulento y al mendigo:

Por eso su divina esencia canto.
¡Y cómo no cantarle reverente
Si es parte de mi sér y está conmigo!

MIGUEL LEBRÓN.

¡POBRE ARTISTA!

(Á LA MEMORIA DE UN SUICIDA.)

Sintió el fuego del Arte sacrosanto;
Soñó con el laurel de la victoria;
Quiso escribir con lágrimas su historia,
Pero, antes que la fe, faltóle el llanto.

Nadie oyó ni su afán ni su quebranto,
Y confundido entre la vil escoria,
Sintiendo hambre de pan y sed de gloria,
Le envolvió del desdén el frío manto.

Que en carroza triunfal llega á la muerte,
Hoy con asombro y amargura miro.
¡Flores, coronas, sobre el cuerpo inerte!.....
¿Qué hizo el mártir que así torció su giro
Tan de improviso la implacable suerte?.....
Hacerse criminal. ¡Pegarse un tiro!

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

PRIMAVERA.

SONETO.

Á MIGUEL MOYA.

Desertando del cáliz de una rosa
Cuyos matices con asombro mira,
Por el umbrío se revuelve y gira
Con incesante afán la mariposa.

Piérdese allá en la vega silenciosa
La luz del sol que moribundo expira,
Y se esparce cual eco de una lira
De la cabaña la canción dichosa.

Murmura del almendro entre las flores,
Remedando una plática de amores,
La fresca brisa que mi frente orea.

Y de la tarde en la solemne calma,
Llama con ecos místicos á el alma
El esquilón de la vecina aldea.....

RAFAEL OCHOA.

EL NUEVO GAS DEL AIRE.

Entre las frases, aforismos y sentencias que ya de tiempos atrás suelen atribuir al insigne Galileo, la que mejor cuadra á su genio y mejor se acomoda también al particular carácter de la ciencia en la época presente, es aquello de *provando e riprovando;* puesto que, en cierta manera, constituye algo semejante al canon del método experimental, sancionando el fecundo criterio de la duda. La demostración de tal premisa va á encontrarla el lector, si su paciencia y la curiosidad de saber qué gas nuevo es éste ahora descubierto en cosa tan vieja como el aire atmosférico, llévanle hasta el fin del artículo comenzado con las palabras auténticas del sabio italiano, ó atribuidas á su famosa sabiduría.

No siempre se han conseguido los mejores y más concluyentes resultados en el campo de la ciencia llevando las investigaciones por derroteros nuevos y siguiendo inexplorados senderos; que muchas veces, acaso ofuscados por la brillante apariencia de ciertos resultados, caminamos muy de prisa, fija la vista en el ideal perseguido, que se vislumbra á modo de punto luminoso en el lejano horizonte, y no advertimos cómo la verdad queda detrás de nosotros, en lo que hemos dejado por definitivamente hecho y terminado y disputamos ya del todo conocido. Otros vienen luégo rectificando medidas, aquilatando el valor de los experimentos, aplicando á lo conocido métodos nuevos; y como si de cosas por entero ignoradas se tratara, llegan á descubrimientos de la mayor importancia, mediante resultados que á los números piden y de los números obtienen, siguiendo en ello las tendencias de la ciencia en la época actual, cuando admite que tanto vale experimentar como medir. Y todavía pudiera decirse que tales tendencias á lo que llamaré revisión de lo conocido, y que es la crítica, tan beneficiosa cuando de procedimientos experimentales se trata, es gloria de nuestro tiempo, y sus conquistas las más valiosas registradas en nuestros anales científicos, ya que tanta grandeza hay en la afirmación de la verdad ó en rectificar el error, como en el descubrimiento de la verdad misma, y, en todo caso, siempre significa el trabajo de que se habla meritísima labor, para la cual es menester verdadero genio, conocer en absoluto la ciencia, y admirable perspicacia, lo mismo en lo tocante á descubrir errores, que en lo referente á la precisión de las medidas. Menester es que unos caminen de prisa, y que explorando descubran; pero es también necesario que otros conquisten, y apreciando en su valor todo lo descubierto, investiguen en ello con el fin de confirmarlo ó rectificarlo, haciendo uso de métodos nuevos, ó llevando á mayores perfecciones los ya de antiguo conocidos, al objeto de extenderlos á mayor número de casos, dilatando el hermoso campo del conocimiento científico en el orden de la Naturaleza.

Puede decirse de la Química moderna que nació de aquel memorable experimento del cual valióse el gran Lavoisier para analizar el aire, y continuando las investigaciones en este antiguo elemento de la alquimia, llegóse á establecer de una manera cierta su composición, en peso y en volumen: teníase de larga data por bien averiguado que la atmósfera gaseosa, verdadera envoltura de la tierra, hállase constituida por una mezcla de gases, siendo en ella indispensables ó principales el activo oxígeno y el inerte nitrógeno, añadiéndose variables cantidades de anhidrido carbónico y vapor de agua. Medios muy expeditos y exactos posee el análisis para la determinación de estos componentes, y si la minuciosidad analítica en algo se ha ejercitado, de seguro ha sido en el estudio del aire, con justicia tenido por uno de los cuerpos cuyo conocimiento es, á la hora presente, más perfecto y completo. A pesar de tales seguridades, certeza en las determinaciones y exactitud en los análisis, es en este aire que respiramos, en esta substancia indispensable para la vida, donde reside, por ventura unido á su hermano gemelo el nitrógeno, un gas nuevo, cuyo descubrimiento ha coronado la delicada labor experimental de químicos de tanta nombradía como Ramsay y lord Rayleigh, y desde tal punto ya no es la atmósfera que nos rodea y en cuyo seno vivimos mezcla gaseosa de oxígeno, nitrógeno, vapor de agua y anhidrido carbónico, sino que á los cuatro cuerpos nombrados es preciso añadir el *argón*, nombre que vale tanto como inerte ó inactivo, y de cuya existencia no parece haber grandes dudas, ya que se ha aislado, caracterizándolo mediante reac-



MANZANILLO (CUBA).—RUINAS DEL INGENIO DE LA DEMAJAGUA, EN EL QUE SE DIÓ EL PRIMER GRITO SEPARATISTA, EL 10 DE OCTUBRE DE 1868. GIGANTESCO JAGÜEY NACIDO ENTRE LOS RESTOS DE LA MAQUINARIA.

(De fotografía de Gómez Carrera.)



EN LAS CARRERAS.

DIBUJO DE HUERTAS.

ciones exclusivas suyas y propiedades que á ninguno de los cuerpos conocidos le convienen. Y véase de qué suerte, trabajando en cosas tan viejas y conocidas como el aire, puede darse con algo nuevo y curioso que pasó sin ser notado por los mejores analistas, que escapó á todas las investigaciones y en apariencia jamás perturbó los resultados numéricos consignados y recibidos como buenos. Por muy bien que se recoja el fruto, siempre queda en la tierra alguna semilla, que puede germinar produciendo lozana planta; así, nunca el experimento agota una materia, siempre las medidas necesitan rectificarse, á la continua falta por determinar una parte del hecho; que jamás se presenta la inmortal desposada de la inteligencia en todo su esplendor y de una vez, pues sus destellos cegarían sin recrearlo al que afanoso la investiga y busca, y así va poco á poco manifestándose, pues quiere ser conquistada con duro trabajo y continuada labor, para que, al entregarse, el goce sea inefable, jamás tenga término y constituya no igualado placer intelectual: que al cabo á nada podemos aspirar, ni más grande ni más hermoso, ni que más y mejor satisfaga las aspiraciones humanas, que á la santa, á la inmortal verdad, toda luz, toda encanto, toda belleza.

Fué el punto de partida para el descubrimiento del argón el estudio del peso específico del nitrógeno, que hoy se conoce con grandísima exactitud. Y aquí entra ya una primera distinción, á saber: ¿es lo mismo el nitrógeno del aire atmosférico que el nitrógeno preparado por los métodos que la Química conoce, valiéndose de su bióxido, del protóxido, de la urea ó del nitrito amónico? Hasta ahora nadie había notado diferencia de ningún género; siempre resultaba el mismo gas, no diré inactivo, perezoso, para combinarse con los demás cuerpos, dotado de iguales constantes físicas y de las propias afinidades químicas; pues bien, después de minuciosas investigaciones, de experimentos delicadísimos, de medidas sin cuento, Lord Rayleigh y Ramsay llegaron á establecer una nada despreciable diferencia entre el nitrógeno que, siguiendo su trabajo, llamaremos atmosférico, y el nitrógeno químico, que parece hasta constituir un cuerpo aparte: esta diferencia estriba en el peso del litro de nitrógeno, conforme vamos á establecer ahora. El nitrógeno químico obtenido del nitrito amónico, procedente del bióxido ó del protóxido de nitrógeno, ó desprendido al descomponer la urea por el bromo en presencia de un álcali, tiene por peso específico 1,2505, mientras que el correspondiente al mismo nitrógeno extraído del aire, oxidando un metal calentado á la temperatura del rojo, ó en frío por medio del hidrato ferroso, hállase representado en el número 1,2572: en esta diferencia de algo más de media centésima estriba el descubrimiento del argón: un matemático diría que gobernado el mundo por la ley de los números, trátase sólo de una nueva confirmación de ellos, y celebraría, con la feliz expresión de Lord Rayleigh, el triunfo de la tercera cifra decimal. Lo admirable en este primer resultado numérico es que nadie, desde los ya remotos tiempos del primer análisis del aire y desde el primer conocimiento del nitrógeno, haya parado mientes en las anomalías de su peso específico, dependientes, conforme ahora se ha visto, del método empleado para obtenerlo. Pensando un poco en el asunto, bien se echa de ver cómo á esto que no podemos llamar error, sino inadvertencia, ha contribuido el criterio dominante en la ciencia, en cuya virtud se admitía que la individualidad de los cuerpos no está sujeta á mudanzas, y que, por ejemplo, el nitrógeno en que ahora me ocupo es siempre idéntico á sí mismo, hállese libre ó combinado, considérese gaseoso, líquido, sólido ó disuelto en el agua ó en cualquiera otro gas, porque no se entendía el mecanismo de las acciones químicas tal como ahora acertamos á verlo, y hasta se llegaba á suponer la molécula no constituyendo un todo único, verdadera integración de masas y energías, sino agregado de partes distintas, de alguna manera diferenciadas al unirse en estrechísimo lazo, y conservando cada una el carácter marcado á su individualidad. Acaso por esto mismo no se atribuía á nada esencial la anomalía del peso específico del nitrógeno, si alguna vez fué notada; y aun á la vista de los resultados obtenidos en los primeros experimentos de los químicos citados, podía ser motivo de discusiones saber si se trataba de una mera condensación del nitrógeno, especie de estado alotrópico de este gas, producido por agentes exteriores, por el mismo calor empleado en la oxidación del metal que separa el oxígeno del aire, en la absorción por el óxido ferroso al apropiarse el mismo oxígeno, ya que eran tales las condiciones en que, sin otros trabajos externos y sin intervenir nuevas energías, podían formarse ó engendrarse isómeros.

No estaría, en verdad, sin precedentes el hecho; que el otro componente del aire, el oxígeno, con rara facilidad conviértese en ozono, mucho más activo, y es sólo oxígeno condensado; espontáneamente transfórmase el fósforo ordinario en fósforo blanco, el rojo engéndrase por el calor y el negro por medio del plomo fundido, y bien sabida es la facilidad extremada con la cual el cianato amónico cámbiase en su isómero la urea. De la propia manera podría la anomalía de la densidad del nitrógeno atmosférico ser debida á un estado alotrópico que representara, para el nitrógeno, algo semejante á lo que e el ozono respecto del oxígeno ordinario. De ser esto cierto, tendrían que suceder fenómenos muy curiosos y notables, semejantes á aquellos que el ozono presenta. Partiendo del nitrógeno químico, debería llegarse al nitrógeno atmosférico sometiéndolo á la descarga eléctrica obscura ó efluvio, según por este medio se consigue ozonizar el oxígeno, y á su vez el nitrógeno atmosférico debería pasar á nitrógeno químico por análogos procedimientos á los que se usan para convertir el ozono en oxígeno. Los experimentos han demostrado que ni la electricidad, en cualquiera forma que se emplee, ni el calor modifican el peso específico del nitrógeno, y por más que se electrice el procedente de reacciones químicas, siempre pesa 1,2505, y por más chispas que pasen á través del procedente de la atmósfera, consérvase su densidad de 1,2572. Más todavía: aunque el nitrógeno es cuerpo muy difícil para las combinaciones directas, puede ser absorbido y unirse directamente á algunos metales: transformando el nitrógeno atmosférico en nitrato de magnesio, convirtiendo éste en amoniaco y luego descomponiéndolo por medio del cloruro de cal, se obtiene siempre nitrógeno químico; de donde se infiere que ni á impurezas de los productos aislados, ni á condensaciones moleculares, generadoras de estados alotrópicos, ni á isomerías de ningún género es posible atribuir las diferencias del peso específico del nitrógeno, y de aquí lo legítimo de suponer la existencia de un nuevo cuerpo gaseoso, existente en el aire atmosférico, y no por accidentes, sino mediante aquellas mismas causas por las cuales existen en la atmósfera el oxígeno y el nitrógeno. No podía ser más racional la conjetura; pero en la ciencia no basta esto: era menester, no sólo demostrar la evidencia de que existe el nuevo gas, probar la necesidad de que lo haya y consignar las condiciones químicas de su existencia, sino también aislarlo y determinar sus constantes y propiedades, que aseguran la individualidad del nuevo cuerpo; que si un razonamiento convence, más satisface un hecho, y más se arraiga la verdad en el entendimiento si se ve y se palpa demostrada en las propiedades de los cuerpos. Puesta en estos términos la cuestión del argón, el triunfo de los números se ha confirmado por el estudio directo del nuevo cuerpo, después de haberlo aislado y purificado, y su mismo nombre viénele de las propiedades, de representar el mayor grado de inercia química, la inactividad, todo lo más pasivo que pueda imaginarse; puesto que con nadie se combina, á ningún cuerpo se une y, por ahora al menos, no se sabe que sea susceptible de modificaciones.

Un precedente había para el descubrimiento del argón, que pasó tan inadvertido como las anomalías de la densidad del nitrógeno, y este precedente ha sido el primer medio de aislar el nuevo cuerpo: me refiero á la síntesis del ácido nítrico. Es clásico en la ciencia un experimento de Cavendish, que consiste en hacer pasar chispas eléctricas por un tubo que contenga aire y absorber luego el producto por medio de la potasa cáustica, recogiéndose así nitrato potásico: desde Cavendish se sabe que nunca la absorción es completa, quedando siempre un ligero residuo gaseoso, que en las millares de veces que el experimento se ha repetido, y aunque todos los días se está practicando, á nadie le ha ocurrido que fuese otra cosa sino impurezas de los gases, y no se pensó jamás que se tratara de un nuevo cuerpo simple: ese gas no absorbible por la potasa, ese residuo gaseoso es el argón. Y véase de qué modo, para ser todo extraño en esta substancia, el método de obtenerlo es viejo, tan viejo como el conocimiento de la composición del ácido nítrico. Tampoco es de ahora el conocimiento de las reacciones del nitrógeno empleadas para aislar el nuevo gas del aire. Sábese que el nitrógeno, siempre bajo la influencia de las descargas eléctricas, puede unirse al hidrógeno en presencia de los ácidos para formar sales amoniacales, ó al oxígeno en presencia de los álcalis, formando ó constituyendo nitratos, al carbono y al hidrógeno del acetileno, generando al ácido cianhídrico, y directamente á varios metales, especialmente á los alcalinoterrosos. Uno de estos últimos, el magnesio, fué el elegido por lord Rayleigh y Ramsay para obtener el argón en grandes cantidades, y el procedimiento experimental consiste en calentar cobre á la temperatura del rojo, en un tubo de combustión, y hacer pasar por él aire atmosférico, privándole así de oxígeno; el aire desoxigenado y bien seco pasa luego por magnesio metálico calentado á temperatura muy inmediata á aquella en la cual el vidrio se funde. Sin entrar en pormenores acerca de los procedimientos, vemos que estriban en absorber el oxígeno del aire por el cobre y el nitrógeno por el magnesio, quedando un residuo gaseoso, no absorbible ni combinable con el oxígeno, y que no es, en modo alguno, producto de transformaciones alotrópicas ó isoméricas del nitrógeno, sino un cuerpo simple nuevo, dotado de especialísimos caracteres y que en el aire existe, sin que de nadie hubiera sido notado, hasta que en Agosto del año pasado de 1894 dieron noticia de haberlo descubierto, á la Asociación Británica para el adelanto de las Ciencias, lord Rayleigh y Ramsay, y que en 31 de Enero último leyóse, en la Sociedad Real de Londres, la Memoria donde se consignan y estudian sus propiedades. Un dato numérico, respecto de la cantidad de argón que es dable obtener, importa consignar ahora: en un experimento, después de eliminado el oxígeno, quedaron de 100 á 150 litros de nitrógeno atmosférico, cuyo gas, sometido á las acciones absorbentes del magnesio, calentado á la temperatura del rojo, dejó un residuo de argón impuro que llegaba á cuatro ó cinco litros.

Aunque el descubrimiento del argón es de tan cercana data, han sido estudiadas sus cualidades y características de una manera tan completa y admirable como era de esperar, respecto de las constantes físicas y de las propiedades químicas, de los insignes químicos lord Rayleigh y Ramsay: los caracteres espectrales fueron determinados por el genial Crookes, el descubridor del talio y de la materia radiante, y la liquefacción y solidificación del gas han formado el objeto de un interesante trabajo llevado á término por el profesor Olszewski., de Cracovia. Atendiendo á números ha sido descubierto el argón, que es una consecuencia de haber aplicado los métodos modernos á cosas tan antiguas y sabidas como la síntesis del ácido nítrico á partir del aire atmosférico, y buscando con el mismo cuidado los números que representan sus constantes físicas, ya que las químicas tradúcense en la más absoluta inercia y completa ineptitud para contraer ningún linaje de combinaciones, es como se ha llegado á determinar su individualidad, distinguiéndolo de aquel nitrógeno al cual se parece tanto, que hasta hace bien poco tiempo con él se confundía; y cuenta que si hay cuerpo bien analizado y conocido es el aire que nos rodea y envuelve, y en el cual ocurren todas las metamorfosis de las substancias que en la superficie del globo se encuentran. Llegóse á determinar la existencia del argón comparando pesos específicos del nitrógeno atmosférico y del nitrógeno químico, y se aisló precisamente por su misma inercia é inactividad química, ya que al cabo viene á constituir el residuo de privar al aire de su oxígeno, que se lo apropia el cobre calentado á la temperatura del rojo y del nitrógeno, que es absorbido por el magnesio metálico, también á la temperatura del rojo; y he aquí de qué manera, sin otros ensayos, sin apelar á más reactivos, en el propio artificio empleado para aislarlo, se halla ya una propiedad del argón, precisamente la más fundamental, la más inherente á su propia naturaleza, y á la que, por su carácter de mucho bulto, debe su propio nombre. El caso, aunque ni nuevo ni único, debe ser notado, en cuanto es buena prueba del enlace íntimo que existe entre el modo de ser de los cuerpos, que marca la individualidad peculiar de cada uno, y los métodos y procedimientos seguidos para aislarlos, separándolos de otros con los que se hallan ya combinados ó sólo mezclados. Penetrando más todavía en lo que significa el descubrimiento del argón dentro de la Química general, resulta que una perturbación en aquella constante que mejor representa la masa de un cuerpo y no puede ser causada por modificaciones moleculares, tiene que serlo por otra substancia ignorada, que se reconoce y aisla repitiendo, en mayor escala y con mejores medios, el viejo experimento que allá en los comienzos de la Química, en los albores de la ciencia, consintió á Cavendish demostrar cómo se forman las sales amoniacales y de qué suerte se engendran los nitratos, partiendo sólo de los dos gases componentes del aire.

No se determina ni valúa directamente hasta ahora la densidad del argón; pero atendiendo á que el aire es una mezcla gaseosa y á que son conocidas, por medidas directas, las densidades del nitrógeno químico, del nitrógeno atmósferico y de la mezcla de nitrógeno y argón, así como también el volumen proporcional de argón contenido en el nitrógeno atmosférico, aplicando la ley de las mezclas, resulta que la densidad del nuevo gas del aire se representa en el número 20,6 admitiendo que es la del oxígeno 16 y la del nitrógeno 14, si bien el número hubo de experimentar rectificaciones cuando se operó con argón obtenido por el método del magnesio, y á la vista de nuevas investigaciones hubo de fijarse en 19,90, cuyo número es la primera de las constantes físicas del cuerpo que nos ocupa y su primera diferencia del nitrógeno. Otra, sin duda alguna de más bulto, reside en la solubilidad, bajo cuyo respecto aproxímase más el argón al oxígeno, puesto que un litro de agua llega á disolver hasta cuarenta centímetros cúbicos del gas nuevo de la atmósfera, siendo de 12 á 14° la temperatura; de donde resulta ser dos veces y media más soluble que el nitrógeno. Esta cualidad ya sirve para explicar un curioso fenómeno, relacionado también con los números: el agua de lluvia, por su contacto con el aire, disuelve y retiene gran cantidad de este gas, el cual recogido, puede obtenerse de él un nitrógeno especial, cuya densidad es muy superior á la del mismo nitrógeno que se obtiene directamente del aire atmosférico absorbiendo el oxígeno: como el argón es mucho más soluble, el aumento de densidad á él débese. La trascendencia del hecho, que es rigurosamente cierto, no hay para qué encarecerla, que acaso la solubilidad del argón explique multitud de fenómenos relacionados con la vida y con los organismos más elementales y sencillos, y quizá el descubrimiento del nuevo gas del aire traiga aparejada la solución de problemas muy importantes, conforme aconteció cuando se supo que el oxígeno podía condensarse y originar el activísimo y singular ozono. Tiénese con razón por cosa evidente la mutua dependencia de las propiedades y la constitución química de los cuerpos, y no se va fuera de camino al relacionar la solubilidad del argón con los caracteres del aire disuelto en el agua de lluvia: sólo recordaré que formado el aire por dos gases dotados de diferente solubilidad respecto del agua, puede ésta adquirir propiedades muy curiosas y utilizadas, y así se tiene que el aire extraído del agua de los ríos es más oxigenado que el de la atmósfera, y el de ciertas aguas contiene mayor proporción de nitrógeno que las mineraliza. Y en este punto, entrando de lleno en el terreno de las conjeturas, parece que sería oportuno un examen de los gases contenidos en las aguas nitrogenadas, con objeto de medir y determinar la densidad del nitrógeno en ellas contenido, que acaso deba sus propiedades á la misma inercia y pasividad del novísimo gas argón.

Cúpole á William Crookes la parte más interesante del trabajo que examinamos: sábese que todos los cuerpos ó pueden emitir luz que, descompuesta por el prisma, presenta un espectro con rayas características, ó modificar la luz emitida por otras substancias, y entonces dan también espectro con otra suerte de rayas ó bandas. Se experimenta en los gases iluminándolos por medio de la chispa eléctrica, y haciendo esto con el argón vióse que presentaba un espectro propio suyo, en nada semejante al del nitrógeno, caracterizado por el color rojo con ochenta líneas, pudiendo ser azul con ciento diez y nueve líneas y dependiendo la diferencia de la intensidad de la corriente eléctrica y de la interposición de una botella de Leyden de gran superficie. Este fenómeno asegura una característica de las más notables del nuevo cuerpo simple, porque es signo de su individualidad química, puesto que cualquiera otro gas que estuviera con él unido ó mezclado indicaría su presencia modificando este espectro por medio de algún elemento de los característicos del suyo. También Olszewski contribuyó, desde su laboratorio de Cracovia, á señalar las constantes del argón y su gran diferencia del nitrógeno. Por virtud acaso de la propia inercia y de la inactividad molecular, resiste con gran energía presiones de cien atmósferas á la temperatura de noventa grados bajo cero; mas á la de ciento veintiuno y cincuenta atmósferas hállase el punto crítico del argón, y se liquida dando un cuerpo cuya densidad, muy superior á la del oxígeno líquido, es casi 1,5, hierve á ciento ochenta y siete grados bajo cero, y á más baja temperatura se solidifica y cristaliza, y el argón sólido funde á ciento ochenta y nueve grados bajo cero. La constancia de estos números y su misma precisión excluye toda mezcla, confirmando el descubrimiento de un gas nuevo en nuestra vieja atmósfera.

Desde el punto de vista químico, el argón sólo representa inercia é inactividad; resistente á los más enérgicos reactivos, á nadie altera, y su reposo molecular por nadie es turbado; cosa, en verdad, que contrasta con esta diligencia puesta en investigarlo, aislarlo y estudiarlo. Ni siquiera en él se descubren aquellas nacientes y embrionarias actividadades que el mismo nitrógeno, tan pasivo, revela algunas veces, como, por ejemplo, respecto del boro y del titano; y, sin embargo, actividades debe haber en el argón, porque, como todos los demás cuerpos simples, representa trabajo,

fuerza almacenada al formarlos, traducida en la densidad, en el peso atómico, en su misma resistencia á combinarse, y quién sabe si al argón está reservado un papel análogo al del nitrógeno, cuyas combinaciones, si de una parte representan el equilibrio inestable de las materias explosivas, de otra parte constituyen aquellos colores que de la anilina derivan ó nitrando cuerpos se engendran y constituyen.

José Rodríguez Mourelo.

LOS TEATROS.

Resumen histórico-crítico de la campaña teatral de 1894-95.
José Ixart.

Gran campaña *hemos perdido*. Tal triunfador hubo en ella.

¡Frégoli!! Hé ahí el triunfador; el que ha salvado á una empresa que tenía todo el telar cómico-lírico en el foso; el que ha logrado que Apolo se metiese otra vez al dios Pan, con su flauta, en el bolsillo; el que, no sólo ha recobrado el público propio del teatro de la calle de Alcalá, sino que ha *convencido* á los públicos más serios de los teatros de la calle del Príncipe. Hasta la aristocracia de los *lunes clásicos* ha ido á dejarse tocar inocentemente por la varilla mágica del famoso prestidigitador italiano.

Prestidigitador de la voz, de la fisonomía, del traje, de todo, Frégoli no ha producido una alucinación: no; las alucinaciones no duran tanto: se ha impuesto como *una novedad*, que hubiera llegado á envejecer en Apolo, á pender todo de la voluntad del público y de la empresa.

Y, sin embargo, repito que á mí *no me ha convencido*. Yo busco en el teatro—en el teatro que no tenga levadura de Circo—algo que en nada se parece á *eso;* algo que sea puro y legítimo; algo, en fin, que no ha prevalecido en la temporada, que ha sido postergado por los *desplantes* mecánicos de Frégoli y sus ágiles é invisibles ayudantes de los bastidores.

Actor, autor, músico, cantante, tramoyista..... Ese *todo* y *nada* es el que ha hecho esta vez el milagro, gracias á la creciente frivolidad de un público no educado para auxiliar de restauraciones ni de revoluciones del arte verdadero.

Los Echegaray en el Español y los Feliu en la Comedia, parécenme verdaderos héroes, mártires de su fe dramática, puesta á prueba sin el menor menoscabo ante esas predilecciones de la opinión y del gusto por el histrionismo escénico, con menosprecio del legítimo teatro.

Ni Feliu y Codina en la Comedia, ni Echegaray en el Español, ni Bretón y Chapí en la Zarzuela, han podido lograr—con todas sus glorias—ésas positivas tenaces *lluvias de oro* que trajo sobre Apolo el *trasvestido* juglar italiano, émulo indigno allí del Bretón de *La Verbena* y del Caballero de *El dúo de la Africana*.

¿Qué más? Artistas escénicos nuestros—aun siendo derrotados—han sido víctimas de la sugestión, ó—lo que es peor—han querido adular al gusto público, imitando á su manera lo que era mejor para olvidado. Riquelme pidió *La Petenera* para *eso:* para recordar en pobre rapsodia las metamorfosis del extranjero. Antes había hecho algo parecido Chicote en Martín, en un monólogo. Y, en fin—y esto es más grave—una actriz cómica tan genial, tan *suya* como Loreto Prado, aprovecha la revista *¡Ande el movimiento!* para moverse, transformarse y *cantarse* con arreglo al patrón *circense* del italiano, para quien también fué *el reclamo* de la prensa más activo y eficaz que para artistas y autores que honran la escena española.

E cosi va il teatro.

* * *

Y marchando así, con la frivolidad del gusto público por guía, claro es que no puede extrañarse que una novedad tan señaladamente seria como la restauración del teatro que glorificaron los más grandes poetas y artistas, no haya sido lo que el optimismo del amor al arte esperaba muy confiado.

«La novedad despertará la curiosidad»—decíamos muchos—y la obra realizada con el más generoso empeño por una empresa sinceramente artística, representada por actriz tan simpática y estudiosa como María Guerrero, creímos que sería ya por sí sola una garantía de éxito brillantísimo desde los principios de la campaña.

Pero no; no de la afición honrosa, ni siquiera de la mal despierta curiosidad pública, ha empezado á vivir el teatro Español restaurado. Su base de existencia ha sido *el favor;* el favor interesado de esa clase privilegiada que—según confesión tácita de su actitud en materia de espectáculos—sólo protege al arte á condición de anunciarle en los carteles en son *de cita*, vistiéndole con traje de etiqueta y colores *de moda*.

A eso respondió el abono de los viernes, y más el importantísimo y beneficioso de los *lunes clásicos;* convencional clasicismo que, si ha servido de cita pública y como base de vida material de la artística empresa, poco ó nada ha servido al desarrollo de los intereses morales del arte, por tristes razones tantas veces expuestas en mis crónicas.

Más meritoria ha sido la labor de María Guerrero y su compañía en las pocas obras nuevas que nos han ofrecido, incluyendo aquella desdichada *Sofía* que, como *María-Rosa* y *Mancha que limpia* y la controvertida *Teresa* de Leopoldo Alas, han sido bien estudiadas por todos y admirablemente puestas en escena por Ricardo Calvo, que no pudo estrenar el Roque de la última de las citadas, herido ya de muerte á un tiempo por físicos y morales dolores.

Como lo esperábamos todos, el héroe de la campaña del Español fué D. José Echegaray, quien, después de compartir, como felicísimo traductor, los laureles que, *á pesar de todo*, conquistó el insigne autor trágico de *María-Rosa* en la Princesa, se presentó en el Español con un nuevo milagro de su poderoso ingenio. Y nuevo milagro llamo á *Mancha que limpia*, no por la grandeza de la concepción dramática—planeada tan en falso—sino porque, para convencer al público una y otra noche con el artificio, que no suple al arte, y con el pie forzado de *un solo carácter* verdadero, se necesitan las múltiples condiciones excepcionales del fecundísimo dramaturgo, tan reñido en el arte con la lógica, que en la ciencia fué su ley inevitable.

No sé si en la cartera de D. José quedó concluída alguna otra obra original. Pero sí sé que quedó terminada la refundición de la segunda parte de *La hija del aire*, de Calderón; refundición tan amplia y tan libre que, según todas las noticias, el poeta de *Haroldo el Normando* resulta en ella un arrogante coautor de la obra del gran poeta de *La vida es sueño*.

Refundición, imitación, transformación, ó lo que sea, de esperar es que la conozcamos en la próxima temporada, quizás para admirar un nuevo aspecto del talento de Echegaray, sin mengua alguna de los respetos debidos al Príncipe de nuestros ingenios dramáticos.

Pensando en todo lo que merecen los antiguos como los modernos autores que honran nuestro arte dramático, dispóngase la empresa de María Guerrero á la formación de una compañía que, sin necesidad de *excedencias* en el elemento joven, sea más completa y, por decirlo así, más *acoplada* que la que inauguró el Español restaurado. Porque una restauración más importante se impone ya en el clásico escenario: la restauración del legítimo arte escénico.

* * *

Campaña penosa y dura ha sido la última de Emilio Mario en el teatro de la Comedia. La fortuna no ha acompañado esta vez á los esfuerzos de su hábil dirección ni á los de su estudiosa compañía, que han sido más grandes que nunca, como lo exigían las dificultades tan opuestas al éxito apetecido.

Por otra parte, la voluble reina varió de asiento y de idea, como la *donna* cantada por el tenor de *Rigoletto*. La *moda* se fué con la novedad que le ofrecía la espléndida restauración del Corral de enfrente, y se dió á *lo clásico* como pretexto de su cambio de postura. Pero Mario contaba ya con la instabilidad de los gustos de esa distinguida señora, y emprendió su campaña fiando el éxito á su laboriosidad de siempre, al asiduo estudio de sus dirigidos y, principalmente, á las novedades dramáticas que autores, ya de crédito, ya de legítimas esperanzas, habían llevado á su nunca desprovista cartera.

La esperanza, no descubierta antes, resultó en *El amo del cotarro*, pues su autor, D. Mariano Vela, ha revelado en esa su segunda obra condiciones estimabilísimas y progresos en el arte dramático que no pueden ser sino frutos del estudio serio y perseverante de una vocación decidida que lleva en sí la promesa de mayores y más provechosos aciertos.

Autores de más ó menos fundado crédito eran allí Feliu y Codina, Blasco, Echegaray (Miguel) y Galdós. Este, con sus *Condenados*, sufrió un doble y bien patente fallo adverso, del cual quiso alzarse en un largo, difuso y descompuesto prólogo contra la crítica, con el cual consiguió meter más ruido que el que había acompañado á *La de San Quintín* por gracia de los fanáticos del novelista.

Pretender que el público estudie en el teatro como en el libro, es pretensión excusada; y ofrecer en el hombre *lo sobrehumano*, sencilla y quizás ridículamente convencional, no es sustituir con carácter de fuerza las antiguas convenciones teatrales, ni romper ni ensanchar moldes, ni transformar con segura mano la vida de la dramática.

Maravilloso libro, para leído, el *Brand* de Ibsen. Pero en el escenario no cabe aquella grandeza filosófica del soberano ingenio de Noruega. Yo no espero nada nuevo—trascendental, pero *viable* en escena—de los ingenios gastados en otro terreno del arte, ni de sus esfuerzos preconcebidos: lo espero todo de un ingenio absolutamente virgen é ignorado; joven, exento de preocupaciones de escuela; saturado de una fuerza de invención del todo desconocida; nacido, en fin, *para eso*, como había nacido Calderón para engrandecer y dar timbres de *realeza* al edificio teatral que había afirmado en sus cimientos el fecundísimo ingenio de Lope.

Echegaray se fué demasiado del seguro con sus genialidades cómicas en *La monja descalza*, y las incongruencias de acción y de carácter no tuvieron, como otras veces, el amparo de la virtualidad del ingenio que en más difíciles y escabrosas empresas ha triunfado.

Blasco *melodramatizó* y hasta *afrancesó* un tipo popular que no cabía propiamente sino dentro del cuadro de la pura y alegre comedia española, de la que nuestro poeta ha sido cultivador tan ingenioso en sus mismos arreglos é imitaciones. Desde el principio de la temporada, *Juan León* fué la gran esperanza de la empresa. Murió la esperanza con la primera representación del suicidio del torero.

No menos se había esperado antes de *Miel de la Alcarria*, de Feliu y Codina, y yo sigo creyendo que, en su pensamiento y en su plan, como en su forma, está esa obra más alta que la triunfadora *Dolores*, en cuyo triunfo tanto influyó la popularidad de tipos y costumbres nacionales. El público saboreó la dulce *Miel de la Alcarria*, rindiendo al autor los honores merecidos. Pero, para el negocio de la empresa, tuvieron más fuerza de convicción las amarguras de *La Dolores*.

Precisamente la campaña más infructuosa y estéril ha sido la de la disolución de la sociedad que constituían Mario y Cepillo con el propietario del teatro de la Comedia. Terminados aquellos compromisos, se ha constituído otra sociedad de artistas, con Mario por cabeza, pero sin haberse resuelto aún si entra en ella el referido propietario. No dudo que se salvarán las ligeras diferencias, nacidas entre los azares de la última campaña; porque probado está ya que, sin la dirección de Mario, no hay combinación que en el teatro de la Comedia prospere.

* * *

¿A qué referirme en este resumen histórico á la vida accidentada y eventual de teatros como el de Novedades, por ejemplo, abiertos casi siempre por empresas desconocedoras de los intereses del arte, y atentas casi exclusivamente al cultivo *barato* de un género *mal servido*, y á la explotación de la buena fe de un público, *ya* más cauto que ignorante?.....

La historia de la Zarzuela durante la temporada está resumida en pocas frases. Una empresa rica, acertada, por lo general, y generosa en sus empeños en pro del arte. Algún tímido, pero frustrado intento de trasplantar aquí nimiedades insustanciales—con ribetes de atrevidas—del ingenio cómico-lírico extranjero, al amparo de un arrogante cuanto estéril derroche de lujo decorativo.

Después, el nuevo triunfo de Chapí, en la zarzuela *Mujer y Reina*, desempolvada en su propio é inagotable arsenal por el libretista Pina Domínguez.

Y, por último, *La Dolores* triunfadora, ópera española de pura raza, que ha convencido á los sabios como á los ignorantes, enamorando á los más cultos adoradores del alto lirismo de la ópera como á los más sencillotes partidarios del zarzuelero tradicionalismo. Campaña mucho más honrosa que de provecho.

El género que llaman *chico*—del que alguna vez salen cosas grandes—ha tenido por centro afortunado el teatro de Eslava, pero triunfando el poeta siempre por virtud de la fuerza de inspiración del músico, cosa poco frecuente en lo cómico-lírico, y ejemplo excepcional resulta *El Tambor de granaderos*, que, para prolongar su triunfo, ha tenido la suerte de contar como intérprete á Matilde Pretel, la artista predilecta del público.

Apolo, ya he dicho qué clase de dislocaciones artísticas ha tenido por salvadoras, después de los repetidos fracasos de dos tercios de temporada, y algo más honroso es para la empresa de aquel teatro el éxito final de *El Cabo primero*, en cuyos galones brilla algo de la gracia neta de la musa española.

Tampoco Lara ha tenido fortuna hasta los primeros anuncios de la primavera, con los que coincidió la honrosa idea de rendir culto á la gloria del popular D. Ramón de la Cruz, el gran maestro de saineteros, que ya cuenta en su escuela—que podemos llamar *reformada*—al ingenioso autor de *La rebotica*.

Este sainete y la chistosísima pieza *Los asistentes*—que en su factura tiene tanto de los mejores pasillos de Serra—han sido las dos obras de la temporada en aquel teatro, y las que han servido á aquella excelente compañía para reconquistar el favor de *su* público, y sacar á éste de su prolongado retraimiento.

⁂

Tristísima nota la final de esa campaña poco fecunda en acontecimientos gloriosos. A lo sensible de la muerte de un artista de las condiciones de Ricardo Calvo, ha venido á unirse lo irreparable de la pérdida de un crítico dramático de tantos títulos y tan merecida fama como Ixart, que, escribiendo en la capital de Cataluña, escribía para todos los que en España nos interesamos vivamente por los progresos del arte nacional.

Yo conocí al hombre después de haber rectificado al crítico en mi primera crónica de la temporada, por una apreciación inexacta que, acerca de uno de mis juicios, había estampado en las páginas de su precioso libro *El arte escénico en España*.



J. SANTOS CELAYA.

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE NICARAGUA.

(De fotografía.)

Conservaré siempre, como inapreciable recuerdo, la afectuosa carta en que espontáneamente reconoce su error, explicable por la precipitación del urgente trabajo diario, y en sus sentidas palabras se descubre la buena fe del escritor en quien la honradez y el talento son inseparables.

Bendije el error del crítico insigne, pues tras él había de venir, con la honrosa carta, el ofrecimiento de una amistad para mí de tanto precio. Pero ¡ay, cuán poco ha durado la grata correspondencia con el amigo sincero y con el compañero ilustre, cuyas primeras palabras fueron para mí un ejemplo de lo más noble que debe ostentar entre sus títulos todo cultivador de las letras y las artes!.....

Ixart, que entre sus estudios de crítica de artes había publicado trabajos tan hermosos como el referente á *Fortuny*, tenía predilección por los estudios críticos del arte dramático, y su delicado gusto, su instrucción vastísima y su serenidad de juicio—sólo turbada alguna vez por nobilísimos apasionamientos—diéronle poco á poco la autoridad y el gran prestigio de que llegó á disfrutar en las letras españolas.

Desde aquí ruego á mi amigo Sánchez Ortiz, el director inteligente de *La Vanguardia*, de Barcelona, que no demore la publicación de cuanto dejó escrito Ixart para la formación del segundo volumen de su *Arte escénico*, que tanto preocupó en sus últimas horas á nuestro malogrado crítico.

Y concluyo deseando para la temporada próxima—sin desventuras como estas que ahora lloramos—todos los aumentos de gloria literaria y artística que podemos prometernos por la historia de nuestro envidiable teatro.

EDUARDO BUSTILLO.

29 Mayo 1895.



MANAGUA (NICARAGUA).—PALACIO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

(De fotografía.)

RECUERDOS DE OTRA VIDA.

Á LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE ALELLA,

QUE ME INSPIRÓ ESTE CUENTO.

CATORCE abriles, blanca como una azucena, rubios y sedosos cabellos que competían con el oro, ojos azules y expresivos, rostro simpático y agraciado, bondadoso corazón y dulce carácter, y esas maneras distinguidas, sin afectado estudio, que dan claros y manifiestos indicios del buen ejemplo recibido y del medio ambiente en que una persona se ha criado: tal era el retrato de mi prima Dolores.

Los padres de ésta, deseosos de que completase su educación, decidieron confiármela para que la acompañase á un colegio de París.

Salimos de Madrid en el Sud-expreso, y al caer de la tarde del siguiente día, que era de Enero, comenzó á nevar copiosamente. Dolores y yo ocupábamos una de las mesitas del vagón-restaurant, y nos disponíamos á comer, cuando el tren se detuvo, y oímos gritar: «¡Orleans, cinco minutos!»

—¡Orleans!—exclamó la niña tapándose el rostro con las manos.

—Sí, Orleans, la patria de la célebre Juana de Arco.

—No—me contestó Dolores con viveza, descubriendo de nuevo su hermoso rostro y mirándome fijamente;—no nació aquí: tuvo su cuna en Domremy, y si es conocida con el nombre de *Doncella de Orleans*, se debe á sus hazañas impidiendo que esta plaza cayera en poder de los ingleses.

—Por lo visto, recuerdas perfectamente la historia de aquella mujer extraordinaria.

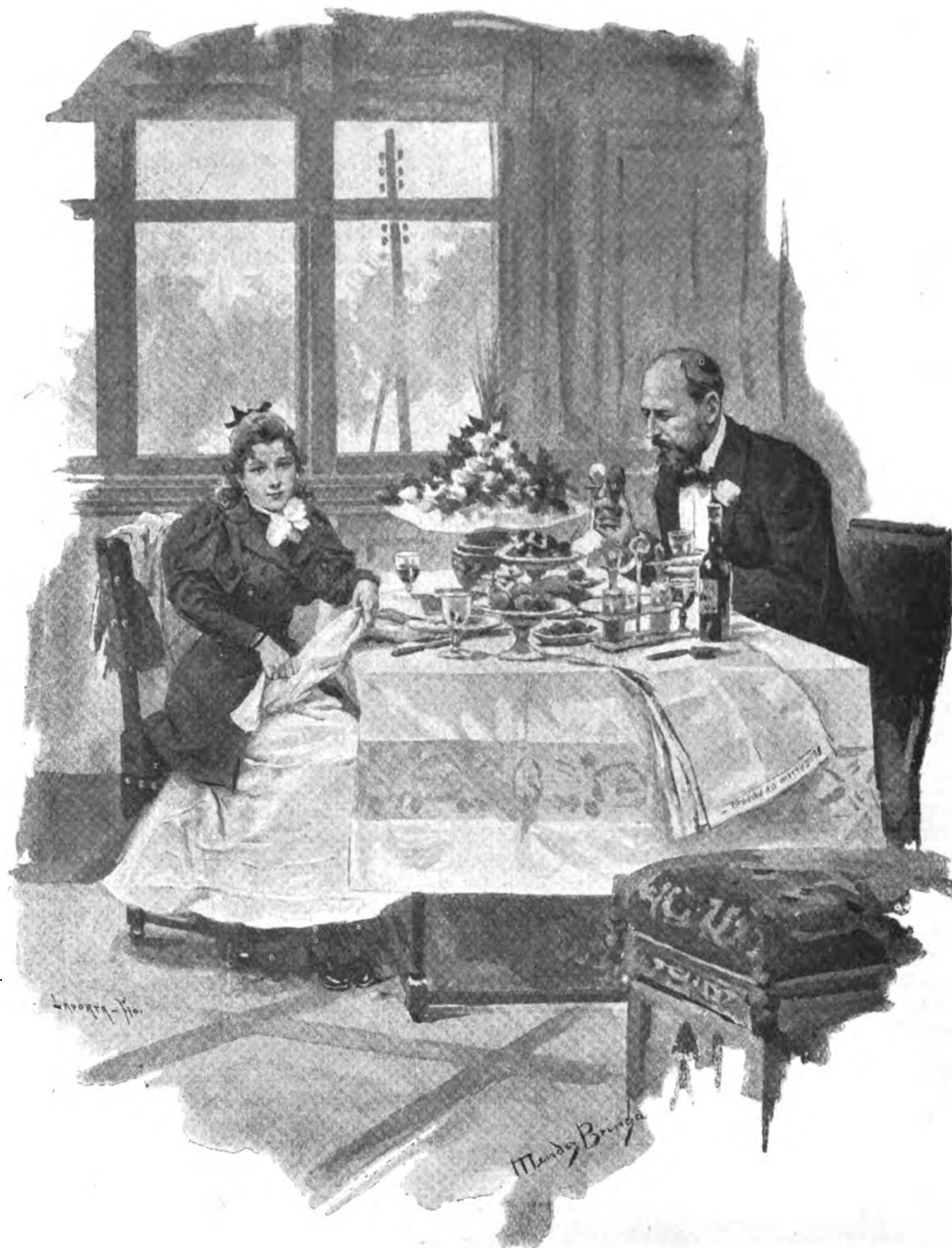
—¿Que si la recuerdo? Con sus menores detalles.....

Y mi prima se quedó pensativa, sin probar apenas los manjares que comenzaron á servirnos.

El tren prosiguió su marcha con dirección á París; iba á todo vapor, á pesar de la gran cantidad de nieve que caía sobre el camino.

La niña estaba pálida y silenciosa. De pronto advertí dos lágrimas en sus pupilas, y para distraerla, creyendo que el recuerdo de sus padres causaba su tristeza, le rogué encarecidamente que me contase la vida de Juana de Arco.

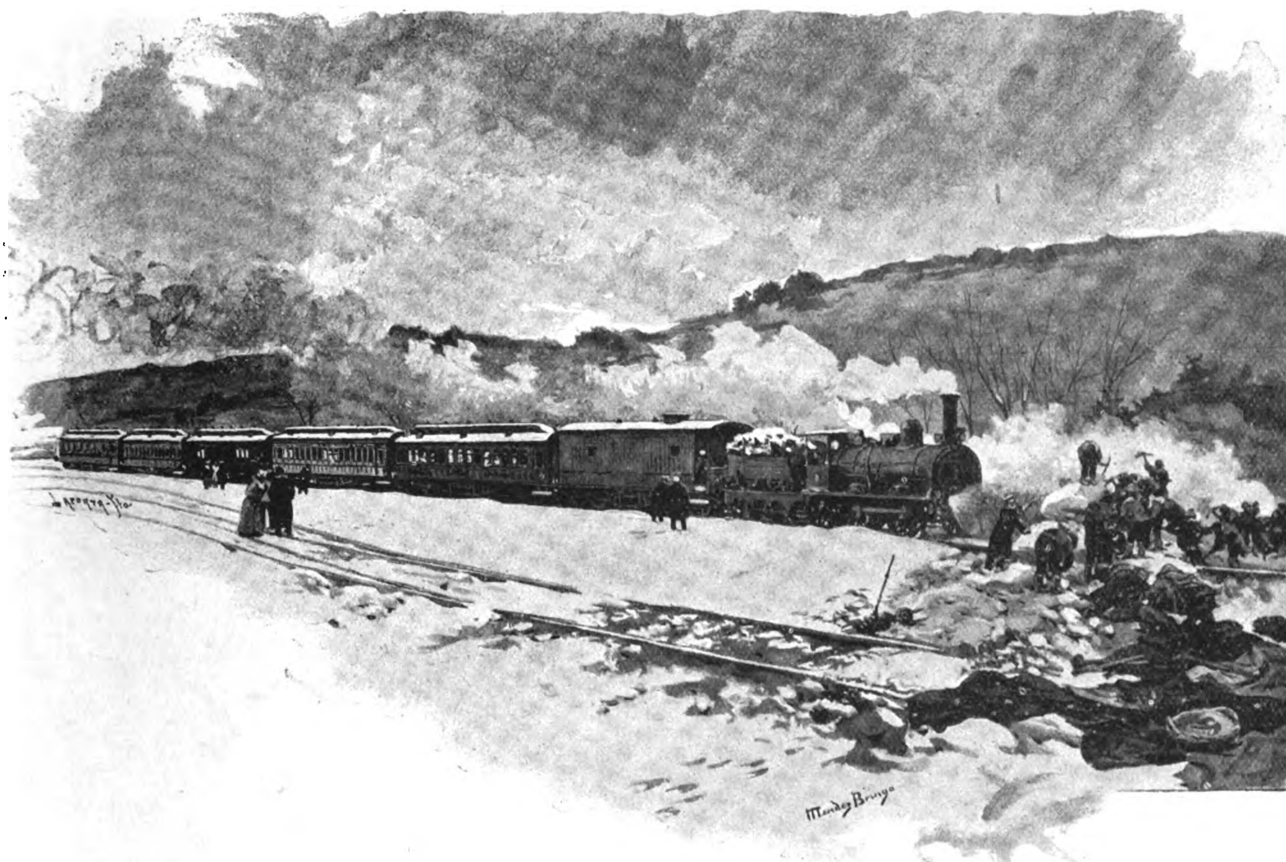
—¿Quién no la conoce?—dijo con visible agitación.—Juana era una pastora, una pobre pastora, hija de humildes aldeanos. Contaba apenas diez y ocho años, cuando una noche vió aparecer entre nubes un coro de ángeles, y en medio de ellos á Santa Catalina, Santa Margarita y San Miguel. Estas visiones repitiéronse diferentes veces, y por fin el arcángel anunció á Juana que estaba predestinada á redimir á Francia del yugo extranjero, y le mandó que buscase al señor de Bandicourt, capitán de los guardias del rey Carlos VII, para que la presentase á éste. La doncella obedeció el mandato á despecho de la oposición de su familia, y abandonando su mísera cabaña de Domremy, en la Lorena, sin más auxilio que sus débiles fuerzas, pero con ciega confianza en el de Dios Todopoderoso, se encaminó á un pueblo de Turena, llamado Chinon, donde se encontraba accidentalmente la corte. Las facciones asolaban al país, y los ingleses, aliados de los borgoñones, hacían cruda guerra al Monarca francés, cuya soberanía era más nominal que efectiva. Grandes dificultades tuvo que vencer la muchacha para llegar, sola y á pie, hasta la residencia de Carlos, y más, si cabe, para ser introducida á la presencia de éste y convencerle de la misión que el cielo le había confiado de salvar á la patria. Al cabo cedió el Rey á los ruegos de Juana, poniendo á sus órdenes un puñado de soldados, con los cuales, en el espacio de ocho días, logró vencer á los ingleses que sitiaban á Orleans. A éste siguieron otros no menos gloriosos combates: tal era el entusiasmo que aquella débil mujer, con la protección divina, despertaba en el ejército, hasta á la sazón desalentado y sin fuerza moral alguna. Merced á repetidas victorias, consiguió, á los dos meses de salvar á Orleans, conducir en triunfo al Rey hasta Reims, donde fué ungido solemnemente. Entonces ella, creyendo realizada su misión, expuso el deseo de retirarse á su casa; pero hubo de ceder á las órdenes del Soberano y proseguir la campaña contra ingleses y borgoñones.



Y mi prima se quedó pensativa, sin probar apenas los manjares que comenzaron á servirnos.

—¿Y los venció también?

—¡Ah! no—dijo Dolores, lanzando un profundo suspiro;—desoyó los impulsos de su corazón y las misteriosas voces que la aconsejaban desistir de nuevas empresas. Ante los muros de París, al intentar el asalto de la plaza, recibió una herida, y apenas repuesta, abandonada por sus propios soldados y víctima de infame traición en las inmediaciones de Compiegne, cayó en poder de Juan de Luxemburgo, que militaba en el bando de los borgoñones. Encerrada en el castillo de Beaurevoi, cerca de Cambray, al principio fué objeto de las consideraciones que merecía su desgracia; pero Juan de Luxemburgo, dominado por la codicia, la vendió en diez mil francos á Felipe, duque de Borgoña, quien, á pesar del sobrenombre el *Bueno* que le ha legado la Historia, cometió la infamia y la vileza de entregar á los ingleses á la infeliz prisio-



En esto comenzó á silbar repetidas veces la locomotora, y el tren á moderar la marcha, hasta pararse de pronto.

nera. ¡Y aquí empieza su martirio, su horrible martirio!

Dolores comenzó á llorar amargamente.

—La historia es ciertamente conmovedora—le dije;—pero no veo motivo para que te aflijas de esta suerte. Sosiégate y hablemos de otra cosa.

—No, no—respondió la niña.—Quiero referirte el final. Conducida á Ruan, á la sazón bajo el dominio de Inglaterra, devorada por la fiebre y el insomnio, escarnio y ludibrio de la soldadesca soez y brutal, víctima de la crueldad de inquisidores vendidos al oro británico, la pobre Juana es encerrada como una fiera en una jaula de hierro, con esposas en las manos y grillos á los pies. No satisfechos sus feroces verdugos, la someten á un tribunal compuesto de jueces sobornados por los enemigos de la patria, y la amenazan con el tormento si no declara que ha hecho pacto con el espíritu maligno. Ella resiste con noble entereza, revelando el temple de su alma, sus puras creencias religiosas y el ardimiento de su corazón, diciendo: «¿Queréis que hable contra mí misma? Vengo de parte de Dios: nada tengo que hacer aquí: enviadme ante Dios, de quien procedo.» Y sus palabras, sus tiernos años, su cuerpo demacrado por los sufrimientos, su inmensa desgracia, no encuentran piedad en aquellos corazones empedernidos, en aquellos seres degradados, en aquellos miserables hipócritas, que bajo la máscara de la religión, invocando el nombre sacrosanto del Altísimo, la condenan por hechicera á ser quemada viva!

Y Dolores dejó de hablar, porque las palabras se ahogaban en su garganta.

En esto, comenzó á silbar repetidas veces la locomotora y el tren á reducir la marcha, hasta pararse de pronto. Limpié con la servilleta el empañado cristal de la ventanilla, y vi á los guardas del ferrocarril que presentaban el farol rojo.

—¿Qué ocurre?—pregunté á uno de los dependientes del tren que entraba en aquel momento en el vagón-comedor.

—Un pequeño desprendimiento de tierras sobre la vía; pero creo que ésta quedará pronto libre: dos brigadas se ocupan en repararla.

La niña no dejaba de llorar, sin advertir, tal era el estado de su ánimo, que atraía sobre sí la atención de algunos viajeros.

—Ven—le dije, deseando poner término á aquel espectáculo; y me siguió maquinalmente á nuestro compartimiento.

Nos instalamos en él, y sin atreverme á reprender á Dolores por no afligirla más, me asomé á la ventanilla.

Magnífico y sorprendente panorama se presentó á mi vista. En el horizonte, entre negras nubes que descubrían una faja de cielo cárdeno y plomizo, brillaban las postreras claridades del crepúsculo: en el fondo se divisaba la tortuosa corriente de un río, reflejando sobre su tersa y helada superficie las iluminadas ventanas de un caserío; á la izquierda mano, y en primer término, veíase confusa mancha de árboles, de cuyo ramaje, desnudo de hojas y en parte vestido de nieve, pendían largos y afilados carámbanos; y al lado opuesto deslumbraban las rojas llamas de inmensa hoguera, coronadas de denso penacho de humo. Delante de ella pasaban y repasaban numerosos operarios, ocupados en la reparación de la vía, destacándose los obscuros contornos de aquéllos en medio de los rojizos resplandores, y proyectándose sus sombras movientes y dilatadas sobre el blanco sudario de nieve que cubría la tierra.

Después de contemplar el fantástico cuadro que aparecía ante mis ojos, llamé sobre él la atención de mi prima, la cual se puso de pie, y acercándose á la ventanilla, permaneció breve rato silenciosa y absorta, con los ojos desencajados y la mirada fija en la hoguera, hasta que de repente, fuera de sí, como presa de súbito acceso de demencia, exclamó:

—¡Mira, allí están mis verdugos! ¡Otra vez me entregan al suplicio! ¡Y qué suplicio, Dios mío! ¡Morir abrasada! ¡Ya percibo el humo que me ahoga: ya veo la llama que prende en mis vestidos; ya siento el calor que me abrasa, mientras crujen mis dientes, se desgarran mis labios, se retuercen mis miembros, y todo mi cuerpo se estremece y crispa, y pugna en vano para romper las ligaduras que le sujetan!

Al oir estas palabras me quedé atónito y confuso. ¡Pobre Dolores! ¿Había perdido la razón? ¿Era un vértigo pasajero, una ofuscación del momento, ó grave síntoma de enfermedad incurable? Bajé precipitadamente la cortina de la ventanilla, y tomando á la niña en brazos, la coloqué sobre el sofá, la arropé con mi manta de viaje y me senté á su lado sin apartar mi vista de su rostro. Estaba pálida como la cera, y sus ojos extraviados y vidriosos me infundían espanto. Insensiblemente los fué cerrando, y se quedó dormida: su respiración era fatigosa, y agitado el sueño.

Al cabo de algún tiempo despertó, y restregándose los ojos como si quisiera alejar de sí una pesadilla, se incorporó, paseó la mirada en torno suyo y me dijo:

—No puedes figurarte el espanto que me produjo la hoguera.

—¡La hoguera!—contesté—¿qué tiene de particular?

—¿Y la gente que anda alrededor?

—¡La gente! ¡Unos pobres obreros que, arrostrando la inclemencia del tiempo, trabajan sin descanso para que podamos proseguir nuestro camino! ¡Ellos muertos de frío y tal vez de hambre, mientras nosotros, después de opípara comida, nos confortamos al tibio ambiente caldeado por estos caloríferos! ¡Más que horror, lástima y hasta el sentimiento de gratitud debían inspirarte esos desheredados de la fortuna!

—Es verdad. Ahora me mueven á compasión y despiertan en mí la simpatía: pero al verlos al resplandor de la hoguera me ofusqué y se turbó mi mente. ¡Ah, no sabes el espectáculo, el terrible espectáculo que evocaron en mi memoria!

—¡Un espectáculo terrible! Te conozco desde que naciste: tu vida se ha deslizado tranquila y apacible en compañía de amantes padres: ningún suceso trágico ni doloroso ha empañado tu feliz existencia.

—¡Si tú supieras!..... Pero no, no quiero decírtelo.....; es un secreto que no he revelado á nadie.....; no se por qué..... me da vergüenza.....

—¡Vergüenza! ¿De qué puedes acusarte?

—¡No, no; la culpa no es mía, sino de mi destino!

—¡Tu destino! Con esta palabra pretendemos siempre justificar nuestras faltas.



Me senté á su lado, sin apartar mi vista de su rostro.

—¡Es que yo no he cometido ninguna!

—¿De qué acusas al destino?

—Pues bien, te lo diré. Voy á hacerte una confesión, á ti, á ti solo. Siempre te he querido como si fueras mi hermano, y sé que apreciarás la sinceridad de mis palabras sin hacer de ellas objeto de burla.

—Habla.

—Has de saber que sospecho..... ¿qué digo sospecho? creo firmemente que yo he estado antes en este mundo, y que mí espíritu perteneció á otra mujer.

—¡Qué locura!

—Locura, no; convicción profunda.

—¡Pero creer esto es pecado!

—Si es pecado, no puedo dejar de cometerlo; porque, á pesar mío, contra mi voluntad, conservo indeleble el recuerdo de mi existencia anterior.

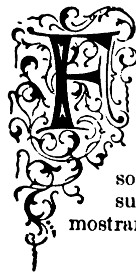
—¡Desvaríos!

—No. Al llegar á Orleans acudieron de nuevo á mi mente las reminiscencias de mi vida primera. Recordé á mis pobres padres tristes, solos, abandonados en su mísero hogar, mientras yo, débil mujer, guiada por inspiración divina y arrostrando peligros sin cuento, combatía contra los enemigos de mi patria. Luego, á la presencia de la hoguera, se representó en mi imaginación la tragedia de Ruan, cuya memoria hiela todavía mi sangre y eriza mis cabellos. Atada al infamante madero, befa y escarnio de la curiosa turba que se apiñaba en el lugar del suplicio, veía á mis pies el siniestro resplandor del fuego que, chisporroteando en la crujiente y verde leña, tomaba cuerpo, avanzaba y se propagaba, atizado con implacable afán por infernales verdugos, y me envolvía al fin, privándome de la luz del día, pero no de atroces sufrimientos que me parecían eternos. Conservo aún claramente aquel espantoso recuerdo de mi vida anterior. ¡No me cabe duda: yo he sido Juana de Arco!

NILO MARÍA FABRA.

Concluirá.

REVISTA MUSICAL.



FALTARÍA á una antigua, y por raro caso interrumpida costumbre, si no consagrara un capítulo en mis crónicas musicales á las sesiones que la *Sociedad de Conciertos* ha celebrado en este su trigésimo año de vida; fecha, por cierto, que si debe con razón enorgullecerla, sobre todo registrando honrosísimas páginas de su historia en ese tiempo, viene con dolor á demostrar con cuánta razón escribió Jorge Manrique:

Que se va la vida apriessa
Como sueño,

dado que parece que era ayer cuando asistíamos á los comienzos de las tareas de aquella agrupación artística, dirigida entonces por el insigne musicólogo y popular compositor el inolvidable Barbieri.

Pero dejando á un lado estas memorias, que sólo á tristes reflexiones conducen, y entrando desde luego en materia, diré á mis lectores que, aun dudando que el éxito haya correspondido por completo este año á los buenos deseos de la Sociedad en cuestión, no cabe dudar de éstos sin más que anotar los nombres que han figurado en los programas de sus sesiones. Haydn, Hændel, Mozart, Beethoven, Mendelssohn, Weber, Chopin, Wagner, Grieg, Liszt, Raff, Berlioz, Bizet, Thomas, Saint-Saëns, Bernard, Cimarosa, Nicolai, Mancinelli, Burgmein, Tschaikowshi, Rimski-Korsakow, Monasterio, Bretón, Chapí, Power y Marqués, todos ellos han aportado su contingente, con obras en su mayor parte conocidas, lo cual excusa hacer su relato y entrar en disquisiciones sobre su mérito, dado que está ya conocido y apreciado de antemano.

En cuanto á las no interpretadas hasta el presente por la *Sociedad de Conciertos*, y oídas, dicho se está, por vez primera, bien puede decirse, sin temor de pecar de extremadamente severos y descontentadizos, que, excepción hecha de las wagnerianas, de que hablaré después, pocas han sido las que se han contado, y esas no tan buenas como hubiera sido de desear; y si no, la prueba al canto.

El *Capricho español* de Rimski-Korsakow, á sus nada cortas dimensiones y á su abigarrada instrumentación reune un desconocimiento palpable de nuestra música popular, achaque, á la verdad, harto común á cuantos compositores extranjeros han querido copiarla ó imitarla, excepción hecha de Glinka y de Gevaert, que por haber vivido el uno largo tiempo en los cármenes de Granada, y recorrido el otro gran parte de nuestra España, pudieron estudiar á fondo nuestros cantos nacionales y asimilarse por entero su música, demostrándolo en las bellas obras que escribieron tomándolos por tema. Ni cabe decir que tengan mayor valía la overtura sinfónica que lleva por título *Beatrice*, de Bernard, la cual, ni por su absoluta falta de inspiración, ni por su forma, merecía figurar en los programas; ni la *Fantasía húngara*, de Burgmein, trasunto poco afortunado de las *Rapsodias*, de Listz; ni la *Marcha en miniatura*, de Tschaikowski, obra que seguramente no habrá contribuido á aumentar en un ápice la merecida fama que su autor goza, ni quepa hacer excepción en este capítulo de censuras más que en favor del ingenioso scherzo *En la selva*, de Raff, composición que con justicia brilla entre las más apreciables composiciones de este autor.

De más está el decir que, dada la corriente wagneriana que invade el mundo músico, y á muchos españoles ha cogido de medio á medio, el grupo más numeroso de obras interpretadas por la *Sociedad de Conciertos* ha sido del apóstol de Bayreuth, ó el Lutero de la música, nombres con los que, en épocas de más encarnizada pelea aún que las actuales, se distinguió á Wagner.

Conocidas de sobra por los lectores de LA ILUSTRACIÓN mis ideas sobre el wagnerismo, tan distantes de los que todo lo admiran en él, zahiriendo de paso, sin razón ni derecho alguno, nombres dignos de todo respeto en el mundo músico, como de los que niegan en redondo, ó, por lo menos, ponen en tela de juicio el soberano talento y el profundo saber del autor de *Parsifal*, no he de sacarlas de nuevo á la palestra. Baste la ligera indicación que acabo de hacer, como punto de partida de los someros juicios que haga, y consignar, en prueba de imparcialidad y como hechos dignos de tenerse en cuenta, que al paso que en la misma Alemania ya se inicia una reacción en contra del ultrawagnerismo, en cambio éste reina hoy casi en absoluto, como dueño y señor, allí donde por la manera de ser y de sentir, y por la tradición misma, parece que debiera ser más refractaria su música; y hombres del saber y del severo juicio de Gevaert, no vacilan en aceptarla, hasta el punto de que *El Oro del Rhin*, de la Tetralogía, se haya oído por entero en más de uno de los conciertos clásicos del Conservatorio de Bruselas.

Hecho caso omiso de aquellas obras ya conocidas, como las overturas de *Fausto*, *Rienzi*, *Tannhaüser* y *El Buque fantasma;* de los *Murmullos de la selva*, del *Siegfried;* de la transcripción para orquesta de la melodía *Hoja de álbum*, y de la *Huldigung's March*, anotemos, como oídas por primera vez, bien que alguna fuera de antes conocida, pero no en toda su integridad, el *Preludio* y varios de los trozos más importantes del *Tristán é Isolda;* el *Sacrificio de Brunhilde*, en el *Crepúsculo de los Dioses;* varios fragmentos de *El Oro del Rhin* y el *Fuego encantado* de la *Valkiria*, de la Tetralogía; y el *Preludio*, *El Viernes Santo* y *Los jardines encantados de Klingsor*, de *Parsifal*.

Basta la simple enumeración de estas piezas musicales, para conocer que todas ellas pertenecen á lo que, con mayor ó menor razón, se ha dado en llamar el tercer período de Wagner, aquel en que, según confesión propia, realizó por completo sus teorías y llegó á la meta de sus aspiraciones en materia de arte, y, según otros, no tan conformes con esta su última manera, exageró los principios mismos de su escuela, y creó obras en que, al lado de innegables bellezas y de verdaderos prodigios de saber, hay rarezas sin cuento, frases interminables en que no se da un punto de reposo ni al oído ni al espíritu, y trozos, en fin, en los cuales se necesita toda la flema alemana para resistirlos á pie firme sin perder el tino y la paciencia.

Así se explica el que, cuando las gentes no estaban aún tan avezadas á ello, ni Wagner tenía el prestigio que después alcanzó y hoy conserva su nombre, el *Tristán é Isolda*, después de haber sido desechado por los teatros de Carlsruhe, Praga y Weimar, á cuyas puertas llamó en vano el maestro, admitido al fin en Viena, y estudiado con verdadero empeño por los artistas encargados de su interpretación, tuvieran éstos que darse por vencidos al cabo de cincuenta y siete ensayos, y fuese preciso desistir de la idea de presentarlo en escena. Y es que, como observa un escritor de los más imparciales que de las obras wagnerianas se han ocupado, el empleo inmoderado que hace su autor de la enarmonía; el abuso de pedales, retardos y otros artificios armónicos; la ausencia á veces de una tonalidad precisa; el odio á los acordes consonantes, y la proscripción casi absoluta de las cadencias perfectas, dan á dicha obra, y á las que la siguieron, un carácter flotante é indeciso, que hace que su audición sea extraña y confusa, y su interpretación en extremo complicada y difícil.

Esto supuesto, no ha de extrañarse que una vez más, y antes de emitir juicio alguno, en lo que me sea dable exponerle, haga cuantas salvedades convengan al caso, toda vez que no es fácil hacerse cargo de obras tan complicadas con oirlas una ó dos veces, aunque á ello hubiese precedido su lectura en una partición de piano y canto; trabajo de todo punto deficiente allí donde la orquesta juega papel de tanta importancia, que un biógrafo de Wagner no vacila en afirmar, con tanta razón como buen sentido, que en *Tristán é Isolda*, que mira como el mayor triunfo del drama lírico, el personaje de más importancia y verdaderamente interesante no es el actor, sino la dicha orquesta, que canta, llora y ríe, mientras que la misión de los cantantes está reducida á comentar su lenguaje.

De aquí el que, careciendo yo de esa admirable facilidad de comprensión, ó más aún, de esa intuición maravillosa, que sinceramente envidio, y con la que no escasa parte de nuestro público aprecia al primer golpe de vista la bondad de muchas de las obras wagnerianas que antes no conocía y se presentan ante él, no tenga inconveniente en declarar, con dolorosa franqueza, que cuanto yo dijese acerca de la escena de *La llegada del barco y encuentro de los amantes*, así como de los fragmentos del *Dúo de amor*, dúo interminable, puesto que constituye casi un acto entero en *Tristán é Isolda*, sería jurando *in verba magistri*, y transcribiendo sin conciencia alguna las opiniones de aquellos que, más en autos, han escrito sendos comentarios de la partitura; y que en trance tal, prefiera confesar humildemente mi flaqueza, citando sólo, en excusa de ella, estas palabras de E. Fusch, hablando de la misma ópera: «Es un verdadero fenómeno musical, especie de tonel de las Danaides, en el cual el torrente de notas se precipita, sin detenerse un momento, sin dar tiempo para respirar, y sin punto alguno de reposo.»

Pero si de ese torrente no es tarea fácil, por punto general, hacerse cargo, en cambio el cansancio que produce y el estado patológico en que á muchos dejan los trozos musicales que acabo de mencionar, y el cual tiene más de un punto de semejanza con el del negro del sermón, se desvanecen por completo con la admirable escena de la *muerte de Isolda*, que, aunque ya conocida, bien merece que se haga de ella una especial mención. De inspiración sorprendente y ternísima apoteosis de la pasión, en que el alma de Isolda vuela á reunirse con la de Tristán, llevada por sonoridades misteriosas y envuelta en un océano de armonías, murmurando un cántico supremo al eterno amor, la ha calificado un crítico, y á la verdad que todo elogio es merecido para esa obra que debe considerarse como una de las creaciones más poéticas y más bellas que brotaron de la mente de Wagner.

La misma poderosa razón que antes he expuesto hace que pase por alto los fragmentos de *El Oro del Rhin*, el *Sacrificio de Brunhilde*, del *Crepúsculo de los Dioses*, página que con sobrada razón ha dicho un amigo mío, en los breves y atinados juicios que escribe en un diario madrileño, que es una orgía de sonoridades que no sólo asombra, sino que agobia, y aun la misma escena del *Fuego encantado*, última de la *Valkiria*, magistralmente cantada, por cierto, por el barítono Sr. Menotti, y á no dudar, encierra bellezas de primer orden, para hacer notar, aunque sólo sea de pasada, la profunda impresión que, aun desnuda de todo aparato escénico, ha producido este año la *Cabalgata* de las *Valkirias*, tal como su autor la escribió, esto es, con el aditamento de los gritos salvajes de aquellas vírgenes guerreras, explicándose bien el que cuando por vez primera se representó en Bayreuth, el público, á quien un terminante mandato de Wagner mantenía silencioso, quebrantase la prohibición, y arrastrado y subyugado por lo que oía y veía, se levantara como un solo hombre y aclamara á la obra y á su autor.

¿Es *Parsifal* la glorificación de una conversión religiosa? ¿Este drama, la última creación de Wagner, implica una transformación en las ideas de éste, una tendencia marcada hacia la ortodoxia cristiana, y el resultado de los consejos y de las predicaciones del abate Liszt? Hé aquí las preguntas que se hace un escritor que de Wagner se ha ocupado en un libro que no ha mucho se publicó, y á las cuales, en verdad, no da una contestación que completamente satisfaga. Dejando á otros averiguar lo que en ello hubiese de verdad, lo que no puede negarse es que, como dice el mismo escritor á que acabo de aludir, el drama en cuestión, más que tal, parece «la celebración de un misterio, en que el poeta y el músico han querido hacer volver al teatro á sus orígenes religiosos, olvidados de largo tiempo, dando al elemento bíblico el lugar que antes ocupara y le había sido usurpado por el elemento mundano y profano».

Así se explica la grandiosa escena de la *Consagración del Graal*, conocida y admirada de nuestro público; el severo tinte religioso de todo el drama; la adopción, como tema dominante, de un canto litúrgico de la Iglesia sajona; el misticismo de que están impregnados tanto aquélla como el *Preludio*, que Malherbe y Soubies consideran como «el dintel del grandioso monumento elevado por Wagner en honor de los caballeros del Graal», y la escena del *Viernes Santo*, que impresiona hondamente el ánimo, como antes en su género le había extasiado la poética página de *El jardín encantado de Klingsor*, en que las *mujeres flores* intentan, aunque en vano, seducir al héroe del drama, y donde, al par de la belleza de las ideas musicales, es de admirar, sobre todo, la delicadeza y la elegancia de la instrumentación que las reviste y da á aquéllas aún más subido valor del que en realidad tienen.

A más de cuanto queda relatado, en tres de los conciertos nuestro célebre compatriota Sarasate ha hecho oir varias de las obras cuya interpretación le ha dado la fama de que goza en el mundo musical, fama que por otra parte excusa los elogios que pudieran prodigársele. Tanto en los *Conciertos* de Beethoven y de Mendelssohn, en el *Rondó caprichoso* de Saint-Saëns, como en la *Fantasía* de Ernst sobre motivos del *Otello*, en la *Suite* de Raff, en el *Nocturno* de Chopin, y en otras piezas de menor importancia, obras todas, ó al menos en su gran mayoría, con las cuales había dado elocuente muestra de su valer en años anteriores, Sarasate ha hecho alarde una vez más del admirable mecanismo que posee, y del dominio que tiene sobre el violín, probando que no en balde es mirado como un artista de gran valer.

Tal ha sido la campaña que, mediocre en sus comienzos y harto mejorada en sus postreras sesiones, ha hecho este año la *Sociedad de Conciertos*, bajo la dirección de los maestros Mugnone, Jiménez, Bretón y Campanini, y que ha terminado por cierto de una manera que la honra y la hace digna de todo elogio.

Terminadas ya sus tareas, fué invitada por dos egregias damas para que diese un concierto, cuyos productos se destinaran á aliviar en lo posible la triste suerte de las familias de los náufragos del crucero *Reina Regente*. La Sociedad, no sólo se apresuró á poner por obra los deseos que se le expresaron, sino que renunció á toda remuneración, para que la cantidad que se recaudara fuese íntegramente á manos de aquellos infelices á quienes la desgracia, que España entera llora, tiene sumidos en la miseria y agobiados por el dolor. Tan loable proceder bien merece los parabienes que por ello ha recibido y compartido con los demás artistas que prestaron el concurso de su talento á tan caritativa obra.

J. M. ESPERANZA Y SOLA.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Fiestas de Mayo: un festejo olvidado: exposición de todos los planetas en nuestro cielo: cómo y dónde se podrán ver durante el mes de Junio.—En el país del dinero: campaña del general predicador Booth en los Estados Unidos: recaudación de 1.250.000 pesetas.—Riqueza del Japon: gastos de la guerra: los empréstitos: el Tesoro: el Banco y la gloria.

El Ayuntamiento de Madrid al redactar el programa de los festejos de Mayo se ha olvidado de incluir el más brillante, el más barato y el más económico, con la circunstancia agravante de que podía haber invitado á que disfrutasen de él todos los pueblos de España y rincones adyacentes, sin que los convidados se hubieran movido de su casa. Dado lo extraordinario, admirable, original y estupendo de los fes-



ESTUDIO.

FRAGMENTO DEL CUADRO «EL AÑO 1831»,

ORIGINAL DEL DISTINGUIDO PINTOR RUSO MR. HEYMAN.

(Propiedad del Excmo. Sr. D. Francisco Lastres.)



MUJERES DE PESCADORES.

CUADRO DE EMILE ADAN.

(PARÍS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE 1895.)



ANDRÉS AVELINO CACERES,
EX PRESIDENTE DEL PERÚ.



NICOLÁS DE PIÉROLA,
JEFE DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO DEL PERÚ.



SEÑORITA MARÍA LUISA POUSA,
NOTABLE PIANISTA BARCELONESA.
(De fotografía de Audouard y Compañía, Barcelona.)



NUEVA YORK.—UNA CASA DE VEINTE PISOS.



VALENCIA.—LÁPIDA COLOCADA EN LA FACHADA DE LA CASA EN QUE FALLECIÓ EL INSIGNE CATEDRÁTICO SR. PÉREZ PUJOL.

tejos apuntados en el cartel, han venido á presenciarlos algunos pacíficos vecinos de seis leguas á la redonda, y han salido de sus casas para recrearse en su contemplación cuantas personas desocupadas, y de buena conciencia y sencillas costumbres viven en la corte; pero, además de estos curiosos, han acudido, en *cuerpo*, en colectividad, á disfrutar de ellos los señores Mercurio, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y la señora Venus, sin que nadie se haya fijado en ellos, porque aquí muy pocos son los que tienen costumbre de levantar su vista y su espíritu á dos dedos de la tierra, para mirar al cielo.

Pues, ni más ni menos. Desde unos cuantos días antes de San Isidro, y mientras los *isidros* de toda la tierra de garbanzos venían y se marchaban, están en nuestro cielo, sobre nuestro horizonte visible, contemplando los festejos de Madrid, los referidos planetas, y cualquiera puede verlos hoy mismo, con asomarse á las Vistillas y mirar hacia el Poniente cuando empiezan á apagarse los últimos resplandores del crepúsculo vespertino. No hubiera tenido nada de particular, por consiguiente, el que el Excmo. Ayuntamiento intercalara en los cromotipolitopitografiados carteles este número más:

«7.º Durante todas las noches (si el tiempo no lo impide) aparecerán sobre la Casa de Campo y andurriales vecinos los planetas Venus, Mercurio, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, invitados á concurrir en grupo al *exorno!* nocturno, y cuya presencia en nuestro cielo, así de una vez, es cosa poco menos que nunca vista. Los referidos astros han respondido con toda amabilidad á la invitación municipal, dando una relevante prueba de que este Municipio tiene en el cielo tantas simpatías y partidarios como en la tierra. El Ayuntamiento ha dispuesto que en todos los elegantes y bien surtidos puestos de la feria del Prado se vendan, á diez céntimos, anteojos astronómicos acromáticos de precisión, para las muchas personas que no los tengan y que no puedan ver á Urano y á Neptuno, planetas que están tan lejos de nosotros como nosotros de ellos, y que por lo mismo no se dejan ver sino á costa de ese sacrificio pecuniario.»

La verdad es, dejándonos de bromas, que el espectáculo, aunque sencillo é inocente en sus resultados mediatos é inmediatos, es muy curioso y placentero para los que por su educación saben gozar en la contemplación de los grandes cuadros de la Naturaleza. Por si el lector de La Ilustración Española y Americana quiere gustar de ese placer en Madrid ó en cualquiera otra parte, en una de estas noches de fines de Mayo ó principios del mes que viene, á continuación va la nota de la hora á que dichos astros se pondrán el día 1.º de Junio, y cuyo conjunto puede y podrá verse bien desde cualquier punto que abarque el horizonte de NO. á SE.:

El Sol se pondrá	á las	7,24	de la tarde.
Mercurio......	á las	9,27	—
Venus........	á las	10,38	—
Marte........	á las	10,34	—
Júpiter.......	á las	9,36	—
Saturno......	á las	2,16	—
Urano........	á las	2,38	—
Neptuno......	á las	7,45	—

Y aun durante el final del crepúsculo podrá percibirse Mercurio hasta mediados del mes, y Venus hasta las diez de la noche, en que se pondrá el 31, y Marte hasta el día 20, y Júpiter hasta el 17, y Saturno hasta la una el 18, y Urano hasta la misma hora el 24. Para los que aun conservan por afición las nociones de Geografía astronómica que se han estudiado siempre en la segunda enseñanza, que se aprenden en unas cuantas noches de práctica, trazando en una cuartilla de papel la situación de las constelaciones del Zodiaco y determinándolas en la bóveda celeste, sin más aparatos que la buena volutad, la vista y la punta del dedo índice, es muy fácil encontrar la mayor parte de estos planetas, teniendo en cuenta que en el momento actual, y durante casi todo el mes de Junio, dichas constelaciones, visibles hoy en nuestro horizonte de NO. á SE., son: marchando de O. á E., las siguientes: Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Scorpio y Sagitario, y que *Mercurio* aparece estar en la de Géminis, *Marte* entre Géminis y Cáncer, *Venus* en Cáncer y desde el 21 de Junio en Leo, *Júpiter* en Géminis, *Saturno* en Virgo, al E. de *la Espiga*, y *Urano* en Libra, cerca de la estrella *alfa*. *Neptuno* no puede distinguirse ya, no sólo porque aunque estuviera en condiciones de verse se necesitaria siempre para ello un buen anteojo astronómico, sino porque con el retraso de la postura del Sol en esta época, en que ha coincidido su desaparición del horizonte con los vivos resplandores del crepúsculo, la observación es muy difícil; y porque, en fin, desde el 26 de Mayo desaparece antes de que la noche se cierre. Hasta ese día se ha podido percibir entre la constelación Tauro y la de Orión, al N. de Aldebarán. El planeta *Saturno*, con su característico brillo plateado plomizo, con sus anillos maravillosos y sus ocho satélites, de los cuales cuatro pueden verse bien, está ahora en condiciones de ser perfectamente observado con un regular anteojo. Cerca de él, y un poco al E., podrá observarse también del mismo modo el planeta *Urano*, y sin anteojo, á simple vista, por los que la tengan clara y penetrante, y por los présbitas que, no acertando á verse los dedos de la mano, distinguen muy bien los de la del prójimo á un kilómetro de distancia. Ya tienen, pues, en qué ocuparse los desocupados y curiosos, recreándose en los admirables festejos del cielo, ahora que se han concluido los prosaicos y rastreros de la tierra, agobiada por tantas calamidades.

°°°

De que nuestras fiestas populares, más ó menos solemnes, oficiales ó artificiosas, no resulten ser cosa que llame la atención, y de que pasen así como desapercibidas para la mayoría del vecindario de la corte y de los cortijos, tiene la culpa un vicio capital en que hemos caído hace largo tiempo, y del cual queremos, pero no podemos, enmendarnos. Este vicio incomparable es la falta de dinero. Que los pobres no han poseído nunca un capital ni imaginario siquiera, noticia fresca es que á nadie debe darse; que la clase trabajadora ó artesana vive siempre en la vecindad de la pobreza, es un hecho; que la clase media guarda muchos pobres disfrazados y muchos ricos que no pueden estirar la manta en ningún sentido, so pena de coger un resfriado infeccioso, también es cierto; y, en fin, que las clases ricas y aristocráticas se ven obligadas á ajustar todas las noches sus cuentas, para no resbalarse y empezar á descender, costumbre imprescindible es, que el estado de las arcas domésticas impone. Sin dinero en las Corporaciones, sin negocios en el comercio, sin sobrantes, y aun sin bastantes en la vida á domicilio, ¿qué fiestas puede haber aquí? ¿á quién le vamos á ir á hacer fiestas? ¿á qué fiestas acudir más que á las de gorra? Y ¿cómo ha de presentarse de gorra la capital de la nación, cuando anuncia que se va á echar á la calle con toda solemnidad? ¡Huyamos de tanta pobreza! «*¡Fugite opprobia ossuarii!*», que dijo el aburrido Paralipómeno. ¡Huyamos! y aunque sea por el dinero que manejan otros, hagámonos la ilusión de que lo manejamos nosotros.

Moisés sacaba agua de las peñas en cuanto las tocaba con su báculo, y el general del ejército de la Salvación, el celebérrimo Booth, saca monedas de oro de todas partes, menos de España, en cuanto abre la boca. Ahora mismo, al continuar su campaña de predicación por los Estados Unidos, donde parece que ha conquistado muchas almas para su legión, ha necesitado nada menos que 1.250.000 pesetas con objeto de satisfacer los gastos de sus excursiones y trabajos, y como si hubiera pedido cinco reales, así ha recaudado en veinte días, con sólo hablar y alargar la mano, esos cinco millones de reales. Y no hay hipérbole que valga, ni aquello de «de luengas tierras, largas mentiras»; el general Booth, en su manifiesto de cuestación, en nombre de la fe y de la civilización, ha dicho: «En seis meses, ni más ni menos, he recorrido 21.610 millas, he hablado á 500.000 personas, he sufrido las interrogaciones de 217 periodistas, he pronunciado 345 discursos, he contestado á 216 cartas, he viajado 453 horas de noche y 1.035 de día. Mis gastos son los siguientes: para la dirección general, 66.500 pesos; para la propaganda en el extranjero, 75.000; para mis misioneros, 24.000; para los novicios, 12.500; para el fondo de reserva, 47.500. En suma, necesito, poco más ó menos, 225.500 pesos, para que no tenga yo que sacar nada de mi bolsillo, que harto hago con poner mi fe, mi paciencia y mi saliva.» Y antes de llegar la última semana de Mayo ya tenía en caja ese pico el Mahoma moderno. Lo notable del caso es que, desde hace treinta años que el general Booth anda predicando por la faz de la tierra sajona, viene siempre pidiendo dinero de la misma manera, y que siempre han acudido los creyentes á llenar las cajas de la empresa, como si realmente adquirieran el billete seguro para ir á la gloria. Las audiciones, las conferencias, las *interviews* con el General resultan, á la verdad, bastante caras, pero no hay duda que se pagan; y, que sea fe, ó ausencia total de ella, ó mucha abundancia de dinero, ó poco apego al mismo, ó fanatismo, ó broma, ó chifladura, ó deseo de dar al traste con las demás religiones, ó de sostener constante guerra contra ellas, sea lo que quiera, preciso es declarar que una masa de población que, en un período de cuatro ó cinco semanas, suda 1.250.000 pesetas ante la palabra de un general apóstol ambulante, debe tener una fiebre permanente, incapaz de ser apreciada por los termómetros clínico-sociológicos más sensibles que puedan inventarse. ¿Cuánto durará esta fiebre y esta religión? Lo que duren el apóstol y el dinero: nada: el período de una vida, el paso de una mano á otra. San Francisco y todos los pobres que le siguieron predicaron descalzos, con el morral al hombro, y conquistaron para muchos siglos á las generaciones de uno y otro mundo. Ricos después, pobres de nuevo por las mudanzas de los tiempos, su obra continúa; y cuando ya no se acuerde nadie de Booth y de su ejército de la Salvación, aun andarán, pobres ó ricos, según los tiempos lo ordenen, recorriendo el mundo, los mendicantes del hábito tosco y obscuro, para refrenar á los soberbios y levantar á los caídos.

°°°

El que posee mucho dinero lo gasta como mejor le parece: los salvacionistas yankees, en donativos al predicador general Booth; y los japoneses, en la vana empresa de destruir el imperio de la China, en *aniquilar!* á una nación de 400 millones de habitantes. Que el Japón por sus riquezas naturales y por el espíritu emprendedor de sus hijos era un país en que abundaba el dinero, nadie lo ignora. En Febrero de 1894 resultaba que durante los últimos seis meses se habían constituído cerca de mil sociedades industriales, con un capital de 100 millones de yen, es decir, con 280 millones de pesetas; y para Junio del mismo año esa cifra había subido á 500 millones. La red de ferrocarriles tendida de Norte á Sur del Imperio era tan productiva, que sus acciones y obligaciones se solicitaban y pagaban con más ahinco y garantías que el papel del Estado, sin que ninguna crisis depreciara su valor. Verdad es que allí la construcción, el jornal de los obreros y los sueldos de los empleados son mucho más baratos que en Europa. No era menor la abundancia de los productos industriales, ya que en Enero el comercio de Yokohama tenía en sus almacenes existencias de sedas en cantidad de 30.000 cargas, á bajo precio por la dificultad de colocación. Pero sonaron los primeros rumores de la guerra contra la China, y, por arte mágico, en un momento, industriales, comerciantes y agricultores se saturaron de entusiasmo, se inflaron ante la esperanza de las glorias militares, y el cuadro cambió. Dificultáronse los transportes del comercio de exportación, retiráronse de los negocios muchos capitales, subió el interés del dinero, se encarecieron los artículos de primera necesidad, y, entre otros productos, el arroz y el carbón de piedra sufrieron un aumento de 50 por 100 en su coste. Bien vino esto al comercio de Australia, que empezó desde entonces á surtir de carbón á los buques chinos. El Gobierno necesitó dinero y ordenó la emisión del primer empréstito de 30 millones de yen (84 millones de pesetas) al 5 por 100, que fué cubierto al momento por la cantidad de 76.949.000 yen (cerca de 215 millones de pesetas). El Parlamento, reunido en Hiroshima, votó la guerra por unanimidad en una sesión de cinco minutos, en el mes de Septiembre. Los gastos realizados para preparar el ejército se elevaban á 44 millones de yen, y los de la marina á 16. Los que se consideraban urgentes para las operaciones, se calcularon en 90 millones. Para atender á éstos y al pago del empréstito y obligaciones, era preciso contar con 420 millones de pesetas. Y vino en Diciembre la segunda emisión de 50 millones de yen (140 millones de pesetas). El pueblo japonés respondió á este segundo llamamiento como al primero, cubriéndolo dos veces. El Tesoro pagó para el 31 de Diciembre 14.500.000 yen, y en el curso del año actual ha ido pagando: á fin de Enero, 5 millones; de Febrero, 8; de Marzo, 11, y de Abril, 13. Hoy, fin de Mayo, habrá pagado otros 13, y en fin de Junio satisfará también 13.

A pesar de los gastos de la guerra, el comercio, detenido durante un momento, recobró su energía con creces, en términos que, habiendo valido las exportaciones 89 millones de yen en 1893, se elevaron á 113 en 1894, y las importaciones desde 88 millones á 117. Exportan los japoneses seda, té, cobre, carbón, arroz, pañuelos de seda y fósforos; é importan algodón en bruto (19 millones de yen), hilados de algodón (8 millones), muselina de lana (3), paños de Italia (1.700.000), azúcar (13), petróleo (5), arroz (8) y legumbres (2). El Banco del Japón había ya emitido en Diciembre la cifra máxima de billetes de que podía responder con sus reservas en metálico, pero por las necesidades del tráfico se ha visto obligado á emitir más papel, con un impuesto de 50 por 100, por valor de 8.400.000 pesetas. Las existencias en metálico de dicho Banco han disminuido en todo el año 94 en 13.270.000 yen, cuyo déficit ha tratado de reponer operando una nueva conversión, y por la cual cada yen de oro se ha evaluado en 1,80 de plata en vez de 1,30 como hasta aquí, con lo que aun va ganando bastante el Banco, porque, en realidad, por cada yen de oro debía abonar su doble valor en plata, dada la depreciación de este metal. Gran entusiasmo han causado allí las victorias de Pin-Yang, Yalú, Puerto Arturo y Wei-Hai-Wei; pero resulta que cada día de guerra ha costado al Japón 3 millones de pesetas, y que si no está la pelota en el tejado, falta mucho para que la Formosa se someta y pueda pensarse en empezar á liquidar las cuentas. ¿Se atreverán á emitir un tercer empréstito? ¿Cuándo y cómo cobrarán la indemnización de la China? No se sabe; pero la hombrada está hecha; y los japoneses han gastado su dinero, si no tan místicamente como los yankees de Booth, ni tan modesta y alegremente como los madrileños en el Prado, en el Retiro y en el Hipódromo, á lo menos tan gloriosamente como lo saben gastar los pueblos civilizados, cuando se empeñan en imponer por la fuerza de las armas su poderío entre los pueblos convecinos.

R. Becerro de Bengoa.

JUEGOS FLORALES EN ZARAGOZA.

Con ocasión de las fiestas de la Virgen del Pilar se celebrarán en Zaragoza juegos florales, en los que se adjudicarán tres premios ordinarios y tres extraordinarios á los autores de las seis mejores composiciones poéticas.

Los lemas y premios son los siguientes:

PREMIOS ORDINARIOS.

1.º Patria.—«Una rosa de oro, matizada, guarnecida de brillantes y encerrada en un estuche de terciopelo con dedicatoria en plancha de plata dorada», regalo del Excmo. Ayuntamiento de aquella ciudad.

2.º Fides.—«Un objeto de arte», regalo del Sr. Alcalde de Zaragoza, al autor de la mejor composición lírica, religiosa ó moral.

3.º Amor, llamado de honor y cortesía.—«Una flor natural y una banda», que se adjudicará al que haya escrito la poesía más inspirada sobre asunto que se deja al buen gusto y libre elección de los poetas.

PREMIOS EXTRAORDINARIOS.

1.º «Un bronce», figura regalada por el diputado á Cortes por Calatayud D. Juan Gualberto Ballestero, al mejor soneto a la trágica muerte del Justicia de Aragón D. Juan de Lanuza.

2.º «Una copa de bronce, en estuche de terciopelo, con dedicatoria en plancha de plata», regalo del Ateneo científico, literario y artístico de Zaragoza, á la mejor colección de cantares aragoneses, cuyo número no baje de seis.

3.º «Dos estatuas de bronce», regalo del senador electivo por esta provincia D. Mateo Alcocer, y un ejemplar de la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, por el conde Rosell, regalo del senador vitalicio D. Francisco Moncasi, al mejor romance sobre costumbres aragonesas.

Habrá además certamen científico-literario con los siguientes temas y premios:

1.º Estudio crítico-legal del Parlamento de Caspe y de sus decisiones.—Premio: «Un cuadro monumental, de bronce», regalo de S. M. la reina regente D.ª María Cristina.

2.º Retrato histórico de la reina D.ª María de Castilla y estudio de su intervención en el gobierno de Aragón.—Premio: «Un reloj y dos candelabros de bronce y níquel», regalo de S. A. R. la infanta D.ª María Isabel Francisca.

3.º Estudio político sobre el Conde de Aranda y el llamado partido aragonés, en el reinado de Carlos III.—Premio: «Un caballo de bronce», regalo de la Real Maestranza de Caballería, y «Una jardinera en forma de góndola, mayólica con aplicaciones de metal plateado y dorado», donativo del senador Sr. Marqués de Ayerbe.

4.º Compendio de la Historia de Aragón en la forma didáctica más sencilla para servir de texto en las escuelas.—Premio: «Un grupo de bronce y mármol blanco, constituído por un reloj, una esfera giratoria y otros adornos», regalo del diputado á Cortes por La Almunia, D. Rafael Monares.

5.º Compendio de la Historia de Zaragoza en la forma didáctica más sencilla para servir de texto en las escuelas.—Premio: «Un ejemplar de la sagrada Biblia, traducida por Amat é ilustrada por Doré», regalo del senador Sr. Barón de Mora, y «Dos jarrones de bronce», donativo del diputado á Cortes por Zaragoza D. Joaquín Gil Berges.

6.º Crónica ilustrada del periodismo en Aragón hasta mediados del siglo actual.—Premio: «Un estuche de escritorio, de plata oxidada», regalo de la prensa local diaria de Zaragoza.

7.º Influencia de los Monarcas aragoneses en el Renacimien-

to.—Premio: «Una estatua simbólica de la Historia», regalo de la Universidad literaria.

8.º Exhumación y crítica de algún Códice aragonés inédito.—Premio: «Un ramo de laurel, hojas de plata oxidada, con lazo dorado y la dedicatoria correspondiente», donativo del Casino de Zaragoza.

9.º Canónigos ilustres del Cabildo zaragozano, hasta el siglo XVIII inclusive.—Premio: «Un Crucifijo de metal dorado y plateado, con pila de agua bendita y cruz de peluche», regalo del Emmo. y Rdmo. Sr. D. Francisco de Paula, cardenal Benavides, arzobispo de la diócesis (q. e. p. d.).

10. Estudio sobre el Justicia mayor de Aragón D. Juan Ximénez de Cerdán.—Premio: «Dos grupos, en bronce», regalo de la Excma. Audiencia Territorial.

11. Biografía del obispo de Huesca Vidal de Canyellas. Juicio crítico-jurídico acerca de su Compilación de Fueros.—Premio: «Dos estatuas de bronce, tipos árabes», regalo del Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza.

12. Estudio y juicio crítico de los procesos forales en la Legislación aragonesa.—Premio: «Un reloj de bronce», donativo del Iltre. Colegio Notarial de Zaragoza, y «Un ejemplar de los *Fueros, observancias y actos de Corte de este Reino*», edición de los Sres. Saball y Penen, regalo de la Academia Jurídico-práctica Aragonesa.

13. Memoria describiendo las antiguas y modernas artes de Zaragoza y los oficios que en ella se ejercieron y ejercen.—Premio: «Un gondolero en madera de talla decorada, centro de sala», regalado por la Sucursal del Banco de España en Zaragoza.

14. Preparación de los alumnos de las Escuelas Municipales para que sea más fructífera la enseñanza que reciben en las artes y oficios.—Premio: «Un reloj de zinc», regalo de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

15. Soluciones prácticas para evitar que en Aragón se agrave la crisis obrera.—Premio: «Dos jarrones de porcelana verde», regalo del diputado á Cortes por Fraga D. Manuel Camo, y «Un estuche conteniendo cubierto, cuchillo, servilletero y vaso de plata», regalo del diputado á Cortes por Boltaña, Sr. Marqués de La Cadena.

16. Estudio acerca de los naturalistas aragoneses que florecieron hasta fines del siglo XVIII.—Premio: «Un pebetero, mayólica con aplicaciones de metal dorado», donativo del diputado á Cortes por Montalbán, D. Antonio López de Tejada.

17. Medidas higiénicas de inmediata aplicación en Zaragoza, para prevenir una epidemia.—Premio: «Un objeto de arte», regalo del Sr. Gobernador civil.

Los trabajos han de estar en poder de la Junta—Archivo Municipal de Zaragoza—antes de las doce de la noche del 15 de Septiembre del corriente año.—X.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

La caza de la perdiz con escopeta y al vuelo y *con perro de muestra*, por Manuel Sauré. Segunda edición reformada y aumentada.

Contiene este folleto buenas enseñanzas para los aficionados al género de caza de que habla el título. Véndese al precio de una peseta.

Episodios de mi tierra.—El rey Deseado, por Francisco Gras y Elías.

La publicación de esta obra viene á continuar la serie comenzada por el Sr. Gras y Elías, y de que el presente tomo viene á ser la sexta parte. Es tan interesante como las anteriores, que hemos leído con mucho gusto. Cuesta 2 pesetas el tomo, y véndese en las principales librerías.

Profilaxia individual de la tuberculosis. Conferencia leída por D. Antonio Espina y Capo, médico del Hospital Provincial de Madrid, en el Congreso Nacional de la Tuberculosis reunido en Coimbra.

La tuberculosis es la mas terrible de las enfermedades. En un solo año mueren más tuberculosos en Europa que víctimas ha hecho el cólera desde 1830, en que entró en Rusia, hasta la fecha. Por eso tiene tanta importancia el librito del Sr. Espina y Capo. Ateniéndose en todo á las máximas que encierra, podrán muchos preservarse de este padecimiento y otros retardar sus efectos.

Memoria sobre las reformas que en el orden económico y administrativo *debieran introducirse en las leyes Provincial y Municipal*, para la mejor garantía y más fiel desenvolvimiento de los intereses que respectivamente rigen, por Antonio Iglesias Garrido.

Fué premiado este trabajo en el certamen literario que para honrar la memoria de Santa Teresa de Jesús se celebró en Avila en el mes de Octubre de 1894, y está en efecto muy bien escrito.—Cuesta una peseta, y se vende en casa del autor, Montehermoso (Cáceres).

De la tierra canaria. Escenas y paisajes, por Luis y Agustín Millares Cubas.

Hay en este tomo capítulos muy bien escritos. La *Muerte de Joseph del Alamo*, la *Historia de un pobre diablo*, y otras que contiene son páginas conmovedoras é interesantes en sumo grado.

Cuesta 3 pesetas, y véndese en las principales librerías.

Manual de Patología interna, escrito para *uso de médicos y estudiantes*, por C. Vanlair.

Hemos recibido el cuaderno 22, último de esta importante obra, publicada por la casa editorial de D. Pascual Aguilar, de Valencia. Cada cuaderno cuesta 75 céntimos de peseta.

Tres poesías: Jesús de Nazareth—Sol y fiesta—Historia de un diamante, por D. Juan Menéndez Pidal.

Las tres composiciones son muy bellas y prueban las buenas dotes poéticas del autor. En la primera se revela ademas un sentimiento religioso profundo y verdadero.

Las *Tres poesías* forman un e'egante tomito, que se vende al precio de una peseta.

Fortalezas y castillos en la Edad Media (Maqueda y Escalona), por Felipe B. Navarro.

Hemos leído con particular atención este breve pero sustancioso y entretenido estudio de dos de los más fuertes castillos de la Edad Media que aun quedan en España, si es que puede decirse que Maqueda y Escalona *quedan:* tan arruinados están en muchas de sus partes.

El Sr. Navarro refiere en esta interesante monografía la historia de ambas fortalezas, acompañándola de eruditas noticias de arquitectura militar española, muy nuevas y dignas de atención. Otra circunstancia muy de alabar encontramos también en este trabajo, y es el sabor netamente español que en él se advierte. El autor siente nuestras gloriosas tradiciones, y se muestra orgulloso de ellas, lo que no siempre se ve en escritores contemporáneos, pues hay muchos que muestran particular empeño en desdeñar nuestro pasado, cuando no en censurarlo.

Fibras que laten, disecciones literarias, por José Pons Samper.

Colección de quince artículos muy bien escritos, y en todos los cuales hay un concepto filosófico por todo extremo laudable. El titulado *Hombres de representación* es un buen estudio social.

En todos, pero principalmente en *Renovación del sér*, *Desaliento*, *Caprichos de la Fama* y *El Pesimismo*, hay observaciones y pensamientos que descubren un espíritu perspicaz y un escritor de poco vulgar mérito.

Véndese la obra, en las principales librerías, al precio de 3 pesetas.



MISS MARY ARNIOTIS,

TITULADA LA «REINA DE LOS ATLETAS».

Actualmente en el Circo de Parish, de esta corte.

Manual del retocador de clisés fotográficos. Procedimiento ordinario, procedimientos especiales; empastes, perfiles, veladura, fijación de movidos, etc., etc., por Baldomero R. Pastor, retocador especialista de importantes casas españolas y extranjeras.

La utilidad de esta obra para los aficionados á la fotografía no hay por qué encarecerla. Baste decir que los diversos procedimientos están explicados con gran claridad, como por persona muy perita en la materia.

La edita D. Salvador Manero Bayarri, de Barcelona.

Saturno, juguete cómico en un acto y en prosa, original de Domingo Guerra Mota.

Hemos recibido un ejemplar de este bonito juguete, estrenado con buen éxito en el teatro Cervantes, de Sevilla, la noche del 23 de Marzo último. Véndese en las principales librerías de Madrid; en provincias en casa de los corresponsales de la *Administración lírico-dramática.*

Enfermedades agudas y crónicas, por el sistema Kneipp, clasificadas metódica y científicamente por N. Nenens. Versión española de Gustavo Gili y Roig.

Es esta una obra de Medicina escrita con claridad suma, y puesta por consiguiente al alcance de todas aquellas personas que tengan mediana cultura.

Es claro que el autor señala como tratamiento infalible de todas ellas el hidroterápico. La versión española está muy bien hecha. Publícala don Juan Gili, librero de Barcelona.

La arquitectura cristiana en la provincia *de Orense durante el período medioeval*, por don Arturo Vázquez Núñez.

Con este tema leyó el Sr. Vázquez Núñez un discurso en la apertura del pasado curso de la Escuela de Artes y Oficios de Orense, el cual ha publicado después impreso.

El estudio que en este trabajo hace de las antigüedades de la Edad Media que se encuentran todavía en aquella provincia es muy completo, muy interesante. Describe cerca de 30 monumentos, todos dignos de atención por su belleza y por su importancia histórica y arquitectónica.

G. R.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. XXI.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Junio de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de Amér ca y Asia....................	60 francos.	35 francos

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES, EN MADRID.



RETRATO DE LA Srta. P. B.

CUADRO DE SOROLLA.

(NÚM. 1.140 DEL «CATÁLOGO».)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

UANTO más dramáticos y extraordinarios son los sucesos, más agotados llegan á esta Crónica, por la abundancia de noticias y detalles con que los refieren los diarios. De este género es la tragedia ocurrida en la mañana del día 3 en la Capitanía general de Madrid, que se desenlazó el día 5 en la pradera de San Isidro, con el fusilamiento del capitán de infantería don Primitivo Clavijo, por haber disparado dos tiros de revólver y herido gravemente al comandante general del primer cuerpo del ejército, D. Fernando Primo de Rivera, en el acto de darle audiencia. Grande fué la emoción que produjeron en el público los extraordinarios en que se anunciaba el hecho; las listas colocadas en el portalón de la Capitanía general se llenaron de firmas y las mesas de tarjetas; y las protestas eran generales contra aquella sangrienta agresión que vulneraba tan gravemente la disciplina y equivalía en lo militar, como dijo acertadamente un periódico, al crimen cometido por el cura Galeote contra el primer Obispo de Madrid-Alcalá, Sr. Izquierdo. ¿Era otro loco el capitán Clavijo, desconocido el día anterior y tristemente famoso en un instante? Había empezado con fortuna y brillantes notas su carrera: la suerte se le había torcido luego, y se hallaba en una de esas situaciones dolorosas de la vida en que el carácter agriado inspira pensamientos sombríos y aconseja las resoluciones más desesperadas. Era un suicida, y casi estamos por creer que era irremediable lo que había de suceder: que estaba escrito. Si en vez de disparar su revólver hubiera expuesto sus quejas con respeto, tal vez una explicación hubiera aclarado errores y remediado su infortunio. Pero el gatillo cayó sobre la cápsula, el pecho del General quedó atravesado, como lo había sido veinte años antes por las balas enemigas, y el delincuente sometido á un rápido enjuiciamiento que averigua, acusa, defiende, juzga y mata, antes de que reo, víctima, fiscal, juez, defensor y ejecutores hayan vuelto en sí de la sorpresa producida por el crimen.

El sentimentalismo del día juzga con benevolencia los delitos que tienen por agente las pasiones y no una perversidad manifiesta; pero la verdad es que los resultados de unos y otros son idénticos. Ni los respetos que merece una familia estimable y digna como la del capitán Clavijo, á la que no lleva la menor nota ni responsabilidad un acto de este género, ni la lástima que inspira la desgracia, bastan para atenuar un atentado tan punible: el mismo delincuente lo manifestó ante el Consejo de guerra, lamentando lo que ya no podía remediar; deseando, para morir tranquilo, que el General herido pudiera pasearse dentro de pocos días. Hecho singular y consolador en esta deplorable catástrofe: que coincidieran los deseos del mismo delincuente con los de la sociedad escandalizada. Es verdad que la personalidad contradictoria del desdichado capitán ha indignado contra él y hecho llorar por él en pocos días á toda persona de buenos sentimientos. Si hay una divergencia entre el principio brillante y el final de su hoja de servicios, mayor es aún la que existe entre su crimen y su muerte: si aquél violentó las leyes de la humanidad y la milicia, su compostura ante el Consejo, la noble expresión de su dolor por el mal causado y la franca confesión de que su acción no tenía disculpa ante los que iban á disponer de su vida; su entereza exenta de jactancia en la capilla y en el cuadro; la naturalidad con que se dispuso á morir como cristiano; la normalidad de su pulsación y la insuperable serenidad con que afrontó la muerte, eran dignas de una buena causa. Diremos de ese infortunado capitán, que si manchó su nombre con un grave delito, le rehabilitó con su expiación y su muerte cristiana y valerosa. Sólo falta, para que no quede ningún sentimiento vulnerado, que se cumplan sus últimos votos, con el restablecimiento del teniente general D. Fernando Primo de Rivera, digno de toda consideración por su edad, su jerarquía y sus servicios á la patria, y que compadecido el que ya pagó su culpa, sea la compasión principal para la víctima que sufre y la autoridad atropellada.

Dos objeciones hemos de hacer al discurso del Sr. Sol y Ortega en el Congreso: 1.ª ¿Cómo, si creía mal aplicado el juicio sumarísimo, esperó tranquilamente á que el capitán fuera fusilado, para hacer acto de oposición? 2.ª ¿No es aplicable á los juicios sumarísimos militares que se realizan en un tiempo breve el artículo del Código penal que marca treinta días de observación de las heridas?

Y, finalmente, el Código militar está pidiendo urgentísimas reformas por sus grandes deficiencias.

°°°

El Gobierno ha dispuesto reforzar con diez batallones las tropas que operan contra los insurrectos de la isla de Cuba. Poco hemos de decir acerca de esta determinación que las circunstancias aconsejan. España no desea la guerra ni la teme; los que apelen á la fuerza no deben extrañarse si son terribles las consecuencias de una lucha en que se ha dado el caso horrible de que los insurrectos echaran á las llamas, delante de la madre, á una criatura, quemándola en la hoguera que habían encendido con la casa del padre, muerto en defensa de su patria. La declaración hecha por el Sr. Cánovas de estar dispuesto á combatir la insurrección con energía, ha hecho muy buen efecto en todos los círculos donde hemos oído tratar de estos asuntos.

°°°

Si el corazón se entristece ante el odio que profesan á España algunos que tienen nuestro mismo abolengo, también se ensancha cuando recuerdan á España con respeto otros compatriotas de origen, sobre todo si se han hecho un nombre tan ilustre como el de D. José María Heredia en las Letras francesas. Uno de los primeros párrafos de su discurso de recepción en la Academia Francesa dice textualmente: «No recae solamente en el poeta, señores académicos, la honra de haber sido elegido por vosotros: alcanza también á España, nuestra hermana latina, y á mayor distancia, á la tierra americana que se disputaron nuestros padres, del otro lado del Atlántico, cuyas aguas rodean la isla brillante y lejana en que nací.» Digno es de agradecer ese recuerdo en el discurso dedicado á enaltecer la memoria del ilustre publicista Mr. Mazade, su antecesor; tiene razón el poeta D. José María Heredia: España, y creemos que toda América, se enorgullecen con sus triunfos y los consideran como propios.

°°°

Don Eugenio Sellés, que ya había dedicado en otro tiempo á la prensa su drama *Maldades que son justicias*, ha disertado acerca del periodismo en su discurso de recepción en la Academia Española, contestado por el Sr. Echegaray. Había hecho en los periódicos republicanos sus primeras armas políticas, y el tiempo, modificando sus ideas, le afilió al partido del Sr. Sagasta, que le confió diversos gobiernos de provincia. En el teatro obtuvo su principal éxito con *El nudo gordiano*, que estrenó Vico en el teatro de Apolo. La prensa, que no siempre es benévola á todos los que la cultivan, le aplaudió con entusiasmo, contribuyendo á su elección de académico, y el Sr. Sellés ha correspondido con una apología de esta fuerza social, que le debemos agradecer en la parte insignificante que nos toca: tratándose del periodismo, es decir, de nuestra propia profesión, aunque relegados hace tantos años al rincón pacífico de esta Crónica, no podemos pasar por alto algunos conceptos del elocuente discurso que, á nuestro juicio, merecen rectificarse. ¿Es el periodismo género literario? se pregunta á sí propio el nuevo académico con el bondadoso fin de pedir para él fuero literario á la Española de la Lengua. El Sr. Sellés contesta afirmativamente. Pero tanto la pregunta como la conclusión encierran dos conceptos que merecen explicarse: uno relativo al ejercicio del periodismo, otro es de jurisdicción. Cuando escribía el ilustre Pacheco, la profesión de periodista era más limitada que al presente: se componía de director y redactores; actualmente, el periódico de empresa ha ensanchado la acción de los diarios con secciones tan diversas y variadas, que se puede ser periodista sin redactar, y gran periodista que informe y dé al periódico la clave y realidad de los hechos más notables; se puede ser fundador, inspirador y director de un diario sin practicar las letras, con un entendimiento claro y un conocimiento de los tiempos y del público para dirigir aquella maquinaria, como un ministro desempeña sus funciones políticas, sociales y económicas: es, pues, el periodismo una cosa tan vaga, que no admite clasificación, ni, á nuestro ver, la necesita: todo lo que en él sea redacción y ejercicio de las letras, claro que es literario, sin más distinción que el valer propio ó la insignificancia de lo que cada cual produce; y hay noticia tan bien escrita que vale más que un artículo de fondo.

Lo que atañe á la jurisdicción es: si la Academia Española puede, dado caso de que fuera clasificable el periodismo, otorgarle fuero literario. Nadie nos gana en consideración y respeto á las Academias, tanto como cuerpos constituidos por sabios y beneméritos varones, como en el ejercicio de sus atribuciones respectivas. Las de la Academia de la Lengua no alcanzan á conceder fueros literarios á ninguna colectividad, como la de la Historia no puede declarar historiadores á los periodistas, ni políticos ni sociólogos la de Ciencias Morales y Políticas. El periodismo es una profesión independiente, que vive fuera de la jurisdicción de las Academias, y aun muchas veces pretende abusivamente discutir sus decisiones é influir en la elección de sus individuos. Ese favor que se pide para nosotros, y que en su buena intención agradecemos, no podemos ni debemos aceptarle, porque, en realidad, es someter la prensa á la aprobación ó desaprobación de otro Cuerpo que tiene una acción distinta de la suya, aunque, como todo lo humano y social, tenga con ella puntos de contacto, y nada más. Lo que hay que recomendar á la prensa es que respete los fueros é independencia de las Academias, dejándolas ejercer sin presión sus respectivas facultades, pues todos los que disponemos de alguna fuerza nos inclinamos á utilizarla en detrimento de los derechos ajenos; y el periodismo valdrá tanto más, cuanto mejor represente la moral, la justicia, la superioridad intelectual y la conveniencia pública, y huya de ser gritería organizada para halagar malas pasiones y defender mezquinos intereses.

°°°

Y ya que nos hemos ocupado tanto de academias y académicos, podremos añadir en esta Crónica, para agotar el tema, que hoy, día de la fecha de este número, tomará posesión de su plaza en la de la Historia el nuevo académico D. José María Asensio y Toledo, contestándole nuestro amigo el Sr. Sánchez Moguel; que el martes último dió una conferencia muy bien acogida en la Sociedad Geográfica el académico Sr. D. Luis Vidart, acerca del descubrimiento de la Oceanía por los portugueses y españoles; y que pronto ingresará el ilustre orador Sr. Moret en la Academia de la Lengua. Respecto de la recepción del Sr. Balart no tenemos noticias tan seguras. ¡Lástima que para estos casos no se pueda proceder contra algunos escritores por la vía ejecutiva!

°°°

Dos grandes curiosidades artísticas nos trae el correo extranjero. La primera el estreno de una obra musical de Rubinstein en el teatro de Bremen, titulada *Cristo*, y que ha producido gran efecto, si bien parece que los periódicos apenas hablan de la música y elogian principalmente el decorado de los cuadros que representan el Bautismo de Jesús, el Sermón de la Montaña y la Cena. El teatro ha sido cubierto de tela obscura para quitarle su apariencia mundana. Los que hemos visto en escena la Pasión representada en verso, aun con todo eso, nos extraña verla convertida en ópera.

La otra novedad es muy distinta y escultórica. La formación de un monumento grandioso y épico inaugurado en Calais con un grupo compuesto de seis hombres en camisa: son los ciudadanos que en 1347 se sometieron á aquella dura penitencia con una soga al cuello para librar á su país.

°°°

Dos peluqueros recorren la Exposición.

—¿Qué están haciendo á Wamba?

—Le están rapando á la fuerza.

—¿Y por qué no se dejaba cortar el pelo teniéndole tan largo?

—Porque entre los godos era una deshonra.

—¡Pues cualquiera hubiera puesto peluquería en tiempo de Ataulfo!

—Señor—me dice una pobre—en mi casa no hay más que agua en el cántaro.

—Tome usted un socorro.

—Caballero..... esa limosna me corresponde—dice apareciendo otro infeliz.—Yo soy más pobre: no tengo cántaro, ni casa.

Iba á darle la moneda, cuando hizo oposición á ella uno que se arrastraba por el suelo.

—¡A mí, señor, á mí! no tengo casa, ni cántaro, ni piernas.

Cuando pude zafarme de los mendigos, vi descender de un coche un señor tan pequeño, que me maravilló su poca talla.

—¿Quién es ese hombre?—pregunté.

—Es un propietario riquísimo: tiene en Madrid cincuenta ó sesenta casas.

—¿Para qué las querrá?—pensé.—Ese hombre podría vivir cómodamente en un cajón.

—¿En qué se ocupa ese que acaba de salir?

—Pasa su vida revolviendo archivos.

—¿Y produce algo?

—No.

—¡Ya! ordenará los papeles.....

—Ya te dije que no hace nada más que revolverlos.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Exposición Nacional de Madrid.—*Retrato de la Srta. P. B.*, cuadro de Sorolla.—*Estatua de D. Antonio de Trueba*, por D. Mariano Benlliure.—París. Exposición de los Campos Elíseos de 1895.—*En un baile de aldea. La elección de pareja*, cuadro de J. Lubin.

En la Exposición Nacional de Bellas Artes actualmente abierta, presenta Sorolla nueve retratos, todos los cuales confirman su crédito de excelente pintor, sobresaliente en la difícil especialidad del retrato. De dichos nueve cuadros, quizás ninguno tiene el sello clásico español como el de la Srta. P. B., en el que, con singular maestría, ha sabido dar á la figura aquella realidad y soltura que se encuentra en los retratos de Velázquez. Creemos que nuestros lectores verán con gusto la reproducción que de él damos en la primera página de este número.

Otra joya de la Exposición es la admirable estatua de Trueba, obra de Benlliure, muy bien fundida en los talleres de los Sres. Masriera, de Barcelona. El insigne poeta vizcaíno ha resucitado, por obra y gracia del cincel del no menos insigne escultor, pues en su fisonomía y en su actitud descúbrense tales señales de vida, que la ilusión llega casi á los límites de la realidad. Según noticias que á nosotros han llegado, el Jurado concederá á la estatua de Trueba la medalla de honor.

Publicamos copia de esta obra en la pág. 358.

El asunto del cuadro de Lubin (pág. 364) es verdaderamente curioso é interesante. La escena es un baile de aldea, y los personajes tres mujeres del pueblo y dos tenorios, sus paisanos, que las solicitan para bailar. Luego se advierte que no estamos en España. Los rostros y las actitudes son muy otros que en nuestro país. Además, en el fondo hay un cartel que dice: *Vals*. A nuestro pueblo no ha llegado todavía (en buen hora lo digamos) esta novedad, y los bailes no tienen orquesta que toque valses, polkas y mazurkas, contentándose con la guitarra ó la gaita y el tamboril.

En Francia se usan más ceremonias y etiquetas sociales, según lo muestra el cuadro de Lubin, que es un bonito estudio de costumbres.

°°°

NAUFRAGIO DEL CAÑONERO «TAJO».

La noticia del naufragio del cañonero *Tajo* ha sido una de las más desagradables de estos días. El cañonero era pequeño y viejo (llevaba unos veinticinco años en la mar), y hacía muchísimo tiempo que no surcaba otras aguas que las del Cantábrico, entre el cabo Higuer y el faro de Igueldo.

Pero tuvo la temeraria idea de ir á Bilbao á limpiar los fondos, y al volver se perdió á la entrada de Pasajes, por haber chocado con un bajo muy conocido, á que llaman Sosiguchi. Ocurrió el suceso el 29 del pasado de seis á siete de la mañana y con mar bella. A los pocos instantes del choque el vetusto cañonero se fué á pique, pero como la tierra se hallaba á tan corta distancia, arrojáronse á nado los veintiún tripulantes, llegando unos á ella y siendo otros recogidos en una trainera que volvía de la pesca. Sólo murió uno de los marineros, llamado Enrique Lago, muchacho de veintidós años, natural de Vigo. Damos una vista del cañonero en la página 352.

MADRID.

Despacho del general Primo de Rivera.

Ninguno de nuestros lectores desconocerá el pormenor más insignificante del atentado cometido contra el general Primo de Rivera, pues tan minuciosamente le han referido los periódicos diarios, que hay quien le sabe como si le hubiera visto. Por tanto, nos guardaremos muy bien de referir nuevamente la escena, y menos aún de hacer de ella asunto de uno de nuestros grabados.

Nos contentamos con dar á conocer el despacho del Comandante del primer cuerpo de ejército, donde ocurrió el triste suceso (pág. 352). En la mesa de la derecha hay un mapa de Cuba, en el que están señaladas con alfileres las posiciones de las tropas que allí pelean por la patria. La de la izquierda servía de bufete al General, y de pie junto á ella estaba al ser herido, cayendo sobre la silla que á sus espaldas tenía.

D. JOSÉ MARÍA HEREDIA,

de la Academia francesa.

El Sr. Heredia es natural de Santiago de Cuba, donde nació en 1842, de padre español y de madre francesa. Sus gustos, su talento y sus ideas, al calor de ésta nacidos, se fortalecieron con la enseñanza que recibió en un colegio francés, y después estuvo en otro de la Habana.

Este ilustre poeta (cuyo retrato publicamos en la pág. 353) acabó sus estudios en la *Escuela del Chartes* de París. Publicó sus primeros versos en 1862, y después de puesta esta primera piedra al edificio de su fama, la completó poco á poco publicando diversas poesías, sobre todo hermosos sonetos que los críticos más descontentadizos consideran de los mejores de la literatura francesa moderna. El primer tomo de versos le publicó en 1893, con el título de *Trofeos*. Ha traducido del español la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, y compuesto una novela llamada *La Monja alférez*.

Había sido elegido en 1894 para ocupar el puesto de Mr. C. de Mazade. La recepción se verificó el 30 de Mayo pasado, y en su discurso dedicó los dos principales párrafos de su brillante oración, á España. A Heredia ha contestado François Coppée.

MADRID.

El *carrousel* militar.

Quizás ha sido ésta la más brillante de las fiestas del pasado mes de Mayo. Celebróse en la Plaza de Toros, sitio excelente para tales casos, donde caben millares de personas. Toda ella estaba ocupada á las cuatro y media de la tarde de. día 31, á cuya hora llegó la familia Real, levantándose para saludarla todos los concurrentes, al propio tiempo que las bandas de Ingenieros é Infantería tocaban la Marcha Real. En los tendidos de sol estaban los soldados y clases de los regimientos y batallones que tomaban parte en la fiesta. Los de sombra no estaban del todo llenos, aunque muchas personas que deseaban billetes se han quedado sin ellos por no haberlos encontrado: contradicción que explican los periódicos diciendo que en las oficinas del Ayuntamiento se expendieron aquéllos muy mal.

Comenzó la fiesta tocando diana los clarines de caballería y desfilando las bandas á los acordes de la marcha de *El tambor de granaderos*. Entraron luego en el redondel treinta y dos oficiales de Caballería, Estado Mayor, Artillería y Guardia civil, llevando cada jinete un estandarte bordado con la cifra y distintivo del cuerpo á que pertenecía. Dirigidos por el capitán de húsares D. Nicanor Poderoso, hicieron difíciles y vistosas evoluciones. (Véase el segundo grabado de la pág. 353.)

Después de algunos minutos de descanso vino el *carrousel* de obstáculos, ó *juego de vallas*, que fué muy notable, quedando todos admirados del arrojo y destreza de los jinetes. De éstos tuvieron dos la desgracia de caerse. El Sr. Maturana, teniente de Pavía, apenas se hizo daño; pero el señor Auñón, primer teniente de Artillería, quedó debajo del caballo, rompiéndose una pierna por dos sitios.

Acabados los saltos, entraron en la arena nueve bandas militares tocando el pasacalle de *La Dolores*, al que siguió la marcha de *Cádiz*. Luego tocaron la *Fantasía sobre motivos de varias zarzuelas*, de Barbieri, unos números de la *Fantasía morisca*, de Chapí, una jota y la retreta, acabando esta hermosa fiesta con carreras de cintas. Estas las habían regalado S. M. la Reina Regente y muchas damas de la aristocracia.

Los organizadores y directores del *carrousel* fueron el general Ortega, el teniente coronel Jaquotot y el capitán Poderoso, los cuales recibieron muchos y merecidos plácemes por el acierto con que cumplieron su misión.

AGUSTÍN CEVRECO,

titulado coronel insurrecto, muerto en la acción de Palmarito.

Cevreco fué uno de los cabecillas que en la pasada guerra pelearon en la parte oriental de la isla, aunque sin distinguirse entre los de primera fila. Llegó á coronel entre los suyos, y ahora ha sido muerto por nuestras tropas, cuando pensaba quizás llegar á general en el mismo escalafón.



Como verán los lectores en el retrato que con estas líneas damos, Cevreco era mulato.

INSURRECCIÓN EN CUBA.

Bayamo.—Su incendio por Céspedes.—Guerra actual.—El comandante Tejerizo.—D. Marcos García.—El Marqués de Apezteguía.

Bayamo es una de las tres primeras ciudades que los españoles fundaron en Cuba, y por espacio de muy cerca de un siglo aventajó á todas las de la isla en comercio y riqueza agrícola. Está en un llano, á la derecha del río de su nombre, uno de los más caudalosos tributarios del Cauto, á mitad de camino entre éste y la Sierra Maestra.

En la pasada guerra tocóle á Bayamo la triste suerte de que se le ocurriera á Carlos Manuel de Céspedes parodiar en ella el incendio de Moscow por los rusos.

Para que en todo, así en nuestras torpezas como en el obrar de los enemigos de España, sea esta insurrección igual á la anterior, también ahora han salido de la jurisdicción de Bayamo los primeros gritos de guerra. El poblado de Baire, del que tantos días estuvieron dueños los rebeldes, depende de ella. Por cierto que mucha gente no ha caído aún en la cuenta de por qué no fueron nuestras tropas á castigarlos, creyendo algunos que, en efecto, se les dió un plazo de diez días para someterse. La razón de que no fuesen tropas á Baire es que no las había.

Así ha podido crecer la rebelión á sus anchas los dos primeros meses, y así también ha sucedido que cuando llegaron los refuerzos que se mandaron de la Península ya no eran suficientes.

Damos en la pág. 356 una vista de las ruinas del hermoso convento de San Francisco, uno de los mejores que hubo en Bayamo.

De los encuentros que desde el comienzo de la guerra han tenido las tropas, uno de los más gloriosos ha sido el del Ramón de las Yaguas.

Marchaba el comandante Tejerizo con 250 hombres á dicho punto, y de allí á unirse á la fuerza que mandaba el comandante Santander. En la Maya se había racionado la gente, tomando cada soldado una galleta y un pedazo de carne, y había caminado sin novedad hasta el pueblo de Tiarriba, desde donde comenzó á ser hostilizada por el enemigo. Los prácticos equivocaron el camino, y anduvo algún tiempo perdida la columna hasta que volvió á encontrarle, y con él á los que la perseguían.

Llevaba la vanguardia con 40 hombres el capitán Miranda, natural de Santiago de Cuba. A retaguardia iban 60, mandados por el capitán Mahy. En el centro, custodiados por el grueso de la fuerza, los heridos y la impedimenta. La escaramuza íbase avivando por momentos, favorecido el enemigo del espesísimo bosque de ambos lados. En lo más encendido de la pelea cayó el capitán Miranda mal herido de un balazo que le atravesó el pecho, y al caer, gritó: «Me han muerto, mi comandante.» Tan juntos peleaban los nuestros y los enemigos, que éstos oyeron la voz, y no entendiendo de ella sino la última palabra, comenzaron á gritar también: «¡A ellos, muchachos, que les hemos muerto el comandante!» Hubo un momento de vacilación, que pasó luego que vieron los soldados al Sr. Tejerizo corriendo de un lado á otro, para desmentir con su presencia aquel dicho peligroso.

Iba llegando la noche, y con ella se hacía muy grave la situación. Los heridos eran muchos, y más aún los sanos que, por llevarlos, quedaban fuera de combate. No habían comido desde por la mañana ni descansado un momento. Tampoco sabían dónde estaban. Encontraron una casa abandonada, y se metieron en ella á tomar aliento y dar algún reposo á los infelices heridos.

Mientras abrieron aspilleras con los machetes, entraron los perseguidores, que, según vieron entonces, eran más de mil, en otras casas cercanas, hechas de guano (especie de palma), donde creyeron que muy á su sabor podrían guarecerse y atacar al mismo tiempo á la columna. El Sr. Tejerizo comprendió luego el gran partido que podía sacar de la fuerza de penetración de las balas del Mauser, que atraviesan las más gruesas empalizadas, y mandando á los soldados que apuntaran á las casas, rompieron éstos el fuego por pelotones. Sin duda fué muy eficaz, porque los rebeldes salieron de allí á toda prisa.

Intentaron unas cargas á cuerpo descubierto, pero el fuego rápido del Mauser les impidió llegar al choque con la columna, quedando sin gana de repetirlo. Cerró en esto la noche, y comprendiendo el Sr. Tejerizo que al día siguiente no podría continuar combatiendo por falta de municiones, resolvió, después de escuchado el parecer de los oficiales, emprender la retirada al amanecer para meterse en el Ramón, donde había un fuerte defendido por 60 hombres. Ejecutóse esta operación con gran fortuna, saliendo sin ser sentidos y llevándose los heridos y demás impedimenta.

Tres soldados habían quedado dormidos en un rincón, rendidos de cansancio. Sospechando los enemigos que algo ocurría en la casa, acercáronse algunos, á tiempo que los tres rezagados se despertaban y hallaban solos. No tuvieron estos valientes un momento de pánico, antes al contrario, recibieron á tiros á los insurrectos, los cuales se volvieron á su campamento creyendo segura la presa. Entonces salieron la campo los tres soldados y, metiéndose en el monte, caminaron hasta alcanzar la columna.

Llegó ésta al Ramón de las Yaguas y halló quemado el pueblo, abandonado el fuerte y ni un alma viviente en aquellos contornos. No por eso perdieron ánimo. Volvieron á coger sus heridos (aún vivía el capitán Miranda) y caminaron de nuevo sin parar hasta El Caney, donde entraron el martes por la mañana. ¡Desde el domingo no había comido rancho la tropa!

Circunstancia importante: el enemigo había quedado tan quebrantado, que no pudo continuar la persecución de la columna á pesar de que sabía la gravísima situación en que ésta se hallaba.

Publicamos en este mismo número (pág. 356) los retratos de D. Marcos García, alcalde de Sancti Spíritus, y del señor Marqués de Apezteguía. El primero fué uno de los jefes que pelearon en la primera insurrección hasta la paz del Zanjón. Su influencia en el Camagüey es grande y legítima, y hoy está puesta al servicio de la unidad nacional. El Sr. Marqués de Apezteguía, perfecto caballero, sujeto de gran cultura y ardiente español, es persona de gran prestigio en Cuba, y jefe del partido Unión constitucional.

MADRID.

Exposición Artística en el palacio de Anglada.
Aspecto del patio del palacio el día de la inauguración.

La Exposición Artística celebrada en el palacio de Anglada tiene para los anticuarios un interés grandísimo. En ella han estado reunidos y presentes al público curiosos objetos pertenecientes á una sociedad que pasó, no dejando en la historia muy honrosos recuerdos. Inauguróse el día 27 de Mayo último, asistiendo S. M. la Reina y S. A. la infanta Isabel. (Véase nuestro grabado de la pág. 359.)

El artículo del Sr. Mélida, en la pág. 363, dará al lector aficionado á estas materias completa noticia de esta Exposición.

MADRID.

La fiesta ciclista en los paseos del Prado y la Castellana.

Fué ésta una de las novedades de los festejos. Desde las diez de la noche una inmensa muchedumbre invadió la Castellana, Recoletos y el Prado para ver á los ciclistas, que, partiendo del Hipódromo, debían separarse en el Prado, junto al Pabellón de los gremios. A las once en punto rompieron aquéllos la marcha, caminando delante los que montaban bicicletas iluminadas por un solo farol, y detrás las que iban engalanadas con más luces, las cuales pasaban de 60. El efecto era muy bonito, y gustó tanto al público de este espectáculo, que aplaudió con entusiasmo á los ciclistas. Nuestro grabado de la pág. 365, tomado de un dibujo de Huertas, dará idea de esta fiesta á los lectores.

El primero de los premios establecidos para la bicicleta mejor iluminada le ganó el Velez Sport (150 pesetas); el segundo (100 pesetas), D. C. Rodríguez, y el tercero, don L. González.

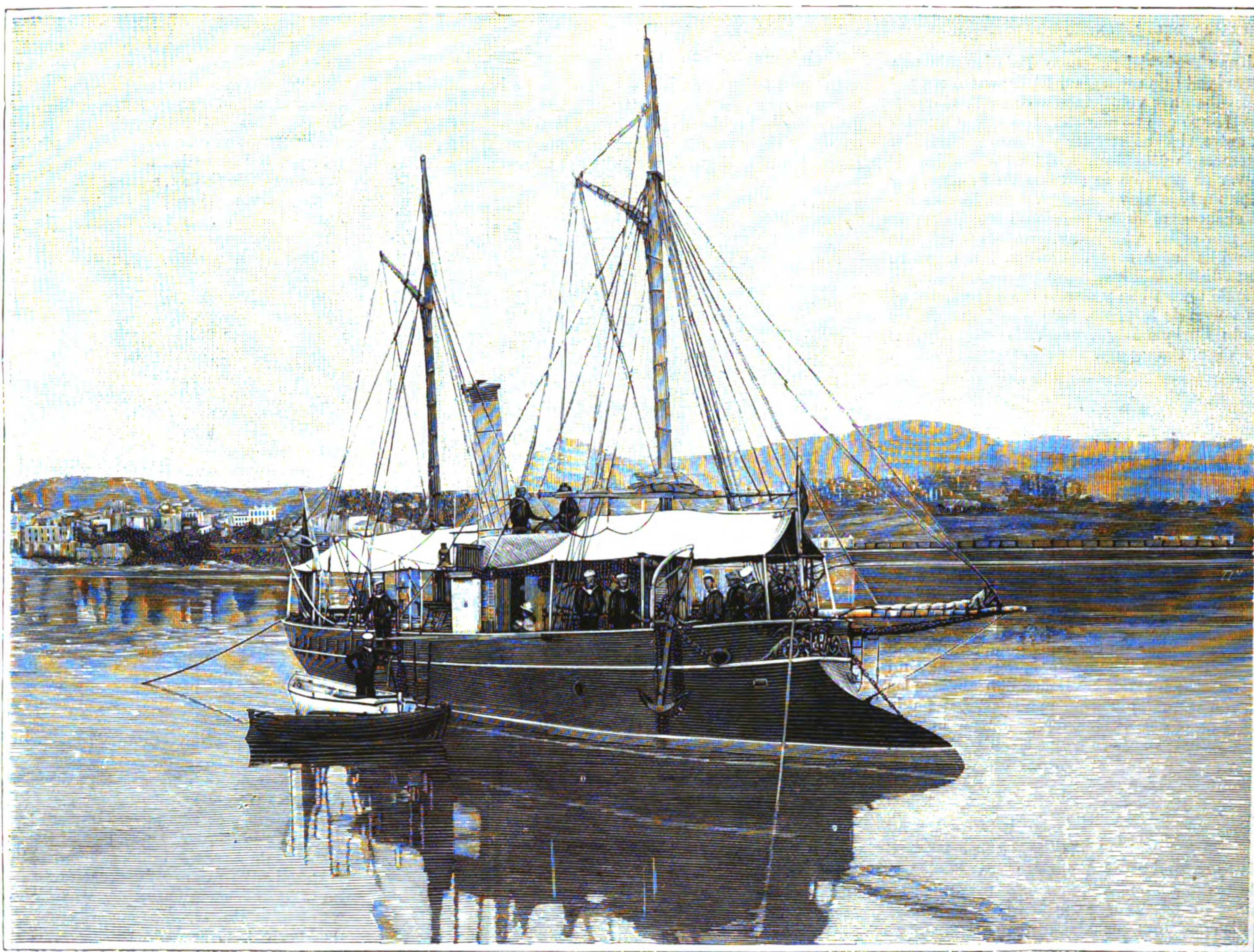
ALEMANIA.

Escuadra española que concurre á las fiestas de Kiel.

En el número anterior explicamos la importancia militar del canal del mar del Norte al Báltico, ó canal del Nordeste, como le llaman los alemanes. Dicha importancia explica la solemnidad de la inauguración, muy justificada también por la magnitud de la obra.

Todas las naciones europeas, incluso Francia, mandan á las fiestas de Kiel barcos que dan buena idea de su poder naval en aquel certamen de fuerzas marítimas.

España no estará mal representada, pues aunque no tendrá allí muchos buques, serán éstos nuevos y de más que mediano tonelaje. El mayor es el *Pelayo*, acorazado de combate, que los lectores de La Ilustración Española y Americana sobradamente conocen, pues son muchas las veces que le hemos reproducido. Tiene 9.900 toneladas, cañones de 42 centímetros y coraza de más de 400 milímetros de grueso en algunos sitios. El segundo es el crucero protegido *Infanta María Teresa*, de 7.000 toneladas y 20 millas de andar, y el tercero el *Marqués de la Ensenada*, de 1.200 toneladas. El *Infanta María Teresa* comienza su carrera con este viaje. (Véase la pág. 364.)



EL CAÑONERO «TAJO»,
IDO Á PIQUE EL 29 DE MAYO ÚLTIMO Á LA ENTRADA DEL PUERTO DE PASAJES.

MADRID.—ATENTADO CONTRA EL GENERAL PRIMO DE RIVERA, COMANDANTE EN JEFE DEL PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO.
INTERIOR DEL DESPACHO DE LA CAPITANÍA GENERAL, DONDE SE COMETIÓ EL CRIMEN.

ESTADOS UNIDOS.

Nuevo *sport* fin de siglo.

En los Estados Unidos han inventado ahora un curioso aparato que hace del hombre una suerte de anfibio, pues le permite estar en el agua con tanta seguridad y comodidad como en tierra. Consiste en una especie de esquife de cauchú, en el que se entra metiendo las piernas hasta la cintura, pues tiene en la parte inferior una especie de pantalones perfectamente impermeables. Una vez dentro del aparato, el que ha de usarlo se dirige al agua y se aparta de la orilla sin temor alguno, pues flota siempre, aunque se lance en un mar agitado. La progresión en el líquido elemento se hace moviendo los pies, y así quedan completamente libres las manos para pescar (véase la pág. 368) ó para la caza de aves acuáticas, en la que también se usa mucho. El aparato llámase *Layman*, del nombre de su inventor.



BICICLETA MOVIDA POR BENCINA,

fabricada por los Sres. Hildebrand y Wolmüeller, de Munich.

La bicicleta movida por bencina, de que damos copia en el grabado de la pág. 368 de este número, es la primera de su género que se ha introducido en España, y la posee el Sr. D. Inocencio Fernández, de Figaredo (Asturias). Puede caminarse en ella con la velocidad de 5 á 40 kilómetros por hora, según el estado de las carreteras, y subir pendientes de 8 á 10°. Su manejo es fácil, graduándose la marcha por medio de una pequeña válvula que maneja el ciclista mediante un botón dorado colocado en el manubrio derecho. Dicha válvula deja entrar en la cámara de distribución y cilindros una mezcla de aire y gases de bencina, que estallan por la alta temperatura que produce una ingeniosa lamparilla, alimentada también por la bencina, pero aislada de dichas cámaras.

Pesa la máquina 63 kilos, y consume medio litro de bencina por hora, lo que representa un gasto de un céntimo por kilómetro á toda velocidad.

Este aparato, por su sencillez y fácil manejo, es sin duda muy útil, pudiendo suplir al caballo con ventaja en muchos casos.

G. Reparaz.



D. JOSÉ MARÍA HEREDIA,

DE LA ACADEMIA FRANCESA.

EXCLUSIVISMOS DE CLASE.

¡SURSUM CORDA!

No encuentro palabras suficientemente expresivas para pintar el desencanto que invadió mi inteligencia de niño, cuando eché de ver que los catedráticos del Instituto provincial, en que yo cursaba las asignaturas del Bachillerato; aquellos hombres para cada uno de los cuales había un altar en mi espíritu; aquellos maestros á quienes juzgué seres superiores y quise mirar siempre con veneración y con cariño, cometían injusticias, mostraban debilidades, incurrían en errores y perseveraban en ellos.

¡Cuán hondas son y cuánto duran las impresiones primeras de la infancia! Todavía no he podido olvidar — ¡y vaya si ha llovido desde entonces!—la tristeza que me causaron aquellas decepciones inesperadas. Contemplaba yo, y lo contemplaba con amargura, cómo unos en pos de otros iban cayendo mis profesores de los elevados pedestales que mi fantasía había labrado para ellos. No, no dejé por eso de quererlos con toda mi alma; no dejé de respetarlos; pero sentí dolor muy profundo y muy grande viendo cómo se empequeñecían á mis ojos, hasta quedarse reducidos á su verdadero tamaño.

Recuerdo bien que una de las debilidades que más me impresionaron fué el exclusivismo intransigente que después he tenido ocasión de observar muchísimas veces en todas las clases sociales. Para el que nos explicaba Retórica y Poética nada había en el mundo que pudiera igualarse al conocimiento de las metonimias, sinécdoques y metáforas señaladas en la oda *Justum ac tenacem propositi virum*, de Horacio, por ejemplo; el catedrático de



MADRID. — LOS FESTEJOS DE MAYO.—ASPECTO DE LA PLAZA DE TOROS AL COMENZAR EL «CARROUSEL» MILITAR.

(De fotografía de Compañy.)

Matemáticas se reía, con irónico desdén, de todo lo que no fuese el binomio de *Newton*, ó el método de *Bezout;* para el Psicólogo eran niñerías las clasificaciones de Cuvier y de Linneo; al *Naturalista* parecían cosa de poco más ó menos las reglas de pretéritos y supinos del *Arte* de Calixto Hornero.....; en una palabra, para cada cual de aquellos sabios guías de la juventud, solamente existía una clase de conocimientos indispensables para todos; los de la ciencia que él explicaba. Aquello era absolutamente necesario, aquello podía aplicarse á todo, aquello era lo verdadero, lo bueno, lo justo, lo importante; lo demás, cosa baladí y de muy poco fuste; cuando más, una especie de adorno que si no estorbaba, tampoco hacía falta para nada.

Algo, mucho hay de esa estrechez de miras, de esa *rastrería* de vuelo (y conste que la voz *rastrería*, traída aquí sin permiso de la Academia, no está empleada, ni debe tomarse, en mal sentido), en la obstinación con que los literatos se quejan un día y otro y otro de la *prensa periódica*, porque—según creen y dicen—los periódicos no consagran á la literatura toda la atención que ella merece.

El periódico diario no puede convertirse hoy, sin perder de todo en todo su carácter, en órgano de determinada clase social. Para eso hay publicaciones científicas y periódicos literarios y revistas profesionales, más ó menos numerosos, según es mayor ó menor la demanda que para cada uno establece el público.

El periódico diario, esa hoja de papel contra la cual no hay quien deje de lanzar una injuria, y á la que no hay quien deje de pedir un servicio, pudo ser, en los años primeros de su existencia, un arma de combate; pudo ser, y fué indudablemente, el conducto por medio del cual los jefes de los partidos políticos transmitían órdenes á sus huestes, ó el vehículo que servía á los apóstoles de una idea nueva para realizar la propaganda ó dar enseñanzas á los catecúmenos: hoy no es eso, hoy no puede ser eso; el periódico es hoy un documento en que aparece escrita y queda estereotipada la vida de todo el mundo civilizado durante veinticuatro horas. Y lo mismo que pasan y se desvanecen los hechos de la vida, así se deslizan y alejan los números del diario: el de ayer habló de una cosa, el de hoy habla de otra; lo que ayer señaló la nota dominante, hoy está olvidado; lo que hoy interesa, no interesará mañana.

¿Es que hay acontecimientos que merecen atención más duradera? ¿Es que sobrevienen hechos que exigen estudio más detenido? Corriente; pero esos ya no son de la competencia del diario; esos no caen bajo su jurisdicción; para esos están el Semanario y la Revista quincenal, y la *Ilustración* y el libro. No corresponde hoy al periódico diario, como algunos suponen, dirigir, ni encauzar siquiera, las corrientes de la opinión. El periodista moderno necesita principalmente saturarse de una especie de fluido que flota en la atmósfera social, condensar rápidamente sus vapores, darles forma, traducirlos al lenguaje del vulgo y trasladarlos á la hoja de papel, en la cual el lector asiduo ó el suscriptor vea al día siguiente cuanto de algún interés para todos ha sucedido en el mundo en las veinticuatro horas anteriores: el choque de dos trenes en los Estados Unidos; la huelga de mineros en Inglaterra; la batalla entre los ejércitos de China y del Japón; la publicación de la última novela rusa; el estreno de la última ópera italiana; el escándalo parlamentario de París; la crisis del Ministerio español; así—como decía el ilustre Campoamor hablando de cosa muy diferente—la prensa diaria

> Pasa de la risa al duelo,
> Pasa del duelo á la risa;
> Así, de prisa, de prisa;
> Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

¿Es esto un mal? Creo que no. ¿Debería ser otra cosa la prensa? Me parece que es lo que debe ser y como debe ser, y que si fuera de otro modo, ni prestaría al mundo los servicios que le presta, ni realizaría los fines que realiza. Pero sin entrar ahora en ese orden de consideraciones, y respetando el parecer de los que opinan de distinta manera, hay que admitir que la prensa hoy es esto, y que, mientras otra cosa no sea, como es hay que admitirla.

Y admitiéndola así, es evidente la injusticia con que se quejan de ella algunos literatos porque no dedica á la literatura tiempo y espacio que necesita para otras manifestaciones de la existencia colectiva.

El ilustre Pérez Galdós, por ejemplo, el novelista eminente, el literato eximio, dijo, refiriéndose á las relaciones de la prensa con las obras teatrales, que al día siguiente de un estreno publican los diarios una impresión ligerísima: «*Y después, así sea la obra elevada á las nubes, así arrojada á los profundos abismos, ya no se vuelve á hablar de ella, ni se la analiza, ni se la toma en cuenta para nada.*»

Y es muy natural y es muy lógico todo eso. El estreno fué la novedad del día; el periódico se apoderó de ella, la registró como tal novedad, y allá aparecerá en el documento vivo del movimiento universal. El periódico no puede, ni debe, ni tiene para qué, hacer otra cosa. Y hace bastante.

Voy á suponer que entre toda la prensa diaria de España se tiren—quiero poner muy poco—*trescientos mil ejemplares;* voy á suponer que cada ejemplar tiene solamente cuatro lectores; *un millón doscientos mil españoles* saben que se ha representado con buen éxito tal drama; que se ha publicado una novela. Supongo que en cada *mil* de esos lectores sólo hay *uno* á quien esas cosas literarias interesan: pues los *mil doscientos* aficionados no necesitan más para buscar el libro, si pueden comprarlo, ó para acudir á ver el drama si tienen dinero.

El periódico hizo lo que debía hacer: registró el hecho, lo lanzó á la publicidad; el resto han de hacerlo: el trabajo mismo, si vale y sirve; los amantes de las obras artísticas, si los hay.

¡Pues contento se pondría el suscriptor si viese que un día y otro y otro, *su* periódico dedicaba columnas y columnas al examen de una novela, y no le decía algo de los sucesos de Cuba, ó de los cambios, ó de las tarifas de ferrocarriles, ó de instrucción pública, ó de esas mil y mil cosas que á todos interesan y que todos desean saber!

¡Ah! de la prensa, tal cual hoy existe, podrá murmurarse cuanto se quiera; pero las personas imparciales y desapasionadas recordarán siempre á los que reniegan de ella aquellos conocidos versos en que el insigne Ventura de la Vega se refería al matrimonio:

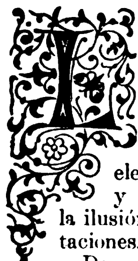
> «.... Y..... ¡qué demonio!
> Mucho contra él se propala;
> Pero cuando todos dan
> En casarse..... vamos, Juan,
> No será cosa tan mala»

Mucho se propala contra la prensa, mucho se murmura de los periodistas; pero cuando *todos dan* en solicitar sus favores y en enojarse por sus desvíos..... vamos, no será cosa tan despreciable.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1895.

Continuación.



Los cuadros de género, ó sea de costumbres, son, como venimos diciendo, el fuerte de la actual Exposición, y en ellos donde sus autores muestran principal empeño en parecer originales y darnos nuevas notas en la forma y tendencias del arte del color y de la luz, elementos éstos cada vez más preponderantes y manejados con más desenfado, para obtener la ilusión de verdad y la fascinación en sus representaciones.

De aquellos países donde el sol destella más fuertemente y el iris se descompone en tonos más brillantes, habían de venirnos las muestras más luminosas y deslumbradoras; y de allí donde el color es más plácido y sin tan ofuscantes reverberaciones, las más frescas y castizas, armonizadas á la tensión más alta.

De los campos casi africanos de la baja Andalucía, en los que durante el verano se presentan los propios espejismos del desierto por el enrarecimiento del aire en contacto con la abrasada tierra, y donde el sol, nunca velado, reseca y calcina con sus rayos de fuego las mieses de oro, tenemos un admirable trozo, como trasplantado con la propia tierra y con el propio sol y ardiente atmósfera.

Fuerte es en todas partes la faena agrícola de la siega; pero en ninguna parte más que allí, donde los duros segadores, sufriendo sobre sus espaldas la carga de aquel sol que abrasa, y recibiendo en la cara todo el vapor asfixiante de la tierra al remover las mieses, van formando las gavillas, sin parar el tajo más que para enjugar el sudor que chorrea por su rostro y calmar su sed con el agua que otros constantemente le proporcionan. Penosísima tarea que recuerda, más que otra alguna, la maldición bíblica.

Interpretación de esta escena más acertada, brillante, movida, real y sobria no cabe que la que el autor del *Idilio griego* de la Exposición de 1887 y el *Establo* de la del 92 nos presenta en su ya famoso lienzo, tan admirable por la novedad, sencillez y maestría de los procedimientos, como por la entereza y resolución para vencer tantas dificultades, teniendo que compartir con sus modelos los rigores del ambiente en que pasa la escena, guiado por fervorosa exaltación artística. Pero el objeto está conseguido, y el cuadro de *La siega en Andalucía*, de Gonzalo Bilbao, no dudamos un momento en calificarlo como una de las más brillantes páginas de nuestra pintura en el siglo, y de una fuerza de originalidad é impresión tal, que no se borra de la mente en mucho tiempo después de contemplarlo y comprenderlo.

Reverso con esta escena hace la que en otro cuadro presenta: tras los cristales de una ventana, en fresca estancia, dos lindas jóvenes celebran interesante conferencia sobre el contenido de una amorosa carta: aquellos encantadores tipos femeninos, gozando de la frescura de las casas sevillanas, que tienen siempre algo del ambiente del harén, que contrasta con la calina exterior, adormeceránse pronto sin duda al halago de sus pensamientos y al rumor del surtidor de la fuente ó del soñoliento chirrido de la cigarra que canta en el jardín, llegada del campo, donde salta muchas veces entre las hoces de los segadores.

Muy distinto carácter tienen las escenas del maestro valenciano que ocupa también primera línea en el certamen: á Sorolla le place orear sus luminosos cuadros con las brisas marinas y bañar las escenas con los cambiantes azafranados del sol en nuestras costas levantinas, cuya impresión constituye sin duda el carácter de su color y sus entonaciones. De él son los hermosos lienzos de la cura del pescador en la bodega de la nave, *La bendición de la barca* y *El mamón*, con los que produce el mayor entusiasmo entre sus admiradores: cuéntenos entre ellos; pero permítanos, á fuer de críticos, que disertemos algo sobre su personalidad artística. ¿Desde su *Otra Margarita* del pasado certamen, el maestro ha avanzado ó ha evolucionado? ¿Es hoy más completo ó más deslumbrador? Aquella obra fué como la hazaña para conquistar el puesto que le otorgara la autoridad de consumado artista; hoy ya, juzgándolo en su producción total, preséntase como audaz y desenvuelto efectista, acometiendo los más atrevidos propósitos y saliendo casi siempre airoso de tales peligros, gracias á su fogoso genio, á su ejecución brillantísima y á ser un colorista deslumbrante, como ningún otro ahora entre nosotros, y un fascinador irresistible: comete incorrecciones, pero incorrecciones geniales que quedan ahogadas por los destellos de sus otras cualidades, como las del orador elocuentísimo que no deja tiempo para notarlas. Es, pues, el joven Sorolla una potencia artística de primer orden que se adelanta arrolladora, pero un tanto peligrosa, no para él, que si no decae tendrá fuerzas siempre para salir airoso de sus empeños, sino para sus secuaces é imitadores, de los cuales ninguno podrá seguirlo, y ofuscados por sus esplendentes notas, caerán en los mayores abismos y desaciertos, perdidos en ellos las severas disciplinas de la forma, nunca más precisas que cuando se desea ostentar las galas más seductoras del arte.

El contraste es patentísimo cuando se comparan las obras de Sorolla con las del insigne Meissonnier español Jiménez Aranda, otra potencia artística en otro sentido: sólo dos expone, pero especialmente la que titula *¡Loca!* es el más acabado modelo de lo que puede alcanzarse por la seguridad y firmeza del dibujo, y por el estudio de la proporción y de la forma, para el total efecto de la verdad y la vida, aun dentro del tamaño reducido. Aquella tabla corre parejas, en cuanto á su mérito, con todo lo mejor de los dibujantes habidos, y hasta en su color se observa una justedad que, sin ser deslumbrador, lo hace intachable.

Quien armoniza más estos elementos del dibujo y del color, tan difíciles de acordar, es, sin duda, Moreno Carbonero: en las obras que presenta sostiénese á la altura de siempre, siquier no sean éstas de las de más empeño; pero el insigne intérprete de nuestros clásicos no falta con su primorosa escena del *Quijote*, escogiendo el pasaje cuando Sancho recupera el Rucio, tan necesario para él en aquel momento en que se veía obligado á seguir á pie, hasta Guinea, al cortejo de la princesa Micomicona. La interpretación del pasaje cervantesco es completa, y las condiciones de pintor que ostenta tan magistrales como en las mejores obras suyas, tanto en ésta como en la contigua *La Fuente en Málaga*, con toda la luz y filigrana en el detalle que sólo él sabe realizar. Cuando se llega en artes á esta altura, las obras producidas adquieren una consideración que las coloca fuera de todos los cambios del gusto, las hacen de todos los tiempos, y nada influye en ellas, ni la variedad de criterio, ni el rigorismo de escuela, satisfaciendo á todos igualmente. La *¡Loca!*, de Jiménez Aranda, y *El encuentro del Rucio*, de Moreno Carbonero, son, sin duda, las obras que más serenamente presencian toda la lucha de tendencias y aspiraciones en el certamen.

También entre las firmas conocidas encontramos, excediéndose á sí propio, á J. García Ramos, el más regocijado y gracioso de los artistas sevillanos. Nunca le hemos visto dar más atractivo y garboso movimiento á la figura que en la de la hermosa morena que se presta al retrato *En su estudio*, y no menos sal andaluza de buena casta derrama su otro lienzo titulado *Hasta verte, Cristo mío*, cuya burlona frase sacristanesca se ve gráficamente representada con magistral disposición y estilo.

Tan consumado maestro inspira y hace seguir sus huellas á otros artistas sevillanos, lo que bien se nota en Alpériz en su *¡Buenas tardes, maestro!*, cuya frase, repetida á diario por el travieso chico, tanto desespera al zapatero, persiguiendo nuestro joven artista con bastante éxito las escenas cómicas de acento popular, y en Paternina, que prepara á sus maleantes *Cigarreras*, para lanzar algún pesado mote sobre el incauto forastero que se atreva á sorprenderlas en sus tareas del taller.

Más modernistas, como ahora se dice, más correspondientes al movimiento general europeo, refiriéndose á lances de vida menos meridional, á ideas y sentimientos que forman el hervor de las pasiones y los deseos del mundo al día, son los asuntos tratados por Cecilio Pla, Cutanda, Uría, Granés, Cabrera, García Sampedro y otros que consignaremos. Cecilio Pla aspira á la categoría de consumado maestro, que en gran parte tiene ya adquirida: en su entusiasmo por el arte que cultiva, no escasea medio para completar su educación y caudal estético; viaja por Andalucía para adquirir el brillante color y la luz que campea en la *Perla del Albaicín*, verdadera perla de aquel mar de cuadros de todas estofas; estudia los tipos, tanto en el pueblo como en las clases más elevadas, siendo igualmente popular que distinguido y elegante; y con dotes de inspiración para pensar por cuenta propia y emocionarnos con páginas de la realidad, acomete dramas pasionales de los que á cada paso ocurren ante nuestros ojos, revistiéndolos con el traje más artístico. Tal se propone con el hermoso lienzo que titula *Lazo de unión:* su

asunto no necesita comentario; al punto se adivina lo que allí ocurre entre los dos jóvenes esposos, cuya dicha conyugal se ve nublada por suceso ó sospecha que desgarra el corazón de la esposa, doblemente simpática por su belleza y por sus lágrimas, que no conmueven sin embargo al marido, duro y desviado por pensamientos que lo alejan más de lo debido del propio hogar: la escena está presentada con toda la naturalidad y galanura que puede conseguir quien de tan brillante modo sabe manejar los elementos de su arte; y sólo es de lamentar que en el cuadro, lo propio que en la realidad, el hijo, es decir, el lazo de unión, no sea tan fuerte que impida que la separación de los padres deje de llevarse á efecto. El hermoso color, la luz y la elegancia de todos los accesorios hacen de este lienzo uno de los más simpáticos é interesantes del salón.

Estos dramas domésticos, estas escenas en que las contrariedades del corazón, el aguijón irresistible de los deseos, el hervor de la vida y la ilusión del favor de la fortuna hacen atropellar todo otro respeto y desgarrar las fibras de los más hondos sentimientos, inspiran con preferencia á nuestros artistas, siendo varios los que vemos representar escenas de este género, aunque no todos con igual fortuna, pero interesando siempre la atención de sus contempladores. La figura de la hija arrepentida que vuelve al hogar implorando perdón y reconociendo su falta, en la que la ilusión intervino principalmente, vese repetida en grandes lienzos, tratada con diverso sentido por Garnelo Alda, García Sampedro, Guillén Pedemonte, Abarzuza y otros; y de aquellas otras irreparables catástrofes que tanto vienen á conmover la vida feliz y las esperanzas de las familias, no faltan tampoco ejemplares dignos de especial mención y detenido estudio.

Existe uno, que lo requiere muy atento. Vulgarísimo en todos sus elementos, sin galas de estilo ni efectismos rebuscados, amanerado de puro escrupuloso en la ejecución de todos sus detalles, y de una simplicidad casi pobre en sus tintas, despierta, sin embargo, el mayor interés del público, y ha llegado á adquirir su favor por razones muy atendibles. El *Contraste*, que así lo titula su autor Vivó Tarín, es un reto lanzado contra muchas tendencias actuales del arte: algo obscuro en su exposición, pues difícilmente se nota el *contraste* que existe entre la pena que reside en aquella sala, por la muerte del ángel del hogar, y la alegría y bullicio que embargan á las máscaras en el exterior, parece por lo demás como si quisiera probarnos que en el arte la paciencia puede sustituir alguna vez al genio; pero la masa general sanciona y aplaude aquella manera de representar los objetos y la escena, que le causa el efecto de lo real, que impresiona su retina de igual manera que el natural en todos sus detalles, que le proporciona la ilusión de lo palpable y lo viviente, sirviendo esto de elocuente lección á los partidarios de todos los extravíos, y adquiriendo por ello indiscutible mérito aquel peregrino lienzo, que marca una senda, con sus peligros, como todas, pero por la que el convencimiento obra sus grandes efectos.

Otras veces el drama trae más fatal é irremediable origen: procede de la profesión misma á que el hombre se dedica para obtener el necesario sustento, arrostrando peligros á diario y pereciendo muchas veces en ellos, por lo que quedan sin amparo varios seres que de él sólo dependían. El poeta, el literato, el artista, en una palabra, no puede por menos que parar mientes en tan humildes como heroicos semejantes, á quienes la suerte condujo á tomar tan arriesgados oficios; y las gentes de mar, en lucha constante con los indomables elementos, son de los que más fijan su atención y les proporcionan interesantísimos episodios.

A gran altura se presenta Cabrera tratándolos en su hermoso cuadro *¡Náufrago!* El pintor de tan grato recuerdo en el último certamen aparece en esta ocasión no menos inspirado, y la escena que á la luz de un relámpago desarrolla en el interior de una cabaña de pescadores, nos interesa y conmueve vivamente. El mar ha cobrado de aquel humilde hogar, cuyas cortinas son las redes y las barcas los escaños, su cruel tributo de vidas humanas. Algo mata y ataca á la belleza total del lienzo la desgarbada figura del marinero que penetra por la puerta, y la poca animación de la mujer; mas el resto del cuadro merece el mayor elogio; los accesorios, magistralmente tratados; la figura del viejo y del niño que duerme en la barca, de una hermosura clásica; la entonación general, brillante y vigorosa; sólo vemos un peligro en ella por el uso halagüeño de las tintas carminosas, cuyo arrebol pudiera llevarlo sin sentir á falsedades del más difícil remedio.

Cutanda, el pintor de los obreros y de los gigantes modernos de hierro, también se inspira en los frecuentes y sensibles accidentes que las rudas y peligrosas faenas de las fábricas suelen proporcionar á cada paso; también allí ha sobrevenido el casi inevitable descuido, y con él la necesaria desgracia, y el *Epílogo* de la vida de constante trabajo de aquel obrero, que la camilla de la caridad oficial conduce á lo que muchas veces llega á ser la antesala de la eternidad.

En ocasiones falta la conformidad á las masas de hombres que viven de sus manos; las excitaciones de los otros aumentan sus dolores y los llevan á la desesperación, y entonces surge *la Conjura* para la venganza, como la representada por Granés y Arrufi en su admirable composición, cuyas figuras están, sin embargo, ahogadas algo por la obscura tonalidad azul que ha creído necesaria para el efectismo tétrico de la escena, y que, á nuestro juicio, la obscurece demasiado teniendo necesidad de acostumbrarse el espectador á aquella luz para hacerse cargo de todo lo terrible que allí ocurre y del talento con que su autor ha sabido interpretarlo. Otras veces llega el levantamiento en masa, la huelga amotinada que acaba en tragedia, como en el hermoso lienzo de Uria, uno de los mejores, sin duda, en este certamen, del género social ú obrero.

Ante un fondo de complicada maquinaria, admirablemente estudiada; desalojado el taller por completo después del alboroto; ocupado ya el local por los agentes del orden y la fuerza armada, ha quedado en el suelo el cadáver de un obrero, víctima de la refriega: su mujer, que lleva al hijo en sus brazos, lo reconoce, arrójase á él, y entre los tres forman el más trágico, desgarrador y lastimero grupo que hoy puede ocurrir a un artista que se inspire en la realidad viviente: el correcto dibujo, la sobriedad en las tintas, la perspectiva lineal y aérea, y el manejo de las luces, tan igualmente aplicados, forman de ésta una de las más armoniosas y acabadas obras que figuran en el certamen. Villegas Brieba, Arredondo y otros se inspiran también en los talleres, antros de los modernos monstruos de la producción, todavía no domados por el hombre, para sus obras, no menos artísticas porque sus asuntos sean industriales.

Pero no todos han de ser tristes, dramáticos ó trágicos los que ocurran representar á nuestros artistas: también los hay que acuden á las expansiones y alegrías de la vida, á los asuntos plácidos y juveniles, á los satisfactorios y enternecedores por la dicha lograda, y entre éstos ocupa primer lugar *La gloria del pueblo*, de Fillol Granell, que nos representa de mano maestra la escena en que el hijo de humilde origen, pero ya ilustre y notable en la corte, vuelve á su pueblo natal á abrazar á sus ancianos padres, que lo reciben enternecidos, acompañados de todo lo más conspicuo del lugar, el regocijado alcalde y el sombrío secretario, el bondadoso párroco y el estirado maestro, los sencillos parientes y antiguos servidores de la casa, todos sus antiguos convecinos alborozados, acompañada la escena por los acordes de la música y el repique de las campanas. Preciosísimo lienzo, sin un detalle descuidado ni una figura que no exprese todo lo que su autor ha querido; inmejorable en el dibujo, felicísimo en todos los tipos y accesorios, y que á tener más brío en su color, un tanto apagado y desabrido, hubiera alcanzado la consideración de una de las primeras joyas de la Exposición.



EL COMANDANTE D. MANUEL TEJERIZO,

JEFE DE LA COLUMNA QUE TAN HEROICAMENTE BATIÓ Á LOS INSURRECTOS EN LAS CERCANÍAS DEL RAMÓN DE LAS YAGUAS (ISLA DE CUBA).

El amor, valiéndose de todas sus tretas, y no respetando para sus escaramuzas ni los lugares más sagrados, inspira á Santa María el hermoso lienzo *A la epístola*, que no la de la misa, sino la enviada por el húsar, es la que interesa á la bella devota, que la recibe por conducto de la discreta intermediaria y sin que su buena madre haga mucho por enterarse, sin duda recordando aquellos tiempos en que también ella empleaba iguales procedimientos. Este distinguido artista también se expone como famoso retratista.

Hernández Nájera nos da la nota popular, juguetona y graciosa, y por lo tanto viva en los colores y desembarazada en el toque, con todo el bullicioso alboroto de los mercados y barrios bajos, sin temor á las dificultades que el tamaño, la luz y el movimiento traen consigo, y proporciónanos con *Levantar el gallo* una obra en la que abundan más que nada los toques y efectos verdaderamente magistrales. Saint Aubin también consigue llevar á cabo una simpática y castiza obra en su *Buenaventura;* Hidalgo de Caviades desarrolla, en medio de un hermoso paisaje, epigramático asunto, quizás, y sin quizás, demasiado atrevido; Tomás Muñoz, el ilustre autor de *Las lavanderas*, nos hace asistir á graciosa escena en una escuela de niñas, de aquellas que, según Bécquer, oídas de lejos parecen, cuando rezan, enjambres de abejas en las tardes del estío; Díaz y Alano, que progresa á grandes pasos, nos conduce á un taller de planchado en el que garridas oficialas se entregan limpidas y laboriosas á las tareas de su académico oficio, venciendo con fortuna las dificultades tácticas en el manejo de tan abundantes blancos; y muchos otros, entre ellos Alcázar con su *Flauto mágico* y Peña con su *Boradillo*, que de citarlos todos harían de esta ojeada y extracto general un detallado estudio, en el que, á nuestro pesar, no podemos penetrar. Pero no por esto debemos omitir ciertos nombres de aquellos más noveles y desconocidos mantenedores que, emancipados ya de toda tutela, y obrando por cuenta propia, se presentan con independencia y valor suficientes para que los consideremos como la reserva de más confianza, según las gallardas muestras que presentan de sus talentos. Entre éstos avanza ya, decidido por el camino de los que serán, Pulido Fernández, que en el lienzo *Ruega por nosotros, pecadores*, aunque aún algo duro y áspero, como los primeros de todos los que luego llegan á verdaderos maestros, nos revela una cepa tan castiza, sana y vigorosa, que podemos esperar de ella los más sazonados frutos. Pedro Sáinz es también joven de firmes y propios alientos, concienzudo, sereno en la ejecución y colorista de grandes esperanzas; y con esto llegamos á uno de los lienzos de antes desconocido joven, que más ha fascinado, tanto á los profanos, como á algunos maestros, y cuyo éxito y significación merece tratemos de explicarnos.

Empezando por lo simpático del asunto *¡A la guerra!*, despedida de soldados en el andén de una estación, que á todos nos ha conmovido alguna vez, debe sin duda la atractiva impresión óptica que produce á lo que venimos sosteniendo de la castiza entonación española pura, y sano y sincero modo de ver y sentir el natural. La retina de Pla y Rubio se halla en perfecto estado fisiológico; percibe sin ningún estrabismo la variedad y la totalidad del color del exterior, y con la destreza que ya posee encuentra pronto en la paleta el tono justo y debido. De aquí el resultado y el efecto que produce; ¿pero es su obra verdaderamente genial y modelo de arte, ó revelación de grandiosas facultades? La corrección y firmeza del dibujo aun está muy lejos de poseerla, y los sorprendentes secretos de la perspectiva aérea y luminosa tampoco le son familiares: entona muy bien, da movimiento á la escena; pero la ciencia pictórica no le acompaña para los mayores efectos. Si de música escribiéramos en vez que de pintura, diríamos que hay un género de ella, elevado, grandioso, profundo, donde el genio tiene que manifestarse en todo su esplendor, propio sólo de la ópera, de la sonata y demás altas manifestaciones del arte del sonido; y otro más ligero, más movido, de factura menos correcta y sabia, pero que con cierta entonación y acordado compás cumple perfectamente con su objeto, llegando por su propia ligereza á obtener la completa popularidad, cual es, entre otros, la zarzuela, por nosotros tan cultivada. El arte de *¡A la guerra!* pudiéramos decir que es un arte de zarzuela neta española, y de aquí su verdadero mérito y el favor general obtenido. Adelante, debemos decir á su autor, que el camino es bueno y conduce á muy provechosos y satisfactorios resultados.

Los asuntos militares no son preferidos ahora por los grandes artistas, antes al contrario, la generalidad de ellos tienen que agradecer bien poco á sus cultivadores: si exceptuamos á Víctor Morelli, Comba, Banda y Pineda, que los interpretan con vigor y bastante estética, los demás se muestran demasiado crueles con los que tienen por enseña el valor y el heroísmo.

Aun pudiéramos decir mucho más de aquellos autores que toman por principal objeto de sus obras la figura humana, tan varia de aspectos y sentimientos. Todavía los de *Perico de los palotes*, *Inválido del arte* y otros tipos callejeros y estrafalarios deben ser considerados como verdaderos artistas; pero hora es ya de que dediquemos algunos renglones á los que, alejándose de la ciudad, buscan en la tranquila contemplación de la Naturaleza motivos para la emoción estética que transmitir después á los demás, al retratar las bellezas del planeta en cuya superficie vivimos.

El paisaje y la marina, estos dos géneros tan desarrollados en nuestros días, en los que tanta novedad y propiedad ha conseguido el arte moderno, no presentan en esta ocasión todo el color de verdad, todo el trasunto del natural que fuera de esperar de sus antecedentes. Espina, que da un paso de gigante en su estudio *En el Pardo* (núm. 269); Urgell, que pretende darnos la triste nota del retirado lugarejo casi salvaje, con la entrada de *El Pedregal*, pueblo *civilizado*, según él mismo nos dice; Enrique Serra, que nos transporta á las insanas y tristes lagunas de la campiña romana, y Vancells, con su paisaje de Tarrasa, parecen disputarse el primer lugar, sin que sea fácil otorgar á alguno de ellos la preferencia; todos son bastante buenos y nos proporcionan muy veraces impresiones de la naturaleza, mas ninguno la ha sorprendido ni retratado en uno de esos momentos tan ostentosos de belleza y poesía, en alguno de esos aspectos tan atractivos, que impresionen profundamente y hagan de ellos la nota saliente del certamen en su género, como otras veces han conseguido. Sánchez Perier, Beruete y García Rodríguez siguen siendo los consumados dibujantes del paisaje, y después de éstos apenas recordamos otros que sorprendan con aguda vista los secretos de la madre Naturaleza.

En la marina acontece semejante caso que en el paisaje: la opinión se decide, sin embargo, por la hermosa mar azotada por el *Sudeste*, de Fernández Alvarado, y otorgaría iguales favores al *Lepanto* de Ruiz Luna, si hiciera desaparecer aquel inútil y desagradable accidente del primer término y diera tanta realidad á la escuadra incendiada como ha sa-



D. MARCOS GARCÍA,
ALCALDE DE SANCTI SPÍRITUS (CUBA).



EXCMO. SR. D. JULIO DE APEZTEGUÍA Y TARAFA,
JEFE DEL PARTIDO UNIÓN CONSTITUCIONAL, DE CUBA.

BAYAMO (CUBA).—RUINAS DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO.
(De fotografía de Gómez Carrera.)

bido darla á las movidas aguas. Otras hay de muy agradable aspecto, que hacen honor á sus autores, como la de Romero Jiménez *Entre dos aguas*, Martínez Abades, Saborit, Solís y otros, pero en los que la sospecha del auxilio de la fotografía instantánea hace exigir de ellos más motivos para convencernos de que sentían las brisas marinas cuando las ejecutaban.

En las flores y naturaleza muerta Gessa sigue siendo el jefe, capitaneando seductora falange de discípulas, tan bellas como el objeto preferente de sus estudios artísticos, y que, con otras independientes ó de distintos maestros, adornan el salón con *bouquets*, como los de las señoras y señoritas de Alcaide, Flórez, Francés (Fernanda), García Imbert, Ginés y Ortiz, San Salvador, Santa María de Mora y muchas más, cuya omisión no responde á falta de méritos, pues igual juicio nos merecen todas de ilustres artistas, como en realidad acontece.

Seiquer sigue encantando con sus juguetones felinos; Jiménez nos dibuja las aves aleteando, como sólo él sabe; y con esto hacemos aquí punto á la pintura al óleo, cuya somerísima revista nos disculpa ante tantos otros autores de verdadero mérito como desearíamos haber citado, pero que, de hacerlo así, hubiera adquirido esta breve reseña la extensión de serie de artículos.

Las representaciones gráficas que se valen de otros procedimientos no han tenido esta vez tan abundante exhibición como en otras ocasiones; pero no por esto faltan en este grupo muestras de especiales condiciones en los que á ellos se dedican. La acuarela, algo dada al olvido, sin llegar á lo maravilloso, aun aparece cultivada con amor por Constantino Gómez y Juliana y Albert; en el pastel, á más de los tan notables citados de Vaamonde, se distinguen Gortuert, Beut Lluch y Ballesteros; en el dibujo al blanco y negro, García Ramos, Ruiz Luna, y *Mecachis* con sus caricaturas, se presentan consumados artistas: y en el grabado, en este arte tan en peligro por los novísimos procedimientos fototípicos, dicen, sin embargo, su última palabra Campuzano y Ricardo de los Ríos, con sus aguas fuertes; y Pérez Martínez, en el boj, con su cabeza del retrato del papa Inocencio X, de Velázquez, admirable como grabado y como interpretación del original.

Dos palabras no más para concluir con lo correspondiente al arte de la línea y del color hospedado en el Palacio de la Industria y de las Artes. En testero aparte de una de las salas, y reunido todo, con raro acuerdo en el certamen, llaman la atención unos lienzos en que lo extraño de sus líneas y sus tintas paran ante ellos á los visitantes. Muchos ríen al contemplarlos, otros tratan de comprenderlos, y aun hay quien los defiende, encontrando en ellos revelaciones de nuevos caminos, que se abren en el campo de la pintura. Llámanse sus autores modernistas, impresionistas, puntillistas y otros apelativos, siendo los que figuran en nuestro certamen meros imitadores de otros sus cofrades, que hace años hicieron cierto ruido en la vecina Francia.

¿Debemos nosotros aceptar algo de lo que pretenden imponer? nos preguntamos después del detenido examen de tales obras. No, y mil veces no, replicamos con todas nuestras fuerzas. Se comprende que en Francia, donde la pintura, á pesar de todos sus esfuerzos, aun no ha podido obtener el dominio de uno de sus principales elementos, cual es el color, ensayara por un momento de ver si por tales vías podía llegar en algo á conseguirlo; pero entre nosotros, en nuestra admirable escuela, que forma una verdadera iglesia ortodoxa, cuyas fundamentales columnas son Rivera, Velázquez, Murillo y Goya, ni podemos, ni debemos admitir por un momento tan morbosos dislates, que hacen suponer en quienes los cometen ó una patológica afección de la retina y del sistema nervioso, ó un afán de llamar sobre sí la atención por la extravagancia, no descubriéndonos, por lo demás, como no nos descubren, ningún nuevo mundo con sus estilos. Sólo exceptuamos de este anatema el dibujo al óleo de Casas, excelente, aunque desagradable por el asunto, *Garrote vil*, en el que se muestra muy aprovechado imitador de Steinlen, cuyas huellas sigue, confundido por su colocación entre los anteriores.

Tal es el compendio, á nuestro parecer, el *substratum*, de la Exposición Nacional presente. Certamen que con tan excelentes é interesantes obras cuenta, que tales novedades y rejuvenecimientos nos patentiza, es digno de la mayor aceptación y de ser tenido como de los que más esperanzas hacen concebir, considerándolo también como felicísimo prólogo de algo grande que llega, y que en el próximo hemos de contemplar en pleno desarrollo, según los ánimos de los más conspicuos expositores.

Para el venidero, *Deo volente*, los esperamos, y pasemos con esto á concluir nuestro trabajo con el examen de la escultura y la arquitectura, la primera de éstas interesante, como pocas veces, en la ocasión presente.

NARCISO SENTENACH.

Concluirá.

HISTORIA DE LA SAL.

I.

Sólo la frase que sirve de título á estas líneas revela la importancia é interés del asunto, pareciendo inútil y ocioso encarecerla con otras razones, que todo lector habrá previamente de anteponer, cualquiera que sea el concepto desde que la considere y el horizonte en que sus opiniones se muevan ó el criterio más ó menos diverso á que la someta. La historia de la sal es, sin duda, la historia de la humanidad, puesto que se refiere á una de las sustancias que diariamente recibe nuestro cuerpo para el constante juego de sus funciones, y como imprescindible para sostener la hoguera de la vida en sus múltiples y complicados trabajos, cuya resultante es la existencia, y de cuya sustancia no puede prescindir para que la llama vital siga esparciendo su calor incesante y sus vívidos resplandores.

La sal ha tenido una participación de primer orden en muchos actos de la vida social, de igual manera que, silenciosa é incesante, la tiene en el organismo reproduciendo la vida. Pudieran escribirse novelas interesantes, trágicos dramas, épicos poemas, así como tiernos y melancólicos idilios, en cuyas cuestiones figurase como causa productora más ó menos inmediata del asunto que se desarrolla, cual acontece con una ráfaga de luz que en medio del obscuro horizonte se inflama y origina un incendio, ó la microscópica semilla que, al andar de los tiempos, produce el gigantesco árbol.

Por lo mismo que, después del pan y el agua, es la sustancia que más se necesita, la ha prodigado la Naturaleza doquiera dirijamos nuestra vista, ya encerrada en las ondas de la inmensidad del Océano, constituyendo la mayor parte del globo, ya también en montañas universalmente conocidas por esa circunstancia, ó en lagos y manantiales salados que se utilizan sobremanera para extraer tan importante cuerpo. Fué, por tanto, conocido y apreciado en su verdadero valor por las sociedades primitivas, que lo hallaron á su inmediato alcance como lo exigían sus perentorias necesidades. Sabido es el hecho consignado en la Sagrada Escritura, relativo á la mujer de Loth, el nieto de Abraham, que fué convertida en estatua de sal por haber desobedecido las órdenes divinas, lo cual indica asimismo el importante papel que al cuerpo cuya historia bosquejamos se le asigna en los libros de mayor antigüedad y en los textos más respetables ante la historia, cuyo dato recordamos como importante factor que debe figurar en esta reseña de recuerdos del pasado de esta sustancia. Toda víctima entre los judíos debía ser consagrada por la *sal*, y los que juraban fidelidad al Rey era preciso que en su presencia comieran sal consagrada.

En los hebreos era, como en los árabes, símbolo de amistad; y los griegos y romanos la conceptuaban, además de condimento, cual una gratísima ofrenda á los dioses, haciendo de ella un uso constante en los sacrificios. Homero la llama divina, y Plutarco dice que es el condimento por excelencia.

En los romanos, además de ser también el símbolo de la amistad, jamás se dejaba de ofrecer al huésped á quien se albergara en el hogar, y uno de los objetos esenciales de la ceremonia del matrimonio era la torta de harina salada que preparaban las Vestales con tal objeto. Su gran importancia reconocida es asimismo por la Iglesia, cuando en el primero de sus siete Sacramentos, ó sea el Bautismo, emplea en tan augusta solemnidad el salero; con lo cual ya se significa que al adquirir el hombre el carácter de cristiano y penetrar en esta religión, se le suministra una de las sustancias indispensables para la vida, y entra á compartir el uso de ese cuerpo con todos los que profesan la misma creencia.

La idea de adicionar la sal á los alimentos fué indudablemente instintiva, y surgió en la mente humana cual imprescindible necesidad, como se satisfacen los deseos naturales y se oyen voces del organismo cuando despóticamente exige lo que ha menester para que se sostengan sus incesantes funciones; sin esperar á que la ciencia lo señale y la experimentación lo reglamente. Por lo cual, las primeras edades del mundo, los pueblos de recuerdo más remoto, los sitios donde han existido vida de seres, de una organización más ó menos análoga á la del hombre, allí hay también que registrar el uso de la sal, como inseparable de aquellos individuos y como uno de los componentes de su alimentación. Sus propiedades más notables fijaron de una manera especial la atención de los hombres desde las primeras y remotas épocas. Su color blanco, purísimo en el mayor número de casos, pero á las veces rojo, amarillo, verde y azul; la fácil solubilidad en el agua, y, más que nada, ese sabor característico, especialísimo, agradable y único, fué motivo para que se conceptuase como tipo de sabores al cual se compararon inmediatamente gran número de cuerpos que á él se aproximaban ó alejaban, pero tomándole siempre por modelo y refiriendo á esta sensación los gustos de otras muchas sustancias. Es, sin duda, uno de los primeros sabores que la humanidad pudo apreciar y que señaló de un modo marcado.

Existen algunas frases de celebridad histórica relativas á la sal, entre ellas la que se atribuye á Laboulaye, al decir: «*Las virtudes cristianas son la* SAL *que impide corromperse á la humanidad*»; y el adagio vulgar de «*Para conocer bien á un hombre es necesario haber comido un poco de* SAL *en su compañía*»; así como las conocidísimas de *sal ática*, aludiendo á la manera sentenciosa de discurrir y de expresarse, por alusión á la clara inteligencia de los atenienses; *sátira llena de sal*, y otro gran número de conceptos que podrían referirse en igual sentido que los ya expuestos. Los negros del Norte de África consideraron en un tiempo la sal como signo monetario, teniendo en cuenta, sin duda alguna, su gran importancia en los usos de la vida, é igualando, por tanto, su valor al signo de la mayor riqueza y de lo que constituía la significación de cuanto interesa en la existencia social, por el papel fisiológico que dicha sustancia desempeña.

II.

El pueblo romano, de imperecedera memoria, cuyo derecho es la fuente en donde las sociedades de nuestra época se han inspirado para sus legislaciones, daba á sus soldados una ración de pan y de *sal*, de cuya costumbre se deriva la palabra *salario*, para significar los estipendios cortos con que se pagan los servicios prestados por personas de condición humilde; lo cual indica la importancia que los antiguos pueblos concedían al cuerpo que nos ocupa. Un antiguo adagio de ese mismo pueblo romano decía: «Nada hay tan útil como el sol y la sal» *(Nihil sole et sale utilius)*, expresando de un modo admirable la importancia de un cuerpo á quien comparaban con la luz espléndida del astro del día, que produce y derrama con sus resplandores las inmensas oleadas de vida, y á cuyo benéfico influjo surge por todas partes la actividad, el trabajo, las manifestaciones vitales, incompatibles con las sombras de la noche y la impotencia de la obscuridad. Horacio, en sus sátiras, expresa una gran idea en aquellos preciosos é inmortales hexámetros, de los cuales brotan torrentes inagotables de poesía, al decir que el *pan* y la *sal* ahogan los gritos y extinguen las aterradoras voces de un estómago que se queja. Plinio habla de pantanos salados en la isla de Creta y en algunos puntos del litoral de Italia y de Africa. Pero había muchos puntos del vasto Imperio romano, dominador entonces del mundo, donde se explotaban con provecho diversas fuentes saladas, que se conocían y determinaban perfectamente como verdaderos orígenes de riqueza, dándoles toda la importancia y consideración que merecían. Ya nos dice él mismo, que además de los usos comunes en la preparación de los alimentos, empleábase en su tiempo para la salazón y conservación de carnes y pescados, impedir la corrupción de los cadáveres, y como medicamento en muchas enfermedades; y refiere Warrón que los habitantes de las orillas del Rhin reemplazaban la sal marina y la sal fósil por la porción salina de las plantas que quemaban, á pesar de su causticidad y de la notable diferencia que ofrecía con la verdadera sal. También refiere Plinio que la sal que se explotaba en Agrigento y Tragasea resiste al fuego y no decrepita, pero que, sin embargo, puesta en el agua, hace efervescencia *(ex aqua exilit)*; con lo cual se indica perfectamente que ya les era conocida la sal gemma análoga á la que existe en Vieliscka, en Polonia, donde, como es sabido, produce el fenómeno de la efervescencia en el agua, á consecuencia del gas llamado en química carburo tetrahídrico, alojado en el interior de su masa. Es decir, que ya en esa época se distinguía perfectamente la sal que contiene gases en su interior de la que no reune esta circunstancia.

Hay descripciones muy antiguas donde se dan pormenores de los campos cubiertos por una vasta sabana blanquísima y preciosa que los semejaba á inmensa nevada de pintoresco y artístico aspecto, producida por la evaporación de aguas que llevaban en disolución la sal, y los ardientes rayos del sol, al eliminar la parte acuosa, dejaron como aprovechable residuo la sustancia salina; todo lo cual indica que procedimiento tan sencillo de obtención era ya practicado en remotas épocas. Es tradicional que los egipcios beneficiaban desde muy antiguo la sal por este medio; lo que se halla en perfecta armonía con el ardoroso clima de aquel país, en que un sol abrasador baña el suelo en los prolongados días de sus estíos, incompatibles muchas veces con una perfecta salud, pero que se utiliza para realizar operaciones como la indicada, la cual se consigue de un modo completo y rápido.

En algunos pueblos orientales, cuya imaginación se prestaba á las más fantásticas ideas, el comer de la misma sal constituía un motivo de fraternidad que impedía en absoluto ocasionarse daños mutuos y agravios en cualquier sentido, siendo por el contrario causa de protección; y se citan algunos hechos realmente admirables, así como también pactos de paz y escenas de concordia y reconciliación realizadas de tal suerte, siendo más significativo y solemne el hecho de tomar varios de la misma sal, que el de compartir el pan ó el de tender sus afectuosos brazos para estrechar en su corazón al amigo del alma ó al deudo idolatrado.

III.

Objeto de tributación por parte de los Gobiernos, se remonta este tributo en Francia á principios del siglo XIV, aun cuando muchos señores feudales lo habían ya establecido en sus respectivos dominios, si bien de una manera definitiva no tuvo lugar hasta la época de Luis XIV en 1680, imponiendo severas penas á los contraventores del impuesto, que fué suprimido en 1.º de Diciembre de 1790.

En España, como es sabido, formó durante largo tiempo, con el tabaco, parte de los productos conocidos con el nombre de estancados, que se administraban por el Estado y constituían uno de los arbitrios de la Hacienda pública, y hasta hace muy poco existía una contribución con el nombre de la sustancia que estudiamos. La fabricación y venta de la sal fué libre en España por la ley de 16 de Junio de 1869, que empezó á regir desde 1.º de Enero de 1870. A mediados del siglo XVIII se vendía la fanega de sal á 16 reales y 23 maravedises, que fué sucesivamente aumentando hasta que en 1794 valía 28 reales y 23 maravedises. Con motivo de la guerra con Francia en 1795, llegó á valer 52 reales 23 maravedises; pero luego fué reduciéndose en los sucesivos años, y en 1820 valía 20 reales al pie de fábrica.

Reales órdenes posteriores facilitaron la adquisición de la sal á las industrias que la necesitaban como primera materia, cuales son los fabricantes de barrilla y jabón, vidrio, cristal, loza, saladores de carnes y fabricantes de conservas alimenticias y quesos. Pero con justicia la han denominado algunos *azúcar del pobre*, y á la Administración pública incumbe facilitar á todo trance los medios de su adquisición, porque es indudable que su consumo indica el grado de bienestar y de salud de un pueblo. Citaremos en este concepto como curioso dato que en el año económico de 1867 á 1868 se consumieron en España 186.689.904 kilogramos, que valieron al Tesoro más de 100 millones de reales, cuyas cifras son más elocuentes que todos los razonamientos que pudieran aducirse en pro de la facilitación de su empleo.

¡Cuántas consideraciones pueden deducirse de que la sustancia que penetra en nuestros alimentos en forma de sal lleva el germen de la vida á todas las partes de nuestro sér, alimentando la combustión que forma la existencia, está representada hasta en las lágrimas que vierten nuestros ojos por algún pesar, como si la vida y el dolor se hallasen enlazados mediante un cuerpo que la ciencia encuentra en ambas manifestaciones!

Las guerras con todos sus horrores presentan en sus crónicas casos múltiples en que la sal ofrece papel interesante



ESTATUA DE D. ANTONIO DE TRUEBA,

POR D. MARIANO BENLLIURE.

(NÚM. 1.272 DEL «CATÁLOGO».)



MADRID.—EXPOSICIÓN ARTÍSTICA EN EL PALACIO DE ANGLADA.—ASPECTO DEL PATIO DEL PALACIO EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN.

(Dibujo de Alcázar.)

y motivo de combate aun en ocasiones en que se trataba de luchas fratricidas.

La misma profusión con que la naturaleza ha producido esta sustancia doquier se dirija la mirada, merece que el historiador consigne algunos de los sitios en que es tradicional haberla encontrado, aunque en diversa cantidad; lo cual ha tenido lugar en todas las latitudes, ya se consideren los abrasadores climas de la zona tórrida ó las heladas regiones circumpolares, por ser uno de esos factores que han de estar á nuestro alcance como la luz que ilumina nuestra frente ó el agua que templa la sed que nos devora.

En nuestro país la fama de las minas de sal de Cardona es universal y justísima. Tanto es así, que este pueblo de la provincia de Barcelona, de cuya capital dista catorce leguas, y no falta quien atribuye dicho nombre de Cardona á sus minas de sal gema, mencionadas ya por Aulo Gelio, y parecerse los caprichosos y variados colores que presenta la sal á la piedra sardona ó sardónice; pero aun cuando dicha etimología no esté comprobada, lo seguro es que la montaña de sal de cien metros de elevación y casi una legua de circunferencia es conocida y celebrada desde tiempo inmemorial. Las formas bajo las cuales se presenta la sal en esa célebre mina son á cual más caprichosas, fabricándose con esta sustancia multitud de artefactos y de objetos, entre los cuales hay preciosas estatuas, mesas, cruces, figuras, adornos, candeleros, sujetapapeles, relojes y otra porción de fantásticos juguetes formados de sal. Refiérese que una colección de ejemplares de esta sal, recogidos en Cardona por un particular en los primeros años de este siglo, presentaba tal conjunto de bellezas, en colores jaspeados, dibujos, aspecto y cristalización, que llegó á pagarse entonces, por su adquisición para un museo extranjero, hasta cincuenta y tres onzas de oro.

Nos llevaría muy lejos de nuestro propósito enumerar, siquiera fuese á la ligera, la historia de las minas de Wieliska, en Polonia; la de los grandes criaderos de sal gemma de Asia y Africa, y otros del Perú y Chile, así como de los lagos salados de Rusia y Hungría, y de Montmorot en el Jura, por lo cual prescindimos de este estudio.

Refiérese que de la sal de Wieliska se hizo una preciosa escultura, la cual llamó la atención de Napoleón I en sus campañas, cuando recorrió esos países, hasta el punto de que ordenó se trasladase á París. Pero las esperanzas de poderla admirar en la capital de Francia quedaron desvanecidas, por haberse delicuescido la estatua casi por completo y deshecho, mediante la influencia de la humedad atmosférica, incompatible en determinadas condiciones, como es sabido, con la conservación de este cuerpo.

La sal, que dentro de prudenciales y limitadas proporciones constituye un abono para las tierras, produce, cuando es en mayor escala, esterilidad completa y una falta de vegetación que, aunque pasajera, es desconsoladora como el frío de la muerte. En vano buscaréis en aquellos lugares ni flores de espléndidos matices ó perfumados aromas, ni plantas de vistoso porte, porque muere en ese caso todo vegetal allí existente; y este efecto fué ya de muy antiguo conocido, pues los pueblos orientales sembraban de sal los terrenos que deseaban esterilizar, como realizó Abimelech en las ruinas de Sicham. Fué durante mucho tiempo una pena que se impuso á los que les confiscaban sus bienes, cuyas posesiones se llenaban del referido cuerpo, para matar allí toda vegetación é impedir que se produjera nada fructífero ni aprovechable en esos sitios.

IV.

Considerado el asunto á la luz del horizonte científico, seguramente han de marcarse los albores de una porción de estudios que se han agigantado más tarde, hasta constituir hoy inmensos y complicados conocimientos en que la sal representa un papel de primer orden. Bastará citar con este motivo lo que en tal concepto ocupa la atención del químico, el médico, el farmacéutico, el ingeniero de minas, el geólogo y el mineralogista, para distinguir una copiosísima biblioteca en que la sal común constituye el asunto preferente. La bibliografía de este cuerpo formaría por sí sola muy abultados volúmenes.

La ciencia química se ha ocupado, como era consiguiente, en gran número de sus inmensas páginas, de la sal, bajo múltiples conceptos, en los que no entro por no ser este un trabajo técnico, en modo alguno. Considerada la palabra sal como genérica, por abarcar á muchas sustancias, aun cuando en su origen reconozca como tipo el cloruro sódico, ha sido su definición asunto de controversias repetidas y de ruidosas discusiones, acerca de las cuales todavía dista mucho de haberse dicho la última palabra, ni de ponerse de acuerdo los sabios.

La voz latina *sal*, trae su origen etimológico de mar ó agua salada. En este mismo sentido está inspirada la palabra griega *als*, ó sea mar; *salos*, fluctuación ó agitación incesante de las ondas y movimiento del oleaje; la escandinava *salt*, y las sanscritas *sala* y *salida*, para llegar al *halos* de los idiomas aborígenes de la raza latina, de que todavía hay representación viva y usual en el tecnicismo de la ciencia, al denominar algunos cuerpos que recuerdan perfectamente este radical. Sus nombres en diversos idiomas responden á la idea de su origen: *Sal*, en castellano y latín; *Sél*, en francés; *Sele commune*, en italiano; *Steinsalz*, en alemán; *Koksalt*, en sueco; *Common salt*, en inglés; *Porerennaia sol*, en ruso: tienen la misma raíz, y en ellos se recuerda un mismo germen, siquiera varíe en la construcción de la palabra con arreglo á las exigencias de la gramática de cada país; pero veremos siempre ligeras transformaciones de un mismo sonido, que en muchos pueblos ha tenido una acepción parecida al denominar una sustancia que á toda hora necesitaban mencionar. Sus denominaciones técnicas son la revelación más exacta de las fases que ha tenido la nomenclatura química, cuya obra es el monumento de gloria más brillante que puede erigirse á sus inmortales autores; así es que después de la palabra sal gemma, las voces de hidroclorato de sosa, muriato de sosa, *natrum muriaticum*, y en definitiva cloruro sódico, que expresa de una manera exacta su constitución, componen una sinonimia mediante la cual podrá ser este cuerpo universalmente conocido y en todo país culto asignado con esa unanimidad que resulta ante las obras revestidas de una aureola de perfección, cual acontece con la referida nomenclatura.

También se ha usado la sal en medicina desde remota época. Comprendióse por las primeras sociedades que una sustancia dotada de las especiales condiciones de este cuerpo había de ser al propio tiempo que indispensable en el estado de salud (no abusando de su empleo), convenientísimo muchas veces para recuperarla, cuando por desgracia se perdía, ó sea usarla como medicamento. Los progresos de la fisiología y de la higiene, apoyados en la química, han llegado á determinar que la cantidad de sal que el hombre debe consumir en el espacio de veinticuatro horas, para que su salud sea perfecta, es de 12 á 20 gramos; que existe en la sangre en proporción de $\frac{5}{1.000}$ y que comunica fuerza y vigor al organismo, habiendo observado en Rusia los funestos resultados producidos por haber, en mal hora, intentado en aquel país suprimirla á algunos desgraciados esclavos y á los penados, que pronto la palidez de su rostro, la vaguedad de la mirada, la lentitud de su marcha eran los precursores avisos de que aquella vida, antes vigorosa y fuerte, se hallaba próxima á extinguirse, como luz falta de combustible ó máquina sin fuerza impulsora.

En definitiva, pueden consignarse como sintéticas las siguientes conclusiones prácticas:

1.ª El conocimiento de la sal data de las primeras edades humanas.

2.ª Que su necesidad imprescindible para la vida ha sido motivo fundado para que conste en la historia de todos los pueblos y haya figurado en acontecimientos importantes y formado el emblema de algunas instituciones.

3.ª Que la ciencia ha intervenido en este asunto después que las ideas vulgares lo conocieron, y apreciaron, y corresponde en primer término á la Química y á la Mineralogía, así como á todos sus derivados, la honrosa misión de estudiar lo que á tan importante sustancia se refiere.

4.ª Que la sal se ha usado asociada á los alimentos de una manera instintiva desde los primeros tiempos de la existencia, hallándose en este concepto enlazada con la historia del pan, de cuya composición forma parte, y que debe llenar no pocas páginas de la Historia, desempeñando importante y trascendental misión, por multitud de causas, lo mismo en la mente del legislador que regula los derechos y señala los deberes de los pueblos, que del médico que cuida del perfecto equilibrio de los actos vitales, auxiliado por los datos del químico ó el farmacéutico.

5.ª Que, por gran número de motivos, tiene la historia de la sal un interés que comprende por igual al hombre de ciencia, al que se dedica al comercio, á la administración ó á la industria, al estadista y al legislador, al economista, al literato y al erudito, hallando todos, y cada uno de ellos, gran caudal de ideas en que inspirarse para llevar presurosos á sus respectivos campos ricos gérmenes que han de fructificar, produciendo hermoso y florido verjel de utilísimos conocimientos y de datos de sin igual precio.

DR. JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.
De la R. Acad. de Med. y correspondiente de la de Historia.

LA CANCIÓN DE LAS ESTRELLAS (1).

(FRAGMENTO DEL CANTO PRIMERO.)

I.

¡Oh sol, oh regio sol de Andalucía,
Besa mi frente y con tus rayos de oro
Corona mi laúd! ¡Oh frescas rosas
De los jardines béticos, perfumes
Y colores prestad á mi poesía!
¡Oh esquivos ruiseñores melodiosos
Que moráis en los bosques de mi patria,
Las perlas derramad de vuestro canto
Sobre el metal sonoro de mis versos!.....
¡Sol, rosas, ruiseñores, embriagadme
De fragancias, y músicas y lumbres,
Y así podré narrar la breve historia
De un tierno amor, en lágrimas bañado,
Como azucena henchida de rocío!

II.

Bajo el sereno azul la primavera
Toda desnuda y luminosa ríe.
A la vívida llama de sus ojos
Las fuentes y los lagos centellean,
Luce la húmeda hierba su esmeralda
Y palpitan los puros corazones.
Mayo, el alegre mes de las caricias,
Sus alas de oro en los espacios tiende;
Llena los prados de vistosas flores,
Y las almas de fúlgidas auroras.
En los fecundos campos todo canta.....
Ingente lira es cada bosque, endecha
Cada rama florida, grato idilio
Cada verjel: Naturaleza entona
Al erótico Mayo himnos triunfales.
Sí, todo canta: desde el claro arroyo
Que al pie de la persiana de los juncos
Su flauta de cristal, plácido tañe,
Hasta el primer amor que alza en los pechos
Juveniles su bella serenata.

(1) Poema en prensa.

III.

¡La serenata del amor, divina!.....
¿Quién no oyó sus dulcísimos acordes?.....
¿Qué virgen corazón de quince años
No ama bajo el imperio de las rosas?
Tiempo fascinador en que desciende
Apolo del Olimpo; las estrellas
Como un coro de ninfas nacaradas
Se bañan en las olas de zafiro;
Lleva la brisa aromas de claveles
Y de jóvenes senos; la mañana
Su collar de luciente pedrería
Rompe sobre los prados y las flores;
Bajo el lascivo pámpano sonríe
La bacante feliz; entre el follaje
Vuela del ruiseñor la estrofa de oro.....
Y enamorada la radiante musa
Acaricia en sus brazos al poeta,
Y enciende en él la esplendorosa llama
Que cambia el hombre en Dios!... ¿Quién no ha escuchado
En las tranquilas argentadas noches
El áureo bandolín?

IV.

¿Veis esa huerta
Que, arrullador, abraza el caudaloso
Guadalquivir triunfante?..... Ella es la amada,
La hermosa favorita del gran río,
Próvido rey de la andaluza tierra.
Alguna vez irrítase el monarca
Y, desbordado el bramador torrente
De su temida cólera y sus celos,
Deshace la guirnalda de la huerta
Y su resplandeciente vestidura.
Pero después, calmados sus enojos,
Gentil y halagador, á su querida
Orna con verde túnica de raso,
En su frente coloca una diadema
De hojas y frutos, y á sus pies floridos
Palmas de plata, enamorado, arroja.
Bien merece esa huerta ofrendas tales:
Que es un edén. Relumbra entre sus ramas,
Como el nevado cuerpo de una ninfa,
La morada blanquísima y risueña
Del hortelano, placentero albergue
En cuyo alero arrullan las palomas
Y fabricó su nido alicatado
La inquieta golondrina. En la fachada,
Que orlan y alegran pámpanos frondosos,
Brillan al sol, como pupila verde,
Los vidrios de una rústica ventana
En cuyo marco embalsamadas flores
Dan su perfume y el amor su trova.
¿Cómo no ha de sonar el dulce canto,
La serenata del amor, divina,
En la ventana rústica, si en ella
Todos los días, al rayar el alba,
Peina su fina cabellera de oro
Una niña feliz! Blanca es su nombre.
Doncella más hermosa no ha nacido
En las comarcas que fecunda el Betis.
Su cuerpo virginal gallardo ostenta
La airosa curva y el contorno puro
De ánfora griega; en sus celestes ojos
Luce el fulgor sereno de los astros;
Sobre su fresca boca la sonrisa
Vuela como pintada mariposa
En torno de un clavel, y su ovalado
Rostro de nieve irradia entre el sedoso
Rubio cabello, como la hostia blanca
En el cerco de aurífera custodia.
Hija del dueño de la huerta alegre
—Rudo trabajador de piel tostada
Y mano encallecida—la doncella
Tiene en el noble pecho de su padre
Un trono y un altar.

V.

Gentil mancebo,
Llena la tersa frente de ilusiones
Y los ojos de sol, una mañana
Que cruza por la huerta, ve este cuadro
Con resplandores de égloga latina
Y destellos de aurora. Sobre un tosco
Banco sentada y á la grata sombra
De un dosel, que jazmín pomposo y alto
Formó con su follaje y con sus mudas
Campanillas de plata, está la hija
Del hortelano, bella y floreciente
Como abierto rosal. Velan y ciñen
Las sagradas turgencias de sus formas
Un pañuelo de seda, purpurino,
Y un blanco traje de percal, crujiente;
Completando su linda vestidura
El manto brillador de sus cabellos
Que por su espalda desatados ruedan.
En torno de la niña, cuya mano
Esparce rubio trigo, una bandada
De ligeras palomas aletea
Y lanza sus arrullos gemidores.
Una de pluma azul se posa erguida
Sobre el hombro de Blanca; otra despeina
Con sus alas de nácar sus cabellos;
Otra en su limpia falda se cobija,
Y otra, la más feliz, hunde su pico,
Como en un rojo casco de granada,
En los carmíneos labios de la hermosa.
....

MANUEL REINA.

RECUERDOS DE OTRA VIDA.

Á LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE ALELLA,
QUE ME INSPIRÓ ESTE CUENTO.

Conclusión.

Mi prima y yo llegamos á París, á la una de la madrugada, con cuatro horas de atraso. En la estación del Norte, término del Sud-expreso, nos aguardaba, llena de ansiedad, nuestra tía, la señora de Alvarez, que no había visto á Dolores desde que ésta salió de aquella capital, á la edad de cinco años. Nos ofreció su casa con reiteradas instancias, y la acepté gustoso, porque el estado de la niña, que después de la escena del tren me inspiraba vivísima inquietud, exigía los cuidados de una persona de la familia, siendo además preferible una casa particular á la fonda. Nos instalamos, pues, en casa de nuestra parienta, que ya tenía preparadas las habitaciones, y dejando en la suya á Dolores, que estaba rendida del viaje y se acostó en el acto, me recogí en la mía.

A pesar del natural cansancio de treinta y cuatro horas de ferrocarril, me levanté temprano y di cuenta á mi tía de la extraña perturbación mental de Dolores, de que no poco se sorprendió la buena señora. Recordé que un mi amigo, médico alienista español, director de un establecimiento hipnoterápico, se encontraba accidentalmente en París, y me dirigí en busca suya al hospital de la Salpetrière, donde se dedicaba á perfeccionar sus estudios sobre las enfermedades de los centros nerviosos, en las cuales era aventajado especialista. Tuve la fortuna de encontrarle y de que, á una simple indicación mía, se prestase de buen grado á la inmediata asistencia de mi prima.

La cual dormía aún cuando el doctor y yo llegamos á casa.

—¿Quiere usted que despierte á la niña—preguntó la señora de Alvarez al doctor, mientras nos invitaba á tomar asiento en la sala.

—No, señora—dijo el médico;—antes me permitirán ustedes que les dirija varias preguntas. El señor me ha referido detalladamente lo ocurrido en el tren, y deseo conocer algunos hechos, que juzgo necesarios para hacer el diagnóstico. ¿Qué edad tiene Dolores?

—Catorce años—contestó mi tía.

—¿Alguna persona de la familia ha padecido de trastornos nerviosos?

—Ninguna—dije yo.

—Y usted, señora, conoce á la niña desde su infancia.



En la estación del Norte nos aguardaba nuestra tía.....

—¡Hé aquí el cuerpo del delito!—exclamó el médico poniéndose de pie.

—Nació en París, en esta misma casa y fuí su segunda madre, hasta que, á la edad de cinco años, marchó con sus padres á Madrid.

—Mientras estuvo usted en su compañía ¿notó en ella algo de extraordinario?

—Viveza de imaginación y sensibilidad exquisita. Tenía verdadera pasión por todo lo maravilloso; pero como esto es tan común en los niños, no le di importancia.

—¿Y usted, amigo mío, durante la permanencia de la enferma en Madrid observó en ella excitaciones inmotivadas, vértigos, monomanías, rarezas?

—Ninguna; pero ha revelado siempre un carácter concentrado y serio, impropio de sus años.

—¿Y cuáles son sus aficiones?

—En primer lugar la lectura. Sabe al dedillo la Historia de Francia, particularmente en la época de Carlos VII. Conoce con sus menores detalles la vida de Juana de Arco.

—Ya de muy niña—añadió la señora de Álvarez—era su heroína favorita. Me importunaba con frecuencia para que le refiriese su biografía.

—¿No recuerda usted cómo comenzó esta predilección por la célebre doncella de Orleans?

—No, señor.

—¿La vió en la escena?

—No fué nunca al teatro mientras estuvo en París.

El doctor se quedó un rato pensativo, y fijando maquinalmente la vista en un cuadro que adornaba el salón, dijo:

—Durante sus primeros cinco años, Dolores vivió en esta casa, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Y entonces tenía usted ya ese cuadro?

—¡Ah! sí, señor: y por cierto que estaba enfrente de la cama de Dolores.

—¡Hé aquí el cuerpo del delito!—exclamó el médico, poniéndose de pie.

El cuadro representaba el suplicio de Juana de Arco: era una litografía iluminada, copia de la obra de Eugenio Déveria, existente en el Museo de Angers. La heroína aparece de pie sobre la hoguera que encienden los verdugos, mientras un sacerdote le presenta una cruz.

—*Corpus delicti*—repitió el médico mirando atentamente el cuadro.—Señora, despierte usted á Dolores, y que se vista en seguida.

Y mi tía nos dejó solos.

—¿Cómo se explica usted el origen de la enfermedad, doctor?

—Sencillamente: la niña era un *sujeto* extraordinario: veía con mucha frecuencia este cuadro, y acabó por identificarse con el personaje principal. ¡Nos encontramos en presencia de un caso de *autosugestión!*

***

La señora de Álvarez nos anunció que Dolores estaba levantada y que podíamos entrar en su habitación. Lo hicimos así, y el doctor, con mucha afabilidad y cariño, evitando toda alusión á la escena del tren y á la extraña monomanía de la enferma, sometió á ésta á un interrogatorio; la pulsó, y la exploró, y terminó diciendo que no tenía más que una ligera indisposición.

—Voy a recetar—añadió, dirigiéndose hacia la puerta; pero de pronto volvióse bruscamente, y clavando sus ojos, que parecían saltar de sus órbitas, en los de la niña, la fascinó de tal suerte, que la rigidez de sus miembros, la expresión de su semblante y la inmovilidad de sus pupilas, como atraídas y subyugadas por misterioso imán, dieron claras y manifiestas señales de que estaba hipnotizada.

Yo sentí miedo, y mi tía se llenó de terror ante aquella imponente escena.

—Tú fuiste Juana de Arco, ¿no es verdad?—preguntó el doctor sin apartar la vista de Dolores.

—Sí, señor—contestó ésta con voz débil y sumisa.

—Pues para que te persuadas de que eres víctima del error, quiero, mando y exijo que conserves en tu memoria la causa que lo motivó. Al despertar de este sueño hipnótico te dirigirás á la sala, y fijando tu mirada en un cuadro, se avivará en tu mente un recuerdo de la infancia, y adquirirás el exacto conocimiento de la realidad. Yo te conjuro con toda mi fuerza sugestiva á detestar, abominar y execrar la falsa doctrina de la transmigración de las almas, y á que te convenzas de que los desvaríos de tu cerebro sobre una existencia anterior son hijos de sensaciones por ti recibidas en los primeros albores de la infancia.

El doctor ordenó después á mi prima que conservase el recuerdo permanente del estado de conciencia del sueño provocado, y la despertó (1).

Dolores se frotó los ojos con las manos: luego recorrió con la vista toda la habitación, sin reparar apenas en los que presentes allí estábamos. De pronto se levantó, y entrando con paso resuelto y firme en el salón inmediato, colocóse delante del cuadro de Juana de Arco, y dijo:

—¡Ah! ¡Este cuadro se hallaba enfrente de mi cama cuando estuve en París, siendo muy niña!..... ¡Qué bien lo recuerdo!..... ¡Tonta de mí! ¡pues no imaginé que antes de nacer fuí Juana de Arco! Olvidé el cuadro, pero me identifiqué con la imagen; y los vagos y confusos recuerdos que quedaban en la penumbra de mi memoria, me hicieron creer en una vida anterior, cuando la nuestra no tiene más que presente y futuro. ¡Perdóname, Dios mío! ¡estaba loca!..... ¡Pero este cuadro me parece ahora más pequeño!

—Es que usted ha crecido, y él no—dijo el doctor.—¡Con los años se ven más pequeñas las cosas!

Nilo María Fabra.

(1) El recuerdo de los estados de conciencia (sensaciones, actos, pensamientos, etc.) del sueño provocado está abolido al despertar; pero este recuerdo puede ser reavivado por sugestión, ya temporalmente ó ya de una manera permanente.—(*El sonambulismo provocado*, estudios fisiológicos y psicológicos, por H. Beaunis.)



—Tú fuiste Juana de Arco, ¿no es verdad?—preguntó el doctor sin apartar la vista de Dolores.

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA EN EL PALACIO DE ANGLADA.

Por iniciativa del Sr. Vizconde de Irueste se ha formado en el palacio de Anglada una Exposición original, nueva, á la que el ingenio de *Kasabal* ha dado el nombre que mejor le cuadra: *Exposición «Bijou».—Bijou*, si señor, porque no tenemos una palabra en nuestro Diccionario que pueda denominar á un tiempo lo pequeño y lo elegante, la belleza microscópica y la joya; y no la tenemos, porque las cosas á que tal denominación conviene mejor, el abanico Luis XV, la miniatura-retrato, la tabaquera, el reloj de bolsillo, el frasquito de esencias....., son otras tantas invenciones francesas, no pueden llamarse más que *bijou*. En fin, ¡qué le hemos de hacer! será sensible para los puristas del lenguaje, pero no la íbamos á llamar «Exposición de baratijas». Con tal denominación no hubiese ido nadie á ver lo reunido y expuesto en dicho palacio. ¡Y qué palacio aquél! ¡qué techo de Emilio Sala! ¡qué patio árabe! Á propósito del patio árabe, conviene deshacer un error que está rodando como bola de nieve: se dice y repite que es reproducción fiel del famoso *de los Leones*, de la Alhambra. Nada más inexacto. Lo que hay es que está hecho con vaciados y copias del incomparable alcázar de los emires granadinos, y muy bien hecho por el Sr. Contreras.

¡Lástima que la Exposición no haya ocupado todo el palacio de Anglada! Pero no: es una Exposición pequeña, de poco, pero escogido. El pensamiento es en extremo plausible: si se mira por el lado artístico, reconstituir con buenos ejemplares la historia del abanico y de la miniatura, de la caja de rapé, del cañutero y del frasco de esencias, del encaje y de la silla de manos; en suma, de todo eso que representa la afectación y el afeminamiento de una época cuya influencia nos alcanza todavía, y aun dijérase que renace, es obra interesante para la cultura y de más alcance sociológico de lo que á primera vista parece, pues conviene de cuando en cuando echar una ojeada al camino andado; si se mira por el lado filantrópico, huelga todo comentario.

El Sr. Vizconde de Irueste, para realizar su pensamiento, primeramente pidió la venia á S. M. la Reina, y la obtuvo; después invitó á las personas que de abolengo ó por afición poseen esa clase de objetos, y el número de los *sordos peores*, aquellos á quienes se refiere el adagio, ha sido harto *sensible*.

Pero no ha impedido esto que se haya llegado á formar una Exposición importante que, sin ofrecer series completas, representa dos épocas: antaño y hogaño.

Entre las obras de antaño sobresalen los abanicos y las miniaturas. La miniatura, caída en desuso cuando la imprenta y el grabado produjeron el libro estampado, que vino á desbancar al códice, cuyas últimas manifestaciones fueron las ejecutorias, renació con los retratos para medalloncitos, que á su vez cayeron con la aparición del daguerreotipo. La serie de miniaturas es harto reducida, pero algunas de ellas nos revelan los nombres de sus autores, miniaturistas famosos del siglo XVIII y de principios del actual.

Hay una de Delorme, presentada por D. Antonio Bentabol; varias, muy buenas, de Mme. Tibeau, J. G. Maiyer, Ducher, Isagenard, Corro, Eusebi, Tomaseti, Ugalde, J. Rivero, J. Muñoz, y del célebre D. Antonio María Tadey, pintor de Cámara de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, expuestas por el Sr. Compañy; una colección de veintiuna, pintadas sobre marfil por D. José Delgado, pertenecientes á D. Pedro Sarráis, algunas de asuntos bíblicos y otras retratos. La serie de éstos es muy curiosa: entre las miniaturas que expone el Sr. Vizconde de Irueste aparecen las de Luis XVI, Fernando VII, la célebre actriz conocida por *la Caramba*, y otros personajes coetáneos á éstos. Una de dichas miniaturas lleva la firma de N. García y Vaena. Por su delicada ejecución también deben citarse las miniaturas presentadas por el Sr. Marqués de Casa-Torres, entre ellas una de un caballero de casaca.

El abanico plegable, importado de la China á Europa, no importa si por los jesuitas; adoptado primeramente por las portuguesas y por las españolas; llevado á Francia cuando España ponía modas allí; consagrado por las mujeres de Versalles como arma formidable de la coquetería, acabó por tomar carta de naturaleza en aquel país con la fisonomía típica que le imprimió el estilo Luis XV, que, aparte de algunas intentonas del gusto del Imperio, ha prevalecido en él, más ó menos modificado. Con rara excepción, todos los abanicos antiguos que se ven en las vitrinas de la Exposición responden á ese tipo corriente. Los países pintados á la *guache* en vitela ó seda, con composiciones de asuntos heroicos, históricos ó galantes; los pies de marfil, de concha, de carey, de nácar, con incrustaciones de oro ó de plata, de distintos tonos dorados desde el rojo al pálido y verdoso, preciosamente combinados, formando adornos, cartelas, medallones con figuras, en que la fantasía del arte barroco despliega sus graciosos efectos decorativos; los clavillos con un brillante por cabeza, brillantes que en muchos de los abanicos expuestos son tamaños como lentejas y deslumbradores como ellos solos.

Dignos de especial mención son los nueve abanicos que presenta S. A. R. la Infanta D.ª Isabel, siete con pie de marfil, uno que le tiene de nácar y otro de oro. Los países de todos estos abanicos son preciosos, y entre ellos hay dos, pintados sin duda en España y de asuntos curiosos: uno representa una fiesta Real de toros en la Plaza Mayor, donde se ve la suerte de alancear, ejecutada por caballeros de vistosos trajes; el otro representa una cacería en El Pardo, practicada por el modo como nos describe el inglés Townshend que lo vió hacer á Carlos III, es decir, que los cazadores están apostados en un bosquecillo, y por el llano inmediato vienen corriendo numerosos venados, acosados por los ojeadores que se distinguen entre la arboleda del fondo.

La Sra. Marquesa de Villamejor presenta treinta y ocho abanicos, diez y seis con pie de marfil, de mucha variedad, pues los hay con figuras de nácar, de colores con incrustaciones de oro y de plata, pintados y labrados: ocho de concha, con oro ó plata, y cuatro de nácar y oro. Entre los primeros se distingue uno, en cuyo país de seda bordada de lentejuelas aparecen los retratos de Luis XVI y de María Antonieta. Entre los segundos, se cuenta el pie más decorativo é importante de todos, que tiene unos medalloncitos con retratos pintados, y otro soberbio en que el oro de distintos tonos está hábilmente combinado en figuras, medallones y adornos.

Notables son también los que expone la Sra. Vizcondesa de Irueste, con varias cajas y miniaturas y dos magníficos encajes, uno de Alençon, otro de Argentan, el primero de adorno más menudo que el segundo, y ambos del tiempo de Luis XVI.

Diez y nueve abanicos, muy buenos, tiene expuestos la Sra. Marquesa de Pacheco, con ricos pies de nácar y oro, de marfil y oro, y alguno con pedrería y excelentes países, de los que recordamos uno de estilo Teniers, otro inspirado en Rubens, y otro con el retrato de Fernando VI. Buenos son también los de D.ª Dolores Pacheco de Rubín de Celis, de encaje y nácar, de hueso y oro, de nácar y cabritilla, seda ó papel; los de la Sra. Condesa de Yumurí, dos japoneses de marfil con adorno dorado, otro de concha calada y oro, y dos modernos, uno de ellos con hermoso país pintado por Antonio Gomar; los antiguos, con pies de marfil, que presenta el Sr. Marqués de Casa-Torres, juntamente con un gran reloj de plata holandesa, otro con un precioso esmalte y cerco de perlas, otro con sargones, y varias tabaqueras de oro y plata con esmaltes. Y aparte de sesenta y ocho excelentes abanicos antiguos que presenta el acreditado abaniquero Serra, completa, y dijérase que corona la serie de abanicos, la colección expuesta por D. José Fontagud y Aguilera, que comprende algunos antiguos, entre ellos uno curioso dibujado á pluma por Lebrun, y el admirable pintado por el gran Fortuny. Este abanico, verdadero rey de los abanicos, que hasta ahora sólo de nombre conocía el público, es un cuadro pintado á la *guache*, sobre seda, un cuadro que descubre aquellas grandes delicadezas del incomparable modernista, adorador del arte japonés. Su asunto dijérase que es un idilio Watteau: una graciosa dama y un elegante guitarrista que la obsequia con música están sentados en un banco, en medio de un ameno jardín; á la izquierda se destacan preciosas flores en apretado haz, y junto á ellas hay dos grullas. En el boceto del abanico, dibujo á pluma, expuesto por don Ricardo de Madrazo, se ven entre el grupo de flores dos amorcillos que luego suprimió el artista en la obra definitiva. Hablar de la brillantez y de las finezas de color que cautivan al observador en este abanico, sería tanto como señalar las excelencias que dan á Fortuny su personalidad originalísima.

Este abanico abre la serie de los modernos de buenas firmas; es una serie de países que esperan al comprador y luego al abaniquero. Están pintados sobre vitela, unos á la *guache*, otros al óleo. Sobresalen por su mérito *A abrir la veda*, de D. Manuel Alcázar: un paisaje de Bertodano; dos de Campuzano; otro de Viniegra, cuyo asunto parece ser una evocación de las grandezas romanas, presentado por D. Antonio Cánovas; tres vitelas de D. Luis Gómez de Arteche; otra de Emilio Sala, que representa una señora conducida en un carretón por dos lacayos, grupo muy luminoso, pintado con brio de cuadro grande; un paisaje, de Lhardy; *Charitas*, de Lezcano; una figura Luis XV, de Lozano; otra vitela con asunto báquico, de D. F. Maura; otra, preciosa, de Moreno Carbonero: dos de Peña; paisaje, de Pinar; una linda figura de *demi-mondaine* con tirso, de Cecilio Pla; unos pensamientos, de Rodríguez de Ribera; *Pandora*, ó sea la famosa caja que pretende abrir un amorcillo, de Luis Romea; *La siega de flores*, de Santa María; el doctor Tolosa Latour en su despacho, de Comba; la ida á los toros á principios del siglo, de Unceta, y otra vitela, de Yuste.

Todos estos países están en la categoría de cuadros pequeños. El abanico hoy corriente en el comercio, que suele reproducir algún cuadro célebre ó algún asunto *pompadour*, se encuentra en las instalaciones que han hecho las casas Bach, Serra y Gómez.

Luego vienen los cuadritos: dibujos, acuarelas, tablas y lienzos al óleo. Del inolvidable Eduardo Rosales ha expuesto su viuda importantes dibujos, hechos con aquella sobriedad vigorosa no sobrepujada; son apuntes para sus cuadros *Doña Blanca de Navarra*, *Lucrecia*, *Tobías* y de los techos para el palacio de Bailén; y del mismo artista hay dos acuarelas, una que representa un guerrero, y otra un chico sentado, que lleva una fecha triste en la vida de Rosales: *Panticosa, 1869.*

De Fortuny se admiran la magistral acuarela *La mariposa*, que expone el Sr Marqués de Castromonte, y unos dibujos que, con una carta, la cual contiene un apunte del famoso jarrón árabe que el apasionado artista adquirió, presenta el Sr. Urbina. Del malogrado Plasencia hay dos estudios de un titiritero ensayando, ejecutados con la firmeza peculiar á aquel artista; de Casado del Alisal un estudio de la cabeza del Santiago que figura en el cuadro que pintó para San Francisco el Grande.

Estos cuadros, con dos cabezas dibujadas por D. Vicente López y una acuarela de Bécquer, son las obras de artistas muertos que figuran en la Exposición. Las más notables de artistas vivos son las siguientes, que mencionaremos al azar: El Sr. Aguader presenta, del insigne Pradilla, *El Gueto* de Roma; de Jiménez Aranda, *un violinista*, admirable, finísimo; de U. Checa, *una mascota*, preciosa acuarela; *un cardenal* y *una dama*, de Marqueti; *un fraile*, de Casanova; *Ciociara*, de García Ramos; *señora del Imperio*, figura muy hecha, de Luis Jiménez; *Marina*, llena de luz, *Sensitiva*, y un dibujo al pastel de Más y Fondevila; *Pelando la pava*, de Amorós, y *Elegancia*, linda figura de mujer, finamente pintada por Román Ribera.

Don Eugenio Alvarez Dumont presenta unos dibujos á pluma; D. Angel Andrade, *Los primeros pasos*, cuadro agradable de color; D. Heliodoro Guillén, *A la vejez viruelas*, composición acertada; D. Juan Comba, *Fumando en pipa*, linda acuarela; D. José Arija, el precioso dibujo que ha hecho para portada del *Catálogo* de la Exposición.

También pueden admirarse dos acuarelas de Pradilla: una pertenece á D. Antonio Cánovas, y representa un sacerdote de Baco y su alegre dios, niño todavía; la otra es propiedad de D. Mariano Hernando, y representa un guitarrista. El mismo expositor tiene otra de Villegas; pero la mejor de éste es una elegante composición, rica de color, gallarda de factura, titulada *Pajes en tiempo de la República veneciana*, que presenta D. Lorenzo García Vela, sin duda como muestra de lo mucho bueno que posee.

El Sr. Vizconde de Irueste exhibe una escogida colección en la que se cuenta *El toro de la tarde*, buen cuadro, de M. Benlliure; *Oremus*, jugosa acuarela, de Barbudo, muy expresiva; *Ciociara* y *Centinela*, figuras de Domingo Muñoz, ejecutadas con mucha solidez y finura; *Sin trabajo*, viejo, de entonación caliente, por Garnelo, y *Mujer*, acuarela, de Megía.

Este distinguido artista presenta por su parte cuatro acuarelas de primer orden, vigorosas de dibujo y sobrias de ejecución, especialmente una que representa una bailarina.

Fernández Nájera expone tres cuadritos, entre ellos uno de unos pavos, pintado con la valentía de color con que sabe interpretar las vivezas de la luz meridional. López Cabrera tiene también dos cuadritos estimables, *Laboriosa* y *Juegos infantiles;* y Eliseo Meifren, un paisaje, luminoso. Muy agradables son los tres cuadros presentados por el Sr. Oliva, sobre todo el de *La cucaña* y los dos, *De merienda* y *Entre dos fuegos*, del Sr. Saint Aubin.

Don Luis Romea, además del indicado abanico y de unos apuntes, ha expuesto seis excelentes bocetos de asuntos de toros, de M. Benlliure, y una buena acuarela, *Recuerdo de Fez*, de Ricardo Madrazo.

Preciosas manchas de color son las dos tablitas representando *La Torre de la Vela* y *Una calle*, que ha pintado en Granada D. Cecilio Pla.

Y como obras más importantes figuran los cuadros *Ruinas de Buñol* y dos barcas en una playa, pintado con la valentía colorista que le distingue, por Sorolla; *Vista á la derecha* y *Carga de caballería*, composiciones muy brillantes de Unceta; la *Plaza Mayor* y *La Puntilla*, de Ugarte: un precioso cuadro de género de D. Plácido Francés; un paisaje, del señor Moreno Carbonero, y una marina de Martínez Abades.

También hay algo de extranjeros: de Detaill, dos cuadritos de asuntos militares que presenta D. Álvaro Fontagud; de Klong, dos acuarelas de asuntos militares también, que expone D. Eusebio Calonge; y varios dibujos y *guaches* de Panini, Chatelet, Meunier, Metsu, Trinquesse y Oudry, presentados por D. José Fontagud.

Tal es lo más saliente de cuanto atesora y encierra en estos momentos el palacio Anglada: un dineral de arte.

José Ramón Mélida.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

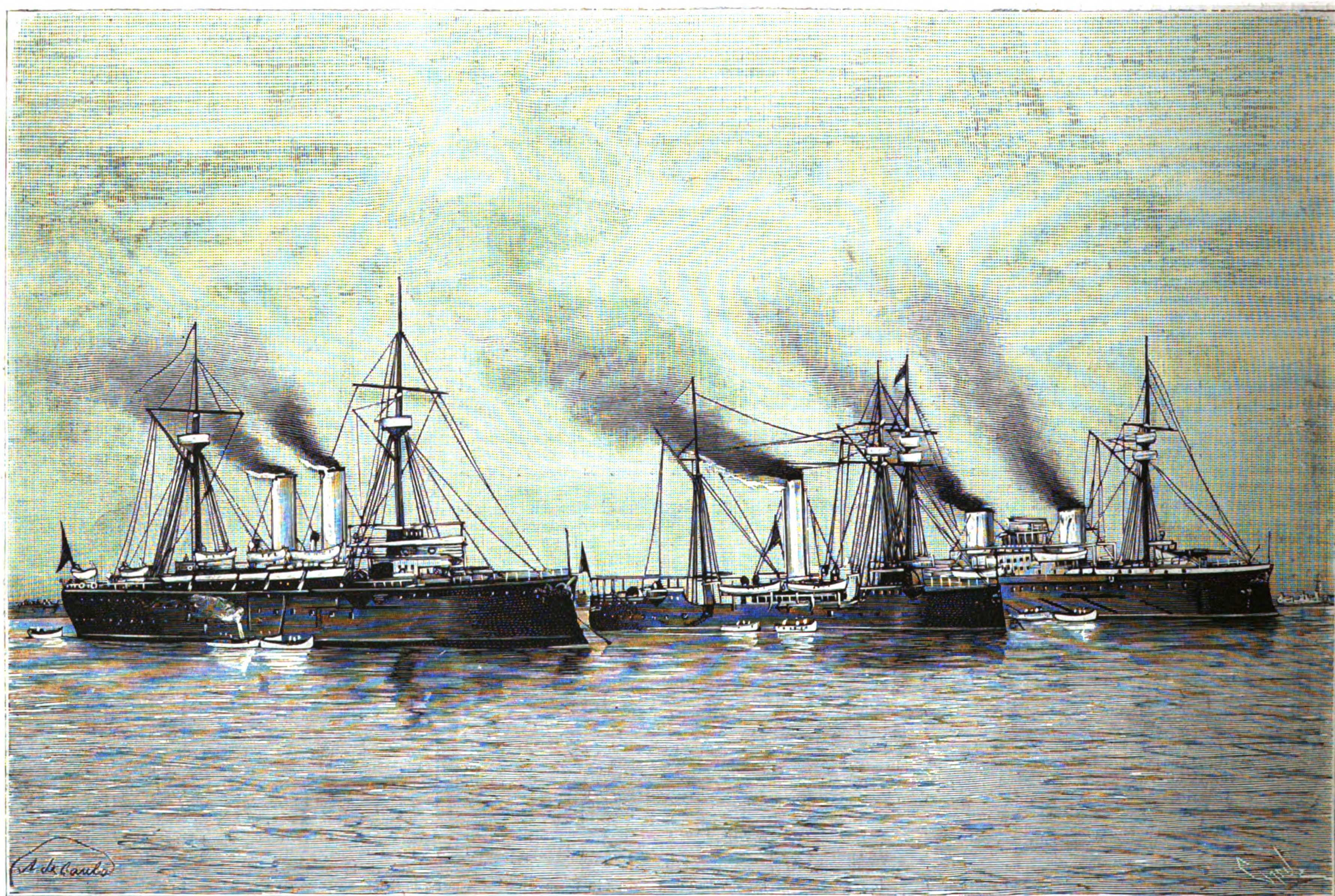
Brujas, telepatías y psiquicomanías: visiones de P. Bourget, Maupassant y otros.—La India en Londres en el parque Earsls court del Duque de Cambridge: el príncipe Nasrulla-Khan: la rueda de cien metros de diámetro.—La rueda del *tread mill* en el *hard labour* inglés: castigo de Oscar Wilde.

No hay que reirse cuando algún montañés de Aramayona, de Garagarza ó de Zugarramurdi diga que á media noche, al volver á su caserío, ha visto las brujas lavando en un arroyo y que ha hablado con ellas; ó cuando algún aldeano de Ambreijo, de Pambre ó de Corno do Boy sostenga que le salieron las ánimas al camino, y que las dejó allí retiradas en lo espeso del bosque, con múltiples lucecitas ardiendo alrededor de ellas. Semejantes quimeras rústico-psíquicas bullen en los cerebros de la gente montaraz, criada entre las supersticiones y fantasmagorías que producen la soledad, la exagerada credulidad y los misterios con que aparecen ante sus ojos los fenómenos naturales en las comarcas agrestes y poco pobladas. La tradición de estas creencias es antiquísima, y contra ella se han levantado en son de protesta y desprecio los llamados espíritus fuertes; pero como hoy todo lo tradicional y apolillado parece que vuelve á imperar, sin duda porque en el mundo psicológico no hay nada nuevo con que entretenerse, repito que nadie se debe reír de las brujerías y almas en pena que los tíos de la aldea ven y tratan, porque entre lo más sublime y pilongo de la sociedad modernísima de París y Londres que se dedica á la telepatía y á la psíquica experimental! eso de ocuparse con las almas buenas ó malas de nuestros semejantes vivos ó muertos ó próximos á morir, y eso de traducir los sueños que cada cual puede tener como anuncios y manifestaciones evidentes de lo que mañana ha de suceder, es cosa corriente y que en sus detalles y consecuencias da quince y raya á lo que cualquier *guizón*, cualquier pasiego ó cualquier *maruso* crea y refiera, respecto á las visiones que penetraron ó se forjaron en su mollera.

Con motivo de haber publicado el ilustre novelista francés Pablo Bourget, con el título de *Pressentiments*, un cuento del corte de los de Edgardo Poe, escrito con el encanto y maestría que le son propios, y en el que concluye por recordar que hay en la vida muchas cosas y muchos sucesos que la filosofía no explica, los entusiastas de lo extraordinario, los clarividentes de las obscuridades del alma, los pesimistas por afición y los supersticiosos por la exquisita delicadeza del espíritu trastornado, al leer al maestro han empezado á darse recíprocamente de cabezadas platónicas y á discutir el más ó el menos, pero admitiendo siempre el algo, de la influencia de lo telepático y de lo psíquico en lo psicológico y en lo fisiológico; en una palabra, si puede ocurrir algo real, que no sea real, pero que vea ó prevea por la acción de otras almas sobre las nuestras, y de tal modo algunas veces, que la nuestra, con los ojos de su carne, perciba nada menos que el cuerpo que acompaña á aquéllas. Y con este motivo se recuerdan mil y una casualidades y recuerdos estrambóticos.



EN UN BAILE DE ALDEA.—LA ELECCIÓN DE PAREJA.
CUADRO DE J. LUBIN.
PARIS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELISEOS DE 1895.



Crucero *Infanta María Teresa.* Crucero *Marqués de la Ensenada.* Acorazado *Pelayo.*

ALEMANIA.—APERTURA DEL CANAL DEL MAR DEL NORTE AL BÁLTICO.—ESCUADRA QUE CONCURRE, EN REPRESENTACIÓN DE ESPAÑA, Á LAS SOLEMNES FIESTAS DE LA INAUGURACIÓN.
(Dibujo de A. de Caula.)



MADRID.—LOS FESTEJOS DE MAYO.—FIESTA CICLISTA EN LOS PASEOS DE LA CASTELLANA Y EL PRADO LA NOCHE DEL 25 DEL PASADO.

(Dibujo de Huertas.)

Por ejemplo: el mismo Pablo Bourget soñó una noche, durante un viaje por Italia, que su amigo el periodista León Chapron había muerto, y que después de haber contemplado su cadáver, se ocupaba con gran interés en hallar quien le sustituyera en la redacción del periódico. Al volver á París refirió aquel sueño á su amigo Maupassant, el cual le dijo: «¿Pero sabías tú que Chapron está enfermo?» Bourget le contestó que no tenía noticia alguna de su enfermedad, y que sólo recordaba el haber recibido una carta suya durante el viaje. A los ocho días murió Chapron. Esta casualidad merecería ser considerada como una gran cosa, digna de ser consignada y estudiada, si cuantas veces ha soñado monsieur Bourget que veía muerto á alguno de sus amigos ó conocidos, como le habrá sucedido á él y al lector muchas veces, se hubiera dado el caso de que, en efecto, la persona en cuestión muriera poco tiempo después: pero, á la verdad, el olvidar estos diversos casos y no darles importancia, y el hacer saber y comentar aquel único en que al sueño siguió la confirmación, es no exceso de psíquica telepática, sino falta de lógica simple.

Maupassant, al oir á su amigo, le contó que él se veía á sí mismo fuera de su persona; como si ésta fuera doble, encontrándola, por ejemplo, sentada en el sillón de su despacho. Esto, por cierto, no tenía nada de particular, porque Maupassant padecía ya entonces los primeros efectos de la locura que le mató: y sabido es que un loco ve eso y muchímo más, dado el horrible y lastimoso desvarío del cerebro.

Las visiones de esta categoría se apuntan y registran hoy en varias revistas llamadas científicas, que se ocupan de medicina ultrafisiológica y de toda la telepatía corriente. En una de ellas cuenta, entre otras cosas, una señora llamada Berta Hurly que ella visitaba á menudo á una enferma amiga suya, Mrs. Ewans, que vivía en su propio pueblo, Caynham, la cual se agravó bastante, aunque no parecía estar en inminente peligro de muerte. Hallábase Berta en casa, lejos de la de Ewans, comiendo en familia, cuando de repente vió entrar en la habitación á una mujer enteramente semejante á Ewans, vestida con el mismo traje. La mujer pasó rápidamente y salió por otra puerta. Al verla exclamó Berta: «¡Qué es esto!» La madre y los hermanos de Berta, sorprendidos por tal pregunta, le dijeron: «¿Qué te ocurre, mujer?» Y ella respondió: «Acaba de pasar una señora desde esa puerta á aquélla.» Riéronse todos de ella, preguntándola si estaba loca; pero Berta sostuvo que acababa de ver á mistres Ewans. Pues bien; en aquel mismo momento moría Mrs. Ewans en su casa.

Todo lo más que esto puede demostrar es de lo que es capaz la imaginación humana cuando está preocupada. Para el que vive sujeto á un pensamiento fijo, que le obsesione bien ó mal, con la tenacidad propia de la pasión ó del temor, estas apariciones puramente imaginativas son muy naturales y muy fáciles de comprender. Hay muchos ensimismados en los que la voluntad no sujeta á la razón, y que sueñan despiertos, lo cual ni es un misterio, ni un milagro, ni menos una cosa rara, y cuyos sueños ni son profecías, ni previsiones, ni anuncios, ni cosa que lo valga, sino consecuencias necesarias de la fatiga cerebral. Ningún hombre bien equilibrado en su alma y en su cuerpo padece de visiones semejantes; y no hay en cambio ningún neurótico, ningún esclavo del amor de la política, del estudio, del hambre, de las penas y de las enfermedades, que no esté siempre viendo visiones. Todo esto es más viejo que el andar á pie. Aquel Comendador que se cuela al través de las paredes para ir á cenar con Don Juan Tenorio, figura en todas las narraciones orientales, en los primeros cuentos que forjó la fantasía humana, lo mismo en la leyenda búdica *Rhamakarratrapaka* del Tibet, que en los cantos del *Gusarrandi* de los primitivos iberos enskaldunas. Desde que hay niños y abuelas en el mundo, ¡cuántas abuelas no han arrullado y dormido á sus nietos al compás mecido, de aquella copla con que nos enseñan á creer en los aparecidos, y que dice:

Era un señor, Larailailé,
Que entró por una ventana
Y salió por la pared!

Ahora bien, oh devoto lector, á pesar de lo viejo, vulgar y corriente de estas fantasmagorías inevitables, aun se sostiene por algunos, que son susceptibles de estudiarse científicamente, y que con el tiempo se estudiarán, y constituirán algo serio, más ó menos psíquico. «Lo que es desconocido hoy, dicen, podrá explicarse mañana. Hace trescientos años la electricidad era una fuerza oculta, y antes de Scheele y de Lavoisier la química lo era también, cuando se llamaba alquimia. El porvenir nos dará la clave del enigma y debemos estudiar para conocer estos fenómenos considerados hasta aquí como inexplicables.» No está mal. ¿Pero qué tienen que ver los estudios puramente materiales de la electricidad y de la química con las ilusiones psicológicas ó espirituales de los sueños de Pablo Bourget, de la locura de Maupassant, de las visiones de Mrs. Harly, ó de las brujas y ánimas ambulantes de Aramayona y del Incio?

°°°

Más real, positivo y explicable es el arte de divertirse en grande, como se van á divertir los invitados al parque de Earsls court, que el Duque de Cambridge acaba de abrir cerca de Londres, con todos los atractivos de la civilización y vida de la India. Dícese que no se ha ideado nada más grandioso para divertir al público. El teatro construído en medio de aquellos maravillosos jardines es el mayor del mundo. El barrio indio, con indios y tiendas indias de verdad, se ha traspoitado al parque, tal cual estaba en la campiña de Calcuta. En diversas plazoletas, y bajo orientales pabellones, trabajan un centenar de acróbatas del Ganges, de domesticadores de serpientes y de asombrosos prestidigitadores. Sólo la ciudad de Londres tiene el privilegio de poder ostentar tales espectáculos, al lado de los cuales las exhibiciones de indígenas africanos del Jardín de Plantas de París y las galerías-empresas de los parques de Viena y de Berlín no son más que ruines parodias. Todo Londres decente, últimas capas aparte, desfilará por Earsls court para contemplar al Asia dentro de su casa, como uno de los asiáticos más excelsos, el segundo hijo del Emir del Afghanistán y su corte desfilan en estos días por las metrópolis industriales de Inglaterra, donde el carbón y el hierro realizan milagros y transformaciones más maravillosas que cuanto los encantos naturales del Asia pueden ofrecer á la embobada admiración de los curiosos. Los agasajos que la corte de Inglaterra hace al hijo del Soberano de la corte de Cabul tienden á fortificar los lazos de concordia que unen al imperio de las Indias con los reinos vecinos y á unir más y más los intereses asiático-británicos contra toda ingerencia extraña, la rusa, por ejemplo. El príncipe afghanistano Nasrulla-Khan y su cortejo han vivido en Londres en el palacio-hotel de Dorchester House, abonando al fondista por mes 100.000 pesetas. ¿Por qué no ha pagado el Gobierno inglés este hospedaje? Pues porque en el evangelio inglés está escrito aquello de que «una cosa es el amor», etc., etc., etc. El entusiasmo popular, los carruajes de la corte y las recepciones se les han servido gratis. El vino les ha resultado barato, porque ni el Príncipe ni sus acompañantes lo beben. No le vendrá mal á alguno esta virtud, porque la comisión encargada del cuidado y servicio del cortejo asiático, el *India Office*, tuvo buen cuidado de abastecer las bodegas del Dorchester House, sin saber que el Príncipe es aguado, con mil botellas de exquisitos vinos de las mejores marcas de Europa. En cambio, las cuadras del hotel se han convertido en matadero para sacrificar, á la musulmana, el ganado y volatería destinados á la mesa del hijo del Emir. Hoy, 6 de Junio, habrá sido recibido solemnemente el Príncipe por el Lord-maire de Londres en Guildhall, que le ha dado la bienvenida por escrito en una lujosa vitela pintada y ofrecida dentro de un cofrecillo de oro. Parece que le ha gustado sobremanera á Nasrulla-Khan la propiedad y verdad con que la India está representada en el parque del Duque de Cambridge, donde ha recibido al natural los homenajes de los indios, como si se hallara en las fronteras de su tierra del Afghanistán. De todo ha podido disfrutar, menos del placer de subir y bajar en la gran rueda de cien metros de altura, que con asientos suficientes para 1.200 personas se ha instalado en el parque de Earsls court, para sublime diversión de las gentes, y que no funcionará hasta el domingo 9.

°°°

Para rueda maravillosa, que pone los pelos de punta y que ablanda el corazón del inglés más impávido, la rueda del *tread mill*. Ante ella la de cien metros de Earsls court es un juguete, y eso que la del *tread* no tiene más que cuatro metros de radio. Los radios se prolongan fuera de su circunferencia á modo de paletas, y estas paletas penetran en unas garitas estrechas, viniendo á formar su piso siempre movible, en el que se suceden como las gradas ó peldaños de una escalera. Dentro de la garita hay un hombre, colgado de dos anillos donde mete las manos, de modo que, por necesidad, al gravitar todo el peso del cuerpo sobre la paleta que entra en la celda, que desciende y que desaparece, tiene que apoyarse en ella, oprimirla y continuar en este aparente movimiento de ascenso, sin moverse de su sitio. Las paletas así pisadas imprimen movimiento á la rueda motora del molino penitenciario, que transmite la fuerza adquirida á los diversos mecanismos de los talleres de la casa. Si el desgraciado así sometido á trabajar se detiene un momento, recibe un latigazo del guarda que vigila las garitas, y si insiste en no moverse, las paletas cogen sus pies y se los destrozan. No hay remedio ni perdón; es preciso subir y bajar las piernas, estando colgado. Cuando ante lo horrible del trabajo el hombre se niega á entrar en la garita, se le administran unos cuantos golpes con el látigo de siete cabos, que á la primera sacudida levanta la piel y á la segunda abre una llaga.

La espantosa tarea no dura para cada persona más que hora y media por la mañana y hora y media por la tarde, divididos estos períodos en trabajo de diez minutos y descanso de cinco para la primera hora, y media hora de descanso después de ésta, antes de empezar la media hora final. Como reposo de esta ocupación, se les obliga después á deshilar á mano cuerdas y cables para hacer estopa, trabajo tan feroz que los dedos se hinchan, se inflaman, se abren y sangran. Cauterízados en seguida, vuelven á la obra, y la influencia de ésta es tal, que los dedos, las manos, el antebrazo y todas las articulaciones se atrofian, embotan y desgastan. De modo que, consumidas las piernas por el trabajo de la rueda y los brazos por el de la estopa, vienen inmediatamente el adelgazamiento y la debilidad del individuo, fin principal que se persigue en aquel establecimiento, con tal refinamiento de crueldad, que semanalmente se pesa á los trabajadores para ver si han adelgazado, duplicándose el trabajo aniquilador para aquellos que continúan en buenas carnes, á pesar de estar sometidos á semejante trato.

Se alimentan los huéspedes del *tread mill* con pan de mala calidad, legumbres, manteca y medio kilogramo de carne por semana. No reciben ninguna visita durante los seis primeros meses de internado: viven sin comunicación alguna con el mundo, y no pueden ser socorridos con envío de dinero. Viven en celdas, comen en celdas, trabajan en celdas y duermen en la tarima de tablas de la celda. No hay rigor celular como aquel. Por todo traje, en toda estación, una blusa y un pantalón de paño burdo. Hablar, no hablan con nadie, que es lo último del suplicio moral.

¿Dónde se realizan estas barbaridades? En el presidio de Pentonville, cerca de King's Cross, al Norte de la gran metrópoli del progreso y de la libertad, en Londres. ¿Qué gente va á parar á Pentonville? Los reos condenados á trabajos forzados, á *hard labour*, como se dice en Inglaterra, aunque sólo tengan que cumplir una pena de quince días. Metido en la garita horrible, colgado de las argollas, pisando á la fuerza las paletas-gradas, con el látigo amenazador á la espalda, sin misericordia en la tierra ni en el cielo, por ahora; con un poco de pan y una piltrafa de carne en el estómago, y con el áspero é insufrible paño sobre la piel, yace á estas horas en Pentonville el antes mimado y sibarítico poeta y autor dramático Oscar Wilde, acostumbrado á la opulencia y á gran vida. Allí está purgando las infamias de sus depravadas costumbres. Pocas caídas ha habido comparables con la suya: pocos suplicios más espantosos por el contraste. ¡Oh, si se obligara á mover á la rueda del *tread mill* á todos los miserables que imitan á Oscar Wilde! La condena del famoso poeta ha sido por dos años: pues bien, ese es el máximum que permite el Código penal inglés, porque son muy raros los condenados que resisten tanto tiempo. Quiere decir que, si no hay indulto, que no lo habrá, porque en la *hard labour* no se da semejante caso, Wilde ha sido condenado á morir extenuado, después de ser colgado y azotado. Mucho más aceptable es la horca ó la guillotina ó el garrote. Lo de los azotes es muy común en las casas de corrección de Inglaterra. Pero ninguna otra nación, ni aun Rusia, cuyos castigos he descrito en estas crónicas, ofrece los horrores del *tread mill*, vergüenza del sistema penitenciario moderno, y digno de un pueblo para el cual, sin duda, el condenado no es un hombre. Y allí dicen que hay sentimentalismo y sensibilismo; y allí tal vez no se aparecen telepáticamente, ni psíquicamente, ni psicológicamente, ni siquiera en broma, por casualidad, á los jueces, ni á los magistrados, ni á los criminalistas, ni al Gobierno, las personas, ni las figuras, ni las ánimas de los infelices víctimas de semejante bárbaro procedimiento correccional.

R. BECERRO DE BENGOA.

FIESTAS DEL SANTÍSIMO CORPUS EN GRANADA.

El Sr. D. José Gómez Tortosa, alcalde de Granada, ha tenido la bondad, que le agradecemos, de enviarnos dos ejemplares impresos de las fiestas que en aquella ciudad han de celebrarse el día del Corpus.

Serán estas fiestas muy variadas y lucidas. El lunes 10 habrá gran cabalgata: el martes diana por todas las tropas de la guarnición, inauguración de la Exposición de Bellas Artes y Artes suntuarias y de la rifa de beneficencia, y por la noche concierto en el teatro de Isabel la Católica. El miércoles 12, día del Corpus, reparto de 3.000 kilos de pan á los pobres, procesión, tiro de pichones, velada en Bibarrambla. El 13 procesión, gran corrida de toros y velada en los jardines del Genil. El viernes 14 se inaugurará la feria, se abrirá la Exposición de trabajos de alumnos de la Escuela provincial de Bellas Artes, tiro de pichones, velada, etc., etc. El sábado 15, segundo día de feria, música, corrida de toros, concierto en la Alhambra por la sociedad de Conciertos de Madrid, etc., etc. El domingo 16, tercer día de feria, música, corrida de toros y velada. El lunes 17, elevación de globos y graciosos fantoches, maniobras del batallón infantil y concierto. El martes 18, sesión literaria organizada por la Real Sociedad Económica, concierto, elevación de fantoches, iluminación de la Alhambra, etc., etc. El miércoles 19, distribución de premios á los alumnos de las escuelas del Círculo Católico, inauguración del velódromo y concierto en el teatro de Isabel la Católica. El jueves 20, segunda fiesta del batallón infantil, elevación de un Montgolfier, solemne procesión, fuegos artificiales, etc., etc. El viernes 21, carreras de caballos. El sábado 22, salida del batallón infantil, carreras de velocípedos, segunda ascensión del Montgolfier y concierto. El domingo 23, carreras de caballos, concierto en la Alhambra é iluminación. Y por último, el día 24, día de San Juan, *carrousel*, carreras de cintas, retreta militar y velada en los paseos.

El programa está ilustrado con bonitas vistas de los sitios y monumentos más notables de Granada.— R.

IMPORTANTE.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen en fin del presente mes, y piensen seguir honrándonos con su concurso, se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

CARPETAS PARA «LA ILUSTRACIÓN».

Deseosa esta Administración de proporcionar á los Sres. Suscriptores el medio de conservar en buen estado los números de esta Revista, sin que se estropeen al hojearlos, ha hecho construir unas carpetas especiales que, por su baratura, se hallan al alcance, lo mismo de los particulares, que de los establecimientos públicos y sociedades de instrucción ó recreo que nos favorecen con su concurso.

Estas carpetas unen á su buen aspecto suficiente solidez, y resultan muy á propósito para contener, en forma cómoda y elegante, los números últimamente publicados. Su precio, 2 pesetas en Madrid, 3 en Provincias y 4 en América y el Extranjero, incluso los gastos de franqueo, certificado y de embalaje entre cartones.

Diríjanse los pedidos, acompañados de su importe, al Administrador de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, Alcalá, 23, Madrid, ya directamente, ya por mediación de los Sres. Corresponsales.

EL ADMINISTRADOR.

LAS MÁQUINAS Y LOS HOMRRES.

Todo lo que vamos á hacer hoy es una pregunta simple y clara, que cualquiera persona puede contestar. ¿Por qué echamos grasa en las carretas, carros y coches de los ferrocarriles? Naturalmente que es para que puedan correr con más facilidad. Tal vez ustedes creerán que este punto es demasiado trivial para ocuparnos de él; mas perdónennos y detengámonos en él un momento más largo; veamos.

Se pierde cerca de una tercera parte de la fuerza de cualquiera máquina en alcanzar la fricción de sus propias partes, á pesar de la grasa y del aceite que se la echa; de manera que de tres máquinas, sólo dos nos son de alguna utilidad. Este es un gran hecho, ¿no es verdad? Sí; y de aquí que los inventores están ideando constantemente nuevos medios para reducir la fricción.

Ahora, pues, el cuerpo humano es una máquina impelida por el calor, justamente como lo es una locomotora, y cualquiera cosa que la retarde puede considerarse como fricción. Pues bien: ¿qué no darían los autores, los abogados, los eclesiásticos y todos los que trabajan con el cerebro por algo que les conservase siempre sus entendimientos claros y fuertes? ¿Qué no daríamos cualquiera de nosotros por algo que tuviera el poder de impedir los dolores, la debilidad y la fatiga? ¿Sé yo de algo que lo consiga? Si lo supiera, podría vender el secreto por más dinero que se haya jamás visto en toda Europa; pero lo que sé es una cosa, y la diré dentro de un minuto y de balde. La siguiente carta les hará ver lo que quiero decir:

«En su última carta—nos dice un correspensal—ustedes dicen que encontraban extraño que yo perdiese carne tomando su remedio; ustedes tenían razón al decirlo, pues al mismo tiempo también tomaba las aguas de manantial, y cuando dejé de tomarlas y sólo continuaba tomando el remedio de ustedes, aumentaba en carne de día en día; en resumen, la historia de mi enfermedad es como sigue:

»He sufrido de dolores de estómago más ó menos desde que fuí colegial, sin embargo que en ese tiempo sólo eran de un carácter ligero; después de algún tiempo me ordenaron que me hiciera cargo de la parroquia de Torrecilla en Alcañiz, provincia de Teruel. Allí tuve un fuerte ataque, cuya influencia me duró por ocho meses; en realidad que me encontraba en un estado muy lamentable.

»Después de la epidemia del cólera del año de 1885 fuí nombrado beneficiado de esta iglesia y parroquia; entonces me volvieron los dolores, mi digestión era muy mala y tenía de cuando en cuando ataques de mareo y vómito; pero en los seis últimos años la enfermedad aumentó tanto, que por consejo de un doctor del lugar me fuí á los baños de Sobrón. Todo marchó bien por el primer año; pero en el segundo año me encontré completamente descompuesto y sin apetito alguno. Los ataques que se me presentaban fueron tan violentos en varias ocasiones que aun alarmaron al digno profesor y amigo mío.

»La enfermedad se había hecho tan seria que la conté á cierta persona, quien me aconsejó que ensayara el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, diciéndome que tenía confianza en que me restablecería. He estado tomando el Jarabe desde Julio de 1894, cuyo efecto de bondad se manifestó poco después de principiarlo á tomar; el padecimiento disminuía rápidamente, y desde entonces no he tenido más dolores, vómito ni mareo; al contrario, tengo magnífico apetito y me estoy poniendo fuerte y gordo: en resumidas cuentas, me siento como si sólo tuviera *veinte años de edad*, no obstante de que como á pasto de todo lo que apetezco, siendo mucho de lo que como muy indigesto, según me parece. Quedan ustedes en libertad para publicar este testimonio de gratitud para con el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, á condición que ustedes sólo hagan uso de mis iniciales, puesto que la ciudad y mi profesión son suficientes para todo el mundo que quiera hacerme alguna pregunta. (Firmado:) P. J. L., presbítero, Epila, provincia de Zaragoza, 20 de Febrero de 1895.»

El padecimiento de nuestro corresponsal fué indigestión ó dispepsia crónica, con sus desastrosos efectos en todo el sistema. Cuánto sufrió y se mortificó, él mismo ya nos lo dice: ninguna otra enfermedad interviene tanto con el trabajo y echa á perder el sosiego y la felicidad humana como esta enfermedad de que hablamos. Casi todo el mundo sufre de ella; no pasa por alto á nadie; es el enemigo de la juventud y de la vejez, cualquiera que sea el trabajo de los empleados, ya sea con el entendimiento, ó físicamente, ó de ambos modos.

Por siglos han buscado los hombres en vano un remedio, hasta el encuentro afortunado del Jarabe curativo de la Madre Seigel. El gran éxito de esta medicina en curar los peores casos queda atestiguado por toda la gente del mundo. Si alguno de ustedes está enfermo, no debe hesitar en tomarlo inmediatamente.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.



ESTADOS UNIDOS.—NUEVO «SPORT» FIN DE SIGLO EN LOS APARATOS FLOTADORES SISTEMA LAYMAN.
(De fotografía.)



BICICLETA MECÁNICA CON MOTOR DE BENCINA, FABRICADA POR LOS SRES. HILDEBRAND Y WOLMÜELLER, DE MUNICH.
(De fotografía de D. Alfredo Brevers.)

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. XXII.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Junio de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos



Excmo. Sr. D. MANUEL DELGADO Y PAREJO,
CONTRAALMIRANTE DE LA ARMADA,
NUEVO COMANDANTE GENERAL DEL APOSTADERO DE LA HABANA.
(De fotografía de Napoleón, hijo.)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

El fallecimiento de D. Manuel Ruiz Zorrilla ocurrió en Burgos el día 13, doblemente memorable por la festividad del Corpus y la de San Antonio. Arrancado del clima duro de París por el Dr. Esquerdo: defendido el enfermo contra el entusiasmo de sus parciales, que le habían preparado hasta una fiesta, creyéndole más fuerte, y que deseaban conferencias é inspiración de ideas; defendido no menos por sus reiteradas renuncias de influir en la política, para lo que se sentía ya sin fuerzas, pudo prolongarse su vida física algunos meses; pero en París había muerto para sus ideales y su causa. Nada nos es más repulsivo que mentir ante un cadáver, ni llorar sin lágrimas, como las plañideras de la antigüedad: cuando sucumbe un hombre público de los que pertenecen á la historia, no es el sentimentalismo sino la razón la que debe hacer el juicio de su vida, sin más limitaciones que el respeto que nos produce el espectáculo augusto de la muerte, el temor de herir los corazones doloridos que le amaron y los miramientos que nos guardamos á nosotros mismos. Tenía el Sr. Ruiz Zorrilla, á nuestro juicio, grandes cualidades y graves defectos, si bien debemos honradamente advertir que algunos de éstos pudieran ser, más que reales, atribuídos á sus actos por nuestro criterio tantas veces en disidencia con el suyo y por oposición de sentimientos. Empecemos por los defectos, para dejar el sabor de sus buenas prendas: no tenía la elocuencia elevada y tersa de los grandes oradores, ni la instrucción y capacidad de los pensadores políticos eminentes: no podemos menos de reprobar, como manejos reprensibles y disolventes, los que realizó en relajación de la disciplina militar, y creemos que haya perturbado la calma de sus últimos días el recuerdo de aquellos que perdieron su vida ó su carrera en la triste lotería de las sublevaciones. Y si estos cargos no son disimulables en conciencia, debemos oponer en su favor las circunstancias que le abonan y le dieron relieve, no entre el vulgo, sino entre los caudillos de la esperanza republicana, algunos de ellos más antiguos y probados, más instruídos y elocuentes, pero más ideólogos é incapaces de apreciar la realidad. Nacido á la política militante en los preliminares de la revolución de Septiembre, era ante todo radical y antidinástico; la restauración, que vino á concluir con una situación informe é interina, desalentó al partido revolucionario, y éste recobró sus esperanzas ante la negación de aquella legalidad y la firme evocación del Sr. Ruiz Zorrilla á los procedimientos de fuerza. Donde reinaba la confusión y el desaliento, apareció un carácter que se impuso: la Seo de Urgell, Badajoz y otras sorpresas, hicieron ver á la Monarquía la necesidad de guardarse y defenderse: no tenía enfrente nada tangible y cierto, pero sí una resistencia oculta é incesante. Don Manuel Ruiz Zorrilla era algo más que un carácter, era una energía. De probidad notoria, no inspiraba el recelo de que aspirase al triunfo por el apetito del saqueo: sus convicciones liberales eran anteriores á las republicanas: como que las huestes veteranas le consideraron hace veinte años un advenedizo. Su trato sencillo le proporcionó muchos amigos; veinte años de destierro voluntario le dieron el prestigio de lo que reside lejos y no se vulgariza; hubo un momento en que los maliciosos creyeron que el roble se había inclinado ante la adversidad y transigía al entrar en España. No había cedido; estaba muerto.

Saludemos con respeto el ataúd de aquel á quien combatimos tantas veces.

°°°

La *Gaceta* ha empezado á publicar parte de los facultativos de Cámara: esta sección médico-oficial no parece abierta por un motivo grave, sino por un sarampión benigno, con ligera fiebre, que, según los pronósticos, no producirá más que una molestia de pocos días á la interesante Princesa de Asturias. Así lo expresan los médicos, y así lo deseamos.

°°°

Rara vez se deslizan erratas de importancia en nuestra Crónica: antes al contrario, la excelencia de los correctores nos presenta enmendados no pocos yerros que cometemos al escribir; pero debemos hoy corregir una errata de nuestra última Crónica, que pasó inadvertida por ser una adición y que altera toda la intención de la frase.

Se dice en las últimas líneas de la primera columna:

«¿No es aplicable á los juicios sumarísimos militares que se realizan en un tiempo breve el artículo del Código penal que marca treinta días de observación de las heridas?»

Debe quitarse la interrogación: no preguntábamos; afirmábamos que no es aplicable el tal artículo.

Hecha esta salvedad, consignaremos con gusto que el estado del general Primo de Rivera es satisfactorio, dentro de la gravedad natural de las heridas.

Y si no, que contesten todos los militares que hubieran tenido atravesado el pecho por un balazo semejante en una acción. ¿Les parecería justo que en el parte calificasen de leve aquella herida para las naturales recompensas?

°°°

Las recepciones académicas serían ceremonias muy monótonas y frías, reducidas á un discurso erudito del recipiendario y un elogio imprescindible de su padrino con una glosa del discurso, si no se distinguieran entre sí por algunas circunstancias que les dan carácter particular. La salsilla del discurso del Sr. Asensio en la Academia de la Historia, y la contestación del Sr. Sánchez Moguel, está, á nuestro entender, en las siguientes observaciones que hemos hecho. Empecemos por la última: el Sr. Sánchez Moguel (que lee perfectamente sus discursos), al declarar que el nuevo académico entraba por derecho propio, establecía diversas categorías en los individuos de aquel cuerpo, lo cual, unido á su famosa crítica del fundador oficial de la Academia y á la elección del tema por su apadrinado, le colocan en un puesto preferente, simbolizando lo que podemos llamar, en el buen sentido de la palabra, elemento tempestuoso de la pacífica Academia. Porque el discurso del Sr. Asensio, autor de una extensa y apologética historia de Cristóbal Colón, que publicó la casa Montaner, de Barcelona, con ocasión del centenario, es, en sustancia, un ataque desembozado á los que en aquella época creyeron necesario defender á España de las injusticias cometidas con ella por muchos escritores extranjeros, para realzar la memoria del famoso Almirante. Cita para rebatirla la célebre frase del Sr. Vidart: «No es posible consentir que la deshonra de España sirva de base á la gloria de Cristóbal Colón»; condena lo que han defendido los Sres. Menéndez Pelayo y Fernández Duro acerca del piloto de Huelva y Bobadilla, y aun disiente en mucho del Sr. Cánovas del Castillo, y en algo del Sr. Castelar, todos académicos; está en oposición con los Sres. Jiménez de la Espada, Zaragoza, P. Mir, P. Cappa y otros. El discurso, pues, del director de la Academia Sevillana, D. José María Asensio, ha sido un cañonazo que rompe de nuevo las hostilidades entre los dos partidos á quienes había rendido el cansancio, defensores unos del llamado criterio español, y otros del que se juzga extranjero. Todo hace presumir que volverán á ser registrados los archivos, aparecerán nuevos escritos, y tendremos gran ocasión de aprender los que aprovechamos para instruirnos las polémicas y fatigas de los sabios.

°°°

Han empezado las verbenas en Madrid; las procesiones de Minerva, y en la catedral, con la función del Corpus tradicional, una reforma importante en la música religiosa, promovida por el Sr. Arzobispo-Obispo de Madrid, secundado en la parte artística por el maestro Pedrell. El efecto que produjo en los oyentes la música del maestro Victoria fué, según leemos en la prensa, grandioso é imponente.

°°°

Lumen in cœlo es un folleto impreso en Guatemala, en que el autor D. Gabriel Espinola desarrolla una teoría sobre el origen de las esferas siderales. *Fechas prehistóricas* y *porvenir de las razas* es una conferencia del Sr. Álvarez Seréix acerca de tan difíciles problemas. *Del humorismo*, otro discurso impreso de la conferencia leída por D. Andrés Ovejero Bustamante en el Ateneo de Madrid. Todos estos trabajos pertenecen por su índole á la ciencia reposada y á la crítica literaria, no á la crónica de lo que vive é influye en los sucesos inmediatos: los leemos para nuestra instrucción particular, y los citamos para conocimiento de quienes se dediquen á esa clase de estudios.

Locos y anómalos, de D. José María Escuder, es una de esas obras de batalla que tienden á influir en la reforma de la legislación, de las prácticas forenses y de los asilos en que se refugia la locura. Se lee con interés, porque se rehuye el tecnicismo y se desarrolla la idea en cuadros históricos con habilidad de novelista: pasan por el libro las figuras tétricas del Veterinario de Sueca, aquel alcalde que asesinó á hachazos á tres vecinos suyos y se presentó luego á la víctima agonizante, como autoridad: se impuso en la cárcel á un terrible asesino y se evadió de la prisión: del médico Morillo, del cura Galeote, y otros muchos. Pues bien; aun este libro, que por su actualidad correspondería á nuestra Crónica, tiene para nosotros el inconveniente de que no podemos abarcarle en sus múltiples problemas. La Medicina, por desgracia para la humanidad, no es una ciencia exacta; y en cuanto á la rama, tan moderna, del alienismo, ha de pasar algún tiempo para que sus diagnósticos tengan la autoridad que acaso lograrán algún día.

Sólo un práctico alienista hubiera conocido la vesania del Veterinario de Sueca por esta descripción de sus irregularidades mentales:

«Dió en la idea de que todo el mundo le era hostil. Se creía víctima de una ojeriza infundada, y la verdad es que su conducta no era la más propia para ganarse las voluntades. Se le figuró que un vecino llamado Ripoll le miraba aviesamente. Cobró gran miedo: sus sospechas tomaron cuerpo: se imaginaba alcanzado, perseguido por aquel espía.....

»El tal vecino no se cuidaba para nada del veterinario.»

El libro se lee con interés; pero suscitará muchas contradicciones de los que no pueden conformarse con sus soluciones y doctrinas. Los locos temerán que se les declare: los cuerdos también, por si la nueva ciencia se equivoca y les entrega la camisa azul.

°°°

Sr. D. Enrique Gómez Carrillo.—París.

Desea usted conocer la opinión que haya formado de su libro *Literatura extranjera*: lo difícil es sintetizarla en las pocas líneas de que dispongo; y como en diversas páginas de su obra distingue usted dos procedimientos para criticar, el del sentido común, anticuado é insuficiente, y otro, moderno, que consiste, si he entendido bien, en dejarse llevar sinceramente de las impresiones que produce un libro y escribirlas en forma pintoresca, debo decirle que prescindiendo del sentido común, me encuentro como un piloto sin brújula, y aplicándole, veo en su libro, más bien que un tratado de literatura extranjera, una serie de bocetos en que nos presenta, entre algunos escritores de importancia, pero escogidos entre los más anómalos, una legión de extravagantes, más dignos del estudio del frenópata que del aficionado á las letras. Y esa crítica alienista de los Max Nordau, Lombroso, etc., que parece intrusión de gente extraña en el campo de la poesía, está justificada: ¿qué tiene de particular que los médicos acudan al Parnaso si les parece un manicomio? Y me refiero principalmente á esa pléyade de jóvenes poetas de Francia que ha tenido usted la bondad de presentarme dedicándome el estudio. Dice usted que los poetas de una Francia histérica que necesita duchas, tienen que ser «inquietos, refinados, perversos y enfermizos»: aunque estas cualidades no les recomendarían para el arte serio, todavía inspirarían curiosidad si las tuvieran: domina en ellos la vacuidad de ideas, el rebuscamiento de palabras poéticas del vocabulario clásico y romántico, las viejas é interminables evocaciones, sin más innovación que algunos adjetivos aplicados con desvergonzada impropiedad, y vaguedades é incoherencias que, si significan algo, no han encontrado expresión, pues nada de lo que no se dice claro queda dicho. Yo creo, en conciencia, que usted se burla de ellos cuando dice de *Cloches en la nuit*: «Es un concierto de armonías agonizantes que exaltan la maravilla de lo obscuro y de lo pálido en epitalamios líricos y monótonos cuya belleza no está al alcance de los pobres de espíritu.» Y más cuando añade usted: «Hé aquí una de las estrofas más claras de ese libro de Adolfo Rette:

«Lago de las Tres Purezas, en el cual resbala con lentitud—entre el temblor blanco de umbelas delicadas—y la sombra glauca y el oro de las ondas aduladoras—y la serenidad glacial de Hécate—la barca sencilla y candorosa.—Barca que surca muy lentamente el agua musical—barca que mece el olvido de las ebriedades brutales.—(Gran ensueño, bello piloto, orienta tus velas—hacia un cielo en donde florece una infancia de estrellas.)—Lago de silencio y de sueño, lago radiante.—¡Oh mansedumbre de tus votos!»

Pues qué diremos de la poética de Mr. Saint-Pol-Roux, cuando dice: «El arpa (la del poeta) tiene cinco cuerdas, á saber: vista, oído, olfato, tacto y paladar. Cuando las cinco cuerdas tocan armónicamente, emerge la bella orquestación «sápido odorante, visible tangible, ó sea el canto puro y grandioso.»

Pero baste ya; ni tengo espacio, ni tiempo, ni paciencia para más. Mi espíritu pobre y miope no concibe esas grandezas, y se ríe de ellas como un simple burgués. No puede prescindir de su sentido común y romper en elogios de este género.

¡Oh juventud palúdica y plateada—que bicicletas hacia el Norte que el oso blanco regocija!—recibe mis trémulos aplausos.—¡Quién pudiera descerrajar sus ímpetus ciclópeos—en tu reverso albino—con clásica y valiente disciplina—en discordante ó rítmica azotaina!

Pero yo, amigo Carrillo, sólo debo agradecer á usted el recuerdo que me dedica en ese libro tan curioso como abominable.

°°°

El sol de Junio penetraba por la vidriera, y el viejo tiritaba de frío.

—Saca mi traje de boda—dijo á la criada;—está en aquel arcón.

—Señor, sólo veo una mortaja.

—¿No oyes, chica, que llaman á la puerta?

—¡Ay, señor! ¡si es la muerte con su guadaña!

—Abre; que es mi novia.

En más de 30.000 exceden las hembras á los varones de Madrid, según el último censo. Parece ser que aquellas desgraciadas han acudido anteayer á la Florida para pedir novio a San Antonio.

Cuéntase que el Santo contestó á las solicitantes, enseñándoles la última estadística:

—Yo concedo lo que hay: donde faltan hombres no puede haber novios: pase este expediente á Santa Rita.

Las muchachas entran en la ermita de San Antonio, y se queda á la puerta el tío viejo y solterón.

—¿Por qué no entra usted, tío?

—Porque estoy hace años reñido con el Santo.

—Entre usted, y reconcíliese rezando.

—No me atrevo; no quiero exponerme á que me dé una novia de mi edad.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

LA GUERRA EN CUBA.

El contraalmirante Delgado Parejo.—La armada española en la Gran Antilla.

El nuevo jefe de la Armada española en las Antillas, señor Delgado Parejo, nació el 27 de Julio de 1828, é ingresó en el servicio como guardia marina de segunda clase el 29 de Enero de 1844, navegando en la fragata *Reina D.ª María Cristina*, navío *Soberano*, vapores *Congreso* y *Bazán*, y otros, hasta su ascenso, previo examen, al empleo de alférez de navío, el año 1850. Ascendió al de teniente en 1857, en Octubre del 68 á capitán de fragata, en Diciembre del 72 á capitán de navío de segunda clase, y en Marzo de 1891 á contraalmirante.

Navegó mucho en los mares de la Península y de las Antillas, y fué mayor general de la escuadra del Mediterráneo. En tierra ha tenido diversos cargos, entre otros los de comandante de Marina de la Habana, consejero del Supremo de Guerra y Marina y vocal de la Junta codificadora de la Armada.

En su larga y honrosa carrera ha recibido distinciones muy merecidas. Tiene la medalla de África; la cruz, la placa y la gran cruz de San Hermenegildo; las del Mérito Naval de primera y segunda clase; la de la Carraca; la de tercera clase del Mérito Militar, por la campaña de Cuba; es comendador de Carlos III, etc., etc.

Pero quizás ninguna de estas cruces honra tanto al señor Parejo como la confianza que en él ha puesto el Gobierno nombrándole jefe del Apostadero de la Habana, ahora que arde en Cuba una guerra en la que los sucesos dependen principalmente de la marina.

En Cuba, como antes en el continente americano, y como sucedió en Flandes en tiempos aún anteriores y en los alzamientos de moriscos del reino de Granada, los rebeldes valen poco por sí, teniendo su principal fuerza en los socorros que de fuera reciben, sin los cuales no pueden pasar mucho tiempo. Importa, por tanto, quitar ese socorro á los enemigos de España y de la isla (los que lo son de aquélla lo son de ésta), y para ello lo más eficaz es tener muchos y buenos barcos que sin descanso vigilen las costas y den caza á cuantos buques sospechosos aparezcan en aquellas aguas. Sólo con que se consiga impedir que éstos desembarquen hombres y municiones, basta para que la actual rebelión comience á agonizar á los pocos meses.

Conociéndolo así el Gobierno, ha enviado á las aguas de Cuba cuantos barcos tenía disponibles en la Península, y se propone enviar muchos más, aprovechando también los vapores de la marina mercante que pueden ayudar eficazmente á esta vigilancia.

En la plana primera de este número damos el retrato del Sr. Delgado Parejo, y en la 373 una vista de la escuadra con que ha sido reforzada la del apostadero de la Habana desde que comenzó la insurrección.

Los barcos enviados hasta ahora, no contando los que están en viaje, son 16, á saber: 6 cruceros, un aviso-torpedero, ocho cañoneros y una lancha de vapor. De todos estos buques el mayor y más potente es el *Reina Mercedes*, botado al agua en 1887. Es de hierro, de 85 metros de eslora, 13,5 de manga ,7,90 de puntal, y desplazamiento de 3.090 toneladas. La máquina tiene 3.688 caballos de fuerza, y le da una velocidad de 15 millas por hora. El radio de acción es de 4.714 millas. Su armamento le componen 6 cañones Hontoria, de 16 milímetros; 3 ametralladoras Nordenfeldt, de 57; 6 cañones-revólvers Hochtkiss, de 37; otros dos Nordenfeldt, de 42; 2 Hontoria, de 7, y 2 ametralladoras, de 11.

Vienen después el *Colón*, el *Infanta Isabel* y el *Conde de Venadito*, todos de reciente construcción, de hierro, y de las dimensiones siguientes: eslora, 64 metros; manga, 9,77; puntal, 4,85; calado, 4,62; desplazamiento, 1.150 toneladas. Las máquinas tienen 1.500 caballos, con cuya fuerza pueden andar hasta 14,60 millas por hora. Caben en sus carboneras 197 toneladas de combustible, y su radio de acción es de 2.496 millas. Montan cuatro cañones Hontoria; dos Hochtkiss, de 57 milímetros; un Hontoria, de 7; cuatro cañones-revólvers, de 57, y una ametralladora, de 11.

El *Jorge Juan* y el *Sánchez Barcáiztegui* son un poco más pequeños, pues tienen 62 metros de eslora, 9,2 de manga, 5,55 de puntal, 4.70 calado y 935 toneladas. La máquina es de 1.100 caballos y la velocidad de 11 millas, con una sola hélice. Pueden llevar 135 toneladas de combustible, con lo que su radio de acción es de 1.690 millas. Consiste su armamento en tres cañones Hontoria, de 12, de carga simultánea; dos Krupp, de 8, y dos ametralladoras Nordenfeldt, de 25 milímetros.

El aviso-torpedero *Filipinas* se botó al agua en 1892. Tiene 71 metros de eslora, 8,25 de manga, 4,20 de puntal, 2,45 de calado, y 750 toneladas. La fuerza de su máquina es de 2.500 caballos, pudiendo andar más de 20 millas por hora. Tiene carboneras para 120 toneladas de combustible, y un rayo de acción de 2.500 millas. Monta dos cañones Hontoria, de 12 centímetros; cuatro Nordenfeldt, de 42 milímetros, y dos ametralladoras, de 11.

Los cañoneros *Martín Alonso Pinzón*, *Yáñez Pinzón*, *Nueva España*, *Galicia* y *Marqués de Molins* son barcos de 571 toneladas, 2.600 caballos de fuerza, 18,6 millas de andar, y 2.700 millas de radio de acción. La artillería compónese de dos cañones Hontoria, de 12 centímetros; 4 Nordenfeldt, de 57 milímetros, y una ametralladora, de 11 milímetros. Todos son de los más modernos de nuestra Armada.

El *Magallanes* fué botado al agua en 1884. Tiene 527 toneladas, 11 millas de andar y 1.600 de radio de acción. La artillería que lleva compóníala tres Hontorias de 12 centímetros, dos ametralladoras Nordenfeldt de 25 milímetros, y una de 11.

El *Alcedo*, el *Cuba Española* y el *Contramaestre* son más pequeños que los anteriores, no llegando á 220 toneladas. Calan unos 2 ½ metros, tienen 318 caballos de fuerza, y andan sólo 9 millas. Llevan un Hontoria de 12 y una ametralladora de 25.

La lancha *Caridad* es de madera, con 33 toneladas, 8 caballos de fuerza y 7 millas de andar. Su armamento se reduce á una ametralladora de 25 milímetros.

Estas fuerzas, algunas más (muy pocas) que había en el apostadero de la Habana, otras que van navegando hacia aquellas aguas, y los vapores mercantes armados, es lo que hasta ahora tenemos para impedir que los extranjeros vayan en socorro de los rebeldes y les lleven armas y municiones; pero aunque parecen suficientes para tal propósito no lo son, y muy pronto las aumentará el Gobierno, porque la dilatada extensión de costas que tiene la gran Antilla (más de 3.500 kilómetros) facilita los intentos de los enemigos, por ser muy difícil guardar bien tan gran espacio.

De que al fin quedará bien guardado no hay duda. El Gobierno sabe que este es el medio más eficaz de acabar la guerra, y no dejará de emplearlo.

BAYAMO.

La ceiba de la Luz.

La ceiba es uno de los árboles mayores de la flora tropical. Pertenece á la familia de las malváceas, dentro de la cual forma una especie-tipo denominada *bombax pentandrum*. Crece en las Antillas y además en toda la América central y del Sur. El tajnilao de Filipinas es pariente muy próximo de la ceiba.

La madera de este árbol es de poco peso y frágil. Los indios brasileños sacan de él una goma soluble, de gusto poco agradable, con la que curan ciertas enfermedades intestinales. En la pág. 372 hallarán los lectores reproducida una magnífica ceiba que existe en los alrededores de Bayamo.



HABANA.

La estatua del brigadier Albear.

El brigadier Albear, á quien tanto debe la Habana, vino al mundo en aquella ciudad, siguió la carrera de las armas, y en los campos de batalla de la Península acreditó grandemente su valor. Viajó después por Europa y América, completando los muchos conocimientos que ya tenía y que le daban honroso puesto entre los ingenieros militares.

Al volver á la Habana, destináronle sus jefes á las órdenes de la Junta de Fomento, llegando á ser director de Obras Públicas. En 1854 nombró el general Concha una comisión que debía estudiar el grave problema de abastecer de aguas la población, por ser las que ésta tenía poco abundantes y nada sanas. Albear fué nombrado presidente de la Comisión, y dedicándose con sumo cuidado á estudiar el asunto, proyectó llevar el agua de los manantiales de Vento. Vino con el proyecto á Madrid, donde consiguió que le aprobaran, si bien las obras no comenzaron hasta Noviembre de 1861.

Albear murió en Octubre de 1887 satisfecho de su triunfo, que tantos trabajos le costara, y pudiendo alabarse de haber dejado á la Habana, como recuerdo suyo, una de las mejores conducciones de agua que hoy existen.

Al siguiente día de fallecido el ilustre ingeniero, propuso en el Ayuntamiento el Sr. López Villalonga costear los gastos del entierro, y erigirle un mausoleo en el cementerio de Colón, lo que fué aprobado. En 20 de Agosto del siguiente año remitió desde Florencia el Sr. D. José Vilalta de Saavedra un proyecto de monumento, que consistía en la estatua de Albear, mostrada y señalada á la admiración del pueblo por la ciudad de la Habana, representada por una figura en pie en el basamento, en el instante en que acaba de escribir el nombre de tan predilecto hijo en el gran libro de la Historia. Aprobado el proyecto del Sr. Vilalta, acordó algún tiempo después el Ayuntamiento que la estatua se levantase, no en el cementerio, sino en la plaza de Monserrate, donde efectivamente se inauguró con gran pompa el 12 del pasado Mayo.

Desde muy temprano estaban llenas de gente la plaza de Monserrate y las calles próximas, viéndose también infinidad de personas en los balcones y ventanas. Frente á la estatua se había levantado una espaciosa tribuna, desde la cual presidió el acto el general Arderius, teniendo á su derecha al Alcalde de la ciudad. La viuda é hijos de Albear estaban también en la tribuna, á la derecha de la mesa.

Previa la venia del general Arderius, leyó un discurso el Sr. Ariza, director de las obras, quien hizo entrega de ellas. El general Arderius respondió brevemente al Sr. Ariza, y acompañado del alcalde y tenientes de alcalde se adelantó y descubrió la estatua. Habló después D. Joaquín Ruiz para alabar al Sr. Albear cual merecía, y después habló también un hijo de éste dando á todos las gracias.

Con esto y con firmar el acta, acabó la fiesta. En la página 372 damos una vista de la plaza de Monserrate en el momento de descubrirse la estatua.



BELLAS ARTES.

Entre pescadoras, cuadro de J. H. Kaemmerer. — *A la Epístola*, cuadro de D. Marcelino Santa María.

El cuadro de Kaemmerer, que publicamos en nuestro grabado de la pág. 376, es tan verdadero, que parece copia del natural. Las dos mozas riñen quizás por la propiedad de uno de los cestos y su contenido; pero bien podría ser que el verdadero motivo de la descomunal batalla que con la lengua han trabado, lanzándose las mayores injurias, tuviese mayor fundamento, y que la verdadera causa fuesen rivalidades amorosas. Sea así ó de otra suerte, lo cierto y evidente es que no cabe mayor arrogancia y gallardía en las actitudes, ni tampoco mayor propiedad en los tipos. La expresión zumbona del rostro de la pescadora anciana que en el fondo contempla la riña es de mucho mérito y completa muy bien el cuadro.

Con el cuadro *Á la Epístola* ha ganado el Sr. D. M. Santamaría una segunda medalla en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes. La ejecución es excelente, y el asunto digno de la ejecución.

Fácilmente se comprende. La niña va á la iglesia con su mamá, más atenta á quien la sigue que á los Oficios. Sin duda la autoridad materna ha prohibido toda comunicación con el perseguidor, oficial de Caballería, que á pocos pasos de allí finge asistir devotamente á la Epístola. Y no miente, porque epístola es la que la niña, burlando la vigilancia de la mamá, le envía en aquel momento, por el seguro conducto de la cobradora de las sillas. A esta función sí que asiste con verdadero recogimiento el oficial. (Véase la pág. 377.)



ORDUÑA (VIZCAYA).

El balneario de Arbieto.

El balneario de Arbieto, aunque de los más modernos de Vizcaya, ha ganado ya fama por la eficacia de sus aguas, lo pintoresco del paraje en que está situado y las comodidades que allí tiene el bañista.

En la pág. 380 damos vistas de dos de las principales salas del establecimiento: la de descanso y el comedor.

Aquélla es fresca y agradable, y éste espacioso, ventilado y decorado con sencillez y buen gusto.



MADRID.

La fiesta del Círculo de Bellas Artes.

Desde que el Círculo de Bellas Artes dejó su antigua y modesta casa de la calle de la Libertad por el palacio que ahora tiene en la calle del Barquillo, ha llegado á ser, sin duda alguna, de las sociedades de vida más activa y brillante que hay en Madrid. Los muchos y espaciosos salones de la nueva casa, y el magnífico jardín, están todas las noches llenos de socios, atraídos por la comodidad y belleza del local, que verdaderamente son excepcionales.

La última fiesta verificóse en el indicado jardín, donde en poco tiempo se había improvisado un elegante teatrito. La compañía que en él se presentó al público no podía ser más escogida. He aquí la lista: Señoritas: Joaquina Pino, Irene Alba y Consuelo Salvador. Caballeros: Arana, Avilés, Riquelme, Carrión, Pinedo y Rodríguez (Manuel). Irene Alba, Consuelo Salvador y Riquelme representaron admirablemente *Los monigotes*; Mesejo, Pinedo y Manuel Rodríguez, cantaron el terceto de los ratas como sólo ellos pueden hacerlo; Arana y Avilés dijeron con gracia inimitable unos hermosísimos diálogos de López Silva; la Pino y Pinedo cantaron el dúo de los paraguas, y Arana y Riquelme hicieron desternillar de risa á los asistentes, representando *Nuestros artistas*.

Los niños napolitanos Bisaccia y Vargas cantaron varios dúos bellísimos, y Manuel del Palacio leyó versos, que con decir que fueron de los mejores que le hemos oído, quedan debidamente alabados.

Después hubo varios asaltos entre los discípulos de Broutin, tirando éste con el Sr. Saint-Aubin, uno de los buenos tiradores que hay en Madrid, y capaz de medirse con los más hábiles maestros. Fué esta parte de la fiesta digna de la primera, y entretuvo agradablemente al público.

Este era tan numeroso cuanto lo permitía la magnitud del jardín. No exageramos diciendo que había allí más de 1.200 personas. Si para probar la calidad de éstas quisiéramos citar nombres, tendríamos que formar una lista impublicable por su tamaño, pero en la que constarían apellidos de las más distinguidas familias de Madrid. Añadiendo á esto la hermosura y elegancia de las damas, lo apacible de la tarde y la amenidad del jardín, se comprenderá que no incurrimos en exageración al decir que fué esta fiesta verdaderamente singular y que no creemos posible que pueda celebrar una parecida otra sociedad de Madrid, porque no sabemos de ninguna que tenga un jardín como el del Círculo de Bellas Artes. Los que la organizaron merecen nuestros plácemes más sinceros y entusiastas. (Véase la pág. 381).



PABLO MAUSER.

Hijo de un modesto armero, y el menor de trece hermanos, nació el 27 de Junio de 1838 en Oberndorf (Alemania).

Empezó muy joven á trabajar como aprendiz en la Fábrica Nacional de armas establecida en dicho punto, dedicando sus horas de descanso al estudio de modificaciones en las armas que entonces se construían, manifestándose ya su clara inteligencia, su espíritu observador y una asiduidad poco común.

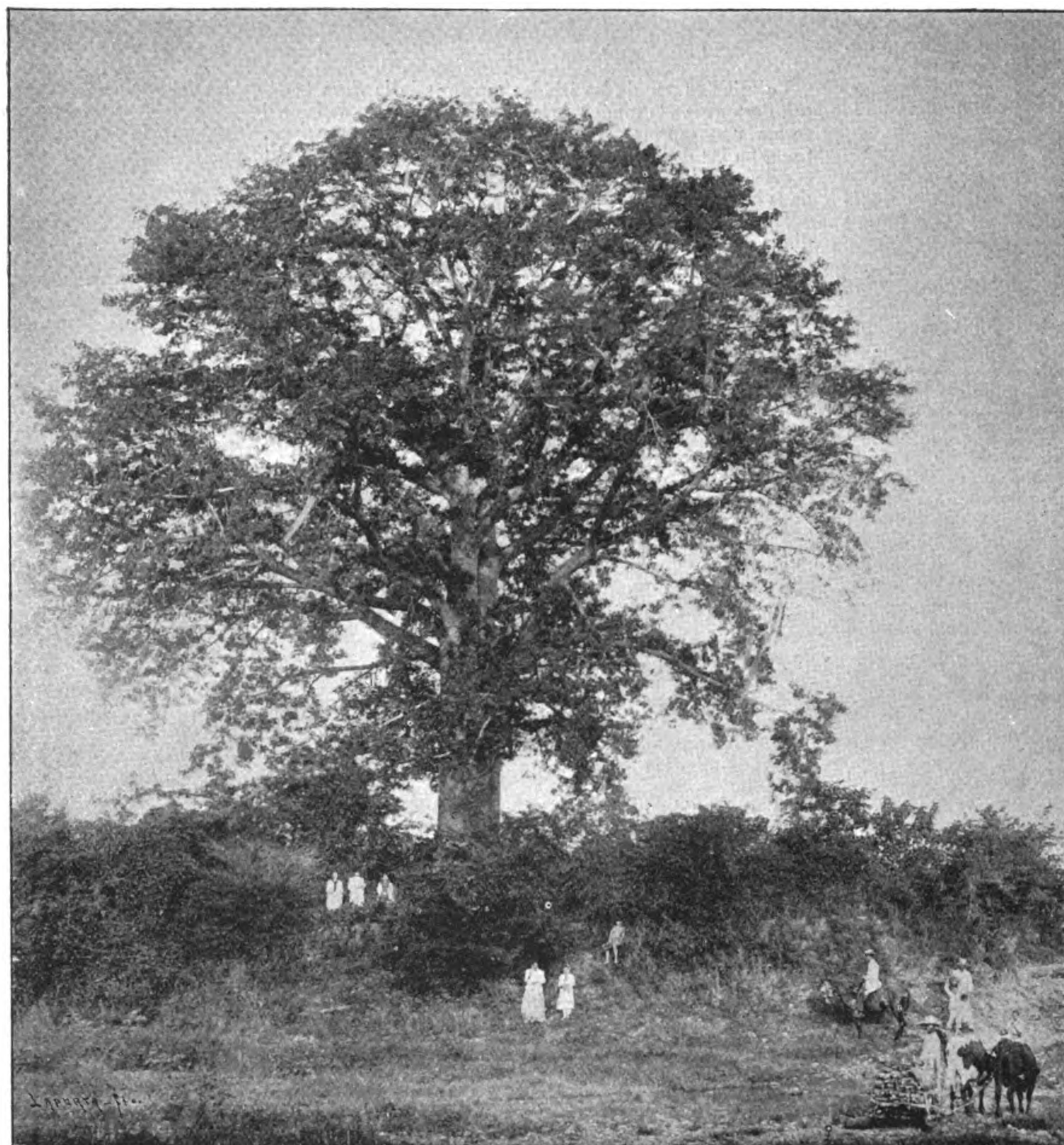
En 1867 se trasladó á Bélgica para ampliar sus conocimientos en las fábricas de armas de Lieja, y cuatro años después presentó al Gobierno alemán su primer modelo de fusil y carabina, que fueron aceptados y con ellos se armó el ejército del Imperio.

Desde 1876 ha conseguido que en China, Servia, Bélgica, Turquía, República Argentina, Brasil, Chile y España se adopte su sistema de armamento portátil, si bien después de haber introducido importantes modificaciones en sus primitivos modelos, hasta llegar al adoptado por España, y que se considera hoy como el arma más perfecta de cuantas se conocen. En la actualidad el armamento de su sistema se construye en las fábricas de L. Loewe, con quien está asociado, y de las que es director facultativo. Jefe de una numerosa familia, á ella dedica el tiempo que su trabajo le deja libre. Su modestia, su afabilidad y delicado trato le hacen simpático á cuantos le tratan, y á su talento y laboriosidad debe su fortuna, adquirida honradamente y de la que puede envanecerse. Publicamos su retrato en la pág. 384.

G. Reparaz.

NOBLES Y PLEBEYOS.

Por la línea férrea de Sevilla á Cádiz y en un coche de primera, que apenas en otra nación podría figurar como de segunda clase, iban siete personas de muy distintas procedencias, señales y cataduras. Al salir de la estación del Prado de San Sebastián y mientras se divisó la esbelta Giralda hubo silencio en el vehículo: pero antes de llegar al estrecho puente de Dos-Hermanas, atravesado sobre el Guadaira, desatáronse las lenguas, salieron á plaza cestos, esportillas y fiambreras con provisiones de comestibles y bebestibles, y cada cual procuró entretener el tiempo comiendo ó platicando, según su necesidad ó particulares inclinaciones. Todos no; que entre ellos iba un inglés, seco, larguirucho y con anteojos azules, cuyo honorable



BAYAMO (CUBA).—LA CEIBA DE LA LUZ.

(De fotografía de Gómez Carrera.)



HABANA (CUBA).—INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DE ALBEAR.—LA PLAZA DE MONSERRATE EN EL MOMENTO DE DESCUBRIRSE LA ESTATUA.

(De fotografía de Moreu, de la Habana.)



CUBA. — BUQUES DE LA ARMADA ESPAÑOLA DESTINADOS Á LA CUSTODIA Y DEFENSA DE LAS AGUAS DE LA GRAN ANTILLA.

(Dibujo de A. de Caula.)

señor ni se movió del rincón donde antes que nadie se había colocado, ni despegó los labios una sola vez durante el camino. Por lo cual, sólo puede entrar en este verídico relato como comparsa ó figura decorativa, por el estilo de los maceros del Congreso de Diputados, que mientras éstos bullen, vociferan y se revuelven hechos unos energúmenos, ellos lo presencian todo mudos é impasibles, y hasta se duermen de pie, lo mismo que las grullas. Los demás pasajeros eran: un clérigo, anciano ya y bastante obeso; un almibarado y elegante caballerete, que se decía natural de *Valladoliz*, pero con mucha familia en la capital andaluza; un sevillano legítimo y legítimo guasón, y una madre, señora de mediana edad, que para disimular sus canas llevaba teñido el pelo de rubio, más dos hijas, ni guapas ni feas, ni tampoco notables por otra cosa que por su excesiva impedimenta: esto es, por el increíble número de cajas de cartón, cestas, almohadillas, maletines de mano y toda clase de bultos, muy propios para ocupar sitio y molestar á los compañeros de viaje.

Quejábase amargamente el clérigo de la falta total de su dentadura, diciendo que era el mayor de los males, y, abriendo las quijadas, mostraba la profunda cueva de su boca, donde, en verdad, no le había quedado ni diente, ni colmillo, ni muela, ni hueso alguno; pero sí una lengua muy expedita, pues no cesaba de hablar, y cuando ya nadie le hacía caso, pasadas algunas horas, desenvainó el breviario y se puso á rezar en alta voz, como si él solo estuviese en el coche. Mas por lo pronto, y en primer lugar, el tema de su discurso fué la dichosa dentadura.

—Desengáñense ustedes—clamaba accionando como si predicase;—no hay en el mundo cosa peor. Dolores y trabajos pasan los niños para la dentición, y además peligros no pequeños, pues algunos enferman y se mueren los pobrecitos; y luego, ¿para qué? para que más adelante y andando el tiempo venga la caries, y el flemón, y el pasmo y el mismísimo demontre, y hoy una muela, mañana un diente, pasado un colmillo, vaya desapareciendo toda la herramienta, y quedándose el hombre á lo mejor convertido por esta parte en un niño de pecho. ¡Tener hambre y no poder mascar á gusto! ¿Y el hablar? Yo tenía cierta elocuencia, según decían en mi pueblo; pero hace años que dejé el púlpito, convencido de que no logro pronunciar ni medianamente, porque se me sale el aire, y las palabras suenan ininteligibles y confusas. No; pues en llegando á Cádiz, preciso es que esto se arregle: cabalmente llevo carta muy expresiva de recomendación para el Sr. Narváez, no el Presidente del Consejo de Ministros, que me tiene sin cuidado y para nada me sirve, sino para Narváez el dentista, á quien he de encargar que me ponga una dentadura grande y fuerte como la de un cocodrilo, y si á mano viene, que tenga tres ó cuatro filas de huesos y se crucen y encajen bien unos en otros, por el estilo de los que gastan los perros de presa. Ya que me ha de costar los cuartos, que sea buena. ¿No tengo razón? ¡Caracoles! Esto de no poder comer es demasiada penitencia. ¿No me compadecen ustedes?

Y mientras se quejaba con semejantes lamentaciones, tragábase enormes bocados, como quien echa cartas al correo. O engullía sin mascar, ó tenía de hierro las mandíbulas y con ellas lo trituraba todo instantáneamente; pues en poco más de media hora devoró un trozo de salchichón como un brazo, cinco ó seis huevos duros, un buen pedazo de queso, dos panes grandes y un puñado de higos; todo remojado con cierto líquido, que no debía ser agua, según el aspecto y olor de la bota que lo contenía. Sus compañeros de viaje le contemplaban asombrados.

—Verdaderamente, Padre—díjole con tono socarrón el sevillano—que el no tener dientes será para su merced una desgracia; mas para nosotros es una suerte no pequeña, pues si llega á tenerlos, de seguro nos devora á todos. No alcanzo á comprender qué falta puedan hacerle los servicios de ese Peláez ó Narváez, ó como se apellide el tal dentista gaditano, de que antes nos hablaba. Yo tengo la dentadura sana y completa, y en dos ó tres días no me atrevo á consumir lo que su merced ha engullido en veinte minutos.

—¡Ay, hijo mío!—contestóle el presbítero tuteándole, según costumbre de muchos ancianos con los mozos;—¡si me hubieses conocido en mis buenos tiempos! ¡Con decirte que dejé memoria en Aragón y Navarra, donde hay cada hombre que parece un buitre! ¿Y beber? ¡Dios poderoso! No traga más agua ninguna alcancarilla en un invierno de lluvias, que yo he tragado azumbres de vino. Pero, eso sí, nunca perdía la brújula; que el perturbarse el conocimiento y salir diciendo disparates, cosa es indigna en cualquiera, y más aún en el sacerdote. La prudencia sobre todo. Mi difunto maestro y bienhechor el P. Sempronio, que esté en gloria, repetía muchas veces esta máxima:

Con regla, peso y medida
Pasarás aquesta vida.

Y no se me ha olvidado. Moderación y templanza. Y así vivirás largos años sobre la haz de la tierra. Precisamente ahora recuerdo que un día en Calatayud..... ¿Fué en Calatayud, ó en Daroca? Pero lo mismo da para el carnero, digo, para el caso. Y el caso es, que de una sentada me cené un carnero, que bien tendría de romana sus dos arrobas y media, y luego.....

—¡Jesucristo, qué atrocidad!

—¿Qué ha de ser atrocidad, hombre? Si fué en caldereta. ¡Aquel animalito era una bendición de Dios!

—¿Y cómo pudo su merced apurarlo todo? ¿Le ayudaba alguien?

—Me ayudé yo mismo, á fuerza de tarugos de pan y jarros de lo añejo. Y me quedé hecho un reloj. Ya no soy ni mi sombra. Pero en cuanto me arregle la boca Narváez.....

—¡Utrera, cinco minutos!—clamó una voz ronca en el andén.

Bajó del coche el presbítero, y á poco volvió con un papelón de exquisitas tortas.

Las ofreció á sus compañeros, que agradecieron, mas no aceptaron el obsequio, y el tren prosiguió su marcha majestuosa. Entretanto, la plática había cambiado de tema, y ahora llevaba la voz el almidonado señorito.

—Pues, como iba diciendo, yo soy natural de *Valladoliz*, en cuya *universidaz* hice algunos estudios, hasta que me cansaron.....; después he pasado en Sevilla bastante tiempo. Me gusta Sevilla....., hasta cierto punto, ¿eh? Para ser una capital de provincia, ¿eh? Claro que no puede compararse con *Madriz*; pero también tiene su poquita de aristocracia. Y esto hay que mirarlo despacio, pues no conviene tratar con todo el mundo. ¡No faltaba más! Aun hay clases....., ¿no le parece, eh?

—¡Ya lo creo!—respondió con sorna el sevillano:—¡y tantas como hay! Precisamente, acabo de terminar mi carrera, y estoy de clases hasta la coronilla. Clase de griego, clase de árabe, clase de literatura española, de metafísica, de historia, clase de.....

—Hombre, no hablo yo de esas clases académicas, que me importan muy poco; sino de las clases ó categorías por donde se divide la sociedad en nobles y plebeyos.

—¡Ya! Eso es muy distinto.

—Y tengo el honor de pertenecer á la primera categoría, es decir, á la aristocracia. Como que mi escudo ostenta un león rampante sobre campo de gules.....

—¿Un león ambulante..... en un campo de baúles? Pues estará gracioso—exclamó el cura, que iba medio dormido, y empezó de nuevo á dar cabezadas.

—Este señor clérigo debe ser algo sordo, y no se ha enterado bien. Pues sobre el escudo hay un casco adornado de lambrequines.....

—Sepa usted, caballerito, que no soy sordo—replicó el aludido con alguna aspereza; pues, con efecto, era de oído torpe.—Sepa usted que lo escucho todo; lo mismo eso del león ambulante, que lo del barco de adoquines con que nos sale ahora.

Y el feliz comentador de la heráldica dió media vuelta, reclinó la cabeza sobre un cojín, y de esta vez quedóse inmóvil y con la bocaza abierta, respirando como un fuelle.

El partidario de los blasones se vió algo desconcertado con esta nueva interpretación, que hizo sonreir á las señoras; mas luego, encogiéndose desdeñosamente de hombros, prosiguió con su tema:

—No todos tienen obligación de conocer la ciencia heráldica, aunque es tan útil como profunda. Iba diciendo que las personas esclarecidas y de excelso linaje deben de vivir en la corte, donde están los reyes, los príncipes y la grandeza, y no en una capital de provincia, por hallarse en tal caso dentro de un círculo mezquino....., ¿eh? Y aunque sólo sea por aburrimiento, casi siempre concluye el noble avillanándose y tratando con la gentuza....., ¿eh?

—Ciertamente; eso está muy puesto en razón, y yo pienso lo mismo. El noble no debe rebajarse nunca. ¡Tratar con la plebe! ¡Pues no faltaba más! Hasta ahí podían llegar las bromas. ¡Carambita, pues si sólo de oirlo se me subleva el hipérbaton y me pongo trémulo!

—Ya había conocido yo que es usted de prosapia ilustre, y me lo confirma su generosa indignación ante la sola idea de alternar con la canalla. A mí me apesta, ¿eh? Si yo hubiese nacido plebeyo, tendría un disgusto atroz. Mas, por fortuna, vengo en línea recta del solar de Zurrapantagoitia, de los Zurrapantagoitias legítimos de Vizcaya, que tal vez conozca usted de nombre por su alta alcurnia.

—¿Pues no los he de conocer? Y mucho. ¡Si apenas se habla de otra cosa en el mundo que de los blasones, títulos, fueros y preeminencias de esos señores Espantagoitias! Puede que haya en Sevilla algunos de ellos.

—Con el mismo apellido, no; pero hay varios personajes que son oriundos del mismo solar y casa, y se honran con escudo de armas igual ó muy semejante. Vea usted: el Emmo. y Excmo. Sr. Arzobispo metropolitano es primo carnal de mi señora abuela; el Excmo. Sr. Capitán General es mi tío, como el Presidente de la Audiencia y el Marqués del Pendón Verde; la Condesa del Pájaro Fresco es cuñada de mi señor padre: de mis dos hermanas, una está casada con un embajador plenipotenciario y caballero de la Real Maestranza de Ronda, con voz y principal asiento en el Capítulo; la otra con un ex-guardia noble del pontífice Pío IX, que lleva el título de Barón de Jerusalén; y además tengo hermanos, primos y allegados que son grandes de España, generales, brigadieres, caballeros de Santiago, etc., etc. Se me figura que estoy bien emparentado, ¿eh? ¿Y usted tiene familia en Sevilla?

—Sí, señor; y ya que de alcurnias hablamos, le diré que aun viven mi abuelo y mi padre; dos hombres de los que más ruido han hecho en el mundo.

—¡Pues qué! ¿han sido príncipes, embajadores, ó.....?

—Nada de eso; no van por ahí las aguas. Mi señor abuelo fué durante más de veintiocho años tambor de un regimiento; ya puede usted calcular si en todo ese tiempo habrá metido estruendo tocando marchas y redobles. En cuanto á mi señor padre, fué y es todavía maestro calderero: por cierto que, en poniéndose á trabajar con sus oficiales, la casa y la calle parecen una Babilonia, y hay que hablar á gritos, porque nadie se entiende. En cuanto á los demás parientes, son bastante ilustres y numerosos: tengo dos hermanos, uno bodegonero, y otro secuestrador en despoblado: mi hermana la mayor guisa mondongo en la plazuela de la Alfalfa; la otra se casó con un gitano que vende y cambia y roba y esquila burros, y está á lo que sale: mis tíos, que son el pregonero y el verdugo, continúan sin novedad: y también hubo en mi familia cuatro ó cinco ahorcados, y hay ahora unos ocho ó nueve cumpliendo sus condenas con mucha honra en diferentes presidios.

—¡Jesus, qué gentuza! ¡Ay, qué familia tan indecente!

—Pues, so tío embustero, si usted se ha llevado lo mejor, ¿qué me va á quedar á mí sino las zurrapas?

El cura, que parecía dormido y no lo estaba, la señora y sus hijas, soltaron una carcajada colosal, viendo terminado el curioso diálogo con tan estupenda salida. Unicamente el inglés conservó su impasible seriedad, bien por no comprender nuestro idioma, ó por ser inglés legítimo de la propia Inglaterra.

Con grande oportunidad sonó entonces el pito; contuvo el tren su marcha, y á los pocos minutos paró en la estación de Jerez de la Frontera. El aficionado á los blasones y pergaminos cambió de coche para librarse de la rechifla y ponderar á otros las excelencias de su estirpe y linaje; mientras el guasón del sevillano, el desganado presbítero y las señoras seguían hasta la hermosa Cádiz, haciendo comentarios de la estupidez y vanidad humanas.

Narciso Campillo.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1895.

Conclusión.

No es extraño que la humanidad tardara más tiempo en obtener el dominio del arte de la pintura que el de la escultura, pues la complejidad de aquél, teniendo que acordar tan distintos elementos como la línea, el color, la luz y la perspectiva lineal y aérea, hacían más difícil el logro de tan armonioso conjunto, mientras que la escultura, fija sólo en conseguir la belleza de la forma y la perfección del modelado, era más pronta de alcanzar para el imitador de lo tangible y lo voluminoso.

Pero no es ésta razón para que pospongamos ni pretendamos quitar méritos á los que de ella hacen su profesión artística, porque si bien la escultura tiene estas ventajas, en cambio su propia realidad hace que su labor sea tan igualmente esmerada por todas sus partes y puntos de vista, su traza y encaje de los miembros tan igual y perfectamente dispuestos, que viene á constituir una escultura tantos dibujos, tantas figuras é imágenes distintas como puntos de observación puedan tomarse por el contemplador. Unase á esto las naturales dificultades de sus delicadas y complicadas

operaciones hasta conseguir la terminación definitiva de la obra,,y convendremos todos en que llevarla á efecto con sorprendente éxito es una de las labores más artísticas y sobresalientes que el hombre puede realizar.

Aunque no de tan brillante historia en España la escultura como la pintura, durante este siglo no deja de notarse cada día más movimiento en el arte que Berruguete, Gaspar Becerra, Montañés y Alonso Cano, más tantos otros imagineros, ilustraron en los pasados. Siguiendo en general las mismas direcciones que la pintura durante la centuria, neoclásica, al principio, purista y romántica después, vésela desde los últimos certámenes seguir tendencias realistas que se acentúan más en ella cada día.

Débese esto principalmente al modernísimo y exacto conocimiento del arte griego, fuente perpetua de belleza escultórica, antes tan incompletamente comprendido. La escultura, que responde á principios de este siglo á aquella corriente neoclásica representada en su más alto grado por Canova, Thorwaldsen y Flaxman, tan imitadores del antiguo por ellos conocido, que vestían á sus héroes contemporáneos con la clámide y la toga, y cuyo gusto se refleja entre nosotros por los maestros que hacían grupos como el de *Daoiz y Velarde*, el colosal de la *Defensa de Zaragoza*, el *Frontón del Congreso*, y aun el de *Las Artes* del pórtico del Museo del Prado, pasa á ser romántica, aunque con poca vida, y de pronto la vemos cambiar de corrientes y emprender caminos de imitación del vivo, modelar con todo el acento y blandura del natural, cambiando por completo todos los centros estéticos de la escultura, desde el movimiento de la línea hasta la composición y motivos de los grupos y figuras. Era que allí donde al arte se presta más apasionado culto que entre nosotros, habíase llegado á conocer al fin el gran genio griego; y así como toda la pintura moderna reconoció en nuestro gran Velázquez al maestro por excelencia, la escultura hallaba toda la realidad, toda la belleza, todo el calor y excelencia que perseguía en el gran realista helénico, en Fidias, al cabo conocido y estudiado por todas las escuelas europeas. La palabra neoclásico perdió desde entonces todo su valor; reconocióse en lo greco-romano toda su imitación y amaneramiento, y la escultura moderna, saltando por Miguel Angel, siempre el coloso del Renacimiento, retrocedió hasta el maestro del Partenón, para emprender desde él sus nuevos caminos. A esto debemos todo el nuevo estilo, más tardío entre nosotros que en otras partes, y por ello que todos los maestros que lo impulsan tomaron como fundamental punto de partida el exacto, viviente y realista estudio de la forma, para sus ulteriores y originales inspiraciones.

Benlliure y Querol parecen los destinados, desde hace tiempo, para implantar tales tendencias y tales nuevos estilos, defendiéndolos y sancionándolos con su propio ejemplo, é impulsando á muchos escultores por esta senda, encontrándose ahora rivales en nobilísimo asalto por conseguir la distinción suprema en el arte que cultivan: émulos por sus condiciones, maestros ambos en las armas que esgrimen, ha logrado por esta vez el valenciano tocar al tortosino, siendo Benlliure el que nos da más concluyentes razones de los resultados que pueden obtenerse por el ejercicio de los principios que profesa. El realismo estético sale triunfante en su admirable figura del poeta *Trueba*, tan natural y viviente, que parece no ha de impedirle el bronce que la vacía el movimiento y acción de su propia persona.

Desde aquellas estatuas durísimas, rígidas y amaneradas á fuerza de estudiar su colocación, teatrales y extrañamente desfiguradas en su vestir, y esta natural figura, sentada en rústico banco de un jardín, sorprendido en ella todo el movimiento y aspecto del ilustre vate, hay un cambio tal, que sólo se explica por el de las ideas y motivos de educación artística que de una á otra generación han sobrevenido.

Y no se diga que este realismo puro, que este vaciado del natural por manos del artista ataca á los principios estéticos, á los fueros perdurables del ideal, porque la persecución de este último puro, siempre dará por resultado una convención humana, falsa y pobre de extensión, y aquél una comprensión sintética de la obra del Creador en cuanto pueda ser abarcada por las facultades humanas, con color de vida, que, empleada por el talento de la raza europea, nunca mera imitadora, sino, al contrario, inventora é idealista en sus aspiraciones, cabeza perpetua del progreso, serviráse de él en adelante para vestir los mayores pensamientos, antes siempre en terrible lucha con la forma, declara indomable. El realismo no es un peligro en las artes, ni en nada, en manos de los hombres que á él deben sus más admirables monumentos, desde los frontones del Partenón hasta la *Summa Theologica* del más grande filósofo cristiano. Quedemos, pues, en que el *Trueba* de Benlliure es la más grandiosa escultura moderna española: su cabeza admirable compite con esos bronces antiguos de fama universal que se cuentan entre las obras maestras del modelado, y aunque en el resto de la figura el repetido examen encuentre algún defecto, obra humana no existe sin ellos, y señalarlos sería amargar en algo la legítima satisfacción que debe experimentar el ilustre escultor, al verse ornado con el supremo premio, tantos años ha no otorgado, por cuyo fallo obtiene el Jurado general aplauso.

Nada debe lastimar á Querol el éxito por esta vez conseguido por su émulo Benlliure: sus últimos trabajos patentizan todo el grado de perfección por él adquirido, como el dominio de la forma y la gracia en el corte del mármol, materia que principalmente prefiere manejar: su colección de bustos y retratos acusan cuánto comprende y da vida en la fría piedra á los modelos que reproduce, cómo no existen ya para él dificultades y cuánto engrandece y sublima su genial toque á todas las obras que salen de sus manos. Su descuido ha sido el no apercibirse para la lucha con todas las fuerzas con que cuenta, y fiar demasiado en no muy fuertes defensas: si perdiendo algún tanto el cariño al modelo que años hace nos envió para cumplir sus reglamentarios compromisos de pensionado, hubiera presentado traslado al mármol de otro más moderno que el del relieve de *San Francisco curando á los leprosos*, sorprendente á la primera impresión, pero resistiendo poco al detenido examen, por permanecer en él todas las desigualdades de estilo y flaquezas de ejecución propias de un artista en sus momentos de desarrollo, no dudamos que su éxito en el actual certamen hubiera sido más grande, la lucha más empeñada y el triunfo más dudoso.

Esta tendencia realista, esta aspiración modernísima de la escultura, aparece profundamente sentida y practicada por retirado artista, que en su tranquila y apartada patria, la silenciosa ciudad de los Califas, dedícase con sorprendente intuición á practicarla y aplicarla con todo éxito, como lo hace el joven é interesante escultor Mateo Inurria. El mismo aislamiento en que vive, al recuerdo de todo lo más sobresaliente que años há estudió y le impresionó profundamente, hácele no imprimir á sus producciones este atildamiento, este refinado acento que podremos llamar cortesano, debido más veces al afeite que á la natural belleza: pero no le apesadumbre, que por lo mismo es tan sencillo interpretador de la realidad, tan asombroso modelador de la forma, que á ello debió en su primer ensayo *El náufrago* levantar sospechas, hoy completamente desechadas, de si se valdría para sus obras de mecánicos procedimientos desconocidos. Aquel episodio, para él tan desagradable, constituye sin embargo hoy su más gloriosa nota biográfica. Sobre él pesaba el entredicho y la sospecha; pero todos enmudecen ahora ante la gallarda é indiscutible prueba de su mérito que nos proporciona con su cada día más admirada estatua de *Séneca*. Al gran filósofo cordobés, cuyo demacrado cuerpo comprendemos, por los históricos episodios de su muerte, á que grado de esclerosis y senectud había llegado cuando tuvo que sufrir la ejecución de la neroniana sentencia, parécenos verlo sereno y solemne, surgiendo desnudo del amplio paño que envuelve toda su parte inferior, sentado en característica silla, en el momento aquel en que el ilustre anciano, con apagada pero firme voz, legaba á sus amigos presentes el único bien de que podía entonces disponer, cual era el ejemplo de su vida. Nadie mejor que el escultor cordobés para tal representación, pues su manera de modelar, su estilo anatómico cual ninguno, que le hace propender á lucir el desnudo, como recordamos del *Náufrago*, dan el acorde más perfecto entre el personaje escogido y la idiosincrasia artística del joven escultor. No es válido, pues, atacar su tendencia: negarle el valor de su acentuación es negar á muchos grandes maestros; es rechazar el arte soberano de tantos egregios autores, entre ellos del gran Ribera, del propio *Espagnoleto*, que á vivir pararía sin duda su mirada sobre aquellas maravillosas espaldas de *Séneca*, que en ciertos puntos llegan á competir con las de algunos de sus ascéticos anacoretas.

Algo corre parejas con este modo agudo y vibrante de tratar la forma el empleado por J. Viciano Martí, en su extravagante pero finísimamente modelada figura del *Afilador árabe*, cuyas extremidades, que son por su forzada postura lo que nos deja gozar á la vista, nos transportan al recuerdo de aquellos trozos florentinos que Donatello, Verrocchio y los otros naturalistas presentaban en sus estatuas, antes que el titán del Renacimiento acentuara tanto en su escuela el sabor clásico de sus concepciones.

Mucho también ha llamado justamente la atención el gracioso aunque cruento grupo de Folgueras, *El Sacamuelas*, en que uno de estos crueles operadores somete con airado empuje á un paciente á las mayores torturas. Las dos figuras que componen el grupo manifiestan admirablemente sus distintas impresiones por la postura y expresión, pero en ellas patentízanos mejor que nada por su trabajo el simpático astur las cualidades de su abolengo. Fuertes de facultades intelectuales sus paisanos, de penetrante imaginación, más propia para los vuelos de la filosofía y de la ciencia que para las sensualidades de la estética, agudos de entendimiento y rectos en la intención, aunque un tanto ásperos y enteros en la forma, parece haber esculpido y cristalizado Folgueras en su obra todo esto, dándonosla muy bien pensada y con gran conciencia llevada sin interrupción á cabo, proporcionada y sólidamente construída, fuerte y vigorosa, aunque carezca un tanto de aquellos primores superficiales que halagan á los sentidos y causan la admiración de los profanos. Pudiéramos decir que la escultura de Folgueras es mejor por dentro que por fuera, siendo las bellezas que posee resultado más bien del saber, que de la habilidad técnica de sus manos; cualidades que lo enaltecen grandemente y le dan muy original carácter estético.

Las restantes estatuas corresponden al antiguo régimen; todas ellas siguen la manera tradicional y más ó menos académica de componer y ejecutar los grupos y figuras sin acento diferencial y buscando el efecto estético en la reunión de cualidades reconocidamente aceptables, como suma aún de cánones y reglas de escuela ó de disciplinas de enseñanza. Alcoberro llega al fin por este método á formar agradable estatua ornamental en la de *San Isidoro*, que sirvió de modelo á la marmórea del doctor visigodo, que vemos sentado en medio de la escalinata principal del Palacio de Bibliotecas y Museos, la que sin duda cumple mejor que sus compañeras el objeto para que fueran hechas. El *Luis Vives* de Carbonel, destinado al mismo fin decorativo que el anterior, excesivamente sobrio de todo detalle atractivo, deja ver demasiado, tanto en el modelo como en el mármol, la materia en que está ejecutado, lo que le priva de movimiento y aspecto de vida; y Alvarez Blanco logra realizar, no sin trabajo y luchando con opuestas tendencias, su *David desafiando á Goliat*, de organismo neoclásico con ciertos intentos realistas, y en el que, deseando cumplir lo mismo con lo pasado que con lo venidero, llega á la indecisión, de la que debe procurar salir por un arranque genial y propio.

Fuera de estas obras de tan decidida significación estética, no deja de haber muchas más valiosas, que merecen especial mención y que hacen honor á los autores que las exponen. Susillo, cuya verdadera filiación y estilo artístico no acaba de definirse, nos presenta, sin embargo, uno de esos movidos y afiligranados relieves de barro cocido, que sólo él sabe hacer, en que deja desbordarse á su fantasía en la representación bulliciosa y ebria de una clásica *Bacanal*. Vallmitjana Abarca trae un grupo ornamental de una *Leona con sus cachorros*, lleno de naturalidad y belleza animal, estudiado con atención y gran acierto, tanto en la forma como en el movimiento y hasta expresión de sus representados: no tan victorioso de las dificultades en su *San Francisco*, ofrece, no obstante, esta estatua cierto misticismo y conjunto bastante agradable. Reines nos muestra también su dominio en el modelado en su femenina figura *Juvenilia*, pero cuyo acrobático conjunto no resulta agradable, quizá porque, con razón estética, hace la mujer del pudor y modesta compostura uno de sus mayores encantos. Menéndez, otro artista asturiano, estudia con analítica atención, digna de un germano, hasta las últimas guedejas de su *Perro salvavidas*, obteniendo el resultado consiguiente á tan esmerado trabajo. Carbonel (Eugenio) dedica su inspiración al entusiasmo patrio en el sentido grupo de *El último viva*, lanzado en la pelea por el moribundo oficial que cae muerto á este grito en brazos del soldado. Campeny y Santa María modela con soltura el grupo *Cuerpo á cuerpo*. Atche es muy digno de mención por su *Entierro de Judas*, y la simpática figura que medita sobre *Las hojas del árbol caídas;* Castaños luce las finezas del modelado, que sabe ejecutar en *El guía;* Fuxá sabe mover con gracia la figura *El monaguillo;* y Monserrat luce sus condiciones de fino modelador en su *Primer intento*, que exige de él otro segundo más atrevido.

Mucho abundan los bustos y retratos, género difícil y de gran mérito cuando se obtiene por ellos la general atención. Entre éstos lo consiguen muy preferentemente, á más de los citados de Benlliure y Querol. los de Parera, cuyo número 1.350 puede considerarse como acabado modelo de bronce bien ejecutado; los de Goya y Mesonero Romanos, de Díaz Sánchez, lo merecen también muy especial, tanto por la vida é individualidad que ostentan, como por su firme dibujo y fino modelado: y también son objeto de merecidos elogios unos debidos á manos aristocráticas que, á más de su mérito como artistas, unen sus autores el del ejemplo que dan con sus nobles aficiones: los de las lindas niñas, bellamente ejecutados en barro cocido por su madre la señora D.ª F. de Roda, y el sobresaliente de Rodrigo Figueroa, que retrata en mármol á su señor padre con exacto parecido y acabada factura.

Los relieves, caprichos, medallones y tallados tienen meritoria representación en nuestro certamen, siendo muy dignos de mención, si mal no recordamos, el *Malhechor*, de D.ª Adela Ginés; el bajo relieve de González Pola; la medalla de Araujo, modelada en cera por Bartolomé Maura; el jarrón de estilo pompeyano, de Moratilla; los tallados en madera, de Gómez Reguera; las fundiciones de Vázquez y Jaime, y otros objetos artísticos cuya descripción harían alargar demasiado esta reseña.

La escultura, como vemos, tiene en el actual certamen brillante representación, y muestra es de que si en pintura sobresalimos tanto, lo mismo en los antiguos que en los modernos tiempos, tampoco hemos carecido nunca así de artistas como de facultades para poder tenernos por escultores notables, con propio mérito y carácter.

Final del *Catálogo* y también de la Exposición es la sección de arquitectura, esta vez bastante más escasa y sin proyectos salientes que en otras ocasiones. Difícil nos sería hacer la historia de este hermoso arte entre nosotros durante el siglo, en el que no deja ningún monumento, cuando contamos con tal riqueza de ellos antiguos. La decadencia de la arquitectura entre nosotros es cada día más patente, sin que comprendamos las causas para ello, ni alcancemos la falta de su remedio. Quizás se deba mucho á la introducción del material nuevo de construcción, el hierro, que de tal modo ha venido á dislocar las proporciones y armonía conseguidas en los antiguos monumentos, no hallados hasta ahora los nuevos cánones que vengan á darnos las fórmulas tan precisas de las eternas condiciones del equilibrio estático y estético de toda artística construcción. La práctica moderna de atender preferentemente á la utilidad y comodidad más que al arte en las edificaciones, hace perder el hábito de lo monumental, viniendo de aquí que al proyectarse construcciones de tal carácter, no presenten aquel solemne y diferencial aspecto que les daba en lo antiguo tan distinta fisonomía y hasta como propia individualidad, chocándonos al primer golpe de vista en los presentes su deshilvanado é inarmónico conjunto.

Los proyectos de monumentos á Pelayo y Legaspi, presentados, no responden á lo que debemos exigir en tales pensamientos, resaltando al punto en unos ese aglomerado, duro y atarugado estilo que no sabemos por qué aceptan algunos arquitectos, de pesadez y confusión intolerables, y en otros la falta de armónica y feliz distribución de los ornatos: en los demás planos de construcciones de pura aplicación útil, como los destinados á manicomios, establecimientos de baños y otros de carácter oficial, el principal objeto perseguido de su solidez, comodidad y condiciones higiénicas los disculpan de otras exigencias estéticas, nunca de más tampoco en toda obra arquitectónica.

Narciso Sentenach.

CAMPESINAS.

EL ESPANTAJO.

I.

El ruido del puñadito de arena chocando en los cristales de la ventana arrancó á la muchacha un grito. ¡Era él, era la señal de todas las noches! ¡Dios mío de mi vida, qué imprudencia! Y la dulce jovencita elevó las manos cruzadas, sin pronunciar palabra, hacia la imagen de la Virgen, ante la que rezaba de rodillas. La luz que alumbraba la efigie, en un vasito de cristal con agua y aceite, vaciló. Quizás la cogió por filo el aire de alguna rendija de la vidriera; acaso fué la oración muda, aquel ruego lleno de lágrimas.

Pero ¿cómo se atrevía á venir á poblado con lo aconte-



ENTRE PESCADORAS.

CUADRO DE F. H. KAEMMERER.

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES, DE 1895.



Á LA EPÍSTOLA.

CUADRO DE MARCELIANO SANTA MARÍA (NÚM. 1.093 DEL «CATÁLOGO»).—PREMIADO CON SEGUNDA MEDALLA.

cido? Su corazón la dictó la respuesta en seguida. ¡Por verla! Le conocía á fondo. No se habían hablado después de la catástrofe; ¡él estaría anhelante por volcar en ella todas sus penas, por dar una salida á las desdichas que le agobiaban! Mas ¿y si le descubrían? ¡Locura, tremenda locura! La muchacha se acercó á la vidriera y miró al huerto. Era una noche clarísima de plenilunio. Los frutales, el maíz, las hortalizas, parecían bruñidos. La jovencita más bien le adivinó que le distinguió en la sombra, en el rinconcito de costumbre, esperando á que bajara. En la granja dormía todo el mundo. No se oía el más leve rumor, ni un ladrido siquiera. Iba á mediar la noche. La moza, pues, cercioróse de la quietud de la casa, se descalzó y salió de la habitación con exquisita cautela.

La idea de que iba á verle, de que iba á encontrarse en su presencia, la trajo á la memoria la catástrofe. Parecíale un sueño; parecíale mentira que su novio, tan dulce, tan sosegado, tan inofensivo, tuviera las manos tintas en sangre. ¡Un crimen! Dos días atrás considerábanse dichosos, ni la más pequeña nube entoldaba el horizonte de su felicidad, bañado por la luz de la esperanza, y ahora él oculto, rechazado por las gentes, un homicidio viniendo á interponerse entre ambos, á ennegrecer su ventura, á alejársela indefinidamente. Cierto que no era un asesino, que había obrado en defensa propia, movido por una santa causa, que cualquiera en su lugar habría hecho otro tanto; pero con tales atenuantes se llegaba, sin embargo, al mismo término: la separación, equivalente al retraso del anhelado bien.

Barajando en su mente tan lúgubres ideas, bajó con supremo sigilo la escalera interior, cruzó de puntillas la cocina desierta, salvó la corraliza silenciosa, y abriendo con sumo tiento para no mover ruido la puerta de palitroques, se encontró en el huerto. Allí se puso los zapatos y avanzó derecha á la esquina del pozo, procurando ocultarse en la sombra de la tapia. Un bulto surgió de la obscuridad, unos brazos se tendieron. Y en la callada noche, con la efusión de una infinita ternura, oyéronse dos gritos apagados que murieron en un sollozo:

—¡Juan de Dios!

—¡Andrea!

II.

Tenían mucho que hablar, tenían que volcarse mutuamente sus penas, la inmensa amargura pasada desde el día fatal. El coloquio empezó á borbotones, atropellándose, quitándose el uno al otro la palabra, como dos corrientes de molino que se encuentran junto á la esclusa. Pasados los primeros instantes, en que sólo hablaron los ojos con sus lágrimas, el fugitivo exclamó con acento desesperado:

—¡Vengo á despedirme de ti!

—¿Te vas?—preguntó la muchacha ansiosamente.

No pudo concluir la frase, cortada por un sollozo, y el raudal silencioso de su llanto se trocó en un torrente.

—No hay más remedio—añadió él, sin fuezas para consolarla.—Quedarse aquí, es entrar por propia voluntad en presidio. ¡Qué gozo para mis enemigos implacables! No me verán con el gorro café con vivos amarillos. ¡Antes la muerte! Un falucho fletado por mi cuenta me está ya esperando en la costa; pero mi ausencia será larga; ¡sabe Dios cuándo volveré, y no he querido partir sin decirte adiós!

Grandes dolores, dolores ciegos. La voluntad, viéndose privada de su bien supremo, no quiere entender de nada, no tiene más que un impulso: rebelarse. La lógica de los hechos, la evidencia de los sucesos realizados, la imposición de las circunstancias no pueden nunca contra ella. Siente que se le escapa la felicidad, y se lanza en pos suyo sin advertir á sus pies el abismo. Andrea se olvidó de todo ante la tremenda noticia. Sólo se dió cuenta de que él se iba.

—¡No te vayas!—murmuró cruzando las manos, medio arrodillándose.

El alma tiene las mismas tempestades que la naturaleza. En la mente, cerrada por la negrura de la desesperación, no brota nunca más que una idea única, idea relámpago: la idea de lo que se pierde. Fuera de ella no se distingue sino la suprema sombra, algo parecido á la noche. La muchacha balbuceó dos ó tres veces idéntico ruego entre sus sollozos. ¡No te vayas! ¡No te vayas!

Juan de Dios midió en su entera profundidad aquel deseo. Á través de la cerrazón de su dolor, el alma de la muchacha despedía suaves claridades. El amor tiene siempre algo de astro. Sus ojos, conocedores del espíritu de su novia, descubrieron allí tesoros de ternura nunca vistos.

—¿Quieres verme con el grillete en el tobillo?—exclamó Juan de Dios estrechándola con casta suavidad.—Piénsalo despacio. Yo soy bueno, yo amo á la humanidad, yo me he sacrificado siempre por el prójimo, yo no odio á nadie; pero las circunstancias han puesto en mi mano un revólver y he matado. La sangre vertida cae sobre mi conciencia; pero no pesa sobre ella, ni la mancha. No es un crimen; es un castigo. Mi padre, mi pobre padre, que presidía el escrutinio: un anciano venerable y de limpia historia, abofeteado primero, apaleado después. Yo estaba allí, á su lado, y deshice el cráneo de un tiro al infame. Cualquiera en mi caso hubiera obrado lo mismo. Los cabellos blancos de la senectud son sagrados siempre. Si yo no intervengo, le destroza el miserable. Pero eso, el defender á un débil, el librar á la sociedad de un malvado, es un delito. Si fuera solo, no huiría. Por mi padre me voy, por librarle de la afrenta.

Juan de Dios calló anonadado, sin fuerzas para seguir. Sus ideas lúgubres brotaban en su inteligencia como el tropel de chispas de un incendio y se precipitaban sobre su corazón en una granizada de fuego, en una cascada de lavas candentes. Pero sus razones eran incontestables, y Andrea no pudo replicar nada. Su situación presente la trajo á la memoria el ayer rosado y tranquilo, los días plácidos de la dicha, sus amores con Juan de Dios, amores de polluela y estudiante, sancionados luego por la edad, amores puros, amores firmes que habían resistido los cambios de veleta de la ausencia, amores ignorados de todo el mundo por la enemiga heredada entre las dos familias, amores sabidos sólo de la huerta, de la noche y de la luna. Toda aquella historia íntima adquirió súbitamente una fascinación irresistible, y la muchacha, vencida por los argumentos de su novio, encerró toda su amargura en una frase de protesta, que fué el rayo de aquella tempestad.

—¡Malditas elecciones!

El tiempo se pasaba; la hora de la fuga llegó. El vocabulario de su pena estaba ya agotado. En aquel postrer instante de la despedida no encontraron palabras. Cayeron uno en brazos del otro y luego se separaron en silencio, mudos, rígidos, sin sollozos, sin lágrimas, convertidos por el dolor en estatuas, con ese paso de sonámbulo que da la desesperación cuando en fuerza de pesar sobre el alma la petrifica.

III.

Juan de Dios salvó el cercado de cambroneras por el sitio de costumbre, esquivando las espinas, y se dejó caer en la calleja que corría á espaldas del huerto. El instinto de conservación hízole mirar al descolgarse hacia uno y otro lado, y á treinta metros á la izquierda distinguió á la luz de la luna la pareja de la Guardia civil. El descubrimiento fué mutuo. A la vez que él veía á los guardias viniendo por la trocha, los guardias le veían saltar del vallado. Por su fortuna, el joven no perdió la serenidad. Enfrente tenía un espeso maizal, y sin perder un segundo se hundió entre las cogulladas palmas. Tan rápidamente se ocultó, que los guardias no tuvieron tiempo de darle el ¡alto! ni de echarse las carabinas á la cara. Percatáronse solo de que aquel hombre, que debía de ser un malhechor, huía, y se entraron en su persecución por el plantío de mazorcas.

Juan de Dios adivinó lo que habían realizado los guardias, y hollando cuanto encontraba á su paso, apartando con las manos las cañas que le estorbaban, muchas de las cuales caían tronchadas al suelo, avanzó con la rapidez que le permitían las circunstancias. Por el pronto estaba á salvo. Él no llevaba peso alguno, mientras que á la pareja la embarazarían para correr el correaje y las armas. Ni por un momento dudó de que le persiguieran; pero ¿sabían quién era y le acechaban? ¿Traíales la casualidad por la calleja? De todas suertes, deteniendo un ladrón, si el encuentro resultaba casual, iban á echar el guante al homicida de las elecciones, tras del que andaban al acecho.

Juan de Dios continuó su marcha. Pronto se terminaría el maizal. ¿Y entonces? El terreno, como el de toda la parte de la región denominada «la marina», era una inmensa llanura que concluía en la misma costa. Sin embargo, no podía quedarse entre las cañas de mazorcas. Los guardias registrarían todo á conciencia, y sería descubierto y preso. Por supuesto, que en cuanto saliese de su momentáneo refugio le acontecería lo propio. La pareja le iba á los alcances, y si no se paraba en la planicie, le haría fuego. Tentado estuvo de no continuar su ruta y entregarse. La esperanza, que no se pierde nunca, le hizo continuar su calvario.

De pronto se acabó el maizal. Ahí estaba el extenso llano, limitado á lo lejos por una faja azul y verde que iluminaba la luna: el mar. No había que soñar en ganar la costa antes de que los guardias apareciesen: la distancia era considerable. Aturdido, aterrado, sudando de emoción, sin ideas, á punto de desvanecerse, permaneció un instante inmóvil contemplando con mirada estúpida las lisas praderas salpicadas de huertos y sembrados, blancas bajo el intenso resplandor de plata del plenilunio. ¡Media vida hubiera dado por una cerrazón repentina de tempestad! Estaba perdido.

Súbitamente sus miradas se clavaron en algo que le arrancó un grito de alegría, un grito de loco alborozo, y echó á correr desenfrenadamente. Cerca, á veinte pasos, en un sembrado de centeno, erguido sobre un montón de pedruscos apilados en forma de pirámide, á bastante altura, se distinguía un muñecote disforme, en cruz, cubierto con un capote de monte y un sombrerón ancho: era un espantagorriones colocado allí para defender la simiente. Juan de Dios no vaciló; trepó con exquisito cuidado por los pedruscos á fin de no desmoronarlos, guardóse su hongo flexible en el bolsillo, se echó encima el pingajo del capote, hecho jirones por los temporales, se encasquetó el mugriento sombrerón inclinándoselo hasta taparse la cara, se abrió de piernas y brazos, con los palos del maniquí sujetos por las manos dió al fantasmón la rigidez necesaria, y esperó conteniendo el aliento, temblando.

Apenas había concluido de enmascararse, asomó por entre los maizales la pareja. Los guardias se pararon. Juan de Dios no les oía; aunque estaba cerca, se lo impedía su disfraz, pero indudablemente hallábanse sorprendidos y se consultaban. Conocedores también del terreno, esperaban capturar al fugitivo en el llano. Apartáronse, pues, uno de otro, sin perderse vista, y arma preparada, avanzaron á la descubierta. Como el prófugo aguardaba, pasaron junto al maniquí sin mirarle, muy ajenos de que el fantasmón escondía lo que buscaban. Un rato se lo llevaron vagando, y al cabo parecieron convencidos de que el malhechor no andaba por allí. Más de dos y tres veces acertaron á discurrir por las proximidades del espantajo, y á la postre, sospechando que el criminal se había quedado oculto en el plantío, tornaron á abismarse entre las panochas.

Un corto espacio de tiempo permaneció el fantasmón inmóvil de que se marcharon. Al fin, el espantajo abatió sus brazos en cruz, se quitó el sombrero y desentumeciéndose, pues había permanecido en absoluta quietud un largo cuarto de hora, se quedó alerta en más cómoda postura. Los guardias no parecieron. Juan de Dios, entonces, soltó el capote, no sin mirar al cielo como dándole gracias por su ayuda, bajó del promontorio de piedras, y echó á correr en derechura á á la costa. Un cuarto de hora después, un bote, que le esperaba oculto en la sombra de unas rocas, le tomaba á bordo, y le conducía al falucho que había de conducirle á extranjera tierra. Si el prófugo hubiera podido salvar la distancia con los ojos, habría visto en aquel mismo instante á su novia pidiendo á la Virgen, de rodillas, la salvación del que se expatriaba.

IV.

Diez años después, al mediar una tarde de otoño, veíase en la solana de una casa de indiano, próxima á aquel pueblo, un hombre joven, echando migas de pan á un ejército de gorriones posado en la baranda de madera descaradamente, sin que se asustaran de las personas. Una linda mujer en la flor de su vida, robusta y con las amplitudes que da la maternidad, presenciaba la operación. Un niño rubio palmoteaba contemplando los pájaros.

Los transeuntes no se paraban extrañados; estaban ya acostumbrados á la escena. Aquel hombre, el dueño de la casa, unido á la granjerilla de los Espinos, habíase marchado á América huyendo de la justicia por haber matado á un hombre en unas elecciones de diputados. Palpable luego que obró en defensa propia y que el muerto era un malvado, fué absuelto; pero establecido ya allende los mares, no quiso regresar al pronto á la patria, y cuando tornó volvió rico. Pero su fortuna no dió en el pueblo tanto que hablar como su nueva manía, pues se restituyó al país con un tan extravagante amor á los gorriones, que no sólo no puso espantajo en ninguna de sus praderas, lo que equivalía á dejarlas á la disposición de los alados granujas, sino que hasta los acostumbró á darles de comer en la solana, dos veces al día.

Aquel hombre se llamaba Juan de Dios.

Alfonso Pérez Nieva.

SIGA LA RUEDA.

(Á JUANITO PEDAL.)

Incomparable Pedal,
Ilustre y noble Rodrigo,
O queridísimo amigo,
Que para el caso es igual.

¡Salud al fuerte adalid
De la velocomoción!
¡Gloria al digno campeón
Del *Heraldo de Madrid!*

Hecha justicia evidente
Á su mérito y *su aquel*,
Voy á entrar de lleno en el
Objeto de la presente.

La victoria fué completa;
Pero de mis fuerzas dudo,
Y en mi cabeza no pudo
Nunca entrar la bicicleta.

Con dos ruedas me disgusta
Eso de salir corriendo.
El *triciclo* lo comprendo,
Pero el *biciclo* me asusta.

Yo, en equilibrio profano,
Hasta en vulgares asuntos
Busco siempre los *tres puntos*
Que determinan el plano.

Para mi satisfacción
Yo deseo que me den
Tres puntos, y que no estén
En la misma dirección.

Quiero la seguridad,
Amigo; pero propone
El hombre, y luego dispone
La pícara sociedad.

Si Echegaray, don José,
De ciclista sienta plaza,
Y *el inmenso* Vital Aza
Promete de buena fe

Dedicarse *al recorrido*
En cuanto se halle mejor,
¿Qué va á hacer un escritor
Menos sabio y distinguido?

Sacrificar su interés
Y sacudir la pereza.
¡Cuando *rueda la cabeza*
Tienen que *rodar los pies!*

Hechas estas reflexiones,
Buen Pedal, ó buen Rodrigo,
Yo debo hacerle al amigo
Algunas observaciones.

Una duda que me inquieta:
Supóngase que estoy pronto
A montar. ¿Dónde me monto?
¿Quién paga la bicicleta?

¿Comprármela yo?..... No tal.
Nada, que no montaré
Hasta que no se me dé
Por suscripción nacional.

Lo doy por supuesto así.
Ya estoy dentro del ciclismo
Y ya corro yo lo mismo
Que un inglés..... detrás de mí.

Que mi maquinilla rueda
Y que dejo al mundo absorto.
¿Quién me compra el calzón corto
Y un par de medias de seda?

Que un día, por un desliz,
De bruces soy arrojado.....
¿Quién paga el entarugado
Que rompa con la nariz?

Que otro, se me escurre un pie
Y el frontal me desbarato.
Supongamos que me mato:
¡Nada; que ya me maté!

Pues, si dentro de la fosa
A escribir no me decido,
¿Quién se encarga del cocido
De mi prole numerosa?

Dándome por estrellado,
Que lo siento de verdad,
¿Qué paga la sociedad
Por *un autor reventado!*

Si deja desvanecida
Esta duda que me inquieta,
Mándeme la bicicleta
Y el seguro de la vida.

Yo monto, aunque sea mal,
Y dicho cuanto le digo
Saludo al noble *Rodrigo*
Y abrazo al digno *Pedal.*

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

TRES CONMEMORACIONES NOTABLES.

SUMARIO.

El octavo siglo de las Cruzadas en Clermont de Francia. — El tercer centenario de San Felipe Neri en Roma.—El séptimo centenario del patriarca San Antonio, patrono de Portugal.

Posible es que en nuestra edad se abuse de los aniversarios, influidas las naciones por el deseo ardiente de fiestas y regocijos populares. Pero cuando son sucesos centenarios los que se conmemoran, como las cruzadas, el descubrimiento de América por Colón, y aniversarios seculares tan gloriosos y dulces como los de San Fernando y San Isidro, en Sevilla y Madrid, el de la Casa Santa de Loreto, de San Felipe en Roma y de San Antonio de Padua, el santo patrono de Lisboa (donde nació), no hay razón para sentirlo.

La prueba de que no hay en el hermoso aniversario de las Cruzadas nada que signifique intolerancia religiosa, es lo adelantado que está en la capital de Francia el pensamiento de elevar una mezquita para que los musulmanes tengan su lugar de oración, como los israelitas, los rusos y los evangelistas lo tienen en sus sinagogas é iglesias griegas y protestantes.

Tocó al venerable prelado de Clermont iniciar la idea de conmemorar el octavo centenario de la primera Cruzada que inmortalizó Godofredo de Buillon y cantó en estrofas admirables la lira del Tasso. León XIII, cuyo nombre se encuentra unido á toda empresa grande y noble, empezó por alentarle con una bellísima epístola, designando para que lo representase en esta fiesta religiosa, que sentía no presenciar, al que había sido hace tres años su legado en Jerusalén. El cardenal Langenieux, arzobispo de Rheims, las ha presidido en efecto, rodeado de los metropolitanos de Tours, de Lyón, de Bourges, de Sens, de Chambery y de cuarenta obispos ó abades mitrados, más de la mitad del episcopado francés; mientras han ocupado el púlpito ó la tribuna, desde la que habló al pueblo Pedro *el Ermitaño* en el siglo XI, oradores tan célebres como el dominicano Padre Monsabré, predicador de Nuestra Señora de París, los Obispos de Nancy y Montpellier, y el Arzobispo de Placencia en Italia, á quien los predicadores franceses concedieron el puesto de honor, porque desde Placencia, efectivamente, arrancó el primer movimiento de las Cruzadas.

Corría la primavera de 1095, cuando Urbano II, que se dirigía á Francia, recibió, ya impresionado con las relaciones dolorosas de Pedro *el Ermitaño*, las de numerosos cristianos de Tierra Santa, que cada día eran víctimas de las persecuciones árabes y musulmanas, formando tal contraste con la libertad que hoy conceden con su protección los turcos á cuantas comuniones cristianas habitan la Palestina ó van á orar, cada año más numerosas, ante el sepulcro de Cristo. Vinieron á ser como el sello de aquellos lamentos los autógrafos del emperador Alejo Comenno, de Bizancio, diciendo al Pontífice sentirse amenazado en la propia Sede del Imperio griego. El Papa reunió en Placencia la grande asamblea de la Iglesia, á que asistieron trescientos prelados, y cruzó en seguida los Alpes para levantar la fe de las futuras cruzadas en Valenza, Nimes, Lyón, Cluny, y en el mismo Clermont de la Auvernia, habiéndole precedido en todas partes Pedro *el Ermitaño*, quien excitó á los prelados del mundo católico á que acudieran al gran Concilio, de donde salió la primera cruzada. A fin de hacerla más santa, la asamblea de Clermont fundó al propio tiempo la llamada tregua de Dios, por la cual todos los cristianos de aquellas comarcas se comprometían á no luchar entre sí la mayor parte de los días del año, haciéndolo hasta por juramento los más jóvenes.

Acontecimientos tan conocidos de la historia son los que ahora se han celebrado en la ciudad capital de la Auvernia y en su catedral majestuosa, que si no es contemporánea de la primera cruzada, existía ya cuando al partir para la última San Luis se detuvo en ella. El Concilio tuvo su asiento en la primitiva iglesia de la Virgen del Puerto, imagen de tipo negro, venerada y famosísima, que las leyendas decían originaria de Tierra Santa. La misma misa llamada *Salve, Sancta Parens,* cantada en el Concilio de 1095 después de la promulgación de la cruzada, es la que ahora inaugura tan magníficas solemnidades religiosas, que han comenzado dirigiéndose desde el palacio Episcopal á la basílica, constituyendo hermosa falange, los cincuenta Cardenales, Arzobispos, Obispos y Abades mitrados precedidos de sus cruces diocesanas, cuadro sublime que pocas veces se ha contemplado más hermoso en la nación cristianísima.

⁂

Muchas y á cual más grandiosas han sido las funciones consagradas por Clermont al recuerdo de las Cruzadas. La inauguración de un bello monumento, que recordará á la vez al papa Urbano II, á Godofredo de Buillon, á Jerusalén y á los cruzados, resultó asombrosa cuando desde la plataforma imitando la muralla de la ciudad santa, el cardenal Langenieux, dando, en nombre del Pontífice, la bendición á más de 200.000 personas, venidas de Francia y de otras regiones del mundo, clavó frente á la catedral la cruz del Salvador que la peregrinación de 1894, dirigida por monseñor Picard, trajo de Palestina, tocada en la tierra del Calvario. Este mismo lábaro presidió la bella procesión histórica, que fué el suceso culminante de tan grandiosas solemnidades. Siendo escolta del signo de la Redención y de los Prelados de la patria de San Luis y de Clodoveo, formaban en el cortejo has a más de cincuenta cruzados con las armaduras del siglo XI, todos ellos descendientes de las familias ilustres que tomaron parte en la redención del sepulcro de Cristo. La prensa francesa cita, entre otros, los nombres del Príncipe de Craont, Duque de Bauffremont, Príncipe de Bearn, Príncipe de Lusingo, Príncipe de la Tour d'Auverne, Duque de Brisac, de Levis Mirepois, de Margne de Uzés, de Talleyrand, de la Rochefoucauld, de Polignac, de Vicence, de Turena, de Chateaubriand, de Montalembert.

Otra grande falange de caballeros de San Juan de Jerusalén y de la nueva orden de la Milicia de Cristo, instituida por el Pontífice y representada por nombres tan ilustres como los de Rohan, Chebot, Duque de Cars, Condes de Polignac, Marqueses de la Rochebriant y de Cressac, simbolizaban estas legiones cristianas. Una de las cosas más bellas y conmovedoras por sus recuerdos que allí se vieron fué el carro que remedaba una nave-galera del siglo XIII, conduciendo al príncipe Alfonso, hermano de San Luis, que volvía de Túnez seguido de brillantes cruzados.

Durante todas estas fiestas estuvo la ciudad empavesada con estandartes de los cruzados, enseñas de las familias más ilustres que combatieron por la cristiandad en Palestina, oriflamas representando los escudos del Pontífice, los estandartes de la Iglesia y de Francia, siendo imposible á pincel alguno pintar el aspecto de Clermont.

Con las solemnidades de su catedral y el cortejo histórico rivalizó la gran cantata, ejecutada junto al futuro monumento de las Cruzadas por doscientas voces y sonoros instrumentos, llevando el título de Pedro el Ermitaño, de un efecto asombrosamente bello y cubierta de las aclamaciones entusiastas del pueblo cristiano. La había anunciado la entonación del *Angelus* en todas las torres de la ciudad. No sería completa esta reseña sin dar á conocer el espíritu de las oraciones pronunciadas en la cátedra sagrada. Al inaugurarlas el Arzobispo de Placencia, y saludando, á nombre de los católicos de Italia, la Iglesia gloriosa de Francia, dijo que á los cruzados se debió la defensa de la civilización. Ahora se impone la cruzada para el bien y la moralización de los obreros, la reunión de las Iglesias cristianas, por la cual, siguiendo la voz de León XIII, se elevaban plegarias al cielo, lo mismo por los Patriarcas de Oriente que por los Primados de los ritos cristianos en Inglaterra, y el agruparse en torno al Pontífice para la defensa de la Iglesia y de la sociedad. El elocuente dominicano Monsabré invocó también la necesidad de una suprema cruzada contra la impiedad de nuestros tiempos, y excitó á los numerosos Prelados que le rodeaban á que se pusieran al frente de ella. Volviéndose al pueblo, en un arranque de sublime elocuencia, dice á los hijos de la Auvernia: «Alzaos, como vuestros padres, invocando el reinado de Jesucristo. Dios lo quiere.» Y la multitud repitió: «¡Dios lo quiere!», con un grito entusiasta. Por último, el Prelado de Montpellier recordó los principales actos del Concilio de Clermont, de donde nació el prodigioso movimiento de las Cruzadas, y evocó las célebres palabras de Montalembert: «Somos los hijos de los cruzados, y no retrocederemos ante los hijos de Voltaire.»

⁂

De la cristianísima Francia podemos pasar fácilmente á la católica Roma.

La figura de San Felipe Neri es una de las más simpáticas para los romanos, de quienes fué apóstol y hoy es patrón. Perteneciente á noble familia de Florencia, su vocación lo condujo á la Ciudad Eterna, donde se complacía en rodearse de los niños, á quienes infundía la doctrina cristiana y los hermosos sentimientos de su alma; de los desvalidos y de los enfermos, para quienes fundara el célebre hospicio de peregrinos y de convalecientes, y de aquellos otros romeros piadosos que, como él, se extasían en la visita de las siete grandes basílicas romanas. Su devoción á la Virgen Santísima, que ha inmortalizado el cuadro de Guido Reni, era tanta como su amor á las criaturas infantiles ó desvalidas. Aconsejado por su confesor, entró en las órdenes sacerdotales, y aceptó de Pío VI, su gran protector, como lo fué el ilustre Baronio, el rectorado de la bella iglesia de San Juan de los Florentinos, que le recordaba una de las más cristianas instituciones de su patria la Toscana. Mientras reunía en derredor suyo una falange de sacerdotes, continuó la educación moral, religiosa y científica de los párvulos, á quienes conducía á la colina del Janículo, junto á la encina del Tasso, que le dió sombra antes que al poeta, de quien fué admirador y amigo. Allí estableció un gimnasio, más tarde convertido en los famosos oratorios de San Felipe, que son en Roma como el despertar de la música sacra, por entonces en gran decadencia. Debía levantarla, bajo la protección del futuro Santo, un hijo de Pestrena, el célebre Luis de Palestrina, quien, venido á la Ciudad Eterna, fué acogido desde el primer momento bajo el amparo del futuro Santo, su más cordial é inspirado amigo: de manera que no poca parte en las glorias de Palestrina se debe á Felipe Neri; el cual, ahora en su tercer y glorioso centenario, ha podido ver cómo eran evocadas en la iglesia llamada Nueva las páginas más sublimes del compositor inspirado, bajo la batuta mágica de los maestros Mustafá, Copocci, Meluzzi y Moriconi.

Pero esta vida cristiana, activa y fecunda no bastaba á llenar todo el corazón del que antes de morir iba á ser aclamado apóstol y protector de Roma. Quiso organizar los sacerdotes que le rodeaban y les dió las reglas de la ilustre Congregación del Oratorio. Después abrió un templo magnífico á su Virgen de Santa María de Vallicella, que fué, antes de morir el Santo, una de las más hermosas iglesias de Roma. Todo caminando á la par, con la extensión que sabe dar al hospicio y hospital de convalecientes y de peregrinos. El entusiasmo con que los católicos de Roma se asociaron á la erección de la iglesia Nueva fué prodigioso, y se asemejó á la rapidez con que el pueblo de la Ciudad Eterna logrará más tarde sean precipitados los plazos para la beatificación y santidad de Felipe. A comenzar por el cardenal San Carlos Borromeo, que es su compañero y admirador, como lo será más tarde su colega en los cielos; del papa Pío VI, del cardenal Cesi, á quienes en el transcurso de los tiempos seguirán, con Baronio, aquellos príncipes de la Iglesia que han ilustrado la orden de los sacerdotes del Oratorio, no hay en Roma cristiano rico ó pobre, y especialmente dama romana ó hija del pueblo, que no aporte su óbolo á la construcción de la basílica de San Felipe, en cuya edificación se ve, como en la basílica Liberiana, la mano de la Virgen Santísima. Desde Guido Reni á Rubens, desde Pedro de Cortona, el artista de su magnífica cúpula ornada por ángeles y profetas, á Fiamingo, el Arpino, Ghezzi y Bald, Carlo Moralla, el Pasignano, el Durante, el Muriani, no hay artista de aquel tiempo, célebre en Italia, que en ella no haya dejado impresa huella de su genio. La capilla pequeñísima donde murió San Felipe es una joya admirable, y recuerda la piedad de un joven cristiano de Florencia que, gloriándose de haber sido amigo del Santo en su infancia, rogó á la hermana de éste, después de su muerte, le permitiese derramar en ella una porción de sus riquezas, formando parte del tesoro la urna de plata que guarda sus restos, siempre visibles á las miradas del público, y pidiendo sólo como recompensa el poder llevar en su escudo, llamándose Nero del Nero, las armas de Felipe Neri. Tan preciosa joya del arte y del espíritu cristiano de los romanos había padecido mucho en los últimos tiempos. La capital de Italia había hecho del grandioso monasterio de los padres del Oratorio el asiento de los tribunales, que todavía continúan en aquel hermoso edificio, mientras termina el palacio de Justicia, junto á la mole Adriana. Y el rumor de las cadenas, los ecos de los más tristes procesos, han venido á sustituirse á los cánticos alegres de los infinitos jóvenes educados por los sacerdotes de San Felipe, quien, en su amor á los párvulos, decía siempre quería contemplarlos alegres y entregados á placeres honestos, con tal que no cometieran pecado.

Afortunadamente que un año antes del centenario tercero de San Felipe, ha habido en Roma un funcionario modesto de la Dataría Apostólica, el Sr. Felipe Gione, que obsequioso al Santo, cuyo nombre lleva, ha consagrado toda su fortuna y la de su esposa, que suman algunos miles de duros, á una hermosísima restauración del templo; cuyo ejemplo seguido por los padres de la Congregación del Oratorio, que preside el prepósito Juan Carlos Scaramucci, y por otros muchos devotos de la Ciudad Eterna, ha restablecido la iglesia de la Virgen en todo su primitivo esplendor. Uno de los dibujos más bellos es el que evoca las gracias y milagros realizados por la intercesión del Santo, y entre los cuales descuella la resurrección del joven infante de catorce años Pablo Maximo, perteneciente á esa familia de los príncipes Maximo, que en los pasados siglos atribuyen su origen al *Maximus Cunctator*, y que en la edad presente se encuentran enlazados con las familias que han reinado ó reinan en Francia, España y en las Dos Sicilias. Era el gentil niño amadísimo de Felipe Neri, á quien daba su educación religiosa y visitaba casi diariamente. Por efecto de una penosa enfermedad exhaló, al parecer, el último suspiro, sin que el futuro Santo llegase á tiempo de cerrar sus ojos. Llamado urgentemente por sus padres en la mañana del 16 de Marzo de 1583, lo encontró, en efecto, exánime. Pero rociando su rostro con el agua santa que había traído del altar, donde estaba diciendo la misa, lo llamó por dos veces: «¡Pablo! ¡Pablo!», á cuyo grito abrió los ojos, echándose en sus brazos. Todos los años el recuerdo de este milagro se celebra en la capilla del palacio Maximo que Pío IX visitó también antes de su cautiverio en el Vaticano. Compréndese perfectamente que este suceso, unido á tantos otros de que conservaba imperecedera memoria el pueblo romano, acelerase la beatificación y elevación á los altares de Felipe. Cuando en 27 de Mayo de 1595, á los ochenta años y con dulcísima muerte descendió á la tumba, la ciudad de Roma no dejó al que para ella es ya santo cuerpo sino un solo día en el cementerio público. La piedad popular reclamó un sepulcro separado en la iglesia Nueva, que ya entonces se aproximaba á su coronación. Lo aclama santo, comenzando el mismo 2 de Agosto del propio año el proceso de la beatificación, proclamada en 1615, á la que sigue en 1622 su elevación como santo á los altares.

⁂

Ignoro si en los siglos anteriores, y cuando los Pontífices celebraban personalmente en la iglesia Nueva la fiesta de San Felipe, el centenario del Apóstol de Roma habrá sido más suntuoso que en nuestros días, uniéndose las pompas oficiales á las magnificencias de la Iglesia. Pero es imposible negar que estas fiestas, que se han prolongado quince días, desde mediados de Mayo á principios de Junio, han revestido verdadera grandeza, sucediéndose los pontificales al concurrido triduo y novenario; las homilías más sublimes en el púlpito, predominando las del ilustre jesuita Padre Zocchi; la ejecución de armonías musicales celestiales; abun-

dosas comidas á centenares y centenares de pobres y niños; cantatas y dramas sacros, como los autos de nuestro Calderón de la Barca, ejecutados en el gimnasio del Janículo; una iluminación bellísima y verdaderamente popular, extendiéndose desde el Corso Víctor Manuel, por el Tiber, á San Pedro; increíble número de visitadores piadosos á las numerosas y santas reliquias de gran precio que guarda la capilla y la celda del fundador del Oratorio, y procesiones á que dentro del templo se ha asociado toda la Roma católica.

León XIII inició el centenario con una bellísima epístola al Prepósito de los Padres del Oratorio, trazando una pintura deliciosa de la doctrina, uniéndose en San Felipe á la inocencia de la vida, el celo ardiente por la fe á caridad abundosa hacia los pobres; encaminando en el sendero de la virtud á gentes innumerables; fundando la inclita orden de los sacerdotes seculares del Oratorio; concertando, uniéndose la música y la poesía, sus cármenes sagrados; realzando el amor á las catacumbas y á los cementerios de los mártires, ayudando así la obra inmortal del cardenal César Baronio, y dirigiendo á peregrinos y jóvenes infantiles á la visita de las siete basílicas que ahora en su centenario se han reproducido con notable solemnidad. El Papa terminaba su Breve concediendo plenísima indulgencia á cuantos se asociasen al centenar de San Felipe, sea en Roma, sea en los templos designados por los diocesanos del universo.

Y ya que no podía trasladarse por sí propio á pontificar en la iglesia restaurada, designaba á su camarero participante, monseñor Rafael Merry del Val, para que acompañado de maestros de ceremonias y de funcionarios de los palacios apostólicos, llevase en carroza pontificia al Prepósito de la Congregación del Oratorio preciosísima caja conteniendo un magnífico cáliz trabajado por los artífices Fanfanás, no indignos discípulos de Benvenuto Cellini, entre cuyas cincelaciones figuraban rubíes, zafiros y otras piedras preciosas. Al lado del cáliz hermosa casulla, estilo del seiciento y alba con encaje de Venecia. Todo acompañado de otra epístola ardorosa como



ORDUÑA (VIZCAYA).—SALÓN DE DESCANSO DEL BALNEARIO DE ARBIETO.

homenaje del Papa al que comparte con San Pedro la protección de la Ciudad Eterna. En esta epístola dice cómo se consagró San Felipe al bien del pueblo romano, debiéndosele que si en aquella época, tan agitada por las luchas de la Iglesia, Italia se salvó con la Ciudad Eterna, lo debió indudablemente á los esfuerzos del Apóstol cristiano. Pide al cielo que así como su obra fué fecunda á sus abuelos, lo sea hoy á los hijos; y expresando su pena de que lo turbado de los tiempos le impida participar en las fiestas del centenar de San Felipe, envía su bendición al pueblo cristiano.

En los tiempos pasados, cumpliéndose un acuerdo del Municipio y pueblo romano adoptado en 1609, en que al propio tiempo que se pedía al Pontífice la santificación de Felipe Neri, se acordaba que todos los años en su fiesta enviase al Capitolio de Roma un cáliz de oro al que había declarado patrono de la ciudad, se realizaba tan bella ceremonia, como en otras fechas en Santa María la Mayor, Santa María del Popolo y San Juan de Letrán. Cambiados los tiempos, ha sustituido ahora al Municipio la Sociedad de los intereses católicos, presidida por el príncipe Lancelloti y otros egregios personajes. También fueron en bella procesión á la iglesia Nueva los gonfalones de los diversos Riones de Roma y las comisiones del Comité ejecutivo y de honor organizado para las fiestas de este centenar. En el templo se han sucedido los Cardenales Vicario Parrocchi y Secretario de Estado Rampolla; Cardenales hermanos Serafín y Vicente Vannutelli, Macchi, Dipietro, Galimberti, Bianchi, Alois, Masella Stheinuber, alternando con los Arzobispos de Metilene, Nicea, Trebisonda, Patras ó Lepanto, Sardi y el Abate griego de Grottaferrata, que celebró en el rito Oriental. La Abadía de Grottaferrata trasladó con este motivo á la basílica de San Felipe las estatuas de los santos que deben formar el Iconoclasis de los templos griegos; y la función revistió un magnífico cuadro.

Durante todas ellas han alternado los capítulos, seminarios y colegios, Laterano, Urbano, de Propaganda, Liberiano, de



COMEDOR PRINCIPAL DEL GRAN HOTEL DEL BALNEARIO DE ARBIETO, EN ORDUÑA.

(De fotografías.)



MADRID.—FIESTA CELEBRADA EL 7 DEL CORRIENTE EN LOS JARDINES DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.
(Dibujo de M. Alcázar.)

San Sulpicio y Bohemio, Vaticano; colegios Germánico, Húngaro y Belga, Leonino de Grottaferrata; capítulo de San Lorenzo en Dámaso; los seminarios de San Ambrosio, San Carlos, Inglés, Francés, Escocés, Irlandés de San Patricio, de San Anselmo, de Copranica y Pío Latino-Americano. La concurrencia tal, que en el espacio de los quince días, pueblo numerosísimo esperaba siempre en el pórtico del templo la posibilidad de penetrar en él.

°°°

No serán, de seguro, menos solemnes las fiestas del centenar del Patriarca San Antonio en Portugal, su patria, rivalizando con las que hace siete siglos le consagra Padua en Italia. A esta conmemoración solemnísima ha precedido un decreto de las Cortes declarándole fiesta nacional. Comités presididos, de una parte, por la reina María Amelia, rodeada de la Duquesa de Palmela, de Avila, de Fronteira y de otros nombres de la primera aristocracia portuguesa; por otra, del rey Carlos de Braganza, á quien con el Cardenal Patriarca de Lisboa forman corona títulos tan ilustres como Pombal, Loulé, Almodóvar, Sabugosa y otros históricos, lo han organizado todo para que responda á la grandeza del suceso. Los festejos de carácter religioso y civil á la vez se prolongarán en Lisboa del 13 al 30 de Junio, coincidiendo con la procesión del *Corpus Domini*, siempre allí magnífica, y con el Congreso católico internacional, congregado en la iglesia de San Vicente. El gran cortejo, en homenaje de San Antonio, comprenderá una serie de carros triunfales representando la Religión, la Virtud, la Ciencia, las Bellas Artes, el Ejército, la Marina, las Indias lusitanas, y rivalizará con el cortejo fluvial por el Tajo, recordando cuando el Patriarca se embarcó para el Africa. Las plazas, los arcos, los monumentos, las incomparables márgenes del Tajo, serán adobadas é iluminadas, figurando en primer término cuadros representando milagros de San Antonio. Las regatas, las grandes corridas de toros, las batallas de flores, las exposiciones de arte sacra y los dramas religioso-populares, contribuirán á la grandiosidad de unas fiestas que coronará la inauguración del Asilo de los párvulos, consagrado á San Antonio y celebrado por abundosos banquetes á los niños y desvalidos de Lisboa.

CONDE DE COELLO.

Roma, Junio 1895.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Mr. Gresham: un ministro de Hacienda, pobre.— Mr. Nash: un ministro de Instrucción Pública rico y suicida.— Las comidas regias en Guildhall: la de Nasrulla Khan: los concejales de Londres.— La comida de Kiel en la inauguración del Canal del Báltico: el Canal: la idea de W. Dahlstroem: los constructores: importancia de la obra.

MUY malo se va poniendo el oficio de ministro, porque produce muy poco; y es seguro que en breve figurará entre las profesiones platónicas, entre aquellas maneras de ganar de comer que no dan de comer. Hasta ahora, en muchos casos, el ocupar una poltrona ministerial era una sinecura positiva: trabajaban los demás, cobraba el señor, y se le venían á las manos los negocios, sólo por el mero hecho de estampar con un rápido plumazo un garabato ininteligible al pie de un expediente. Hoy, en general, parece que los Ministros, después de la cesantía, vuelven á su casa tan vacíos y pelados como cuando fueron llamados al *gabinete*. Caso elocuente y edificante y estupendo en nuestros tiempos positivistas, y en el gobierno del más positivista de los pueblos del mundo, ha sido el registrado con motivo del fallecimiento de Mr. Gresham, ministro de Hacienda de la República norteamericana. El sabio estadista ha muerto tan pobre, que su familia apenas ha tenido con que pagar el entierro, y de cuyos gastos ha querido encargarse el presidente, Mr. Cleveland, ya que tampoco en el presupuesto nacional hay consignada cantidad alguna para servicios semejantes.

Mr. Gresham, á pesar de su fama y de su justo crédito, no ha tenido la suerte de dejar dinero á sus hijos, y en cambio, Mr. Nash, ministro de Instrucción pública en el gobierno de la India inglesa (*Chief of Indian Education Department*), á pesar de su sabiduría de eminente orientalista, y de haber hecho un capital en aquella región, no ha tenido la virtud y paciencia bastantes para saber sufrir y contentar á su mujer, y ha deshecho su matrimonio del modo más radical y completo que se conoce desde que hay hombres y mujeres en el mundo. En efecto, el sabio profesor y ministro, deseando descansar una temporada, propuso á su señora hacer una excursión de recreo á Inglaterra. Se embarcaron en Bombay, hace seis días, en el vapor *City of Topeka*, y bien pronto continuó á bordo la lucha que marido y mujer sostuvieron siempre por antipatía de caracteres. El sabía mucho, ella también, y del natural choque de sus sabidurías brotaba cada marimorena que daba miedo. Una tarde los pasajeros, reunidos en agradable tertulia sobre el puente, notaron que Mr. Nash y Mrs. Nash disputaban cerca de allí con gran violencia. Cuando con más ardor sostenía la señora sus razones ó lo que fueran, vieron que el Ministro se encaramó á la balaustrada que limita la cubierta, y que desde ella, pegando un brinco, se lanzó al espacio para caer de cabeza en el Océano. En medio del horror general y del consiguiente desmayo de Mrs. Nash, se detuvo el *City of Topeka*; largó á flote una lancha para ver si podían salvar al suicida, y después de vanos esfuerzos volvieron á ponerse en marcha sin encontrarle. Cuando la viuda volvió en sí, quiso arrojarse furiosa al mar, y hubieron de encerrarla para impedir que la cegara su violenta desesperación, en cuyo triste estado desembarcará en Londres un día de estos. También resultó muy desesperado, á su modo, un marinero del *Topeka*, que lamentándose de la desaparición de Mr. Nash, decía:

—Yo no le conozco y no puedo sentir su muerte: pero ¡qué lástima! ¡lo que ha desaparecido con él! ¡Qué brillantes en las sortijas y en la botonadura, y qué reloj y qué cadena de oro! Y sobre todo, ¡qué cartera tan repleta de billetes, vista por todos nosotros cuando hacía sus adquisiciones y pagos en las escalas! Y ¡qué perversidad, arrojarse al mar con ese capital encima!

Los demás marineros y muchas gentes del pasaje asentían sonriendo á tales lamentaciones, porque, á la verdad, el Ministro hacía gala de sus joyas, que admiraban á todos, é iba bien atiborrado de libras esterlinas.

°°°

Se puede ser ministro pobre ó rico en esos países de muchos recursos y de casas poderosas, porque al ministro rara vez se le presentan compromisos que le obliguen á hacer grandes desembolsos. Lo que no se puede ser, sin llevar bien cubierto el riñón, es alcalde ó sherif ó aldermen en Londres. Consignado quedó en la crónica anterior que en Inglaterra obsequian con empeño al hijo segundo del Emir del Afghanistán, Nasrulla Khan, para que vuelva contento á su tierra, y para que en ésta conserven inalterable el amor de vecindad al Imperio británico. Pues bien: uno de los obsequios de rúbrica es el banquete del Lord-alcalde de la Metrópoli, en Guildhall, en favor del regio huésped. Espléndido ha sido el que se ha dado á Nasrulla, y que ha costado 207.500 pesetas. Entre otros platos se han servido los siguientes: una sopa de tortuga que ha costado 8.000 pesetas; y además 500 langostas, 300 lenguados, 120 pavos, 200 pollos, 40 jamones, 600 chuletas en *foie gras* con trufas, 20 piernas de vaca, 200 libras de salchichas, 700 manillas de ternera, 40 pollos á la *gelée*, 450 huevos cocidos, 300 libras de tocino, 240 lechugas, 190 pepinillos, 400 libras de patatas fritas, 1.200 merengues á la Chantilly, 1.200 pasteles rellenos, 1.200 á la Richelieu, 1.200 cremas de fresa, 1.200 pasteles rusos, 1.200 duquesas, 1.200 mandarinas con hielo y 1.200 bizcochos borrachos; en suma, entre bocados y sorbos se han evaporado 62.500 pesetas. La parte ideal estética no comestible, flores, plantas y telas de ornamentación del comedor, ha costado 125.000 pesetas. El príncipe Nasrulla come muy poco, y además, como fiel observante de su religión, no toma nada que pueda suponerse que huela á manteca, ni de cerca ni de lejos, de modo que, dados su escaso apetito y su mucha fe, no probó apenas bocado en aquella tremenda fiesta de comer y beber. Ya dije que no bebe vino, por consiguiente, él y su séquito no hicieron gasto por valor de tres pesetas; en cambio los convidados, hombres de buena conciencia y de mejor estómago, se encargaron de dar rápida cuenta de las 62.447 pesetas restantes, en especies sólidas y líquidas. No se crea que la comida *ad usum delfinis afghanistanicus* ha sido de las de órdago que en Guildhall se estilan, porque allí los tragadores entusiastas recuerdan que la que se ofreció á lord Rosebery en 1894, cuando subió al poder, costó 480.000 pesetas; y la que despacharon para celebrar el matrimonio del Duque de York con la princesa May de Teck, valió 500.000, y, en fin, que la servida al Príncipe de Gales y convidados, en 1874, sumó en su coste nada menos que 650.000 pesetas. Esto es lo que se llama comer con rumbo y tirar la casa por la ventana. Los Duques de Osuna que allí se atreven con semejantes gastos son, no los potentados nobles de la archisecular y architerrateniente aristocracia de la sangre, sino, como queda dicho, los probombres del Municipio. El Lord-maire paga siempre la tercera parte del gasto, y entre los sherifes y aldermens se reparten los otros dos tercios. ¡Cara comida para estudiantes! Esos tercios y cuartos que semejantes banquetes cuestan, harán comprender al lector que los tenientes de alcalde y demás ediles del Ayuntamiento de Londres deben ser personas de posición estable y de arcas bien repletas, y que no se atreverían á solicitar y desempeñar tales cargos los demócratas espontáneos, más ó menos conservadores y burgueses, que se estilan entre nosotros. Del comercio en grande, de la banca gorda y de los industriales millonarios, clases sociales que aquí no existen en disposición de ir al concejo, salen esos anfitriones que se gastan de dos á tres millones en una comida para obsequiar á los parientes del Monarca británico ó de cualquier otro Monarca filobritánico.

Unas 160.000 pesetas va á costar la comida con que el emperador Guillermo II obsequiará en Holtenau (Kiel), el viernes 21, á las tres de la tarde, á los oficiales, jefes y almirantes de los buques que concurran á la inauguración del Canal, que une ya al Báltico con el mar del Norte. El comedor, ideado y dibujado por el Emperador mismo, es una tienda inmensa, que tiene la forma de un barco de guerra del siglo XVII, de aquellos tiempos en que sólo los españoles mandaban en la tierra y en el mar de todos los tudescos y flamencos, abuelos de los actuales vecinos de uno y otro lado del Rhin y del Elba. Sostienen la tienda del comedor tres mástiles, de 35 metros de altura, empalmados con otras tantas perchas, que alcanzan á 70 metros, y cuyos palos proceden de los antiguos navíos alemanes *Moltke*, *Niobe* y *Gesion*. La comida será de pura etiqueta, y es posible que los convidados, atentos sólo á mirar al Emperador y á los grandes personajes, coman menos en Holtenau que lo que comió Nasrulla Khan en Guildhall.

°°°

No es un comerciante el que convida en el gran banquete de Kiel, pero á un comerciante se debe la fiesta. Bueno es hacerle justicia. En efecto, después de muchas tentativas para abrir la comunicación entre aquellos dos mares; después que, por el canalillo de Stecknitz, se unieron hace seis siglos Hamburgo, Moll y Lanemburgo con el Báltico, y de haber utilizado hace cuatro los ríos Alster y Beste con una regata de tres pies de honda, que iba mar á mar, y que cegó un cacique con sólo echar unas carretadas de piedra en el cauce; después que el rey Christián VII de Dinamarca abrió el canal del Eider, que figura en todos los mapas, y por el cual no podían circular más que grandes barcazas, el crecimiento progresivo del poderío de Prusia hizo que se pensara seriamente en la unión efectiva del mar Báltico con el del Norte para todas las necesidades de la navegación. El pueblo que más empeño puso siempre en estos proyectos fué la gran metrópoli comercial de Hamburgo. De Hamburgo era el afamado comerciante *W. Dahlstroem*, quien hizo ejecutar los estudios y el plan completo del canal, en 1878. Formó su sociedad capitalista, publicó folletos y dió conferencias de propaganda; pidió una subvención, que no obtuvo, del Gobierno prusiano, y, á fuerza de gran constancia y tenacidad, logró que la opinión se fuera con él. Y entre los factores importantes de la opinión, consiguió la inesperada victoria de que el famoso general Moltke se empezara á inclinar á su favor. Moltke, en efecto, fué siempre enemigo de la apertura de este canal; y se comprende la razón: Prusia, y aun Alemania unida, no eran una potencia marítima; disponían relativamente de pocos buques, y había que temer que Francia ó Inglaterra, cuando se les antojara, se aprovecharan de esta nueva vía y penetraran en Alemania, sin necesidad de doblar los estrechos y difíciles pasos de Dinamarca. Pero cuando Alemania fué hombreando y coloseando después de sus victorias de Francia, creó una marina respetable, y lo que el gran Mariscal vencedor creía un peligro en 1873, lo consideró conveniente en 1879. Sin embargo, aun pasaron algunos años, hasta que en 1886 el Parlamento imperial concedió 106 millones para la construcción, que con los 50 otorgados por las Cámaras de Prusia, componen los 156 que ha venido á costar la obra. La idea del comerciante *W. Dahlstroem* es un hecho. Hamburgo ha salido con la suya y se ha colocado á dos pasos de todos los puertos del Báltico. Los primitivos planos del canal fueron rehechos y modificados por el consejero supremo de construcciones marítimas, ingeniero *Otto Bantsch*, que es el que ha dirigido las obras, logrando una envidiable y honrosísima reputación. Le han ayudado en tan magna empresa los consejeros W. Loewe y Fulschs, que quedan encargados de la conservación, administración y reparaciones.

El canal de Kiel ó del Nordeste (*Nord-Ost-See*), sin más esclusas que una en cada embocadura, tiene 98 kilómetros de longitud, por 65 metros de anchura en la superficie y 22 en el fondo, con una profundidad de 9,30 sobre estos 22 de la parte central. Las esclusas de los extremos miden 150 metros de longitud por 25 de anchura, suficientes para contener los mayores acorazados y los grandes buques mercantes, aunque no los colosales trasatlánticos que tienen 192 metros de longitud, y los cuales sólo podrán entrar en el canal, sin detenerse en las esclusas, durante las cuatro ó cinco horas diarias en que está completamente abierta la comunicación por Brunsbuttel, sobre el mar del Norte. Pueden pasar á un tiempo paralela y opuestamente, ó en igual sentido, por el canal, un acorazado y un gran vapor mercante, pero no dos acorazados. Para que éstos esperen el paso de los que avancen con derecho á pasar, el canal se ensancha en seis puntos de la travesía, donde hay otros tantos muelles. Para el aviso y regularización de este servicio hay 45 estaciones telegráficas. Cortan al canal cuatro líneas férreas con dos puentes giratorios en Rendsburgo y Ostermoor, y otros dos fijos en Grunenthal y Levensau. El piso de éstos se halla á 42 metros de altura sobre el nivel de las aguas. La navegación no se interrumpirá de noche, para lo cual se ha hecho una admirable instalación de luz eléctrica todo á lo largo de la obra.

Las grandes ventajas que ofrece el canal son: seguridad en la travesía y economía de tiempo, es decir, de dinero. Hasta ahora, el paso de los mares de Jutlandia, del Skager-Rack, del Cattegat, del Sund y de los Belt era tan peligroso, que aquella ruta se llamaba «el cementerio de los navíos». Ocurrían cada año doscientos siniestros por término medio; y según la estadística, desde 1858 á 1885 sufrieron considerables averías 10.000 buques, perdiéndose por completo con tripulaciones y todo 2.742 barcos de vela y 91 de vapor. La supresión de la travesía alrededor de Dinamarca acorta el trayecto en 440 kilómetros. De modo que un vapor que marche por los mares de Jutlandia con una velocidad de 8,25 nudos, y con una de 5,3 por el nuevo canal, ahorra veintidós horas para ir, por ejemplo, desde Dunkerque á un puerto del Báltico. Las ventajas mayores serán para puertos como Hamburgo, Brema y Emdan, que acortarán el recorrido en cuarenta y cinco, veinticinco y veintiocho horas. Por estas y otras ventajas semejantes, se calcula que llegará á 20.000 el número de buques que anualmente han de pasar por el canal. El gasto se reducirá, respecto á los vapores, en 65 marcos para cada 100 toneladas al día, por término medio, sin contar el impuesto de la travesía del canal, que se trata de que sea el menor posible, para que esa rebaja no se aumente mucho.

No hay para qué decir cómo habrán discurrido y dispuesto las cosas los alemanes para que el canal sea un poderoso elemento militar ofensivo y defensivo. Hasta ahora podía decirse que Dinamarca, aliada con cualquiera otra nación, era de hecho, en caso de guerra, la dueña de la comunicación entre el mar del Norte y el Báltico, y que Alemania se veía imposibilitada para unir sus escuadras de ambos mares. Hoy bastarán pocas horas para ir desde Kiel á la desembocadura del Elba, y para que toda la armada imperial se una y concentre donde mejor le parezca. Las 650 millas de navegación alrededor de Dinamarca quedan reducidas á 55 por el canal del Slesvig-Holstein. El puerto de Kiel, en el extremo Este, se ha convertido, con Holtenau y las fortificaciones de Moltenor, Altneikendorf, Kilzeberg, muelles de Dietrichsdorf, Neumuhlen, Wellingdorf, Ellerbek y sus astilleros, Bellevue, Forsteck, Wik y Friedrichsort, que son los pueblos y estaciones marítimas de aquella hermosa bahía de 15 kilómetros, en el principal centro de defensa de Alemania; y en el extremo opuesto, al Noroeste, ante Brunsbutell y ante el puerto de Wilhemshafen, que defiende la embocadura del Wesser y el camino de Brema, la isla de Helgoland, en hora oportuna cedida por los ingleses á los alemanes, es el fortísimo centinela avanzado que asegura el dominio de la entrada de la nueva vía por el mar del Norte.

Para inaugurarla y admirar estos nuevos alardes guerreros de Alemania, se reunirán en torno del yate imperial *Hohenzollern* las representaciones de las escuadras de Europa y de los Estados Unidos en el Elba y en el canal y en Kiel, durante los próximos días del 19 al 22; y la prensa,

la opinión y la curiosidad pública tendrán abundante materia de que ocuparse. Allí se encontrarán para abrazarse y brindar juntos los que tal vez mañana se destrocen y aniquilen en plena mar; y allí se olvidarán por un momento los celos y los odios mientras duren los cumplidos de la cortesía internacional. Alemania en todo su territorio hace ahora grandes unánimes demostraciones de cariño hacia Francia, y no hay calle ni balcón en los que no aparezcan unidas sus banderas. Francia, la vencida y la reducida, acude á regañadiente á las fiestas de Kiel, sin cuidarse del espontáneo nuevo amor que se ha despertado en el pecho de los alemanes; pero á pesar de estos pesares y resentimientos de los franceses, parece que no les desagrada el figurar en primera línea en aquella gran solemnidad, y la prensa hace constar como cosa excepcional que «*L'Empereur aura à sa droite* (en el banquete del día 21) *l'amiral Ménard et à sa gauche l'amiral russe .....*» Y además, que «*On parle d'un discours où la participation de la France aura sa place.*» De manera que el que no se conforma es porque no quiere.

R. Becerro de Bengoa.

IMPORTANTE.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen en fin del presente mes, y piensen seguir honrándonos con su concurso, se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

El Carnaval del amor, extravagancia cómico-lírica en un acto y en verso, libro de José Jackson Veyán, música de Julián Romea.

Hemos recibido un ejemplar de esta bonita obra teatral, estrenada con mucho éxito el 2 de Marzo de 1895 en el teatro Lara.

Indicador oficial de Correos, publicado con autorización de la Dirección general del ramo, por José Santandreu, oficial del Cuerpo.

Comprende esta obra todos los pueblos que tienen ayuntamiento en la Península, islas adyacentes, Ultramar y Filipinas, por orden alfabético; provincias á que pertenecen; punto por donde se sirve su correspondencia; partido judicial de que dependen: numeración especial para la remisión de periódicos é impresos, con expresión de los pueblos que tienen servicio telegráfico y de valores declarados; todas las tarifas vigentes; nota de las poblaciones á las que se sirve correspondencia por los correos mixtos, y horas de salida de los correos de la Central y de las estaciones.

Consta además de un Apéndice con noticias indispensables del servicio internacional, detalles de las tarifas y diversas vías que se pueden utilizar para remitir correspondencia á todas las naciones del mundo.

Es libro muy útil. Forma un tomo en 8.º mayor de 416 páginas, esmeradamente impreso en buen papel. Se vende encuadernado á 5 pesetas en las principales librerías de la Península y Ultramar. A los empleados de correos se les bonificará el 25 por 100.

El primero y último hombre. Pequeñísimo poema dividido en tres cantos y un epílogo, por D. Carlos María Barberán, decano del Colegio de Abogados de Lorca.

Hemos recibido un ejemplar de este poema, que forma un folleto de 42 páginas. Lleva una carta y un prólogo de doña Eladia Bautista y Patier. Cuesta una peseta.

En Burgos. Recuerdos de esta ciudad insigne, por D. Víctor Balaguer.

Contiene cinco artículos, titulados: *Glorias y ruinas*, *La casa del cordón*, *El castillo de Burgos*, *El cuento del Cid*, *La cuesta de la Reina*. Componen un estudio histórico de alguna de las principales antigüedades burgalesas, hecho con la gallardía de estilo y el bello colorido propios del notable escritor catalán. Es particularmente digna de atención la descripción de Fres del Val.

La obra está editada con mucho lujo.

Del humorismo. Discurso leído en el Ateneo de Madrid por D. Andrés Ovejero Bustamante, secretario primero de la sección de literatura.

La Memoria del Sr. Ovejero fué oída con gusto, y después ha sido discutida con calor en el Ateneo. Está elocuentemente escrita.



Nueva Geografía Universal. *La Tierra y los Hombres*, por Eliseo Reclus.

Se han publicado los cuadernos 312 á 316 de esta obra, editada por el *Progreso Editorial*. El precio de cada cuaderno es de una peseta.

Estudios sobre el Japón, por D. Enrique Dupuy de Lôme.

Comprende este libro tres partes principales: la Geografía del Japón, la Historia y una noticia completa de su transformación. Por la novedad y riqueza de datos que contiene puede reputarse la obra del Sr. Dupuy de Lôme una de las mejores de las que en estos años han visto la luz tratando del hoy poderoso Imperio oriental, y la mejor que en castellano se ha publicado.

La última parte es extraordinariamente interesante, porque muestra cuál es el verdadero estado del Japón, sus recursos y sus fuerzas militares.

Cuesta 4 pesetas, y véndese en las principales librerías.

Nueva premática del tiempo. Fruslería literaria, por el bachiller Francisco de Osuna. Segunda edición.

Ingenioso folleto, en el que el autor, imitando al gran Quevedo, combate con gran donaire y saña muchos vicios de nuestra época. Cuesta este folletito una peseta.

Datos diagnósticos que se pueden deducir del interrogatorio de los gastropáticos, por el Dr. D. Nicolás Rodríguez y Abaitua, vicepresidente de la Academia Médico-quirúrgica Española.

Este trabajo, verdaderamente notable, es de mucho interés para los que estudian las enfermedades del estómago. Consta el folleto de solas 43 páginas, y véndese al precio de una peseta.

Técnica Industrial, por D. Eduardo Abela y Sáinz de Andino.

Hemos tenido el gusto de recibir esta nueva obra publicada por el catedrático del Instituto del Cardenal Cisneros de esta corte. El autor divide esta importante materia en las cuatro partes de industrias: extractiva, agrícola, fabril y manufacturera. Es un libro en 4.° de 516 páginas, conteniendo 145 grabados y un índice alfabético, además del índice metódico de materias. Creemos de suma utilidad esta obra para la enseñanza.



PABLO MAUSER,

INVENTOR DEL MODELO DE FUSIL QUE LLEVA SU NOMBRE.

Fechas prehistóricas y el porvenir de las razas, conferencia dada en la Sociedad Geográfica de Madrid el 2 de Abril de 1895, por Rafael Alvarez Seréix, ingeniero de montes.

En esta conferencia, ahora publicada en un folleto de 38 páginas, hace el Sr. Alvarez Seréix un estudio muy completo y erudito de la antigüedad del hombre en la tierra, mostrando conocer cuanto sobre este particular se ha escrito. No menos interesante es su manera de considerar la cuestión de razas, señalando la importancia de la negra y la mestiza de ésta con la blanca en la colonización de los países tropicales.

Teoría moderna, contraria á la influencia *de la vegetación en la producción de las lluvias locales*, por Fernando López Tuero.

Este folleto, que ha visto la luz en Puerto Rico recientemente, está muy bien escrito, y contiene ideas nuevas y muy interesantes sobre el papel del arbolado en los fenómenos meteorológicos.

Cantares (segunda serie), por M. Serrano Iturriaga.

Los cantares del Sr. Iturriaga son muy sencillos, bien hechos y encierran verdadera poesía. La primera serie se publicó con un prólogo del inolvidable D. Manuel Cañete, y fué traducida en varias lenguas. Los que ahora publica forman un tomito de 110 páginas. Véndese en las principales librerías al precio de 1,50 pesetas.

Historia general de España, reinado de Carlos III, por D. J. Danvila.

Hemos recibido los cuadernos 215 á 219. La obra del Sr. Danvila descubre las verdaderas causas de la expulsión de los Jesuítas, y contiene buen número de datos sobre este particular, fundados en documentos completamente desconocidos.—Cuesta cada cuaderno una peseta.

La Nouvelle Galathée. *Amours d'un statuaire en Sicile*, por Adolphe Krafft.

Con aquel título ha publicado el Sr. Krafft un poema completamente romántico. El asunto es sencillísimo, reduciéndose á referir las penas de un artista francés que se enamora de una joven siciliana, á la cual supone enamorada de un bandido llamado López. Muere Juana, y el artista queda sumido en el mayor desconsuelo. Cuesta la obra 3,50 francos.

G. R.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. XXIII.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Junio de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES, DE 1895.



EN MI ESTUDIO.

CUADRO DE D. JOSÉ GARCÍA Y RAMOS.

(NUM. 393 DEL «CATÁLOGO».)

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

El hecho más notable de estos días es la inauguración del canal de Kiel, tan hermosamente descrito por nuestro compañero el Sr. Becerro de Bengoa: en aquella fiesta marítima, España, según *Le Temps*, está representada «por tres buques dignos de la nación que descubrió América y tiene tantos marinos ilustres en su historia». Fiesta eminentemente diplomática, resulta, á nuestro entender, en su aparato, como una apoteosis del Emperador de Alemania: y en sus detalles más curiosos, lo saliente es la llegada simultánea de los buques franceses y rusos al punto de reunión, y las calurosas muestras de mútua simpatía con que se saludaban en medio de la compostura oficial que reinaba entre las escuadras de todos los demás países.

Ninguna novedad de importancia ofrecen las operaciones militares de Cuba. No se prestan para nosotros las complicadas cuestiones económicas que se dilucidan en torno del Gobierno y de las Cortes. Ni es posible formar juicio exacto de la complicada vista que se celebra en el Tribunal Supremo, á consecuencia del testamento ológrafo del Sr. Carranza, denunciado como falso, y en la que informarán abogados de los más ilustres. Tampoco debemos ahondar en la importante jurisprudencia que ha ratificado aquel alto tribunal, de que corresponden á la jurisdicción ordinaria ciertos delitos de imprenta que reclamaba para sí la justicia militar. Sin dejar, pues, de ocurrir hechos notables, nuestra índole y la de esos acontecimientos nos desvía de tratarlos. Hablemos de otras cosas á capricho.

°°°

Hace algún tiempo, no recordamos en qué Crónica, nos hicimos cargo de un artículo publicado en un periódico de Santo Domingo, que daba por reconocidos oficialmente los restos que atribuyen á Cristóbal Colón algunos dominicanos, y que tanto ruido hicieron. Negábamos la autoridad de nuestro Cónsul en aquella capital para reconocer esos restos, y dudábamos de la noticia. En efecto, todo se redujo á que el comandante y oficiales del cañonero español *Magallanes* desearon *ver la urna* que se conserva en aquella catedral; nuestro Cónsul pidió y obtuvo el correspondiente permiso, para lo cual se requieren muchas formalidades, y acompañó á nuestros compatriotas, como es costumbre y deber, dado su cargo oficial, sin que esto implicara de su parte ninguna clase de reconocimiento. Esta es la verdad de lo ocurrido, y huelgan, por lo tanto, y son suposiciones gratuitas las que hizo *El Eco de la Opinión*, de Santo Domingo, al dar proporciones impropias á un acto tan sencillo y natural.

°°°

Los que sólo conocíamos algunas de las obras eruditas del señor Conde de la Viñaza quedamos, al verle, gratamente sorprendidos en su recepción de la Academia de la Lengua: no le creíamos tan joven, por ser su producción literaria de las que necesitan mucho trabajo propio y mucho tiempo. Su discurso, en armonía con las obras que le han valido con justicia la medalla académica, fué una curiosa monografía de la sátira política en España, discretamente terminada en el advenimiento de la dinastía de Borbón, pues de haberse internado más, hubiera tropezado, al desarrollar su tema, en algo que escociese por estar en carne viva. Fué uno de esos discursos que se guardan para ser consultados con provecho; de tema original, y de útil y sabrosa lectura, con muchas noticias y nuevas, que coadyuvan al esclarecimiento de nuestra historia literaria.

Contestóle en nombre de la Academia D. Alejandro Pidal, y con esto está dicho que sería el discurso elocuente y que daría al público alguna sorpresa. Dos recibimos, por lo menos: al llamar mal aconsejada á la juventud que, en vez de aferrarse á los manuscritos del tiempo viejo, se pierde en las regiones aéreas de una literatura fantástica; como si el rebuscar lo que otros escribieron fuera en las letras tarea superior y más útil que producir la primera materia: la otra sorpresa, que partiendo del principio aventurado de que comparten, en su relación con los hechos políticos, el imperio poético el entusiasmo y la ironía, como si no existiesen otros géneros intermedios, se declarase cultivador del entusiasmo, y no sólo anatematizase la sátira como arma envenenada, sino la burla, lo que provoca á risa, es decir, media literatura: como si del entusiasmo dedicado á la adulación ó á sentar ideas falsas ó al servicio de la iniquidad no se pudiera decir que rebaja á quien lo practica, porque si lo siente es un iluso, y si lo finge es un hipócrita. No es al género literario, sino al uso que de él hace cada poeta, al que se deben achacar los defectos de intención ó aplicación: todos los géneros son buenos literariamente: no hay género en sí moralmente malo, si no se degrada personalmente quien le emplea para el mal. Y esto se desprende del mismo discurso del Sr. Pidal en las atenuaciones que establece, y aun de sus escritos anteriores; pues obra satírica es, y de las más sutiles y artificiosas, su discurso de contestación á D. Francisco Silvela: y aun se burla allí de los apologistas y de los eruditos, cuando dice «que no hay bandolero histórico ni criminal de campanillas á quien no le salte un erudito, á vueltas del primer archivo mal registrado, con su correspondiente apología».

Tal es nuestra opinión, sinceramente expuesta, como se merecen la resonancia de lo que se dice en la cátedra de la Academia Española y la autoridad indiscutible de D. Alejandro Pidal. Lo que hay realmente es que el escritor usa alternativamente todas las formas del entendimiento, según el estado de su alma, mezclándose de tal modo los géneros, que un mismo autor, como Quevedo, es á la vez místico cuando se inspira en el libro de Job; serio y entusiasta al defender al Duque de Osuna; crítico implacable cuando ataca á sus enemigos, y burlesco y desvergonzado en sus letrillas y romances, aplicando á cada asunto su expresión más adecuada. Y en literatura, el que tiene alma elevada lo demostrará en la plenitud de su obra, y el que es reptil humano dejará en ella, aun en sus momentos más lúcidos, su rastro de serpiente.

°°°

En los ratos de ocio, que pocas veces nos dejan nuestras ocupaciones, hemos podido leer en estos días tres de los libros recientemente publicados con que nos han favorecido sus autores. No creemos ni en la imparcialidad ni en la posibilidad de la crítica de libros, distinguiendo entre la enorme producción de nuestra época lo bueno de lo malo y dando á cada cual lo que le corresponde. Esta depuración la harán el tiempo y los estudiosos en cada ramo de las ciencias y las artes, y lo único que pueden manifestar los que de crítica se ocupan es una opinión particular, más ó menos sincera, según las condiciones personales del que juzga, pero siempre deficiente, porque el mérito de los libros necesita someterse á muchos jueces y de diversas épocas para que tenga el fallo alguna fuerza. Y si además no nos consideramos críticos, ni aunque vanidosamente nos creyéramos definidores del valer de cada obra en el momento de su nacimiento, diputados por la Providencia para tan alto ministerio, todavía nuestra conciencia nos prohibiría hacerlo, por carecer de tiempo material para leer lo que se produce, meditar lo que leemos y formar un juicio exacto, que en último caso sólo engaña al vulgo, que busca opiniones, sin saber que él tiene obligación de formárselas á su modo, según la impresión natural, no sugerida, que le produzca la lectura: pues cuando un autor imprime libros, los lanza al juicio de todos, sabios é ignorantes, preocupados ó independientes.

Por estas razones no juzgaremos el último poemita de D. Manuel Reina, titulado *La canción de las estrellas*, y dedicado á Puente-Genil, escrito en versos libres y una canción en redondillas: diremos únicamente que han reproducido algunas páginas, á su aparición, los periódicos más populares. Los *Bosquejos galaicos*, de D. Emilio Fernández Vaamonde, poeta coruñés, conocido de nuestros lectores, llevan por padrino á D. Manuel del Palacio, que los recomienda, y saluda con gusto en su prólogo «á un nuevo campeón de nuestra literatura». ¿Y qué hemos de manifestar si esto dice un maestro?

¿Y cómo habríamos de juzgar el opúsculo del ilustre doctor Letamendi, que leyó hace ya días el Sr. Moret en el Ateneo, si sería ridículo erigirnos en jueces de una obra de tal filósofo, artista y profesor? Pero es el caso, que ni aun dada la corta extensión del folleto podríamos dar idea de su nueva teoría general del trabajo, en su triple aspecto, vital, económico y liberal, que titula *El hombre en acción*, pues no es posible extractar un extracto ni sacar esencia de una esencia, como podrán ver cuando la busquen y la lean los admiradores del genial y profundo Letamendi.

Otros dos libros en prosa hemos recibido que, como los anteriores, son más propios de la bibliografía que de la Crónica: *Historia de un alma*, del señor Barón de Hortega, cónsul de S. M. Fidelísima en Madrid; y *Cesarinas*....., de D. Manuel José Quintana, cónsul de España en Santo Domingo y sobrino del gran poeta laureado.

Podría llamarse el primero biografía espiritual del famoso predicador dominico el P. Lacordaire: es un libro místico y sentido, que por la fe que le inspira y el entusiasmo católico que rebosa, deja en el alma un consuelo que sólo producen las lecturas piadosas. Y esta condición del libro le hace dar una nota simpática en el desconcierto de lo que se imprime, y confortar el corazón. En cambio las *Cesarinas*....., recordándonos toda la depravación de Roma en tiempo de los césares: por lo mismo que la pintura es fiel y viva, produce con el procedimiento contrario al de la *Historia de un alma*, tal antipatía hacia el envilecimiento de los pueblos, que el alma tiende á refugiarse en las tinieblas de la Edad Media, huyendo de tal depravación, hacia los cenobios y monasterios.

Lo poco que podemos decir de obras tan variadas y diversas nos impone la obligación de no ocuparnos de libros en la Crónica sino cuando realmente formen por su naturaleza parte integrante de nuestra revista.

°°°

El Sr. Echegaray, en una interesante crónica científica de *El Liberal*, se ocupa de una nueva teoría, si bien no manifiesta quién la ideó y sostiene, que supone la existencia de «muchos espacios, unos fuera de otros, el de una dimensión, el de dos, el de tres en que vivimos á nuestras anchas, el de cuatro, cinco, seis ó varias dimensiones». Como eso de la cuarta dimensión no nos lo explicamos ni lo explican los filósofos geómetras, cuya teoría expone el ilustre escritor, se limita á indicar cómo la defienden sus partidarios. Suponen un mundo que por ser inferior al nuestro nos extraña, pero no nos repugna del todo y podemos comprenderle, y que es muy ingenioso. «Imaginémonos, dicen, un mundo á modo de plano topográfico: ni las montañas tendrían relieve, ni los ríos ni nada profundidad: los vivientes y sus órganos serían aplastados, y hasta sus ideas, pues en un cerebro tan aplastado no podría concebirse sino la altura y anchura, nunca la profundidad ó tercera dimensión.» Si algún genio en ese mundo la concibiera, el sentido común de aquel mundo le tendría por loco: del mismo modo no podemos aquí concebir ni siquiera la cuarta dimensión. Y á seguida, el Sr. Echegaray hace juegos ingeniosos acerca de ese mundo superficial de ideas chatas.

Pero ese artículo ha caído como una bomba en una tertulia de monomaniacos á que asistimos de tarde en tarde para estar al corriente de lo que discurren también las gentes que llamamos sin juicio, y era grande anoche el clamoreo que levantaban.

—Niego—decía uno—que los cuerpos tengan tres dimensiones: tienen cuatro.

—¿Cuáles son?

—Longitud, latitud, profundidad y sombra.

—La sombra es un fenómeno de la luz sobre los cuerpos.

—Niego: es un traje ó envoltura de éstos destinado, con su movilidad, á negar las tres dimensiones: sólo los ciegos lo desconocen. Esa sombra, á obscuras, no tiene dimensiones ni figura: es insondable, y envuelve las cuerpos; ante la luz es superficial, proyectada en el suelo y movible, y ocupa esa su penumbra un espacio cierto, que deja vacío sin embargo. Es un sentido también con que la materia mide su distancia de la luz. Hasta en las láminas con que las geometrías nos representan los cuerpos, tienen éstos sombra. La geometría es la más inexacta de las ciencias, y las nubes se burlan de ella con sus movimientos caprichosos.

—Las nubes no tienen sentido común; son anarquistas que predican el desorden: sólo cuando el cielo es azul ó negro se puede decir que el planeta está en su juicio.

—Pero los hombres superficiales ¿no tendrían ideas de bulto?—repuso un loco, que había callado hasta entonces.—Yo creo que sí.

—¿Cómo te lo explicas?

—Un loco ambicioso soñaría tener un grano en la cabeza, y, por consiguiente, mayor capacidad que la suya propia; pero no podría hacer comprender á los demás lo que era un grano, como les sucede con su teoría á los geómetras filósofos.

—Y eso de las tres dimensiones ¿será cierto en este mundo que habitamos?

—Niego, en lo relativo al hombre: ya dije que son cuatro.

—Pues yo añado otras dos, inspirándome en un epigrama famoso: la capacidad que cada persona se atribuye en su soberbia, y la que le conceden los demás. ¿Cómo se averiguaría la real? ¿Con una suma ó una resta?

—Restando siempre, y el minuendo será lo que uno piensa de sí mismo.

—¿Y qué será de los modestos en esa operación?

—Acaso salgan gananciosos.

—En los mundos de muchas dimensiones ¿serán los vivientes más felices?

—No es probable: las sombras que vemos en el mundo superficial no se hacen daño entre sí. Por consiguiente, el mundo mejor sería el más sencillo, el lineal: no habría más espacio que una línea interminable, y seríamos todos puntos modestísimos que nos deslizáramos por ella, compenetrándonos suavemente sin empujarnos los unos á los otros.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

En mi estudio, cuadro de García Ramos.—*La siega*, cuadro de H. Dahl.—*¡A la guerra!*, cuadro de Pla Rubio.

El cuadro del Sr. García Ramos que publicamos en la primera página de este número es uno de los que en la última Exposición gustaron más al público inteligente. Los elementos de la composición no pueden ser más sencillos; pero la corrección y belleza del dibujo y la verdad de la luz que, penetrando por la puerta del fondo, da vida á la modelo, cuyo cuerpo se destaca con valentía en medio de la estancia, permiten contar á este cuadro entre los buenos de la última Exposición.

La siega, allá por los países del Norte de Europa, puede ser buena ocasión de amores é idilios pastoriles. En España sólo trae aparejadas grandísimas fatigas, capaces de espantar á cien leguas de distancia al dios Cupido.

Pero á otros climas otros segadores: y buena prueba de ello es el cuadro de Dahl que publicamos en la pág. 392. Bien se advierte que hay allí aire fresco y agradable y trabajo menos duro.

El cuadro del Sr. Pla Rubio, *¡A la guerra!*, tenía ganadas todas las simpatías del público desde el primer día de la Exposición de Bellas Artes, y la primera medalla que el Jurado le ha concedido no ha hecho sino sancionar la opinión general.

Verdad es que el asunto, por lo simpático, predispone en su favor. ¡Son tantos los que han llorado estos días despidiendo á seres queridos que iban á Cuba! ¡Hay también tantas madres esperando noticias de sus hijos, tantas esposas ansiosas por conocer la suerte de sus esposos, tantas hermanas que piensan en sus hermanos ausentes!

Pero el cuadro del Sr. Pla no necesitaba la recomendación del asunto. Bástanle los propios méritos. El grupo del centro del andén es un poema de dolor admirablemente sentido. El de la izquierda, donde se ve á aquel soldado recibiendo órdenes del jefe, tiene marcialidad y energía singulares. La nota alegre está á la derecha, en el soldado que echa una copa en la cantina. (Véase el grabado de la pág. 393.)

En suma, el pensamiento y la ejecución han quedado en este cuadro á igual altura.

°°°

ENVÍO DE FUERZAS Á CUBA.

El segundo batallón del primer regimiento de Infantería de Marina. Misa de campaña en San Fernando. — El coronel Piñera.

La Infantería de Marina, que desde principios de siglo á la fecha ha cooperado con no escaso contingente, en relación al total de sus fuerzas, á la resolución de cuantas guerras terrestres la nación ha sostenido, figura también desde su comienzo en la actual campaña separatista.

El día 10 del corriente, á bordo del vapor *Cataluña*, salió de Cádiz para Cuba el segundo batallón del primer regimiento, tercero de los seis de que consta el cuerpo que marcha á reforzar aquel ejército de operaciones, formando parte del cual luchan y han de luchar en defensa de nuestra gloriosa enseña.

El grupo fotográfico que insertamos en la pág. 388 representa la plana mayor y oficialidad del heroico batallón, que ostenta en sus banderas la laureada corbata de San Fernando, alcanzada por su esfuerzo y bizarría en los sangrientos ataques de fines de Marzo del 74, dados contra las líneas de Somorrostro y San Pedro Abanto, y que tuvieron por objetivo el levantamiento del sitio de la invicta Bilbao.

Manda el batallón el ilustrado y pundonoroso teniente coronel D. Manuel del Valle y Gutiérrez, antiguo teniente del mismo, herido en las citadas memorables acciones, y á su dirección, secundado por la brillante oficialidad, se debe el buen espíritu, disciplina é instrucción que en plazo relativamente corto ha logrado alcanzar la fuerza á sus órdenes.

Después de terminados los ejercicios fué revistado el batallón, listo para embarcar, por el Excmo. é Ilmo. Sr. Inspector general del cuerpo, D. Olegario Castellani y Marfori, que desde esta capital ha hecho expresamente el viaje para despedir á sus subordinados.

El Ayuntamiento de San Fernando, las autoridades de Marina y los hijos todos de la noble ciudad, han prodigado á la fuerza cariñosa y entusiasta despedida, haciendo sentidos votos por que regresen pronto á la madre patria sin bajas en sus filas y cubiertos de gloria.

La prensa toda ha publicado noticias de la misa de campaña celebrada en San Fernando, con motivo de la marcha á Cuba del segundo batallón del primer regimiento de Infantería de Marina.

El grabado que reproducimos en la pág. 388 representa el grandioso y conmovedor suceso celebrado en el atrio de las Casas Consistoriales de dicha ciudad, uno de los mejores edificios de su género en España.

Más de seis mil almas, con recogimiento profundo, asistieron al religioso acto, elevando preces al Altísimo para que proteja á los expedicionarios, ligados á los hijos del noble pueblo isleño por los vínculos de la sangre y el cariño.

El altar presentaba elegante y bellísimo conjunto: la Virgen del Carmen, luciendo riquísimo manto, se había colocado bajo dosel de damasco granate, que rodeaban trofeos formados con escudos, banderas y atributos militares.

En la grada, cañones, pabellones de armas y otros emblemas contribuían á dar carácter marcadamente militar á la fiesta religiosa. Ofició el señor Teniente Vicario del Departamento, y asistieron el Ayuntamiento, autoridades de Marina y comisiones de todos los cuerpos de la Armada.

Terminada la misa, el batallón desfiló en columna de honor ante el Excmo. é Ilmo. Sr. Capitán general del Departamento, y regresó á su cuartel en medio de entusiastas ovaciones.

Al siguiente día, 10, embarcó en el vapor de la Transatlántica *Cataluña*, zarpando del puerto de Cádiz á las dos de la tarde con rumbo á Cuba. Las fotografías que nos han servido para hacer este grabado y el anterior, debémoslas á la amabilidad de nuestro querido amigo el distinguido oficial de Infantería de Marina D. Arturo Obanos.

Para mandar las fuerzas de Infantería de Marina que van á Cuba ha sido destinado en concepto de voluntario, á las inmediatas órdenes del Capitán general, el coronel D. Serafín de la Piñera Pérez, cuyo retrato publicamos en la pág. 400 de este número.

El coronel Piñera, cadete en 1860, perteneció al ejército de Africa: hizo la campaña de Santo Domingo, batiéndose en Monte Christi y Lagunas Verdes. Asistió á la batalla de Alcolea. Hizo la anterior campaña de Cuba desde el 69 al 71, obteniendo mando de columnas y otros independientes, teniendo porción de encuentros con el enemigo y tomando parte en las acciones de Vega Grande y la Lima, consiguiendo por sus gestiones la presentación de dos partidas insurrectas. Ya en la Península, concurrió á combatir el movimiento cantonal del Ferrol.

Se halla en posesión de la placa de la Real y militar orden de San Hermenegildo, varias cruces rojas del Mérito Naval y Militar, Isabel la Católica, medalla de Cuba, y cruz y placa blancas del Mérito Naval, como recompensa al profesorado, que también ha ejercido.

El Sr. Piñera es el primero de su empleo que sirve en la actual campaña.

°°°

LA INSURRECCIÓN EN CUBA.

El coronel Sandoval.—Muerte del médico Ruiz.—El poblado de El Cristo y el puente de Juanota.

Hasta ahora no ha habido en Cuba, desde que comenzó la actual insurrección, ningún encuentro de verdadera importancia y que pueda tener influencia en la guerra, salvo el de Bijas ó Bocas de Dos Ríos, en que murió Martí, autor inmediato de estos desagradables sucesos.

Conocen los lectores todos los pormenores de esta acción por haberlos referido minuciosamente la prensa, y por eso no hemos de repetirlos. Bastará recordar que el coronel Sandoval, con 500 hombres de los batallones peninsulares 2, 5 y 9, y 26 caballos de Hernán Cortés, salió de Ventas de Casanova para Dos Ríos al amanecer del 19 de Mayo, y que al llegar al Contramaestre cayó en manos de la vanguardia un hombre sospechoso, á quien cogieron cartas de Máximo Gómez y algún dinero. Por él supieron dónde se hallaban los enemigos, y que serían unos 700 hombres á caballo, con los que estaba el propio Gómez y además José Martí.

Caminaron los nuestros una buena jornada, y á las doce detuviéronse á descansar y comer, esperando que templase un poco el sol sus rigores. Un cuarto de hora después dieron los rebeldes muestra de su presencia acometiendo á un sargento y varios soldados que habían salido á buscar agua.



D. EVEHERARDO RUIZ Y MARTI,
MÉDICO PRIMERO DE SANIDAD MILITAR,
muerto gloriosamente en la acción de Jovito (Cuba) el día 18 de Mayo último.

Iban á caballo, y cargaron con gran ímpetu, acudiendo luego en socorro de los nuestros la segunda compañía del segundo batallón peninsular, la cual les hizo volver grupas. Salieron entonces del bosque y se pusieron al frente de ellos dos hombres con apariencia de jefes. Uno mandaba con grandes voces cargar al machete, y otro animaba con la palabra y el ejemplo á los dudosos y atemorizados. Éste era José Martí y tenía en la mano un revólver; el otro, Máximo Gómez, jefe de la tropa insurrecta. Cargó, en efecto, la caballería enemiga, y á su costa aprendió que han pasado los tiempos de las cargas, sean al machete ó con cualquiera otra arma. Esperaron la carga los soldados rodilla en tierra, y dando admirable ejemplo de estar bien educados en la disciplina del fuego (con ser todos soldados nuevos, de este año), le rompieron tan nutrido contra los confiados jinetes, que los llevaron, á espaldas vueltas, hasta el bosque. Tendido en tierra, muerto de cinco balazos, quedaba José Martí, y cuando los demás lo advirtieron quisieron rescatarle, muerto ó vivo. Cargaron por tercera vez, con mayor furia que nunca y con la misma mala suerte que las dos primeras. Repitieron el ataque, y repitióse la derrota varias veces, cayendo en la última de estas acometidas el otro cabecilla, á quien con gran apresuramiento retiraron los suyos, llevándole al bosque. Con esto se dieron por vencidos y se fueron llevando los heridos, pero dejando muertos 18 hombres y 37 caballos.

El cadáver de Martí fué identificado allí mismo, habiendo entre los nuestros quien le conocía. En Remanganaguas y en Santiago de Cuba se confirmó ser él el muerto; noticia de verdadera importancia, pues había organizado la guerra y era el alma de ella.

El coronel D. José Jiménez de Sandoval, á quien debe España tan buen servicio, estudió en la Academia de la Habana, y con el seudónimo de *Kutusoff* había ganado fama de buen escritor militar. En los comienzos de la guerra anterior salió á campaña con el batallón de San Quintín, siendo alférez, y estuvo en toda ella, menos el tiempo que le fué preciso para curarse de una grave herida que recibió en la cabeza, con fractura del cráneo. En Melilla mandó el batallón del Infante. No pensaba volver á Cuba; pero buscando la ocasión de distinguirse, pasó á la isla á las órdenes del general Salcedo.

Publicamos su retrato en la pág. 391.

El médico Ruiz, cuyo retrato va en esta misma página, fué uno de los muertos en Jovito. Al caer el coronel Bosch, arrojóse sobre él para socorrerle, y allí mismo halló la muerte, cumpliendo valerosamente su deber.

D. Eveherardo Ruiz y Martí era hombre de raro mérito, y en su trabajosa vida había dado buenas pruebas de su valor.

Nació en Alcaudete (Jaén), y desde muy joven dedicóse al estudio, deseoso de ser útil á su familia y á la sociedad. Estudiaba cuarto año de Medicina en Granada cuando tuvo que tomar las armas por haberlo correspondido servir en la quinta que se llamó de Castelar. En Junio del 74 acabó la carrera, ganando por oposición una plaza de médico segundo en el Cuerpo de Sanidad Militar. Distinguióse mucho en la campaña del Norte, y en 1877 pasó á Cuba. Volvió en 1887 á la Península, pero á petición suya fué trasladado á la Isla, y al comenzar la insurrección actual pertenecía al regimiento de Simancas, de guarnición en Guantanamo. Era muy querido de todos sus compañeros por su bondadoso carácter, y estimadísimo de sus jefes.

Además de los retratos del coronel Sandoval y del médico Ruiz, publicamos en este número tres ilustraciones del teatro de la guerra.

La primera es una vista del puente de Juanota, cortado por los insurrectos. Está en la línea que sale de Santiago y cruza una región muy poblada de bosque, según se ve en el grabado de la pág. 389. El puente es de maderas del país, como casi todos los de esta parte de Cuba.

La segunda es una vista de la plaza de El Cristo, poblado distante de Santiago quince kilómetros. A pesar de la proximidad, se han atrevido á entrar en él los insurrectos, y en la última de estas entradas le saquearon y quemaron algunas casas (pág. 389).

La tercera vista muestra un depósito de maderas á orillas del Cauto. Este río es el mayor de la isla, y en gran trecho navegable. Hasta el siglo XVII lo fué mucho más; pero quedó medio obstruído en algunas partes por los troncos de árboles que arrastró una gran avenida y los barcos que ésta echó á pique. Como la región que recorre es riquísima en preciosas maderas, sírvense de su corriente para bajarlas cerca del mar, á sitio donde puedan tomarlas los barcos. Esta industria de la corta de árboles fué siempre muy importante en Bayamo y Manzanillo, sobre cuyas poblaciones atrajo la codicia de los corsarios ingleses y franceses. (Véase la pág. 396.)

°°°

D. IGNACIO BAUER,

representante de la casa Rothschild en España.

Aunque la enfermedad que desde hace algún tiempo padecía el Sr. Bauer hacía presagiar un funesto desenlace, no se creía éste tan próximo. Su muerte ha sido en extremo sentida, porque las bellas prendas de su carácter le habían granjeado las simpatías de cuantos en su larga existencia le trataron.

Había nacido en Hungría el año 1827, y casi desde la niñez dió claras muestras de haber nacido para los negocios, mereciendo por esta circunstancia, por su honradez y por el don de gentes que poseía, la confianza de los Rothschild, quienes en 1846 le mandaron á Madrid, asociándole á D. Daniel Weisweiller, persona también queridísima en esta corte. Los dos asociados representaron desde entonces á aquellos poderosísimos banqueros con la razón social Weisweiller y Bauer. Los negocios de los Rothschild en España eran muchos y muy vastos, siendo el principal de todos la construcción y explotación de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y á Alicante, á los que desde su fundación consagró Bauer el más asiduo trabajo, contribuyendo poderosamente al desarrollo de la vasta red de la Compañía. De ésta era administrador delegado hace más de treinta años. (Véase su retrato en la pág. 396.)

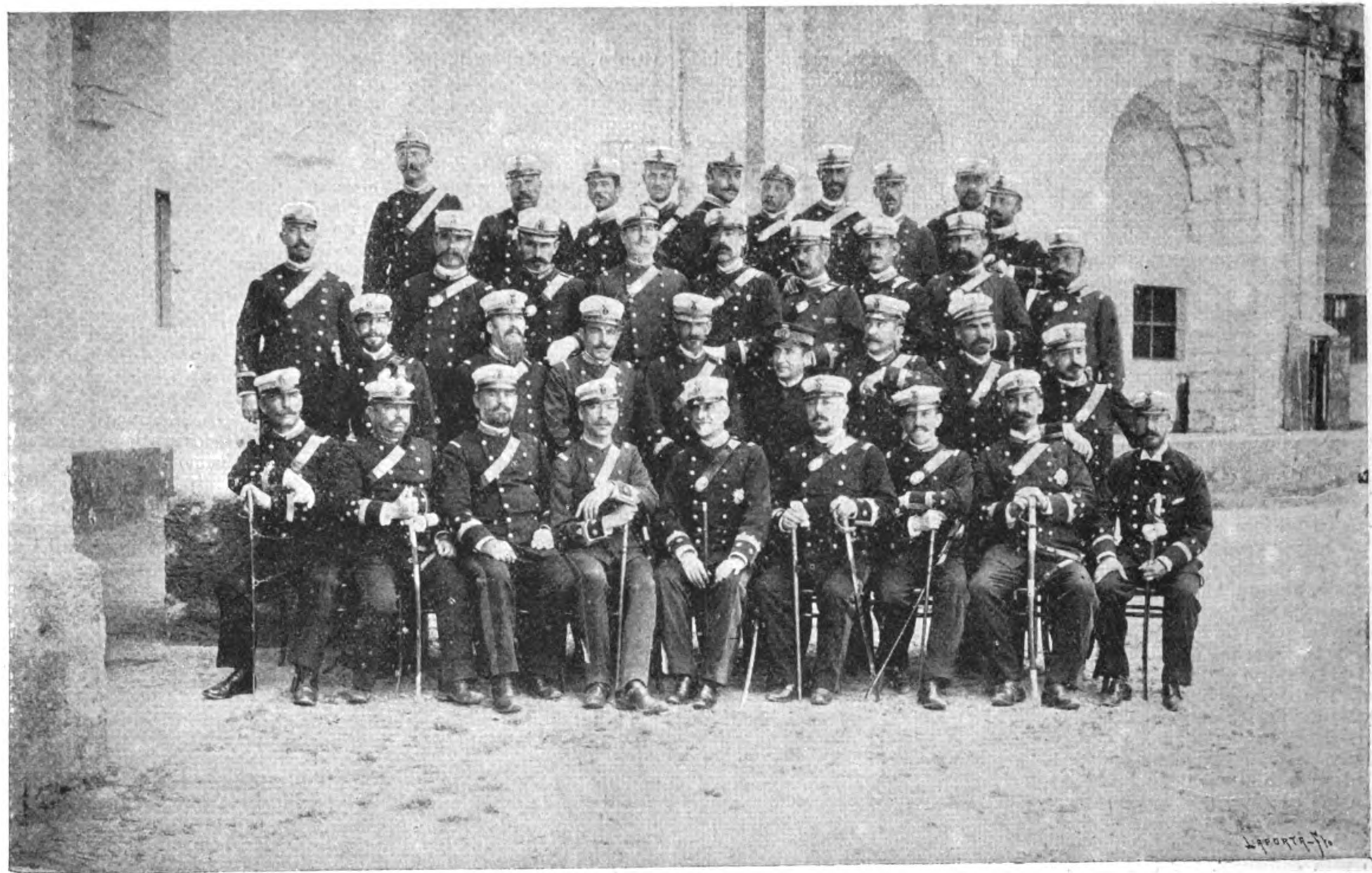
De su actividad dará idea la muchedumbre y magnitud de las empresas que dirigió desde su llegada á España hasta su muerte, pues además de los quehaceres de su casa de Banca, que no eran pocos, y de la administración de la red antedicha, tenía la de las minas de Almadén y la gestión de todos los negocios de Rothschild en España. Removiendo tantos capitales y promoviendo grandes trabajos, hizo el Sr. Bauer mucho bien á España. Ayudó á casi todos los Gobiernos en sus apuros, prestándoles verdaderos servicios y no mostrando preferencia por ningún partido. En el difícil arte de vivir bien con todos sin declararse por ninguno, mostróse gran maestro. En sus actos sólo se veía el firme propósito de ser útil á su querida España, su patria adoptiva.

La afabilidad y llaneza de su trato le ganó amistades que duraron lo que su vida. En su casa de la calle de San Bernardo daba suntuosas fiestas, magníficas comidas, que nunca olvidará la buena sociedad madrileña. Y no menos que sus amigos le querían sus subordinados, pues jamás pecó de soberbio con los que de él dependían, antes al contrario.

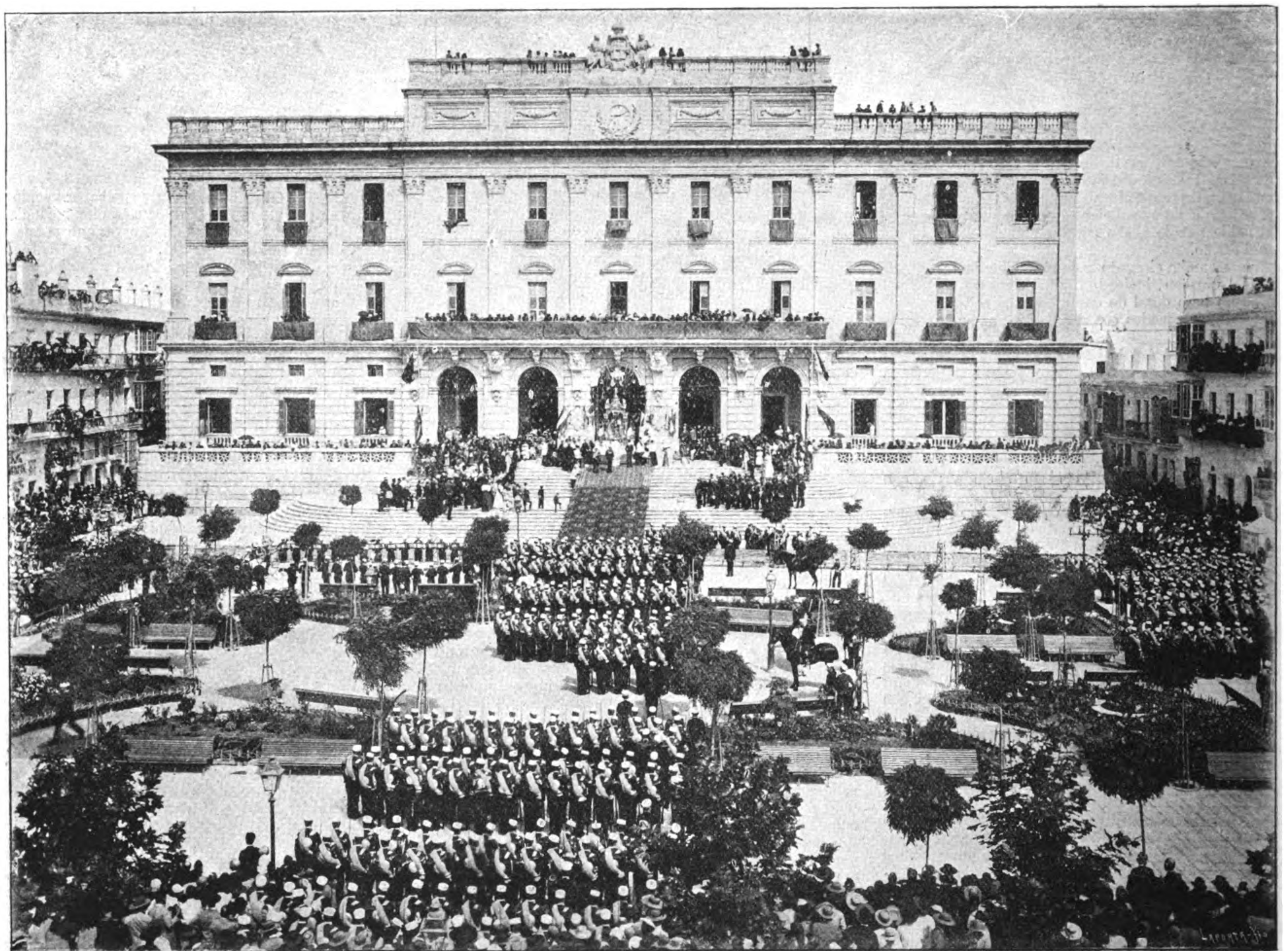
Murió el 30 de Mayo último, á las seis de la mañana. Deja cuatro hijos: D. Gustavo, asociado hace tiempo á los negocios, y en quien se encuentran reunidas sus mismas prendas; la Marquesa de Villamanrique, que casó con el primogénito del Duque de Baena; y D. Manuel y D. Fernando, que, lo mismo que su hermano mayor, han obtenido en España el título de abogado y entrado en quintas á la edad correspondiente.

A la conducción del cadáver, del palacio de la calle de San Bernardo á la estación del Norte, acudió gran muchedumbre, manifestación de duelo que bien alto proclamaba las virtudes del finado, á quien tantos amigos despedían.

°°°

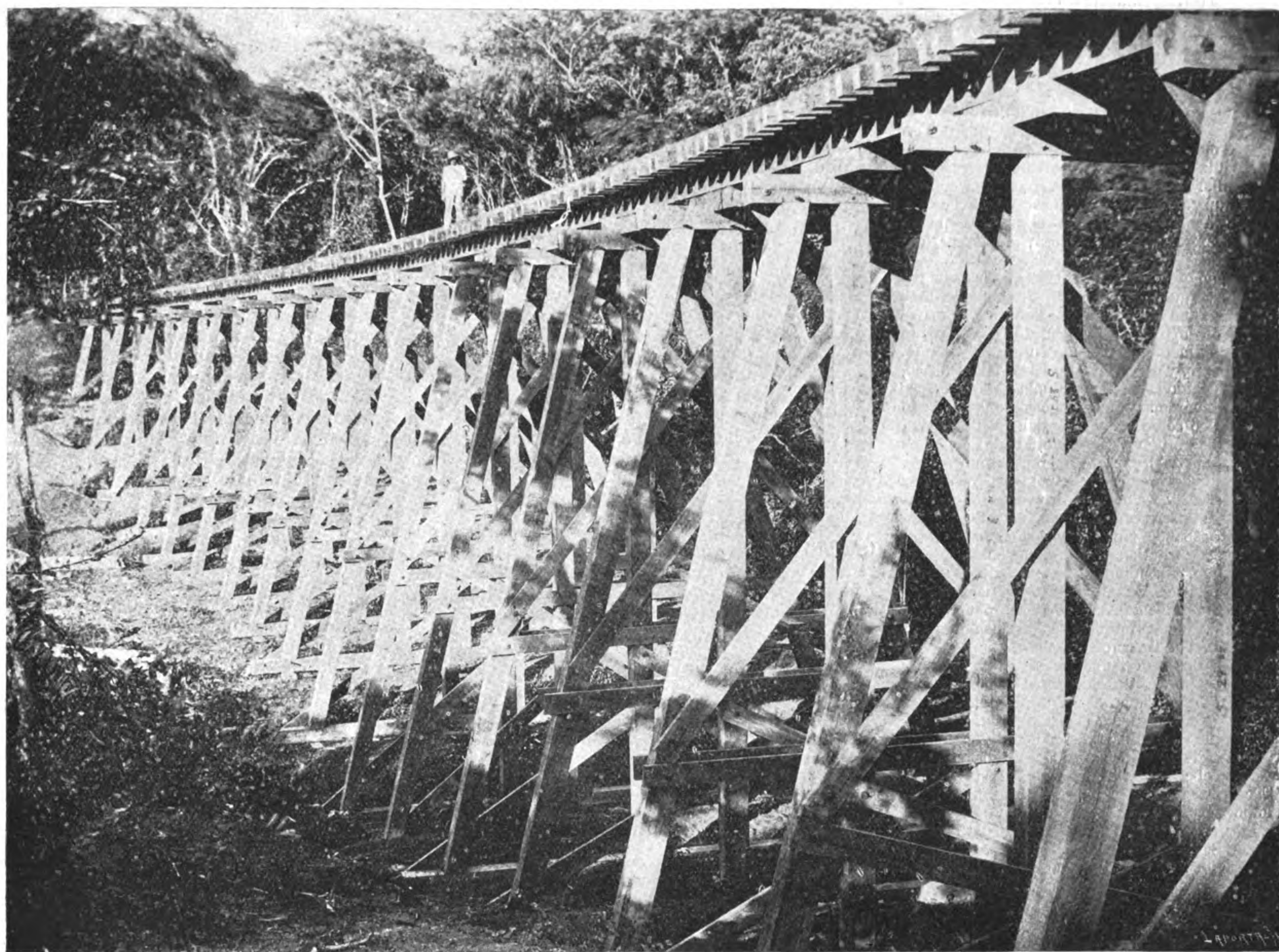


SAN FERNANDO (CÁDIZ).—JEFES Y OFICIALES DEL 2.º BATALLÓN DEL PRIMER REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE MARINA DESTINADO Á CUBA, Y EMBARCADO EL 10 DEL CORRIENTE EN CÁDIZ EN EL VAPOR «CATALUÑA».

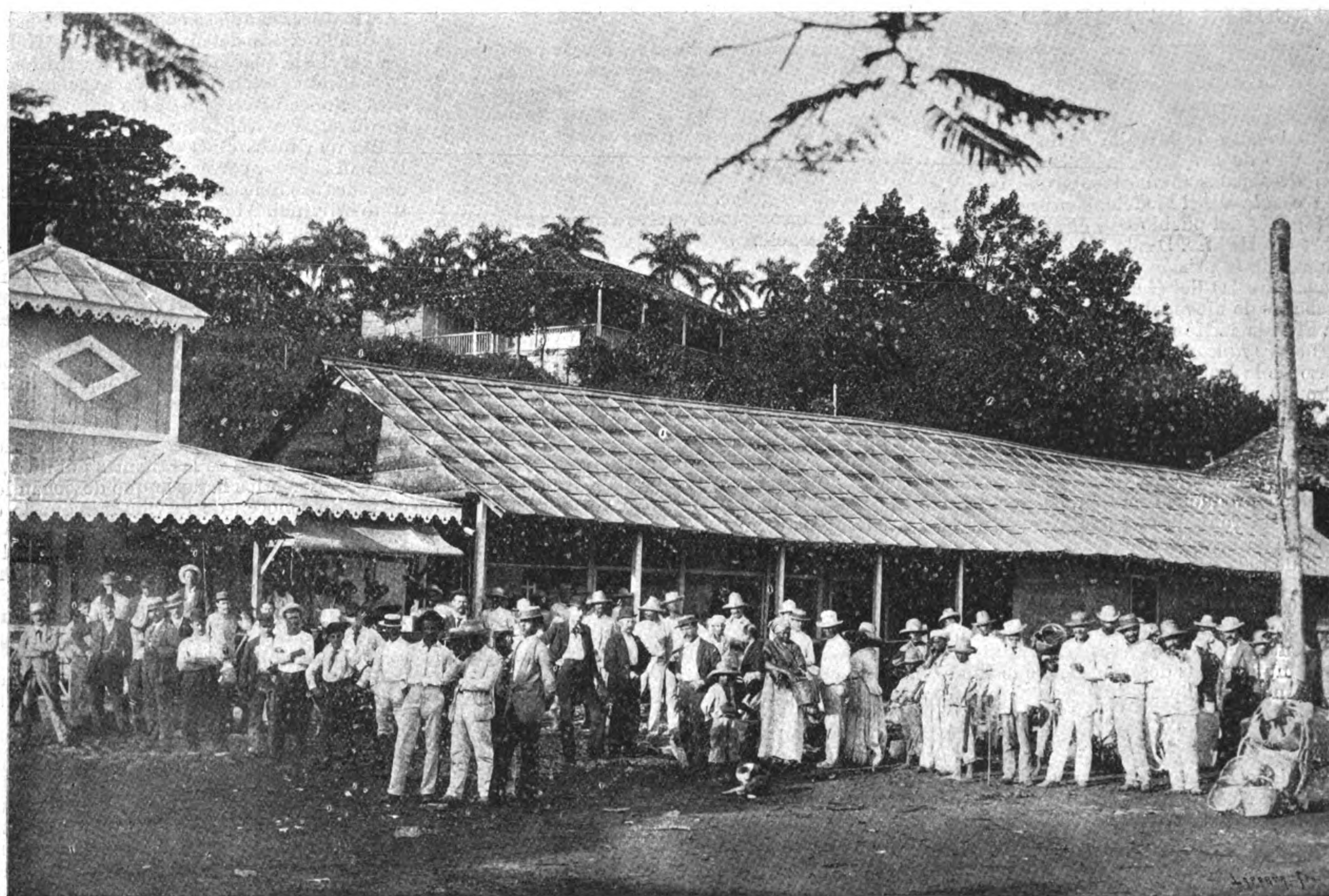


SAN FERNANDO (CÁDIZ).—MISA DE CAMPAÑA CELEBRADA EN EL ATRIO DE LAS CASAS CONSISTORIALES, EL DÍA 9 DEL CORRIENTE, CON MOTIVO DE LA MARCHA Á CUBA DEL 2.º BATALLÓN DEL PRIMER REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE MARINA.

(De fotografías de D. Arturo Obanos.



SANTIAGO DE CUBA.—EL PUENTE JUANOTA, EN LA LÍNEA FÉRREA DE SABANILLA Y MAROTO, DESTRUÍDO POR LOS INSURRECTOS EN LA NOCHE DEL 6 DE MAYO ÚLTIMO.



SANTIAGO DE CUBA.—PLAZA MERCADO DE EL CRISTO.—POBLADO ASALTADO POR LOS INSURRECTOS EN LA NOCHE DEL 6 DE MAYO ÚLTIMO.

(De fotografías de Pérez Argemí.)

FLORENCIA: MONUMENTO DE MAQUIAVELO EN SANTA CRUZ. —(Véase el artículo correspondiente del Sr. Serrano Fatigati en la pág. 395).

BURGOS.

Fallecimiento y entierro de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Cuando la enfermedad que hacía largo tiempo venía padeciendo el Sr. Ruiz Zorrilla se mostró con tal fuerza que fué imposible ocultarla más tiempo, estaba tan al cabo el enfermo, que se juzgó gran temeridad sacarle de París y traerle á España. Ya vimos cómo lo hizo el doctor Esquerdo y cómo quedó el enfermo en Villajoyosa, al parecer más aliviado.

Al entrar el verano quiso el Sr. Ruiz Zorrilla ir á sus posesiones de Tablada, que desde largos años no veía. Este nuevo viaje le fué funesto. Luego que llegó á Burgos se encontró peor, y en la noche del 12 al 13 se agravó de modo que todos convinieron ser llegado su último instante. Perdió el conocimiento, y á las siete de la mañana falleció, después de haber recibido la Extremaunción.

Al día siguiente fué embalsamado el cadáver y colocado en un féretro metálico sobre cama imperial. La habitación estaba tapizada de negro, y el féretro cubierto de flores. Las coronas que colgaban de las paredes eran innumerables. Como ante la muerte hasta las pasiones políticas (con tener tanta vida) desfallecen y sucumben, al saberse el desgraciado desenlace de la enfermedad del que fué jefe del partido revolucionario español, sintiéronlo todos, así amigos como enemigos. En poco tiempo llegaron centenares de telegramas de pésame, y acudieron de todas partes los afligidos correligionarios á manifestar su duelo asistiendo al entierro. El número de representantes de comités republicano-progresistas que acudió á Burgos fué grandísimo, y no menor en proporción el de las coronas.

La iglesia de San Lorenzo, donde se celebraron las exequias, llenóse completamente. Presidieron el duelo el doctor Esquerdo, el canónigo Sr. Illana, el Sr. Cecilia, los señores Muro, Barbadillo y otros individuos de la familia.

Todo el camino que recorrió la fúnebre comitiva desde la plaza Mayor, en una de cuyas casas se hospedaba el señor Ruiz Zorrilla, hasta el cementerio, el número de curiosos era grandísimo. El cadáver fué conducido en un magnífico coche fúnebre tirado por seis caballos y todo cubierto de coronas. Tras él seguían los asilados del Hospital provincial y de la casa de refugio de San Juan, el clero con cruces alzadas, el Claustro universitario, muchos coches con coronas y multitud de personas de todas las clases sociales. (Véase nuestro grabado de la pág. 397.)

Al llegar al cementerio bajaron del coche el ataúd personas allegadas al finado, y después de un responso diósele sepultura en el tercer piso del lado de la Epístola rezándole, muy conmovido, otro responso el canónigo Sr. Illana.

G. REPARAZ.

RINCONES DE MADRID.

LA CÁRCEL MODELO.

En lo alto de la calle de la Princesa, uno de los sitios más alegres y más despejados de horizonte de Madrid, está la cárcel Modelo, bautizada por la gente del pueblo con el gráfico nombre de *Abanico*. Desde las estrechas ventanas de la prisión alcánzanse á ver las azuladas crestas del Guadarrama, á trechos manchadas de nieve, el Pardo, las Alamedas de la Florida, la Moncloa, el Manzanares, *que se adormece entre juncos* y *débiles cañerlas*, y un largo pedazo de la línea férrea que va á perderse entre las frondosidades de la Casa de Campo.

No creo yo que en el emplazamiento de la cárcel haya entrado para nada instinto alguno de crueldad; mas es lo cierto que, para el preso, las perspectivas de que puede *disfrutar* desde la reja de su celda deben producirle tormento parecido al del Príncipe calderoniano al verse privado de la libertad de que gozan ríos, aves, brutos y peces.

En medio de toda aquella alegría, álzase la rojiza masa de la cárcel, rodeada de alto muro, detrás del cual vigilan los centinelas con el fusil cargado. En derredor del edificio abundan las zanjas y desmontes, entre cuyos agujeros y hendiduras suelen verse mujerzuelas desarrapadas, que van á consolar á su modo á los presos.....

***

Limita el plano de la prisión un cuadrilátero regular en los tres lados que corresponden al Norte, Poniente y Mediodía. El lado del naciente, ó sea el de la fachada principal, rompe la regularidad del rectángulo, apartándose del centro en su parte media, en donde está el vestíbulo, custodiado siempre por un centinela. A uno y otro lado del pabellón de entrada hay dos jardines, separados de la calle por sendas verjas de hierro. Visto desde fuera el edificio, todo de ladrillo, acribillado de ventanas y con techumbres cubiertas de cristal, más parece una fábrica que una cárcel.

Salvada la puerta, se cruza un patio claustral plantado de arbustos, se pasa la cancela que da acceso á la ronda (faja comprendida entre los muros interior y exterior de la cárcel), y se atraviesa el primer rastrillo, al que sigue un corredor en cuyo fondo está la puerta única de la prisión. No se lee sobre la pavorosa entrada, aunque vendría allí de molde, la inscripción que encontró el poeta florentino al penetrar en la ciudad doliente: la lápida de mármol blanco que parece sobre la puerta, se limita á consignar la fecha en que se inauguró el edificio, y contiene además el nombre y apellidos del Sr. Romero Robledo, ministro entonces de la Gobernación, y los del director de Penales, Sr. Fernández Cadórniga.

Abre la puerta un empleado, y nos encontramos en el centro de vigilancia, recinto de forma pentagonal, cerrado por cinco grandes vidrieras, correspondientes á las cinco galerías de la prisión: aquellas cinco crujías, que coinciden todas en un mismo punto, han valido á la cárcel el susodicho nombre de *Abanico*.

***

La primera impresión que se experimenta al entrar allí no tiene nada de terrible: recuerda aquel recinto algo así como una biblioteca, sólo que en las *estanterías* hay hombres en vez de libros. A poco de estar en él, siéntese una angustia que va aumentando de minuto en minuto. Aquellas crujías amarillentas, aquellas puertas aseguradas con negros cerrojos, la triste luz que penetra por las ventanas, el ambiente de miseria moral que flota bajo aquellas naves, que tienen la forma de enormes ataúdes, pesan sobre el espíritu como losa de plomo.

Aun acongoja más el ánimo de quien penetra en aquel lugar de dolores el silencio de muerte que reina en él: no se oye ni un sollozo, ni un grito. Y, sin embargo, hay allí más de un millar de hombres desesperados y coléricos. Mirando aquellas puertas, más fúnebres que las losas de un cementerio, pues guardan sepulturas de *vivos cadáveres*, imagínanse miradas ardientes, puños crispados, lágrimas rabiosas, rugidos de fiera enjaulada, amenazas de muerte, blasfemias monstruosas..... pero ni blasfemias, ni rugidos, ni sollozos logran abrirse paso al través de las ferradas puertas de las celdas. El oído del visitante no oye otros ruidos que las pisadas de los empleados ó el gorjear de los pájaros que revolotean gozosos entre el amarillento envigado de aquellas galerías solitarias.

De cuando en cuando se ve cruzar por delante del centro de vigilancia una máscara silenciosa, cubierta la cabeza con un capuchón de jerga, en el que hay escrito un número: es un penado que vuelve de la sala de declaraciones. El fatídico enmascarado encamínase á *su* galería, llega á su celda, entreabre la puerta y desaparece tras ella, cerrándola de golpe. Las cinco crujías repiten el eco del portazo, y todo vuelve á quedar sumido en lúgubre silencio.

***

—¿Quiere usted ver al *Camarasa?*—me preguntó el vigilante que me servía de *cicerone*.

—¡El *Camarasa!*

—Sí; habrá usted leído su nombre en los periódicos: es uno de los autores del crimen de la Guindalera. Dentro de unos días *estrenarán* él y otros dos la plaza de Justicia.

—Veámosle—respondí al empleado.

Abrió mi acompañante la puerta de una celda, y entramos en una habitación de tres metros de larga por dos y medio de ancha. Todo el mobiliario se reducía á una cama de hierro fuertemente sujeta á la pared y cubierta de una manta de color pardo, una banqueta y una mesa empotrada en el suelo.

En medio de la celda estaba un mocetón de unos treinta años, fornido como un toro, y de semblante á decir verdad nada repulsivo.

—Cuéntale á este señor *lo tuyo*—le dijo el vigilante.

—Vea usted—empezó el preso, encarándose conmigo—lo que le pasa á un hombre por hacer un favor *(textual)*..... El Cantalejo, ¡cobarde.....! no se atrevía: me buscó á mí, y me dijo: «Te doy cuatro pesetas si matas á Fulano.» Vengan, le contesté yo; y fuí y le di una puñalada..... y nada más.

—¡Si le hubiera usted visto el día que le trajeron aquí!—añadió el empleado.—Parecía una fiera. ¿Te acuerdas, *Camarasa?*

—Me cogieron en la taberna. Mire usted—siguió diciendo el preso con una expresión de ferocidad que metía miedo:—conforme me tenían sujeto, todavía pude desenredarme un poco, saqué la faca, y se la tiré á un guardia..... ¡Si no se baja!..... En fin, si iría con fuerza la herramienta, que la hoja se clavó en el mostrador.....; lo menos entró cuatro dedos.....

Como me había anunciado el vigilante, ocho ó diez días después, en las primeras horas de una mañana de Abril el *Camarasa estrenó* la plaza de Justicia.

***

Espanta pensar en las tristezas de que á diario son testigos las blanqueadas paredes de aquellas celdas. Allí, noches de insomnio, viendo tal vez ensangrentados espectros, lamentos que nadie escucha, lágrimas que no enjuga ninguna mano amiga, congojas que ninguna voz cariñosa consuela, absurdos delirantes á que se agarran como á clavo ardiendo todas las desesperaciones que fermentan entre aquellas cuatro paredes.

Acontece alguna vez que el vigilante encuentra al preso ahorcado de la cadena de la ventana. Es el único modo de huir.

¡La ventana de la prisión! Aunque está á más de dos y medio metros de altura, y la repisa tiene forma de plano inclinado, no hay recluso que no logre encaramarse hasta ella. Es el estrecho boquete, defendido por gruesos barrotes, la unica comunicación que tiene el preso con el mundo exterior. Desde allí contempla con ojos hidrópicos el paisaje de que he hablado más arriba. Todo aquello es la libertad, el recuerdo de horas venturosas, la esperanza de días felices. ¿Qué mucho que el prisionero, por gozar de unos cuantos minutos de extática contemplación, arrostre severos castigos y hasta el riesgo de servir de blanco á los fusiles de los centinelas.....?

No hay mayor castigo que aquel aislamiento terrible, aquel silencio forzoso, aquella condena á pensamiento solitario.

En los días festivos se permite á los reclusos que hablen por el locutorio con las personas que van á visitarlos. Hijos, hermanos, amantes, acuden allí á ver á sus presos. Los que no han perdido á su madre están mejor: esas nunca faltan.

***

Más dolorosa que la vista de las celdas, más deprimente que el espectáculo que ofrecen los dormitorios de *aglomeración* ó las cuadras en donde se amontonan los *transeuntes*, es el que se presenta ante los ojos cuando se penetra en el departamento destinado á los detenidos jóvenes. Había unos treinta el día que yo visité la cárcel. El semblante de todos ellos estaba teñido de esa sucia palidez que es el color característico de los presos. Al través de sus harapos se veían sus carnes desmedradas. El delito que todos ellos purgaban era el de hurto. Habían robado, por hambre unos, por instigación de padres codiciosos otros, algunos por precoz instinto criminal. Al contrario de *los grandes*, hacen alarde de su delito.

—¿Por qué estás tú aquí?—le pregunté á uno.

—Por haber *regalado* veinte reales—me contestó cínicamente.

Muchos no tienen padres; son hijos del acaso; duermen, cuando no están presos, en las cuevas de la Montaña del Príncipe Pío, y en las noches de invierno junto á la llamada tapia caliente, ó al abrigo de los caloríferos del teatro Real. Comen, como los perros vagabundos, los despojos que encuentran en el suelo fangoso de los mercados, beben en los pilones de las fuentes públicas, cubren sus carnes con los harapos que desechan los mendigos. No conocen de la vida más que lo que humilla y deshonra, lo que mortifica y duele. Golpes brutales en vez de consuelos, burlas en lugar de caricias, los extravíos de la más baja corrupción por todo ejemplo. La ley, que ni los ampara ni protege, los condena á la celda de la prisión. Es un horror para la sociedad que tales monstruosidades se cometan en nombre de la justicia.

A uno de estos pobres seres que, según mi acompañante, había aprendido mucho en la escuela del establecimiento, le pregunté:

—¿Cuál es la capital de España?

—La cárcel—me contestó con un convencimiento que hacía daño.

Para el pobre pequeñuelo, que llevaba cinco meses encerrado, el universo estaba limitado por aquellas tristes paredes, la sociedad representada por los presidiarios, el orden y la ley por las varas de los cabos, y la misericordia y el amor por el Dios crucificado y muerto que abre los brazos impotentes en lo alto de la capilla de la cárcel.

***

En una de las celdas destinadas á estos criminales en embrión habían encerrado á un delincuente de doce ó trece años, á quien sus compañeros y guardianes daban el nombre de *el Viejo*. La expresión pensativa de la cara del muchacho y las huellas de sufrimiento que en ella se advertían justificaban el apodo. Era, en efecto, un *viejo de cabeza negra*.

Se le había castigado por no sé qué trastada á no salir en unos cuantos días de su celda. En la cárcel llevaba seis meses.

—¿Por qué estás aquí?—le dije.

—Por robar—me respondió con la mayor frescura.

—¿Y qué has robado?

—Vaya usted á saber..... Lo que he podido..... Pañuelos, bolsillos, relojes.....

—¿Tienes padres?

—No.

—¿Y no te has puesto nunca á oficio?

—Fuí aprendiz de zapatero, y me daban un real diario. En la *casa de huéspedes* me llevaban dos..... Conque ya ve usted..... ¿qué va hacer uno?

El argumento no carecía de lógica.

—Y aquí ¿qué tal te va?

El chiquillo exclamó con rabia contenida:

—Considere usted lo que es una triste cárcel. ¡Algunas veces.....!

No acabó la frase, y levantó los ojos para impedir que las lágrimas que de ellos brotaban rodasen por las mejillas.

—¿No viene nadie á verte?

—Algunas veces vienen mis amigos. Y usted—me dijo de repente—¿por qué me hace esas preguntas?

—Nada temas; ningún mal te ha de resultar por causa mía.

—A veces hay *fuscas*.....

—¿Y qué son *fuscas*?

—Pues son los que sonsacan á los presos para que *canten*.

∴

Cuando salí de la cárcel respiré con deleite como si acabase de dejar una mina tenebrosa llena de ambiente asfixiante. Al mismo tiempo que yo salvaba el dintel de la prisión, salía de ella un penado, que iba conducido á no sé qué presidio. En cuanto puso el pie en la calle, acercósele una mujer, un viejo y dos chiquillos. No hubo besos ni abrazos, ni casi palabras: el hombre, que era recio y de mirada dura, se llevaba alguna vez las manos á los ojos; la mujer y el viejo lloraban, y los chiquillos se cogían á la blusa del presidiario. Los dos guardias civiles que le custodiaban se apartaron un poco: el dolor tiene siempre algo de sagrado.

El grupo se alejó hacia la estación del Norte, pasando por entre los grupos que volvían de *Fiesta Alegre*, indiferentes por completo ante aquel drama doloroso....., tan indiferentes como el sol que en aquel momento se ponía bañando con torrentes de luz los nevados picos del Guadarrama.

ZEDA.

UN GEÓMETRA ESPAÑOL DEL SIGLO VII.

Fué la décimoséptima centuria período brillantísimo para las Ciencias exactas, cuyos fastos ilustraron inteligencias tan poderosas como las de Barow, los Bernouilli, Broucker, Descartes, Fermat, Gregorio de San Vicente, Harriot, Huygens, Pascal, Vietta, de Wallis, y genios tan peregrinos como los de Leibnitz y Newton, orlando con los esplendores más sublimes de la cultura y del progreso los nombres de naciones como Alemania, Francia, Italia, Inglaterra, Flandes, Bélgica y Holanda, que, celosas de sus prestigios, hicieron desde muy antiguo un culto de la memoria de sus sabios.

Cuando, extasiados con el grandioso espectáculo que ofrecen en este período los adelantos de las Matemáticas, buscamos en esos catálogos de naciones y de sabios, que nos ofrece la Historia de las Ciencias, el nombre de España ó de alguno de sus hijos, para satisfacer los anhelos del amor propio nacional, apartamos de ellos la vista con dolor y con enojo, y nos preguntamos abatidos: ¿Es que en el siglo XVII no se cultivaban en nuestra patria las ciencias del tiempo y del espacio? ¿No se conocía entonces entre nosotros el movimiento científico del exterior? ¿Eran acaso los españoles de aquellos días incapaces para semejantes estudios?

Nada menos cierto: ahí están para probarlo nombres como el del insigne geómetra cuya memoria intentamos reverdecer; los de D. José Bonet y Campodarve y D. Miguel Jerónimo Hernando, sus colaboradores ó discípulos; el del portentoso obispo Caramuel; los de los PP. Jesuítas Cañas, Zaragoza, Powel y Kresa; los de fray Juan Aparicio y fray José Domingo Ponti; los de Juan Bautista Corachán, el P. Tosca, y tantos otros, para quienes, dedicados al cultivo de las Matemáticas, no eran un misterio los trabajos y progresos realizados en el extranjero, como puede demostrarse siempre con textos sacados de las obras que nos legaron. Cierto que no podemos presentar nombres equiparables á los de Newton y Leibnitz; pero, aparte de que nombres como éstos son patrimonio de la humanidad toda, puesto que vienen á ser, si sufre decirse, como la cristalización de los esfuerzos de aquélla durante muchos siglos, cuando entre nuestros grandes teólogos y entre nuestros místicos se manifestaron inteligencias tan elevadas que en algunos de sus libros puede encontrarse «toda la teoría de los infinitos de diversos órdenes, expuesta con precisión y claridad admirables, acudiendo, para dar forma y relieve, por decirlo así, á tales pensamientos, unas veces á la ciencia de los números, otras á comparaciones y símiles geométricos, y aun á la gradación de magnitudes del mundo material», como afirmó en solemne ocasión un sabio individuo de la Real Academia de Ciencias Exactas (1), no puede caber duda que no hubiera faltado tampoco quien creara el cálculo diferencial é integral, si las inteligencias de nuestra tierra no hubieran llevado distintos derroteros.

EL CORONEL D. JOSÉ JIMÉNEZ DE SANDOVAL,

JEFE DE LA COLUMNA QUE BATIÓ Á LOS INSURRECTOS ENTRE BIJAS Y DOS RÍOS (SANTIAGO DE CUBA), Y DIÓ MUERTE AL TITULADO PRESIDENTE D. JOSÉ MARTÍ.

Si, pues, el nombre de nuestra España aparece olvidado con frecuente é intencionada injusticia en la Historia de las Ciencias, cúlpese á lo mucho que había pesado anteriormente y en todos sentidos en los destinos de Europa, en gran parte á nuestra proverbial indiferencia para la gloria, por lo mismo que tanto se ha prodigado entre nosotros, y, en la época memorada, á estas mismas razones, agravadas con los trastornos que las postrimerías del siglo XVII y principios del XVIII acumularon sobre nuestro desdichado país, extendiendo el manto del olvido y borrando las huellas de sabios como D. ANTONIO HUGO DE OMERIQUE y sus obras, no obstante haber merecido los elogios del gran Newton y de haber tratado de difundir su fama por España, primero el P. Kresa (2), y después el P. Tosca (3); y por Europa el docto Camerer (4), y últimamente el apasionado Montucla (5), tan displicente siempre con los españoles.

Á vindicar tamaña injusticia y á vulgarizar el nombre de tan eximio matemático, apenas conocido por alguno de los escasos cultivadores con que cuentan entre nosotros las Ciencias exactas, van encaminadas estas líneas, con las cuales se ha procurado reunir las escasísimas noticias que nos restan de su vida y escritos.

(1) El arquitecto é ingeniero D. LUCIO DEL VALLE, en el discurso con que contestó á D. José Echegaray, en el acto solomne de tomar posesión, este último señor, de un sillón académico en 1866.

(2) En sus *Elementos de Euclides*.—Bruselas, por Francisco Frappeus, año 1689, págs. 250 y 264

(3) *Compendio matematico*.—Valencia, 1709, tomo II, pág. 313.

(4) J. G. CAMERER: *Apollini Pergaei, de tactionibus*, etc.—Gothe, 1795.

(5) *Histoire des Matematiques*.—2.ª edición, tomo II, pág. 107.

°°°

De la primera se sabe tan sólo que nuestro personaje nació en Sanlúcar de Barrameda, el día 6 de Enero de 1634, y que fueron sus padres Hugo Antonio y María David, acaso comerciantes, como hasta cierto punto lo hace sospechar la circunstancia de haberle tenido en la pila un mercader flamenco, llamado Antonio Vicente, que fué su padrino.

No quedan memorias del lugar donde hizo sus primeros estudios: sólo sí, por referencias de los PP. Jesuítas, que le estimaron mucho y protegieron, que estuvo avecindado en Cádiz, donde antes del año 1689 ya había dado á conocer sus profundos conocimientos matemáticos, ilustrando las proposiciones XVII y XXII del libro VI de los *Elementos de Euclides*, publicados por el P. Jacobo Kresa en el referido año, con dos problemas inventados y resueltos por el mismo Omerique, los cuales hacen decir al sabio jesuíta: «Que en aquel siglo de cultísimos ingenios esperaba de él (de Omerique) la Geometría su mayor pulimento, con el cual tenía resueltos los más difíciles problemas que habían ejercitado los ingenios de los pasados geómetras, y que sus trabajos verían muy pronto la luz.»

Sábese también, aun cuando se ignora la época, que estuvo en Madrid, donde trató al príncipe Rogerio Ventimiglia, muy versado en las Ciencias exactas, quien le comunicó algunos problemas utilizados después por el sabio sanlucarense en la obra de que hablaremos luego.

Á tan escasos pormenores está reducido lo que hasta hoy ha podido rastrearse de la vida de este hombre singular, pues hasta el presente se ignoran la fecha y el lugar de su fallecimiento.

°°°

Sus escritos no han tenido mayor fortuna; á pesar de saberse por propias referencias que tenía compuestos un *Tratado de Aritmética* (1) y *las dos Trigonometrías* (2), no existe rastro de su paradero, ni señal de que fueran impresas, no habiendo llegado hasta nosotros sino la *primera parte* del libro que le hace acreedor al respeto y admiración de la posteridad, cuyo título es: *Analysis geometrica*, impreso en Cádiz en 1698, muy raro actualmente, y las *Tablas artificiales* (de logaritmos) estampadas también en Cádiz, en la imprenta del Colegio de la Compañía de Jesús, en 1691.

Intentaremos dar á conocer el *Analysis geometrica*.

Apareció la primera parte, única dada al público, nueve años después de anunciada por el P. Kresa, como se ve por la fecha de su impresión, formando un volumen en 4.º, de 440 páginas, descontadas dedicatoria y aprobaciones, impreso con esmero y con figuras intercaladas en el texto. Hállase éste dividido en cuatro libros y un apéndice: en los tres primeros trátase de la resolución por la comparación de los planos, y en el cuarto de las condiciones de los problemas. En todos ellos abundan consideraciones generales, á la manera de las que enriquecen la *Aritmética Universal* de Newton, publicada con posterioridad, fecundísimas en resultados trascendentales, como, entre otras, las que hace al principio del libro II, respecto á las facilidades que proporciona la semejanza de las figuras para la resolución de problemas. Con la teoría de las cantidades líneo-angulares, desarrollada en el libro I, resuelve con novedad sorprendente y facilidad suma cuestiones que embarazaron á Pappo Alejandrino, á Descartes y á Schooten; y en el libro III halla un método directo y elegante para construir el triángulo, dadas su base, su altura y la suma ó diferencia de los lados, que el sagaz Gregorio de San Vicente no pudo resolver sin recurrir á las secciones cónicas, ni Vietta, con la regla y el compás, sin apelar á un método indirecto; haciendo seguir á esta proposición una serie de elegantes corolarios, que si hoy se deducen con facilidad de la relación entre los lados y el área del triángulo, en aquella época revestían suma importancia, pues aun cuando se conocía esta última relación, no se la había aplicado lo bastante para conocer las ventajas que podía reportar.

Mas para que pueda formarse idea del mérito y alcance de nuestro matemático, nada mejor que oir la autorizada palabra del sabio académico D. Lucio del Valle (3), quien, analizando la obra de Omerique, decía en la solemne ocasión á que nos referimos al principio:

«En la gran obra de Montucla, titulada *Historia de las Matemáticas*, se halla un párrafo que yo he leído siempre con patriótico orgullo, y que hoy recordaré aquí con profunda satisfacción:

«España—dice Montucla—ha tenido hacia fines de este »siglo (el XVII) un analista geómetra que mereció conside»ración y alabanzas de Newton, á saber, el geómetra Hugo »Omerique. Su objeto era, en la obra que á este fin publicó, »unir el análisis algebraico moderno con el de los antiguos, »y de este modo deduce, en efecto, soluciones elegantes y »sencillas para gran número de problemas. Prometió una »segunda parte, en la que se proponía tratar cuestiones de

(1) *Analysis*. Primera parte, pág. 434.

(2) Idem, ibidem, págs. 435 y siguientes.

(3) Discurso citado, págs. 44 y 45.



LA SIEGA.

CUADRO DE H. DAHL.

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES, DE 1895.



¡A LA GUERRA!

CUADRO DE D. ALBERTO PLA RUBIO (NÚM. 917 DEL «CATÁLOGO»).

PREMIADO CON PRIMERA MEDALLA.

»un orden más elevado; pero esta segunda parte no llegó á »publicarse.»

»La obra á que Montucla se refiere, tiene por título: *Analysis geometrica, sive nova et vera methodus resolvendi tam problemata geometrica quam arithmeticas quæstiones.— Pars I, De planis.*

»Se publicó en Cádiz en el año 1698, y nuestra Biblioteca Nacional posee un ejemplar de este curioso libro.

»El método empleado por Omerique es el analítico, aplicado ya por los griegos y los árabes: suponer el problema resuelto, establecer relaciones entre los datos y las incógnitas, y deducir de dichas relaciones el valor de las cantidades ó magnitudes desconocidas, es la verdadera esencia de dicho método; pero hay dos circunstancias que dan valor á la obra del geómetra sanlucarense.

»Es la primera *la unidad*, la completa y admirable unidad que á toda ella preside: no es una serie de problemas geométricos resueltos por artificios más ó menos ingeniosos; es *un método general*, cuya potencia, por decirlo así, se pone á prueba por una serie de ejemplos ó casos particulares.

»A más de esta primera circunstancia, hay otra digna de tenerse en cuenta al apreciar la importancia científica de este notable libro. El método empleado por Omerique es una combinación del análisis algebraico y geométrico, lo cual constituye algo grandemente parecido á lo que en la ciencia moderna se llama *aplicación* del Álgebra á la Geometría. ¿Quién sabe si en otro siglo y con otros estímulos hubiera sido Omerique el Descartes de nuestra España?

»Las relaciones algebraicas que emplea son casi siempre proporciones que compone y transforma con gran sagacidad é ingenio, hasta llegar á una en la que no entre más que un término desconocido.

»Quizá hoy parezcan sobradamente sencillos los problemas que Omerique resuelve; pero téngase presente el estado de la ciencia en aquel siglo, los adelantos que de entonces acá ha hecho el Álgebra, la potencia de los nuevos métodos, y se comprenderá el mérito de la idea que el geómetra español desarrolla.

»Nótese, además, que el libro de Omerique es la primera parte de una obra cuya continuación, según el autor, hubiera comprendido cuestiones de un orden más elevado, y que aun en las publicadas se nota una gran facultad de abstracción y generalización, una gran tendencia á enlazar la aritmética, el álgebra y la geometría, ya sirviéndose del análisis para resolver cuestiones geométricas, ya dando á problemas aritméticos representación gráfica, propia y adecuada casi siempre.

»Obsérvese, por último, que cuando el inmortal geómetra inglés, el creador del cálculo, el genio potente que descubrió la atracción, daba valor é importancia á la obra de Omerique, alguna novedad y adelanto debía contener para aquellos tiempos.»

No he de añadir otra cosa á tan autorizado juicio, sino que la segunda parte de tan precioso libro, donde se insinuaba el método que treinta y tres años después definió Clairault, tenía por título: *De Problematibus solidis*, y no quedan vestigios de que llegara á las prensas.

Lo que nos resta de la obra de Omerique ha prometido reproducirlo en bella edición un docto individuo de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, que no ha mucho tiempo tomó posesión de su sitial. De desear es que semejante propósito se realice cuanto antes, como el mejor monumento que puede erigirse para perpetuar la memoria del español insigne que, sin exageración, puede apellidarse *el precursor de la nueva Geometría Analítica.*

PEDRO A. BERENGUER.

EL TENIENTE S...

RUBIO, gallardo mozo, dotado de ingenio clarísimo y de gracia verdadera y espontánea, algo soñador y poeta, y desordenado como tal.

Pero hijo cariñoso, amigo noble, caballero en sus tratos.

Tal era el teniente S...

Apenas tenía noticia de su padre, que había muerto cuando S... era niño de dos á tres años.

Educado por aquella madre, modelo de madres amantísimas, sentía todas las delicadezas transmitidas y toda la ternura heredada.

Era cadete, y aprovechando la amistad de un oficial y la protección de un general ilustre, en una de esas convulsiones de la política, se presentó en el campo de los sublevados.

Después de un combate decisivo, triunfaron los pronunciados, y el cadete fué alférez de caballería, en virtud de gracia general al ejército.

—¡Es valiente el mozo!—decía un general á otro.

—Y hará carrera, seguramente.

No se cumplieron los vaticinios, desgraciadamente.

Porque el alférez S... no tardó en ascender á teniente.

Pero no pasó de capitán en su vida, y dejó la carrera de las armas por la de las letras.

Un nuevo conflicto, otra lucha en las calles de Madrid, dos años después, dió ocasión al ya teniente S... para demostrar sus condiciones militares.

Era esto en 1856.

El teniente S... mandaba la escolta del general ministro de la Guerra.

Por cierto que, al ver lo malamente que marchaban los soldados, decía á S... otro oficial muy su amigo:

—Llevas la escolta formada en silva.

En los momentos en que más encarnizado era el combate entre la Milicia Nacional y el ejército, el General, que estaba en el Ministerio de la Guerra, necesitaba transmitir á las fuerzas que ocupaban los alrededores de Palacio órdenes importantes.

Para ello era preciso atravesar el centro de Madrid en medio del fuego vivísimo de fusilería.

El teniente S..., apenas oyó la indicación del General, se ofreció á desempeñar aquella difícil misión.

—Confío en usted, señor oficial—dijo con gravedad el General, entregando un pliego á S...

Y después:

—Llevará usted escolta—añadió el jefe.

—Si V. E. lo permite, me basta con un ordenanza—replicó respetuosamente el pundonoroso oficial:—podremos escapar más fácilmente.

—Como usted quiera.

Con el teniente querían ir todos los soldados de la escolta.

Tanto le querían los muchachos por su carácter noble y franco.

El paseo fué peligroso.

Las balas se cruzaban en la calle Mayor, particularmente, y acariciaban los oídos de los dos jinetes.

—¡Adelante, chico!—gritaba el teniente, espoleando los ijares del caballo.

Y el soldado repetía, mientras imitaba la acción de su superior:

—¡Adelante, mi teniente!

Al dar vista á la plaza de la Armería, una de las balas que llovían de balcones y ventanas, hirió en una pierna al soldado.

Éste, sin poder contenerse, gritó:

—¡Ay! ¡me han herido! ¡Adelante, mi teniente! Déjeme usted, que yo poco valgo.

Pero S..., deteniendo el caballo un momento, replicó:

—¡Valor, hijo! Ya estamos cerca de Palacio.

Y entregó un pañuelo al muchacho con que éste se cubrió como pudo la herida, para contener la sangre.

Pero la hemorragia era grande, y el soldado sintió que se desvanecía.

El teniente le contuvo para aminorarle el golpe, y el pobre mozo cayó del caballo.

S... partió á la carrera sin cuidarse de las balas, y llegó á Palacio.

—Es usted un valiente, señor oficial—le dijo el General á quien entregó el pliego que llevaba.

Cuatro soldados salieron á recoger el herido.

Fué el primer cuidado del teniente S...

Así decían los chicos:

—¿No le hemos de querer, si nos cuida más que un padre, y es más guapo y más valiente?.....

S... regresó al Ministerio de la Guerra, solo, y por el mismo camino que había seguido al dirigirse á Palacio.

La lucha tocaba á su fin.

En la plaza de Antón Martín se batían todavía algunos milicianos y gente del pueblo con la tropa, que los envolvía.

El General acudió allí, y el teniente S... con la escolta le acompañaron.

La lucha terminó.

Unos lograron escapar, otros murieron, y treinta, milicianos unos y paisanos otros, cayeron en poder de los soldados.

—Llevadlos á la Trinidad, por ahora—dijo el General.

Los treinta presos fueron conducidos á los bajos del Ministerio de Fomento, en la calle de Atocha, situado en el ex convento de la Trinidad.

—Le tendré á usted presente—dijo el General al jefe de su escolta—al proponer los ascensos.

—Mi General, he cumplido con mi deber.

—¿Eso es poco? No todos cumplen.

—Por lo pronto, yo pediría á V. E. una gracia.

—¿Cuál es? Concedida.

—¡Mi General!.....

—Concedida.

—Pues que me «regale V. E.» esos treinta infelices, únicos que van á pagar el pato.

—Concedido Precisamente me quita usted un peso enorme; no tengo ganas de fusilar á nadie.

⁂

Dos horas después, retirado el General y retiradas las tropas, dejando los retenes necesarios, entraba el teniente S... en la sala donde estaban los presos de la plaza de Antón Martín.

—Vamos á ver, señores, ¿ustedes se encuentran bien aquí ó no?

—Perfectamente—respondió alguno.

—¿Viene usted á buscarnos?—preguntó otro.—¿Y adónde vamos, á la cárcel ó á la capilla?

No faltaba entre aquellos hombres quien se enterneciese, pensando en su familia en tan críticos momentos.

—Nada de eso; yo soy el dueño de vidas y haciendas, el que dispone de vosotros, y el que viene á deciros: «¡Ea, caballeros, cada cual á su casa.»

Los hombres no daban crédito á sus oídos.

Pero la insistencia de S... los convenció.

Uno de ellos, más expansivo que los demás, interpretó los deseos de todos ellos, adelantándose y diciendo al teniente:

—¿Me permite usted que le abrace?

El oficial no se dejó rogar, y, enternecido, correspondió á la espontánea manifestación de aquel hombre abriendo los brazos.

Todos los presos estrechaban al teniente.

—Ahora—añadió el iniciador de aquellas manifestaciones de gratitud—me va usted á permitir que vaya á mi casa y vuelva.

—¿Para qué?

—Tengo un canario al que quiero como á un hijo; es una alhaja; voy á regalárselo á usted: no tengo otra cosa; soy un jornalero, pero honrado y pobre, señor oficial.

No fué posible la negativa.

⁂

Cuando el teniente S... se retiró á su casa á descansar de aquellas jornadas, llevaba en la mano, sobre la perilla de la silla, una jaula con un canario.

—Toma, mamá—dijo, después de abrazar y besar á su madre.

—¿Qué es esto?

—Un prisionero.

—¿Un canario? ¿Y así, de uniforme, has venido con la jaula?—preguntó la madre de S... sonriendo de alegría al ver á su hijo sano y salvo.

—Sí, mamá—respondió el oficial:—y cuídale mucho, porque es un recuerdo de un hombre honrado, y de eso hay poco.

De lo que también hay poco, es de hombres que valgan lo que valía el teniente Narciso Serra.

EDUARDO DE PALACIO.

LA ENRAMADA.

LA víspera de San Juan es de mucho movimiento en tierra de Campos; y no porque á la media noche las cerdas de la cola de los caballos, echadas en un pozo, se truequen en espantables culebras, ó un huevo escalfado en agua tome la esbelta forma de un navío, ó porque al amanecer suba el sol cabeceando por las altas colinas orientales como borracho que sale de una taberna, tradiciones y consejas en que los hombres ya no creen. En más reales acontecimientos tiene puesta su atención la gente moza, siempre enzarzada en amoríos y locuras que parecen invención del mismo demonio para calvario de los corazones juveniles.

En aquella noche famosísima los novios acostumbran adornar con follaje las ventanas de las señoras de sus pensamientos: para hacer aquella prueba de amor y cortesía, recorren las carreteras y los plantíos, desmochando árboles y arbustos y no dejando cosa sana en una legua á la redonda. Es aquel un trabajo propio de Hércules ó de Teseos: porque los chicos han de trepar á los altísimos chopos, serrar la madera, cargarla sobre la espalda y conducirla al pueblo para subirla otra vez hasta las rejas de las casas. Generalmente van los mozos en cuadrilla, y se ayudan unos á otros con la más desinteresada caridad.

Pero Mariano el *Bocaza* no quiso salir con sus compañeros, porque no le gustaba el ruido, y se ponía colorado cuando oía ciertos cantares de aquellos empecatados jóvenes.

Mariano el *Bocaza* estaba perdidamente enamorado de Pascuala la *Dormida*, y la *Dormida* estaba perdidamente enamorada del *Bocaza*. Él era obrero del campo, y ella criada de servicio; y uno y otra no esperaban más que la licencia de Mariano (que era recluta disponible) para casarse ante Dios y la Iglesia, y vivir como buenos cristianos y criar hijos para el cielo.

Pues señor, llegó la víspera de San Juan, y Mariano pensó así:

—Esta noche tengo que poner á mi novia una enramada que deje temblando á todos los vecinos de la villa. Si á mano viene, corto un chopo entero y se le planto á aquélla en el balcón.

Cuando llegó la noche, los mozos del pueblo salieron al campo é hicieron grande acopio de ramaje. Luego recorrieron todas las calles, y mientras unos, encaramados en las ventanas de sus novias, ataban allí la verde y fresquísima enramada, otros tañían guitarras y acordeones, y cantaban coplas apropiadas á la noche de San Juan. En algunas ventanas ponían los pícaros rondadores esqueletos de caballerías ó perros putrefactos, como afrentoso castigo á ingratitudes amorosas ó á inconstancia ó liviandad manifiestas.

A las dos de la mañana ya no se oía el más leve rumor en el pueblo. Los mozos, cansados en la ruda labor de las enramadas y rendidos por las libaciones y el sueño, se habían retirado á sus casas, esperando que amaneciese para escuchar de labios de las mozas dulces palabras de agradecimiento y de cariño.

Entonces salió Mariano á la carretera, y con un serrucho que le había prestado el carpintero, abatió un arbolillo de cuatro varas de altura, verde y frondoso que daba gloria de Dios el verlo, y con él á cuestas volvió á la villa, y se encaminó á la calle donde vivía la Pascuala de sus amores.

—¡Qué gusto le va á dar á aquélla cuando mañana, si Dios quiere, abra el balcón y..... ¡zas!..... se encuentre con la enramada más grande del pueblo!..... ¡Que rabie, que rabie la *Rana*, que yo bien la quería, y ella me dejó por el *Tiñoso!*

Mariano comenzó ahincadamente su obra. Primero arrimó el árbol á la pared, con ánimo de cogerlo desde arriba; luego subió gateando por rejas y cornisas hasta el balcón del piso principal; en seguida, con gran trabajo, levantó el chopo y lo ató con una cuerda á los hierros. Quedaba el árbol hermosamente colocado, enhiesto como bandera triunfadora, cubriendo las paredes de verde ramaje, y alzando su copa más allá del alero del tejado.

El *Bocaza* se sintió orgulloso: aquélla era una noble empresa, digna de pechos amantes y varoniles. Mariano se limpió el sudor de la frente, sacudió la enramada para cerciorarse de su seguridad y aplomo, y se dispuso á bajar á la calle, ganoso de contemplar desde el suelo la gran obra, con vanidad de artista satisfecho. Pero cuando estaba montado en los hierros, el amo de la casa (que había despertado con el ruido y no se había dado cuenta de que era aquélla la noche de San Juan) abrió el balcón, y apuntando al mozo con un palo á guisa de escopeta, gritó furiosamente:

—¡Date, ladrón! ¡Que te abraso!..... ¡Vecinos! ¡Socorro! ¡Ladrones!

Todo sobrecogido de espanto, y creyendo que era llegada su última hora, el *Bocaza* se dejó caer dentro del balcón, clamando con aire compungido:

—¡Soy yo, señor: no me mate, señor: que soy yo, señor!.....

Pero el amo, sin oir á aquel infeliz, seguía gritando:

—¡Que te abraso, bandido!..... ¡Vecinos! ¡Socorro! ¡Ladrones!

—¡Señor, por Dios, que soy el *Bocaza!* ¡que estoy poniendo una enramada á la *Dormida!*.....

En esto ya se habían abierto algunos balcones. Los vecinos, riéndose de aquel espectáculo, aconsejaban al pobre señor que se recogiese, porque hacía fresco para estar á la intemperie en calzoncillos. El asustadizo caballero, algo corrido y avergonzado, cerró de golpe el balcón y se metió gruñendo en la cama.

Y Mariano el *Bocaza*, mohino y tembloroso, bajó á la calle, y, sin mirar al árbol de sus amores, retiróse de aquel lugar, jurando no volver á poner enramadas en todos los días de su vida.

Álvaro L. Núñez.

SONETO.

(IMITACIÓN DE ANTERO DE QUENTAL.)

¡Solo! Errando por la áspera montaña
Ve á Dios el eremita, y se consuela;
El viento que al pasar hincha la vela
Empuja al marinero á su cabaña.

¡Solo! Quien peregrino en tierra extraña
Con la memoria hacia los suyos vuela
Es feliz esperando lo que anhela,
Y con esa ilusión al tiempo engaña.

¡Solo! Nunca está solo el desgraciado
Mientras guarde en el alma ó en la mente
Un afán, un estímulo, un cuidado.

El que la soledad concibe y siente
Es el que vive, de vivir hastiado,
Al bien y á la virtud indiferente.

Manuel del Palacio.

EN LA PORTERÍA CÉLICA.

En la manigua lanzó
El grito filibustero;
En la manigua luchó,
Y allí, al fin, la muerte halló
Después de combate fiero.
Como, según él, había
Ganado el cielo, allá fué:
—*Con el permiso de usía*,
Dijo; y en la portería
Entró con seguro pie.
Quedó un tanto sorprendido
El venerable portero.....
Allá va, lector querido,
El diálogo sostenido
Entre él y el filibustero:
....
—Cúbrete.....
—Tanta bondad,
Señor, me.....
—Coge una silla,
Siéntate..... y di la verdad.
¿Naciste?.....
—En la gran Antilla.
—¿Estado?
—Soltero.
—¿Edad?
—Cuarenta cumplí en Enero.
—¿Cuarenta años, y soltero?
—No me atreví á ser marido.
—Entonces poco has sufrido
En el mundo, compañero.
—¡Bastante!.....
—Y para aspirar
Al sumo placer de estar
De Dios ante la presencia
¿Qué hiciste?.....
—¿Qué hice?..... Luchar,
Morir por la independencia
De mi pueblo.....
—Noble acción
Y altamente meritoria.....
—Eso creo.
—Y con razón.
¡Cuántos están en la gloria
De tal hecho en galardón!
¿Y contra quién has luchado?
—Contra España.
—¿Eh? ¡Tú estás loco!
—¿Cómo loco?.....
—¡Rematado!
—Señor.....
—Ó me has engañado
Como á un chino.....
—¿Cuándo?
—Há poco.
—No os entiendo.
—Ni yo á ti.
¿No has dicho, si mal no oí,
Que eres de Cuba?.....
—Y lo digo
—¿Y eres de España enemigo?
—¡Mortal!
—¿De tu madre?
—Sí.
—Nunca escuché cosa igual.
—Es que.....
—¡Calla, criminal,
No te oiga el Eterno Padre!.....
¡Jamás cupo odio mortal
Entre un buen hijo y su madre!
—Señor.....
—¡Calla!..... No hay manera
De atenuar tu gran caída.....
—¡Perdón!..... ¡Ah! si usted supiera.....
—Nada saber quiero..... ¡Fuera!
¡Fuera de aquí..... parricida!
....
Y de un fuerte puntapié
Le envió..... —¿Dónde?..... —No sé;
Porque á tal tiempo, lector,
Sonó del despertador
El timbre..... ¡y me desperté!

Julio Romero Garmendia.

NICOLÁS MAQUIAVELO.



Entre acerbas censuras y entusiastas elogios, críticas apasionadas y reivindicaciones eruditas, ataques violentos y defensas no menos enérgicas, ha llegado á nosotros el nombre de Nicolás Maquiavelo, sér casi extrahumano y monstruoso para muchos, cual si los mayores genios ó los más grandes criminales fueran de singular naturaleza y carecieran de virtudes y defectos que pesar en el juicio de su vida.

El cardenal Reginaldo Polo, el arzobispo Politi en 1552, el protestante Inocente Gentilleto, Jerónimo Osorio en su *Nobilitate christiana*, nuestro P. Rivadeneira y el mismo Voltaire, señalaron los párrafos de sus obras en que se descubren inmoralidades políticas ó religiosas. Alberto Gentille, Naudeo en su *Bibliografía política*, Abraham Wicquefort, el canciller Bacon, el conde Scioppio, el célebre profesor de Lippsia Juan Federico Cristio y lord Macaulay, alaban el talento del escritor y afirman que Maquiavelo expone lo que hacían los príncipes de su tiempo y no lo que debían hacer.

En esta oposición de doctrinas á doctrinas y escuela á escuela, ha faltado el sereno é imparcial espíritu de crítica, sin ideales amores ó antipatías por las personalidades criticadas, hasta que *Pascual Vilari* emprendió hace una docena de años el estudio del medio en que el personaje se movía, la evolución del pensamiento que produjo sus diferentes obras, los caracteres salientes de la política de la época, que son al cabo de cuatro siglos los rasgos distintivos de otras políticas, la parte de responsabilidad que corresponde á sus actos, y lo que es explicable en los hechos por las costumbres generales, deduciendo de todo ello que Maquiavelo formuló con rudeza las discordancias entre la conciencia pública y la privada que se observan siempre en la práctica, y hubo de ignorar, en cambio, que existe también una moral política que se va imponiendo cada vez más en los pueblos modernos.

El hermoso libro del sabio profesor, fruto de larga meditación, y elogiado sin tasa por numerosos periódicos europeos, peca sin embargo, á nuestro juicio, de un cierto tinte de optimismo, muy explicable en los escritores italianos cuando se ocupan en examinar las doctrinas de los hombres de Estado que fueron precursores de la independencia nacional. *Vilari* reconoce que Maquiavelo tuvo defectos; pero entiendo que éstos fueron los comunes á todos sus contemporáneos, mientras los méritos son excepcionales. Nosotros creemos que su vida consta de dos períodos muy distintos, y que las grandes cualidades reveladas en el primero no se descubren en el segundo.

Nicolás Maquiavelo nació en Florencia el 3 de Mayo de 1469, y entró por primera vez al servicio del Estado en 1494, el mismo año de la revolución contra los Médicis. Favorecieron á medias los progresos de su carrera las virtudes personales y las circunstancias, porque son tanto más estimables el talento y la actividad, cuanto más falta hacen para vencer graves dificultades del momento, ó remediar apocamientos de los que no se hallan entonces á la altura de los deberes que su cargo les impone.

Los diez y ocho años transcurridos hasta la restauración de los Príncipes florentinos lo fueron de guerras, motines, combates frente á los muros de Pisa y en la Valdiquiana, negociaciones con los señores de otros Estados para obtener su auxilio ó prevenir su enemiga, mensajes al Rey de Francia, al Emperador ó á los Pontífices, cabildeos en las diferentes juntas y consejos, ensayos más ó menos felices de nuevas organizaciones é intrigas ambiciosas, y en todos los actos desempeñó preeminentísimo papel Maquiavelo, hasta el punto de personificar con su nombre aquella situación y de obscurecer tras su figura la debilísima de líneas del mismo gonfaloniero Pedro Soderini.

En este período tuvo ocasión de mostrar las dos cualidades que le han dado realce y grandeza: el ardiente amor á la patria, y el talento organizador, dedicado por completo al servicio de su noble cariño. La primera tentativa de asalto para someter á la ciudad de Pisa fracasó por la cobardía de los mercenarios reunidos con el aliciente del botín y tan faltos de valor como de dignidad y sentimiento del deber. Maquiavelo trabajaba desde algunos años antes para cambiar el servicio militar de Italia, y no desaprovechó el movimiento producido en las masas por los contratiempos para inclinarlas á sus proyectos. Quería tener tropas de ciudadanos á quienes movieran las ideas, y no turbas de aventureros obligados á medias por un contrato y negociadores de su sangre, que vendían repetidas veces y á los amos que mejor se la pagaban. En 1506 redactó su famoso informe para el reclutamiento de la infantería entre las familias florentinas, y en 1512, cuando ya agonizaba la República, organizó también las tropas de jinetes, acomodándolas á las necesidades de la época.

El cambio de gobierno que ocurrió en el mismo año produjo una radical modificación en las ideas morales de Maquiavelo. Varios decretos publicados en Noviembre de 1512 le privaron de sus cargos y le prohibieron las relaciones con los nuevos poderes, al mismo tiempo que se desterraba al gonfaloniero Pedro Soderini, en cuya compañía había servido. Poco después ocurrió la conspiración contra los Príncipes, y Maquiavelo fué sometido al tormento y encarcelado, logrando su libertad por la intercesión de León X.

Desde este instante desaparece el político y hombre de Estado para transformarse en el escritor de raro ingenio, veraz en unas ocasiones y en otras sobrado complaciente. Retiróse en los primeros momentos á un pueblo cercano á Florencia, donde conservaba la hacienda de sus padres, y allí entretenía sus ocios jugando por la tarde con las gentes del lugar, y leyendo por la noche los clásicos, según la pintura que hace de su vida en la carta á *Francisco Vettori*, que lleva la fecha de 10 de Octubre de 1513, en la cual le ruega también que le recomiende á los Médicis para que le den algún destino. Yo no puedo afirmar si de estas debilidades participaban sus contemporáneos de Italia, con arreglo á la opinión de Vilari; pero sé que en el primer cuarto del siglo XVI hubo en la calumniada España procuradores de ciudades que alzaron altivos su frente ante la majestad de Carlos V, más alta que la de los príncipes florentinos, y magnates que dieron serenos en el patíbulo su vida por la causa que defendían.

Otro de los actos del segundo período de la vida de Maquiavelo fué tratar de modo poco piadoso la memoria del desgraciado gonfaloniero Pedro Soderini, primer magistrado de la República, con el cual hubo de compartir las glorias y las responsabilidades del Poder. Murió en el destierro, sobreviviendo poco á las instituciones que había representado, y el antiguo secretario de la Señoría, autor del tan discutido tratado sobre *el Príncipe*, comentó su fallecimiento en los siguientes versos:

«La notte que morì Pier Soderini
L' Alma n' andò dell' Inferno alla boca
E Pluto la gridò:—Anima sciocca
Che Inferno? Và nel Limbo de'Bambini.»

Difíciles son también de armonizar, por mucho que sea el optimismo, la doctrina general que sienta y los consejos que da en su discurso sobre la organización del gobierno florentino dirigido á León X y hecho por encargo del Pontífice. «La cagione—dice al comenzar—perchè Firenze ha sempre

variato spesso nei suoi governi, è stata perchè in quella non è stato mai ne republica, nè principato che abbia avute le debite qualità sue.....», declarando así sus creencias de que no puede subsistir forma alguna que no se cree con sus naturales atributos, mientras que todo el resto del discurso es una detallada enumeración de los recursos que deben ponerse un juego para organizar una apariencia de república dirigida realmente por la voluntad de los señores.

Aquí escribió las frases citadas por muchos de sus biógrafos, y sobrado conocidas, sobre el modo de falsear el resultado de las elecciones con el propósito de permitir al pueblo que votase lo que quisiera y presentar siempre triunfantes á los amigos del príncipe, por el juego secreto de los escrutadores. Aquí también le dice á León X que puede crear las grandes corporaciones populares cuya organización le aconseja, con la seguridad de que no ha de disminuir ni su autoridad ni la de sus partidarios..... «avendo le armi e la giustizia criminale in mano, le leggi in petto, de i capi dello stato tutti suoi.»

Muchos y muy eruditos críticos han perdido el tiempo y el papel en largas disquisiciones sobre el verdadero sentido de estas palabras, y algunos han pretendido averiguar si Maquiavelo engañaba á León X ó al pueblo florentino. Inútiles por completo nos parecen todas las quintas esencias con que se enmascara la verdad, en vez de presentar los hechos tales como son al recto sentido común. Fenómenos políticos de la misma clase se han producido cien y cien veces desde la muerte del célebre personaje, y siempre han sido idénticas las influencias que los han engendrado: el deseo tibiamente sentido de no parecer del todo infiel á una larga y pública historia imposible de borrar, y la firme voluntad de no incurrir en el desagrado de los nuevos protectores á dura costa adquiridos.

Ha elogiado también sin tasa Macaulay los rasgos de independencia sembrados en ciertas páginas de la *Historia florentina*, cantando á la vez la nobleza

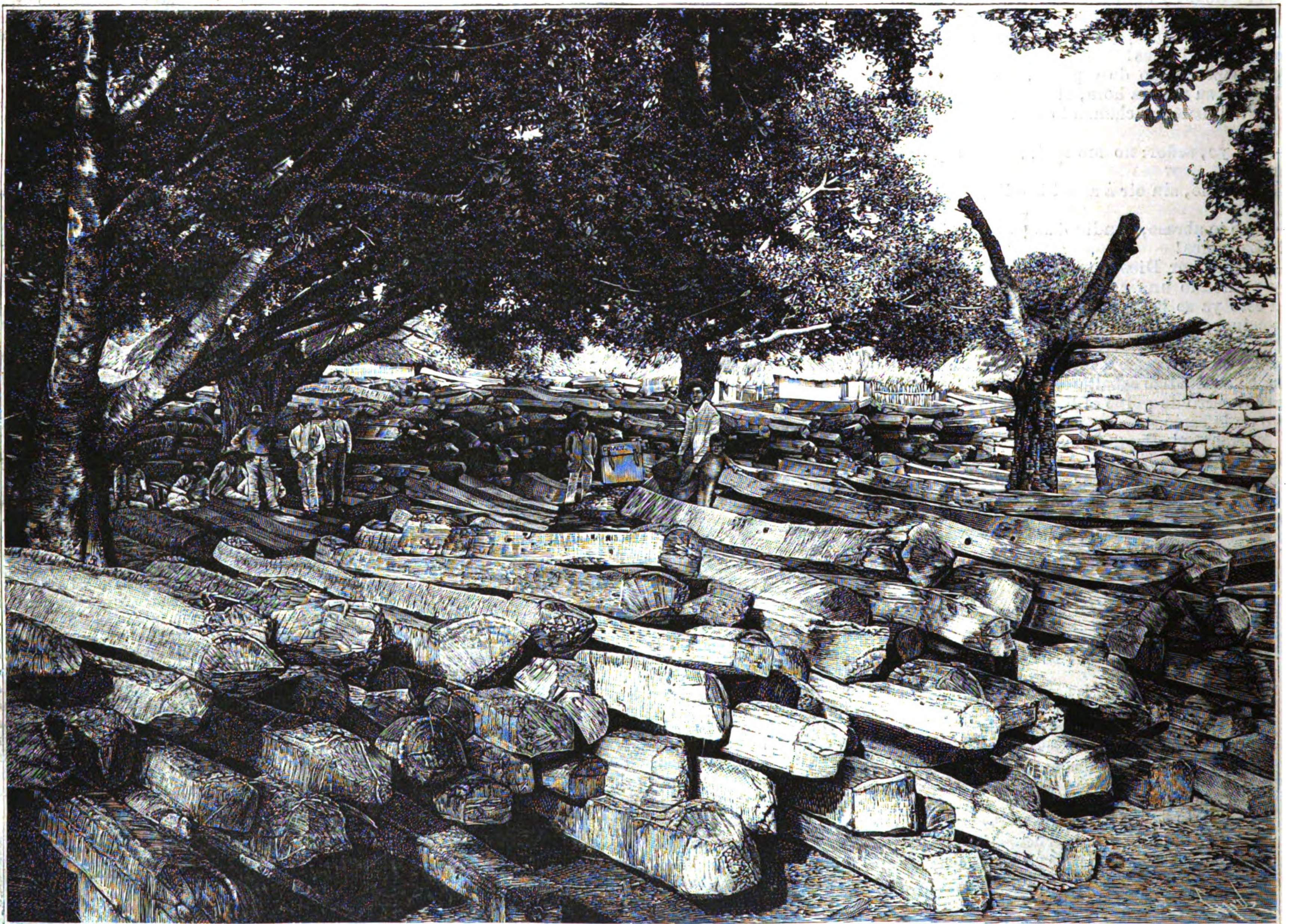


EXCMO. SR. D. IGNACIO BAUER,
REPRESENTANTE DE LA CASA ROTHSCHILD EN ESPAÑA.
Nació en Hungría, en 1827; † en Madrid, el 30 del pasado.

y magnanimidad, tanto del escritor que no temió consignar hechos poco favorables á los príncipes de la artística capital de la Toscana, cuanto de Clemente VII que costeaba la obra y no exigía el sacrificio de la verdad. Los datos hasta hoy conocidos aquilatan el valor de los laudos al último y la carta á *Guicciardini*, familiar del Pontífice, escrita por Maquiavelo para informarse de los grados de exactitud histórica á que podría llegar sin perder el benévolo amparo del Padre de los fieles deja muy malparada la reputación de independencia del autor y su sinceridad de hombre científico.

Quedan indiscutiblemente probados por la crítica el talento y la cultura del célebre florentino que algunos le negaran llenos de pasión en el siglo XVI; habrá demostrado el movimiento que se produjo á su favor, por múltiples causas, en el XVIII, que no es tan monstruoso el sentido de las afirmaciones contenidas en el tan traído y llevado libro del *Príncipe*, cuya fama es tal que le citan muy á menudo hasta las personas que no le han leído; digno es de que haya juzgado en conjunto *Villari* sus hechos y escritos, mostrando el espíritu nacional de sus páginas elocuentes y el amor á la independencia italiana sinceramente descubierto; mas no es posible que á todas estas alabanzas se una la de su carácter moral y su entereza en la desgracia.

Los trabajos literarios muestran un Maquiavelo lleno de ingenio y tan licencioso como la mayor parte de sus contemporáneos. El lindo cuento *Belfagor* contiene, brevemente contadas, las aventuras del *archidiablo* comisionado por los poderes infernales para comprobar por sí mismo si es cierto que la mayor parte de los hombres se condenan por sus mujeres. *Belfagor* toma forma humana, y, cargado de dinero, elige para su ensayo á Florencia..... «come quella che gli pareva più atta á sopportare chi con arte usuraria esercitase i suoi danari...» Deslumbra con su esplendidez á los padres de familia y las mozas casaderas, y bien



RIQUEZA FORESTAL DE CUBA.—UN DEPÓSITO DE MADERAS FINAS Á ORILLAS DEL CAUTO, EN MANZANILLO.
(De fotografía de Gómez Carrera.)

recibido de todas, elige la más hermosa para hacerla su consorte. Enamórase de la joven como cualquier mortal, hasta que las exigencias de la dama, su orgullo, la falta de ternura y sus locos despilfarros en galas y fiestas se la hacen tan odiosa, que al cabo de poco tiempo prefiere volverse al infierno á vivir con ella. Muchos han creído ver en esta narración un desahogo contra disgustos domésticos, y una pintura de su propia esposa, debiendo añadirse que la carencia de datos hace imposible la comprobación de tal sospecha.

La *Mandragora*, que es la mejor y más conocida de sus comedias, rebasa los límites de lo que pudieran escuchar en escena las gentes algo despreocupadas, y no es, sin embargo, la más licenciosa de las que se deben á su ingenio. Una mujer que pasa por modelo de honestidad, hasta que comprende las cualidades que distinguen á su esposo de otros hombres; un marido tonto que prepara por sí mismo la deshonra de su esposa; un enamorado audaz, docto en artimañas y ficciones para el logro de sus deseos: un amigo que extrema las complacencias, y un religioso que ayuda con sus consejos al engaño, forman un cuadro donde los espíritus sanos no encuentran una sola figura en quien reposar la mirada.

La descripción de la peste de Florencia, en forma epistolar, comenzada con sentidos acentos, le proporciona en seguida pretexto en un reducido número de páginas para pintar la loca é ilegítima pasión de la mujer que llora por su amante en la iglesia de Santa Cruz, y referir al final una aventura en *Santa María Novella*, poniendo en ridículo de paso la figura del fraile que presenta en escena, deseoso de ser su compañero en la tierna obra de consolar á una viuda joven, hermosa y no del todo desesperada. Maquiavelo murió el 22 de Junio de 1527, pocos días después de redactar la carta sobre el triste estado de la ciudad en Mayo del mismo año. De lo escrito por su hijo se deduce que había tomado el día anterior un fuerte medicamento, y lo expuesto por él mismo en la pintura de la peste induce á pensar que, temeroso del contagio, disponía para su uso ciertas sustancias estimadas por aquellos tiempos preservadoras de la enfermedad reinante, privándole una de éstas de la vida, y no un veneno mezclado á sus alimentos, como alguno ha sospechado.



FLORENCIA.—MONUMENTO DE MAQUIAVELO EN SANTA CRUZ.

(De la colección de fotografías de D. Enrique Serrano Fatigati.)

Al rehabilitarse su memoria en el siglo XVIII, se despertó con la reivindicación el deseo de honrarle; y en 1787 lord Nassau Clavering, conde de Cowper, le mandó construir en Santa Cruz de Florencia el monumento que hoy publica La Ilustración Española y Americana en la pág. 397. Encargóse de su labra *Inocente Spinazzi*, autor también de la colosal estatua de San José de Calasanz, colocada en San Pedro de Roma, y del busto del gran duque Leopoldo, que se guardó en el palacio Pitti. Dispuso el artista sobre un sarcófago la estatua de la Justicia, y ésta, cansada sin duda de comparar vicios y virtudes en grandísimo número y extraño consorcio, renuncia al juicio del personaje, abandona con su mano izquierda la inútil balanza y muestra con la derecha el busto de Maquiavelo, diciendo á la posteridad: Lee en sus rasgos las señales del genio; busca en algunas de sus líneas el secreto de las debilidades; aprecia lo bueno y lo malo de tan compleja naturaleza, y fórmate, si puedes, una idea exacta de todas las luces que había en aquel entendimiento y de todos los misteriosos resortes que movieron su alma.

Enrique Serrano Fatigati.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

La campaña económico-arancelaria de Cuba y de la Península: su suspensión ante el estado actual de la isla: necesidad de un nuevo sacrificio: los anteriores.—Peticiones de los productores cubanos y de los peninsulares: exageraciones respectivas.—El separatismo mercantil.—Conducta patriótica que se impone.—Los estudios y publicaciones en la campaña arancelaria.—El libro del Sr. Alzola *Relaciones mercantiles entre la Península y las Antillas*.

Mucho antes de que resonara en España con sus horribles y malditos ecos la noticia de la insurrección cubana, estaba anunciada la contienda económica de los encontrados intereses de Cuba y de la madre patria. Nombrada la



BURGOS.—ENTIERRO DEL EXCMO. SR. D. MANUEL RUIZ ZORRILLA.—LA COMITIVA FÚNEBRE EN LA PLAZA MAYOR.

(De fotografía de los Sres. Viuda é hijos de Fernández, de Valladolid.)

comisión extraparlamentaria, recogidos los datos y movido el impulso, ha venido ahora á estallar en el Parlamento español, y, como es consiguiente, en la opinión pública y en la prensa, pero en realidad sin importancia alguna por hoy, aunque la tenga grande como la tuvo ayer, y trascendentalísima mañana. La campaña económica de nuestras relaciones con la grande Antilla está eclipsada ante lo que es y significa en estos momentos la campaña militar; ante la lucha por la defensa de lo que ha sido, es y será nuestro, mientras haya un español vivo, que es la posesión de aquella provincia ultramarina, contra la ciega quimera de la dominación, no de los indígenas, sino de los escasos habitantes que en Cuba, siendo hijos de españoles ó de gentes de color, por los españoles hechos hombres y emancipados y civilizados, pretenden establecer una independencia que no es posible que quede lograda y establecida mientras no vuelva á verse nuestra patria vilmente entregada á los invasores y en abierta guerra con ellos, y por la guerra empobrecida y desangrada, como lo estaba cuando otras posesiones españolas se emanciparon y cuando no pudimos enviar en defensa de nuestra bandera ni un soldado, ni un peso.

Ante las imposiciones patrióticas que al deber nacional exige la insurrección cubana, las tareas parlamentarias relativas á las exigencias de peninsulares y antillanos han tenido que concretarse y suspenderse. Pero en lo poco que se ha discutido, en lo que se ha escrito, se ha revelado la gravedad de la situación, y, en suma, se han visto aparecer frente á frente enconados antagonismos, que no son, sin embargo, más que naturales egoismos.

Cuba está pobre, «desangrada, perturbada, deshecha, llena de hambre, sin comercio, sin bancos, sin industria», ha dicho el respetable decano de los representantes de aquella tierra Sr. Labra, y es necesario, preciso, «que hagamos un verdadero sacrificio en favor de ella, para que se levante de la postración en que por tan diversas circunstancias ha caido». Y parece que es verdad que aquella legendaria Jauja, que por cierto nunca lo fué, está hoy tan necesitada, que no sólo requiere y reclama que todo el mundo le compre todo lo que produce, dentro de la más amplia libertad de comercio, sino que vive en permanente y creciente déficit, y le hace falta, no sólo que España la ayude con sus recursos, además de ayudarla y sostenerla con la generosa y jamás regateada sangre de nuestros hijos, sino que en su autonomía mercantil trate á España, no como á metrópoli y hermana, sino peor que á las naciones extranjeras. ¡Cara, muy cara por cierto, nos cuesta aquella hermana predilecta, que sin cesar exige uno, y otro y otro nuevo sacrificio, para estar en paz y satisfecha!

¿En qué consiste el nuevo sacrificio que se nos pide? Pues sencillamente, en que se graven más los productos peninsulares que lleguen á Cuba; en que se disminuyan los impuestos de la península sobre los azúcares cubanos, así como el de carga sobre los mismos y sobre las mieles y aguardientes; en que entren libres de toda clase de derechos en España el café y el cacao; en que se suprima en Cuba el impuesto industrial sobre el tabaco y se concierten tratados favorables para exportarlo á los Estados Unidos, y en que se favorezca todo lo posible la riqueza pecuaria cubana. Es decir, en suma, en que penetren en España con toda libertad los productos de la industria antillana, y en que se graven más en las Antillas los de la industria peninsular. ¡Sacrificio es!

¿Qué piden, en cambio, nuestros industriales? El establecimiento del cabotaje mutuo y recíproco, depurando al efecto las relaciones comerciales con las Antillas de las imperfecciones y abusos actuales; la formación de un arancel cubano, adaptado al de España, con aquellas variantes inherentes á las condiciones especiales de Cuba y á las rectificaciones exigidas por ciertos errores de las tarifas vigentes; la imposición por igual á las importaciones nacionales y extranjeras de derechos transitorios para atender á las necesidades del Tesoro cubano.

Desde luego comprenderá el lector, al hacerse cargo de ambas pretensiones, lo distanciados que se encuentran los peninsulares de los cubanos, y viceversa, lo opuesto de sus puntos de vista y de sus exigencias, y lo difícil, por no decir lo imposible, que es el que se entiendan. Tal es la posición de los combatientes en la guerra económica.

Quiere Cuba el desarrollo creciente de su exportación para poder remediar el mal estado de su Hacienda, y para mejorar la vida económica de sus habitantes, porque es triste, pero es verdad, que con sus riquezas naturales y su comercio no puede atender á las necesidades de su exigua población. Nada más lógico y justo. Pero entre el querer y el poder hay una gran distancia. Aunque los puertos de Cuba se abran casi en franquicia para la importación extranjera, y obtengan en reciprocidad la casi franquicia de los demás pueblos, ¿podrán luchar con la concurrencia, con la competencia de los productores de azúcar de Europa y de otros países? ¿Podrán imponer la venta de sus tabacos, de sus cafés y de su cacao en los mercados, ante la enorme producción de artículos similares en uno y otro mundo? Obtenidas las rebajas que proponen para España, ¿se consumirá aquí más azúcar que el que se consume? No produciéndose aquí el café, y estando prohibido el cultivo del tabaco, surtiéndonos exclusivamente, ó poco menos, de nuestras colonias, ¿qué más se puede pedir? Nuestra Hacienda peninsular está tan agobiada y perdida como la de Cuba, nuestro pueblo vive tan pobre como aquél, á pesar de que trabaja mucho y de que come poco, y nuestro Tesoro necesita por lo menos conservar sus ingresos actuales en vez de disminuirlos. Nuestras contribuciones directas é indirectas no pueden ni deben aumentarse, y resulta, por consiguiente, demasiado enorme el sacrificio de mermar los recursos ó el de imponer á los contribuyentes nuevos gravámenes, si se mermaran.

Sacrificadas quedaron las harinas peninsulares en obsequio á Cuba ante las exigencias de los Estados Unidos; sacrificados están nuestros vinos en aquella isla, al pagar de derechos más del 100 por 100 de su valor; sacrificada está nuestra agricultura, que no puede dedicarse á ampliar sus rendimientos con el cultivo del tabaco, cultivo que sólo en Alemania produce 31.307.132 kilogramos, y sostiene á 63.000 labradores, y da al Tesoro imperial una renta de 14.200.000 pesetas; y lánguida y pobre está también en la agricultura la producción de la remolacha azucarera: todo ello por no perjudicar á la agricultura y á la industria de Cuba. Se pretende, en las relaciones de nuestro recíproco trato con la isla, que se opere el imposible fenómeno de que la exportación de ella á España sea mayor que la de España á ella, cuando la isla ni por su población, ni por el estado de sus industrias, que no sean la azucarera y la tabacalera, puede enviarnos ni aun la tercera parte de valor en mercancías que las que nosotros le enviamos, porque las necesitan. ¿Se llegará á esa igualdad imaginaria impidiendo que nuestros tejidos, nuestro calzado, nuestras sustancias alimenticias, nuestros vinos y otros productos nacionales entren allí más que en reducida cantidad, en la mitad de la que hoy se envía, por ejemplo, y que los 128 millones de pesetas de nuestra exportación se limiten á 60 ó 40 millones, con gravísimo daño de los industriales españoles de esta parte del Océano, sacrificados así en obsequio á los españoles de la otra parte? Pues á eso parece que tiende la base en que se consigna que los productos peninsulares podrán ser gravados con un derecho transitorio, aunque se añada en otra que siempre subsistirá un tanto por ciento diferencial en favor de ellos, respecto á los productos extranjeros. ¿Se logrará esa igualdad añadiendo á la indicada reducción de nuestra exportación el valor que se obtendría para la cubana si ésta llegara á subir hasta 50 millones de pesetas, es decir, algo menos que al doble de la actual, merced á la mayor facilidad del envío de los azúcares, cafés y cacaos? ¿Es posible admitir que, además de hacer aquel sacrificio, se resignen nuestras provincias peninsulares á fomentar, como no pueden materialmente hacerlo, en esa cuantía, el consumo de los productos antillanos?

⁂

Nuestros industriales, los más interesados en conservar y desarrollar su comercio con aquella isla, los productores de tejidos, calzado, sustancias alimenticias, conservas, vinos, aceite, jabón, papel y cartón, pipería, paños, tejidos de cáñamo y lino, velas de cera, hierros, maquinaria, tejidos de seda, encajes de hilo, pastas y algunos otros, quieren que se establezca el sistema asimilador del cabotaje, conforme más atrás queda dicho. El planteamiento del cabotaje, si ha de ser justo, si no ha de perjudicar á Cuba ni á España, debiera basarse en la existencia de un solo arancel para ambas, y esto es tan imposible como el que haya aquí y allí unas mismas leyes, un mismo sistema tributario y una sola Hacienda. Ni la famosa ley de relaciones de 1882 pudo plantearse, por las grandes dificultades y perjuicios que en la práctica iba ofreciendo al conocerse su gradual evolución, aunque en teoría era admirable y tuvo tantos partidarios, ni el cabotaje puede ser un hecho, dadas las grandes diferencias de la vida de la producción y de las condiciones económicas de uno y de otro país. Pero ya que esta no es una solución, ni lo será nunca, no hay motivo para que no se estudie y busque otra, en la que lo que resulte desde luego sacrificado en bien de todos sean los particularismos, los egoismos de gremio y los intereses particulares. Y aunque aquellas diferencias tan grandes existan, preciso es recordar y sostener siempre que no son bastantes para que, desde luego, pueda Cuba basar en ellas la pretensión de disfrutar de una independencia mercantil tan completa, que más que autonomía, sería separatismo económico. Tengamos juicio. Pobre está Cuba, sin culpa nuestra, que hemos tratado á aquella provincia tan bien por lo menos, y mejor siempre que otras naciones á sus colonias; pero pobre está España, y en este precario estado en que unos y otros nos vemos, tanto auxilio y amparo necesitan las provincias cubanas como las peninsulares, y no es lógico, ni patriótico, ni prudente, que ninguna de las partes se sacrifique á sabiendas para mejorar á la otra.

Cuando las guerras civiles nos han perturbado sangrientamente en España, el Estado obligó á los ciudadanos á pagar impuestos nuevos, considerables y transitorios al parecer, pero perpetuos al fin, con objeto de remediar el mal estado del Tesoro. Cuando la guerra ó la insurrección devastan á Cuba, nada más natural que pensar en establecer allí esos impuestos transitorios, para sostener las pérdidas de aquel Tesoro, gravando la principal y casi única fuente de sus recursos, la renta de Aduanas, á lo cual no se niega nadie aquí. Pero es peligroso no poner límites á ese impuesto, porque si se amplía y se amplía, al ser indeterminado y sujeto sólo á la voluntad de los gobiernos, puede convertirse en un gravísimo peligro para nuestra producción. De aquí el que la autorización que se ha dado al Gobierno actual haya sido tan combatida; porque cuestión tan vital merecía haberse estudiado y discutido despacio en la opinión y en el Parlamento. La guerra, sin embargo, no da tregua ni sosiego para estudiar y discutir; sus terribles exigencias lo arrastran todo, y en la ocasión presente ella ha impuesto silencio y la autorización se ha dado. No se podía esperar del patriotismo otra cosa. Han callado los estadistas y los oradores, y toca sólo trabajar á los soldados. Pero los que, por sus condiciones sociales, no están llamados á pelear, pero sí á estudiar, deben hacerlo. Se impone este deber, porque mañana, cuando la pelea termine y de nuevo España haya dado la paz á Cuba con su heroismo y con su sangre, entonces volverá á tratarse la cuestión económica, la cuestión mercantil, y debemos estar apercibidos para conocer la verdad en estas materias, para exponerla y para buscar y plantear un sistema arancelario, tributario y administrativo que no lesione ningún interés legítimo, sino que ampare todos los que en Cuba y en España deben ser amparados. Los que trabajen en tan laudable tarea completarán la gloriosa obra que los valientes hijos de la patria están llevando á cabo en aquella tierra al pelear en torno á nuestra bandera.

⁂

De desear sería que en ese linaje de patrióticos trabajos de investigación, de crítica y de estudio, dignos de respeto siempre, cualquiera que sea la escuela económica á que pertenezcan ó las tendencias que se persigan, se publicaran algunos como el que con unánime complacencia se lee estos días, por lo serio de la labor, debido á la pluma del ilustre ingeniero D. Pablo de Alzola, y que lleva por título *Relaciones mercantiles entre la Península y las Antillas*. Este libro es digno de la importancia del asunto que tanto preocupa á los hombres entendidos, y digno también de la muy probada competencia de su autor en los estudios científicos, lo mismo económicos, que industriales, que administrativos. El conocido y muy respetado ingeniero bilbaíno Sr. Alzola, uno de los hombres que impulsan y dirigen con más vigor y acierto la Liga Nacional de Productores y uno de los miembros más competentes de la Comisión oficial para la reforma de los Aranceles de Cuba y Puerto Rico, ha aportado á esta patriótica campaña la suma de sus conocimientos y de sus energías, y ha resumido los razonamientos y datos que en ella presentan los defensores de la industria peninsular y del cabotaje, con esta verdadera obra de consulta. Claro es que en ella la cuestión está tratada bajo el punto de vista de los intereses de nuestros fabricantes, y que, por lo mismo, la lógica y sus consecuencias se inclinan del lado de éstos; pero como trabajo de combate y de defensa, sinceramente concebido y dispuesto, así y no de otro modo debía presentarse por hombre que, como el Sr. Alzola, es fiel creyente de la escuela protectora peninsular y habla en nombre de ella.

El estudio está hecho concienzudamente, y engolosina y arrastra al lector aficionado á estas utilísimas investigaciones y al conocimiento del estado de los intereses de la producción y del tráfico de nuestro país. Aparecen tratados en su hermoso conjunto: la historia de la cuestión arancelaria de Cuba; las ideas en que se basó la antigua colonización española; el dogma económico castellano; la diferencia entre la dificultosa administración de la Metrópoli y la gobernación paternal y expansiva de las posesiones de América; la comparación de nuestro régimen colonial con los de Inglaterra y Francia, y las tradiciones y sacrificios hechos por España en pro de Cuba. Estudiada está en sus páginas la ley de Relaciones de 1882 y sus efectos en las exportaciones é importaciones de la isla, y resumidas todas las transacciones mercantiles; analízase después la información que precedió á la reforma arancelaria de 1892, el tratado con los Estados Unidos y las rebajas considerables que se les concedieron, los Aranceles y el comercio de las Antillas, las estadísticas y valoraciones del comercio exterior y el tráfico mercantil de Cuba. Hace la crítica del supuesto monopolio de la metrópoli, comparando el estado actual con el de las colonias de las demás naciones; da cuenta del estado del Tesoro de Cuba y de sus presupuestos, contribuciones y renta de Aduanas. Describe el régimen arancelario de las colonias extranjeras, y trata detenidamente de los impuestos de los artículos coloniales en España y en otras naciones respecto á los principales productos. Como preliminar para llegar á la reforma de los Aranceles vigentes en las Antillas, examina las reclamaciones formuladas en los años de 1892 y 93 respecto á las tarifas de Puerto Rico, y aquellas en que pedía la modificación de los derechos á su entrada en Cuba; los acuerdos de los representantes cubanos; el nuevo Arancel para los productos peninsulares y su comparación, y las opiniones emitidas en las conferencias entre los representantes cubanos y la Liga de Productores de España. Al llegar al capítulo concreto de las soluciones, expone, explica y analiza las propuestas por aquellos representantes y por los peninsulares, decidiéndose por esta última, que es la que está conforme con su criterio. Tales son las importantes materias de esta obra, redactada como quien dice sobre el campo de batalla, con muchos antecedentes y gran preparación, aunque el trabajo de confeccionarla haya sido breve y fácil para un publicista como el Sr. Alzola, para el autor de *El arte industrial en España*, de los *Estudios de administración municipal* y de tantas obras serias de economía y de ingeniería, que sabe manejar con tanto acierto y elegancia la pluma de estadista, como el cartabón y el compás de hábil proyectista y constructor. Él es uno de los pocos que en España trabajan mucho, desinteresadamente, en pro de la cultura y de los adelantos, y justo es repetirlo y sin tasa ponderarlo.

Ahora, en la contienda económico-mercantil de España y de las Antillas, venga el libro de los productores americanos en oposición al del Sr. Alzola, escrito con la misma riqueza de datos, con la misma serenidad de espíritu y con la misma firmeza, y vengan otros y otros estudios; y con tan nobilísimas enseñanzas quedará bien informada la opinión pública, y podremos pensar en concebir el plan reformador más conveniente para armonizar tan encontrados intereses, y obtener el fecundo éxito que debe obtenerse de estas gloriosas batallas de la inteligencia.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

IMPORTANTE.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen en fin del presente mes, y piensen seguir honrándonos con su concurso, se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

Tanto para avisar las renovaciones, como para hacer cualquier reclamación sobre el servicio, es muy conveniente acompañar á las cartas una de las fajas con que se recibe el periódico.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Tratado práctico de la cría y multiplicación de las *palomas*, por D. Buenaventura Aragó.

Contiene esta útil obrita un estudio completo de las palomas, su historia, razas, productos, enfermedades, aprovechamiento, educación y aplicación de las mensajeras, ilustrando tan interesante materia 13 grabados.

Véndese, á 2,50 pesetas, en casa de Cuesta, Carretas, 9, Madrid.

Narraciones vulgares, por D. Juan Guillén y Sotelo, con un prólogo de Salvador Rueda.

Este nuevo tomo de la *Biblioteca Selecta* le forman una docena de cuentos, por cierto muy bien contados, y que acreditan al autor de buen literato. *Los Aviones*, *La Nochebuena del carabinero*, *De la corte al cortijo*, nos han agradado particularmente.—Cuesta el tomo 50 céntimos de peseta.

Rataplán, por José María Mateu; *Gritos del alma*, por Teodoro Guerrero: *Romances y otros excesos*, de Tomás Luceño.

TENÍA LA COSTUMBRE DE LEER.

Imagínate una montaña de 3.000 pies de altura. Quizás hayas visto alguna; é imagínate ahora un hombre que pesase 165 libras y que subiese á la cima de la montaña en un solo día. De seguro que dirás que estaría bastante cansado para cuando llegase allí.

Claro que lo estaría; pero sus piernas al ayudarle á subir no harían una suma de fuerza mayor que la que hace el corazón al impulsar la sangre por el cuerpo; y, sin embargo, hay todavía una consideración que hacer, y es, que las piernas pueden descansar, mientras que el corazón no descansa, no ya un minuto, sino ni siquiera un segundo. Además, mientras las piernas descansan, puedes estar sentado, dormir, hablar ó leer, al paso que cuando el corazón descansa, es que estás muerto. Con todo, el corazón hace su trabajo silenciosamente, por lo general, y jamás le sientes, á menos que estés muy excitado ó excesivamente cansado; pero á pesar de ello, ¡qué gran trabajador no es! ¡qué máquina tan hermosa!

No obstante, el día en que funciona mal nos asustamos; es lo mismo que si nos hallásemos á bordo de un buque que se estuviese sumergiendo.

En una carta fechada en Santa Marta, provincia de Badajoz, á 3 de Octubre de 1893, el Sr. D. Ciriaco Jiménez dice que su esposa sufría, entre otras cosas, de palpitaciones del corazón. Con ellas experimentaba una sensación de ahogo y opresión en el pecho. No era milagro que estuviese alarmada, pues la enfermedad parecía amenazar los órganos vitales. Al mismo tiempo se enflaquecía y debilitaba; el apetito le iba faltando gradualmente, y el poco alimento que tomaba, lo tomaba más bien por necesidad que por deseo natural; se veía con frecuencia atacada de vahidos, especialmente al hacer movimientos repentinos, como el de levantarse de la cama ó silla.

A menudo el alimento se le subía á la garganta, mezclado con un fluido acre, que la picaba, como un ácido, durante algunos minutos. La piel se la cubría algunas veces de un sudor frío, y se le volvía á secar en seguida, y se hallaba marcada por una coloración verde amarillenta, que ni ella ni su familia dejaron de observar. Progresando la enfermedad, aquella señora se fué haciendo cada vez más sensible y excitable, afectándose generalmente hasta por los objetos y ruidos más comunes. Además de todo esto, había otros síntomas de un estado que podía ser fatal, ó no serlo, pero que reclamaba con urgencia medidas curativas. Pero, á todo esto, ¿cuál era su enfermedad? ¿Dónde se hallaba localizada? ¿Era una enfermedad de corazón? ¿era de los nervios? ¿Quién lo podía decir?

Uno tras otros se recurrió á diferentes medios de tratamiento y á diversas medicinas, de que hablaremos; en una palabra, todos fueron inútiles. ¿Qué hacer entonces? ¿Dejar que la enfermedad siguiese su curso? Permítasenos que el esposo refiera lo que ocurrió.

Dice así: «Mi esposa tenía muy arraigada la costumbre de leer los periódicos, particularmente los anuncios, en uno de los cuales leyó la descripción de su remedio de ustedes; me llamó entonces la atención hacia ella, y me dijo: «He probado ya tantas cosas, que no perderé nada en probar esta otra más.» Conviniendo yo en ello, compré una botella del remedio en la farmacia del Sr. D. Francisco Estévez, y la empezó á tomar de acuerdo con las instrucciones. Al acabar esta botella se hallaba ya mucho mejor, y no bien terminada la segunda, todos los síntomas arriba descritos habían desaparecido. Hoy se halla tan fuerte y activa como siempre lo fué; es madre de diez hijos (en otros tantos años), á ocho de los cuales ha criado por sí misma, lo cual podía muy bien haber sido la causa de su enfermedad. (Firmado:) Ciriaco Jiménez.»

No hay duda que el trabajo y ansiedad que implicaba el cuidado de tantos hijos tenía algo que ver con ello, como el Sr. Jiménez sospecha; pero la enfermedad no era otra que indigestión y dispepsia, de la cual eran meros resultados los varios desórdenes orgánicos, inclusos los del corazón, cuyas palpitaciones, en especial, estaban causadas por el gas que iba distendiendo el estómago y oprimiéndolo contra el corazón, mientras que los vahidos, etc., estaban motivados por la depresión de los nervios.

Así, pues, cuando el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, que es la medicina á que alude, curó la dispepsia, todos los síntomas se desvanecieron, como era de esperar.

Resultado feliz, debido á la excelente costumbre de aquella señora de leer los periódicos, costumbre que todas las personas deberían imitar.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.



OBRAS POÉTICAS
DE
D. JOSÉ VELARDE
DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.— Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

Estas tres obras acaba de publicarlas la Biblioteca Diamante al precio de todas las de la misma, ó sea 50 céntimos de peseta. Las tres son amenas, y contienen buenas cosas, que sin duda, valen bastante más de lo que cuestan.

Tratado práctico de Molinería, por don G. Gironi.

La industria molinera en España, una de las más importantes, carecía de una obra en la que constasen todos los últimos adelantos, para que el molinero y fabricante de harinas pudiesen desarrollar su industria, conociendo cuantos datos les son necesarios: este objeto lo ha conseguido el Sr. Gironi con la publicación de su excelente obra, en la cual se ocupa con gran extensión del conocimiento, conservación y limpia de granos; molienda con piedras y austro-húngara ó por cilindros; molinos especiales; cernedores; sasoresplansichter; reconocimiento, adulteraciones y conservación de harinas; descascarillado, pulimento y satinado del arroz.

Por las líneas expuestas se comprende la grandísima utilidad de este libro, que se halla perfectamente ilustrado con 83 grabados, describiendo toda clase de máquinas y útiles de molinería.

Su precio es 6 pesetas en Madrid.

A provincias se remite, franco de porte y certificado, enviando una libranza de 7 pesetas á los Hijos de Cuesta, Carretas, 9, Madrid.

Nuevas investigaciones sobre el tiroides y la medicación tiroidea, por el doctor D. José Gómez Ocaña, catedrático de Fisiología de la Facultad de Medicina de Madrid.

La curiosísima obra del Dr. Gómez Ocaña, único trabajo que sobre el particular se ha publicado en castellano, es una notable recopilación de cuanto sobre la materia se ha escrito en el extranjero, considerablemente avalorada con la exposición de los experimentos y conclusiones obtenidas por tan ilustrado fisiólogo.

Después de hacer una detallada exposición de la fisiología de las glándulas vasculares sanguíneas, hace la historia de la glándula tiroides en sus períodos conjetural y de investigación clínica y experimental, y expone concienzudamente los experimentos y conclusiones de todos los prácticos más eminentes, así como las aplicaciones prácticas en el mixedema, cretinismo, enfermedades cutáneas, venéreas, sifilíticas, obesidad, bocio exoftálmico, etc., etc. La tercera parte está por entero consagrada á las investigaciones realizadas por el autor en el laboratorio, y sirve de antecedente para la cuarta y última, verdadero resumen de los hechos, y en la que se expone todo lo más moderno que acerca de la medicación tiroidea se conoce, así como las originales conclusiones deducidas por el autor.

Forma un elegante tomo de 244 páginas, esmeradamente impresas, con grabados, y lujosamente encuadernado en piel.— Precio: 3,50 pesetas. De venta en la Administración de la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, Preciados, 33, bajo, Madrid, y en todas las principales librerías.

Biblioteca de viajes. Con este título ha publicado la conocida casa editorial de Guijarro el primer tomo de los que venía anunciando hace tiempo. Abarca el volumen la montaña de Santander, Ronda, San Cugat del Vallés, Plasencia y Yuste, las ermitas de Córdoba, y San Sebastián y Bilbao, y está escrito por Galdós, Ortega Munilla, Troyano, Pérez Nieva y Taboada. La diversidad de estilos de los autores, el contraste entre la naturaleza de los sitios descritos, la multitud de fotograbados que le ilustran y las condiciones tipográficas de la obra, hacen de ella una verdadera filigrana. Ya era hora de que, á semejanza de lo que ocurre en el extranjero, se viera en los escaparates de nuestras estaciones de ferrocarril volúmenes del lujo y bondad del que nos ocupa. Véndese, al precio de 3,50 pesetas, en casa de Suárez y en las principales librerías.

Asociación de dependientes de comercio de la Habana. Memoria de los trabajos llevados á cabo por la Directiva durante el año 1893-94 y segundo semestre de 1894.

Conócese por este folleto la buena administración de esta sociedad, lo próspero de su situación y lo bien que realiza sus importantes fines. Hemos recibido un ejemplar, que agradecemos.

Origen poliédrico de las especies. Unidad, origen, reproducción y síntesis de las formas, por D. Arturo Soria y Mata.

La doctrina que en esta obra expone el señor Soria, es la misma que le oímos en el Ateneo hace pocos meses. Sostiene que el tipo de las formas masculinas es el dodecaedro cerrado, y el de las femeninas el icosaedro, exponiendo una curiosa y original teoría sobre la sexualidad de las formas.

Geometría práctica para la enseñanza elemental, por D. Enrique Fernández Prieto.

Esta *Geometría práctica* nos parece verdaderamente útil para la enseñanza. Redúcese á una hoja en la que están representadas las figuras geométricas principales é indicado gráficamente el modo de trazarlas.

Véndese en las principales librerías

G. R



SR. D. SERAFÍN DE LA PIÑERA Y PÉREZ,

CORONEL DE INFANTERÍA DE MARINA, RECIENTEMENTE DESTINADO Á LA ISLA DE CUBA Á LAS ÓRDENES DEL GENERAL EN JEFE DE AQUEL EJÉRCITO.

(De fotografía.)



MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXIX.—NÚM. XXIV.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Junio de 1895.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos

PARÍS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS, DE 1895.



EL MARQUESITO.

CUADRO DE MONGINOT.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL.

¡Qué calor! Sudando llego.....

Así empezaba Ventura de la Vega una de sus famosas composiciones, y así debamos empezar la Crónica, porque esta vez el verano ha comenzado repentinamente y sin preparación. Los elegantes y sus imitadores disponen sus equipajes: las Córtes aprueban á todo correr los presupuestos, y nadie que se estime cree decoroso permanecer en Madrid ya, sino con un pie en el estribo, dejándonos humillados á los que creemos habitable esta villa cuando tantos la abandonan y dejan los paseos sin gente por las tardes y las frescas alamedas del Retiro solitarias en las primeras horas de la mañana. Madrid empieza á ser estrecho para su población, y sólo resulta ancho y confortable en el verano, cuando se aligera de vecinos. Dos medios hay de salir á provincias en la estación calurosa: tomar el tren y marcharse fuera, ó no tomar nada y quedarse en la villa sosegada, que parece un pueblo grande cuando la abandonan los elementos más ruidosos. Como es impopular la defensa de Madrid en verano y la traslación de estas excursiones higiénicas á los meses de las pulmonías, cuando la vecindad del Guadarrama es peligrosa, y como las modas no se reflexionan, sino que se ejecutan sin discurrir, no insistiremos en imponer leyes al capricho, ni someterle á la razón. Baste consignar que los calores se han echado encima coincidiendo con la entrada del verano, y que el año 1895 no ha tenido primavera natural, sino puramente oficial y supuesta.

No sabemos si las nubes que aparecen á lo lejos son ó no pasajeras tormentas de verano: ello es que está en crisis ministerial Inglaterra y en situación parecida á la nuestra en lo relativo á la dificultad de aprobar sus presupuestos; que en Italia el famoso diputado Cavallotti parece dispuesto á acusar de prevaricación, en forma, al presidente del Consejo de Ministros Sr. Crispi, contra quien ha lanzado en la prensa ataques apasionados: y no han faltado en España choques y disgustos parlamentarios, que han tenido que resolverse ó aplazarse con intervención de padrinos, y que es de presumir y desear se arreglen definitiva y satisfactoriamente á su debido tiempo. Aprobados los presupuestos en el Congreso, falta sólo que lo sean también en el Senado, y aunque la escasez del tiempo dificulta esta formalidad, mientras escribimos esta Crónica con alguna anticipación se trabaja activamente para legalizar la situación económica y que tenga debido cumplimiento el patriótico compromiso que contrajo y cumple el Sr. Sagasta honradamente. Cuando esto se haya realizado por completo, terminará la anómala situación del Ministerio, obligado por las circunstancias á gobernar con una Cámara de enemigos políticos y apoyado por éstos, sin medios de iniciar ni resolver por sí propio sus ideas, viviendo como un menor, bajo la tutela de un adversario; caso extraño de rectitud y tolerancia que demuestra lo mucho que se han suavizado las costumbres políticas, ó la poca distancia real que existe hoy entre los partidos, que se distinguen, más bien que por sus ideas, por las personas que los mandan.

°°°

La actitud del presidente Mr. Cleveland es la que esperábamos del jefe de una nación amiga; sus explícitas declaraciones contra el filibusterismo y la organización de fuerzas y de cualquiera expedición hostil á España, las que corresponden al hombre que está al frente de un país civilizado: sólo falta que las autoridades de la República secunden sus propósitos, que en último caso han de favorecer á los mismos á quienes aparten de una ruina segura. Acaso no puedan evitar otros actos que tienen poca importancia, como la elección de un presidente *in partibus* de la república cubana, cargo tan honorario y gratuito como si nos reuniéramos en el Suizo algunos desocupados y eligiéramos un rey de los Estados Unidos. En cuanto al empréstito, no creemos que los banqueros norteamericanos estén tan mal con su dinero y le coloquen con tan escasas garantías, parecidas á la de la rifa del Retiro intentada en Londres hace tiempo por el famoso Lazeu, si no mienten los que circularon la noticia. España, no sólo está en posesión de sus provincias de Ultramar, sino en estado y con plena y enérgica voluntad de defenderlas. Precisamente en estos días se han embarcado en nuestros puertos nuevos batallones vitoreados por el pueblo, y Madrid ha despedido con aplausos á las tropas que marchan á defender nuestro derecho y nuestra honra. Muchos caerán, es triste reconocerlo, pero no sin hacer sentir á los que quieren sangre que España ha derrochado siempre la suya con esplendidez, pero llevándose por delante muchas vidas. Y basta: que nos repugnan las bravatas.

°°°

Si D. Alberto Aguilera no hubiera dejado otros muchos recuerdos buenos de su gobierno en Madrid, bastaría, para que dejase un nombre ilustre, la creación del asilo benéfico Santa Cristina, en la Moncloa, inaugurado oficialmente en la tarde del viernes, con asistencia de SS. MM. y A. R. Cuando Pontejos convirtió el antiguo convento de San Bernardino en otro asilo de pobres, los frailes Franciscanos le habían dado hecho el establecimiento, con su refectorio, cocina, dormitorios y todas las dependencias para albergar á una comunidad mendicante. El Sr. Aguilera tuvo necesidad de crearlo todo, desde la elección de sitio hasta la creación de recursos para la obra que han realizado los arquitectos Sres. Mathet y Belmás: supone todo una actividad y una iniciativa que sorprenden y merecen perpetuarse. Si además del trabajo y la constancia que se han necesitado para interesar á tanta gente en la obra benéfica y pedir para los pobres, se recuerda el considerable donativo propio con que contribuyó á ella, renunciando á un capital que no le sobraba en favor del Asilo, todas las palabras son pocas para enaltecer su nombre y su acción en estos tiempos egoistas. Así, con obras positivas que sobrevivan á los efímeros cargos y á nuestra vida breve, se cumplen de un modo indudable los deberes públicos, y así se logra que el dia de mañana la posteridad bendiga ciertos nombres y se olvide de otros muchos, porque, á larga, cada cual es hijo de sus obras.

Honran éstas á los arquitectos Sres. Mathet y Belmás, que, en vez de un edificio, han construido una serie de pabellones destinados á los diversos menesteres de aquella población, con todos los adelantos de la higiene y el desahogo y comodidad posibles de los asilados, así como talleres amplios, y limpios comedores y cocinas, instalación de luz eléctrica, que hacen del Asilo un establecimiento modelo, digno de la capital.

Sólo encontramos un inconveniente al Asilo de Santa Cristina. Tememos que los alojados en casas de huéspedes pidan plazas de pobres para mejorar de alojamiento.

°°°

La Congregación de San Ignacio de Loyola de vascongados residentes en Madrid ha reconocido por hermano Mayor al rey Alfonso XIII, el menor, en edad, de los hermanos, al presentar en Palacio las constituciones de aquella antigua Hermandad, no sabemos si nuevas ó las que regían en el siglo pasado. Si la memoria no nos engaña, había en éstas, entre otras curiosidades, un dato interesante para comparar la diferencia de valores de la propiedad urbana de Madrid en el transcurso de un siglo. La Congregación de San Ignacio compró una casa de la calle del Barquillo, esquina á la de Alcalá, suponemos que sería la misma del café de Cervantes, á real y medio el pie. Se puede calcular que hoy vale trescientas veces más, si bien es cierto que no guarda la misma proporción, ni con mucho, el aumento en las fincas en los barrios menos céntricos. La construcción del barrio de Salamanca centuplicó la riqueza del distrito de Buenavista, al par que aumentó extraordinariamente la tributación urbana de Madrid.

°°°

Momentos después de terminado el trozo de nuestra Crónica anterior en que renunciábamos á ocuparnos de libros que por su índole no tuvieran conexión con los hechos de que en la misma se tratan, llegaban á nuestras manos dos obras que, hallándose excluidas por su naturaleza, estaban, por razón de tiempo, á causa de haberla anticipado, dentro de la Crónica anterior. Es una de ellas la continuación de la *Historia general de Filipinas*, por el laborioso correspondiente de la Academia de la Historia D. José Montero y Vidal, ó sean los tomos II y III de dicha publicación, que da por terminada, si no definitiva, probablemente, al concluir en 1873 el mando del general Izquierdo en aquel Archipiélago. El tomo I se había publicado en 1887 y quedado la obra en suspenso por circunstancias inevitables; desde entonces el autor ha reunido materiales y residido en Filipinas dos años y medio. Engañaríamos al público y al autor diciendo que habíamos leido dos tomos voluminosos en tan poco tiempo: sólo pudimos repasarlos, y advertir que el autor no era muy afecto á la Compañía de Jesús, por dedicar á los antecedentes de su expulsión más páginas de las indispensables en una historia de Filipinas, y, dando gran extensión á los cargos, no dejar lugar á la defensa: que su criterio es liberal, y que la abundancia de noticias le obliga á extractarlas y reducirlas á menudo: y como expone al terminar el tomo III que podrá haberse equivocado en sus juicios, pero que en ese caso sólo debe achacarse á error de entendimiento, dejándole la responsabilidad de sus ideas, sólo nos corresponde hacer mención de su trabajo, pues no es tarea fácil escribir tres tomos de historia tan copiosos, ni que deba pasar inadvertida en donde apenas se escribe otra cosa que libros de amena literatura y críticas de esa ligera producción.

Su corta extensión nos ha permitido, en cambio, leer las *Crónicas de la antigua Guatemala*, libro impreso en aquella capital, y debido á la pluma del docto académico de la Española, D. Agustín Mencos F. Por varios conceptos es útil é interesante para nosotros la lectura de ese libro: como estudio de algunos modismos y vocablos del castellano en aquel país; por la amenidad de sus anécdotas históricas, que se refieren á la época de la dominación española, y porque suele recordar y poner por ejemplo aquellos tiempos obscuros á los que no han sabido mejorarlos en la época presente.

°°°

Un poco de tauromaquia titula *Le Temps* á un curioso artículo en que, haciéndose cargo de la burla que hacen de las leyes los aficionados á los toros en Francia, les aconseja desistir de su afición y someterse, antes de que el Gobierno, empleando todos los recursos de que dispone, concluya con las corridas en absoluto, si no renuncian á los toros de muerte que lidian con frecuencia y despachan nuestros espadas. Allá se las hayan los franceses en eso de la legalidad ó ilegalidad de las corridas á la española: cada país tiene su jurisprudencia, sus costumbres y repugnancias, y por decirlo así, sus modismos legales, y no entramos ni salimos en el fondo de la cuestión que trata el sensato colega parisiense. Sólo nos oponemos, en nombre de la razón y de la verdad, á que el toro sea clasificado entre los animales domésticos, ni que su fiereza sea accidental y efecto de un brebaje, como sostenía no hace mucho un periódico francés. Acaso tenga razón éste en lo que se refiere á la ineficacia de la actual legislación francesa para impedir la práctica de su profesión á los toreros españoles; pero conviene hacer algunos reparos á ciertos argumentos que emplea al combatir la circular que impone pena de expulsión á los toreros que maten en Francia. «En vano se pretende que eso les contenga. Los espadas contratados para matar, matarán, á pesar de lo que decreten los prefectos. Los culpables serán expulsados: es verdad. Pero vendrán otros tras ellos, y en España todo el mundo es matador accidentalmente ó de nacimiento. Habrá, por consiguiente, que expulsar á toda España torero por torero, y trabajo les mando á los prefectos.» Como se ve, *Le Temps* no se limita á combatir la eventualidad de que *Guerrita*, Mazzantini, y todas las cuadrillas conocidas ó por formar, salgan á los circos de Francia: teme que nos dejemos todos la coleta y nos ajustemos para matar toros en las plazas de Saint-Sever ó Mont-de-Marsan, y no concibe á ningún español que no tenga en su guardarropa un capote de percalina para hacer una verónica cuando el cuerpo se lo pida. A decir verdad, todos hemos jugado al toro cuando chicos, y aun picado y puesto banderillas y clavado espadas de palo en toros que tenían por testuz una banasta. Si á eso se refiere, somos sospechosos. Pero si estos malos antecedentes nos comprometen á que en el caso de estar en Francia y escaparse un toro bravo debamos, en nuestra calidad de españoles, tirar de la colcha de una cama y la espada de un gendarme y salir á parar los pies y rematar de un volapié al animalito, francamente, la cosa tiene cierta gracia.

°°°

—Pero, hombre, ¿quieres conocer á las mujeres mejor que yo? Tú has sido fiel á cuatro ó cinco: yo he tenido relaciones con doscientas.

—Por eso las he estudiado más á fondo. Hay entre nosotros la diferencia que entre el archivero y el lector: tú conoces todas las mujeres por el forro: yo he estudiado bien las que he elegido.

—¿Y qué opinas de ellas?

—Que somos dos modestos principiantes, y si nos examinara la más lerda, tendría que darnos calabazas.

—Tienes razón: y eso prueba que debemos continuar nuestros estudios.

—¿Quieres que vayamos mañana al Retiro?.....

—Es preciso salir antes que el sol.

—Es muy difícil; por mucho que madrugo, el sol madruga más que yo.

—¿A qué hora se levanta?

—Creo que en este tiempo no se acuesta.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

El Marquesito, cuadro de Monginot.—*Tipos y costumbres madrileños. La Verbena*, dibujo de Méndez Bringa.

El Marquesito, de Monginot, es un tipo que ya no existe; pasó á la Historia con la sociedad que le produjo, y que fué, en Francia, gran protectora de las artes y de las letras. Según unos, era mejor que la que le siguió; según otros, peor. La disputa durará eternamente, y no hemos de entrar en ella poco ni mucho. Sólo diremos, porque es lo que importa al caso, que la bondad será discutible, pero la belleza no. La estética preferirá siempre los señores de tiempo de Luis XIV y aun los de Luis XVI, al populacho de la Revolución.

En la actitud arrogante de *El Marquesito* (*Le petit Marquis*) nos muestra Monginot qué pronto se consideraban aquellos nobles superiores á los demás mortales, no esperando á los años para darse aires de autoridad y nobleza. El cuadro figura en la última Exposición de los Campos Elíseos, y gustó mucho. (Véase la primera página.)

De las antiguas verbenas, en que nobleza y pueblo bajaban juntos á las vegas del Manzanares, á las de hoy, la distancia es grande: tanto, que ni los muchos años transcurridos bastan á explicar la mudanza. Entonces iban á la verbena Felipe IV y Carlos II. Ahora va sólo el pueblo, y á veces el populacho, es decir, la última de las llamadas capas sociales.

Pero aun hay materia para el artista en las verbenas de hoy, porque la alegría que da nuestro cielo y la gracia y donaire de las mujeres las animan y embellecen. El bonito dibujo de Méndez Bringa, que publicamos en la pág. 412, es buena prueba de ello. Una mujer es la principal figura que en él se encuentra, como significando que ellas son el alma de la fiesta. Todo lo demás, Tío Vivo, conciertos al aire libre, guitarra y cante, es secundario.

°°°

SANTIAGO DE CUBA.

El poblado de El Cristo.

El Cristo es un pequeño poblado distante de Santiago de Cuba pocos kilómetros y en comunicación con esta ciudad por ferrocarril. El dia 6 del pasado Mayo entró en él Anto-

nio Maceo con su partida é intimó la rendición á la corta fuerza que guarnecía el fortín. No perdieron ánimo los nuestros, sino que se defendieron valerosamente, esperando el socorro de la guarnición de Santiago, de la cual salieron luego tropas para batir á los rebeldes.

Estos previeron la llegada, y levantaron los rails de la vía para que descarrilase el tren; pero previsto también el ardid por el jefe de las fuerzas españolas, mandó que marchase delante una máquina exploradora, la cual, efectivamente, descarriló, descubriendo el peligro á los que detrás venían. El enemigo, que estaba emboscado, lanzóse sobre los que en la máquina iban, para acabarlos antes de que llegase el grueso de la fuerza; pero defendiéronse con gran arrojo los caídos, ayudados de los maquinistas, negros animosos que tomaron los fusiles de los dos soldados que primero quedaron heridos. En esta desigual pelea estaban cuando se acercó el tren, con lo cual huyeron los rebeldes, no sólo de allí, sino también de El Cristo, cuyo fortín no pudieron tampoco tomar. En venganza de la resistencia que hallaron, quemaron y saquearon el poblado, llevándose lo que pudieron.

En nuestro primer grabado de la pág. 404 vese un grupo de soldados de una avanzada, tiroteándose con el enemigo. Está tomado de fotografía que nos remite persona residente en Santiago de Cuba. El Sr. Argemí, también de aquella ciudad, nos ha enviado otra fotografía (segundo grabado de dicha página) representando dos de las principales casas quemadas por los insurrectos. En las págs. 405 y 416 publicamos también dos interesantes vistas de El Cristo.

°°°

EXCMO. SR. D. RAMÓN DE HERRERA Y GUTIÉRREZ,

jefe del partido reformista de Cuba.

Este ilustre político cubano es de familia montañesa, y uno de los hombres de mayor importancia en la isla por la extensión de sus negocios. Lo afable y sencillo de su trato y su rectitud y patriotismo le dan gran autoridad é influencia.

Vino á la política hace pocos años, mereciendo por los antedichos títulos la jefatura del partido reformista, formado de la izquierda del antiguo partido de Unión Constitucional y compuesto de peninsulares y cubanos. Estuvo en la Península el año 93, pronunciando en el Senado un patriótico discurso, que puede considerarse programa de la agrupación que dirige.

Es coronel de voluntarios y lleva el título de Conde de la Mortera. Publicamos su retrato en la pág. 405.

°°°

EXCMO. SR. D. JOSÉ MARÍA GÁLVEZ,

jefe del partido autonomista de Cuba.

El Sr. Gálvez, cuyo retrato va en la misma página 405, es natural de Matanzas, donde nació en Noviembre de 1835. Se educó en los colegios de *La Empresa* y *El Salvador*, y siendo estudiante aprovechado salió buen abogado, ganando en poco tiempo fama de elocuente y entendido, así como también de buen periodista. Parte del período que duró la primera guerra de Cuba estuvo confinado en la provincia de Pinar del Río por sospechoso.

Antes y después de esta época ayudó á los separatistas; pero al constituirse el partido autonomista, dejó el camino de la revolución, pasando á ocupar el cargo de presidente de la Junta central del partido, que aun tiene.

°°°

ALEMANIA.

El Canal del Norte.

De las fiestas con que ha celebrado Alemania la apertura del Canal del Norte han salido palabras de paz y temores de guerra. El emperador Guillermo ha aprovechado cuantas ocasiones se le han ofrecido de declarar que la política imperial es pacífica; pero al mismo tiempo que hablaba en estos términos, la escuadra rusa y la francesa hacíanse en Kiel mutuas demostraciones de afecto, que sonaban á alianza antigermánica. No puede decirse que aquel Soberano, tan mal conocido en España (como que sólo se le conoce por lo que de él escribe la prensa parisiense), se haya mostrado arrogante y altanero. Nada ha hecho que duela á los aliados. Lo que duele es el Canal, y los más doloridos los rusos, que dejan de ser los primeros en el Báltico, ahora que los alemanes pueden juntar fácil y brevemente en este mar sus dos armadas. Y como todo dolor ruso es también dolor francés, toma esta nación la obra del Canal tan á pechos, no sólo por lo que á ella estorba (que no es poco), sino más todavía por lo que disgusta á su nueva amiga.

En 1864 pensó el Gobierno de Prusia en cortar el istmo jutlandés, que acababa de conquistar; pero no le llevó adelante, porque al Estado Mayor le pareció que las defensas que habría que construir para asegurar la obra del lado de tierra costarían más de lo que el canal valdría. Como Prusia apenas tenía marina de guerra, y muy pocas costas en el mar del Norte, no había fundamento para tal sacrificio.

Hecha la unidad alemana, cambiaron las circunstancias, y con ellas el parecer del Estado Mayor. Un armador de Hamburgo llamado Dahlstraem resucitó el proyecto, y consiguió verlo aprobado por el emperador Guillermo, por Bismarck y por el propio Moltke.

En 1886 le aprobó el Consejo federal, y votó el Parlamento 156 millones de marcos para las obras.

Comenzaron éstas de allí á poco, y han continuado con gran diligencia hasta hoy. De los 75 millones de metros cúbicos de tierra que ha sido preciso mover, una buena parte se ha empleado en cegar muchas ciénagas y marismas de aquella comarca, mudándolas en productivos prados. Tiene el canal 99 kilómetros (98.650 metros) desde la ría del Elba, junto á Brunsbuttel, donde comienza, hasta el puerto de Kiel, donde acaba. Su anchura es de 65 á 67 metros, en la superficie del agua. La altura de ésta no baja de 9 metros en parte alguna. El radio de las curvas es de 3 á 6 kilómetros por término medio, sin bajar de 1.000 metros en ningún sitio. Los barcos de hasta 10.000 toneladas pueden navegar libremente sin necesidad de esperarse en los seis cruces que hay en el Canal. Sólo los grandes acorazados de mayor tonelaje del que hemos dicho, necesitan de aquellos cruces.

A la entrada hay dos esclusas, y otras dos á la salida, las cuales tienen por objeto mantener el agua siempre á la misma altura. La muralla que las separa tiene 15m,50 de grueso en la base y 12m,50 en la parte alta. De longitud tienen 150 metros, de ancho 25 y de hondo 10m,27 en Brunsbuttel (entrada) y 9m,85 en Holtenau (salida). Tienen puertas metálicas que las pueden dividir en dos partes. Estas esclusas ábrense y ciérranse automáticamente con motor hidráulico. (Véanse las págs. 408 y 409.)

Como en el Báltico no hay mareas, el nivel de las aguas será casi constante de la parte de Holtenau. En la entrada, ó sea del lado de Brunsbuttel, las mareas del mar del Norte hacen subir al Elba algunos metros. Cruzan el Canal dos puentes de hierro: uno en Grunenthal, que tiene 156 metros, y otro en Levensau (del que dimos hace poco una vista), aun mayor, pues llega á 163.

Al comercio ofrece este Canal la ventaja de acortar mucho la navegación del mar del Norte al Báltico, y de evitar los peligrosos mares que separan á Jutlandia de Escandinavia.

En una guerra las ventajas que daría á Alemania son manifiestas, pues le permitiría reunir todas sus fuerzas en el Báltico ó en el mar del Norte, según conviniera, en diez ó doce horas. Para guardarle de toda acometida de enemigos, ha fortificado cuidadosamente la entrada, la salida y diferentes puntos de su recorrido.

En el artículo del Sr. Conde de Coello, que publicamos en la pág. 410, hallarán los lectores minuciosa noticia de las fiestas de la inauguración, orden que guardaron los barcos en la bahía de Kiel y en el paso por el Canal, etc., etc. Para completar la explicación de las ilustraciones de las páginas 408 y 409, sólo nos falta decir algo del ingeniero director de las obras, cuyo retrato publicamos en la primera de ellas.

Es hombre de edad avanzada, pues nació en 1825. Estudió en la Academia de Berlín, y de allí salió á los veintiún años con el título de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Su especialidad científica es la canalización de ríos, y á la reputación que como tal tiene, debió el nombramiento de presidente de la Comisión técnica de Kiel.

°°°

NUEVA YORK.

El nuevo edificio del *New York Herald*.

El *New York Herald* es el primero de los periódicos norteamericanos, y aunque ya tiene muchos rivales en tirada, ninguno ha llegado á serlo en crédito universal y en iniciativa para las grandes empresas. Cuando Stanley era su corresponsal en Madrid, llamóle á París el propietario Mr. Gordon Bennet y le mandó á África en busca de Livingstone. Después, asociado á uno de los grandes periódicos ingleses, le volvió á mandar para cruzarla de costa á costa. Por cierto que fué el propio Stanley quien desde Londres dirigió á Gordon un telegrama preguntándole si quería contribuir á la empresa con unas cuantas docenas de miles de duros. La respuesta que momentos después cruzó el Atlántico fué ésta: «*Yes.*—GORDON.» Recientemente mandó el mismo periódico dos redactores á Madrid, para que estudiaran desde España la cuestión cubana.

Esta última circunstancia da á cuanto se refiere á dicho periódico, además del interés que en sí tiene, el que ahora decimos de actualidad. Por eso creemos que los lectores gustarán de las dos vistas, que en este número publicamos, del nuevo palacio del *New York Herald* (pág. 413).

Hállase este magnífico edificio en la parte más concurrida y principal de Nueva York, en el encuentro del Broodway, la Sexta Avenida y las calles 36 y 39. Es de los más suntuosos de la ciudad, y notable por la fidelidad con que el arquitecto ha imitado en él los estilos clásico y del Renacimiento italiano. Corona la fachada principal una estatua de Minerva, á los pies de la cual hay una campana en la que dos figuras de obreros dan golpes con gruesos mazos para señalar la hora. El primer cuerpo del edificio está sostenido por graciosos arcos, que descansan en esbeltas columnas.

Pero lo más digno de ser visitado es el salón de máquinas. Son éstas de las más perfectas que se conocen, y han sido construídas por R. Hoe and Company, el más famoso fabricante de ellas que hay en los Estados Unidos. Ninguna descripción dará mejor idea de la maquinaria del *New York Herald* que este dato asombroso: puede tirar 288.000 ejemplares, de ocho páginas, en una hora. Para los suplementos de colores tiene maquinaria especial, que puede tirar 20.000 números de ocho páginas en igual espacio.

Basta lo dicho para que se comprenda lo que es hoy el principal periódico norteamericano.

G. REPARAZ.

¡SE HABLA ESPAÑOL!



Así dicen millares de carteles ó inscripciones en millares de tiendas francesas, inglesas ó alemanas.

Lo mismo en París que en Londres ó en Viena, el cartelito abunda mucho más de lo que parece.

Y cuando en París algunos de mis compatriotas creen que poniéndose á hablar la lengua patria no han de entenderles, muchísimas veces se engañan.

La primera representación en la *Ópera Cómica* de París del *Guernica*, obra española imaginada por un autor y director que habla el español como nosotros, me ha recordado la extensión y desarrollo que nuestro idioma tiene en el extranjero.

Creen algunos que la lengua castellana ha caído en desuso en el mundo desde que caímos en desuso nosotros.

Es decir, que desde aquellos tiempos gloriosos en que el castellano era la lengua oficial de Europa, como lo es en nuestros tiempos el francés, hasta principios del siglo actual, el español ha ido desapareciendo de los estudios generales de las generaciones contemporáneas y de las costumbres internacionales.

El orden en que suelen colocar los idiomas más corrientes es este:

Francés.
Inglés.
Alemán y lenguas eslavas.
Español.

Hay indudable error en estas categorías.

Seguramente el francés es hoy la lengua de todo el mundo; pero el español no es la última, ni mucho menos.

En primer lugar, hay, además de España, *diez y seis* naciones ó repúblicas americanas cuyo idioma es el nuestro.

Ya esto arroja un contingente enorme de seres humanos hablando lo mismo que nosotros.

Siguen á éstos los judíos del Norte y Mediodía de Europa, que casi todos hablan, cuando les conviene, la lengua que hablaban sus antepasados.

Y digo cuando les conviene, porque generalmente no dicen que saben hablar á la española.

Fenómeno curiosísimo, y que prueba que lo último que se pierde es el idioma de familia ó el acento de la patria.

Los judíos arrojados de España educaron, indudablemente, á sus hijos en el idioma que ellos hablaban.

Después para entenderse entre ellos, en el extranjero, hablarían ese mismo idioma ó dialecto de sus provincias.

Y de generación en generación, ya hayan sido luego judíos portugueses ó alemanes ó rusos ó polacos, han ido guardando palabras, frases y gramática. Yo no he conocido, fuera de España, un solo israelita, comenzando por los Rothschild y siguiendo hasta el último *reporter* de periódico, que no me hayan declarado, unos más pronto, otros más tarde, que llevaban mucho tiempo de entenderme!

Así, pues, los diez y siete millones de españoles, más los treinta ó cuarenta millones de las Repúblicas hispano-americanas, más los judíos repartidos por toda Europa, que representan otros treinta ó cuarenta millones de individuos, nos dan ya una suma considerable de *compatriotas en la conversación*, ó *compatriotas de media hora*, como los llama un amigo mío.

Vienen luego las masas de franceses, italianos ó alemanes que van á América á buscar fortuna y que vuelven á sus países respectivos con nuestro idioma aprendido.

Todo un ejército francés, que fué á Méjico con Bazaine, y al cual se le obligó á hablar la lengua del país, mal ó bien, pero á condición de entenderse con la gente, cuyo ejército, al volver á Francia, aprovechó lo aprendido para dedicarse al comercio, á la industria, á la correspondencia comercial, á todo lo que produce algo sabiendo una lengua extranjera á más de la propia.

En seguida hemos de contar los cien mil alumnos de todas las escuelas comerciales de Francia que aprenden todos los años el español al mismo tiempo que el inglés, y que aumenta anualmente la extensión y desarrollo de nuestra lengua.

Y, por último, los literatos, sabios, viajeros sueltos, emigrados y demás personas que por circunstancias especiales han llegado al conocimiento de la que en todas partes del mundo se llama la lengua de Cervantes.

Resulta, pues, que lejos de ser, como se cree, el nuestro, idioma en desuso, es de los más usados, y que debe figurar por lo menos en tercer lugar en el orden de las lenguas vivas corrientes.

Se habla inglés en Inglaterra, la India inglesa y Estados Unidos.

Hablan alemán austriacos, alemanes, suecos, dinamarqueses, noruegos y finlandeses. Para estos pueblos, que tienen cada uno su lengua propia, el alemán de Viena ó de Berlín es el francés del Norte.

Hablan italiano..... los italianos y muchos españoles, y nada más.

El ruso, los rusos y los polacos.

Pero el español, además de los portugueses é italianos, que cuando no lo hablan lo entienden ó lo leen fácilmente, lo manejan con más ó menos propiedad, además de los habitantes de la Península, mejicanos, chilenos, peruanos, argentinos, paraguayos, costarriqueños, bolivianos, venezolanos, ecuatorianos, y los indios filipinos, á quienes se lo enseñan los frailes. Añádanse á esto los mi-



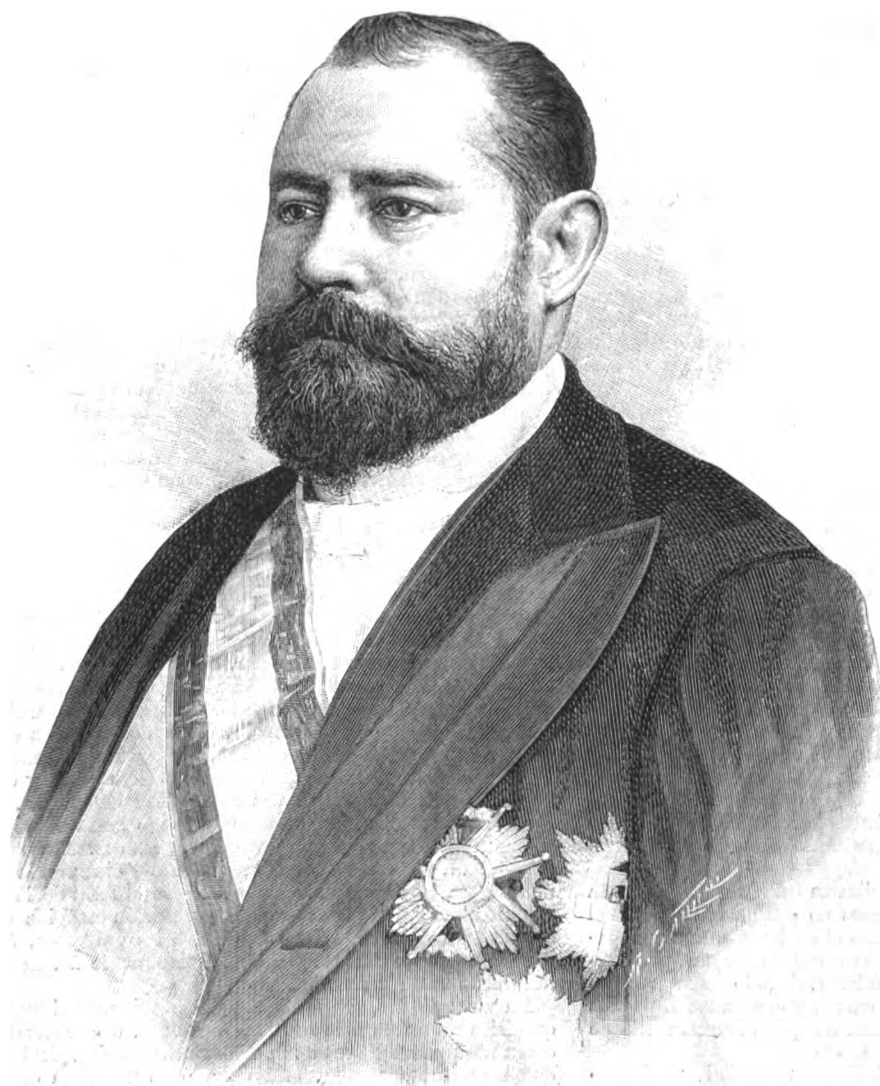
LA GUERRA EN CUBA. — UNA AVANZADA DE TROPAS ESPAÑOLAS EN EL CRISTO.

(De fotografía.)



SANTIAGO DE CUBA. — POBLADO DE EL CRISTO. — CASAS DE D. ESTEBAN GENI, EN LA CALLE REAL, INCENDIADAS POR LOS INSURRECTOS EN LA NOCHE DEL 6 DE MAYO ÚLTIMO.

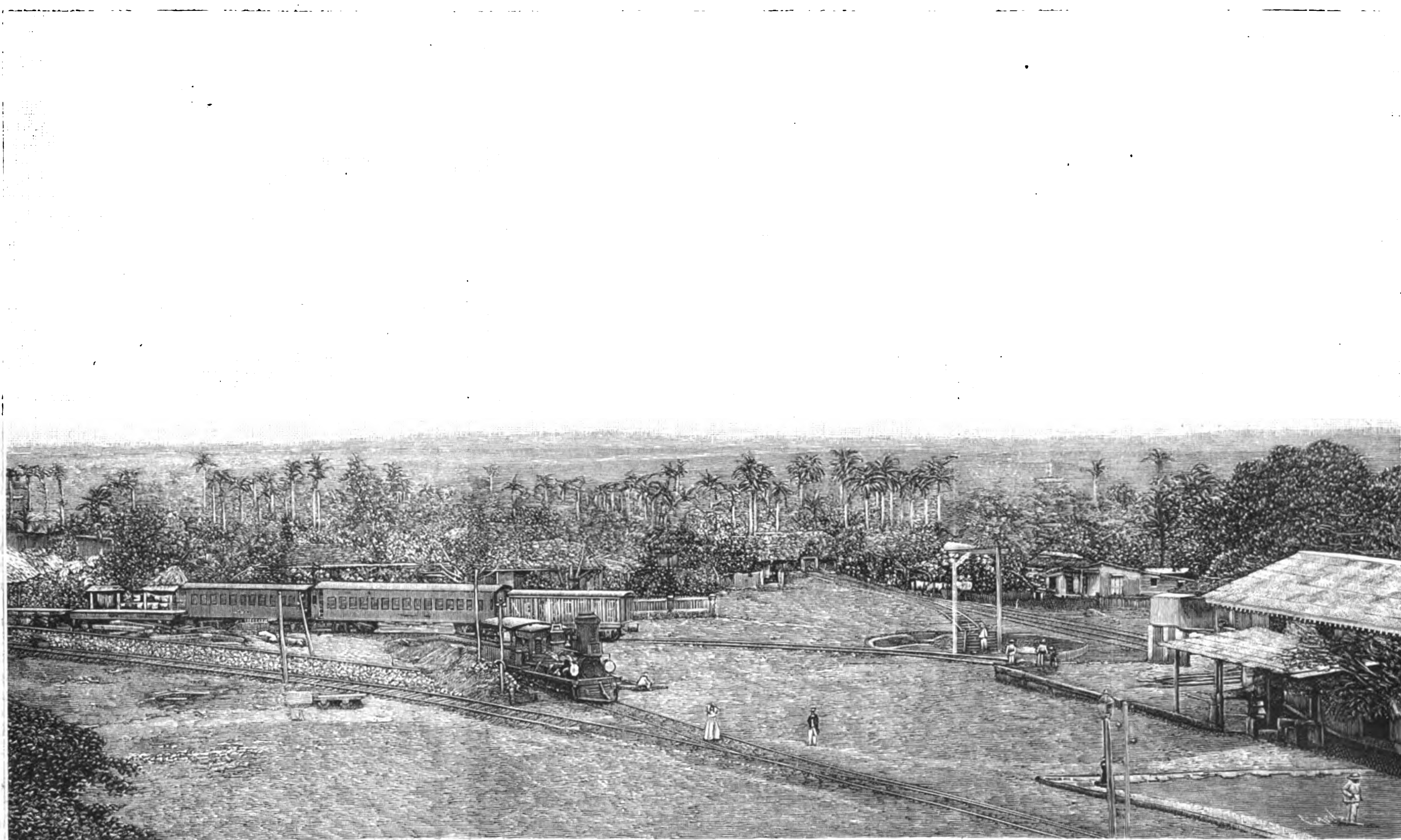
(De fotografía de Pérez Argemí.)



Excmo. Sr. D. RAMÓN HERRERA Y GUTIÉRREZ,
JEFE DEL PARTIDO REFORMISTA DE CUBA.
(De fotografía de Cohner, de la Habana.)



Excmo. Sr. D. JOSÉ M. GÁLVEZ Y ALFONSO,
JEFE DEL PARTIDO AUTONOMISTA DE CUBA.
(De fotografía de los Sres. Maceo, hermanos, de la Habana.)



CUBA. — EL POBLADO DE EL CRISTO, EN LAS CERCANÍAS DE SANTIAGO, ATACADO POR LOS INSURRECTOS EL 6 DEL PASADO.
(De fotografía.)

llones de judíos que en el mundo las matan callando, ó, lo que es lo mismo, que saben el español, aunque no lo digan, y se verá la enormísima cantidad de veces que el nombre de Dios se repite por esos mundos; y digo esto porque está probado que en todas las conversaciones humanas la palabra *Dios* es la que más se repite.

En quince años de vida de París he hallado tantas personas pertenecientes al mundo de las artes y de las letras que hablan el español, que si hubiera de publicar la lista sería en verdad larguísima.

Gailhard, el director de la Ópera, lo habla con gran facilidad, y sin acento.

Bonnat, el célebre pintor, como nosotros mismos.

Carolus Durán, admirablemente.

Madame Clovis Hugues, criada y educada en la Carolina durante la emigración de su padre, lo habla como una andaluza.

Lo mismo que ella, Mme. Armand Dayot, la esposa del escritor é inspector de Bellas Artes.

Háblanlo regularmente Carlos Iriarte, Emile Gautier, Champeaux, Levy, Aderer, Mme. Artot, Ferrari, Guiches, Pierre Decourcelles, Claretie, Paulowsky, Max Nordau, José María de Heredia, Beraud, Perivier, Bonnetain, y tantos y tantos, que es en verdad asombroso.

Durante los años de 90 y 91 reunía yo á comer todos los domingos á franceses que hablaban español, y les ponía por condición no hablar sino nuestro idioma á la mesa. Setenta y dos amigos, en modestas comidas de seis invitados, pasaron por mi casa, sin que se oyera en nuestra intimidad ni una palabra de francés. Pues ¿qué de franceses *españolizando* no debe de haber en el comercio parisién? Por todas partes os sale al encuentro el cartelito:

SE HABLA ESPAÑOL.

Y algunas veces da lugar á escenas cómicas.

Así, por ejemplo, entró una mañana un aragonés en una tienda del Boulevard, donde había un cartelito de esos.

—Buenos días, señores.

—Muy buenos. ¿Qué desea usted?

—¿Y la familia?

—¿La..... familia? Muy bien; pero.....

—Buen día tenemos. ¿Qué opinan ustedes de esto de la muerte de Carnot?

Y el dependiente con impaciencia:

—Pero..... caballero, ¿qué desea usted comprar?

—¿Yo? ¡Nada! Hi visto un cartelico que dice: *Se habla español*....., y dije yo: ¡Pues vamos á hablar un ratico!

EUSEBIO BLASCO.

EL ANTROPOPITECO,

PADRE COMÚN DE LOS HOMBRES.

En un bien escrito artículo que publicó LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA en su número XV, correspondiente al 22 de Abril próximo anterior, D. Manuel Antón da cuenta de que ha llegado á la Sociedad de Antropología de París, desde la isla de Java, la noticia de haber descubierto el naturalista holandés Dr. Dubois, en forma fósil, el representante del término medio entre la familia de los simios y la especie humana.

Semejante descubrimiento, tan ansiosamente esperado por el transformismo desde que en 1858 Hr. Schaffhausen concentró la discusión sobre el origen del hombre, con motivo del cráneo hallado por Fuhlbrott en una caverna del valle de Neander, halo efectuado Dubois en los *estratos* del *pleistoceno*, donde este sabio ha invenido singular cráneo, un molar suelto, y cerca del mismo sitio, orilla izquierda del Bengawan, encontró también un fémur izquierdo, cuyos huesos cree pertenezcan á un mismo esqueleto. Compara estos restos con sus análogos del humano y con los de la raza simia antropoide actual, el gorila y el chimpancé, el orangután y gibón, y concluye opinando que aquellos restos pertenecen á una especie del orden de los mamíferos llamados Primates, colocándolo Dubois entre el hombre y el chimpancé, ó *antrhopopithecus*, fundado en que el mayor cráneo de este mono tiene de capacidad sólo 500 centímetros cúbicos, el menor del hombre 1.200 y el del nuevo fósil debió tener 984.

Tenemos ya, pues, descifrado el enigma científico en que parecía envuelto el origen del hombre: el velo lo ha corrido Dubois; el misterioso arcano, el inexplicable problema de nuestra procedencia, ha sido resuelto de una vez por modo positivo con elocuentes irrefragables datos geológicos-antropológicos-antropométricos.

Si no nos inspirara tanto respeto la ciencia en cualquiera de sus aplicaciones; si no fuésemos tan comedidos con todas las manifestaciones del humano saber, por extrañas que parezcan, acaso se nos ocurriría proponer se premiara al inventor del cráneo de Bengawan con un precioso retrato del chimpancé, á que acompañara esta frase: *Ecce es tu*, y firmada con esta otra: *La humanidad ó monería perfeccionada, en testimonio de agradecimiento.*

Pero no; no nos reímos de Dubois, ni de ningún hombre que, después de prolijos estudios, emite una creencia, aunque nos parezca descabellada, pues hablando en nombre de la ciencia seria, basta para que le respetemos: hé aquí nuestra declaración de sincera imparcialidad.

Empero si respetamos al hombre en su conciencia y en su dignidad científica, no asentimos ni podemos transigir en modo alguno con la interpretación y sentido que á las veces dan sistemáticamente á las invenciones ó hallazgos arrancados á las ciencias naturales, sentido é interpretación violentos y opuestos á los que palpitan é informan en la geología y paleontología, en la arqueología antropológica, en la filología y en el cosmos, en fin, puesto que para el hombre de sana razón, libre de prejuicios, en el mundo moral, en el material, en el de las inteligencias, en el de lo posible y en el de lo real, se ve y toca clarísimamente la acción directa de la poderosa mano del Dios Creador, y, no obstante, para los sabios de la escuela transformista cada uno de dichos inventos merma la importancia de este Sér de los seres, y todos los descubrimientos juntos lo desbancan, lo hacen innecesario, lo aniquilan, y convierten á Dios en quimera y patraña estúpidas.

No exageramos; del curso de este mal trazado trabajo habrá de inferirse claramente tan extraña, dolorosa y demoledora afirmación. Y es que no parece sino que cuando se da el primer paso en el camino del error, sin reparar sus consecuencias; cuando se abraza por sistema una idea ó serie de ideas hipotéticas, teniéndolas como verdades demostradas; cuando se entra en la región de las conjeturas, sospechas ó verosimilitudes, apellidándolas tesis comprobadas, los más grandes sabios siguen obstinados el camino emprendido, y de error en error llegan al delirio, á la neurótica vesania, que da realidad á lo posible sin causa que determine el tránsito, y existencia sustancial al mero fantasma creado por rica y fecunda imaginación en un momento de espejismo ó desequilibrio.

No de otra suerte puede explicarse que hombres de tanta competencia científica, á quienes no cuadra ciertamente el título de tropa ligera, como diría el apologista cristiano, tales como Darwin y Haekel y sus secuaces, hayan, por atrevidos caminos é ignorados senderos, llegado á sentar como inconcusas verdades, como doctrina y enseñanza fundadas en hechos indubitados, conclusiones que distan mucho de ser exactas y evidentes.

Ciertamente, admira ver á Ernesto Haekel, predilecto discípulo de Carlos Darwin y eminente naturalista, tomar la doctrina y teoría del maestro, vertidas en su obra *Origen de las especies;* y como genio iluminado por rayo de inmensa visión, al que todo se le da por conocimiento directo é intuitivo, penetra en la *materia* y en la *fuerza*, las descompone y las combina, descubre sus leyes, sus elementos simples, da á éstos *vida*, y *unifica* todos los seres en su generación y crecimiento, trazando con increíble seguridad los grados de transformación que ha tenido que experimentar la materia inerte para llegar al hombre. Y todo ¿por qué y en virtud de qué causa? En virtud de la fuerza que en sí tiene la materia, que goza de la maravillosa facultad de *organizarse* y darse leyes, de adornarse y distinguirse formando por *misteriosos* modos combinaciones orgánicas, primero sencillas y elementales, *moneras*, *amibas*, *citodes*, *plasma*, etc., y después seres más complicados, hasta producir el hombre.

Seguramente no quiso decir tanto el naturalista inglés en su *Origen de las especies;* pero al topar con discípulo tan aprovechado, rectificó, ó mejor, amplió su teoría de la descendencia por la selección á la especie humana, antes excluida del transformismo, y ya en su *Origen del hombre* Darwin ingresa resueltamente en el monismo evolucionista, ó autogonismo en toda su crudeza ateo, pues sabido es que este sabio en su primera obra sólo aspira y consigue ser padre del positivismo, el cual dejaba á salvo la Causa Eterna y necesaria.

Basta de comentarios, ya pasados de moda, y contentémonos con las anteriores reflexiones, como preliminar á la somera reseña que nos proponemos hacer de lo que han sentido, pensado y dicho sobre el tema que nos ocupa varios hombres no de menos autoridad que los dos últimamente citados.

«Empeñados, dice Zimmermann, los amantes de la teoría simia, en demostrar que el hombre procede del mono, buscan analogía entre los cráneos de los hombres primitivos y del mono del período terciario, plioceno ó mioceno, y al no hallarla, la buscan entre los esqueletos; y como tampoco aparece la suspirada analogía, ora en las mandíbulas, ora en el fémur, ora en los colmillos, ora en las muelas, sino por modo remotísimo, que sólo está proclamando un vasto plan del Pensamiento divino, terminan asegurando la descendencia simia del hombre, sin fijarse en que las mismas analogías existen entre los esqueletos humanos y los del tigre y del león, sobre todo en su parte anatómica, como se observa en sus respectivos estómagos ó pulmones.» Es, pues, Zimmermann de parecer que las especies son inmutables, y aunque puedan transformarse, todas reconocen creación independiente.

A lo dicho anteriormente asienten también Quatrefages y Gratiolet, sentando el primero que «la teoría del origen simio del hombre no es sino una simple hipótesis, en favor de la cual no puede invocarse sino un hecho positivo, y que, por el contrario, carece completamente de fundamento».

Son notables por su originalidad las creencias de Schelver y Oken, pues siente el primero que el hombre no procede del mono, pero que éste es descendiente desgraciado de la variedad de la especie humana, como el negro; al paso que Oken piensa que los primeros hombres aparecieron sobre las olas del mar, el cual los arrojó á las desiertas playas, en número considerable. Por lo que se ve, este autor considera al mar como la *gran matriz* del género humano, cual si éste fuera el conjunto de peces, de algas marinas y bancos de coral. No debiera extrañarnos tan peregrina y gratuita hipótesis, pues si bien se observa, ella es más explicable para el criterio transformista, comparada con la de los que han supuesto que el primer hombre era un gigante tan grande que con su cuerpo ocupaba toda la tierra. Y decimos que esta opinión es más absurda que la precedente, dado que ésta tiene congruente analogía con la descendencia simia de la humanidad, que en *absoluto* no es infundada, como luego veremos. ¿Qué dice Oken? Que el hombre se produjo en el mar. Pues los transformistas afirman que evolucionando las especies pasaron sucesivamente por *animales marinos* semejantes á larvas, peces de organización inferior como el *anfioxus*, ganoideos, lepidosirano, reptiles, aves, mamíferos, monotremas, marsupiales, placentoideos, lemuridos y símidos, agregando Darwin que «los símidos se dividieron entonces en dos grandes troncos, primero monos del nuevo mundo, y segundo monos del antiguo, y de estos últimos en época remotísima, procedió el hombre, maravilla y gloria del universo».

¿Qué tiene de temeraria y absurda esta opinión? Acaso sólo lo que tiene de exagerada é imprudentemente atrevida, lo que envuelve el alcance, significación y sentido que le dan los apóstoles del materialismo, los partidarios del positivismo vergonzantemente ateísta, que no es otro que el monismo evolucionista, descaradamente ateo, y como tal, criminal y deicida.

Veámoslo. Y antes de exponer varias opiniones sensatas que no repugnan la evolución racional científica y cristiana, por temor de que se nos tache inculpándonos con la misma falta que atribuimos al transformismo antropológico, y para justificar la nota de *ateos* que á los positivistas y monistas les echamos en cara, sin pasión, ni prejuicios, ni exageraciones, citemos algunas de las palabras, quizás las más moderadas, de uno de esos apóstoles de la selección natural, del determinismo frío y descarnado, de la concurrencia en la existencia por la lucha. Es nada menos que la de Clemencia Royal, la cual, aplaudiendo á Darwin, dice: «La ley de la selección natural aplicada á la humanidad demuestra, con sorpresa, con dolor, cuán falsas han sido hasta ahora, no sólo nuestras leyes políticas y civiles, sino nuestra moral *religiosa*..... Tal es la caridad imprudente y ciega en la que nuestra era cristiana ha buscado siempre el ideal de la virtud social..... ¿Qué resulta de esta protección estúpida concedida exclusivamente á los débiles, á los enfermos, á los incurables, á los mismos viciosos, y finalmente á todos los desgraciados de la naturaleza?»

En vista de esto, preguntamos: ¿Exagerábamos al suponer que Dios no existe para los transformistas, ó que siéndoles carga abrumadora, pretenden descartarse de ella, declarándolo un mito, una nada, un no ser, ó un fantasma quimérico? ¿Estábamos equivocados al atribuir al evolucionismo intentos asesinos y deicidas? Nada: para semejantes pensadores, Dios es pura ilusión de los sentidos, ó malsana invención de los tiranos ó de los ignorantes; la caridad para el prójimo, sobre todo desvalido y menesteroso, es un crimen *estúpido* y nefando.

Desembarazados ya de la objeción temida, pues argüimos de buena fe, aunque con escasa competencia científica, si bien con caudal cuantioso de consoladora fe y confianza en Dios Eterno, sentemos á continuación las indicadas opiniones.

El P. Valroger dice: «Si el reino animal fué coronado en otro tiempo por *Primates* antropomorfos superiores á los que existen hoy, es probable que la Providencia habrá dejado perecer á esos *precursores* del hombre antes de crear á nuestros primeros padres.»

A su vez el P. Monsabré establece lo siguiente: «Una de dos cosas: ó los sabios reconocieron finalmente que incurrieron en exageración con respecto al valor de sus cronómetros (creemos que alude á las capas de la tierra consideradas como registros geológicos ó páginas del gran libro de la creación), viéndose por lo mismo precisados á rejuvenecer sus terrenos, ó descubrimientos nuevos nos pondrán sobre la pista de un sér antropomorfo, el cual, en armonía con la *admirable gradación del plan divino*, fué como el esbozo y el precursor del hombre y al cual sería necesario atribuir los instrumentos de la época terciaria.»

Nótese con cuidado que este precursor del hombre, que pudo ser el mono *antrhopopithecus*, para Monsabré es uno de tantos seres que precedieron al hombre, mientras que para el transformismo es su ascendiente directo.

De criterio más amplio y expansivo aún que los anteriores es el abate Fabre d'Envien, ilustre profesor de Teología en París, el cual estima no incurrir en falsedad si dice que: «Nada nos impide creer que durante el desarrollo de las tres primeras épocas geológicas existieron razas de hombres ó de ciertos animales dotados de racionalidad..... Esos seres tuvieron su tiempo de prueba, cumplieron su destino terrestre y cuando éste llegó á su término, recibieron de Dios su recompensa ó su castigo.»

Todavía va más lejos el teólogo inglés Mivar, pues admite que «el cuerpo de Adán, en que *Dios puso* é infundió alma racional, pudo ser formado sucesivamente por *transformaciones ascendentes*, por virtud de generaciones animales anteriores».

Estas y otras opiniones emitidas fueron con ocasión y motivo de las discusiones y disputas surgidas ante los objetos de pedernal encontrados en Thenay; y mediando en la contienda M. Roujou y Mortillet, discípulos de Darwin y Haekel, afirman la existencia del hombre terciario, ó sea el hombre-mono, privado de la palabra, ó pitecantropo, al que Mortillet llamó *antrhopopithecus*, de cuyo género se derivaron las demás especies de hombres, aunque aquél careciese de la naturaleza que el hombre actual posee.

Prueba de honradez científica da Mortillet al añadir que esta teoría es hipotética, puesto que no ha venido á confirmarla el hallazgo de ningún esqueleto antropopiteco. Ya lo tenemos, y nos lo ha dado el Dr. Dubois.

Análogas discusiones se suscitaron al descubrirse los cráneos de Engis, Solutré, Crog-Magnou, Eguishein y Neanderthal; pero todas ellas huelgan desde el punto y hora en que se ha demostrado que semejantes cráneos no correspon

den á seres antropoides, siendo todos pertenecientes á los humanos.

Resulta, pues, que no hay datos ciertos que haya en ningún tiempo existido el precursor del hombre, debiendo esta teoría considerarse, como lo hace el insigne P. Fray Zeferino en su obra *La Biblia y la ciencia*, como prematura y peligrosa: lo primero, porque no hay indicio alguno del precursor, y lo segundo, porque se da razón al evolucionismo en sus afirmaciones gratuitas.

Lejos de eso, y por más que Boucher de Perthés haya dicho que el hombre postdiluviano no es el mismo que el antediluviano, sino que responden á dos creaciones distintas; y por más también que Gaudry opine que los pedernales de Thernay han sido trabajados por un gran mono antropomorfo que llamó *driopiteco*, inferior al chimpancé, parece lo cierto que este driopiteco no ha debido ser el mediador entre el mono y el hombre; por cuya razón, al exponer esta opinión á la Academia de Ciencias de París, Arcelin consigna su pensamiento en la siguiente frase: «Que aquel parecer es el golpe de gracia dado por uno de los sabios más autorizados á la teoría del precursor.»

En consonancia con dictámenes tan competentes, además de los de Agassiz y Pusey, que son contrarios á la evolución embriológica, tenemos las respetables y dignas de grandísimo crédito de Aeby, quien asienta que el hombre es «*una isla separada, la cual no comunica por punto alguno con la tierra vecina de los mamíferos*»; y Quatrefages, el cual por su parte dice que el hombre de ciencia debe contestar, cuando se le pregunte respecto del origen del hombre, esta significativa y elocuente frase: *Nada sé*; y añade que, ora dolicocéfalo, ora braquicéfalo, ya ortognato, ya prognato, el hombre es siempre hombre.

De los testimonios que quedan indicados se infiere que son puramente fantásticos los dos argumentos que se aducen en favor de la teoría simia del hombre, á saber: el que se funda en la semejanza de los esqueletos, y el basado en la embriología: pues si se asegura que el antecesor del hombre es el mono, por la semejanza de sus respectivos embriones, ¿por qué no ha de serlo igualmente el perro, ya que el embrión de éste apenas si se distingue de el del hombre? Porque aparte y por separado del principio de causalidad, hay, sin duda alguna, la *vis plástica del Creador*.

Empero supongamos que es una tesis probada la del precursor del hombre, y que éste sea el grado último de la evolución *animal*: ¿por ventura hay razón para que el evolucionista ó monista ateos batan palmas por su triunfo? Ni la cosmogonía de Moisés, en lo relativo á la creación del hombre, resulta vencida ó convencida de falaz y errónea, ni menos quedan destruídas la *Causa Primera*, Dios Infinito, ni su Santa Iglesia y Religión en la tierra, que es adonde dirigen ¡desgraciados! sus tiros y balas enconadas.

Pues qué, ¿dicha concesión qué otra cosa significa sino que la *animalidad* se perfecciona por grados de selección natural?

Pues qué, ¿el transformismo, aceptado en toda su crudeza, puede suponer otra cosa que la materia, la fuerza y sus leyes creadas por Dios, fueron en cierto sentido abandonadas á sí mismas, ya con poder y facultad de organizarse armónica y perfeccionadamente, bajo el régimen de la providencia de Dios, su Autor?

¿Quiere decir nada de esto que la *racionalidad*, ó sea el alma y sus facultades, sea también producto de la evolución? Vengan los argumentos analógicos, de embriones ó de esqueletos, á convencernos que hay también precursor *intelectual* entre el mono y el hombre, como lo hay *animal*.

El alma humana viene directamente de Dios, como afirma Santo Tomás, porque su naturaleza específica es la intelección ó el acto de saber, en lo que se equipara á los seres puramente espirituales: y es bien sabido que la evolución no puede, no, hacer que un *sér* se convierta en otro distinto en esencia y sustancia, pues lo contrario implicaría que en el efecto puede hallarse cosa, propiedad ó cualidad esencialmente distinta de las que se hallan en la causa, lo cual es absurdo.

En resumen: puede y aun debe admitirse la evolución de la materia, pero sólo en cuanto al *modo*, *forma* y *accidentes* de su *sustancia*, mas nunca jamás en cuanto á la sustancia misma, de suerte que cambie radical y esencialmente ésta. *Quod natura non dat, evolutio non prestat.*

MIGUEL VARGAS MARTEL.

S

I.

Corría el tren por la Mancha á todo vapor. La fuerza del contraste hacía parecer el paisaje aun más árido, más triste y monótono. Horas antes habíamos cruzado la vega de Murcia, deleitando los ojos con sus fértiles verjeles bañados por la cristalina vena de cien arroyuelos; los altos cañaverales, que parecían correr en dirección opuesta al tren, como un ejército en precipitada fuga; la menuda y verde grama salpicada por el rojo de sangre de las amapolas y el rosa pálido de las adelfas; toda una vegetación espléndida, sobre la cual caen á plomo los rayos de un sol africano..... De pronto, variación completa: llanuras yermas é interminables: tierra grisácea sin un árbol, sin un arbusto, sedienta de una gota de agua. El tren, que se había arrastrado perezoso por la vega murciana, corría vertiginosamente, lanzando resoplidos como si quisiera salir cuanto antes de aquel desierto.

De pronto todos los viajeros sentimos una sacudida brusca, inesperada, que nos lanzó de los asientos unos contra otros. El freno había funcionado tan rápidamente, que la parada del tren produjo casi el efecto de un choque. Rechinaron las ruedas, resbalando sin girar sobre los rails, juntáronse con estrépito los topes de los vagones, y el tren poco después quedó parado. Entonces nos precipitamos todos á las ventanillas, abrimos las portezuelas y, mas que bajar, nos arrojamos á la vía. Indudablemente se trataba de un grave siniestro.

Pasada la primera confusión, nos fuimos enterando de lo ocurrido.

Cuando el tren caminaba á toda máquina, el guardafreno de *cola* había visto desde su garita que se abría de pronto la portezuela del coche-correo, y que el ambulante se arrojaba de cabeza á la vía. El cuerpo rebotó contra los estribos, saltó materialmente, y fué á chocar contra unas piedras amontonadas á los flancos del tren. Entonces el empleado pidió freno; la máquina recibió el aviso, y el convoy se detuvo. Esto fué lo que supimos en los primeros momentos.

Los viajeros más curiosos nos dirigimos, con varios empleados del tren, al sitio donde yacía el cuerpo del ambulante. Estaba cien metros mas atrás; había quedado boca arriba sobre las piedras; tenía una sien deshecha, y por el negro agujero de la herida brotaba un hilo de sangre. La muerte debió ser instantánea.

Mientras los demás lanzaban exclamaciones de pesar y de lástima, yo apenas si pude reprimir un grito de sorpresa. El ambulante suicida, porque no había duda que se trataba de un suicidio, era, no sólo un conocido, sino un antiguo amigo á quien había tratado mucho en Villalegre, un pueblecito de la provincia de Murcia, distante siete leguas de la capital. Mi sorpresa era de varios géneros: sorpresa por su imprevista y trágica muerte: sorpresa, aun mayor, si cabe, por encontrar de ambulante de Correos de una línea férrea á un hombre rico, distinguido, feliz, á quien un año antes.....

No quiero interrumpir mi historia. El cadáver fué colocado en una manta, que cuatro hombres sujetaban por las puntas, á guisa de camilla, y depositado en el furgón de cola entre los equipajes, como fúnebre mercancía.

Silbaba la máquina. Cada cual ocupó de nuevo su asiento, y diez minutos más tarde pasó el tren las agujas de la estación próxima, y se detuvo frente á los andenes. La parada era de cinco minutos. Fué *desembarcado* el cuerpo del ambulante, se sustituyó al guardafreno, testigo único de la tragedia, y el tren siguió.

Por un instinto invencible de curiosidad, yo había bajado al andén con mi maleta de viaje, decidido á quedarme allí, al lado del muerto, y con el firme propósito de averiguar por qué azares misteriosos de la vida, aquel Pepe Moncada, á quien yo había dejado un año atrás en Villalegre rico y feliz, estaba allí ensangrentado y lívido y vestido con el uniforme de ambulante de correos del ferrocarril de Madrid á Murcia.

⁂

La Justicia no llegó tarde aquella vez. Se colocó el cadáver en una de las habitaciones de la estación, y allí mismo fué interrogado el guardafreno. Su testimonio, suficiente para llenar las fórmulas curialescas, era para mi curiosidad harto insignificante.

La declaración del empleado se redujo á lo siguiente:

«Yo iba en mi garita atento al freno. El tren caminaba á razón de 30 kilómetros por hora. De pronto vi que se abría la portezuela del coche-ambulancia, y en el hueco vi aparecer á José Moncada, ambulante de servicio en esta expedición. Ahora recuerdo que estaba densamente pálido y que movía los labios como si hablara solo. Debió vacilar antes de lanzarse á la vía, porque permaneció unos minutos junto á la portezuela. Bruscamente se arrojó al suelo..... entonces pedí freno, paró el tren, y esto es todo lo que yo puedo decir.»

—¿De modo—interrogó el juez—que usted asegura que se trata de un suicidio?

—En lo posible, lo aseguro, sí señor: juraría que se ha matado.

—¿Y no tenía usted ningún dato, ningún indicio que hiciera temer su determinación de suicidarse?

—Ninguno. He hecho varios viajes con *el muerto*. Ingresó hará unos tres meses en la Compañía: era muy callado, y cumplía perfectamente sus deberes. No sé más.....

—Bien.....—exclamó entonces el juez fríamente y como hablando consigo mismo.—Todo se reduce á un suicidio vulgar, ¿no es esto?

Y en seguida, con la calma del oficio, se puso á registrar los bolsillos del muerto, diciendo mientras buscaba:

—Veamos, veamos: tal vez haya dejado escrita la *consabida* carta. Y subrayaba la palabra con un gesto de aburrimiento, como si le echara en cara al cadáver aquel suicidio tan intempestivo que le estaba causando tales molestias.

El juez no encontró carta alguna; ni siquiera una línea, y ya iba á retirarse dando su misión por terminada, cuando yo, que hasta entonces había permanecido callado y sin desviar mis ojos del pobre Pepe Moncada, observé que entre uno de sus puños crispados convulsivamente, asomaba la punta de un papel.

—Me atrevo á indicar á usted—dije—que el muerto aprieta una carta en esa mano. Tal vez sea la que se busca.....

Me miró el digno juez por encima de sus gafas como si le enfadase que otros ojos hubiesen visto lo que á los suyos inquisidores se había escapado, y fijándose á su vez en el papel que yo señalaba, exclamó:

—Tiene razón este caballero. Hay que ver esa carta..... ó lo que sea.....

El alguacil abrió la mano crispada, que parecía estrujar con suprema rabia el papel, y se lo entregó con gran respeto al magistrado; el cual, á medida que iba leyendo, ora fruncía las cejas con insólita expresión de asombro, ora abría la boca formando una inmensa O, y por fin, encogiéndose de hombros, me dijo:

—Le juro á usted, caballero, que no entiendo jota de lo que esto quiere decir.

Y establecida con esta espontánea confesión cierta familiaridad extraoficial, el juez me alargó la carta para que á mi vez la leyera.

La carta, desde luego, ni era de Pepe Moncada, ni iba dirigida á él, ni por consiguiente arrojaba luz alguna sobre su fin trágico.

El papel era fino, perfumado, y en una de sus puntas estaba dibujada en colores una S.

Sólo por la letra se hubiera advertido que la carta era de mujer. Pero no se necesitaba ni aun este pequeño alarde de perspicacia, porque se trataba de una carta de amor, que después de un expresivo encabezamiento, decía así:

«Mi impaciencia por verte es casi una enfermedad que padezco desde que te fuiste. Ven pronto: mira que no vas á encontrar con quien casarte. Aquí todo lo tenemos dispuesto para la boda. No hagas tú locuras, y compra sólo lo necesario para nuestra casa. Dicen que la mayor tentación para las mujeres son las que toman forma de una joya: yo no las quiero, y te encargo que no hagas el disparate de comprarlas. A lo más, una muy *sencillita*, y no por el relumbrón, sino por el recuerdo. No tardes.—*Soledad.*

»P. D. Tiene gracia tu encuentro con..... ese. No me lo puedo imaginar, ni en tal oficio, ni con tal traje.»

Tal era la carta. Mientras yo la leía en alta voz, el juez volvió á asombrarse en todos los tonos: cuando terminé, me miró muy perplejo y me dijo:

—¿Verdad, caballero, que es incomprensible?

—Incomprensible, es cierto—le contesté.

Al otro día de madrugada continué mi viaje á Madrid. Tendido sobre el duro asiento del coche iba *dando vueltas* á mi historia..... ¿Qué significaba aquella carta? ¿Por qué estaba en poder del muerto? ¿Por qué Pepe Moncada se había convertido en ambulante de correos? Por más esfuerzos que hice, mis preguntas quedaron incontestadas; pero cuando, rendido por el cansancio, el sueño me venció, tuve una singular pesadilla..... Veía ante mí el cuerpo destrozado del suicida, y aquella S que dibujada en colores había visto estampada en una de las puntas del satinado papel de la carta amorosa era..... ¿qué dirán ustedes? Una serpiente que se enroscaba con tremendos latigazos al cuello del muerto.

II.

Decidido á penetrar aquel misterio, pensé en Germán Álvarez, en un amigo mío, que, á su vez, lo fué siempre, y muy íntimo, de Pepe Moncada, y que residía en Villalegre. «He aquí mi hombre, exclamé; él debe saber algo de esto que yo no acierto á descifrar.» Y le escribí una carta muy larga, con todos los detalles de la trágica aventura, y luego un *sin fin* de interrogaciones. A vuelta de correo recibí contestación. La carta de Germán era muy lacónica: pero me remitía otra de dos pliegos y de letra para mí desconocida. Por su cuenta, Germán no me decía más que lo que sigue:

«Tu carta me ha conmovido profundamente. Por ella he sabido el fin horrible de nuestro pobre amigo, y he completado toda una historia muy negra y muy triste. Con la carta que te remito, y que, como verás, es de Pepe Moncada, completarás tú la parte que ignoras. Nada te contesto, pues, á tus preguntas. En cuanto leas esas líneas, te lo explicarás todo fácilmente.»

La carta de Pepe Moncada á Germán Álvarez decía así:

«Mi querido Germán: Pídeme tu buena amistad noticias de mi vida desde que salí de nuestro pueblo, quizá para no volver: y es tan maravilloso, tan estupendo, el caso de que alguien se acuerde de mí, que me ha costado gran trabajo convencerme de que aun me queda un amigo. Perdóname la ofensa: me han pasado tales cosas, tan amargas todas y en espacio tan breve, que tengo algún derecho á dudar de todos: hasta de ti.

»Tu carta me presta un doble consuelo: el de saber que tú no has olvidado nuestro fraternal cariño de siempre, y el de proporcionarme el desahogo doloroso de contarte mis penas.....

»¡Noticias de mi vida!..... Harto sabes tú cómo salí del pueblo..... cómo, por una serie de fatalidades que yo mismo no me explico todavía, perdí en unos cuantos meses mi patrimonio primero, mis amigos poco después, y en seguida mi felicidad entera. Quiso mi mala ventura que el despojo fuera tan completo, que hasta el amor de la mujer querida me fuese arrebatado. Pero te estoy contando una historia que tú conoces, como la conocen todos en el pueblo. El cariño de Soledad no resistió tampoco á mi ruina: ser pobre y ser abandonado por ella, fué para mí una misma cosa. Parece que no podía darse mayor extremo en los rigores de mi suerte: pero aun tuvo mi desgracia un más allá, que, á juzgar por lo que á mí me acaeció, no existe límite para ella. Tú sabes que mi novia fué pretendida, más aún, asediada, por otro hombre, y que en aquella rivalidad fué vencido por mí, aunque puso toda su terquedad en el empeño. Con mi pobreza vino el abandono, y el corazón ya vacante de Soledad buscó nuevo empleo en el querer de mi rival, y así me vi, en un relámpago de tiempo, olvidado, miserable y sustituido: ¡tan bruscos son los cambios de la fortuna! Con los mezquinos recursos que aun conservaba, salí del pueblo, donde mi drama estaba á punto de convertirse en sainete, y me vine á este Madrid, que yo sólo conocía por mis cortos viajes de lugareño acomodado. Gasté lo poco que tenía en menos de tres meses, y como necesitaba vivir—te lo diré aun con más crudeza—como necesitaba comer, decidí un día visitar á nuestro diputado, á quien muchas veces había yo sacado á flote de la urna con mis votos, cuando tenía hacienda y hogar, y Soledad me juraba un amor..... eterno.

»Pasmóse nuestro numen tutelar..... político, ó fingió pasmarse, cuando le conté mis malandanzas, y torció el gesto al oír que solicitaba de su influencia un destino, por modesto que fuera, para no morirme de hambre. Impaciente sin duda, interrumpió mi relato varias veces para preguntarme:

»—Pero *concretemos, concretemos*. ¿Usted qué es? ¿qué puede usted ser?

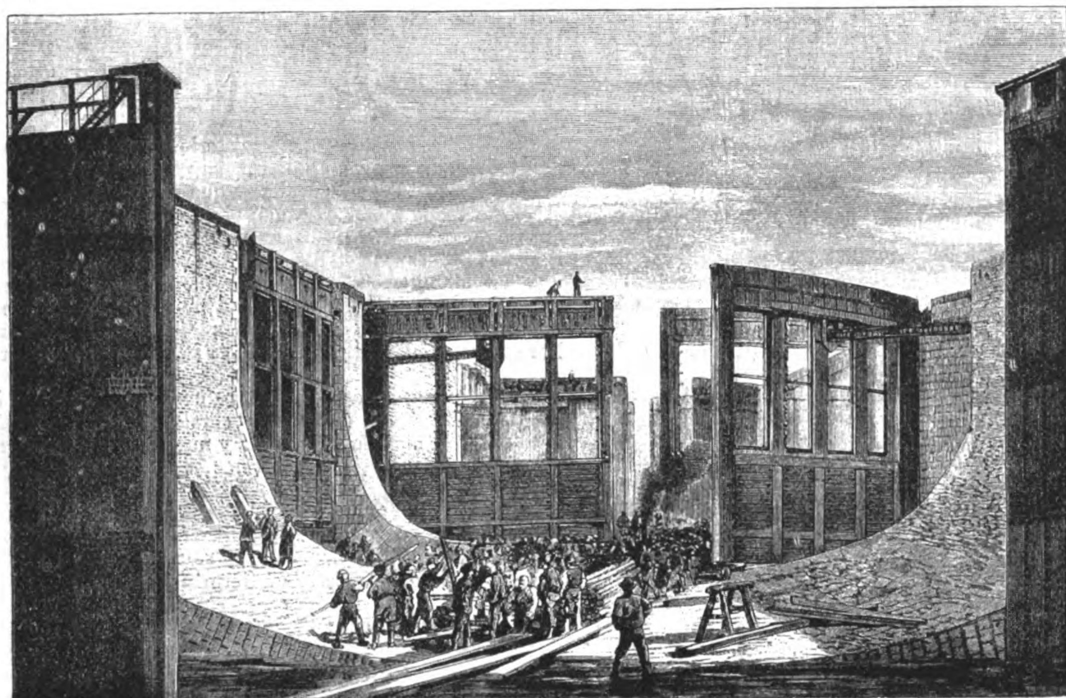


OTTO BAENSCH,

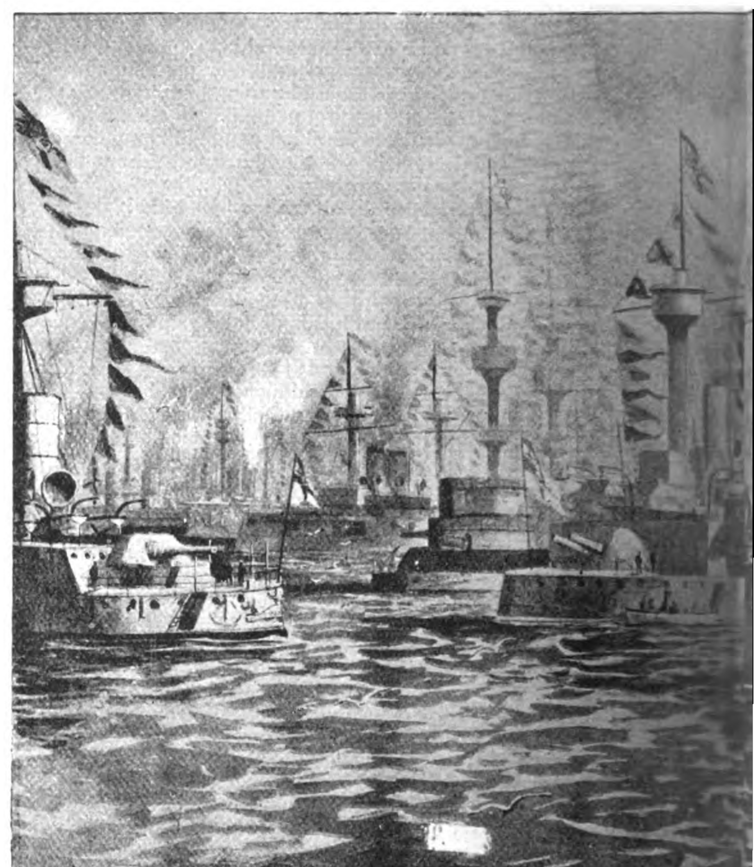
INGENIERO DIRECTOR DE LAS OBRAS DEL CANAL.



EL FARO DE HOLTENAU.

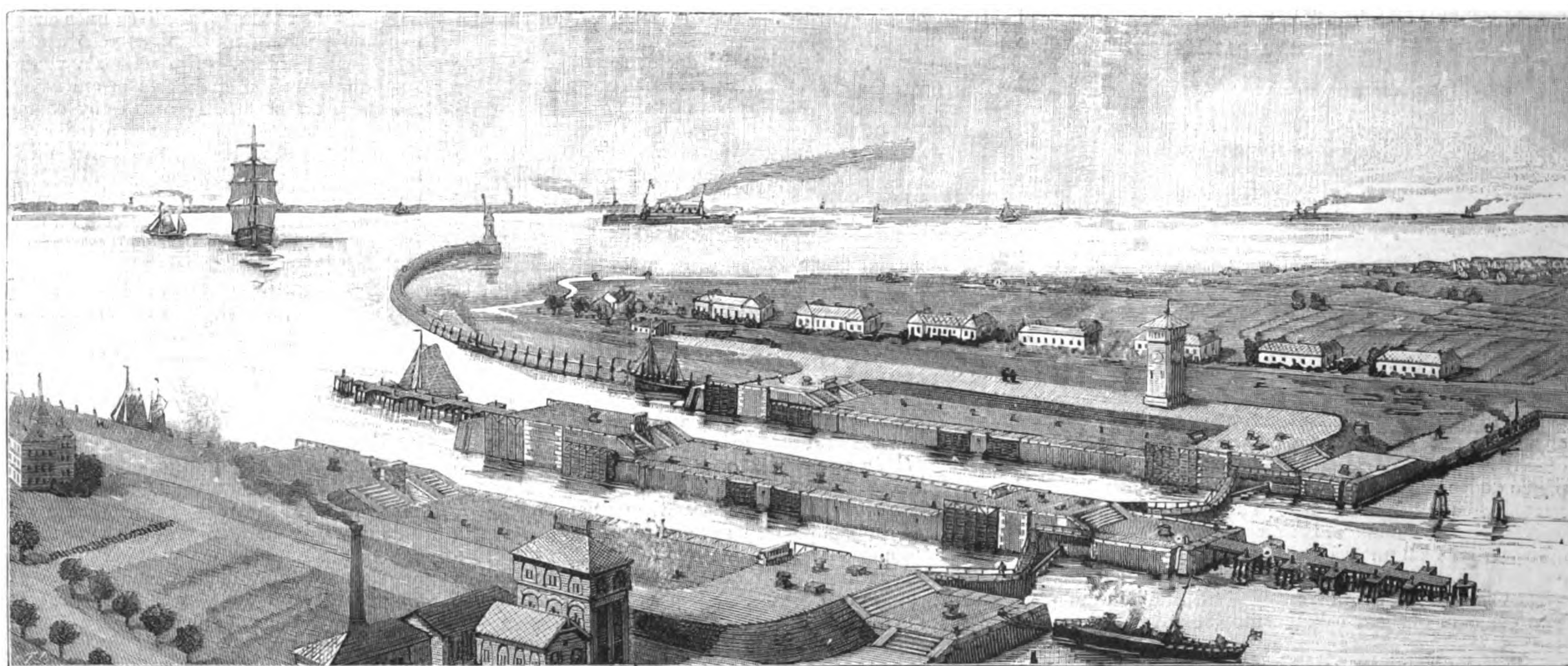


LA ESCLUSA DE HOLTENAU.



Lauria (italiano). *Pelayo* (español). *Brandenburg* (alemán.
Siegfried (alemán). *Alejandro II* (ruso). *Hoche* (fra

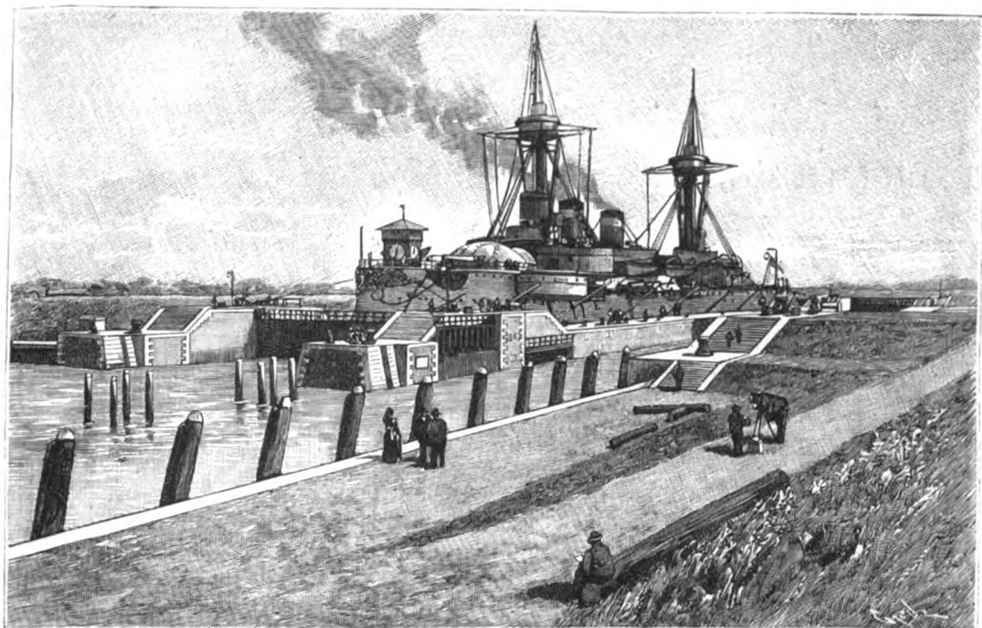
TIPOS DE BUQUES DE GUERRA REUNIDOS



EMBOCADURA DEL CANAL EN BRUNSBUTTEL, EN EL MAR DEL NORTE, CERCA DE HAMBURGO.

ALEMANIA.—EL CANAL DEL MAR DEL NORTE AL

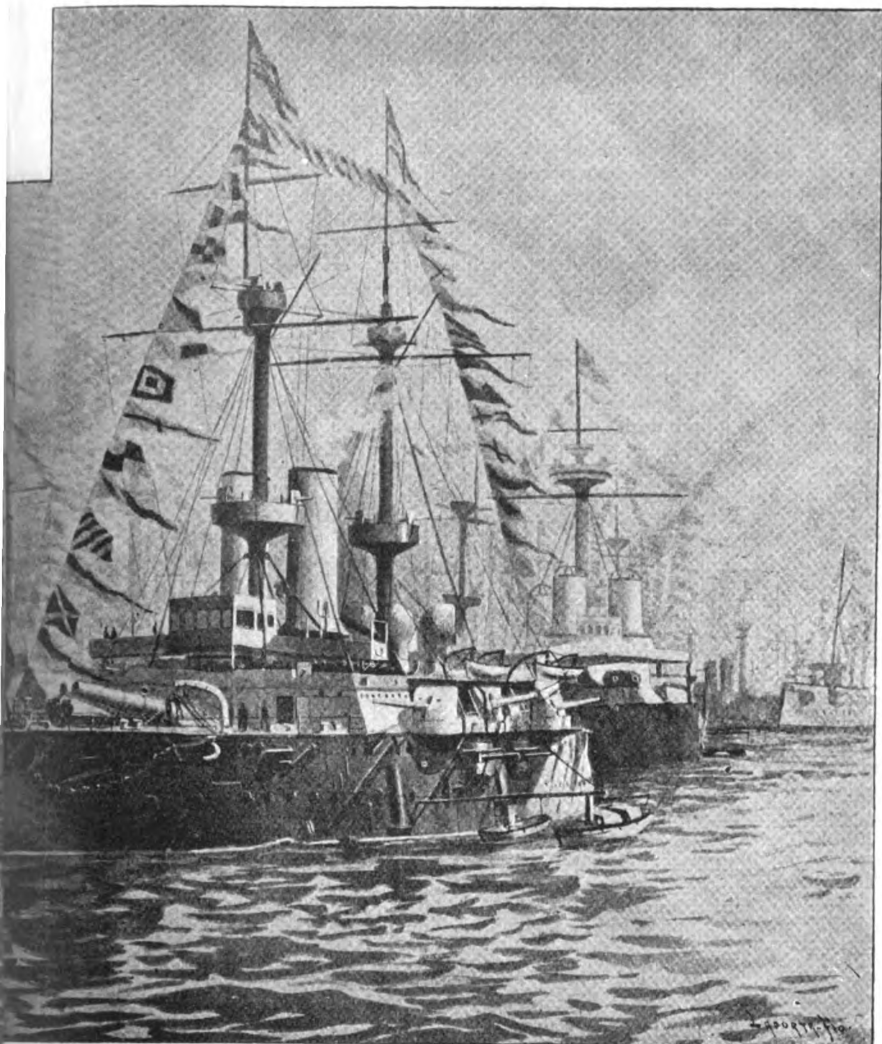
DE FOTO



UNA ESCLUSA EN BRUNSBUTTEL.

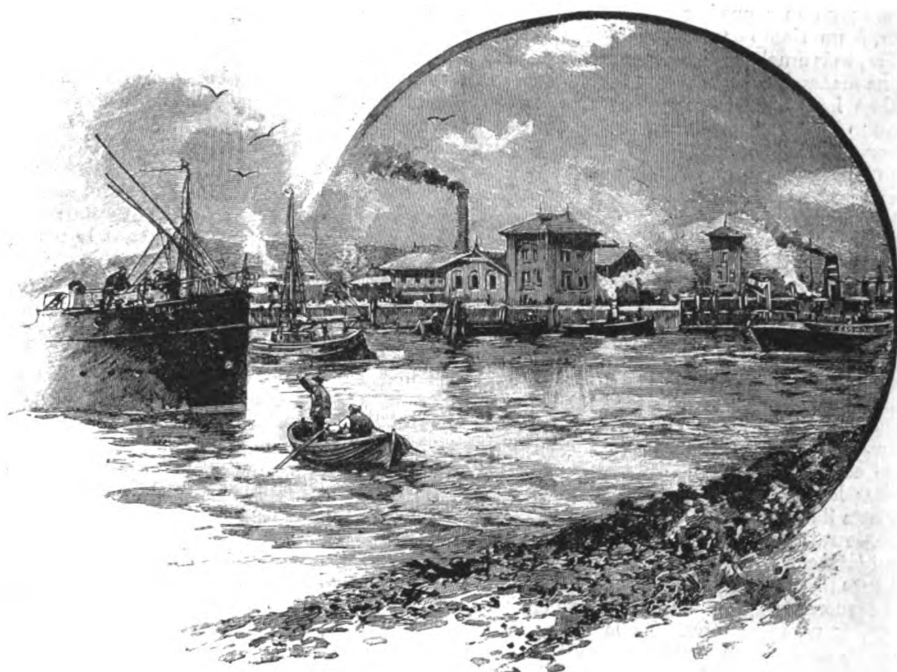


EL EMPERADOR DE ALEMANIA Y SUS HIJOS LOS PRÍNCIPES GUILLERMO, FEDERICO Y ADALBERTO.

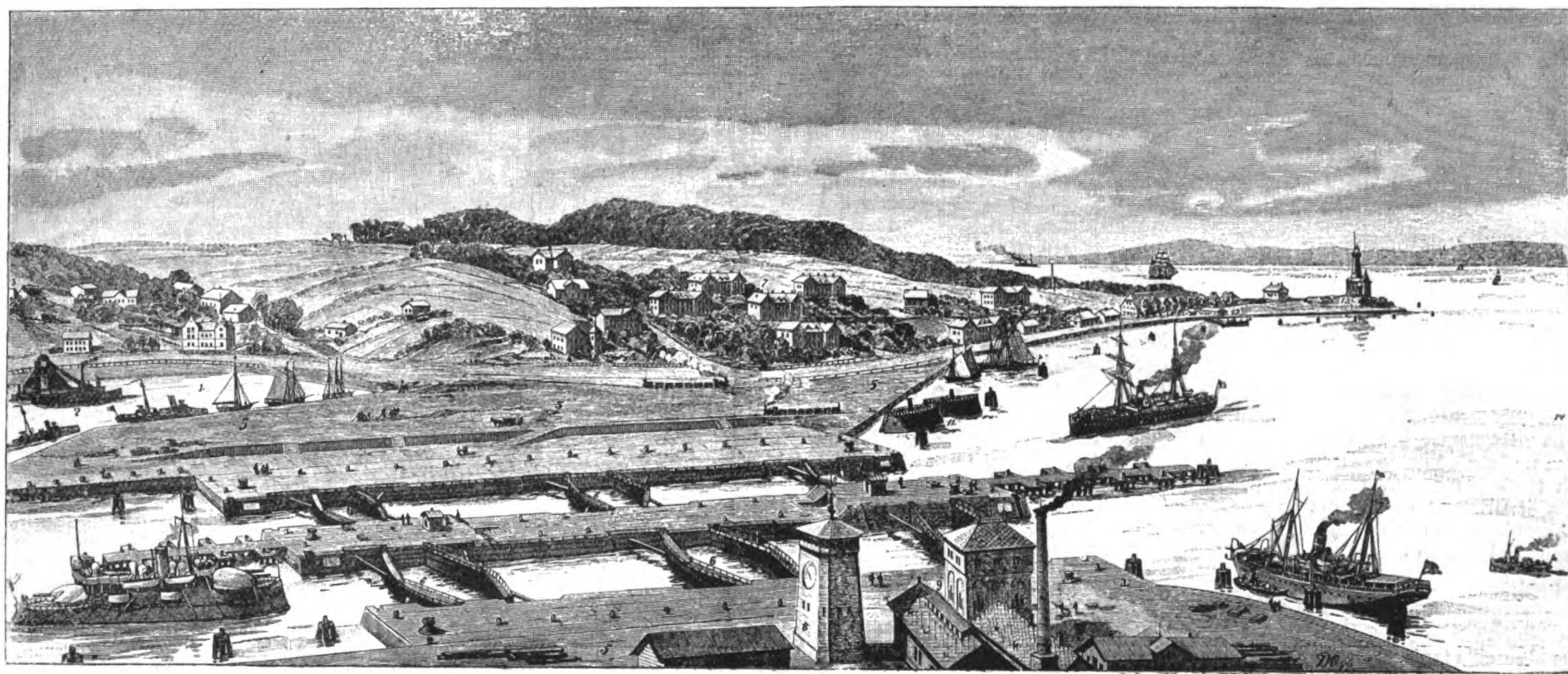


Royal Sovereign (inglés). *Kaiser Franz Josef* (austriaco).
és). *Re Umberto* (italiano). *Columbia* (americano).

N KIEL, CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL CANAL.



EL ANTEPUERTO DE BRUNSBUTTEL



DESEMBOCADURA DEL CANAL EN HOLTENAU, EN EL MAR BÁLTICO, CERCA DE KIEL.

BÁLTICO, INAUGURADO EL 20 DEL CORRIENTE.

RAFÍAS.)

»Lo que yo había sido, harto él lo sabía, y aun lo escuchara si cada uno de mis votos electorales hubieran podido repetírselo á su desagradecimiento: lo que era, acababa de decírselo: lo que podía ser, era casi pregunta inútil. Ello fué que por un resto de pudor ofrecióme ocuparse de mi asunto, y me despidió, no como antiguo amigo é igual suyo, sino como á pordiosero porfiado que molesta. Tuve, sin embargo, valor—heroísmo de la necesidad sin duda—para llamar durante otros dos meses á su puerta, y un día, al cabo de ellos, vendiéndome el favor con encarecimiento sumo, y más por librarse de mis visitas que por compasión ó apego, puso en mi mano la credencial de un destino, diciéndome bondadosamente:

»—Amiguito, no he encontrado otra cosa; siento que no sea más.....; en fin, ¿le conviene á usted?

»Sin mirar si el mendrugo de pan era más ó menos duro y negro, lo acepté con júbilo: di las gracias á mi protector, y salí. Ya en la calle, vi que se me nombraba «ambulante de Correos en la línea de Madrid á Murcia.»

»Te reirás si te digo que no sé por qué extrañas sutilezas de mi espíritu enfermo creció de punto mi contento al conocer la calidad de mi empleo. Iba á pasar mi vida de allí en adelante encerrado en un vagón, cambiando eternamente de perspectiva á lo largo de un camino de hierro, arrastrado siempre en la vertiginosa carrera de un tren. Para mí, desgraciado, que lo había perdido todo, era casi un consuelo vivir como en medio de un torbellino, sin detener mi pena en ningún sitio, arrastrándola conmigo como á mí me arrastraría en mi coche la locomotora.

»Hice mi presentación oficial en la Compañía, y me pusieron al tanto de mis deberes. No eran muy difíciles. Custodiar los paquetes de la correspondencia pública y ordenarlos durante la marcha para irlos entregando en las estaciones de su destino, y nada más. Me dieron un uniforme, y al poco tiempo emprendí mi primer viaje. Dos días de descanso en Murcia ó Madrid, y seis en mi coche de la ambulancia. Me amoldé perfectamente á este género de existencia errante. Ordenaba y entregaba mis cartas, y en los largos ratos de descanso, apoyado en la ventanilla, dejaba vagar mis ojos por el paisaje que aparecía y desaparecía ante mí como rápidas visiones de cosmorama..... ¿Querrás creer que casi llegué á olvidar?

»Pero ¡ay de mí! que la suerte me tenía reservado otro tormento, á un tiempo trágico y vulgar, más horrible, más lúgubre, más cruel que todos los que antes había padecido.....

»Una mañana, cuando el tren esperaba en una estación de empalme los viajeros de Villalegre, de nuestro pueblo, vi de pronto cruzar el andén al hombre que me había robado el amor de Soledad y con él mi última esperanza. Miré de pronto mi uniforme de ambulante, y me dió vergüenza. Bruscamente me oculté en el vagón: pero debió conocerme, sin duda. Su presencia recrudeció mis rencores, mi desconsuelo: abrió todas mis heridas mal cicatrizadas. Al llegar á Madrid, vi de nuevo á mi antiguo rival apearse en el andén. Todavía tuve entereza para vencerme.

»Mi suplicio comenzó á los pocos días, ¡y qué suplicio! ¡Si apenas acierto á relatarlo! ¡Si no hay palabras para ello! ¡Si pienso morirme de rabia, de dolor y de vergüenza al confiártelo! Juzga tú.

»Era en uno de mis viajes de regreso á la corte. Pasada la estación de Alcázar, á las dos de la madrugada, mientras el tren rompía las negruras de una noche de invierno resoplando como un monstruo jadeante, empecé á ordenar en paquetes la correspondencia. De pronto mis ojos se fijaron en la letra de un sobre y en un nombre en él escrito. Toda la sangre de mis venas debió agolpárseme al corazón, porque le sentí latir con fuerza dentro del pecho: mi cara debió quedarse más blanca que la de un cadáver. Aquella era su letra, cuyos menores rasgos yo conocía: aquel era el nombre de su amante, y para destruir hasta la duda, dándome la cruel certeza de mi martirio, en el reverso del sobre vi una S dibujada en colores. ¡Oh! sí; era Soledad la que escribía al hombre amado, y era yo el mensajero de sus ternezas, el tercero despreciable de sus amores; ¡yo mismo! Revolví febrilmente la carta entre mis manos, estrujándola con furia, sintiendo locas tentaciones de abrirla, de leerla, de gozarme en mi propio suplicio. ¡Qué noche, Dios poderoso, nunca he sufrido más!.....

»Pues oye ahora, y compadéceme. Esa tortura sin nombre, ese potro en que mi alma entera se descoyunta, esa tercería que me abochorna quemándome el rostro, se ha convertido en suplicio casi diario. ¡Oh, sí! Ella es constante..... ella tiene para él un caudal inagotable de ternura, y yo sigo siendo el mediador de sus amores. Si á través de la obscuridad de la noche pudieras contemplarme, me verías ordenar mis cartas, palidecer y temblar al coger una entre mis manos y fijar mis ojos en el sobre, en una letra menuda, en un nombre que aborrezco y en una S, fina y esbelta, dibujada en colores..... Me verías dejarla entre las demás intacta, dominando la tentación de abrirla, y si la abro algún día..... ¡miserable de mí!..... acaso no tendré valor para seguir viviendo, acaso.....

»¿Verdad que merezco compasión? ¿Verdad que espanta mi desdicha?»

No decía más la carta. Pero mi historia estaba reconstituída. Con los ojos cerrados formé el cuadro aterrador en todos sus detalles. Una noche muy obscura; un tren que corre vertiginosamente; un hombre que en el interior de un coche, vencido por la tentación diaria, abre una carta en que encuentra la mofa y el ludibrio en forma de posdata despreciativa, y estrujándola entre sus crispados dedos, se arroja á la vía y se rompe el cráneo contra un montón de piedras.....

°°°

Entonces recordé que el suicida tenía una carta en la mano, y me expliqué claramente por qué aquella S de colores tomó en mi sueño forma de serpiente enroscada al cuello del muerto.

Luis López Ballesteros.

INAUGURACIÓN DEL CANAL QUE UNE EL MAR DEL NORTE CON EL BÁLTICO

Y FIESTAS DE HAMBURGO Y DE KIEL.

LA ALIANZA FRANCO-RUSA.

El llamado cementerio de las naves.—Historia secular del Canal completado por los emperadores Guillermo I y Guillermo II.—Sus ventajas militares y comerciales.—Las escuadras internacionales.—La alianza ruso-francesa.—Honores á la prensa universal.—Dinamarca, Francia y Rusia después de su alianza.—Las escuadras de las potencias.—La isla artificial encantada sobre el Atles, y la nave fantástica que sirve de sala de banquete bajo los poderosos fuertes de Kiel. Discursos imperiales.

No hace aún muchos años, el paso desde los mares del Norte al del Báltico llevaba, con razón, el título de cementerio de naves y de marinos. La estadística consigna haberse estrellado hasta 10.000 naves durante un cuarto de siglo en las costas de Dinamarca, Suecia y Alemania: siendo por desgracia un dato irrefutable que en los últimos tres lustros, precediendo á la apertura del nuevo Canal, naufragaron hasta 5.350 embarcaciones, representando un valor inmenso y las más dolorosas pérdidas de existencias humanas.

En el siglo XIV la ciudad de Lubeck enlazó con un modesto canal el Báltico con Hamburgo: y siglo y medio después, cuando esta última ciudad empezó á prosperar, estableció otra vía navegable, siempre de pequeñas proporciones, entre los dos mares. Christián VII, rey de Dinamarca, mandó hacer un canal aprovechando el Eider para enlazar el puerto de Kiel con el mar del Norte. Estaba bien ajeno el soberano danés de imaginar que un siglo más tarde, arrebatados á la nación dinamarquesa los ducados de Schleswig-Holstein, merced á la guerra de 1874, á la que con tanta insensatez se asoció el Austria, aquella patriótica idea aparecería desenvuelta en grandiosa escala por Guillermo I, fundador de la potencia germánica. Este, que había advertido, como el Príncipe de Bismarck, los peligros que en el Báltico pudo correr Prusia, de ultimarse la alianza ya convenida de Dinamarca con la Francia napoleónica, comprendió de cuán suprema importancia sería para el porvenir privar á la potencia dinamarquesa, pequeña por la corta extensión de su reino, pero grande por su posición estratégica, de la ayuda inapreciable que podía dar siempre así á Francia como á Rusia, con cuya dinastía unen lazos tan estrechos al rey Christián y á la nación danesa.

Porque, en efecto, antes de que el Canal inaugurado ahora uniese por el Elba el mar del Norte al Báltico, las flotas alemanas, para realizar su concentración en eventualidades supremas para la patria, tenían que pasar bajo el cañón dinamarqués, sufriendo el fuego mortífero de las baterías colocadas en las islas de Korsos, en el Belt y en el Sund, defendidas por los fuertes de Copenhague y tardando en la circunnavegación de la Jutlandia tres días, en vez de escasas quince horas que tardarán ahora, merced á la nueva vía marítima. En tan corto tiempo se reunirán en Kiel, cuyo puerto, defendido hoy por fuertes admirables, constituye, con las fortalezas de Willhlmshafn, de Cuxhafen y de Helgoland, esa preciosa isla cedida por Inglaterra al Imperio germánico, un sistema conjunto de defensas. Importante es el Canal, militarmente considerado, en una guerra con Francia: pero más aún si la guerra es con Rusia, nación inferior en armamentos navales y en la pericia de sus marinos, careciendo de posiciones tan fuertes como las de Kiel y Helgoland en aquellos parajes. Dada la alianza de la Europa central, el poder esperar algunos días al abrigo de puertos fortificados, es de la mayor importancia para Alemania.

°°°

Antes de decir lo que ha sido la excursión grandiosa por el Canal, y las fantásticas fiestas de Hamburgo y de Kiel, deseo fijar un momento mi atención en un acontecimiento importante, íntimamente relacionado con estas escenas. Mis lectores de La Ilustración están enterados ya de las manifestaciones á que el concurso de una división naval francesa en las fiestas de Kiel dió lugar en Francia. Ni la acción unida de ésta con Rusia y Alemania, á la que se debe en gran parte la deseada paz entre la China y el Japón, con las modificaciones que tanto han atenuado los sacrificios al Celeste Imperio impuestos por el vencedor, ni el largo tiempo transcurrido sin conflictos en las fronteras franco-germánicas, pudieron evitar la explosión de irritación ardentísima con que los partidos más apasionados de la República acogieron la noticia de que buques franceses, olvidados de la Alsacia y la Lorena, fuesen á la grandiosa fiesta militar alemana. Apasionados debates en el Cuerpo Legislativo, y demostraciones con coronas y banderas ante la estatua de Strasburgo en la plaza de la Concordia, de París, señalaron esta tirantez de los espíritus. Para calmarla, Hanetaux, ministro de Negocios Extranjeros de la República, cuyas frases confirmó después el Presidente del Consejo, Ribot, dijo en el Cuerpo Legislativo que Francia había procedido en esta ocasión completamente de acuerdo con Rusia; y por vez primera calificó de alianza la amistad entre las dos naciones, causando inmensa satisfacción en las tribunas de la Cámara y en la prensa de Francia. Al resonar aserción tan acentuada, algunos diarios de Alemania quisieron poner en duda el hecho, añadiendo que el mismo Príncipe de Lobanoff, ministro de Negocios Extranjeros del Imperio moscovita, había visto con sorpresa y disgusto semejante aventurada afirmación. No podía resistir un juicio semejante ante la reflexión de que no se aventuran tan ligeramente por Ministros que se respetan aseveraciones que, además de poder ser desmentidas horas después, ponían en peligro antiguos y probados lazos de amistad. Bien pronto se supo que, en efecto, el pacto de alianza, cuyos caracteres, que todo indica serán estrictamente defensivos, permanecen en un misterio que de seguro no romperán ni el Czar ni el Elíseo, de igual manera que la Europa Central no ha publicado el tratado de la triple alianza, se firmó en Nancy entre Carnot y el gran duque Constantino, representando al czar Alejandro III. Coincidió tal suceso con la visita que entonces se hicieron los Emperadores de Rusia y de Alemania, y con el propósito indudable de contrabalancear su significación. Nicolás II, siguiendo las huellas de su padre, no sólo ha permitido que se hable de alianza ante una Cámara francesa, sino que para disminuir también la grandeza de la demostración de Kiel ha mandado en estos mismos días el gran collar de la Orden Suprema de San Andrés al presidente de la República Félix Faure. Conducido con gran pompa por el embajador ruso Barón de Morenhein al palacio del Elíseo, el representante del Imperio dijo al entregarlo que el primer magistrado de la República vería en aquel acto una nueva prenda de los sentimientos de que el Czar, su soberano, estaba constantemente animado hacia Francia y su representante. A lo cual el Presidente de la República respondió pidiendo al enviado de Nicolás II transmitiese al Czar la expresión de los sentimientos profundos que le inspiraba aquella nueva y preciosa prueba de las simpatías con que á ejemplo de su glorioso padre el Emperador estaba animado hacia Francia, siendo á la vez testimonio de la amistad existente entre las dos naciones. Y no contento con esto Félix Faure, apenas terminada la solemnidad del Elíseo dirigió al Czar el telegrama más vivo y expresivo.

No han bastado tan significativas demostraciones, llegando más tarde las noticias de que las divisiones navales de Rusia y Francia, encontrándose deliberadamente en los mares de Dinamarca, la amiga de ambas naciones, después de cambiarse las visitas sus almirantes en medio de los hurras de las tripulaciones y de las salvas de sus cañones, poniéndose á la cabeza de ambas flotas las naves capitanas, enarbolando el pabellón de sus contraalmirantes y de las dos marinas, entraron juntas en el puerto de Kiel.

Pertenece al mismo orden de ideas el calor con que, especialmente los representantes de la prensa francesa enviados á la solemnidad del Báltico, han acogido y acaso provocado una invitación muy cordial al periodismo internacional, para que, terminados que sean los festejos de Kiel y los que Hamburgo y Bremen han preparado para los corresponsales internacionales, contándose un paseo por el Elba, tan delicioso á fines de la primavera, se encaminen á Copenhague, al palacio de Fondesburgo, puesto á disposición de la prensa por el rey Christián, á la tumba legendaria de Hamlet y al lago inmortalizado por la fantástica Ofelia.

Alemania y su soberano, que en esta ocasión han demostrado un tacto admirable, como si nada advirtiesen de lo que significaban tales demostraciones, se esfuerzan á su vez en mostrarse altamente obsequiosos y deferentes hacia Francia, sus naves, sus marinos y los representantes de la prensa. El príncipe Enrique, hermano del Emperador y capitán de la marina germánica, fué el primero en saludar al contraalmirante francés Menard. El mismo Guillermo II, que ha señalado á las naves francesas en la magnífica ensenada de Kiel un puesto privilegiado junto á su yate imperial, dijo al embajador de Francia, Herbette, que tenía mucho gusto en inaugurar el canal de Kiel en presencia de la escuadra francesa, á la que admiraba, esperando que la inauguración de aquella obra no será la última que harán juntas en favor de la causa de la paz, por honor de la civilización y para estrechar las relaciones entre Francia y Alemania. De igual manera, cuando los representantes de la prensa, reunidos á bordo de la nave *Príncipe de Waldemaro*, y hacia los cuales se han multiplicado las distinciones y obsequios en Hamburgo, Bremen, Kiel y en todas partes, llegaron á Holtenau, un alto funcionario del Ministerio de Negocios Extranjeros germánico les dió la bienvenida en frases cordialísimas, expresando la convicción de que reconocerían en las espléndidas fiestas con que se inauguraba el Canal entre el mar del Norte y el Báltico el carácter de una obra eminentemente civilizadora y pacífica.

°°°

Pero apremiando el espacio, tiempo es de volver, dejando esta digresión, de altísima importancia sin embargo, á lo que ha sido la asombrosa inauguración del canal. Desde la revista naval con que hace pocos años celebraba Inglaterra, ayudada por el concurso de las marinas del mundo, las bodas de oro de la reina Victoria, nada se ha visto que ni aun de lejos pueda compararse al espectáculo grandioso de estos días. Sólo las naves extranjeras han presentado con un tonelaje poderosísimo una fuerza marina de 165.000 tripulantes, mandados por 810 oficiales. No menos numerosas eran las tripulaciones de los buques de guerra germánicos á su lado formados en la inmensa rada de Kiel y en una extensión de diez kilómetros, pues que á ellos debían unirse otros treinta buques torpedos que tomaron parte en las maniobras de la flota germánica, y la marinería numerosa de esas gigantescas naves transatlánticas que de Bremen y Hamburgo salen á recorrer todos los mares del mundo. Sin que el espacio me permita dar la enumeración completa de todas las naves extranjeras ó germánicas, tiene interés el condensar las más importantes. Bajo este punto de vista se han distinguido verdaderamente las flotas de Inglaterra y de Italia, donde los Duques de York y de Génova, con los almirantes lord Walter-Kuerr, Alington, Accini y Grandville, han enarbolado sus pabellones en los bellísimos yates *Osborne* y *Saboya*, y los incomparables acorazados *Soberano*, *Emperatriz de la India*, *Repulse* y *Resolución*, modelos de construcciones marítimas británicas: el *Rey Humberto*, *Andrea Doria*, *Cerdeña* y *Roger de Lauria*, á los cuales servían de cortejo naves, si no tan potentes, de no menos mérito en estas escuadras, presentando once, y nueve buques de primer orden. Seguíalos en importancia la división austriaca, compuesta de los acorazados *Emperatriz María Teresa*, *Francisco José*, *Emperatriz Isabel* y *Travent*, con el archiduque Carlos Esteban como almirante. España, Rusia y Francia han estado representadas por igual número de naves, constituyendo el *Pelayo*, *María Teresa* y *Marqués de la Ensenada* la división española, al mando del contraalmirante Espinosa. El contraalmirante Skrydloo enarbolaba su pabellón en el navío *Alejandro*, acompañado del crucero ruso *Rurik*; pero además vino á representar al Czar el gran duque Alejo, su tío,

gran almirante del Imperio moscovita. Ya he dicho que el contraalmirante Menard, que ha mostrado grandes dotes manteniendo altísima disciplina en las tripulaciones francesas del *Hoche*, nombre que recuerda el célebre general de la primera República, conquistador de Strasburgo, del *Dupuy de Lome* y del *Surcouf*, mandaba la fuerza naval francesa, la primera en abandonar aquellos mares apenas terminada la inauguración. Dinamarca, olvidando que el triunfo de Alemania fué la señal de su desmembración, se ha hecho representar por los dos cruceros *Helkla* y *Geiser*, mandados por el comodoro Brun. Los Países Bajos tenían otros dos cruceros en Kiel. La Rumania, para quien los triunfos de los Hohenzollern son triunfos de su propia dinastía, había enviado el crucero *Elisabeth* y el bergantín *Mircea*. Suecia, á quien esta unión de los dos mares es importantísima, tenía las naves acorazadas *Geta*, *Thule* y *Yeda*. Turquía llegó algo retrasada con su crucero *Luadama*, como símbolo de lo que fué un día la gran flota otomana. El *Vasco de Gama* portugués suplía con la grandeza de este nombre la perdida potencia naval lusitana. Por último, los Estados Unidos, comprendiendo no ser este suceso tan sólo europeo, sino universal, mandaron al Báltico, bajo el mando del contraalmirante Kerhland, sus tres cruceros *Nueva York*, *San Francisco* y *Colombia*, sin rivales por su rapidísimo andar.

⁂

La prensa europea asegura unánimemente que no es posible dar idea de lo grandioso, pintoresco y fantástico de los espectáculos que sus representantes han presenciado en Hamburgo, en el Elba, en Holtenau y Kiel, como en la travesía del nuevo canal. Para estas fiestas, Hamburgo había votado un millón de marcos, dos millones el Reichstag germánico, y junto á ofrendas de los armadores de las ciudades anseáticas y de Kiel, el Emperador hizo un donativo espléndido. Guillermo II, acompañado de los cuatro infantiles Príncipes, sus hijos mayores, de los Ministros, miembros del Consejo federal, Reichstag y Landtag, llegó á Hamburgo en la tarde del 19 de Junio, siendo recibido con un verdadero huracán de aplausos, de vivas y frenéticas aclamaciones. Lo acogían el Senado de la gran ciudad y sus burgomaestres y concejales, vistiendo el antiguo traje español, como en los tiempos de Carlos V. La emperatriz Augusta Victoria, que por lo adelantadísimo de su estado interesante no había podido seguirlo al gran puerto alemán, llegaba al propio tiempo al más inmediato de Kiel, acompañada del príncipe Enrique y de la esposa de éste, hermana de la Czarina.

De las magníficas fiestas que dió Hamburgo, una de las más sonadas ha sido el banquete. En éste, el Emperador, teniendo á sus lados á los reyes de Sajonia y Wurtemberg, al Regente de Baviera, al gran duque Alejo de Rusia, á los Duques de York y de Génova, que han sido nombrados por él almirantes honorarios de las flotas germánicas, al archiduque Carlos Esteban de Austria-Hungría, que lo era ya, y á la brillante pléyade de Príncipes de Alemania, con los almirantes de las escuadras alemana y extranjeras, miembros de los Parlamentos y representantes de la ciudad de Hamburgo y de la prensa, pronunció el siguiente brindis-discurso: «Expreso mi gratitud profunda al Senado y ciudad de Hamburgo por el recibimiento inolvidable que les he merecido. Las aclamaciones frenéticas, que bien pueden compararse á un huracán, eran un eco de los latidos del corazón de toda la nación germánica, orgullosa de ver el Imperio unificado y representado en las personas de sus Príncipes, mis huéspedes ilustres. Mi pensamiento evoca en este día la memoria del gran emperador Guillermo I y de su glorioso hijo Federico III, bajo cuyos reinados fué comenzada la obra que reune dos mares para la prosperidad y la paz de los pueblos. Las naves acorazadas reunidas en Kiel son un símbolo de paz y de cooperación de las naciones civilizadas para el mantenimiento de la alta misión civilizadora de Europa. Todos los pueblos invocan y desean la paz, pues sólo con la paz el comercio universal y el de Hamburgo pueden prosperar. ¡Viva la gran ciudad que tan espléndidamente se ha asociado á esta obra de progreso y de civilización!»

Pasando rápidamente por la isla artificial, el Emperador, con una gran parte del séquito, se embarca en el *Kaisser Adler*, con el cual atravesó el río Elba, para tomar en Brunsbuttel el navío *Hohenzollern*, en tanto que muchos Príncipes y personajes principales se dirigían por ferrocarril al mismo punto, para evitar la tempestad que se desencadenó. Pasada ésta, aparecieron iluminadas eléctricamente las orillas del Elba, en cuyas márgenes suenan músicas militares y se dan preciosos fuegos artificiales. A las cuatro de la madrugada del 20 de Junio, Guillermo II, á bordo ya del *Hohenzollern*, entró majestuosamente en el Canal, rompiendo la cuerda que lo cerraba de una á otra orilla.

Detrás iban el *Osborne*, con el Duque de York; el *Saboya*, con el de Génova; el *Travant*, con el archiduque Carlos Esteban de Austria; las naves *Augusta*, *Victoria*, *Trave*, *Rugia*, con el Consejo federal, los ministros, los diputados del Parlamento alemán y del Landtag prusiano, los embajadores y Cuerpo diplomático, que ocupan el primero de estos buques, y aquellos representantes de la prensa, uno por cada nación, que han asistido al banquete de Hamburgo. Sucesivamente, y separados por espacios considerables, para no agitar demasiado las aguas del nuevo Canal, donde, sin embargo, tocaron ligeramente el *Osborne* y un grande acorazado germánico, pero sin daño; aparecieron el *Grill*, con el almirante de la flota alemana Knorr; la *Enchantress*, con el primer almirante inglés y los lores del Almirantazgo; el *Aretusa*, con el almirante italiano Accini; el *Surcouf*, con el contraalmirante francés Menard; el *Grosjaschy*, con el ruso Skrylioff; el *Marqués de la Ensenada*, con nuestro contraalmirante Espinosa; el *Colombia*, donde dos días más tarde tenía lugar la explosión de una caldera, causando alguna desgracia, con el almirante de los Estados Unidos, Kerhland; el *Edda* y el *Viking*, con los contraalmirantes de las naves suecas y noruegas; el *Marblehead*, con otro almirante de la flota inglesa; el *Mircea*, con el comodoro de la división de Rumania, Ursanci; el *Hekla*, con el capitán de navío de Dinamarca, Gard, y el de igual clase, Waning, á bordo del buque holandés *Alkmaal*.

El aspecto que presentaba la inmensa rada de Kiel, donde, sin apiñarse, se hallan ancladas hasta 500 naves, presentando las de cada nación su color especial, era de una belleza sublime. Toda la prensa europea ha publicado los croquis de esta disposición de buques, que, colocados á uno y dos en la parte más estrecha del puerto, llegaron á presentar filas de cinco y de seis naves en sus aguas más dilatadas.

Omitiendo, por impedirlo el espacio, los banquetes tan significativos dados á bordo de las naves almirantes alemana y francesa, donde los brindis mutuos y aclamadísimos en honor de Guillermo II y del presidente de la República, Faure, rompieron el hielo de los primeros días, y que desapareció por completo cuando el Emperador y la Emperatriz conversaron de la manera más cordial con el almirante Menard en el baile ofrecido por los marinos germánicos á la oficialidad de todas las escuadras extranjeras en la Academia de la Marina, coronación de estas fiestas, vengamos á la colocación de la última piedra del Canal, hecha con una solemnidad grandiosa. El representante de Baviera y el Príncipe de Hohenlohe, canciller del Imperio, presentan el martillo y la cal con que el Soberano realizará esta simbólica operación, bautizando el Canal con el nombre de Guillermo, el fundador de la patria y su iniciador, en nombre de Dios y de la Trinidad Santísima, para gloria de la Germania y bien de todas las naciones del universo entero. En el discurso que como documento se ha depositado con diversas monedas y memorias bajo la piedra, el Emperador dice que el Canal entre el mar del Norte y el Báltico, monumento elocuente de la energía y de la actividad alemanas, se ha terminado saludándole la expectación de todos los Estados del Imperio y bajo la visible protección del cielo, merced á la cual en el curso de sus trabajos se vió alejada de la patria toda perturbación de la paz. Era grandísimo gozo para su corazón consagrar esta nueva vía al tráfico universal, rodeado de sus aliados y de los representantes de la nación germánica, con la graciosa intervención de los enviados de las potencias amigas, á cuyas escuadras daba la bienvenida desde el primer puerto militar de Germania, abierto ahora al comercio del mundo. «Consideramos como primer deber, añadió, de nuestra misión imperial, garantizar con la conservación de la paz el progreso de cuanto los pueblos germánicos han obtenido en el campo de la prosperidad nacional, de la libertad y de la civilización. Por lo cual cuidaremos de asegurar al trabajo nacional una senda libre en medio de la gran concurrencia universal. Pero este Canal no será útil solamente á la patria, puesto que sin envidia será dado á todas las naciones marítimas participar de las ventajas que presenta. Pueda el Canal, obra de paz, no servir en todos tiempos á otra cosa que á la emulación de los pueblos y á los bienes de la paz.»

Igual grandeza revistió la colocación de la primera piedra para el monumento que en Kiel se alzará á la memoria de Guillermo I. Por la noche se celebró el inmenso banquete de mil cubiertos bajo la tienda alzada en el Mediodía del puerto. Como todo ha revestido un carácter original y fantástico en estos festejos, debiéndose á la iniciativa de Guillermo II, esta tienda figuraba una inmensa nave como las galeras del siglo XVII, midiendo 185 metros de largo y 25 de anchura, y teniendo 100 metros la sala del banquete, asombrosamente adornada. Además de la mesa imperial á que se sentaron soberanos y príncipes, había otras veinte dilatadísimas para los ilustres convidados, entre ellos los representantes de la prensa universal. El mástil de la nave, que enarbola un estandarte gigantesco, supera los 70 metros. Un Atlas figura sostener el mundo; y además de la iluminación producida por 90 lámparas eléctricas colosales, un faro ilumina como en Hamburgo la nave-tienda desde los cielos.

La revista naval á las escuadras extranjeras y las maniobras de la potente y numerosa flota alemana han completado la serie de estas grandiosas fiestas. Al pasar el yate *Hohenzollern* á través de las 53 naves extranjeras, los himnos germánico y los de las naciones respectivas saludaban desde los buques empavesados al soberano augusto. Los ejercicios de la escuadra mandados por Guillermo II demostraron qué inmensos progresos ha hecho la marina germánica. Ahora la inmensa mayoría de los representantes de la prensa universal se dirigen á las fiestas especiales dadas en su honor por Hamburgo, Bremen y Dinamarca.

CONDE DE COELLO.

Á MANUEL REINA,

CON MOTIVO DE SU HERMOSÍSIMO POEMA
«LA CANCIÓN DE LAS ESTRELLAS».

El regalado ritmo de tu estrofa
Llegó á mi corazón, noble poeta,
Grabando en él, con su buril de fuego,
La música y la luz y los colores
De nuestra esplendorosa Andalucía.
¡Oh, qué inefable gozo invade al alma
Con la dulce *Canción de las estrellas*,
Donde palpitan los rumores todos
De la tierra natal, y luminosos,
Como bandadas de palomas blancas,
Surgen aleteando los recuerdos
De tu alma soñadora noble y pura!
¡Cuánto debe á tu musa rutilante
El angustiado pecho que aquí gime
Entre el insano estruendo de la corte,
Que enerva, oprime y aniquila y mata!
Ella á purificar llega el ambiente,
Cargada de los béticos perfumes,
Y á iluminar los grises horizontes
Con la luz de aquel sol, por cuyas hebras
Llega al humano corazón la vida
Y á la mente su fuego generoso.
El aura embriagador de aquellos campos
Que cantas, con arpegios de las aves,
Se aspira delicioso en la lectura
De tus brillantes versos, que derraman
En cascadas de lumbre su poesía.
Por ellos pasan en tropel radioso,
Esparciendo perfumes y colores,
Las rosas de los cármenes floridos
De la oriental Granada, que en las ondas
De plata del Genil van á tus lares
A coronar la frente de tu musa.
Ellos llevan espumas y rumores
Del mar que deja su incesante beso
—Como en los pies de la Citérea Diosa—
En la playa feliz de la Caleta,
Y el dejo dulce de los zumos gratos
Del moscatel purpúreo que circula
De Málaga la bella por las vides:
El himno triunfador que entona el Betis
Al derramar sus aguas cristalinas
Al pie de limoneros y naranjos,
Que festonan, á guisa de guirnalda,
La túnica de luz y palmas de oro
Con que Sevilla la sin par se viste:
Y los puros olores de la sierra,
Atalaya de Córdoba, vigía
De los ricos pensiles andaluces.
¡Todo, todo va en ellos; la amorosa
Canción de la guitarra que suspira
Cabe los hierros de moruna reja,
Y las arrulladoras serenatas
Con que alegran los dulces ruiseñores
Las deliciosas siestas de la umbría;
La mujer luminosa como el astro,
Y el ático galán gallardo y fiero;
De la alondra impaciente el dulce trino
Al alba, ante el incendio de la aurora
Y el fuego de la lumbre meridiana,
Y los tules opacos del crepúsculo,
Y el inquieto brillar de las estrellas,
Y las luces de plata de la luna!
¡Ah, que en tu lira de oro vibran todos
Los acentos dulcísimos que cantan
El himno á la inmortal Naturaleza,
Y al iris le robaste los colores
Que bullen fulgurantes por tu estrofa
Como en crisol hirviente los metales!
¡Salve! ¡Salve, poeta, que tu musa
Vierte la rica luz en que se envuelve
—Disipando las brumas del espíritu—
Sobre el alma avarienta de alegría,
Y nuncio de esperanza seductora
Incendia el corazón y alumbra el suelo
Con los brillantes rayos de la aurora!

J. JURADO DE LA PARRA.

Madrid, Junio 95.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

En las soledades del Guadarrama: el ciclismo terapéutico: la física ciclista: la gimnasia lingüística: ¡Adiós, amigos!

AQUÍ arriba, en las solitarias faldas del Guadarrama que avecinan con los términos de Los Molinos, he encontrado, entre los enormes pedruscos de granito rodeados de zarzas de perpetuo verdor, un manantial de puras y transparentes aguas, cuyo sobrante se vierte en múltiples hilos, que escondiéndose bajo el suave y lustroso hierbín y bajo el musgo que brotara en torno á los humedecidos cantos, guijas y vetustas raíces de los árboles ya desaparecidos, vuelven á reunirse en el cauce de un riachuelo abierto en la arena al pie de esto montecillo. Soledad apacible y encantadora; brisa fresca permanente en el aire; agua cristalina y refrigerante, al lado de la mullida alfombra de césped; sombra donde cobijarse; horizontes amplísimos para recreo de la vista; y, á dos pasos, el camino, la amplia carretera que sube á los puertos y que conduce también á la inmediata aldea, en la que hay cariñosos amigos, buena mesa y limpio lecho: ¿qué más se puede desear para vivir en grande un par de semanas, lejos del mundo, gozando del incomparable placer del descanso, sin cuartillas que escribir, ni periódicos que devorar, ni oradores y discutidores á quienes atender, y sin encargos, prisas, molestias y demás calamidades madrileñas que sufrir!

Así exclamaba yo ayer tarde, tendido á la larga, fumando un cigarro junto al manantial, cuando llegaron á mis oídos los murmullos y carcajadas de algunos caminantes que debían subir por la carretera cercana desde el Ventorro del Duende al puerto. Pudo más en mí la pícara curiosidad que el santo y dulce recogimiento que acababa de ponderar; y poniéndome en pie, trepé á un berrueco que se alza en un claro del bosque, miré al camino, y en aquel instante mismo debieron verme los excursionistas, porque, en medio de alegre gritería, me llamaron, me saludaron con sus sombreros, y dejando la carretera, emprendieron en mi busca por la ancha senda que sube al rincón de mi retiro.

Eran cuatro amigos, caballeros en inflexibles bicicletas: María Rondeiros; su esposo Lucas Rondeiros, profesor de «Fluídos»; el niño de ambos, Pepín Rondeiros, bachiller, de doce años de edad, y el primo de los tres, Dr. Matías de la Barba, médico del hospital Provincial de la Purificación. Yo soy vecino de los cuatro: Fuencarral, 267, segundo izquierda.

Que todos eran ciclistas impenitentes, ya lo sabía de antiguo; pero que se les hubiera ocurrido subir por el Guadarrama, eso no pude figurármelo jamás. Apeáronse, destaparon las cestitas de provisiones, y allí junto al rico manantial

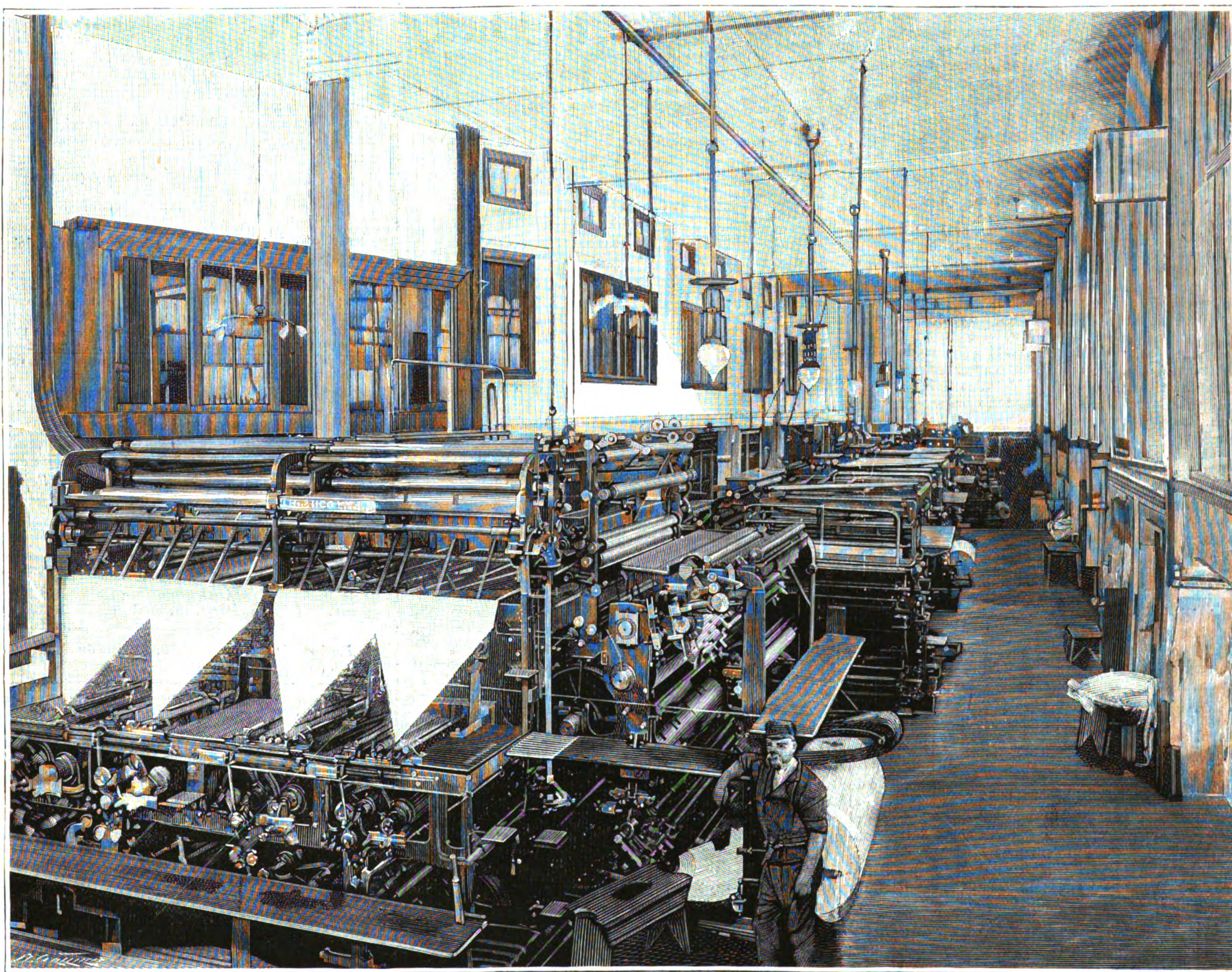


TIPOS Y COSTUMBRES MADRILEÑOS.—EN LA VERBENA.

DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA.



NUEVA YORK (EE. UU. DE LA AMÉRICA DEL NORTE).—EL PALACIO DEL «NEW YORK HERALD».



GRANDES TALLERES DEL «NEW YORK HERALD».—LA SALA DE MÁQUINAS.

(De fotografías.)

merendamos como cinco bienaventurados hambrientos. Al criticar y repetir yo la extrañeza que me causaba el disparate de que se atrevieran á realizar semejante caminata, quisieron comerme vivo, después de no haber dejado ni una migaja de su merienda, y para que no me viera libre, ni aun en pleno Guadarrama, de la monomanía reinante é intolerable chaparrón de los discursos, el Dr. Barba, puesto en pie en medio del corro, nos soltó la siguiente arenga biciclológica:

—A fuer de médico experimentado y de ciclista concienzudo é imparcial, te digo que no existe uno entre los inventos modernos que aventaje al del ciclismo, por los grandes beneficios que proporciona al cuerpo, y al alma si le conviene. Ríanse tú y otros como tú, monolitos pasivos é inertes, indignos contemporáneos de la dinámica actual; ríanse de la bicicleta y de los biciclófilos, que yo te aseguro que este caballo de acero, goma y viento ha de dejar atrás, no á todos los vehículos del orbe, sino á toda la terapéutica conocida. Ningún sistema progresivo deambulante contribuye como éste al desarrollo de los movimientos respiratorios, porque ninguno facilita como él las grandes inspiraciones de aire, al respirar con los miembros superiores apoyados en un solo punto de apoyo, el que sirve para fijar las manos. En la bicicleta trabaja, hace gimnasia todo el cuerpo: los brazos, al fijar el movimiento ó al cambiarlo: los músculos dorsales y los superiores, al mantener hábilmente el equilibrio: y los inferiores, al tomar parte de un modo activo y decisivo en la marcha, mucho más movida que cuando se va á pie. Este trabajo muscular acelera la respiración, haciéndola más intensa y profunda. Realiza el ciclista un verdadero milagro mecánico, porque moviéndose al subir y bajar las piernas, como para subir una montaña ó por una escalera, en vez de subir, avanza, y cambia el movimiento de ascenso en marcha longitudinal.

La velocidad de la carrera corta al aire, que se refleja sobre su rostro y su cuerpo, de modo que, sin necesidad de aparato alguno, recibe una ducha fresca, una brisa ó viento improvisado, cuya intensidad está en razón directa de la velocidad. Por eso el que corre en bicicleta marcha mucho más fresco que el que va á pie: y por eso se pueden resistir bien los grandes calores en la caminata: y por eso la acción constante del aire renovado sobre el cuerpo del ciclista, y en especial sobre su rostro, aumentan la energía corporal al aumentar la excitación nerviosa. El ciclista avanza y avanza, y no se estropea los pies, como le ocurre al que va andando; de modo que para él no hay callos, ni ojos de gallo, ni uñeros, ni obstáculo pedestre alguno. Demostrado está que para el ciclismo lo mismo da el llano que la cuesta: en el llano corre con extrema facilidad; cuesta arriba desarrolla un poco más de esfuerzo, y cuesta abajo se deja llevar sin sentir, como si tuviera alas. ¡Y el placer de la velocidad! ¡A quién no le gusta, pero con verdadero gusto, trasladarse con rapidez de un punto á otro! Ese es un goce instintivo que se siente y anhela desde la niñez y que dura toda la vida. El jinete, el que va en coche, el viajero en ferrocarril, parece que se sienten seres superiores al dejar atrás kilómetros y kilómetros, árboles, pueblos, ríos y montes. Pues en la bicicl ta, que corre tanto como el tren, se disfruta muchísimo más del placer de la velocidad que en ningún otro vehículo, porque el que corre es el autor del movimiento, el motor y el móvil á la vez. ¡Qué hermosura! Valsar vertiginosamente es divino, patinar sobre dilatada superficie es delicioso; pero correr en la bicicleta, solo ó en tandem, es delicioso y divino á un tiempo.

¡Qué ejercicio facilita la exudación como éste! ¡Cuál es más á propósito para establecer la regularidad armónica circulatoria de ambos hemisferios cerebrales, que equilibre la inestabilidad producida por el exceso de trabajo intelectual y por las excitaciones nerviosas originadas por el sufrimiento, ó la pasividad vecina del idiotismo, á que están expuestos los que no discurren, ni piensan, ni trabajan más que con las mandíbulas! ¿Quién armonizará las funciones de esos dos núcleos nerviosos como el ejercicio admirablemente rítmico, automático, simétrico y equidinámico de la bicicleta?

¡Que tiene quiebras el oficio! ¡Bah! No merecen tomarse en cuenta. Las caídas y tropiezos no pueden ser comparables á los que se producen en otros medios activos de locomoción, y su número está en una proporción de un cien mil por uno, comparados con los de la marcha hípica, ó en carruaje, ó en tren, ó en barco. Chichón ó raspadura más ó menos, y siempre particular ó local, en lo exclusivamente individual, esto es lo común aun en ese cienmilavo de accidentes.—

Al llegar aquí el orador ciclista terapéutico, descansó cinco minutos, bebió un sorbo de cognac, se atusó los bigotes y continuó de esta manera:

⁂

—Es el ciclismo, al parecer, un remedio eficaz contra la obesidad, la gota, la dispepsia, y contra la iniciación de los cálculos de la vejiga. Usado con prudencia y buena dirección, es excelente para corregir las afecciones del pulmón y del corazón. Los dispépsicos, á quienes no está bien el pasear después de comer, hacen muy bien la digestión en bicicleta, porque como el movimiento es tan suave, sin trepidaciones ni sacudimientos, facilita mucho la digestión el movimiento, y resulta también para ellos que es verdad, moviéndose en esta forma, que el hombre digiere con las piernas. Los que empiezan á padecer del pecho, de tos, ó de asma, ó de la vejiga y de la próstata, no se asusten si al aprender á usar la bicicleta empeoran un poco, porque al cabo de corto tiempo notarán el grandísimo alivio que produce este ejercicio.

Claro es que en este nuevo género de gimnasia corporal es preciso, como en todas las funciones, usar, pero no abusar. Procúrese no llegar nunca á la fatiga, ni á la excitación nerviosa anormal, y sirva de regla que es preciso dejar por una temporada la bicicleta, como todos los ejercicios materiales ó espirituales, en cuanto se siente uno atacado por el insomnio ó por las perturbaciones repetidas durante el sueño. No hay mejor avisador de las alteraciones de la salud que el sueño: el que no duerme bien, no está bueno. El ciclismo, como todos los goces, ofusca, ciega y embriaga. Preciso es atender más al freno de nuestros ímpetus que al de la bicicleta, porque éste depende siempre de aquél. La experiencia viene demostrando que el ciclismo se presta mucho mejor á la conformación femenina que á la masculina, y que no tiene inconveniente alguno para la mujer, para la cual es un ejercicio inofensivo y eficaz. Resulta ser también la bicicleta un elemento higiénico beneficioso para los reumáticos, gotosos y neurálgicos, siempre que tomen todas las precauciones necesarias, como la de usar ropa de lana, llevar bien abrigados el pecho y el vientre; no pararse al fresco en la sombra durante la traspiración, mudarse y friccionarse rápidamente con agua fría ó templada, según la estación, y evitar toda causa de enfriamiento y de fatiga. En fin, amigos míos, y para terminar, el ciclista no se cansa, porque al caminar sobre su aparato se apoya, no como la mayor parte de los animales en cuatro puntos, sino en cinco: dos manos, dos pies y el asiento. De modo que no es, metafóricamente dicho, un cuadrumano, ni un cuadrúpedo, sino un pentapunto. Aunque el ciclista aparezca un poco ridículo en su posición ante la vulgar mirada de las gentes, y pueda repetirse de él lo que el doctor Chibret ha dicho, esto es, que resulta ser un mono á caballo, los maestros en el arte de la locomoción entienden que no hay postura más estable ni que exija menos esfuerzo para moverse. Esto lo afirmamos todos los ciclistas convencidos, y puesto que tales son las ventajas del nuevo invento y ningunos sus inconvenientes, *bicicletemos*, amigos,

¡Y entre el polvo y el fango avance torpe
La rutinaria humanidad rastrera!

⁂

Intenté yo replicar, y no me dejaron. El profesor Rondeiros, orador también, no quiso desperdiciar aquella ocasión, y levantándose al ver que Barba se tumbaba, hizo una mueca tribunicia, indicándonos que iba á hablar: miró á su mujer, que se abanicaba convulsiva y sonriente, preparándose á oir á su Castelar; miró á su hijo el bachiller, que de cuando en cuando se sorbía los mocos sin aprensión alguna; me miró á mí como quien mira al pedáneo de Boadilla, y poniendo los ojos en blanco después, hizo como que miraba al cielo, los cerró, tosió, y mirando al fin á la tierra, dijo:

—Ha hablado la Medicina: ahora debe hablar la Física; pero hablará poco, porque hoy no es día de hablar, sino de correr. En el nuevo sistema progresivo hay dos factores esenciales: el ciclista y la bicicleta. Si no existe armonía y proporcionalidad entre ellos, no hay arte, ni progreso: el ejercicio resulta un trabajo forzado, digno castigo de la ignorancia. Buen mozo ú hombre chiquito, el aficionado que compra una bicicleta sin tener en cuenta su propia talla y su fuerza muscular, se expone á perder el tiempo y el dinero, y á veces una pierna ó un casquete capital. Hoy no se puede, como en los tiempos preciclistas, esto es, como hace cinco años, comprar una máquina sin atender á la altura del cuadro y á la multiplicación. La multiplicación, base de tantos negocios buenos, y causa de tantas miserias domésticas y sociales, es un elemento de trascendental importancia en la bicicleta. Entre los *tratadistas* viejos se entendía por multiplicación el diámetro de la rueda motriz de un biciclo primitivo, que desarrollaba un avance como el de una bicicleta actual en cada vuelta de la manivela ó en cada doble golpe de pedal. Avance de una bicicleta es el camino que recorre en cada doble golpe, es decir, el producto de la multiplicación por 3.14159. Calcúlanse fácilmente la multiplicación y el avance con sólo conocer el número de dientes de los dos piñones y el diámetro de la rueda motora.

Hay muchos ciclistas aficionados que son partidarios de las grandes multiplicaciones, porque deducen, como es lógico, que desenvuelven mayor velocidad, sin tener en cuenta que el trabajo que hay que desarrollar aumenta con la multiplicación, y que la fuerza muscular tiene un límite. Tratándose de carreras en terreno llano, menos mal; pero en cuanto es preciso vencer pendientes, esa dificultad se toca al momento.

Las multiplicaciones varían entre 1,30 y 1,70 metros. En bicicletas, las especiales para pista llegan á 1,80 y á 1,90; en las de señora no pasan de 1,45; y en los tandem, bicicletas de carretera y triciclos, son de 1,50, 1,70, 1,85 y hasta de 2 metros. Para velocidades de 20 kilómetros por hora con la multiplicación más reducida, el esfuerzo en cada golpe de pedal es de 3,30 kilográmetros, y en las mayores resulta de 4,32. Cada biciclista, dada su energía muscular, posee un máximum de presión correspondiente á ella y con arreglo á la cual se debe escoger la multiplicación. Entre los principiantes y poco acostumbrados á grandes excursiones ó carreras, procede usar las de 1,40 á 1,50. Todo esto está en relación con la forma del terreno que se ha de recorrer, ya que dada esa multiplicación, casi con el mismo esfuerzo podrán recorrerse 25 kilómetros por hora en llano: 17 en pendientes de 0,01, y 6 en las de 0.02, desarrollando un esfuerzo total equivalente á 53 toneladas metros, á 37 y á 14 respectivamente. Para los países montañosos, la multiplicación no debe pasar de 1,20. El sistema de multiplicación *Bourdad Gear* es uno de los más ingeniosos que se conocen, sobre todo para las excursiones de carretera. La longitud de la manivela debe ser igual á la mitad de la del muslo, que por término medio es de 0,m40, es decir, que aproximadamente será de 0,20; en general se construyen con dimensiones de 0,15 á 0,17.

Es un error el preferir las bicicletas ligeras ó de poco peso, porque son menos rígidas y más frágiles, y porque aumentan las vibraciones que tanto trabajo útil hacen perder. Las de pista deben pesar de 9 á 11 kilogramos, las de carretera de 12 á 16, y los tandem y bitandem de 18 á 24.

Las vibraciones, debidas principalmente al rozamiento, consumen é inutilizan mucho esfuerzo. Para evitar en lo posible esta pérdida, van rodeadas las llantas, ó mejor dicho, se constituyen las llantas, con tubos neumáticos de diversos sistemas, que suavizan el efecto de los choques. También se usan llantas macizas de cauchú; pero es indudable que éstas, comparadas con aquéllas, hacen perder de una cuarta á una sexta parte del trabajo útil. La experiencia me ha enseñado que conviene inflar por completo y con fuerza la llanta hueca de la rueda motriz, y no tanto la delantera ó directriz. El ciclista debe prescindir en su indumentaria y máquina de todo objeto móvil que pueda producir vibraciones. He concluído, amable público, procurando que en mi discurso la ciencia sea como la bicicleta, inflexible, sin vibraciones retóricas, rápida, útil, basada en el cálculo y capaz de reducir cinco puntos á dos, y éstos, al cabo y al rabo de una línea recta, sobre la cual, en milagroso equilibrio, ganamos la vida cuantos nos dedicamos á estudiar puntos, líneas, multiplicaciones, vibraciones y otras menudencias de la sabiduría físico-matemática.—

⁂

Resonó en la selva una salva de aplausos: volvimos á remojar la sesión con otros sorbos de *fine Champagne*, y antes de que se levantara, dijo María Rondeiros á su bachiller:

—Y tú, hijo mío, ¿no nos dices nada?

—¡Oh!—exclamó su padre—precisamente ahora está aprendiendo conmigo la práctica de los idiomas, por el sistema práctico-experimental de la gimnasia lingüística.

—¿Y qué demonios es eso?—pregunté yo mirando al bachiller y á sus autores.

—Pues ahora lo verá usted—contestó María abanicándose con todas las pompas y vanidades del apasionamiento maternal;—refiere á este caballero lo ocurrido en casa de Mr. Lamerre.

Púsose el niño en pie, se acercó á mí, y dijo:

—Mr. *Lamerre* a epousé Mlle. *Lepère;* de ce mariage est né un fils, que est devenu *le maire* de sa commune. Monsieur, c'est *le père;* madame, c'est *la mère*, et les deux font *la paire*. Le fils est *le maire Lamerre*. *Le père*, quoique *père*, est resté *Lamerre;* mais *la mère*, avant d'être *Lamerre*, était bien *Lepère*. *Le père* est donc *le père* sans être *Lepère*, puis qu'il est *Lamerre*, et *la mère* est *Lamerre*, étant née *Lepère*, mais n'a jamais pu être *maire*.

Le père n'est pas *la mère* tout en étant *Lamerre*. Si *la mère* meurt, *Lamerre*, qui est *le père* et qui n'a jamais été *Lepère*, pas plus qu'il n'a été *le père* de *la mère* du *maire*, *le père*, dis je, devenant veuf, *la perd*, et *le père Lamerre*, ainsi que *le maire Lamerre*, perdant la tête, et vous aussi.—

Reíase el padre, reíase la madre, reíase el primo, y yo estaba aturdido con la retahila que el hijo me disparó, que empecé por entender y que concluyó por volverme tarumba.

—¿Ha comprendido usted?—preguntó el niño en medio de los aplausos de sus parientes.

—Sí, hijo mío, sí: he comprendido que la gimnasia lingüística te va á volver loco, como la gimnasia cíclica los ha vuelto ya, rematados, á tu padre y á tu primo. ¡Dios os tenga de su mano!

—¡En marcha, señores!—exclamó el médico agarrándose á su bicicleta.

—Pero ¿adónde van ustedes?—les pregunté.

—A dormir al otro lado del puerto—contestó María, ya encaramada á caballo sobre su máquina.

Y no hubo medio de detenerlos. Les acompañé hasta la carretera, y á poco desaparecieron en lo alto de ella, como fantásticas visiones, entre una nube de polvo, dorada por el sol poniente.

—¡Buen viaje, amigos!—dije para mí, tomando el camino de la aldea;—y que Dios me libre de vosotros, ó de otros semejantes, que lleguen hasta aquí con la chifladura en la mollera y la incontinencia en los labios. ¡Adiós!

Ricardo Becerro de Bengoa.

IMPORTANTE.

Los Señores Suscriptores recibirán con el presente número la *Portada* y el *Indice general* correspondientes al tomo LIX de La Ilustración Española y Americana, que termina en esta fecha.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen con el presente mes, y piensen

seguir honrándonos con su concurso, se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

Tanto para avisar las renovaciones, como para hacer cualquier reclamación sobre el servicio, es muy conveniente acompañar á las cartas una de las fajas con que se recibe el periódico.

Esta Empresa cree conveniente recordar á los Señores Suscriptores á LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, que, en calidad de tales, pueden obtener para sus familias la suscripción á LA MODA ELEGANTE, con la rebaja del 25 por 100 en el precio de esta última publicación.

EL ADMINISTRADOR.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Crónicas de la antigua Guatemala, por Agustín Mencos, de la Academia Española.

Hay en este libro tradiciones españolas de América, de muy buen sabor y bien contadas. Son en total veinticinco, todas dignas de leerse. El autor no se muestra hostil á la antigua madre patria, y mezcla en ellas algunas alusiones á la política guatemalteca actual.

La canción de las estrellas, poema de Manuel Reina.

Con este título ha publicado el Sr. Reina unas preciosas poesías en verso suelto, dedicadas á Puente-Genil, su patria. Resplandece en ellas la vigorosa inspiración del poeta, y lo castizo y sonoro de su lenguaje poético.

El pequeño poema ocupa poco más de 30 páginas, y cuesta una peseta.

Bromas ligeras, composiciones en verso, por D. Alfredo López Alvarez.

Ligeras son, en efecto, las poesías que este tomo contiene, pero alegres y fáciles. Las precede un prólogo de D. Miguel Ramos Carrión, en el que muy discretamente presenta al autor.

Está ilustrada la obra por Álvarez Sola, y véndese al precio de 2 pesetas en las principales librerías.

Tecnología popular. Nociones de artes mecánicas y procedimientos industriales, por D. J. B. Sitges.

Por la importancia de las materias que trata y por la claridad, sencillez y método con que el autor las expone, me-

recería este libro un espacio que no podemos consagrarle, no permitiéndolo la índole de estas breves notas bibliográficas.

Comprende seis partes.

En la primera trata de los motores, cuya importancia es capital en toda industria. Estudia muy bien las tres clases de motores que generalmente se conocen, á saber: los animales, los hidráulicos y los de vapor, á los que añade las máquinas electro-magnéticas, los molinos de viento, etc.

En la segunda parte expone los principios de la metalurgia; en la tercera, los de las industrias químicas (vidrio y cristal, cerámica, papel, etc., etc.); en la cuarta los de las sustancias alimenticias, y en la quinta los referentes á las industrias relacionadas con el vestido. En la parte sexta y última explica las artes gráficas, imprenta, galvanoplastia, fotografía y telegrafía eléctrica.

Acompañan á las explicaciones muchos y buenos grabados que notablemente las aclaran y facilitan. Véndese esta notable obra, cuya utilidad nos parece muy grande, al precio de 11 pesetas en las principales librerías, en la Administración de *El Eco de las Aduanas* y en la portería de la Dirección de Aduanas.

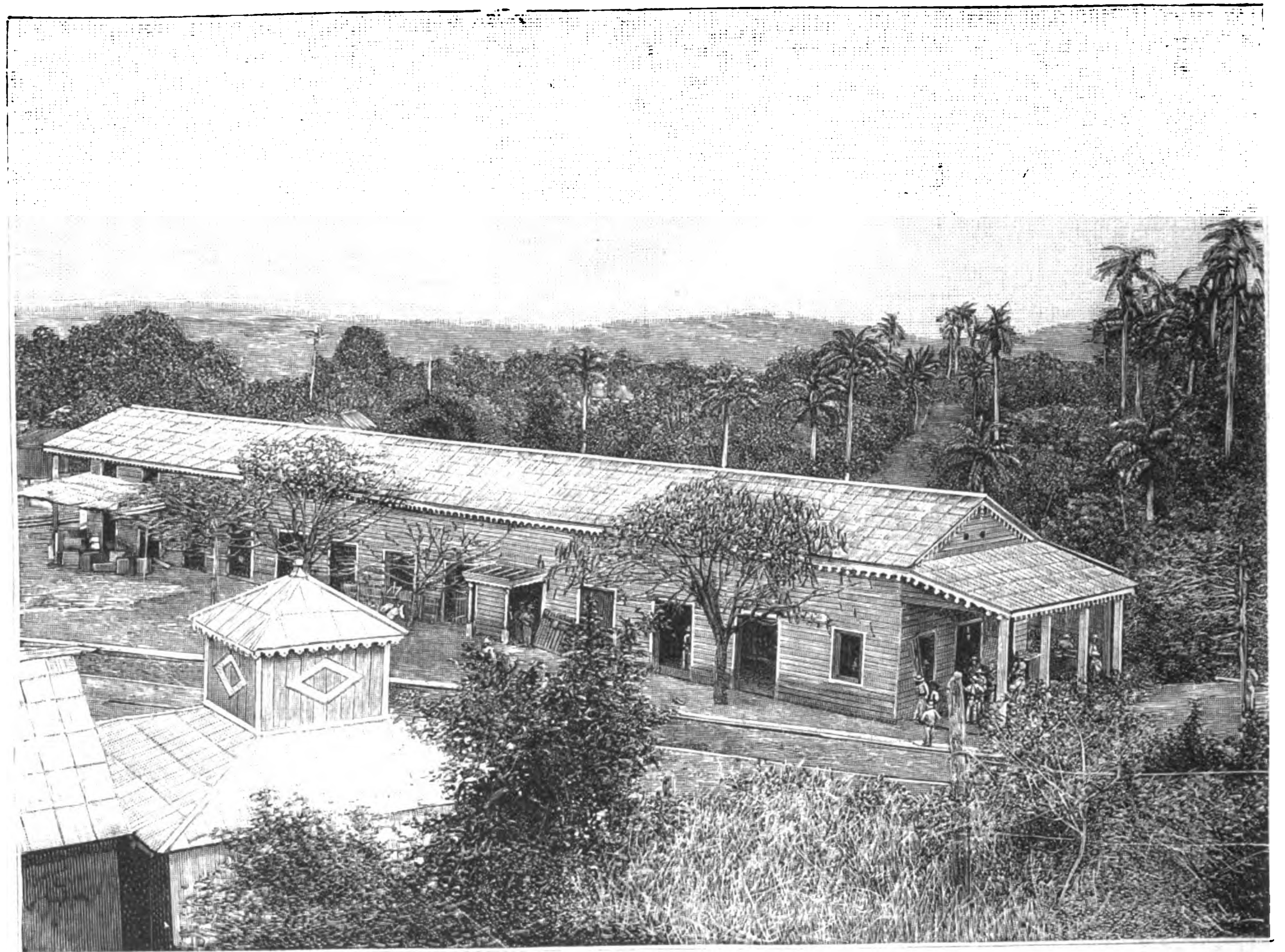
Los Tapices.

Esta interesante obrita consta de dos tomos, que son el XV y XVI de la importante Biblioteca Popular de Arte que publica *La España Editorial*. Entre ambos completan la historia y el examen de los tapices más célebres y de los talleres más famosos desde la antigüedad oriental hasta el siglo XIX.

Con arreglo á un plan sobrio en sus desarrollos, pero completo y claro, estúdiase la tapicería en los tiempos antiguos y en el Renacimiento, y después en los grandes talleres italianos y flamencos, de Beauvais y los *Gobelinos*, de la gran manufactura inglesa de Mortlake, de las fábricas españolas de Santa Isabel y Santa Bárbara, y de todas aquellas que han dejado huellas en la historia de esta industria de arte. No hay que decir que no han sido olvidados en este examen los nombres de los ilustres autores de cartones, desde los más insignes de fines del Renacimiento hasta nuestro gran Goya.

Un curioso Apéndice sobre los sistemas y maneras de tejer un tapiz, termina y completa este precioso libro.

G. R.



CUBA.—LA ESTACIÓN DE EL CRISTO, EN LAS CERCANÍAS DE SANTIAGO.

(De fotografía.)

FIN DEL TOMO LIX.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.